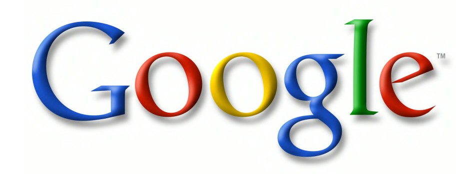
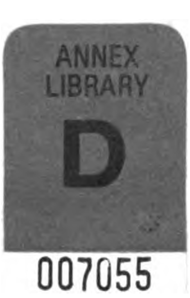
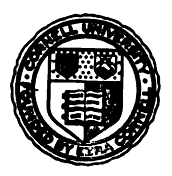





LIBRARY
ANNEX


ANNEX
LIBRARY
D
007055



AÑO CUARTO.

EL MUSEO UNIVERSAL.

PERIODICO DE CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, INDUSTRIA, Y CONOCIMIENTOS UTILES,

ILUSTRADO

CON MULTITUD DE LAMINAS Y GRABADOS POR LOS MEJORES ARTISTAS ESPAÑOLES.

1860.



MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES.
Principe, 4.

INDICE DE LOS ARTICULOS. [1]

(1) A los artículos que van marcados con una * les acompaña grabado.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 1.° Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 1.° DE ENERO DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, Un año 7 pesos.—América y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

EL PROGRESO.



Quien haya seguido con atencion la historia contemporánea de nuestro país, comprenderá que al entrar en el cuarto año de nuestra publicacion, y al volver la vista á la senda que hemos recorrido, un movimiento de satisfaccion agite nuestros corazones contemplando cómo hemos progresádo en este tiempo y cómo El Museo ha seguido, cumpliendo con su promesa, el desarrollo y los progresos del espíritu español.

La España, olvidada por algunas naciones, despreciada por otras en Europa, en 1859 se ha levantado poderosa y altiva como en sus antiguos tiempos, y ha sorprendido con su unidad de sentimientos y con sus adelantos á los observadores superficiales estranjeros, que no esperaban verla á la altura en que se encuentra. ¿Mas por ventura ha llegado de improviso y como por encanto al punto de desenvolvimiento y de fuerza vital en que hoy la vemos? No: la manifestacion evidente de su progreso ha podido ser súbita para los que no se han dignado contemplarla hasta ahora; pero el progreso se ha ido realizando lenta y naturalmente, siendo por lo mismo mucho mas sólido é imperecedero. No creian las naciones estranjeras que tuviésemos un poder militar como el que tenemos, que pudiéramos poner de ochenta á cien mil hombres en campaña para una guerra de invasion en territorio áspero y salvaje, luchando con los elementos, mas bravíos aun que los naturales y de accion mas mortífera; que en nuestros soldados de hoy se encontrasen aquellas brillantes cualidades de constancia incontrastable, de sufrimiento heróico y de indomable arrojo que distinguieron á los Pizarros, Cortés, Balboa, Alonso de Ojeda y otros muchos que admiraron con sus hechos á dos mundos. No entraba esto en los cálculos de los que juzgaban degenerada la nacion española. Hoy se empieza á hacernos justicia, hoy los hechos evidentemente patentizan que nuestro estado militar es el que corresponde á una gran nacion.

Y bien, se dirá, ¿qué importa, y sobre todo, qué tiene que ver El Museo Universal con el estado militar? ¿Y los diversos ramos del saber? ¿dónde están sus progresos? ¿En qué situacion se encuentran?

Hemos hablado del estado militar por ser lo que hoy mas salta á la vista de los estranjeros: y no pudiendo negar lo que ven, tendrán forzosamente que admitir aunque no quieran verlas, las consecuencias que de lo que contemplan vienen lógicamente á deducirse.

Todo en este mundo se encadena, y no hay ramo de la ciencia, ni institucion moderna, cuya situacion no sea seguro indicio de la situacion de los demás. El estado militar de una nacion dice el estado de sus sentimientos, indica su mayor ó menor grado de vitalidad. Cuando una nacion que acaba de salir de grandes luchas políticas, se lanza por un sentimiento de honor á una guerra estranjera; cuando, como se ha dicho modernamente, pelea por *una idea*, no puede creerse que está agotada en ella la fuente de los grandes hechos ni secado el manantial de las grandes aspiraciones. Una guerra esterior como la que emprendemos supone un ardoroso entusiasmo en el pueblo, y una administracion regularizada en el gobierno: ese entusiasmo es la fuente de la poesía: la poesía debe estar en progreso en un país que por entusiasmo acomete empresas guerreras: las artes acompañan siempre á la inspiracion poética, porque son otra manifestacion de la vitalidad interior de un pueblo: los talentos se desarrollan al calor de los brillantes sucesos. Asi el estado militar de una nacion es una muestra de los adelantos que ha hecho, no solo en el arte de la guerra, sino en la política, en la administracion, en la literatura, en las artes, en las ciencias.

En efecto, no hay mas que considerar que durante la guerra actual se han abierto varias líneas de caminos de hierro, algunas tan importantes como la de Valencia; que capitalistas españoles contratan las líneas de Portugal; que continuamente nuevas sociedades de crédito vienen á demostrar la creciente actividad del pueblo español: que cada año la literatura presenta nuevas mejores y mas numerosas producciones originales; que las esposiciones de bellas artes, de la industria, de la agricultura se han multiplicado este año estendiéndose de Madrid á la mayor parte de las provincias; que nuevas enseñanzas abren gloriosas carreras á la juventud ávida de ciencia, para comprender de qué manera se van enlazando y multiplicando en nuestro país los progresos.

El Museo Universal, que ha procurado siempre ser eco y reflejo fiel de los adelantos de nuestra patria, necesita redoblar sus esfuerzos. Desvanecidas ya en los cuatro años que lleva de publicacion las principales dificultades que se oponian á una gran mejora que ansiaba realizar, hoy comienza á establecerla haciéndose periódico semanal. Ya no basta un número cada quince dias para tener al corriente á sus lectores del movimiento social, literario y artístico de nuestra patria; necesita ponerse en comunicacion mas frecuente con ellos.

A este fin ha adoptado todas las disposiciones necesarias: nada faltará á El Museo para ser como hasta aquí el digno representante de las artes y la literatura del país. Literatos eminentes, artistas notables, hombres que han adquirido justa fama en sus carreras le distinguen con su cooperacion; y no dudamos que el público le seguirá distinguiendo con su apoyo.

REVISTA DE LA SEMANA.

Así se llamará en adelante esta revista, pues que el *Museo* va á ser desde hoy periódico semanal. Cada domingo, despues de haberros arreglado el traje lo mejor posible, nos presentaremos á visitar á nuestros lectores, en vez de hacerles como antes una visita cada quince dias. Así con el mas frecuente trato se conserva mas la amistad, y nosotros tenemos en mucho la de nuestros suscritores para que no procuremos por todos los medios posibles conservarla.

Las noticias de la última quincena (porque hace quince dias que dimos las últimas) son importantes. Es verdad que todavía no estamos en Tetuan, segun creíamos; pero la culpa la tiene el mal tiempo, y como decia Felipe II, las tropas van á pelear con los hombres y no con los elementos. Sin embargo, la escuadra ha bombardeado los fuertes de la ria de aquella ciudad apagando sus fuegos. Este apagamiento de fuegos significa sin duda que los tales fuertes se han convertido en débiles y han debido quedar asaz mal parados. El camino que por la costa conduce á la ciudad va adelantando cuanto lo permiten los temporales; el ejército se raciona, el valiente general Echagüe se ha vuelto á poner al frente del primer cuerpo y todo anuncia un próximo movimiento ofensivo. Hay sin embargo que tener paciencia si no se hace todo lo que se desea, porque no son los hombres si no los elementos, es decir, una cosa superior á los hombres, lo que se opone al cumplimiento de nuestros ardientes deseos. Vendrá el buen tiempo, sí, señores, vendrá pues por allá no se ha de quedar por dar gusto á los ingleses y á los marroquíes y vendrá pronto, y cuando él venga nosotros iremos á donde Dios y la patria sean servidos.

El tercer cuerpo, al mando del general Ros de Olano, y en el cual va nuestro amigo el señor Alarcon como voluntario, llegó sin novedad á Ceuta y tomó una posicion avanzada sobre el camino de Tetuan. Todas las cartas hacen elogios de la buena disposicion y prontitud con que estableció su campamento, desde el cual ha dado buena cuenta del enemigo en diversos encuentros. La gloria de la accion del 25 último se debe á este cuerpo de ejército. Los moros le atacaron con fuerzas muy considerables; pero los generales Ros, Quesada y Turon tomaron tan bien sus disposiciones que los que fueron por lana, se volvieron como suele decirse, trasquilados.

Albricias; ya tenemos un prisionero. En la accion del 22 un grupo de cinco marroquíes se defendia desesperadamente cercado por nuestros soldados: uno de ellos tenia tres heridas leves y no hizo resistencia: los demás no quisieron rendirse. Un sargento y tres soldados salvaron la vida del herido y le presentaron al general O'Donnell, el cual gratificó á aquellos valientes, mandando llevar al prisionero al hospital, curarle sus heridas y tratarle con consideracion. No sabemos si es moro de rey, pero está servido á cuerpo de tal, de modo que no cesa de dar gracias á Alá por haber caido en tan buenas manos. Queria escribir á su familia, pues tiene mujer é hijas en un pueblo de la costa llamado Arcila; pero se ha encontrado con la dificultad de no tener quien lleve la carta. Necesitaremos coger otro prisionero para que se encargue de esta comision.

Los ingleses, es decir, lord John Russell y sus colegas de gabinete, han tenido la bondad de reclamarnos cuarenta y cuatro millones que dicen les debiamos por unos fusiles viejos que nos prestaron en 1839. Dicen que si tenemos dinero para hacer la guerra tambien le tendremos para pagar deudas. Esta reclamacion en las circunstancias actuales es una prueba mas de la benevolencia con que nos mira el gobierno inglés. El telégrafo habia anunciado que en vista del mal efecto que ha hecho en Europa semejante paso de lord Russell, este habia dado instrucciones á su representante en Madrid para no insistir en la reclamacion; pero despues ha resultado falsa la noticia. pues Mr. Buchanam no ha recibido comunicacion ninguna sobre el asunto. Falsa ó verdadera, desde el momento en que se nos reclama una deuda que está reconocida, debemos pagarla, y así parece que lo ha determinado el gobierno español.

Hemos tenido buenas pascuas de Navidad: los turrones muy buscados y los teatros muy concurridos, siendo las producciones dramáticas como los besugos, mas apetitosos cuanto mas frio hace. Tambien en estos dias de Pascua se ha aumentado la familia real con un nuevo vástago femenino, con cuyo motivo la córte se ha vestido de gala por tres dias, y la villa ha iluminado sus casas. A la infanta recien nacida se le han puesto muchos nombres: los dos primeros son María de la Concepcion y Francisca: de los demás, que por su número no hemos podido retener en la memoria, solo recordamos los de María del Olvido, Antonia y Caralampia.

En cuanto á los teatros, Novedades ha puesto en escena *La Union en Africa*, una de las mejores producciones de la literatura marroquí, donde hay asaltos de plazas y otras menudencias que el público hace repetir entre salvas de aplausos.

Dos Mirlos blancos, es el título de una comedia arreglada del francés por el señor Ortiz de Pinedo, y puesta en escena en el teatro del Príncipe: el público se divierte en ella por los lances grotescos en que abunda. La traduccion es buena, pero el original es malo; de suerte que bien traducida una obra mala no puede dar de sí nada bueno. En el mismo teatro se ha representado *El Movimiento continuo*, comedia original del señor Perez Escrich. Esta produccion es mucho mejor y está hecha con mejores intenciones: los chistes, mucho mas delicados, entretienen agradablemente al público.

La Zarzuela ha ofrecido en descargo de sus anteriores deslices una buena y bella produccion en *Los Mosqueteros de la Reina*, que llena todas las noches el teatro.

Tenemos en Madrid nuevamente á la Ristori que se ha propuesto dar doce representaciones, seis en el teatro de Oriente y seis en el de Variedades. El mérito de esta eminente trágica no ha decaido desde que tuvimos el gusto de oirla hace dos años. La primera noche que se presentó en *Giuditta* arrebató como siempre: esperamos oirla en breve en *Giovana la Pazza*, traduccion italiana de *La Locura de Amor* y en alguna otra produccion con que ha aumentado su repertorio. Escusado es decir que el público español sigue favoreciendo con su simpatía, su concurrencia y sus aplausos á esta actriz que ha sabido elevarse á la perfeccion de su arte. Si quisiera fijarse en España y se decidiera á representar en nuestro bello idioma, sería una fortuna para nuestra escena.

Por esta revista y la parte no firmada,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

I.

Mañana á las tres de la tarde se cumplen trescientos ses nta y ocho años transcurridos desde el memorable dia en que los muy altos, muy temidos y muy poderosos señores reyes don Fernando y doña Isabel, de gloriosa recordacion, clavaron su estandarte real sobre la torre del Homenage de la Alhambra.

La guerra de siete siglos habia terminado.

España, desde las vertientes del Pirineo hasta el Estrecho de Gibraltar, era cristiana.

La grande obra que habia absorbido la sangre de centenares de generaciones, llegaba á su magnífica terminacion, coronándose con la conquista de ese incomparable alcázar inspirado en un sueño por los genios del aire y de la luz, al magnífico rey Mahomet el Bermejo.

Doce años despues, un humilde monasterio de franciscanos, levantado dentro de los muros de la soberbia Kasbá granadina, recogia en medio de un silencio de dolor y de espanto, los mortales despojos de la grande doña Isabel la Católica.

Isabel habia querido que la Alhambra la sirviese de panteon.

Y pasaron doce años.

Un nublado dia de invierno, prelados, magnates, religiosos, pueblo, rodearon la modesta tumba de la gran reina, y la arrancaron de ella.

Allá abajo, en el llano, entre las torcidas callejas de la ciudad, se habia erigido un panteon regio sobre los cimientos de la gran mezquita: bajo las ojivas de la Capilla Real, un maravilloso sarcófago de mármol blanco, cubria una oscura cripta.

El cadáver de Isabel, arrancado de su humilde convento, entró en aquel reducido espacio, bajo aquella bóveda deprimida, en hombros de los servidores de su nieto Carlos de Austria.

Sobre un estrado de piedra habia otro ataud.

Aquel ataud encerraba el cadáver de Fernando V que debió estremecerse en su sueño de muerte, al sentir la proximidad de su primera esposa.

Entre aquellos dos ataudes, entre aquellos dos cadáveres, existia la sombra de la segunda esposa del rey Católico.

De Germana de Foix.

El nieto, cumpliendo una voluntad espresa en el testamento de la abuela, cláusula tiernísima, aspiracion suprema de un amor *jamás manchado, jamás empalidecido*, habia hecho llevar á la noble Isabel á compartir su tálamo de muerte con Fernando.

Y allí reposan aun.

El lecho imperial de mármol presta un mismo almohadon á sus dos cabezas coronadas.

La union de aquellas dos estátuas, de aquellos dos ataudes, sobre un mismo sarcófago, bajo una misma sombra, á la luz de una misma lámpara, en el lugar en que veinte y cuatro años antes, se levantaron el *mirab* (1) de la grande *aljama* (2) de Granada, son el símbolo de la union de España bajo una misma corona y de la gloriosa restauracion, de su larga esclavitud bajo los árabes y los moros, llevada á cabo por la fe y el heroismo en nombre de Dios y de la patria.

. . . .

II.

Otros años el aniversario de la *toma* de Granada, ha sido para los granadinos y para los habitantes de la Vega un dia de fiesta.

Este año va á ser un dia de conmocion, de entusiasmo, de lágrimas, de orgullo.

Este año, el zumbido contínuo de la gran campana de la torre de la Vela, no será como otros años un eco de glorias pasadas; será una voz que repetirá incesantemente durante un dia la última, ardiente, previsora, magnífica voluntad de Isabel la Católica, impuesta á sus descendientes en la hora de su agonía:

«No olvideis, no dejeis la conquista del Africa.»

Mañana no zumbará, hemos dicho mal, rugirá la campana de la Vela en un contínuo alarido de guerra.

Mañana las aldeanas de la Vega, no irán á tocar aquella campana para encontrar segun lo reza la tradicion, dentro del año un marido.

No: aquella falange de muchachas de ojos africanos, se asirán á la cuerda y harán rugir la campana por medio de cuya voz dirán á sus novios:

«Id al Africa, triunfad y volved, que os esperamos.»

III.

Yo lo sé muy bien: yo conozco muy bien á mis paisanos: mañana va á ser para ellos un dia de delirio.

Pero como toda España no puede oir el toque de la campana de la Vela, yo recogeré su eco, yo lo enviaré á todas partes.

Mejor dicho, yo llevaré con la vida de la imaginacion á mis lectores á Granada.

IV.

Venid.

Penetrad conmigo en la Capilla Real.

Aun no ha amanecido.

Las sombras envuelven el templo y apenas se perciben sus muros y la gran verja de la abside.

Solo se ven dos sepulcros opulentos, sobre cada uno de los cuales hay dos reyes de piedra yacientes.

Los de la derecha son los Reyes Católicos.

Los de la izquierda el archiduque don Felipe de Austria, el Hermoso y su esposa, la desdichada hija loca de Isabel y de Fernando, la reina doña Juana.

La luz de una lámpara que se estingue, envia un leve y tenebroso resplandor á las estátuas reales.

Allá, en la abside, otra lámpara envia su resplandor á un cardenal que cabalga en una mula, representado en un relieve.

Junto al cardenal hay una cruz característica.

Es la cruz del cardenal Cisneros.

Porque Cisneros, es aquel cardenal.

Está delante de Oran, por cuyas puertas entra el ejército español.

Algunas veces, acaso por efecto de las oscilaciones de la lámpara que baña con su luz trémula al buen cardenal, parece que este vuelve la cabeza y mira á Isabel la Católica, que yace allá al pié del presbiterio y que su mirada la dice:

«Hé aquí mi noble señora, que yo cumpliendo tu voluntad, traigo mi cruz de Toledo sobre Africa, por Dios, por tí y por España.»

V.

Fuera de esos dos lugares iluminados por el postrer resplandor de las lámparas que se estinguen chisporroteando, lo restante del templo es sombra y silencio.

Apenas si se percibe la primera dudosa luz de la mañana al través de los vidrios de colores de los calados agimeces góticos.

De repente se oye una campanada grave, solemne, vibrante, que se repite pausada, que parece decir:

«Ya es de dia, levantaos.»

Es la campana *gorda* de la vecina catedral que toca á las *Ave-Marias* del alba.

Y apenas ha retumbado la voz metálica de la catedral, otra vibracion metálica, otra campanada grave, pero lejana, perdida en la distancia, responde desde el castillo morisco.

Contad: una... diez... veinte... treinta... treinta y tres campanadas.

Ha acabado la vela: ya es de dia.

Esperad: la campana de la catedral ha enmudecido.

Pero la campana de la Alhambra vuelve á sonar de nuevo.

No conteis sus campanadas, porque se repetirán incesantes, hasta que las haga cesar la campana de la catedral, tocando á las Ave-Marías de la tarde.

VI.

Ya es de dia claro.

El templo se ha abierto; está engalanado con anchos paños de terciopelo rojo franjeado de oro, que se han puesto la víspera.

Los blandones están preparados en el altar.

Salgamos del templo.

Ya hemos visitado á los Reyes Católicos y á Cisneros.

Si quereis hacer otra buena visita, entrad en aquella capilla oscura, que no está ni dentro ni fuera de la Capilla Real y del templo del sagrario adjunto, porque está entre los dos.

Allí duerme Hernan Perez del Pulgar, el de las ha-

(1) Adoratorio.
(2) Mezquita principal.



zañas, el Aquiles de la conquista de Granada, el que cuando la Capilla Real era mezquita, y Granada de moros, llegó y clavó en la puerta del templo musulman, el cartel que contenía la poética salutacion del ángel á la Santa Vírgen, Madre de Dios.

Saludad al héroe y seguidme.

Frente á la salida del templo encontramos la Casa del ayuntamiento: sus balcones están cubiertos de paños de terciopelo realzados con el blason de España: en el balcon principal hay una gran bandera roja.

Saludadla: es el pendon real de los Reyes Católicos: es la gloriosa enseña que tremoló el conde de Tendilla en la torre de la Vela de la Alhambra, al tomar posesion de Granada por los Reyes Católicos en 1492.

Sigamos adelante: entremos en el Zacatin: lleguemos á la plaza Nueva.

Mirad á la altura: á ese castillo.

¡Es la Alhambra!

Subamos, subamos aprisa la calle de los Gomeles, luego, despues de haber pasado bajo la puerta de Bib-Leujar, tomemos por el mas pendiente de los tres caminos que se abren desde allí: por el de la izquierda.

Trepemos á la colina.

No os detengais á admirar la sencilla riqueza del pilar de Cárlos V: no os pareis tampoco ante la esbelta grandeza del arco esterior de la puerta Judiciaria.

Otro dia vendremos á examinarlo despacio.

Adelante: pasad la arcada, sigamos el callejon á donde desemboca: ved la puerta del Vino... adelante... tras ella en el fondo de la plaza de armas el palacio de Cárlos V... al frente, al lejos, tras la línea de los adarves, el cerro de San Miguel con su blanca ermita, sus antiguas murallas melladas y su manto siempre verde de higueras chumbas: á la izquierda encontramos los mochos torreones de la Alcazaba: su puerta está cerca de nosotros; entremos, atravesemos la pequeña plaza de armas, y penetremos por la estrecha puerta de esa torre: es la de la Vela; subamos sus empinadas escaleras: ya estamos en la plataforma; ya nos atruena el sonido de esa campana, cuyo continuo golpe hemos escuchado durante nuestro camino: relevemos al campanero, al viejo veterano, que tira penosamente de la cuerda y hagamos una estrepitosa salva al recuerdo de la mas alta de nuestras pasadas glorias; veamos si podemos enviar su sonido por cima de las montañas, por cima del mar, hasta nuestros hermanos, que acaso en este momento lidian, nietos de los soldados de Isabel la Católica, con los nietos de los moros lanzados de Granada.

VII.

Asomaos al pretil de la plataforma.

Vereis á vista de pájaro la ciudad con sus blancas casas, sus innumerables jardines, sus cien campanarios de conventos y parroquias, presididos por la gigantesca torre de la catedral; la plaza de Bib-Arrambla, por la cual transitan hombres que parecen hormigas de pequeñitos, mirados desde nuestra altura: mas allá de la plaza, en una gran estension, tejados y mas tejados: luego la orla tupida y verde formada por las huertas, y mas allá la Vega con sus sembrados nacientes, de distintos verdes, mas oscuros, mas claros, formando la apariencia de un tapiz bordado: el Darro y el Genil, casados cerca de la ciudad, se pierden á lo lejos como una cinta de plata; allá á la derecha de la ciudad de Santa Fe, y por todas partes caseríos; Illora y Moclin, sobre la sierra occidental: en el llano, La Tarfe, Maracena, Churriana, Armilla, Alhendin, Huetor, la Azubia, cien blancos y alegres pueblecillos, situados en los nudos de una red de sendas, de caminejos, de caminos, de calzadas: á la izquierda Sierra Nevada cubierta con su velo blanco, como una doncella que va á desposarse, y sobre ella, tiñéndola con matices color de rosa, el sol de la mañana; á la derecha, cerca, el Albaicin, con sus callejuelas aclaradas por ruinas, con su alcazaba vieja, y la escueta torre de San Cristóbal en su estremidad inferior; en el horizonte, recostándose sobre el Albaicin, Sierra Elvira: si os volveis á vuestras espaldas, vuestra vista encontrará cercana la silla del moro, recortándose sobre el cielo mas azul, mas diáfano, mas radiante del mundo.

Prescindid de ese panorama, y fijaos en un solo punto de él.

¿Veis allá, en el horizonte, allí donde se hunde en la Vega la falda de Sierra Nevada, una colina?

Dicen que durante las noches de luna del invierno, especialmente en la del 2 de enero de cada año, vaga sobre aquella colina una sombra blanca, á la que siguen centenares de sombras macilentas y apenadas: dicen que aquella sombra que aparece en aquella colina, es el rey Boabdil el Chico, que viene á mirar á su Granada, desde el sitio desde donde la vió por última vez cuando fue echado de ella por los cristianos.

Porque aquellaना colina es el Suspiro del Moro.

Desde el Suspiro del Moro, se ve en lo mas alto de Granada la torre de la Vela: desde la torre de la Vela se ve en el último límite del horizonte el Suspiro del Moro.

VIII.

Dejad, dejad, aun es temprano: aun esa muchedumbre de lugareños que se ve en largos regueros por los caminos que cruzan la Vega terminando en las puertas de Granada, no ha invadido la Alhambra; aun tenemos tiempo: podemos hacer una escursion al pasado, evocar sus seres perdidos en él, suprimir en nuestra imaginacion trescientos sesenta y ocho años, y sorprender á Granada en su dia de tribulacion: en el dia 2 de enero de 1492.

IX.

Aun no ha amanecido, y ya los clarines de los ginetes y los tambores de los infantes despiertan á los soldados españoles, dentro de los muros de la ciudad real de Santa Fe.

Los esploradores son los primeros que salen á la Vega.

Tras ellos se mueven los tercios.

Los pesados carros de artillería rechinan, arrastrados lentamente por bueyes.

Han tomado el camino de Granada.

En otras ocasiones apenas los cristianos han salido de su Real, apenas han avanzado hácia Granada, los bizarros ginetes moros, han llegado á todo el escape de sus caballos con las lanzas bajas y las adargas al pecho.

Zenetes, Zegries, Gazules, Mazas, Almoradies, Venegas, las tribus todas, árabes ó africanas que pueblan á Granada, han disputado palmo á palmo, golpe á golpe, sangre por sangre, vida por vida, el paso á los cristianos, y arrollados siempre por estos, siempre vencidos, han vuelto á una nueva lid cada dia, nunca escarmentados, nunca domados.

Granada no cuenta los hijos que envia al combate, ni cuando vuelven vencidos cuentan los que faltan, los que se han quedado allá tendidos en la Vega.

Hoy el ejército español avanza cada vez mas y nadie sale á su encuentro.

Ni una sola persona aparece cerca ó lejos en el camino.

Las alquerías están mudas.

Ni una leve columna de humo se levanta de las chimeneas.

Otras veces, de cada una de aquellas alquerías, de cada una de aquellas aldeas han salido á escape ginetes moros, llamados por el toque de rebato de la campana de la Alhambra, avisando que los cristianos se han puesto en movimiento.

Y acá y allá las distantes torres de atalaya, encaramadas en sus vericuetos, han dejado ver sus humaredas como señal de peligro y de combate.

Hoy la campana de la Alhambra no envia su vibracion hasta los montes.

Hoy las atalayas no encienden el ramaje verde y húmedo.

Disipadas las blancas nieblas de la mañana, el sol naciente alumbra una tierra silenciosa, que solo parece habitada por aquel numeroso ejército que se acerca á la ciudad, cuyas puertas están cerradas todavía.

Parece que proviniendo de la ciudad se pierde en los aires un gemido silencioso, un gemido de desesperacion y de muerte.

X.

Y por el contrario, ¡cuán alegre, cuán ruidoso el ejército que avanza!

¡Cuánto penacho y cuanta pluma entregados al viento! ¡Cuánto pendon desplegado!

Mirad los ginetes andaluces como hacen gallardear á sus caballos, siguiendo las blancas hacaneas de la reina doña Isabel y de sus damas y el potro árabe del buen capitan Gonzalo de Córdoba, que resguarda á la reina.

Mirad cuán melancólicamete conmovido el hermoso semblante de la reina que ciñe sobre sus rubios cabellos la corona de Castilla y Leon y Andalucía: mirad al otro lado, armado de guerra, y vestido de gala á un tiempo al rey don Fernando, que rige blandamente su bridon de batalla, ciñendo en vez de yelmo, la corona de Aragon y de Sicilia, y de Navarra, y de Cataluña, y de Valencia: mirad como siguen el trote de su caballo, en dos hileras á sus lados, con la ballesta afianzada en la una mano y el venablo preparado en la otra, siempre dispuestos á la pelea, los bravos ballesteros aragoneses.

Mirad, mirad, tras los dos reyes, seguidos por una formidable manga de arcabucería castellana, al buen conde de Tendilla, llevando enhiesto el estandarte real, y á su derecha el gran cardenal de España, sustentando el estandarte de la Fe.

Ved ese largo y robusto cordon de ginetes y de peones, de bombardas y de acémilas, que arroja de sí, incansable, la ciudad de Santa Fe.

Mirad cuán abigarrados los gallegos, y los astures con sus trajes nacionales y cuán sencillos y severos los catalanes y los vascos, los navarros y los montañeses.

Pero todos van alegres.

Ha llegado el gran dia.

El 2 de enero de 1492 es una gran fiesta: es el dia de triunfo ganado con mil gloriosos combates.

Granada ha capitulado.

El rey Chico se ha despojado de su corona, y la ha dejado en la Alhambra.

Granada es de los Reyes Católicos, y estos y sus soldados van á recibir á la orilla del Genil las llaves de la ciudad, de manos del rey vencido.

XI.

Por eso Granada calla, por eso Granada gime, por eso parece que el sol alumbra una ciudad y una comarca desiertas.

Por eso los ginetes granadinos no salen á la Vega lanzando al aire su grito de guerra.

Por eso las alquerías y las aldeas no envian tampoco ginetes para aumentar el número de sus hermanos de Granada.

Por eso las torres de atalaya no exalan sus blancas humaredas, y por eso está muda la campana de la torre de la Alcazaba.

Granada, la sultana, la ciudad querida del Profeta, la alegría del Islam es la cautiva vencida de la Cruz.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

COSTUMBRES DE LOS ALDEANOS
DE GALICIA.
LA MUIÑEIRA.

Este grabado es la copia fiel de un precioso lienzo, original del señor Fierro, que representa la diversion mas característica de los campesinos de Galicia, su pais natal.

Aquellos de nuestros lectores que hayan creido ver la *muiñeira* en la grosera caricatura que se hace en nuestros teatros con el nombre de *gallegada*, desconocen completamente tan delicado baile provincial, y no podrán apreciar en cuanto vale la verdad que resalta en este magnífico cuadro.

El pintor eligió para su composicion el asunto mas sencillo de cuantos ofrecen los aldeanos de Galicia en su diversion favorita, y esta misma sencillez realza el mérito de su obra.

El *muhiño*, la *romeria*, la *tasca*, la *fiaza* y la *foliada*, son las diversiones que ofrecen á los campesinos de Galicia continua ocasion de bailar el *contrapaso* ó la *muiñeira*. Su significacion castellana de *muiñeira*, es molinera, pues se deriva de *muhiño*, que significa molino.— El malogrado Padin, dice en su HISTORIA DE GALICIA, que este baile es un recuerdo vivo de los griegos.

La *romeria* es la fiesta principal con que se celebra el dia de la Vírgen patrona de una feligresía. Preside la fiesta por riguroso turno, el matrimonio mas antiguo del lugar, llevando el *ramo* en señal de mayordomía, que es una *fogaza* profusamente adornada con las flores y frutos mas agenos de la estacion, que se reparten como pan bendito entre los convidados á *chantar*, comer de mediodia. A estos bailes concurren en gran número los aldeanos de las parroquias circunvecinas.

La *tasca*, es la reunion nocturna de varias familias amigas, que concurren á la hera durante el tiempo de la recoleccion del lino. Este servicio es gratuito y recíproco entre aquellas familias. Las mozas se ocupan alegremente en cardar el lino, pelando la pava, ó sea *enchoyando*, con sus enamorados novios, hasta que llega la hora de terminar la funcion bailando un fandango al resplandor de la hoguera.

La *fiaza* es una reunion parecida á la *tasca*, y en la cual *mozas* y ancianas se entretienen hilando hasta que llega la hora del baile. Es su tertulia de confianza.

Por último, la *foliada* es la pequeña fiesta que celebran el domingo por la tarde los vecinos de cada caserío. Cuando el ganado ha vuelto ya de los pastos, mozas y mozos visten sus lujosos y pintorescos trajes de los dias de fiesta y se reunen bajo los frondosos castaños del soto.

Este es el asunto que el señor Fierro ha elegido para su cuadro. Los inteligentes hallan en su obra correcto dibujo, buen color y acertada composicion. Nosotros, estraños por desgracia al arte, pero hijos afortunadamente del pais que nos representa el señor Fierro, hallamos en su cuadro un mérito superior al que otros pueden concederle.—No basta copiar el natural para hacer tan perfecta como el señor Fierro la imitacion de este asunto. Es necesario haber nacido en aquel pais, grave y risueño á la vez, para impregnar el cuadro de cierta poesía y de cierta atmósfera que no se conciben sin haber *sentido* en las florestas de Galicia, sin haber respirado el aura que las estremece.

Todas las figuras de este cuadro tienen una verdad fotográfica.—El gaitero abstraido en la sonoridad de su instrumento, y el *rapaciño* afanado en templar su ronco tamboril, son dos tipos notables.—El *mariñan* baila con desenfado y á grandes saltos, mientras que la mujer, tímida y como avergonzada, apenas mueve los brazos y se desliza lentamente por el círculo del baile. Este contraste es verdad, no las indecorosas posiciones que vemos en las bailarinas de nuestros teatros.—En el primer término de la derecha hay dos figuras admirables por la pureza y la ternura que las caracteriza. No creais que aquel labrador pide un baile á la interesante aldeana con quien está hablando. Esta ceremonia la haria bailando cualquier *punto* ante ella. Lo que el labrador dice á la aldeana es el amor purísimo que siente. ¡Qué pensamientos tan poéticos diriais por primera vez si escucháseis las tiernas palabras del amante que agitando el corazon de la aldeana, hacen temblar los diamantes del

aderezo sobre el erguido y palpitante seno de la vírgen!

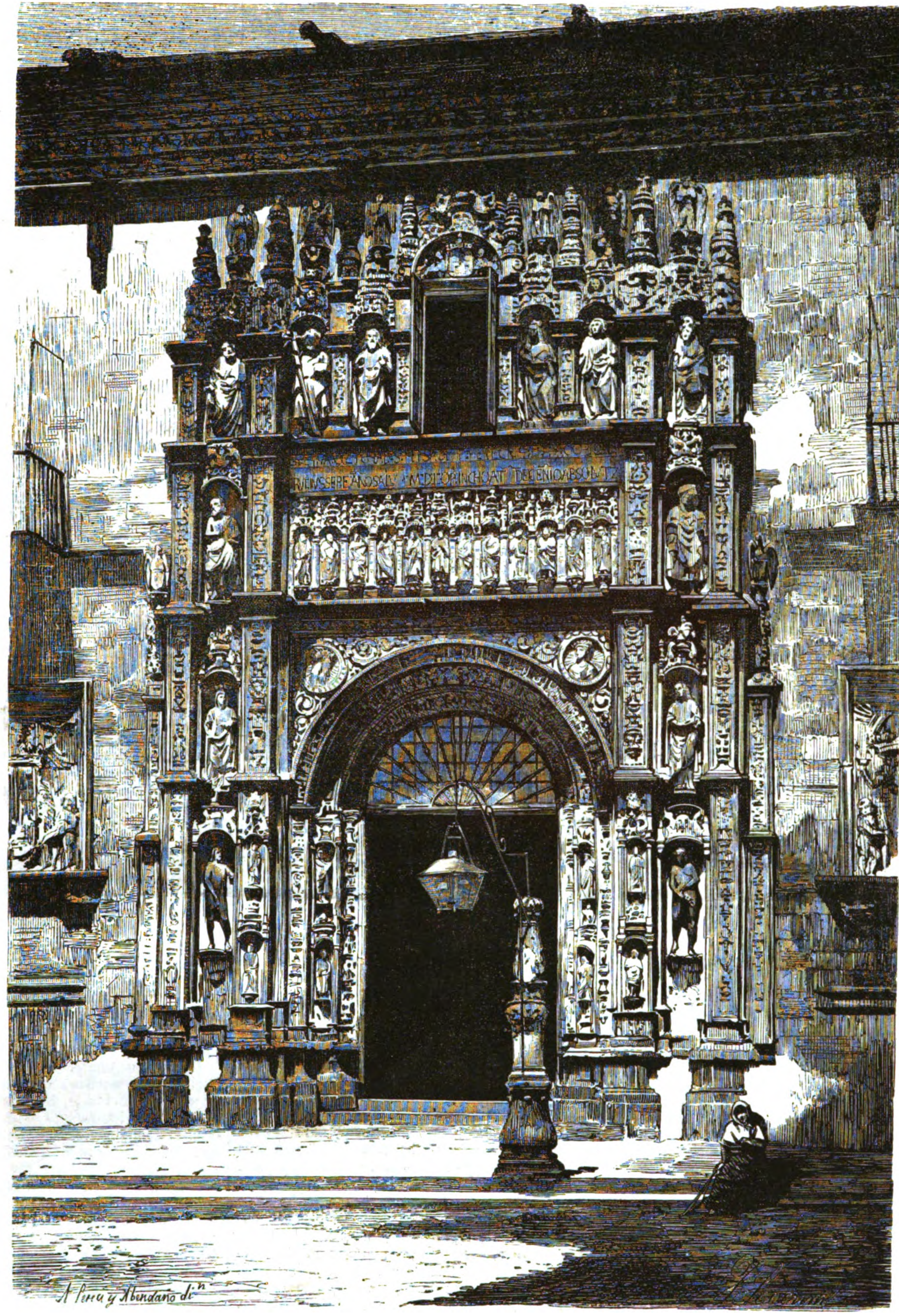
Ocupariamos mucho espacio de El Museo, y hoy disponemos de muy poco, si hubiésemos de hacer una detallada apreciacion de este cuadro.—Para concluir, diremos que es bellísimo en todas sus partes, y que el dibujo y el grabado de esa reproduccion, honran á los artistas y acreditan á este periódico.

Y pues que estoy hablando de mi querida Galicia, no soltaré la pluma, aunque el editor me riña por ocupar algunas líneas mas, sin dejar consignada una frase que hace al caso y que halagará indudablemente á mis hermosas paisanas.

Hablando conmigo, hace algunas noches, sobre la hermosura de la mujer el príncipe de nuestros novelistas, mi distinguido amigo Fernandez y Gonzalez, cerró la conversacion con la siguiente frase, autorizada por los conocimientos estéticos de su autor.

«La hermosura, en su mas espontánea manifestacion, se encuentra generalmente en las hijas de Galicia.»

R. P. y B.



PORTADA DEL HOSPITAL DE SANTIAGO.

EL REAL HOSPITAL DE SANTIAGO.

Antes de empezar la conquista del reino de Granada, conociendo los Reyes Católicos cuántas ventajas podian sacar de semejante empresa si el cielo la protegia, dispusieron ir en santa romería á visitar la casa del divino apóstol, que tantas veces habia ayudado á las armas cristianas contra las huestes morunas. Lo primero que hirió la vista de tan piadosos monarcas, tan pronto como pisaron las calles de la tercera Jerusalen, como le llamaba entonces á Santiago, fue ver el lastimoso estado en que se hallaban los peregrinos, pues segun las diversas cédulas de dichos reyes «ni los sanos tenian albergue donde recogerse, ni los enfermos curacion.» Dormian hacinados dentro de las naves de la catedral, y al propio tiempo, no habia en todo el reino, «disposicion ni providencia para criar los niños espósitos.»

A todo esto quisieron ocurrir los reyes y ofrecieron fundar el hospital de que hablamos tan pronto como fuese concluida la guerra de Granada. Pero los apuros del tesoro eran grandes, y solo gracias al celo de un consejero, D. Diego de Muros uno de los mas ilustres hijos de Galicia, pudo llevarse á cabo, tan grandiosa obra, pues no bastando los maravedises que mandaban los reyes, y lo que rentaba el soto de Granada, tubieron por consejo de Muros dice el P. Sigüenza (1), que impetrar del papa las bulas para fundar una cofradia con cuyas limosnas se pudiese levantar y sostener dicho hospital.

En 1501 suena ya comprando el fundo ó terreno, en que debia edificarse, y en una cédula de la reina doña Juana, fecha de 1509, se manda al nuevo hospital «los enfermos y peregrinos (asi lo dice una memoria manuscrita que tenemos á la vista) que entonces se recogian y curaban en las casas en donde hoy está la de la mayordomía, y mas de aquella acera se puede, pues, sin temor de equivocarse, asegurar que la obra del hospital dió principio en 1501, sin que ni en 1509 en que se abrió al servicio público, ni en 1760 en que se hicieron los últimos patios, ni hoy, se haya concluido el edificio que segun los deseos de sus ilustres fundadores debia ser uno de los mas suntuosos de la cristiandad. Sin embargo la cédula de fundacion está fechada en Madrid á 3 de mayo de 1499 dos años antes en que segun las memorias se principiara su fábrica.

Fundaba el hospital todas, ó cuando menos la mayor parte de sus prerogativas en la bula de Alejandro VI y efectivamente acumuló esta tantas gracias sobre él, que no habia en España, casa, convento ni hospital que reuniese mas que el de Santiago, pues Julio II, en su bula de 30 de abril de 1512 le concedió las gracias de que gozaba el de Santi Spiritus de Roma y además todas las de los demás hospitales de España juntos. Esta sola cláusula da la medida exacta de hasta dónde alcanzaban sus prerogativas. Llamaron siempre la atencion de los escritores de antigüedades, el poder y las preeminencias de que gozaba la célebre abadesa de las Huelgas, pero al ojear el libro de tumbo del hospital de Santiago, al recorrer sus bularios y leer sus cédulas, se comprende que la priora de las Huelgas tenia en el capellan mayor de este hospital un rival digno y afortunado.

Las rentas de esta real casa fueron muchas, asi es que hoy en que la desamortizacion tiende á arrancar la agricultura de manos muertas, han disminuido hasta lo increible, y de su antigua riqueza, no queda mas que un triste recuerdo. Levantóse el hospital á cuenta de los maravedises «que nos para ello vos mandamos librar dice la cédula, e libraremos, e asi mismo todo lo que ha rentado e rentare la tercia parte de los votos de Granada que nos facemos merced para el dicho Espital» y los abades de San Martin de Santiago y de Valladolid, tuvieron que darle los sobrantes de sus rentas segun la bula, y segun las reales cédulas que les compelian á ello.

Los votos de América vinieron á aumentar las riquezas de esta casa, y las mandas, las donaciones, y las adquisiciones del mismo hospital, hicieron de él uno de los mas ricos y espléndidos de España. Galicia enviaba á él casi todos sus enfermos y las riquezas de que era dueño, le permitian tratar á peregrinos y enfermos con aquella largueza y profusion como ya no se volverá á ver, si el gobierno de la nacion, no acude en su auxilio, de un modo digno á tan grande y humanitario asilo.

Su fábrica es una de las mas hermosas y soberbias que cuenta la ciudad en su seno, y su fachada y los dos primeros patios pertenecen al renacimiento, siendo dificil hallar allí un ejemplar mas completo y mejor de este género de arquitectura, si se esceptúa la magnífica portada de la iglesia del convento de San Martin Pinario.

En la cédula de fundacion, se lee la preciosa cláusula siguiente, que es un dato para la historia del arte en Galicia digno de ser apreciado. En ella se manda hacer el hospital «al consejo e parecer de maestre Gas ó de maestre Enrique su hermano, e asi mismo del dicho gobernador (Hernando de la Vega, gobernador de Galicia), conforme á la traza que sus altezas de acá envian.»

La fachada es airosa y como hemos dicho, pertenece al renacimiento presentando la portada un ejemplar acabado de este género de arquitectura. Multitud de esta-

(1) Crónica de la Orden de S. Gerónimo, II parte.



COSTUMBRES DE LOS ALDEANOS DE GALICIA, CUADRO DEL SR. FIERRO.—LA MUIÑEIRA.

tuas llenan los nichos que se ven en los diversos cuerpos de la portada descollando entre ellas y su primer término las estátuas de Adan y Eva con que el genio simbólico del arquitecto de la edad media, pretendió dejar escrito á la puerta del edificio el objeto de este. Forman dicha portada cinco cuerpos, viéndose en el tercero las estátuas de los doce apóstoles, sobre las cuales se lee la elegante inscripcion latina que escribió para poner en aquel sitio el sabio obispo don Diego de Muros. Sobre la puerta y en bajo-relieve, se hacen notar los bustos de los reyes fundadores y el arco de dicha puerta, como todas las del género gótico, está lleno de estatuitas, que no sabemos qué puedan representar, aunque no dudamos un momento que deben tener su razon de ser, en aquel sitio. Lo mismo decimos de las demás estátuas que llenan los intercolumnios laterales, y las del cuarto cuerpo, en medio del que se abre la ventana que da luz á lo que en el hospital se llama la *sala real*, porque efectivamente los Reyes Católicos quisieron tener en dicho edificio una habitacion para hospedarse, razon por qué llaman al hospital *su real casa*. Sobre la ventana descuella el escudo de armas de Castilla y Aragon, y á su alrededor se levantan los hermosos pilares y los ángeles que coronan la portada, una de las mas bellas y concluidas de toda la ciudad. En el cuerpo bajo y á ambos lados de la puerta se hacen notar dos grandes cuadros, en donde están esculpidas las armas de Castilla, escudos que abundan principalmente en el primer patio de la izquierda, en donde forman, lo mismo que en la portada, parte del decorado. Aunque por su mérito artístico no merezca en manera alguna los grandes elogios que se le tributan, al menos por la celebridad de que goza, hablaremos de la



EL GENERAL ECHAGÜE, JEFE DEL PRIMER CUERPO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

cadena que forma parte de los adornos de que está llena la cornisa de la fachada, y cuyo principal mérito no sabemos en qué lo funda el vulgo de las gentes. Tiene sí el de la dificultad y limpieza de ejecucion, y el del pensamiento del artista, pero de ningun modo el mérito artístico que para la mayoría de las gentes, nada hay allí que admirar sino la *cadena*. Error lastimoso, que la ignorancia santifica un dia y otro dia.

Recordamos haber visto en nuestra niñez los preciosos frescos que, espuestos á todas las injurias del tiempo llenaban ambas paredes del pórtico. Si no estamos equivocados, el artista habia dejado allí los retratos de no sabemos qué personajes, cuyas leyendas se veian escritas debajo de los medallones, en que descollaban las severas fisonomías de nuestros antepasados. La penuria de los tiempos que alcanzó este hospital, no permitió restaurar tan preciosa obra del arte, interesante para nuestra historia en sumo grado... Las paredes se cubrieron de blanco, el tesoro histórico que encerraban se perdió para siempre!...

Un viejo altar ocupa el testero de dicho pórtico, descollando entre todo lo que les rodea un tosco crucifijo injuria del arte, y dos retratos de los reyes fundadores, de escaso mérito.

Los dos primeros patios pertenecen al renacimiento lo mismo que lo principal del edificio, llamando la atencion de los inteligentes por la esbeltez de su construccion, cualidad tan difícil de hallar en la mayor parte de los edificios públicos de Galicia. En medio de ellos se alzan dos fuentes, una de ellas la del patio de la derecha del surtidor, que se ve coronada por una figurita de bronce de mediano gusto. En ambos patios arrancan dos escaleras que conducen á las habitaciones

del segundo cuerpo, siendo los adornos de ambas de un esquisito gótico, en particular la del patio de la izquierda, que es elegantísima.

Los segundos patios son muy posteriores á la primitiva construccion, pues datan del año de 1760 y pertenecen á la buena arquitectura clásica.

Pero lo que mas debe llamar la atencion del viajero que visite aquella hospitalaria casa, es la capilla, y en esta, el cuerpo principal y la sacristía.

Todo lo que el arte gótico tiene de airoso y elegante, todo lo que el artista de la edad media supo crear en sus mas hermosos sueños, todo lo que el cincel del escultor cristiano animó con su soplo divino, está allí reunido. Aquellos cuatro altares llenos de una admirable escultura se levantan airosos y sostienen una alta, despejada y elegantísima bóveda. Los nervios, los follajes, los calados, las estátuas todas son perfectas, todos consuenan en aquella agradable y severa sinfonía de piedra como dice Victor Hugo. El dia q e desapareciendo el altar del centro pudiera gozarse en toda su esplendente grandiosidad aquella hermosa capilla, se veria que nada igual tenemos en Galicia, y que compite con las mas celebradas de Toledo y Burgos.

El altar del centro debió ser en la primitiva construccion del mismo género de arquitectura que los colaterales, pero la influencia de un clima húmedo, el ser la mayor parte de los retablos de madera, debia concluir con el primero lo mismo que concluyó con el segundo, al que sustituyó otro altarcito moderno de ningun mérito artístico.

Pero los altares laterales que son de una piedra que á lo compacto del mármol, reune un color mate y una dureza á propósito para el tallado, se conservan casi intactos. Allí están aquellas estátuas, de severos ademanes, de espresivos rostros, modelados de un solo golpe, y en donde la naturalidad de los paños, presta un no se qué de grave y sencillo á aquellas estátuas que no se puede menos de admirar. Las grecas, los follajes, los canastillos, los grifos de larga y retorcida cola, están trabajados con un gusto y minuciosidad esquisita. Un grupo simbólico, hemos admirado, modelo de correccion y dulzura en el dibujo, la cigüeña que se abre el pecho con su pico para dar con sus propias entrañas alimento á sus hijuelos, tiene una leccion, que todos comprenderán sin esfuerzo. No concluiríamos si fuésemos á hacer mencion de todo lo digno que se admira en aquellos sitios: solo una generacion de artistas pudo crearlo.

La sacristía pertenece tambien al género gótico; hay allí la misma esbeltez, la misma gracia que en la capilla, pero despues de admirar esta todo lo demás es pobre. Sin embargo, la sacristía es tambien un buen ejemplar de arte gótico, siempre hermoso, siempre sorprendiendo al que le contempla, con lo atrevido de su concepcion. Algunos cuadros de escasísimo mérito, y una vidriera, en que se ve una imágen del apóstol, que por ser tan escasos los vidrios pintados en Galicia, hacemos mencion, completan todos sus adornos.

En el templete del centro de la capilla, que como dijimos, es de gusto moderno, pero de ningun mérito, se encierran las reliquias de San Heliodoro, que mandó de Roma el papa Pio VIII cediendo á las súplicas del administrador don Manuel Chantre y Torre, y se guardaron en dicho templete, en medio de los mas solemnes festejos el dia 17 de abril de 1830. Otro altar hay en el testero de la capilla, que no merece mencionarse siquiera: pertenece á la horrible restauracion que por desgracia del arte, se llevó á efecto en Galicia á principios del siglo pasado. Las columnas salomónicas, las cariátides, los racimos de uvas y frutas, todo lo que el mal gusto de aquellos tiempos amontonó sobre los altares se ven allí... olvidémosle, pues, no merece siquiera este recuerdo.

Demasiado estenso se hace este artículo para que podamos hablar de la sala real, de la torre del reloj que una restauracion impía profanó, del archivo bastante interesante para la historia del pais, y de tantas otras cosas dignas de atencion que encierra aquella santa casa. No nos estorbará sin embargo para que hagamos público aquí nuestro reconocimiento al digno señor administrador actual que nos ha franqueado el archivo y al señor secretario de dicho hospital, quien con suma amabilidad y modestia, nos ha guiado en nuestras investigaciones, y con sus consejos y noticias nos ha prestado curiosos materiales para la redaccion del presente trabajo. Reciban, pues, este testimonio público de mi agradecimiento

M. Murguia.

UN PASEO POR EL MUNDO CIENTIFICO.

TELEGRAFIA.

I.

Los descubrimientos de la ciencia y sus aplicaciones no son hechos aislados que pueden vivir independientemente por sí mismos, sino que están en armonía con otros descubrimientos y otras aplicaciones y con las necesidades de la vida social. Bajo este punto de vista puede considerarse la ciencia como hija de las necesidades del hombre. Asi vemos que la geometría nace y se desarrolla en Egipto, donde la hacian necesaria las inundaciones del Nilo; la astronomía en los viajes marítimos y entre los pastores, y la alquimia á la sombra de los reyes que necesitaban sus tesoros para conquistar ó dominar el mundo.— En este siglo en que se vive y se camina con tal rapidez, en que los ferro-carriles aproximando los pueblos, estienden á lejanos paises los intereses individuales, era una necesidad el telégrafo eléctrico que trasmite las ideas con la velocidad con que se conciben. El espíritu, dice el sabio romano Sechi, debe caminar siempre mas de prisa que la materia: cuando el único medio de traslacion eran los carruajes bastaban los telégrafos aéreos para que la idea viajase con mas rapidez que el hombre; pero descubierto y aplicado el vapor á la locomocion, debia verificarse en la transmision de la idea una reforma que fuese respecto del telégrafo de torre, lo que es el ferro-carril respecto de la caballería.

No vamos á hablar aquí de los telégrafos eléctricos porque ya lo ha hecho en este periódico otra pluma mejor que la nuestra: solo citaremos de paso el *pantelégrafo ó telégrafo-fotográfico* que ha inventado el italiano Juan Casselli, y cuyo objeto es trasmitir por medio de la electricidad una escritura cualquiera; de modo que el hombre puede escribir con su misma letra por medio de un alambre eléctrico á tan larga distancia como desee.

El aparato de Casselli se compone de un péndulo metálico que se mueve horizontalmente y de un indicador tambien metálico unido á él. Puesto en movimiento el péndulo y haciendo pasar el indicador por todos los puntos de una escritura, comunica este movimiento á la otra estacion cuyo indicador escribe los caracteres con una tinta aisladora en un papel preparado químicamente.

La dificultad que ofrece en la práctica el pantelégrafo, consiste en que los péndulos de las estaciones han de dar el mismo número de oscilaciones en igualdad de tiempo, lo que hasta ahora no ha podido conseguirse mas que en distancias cortas; por lo demás este aparato sirve para trasmitir igualmente los dibujos y grabados con una exactitud rigorosa.

En Inglaterra se trata de hacer una modificacion en el telégrafo eléctrico, que segun creemos tendrá mas pronta aplicacion que el aparato de Casselli. El profundo observador Mr. Boggs, se ha propuesto evitar el mucho tiempo que se emplea en la trasmision de los despachos cuya lentitud puede causar perjuicios en asuntos de gran interés; y para conseguirlo separa completamente la trasmision eléctrica, que es instantánea, del trabajo del telegrafista en dicha trasmision. Mr. Boggs ha realizado su proyecto disponiendo una serie de fajas de guta-percha llenas de agujeritos que distan igualmente entre sí y forman renglones. El telegrafista coloca en estos puntos agujas de cobre cuya disposicion una á una, dos á dos ya dejando uno ó mas puntos intermedios puede ofrecer todas las combinaciones necesarias para constituir un lenguaje telegráfico. Despues se arrollan estas fajas á un cilindro que se pone en movimiento por medio de una máquina de vapor y cada puntada de las agujas la marca en la otra estacion por medio de un estilo que señala los puntos y los intervalos.

Aun no se conoce la velocidad que debe tener la máquina en esta nueva aplicacion del vapor á la electricidad; pero es muy fácil determinarla por la esperiencia, teniendo presente que basta un contacto de dos centésimas partes de segundo para que se verifique la trasmision con toda claridad.

El sistema telegráfico que acabamos de esponer tiene gran analogía con el trabajo de imprenta; la faja de guta-percha remplaza al componedor, las agujas á las letras, y el aparato eléctrico á la prensa con la diferencia de que el pliego impreso ó por mejor decir, agujereado puede salir á miles de leguas de distancia.

Por este medio se adelanta mucho en la trasmision de noticias porque el telégrafo está desocupado mientras se *componen* las fajas; y teniendo suficiente número de empleados, que pronto se adiestrarian en este trabajo, se podrian trasmitir mas despachos que hoy, sin que por esto se aumentasen casi los gastos —En este sistema el precio de la trasmision depende del tiempo empleado en ella, lo cual es mas equitativo que hacerle depender de las palabras como sucede en España y en toda Europa. — Un empleado en telégrafos nos ha suministrado como cosa curiosa dos despachos compuestos á propósito uno de los cuales tiene cuarenta y tres letras y otro noventa y una: ambos tienen quince palabras y por lo tanto su precio es el mismo, siendo tan diferente el trabajo y el tiempo empleado en la trasmision de uno y otro.

II.

Del mismo modo que los ferro-carriles, en vez de hacer inútiles los caminos vecinales, han venido á darles nueva vida, el telégrafo eléctrico en vez de hacer desaparecer el telégrafo de señales, ha impulsado á buscar nuevos sistemas telegráficos para aquellos paises ó puntos en que no sea facil establecer un alambre eléctrico.

El objeto principal de estos trabajos ha sido evitar que el estado atmosférico ú otra causa equivalente fuese un impedimento para la trasmision. En los telégrafos aéreos reducidos en un principio á leer, por decirlo asi, á larga distancia con el auxilio de poderosos anteojos, rara vez se recibia un despacho que hubiese recorrido una gran distancia que no terminase con la frase «retrasado por nieblas» sucediendo con frecuencia que las noticias se recibian antes por los correos. Asi antes de la aplicacion del fluido eléctrico á los telégrafos se habia acudido ya á las ciencias físicas y naturales, á la meteorología, á la acústica buscando elementos para formar un sistema universal telegráfico, lo cual aunque no se consiguió dió origen á una porcion de observaciones curiosas, algunas de las cuales han sido aplicadas despues.

Entre todos estos sistemas de telégrafos, el mas notable es el acústico. La *telefonía* tiene por objeto trasmitir con gran velocidad las ideas por medio de los órganos vocales ó de un instrumento sonoro; es el lenguaje universal espresado por la música de tal modo, que cada nota espresa una letra, una palabra ó una oracion. Monsieur Sudre, a quien se deben principalmente los estudios telefónicos, fundó su sistema en la sucesion de todas las notas musicales; pero despues simplificó su invencion reduciendo el número de notas á cuatro y á tres, y últimamente á una sola, pudiendo servir indistintamente de medio telegráfico el clarin, el tambor y el cañon.

Aunque este sistema está fundado en la distincion de las notas musicales, no es preciso para comprender los telegramas tener un oido fino ni educado, porque la variacion de las notas cuando se empleen mas de una, puede sustituirse con la repeticion una vez de la segunda, dos de la tercera, etc.

El telégrafo acústico limitado como puede haberse deducido de lo dicho á la trasmision de órdenes militares, ha sido empleado en la reciente guerra de Crimea, dando muy buenos resultados.

Otro de los sistemas, que es de esperar tenga mucha aplicacion á pesar de la existencia del telégrafo eléctrico, es el telégrafo solar ó *heliógrafo*, inventado hace muy poco tiempo por Mr. Leseurre, y fundado en la reflexion por medio de un espejo de los rayos solares, que como es sabido se trasmiten en campo raso á una distancia prodigiosa.

El aparato se compone de un espejo, que movido por un resorte de relojería, sigue en un plano inclinado sobre al eje de la tierra, el movimiento del sol, conservando el rayo reflejado siempre en la misma direccion. Otro espejo fijo recibe este rayo y le envia á un anteojo y una pantalla que están preparadas en la otra estacion. Para producir las señales se mueve por medio de un tornillo el espejo reflector y la duracion y repeticion de este relámpago luminoso, forman un alfabeto particular por medio del cual puede espresarse cualquier combinacion de letras por complicada que sea. Hasta ahora en los ensayos que se han hecho se ha dado á estas emisiones de luz segun su duracion, el mismo significado que á los puntos y líneas en el telégrafo eléctrico de Morse, conviniendo en que las emisiones breves representan los puntos y las largas las líneas.

El telégrafo solar tiene la gran ventaja de que puede trasladarse con la mayor facilidad de un punto á otro (1), y de que dirigiendo desde una de las estaciones por todo el horizonte un rayo luminoso, es fácil determinar la posicion de la otra estacion, enviando esta una señal cuando reciba el rayo.

La importancia del heliógrafo consiste principalmente en las aplicaciones geodésicas: las triangulaciones, las observaciones astronómicas simultáneas, y sobre todo la determinacion de las longitudes se aprovecharán de este instrumento que puede emplearse aun en grandes distancias porque la zona iluminada por el rayo solar cuando se hace girar el espejo tiene medio grado de altura.

De este modo el *viejo padre del mundo* es empleado hoy por sus hijos como un elemento principal, como un cooperador activo en las observaciones que á él mismo y á su brillante séquito se dirigen, como un nuevo auxiliar encargado de traer y llevar noticias.

ACÚSTICA.

I.

Hemos visto hace poco que la telefonía pretende trasmitir las ideas por medio del sonido, y sabido es que la diferencia de sonidos proviene principalmente del número de vibraciones del aire en la unidad de tiempo. ¿Pero estas vibraciones, esta diferencia de sonidos no podria reducirse á signos? Es decir, ¿hay alguna analogía entre el sonido y la escritura? ¿Pueden encontrarse signos escritos que tengan una relacion directa con los sonidos, una significacion fonética en que no haya nada artificial ni convencional?

Resolver este problema equivale á escribir el sonido en todas sus infinitas variaciones, es crear una lengua música universal que trasmita al mismo tiempo que la idea, el tono con que ha sido pronunciada, el timbre de la voz; es la palabra escrita y cantada, la voz suave ó áspera, tranquila ó colérica; la palabra viva, animada; en fin, la escritura perfecta.

(1) Pesa ocho kilógramos todo el aparato.



Mas como es imposible hallar analogía entre el signo y el sonido y aunque se admitiesen signos convencionales, seria necesario emplear un número infinito de ellos; y como por otra parte no pueden contarse las vibraciones imperceptibles que forman el sonido con todos sus accidentes, para que este problema quedara completamente resuelto, seria preciso que la palabra se escribiese á sí misma, y comparando despues lo hablado y lo escrito, deducir la analogía que existe entre uno y otro.

Pues este problema que enunciado como acabamos de hacerlo, parecerá irresoluble á nuestros lectores, es el que ha tratado de resolver Mr. Scott y creemos que lo ha conseguido á fuerza de delicadísimas y no interrumpidas observaciones.

Para comprender el aparato de Scott debe tenerse presente que las vibraciones acústicas se apagan en el aire á causa del continuo movimiento en que se encuentra este fluido ó de que otras vibraciones, aniquilan, por decirlo así, á las primeras: de modo que aislando completamente de la atmósfera y de todo movimiento estraño el aire en que se produzcan las vibraciones, estas se trasmitirán íntegramente á cualquier distancia. La esperiencia demuestra la verdad de esta hipótesis: Mr. Biot ha sostenido en voz muy baja una conversacion con un amigo al través de un tubo de 950 metros de largo.

Mr. Scott ha observado detenidamente la configuracion del oido humano y su aparato fundado en este estudio, se compone de un conducto terminado en una de sus estremidades por un pabellon que recoge los sonidos producidos por la voz humana, por los gritos de los animales ó por un instrumento sonoro cualquiera. La otra estremidad de este conducto está cerrada por una membrana sumamente ténue, y convenientemente estirada, á la cual va unido un lapiz ó estilo muy ligero. Este lapiz puesto en movimiento por las vibraciones causadas en la membrana por un sonido señala sus *trazos* en un papel cubierto de negro de humo, y que colocado delante del lapiz se desarrolla lenta y uniformemente por medio de un aparato de relojería. Los trazos marcados de este modo en el papel se reproducen y fijan en seguida por medio de la fotografía.—Como puede conocerse desde luego, el fonetógrafo de Mr. Scott no es mas que el aparato auditivo del hombre adicionado con un lapiz que representa á la vista las sensaciones ó vibraciones producidas por el sonido.

Aun no es tiempo de descubrir las infinitas é importantes aplicaciones á que se presta el fonetógrafo, pero desde luego puede asegurarse que dará gran claridad á todas las cuestiones acústicas que hoy están muy poco esplicadas.—Mr. Scott ha obtenido ya una porcion de pruebas fotográficas, de las cuales pueden deducirse consecuencias muy curiosas. En los trazos se descubre perfectamente por la magnitud é irregularidad de las curvas, la diferencia entre los acordes producidos por la voz humana, y por un instrumento de viento ó de cuerdas; del mismo modo se distingue en una voz el canto, los gritos, la acentuacion y la energía con que se pronuncian las palabras.—Las vibraciones producidas por un sonido cualquiera son tanto mas regulares, mas semejantes, y por lo tanto mas isócronas cuanto mas suave y grato al oido es el sonido. En los trazos de las voces falsas se reconocen dos y aun algunas veces tres vibraciones secundarias; y en las voces desiguales, chillonas ó en los sonidos discordes de los instrumentos los trazos son irregulares, desiguales, no isócronos.

Si estos estudios se perfeccionan creemos que podrá reformarse notablemente la taquigrafía, adoptando los signos que espresen los sonidos, con los cuales se podrá seguir al orador, sin perder una palabra, escribiendo diez sonidos silábicos por segundo, que son los que puede pronunciar el hombre en este tiempo hablando con suma rapidez. En esta reforma las lenguas estranjeras ganarian mas que la nuestra porque tienen muchas letras que no suenan nada absolutamente en la pronunciacion.

Por último, si llegase á aplicarse la escritura fonética en vez de leer como se hace hoy, el raciocinio lógico, la palabra muerta, el sonido pasivo por decirlo así, tendríamos en un escrito la palabra viva con la misma intencion, acentuacion y energía con que ha sido pronunciada. Leer bien un discurso seria oirle á su autor.

FELIPE PICATOSTE.

UNA PLANTA INDIGENA.

Lo que voy á referir, debe pareceros muy estraño.

Yo no diré que sea cierto, pero puedo aseguraros que me ha sucedido; que lo he visto, que es histórico hasta cierto punto.

Es decir, que me refiero á sensaciones que he esperimentado, á personas que he recibido en mi casa, á conversaciones que he sostenido con ellas.

Y sin embargo, yo no diré que sea cierto: porque aquellas sensaciones no tienen valor, aunque lleguen hasta el corazon: porque aquellas personas no existen ni existieron nunca; aunque recuerdo perfectamente sus fisonomías; porque aquellas conversaciones, en fin, nadie las oia mas que yo, ni aun mis interlocutores, á pesar de que me hablaban cuerdamente.

¿No os parece esto muy estraño?

—

Era un domingo por la noche.

Todo estaba en silencio en mi gabinete: todo permanecia en quietud menos el fuego de la chimenea y yo.

La llama chisporroteaba al calcinar dos pequeños troncos de *alcornoque*.—Yo escribia.

Entre el fuego y yo, podia establecerse entonces un paralelo.

La llama consumia la madera que le daba vida.—Yo consumia la imaginacion que me daba aliento.

Ambos consumiamos una misma cosa.—Nuestro *ser*.

Ya dije de qué clase era la madera que ardia en la chimenea.

—

Era ya muy tarde.

Una atmósfera templada, una luz velada por el trasparente de una pantalla color de rosa y una butaca de alto respaldo y muelle almohadon, son enemigos irreconciliables del insomnio.

Tiré con desden la pluma sobre la cuartilla en que estaba escribiendo; encendí el habano que habian dejado apagar mis perezosos labios, y me arrellané cómodamente en la butaca.

En esta posicion sentía un bienestar inesplicable.

Poco á poco fueron estinguiéndose en la calle los pasos de los transeuntes.

Se oye á lo lejos el prolongado canto de un gallo.

Y el fuego empezaba á vacilar sobre los troncos carbonizados.

Y mi vista, ya turbada, seguia errante las caprichosas ondulaciones en que se elevaba hasta el techo el azulado humo de mi cigarro.

—

De pronto oí en la calle el ruido de muchas pisadas.—Inmenso debia ser el gentío, cuyos murmullos escuchaba cada vez mas próximos.

—¿Qué será? me pregunté, incorporándome á pesar mio.

Nada se me ocurrió que pudiera esplicar aquella concurrencia en hora tan avanzada.

Lo único á que podia atribuirse era á una revolucion; pero como no soy gobierno, ni siquiera pensé en semejante estravagancia.

La multitud se acercaba por momentos.—Yo me encontraba perplejo.

Seguí prestando atencion, y los pasos cesaron frente á mi casa.

Entonces me levanté.

La muchedumbre se condensaba, agolpándose contra la puerta.

¡Aquí es! ¡aquí es! gritaban á coro muchas voces

Al escuchar esta indicacion, sospeché que buscaban á alguno de mis vecinos de casa.

¿Pero á quién? ¿Con qué motivo?

No pudiendo resistir por mas tiempo mi curiosidad, me dirigí á la ventana.

Apenas la luz de la lámpara proyectó mi sombra sobre los cristales, un saludo general salió de entre aquel público turbulento.

—¡Ahí está! gritaron mil voces á un tiempo.

Y todos se lanzaron en tropel á las escaleras, formando al subir un estruendo diabólico, espantoso.

—

Yo continuaba admirándome.—Por fin, se abrió con violencia la mampara de mi gabinete.

—¡Valor! me dije esperando el instante de ver invadida mi habitacion por aquella muchedumbre.

Pero en el dintel solo apareció la figura grave é impasible del portero.

—¿Qué quiere esa gente? le pregunté con avidez.

—Hablar á usted, me contestó lacónicamente.

¿Pero quiénes son?

—Los suscritores de EL MUSEO UNIVERSAL, que vienen á devolver á usted la visita que les hizo en su primer artículo.

Y desapareció como una sombra, sin esperar mi respuesta.

Entonces lo comprendí todo.

—

Y la multitud empezó á entrar en mi gabinete.

Y entraba sin interrupcion y con órden, como un regimiento en su cuartel; como las olas en la playa.

Y al pasar me saludaban todos: los suscritores con una mirada bondadosa y las suscritoras con una sonrisa de ángel.

Porque EL MUSEO tiene tambien suscritoras. ¡Y son tan bellas!—Yo conozco á muchas...

Pero sigamos narrando.

Aquella variedad de fisonomías, de trajes y de colores que pasaba sin cesar delante de mí, empezaba á desvanecer mi razon y mi vista.

El gabinete, que en otras ocasiones apenas pudo contener veinte personas, se ensanchaba entonces á medida que iba ocupándolo aquel gentío.

Sus paredes se dilataban como la tela de un globo que se llena de gas.—Habia mucho de fantástico en aquel espectáculo.

Media hora duró la entrada de la multitud en mi habitacion.—Cuando entraron los últimos, mi pequeño gabinete se habia transformado en un salon inmenso.

Habia sillones y confidentes para todos, y la opaca luz de mi lámpara contrastaba maravillosamente con la claridad de mil bujías que ardian en brillantes arañas.

—

Tomamos asiento.

Por un fenómeno inesplicable, yo conocia á todas aquellas personas.

Ya me disponia á murmurar alguna frase de ceremonia, cuando levantándose uno de los concurrentes, tomó la palabra en nombre de todos.

—Somos, me dijo, los suscritores de EL MUSEO, que venimos á devolver á usted la visita que nos hizo en el número (tantos).

Yo me incliné respetuosamente.

—La distincion que ustedes me dispensan, respondí conmovido, me obligará á redoblar mis esfuerzos para hacerme digno acreedor de sus simpatías.

—¿Y á qué clase de artículos piensa usted dar la preferencia? preguntó otro de los concurrentes.

—En este punto, contesté sin vacilar, profeso la opinion de aquellos que se abandonan á la corriente del gusto público. Ustedes se servirán ponerse de acuerdo sobre la clase de artículos que merece su predileccion, y á ellos me dedicaré esclusivamente.

—¡Bravo! esclamaron muchas voces.

Y resonó un aplauso general.

—Es decir, repuso un primer actor que solo escribirá usted revistas de teatros, ensalzando el talento de los actores y defendiendo su reputacion artística mancillada por críticos ignorantes...

—Las revistas teatrales, interrumpió un autor dramático, solo deben referirse al mérito literario de las producciones...

—Pues yo creo, repuso un empresario, que con preferencia á todo, deben ocuparse del lujo con que se decora la escena, de la comodidad del local...

—Señores, dije yo entonces.—El autor de una obra, el empresario que la recibe y el actor que la interpreta, son igualmente acreedores á la atencion del articulista. Para todos tiene encomios...

—¡Muy bien! esclamaron á un tiempo autores, actores y empresarios.

—Y para todos tiene censuras.

Esta conclusion deshizo en algunos el buen efecto de mi discurso.

—Yo aseguro á ustedes, continué que no escasearia mis elogios al autor de talento, al empresario concienzudo y al actor de inteligencia.

Y dirigí mi vista á muchos de los que me escuchaban, dignos de estas calificaciones.

—Pero tampoco, añadí, dejaria de estallar el látigo de la crítica sobre la cabeza del autor que escribe sin mas permiso que el de su pluma sedienta de.. tinta.

Palidecieron algunos semblantes.

—Del empresario que forma una compañía teatral, no con el deseo de ofrecer espectáculoss dignos de nuestra civilizacion, si no con el objeto de especular codiciosamente, convirtiendo en tesoro de avaro el arca de contaduría.

Otros semblantes se ruborizaron.

—De aquellos, en fin, mal llamados actores y actrices, que recurren al teatro, no por amor al arte, sino por ostentacion, por holgazanería, por... vicio; así que, en vez de dar brillo con su inspiracion á las producciones teatrales, la estropean, unos con su exageracion, otros con su frialdad y todos con su falta de estudios y de inteligencia.

Hubo un pequeño movimiento en el auditorio.—

—Mejor será, observó un astrónomo, que se dedique usted á escribir artículos científicos sobre los sorprendentes adelantos del siglo en los principales ramos del saber humano.

—Yo prefiero, dijo un pintor, las revistas de bellas artes.

—Pues á mí nada me gusta tanto como leer artículos de viajes, manifestó un humilde jóven.—Vivo enclavado en Madrid como una finca urbana...

—¡Viajes! esclamó un antiguo empleado. Yo he viajado y visto mas de lo que pueda decirme el album de cualquier viajero.—Voto por biografías de hombres célebres

—¡Nada de biografías! gritó un político distinguido. Las biografías son hojas arrancadas al libro de la historia; pero con tan poca habilidad por lo regular, que bien



EJERCITO ESPAÑOL.



Ingenieros. Artilleros. Oficial de Ingenieros. Capitan de Artillería. Capitan de Cazadores. Cazador de Madrid. Soldado de infantería

pueden compararse á las muestras de una tela, cortadas de modo que no den á conocer el dibujo ni los colores de la pieza. Yo prefiero las tradiciones de las montañas, de las ruinas...

—¡Tradiciones! replicó un cesante. ¿Y qué son las tradicciones sino la biografía de las cosas, pero biografía llena de errores y de supersticion? Yo quiero artículos de costumbres.

—¿Y para qué, objetó un marido *como hay muchos*. Si esos artículos son malos, son tambien los mas insulsos; y si son buenos, es decir, si pintan con verdad las diferentes escenas de la vida, todos vemos el original de esos artículos sin necesidad de leerlos, esponiéndonos á tropezar con nuestro retrato. Yo pido artículos filosóficos en que resplandezcan la moral y la lógica...

—¿Y quién entiende de eso? preguntó admirado un arreglador de zarzuelas. Yo exijo cuentos epigramáticos.

—Yo baladas fantásticas, dijo un poeta en bruto.—

—Yo aventuras de amor, picó un pollo.

—¡Si, si! Aventuras de amor afirmaron á un tiempo cien bellísimas suscritoras.

—Y novelas: novelitas de cuatro ó cinco capítulos.

—¡Y artículos satíricos pero con mucha gracia, mucha gracia!!

—¡Pues yo quiero artículos de modas!

—¡Y yo anécdotas y dichos célebres!

—¡Y yo anagramas y acertijos!

—¡Y yo cábalas para la lotería primitiva! (Pásmese el lector).

—¡Y yo charadas!

—¡Y yo!...

—¡Y yo!...

—¡Y yo!...

Y las voces se mezclaron confundiéndose todas en un rumor espantoso, como el que ensordece al que escucha un repique general desde el interior de un campanario.

—

Entonces fijé con asombro mi atencion en el único de aquellos personajes que impasible entre tanta algazara, permanecia á mi lado silencioso y meditabundo.

—Y bien le pregunté. ¿Qué opina usted de esta barahunda?

—¡Ese es el público! me contestó con serenidad.—Tan múltiple en su número como en sus caprichos, lee con afan toda clase de producciones. Subdividido en mil grupos, absolutamente esclusivistas en sus gustos, nada se escribe que no sea aceptado por alguno. Lo mismo hiere su mente el rayo divino de la inspiracion, que el fuego fátuo de la *chispa*; pero EL MUSEO UNIVERSAL no debe complacer á todos.

—¿Y qué voy á hacer yo en vista de tan encontrados pareceres?

—Consultar mis fuerzas para escribir en el tono que exige el carácter de esta publicacion.

—Creo comprender su índole.

—Escúcheme usted no obstante.—EL MUSEO no es una especulacion comercial, ni una escalera política, ni un mono literario.—Es un periódico de ciencias, artes y literatura, que nada mendiga del estranjero.—Es una planta indígena, puramente española, que cultivada por la pluma de nuestros literatos y el buril de nuestros artistas, crece lozana entre las plantas exóticas que secan el campo de nuestra publicidad; hiedra invasora que ahoga en su broche bellísimas flores.—Sus hojas todas deben elevarse hácia el sol de las ilustraciones.—Si alguna nace rastrera, yo me encargo de arrancársela antes que tuerza su tallo.

—¡Diablo! grité cada vez mas aturdido.

Y al esforzar la voz con este grito, me encontré reclinado en la butaca, sin mas compañía que la de un pequeño raton que roia mis manuscritos esparcidos sobre la mesa.

—

—¡Sueño mas original!... esclamé pasando la mano por mi nublada frente para desvanecer aquella pesadilla.—Es decir, que ellos... y ellas... y el editor... y...

Y volví á quedarme profundamente dormido; pero esta vez no soñé con vosotros.

Por la mañana, reflexioné algun tiempo sobre este sueño.

—¡Pobre articulista! me dije con lástima.

Y escribí este artículo que, á falta de otro mejor, es bastante bueno para la firma de

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS

ADVERTENCIAS.

Remitimos ejemplares de este primer número del año á nuestros corresponsales, á fin de que puedan presentarle como muestra de la publicacion á los que deseen formar idea de ella antes de suscribirse.

Los que habiendo sido suscritores en 1859 deseen renovar su abono, se servirán hacerlo sin demora para que no sufran retraso en el recibo de los números.

Los corresponsales entregarán en el acto de hacer la suscricion el Almanaque de 1860; y si se hubiesen concluido los ejemplares remitidos, se hará nueva remesa tan luego como se reciba el aviso.

Donde no haya corresponsal puede hacerse la suscricion por carta franqueada incluyendo en ella el importe en libranzas ó sellos de correos: los pedidos se servirán inmediatamente.

Geroglífico.





La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.





EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 2.° — PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. — MADRID, 8 DE ENERO DE 1860. — PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 pesos. — AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Al comenzar el año, nuestras tropas obtenian un nuevo triunfo: el año, pues, ha principiado bajo buenos auspicios, con el movimiento del ejército de Africa en direccion de Tetuan y con una batalla notable en que la victoria quedó como siempre, por nuestros valientes. El 1.° de enero, á las siete de la mañana, el general en jefe montó á caballo, y con la division Prim y parte del cuerpo de ejército á las órdenes del general Zabala, emprendió el movimiento recorriendo el camino construido hasta los Castillejos, á legua y media del campamento. El enemigo fue arrojado de todas las posiciones que tenia y en su campo se establecieron nuestros soldados estando siempre á vanguardia la division Prim. Este general merece una especial mencion de nuestra parte, porque desde el momento en que llegó con su division al teatro de la guerra, ha tenido ocasiones de distinguirse. La mision que hasta ahora le ha estado encomendada, la de proteger las obras que se ejecutan para abrir el camino hasta Tetuan, es sin duda alguna la mas importante, y el general Prim, al cumplirla, ha desplegado grandes dotes militares. Como nuestros lectores supondrán, cada dia la division de su mando ha tenido que sostener mas ó menos encarnizadamente un combate con los marroquíes que trataban de impedir las obras del camino; y cada dia el general Prim tenia una nueva combinacion que oponerles, sobre todo cuando en la retirada al campamento al terminar los trabajos del dia, debia sostener el ímpetu de los moros que se lanzaban sobre sus fuerzas. Al principio comenzó por hacer retiradas falsas y emboscar fuerzas que cortaran á los moros, plan que produjo su efecto y escarmentó al enemigo, el cual se hizo mas cauto: despues al colocar sus tropas en las posiciones convenientes para proteger las obras, mandó abrir sendas entre una y otra posicion para comunicar con facilidad y prontitud las órdenes; y últimamente en el ataque del 1.° de enero, rebasó la línea que se juzgaba aquel dia posible tomar, y hallando á vanguardia ocupada por los moros una posicion mas conveniente para establecer su campo, se lanzó á ella, la tomó, la atrincheró y avisó de su triunfo al general en jefe que aprobó satisfecho sus disposiciones.

Distinguiéronse tambien en el ataque del 1.°, que segun se deduce del parte recibido, duró doce horas y fue muy empeñado por la tenaz resistencia que el enemigo opuso, los generales Zabala, Quesada y Turon: el primero hubo de retirarse á Ceuta por haberse baldado de un lado, efecto sin duda de la humedad y el viento, mas ya hay noticias de su restablecimiento y de su vuelta al campo. De los jefes, oficiales y soldados de nuestro ejército, no hay que decir sino que son superiores á todo elogio por su valor y disciplina. En Africa y al frente del enemigo, el honor español inflama todos los ánimos y en cada pecho late un corazon de héroe.

El triunfo del dia 1.° no se ha conseguido como puede suponerse sin pérdidas sensibles. Hemos tenido siete oficiales muertos y sesenta y ocho heridos; y entre la tropa unos ochenta y siete muertos y cerca de quinientos heridos, muchos de ellos levemente. Esta pérdida indica lo empeñado del combate. Al dia siguiente se adoptaron las disposiciones necesarias para fortificar las posiciones conquistadas, y hacer avanzar nuevas fuerzas á fin de proseguir el comenzado movimiento. Hasta el dia 4 por la mañana no ocurria novedad en el campo: los moros habian establecido el suyo paralelamente á mas de una legua de distancia bastante quebrantada su primitiva audacia. Continuaban las obras del camino á Tetuan, y segun dicen de Ceuta, los moros despues de otra batalla hácia Cabo Negro, se encerrarán en la plaza en número de cuarenta mil hombres. Dudamos que cometan tamaña falta, no obstante su ignorancia del arte de la guerra; pero celebraríamos que la cometiesen porque aquí se verificaria completamente aquel refran de, *á mas moros mas ganancia*. Cuarenta mil moros encerrados en Tetuan sirviendo de blanco á nuestra artillería de batir, en pocos dias se verian obligados á rendirse por hambre, por falta de municiones y por el destrozo de nuestros proyectiles.

Segun los periódicos de Gibraltar, ha sido apresado un buque inglés cargado de bayonetas y víveres con destino á Marruecos y que habia traspasado la línea de bloqueo. Por nuestra parte sabemos que bajo los cañones de Gibraltar se abrigan algunos otros buques que traen un cargamento análogo con el mismo destino. El periódico oficial de la plaza el *Gibraltar Chronicle* en uno de sus últimos números, les aconseja que vayan á Mogador, donde se puede entrar libremente. Por desgracia esto es verdad; no hemos bloqueado á Mogador, y es preciso apresurarse á remediar esta falta. Para eso aconsejaríamos al gobierno que si no bastan los buques de guerra y entre tanto que llegan los que se han mandado venir de las Antillas, aceptase los ofrecimientos que se le han hecho por la marina mercante y armase algunos de sus buques.

Por lo que acabamos de decir, se comprenderá que el gobierno y autoridades inglesas siguen mostrándonos su simpatía. El *Spectator* de Lóndres decia el otro dia: «Las noticias de Marruecos son satisfactorias, es decir, los españoles no adelantan un paso.» Con estas paparruchas, con las versiones que da el *Gibraltar Chronicle*, con las cartas de un corresponsal del *Times* en París que recibe comunicaciones de un *Spanish gentleman* y con las comunicaciones que recibe el *Journal des Debats* de algun otro *gentil-homme espagnol*, se entretiene á los crédulos mientras llega la hora del desengaño.

Los asuntos de Europa han entrado en una nueva faz á consecuencia de la publicacion de un folleto titulado el *Papa y el Congreso*. Este folleto impreso en París bajo el nombre de Mr. de la Gueronniere se cree inspirado por Luis Napoleon, y como en él se propone que la soberanía temporal del papa se reduzca pura y simplemente á la ciudad de Roma y sus arrabales, la sensacion que ha producido en Francia, en Roma y en Viena ha sido inmensa. En favor y en contra se está escribiendo á todo escribir: la reunion del congreso se ha suspendido por ahora; las notas diplomáticas se cruzan, y creemos que esto durará hasta que se prepare y presente otro cuadro de combinacion y sorpresa. Cual será este, solo lo saben los directores del espectáculo.

Ha muerto en Nueva York un historiador que casi podríamos llamar español: hablamos de Washington Irving, embajador en España en 1840 y autor distinguido de los Viajes de Colon. Tambien ha muerto en Lón-

dres el ilustre autor de la *Historia de Inglaterra desde Jacobo II*, Mr. Macaulay. Tenia cincuenta y nueve años de edad, y ha dejado por concluir su obra que tanta reputacion le ha dado. El señor Escosura, nuestro apreciable compatriota, sigue publicando cada vez con mas aceptacion su *Historia Constitucional* de aquel país, de la cual se ha repartido el cuaderno 13 del tomo II.

El *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, sigue publicándose con creciente favor. Su autor, el señor Alarcon, salió herido en la accion del 30: sin embargo, tenemos la satisfaccion de anunciar que su herida es leve, y que la obra no sufrirá retraso alguno.

Una novedad teatral tan pronto nacida como muerta á mano *airata*, hemos tenido esta semana. Hablamos del melodrama en siete cuadros titulado *Candelas*, obra de un escritor que ha querido ocultar su nombre. Candelas, el protagonista de esta obra, fue un ladron famoso de cuyas hazañas están llenas las crónicas del latrocinio. No se dice que sus manos se mancharan nunca con sangre, pero en esto de dar petardos y golpes atrevidos é ingeniosos, no habia en el gremio quien le igualara: sus ojos eran candiles y sus manos garabatos. Es claro que un melodrama en que figurase Candelas como principal personage

con su acompañamiento del Zurdillo,
el Tiñoso, Braguillas y Pateta

habia de estar lleno de lances de robo aunque no fuera mas que por sostener *el color local*. No hay, pues nadie seguro en el drama. Sin embargo, debemos decir que la conclusion es moral, y que formando contraste con su héroe, ha puesto el autor un hombre trabajador y honrado que recibe al fin la recompensa de su conducta, mientras el otro sufre el castigo.

Despues de representada esta pieza en el teatro de la plazuela de la Cebada por espacio de tres ó cuatro noches, la autoridad ha suspendido sus exhibiciones, con grave perjuicio de los intereses de la empresa.

En un periódico de Zaragoza hemos leido el anuncio de que dentro de pocos dias se presentará en aquel teatro la *tiple señorita Murillo, cuya* CESION *por la empresa de Jovellanos está próxima á realizarse*. ¡Feliz empresa de Zaragoza á quien se hacen cesiones de ese género sin subasta!

En el Príncipe parece que se va á dar un concierto vocal é instrumental á beneficio de los heridos de Africa. La orquesta del teatro de Oriente asistirá.

La Ristori sigue entusiasmando al público.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA TOMA DE GRANADA

Y EL SUSPIRO DEL MORO.

(CONCLUSION.)

XII.

¡Muros derruidos de mi ciudad de Granada; melancólico Albaicin que conservas aun tus mezquitas moras convertidas en templos cristianos; abandonados palacios de la Horra y del Gallo de Viento; Alcazaba Kadima, que debes á los vientos y á las lluvias de trescientos años, tu musgo verdinegro y tus cortinajes de hiedra; asombrosos jardines que concertais con el murmurio de las hojas de vuestros árboles agitadas por las auras, el murmurio de las aguas de vuestras fuentes de alabastro labradas por el moro; barrios del Zenete, de Aynadamar, del Hajeriz y de la Antequeruela; irregulares plazas, torcidas callejas, almarestanes (1) y aljamas; sombrosas riberas del Darro, risueñas orillas del Genil, y tu alcázar de delicias, joya de filigrana de oro y colores, Alhambra encantada, maravilloso alcázar creado por la voluptuosidad musulmana; y vosotras torres Bermejas, murallas, torreones y castillos, volved á ser por un momento, lo que fuisteis el dia en que vuestro recinto torreado abrió sus puertas de hierro á los campeones de la cruz; recoged vuestros escombros; poblaos de los seres que vivieron en vuestro recinto; arrancadlos de sus tumbas; dejadme que copie, mirándolo con los ojos del alma, el cuadro fantástico, compuesto por la desventura de vuestros señores en aquel dia memorable; dejadme que contemple toda la desolacion, todas las tristezas, todas las lágrimas, todas las amarguras de vuestros moros vencidos!

¡Ah! ¡yo cierro los ojos! ¡yo veo en un sueño terrible á Granada despertando para la afrenta y para el vencimiento!

¡Yo la veo apurando sola toda la hiel contenida en la copa de espiacion de las razas vencedoras de España en Guadalete, por siete siglos de dominio sobre la noble tierra de España: por siete siglos de matanza, de sangre y de lágrimas!

Llegan hasta mí los gemidos de los cautivos cristianos que se apilan, que se revuelven, que lloran en fétidas mazmorras: veo el rubor, siento la desesperacion y la agonía de la hermosa doncella castellana, que entre las grandezas, entre las maravillas de los perfumados retretes del harem, siente los pasos del impuro señor que se acerca: veo el resplandor del incendio de una y otra villa, y uno y otro campo de batalla cubierto de cadáveres insepultos, cuyos despojos se disputan los buitres y los lobos; y no te compadezco Granada, porque estaba escrito que tú fueses la víctima espiatoria de tantas desventuras, de tantas afrentas, de tantas lágrimas, de tanta sangre.

(1) Hospitales.

¡Levantaos de la tumba, yo os evoco, Boabdil el Desdichado, Muza el valiente, Aixa la altiva, Zoraya la renegada, Moravma la infeliz, Reduau, Alí Athar, Tarfe, Venegas y Abencerrages, Zegríes y Gomeles: vosotros todos, rey y sultanas, y emires, y alkaides, y xeques, y caballeros; vosotras tribus descendientes de los árabes, y de los almohades y de los almorabides; los que buscásteis vuestro último baluarte en los rojizos muros de Granada, alzaos y venid en torno mio!

¡Mirad!

La cruz se eleva en lo mas alto de Granada: en la Alhambra.

Mirad: vuestras mazmorras están vacías, vuestros harenes desiertos.

Mirad aquella otra ciudad que tambien fue mora: es Toledo.

Mirad aquel templo cristiano.

¿Qué veis pendiente de sus muros góticos?

Cadenas y mas cadenas; grillos y argollas.

Son las prisiones, las ligaduras, de los cautivos de Granada, clavadas como un voto de gracias al Altísimo en los muros de un templo erigido por los poderosos reyes Católicos vuestros vencedores.

Esa cruz que descuella sobre vuestra soberbia kasbá, esas cadenas clavadas en los muros de San Juan de los Reyes de Toledo, son el símbolo de vuestro vencimiento, son el glorioso testimonio de vuestra completa espulsion de España.

Y mirad, mas allá de la Vega, mas allá de la sierra, mas allá de las Alpujarras, al otro lado del mar.

Un ejército español acampa sobre el Africa: ante él han caido multitud de vuestros descendientes.

Ese ejército va por las llaves de Granada, de Córdoba y de Sevilla, que guardan aun vuestros nietos, esperando volver á abrir con ellas las puertas de aquellas ciudades perdidas para ellos.

Ese ejército, en nombre de Dios y de la patria, va á cumplir la última voluntad de Isabel la Católica.

XIII.

El pasado aparece ante mí.

Y veo á Granada como fue en el dia 2 de enero de 1492.

Desde muy temprano, desde antes del amanecer, se nota un movimiento desusado en la ciudad.

El intenso frio de la mañana ha creado una niebla blanca y espesa, al través de la cual se ven deslizarse sombras envueltas en blancos albornoces.

Estas sombras adelantan en grandes grupos.

En medio de estos grupos se ven acémilas cargadas, sillas de mano cerradas, conducidas por esclavos.

En las acémilas van oro, alhajas y ropas.

En las sillas de mano, en las literas, mujeres.

Son familias ricas granadinas que abandonan la ciudad con sus hermosuras y sus tesoros, temerosas de la codicia y de los escesos de los vencedores.

Entre estas familias ricas, se desliza alguna pobre, que conduce á sus mujeres envueltas completamente en sus haikes, sobre las jamugas de sus asnos, que corren mas de lo que quisieran, castigados por sus dueños.

Parece que á aquellos desdichados á quienes el miedo ó la altivez destierra, les tarda el verse al amparo de las ásperas breñas de las Alpujarras, y se apresuran por llegar á la única puerta que hay abierta en la ciudad: la del Bib-Lachar.

Una vez fuera de ella tomarán el camino de Dar-al-Huet, y á las pocas horas se encontrarán en las escabrosidades de la sierra.

No se ve un solo semblante.

Todos, como para evitar que se vean su tristeza y sus lágrimas, llevan caidos los capuces de los albornoces.

Alguna vez, caminando lentamente, se ve un largo convoy de acémilas, cuyas voluminosas cargas van cubiertas por ricos paños: magníficos caballos encubertados, llevados del diestro por esclavos; carretas cargadas hasta lo alto, dejando ver riquísimos muebles: delante y detrás de este convoy van algunos ginetes negros armados hasta los dientes, con las lanzas altas y los escudos en el brazo.

Aquel es un convoy real, que conduce parte del magnífico mueblaje de la Alhambra y demás alcázares reales de Granada; acaso parte del tesoro del rey Chico.

Cuando los vencedores entren en Granada, encontrarán la Alhambra y los palacios del rey desamueblados, polvorientos, llenos de despojos inútiles, como casas desalquiladas de prisa: las mezquitas sin Koranes encuadernados en seda y oro, sin sus lámparas preciosas: el vencido se lleva sus riquezas movibles; pero no puede llevarse sus maravillosos alcázares; en ellos encontrará el nuevo dueño las maravillas del arte oriental: los claros estanques, los bellos jardines, los misteriosos apartamentos, las magníficas cámaras, las esbeltas galerías, las fuentes cinceladas, las paredes cuajadas de arabescos, de inscripciones, de versos; las cúpulas semejantes á grutas de hadas: los techos de sándalo, de nácar, de oro y de marfil: los sonoros pavimentos de alabastro; los esmaltados mosáicos, los agimeces calados, como un velo de tul: los vencidos no han podido, no han tenido tiempo de manchar, de borrar, de afear tanta belleza: ni se han atrevido á incendiar aquellos alcázares, aquellas mezquitas: acaso han temido las iras del conquistador: acaso sus manos han arrojado á las aguas de una fuente, la antorcha destructora, prefiriendo que el odiado vencedor goce de tanta hermosura á destruirla por sí mismos.

XIV.

La puerta de Bib-Lachar vomita incesantemente desterrados, que toman el camino de la sierra.

Un fuerte escuadron desemboca al paso lento de sus caballos.

Entre una y otra fila, van multitud de hermosas literas.

Son las mujeres del haren del rey Boabdil.

Su guardia negra, su guardia asalariada, cierra la marcha.

Es cerca de mediodia y la puerta de Bib-Lachar se cierra tambien.

Granada está completamente cerrada.

Dentro de poco, la puerta Real se abrirá.

Por ella saldrá la córte, y entre la córte el rey Chico, que irá á buscar al rey don Fernando un poco mas allá del sitio donde se unen el Darro y el Genil junto al pequeño santuario de un morabitho (2).

Es el lugar convenido para la entrega de Granada.

Un vigía, colocado en la torre del Homenage de la alcazaba de la Alhambra debe avisar la llegada del ejército cristiano á aquel lugar.

Aunque hay mucha distancia, el reflejo del sol sobre las armas, avisará al vigía.

Pero aun no ha llegado aquel momento.

El ejército cristiano cruza aun la Vega circunvalando la ciudad.

Acá y allá se ven fuertes escuadrones que se detienen y toman posicion, como si desconfiando de la fe sarracena, quisiesen estos prepararse para una nueva batalla.

Y sin embargo, la ciudad muda y desierta, no presenta indicio alguno de ella.

Penetremos en la ciudad.

Recorramos sus calles.

Su soledad es espantosa.

Todas las puertas están cerradas.

No se escucha el mas leve rumor.

Llega la hora de la oracion de adohar (3) y ni en un solo alminar se escucha la voz del almuedano, llamando á los fieles á la oracion con el grito de costumbre:

«¡No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta!»

Cualquiera podria creer, al ver aquella soledad, aquel silencio, que la ciudad ha quedado completamente abandonada, que dentro de ella no hay mas que casas vacías.

No: á pesar de los miles de habitantes que han huido de ella para refugiarse en las enriscadas villas de las Alpujarras, centenares de miles de habitantes han quedado en la entonces populosísima Granada: no han tenido valor para abandonar el hogar donde han nacido, y muchos de ellos son demasiado pobres para soportar los gastos de un viaje: están escondidos en lo mas retirado de sus casas, aterrados, llorosos: aquel silencio, aquella soledad, son una señal de luto y miedo.

XV.

Llega al fin un momento despues del mediodia, en que aquel silencio se rompe.

La campana de la Alhambra da una tras otra y con sonido grave y lúgubre treinta y tres campanadas.

El vigía de la torre del Homenage de la alcazaba de la Alhambra ha visto relucir bajo el sol, que hace algunas horas ha aparecido, disipando la fria niebla, en un cielo diáfano, las armaduras del ejército cristiano.

Cumpliendo su encargo ha arrojado al espacio la vibracion, en aquellos momentos solemne y terrible, de la campana de guerra de la Kasbá.

Y los habitantes de la ciudad, y los de la Vega, y los de la montaña, se estremecen al escuchar el sonido de la campana.

Ha llegado la hora.

Granada va á dejar de ser musulmana.

En la gran cámara del Mexuar (4), donde la córte (esto es: el rey Boabdil, su madre la sultana Aixa la Horra (5), los wacires, los alimes y los caballeros dispuestos á seguir al rey) espera silenciosa la señal que ha de llevarla á la humillacion, al rendimiento; aquel sonido es una señal de dolor: los semblantes palidecen, los ojos se llenan de lágrimas, menos los de la sultana Aixa que destellan un relámpago de cólera, y el desdichado Boabdil, toma de manos de uno de sus servidores, que se la presenta de rodillas, en una bandeja de oro, la corona de Granada, que el triste rey se ciñe por última vez con las manos trémulas y frias.

(2) Ermitaño, santon.
(3) De mediodia.
(4) Del consejo; hoy aquella sala se conoce por dos nombres: de Embajadores y de Comares; es una de los mas hermosos salones de la Alhambra, y magnífico por su estension, por su altura y por la magnificencia de su ornamentacion.
(5) La Honesta.



Todavía es rey, y aquella corona es una irrision, una humillacion, una amarga burla del destino, ceñida á su cabeza.

XVI.

La córte se pone en movimiento.

En la gran plaza de armas del alcázar, dos walies presentan al rey su inútil corcel de batalla, en el que monta, sirviéndole de estribo la rodilla de uno de sus caballeros: la sultana Aixa ocupa su ostentosa litera, cuyas cortinas de brocado corre por sí misma la sultana, de una manera nerviosa; los demás caballeros cabalgan; las hojas de hierro de la puerta Judiciaria se abren con estruendo, y el rey y la sultana, y su córte, pasan entre la guardia silenciosa, que rinde á Boabdil sus últimos honores, y permanece allí para recibir al conde de Tendilla y al cardenal Mendoza, que con el pendon real de los Reyes Católicos y el pendon de la Fe, resguardados por un buen golpe de arcabucería castellana, llegarán á tomar posesion de Granada.

Entonces los soldados moros dejarán su lugar á los soldados cristianos, arrojarán sus armas y se dispersarán, marchando á sus casas.

XVII.

Entre tanto el rey traspasa la puerta de Bib-Leujar, desciende por la calle de los Gomeles, y atravesando la plaza Nueva, se aventura en el estrecho Zacatin.

Los añafiles, las dulzainas, los timbales y las atakebiras de su guardia africana, resuenan en altos alaridos, como si en vez de caminar hácia la ignominia, fuesen á buscar la gloria en el combate.

Y al atravesar las calles se abre alguna ventana y asoma algun semblante lacrimoso ó colérico.

Y ya es una mujer desolada y llorosa que grita:

—¡Maldito seas rey! ¿para qué se ha quedado tendido allá en la Vega el amor de mi alma?

Ya es un viejo que dice.

—¡Maldito de Allah vayas, cobarde, y de mala muerte mueras! ¿por qué he perdido mis hijos en batalla, si habia de ver este dia?

Y cada vez que el rey escucha una de estas maldiciones, y tras ellas el violento cerrarse de una ventana, clava los acicates en los flancos de su bridon de batalla, que bufa y se encabrita, como lanzando una nueva maldicion al rey.

Al pasar por Bib-Arramb'a, la opresion del alma de Boabdil crece: aquel es el lugar de las cañas y de las sortijas, y de los torneos, y de las fiestas de toros, y es tambien el lugar de los motines.

La puerta Real se abre.

Boabdil, su madre, su córte, están ya fuera de la ciudad, á la que no deben volver.

Se deslizan á lo largo de los muros, dejan atrás el castillo de Bib-Ataubin, atraviesan el puente de Genil...

A un tiro de ballesta, don Fernando el Católico, espera inmóvil como una estátua.

Trás él en escuadron cerrado, se agrupan sus caballeros, sus banderas, sus ginetes, sus peones: el ejército de Castilla.

Fernando V adelanta su caballo, y poco despues los dos reyes, el vencedor y el vencido se encontraron.

Los dos reyes descabalgaron á un tiempo, y el de Granada hizo ademan de arrodillarse ante Fernando.

Pero el generoso conquistador no se lo permite.

Entonces Boabdil el Desdichado, le dijo señalándole las llaves de Granada, que uno de sus wacires arrodillado presentaba al rey Católico:

—*Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado: esta ciudad y reino te entregamos, que asi lo quiere Allah, y confiamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad.*

Los sollozos sofocaron las palabras del rey vencido, y á pesar de que consolándole Fernando, le instó para que volviese á Granada, montó á caballo, y seguido de su madre y de cincuenta de sus mejores caballeros, tomó á gran prisa y anegado en lágrimas, el camino de las Alpujarras.

Entre tanto el wisir Aben-Comixa entregaba en la puerta de la torre de los Siete Suel s, las llaves de la Alhambra al conde de Tendilla, y poco despues este, tremolaba el pendon real de los Reyes Católicos (6).

XVII.

Caia la tarde.

El alto del Padul, último límite, desde el cual por la falda de Sierra-Nevada, se alcanza a ver á Granada, estaba desierto y frio.

El sol se habia puesto.

Pero su último rayo enrojecia aun los distantes muros de Granada y la altísima cumbre de la sierra.

Una ligera neblina se levantaba de los valles, sumidos ya en las primeras sombras.

Dominaba un silencio profundo, únicamente turbado por los leves mugidos del viento entre las quebraduras.

De improviso se dejó oir un rumor sordo y lejano, que fue creciendo, creciendo, hasta dejar percibir claramente la carrera de muchos caballos.

Al fin, por una estrecha quebradura que corta la colina, que entonces se llamaba el alto del Padul, apareció, rompiendo la niebla, un escuadron, en medio del cual venia una litera.

El ginete delantero venia completamente envuelto en un albornoz blanco y calado el capuz de este hasta cubrirle la mitad del rostro.

Solo se veia la estremidad de su barba rubia como el oro.

Este ginete salió de la quebradura, rodeó su caballo y lo lanzó á la parte mas alta de la colina.

Cincuenta ginetes que le seguian, subieron tambien y tambien la litera.

A un mismo tiempo el ginete del albornoz blanco, saltó del caballo, y de la litera salió una dama, envuelta en un haique rojo y negro á listas.

El ginete miró á Granada donde aun brillaba el postrer rayo del sol.

En la torre mas alta de la alcazaba se veia un punto negro casi imperceptible.

Era el pendon real de los Reyes Católicos.

El ginete del albornoz blanco, tembló, estendió los brazos hácia la ciudad, y cayó de rodillas contra el suelo, esclamando con la voz mojada por un torrente de lágrimas:

—*¡Allah akbar!* (7).

Y la dama del haique rojo y negro, desenvolviéndose violentamente de él, y mostrando el pálido y convulso semblante de la sultana Aixa la Horra madre de Boabdil, esposa de Muley Hacen, esclamó con la voz convulsa por la cólera y fria por el desprecio:

—¡Si: llora como una mujer, menguado, ya que como hombre no supiste defender tu corona!

Entonces el hombre se alzó con espanto.

El viento arrovó su capuz.

Era Muley-Abu-Abd-Allah-al-Ssagir-al-Zogoibi (8), último rey moro de Granada.

Miró á su madre con terror, arrojó una última mirada de amor, de desesperacion, de agonía á Granada, lanzó un suspiro que arrebató el viento de la noche, cabalgó de un salto en su caballo, se revolvió y se lanzó á la carrera, y se perdió entre las sombras á lo lejos.

Dicen que al partir el corcel dejó señaladas sus herraduras en la roca y aun se muestran por los naturales á los estraños aquellas señales.

Desde aquel dia llamaron los moros á la quebradura del alto del Padul, *Fey-Allah-quakbar* (9) y los cristianos el *Suspiro del Moro*.

1.° de enero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(6) En la época de la conquista de Granada no tenian aun este dictado don Fernando y doña Isabel: cabalmente por esta conquista les concedió este título el papa Alejandro VI: nosotros les llamamos Reyes Católicos porque con esta calificacion se les reconoce por escelencia. Se habrá notado tambien que en este escrito establecemos que en tiempo de los moros, habia una campana en la torre de la Vela, ni mas ni menos que hoy. No faltará quien diga al leer esto: «El autor ignora que los moros no usaban campanas;» es cierto: no las usaban en sus templos; llamaban á la oracion por medio de las voces de sus muecines; pero el que no las usasen para sus actos religiosos, no prueba que no las dedicasen á otros usos; aquella campana, servia, como ahora, durante la noche, para marcar á los labradores de la Vega las horas del riego y para tocar á rebato, para llamar á las armas; los labradores cristianos siguieron las costumbres de los labradores moros, porque tuvieron que adoptar por necesidad su mismo sistema de riego.

(7) ¡Dios es grande!

(8) Rey servidor de Dios, el pequeño ó el chico y el desventuradillo.

(9) Ojo de lágrimas en sentir figurado.

ARQUITECTURA EGIPCIA.

Reconociendo como la India su orígen en las escavaciones de las rocas, la arquitectura egipcia, con sus formas colosales y sencillas hasta la monotonía, con sus severas líneas rectas y sus accesorios adornos, se presenta á los ojos del artista, como la representacion gráfica de aquel pueblo, que viviendo todo él para la religion y sus divinizados monarcas, consagraban la existencia de inmensas generaciones á esas dos grandes ideas traducidas por el arte en los palacios de sus reyes, y en los templos de sus dioses.

El individualismo perdido completamente en Egipto entre las tinieblas de una religion que al querer elevar el espíritu, dejaba reducido el individuo á poco menos que un autómata, se confundia en la idea capital de la creencia, y asi vemos que mientras abortaba esas gigantes construcciones para sus dioses y sus reyes, y para sus sepulcros donde debian esperar el juicio de Osiris, apenas tenian modestas habitaciones de madera, en que vivir los asociados.

La raza sacerdotal simbolizada en Hermes, tres veces grande, auxiliar del hacedor de almas, como modelador de los cuerpos, era la única digna de trazar los inmensos recintos donde la divinidad iba á ser adorada, y los egipcios todos debian contribuir con sus esfuerzos materiales ó morales á la importante obra.

La arquitectura egipcia, por lo tanto, producto, no de los artistas, no del génio, sino de fórmulas determinadas, habia de ser estacionaria, y uno mismo el tipo de sus construcciones, repetido incesantemente hasta en sus menores detalles; y sin embargo, en medio de esa inmutabilidad, de esa carencia de inspiracion artística, es innegable que la realizacion de esas grandes obras, supone adelantos no despreciables en la mecánica y en las ciencias exactas. Esas piedras de estraordinario volúmen que les servian de sillares, esas líneas siempre rectas y horizontales, sin mas variante que la perpendicular del poste ó la columna, daban á sus edificios con la marcada inclinacion de sus lados ó talud, un carácter de inmutabilidad y de severa grandeza, propia del pueblo que con tales atributos comprendia sus divinidades.

Los materiales empleados para la construccion de los monumentos en Egipto, indican desde luego el deseo de la perpetuidad. Desterrando la madera, empleaban el granito, el asperon, la piedra calcárea, ó el ladrillo. Las canteras graníticas de los alrededores de Siena surtíanles con inagotable abundancia de inmensos trozos de piedra, con los cuales formaban sus colosos, sus obeliscos, sus monolitos. Todavía ha llegado hasta nosotros en una de estas canteras, un obelisco empezado á labrar en la misma, pero sin terminar, como elocuente ejemplo de los laboriosos y pesados trabajos que convertidos en máquinas de desvastar, mas que en artistas, empleaban los egipcios para realizar sus colosales obras. De Siena hasta Denderah, se estienden las grandes masas de asperon que empleaban para construir sus edificios, y que llevaban mas con las fuerzas reunidas de muchos, que con el auxilio de las máquinas, hasta las mas remotas comarcas del Egipto: aun se ven en el gran templo de Cuem-Ombos columnas de asperon de mas de seis pies de diámetro, sobre treinta y seis de altura, y los grandes sillares que forman el pafion, tienen de veinte á veinte y cuatro piés de largo, y cuatro y medio de espesor. En el bajo Egipto, los monumentos estaban construidos con preferencia de la abundante piedra calcárea que encerraban sus canteras, desde la Tebaida hasta Alejandría. El gran laberinto de Menfis, las tumbas de los reyes en la Tebaida, son de esta clase de piedra. Servíanse, por último, del ladrillo, no solamente para formar las murallas de las ciudades, sino tambien los muros esteriores de circunvalacion de los palacios y de los templos. En Ombos, la muralla de la ciudad ofrece en algunos puntos trozos de ladrillo crudo, de mas de dos mil piés de estension, por veinte y cuatro de grueso.

La arquitectura de los egipcios, consecuencia de la idea que la dió vida, se distingue como ya hemos indicado por su exajerada simetría, por la homogeneidad de todas sus partes, y aunque de una manera imperfecta ejecutada, por el sistema y riqueza de su decoracion. Siempre se presentan sus miembros cubiertos de esculturas ó de pinturas con vivísimos colores, pero sin que jamás destruyan el efecto de las grandes líneas arquitectónicas. Y ofrecen una circunstancia notable, los bajos relieves ó pinturas egipcias. Segun el lugar que ocupan, sobre todo en los templos, así son de diversa índole los objetos que representan. Así en los pilones ó propilones (1), y los muros de circunvalacion, se encuentran representados hechos memorables que dan á aquellas partes del edificio el carácter de públicos anales; al mismo tiempo que los trabajos de la agricultura, clasificados segun la influencia zodiacal, sirviendo, tanto para conservar los conocimientos adquiridos, como para porpetuar en el gobierno la fuerza moral basada sobre el culto de las divinidades, que segun la creencia religiosa, presidia á estos mismos trabajos.

En los santuarios y en las habitaciones mas ó menos directamente dedicadas al culto, los asuntos de estos adornos pertenecian siempre á la mitología; y el emblema, base de todas sus representaciones artísticas, se repetia de diversos modos, pero siempre sujetos á indeclinables fórmulas. El edificio entero, escribiendo el gran pensamiento político y sacerdotal del Egipto, participaba hasta en sus menores detalles, del mismo carácter simbólico; y asi es, que el loto, esa planta que florecia durante la creciente del Nilo, como animada muestra de la fecundidad de sus aguas, tan preciosa para los egipcios que formaban una especie de pan con sus tubérculos, tan simbólica que se encontraba siempre como signo de fecundidad en las divinidades femeninas, esta planta, decíamos, se encuentra multiplicada al infinito en todos los monumentos, y viene á dar á las columnas con sus principales formas mas consagrado carácter. En las dos clases de estos sostenimientos que los egipcios adoptaron, el primero era cilíndrico y con un pequeño resalto por base, ordenado alguna vez con líneas en ziczac, emblema de las aguas. El fuste de estas columnas se divide en zonas cubiertas de figuras ó geroglíficos. La segunda con igual base lleva adornado el fuste con multitud de líneas verticales, cual si se quisiera imitar multitud de tallos saliendo de un mismo pié y rodeando la columna atados y sujetos á la misma por otros, y surmontados con flores de loto, formando el capitel: algunas columnas de Tebas, ofrecen esta clase de adorno. El capitel de figura de cáliz ó campana invertida, se colocaba indiferentemente en estas dos especies de columnas; y algunas veces era reemplazado por otro, mas estrecho en la parte superior que en la inferior, imitando el cerrado capullo de la flor misma. Otro capitel mucho mas gracioso, aunque

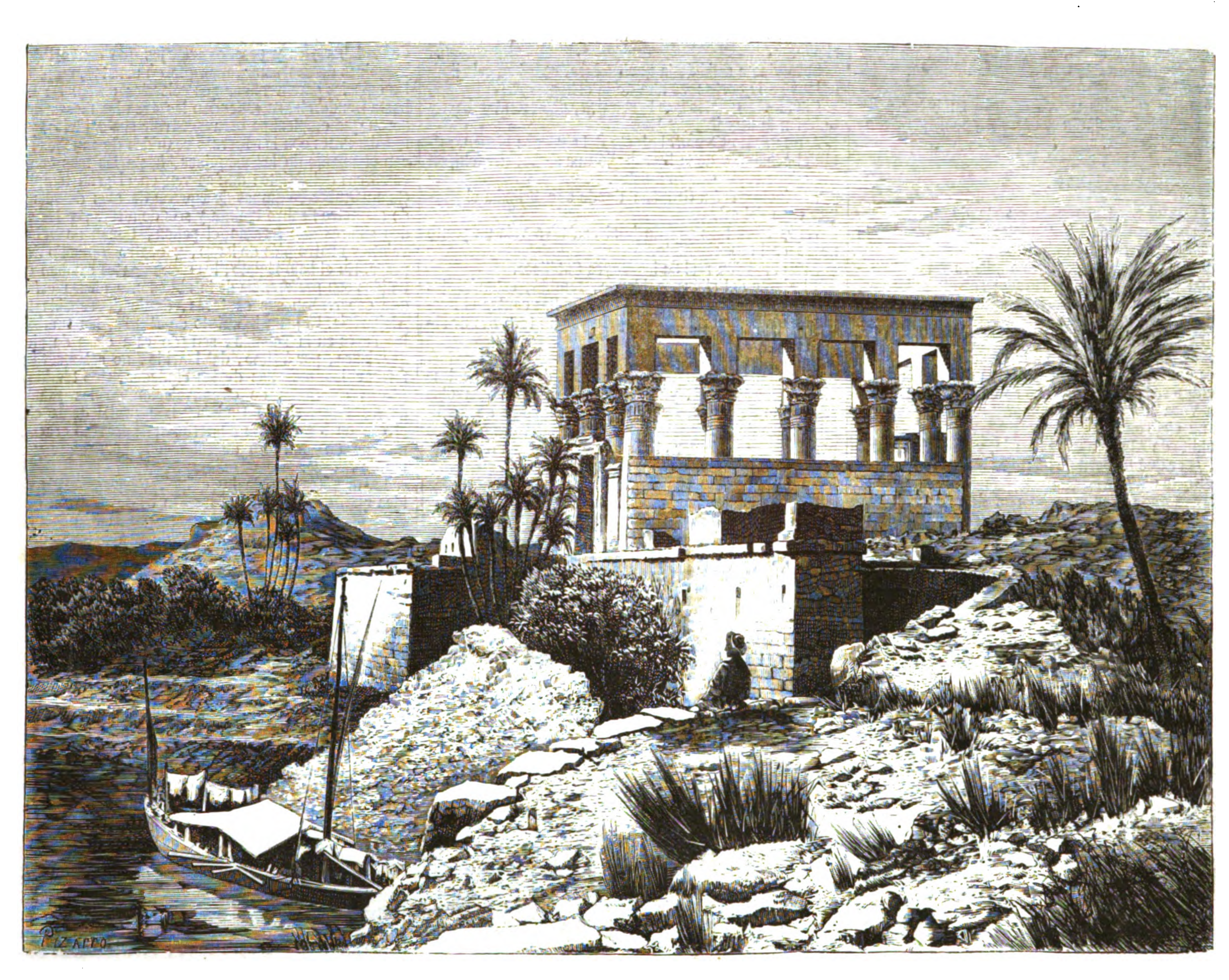
(1) Se da este nombre á dos á manera de torreones que forman la entrada principal de los grandes monumentos egipcios, unidos entre sí por una construccion menos elevada, en la que se abre á la entrada del edificio. Tal es el significado de la palabra pilon πυλον empleada por Diodoro de Sicilia al describir el sepulcro de Osimandias.

mas raro, solian usar imitando ramas de palmera cubriendo el tambor. Pero ademas de estas formas generales, sobre los mismos temas se variaba mucho el adorno, no siendo estraño encontrarlos algunas veces lisos, y otras presentando cuatro caras, en forma de rostro humano, cubiertas todas ellas con una especie de velo que despues de abrazar la cabeza, caia en largos pliegues á los lados del cuello. Conocedores los egipcios de ciertos principios de composicion no apoyaban inmediatamente sobre estos adornos de las columnas los demás miembros arquitectónicos, sino que para sostener el arquitrave, hacian salir de en medio de sus capiteles, un pedestal que le sirviera de base.

No puede afirmarse la época en la cual los egipcios empezaron á fabricar sus columnas. Los monolitos de las cavernas debieron sugerirles la primera idea, y asi es que siempre se presentan bajas, cilindricas ó con talud, y algunas veces de planta poligonal; pero siempre cubiertas de pinturas ó trazados, é inscripciones geroglíficas; las estrías que suelen encontrarse en algunas de ellas no son de caracter Faraónico, sino Ptolemáico, y las proporciones que generalmente se observan en las columnas egipcias, son de cinco á siete diámetros por altura comprendiendo el capitel.

Sin embargo de lo que hemos dicho acerca de la inmutabilidad del arte egipcio, pueden señalársele diferentes períodos de desenvolvimiento, si bien no está determinada la época en que cada uno principia y termina; pero los monumentos nos demuestran perfectamente deslindadas esas tres épocas de progresivo adelanto. En la primera, los templos están abiertos completamente en la roca: en la segunda parte están socavados en la montaña, pero precedidos de construcciones aisladas; y en la tercera, se alzan independientes sobre la superficie de la tierra.

El templo de Ipsambul ofrece un ejemplo del primer período, abierto todo él en la roca viva, á golpe de pico; y no por ello, á la verdad, son mezquinas sus proporciones: noventa y seis piés de alto mide su fachada por ciento de ancho, y en su centro se abre una puerta de quince piés de longitud por siete y medio de latitud. Cuatro figuras sentadas de sesenta y tres piés de elevacion y treinta de salida en sus bases se adhieren á la gran masa granítica á manera de contrafuertes, y su interior ofrece una gran escavacion horizontal de ciento ochenta y nueve piés de longitud, sosteniendo á la gran masa que forma el paflon una doble hilera de cuatro pilares cada una, que dividen toda su longitud en tres galerías. El templo



TEMPLO EN PHILÆ LLAMADO VULGARMENTE TÁLAMO DE FARAON.

de Girgeh, que por la disposicion de su planta y sus medidas se parece mucho al anterior, pertenece á la segunda época; solo se diferencia en que antes de la *cella* ó templo propiamente dicho, hay una especie de patio rodeado de pórticos, y la puerta está flanqueada por dos pilones, afectando los pilares no ya la forma cuadrada del anterior, sino la curva del cilindro aunque imperfecta. En los monumentos de la tercera época, se encuentran constantemente los pilones sirviendo de fachada, y grandes patios rodeados de pórticos, precediendo al santuario, cuyo recinto sagrado señalan largas calles de colosales esfinges ó carneros, simbolizando muchos de ellos sus divinizados Faraones. El templo de Denderah es uno de los mas importantes ejemplos de este tercer período.—Pero donde con mayor fruto y mas motivo de admiracion puede estudiarse el arte egipcio, es en los restos de la famosa Tebas; esa ciudad ante la cual detuvo su desvastador incendio Cambises, y que llenó de admiracion veinte y cuatro siglos despues al gran coloso que en el pasado abortó la Francia con el nombre de Napoleon.

Tebas, colocada sobre las dos riberas del Nilo, conserva todavía en una y otra orilla importantes monumentos de su grandeza. Del lado del Oeste, los de Mediou, Abnet y Kurnu, y en el del Este, los del Luqsor y Karnac. Entre los primeros se encuentra un palacio de dos cuerpos con su entrada de propilones, sus dos pirámides truncadas encerrando la gran puerta que es la entrada principal, sus patios rodeados de pórticos, y á alguna distancia de él el vastísimo templo, entre cuyas ruinas se descubre hácia el Noroeste una estensa planicie llamada el campo de los colosos, entre los cuales destruidos ó mutilados la mayor parte, se encuentra el famoso de Memnon, notable por el sonido que de él se cuenta producia al salir el sol. El palacio ó tumba de Osimandias, que algunos modernos viajeros llaman el *memnonium*, es otra de las mas nombradas ruinas del lado del Oeste; y entre los restos de los grandes colosos de asperon que conservaba, la cabeza de uno de ellos que aun subsiste, es quizás la mas importante obra del arte egipcio, pues en ella se ve, que sin embargo del estrecho círculo en que la religion y la manera de ser de aquel pueblo dejaban á la imaginacion del artista, alguna vez lograba representar en sus obras el ideal tipo de la belleza y la espresion del sentimiento. Tal es la calma llena de gracia que se encuentra en aquella fisonomía feliz, mas agradable que la misma hermosura segun el dicho de un escritor contemporáneo.

Pero donde se ve en toda su grandeza y majestuosa pompa el arte egipcio, es en los templos de Luqsor y de Karnac, de los cuales vamos á permitirnos para dar una idea de su importancia, trascribir la magnífica descripcion que de él hace á grandes rasgos, el nunca bastantemente enaltecido Cantú. «En Karnac, aldea situada al Norte de Luqsor, se despliega toda la magnificencia de los Faraones. Se llega al gran templo cuya fachada da sobre el rio por un paseo de mil veinte y seis toesas, flanqueado en otro tiempo por seiscientas esfinges y majestuosos propileos guarnecidos de estátuas. Guian estos á un patio de ciento cinco metros de largo por ochenta y dos de ancho, en cuyo centro hay dos filas de seis columnas de veinte y tres metros de altura y tres de diámetro, y á ambos lados se estiende una galería cubierta sostenida por diez y ocho columnas. Al fin del primer patio otra columnata conduce á la sala hipostila, de ciento cinco metros de anchura y la mitad de largo, cuyo techo está apoyado en doce columnas de veinte y tres metros de altura, y en ciento veinte y dos menores distribuidas en siete filas.

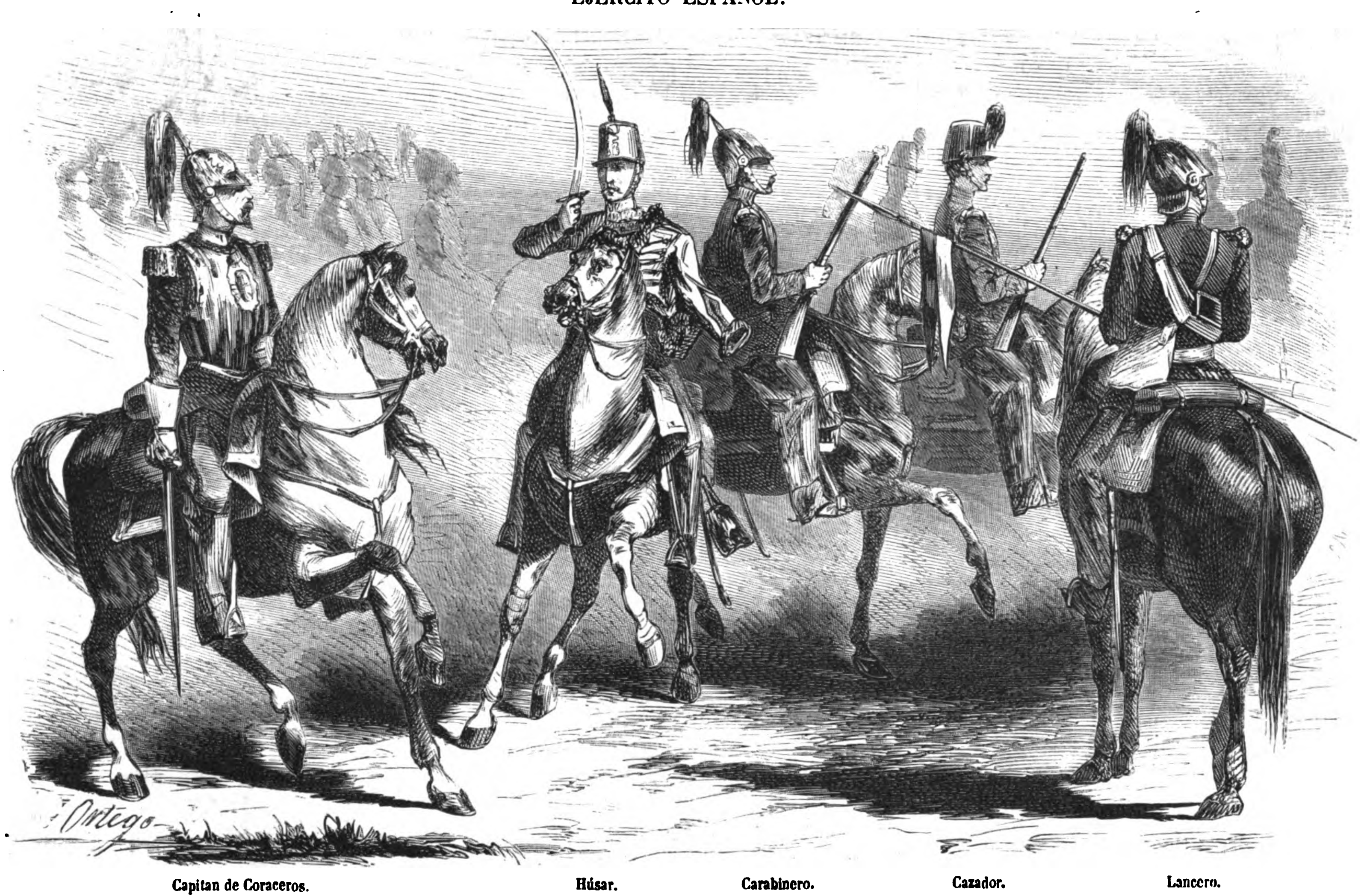
Una tercera columnata, mas allá de la cual hay dos gigantescos obeliscos, conduce á otra mas pequeña y esta á un peristilo oblongo, rodeado de pilastras cariátides y con otros dos obeliscos. La quinta columnata guia á un patio menor, desde donde otra se dirige á los aposentos de granito, ó sea el santuario, dividido en dos salas y precedido de un vestíbulo con dos obeliscos. Agréguense á todo esto, columnas polígonas, colosales estátuas, galerías de doscientos setenta y cinco metros de longitud, y mas allá aun el monumento elevado por Tutmosis, con una sala rodeada de treinta y dos pilastras, teniendo en el centro veinte columnas en dos filas y otras muchas dependencias menores, y se tendrá una



LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

idea de estas obras de siglos distantes entre sí desde Osortacen, contemporáneo de José, hasta Tiberio.» En efecto, los templos egipcios lo mismo que sus palacios y sus pirámides, no se terminaban en un solo reinado, sino que por el contrario, eran producto de la munificencia de muchos monarcas y de los esfuerzos de muchas generaciones, sin embargo de que agitándose todo aquel pueblo de trabajadores bajo el temible azote de sus reyes y sus sacerdotes, realizasen mas pronto que hoy podemos concebirlo aquellas obras colosales de arte, pues segun la feliz espresion de un escritor italiano, rivalizaban unos y otros enejecutar obras grandiosas, ó lo que es lo mismo,

EJERCITO ESPAÑOL.



Capitan de Coraceros. Húsar. Carabinero. Cazador. Lancero.

en hacer mas infeliz al vulgo trabajador por el sistema que empleó Belzoni para buscar las antigüedades de aquel pueblo, obligando con el palo á los fellahs á que le ayudasen en sus investigaciones. Otros muchos ejemplos de la arquitectura egipcia, aunque bárbaramente mutilados, mas por la mano del hombre que por la del tiempo, nos han trasmitido los siglos en la pequeña Apolinópolis, en Tentira, en Abidos, Antinoe, Arsinoe, Buto, Sais, Bubaste, Tanis, y en Philæ, el llamado generalmente tálamo de Faraon, del que como resto de los menos conocidos de aquella arquitectura, damos un fiel grabado á nuestros lectores.

No creemos sin embargo, del buen estado de conservacion en que se halla á despecho de sus dos mil años de antigüedad y de lo deleznable de la piedra caliza de que está formado, que ese notable monumento constituyera por sí solo un edificio. Los templos, lo mismo que los palacios entre los egipcios, eran un conjunto de agregaciones y de miembros arquitectónicos de diversas épocas, y en vista de la descripcion que acabamos de hacer del templo de Karnak, que con pequeñas variantes, puede adaptarse á todos los de Egipto, juzgamos que dicha notable antigüedad, llamada comunmente tálamo de Faraon, es solo una pequeña parte de alguno de los vestíbulos ó pórticos que componian un vasto templo allí edificado, y que á juzgar por el exígüo resto que conserva, debió ser indudablemente magnífico.

Tales fueron en breve compendio las formas generales de la arquitectura faraónica. Aquella arquitectura, que teniendo grandes puntos de contacto como lo tenian su religion y sus instituciones con las de la India, no puede presentarse sin embargo como su emanacion directa, pues mientras el egipcio, es siempre el mismo, siempre idéntico en sus construcciones, el indio las varía, con inagotable fecundidad; la arquitectura del egipcio es geométrica, y la del indio fantástica: una y otra hijas de análogas religiones, pero en las que siendo distintas ciertas ideas capitales, hacian diversas tambien sus manifestaciones por medio del arte.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

LA VENIDA DE LOS REYES MAGOS.

I.

¡Qué es ver al fornido nieto
del héroe de Covadonga
con un cencerro en la mano,
con un hachon en la otra,
guiar á la turba multa
de carboneros y mozas
que por un chico de Arganda
formales juran y otorgan
que han visto á los Reyes Magos
en la puerta de Segovia!
(1856.)

No nos proponemos esplicar en este artículo el *por qué* de la *adoracion de los Santos Reyes*.

Padres tiene la Iglesia y escritores España que pueden dejar asazmente satisfecho al lector mas descontentadizo del mundo.

Tampoco nos meteremos en honduras acerca de si vienen voluntariamente ó de real órden.

Ni en si harán su entrada á caballo ó en berlina.

Ni en si han sido ó no saludados á su paso por las ciudades, villas y aldeas que han atravesado para llegar á la córte.

Ni en si tienen ó no tienen opinion política.

Ni en si vienen pobres ó ricos.

Solo una circunstancia importantísima debemos consignar, y es: que ni Gaspar, ni Melchor, ni Baltasar son marroquíes. Dígalo sino el entusiasmo con que Madrid se dispone á recibirlos.

II.

Mil veces lo hemos dicho: Madrid puede ensancharse, alinear sus casas, pulverizar la casa de Tócame-Roque y el teatro de la Cruz.

Puede olvidarse de sus patios de vecindad, de sus tertulias de puerta de calle y de sus bailes de candil.

Puede renunciar á sus corridas de toros; á ir en calesa á los Carabancheles y á no mirar entre sus mas gallardos y briosos tipos á la provocativa manola; á aquella reina de los barrios bajos, tan majestuosa en el andar, tan insinuante en la mirada, como retrechera y picante en el decir.

Puede aplaudir en el teatro las obscenidades francesas que diariamente los regalan los traductores de aficion, y puede en cambio de esto, dormirse ó silvar el famoso cantor de las costumbres madrileñas don Ramon de la Cruz.

Pero lo que Madrid no puede hacer, es borrar del calendario de sus fiestas, su *entierro de la sardina*; sus procesiones del *Dios chico* y del *Dios grande* sus verbenas; su San Isidro; su San Eugenio; su Vírgen de Vallecas; su Dos de mayo; sus santos *panecilleros*, ni su dia, ó mejor dicho, su víspera de Reyes.

Cada barrio, cada gremio, cada familia, cada individuo, tiene en estos dias una ocupacion especial, precisa; una especie de vértigo de festividad que lo transforma, que lo santifica, por decirlo así.

No hay padre ni marido, por gruñones que sean, que se sientan inquietos ni celosos en estos dias.

El empujon, el codeo y... son contingencias precisas, actos semi-oficiales de este género de fiestas.

Y es que en tales dias los barrios de Curtidores, de San Anton y de Lavapies, caen con todo su alboroto y su bulla tradicional sobre el Madrid moderno; es que la guitarra de Perico el Ciego, eco de los trovadores del Campillo de Manuela, hace despertar los dormidos manes de los Curos y de las *señoas* Pepas; es que nuestra policía de hoy, se cansa de estar mano sobre mano haciendo el oficio de guardacantones, y pugna por que tornen los jaleos y las camorras de antaño; es en fin, que Madrid, agoviado bajo el peso del ridículo tono de nuestros dias, acude adonde quiera que le llamen, deseoso siempre de la tradicional franqueza de sus alegres costumbres.

Vedlo sino.

III.

Es el dia 5 de enero.

El sol acaba de acostarse sobre la espalda fria del Guadarrama.

El sereno, puesto de pié sobre su trono, derrama á manos llenas los *infinitisimales* rayos de luz que nos regala el ayuntamiento.

Eran las siete de la noche.

Las modistas dejan sus obradores para tomar el brazo del que las espera en la calle.

Los cafés abren las puertas á sus impacientes parroquianos.

Las tahonas, notadlo bien, las tahonas y las carbonerías quedan en el silencio mas profundo.

Los mozos de cuerda han abandonado sus esquinas predilectas.

Las cocineras, las amas de leche y las niñeras empiezan á entreabrir las maderas de los balcones.

Varios grupos de hombres tiznados de carbon, empolvados de harina y cruzado el pecho de cuerdas, empiezan á diseminarse misteriosamente por todos los ángulos de la córte, desde la calle del Aguila á la de la Palma, desde la de San Juan á la Cuesta de la Vega.

No hay fuente ni puesto de vino donde no se paren á remojar la palabra: esto indica que arden en deseos de ser oidos.

De pronto cien hachones encendidos dan color, vida y fisonomía á tan imponentes grupos.

Son dos mil hijos de Pravia y de Piloña que, armados de cencerros, de cuernos y de escaleras, salen á esperar á los Reyes Magos.

¡Ah! ¡quién pudiera describir el entusiasmo con que se lanzan á la carrera en busca de las calles y plazas mas concurridas! Desde este momento Madrid no se pertenece á sí propio.

El zumbido del cencerro lo saca de sus casillas, y aturdido, confundido entre los principales actores de este escándalo de fiesta, va, viene, chilla, salta, gruñe, y alborota ni mas ni menos que pudiera hacerlo el Madrid de hace cien años.

—¿Por dónde vienen?—pregunta la desaforada turba á un maruso que encaramado en el último peldaño de la escalera, mira hácia el poniente por un enorme cuerno que le sirve de anteojo.

—Por la puerta de Atocha,—responde el del catalejo.

—¿Cuántos vienen?

—Mas de cincu.

—¿Esu es ciertu?

—Esperad, que tengu para mí que dos de los Magus son hembras.

—Pus ¡á ellas! ¡á ellas!...

Los gritos mas desaforados, los brincos y las coces mas violentas, y los cencerros mas estupendos, suceden á tan inesperada declaracion.

Y se repiten las carreras, y los tropezones, y los aullidos. Y cada calle, cada plazuela es sorprendida, asaltada, invadida, por un nuevo escuadron de tahoneros, mozos de esquina y carboneros que se disputan la gloria de ser los primeros en anunciar la puerta por donde han de hacer su entrada los regios huéspedes.

Tres horas despues, la escena cambia por completo.

El fornido astur que ha podido volver á su casa, se acurruca en su camastro desesperado de no haber podido hacer sonar su caracola delante de sus magestades magas.

Entre tanto el resto de la alegre comitiva suele pasar la noche en brazos de su madre adoptiva, la tierra, hasta que la escoba de los barrenderos viene á sacarlos de tan dulce éxtasis.

IV.

No es, á pesar de lo que llevamos dicho, la venida de los Reyes Magos la fiesta popular que mas encarnada está en las costumbres de Madrid.

Los madrileños. por mas que gocen y se animen en ella, no suelen cargar nunca con la escalera ni con el hachon: beben y gritan como los que mas, pero son muy pocos ó ninguno los que creen en la venida de los Reyes.

Sin embargo, es tradicional en Madrid que en la calle de Regueros vivia un señor Juan, hombre nacido y criado en la villa del oso y del madroño, de quien nunca tuvieron que decir sus amigos y comadres:—por ahí te pudras;—ni de quien se contó jamás que faltase á las cuarenta horas ni á una corrida de toros.

Era el señor Juan rechoncho de cuerpo y grave en el decir; zapatero de portal acreditado y hombre que jamás probaba el vino como no se lo diesen en redoma de pito.

Inclinado como nadie á cumplir fiel y esactamente con los deberes que le imponia su profesion, jamás tomó medida de un par de zapatos á una mujer, sin hincar antes la rodilla en tierra y sin montarse los anteojos, á fin de poder apreciar en toda su estension la pierna del pié que iba á calzar.

Pues bien, este predilecto adorador de San Crispin, tuvo por espacio de mas de cuarenta años la honrosa distincion de llevar la escalera siempre que se trataba de salir á esperar á los Reyes.

Creyente resignado, cargaba con su cruz desde un estremo al otro de la villa, y es histórico que nunca se le antojó poner en tela de juicio la llegada de tales señores.

Trotaba, corria detrás de sus compañeros, y segun que menudeaban los brindis, así se veia al señor Juan mas remozado y animoso.

Al dia siguiente el rechoncho zapatero aparecia solo, desencajado y triste debajo de la escalera.

El sereno, que por compasion habia velado su sueño durante las últimas horas de la noche, le decia:

—Señor Juan, han pasado por encima de V. y no los ha sentido.

—Anda, que lo mismo me sucedió el año pasado,—replicaba el señor Juan; y, cargando con la escalera, tomaba el camino de su portal, donde pasaba todo el año remendando botas y haciendo votos porque sus vecinos no le usurpasen su puesto en la venida de los Reyes Magos.

JOSÉ JOAQUIN VILLANUEVA.

DEL AGUA TOFANA.

Entre los diversos venenos célebres, cuyo nombre ha quedado impreso con indeleble huella en la memoria de las gentes y en los anales del crimen, de ninguno se conserva un recuerdo tan misterioso y una idea tan oscura como del agua tofana. Pocas serán las personas que no hayan oido hablar de ella alguna vez en su vida; pero casi nadie ha podido todavía entresacar la verdad de los mil rumores, anécdotas y sombríos detalles con que ha llegado hasta nosotros su lúgubre renombre. Ya en nuestros dias la ciencia toxicológica, que de tantos secretos ha descorrido el velo, puede dar buena cuenta de muchos de esos absurdos, y sacar de los hechos históricos deducciones que se ocultaron á la ignorancia de otros tiempos. Vamos, pues, á ofrecer á los lectores de EL MUSEO la historia imparcial de aquel tósigo terrible, y el juicio de él formado por la ciencia.

A mediados del siglo XVII fue, al parecer, cuando una mujer, conocida por el nombre de la Toffana ó la Toffanina, natural de Palermo de Sicilia, comenzó á distribuir en Nápoles ciertas redomitas con el rótulo de *agua de San Nicolás de Bari* en un lado y la efigie de este santo en el otro, llenas de un líquido parecido al agua, que se suponia manar del mismo sepulcro del santo. Conocióscle al principo con el nombre de *acqua di San Nicola di Bari*, y luego indistintamente con los de *acqua toffana*, *acqueta*, *acqua della Toffana* y *acqua di Napoli*. La Toffana solia repartir sus redomitas gratis, principalmente á las mujeres cansadas de sus maridos; pero aceptaba limosnas para el culto del santo. Tan infernal industria fue importada luego de Nápoles á Roma. Una vieja siciliana, Gerónima Spara, posecdora del secreto de la Toffana, formó una asociacion mujeril dedicada á distribuir el veneno entre las esposas que deseaban sacudir el yugo de sus maridos. «Las atroces »consecuencias de esta sorda matanza, dice Artaud de »Montor en su Historia de los pontífices romanos, llamaron vivamente la atencion del gobierno. Una mujer que »acababa de envenenar á su marido, vencida por los »remordimientos, descubrió el complot, y todas las »afiliadas en número de cuarenta, llevadas ante un »tribunal, sufrieron el tormento. La Spara, que habia »ya antes logrado disculparse cuantas veces habia sido »acusada, se negó siempre á confesar su culpa; pero »ella y su ayudanta la Gratiana perecieron en la horca. »Alejandro VII espidió con tal motivo edictos en que »prohibia severamente el uso y la venta de venenos.»

Por este tiempo, dos italianos, llamado uno de ellos Exili, y un boticario aleman, llamado Glazer, que se habian arruinado en busca de la piedra filosofal y haciendo tentativas para fabricar oro, adquirieron al parecer el secreto de la Toffana, cosa fácil para ellos amaestrados ya en la práctica del laboratorio, y se trasladaron á Paris con el fin de esplotar allí su terrible habilidad en el arte química. La perversidad mas refinada se hermanaba á veces en aquella época con el temor religioso.

Circularon rumores siniestros entre las gentes, y el penitenciario mayor recibió en el secreto de la confesion horribles revelaciones, á consecuencia de las cuales la justicia se apoderó de los dos italianos, que fueron encerrados en la Bastilla, donde acabó sus dias Exili. Empezaron muy pronto los crímenes de la Brinvilliers y una progresion tan espantosa de envenenamientos, que para conocer de ellos hubo de crearse un tribunal especial, denominado por su objeto: *la chambre des poisons*.

Volviendo á la Toffanina, inventora ostensible del veneno, no es posible asegurar qué suerte le estuvo reservada: tantas y tan opuestas son las versiones que acerca de ella nos dan los escritores contemporáneos. Hasta 1709 no llegó á oidos del virrey de Nápoles el execrable comercio á que esta mujer se dedicaba. Trató entonces la Toffana de ocultarse, mudando con frecuencia de guarida; mas descubierta al cabo en un convento, fue conducida al castillo de L'Uovo. Cuentan que el cardenal Pignatelli, indignado al saber la violacion del sagrado recinto, amenazó con la escomunion á la ciudad, sino le era inmediatamente entregada la culpada; y que habiendo el virey hecho esparcir la voz de que aquella mujer y sus cómplices intentaban envenenar las fuentes y las frutas del mercado, enfurecido el pueblo vino gritando á exigir el castigo de la envenenadora, y esta fue estrangulada en la misma cárcel y su cadáver llevado de noche al patio del convento. Contra esta version están, sin embargo, Garélli, que en su carta á Hoffmann, mas adelante transcrita, asegura que aun entonces (1718) la Toffana existia en las cárceles de Nápoles; y Keysler, que habiendo visitado á esta ciudad en 1730, cuenta que la envenenadora seguia sepultada en una cárcel, adonde ningun forastero dejaba de acudir á visitarla. Mas verosímil es que por influencia de la cofradía ó hermandad, á que pertenecia, lograse la Toffana salvarse del suplicio, trocando la muerte por un encierro perpetuo. Parece, á lo menos, indudable que sufrió el tormento.

El veneno de la Toffana era un líquido trasparente, cristalino como el agua mas pura, sin olor ni sabor. Cinco ó seis gotas de él causaban una alteracion profunda en la salud, que terminaba mas ó menos lentamente con la existencia del individuo, sin dar lugar á esos síntomas repentinos, violentos y aterradores que generalmente caracterizan á los envenenamientos.

Erízanse los cabellos ante el relato de los estragos atribuidos al agua tofana. Mas de seiscientas personas, se dice que sucumbieron por ella. Gmelin le atribuye mas víctimas solo en Nápoles y Roma que á la peste reinante por aquel tiempo en ambas ciudades. Hoffmann y Garelli ponderan tambien en sumo grado el número de los que perecieron por l'acquetta: y el célebre historiador de Luis XIV y de su siglo señala y lamenta como una mancha en el brillo de esa gloriosa época, la introduccion en Francia de los venenos italianos, orígen de tan larga serie de crímenes.

Acerca de la naturaleza, procedencia y accion del agua tofana fueron varias las opiniones, á cual mas estravagantes, fácilmente acogidas por la credulidad de las gentes, en época en que la ciencia toxicológica estaba aun aguardando el impulso creador de Orfila.

El abate Galiani consideraba el agua tofana como una mezcla de cantáridas y opio. Ernted atribuia sus virtudes al plomo; pero ninguna de estas sustancias puede producir una disolucion con las propiedades referidas. Halle afirmaba con pasmosa seguridad, que en esta composicion venenosa entraba cierta cantidad de la baba helada desprendida de los labios de los reos que morian en el tormento. Segun otros, encerrábase un cerdo y se le mezclaba diariamente una corta porcion de arsénico con los alimentos. A los tres meses el animal, aniquilado ya lentamente, derramaba por la boca una especie de baba espumosa, y esta era el agua tofana.

Hoy ya nadie puede dar crédito á tan estravagantes absurdos. La única opinion aceptable es la de Garelli, famoso médico del emperador Leopoldo y casi testigo de los hechos á que se refiere. La siguiente carta dirigida por él á Hoffmann y que aparece en las obras de este, ofrece datos verdaderamente irrecusables. Dice asi: *Occasione elegantis tuæ dissertationis de erroribus circa venena, in mentem venit quodd im lentum venenum quo famosa venefica in carceribus napolitanis adhuc vivens, in scæcentorum perniti m usa est. Hoc vero nihil aliud est quam arsenicum crystallinum in larga aquæ copia per simplicem decoctionem solutum, addita, nescio in quen finem, cymbelaria herba. Hoc mihi communicabit augustissimus imperator, cui transmissus est processus criminalis, propria veneficæ confessione confirmatus. Aqua vero vulgari idiomate Napolitano Aqua* della Toffanina *appellatur. Certissime interficit, et plurimi hoc veneno occubuerunt.* Segun esto, pues, el veneno de la Toffana consistía en una disolucion fuerte de ácido arsenioso, en la cual se mezclaba tambien el zumo de una planta inocente el *Antirrhinum cymbalaria.* Segun Flandin, era tambien arsénico el famoso veneno de los Borgia, antecesor del agua tofana. Las indagaciones hechas en Paris con motivo de los ruidosos procesos entablados contra madama Voisin, la marquesa de Brinvillers, Sainte Croix, Glazer y otros cómplices, descubrieron arsénico y ademas sublimado corrosivo; usándose al parecer de una ú otra de estas sustancias venenosas segun los casos y las intenciones.

Esplícase fácilmente por qué el arsénico era en esa época, y aun antes, el veneno mas usado y conocido. La alquimia, arte de trasmutar los metales, se habia propuesto resolver el problema de la fabricacion del oro, y sus locas tentativas se dirigieron á analizar y trasformar dos compuestos arsenicales cuyo aspecto revelaba cierta analogía con el codiciado metal. Tales eran: el oropimente ó arsénico sulfurado amarillo y el rejalgar, arsénico rojo, oropimente rojo ú rubina de arsénico; formados uno y otro de azufre y arsénico en distintas proporciones y existentes en algunos filones metalíferos y en los productos volcánicos. Bien sabida es la vulgar significacion que ya de antiguo tiene el rejalgar entre nosotros: darle á uno rejalgar es darle una cosa muy mala. Segun cuenta Plinio, tratando el emperador Calígula de hacer oro, echó mano de una preparacion arsenical, pero abandonó luego su trabajo porque era superior á la utilidad. Es de suponer que los primeros alquimistas que manejaron estas dos peligrosas sustancias, aprendieran muy á su costa con qué clase de cuerpos se las habian, y esta terrible enseñanza abrió naturalmente al crímen un camino mas seguro.

En la época de los referidos sucesos, ya los anales de todos los pueblos, y muy especialmente los de Italia, guardaban el secreto de innumerables envenenamientos, tanto mas criminales, cuanto mas segura impunidad les prometia el linage de los envenenadores; pero en el siglo XVI el vuelo que empezó á tomar la química prestó á estos mas abundantes recursos. Veíase á los magnates atizar la abyecta codicia de algunos alquimistas, que á vueltas de fabricar oro y buscar la piedra filosofal, estudiaban el modo de preparar á gusto de sus señores toda clase de brevajes ponzoñosos. Por otra parte, tales ideas dominaban en las regiones palaciegas, que, aunque asombre el pensarlo, podian los fabricantes de venenos dedicarse en ciertos casos con toda tranquilidad de espíritu á sus terribles manipulaciones bajo el amparo de una voluntad soberana. Para muestra, aun cuando parezca digresion en este sitio, nada hay mas característico ni curioso que la carta de fray Diego de Chaves al católico rey de las Españas don Felipe II, de quien era confesor, escrita algun tiempo despues y con motivo de la muerte violenta del ministro Escobedo. En esta carta tal como se encuentra en las Relaciones de Antonio Perez, secretario privado de aquel rey, dice fray Diego entre otras cosas lo siguiente: «Segun lo que yo entiendo de las leyes, el príncipe seglar que tiene poder sobre la vida de sus súbditos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, teniendo testigos; pues la órden en lo demás y tela de los juicios es natural por sus leyes, en las cuales él mismo puede dispensar; y cuando él tenga alguna culpa en proceder sin órden, no la tiene el vasallo que por su mandado matase á otro que tambien fuese vasallo suyo, porque se ha de pensar que lo manda con justa causa, como el derecho presume que la hay en todas las acciones del príncipe supremo; y sino hay culpa, no puede haber pena ni castigo.»

¡Cuántas veces se habrá empapado la tierra en sangre, cuantas copas de veneno se habrán apurado por esta singular jurisprudencia! Pero volvamos al agua tofana.

Segun datos auténticos, este tósigo producia diversos trastornos en las funciones digestivas: desaparecia gradualmente el apetito y era reemplazado por una sed abrasadora, inestinguible, y el individuo caia en un abatimiento tal y sentia un disgusto tan invencible ó tedio de la vida, que todo cuanto le rodeaba le era indiferente, sucumbiendo al fin por aniquilamiento ó consuncion. Han creido algunos que la Toffana sabia y predecia á veces hasta el instante mismo de la muerte; pero esto no es ya admirable. Si algo pudo saber la envenenadora, á fuerza de tiempo y esperiencia, seria la duracion comun de la lenta agonía de sus víctimas; y el vulgo, aficionado siempre á lo maravilloso, dió mucha importancia á esa aparente adivinacion ó presciencia.

A lo de que el agua tofana producia un envenenamiento lento por el arsénico, pudiera tal vez presentarse como objecion el hecho de los *arsenicofagos* existentes en diferentes puntos de Alemania y entre los habitantes de las montañas que separan el Austria y la Estiria de la Hungría. Estos atrevidos montañeses comienzan por tomarse cosa de medio grano de arsénico varias veces á la semana, sin pasar de esta cantidad hasta habituarse á ella por algun tiempo. Aumentan luego gradualmente y con mucho tiento la dósis, hasta llegar á la que les permite su respectiva fuerza orgánica. El objeto que con esto se proponen, es adquirir vigor, agilidad para trepar por las montañas, buen color y un aspecto en fin de salud tan floreciente que encanta en realidad. Tales son los efectos que esperimentan los arsenicófagos, y de los cuales se ha hecho uso tambien en beneficio de los animales y principalmente de los caballos.

Pero el peligro de la arsenicofagia no está en ella misma, ni se echa de ver hasta el momento en que voluntaria ó forzosamente, cesa el sugeto de tomar arsénico. El cuadro de síntomas que entonces se desarrolla es el siguiente: malestar general, grande é inesplicable; estrema indiferencia para todas las cosas; ansiedad, trastorno en la digestion, inapetencia, sensacion de plenitud en el estómago, vómitos, salivacion y dificultad de respirar. El único medio de cortar la marcha de estos síntomas, es volver inmediatamente al uso del arsénico: la muerte es sino su desenlace inevitable.

Hé ahí, pues, lo que con el agua tofana acontecia, salvo la diferencia de la mayor dósis y de la forma en que era propinada la preparacion arsenical. Sabido es que un veneno obra con tanta mas rapidez y energía, cuanto mas disgregadas están sus moléculas, y es por eso mas activo en disolucion perfecta que en sustancia. La Toffana daba en sus redomitas una disolucion mas ó menos fuerte de ácido arsenioso hecha á temperatura elevada, y la primera cantidad que recibirian sus víctimas, seria sin duda mucho mas crecida que la que acostumbran los toxicófagos y mucho mas sutil. Sino causaba la muerte repentina, constituia al sugeto en un estado precario, que nuevas dósis venian á agravar y á conducir á una terminacion funesta, que era atribuida, sin sospecha alguna muchas veces, á una indisposicion comun. Podia administrarse el agua tofana de diversos modos y en dósis mas ó menos crecidas, segun que se deseaban efectos rápidos ó lentos. El doctor Bransalatti creia haber descubierto el antídoto del terrible veneno; pero ninguno de sus remedios tenia efecto, como no se administrasen inmediatamente despues de apurado el tósigo. Bien puede suponerse que siendo apenas conocida la naturaleza del agua tofana, era punto menos que imposible hallar un antídoto contra ella.

Fácil nos seria ahora entrar en la crónica, que pudiera llamarse escándalosa, del agua tofana; pero nos es repugnante divulgar hechos, cuya realidad no está comprobada, y que á ser ciertos, infamarian el nombre de las clases, instituciones y personas á que se refieren. Empezaremos por negar que la Toffana perteneciese, como se ha dicho, á una de las familias mas distinguidas de Italia: todos sus historiadores la presentan como una mujer del pueblo, instrumento tal vez de ocultos y poderosos criminales. Carecen igualmente de fundamento las versiones que atribuyen el manejo de la terrible agua á personajes determinados, á ciertos institutos religiosos ó á las sociedades secretas. No es de creer, sin embargo, que un veneno con tan refinado arte y con tanta malicia preparado, cuyos efectos se ocultaban tan fácilmente bajo la apariencia de una enfermedad ordinaria, sirviese solo para satisfacer la sensualidad ó la venganza de unas cuantas napolitanas y romanas. Las ambiciones y los odios políticos, las intrigas palaciegas fueron sin duda las que proporcionaron mas víctimas al agua tofana, y la formaron esa lúgubre celebridad que acompaña á su nombre.

I. Oliver y Brichfeus.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

II.

LA PANTERA.—LA HIENA.—EL JABALÍ.

La pantera, ó gran pantera del Africa, llamada por los griegos *pardalis* y por los latinos modernos *leopardus*, es otro de los animales temibles y poderosos que se albergan en los bosques y las montañas de la Argelia, de Tunez y de Fez. Su longitud es algunas veces mayor de seis piés y medio.

La piel de este animal es de color leonado mas oscuro por los lomos, y menos, casi blanquecinos por el vientre. El todo de su piel, como sabemos, está cubierto de manchas negras, en forma de anillos.

La pantera se confunde generalmente con el leopardo, animal de la misma especie que aquella, pero cuyo color es mas brillante y hermoso.

Uno y otro son de aspecto fiero al par que receloso; su mirada es inquieta, y rápidos sus movimientos.

Generalmente se alimenta la pantera con animales mas débiles que ella, á los cuales sorprende en medio de los bosques mas sombríos, donde generalmente se establece.

El rugido de la pantera es muy semejante al ladrido de un perro furioso, ó al relincho de un mulo.

En Africa, sin embargo, se encuentra la pantera, muy cerca del litoral, entre este y las primeras montañas.

Dos son las especies dominantes; muy parecidas en la forma y el color del pelo; pero la mayor de ellas adquiere casi las dimensiones de una leona regular.

La otra es una tercera parte mas pequeña.

Animal esencialmente cazador, tiene toda la astucia del gato. Aunque al parecer tiene gran analogía con el leon, difiere absolutamente de él tanto por su carácter cuanto por sus costumbres.

La pantera, segun hemos dicho, se alimenta con el producto de sus cacerías; teme salir del bosque, aun durante la noche y cuando no consigue dar muerte á un jabalí, á un chacal ó una liebre, conténtase con un conejo ó una perdiz.

Ocurre á veces que la pantera, discurriendo por entre la espesura, olfatea algun carnero ó ternera, que separándose imprudentemente de la manada, se aproxima á las lindes del bosque.

La pantera sigue al inofensivo animal con una mirada constante y sombría, se acerca lenta y silenciosamente



á él, merced á los mas cautelosos movimientos, y despues, en un momento dado, cae de improviso sobre su víctima, con uno ó dos saltos enormes y la degüella con su poderosa garra.

Satisfecha su hambre, se apodera de los restos palpitantes y sangrientos de su festin, y con una agilidad y precision sorprendente, trepa con ellos á un copudo árbol y deposita en sus ramas aquellas provisiones, que por este medio quedan á cubierto de la voracidad del lobo, de las hienas, chacales y otros animales carniceros.

Pero el objeto predilecto de su saña es el puerco-espin.

La pantera, que elige para guarida los sitios mas empinados y cubiertos de vegetacion, especialmente si son inaccesibles al leon, su mas temido enemigo, encuentra frecuentemente en su vecindad al puerco-espin, que generalmente anida en los accidentes de las rocas.

Sabese que el puerco-espin, especialmente el de Africa, tiene todo el cuerpo, escepto su diminuta cabeza, cubierto de abundantes y largas puas, duras y agudas que nuestras mujeres consideran como un buen antídoto, contra las jaquecas y dolores de cabeza.

Cuando el puerco-espin se ve ó se cree en peligro, oculta la cabeza y queda convertido en una especie de pelota.

Todas aquellas temibles puas, se erizan, y como otras tantas flechas, son despedidas de su cuerpo, bastando para imprimirles un fuerte impulso, un simple movimiento interno y nervioso del animal.

Esta poderosa defensa natural, que generalmente basta á resguardarlos de todos los riesgos, es insuficiente, sin embargo, contra la saña de la pantera.

Su paciencia y su destreza son tales, que colocándose al lado de la guarida del puerco-espin, acecha su salida sin hacer el mas leve movimiento una ó muchas noches; y cuando le ve aparecer, rápida como el pensamiento, salta sobre el descuidado animal, y de un solo salto cae sobre él, al mismo tiempo que un zarpazo de su formidable garra le arranca la cabeza.

La pantera, á pesar de su fuerza y sus temibles medios de ataque, es cobarde.

En vez de atacar al hombre, como el leon, le huye.

Tan cierto es esto que ha habido cazador que despues de pasar diez noches acechando á una de ellas, casi tan grande y fuerte como una leona, hubo de renunciar á su proyecto.

La pantera, advirtió la presencia del cazador; encerróse en su caverna y solo de vez en cuando asomaba el hocico para cerciorarse de la presencia de su enemigo.

Cuando este, perdida la paciencia, desistió de su empresa, díjole un pastor que la pantera salia durante las horas de mas calor, llegaba á un sitio determinado del arroyo inmediato, apagaba su sed y volvia á encerrarse.

El cazador se apostó detrás de un lentisco, y en efecto, á la hora indicada, se dejó ver la enorme pantera, marchando con mayor cautela y desconfianza que de costumbre.

El cazador, distante de la pantera que no le habia visto, cinco ó seis pasos, apuntó entre el ojo y la oreja é hizo fuego.

La pantera cayó, como herida del rayo, sin lanzar un solo grito. Estaba tan flaca, que el cazador resolvió abrirla y en efecto lo hizo, conociéndose de este modo que el miedo habia sido tan poderoso en aquel animal, que no le habia permitido salir á tomar alimento alguno en las diez noches que duraba su persecucion.

Julio Gerard, en vista del estudio que ha hecho de estos animales, dotados de terribles medios de ataque y defensa, y cuya fuerza muscular les permite luchar ventajosamente con el hombre, cree que su cobardía procede de un vicio de organizacion.

Por consiguiente la pantera es un animal poco, ó casi nada nocivo para los árabes. Por esta razon no le cazan con objeto de esterminarle y si lo hacen alguna vez es como por diversion.



EL GENERAL DON ENRIQUE O'DONNELL.

En tal caso lo cazan en batida; á veces en ojeo.

Levantado el animal, su muerte es segura, á menos que no encuentre al huir alguna profunda caverna donde guarecerse.

Algunos árabes, sin embargo, que son los que proveen de pieles de este animal los mercados de la Argelia le cazan de un modo ingenioso y que no ofrece el menor riesgo.

Sabida la presencia de una pantera, arrojan una oveja muerta, ó los restos de algun jabalí, en cualquiera de los sitios frecuentados por ella, y le permiten que durante algunas noches se alimente con aquel cebo.

Cuando este se concluye, dejan únicamente un pedazo del tamaño del puño, atado con tres ó cuatro bramantes, cuyas estremidades opuestas están sujetas á los gatillos de otros tantos fusiles, apuntados á aquel lugar, atados á algunas estacas y ocultos cuidadosamente con follaje.

El árabe se aleja del lugar, siéntase delante de la puerta de su tienda, enciende la pipa, y espera fumando que la detonacion le anuncie la muerte de su presa.

La hiena, es el mas cruel y feroz de todos los animales de la Argelia, despues del leon y la pantera.

Su figura es muy parecida á la del perro y sus dimensiones suelen llegar á mas de cinco piés.

La estremada flexibilidad de sus patas traseras es causa de que la hiena aparezca mas baja de la parte posterior que de la anterior.

Tiene cuatro dedos, armados de gruesas, fuertes y aceradas uñas en cada zarpa; doce dientes incisivos, cuatro caninos y diez molares en cada mandíbula; la mirada opaca, sombría y los ojos muy salientes: el hocico es redondeado, grueso y corto.

Los antiguos la confundieron con el chacal, el gloton y el gato de Algalia, por sus instintos igualmente feroces y por su ansia de comer carnes corrompidas.

La rigidez de su cuello le obliga á volver todo el cuerpo cuando quiere mirar á un lado ó atrás, como sucede al cerdo y al cocodrilo.

La cola de la hiena suele tener veinte pulgadas de longitud. Su pelo es pardo con marcado viso rojizo, negruzco en la frente y entrecejo y blanquizco por la parte inferior del cuello y del vientre.

Tiene la piel manchada de negro; negruzcas son tambien sus patas y la mitad inferior de la cola. Á los lados del cuello tiene dos rayas del mismo color.

El pelo es muy largo, menos áspero que la cara y le cuelga por los costados; algunos miden una cuarta.

Los árabes, esencialmente bravos, intrépidos en todas ocasiones y que solo temen al ***señor de la cabeza grande*** (el leon, al cual ha dado Dios, dicen, la voz del trueno, desprecian la hiena y desdeñan el cazarla.

Reina entre ellos la costumbre de pintar sus uñas, las de sus mujeres é hijos, así como las crines, cola y patas de sus corceles, con un hermoso color rojo, que llaman *henne*.

Pues bien, el árabe que sorprende á una hiena en su agujero, agarra un puñado de escremento de vaca y presentándosele le dice con mofa: ven, quiero embellecerte con *henne*.

La hiena alarga una mano, ásela el árabe, la saca del agujero, la ata y la entrega á las mujeres y los chiquillos, que la entierran viva ó la emparedan en algun agujero.

Un europeo, sorprendió á una hiena en su escondrijo; inmediatamente abandona su caballo, tira del sable y lo clava hasta la empuñadura en el pecho del animal, que procuraba evitar su muerte, mordiendo la punta y la hoja del arma.

Al llegar á aquel sitio los árabes que acompañaban al europeo, retrocedieron ante la ensangrentada arma.

—Rompe ese sable y no vuelvas á servirte de él, le dijeron: se ha teñido en sangre traidora y te hará traicion.

La hiena se oculta en los matorrales mas espesos y distantes de los aduares de los árabes; y durante la noche sale, con su compañera, pues nunca se encuentra una sola, y discurre alrededor de los cementerios, que entre los árabes no están guarecidos con tapias ni vallados.

(Se continuará).

Felipe Carrasco de Molina.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El dinero da á las gentes conocidos y parientes.

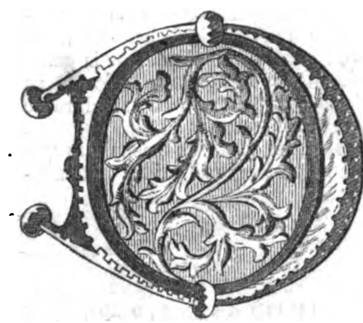
DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 3. — PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. — MADRID, 15 DE ENERO DE 1860. — PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 pesos. — AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



ecididamente la batalla de los Castillejos, de que hablamos en nuestro número anterior, fue la mas encarnizada, sangrienta y porfiada que se ha reñido en esta guerra. Los escuadrones de húsares se cubrieron de gloria; el regimiento infantería de Córdoba, y en general todos los de la division Prim, se condujeron admirablemente, y las tropas del segundo cuerpo que entraron en accion, nada dejaron que desear. Nuestras fuerzas en el combate ascendieron á 15,000 hombres, de todas armas; las de los moros á mas de 30,000, y sin embargo, los marroquíes quedaron tan escarmentados, que en ocho dias apenas han vuelto á molestar al ejército, el cual ha seguido avanzando, y ni aun han defendido los pasos difíciles y peligrosos del monte Negron, que nuestras tropas atravesaron sin disparar un tiro. El 10, á orillas del rio Capitanes, que se encuentra al otro lado de este monte y entre él y Cabo Negro, hubo una pequeña accion, en que el segundo cuerpo que iba de vanguardia, rechazó prontamente y con gran pérdida al enemigo; y el 12 llegó á presentarse con mas fuerza de infantería y caballería atacando el centro de nuestras tropas. Treinta piezas de artillería y varias cargas á la bayoneta le dieron á conocer su impotencia, y corrió á refugiarse detrás de Cabo Negro, á donde se encaminaban nuestras tropas á la fecha de las últimas noticias. La distancia desde este punto á Tetuan viene á ser como de dos leguas en terreno de vega, cubierto de arbustos y mezclado de huertas, jardines y casas de campo, que la larga ocupacion de las hordas marroquíes probablemente habrá destruido. De suerte que si el huracan y la lluvia lo permiten, cuando este número llegue á manos de los lectores, el ejército se hallará á la vista de Tetuan.

Ya habria llegado sin el horroroso temporal que comenzó el 7 y duró hasta el 11 del corriente. La escuadra que se hallaba á las inmediaciones de Cabo Negro, hubo de abandonar aquel punto y salir á alta mar; fue necesario suspender el embarque de la division Rios que el 8 deberia haberse unido en Cabo Negro al ejército de sitio, y este quedó en sus posiciones racionado para cinco dias aguardando que el tiempo le permitiese continuar la série de sus triunfos. Los naufragios que el vendabal ha ocasionado son muchos, especialmente en buques mercantes; hemos perdido el vapor *Santa Isabel*, en la playa de Algeciras, y la goleta de guerra *Rosalia*, que varó en la costa de Cabo Negro. Pero el 11 cedió el temporal y los trasportes que conducian víveres, municiones y forraje al ejército, pudieron acercarse á la costa. El jefe de las fuerzas navales saltó en tierra para conferenciar con el general O'Donnell y entre tanto la division Rios se preparaba para el embarque que debe haber ya verificado.

Ademas de la division Rios marcharán en breve á reforzar el ejército de Africa los batallones de voluntarios que se forman en Cataluña y los tercios vascongados que manda el valiente general Latorre. Estos tercios se hallan ya en su mayoría dispuestos para el embarque, armados, uniformados, y provistos de todo lo necesario. El general Latorre, con la actividad que le distingue, ha sabido vencer los obstáculos que se oponian á la organizacion de estos cuerpos, y llevará al Africa una lucida division, ansiosa de compartir los laureles del resto del ejército.

Se presentarán, pues, sobre Tetuan, segun todas las probabilidades la division Prim, la division Rios y los cuerpos segundo y tercero del ejército. El primer cuerpo queda en los reductos del Serrallo que supo formar, defender y conservar con tanto heroismo, resistiendo solo el primer empuje de los moros, que no sabiendo aun con qué clase de enemigos tenian que habérselas, creian fácil la victoria. Hoy aquella posicion está bien fortificada, pero su grande estension hace necesario un cuerpo de ejército para guardarla y á nadie mejor que á quien la supo ganar y mantener contra enjambres de enemigos, puede confiarse la custodia de una posicion que es la base de las operaciones de la campaña.

El Serrallo forma actualmente el centro de la estension que ocupan los campamentos del primer cuerpo. Saliendo de Ceuta, y á media legua de distancia al Occidente, se encuentra la Mezquita. A mil doscientos metros al Sudoeste se halla el reducto llamado del Príncipe Alfonso, que forma la estrema izquierda del campo y que dista unos seiscientos metros del Mediterráneo. Al Oeste se ve el reducto Francisco de Asís, el mas avanzado, y que forma el frente del campamento, dejando á su izquierda el boquete de Anghera: al Noroeste el reducto de Isabel II y al Norte la casa del Renegado, completan el recinto, que tiene al Sur el Mediterráneo, al Nordeste el Estrecho y al Este la plaza de Ceuta. Pues bien, á unos mil trescientos metros de la Mezquita, en direccion Occidental y á unos mil seiscientos del reducto Francisco de Asís, en direccion Oriental, está el Serrallo en medio de cuatro barrancos, dos á la derecha y dos á la izquierda, y de otras cuatro fuentes que nacen cerca de ellos. El edificio conocido con aquel nombre, es un palacio antiguo y hoy arruinado, construido para residencia del sultan marroquí cuando los sultanes marroquíes tuvieron la pretension de reconquistar á Ceuta. En la época de su construccion ocupaba una área bastante estensa, pero hoy no quedan de la mitad del alcázar sino los cimientos y algunos patios interiores de paredes derruidas. El lado que mira á Ceuta se conserva sin embargo en pié y tiene una elegante torre morisca, en que desde el dia 19 de noviembre ondea la bandera española. En este edificio tenian los moros una guardia avanzada y un alcaide que la mandaba y vigilaba los movimientos de la plaza.

Despues de los sucesos de la guerra y de los temores causados por el temporal, ninguna otra novedad ha ocurrido en la semana que haya llamado grandemente la atencion pública. Las cosas de Italia siguen tan oscuras como siempre, y el folleto *el Papa y el Congreso* continua produciendo sus efectos. El papa le ha condenado oficialmente, y el congreso no sabemos si se reunirá todavía.

Los teatros nos han ofrecido *el Padre de los pobres*, y algunas zarzuelas nuevas. *El Padre de los pobres*, representado en el Circo, es un drama del señor Eguilaz, no ciertamente de los mejores: el protagonista es San Juan de Dios, y como santo, naturalmente hace milagros en la escena, único lugar en que nosotros los prohibiríamos si pudiéramos. Los bellos pensamientos que el autor hace espresar al santo; los buenos consejos que da á las jóvenes próximas á sucumbir y á los libertinos que han sucumbido, no bastan á cubrir los defectos de la inverosimilitud y languidez de la accion.

En la Zarzuela se estrenaron la otra noche *Los dos*

primos, letra de don Ricardo de la Vega y música de Fernandez Caballero: tanto una como otra agradaron y habrán agradado mas en las sucesivas representaciones. *La franqueza*, otra zarzuela, con chistes algo picantes, se salvó por la Zamacois, Obregon y Caltañazor.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TUMBAS ARABES CERCA DEL CAIRO.

No vamos á hacer hoy detenidos estudios sobre la arquitectura árabe, que quizá algun dia serán esclusivo objeto de nuestros artículos. Vamos solamente á indicar los adelantos y progresos que el arte mahometano hizo en las apartadas regiones donde se alzan como perennes testimonios de la cultura que alcanzó el pueblo de Ismael, los ricos monumentos de Bagdad, Bahalbu, el Cairo, Alejandria, y otros muchos que no por mas desconocidos son menos importantes para el artista y el historiador.

En vano buscaremos en la vida de los árabes anterior á la adopcion del mahometismo, vestigio siquiera de su arquitectura. Si bien no todos llevaban la existencia nómada de los pastores, pues hasta en su lenguaje determinaban de distinto modo al *árabe de las tiendas* y *al árabe de la ciudad*, los que pertenecian á la última clase, etiopes en su mayor parte que se alzaban en continuas revueltas con las pequeñas poblaciones de sus señores, no cultivaron la arquitectura de tal modo que sus obras se trasmitieran á la posteridad; pudiendo asegurarse que de época anterior á Mahoma no existe hasta el dia monumento alguno que acredite lo contrario.—En vano las tradiciones árabes hablan de las construcciones de los pueblos de *Ad*, que con *Themud* y *Tasm* fueron segun su creencia destruidos por la cólera de Dios, pueblo de gigantes á los cuales pertenecian esos monumentos colosales que en casi todas las regiones del mundo primitivo se encuentran, ya socavadas en la roca, ya compuestos de inmensos y toscos pedazos de piedra. Con razon Pascal Coste, siguiendo al concienzudo *Ebn-Khaldun* dice que estas construcciones no pueden contarse entre los monumentos de arquitectura como verdaderos ejemplos del arte, bajo el punto de vista que el historiador los examina para buscar los primeros pasos del arte mismo en determinados estilos, propios de diversas comarcas. El nombre de monumentos *Adis* puede aplicarse á las construcciones antiguas de la Arabia como á las de Africa, y espresa la misma idea que los monumentos llamados *ciclopeos* por la antigüedad clásica.—

Al buscar los orígenes de la arquitectura mahometana, lo cierto es, como dice con el exacto juicio que siempre le distingue el señor Assas, que cuando el falso profeta quiso erigir la primera mezquita, el monumento mas antiguo del islamismo, reedificando la Kaaba, apresó una nave cargada de materiales destinados á erigir una iglesia cristiana, é hizo que por fuerza dirigiesen la obra dos arquitectos que en el mismo barco iban, copto el uno y griego el otro.

Pero desde esta época hasta el reinado de Alí, en vano buscaremos monumentos que nos indiquen los adelantos del arte, cuando este como las letras sus hermanas y las ciencias que les dan vida, estaban en un completo estado de abandono; sin embargo de que las rápidas conquistas por el Egipto, la Fenicia y la Siria despertase lentamente la aficion de los árabes á la cultura y al estudio.

Valiéndose de los edificios que encontraban ya levantados para sus palacios ó sus templos, y siendo el arte que á la sazon dominaba en el vacilante imperio de Oriente, el bizantino, natural era que las obras que empezaban á edificar participaran de este carácter, con reminiscencias romanas á cada paso, pues lo mismo en la primer época del arte muslímico que en el latino, ó de las monarquías cristianas formadas á la destruccion del gran coloso de Occidente, se aprovechaban los artistas para sus fábricas de los trozos romanos que encontraban, ya perteneciesen á esta ó á la otra edad del pueblo de Rómulo. Ademas: en el desenvolvimiento del arte mahometano debia influir la situacion en que habian estado los árabes en sus diferentes comarcas. El Mediodía de la Arabia, sujeto por mucho tiempo á la Persia, recibiendo directamente el influjo de su civilizacion; al Norte algunos principados árabes cristianos, tan pronto sumisos ó rebeldes á los emperadores romanos y á los monarcas de la Persia, y no estraños al lujo y las costumbres de ambos pueblos; al Oeste las conquistas de los abisinios;. todos estos elementos distintos, pero capaces de confundirse, se confundieron en efecto y se reflejaron en el arte, tan luego como las independientes poblaciones del centro, victoriosas y decididas propagadoras del islamismo, despues de imponer con la punta de su acero el código de su legislador, se hicieron cultos y protegieron las ciencias y las artes siguiendo el poderoso ejemplo de soberanos como Abu-Jaafar, Arun-al-Raschid y Almamun. Desde entonces, templos, palacios, sepulcros, edificios públicos destinados á las necesidades de los asociados, brotaron sin cesar en todos los ámbitos del imperio muslímico, con los caracteres generales del estilo bizantino, pero embellecidos por la rica imaginacion de los artistas árabes, recordando á cada paso en sus numerosos adornos la ornamentacion persa.—La diversa índole de la religion ismaelita, habia de reflejarse tambien en el arte de los árabes. Los sectarios de Mahoma, que durante largo espacio de tiempo habian tenido vedada otra lectura que la del Coran, que en este libro cifraban toda su ciencia, natural era que tratasen de repetirlo en todas partes, y de aquí que cubriesen con las frases de las suras sus paredes, de donde vinieron á adornar constantemente con inscripciones las fábricas mahometanas, convirtiéndose aquellas al avanzar el arte en su progresivo desarrollo, en inspiraciones poéticas.

Entre las diversas comarcas que el arte mahometano pobló de notables monumentos en los que se encuentran los antedichos caracteres, el Cairo conserva multitud de ellos, todos de la mayor importancia; y bien lo demuestran las mezquitas de *Amru*, de *Tulun*, de *El-Azhar* de *Barkauk*, *Kalun* y *Kaitabai*, los conventos de los derviches, la puerta pública llamada *Pelai*, el famoso abrevadero de Abd-errahman *Kiaia*, el acueducto de la ciudadela, el Kiosko de *Chubra*, multitud de habitaciones particulares, y notables sepulcros, entre los que llaman principalmente la atencion los construidos al Nordeste de la ciudad por los califas fatimitas, notables por la elegancia y solidez de su construccion, asi como por el gusto de su ornato. A la misma clase de monumentos, aunque sin poder fijar sus autores, pertenecen tambien los que presentamos en nuestro periódico, que con igual planta y aspecto general que los de los fatimitas, existen cerca de la ciudadela de Hill, destruyéndose abandonados rápidamente, y sin mas uso que servir de asilo á los árabes del desierto y á los marabuts errantes (1) La mayor parte de estos sepulcros llevaban agregadas mezquitas que hoy están destruidas, y los que copiamos en este número, á juzgar por las labores á manera de estalactitas que adornan su cornisamento, sus arcos de semicírculo, sus cuadradas ventanas y los nervios de su cúpula, parecen indicar un período no mas lejano que el fin del siglo XII ó principios del XIII.

Lástima grande que la incuria, muy comun hoy en los habitantes del Cairo, deje hundirse estos sepulcros, monumentos que no ha mucho tiempo se encontraban con frecuencia en aquellas comarcas, y que hoy van siendo cada dia mas raros, hasta que terminen por desaparecer del todo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) En todos los territorios sujetos á la dominacion musulmana, se hallan sepulcros de este género, que con sobrada frecuencia, sirven de mezquitas por la falta que de ellas encuentran los árabes errantes. El edificio llamado *la mezquita* cerca del campamento del serrallo, es uno de estos sepulcros, donde en época quizá posterior, se enterró un morabito, cuyo nombre tambien le han dado algunos de nuestros corresponsales.

COSAS DE MADRID.

LOS CARRUAJES PÚBLICOS.

I.

Cuando, despues de una larga permanencia en Madrid, haceis una escursion á provincia, ¿no os parece que hay en torno vuestro una atmósfera distinta, un no sé qué pesado, frio, silencioso que impresiona vuestros sentidos y los modifica hasta el punto de que todo, la luz, el aire, el ruido de los pasos de las gentes que de tiempo en tiempo se cruzan con vosotros, la campana que toca á misa ó á muerto, las puertas que se cierran ó se abren, tienen un color, un sonido, una manifestacion especial? ¿No os parece que os encontrais en un mundo enteramente distinto de aquel que habeis dejado? ¿no lo encontrais todo monótono, pobre, frio, silencioso?

Es que, sin conocerlo, sin sentirlo, dominados por la costumbre, habeis salido aturdidos de Madrid, y os encontrais de repente en un lugar en que nada puede aturdiros: es que habeis dejado de escuchar el continuo, el unísono, el insoportable rodar de la multitud de carruajes diversos, que hacen de las calles de Madrid un tormento de vuestro olfato, un amago contra la limpieza de vuestro traje, un peligro continuo para vuestra vida.

Suponed suprimidos los carruajes en la villa y córte, y habreis suprimido en vuestra imaginacion las dos terceras partes de los rasgos de la fisonomía característica de Madrid, tanto en lo físico como en lo moral: á realizarse vuestra suposicion, Madrid seria enteramente distinto é imponderablemente mejor de lo que es, porque como no se puede suprimir lo que es necesario, siendo posible la supresion de esos vehículos, de sí mismo se desprende que Madrid no tendria pozos negros, ni despojos arrojados por la noche en medio de la calle, ni perros envenenados por la estrignina, ni pretendientes á quienes importe ir deprisa, ni corridas de toros, ni entierros ostentosos, en los cuales la vanidad constituye el objeto, ni modistas desgraciadas, ni damas galantes, ni otras diez mil y quinientas cosas que atacan directamente á vuestras narices, á vuestra pudibundez, á vuestro incontestable derecho de transitar descuidada y tranquilamente por la calle.

De una parte los reglamentos de correos, de otra los abusos de los particulares, de esotra las urgencias, ó las pocas ganas de andar de los que se hacen dueños de un carruaje durante un tiron; la higiene, los abastos, el continuo flujo y reflujo de viajeros que entran ó salen de Madrid, arrojan sobre nosotros continuamente, obligándonos á desear cien ojos y cien oidos, las sillas correos, los coches alquilones, los diferentes géneros de carruajes de limpieza, los de mudanzas, los de acarreo de materiales, los de abastecimientos de todo género, los fúnebres, los populares, los de camino, los omnibus, etc., etc.: una plaga, en fin, un ruido continuo, una mancha, un hedor y un peligro ambulantes, incesantes, desesperantes que os detienen á cada paso, que os encocoran, que os cargan, que os hacen desear la tranquila aldea, donde los muertos se llevan á hombro, donde las carnes entran vivas en la carnicería, en donde no se conoce, en fin, otro carruaje que la lenta carreta de bueyes, que no se mete con nadie.

II.

Desde el momento en que uno de nosotros, desgraciados, que tenemos el oficio de entretener al público, de escitar su curiosidad, tomamos la pluma para borronear el manuscrito que ha de venderse despues de haber sido prensados sus conceptos entre el plomo de los caractéres y el cilindro de una máquina, debemos suponer que nuestro prógimo docto ó lego, deletreador ó leyente de corrido, suscritor por temperamento ó lector recalcitrante, que no arroja su mirada sobre otros impresos que los que le dan prestados, ó envolviendo queso ó manteca, en cuanto tiene entre las manos la entrega, ó el periódico en que hemos estendido algunas columnas sobre nuestra firma, ha de exijir de nosotros, mucho talento, ó mucha gracia, ó mucha intencion; que le divirtamos, ó que le enseñemos; que le indemnicemos, en fin, ya de los maravedises que ha gastado, si es suscritor, ó ya de la inapreciable honra que nos concede si es lector de gorra, dispensándonos su ilustrada atencion.

En una palabra: el que escribe para el público arrostra todas las consecuencias del que expone un objeto, para ser calificado, ante el juicio, ante el gusto, y hasta ante el capricho universal.

Pero nos estraviamos.

Queríamos decir y no lo hemos dicho, pero lo decimos á continuacion, que no sabemos si tratándose de las cosas de Madrid, un artículo sobre los carruajes públicos, podria ser bastante para entretener á nuestros lectores durante diez minutos.

Si pudiéramos escribir acerca de estas cosas libremente, si no nos lo impidieran altas consideraciones morales, políticas y sociales, el artículo se convertiria en libro, y tan interesante, y tan nuevo, y tan característico, que á fe á fe habia de obtener gran número de lectores que comerian, teniéndole abierto ante los ojos, y dormirian sobre él, guardándole bajo la almohada.

Pero ni queremos, ni podemos, ni debemos sacar á luz la fisonomía completa de los carruajes públicos, y nos vemos reducidos casi á la impotencia, tratándose de ellos, para escitar, para satisfacer el interés de los lectores.

Vamos creyendo que este artículo, empezado con la intencion de que pertenezca al género de los de costumbres, va á convertirse en una especie de acusacion fiscal contra los abusos de esas incomodidades de la gente de á pié, de un escritor, que, siguiendo la lógica de su destino, no ha podido todavía tener coche sino durante un cuarto de hora y mediante una peseta.

El autor asegura que jamás gasta en coche mas que una peseta, porque nunca ha tenido necesidad de tomarlo por horas.

Continuemos.

III.

Empecemos, por una razon categórica, ocupándonos de los carruajes del Estado; estos son:

Las sillas correos.

Los carros de violin de idem.

Veámos sus cualidades como conductores de viajeros.

Lo mejor que os puede acontecer es que no las conozcais nunca por esperiencia.

Que no se os ocurra el caso fortuito de que un pariente rico, á quien quereis heredar, se muera á cien leguas por la posta y tengais que ir á buscarle en idem, ganando horas.

Una vez dentro de una de esas sillas, os amenazan:

Un movimiento seguro;

Un no dormir penoso;

Un no comer que habeis pagado.

Contingentemente, y con suma facilidad:

Un vuelco que os mata, ú os rompe un miembro, ú os ahorra del cuidado de limpiaros los dientes.

En cuanto á los carros de violin correos, horrorizaos al solo pensamiento de viajar en ellos.

Perdonadlo todo, hasta el amor de una coqueta, si para lograrlo habeis de viajar en uno de estos tormentos cuya existencia no se concibe, hoy que por fortuna ó segun otros, por desgracia, no existe la Inquisicion.

Prescindamos de estos carruajes como elementos viajeros.

Considerémoslos con relacion á Madrid.



Como uno de los peligros de sus calles.

Para comprender estos peligros, idos á las inmediaciones de la Casa de Correos, un poco antes de las ocho de la noche.

Vereis la capitana, la Mala, formar á la cabeza de una larga fila de carruajes de posta, cuyo estremo le constituyen los carros.

Los conductores y los zagales están sobre las delanteras.

Dan las ocho.

Al sonar la primera campanada, todas aquellas trallas (látigos) chascan, todas aquellas campanillas suenan, todas aquellas voces arrean, todas aquellas patas calzadas de hierro se mueven, todas aquellas ruedas giran, y los carruajes se lanzan con un estruendo multiforme, atronador, discordante, y atraviesan la poblacion desde el centro hasta las estremidades, irradiándose los carruajes al galope largo por las calles, en donde empieza su via, arrojando la gente sobre las aceras, haciendo correr á todo el mundo, asustando á las madres y dispersando las familias.

Yo se de alguna polla que ha debido el recibir un billete de su gallo, á pesar de la vigilancia de los papás, al exabrupto inesperado de una silla-correo.

Porque para las sillas-correos, desde que arrancan, todo es camino.

Dejémoslas pasar, conduciendo en sus cajones todo un mundo de afectos, de intereses, de desdichas, de necedades, de infamias.

Vayan en paz.

Y ocupémonos de otros carruajes del Estado, citemos, no mas que citarlos, porque no tenemos editor responsable, ni depósito, los de las secretarías de Estado, los de los secretarios del Senado y de las Córtes y el del gobernador.

Estos carruajes corren tambien como alma que lleva el diablo por las calles.

Pero comprendemos las altas, las poderosas razones de esta rapidez, y dejamos de citarla como un peligro urbano: porque sabido es esto: ***salus populi, suprema lex.***

IV.

Les toca, por razon de categoría, su turno á los carruajes municipales.

Estos son infinitos.

En primer lugar, el carro fúnebre de las víctimas del *Dos de Mayo*.

Nada tenemos que decir de este carro, como no sea para recordar con orgullo á los mártires de nuestra independencia.

Este carro, ni estorba, ni amenaza: conmueve.

Pero entre los carros del municipio, hay otros carros fúnebres á los que no podemos respetar.

Estos carros son los de la limpieza matutina.

¿Y por qué son fúnebres estos carros? nos dirán.

Son completamente fúnebres.

En primer lugar se ocupan de recoger, de sobre la vía pública, despojos.

¿Y qué son estos despojos, mas que miserables cadáveres despedazados?

¿Qué otra cosa son, los huesos roidos, las espinas, los caparazones de aves?

¿Acaso el troncho, la hoja, no son los fragmentos mortales, ya de la col, ya de la escarola, ya del apio?

No eran seres vivientes y orgánicos.

Y esto sin citar la maraña de cabellos rubios, negros, castaños, grises ó blancos, ni los fragmentos de cartas, de cintas, de prendidos, de flores contrahechas, que de todas estas cosas se ocupó ya Fígaro, en el artículo *La trapera*, ó sobre la trapera, no estoy seguro acerca del título: lo que vivió, lo que palpitó, lo que hizo vivir ó palpitar, lo que constituyó un elemento de vida, todo se apila, todo se apelmaza, todo se revuelve, en estos, por mas de un concepto, terribles carros.

Y si dudais acerca de la denominacon de fúnebres que les hemos dado, porque las razones anteriores os parezcan un tanto metafísicas, vamos á daros una razon que no podreis contradecir.

En esos carros se recogen los cadáveres de los perros y aun de los gatos, que han dejado de ser, á causa de su inmoderada aficion á la previsora, á la nunca bien, como se debe, ponderada morcilla municipal.

Estos carros no incomodan: salen demasiado temprano y solo se cruzan con la falange sirvientil.

Otro carro del municipio, pero estacional por fortuna, es la cuba de riego.

Este carro no es peligroso, como no sea para el traje; pero sí molesto; aquella manga que se valancea y se agita sin cesar, arrojando una lluvia de agua, no muy limpia, á impulsos del membrudo é incansable brazo de un astur bárbaro, parece que os busca, que se complace en haceros huir, que procura alcanzaros, que os alcanza, que os riega, al mismo tiempo que os cae encima el polvo de un derribo cuya valla os ha impedido la fuga.

Este carro es una necesidad y no hay contra él otra defensa que estarse en casa mientras él anda por la calle.

Nos queda otro carro del comun, del cual nos vemos obligados á hablar muy poco, y á taparnos á su solo recuerdo las narices.

Perdonad, pero estos carros son la tremenda artillería de Sabatini.

De ellos no os defendeis á veces, ni aun estando en vuestra cama, con la cabeza tapada, y obstruidas con algodon las fosas nasales.

Pero tenemos la esperanza de que el Lozoya hará inútiles estos tremendos carruajes.

Por supuesto, que alentamos esta esperanza á nombre de nuestros nietos.

Por último, son tambien carruajes municipales, las benéficas bombas de incendios.

Antes, hace pocos años, tenia la municipalidad, otros carruajes, que gustaban ó asustaban, segun del color de quien los veia.

Nos referimos á los carruajes especiales de la Estinguida.

Tiraban de ellos las mulas de la limpieza, razon bastante para que murieran *ab irato*.

Que descansen en paz en su panteon.

V.

Los carruajes militares, estorban y asustan.

La gente pacífica no puede menos de sentir cierto escalofrío, cuando piensa en el daño que pueden hacer las piezas rayadas, y en cuanto á los furgones de artillería, hay gentes que al verlos venir por el estremo de una calle retroceden no sea que una chispa del cigarro de un transeunte produzca la esplosion de las municiones.

Estos carros están por algo pintados de negro.

Los otros carros militares de provisiones, de infantería y de caballería, no causan ni mas ni menos molestias que los de cerveza, los de leña, los de carbon, los de paja, de los cuales no nos ocuparemos.

Estos carros pertenecen á la pleve de los carros, son de tránsito tranquilo y circulan generalmente á las horas en que hay menos gente por la calle.

No así los de yeso, que os blanquean, os enharinan, os rebozan, como si hubiérais de ser fritos.

VI.

Digamos algo acerca de los carros fúnebres.

Hay de estos cuatro especies.

Los carros que conducen al archivo general, vulgo cementerio, á las personas difuntas.

Estos carros son mas ó menos ostentosos, mas ó menos lúgubres; ya de sociedades, ya de sacramentales, ya de alquiler.

Para que nada falte á Madrid, ellos hacen en él el oficio de la calavera en la celda del monje.

Recuerdan el fin de todas las vanidades, de todos los crímenes, de todas las pasiones...

Con sus innobles lacayos, que se hacen conducir por ellos, cuando han dejado su carga en el lugar de reposo, es cuando estos carros aparecen mas repugnantes, mas terribles.

Siempre nos ha parecido mas sombrío un supulturero que una tumba.

Porque aquel hombre vivo es la tumba de un corazon muerto.

Adelante.

Otro de los carros fúnebres, es aquel en que se conducen al arroyo Abroñigal, á las inmediaciones de cierta casa, de donde salen pasteles que ladran y chorizos que relinchan, las caballerías muertas.

Para un filántropo, aquel carro, con aquel pobre cuadrúpedo inanimado, es un objeto que se presta á profundas consideraciones filosóficas acerca de la ingratitud humana.

Aquel miserable despojo ha servido constantemente al hombre: ha tirado de su carruaje, conduciéndole, acaso, á la felicidad, casa de una mujer hermosa, ó acaso al lado de aquella mujer, ó á la riqueza, aportándole á la bolsa en el momento oportuno para hacer un buen negocio; acaso ha partido con su dueño los peligros de la guerra; acaso le ha salvado; á medida que el trabajo y los años le han ido haciendo menos útil, se le ha ido aplicando á faenas mas dolorosas y menos nobles; ha tenido la desgracia de ser motor de un carruaje de alquiler; ha dado cuanto tenia que dar de sí; entonces en vez de una jubilacion justa, se le entrega á las astas de un toro, ó si ha sido declarado inútil en tiempo de novillos, se le ha degollado, porque el único valor que ya representa el infeliz es la piel, y es necesario arrancársela.

Por fortuna, nuestra filantropía, nuestra filosofía, no son tan perfectas, que lleguen hasta afectarse por el asesinato de las caballerías.

Pero respetamos á los que se conmueven, á los que dejan rodar de sus ojos una lágrima, cuando ven una bestia, ya caballar, ya mular, ya asnal, conducida al desolladero con las patas por alto.

Lo único que hacemos es prevenir á nuestra cocinera que suprima hasta nueva órden los embutidos.

Hay otros dos carros fúnebres cuya sangrienta carga es un testimonio muerto de lo incansable de la voracidad humana, que se alimenta de la destruccion.

Estos son los carros en que se conducen los cerdos abiertos en canal, y las reses descuartizadas.

¿No era mejor que esto no se viera, aunque no fuese mas que por lo que mancha y por lo que huele?

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL COMPADRE FELIPE.

I.

Era el año de 1569. La ciudad de Granada habia cambiado su precioso turbante de odalisca por una corona de torres cristianas; la piedra habia reemplazado al estuco, el macizo templo á la ligera mezquita, la sonora campana á la oracion del muezin, la severidad castellana á la galanura árabe.

Los soldados de Castilla se paseaban por sus calles: don Juan de Austria mandaba en su recinto, y el vencido árabe buscaba la ocasion de provocar graves rebatos, para seguir el movimiento que habia estallado en las sierras de las Alpujarras, proclamando á Aben-Humeya por rey de los moros.

Era pues una de aquellas noches silenciosas en que dormia la conquistada ciudad; una de aquellas noches en que la luna, levantándose sobre las plateadas cimas de Sierra-Nevada, principiaba á herir con su lánguido resplandor las torres de las iglesias y los rojizos adarbes de las murallas. Las sombras y la luz se disputaban el dominio de la soledad, se habian acallado todos los rumores del pueblo, se habian estinguido todos los ecos del vecindario, las casas estaban cerradas como castillos, las calles oscuras como boca de lobo, los relojes prolongaban de tiempo en tiempo sus huecas campanadas, la *Vela* se dilataba como un suspiro en las lontananzas del espacio, descendian de las frondas que coronan la ciudad perfumes esquisitos, murmuraban las fuentes, se abrian las flores á la templada luz de la luna, algun ruiseñor, perdido en el fondo de los jardines, entonaba una trova de amor, mientras deslizándose por sus verdosos lechos Dauro y Genil, esos rios tan cantados por los poetas, iban á confundir sus aguas como dos amantes confunden sus sentimientos.

Era la hora en que las patrullas se retiran á descansar, en que los amantes se separan de la reja de su amada; en que parece que pasa en el aire alguna cosa misteriosa, donde las hadas y los genios vierten las adormideras de la noche. Era la hora en que las estrellas mandan á la tierra tímidas sonrisas.

Vista Granada en aquel momento presentaba una masa informe y confusa de edificios, de torres, de templos y de ruinas. Aun medio encubierta con su túnica de sarracena, era como una reina solitaria que llora en silencio por su querida libertad.

Acababa de dar la una.

La larga y sombría calle de Elvira, oscurecida mas que otra alguna á causa de las numerosas iglesias que hay en ella, se presentaba á aquella hora como un negro y prolongado ataud. De trecho en trecho algun farolillo moribundo vertia sus postreros rayos sobre alguna piadosa imágen, mientras que solamente se percibia el melancólico ruido del agua, cayendo en el antiguo pilar del Toro.

Dos hombres cubiertos con anchas capas, largas espadas al cinto y sombreros de castor con plumas, marchaban pausadamente por medio de la calle. Acaso eran los únicos vecinos que se atrevian á profanar el misterioso reposo de la ciudad, tanto mas cuanto por su descuidado andar, por su interrumpida conversacion y por sus lentos ademanes, comprendiase que no tenian miedo á las rondas nocturnas, ni cuidado por lo avanzado de la hora.

—Ya lo veis, señor, dijo el mas bajo de los dos; la ciudad parece dormida como si no hubiese un habitante en toda ella; el Albaicin, centro hoy de los sarracenos y oscuro cuartel donde se han retirado, se asemeja á un sepulcro; nadie se atreve á quebrantar los edictos del rey; ni una voz, ni una señal existe que pueda producir una rebelion de esos moriscos inquietos. Creo que estareis satisfecho.

—Lo estoy, contestó el otro embozado, con un acento que tenia algo de solemne. He querido examinar el estado de Granada, por cuanto las noticias recibidas eran algun tanto alarmantes. Por eso he venido secretamente y solo; vos sois el único que estais al corriente de este enigma.

—¿Quereis, señor, que subamos al Albaicin?

—Creo que no es necesario, hermano mio.

Avanzaron de nuevo los dos embozados á lo largo de la calle, cuando despues de haber andado algun tiempo se detuvieron de repente.

Acababan de fijar sus ojos en una pobre casa de un solo piso, de ruin apariencia, de aspecto mezquino y miserable, cuya puerta estaba entornada, y por la cual se escapaba el triste reflejo de una luz.

Oíase ademas el ténue y desconsolado quejido de una criatura recien nacida, la que parecia implorar la misericordia divina, ya que el abandono humano era tal vez lo primero que encontraba sobre la tierra. Estos quejidos vibraban entre los fugitivos suspiros de la brisa, como una invocacion á la caridad, como una demanda dolorosa, como un llamamiento al corazon del hombre.

Impelidos por la curiosidad ó el sentimiento, acercáronse los dos embozados á la entornada puerta, con el objeto, sin duda, de observar lo que pasaba dentro de la habitacion.

En efecto, allí tenia lugar una escena triste y desgarradora. La habitacion era un portal húmedo y arruina-



TUMBAS ARABES CERCA DE LA CIUDADELA DE HILL EN EL CAIRO.

do. Un candil, colgado de una viga, chisporroteaba crudamente, prestando una luz pálida á las desnudas paredes, cubiertas de liquen. Veíase en un rincon una mesilla con algunas herramientas de zapatero, dos ó tres sillas rotas, un cántaro desportillado, y por último, una pobre cama, donde una mujer jóven, lívida y desgreñada, tenia en los brazos á la recien-nacida criatura que arrojaba lastimeros gritos.

En pié, á un lado de la cama, habia un hombre con los brazos cruzados, la cabeza inclinada, el gesto uraño y sombrío, que ya miraba á la mujer que le presentaba su hijo, ya al hijo que se agitaba convulsivamente en los brazos de la madre.

Despues de un instante en que los dos desconocidos observaban, dijo el zapatero con acento desesperado:



INTERIOR DE UNA TIENDA DE OFICIALES EN EL EJERCITO DE AFRICA. (DE UN CROQUIS.)

—¡Un hijo!... ¡un hijo! ¡Y en qué momento, Juana mia! Cuando no anda el oficio; cuando to lo está parado como un muerto; cuando los vecinos están asustados con los temores de un rebato, y por último, cuando no tengo ni un maravedí ni para asistirte como mereces, ni para bautizar á nuestro pobre niño, que morirá de hambre y de frio.

Quedó inmóvil el pobre zapatero, y clavó los ojos en su esposa.

—¡Oh! no te desesperes, Antonio, le contestó. Dios acude á todas las necesidades. La nuestra es inmensa, pero tengamos siquiera un rayo de esperanza. ¡Qué hermoso es!

Y la buena madre besaba y acariciaba á su débil niño, lo estrechaba contra su seno, lo envolvia en unos toscos pañales y elevaba sus ojos al cielo, como si buscase en él la resignacion que iba principiando á faltarle.

—¡Esperanza! contestó el zapatero. ¿Dónde la encontraré?

—¡Quién sabe!

—¿Cómo costearemos el bautizo de esta infeliz criatura?

—El señor cura de San Andrés es muy caritativo. Nos lo bautizará de limosna; no lo dudes.

—No puedo dudarlo. Tan luego como sepa nuestra desgracia la remediará en lo posible; pero tú, esposa mia, tú que necesitas de alimentos, tú que mereces toda mi atencion, ¿cómo cuidarte en este abandono? Te faltará la leche para criar á nuestro hijo, y nuestro hijo se morirá de hambre. ¡Esto es horrible!

—¡Horrible! repitió aquella buena mujer, cubriéndose el rostro y no pudiendo resistir el dolor que le causaban las palabras de su marido.

Terminado este ligero diálogo, y cuando tal vez iba á empezar de nuevo llamaron á la puerta.

A este insólito llamamiento la mujer dió un pequeño grito, y Antonio volvió la cabeza sobresaltado.

Acababa de entrar un hombre embozado hasta los ojos y vestido de negro desde los piés á la cabeza. El zapatero quiso hablar, pero el terror le detuvo la lengua. En este intervalo, dijo el desconocido, poniendo en las manos del zapatero una pesada bolsa.

—Tomad, buen hombre, para cuidar á vuestra esposa. Respecto de vuestro hijo quiero ser su padrino: mañana á las diez os espero en el palacio de la Alhambra, y trataremos sobre su bautizo. Seguid teniendo esperanza en Dios, porque Dios, como dice vuestra mujer, acude á las mayores necesidades.



VISTA DEL SERRALLO. (DE FOTOGRAFIA.)

El zapatero Antonio quedó con la boca abierta, como si toda aquella rápida escena fuese un sueño; pero el dinero que tenia en las manos y el desconocido que estaba en frente, le hicieron esclamar al fin:

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¿Quién sois para que yo pueda bendecir vuestro nombre?

—Uno que ha oido la conversacion que teniais con vuestra esposa. Tranquilizaos pues, buen amigo, y hasta mañana.

—¿En la Alhambra habeis dicho? preguntó el zapatero con timidez.

—Sí.

—¿Y por quién he de preguntar?

El desconocido quedó pensativo por un momento, hasta que contestó:

—Preguntad... preguntad por *el compadre Felipe*.

II.

Al dia siguiente las aves y las flores, las fuentes y las brisas, los aromas y los árboles, entonaban un himno á la naturaleza.

El sol se elevaba por los cielos y eran cerca de las diez cuando un hombre, mejor dicho, un caballero vestido de negro, con corto ferreruelo, sombrerillo sin plumas, espada al cinto y un rosario en las manos se paseaba por el hermoso patio del *Estanque* de la Alhambra.

Estaba solo: su semblante algun tanto largo y pálido, se hallaba como cubierto de una nube de triste majestad; su frente naturalmente arrugada ó estaba oprimida por hondas y secretas meditaciones, ó se encontraba abrumada por el peso de la devocion. Su mirada era fija y segura; su boca estaba severamente modelada. Paseábase silenciosamente junto al borde del cristalino estanque, donde la almenada torre de Comares se miraba como en un espejo. Al frente de él se veía la entrada á la sala de Embajadores, formada por un arco dentellado, bordado de oro y azul; á los costados habia una larga hilera de agimeces y alhamies, nidos encasetados que parecian despedir cariñosos y lánguidos suspiros; á la espalda se descubrian las severas líneas del palacio de Cárlos V.

El hombre vestido de negro, ya clavaba los ojos en el tranquilo estanque, ya en el altivo monumento, ya en aquellas galerías, casi destruidas por un incendio en 1590 ya, en fin, en los letreros de oro donde se glorificaba al rey Abu-el-Hagial, cuando un objeto lo llamó de pronto la atencion. Acababa de descubrir al través de los cipreses, fantásticamente recortados, á un hombre que avanzaba hácia él. Era el zapatero Antonio de la calle de Elvira.

Una mirada fue suficiente para medirlo de los piés á la cabeza. El zapatero tenia una fisonomía honrada y espresiva: era el tipo del artesano pobre que devora en silencio su miseria y la miseria de su familia.

—Acaban de dar las diez, dijo el desconocido con gravedad, y esto prueba que sois diligente y exacto.

—Señor, para un buen padre los momentos perdidos son como una moneda de oro tirada á la calle.

—Perfectamente; seguidme.

El hombre vestido de negro echó á andar con lentitud, repasando de tiempo en tiempo las cuentas de su rosario.

El zapatero lo siguió en silencio y penetró tras él dentro del salon de Embajadores.

Toda la poesía oriental, toda la riqueza árabe, todo el esplendor de los siglos, todos los fantasmas del amor han coronado esta mansion portentosa, donde el genio de Yusuf ha bordado un espléndido cielo de flores, estrellas y ataurique, todo cubierto de polvo de oro. Un balcon abierto en frente de la puerta, presta diáfana claridad. Desde él se descubren las frondosas alamedas del Dauro

mas lejos el turbulento Albaicin, el gracioso cerro de San Miguel y la cerca de don Gonzalo, recuerdo de una tragedia lamentable.

Un árbol casi viene á tocar con sus ramas el hierro de aquel balcon, que parece abierto en medio del espacio. En el momento en que el desconocido se acercaba á él, un osado ruiseñor cantaba alegremente. Orilla del balcon habia una magnífica mesa y mas allá un sillon forrado de terciopelo encarnado, donde se sentó el caballero con majestuoso continente.

Despues de mirar de nuevo al zapatero, que estaba absorto delante de su futuro compadre, le dijo con voz pausada y solemne:

—Con el objeto de arreglar el bautizo de vuestro hijo, os dije anoche que acudieseis aquí. Despachemos, pues. ¿De qué parroquia sois?

—De la de San Andrés, contestó el menestral.

—Es bastante. Os presentareis al párroco y le direis que prepare la iglesia como para una grande solemnidad; que la llene de luces; que la cubra con los ornamentos mas espléndidos; que adorne la pila bautismal con las colgaduras mas lujosas, y en fin, que disponga todo lo necesario para celebrar un bautizo como para un príncipe.

El bueno del zapatero antes de responder principió por restregarse los ojos, creyendo que estaba soñando.

—¡Pero señor! esclamó el pobre hombre aturdido: el cura que conoce mi miseria, va á creer que me he vuelto loco y no me hará caso.

—Os lo hará, no tengais cuidado. Decid que yo soy el padrino.

—¡Vos!

—Yo quien pago todos los gastos.

—¡Pero si ni el cura ni yo sabemos vuestro nombre!

—Eso no importa, contestó el desconocido. Haced lo que os mando y hasta la noche.

El zapatero no tuvo que replicar, inclinó la cabeza y salió silencioso y casi temblando del salon de Embajadores. El hombre vestido de negro se puso de pié y volvió á repasar las cuentas de su rosario.

III.

A la oracion de aquel mismo dia, las campanas de la parroquia de San Andrés repicaban á vuelo con gran asombro de los vecinos que ignoraban el objeto de la festividad que iba á celebrarse. Las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par; numerosas y brillantes arañas pendian de los arcos de las naves: el altar mayor resplandecia como un meteoro; el órgano tocaba profundas y religiosas armonías; los acólitos y sacristanes estaban con la boca abierta; el buen párroco tambien espresaba en su semblante la admiracion de que estaba poseido, pues en resumidas cuentas, lo que sacaba en claro de todo aquello, era un anónimo que habia recibido, en el que se le ordenaba hiciese cuanto se dispusiese por el zapatero Antonio. Cada cual hablaba de aquel suceso como de un asunto de brujas, y la noticia que habia principiado á cundir, atrajo á un crecido número de curiosos.

De pronto vióse avanzar un escuadron que se formó en frente de la iglesia y en seguida un brillante séquito de caballeros, vestidos lujosamente. Lo mas estraño era que entre estos señores ocupaba el primer lugar el hombre vestido de negro, el cual conversaba con otro que ostentaba en su pecho la Orden del Toison. Al lado del misterioso padrino, marchaba el zapatero Antonio y una nodriza llevando al recien nacido, cubierto con un espléndido traje blanco, bordado de oro.

El cura estaba desvanecido con la comitiva que le rodeaba, pero fiel á las funciones de su ministerio, dirigióse á la sacristía, precedido de aquel tropel de caballeros, sentóse en un sillon que estaba cerca de una mesa, y se dispuso á estender la partida de bautismo. Reinó un silencio profundo desde que principió á escribir el párroco. Esperábase con ansiedad el resultado de aquella escena. Cuando este llegó al punto donde tenia que poner el nombre del recienacido, miró al zapatero y le preguntó con acento trémulo.

—¿Qué nombre vais á poner á vuestro hijo?

El pobre Antonio no se atrevió á contestar, sino que buscó con la vista al que iba á ser su compadre. Entonces abriéronse en dos filas los caballeros y apareció el hombre vestido de negro.

—Este niño, dijo con voz clara y firme que fue oida por todos los circunstantes, llevará el nombre de Felipe.

El cura inclinó la cabeza y prosiguió escribiendo y notándose á la par.

—Felipe—hijo legítimo de Antonio de Villaroel y de Juana de Deza...

Y levantando de nuevo la vista.

—Ahora, prosiguió, falta otro requisito.

—¿Cuál es? preguntó el desconocido.

—Saber quién es el padrino.

—Yo.

—¿Pero su nombre?

—¡Mi nombre! esclamó el hombre vestido de negro de una manera que vibró en todos los corazones. Escribid, pues, señor cura. El padrino de este niño se llama...

—¿Cómo?

—Felipe II, rey de España y de las Indias.

A este nombre resonó una esclamacion general: al buen cura se le escapó la pluma de las manos y el aturdido zapatero cayó al suelo de rodillas.

El rey en medio del pavoroso silencio que se hubo estendido, animó al uno y levantó al otro.

—Ya veis, dijo al espantado padre, como Dios acude á las mayores necesidades.

Y colocando á su ahijado entre sus brazos prosiguió con imponente actitud.

—Ahora, señor cura, vamos á la pila bautismal.

IV.

Aquel niño recibió el agua santa de la regeneracion, teniéndolo el rey durante toda la ceremonia. Don Juan de Austria, que era el caballero del Toison, y el mismo que vimos en la calle de Elvira, acompañando á Felipe II, tuvo la vela; otros altos y nobles caballeros ejercieron diversos papeles en aquel bautizo real.

Pero se nos preguntará ahora, ¿cómo Felipe II estuvo en Granada cuando la historia no lo dice? Vamos á contestar.

Cuando don Juan de Austria marchó por órden de su hermano á tomar posesion del gobierno granadino y á destruir la rebelion de los moriscos, quiso el rey estar cerca del teatro de la guerra, para dirigir parte de las operaciones. En su consecuencia, encaminóse á Córdoba no bien acababa de perder á su tercera esposa, la linda cuanto desgraciada Isabel de Valois.

Es fama que Felipe se trasladó de incógnito á Granada, para tener una entrevista con su hermano, despues de visitar la admirable mezquita, convertida en catedral, y de examinar los cadáveres de Fernando IV y de Alfonso XI, rezando devotamente delante de ellos, con la cabeza descubierta.

La prueba de que tuvo lugar aquella espedicion misteriosa, es el acontecimiento que acabamos de referir. Aun hace muy pocos años que se enseñaba á los curiosos en la parroquia de San Andrés, una partida bautismal, del siglo XVI, en donde se leia con alguna dificultad el nombre del *compadre Felipe*. Ignoramos si este documento se ha perdido ó si existirá en los archivos de la feligresía.

V.

Veinte y nueve años despues de los sucesos que acabamos de referir, esto es, en la noche del 12 al 13 de setiembre de 1598, veíase en uno de los magníficos aposentos del Escorial, un hombre tendido en un suntuoso lecho, pálido, con la marca de la muerte impresa en su adusta fisonomía y resignado en medio de los mas dolorosos padecimientos.

Las cortinas del lecho estaban abiertas y en medio de sus nudosos pliegues, veíanse algunos castillos y leones bordados de oro.

En frente del moribundo habia un altar lleno de reliquias y en torno del lecho veíanse multitud de caballeros y religiosos en cuyos semblantes se veia pintada la mas viva inquietud y la mas terrible consternacion. La soledad de la noche estaba en armonía con el fúnebre silencio que reinaba en el aposento. Parecia que se esperaba una hora tremenda. Solo el semblante del enfermo estaba tranquilo.

Fácil es comprender que el hombre que aguardaba el momento supremo era el rey Felipe II.

Devorado al principio por una ardiente calentura, lleno de llagas mas tarde y víctima de los mas crueles dolores, hacia cuatro meses que estaba postrado en cama con una paciencia admirable. Para animar á veces su espíritu, rogaba á su confesor que le leyese algun pasaje de la *Pasion*. Recibidos todos los sacramentos, dispuso que abriesen el nicho de su padre para ver cómo estaba amortajado, á fin de que á él lo pusiesen de la misma manera, arregló sus exequias, redactó su testamento é hizo colocar á los piés de su lecho el ataud que habia de encerrar su cuerpo.

Llamó por último á sus dos hijos y dirigiéndose al heredero del trono, le dijo:

—Aquel crucifijo lo tuvo en sus manos mi padre al espirar: espero en Dios que tambien esté en las mias en mis últimos momentos. Conservadle y adoradle como á la mas preciosa reliquia.

El rey conoció que le faltaban pocas horas de vida, y llamando á don Fernando de Toledo que estaba con una vela encendida, bendita en el monasterio de Monserrat, y que habia dispuesto le pusiesen en las manos al tiempo de la agonía, dijo con voz entera.

—Aun no es hora.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando acercándosele el prior del monasterio, le dijo con profundo respeto.

—Señor, un capitan de los ejércitos de V. M. acaba de llegar al Escorial y con las lágrimas en los ojos desea que le permita besar vuestra real mano.

Levantó el rey la vista turbada ya con las sombras de la muerte:

—¡Un capitan! esclamó, está bien, que entre.

Poco despues penetraba en la cámara murtuoria un gallardo mancebo, tostado por el sol, de hermosa presencia y de marcial continente, el cual cayó de rodillas, derramando abundantes lágrimas y besando ardientemente una de sus heladas manos.

—¡Padrino!... ¡padrino mio! esclamó el capitan ahogado de dolor y olvidando que hablaba con el rey.

Todos oyeron estas palabras con asombro.

El mismo Felipe II clavó en el capitan su errante mirada.

—¡Tu padrino! esclamó: ¿Quién eres?

—Felipe de Villaroel... de Granada... que ha derramado en veinte batallas su sangre en obsequio de V. M.

Vagó por un instante una dulce sonrisa en los labios del moribundo, la luz de un recuerdo pasó por su frente, y como si él solo hubiese comprendido aquellas palabras: contestó:

—¡Ah! si... me acuerdo... gracias.

Y revolviendo la hosca mirada buscó á su hijo primogénito, á quien le dijo:

—Te lo recomiendo.

Volvió el capitan á besar la mano de su protector, y salió de la cámara real.

Despues hizo el rey una profesion de fe, pidiendo perdon de sus pecados; leyósele en seguida la pasion de San Juan y los salmos penitenciales. A las tres de la mañana pidió la vela bendita y el crucifijo de su padre, y con ambos objetos en las manos, repitiendo las exhortaciones de los que le rodeaban, espiró tranquilamente sin esfuerzo y sin dolor.

TORCUATO TARRAGO.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

(CONTINUACION.)

Desentierran los cadáveres, y es tal su voracidad que se comen hasta los huesos. Si el hambre la hostiga mucho se aproxima á las poblaciones y lugares habitados, buscando algun animal muerto ó algun perro, único animal que la hiena osa atacar.

Generalmente se cree que el grito ronco que frecuentemente se oye durante la noche en la Argelia, pertenece á la hiena, mas no es así; el miedo impide gritar á estos animales y únicamente gruñen interin devoran ansiosamente su presa ó en la estacion de sus amores, cuando varios machos se disputan una hembra.

Aquel grito, muy semejante al ladrido de un perro ronco, pertenece al chacal.

La hiena es tan cobarde y traidora que los árabes para injuriar de muerte á cualquiera, le dicen «*cobarde como una hiena.*»

El jabalí que es el tipo del cerdo domesticado, alcanza las dimensiones del mayor de estos. Tiene la cabeza muy prolongada y provista de enormes y temibles colmillos muy salientes y encorvados hácia arriba. El pelo del jabalí, ó sea la cerda, es de un color castaño negruzco, pero en el jabalí de Africa, este es menos oscuro y deja ver un tinte entre gris y verde.

Los jabalíes jóvenes, ó jabatos, tienen el mismo color rayado de blanco; mas con el tiempo pierden este signo distintivo de su edad.

La hembra es algo mas pequeña que el macho y como él tiene las cerdas de la frente y del cuello, que forman una especie de crin, mucho mas largas y menos erizadas que el resto del cuerpo.

Obsérvase en el jabalí una propension constante á huir de la compañía de todos los demás animales, aunque en Africa viven ellos en grandes manadas, no tan numerosas hoy como antes de la conquista.

Busca generalmente para guarida los bosques mas fragosos y aislados, cual si le molestase toda otra compañía.

El jabalí, que es positivamente la fiera dotada de mas groseros y brutales instintos, es valiente hasta la temeridad, pero se ha observado que no ataca al hombre si no en casos estremos.

Sin embargo, su choque es terrible y muy frecuentemente mortal, cuando está irritado por la persecucion que se le hace y por los ladridos de los perros, ó cuando se siente herido.

Entonces se revuelve furioso contra su perseguidor, hombre ó animal, y su enorme mole, rápida como una bala, parte en línea recta y semejante á una avalancha, rompe, atropella y destroza sin detenerse cuanto encuentra por delante.

Sus colmillos, en tales casos, imponen al hombre mas sereno y obligan á valerse de toda su habilidad al mas consumado cazador.

El jabalí se distingue de todos los animales por su lujuria y su glotonería.

Hasta la edad de tres años siguen los jabatos á la madre, que los defiende de los ataques de los lobos; pero al llegar á dicha edad, se dispersan y forman parte de otras piaras ó manadas.

El jabalí, no ataca á ningun animal, pero en ocasiones se le ha visto comer perdices, liebres, etc. Es muy apasionado á la carne cruda y á todo alimento blando y jugoso, aun cuando no pueda considerarse como nutritivo.

Como su ley prohibe á los mahometanos y árabes alimentarse con carne de cerdo y como el jabalí solo es



perjudicial para los sembrados y no para los ganados, que es la riqueza que en mayor estima tienen los árabes, absteníanse estos de cazarlo. Asi es que despues de 1830, luego de empezada la conquista de la Argelia, encontraron los franceses manadas fabulosas de jabalíes poco temerosos del hombre, que ningun daño les hiciera hasta entonces, y menos del perro, con el cual luchaban en caso necesario.

Entonces, consagrando al placer de la caza, los intervalos de descanso que les dejaban las rudas tareas de la conquista, se dedicaron á perseguir al jabalí con terrible encarnizamiento.

Sin embargo, tardaron bastante tiempo en obtener grandes resultados de aquellas cacerías.

En el interior, las tribus sometidas, se dedicaron á la caza del jabalí para venderlo en los mercados franceses.

De este modo llegaron á observar que no es conveniente perseguir al jabalí con podencos finos y adiestrados en la caza del gamo y del ciervo.

Este tiene la carrera tan ligera como rápida, y merced á la gran fragosidad del terreno, escapa con facilidad á la persecucion de perros y cazadores.

Con el jabalí sucede lo contrario. Su carrera, á mas de corta, es pesada. Unase á esto el que despide un olor sumamente penetrante y se comprenderá que los podencos finos, despues de cazar el jabalí, pierden el olfato y la velocidad, quedando inútiles para cazar el gamo, el venado, el ciervo y cualquiera otro animal cuyas huellas solo puedan seguirse por traillas de fino olfato y suma velocidad.

En su consecuencia, tanto los franceses como los árabes, cazan el jabalí valiéndose de mastines de Africa, medianamente adiestrados y que por su valor son muy útiles para el caso.

Ademas en estas cacerías suelen morir destrozados por los poderosos colmillos del jabalí, algunos perros, y asi la pérdida, atendido el ningun precio que de estos se hace, es insignificante.

En Africa, á pesar de lo dicho, se conocen dos especies de jabalíes: una que habita en los bosques y otra en los pantanos.

Aquella, ademas de alcanzar mayores dimensiones que esta, se distingue por su especial ferocidad. Su valor es tan grande, que durante los primeros tiempos de la conquista de la Argelia, bajaban por las noches en manadas de muchos centenares y penetraban en las poblaciones.

El jabalí de Africa se diferencia del de Europa en cuanto á sus costumbres, en que abandona su guarida asi de dia como de noche, siendo asi que aquel permanece oculto en ella hasta las horas mas avanzadas y solo se aventura durante la oscuridad.

En Africa son muy aficionados á comerse los plantíos de habas, y por esta razon habia ocasiones en que los árabes se dedicaban á esterminar algunas manadas, aun antes de la conquista.

En estos casos se dirigian descalzos y dando la cara al viento hasta el animal, procurando que este no notase con la vista ni con el oido la proximidad de su enemigo. Esta clase de persecucion es fácil en la Argelia por los muchos accidentes del terreno y de la vegetacion.

Si el jabalí cesaba de comer para escuchar, el árabe se detenia, y por este medio, bien que usando de muchas precauciones para no ahuyentar al animal, lograba llegar hasta él sin ser visto ni sentido.

De esta manera lograban situarse á treinta pasos del jabalí, asegurando el resultado de sus disparos.

Cuando en vez de uno, perseguian á una manada, era mucho mas difícil la caza; porque en tales casos hay siempre un jabalí destinado esclusivamente á vigilar sobre la seguridad de la manada.

Algunos jefes indígenas se han aficionado á la caza del jabalí, como diversion y al propio tiempo como un medio de hacer alarde de su valor y de su destreza en la equitacion y en el manejo de las armas de fuego.

Durante el estío eligen para cazar las llanuras, en atencion á encontrarse en ellas muchos lagos y grandes pantanos, cubiertos de maleza y verdura. De junio á setiembre, en cuya época bajan considerablemente las aguas por efecto de los grandes calores que reinan en aquella parte del mundo, se refugian los jabalíes en algunos islotes cubiertos de espesa vegetacion; y para desemboscarlos basta incendiar aquellos bosquecillos. Este medio de cazar tiene un gran inconveniente para los europeos.

Como el rocío matinal es tan copioso en Africa que muchos dias produce el efecto de una menuda lluvia, es preciso, para que el fuego prenda en los bosquecillos, esperar á que pasen las primeras horas de la mañana y la cacería da principio bajo un calor sofocante é intolerable para todo el que no está acostumbrado á aquel clima.

El cuidado de incendiar los bosquecillos se confia á algunos peones: el fuego hace desembocar á los jabalíes y los ginetes cazadores, escalonados en la llanura, los persiguen segun que se dejan ver.

Mucho es el atractivo de esta clase de cacerías que no dejan de ofrecer peligros; pues sucede con frecuencia que el jabalí, despues de ser cargado por los cazadores y los lebreles, carga sobre ellos á su vez; y en tal caso, ¡desdichados perros! ¡desdichado el ginete que no ha sido bastante diestro para separar su cabalgadura de la línea recta que describe la fiera!

Los árabes son tan diestros en esta clase de cacerías, que siempre que las hacen con franceses, llevan ellos la mejor parte. Sin embargo, ha habido en el ejército francés cazadores que no reconocian rival; como los generales Mac-Mahon, Yusuf y D'Autemarre y el capitan de spahis de Argel, Mr. Marguerite.

Hay otra clase de cacería del jabalí, mucho mas divertida que la anterior y que da mejores resultados.

Mas solo puede practicarse durante la primavera, en cuya época los jabalíes son muy madrugadores y salen en busca de pasto y de un arroyo, en donde permanecen hasta la caida de la tarde.

Los cazadores se informan con anticipacion de las entradas y salidas habituales de los jabalíes y á la hora oportuna se situan en la llanura, lindante con el bosque.

Al poco tiempo aparecen veinte, treinta ó mas puntos negros: son los jabalíes que han abandonado el bosque.

Entonces pónense en movimiento los cazadores, situándose de manera que interpuestos entre el bosque y el claro, impidan á aquellos la retirada.

Nada mas agitado, bullicioso y estimulante que la persecucion que cada cual hace á los jabalíes desde aquel momento.

Si al mismo tiempo se tiene cuidado de que ninguno de aquellos pueda volver á ganar el bosque, es fácil y frecuente quedar en el campo los cadáveres de toda la manada.

Previendo este resultado, suelen proveerse los cazadores de vehículos bastantes para trasladar el producto de la cacería á la poblacion de donde salieran.

Los franceses prefieren este modo de cazar el jabalí, por la hora á que se hace y que ellos llaman *entre lobo y perro*, como los árabes *entre chacal y perro*.

Otro de los atractivos que les ofrece es el poder correr sin riesgo detrás de los jabalíes por aquellas llanuras sin fin y en las que la vegetacion no es bastante para que el animal se oculte en la maleza. Ademas ocurre alguna vez que el cazador sorprende á alguna hiena ó bien una banda de chacales, y la diversion se aumenta en tal caso, con la persecucion y muerte de estas fieras.

Tambien suelen cazar los árabes el jabalí con lebreles durante las claras noches del estío.

Cuando los jabalíes bajan á cebarse en las mieses, reúnense el mayor número posible de ginetes y bajan desfilando uno á uno y seguidos de los lebreles á la llanura, calculando la hora á fin de encontrar ya en ella á los jabalíes.

Tan luego como estos son descubiertos, suéltanse los perros; los árabes lanzan tremendos alaridos, capaces de aterrar al hombre de ánimo mas esforzado y todos se desbandan y precipitan en seguimiento de los jabalíes. En estas ocasiones se ha observado que los de mas edad y mejores colmillos protegen la retirada de sus compañeros, haciendo cara á los perros que mas se encarnizan en su persecucion.

Si llega el caso de verse muy acosados por los lebreles, vuelven la cara, atacan á los lebreles, lanzándolos al aire y desgarrándoles el vientre con sus formidables colmillos y mantienen la lucha tanto tiempo como pueden ó creen necesario para dar lugar á que el resto de la manada se aleje de aquella peligrosa llanura y vuelva á ganar el bosque.

Cuando uno de esos animales hace cara y se defiende, todos los ginetes lo rodean y hacen fuego, acompañando los disparos con las mas enérgicas imprecaciones.

El jabalí, sin embargo, dando pruebas de su indómito valor, nunca sucumbe sin que muchos perros hayan quedado muertos ó mutilados á su alrededor.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

ESCENAS MARITIMAS.

III. (1)

PRELIMINARES DE VIAJE.

Hemos descrito en otra ocasion las sensaciones de un jóven marinero cuando abraza su profesion; y aunque á los catorce años el fastidio no suele ser muy intenso, y los arranques de impaciencia pasan á manera de meteoros al asomo de la mas insignificante distraccion, es lo cierto que los deseos de embarcarse crecian por momentos en el jóven de quien hablamos y que no hallaba ya sosiego en parte alguna.

Los marineros tienen por regla general, como nos diria un frenólogo, muy poco desarrollado el órgano de la *habitabilidad*.

Entre tanto, el buque en que nuestro héroe habia hecho su primer viaje concluyó de carenarse, se puso á la carga, envergó todos sus trapos y solo esperaba viento favorable para darse á la vela con destino al puerto de Alicante, desde donde pasaria á tomar sal en Torrevieja.

Un viaje desde las costas del mar Cantábrico á cualquiera de nuestros puertos de Levante suele ser mas largo que una espedicion á las Antillas, por la diversidad de vientos que el buque necesita para dar vuelta á la península, por los muchos cabos que tiene que montar y porque las costas de Portugal ofrecen en todos tiempos dilaciones y peligros sin cuento.

El padre del futuro muchacho de fogon podria volver á su casa á los dos meses; pero entraba en lo posible que tardase cuatro ó seis, y era preciso pensar sériamente en la colocacion del niño, antes de dejar el puerto, y mas cuando se descubria en él una aficion decidida por la mar y prometia llegar á ser con el tiempo un magnífico marinero.

Tal era al menos la opinion del autor de sus dias; y aunque por regla general, los padres ven siempre en sus hijos otros Sénecas, por torpes é inútiles que sean, en esta ocasion no le cegaba el amor paterno.

El chico prometia en efecto.

Pero antes de seguir adelante, vamos, con permiso de nuestros lectores, á localizar la escena y á dar personalidad á los actores que en ella introduzcamos. Este sistema que seguiremos constantemente en el curso de nuestro trabajo le hará á no dudarlo mas ameno y podremos asi reunir en él lo útil y lo agradable, hasta donde nuestras débiles fuerzas alcancen.

Hemos entablado ya relaciones con tres personajes pertenecientes á una misma familia. Estos tres personajes deben tener sus nombres propios y residir en alguna parte: los llamaremos, si los lectores del MUSEO UNIVERSAL no lo han por enojo, Andrés Cotarelo, Adelaida y Ceferino y los haremos naturales y vecinos de Rivadeo, puerto situado en el confin oriental de Galicia sobre la pintoresca ria que forman las aguas del Eo antes de perderse en el mar Cantábrico.

Andrés tiene cuarenta años, es alto, bien formado y al través de su adusto semblante, ennegrecido por el influjo del sol y de las olas, se vislumbra un corazon noble, bueno y generoso. En su juventud fue una figura interesante y mas de un alma femenil se enredó en lo ensortijado de su negra y brillante cabellera. En el dia es un buen contramaestre, un escelente esposo y un padre tierno, á la par que severo.

Adelaida há cumplido treinta y dos años, de estatura regular, esbelta y de formas delicadas, con ojos negros, grandes y rasgados, nariz aguileña y algun tanto pronunciada y tez pálida y morena: todo en ella respira pasion y sentimiento. Si algun novelista moderno se apoderase de este tipo, la llamaria una mujer espiritual.

Hija del capitan del buque en que Andrés navegaba durantes los primeros y mejores años de su vida, le veia en su casa á todas horas, desde su mas tierna edad, y apreciando primero en su justo valor las buenas prendas que le adornaban, habia concluido por amarle con delirio y unir su suerte á la del jóven grumete, á pesar de que su padre la destinaba á un esposo en cuya compañía no echase de menos las comodidades á que estaba acostumbrada.

Pero Adelaida, siguiendo los impulsos de su corazon entusiasta, y comprendiendo que la felicidad conyugal no estriba tan solo en las riquezas, supo vencer la repugnancia de su padre y fue la esposa de Andrés Cotarelo sin que haya tenido hasta el presente motivos para arrepentirse de su eleccion.

Ceferino es el primer fruto de esta union, es el niño que vimos jugando en la playa, que seguimos en su primer viaje: es, en fin, nuestro héroe.

Su buena y cariñosa madre habia reconcentrado en él todos sus cuidados, se habia esforzado en formar aquel tierno corazon para el bien, y á costa de sacrificios, y privándose á menudo de lo mas preciso, le habia mandado á la mejor escuela del pueblo, y jamás se olvidaba de encargar á su marido que trajese á la vuelta alguna friolera para regalar al maestro.

En sus ilusiones maternas no se contentaba con que su Ceferino fuese un simple marinero, deseaba ver en sus manos, primero, el pito de contramaestre, despues, las cartas y el sestante del piloto, y por último soñaba con que llegaria un dia en que le confiriesen el mando de un bergantin ó de una fragata.

—Que le vea yo mandando un buque y con un capital que le permita pasar su vejez en tierra.—Hé aquí lo que aquella escelente madre pedia al Señor en todas sus oraciones.

El niño correspondia á los tiernos cuidados y á la entrañable solicitud de Adelaida. A la edad en que le presentamos en escena sabia leer y escribir perfectamente. Poseia nociones de aritmética, cual ninguno de su clase; recitaba trozos estensos de la historia nacional, buscaba en los mapas los mares y los puertos para poder decir á su buena madre.—Por aquí estará en este momento mi padre; dentro de dos ó tres dias montará este cabo, despues seguirá este rumbo y ya le teneis dando fondo en este puerto.

Y gozaba tanto Adelaida con estos estudios prácticos de su hijo, que los dos se pasaban horas enteras sobre el mapa siguiendo de memoria al buque en que Andrés Cotarelo navegaba.

Ceferino comprendia con prontitud y facilidad las esplicaciones de su maestro; poseia un carácter observador; tenia una estremada viveza y discurria con una rectitud poco comun en un niño de catorce años. Unid á esto una fisonomía espresiva y simpática y comprendereis que las alhagüeñas ilusiones de su cariñosa madre no carecian enteramente de base.

(1) Continuamos la série de artículos principiada en los tomos anteriores.

Habia materiales bastantes para levantar el edificio; lo demás era cuestion de tiempo, y Adelaida tenia en Dios una fe y una esperanza sin límites.

Bien hubiera querido que su hijo se dedicase desde luego al estudio del pilotaje, á fin de que pasase por alto lo mas penoso de la carrera; pero no habia por entonces en Rivadeo ningun marino que se dedicase á dar aquella enseñanza, enteramente libre hasta la creacion de las actuales escuelas de náutica; y sus recursos, que á fuerza de economías, apenas le bastaban para cubrir las atenciones ordinarias de su casa no le permitian sostener á Ceferino fuera del pueblo.

Fuéle preciso renunciar, por lo mismo, á esta idea seductora y pensar en embarcarle, por mas que su corazon se lacerase al solo recuerdo de los trabajos y penalidades, y sobre todo de los malos tratamientos y privaciones porque tendria que pasar su pobre niño y al considerar que los perniciosos ejemplos de malas compañías podrian destruir en poco tiempo la obra que tantos sacrificios y tantos desvelos le habia costado levantar.

¡Si á lo menos fuese en compañía de su buen padre! Pero esto era imposible de todo punto imposible: Andrés se lo habia dicho ya mil veces.

Y Andrés tenia razon.

Los marineros no tratan muy cariñosamente á los que llevan plaza inferior en el buque, y un padre no podria ver con calma que maltratasen á su hijo, por mas que reconociese la razon del castigo; tendria á cada momento reyertas y cuestiones desagradables con sus camaradas, y quizá el niño, confiando en tener un defensor se esmeraria poco en llenar unos deberes de suyo penosos, y no llegaria jamás á ser un hombre de provecho.

Es una máxima corriente entre las gentes de mar la de que unos cuantos golpes de rebenque, oportunamente aplicados, hacen milagros, y están en la persuasion íntima de que no hay mejor maestro, al principio de la carrera, que un buen chicote.



CANTINERA DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA. (DE FOTOGRAFÍA.)

Esto no deja de ser una barbaridad; pero es una barbaridad generalmente admitida como artículo de fe, y mientras el tiempo y la ilustracion no la desarraiguen de nuestros buques, hay que conformarse con ella.

Las preocupaciones y las creencias que se hallan incrustadas, digámoslo así, en el corazon de los pueblos y que con razon ó sin ella han recibido la sancion del tiempo, no se destruyen en cuatro dias.

Por esto la buena y cariñosa Adelaida habia consentido al fin, despues de derramar muchas lágrimas y de pasar muchos momentos de insomnio y angustia, en que su hijo querido, el niño de sus entrañas, navegase solo y por su cuenta: era un inmenso y penosísimo sacrificio que hacia en las aras del porvenir de Ceferino.

Desde entonces solo se pensó en proporcionarle buque y en preparar su pequeño y modesto equipaje.

No faltaban embarcaciones en la ria; Andrés Cotarelo gozaba de muy buena reputacion entre la marinería; se habia adquirido, por su carácter y buenas prendas, bastantes relaciones entre capitanes y armadores, y la empresa de colocar á su hijo no era ciertamente muy difícil. En varias de las que se estaban preparando para hacerse á la mar le habian ofrecido para Ceferino la plaza de muchacho de fogon, y no tenia mas que elegir.

Mas para un hombre que como Andrés Cotarelo sabia muy bien el pié de que cojeaban cuantos marineros de todas clases, edades y condiciones habia en diez leguas á la redonda, y que conocia como el primero, las buenas y las malas propiedades de los buques surtos en la ria, en la eleccion estaba el todo.

Encontrar un buque velero, limpio y seguro, propiedad de un armador que no bien llegase al puerto le proporcionase otro viaje, evitando así que la tripulacion consumiese, en dos ó tres meses de descanso, los ahorros de un año de faenas y peligros; mandado por un capitan inteligente, probo y honrado que no se enriqueciese á costa del sudor de la *gente*, y tripulado en fin por marineros lo mas humanos posible y entre los cuales tuviese á lo menos un amigo que sirviese de amparo y de mentor á su hijo, hé aquí los deseos y las aspiraciones de Andrés, aspiraciones y deseos tan naturales en un padre, como difíciles, sino imposibles, de satisfacer.

Así es que se pasaban los dias y se acercaba por momentos el de su partida y el niño estaba aun sin colocar. Esto le tenia apesadumbrado: su buena esposa fluctuaba entre el placer de tener al niño algunos dias mas á su lado y el sentimiento de no verle ya embarcado, y el fastidio de Ceferino llegaba hasta el punto de desear una plaza en el patache mas pequeño y estropeado del puerto con tal de perder de vista la tierra.

Una tarde llegó Andrés á su casa mas triste y preocupado que de costumbre. Venia de la atalaya; habia visto la puesta del sol, habia consultado el cariz é interrogado los semblantes, y los semblantes le habian dicho —mañana saldrás á la mar;—y como no estaba acostumbrado á que los semblantes le engañasen, se persuadió de que al dia siguiente tendria que abandonar á su mujer, dejando á su hijo sin embarcar.

Adelaida le esperaba, sentada á la puerta de la casa, ocupada en arreglarle la ropa para el viaje. Su corazon latió de sobresalto al ver á su esposo desde lejos tan ensimismado y pensativo, como si adivinase lo que por él pasaba: la mujer que ama es un lince para sorprender las emociones secretas del ídolo de su cariño, aun cuando las cubra con el velo del mas refinado disimulo.

Andrés se acercó á su esposa, procurando sonreirse; la dió cariñosamente dos golpecitos en el hombro, entró á buscar una silla y se sentó á su lado. Varias veces se abrieron sus labios para dar paso á una palabra y otras tantas se cerraron sin que esta palabra saliese. Su corazon latia con violencia; se quitaba el sombrero, le daba veinte vueltas en la mano y se lo volvia á poner, para quitárselo á los dos segundos y darle vueltas y encasquetárselo de nuevo.

Idólatra de su mujer, á quien amaba mas que en el dia de sus bodas, jamás se apartaba de su lado, por corto que fuese el viaje que debia emprender, sin pasar unas cuantas horas de angustia antes de pronunciar el terrible—me marcho.—La víspera del dia en que su buque debia darse á la vela, no comia, ni dormia con sosiego: solo se cuidaba de prodigar á su buena esposa las mas tiernas caricias, como si tratase de indemnizarla de los disgustos y sobresaltos que la ocasionaria su ausencia.

¡Es ademas tan incierta la vuelta del marinero!...

La pobre Adelaida le miraba temblando y á hurtadillas, como resistiéndose á comprender la realidad; su corazon se fue oprimiendo por grados sensibles; dos gruesas y ardientes lágrimas rodaron por sus mejillas; dejó la costura, puso ambas manos sobre las rodillas de Andrés y le contempló estasiada por unos momentos.

Al fin la infeliz esposa no pudo resistir la violencia de sus emociones y se arrojó sollozando en los brazos de Andrés.

¡Qué raudales de sublime poesía no encerraba aquella escena en que dos corazones enamorados se hablaban y se comprendian en silencio!

Las nubes se rasgaron para que el astro de la noche contemplase aquel grupo digno del pincel de Murillo.

—¡Adelaida! esclamó Andrés balbuceando; ¿por qué lloras?

Y el infeliz lloraba tambien de placer y de angustia.

—¡Oh! ¡Por San Telmo, continuaba, esforzándose en parecer sereno; cualquiera diria al vernos tontear de este modo, que vamos á separarnos por primera vez.

La palabra—¡me marcho!—habia salido ya, aunque un tanto disfrazada, de los labios del marinero y sintió su corazon aligerado del enorme peso que le oprimia.

Renunciamos á seguir reseñando esta escena de ternura y sentimiento, en que el amor conyugal terminó por dejar el puesto á otro amor no menos puro y sublime.

Ceferino no se habia embarcado aun y su padre debia marchar al dia siguiente.

Afligidísimos estaban los dos esposos por este contratiempo, cuando la casualidad, á que se han debido tantas y tan buenas cosas, hizo que se llegase á ellos, como llovido del cielo, un antiguo compañero y amigo del buen Andrés, cuyo buque habia fondeado en Porcillan aquella misma tarde.

El nuevo personaje que presentamos en escena, llamado Pedro Monteavaro y que navegaba de contramaestre en el bergantin Relámpago, propiedad de los señores Bengochea y compañía, era un hombre alto y corpulento, de gesto algo duro, pero alegre y decidor en estremo, sobre todo despues de haber apurado un par de copas de aguardiente.

Navegando constantemente desde la edad de diez años, era reputado como uno de los mejores marinos de aquellas costas, y los capitanes se lo disputaban á porfía, porque difícilmente se hubiera encontrado un timonel mas entendido y seguro para los trances desesperados, ni un brazo mas formidable que el suyo para picar un palo de cuatro hachazos y hacer saltar un obenque, si estando el buque á punto de zozobrar se necesitaba un esfuerzo supremo é instantáneo para salvarle del peligro.

Pedro Monteavaro, á pesar de su esterior adusto y de un aire de perdonavidas que le hacia temible entre sus camaradas, atesoraba un corazon generoso y compasivo para con los débiles y era citado como un dechado de ternura poco comun en los hombres de su temple. Jamás se le habia visto castigar cruelmente, y sin un motivo muy poderoso, á los muchachos ó grumetes que navegaban en su compañía.

Hé aquí lo que Andrés Cotarelo necesitaba.

Pocas palabras bastaron para que el contramaestre del Relámpago comprendiese la causa del pesar que abrumaba á los dos esposos á quienes queria entrañablemente.

Aquella misma noche, y despues que Cotarelo se habia dormido, se veia á la débil y vacilante luz de una lamparilla, una figura blanca que, de hinojos sobre la cama, elevaba al cielo sus negros ojos arrasados de lágrimas.

Era la tierna Adelaida que daba gracias al cielo porque su Ceferino tenia ya plaza en el bergantin Relámpago, y pedia al que tiene en sus manos las riendas de la tormenta un viaje próspero y feliz para su querido esposo.

B. MENENDEZ.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 4. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 22 DE ENERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Despues de la brillante accion del 1.° del corriente en las alturas de los Castillejos, la mas importante de esta campaña es la que se dió el 14 en los cerros de Cabo Negro, último baluarte natural, si asi puede decirse, que defiende á Tetuan. Los moros se habian fortificado con tiempo en aquellos altos, y los defendieron tenazmente como su último atrincheramiento, comprendiendo que una vez el ejército en la llanura que rodea á la ciudad, seria imposible de todo punto detener el ímpetu de nuestros soldados. La batalla duró mas de seis horas, sostenida principalmente por la vanguardia y el segundo cuerpo á las órdenes del general Prim, pues el general Zabala, que con tanta gloria ha mandado este último, se encuentra hoy detenido en Ceuta por la enfermedad efecto de las largas fatigas sufridas. El tercer cuerpo que en el órden de marcha habia quedado con el general en jefe cubriendo la retaguardia, llegó oportunamente al sitio del combate para tomar los cerros en que el enemigo apoyaba su derecha y tratar de envolverla: pero entonces se pronunciaron los marroquíes en retirada, despues de haber dejado el campo sembrado de sus muertos. Cerca de cuatrocientos heridos por nuestra parte atestiguan la obstinacion de la defensa y el ardor de nuestras tropas que tomaron á la bayoneta los reductos enemigos, mientras los escuadrones cargaban y destrozaban á la guardia negra del emperador.

Dominadas las alturas que á su vez dominan el valle de Tetuan, las mayores dificultades de esta primera campaña estaban vencidas. El general en jefe conferenció con el comandante de las fuerzas navales y acordaron que la division del general Rios, que embarcada en Algeciras habia fondeado en Cabo Negro, fuese á desembarcar en el puerto de Tetuan, á la embocadura del rio llamado por nosotros Martin y por los árabes Guad-el-Felú. En efecto, al otro dia á las seis de la mañana se presentó la escuadra con las tropas de desembarco en frente de los castillos que defienden la entrada del rio y todos se prepararon al combate. No hubo sin embargo necesidad de combatir: los marroquíes habian abandonado los fuertes, y efectuándose el desembarco sin molestia alguna, nuestros soldados tomaron posesion de ellos y de los siete ú ocho cañones que contenian. Las barcas cañoneras subieron entre tanto por el rio hasta el sitio en que deja de ser navegable, donde está el edificio de la aduana, abandonado tambien por los moros.

Mientras la division del general Rios se establecia de esta suerte apoyada en la escuadra sobre las dos orillas del rio á cuatro millas de Tetuan, el general O'Donnell disponia la marcha por el valle. Ya no quedaba á los moros alternativa para oponerse á los nuestros entre dar la batalla en la llanura ó encerrarse en Tetuan. Las fuerzas que el 17 por la mañana se aglomeraron en frente del ejército hicieron creer al general O'Donnell que Muley Abbas se habia decidido á presentar batalla en el llano. Para prepararse convenientemente á recibirlo, hizo tomar las alturas de los flancos al tercer cuerpo, y con el segundo la caballería y parte de la artillería se situó en el valle esperando el momento oportuno del ataque. Los marroquíes, dieron al principio muestras de querer pelear con su acostumbrada obstinacion; pero apenas empezaron á notar los efectos de la artillería y vieron moverse los escuadrones, que ardian en impaciencia, se introdujo el desórden en sus filas y emprendieron una retirada con todos los visos de fuga hácia las vertientes de Sierra Bermeja al otro lado de Tetuan.

Libre de enemigos el valle, el ejército del general O'Donnell continuó su marcha y se unió á orillas del Guadelfelú á la division Rios; estableciendo en la aduana, los castillos y los buques de la escuadra una base solidísima de las operaciones que deben haber comenzado ya contra la plaza.

Teníamos, pues, nuestro ejército á la vista de Tetuan á la fecha de las últimas noticias, y el marroquí arrojado del valle, donde no ha osado arrostrar el efecto de las armas españolas. Tetuan no tardará en caer en su poder y aquí terminará la primera campaña de esta guerra.

Ha llegado á Madrid el estandarte cogido á los marroquíes en la accion del 1.° por el cabo de húsares Pedro Mur. Dícese que este valiente ha sido ascendido, y suponemos que á alférez porta-estandarte; pues creemos que asi ha de estar prevenido para casos análogos. El estandarte marroquí es de damasco amarillo sucio y sin divisa alguna. Será segun parece colocado en Atocha entre los demás trofeos el dia en que sea presentada en el templo la nueva infanta, es decir, el 25 del corriente.

La suscricion abierta en Madrid á favor de los heridos é inválidos de Africa, ascendia el jueves á mas de dos millones de reales. Creemos que pasará de cuatro lo que se recaude solamente en esta capital con este objeto, porque todas las clases se han apresurado á depositar su ofrenda en el Banco como espresion del patriotismo que las anima.

Los cuidados y dispendios de la guerra no hn paralizado el movimiento progresivo que se nota en la construccion de ferro-carriles y obras públicas. Una de las vias férreas, cuyas obras han de llamar la atencion de Europa, por el atrevimiento de su concepcion y la solidez y elegancia de su ejecucion, es sin duda la de Barcelona á Zaragoza. Los lectores del MUSEO tendrán á su tiempo la descripcion de este camino, para la cual preparamos varias vistas fotográficas. Hoy damos la del viaducto sobre el arroyo de Gayá, que se compone de cinco arcos, el central de diez y seis metros de luz y los restantes de ocho; obra acabada y perfecta en su género, que ha llamado mucho la atencion de los inteligentes.

Sigue en el teatro de *Oriente* la eminente trágica Ristori dándonos pruebas de su genio superior. El otro dia representó el papel de *Isabel* en el drama de Giacometti, titulado: *Isabel de Inglaterra*. El ilustrado autor de la *Giuditta*, estrenada en Madrid con tanto aplauso, ha querido tambien someter al fallo del público español antes que á ninguno su nueva obra, la tragedia *Bianca Maria Visconti*, escrita espresamente para la Ristori y elegida por esta para su beneficio. Sus esperanzas no quedarán defraudadas; el público hará justicia á su mérito, no menos que al de la insigne actriz que tan bien sabe interpretar sus pensamientos.

El señor Carrasco de Molina ha dado al teatro de *Lope de Vega* un drama en prosa con el título de *Reo* y *Juez*. Este drama bien desempeñado, asi por el autor como por los actores, dejó bastante satisfecho al auditorio la primera noche de su representacion. Se ha supuesto sin razon que el primer acto, por cierta semejanza que se le ha querido encontrar con el de *La Oracion de la tarde*, era un plagio de esta obra. Otros han dicho que teniendo el señor Carrasco de Molina escrito su drama con anterioridad al del señor Larra, el plagio en caso de haberlo, seria de este. La verdad es que no existe tal pla-

gio por parte de ninguno de estos dos escritores. El argumento del drama está tomado de una novela francesa que hemos leido no hace mucho tiempo, y cuyo título no recordamos en el momento actual.

En el *Príncipe* se ha representado una nueva comedia del señor Breton de los Herreros, con el título de *Entre dos amigos*. No hay que decir que abundarán los chistes en sus diálogos y que será tan bella esta obra para leida como para oida representar. El señor Breton no ha perdido nada de sus grandes dotes de autor cómico.

Las zarzuelas *Contra viento y marea*, *Los dos primos* y la *Franqueza*, representadas estos dias en *Jovellanos*, no han tenido gran éxito. Es preciso, sin embargo, no confundir la última con las dos primeras; pues ha podido vivir y distraer al público por algunas representaciones, y aquellas no han vivido sino una noche.

Con el título de los *Hijos del pueblo* se ha representado en *Novedades* un melodrama bastante bien desempeñado por la Marin, Tamayo, Bermonet y Córcoles; y el jueves último se puso en escena con buen éxito el drama del señor Ortiz de Pinedo *Madrid en 1818*, que creemos dará buenas entradas.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

MARRUECOS.

En el presente número damos un mapa general del Imperio de Marruecos. El Mogreb, Algarbe ó tierra de Occidente, como llaman los árabes á este pais, ocupa en Africa una estension próximamente igual á la que ocupa España en Europa. Situado entre el Mediterráneo y el Océano, le cortan al Este y al Oeste largas cordilleras de montes, cuyas nevadas cimas se confunden con las nubes. Estas cordilleras realizan aquella poética tradicion de los griegos: son aquel poderoso Atlante, rey de una tierra en que pacian innumerables rebaños, en que crecian árboles de hojas resplandecientes, con ramas de oro, pais protegido por altas murallas y custodiado por un dragon de fuego. Este gigante anciano, petrificado en el centro de su imperio, sostenia la bóveda del cielo estendiendo á lo lejos sus brazos como para recobrar lo que habia perdido y ocultando en su seno sus tesoros.

En efecto, en el Atlas existen minas de oro, de plata, hierro y cobre, que jamás han sido esplotadas. Todos los rios de Berbería bajan de esta cadena de montes y de sus innumerables ramificaciones, y fertilizan la tierra que se cubre de palmeras, naranjos, olivos y de todas las riquezas vegetales.

El dragon que arroja fuego por la boca, se halla al Sur. Es el desierto de Zahara que á veces lanza el formidable *simun*, viento que levanta, dispersa, amontona ó barre alternativamente sus movibles arenas. Hácia esta parte se estiende la estéril provincia del Guad-Nun independiente del sultan, y cuyas hordas bárbaras viven del robo y del pillage. La atmósfera en este desierto, impregnada de partículas de arena, tiene un aspecto brumoso que muchas veces ha engañado á los navegantes, haciéndoles olvidar la proximidad de la costa que es muy baja por aquella parte y causando frecuentes naufragios. En estos casos en vano los náufragos esperan hospitalidad de los aduares del Guad-Nun: todos son robados y generalmente asesinados. Los buques que van con rumbo al Senegal, á la costa de Guinea y á las islas de Cabo Verde, son los mas espuestos á estos peligros.

Al otro estremo del imperio en la costa Nordeste sobre el Mediterráneo, se levanta una verdadera muralla erizada de rocas. Allí está la salvage provincia del Riff, cuyos habitantes, tan desapiadados con los náufragos como los beduinos, son cazadores en tierra y piratas en mar: van siempre armados, y como los de Guad-Nun, apenas obedecen al sultan. En esta línea, Tánger, Ceuta, Tetuan y Melilla, son los puntos mas importantes.

El desierto de Angad y el rio Mulaya separan el Riff de la tierra de Argel y al Occidente está la provincia de Algarbe propiamente dicha, punta de tierra que avanza en el mar frente á España y que tiene á la izquierda á Tánger y Ceuta á la derecha.

En el Cabo Espartel comienza la larga línea de la costa sobre el Océano, y en ella se abren los puertos principales de Marruecos, como Larache, Rabat, Mazagan, Mogador. Las demás poblaciones como Azamor, Salí, Santa Cruz, son de pequeña importancia, aunque como factorías la han tenido en otro tiempo. Muchos y grandes rios descienden por esta parte de las laderas del Atlas; pero detenidos al llegar al mar por los bancos de arena que la incuria musulmana deja acumular en sus orillas, no pueden dar entrada á buques grandes; y las crecidas causadas por las lluvias les convierten por la misma razon en torrentes impetuosos, que no teniendo salida franca al mar se estienden por las orillas formando lagos y estanques de donde luego se exhalan emanaciones impuras. Asi no es estraño que la peste diezme de cuando en cuando estas poblaciones y aun se ven ruinas de las habitaciones que dejó desiertas la gran peste de 1799; testigos la Mamora y sus inmediaciones á la embocadura del Bu-Regreg y del Sebu.

Entre este triple cinturon de arenas, de montañas y de mares, florecen los risueños jardines del viejo Atlante. El suelo cortado por valles, llanuras, mesetas, cuyas alturas y situaciones diversas favorecen el desarrollo de todas las plantas, desde los cereales hasta las de los trópicos, se cubre periódicamente de ricos frutos y da hasta tres cosechas por año, sin mas abono que el que dejan en él los rebaños ó las cenizas de la maleza que el pastor quema antes de la siembra. En la provincia de Suz hay magníficos olivares; en ella crecen tambien el almendro, el naranjo, la caña de azúcar, y en las tierras bajas un añil de un color azul muy vivo. El principal puerto de esta provincia es Agadir ó Santa Cruz, fortificado por el rey Manuel de Portugal en 1503 y recobrado por los moros treinta años despues.

En la provincia de Haha hay grandes bosques de una especie de olivo, llamado argar, que contiene olivas de escelente aceite y que dura al arder mas tiempo que el de oliva ordinario. Tambien hay en esta provincia un árbol llamado por los árabes *arar*, cuya madera resiste á los gusanos y no se pudre nunca. El cedro, la encina, el nogal, la acacia, cubren las laderas de las montañas segun su posicion y altura. La caza es abundantísima: los ganados numerosos, y los carneros indígenas dan una lana de finura notable.

Las ciudades mas importantes del interior son Fez, la capital del Norte; Mequinez, la ciudad Santa, no lejos de aquella, donde está el famoso tesoro imperial y donde residen los santones y derviśes mas venerados, y generalmente el emperador; y por último, Marruecos, la capital del Sur. De ellas Mequinez es la que tiene mas apariencia de ciudad europea por la amplitud de sus calles y la construccion de sus edificios.

La poblacion de Marruecos es muy diversa, y en un próximo número daremos á conocer sus tipos.

COSAS DE MADRID.

LOS CARRUAJES PÚBLICOS.

(CONCLUSION.)

VII.

Venimos á dar en los carruajes de alquiler para personas vivas, puesto que ya hemos hablado de los carruajes de alquiler para personas muertas.

Clasifiquemoslos por órden de antigüedad.

Estos carruajes son:

La calesa.

La tartana.

El coche simon.

El omnibus.

El carruaje de plaza.

Por último, el carruaje de alquiler de lujo, de pega, hipócrita, cuya filiacion solo conocen los cocheros, y que para el no inteligente, para la generalidad, pasa por carruaje particular.

VIII.

Vamos á ocuparnos con dolor, de la calesa, de ese carruaje popular, esbelto, ligero, gracioso, alegre, digno, donde no caben mas que dos amigos ó dos amantes; carruaje de camino en Sevilla, Cádiz y el Puerto, y carruaje de ceremonia en Madrid para la gente terne.

Y decimos de ceremonia, porque ¿dónde iba la manola de ancho rodete, peine de teja, mantilla de terciopelo, gargantilla de perlas, chaquetilla con hombreras, falda corta y zapato con galgas, ya se tratara de una romería, ya de una corrida de toros, ya del entierro de la sardina, ya del Pardo el dia de San Eugenio, ya de los novillos de Vallecas ó de Getafe, ó de Carabanchel de arriba?

La calesa se enorgullecia con aquella preciosa carga.

Parecia que el fuego del alma de la morena, que se exhalaba por sus ojos negros, decidores, chispeantes, se comunicaba al calesero, que arreaba alegre, medio sentado, medio al aire sobre el nacimiento del varal derecho; al caballo, que trotaba con la cabeza alta, la nariz humeante y el ojo ardiente, sacudiendo á compás los campanillos; á la calesa, cuyo movimiento tenia un no sé qué de lascivo, un no sé qué de provocativo, un no sé qué de encantador.

Allí iba aquel precioso tren, aquel grupo, aquel compuesto puramente español, lleno de vida, de juventud, de gracia, y hasta si se quiere de poder, y de una majestad especial, de una aristocracia *sui generis*.

Porque es de advertir que solo la manola jóven y hermosa, se presentaba sin compañía sobre la calesa, como sobre un trono movible, ostentando su fuerte hermosura, la libertad de su alvedrio, indolentemente reclinada sobre el respaldo forrado de paño encarnado del carruaje, con la mirada velada por sus largas pestañas entreabiertas y como diciendo, con su actitud, con su negligencia, con su aspecto altivo y á la par incitante:

¡Caballeros! ¿quién me merece?

Cuando la manola iba sola, la calesa inspiraba deseo.

Cuando á la izquierda de la manola iba un mocito, la calesa inspiraba envidia.

La manola no se presentaba nunca en la calesa sin compañía, sino mientras era jóven y hermosa: cuando la edad ó las pasiones empezaban á marchitarla, la manola prescindia de la calesa, con una discrecion verdaderamente filosófica, y recurria al coche simon.

Hoy la manola no se sirve de la calesa.

Este carruaje es demasiado pequeño para el miriñaque y demasiado descubierto para que una mujer decente se esponga á un *manifiesto involuntario* causado por la indómita inflexibilidad de la crinolina.

El miriñaque ha absorbido á la manola y ha matado á la calesa.

Este solo dato basta, á nuestro modo de ver, para que el miriñaque sea declarado un invento abominable.

La pobre calesa, la otro tiempo sin rival, ha sucumbido.

Ya para ver algun ejemplar raro, es necesario ir á la plazuela del Progreso, y la encontrareis vieja, marchita, despreciada.

Su caballo no es ya el fogoso vicho andaluz de otro tiempo.

Es un pengo flaco, abierto de los pechos, con la una mano adelantada á la otra; un caballo *escribano*, una alimaña, en fin.

El calesero es un pobre diablo que se gana la vida como puede, y que se pasa las horas muertas, fumando indolentemente, y esperando con la paciencia de Job á que llegue un prógimo vulgar para conducirle por diez reales á Leganés ó á Pozuelo.

Sin embargo, le queda aun á la calesa un dia, un solo dia, en que parece lo que era.

Este dia es el lunes de cada semana, durante las temporadas de toros.

El *mataor* y su primer banderillero, asi como los demás individuos de á pié de la cuadrilla, van indefectiblemente al Corral en calesa, y vuelven en calesa del Corral despues de terminada la corrida.

Pero llega el mártes y la calesa se vulgariza.

Pasa la temporada de toros, y la pobre calesa empieza un período de marasmo que dura ocho meses.

La calesa, la en otro tiempo reina absoluta, ha sido destronada.

El eco de las alegres manchegas duerme en sus ángulos.

Los compases de la polca-mazurca y de la redowa, han sido su *De profundis*, y el miriñaque, el odioso miriñaque, su tumba.

Permitidnos que consagremos un suspiro al perdido esplendor de la calesa.

¡Ay! no podemos olvidar que la calesa no ha caido en desgracia sino cuando la manola ha dejado de ser lo que era.

¡Y era la manola un tipo tan español, y, sobre todo, tan encantador!

¿Dónde esta?

Le encontrareis, acaso, en un solo y raro ejemplar, como en un solo y raro ejemplar encontrareis la calesa.

Esto consiste en que el siglo XIX es eminentemente refundidor, y en que, como todos los refundidores, para refundir destruye.

Nosotros quisiéramos que los pueblos tomasen lo bueno, sin perder lo bueno.....

Pero estas consideraciones no son el objeto de este artículo.

Volvamos á nuestro objeto.

IX.

En los tiempos de la preponderancia de la calesa, solo habia otro carruaje de alquiler.

Era este el coche, ó la carretela si non, ó de colleras, carruaje enorme donde cabian cómodamente seis personas, montado en sopandas ó muelles de C, con delantera y zaga, coche de poblacion ó de camino, segun se quisiera, y compañero pacífico, mas bien, ausiliar, complemento de la calesa.

La calesa no pasaba de ser un vis-á-vis, mientras el coche simon, parecia, y en efecto lo era, una especie de arca de Noé.

A pesar de la fraternidad, del buen estado de relaciones entre la calesa y el simon, existia entre ambos una gran diferencia, considerando su orígen con relacion á su destino.

La calesa ha sido siempre carruaje de alquiler, ha servido para una misma cosa, ha sido ocupada siempre por gente de una misma clase, ha formado una parte del carácter, de la fisonomía, de ciertas solemnidades, de ciertas fiestas populares: ha tenido, en fin, siempre, si se nos permite la frase, un mismo temperamento: ha sido siempre calesa.

El simon ha pasado por mil y una vicisitudes.

Podrá suceder que al pasar por la plazuela del Progreso, repareis en algun individuo de levita larga y peluca rubia, en uno de esos seres que van diciendo con su facha á los que saben clasificar los tipos—yo soy académico—parado y observando con sumo interés uno de estos simones, mientras los caballos comen tranquilamente el pienso en la espuerta colgada de la punta de la lanza.

No os estrañe la curiosidad de aquel hombre: es un anticuario, y acaba de encontrar en el coche simon algo



que aclara sus dudas acerca de la construccion, del carácter, del mecanismo, de los coches de en tiempo de Felipe V.

En vano el simon ha sido pintado de color de caña: en vano se le han sustituido con muelles los correones; en vano se le ha pegado una zaga y alterádose su delantera: el anticuario ve claramente en él el coche de un arzobispo, ó de un legado, de una alta dignidad eclesiástica, en fin; aquel carruaje ha empezado á ser, perteneciendo á una alta persona: es un noble degradado que ha perdido sus costumbres y su traje: una grandeza caida, una demostracion material del poder del tiempo que determina la contínua movilidad de las costumbres, esa revolucion pacífica, invariable, incesante, que se llama progreso: una prueba, por lo tanto de la instabilidad de todo lo que emana de la razon, de la actividad del hombre; una víctima, en fin, de la tiranía de la moda.

En aquel carruaje han latido corazones llenos de ambicion; se ha dado, acaso, el último toque, la última fuerza, á grandes intrigas; acaso alguna celebridad cortesana, ha escondido en él el misterio de amores cortesanos, de pasiones ignoradas, de móviles ocultos de grandes sucesos consignados en la historia; el filósofo y el novelista medita ó deduce, ó se inspira contemplando uno de esos armatostes; ellos son una parte superviviente de una época muerta; conocen esas viejas casas de solar que hoy ve convertidas en casas de vecindad, y estas casas les conocen á ellos, y los ven convertidos en individuos de la plebe de los carruajes de alquiler; ellos, si hablaran, nos podrian decir hasta qué punto eran largas las narices de Fernando VI, cuántos coches fueron tras el féretro de Luis I y cuántos lunares postizos usaba la princesa de los Ursinos.

Ellos, en fin, nos harian conocer la larga serie de vicisitudes, de degradaciones dolorosas, de recomposiciones, de desgracias, porque han pasado, antes de llegar al miserable estado en que se encuentran.

El coche simon, es pues, considerado en sí mismo, un mueble histórico; considerado con relacion á su actual situacion, un carruaje de camino para viajes cortos.

X.

De la tartana tenemos muy poco que decir.

Mas jóven que la calesa y que el simon, ha sido durante muchos años su buen compañero.

Carruaje de familia siempre, ú omnibus anterior á los omnibus, orígen de ellos, vivió con sus antiguos compañeros, de la misma manera que vive con sus compañeros nuevos.

La tartana iba antiguamente en buena compañía con la calesa y el simon, á los lugares donde afluia mucha gente; hoy sigue prestándose á las grandes afluencias en compañía de los ómnibus.

La tartana, en fin, no es hoy otra cosa que un omnibus pequeño.

Representa por lo tanto una pequeña industria.

Mañana no podrá sostener la competencia: los grandes omnibus, y la sucesiva reduccion de precios, harán imposible su mantenimiento.

Al ocuparnos de la tartana, nos ocupamos implícitamente del omnibus.

Estos carruajes no aparecen mas que los dias de toros, de novillos, de romerías, de ejecuciones de muerte, de simulacros y de carreras de caballos.

Muchos de ellos, ordinariamente, hacen el servicio de diligencias á las poblaciones inmediatas á Madrid.

XI.

Llegamos naturalmente á los coches de plaza, de uno ó dos caballos, de esta ó la otra raza, de este ó el otro modelo.

Estos carruajes van á todos los lugares á donde van los demás, y a muchos otros á donde no van mas que ellos, y los particulares que van á donde quieren sus dueños.

Veamos á dónde van los carruajes de plaza, á dónde no van los otros carruajes de alquiler.

Al Prado de dia de una manera vergonzante.

Al Prado de noche de una manera vergonzosa.

A la salida de los teatros.

A la salida de los bailes, inclusos los de palacio.

A todos los establecimientos del Estado.

A los entierros.

A los grados de doctor.

A toda grande reunion donde los convidados necesitan presentarse sin polvo y sin lodo.

Pero si preservan al que conducen del lodo de la calle y del polvo de los derribos, ofrecen en cambio la casi seguridad de coger en ellos manchas y aun otros algos.

El coche de plaza es el verdadero ómnibus; el carruaje que sirve para todo, hasta para perder la paciencia.

Al entrar en él se puede contar casi casi de seguro con las contrariedades siguientes:

Con una disputa acre y absurda con el cochero.

Con la adquisicion de monedas falsas, por lo que debe cuidarse de llevar plata menuda para no verse obligado á recibir un cambio.

Con un descuadernamiento del vehículo, con un vuelco ó cualquier otro contratiempo, que pueden produciros desde una contusion hasta la muerte.

Con que el automedonte atropelle á alguien, y tengais que andar, cuando menos, en declaraciones.

Con que el caballo desfallezca de hambre, se detenga y os detenga, haciéndoos llegar tarde á un lugar al cual os importaba llegar pronto.

El coche pesetero va haciéndose indecente.

A tantos y tantos usos se le destina, que el pobre ha perdido cuanto tenia que perder: desde la consideracion pública, hasta sus cualidades necesarias como mueble.

Su forro de seda se ha convertido en forro de percal, y aun asi roto y grasiento.

Sus almohadones han perdido su elasticidad.

Sus enlaces se han aflojado, y penetran por las aberturas el viento y el agua.

Hay algunos que tienen goteras, y dentro de los cuales llueve á poco que sea fuerte un aguacero.

Generalmente no podeis usar de los cristales.

Pero en cambio siempre podeis usar de las cortinillas.

A veces, á pesar de estas, y cuando creeis que vais perfectamente ocultos, se abre de repente la portezuela.

El fiador no era de fiar, y podeis veros gravemente comprometidos.

Por lo mismo que el coche de plaza sirve para todo, todo el mundo se sirve de él.

El coche de plaza conoce desde la alta y aristocrática señora, que entra en él de noche en alguna calle escusada, hasta la costurera y la muchacha de servir, que se soplan en él á la luz del sol y en medio de la puerta de idem.

Conocen al alto personaje, al viejo diplomático, á quienes importa que la policía ministerial no sepa á dónde van.

Al marido celoso, que espía la puerta de su casa, haciendo del coche de alquiler su emboscada.

Por vice-versa, al amante que acecha detrás de una cortinilla la salida del marido.

Al enamorado tenaz, que espía la exhibicion á la calle de la jamona inflexible, para ponerse en su seguimiento y abordarla por la centésima vez confiando en el proverbio latino: *guta cabat lapidem*.

Por último, la sociedad entera de Madrid, es decir, todas las clases sociales de Madrid, pasan por los carruajes de plaza, haciéndolos confidentes de sus dolores, de sus necesidades, de sus infamias, de sus desgracias, de sus impurezas, de sus crímenes, de sus intrigas, de sus ridiculeces, de sus debilidades.

¡Ah! si supiérais lo que saben esos pobres vehículos, podriais escribir unas *Memorias del diablo* infinitamente mas horribles que las que llevan por firma el nombre de Soulie.

Permitidnos que no nos ocupemos mas de ese carruaje.

Solo os diremos, que, á nuestro modo de ver, Madrid era necesariamente mejor de lo que hoy es, antes de que existiesen en él esos carruajes.

XII.

Los carruajes de alquiler de lujo, se emplean en los mismos usos que los peseteros: únicamente que, como son escesivamente caros, solo se sirve de ellos la gente rica.

El carruaje de alquiler de lujo en nada se diferencia de los carruajes de lujo particulares.

Porque su objeto es servir á la vanidad y á veces al cálculo.

Un hombre rico de provincia que viene por una temporada á Madrid, necesita presentarse bien.

Apela á estos carruajes.

En sus portezuelas hay un blason.

La librea de los criados es perfecta.

Los caballos inmejorables.

Estos carruajes sirven con mucha frecuencia para lo mismo que sirven los muebles alquilados, el traje que se debe al sastre, el abono del teatro Real, que se sostiene por especulacion.

Son la parte de una farsa que debe producir alguna víctima.

Por lo mismo que son completamente aceptables, los secretos de estos carruajes son de mas trascendencia, mas repugnantes, mas odiosos: pero están por lo demás completamente á nivel de los carruajes particulares.

Estos carruajes se encuentran:

En el Prado de dia y de noche.

En los teatros.

En las salidas de baile.

En los entierros.

En las recepciones.

Y con mucha frecuencia en las soledades del Canal.

Son, en una palabra, un escelente recurso para los que pueden gastar desde sesenta reales por hora en adelante.

XIII.

Hemos concluido nuestra reseña de los carruajes públicos de Madrid.

Como dijimos al empezar, graves consideraciones sociales, políticas y morales, nos han impedido descender á curiosísimos detalles, á investigaciones importantísimas; nuestro artículo adolece de palidez; pero no importa: por nada del mundo le hubiéramos dado toda la brillantez de que es susceptible un artículo, ó mas bien un libro sobre los carruajes públicos de este maremagnum que se llama Madrid.

Porque la moralidad es la base de las sociedades y... pero esto será objeto de otro artículo.—Hemos concluido.—Hasta otro dia.

15 de enero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LAS HILAS.

No solo en los aristocráticos salones, sino tambien en las modestas casas de la clase media, se dedican las hermosas niñas á deshacer trapos para consuelo de nuestros hermanos que con tanta valentia como constancia pelean por nuestra comun honra. Voy á referiros una de esas escenas de familia que presencié la otra noche y en la cual hay tanto sentimiento y tanta ternura que formé propósito de trasladarla al papel, aunque comprendo lo mal bosquejada que irá, solo para tener un recuerdo mas del invierno de 1860 y enseñar á todo el que quiera saberlo, que en el hogar doméstico no pasa un solo instante sin que se recuerde la preciosa sangre que vertida en el africano suelo ha de ser la savia fecundísima de su futura civilizacion.

Alrededor de un sencillo velador, alumbrado por una pequeña lámpara, se reunen todas las noches, despues de las ocho, en una modesta casa de la calle de Hortaleza, cuatro hermosas jóvenes tan dignas por su belleza, como por su educacion, y sobre todo, por sus virtudes, de figurar en nuestras mas brillantes reuniones. Emilia, Luisa, Carlota, y Eugenia, sin grandes medios con que atender á los valientes soldados, procuran por el que les es posible aliviar su desgracia. Escuchemos sus palabras; sus espresiones mismas nos darán á conocer cuál es el puro sentimiento que las guia á una ocupacion tan propia de una mujer, sobre todo, de una mujer cristiana y española.

Amigas mias, les dice Emilia, que es la dueña de la casa, es necesario que esta noche tengais mas aplicacion y trabajeis con mas afan, pues ayer fue muy escaso vuestro trabajo.

¡Oh! si nos diste unos trapos tan delgados, le replica Carlota, que no era posible sacar una sola hebra sin romperla. Pues yo os prometo que solo haré hilas muy finas, decia Luisa con envidiable candidez; deben padecer tanto los infelices cuando se las coloquen sobre sus heridas, que quisiera fueran todas de batista para que lo sintieran menos.—Emilia, dice Eugenia, dame ese pedazo de batista, te lo suplico, quiero hacer una cajita de ellas para enviárselas á Cárlos: pobre hermano mio, quiero á lo menos que la sangre que brote de sus heridas se detenga por una obra de mis manos.

Las jóvenes habian inclinado en medio de este diálogo sus hermosos cuellos, y con una delicadeza admirable sacaban las hilas que iban colocando simétricamente.

Nada puede darse mas bello que este cuadro. Cuatro jóvenes, hermosas todas, fijos sus negros ojos en su pedazo de trapo blanquecino, sus pensamientos debian estar muy lejos.—Los ligeros suspiros que brotaban de sus labios espontáneamente parecian querer comunicar una idea, una frase de consuelo á aquellos ligeros hilos que quizá irian á colocarse sobre una persona querida.

Pobre Cárlos, repetia Eugenia sin cesar y de sus pálidas mejillas descendia una pura lágrima que desaparecia sobre un blanco monton de hilas.

Las otras jóvenes lloraban tambien; pero todas querian evitar á la vista de sus amigas su emocion y únicamente, alguna que otra lágrima venia á hacerlas traicion.

Dime, Luisa, ¿para quién serán estas hilas? decia Emilia, arrojando sobre su compañera una lastimera mirada.—Quizás para *él*, replicaba Luisa é inclinaba su cabeza para continuar su ocupacion de hacer hilas y verter lágrimas.

Habia en aquel *él* tal espresion y dulzura y tanto sentimiento que hubiéramos querido arrebatar á la jóven su secreto, para decirle; sí, pelea con valor, triunfa, y ven, que te espera con ánsia la que en tu ausencia solo ha pensado en tí, pero era vano nuestro propósito; pues aquel sentimiento parecia que solo iba dirigido á las hilas como si hubiesen de ser las que se lo comunicaran á *él*.

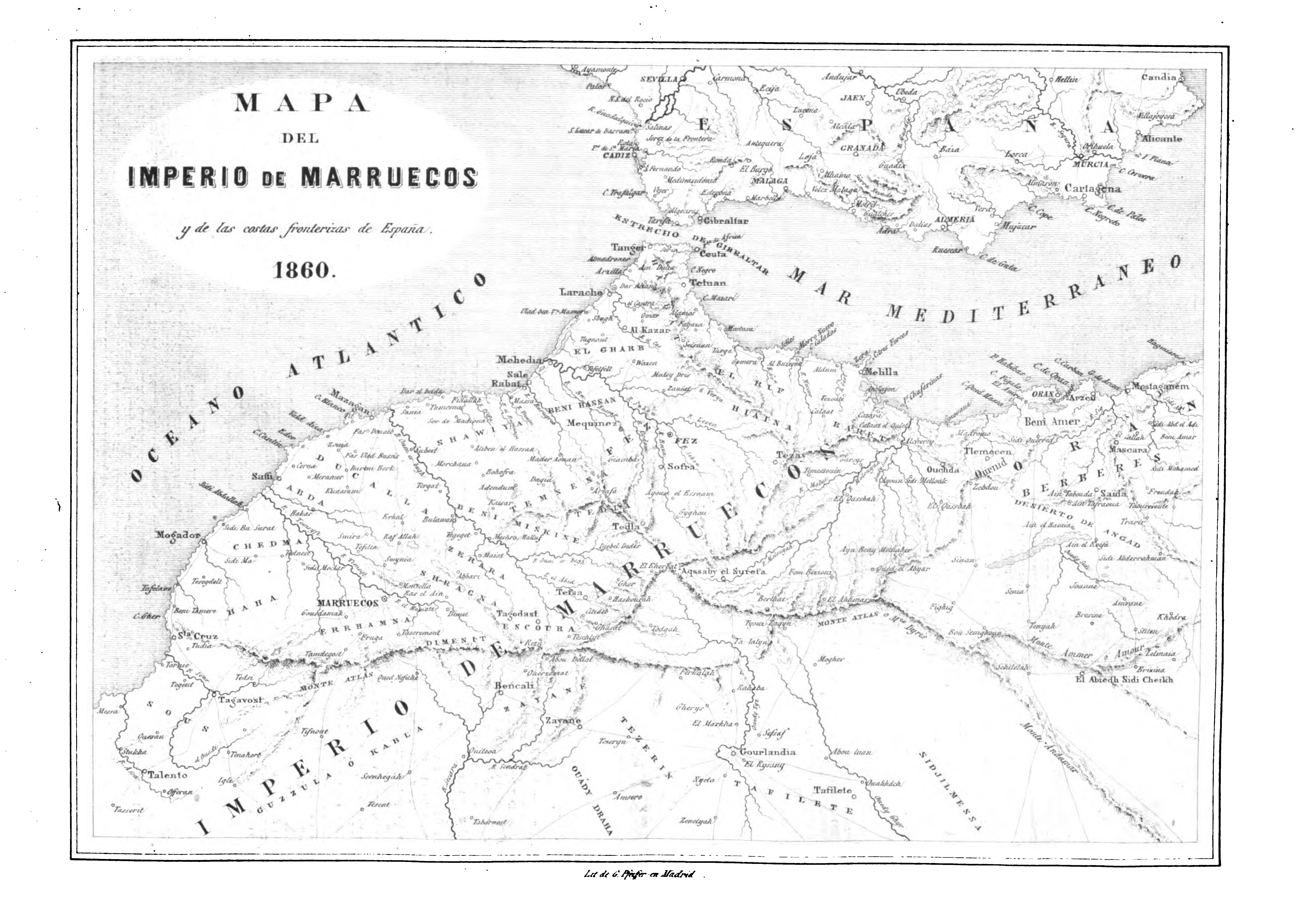
Pero somos muy crueles, decia Carlota con profundo sentimiento, y sobre todo, muy egoistas, no nos acordamos mas que de nuestros amigos, y no pensamos que nuestros enemigos tambien tienen madres, hermanas, hijas, que quizá no sepan comunicarles este dulce alivio que nosotros enviamos á nuestros soldados.

Si, es verdad, contestó Emilia, pero al fin ellos tienen la culpa, son tan inhumanos, tan crueles que creo que no perdonan ni aun á los desarmados y heridos: pobres desgraciados los que caigan en su poder.

Si, son fieras, dice una.

Vengativos, dice otra.

Atroces, agrega la tercera, y en todas se revelaba el



Lit. de G. Pfeifer en Madrid.

VIADUCTO SOBRE EL ARROYO DE GAYA EN EL FERRO-CARRIL DE BARCELONA A MANRESA.

mismo sentimiento de indignacion y de ira contra los ofensores de nuestros derechos; pero no duraba mucho esta espresion en sus semblantes, bien pronto se disipaba para dar paso á la lástima y á la compasion.

De este modo continuaban las jóvenes hasta que la noche avanzaba en su carrera, y llegaba la hora de retirarse; entonces recogian con gran cuidado su trabajo, otro suspiro salia de sus labios ó mejor de su corazon y con un *Dios quiera que no se usen* se retiraban afligidas, si, pero puras y ennoblecidas con su obra.

Este es el cuadro, debilmente trazado por mi inesperta pluma, que presenta hoy esa modesta casa de la clase media. Sirva de consuelo á nuestros valientes que mientras ellos pelean ó vigilan esperando la venida del dia hay una multitud de hermosas que los dedican sus recuerdos, sus lágrimas. Y el infeliz soldado que yace en el lecho del dolor, sienta agradable consuelo cuando coloquen sobre su herida una porcion de hilas pensando que vienen regadas por el llanto quizá de su madre, quizá de su esposa ó quizá de su hija.

HIPÓLITO GARCIA RUIZ.

ESCENAS MARITIMAS.

IV.

LOS PASAJEROS.

La ria de Rivadeo, aunque de corta estension, comparada con los magníficos puertos del mismo género que poseemos en nuestras costas del N. O., es uno de los puntos mas notables y pintorescos de la costa de Cantabria.



EL GENERAL ZABALA, JEFE DEL SEGUNDO CUERPO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

En una region hidrográfica de tres leguas cuadradas de superficie, y formando los vértices de un triángulo escaleno, cuyo lado mayor tendrá apenas una legua; se hallan situadas á orillas del mar, aunque un tanto elevadas en mucha parte sobre su superficie, las villas de Rivadeo, Castropol y Figueras, pertenecientes la primera á la provincia de Lugo, y las dos restantes al antiguo principado de Asturias.

La vista de estas tres poblaciones; la infinidad de lanchas y botes que cruzan constantemente de unas á otras; el gran número de buques fondeados á sus inmediaciones, y que se dirigen á ellas á toda vela, ó suben la ria cargados de hierro y de vena, con destino á las ferrerías y fábricas de clavazon, situadas á orillas del Eo; los varios pueblecitos sembrados á lo largo de la ribera ó en las dos colinas, que formando en un principio el estrecho cauce del rio, se separan poco á poco y vuelven á aproximarse antes de perderse en el Océano, formando la entrada del puerto; y el movimiento de los astilleros situados en ambas costas, y en los cuales se construyen muchas y muy buenas embarcaciones, presentan, visto todo esto desde el campo ó paseo de Castropol, que se halla frente á la barra, y casi en el centro de la ria, un panorama magnífico y encantador.

Sin los bancos que la acumulacion de las arenas arrastradas por el Eo va formando en la mejor parte del puerto, las poblaciones situadas en la ría de Rivadeo tendrian un brillante porvenir mercantil é industrial, y los infelices buques que corren un temporal por aquellas costas embravecidas, sin hallar un pun-

to seguro que les ponga á cubierto de la furia de los elementos desencadenados, contarian con un hermoso puerto de arribadas, abordable á la vela con los vientos que reinan de ordinario en el golfo de Gascuña, durante la peor estacion del año.

Lástima es ciertamente que los encargados de fomentar la riqueza y los intereses del pueblo no tiendan una mirada protectora sobre aquel hermoso país.

Pero dejemos á un lado consideraciones agenas en cierto modo á nuestro propósito, y reanudemos la relacion de los sucesos, interrumpida en el artículo anterior.

Diez dias hacia ya que Andrés Cotarelo estaba en viaje, y otros tantos llevaba la buena y cariñosa Adelaida arreglando, con tierna solicitud, el petate de su hijo y regando con sus lágrimas las prendas que este habia de vestir durante la ausencia.

El contramaestre Monteavaro habia cumplido su palabra: Ceferino estaba admitido ya de muchacho de fogon á bordo del bergantin *Relámpago*, uno de los mejores buques que poseia la acreditada casa de los señores Bengocchea y compañía, y escusamos asegurar que el chico se mecia orgulloso en las aguas de la dicha, y que su imaginacion de niño, pero de niño formal y pensador cuanto podia serlo á su edad, corria en popa cerrada, impulsado por el viento de la fantasía, por el golfo insondable del porvenir.

El *Relámpago* estaba listo para darse á la vela con destino á Barcelona, y solo esperaba tiempos favorables.

Ocurrió por casualidad en aquellos dias (siempre la casualidad interviniendo en los destinos humanos) que don Romualdo Argensola, administrador de salinas de Castropol, fuese trasladado con ascenso á la capital de Cataluña; y como el viaje por tierra, á mas de molesto, le habría costado un ojo de la cara, resolvió trasladarse por mar á su destino, aprovechando la salida del *Relámpago*.

Entre el capitan de este buque y el administrador Argensola mediaban íntimas relaciones de amistad hacia algun tiempo.

El primero solia cargar de sal en Torrevieja á la vuelta de la mayor parte de sus viajes al Mediterráneo, y traia siempre (á lo menos asi se decia en el pueblo) trescientas ó cuatrocientas fanegas fuera de registro, sin que jamás se le hubiese visto venderlas de contrabando; antes al contrario, era público y notorio que se trasportaba de su buque al alfolí de Castropol hasta la última piedra.

El segundo, que tenia 5,000 reales anuales de sueldo, y que no se le conocian otras rentas, gastaba y triunfaba de lo lindo; tenia caballo y perros de caza; sostenia á su familia con un lujo deslumbrador; se cuidaba como cuerpo de rey, y aunque habia llegado al pueblo tres años antes con un equipaje que pecaba de modesto, poseia ya dos casas de labranza con setenta dias de *aradura* en la vecina aldea de San Juan de Moldes, y habia construido un bote muy elegante para pescar y zalearse por la ria.

Todas estas circunstancias, debidas sin duda á la economía y al buen gobierno de don Romualdo Argensola, que sabia imprimir tan estraordinaria elasticidad á los 21 duros escasos que cobraba mensualmente, dieron motivo á que se dijese en el pueblo, seguramente sin razon, que el administrador de salinas y el capitan del *Relámpago* engordaban con la *leche de la vaca blanca*, sin tener en cuenta los murmuradores que el buen Argensola estaba flaco y acartonado como una momia, y que el cuerpo de su amigo no pesaba dos libras mas que el suyo.

¡Vaya usted á dar crédito á murmuraciones de lugar!

Al dia siguiente de haber recibido don Romualdo su nueva credencial, pasó á bordo del *Relámpago*, habló un rato con su amigo y quedaron conformes en que el ex-administrador y su familia irian de pasaje en el bergantin, sin pagar un solo real, pero á condicion de que se proveyesen de municiones de boca para el viaje, por que el buque navegaba á la parte, y no era justo que pesase sobre toda la gente de á bordo la manutencion de los pasajeros.

Y no se contentó el capitan del *Relámpago* con darles pasaje gratuito, generosidad muy comun en los marinos de aquel país cuando se trata de personas conocidas, sino que les ofreció su cámara y puso á disposicion de Argensola tres de los cinco catres que aquella tenia, reservándose para sí el cuarto, y dejando al piloto el que estaba medio oculto tras la escalera.

La familia del vista electo de la aduana de Barcelona se componia de su esposa, una hija y dos perros perdigueros: no era por lo mismo muy numerosa y podia acomodarse muy bien en los tres catres, y hasta quedar uno de estos de repuesto para el caso de que se rompiese la paz conyugal durante el viaje, siempre que don Romualdo consintiese que sus perros fuesen á dormir á la lancha ó á cualquier otro punto sobre cubierta.

La esposa de Argensola, llamada doña Pánfila, era una mujer que rayaba en los cuarenta, bastante pagada de sí misma, blanca y rolliza como ella sola, de formas redondas y sobrado pronunciadas, que no se cuidaba mucho de ocultar, lo cual habia proporcionado á su marido, un poquillo celoso, algunos malos ratos. La estatura se aproximaba, si no escedia, á los cinco piés de rey, y estaba tan gruesa, que habiéndose puesto quince dias antes en la báscula del alfolí, resultó tener diez arrobas, dos libras y tres onzas de peso.

Era, como se vé, una verdadera moza gallega que no desmentia su orígen.

Su hija, que tenia por nombre Eloisa, y acababa de cumplir diez años, era un ángel de hermosura, un dechado de perfeccion, un tesoro de candidez, de modestia y de ternura. Ocupada constantemente en las labores propias de su sexo, sumisa y obediente á las menores indicaciones de sus padres, cuyos deseos procuraba adivinar, cubriéndolos á todas horas de infantiles caricias, parecia no existir mas que para formar el encanto de los autores de sus dias y labrar su felicidad.

Tenia un talento claro, una imaginacion viva y apasionada, una penetracion muy superior á sus años, y era tal la compasion que le inspiraban los pobres, que no habia ejemplo de que ninguno se hubiese marchado de su puerta sin bendecirla.

Cuando supieron en el pueblo y en las aldeas inmediatas que este ángel bienhechor iba á marcharse, muchos ojos se arrasaron de lágrimas, muchos corazones se oprimieron de pesar, muchas manos se cruzaron para pedir al cielo que derramase la gracia y la felicidad sobre aquella inocente criatura.

Argensola y su familia se deshicieron de los muebles que por su volúmen no podian llevar consigo, se proveyeron de víveres para el viaje y se despidieron de sus amigos; de modo que tres dias despues de la entrevista con el capitan del *Relámpago* estaban en disposicion de embarcarse.

Era el 10 de febrero de 18... y reinaba vendabal.

A la puesta del sol la atmósfera principió á despejarse, las nubes se fueron aglomerando sobre el horizonte formando hácia el Norte un denso paredon, y se sintió correr una suave brisa de tierra que rizaba ligeramente la superficie de las aguas en toda la estension de la ria.

Aunque don Romualdo no era una especialidad en meteorologia, se le alcanzó desde luego que el cariz anunciaba mudanza de tiempo; salió de su casa con el fin de descubrir mas horizonte; preguntó á sus amigos, consultó á varios marineros entendidos, y todos estuvieron conformes en asegurar que á la mañana siguiente correria Nordeste limpio. Y como si esto no bastase, puso dos letras al capitan del *Relámpago* en una hoja de su cartera, y se las mandó por una lancha que salia en aquel momento para Rivadeo.

—¿Cuándo marcharemos?

—Mañana á las seis. Procure usted hallarse á bordo una hora antes de la salida del sol.

Esta respuesta era terminante, y el ex-administrador de salinas regresó al lado de su familia con el fin de hacerla saber aquella novedad.

Dejémosles haciendo los últimos preparativos de viaje, pasemos á Rivadeo y acerquémonos á la habitacion de Andrés Cotarelo.

Pero no: la escena que allí presenciaríamos desgarraria nuestro corazon.

Una madre sensible y cariñosa que estrecha al hijo de sus entrañas contra su corazon angustiado, que le cubre de lágrimas y de besos, que quiere desprenderle de sus brazos al sentirse desfallecer, y que cada vez le oprime con mas violencia, y se cierne en sus brazos con una pasion, con un delirio inesplicables: hé aquí en resúmen lo que allí presenciaríamos.

Ceferino habia entrado al anochecer en su casa y pronunciado, temblando como su padre, el fatal—mañana salimos,—y la infeliz Adelaida no contaba con fuerzas bastantes para soportar aquella despedida.

Afortunadamente el contramaestre del *Relámpago*, que preveia lo que iba á suceder, habia acompañado al niño y puso término oportunamente á la escena llevándoselo de nuevo y asegurando á su afligida madre que cuidaria de él, tanto á bordo como en tierra, con mas cariño, con mas solicitud que si fuese hijo suyo.

Apenas la luz del crepúsculo iluminaba las crestas de las colinas que circundan la ria de Rivadeo, cuando la tripulacion del *Relámpago*, abandonando sus camarotes, se estendió sobre cubierta, á medio vestir y con los pantalones subidos hasta la rodilla, para dar principio al baldeo.

Terminada esta operacion, que es siempre la primera faena de á bordo, y limpia ya y brillante como un espejo la cubierta del bergantin, se hizo el zafarrancho, se cobraron las amarras dadas en tierra, se desaferraron las velas cuadras, se metió á bordo la lancha, se aseguró el bote en los pescantes, y el *Relámpago* quedó en franquía, á pique sobre el ancla de estribor.

Era la hora de pleamar; el terral iba cediendo por grados muy sensibles, y todo anunciaba que no tardaria en correr Nordeste duro. Si el buque esperaba para zarpar una sola hora, este viento, que le vendria por la aleta de babor al abocar la barra, le obligaria á voltegear un rato por la ría antes de montar la punta de Porcillan; y en estas bordadas, que con marea llena no ofrecen ningun peligro, se corria el riesgo de tocar en uno de los muchos bancos de arena, que van inutilizando desgraciadamente aquel puerto, con solo esperar á que la marea llegase al cuarto de su vaciante.

Los pasajeros que debian estar á bordo antes de las cinco, no parecian y el capitan del *Relámpago*, no solo por los vínculos de amistad y gratitud que le unian á don Romualdo, sino tambien porque los tenia anotados en el rol, sentia marcharse sin ellos.

Diez minutos hacia que bajaba la marea.

El capitan, en el colmo ya de su impaciencia, se paseaba sobre cubierta con mas rapidez y mal humor que de costumbre: el contramaestre Monteavaro juraba á todo jurar y maldecia de todos los pasajeros habidos y por haber; la tripulacion trinaba al ver que se perdia un tiempo precioso y los pasajeros no parecian.

Por fin se avistó un grupo de personas que bajaban apresuradamente por la *punta* de Castropol; se tendió á bordo el anteojo: eran ellos.

Apenas llegaron al embarcadero, se metieron en una lancha, largaron la vela, y á beneficio de diez remos, halados con brio, y del poco terral que aun corria, se hallaban quince minutos despues, al costado del *Relámpago*.

La resaca y la brisa, que agitaba las velas á medio cargar, mantenian al buque en un continuo balance, y para colmo de desdicha, los marineros habian recogido en la bodega la escalera y fue preciso echar por el costado una escala de flechaste para que subieran por ella los pasajeros.

Don Romualdo y su hija, el primero por la costumbre y la segunda por la poca aprension que se tiene á los diez años, subieron, aunque con algun trabajo, y doña Pánfila intentó seguirles. Se cogió fuertemente á los guardamancebos y puso hasta diez veces el pié derecho en el primer flechaste; pero al querer colocar el izquierdo, y á pesar del auxilio que le prestaban dos marineros de la lancha, se caia y volvian ambos piés á descansar sobre el banco.

Aquella urca, como estaban diciendo por lo bajo las gentes del bergantin, tenia demasiada popa para una urca sola, y concluyó por asegurar que le era de todo punto imposible llegar al portalon con aquella escala. Bajó á la lancha su esposo; la animó, la aconsejó, la presentó como ejemplo la seguridad con que su hija habia subido, y hasta llegó á fingir que se incomodaba; pero inútilmente.

Y á todo esto, la marea seguia bajando, el Nordeste se habia presentado ya por fuera, y el capitan y la tripulacion del *Relámpago* maldecian y juraban en coro.

Por fin, doña Pánfila, despues de renegar de su suerte, y llorar como una Magdalena, y de echar pestes contra los buques que no tienen sus escalas tan anchas, tan seguras y tan inmóviles como las escaleras de un palacio, consintió en hacer un nuevo esfuerzo, aprovechando los instantes en que el balance del buque era menos sensible.

Apoyó otra vez el pié derecho en el primer flechaste; dos marineros de los mas robustos la suspendieron cuanto sus fuerzas y el movimiento de la lancha les permitia, y ya su pié izquierdo estaba á punto de tocar el segundo flechaste, cuando al bergantin, que parecia complacerse con las agonías de la buena señora, se le antojó inclinarse de repente sobre aquel costado, mas de lo que convenia á la esposa de Argensola.

Los marineros que la sostenian la habian soltado en aquel momento; la lancha se separó algun tanto del bergantin; el flechaste se resistió á sostener aquella mole de carne, y doña Pánfila quedó colgada de los guardamancebos, gritando y pataleando á mas y mejor.

Afortunadamente para ella, las gentes de la lancha se apresuraron á cogerla.

Pero estaba ya plenamente demostrado que la ex-administradora de salinas de Castropol no podia subir á bordo por los medios ordinarios, sin esponerse á una desgracia.

La niña lloraba, el capitan se mesaba el cabello, la tripulacion se impacientaba, don Romualdo contemplaba en silencio y cruzado de brazos á su mujer, como diciendo:—¿y qué hacemos ahora?— y ya estaba la gente de á bordo resuelta á izarla como un fardo, á pesar de su resistencia y de sus lágrimas, cuando asomó el contramaestre Monteavaro por una de las bocas de escotilla, trayendo en la mano una media pipa vacía, que trincó de firme con un par de buenos chicotes, y que enganchó en un aparejo.—

—¡Metedla en esa barrica!—decia Monteavaro dejando caer la media pipa en la lancha.—¡Metedla en esa barrica!—

La tripulacion del *Relampago* acogió con una risa general la idea feliz é ingeniosa de su contramaestre.

Los dos esposos se miraban atónitos.

—¡A la barrica! ¡á la barrica!—gritaron á la vez todos los marineros, y que quieras que no quieras, las gentes de la lancha cargaron con doña Pánfila y la entraron en la media pipa, sin esperar su consentimiento.

El capitan la exhortaba desde el buque á que no tuviera miedo; su esposo hacia lo mismo desde la lancha; los marineros halaron del aparejo y la buena señora, pálida, desencajado el semblante y cogida con ambas manos á los bordes de la barrica, fue subiendo lentamente entre las risas y las chanzonetas de la tripulacion del *Relámpago*, que contemplaba aquella escena arrimada á la obra muerta.

Quince segundos mas, y la ex-administradora de salinas de Castropol abandonaria su púlpito, y sus piés tocarian la cubierta del bergantin.



Pero, ¡oh fatalidad inesperada! un marinero, que pasaba entonces inmediato á los que halaban del aparejo, resbala, mide con su cuerpo la cubierta, arrastrando tras sí á uno de los que subian la pipa; tras estos caen otros dos, de cuyas piernas se habian cogido los primeros, el aparejo queda en banda, y la barrica descendió con una pasmosa rapidez hasta desaparecer en el mar.

Fue aquel un momento de confusion y de desórden imposible de describir.

La lancha que habia traido á los pasajeros, y que por fortuna se mantenia aun á corta distancia del buque, corrió al socorro de la infeliz doña Pánfila; la mayor parte de la tripulacion del *Relámpago* se lanzó al aparejo, y antes que la buena señora pudiera darse cuenta de lo que habia sucedido, apareció la barrica en la superficie; subió por los aires con la velocidad de una saeta, y cayó suavemente sobre cubierta.

Doña Pánfila tiritaba de frio y estaba mas muerta que viva: aquel baño inesperado no le habia sentado muy bien.

Cuatro marineros la sacaron en brazos y la condujeron á la cámara, y Eloisa iba sosteniendo y cubriendo de besos la cabeza de su madre.

No se pudo averiguar si la caida del marinero, causante de aquella escena tan desagradable, habia sido casual ó intencionada. El administrador Argensola habia cogido al ciudadano en cuestion dos piezas de merino de contrabando que, segun malas lenguas, se convirtieron en vestidos que lucian pocos dias despues doña Pánfila y su hija, y bien puede ser que la venganza hubiese inspirado al contrabandista aquella caida tan inoportuna.

Pasados los primeros momentos, la tripulacion del *Relámpago* se puso en movimiento; se metió el ancla á bordo á la voz de—¡zarpa!—se fueron largando una tras otra las velas; el capitan se puso al timon; el buque entró en viento, y despues de algunas bordadas cortas por la ria, abocó la barra y se perdió de vista tras la atalaya de Porcillan.

Al abandonar el puerto, un niño arrimado á la obra muerta del buque agitaba su pañuelo, mientras que en la ventana de una modesta habitacion, que daba sobre la ria, se veia una mujer deshecha en llanto que no apartaba su vista del bergantin, cual si aquel buque la tuviese fascinada.

Eran Ceferino y su madre.

B. MENENDEZ.

LAGRIMAS.

Al asomar en Oriente
Su temprana risa, el alba,
Te encontré cogiendo flores
Flores frescas en tu falda.
Con el llanto de la noche
Estaban, niña, regadas,
Y me dieron mucha pena
Aunque tan frescas sus lágrimas.
Las vierte asi la inocencia
En su primera mañana,
Pero no por ser tan frescas
Dejan de ser bien amargas.
Imágen son de la vida,
Las flores por tí cortadas,
Pues que cortáste con ellas
Las lágrimas que llevaban.
No te tuve envidia, niña,
Que no eras para envidiada,
Pues si en tu falda hubo flores,
Lágrimas hubo en tu falda.
Ojalá que de tus ojos
Ni tan frescas, niña, salgan,
Que las lágrimas mas frescas
Son amargas para el alma.

FRANCISCO VICENS.

LA OPERA.

Creo como Alfonso Karr, que los músicos son los hijos mimados del cielo; porque allí donde concluye la espresion de la poesía, empieza la de la música.

Quintiliano la ensalzó en sus *Instituciones oratorias*, hasta el punto de afirmar que sin conocerla no puede haber perfecta elocuencia.—Pitágoras decia, que el mundo habia sido formado al son de la música.

La Grecia, que ha dejado en todo modelos admirables, es sin duda alguna la nacion en que se ven los primeros vestigios de la ópera, pues se encuentran en las magníficas fiestas que celebraban los griegos en honor de *Baco*.—En ellas sacrificaban un macho cabrio, cantando despues algunos himnos en alabanza de aquel Dios. Algunos etimologistas infieren que la palabra tragedia se formó de *Tragos*, nombre de la víctima, y de *odi* que significa canto.—Para amenizar algo más la funcion, *Tespis*, que vivió 536 años antes de Jesucristo, introdujo un personaje que recitaba versos en el intermedio de los cantos. *Esquilo* aumentó otro personaje, empezando así el diálogo, de modo que separándose la tragedia de su primitivo objeto, llegó al grado de perfeccion á que la elevaron *Sófocles* y *Eurípides*.—El coro, que en su origen habia sido la parte principal del espectáculo, se convirtió en un accesorio, hasta que con el trascurso del tiempo llegó á desaparecer completamente de la tragedia.

Los romanos, discípulos é imitadores de los griegos, quisieron tambien seguir sus huellas en la música, pero jamás llegaron á igualarlos, por carecer de su esquisito gusto, falta que intentaron suplir con la pompa y magnificencia de los coros y comparsas y el lujo de las decoraciones.

La ardiente imaginacion de los árabes y aquel gusto delicado que mostraron en todo, debió necesariamente de haber contribuido mucho á los progresos de la música. Efectivamente, ellos la ilustraron con numerosos escritos, conservándose todavía en la biblioteca del monasterio del Escorial un códice de *Al-javas*, titulado: *Elementos de música*.—Aunque siguieron la teoría musical de los griegos, lograron corregir algunos de sus defectos, perfeccionando la parte mecánica de los sonidos con el auxilio de sus conocimientos matemáticos.

Un libro que tengo á la vista, de autor anónimo, y titulado *Noticias filarmónicas*, dice que Güido Aretino, monge de San Benito á principios del siglo XI, redujo á tal forma el sistema musical, que no ha admitido sustancial reforma hasta el presente.

Pretenden algunos que los dos monumentos musicales mas antiguos que se conocen, existen en la biblioteca del Vaticano, siendo uno de ellos la composicion hecha por el provenzal *Anselmo Jaidi* á la muerte de *Corazon de Leon*, y el otro un poema compuesto por el rey de Navarra *Tivaldo*.

Italia tiene la gloria de haber sido el país donde hizo la música mas adelantos.

Su cielo azul y diáfano, cuyo esplendor no oscurecen densas nubes; su suelo cubierto de flores que perfuman la brisa con delicados aromas; el rumor de sus olas plateadas; la misteriosa voz de sus valles; todo, en fin, parece que está exhalando una armonía celestial que se reproduce en los sublimes cantos de sus compositores.

Sulpicio es, en opinion de muchos, el restaurador de la música en Italia.—Este compositor vivia en Roma por los últimos años del siglo XV, y se cuenta que rogó al cardenal Riavi, camarlengo de la Iglesia y sobrino de Sisto IV, que inclinase á su tio á edificar un teatro.—*Sulpicio* abrigaba grandes esperanzas de conseguir su deseo, pues el cardenal Riavi ejercia bastante influencia en el ánimo del papa, y era tan aficionado á la música, que habia dispuesto varias funciones en el palacio de Santo Angelo y en un teatro ambulante que se colocaba en diversas calles y plazas.

Pero prescindiendo de estos ensayos, las primeras óperas que merecen el nombre de tales, son las de *Horacio Vechi*, compuestas á fines del siglo XVI.—El *Anfiparnaso* de este compositor, recitado en el año de 1591, es la primera ópera bufa que se conoce, y la *Euridice*, la *Ariana* y la *Dafne*, del maestro Octavio Rinuccini, las primeras óperas sérias que se oyeron en aquella fecha. Desde entonces el arte musical fue perfeccionándose cada vez mas en aquel pais hasta el estremo de que ninguna nacion puede rivalizar con él en este punto; y tal vez no llegue á desmentirse nunca el dicho vulgar de que—«Italia produce los músicos: Francia les da la gloria é Inglaterra las riquezas.»

En aquella época, los poetas preferian para sus libretos los argumentos mitológicos, procurando únicamente seducir la imaginacion del público con hechos fabulosos.

Madame Staël, en la Corina, todavía juzga al teatro moderno de Italia con bastante severidad, censurando algunas de sus ridiculeces!

Francia debe al cardenal Mazzarini la introduccion de la ópera en su teatro.—Un crítico dice que la primera obra de esta clase, se representó en Paris por el año de 1647, con el título de *Orfeo*, letra de la poetisa romana Margarita Costa.—A pesar de los esfuerzos hechos por Mazzarini, los franceses no cobraron verdadera aficion á este espectáculo hasta despues de la muerte del cardenal ministro.—Varios autores, entre ellos Quinault, La-Mothe y Bernard, escribieron algunas óperas, pero muy inferiores, lo mismo que en música, á las producciones italianas.

En Inglaterra fue conocida la ópera antes que en Francia; pero tan defectuosa que no llegó á representarse en los teatros estranjeros.—Shakspeare se dejó arrebatar por su poderosa fantasía, y el compositor Purcell, fue estraviado por la imaginacion de Shakspeare.—En 1634 escribió Milton su *Comus*, estraña composicion que aplaudieron mucho sus compatriotas. Avenant, sucesor de Ben-Johnson en el cargo de poeta régio, llevó al teatro inglés el melodrama. Su hijo Cárlos compuso la *Circe*; Congreve, el *Juicio de Paris*, y Granville *Los encantadores bretones*.—Uno de los éxitos mas estraordinarios obtenidos en el teatro inglés, fue el de la ópera titulada *Los mendigos de Gay*, repugnante mezcla de vicios y de crímenes.

Los primeros autores alemanes escribieron muy pocas óperas; pero todas son de un mérito superior á las francesas é inglesas.—*Stampiglia*, *Zeno* y *Metastasio*, son los reformadores del teatro lírico.

La lengua española, esta lengua de la que dijo el emperador Cárlos V. que era la mas propia para hablar con Dios, es tambien, despues de la italiana, la que mas se prestan á las exigencias de la música.—Sus palabras, ricas de vocales de clara pronunciacion, tienen generalmente pocas sílabas, y las consonantes de sus terminaciones son por lo regular las menos duras del alfabeto, cuyas ventajas dan á nuestro idioma una dulzura y elasticidad muy á propósito para el canto.

A pesar de todo, quizá no fuimos los españoles los que mas partido sacamos de la riqueza de nuestro idioma y de la facilidad con que se plega á todo género de canto.—Nuestra música verdaderamente nacional, se encuentra en esa multitud de canciones populares en que se evapora el genio de sus compositores, y que repetidas por todos, demuestran nuestra aficion á la música.

Esta data desde muy antiguo,—España puede lisongearse de haber sido la primera nacion que tuvo una escuela pública de música. El rey don Alfonso el Sabio fundó una cátedra en la universidad de Salamanca, casi en la misma época en que el papa Nicolao erigió otra en Bolonia, institucion desconocida en Inglaterra hasta dos siglos despues.

A principios de este siglo existian en la biblioteca de Toledo las *Cántigas* de este rey, con las notas musicales y las correcciones ó apostillas, de su mismo puño.

En el siglo XIV estuvieron muy en boga las *jácaras*, que no eran otra cosa que los romances puestos en música, á los que siguieron las tonadillas.

El conde-duque de Olivares que para hacer olvidar á Felipe IV el gobierno del Estado, le entretenia con magníficas fiestas, le ofreció varios espectáculos en que la música y canto constituian la mayor parte de la funcion, y á poco tiempo se oyeron las primeras óperas italianas en Madrid.

En las funciones reales celebradas en Madrid con motivo del casamiento de Cárlos II con Luisa de Orleans, algunos artistas franceses representaron varias óperas de Lulli, compositor florentino, que no tuvieron gran aceptacion por la preferencia que ya entonces daba nuestro público á la música italiana.

En el reinado de Fernando VI se ejecutaron en el Buen Retiro algunas óperas italianas, pero de este espectáculo no pudo disfrutar nuestro público, pues solo asistian á su representacion la real familia y algunas de las mas distinguidas de la córte, que eran invitadas.

Posteriormente se cantaron óperas, italianas tambien, en el corral de los Caños. Cerróse este teatro permaneciendo en tal estado muchos años. Entre tanto, se representaban algunas tonadillas y zarzuelas en los coliseos de la Cruz y del Príncipe.

Volvióse á abrir por fin el teatro de los Caños para bailes de máscaras, y á esta diversion siguió nuevamente la ópera italiana, que proporcionó á la Todi ruidosas ovaciones.—El público de Madrid conserva aun gratos recuerdos de las signoras Fabbrica, Paltoni, Albini y Adela Chessari.

Entre los estranjeros son acaso mas conocidas que entre nosotros las composiciones de muchos *maestros* españoles que honran á nuestra patria: tales fueron entre otros, el aragonés Manuel Guerrero, el burgalés Francisco Salinas, ciego desde la edad de diez años, y apellidado por unos el moderno *Didimo* y por otros el *Sanderson* español; el inventor del bajo contínuo Matias Juan Viana; don Francisco Javier García, llamado por los italianos el Españoleto; fray Pablo Nassarre, autor de una escuela musical, y el sabio don Antonio Eximeno que publicó en Italia varias obras. En aquel pais hicieron tambien oir sus divinos acentos las señoras Correa, Loreto García y Colbran, esposa del célebre Rossini.

Mucho pudiéramos escribir con relacion á la época actual; pero este artículo es ya demasiado largo.

Haremos, no obstante, especial mencion de los teatros líricos de Barcelona, la rica perla del Mediterráneo.—Sus *dilettanti* pueden gloriarse de haber sido aquella ciudad la primera capital de España que tuvo una compañía de ópera formalmente contratada.—Desde mediados del siglo último, la populosa capital de Cataluña sostiene sin interrupcion brillantes compañías líricas, y hace algunos años que el aficionado público barcelonés llena todas las localidades de los dos coliseos en que se ejecutan las principales óperas del moderno repertorio, adelantándose algunas veces al Teatro Real de Madrid, en ofrecer novedades musicales.—Los artistas que cantan con aceptacion en aquellos teatros, alcanzan tanto provecho como honra, pues ya es conocida en todo el mundo filarmónico la delicada inteligencia de aquellos espectadores.

La aplicacion á la música crece en nuestro país de una manera prodigiosa. ¿A cuántas de mis bellísimas lectoras habrá sorprendido este periódico sentadas al piano?

Nada hay que proporcione momentos mas deliciosos que la música: ella nos hace olvidar nuestros mas crue-



COSTUMBRES MADRILEÑAS.—EL BARBERO AMBULANTE.

les sufrimientos; por eso, tal vez dijo Chateaubriand: —«*Fuerza es que se oculte en el dolor una secreta armonía, pues todos los que lloran son aficionados al canto.*»

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

COSTUMBRES MADRILEÑAS.

EL BARBERO AMBULANTE.

El salon para afeitar y para cortar y rizar el pelo, ha dado al traste con las antiguas y famosas tiendas de barbería.

Los cirujanos romancistas ó de tercera clase que bajo el honroso título de *maestros* dirigieron por espacio de muchos años los trabajos de aquellos modestos establecimientos barberiles, no son hoy ni siquiera un recuerdo de lo que fueron antes.

Humillada la *tienda* ante el fastuoso lujo desplegado en el *salon*, el cirujano ha tenido que suprimir la vacía abollada y reluciente para dedicarse á otras operaciones menos cruentas. La ventosa y la lanceta han ocupado el lugar del verduguillo, y aquella mano larga, colorada y fria, que con tanto denuedo habia batido las mandibulas del parroquiano, no abandona hoy el mugriento bolsillo, en que generalmente vive escondido, á no exigirlo una muela cariada ó un *golpe* de sanguijuelas.

En una palabra: la verdadera *tienda* de barbería ha muerto ante la magnificencia de los salones para afeitar. El *mancebo* ha cambiado su nombre por el de *dependiente*, y la guitarra, instrumento preciso é indispensable de la *tienda*, ha enmudecido ante las baterías de frascos, botes y platillos que decoran el salon moderno.

Solo el barbero ambulante ha salido ileso de esta universal derrota.

Unico resto de su numerosa familia, vive en 1860 ni mas ni menos que vivia en 1815.

El zapatero de viejo y el sastre remendon han mejorado en su oficio; en sus pespuntes y sus ojales se notan diferencias esencialísimas; solamente el barbero ambulante ha desobedecido á la ley del progreso; su navaja es cada vez mas funesta; la misma sangre derrama hoy que hace cuarenta años.

El guerrero mas acostumbrado á las batallas, retrocede espantado ante un rastro de sangre; nuestro hombre por el contrario; un *cañon* que salta, una sajadura que llega hasta los dientes, le animan y encienden, para continuar su operacion con mayor denuedo y ferocidad.

Y con mas orgullo blande
Su formidable navaja
Que su tridente Neptuno
Y que Alejandro su espada.

Nómada en la córte, sin familia, sin hogar y hasta sin portal, elige generalmente para teatro de sus fechorías las plazuelas mas concurridas de arrieros, aguadores y mozos de esquina, y... ¡allí es ella!

Una vez colocada la funestra trípode, los destinados al sacrificio acuden de dos en dos, de cuatro en cuatro y hasta de seis en seis, segun el valor individual de cada víctima.

¡Ah! en este momento supremo, en este instante de gloria, el barbero ambulante se cree un semi-dios.

Su mano derecha brinca llena de espuma de jabon sobre la cara del parroquiano como un corderillo blanco sobre la cresta de un cerro.

Los que esperan vez, miran de hito en hito la facilidad pasmosa con que el *maestro* jabona hasta las cejas al paciente, que á su vez llora *a priori* el mal rato que le espera.

Por fin brilla abierto el homicida instrumento, y aquí de la parsimonia con que nuestro héroe se pone á afilar su navaja.

La concurrencia observa esta operacion con silenciósa curiosidad; y ya puede ocultarse el sol; resfriarse la atmósfera, helar, levantarse ventiscas, gritar el parroquiano porque la barba se le seca; todo es inútil. El *maestro* continúa afilando su navaja, convencido, sin duda, de que *nunca para el mal es tarde*.

En este estado suele suceder que un recien llegado al corro interpela bruscamente á otro que está esperando vez. No cortará el maestro un pelo de la barba remojada, sin haber antes apaciguado á los contendientes, siquiera para lograrlo haya tenido que ir en busca de la guardia urbana.

Llega por último el momento de la rasura: el berduguillo cae como un relámpago sobre el carrillo frió del desdichado astur; la barba cruje, la sangre corre..... ¿y qué? La operacion termina: el parroquiano suelta tres cuartos envueltos en un terno, y el maestro le despide diciendo: *salud*.

—Y ¿hay, despues de visto esto, quien se atreva á sentarse en el fatal banquillo?

—Sí; porque contra sus instintos sanguinarios, posee el barbero ambulante la cualidad de no contradecir á sus parroquianos: piensa como ellos, habla como ellos y viste como ellos.

Tiene del andaluz la gracia del decir; la pesadez del asturiano y la tenacidad del aragonés.

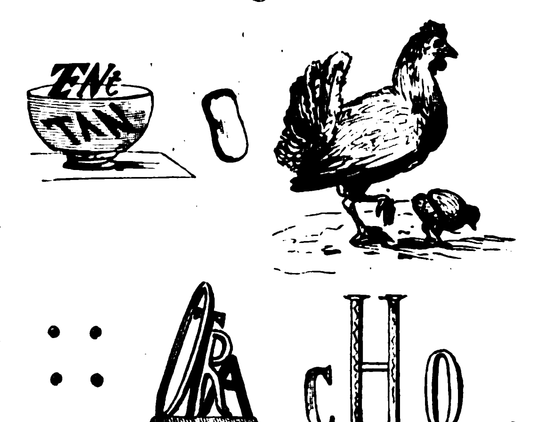
Su traje será un contrasentido; pero gastando calañés dá gusto á la gente maja; usando casaca atrae por espíritu de compañerismo á los cesantes pobres; y con sus zapatos gruesos y claveteados, se hace pasar como uno de tantos entre los aguadores y mozos de esquina.

Para concluir:

No deseamos el mal del prójimo; pero si algun dia tuviera cabida en nuestro corazon tan reprensible deseo, no pediríamos para nuestros enemigos las plagas de Egipto ni las calderas de Pedro Botero; pediríamos únicamente que fuesen afeitados por el *barbero ambulante*.

J. J. VILLANUEVA.


Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

HISTORIA

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 5. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 29 DE ENERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Bien pensábamos nosotros al creer que el 23 seria solemnizado con una accion de guerra.

El último acontecimiento notable ocurrido al frente de Tetuan, desde nuestra última revista, es en efecto la accion del 23 entre el ejército marroquí y una pequeña parte del nuestro que cubria los puestos avanzados del campamento. Este se halla establecido desde el edificio de la Aduana hasta la playa en toda la orilla del Guadelfelu ó rio Martin; y los dias anteriores al 23 se habian empleado en el desembarque de víveres, municiones, artillería y efectos de guerra, en la fortificacion de los castillos de la embocadura del rio y de la Aduana y en la construccion de reductos para proteger el campo.

El 23, habiendo el general en jefe hecho avanzar un batallon y dos escuadrones fuera de las obras esteriores, los marroquíes, creyendo sin duda en un movimiento general hácia la ciudad, bajaron de sus posiciones y trataron de impedirlo envolviendo nuestro campo. El general O'Donnell envió otro batallon y la artillería en socorro de las fuerzas amenazadas, y despues de brillantes cargas y de acertados disparos, los marroquíes se declararon en fuga buscando asilo en las breñas de donde habian bajado.

Despues de la derrota de Cabo Negro y de no haber querido aceptar la batalla en el llano antes de la llegada del grueso del ejército al Guadelfelu, no se comprende esta resolucion de los marroquíes de atacar en sus posiciones á un ejército mayor del que habian tenido al frente en el valle.

Sin embargo, ella prueba que antes de la toma de Tetuan habrá algun otro reñido combate, y que Tetuan no está abandonado de sus defensores como se creia.

El temporal que ha convertido el valle en un pantano no ha permitido todavía disponer convenientemente de la artillería de sitio, que siendo de un peso enorme, necesita un buen camino para marchar con facilidad. Este camino se está construyendo y luego que se halle colocado en posicion, asegurada la base de las operaciones desde el rio á la Aduana y aproximado el ejército á la plaza, esta verá llegada la hora de rendirse.

En Cádiz, Chiclana, el Puerto de Santa María y otros puntos del litoral, se reune otra division dispuesta para marchar al Africa y cuyo general no está nombrado aun, si bien se dice que será mandada por el general Pavía, marqués de Novaliches. El embarque de los cuerpos vascongados se está verificando; su jefe el entendido y activo general Latorre, cuyo retrato damos en este número, va con los primeros, y las compañías catalanas, que probablemente pasarán á engrosar la division Prim, no tardarán en pisar el suelo africano.

Ya son dos las banderas conquistadas á los marroquíes. En la accion del 23 les fue tomada otra que ha venido ya tambien á Madrid. Su compañera, la tomada por el cabo de húsares Pedro Mur, fue puesta á los piés de la Vírgen de Atocha despues de haberla tenido la reina en su oratorio, y el 25 pudo verla el público numeroso, autoridades y convidados que asistió á la solemne ceremonia de la presentacion de la nueva infanta en el templo.

En efecto, el dia señalado, con un cielo despejado pero con el piso húmedo y viento desagradable, salió de palacio la comitiva real con todo el acostumbrado aparato de magníficos coches y hermosos tiros de caballos ricamente enjaezados, y dirigiéndose por la calle Mayor y de Alcalá, llegó á las dos al templo de Atocha, donde esperaban á las personas reales las comisiones designadas para recibirlas. Cumplida la ceremonia religiosa, la comitiva volvió en el mismo órden por el Prado y Carrera de San Gerónimo á Palacio, en medio de una numerosa concurrencia; y la bandera ganada por Pedro Mur, quedó para ser colocada entre las demás que recuerdan las glorias españolas.

Y á propósito de las banderas que recuerdan las glorias españolas, deseamos que el gobierno mande redactar, ó como ahora se dice, *levantar* una acta en que consten todos los pormenores del hecho de Pedro Mur y de colocacion del estandarte marroquí en Atocha; cuya acta se conserve en los archivos del cuartel de Inválidos: porque la verdad es, aunque nos cueste decirlo, que las diligencias mas minuciosas no han podido averiguar la procedencia é historia de muchas de las banderas que adornan el templo de Atocha ni las particularidades de su colocacion. Nuestros antepasados se cuidaban mas de hacer proezas que de consignarlas en narraciones históricas.

La guerra de Africa no ha desanimado á los aficionados á divertirse. Ya se anuncian para los próximos carnavales varios bailes de máscaras que por las disposiciones que se toman prometen estar muy concurridos. Dicen que el empresario del teatro de Oriente no cede el local para bailes, de manera, que á no querer darlos él mismo, no habrá este año este centro de reunion danzante y bromista. En cambio la Sociedad de Bellas Artes quiere quemar un grano de incienso en las aras de Terpsícore; pero deseando que á lo bello acompañe lo bueno, parece que adoptará las mas esquisitas precauciones para evitar que se mezcle la cizaña con el trigo. Se habia dicho tambien que el Casino, cuyos salones se han aumentado y adornado con un lujo digno de su renombre, pensaba dar algunos bailes *tout comm'il faut*; pero hasta ahora esto no pasa de un rumor mas ó menos agradable.

La zarzuela nueva *El Diablo las carga* que se representa en Jovellanos está dando buenas entradas á la empresa. El libreto del señor Camprodon es interesante y la música del señor Gaztambide muy agradable y rica de instrumentacion. Una infanta, para evitar que se fijen en ella las murmuraciones palaciegas, hace que su galan enamore á una jardinera. El galan enamora de real órden y queda real y efectivamente enamorado: la infanta se desespera, pero al fin se resigna á aceptar un trono que le ofrecen en compensacion. Fuera de algunas inverosimilitudes chocantes, los caracteres están bien sostenidos: y el bosquejo del de Felipe IV tiene rasgos magistrales. La ejecucion buena.

En el Príncipe se ha representado á beneficio de Catalina una comedia en tres actos y en verso compuesta por los señores Serra y Larra. Sobre la originalidad de esta comedia ha habido sus dudas y sus discusiones mas ó menos acaloradas. Titúlase los *Infieles*, y con el mismo título hay una pieza de Paul de Kock en un acto, la cual por cierto ha sido traducida y va á representarse en el Circo. Como la de los señores Serra y Larra está en verso y tiene tres actos, todo lo mas que puede decirse es que han tomado la idea principal de Paul de Kock. Ellos han denominado *Juguete* á su obra, y un juguete no merecia tantas disputas.

El teatro de Lope de Vega á pesar de las buenas pro-

ducciones que de cuando en cuando pone en escena, está muy poco concurrido. El empresario Romea hizo mal en abandonar el local del Circo; y aunque la Berrobianco es una buena actriz que promete ser escelente, siempre se echa de menos el conjunto que podria una compañía en que ademas de Romea entrasen la Teodora, la Matilde y Arjona. Si estas notabilidades teatrales son inconciliables, nos esponemos á no tener en mucho tiempo una compañía completa.

Prepáranse en *Novedades* los *Perros del Monte de San Bernardo* y otras cosas de grande espectáculo, en las cuales deseamos á la empresa buena fortuna.

Por esta revista y la parte no firmada,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA CARTUJA DE PAVIA.

La órden religiosa de los cartujos instituida por San Bruno hácia el fin del siglo XI (1086), dió orígen á ciertos edificios que se han designado bajo el nombre genérico de *cartujas*, cuyas formas como era natural diferian sin embargo muy poco de las demás clases de monumentos religiosos edificados durante la edad media. Los discípulos de San Bruno poseyeron en Italia muchos edificios importantes, entre los cuales merecen un lugar preferente los de Ferrara, Nápoles, y el que hoy reproduce nuestro grabado, en su parte con razon mas celebrada, magnífico edificio que se alza cerca de Pavía.

Inmensa floresta destinada á parque de caza, ocupaba antiguamente el lugar que hoy el cristiano monasterio, y en ella en el siglo XVI tuvo lugar la gran batalla entre las tropas del emperador Cárlos V y el ejército de Francisco I, lucha terrible en que peleando todos como buenos, pudo esclamar con digno dolor el rendido monarca francés al entregar su victoriosa espada «todo se ha perdido menos el honor.»

Fundada en tan histórico paraje la cartuja de Pavía, en cumplimiento de un voto, segun la tradicion asegura, por Juan Galeazzo Visconti, puesta su primera piedra en 8 de setiembre de 1396, vino á quedar terminada en 1542 embelleciéndose todos sus apartamientos con riquísimos accesorios, para lo cual los monjes disponian de las grandes rentas que á este fin habia dejado el fundador. Así la arquitectura, la escultura, la pintura, todas las artes plásticas contribuyeron sin interrupcion á crear uno de los mas notables monumentos de la cristiandad, riquezas artísticas que vió impiamente mutiladas el fin del siglo XVIII, habiéndole arrancado una órden del directorio hasta los plomos que cubrian la iglesia; y hoy el abandonado monasterio solo escita la atencion del artista ó del anticuario.

Edificio de transicion, tiene todos los caracteres propios de este período en el cual se construian todavía en Italia ciertos monumentos de arquitectura bajo los principios y con las reglas del arte ojival del Norte, al mismo tiempo que los artistas italianos desarrollando las teorías de Alberti y Bruneleschi, realizaban la completa transformacion del arte: la cartuja de Pavía es indudablemente uno de los mas elocuentes monumentos en que se ve retratada aquella lucha del arte del Norte y del Mediodía. En la mayor parte del edificio se encuentra el arte ojivo modificado á cada paso por el nuevo gusto italiano: en la fachada aparece la nueva faz del arte que rompe con todas las tradiciones de la época que termina.

No cumple á nuestro propósito hacer una estensa monografía de este importante monumento: presentando su portada, habremos de ocuparnos mas especialmente de la fachada donde se encuentra, no sin que remitamos á aquellos de nuestros lectores que deseen mas ámplias noticias, entre otras á las obras de Richard, *Description historique de l'Italie*; de Perovano, *Description de la Chartreuse de Pavie*; de Malaspina de Sannazaro, *Descrizione della Certosa di Pavia* y de Gailhabaud, *Monumentos antiguos y modernos*.

La fachada de tan notable monasterio, aunque del renacimiento, bien demuestra que este se encontraba en su primer período, presentando aquel sello de originalidad que forma el principal carácter de su naciente existencia.

En ella se ven todos los gérmenes y todos los elementos de las nuevas ideas en el arte de la edificacion; pero no se presenta como aquellas frias y pálidas copias de los monumentos antiguos que al terminar el renacimiento se miran como el *non plus ultra* de la belleza. En esta fachada se encuentra todo cuanto el arte nuevo tuvo de originalidad en el empleo y en la combinacion de los antiguos elementos, y si los adornos y las prolijas esculturas, parece que le hacen perder en magestad y gallardía, están combinados con tanto gusto, ejecutados con tal delicadeza, que despues de admirarlos es imposible criticar su exuberancia, prefiriendo su artística profusion, á esa desnudez sombría que presenta el renacimiento al terminar su marcha, mas que progresiva, retrógrada.

Viniendo á ocuparnos de la disposicion en que se encuentra esta parte del edificio, diremos que forma un rectángulo con apéndices, que se puede para el estudio y para la descripcion dividir horizontal ó verticalmente en muchas secciones. Tomado en el sentido horizontal se compone de un basamento general, sobre el que se alza una zona superior en la que se abre la puerta; de una galería intermediaria, de un segundo cuerpo con su coronamiento designando la principal y las capillas laterales, y en fin, de una galería superior dispuesta en forma de ático sobre la cual debia colocarse el remate general: contrafuertes, aunque poco indicados, adelantan verticalmente, marcando la distribucion interior del edificio.

Habiendo concurrido con sus talentos los mejores artistas de Italia á embellecer esta fachada, el mérito de las obras de escultura que en ella se encuentran, hacen olvidar los preciosos mármoles en que á veces se ven talladas. Imposible seria determinar ni aun disponiendo de todo el espacio de este periódico, las bellezas de primer órden que en dichas esculturas se encuentran. Pero sí notaremos con este motivo una particularidad que en la Cartuja de Pavía, como en San Marcos de Leon y en todos los edificios de esta época se observa. Hablamos del estraño contraste que en ellas forman las figuras sagradas y profanas, mezcladas en rica ornamentacion.—A pesar de sus modificaciones, el sistema general de decoracion empleado en la fachada que nos ocupa, tiende todavía al que se usaba en los monumentos religiosos del último período ojival y las grandes divisiones de la iconografía cristiana se encuentran en ella.

Las figuras del Antiguo y Nuevo Testamento, de Jesucristo, de la Vírgen, de los Apóstoles, de los Santos, de los Reyes y de los Profetas, allí se hallan; pero no á la verdad presentadas como en los edificios de la época anterior. Las ideas habian cambiado y con ellas el estilo. El gusto del arte antiguo lo invadia todo, y de aquí que los personajes del cristianismo que la tradicion artística conservaba, alternen con los dioses del paganismo, confundiendo sin darse cuenta de ello el cristianismo con el politeismo. Es la traduccion plástica de aquel período, en el cual, los artistas no podian renunciar á imitar los trozos antiguos, que llamaban preferentemente su atencion, ni á romper con las tradiciones del estilo que habia muerto. Así los asuntos cristianos aunque repetidos, pierden bajo el cincel de los artistas del renacimiento el carácter, rudo si se quiere, pero poético, contemplativo, religioso, que nunca alcanzan á darle los imitadores del mas perfecto pero profano arte de la antigua Grecia y su discípula Roma. ***

¡POR LASTIMA!...

HISTORIA MADRILEÑA.

I.

Entre los tipos españoles conservados milagrosamente al través de la oleada de reformas que cada dia nos llega de Francia; entre los restos escasos de nuestras costumbres nacionales borradas diariamente con los hábitos y las instituciones de los que nos han heredado en la peligrosa tarea de llamar la atencion; entre aquellos representantes del españolismo puro mas raros cada vez, ahora, que hasta nuestros clásicos zagales se visten á la francesa; entre esos industriales ó artistas únicamente posibles en España, y de los que ya solo queremos los que huelen á cuerno, que son en mi concepto los que antes debiéramos abolir; entre los inspiradores del pincel de Goya ó del lápiz de Alenza ó del de Vaude, hay una clase especial, colocada mas abajo que el pueblo, cuyos hábitos se trasmiten fielmente hace ya siglos; clase cuya historia nos proponemos bosquejar andando ese tiempo de nuestro país, mas largo que el de ninguna otra parte; clase que llamamos así, mas que por su número escaso, por su diversidad de todas las otras y por el lazo unido, hereditario é indisoluble que la sostiene; clase solo conocida dentro de las tapias de nuestra capital; en una palabra, la clase que componen *los ciegos de Madrid*.

Con necesidades, con afectos, con instintos especiales el que nace para vivir en ese sepulcro anticipado que se llama ceguera es un ser aparte de la humanidad, aislado entre sus semejantes; tocándoles á cada momento, adivinando alguna vez las afecciones y los pensamientos de los demás hombres; viviendo sin embargo en un mundo distinto, cuyo fondo está casi siempre lleno de tristeza resignada, sino de la cruel desesperacion que algunos suponen.

Y entre esos mismos seres infelices tan desgraciadamente igualados por la naturaleza, hay otra separacion establecida por la sociedad; la que divide al ciego rico del ciego pobre; la que aisla al ciego que vive en cómodas habitaciones y cuidado con esmero, siquiera sea por manos mercenarias, del ciego que pide apoyado en un guarda-canton, implorando el nombre de Santa Lucía, ó vende por las calles el anuncio de un cambio ministerial, siempre pregonado con voz aguardentosa y con el grito consabido: *á dos cuartos el papel que acaba de salir ahora.*

El primero de estos ciegos es aquí como en Flandes; es el hombre privado de la vista, el ciego rico de cualquiera parte. El segundo al contrario, es ese tipo característico, cruel ensartador muchas veces de disparates medidos y acompañados de la cadencia mas monótona y menos armoniosa que se puede sacar de la guitarra; alto conocedor de la vida de San Cosme y San Damian, que falsifica constantemente en seguidillas tradicionales como el acento, el traje, el nombre y la vida del que las canta; tipo tímido y filosófico muchas veces; músico de corazon algunas; tierno y virtuoso padre muy amenudo; amante apasionado de vez en cuando.

A esta especie rarísima, trashumante sin cambiar de pueblo, que sabe las esquinas, las iglesias y los paseos concurridos en cada época; á esta clase, que mas adelante me propongo historiar levantando hasta donde pueda la cortina de sus sorprendentes misterios, á esta clase pertenecia cierto tio Tomás, situado desde que sonaban en Madrid las oraciones de la noche en un ángulo de la calle de Santa Isabel, justamente bajo las ventanas floridas de la malograda y candorosa Luisa, á cuya casa asistia yo diariamente.

II.

Una noche de enero, lluviosa y triste como pocas, salia yo solo á la una de la tertulia, empapado aun en las melodías de Bethowen que la niña de la casa tocara para complacerme, largo rato despues de que marcharon los últimos tresillistas. La lluvia que habia caido por intervalos desde el anochecer, se descolgaba entonces menuda y penetrante, acompañada de un viento que levantó mi capa tan luego como pisé la calle, llegando á mis oidos entre el ruido de algunos cristales rotos por su violencia. Apenas habia dado cuatro pasos, cuando oí gritar con acento lastimero:

—¡Manuel, Manuel! ¿Dónde estás, hijo mio? ¿Dónde estás, Manolito? ¡Válgame Dios!... ¡Jesus mil veces!... ¡Manuel, Manuel!

—Aquí estoy, padre, respondió luego una voz infantil, pero se han apagado los faroles y no sé por dónde...

—No pude oir mas: una ráfaga violenta cortó la palabra del niño, y la lluvia aumentó mas aun la violencia con que se estrellaba en el empedrado de la estraviada calle. Llegué al sitio donde el ciego se colocaba ordinariamente, adivinando ya que él era quien llamaba al niño estraviado. Hallé al infeliz sentado en el umbral de una casa cerrada, calado hasta los huesos por el agua helada de aquella noche, y guardando entre las piernas, medio cubierta con su agujereada capa la mugrienta vihuela que le servia para ganar el pan.

—¿Qué sucede, buen Tomás? pregunté recordando lo casualmente el nombre del ciego que noches antes me habia comunicado Luisa entre mil caritativas observaciones.

—Nada, señorito, que mi hijo se marchó siguiendo á un caballero, sin duda mientras el hombre registraba sus bolsillos para hacernos alguna caridad, y creo que ahora apagó el viento los faroles, y no llega mi pobre Manuel para guiarme á casa, y estará ya el chico mojado como una sopa... ¡Buena desgracia es ser ciego, señorito! ¡buena desgracia!

—Espere usted un momento, contesté enternecido por tan sinceras palabras; y bajando á tientas por una de las vías que unen á Lavapiés con la calle de Santa Isabel, y que el aire tempestuoso habia dejado en completa oscuridad, topé á los quince ó veinte pasos con un niño pegado á la pared, empapado tambien por la lluvia, temblando ademas y gimiendo de frio.

Condújele al lado de su padre, y luego acompañé á los dos hasta una buñuelería inmediata donde entré con ellos resuelto á esperar que mejorará la noche.

Acercáronse ambos al fuego; pedí para ellos buñuelos y vino; y cuando ví desaparecer con el calor la última lágrima detenida por el frio en las arrugadas mejillas del tio Tomás, le pregunté volviéndome hácia su hijo:

—¿Vive aun la madre de este niño, Tomás?

—Sí, señorito, me contestó.

—¿Y cómo no viene ella á recoger á ustedes todas las noches?

—Ay señorito, eso es una novela.

—¿Cómo una novela?

—Así me la dicho otro caballero que se llaman las historias parecidas á la mia.

—¿Pues qué le hizo á usted esa mujer?

—Me volvió á dejar ciego, señorito.

—¿Le volvió á usted á dejar ciego? esclamé asustado con aquella frase.

—Es decir, que ella tuvo la culpa; pero no lo hizo á propósito.

—Cuentémelo usted todo si gusta, dije yo picado por la curiosidad. Y mientras la lluvia seguia inundando las calles, el tio Tomás me refirió lo que sigue.

III.

—Yo nací con vista, señorito, y todos me han dicho que ví muy bien durante los quince meses en que mi madre me amamantó. Pero al fin de esos quince meses murió mi padre: mi madre cogió con el disgusto una enfermedad, y yo la heredé en el mismo dia; solo que mi madre padeció del corazon y yo padecí de los ojos, que aunque útiles en aquel entonces eran ya lo mas malo que yo tenia. La miseria en que quedamos aumentó poco á poco mi enfermedad, que cada vez iba estando mas descuidada; por fin.... ocho meses despues murió tambien mi madre, sin dejarme mas memoria que la de su cara, la sola cosa que me quedó presente de la niñez, porque mi madre era muy guapa y muy buena mujer, señorito, muy buena mujer: vivas están aun algunas que la conocian. Un tio carpintero que yo tenia me recogió en su casa y quiso que me curaran; pero el cirujano les dijo que ya era tarde, y despues de llevarme cuatro ó cinco dias á la consulta del hospital, lo tuvieron que dejar, y me resigné á verme ciego.



—Sin hacer mas, interrumpí.

—Ya llevaba gastados ocho duros en recetas y mis tios aunque tenian mejor oficio que mi padre, eran pobres tambien, señorito. Quince años estuve asi aprendiendo á tocar la guitarra, en lo cual dicen que entiendo algo, y comenzando á pedir á las puertas de las iglesias. Pero cuando yo tenia diez y siete años vino á casa de mi tio otra niña de catorce que tambien se habia quedado sin padre, y que era, aunque lejana, parienta de todos los que viviamos allí. Aquella niña fue querida por nosotros desde el momento en que llegó; pero ninguno la quiso, ninguno estimó tanto sus bondades como el pobre ciego. Siempre que yo sacaba mas limosna que tres reales, la guardaba debajo de un ladrillo para dárselo junto el domingo, con lo cual ella compraba pañuelos para los otros primos, á fin de que mi tia la quisiera mas, y me llamaba siempre *su Tomasillo*, y me guiaba por la calle cuando yo queria mudar de iglesia ó de esquina, y me venia á buscar en cuanto llegaba la noche. Al cabo de otros tres años, mi primilla, que asi deciamos aunque no cogia un galgo nuestro parentesco, estaba hecha una moza arrogante y todos se lo manifestaban cuando me servia de lazarillo, por lo cual me hizo llorar algunas veces. Tanto habia yo contentado á aquella mujer, tanto cariño la habia tenido que al mandarla mi tio escoger entre los que la cortejaban, porque ya era tiempo de que se casase, respondió ella llorando que nadie la parecia tan bueno como yo, que nadie la queria tanto como Tomasillo, y que si la dejaban, con el ciego se habia de casar. Mira lo que haces la contestó mi tio, y no te cases por lástima para que despues te guste otro mas y paseis la vida perdidos. Calló mi primilla; pero ya habia dicho bastante; yo lloraba tambien de la alegría que me habian dado sus razones, porque era mucho lo que hacia por mí aquella mujer tan guapa que tenia otros novios con vista y con oficio. En fin, señorito, que nos casamos: tuvimos este niño que está presente y pasamos año y medio como en la gloria.

Pero al cabo de año y medio mi mujer empezó á quejarse de un dolor que no la dejaba hacer las calcetas que hasta entonces habia vendido á los caballeros y principió á salir de casa para tomar el sol, segun me dijeron los primos. Una tarde volví yo con el palo á las cuatro y encontré en el portal á mi mujer que salia; subimos juntos; mas al apoyarme en su hombro para no tropezar, reparé que llevaba en el cuello un pañuelo de seda; mi mujer no me habia dicho que lo tenia, ni yo imaginaba que hubiera ganado tanto dinero haciendo calcetas; no la pregunté nada hasta mucho tiempo despues y aunque me contestó que lo conservaba desde soltera, la sospecha me quedó en el corazon, y aquel pañuelo me costó muchas lágrimas, porque nosotros tenemos que ser maliciosos por fuerza.

Aquí se detuvo el pobre Tomás, y enjugando sus ojos humedecidos por aquel primer recuerdo doloroso, continuó en estos términos su historia.

—Habíamos vuelto ya á vivir como buenos consortes, cuando vino de América un hijo de mi tio que se casó en las montañas de Santander y mandó á su padre mucho dinero, mas de 2,000 duros á lo que parece. El pobre carpintero, anciano como estaba, remedió á toda la familia; casó tambien á dos hijas suyas y se empeñó en llamar á otro médico para que dijese cómo teniendo yo tan buenos ojos me habia quedado sin vista ninguna. El médico que vino entonces me examinó muy despacio y aseguró delante de todos que resolviéndonos á gastar 4,000 reales era posible curarme; que mi ceguera podia deshacerse y no sé cuantas otras cosas de operaciones. Pocó faltó para que me volviera loco de alegria. En suma se escribió á Santander, vinieron otros 4,000 reales; se llamó al médico y á un operista, que asi creo se dice, y nos pusimos á la obra...

Al llegar á estas palabras volvió á suspirar el ciego: logré que bebiera una copa de vino y mas tranquilizado prosiguió:

Hiciéronme la operacion y no sufrí demasiado; luego, despues de seis dias de cama me dejaron salir á mi puesto con un vendage que tenia que conservar hasta pasados el primer mes sin que me diera un solo momento la luz en los ojos. Iba yo entonces á las cuestas del Campo del Moro. Una mañana señorito, era en el mes de mayo, cuando se disfruta mejor el olor de las flores desde aquellas ramblas en que yo estaba... una mañana...

Detúvose de nuevo el tio Tomás; escuchó algunos instantes la respiracion de su hijo que seco ya al calor de un abundante fuego se habia dormido entre las piernas de su padre, y dando otro suspiro, mientras prosiguió en su faena el mozo que con un gancho volvia los buñuelos en el aceite, dijo asi:

—Una mañana, segun iba contando, sentí como nunca el olor de las flores que nacen en los reales jardines; estaba conmigo este hijo que ahora duerme y que apenas contaba cinco años. Picábame en el pecho hacia ya quince dias la ansiedad de que pasaran otros quince que segun la consulta del médico faltaban aun para que yo pudiera ver, y ansioso por descubrir algo de lo que llegaba á mis oidos y á mi olfato, me levanté dejando dormido como en este momento á mi hijo; fuí con el palo hasta la barbacana de en frente, que segun yo sabia debia dejar ver todos los jardines y todo el campo y cuando llegué me detuve un instante temblando como un azogado. Tenia muchísimo deseo de ver algo, pero tenia miedo tambien de que la prisa destruyera la curacion; por último.... solté el vendage y vi. Ví, señorito, ví. Solo siendo ciego podria usted entender lo que ahora quiero decirle. Ví el sol, la luz, el agua de la fuente, los árboles, las flores, ví los hombres, las mujeres, los animales que cruzaban por debajo de aquel gran balcon. Lo ví todo señorito, y todo lo conocí sin preguntar nada; ví el cielo, supe lo que eran los colores y sentí una loca alegría que corria por todas las venas de mi cuerpo y creí, sin saber porqué creia; y volví al cielo mis ojos y dí gracias á Dios; pero en aquel instante como si Dios hubiera querido castigarme por tanta prisa, noté un ligero vahido y tuve que apoyarme para no caer, encerrando para siempre dentro del pecho, todo lo que habia descubierto en aquel instante; la hermosura que habia visto en el aire y en la tierra; el mundo magnífico que acababa de mirar. Asi estaba reanudando mi vendage cuando oí á mis piés una voz que conocia mucho; la voz de mi mujer, cuya belleza jamás habia disfrutado. No pude contenerme; no pude resistir el afan de ver aquella mujer mia, aquella mujer á quien sin verla habia querido tanto y á la que entonces pensaba ya en pagar todo lo que habia hecho por mí; volví á llevar la mano á la venda, temblando mas que la primera vez... y volví á descubrir mis ojos; al pronto me hizo daño la luz, pero poco á poco fijé la vista en los asientos que hay debajo de aquella baranda y ví... Ví á mi mujer, señorito, con la cabeza levantada al cielo, con una cara aun mucho mas guapa que lo que yo pensaba; y en el mismo instante, confirmó el tio Tomás con voz entrecortada, ví á un hombre haciendo por arrojar una piedra en el cestillo en que mi mujer traia la comida; y luego cuando iba á llamar á Consuelo para que se volviera loca como yo de alegría, reparé, ¡vaya todo por Dios, señorito! reparé... que aquel hombre pasaba el brazo alrededor de la cintura de mi esposa. Dí un grito y quise tirarme del otro lado de la baranda, pero un centinela me cogió por la chaqueta y caí dando con la frente contra la barbacana, cubiertos los ojos de polvo y de la sangre que salia á borbotones por mi herida.

IV.

—¿Y luego, pregunté ansioso, y luego?

—Luego desperté en casa con el vendaje puesto. El médico dijo que se habia desgraciado la cura, y quedé ciego, señorito; ciego otra vez, para toda la vida

Entonces comprendí lo distintos que son la caridad y el cariño, lo mucho que pecan, señorito, los que guiados por un buen sentimiento, se obligan á lo que no saben si cumplirán.

No quise volver á ver á mi mujer que marchó á otro pueblo con aquel hombre para hallarse mas tarde abandonada, con otro hijo que apenas puede sostener. Todos mis parientes murieron poco á poco; hoy solo me queda un primo que me deja un rincon donde dormir.

V.

Calló el tio Tomás enjugando su última lágrima. El buñuelero volvió á meter en la masa sus brazos desnudos y el mozo distraido continuó meneando su gancho en el aceite para pescar sus ruidosos buñuelos.

Pagué la cuenta que ascendia á dos reales y medio y caminé pensativo á mi casa, resuelto á no deslumbrarme jamás con mi primer movimiento.

La noche se habia serenado; algunas nubes pardas corrian aun por delante de la luna á ocultarse en el horizonte, y el viento resonaba á lo lejos como un concierto de brujas y espectros.

Dos dias despues conté á Luisa la historia del tio Tomás, y ella mas exacta que la infiel esposa, no faltó hasta su muerte al propósito que hizo cuando conoció su vida de mandarle cada dia algun alimento.

Su familia ha continuado la caridad de la malograda virgen, y hoy todavía llega una cena humilde á consolar al tio Tomás, cuando entre nueve y diez de la noche dice á los transeuntes de la calle de Santa Isabel, suspendiendo los preludios de su guitarra.

—¡Una limosna, nobles caballeros, por Santa Lucia bendita!

PIO GULLON.

EN LA GUERRA DE AFRICA.

ODA.

En tanto que dormia
El íbero leon, del africano,
Con aleve osadía,
Rasgó la torpe mano
El ínclito blason del Castellano.
En su lanza apoyada
España irguióse; y su mirada fiera
En África clavada,
Con voz que hirió la esfera
El silencio rompió de esta manera:
«África, solamente
Del náufrago terror, que ha mas temblado
En tu arena inclemente
Ser por la mar lanzado
que en sus hondos abismos sepultado;
De tu raza maldita,
Porque lo quiere Dios, ya la sentencia
Leo en tu frente escrita:
No habrá ya mas clemencia
Tu rito inmundo, tu fatal demencia.
Ya su terrible lanza
Blande Belona, y con furor horrendo
Incita mi venganza,
La tierra estremeciendo
De sus ferrados carros al estruendo.
De Marte á los bramidos
De mis corceles las hijadas laten
Con violencia; encendidos,
Con la brida combaten
Y el duro suelo con sus cascos baten.
Tus ginetes veloces
Con honda afrenta quedarán domados,
Que al atacar feroces
A mis fuertes soldados
Se estrellarán en muros acerados.
Del Segura y del Turia,
Del Bétis y el Genil, ya los aceros
Con generosa furia
Empuñan los guerreros,
Siempre en tu daño prontos y ligeros:
Las cántabras legiones,
Que dieron susto á la region latina,
Despliegan sus pendones;
Y el mar, por tu ruina,
Las conduce en su espalda cristalina:
Los que subió á inmortales
En Oriente el valor, con crudo intento
Aguzan sus puñales;
El catalan sangriento,
El duro aragonés, de guerra hambriento...
Cuantos el Tajo baña,
Cuantos al Ebro roban la corriente;
Cuantos encierra España,
Tu region inclemente
Inundar quieren, como lava ardiente.
....
....
....
....
No! al infeliz Rodrigo
No quebró el cetro tu poder tirano;
Del cielo fue castigo,
Que del valor hispano
Solo puede triunfar de Dios la mano.
Señor, lava el afrenta
De tu querido pueblo que te implora;
No con burla cruënta
Diga la gente mora:
¿A dónde el Dios está que España adora?
Arranca de tu seno
De al español vencer toda esperanza:
¿No ves cuán de ira lleno,
Puesta su confianza
En su Apóstol patron, á tí se lanza?
Huye! pronto te aleja!
A tu seno su espada dirigiendo
Al blanco bruto aqueja;
Para que al golpe horrendo
La espalda hiera, por el pecho hiriendo.
Rayo su espada ardiente,
De sus miradas rayos mil arroja;
Cual tempestad rugiente,
Mata, ahuyenta, despoja,
Al viento desplegando la Cruz roja.
Signo de afrenta un dia,
Y de esperanza ya, del Castellano,
A quien sirves de guia,
Pronto la fuerte mano
En el muro te clave tingitano.
Vosotros, que librando
Del ciego olvido los heróicos hechos,
Haceis que, aun anhelando,
Los generosos pechos
A la cumbre inmortal suban derechos,
En canto numeroso
Sublimad de mis héroes la memoria:
¡Gloria al que venturoso
Arranque la victoria!
¡Paz al que tenga de morir la gloria!»
Esto dijo la España;
Y al punto suspendí mi humilde canto:
Tú, Cantor de la hazaña
gloriosa de Lepanto,
Ahora debes cantar, tú puedes tanto.

Murcia, 18 de enero de 1860.

ZACARÍAS ACOSTA Y LOZANO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA EN LA CIVILIZACION.

I.

Tan importante y tan necesario es el estudio del arte monumental, que sin la refulgente luz de su historia no puede penetrarse en el oscuro y tradicional campo de las edades primitivas para descubrir las huellas del linaje humano.



No hay mas que fijar la vista en esos sorprendentes monumentos que han desafiado el peso de los siglos é inmortalizado á las naciones que los han elevado, para decir con un gran poeta, que la arquitectura ha sido durante muchos siglos el *gran libro de la humanidad*. Es el fiel trasunto de las memorables épocas de apogeo y decadencia de las naciones; el imperecedero repertorio de la historia universal; el lenguaje mudo, petrificado, nanimado, de los primeros siglos y de los primitivos pueblos, pero que recibió espresion, que se hizo vívido despues, disciplinado por el arte, por el genio, por la creacion.—¿Conoceis las grandiosas obras de la Persia, las inmortales del Egipto, las sublimes de la Grecia, las soberbias y opulentas de Roma?—Pues bastan por sí solas para definir el relativo progreso de su propia civilizacion y la influencia que ejercieron en la civilizacion sucesiva.

No es, empero, necesario llegar á esta época para demostrar la *influencia de la arquitectura en la civilizacion.*

Si recorreis con el erudito Hope los desiertos lugares, cuna infantil de los primitivos pueblos y seguis con él las huellas de los primitivos pobladores, sorprendereis al salvaje de la Nueva-Zelanda escavando en la arena su hoyo para librar su cuerpo de la inclemencia: el progreso se destaca latente en los bosques vírgenes del Nuevo-Mundo: allí, el errante caribe abandona ya la movediza arena, corta el tronco de los árboles ahuecados, carcomidos por el tiempo, y si no mas estensa, procúrase á lo menos habitacion mas cómoda y saludable por el aire que recibe y las profundas raices que le sirven de cimiento: en la elevada meseta del Asia central, el tártaro que apacienta sus rebaños acomoda su habitacion á las necesidades propias de su vida; en vez de fija y sólida, constrúyela ligera y portatil, ora estendiendo sobre estacas las pieles de los animales que come, ora cubriendo con ellas el vehículo que trasporta su familia.

Mas tarde, esta poblacion nómada emprende su marcha hácia Oriente; halla fértiles paises bañados por copiosos rios, y muévele este aliciente á cambiar en agrícola su vida pastoril: con la nueva vida cambiaron tambien las necesidades y á las ligeras tiendas de pieles sucedieron las casas sólidas de madera, piedras y otros materiales.

En las dilatadas riberas del Indo y del Ganges sucedió lo mismo con las asiáticas tribus descolgadas de las frias y empinadas cumbres del Tibet, como en el Egipto con las que abandonaron las húmedas montañas de la Etiopía. Dejábanse, sin embargo, sentir demasiado en unas y otras los ardientes rayos del sol; era preciso buscar contra ellos un seguro abrigo; acuden á la naturaleza; taladran las estériles rocas que circundaban sus estensas llanuras, y construyen anchas, sólidas y eternas habitaciones; eternas, si, porque no solo les servian durante la vida, sino que les encerraban tambien despues de la muerte.

De aquí, las prodigiosas escevaciones de Bahar; de aquí, las ciudades subterráneas por doquiera diseminadas, ya á orillas del delicioso Indo y del Ganges, ya en las invadidas márgenes del temible Nilo.

¿Y qué nos dice esto?

Que siendo la arquitectura tan antigua como el hombre, segun *La Mennais*, abrió indudablemente el primitivo cauce, que fueron ensanchando poco á poco las íntimas relaciones de los pueblos; que á ella se debe el rápido vuelo que en un principio adquirió la industria humana; que al describir Hope las primitivas construcciones, la arquitectura primitiva, ha citado las tres ramas de la especie humana á las cuales reunió en su seno para despertarlas á la primera idea de nacionalidad, para hacerlas sentir la primera necesidad de la asociacion y de la familia, cuna



EL GENERAL LATORRE, JEFE DE LOS TERCIOS VASCONGADOS. (DE FOTOGRAFÍA.)



UNA CANTINA EN UN CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO EN ÁFRICA. (DE UN CROQUIS.)

y orígen de la agricultura, de la propiedad despues, del comercio, y en fin, de las leyes.

Y si de esta primitiva huella arquitectónica pasamos revista en globo á las épocas mas notables del progresivo desarrollo del arte, verémosle siempre impreso, reflejado, simbolizado en la arquitectura. Paganismo, religion, poesía, barbarie, civilizacion, todo ha sido en ella perpetuado; hasta la libertad y la esclavitud han sido fielmente trasmitidas á la posteridad en las páginas graníticas del gran libro universal.

Si recorreis el Oriente de los primitivos tiempos; aquellas fecundas regiones que sonrien bajo un cielo puro y esplendoroso, bañadas por históricos rios y poetizadas por bonancibles mares; aquellos pintorescos y fecundos valles del Egipto; aquellos vastísimos é interminables dominios del Asia, hallareis siempre el progreso de las artes y las ciencias escrito en el progreso mismo de la arquitectura. Ella os dirá con un distinguido anticuario, que allí fue donde primero se escribieron los anales y las leyes; allí, donde tuvieron su cuna doctrinas que rigieron despues en todos los puntos del globo; allí, donde debe dirigir sus primeras miradas el que intente descubrir las primeras huellas del progresivo desarrollo de la inteligencia humana; y todo esto, porque allí fue tambien donde se desarrolló primero el arte arquitectónico, de donde parte la historia del arte monumental.

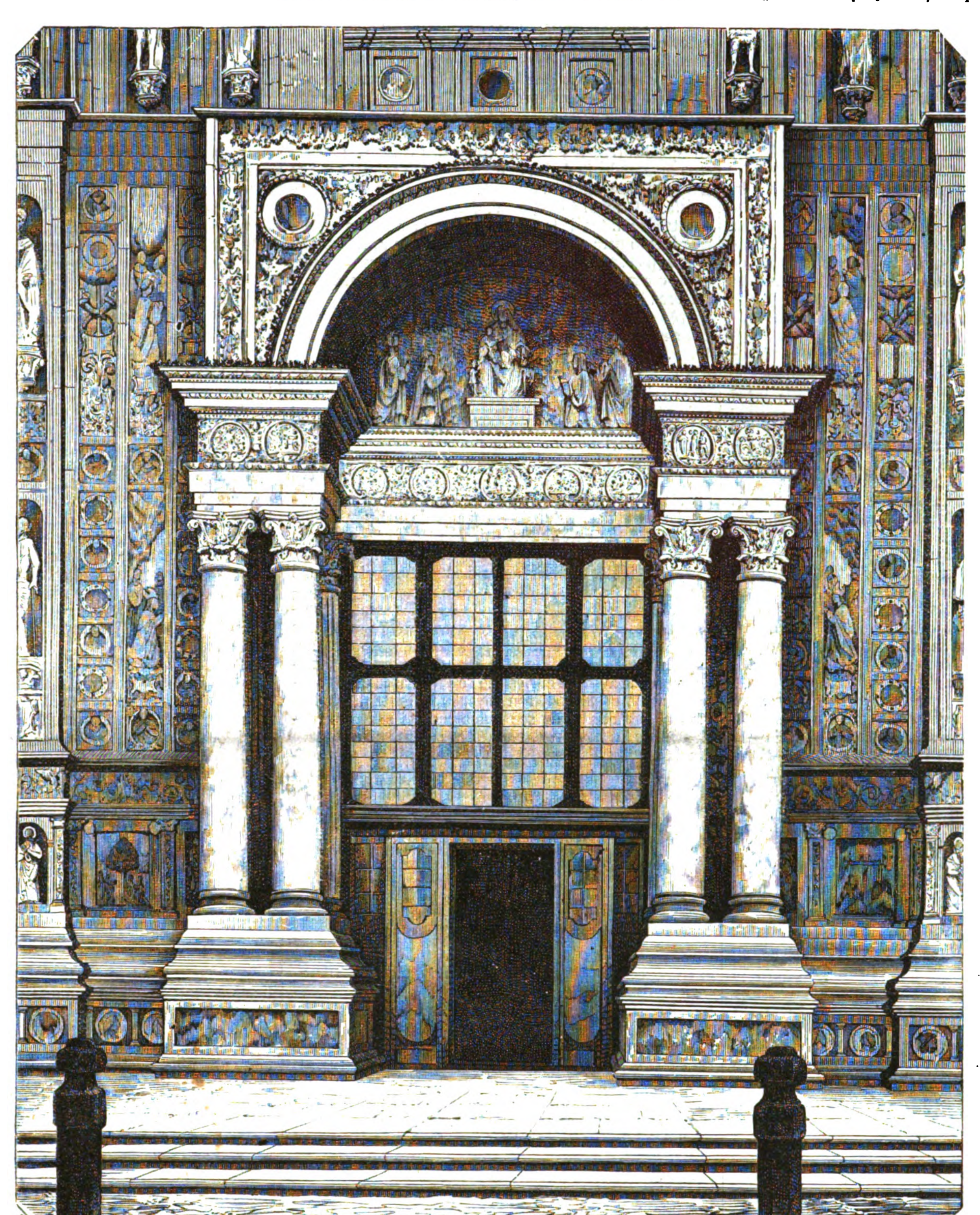
Si descendeis á otro período mas remoto de la historia universal, al importantísimo período de la decadencia del imperio romano; cuando se abrió aquel vasto tesoro literario de griegos, romanos y árabes; cuando la brillante antorcha del saber se hallaba escondida en el antiquísimo imperio de Constantino, y derramó sus últimos destellos sobre los paises occidentales, y se reanudó la cadena de los conocimientos humanos, y las ciencias y las artes rompieron la clausura, hallareis tambien la arquitectura simbolizando, reflejando la civilizacion griega y latina, tantos lustros eclipsada por la asoladora irrupcion de los bárbaros del Norte.

Desde entonces, desde esta época memorable, ella encendió sin duda ese fuego creador, que mas tarde habia de iluminar al universo: ella inspiró á los cruzados las costumbres, que á su regreso nos regalaron: en sus grandiosos templos, en sus gigantescos monumentos estaba impresa la abolicion de la esclavitud, la muerte del feudalismo, los derechos y la dignidad del hombre, porque en ellos estaba impreso el genio, que se opone siempre, que siempre se rebela contra todo lo que tiende á contrariar los altos fines de la Providencia: de ellos se arrancó la poética lira, que al caprichoso beso de las vagarosas auras despedia gentílicas vibraciones para prestar mas tarde sus afinadas cuerdas al arpa bíblica: de ellos surgió la inspiracion, que habia de imprimir las Iliadas de granito, que habia de trasformarlas en catedrales, que habia de enriquecerlas con los armoniosos detalles de la estatuaria, santificada por las candenciosas plegarias del religioso vate, espiritualizado por el cristianismo, por ese raudal copioso de divina luz, por ese fluido magnético llamado inspiracion que aproxima la criatura al Criador.

Analicemos ahora gradual y paulatinamente el ligerísimo bosquejo que forman estos grupos; sigamos paso á paso el augusto carro de la civilizacion en sus alternativas y progresos, al través de las edades y los siglos; sigámosle mientras mas ó menos rápido atraviesa el limitado campo de los inventos, hasta plantar victorioso el *non plus ultra* en las cúspides del progreso intelectual; hasta ese memorable siglo de la síntesis, en que admirados sin duda los sabios de las sorprendentes aplicaciones del vapor y de la electricidad, pasan revista á las ciencias todas, siguiendo al ilustre Bacon, y reunen con d'Alembert y Diderot en una enciclopedia un resúmen de todas ellas, y veremos siempre á la arquitectura desde esa primitiva huella impresa por el salvaje de la Nueva-Zelanda, derramando por do quier los fúlgidos destellos del naciente arte, orígen de todos los demás: en esas eternas viviendas del tártaro hallaremos el principio de las memorables pagodas, que han revelado á la humanidad la primera idea del poder divino; pues no representaban otra cosa aquellos enormes elefantes de granito que las servian de columnas, aquella masa cilíndrica que encerraba la colosal efigie de Budha.

De ellas nacieron tambien las primitivas nociones del arte; nociones, que tomaron de la naturaleza, representando por ejemplo la solidez por la magnitud; nociones que despues se fueron cultivando y perfeccionando, á medida que la razon perfeccionaba y cultivaba la inteligencia, como veremos mas adelante.

M. NIEVES DE LA VEGA.



PORTADA DE LA CARTUJA DE PAVÍA.

TRADICIONES DE GALICIA.

Galicia es el pais de las tradiciones, de los recuerdos, de los monumentos históricos.

Ninguno mas á propósito que aquel ameno pais para el viajero ávido de oir las estraordinarias historias que la tradicion viene relatando á las generaciones.

La verdadera historia de Galicia, historia llena de glorias, de celebridades, de interesantes episodios y de sentimientos religiosos y caballerescos, está todavía por escribir; pero existe grabada en la memoria de sus naturales, por lo mismo que no halló un libro donde imprimirse.—No parece sino que el pueblo sencillo se ha encargado de suplir el abandono de sus hijos mas ilustrados.—Las sorprendentes tradiciones, ocupan el vacío de su magnífica historia.

Por do quier que recorrais aquella deliciosa comarca, hallareis antiquísimos monumentos. Cada uno tiene su tradicion particular; y el conjunto de estas tradiciones forma la historia de Galicia.

El *men-hir* del Celta, el faro del Cartaginés, el castro del romano, la mezquita del árabe, el torreon del señor feudal y otros cien grandiosos recuerdos de los griegos, los fenicios, los hunnos, los suevos, los godos y los normandos, son para aquellos campesinos los caracteres de piedra con que los siglos dejaron escrita la historia de Galicia en sus costas, sus valles y sus montañas.

Galicia es un pais bellísimo hasta rayar en fantástico. Por eso sus moradores son creyentes hasta rayar en supersticiosos.

Esta fantasía y esta supersticion hermosean las tradiciones de aquel país con cierta poesía comparable únicamente á la de las baladas alemanas.

Sus narraciones están envueltas en el misterio, como sus lagos entre la bruma y sus montañas entre la niebla.

Ellas nos hablan de unos druidas que recogian el sagrado muérdago en sus inmensos bosques: de una escuadra que desaparece milagrosamente bajo las tranquilas ondas al intentar acercarse á aquellas riberas: de nobles señores y hermosísimas damas que habitaban dorados alcázares, y de monarcas de todos los paises que acudian á Compostela á visitar su santa Basílica.

Santiago era por aquellos tiempos la Jerusalen de Occidente, el emporio de la religion cristiana y la ciudad mas notable del antiguo reino de Galicia.

Hoy ya no es mas que su sombra.

El genio de la soledad se cierne sobre sus altísimas

torres. Sus campanas, tan vocingleras como antes, parecen lamentarse lúgubremente del olvido en que yace la ciudad santa!

Sus plazas y sus calles están desiertas; y entre el silencio que reina por todas partes, Santiago duerme hace muchos años el sueño augusto de su ancianidad.

¡Los siglos la envejecieron!—Pero el tiempo, que carcomió hasta los mármoles de sus templos, no pudo borrar las páginas de sus gloriosas crónicas.

Por eso nosotros las registramos con orgullo, aunque tengamos que recorrer muchas hojas para entresacar algunos hechos, que están ocultos entre la exuberante erudicion de los frailes, como sabrosos frutos escondidos entre la densa espesura del follage.

Entre los infinitos romeros que venian á Compostela desde todos los pueblos del orbe católico, habia algunos que despues de orar sobre el sepulcro del Santo Apóstol, se dirigian á visitar los sitios y monumentos mas célebres de Galicia, como el Faro de Hércules, la Peña movediza de Nuestra Señora de la Barca, el Pilar de Padron, las Burgas de Orense, la Sierra horadada que baña el Sil, el Pico Sacro, las Cuevas del Silencio, el Ara del Sol y otros muchos que seria prolijo enumerar.

Todos estos sitios ó monumentos, ofrecian un recuerdo grandioso ó un aspecto magnífico. Por eso el peregrino de cierta categoría, no se contentaba con visitar el antiguo *Burgo de los Tamaricos*. Guiado por la curiosidad, por las creencias, ó por la supersticion de aquella época, admiraba tambien antes de volver á sus hogares, alguna de aquellas maravillas, cuya celebridad llevaban hasta los mas apartados paises las sencillas trovas de los errantes y poéticos romanceros del pueblo.

La torre de Hércules era un monumento que recordaba al mismo tiempo la historia de una conquista y la de unos amores.—Galactæ, hijo de Hércules, habia mandado erigirla cuando se enseñoreó de aquel territorio. Bajo sus cimientos estaba enterrada la cabeza del gigante Gerion, jefe de los antiguos pobladores.—Galicia habia tomado su nombre de Galactæ; y la Coruña, de una hermosísima doncella llamada asi, que trabajaba en la construccion de aquella torre y de quien se habia enamorado el jóven conquistador.—Esta tradicion, fabulosa hoy, estaba en completa armonía con el espíritu atrevido y caballeresco de aquellos tiempos.

La Peña movediza de Nuestra Señora de la Barca, era para el vulgo el fiel testimonio de los milagros que hacian las santas imágenes de los vecinos santuarios. Aquella enorme mole de piedra que se movia y aun hoy se mueve por sí sola, sin que en sus horas de reposo pueda dársele el menor movimiento, era venerada como la sagrada barca en que habia arribado á aquellas riberas la imágen de la Vírgen María, que se venera en la próxima capilla. Las dos piedras que sostienen en equilibrio la peña principal, habian servido de timon y de vela á la sagrada nave, porque asi lo indicaba su figura.—Seria considerado como un hereje el que solamente viese en aquellas rocas un admirable monumento druidico.

El pilar custodiado en el templo de Santiago del Padron, estaba rodeado por una verja de hierro, para que no le desgastase el contínuo tacto de los peregrinos. ¡Tal era la afluencia de los que concurrian á tocar aquella reliquia, símbolo de un gran acontecimiento!—Cuando el cuerpo del Apostol Santiago arribó en el siglo I á aquella costa, sus discípulos ataron la nave en que venian navegando, al venerado pilar, que era uno de los postes que para este servicio se colocan en las playas. Su verdadero nombre es *padron* y en él tuvo su orígen el de la antigua *Iria-Flavia*.

Las Burgas de Orense ofrecian al peregrino y aun hoy ofrecen al viajero, el estraño y magnífico espectáculo de un rio siempre humeante por la ronca ebullicion de sus aguas.—Ademas, en la antigua *Aquæ-calidæ* ya se veian aquellas obras admirables que el pueblo ensalza con orgullo en uno de sus mas conocidos romances.

«Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España:
el Santo Cristo, la Puente,
y la Burga hirviendo el agua.»

La sierra horadada que baña el Sil, (Monte-Furado) era objeto tambien de la admiracion de los romeros. La falda de aquel monte está registrada en todo su espesor por un ancho túnel natural que da recto paso al rio que lo fertiliza. Allí se contaban fantásticas narraciones sobre los tesoros escondidos en las entrañas de aquella sierra; narraciones que se oian con sorpresa; pero con fe, porque todos veian las brillantes ondas del Sil, que al brotar rugientes de entre las cavidades de aquel monte, salpican la playa con menudas arenas de oro finísimo.

El Pico Sacro, altísima montaña que esconde su afilada cresta entre las nubes, bien puede ser considerado por nosotros como una pirámide que la mano de Dios alzó del fondo de aquellos valles para perpetuar la memoria de la aparicion del Santo Apóstol; pero para el peregrino de la edad media, tenia una tradicion muy distinta, heredada de la antigüedad.—Segun ella, tan pronto como los santos discípulos desembarcaron en Iria-Flavia el cuerpo de Santiago, se dirigieron á Lupa, soberbia é impía señora de aquella villa. Inspirada por su heregía, les dijo que fuesen á aquel monte á uncir los bueyes que necesitasen para conducir el cuerpo del Apostol y darle sepultura donde mejor les pareciese. La cruel Lupa, sabia muy bien que allí no pacian mas que toros bravísimos, y creyó esterminar por este medio á los creyentes discípulos; pero al penetrar estos en la fragosidad del monte que les habia designado, los toros acudieron á sus voces, y se dejaron conducir mansamente hasta el castillo de Lupa, que sorprendida abjuró de sus errores y se convirtió al cristianismo.—Esta es la tradicion religiosa del Pico-Sacro.

Las Cuevas del Silencio, aun se ven hoy en lo mas escarpado de las montañas del Vierzo. Los campesinos de aquellas cercanías las llaman asi, porque es tradicion que á sus antros se retiraban á orar y hacer penitencia varios monges célebres, entre ellos San Fructuoso y San Genadio. En las inmediaciones del imponente monasterio de San Pedro de los Montes, donde están abiertas las cinco cuevas, la vegetacion es árida como en el desierto. Para llegar hasta ellas, es preciso escalar grandes rocas tajadas á pico: pero la aspereza de sus vertientes no arredraba á los peregrinos de los siglos medios que sabian arrostrar toda clase de fatigas y privaciones.

El modesto santuario de Finisterre, tenia tambien para aquellos romeros una tradicion maravillosa, acaso la mas sorprendente de las que entonces se relataban. Los antiguos que adoraban al sol, habian determinado seguirle de Oriente á Occidente. Caminando desde los mas apartados límites de la Caldea, llegaron á aquellas costas, que fueron para ellos los confines de la tierra. Allí vieron que no podian pasar mas adelante en pos de su ídolo que ya se escondia bajo las aguas del Océano, y le erigieron un ara, que se llamó el ara del Sol. El templo se construyó en el mismo sitio donde siglos despues se levantó con sus escombros el actual de Nuestra Señora de Finisterre.

Muchas páginas necesitaríamos para compendiar siquiera las tradiciones mas portentosas que el peregrino recogia en Galicia; pero no concluiremos este artículo sin decir algunas palabras sobre el monte Medulio y Peto Burdelo, gloriosos y eternos timbres que recuerdan la abnegacion y el valor de aquellos habitantes.

El Monte Medulio es el augusto panteon del antiguo pueblo gallego. Es el Calvario de los héroes de su independencia y nacionalidad.—Despues de haberse defendido valerosamente durante doscientos años contra la poderosa invasion romana, se retiraron tod s á aquel monte decididos á morir antes de someterse al yugo del invasor. Para solemnizar este sublime propósito, celebraron de noche un festin, apurando en él los escasos víveres que les quedaban. El rumor del fúnebre banquete llegó en pavorosos ecos hasta el campamento romano, cuyos soldados se admiraron de tan estraña orgía. Y cuando arrastrados por la curiosidad se internaron en el monte Medulio, comprendieron espantados hasta dónde llegaba el patriotismo de sus enemigos. Al siniestro resplandor de las hogueras, vieron los cadáveres amontonados sobre las llamas. Ni una mujer, ni un niño encontraron con quien combatir.—El hierro, el fuego y el venenoso zumo del tejo, habian dado un glorioso fin á su existencia. ¡Singular ejemplo de patriotismo, que no tiene igual en las historias del mundo!

Peto Burdelo es el nombre de un delicioso valle situado entre Sarandones y Figuera, á dos leguas de Betanzos de los Caballeros, que asi se llamó la córte de don García, por los muchos nobles que tenian en ella sus casas solariegas. En aquel valle, cubierto de higueras, fueron vencidos para siempre los odiados moros que iban á buscar las vírgenes con que aquel territorio debia sostener el tributo de las cien doncellas.—Los romeros se detenian en la confluencia del Cascas y del Mandeo á contemplar las garitas de piedra donde los moros encerraban á las escogidas mientras reunian el número señalado. Hoy el viajero curioso aun puede ver en las orillas del primer rio algunos vestigios de aquellas célebres mazmorras.

Todas estas tradiciones, verosímiles ó fabulosas, eran entonces acogidas con interes y respetadas por todos.

¡Cuán diferentes son hoy las ideas del pueblo!—¡Pasó ya la edad del misterio, de los prodigios, de las maravillas!

Hoy, si quereis oir alguna de esas tradiciones que nos revelan sentimientos siempre fanáticos, pero altamente religiosos ó caballerescos, teneis que ir á lo mas hondo de los valles ó á lo mas escabroso de las montañas.—Allí, sobre el verde prado ó las peladas rocas, es donde el montañés os relatará toscamente, pero con fe y entusiasmo, las hazañas gloriosas, los cuentos de amores, las fantásticas preocupaciones y las supersticiosas quimeras; la historia en fin, de su comarca en todas las épocas; historia que aprendieron de sus mayores, y que ellos á su vez grabarán en la memoria de sus hijos, durante las frias veladas del invierno.

Y no es solamente en los monumentos donde los habitantes de Galicia hallan sus interesantes tradiciones.—Los apellidos de muchos nobles, como los Prados, los Bolaños, los Losadas y los Figueroas, encierran curiosísimas historias, compendiadas con admirable precision en un apellido.

Quizá algun dia os contaré la historia de uno de estos apellidos.—La historia de los Maldonados.

Es una leyenda de la edad media que empieza entre el bullicio de una de las mas célebres peregrinaciones de Santiago y concluye entre el silencio aterrador de un torneo á muerte, ante la severa corte de Luis onceno.—

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

DON PEDRO GARCIA DE GALARZA.

Durante la gloriosa época de la reconquista, un ilustre linaje bajo la denominacion de Galarza, de buena memoria en la historia de nuestros triunfos militares, tuvo principio en la villa de su nombre, situada en el señorío de Vizcaya. Hábitos de Alcántara, Calatrava y Santiago, concedidos á sus descendientes, con otros privilegios y prerogativas, nos demuestran su hidalguía y distincion. Empero no siendo de nuestro propósito trazar aquí los blasones de esta familia esclarecida, nos limitaremos á esponer que en el reinado de D. Felipe II, una rama de ella vino á aumentar el número de las casas nobles de Córdoba. Estendióse esta rama de los Galarzas en la antigua córte de los Abderramenes, brillando entre sus enlaces el de doña María de Galarza con el caballero Diego Alfonso de Baena (1). En la santa iglesia catedral de dicha ciudad tiene este linaje su sepultura, cubierta con una piedra de mármol, en la que se encuentran esculpidas sus armas nobiliarias. Catálogo demasiado numeroso es el de los hombres grandes que ha producido en armas, letras y virtudes. Aparece entre ellos D. Pedro García de Galarza, del que vamos á ocuparnos en este artículo, y acerca del cual hemos podido recoger con gran trabajo los siguientes datos:

Natural de Bonilla, en el obispado de Cuenca, tiene por padres á Pedro García de Galarza y á doña Francisca Martinez de Leiva. Fue colegial en el de Sigüenza y en el de San Bartolomé de Salamanca, donde tomó su hábito en 22 de abril de 1562. Leyó en aquella universidad cátedra de filosofía, y fue canónigo magistral de la santa iglesia de Murcia. El rey don Felipe II le mudó al obispado de Coria en 24 de octubre de 1578, y consagróse en 1579. Dió en sus diócesis muchas limosnas, y á los conventos con muy larga mano. Casó muchas doncellas, y en sus puertas se daban cada año mil ducados y quinientas fanegas de pan cocido. Fundó en la villa de Cáceres la cofradía de la Soledad, para enterrar los pobres de su patria. Edificó un convento de monjas, y le dotó con suficiente renta y casa para el patron. Reedificó los palacios obispales de Coria, de Cáceres y Santa Cruz. Dotó una misa cantada á Nuestra Señora en la iglesia de Murcia y en la de Coria, fundó una capellanía con cuatro capellanes, dotándola con renta conveniente para su mejor servicio, como lo dice la escritura que sigue:

«Don Pedro García de Galarza, obispo de Coria, fundó esta capilla á honra y gloria de Dios y de sus santos; cuyas reliquias están en ella. Dotóla en seiscientos ducados para su fábrica, lámpara, cantores, capellanes y sacristan, y en setecientos ducados para las misas del Santísimo Sacramento, con sus responsos y canto de órgano, los primeros jueves de cada mes en fin de prima. Defendió esta iglesia de la órden de Alcántara. Dice aniversario el cabildo con misa y responso y canto de órgano en 28 de abril perpétuamente. Hizose esta obra el año de 1596.»

En un curioso manuscrito de principios del pasado siglo, que obra en nuestro poder, titulado «Memoria de la antigua casa de los Galarzas,» se refieren dos hechos notables acaecidos en el obispado de Coria, durante el gobierno de este venerable pastor, los cuales copiamos á seguida por la rareza y novedad que encierran:

«En tiempo del santo prelado don Pedro García de Galarza, sucedió en la villa de Altara, siendo prior del convento sacro fray Juan de Grijota, religioso de loable vida, que trasladándose del convento antiguo que hoy tiene la religion los oficios divinos, dejando en el primero el cuerpo de don Severo Martinez, maestre de Alcántara, que floreció en vida, valor y armas en el reinado de don Pedro I de Castilla, año de 1384, se le apareció el maestre y le mandó trasladase su cuerpo al nuevo templo; no dió crédito á la primera aparicion; á la segunda se escusó con que no prestarian fe á sus palabras sino daba una señal para que fuese creido: el maestre se la dió, verificóse el caso y se hizo la traslacion en virtud de órden de este señor obispo. En el mismo tiempo sucedió en la iglesia mayor de esta villa que entraban en ella muchas golondrinas, las cuales ensuciaban los altares, y con su canto eran molestas en los oficios divinos. Su arcipreste el proto-notario don José de Quirós, que tenia la jurisdiccion eclesiástica, procedió contra ellas con sus censuras, declarándolas por excomulgadas si entraban mas en la iglesia; al punto obedecieron las censuras, y desde aquella hora hasta los años presentes no han entrado mas en ella, caso que sucedió tambien en la santa iglesia mayor de Córdoba, siendo su obispo don Pedro de Carvajal.»

No solo se distinguió en su siglo don Pedro García de Galarza por su sin igual virtud y mansedumbre, noble corazon, piedad escesiva y vida ejemplar, sino tambien por su estraordinario talento y conocimientos nada comunes en filosofía, en las ciencias teológicas y en el derecho eclesiástico. Un inestimable tesoro ha legado á la posteridad este varon eminente. Tal es el tratado que escribió bajo el título de «Consideraciones evangélicas,»

(1) La casa de Galarza se halla en la actualidad estinguida en Córdoba, existiendo únicamente algunas nobles familias descendientes por hembra de ella.



libro que al par que nos revela el alma verdaderamente cristiana de su autor, nos presenta algunos cuadros tan estéticos y sublimes que no parece sino que fueron trazados bajo la misteriosa influencia de una inspiracion divina. Su nacimiento, virtud y saber le abrieron las puertas del consejo de Castilla, le dieron entrada en la real cámara de S. M., y le labraron una corona de santa y merecida gloria.

Murió el 6 de mayo de 1604, y en la capilla que fundó en la iglesia mayor de Coria, se halla su sepultura con un epitafio latino en esta forma concebido:

Garcia subsaxo, inclytus ille, Galarza, unica sanctorum.
gloria plenus; dum flette, charitas, es unus
virtutis, curia templum.
Optimus antistes omnibus hominibus erat, insignem candore
tulit, Bonilla, patrem, ingenio clarum, religione
pium.
Delubrum, musis sacrum, nunquam ruiturum grande, per
exigua, sub requiescit homo inclusum, servat
marmor, venerabile corpus.
Ad cœli tandem, culmina restituit.

Bajo esta losa yace aquel varon ilustre García de Galarza, lleno de la única gloria de los santos; mientras la caridad lamenta tu pérdida, tú solo eres el templo de la virtud.

Era este obispo escelentísimo entre todos los hombres, Bonilla produjo á este verdadero padre, notable por su càndor, esclarecido por su ingenio, piadoso por su religion.

Como mortal descansa en este templo consagrado á la divinidad que nunca llegaria á ser grande por tales méritos humanos. Su venerable cuerpo guarda aqueste mármol.

Su alma voló á las cumbres del cielo.

Hé aquí las únicas noticias que hemos podido reunir. Sirvan, pues, estos ligeros apuntes de la vida y méritos del ínclito obispo de Coria don Pedro García de Galarza para enriquecer las páginas gloriosas de la historia del clero español; sirvan para despertar esos sentimientos elevados de caridad cristiana, de la verdadera caridad evangélica en todos los corazones; sirvan, en fin, á los que se honran en descender del preclaro linaje de Galarza, de estímulo y ejemplo para seguir con paso firme el sendero de la virtud, término de la verdadera nobleza y camino único de la felicidad absoluta.

JUAN DE DIOS MONTESINOS Y NEIRA.

LAS CACERIAS EN LA ARGELIA.

III.

EL CHACAL, EL CIERVO, EL ANTILOPE, LA GACELA.

El chacal de Africa se diferencia del de Asia y otros puntos, en que su pelo es pardo y el de aquellos amarillento; tiene manchas de este color en el lomo y blanquecinas en el vientre. La cola es leonada y todo él despide un olor semejante al de los perros en tiempos de tempestad, aunque mucho mas penetrante. Este animal, que algunos naturalistas consideran ser el perro en su estado primitivo, es de cortas dimensiones, pues rara vez las alcanza mayores que un perro regular; y mas bien que al género de los carniceros pertenece al de los omnívoros, pues vive, particularmente en Africa, á espensas de los jardineros, á los cuales roba sus frutas y legumbres; y de los pastores, siendo el enemigo mas temible de los ganados, despues del leon, al cual acompaña frecuentemente.

El chacal es muy parecido á la zorra, pero tiene la cabeza mas larga y esta guarda mayor analogía con la del lobo; es en suma, una ligera variedad entre el lobo y el perro, teniendo de este las costumbres y los hábitos. El chacal, no huye de las personas, si estas no le hostigan y jamás las ataca, aun cuando se encuentre con un niño.

Temen, ó por mejor decir, respetan á los perros; pero no les huyen, y en caso necesario luchan contra ellos, con ventaja, especialmente si son lebreles de los que los árabes se valen para cazar el chacal.

Este animal, cuya abundancia y crueldad es muy perjudicial á los árabes, duerme durante el dia, retirándose al centro de los bosques y mas generalmente á madrigueras, muy parecidas á las de los conejos pero mas profundas y en las cuales se guarecen en caso de ser perseguidos.

Otras veces se ocultan en grutas, cuevas ó huecos, segun lo que mayor seguridad les ofrece.

Su grito es lúgubre y muy parecido al ladrido de un perro, aunque mas corto y ronco.

Como los chacales discurren por los bosques y montes, en manadas que á veces pasan de treinta, sírveles ese grito, constantemente repetido durante sus escursiones nocturnas, para no alejarse mucho unos de otros y poder acudir con presteza á devorar la presa que cualquiera de ellos encuentra.

Cuando el hambre los acosa, confiando en su fuerza numérica y en su osadía, deponen la refinada astucia de que en muchas ocasiones dan inequívocas muestras, penetran en las habitaciones y á la vista de los árabes roban el alimento codiciado, llevándose lo que no pueden devorar en el acto.

El chacal, segun algunos naturalistas, se asemeja á la hiena, en que como ella, es muy aficionado á las carroñas y carnes corrompidas, por lo cual frecuenta los cementerios y desentierra los cadáveres para devorarlos.

Si alguna vez se observa esto en el chacal de Africa, se atribuye fundadamente á la falta absoluta de otro alimento cualquiera, á pesar de que segun queda dicho, es muy aficionado á las verduras y hortalizas.

Ademas, los chacales, por medio de su astucia, han encontrado un medio de facilitarse opíparos banquetes sin trabajo ni riesgo.

Desde los tiempos mas remotos vienen consignando los naturalistas que el leon marcha siempre ó casi siempre, seguido de un animalito cuyos frecuentes y lúgubres aullidos han servido en muchas ocasiones y sirven aun á los árabes para calcular la mayor ó menor proximidad del rey de los bosques. Ese animalito, segun despues se ha comprobado hasta la evidencia, es el chacal; solo que no siempre es uno y sí varios los que siguen al leon, con el único objeto de alimentarse con los desperdicios de aquel.

Los árabes llaman al chacal, *baueg*, y cuando le oyen encienden grandes hogueras y disparan algunos tiros para alejar de sus ganados al leon que generalmente camina á vanguardia del *baueg*. La astucia del chacal, es tan proverbial entre los árabes que con mucha frecuencia se les oye decir: «Astuto como un chacal.»

Merced á ese distintivo de su carácter, ha llegado á comprender el chacal que el botin que encuentra en sus escursiones en seguimiento del leon, podria conseguirlo por otros medios; y en efecto, sigue igualmente á la hiena que muchas veces mata por el placer de matar, dejando abandonados los cadáveres de sus víctimas á la voracidad de otros animales.

Las costumbres de los árabes se prestan tambien grandemente al buen éxito del sistema del chacal. Durante la noche pululan por la Argelia bandadas de seis ú ocho árabes, llamados merodeadores, cuya ocupacion consiste en aumentar sus ganados, robándolos de algun aduar mas ó menos distante del suyo, pero siempre lo suficiente para que el robado no sospeche el verdadero ladron.

Estos merodeadores, que se asemejan al chacal y á la hiena por su eterno apetito, se detienen frecuentemente, degüellan y asan alguno de los corderos que á tan bajo precio han adquirido y despues prosiguen su camino, dejando en el campo abundantes restos de su banquete.

El chacal marcha, pues, en seguimiento de estas bandas de merodeadores, detiénese cuando ellas se detienen; contempla sentado como un perro y á muy poca distancia de los árabes, los preparativos que hacen estos á la luz de una inmensa hoguera, en cuya brasa asan el cordero van á devorar, y que espera tranquilamente que los merodeadores se alejen para entregarse al placer de la glotonería.

Sin embargo, debemos hacerle justicia: el chacal, á pesar de su voracidad, dista mucho de ser egoista, pues tan luego como la suerte, la destreza ó la paciencia le deparan el codiciado alimento, repite su tétrico aullido, llamando á los demás animales de su especie para que participen de su festin.

Los árabes cazan el chacal durante la noche valiéndose de lebreles; y á veces en el dia; pero en ambos casos es preciso tapar antes las madrigueras donde puede guarecerse.

El chacal no está dotado de gran viveza; los ginetes y los perros lo alcanzan sin gran dificultad, pero es muy valiente y se defiende de los perros tan obstinadamente que estos le temen casi tanto como al jabalí. Los árabes prefieren sin embargo la caza del chacal; caza doblemente divertida, pues nunca falta la pieza y solo se rinde despues de dos ó tres horas de persecucion, amenizadas con encarnizadas luchas con los perros mas osados.

Cuando se verifica la caza de dia se hace en ojeo, á fin de levantar al chacal y hacerlo abandonar el bosque para ir á ocultarse en otro. En el momento en que desemboca en la llanura, suéltanse los lebreles y empieza la batida, alegre, bulliciosa y divertida como ninguna.

En suma, al proceder así no hacen los árabes otra cosa que imitar al chacal cuando caza liebres ó conejos.

Uno de ellos recorre el bosque, lanzando frecuentemente su medroso grito, que ahuyenta á los conejos y á las liebres y van á caer en las garras de los demás chacales que silenciosos é inmóviles están apostados á lo largo de la espesura, y ocultos en ella esperan la aparicion de algun fugitivo para cebarse en él.

El chacal de las montañas es mas osado que el de las llanuras y frecuentemente se les encuentra siguiendo los rebaños de carneros, en los cuales hacen bastante daño.

Algunas veces se ha observado á un chacal que oculto é inmóvil, espera durante veinte y cuatro horas, al lado de algun manantial, la aparicion de una bandada de perdices. Si contra sus cálculos se retarda esta, mas tiempo del que su estómago le permite continuar sin alimento, luego que llega la noche abandona el agujero donde se ocultaba, dirigese cautelosamente al aduar mas próximo, pasa como una sombra por encima de los dormidos perros, penetra en una tienda, apodérase de un corderillo ó de una gallina y desaparece con su presa, veloz como el pensamiento y favorecido por las tinieblas.

El *ciervo* de la Argelia es algo mas pequeño que el de Europa, su color mas oscuro y el pelo mas áspero, aunque varia algo, segun las estaciones, siendo mas oscuro y menos brillante en invierno.

Como el de Europa es inocente y apacible, de forma airosa, estatura proporcionada, flexible y nervioso. Tiene la cabeza armada de astas nudosas y que se renuevan anualmente; y á pesar de suligereza, estádo tado de una fuerza prodigiosa.

Cuando pierde sus astas ó cuernos, lo cual acontece en los primeros meses del año, se retira á los bosques mas solitarios y se establece en ellos hasta que vuelve á armarse su cabeza. Esto ocurre en agosto, en cuya época, sintiendo las impresiones del amor, abandonan sus guaridas y salen en busca de las ciervas, lanzando fuertes bramidos. Entonces andan inquietos y desasosegados, cruzan grandes llanuras y sufren accesos de cólera terribles, hasta encontrar las hembras.

En este caso, la cierva huye del macho, con prodigiosa rapidez; el ciervo instigado por el amor y usando de la gran velocidad de su carrera, á lo que contribuye lo nervioso de sus piernas, persigue á la fugitiva con la rapidez de una flecha, hasta que aquella, agotadas sus fuerzas, se reclina sobre el cesped y vencida, queda á merced de las caricias de su vencedor. Pero si en este momento aparece un tercero en discordia, un nuevo amante, ambos machos se miran con desconfianza, escarban la tierra, braman y concluyen por trabar una sangrienta lucha que termina con la muerte ó la fuga de uno de los adversarios. Los ciervos en esta época del año, se encuentran tan apasionados, que en las tres semanas que dura el celo quedan estenuados.

La cierva puede concebir y criar á los diez y ocho meses: la preñe dura ocho y rara vez nace uno: nunca tres.

El ciervo es muy aficionado á vivir en manadas; y solo se disemina en casos dados; esto es, cuando el temor ó la necesidad los separa; pues las ciervas se ocultan cuando se sienten próximas al parto.

El macho que crece y se robustece hasta los ocho años de edad, adquiere la facultad de engendrar á los dos años y por efecto de su desatentada propension al amor, está sujeto continuamente á alternativas de plenitud y demacracion, que sin embargo no influyen en su salud ni en la duracion de su vida, á causa de su vigorosa constitucion y enérgica naturaleza. La vida del ciervo no pasa jamás de cuarenta años.

Todos los naturalistas están acordes en que la cierva prefiere, durante la estacion de los amores, el macho viejo al jóven, por ser aquellos mas ardientes y vigorosos.

Los monteros llaman *estaquero*, al ciervo que tiene un año y empieza á echar los cuernos, *enodio* ó nuevo, al que cuenta tres, cuatro ó cinco años; de *diez candiles nuevos* al que ha entrado en el sesto año; de *diez candiles* al que tiene siete años, y *ciervo viejo* al de ocho, nueve ó diez.

El ciervo abunda en la Argelia, especialmente en las provincias de Constantina y en los distritos del Este de la misma llamados Bona, Calle y Zebessa.

En el de Bona habitan en las montañas de los benisalah, y uled-bechiah, cubiertas de magníficos bosques de encinas; en el de Calle se encuentran en las orillas de los lagos inmediatos al litoral, y en el de Zebessa, se han establecido en un bosque de pinos llamado por los árabes Ghib-Chueni (Bosque de los ladrones), enclavado entre las tres montañas de Venza, al Este; Bu-Kradera, al Sur, y Euelb al Oeste, en forma de triángulo.

El bosque es llano y muy apropósito para cazar el ciervo, y así lo hacen los árabes de las tribus de Mahat'ad y Uled-Sidi-Abid, con lebreles, hábilmente adiestrados, que cercan al animal y no le dejan salida alguna hasta que llega el cazador y lo derriba de un balazo.

Los árabes carecen completamente de traillas de perros, y para cazar los ciervos aprovechan la época del celo, aproximándose á ellos cautelosamente á favor de los lentiscos y de las retamas que abundan estraordinariamente y son grandes y espesas.

Durante el verano, los acechan igualmente, cazándolos á la espera, pues el ciervo suele bajar á comer la cebada y el trigo de las sementeras. En Borf-Ali-Bey, existia pocos años hace un árabe llamado Abdallah-Ladkar que por este medio ha dado muerte á mas de cien ciervos.

El *antílope*, llamada por los árabes *bagar-verch ó fechtar*, segun la provincia, es un animal que carece de dientes caninos, pero tiene lagrima'es y su cabeza está provista de dos astas, unidas por la base, pero que vistas de frente forman la figura de una lira. Estas astas son de diez y seis y diez y ocho pulgadas y se abren hasta quedar separadas por su estremo, de catorce á diez y seis pulgadas.

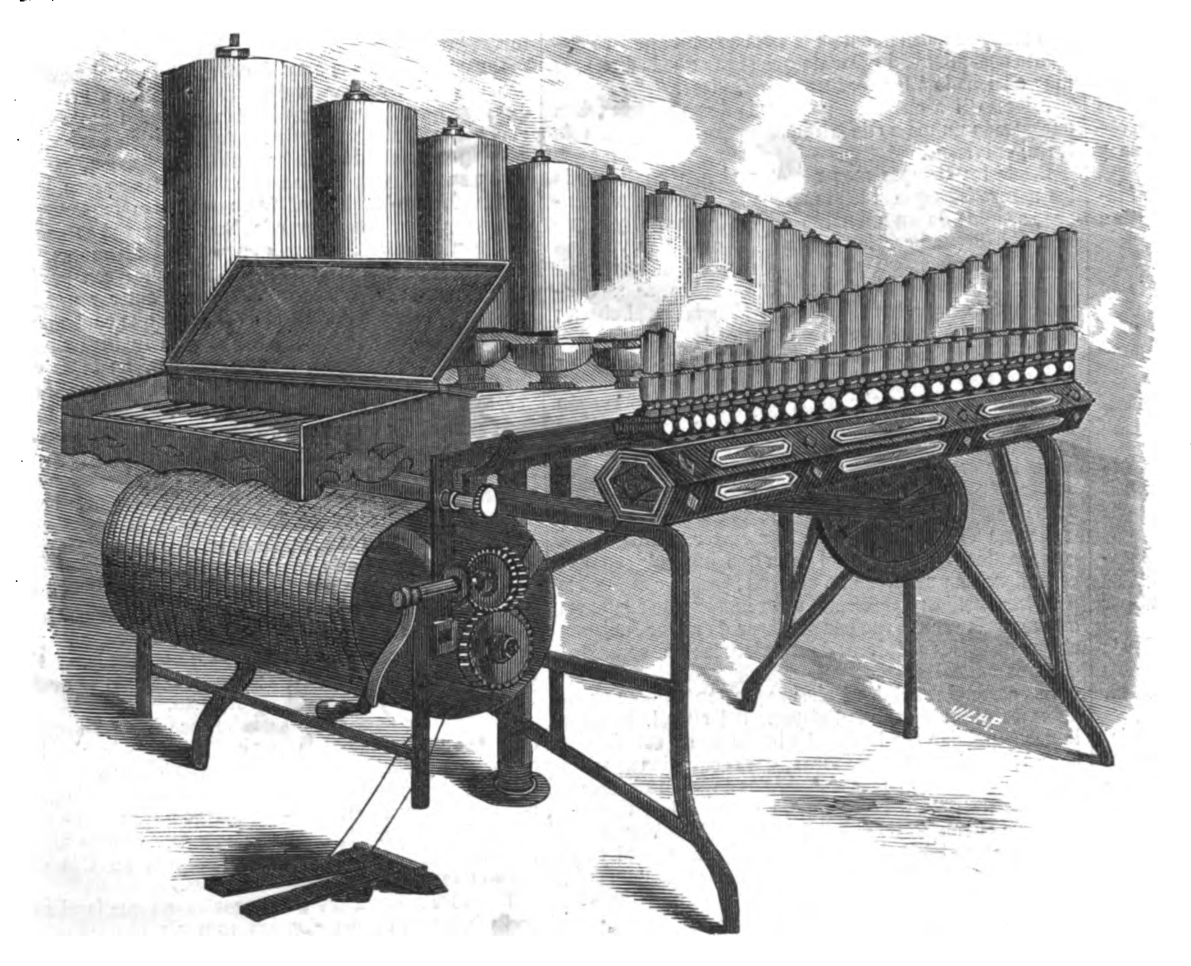
El antílope es de iguales dimensiones que el ciervo; tiene la talla esbelta y ligera; flexibles, nerviosas y elegantes las piernas; las orejas son largas y puntiagudas; carece de barbas y de crines.

La hembra se distingue del macho en que no tiene cuernos; nunca concibe mas de un hijo y la preñez dura nueve meses. Su piel es leonada por el lomo y blanca por el vientre.

La viveza y la rapidez del antílope son tales, que ningun perro, ni aun los galgos mas corredores pueden alcanzarlos, los caballos árabes las rinden dificilmente, y despues de una larga carrera.

Generalmente se encuentran en manadas de muchos centenares; durante la primavera, el estío y el otoño se los ve en las montañas que lindan con el desierto de Sahara, pero tan luego como llegan los frios del invierno bajan á los sitios arenosos, eligiendo siempre las llanuras abiertas.

El antílope desdeña á los perros y no se asusta de los



ORGANO DE VAPOR.

hombres aun cuando monten á caballo, si son en corto número. Antes por el contrario les salen al encuentro, precedidos de un macho que parece ser el jefe de la banda, y desfilan á treinta ó cuarenta varas de los ginetes.

Si estos van armados pueden dirigirlos una sola descarga, á causa de la suma viveza de que antes hemos hablado.

La cacería del antílope es positivamente la mas divertida de cuantas se hacen en la Argelia.

Cuando tratan de hacerlo, se reunen el mayor número posible de ginetes y cabalgan hasta ocultarse en alguna hondonada ó accidente del terreno, para no ser vistos antes de tiempo por los antílopes.

Al mismo tiempo marchan algunos esploradores á adquirir noticias de la banda, los cuales regresan poco despues manifestando el sitio donde aquella se guarece, si consta de muchas hembras preñadas, machos ó jóvenes.

Esto sabido, destácase una partida de cuarenta ó mas ginetes, los cuales dando un gran rodeo, marchan al escape de sus fogosos corceles árabes, á ocultarse en la guarida de los antílopes.

Llegado el momento oportuno, comienza la batida, y los cazadores, abiertos en una prolongada hilera, corren al encuentro de los antílopes, al trote primero, al galope despues y finalmente al escape, lanzando al par tremendos gritos.

A pesar de esta terrible persecucion, muy rara vez logran dar muerte á ninguno de aquellos animales antes de haber llegado al término de la batida. Los antílopes huyen, yendo los machos á retaguardia, como puesto de mas peligro. Por este medio se conserva el órden en sus apiñadas y rápidas filas, hasta que próximos ya á su guarida y cuando se creen á punto de librarse de sus perseguidores, ven aparecer, como salidos de las entrañas de la tierra, otros treinta ó cuarenta enemigos, que les salen al encuentro lanzando aullidos tremendos.

Las hembras y los antílopes jóvenes pierden entonces la cabeza y se desordenan á pesar de los esfuerzos de los machos.

La dispersion, sin embargo, no les libra del peligro; pues prevista por los perseguidores, han tenido cuidado de aproximarse con la misma velocidad pero formando un semicírculo que instantáneamente se cierra con los nuevos cazadores, y desde entonces unos y otros empiezan á hacer fuego sobre los azorados animales, dando la muerte á muchos; y esterminarian completamente la banda, si algun árabe, por descuido ó imprevision, no les dejase abierto espacio, por el cual huyen todos los antílopes que quedan con vida.

Para tomar parte en estas cacerías, es forzoso estar acostumbrado á manejar la escopeta á caballo y al cansancio que ocasionan tan largas carreras; pues cada cacería dura generalmente todo el dia, mas la mitad de la noche, que se invierte en la retirada.

La gacela, es de la misma talla que el antílope, muy parecida al ciervo, pero de formas mas elegantes y ligeras: su color es leonado en la parte superior y blanco en la inferior. Los cuernos de la gacela tienen la figura de una lira. Sus ojos tan dulces y hermosos, que los árabes para ponderar la belleza de sus queridas, las comparan á los ojos de la gacela.

Hay en Africa dos especies de estos animales.

Una que habita las regiones arenosas del Sahara; y otra que se encuentra en el distrito del Yell, en los puntos mas elevados y descubiertos siempre, pues la gacela, careciendo de fuerzas y valor para luchar con los animales feroces, está dotada de un instinto especial para evitar las sorpresas.

La gacela del Sahara es mas pequeña y color mas oscuro que la del Yell; y nómada como el antílope.

La otra rara vez se aleja mas de tres leguas de su morada habitual.

Distínguese la gacela de todos los animales feroces y rumiantes, en que duerme durante la noche y solo emprende sus escursiones á la luz del dia; al contrario completamente de aquellos que buscan el descanso en las selvas ó en sus guaridas durante el dia y marchan durante la noche en busca de víctimas con que saciar su apetito.

La gacela regresa á sus cuevas al oscurecer; y si la estacion es benigna se recuesta al lado de ellas, durmiendo toda la noche y durante las primeras horas de la mañana.

Los árabes cazan la gacela del mismo modo que el antílope, pero son muy pocos los machos que sucumben, porque gracias á su serenidad, á su arranque y á la estraordinaria rapidez de su carrera, logran romper el círculo formado por los cazadores y salvarse del peligro en que generalmente sucumben las hembras y las gacelas jóvenes.

En el distrito del Yell, usan los árabes de otro proceder. Ocúltanse algunos entre las malezas, teniendo cada cual un lebrel de gran fuerza y adiestrado en la caza: los demás árabes se alejan de aquel sitio y emprenden un estenso ojeo, procurando que las gacelas levantadas marchen en direccion á los árabes que las esperan ocultos. En el momento en que alguno de estos bellísimos animales pasan tranquilamente por sus inmediaciones sueltan el lebrel; y la gacela acometida traidoramente queda derribada y vencida antes de poder comprender de dónde parte el ataque ni quién es su acometedor.

Los árabes utilizan los escrementos de la gacela, despues de secarlos al sol, los reducen á fino polvo, el cual mezclan á su tabaco. Por este medio adquiere un sabor y despide un olor perfumado muy agradable.

En concepto de muchos naturalistas, esto es lo mejor que tienen las gacelas. Su carne es desagradable y nadie la come: por lo mismo opinan todos que es preferible verlas vivas por lo bellas é interesantes que son.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

ORGANO DE VAPOR.

En el Palacio de cristal en Londres hay en el dia un instrumento músico estraordinario que ha producido gran sensacion, y que en el doble sentido material y figurado de la palabra, puede decirse que está destinado á causar gran ruido. Este instrumento, invencion de un americano llamado Arturo Denny, tiene el nombre de Caliope y puede llamarse órgano de vapor. Se compone de un enrejado de hierro sobre el cual descansan dos cilindros: encima corre una serie de flautas de laton que corresponden á los cañones huecos de un órgano, pero que tienen grande analogía con el cañon ordinario de una locomotora. De una caldera en la parte inferior pasa el vapor á los cilindros y de estos á los cañones que producen los tonos, moviendo las lengüetas que están en relacion con los alambres huecos, sobre los cuales últimamente encaja un cilindro por medio de una llave ordinaria de piano ó de un tornillo. Este instrumento es el mas suavemente templado que puede hacerse, y ademas toca con una presion de cinco libras. El máximum de la presion para un órgano de iglesia era hasta ahora de cinco onzas. Lo especial de la invencion consiste en el hecho de que pueden construirse instrumentos de esta especie en los cuales la fuerza del vapor consienta elevar la presion hasta ciento veinte y cinco libras, haciendo que la fuerza de los tonos sea treinta veces mayor que la que se puede dar á la Caliope. El volúmen del sonido que con esta presion se produciria es tal, que se podria oir el instrumento á la distancia de doce millas inglesas ó sea de cerca de cuatro leguas españolas. La e tension de los tonos es casi ilimitada: puede creerse á veces que se oye el suave sonido de un organillo ó caja de música, y á veces puede la música ser tan poderosa que atruene una ciudad.

Las aplicaciones de este instrumento, al cual puede darse el tono y la fuerza que se quiera, son por lo mismo infinitas: puede usarse por un general para mandar por sus diversos toques á todo un ejército; puede servir para una ciudad en vez de las campanas, etc.

Presentamos en este número un grabado de este notable instrumento.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Tan contenta va una gallina con un pollo, como otra con ocho.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

HISTORIA

EL MUSEO UNIVERSAL.

MUSICA. DT. — CEPPUZ. GT.

NÚM. 6. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 5 DE FEBRERO DE 1860 Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—América y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVÍSTA DE LA SEMANA.

espues de la victoria del 23 se ha dado delante de Tetuan otra gran batalla, lo cual quiere decir, que el ejército español ha conseguido otra gran victoria. Sidi Ahmed, hermano del emperador, llegó el 30 del pasado al campamento marroquí y fue recibido con salvas y aclamaciones. Llevaba á Muley Abbas un refuerzo de ocho mil infantes y seiscientos caballos, y con él y con municiones nuevas, trataron los dos hermanos de probar otra vez la suerte de las armas.

El 31 acababa el general en jefe de enviar un parte al gobierno, noticiándole que á las diez de la mañana no ocurria novedad, á no tenerse por tal la presencia del gobernador de Gibraltar el dia anterior en el campamento, cuando recibió aviso de que el enemigo con fuerzas considerables descendia de sus posiciones y se presentaba en el valle, amenazando especialmente nuestra ala derecha. Inmediatamente se dieron las órdenes oportunas para salir á recibirle, colocándose la artillería de campaña en las posiciones convenientes. Empeñada la accion, los marroquíes mostraron su obstinacion y su valor acostumbrados, valor ciertamente digno de mejor causa. Formidables masas de caballería se adelantaron contra nuestros tiradores, pero los acertados disparos de nuestra artillería hicieron en ellas un destrozo tal, como no le habian esperimentado desde el principio de la campaña. Nuestros lanceros y cazadores persiguieron á los desbandados marroquíes hasta las alturas, de donde habian descendido, y los arrojaron al otro lado de sus cumbres. La accion duró desde las once de la mañana hasta las cinco y media de la tarde, y el enemigo tuvo en ella una pérdida que el general en jefe calcula en dos mil hombres.

La nuestra, segun el mismo general en jefe, no es superior á doscientos entre muertos y heridos.

No hay que decir que los jefes, oficiales y soldados se portaron como acostumbran. El general Prim, que siempre se ha distinguido en la vanguardia, debió de tomar parte muy notable en la accion á juzgar por los rumores que han circulado sobre algunos de sus detalles. Durante la ausencia del general Zavala, que por enfermedad ha tenido que regresar á la península y se halla ya en Madrid, el general Prim ha estado mandando el segundo cuerpo. No sabemos si ahora recibirá este mando en propiedad ó tomará el de las dos divisiones llamadas de reserva, la que ha estado hasta ahora á sus órdenes y la que manda el general Rios. De todos modos es probable que á los cuerpos que el general Prim conduzca á la victoria, se agreguen los voluntarios catalanes.

Las cuatro compañías de estos voluntarios se embarcaron el 26 en Barcelona para la costa de Andalucía, de donde serán trasladadas al campamento de Tetuan. Es imposible describir el entusiasmo con que el pueblo barcelonés victoreaba á aquellos valientes y á los del regimiento de Mallorca y Estremadura que van á derramar su sangre por la patria. El traje de los voluntarios, como verán nuestros lectores en el grabado que acompaña á este número, es esclusivamente catalan y tan holgado como elegante. Mientras duró el embarque, las músicas situadas en el anden tocaban himnos patrióticos, cuyos ecos se mezclaban con los vivas de la inmensa muchedumbre. Las autoridades y comisiones del ayuntamiento presenciaban tambien el acto, que se verificó con toda regularidad; y cuando el vapor emprendió su marcha, los vivas, las aclamaciones, los saludos que desde cubierta y desde la playa se cambiaban, duraron hasta que aquel se perdió de vista.

Aun queda á los valientes mucha gloria que recoger en Africa; mas por fortuna las grandes penalidades han pasado: el tiempo mejora en el campamento y la declaracion de puertos francos hecha en favor de Ceuta y Tetuan, ha hecho reinar en una y otra parte la abundancia. La ria de Tetuan, desierta cuando la bombardeó nuestra escuadra, presenta hoy el animado cuadro de una feria. Botes y chalupas de todas formas y dimensiones cargadas de víveres y efectos acuden de las vecinas playas de España y de Gibraltar. Sus dueños saltan en tierra y formando tiendas con us palos ys velas, esponen á la vista de los compradores sus objetos: gallinas, huevos, manteca, quesos, vino, frutas, legumbres. Solo los aguardientes se han prohibido como medida higiénica para conservar la salud del ejército.

Hemos mencionado la visita hecha al campamento por el gobernador de Gibraltar el dia 30. Por la mañana se presentó á la entrada del puerto una goleta de guerra inglesa y pidió permiso para fondear: concediósele, y saltando en tierra aquel funcionario, se presentó al general O'Donnell á quien manifestó el deseo de recorrer su campo. El general O'Donnell mandó facilitarle caballos para él y su comitiva, y designó al coronel Gurrea, gobernador del cuartel general, para acompañarlo. Esta designacion nos parece muy oportuna: á un gobernador otro gobernador. Por lo demás, el de Gibraltar limitándose á observar como inteligente las disposiciones militares, la artillería, la caballería y á hacer el debido elogio del continente de las tropas, no pronunció, segun parece, palabra alguna que indicase que llevaba al campamento mas objeto que el de satisfacer su curiosidad.

Creemos, sin embargo, que esta curiosidad, natural en cualquier oficial y en cualquier viajero, en el gobernador militar de una plaza vecina, que con razon ó sin ella se ha creido amenazada en su seguridad por los preparativos militares de España, tiene algo de estraordinaria; y asi debió pensarlo el mismo funcionario inglés cuando pidió permiso en Algeciras y en Tetuan, para fondear primero y para desembarcar despues. En circunstancias ordinarias y en los puertos amigos, sabido es que no hay necesidad de tales ceremonias para llegar y saltar en tierra: y esto prueba que el gobernador de Gibraltar sospechaba que su visita debia tener á nuestros ojos algo que la distinguiese de las demás. Debemos presumir desde luego que la hizo por mandato, ó á lo menos con autorizacion de su gobierno, al cual habrá enviado una relacion exacta de lo que ha visto y de las impresiones que ha esperimentado en su corto viaje.

Desembarcados ya el tren de sitio y el de ingenieros, y escarmentado el enemigo, hay quien cree que del 4 al 5 del corriente podrá comenzar el movimiento ofensivo contra Tetuan, cuyos habitantes parece que desean entregarse, si bien se hallan contenidos en su deseo por la gente de guerra, y sobre todo por la guardia negra, que se ha encerrado en la plaza. Lo pantanoso del terreno y la necesidad de crearlo todo, digámoslo asi, en el país, retrasarán á nuestro parecer algo mas de lo que se cree las operaciones. Se han llevado al campamento materiales para un ferro-carril desde la playa á la ciudad, proyecto muy importante y que acercará el puerto

á seis minutos de distancia de la plaza. Esto indica que despues de tomada, se piensa conservarla permanentemente.

El pensamiento de hacer ferro-carriles en Africa indica que la actividad constructora no ha disminuido en España. En efecto, se anuncian como próximas á abrirse varias vias férreas importantes, mientras que en las que se hallan en esplotacion se aumenta de una manera notable el movimiento. Los percances van siendo menores, merced á la vigilancia de las empresas: desearíamos sin embargo, que el gobierno obligase á aumentar la suya á la del ferro-carril de Alicante, que teniendo antes un guarda por cada dos kilómetros ha reducido este personal de tal modo que hoy tiene uno por cada seis. Tal vez con mayor vigilancia podrian evitarse catástrofes como la de Almansa, sobre la cual se forma causa. Y á propósito de esta causa se nos ha referido un hecho ocurrido no sabemos dónde, quizás en Rusia, que nos ha llamado la atencion. Dícese que en un camino de Rusia se habia levantado un carril y al pasar el tren por aquella parte descarriló y cayó. El juzgado ruso ha debido tener sus dudas sobre esto y para aclararlas nos dicen que se ha dado una providencia peregrina. Presentóse en la estacion mas próxima el alcalde con el juzgado y se mandó al jefe que hiciese levantar un carril y pasar un tren por aquel sitio con toda la velocidad del correo. Esta esperiencia tenia sin duda por objeto saber si se estrellaba ó no: si se estrellaba, era señal de que el otro habia podido estrellarse. El jefe de la estacion contestó, segun parece, que habia para el esperimento una pequeña dificultad, la de saber quién iria en la máquina en el momento de la prueba.

No queremos de modo alguno ofender la rectitud del juzgado ni del alcalde rusos, ni poner la mas pequeña traba á su legítima accion. ¿Pero es verdad que se ha dictado esta providencia? Si así es, se la recomendamos al juzgado de Almansa y al gobierno. ¡Qué cosas tienen los rusos!

Se ha estrenado la otra noche en el teatro de Oriente la ópera *I Masnadieri*, con éxito regular. En el Circo *Pecado venial*, comedia de don Emilio Alvarez, fue bien recibida del público. Está escrita con correccion, tiene bellos pensamientos y buenos versos: carece sin embargo de arte y abunda en inverosimilitudes: justo es decir á pesar de todo, que las bellezas preponderan sobre los defectos, ó lo que es lo mismo, que los unos son *pecados veniales* si se tienen en cuenta las otras.

En el Príncipe se ha puesto en escena *La Luna de hiel*, original del señor Coupigni, autor que se distingue por sus bellos toques satíricos. Su última produccion es una comedia de costumbres dedicada á pintar los inconvenientes de los matrimonios entre personas de edad desproporcionada. El público la aplaudió con justicia: el desempeño bueno por parte de Catalina y la Hijosa.

El teatro de Novedades parece que se encuentra en crisis. Lo sentimos.

En la Zarzuela *El Diablo las carga*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

AMOR DE MONJA.

I.

No vamos á escribir una leyenda del género á que pertenecen las de don Juan Tenorio y Lisardo el Estudiante.

No vamos á ocuparnos de una pasion romancesca, ardiente, impura, originaria de un drama horrible.

No por cierto: vamos á revelaros un amor puro, inmaterial, digno de una esposa del Señor, de una santa.

Vamos á presentaros en un breve espacio una vida entera de abnegacion, de dulzura, de caridad, de martirio.

Pero de un martirio nunca comprendido por la mártir: sufrido con la resignacion y con el placer con que las almas de los escogidos aceptan los trabajos de la virtud.

Debemos el conocimiento de esta dulce historia á una de esas mujeres, raras por desgracia, que son la personificacion de ese ser poético que se llama el *ángel del hogar*.

Perdonadnos, vosotros los apasionados por las emociones violentas: otro dia escribiremos un cuento tan dramático como sea necesario para complaceros.

II.

Una mañana muy fria y muy lluviosa, apenas una de las madres torneras del convento de... se habia puesto á servir el torno, cuando llamaron á él desde la parte de afuera de un modo desacostumbrado por lo fuerte, y aun si se quiere impaciente y descortés, lo que no impidió que la portera dijese con su característica dulzura y obedeciendo á la costumbre:

—A Dios sean dadas.

Es de advertir que el *Deo gratias* que debia, segun costumbre tambien, haber sido pronunciado por el de afuera, habia sido omitido.

—Ahí queda eso, dijo, alejándose, una voz áspera de mujer vieja.

Y la madre tornera dió la vuelta al torno.

Lo que el torno contenia era una cesta grande y usadísima, cubierta con un paño sucio.

La buena y pulcra madre cogió con las estremidades de los dedos aquel harapo, descubrió la cesta y miró.

Una súbita vergüenza, una espresion de repugnancia infinita, se dejaron ver instantáneamente en el rostro de la religiosa, y á seguida una conmiseracion profunda.

—¡Válgame Dios, dijo, y cómo nos tratan! ¿no podian haber llevado á otra parte á esta criatura?

En efecto, lo que la madre tornera habia visto dentro de la cesta, era una criatura recien-nacida, desnuda, desfallecida, sobre unos trapos tan sucios, tan repugnantes como el que cubria la cesta.

Ademas en la cesta habia un papel en que la madre tornera leyó lo siguiente:

—No está bautizada.

III.

La madre tornera, escandalizada de buena fe, se alegró mucho de que cuando aquella criatura habia sido endosada al convento, no hubiese nadie en el torno mas que ella, y cubriendo de nuevo la cesta, llamó á una lega para que sirviera momentáneamente el torno, y cargando no sin repugnancia con la cesta, y cubriéndola con su manto, furtivamente, pidiendo á Dios no encontrar á nadie en el camino, y que la niña no llorara, se embocó de rondon en la celda de la madre abadesa, se encerró con ella y la puso de manifiesto la cesta y su contenido.

IV.

La madre abadesa, doña Purificacion de la Santísima Trinidad, era una segundona de casa ilustre, pero no rica, á quien desgracias del corazon y de la familia, habian arrojado al claustro.

Era una señora de cuarenta y mas años, de salud débil, de virtud severa, pero de alma escesivamente impresionable.

Habia pasado bruscamente del mundo al claustro á los veinte y cinco años, y la superioridad de su talento y de su educacion, la habian hecho desde los primeros tiempos siguientes á su entrada en el convento, una eminencia respetada por toda la comunidad.

Sor Purificacion habia tenido al mismo tiempo suficiente tacto y suficiente paciencia para hacerse estimar de las otras sorores y de las madres.

(Digámoslo de una vez para todo nuestro relato: á una monja se la da el antenombre de sor hasta que cumple los cuarenta años: despues de cumplidos estos, se la llama madre).

La llegada de sor Purificacion á su año cuadragésimo, coincidió con el fallecimiento de la octogenaria abadesa, y la comunidad, al llamarla madre, la nombró su superiora.

Cuando la madre Purificacion, fue elevada á la altísima dignidad de jefe de aquella pequeña república religiosa, se encontraba sola en el mundo: todos sus parientes próximos habian muerto y no la habian dejado de herencia un solo real.

La pobre señora se consagró resignadamente al trabajo.

Esto es, á hacer dulces y flores.

V.

La madre tornera dijo lo poco que tenia que decir acerca de la llegada de la niña al convento, pero declamó mucho y se escandalizó otros dos tantos; á todo lo cual la abadesa que habia escuchado en silencio y pensativa, respondió:

—No podemos rechazar de la casa del Señor, esta niña que sin duda, Dios en su divina voluntad nos envia. ¡Una casa de espósitos...! ¡no! ¡no puede ser...! ¡yo veré...! ¡yo haré!

Y la abadesa mandó llamar á la otra madre tornera, á las madres sacristanas, y á la madre maestra de novicias y á las dos madres porteras, que con la una madre tornera y con ella, componian las dignidades, el capítulo, por decirlo asi, del convento.

Las sorores y las otras madres mas jóvenes no fueron avisadas, ni aun iniciadas por las razones de miramiento y aun de pudor, que eran de suponer atendido el caso y el carácter de las monjas.

De aquel capítulo, de aquella congregacion de ocho ángeles, resultó la determinacion siguiente:

Se consultaria á una junta compuesta del padre vicario y de los directores de la conciencia de las ocho madres deliberantes, si era posible la adopcion de aquella niña, y de una manera colectiva por la comunidad.

Dado caso de que aquella adopcion fuese posible, la niña recibiria en el bautismo el nombre de la advocacion del convento.

La niña se lactaría y seria atendida en todo, por igual, entre todas las monjas.

Una vez terminada la lactancia de la niña, la madre abadesa se encargaria de su crianza y de su educacion.

VI.

Congregados á instancia de las buenas madres el vicario y los ocho confesores, declararon en el locutorio, mientras devoraban escelentes dulces, que dado caso de que no se reclamase por sus padres la criatura y con las licencias necesarias, la niña podia ser adoptada por la comunidad.

VII.

Procedióse á lo mas urgente.

Al bautismo.

La niña fue entregada con gran misterio y sin que nadie mas que las madres graves tuviesen conocimiento del asunto, al padre vicario.

Este se llevó la niña á su casa, y una sobrina suya casada la proveyó de ropas por cuenta de la monjas.

Despues se bautizó á la niña y se la puso por nombre, María de la Asuncion de los Santos Reyes.

La Virgen de la Asuncion era la titular del convento, y era dia de Reyes el en que fue puesta en el torno la pequeña María.

VIII.

Nadie reclamó por hija suya á la niña.

Se obtuvieron cuantas licencias fueron necesarias.

La abadesa reunió á la comunidad entera, y en una esposicion breve, clara, sentida, la participó cuanto era referente á la niña y á la determinacion que habia tomado creyendo adivinar los sentimientos caritativos de la comunidad.

—Pero, añadió levantando su melancólico y pálido semblante, en cuya mirada brillaba algo divino: en otro caso, yo sola adoptaré á esa criatura que Dios nos envia.

Las madres, las sorores, y aun las novicias, para cuando fueran monjas, se adhirieron con las lágrimas en los ojos á la determinacion de la abadesa, se obligaron á todo lo que se obliga quien adopta á una criatura y fueron en masa y con el corazon agitado por algo que se parecia al ardiente amor de las madres, al locutorio grande, donde poco despues se presentó el padre vicario con su sobrina y con una robusta ama de cria que llevaba en brazos y vestida hasta con lujo á la niña.

María de la Asuncion fue introducida en la parte de adentro del locutorio por el tornillo, y una tras otra, todas aquellas buenas madres, sorores y niñas, hasta las educandillas, la dieron en la rosada boca el beso de amor y paz.

Desde entoces María de la Asuncion fue la hija adoptiva de una veintena de vírgenes.

IX.

Pasaron diez y ocho años.

Asuncion era una mujer formada.

Si escribiéramos un cuento, os diríamos que Asuncion era hermosísima.

La supondríamos todos los atractivos de la forma, para hacérosla mas simpática.

Pero relatamos una historia muy sencilla y no queremos adulterarla con una falsedad.

Asuncion era fea.

Pero con una fealdad que solo consistia en la irregularidad, en la vulgaridad de las formas de su semblante, en la pequeñez de sus ojos fuertemente azules, en la pobreza de sus cabellos castaños y lacios, en lo deprimido de su estrecha frente: sin embargo aquella frente era serena, tersa; aquellos ojos tímidos y dulces; aquella boca un poco grande de labios algo gruesos, sonreia, con gracia, con languidez, dejando ver algo de triste de melancólico tras aquella sonrisa; al sonreirse, mostraba una dentadura admirable y exalaba un leve suspiro, aliento puro de un alma apasionada, candorosa, casta.

Era, pues, la fealdad del semblante de Asuncion, mas que fealdad, la carencia de rasgos provocadores del deseo: pero si esto no existia, en cambio la espresion de aquel semblante era perfectamente simpática por su dulzura, por su languidez, por el sufrimiento recóndito, mas que sufrido, ignorado que en él se revelaban.

Por lo demás y de la barba abajo, Asuncion era una criatura de formas completamente atractivas, mórvidas turgentes, castamente veladas por las ropas, pero que á pesar de ellas se dejaban conocer.

Era alta, esbelta, dotada de suma gentileza, sin pretensiones, encubierta por la ancha y suelta plegadura de su hábito de novicia.

Porque la hija adoptiva del convento, no podia ser otra cosa que monja.

X.

Asuncion, por instinto, por temperamento, era escesivamente contemplativa.

Su imaginacion viva, ardiente, soñadora, revestia pa-

ra ella los objetos reales de un no sé qué fantástico, vago, indefinido.

Ella no se encontraba nunca mejor, que cuando vagaba lenta, pensativa, como una sombra, por los estensos y desiertos claustros góticos del convento, por sus crugías lóbregas, por su sonoro salon de *De profundis*: todos aquellos santos, vírgenes, mártires, y cenobitas, místicos productos del arte cristiano, con su espiritualismo, su aspecto sombrío, sus semblantes demacrados y sus hábitos severos, eran para ella seres vivos: habian sido los compañeros de sus horas de soledad desde que habia podido comparar, analizar, sentir: ella les contaba sin querer contárselo, de una manera espontánea, sus deseos, sus sueños, sus amores.

¿Y cuáles eran los deseos, los sueños, los amores de Asuncion?

El mundo para ella era completamente ignorado.

Ella no conocia otra vida que la vida del claustro.

Levantarse con sueño antes del dia, asear la celda, levantar á las educandas pequeñas, lavarlas apurando la dulzura para vencer su rebelde resistencia al agua fria, darlas un beso suspirante, prepararlas el almuerzo y ponerlas á la costura.

Despues el coro.

Tras el coro, la leccion de leer y escribir á las educandas: de catecismo, de gramática.

Luego la confeccion de confituras, de flores, de escapularios.

Las lecturas piadosas, las terribles leyendas de tentaciones del diablo á los santos, de milagros, de apariciones, de condenaciones: toda esta balumba fantástica y sombría allí en la estensa celda de la abadesa, á la luz turbia de un velon, y muchas veces al ruido monótono del aguacero, al largo y gemidor zumbido del viento en las noches del invierno.

A las doce, al travesar con una lamparilla en la mano largas crugías medrosas para asistir al coro á maitines, la luz haciendo aparecer á su paso á un lado y otro sobre las pardas paredes, á aquellos santos, á aquellas vírgenes, á aquellos ermitaños, sus amigos, que parecian moverse dentro de sus marcos negros, como para saludarla; sentir despues lo infinito en las sombras del templo, que se veia al través de la espesa verja del coro, con la espirante lámpara suspendida delante del altar del presbiterio; el grave y triste sonido del órgano, que exhalaba las sencillas y grandilocuentes notas del canto llano: el rechinar del facistol al hacerle girar las coristas que unian su voz nasal á la salmodia lanzada por el órgano; el rezo monótono de las monjas sepultadas en la profundidad de las sillas del coro, como cadáveres amortajados que se alcanzasen á ver en el fondo de sepulcros entreabiertos; sentir todo esto con un sentimiento misticamente poético; fingirse un mundo material, un mas allá de la vida, en relacion con la manera de sentir estas impresiones: pasar allí, en el coro, tres horas, y luego ir á reposar un corto espacio, entregada á un sueño en que todas las leyendas, todas las impresiones, todas las aspiraciones de aquella alma escepcional por lo escepcional de su educacion, tomaban actividad, se traducian en seres, que hablaban, que gemian, que lloraban, que cantaban; en un mundo aparte que ella no podia describir, y que si ella hubiera podido describirlo nadie hubiera podido comprender.

Para Asuncion, todos los dias de su vida habian sido iguales: nublados ó claros, cortos ó largos, ardientes ó frios; pero cuyo paso habia sido lento; cuyo espacio se habia llenado con unas mismas ocupaciones, con unos mismos pensamientos, con unas mismas necesidades.

El círlulo dentro del cual se desenvolvia la actividad del alma de Asuncion, era muy estrecho.

Cuanto era posible se estendiese dentro del recinto del claustro, fuera del cual nada conocia Asuncion.

El mundo esterno que estaba en contacto con ella se reducia á muy pocos seres, y aun estos completamente asimilados á la manera de ser del convento.

Y estos seres eran siempre los mismos y decian siempre una misma cosa.

El vicario, los confesores, el médico, el capellan, el andadero, el monaguillo, he aquí las únicas personas de fuera del claustro que conocia Asuncion.

Asuncion no tenia familia.

No sabia tampoco que existiera la familia.

Si retrocedia á sus primeros recuerdos, aquellos recuerdos no pasaban del convento.

Ni ella sabia de dónde procedia, ni nadie se lo habia dicho.

Es cierto que las educandas hablaban de su padre, de su madre.

Pero Asuncion en su candidez oia aquello sin comprenderlo, y en la inocencia de su alma para todo lo que no fuese su convento, jamás habia preguntado acerca de ello.

Las monjas por una caridad delicada, amorosa, no la habian revelado como habia sido llevada al convento, ni que habia sido adoptada por la comunidad.

E la vivia sin comprender la vida.

Ella amaba sin comprender el amor.

XI.

El amor ardiente apasionado, pero satisfecho y tranquilo de Asuncion, por el tiempo en que contaba diez y ocho años, y estaba próxima á su profesion; era la madre abadesa.

Las contrariedades, las penas, las desgracias, mantenidas vivas y dolorosas por los recuerdos, las dolencias y los años, habian postrado á la madre Purificacion.

Una dolencia terrible, contagiosa, pero cuyo contagio solo era incómodo y repugnante, se habia apoderado de la infeliz.

Aquella dolencia la habia reducido á un doloroso aislamiento.

Las monjas escusaban cuanto podian el acercarse á ella, entraban poco en la celda, y aun las legas y las sirvientas, no podian disimular su repugnancia y su adversion á servirla.

Solo Asuncion, el ángel del sufrimiento y de la caridad, asistia á la anciana, la movia, la manoseaba, la besaba, velaba los breves momentos de su descanso, sufria sin quejarse, sin sentimiento, las consecuencias de su caridad, á que ella no daba valor alguno, y todos los dias, al amanecer despues de una noche de cuidados por su *niña*, que asi llamaba á la abadesa, iba á arrodillarse en el estremo de una galería á los piés de un cuadro gigantesco y conmovedor.

Aquel cuadro era una copia de la Santa Isabel representada por Murillo curando á un leproso.

Asuncion mantenia siempre flores, ya frescas, ya contrahechas en el cuadro de Santa Isabel.

El amor, pues, entero, ardiente, inmenso de Asuncion, era la pobre, la desdichada, la doliente madre abadesa.

Por su parte la madre Purificacion decia con suma frecuencia á su confesor:

—Dios me premia la adopcion de este ángel: Dios le ha enviado para mi consuelo: ¿sino fuera por ella, qué seria de mí?

XII.

Pero llegó el dia en que debia dejar de ser aquella mártir.

Mejor dicho: el dia en que aquella mártir, debia dejar de sufrir.

Antes de morir otorgó su testamento en favor de Asuncion.

—Que se vendan, dijo, todas mis imágenes, todos mis muebles, todos mis libros: que con lo que resulte se pague el dote de Asuncion. Quiero que sea de velo negro, y si la comunidad la pagase el dote se veria relegada á ser toda su vida de velo blanco.

Las monjas de velo blanco, son legas.

No pueden aspirar á ningun cargo.

Y es que tambien en los conventos hay nobleza y plebe.

Seres que pueden aspirar á dignidades y seres desheredados.

Ciudadanos é ilotas.

Tambien los dedos de la mano son desiguales.

Es una ley inmutable de la naturaleza que lo fuerte prevalezca á costa de lo débil.

Adelante.

XIII.

La madre Purificacion murió entre los brazos de Asuncion.

Asuncion no lloró, pero se asombró, se aterró: era la primera vez que veia la muerte, y la veia en el único ser á quien habia amado.

Una poderosa escitacion nerviosa la postró y se temió por su vida.

Cuando recobró la salud, pero sin recobrar el leve matiz rosado de su semblante blanquisimo, no lloró tampoco; pero dejó de sonreir, se estendió sobre su semblante una especie de lúgubre tristeza, y se aisló cuanto podia aislarse.

Habia sido herida de muerte en el alma.

Su educacion puramente mística, puramente espiritual, habia desarrollado en ella una sensibilidad estremada.

Cuando no la encontraban en su celda, cuando la buscaban sin hallarla por todo el convento, ya se sabia donde estaba.

Allá, en un ángulo oscuro y tenebroso del panteon del convento, estaba Asuncion sentada en el suelo húmedo, con las manos cruzadas abarcándose las rodillas, con la cabeza inclinada llorando en silencio, y rezando en voz leve, como para no turbar el sueño de muerte de la que reposaba en un nicho inmediato.

Las monjas que llegaban de puntillas, y observaban asomando la cabeza á la puerta del panteon, aquel dolor que no se amenguaba, que nunca era ni mas ni menos; aquel amor que la viva conservaba á la muerta, se retiraban tambien de puntillas sin atreverse á profanar aquel dolor sorprendiéndole.

Cuando Asuncion concluia sus rezos, se erguia, y, de rodillas, besaba la tabla negra que cerraba el nicho de la difunta abadesa.

—Adios, madre, decia; hasta mañana.

Y se alzaba y dejaba en paso lento y como penoso el panteon.

Cuando salia á la luz, sus lágrimas se habian secado.

Solo quedaba en su semblante su dulce y lánguida tristeza.

Y era lógico, necesario, justo, aun considerado desde el punto de vista del egoismo, el amor y el dolor de Asuncion por la muerta.

Ella sola la habia amado como Asuncion necesitaba ser amada.

Al morir la madre Purificacion, la pobre niña se habia quedado sola en el mundo, porque se habia quedado sin afectos.

Un vacio horrible se habia abierto en su alma.

Necesitaba espansion, y no podia encontrarla en una tumba.

(*Se concluirá.*)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

PINTURA DE RETABLOS EN EL SIGLO XIV.

NOTICIA DE UN DESCONOCIDO PINTOR ESPAÑOL DE AQUELLA ÉPOCA.

Los artistas de la edad media nos legaron producciones incomparables, pero tan modestos como hábiles, no cuidaron de consignar sus nombres para que los celebrase la posteridad. Entonces el maestro se eclipsaba en su obra: mientras ella saliese bien, poco importaba quién la hubiese ejecutado. Trabajábase con fe, por amor al arte, por estímulo religioso ó por interés procomunal: una corporacion era la que erigia monumentos y altares; un pueblo en masa el que edificaba catedrales y santuarios. Solo en aquel tiempo pudo un Angélico de Fiésole, religioso beatificado, ser pintor, y pintor sublime, á impulsos de una inspiracion santa, directamente emanada del cielo. Mientras de épocas lejanas han llegado á nosotros los nombres de muchos profesores de mas ó menos valía, permanecen ignorados los de aquellos que desde Bizancio á Roma, y desde Italia hasta los confines asiáticos, sostuvieron las glorias del arte durante ocho ó diez siglos, llenando el mundo de creaciones las mas ingeniosas, y con frecuencia de obras maestras.

Hace tiempo se ha rectificado el concepto de los que calificaban de bárbaras las producciones aludidas, llamándolas *góticas*, sin duda para mayor desaire; mas una apreciacion juiciosa de las leyes estéticas, ha hecho ver cuánto gusto y severidad de estilo, unidos á un conocimiento bastante certero de los principios científicos y á un sentimiento doblemente inspirado por la poesía y la religion, campean generalmente, no solo en las obras artísticas, sino aun en los simples artefactos de aquel tiempo, que son con justa razon el orgullo de sus posesores y la mejor gala de los museos.

Nosotros, que para decirlo francamente, les tenemos una aficion decidida, cogemos gustosos cuantas ocasiones se nos deparan de ponerlas en debido relieve, y de contribuir en lo necesario á su vindicacion, mayormente si se contraen á nuestro pais, donde tantas, y á menudo tan mal apreciadas son todavía.

Ya en el número segundo de este periódico, dimos copia de una tabla que en su género consideramos una especialidad para fijar la historia del renacimiento del arte en España. Hoy, sobre la satisfaccion de poder aducir otra pintura que antecede á la dicha de un siglo, tenemos la de publicar el nombre de un artista hasta aquí desconocido, autor probable de la misma, y de dar á luz unos documentos que suministran no pocos datos con relacion al estado de las bellas artes españolas en el siglo XIV.

Es la tabla, fragmento de un altar del 1400 que existia en cierta iglesia del territorio de Barcelona. Representa á San Lorenzo antes de ser diácono, curando á varios niños que le son presentados por sus padres, ó bien confirmándolos á puerta cerrada durante la persecucion de Valeriano. Prescindiendo de la composicion que es asaz graciosa, y de la uncion retratada en los semblantes, los trajes tienen mucho que observar, siendo rarísimo y original el del mismo santo y el de la dama hincada á sus piés, cuya exactitud nos garantiza, describiéndolos en la propia forma, una ley santuaria del municipio barcelonés, de la época de esta pintura, que obra en nuestro poder.

Quién fuese su autor no consta por ellla, pues los pintores de entonces no solian firmar sus obras, pero sin inverosimilitud pudo atribuirse á un artista barcelonés de alguna nota, que florecia en los últimos años del siglo XIV y principios del XV, á tenor de los documentos de que llevamos hecho mérito y que pasamos á detallar.

Son cuatro escrituras de ajuste recibidas por ante un solo notario, en las fechas de 20 enero 1396, 7 junio 1401, 27 agosto 1404 y 21 noviembre 1410, donde por varios particulares se contrata con el maestro *Luis Borrassa*, ciudadano de Barcelona, la obra de pintar y dorar varios retablos, á saber: uno para la iglesia de San Juan de Valls, obispado de Tarragona, otro para la ciudad de Burgos, en Castilla, otro para San

Salvador de Guardiola, obispado de Vich, y uno para San Antonio de Manresa. La escritura referente á este último, que aparece mas detallada, dice así:

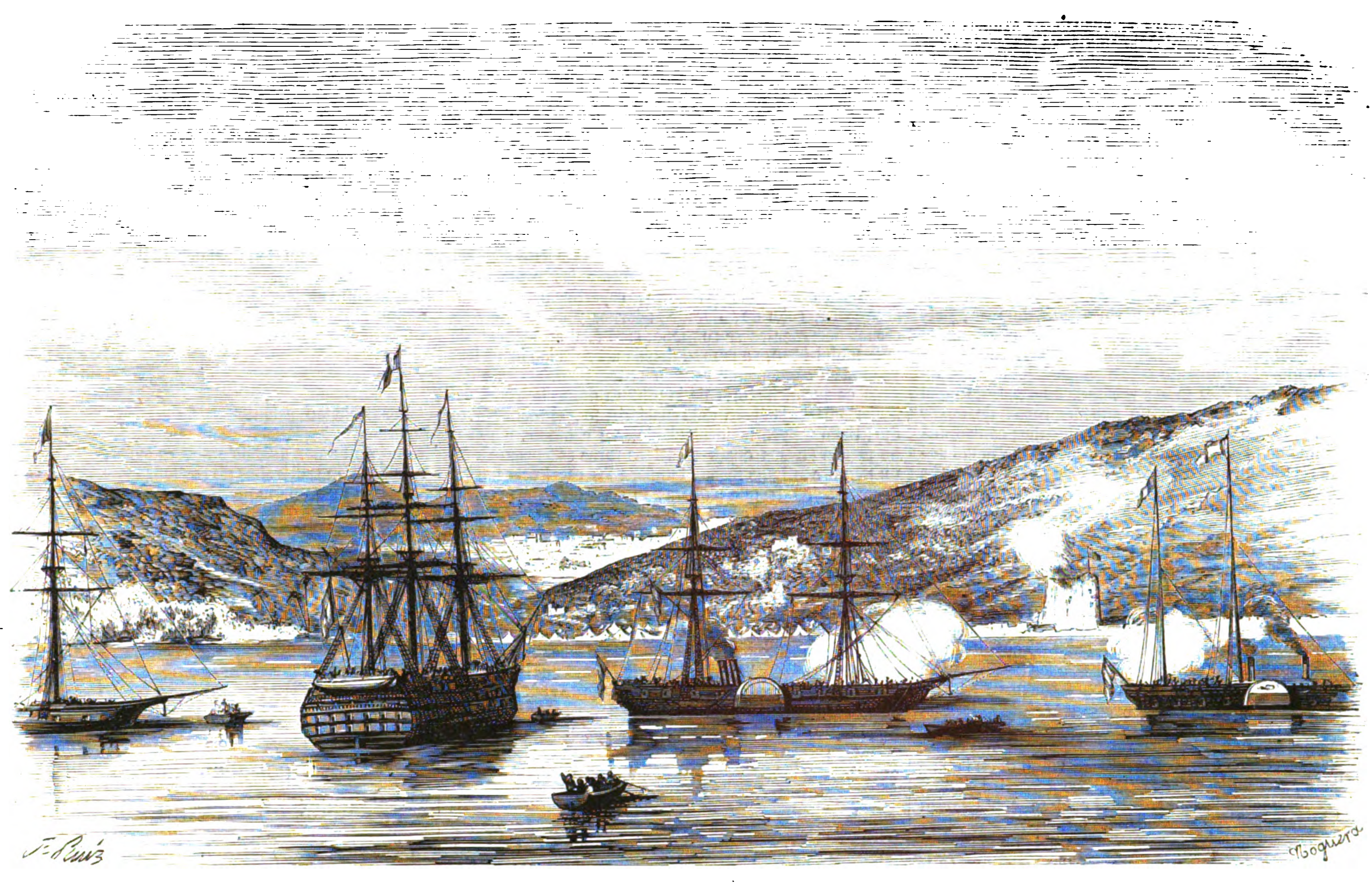
«En nombre de Dios sea, amén.» Sobre el retablo hacedero por en Luis Borrassa, pintor y ciudadano de Barcelona, para el altar de San Antonio constituido en la iglesia de la ciudad de Manresa, han sido hechos, acordados y convenidos entre los honrados en G. Desglayales, y P. de Torroella, y Martin de Rojas, y Francisco de Asis Benetes, cofrades de la cofradía del dicho San Antonio, todos de la ciudad de Manresa de una parte, y el dicho Luis Borrassa de la otra, los capítulos siguientes: 1.º Luis Borrassa conviene en pintar el consabi o retablo que está ya labrado de madera, en poder suyo, y hacer y pintar en él las historias segun y en la forma que se hallan consignadas y puestas en la vida del santo, y á tenor de lo que se le dirá por escrito en un pliego de papel; cuyo retablo promete dorar de oro fino de Florencia, y los colores de que vestirá las dichas historias sean de azur bueno y fino de Acre, y de otras colores buenas, y el guardapolvo de plata corlada, ó de azur de Alemania y de otras buenas y finas colores, segun se acostumbran hacer semejantes guardapolvos; empero si los cofrades arriba nombrados ó mossen el prior de los frailes de los Sacos y el discreto en Benito Bojons presbítero, querrán elegir ó variar algunas historias, que ellos lo puedan hacer dentro el término de dos meses. Iten, el dicho Luis sea tenido y haya hacer las encarnaduras (encarnaments) así como caras, manos y piés que aparezcan desnudos, todos de su mano. Iten, cuando esté concluido dicho retablo, deba él trasladarse á Manresa para colocarlo y montarlo, á costa y espensas de los cofrades. Iten, en toda historia donde San Antonio aparezca como abad, deberá vestir capa imitando brocado (qui reta drap daur) matizada de azur de Acre y estofada (picade). Iten, en las historias donde se represente rey, vaya igualmente vestido de paño de oro. Iten en todas otras vestiduras en que deban figurarse ramajes y perfiles (brots e perfills) de oro, que este sea fino, conforme queda dicho arriba. Iten, quede obligado á toda reparacion del retablo despues de colocado, ya sea por efecto de mala preparacion del yeso (mal enguixar) ó de colores cuarteados (qui s'abeladasen) ó por desperfectos (fenadures) causados por su culpa, y á ello esté tenido hasta dos años despues de la colocacion. Iten, se obliga á tener listo (splaguat) y puesto en su sitio dicho retablo dentro el plazo de un año, á contar desde el dia de Navidad próximo venidero. Empero y ademas, tenga que hacer los diablos de diversos colores, que no sean todos negros, antes los haya colorados y verdes y de otras finas colores. Y conviene en que



SAN LORENZO CURANDO Á VARIOS NIÑOS. (TABLA DEL SIGLO XIV.)

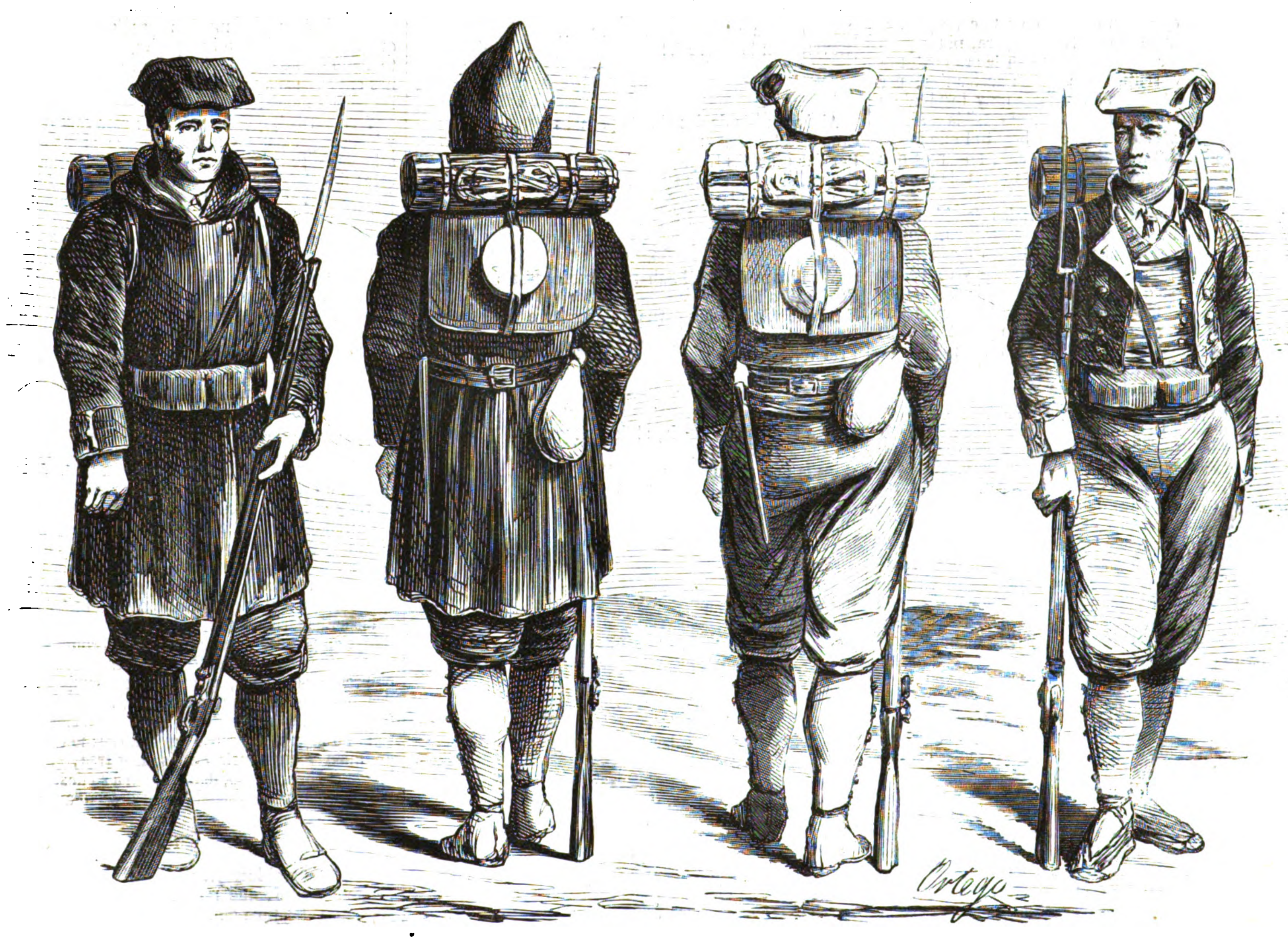
las cosas susodichas tendrá perfectas y acabadas dentro el mencionado tiempo, primeramente bajo pena de cincuenta libras barcelonesas, obligando á ello sus bienes, y jurándolo por Nuestro Señor y los santos cuatro Evangelios. Los dichos cofrades prometen por precio de todas estas cosas 294 florines de oro de Aragon, pagando ahora de presente 50, cuando el retablo estará á punto de dorar 150 y lo restante cuando quede concluido y colocado en la capilla. Iten, dice el espresado Luis que no se acostumbran hacer las vestiduras de reyes, ni capas, ni ramajes, ni perfiles, sino de oro mediado (partit), pero todos los campos, arquitos y demás que haya, de oro fino, y los vestidos se hacen de oro mediado. Iten, quede obligado, si despues de hecho el retablo resultase por culpa suya discrepancia entre la ejecucion de las historias y las instrucciones que se le darán por escrito, á pagar el detrimento á juicio (conexer) de otro por suyo menestral. Iten, de los precedentes capítulos se librarán tantas copias (cartes) cuantas se pidieren por los interesados. Et ideo nos dicto partes laudantes, etc, etc.»

En las demás escrituras se leen algunas otras particularidades; así, la del año 1396 dice que el retablo ha de constar de tres tablas, *bancal* y guardapolvo de álamo blanco (alber blanch) con anchura de once palmos de cana de Barcelona y elevacion de diez y seis, debiendo la tabla del centro superar á las laterales. El pintor tiene obligacion de *encolar*, *entrapar* y *enyesar* el retablo de *yeso grueso* y de *yeso fino*, y entre otros buenos colores promete emplear el carmin. El destinado para el altar mayor de la parroquia de Guardiola (escritura de 1404) tiene diez y seis palmos de ancho y quince de alto, incluso tabernáculo y bancal, su remate es redondeado, formando bóveda y se divide en tres compartimentos con columnas espirales (redortas) en el centro y alrededor. En la division central se pintará el Divino Salvador sentado en *sede majestatis* y rodeado de los símbolos evangélicos; encima estará la historia del Crucifijo con las Tres Marías, San Juan y judíos armados segun la historia requiere. La division de la derecha contendrá dos cuadros, la Transfiguracion y la Cena, y la de la izquierda otros dos, la Prision del huerto y el Señor resucitado apareciéndose á la Magdalena. En el bancal habrá otras tres historias, á saber, á un lado la Ascension de Jesucristo y la *Passio imáginis*, ó sea cuando los judíos azotaron á la imágen del Señor (com los jueus boteran la image del Cruciffix, e daguela image isqué gran *multitud* de sanch), y al otro el juicio universal, y la repisa de la puerta comprendida en toda la estension del bancal, poniéndole algunos colores y follages ú otro adorno *que esté gentilmente*. Se cubrirán



VISTA DE LA RIA DE TETUAN.

de oro fino las columnillas, los arquitos, las diademas y la parte de campos que fuese necesaria, así como el tabernáculo en sus tres fases, cuyo interior será de bermellon realzado con arabescos. Ademas promete el pintor que en cada cuadro hará una imágen ó figura de azur de Acre, fino y bueno, y las demás de buen carmín y de diversos colores delicados, segun en otros bellos retablos se acostumbra. El destinado á Burgos (escritura de 1401), es encargo del señor García Ruiz, mercader



VOLUNTARIOS CATALANES.

de aquella ciudad, quien sobre otras condiciones análogas exige que al guardapolvo se añadan sus armas, esto es, una estrella de oro, debajo una luna de plata, en escudo de campo azur surmontado por una cruz roja. El precio de ajuste de las tres obras es respectivamente de 60, 70 y 80 florines de oro de Aragon, con el bien entendido de que en el menor se comprende el coste de la madera, y para su conclusion se señalan de término respecto á la primera dos meses, respecto á la segunda tres y medio, y relativamente á la tercera á nueve.

De todo lo dicho pueden argüirse varias consecuencias. En primer lugar es notable la liberalidad con que se recompensan los trabajos del artista. El florin de oro de Aragon valia once libras barcelonesas, segun consigna otra de las mismas escrituras, representando por consiguiente la suma de 117 reales 33 céntimos. El retablo de menos precio es de 60 florines, y el de mas, 294, esto es, 7,040 reales el primero, y 34,496 el segundo. Como aquel podia concluirse en dos meses, pues tal es el plazo que el documento señala, suponiendo que el artista en los otros diez meses recibiese encargos de igual cuantía, tenemos que en un año era capaz de ganar 42,000 reales, ó 38,000 por término medio; comparada esta suma con los 34,000 reales y pico, precio del segundo retablo que precisamente en poco mas de un año debia ser entregado y colocado. Verdad es que se ha de rebajar el importe de oro y colores, en aquella época no corto, pero debe observarse que el pintor tendria su buena clientela, que aquí tratamos de encargos recibidos por un solo conducto, que regularmente desempeñaria á un tiempo diversos trabajos ayudado de sus mancebos, pues la recomendacion que se le hace de ejecutar por sí rostros y manos, prueba que para lo restante se valia de auxiliares, y por fin, que amén de la pintura de retablos contaria con los demas renglones propios de su profesion, como decoraciones, iluminaciones, pintura mural y nobiliaria, dibujos ó modelos para la industria, cuando no retratos y miniaturas. Añadamos que atendida la diferencia de los valores monetarios, 40,000 reales en el siglo XIV equivalian á mas de 100,000 en la actualidad, y resultará por lo que hace á nuestro pintor, un beneficio asaz decente con el cual se contentarian hoy sin duda las mayores celebridades.

De aquí resulta asimismo la consideracion que gozaria Borrasa como artista. En efecto, el profesor que gana tan crecido caudal recibiendo encargos hasta de Burgos, siendo así que castellanos y catalanes no andaban á la sazon muy avenidos, y prescindiendo de que Castilla tenia buenos maestros (García, Francés, Alfonso Martinez etc.) apuradamente no seria un pintor de brocha gorda, y ya se desprende de nuestros documentos, que las encarnaciones, esto es, lo mas difícil del arte, se reservaban á su mano. Ahora bien, cualquiera que esté familiarizado con las pinturas de la edad media sabe cuánto primor de ejecucion ofrecen en este concepto llegando á veces á competir con la miniatura, ni tampoco ignora que su mayor mérito consiste en la gran naturalidad, espresion y sentimiento de las fisonomías, por manera que el artista debia de hallarse muy inspirado y proceder con gran conviccion cuando sin visible esfuerzo conseguia ese idealismo de plácida beatitud que forma el encanto de las pinturas dichas *góticas*, hoy mas que nunca admirado, sin que muchas veces se iguale ni mucho menos se logre superar.

En órden á los procederes materiales tambien nos ofrecen buenos datos las consabidas escrituras. Segun ellas, el cuadro se preparaba en un lienzo fijado sobre tabla, con dos capas de yeso, uno grueso y otro fino. En seguida el pintor diseñaba su composicion, y antes de aplicar los colores, procedia él mismo á dorar las partes que debian llevar oro, el que era fino para toda clase de accesorios, y mediado ó partido para los ropajes.—Al parecer el oro de Florencia era el mas estimado.—Ambos procederes, así el de aplicar la tela sobre tabla, como el de dorar los fondos, coronas, ropajes, etc., se remontan hasta los primeros siglos de nuestra era, y gozaron mucho favor durante el período de la edad media. Siendo tales operaciones mecánicas en cierto modo y rutinarias, confiábalas el maestro á sus ayudantes, reservando para sí las partes de mas empeño, ó sean aquellos toques característicos que revelan al profesor y constituyen la última mano de la obra. Entre los colores vemos recomendarse el carmin, muy usado por los antiguos y por los artistas neo-griegos de la época bizantina, pero despues descuidado hasta el siglo XIV, y el azul de ultramar que parece ser de dos clases, uno superior llamado de Acre, y otro inferior, dicho de Alemania. A propósito de él y para que se vea su estima, no deja de ser original la prevencion hecha en alguna de las escrituras, de que cada cuadro debiera contener á lo menos una figura del azul primero ó de Acre: hé aquí otra de muchas exigencias que los comitentes se permitian, coartando la libre accion del artista y que contribuirian no poco al convencionalismo peculiar de esas producciones, que les da un aire de paramento ageno á la verdadera naturalidad, y tan chocante al buen sentido, que parece milagro pasara desapercibido á unos profesores asaz perspicaces en otro concepto.

Semejantes pinturas, como es sabido, se hacian generalment al temple. Laca, cola, clara de huevo, á veces tambien el aceite de linaza, servian para desleir el color y combinar sus tintas á las que despues daba la correspondiente trasparencia y solidez un barniz compuesto del mismo aceite, y de galbamun, mirra, almáciga ú otras resinas. La pintura al óleo conocida de los antiguos y bastante usada en los siglos X y XI, aunque con procederes imperfectos, segun resulta del célebre discurso de Theofilo, no se introdujo propiamente hasta que Van-Eyck ó Juan de Brujas, á mediados del siglo XV, logró inventar un secante que hizo fácil su uso, causando en la verdadera pintura una verdadera revolucion.

Finalmente, las aducidas escrituras pueden servir para deslindar la fecha de ciertos retablos y otros monumentos pictóricos que vemos en muchas iglesias y colecciones así de época indeterminada, como de procedencia incierta, los cuales insiguiendo este dato seguro, conforme se avinieren mas ó menos á las condiciones generales y particulares, figura, reparticion, detalles, accesorios, colorido, dorado, adornos y demás que en dichos documentos se contiene, será fácil aproximar de la data del 1400, ya para su debida apreciacion histórica, ya para su conveniente estudio sistemático. Cuando tan vaga es aun la historia de la pintura desde la ruina del imperio hasta la época del renacimiento, el menor dato fijo, tiene un precio incalculable. Así como los pintores no ponian en sus cuadros, salvas raras escepciones, ni un nombre, ni una fecha, tampoco los escritores hacian la apreciacion de una pintura, ni descendian á precisar sus caracteres. ¿Y cómo lo hubiesen podido caso que lo hubieran intentado? ¿qué reglas seguir para sus apreciaciones? ¿cuál era la estética admitida en medio de aquel caos de irresolutas tentativas y de ensayos pueriles? Ahora es cuando con mejor crítica y mayor esperiencia cabe hacer algo en tal materia; desgraciadamente la lejanía de los tiempos y la pérdida ó el estravío de muchos monumentos que podrian darnos luz, acrecen por otro lado la dificultad, de suerte que ya solo á los arqueólogos está reservado, á fuerza de árduas y prolijas investigaciones, ir levantando á las artes el monumento que ha de llenar tan grande vacío.

J. PUIGGARÍ.

A MON AMICH

DON RAMON MUNS Y CASTELLET.

ODA.

Lava, que en lo bell mitx de nostra esfera
Bulls en onas de foch,
De Nápols ab ndona la ribera,
Que no vol ta claror la náu velera.....
¡Reventa en lo Marroch!

—

Ab lo teu bés de dos ciutats paganas
Cremáres los altars:
Per dar pás á las tropas cristianas
Crema, si no la vilas mahometanas,
Los boscos seculars.

—

Y en los saulons del Sahara á assedegarse
Fugiran los lleons;
Y ls' que van de llurs carns á alimentarse
No pensarán ab feras igualarse,
¡Tal volta serán bons!

—

Que al negre y blanch, al denerit y atleta
Un cor los doná Deu.
¡Fins la fera ab amor sos fills alleta!
¿Com negará lo poble del Profeta
Dels sentiments la veu?

—

Mústigas viuhen las palmeras solas
Del Africa en lo cor;
Y ls' palmers de las platjas espanyolas
Diuhen al vent del Nort:—«A tú, que hi volas,
»Fém missatger d'amor.

—

»Porta de nostres cálzers en tas alas
»La pols flayrosa allí.
»Y si nostres sospirs passant exalas,
»Las veurás de penjoys, que son llurs galas,
»Los llurs plomalls guarni.—»

—

No rega l' gel la planta que en lo clima
Naix del cremant desert.
¡Un cor ardent sos habitants anima!
¿Com no adorar la Creu si l'cor sublima,
Y l' deixa mès umplert?

—

Y la Creu son dos brancas d'olivera;
Y la Lluna un alfanch.
La Créu en los cristalls se reberbera:
La Lluna per mirarse riallera
Demana rius de sanch.

—

Per só l'acer no don; primer se l' clava
Al cor lo marroquí.
Per rebrel' voluptuosa s'enjoyava,
Y l'mirall de sa sanch sols li mancava
A una ensisera huri.

—

Per poble tan ardent com sas arenas
Lo premi es lo plaher.
De un sant amor lligáulo ab las cadenas,
Y cantará en sas trobas de fé plenas
A un Déu, y á una muller.

—

Y tal volta la rassa, que en Granada
Entrar la creu mirá,
Al véurerla en Marroch dirá esglayada
—«¡La Lluna cada punt está eclipsada!
«¡Lo Sol may s' eclipsa!

Madrid 24 de enero de 1860.

DAMASO CALVET.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL TEATRO ESPAÑOL.

I.

Mucho tiempo há que deseo hacer confidente al público de los íntimos sentimientos nacidos de mi amor al arte é hijos tambien de algunas dolorosas reflexiones que me ha sugerido el estado actual de la literatura dramática y de la declamacion en nuestra patria.

¿Qué significa esa vacilante y lánguida vida que arrastra la escena española? ¿De qué proviene? ¿Conocida la causa puede encontrarse un remedio pronto y eficaz á tan lamentable postracion?...

Estas preguntas y muchas mas, que no apunto porque no hacen falta á mi propósito, se escuchan frecuentemente en los círculos literarios, casi siempre de jóvenes entusiastas que asisten con ansiedad á los teatros en las noches de estreno de obras.

Y en verdad, que á muchos de esos casi desconocidos y jóvenes poetas, les anima siempre el noble deseo de saludar entre aplausos á una nueva esperanza para el arte; de estrechar la mano de algun compañero que refresque con el laurel del triunfo su frente abrasada por la fiebre de la inspiracion, que descanse en la confianza y en la estimacion de un público entero de las fatigas del insomnio, que encuentre el premio tanto tiempo esperado, de su incontrastable fuerza de voluntad, de la fe pura de su corazon de artista.

Desgraciadamente son pocas, muy pocas las veces que se cumplen los deseos de esa noble juventud.

El teatro español decae, desfallece por instantes.

¿Quién tiene la culpa?—Todos. Autores, actores, empresas, la crítica, el público, el gobierno mismo. Lo voy á probar del mejor modo que alcance. Desautorizada y humilde es mi voz; pero la verdad brilla en todos los labios, y la verdad no ha de estar siempre oculta.

Dos elementos principales, pudiera decir únicos, animan al escritor dramático al emprender una obra. La gloria y el lucro. Perdónenme si pospongo este, los que me dirán de seguro como Nicolas Jenkins á Sullivan que *ellos* no acostumbran á anotar la gloria en *el libro de entradas*. ¡Oh! si algunos de nuestros pocos buenos escritores la *anotasen* siquiera en el libro del corazon, mas respeto inspirarian sus nombres al público, mas lucidos se hallarian sus bolsillos y menos vacías las arcas de las empresas, y hasta mas alta la reputacion de nuestros eminentes actores. Porque el escritor, el actor, la empresa y el público, se encuentran siempre tan enlazados, que el daño que uno ocasiona, redunda naturalmente en perjuicio de los demás. Si bien es cierto que el último no llega á ser causa del daño, sino cuando la falta de union y constancia de los otros tres, el abandono y olvido del buen gusto, dan márgen á su descontento, á su veleidad, á su indiferencia, á su desconfianza, en fin.

II.

La gloria y el lucro... ¡Desgraciado el genio, si genio puede llamarse, que no comprende que el uno es consecuencia legítima de la otra! Quien no aspira á alcanzar un gran nombre, renuncia tácitamente á ser rico.

por el arte, por el verdadero arte: se contenta con ser *una medianía*, y estas no se admiten nunca, y menos á la altura de la civilizacion y del progreso del siglo.

No hay, pues, mas que escritores buenos, y malos escritores. Y como quiera que á aquellos les es dificilísimo, si no imposible, llevar á estos por su brillante senda, estos han encontrado muy fácil con su ejemplo el hacer á aquellos olvidarse de su verdadero destino, salvas algunas honrosísimas escepciones que todo el mundo conoce y que no descienden del alto puesto que con su talento han sabido conquistarse.

—Ya que no podemos hacer poco bueno, hagamos mucho malo, dicen *los malos*, y el resultado *positivo* es igual sino mayor, puesto que como ya somos *conocidos*, las empresas esperan siempre *lo que las llevemos*. Y dicen los *buenos pervertidos*:—Pues señor; cuando nosotros hacíamos cosas de provecho, trabajábamos todo el año y escribíamos una comedia ó un drama que entre la propiedad de Madrid y la de provincias nos producia tanto. Fulano de tal (y cita á uno de los *malos*) en menos de tres meses ha escrito tres dramas y tres comedias, entre *arreglos* (traducciones detestables) y *originales* (que no lo son) pero que le han producido cuanto. *El* va formando ademas un repertorio nutridito que en manos de los numerosos corresponsales de Regoyos ó Gullon forma un capital vitalicio muy regular, si es que no le da por vender la propiedad provincial y recoge en buena plata por lo menos dos mil reales por cada obra, ó sean doce mil que unidos á ocho mil que, por malas que sean, le habrán producido los derechos de representacion en la córte, suman veinte mil reales, que para tres meses de trabajo... vamos... Decididamente, dejamos de ser lo *que éramos* para ser lo que son *ellos*. Poseemos bien el francés y ademas hacemos versos muy bonitos, y en esto les llevamos una ventaja; porque si al público le da el capricho de leerlos, como las obras dramáticas tienen doble vida, una en las tablas y otra en la prensa, agotada una edicion de tres á cuatro mil ejemplares... ¡vaya!... no hay que pensarlo mas: manos á la obra... y dejemos de ser *buenos*.

Y bien mirado, en haciendo abstraccion de la conciencia y en echando y un lado la honrilla, los tales cálculos no pueden ser mas acertados. Pero el caso es, que los que los hacen, ni siquiera han trabajado lo bastante, para que puedan decir: «*hemos cobrado buena fama y nos echamos a dormir confiados.*»

Y aquí llega el capítulo de los empresarios y los directores de escena que se quejan del cansancio del público, cuando ellos mismos le fatigan con *arreglos* inmorales ó tontos, y *originales* vacíos de interés y llenos de versos lindos, pero que nada dicen ni á la cabeza ni al corazon: en cambio son obras de *conocidos* escritores, de que nadie se acuerda sino cuando cuatro amigos los llaman á las tablas para que sepan que en estando ellos allí en comision, *gratis*, importa un ardite que el público imparcial y sensato se aburra é indigne soberanamente *por su dinero*.

III.

¿Qué estraño es que los pupitres de los directores y empresarios se encuentren atestados de obras de todos géneros conocidos y por conocer? Su misma conducta y la de los autores de su devocion autoriza á la nulidad mas completa á ensartar los mayores disparates de su propio caletre, ó á llenar de galicismos bárbaros nuestro desventurado idioma traduciendo con la paciencia servil y la absoluta necesidad del diccionario un drama, una comedia... ó una ópera cómica, porque leyeron en tal ó cual periódico, que estaba *haciendo furor* en los teatros de París. Y aquella nulidad se presenta con su enorme manuscrito debajo del brazo, diciendo que él es un autor dramático. Y no hay sino cerrar los ojos y creerle, porque si le preguntais con qué derecho se apropia aquel título, os contestará (y hará bien) que con el derecho de *tantos otros* cuyos nombres ha visto en los carteles. Y ahí teneis una obra mas. Y posible será que despues vaya á buscar al empresario ó al director un verdadero genio *desconocido* y que no se atreve á decir que es autor dramático, pero que presente la prueba en cincuenta ó sesenta cuartillas emborronadas, donde habrá vertido tal vez las lágrimas de su propio sentimiento y en que habrá posado su frente marcada por el desvelo constante y la meditacion. Pero como estas son cosas que no se reparan á primera vista, la obra del verdadero genio pasa al panteon del olvido hasta que una casualidad la ponga en turno de lectura, dado caso que alguna mano *maestra* del *comité literario*, que suele ser el mayor enemigo de la empresa, no haya puesto antes debajo del título el decreto de «devuélvase al interesado» para que lo cumplimente algun avisador, dirigiendo al *genio* una sonrisa de lástima.

Hay que compadecer en estos casos solo á los empresarios y directores que en los mayores amigos que les rodean, tienen su propia ruina y descrédito, porque en cuanto á esos talentos desairados, palpables y recientes ejemplos tenemos de que tarde ó temprano se reconoce su mérito y se aplaude con entusiasmo.

Escuso manifestar qué sentimiento me inspiran esos otros talentos tan necesitados ó, mejor dicho, que se crean necesidades tan apremiantes, que no dudan en negociar con el plan de un drama ó en cobrar *un tanto* por la versificacion de algunas escenas que les presenta un compañero, apurado por falta de espontaneidad poética. Esta prostitucion del genio me produce casi el mismo efecto que la prostitucion del amor. Pero como en esta me repugna mas el que compra que la que vende, en aquella me repugna mas el que vende que el que compra.

Quien conserva pura la fé del arte y no le adopta como pudiera adoptar *un oficio cualquiera*, es imposible que jamás comercie de ese modo, haciendo gala del escándalo.

IV.

¿Qué he de decir de los actores en particular, y en relacion con los poetas que no esté ya en la conciencia de unos y otros. En la mayor parte de aquellos como de estos, el principal mal consiste en que buscan el teatro como un recurso. De aquí, la carencia casi completa de facultades. No pocos actores tienen que ir aprendiendo en escena hasta los finos modales que *antes* debiera haberles proporcionado una buena educacion.

Algunos, aunque de talento á la vez, deben mucha de la lisonjera deferencia que el público les dispensa, al mismo delicado esmero con que han sido educados por sus bien acomodadas familias.

En esto, aunque hemos adelantado bastante, sin embargo, existen demasiado arraigadas en la sociedad ciertas ridículas preocupaciones que ni el progreso de la mas alta civilizacion podrá llegar á destruir, porque son el fruto del fanatismo hipócrita que reinó siglos enteros.

No quiero decir que los que á la profesion del teatro se dedican no estén considerados, sino que si lo están, si participan de algun modo de las distinciones sociales, es, y no temo equivocarme, con relacion al puesto especial que fuera de la escena ocupan. Y como son muy pocos los que abrazan esa carrera por su propio gusto, por la aspiracion irresistible del verdadero genio á la gloria y la embriaguez de los triunfos, de aquí que la mayor parte, que trabajan por *la necesidad*, arrastran esa vida aislada, errante, lánguida, sin la conciencia del artista y con la fiebre de la desesperacion.

Y aun algunos que participan del entusiasmo y la fe que tan difícil profesion requiere, sufren ese mismo aislamiento de la desgracia; pero su amargura es mas grande, porque dentro de ellos mismos reina cruel y terrible esa eterna lucha del espíritu creador y la materia que desfallece; de la ilusion fascinadora y la verdad triste, del *genio* que quiere brillar y el *hombre* que tiene que vivir. ¡Oh!... si sabeis, si comprendeis todo esto, compadeced á esos desdichados y no aumenteis su tristeza con vuestros murmullos de desden cuando les encontreis distraidos, olvidados en una situacion escénica, porque tal vez sufren entonces con la idea de la suerte que les aflige, y de la miseria que amenaza á sus madres, á sus hijos, que en su talento cifran todo su porvenir... ¡Cuántos artistas vierten lágrimas en la escena, no tanto porque la inspiracion del poeta lo exija, cuanto porque en la *ilusion* teatral se refleja la *verdad* de su propio infortunio.

No me cansaré de decirlo: el escritor y el actor necesitan la tranquilidad en sus estudios y en sus trabajos. *La necesidad* lleva á la escena esas obras débiles é incorrectas del uno, y el desasosiego é indiferencia del otro.

Nadie ignora lo indispensable que es al actor que empieza su profesion, hacer inmensos y costosos sacrificios para la adquisicion de multitud de variados trajes y armas, si ha de representar con propiedad á los personajes de todas las épocas. Las hebillas, los lazos, las plumas, hasta los cabos (como ellos dicen) mas insignificantes, exigen crecidos desembolsos. Y si entramos luego con las continuas modificaciones de los trajes de nuestros dias, á que deben acomodarse si han de satisfacer las exigencias de la comedia de alta sociedad, sobre todo los galanes y galanes jóvenes, comprenderemos mas y mas de don de deben salir los actores y con qué recursos han de contar siempre.

Yo recuerdo haber lamentado mas de una vez la pérdida completa de los efectos mas dramáticos de ciertas obras, ocasionada por la presencia de uno ó mas personajes con los guantes exajeradamente súcios, con las medias rotas y otras faltas que escitaban la hilaridad del público.

Pero los límites de mi propósito, no me permiten detenerme en ciertos pormenores, que bien se dejan comprender por lo dicho.

V.

Yo entraria de buen grado en el exámen de las diversas escuelas de declamacion á que pertenecen nuestros primeros actores y algunos de los jóvenes que á su lado han dado últimamente los primeros pasos en tan difícil estudio; pero esto arrastraria irresistiblemente mi pluma á un terreno de que no podria salir sino despues de haber escrito un volúmen en que depositase todas las observaciones que desde niño vengo haciendo con mi decidida aficion al arte. Obras preciosas han llegado á darnos una idea de lo que era el teatro en Grecia, y de la alta importancia que las representaciones escénicas llegaron á conquistar en Roma. El actor-poeta Livio Andrónico fue gloria de Atenas y maestro del gran orador Demóstenes: Roscio formó las delicias del teatro romano, y de él se aconsejaba amistosamente Ciceron. Pero no han quedado noticias de los métodos de estudio de esos famosos cómicos. Buenos serian de seguro, si los condujeron á la representacion de la verdad.

La verdad: ese es el gran secreto que constituye la escelencia del artista. Porque á la verdad no se llega sino con la inteligencia del genio y con la magia del sentimiento mas delicado. Leed los escritos de Talma, de Bastus, de Barroso, de Latorre... todos os dirán como yo que el mejor actor es y será siempre el que mas se acerque á la verdad, el que mejor interprete la naturaleza de los caracteres y los afectos que el poeta comunica á sus personajes. No necesito por lo tanto decir, porque está en la conciencia de todos, quien es hoy el primer actor de la escena española.

Julian Romea, Arjona, Valero, representan, por decirlo así, tres escuelas distintas que no puedo analizar, pero cuyos discípulos, con muy raras escepciones, se han quedado sin ninguna. Muchos, sin poseer nada de eso que solo Dios da á sus predilectos, creyeron que no habia mas que decir, *vamos á ser cómicos*, y ponerse al lado de uno de esos maestros. Y asi lo hicieron, y despues de tomar todo *lo malo* que encontraron en la escuela, se fueron por esos mundos, pregonando su título de primeros actores y directores. ¡Maldita ambicion de figurar y mandar! Ella ha segado en flor los escasos talentos del teatro que prometian consolarnos cuando sufriésemos la pérdida de esos otros eminentes, cuya memoria vivirá mientras viva nuestra escena.

¡Triste es decirlo! pero cuando á Romea deje de sostenerle ese entusiasmo de verdadero genio, tendremos que renunciar al nacional orgullo de aplaudir las bellas creaciones que nos legaron Calderon, Lope, Tirso, Alarcon, Rojas y Moreto.

A pesar mio, tengo que recordar en este instante que parece que estamos condenados á no ver ya nunca un cuadro completo de actores españoles. ¿Por qué?... No quiero hacer á esas eminencias el poco honor de suponer que la envidia los divide. Ejemplos, no muy lejanos, tienen algunos de ellos de que en un mismo teatro, en una misma noche, en la misma obra, hasta en una misma escena, pueden brillar dos artistas, sin que la gloria del uno pueda eclipsar ni menoscabar la del otro; sin que la pasion ó la injusticia puedan robar los aplausos á ninguno; porque el público verdadero, el sensato, siempre es justo y nunca se apasiona sino del mérito real, de la inspiracion del genio que le seduce, del sentimiento que le arrastra y le conmueve. Recuerden sino don Julian Romea y don Joaquin Arjona los triunfos que juntos alcanzaron en las representaciones de *Sullivan*, de *La escala de la vida* y otras muchas.

VI.

Todas esas desgracias que lamentamos, esas divisiones tontas, esos aislamientos estériles, se deben á un orgullo mal entendido la mitad, y la otra mitad á la eterna y ruin chismografía de bastidores y á ese flujo y reflujo de ingenios *polillas* de fatal influencia que inundan los salones de descanso y los cuartos de los cómicos; *medianías pobres*, en su mayor parte, que á fuerza de perseguir á los empresarios y directores y rebajarse y prostituir su talento, llegan á adquirir esa perniciosa importancia que están ejerciendo en el teatro.

Las empresas, los autores y los actores, se miran mútuamente buscando el orígen de la desgracia que les aflige, sin darse cuenta de que todos, absolutamente todos, llevan consigo mismos algo de esa enfermedad que ha llegado á corromper el gusto del público.

Sí; porque el público, que *antes* iba al teatro animado de la esperanza, cuando no de la seguridad de gozar aplaudiendo con entusiasmo al poeta y al actor concienzudos y puramente españoles, *hoy* va, lo que se llama *á pasar la noche*, y eso, por no dormirse en una tertulia de confianza ó contar los minutos, puestos los codos sobre la mesa del café. Y ahí le tienen ustedes, riéndose con la misma inocencia de los *disparates* que escribe Olona y recita Caltañazor, que de los sombreros, levitas, relojes y panzas que saca á relucir Mariano Fernandez. Y el público va llorando ya tanto *de risa*, que dudo que le queden lágrimas *para el dolor* que pueda hacerle sentir el escritor dramático.

Sin embargo, aunque de tarde en tarde, aparecen como promesas de mejor porvenir, obras de relevante mérito, que el público va á escuchar para avergonzarse de su debilidad y escesiva tolerancia ante la falta de conciencia de los malos poetas. ¡Desgraciado teatro si esa debilidad sigue contribuyendo al triunfo de los falsos sacerdotes del arte! Con razon podrán decir los escritores de allende los Pirineos, al ver tantos *arreglos*, traducciones é imitaciones serviles, *que la España literaria viene á ser una provincia de Francia*.

No. Conjuremos el mal. Nuestra patria cuenta con buenos escritores dramáticos y puede esperar algunos mas que trabajan con fe y que para darse á conocer no necesitan mas que ocasiones. Únanse, pues. No en *sociedades* anunciadas con ruido, sino familiarmente, como amigos, como hermanos que deben ser, porque las almas pequeñas y las ruines pasiones no son propias de grandes genios.



El general Prim, jefe del cuarto cuerpo del ejército de Africa. (De fotografía.)

Aristippo lo ha dicho. «El dia que se una la gran familia de los verdaderos artistas, la de los estúpidos y pedantes desaparecerá confundida en el cieno de su ignorancia.»

Olviden las rencillas pasadas y los chismes de los oficiosos, y en buena armonía con todos los actores sin distinciones, comprendan de una vez para siempre los unos y los otros, que sin el mútuo ausilio, ni pueden hacer fortuna, ni pueden brillar sus nombres á la altura que exige el decoro y la gloria de nuestra escena.

VII.

Breves palabras diré de la mal llamada crítica que invade las columnas de los periódicos políticos y literarios, ya en el tono serio y doctoral, ya en el burlon, incisivo y sarcástico. En muy pocos periódicos vemos que domine la justicia y el sano juicio en las revistas de teatros que semanalmente aparecen, asi como en las sucintas noticias que de cuando en cuando nos regalan las gacetillas y los sueltos.

Sin detenerse en el análisis razonado de las obras ni de su ejecucion, lánzanse atrevidos á decir lo que el capricho ó la pasion les dicta, jóvenes, en su mayor parte, sin la autoridad, y por tanto, sin los conocimientos que tan delicado ministerio exige. Y como á esta clase de osadía literaria no hay fiscal de imprenta que la ponga límites, algunos que la practican no dudan en entrar de vez en cuando en apreciaciones *personales* que repugnan al buen sentido y hasta á la caridad cristiana que debemos al prógimo.

Algunas travas se han puesto por los gobiernos en ciertos terrenos de la prensa, menos necesarias indudablemente que las que debieran establecerse para la crítica en general y en particular para la dramática. Tan difícil es ser buen crítico como ser buen juez.

Los únicos literatos que pudieran desempeñar tan penosa como necesaria tarea con éxito felicísimo, los tenemos hoy arreglando libros en la Biblioteca nacional ó desempolvando espedientes en las oficinas de algunos ministerios. ¿Cuándo llegará el dia en que á los escritores se les proteja en la verdadera profesion para que han nacido? ¡Hemos visto á tantos dejar de ser buenos poetas para entrar á ser malos empleados!

VIII.

Y aquí tienen ustedes como al fin no podia menos de acordarme del gobierno de S. M., no por lo que influya en contra del teatro, sino por lo que deja de hacer en su favor. Desde que concluyó aquello que se llamaba *Teatro Español*, los hombres del poder no se han acordado de ese elemento civilizador sino para ir á distraerse y á descansar algunos ratos de las luchas de la política.

Yo no quiero que el gobierno haga de pronto una reforma radical en nuestra escena, lo cual es imposible y mas hoy que toda la atencion está y debe estar concentrada en ese otro teatro en que se verifica el gran drama de la vindicacion de la honra nacional. Pero sí me parece justo que el gobierno se resuelva á hacer algunas reformas, poco costosas en verdad, y que ellas mismas se indican por mas de un concepto.

La censura dramática debe ejercerla un literato de gran rectitud, esperiencia y delicado criterio, pero que no se ocupe mas que *en la censura* y que ni por recomendacion *amistosa* ni *oficial*, entregue una obra sin el previo escrupuloso exámen. Este escrúpulo no debe entenderse solo para lo que pueda relacionarse con la política, sino aun mas para cuanto de algun modo influya en las costumbres. Creo que la censura debiera estenderse á la parte literaria, si en algo apreciamos nuestras glorias, y asi se evitarian tambien á las empresas compromisos y descalabros por falta de buen juicio, desechando por supuesto esas obras exentas de sentido comun, pero llenas del ingenio... de la inmoralidad, rechazado siempre con asco por la conciencia de nuestro pueblo.

Esto en el caso de que hayamos de admitir la censura y de que el público haya de tomar lo que le de hecho *un empleado*, que rara vez llena los fines de su destino; porque no parece sino que el censor de teatros está solo puesto para suplir de algun modo las *atribuciones* del señor fiscal de imprenta.

En cuanto á poner coto á esas ordas de holgazanes traductores, *esclavos del Diccionario*, sin estudio ni conocimiento alguno de los idiomas ni de nuestra escena, solo puede hacerlo el gobierno, volviendo su esplendor al *teatro español*, protegiendo en un escenario del Estado al verdadero mérito asi de actores y autores conocidos, como de los que pueden darse á conocer si encuentran el apoyo que su fe merece.

El gobierno para estimular tanto á los unos como á los otros, debiera señalar ciertas cantidades para distribuirlas al final de las temporadas como premios y acompañadas de diplomas, entre los que se hubieran hecho acreedores asi por su talento como por su aplicacion. Para este objeto se reunirian oportunamente jurados de reconocida autoridad y estricta justicia. La distribucion de premios tendria lugar en funciones estraordinarias, en que se pondrian en escena las obras honradas con la distincion del jurado, desempeñando los primeros papeles actores y actrices distinguidos del mismo modo. Así, el entusiasmo que la emulacion despertaria en los artistas, solo tendria igual en el del público que con sus aplausos completaria la ovacion despidiéndose hasta otro año cómico, siempre con la esperanza de nuevos triunfos.

Todas esas eficacísimas reformas, son indispensables para que España pueda llegar á mostrarse á las demás naciones *en su propio teatro*, á la envidiable altura en que hoy se encuentra en las demás ciencias y artes.

Madrid 20 de enero de 1860.

EDUARDO BUSTILLO.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

En la mujer se conoce el aseo por la cabeza y la limpieza por el calzado.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 7. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Dia 4 de febrero, dia glorioso para el pueblo y el ejército español!

Tetuan es ya una ciudad española: la bandera nacional ondea desde el 6 sobre sus minaretes y su famosa alcazaba: las sierras inmediatas como el valle se encuentran libres de enemigos; las huestes marroquíes, destrozadas y dispersas, se refugian en lo mas inaccesible de los montes ó van á esparcir la fama del nombre español á los confines del desierto.

Cayó Tetuan en nuestro poder el 6, pero el hecho glorioso que la puso á merced del ejército se verificó el 4. Al amanecer el general O'Donnell, dejando con una fuerte division guarnecidos los reductos y aseguradas las comunicaciones con la playa, mandó levantar el campo al resto del ejército, y en buen órden se dirigió en busca del enemigo, que ocupaba posiciones bien escogidas para la defensa de la plaza. A la izquierda de Tetuan y como á una milla de distancia en las laderas y ondulaciones de la Sierra Bermeja, al abrigo de un castillo que á su vez se hallaba defendido por varios reductos, se veian las tiendas marroquíes, mas de ochocientas en número y capaces de contener veinte y cinco hombres cada una. En medio descollaban las de los dos hermanos del emperador Muley Abbas y Sidi-Hamet, jefes del ejército; á su alrededor las de los jeques mas graduados; en torno de estas las de las tropas regulares que habian llegado pocos dias antes con el segundo, y en las vertientes y reductos avanzados las de la infantería ligera y los mas diestros tiradores. La accion comenzó por las descargas de nuestra certera artillería, que abrió un vivo cañoneo sobre el campamento enemigo: los marroquíes, sin embargo, se mantuvieron firmes en su puesto, á pesar del fuego mortífero de los cañones, y adelantaron fuerzas considerables que salieron de los reductos á esperar á nuestros escuadrones. Por espacio de seis horas su obstinada defensa no desmayó un punto hasta que á las repetidas cargas de nuestros valientes siguió el empuje irresistible de batallones enteros lanzados á la bayoneta sobre su campo. En algunos instantes trabóse la lucha cuerpo á cuerpo cruzándose las bayonetas con las gumías; pero al fin de doce horas de combate el enemigo, destrozado, disperso, aniquilado tuvo que huir dejando en nuestro poder todo su campamento, todas sus tiendas, la mayor parte del bagaje y efectos, su artillería, sus banderas, y hasta la tienda misma de Sidi-Hamet.

Se ha querido decir que los marroquíes huyeron como cobardes, y el desprecio y la animosidad que inspira el enemigo ha hecho creer á muchos en esa vulgaridad que consiste en no concederle ninguna cualidad buena. No es cierto que la victoria del 4 fuese fácil, y esto aumenta la gloria de nuestras armas: no es cierto que los marroquíes se defendieran débilmente: al contrario, se defendieron con pertinacia, con teson, hásta con seguridad de la victoria, pues no tomaron ni siquiera las precauciones acostumbradas para la derrota; se defendieron hasta causarnos mas de ochocientas bajas, hasta morir muchos de ellos al pié de los reductos y trincheras que guarnecian, hasta quedar completamente aniquilados. Los que calficamos actos de temeridad salvaje y feroz en ellos, acaso en otros nos parecerian actos de heroismo: pero la accion del 4 no seria tan gloriosa como es, no añadiria la brillante página que añade á nuestra historia si el heroismo español, en vez de habérselas con un ejército de fieros leones, no hubiera tenido que combatir sino una manada de tímidas gacelas.

Una vez dueño el ejército de aquel campamento, ganado, puede decirse, palmo á palmo, la ciudad no podia oponer séria resistencia á nuestros valientes, y los hermanos del emperador no pensaron siquiera en defenderla. Ambos pasaron por ella sin detenerse llevándose las tropas regulares que la guarnecian, mientras los restos mutilados de su ejército se dispersaban en todas direcciones.

La consternacion de los habitantes de Tetuan, que habian presenciado el combate, llegó á su colmo al verse en poder de los beduinos y kabilas, gente dada al pillaje y á la matanza. Una diputacion de la ciudad se presentó al general O'Donnell para implorar su clemencia y aun su cooperacion á fin de reducir ó espulsar aquellos desenfrenados merodeadores; y el general O'Donnell, que al principio les habia concedido veinte y cuatro horas para disponer la entrega de la ciudad, tuvo antes de este término, para evitar el saqueo musulman, que hacerla ocupar por las tropas de la division Rios, que sin resistencia, antes bien con satisfaccion de los habitantes pacíficos y acomodados, se apoderaron de todos los fuertes. El 7 todo el ejército que acaudillaba el general O'Donnell entró en la ciudad, y los jefes se ocuparon desde luego en dictar las disposiciones necesarias para su conservacion y buen órden. En Tetuan habia mas de setenta cañones de todos calibres y gran cantidad de municiones. Ciudad de unas cuarenta mil almas, aunque algunos la dan setenta mil, con hermosa vega, deliciosas huertas y jardines alrededor, dos ó tres anchas plazas y algunos buenos edificios, ofrecerá á nuestro ejército un descanso merecido despues de tres meses de duras fatigas y de penosos esfuerzos.

Al saberse en Madrid el martes último la fausta nueva de la toma de Tetuan, la poblacion toda sin distincion de clases ni personas se sintió poseida de delirante entusiasmo. Los balcones de todas las casas aparecieron en un instante adornados de colgaduras y banderas: la gente recorria las calles en numerosos grupos dando vivas á España y al ejército: las casas de los generales Zabala, Prim y O'Donnell eran visitadas por individuos de todas condiciones que acudian á espresar su regocijo felicitando al primero y á las familias de los los últimos. Las autoridades, corporaciones oficiales y empleados acudian á palacio, á cuyos balcones se asomó la real familia. Las salvas y las músicas, las aclamaciones y los vivas atronaban los aires. Por la noche la iluminacion fue tan espontánea como universal: en los teatros y aun en los cafés se leyeron composiciones alusivas á las circunstancias. El miércoles se dispuso un gran *Te Deum* en Atocha al que asistió la familia real con todo el suntuoso aparato y ceremonia desplegados en las ocasiones solemnes. Una inmensa concurrencia poblaba las calles, recorridas por grupos con banderas en alguna de las cuales se leia esta inscripcion: ¡*españoles á Tánger*! El jueves se dispuso en palacio un besamanos general que estuvo igualmente vistoso y concurrido.

En la *Gaceta* del miércoles se publicó un decreto nombrando al general O'Donnell grande de España de primera clase con el título de Duque de Tetuan. Hubiéramos deseado que se hubiese reservado la gracia para que el titulo del ducado fuese de Tánger. Haremos tambien una indicacion: si han comenzado los premios á los generales en jefe, es preciso premiar al general Bustillos,

comandante de las fuerzas navales, cuya actividad, cuyo celo, cuya solicitud por secundar y auxiliar las operaciones del ejército han sido y son superiores á todo elogio. La marina en estas circunstancias, sobre todo desde que el señor Bustillos se puso al frente de la escuadra de operaciones, ha merecido bien de la patria, y no es la que menos ha contribuido, arrostrando los temporales y los escollos, á asegurar los laureles en la frente de nuestros soldados, al mismo tiempo que los recogia por su parte.

Demostraciones análogas á las hechas en Madrid se han efectuado en las provincias al recibirse en ellas, comunicada en el mismo martes por el telégrafo, la noticia de la toma de Tetuan. De todas partes llegan al ejército y á sus dignos jefes las mas cordiales felicitaciones. Nunca se ha mostrado mas grande y magnánimo, mas generoso y digno, el noble pueblo español. Primero su voz poderosa se oye pidiendo la guerra al marroquí é impacientándose por la tardanza: despues con su espontaneidad y su entusiasmo rodea al soldado encargado de hacerla, de las mas delicadas atenciones, inflama su corazon, le comunica su ardor bélico, previene sus deseos, le procura con donativos de todas clases el alivio y la comodidad posibles en la guerra; crea hospitales y enfermerías, ó por mejor decir, convierte cada casa del litoral en una enfermería, y cada familia en familia cariñosa del soldado herido ó enfermo: acude con recursos para el socorro de las familias de los que sucumben; glorifica á estos, premia largamente á aquellos, ensalza el nombre de todos; no recuerda ningun hecho pasado, estiende á todos su generosidad sin límites y á la noticia de cada triunfo se estremece de entusiasmo y redobla sus atenciones y sus obsequios al ejército, hijo suyo, nacido de sus entrañas, alimentado con su sangre y que hoy se hace tan digno de sus cuidados.

Segun todas las apariencias las operaciones de la campaña continuarán ahora con mayor actividad. Hoy, sin embargo, nada podemos decir con certeza. Tampoco son estos momentos de hablar sino de lo que embarga de júbilo todos los corazones. Dejamos, pues, lo demás, para la revista inmediata.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TETUAN CRISTIANA.

—«E ruego, é mando á la princesa mí hija, é al príncipe su marido, que como católicos príncipes tengan mucho cuidado de las cosas de la honra de Dios, é de su santa fe, celando é procurando la guarda é detencion é ensalzamiento della, porque por ella somos obligados á poner las personas é vidas é lo que tuviéremos, cada que fuere menester; é que sean muy obedientes á los mandamientos de la Madre Santa Iglesia, é protectores é defensores della, como son obligados, É QUE NO CESEN DE LA CONQUISTA DE AFRICA, é de puñar por la fe contra los infieles.»

De esta manera la invicta reina Isabel la Católica, despues de haber terminado en las murallas de Granada la restauracion que comenzó Pelayo en Covadonga, previsora y grande hasta despues de su muerte, señalaba á los que habian de sucederla en el trono de su vastísimo reino, el glorioso camino que debian seguir para completar su gigante y cristiano pensamiento.

Y sin embargo, pasaron mas de tres siglos y apenas en ellos se hicieron algunas aisladas tentativas, que desprovistas ó de fortuna ó de grandes miras, dejaron siempre sin intentar siquiera la solemne voluntad de Isabel de Castilla. Parece que estaba reservada la gloria de llevar á cabo el testamento de la gran reina á la que segunda de su nombre ocupa hoy el trono de los Alfonsos y Recaredos.

El ansiado momento llegó al fin. Las aguas que bañan nuestras costas del Sur gimieron con la pesadumbre de los bajeles que trasportaban al continente africano un ejército entusiasta y valiente si no aguerrido, pero que suplia con su ardor y su intrepidez lo que de esperiencia guerrera podia faltarle.

España entera se agitó como un solo hombre. El grito lanzado por el trono y por el pueblo, despertando al ángel de nuestras glorias que dormia desde la guerra de Napoleon en el santuario de Covadonga, halló estrecho espacio por donde dilatarse desde las pirenáicas cumbres hasta las playas del Atlántico, desde las ásperas rocas donde quiebra sus olas el cantábrico mar, hasta las costas risueñas que bordan con su rizada espuma las mas tranquilas aguas del Mediterráneo.

¡¡¡Al Africa!!! gritó apenas hace tres meses la nacion Ibera; y al Africa se lanzaron sus guerreros, sedientos de combatir y de triunfar.

Humillante ultraje habian recibido sus armas, y los hijos del Cid que nunca olvidan

«Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser si bien me lembro
Con sangre del malhechor,» (1)

lanzáronse veloces á vindicar su ofensa, y á inaugurar con una serie de señalados triunfos la gran guerra española, la guerra de Africa, en la que las dos razas que durante ocho siglos combatieron siempre para fundirse en una sola, deben realizar este gran fin providencial que sin duda les está reservado en lo porvenir, por mas que los medios para conseguirlo sean los sangrientos combates; que las guerras á pesar de su triste destruccion son el medio que la enseñanza histórica siempre nos presenta puesto en práctica, para que triunfe la causa de la civilizacion sobre la barbarie.

(1) Romances del Cid.

¡Triste suerte de la humanidad caida, que ha menester conquistar al precio de su sangre la redencion de su ignorancia!

¡Al precio de otra sangre Divina consiguió redimirse de la eterna esclavitud...

—Alla fueron nuestros soldados: las bendiciones de sus hermanos les acompañaban.

Iban á lidiar por una causa justa.

Dios los bendijo.

Cada combate una victoria. Cada victoria un paso mas en su civilizadora conquista.

Cual si la Providencia tratase de probar su constancia y su resignacion, los elementos y las enfermedades lucharon tambien en contra suya.

El Azrael de las leyendas árabes parecia combatir contra ellos defendiendo á los sectarios del Islam.

Pero todo en vano. La bandera de la Cruz avanza, y abriéndose camino por inaccesibles rocas y pantanosos valles, del Serrallo á los Castillejos, desde allí á las alturas de la Condesa, de ellas al Monte Negron, de sus cimas á Cabo Negro y de él hasta los fuertes de Tetuan, tras de veinte combates que ha ido contando por sus triunfos, llegó al frente de la ciudad, cuya conquista inaugurar debia la gran evolucion histórica que nuestro ejército está llamado á representar en Africa. Desde su campamento, teniendo á la derecha el promontorio de Cabo Negro, digno de su nombre, gigante de los libros de Caballería que guarda la entrada del valle de Tetuan; á la espalda el mar y las lejanas costas de Andalucía, envueltas en las marinas brisas; á la izquierda las montañas del Riff elevándose en anfiteatro hasta encontrar el Atlas, con su secular cabellera de nieve, veian nuestros soldados allá en el fondo, iluminada por los risueños tintes del sol de la esperanza, la anhelada ciudad con su nombre acaso de orígen fenicio (2), sus esbeltos minaretes, sus cuadradas mezquitas, sus blancas azoteas, sus estrechas y tortuosas calles, sus anchas plazas y su fuerte Alcazaba dominando y protegiendo como celosa de su belleza, á la risueña vega, verde tapiz por donde arroyos mil serpean cual blancas cintas de bullente plata.

Una victoria mas y gozareis de sus encantos. Un solo esfuerzo y la enseña del Profeta que ondea sobre sus torres se abatirá, rendida ante la enseña del Cristiano. Otra gota de sangre vertida en aras de la patria y de la fe, y el ángel del Señor que os precede purificará la ciudad islamita con la triunfante *cruz de la victoria* (3)...

Y la vertieron.—Y á la vista de los muros de la ciudad sitiada, tras de reñido combate, émulo de las *Navas de Tolosa*, huyen los ejércitos del emperador al mando de sus presuntuosos hermanos.

—¡Loado sea Dios! Los fuertes campeones ya pasaron el recinto de la ciudad: ya dentro de sus muros resuenan sus músicas marciales.

¡Triunfó la Cruz! Ya Tetuan cristiana no volverá á escuchar sobre el alto minarete la voz del muezzin llamando á los infieles á la oracion. Convertidas sus mezquitas en templos católicos, se elevará en sus aras al Dios de los cristianos himno entusiasta de profunda gratitud.

Huid mal afortunados guerreros del Profeta, sino quereis que el resplandor del lábaro cristiano ciegue vuestros ojos con el fuego de la vergüenza.

Esa ciudad con su gran estension de Norte á Sur, con sus vetustas murallas rojizas, guarnecidas de cuadrados ó cilíndricos torreones, y sus miles de habitantes, no volverá á resonar con el prolongado galope de la negra caballería de vuestro emperador.

Las aromadas brisas de sus orientales huertos y jardines, y el perfume del azahar de sus naranjos y limoneros, no han de llegar hasta vosotros sino humedecidos con las lágrimas del recuerdo.

Ya no sestreareis á la sombra de sus granados y moreras repitiendo en monotonos cantares trovas de lánguido amor.

Vuestros ganados no pastarán en los frondosos valles que la ciudad domina por Poniente, ni correreis la *pólvora* en vuestras yeguas ligeras como las gacelas del desierto por la vistosa llanura que se estiende al Oriente.

¡Huid, huid, hijos del Atlas! Y pues que el fatalismo forma la base de vuestra creencia, no pretendais oponeros á los providenciales destinos del Omnipotente.

Estaba escrito que tras de una lucha de siete siglos dejáseis vuestro último refugio, la mágica Granada, para volver á las playas africanas, donde en mal hora despertó la traicion vuestra sed de conquistas. Tambien está escrito que la fe civilizadora triunfe de las estacionarias y falsas creencias; que otra cosa seria pretender que parase en su marcha siempre progresiva el civilizador impulso que un Hombre Divino dió por ventura á la decaida humanidad.

(2) Nos lo hace sospechar así la raiz *tet*, ó *tit* de su nombre.

(3) Este nombre dan en Asturias á la cruz de roble que levantó Pelayo, y la cual hoy, cubierta con ricas chapas de plata y pedrería con que la enriqueció Alfonso el Magno, se conserva en la cámara santa de la catedral de Oviedo.

Escrito está, que desde las cercanas alturas de ese pueblo morisco le veais como Boabdil á su Granada con lágrimas en los ojos, postrado á los piés del vencedor y que alzándole generoso le ofrece en cambio la savia vivificadora de la cultura á que abren paso en su violenta marcha los ejércitos triunfadores...

—Los que una vez vieron la ciudad á cuyo pié serpentea el rio Martin, hallaron semejanza entre ella y mi Granada.

En Granada terminó el primer canto del español poema que elevaron por siete siglos con la voz de sus triunfos nuestros ejércitos.

En Tetuan empiezan las gigantes notas al segundo, que Dios solo sabe dónde deberá terminarse.

Pero entre tanto llega ese gran dia: ese dia que plegue á Dios presencie al menos la generacion que nace y nos empuja á la insondable sima del pasado,

«Cantemos al Señor que en la llanura
Venció al ancho mar al Trace fiero» (4)

bendigamos á la Providencia que ha elegido para realizar sus secretos designios á los nobles hijos de nuestra patria.

¡Gloria á los esforzados campeones que pudieron ceñir á sus sienes el laurel de la victoria!

¡Gloria tambien á los nombres de los que sucumbieron en la lucha santa! ¡Dios bendiga sus gloriosos esfuerzos, y acójales benigno en el cielo de los mártires, derramando en el corazon de los que les lloran, el bálsamo del consuelo!...

—Ya los estranjeros que miren desde el alto peñon de Gibraltar al lado por donde el sol se pone, tropezarán por donde quiera banderas españolas tremolando junto á los mares. San Roque, primero, de fundacion reciente, recordando siempre la vergonzosa pérdida de Gibraltar; Algeciras despues, la antigua colonia romana, con árabe nombre: doblando la península de Tarifa, verdadera punta de Europa, la ciudad de este nombre, con su castillo de los Guzmanes, perenne testimonio de la lealtad española; y en frente, mas allá del Estrecho, Ceuta, al pié del monte Abila, con su nombre de orígen romano, su hermosa llanura y sus formidables fortificaciones; y para enlazarla con el Peñon de Velez ó de la Gomera, Alhucemas en la embocadura del Nekor, y por último, con Melilla en el cabo de las Tres Forcas, Tetuan no ya muslímica, sino cristiana y española.

Todavía, sin embargo, al otro estremo del Estrecho, en el cabo Tarf-es-seiaccar ó Espartel, ondea la media luna del Profeta en la ciudad de Tánger...

Fuertes son sus murallas: apercibidos se hallan sus moradores para la defensa...

Nuestro ejército está en Africa, y *tanto monta*, ha sido siempre el justificado lema de sus armas.

Madrid 7 de febrero de 1860.

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Á AFRICA:

POR LA TOMA DE TETUAN.

Africa impura, acorralada fiera:
¿Dónde está tu valor que no le halla,
Al desplegar valiente su bandera,
El pueblo que llamaste á la batalla?
¿Por qué tu torpe lengua que altanera
A mi patria injurió, cobarde calla,
Y de la España á los robustos lazos
Rendida tiendes los cansados brazos?

—

¿En dónde está tu Dios? ¿Tu honor en dónde?
¿Dónde tu rey que infame se abaldona?
Acaso impuro en el haren se esconde,
Al amo humillando su corona:
Ni tu Dios falso á tu dolor responde,
Ni tu misero rey por ti abandona
La vil esclava que le aduerme impura
Con la magia fatal de su hermosura.

—

Perdió Rodrigo de la infausta Kaba
Por el maldito amor corona y vida,
Y el godo que en el ocio se enervaba,
La patria en Guad-al-Lette vió perdida:

(4) Del divino Herrera.



Hoy ve Guad-el-Jelú llorar esclava
A la hermosa Tetuan, no defendida,
Y zumba un eco triste é infinito:
—No hay otro Dios que Dios! Estaba escrito!—

—

En vano vuelves los dolientes ojos
De tu ciudad perdida á la hermosura:
Busca el buitre los míseros despojos
Que sangrientos le ofrece la llanura:
En tu sangre empapados flotan rojos
Los pendones de España en el altura,
Y de victoria el poderoso acento
El cañon español arroja al viento.

—

¡Miserable de tí! ¿por qué la mano
Tendiste audaz en jactancioso alarde
Al altivo blason del castellano
Que nunca al deshonor cedió cobarde?
De tu delirio, de tu orgullo insano,
Africa, vuelves por tu mal muy tarde,
Porque los nietos de la gente goda
Necesitan beber tu sangre toda.

—

Al cerrar del hispano las legiones
La fuga solo, por defensa hallas:
Callaron harto tiempo sus cañones,
Y tienen hambre de arrasar murallas:
Cual tus hordas vencieron sus pendones
Fieros las vencerán en cien batallas,
E irán las cruces del Señor benditas,
A coronar tus bárbaras mezquitas.

—

Odio á tu raza dieron por herencia
A sus valientes hijos los hispanos:
Siete siglos de horror son la sentencia
De los bárbaros pueblos africanos:
En valde empuñan con fatal demencia
Tus hijos hierro en las cobardes manos,
Que sombras son, que arrolla en la campaña,
El noble aliento de la brava España.

8 de febrero de 1860.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TETUAN POR ESPAÑA.

Soy el cantor de la guerra
y en mis romances el alma
no busca lauros, que busca
el santo amor de la patria.
No es mi voz la voz del genio
que atrevida se levanta,
ni es el triunfo del artista
el norte de mi esperanza.
Mas, aunque humilde mi nombre,
mi propio acento me basta,
que honran las glorias de un pueblo
á los hijos que las cantan.

(Introduccion al romancero de la guerra, por el autor.)

I.

EL GENIO DE LA GUERRA.

¡Despierta, cantor, despierta!

POETA.

¿Qué buscas, genio?
—Tu voz.
Si cantas glorias de España,
¿Por qué duermes, trovador?
Si en los rayos de la luna
Vengo á mostrártelas yo,
Para anunciarlas al mundo
No aguardes la luz del sol.
Ya la calma de la noche
Turba lejano rumor...
Y es que en alas de la brisa
A vuestras playas llegó
Buscando el eco en la patria
El grito del vencedor
Que alzó en la plaza del moro
El estandarte español
Porque á Dios lleva consigo...
—*¡Bendito el nombre de Dios!*

II.

—Despierta, cantor del alma,
Llene el espacio tu voz,
Y responde á tus hermanos
Con himnos de bendicion:
Yo con los ecos mas dulces
Daré aliento á su valor,
Porque el genio de la guerra
Siempre á los héroes llevó
Los lauros de la victoria
Con besos del patrio amor.
Canta las glorias que España
En cien lides alcanzó,
Para que asombren al mundo
Antes de que brille el sol.
A guiar á tus hermanos
Vuelo al campo del honor,
Que Dios protege á sus armas...
—*¡Bendito el nombre de Dios!*

III.

—Patria, mi patria querida!
Si el genio me despertó,
¿Por qué no trajo en sus alas
La luz de la inspiracion?
Mas para ensalzar tu nombre
No bastan palabras, no,
Que no hay humano lenguaje
Que traduzca el corazon
En estas horas supremas
En que le llena tu amor.
Solo interpretan las lágrimas
Esa profunda emocion
Que da vida al entusiasmo
Del noble pueblo español,
Puro manantial de goces
Que de las manos brotó
Del Dios de nuestros ejércitos...
¡Bendito el nombre de Dios!

IV.

Ya llena alegre los aires
De cien campanas el son,
Que de las brisas marinas
El apacible rumor
A la villa coronada
Con la gran nueva llegó.
Hermosa brilla la luna
Y á su claro resplandor,
Mujeres, ancianos, niños
Y mozos en confusion,
Por las calles y las plazas
Gritando van á una voz
Entre lágrimas y risas
Mientras retumba el cañon,
«¡Vivan la Reina y la patria!»
Y antes de lucir el sol
Nuestra gloria asombra al mundo...
¡Bendito el nombre de Dios!

Febrero, 7, 1860.

EDUARDO BUSTILLO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

II.

Hemos dicho que la arquitectura es el gran libro de la humanidad, para valernos de una espresion gráfica que formulara su influencia en las ciencias y las artes; hemos colocado tambien al hombre en su primitivo estado y solo la idea innata de su propia conservacion pudo moverle á buscar un asilo donde guarecerse.

Tenemos, pues, la arquitectura y el hombre en su mismo estado primitivo; pero tenemos una idea, y como tal indestructible; porque no puede dudarse que todo lo material, todo lo cimentado por la mano del hombre es perecedero; hasta los mas poderosos imperios se desploman y caen, ó por la presion misma del círculo de hierro que los sostiene, ó por el desbordado torrente de las pasiones, ó por el huracan de la barbarie; pero las obras de la inteligencia, que emana de Dios, resisten al rudo embate de los siglos y de los hombres, por mas que solo se conserven ruinas de sus venerandos restos. La idea queda siempre; una vez arrojada al mundo germina, vive latente en el aire, como los átomos, para ser absorbida de nuevo y reproducida despues con mas vigor, con mayor fuerza que nunca. Y así sucedió con los monumentos arquitectónicos.

La primera piedra levantada por los celtas para formar su *menhir*, levantada al mismo tiempo por todas las razas y en toda la superficie del globo, en el Asia como en América, para el túmulo ó para el *galgal*, cada piedra de estas era una letra del gran alfabeto universal; era un monumento arquitectónico que representaba un geroglífico; era una frase, un concepto, una idea, que no podia el hombre manifestar de otro modo, que no tenia otros medios de espresion que el de los objetos que le rodeaban; que no sabia otro idioma, ni podia aprender de otro maestro que de la naturaleza, de la materia misma de que fue formado, creada por Dios, por el arquitecto universal, por el primitivo arquitecto.

La arquitectura enseñaba entonces lo que necesita aprender el hombre en su primera edad, y por eso nace de ella su influencia en la civilizacion: entonces nos enseñaba letras; mas tarde escribió frases; despues imprimió ideas.

Entonces no habia mostrado Elora aun su Kelaza, ni se habian practicado las subterráneas escavaciones, ni el seno del Himalaya se habia abierto, segun la mitología India, para ostentar la celeste mansion del templo de Siva, que la imaginacion comtemplaba arrobada, como de inspiracion divina. Muy lejos de eso: habíase comenzado solo el alfabeto de granito; no se habia concluido aun: los hombres no hablaban, deletreaban solo; ni las piedras, ni los mármoles habian sido cortados todavía; ni siquiera un nombre simbolizaban; no habian recibido proporciones, ni formas del arte, del genio, de la poesía: recibiéronlas despues; colocóse piedra sobre piedra; escribiéronse sílabas, y amontonadas en el funerario recinto, ó santuario druídico del Karnac, quedó confeccionado un grupo de frases, que á pesar de todas las investigaciones no han podido traducirse, no han podido descifrarse, pero que permanecen indudablemente allí como los últimos destellos del naciente arte.

El Asia y Egipto formaron seguramente las primeras letras, nos dieron las primeras fórmulas; pues no otra cosa eran las célebres ciudades de la Caldea, Asiria, Persia, Mesopotamia, Pentápolis, Fenicia y la Arabia feliz. El arte era entonces la imitacion. La arquitectura era arte material: faltábale la idea y el espíritu, la escultura y la pintura, que formaron la primitiva educacion de la inteligencia; que emanciparon el espíritu de su estrecha cárcel para abrirse ancho paso en sus libres manifestaciones; que nos hicieron sentir las primeras emanaciones del alma reducidas á formas, panteistas primero, paganas despues, y por último cristianas.—Oriente, Grecia y Roma:—ahí teneis simbolizado el progreso físico, moral é intelectual de los tiempos antiguos.

No podemos, pues, arrepentirnos de haber sentado, que la arquitectura ha sido, durante muchos años al menos, el gran libro de la humanidad: libro precioso, en el que estudiaron todos los sabios, en el que aprendieron las naciones las primeras letras, en el que hallaron los hombres las primeras palabras; libro inapreciable, que ha prestado á historiadores y arqueólogos las mas antiguas tradiciones, que ha suministrado al mundo hasta las primitivas ideas religiosas que precedieron á todo género de civilizacion. ¡Hablen sino los primeros sacrificios, las primeras ofrendas, que segun el mismo Génesis, dejaron en las alturas tan sublimes recuerdos!

El ilustrado Milizia llama á la arquitectura, «reina y directora de todas las ciencias.»

El inimitable y fecundo Victor Hugo, «gigante de mil cabezas y mil brazos.»

Y nosotros, «esplendente é inestinguible lumbrera del mundo artístico.»

Abramos la historia: saludemos, antes de ojearla, aquellos informes monumentos, centros generatrices de las artes y las ciencias: leamos, al pasar ligeramente nuestra vista, sus páginas de pórfido, y hallaremos primero masas estraordinarias y enormes, desproporcionadas columnas despues, pirámides gigantescas y asombrosos monolitos, áridos y prosáicos, pesados y vulgares, que súbitamente se convierten en esbeltos y armónicos con las primeras melodías de Moisés y Homero: admiremos á Beseleel y Oliab construyendo el riquísimo y grandioso Tabernáculo: sigamos al sabio Salomon en su viaje á Tiro en busca del famoso Hiram, que ha de producir la primera maravilla del arte, y habremos percibido las primeras ráfagas de luz que sobre la armonía de las formas derramó la arquitectura.

No son menos dignos de mérito los progresos del arte indio en Elora: con decir que en la bóveda del Visuakarmá, abandonada la sencillez de las rectas, empieza á despuntar la aurora de ojiva, habrán perdido los romanos parte de su originalidad en la invencion que se atribuyen de los arcos y las bovedas venciendo las ingeniosas dificultades de la curva.

¡Detengámonos aquí un momento: rindamos un justo tributo de veneracion á la infancia del arte, cuya inspiracion debió ser engendrada por las arqueadas formas de sus sagrados plátanos, cuya majestuosidad imponente nació sin duda del grandioso espectáculo de aquella naturaleza vírgen y deliciosa que les rodeaba! ¡Admiremos tambien aquella construccion simbólica de los templos búdhicos, el *dahgopa*, el simbolismo, que es el espíritu dormido en su primera cuna!

Ahí teneis los primeros monumentos de aquella civilizacion, los primeros destellos del arte, los hombres fielmente retratados en los monumentos. Es la idea imperecedera del progreso, encarnada por Dios en el corazon humano; es la idea de la perfectibilidad, que anunciaba el cristianismo con sus rutilantes fulgores.

Por eso no pueden comprenderse aquellos fabulosos templos del alto Egipto, á la orilla izquierda del Nilo, el dificilísimo trasporte de aquellas masas de pórfido, de aquellos informes monolitos para la ereccion de sus obeliscos, careciendo, como carecian, de las mas simples nociones mecánicas. ¿Y qué diremos de tan estraordinarias y maravillosas fábricas de mampostería por do quier diseminadas, como allí se cuentan?

En Edfou, el primitivo Hatfouh de los egipcios, la Apollinópolis Magna despues, y por último el Aroeris, llamado el Apolo de la mitología griega y romana, segun



EL GENERAL GARCIA, JEFE DE ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

los admirables descubrimientos de Champollion el jóven, con sus enormes pilones, sus esculturas gigantescas talladas en los mismos muros, sus dos hileras de divinidades de la fachada esterior, recibiendo las ofrendas de Sotero II y su hermano Alejandro. El Speos de Athor en Ebsambul ó Ipsamboul, que recuerda con sus corpulentas figuras de la parte esterior las famosas obras de la Tebaida, monumento el mas interesante del pais de los kenos, en la Nubia interior: en él brilla ya la grandeza arquitectónica, como si dijéramos del arte, que comenzaba á desarrollarse con las riquezas de la escultura y la pintura, hermanas inseparables entonces de la arquitectura. El Nakschi-Roustam de los fabulosos tiempos de la Persia y otros.

Es decir, que así como los primitivos escitas, que partieron de las lejanas regiones entre el Euxino y el mar Caspio, atravesaron de progreso en progreso, de letra en letra, una parte del Epiro para levantar cómodas construcciones en los campos de Dódona, y que estas construcciones de madera pura, de centenarias encinas, fueron trasformadas mas tarde por ellos mismos, al ocupar los paises meridionales de la Grecia, en suntuosos monumentos de mármol y piedra; del mismo modo el peulvan cáltico, los dólmenes, semi-dólmenes y trilitos, los pasadizos cubiertos, las *piedras vacilantes* y los túmulos, fuéronse convirtiendo por la poderosa mano del tiempo en fabulosas ciudades y monumentos informes, que esparcieron por el mundo los primeros albores del genio y del arte.

Del mismo modo tambien, los troncos de los árboles, empleados en un principio para guarecerse los hombres de la intemperie, fueron reemplazados por las columnas, el ramaje y las pieles del errante caribe y el tártaro pastor por los arquitraves. Los preciosos y esbeltos cedros del Líbano sirvieron á los fenicios para levantar edificios soberbios, y cuando los primeros escultores sometieron la arcilla á formas variadas, la arquitectura fue perdiendo su primitiva rudeza. De alfabeto, que era, convirtióse en geroglífico; de geroglífico en símbolo, de símbolo en palabras, de palabras en libro.

Aquí tocamos ya los primeros tiempos de la Grecia, y á medida que vayamos recorriéndolos, iremos avanzando en el progreso de las artes y de la civilizacion, vivamente reflejada en sus monumentos. Los griegos, á pesar de Herodoto y otros historiadores, si no inventaron, perfeccionaron al menos y elevaron la arquitectura al mas alto grado de belleza con sus tres órdenes, Dórico, Jónico y Corintio. Las famosas Pirámides, el lago de Mœris, el Laberinto, la opulencia de los persas, todo vino á eclipsarse con nuestros griegos, segun Le-Roi, Jones, Sonart, Biscari, Barthelemy y otros sabios que examinaron y describieron artísticamente sus obras.

No es, por lo tanto, posible, que al hablar de la poética Grecia, podamos detenernos hoy á enumerar, ni una siquiera de paso, sus maravillas y progreso, cuando tan importante es á nuestro objeto.

Si en vez de ligero artículo escribiéramos un libro, cantaríamos con el celebérrimo Rioja las *cunas* de *marfil* y de *oro* que *rodaron* por aquellos históricos campos, que el mundo admira y la posteridad venera.

MANUEL NIEVES DE LA VEGA.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

I.

ABD-EL-MOTALLEB A ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Alabanza á Dios, soberano de los mundos.—La misericordia es solo de Dios.

A ti, Abdallah-ben-Solul, hermano mio, te escribo desde tierra de cristianos.—Salud en Allah.

Así como los que son constantes en esperar en Dios en las adversidades, los que dan al pobre parte de sus bienes y los que borran sus culpas con buenas obras serán recibidos en el paraiso, con igual verdad te aseguro que puse mi confianza en Allah y salí salvo por su misericordia inmensa del rayo de la guerra que asola nuestros campos—Mientras Allah no perdone nuestras faltas, no nos colmará de gracias ni nos conducirá por el sendero de la justicia.—Entonces aparecerá la verdad y, como dice el Profeta, la calumnia se disipará como el humo.

Tambien entre los cristianos, como entre nosotros, hay buenos creyentes de su religion, temerosos de Dios y que acatan sus altos designios.—Por esto sin duda, despues de la batalla en que perdimos la bandera de nuestra kabila, permanecí escondido entre matorrales, y no tuve otra salvacion que la misericordia del Señor.

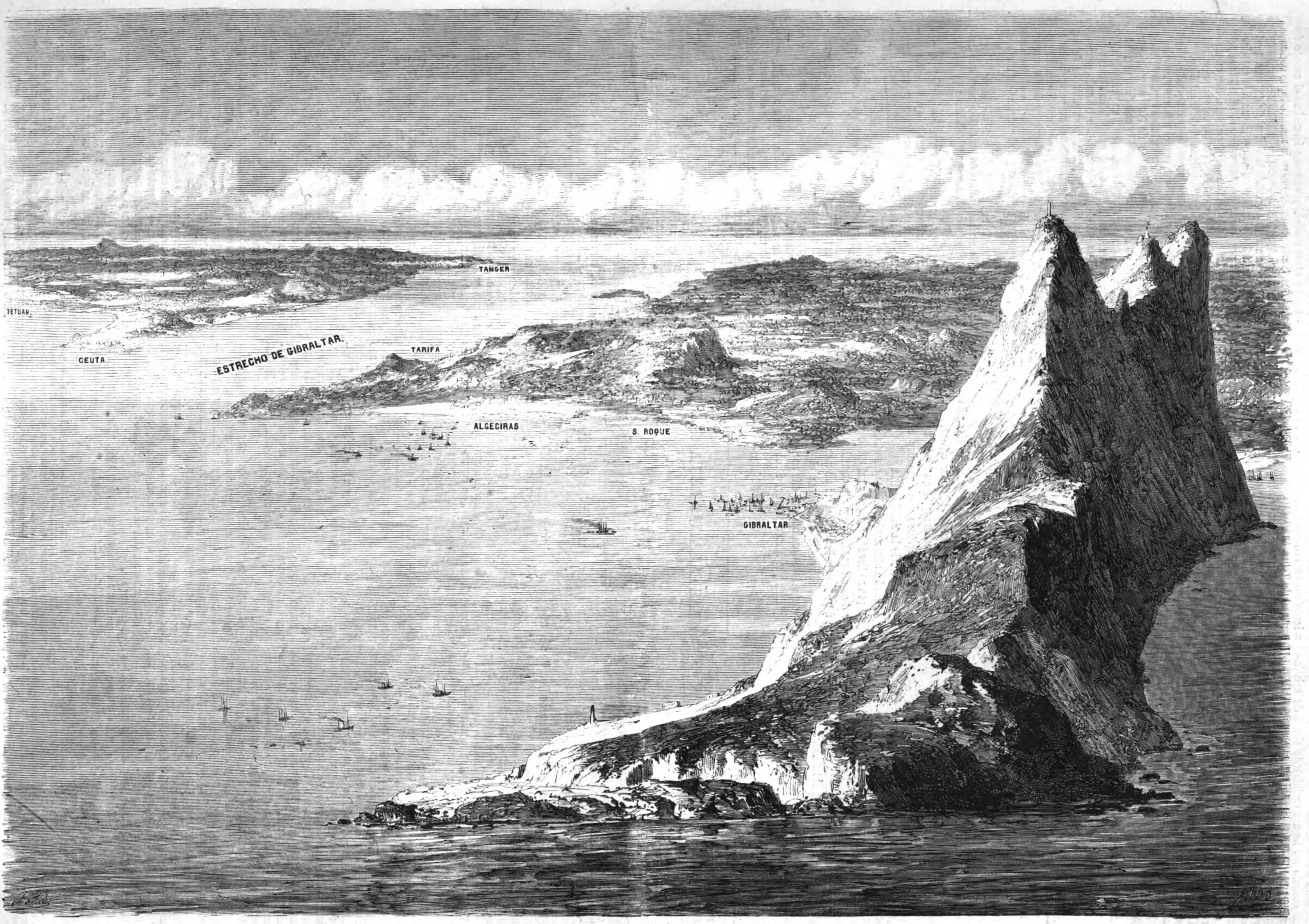
Mis mismos enemigos me han recogido y curado las heridas con verdadero amor fraternal.—Al fin las criaturas todas ¿no respiran el aire que envuelve la tierra, no se alimentan de lo que esta produce y no levantan á Dios sus ojos en busca de consuelo en sus amarguras?—

(1) Estas interesantísimas cartas escritas *al parecer* por un árabe un poco mas ilustrado que la generalidad de los bárbaros habitantes de Africa, á quien los azares de la guerra, segun dice, le ofrecerá ocasion de estudiar y comparar las costumbres y la civilizacion de los españoles, podrán ofrecer, como esperamos, alta novedad, no solo por los juicios que bajo el punto de vista marroquí deberán hacerse en ellas, sino por ser tambien un cuadro de las costumbres y de las fantásticas creencias mahometanas. Las tres primeras cartas que podemos publicar de este viajero escritor, sea ó no árabe, que su procedencia local poco debe importar á nuestros lectores, son por de pronto una curiosa y elegante muestra de literatura oriental.

(Nota de la redaccion).



VOLUNTARIOS DE LOS TERCIOS VASCONGADOS.



VISTA PANORÁMICA DEL ESTRECHO DE GIBRALTAR.

Pues el Padre Celestial de todos premia las buenas acciones y penetra los corazones.

No sé cuando mi hajara (salida) de tierra de cristianos tendrá lugar.—Allah-acbar. La-ilá-ellá-Allah.

En la peregrinacion aprenderé.—La limosna que se haga y el voto que se forme serán conocidos del cielo.—Me propongo, con el auxilio de Dios, darte á conocer las costumbres de los cristianos.

Mis conocimientos serán aumentados en el destierro.

Mi rostro será vuelto siempre hácia el templo Haram.

El Oriente y el Occidente pertenecen al Señor.—Nadie puede impedir el cumplimiento de sus decretos.

Salud en Allah.

II.

Abd-el-Motalleb á Abdallah-ben-Solul.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.

La palabra de Dios se cumple siempre con verdad y con justicia.

Nadie puede cambiar sus decretos.

Hermano mio ¿no pertenecen á Dios los mejores nombres? Pues ten para tu alegría y la de mi padre anciano que gozo de perfecta salud en tierra de cristianos.

¡Oh Abdallah-ben-Solul! si el huracan de las espadas llevase á tus tiendas algun cristiano herido ó moribundo, amparo cariñoso debes ofrecerle.—La justicia no consiste, como creian los antiguos mahometanos, en entrar en las casas por la puerta falsa sino en temer á Dios. Entrad en vuestras casas por la puerta, y temed á Dios á fin de que seais dichosos (2).

El trato que recibo de los cristianos no podria recibirle mejor de mis mismos hermanos.—Su mansedumbre y generosidad para conmigo no tienen igual: he aquí porque pronto me hallaré en estado de comprender sus costumbres y escribirte acerca de su historia antigua, de sus hombres de letras y de todo lo que llame mi atencion, mientras esté imposibilitado de volver á mi país protegido con las liberalidades del Señor.

Acuérdate del que está lejos de sus hogares.

Salud en el Señor.

III.

Abd-el-Motalleb á Abdallah-ben-Solul.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Todos los bienes nos llegan por mano de Allah.—No hay mas que un Dios viviente y eterno.—El es el rey del dia del juicio.

Hermano mio, recibe la fatahat (introduccion) acerca de las costumbres de los cristianos.—Todos han sido criados del barro de la tierra, y segun su religion alaban al Eterno, porque Dios es el que ha criado el cielo y la tierra, ha formado la luz y las tinieblas, señala el término de la vida humana y castiga las acciones de los impíos.—Hermano mio, muchos cristianos son piadosos, y cumplen con las órdenes del Señor.—Ayudan al menesteroso y amparan al herido.

Muchos reunen sus haberes y establecen casas de asilo en donde los desvalidos son alimentados y los ancianos sostenidos libres de todo cuidado.

Este comportamiento debe ser grato á los ojos de Dios, porque las recompensas serán proporcionadas á los méritos.

El Todo-poderoso es rico y misericordioso.—El gobierna á sus servidores.—La sabiduría y la ciencia son sus atributos.

¿Me quejaré, pues, de hallarme en tierra estraña?

¿Qué habria de mas impío en mis labios que acusar á Allah de la suerte que me ha deparado?

Los españoles forman una nacion grande y poderosa, y todo pueblo que reune estas circunstancias sabe tener consideraciones para con los vencidos.—Bien puedes, ¡oh hermano mio! comunicar á nuestros parientes y amigos las buenas dotes que adornan á sus vencedores. El Señor no hace jamás prosperar á los perversos.

Comenzaré pronto, con el auxilio de Dios, á recorrer esta nacion hospitalaria, y te comunicaré lo mas digno de memoria.—Sus playas son hermosas, y sus puertos capaces.—Al desembarcar en Aljeciras se reunieron á mi alrededor muchas gentes.—¿Qué importa la diferencia del traje?—El corazon es el que hace al hombre.

Acordémonos de los favores que Allah nos dispensa, dice el Profeta.—No está prohibido buscar los bienes de Dios.—Me alegré, pues, al pisar la tierra de mis abuelos: é hice voto de dejarme crecer el cabello como si emprendiese la peregrinacion de la Meca.

¿Qué cosa mas agradable para un peregrino que recordar los lugares en donde corrió la infancia de sus projenitores?

Yo no tendré como Mahomed, cuando recorrió los ardientes desiertos de la Arabia, un ángel que estienda sus alas sobre mi cabeza, ni el árbol seco á cuyo pié me asiente no reverdecerá ni se cubrirá de hojas y flores como el de Bosra (3).

Pero alabanzas sean dadas á aquel que estableció la amistad entre los hombres.—Al hijo del desierto no le faltará algun amigo.—Abubecr fue el primer musulman celoso que encontró Mahomet Elnabi y enviado de Allah.—¿Cuál será mi suerte?

¡Oh Dios! rey supremo: tú darás y arrebatarás á tu alvedrío las diademas.—Tú elevarás y humillarás á los hombres segun tu libre albedrío.—El bien está en tus manos.—Tú eres el Todopoderoso.

Tú cambias la noche en dia y el dia en noche.—Tú haces salir la vida del seno de la muerte, y la muerte del seno de la vida.—Tú derramas tus tesoros inagotables sobre los que mejor te place.—Ampara, pues, al peregrino.

(Se continuarán.)

(2) Difícil es á veces poder comprender el sentido simbólico de algunas cláusulas escritas por los orientales. Aquí, recordando á cada momento sentencias y máximas alcoránicas, parece darse á entender que en ninguna raza ni bajo ninguna religion sienta bien la crueldad, y que á todo enemigo herido ó indefenso debe protegérsele, no llevando otra mira que la de hacer un bien y una obra agradable á los ojos de Dios. Buena prueba de este hidalgo comportamiento han dado al mundo los españoles, recogiendo y curando á los moros heridos hechos prisioneros.

(Nota de la redaccion.)

(3) Fábulas alcoránicas á que los musulmanes dan completo asentimiento. Por estas y otras citas conocidas solo de los musulmanes, por el lenguaje sentencioso y metafórico de estas cartas, por las continuas referencias á versículos del Coran y otros libros mahometanos, puede deducirse que su autor se eleva sobre el vulgo de los orientales y conoce á fondo la civilizacion africana.

(Nota de la redaccion).

SONETO.

Ya te abandono, Amor: nunca contento
me dió puro tu falsa compañía,
que halla en sus horas quien de tí se fia
por una de placer, de dolor ciento.

Ya podré contemplar en grato asiento
el cuadro hermoso que descubre el dia,
y al ocultarlo la tiniebla fria
el sueño abrazaré de pena exento.

¡Pero lloras, Amor! ¿cuánto te ama
sabes mi corazon, y con mentira
á tu amistad me vuelves de que huyo?

Pues vuela, de Teresa el pecho inflama
en la dulce pasion que ella me inspira,
y mas que nunca volveré á ser tuyo.

Z. A.

LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

DE SANTIAGO.

I.

El 25 de julio de 1487, las campanas de la catedral de Santiago ensordecian á la ciudad con sus continuos y atronadores sonidos.

Era uno de los mejores dias de verano. El sol brillaba en todo su esplendor desde un cielo azul. El calor se hacia insoportable.

Un gentío inmenso inundaba desde el amanecer la Quintana de los Muertos, la Azabachería y la Plaza del Hospital.—Todas sus avenidas no bastaban á dar paso á la muchedumbre que se agolpaba presurosa hácia las puertas de la Santa Iglesia del Zebedeo.

Los ojos del pueblo se dirigian con asombro á la gigante torre de las campanas, de cuyas bóvedas partian sus mil distintas vibraciones; profundas y sonoras, agudas y penetrantes.—Sus ecos, esparcidos por la distancia y mezclados en el espacio, herian los oidos de la multitud absorta, como un violento armónico.

Era la primera vez que sonaban aquellas campanas que la cristiandad de un monarca estranjero ofrecia al Santo Apóstol para la mayor ostentacion de su sagrado templo.

Un crecido número de operarios habia venido á Compostela con los materiales necesarios para la fundicion.

Entonces fue cuando se demolió la antigua torre de la catedral, porque su fábrica no era bastante sólida para sostener el peso de aquellas enormes masas de bronce: y en el mismo sitio fue construida la que aun hoy se levanta esbelta y graciosa sobre la ciudad eterna de Galicia.

El pueblo, admirando su portentosa altura, escuchaba aturdido el incesante repique de sus campanas.

—Daría el mejor cordero de mi rebaño por estar mirando desde lo mas alto de esa torre! esclamaba un campesino de aquellas cercanías.

—¡Ya lo creo! respondia una voz en el mismo grupo. Muchas tierras deben verse desde aquel balcon de piedra!

—Seguro es, observaba otro labriego, que el sonido de estas campanas ha de oirse en el último lugar de nuestra parroquia.

—Y tambien dos leguas mas allá, añadia un cuarto interlocutor. Ya las oiremos bien cuando el maldito vendabal levante aquellos remolinos de polvo en nuestras eras.

Este y otros parecidos diálogos formaban el asunto de todas las conversaciones entre la multitud que rodeaba el templo del Apóstol Santiago.

Pero no era esta novedad la única fiesta que tanta gente atraia á las plazas y calles contiguas á la catedral.

Aquel dia era, como llevamos dicho, el 25 de julio de 1487.—La iglesia de Santiago celebraba las suntuosas funciones á que concurrian en numerosa peregrinacion los mas distinguidos romeros del orbe católico.

La antigua Compostela presentaba por aquellos tiempos un aspecto mas grandioso que el moderno Santiago.

Es verdad que sus calles eran tortuosas y sus casas de miserable apariencia; que el genio de Novoa y de Montenegro aun no habia enriquecido á la catedral con nuevas fachadas, pues conservaban intacto su primitivo órden bizantino: que la torre del reloj debia alzarse tres siglos despues: que Machada no habia trazado el frontispicio de la Universidad, y que algunos edificios debian mejorarse ó construirse posteriormente; pero en cambio, su animacion era mayor, y mas grande su importancia.—Las romerías de los pontífices y de los monarcas, desaparecieron con sus peregrinos y sus pantomimas, con sus juegos de cañas y sus corridas de toros en el campo de la Estrella.

La concurrencia era aquel año verdaderamente notable.—Entre la apiñada multitud se distinguian con profusion los anchos sombreros y las calabazas pendientes del bordon del peregrino.

Muchos curiosos, preocupados con los siniestros rumores que circulaban entre el vulgo sobre aquellas peregrinaciones, observaban con gran atencion las fisonomías adustas, risueñas ó melancólicas de ciertos romeros.

Quién suponia un brillante traje de caballero, bajo el tosco ropon que perfilaba un cuerpo de airoso continente.

Quién sorprendia una idea de venganza en la iracunda mirada de un viejo peregrino.

Este adivinaba una vida de dolor, al ver la pálida frente de un mancebo.

Aquel traslucia las escamas de acerada malla entre los pliegues de una esclavina bordada de conchas.

Y no faltaba tampoco quien sospechase un semblante de mujer en algun rostro afeminado y mal encubierto por las postizas barbas que lo desfiguraban.

Y á la verdad, no carecian de algun fundamento aquellas misteriosas congeturas.—Muchas veces el sayal del peregrino escondia entre sus pliegues incógnitos aventureros, cuyas historias llegaron hasta hoy, embellecidas con la sencilla narracion de nuestros romances populares.

Las conversaciones se sucedian, y los comentarios se multiplicaban.

El confuso rumor de mil voces, el chirrido de las chirimías, la música de las danzas, el estruendo de los fuegos artificiales y la estridente algaravía de cien esquilones, formaban un conjunto atronador que desvanecia la razon como un vértigo irresistible.

La multitud comprimida, se agitaba y se revolvia estrechándose continuamente.

Entre todos, se distinguia un peregrino de graciosa, al par que severa fisonomía.—Sus ojos azules, el rubio color de sus luengas barbas y la gravedad de sus ademanes, indicaban en él un estranjero de noble raza y elevada alcurnia.

Detrás de este personaje, marchaban hasta veinte romeros en actitud respetuosa.

Por fin, cesó el repique general de campanas.—Y la muchedumbre se dirigió silenciosa al templo donde el arzobispo don Alonso III de Fonseca iba á celebrar de pontifical con aquella solemnidad que imprimia á todos sus actos.

Penetremos en el interior de la catedral.

Sorprendente es el golpe de vista que presentan sus naves iluminadas por los destellos de profusas luces.

La esplendente claridad de mil bugías quiebra sus rayos en el oro de los altares, y reverberando en las facetas de su pedrería, proyecta vivos resplandores sobre las sombras de sus columnas.

El ambiente está perfumado hasta hacer fatigosa la respiracion entre las espirales de humo que se desprenden del célebre incensario en su majestuoso columpio.

Las graves armonías del órgano inspiran la devocion y el recogimiento, al modularse en las sonoras trompas.

Y las oraciones que pronuncian todos los labios forman un murmullo respetuoso y solemne.

En el coro ocupaban sus asientos el justicia mayor de Galicia y los demás jueces oidores, acompañados de los voceros y notarios.—El resto de la iglesia estaba invadido por una concurrencia numerosísima.

El redoble del concejo habia sonado ya, y la procesion recorria las espaciosas naves.

Muy próximo al altar mayor se veia arrodillado al romero de las barbas rubias que ya conocen nuestros lectores.

Como era regular, llamaba la general atencion por el distinguido puesto que se le habia destinado. Allí permaneció durante toda la funcion, sin que nadie pudiese esplicarse el motivo de tan estraña preferencia.

Pero pronto desapareció aquel misterio.



Concluida la misa, y en medio de la sorpresa general, uno de los romeros que le acompañaban, puso en sus manos una primorosa bandeja cubierta de luises de oro.

Dirigióse con ella hácia la mesa donde dos caballeros *cambeadores* (1) custodiaban y recogian las ofrendas del Santo Apóstol.

Ambos se levantaron al acercarse el peregrino con tan rica ofrenda.

Este se arrodilló ante una imágen de Santiago colocada sobre aquella mesa, y poniendo á sus piés la pesada bandeja, dijo con sonora voz y pausado acento.—¡En nombre de mi señor Luis XI, rey de Francia, os ofrezco estos quinientos luises de oro, y los sagrados bronces que desde hoy llamarán á vuestro templo á los romeros de todas las naciones católicas!

En aquel instante las campanas de la catedral resonaron majestuosamente sobre Compostela, uniendo sus armonías al solemne cántico de los sacerdotes.

Las palabras del peregrino satisfacieron la curiosidad general y ocasionaron diversos comentarios sobre su magnífica ofrenda.

Concluida la ceremonia, la multitud empezó á removerse para abandonar el templo (2).

La comitiva invitada á la funcion, fue despedida en el pórtico de la Gloria, y el concejo acompañó al prelado hasta la puerta de su palacio.

La muchedumbre, no teniendo ya que observar, se dirigió á sus casas, inundando completamente las calles del tránsito.—Su marcha era apresurada porque apenas quedaba tiempo para prepararse y asistir á las fiestas de la tarde.—

(Se concluirá.)

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

(1) Constituian esta Orden los mas nobles caballeros de aquella época.—Su principal obligacion era cambiar las diferentes monedas de los peregrinos.—

(2) Mis lectores no deben estrañar que en aquella solemnidad no se presentase el comisionado del rey de España á ofrecer al Santo Apóstol los mil escudos de oro que le tributa todos los años.—Esta ofrenda tiene su origen en el reinado de Felipe IV, cuyo monarca la instituyó en reconocimiento del divino patronato que el apóstol Santiago dispensó siempre á las huestes españolas.

HISTORIA DE UN SOMBRERO VERDE.

(¡ESTABA DE DIOS!)

Yo no sé por qué causa habia llamado mi atencion aquel sombrero.

Preguntad al que prefiere para vivir los barrios altos á los bajos; para pasear el Retiro á la Fuente Castellana ó vice versa; la calle B á la C para volverse á su casa, á pesar de ser la C mucho mas corta y suave; haced por último cuantas preguntas querais á fin de conocer las razones en que cada cual apoya su simpatía hácia cualquier objeto, aun para el de su cariño, y despues de enumeraros, siquiera para dar algun colorido natural al atractivo de sus deseos, infinitas y estupendas cualidades, que se imagina ver en aquel instante, pues que nunca habia pensado en ellas, y las forma á medida de su gusto en el acto de responder de improviso al inesperado ataque que se le dirige, concluye con la verdadera y única definicion del fundamento de sus inclinaciones, con ese ***no sé qué*** indefinible, caprichoso, vago, pero real, positivo, indestructible que no se puede realizar, pero que se siente y que tampoco es necesario para ser comprendido la aplicacion del método filosófico, porque todo el mundo puede encontrar la solucion consultándose á si propio.

Pues ahora bien, ninguna afinidad tenia aquel sombrero con mi cabeza, porque era imposible que jamás hubiesen mantenido entre si estrechas relaciones, ni menos que escitase mi inclinacion *capilar* su forma esferoide ó cónica, presumiendo el pícaro de nuestro amor propio, que colocado en la parte superior de mi individuo, derramaria á manos llenas las gracias que natura le habia negado, reservándolas sin duda para mejor ocasion.

Conozco tan bien como cualquiera, que un sombrero no tiene manos, pero tampoco las veo en la *naturaleza*, y á pesar de eso no deja de colocarselas á cada paso quien á cuento le viene. Si se pretende justificar esta figura retórica, tomando la parte hombre, que tiene manos, por el todo-naturaleza, que carece de ellas, tambien queda justificada la mia, pues el sombrero es igualmente *parte* de la naturaleza *todo*, y si aquel no tiene manos, no le faltan á este alas, que viene á ser lo mismo para el caso.

El único lunar que pudiera indicarme el mas severo crítico, se reduce á un simple *lapsus calami*: haber escrito á *manos llenas* en lugar de *con alas llenas*. Pues por eso no haya polémica; sin pasar adelante, hago en el acto el de mi contricion, confieso mis pecados y escribo:

Errata.

Línea tantas, donde dice *manos*, léase *alas*.
Y punto concluido.

Ahora, señor crítico, con vuestro beneplácito, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion.

Quedábamos en que ningun antecedente *personal*, es decir, con referencia á mi individuo, podia existir entre el sombrero y yo para que escitase mi atencion de una manera tan pronunciada, como se dice desde el año de 1840 y la razon es muy sencilla.

Aquel sombrero era de mujer.

Y sin embargo, me atraia como al acero el iman, como el dinero al corazon humano; cada vez que pasaba por su lado, sentia una emocion, un afecto, un deseo, un ***no sé qué*** por semejante prenda, espontáneo, irresistible, inmenso.

Al llegar á la calle en que se encontraba este simpático sombrero, y á medida que me iba acercando á la prendería donde se ostentaba lleno de polvo y telarañas sobre la cabeza de un San Antonio de Padua, agitábase mi corazon y sus latidos eran tan fuertes, que necesitaba comprimirlos llevando entrambas manos al pecho.

Divisábalo, en fin, é involuntariamente acortaba mi marcha; fijábanse mis ojos en sus descoloridas cintas, en sus marchitas flores y en su raso verde que empezaba á blanquear por algunas partes, y la mas profunda tristeza sucedia á la agitacion de mi espíritu; el corazon dejaba de latir con su anterior violencia para henchirse de la mas tétrica amargura. Continuaba no obstante mi camino pero meditabundo, preocupado, combatido por sombrias y dolorosas reflexiones. Un pensamiento que nacia en lo interior de mi alma mostrábame en aquel viejo y estropeado sombrero una serie de calamidades, una historia terrible, siniestra, repugnante, uno de esos frecuentes episodios que corren en la sociedad de boca en boca para *matar el tiempo* y que son referidos al amor de una confortable chimenea, como dicen nuestros vecinos de allende, entre el ruido de las tazas del café, despues de una suculenta comida ó en los intermedios de algun brillante espectáculo.

En los bailes, en los festines y bacanales, jamás se cuentan semejantes noticias; las intrigas que cada cual trae entre manos no le permiten ocuparse de otra cosa, y aun cuando las recordase, ¿quién se atreveria á deslizar una flor marchita en el deslumbrante *bouquet* de las heroinas de aquel drama?

Y sin embargo, estas historias, estos episodios, estas *gacetillas*, cuya trama no se profundiza porque nuestro egoismo teme penetrar mas allá de lo que á primera vista aparece, y se satisface con los resultados de bulto que presentan para distraer la atencion unos cuantos segundos, estas historias, episodios y gacetillas, estan escritas con las lágrimas del corazon y con la sangre del martirio.

—*Ayer á las diez de la mañana se arrojó un hombre por el balcon de un tercer piso*, dice un periódico en su crónica de la capital, y añade seguidamente: *se presume que padecia algunos accesos de enagenacion mental.*

Ya está justificado el hecho de cualquier modo, exacto ó no, poco importa; nadie se cuidará de averiguarlo; lo esencial es darle un colorido y se toma de la primera tinta que hallamos á mano.

—*Anoche se encontró una mujer medio muerta en la calle y la trasladaron al hospital: tal vez el amor á Baco la condujo á este estremo.*

—*En la calle de tal, fue necesario que la policia derribase la puerta de la habitacion, porque sus moradores no dieron en todo el dia señales de existencia y hallaron el cadáver de un anciano: sin duda algun aplanamiento cerebral produjo aquella muerte instantánea*, etc., etc.

La narracion de estos sucesos, solo puede tener lugar, segun he dicho, entre las personas que necesitan *matar el tiempo* de cualquier suerte; la investigacion de los motivos que ocasionaron los sucesos, no tiene lugar nunca; los efectos producen en cierto modo alguna distraccion y pueden admitirse mezclados con los placeres de la vida, para tenuar un tanto su insipidez; las causas solo deben ofrecer disgusto, tristeza y repugnancia; pueden ademas resentir nuestros intereses, aliviando ciertas necesidades, móviles de los efectos, sino por voluntad propia, si quiera por el qué dirán de las gentes, y conviene absolutamente olvidarlas: sobre todo, porque hariamos de otro modo un bien de caridad, y la caridad bien ordenada empieza por uno mismo y uno mismo se perjudica si toma parte en la desgracia agena, aun que tenga elementos para remediarla. ¡Qué diablo! ¿Quién nos mete á redentores? Nadie tiene demás en este mundo, y los recursos están en relacion con las necesidades... ¡Si fuésemos á socorrer á todos los necesitados! . . . .

. . . .

Vuelvo á mi sombrero de mujer.

Y en verdad, que continuaba enteramente abismado en los pensamientos que surgian de mi cerebro á la vista de aquel adorno femenil, todo el camino que necesitaba recorrer para llegar á..... ese paraje á donde iba diariamente y que no te importa saber, lector amigo; tampoco me lo preguntas, ya lo veo, pero tampoco te lo digo y váyase lo otro por lo uno, que viene aquí mejor que lo uno por lo otro, y adivina este por qué.

Sacábame de mis reflexiones el ejercicio de mi diaria ocupacion, al que sucedian otra multitud de circunstancias, que cada cual puede juzgar por sí propio recordando las diferentes situaciones por donde atraviesa el hombre en el trascurso del dia; y con esto habré dicho mas que si escribiera un capítulo entero; hasta que á la mañana siguiente y al mirar de nuevo la prenderia, tornaba á esperimentar las mismas sensaciones: siempre igual presentimiento y siempre el sombrero en el mismo sitio, tapando la cabeza de San Antonio. Nadie compraba el sombrero, ni el santo.

Dos meses hacia que tres manifestaciones de la naturaleza y de las artes (fenómenos en el lenguaje filosófico) se encontraban todas las mañanas, á una misma hora y en idéntico paraje: el sombrero, la efigie de San Anton y yo. Habia otra multitud de objetos en el establecimiento universal, mas para mí no existian sino los dos que he nombrado, y aun uno de ellos solamente por las relaciones tan íntimas que conservaba con el otro, como que lo tenia en la cabeza.

Tanto fue creciendo mi aficion por el sombrero, que un dia me decidí á comprarlo, aunque esta idea no era espontánea; ocurrióseme desde el principio, pero no me atreví á ponerla en práctica.

Un resto de preocupacion me lo vedaba: entonces aun tenia preocupaciones; si al entrar en ajuste con el prendero, me observaba algun conocido que acertase á pasar por aquel sitio, ¿qué diria de mí? ¡Yo, comprando muy puesto de levita, un viejo sombrero de mujer, en una prendería! Hasta llegaba muchas veces á imponerme el dueño del establecimiento con quien era preciso efectuar el trato. ¿No tendria razon para reirse de mi embajada? Ademas ¿qué iba yo á hacer con aquel sombrero? ¿me representaba algun objeto querido? ¿acaso tenia el menor recuerdo para mi?

A pesar de estas lógicas deducciones que daban por resultado la absoluta inutilidad de aquel mueble, para que desease su adquisicion, mi ansiedad aumentaba de dia en dia en términos de que como llevo dicho, me decidí á comprarlo.

No hay duda que era raro, estremadamente raro lo que me sucedia. ¿Podia encontrarse algun motivo justificado que impulsase este fenómeno? Si señor, el no ***sé qué*** de las afecciones en general y era lo bastante.

Una mañana entré resuelto en la prendería; pero al ir á preguntar el valor del sombrero, amortiguóse la voz en mis labios... y pregunté el del San Antonio.

—Dos napoleones, me contestó secamente la propietaria.

—Me conformo, repliqué con mas alientos, siempre que se me entregue en el estado en que se encuentra.

—Ya se ve que sí, dijo la mujer sin advertir la emboscada.

—En ese caso, tome usted una moneda de las dos que me ha pedido, y recibirá la otra en mi casa, cuando me haga la entrega del santo, pero cuidado que el ajuste se ha hecho...

—Sin *cuidiaos* puede su merced vivir en el mundo, que ni me *queará* con *dengun peazo*: Tomasa, agarra el plumero y déjame el San Anton mas limpio que nuestra *conciencia*; pon el gorro en el candelero.

—Si se toca al santo en lo mas mínimo, le interrumpí al momento, falta usted á lo estipulado.

—¡Aguarda! ¿Querria quizás su merced arramblar con la papalina?

—Lo ajusté tal como se halla.

—¡Ya me comí la partia! el juego no es del tó limpio que digamos, pero vaya con Dios... y buena pró le haga el tal gorro; asi como asi, ¡pa los marchantes que ha *sacao*! En de que se *mercó*, su merced es la única *presona* que le ha *echao* el ojo encima, y para eso se lo quiere llevar de *momio*. No *güelvo* á mercar mas meriñaques, por el estilo, ¡aunque supiera!... es verdad que de mi *mario* fue la culpa, ya se ve, lo trajo una niña, y como las de sus ojos son tan alegres, al momento se *jizo* el *nigosio*... pero ya me tenia bien *tragao* que la ganancia nuestra no seria la del otro jueves, ni con mucho.

De intento dejaba que continuase aquella mujer la gerigonza de los barrios bajos de Andalucia, porque cuanto tenia relacion con el sombrero me interesaba vivamente, y luego la niña que lo habia llevado á vender escitaba mi curiosidad, ardiendo en deseos de conocerla: pero mis esfuerzos para aclarar este asunto, fueron completamente inútiles; la prendera charló media hora seguida sin prestarme la luz que yo buscaba. Por último, San Antonio fue trasladado á mi habitacion, con su sombrero de raso verde.

Mi capricho estaba satisfecho: ya era poseedor de aquel sombrero que tanto habia hecho palpitar mi corazon; de allí en adelante podia verlo á todas horas sin temor de que nadie se mofase de mi interés.

Al entrar en mi cuarto, lo tomé con cariño pasando en seguida una revista escrupulosa á todos sus detalles, guiado por un poderoso instinto. El corazon no me engañaba.

Entre el forro de seda interior, encontré unos papeles doblados. Con la ansiedad con que se arroja el hambriento sobre el pedazo de pan que le presentan, desarrollé las plegadas hojas, y devoré su contenido.

(Se concluirá.)

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.



OBRAS COMPLETAS DE LAMARTINE.

ILUSTRADAS CON PROFUSION DE PRECIOSAS LÁMINAS SUELTAS.



MUESTRA DE LAS LÁMINAS.—CADÁVERES DE LOS GIRONDINOS BUZOT Y PETION, HALLADOS EN UN CAMPO.

HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

Vamos á dar principio á la coleccion de las obras completas de este insigne autor.

Las obras de Chateaubriand publicadas han sido recibidas con estraordinario aplauso por los numerosos suscritores de la *Biblioteca* y de ellas se han vendido un número inmenso de ejemplares, así por el mérito del brillante autor del *Genio del Cristianismo* y de los *Mártires*, como por las condiciones de belleza en la edicion y sin igual baratura en el precio.

Ahora bien, si estimado es del público español Chateaubriand, autor que enlaza la generacion pasada con la presente, aun bajo ciertos conceptos lo es en mayor grado Lamartine, escritor enteramente contemporáneo, que comprende, siente y esplica las necesidades, las ideas de la época, que en sus *Meditaciones*, en sus *Leyendas*, en sus *Viajes*, en sus *Historias*, ha sabido derramar raudales de poesía y revestir los sucesos de los brillantes colores de su imaginacion.



MUESTRA DE LAS LÁMINAS.—LOS GIRONDINOS REFUGIADOS EN LOS BOSQUES.

Se dará principio á la coleccion con la *Historia de los Girondinos*, la mas popular de sus obras en que ha pintado como ningun otro escritor pudiera hacerlo los hechos ya sublimes, ya heróicos, ya sangrientos, ya horribles, siempre portentosos de la revolucion francesa.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.—La *Historia de los Girondinos* constará de 30 á 40 entregas, cada una de 16 páginas de dos columnas, y una preciosa lámina suelta de lo mejor que se habrá visto en este género, y cuyos asuntos están grabados espresamente para esta edicion. Al final de la obra se dará una bonita cubierta para la encuadernacion.

Concluida que sea la *Historia de los Girondinos*, los suscritores observarán que su baratura iguala á la que han tenido las demás obras de la *Biblioteca*; con la cual hasta ahora no ha sido posible la competencia en esta materia. Las ediciones que de esta obra se han hecho sin láminas, cuestan mas del doble de lo que hoy ofrecemos al público con láminas magníficas.

Cada semana se repartirá por lo menos una entrega. El precio de cada una, será un real en Madrid, y real y medio en provincias.

La primera entrega se repartirá el 25 de este mes.—Se suscribe en los mismos puntos que al *Museo Universal*.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG. EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 8. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 19 DE FEBRERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Prosigue el entusiasmo producido por la toma de Tetuan y los actos heróicos de la batalla del 4. Si en esta batalla el ejército español se mostró intrépido y arrojado hasta lo sumo, en la entrada de la ciudad, al aspecto de los resultados del saqueo y la matanza á que se habian entregado los marroquíes, al ver aquella multitud de hebreos y moros hambrientos, estenuados, al ver á las mujeres y á los niños implorando la caridad del soldado, los españoles mostraron la generosidad de sus nobles corazones: las tropas partieron con los hambrientos habitantes de la ciudad vencida las provisiones que llevaban, y usaron de la victoria tan heróicamente como la habian alcanzado. Estos rasgos ennoblecen al ejército y á la nacion de que procede y forman una aureola de gloria para las tropas á quienes distinguen. El general Rios, nombrado comandante general de Tetuan, organizó inmediatamente dos ayuntamientos, uno moro y otro judío, y dispuso como primera y mas urgente medida la limpieza de la ciudad, atestada de efectos despedazados, de ruinas, de cadáveres y de inmundicia. Despues se principiaron á rotular y alumbrar las calles, se convirtió la principal mezquita en iglesia cristiana, se habilitaron fondas, cafés y billares, paseos y jardines; se comenzó á trabajar en el establecimiento del telégrafo eléctrico desde la ciudad á la playa y á los puntos ocupados por los diferentes cuerpos; se activaron y siguen activándose las obras del ferro-carril, ya bastante adelantadas y hasta se trató de fundar un periódico con el título de *El Eco de Tetuan*, que dé al ejército las noticias de España y á España las del ejército. Nuestros amigos y colaboradores Alarcon, Viedma, Arce, Navarro y otros conocidos y apreciados en el campo literario, serán segun parece, los redactores de este primer periódico hispano-africano, encargado de propagar por España las glorias de nuestro ejército y los misterios de la civilizacion musulmana.

Hoy las calles de Tetuan presentan un nuevo y mejor aspecto: el comercio y la industria, ambos libres, se han repuesto y toman cada dia mayores proporciones: el mercado está abundantemente surtido: los pobres hambrientos han encontrado trabajo y medios de subsistencia en las diversas atenciones de la policía urbana y municipal y del servicio del ejército. Gran número de personas acomodadas se disponen á hacer viajes *de recreo* á la ciudad conquistada: los moros que al principio habian huido de ella vuelven á sus hogares luego que han visto el buen trato dado á los que han permanecido en ellos y el respeto á personas y bienes que el soldado español ha mostrado desde la ocupacion de la plaza. Al mismo tiempo, de los pueblos inmediatos acuden diariamente comisiones á ofrecer al general en jefe la sumision de las diversas tribus: todo, en fin, anuncia que nuestra dominacion en Tetuan es considerada por muchos habitantes como un bien y será fecunda en grandes resultados para los intereses políticos y comerciales de nuestra patria.

El ejército de los príncipes imperiales se halla disuelto y desorganizado. Muley-Abbas solo ha podido reunir tres ó cuatro mil hombres en el *Fondac*, es decir, en la venta, fonda ó posada que se encuentra á cuatro ó cinco leguas de Tetuan, en la confluencia de los caminos de Fez y de Tánger. En su fuga los kabilas que le acompañaban le robaron todo el dinero que habia recogido en Tetuan y que dicen ascendia á 2.000,000 de reales. Su hermano no quiso detenerse hasta Fez; y el Abbas robado, avergonzado, con gente desmoralizada y desanimada, determinó al fin pedir la paz.

A este efecto envió á su segundo con una comision de jefes de su ejército á fin de preguntar al general en jefe las condiciones con que tendria á bien otorgarla. El general en jefe manifestó que el dictar las condiciones de la paz correspondia al gobierno; que pondria en conocimiento de este la peticion de Muley-Abbas, debidamente autorizado para hacerla por el emperador, y que los comisionados podrian volver á presentarse por la respuesta al cabo de ocho dias. Si á su vuelta aun no habia respondido el gobierno al mensaje que iba á enviarle por su secretario de campaña, los comisionados esperarian en el campamento español, donde serian tratados con la consideracion debida.

Retirados los embajadores de Muley-Abbas, el general en jefe despachó para esta capital á su secretario el general Ustariz con pliegos en que esponia la situacion de las cosas en Marruecos.

Antes de llegar el generel Ustariz habia llegado el coronel García Rizo con las banderas tomadas el 4, la tienda de campaña de Muley-Abbas y los ocho cañones del campamento marroquí. Depositado todo en el ministerio de la Guerra, los estudiantes de la Universidad, de los Institutos y de las Escuelas Especiales en número de mas de doce mil con sus banderas especiales y llevando las que el cardenal Cisneros tomó en Oran y regaló despues á la Universidad, salieron á recibir y acompañar los nuevos trofeos conquistados. La procesion que con este motivo se formó fue inmensa: los cañones, la tienda y las banderas, todo precedido, acompañado y seguido de estudiantes y de un inmenso concurso, á pesar de lo desagradable de la tarde y de un frio de 2 grados Reaumur bajo 0, recorrieron las calles desde el ministerio de la Guerra, en la de Alcalá, hasta palacio, en cuyos balcones se hallaba la familia real presenciando el desfile. Ya aquella tarde se tenia noticia de las proposiciones de paz y de la venida del general Ustariz.

Llegó despues el secretario de campaña y entregó los pliegos y dió las esplicaciones de que era portador. El consejo de ministros se reunió, y hasta el momento en que escribimos estas líneas son un secreto los resultados de sus deliberaciones. ¿Ha salido de ellas la paz ó la guerra? No lo sabemos: el general Ustariz ha vuelto á marchar con las condiciones que el gobierno impone ó con la autorizacion al general en jefe para imponerlas; pero el público ignora todavía de qué naturaleza son, si existen, esas condiciones. Es verdad que se hacen con mas ó menos fundamento diversas conjeturas sobre lo que es probable que se haya pedido ó se pida; pero nosotros no pasamos revista á conjeturas, sino á hechos, y nada podemos decir hasta que los hechos se realicen.

La toma de Tetuan ha tenido en los teatros sus *apropósitos* zarzuelescos, asi en Jovellanos, como en Novedades. El patriotismo es como el buen lector que *multa mala tegit*. Es preciso no ser muy severos con las obras inspiradas por tan noble sentimiento. Por lo demás, ya sabemos á qué se reducen las producciones de literatura africana: soldados, cantineras, moros y moras, mucho tiro, mucha algazara: tales son sus elementos componentes.

La Universidad celebró una funcion religiosa el otro dia en San Isidro, y el predicador señor Palou, doctor en teología dicen que dijo que nuestros soldados se lan-

zan al enemigo al grito de *Ave María Purísima*. Con permiso del señor doctor este grito nos parece el menos á propósito para inspirar deseos de derramar sangre, y no creemos que se haya dado en el ejército, ni aun en el calor de la improvisacion, como sin duda le dió el señor Palau en la iglesia.

La córte por su lado celebra tambien funciones religiosas por nuestros triunfos en Africa, y á este efecto ha marchado á Aranjuez, en cuyo convento de monjas de San Pascual se han preparado dichas funciones.

Los teatros no nos han ofrecido gran cosa esta semana, fuera de los apropósitos que tampoco son gran cosa. En el Circo se ha representado *Vanidad y pobreza*, comedia del señor Gutierrez de Alba. El pensamiento de esta comedia es bueno, pero en su desarrollo hay mas pobreza que vanidad de recursos: la ejecucion por otra parte la perjudicó bastante, siendo en general mala.

En el teatro de Oriente se ha cantado *Luisa Miller*, con éxito mediano. Se oyeron con gusto el ária de barítono del primer acto, la de tenor del segundo y un duo de tiple y barítono en el tercero.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL CARNAVAL.

I.

«La cuaresma llega: el período de la penitencia está cercano; alegráos ahora que es tiempo de ello. Comed, bebed, enloqueced hoy para empezar mañana la abstinencia y el ayuno. Adios á la carne.»

De este modo empezaba en 1834 un notable artículo sobre el Carnaval el brillante escritor francés Julio Janin, con un doble sentido religioso y social en sus palabras. Adios á la carne, dicen tras estos dias esos fieles creyentes que conservan con fe viva las religiosas prácticas: adios, á la carne, dicen tambien muchos hijos del pueblo que apuraron en la noche del martes abrasados por febril delirio su última gota de vino y su último pedazo de pan. La locura que en los dias de Carnaval se apodera de todos los cerebros, cierra ante el hombre con nube de placeres su triste porvenir.

En mas de una pobre habitacion no encontrareis el miércoles de Ceniza ni lecho en que reposar, ni fuego que mitigue el frio producido por el febril insomnio, ni alimento que repare las fuerzas perdidas en la bacanal...

Pero ¿por qué entristecer á nuestros lectores con tan negro cuadro en dias destinados al placer? Dejemos el vértigo que á todos domina; y presentemos solo ante sus ojos ese mismo Carnaval en su origen y desarrollo, acabando por narrarles las tradicionales costumbres, que asi en el estranjero como en nuestra patria pintan con multiplicados colores su abigarrado rostro.

No entraremos en largos discursos sobre la razon que pudieran haber tenido los legisladores al permitir á sus pueblos esos dias de júbilo y de locura. Acaso no ande muy descaminado el escritor á que nos hemos referido, cuando la cree hija de una precaucion del legislador mismo, que conociendo cuanto cansa al hombre el órden habitual y constante de iguales ocupaciones, creyera hacer mas fácil el trabajo y el cumplimiento de los deberes, dando algunos dias de espansion á la monótona existencia de los asociados. De este principio deduce que sobre todo en los paises del Norte el Carnaval es una útil institucion. En efecto, cuando el invierno ha llegado, cuando el frio cae con su pesadez glacial, cuando la niebla cubre la tierra con purísimo pero triste manto, cuando toda la naturaleza, en fin, está amortecida, esperando tan solo á que la primavera la vuelva sus flores y sus templadas brisas, la tristeza se apodera del hombre, la alegría está helada por el frio, la vida se encuentra como en suspenso, la dicha y los placeres detenidos en su violenta carrera como el arroyo en su curso por el hielo que le penetra. La humanidad necesita salir de ese letargo, y de aquí la costumbre de los pueblos y la tolerancia de las leyes religiosas y humanas hácia esos dias, en los que parece que rompiendo su valla el placer se satura de goces para otro largo período de penitencia.

El genio de la vida lleva por donde quiera en ellos su fecundante aliento, por mas que al verse libre, gima en breve esclavo del genio de la locura. Por todas partes gritos siempre distintos, agitadas músicas, resplandecientes salones, tempranas flores y vistosas cintas, ágiles máscaras, resplandecientes joyas, falsos oropeles, armónicos cantares, discordantes y chillonas músicas, ricos trajes y pobres harapos, pero por donde quiera locura, por donde quiera delirante alegría, por donde quiera sed de placeres; y para que la libertad y el abandono puedan llegar á su último estremo, un engañoso carton ó fina seda cubre todos los rostros, ocultando, asi la palidez de la desgracia y el asqueroso color de la desvergüenza, como la púdica y encantadora tinta del rubor inocente.

—Paganico en su origen, el Carnaval remonta sus mascaradas á lejanas épocas de sociedades que murieron.

Entre los lacedemonios eran célebres las fiestas llamadas *carneos* que tenian lugar en honor de *Apolo Carneo*: comenzaban el 7 del mes de *carnius* que correspondia al *melagitnion* de los atenienses y á nuestro agosto, y duraban nueve dias: pero no es en esta festividad por mas que se encuentre alguna eufonia entre su nombre y el moderno de nuestro Carnaval, donde se halla la cuna de este, como pudiera creerse y alguno ha pretendido. Fiestas puramente militares, sencillas en su principio, magníficas despues, dieron origen á concursos de música y poesía, y á ceremonias religiosas reglamentadas por los *agètes*, sacerdotes encargados de ello. Cantar las escelencias de Apolo era su principal objeto, por mas que la causa de su institucion, segun se cree, fuese celebrar la memoria de *Carnus*, célebre adivino del ejército de los Heraclidas muerto por Hippotès. No son por lo tanto, ni la índole, ni los juegos a que estas festividades daban lugar, donde puede hallarse la cuna del Carnaval. Mas genuina, parece, su genealogía si la buscamos en aquellas célebres fiestas, que primero en honor de Baco y luego de Saturno y aun de otros dioses se celebraban en toda Grecia, y con inusitado delirio en su plagiaria la opulenta Roma.

Desde muy antiguo el culto de Baco, divinidad creadora que ya habia sido adorada por los egipcios, y cuya simbolizacion no se limitaba á la corta esfera que generalmente se cree por la que tuvo entre los romanos, iba acompañado de representaciones teatrales en que tomaban parte únicamente los sacerdotes dedicados á su culto. Esta nocion histórica se ha visto confirmada por los monumentos, preciosa fuente que descubre el arqueólogo para que narre el historiador. Los mas antiguos teatros de Grecia estaban fabricados á las inmediaciones del templo de Baco y como formando una secuela de él. Las representaciones que allí se daban no eran sin embargo las únicas festividades con que los griegos celebraron á Baco. Juegos y danzas y regocijos de todo género tenian lugar entre los iniciados en los misterios del Dios, regocijos que bien pronto hubieron de generalizarse entre el pueblo.

Los romanos, discípulos primero de los etruscos, para serlo en breve de los griegos, continuaron las mismas prácticas; pero ya que como pueblo amante del fausto y de la ostentacion desease con delirio los placeres, ya que á la política de sus reyes, cónsules y emperadores conviniese aturdirles, cuando no con el estrépito de sus batallas y de sus triunfos, con el vértigo de los regocijos populares, es lo cierto que, ademas de las festividades estraordinarias que por el menor incidente se decretaban, tenian las *januales* en enero, las *lupercales*, *bacanales* y *feralies* en febrero, las *matronalia* y *quinquatria* en marzo, las de *Ceres* en abril, la de los *lemures* en mayo, y entre otras que seria prolijo enumerar en los demás meses, las *saturnales* en diciembre, festividad durante cuyos siete dias ni se declaraba la guerra, ni se tenia accion alguna por ofensiva, y los dueños trataban como iguales á los esclavos.

Pero como era preciso que sucediese, el abuso bien pronto habia de introducirse en aquel pueblo, que no pudiendo resistir la emocion de sus triunfos, enloqueció á fuerza de gloria. Las festividades, religiosas en su orígen, trocáronse en los mas impúdicos escesos, y aquel Estado que deificó el placer llegó hasta el punto de mirar sin abochornarse á sus orgullosas matronas en asquerosa rivalidad con las meretrices, presentándose con repugnante desnudez en el foro romano.

Natural era que al aparecer la moralizadora religion del Crucificado, cayese el anatema contra tan cínicos escesos; y cuando Roma cristiana trocó sus altivas águilas por la modesta cruz del Gólgota, desaparecieron en breve hasta los últimos restos de esas prácticas paganas.

—Pero la oscura nube que avanzando del septentrion llega á la ciudad del Tiber, vuelca el trono amasado con sangre de cien naciones; y de entre el polvo que alzó al caer en la sima de la eternidad, nuevos pueblos alzaron su cabeza dividiéndose el imperio del mundo.

En vano pretenden, sin embargo, aunque destruyeron al coloso libertarse de la influencia que habia de ejercer en las nacientes civilizaciones la civilizacion que moria; y á medida que los nuevos Estados se aproximaban á la capital del mundo antiguo, recibian mas directamente sus reflejos, como si el postrer aliento del coloso quedase vagando en la atmósfera del Lacio para infundir los restos de su vitalidad en las modernas sociedades.

Asi, mientras el nuevo arte cristiano, inspiracion religiosa y genuina espresion del sentimiento católico se estiende y vive vigoroso mientras mas se acerca al Norte, en Italia apenas puede arraigarse, y corriendo con ligereza todos sus períodos, en breve el renacimiento se levanta con rápida energía, triunfando la tradicion romana de todas las innovaciones. La literatura sigue el mismo camino; y las costumbres, si bien modificadas por la cristiana creencia, vuelven á ser las de los antiguos señores del mundo.

Aunque mezclada en aquellos climas meridionales, la raza germánica con la latina, bien pronto esta se sobrepone; y entibiado el antiguo y severo celo de los cristianos, vuelve el rostro á su esplendor pasado, y ya que no pueda seguirle en su grandeza, le copia en sus delirios. Mientras mas opulencia alcanzan sus Estados, mas pronto cunde el vértigo de los antiguos placeres; y pronto la edad media presencia en los modernos carnavales italianos, renovadas, aunque sin su asquerosa deformidad las populares fiestas romanas. El gusto mitológico que con la reaccion hácia lo antiguo se despierta, cunde entre todas las clases de la sociedad, y alegóricas son las mascaradas de la culta Florencia, la mercantil Venecia, la histórica Roma, y los demás pequeños Estados de Italia. Emblemáticos triunfos, carrozas simbólicas, antiguos y clásicos disfraces cruzan por donde quiera las calles y las plazas, y reflejándose en aquellas públicas diversiones el floreciente gusto literario, cada mascarada va recitando inspiradas canciones que no desdeñaban componerles poetas como Antonio Alamanni, Alessandro Petri, Cimatore, Nicolo Maquiaveli, Ciambulari, Volterra y otros muchos, que inmodesto alarde de erudicion seria ir enumerando, entre los que figuraba con harta frecuencia el nombre del *magnífico signore Lorenzo de Médicis* (1).

Durante el brillante período en que renació la literatura y arte antiguos en Italia, las festividades populares que con motivo del Carnaval se verificaban en ella, y en breve en toda Europa, participando del carácter festivo, pero digno que le imprimia la restauracion, fueron miradas sin ningun recelo por la iglesia; y como esta á su vez ocupaba la atencion del pueblo con místicos espectáculos en sus *misterios* que algun dia llegaron a hacerse merecedores de censura, aficionándose cada vez mas aquel á diversiones de una y otra índole, que, si bien de diverso carácter, tienen grandes puntos de contacto, pronto avanzando con el tiempo el insaciable deseo, y declinando el buen gusto, los abusos ocuparon rápidamente el lugar de las antiguas y ordenadas comparsas y alegóricos triunfos, hasta que perdido completamente su carácter literario, vinieron á convertirse en actos de loco regocijo sin mas guia que la que ofrece en sus delirios de placer la febril locura de la humanidad.

Y sin embargo, como dijimos en un principio citando á Julio Janin, estos dias de vértigo y de placer se han constituido casi en una necesidad en medio de los horrores del invierno, y de los pesares que agovian á las modernas sociedades.

Las carnes-tolendas (*carnes que van á ser prohibidas, carnes quitadas*), denominacion que bien indica la causa de su orígen, es decir, período de alegría para mejor prepararse á la abstinencia y al ayuno, ha derivado su verdadero nombre por una degradacion etimológica que no nos acertamos á esplicar, en el mas moderno de *Carnaval*. Con uno ó con otro forma las delicias del pueblo que en su sed de descanso y de felicidad, ciego por el torbellino del placer agota con harta frecuencia sus escasos recursos, para encontrar despues mas terribles en el miércoles de Ceniza las tristes palabras de la Iglesia.

Como quiera que sea, de sus recuerdos y de sus tradicionales costumbres nos ocupamos hoy; y pues ya os hemos presentado en estas líneas, algunas noticias sobre el orígen de esa diversion que os embriaga, habrá de entreteneros, carísimos lectores, si os dignais leerle, en el segundo artículo, la narracion de algunas de esas costumbres que se conservan siempre las mismas, asi en el estranjero como en nuestra patria.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

A LA TOMA DE TETUAN.

ODA.

¿Por qué en aqueste instante
Hinche el espacio súbita armonía,
Y animando el semblante
Rebosa la alegría,
Y el corazon, ya estrecho,
Saltar quiere del pecho,
Y con luz desusada brilla el dia?

Es que la dura ofensa
España ya vengó del africano;
Es que su gloria inmensa
Recuerda el castellano;
Es que su triunfo canta,
Y que audaz se levanta,
Blandiendo el hierro su potente mano.

La ruda hueste y fiera,
Nuestro caudillo al ver, *¡ese es el hombre!*
Grita, y huye ligera...
En su fuga le asombre
Mas que del comprimido
Cañon el estampido,
El nombre de Isabel, de Alfonso el nombre.

Los que ya por dormido
Tuvísteis al leon de España é inerte,
Ya escuchais su rugido;

(1) Véase en comprobacion de nuestro dicho la curiosa y rarísima obra que lleva por título: *Tutti i trionfi, carri, masche rate csarti carnascialeschi andati per Firenza dal tempo del magnifico Lorenzo de Medicis fino all'anno 1559.*



De su garra de muerte
Ya el golpe probais duro,
Del cual no está seguro
Ni peto, ni pavés, ni muro fuerte.

Fama, remonta el vuelo
Y lleva el triunfo que arrancar supimos,
Al mas remoto suelo...
No digas que vencimos;
Pues para nuestra gloria
¿Qué vale una victoria?
Diles solo, que somos lo que fuimos.

¡Mas ay! por mi semblante
Una lágrima rueda... Patria mia,
Lloro á los que este instante
Robó la muerte impía...
Mas de tan noble muerte
¿Quién no envidia la suerte!
Mi llanto es por tu triunfo,—de alegría.

Señor, á tí la gloria:
En tu alabanza la española gente
El canto de victoria
Entonará ferviente,
Hasta que en su alto asiento,
A un soplo de tu aliento,
Muera del sol la hoguera refulgente.

ZACARÍAS ACOSTA Y LOZANO.

Murcia 7 de febrero de 1860.

AMOR DE MONJA.

(CONTINUACION.)

XIV.

Poco tiempo despues de la muerte de la abadesa, profesó Asuncion.

Fue monja de velo negro, gracias al testamento de su madre adoptiva.

Podia llegar á ser madre.

Podia ser elegida para todas las dignidades inclusa la de abadesa.

No era un individuo desheredado dentro de aquella sociedad religiosa.

Y sin embargo, Asuncion era el ser mas desheredado de la tierra.

Ni familia, ni afectos, ni bienes.

La comunidad solo habia tenido para ella un momento de dulzura, de caridad.

El momento de su adopcion.

Despues todas aquellas madres y sorores la habian mirado como un individuo mas en el convento.

La veian protegida, amada por la abadesa, mimada, superpuesta en cuanto era posible á todas las demás, y esto habia causado en el resto de la comunidad, la abdicacion, por decirlo asi, de sus cuidados hácia Asuncion.

¿Para qué queria mas amor que el de la madre abadesa?

Las almas escesivamente sensibles, se estienden hácia todo lo que da una espansion á su sensibilidad.

Pero se encojen, digamoslo asi, doloridas, cuando se ponen en contacto con seres frios, egoistas, que todo lo ven desde el punto de vista del materialismo.

En los conventos de monjas ha resplandecido siempre una virtud formulada por decirlo asi; una virtud mística; una pureza *sui generis*; pero es y ha sido siempre difícil encontrar en ellos la dulce poesía del sentimiento.

Aquellas mujeres célibes, secuestradas de la vida, generalmente enfermas, sacrificadas gran parte de ellas, obligadas á sufrirse las unas á las otras, unidas de por vida en un mismo y estrecho recinto, como estarán unidas de por muerte en un mismo sombrío, estrecho y lóbrego panteon, adolecen generalmente de dureza y egoismo.

Si es cierto que muchas de las pasiones del mundo, no se conocen en el cláustro, tambien es cierto que en el cláustro, é inherentes á él, se agitan pasiones tan violentas como pueden suponerse.

La envidia encubierta, la intriga velada bajo el mas profundo disimulo, la soberbia cubierta con un velo de humildad convencional, la murmuracion que se pierde por los rincones, y llega como un eco á los oidos de aquel en quien la murmuracion se ceba: si el sermon del confesor de tal monja, fue mejor ó peor que el del confesor de esotra; (y no saben ustedes bien, lectores mios, lo que es para una monja su confesor; lo que lo estiman, lo que lo regalan, lo que sufren por él, y al mismo tiempo lo que lo muelen); si sor fulana tiene demasiadas visitas; si sor zutana regala muchos dulces; si esta padece con frecuencia de jaqueca á la hora del coro; si esotra gasta justillo debajo del hábito... quien crea que en un convento de monjas no hay disgustos, y luchas, y desabrimientos, y etiquetas, como en ninguna parte, y murmuracion, y enemistades, se engaña. Aquel es un mundo como otro cualquiera, y allí donde hay dos hijas de Eva, aunque sean santas, viene á figurar como tercera persona, y con suma frecuencia, el diablo.

Ellas mismas demuestran esta verdad con una frase muy comun entre ellas, y sola por ellas usada:

«El enemigo está siempre en acecho: no demos de comer al enemigo.»

XV.

Asuncion no murmuraba de nadie.

Pero era porque Asuncion vivia dentro de sí misma.

No amaba á nadie, por una razon de sensibilidad.

Sentia que nadie la amaba.

Pero su caridad era ardiente.

Como que la caridad, como que el amor, eran el alimento y la luz de su alma.

Pobre y frugal, trabajaba dia y noche, no para sí, sino para los demás.

Tenia consigo cinco educandas hijas de familias pobres, por cada una de las cuales recibia tres reales diarios.

Asuncion necesitaba trabajar para añadir algo á aquellos quince reales, que no bastaban para alimentar á aquella pequeña familia.

Los dulces y las flores hacian el resto.

Asuncion, necesitada de amor, habia recibido una tras otra educanda.

Por instinto habia buscado afectos con que llenar su alma.

Pero no los habia encontrado.

Queria á las niñas, pero ninguna de aquellas niñas estaba en la posicion que era necesario hubiesen estado para despertar todo el amor de Asuncion.

Tenian familia, no necesitaban de ella: su caridad, que este era su amor, estaba hambrienta.

Sus sacrificios eran de todo punto innecesarios.

Y Asuncion lo comprendia.

Y su alma tenia frio.

La pobre seguia poniendo flores en el cuadro de Santa Isabel, y visitando todas las tardes la tumba de la difunta abadesa.

XVI.

La caridad es el mas sublime de los egoismos: por mejor decir: el único egoismo sublime: el egoismo de los santos.

Porque es el egoismo que hace que un corazon lata con todos los corazones que sufren, que llora con todas las desventuras, que se estremezca por todos los dolores.

En una palabra, cuanto mayor es la sensibilidad, mayor es la caridad.

Y la caridad es tanto mas sublime, cuanto mas hace nuestros los dolores agenos.

Por eso hemos dicho que la caridad es el egoismo de los santos.

Y la caridad es fuerte y valiente.

Quien tiene caridad, sufre por otro lo que no sufriria por sí mismo.

Asuncion necesitaba, pues, dolores que consolar, lágrimas que enjugar, sufrimiento que calmar con el bálsamo de la abnegacion, con el poderoso elixir de la caridad.

Habia nacido para ser mártir, y su mayor martirio consistia en no poder sacrificarse por los demás.

XVII.

Dios quiso, sin embargo, probarla, y como los juicios de Dios son incomprensibles, el andadero del convento fue el medio de que Dios se valió para poner á prueba á Asuncion.

Unos amores impuros, debian poner á prueba el amor divino de nuestra monja.

Un dia, llamó á la puerta de la casa del andadero un jóven al parecer rico y caballero, solicitó hablar con él, encerráronse, estuvieron hablando largo tiempo, se oyó sonar dinero, y el jóven salió.

Aquella misma noche, á las doce, un bulto embozado, llamó á la casa del andadero: abrió este, condujo al recien llegado a lo mas alto de la casa, á esa parte que en Andalucía se llama la torre, y cuando el llegado estuvo allí, cual el don Cleofas del Diablo Cojuelo, se salió al tejado y por él penetró en los desvanes de una casa inmediata.

El andadero esperó hasta cerca del amanecer, hora en que el incógnito apareció en el desvan vecino, atravesó de nuevo el tejado y entró en la torre.

Poco despues salió de la casa.

El andadero era cómplice de un ladron, pero de un ladron de honra.

En la casa, á la cual se llegaba por los tejados, desde la torre del andadero, vivia una jóven, esposa de un marino, que hacia un viaje alrededor del mundo.

Resultó de esto, que un año despues de la primera visita del caballero jóven al andadero, este dijo en el torno que tenia que hablar de un asunto muy grave á sor Asuncion.

XVIII.

Asuncion bajó al momento al locutorio.

Entonces el andadero dando vueltas á su sombrero y abusando de los monosílabos, la dijo que la noche anterior le habian dejado en la puerta de su casa una niña recien nacida y una carta.

El corazon de Asuncion latió violentamente.

Habia presentido una desdicha.

El andadero dió la carta á Asuncion.

En ella se leia lo siguiente:

«Señora: una madre infeliz recurre á V.; se ve obligada á separarse de su hija; á abandonarla; su caridad de V. es notoria; sea V. madre de esa infeliz niña ya que mi desdicha me impide que yo cumpla para con ella mis deberes; otros deberes superiores me lo impiden. El honor, la paz de una familia...

Asuncion se detuvo al llegar aquí.

No comprendia aquella carta.

Su inocencia era la inocencia mas perfecta que podia suponerse.

La primera vez que la hablaba el mundo, no podia hacerse comprender de ella.

El honor y la paz de la familia, los deberes de una madre para con una hija, eran para Asuncion frases completamente vacias de sentido.

Solo comprendió que habia un ser que sufria.

Un pequeño ser que entregaban á su cuidado, y su corazon se dilató.

Su caridad hambrienta tenia ya objeto con que alimentarse.

Prosiguió leyendo la carta.

En ella la decian, que la niña no estaba bautizada, que se queria que se llamase Carlota, que un dia tal vez su madre podria recobrar á su hija, y que la señal seria la copia de aquella misma carta, hecha por la misma mano.

Esta carta no tenia firma.

El andadero que podia haber dado á Asuncion esplicaciones, que hubieran rasgado dolorosamente el velo de su inocencia, se abstuvo de dárselas; afirmó y juró que habian dejado aquella niña en la puerta de su casa.

—¿Y qué hay que hacer? dijo Asuncion.

—Una de dos cosas: ó llevar á la niña á la inclusa, ó criarla.

—¿Y qué es la inclusa?

—Una casa á donde se llevan los niños que no tienen quien los crie, y mas de la mitad de los pobrecitos se mueren porque los cuidan mal.

—Pues no; no irá á esa casa la niña.

—Entonces se necesita dinero.

—¿Mucho? dijo Asuncion con la ansiedad de un pobre que no sabe si tendrá dinero bastante para hacer una buena obra

—Por lo pronto será cosa lo menos de diez duros al mes.

—¡Dios mio!

—El primer mes será menester gastar mas, porque la pobre niña está desnuda.

En resúmen, Asuncion subió á su celda, examinó ansiosa su trapillo, y vió con dolor que los ahorros de su trabajo ímprobo, de sus dulces, de sus flores, solo ascendian á siete duros y un pico.

Sin embargo, los tomó y bajó con ellos al locutorio donde la esperaba el andadero.

—Por hoy, dijo este, recibiendo por el tornillo el pequeño capital de Asuncion, ya nos arreglaremos: para mañana... ahí está su buen confesor de usted, sor Asuncion: es muy rico y la quiere á usted mucho.

Y el andadero salió dejando á la pobre Asuncion, estremecida bajo la impresion de una felicidad dolorosa.

XIX.

Pero Asuncion no se atrevió á seguir adelante sin consultar á su confesor.

Le llamó y el confesor se apresuró á acudir.

—Yo no entiendo esta carta que me han escrito, don Pedro, dijo la inocente entregando á su confesor la carta.

—¿Y qué tiene esto que entender, hija mia? la dijo el canónigo: te confian una criatura de Dios, y tú tienes el deber de ampararla, de criarla, de encaminarla á la virtud.

—Si, si, don Pedro: pero puedo..? me es permitido..?

—Permitido le fue á la santa que te ha criado, adoptarte, ampararte; sin ella no estarias en esta santa casa...

—¡Cómo! ¡Yo!

—Te trajeron un dia desnuda, hambrienta y la madre Purificacion...

—¡Oh madre mia!

—Como mejor puedes mostrarte agradecida á la que con razon llamas madre, es haciendo por esa desdichada, lo que la madre Purificacion hizo por ti. Y Dios quiera que esa niña á quien acoges, sea para ti tan buena como tú lo has sido para la madre Purificacion.

El buen canónigo cuyos ojos se habian arrasado en lágrimas, sacó del bolsillo dos monedas de oro, las puso en el tornillo, y dijo á Asuncion:



—Tú eres muy pobre, hija mia, tan pobre, cuanto eres rica de caridad. Justo es que te ayudemos.

—¡Ah! yo devolveré á V. ese dinero, don Pedro.

—Envíame un plato de dulce... pequeño... de almíbar de guinda cuanto pueda comer en una sola vez... y ahora arrodíllate Asuncion!

La jóven religiosa se arrodilló.

Entonces el anciano sacerdote estendió hácia ella las manos y dijo con voz conmovida:

—Yo te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Cuando Asuncion levantó la cabeza que habia inclinado para recibir la bendicion, el canónigo habia desaparecido.

(Se continuará.)

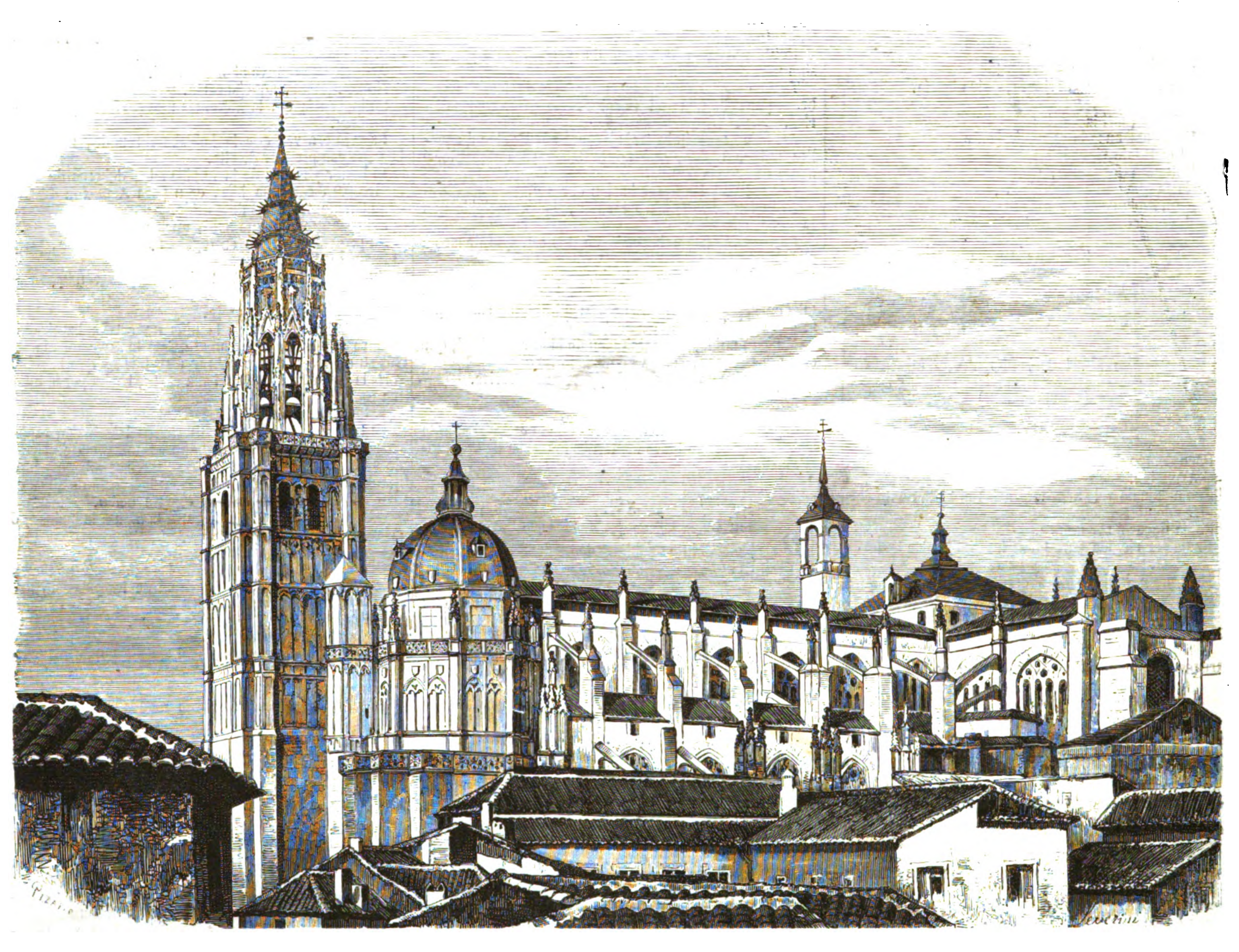
MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LAS INCLUSERAS DE MADRID.

Aunque no es mi principal propósito hacer una reseña histórica del establecimiento de beneficencia que se llama *Inclusa*; sin embargo, me parece justo que al dedicar algunas líneas á esos desventurados hijos del vicio muchas veces y del crimen no pocas, diga algo de la santa casa que abre sus puertas para acoger en su seno de madre tierna y solícita á los que nacen con el sello triste de la horfandad mas desconsoladora. Porque la mayor parte de los niños de la inclusa, están destinados á vivir doblemente huérfanos, huérfanos de la familia y de la sociedad.

I.

La casa de los niños espósitos de Madrid, debe su fundacion primitiva á una cofradía piadosa llamada de



VISTA LATERAL DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

Nuestra Señora de la Soledad y de las Angustias, que se estableció en el convento de mínimos de la Victoria el año 1567.

Su instituto ha sido siempre recoger las criaturas abandonadas por sus padres y espuestas en los templos, sitios ó depósitos públicos. Ademas del torno de la misma casa y los del Refugio y hospital de Incurables, hay otros dos estramuros de la córte, con el objeto, sin duda, de hacer mas fácil el depósito de las criaturas procedentes de los pueblos de la provincia que tambien se admiten, pagando el conductor cuatro ducados, segun lo dispuesto por una real órden.

Una de las medidas mas importantes que se pudieron adoptar, ha sido la de que la mayor parte de los espósitos se crien fuera del establecimiento por nodrizas retribuidas con mensualidades proporcionadas, pues los años en que mayor número de criaturas se acumulaba, era horrible la mortandad. Renuncio á trasladar al papel las cantidades que arroja la estadística fúnebre que á la vista tengo.

Las respetables señoras que componen la junta de damas de honor y mérito, han demostrado en mas de una ocasion su aptitud para el gobierno de esta casa y su ingenioso celo para ocurrir á la escasez de rentas que padece con frecuencia.

Con las cuestaciones que se hacen en las semanas santas en los pórticos de las iglesias, logran el ingreso de crecidas sumas, así como con los productos de conciertos y funciones dramáticas; pues, principalmente de algunos años á esta parte, no parece sino que se han hecho indispensables las diversiones públicas para escitar al ejercicio de la caridad.

Los niños que han cumplido siete años pasan desde la Inclusa á recibir la educacion al colegio de los Desamparados, que se halla en la calle de Atocha y que fue fundado por los años de 1600.

Las niñas pasan á la misma edad y con igual fin al colegio de Nuestra Señora de la Paz.

Diré cuatro palabras de este colegio, ya que á las inocentes incluseras dedico especialmente mi artículo, y que su nombre le sirve de epígrafe.

Debe su fundacion á doña Ana Fernandez de Córdoba y Figueroa, duquesa de Feria, que en 1679 espuso su pensamiento á S. M. el rey, suplicándole apoyo, y que encargó á su segundo marido don Pedro Antonio de Aragon, que despues que ella muriese, comprase una casa independiente de la Inclusa y capaz de llenar las exigencias de su noble objeto.

Hízolo así efectivamente, y la casa elegida proporcionó habitacion espaciosa, no solo á las niñas espósitas, sino tambien al capellan director, á la rectora y á otras dos encargadas de la enseñanza.

Decaido el establecimiento por mil trastornos y vicisitudes por que fue pasando, en términos de tener que cerrarse, se unió despues á la Inclusa, abriendo comunicaciones interiores.

Las niñas fabrican en la casa guantes, sombreros de paja de Italia y Suiza, petacas, bolsas y hacen toda clase de bordados y labores, habiendo algunos de sus trabajos llamado la atencion de grandes casas del estranjero. A pesar de que todo eso produce al establecimiento un beneficio líquido anual de unos 50,000 reales, la Inclusa y el colegio de la Paz, apenas tienen para cubrir sus atenciones.

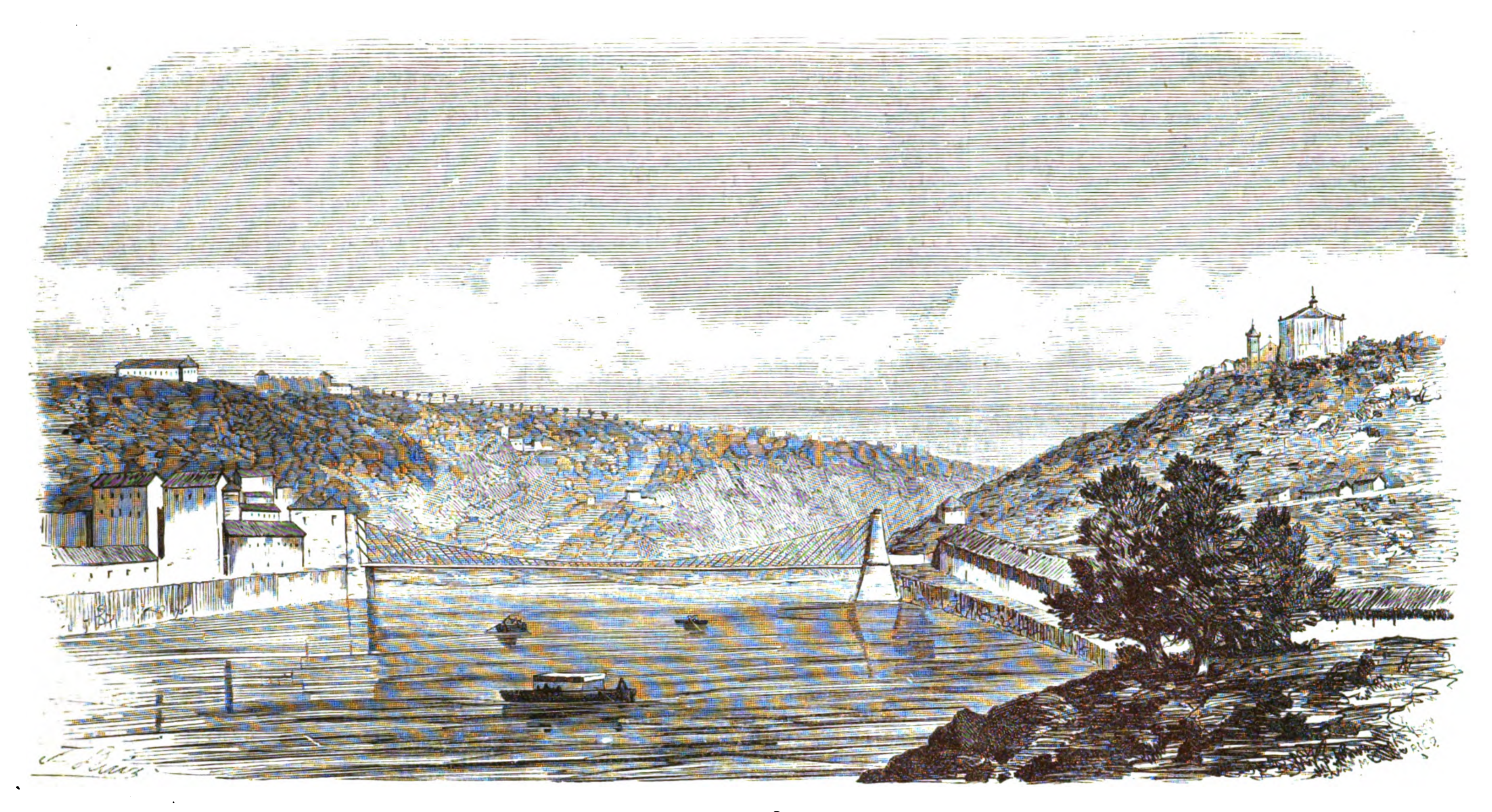
El gobierno interior del colegio, como el de la Inclusa, está á cargo de las hermanas de la caridad.

II.

Escaso es el número de espósitos que salen en concepto de prohijados.

¡Pero triste es tener que decirlo! Casi tan corto es el de los que logran el consuelo de ser reconocidos por sus padres.

A cuán dolorosas reflexiones se presta una visita hecha á los santos asilos de esas, en su mayor parte, víctimas inocentes de la crueldad de los desnaturalizados que les dieron el ser, que califican casi siempre de *imprudencia*, lo que rara vez deja de ser un *crimen*; porque ellos no ven sino la causa, sin detenerse á pensar en la trascendencia de los efectos, sin comprender



VISTA DE LA RIA DE OPORTO.

en aquel supremo instante en que tratan solo de cubrir lo que llaman *su honra*, que cuando enmudece la sociedad, la voz de la conciencia dicta sus leyes, pronuncia su fallo y llega la hora de la pena que es el remordimiento, tanto mas grande, cuanto mas tardío.

¡Ah! muchos de esos desdichados niños dejan la casa hospitalaria para ir á servir á donde ganan un salario mezquino, quizá presenciando las delicias que derrama en otra criatura el amor santo de una madre!

Y ellos que no la conocen; ellos que á sus primeros vagidos no encontraron mas respuesta que los ecos tristes y prolongados de alguna bóveda oscura ó el acento de lástima del que fué á recogerlos al depósito de la beneficencia; ellos, dos veces huérfanos; huérfanos de la familia y de la sociedad; ¿qué estraño que sufran ante los risueños cuadros de la una, y maldigan á la otra, que los rechaza de su seno solo porque no tienen mas nombre que el del santo del dia en que nacieron?

La sociedad es á veces cruelmente injusta. No quiere molestarse en averiguar quién es el autor de una existencia abandonada; y sin embargo, no vacila en arrojar sobre esa existencia todo el peso de su severa indignacion.

¡Pobres niños expósitos! Ellos serian felices si no pudiesen comprender nunca la verdad terrible de su destino. Pero para vivir necesitan respirar aire; y al salir del santo asilo de su inocencia, van aprendiendo poco á poco lo que son, en las miradas compasivas del mundo. Y ese mundo que les rodea, alegre, bullicioso, en la posesion de todos los goces que las afecciones del alma proporcionan, hará que cada una de aquellas criaturas esclame con el príncipe Segismundo, de Calderon.....

«Si los demás nacieron,
¿qué privilegio tuvieron
que yo no gocé jamás?»



LAS INCLUSERAS DE MADRID.

Y ellos, al fin, *los desamparados*, por el especial carácter de su sexo, se dedican á ocupaciones que llenan su inteligencia y animan algun tanto su espíritu, haciendo que entre ellos reine cierta espansion comunicativa y consoladora.

Pero las pobres *incluseras*, las niñas de la Paz, que tienen reconcentrada toda su vida en el sentimiento, buscan solo la fuente pura de un cariño que ellas adivinan tal vez por el que les inspiran las hermanas de la Caridad que rodearon su cuna con solícitos cuidados, ó por el que profesan á las mujeres que las criaron en su seno, conquistando en su alma esa sencilla veneracion que debiera haber sido el consuelo de la ancianidad de la verdadera madre. ¿Qué estraño, pues, que dirijan ese santo nombre á la que les dió el primer jugo de la vida, adoptándolas por hijas tácitamante, ó á aquellas caritativas hermanas que les enseñaron á orar y á bendecir á Dios?

La mujer no puede vivir sin ese sentimiento, en sus primeros años. Respetad el llanto de las niñas huérfanas.

He conocido una inclusera que, muy pequeña aun, salió para servir.

—¿Cómo te llamas? la preguntaron.

—María del Cármen, contestó.

—¿No has visto nunca á tu madre?

—Nunca. Y la que me crió ya ha muerto. Y se puso á llorar amargamente.

Algun dia os contaré la sencilla historia de esa desdichada niña.

El sentimiento profundo, la eterna melancolía del alma de las incluseras, la llevan escrita en su pálido semblante, en la triste languidez de sus ojos. Vedlas, sino, cuando salen á paseo acompañadas de una ó dos hermanas de la Caridad. Apenas una sonrisa asoma á sus labios, cuando encuentran un pobre á quien anhelan socorrer. Entonces, alguno de aquellos ángeles que lloran sus propias desventuras, se dirige con aquella indefinible sonrisa á la superiora, demandando una moneda que va á depositar en el mugriento sombrero del mendigo.

«¡Dejad que los niños se acerquen á mí,» dijo Jesus. ¡Quién sabe! Tal vez sea Jesus aquel pobre socorrido, que con una mirada divina, prometerá á las niñas de la Paz, todas las bienaventuranzas del cielo, para consolarlas de las injusticias de la tierra.

EDUARDO BUSTILLO.

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

En este número va una vista lateral de la catedral de Toledo, se publicarán una serie de artículos acerca de esta santa iglesia á los cuales acompañarán varios grabados para dar á conocer á nuestros lectores tan renombrado templo, preciosa joya del arte ojival en nuestra patria con agregaciones de otros estilos. El grabado que adelantamos en este número, hará formar á nuestros lectores acertada idea de la exactitud con que procuraremos reproducir las principales bellezas en que abunda tan histórico monumento.

DE OPORTO Á LISBOA.

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

Muy niño era yo todavía cuando azares de la fortuna me hicieron surcar las ondas del Océano: apenas habia cumplido el primer lustro de mi existencia.

Fue aquel viaje marítimo á lo largo de la costa occidental de la península, desde el Ferrol, mi querida patria, hasta la famosa ciudad de las columnas de Hércules.

En la infancia de mi vida practiqué los rudimentos de la navegacion tambien por el camino de su infancia: es decir, sin perder de vista la tierra. Pero entonces ya una historia no interrumpida de mas de cuatro siglos, habia descorrido el velo de la fantasía que ofuscara la razon á los antiguos navegantes.

Las encrespadas olas del Atlántico, abiertas al tráfico y á la contratacion de todos los hemisferios, habian dejado de ser el *Mar oscuro* de Ptolomeo. Ni las gigantescas estátuas del rey Hirakl señalaban ya á traficantes y pilotos los últimos confines de su derrota.

La brújula, importada á la moderna civilizacion por ignotos caminantes (1) diera brios al entendimiento y norte á la sabiduría: de manera que Raimundo Lulio y Jaime Ferrer, Juan de Betancourt y Gabriel de Valseca, el infante don Enrique, Bartolomé Perestrello, Gonzalves Zarco y cuantos iluminaron con su ciencia ó con su arrojo la cosmografía y la historia de los archipiélagos europeos, ya habian despejado las sombras de una cultura superior, y preparado el descubrimiento maravilloso de todo un vasto continente.

Por entre los abismos de un golfo insondable se habia levantado triunfante la profecía de Séneca; y sino pudiera confirmarse la existencia de aquella atlántida que Platon sumergió para siempre despues de inventarla tan hermosa, todavía el jardin de las Hespérides y las Bienaventuradas, y la mística region de San Braudano, y las Gorgónidas, y todas aquellas islas donde la antigüedad penetró á la ventura, y los límites de la ciencia vedaron al tráfico, habian depuesto, al fin, su carácter mitológico, al aparecer evidentes en esos preciosos archipiélagos que sirven como de vigías al antiguo mundo por toda la estension del Océano (2).

Mucho tiempo despues de aquel primer viaje, cuando el transcurso de los años me acababa de colocar en el cenit de la vida, á otro mas investigador se lanzó mi espíritu corriendo la estension occidental del Atlántico hasta la Isla de Cuba.

Con la imaginacion exaltada por el estudio de los descubrimientos geográficos, no pude resistir al deseo de visitar el sepulcro donde reposa el genio inmortal de los descubridores; y cuando los ojos adivinaron, al través de la urna cineraria, aquel símbolo imperecedero de una nueva edad y un nuevo mundo, la fantasía tambien resumió en la historia de mi vida un curso completo del arte de navegar, desde las confusas esploraciones de Himilcon y Hannon, hasta la divina antorcha que iluminó en su camino el mas famoso de los almirantes.

Con esta escasa novedad pudiera ofrecer á mis observaciones navales la pequeña travesía de Oporto á Lisboa. Hubiera, pues, preferido el viaje por tierra: que al cabo no era para desperdiciada la ocasion de rendir un tributo de respeto á la célebre universidad de Coimbra, émula, por los insignes varones que produjo, de las tan celebradas de Paris y Pavía; de Osca y Pelencia; de Alcalá y Salamanca.

Que si lícito habia sido á mi curiosidad, siempre comprimida por los rigores del tiempo, penetrar en las aulas ó adivinar donde aprendieron y practicaron la varia leccion de su ingenio los Gélidas y Silíceos; los Olivas y Gebertos; Montano y Pedro Mártir de Anglesia; el cardenal Cisneros y Santo Tomás de Villanueva; y Cervantes, y Mariana, y Feijoo y el padre Isla, mas natural debia ser al presente ir á respirar la sublime atmósfera donde se nutre aquí toda humana civilizacion, inseparable de la ciencia narrativa de Fernan Lopez, Juan de Barros, Diego de Couto y García de Resende: de la profunda filosofía, de Brito, Vieira, Barbosa y Herenllemo: del estro poético de los arcases lecirtanos, en cuya especie de juegos florales Garçao, Quita y Dionisio, Bocage, Araujo y Macedo se celebraban amigos ó se apostrofaban sarcásticos: de la divina inspiracion, en fin, del gran Camoens trasmitida hasta la presente generacion por los sublimes cantos de Castillo y del autor inmortal de *Dona Branca*.

Misterios de la proscripcion, forzados preceptos de la incapacidad, limitaron esta vez mi entusiasmo en el estrecho círculo de lo posible; y el sentimiento que tuve al moderar sus impulsos, no se concretó solamente á las privaciones de un instinto literario mas ó menos exaltado: sino que penetró hasta el amor de la gloria, que en mi organismo singular vive inseparable de mi propia existencia.

El insigne monasterio de Santa María de la Victoria ó *de la Batalha* real habria absorbido todá mi veneracion, y aumentado la sagrada llama del patriotismo que me alienta. Yo hubiera contemplado sin celos mezquinos aquel glorioso padron del sentimiento mas íntimo de las naciones: aquella brillante página del heroismo portugués en unos tiempos esencialmente belicosos. Y si al evocar la gigantesca sombra del afortunado Condestable empañara mi mente alguna ligera nube no la engendraria ciertamente el espíritu de la rivalidad ni mucho menos un arranque del orgullo nacional ofendido, sino solamente el gran principio de la fraternidad universal, todavía mas grande, cuantos mas estrechos los naturales vínculos de los dos ejércitos que en aquel campo pelearon, con tan diversa fortuna, con tan igual heroismo.

No es de ánimo levantado quien, con envidias miserables, profana los mas bellos sentimientos de otras naciones y otras épocas, por mas que de ellos no salgan incólumes los quilates del patriotismo natural y hasta los propios intereses. Ante esa poética emanacion del entusiasmo local deben inclinarse sumisas todas las demás pasiones; siquiera considerando que apenas se hallará un solo pueblo en el mundo que no imponga á los otros igual tributo de veneracion en semejantes monumentos.

Nosotros tenemos tambien nuestra gloria marcial levantada sobre las cúpulas de San Lorenzo; y los campos de Bailen no inspiran menos entusiasmo en España que aquí en Postugal las sangrientas llanuras de Aljubarrota (3).

Subordinado, pues, á los preceptos de la necesidad, me resigné á embarcarme en el vapor Don Pedro V; buque aseado, elegante y construido para esta navegacion, con todas las comodidades inherentes á su porte. Mide cuatrocientas toneladas, y su máquina de ruedas tiene la fuerza de doscientos sesenta caballos.

Era el dia 24 de octubre, que estaba como el que mas sereno, la mar bella y limpios los horizontes. La naturaleza entera se esmeraba en derramar sobre su espíritu sus mas brillantes dones y el plácido aspecto de las ondas, apenas rizadas en la superficie, secundaba la grata espansion con que la juventud literaria portuense salia á tributarme la última prueba de su generosa simpatía.

(Se concluirá.)

JOSÉ FERRER DE COUTO.

(1) Bien sé yo cuáles son los que atribuye la generalidad á este magnífico complemento de la náutica: pero tengo motivo para creer que en Europa era conocido antes que Giotta nos revelara el misterioso portento de la Bossola con la aguja imantada. A lo menos ya es indudable que los chinos la usaban en sus navegaciones desde la mas remota antiguedad: y don Alfonso X de España la cita en el gran código de las Partidas como cosa corriente y al alcance de todos; lo cual no podria haber hecho, discurriendo prudentemente, si con efecto se debiese su invencion al famoso italiano, como ya tuvo ocasion de observar el sabio don Martin Fernandez de Navarrete en alguna de sus obras.

(2) No es mi ánimo herir susceptibilidades nacionales, ni provocar enojosas polémicas. A fuerza de estudio profundo y curiosas investigaciones, he consolidado ya mis creencias sobre los eternos debates que sostiene la erudicion en punto á la prioridad de los descubrimientos. Creo de buena fe que el de los escandinavos en el siglo IX no puede rebajar ni un solo quilate de la inmensa gloria de Colon, siquiera aquellos hayan penetrado hasta las Theocalis de Mejico: como ni los viajes mas ó menos fabulosos de los Mazhrurinos lisbonnenses pueden afectar en manera alguna á aquellos sabios que, desde la famosa academia de Sagres, estendian sus conocimientos geográficos por conducto de las empresas mas heróicas.

(3) Cada artículo de los de esta serie se supone escrito en el país donde trata.

LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL

DE SANTIAGO.

(CONCLUSION.)

II.

Anochecía.

Las nieblas empezaban á condensarse sobre la monumental Compostela.

Las cien campanas de la catedral y de los monasterios que pueblan la Jerusalen de Occidente, doblaban con melancólicos tañidos, recordando á los devotos la santa hora de la oracion.

¡Qué misteriosa majestad hay en el crepúsculo de la tarde!

¡Cuán grata es al alma la contemplacion del firmamento, cuyas ligeras nubes, despues de recortarse caprichosamente, se borran hasta confundirse en las tinieblas de la noche!

¡Qué hermosas son las primeras estrellas que lucen sus blancos rayos en la inmensidad del espacio!

Y la brisa que se despierta en el follaje y va difundiendo el aroma que recogió al pasar sobre la madreselva de los valles...

Y el silencio que reina por todas partes, dejando oir clara y distintamente la serenata de los ruiseñores, el murmullo de las florestas y el rugido de las cascadas...

El pensamiento se eleva hasta Dios, en aquellos instantes de luz y de sombra, de santidad y de misterio.

Por eso los peregrinos á quienes el toque de la oracion sorprendió en las calles, detienen su marcha al oir las campanas de la catedral, y arrodillándose humildemente, descubren su cabeza mientras dirigen al cielo una ferviente plegaria. . . . .

. . . .

Por fin, la atmósfera se ennegreció completamente, engendrando en sus átomos los vagos y medrosos espíritus de la noche.

Una oscura nube asomó sobre el horizonte, y destacándose negra y pesada, se estendió por el espacio, velando la trémula luz de las estrellas.

En su veloz ascendimiento, llegó á cubrir tambien la rutilante luna, cuyos rayos bordaron de plata los contornos de aquella nube.

El viento silbaba al deslizarse rápido y comprimido entre las callejuelas.—

Era una de aquellas repentinas tormentas, cuya aparicion es tan frecuente en las noches de verano.

El crespon del cielo abrió paso á la tempestad, cortado instantáneamente por semicírculos de fuego.

El trueno retembló con fuerza, rodando sobre el nublado, y cayeron las primeras gotas, tibias y gruesas.

Confundidos con el estrépito de la tormenta, se oian confusamente los pasos de los peregrinos que se retiraban, temiendo tropezar en cada esquina con algun *gallofo* (1), los golpes de las ventanas desquiciadas, el ruido de las piedras que se desmoronaban, y esas cien voces estrañas que remedan los elementos al entrechocarse en la inmensidad.

Los peregrinos que se hallaban lejos de sus posadas corrian á refugiarse en alguna de las muchas hosterías que se improvisaban en Compostela, durante la época de las grandes peregrinaciones.

La hostería de la Paloma, era generalmente la mas concurrida de todas.

Entremos en el piso bajo.

Nos hallamos en una ancha bodega rodeada de grandes toneles, entre cuyos huecos se ven algunas mesas de roble.

Grande es la concurrencia de romeros, que sentados alrededor de aquellas mesas esperan á que la noche vuelva á serenarse, comentando en difentes grupos las brillantes fiestas que venian de presenciar.

—¿Qué os ha parecido de los juegos de cañas? preguntaba un peregrino á sus compañeros.

—¡Muy divertidos! contestaron los interpelados.

(1) Se daba este nombre á los ladrones que se disfrazaban con el ropon de peregrino.

—¿Y la corrida de toros? preguntó otro.

—¡No me la recordeis siquiera! esclamó un tercero.

—¿Por qué?

—Es un espectáculo horrible.

—Pues á mí me place estraordinariamente, observó otro circunstante.

—¡Y á mí tambien!

—¡Y á mí!

—¡Y á mí!

—¡Eh! Callad.—¡Es una diversion repugnante!

—¡No digais tal!

—¡Odiosa!

—¡Ja! ja! ja! ¡Con qué no os place ver aquellos valientes caballeros que se presentan á lancear un toro, confiados nada mas que en la fuerza de su brazo!

—Yo admiro su temeridad; pero el ánimo se sobresalta...

—Los juegos de cañas son mas á propósito para estas fiestas.

—Ciertamente que si. Hay en ellos mucho de caballeresco, que me agrada.

—¿Y qué os ha parecido de las danzas y las comparsas?

—¡Muy bien!

—¡Magníficas!

—¡Soberbias!

—¡Qué esplendidez en los trajes!

—¡Qué variedad en los colores!

—¡Y con qué ligereza y perfeccion bailan algunos!

—¡Los bailes son muy graciosos!

—¡Y los asuntos de algunas pantomimas tienen mucho mérito!

—La que mas me distraia era aquella de moros y cristianos.

—¿Y quién de vosotros podrá esplicarme el significado de sus campanas?

—¡Es verdad! Tambien me sorprendió aquella comparsa.

—Y á mí tambien; pero no pude averiguar lo que representaba su pantomima.

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—¡Ni yo!

—Pues yo he sido mas afortunado que vosotros, observó el mas anciano de la reunion.

Estas palabras despertaron de tal modo la curiosidad de sus compañeros, que el viejo peregrino se vió rodeado en un instante de todos ellos y acosado por un tropel de preguntas.

—Escuchad tranquilos, les decia, y oireis una curiosa historia.

—¡Contad! ¡Contad! suplicaban impacientes sus amigos.

—Pues es el caso, prosiguió diciendo, que (segun la esplicacion que me dió un venerable sacerdote) allá por los últimos años del siglo X, si mal no recuerdo, invadió este país el infiel Almanzor, al frente de su bárbaro y poderoso ejército. —Compostela fue la ciudad en que mayores atropellos cometieron los malditos moros, cuyas irreverencias y demasías no pudo contener, por mas esfuerzos que hizo para conseguirlo, el respetable obispo de esta santa iglesia, que era don Pedro I de Mazoncio.

—Adelante con la historia y dejaos de nombres...

—Es que acaso no sepais que el obispo de Compostela, don Pedro I de Mazoncio, fue uno de los prelados mas eminentes de nuestra Iglesia.

—¡Hola!

—Y que todos debemos venerar el nombre de aquel célebre obispo, pues segun me ha dicho el buen sacerdote, fue el verdadero autor de la *Salve Regina*, por mas que algunos pretendan que no hizo mas que traducirla del hebreo.

—¡Pero acabareis de esplicarnos la significacion de aquella pantomima!

—Os diré, en resúmen, que cuando Almanzor salió de Compostela, dispuso para completar su irreverencia que se descolgasen las campanas de la catedral.

—¡Qué impiedad!

—Esta órden fue inmediatamente obedecida con gran contento de los infieles, que las llevaron á Córdoba en hombros de cristianos, como las mas ricas preseas de su botin.

—¡Qué atrevimiento!

—¡Qué audacia!

—¡Qué desman! esclamaron indignados nuestros peregrinos.

—¡Bien cara por cierto, continuó el anciano con satisfaccion, pagaron los moros tal heregía; pues cuando el rey San Fernando conquistó á Córdoba, mandó que en desagravio de tamaña ofensa, restituyesen los moros á esta catedral cuanto habian llevado, y les hizo venir á pié todo el camino, cargados á su vez con las campanas!

—¡Bien por el santo monarca!

—¡Castigo muy merecido!

—¡Es decir, que cuando los cristianos de esa comparsa llevan las campanas sobre las espaldas, representan su marcha á Córdoba!

—¡Justamente! Y cuando los moros vuelven cabizbajos con aquella carga, y los cristianos les siguen bailando, representan la forzosa restitucion que hicieron á este santo templo.

—¡Pues tiene grandes recuerdos esa pantomima!

—¡Y la desempeñan muy bien!

—Pero me ocurre una pregunta que no sé si podreis satisfacer.

—Veamos.

—¿Con qué objeto llevaron los moros esas campanas, sino las usan en sus actos religiosos?

—Teneis razon; pero se me habia olvidado deciros que despues de la conquista de Córdoba, se encontraron aquellas campanas, sirviendo de lámparas en sus mezquitas.

—¡Brava ocurrencia!

—¡A fe mia, que no quedaria hoy sin ellas la catedral compostelana aunque los infieles volviesen por acá, que no volverán, pues ya veis las continuas derrotas que están sufriendo; pero aunque invadiesen otra vez este país, en vano intentarian llevarse las grandes campanas que nuestro religioso monarca Luis Onceno, ha dedicado á esta santa iglesia.

—¡Ya lo creo! ¡No hay fuerzas humanas que puedan llevar á Córdoba esas enormes masas de bronce!

—¡Cuándo hubo necesidad de venir á fundirlas á Compostela!

Lo que el lector y yo llevamos escuchado de esta conversacion, es bastante para el objeto que me he propuesto al escribir este artículo.

La historia confirma cuanto dejo dicho sobre las campanas ofrecidas á la catedral de Santiago por el rey Luis Onceno de Francia. Son las mismas que hoy suenan majestuosamente en la altísima torre de la catedral.

La tradicion de las antiguas campanas se ve confirmada en dos altos relieves que el viajero puede admirar en la célebre capilla de las reliquias.

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

HISTORIA DE UN SOMBRERO VERDE.

(ESTABA DE DIOS)

(CONCLUSION.)

Los renglones no eran muchos; pero justificaron las reflexiones que me sugeria la vista del sombrero.

Hélos aquí:

«15 *de julio*.—Acabo de enagenar mi vestido negro de seda; es lo único que me resta de mis antiguas galas; el sombrero no lo nombro, porque preferiria morir á venderlo. ¡Pobre Eduardo! ¡tan bueno! ¡tan complaciente! ¡Qué alegre estaba el dia que me lo compró! ¡iba á ser mi regalo de boda... ilusiones de mi juventud, ¡qué pronto habeis desaparecido! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡oigo la respiracion agitada de mi padre... el médico afirma que vivirá... y á nadie tendré en el mundo el dia en que mi padre me abandone...!

»20 *de julio*.—El médico ya no confia como antes en la curacion de mi padre; los ojos me duelen de tenerlos por tanto tiempo fijos sobre la costura, y sin embargo, dentro de ocho dias no tendré con qué pagar las medicinas. ¡Si cuando le jubilaron por su larga enfermedad le hubiese quedado á lo menos algun sueldo...! ¡dicen que para obtener aquel beneficio se necesita haber sido empleado mucho tiempo... y mi padre lo fue tan poco...! ¡entró tan viejo en la oficina...! La desgracia esperó á su ancianidad para atacarle... resignémonos á la voluntad del cielo... Mañana es domingo; cuando vaya á misa, despues de haberle dado el caldo, iré á dejar mi acostumbrado ramo de flores en la tumba de Eduardo.

»27 *de julio*.—¡Infeliz padre mio! ¡apenas me conoce ya! ¡estoy rendida de mi trabajo de hoy, siento que las fuerzas me abandonan porque mi espíritu se enerva... ni una mano compasiva! ¡ni una palabra de consuelo en medio de mi soledad! Tambien se ha desvanecido hoy mi última esperanza; la carta de mi tio pone el colmo á mi desventura... nada me envia, se escusa con los gastos que su familia le ocasiona, y yo que cerrando los oidos á mi delicadeza, me decidí á escribirle con tanta repugnancia... para manifestarle mi situacion...! ¡me hallaba tan afligida...! ahora... ¿qué será de nosotros, padre mio? No, no vendo el sombrero, es lo único que me queda de Eduardo... es tan bonito...! Y cuando amanezca el dia, tendré que pedir por favor el pan que haya de alimentarnos ..! Si me lo negaran... que vergüenza, Dios mio...! no, no, trabajemos, concluyamos este vestido... son las once de la noche, para las cinco tal vez pueda terminarlo... lo llevaré al instante, y con su importe viviremos tres ó cuatro dias mas... ya he descansado bastante y me siento mas aliviada desde que comparti mis penas con el único amigo que tengo en mi desgracia; tambien lo era de Eduardo quien me enseñó á conocerlo; este no puede engañarnos... ¡Disfruta mi corazon de tanto consuelo al desahogar su dolor por medio de estas líneas!... pero las horas vuelan, tengo la mano casi dormida de apretar la aguja todo el dia; sin embargo, es preciso; de otro modo, mi pobre padre se quedaria... ¡nunca! ¡nunca!... ¡que horror!

»1.º *de agosto*.—¡Dios parece que me abandona! ¡el cansancio me abruma, las fuerzas me faltan! Ya se niegan á facilitarme las medicinas que receta el facultativo, y este acaba de decirme que solo servirán aquellas para prolongar algun tiempo la vida del anciano, pero que la muerte es el término de su dolencia... ¡la muerte! ¡al fin morirá mi pobre padre! al fin quedaré huérfana, sola, abandonada en el mundo... ¡Oh! ¡por qué no seguí á mi madre cuando el Señor la llamó á su lado!... perdonadme, padre mio, soy muy culpable, no se lo que digo, mi razon se pierde, se ofusca, se estravía... ¡por qué Señor! ¡tambien sufro tanto!... pero es necesario que el espíritu me sostenga: aun existe ese anciano, que á nadie tiene mas que á su hija y esta debe ser su apoyo, su consuelo, su providencia en la tierra..: ¡ay! ¡es verdad! mas por otra parte, qué le es dado hacer... infeliz si le falta la de Dios! .. no importa, trabajemos... mientras haya obra, lo cual no sucede siempre.., no venderé mi sombrero.

»3 *de agosto*.—Mi trabajo no es bastante ya para alimentarnos .. y aun asi me ha sido forzoso recurrir al medio que tanto me repugna; pedir adelantado á cuenta de mi labor .. ¡Cuánto sacrificio! me hallo estenuada por el abatimiento... ¡desgraciado padre mio! ¿tendré acaso que verlo conducir al hospital? ¡Oh! nunca.. ¡Dios de misericordia! ¡es imposible que me rechaceis de este modo! no lo creo, no lo puedo creer, no lo quiero creer, antes pediré limosna de puerta en puerta y regaré con mis lágrimas las plantas de los hombres afortunados; imploro caridad para mi padre... y ellos que tanto tienen, que tanto les sobra... me arrojarán siquiera una pequeña parte de las que invierten en sus regocijos, y que para mí será un tesoro inmenso, inapreciable, providencial, pues evitaré la realizacion de esa idea que me espanta... que me destroza!.. Mi padre que nació en hidalga cuna, morir en un hospital!... volveré á escribir á mi tio...

»8 *de agosto*.—Acabo de imprimir mis labios sobre la ardorosa frente de mi anciano padre, como lo hago todas las noches despues de darle su bebida... separé los largos y blancos cabellos que cubrian sus ojos, cerrados hasta entonces... el sonido de mi beso, pareció llamarlo á la vida y levantando de súbito los párpados, fijó en mí su mirada penetrante y cariñosa... ¿Quereis algo, padre mio? le pregunté arreglando las almohadas del lecho donde yace hace cinco meses sin movimiento; balbuceó unas palabras que no pude comprender y volviendo á cerrar los ojos, quedó otra vez entregado á su inmovilidad de costumbre... ¿Querria anunciarme alguna cosa? ¿acaso que no tardaria en unirse con mi madre? ¡ah! yo tambien lo anhelo con todas las fuerzas de mi alma... ya no puedo mas... Hace dos dias que al volver á casa con nueva tarea, hallé parada una elegante carretela á las puertas de un magnífico edificio. Un lacayo con el sombrero en la mano, sostenia la portezuela abierta y una señora vestida de negro disponíase á subir al asiento. En aquel instante fui asaltada por una idea, que me decidí á poner en práctica sin reflexionar, temerosa de que el rubor me contuviese... Declararle mi estado, pidiéndole su proteccion... ¡Señora! esclamé súbitamente dando un paso hacia el carruaje y trémula de vergüenza... La del coche me miró con cierto asombro mezclado de disgusto y con un gesto que parecia indicarme... Diga usted lo que se le ofrece... Entre tanto se acomodaba sobre los almohadones y el lacayo subia á su puesto. Tan turbada quedé despues de mi arrojo, y de la fria espresion con que fui recibida, que solo pude articular algunas frases ininteligibles por lo convulso de mi voz; entonces la enlutada cerrando los ojos y haciendo un ademan de impaciencia, sacó de un bolso de seda carmesí una pieza de dos cuartos y me la arrojó, gritando al cochero al propio tiempo. ¡Vamos! Partió el carruaje como un rayo y la moneda cayó al suelo, porque la emocion que esperimentaba, no me permitió elevar el brazo para recibirla. Permanecí entonces como clavada en aquel sitio; una densa nube oscurecia mi vista y no acertaba á dar un paso... parecíame ser el objeto de las miradas de todo el mundo y sentia en mis mejillas el fuego de la vergüenza... Con la vista fija en el suelo y la cabeza inclinada, proseguí mi camino, ¡ay!... Desde aquel instante ya no soy la misma; ya no siento en mi pecho el espíritu que antes me animaba... que me sostenia... Una languidez creciente debilita mis facultades... ¡Qué horrible cosa es implorar la pública caridad!... no tendré valor para intentarlo de nuevo... no, prefiero morir... mas... ¡desventurada! ¿y mi padre? ¿qué será de mi padre?... tengo frio, me siento cansada... y ya no puedo trabajar como antes... un dolor que se me fija en el pecho, me impide proseguir... ¡Dios mio! ¿hasta donde van á llegar mis sufrimientos?... El reloj de San Pedro da la una... ¡ah! hoy cumplo veinte y cinco años... ¡dichoso aniversario de mi natalicio!...

»12 *de agosto*.—Al fin contestó mi tio, no me envia otra cosa que esperanzas... esperanzas... ya hace tiempo que las perdí... ¿y qué he de hacer ahora?... Llegó el instante que me horrorizaba... se niegan en todas partes á continuar fiándome... ¡ya se ve! ¡les debo tanto!... La vela se consume y no puedo reemplazarla... voy á quedarme en tinieblas... si mi padre necesita de algo, ¿cómo podré auxiliarle? Me sentaré á su lado, inclinaré mi cabeza en su almohada y asi pasaré la noche... mañana vendo el sombrero y... despues ambos iremos al hospital... ¡si á lo menos estuviésemos allí juntos!... pero no lo consentirán... ¡y separarme de mi padre!... no, no... ¡Insensata! ¡quién soy para oponerme á los designios de la Providencia! sí, nos separarán...



DON ANTONIO ROS DE OLANO JEFE DEL TERCER CUERPO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA. (DE FOTOGRAFÍA.)

no importa, pronto volveremos á reunirnos para siempre... ¡si aun pudiese trabajar!... ¡vana esperanza!... ya no tengo fuerzas... nadie me anima, nadie me consuela, nadie tiende una mano de compasion á la desventurada huérfana!... ¡Pobre Luisa! ¿para qué viniste al mundo?... ¡Se acabó! Ya está resuelto... mañana venderé el sombrero, no queda otra cosa que vender!... pero antes quiero ponermelo... cedamos á esta exigencia de mi sexo... será la última... pero aun existo y soy mujer. ¡hace tanto tiempo que no adorna mi cabeza!... ¡Deberá sentarme muy mal!... ¡Oh!... ¡tan poco puedo verlo!... ¡tambien vendí el espejo!... Dios me abandona... quiere que se cumpla mi último sacrificio... sea!... Me parece ahora el sombrero mucho mas bonito!... y yo que tanto lo queria... que era la luz que divisaba como faro de salvacion en el sombrío mar de mis infortunios!... ¡Gran Dios! ¡Qué idea! ¡aun puede ser la esperanza de mi remedio! ¡Todavía puede existir consuelo para mi corazon!... ¡Dios mio! en tí deposito mi confianza, ya conoces la fe con que me entrego al pensamiento que me inspiras... Voy á encerrar unas cuantas páginas de mi diario en el forro del sombrero que mañana he de vender... ¿por qué no ha de encontrar un dueño misericordioso que guiado por tu bondad suprema, descubra estos papeles y se interese en mi desgracia, acudiendo en nuestro socorro? Será un milagro, ya lo sé, ¿pero cuántos no te son debidos por medio de esos sucesos á que llama el mundo casualidad?... ¡casualidad!... ¿y cómo se esplica este nombre sino se hace intervenir el tuyo?... si, si, ya vuelve á renacer en mi alma, la animacion, el espíritu, el valor... voy á concluir porque la luz se apaga... ¡padre mio, no irás al hospital!...»

Estas últimas palabras apenas se podian leer.

—¡Oh Luisa, no en valde recurriste á Dios en tu horrible amargura! esclamé, dirigiéndome hácia la puerta, pero allí me detuve como herido por la esplosion de un rayo.

Un pensamiento acababa de asaltarme : no venian las señas de su casa, y ademas, quién sabe el tiempo que habria trascurrido desde la venta del sombrero! y en aquel espacio, ¡cuántas vicisitudes no podria haber esperimentado la pobre niña ! ¡Estaria de Dios que llevase completa la palma del martirio!

Sin embargo, ansioso de recurrir á cuantos arbitrios hallase para buscarla, me encaminé rápidamente á la prendería.

—¿Cuánto tiempo hace que compró usted el sombrero que me ha vendido esta mañana? pregunté á la dueña apenas la tuve delante.

—Es que yo no he *vendío* á su merced *dengun* sombrero, contestó la mujer con su ordinaria flema.

—¡Qué dice usted, señora! pues no me he llevado de su casa un San Antonio con un sombrero de mujer encima!

—¡Libreme su santidá de *prenunciar* cosa en contrario!...

—Entonces, acabemos.

—Como decia, no negaré que cargó con el gorro, pero en jamás podré afirmar que lo ha mercao.

—Dejémonos de equívocos, le interrumpí colérico, y contésteme pronto si hace mucho tiempo que adquirió usted ese sombrero.

—Ay señor, mas del que convenia á este *probe boliche*.

—¡Pero... cuánto!

—Mes mas ó menos, un año.

Esta palabra heló la sangre en mis venas.

—¡Un año!... Dios mio, todo está perdido, pobre Luisa!... Y dígame usted, señora, continué dirigiéndome á la prendera, ¿no podria usted darme algunos informes de la persona que le vendió dicho sombrero?

—¡Bah! una probetona, una *cursi* con mas *jumos* que don Rodrigo en la jorca y mas *jambre* que el sacristan de mi parroquia... aquí se encajó una vez con ese *guiñapo* y por *mor* de mi mario que se le van los ojos tras de cualquier refajo, cargamos con ese abío; si yo hubiera *estao* sola!...

—Y toda vez que usted conoce á esa jóven, sabe donde vivia! le repliqué deseando separarme de aquella mujer, cuyas ordinarias maneras me repugnaban.

—En la casa de la esquina.

Apenas oí estas palabras, corrí lleno de la mayor ansiedad al sitio que me señalaban... !Quién sabe! repetia interiormente, no hay duda que es mucho tiempo un año, y, mas todavía, en el estado de desesperacion en que la infeliz niña se encontraba... pero su espíritu era fuerte y...

—¿Podia usted darme razon de un anciano y una jóven que vivian en esta casa, hace un año próximamente? pregunté á un hombre que cosia zapatos detrás de un biombo de cristales en el estrecho portal donde acababa de introducirme.

—¡Quién, dun Pablu! me respondió sin interrumpir su tarea, un señor que estaba mucho tiempo impedidu, que tenia una hija llamada la señorita Luisa!

—Si señor, si, ¿habitan aun en esta casa?

—¡Quia! noun señor!... Si tuvieron que llevarselu al hospital!

—¡Y Luisa!... ¡y su hija!

—La señorita Luisa, segun decian unos, no habia puder humanu que la hicieran separar de su padre, pero no la quisieron admitir como al vieju porque no tenia calentura. En el hospital solo reciben á los que tienen calentura.

—¿Y despues?

—Nada, señor.

—¿No se ha vuelto á saber de ella?... Acabe usted buen hombre, acabe usted!

—Nada, si noun que tuvierun que tragarla á la fuerza, porque uno de los dias de entrada pública, cuando subió para ver á su padre, se encontró con otro en su puesto; la pobre creyú que habrian mudado la cama y todu se le volvia mirar y remirar lus rostrus de cuantus enfermus se hallaban en la pieza, peru no encuntró el que buscaba... ¿Qué habia de encuntrar? Tan prontu comu se enfria un númeru lu llevan al depósitu y culocan otru cuerpu caliente en la cama que aquel deja. La señurita noun sabia estu... y *velaiuste* purqué le buscaba; cuandu le hubierun dichu la verdad del casu, le dió un accidente del que volvió arrojandu mucha sangre por la boca... y entonces tuvierun que admitirla.

—¡Gran Dios!... con que al fin la desgraciada niña...

—¡Buenas noches! se la ha llevadu la tisis.

—Ni una esclamacion, ni una palabra, ni el menor grito de amargura, entreabrió mis labios para desahogar el terrible dolor que las groseras palabras del portero habian producido en mi alma; me aparté preocupado de aquel sitio y tomé silenciosamente el camino de mi casa.

—Al entrar en mi habitacion vi el sombrero de Luisa sobre la mesa en que lo habia dejado pocos momentos antes.

—Ya no fui dueño de contenerme... Lo tomé con mano trémula, é imprimí un beso en aquella tela empolvada que miraba como la reliquia de una mártir.

—Una lágrima de fuego, humedeciendo mis secas pupilas, cayó sobre las cintas de seda que se inclinaban tristemente hácia el suelo. . . . .

. . . .

—Desde entonces, no puedo ver sin estremecerme de compasion, un hospital, un mendigo ó un sombrero verde; me recuerdan la sombría historia que acabo de referir, y me hacen esclamar involuntariamente, cuantas veces se presentan á mis ojos.

—¡Pobre Luisa! ¡Estaba de Dios!

José J. Soler de la Fuente.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.=Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Principe, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 9. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 26 DE FEBRERO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



mposibilitados los marroquies de hacer una resistencia séria á nuestro ejército, diezmadas considerablemente las filas de las pocas tropas regulares que les han quedado; dispersos los kabilas que habian acudido al llamamiento de la guerra santa, robados sus jefes, saqueadas por ellos mismos sus ciudades, la anarquía reinando en Fez, la confusion y el espanto en Tanger, la miseria y el desaliento en todas partes, el sultan de Marruecos ha debido humillarse y pedir la paz. «Pues que el Dios grande, decia Muley Abbas al aplicar las espuelas á su caballo despues de la derrota del 4, pues que el Dios grande ha querido dar la victoria á los cristianos y la derrota á los moros, cúmplase la voluntad de Dios.»

Asi las proposiciones de paz se reducian á preguntar con qué condiciones se la otorgaríamos, á fin de complacerles. «Ustedes, pidan, ignoramos su gusto, nos han dicho los moros: estamos dispuestos á darles lo que quieran con tal que nos dejen en paz. Llegó con esta mision de paz el general Ustariz, mensajero del cuartel general y secretario particular del duque de Tetuan; y á su llegada se reunió el consejo de ministros para saber lo que se habia de pedir. Aun no podemos decirlo á nuestros lectores, porque si bien se halla resuelto, y el general Ustariz marchó con las peticiones, y estas fueron entregadas á los comisionados de Muley Abbas, todavía no se ha participado al público nada oficial sobre el asunto. Todos creen, sin embargo, que las bases de las negociaciones partirán de la conservacion de Tetuan que va convirtiéndose en ciudad española con todas sus ventajas é inconvenientes. Entre tanto se disponen viajes de recreo á esta ciudad. Una empresa ofrece á todos los que la den 800, 600 ó 400 reales, segun sea la clase de carruaje y de aposento á bordo que elijan, llevarlos desde Madrid por el ferro-carril á Alicante y desde Alicante en vapor á la rada de Tetuan. Allí el vapor esperará dos dias, pudiendo los viajeros dormir y comer á bordo por su dinero, y luego les traerá á Alicante, donde el tren del ferro-carril los tomará para trasladarles á su domicilio de Madrid. Sabemos de muchos que pensaban aprovecharse de esta oportunidad, y aun algunas señoras, animadas con el ejemplo de la duquesa de Tetuan, que ha marchado á ver al duque, se aprestaban á hacer tambien el viaje con el objeto de visitar igualmente á sus esposos ó parientes.

Hay una dificultad para que las señoras vayan á Tetuan, y es que la estrechez de las calles no corresponde á la voluminosa amplitud de los miriñaques; pero esta dificultad queda vencida adoptando un traje especial tetuanesco, por ejemplo, el que usaban nuestras madres y abuelas á principios del siglo: cintura alta, ropa estrecha, dibujando las formas, manga corta y gorro con plumas. Lástima que la autoridad, mandando suspender el viaje, haya impedido que se adoptase esta moda.

En la prevision de que pueda continuar la guerra, se han hecho varios inventos de cuyos pormenores no se nos ha dado cuenta, pero que podemos anunciarlos por mayor. Uno de ellos es un instrumento que se puede llevar en el bolsillo, y consiste nada menos que en una escala de asalto con la cual se puede subir, sin hacer ruido, á las mas considerables alturas, sin riesgo de romperse la cabeza. Provistos, de este instrumento llegan los soldados á la muralla de cualquier ciudad y á la voz preventiva de ¡mano al bolsillo! todos se disponen á ejecutar á un tiempo el movimiento de sacar la escala y echarla á la muralla, donde, como no ha de hacer ruido, no será sentida, y las tropas subirán cada uno por la suya como quien sube por la escalera de su casa.

Si esta invencion se generaliza, no va á haber puerta cerrada, ó nada importará que la haya, para el feliz mortal que posea el precioso instrumento. Es verdad que entonces se sustituirán los balcones á las puertas y se harán llaves y cerrojos de balcon como ahora se hacen de puerta de calle.

Se habla tambien de otro invento de proyectiles huecos para carabina ó fusil. Se echan estos proyectiles en el arma, se dispara, salen y al llegar al blanco ¡zas! estallan y cada uno vale por diez. Decididamente á este paso los medios de destruccion van á ser mayores que las probabilidades de vivir, y la guerra entre dos naciones civilizadas va á realizar algun dia la fábula de aquellos perros que en su furor se comieron recíprocamente, no quedando mas que los rabos.

Una idea buena han emitido estos dias los periódicos andaluces, y es aumentar la marina en cuarenta y nueve buques mas. Para esto se sugiere el medio de que cada provincia costee y regale un buque al Estado. Esto seria muy bueno si cada buque no costase 8 ó 10.000,000 de reales ó si todas las provincias se hallasen en estado de hacer un donativo tan cuantioso. Pero como hay varias que no podrian hacer de pronto un desembolso de esa especie, nos parece mejor que se destine á la compra y construccion de buques la indemnizacion que nos han de dar los marroquíes cuando se haga la paz, y suplir la falta si la hay con una suscricion nacional.

¿Pero haremos la paz? Quizá no se haga sin castigar antes á los moros del Riff, que en Melilla nos han ocasionado muchas y sensibles bajas. La tribu fronteriza de Benisidel habia colocado el dia 6 un cañon para molestar á la plaza. El gobernador, brigadier Buceta, habia prometido á estos kabilas si le molestaban, salir y quitarlos el cañon; y en la madrugada del 7 salió en efecto, se apoderó del punto llamado el *Ataque seco*, lo fortificó y se mantuvo el 8 y el 9 en sus fortificaciones. Atacado allí de una violenta fiebre, tuvo precision de dejar el mando y le entregó á un jefe que por haber esperimentado pocos dias antes una horrorosa desgracia de familia, no tenia la cabeza, segun dicen, muy dispuesta para planes de campaña. Ello es que el 9 por la noche los moros en número de ocho mil, segun unos, y de seis mil, segun otros, atacaron de improviso á los nuestros que no pasaban de mil, y cuando el brigadier Buceta, á pesar de la fiebre que le retenia en cama, quiso acudir á remediar el daño, ya las llamas consumian las fortificaciones construidas y nuestros soldados se retiraban despues de haber tenido una baja de la tercera parte de su fuerza.

El general marqués de Novaliches ha mandado formar causa al señor Buceta, acusándole de haber traspasado las órdenes terminantes que le tenia comunicadas. El consejo de guerra dirá si las circunstancias del hecho disculpan ó no al mencionado brigadier, el cual por otra parte tiene hechos muchos y relevantes servicios en Melilla misma y ha sido siempre temido y respetado de los moros fronterizos.

El Carnaval que segun el calendario terminó el martes, segun la costumbre termina hoy domingo de Pi-

ñata. Lo desapacible del tiempo ha hecho que en los tres dias la concurrencia haya sido en los paseos mas escasa que otros años. Sin embargo, no ha faltado gente de buen humor y genio divertido. Los bailes, especialmente los de la *Zarzuela*, han estado animadísimos, tanto mas cuanto que el teatro de *Oriente* se ha abstenido este año de competir con los demás.

En los teatros nada nuevo. *Sueños de amor*, comedia representada en el *Príncipe* es una produccion soporífera de un célebre autor francés, que en medio de sus triunfos suele dormitar muchas veces, siendo este el único punto de contacto que tiene con Homero. Espérase en el *Circo* un drama del señor Hartzenbusch, que no dudamos será digno de su reputacion.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL CARNAVAL.

II.

Como ofrecimos en nuestro artículo anterior, vamos á presentar compiladas en este algunas de las tradicionales costumbres que, en medio de la múltiple variedad del Carnaval, le imprimen un carácter propio en determinadas localidades. Y, pues, segun dijimos en el artículo anterior, en Italia renacieron estas fiestas populares, algunas de sus históricas poblaciones habrán de ser las primeras objeto de nuestro exámen.

Roma, en tales dias, confunde su aristocrática nobleza con su desgraciado pueblo. Trasformado el *Corso* en gran paseo, ostentan sus edificios magníficos tapices y colgaduras, y álzanse por donde quiera tablados para alquilar asientos á los que mas tranquilos gusten ver las fiestas sin tomar activa parte en ellas. En el palacio *Ruspoli* se disponen magníficos palcos para la mas alta sociedad, y todos preparados á la gran fiesta, solo esperan el momento solemne en que la bronca vibracion de la *patarina*, esa histórica campana de Vitervo que solo toca en la eleccion y muerte de los papas y en la apertura del Carnaval, anuncie el ansiado instante en que empiecen las horas de las alegres *mascherate*. El deseado momento llega al fin á las dos de la tarde del primer dia. Magníficas carrozas se abren paso entre multitud de máscaras de á pié, desde cuyos lujosos carruajes la nobleza romana arroja por donde quiera dulces y confites, á que contestan sin cesar las damas: *scaletti*, espirales elásticas que se dilatan ó acortan á voluntad de su poseedor, llevan hasta los balcones perfumados ramos de flores, y con ellos no pocas veces billetes de amor; y despues de una hora en que las máscaras de los carruajes puede decirse que han jugado el principal papel, ceden el puesto á los de á pié que todo lo invaden estrechándose hasta casi ahogarse para presenciar la *carriera*. «Entran entonces á galope y con sable en mano los dragones que vienen desde el *palacio de Venecia* á la plaza del pueblo, alineando con tan brusco ataque á todos los peatones para abrir paso á los nuevos actores que van á recorrer la carrera. Inmediatamente se cierra la calle con un grueso cable, detrás del cual se colocan en fila doce ó quince caballos con sus respectivos palafreneros. Van los caballos empenachados con cintas y plumas de diferentes colores, con ricas guadralpas, pero llenos de colgantes balas de plomo y pinchos por todo el cuerpo, y estimulados ademas por mechas de yesca encendida en las partes mas sensibles del animal. Asi los pobres llegan á aquel sitio furiosos, acoceándose y mordiéndose mútuamente, queriendo salvar la barrera puesta delante de ellos, porque saben que van á correr y á ser rivales. Pero la lucha mas encarnizada es entre ellos y los palafreneros, que tirados al suelo, mordidos y acoceados, se levantan furiosos y deseando domar animales que se han hecho indomables por las espuelas que los hieren y el fuego que les abrasa, se cuelgan de sus crines, de sus orejas y narices humeantes en medio de las aclamaciones del público. A cierta señal se baja el cable, y parten disparados los caballos rivales hasta dar al fin de la carrera en la meta formada por un gran lienzo que cierra la calle entre el *palacio Torlonia* y el de *Venecia*. Desde un balcon de este proclama un juez al caballo vencedor.» (1) Tal es el espectáculo que en estos dias aplaude Roma, y el cual se presenta en medio de aquel pueblo católico como vivo recuerdo del gran mundo pagano que allí tuvo su apoteosis y su sepulcro. Es imposible mirar aquellas luchas sin que acudan á nuestra memoria los sangrientos combates del circo y las carreras de los hipódromos.

El último dia de Carnaval tiene lugar otra escena digna de mencion. Al anochecer todas las máscaras, lo mismo en las calles que en el Corso, en los balcónes que en los carruajes, llevan cerillas encendidas á las que dan el nombre de *moccoli* y que deben apagarse chocándolas entre sí las máscaras. Esto produce otra lucha de distinto carácter que la anterior, y que ofrece un espectáculo en estremo fantástico. Aquellos millares de luces que vienen, van, se mezclan, se confunden, se cruzan y se apagan mas ó menos tarde, reflejando sus inciertos resplandores en los estraños disfraces de los romanos, parece, visto al anochecer del último dia en que tuvieron lugar tantas escenas de vertiginoso delirio, las postreras chispas del febril fuego de la locura estinguiéndose á medida que se acerca el dia del arrepentimiento y de la penitencia. Todavía es mas completa la ilusion que tal escena produce cuando se oye repetido por todas partes, al irse estinguiendo los *moccoli*, con tono de triste salmodia ¡*E morto il Carnavale!*

En Milan, donde indudablemente despues de Roma se conserva mas decidido amor á las diversiones de Carnaval, á pesar de la renombrada fama de Venecia, ademas de ofrecer aquel animacion incesante lo mismo en los bailes de la *gran Scala* que en las calles y plazas, tiene lugar por todas partes una singular costumbre que consiste en arrojar multitud de menudísimos granos de yeso que al intento se fabrican, los cuales reciben el nombre de *coriandoli*. Estos proyectiles se arrojan sin cesar de las ventanas á las máscaras de los carruajes, de á caballo y á pié, las cuales devuelven igual género de armas, ya con la mano, ó bien con *escoppes* de madera, grandes cucharones con mangos de ballena, la cual por su propiedad elástica presta mayor fuerza á los disparos. La abundancia en que estos coriandoli se arrojan es tal, que el valor invertido en ellos asciende algunos años á miles de pesos, y las calles se cubren de una capa blanca cual si hubiese caido una gran nevada.

Análoga costumbre á la de esta ciudad italiana tiene lugar en nuestra patria en las plazas y calles de Tudela. Dan en esta el nombre de *cipoteros* á las máscaras que recorren las tardes del Carnaval toda la ciudad; pero lo que las caracteriza y forma la especial costumbre de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores es, una funda de almohada atada por uno de los estremos y mas floja por el otro para dejar paso á la mano, cuya funda viniendo á caer á manera de morral debajo del brazo izquierdo, está llena de dulces que bien pronto desaparecen arrojados sin piedad á las hermosas, las cuales cruzan sus fuegos de iguales proyectiles con los de los *cipoteros*, viniendo á quedar en breve sembrado el pavimento de dulces, bombones y hasta pastillas de chocolate, que algunas veces agotados los confites, se han arrojado los combatientes. Y no haya miedo, sin embargo, de tal profusion, que impunemente puedan los chicos y labriegos recoger algunos; pues armados los *cipoteros* con un palo de cuyo estremo cuelga atada á una cuerda una gran bota con pelo perfectamente henchida de aire, reparten sin cesar mas ruidosos que ofensivos golpes á los que pretenden coger los dulces.

Indudablemente los habitantes de Tudela en estos dias se muestran mas espléndidos que los tradicionales milaneses, pues mientras estos arrojan á las hermosas bolitas de yeso, los otros las ofrecen y cambian con ellos en delicioso combate costosos dulces y confites. Y no solamente en Tudela se sigue tan agradable práctica; comun es á otros muchos pueblos de España, entre los cuales podemos citar á la villa de Agreda y á la marítima y voluptuosa Cádiz.

En Paris, el célebre *Mardi gras* termina con lo que conocen con el nombre de «*la descente de la Courtille*.» A la madrugada del miércoles, allí bajan todos los que han tomado parte en el carnaval despues de la última noche de baile y de delirio, mezclándose con ellos, para verles pasar los que no pudieron acompañarles en el festin. Es una mezcla indescriptible, un grito inarmónico, vibrante y prolongado compuesto de millares de voces, una embriaguez inmensa en el último estremo del goce mundanal. Allí acuden las hermosas de la buena sociedad, mezcladas con las meretrices, pálidas unas y otras y en desórden los vestidos, inequívocas señales del agitado baile que termina, y se agrupan para ver descender al pueblo que se retira rendido de placeres en confusa multitud. Los que pasan dirigen palabras descompuestas á los que los miran pasar, y entre unos y otros crúzanse picantes palabras que bien pronto dejan ancho campo á las injurias, pero que desaparecen ahogados por aquel torbellino de gritos, de esclamaciones, de cantares y de infernal algazara.

En algunos pueblos de nuestra patria diviértense mas pacíficamente *corriendo pollos*, que consiste en perseguirlos metidos los corredores en sacos, como sucede en varias ciudades de Valencia, donde á la vez se corre la *anelleta* ó juego de sortija que bien indica su origen arábigo; y en varias poblaciones de Aragon tiene lugar el domingo de Carnaval lo que conocen con el nombre de la *gatada*, para lo cual cuelgan á una cuerda sujeta á dos balcones un gato por la cola, al que los jóvenes pasando á escape por debajo deben descargar un puñetazo. Bien se deja conocer cómo quedarán las manos de los mozos que tal intentan. Sin embargo, ellos dicen que se divierten y nada les importa los sangrientos y frecuentes surcos que las uñas del gato dibujan en sus manos, puesto que generalmente suelen ahogar con el vino de sus meriendas el escozor de los arañazos y aun á veces paga sus desmanes el iracundo animal convertido en escitante *cochifrito*.

Dejamos en el olvido, pues no merecen, en verdad, los honores de la narracion algunas otras costumbres, tales como la de arrojar agua á tiempo que saluda á la cabeza del atento transeunte, dejar caer de golpe un gran saco lleno de cascajo, pero sujeto á un cordel desde una ventana para que los que pasan salten al arroyo creyendo se les viene encima el alero de un tejado, ó un saco de arena, con el que le apabullan el sombrero; y tantas otras mal llamadas zumbas, cuya gracia, en verdad, confesamos nunca hemos podido comprender.

En algunos pueblos de Galicia, sin embargo, la costumbre del *antroido* ofrece cierto carácter de originalidad que bien merece la dediquemos algunas líneas. Simbolizando al Carnaval visten una figura de trapos y carton con abigarrado traje, á la cual dan el nombre de *antroido* ó *antroejo*, y despues de pasearla por las calles el domingo y lunes, el martes celebran su entierro, en cuya ceremonia algo análoga al madrileño *entierro de la sardina*, se predica un *sermon* burlesco en que se ridiculiza lo que ha habido digno de ello en la ciudad a juicio del popular *predicador*, durante el año precedente. A veces esta ceremonia aumenta en interés para la muchedumbre, pues agregan al *antroido* cual si fuera su esposa, otra figura vestida de mujer con gran vientre para decir se encuentra embarazada, ficcion que termina por suponer que da á luz un *antroidillo*, que tambien muestran al público en un muñeco vestido á imitacion del padre, y que se dice es el *antroido* del año siguiente. El *predicador* designa el padrino, que siempre es una de las principales personas de la poblacion, y entre gritos, sonidos de cencerros, cuernos y caracoles, y las voces del orador que remeda ayudarle á bien morir, termina en efímera existencia aquella familia de trapo consumida por las llamas de una estensa hoguera.

En nuestra querida capital, en la villa del oso y el madroño, bien conocidas son las poco características costumbres del Carnaval, escepto el famoso *entierro de la sardina* á que nos hemos referido poco hace. Pero descritas las escenas populares á que tan inveterada costumbre da orígen, por la bien cortada pluma del *curioso parlante*, no seremos nosotros los que osados tratemos de trazar el bosquejo de un cuadro que con mano tan maestra supo componer dicho escritor. (2)

Despues de leer su animada descripcion, las oportunas calificaciones con que hábilmente caracteriza á los múltiples actores del popular entierro, la enumeracion de sus *coros de doncellas, mancebos* é *inocentes* y de admirar el movimiento y vida que por todas partes se advierte en su precioso cuadro, solo nos resta abandonar la pluma en justo tributo de respeto hácia uno de nuestros primeros escritores de costumbres.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) Artículo anónimo publicado en el *Semanario Pintoresco* de 1841.

(2) Véase el tomo IV del *Semanario Pintoresco Español*, correspondiente al año 1839, pág. 51.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

III.

Grecia: al recordar tan solo que vamos á describir las riquezas literarias y artísticas de ese mágico país inmortalizado por Homero; de ese país encantador, donde el eco repite aun las épicas melodías del cantor de los Troyanos, la pluma tiembla en nuestras manos, porque solo puede despedir pálidos reflejos, tímidos acentos, mas confusos cada vez é imperceptibles, al sentir la vibrante arpa del gran vate latino.

¿Y cómo no ha de temblar al cantaros las obras de esos privilegiados seres, que se remontan en alas del genio, rasgan como el águila la matizada gasa que vela las nubes y penetran hasta la region purísima del cielo para trasmitirnos despues los sorprendentes panoramas que desde allí divisan? ¿Y cómo hablar sin temor y sin respeto de esos seres mimados de las musas que elevando á Dios su inspiracion, saben reproducirnos en mil concepciones é ideas, reducidas á formas, las maravillas y grandezas del Supremo artista; de ese artista Omnipotente, inimitable, incomprensible, á quien procuran acercarnos y ante cuya presencia desean conducirnos?

Pero si todo esto siente el corazon conmovido al hablar de los artistas, de los poetas, de esos etéreos orfeos que forman parte de la olímpica orquesta, ¿qué no sentirá el alma elevada y noble al hablar de la patria madre del arte que amamantó estos seres?

Grecia: no creais ver aquí el arte material, panteista, esclavo, del Oriente, con sus obeliscos y pirámides y sus monolitos informes, como si quisieran remedar con sus imponentes masas los graníticos titanes de las montañas primitivas, no: estas, como aquellos, solo describen con sus rozagantes faldas la triste cárcel en que ha de vivir el pensamiento; estas, como aquellos, no son otra cosa que una simple imitacion, un plagio de las obras del Gran Maestro: en el Oriente no hallareis otra cosa que el materialista panteismo, en cuyo seno yace ahogado el sentimiento de lo bello; ese soplo divino, que llamais inspiracion: en el Oriente solo hallareis el arte dormido en su primera cuna: la inmovilidad, el silencio, la muerte, respira solo allí, como aquí la vida, el progreso, el genio.—Oriente es la esclavitud del espíritu, el absolutismo; Grecia, la libertad.

Para conocer la Grecia, es preciso que la imaginacion tome primero un raudo vuelo, desde los tropicales países, do el fuego tiende á separar las moléculas combina-

des de la materia, hasta las regiones polares, do parece todo inerte, dormido, por la ausencia del calor, y remontándose á la region etérea del sublime artista, tienda su vista de águila desde aquellas primitivas tribus de las roidas márgenes del Eufrases y del Tigris, hasta las del grandioso Nilo, del Tíber ó del Boristenes, del Eurotas ó del Amazonas; es preciso ver primero, cómo se trasforman paulatinamente y al través de los siglos aquellas miserables cabañas en ciudades tan colosales como Babilonia, Menfis, Palmira, Jerusalen, Atenas, para oir despues la orgullosa voz de los egipcios, que dice al mundo:—¿Poneis en duda los progresos de nuestros conocimientos?—Ahí teneis nuestros sacerdotes, modelos de ciencia; nuestras pirámides, símbolo del arte; nuestras Menfis y Thebas con sus cien puertas; nuestros obeliscos y canales, y nuestros Necao y Sesostris, inmortalizados por el genio de nuestros artistas.—Es preciso, decimos, que suceda todo esto, para pisar á la Grecia de Pericles y Alejandro, que les contesta victoriosa:—Vuestras artes y vuestras ciencias solo han vivido en la infancia. ¿Pueden competir vuestros sabios con nuestros Sócrates, Aristóteles ó Platones? ¿Dónde están vuestros genios, que puedan igualar á un Apeles? ¿Son vuestros héroes como Milciades, Temístocles ó Epaminondas? ¿Habeis tenido un Homero? Anacreonte, Safo, Simónides, Tirteo, Píndaro, Esquilo, Aristófanes, Eurípides, ¿no os entusiasman ó enternecen? ¿Teneis oradores? ¿Dónde esta ese Gorgias, que haya abierto la primera escuela de retórica? ¿Dónde, vuestr s Lisias, Isócrates y Demóstenes, Demades, Dinarcos y Licurgos? ¿Y el grande Hipócrates, que vivirá enseñando á las futuras generaciones?

No son estas, sin embargo, las únicas joyas de la Grecia,—continuan los helenos:—Herodoto de Halicarnasio, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Teofastro, son otras tantas lumbreras, que nos harán brillar en la posteridad entre las tinieblas y el silencio de vuestro panteismo.

Pero, si esto no os bastara, ahí teneis esa gran epopeya de piedra, enriquecida con los armoniosos detalles de la estatuaria; ahí teneis nuestra Arquitectura hecha arte, sublime, como las iliadas, de imitacion y copia que era entre vosotros. Desde que Dibutades de Corinto nos regaló la escultura plástica, se levantó el Partenon, el Teseo y los imperecederos campos de la Morea quedaron convertidos en ricos modelos, que nuestros sucesores tomarán para fundar el estilo, que se dirá *greco-romano*

En fin, no es posible trazar en un ligero artículo los fantásticos diseños del arte, que la Grecia encierra en sus veneradas ruinas; pero, si podemos decir, que la Arquitectura llegó en Grecia á su mayor grado de esplendor; que estendió su benéfica influencia á las ciencias y las artes, y que para recordar su dominio científico basta citar tres grandes épocas; los siglos de Pericles y Alejandro y el brillante y próspero de Augusto.

Ved como la arquitectura va derramando sobre los pueblos el fuego creador, el sentimiento de lo sublime, esa fecunda savia de la civilizacion progresiva, que nace en el materialismo, pasa á la idealizacion y muere en el cristianismo, en la evaporacion del alma á la region de la inmortalidad.

No lo dudeis; la Arquitectura es la reina de las artes. La Arquitectura es á la civilizacion primitiva lo que á la moderna es la imprenta. No es nuestra esta idea; otro escritor de gran talento la ha consignado en un precioso libro hace algunos años; empero esto no podrá privarnos de que la reproduzcamos aquí como un eterno axioma.

Si: la Arquitectura oriental despertó en el sentimiento humano la tendencia al perfeccionamiento: del geroglífico pasó al símbolo, hizo comprender al hombre la necesidad de dar formas á sus conceptos, de sujetar al molde las evaporaciones de su espíritu: necesitaba la escultura y la pintura, y eligió un país que se prestara al efecto; tan poético, como el númen del artista, tan bello, como las preciosidades con que iba á enriquecernos, tan libre, como el primer albor del genio que centelleaba en el mundo.

Grecia fue la primera Maguncia del pensamiento; el primer arquitecto, el Guttemberg primitivo; la Arquitectura, el vivísimo primer destello que iluminó el caos de la inteligencia humana.

Grecia fue combinando las letras, sembradas por las tribus y los párias del Oriente y del Egipto; formaronse palabras, y se imprimieron páginas, para recopilar las tradiciones de los fenicios, de los árabes, de los egipcios.

A medida que la Arquitectura fue amamantando sus inseparables y queridas hijas, la Escultura y la Pintura, y se verificó el triple consorcio, la civilizacion fue estendiendo su rápido vuelo. Es decir, al peulvan céltico, las piedras vacilantes y los túmulos, sucedieron, como obra del tiempo, los magníficos y grandiosos templos de Atenas y de Roma; el de Juno, el de Apolo, el de Diana en Efeso, el de Corinto, el Segesta griego con su peristilo de treinta y seis columnas; el Theseo, el Partenon, las Basílicas, el de Vesta en Tívoli, el memorable arco de Trajano, el anfiteatro de Flavio en Roma, el de Pola y otros.

Mas claro: las iliadas no cantaban aun en las páginas de pórfido; no se habian trasformado en catedrales. Empero cantaron. Dibutades de Corinto las regaló, como decimos antes, la escultura plástica; fijaron los griegos sus reglas en sus tres órdenes; brilló el templo de Júpiter Olímpico; escribióse en ellas el lujoso capitel corintio; dibujó Apolonio sus secciones cónicas; trazó Pitágoras su aritmética tabla: Scopas, Timoteo, Leocharres, Brixias y Pithio erigieron el mausoleo, ese suntuoso sepulcro del Halicarnaso, esa maravilla del mundo, que hizo esclamar al filósofo Anaxágoras:—«he aquí un gran tesoro de plata convertido en piedra,»—y entre los grandes ingenios que cooperaron á aumentar el estraordinario progreso de las artes, progreso, que mas tarde, bajo el memorable reinado de Alejandro el Grande, habia de elevarse en Grecia á su mayor grado de esplendor, levántase el grande Fidias con su inimitable cincel para producir tambien otra de las maravillas del mundo.

Fidias, sí; ese admirable genio, que hermanó las proporciones de la belleza con las formas; el celebérrimo autor de la colosal estátua de Júpiter Olímpico; el precursor de Apeles, de Timantes de Sicione, de Parrasio, de Zeuxis, de Filon, de Favio, de Lisipo, de Praxiteles, del autor del *Coloso de Rodas* y del grande Arquímedes.

Oid al inmortal Chateaubriand, al esparcir su mirada sobre el Acrópolis y los restos del Partenon: «Las esculturas de Fidias, heridas horizontalmente por un rayo de oro, se animaban y parecian bullir sobre el mármol, por la movilidad de las sombras del relieve.»

Tenemos, pues, á la Arquitectura, reflejando primero la naturaleza, la belleza humana despues, y por último el espíritu; tres medios distintos de manifestacion divididos en tres secciones, que entonces formaban una sola, la Arquitectura.

Ya veis: todo el que nacia poeta se hacia arquitecto, como dice Victor-Hugo; y aun podemos añadir: pintor escultor, músico, poeta,—para decirlo de una vez,—artista, arquitecto en la antigüedad.

La Arquitectura era el único medio que el hombre tenia para emitir el pensamiento, libre y puro, como las perfumadas auras del bosque á cuyo impulso se mecen las madreselvas y verbenas. Era el único medio, decimos, de reflejar el genio del hombre; ora tallando en la viva roca estátuas disformes y gigantescas columnas, ora modelando y dando formas á la cenagosa arcilla, ora poetizando los toscos leños, ora pulimentando los ricos mármoles.

Pero la Grecia es la patria privilegiada, donde floreció la Arquitectura como arte; es la nacarada cuna donde durmieron los genios el sueño de la inspiracion; es el luminoso foco de la estética, que ha de despedir vivificadoras ráfagas de perenne luz, cuyos primeros albores se divisaron ya en lontananza en la pagoda de Eklinga y en el Rhamescion de Egipto, y que vive y vivirá esplendente en las sibilas de Delfos, en esas divinidades del paganismo, que hasta los sabios admiraban, consultando como al Dios-oráculo su felicidad y porvenir.

MANUEL NIEVES DE LA VEGA.

SANTA MARIA DEL MAR EN BARCELONA.

I.

Sino tan espléndidos como en las antiguas córtes castellanas, la edad media ha dejado en la ciudad de los Condes monumentos insignes, que constituyen una buena página para la historia del arte en nuestro pais.

Donosa, aunque reducida al principio, en situacion amenísima, á orillas del mar que lame sus plantas, entre campos de verdura que le atribuyen su abundancia, al pié de un cerro que la resguarda, y tendida al vivífico calor del mediodia, la ciudad de Amílcar ofreció siempre grata residencia á los náutas griegos y africanos, á los patricios de Roma, á los leudos de Ataulfo, á los barones de Ludovico, á los magnates de todos los paises y á los monarcas de todos los tiempos.

Por eso así el romano como el godo, el rey bárbaro como el príncipe cristiano, la enriquecieron á porfía, elevando en su recinto templos y alcázares que mas ó menos conservados permanecen en gran parte, siendo aun testimonio vivo de la añeja importancia de nuestra capital, la segunda de España, y otra de las reinas del Mediterráneo.

De sus primeros tiempos no han quedado mas rastros que algunas reliquias de fortificacion; en cambio á los emperadores Claudio, Augusto y otros que se complacieron en ella honrándola con los dictados de *Faventia*, *Julia*, *Augusta*, *Pia*, debe una vasta línea de murallas torreadas, en parte visibles; entre muchos templos uno grandioso, períptero, del que permanecen las columnas llamadas de *Paradís*, y el otro consagrado á Neptuno, cuyo pavimento de mosáico adorna casi entero la iglesia de San Miguel; una cloaca máxima que todavia sirve para su destino; un anfiteatro representado cerca de la calle de la Boquería por alguna de sus puertas *vomitorias*, y no há muchos años guardaba casi ilesos dos establecimientos de baños ó termas.

Los godos y los árabes, ya por lo breve de su gobierno, ya por los estragos durante él padecidos, no dejaron memoria ostensible; sin embargo, ciertos paredones recien abatidos en las bajadas de la Cárcel y del Regomir, segun tradicion asaz fundada, correspondian á los palacios que allí tuvieron los Salomones y Borreles y los walíes y muzlimitas.

Tambien el arte cristiano de los primeros siglos legó á Barcelona cinco representaciones curiosas en las iglesias de San Pedro San Pablo y antigua de San Miguel, y en las capillas denominadas de *Marcús* y de las *Vírgenes*, y (hoy Santa Lucía, en la catedral), todas actualmente consagradas al culto, siendo notables por su aspecto vetustísimo, la concentra a *cella*, el claustrillo misterioso de las dos primeras y el simbólico fronton de la segunda. Por desgracia los mejores monumentos de aquella época, huyeron bajo sucesivas reconstrucciones; y este destino cupo á las basílicas de *Santa Cruz*, de los *Mártires* y de *Santa María de las Arenas* (ahora catedral, San Justo y Santa María del Mar).

II.

Sabido es que la piedad de los fieles primitivos, al acabar las persecuciones y cimentarse la religion, elevó aras sobre las tumbas de los mártires, fabricando con ardor santo iglesias al Dios Crucificado, en el mismo suelo que por amor suyo regara una sangre generosa. La metrópoli de Cataluña, egregia siempre en religiosidad y contando por hija una ilustre Vírgen sacrificada espontáneamente á las iras de Daciano, no podia menos, siguiendo tan loable costumbre, de honrar la memoria de la que en todos tiempos ha sido su eficaz patrona y valedora. Por eso, en la playa marítima, á corta distancia del muro, quizá en el mismo sitio donde la cándida paloma voló al cielo, vióse desde el siglo III ó IV una humilde capilla, á la cual durante seis centurias se agolpó le muchedumbre para besar el sepulcro é implorar en sus necesidades el auxilio de la gran taumaturga catalana. Servida en su orígen por los monjes agustinos, que bajo el gobierno del abad Quirico tuvieron en ella su primera residencia, durante la invasion de los sarracenos perdió su gala mejor pues entonces algunas personas celosas, temiendo sin duda una profanacion, ocultaron el cuerpo de la santa, de tal manera que se borró la memoria del sitio, no volviendo á parecer hasta un siglo y medio despues, cuando el obispo Frodoino, á fuerza de diligencias logró descubrirlo en el año 878, dentró de la misma capilla, para hacerlo trasladar luego á la Seo, donde se le hizo un soberbio enterramiento.

Careciendo la ermita de objeto y habiendo ademas aumentado el vecindario, hácia el año 1000, el obispo Aecio dió licencia para erigir en su local una basílica dedicada á Nuestra Señora, que los feligreses dueños del terreno costearon, siendo vulgarmente por su situacion designada con el nombre de Santa María de las Arenas. Ministráronla algun tiempo los dichos agustinos, aunque ya no residian en ella sino en el vecino templo de *Santa Eulalia del Campo*, que se les cedió en junio de 1155; y aunque reducido y probablemente de importancia escasa, subsistió unos tres siglos á poca distancia del área de la actual iglesia en el promedio de las calles de la *Espaderia* y *Fosar* ú osario de las *Moreras*, que debió de ser su cementerio, conforme los tenia en su dependencia cada parroquia. Creciendo empero de dia en dia las necesidades de la poblacion, y habiéndose acumulado por aquel lado lo mejor de ella en nobleza y comercio, a principios del siglo XIV era ya escasa la pobre basílica para los muchos fieles concurrentes, y se determinó la construccion de un templo mas digno y proporcionado.

Llegado habia entonces Barcelona al apogeo de su grandeza: famosa por todo el orbe, sus reyes hacian tratados y alianzas hasta con los soldanes de Egipto; sus leyes regian en muchos de los paises civilizados; sus naves surcaban mares ignotos; sus hijos conquistaban lejanas tierras, y su gobierno era á la vez un modelo de autocracia moderada y de ilustrada democracia municipal. ¡Qué mucho rebosase la vida en los barrios orientales, allegados á la marina, donde incesantemente daban al aire sus gallardetes cien y cien galeras, baluartes de su pujanza, vehículos de su riqueza, á un tiempo castillos y almacenes flotantes que así debelaban en los combates el poder rival de Génova y Venecia, como durante la paz cambiaban en todas las playas los artículos de su comercio y los productos de su industria!

De esta hermosa época datan los monumentos ojivales que son la gala de nuestra ciudad, y que segun al principio digimos pueden formar una historia cumplida de su fase monumental en la edad media. Entre cincuenta ó mas iglesias que reune ó reunia hace poco, veinte á lo menos pertenecen al estilo llamado gótico, durante sus varias modificaciones, desde la transicion bizantina en el siglo XII hasta la del renacimiento en el siglo XVI (1). Posee asimismo del propio estilo, un palacio, el real de

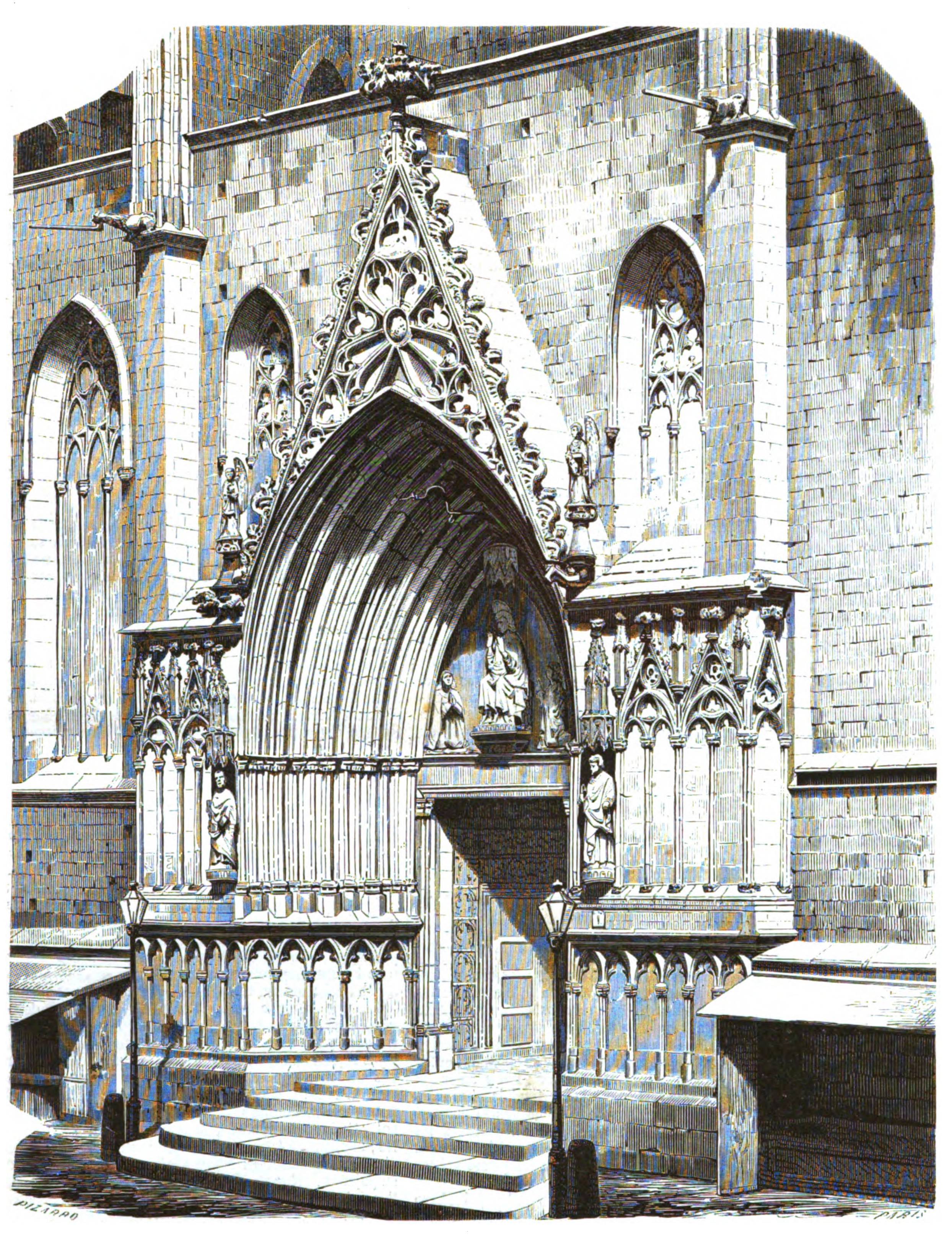
(1) Sin contar los templos puramente bizantinos ya enunciados, encierra Barcelona: del siglo XII y de la transicion bizantino gótica, las iglesias Catedral y de Santa Ana; del siglo XIII lo mas de la catedral, parte de San Juan, Junqueras, Capilla Real de Santa Agueda, y Cármen, en ruina; del XIV Santa María del Mar, idem del Pino, San Justo, Magdalenas, y la portada y algunas bóvedas de la Trinidad; del XV Monte Sion, San Antonio Abad, Jerusalem y Gerónimas, de San Matías; y del siglo XVI con transicion al renacimiento, los monasterios de Santa Isabel y de los Angeles, y las capillas de San Sebastian y del Palao. Antes de la actual centuria del siglo XIII perdió la iglesia de Santa Clara y la capilla de Santa Madrona, y del XIV los monasterios de San Agustin y Montealegre, y en lo que va de ella ha debido llorar la celebrada iglesia de San Jaime del siglo XII y su

Santa Clara (ahora convento de monjas), (2) cinco edificios ó establecimientos civiles: el consistorio, la Casa-Diputacion, la Lonja (reducida su parte antigua al elegantísimo salon del piso bajo), la Hola (ahora palacio de S. M., modernizado) y el hospital de Santa Cruz (desfigurado por adiciones modernas). Góticas son tambien algunas bóvedas de la Atarazana, una que otra casa de las calles mas feas, la puerta de Santa Madrona, arcadas, ventanas y otros restos de menos importancia.

III.

Ciñéndonos por hoy á la iglesia de Santa María del Mar, con justo motivo debemos consagrarle nuestra admiracion, siendo como es una de las mejores en su línea, y sin duda la mas acabada de cuantas hermosean á Barcelona. Sombría aunque airosísima descuella su masa por entre apiñado caserío, y no menos arrogante se alza su portada, si bien con harto ahogo, en la plazoleta de poca vista que lleva su nombre. Una grandiosa ojiva de arcos concéntricos en degradacion ábrese en mitad de su cuerpo algo saliente, coronada por un remate triangular de delicado encaje, flanqueado por una lonja aparente de galerías lanceteadas, y descansando en un estribo de arquillos del mismo gusto, que festonean toda su base. En el tímpano hay la imágen del Salvador en ademan de dar la paz al mundo, sentado entre dos bultos de la Vírgen y de San Juan, que de hinojos oran á sus piés; ademas, cobijadas por sendos doseletes, flanquean la ojiva por derecha é izquierda las imágenes de San Pedro y San Pablo, graves, severas, de buen modelo y escelentes paños, aunque plásticamente enjutas y simétricas, como no puede menos de argüirse conocido el atraso de la escultura en la época de su construccion. Colman esta decoracion elegantísima un gran floron en la cúspide de su coronamiento triangular, y dos vigilantes angelillos puestos en las conjunciones de la ojiva con los vértices del triángulo.

Por cima de todo, entre robustos jambages, haciendo juego con ventanales parejos y llenando oportunamente la seccion superior y asaz desnuda de la fachada, si bien el conjunto de ella encuadra con buen efecto entre dos ligerísimas torres de reloj y campanas que remedan apoyar el edificio á uno y otro lado; ábrese una grandiosa rosácea, magnífica flor arquitectónica donde la finura del calado, compite con el gusto de sus prolijas irradiaciones. A ser cierto, segun fama, que en el año 1428 vino abajo gran parte de ella por efecto de un terremoto, su reparacion honra tanto al que la hizo como al que la dispuso, y puede servir de ejemplo á aquellos innovadores osados que no vacilan en adulterar obras magníficas con sus bastardas adiciones, como en mal hora hicieron en esta misma iglesia, segun veremos luego.



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DEL MAR EN BARCELONA.

Su interior sin embargo, en nada desdice de lo que su esterna apariencia promete. Una doble línea de grandes arcos cintrados, afianzados en diez y seis pilares de planta octógna despues de dividir la iglesia con tres naves, circunstancia que ella sola comparte con la catedral, corre á reunirse en torno del presbiterio formando allí una vistosa grandela de arcadillas, cobijadas á guisa de doselete por una bóveda altísima, en cuyos huecos, al través de sus cruzadas aristas, algunos rosetones se desperfilan con dudosa luz. Treinta y dos capillas ciñen ambas naves laterales, á razon de tres por cada crujía del abovedado, todas ellas esbeltísimas, de puro angostas y prolongadas, y en los entre-paños hasta la cimbra de las arcadas mayores, sendos ventanales irradian bajo el prisma de sus matizadas vidrieras.

«Esta soberbia y grandiosa obra, como dijo el célebre Capmany cuando aun no se apreciaba todo el mérito del estilo ojival, encierra en su forma arquitectónica cuanto puede caber de atrevido, elegante y ligero en el órden gótico;» y en otro paraje añadió: «la obra de Santa María del Mar fue empezada sobre un plan mas atrevido, mas ligero y mas gallardo que el de la catedral, en cuya ejecucion compiten la gentileza gótica con la ingeniosa y feliz ciencia del arquitecto: de suerte que en ambos templos, diferentes en la estructura, dimensiones, y distribucion de las partes, siendo una misma la forma y estilo arquitectónico, no acierta el espectador inteligente á cuál dar la preferencia; porque si en el primero halla mas en qué contentarse la razon, en el segundo la imaginacion tiene mas en qué cebarse. En fin, son fábricas que deben juzgarse, no por las descripciones y relaciones, sino por la vista, esto es, por los efectos que dejan en el ánimo del espectador.»

Todo, realmente en su recinto es sublime y solemnísimo; todos los recursos del arte cristiano por escelencia, su mágica, sus armonías, su simbolismo, campean en estas iglesias con las proporciones mas felices, con los contrastes mas oportunos, con los efectos mejor calculados. Si sobre la tierra puede caber albergue digno de la magestad de un Dios, en esas y otras obras semejantes, hijas de un época de creencias, debidas á la fe de todo un pueblo, producto de una verdadera inspiracion religiosa, es donde se ha de buscar aquella atmósfera de plácida beatitud que parece cernerse sobre el santuario, para atraer con dulces afectos los corazones, mas que aterrar las conciencias con su majestad, ejerciendo sobre el espíritu una fascinacion que en ninguna otra parte se siente.

En ellas todo va subordinado á una idea matriz: base, planta, distribucion, accesorios, hasta los medios decorativos no son sino partes genuinas de un plan fundamental. Por eso nada ahoga el pensamiento religioso; nada está fuera de su lugar; y desde la primera grada, hasta la última aguja, en cada piedra puede leerse el símbolo del cristianismo.

IV.

Desgraciadamente para los sagrados templos de la edad media, la crasa ignorancia de los tiempos barocos debia profanarlos en su mayor parte. El de Santa María no logró escapar de tamaña calamidad: tambien á su vez lo cargaron de adefesios, tanto mas ridículos y absurdos, cuanto mas contrastan con la severidad de sus masas ar-

pórtico del XIV y los preciosísimos conventos de San Francisco de Asís y Santa Catalina siglos XIII y XIV, incendiados en el año 1835 y derribados despues.

(2) Se han derribado tambien friamente y á nuestra vista, el antiquísimo de Valldaura y el curiosísimo del Palao.

quitectónicas, siendo tal la *razzia*, que ninguno de los objetos susceptibles de moverse ó arrancarse fue respetado, á trueco de ceder la plaza á mil garambainas del todo agenas al carácter del edificio y aun á la dignidad del culto. Una sola escepcion honrosa debemos hacer en favor de las bien labradas arañas de cobre que un artífice, por eso solo digno de eterna fama, llamado Francisco Duran, trabajó á fines del siglo pasado con el primor de los mejores de la edad media. Por lo demás, altares, púlpitos, tribunas, órganos, verjas, barandillas, lámparas, candelabros, todo es de pésima hechura, ruin, desacertado y estrambótico; y lo peor es que en esos *pastichos* se invirtieron crecidas sumas, singularmente en la obra del altar mayor que es casi todo de varios mármoles, y costó 110,000 libras catalanas (unos 58,500 reales), habiéndose empleado no menos de once años en su disparatada construccion.

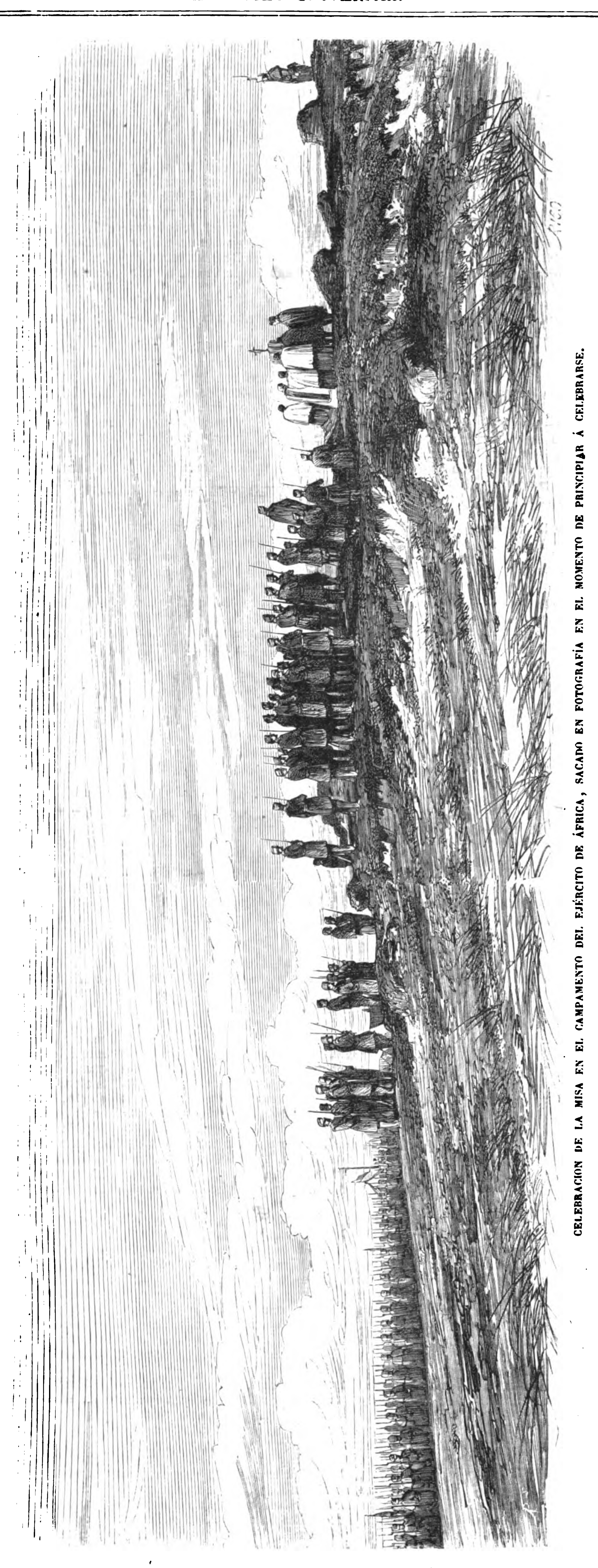
La de la iglesia data del 1329, en que se colocó su primera piedra, segun acta que obra en el archivo de la parroquia, y á mayor abundamiento lo pregonan dos lápidas fijadas al lado de la puerta lateral del mediodía (3). Del propio archivo consta que la obra se hizo ***mediante la piedad y devocion de los parroquianos***; prueba notoria de su esmero religioso, y de la riqueza que alcanzaban en aquel brillante período de las glorias de Barcelona. Mas adelante el rey don Pedro IV coadyuvó á la fábrica cediendo cuanta piedra se necesitase de las canteras de Monjuich, amen de algunos socorros pecuniarios suministrados por la diputacion provincial. Tambien el gremio de faquines se distinguió particularmente, conduciendo los materiales sin estipendio, y en memoria de ello, como testimonio de gratitud, se esculpieron en la puerta mayor dos figuritas que los representan y se conservan aun.

Lentamente siguió la obra por espacio de cincuenta y cuatro años, pues que la última bóveda no se cerró hasta el dia 3 de noviembre de 1383, á tenor de una indicacion de Bruniquer registrada en el archivo municipal; pero es de creer la paralizaria algun tanto el infausto suceso de la noche del 26 de diciembre 1378, en que por efecto sin duda de la aglomeracion de materiales, se incendiaron la sacristía, el altar mayor, el coro y parte de las bóvedas, segun así resulta de unas cartas que el citado rey escribió pidiendo por ello socorros á los cardenales de Pamplona, Albania y Aragon.

Semejante lentitud en la obra, corrobórase tambien por una observacion arquitectónica no sin interés: al paso que la entrada meridional, primera que indudablemente se construyó, así como la principal y la del Norte, corresponden al gótico primario, dicho ***lancetado***; la oriental ó posterior es del gótico secundario ó ***radiante***, separado de aquel casi un siglo. Este pormenor revela ademas el curso y el estado del arte en Cataluña, ó sea en el reino de Aragon, donde por él hallamos vigente á mediados del siglo XIV, un carácter del estilo que en otros países, inclusa la vecina Francia, espiró con el siglo décimotercero.

J. Puiggarí.

(3) La una está en catalan, y dice: «En nom de la Santa Trinitat á honor de Madona Santa María fo començada la obra daquesta Esgleya lo dia de Sancta María de Mars en lany M.C.C.C.XXXVIIII, regnant Namfos (Alfonso IV de Aragon) per la gracia de Deu Rey de Aragó que conquis lo regne de Serdenya.» —La otra es latina, así concebida: «Innomine Domini nostri Jesu-Christi ad honorem Sanctæ Mariæ fuit inceptum opus fabricæ Ecclesiæ Beatæ Mariæ de mari, die Anunciationis ejusdem, VII Kal. aprilis anno Domini M.C.C.C.XXVIIII.



CELEBRACION DE LA MISA EN EL CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA, SACADO EN FOTOGRAFÍA EN EL MOMENTO DE PRINCIPIAR Á CELEBRARSE.

Justamente absorbida, como lo está en estos momentos, la atencion pública, por todo cuanto se relaciona con el imperio de Marruecos, brillante teatro de nuestras glorias militares, creemos complacer á nuestros lectores, publicando la curiosa, cumplida y exacta descripcion que bajo todos los puntos de vista que pueden escitar algun interés, hizo, á últimos del pasado siglo, el doctor inglés, Lemprieres. Llamado este facultativo por el sultan, para que se encargara de la curacion de su hijo predilecto, tuvo naturalmente, para ejercitar su genio observador y reflexivo, ocasiones que á los demás hombres son negadas en los paises sometidos al Coran, en los cuales el retraimiento y la falta de espontaneidad, privan al viajero de circunstancias oportunas para descender al exámen de la vida doméstica, que es precisamente donde mas fielmente se reflejan las costumbres y la fisonomía moral de los pueblos. Habiendo hallado, pues, el médico británico, en razon de su profesion mas medios para estudiar bajo diferentes aspectos el Imperio marroquí, su descripcion detallada al par que fiel de este país, cuyo exacto conocimiento tanto importa hoy á nuestra patria, parécenos satisfará la viva curiosidad que hoy escita todo lo que se refiere á una region donde quizá se cifran los destinos de España.

RECUERDOS
DE UN MEDICO INGLES
EN MARRUECOS.
(1789-1790).

Hay algunos paises cuya fisonomía, costumbres y usos han variado tan poco desde fines del último siglo, que los viajeros que entonces los visitaron, no hallarian en ellos el mas pequeño cambio, si se esceptúan los estragos que la muerte ha ocasionado en la poblacion, y que ha venido á reparar el nacimiento de nuevas generaciones, si hoy pudiesen recorrerlos de nuevo. Comparando las relaciones de los viajeros que en nuestra época han visitado el Imperio marroquí, con la que vamos á dar á conocer, hemos advertido tal identidad en los hechos, que no parece sino que la del doctor Lemprieres está escrita ayer.

El médico inglés cuyos pasos vamos á seguir por paises ignorados aun, en la época en que los describia, imprimió á sus descripciones un sello tan marcado de observacion, que da á su viaje un mérito particular y un gran interés.

A fines de 1789, el cónsul inglés en Tánger pidió al general Ohara, gobernador de Gibraltar, un médico inglés buen práctico, para Muley-Absulem (1), hijo predilecto del emperador de Marruecos, que se hallaba en gran peligro de perder la vista.

Muley-Absulem, cuyos ojos estaban en el estado mas triste, habíase resuelto á confiarse á los cuidados de un médico europeo, de quien se prometia mas alivio que de los esculapios mahometanos que le rodeaban. Habia pro-

(1) *Muley* es una denominacion genérica, que significa *principe*.

metido recompensas con esplendidez al facultativo que le curase; sus gastos debian correr por cuenta del emperador, y tener á su disposicion para su seguridad personal, un destacamento de soldados moros destinados á servirle de escolta durante el viaje. Muley-Absulem añadia á todo esto la promesa de restituir la libertad, en manos del médico que emprendiese su curacion, á muchos cristianos cautivos que sucumbian al peso de sus cadenas. Entre estos desgraciados contábanse un capitan inglés y nueve marineros de su buque, que habian tenido el infortunio de encallar en la costa de Africa, en la parte habitada por los árabes nómades y semi-salvajes.

Favorablemente prevenido (como acontece á la mayor parte de los hombres), hácia las personas de elevada gerarquía, y especialmente impelido por esa ávida curiosidad tan natural en la juventud, el médico inglés Lemprieres se decidió sin esfuerzo á emprender un viaje que le facilitaba la ocasion de ver un país generalmente poco conocido entonces por los europeos.

Fijado ya el dia de su marcha, y no necesitando grandes preparativos el equipaje de un hombre acostumbrado á viajar militarmente, hallóse en breve en disposicion de partir. Hizóse, pues, á la vela en Gibraltar el 14 de setiembre de 1789, á bordo de una pequeña embarcacion que en seis horas le trasladó á Tánger, donde ya le esperaba el cónsul M. Matra.

No tardó Lemprieres en saber que Muley-Absulem, á quien iba á prestar los ausilios de su ciencia, se hallaba, por órden de su padre, al frente de un ejército en las montañas que separan la ciudad de Marruecos de la de Tarudante. Esta circunstancia le obligó á permanecer en Tánger, hasta el regreso del príncipe á Tarudante, punto de su habitual residencia.

No carece de interés el conocimiento de lo que en otro tiempo habia sido la ciudad de Tánger, y lo que era en la época en que escribia Lemprieres.

Intercalaremos, pues, aquí lo que de ella decia en 1556, Leon de Lyon, que la habia visitado, conservando la sencillez del antiguo lenguaje, en que está escrita esta descripcion retrospectiva, en la que se encuentran algunos hechos históricos interesantes.

«Tangia es conocida por los portugueses con el nombre de Tangiara: es una gran ciudad edificada muy de antiguo, segun el erróneo juicio de algunos historiadores, por un personaje llamado Sedded, hijo de Had, que, segun dicen, dominó y gobernó todo el universo, por cuyo medio concibió el proyecto de hacer edificar una ciudad magnífica y semejante al Paraiso terrenal. Y manteniéndose firme en su propósito, hizo levantar las murallas y cubrir las casas de oro y plata, enviando por todas partes comisionados que recibiesen los tributos. Pero los historiadores verídicos opinan que los romanos la fundaron en la época en que subyugaron á Granada. Distando del estrecho de las columnas de Hércules treinta millas, y ciento cincuenta de Fez, de lo que mas adelante se posesionaron los godos, dicha ciudad fue agregada al dominio de Sebta (Ceuta), hasta que los mahometanos se apoderaron de ella, lo cual ocurrió por el tiempo en que sometieron á su yugo á Arcilla.

»En todo tiempo se mostró esta ciudad civil, noble y bien habitada, mostrándose ademas embellecida con la soberbia estructura de suntuosos palacios, tanto antiguos como modernos. Su terreno no es de lo mas á propósito para la agricultura; pero tiene algunos valles inmediatos regados por las aguas de una fuente perenne, y allí se estienden muchos vergeles que producen naranjas, limones, cidras y diferentes especies de frutos. Hay asimismo fuera de la ciudad algunos viñedos; pero el suelo es enteramente arenoso.

»Y los habitantes vivieron con gran pompa y magnificencia hasta que Arcilla fue ocupada; pero habiendo tenido noticia de este suceso, dispusieron vagajes, recogieron los objetos de mas valor, y abandonando la ciudad, huyeron por el camino de Fez.

Entre tanto, el general del rey de Portugal envió á ella un capitan seguido de las correspondientes fuerzas, que la retuvo á nombre del rey, el cual envió á un pariente suyo, atendiendo á que es una ciudad importante y próxima á los montes de Guimere, enemigos de los cristianos. Pero antes de caer en poder de los portugueses, lo que tardó en ocurrir cerca de veinte años, el rey envió un numeroso ejército, creyendo no podria ser oportunamente socorrida, con tanto mayor motivo, cuanto que el rey de Fez se hallaba detenido por la guerra en que le habia empeñado uno de sus vasallos que se habia sublevado y le arrebató la ciudad de Mecnase.

»Pero habiendo hecho treguas con su enemigo, contra la opinion general, envió á uno de sus consejeros, acompañado de considerables fuerzas, con las cuales derrotó la gendarmería de los portugueses, que fueron desechos y esperimentaron considerables pérdidas, encontrándose entre los muertos al capitan, á quien hizo meter en una jaula y trasladarlo á Fez, donde fue espuesto en un lugar muy alto á la vista de todos.

»El rey de Portugal que en nada se intimidó por esta primera derrota, volvió á la pelea con otro gran ejército, que fue acariciado y tratado como lo habia sido el primero, siendo el resultado una terrible carnicería, aunque los portugueses asaltaron de noche y en masa la ciudad. Pero lo que la fortuna les negó, apoderada de las fuerzas de dos ejércitos, se lo concedió despues con un escaso número de soldados y sin efusion de sangre, segun la relacion que nos ha sido hecha. Es verdad que en nuestro tiempo, Mahomet, rey de Fez, se propuso apoderarse de Tangia; pero el resultado no correspondió al proyecto, porque los portugueses han mostrado siempre que tienen el corazon grande y fecundo en fuerzas bizarras é invencibles defensas. Esto ocurrió en el año 917 de la Hegira (1507 de nuestra era).»

Pero dejemos ya á Lemprieres hablar á su vez, á una distancia de cerca de tres siglo:

«La ciudad y el fuerte de Tánger formaban en otro tiempo parte de las posesiones estranjeras de la Gran Bretaña. La ciudad estaba entonces bien fortificada, pero cuando los ingleses la abandonaron, en el reinado de Cárlos II, desmantelaron sus fortificaciones. De estas no queda sino un reducido fuerte, en bastante buen estado, y situado hácia la estremidad septentrional de la ciudad; actualmente hay tambien una batería situada en frente de la bahía.»

Hallándose mal defendida esta plaza, Lemprieres tenia por seguro que no podria oponer sino una débil resistencia al enemigo que la atacase.

«La ciudad ocupa un espacio muy reducido, y nada ofrece de particular; está edificada sobre una altura inmediata al mar, y rodeada de una antigua y ruinosa muralla. Sus alrededores están cubiertos de viñedos, y se ven algunos campos sembrados de trigo. Al alejarse de la ciudad, solo se encuentran arenales y montañas incultas y áridas. La situacion de Tánger nada tiene de agradable: las casas, que no tienen segundo piso, están por lo general mal construidas y anuncian la miseria. Las paredes están casi todas blanqueadas por fuera, y el pavimento de las habitaciones está formado de tierra batida.

»Los judíos y los moros viven juntos y en buena amistad en Tánger, cosa muy poco comun en Berbería. Esta cordialidad mantiene entre ellos una confianza que no existe en las demás regiones del Imperio. En Tánger, los judíos, en lugar de andar descalzos, como en Marruecos, Tarudante y otras muchas ciudades, no están sujetos á esta humillante costumbre, sino cuando pasan por una calle donde hay una mezquita ó uno de esos edificios llamados santuarios, que los moros respetan de una manera estraordinaria.

»Todos los cónsules estranjeros, á escepcion del de Francia, que tiene su residencia en Salé, viven en Tánger, aunque sus habitantes no son mas civilizados que en las demás ciudades marroquíes. Antes del reinado de Sidi-Mohamet, les estaba permitido establecerse en Tetuan, que es muy preferible á Tánger, especialmente por las risueñas campiñas que la rodean. Una insignificante aventura hizo espulsar á los cristianos de aquella agradable ciudad. Entreteniéndose un europeo en hacer fuego á los pájaros en sus inmediaciones, tuvo la desgracia de herir á una mora, que por casualidad se hallaba en la direccion de su escopeta; habiendo llegado este incidente á oidos del emperador, juró *por su barba* que ningun cristiano entraria en lo sucesivo en Tetuan. Y como este juramento nunca lo hacen los moros sino en ocasiones solemnes, y el emperador jamás lo quebranta, los cristianos domiciliados en Tetuan viéronse precisados á salir de esta ciudad.

»Las escasas distracciones de que disfrutan los cónsules en esos países bárbaros, no pueden hacer envidiable su situacion; y motivos hay para admirarse de que se encuentren hombres que se resignen á ir allí, lejos de su patria á hacer la vida mas fastidiosa que imaginarse puede, con la esperanza de enriquecerse. Los habitantes no tienen trato alguno con los cónsules, y con frecuencia los tratados firmados por estos en nombre de sus soberanos, son ineficaces para ponerles á cubierto de los insultos á que continuamente se ven espuestos. Les es preciso obedecer á ciegas los caprichos de un déspota que no conoce mas ley que su voluntad; algunas veces les manda presentarse en la córte, y despues de haberles obligado á hacer un viaje tan dispendioso como molesto, les despide sin que les haya sido posible conseguir ventaja alguna para su país; y aun ocurre muchas veces que ignoran por qué se les ha llamado sin necesidad.

»Los cónsules de Inglaterra, Suecia y Dinamarca, han hecho construir casas de campo en las inmediaciones de Tánger, y á ellas van á consolarse de los disgustos con que se les abruma. Allí se ocupan de sus jardines, ó se entretienen con la pesca y sobre todo con la caza, porque la abundancia de esta hace este pasatiempo muy agradable, y no les causa motivo alguno de queja, puesto que ninguna ley relativa á la caza existe en el imperio de Marruecos. Los cónsules reemplazan hasta donde les es posible, los goces sociales de que se ven privados, con todo género de placeres campestres.

»Al Norte de Tánger, continúa Lemprieres, se ve sobre la costa un castillo medio ruinoso, habitado por el gobernador. El palacio del tesoro imperial sirve de almacen para el carenaje de los buques. En el puerto se construyen galeras para el servicio del emperador, y es sin duda el mejor que hay en sus Estados para esta clase de buques. La bahía es bastante estensa, pero poco segura, cuando el viento de Levante sopla con violencia. El mejor anclaje se halla al Este de la bahía, á distancia de una ó dos millas de la playa, entre la torre redonda y la casa del cónsul de España, que se ve fácilmente desde la bahía.

»En la parte de esta, situada al Mediodia, está la desembocadura del rio en que el emperador hacia antiguamente invernar sus bajeles; pero las arenas han obstruido este rio, y hoy se ve precisado á enviar sus buques á Larache. Muchos rios de los Estados de Marruecos, navegables en otro tiempo y á propósito para servir de abrigo á aquellos, se hallan igualmente de tal manera cegados en su desembocadura por las arenas, que dentro de algunos años solo podrán entrar en ellos las barcas pescadoras. Los diferentes Estados de Europa, que pagan un tributo ignominioso á esta sombra de dignidad imperial, están grandemente interesados en hallarse al corriente de la situacion de la marina marroquí, y en conocer bien la incomodidad de los puertos del Imperio.

»Descúbrense sobre el rio de Tánger las ruinas de un puente construido, segun se supone, por los romanos. Solo su parte media está destruida, y no parece que esta destruccion sea obra del tiempo; es mas probable que los moros lo han cortado para hacer entrar sus barcos en el rio. El resto de la fábrica que todavia permanece en pié, está bien conservado, y su espesor demuestra la solidez de las obras de los antiguos, que conocian el arte de asociar á la belleza de sus edificios todas las cualidades que aseguran su duracion.

»Tánger mantiene en tiempo de paz un comercio de reducidas proporciones con Gibraltar y la costa de España, á la cual está muy próximo, y recibe mercancías europeas en cambio de algunas provisiones que les suministra.»

En esta pintura de Tánger, hecha á fines del siglo último, casi nada hay que añadir, casi nada que modificar en la actualidad.

Quince dias despues de la llegada de Lemprieres á Tánger, el cónsul inglés recibió una carta del príncipe moro, en que le hacia saber su vuelta a Tarudante, manifestándole un gran deseo de ver al médico inglés. Aunque era tambien grande la impaciencia que este, por su parte, tenia de trasladarse cerca del príncipe, le fue preciso empezar por procurarse todo lo que era necesario para emprender su viaje. El príncipe habia mandado que dos soldados de caballería le sirviesen de escolta. A su vez, el gobernador de Tánger debia proporcionarle una tienda, acémilas y un intérprete; pero costó no poco trabajo el encontrar un hombre que hablase bastante bien el inglés y el árabe para desempeñar el cargo de intérprete, y solo se le halló al fin por una casualidad, y aun fue preciso apelar á la violencia para determinarle á aceptar un cometido que él miraba con harta indiferencia.

Despues de haberlo buscado en vano por toda la ciudad, el gobernador mandó que se inquiriese en las sinagogas de los judíos, cuando se reunian para orar, si habia alguno entre ellos que hablase el inglés. Un desgraciado judío que vendia fruta en las calles de Gibraltar, y habia ido á Tánger con su mujer y sus hijos, para asistir á una fiesta religiosa, no adivinando el objeto de la pregunta que se le hacia, tuvo la desdicha de responder ingénuamente que hablaba con igual facilidad el inglés y el árabe.

No se necesitó mas para que inmediatamente fuese detenido por tres ó cuatro moros, que emplearon para sujetarle tanto vigor como si les hubiese sido preciso habérselas con el mismo Hércules; y de tal manera le sacudieron, que cuando le llevaron á presencia del gobernador, estaba medio muerto. Este es el modo de proceder en aquel país. La mujer de este infeliz, desconsolada por la prision de su marido, que acababa de verificarse á su vista, con la dulzura de maneras que acabamos de esponer, se dirigió al cónsul inglés, á fin de que solicitase y obtuviese la libertad de aquel, porque la atormentaban las mas vivas inquietudes acerca de su suerte, pues sabia cuan cruel es el placer que los moros esperimentan en maltratar á los judíos, cuando estos no pueden esperar proteccion alguna; pero se logró tranquilizarla, prometiéndola el cónsul que su marido volveria sano y salvo, despues de haber acompañado al doctor á Mogador, donde tomaria otro intérprete, y que durante todo el tiempo de su ausencia se tendria cuidado de ella.

Asi orillado este asunto, el cónsul inglés suministró á su compatriota una cantidad suficiente de vino y licores; dióle ademas víveres para dos dias, una cama portátil, de construccion muy sencilla, y á este equipaje añadió algunos utensilios de cocina y un gran saco de cuero para meter en él la cama. La totalidad de la pequeña carabana de Lemprieres se componia de dos soldados y negros, su intérprete judío, dos mulas para los viajeros, otras dos de carga, que conducia á pié un bagajero árabe.

Habiendo salido de Tánger el 30 de setiembre á las tres de la tarde, el doctor no pudo andar aquel dia sino ocho millas, y llegó a las seis de la noche á una pequeña poblacion llamada Kindalla, donde pernoctó. El país que desde su salida de Tánger habia atravesado era montuoso y estéril; algunas miserables cabañas distantes entre sí, se dejaban ver diseminadas en todas direcciones, aconteciendo lo mismo en todo el camino hasta Larache, en el cual apenas se ven algunas mezquinas barracas.

Las aldeas del imperio de Marruecos no son otra cosa que un monton de cabañas groseramente construidas, ya de tierra, ya de piedra, ya meramente de cañas cubiertas de paja y rodeadas cada una de una cerca impenetrable.

Al visitar la tienda que le habia dado el gobernador de Tánger, en cumplimiento de las órdenes que habia recibido, el médico llamado para asistir al mas ilustre personaje del Imperio marroquí, el hijo querido del emperador, vió que estaba tan acribillada de agujeros, que se vió obligado, para poner á cubierto su cama, á colocarla bajo una cerca; aquella desdichada tienda no pudo servir sino de un débil resguardo contra el viento. A las siete de la mañana, Lemprieres volvió á ponerse en camino, irritado contra lo que le rodeaba como un inglés, acostumbrado á todas las comodidades británicas. A tres millas de distancia, atravesó un rio á la sazon casi seco, el Marha; pero en la estacion de las lluvias el caudal de sus aguas crece considerablemente, y su paso es peligroso; lo cual, por lo demás, sucede tambien con casi todos los rios de Marruecos, en los cuales apenas se conoce el uso de los puentes, viéndose en consecuencia obligados los viajeros á detenerse durante muchos dias y esperar á que hayan vuelto á su cauce para proseguir su camino. Este inconveniente no existe en los pequeños brazos de mar que le salen al paso, porque siempre hay barcas ó balsas en las cuales se puede atravesarlos.

La caravana se hallaba á las ocho de la mañana á la entrada de un bosque muy estenso, que Lemprieres llama Rabeaclow. A medida que se penetraba en su soledad, el camino se dilataba por entre unas rocas escarpadas, desde donde se disfrutaba la vista del Océano. Los sitios majestuosos de aquel bosque le imprimian un sello á la vez agreste y novelesco; el camino era horroroso, siendo forzoso seguirlo con mucha lentitud y no pocas precauciones. A las once el doctor y su comitiva pasaron el rio Machiralachef, que atraviesa el bosque, y cuyas aguas tienen siempre una gran profundidad, aun durante las mayores sequías. Hicieron alto cerca de un risueño arroyo, en una hermosa campiña; y como no habia asientos, nuestro doctor vióse precisado á empezar su aprendizaje de las costumbres moriscas, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas.

Vemos por su relacion, que aplicaba algun cuidado á la satisfaccion de su apetito; así, pues, para no retrasar su viaje con los preparativos de una comida caliente, hacia siempre cocer algo el dia anterior, pues una comida fiambre sazonada con un buen apetito le parecia escelente, cuando podia encontrar agua potable; pero la que se veia obligado á beber era generalmente tan cenagosa y salobre, que á pesar de la escesiva sed que le causaba la marcha por un país abrasador, tenia que apelar al espediente de mezclarla con vino; y aun así no podia beberla sino en pequeña cantidad. El doctor habia arreglado su género de vida de una manera enteramente metódica: cenaba y se desayunaba con una taza de café; este le daba fuerzas por la mañana, y le refrijeraba por la noche. Siempre que llegaba á una poblacion de alguna importancia, renovaba sus provisiones.

(Se continuará.)

QUINTA DE RECREO PARA MILITARES

CONVALECIENTES.

El entusiasmo que la guerra de Africa ha escitado en todas partes se ha manifestado en las ciudades del litoral de Andalucía con actos sublimes de generosidad, desprendimiento y afecto hácia los valientes que caen heridos defendiendo el honor español. Entre las ciudades que mas se han distinguido en sus obsequios, se encuentra Málaga, donde toda la poblacion ha rivalizado para ofrecer alivio y consuelo á los heridos de Africa. Allí se han fundado hospitales como el de San Julian, dirigido por la asociacion de señoras con un esmero y un celo admirables, y allí tambien es donde se ha provisto con mayor lujo á los cuidados de la convalecencia. El grabado que damos en este número representa la hermosa quinta cedida por el capitalista don Juan Giró para permanencia de recreo de los oficiales convalecientes. Esta quinta que es bellísima, se halla situada á las puertas de la ciudad casi á orillas del mar, y sus alturas dominan un bello panorama. La gratitud nacional unirá siempre al recuerdo de las glorias conquistadas por nuestro valiente ejército en Africa, la memoria de los que en todas partes han acudido con sus donativos y cuidados a aliviar la suerte de los heridos y enfermos.

DE OPORTO Á LISBOA.

FRAGMENTO DE UN VIAJE.

(CONCLUSION).

Al comenzar la marcha del buque, multitud de pañuelos se agitaban sobre el muelle para despedirme. Yo desplegué el mio tambien; y al corresponder profundamente afectado, á tan cariñosa bondad, los ojos derramaron una lágrima de ternura, y ávido el mar la recogió en su seno. ¡Quién sabe si un dia, petrificado entre los nácares del Océano, será emblema de amor en la purísima frente de una vírgen!...

Tras una legua de andar atravesamos la barra del Duero, puerca y abundante de bajos y escollos, y tan estrecha y peligrosa que á la mas leve alteracion de la mar se corren en ella muy serios peligros. Todavía los crespones de una terrible noche, pocos años antes pasada bajo la influencia de un furioso temporal, enlutan el traje y nublan el corazon de muchas familias de Oporto, que allí vieron perecer sin posible socorro á los mas caros objetos de su alma. Fue la del 29 de marzo de 1852 que ocupa ya una página siniestra en la terrible historia de los naufragios.—¡Qué de esperanzas en flor; cuántos amorosos afectos allí se ahogaron! ¡Y cuántas lágrimas á la par se vertieron!... ¡Oh! Si el mar creciese con el llanto de la humanidad, hace ya muchos siglos que el mundo no seria mas que un vasto Océano.

Afortunadamente, para que el ánimo no se apocara con el lúgubre recuerdo de aquella noche, las risueñas playas de San Juan de Foz, al N. E. de nuestro rumbo se mostraron entonces salpicadas de graciosos edificios y de mágicas tiendas de lino, á cuyas plantas las olas del mar mimosas jugueteaban. Y para que nada faltase á los encantos de aquella preciosa vista, ondulantes melenas, que al par se rizaban de las olas, materializaron á mis ojos, avaros de ilusiones, los fantásticos cuentos del mar de las sirenas y el poético lago de las hadas.

Con once millas que íbamos navegando en cada hora, no era fácil gozar mucho tiempo del panorama que tan agradablemente me habia entretenido. Al alcance natural de nuestra curiosidad se hicieron puntos imperceptibles las virginales cabezas de mis nereidas; y una columna de humo, al acaso interpuesta, envolvió entre los misterios de la ilusion la nívea blancura de sus barracas, y todos los atractivos de aquella playa voluptuosa.

Los que sucesivamente se iban ofreciendo en la costa á cuyo largo navegábamos de N. á S. todavía levantaron la mente mas allá de las impresiones naturales de un viaje ordinario. Es verdad que el tránsito de la ria habia sido delicioso porque sus quintas y sus florestas, sus brisas perfumadas y sus árboles frondosos, sus matizados colores y hasta las vagas sombras de una ilusion escitada con tanta novedad, me habian conducido imaginariamente por los encantados jardines de Armida, hasta las mansiones sagradas del Paraiso.

De pronto una línea divisoria se presentó en la mar, que hasta entonces habiamos surcado por ondas cenicientas. Y era que á tres millas poco mas ó menos de la barra, se desvanecian los residuos de la tierra que el turbio Duero arrastraba en sus corrientes, y el Océano comenzaba á ostentar allí su mate de esmeralda y su nítida trasparencia.

Entonces, herido súbitamente por el recuerdo de mi proscripcion, todas las imágenes se evaporaron y la realidad se ofreció al pensamiento desnuda y sin atractivos. Pareciéronme las heces del rio manchadas con los disturbios de la sociedad; con las funestas pasiones que me lanzaban de mi patria; y en tal caso, ni el Duero podia continuar siendo en mis ilusiones el Tigris ó el Eúfrates de la Escritura sagrada, ni las frondosas riberas que me habian sublimado eran mas que un retrato de los escesos de la vanidad, decorados por el arte y alimentados por la naturaleza.

Bien hacia el mar en poner límites á semejantes señales. Los disturbios de la tierra no deben estender su influjo desastroso mas allá de la tierra misma. El Océano apenas reconoce señoríos, ni está subordinado á sistemáticos preceptos; y por lo tanto debe ser un campo inviolable, donde no tengan cabida los rencores de los partidos ni los desmanes de los hombres.

Escaso tiempo habia concedido el espíritu á las impresiones de la triste realidad, cuando se desvanecieron en lontananza aquellas señales. El vapor nos empujaba con tanta rapidez como yo queria para dar libre curso á mas variadas emociones; pero las que en el resto de aquella tarde me ocuparon con los objetos sucesivos de la costa, apenas merecen la consideracion de recordarse

Si mi pobre imaginacion fuese accesible á las concepciones de la fábula, quizás no sentaria mal improvisar en este punto algun cuento de los *Mil y un Fantasmas*, á lo Dumas, ó entretener agradablemente á mis lectores con los grotescos diálogos de la gente de mar, que tanto ayudaron al ciego Arago en la brillante narracion de su *Viaje alrededor del mundo*.

Precisamente las sombras que avanzaban sobre nosotros á pasos gigantescos, y el tornasol que reflejaban las olas con la próxima ausencia del dia, y las estrellas que despues tachonaron el firmamento, para revelarnos en sus giros eternos la existencia de otros mundos físicos y la armonía de todo lo creado, y los pálidos rayos de la luna, que por la ancha estension del Occidente dibujaban una equinocial de plata sobre la blanca superficie del Océano, y el fosfórico oleaje que saltaba en torno del buque, como una falanje de graciosos espíritus iluminando nuesta marcha: toda la poesía, en fin, de una noche serena sobre el mar, se ofreció risueña á los sentidos, para elevar la inspiracion á las sublimes esferas del entusiasmo.

Pero, cierto que las arideces de la investigacion están divorciadas de la fantasía, y una vida consagrada á los arcanos de la historia, se aviene mal con las exigencias de la novela.

Yo admiro con religiosa veneracion las brillantes creaciones de Chateaubriand en América: los ascéticos cantos de Lamartine en la Tierra Santa. Cautívanme con especial curiosidad aquellos auríferos palacios de Marco Polo en Oriente: y el heroismo de los compañeros de Mendez Pinto ante el fabuloso ejército de los veinte y siete reyes allá en la Persia. Pero, siempre esclavo de la verdad, me estasío todavía mas con los monótonos derroteros de Cristóbal Colon y de don Juan de Castro: devoran con avidez mis ojos las descripciones geográficas delineadas ó escritas de Martin Behem, de Cadamosto, de Bartolomé Diaz y de Juan de la Cosa: gozo en las toscas narraciones de Pedro Alvarez Cabral y de Sebastian El cano, de Bougainville y de Cook inefables placeres: mi espíritu se eleva prodigiosamente al repasar los trabajos cosmográficos de don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa sobre la medicion del Ecuador, y el entusiasmo crece de punto cuando una verdad científica corona las observaciones astronómicas de Mazarredo: hace universales los logarítmos de Mendoza: ensancha la fama de Navarrete y de Macedo, los sabios académicos de nuestros dias, por los secretos que roban á la historia de los tiempos oscuros, y circunda de gloria la existencia del gran Humboldt príncipe de los modernos viajeros y perfecto espositor de las maravillas del Nuevo Mundo.

Por esto las sombras que limitaban los horizontes no fueron parte á despertar mi inventiva. Sus tinieblas concretaron el pensamiento en los objetos visibles de la navegacion; y entonces los adelantos de la náutica, y los secretos robados á las ciencias naturales para perfeccionarla, fueron el blanco de mis pensamientos, subordinados á los accidentes del viaje.

Aunque en este los vientos dormian, y las olas del mar se agitaban apenas, todavía acudió á mi memoria el recuerdo de una furiosa tormenta que habia sufrido al remontar las Canarias, cuando mi viaje á la Isla de Cuba.

Sin la perfeccion alcanzada en el arte de navegar ¡qué hubiera sido entonces de nosotros! Porque el sol se habia oscurecido por entre los fragores de la tempestad; de las siniestras olas que batia el huracan sobre nuestro frágil bastimento torrentes de agua se desprendian, y el mar levantado hasta las nubes, nos estrechaba en un abismo sin salida, como si pretendiera cerrarnos el camino de toda evasion contra la muerte.

Todavía recuerdo la candidez de un pasajero que, ante aquel horrible espectáculo, pálido y casi sin voz murmuraba: «¡y quién será capaz ahora de adivinar el camino que llevamos!» Porque el infeliz habia comprendido vagamente que las señales de nuestro rumbo solo podian hallarse en un cielo despejado; y en aquellos momentos de sublime terror, apenas algunos destellos de luz hacian mas siniestras las tinieblas que nos rodeaban. No tenia de la brújula las mas leves nociones, ni podia adivinar que con ella se hubiesen desvanecido las dudas que un lago inmenso ofreciera, poblado de fantasmas, á los antiguos marineros.

Sin embargo es evidente que los secretos de la naturaleza poco hubieran adelantado sin el ingenio humano para asegurar, tan completamente como hoy lo está, el éxito de las espediciones navales.

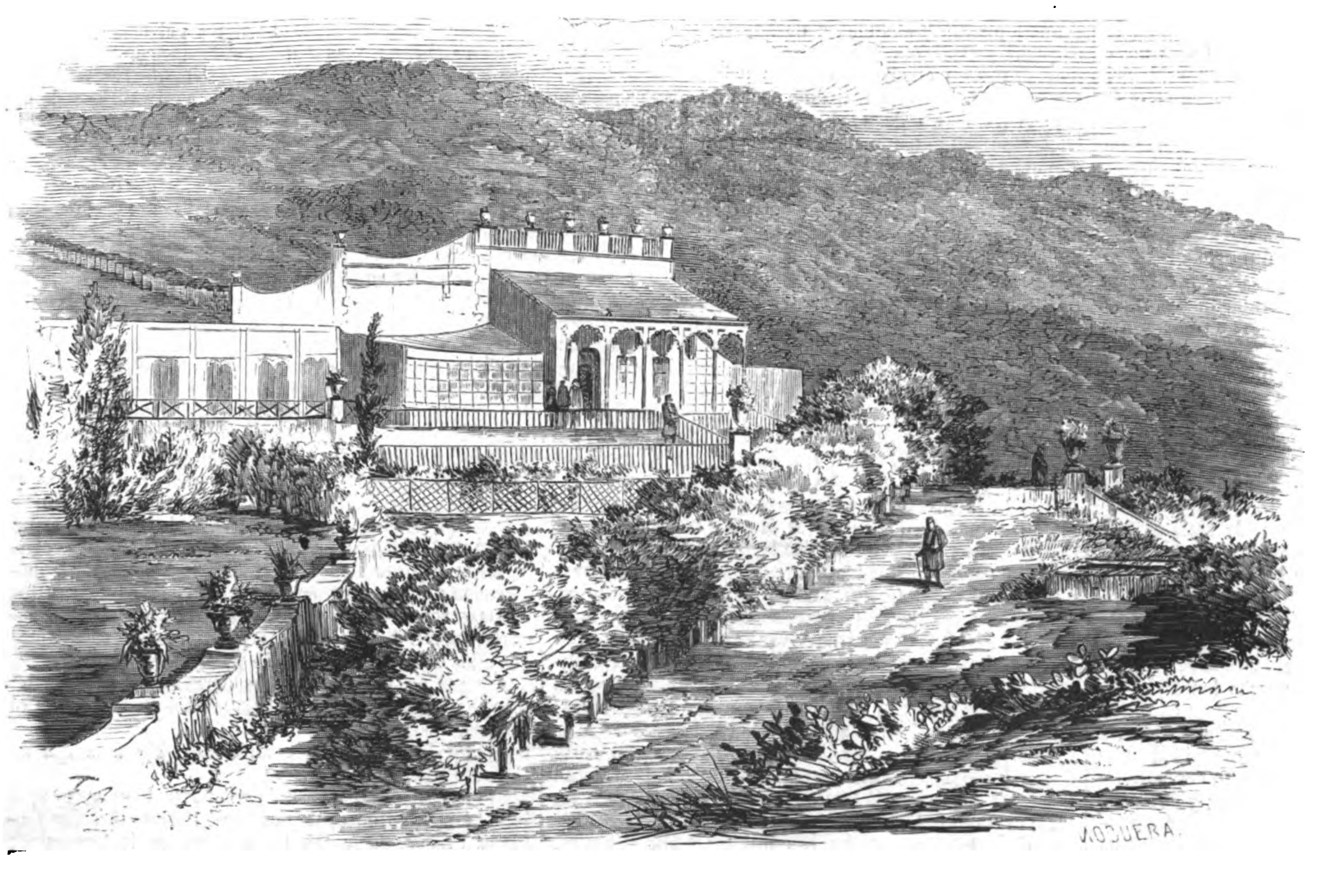
La brújula, es verdad, habia podido fijar el verdadero rumbo de los buques próximos ó lejanos de la tierra; pero son tantos los accidentes que constituyen el todo de la navegacion, que difícilmente, por el solo conocimiento de aquella, habria esta logrado perfeccionarse.

Por fortuna, iniciaron la marcha de los adelantos científicos aquellos sabios portugueses maestros, Rodrigo y Josef, que asociados al insigne Behem y bajo los auspicios de don Juan II inventaron el *astrolabio* para navegar por la altura del sol, y las tablas de sus declinaciones.

Desde entonces, como si un espíritu regulador hubiese inspirado por igual á todos los maestros de aquella ciencia, el gran Colon observó las variaciones de la aguja magnética, y las dió á conocer por principios exactos: Alonso de Santa Cruz inventó las cartas esféricas, mejorando el conocimiento descriptivo de los continentes y de las islas, de los bajos y los escollos, de los rumbos y de las distancias; Quirós proveyó á las necesidades de la navegacion, logrando los medios de hacer potable y sabrosa el agua de la mar, y Diego Rivero introdujo sus magníficas bombas de achicar, contra los deterioros irremediables del fondo de los barcos. Pedrarias Dávila se apercibió contra los efectos de la *broma*, usando los forros de plomo, que despues se cambiaron por planchas de cobre; Gaztañeta y Navarro introdujeron grandes reformas en la construccion naval para aligerar el movimiento de los navíos, sin disminuir su resistencia, y una multitud de sabios, en fin, penetrando en las regiones de la astronomía y de las matemáticas, se hicieron árbitros del arte de navegar, fijando con toda exactitud la verdadera situacion de los buques, y mejorando las observaciones hasta la perfectibilidad de que hoy disfrutan, con auxilio de los cronómetros, por el uso del sestante.

Emulas de tan famosos adelantos acudieron la mecánica y la física á dar la última mano á las modernas invenciones; y llevando mas allá del humano discurso los arranques de su combinacion, produjeron los barcos de vapor que asombraron al mundo de los sabios, y dieron tan portentosa velocidad al comercio universal de todos los hombres.

La situacion que yo ocupaba en el instante de fijarse mis ideas sobre esa maravilla del entendimiento no po-



QUINTA CEDIDA POR DON JUAN GIRÓ, EN MÁLAGA, PARA OFICIALES CONVALECIENTES DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

dia ser mas oportuna. Plácidas sombras reconcentraban el pensamiento: refrescábanlo agradables brisas, y la soledad que me habia propuesto disfrutar sobre la toldilla del buque, se prestaba á la contemplacion como las tinieblas al misterio; como el aire á las armonías; como la novedad al filósofo, y como al poeta el entusiasmo.

¿En qué frente privilegiada, me pregunté yo entonces, se introdujo el aliento de Dios, para desentrañar de las ciencias naturales tan sorprendente secreto? ¿Fue por ventura el poder de una humana capacidad quien dió vida á un objeto inanimado, y propio movimiento á la materia bruta?

No; no fue producto de una sola comprension ese gigante pensamiento que borra las distancias de la tierra, y hiende los vientos á su antojo. Todo el caudal de la ciencia de Dios no puede reducirse á las mezquinas proporciones de un solo individuo, siquiera el mismo Dios lo hubiese llenado de su sabiduría.

Las máquinas de vapor, segun hoy las conocemos en el uso de la navegacion, son el producto de veinte siglos de esperiencias. Millares de generaciones, ocupadas en despejar las tinieblas de su propia rusticidad, arrancaron este secreto mas á la sabia naturaleza, y lo empujaron hasta su perfeccion casi siempre con los arranques del genio; á veces por los inocentes caminos de la casualidad, y no sin frecuentes intervalos de tiempo entre uno y otro adelanto.

Hieron de Alejandría, el sabio alumno de Ctesibio, inició los arcanos de semejante novedad, no menos de ciento y veinte años antes de Jesucristo, y hasta el Fulton de nuestros dias no pudo verse coronada la obra de un éxito completo. Pero en esa distancia secular no reposaron los entendimientos, ni el ingenio permaneció estasiado. Evaporáronse las tinieblas de la postracion universal, y el sol de una nueva cultura penetró en los misterios de la antigua civilizacion por entre los arcanos de la ignorancia. La admirable invencion del famoso alejandrino se hizo patente á la curiosidad de otros filósofos; y Scappi en Italia, y en Francia Salomon de Cos comenzaron á desentrañar la novedad, aplicando la fuerza espansiva del vapor á varios usos domésticos.

El marqués de Worcester y Samuel Moreland, sin adelantar gran cosa á los ingenios anteriores, indicaron, no obstante, su posible aplicacion á los artefactos: el gran físico Papin de Blois ya encontró el secreto de dar movimiento propio al émbolo encerrado en un cilindro; y Mr. Amontos, de la academia de Ciencias de París, quiso hacer funcionar el nuevo motor sobre grandes ruedas de molino.

Desde la cumbre de la sabiduría se esparcieron los rayos de aquella nueva luz por las esferas de otros ingenios mas modestos; de manera que no solamente el herrero Newcome y el fabricante de vidrios Caule perfeccionaron aquellos émbolos movientes, y concurrieron á vencer el peso atmosférico por la fuerza del vapor condensado, sino que tambien el aprendiz Porter, aplicando un cordel para simplificar su trabajo en la imperfecta máquina de Chavary, inspiró á Beigton sus famosas bombas de fuego, con las válvulas corredizas y las mangas alimentarias.

Para entonces ya el célebre Mr. Wat, dedicándose á aprovechar todo lo mas posible la fuerza elástica del vapor, habia logrado condensarlo fuera de los cilindros, de la propia manera que hoy se hace; y despues de tantas mejoras el ingenioso Washbrough convirtió el movimiento rectilíneo en movimiento de vaiven, en movimiento de rotacion ó giratorio; acabando de resolver el problema de la perfecta aplicacion del vapor á todas las industrias manufactureras.

Vinieron despues los caminos de hierro, inspiracion del filósofo Evans, americano, y las máquinas para la navegacion, ensayadas por Rumsey, de la misma procedencia; y desde entonces, por los antros de esa ciencia misteriosa, un eco permanente repite los nombres de Botelho, Wolf, Trevishick, Blenkinsop, Darlington, Cecil y otros, cuya generosa aplicacion concurrió á la perfectibilidad que aquella ha logrado, desde el estrecho mecanismo del autor de las clepsydras, hasta los ingenios de hélice que en la navegacion se van introduciendo. Y entre tanto, el espíritu universal de todos los tiempos y de todas las naciones reunió su caudal con los esfuerzos del arte, saliendo de esta prodigiosa invencion tan incólume la unidad del entendimiento, como de todas las demás especies que constituyen la ciencia de la vida. Porque la inspiracion, hija del mismo Dios, no conoce naciones predilectas, ni hace distincion de pueblos ó razas; y esa combinacion sublime de causas coherentes, que acaban al fin por desentrañar una verdad civilizadora, es el producto de la inteligencia universal: es la historia progresiva de todo el género humano.

A la luz que distribuian por la mente los invariables principios de la razon, sustituyeron en los ojos dos nuevas antorchas que desde la superficie del mar se fueron levantando. Genios benéficos de la falange de Dios me parecieron, destinados á alumbrar nuestro camino; pero á medida que la proximidad los hizo perceptibles, distinguí los faros de Peniche y las Berlingas, que á la media noche montamos tranquilamente.

De sus brillantes reverberos otro secreto desentrañaron las ciencias naturales: y no importa que la prevision divina haya ocultado á las modernas generaciones el mas gigante misterio de la luz refractaria. Sobrados adelantos hace el genio del mal sobre la tierra para la mas rápida destruccion de nuestra especie, y nada se ha perdido con la ignorancia que nos hace suponer mitológicos aquellos espejos cóncavos donde el gran Arquimedes reconcentraba todo el fuego del sol, para abrasar á su antojo escuadras enteras.

Basta á celebrar las victorias del entendimiento esa apacible bienhechora luz que guia al navegante en su rumbo, y le advierte á larga distancia los peligros de su derrota.

Sobre el prodigio de la Grecia descolló esta vez triunfadora la humanitaria inspiracion de Tolomeo Soter: aquella de las siete maravillas que admiró la antigüedad sobre el islote de *Pharos*, cuyo nombre aun retiene para eterna conmemoracion del que ahuyentaba las sombras de la noche en la soberbia ciudad de Alejandro.

Traspuesta aquella luz, densos vapores se levantaron del mar y me embargó los sentidos un sueño misterioso y agitado. Errantes visiones adelantaron en la mente sublimes recuerdos que se atropellaban y desaparecian, y de nuevo se amontonaban en la oprimida imaginacion, como las rugidoras olas del mar sobre las rocas impasibles. Y era que los albores de una nueva aurora iban á herir los ojos de mi investigacion con los lugares de otras generaciones, con la memoria de otros héroes.

La poética ciudad del Tajo; la córte de don Juan II; el marcial campamento de don Sebastian; el puerto de las grandes armadas esploradoras la patria de Camoens, en fin, iba á esponer á mi avara curiosidad la mágia de sus encantos: la escelsitud de su grandeza; el indomable espíritu de sus monarcas, la osadía de sus conquistadores, y la gloria imperecedera de su genio.

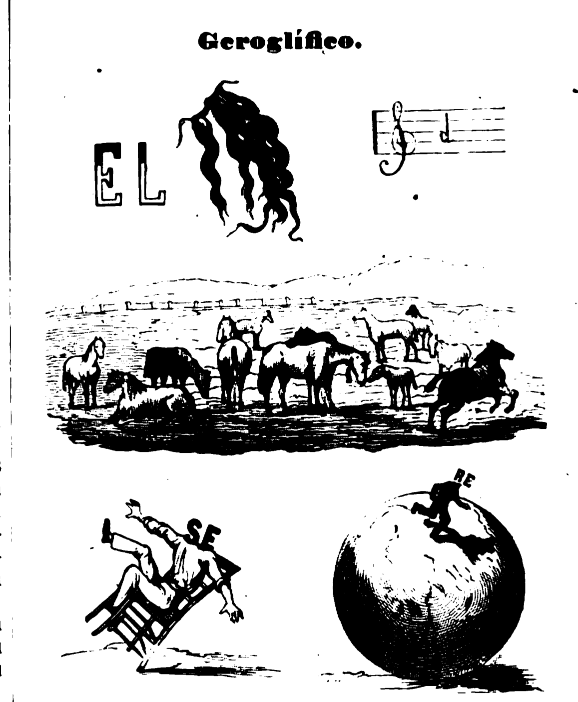
Príncipes que añaden nuevas coronas al escudo de sus armas, y reyes que devastan ancianas monarquías; navegantes que estienden el comercio y la civilizacion por ignotos hemisferios y capitanes que doman con su valor inmensos territorios; pilotos que descorren á otros mundos el velo del misterio con que recelosos se ocultaban, y soldados que llevan las banderas del Redentor por todos los estremos de esos mundos, y poetas que cantan, y monumentos que se elevan, y una monarquía que parece angustiada, y otra que se levanta por entre los escombros de su caduca señora; y una ciudad que se estremece y cae empujada por la mano de Dios, y otra ciudad que la mano del hombre improvisa mas hermosa disputando á la divinidad su omnipotencia.....

Todos estos recuerdos y muchos mas agitan mi espíritu y lo sofocan, y lo abaten, y lo hacen al fin caer en la postracion, bajo la influencia bienhechora del sueño mas profundo. Dejémosle reposar mientras que el sol visita otros hemisferios y alumbra otras historias.

El vigía de la ampolleta ha pisado ya la última hora del 24 de octubre, y es preciso descansar hasta que la luz de un nuevo dia vuelva á devorar con sus brillantes rayos esta porcion del universo.

JOSÉ FERRER DE COUTO.

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 10. **Precio de la suscricion.—Madrid**, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 4 DE MARZO DE 1860.

Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—**Cuba, Puerto-Rico y Estranjero**, un año 7 pesos.—**America y Asia**, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Desde el domingo anterior, circuló en Madrid la noticia de la entrevista del general O'Donnell con el hermano del emperador de Marruecos. Efectivamente, el 21 llegó al campamento de Tetuan un mensajero para manifestar al general en gefe que Muley Abbas le esperaria el 23 á una legua de sus avanzadas acompañado del ministro de Negocios Estranjeros del emperador, por otro nombre Mohamed el Ketib. El *Ketib* significa el *orador*, y en esta ocasion las funciones que el 23 desempeñó el ministro del Sultan correspondieron perfectamente á su título.

Verificóse, pues, la conferencia el 23 del pasado. Muley Abbas se hizo acompañar de trescientos caballos que dejó á una milla de distancia; el general O'Donnell fue acompañado de una escolta que dejó tambien á distancia conveniente y se adelantó con su estado mayor. Despues de los primeros cumplidos y zalames (*es zalam a'ecun*, la salud sea contigo) el Ketib tomó la palabra para tratar de las condiciones propuestas por el gobierno español.

Estas condiciones eran varias, cuyo pormenor aun no se sabe oficialmente; pero entre ellas habia dos principales: la conservacion de Tetuan y una indemnizacion de 200.000,000 por los gastos de la guerra. Púsose á discusion el primer punto, el relativo á la conservacion de Tetuan, y Mohamed el Ketib comenzó por decir que los moros sentian infinito no poder acceder á esta exigencia del gobierno español.

Al oir esto el general O'Donnell se levantó y dió por terminada la conferencia, diciendo estas ó parecidas palabras: «Bastante hemos hablado.» Muley Abbas y Mohamed le suplicaron entonces que se detuviese y atendiese á sus razones, y sin duda por no parecer impolítico se detuvo. Dijéronle que la cesion de Tetuan era asunto que no dependia de ellos, sino del emperador, y que necesitaban una tregua de algunos dias mas para aguardar su respuesta. Contestó el general O'Donnell que creía que el emperador les habia autorizado para tratar de la paz, y que si no era asi, la conferencia no conducia á nada y podia darse por terminada. En cuanto á la tregua, el general O'Donnell no creyó conveniente otorgarla y por el contrario anunció á los marroquíes que desde aquel momento se creia libre para obrar en el sentido que tuviera por conveniente. Dicho esto presentó á Muley Abbas sus generales y estado mayor, le dió la mano, le hizo mil cumplidos á que contestó el moro con otros tantos zalames, y se retiraron tan enemigos como antes. El dia 24 debian llegar cuatrocientos camellos, pedidos á Oran para continuar las operaciones; pero el viento Levante que se levantó, impidió por tres dias el desembarco, asi como el embarque de los tercios vascongados que esperaban en San Fernando la ocasion de pasar al Africa. Sin embargo, el 27 abonó el tiempo: los vascongados se embarcaron y los camellos fueron desembarcados, y unos y otros á la fecha de las últimas noticias quedaban en Tetuan. De consiguiente las operaciones habrán comenzado cuando este número llegue á manos de los lectores.

Para nosotros no es dudoso que estas operaciones se dirigirán sobre Tánger. Basta echar una ojeada al mapa para comprender que un ejército de tierra que tenga por base de operaciones á Tetuan, no puede tomar otra direccion; ya que no le es conveniente penetrar en el Riff, ni internarse hasta Fez, únicos puntos á que pudiera dirigirse fuera de aquel, sin tener guardadas las espaldas.

Los marroquíes, á quienes algunos suponen ayudados ó á lo menos aconsejados por agentes ingleses, se fortifican en la Fonda ó venta situada en la confluencia de los caminos de Tánger y Fez, habiendo llevado artillería de Tánger. Si esto es cierto, podemos deducir de aquí dos consecuencias importantes: la primera que desde Tetuan á Tánger hay camino practicable para la artillería; la segunda que solo en Tánger está la paz y que allí va á ser preciso ir á buscarla. Nosotros queremos la paz: y como los marroquíes y sus consejeros los ingleses no parece que se convencerán de nuestra superioridad en armas y en razon sino tomando á Tánger, de aquí la necesidad en que unos y otros nos han puesto de dirigirnos sobre esta plaza.

Si como esperamos, Tánger es ocupada en lo que resta del mes que acaba de empezar, nos lisonjeamos de que antes de la estacion de los calores la guerra habrá tenido término, y podremos entregarnos tranquilamente al desarrollo de nuestra prosperidad interior.

Entre tanto la escuadra ha bombardeado los puertos marroquíes del Atlántico Arcilla, Larache y Rabat.

Viniendo ahora á tratar de asuntos mas pacíficos, lo que despues de la guerra forma el asunto de las conversaciones generales en Madrid, es la habilidad del famoso prestidigitador aleman Mr. Hermann, que nos ha enviado Portugal en cambio de la Ristori. Mr. Hermann en otra época no se habria atrevido á ejercer su profesion en España, de miedo de ser sepultado en los calabozos de la suprema por volar y otros escesos. En el teatro de la Zarzuela ha lucido varias noches sus habilidades de escamoteo, dejando á todos suspensos de admiracion. En un país como el nuestro, donde hemos visto á los Macallister, los Bosco y otros escamoteadores eminentes nacionales y estranjeros era difícil sobresalir en este género: sin embargo, Hermann los ha eclipsado á todos, descollando entre ellos, como dice Virgilio,

tamquam lenta solent inter viburna cupressi.

Con este espectáculo nuevo que nos ofrece la Zarzuela rivaliza otro espectáculo de mejor gusto que nos ha dado el Circo esta semana en el drama del señor Hartzenbusch, titulado el *Mal apóstol y el Buen ladron*. Este drama es en todos conceptos digno de la reputacion de su autor: vale sin embargo mucho mas leido que representado, y esto por dos principales razones, la primera porque las dotes de erudicion y de estilo que se advierten en las obras de este poeta, brillan mas en el libro que en boca de los actores; la segunda porque tenemos pocos actores capaces de representar con perfeccion un drama como el de que se trata. Ni Valero ni la Teodora, estuvieron á la altura que la composicion exigia, y si esto tenemos que decir de estas dos notabilidades artísticas del Circo ¿qué podremos manifestar acerca de los demás? Creemos sin embargo que en las sucesivas representaciones se corregirán varios defectos que se han notado en las primeras, y de todos modos que el público premiará con su asistencia los esfuerzos hechos para darle obras dignas de la cultura del siglo y no disparates traducidos.

La academia de Nobles Artes celebró el domingo último sesion pública para la solemne recepcion de don Cárlos de Haes como individuo de su seno. Este eminente paisajista leyó un brillante discurso sobre las vicisitudes porque ha pasado el ramo de la pintura en que le hemos visto sobresalir con tanta gloria.

Los traductores de dramas tienen ahora una monstruosidad nueva en que poderse entretener y es la novela puesta en accion en la *Gaieté* de París con el título de *El Prestamista*. La representacion de este drama dicen que dura seis horas: de cinco ya los hemos visto nosotros en nuestros teatros, pero es justo decir que eran tambien traducciones. El estado de la bella literatura francesa á juzgar por las muestras es poco satisfactorio. Hoy prevalece la literatura política y militante, los folletos sobre el poder temporal del Papa y los opúsculos sobre Italia. De esta clase de escritos tambien en España se han dado muchos á luz que como de circunstancias pasarán con ellas.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

IV.

De la poética Grecia hemos hablado en el anterior artículo; pero, ¿qué es un artículo, para hablar de la madre patria del arte?

Ni los colosales monumentos de la India, ni las masas imponentes del Egipto, ni las aisladas piedras de los celtas elevan el alma del artista: casi diríamos que forman tan solo un album de colecciones diversas de los primitivos monumentos, levantados al soplo, al *fiat* omnipotente del Gran Arquitecto: son, en una palabra, otras tantas copias de esos puntiagudos Titanes de la creacion divina.

La naturaleza, la materia; he aquí las obras de la Arquitectura primitiva. Pero ¡la Grecia! con sus oradores, sus guerreros, sus poetas, la Grecia levanta bajo la trasparente bóveda de los cielos, sobre la cúspide de sus montes, coronando sus villas y ciudades, ó sobre el humeante campo de sus victorias, templos armónicos y esbeltos, regulares en sus formas, bellos en el conjunto, donde la materia y el espíritu luchan, porque luchaba tambien la civilizacion por abrirse paso al través del oscurantismo; porque la libertad luchaba con la esclavitud; porque el paganismo, —la religion,— luchaba con el panteismo; porque el espíritu, comprimido en el Oriente, aspiraba á emanciparse, á salir del mundo material, á exhalar el último suspiro, como el alma que abandona el cuerpo inerte para cruzar como la electricidad los espacios y subir á esa region elevada de la inmortalidad.

Y á la manera que las páginas de un libro siguen por su órden correlativo, numérico, al desenlace de su fin, siguen las páginas arquitectónicas á su perfeccionamiento al paso mismo del progresivo desarrollo del linage humano: la historia del arte monumental sigue el paso, lento ó rápido, de la historia del hombre.

En la India, como en el Egipto, el hombre se estaciona; el servilismo es su vida; su religion el panteismo, el culto de la naturaleza: sin creencias elevadas, sin aspiraciones propias, sin sentimiento de dignidad, el alma se materializa, sirve tambien de pária, teocratízase, yace en la inamovilidad: inamovilidad, teocracia, esclavitud, fielmente reflejados en sus monumentos, inarmónicos, pesados, prosáicos. Todos ellos respiran el sepulcral silencio de las tumbas: la naturaleza toda está esculpida en sus internas y subterráneas paredes: como si quisieran huir de la claridad abren á leguas el seno de los montes, é imprimen á sus obras el sello de lo fantástico, de lo impenetrable, del misterio: los sacerdotes monopolizan, la ciencia ocultándola en sus claustros y ó encierran sus artes en la caverna para que no vean la luz de la inspiracion, ó las hacen inaccesibles, levantándo sobre las mas empinadas peñas aquellas fábricas gigantescas que espantan y sorprenden.

Volved la vista á Grecia: Aristóteles y Platon; Demóstenes é Isócrates; Homero y Píndaro; Fidias y Praxiteles: ahí teneis sus monumentos; majestad en sus líneas, poesía en sus formas, arte en su estructura, genio en su todo.

Desde que la rústica Grecia de los tiempos fabulosos y heróicos aspiró la primera brisa de la civilizacion naciente; desde que los colonizadores fenicios, *cicoples* á decir de los griegos, esparcieron por la Helenia sus *ciclópeos* ó *pelásgicos* monumentos, y la famosa espedicion marítima de los *argonautas*, y la inmortalizada guerra de Troya importaron los restos de la cultura oriental, la influencia natural del Oriente germinaba, como no podia menos, en el progresivo desarrollo de la Arquitectura, como si digéramos, del pensamiento, que por ella y solamente por ella podia entonces manifestarse.

A los toscos y disformes pedruscos, sin órden ni armonia colocados, que formaron los primeros muros de Tirintia, Micenas y Argos, sucedieron Hesiodo, Homero y Licurgo, las Olimpiadas, las escuelas, la discusion libre de los sistemas, y con ella la multiplicidad de filósofos, poetas, artistas y sabios, bajo cuya influencia progresaron prodigiosamente las ciencias y las artes: hasta en la época de Solon se autorizaban leyes, concediendo honores y distinciones á los artistas que presentaban proyectos notables de monumentos públicos, como palacios, templos, etc.—¡Ejemplo elocuente para los pueblos que debieran premiar justamente el mérito y recompensar los afanes y desvelos del hombre estudioso, que sacrifica la mitad de su vida, y á veces su fortuna, al confeccionamiento de un proyecto de pública utilidad!

Solo así, solo con el estímulo, pudo crecer y desarrollarse el verdadero arte; porque no cabe la menor duda de que aquí tuvo su primitiva y mas pura fuente, aquí empezó á brillar ese radiante destello de la Divinidad que ilumina en el dia el pensamiento humano; en una palabra, aquí comenzó la verdadera vida del arte, que no era entonces otra cosa que la inspirada trasmision del pensamiento por medio de formas sensibles; paganas, sí, pero idealizadas primero por la belleza de las formas, para sublimarse despues por las dulcísimas armonías de la religion cristiana, por los indefinibles arrobamientos del alma, del espíritu elevado á la region de los querubes.

Por eso vemos á los fenicios con esos toscos pedruscos, sin mas trabazon ni mezcla que el ripio incrustado en sus intersticios, formar primero notables templos, como la *Giganteja* en la isla de Gozzo; mas tarde, dando formas poligonales á sus caras y regularizando sus lechos, ostentan su progreso en el *Acrópolis* de Tirintia, con mayor perfeccionamiento aun en el *Tesoro* de *Atreo*, sepulcro de Agamenmon, á decir de la fábula.

Surgen, empero, de la cultura oriental los poetas y sabios regeneradores: pulsa su afinada lira el cantor de los troyanos: brotan de sus tiernas melodías palacios espléndidos y lujosos, como el de Alcinoo, rey de los feacios: enriquécelos el parlante pincel con preciosos metales y transparente ámbar, y rómpese la esclavitud del pensamiento, como se rompió la esclavitud de la mujer oriental con el cambio de las instituciones políticas. Seis siglos antes de nuestra era nos presenta Pausanias el primer tipo arquitectónico de los griegos formulado en su *órden dórico*. La geométrica proporcion de sus líneas encarna en el arte su mas fiel representacion, y toma reglas fijas el constructor, que esplican la razon lógica de las combinaciones del arte.

Así en el *órden dórico* hallamos esbeltas columnas en vez de los piés derechos, para recibir las *carreras* que en línea horizontal descansan sobre sus abacos; los triglifos, adornando las cabezas de las segundas vigas sobre las carreras apoyadas; los arquitraves, deslindando y embelleciendo los cuerpos del edificio; las proporcionadas cornisas, representando las salientes partes de madera, destinadas á defender de la lluvia el esterior de la fachada; los modillones ó mútulos, tapando las puntas de las viguetas que forman la base de la armadura en su parte superior; todo, en fin, tiene su razon de ser en Arquitectura, su objeto, su aplicacion. Y sin que intentemos ahora investigar la razon estética de los diversos adornos de escultura entre triglifo y triglifo intercalados, como si quisieran con ellos dar vida, espresion, movilidad, al petrificado arte; sin que intentemos descifrar, si las *estrias* de los *fustes* significan los ceñidos pliegues al talle de la hermosa dama,—la belleza,— compañera inseparable del artista; ni si el mas ó menos lujoso capitel imita su mas ó menos ataviada cabellera, bástenos saber, que su conjunto espresa fielmente la fórmula general de la Arquitectura: solidez, magnificencia, armonía;—hablamos del arte monumental.

De ello han sido vivísimos modelos el templo de Júpiter en Olimpia: el Partenon en el Acrópolis de Atenas; los Propileas, el Theseo, el de Júpiter Panheleno en la isla de Egina, y hasta el esterior del de Apolo Epicureo en el Asia Menor, por mas que su interior pertenezca á otro órden.

Empero, la civilizacion naciente, que pedia inspiracion á los espansivos mares que la circundaban, á las pintorescas colinas, ó los aromaticos bosques de mirto é incienso, á los horizontes mil que al través de su interminable escalinata se dibujaban, no podia menos de encender el fuego creador en la poética imaginacion de los helenos, para conducir el arte paso á paso á la perfeccion: necesitaba imprimir mayor belleza á los detalles arquitectónicos. De aquí el *órden jónico*. De aquí ese sencillo y precioso capitel con sus rizadas volutas, sus graciosas molduras, horizontalmente deslizadas por encima del fuste, sencillas á veces, á veces engalanadas con hojas, flores y otros productos de la naturaleza esculpidos con muy poco relieve. De aquí el progreso de la Escultura, adornando las columnas, los cornisamentos y frontones; ora esculpiendo las astas y cráneos de los animales sacrificados; ora los instrumentos de su ejecucion; ora los frutos, guirnaldas y flores, que ofrecian á los Dioses; ora figuras simbólicas alusivas al objeto del edificio. De aquí, en fin, los famosos templos del Iliso, de Neptuno Erecteo, de Minerva-Polias, el de Erichtea y otros muchos.

No se detuvo aquí el arte: la ardiente imaginacion de la Grecia sentíase rodeada de divinidades que formaban otros tantos ídolos de sus adoraciones, y en su deseo de espresar ese sentimiento que el amor inspira, creíalas hallar en cada uno de los múltiples objetos de la naturaleza. Exaltábase su fantasía al mirar el nacarado rayo de la luna, ó las transparentes ondas del arroyo, ó el misterioso rumor del bosque; y en cada una de estas armonías de la naturaleza, en cada uno de estos misterios, creia oir el poeta el invisible genio que le hablaba al alma, la tímida mirada de la casta doncella, el níveo cuerpo de la silenciosa nereida; en una palabra, la hermosura de la pureza, que despierta en nosotros la poesía; esa armonía divina, que enlaza las imágenes de nuestro pensamiento.

Así progresando el arte, fuera efecto de la competencia artística entre Corinto y Atenas, fuera, segun Vitrubio, debido al genio del famoso Calimaco, apareció el lujoso y aristocrático *órden corintio*, caracterizado por su precioso é inmejorable capitel, verdadero floron de la Arquitectura, con sus horizontales hileras de hojas de acanto que brotan de su parte media inferior, ó ramajes de olivos y otros arbustos; sus cuatro volutas, que como otros tantos capullos asoman por entre el follage de cada frente del abaco, y que recibió por último tal variedad en el adorno que es imposible poderla describir. Pocos modelos se han hallado: el conocido por la *Torre de los Vientos*, y la mal llamada *Linterna de Demóstenes* son los mas antiguos que de este órden se conocen en uno de los estremos del Acrópolis de Atenas, cerca de trescientos años antes de nuestra era.

Hay ademas, siguiendo al arte su raudo vuelo en el interminable campo de la variedad y la belleza, otros *órdenes* de decoracion puramente: el *cariátides*, el *pérsico* y *ático*, que, prescinciendo de las fabulosas narraciones de Vitrubio, segun otros autores, fueron hijos mas bien de un cambio de ornamentacion, que de una variacion radical en el tipo.

Muy escasos son los templos de estos tres órdenes; bien que el *cariatides*, por ejemplo, fue debido segun la mitologia griega, á que los lacedemonios reemplazaron las columnas de los templos de Diana con estatuas, que representaban las hermanas de Cárias trasformadas en piedras por Baco y adoradas bajo el nombre de *Cariátys*. Encuéntrase este nuevo género de columnas en el pórtico del Pandrosicon de Atenas, del Júpiter Olímpico de Agrigento, y de otro notable edificio de la Salónica, conocido mejor por *La Encantada*. El *pérsico* era el mismo, solo que en vez de ser femeniles las estátuas eran de hombres: esto es, los persas, segun Vitrubio, vencidos por los lacedemonios en la batalla de Platea y colocados allí, como trofeo de su valor. El *ático* consiste en un sencillo cuerpo de poca altura levantado sobre otro principal y adornado con pilastras y cornisamentos de distinto género de los otros órdenes.

Así continuó la Arquitectura, de progreso en progreso, hasta el reinado de Pericles, en que llegó á la edad de oro. Un siglo despues, los macedonios subyugaron la Grecia en la famosa batalla de Queronea; pero al conquistarla Alejandro Magno volvió la Arquitectura á su mas brillante apogeo. Dos siglos despues, muerto el célebre conquistador, griegos y macedonios cayeron bajo el dominio de los romanos, y empezó con la pérdida de su libertad la decadencia de las artes, para renacer en Roma con mayor esplendor.

Hay, sin embargo, un notable contraste en este rápido bosquejo del progreso del arte en Grecia. Hay precisamente la mágica influencia de la Arquitectura en la civilizacion; y su parte filosófica, que es la filosofía del arte, encierra apreciabilísimas consideraciones, que serán objeto del siguiente artículo.

M. NIEVES DE LA VEGA.

EL CABALLERO SIN TACHA.

Madrid le conoce;
madruga á las doce,
durmiendo, hecho un bolo,
diez horas *tan solo*.
Se pone la bata,
y al criado maltrata
con términos soeces
y á palos á veces,
porque este cristiano
llamóle *temprano*.
El criado petate
le da chocolate
de puro Caracas,
y leche de vacas.
Y va el peluquero
que, armado de acero,
y esperto en la liza,
le afeita, le riza,
le atusa, le soba,
le peina y le adoba.
Hácia él van llegando
gruñendo y brincando
con gran desentono,
tres perros y un mono;
y el dueño escelente
les da para el diente
de carne una presa,
y el pan de su mesa
que niega al mendigo
sin casa, ni abrigo.
Despues que el mastuerzo
le sirve un almuerzo
de pollo y ternera,
con rico Madera



que nunca le falta,
al tílburi salta;
y no hay calle angosta
que no cruce en posta,
rompiendo acá un brazo
y allá un espinazo.
Tambien tiene citas,
apuestas, visitas,
ó algun desafío
camino del rio.
En ciencias, no se hable;
es hombre notable,
pues todo lo ignora,
y al mundo enamora;
razon que le augura
fortuna segura.
Asi que de buena
pitanza se llena
comiendo por cuatro,
concurre al teatro;
ya en él echa un sueño;
ya pone mal ceño;
para él son peores
comedias, y actores,
y trajes, y orquesta,
pues todo le apesta.
Despues que en la orgía
de noche hace dia,
ó la honra atropella
de casta doncella,
y un rey ó una sota
los cuartos le agota,
el sueño le llama;
se enrosca en la cama
como un cocodrilo.....
y ronca tranquilo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

AMOR DE MONJA.

(CONTINUACION.)

XX.

Por la mediacion de don Pedro todas las dificultades se allanaron.

Cuatro años despues, una hermosa niña blanca y rubia entraba en la celda de sor Asuncion.

Aquella niña se llama Carlota.

Aquella niña era el último amor de nuestra monja.

La vida de Asuncion se alimentaba esclusivamente del sentimiento, y de un sentimiento relativo á su imaginacion escesivamente impresionable y soñadora.

Desde el momento de la adopcion de Carlota, sentia su alma llena, alimentada como ella necesitaba llenar el alma: con un amor doloroso, infinito, abnegado, heróico.

Y decimos heróico, porque Carlota habia venido á poner á Asuncion en condiciones dificilísimas, en incompatibilidades tremendas.

Muy pronto comprendió que era muy difícil ser á un tiempo buena monja y buena madre.

O el coro y los ejercicios y el cuidado de las cinco educandas habian de robar tiempo al trabajo, esto es, al medio de manutencion, de crianza de la niña, ó el tiempo invertido en el trabajo debia robarse á las otras sagradas obligaciones.

Carlota era mas costosa de lo que á primera vista hubiera podido creerse, porque Carlota representaba á una robusta é insaciable ama de cria á quien era necesario mantener convenientemente, sopena de que la niña no estuviese convenientemente mantenida.

Y los pequeños gastos que se multiplicaban.

Y las exigencias interesadas del ama y del andadero, á que no sabia resistir la buena Asuncion.

XXI.

Era un dolor ver á la pobre jóven (palabras originales de quien me ha referido esta historia), inquieta en el coro, anhelando la conclusion del rezo, y estremeciéndose porque su rezo no era todo lo devoto que debiera: saliendo del coro con remordimiento de no haber rezado bien, y corriendo á la celda para revolver peroles, cacerolas, bizcocheras.

Ver la multiplicacion de una hornilla en otra, aquí clarificando almíbar, allá bañando bizcochos, acullá amasando penosa y duramente la masa de mantecado, sudando, alentando con pena, caida de un lado la toca, del otro lado el hábito, que dejaba ver un hombro blanquísimo y mórbido: preparando al mismo tiempo la cena de las educandas, sirviéndosela, acariciándolas, acostándolas despues y luego, sola allí, entre el hervor de las vasijas, sintiendo la llama de aquellas hornillas, acudiendo en momentos críticos para que tal confitura no se pasase de punto, para que la almíbar de tal perol en que se habian invertido dos arrobas de azúcar no se abrasase: dejando avanzar la noche, hasta que á las doce sonaba la campana de maitines, y era necesario suspender el trabajo, apagar las hornillas y marchar al coro: verla volver á las tres, lenta, abatida, cansada, pálida, acercarse con dolor y casi con remordimiento á un lecho donde solo habia de reposar dos horas, y aun asi de una manera inquieta, perseguida hasta en su triste reposo, por sus apuros, por sus temores para el porvenir, por la inseguridad de un trabajo contínuo.

Y luego al sonar la matraca, á las cinco de la mañana, levantarse con la cabeza dolorida, con el cuerpo cansado, y volver á un trabajo ímprobo, porque solo á costa de un trabajo ímprobo, imposible, podia una débil mujer ganar con dulces, y flores, y escapularios, y velas rizadas, lo necesario para cubrir las atenciones que habia cargado sobre sí.

Muchas tardes no podia ir á visitar en su tumba á la madre Purificacion, y esto la atormentaba: la hacia llorar: la parecia un crímen el faltar á aquella piadosa visita.

Pero todas estas penas se compensaban cuando la llamaban para bajar al locutorio.

Asuncion lo abandonaba todo, corria desalada por las crugías, bajaba violentamente las escaleras, entraba anhelante en el locutorio, y se detenia un momento extática.

Carlota desde los brazos del ama la estendia sus bracitos.

Parecia que el calor del alma de la monja se hacia sentir instintivamente en el alma de la niña: parecia que una fatalidad misteriosa las unia.

XXII.

El ama ponia á Carlota en el tornillo, y le daba lentamente vuelta.

Asuncion recibia la niña, la besaba, se sentaba en el suelo, la bamboleaba, la reia, y de repente se levantaba y salia al torno: la tornera habia de besar á la niña, sopena de que Asuncion se disgustase: luego feliz, loca, subia á saltos las escaleras, atravesaba las crujías, presentaba á Santa Isabel su hija, deteniéndose un momento frente á su imágen, y luego se entraba en la celda de la abadesa, que siempre tenia una caricia para la inocente y una dulce reprension á la jóven por aquel amor tan apasionado, tan esclusivo, de lo que Asuncion se disculpaba con las palabras siguientes:

—¡Ah, señora! ¡yo debo hacer por esta criatura, lo que mi buena madre hizo por mí! ¡y ella me amaba tanto!

La abadesa sonreia, daba un beso y un bizcocho á Carlota y despedia á Asuncion, murmurando siempre cuando habia salido de la celda:

—Me parece que sor Asuncion, da de comer demasiado al enemigo por esta niña.

A lo que contestaban las legas con un candor adorable:

—¿Qué quiere V. madre abadesa? como la pobre no ha sabido lo que son padres, quiere saber lo que son hijos.

XXIII.

Asuncion pasó cuatro años horribles de trabajo, de ansiedad, de desvelos, hasta que criada ya Carlota, pudo entrar en el convento y vivir á su lado.

Desde entonces, Asuncion, á quien nadie esplotaba ya á pretesto de necesidades de la niña, comprendió que sin trabajar tanto, sin desatender el coro, sin dejar de hacer su visita diaria á su amor muerto, podia atender cumplidamente á su amor vivo.

Naturalmente, por salidas sucesivas del convento, se habia disminuido el número de sus educandas.

Al fin, cuando Carlota cumplio los ocho años, Asuncion se quedó sola con ella.

Hemos pasado por alto detalles, pequeñeces que nada añadirian al interés de nuestra historia.

Asuncion era feliz: Carlota, hermosa y cándida como un ángel, estaba fuertemente encariñada con ella: Carlota tenia viveza de imaginacion y lo aprendia todo: era dócil y contemplativa y Asuncion creia que llegaria á ser con el tiempo una buena monja.

XXIV.

Carlota tenia los cabellos negros y ondeados, la frente pálida, los ojos grandes, rasgados, opacos, densamente negros, dejando ver allá en su fondo algo de apasionado, algo de terrible, á pesar de sus pocos años: era delgada, espigadilla: todas las niñas son asi á los ocho años: pero habia en ella algo de precocidad: algo de prematuro: si sonreia, sonreia de una manera triste; cuando besaba á su *chacha* Asuncion, cerraba los ojos y al abrirlos dejaba ver en su foco algo ardiente.

Las monjas eran poco prácticas y Asuncion demasiado inocente para que pudiesen adivinar en el ser de Carlota una propension fatal al amor: el gérmen oculto en el alma de pasiones violentas, de aspiraciones para las cuales habia necesariamente de ser pequeño espacio el cláustro.

XXV.

Habia en el convento una especie de galería alta, grande, polvorienta, cubierta por una negra montera de pino, con luces solo á la parte norte y grandes marcos cubiertos con enrejados de alambre, que impedian la salida á las gallinas, á las palomas, á los pavos reales que las buenas monjas tenian en la galería.

Desde allí únicamente, podia verse algo fuera de las pardas tapias, de los negros tejados del convento.

Lo que se veia únicamente era una alta colina, y sobre la colina, en toda la estension de su cumbre, un antiguo castillo de moros.

Carlota, en su necesidad de estender su alma mas allá del convento, se habia encariñado con lo que las monjas llamaban galería y no era otra cosa que un gallinero: desde allí al menos veia espacio, aire interpuesto á objetos distantes y sobre los torreones del castillo, pequeñitos como puntos negros, seres humanos que no estaban cautivos, y que desde aquella altura contemplaban la ciudad tendida á sus piés.

Carlota, por una tension irresistible, por una necesidad de espansion, se escapaba á la galería, siempre que las ocupaciones de Asuncion ó el piadoso deber que se habia prescrito de visitar todos los dias la tumba de la difunta abadesa, la dejaban un momento de libertad y se pasaba horas enteras abstraida, contemplando los objetos esteriores, los árboles que orlaban la colina, los muros del castillo, los seres que vagaban por ellos, con la misma melancolía que el pájaro cautivo que ve desde su jaula el espacio y no puede cruzarle con sus alas.

Allí se veia precisada á ir á buscarla Asuncion, que jamás la reñia, pero que suspiraba al notar que Carlota podia pasar largos espacios de tiempo sin estar á su lado, cuando ella no podia vivir sin su niña.

XXVI.

Pero fuera de estas pequeñas contrariedades, Asuncion era completamente feliz.

Se habia quedado sin educandas, consagrada completamente á Carlota y servida por una doncella.

El quehacer de los dulces, reducidos ya los gastos, no era ímprobo, no era afanoso.

Destinando al descanso las horas necesarias, asistiendo con tranquilidad al coro, trabajando moderadamente, Asuncion adquiria no solo lo necesario para cubrir sus atenciones, sino tambien para que la quedase un pequeño remanente cada dia, que iba á aumentar en el ángulo de un viejo cofre un fondo destinado á constituir el dote de monja de Carlota.

Porque Asuncion no comprendia que una mujer pudiese ser otra cosa que monja.

Sin embargo, esta felicidad tan pura, tan tranquila, se nublaba de tiempo en tiempo.

Acontecia esto cuando Asuncion abria cierto libro, y veia dentro de él cierto objeto.

Aquel libro era la Vida de la Madre Agueda.

El objeto que aquel libro contenia era un papel ya amarillento.

Aquel papel era la carta que la habia escrito la madre de Carlota.

Aquella carta contenia un período terrible para Asuncion.

«Si un dia puedo reconocer, reclamar á mi desdichada hija, decia aquel período, la prueba de que soy su madre, será una copia de esta misma carta, escrita por mi mano.»

Habia, pues, una posibilidad de que un dia una mujer se presentase y reclamase por hija suya á Carlota y se la llevase.

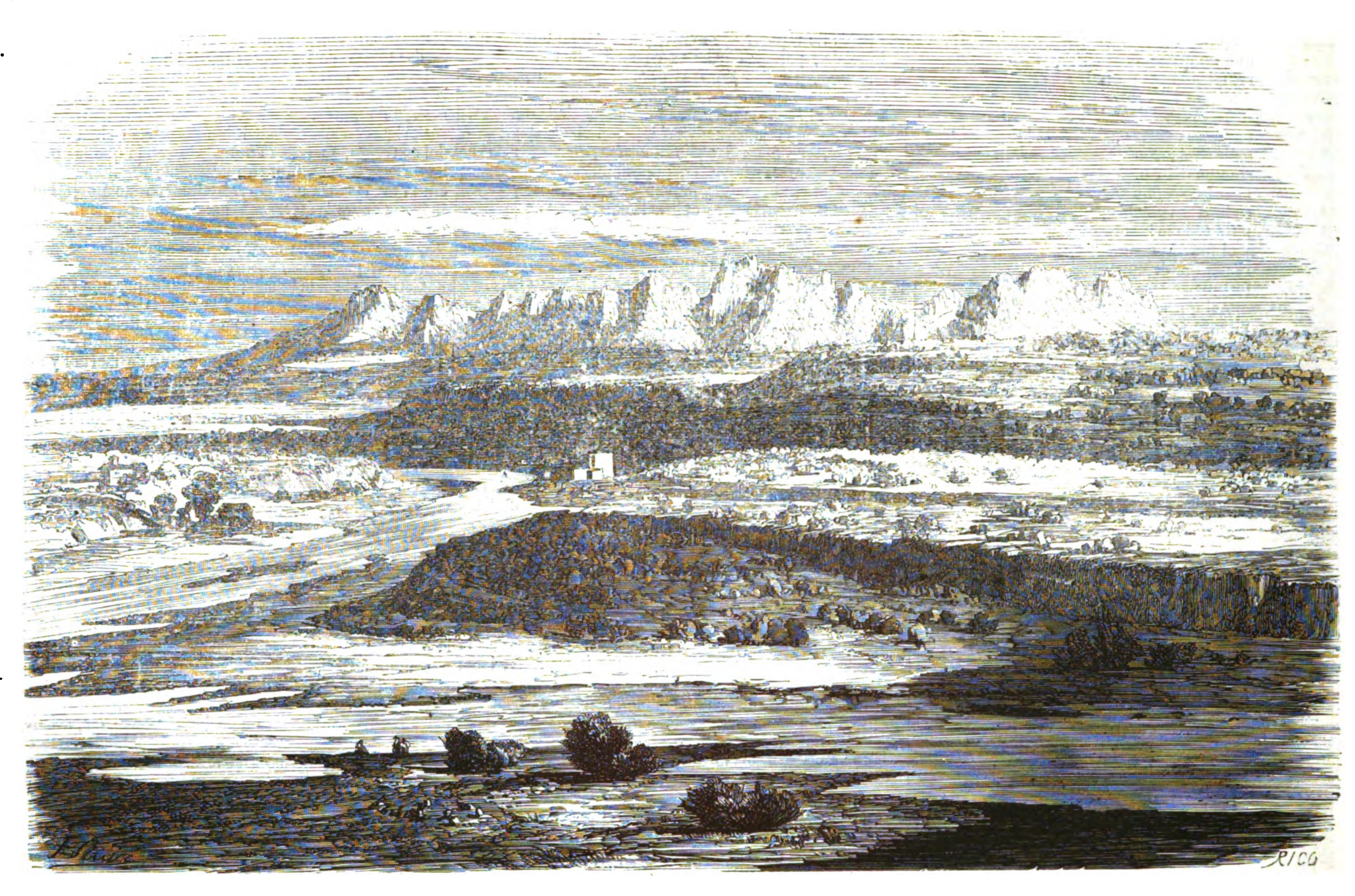
El temor de que llegase este dia aterraba á Asuncion, la entristecia, la hacia llorar.

Porque Asuncion habia concentrado en Carlota todos los amores, toda la actividad de que es susceptible el alma de una mujer constituida en el mayor grado de sensibilidad.

XXVII.

Una ligera palidez en el hechicero semblante de Carlota, una lágrima instintiva escapada de sus ojos, una tos repetida, un suspiro levemente doloroso de la niña, una inapetencia, cualquier síntoma de malestar en ella, por pequeño que fuese, asustaba á Asuncion, que iba desolada á arrodillarse delante de la imágen de Santa Isabel, á llorar al pié de la tumba de la madre Purificacion, á pedir á la abadesa licencia para hacer durante la noche por las lóbregas crujías del convento, los duros ejercicios de la Madre Agueda.

Y aunque la noche fuese oscura, medrosa y fria; aunque la soledad mas imponente reinase en el convento, Asuncion al volver del coro despues de haber entrado de puntillas en el dormitorio de Carlota, de haberla contemplado con ansia, con enamoramiento, con un no sé qué infinito que embellecia sus pequeños ojos azules; de haber besado levemente, pero con un beso de fuego la pequeña rosada y entreabierta boca de la niña dormida, salia de puntillas como habia entrado, se dirigia con una precipitacion febril á un cuartucho lóbrego donde habia una multitud de cruces negras, desde un tamaño y un peso ligeros á un tamaño y un peso enormes, asia la mayor, la mas pesada, se la cargaba, y descalza, sin luz, rezando fervorosamente, agoviada bajo el peso de la cruz, recorria como un fantasma blanco y negro que dejaban ver de trecho en trecho las lámparas agonizantes encendidas delante de los santos esparcidos por las crujías y por los cláustros, recorria el *Via crucis*, se detenia



MONTAÑAS DE MONSERRAT, VISTAS DESDE SAN IGNACIO DE MANRESA.

en la puerta del osario, se arrodillaba durante un largo espacio y abrumada siempre por la cruz se postraba delante del sombrío altar del salon de *De profundis*, hasta que á la venida del dia, estenuada, helada, enferma, volvia á dejar la cruz en su depósito y á entrar de puntillas en su celda y en la alcoba de Carlota, cuyo dormido semblante tornaba á contemplar, siempre ansiosa, siempre enamorada, siempre anhelante.

Y esto se repetia, y se aumentaba con flagelaciones con ayunos, con penitencias, hasta que la niña recobraba su ténue y puro color, su dulce sonrisa, la melancólica paz de su semblante.

XXVIII.

Nosotros no nos atrevemos á condenar ni á absolver el amor de Asuncion por Carlota.

Mas claro: nosotros no sabemos si aquel amor era ó no un pecado, considerado aquel amor desde el punto de vista del catolicismo.

Quédese esto para los doctos y severos varones cuya mision es estudiar el alma humana con relacion á lo divino.

Nosotros, lo que deducimos de lo que se nos ha referido, puesto que de ningun modo hemos podido ser testigos de la vida íntima de sor Asuncion, es que esta habia nacido para amar: que en su amor, como en todos los amores del mundo habia mucho de sensual mezclado á un idealismo *sui generis*: pero como el pecado no puede existir, ó al menos nosotros, salvo error, creemos que no puede existir sin prévia intencion de cometerle, sin la conciencia perfecta de que se comete, afirmamos que Asuncion, ciega por su inocencia, sentia un amor puramente humano, impuro si se quiere...

Porque Asuncion amaba, como monja sí, pero con toda la intensidad del amor de la mujer á Carlota.

Amor de monja inocente y puro en la conciencia: velado por una poética ignorancia, pero amor al fin á la criatura, harto distinto de ese otro amor divino que tambien por la criatura se siente, que se llama caridad.

La caridad habia empezado la obra.

La sensualidad la habia terminado.

Y sin embargo la pureza de Asuncion era inmaculada como la nieve que se derrite en las alturas sin haber sido tocada mas que por el viento y por el sol.

Misterios inherentes á nuestra flaqueza, á nuestra impura organizacion humana.

Pero estamos caminando sobre espinas.

Nuestros lectores nos han comprendido, segun creemos, demasiado.

Pasemos adelante.

XXIX.

Y pasaron siete años.

Carlota cumplió quince.

Asuncion cuarenta.

La comunidad la declaró madre.

La dieron la enhorabuena y hubo un pequeño festin, uno que llamaríamos chocolate, en la celda de la nueva madre.



COPA DE CRISTAL DE ROCA QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DE CIENCIAS DE ESTA CORTE.

Pero aquel dia, que la daba cierto aumento de carácter, una posicion mas respetable, para decirlo de una vez, la trajo una amargura prevista, pero no esperada, como se prevee una desdicha probable, que el egoismo, que el temor, nos hacen creer que no sucederá.

XXX.

Asuncion habia sido llamada para una visita al locutorio.

Bajó con estrañeza, porque ella fuera de su confesor no conocia á nadie, y la habian anunciado un nombre de mujer.

Encontró una señora vestida de negro, como de cuarenta años, muy pálida, muy delgada, y cuya primera vista la causó una impresion dolorosa.

En efecto, aquella señora era perfectamente antipática.

Despues de los saludos, de una ligera introduccion, y de algunas preguntas y respuestas cambiadas, que fueron poniendo mala á Asuncion, como si lentamente la hubieran introducido un puñal, aquella mujer acabó por sacar del bolsillo una cartera, y de la cartera un papel doblado, que puso en el tornillo y que recogió temblando Asuncion.

Desdobló el papel y le leyó con los ojos turbios, estraviados.

—Es la copia de la carta que recibió V. hace quince años, madre, dijo aquella mujer: esa copia está escrita por mí, como por mí fue escrita aquella carta: puedo escribir delante de V. para que me reconozca: yo soy la madre de Carlota y vengo por mi hija.

Asuncion miró á aquella mujer, no como la monja tímida é inocente que en silencio sufre y llora, sino como la leona herida á quien arrebatan su cria; estendió hácia la madre de Corlota las manos crispadas, cayó de rodillas, y luego vino al suelo sin sentido.

(Se continuará.)

M. F. Y GONZALEZ.

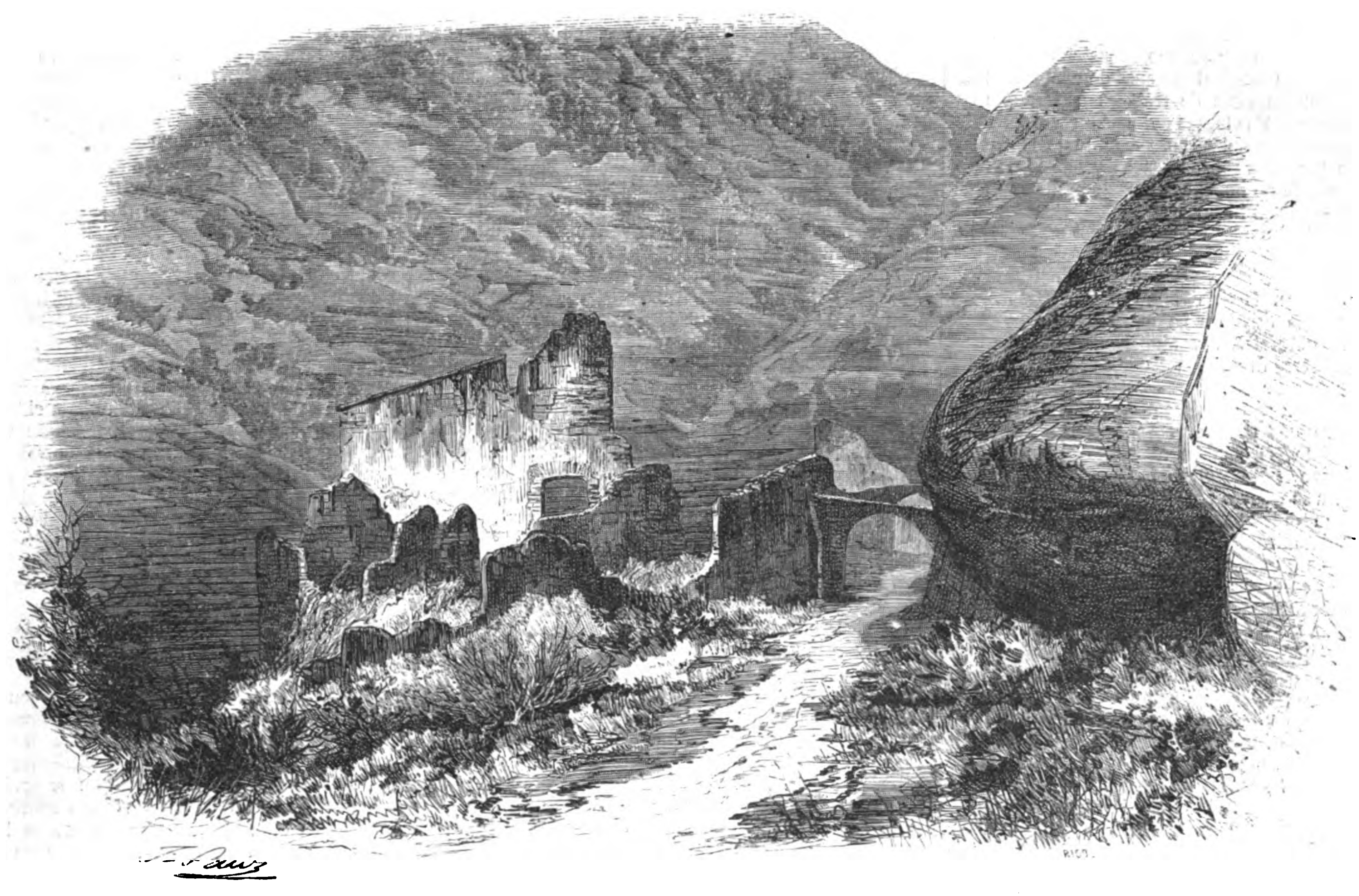
UNA PEREGRINACION A MONSERRAT.

II.

LA MONTAÑA.

Siguiendo el hilo de la narracion que en el año pasado comenzamos, diremos





RUINAS DE LA ERMITA DE SANTA ANA EN MONSERRAT.

que allende y á cosa de media legua de Esparraguera, comienza el país á ofrecer un aspecto montaraz: las unidas planicies van convirtiéndose en quebradas torrenciales, las dehesas en arrecifes, y los olivares y viñedos en pinos y matorrales. Pero de todo se prescinde ante la grandiosa mole que en saliendo del pueblo se ofrece á la vista del espedicionario.

¡Hedla ahí, hedla la santa montaña, la asombrosa maravilla, deseado término de nuestra peregrinacion! ¡Vedla erguirse, crecer, desplegarse y tenderse á lo lejos, con sus cumbres *aserradas* y sus flancos de profundo seno! ¡Ved al fin la catalana Tebaida, el nuevo Sinaí, que oculta en el cielo su atrevida cúspide, como para velar entre nubes el sacro consorcio de una misteriosa comunicacion! ¡Ahí teneis el asombro de los siglos, el singular fenómeno, producto espantable de alguna convulsion subterránea, donde tan al vivo resplandece la majestad de aquel Ser cuya mano forja el rayo y reprime los huracanes!

Pero no es hora aun de admirarnos: el espíritu sobreescitado siente una emocion indefinible; medroso, percibe sin comprender, y sobrecogido por lo imponente del cuadro, no sabe entrar todavía en la apreciacion de pormenores.

Aquella dilatada sucesion de peñas tendiéndose en simétrica línea de E. á O., parece una vasta muralla de encantada fortaleza donde deben de encerrarse estraños prodigios; sus cerros mas culminantes, son torres que la presidian; sus picos mas enhiestos, mudos gigantes consagrados á su defensa: ¡ay del profano que ose atravesar el santo vallado con corazon impuro!

La vista de Monserrat por su lado oriental, único que se despeja viniendo de Barcelona, es sin duda la menos curiosa, semejando un cono truncado ó ancho pan de azúcar, con dos aristas muy pronunciadas que le surcan, y dos cretas por remate, ligeramente dentellada la de la izquierda, al pié de la cual en uno de los primeros espolones se cobija el santuario.

Su estremo posterior y occidental, que fenece casi en punto por cima del feo parador de Casa-Masana, solo presenta un hacecillo de picachos tubulares, á manera de juego de bolos, dominado airosamente como verdadera atalaya, un desfiladero angostísimo, teatro no pocas veces de escenas sangrientas y de lances comprometidos.

La perspectiva mejor es hácia las laderas de S. y N., que se despliegan sistemáticamente en longitud de mas de legua y media, desde el ya dicho lugar de Collbató hasta la triple sucesion de casuchas que componen el cortijo del Bruch. Pisemos reverentes un suelo que en ocasiones muy gloriosas ha sido regado con sangre de mártires, y apresurémonos á gozar del bello efecto que por esa falda, y aun mejor por la opuesta, mirada de alguna distancia, causan las peregrinas sierras de esta montaña curiosa y amenísima.



NUESTROS SOLDADOS ACOMPAÑAN AL CAMPAMENTO MARROQUÍ Á UNA MORA Y DOS NIÑOS. (DE UN CROQUIS.)

Cuanto de mas chocante pueda idear la imaginacion, ó inventar el pincel del humorista, vese allí realizado con una riqueza y variedad de todo punto incomparables. Diríase al primer aspecto un órgano monstruoso de millares de flautas, una catedral inmensa de centenares de agujas, una magnífica sarta de tréboles góticos que en varios grupos forma otras tantas coronas ofrecidas por la misma naturaleza y brotadas espresamente de la sierra, en honor de la que reina sobre los cielos y sobre los mundos. ¡Cuánta poesía no imprime á aquellos sitios la idea religiosa que los ha santificado!

Si el Monserrat estuviera en Inglaterra ó en Suiza, no habria pensil mas ameno ni oasis mas encantador; sus veredas serian trilladísimas, y sus primores naturales se verian realzados con el mas refinado arte. Desgraciadamente la desidia española ha hecho muy poco para secundar á la naturaleza, y aun á veces el pestífero hálito de nuestras discordias ha llegado hasta aquel retiro, para convertir en páramo desolado su plácida y amable soledad. Citaremos solo un ejemplo: el hermoso camino carretero que á mucha costa abrieron los religiosos en el pasado siglo, el cual en ancha calzada de cinco varas por término medio y con estension de mas de tres horas, serpentea suavemente y sin peligro por el recuesto del monte, con dificultad ha logrado sobrevivir á las aunadas degradaciones del tiempo y de los hombres, habiendo quedado á grandes períodos punto menos que intransitable, sin embargo de lo muy necesaria y preci a que es su conservacion.

Dar cuenta de las emociones que durante su ascenso embargan al viajero, es en verdad tarea de empeño no escaso. Conviene, como nosotros, haber recorrido aquel trayecto báculo en puño y album en mano, para saborear todo el embeleso de las alternativas que por un lado ofrecen los paisajes tendidos cual régia alfombra á los piés de la montaña, y por otro las hórridas moles que avanzan erizadas y amenazadoras, como para retraer á los incautos que turban con su algazara el reposo de aquellos sitios.

¡Venid, amables turistas, los de imaginacion ardiente y de alma entusiásta! ¡Acercáos, cuantos sepais comprender los encantos de una serena tarde de primavera en el nutrido suelo y bajo el purísimo cielo de Cataluña!

El astro del dia corre á esconderse entre árboles espléndidos, hiriendo al soslayo las planicies mas avanzadas ó las cumbres mas surgentes, que en tonos de oro y nácar se descubren sobre un fondo de masas no alumbradas, perdidas en vaga penumbra al través de los reflejos crepusculares.

Decid si cabe mas risueña perspectiva que la de esa linda vega Manresana, tan graciosamente situada mas allá de los cigarrales y pinares que pueblan las avenidas del monte, tan galana con sus ópimos plantíos, sus vallecillos alternados de colinas, sus campos orlados de setos, fecundizados por un rio que culebrea al través, alimentando una poblacion patriarcal que vive en aseadas alquerias, viendo hasta la segunda generacion de sus hijos.

Y todos los accidentes de esa decoracion espléndida, aparecen bañados en prismáticos efluvios, nadando en ondulaciones cerúleas, chispeando en mil tonos, brillando con mil matices.

Y una vaga neblina va corriéndose por las faldas de los collados; la brisa pasa susurrando, perfumada de aromas silvestres; las golondrinas voltean, aleteando con alegres chillidos.

Y estraños ecos se repiten por las quebradas; vagos murmullos en lenguaje sin nombre; indecibles armonías de beatitud y misterio; crepitaciones indefinidas, sobre las que acaso despuntan el trémulo son de lejana esquila, las agudas notas de un caramillo pastoril, ó los suaves trinos con que enamora á Filomela el solitario cantar de la enramada...

Pero volved los ojos y vereis cómo cambia el cuadro. ¿No se presentó jamás en vuestros sueños la idea de torres altísimas á las que vanamente intentábais subir, abismos sin fondo de los que inútilmente procurábais escapar, grandes murallones de una ciudad titánica que se prolongaban hasta perderse de vista, ó se estrechaban hasta dejaros sin salida; insuperables moles gravitando por cima de vuestra cabeza, horrendos precipicios ejerciendo sobre vosotros una vertiginosa atraccion? Pues bien, todo eso se realizará con horrible verdad á medida que avanceis por el camino del monasterio.

Ya al doblar las primeras quebradas sobre un almohadillado de banquetas horizontales, columbrase una abertura á guisa de puente natural, formada por dos rocas que al caer tropezaron en sus vértices y quedaron suspensas á bastante elevacion casi encima de la carretera. Dificilmente el venado mas ágil escalaría aquel agujero; sin embargo, es fama que el que logra atravesarlo, siendo hombre se convierte en mujer, y siendo mujer, en hombre. No sabemos cómo tomarian algunos la metamorfosis; pero sin duda el ánimo mas esforzado, subiendo allá, podria tornarse de mantequilla, y la hembra que fuese capaz de acometerlo, bien mereceria el timbre de varonil.

Faltan palabras con qué describir y colores con qué pintar al veleidoso juego de los pedruscos que á cada vuelta se ofrecen, ya promiscuados en revuelto tropel, ya hacinados en osadísimas sobreposiciones; ora henchidos con horrenda protuberancia, ora deprimidos en múltiples angulosidades ó en curvas hondamente surcadas; unos pelados y enjutos, otros escabrosos, vestidos de pomposo ramaje y destilando de su seno purísimos manantiales.

Si no fuesen obra asombrosa del poder de Dios, los tomaríamos por evocacion mágica de alguna ignorada Medea. ¿Quién no verá con estupor aquellos riscos que en vigoroso contraste se saltean, bajo acusados tonos de luz y sombra, ofreciendo á la par las figuras mas chocantes, las formas mas heterogéneas, las combinaciones mas variadas y las disposiciones mas incóngruas; unas veces á semejanza de vastísimos anfiteatros ó de profundas lonjas y galerías, otras de palacios gigantescos ó de kioscos y capillas aéreas; aquí lisas torres y columnatas verticiladas, allí simples bóvedas ó aristadas arcaturas, alcázares y chozas descomunales, hacecillos, repisas, doseletes, carámbanos oscilantes, aludes detenidos, cascadas suspensas, árboles petrificados.

En diverso concepto todos los estilos arquitectónicos conocidos ó no, desde el anta á la pirámide, desde el speos hasta la basílica gótica, aparecen tipos embrionales con su genuina representacion; el ara sencilla de los antiguos patriarcas, el dólmen en que los druidas ofrecian sangrientos holocaustos; el vasto presidio de las ciudades babilónicas; los obeliscos de Luksor y de Partenope; las criptas de Ellora y de Elephanta; la pagoda india, el propileo griego, el arco romano y la necrópolis.

¡Cuán esbeltas no se alzan las agujas de cada picacho! ¡Cuán airosas sus dentelladuras! ¡cuán afiligranada su crestería! Allí tendrán sus juntas las hadas ó los gnomos si las tienen en alguna parte.

Viendo desfilar aquella sucesion de mamelones, la exaltada fantasía antójase prolongadas comitivas de fantasmas, remedando en silueta quiméricos bultos de frailes encapuchados, brujos de puntiagudo bonete, enanos monstruosos con exageradísimo turbante, escuálidas sílfides de lacia vestimenta, tétricas visiones envueltas en sudarios; caricaturas risibles, botargas achaparrados; todos los vestigios de una noche de invierno, todos los aparecidos de un cementerio, todos los endriagos del tiempo de los Amadises: verdadera falanje de cocos suscitada por arte de cábala ó talismanes puestos para custodia de aquellos sitios encantados.

Todo lo es á la vez la maravilla que vamos describiendo: arcano insondable, misterio permanente, asombro de la naturaleza Es la realizacion de una visualidad fantasmagórica; una pesadilla convertida en verdad; el conjunto de los primores que aisladamente ofrecen los vergeles de Andalucía y las sierras Alpestres, los ventisqueros del Vorarlberg y las neveras del Spitzberg; una cosa única y sin par, evidente milagro de Dios, á cuya vista el hombre se reconoce pequeño, y abismada su razon, confundido su espíritu, por poco que sepa admirar y sentir cae de rodillas, cree y adora.

¡Qué mucho, siendo esta la catedral de las montañas, propio escabel de la segunda imágen que en su eminencia resplandece desde los primeros siglos del catolicismo, á los piés de la cual cincuenta generaciones vienen rindiendo homenaje, despues de aclamarla por todo el orbe como trasunto prodigioso de la que es reina de los ángeles, madre de los cristianos, refugio del oprimido, estrella del catalan!

Monserrat al igual de San Llorens del Mont y del Monseny, descuella asaz por elevarse en situacion despejada sobre la red de colinas que se esparce al E., si bien no iguala á las cumbres medianas del Pirineo, de cuyos últimos ramales depende, viniendo á ser su mas adelantado centinela. Sito en la raya de la antigua region de los ausetanos, y partiéndose como límite entre los dos obispados de Vich y Barcelona, á siete leguas de esta, tres de Igualada y otras tantas de Manresa, por los 41° 36′ 18″ lat. N. y 5° 30′ longitud E. descubre un horizonte vastísimo, por manera que el curioso, desde su mirador mas alto á seis mil piés sobre el nivel del mar, puede casi abarcar de una ojeada todo el ámbito de las cuatro provincias catalanas, partiendo de sus confines N. y E., hasta las azuladas costas baleáricas veinte y cinco leguas al S., y allende las montañas de Fraga al O.

Su planta es oblonga y poligonal, de unas ocho leguas de perímetro, en direccion E. S. E. á N. N. O., formando un ángulo obtuso en su cabecera al N. E., con numerosas proyecciones y sangrías por ambos costados, señaladamente hácia su mitad primera donde estriban las mesetas culminantes. Como rindiéndosele, el Llobregat tuerce el curso y viene á lamer su raiz encajonado en un canalito que atraviesa el pueblo de Monistrol, y separa nuestra montaña de las colinas de Casa-Tobella, San Salvador, Pinguentós y San Pedro Zacama, donde á trechos asoman formaciones semejantes á las singularísimas peñas de ella, única analogía que de las mismas quepa señalar.

Es verdaderamente tan original la formacion geológica del Monserrat, que aun no ha habido naturalista capaz de resolverla á satisfaccion; ¿cómo se esplica en efecto, que una masa compuesta de riscos, no tenga porcion alguna de roca viva ó pedernal, ni pizarras, ni canteras, ni fragmentos volcánicos, siendo al contrario cada peña, ó mejor cada pedrusco, una agregacion de peladillas de granito, cuarzo, piedra de toque, etc., aglutinadas por medio de un betun natural calizo-arenisco, á semejanza de la brecha ó almendrilla que hay en Alepo y en algun otro punto de Asia? Estos caracteres presuponen una anexion gradual, durante larguísimos períodos de inmersion; ¿pero qué avenida pudo sumergir estos elevados cerros sin que abarcase los bajíos inmediatos? Por otra parte, el cuerpo de la montaña forma capas mas ó menos gruesas de E. á O., con inclinacion contraria al mar, de suerte que á ella es inaplicable la teoría de aluviones dejados por un gran cataclismo, ó por incubaciones anteriores á todo cálculo científico; siendo cosa averiguada que el declive de las aguas ó de los sedimentos en tales casos, converje siempre al mar, siguiendo las leyes inmutables de la atraccion y de la gravedad.

En la inconducencia de tales versiones, toda vez que nuestro globo se hallaba en su orígen cubierto de aguas, sobre cuyo particular convienen la ciencia y la revelacion; ¿por qué no pudo ser que en el local de la montaña una cuenca ó recipiente cualquiera absorbiese las afluencias del radio, sin escluir los del vecino Pirineo, y que por resultado de trastornos locales en la superficie, como pudiera causarlos una larga inundacion, los depósitos allí latentes, desquilibrada la electricidad, fuesen arrojados y acumulados por algun volcan ú otra conmocion subterránea de aire ó de agua que produjese los desiguales cerros que hoy miramos? Este parecer no inverosímil, por cuanto igual orígen se atribuye á grandes y numerosas islas, y que concilia las contrariedades apuntadas, se corrobora ademas con otras observaciones muy atendibles. En primer lugar, el monte está hueco, acreditándolo las cuevas recien esploradas, la rápida infiltracion en él de las aguas pluviales, y el eco sordo que muchas rocas repercuten; nuevo argumento de una hacinacion forzada y artificial, obra de poderosas convulsiones internas. Luego esas esbeltas agujas y esas tremendas pirámides erigidas á tamaña elevacion; ¿quién pudo levantarlas ni qué otra gente pudo ponerlas en equilibrio sino un violento empuje capaz de quebrantar los depósitos semi-formados y haciendo entrechocar sus fracciones, sobreponerlas unas á otras en la arriesgada disposicion que todavía conservan? Las sobreposiciones son notorias en los grupos agavillados, en los empinados monólitos, en los pedruscos que vacilan ó se verán á medio caer, y en los peñones que amontonados rodaron al fondo de los precipicios. Otra prueba de que aun los mas enhiestos son fragmentos de lechos originarios, resulta de las cortaduras y grietas visibles en muchos, diagonal ó verticalmente en el sentido de su elevacion, haciéndose igualmente reparable en los portillos que dejan en varios lados.

Si curioso por la materia de sus cerros, pintoresco es el Monserrat por lo deleznable de ellos, cuando heridos del vendaval que los azota ó del turbion que los desgasta, acaban por aguzar sus picos, redondearse y contraer las singulares formas que á tan caprichosos símiles dan márgen, siendo muy comun el de cascadas, en el órden de sus vertientes. Desde las puntas estremas vese marcado el surco que dejan los arroyos cayendo de repisa en repisa, ó derramándose á guisa de suelta cabellera sobre los peñascos que pulimentan como el mármol ó festonean con graciosísimos rieles, y tambien cuando reunidos en chorro imperioso se estrellan contra las quebradas inferiores sembrando á su paso el desórden y la ruina.

A igual especialidad de conformacion puede atribuirse esa naturaleza vivífica que hará siempre de Monserrat un desierto embelesador. Ni en las lomas mas descarnadas hay hueco ó resquicio que no produzca su árbol ó arbolillo, su yerba ó su líquen musgoso, señaladamente encinas, pinos, enebros, brezos, tomillos, romeros, parietarias, plantas rarísimas, curiosas especies medicinales en mas de quinientas variedades, y la aromática fresa, y el silvestre madroño, con otras mil frutas y producciones tan ricas por sus virtudes como hermosas por su vistosidad. Allí la diligente abeja y la pintada mariposa vuelan libando miel de flor en flor; el verderon y el jilguero trinan á competencia entre el ramaje, la perdiz y el gazapo retozan al abrigo de la espesura, la ardilla salta por los árboles y el gato montés por las breñas, mientras que la lechuza gime tristemente posada en un picacho, ó por el borde de una zanja se desliza siniestramente algun reptil, en cuya clase debe señalarse un viboreznо negro harto abundante.

Nuevos quilates añaden á la amenidad de aquel sitio la lisura de su cielo y la apacibilidad del ambiente, no menos suave que en las poblaciones del litoral; si bien lo elevado de su posicion hace mas sensibles los cambios atmosféricos y mas rápidas sus transiciones, observándose á menudo pasar instantáneamente del calor al frio, ó de la serenidad á la tormenta, y habiéndose visto no pocas veces estar despejadas las cumbres mientras un nubarron se condensa por debajo, y cruza el rayo y ruje el trueno conmoviendo los cimientos de la montaña. Siendo esta la única masa surgente en una zona de no poco radio, compréndense muy bien tales desigualdades, efecto de las corrientes que soplan y de las brumas que á las mas ligeras brisas se elevan; pero eso mismo acrece indefinidamente la belleza y poesía del lugar, ora estallen meteoros con fulguroso resplandor, ora se desgaje la lluvia en profuso torbellino, ora desciendan las sombras al valle, ó la luna matice los cerros con los accidentes de su luz plateada.

Otro de los curiosos fenómenos atmosféricos que mas se particularizan en Monserrat, es la niebla. Posada de ordinario en las altas cimas que reboza como tupido velo,

ó prendida en las laderas como vago y ligerísimo cendal, desde allí se corre en blancos copos, ya arrastrándose perezosamente, ya deslizándose con velocidad, hasta rodar á lo mas hondo del valle ó descorrerse por el espacio á manera de diáfana cortina en la cual se trasparentan célicos reflejos y mirajes boreales. El peregrino á quien desde un punto cualquiera sobrecoge esta rara vision, créese suspendido en mitad de los aires, y casi instintivamente aférrase vacilando á la roca que le sostiene. Peñas y malezas, hondonadas y primeros términos, todo se hunde en aquel mar de bruma que parece tragarse la obra de la creacion; mas no cesando por ello las voces confusas del bosque y de la montaña, su murmullo repetido en aparente vacío, produce ilusiones acústicas singularísimas. Entre tanto los vapores flotan al azar, y ó bien se condensan en cerrazon opaca, ó bien se rasgan en prolongadas bandas, improvisando escapes ideales, vistas y perspectivas aéreas de efecto casi sobrenatural, unas pálidamente bosquejadas en vislumbres mates, otras destacadas con reverberaciones de fuego y aureola esplendentes. A menudo la borrasca acaba por desatarse, en cuyo caso esos mirajes apacibles se cambian en escena de furor y devastacion, pero disipada regularmente con la misma ligereza que se formó, al través de las ráfagas ahuyentadas brillan otra vez los rayos del sol, haciendo sonreir á la naturaleza entera. Las plantas vigorizadas exhalan nuevas y mas puras emanaciones, las flores dilatan sus corolas salpicadas de gotas diamantinas, y los pajarillos triscando por la grama, parecen celebrar en su lenguaje aquel magnífico renacimiento de vida.

J. Puiggarí.

LAS PIEDRAS PRECIOSAS

CONSIDERADAS HISTÓRICAMENTE.

—

EL CRISTAL DE ROCA.

Los antiguos conocieron el arte de trabajar con la mayor perfeccion el cristal de roca, y el gusto de los artistas romanos y helénicos se manifiesta todavía en muchas obras conservadas en diversos museos de Europa. Sabido es que Neron, en quien parece se personificaba el malvado genio del aniquilamiento, rompió en mil pedazos un elegante y hermoso vaso de cristal de roca en el que estaban grabadas las mas interesantes escenas del poema del inmortal Homero. El cruel capricho de aquel tirano privó á la posteridad acaso de una de las obras mas perfectas en este género.

Los vasos de cristal de roca habian llegado á adquirir en Roma un precio fabuloso. Asi como ahora rara vez se creen indispensables los productos artísticos labrados con este rico mineral para adorno de palacios y habitaciones de lujo, durante la dominacion romana estuvieron en moda, y no podian faltar en grandes banquetes y ceremonias, como prueba de esquisito gusto y opulencia. Hoy dia, conserva aun en su gabinete el duque Odescalchi un precioso ejemplar de cristal de roca en el que se halla grabado con sin igual donaire un gran busto de Venus, ó Venus celeste, de carácter griego que señala la procedencia de tan peregrina obra. Su altura es de 0,115 milímetros.

En casi todos los paises montañosos y que tengan grutas ó cavernas húmedas, pueden encontrarse criaderos de cristal de roca. Sobre todo, en los sitios elevados es en donde se han encontrado los trozos mas notables por su magnitud y brillantez al mismo tiempo que por su pureza. En las cumbres de los Alpes, en las montañas de Quito, en el Brasil y en Madagascar es en donde se descubren los mejores ejemplares. Tambien producen cristal de roca la Suiza, la Hungría y la Cerdeña, los montes de Haiti, de Ceilan y de la Florida, y aun algunos de los paises mas meridionales del continente europeo.

El cristal de roca es verdaderamente un cuarzo blanco transparente, cristalizado en prisma exaedro regular, bastante duro, compuesto de sílice y de oxígeno; dando en análisis sus cien partes, 93 de sílice, 6 de alúmina y 1 de cal. Recibe en química el nombre de *óxido de sílice hidratado*. Resiste al fuego y á la accion de todos los ácidos, y posee la doble refraccion.

Cualquiera que sea la pureza de este mineral, dice un distinguido químico, las láminas que le componen no son enteramente homogéneas, y presentan á menudo grandes diferencias de dureza, como lo ha probado diversas veces la esperiencia. Pero en cuanto á sus formas son idénticas, y lo mismo las conservan los cristales mas diminutos y microscópicos que los que llegan á pesar 4 ó 5,000 quilógramos.

Sin embargo, el arte, en el cristal de roca, ha llegado casi á sobreponerse á la naturaleza, porque se fabrican hoy cristales ficticios ó vidrios silíco-alcalinos que los lapidarios prefieren por la facilidad con que trabajan en ellos, y la belleza que resulta en muchos de sus productos. Estos vidrios silíco-alcalinos de que hablamos, en que prepondera la potasa y se fabrican en Francia y en Hungría, los cristales labrados en Baccarat y otros puntos con una pureza, una blancura y brillantez que el vulgo de los compradores prefieren á las cualidades del cristal de roca, han venido á combatir en el mercado de las piedras preciosas contra el verdadero cristal de roca, pero no podrán jamás disputarle á este su mérito. En estos mismos tiempos los trabajos en cristal de roca alcanzan los mas altos precios y en cuanto á la estimacion que tenian en los siglos pasados pareceria exajeracion aun solo el indicarla. En el museo Leoni Strozzi la representacion de Tito, tallado en cristal de roca por Castel Bologneso, segun un dibujo de Miguel Angel, obtiene un valor fabuloso, lo mismo que un cristal antiguo representando los augures del emperador Comodo en año nuevo, grabado por Domínico de Rossi. Nuestros monarcas austriacos eran sumamente aficionados á los adornos y alhajas formadas de este mineral, y aun conserva el real monasterio de San Lorenzo del Escorial en su sacristía, un magnífico espejo guarnecido primorosamente de cristal de roca que fue espléndido donativo de la reina doña María Ana de Austria.

La preciosa copa de cristal de roca que representa el adjunto grabado, se conserva hoy con otras dos de distinta forma en las colecciones histórico-ethnográficas del Museo de Ciencias de esta córte, como uno de los mas hermosos productos del remo mineral.

La corona de Francia era muy rica en objetos de cristal de roca, pues su valor asciende á 1.000,000 de francos en el inventario de los objetos de arte hecho en París en 1791. Hé aquí la tasacion referente á los objetos de cristal de roca:

Sesenta vasos.	154,140	francos.	Uno de 0^m, 420 de alto, estimado en 60,080 francos.
Cuarenta y seis copas. . . .	172,400	—	Desde 15,000 francos hasta 500 francos.
Veinte jarros.	251,420	—	Uno estimado en 110,000 francos.
Diez y seis urnas.	164,100	—	Una que representa la embriaguez de Noé, estimada en 100,000 francos.
Quince candeleros..	27,900	—	Un par estimado en 8,000 francos.
Doce botellas.	6,900	—	Una sola 2,000 francos.
Nueve cálices.	20,700	—	Uno solo estimado en 6,000 francos.
Nueve vinageras.	7,200	—	Dos con hojas grabadas.
Siete cruces y crucifijos. . .	33,000	—	Una cruz sola 18,000 francos.
Seis pequeñas estátuas. . .	3,930	—	Dos con bustos de cristal de Bohemia.
Cuatro jofainas.	62,400	—	Una estimada en 30,000 francos.
Tres pilas para agua bendita.	16,000	—	Una sola estimada en 10,000 francos.
Tres cofres.	6,200	—	Uno con columnas torneadas, 20,000 francos.
Dos vasos.	5,900		
Dos tazas.	21,000	—	Uno solo estimado en 15,000 francos.
Dos tazones.	20,000	—	Uno de 0^m, 225 de diámetro por 0^m, 112 de alto.
Una cabeza de muerto. . .	3,000	—	Admirablemente esculpida.
Una custodia.	600	—	0^m, 350 de alto.
Una garrafa.	3,000	—	0^m, 250 de alto, y 0^m, 080 de diámetro.
Un braserillo.	500	—	0^m, 095 de alto.
Una tetera. , ...	2,000	—	Con asa igualmente de cristal.
Un globo celeste.	500	—	0^m, 060 de diámetro.
Una carroza.	3,000	—	En cristal nevoso.
Un sello.	1,200	—	Adornado de tritones, delfines y grifos.
Una bola.	10,000	—	Tiene de diámetro 0^m, 165.
Total.	996,990	francos.	

Constaba ademas en el citado inventario de los objetos de arte de la corona de Francia hecho en 1791, una preciosa maza de armas toda de cristal de roca, que Tipoo-Saib habia regalado al desgraciado Luis XVI; un cofre cuadrado, valuado en 4,000 francos, y una *galera* estimada en 24,000 francos, tambien de cristal de roca.

Si el cristal de roca hubiese podido adquirir el brillo del diamante, en cuanto á su dureza podria suplirle é imitarle, pero aquel está muy lejos de poseerle. La fuerza refringente del diamante es de 1,396, y la del cristal de roca de 0,654, siendo por consecuencia de 30 la potencia refractiva del primero, y solo de 10 1/2 la del segundo.—Los precios del cristal de roca varian segun las dimensiones y pureza de los ejemplares.

J.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION.)

A las dos los viajeros se pusieron de nuevo en marcha, y no tardaron en encontrar otro rio, el Orifa, en cuyas orillas les detuvo mucho tiempo la altura de la marea. La desigualdad del lecho de este rio y los enormes cantos rodados que lo forman, hacen muy difícil y hasta peligroso su paso; asi es que, aunque conducidos por gente de á pié, los mulos caian con frecuencia en profundos agujeros, obligando á sus ginetes, con las sacudidas que les causaban á tenderse sobre su cuello, pues en manera alguna estaban seguros cabalgando. El doctor esperimentó inquietudes bastante vivas al efectuar este paso sobre su cabalgadura; asi es que le causó estrañeza el ver que los moros que viajaban á pié lo pasaban con gran ligereza; al efecto, se desnudaban, ponian su vestido sobre la cabeza y luego se echaban á nado. Los moros tienen una agilidad y destreza prodigiosas, que se esplican, en cierto modo, por su falta de civilizacion. En efecto, si el desarrollo de la inteligencia es débil en los pueblos salvajes, no sucede lo mismo en cuanto al desarrollo de sus fuerzas físicas, pues se distinguen generalmente por un arrojo y una ligereza de que carecen los pueblos civilizados.

Por la noche la caravana llegó á Arzilla, cuyo gobernador, al saber la comision de que estaba encargado el doctor europeo, le procuró con la mayor solicitud un alojamiento.

El libro de Juan Leon de Lyon, que mas arriba hemos citado, trazaba en los siguientes términos la historia de la ciudad de Arzilla, á principios del siglo XVI, en un lenguaje que continuamos conservando:

«Arzilla, llamada Arzella por los africanos, fue una gran ciudad edificada por los romanos en las costas del mar Océano, próxima al estrecho de las columnas de Hércules como unas sesenta millas, y distante de Fez ciento cuarenta. Fue sometida al dominio del señor de Sebta (Ceuta), que era tributario de los romanos; despues fue subyugada por los godos, quienes confirmaron á este señor en el gobierno que desempeñaba; mas adelante, y á poco tiempo, fue tomada por los mahometanos en el año 94 de la Egira, los que disfrutaron de su posesion por espacio de doscientos años, hasta que los ingleses, con el *instinto* de los godos, pusieron en el mar una poderosa escuadra, la que enviaron á la conquista de esta ciudad; no obstante, estallaron mas adelante grandes discordias entre unos y otros, porque los godos reconocian á Jesucristo, al paso que los ingleses daban culto á los ídolos; pero habian hecho esto espresamente para obligar á los mahometanos á ponerse en movimiento y abandonar la Europa. La empresa tuvo buen éxito para los ingleses, quienes habiéndose apoderado de la ciudad á viva fuerza, hicieron pasar á cuchillo á todos sus habitantes, y tomando todo á fuego y sangre, de tal modo que no dejaron criatura viva; así es que Arzilla permaneció inhabitada durante treinta años.

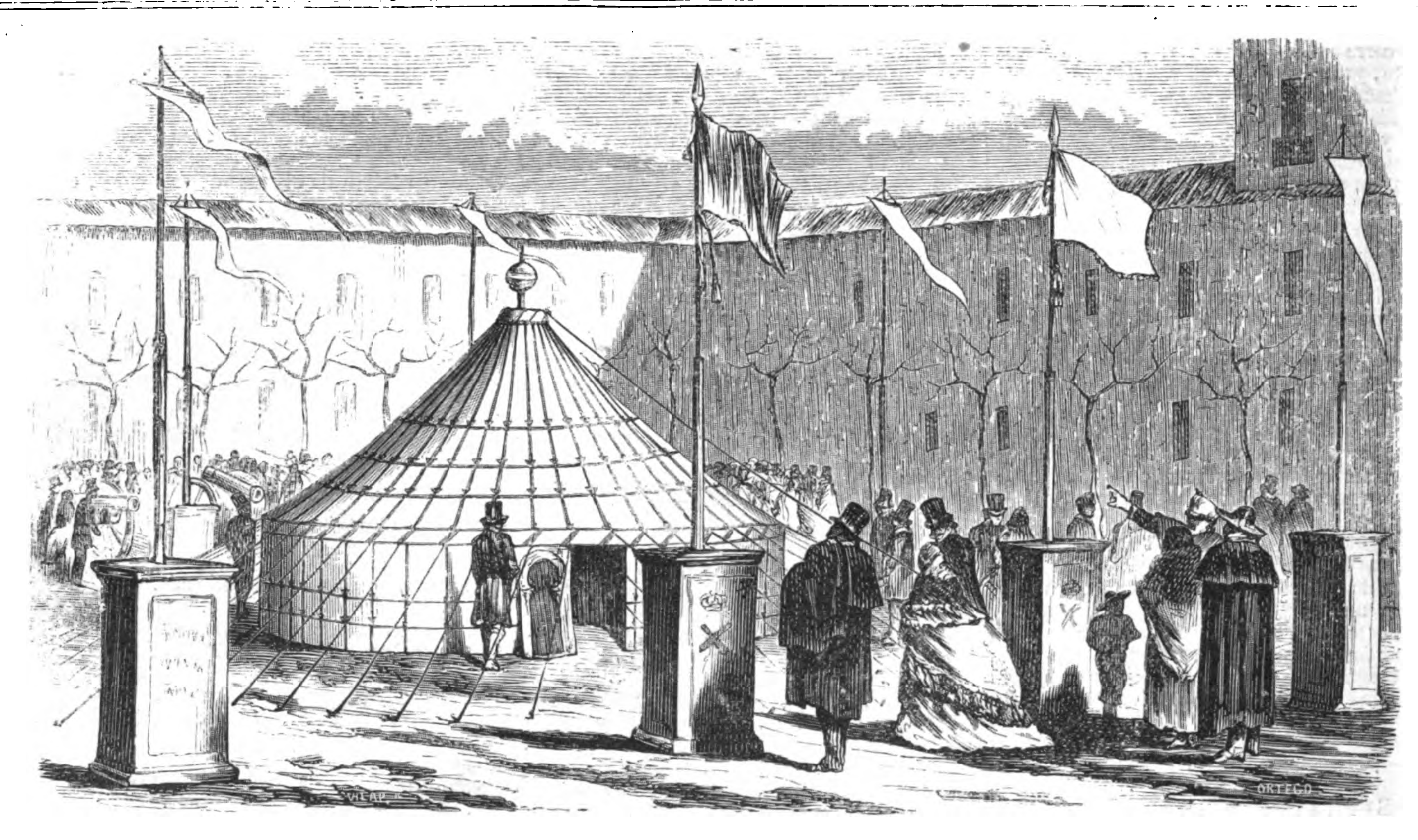
»Pero reinando los señores y pontífices de Córdoba en Mauritania, fue reedificada y puesta en mejor estado de defensa que anteriormente; con lo cual los habitantes se hicieron ricos y opulentos.

»El territorio es fértil en granos y frutos; pero como la ciudad dista de las montañas dos millas, no hay leña, siendo esta la causa de que se recurra al uso del carbon que se trae de Larhais (Larache).

»El año 882 de la Egira fue de nuevo asaltada y tomada por los portugueses, que llevaron prisioneros á Portugal á todos los que cayeron en sus manos, entre los cuales se hallaba Mahomet, actual rey de Fez, y quien, niño entonces, fue cogido con una hermana suya de la misma edad. Allí permanecieron ambos cautivos, por espacio de siete años, pero durante este tiempo supieron aprender y retener bien la lengua del país. Finalmente, su padre pagó una crecida suma de dinero por el rescate de su hijo, quien, habiendo llegado al gobierno del reino, fue llamado con este motivo el rey Mahomet portugués, y que, andando el tiempo, intentó muchas veces hacerse señor de los portugueses; asi es que asaltó de improviso la ciudad de Arzilla, cuyas murallas hizo demoler en parte, y penetró en ella devolviendo la libertad á todos los moros que en su recinto gemian en la esclavitud.

»Pero los cristianos se retiraron al castillo, entreteniendo siempre al rey con palabras cohonestadas con la encubierta mentira de que intentaban entregarlo. Y supieron fingir tan bien, que les fue concedida una tregua de dos dias, en los cuales llegó Pedro de Navarra con muchos bajeles bien armados y una respetable tripulacion, la cual, por medio de un terrible cañoneo, obligó al rey á alejarse, no solo de la ciudad, sino á refugiarse en las alturas con todas sus tropas. Entonces los portugueses se pusieron á fortificar la ciudad, pero el rey empleó despues todas sus fuerzas para recobrarla; verdad es que sus tentativas fueron siempre desgraciadas por este lado.

»Yo me hallé presente en todos los sitios entre, las tropas



TIENDA DE MULEY-ABBAS, CAÑONES Y DOS BANDERAS, COJIDO EN LA ACCION DEL 4 DE FEBRERO.

del rey, de las cuales quedaron en el campo otros cinco hombres y mas. Estas cosas pasaron como las refiero desde el año 914 hasta el 921 de la Egira (de 1505 á 1512).»

Lemprieres no dió bastante importancia á Arzilla para describirla estensamente, y se limita á decir que esta ciudad está situada á treinta millas, es decir, á diez horas de camino de Tánger; los moros cuentan las distancias por horas, y sus mulas emplean una para andar tres millas; la longitud de un viaje se calcula generalmente con bastante exactitud por medio de esta evaluacion.

El alojamiento del doctor en Arzilla era un mísero cuarto en el castillo, falto de ventanas, y en el cual la luz no penetraba sino por tres estrechos agujeros de unas seis pulgadas cuadradas, y por la puerta que se habia incurrido en el olvido de colocar. El castillo de Arzilla es muy importante, y era antiguamente una de las barreras que defendian el Imperio; pero actualmente se halla en un estado ruinoso. Cuando Arzilla pertenecia á los portugueses, esta ciudad, con su pequeño puerto en el Océano Atlántico, era considerada como plaza fuerte; hoy, á causa de la incuria de los príncipes moros, las fortificaciones están enteramente destruidas; las casas presentan un aspecto miserable, y los pocos moros y judíos que la habitan parecen muy pobres.

De la riqueza de esta ciudad podrá formarse cabal idea, viendo á nuestro doctor reducido á tomar una taza de café con su intérprete, en el rincon de un triste cuarto, mientras en la otra estremidad sus dos soldados y su bagajero devoraban con estraordinario apetito un gran cuenco de alcuzcuz; este manjar, bien conocido hoy, despues de la ocupacion francesa de la Argelia, escitaba entonces la curiosidad de Lempriéres, que enseñaba á sus contemporáneos el modo de preparar este alimento, muy comun entre los moros, y considerado por ellos como esquisito: es una mezcla de trigo y arroz machacados, pasado al través de un tamiz de tierra, espolvoreado con especias y cocido con manteca al vapor de las viandas cocidas.

Una hora despues de la llegada de Lempríeres á Arzilla el gobernador, acompañado de las personas mas notables de la ciudad, pasó á visitarle, y le llevó, sin duda por consideracion al augusto enfermo á quien iba á curar, un presente que consistia en frutas, huevos y aves. Despues de una conversacion de media hora, que se invirtió en recíprocos cumplimientos, el gobernador se despidió y le dejó descansar.

No tardó en esparcirse por la ciudad la noticia de la llegada á ella de un médico europeo; así es que Lemprieres vió interrumpido muy temprano su sueño por multitud de enfermos cuyo estado era deplorable. Muchos eran ciegos, otros paralíticos y algunos padecian añejas enfermedades crónicas. En vano intentó persuadir á aquellos desgraciados de la verdad de que el médico no puede curar males incurables, pues nada pudo hacerles renunciar á la elevada idea que su ignorancia les habia hecho formar del saber del doctor. Como todos aquellos infelices consideraban á los médicos europeos como capaces de curar toda clase de enfermedades, le alargaban la mano para que les tomara el pulso, y le pedian les restituyese la salud, como si esto dependiera completamente de él.

La continua importunidad de tantos enfermos, que hablaban todos á la vez, era tan molesta, que el doctor se vió obligado, para librarse de tal plaga, á mandar á sus dos soldados negros que hiciesen centinela á la puerta de su cuarto. Realmente era para él un espectáculo doloroso el verse rodeado de tantos seres abrumados por sus dolencias, y que le imploraban un auxilio que no podia prestarles, no teniendo, por lo demás, ni siquiera el tiempo necesario para intentar su alivio, mediante la administracion de algunas medicinas. Durante estas consultas, el gobernador de Arzilla hacia reparar la tienda de nuestro viajero; pero esta reparacion se hizo tan á costa de sus dimensiones, que cuando llegó el caso de servirse de ella, se vió que á nadie mas podia cobijar que á Lemprieres y su intérprete.

El 2 de octubre la caravana continuó su marcha, y despues de haber andado treinta y dos millas y atravesado el ancho y tortuoso Lucos, llegó á las cuatro de la tarde á Larache, en donde este rio desemboca en el Océano.

Al llegar á Larache (1), Lemprieres fue presentado al gobernador, que era un hermoso negro, el cual le trató con la mayor consideracion, y le hizo dar una habitacion en el castillo, que estaba en mucho mejor estado que el de Arzilla. Larache estuvo en otro tiempo bajo la dominacion española. La ciudad pareció á Lemprieres de mediana estension y regularmente edificada. Está situada á la embocadura del Lucos, sobre un declive suave. Las agradables inmediaciones del rio, el considerable número de palmeras y de toda clase de árboles irregularmente plantados que la rodean, presentan un aspecto muy pintoresco. La naturaleza, no desfigurada ni contrariada allí, se ostenta en todo el lleno de su hermosura. Aunque la ciudad está irregularmente fortificada, está, sin embargo, bastante bien defendida por un fuerte y dos baterías. Sus calles están empedradas, y la plaza, rodeada de pórticos de piedra, es bastante agradable. De todas las ciudades que Lemprieres vió en Berbería, Larache es la que le pareció mas aseada y culta, esceptuando, no obstante, á Mogador. Los buques tienen la ventaja de poder ser carenados en la ciudad y de tener en ella seis almacenes; pero el puerto carece de condiciones para la construcion de naves. La profundidad del rio aprovecha á los buques del emperador para invernar en él, siendo este el único puerto del Imperio donde se hallan seguros durante los temporales. En la época en que Lemprieres lo visitó, las arenas habian formado ya á su entrada un banco que aumentaba notablemente todos los años, y estaba próximo á quedar obstruido dentro de un breve espacio de tiempo, como el de Tánger empezaba ya á estarlo.

Habiéndose lastimado gravemente una de las mulas de nuestro viajero, este se vió obligado á pasar un dia en Larache para procurarse otra. Habiendo cundido la noticia de su llegada, su aposento se llenó de tal manera en pocos instantes, de enfermos, que se le hubiera podido tomar por una sala de hospital.

(1) Larache era llamada Lharais en el siglo XVI, y estuvo bastante poblada hasta el momento en que los cristianos se apoderaron de Tánger y Arzilla; desde entonces estuvo desierta y despoblada por espacio de veinte años. A principios del citado siglo, el hijo del rey de Fez, á quien á la sazon pertenecia, la hizo fortificar y la pobló de nuevo, levantando una fortaleza que contenia en dicha época, una guarnicion de doscientos infantes y trescientos soldados de caballeria. Esta ciudad, rodeada de grandes bosques, en los que los leones y las fieras vagaban á su placer, hacia con Arzilla y Tánger un considerable comercio de carbon, y en las cercanías se recogia mucho algodon.

Dejemos ahora al médico hablar de las enfermedades que con mas frecuencia tuvo ocasion de observar, durante su estancia en Marruecos.

«El hidrocele, tan comun en estos paises, parece ocasionado en gran parte por la demasiada holgura de los vestidos y la distension de las fibras, producida por el escesivo calor del clima. Y de este es tambien una consecuencia la oftalmía: la contínua fatiga que los ojos esperimentan, á consecuencia del reflejo del sol sobre las casas, enteramente blancas, y los trajes de los moros, poco á propósito para preservarles de un sol abrasador, son igualmente la causa de estas dolencias.

»Carecen, ademas, del recurso de los quitasoles, cuyo uso les está prohibido, pues solo el emperador tiene el derecho de usarlo.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El pelo de la dehesa se cae recorriendo el mundo.



Los señores suscritores que lo están tambien á la *Historia de España*, han recibido el tercero y último tomo el 1.° de marzo.

Los suscritores al *Año Cristiano* han recibido el tercero el 1.° de marzo.

Los suscritores á la *Biblia* recibirán el tercero el 8 de marzo.

Los suscritores á las *Obras de Chateaubriand* han recibido el tercero y último el 1.° de marzo.

Los suscritores á los *Tres Reinos de la Naturaleza* han recibido el cuarto el 1.° de marzo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 11. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 11 DE MARZO DE 1860.

Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Bastante tiempo ha pasado desde que se interrumpieron las conferencias pacíficas entre el general en jefe y el príncipe Abbas; pero hasta el presente ningun suceso de importancia ha ocurrido en Africa en la parte ocupada por nuestras tropas. Antes de emprender su movimiento sobre Tánger, el general en jefe ha querido proveerse de todo el material necesario en víveres, municiones, pertrechos, etc., con una abundancia tal, que no dé motivo á temor alguno y asegure completamente el éxito de las operaciones. Segun las apariencias se trata de trasladar la base de estas al *Fondac* ó venta entre los caminos de Tánger y Fez, punto estratégico que unos creen deberá tomarse á viva fuerza por estar ocupado por los moros y otros opinan que será fácilmente y casi sin resistencia conquistado. Desde allí el general O'Donnell dirigirá sus fuerzas contra Tánger si antes no se ha ajustado la paz.

Porque no debemos ocultar que en toda la semana anterior han corrido rumores pacíficos y aun se ha abogado por la conveniencia de abandonar á Tetuan y á Sierra Bullones. Un periódico ha dicho que Tetuan no valia lo que la aldea mas miserable de España, y que Sierra Bullones era un terreno completamente estéril, y ha opinado que toda esta esterilidad debíamos cambiarla por Mogador que es un puerto en el Atlántico acariciado por las brisas del Zahara y muy abundante en colmillos de elefante y otras preciosidades.

Dejar á Tetuan á los ocho dias de haber puesto su conservacion por base de las negociaciones de paz, no parece probable ni en ciertas circunstancias nos pareceria posible. Por lo demás, la vega de Tetuan fertilizada por una abundantísima corriente de agua navegable en cierta estension desde su embocadura, refrescada por el ambiente de las montañas pobladas de árboles frondosos, cubierta de huertos magníficos y ostentando la mas lozana y variada vegetacion, no puede llamarse un terreno estéril, como tampoco Sierra Bullones llena de bosque negro, en su mayor parte tan propio para la construccion, y de alcornoques tan estimados por la industria. Confesamos que Tetuan no es París ni siquiera Madrid; que no tiene bulevares, ni Prado, ni Fuente Castellana, ni calle de Alcalá, ni Carrera de San Gerónimo, y que si esperábamos encontrar algo que se pareciera á esto en una ciudad moruna, tenemos razon en llamarnos á engaño y quejarnos de la perfidia de los marroquíes, que ponderándonos su odalisca recostada en medio de jardines, nos han hecho tomarla creyendo que valia la pena. Pero en cambio Tetuan es una ciudad de treinta y cinco mil habitantes, todos materia imponible, como diria un hacendista, situada en ventajosa posicion para el comercio con el interior y para establecer relaciones de todo género en el país, no menos que para enlazar las demás posesiones españolas de la costa del Mediterráneo.

En cuanto á Mogador no le desechamos, pero podemos tenerle cuando convenga; no así Tetuan que costaria mucha sangre siempre que se quisiera tomar.

Hemos querido restablecer los hechos acerca de Tetuan y Sierra Bullones, y por lo demás, dejamos á los periódicos políticos discutir las condiciones de la paz.

Las únicas operaciones que han llamado la atencion estos dias, han sido las de la escuadra que al mando del general Bustillos ha bombardeado los puertos de Larache y Arzilla. El general Bustillos ha dado ya el parte detallado de estas operaciones: el bombardeo de Larache se verificó el 25, treinta horas despues de haberse roto las negociaciones de paz, y el de Arzilla el 26. Los habitantes de este último punto abandonaron la poblacion que quedó bastante mal parada: el fuego sobre Larache, aunque eficaz, no le fue tanto como el de Arzilla por el mal estado del mar que balanceando contínuamente los buques dificultaba sobre manera la puntería. Los moros tenian en Arzilla once cañones y en Larache treinta y cinco, cuyos fuegos causaron algunas, aunque leves averías en los buques, y un muerto y once heridos en las tripulaciones. Por último, en el parte del general Bustillos se leen estas palabras que hacen su elogio:

«V. E. comprenderá que me ha contrariado en estremo verme obligado por las circunstancias insuperables á prescindir del ataque á Rabat. Por dos veces tuve mi rumbo en aquella direccion, y dos veces me forzó el tiempo á variar.

»Tal vez no faltará quien juzgue que no debí emprender el ataque con la gran mar del Noroeste que tuve en Larache; pero yo consideré de mi deber verificarlo, aunque aquella circunstancia me colocara en condiciones desventajosas, para que tuvieran principio las hostilidades marítimas inmediatamente despues de romperse las negociaciones de paz, no considerando conveniente retirarme de la vista del enemigo sin batirlo, y porque segun la opinion de los dos prácticos que tenia á bordo, seria muy difícil hallarlas mejores en la presente estacion.»

Siguen los donativos y el entusiasmo en las poblaciones por la guerra de Africa. Nuestros hermanos de Ultramar han dado una prueba de su patriotismo, enviando cuantiosos fondos y efectos de todas clases para el sostenimiento de los que pelean por la causa nacional. Las islas de Cuba y Puerto-Rico se distinguen en este movimiento entusiasta y han empezado ya á llegar los caudales y objetos ofrecidos por suscricion. En Buenos Aires se ha querido formar un batallon que viniera á compartir la gloria de nuestro ejército y en todos los demás puntos de América de un modo ó de otro los españoles se muestran animados del mismo espíritu. Enviámosles desde aquí la espresion de nuestra viva gratitud.

Ya han llegado á Alicante y están para llegar á Madrid los cañones cogidos en la Alcazaba de Tetuan. Uno de ellos, segun la inscripcion que tiene, perteneció al desdichado rey don Sebastian de Portugal que le perdió en la sangrienta jornada de Alcazarquivir. Mucho celebraríamos que el gobierno, como muestra de atencion y aprecio á nuestros vecinos los portugueses, les devolviera ese cañon que para ellos debe ser un recuerdo precioso aunque de *saudosa* memoria. Nosotros propondríamos que se nombrara una comision que pasara á Lisboa á hacer la entrega ó bien que se invitara al gobierno portugués á que enviase una para recibirlo.

Mr. Hermann sigue *haciendo furor* entre los aficionados á los espectáculos de juegos de manos. Ya hemos hablado de su mérito en este género. Dícennos que tiene otro mayor, y es su caridad con los pobres: le damos la enhorabuena.

La otra noche se estrenó en el teatro de Oriente la ópera *Roberto Devereux* con un éxito bastante mediano, á lo menos en el segundo y tercer acto. En el primero se aplaudió á la Grissi, y á Mario, á pesar de hallarse bastante ronco. Squarcia y la Calderon hicieron lo que pudieron para contribuir al buen éxito de la ópera. Ya hemos dicho antes, que fue mediano.

El mal apóstol y el buen ladron continuan atrayendo concurrencia al teatro del Circo. El desempeño mejora,

lo cual prueba cuán necesarios son los buenos y prolongados ensayos para todo.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

I.

Una profunda aversion á la medianía en las artes es el rasgo mas característico de los hombres de buen gusto, y este sentimiento puede convertirse en pasion hasta degenerar en la mas ruda intolerancia. Uno de nuestros autores contemporáneos mas insignes llamaba *execrables* á los medianos poetas; y otro, de igual talento y no menos depurado criterio, los atormentaba con delicados epigramas. El diverso sesgo que en estos dos hombres eminentes tomaba la espresion de un sentimiento único, habia sido ya presentado en la escena por el discretísimo autor de la *Comedia nueva*. Don Pedro y don Antonio, caracteres magistralmente dibujados, conocen igualmente las ridiculeces literarias; pero don Pedro se aburre y don Antonio se divierte obedeciendo á sus opuestas genialidades.

¿Por qué ha venido este recuerdo á nuestra memoria al emprender con justa desconfianza el presente ensayo? —Porque, al hallarnos en frente de un eminentísimo ingenio; al sentir el vacío de nuestra escasa autoridad literaria; bajo el peso de esa influencia avasalladora que impone á la vez admiracion y respeto, nos alienta la idea de que aquellos doctos varones, tan intransigentes con las producciones vulgares, fueron los primeros que saludaron en las obras de Hugo el advenimiento de un verdadero poeta. De *Nuestra Señora de Paris*, decia el señor Gallego, que no admitia comparacion sino con el Quijote.—Por lo demás, ¿quién pone hoy en duda que el autor de las *Hojas de Otoño* es el primer poeta de Francia y uno de los primeros del mundo...?

Victor Hugo ha unido su nombre á una gran revolucion en el arte, y aun algunos lo creen su autor único y esclusivo. Esta opinion es á todas luces errónea. El romanticismo es mas viejo que Victor Hugo: campea lozano en nuestro antiguo teatro, se remonta á épocas vulgarmente tenidas por clásicas, y, si hubiéramos de ceder al deseo pueril de los que buscan la personificacion de cada época en un nombre propio, Calderon y Shakspeare, esas dos imperecederas grandezas, acudirian involuntariamente á nuestra pluma.

¿Pero existe en realidad el romanticismo? ó en otros términos, ¿pueden admitirse dos géneros en las artes? Permitásenos una breve digresion, no agena de todo punto á nuestro propósito.

Si el arte tiene por objeto la imitacion de la naturaleza, es inadmisible la existencia de dos géneros. La naturaleza es invariable como el corazon del hombre: solo las formas de la sociedad esperimentan modificaciones; y aun suponiendo que la naturaleza cambiase, los principios de la imitacion continuarian siendo los mismos. Poco importa que yo pretenda pintar un paisaje, un interior ó un retrato: las reglas del dibujo, del claro oscuro, de la perspectiva son las mismas. No hay, pues, mas que un solo género en las artes. El romanticismo es una ilusion ridícula.—Esto dice con profunda conviccion la escuela clásica.

Pero ¿cómo es que un género sin fundamento ha podido avasallar los sentimientos del público? Toda opinion que agita á cierto número de hombres indica una necesidad social, mas ó menos vaga. El romanticismo no ha de ser la única escepcion de la regla.—Penetremos algo mas en nuestro exámen.

Hay dos maneras de imitar la naturaleza: la copia servil y la imitacion embellecida. El arte oscila constantemente entre ambos límites. Acercándose demasiado al de la imitacion exacta, se espone á reproducir la fealdad y á escitar la repugnancia: si la imitacion es demasiado ideal, producirá la frialdad ó el fastidio.

Hubo un pueblo en quien lo ideal y verdadero parecian casi tocarse y confundirse.—Clima apacible, suelo cubierto de flores, religion que prestaba un alma á la materia; pasiones primitivas, costumbres sencillas y nobles; lengua melodiosa llena de frases musicales; facciones, trajes, todos los accicentes de la forma tan bellos cual si la pintura hubiera trazado su modelo; en fin, los sentimientos de familia, de patria, de libertad, ennobleciendo y elevando los caracteres... Esta era Grecia: allí tuvieron su cuna las artes. ¿Cómo no habian de alcanzar la perfeccion que hoy desespera? Allí el arte no tenia que hacer mas que escoger y copiar: esto bastaba á los artistas para ser sublimes. Los griegos no tenian, en punto á ideal, el mismo gusto que nosotros: para ellos era una combinacion feliz de sencillez y grandeza.

Los pueblos del Norte que invadieron la Europa esclavizada distaban ya mucho de esa sencillez poética: la mejor prueba es la complicacion de sus leyes. ¿Como se ha de encontrar el bello ideal en unos pueblos donde la rapiña está consagrada en los códigos? ¿en esa edad media, triste mezcla de ferocidad y corrupcion, en que se confunde el elemento bárbaro y el romano; en que al natural halago de las afecciones tiernas sustituyó el dominio de las pasiones atroces: en que se desconoció de todo punto la moral; la fuerza física y brutal usurpó el lugar del derecho; olvidóse el nombre de la libertad y la patria; la servidumbre y la esclavitud doméstica sirvieron de base á una sociedad ficticia: degeneró el amor en pasion frívola ó bestial; desapareció la religion bajo prácticas absurdas; y la heregía, el cisma, las guerras insensatas cubrieron de sangre la superficie de la tierra? Si en los antiguos todo era belleza y armonía, en la edad media todo era confusion y desórden. Los combates se suceden sin interrupcion y no conmueven la imaginacion ni enternecen el alma; y es porque en todos aquellos sucesos hay cierta estraña mezcla de ferocidad y ridículo, mezcla horrible que aleja toda simpatía con unos hombres tan desfigurados por las costumbres. El vestido, los nombres, el lenguaje de estas gentes, todo, hasta las facciones mismas de sus rostros, contrasta con los tipos de perfeccion ideal que nos habíamos acostumbrado á admirar en los griegos.

De estas dos épocas, tan opuestas entre sí, han tomado orígen dos diferentes escuelas. La clásica, pura y regular en sus formas, vive de la armonía que aspira en el mundo helénico: el romanticismo se alimenta de los contrastes de grandeza y ridiculez que caracterizan y afean á la edad media.

Cuando el torrente de las poblaciones del Norte dejó de correr para asentarse en el seno de Europa, cada pueblo, cada sociedad naciente inventó y se adaptó una especie de poesía. La española y provenzal fue una imitacion de la de los árabes; los italianos imitaron á los provenzales; Francia tuvo sus *trouveres*, émulos de los trovadores: Inglaterra y Alemania siguieron este movimiento. Pero la marcha habria sido muy pausada y esas literaturas habrian prolongado muchos siglos su infancia, si el tracto del tiempo no hubiese sacado á luz los modelos de literatura antigua sepultados en los claustros. Italia, que era enteramente latina, y habia recogido en su seno los talentos fugitivos de Grecia, debió ser la primera que se consagrase de nuevo al estudio de las obras maestras de la antigüedad clásica. Al descubrir los magníficos tipos en que se revela la verdadera belleza, se despertó en su alma un afan de imitarlos que sofocó hasta la última tradicion de la edad media.

Entre tanto los españoles é ingleses, alejados del foco del renacimiento literario, obedecieron débilmente á su influjo, y, en sus romances, poemas y tradiciones populares, hallaron la fuente de una poesía nacional que no desdeñó á su vez la alianza con la clásica. Pero, en el fondo, la literatura de ambos pueblos, marcada con el sello de una originalidad vigorosa, se distingue por esa ruda virilidad que imprime la imitacion *directa* de la naturaleza, participando de la exageracion y desórden que distingue á las literaturas de la edad media.

La Francia es un pueblo burlon y naturalmente antipático á la poesía grave; no conserva ninguna tradicion de poesía que, con propiedad, pueda llamarse seria. Ronsard, que es su primer poeta de este género, es un imitador fanático de los antiguos. Su literatura, original, libre, espontánea, entregada á sí propia, es la espresion de la malicia y alegría de su carácter. La seriedad no es indígena en Francia: la poesía grave es una imposicion de los sabios y el siglo de Luis XIV fue la dictadura intelectual de algunos grandes genios.—

La consecuencia de estos ligeros apuntes, es que el romanticismo trae una fecha mas antigua de lo que se cree generalmente. Considerado en sus desenvolvimientos históricos, tiene su punto de partida en la edad media: mirado bajo el aspecto artístico, ó de la forma, es la contraposicion ó antítesis del arte griego. En ambos casos, su iniciacion corresponde á la época literaria que coincide con la infancia de los pueblos modernos, desde que, subyugados por las razas del Norte, comenzaron á disfrutar de vida propia.

RICARDO DE FEDERICO.

RECUERDO HISTORICO

DE LA TOMA DE HÁBITO EN EL CONVENTO DE SAN ANTONIO DE GRANADA, HECHA EN 1786 POR EL NOVICIO SCHERIF DE MENDOZA, LEGÍTIMO HEREDERO DEL TRONO IMPERIAL DE MARRUECOS (1).

En los primeros dias del mes de marzo del año de 1786, se preparaba en las silenciosas celdas del convento de religiosos menores descalzos de San Francisco de la ciudad de Granada, uno de aquellos ruidosos acontecimientos que la posteridad entrega pronto al olvido, pero que al verificarse embargan la atencion de los contemporáneos y dan lugar á mil diversas y peregrinas conjeturas.

Hallábase en su celda el padre guardian, Fray Antonio Aguilera, y con trémula pluma, que demostraba el gozo de que estaba poseido, escribia precipitadamente al padre fray Salvador de Molina, maestro provincial de San Pedro de Alcántara, la novedad tan impensada como plausible de pedir el hábito de la religion nada menos que un sobrino del emperador reinante en Marruecos, sucesor legítimo y directo del trono de aquel imperio.

«El señor don Antonio Carrillo de Mendoza (decia el »padre guardian al maestro provincial) intendente de »esta ciudad de Granada y su reino, tutor por S. M.—Dios »le guarde—de dos jóvenes que dicen ser sobrinos del em»perador de Marruecos reinante y nietos del antecesor, »y están estudiando en el colegio de San Miguel de esta »referida ciudad, me presentó al mayor de ellos, que se »llama don José Scherif de Mendoza y Rubio, diciendo »que pretendia vestir el hábito para el coro en esta nues»tra provincia, y que habia hecho con él cuantas espe»riencias eran posibles y que constaba de su verdadera »vocacion.

»A instancias eficaces de dicho pretendiente concedió »el señor intendente se quedase en este convento para »que tocase mas de cerca el estado que intentaba abra»zar, y yo me consentí en ello con anuencia de NN. PP. de »provincia.

»Desde el primer dia de cuaresma sigue todos los ac»tos penales como si fuere un novicio con ejemplo de toda »esta comunidad. El señor intendente va á dar parte al »rey de la resolucion de este mozo, y yo la doy á V. G. »como es de mi obligacion para que me mande lo que »debo hacer.

»Convento de San Antonio de Padua de franciscanos »descalzos de Granada y marzo 7 de 1786.»

La satisfaccion con que recibia fray Salvador de Molina tan inesperada noticia, bien se deja entender por el auto de consulta que en su convento de San Diego de Cartagena, espedia el 10 del propio mes, para el reverendísimo padre comisario general fray Antonio Josef Salinas, suplicándole encarecidamente le comunicase sus instrucciones á fin de proveer con prontitud y acierto sobre semejante negocio que debia llamar la atencion del mundo católico y acrecentar el prestigio de la religion franciscana. *Caso bien raro nunca visto en la religion y portento de mucho honor para el santo hábito*, se llama á la piadosa pretension del jóven descendiente de la casa imperial de Marruecos, en las primeras cartas que mediaron entre el padre provincial de San Pedro de Alcántara y el comisario general, para establecer el modo como debiere lograrse de Su Santidad la dispensa necesaria, pues una de las constituciones del papa Gregorio XIII, declaraba del todo inhábil para la entrada en su religion al que descendiese de judío, de herege ó mahometano, y en este último caso se hallaba el pretendiente Scherif de Mendoza. En efecto, el jóven Scherif, nacido en Marchena, era hijo de don Josef María Cayetano Scherif de Mendoza, hijo del emperador de Marruecos reinante en 1740.

Sin embargo, las continuadas instancias que se hicieron, las reiteradas súplicas del pretendiente, el interés que su vocacion inspiró en principalísimas personas, todo concurrió para que el rey escribiese desde Madrid á 11 de abril del mismo año de 1786, al arzobispo y al intendente de Granada, aprobando las disposiciones hasta allí tomadas respecto del devoto Scherif, permitiendo que pudiese tomar el hábito en el convento de religiosos descalzos de San Pedro de Alcántara, y encargándoles estuviesen á la mira para que el novicio recibiera toda clase de auxilios hasta que llegase el caso de profesar. Y no podia ser otro el comportamiento de Cárlos III, de aquel gran rey que sabia procurar á sus súbditos la manera de conservarse en paz y no carecer de medios de subsistencia. Por motivos que fácilmente podrian esplicarse, ya hacia tiempo que protegia al jóven Scherif y su hermano, pues les educaba como hemos visto á sus reales espensas en el colegio de San Miguel de Granada: ahora, no obstante, consumaba su obra bienhechora, permitiendo que el descendiente del legítimo emperador de Marruecos, por cuyas venas corria la sangre de los eternos enemigos de la cristiandad, entrase en un convento en donde de dia y de noche no iba á hacer otra cosa que rogar al Salvador de los hombres por la conversion de los infieles, sus mismos hermanos.

Continuando el señor don Josef Francisco Scherif de Mendoza en su verdadera vocacion, reiterando sus instancias, y obtenido el real permiso del monarca, determinó la comunidad admitirle bajo la protesta de impetrar de Su Santidad todas las dispensas necesarias para hacer válida su recepcion, profesion, habilitacion para recibir las sagradas órdenes, y últimamente, para obtener los oficios y dignidades de la religion franciscana. El noviciado no tardaba en inaugurarse en el convento de San Antonio de Granada.

Eran las diez de la mañana del dia 3 de mayo de 1786, y la noticia de que al fin se admitia como novicio el sucesor directo al trono de Marruecos, habia agolpado á los granadinos con sus vistosos trajes y su carácter siempre jovial y bullicioso á los alrededores de la iglesia en donde iba á tener lugar un acto tan importante. El arzobispo, acompañado del intendente, de otros muchos señores de la nobleza y de infinitas gentes, fue recibido por la co-

(1) Todas las noticias y todos los datos contenidos en el presente artículo, son históricos y están escritos en vista de los documentos originales reunidos el año de 1786 en Granada con el siguiente título: *Autos de informacion y diligencias que se practicaron para que vistiese nuestro santo hábito en esta provincia de San Pedro de Alcántara de religiosos menores descalzos de N. P. S. Francisco, para el estado del coro, el señor don Josef, María, Francisco Scherif de Mendoza, Rubio y Guerrero, sobrino segundo del emperador actual de Marruecos, y nieto del último que legítimamente ocupó aquel trono.*—Forman un tomo en folio de unas noventa hojas en papel y letra del siglo XVIII, con firmas, rúbricas y sellos auténticos que conserva uno de los individuos de la misma familia Scherif.



munidad que le acompañó al presbiterio, en donde estaba ya preparado el sitial y aparador con todo lo necesario para la funcion solemne. El altar mayor y lo restante del templo estaba adornado con gusto y riqueza, y todo el templo se hallaba primorosamente iluminado. Vistióse el arzobispo de medio pontifical, el mas precioso que tenia, y habiendo cantado la comunidad al órgano el himno *Veni Creator*, estando presente de rodillas delante de Su Ilustrísima el referido pretendiente le pidió el hábito de la religion franciscana. El arzobispo, dándole tratamiento de *Señoria*, y usando de las facultades que tenia delegadas, le concedió la gracia y se le vistió con las ceremonias de costumbre. Hizo despues una exhortacion muy al caso, elogiando la seráfica religion de aquella provincia de San Pedro Alcántara, y despues de entonarse un solemne *Te Deum* salió la comunidad á despedir á Su Ilustrísima y demás concurrentes.

Llevaba, sin embargo, ya el Scherif medio año en el noviciado (contando escasos años al tomar el hábito) y por mas oficios que se habian escrito, por mas diligencias que se practicasen ni se lograban las dispensas de Su Santidad, ni se obtenian las noticias y antecedentes relativos á su familia, por los cuales constase su verdadera pertenencia á la casa imperial de Marruecos y los motivos por los cuales sus padres hubiesen venido á España.

Al fin, despues de prolijas investigaciones, despues de largas y pesadas informaciones y diligencias, no solo se obtuvieron las noticias apetecidas, sino la posesion de documentos que garantizasen la procedencia imperial de fray Josef Scherif de Mendoza. Entre éstos últimos, que hemos visto originales, son acaso los mas interesantes la partida de bautismo del padre del novicio, natural de Tetuan, hijo de Sidi-Ahamet-Mohamed Benhelima-Scherif y de Mohaymana-Scherifa, de edad de veinte y ocho años, el cual habia sido catequizado é instruido en los misterios de nuestra Santa Fé Católica de órden del vicario eclesiástico de la villa de Madrid y su partido, doctor don Manuel Fernandez de Torres. Llamábase Sidi-Mohamed-ben-Hamet-Scherif, y recibió el nombre de Joseph, María, Cayetano, Tomás, casándose despues con una dama española.—El breve de Su Santidad borra todas las manchas y notas del linaje del novicio por traer el orígen de mahometanos, y le habilita para recibir todas las sagradas órdenes, incluso el presbiterado y obtener todos los oficios y dignidades de la Orden, escepto el generalato.—Por último, es documento muy curioso el traslado de una representacion que acompaña á los Autos *de informacion* que nos facilitan estas noticias, representacion que elevó á S. M. don Joseph, María, Cayetano Scherif de Mendoza, padre del novicio fray Joseph, con la cual hizo constar, segun testimonios justificados su ilustre descendencia y legítimo derecho al trono de Marruecos, nacimiento y méritos contraidos en estos reinos de España.

Pero referir los hechos de armas con que se distinguieron en Marruecos los antepasados del converso Scherif, padre del novicio, las vicisitudes porque pasaron hasta que tuvieron que renunciar al derecho á la corona en favor de Muley Abdelá, el afecto que el mencionado converso profesó siempre á los cristianos, los servicios que prestó á los españoles, los cargos que obtuvo y los destinos que le encomendó el rey de España una vez bautizado, colocando ademas á sus hijos en un colegio, serian detalles y noticias que podrian interesar algun tanto á nuestros lectores, pero que escederian de los límites á que en este recuerdo histórico debemos ceñirnos.

No nos hemos propuesto mas que dar á conocer el singularísimo hecho de tomar hábito solemnemente y con verdadera vocacion cristiana, en un convento de frailes españoles, uno de los descendientes de la rama imperial de Marruecos, por cuyas venas corria acaso sangre del mismo falso profeta Mahoma. Porque no sin probabilidad de acierto podríamos remontar la familia Scherif que reinó en Marruecos, hasta el mismo Mahoma, del modo siguiente:

Scherif.
Alí.
Mohamed.
Alí.
Yussuf.
Alí.
Hassen
Muhamed.
Hassen.
Kásem.
Muhamed.
Abulkassem.
Muhamed.
Hassem.
Abdallá.
Muhamed.
Aarafat.
El Hassen.
Abubekr.
El Hassen·
Ahméd.
Ismail.
El Kassem.
Muhaméd.
Abdallá el Kámel.
Hassan el Meschna.
Hassen es Sébet, *hijo de*
Alí ben Abutaleb *y de*
Fáthma ez Zohra (la Perla),
hija de
MAHOMA.

Hé aquí el árbol genealógico del novicio Scherif de Mendoza, legítimo heredero del imperio de Marruecos, segun los documentos justificativos y las diligencias que se practicaron para que vistiese el hábito en el convento de San Antonio de Padua de Granada.

MULEY DRID,
7.° abuelo de fray Joseph, novicio,
ocupó el trono de Marruecos en tiempo que los moros eran
dueños de las Andalucías.

MULEY DRIS,
(tataranieto del antecedente
Muley Drid) fue tercero abuelo del novicio, y
reinó.

MULEY YS-MAYN,
su hijo segundo abuelo del novicio),
reinó.—Este tuvo cuatro hijos que empuñaron el cetro
en los términos siguientes.

MULEY ABMALEC.
1.er hijo,
sucedió á su padre.

MULEY ALMUDI,
2.° hijo,
sucedió á su hermano.

MULEY ALMOSTADI,
3.er hijo
(este fue abuelo del novicio) y
sucedió á su hermano
Muley Almudi (1).

SIDI MOHAMET BENHAMET
SCHERIF,
hijo del antecedente (y
á quien le tocaba por derecho
la corona) Este es don
Joseph María Cayetano
Scherif, padre del
novicio.

FRAY JOSEPH MARIA,
novicio, primogénito
del antecedente, y legítimo
heredero del
trono.

MULEY ABDELÁ,
4.° hijo.
Se reveló contra su hermano
Muley Almostadi, y le
despojó del trono.

MOHAMET BEN-ABDALLA
hijo del rebelde Muley
Abdelá, emperador por la
usurpacion de su
padre.

MULEY MAYMON,
su hijo, y nombrado por su
padre para sucederle
en el
trono usurpado.

Por haberse rebelado Muley Abdelá contra su hermano Muley Almostadi (abuelo del novicio) y á quien usurpó el imperio, recayó el cetro no en su hijo Sidi-Mohamet-ben-Hamet-Scherif (don José María Cayetano, padre del novicio) á quien legítimamente tocaba la corona; sino en Mohamet Ben-Abdallá que reinó por ser hijo del rebelde Muley Abdelá.

De lo cual se infiere que siendo el padre del novicio, hijo del emperador que antecedió al rebelde, le tocaba por derecho la corona y no á su primo-hermano que por sucesion tiránica empuñaba el cetro de aquel reino, y de aquí se deduce tambien que al novicio Scherif de Mendoza le tocaba por línea recta el trono de Marruecos.

No podemos menos de terminar este recuerdo histórico reproduciendo lo que se lee en los viajes por Africa de Alí Bey el Abassi, á saber, que la ciudad de Tafilete contiene mas de dos mil scherifes, que se consideran todos con derechos al trono de Marruecos, y por la misma razon disfrutan de algunas ligeras gratificaciones del Sultan. En los interregnos muchos toman las armas, y como Marruecos no tiene ejército, propiamente dicho, para sofocar aquellos movimientos parciales hunden el pais en la anarquía.

Desde Muley Edris que vivia en el siglo segundo de la egira ú octavo de la era cristiana, los reinos de Marruecos, Fez, Mequinez, Sus y Tafilete, fueron gobernados por varias dinastías, siempre enemigas entre sí, hasta que el scherif de Yemboa, Muley Scherif, primero de los Scherifes, se estableció en Tafilete, conciliándose por sus virtudes la estimacion de todos los pueblos, los cuales se apresuraron á someterse á sus leyes.

Al ocupar el trono Muley-Is-Mayn y Muley-Abdelá, de nuevo comenzaron los odios y las guerras. Víctima de ellas fue Sidi-Mohamet-Ben-hamet-Scherif, que viniendo á España y convirtiéndose al cristianismo, dió ocasion á su hijo Scherif de Mendoza para entrar como novicio y profesar despues en el convento de San Antonio de Granada.—Las últimas noticias que del novicio Scherif han llegado á nuestro conocimiento, se hallan comprendidas en la partida de su defuncion y enterramiento verificado el 2 de diciembre de 1844 en la misma ciudad de Granada, en donde trocó por la calma y las modestas aspiraciones del cláustro sus derechos al trono imperial de Marruecos. Esclaustrado en aquella época del convento de San Diego, bajó al sepulcro á la edad de setenta y cuatro años, pudiendo haber aprendido que si en Marruecos se derrocan los imperios y se cambian las dinastías, en España desaparecen las instituciones, por mas que hayan permanecido arraigadas en su suelo por espacio de novecientos años.

Peregrina cosa es por cierto considerar que hoy dia, mientras la nacion española se halla en guerra contra el imperio de Marruecos, y combate esforzadamente, y triunfa causando la admiracion de la Europa, que creia adormecido para siempre al fiero leon de Castilla; mientras las armas españolas avanzan hácia el corazon de aquel imperio y amenazan colocar en grave conflicto al sultan que acaba de empuñar las riendas del gobierno; peregrina cosa es por cierto considerar que viven en España nietos, y nietos cristianos, de aquel mismo scherif destronado violentamente. Probable, muy probable es que mientras se escriben estas líneas se encuentre en Madrid algun individuo de la familia del novicio scherif de Mendoza, puesto que como hemos visto tenia hermanos que, en su defecto, debian ser los herederos del imperio que ahora combatimos.

JANER.

(1) En este árbol se llama al abuelo paterno del novicio Muley Almostadi, y en el artículo Sidi Ahamet Mohamet Benhelima Scherif. Este es el nombre propio: el otro es de dignidad.

AMOR DE MONJA.

(CONTINUACION.)

XXXI.

Carlota salió del convento.

Arrebatada á Asuncion, contra la voluntad de la niña que amaba á la monja, que veia en su madre á una persona estraña, que por mas que deseaba conocer el mundo esterior, no podia separarse sin violencia de Asuncion á quien veia aterrada, asombrada, herida en el alma por aquella separacion.

Pero quien la reclamaba era su madre, lo habia probado bastantemente y no habia medio de negaria su hija.

Aquella mujer habia enviudado, y podia llamar sin temor su hija á la hija de su adulterio.

Carlota salió, pues, del convento.

Pero antes de salir hubo un detalle fuertemente doloroso para Asuncion.

La pidieron la cuenta de los gastos hechos por Carlota durante quince años.

—Que la amen mucho, que la hagan feliz, respondió Asuncion, y me habrán dado bastante.

Y luego añadió.

—Que la dejen venir alguna vez para que yo la vea y me habrán dado demasiado.

Asuncion se negó de todo punto á recibir nada, se quedó sola con un tesoro de dolor en el corazon: con un océano de amargura en el alma.

XXXII.

Y no vertió delante de nadie ni una sola lágrima, como no la habia vertido cuando murió la madre Purificacion.

Concentró todo su dolor, y para sus hermanas fue la misma que siempre, afectuosa, humilde, cariñosa.

Pero se notaron en ella grandes variaciones.

Despidió á la doncella y se quedó completamente sola, sin duda para que nadie viese su dolor.

Porque el dolor cuando es profundo, cuando es incurable, tiene un pudor invencible.

Los peroles, las cacerolas, el menaje de cobre y de laton, en fin, de la cocina, empezó á ponerse negro.

Aquello no servia.

Las hornillas estaban apagadas.

Los moldes para las flores, abandonados, diseminados acá y allá en los cajones de los muebles.

Asuncion estaba sola, sus obligaciones se habian simplificado, y para alimentarse la bastaba con la asignacion del gobierno.

Pan, agua, frutas y legumbres, eran el único alimento de Asuncion.

Enflaquecia, empalidecia, enfermaba.

Cuando atravesaba las crugias para ir al coro, se la veia detenerse, apoyarse como fatigada en la pared, con una mano casi diáfana por flaca.

Entonces se la veia alentar con pena, como necesitando mas aire que el que absorbia.

Y luego seguia lentamente su camino cabizbaja y silenciosa.

Su ascetismo se aumentó.

Enferma, desolada, con frio en el alma y en el cuerpo, sus visitas á la tumba de la madre Purificacion se hicieron sucesivamente mas largas.

Todas las noches, escepto cuando absolutamente no podia á causa de la fiebre que la devoraba, se entregaba á ejercicios ascéticos, terribles, que fue necesario que la abadesa la prohibiese por consejo del médico.

—La madre Asuncion, decia la abadesa al médico, me parece muy enferma: ha sentido demasiado su separacion de Carlota. ¿Qué enfermedad padece, don Agustin?

El médico movia tristemente la cabeza y contestaba:

—Aun pudiera tener remedio.

—Pues bien, decia con anhelo la buena abadesa: es necesario que lo tenga.

—Dios, solo Dios, contestaba don Agustin, puede curar enfermedades como la que padece la madre Asuncion.

Y no decia mas.

Al fin un dia apremiado por la abadesa, dijo.

—La enfermedad de la madre Asuncion, tiene un nombre terrible.

—¿Cuál?

—Aneurisma.

—¡Aneurisma! ¿y qué es aneurisma?

—El aneurisma es la muerte, contestó don Agustin, y salió.

XXXIII.

Las monjas son muy curiosas: como que son mujeres. Ya sabeis que la curiosidad de Eva perdió á su descendencia.

Pero cuando las monjas pueden cubrir su curiosidad con el pretesto de la caridad ó cuando de buena fe la creen caridad, su curiosidad se convierte en un espionaje feroz.

Asuncion estaba en el caso de ser observada por caridad y se la observó.

Siempre habia una esp'a caritativa que siguiese sus pasos; que observase sus acciones, que la viese en el panteon durante horas y horas, replegada en un ángulo, llorando de una manera histérica, estremeciéndose levantando la cabeza al mas ligero ruido, escuchando con ansia, como quien desea percibir los pasos de una persona ardientemente esperada.



MULEY-ABBAS, JEFE DEL EJÉRCITO MARROQUÍ, TOMADO DEL NATURAL.

Siempre habia alguna monja que mirara por un pequeño agujero que se habia abierto en un tabique de la celda de Asuncion: y entonces la observadora veia á la infeliz, pálida, enflaquecida, sentada al sol, aun en el verano, y siempre en el mismo sitio: frente al balcon, en una pequeña silla: en aquella silla, en aquel sitio, era donde acostumbraba á sentarse Carlota para hacer labor.

Asuncion tenia sobre su falda, cuando se sentaba en aquella silla una multitud de pequeños objetos.

Todos aquellos objetos, un pañuelo viejo, una cruz de plata, un relicario, una hoja de papel escrita, un libro de devociones, un rizo de cabellos rubios, todo aquello habia pertenecido á Carlota.

Asuncion examinaba aquellos objetos sucesivamente, los dejaba, los volvia á tomar, los besaba llorando, los recogia por último cuidadosamente: miraba con ansia si habia dejado olvidado alguno, se levantaba y los guardaba en un pequeño cofre.

Luego iba á arrojarse en un lecho blanco y reducido, y lloraba desconsoladamente, vuelta de rostro á la almohada.

En aquel lecho habia dormido once años Carlota.

Otras veces, cuando Asuncion hacia su frugal comida, se la veia estremecerse, y apartar el plato, y romper á llorar.

Era que el manjar que el plato contenia, era uno de los que mas gustaban á Carlota.

Este dolor, esta monomanía de amor, no puede comprenderlo mas que una madre al recordar la impresion que le ha causado el encontrar en un rincon ó en el fondo de un baul, un zapatito viejo, ó un pequeño pañuelo que han pertenecido á su hijo muerto.

A los demás debe parecerles lo que referimos acerca del dolor de Asuncion, fastidioso y monótono.

XXXIV.

Pasaron asi dos años.

Asuncion cada dia mas pálida y mas débil.

El médico mas grave, mas triste cada dia que observaba el curso de su enfermedad.


EL GENERAL PRIM Y SUS AYUDANTES. (DE FOTOGRAFIA.)

Una mañana, una hermosa mañana de primavera en que Asuncion procuraba templar al sol el frio de su alma, entró una lega de la tornera en su celda y la dió una carta.

Asuncion tomó aquella carta de una manera distraida, la abrió y arrojó sobre ella una mirada fria.

Pero instantáneamente dió uno de esos horribles gritos que salen del fondo del alma, se puso violentamente de pié, dejó caer la carta, se levantó el hábito por delante para que no la embarazase y dió á correr como una niña, riendo, llorando, loca, feliz, llena de una nueva vida.

Leamos aquella carta.

Era muy breve, pero tras su laconismo se encubria algo horrible.

Hé aquí su contenido:

«Madre: tú eres lo único que me queda en el mundo y vengo á ampararme de ti.—Carlota.

XXXV.

Asuncion, se trasladó de su celda al locutorio en dos segundos, se abalanzó á la reja interior (los locutorios tienen dos rejas separadas por un espacio como de una vara) y clavó los ojos dilatados, ansiosos, ardientes, enamorados en una jóven que estaba de pié delante de la reja esterior. Aquella jóven era Carlota.

Mas alta, mas bella que cuando salió del convento.

Pero flaca, pálida, enferma, dejando ver en su semblante la tristeza y el desaliento de la desesperacion.

Su traje era bello, elegante y aun rico, pero muy usado, y puesto con negligencia, con el desaliño que se nota en todo aquel que es profundamente infeliz.

Y además Asuncion por instinto, veia en Carlota algo que la espantaba.

—¿Vienes para quedarte conmigo? dijo con ansia Asuncion.

—¡Ah, sí, madre! contestó la niña, ¡y ojalá que nunca me hubiera separado de tí!

—No me has escrito en dos años, no he sabido de tí y me estoy muriendo.

—No he podido escribirte, madre.

—Pero te quedas ¿no es verdad?

—Si tú quieres recibirme, sí.

—¿Que si te quiero yo recibir? ¡Dios mio! ¿que si te quiero yo recibir? ¿Qué habia yo pedido á Dios y á su

TIPOS DEL IMPERIO DE MARRUECOS.



Cadi. Mujer en traje de calle. Judíos. Negociante. Arabe rico y su criado. Moro noble. Soldado ordinario de la guardia negra. Mujer en traje de casa. Mujer del pueblo Riffeño.

Santa Madre, sino verte antes de morir? ¿Pero no vendrá tu madre otra vez por ti, no es verdad?

—¡Mi madre...! mi madre ha muerto, esclamó Carlota con un acento singular, seco, horrible.

—¡Ah! nadie puede sacarte de aquí ya... ¡pero si profesas nadie podrá sacarte!

—Yo no puedo ser esposa del Señor... Yo no tengo ya pureza que consagrarle.

Y la pobre jóven cayó de rodillas, apoyó su cabeza coronada por sus hermosos cabellos rubios en la reja y rompió á llorar.

—¡Que no tienes pureza...! esclamó Asuncion sin comprender á Carlota. ¡Que no puedes ser monja!

Carlota se levantó: comprendió la atonía que se revelaba en el semblante de Asuncion, y dijo:

—Serán necesarias ciertas formalidades para que yo vuelva á entrar en el convento.

—Mi confesor, aquel dón Pedro, que ya está muy viejo...

—Sí madre, sí: ¿dónde vive?

Asuncion le dió las señas de su confesor.

—Y ahora madre, dijo Carlota, cuyas mejillas se coloraron fuertemente ¿tienes dinero? Vengo desde muy lejos, y á pesar de que he gastado muy poco en el camino... acabo de llegar y no tengo donde recogerme, ni dinero, ni alhajas, ni ropas... mas que las puestas.

—Espera, espera, dijo Asuncion; sí: tengo dinero... todo el dinero que he ahorrado en quince años para tu dote,... espera hija mia.

Y salió precipitadamente del locutorio.

—¡Mi dote de monja! esclamó tristemente Carlota: ¡Ah! ¡Dios mio!

XXXVI.

Tres dias despues Carlota, obtenidas las licencias necesarias entró de nuevo en el convento.

De nuevo vistió su sencillo traje de educanda.

De nuevo durmió, ó se acostó para no dormir sin ó con un sueño inquieto y breve en su modesto lecho blanco.

La alegría habia vuelto al semblante de Asuncion.

La alegría de la felicidad, de la paz del alma.

Volvió á tomar doncella, no para que la sirviera á ella, sino para que sirviera á su niña.

Y fue preciso que se limpiara el menaje, fue necesario reunir los dispersos moldes de flores, porque era necesario hacer dulces, adornar ramilletes, para añadir algun dinero á la asignacion.

La celda volvió á tener vida, y las buenas monjas se alegraron.

Pero no asi el médico.

—Hemos ganado, sí, dijo á la abadesa: teníamos una enferma y nos encontramos con dos: con dos enfermas incurables: el aneurisma era poco, y nos encontramos con la tisis.

(Se concluirá.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Nuestro amigo el señor Alarcon, bien conocido de los lectores del MUSEO UNIVERSAL, nos ha remitido la siguiente carta y el anterior retrato, que le agradecemos cordialmente.

Sr. director del MUSEO UNIVERSAL.

Mi muy querido amigo: acabo de pasar media hora contemplando á mi sabor á Muley-Abbas, mientras que mi amigo, el célebre dibujante francés Mr. Iriarte, copiaba la magnífica figura del vencido príncipe. Como una prueba de cariño á mis antiguos lectores, los suscritores del Museo, les mando esa curiosa imágen, la mas fiel y verdadera de cuantas se le inventen al desgraciado Emir. Ahora, por si la pluma puede añadir algun colorido á la obra del lápiz, hé aquí la impresion que me ha causado Muley-Abbas.

Figuráos un hombre alto, fuerte y recio, pero no grueso; de noble apostura, de distinguido porte y de graciosos modales. Viste el traje talar de su país: un ropaje amarillo debajo de todo; luego, una especie de túnica azul, pero de ese azul muy claro que llaman los franceses *azul de agua*: despues le cubre de piés á cabeza, un ondulante y magnífico jaique blanco de delicado merino, cuyos dóciles pliegues delinean la forma del turbante, rodean su cabeza y su cuello completamente, marcan las principales líneas de su cuerpo y flotan al fin casi rozando con la tierra, pero dejando ver unas botas de rico tafilete amarillo, bordadas de seda, sin suela ni tacon, muy arrugadas ó rizadas, y reducidas á la forma de la

pierna. Un ancho feston de seda azul sujeta la capucha del jaique sobre su cabeza, pasando una línea que á lo lejos parece una corona triunfal ó sagrada, como las que usaban los druidas. Todo este traje luce por su riqueza y por su sencillez; ni un bordado, ni un adorno, ni un hilo de oro, nada interrumpe la severidad de aquella elegante y artística figura que parece tallada en mármol griego. Solo lleva, como recuerdo, distintivo de raza ó signo de autoridad, un rosario de ámbar negro liado á la muñeca derecha, un diminuto arete de oro en una oreja y un anillo blanco egipcio en el dedo meñique de la mano izquierda. El rosario se lo saca frecuentemente del brazo, como una dama se quita una pulsera, y aspira con placer el aroma que despide.

Vamos ahora á su cabeza.

El rostro del Emir tiene todos los caracteres de la verdadera belleza meridional: recuerda al *Eliezer* de nuestros pintores valencianos. Es muy moreno, y lo parece mas por estar su semblante rodeado, como el de las monjas, por una toca de deslumbradora blancura. Su barba negra, larga y sedosa, ondula á merced del aire, y en ella blanquea alguna que otra cana. Sin embargo, el príncipe no pasará de los treinta y cinco años. Su perfil llama la atencion por la limpieza y magestad de la línea: la nariz es bien proporcionada; la frente noble; la boca un tanto africana: pero rasgada con energía y dejando ver una dentadura tan blanca y tan brillante que parece de transparente nácar. Sus ojos, negros y tristes, miran con calma y lentitud. Adivínase todo el fuego que puede llegar á animarlos, al ver la rigidez que los mantiene abiertos ó la pesantez con que se cierran; pero mientras yo lo estuve mirando, aquellos ojos parecian apagados, como si todo el calor y la vida del Emir hubiesen refluido á su corazon.

Finalmente, Muley Abbas estaba abatido, pero circunspecto: triste, pero digno y respetable: vencido, pero no domado: humillado, pero sin haber perdido el aprecio de sí propio. Conocíase que se hallaba satisfecho de su conducta, si bien disgustado de la de los demás y sobre todo de su suerte. Su humildad era resignacion: su mansedumbre, patriotismo. El vencido general inspiraba, pues, una compasion y un respeto que no deben confundirse con la piedad ni con la lástima: yo, á lo menos, al verle acariciarse la barba con aquella mano desnuda, fina y correctamente delineada; al ver sus ojos parados y como fijos en remotos horizontes; al oir su palabra viva, ligera, breve, sonora, como un eco metálico; al contemplar en fin, su grandiosa figura, tan llena de majestad y de pesadumbre, esperimenté una viva simpatía hácia aquel enemigo de mi Dios y de mi patria... Y fue acaso que lo ví con ojos de artista, y que personifiquen en él al desgraciado y valeroso Muza, á quien aman todavía en Granada los vigésimos nietos de los conquistadores de la Alhambra.

. . . .

P. A. ALARCON.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

»La lepra parece ser hereditaria; y como muchas generaciones sucesivas suelen verse atacadas de ella, este hecho puede hacer sospechar que tiene mucha semejanza con la lepra de los antiguos. Los tumores y la hidropesía que el doctor inglés observó en gran número entre los naturales, proceden, en su juicio, de su mala alimentacion, pues el pueblo no tiene para su subsistencia sino pan grosero, frutas y vegetales.

»Toda la ciencia de los médicos del país está reducida á escoger y rebuscar en antiguos manuscritos algunos remedios muy sencillos, que administran sin discernimiento. Su método habitual de tratar todas las enfermedades, es empezar por la sangría; en pos de esta vienen las ventosas, las escarificaciones y los fomentos. Tambien propinan cocimientos de diferentes plantas.

»Tienen cirujanos bastante atrevidos para practicar la puncion del hidrocele con la lanceta, y segun dice Lemprieres, hasta se atreven á batir la catarata. No he tenido ocasion de verles hacer esta operacion, durante mi permanencia en Berbería; pero uno de sus cirujanos me dijo que la habia practicado con buen éxito. El instrumento de que al efecto se servia, no era en suma otra cosa que un alambre de cobre cuya punta estaba muy aguzada.»

Los mahometanos, a pesar de su creencia en la predestinacion, recurren á la medicina en sus mas ligeras indisposiciones; tienen la mayor confianza en los médicos, lo cual, sin embargo, no les impide conceder una fe absoluta á la salutífera influencia de los encantos y amuletos.

Entre el gran número de enfermos que acudieron á consultar con Lemprieres en Larache, solo hubo uno que le diese alguna prueba de gratitud; todos los demás, lejos de gratificarle por sus desvelos, mostraban hallarse persuadidos de que le dispensaban un favor al dirigirse á él. El único moro que no le pagó con la ingratitud, era un anciano, superior al vulgo, que de tal manera supo apreciar sus atenciones hácia un ser á quien amaba mucho, que, para recompensarle, le envió al momento aves y frutas. Fue ademas á visitar al doctor antes de su partida, y le aseguró que nunca olvidaria el servicio dispensado por él á su protegido, é insistió en que aquel le prometiese que á su vuelta no iria á alojarse sino á su casa. Este ejemplo de generosidad, muy comun en los siglos XV y XVI, habia llegado á ser tan escaso entre los moros, que Lemprieres creyó debia hacer mencion de él.

El 4 de octubre, á las seis de la mañana, salió de Larache, y á las diez pasó el Clough. Aquella misma tarde descubrió las ruinas de un castillo construido antiguamente por un personaje moro llamado Darcoresy, que fue condenado por el emperador á ser decapitado y á ver destruido su castillo.

Caminando de Larache á Mamora, Lemprieres no pudo menos de admirar la hermosura de los parajes que atravesaba. El camino estaba simétricamente adornado á un lado y otro por árboles de diferentes especies, y mas natural parecia imaginar que se recorria un jardin embellecido por el arte, que uno de los mas incultos paises del mundo. Lemprieres atravesó muchas llanuras, nunca trabajadas por la mano del hombre, pero que presentaban el aspecto de las mas fértiles campiñas. A muy corta distancia del camino veia lagos de muchas millas de longitud, cubiertos de aves acuáticas, y á cuyas orillas se estendian numerosos campamentos árabes. La hermosura del dia añadia numerosos encantos á estas variadas escenas de la naturaleza. A las cuatro de la tarde la caravana llegó á las orillas de uno de estos grandes lagos, y el doctor hizo colocar su tienda en medio de uno de aquellos campamentos.

Estos están, por lo regular, lejos de las ciudades y próximos á las aldeas. Las tiendas son muy espaciosas, y están construidas con hojas de palmera y pelo de camello, sostenidas por robustas cañas, y fijadas por los lados en el suelo por medio de cuñas de madera. Las tiendas árabes se parecen, en su forma, á un sepulcro ó á la quilla de un buque vuelto hácia arriba. Son muy bajas, y generalmente están pintadas de negro. La tienda de un saik (*sheik*) ó jefe, es mucho mayor que las demás, y siempre está colocada en el punto mas culminante del campamento. Los árabes dan á estos campamentos el nombre de *douars* (*duares*). El de las tiendas varía segun el de los individuos que forman una misma familia ó una tribu. Algunos de estos *douars* no tienen sino cuatro ó cinco, al paso que en otros hay mas de ciento. Los campamentos forman un círculo ó un cuadrilongo, pero la forma circular es la mas comun. Los árabes dejan pacer sus rebaños en completa libertad todo el dia, y toman las mayores precauciones para ponerlos en seguridad durante la noche. Sus tiendas no tienen abertura hácia el Norte, sino hácia el Mediodia, evitando por este medio la accion de los vientos septentrionales, que se hace sentir bastante en los paises de que hablamos.

Los árabes que viven en estos campamentos, parecen de una raza diferente de la de los moros que habitan en las ciudades.

Merced á la educacion que reciben, y á sus frecuentes relaciones con los europeos, los segundos, que, por otra parte, son mas numerosos, son mas civilizados, pues los primeros, esto es, los árabes, por efecto de su vida nómade, no conocen otras relaciones que las que les unen a su familia y á sus hereditarias costumbres.

«Como este pueblo estraordinario, decia Lemprieres, vive siempre reunido en tribu, no se enlaza con las tribus estranjeras. Un árabe no se casa nunca sino con una mujer de la tribu á que pertenece. Y obedecen tan ciegamente esta costumbre, que á no ser pariente en un grado cualquiera, no se puede habitar en el mismo campamento.

El marido, la mujer y los hijos viven bajo la misma tienda, sobre pieles de carnero que les sirven de cama. Los hijos viven en compañía de sus padres hasta que se casan. Entonces la familia de los nuevos esposos les da una tienda, un molino de mano para moler el trigo, un gran cesto, una taza de madera y dos platos de barro, cierto número de camellos, vacas, carneros, machos cabrios y cabras, y una cantidad de cebada y trigo proporcionado á los bienes de fortuna de los padres. Una vez celebrado el matrimonio, los esposos adquieren el derecho de hacer pastar sus rebaños en la inmediacion de su tienda y labrar las tierras que la rodean.

Es bastante raro que un árabe tenga mas de una mujer. El bello sexo es, en general, muy feo en estas tribus. Así es que las mujeres que van á las ciudades, ponen el mayor esmero en ocultar el rostro, pues no quieren ser vistas por los estranjeros; estos, por su parte, deben mostrárseles agradecidos.

Cada campamento está bajo el mando de un sheik, que desempeña las funciones de juez, siendo el quien dicta el castigo que debe imponerse á los culpables, y hasta los sentencia á muerte. El emperador nombra los sheiks, y por lo regular los elige entre los propietarios mas ricos del país. Estos funcionarios tienen en medio de su campamento una tienda varia, que les sirve de mezquita; en ella los viajeros reciben hospitalidad en nombre de toda la tribu, y se les sirve una abundante comida. Al salir el sol, los hijos se reunen y recitan las oraciones que están grabadas sobre una tabla siempre colgada en la tienda: toda la educacion de los árabes de esta parte de Marruecos, se limita al conocimiento y recitado de esas preces.»

Cuando el lugar donde se ha establecido una tribu árabe, se hace menos productivo, y sus rebaños no encuentran ya el sustento necesario, levanta sus tiendas y marcha á fijarse á un paraje mas fértil. Lemprieres encontró un dia á una de estas tribus que trasladaba á otra parte sus tiendas; las mujeres, los hijos y los útiles ó aperos agrícolas de esta tribu nómade, eran conducidos por mulas, camellos, vacas y bueyes.

En el imperio de Marruecos nadie tiene propiedad alguna, y todo el territorio próximo á las ciudades pertenece al emperador. Esto esplica perfectamente el establecimiento á larga distancia de estas, de los aduares árabes. Los arabes consiguen el permiso de trasladarse de un lugar á otro y de adquirir algunos campos, dirigiéndose á los bajás de sus provincias, á quienes pagan en remuneracion de este favor, un tributo anual.

El doctor inglés tuvo motivo de felicitarse por la buena acogida que le hicieron las hospitalarias tribus de los campamentos árabes, que á competencia se esmeraban en servirle cuando llegaba á uno de ellos, y en armar su tienda. Todos se agolpaban á su derredor, pero sin ninguna intencion dañina y por mera curiosidad; lejos de esto, todos se mostraban deseosos de servirle.

El vestido de los árabes, dice Lemprieres, consiste en un sayo grosero de lana que se ciñen á la cintura por medio de una correa; á la parte de este vestido que baja desde la cintura, le dan el nombre de *cashove*. Llevan tambien una especie de camisa de lana ó algodon, llamada por ellos *kaick*. Al salir de su tienda, échanse encima un gran manto, que negligentemente arrojan hácia atrás y que les sirve tambien para cubrirse la cabeza (este es el *bornous* de los pueblos africanos). Sus cabellos son cortos y los llevan enteramente cubiertos bajo una red; por lo demás, no usan turbantes, ni gorros, ni medias, ni aun sandalias, que son el calzado comun del país.

El traje de las mujeres es casi igual al de los hombres, sin mas diferencia que la de que su *cashove* forma hácia la espalda una especie de saco que les sirve para llevar sus hijos; por este medio pueden entregarse á todas las ocupaciones domésticas, sin separarse de sus niños de pecho. Llevan el cabello artísticamente arreglado y cubierto con un pañuelo con que ciñen su cabeza; no hay una sola que no vaya adornada con un collar de perlas, pues su aficion á los adornos de oro ó de plata es estremada.

Sus hijos van enteramente desnudos hasta la edad de nueve ó diez años, pasada la cual los visten, y empiezan á acostumbrarlos á las faenas agrícolas. El alimento de los árabes nómades es igual al de los moros que habitan en las ciudades: el *cuscussu* es el manjar favorito de unos y otros. Comen tambien carne de camello y de zorro, y no desdeñan la de gato, que es para ellos un verdadero regalo; comen tambien pan de cebada cocido sin levadura, en forma de tortas.

El color de su piel es atezada, con cierto matiz verdoso. Su activo género de vida da á sus facciones mas espresion que la que presentan las de los habitantes de las ciudades, que en general son mas afeminados. Sus ojos son negros, y sus dientes blancos y perfectamente alineados.

La estrecha union que reina en estas pequeñas sociedades, les hace ser malos vecinos; así, pues, cada tribu desprecia á las demás. De esto se originan discordias, que muchas veces dan por resultado escenas trágicas, que nunca terminarian sin efusion de sangre, á no intervenir la autoridad del emperador. Cuando este quiere restablecer la paz entre las tribus, no se toma la molestia de informarse de quién tiene ó no la razon de su parte; habla como señor absoluto, y la calma renace, á lo menos por algunos instantes. El emperador hace pagar su mediacion á los dos bandos hostiles, pues ademas de un castigo corporal, los condena al pago de crecidas multas. Este es un escelente medio para hacer tratables á gentes tan susceptibles y quisquillosas.

Ademas del producto que el emperador reporta de una justicia tan lucrativa, los árabes le pagan el diezmo de sus rentas; algunas veces exige un impuesto estraordinario equivalente al valor de la cuadragésima parte de su hacienda, para la manutencion de sus tropas. Este desgraciado pueblo está sujeto á todos los vejámenes que el capricho, no contrariado del déspota, puede sugerirle, para la satisfaccion de reales ó imaginarias necesidades.

El primero de estos impuestos (el diezmo) se cobra indiferentemente en trigo, ganado ó dinero; los demás se pagan siempre en especie.

Los medios que el emperador emplea para sacar dinero de sus súbditos, son sencillos y espeditos. Trasmite *al bacha* ó gobernador de la provincia, la órden de pagarle en un plazo determinado, la cantidad que necesita. El bacha hace al punto contribuir a las ciudades y campamentos que están bajo su mando; y á fin de remunerarse de tan gran trabajo, casi nunca deja de duplicar la contribucion. Multitud de subalternos imitan su ejemplo, y cada cual se apropia por su parte, lo mas

que puede. Así, por medio de esta cadena de déspotas, cuyo primer eslabon empieza en el emperador, terminando el último en el mas ínfimo de sus agentes, ese infortunado pueblo paga cuatro veces mas de lo que deberia pagar. Cuando los árabes, para sustraerse á estas exacciones, se niegan al pago, el emperador hace marchar contra ellos tropas que marcan su huella con toda clase de escesos.

Los estranjeros que visitan los campamentos de los árabes, están en ellos en completa seguridad. Si se les hace algun insulto, ó solo son robados de noche, todos los árabes de la tribu que le ha dado hospitalidad, son responsables del daño que se le ha inferido. Así es, que el viajero necesita rodearse de menos precauciones en este pueblo grosero y semi-salvaje, que en las naciones mas civilizadas de Europa.

Los lagos están cubiertos de aves acuáticas y llenos de anguilas. La pesca de estas se hace de una manera bastante curiosa. Embárcanse en un barquichuelo de unos seis piés de largo y dos de ancho, hecho de juncos y cañas perfetamente enlazadas, y dentro del cual solo cabe un hombre. La parte anterior de este barquichuelo termina en una punta encorvada á manera de un patin, y á causa de su ligereza se maneja fácilmente con una larga vara.

Cuando un árabe quiere pescar anguilas, enlaza muchas cañas, á cuya estremidad clava un pedazo de hierro puntiagudo y dentado. Armado con esta especie de tridente, el pescador acecha las anguilas, y cuando las ve en el fondo del agua, las hiere con tanta ligereza y seguridad, que pocas veces yerra el golpe.

Los árabes se ocupan especialmente en el cultivo de las tierras próximas á sus campamentos; pero esto no les impide sacar partido de los terrenos distantes de los lagos, y á los que solo dan una labor al año, con un arado provisto únicamente de un surco de madera. Este cultivo tan sencillo, hecho sin otro abono que la paja que se quema á fines de otoño, produce cosechas de cebada y trigo bastante copiosas para proveer, no solo al consumo de los árabes, sino tambien para vender parte de ellas en los mercados próximos. Cerca de los lagos y en las lagunas, sus rebaños encuentran abundantes pastos. He visto un prodigioso número de estos, que presentaban el mas agradable golpe de vista.

Tienen lugares de reunion para sus mercados, donde van una vez por semana. A ellos llevan trigo, frutos, volatería y rebaños, que venden á los mercaderes moros.

Si el emperador les permitiese la libre esportacion del trigo con derechos módicos, y si no tuviesen que pagar sino el impuesto decimal establecido por el Alcoran, se enriquecerian pronto, sin que por ello el tesoro imperial se resintiese en nada.

El terreno es, en efecto, tan fértil, que el trigo da ciento por uno; pero como el fisco les suscita tantas dificultades, apenas siembran lo que necesitan para su subsistencia.

Los únicos guardas de sus habitaciones son perros de gran tamaño y de una especie muy vigorosa. No bien estos centinelas descubren un estranjero, corren hácia él, y se veria en peligro de ser despedazado, si sus amos no les llamasen inmediatamente. Los perros ladran toda la noche, lo cual es muy útil para impedir á las fieras que se aproximen; pero fácil es comprender cuán desagradable debe ser esta música continua, al viajero que pide al sueño el necesario descanso.»

El 4 de octubre á las seis de la mañana, Lemprieres se despidió de aquellos hospitalarios árabes, para trasladarse á Mamora, á donde llegó el mismo dia á las siete de la noche.

Al acercarse á Mamora, vió en las orillas de un lago muchos sepulcros de santos árabes, construidos de piedra y terminados en una cúpula bastante bien dispuesta; allí se encierraban los restos de alguno de los personajes tenidos en el país en opinion de santos.

Cuando un mahometano tenido por tal, llega al término de sus dias, se le entierra con la mayor solemnidad: constrúyese una capilla que le sirve de sepultura, y este lugar llega á ser mas sagrado que las mismas mezquitas.

Si algun criminal, por grande que sea su crímen, se refugia en una de estas capillas, está completamente seguro en este santuario, que el mismo emperador no se atreveria á violar. Los mahometanos que tienen algun padecimiento físico ó moral, se encaminan á estos santuarios, llamados *marabouts* en el Africa francesa, á implorar la proteccion de Dios, y salen de ellos con el espíritu completamente tranquilo: ¡tan grande es su confianza en la santidad de estos lugares!

Hay dos clases de santos en Berbería. Los mas reverenciados son aquellos que por medio de frecuentes abluciones, fervientes oraciones y otros actos de devocion,—máscara religiosa que oculta muchas veces no poca hipocresía,—han adquirido una estraordinaria reputacion de piedad.

Los idiotas y los locos forman la segunda clase de santos. Todos los pueblos han abrigado la creencia de que los insensatos estaban protegidos por los dioses. Sin esta creencia, los oráculos y los profetas del paganismo no hubieran alcanzado tanta celebridad. Estas ideas se conservan aun en Europa, entre las personas de escasa instruccion; así, pues, no debemos maravillarnos de que los moros consideren á esos pobres dementes como unos seres inspirados por la Divinidad, y muy particularmente favorecidos por ella. Merced á esta creencia, los infelices faltos de razon son alimentados y vestidos gratuitamente; el pueblo acude á socorrer todas sus necesidades y muchas veces les hace regalos.

Menos peligro correria un moro haciendo un insulto al emperador, que escitando la cólera de esos falsos profetas.

Aparte de la especie de licencia que las preocupaciones populares autorizan en estos hipócritas insensatos, aprovéchanse de la veneracion con que se les mira para cometer impunemente toda clase de crímenes. No há mucho tiempo, veíase en Marruecos uno de estos santos, cuyo habitual pasatiempo consistia en herir y aun en matar á las personas que tenian la desgracia de salirle al paso; pues bien: á pesar de las funestas consecuencias de su frenesí, se le dejaba en libertad. Su perversidad era tal, que mientras se recitaban las oraciones, acechaba el momento oportuno de poder arrojar una cuerda alrededor del cuello del primero con quien se encontraba, para estrangularle.

Durante mi permanencia en Marruecos, he podido convencerme por mí mismo del peligro que se corria al acercarse á estos santos dementes, cuyo mayor placer consistia en insultar á los cristianos.

No debo olvidar á los marabouts, que son los primeros santos de Marruecos. Esta clase de impostores, que se tiene por muy entendida en magia, goza de gran consideracion entre sus compatriotas. Viven en la holgazanería, venden sortilegios y se enriquecen á costa del pueblo.

Hay ademas montañeses ambulantes que se hacen pasar por favoritos de Mahoma; si hemos de darles crédito, ningun animal venenoso se atreve á atacarles. Los mas estraordinarios de ellos son los *sidinasir* ó comedores de serpientes, á quienes, en los dias de mercado, el pueblo corre en tropel á verles tragar serpientes vivas. Una vez asistí á este horroroso espectáculo, y ví á un hombre que en menos de dos horas se engulló una serpiente viva, de mas de cuatro piés de longitud. Todo el tiempo que duró esta repugnante comida, estuvo bailando al son de una música vocal é instrumental, en medio del círculo que formaban los espectadores. Antes de atacar á la serpiente, hizo una breve oracion, que repitieron todos los circunstantes. Hecho esto, se comió al animal, empezando por la cola, y los concurrentes no se retiraron hasta que la hubo devorado completamente.

Lempríeres llegó temprano en la noche del 5 de octubre á Mamora, poblacion situada á cuarenta y cuatro millas de Larache, y edificada sobre una colina á la embocadura del Saloc, que desemboca en este punto en el Atlántico, formando una ensenada para los buques de escaso calado. Mamora tiene mucha semejanza con las demás ciudades del Imperio marroquí, lo que equivale á decir que nada ofrece digno de atencion. En otro tiempo perteneció á los portugueses, quienes la rodearon de una doble línea de murallas, cuyas ruinas se descubren aun; en aquella época tenia algunas fortificaciones que hoy están destruidas. Su única defensa actual consiste en un reducido fuerte, construido en la orilla del mar.

Lempríeres ha hablado ya de los lagos, de las hermosas plantaciones y de los pingües pastos que se encuentran en este camino. Todo esto se ve reunido en Mamora, cuyas cercanías son encantadoras.

El 6 de octubre, á las ocho de la mañana, Lempríeres se puso en camino para Salé, á donde llegó á las dos de la tarde. El camino de Mamora á Salé es delicioso, y pasa entre dos montañas que terminan en suaves declives, á un lado y otro de él.

A un cuarto de milla de Salé se levanta un antiguo acueducto que los naturales dicen haber sido fabricado por los moros, pero en el cual se descubre el estilo de la arquitectura romana. La pared de este acueducto, que es muy alto y de prodigioso espesor, tiene cerca de media milla de largo; la fábrica se compone de tres anchurosos arcos, siendo preciso pasar por debajo de uno de ellos para llegar á Salé. Aunque el tiempo ha hecho sentir su accion destructora en algunos sitios de este acueducto, esto no le impide servir todavía para hacer llegar un agua esquisita á Salé.

SALE.

Esta ciudad fue famosa en otro tiempo, y muchos novelistas la han celebrado en sus ingeniosas ficciones; pero lo que mas particularmente contribuyó á su celebridad, fueron los terribles piratas que salian de su puerto para derramarse por el mar, siendo muy conocidos con el nombre de *piratas de Salé*. Estos merodeadores marítimos fueron por mucho tiempo el terror del comercio europeo. No menos temibles por su arrojo que por su barbárie, habíanse hecho dueños del Océano, cuyas costas no estaban á cubierto de su rapacidad. Como el robo era su único objeto, emprendian las espediciones mas atrevidas para procurarse un considerable botin, y si no siempre asesinaban á los que tenian la desgracia de caer en sus manos, no era esto por humanidad ó compasion, sino solo para entregarlos como esclavos al lujo y al capricho de algun africano que los compraba á buen precio.

Aunque Salé es grande, nada tiene que pueda halagar la curiosidad del viajero. Una batería de veinte cañones que da frente al mar, y un reducto bastante fuerte en la embocadura del rio, constituian entonces sus medios de defensa.

Vamos á intercalar en la relacion de Lempríeres, la descripcion histórica y topográfica de Salé en 1500, por Leon el Africano:

«Salla es una ciudad muy antigua, edificada por los romanos, y conquistada mas adelante por los godos. Es muy cierto que los mahometanos entraron en estas regiones... Despues de la fundacion de la ciudad de Fez, los señores de esta la sometieron á su poder, y fue construida en las costas del Océano, en un sitio muy hermoso, á la distancia de milla y media de la ciudad de Rabato, de la cual está separada por el rio Buragrag. Las casas son de antigua construccion, pero están embellecidas y enriquecidas con mosáicos, y sostenidas sobre gruesas columnas de mármol; los templos están edificados con gran suntuosidad, y admirablemente adornados, como lo están igualmente las tiendas, que fueron fabricadas sobre arcos y pórticos, para separar, como dicen, las artes y oficios unos de otros. Así es que esta ciudad ostentaba todo el aparato, todas las cualidades y condiciones que se requieren para hacer á una ciudad culta y elevarla al grado de perfeccion á que debe llegar; debiendo ademas tenerse en cuenta que se veia frecuentada por diferentes generaciones y comerciantes cristianos, como genoveses, venecianos, ingleses y flamencos, porque Salé es el puerto de todo el reino de Fez. Pero en el año 660 de la Egira, su desgracia quiso que fuese tomada y asaltada por un ejército del rey de Castilla, que hizo salir á los habitantes para hacerla ocupar por los cristianos, quienes no pudieron permanecer en ella sino diez dias, por haber sido sorprendidos por Jacob, primer rey de la familia de Marin, y el cual no bien fue visto por los nuevos habitantes, cuando sintieron la cuchilla sobre su cuello, sin que el enemigo tuviese consideracion alguna á la calidad ó condicion de las personas, pues ejerció respecto de ellos el rigor de la mas refinada inhumanidad; sin mas escepcion que la de los que pudieron evadirse de semejantes furores, por hallarse mas dispuestos á la carrera que sus perseguidores. Si bien esta ciudad no se halla aun en poder de sus enemigos, encuéntrase, no obstante, muy decaida, así en edificios como en cultura, de tal manera que en todo su interior, y aun cerca de las murallas, se ven casas vacías é inhabitadas, en los mismos sitios en que se alzan columnas muy hermosas y se ostentan ventanas de mármol de diferentes colores; pero los habitantes las miran con la mayor indiferencia. Los alrededores son arenosos, y hay muchos sitios en donde crece poco trigo; sin embargo, tienen muchos hermosos jardines y campos que producen gran cantidad de algodon, con el cual los habitantes tejen telas muy ligeras y hermosas; lo cual hace que casi todos sean tejedores; en la ciudad se hacen tambien muchos peines que se trasportan al reino de Fez, pues hay abundancia de boj en sus inmediaciones, y abunda asimismo otra madera mas adecuada á este uso.»

La ciudad de Rabat está situada en la orilla opuesta; pero antes de esponer lo que era cuando la visitó Lempríeres, daremos á conocer, tambien con Leon el Africano, lo que en otro tiempo ha sido.

«Rabato es una ciudad muy grande, fundada por los modernos en la costa del Océano, en tiempo de Mansor, pontífice y rey de Marruecos; en sus inmediaciones nace el Buragrag, y á poca distancia desemboca en el mar. El fuerte que la defiende está situado á orillas del rio, que lo rodea, y por el otro lado está ceñido por el Océano. La ciudad, así en murallas como en edificios, se parece á la de Marruecos; porque así fue espresamente construida por Mansor; pero una y otra difieren en cuanto á la estension de su circuito, y esta no puede igualarse á aquella, ni con mucho.»

Despues de referir que Mansor hizo construir á Rabat, para establecer en ella su residencia de verano, Leon el Africano prosigue en estos términos:

«Hizo edificar esta ciudad embelleciéndola con hermosos templos, suntuosos edificios, casas de todo el género, ostentosas tiendas, colegios, baños y tiendas de géneros al por menor. Hizo ademas levantar una torre fuera de la puerta, que está en frente del Mediodía, igual á la de Marruecos, sin mas diferencia que la de que esta tiene la escalera mas ancha; tan ancha que tres caballos pueden subir por ella de frente; segun se dice, se puede descubrir desde su cúspide un buque, á larga distancia en el mar.

(Se continuará.)

EL MODERNO OLIMPO.

La civilizacion ha entrado en su período de madurez; se encuentra en el caso de las cerezas y de las uvas que, de verdes, y amargas, y ágrias que eran, son dulces en la época de su recoleccion. Pero así como entre estas hay algunas que, á pesar de todas las circunstancias mas favorables á la vegetacion, nunca llegan á tener un gusto sabroso, así tambien aquella conserva todavía muchos vicios, que indudablemente se estirparán, pero que subsisten hoy dia.





COSTUMBRES DE MADRID.—UN CAFÉ Á LOS CUATRO VIENTOS.

La civilizacion, que desde que salió del seno de la barbarie, ha corrido y dado la vuelta á Europa una y otra vez, ya envuelta entre papeles impresos, como si fuese género de especiería, ya en las diligencias, que han bajado en la Bolsa desde que los caminos de hierro han ido generalizándose; ora por los ferro-carriles, ora por conducto de la telegrafía eléctrica, ó por el vapor, y que se prepara á surcar los aires como las palomas y las golondrinas; la civilizacion, pues, armada con la terrible maza de sus adelantos ha perseguido y aplastado infinidad de preocupaciones que en el mundo reinaban como soberanas absolutas.

El antiguo paganismo ha rodado á sus piés como un mueble inútil y gastado. Ya no se adoran en esta parte del globo serpientes, sapos, bueyes, rios, pájaros y piedras, objetos del culto de los antiguos, y que apenas merecen una mencion en nuestra edad, en que el conocimiento de la mitología solo sirve para mejor entender las literaturas, las leyes, las costumbres, las religiones y las artes de otras edades remotas.

Pero con el trascurso de los siglos, cuando el mundo, ó por lo menos Europa, que es, digámoslo así, el tambor mayor de la banda de los pueblos; cuando la humanidad toda (Europa, se entiende) haya llegado al periodo que los socialistas creo llaman de la *Armonía*, que es el *Non Plus Ultra* de la perfeccion á que podemos aspirar los que vivimos de tejas abajo, y á los civilizados de hoy se nos bautice con el espresivo epíteto de *bárbaros*, entonces se descubrirá por completo la nueva idolatría, el Moderno Olimpo, oculto ahora bajo un velo espeso, es cierto, pero no tan impenetrable que los ojos de la filosofía no vean algo de lo que en sus regiones pasa.

¿Quién será tan cándido que crea que el cristianismo ha concluido ya su tarea, porque Júpiter no tiene templos, porque Neptuno ha perdido su dominio sobre las aguas, y Eolo el suyo sobre los vientos?... La idolatría existe; habrán variado de nombres sus divinidades, la forma de estas será otra, diverso el conjunto de ceremonias de su adoracion, pero el hecho es que existe.

Levantad el velo, y ved.

Es una gran asamblea de divinidades al uso.

El dios *Paz*, con una corona de hierro ceñida á las sienes, un trabuco en una mano y un puñal en el cinto, aparece sentado sobre un monton de ruinas, símbolo de sus instintos organizadores.

El dios *Oro* está á su derecha, junto á una mina resplandeciente, que contempla con ansia devoradora una multitud de zánganos mimados por la suerte que la esplotarán en beneficio propio.

El *Lujo* es ese otro que apesta á esencias, que de arriba abajo está cubierto de riquísimas cadenas y de sortijas, tan rizado, tan afeitado, tan coloradito y tan insolente: es un Dios que, sin embargo, para mantener su pompa necesita acudir á los prestamistas del Olimpo, y para mantener su cuerpo á que le fien en los almacenes de ultramarinos que tambien hay por allá. El dia en que estrenó un frac, empeñó la camisa única que tenia.

A su lado está la *Vanidad*, hija bastarda del *Orgullo*, la cual se presenta, como veis, bajo la vaporosa forma de una nube de humo, porque su cuerpo fue abrasado por el fuego del amor propio escesivo.

Detrás de la *Vanidad*, la *Ignorancia* y la *Osadía* juegan á la política para ver quién se lleva el *Poder*, el cual, como á hijas predilectas, las acaricia y da bombones y yemas acarameladas.

Ahí teneis la *Fuerza*, representada por un sargento de caballería, con la cabeza cubierta, y á sus plantas humildemente prosternados, sombrero en mano, la *Razon* y el *Talento*.

Simboliza la *Adulacion* ese jovenzuelo vivaracho, atortolado, audaz, entrometido, en cuya cabeza y en la parte correspondiente á la coronilla se distingue un agujero, y en su fondo una gran cantidad de agua. Este jóven, semi-acéfalo, pues aunque tiene cráneo, carece de masa cerebral, goza de la completa confianza de *El Gran Nada*, que es el Sumo Dios, á quien él, como otros muchos millares de jóvenes y de viejos quitan con presteza y amabilidad incomparables la pelusa que lleva pegada al frac, le limpian el polvo de las botas con raro entendimiento, y hasta, si se ofrece, le sirven la jícara de chocolate con esquisita perseverancia.

Esa que sale lanzando á todas partes miradas lascivas y provocadoras, es la *Prostitucion*; viene casi desnuda, rodeada de multitud de adoradores que entonan melodiosos himnos á la impudicie; su sonrisa brilla y atrae entre olorosas nubes de color de rosa y oro.

Síguela el *Cinismo*, horrible mónstruo de cuatro cabezas é igual número de caras; cada una de las cuales mira á uno de los cuatro puntos cardinales del Olimpo, sin alterarse por nada de lo que sucede en torno suyo.
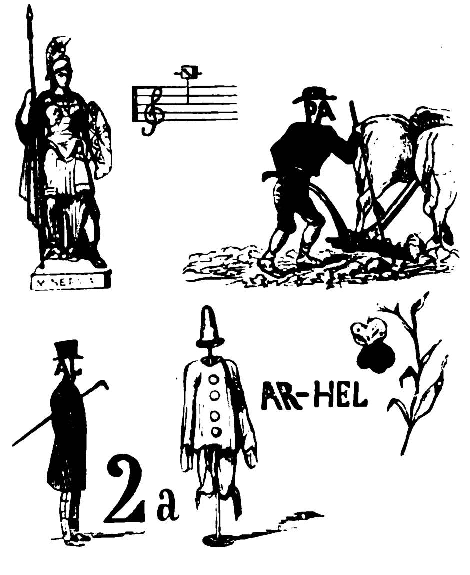
Puebla, en fin, el moderno Olimpo una turba interminable de diosecillos de tres al cuarto, ó subalternos, pero que tienen y ejercen el monopolio del mundo sublunar; ó mejor dicho, lo tienen y ejercen en su nombre sus apoderados, devotos ó representantes en la tierra.

Los hombres de bien son cristianos puros, sin mezcla alguna de preocupacion pagana.

Los pícaros y los perdidos son los únicos iniciados en los misterios, ritos y prácticas de aquellas divinidades, y en su consecuencia los que viven con esplendor y escándalo, y los que vivirán hasta que la voz de la justicia truene de un polo al otro, pronunciando su terrible sentencia, con estas palabras: ¡ *Los dioses se van* !

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 12. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 18 DE MARZO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Fatalmente el tiempo ha seguido en estos dias malísimo en el Estrecho y en la costa de África, y las tropas han tenido que consumir para su subsistencia los repuestos que se habian acopiado para su marcha sobre Tánger. Los camellos comprados en Oran, en vez de pasearse por el interior de Marruecos, se pasean por las agitadas olas del Mediterráneo, hoy á la vista de Algeciras, mañana á la de Tetuan, pasado mañana en Puente Mayorga, sin hallar medio de saltar en la deseada tierra. En Tetuan un temporal furioso de agua y viento ha venido á recordar á nuestros valientes las penalidades del Serrallo y de la marcha por Sierra Bullones. El 10 cesó el mal tiempo y todos los buques que estaban al abrigo de Puente Mayorga acudieron presurosos á la ria del Guadeljelú para alijar su carga; pero hasta el 13 poco se habia adelantado en las operaciones de desembarco á causa de la mucha mar y del recio viento del Oeste.

Mencionamos en nuestro número anterior los rumores de paz que habian corrido en vista de la inaccion del ejército y de algunos artículos publicados en un periódico sobre la conveniencia de abandonar á Tetuan. Aquellos rumores no tenian sólido fundamento: la inaccion de las tropas era consecuencia necesaria de la precision de hacer grandes preparativos para penetrar en el interior, y hoy lo es de los temporales que han retrasado el abastecimiento del ejército; y en cuanto á las indicaciones de un periódico, se sabe ya que eran efecto de una opinion aislada, aunque respetable como todas las opiniones, y que acaso no estaba espresada de la manera y con las circunstancias que hubieran sido de apetecer y que estaban en los ánimos de sus autores. De esta opinion no ha participado el gobierno, y los hechos posteriores han venido á relegarla, á lo menos por ahora, al olvido.

Ha habido en efecto hechos posteriores que borran cuanto se ha podido decir hasta el presente en la cuestion. Los marroquies en fuerza considerable, auxiliados por las kabilas del frente de Melilla y apoyados en los estribos de Sierra Bermeja, atacaron el dia 11, es decir, apenas cesó el temporal, los campamentos de nuestras tropas situadas al Sur de Tetuan. Este ataque ¿estaba mandado por Muley-Abbas? ¿provenia de su ejército, de ese ejército que se nos decia atrincherado en el Fondac, ó era solamente efecto del hervor guerrero de las kabilas acabadas de llegar de un punto en donde consiguieron hace un mes una pequeña ventaja merced á una complicacion desdichada de circunstancias? No lo sabemos todavía: el parte telegráfico que dió cuenta de la accion no se estiende á mas esplicaciones. Solo dice que nuestras tropas con su denuedo acostumbrado, despues de rechazar el brusco ataque de los marroquies, tomaron á su vez la ofensiva, y apoderándose sucesivamente de todas las posesiones del enemigo, lo persiguieron con ardor por espacio de legua y media, causándole una pérdida considerable.

Sea de esto lo que quiera, ya fuesen las tropas de Muley-Abbas las que atacaron unidas á las kabilas, ya fuesen otras tropas allegadizas formadas de los serranos de los aduares inmediatos, es lo cierto que el escarmiento que recibieron fue terrible y que al dia siguiente se presentó en el cuartel general un enviado del príncipe con proposiciones formales de paz. Este enviado era Ahmed-el-Chabli y llevaba una carta de Muley-Abbas para el general O'Donnell en que le decia que oyese lo que en beneficio de la paz y de los intereses de ambas naciones tenia que manifestarle de su parte el mensajero.

El general O'Donnell oyó lo que el moro tenia que esponer de parte de su califa, el cual espresaba el deseo de abrir de nuevo las negociaciones pacíficas. No sabemos cuál fue la respuesta del general en jefe; pero debió de admitir la idea de entrar en conferencias sobre la paz pues que añadió que no suspenderia las operaciones mientras las negociaciones no diesen un resultado positivo. Está, pues, reconocido oficialmente que hay negociaciones, aunque hasta ahora no son de tal naturaleza que hayan dado lugar á una suspension de hostilidades.

Si los moros proponen otra vez la paz, es de creer que se hallen dispuestos á admitir las condiciones que al principio se establecieron por el general en jefe, ó á lo menos las mas esenciales de ellas, en cuyo número contamos la conservacion de Tetuan. Esperemos, sin embargo, nuevos pormenores para juzgar con mayor conocimiento de causa.

Despues de muchas vicisitudes, muchas notas y propuestas, muchos folletos, proyectos y contraproyectos para dar solucion á la cuestion de Italia, esta cuestion ha entrado en una faz que promete conducir al fin al desenlace. Acordado entre Inglaterra y Francia que estas potencias no intervendrán en la decision de la suerte de los pueblos de la Italia central, ni permitirán que ningun otro país intervenga, el conde de Cavour, ministro de Cerdeña ha aprovechado la ocasion para llamar á los habitantes de Toscana, Módena, Parma y la Romania á votar por el sufragio universal su agregacion á la monarquía sarda ó su constitucion en Estados independientes. El 11 del corriente comenzaron las elecciones que duraron hasta el 13: el entusiasmo por la agregacion era grande: hasta las señoras llevaban cintas con los colores nacionales italianos en las cuales se leia la palabra anexion. No se duda por nadie del resultado del voto popular y una vez conseguido este resultado las tropas sardas se disponen para entrar en los diversos territorios y confundirse allí con el resto del ejército. Inmediatamente se nombrarán senadores y diputados de las nuevas provincias que tomen asiento en el parlamento de Turin y el hecho quedará consumado.

En cambio de estas provincias que gana la Cerdeña, está próxima á perder la Saboya y Niza, cuna de la casa reinante. Napoleon ha dicho que si en su frontera se forma un reino tan poderoso como el que va á formarse, la Francia necesita para su seguridad las vertientes de los Alpes; y en un discurso á su cuerpo legislativo ha hablado de *revindicar* las fronteras naturales. El verbo *revindicar* ha dado mucho que hacer á los políticos que consultan á estas fechas por un lado el diccionario de la lengua y por otro el de la historia: el parlamento inglés se ha conmovido, pero no ha creido que el negocio era *cosus belli*; el gabinete austriaco calla, aguanta y se prepara, y entretanto el gobierno sardo, que por el principio del sufragio universal y de la autonomía de los pueblos, se agrega varios territorios, no puede ni procura impedir que ese principio se aplique tambien en Niza y Saboya. Así pues, uno y otro pueblo serán llamados tambien por el voto universal á resolver si han de continuar

formando parte de la monarquía sarda ó se han de agregar al imperio francés. Se cree que preferirán esto último.

Se ha recibido la noticia del convenio hecho por Don Benito Juarez, uno de los que se disputan la presidencia de la desdichada república de Méjico, con el representante de los Estados-Unidos en Vera-Cruz. D. Benito Juarez está como encerrado en esta ciudad, mientras su competidor Miramon tiene á Méjico de donde se prepara á salir con seis mil hombres para sitiarlo. En este apuro y en el que debe tener de metálico, Juarez ha ajustado con el enviado anglo-americano un pacto por el cual los Estados-Unidos le darán 2.000,000 de duros y en cambio tendran sus mercancías libres de derechos y se les dará en toda propiedad el tránsito por el Istmo de Tehuantepec hasta el estado de Sinaloa y el del territorio que media entre el Rancho de los Nogales hasta el Estado de la Sonora: dos caminos por el interior de Méjico para el golfo de California. Los Estados Unidos se obligan ademas a socorrer con tropas á Juarez *para asegurar la ejecucion de este tratado* que se halla ahora sometido para su aprobacion al congreso de Washington. Este pacto se ha considerado generalmente como una venta de territorio hecha por 2.000,000 de duros. Sin embargo, Juarez ha protestado en nombre de la dignidad nacional contra el tratado hecho por el gobierno de Miramon con España, en el cual no se estipula sino que sigan en vigor los convenios existentes sobre la deuda española y se indemnice á los españoles perjudicados en los delitos y escesos de S. Vicente Chiconcuaque y S. Dimas. Esta diferencia de conducta debe consistir en la idea que Juarez y su ministerio se hayan formado del honor y de la dignidad nacional: creeran tal vez que se puede hacer la vista gorda teniendo presentes 2.000,000 de duros, y que no se puede tener sino vista de lince cuando se trata de indemnizar á los perjudicados con dinero de casa. Acaso creeran que lo que se da mancha la dignidad nacional y no lo que se recibe, y que como decia Quevedo:

Mas cuerno es el que paga que el que cobra.

Los periódicos vienen ponderando las habilidades de Mr. Hermann, y entre ellas hemos leido algunas de que ya se nos ha hablado muchísimas veces con referencia á otros jugadores de manos. Se dice que Mr. Hermann llamó á un huevero (ó huevera que es lo mismo para el caso), y le preguntó el precio; que rompió uno y halló una doblilla de 5 duros, ó una guinea ó un Luis, segun el país de que se habla; que el huevero viendo lo que contenia su hacienda no quiso vender mas y los rompió todos por sí, y últimamente que Hermann le dió la doblilla ó la guinea ó el Luis, en pago de toda la mercancía. Esta misma anécdota la hemos oido referir de Macallister, de Bosco y de tutti quanti, prestidigitadores que se han presentado.

En los teatros nada nuevo: la Matilde se ha hecho aplaudir en el Príncipe en la *Escuela de las Coquetas*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

RODRIGO DIAZ DE VIVAR.

(EL CID.)

Ningun héroe ha alcanzado en España mas grande y justa celebridad que el Cid. Nacido en la época azarosa en que las huestes sarracenas se enseñoreaban de las dos terceras partes de nuestra península; apenas pudo sostener una espada lanzóse á la carrera de las armas y dió principio á sus prodigiosas hazañas robusteciendo el poder en la parte de territorio que conservábamos y ensanchando los límites de los reinos de Leon y Castilla. La poesía popular halló en sus hechos asunto abundantísimo para sus cantos, la religion cristiana un baluarte inespugnable, y la juventud un modelo de virtud, caballerosidad y bizarría.

Nació en Búrgos por los años de 1025 de una de las primeras familias de Castilla. La primera vez que le nombran las crónicas y romances es refiriendo el agravio que su padre Diego Laines recibió del conde D. Gomez Lozano. El pobre anciano viendo su rostro mancillado por la mano del conde y no permitiéndole sus años tomar venganza, acude á sus hijos y el menor de ellos, Rodrigo, jura lavar la ofensa, reta al conde, le vence en igual combate y presenta al anciano la cabeza ensangrentada del conde.

Desde entonces voló su fama por todos los ámbitos de Castilla, sus entradas en tierras de moros, los ardides que empleaba para vencerles y el ardor que mostraba en los combates, le conquistaron un renombre que lejos de menoscabarse en ningun caso fue en aumento hasta la muerte de este héroe estraordinario.

Apaciguadas las desavenencias de Castilla, revolvió Rodrigo contra los moros sus naturales enemigos y alcanza una victoria en Montes de Oca quedando prisioneros en su poder cinco reyes moros; este hecho le valió el sobrenombre de Cid, que en árabe significa *señor*. Los moros quedaron sus tributarios de allí adelante.

Ocurrió por entonces que el rey Fernando de Castilla tomó el título de emperador, determinacion que ofendió al de Alemania Enrique II, quien recurrió al Papa á fin de que hiciese saber al de Castilla que estaba obligado á *dar al César lo que era del César*, esto es, á rendirle parias y tributo. Juntó D. Fernando los grandes del reino para consultarles y opinaron varios que debia rendirse al vasallaje; levantóse entonces el Cid y habló de modo que el rey se decidió por la negativa. Los romances de aquel tiempo ponen en boca del Cid los siguientes versos.

Rey Fernando, vos nacistes
En Castilla en fuerte dia;
Si en vueso tiempo ha de ser
A tributo sometida,
Lo cual nunca fue hasta aquí:
Gran deshonra nos sería,
Cuanta honra Dios vos dió
Si tal faceis es perdida.
Quien eso vos aconseja
Vuesa honra non querria,
Ni de vueso señorío
Que á vos, rey, obedecia.
Enviad vueso mensaje
Al Papa y á su valia
Y á todos desafiad
De vuesa parte é la mia.
Pues Castilla se ganó
Por los reyes que ende habia:
Ninguno nos ayudó
De moros á conquerilla.
Mucha sangre les costó
La vida me costaria
Antes que pagar tributo
Pues á nadie se debia.
El rey lo tuvo por bien
Lo que el buen Cid le decia etc.

Tomada tan digna resolucion, que debia sostenerse con las armas partió el Cid al frente de diez mil lanzas y pasando el Pirineo, le salió al encuentro un poderoso ejército mandado por Raimundo de Saboya y compuesto de alemanes y franceses; dióse la batalla y aunque las fuerzas contrarias eran superiores y los enemigos peleaban con el denuedo que les daba la seguridad de que el territorio era suyo, quedaron rotos y vencidos y el de Saboya en poder de Rodrigo. Tratóse del rescate, y hecho juramento de que jamás haria armas contra España, obtuvo su libertad dando en rehenes á una hija que tenia de singular hermosura, de la cual enamorado el rey tuvo de ella un hijo que fue cardenal andando el tiempo. Prosiguió su marcha el vencedor; y como otro ejército francés le saliese al encuentro, lo deshizo como el primero, sabido lo cual por el Papa y el emperador, le enviaron un mensaje para que detuviese su marcha, pues estaban ambos conformes en que D. Fernando llevase el título de emperador sin dar á nadie cuenta de sus actos ni pagar tributo, ni rendir vasallaje á ningun príncipe estranjero. De este modo, por el arrojo de un solo hombre, se conquistó la independencia de Castilla.

Es digno de mencion el singular casamiento del Cid con doña Ximena la hija del conde Lozano, muerto á manos de aquel. Las crónicas y romances están acordes en este hecho, pero suponen muchos que la misma dama pidió al rey la mano del Cid con estas palabras.

Fija soy yo de D. Gomez
Que en Gormaz condado habia:
Don Rodrigo de Vivar
Le mató con valentia.
La menor soy yo de tres
Hijas que el conde tenia,
Y vengo á os pedir merced
Que me hagais en este dia,
Y es que aquese D. Rodrigo
Por marido yo os pedia.

Otros romances escriben que el Cid notando la tristeza de Ximena al tiempo de darle la mano le dijo:

Maté á tu padre, Ximena;
Pero no á desaguisado,
Matéle de hombre á hombre
Para vengar cierto agravio.
Maté hombre y hombre doy:
Aquí estoy á tu mandato
Y en lugar del muerto padre
Cobraste marido honrado.

Celebráronse las bodas en Búrgos con gran aparato y fiestas públicas que costearon los reyes como padrinos, llevándose á los novios á comer á su palacio y haciéndoles riquísimos presentes de piedras preciosas y vajillas.

Al par que eternas discusiones de los moros debilitaban sus fuerzas y poderío en el territorio que pisaban, aumentaba la preponderancia de Castilla con los triunfos del guerrero conocido ya en toda Europa con el nombre de *El Cid*. Los reyes de Sevilla y Córdoba pagaban ya tributo á los cristianos. Sostenian guerra asoladora uno contra otro los reyes de Granada y Sevilla. Salieron los mas afamados guerreros de la primera ciudad camino de Sevilla auxiliados de muchos caballeros cristianos. Saliôles al encuentro el Cid intimándoles que respetasen al de Sevilla aliado de su rey, pero el fogoso escuadron desprecia las amonestaciones y entra en el territorio enemigo á sangre y fuego. El Cid reune sus huestes, derrota á los moros y entra en Sevilla cargado de despojos al frente de sus tropas, seguido de un gran número de prisioneros.

El ardor belicoso de Fernando no daba un instante de respiro en las cosas de la guerra, el Cid le seguia á todas partes secundaba sus miras, disponia y ordenaba las espediciones y rara vez dejaba la victoria de coronar sus nobles esfuerzos, estendiendo sus correrias hasta el reino de Valencia y haciendo tributarios de Castilla á varios reyes moros. La muerte sorprendió al monarca en Leon en 1075 y habiendo dividido el reino entre sus cinco hijos D. Sancho, D. Alonso, D. García, doña Urraca y doña Elvira dió márgen á que la ambicion del primero sumiera al estado en las mas desastrosas calamidades.

Un solo hecho empaña como leve sombra la vida del Cid, y es el haber servido á D. Sancho en la guerra injusta, cruel y feroz que este monarca emprendió contra sus hermanos hasta despojarles de sus reinos. No se halla completamente probado, si bien lo refieren algunos autores, que Rodrigo representase al rey lo injusto de sus pretensiones, lo cual acarreó á este héroe en concepto de aquellos la caida de su privanza y el destierro; lo mas probado es que ayudó al rey en tan odiosa empresa; asi lo hallamos confirmado en varias historias y en todos los romances de la época; pero en el episodio de la guerra contra doña Urraca, el Cid se mantuvo al lado de D. Sancho tomando una parte puramente pasiva y conciliadora sin querer sacar jamás su espada contra una dama.

Muerto D. Sancho en el cerco de Zamora á manos del traidor Vellido Dolfos no quiso el Cid servir á D. Alonso ni aun rendirle obediencia, sin que este monarca se justificase en público de no haber sido quien movió el brazo del regicida. Se avino el rey á jurar su inocencia, y al efecto, reunidos los grandes de la córte en Santa Gadea de Búrgos, puso las manos sobre un misal abierto y el Cid le preguntó. *¿Jurais, rey D. Alonso, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho por mandato ni por consejo?* Otorgó el monarca el juramento por dos veces si bien guardó en su pecho el rencor contra el que le hacia pasar por tal afrenta. No tardó mucho en hacer patente este odio aun á riesgo de pasar por injusto, pues habiendo el Cid en ausencia del monarca vencido á los moros de Aragon, revolvió contra los de Toledo y se trajo prisioneros hasta siete mil. El rey moro de la imperial ciudad era aliado del de Castilla y de aquí tomaron pretesto las iras de Alfonso para desterrarle de sus Estados. El Cid no habia hecho mas que castigar la audacia de los moros, quienes no obstante los pactos de alianza molestaban á los cristianos y entraban en sus tierras, si no en son de guerra, con armas y pertrechos para la defensa.

Errante y desvalido el primer paladin de Castilla, el espejo de los hombres de guerra, el alma de todas las empresas belicosas, el ídolo de las damas, no es posible seguirle en todas las aventuras que le hacen figurar las crónicas, historias y romances. Presentóse á los reyes moros de Córdoba y Sevilla, quienes le acogieron con las mayores distinciones, confiándole sus ejércitos en las guerras civiles que constantemente alimentaban. El Cid alcanzó una señalada victoria contra el rey de Granada y esto le valió el sobrenombre de *Campeador*.

Pasó despues á Zaragoza, cuyo rey moro le otorgó las riendas del gobierno y la tutela de su hijo. Poco tiempo bastó para que su sabia administracion y direccion en los negocios de la guerra pusieran en aprieto al rey don Alonso hasta el punto de enviar un mensaje al Cid brindándole con su privanza que aceptó el guerrero pasando á Castilla con mil hombres de armas sustentados á su costa; pero la envidia le dejó tranquilo poco tiempo, pues inclinando en su daño los palaciegos el ánimo del rey, fue desterrado segunda vez, separándole de su mujer é hijos y secuestrándole todos sus bienes.

Siguieron al Cid sesenta caballeros las mejores lanzas del ejército cristiano, y rompió por el reino de Toledo, ganando el castillo de Alcocer, donde quedaron en su poder multitud de cautivos, caballos y preseas que mandó al rey; cuyo hecho refieren los romances, así.

Aqueste presente lleva
Ordoño, su gran privado
El cual dice el rey Alfonso :
—El Cid, tu leal vasallo,
Este presente te envia
Aunque aun está desterrado.»
El rey lo agradece mucho
Y dice: el destierro abro
Al Cid, porque lo merece
Su noble y fidalgo trato.

Por este tiempo Raimundo III, conde de Barcelona enemistado grandemente con Rodrigo, le mandó un cartel de desafío de poder á poder, lance que el héroe esquivó por no dar escándalo, pero que no pudo evitar por la obstinacion del retador. Dada la batalla quedó la victoria por el Cid con prision del conde, pero habiéndole puesto en libertad generosamente quedó obligado y fueron amigos de allí adelante.

Las conquistas de este campeon en tierra de moros eran rápidas y numerosas; en poco tiempo ganó á Ali-



cante, Xérica, Almería y Onda, haciéndole el rey merced de las villas de Bribiesca, Berlanga, y Arceneja; á pesar de todo, el rey Alfonso á quien la historia ha dado justamente el nombre de bravo, no podia sufrir á su lado á un héroe á quien la multitud aclamaba como al libertador de la patria, y tercera vez, dando rienda á sus rencores, intentó perderle y al efecto dió la órden de prision, que Rodrigo esquivó desapareciendo con su gente del real castellano. Tal conducta por parte del rey, es indigna é incomprensible en quien como este monarca gozaba justamente fama de justo, liberal y esforzado. Cuando la envidia llega á albergarse en el corazon del hombre, le arrastra á su pesar á todo género de injusticias contra el objeto que mueve sus rencorosas iras. Rodrigo, empero, fuerte y esforzado, asi en la fortuna como en la adversidad no abandonó un punto el camino por donde se habia propuesto caminar en daño del comun enemigo; dirigióse pues á Valencia, cuya conquista meditaba y fortificóse en Juballa, como centro de sus operaciones. Comenzó el sitio con todas las reglas del arte, ordenó varios ataques que fueron desesperados y sangrientos. Pasaban meses, crecia el hambre de los sitiados y se multiplicaban los ataques. Los moros esperaban socorros que venian tarde y siempre eran ineficaces; por último, desesperados, entregaron la ciudad, y el Cid, añadió á sus triunfos la conquista de Valencia de tanta importancia en aquel tiempo como la de Toledo.

Acudió gran muchedumbre de moros desde Marruecos capitaneados por Juzeph con número hasta de cincuenta mil, y saliéndoles al encuentro el Cid, los desbarató haciendo embarcar á su caudillo para Africa y mandando al rey don Alonso doscientos treinta caballos enjaezados, que fueron despojo de la batalla. Acudió despues el rey Bucar con triplicadas fuerzas mandadas por caudillos famosos que venian al frente de sus soldados entonando himnos de victoria. Rodrigo aprestó su gente, salió en su busca y le venció y mató en singular batalla, destrozando despues á su ejército.

Tantas y tan señaladas victorias dieron al Cid tal preponderancia, que los infantes de Carrion solicitaron enlazarse con sus dos hijas. Verificáronse las bodas con grandes fiestas, si bien no con cabal alegría por parte de nuestro héroe, pues sabia que los con les eran tildados de cobardes. Los hechos de armas que sobrevinieron despues confirmaron los dichos del vulgo, pues los infantes quedaban siempre atrás con vergonzosos pretestos. Por último no pudiendo soportar las burlas de que eran objeto entre los caballeros del Cid, concibieron el infame proyecto de deshonrar á sus esposas. Pretestaron necesidad de volver á su tierra y se aprestaron para la marcha, llevándose á doña Sol y doña Elvira. Habiéndoles cogido la noche en mitad de un bosque, esperaron en él la venida del alba para consumar su abominable proyecto. Cambiando repentinamente su falaz y amoroso lenguaje por los mas groseros denuestos, las despojaron de sus ropas y alhajas, atándolas á los troncos de los árboles y las azotaron con las cinchas de sus caballos. Este hecho indigno de todo hombre bien nacido, se halla confirmado en todos los autores que han escrito la vida del Cid. Los romances dicen:

Por los cabellos las toman,
Habiéndolas desnudado:
Arrastranlas por el suelo,
Tráenlas de uno al otro lado,
Dánles muchas espoladas,
En sangre las han bañado:
Con palabras injuriosas
Mucho las han denostado
Los cobardes caballeros,
Y allí se las han dejado,
Diciendo: fijas del Cid,
En vos seremos vengados:
Que vosotras no sois tales
Para con nos vos casaros.

El Cid en un arrebato de justa indignacion por tamaño ultraje escribió al rey pidiendo venganza, pues por su mediacion y consejo se habian hecho las bodas. Alfonso deseando complacerle juntó córtes en Toledo á las que asistió el padre ultrajado y los infantes ofensores. La asamblea resolvió que los infantes ayudados de García Ordoñez defendiesen su causa en campo abierto contra tres caballeros del Cid, lo que habiéndose verificado en Búrgos triunfó la causa de la razon y la justicia. Mas adelante fueron doña Elvira y doña Sol solicitadas y dadas en matrimonio la primera á don Ramiro hijo del rey de Navarra y la segunda á don Pedro, infante de Aragon.

Entre tanto los moros no cesaban de enviar gente para la reconquista de Valencia, pero Rodrigo venciéndolos juntó á Jativa y apoderándose de Olocau, Almera y Murviedro, acabó de asegurar la posesion de su bella ciudad, que retuvo cinco años hasta el de su muerte, acaecida naturalmente el de 1099. Cuentan historiadores y cronistas que calculando Rodrigo la imposibilidad de conservar á Valencia despues de su fallecimiento ordenó que la abandonasen, y que obedeciendo los cristianos la órden de su señor, quisieron al hacerlo alcanzar una victoria de la morisma. Al efecto vistieron el cadáver del Cid y colocándole sobre su famoso caballo, llamado Babieca, como si estuviese vivo, salieron en son de guerra y dando sobre sus contrarios los desbarataron, puesto que huian espantados á la vista del campeon cuya muerte ignoraban. Lo mas digno de crédito es que doña Ximena siguió tres años gobernando la ciudad con gran tino y prudencia, hasta que sitiada y apretada por los moros se vió precisada á abandonarla. Sacó dicha señora al retirarse de Valencia el cadáver de su esposo trasladándole al monasterio de Cardeña, junto á Búrgos.

El Cid, como escribe el inmortal Quintana «jamás se cansó de lidiar y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos Estados, azote terrible de otros, eclipsó la majestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que á donde quiera que acudiese llevaba consigo la gloria y la fortuna.»

El año de 1809 el general francés Thibaut, admirador de las proezas del Cid en ocasion de visitar su sepulcro temió que fuese maltratado en aquel sitio y concibió el proyecto de trasladarle á Búrgos. Verificóse el acto con toda solemnidad, haciendo á los restos del caudillo los honores de generalísimo, colocándole en las márgenes del Arlanzon, junto á la ciudad bajo un sarcófago elegante y pintoresco, El año de 1824 fue trasladado otra vez á su antigua morada de San Pedro de Cardeña, desde donde en 1842 fueron sacados sus huesos y depositados con los de su esposa en las casas consistoriales de Búrgos, en un oratorio donde yacen colocados en una caja de madera perfectamente construida.

En el monasterio de Cardeña cerca del sepulcro del Cid, hay un epitafio antiquísimo que dice:

«Cid Ruiz Diez so que yago enterrado é vencí al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes, los veinte y dos murieron en el campo, vencílos sobre Valencia, desque yo muerto encima de mi caballo. Con esto son setenta y dos batallas que yo vencí en el campo. Gané á *Colada* y á *Tizona*, por ende á Dios sea loado. Amen.»

La *Tizona* y la *Colada*, son las dos célebres espadas que usó el héroe durante su vida. La primera se conserva hoy en poder de los marqueses de Falces, en cuya casa yace vinculada esta joya arqueológica. La segunda se guarda en la Armería real de Madrid. El estado de la *Tizona* es bastante bueno, la empuñadura es de hierro enteramente negro, la hoja de dos filos, delgada, tersa y flexible. La vaina es moderna. Sirve aun para que sobre ella tomen hoy posesion de sus Estados, dichos marqueses de Falces. En la hoja se lee, *Esta tizona fue fecha en la era de mil y cuarenta.*

Desde la época del Cid hasta nuestros dias, se han ocupado de este héroe los historiadores y poetas mas famosos de casi todos los paises de Europa. A mediados del siglo XV, se escribió un poema titulado *El Cid*, obra notable por mas de un concepto. El padre Risco publicó una historia de este personaje. Guillen de Castro escribió una tragedia con el mismo título, composicion notable que inspiró á Corneille su célebre tragedia. Últimamente el señor Huber, uno de los mas acreditados profesores de la universidad de Berlin, ha publicado una crónica del Cid, señales todas de la admiracion y respeto que supieron conquistarse en el mundo las virtudes que resplandecieron en el esforzado paladin, gloria de España y coloso de la edad media.

MANUEL JUAN DIANA.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

II.

Victor Hugo nació en una época escepcional: el imperio y sus colosales peripecias habian sofocado los gérmenes de inspiracion que solo brotan entre la libertad y el reposo. Francia que, como hemos dicho, es antipática á la poesía grave, lo fue mas que nunca en la revolucion y el imperio, porque la libertad no canta anegada en sangre ni las bayonetas suelen inspirar á las Musas. Burlóse, sí, alguna vez de sus tiranos, en el género que Beranger inmortalizó luego en sus canciones; y como el silencio absoluto es punto menos que imposible en naciones tan inteligentes y activas como la francesa, no faltaron al régimen imperial pseudo-Virgilios, ni Terencios que entretuvieran sus ocios... Estos ensayos fueron constantemente infelices, y sirvieron para hacer repugnante el clasicismo.—Este género vive solo de la perfeccion y necesita intérpretes como Voltaire ó Racine: desde que cae en manos de las medianías muere infaliblemente de inanicion y fastidio.—El clasicismo languidecia, pues, y arrastraba una triste vida cuando Victor Hugo lanzó al mundo sus primeros acentos.

Un beau jour, como dicen nuestros vecinos los franceses, se anunció al mundo un acontecimiento literario; y ¡cosa rara! esta revolucion en las letras tuvo su orígen en una tragedia política. El puñal de Louvel hirió mortalmente al heredero del trono, y esta catástrofe inspiró á Victor Hugo su primera oda... El gran poeta no ha tenido infancia en su musa; su inspiracion fue, desde sus primeros acentos, gigante. Aquella poesía, que está al nivel del asunto, reveló al fin, un gran poeta á la Francia.

Poco despues, el nacimiento del duque de Burdeos inspiró su segundo canto al novel poeta. Esta oda no cede en nada á la primera: el molde estaba en toda la integridad de su fuerza.—En aquella poesía enérgicamente sentida, se entrevió ya una gran novedad en el estilo. Los giros pindáricos en que se espacia la escuela clásica, toman en el nuevo lenguaje una forma concreta; á la vaguedad y ampulosa palabrería de la imitacion clásica, sustituye una frase gráfica, individual, apasionada. El poeta bebe en su propia inspiracion, y no se parece mas que á sí mismo; lo cual da á sus obras ese profundo carácter de originalidad que constituye el principal mérito de su estilo. Solo en Dante encontramos esa poderosa cualidad en el grado que nos la ofrece el autor de *Nuestra Señora*.

A las dos odas siguió un canto fúnebre á Luis XVIII marcado con la misma inspiracion de culto y sentimiento monárquico. Los que, aconsejados por la preocupacion ó la envidia, recuerdan estos hechos como una prueba de inconsecuencia política, olvidan sin duda que la juventud de Victor Hugo abria su alma á los sentimientos generosos... que la monarquía, como todos los grandes hechos sociales, hablan vivamente á la imaginacion, á los sentidos, al paso que la razon, la esperiencia y los amargos desengaños, modifican ó alteran las primitivas inclinaciones. Lamartine, naturaleza esencialmente monárquica, fortalecida por la educacion, y la raza, llega á convertirse en republicano sincero cuando la edad ha madurado sus opiniones. Otros hay que cambian en diferente sentido y de republicanos se convierten en monárquicos. Ni á unos ni á otros haremos un cargo por su mudanza con tal que sea disenteresada y honrosa.

Pero no es nuestro ánimo juzgar aquí al hombre político, ni nos es lícito penetrar en el santuario de la conciencia. Cúmplenos, sí, observar que en la rica mente del poeta todas las ideas adquieren vastas proporciones: la religion, la monarquía, la libertad, la razon, la justicia, la civilizacion, el progreso; todos los grandes sentimientos, todas las grandes verdades, hallan en él un intérprete vigoroso. Desde que, inspirado por el amor y la naturaleza, fuentes eternas del sentimiento poético, brotan de su pluma aquellas riquísimas joyas que forman su primera coleccion de las *Odas y baladas*, hasta que trabajado por los años y agriado por el infortunio, vacia en el molde de su alma, las grandes épocas de la historia, hay una distancia que apenas se atreve á recorrer la crítica por mas que ofrezca una provechosa enseñanza.

Las primeras poesías (¿quién no las recuerda?) de Victor Hugo, rebosan en gracia, originalidad y pasion. El amor, ese gérmen universal de poesía, toma en su boca acentos mas apasionados y nuevos: la naturaleza le inspira observaciones originales y se reviste con los colores y los sentimientos del poeta: ¿hay nada tan bello como el siguiente pensamiento inspirado por la contemplacion de una noche estrellada?

Si en las calladas horas de la noche
Contemplo absorto el estrellado cielo,
Y aguardo con terror algun ruido
Que me descorra el misterioso velo,
El tiempo corre con silencio mudo,
Y, en éstasis sublime, pasar veo
Los nuevos mundos que mi vista inmóvil
Descubre al asombrado pensamiento
¡Cuántas veces creí que aquellos soles,
Aquel mundo dormido, aquellos cielos,
Visibles solo á mí se revelaban
Como á señor de su brillante imperio:
Que, vana sombra oscura y taciturna,
Era el rey de aquel vasto firmamento,
Que, al encender sus nuevas luminarias,
Me obsequiaba con plácido festejo!

¿Y qué entusiasmo iguala al que respiran los siguientes versos?—

Angel de amor, ¿qué vale una corona,
Un carro, un cetro, un pueblo de rodillas,
Cien puertos, de comercio rico emporio,
El mar cubierto de veloces quillas,
Comparado á la célica mirada
De mi bella Leonor?
Si fuera Dios, el aire con sus ondas,
La tierra entera de criaturas llena,
De ángeles y demonios mil legiones
Sumisos á mi ley;
El caos profundo y sus entrañas hondas,
La eternidad, el mundo, los espacios,
La existencia, la nada, hasta mi esencia
Cambiara por tu amor.

Sí, despojada de la belleza del ritmo y de los inesplicables encantos del original, conserva esta composicion bastante fuerza para distinguirse de las obras vulgares, fácilmente adivinarán nuestros lectores toda la belleza de este lindísimo juguete.

No menos bellas son la mayor parte de las poesías contenidas en las *Odas y baladas* y en las *Hojas de otoño*. Estas forman, á nuestro juicio, con los *Cantos del Crepúsculo*, el mejor título de gloria en los blasones del poeta. Abundan allí en admirable profusion las raras prendas de estilo que lo caracterizan; nervio, concision, nobleza, sencillez, elegancia, originalidad en la diccion y en la frase. La construccion de esta es siempre esme-

rada y perfecta: los giros rápidos, elevados y atrevidos; la entonacion sostenida y robusta. Es la poesía varonil y enérgica por escelencia... Y sin embargo, ¡qué fondo de melancólica dulzura respiran algunas de sus lindísimas composiciones! ¡Cómo se pliega aquel enérgico talento á las inspiraciones del amor y del cariño paternal! ¡Qué reflejos tan vivos ofrecen algunos de sus cuadros de la tranquila dicha con que le brinda el hogar doméstico! La poesía griega, en su mayor perfeccion, no iguala tal vez la belleza de aquellos idilios, modelo acabado de sencillez y ternura que inmortalizaria por si solo el nombre de Victor Hugo.

La poesía, mas que ninguna de las artes, tiene una época feliz en la vida del hombre. En Victor Hugo, poeta de estraordinaria precocidad, esta época comenzó en la adolescencia. Sus composiciones de niño y las de su primera juventud exhalan ese fresco perfume que rodea á los primeros años: el alma del poeta es semejante á la flor que se abre á los primeros rayos de la primavera. Mas tarde adquiere esa consistencia viril que da al estilo nuevas y diferentes cualidades, y entonces comienza esa nueva era de poesía que se confunde con una revolucion literaria.

La nueva escuela, cuyo génesis hemos procurado esplicar, necesitaba un jefe y saludó en tal concepto á Victor Hugo. La eleccion no pudo ser mas acertada: á la sombra y bajo la proteccion del gran poeta se ampararon y tomaron salvo conducto todas las estravagancias. La execrable medianía y la turba multa de aspirantes á *genios* remendaron sus capas con los girones de su púrpura; y, como acontece en toda gran novedad literaria ó política, al ruido de las trompas y entre las algazaras del vulgo, sacaron la cabeza y rodearon al *ídolo* la muchedumbre inmensa de bullidores parásitos. Entre estos habia hombres de verdadero talento que compartieron con su jefe la amargura de semejante amalgama. La asociacion tomó el carácter de *escuela* y la literatura tuvo que vestirse de luto. Los hombres de escuela, como los hombres de pandilla, hipotecan su razon y toman prestado sobre sus ojos: en cambio, pobres ilotas literarios, reciben los ojos y la razon de la comandita. ¡Desdichado aquel que no hace la entrega por completo! Le sucederá lo que al caballo á quien el picador no ha tapado bien los



EL MORO HERIDO LLAMADO FALET, SE LANZA SOBRE EL CENTINELA EN EL HOSPITAL DE CEUTA (DE UN CROQUIS).



TIENDA DE UN JUDIO EN TETUAN. (DE UN CROQUIS).

ojos: verá el abismo y se precipitará en él á ciencia cierta. No conozco nombre para esta especie de tormento.

La moda y la emulacion lanzaron á Victor Hugo al teatro, arena ardiente en que el poeta recoge sus mas deseados triunfos. El éxito de su primer drama no fue decisivo; pues aunque abunda en todas las grandes cualidades que reconocemos en el autor como poeta lírico, la contestura ó disposicion de la obra no corresponde á las exigencias de la escena. La tragedia de *Hernani* es larga é inverosímil: su desenlace raya en lo imposible, en lo absurdo.—Y sin embargo, es la mejor obra dramática de Victor Hugo; superior á *Marion de Lorme*, *El rey se divierte*, *María Tudor* y algunas otras.

Aquí comienza en la carrera literaria del gran poeta la lucha titánica entre la verdad y el genio. Posponiendo la razon á la fantasía, sacrificando la historia y la verosimilitud á los grandes *efectos*, buscando á toda costa los aplausos y desatendiendo las mas nobles consideraciones del arte, aquel genio obcecado por el orgullo, desafia por mucho tiempo los sanos consejos de la crítica, arrastra impávido las amenazas de un público recalcitrante, ve amontonarse las nubes sobre su cabeza y se resigna á presenciar uno de esos terribles castigos que impone la opinion á los autores estraviados. *Le roi s'muse* fue el drama que colmó la paciencia del público, indignado del sacrificio de la historia en uno de sus mas nobles personajes y de la humillacion del sentimiento nacional en el monarca mas simpático de Francia. Francisco I sacrificado á un vil bufon, era una prueba demasiado fuerte para la tolerancia francesa.

Abandonando, despues de esta dura leccion el drama histórico, y consagrando sus tareas al melodrama, escribe Victor Hugo el *Angelo* y la *Lucrecia Borgia* que elevan el veneno á la categoría de primer resorte dramático.

¿Quién reconoce en semejantes estravagancias al poeta de inspiracion pura y severa, al autor de *Nuestra Señora de Paris*, monumento imperecedero de la historia de las letras? ¿Ese libro en que, como dice un elegante crítico, obedece Victor Hugo á su múltiple vocacion de arquitecto y poeta, de novelista y de historiador, que se alimenta á un mismo tiempo de invencion y y recuerdos?—En suma, Victor Hugo, hombre de cólera y de inspiracion, fantástico y caprichoso como todo verdadero poeta, cariñoso y tierno en la espresion del amor, atrevido y pindárico cuando da sueltas á su genio, demoledor y absoluto en sus exageraciones poéticas, pero encaminado siempre por las regiones de lo bello, es inferior á sí mismo en las *Orientales*, que son

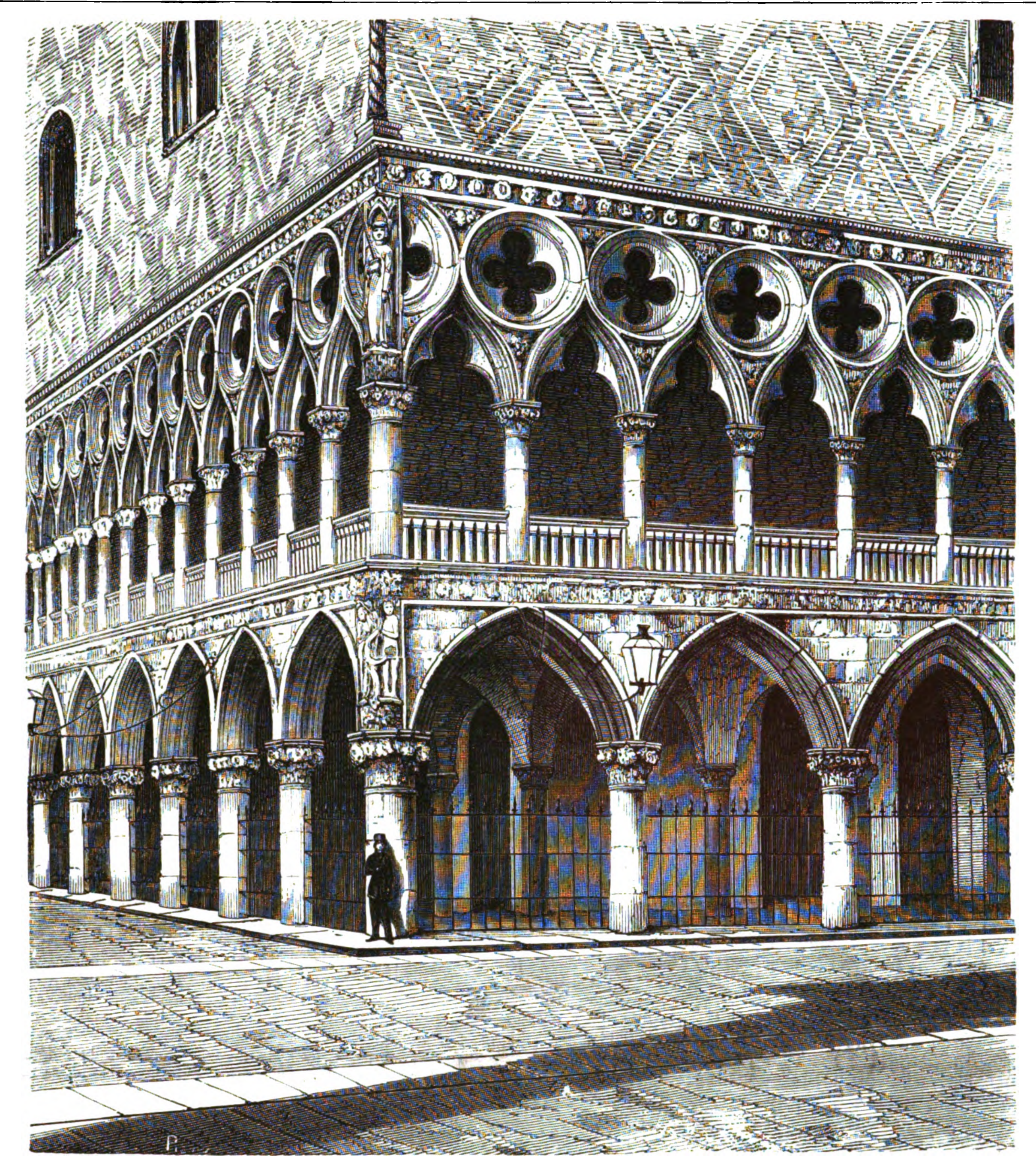
en último análisis una imitacion de Byron, y resplandece con puro esplendor en las *Odas y baladas* en toda la espontaneidad y lozanía de su musa.

Pero, á nuestro juicio, donde mas se distingue el gran poeta, por la verdad del sentimiento y del colorido, es en las *Hojas de otoño*, libro lleno de encantadoras visiones, de cuadros deliciosos de interior que envidiarian Teniers y Van-Ostade, de amenos paisajes, de risueñas praderías, de meditaciones originales y fantásticas. A esta coleccion pertenecen las dos lindas composiciones que hemos procurado trasladar al principio de este artículo.

Hoy nos proponemos examinar su último libro que lleva por título *La leyenda de los siglos*, tarea difícil que emprenderemos en otro número con mas deseos que esperanzas de acierto.

RICARDO DE FEDERICO.

EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.

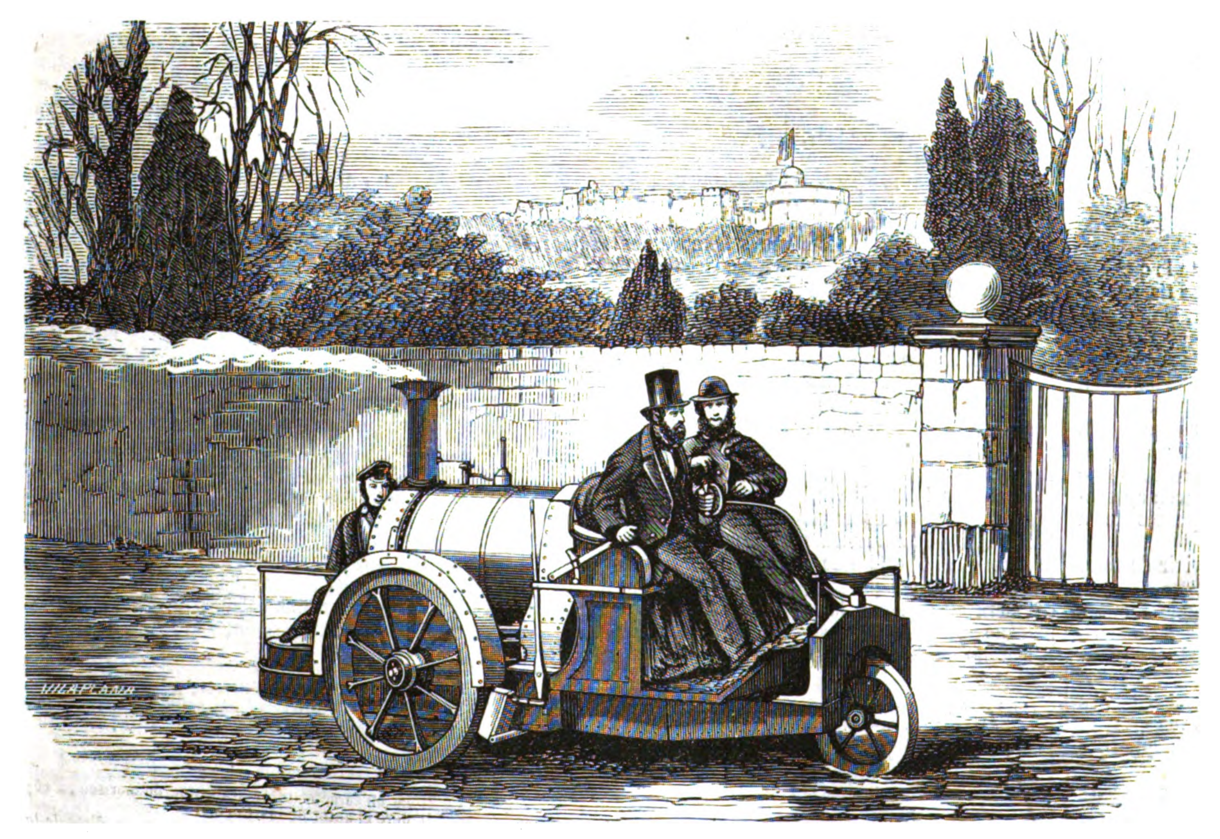


PALACIO DUCAL DE VENECIA.

Entre los múltiples monumentos que en la destronada reina del Adriático llaman perfectamente la atencion del viajero, sobresale, así por su fábrica como por sus recuerdos históricos, el palacio ducal ó del dux en la gran plaza de su mismo nombre.—Ya existia aunque con mas severa faz y mas apariencia de castillo que de palacio en el siglo XII, cuando por órden del cuarto Candiano empezaba la completa reedificacion, con arreglo á los planos de Calendario, que ágiles maestros supieron seguir mas tarde dignamente. Pero como siempre acontece en estas obras seculares, cada siglo fue dejando marcadas en el palacio ducal de Venecia, las huellas de su paso. Así en las ojivas del pórtico que le rodea, y en sus mas que esbeltas macizas columnas, bien á las claras se ve el primer período del arte llamado por los ingleses apuntado, y en los arcos conopiales de la galería superior y en los calados rosetones que se forman con la continuacion de los conopios la tercera época de su existencia, así como en las cuadradas ventanas y angulosos recuadros de los otros pisos, el nuevo estilo del renacimiento. Compendio de la historia del arte durante mas de tres siglos, guarda el célebre monumento inapreciables tesoros para el artista; y su inmensa mole cubierta en la fachada principal de mármol rojo y blanco levantándose sobre uno de los ciento cincuenta y siete canales que en varias direcciones cruza las venecianas islas, y apoyándose por otro de los lados en la antigua muralla, despierta en la mente del historiador que viviendo vida de siglos anima á los que fueron, tantos recuerdos, y tan grandes y tristes reflexiones, que abrumando la inteligencia solo dejan lugar al corazon para sentir.

Allí reuníase la célebre inquisicion de aquel imponente Estado, tan grande en su esterior como de organizacion viciosa y deleznable; allí estaba encerrada toda su máquina administrativa, y en su piso mas alto el célebre triunviro durante los cuatro meses que ejercia su elevado rango, en los que ni aun á sus mas allegados parientes veia; su individualidad quedaba perdida; no era el hombre: era Venecia.

Aun subsiste por ventura la célebre puerta de la *Carta*, que enlaza el recuerdo de su existencia con el del dux Fóscari, donde estaba su célebre estátua arrodillada delante de un leon alado, con otras cuatro figuras emblemáticas representando sus virtudes, obra con razon alabada del maestro Buono que hoy se admira en las salas del Museo, establecido en el mismo edificio y en las habitaciones del *dux* hace menos de veinte años. La estátua se conserva no lejos del sitio donde su original vió



CARRUAJE DE VAPOR USADO EN INGLATERRA.





por última vez la luz del dia.—Allí tambien se encuentra la galería del *Brodio*, donde los grandes de Venecia se reunian para tratar de los asuntos de la aristocrática república; la célebre escalera de mármol blanco en que se verificaba la coronacion del *Dux* al dia siguiente de su eleccion; y entre dilatados salones, ricos todos ellos en joyas artísticas á que dieron vida genios como Veronés y Tintoreto, sobresale la sala de las cuatro puertas donde se reunian los *diez*; sala entre cuyos magníficos frisos y cuadros se presenta el admirable *paradiso* del Tintoreto. No distante de ella los ecos de la sala del escrutinio parecen aun repetir las elocuentes palabras del Petrarca alzándose con enérgica peroracion en la causa de los Carraresi; y la sala de armas con sus puertas de cedro del Líbano trasportadas á Chipre y de allí á Venecia, conserva en recuerdo ya que no en realidad por la devastadora invasion francesa, bustos de guerreros célebres, armaduras, y curiosos objetos de la antigüedad ó contemporáneos; pero todos de gran riqueza y aun algunos de notable historia, como acontecia con la armadura que Enrique IV de Francia llevaba en Arques y en Ibri, remitida á Venecia por el mismo Enrique luego que ascendió al trono francés. La sala del escudo conserva con su nombre la memoria de aquella costumbre que recordando las de la antigua Grecia, colgaba en ella el escudo de armas de la familia del dux reinante, y la célebre del Consejo adornada con los retratos de los *duces* pintados por Tintoreto, cual fúnebre leccion de la severidad veneciana, ostenta un marco vacío cubierto por negro crespon, y en lugar de pintura esta solemne y aterradora leyenda:

Locus Marini Falieri decapitati.

El palacio de los duces de Venecia, evoca santos recuerdos, alegres unos, tristes los otros, sombríos aquellos, pero tan grandes todos, que es imposible visitarle bajo el punto de vista artístico solamente: cada una de sus piedras conserva un recuerdo, y por eso hemos dicho que despues de estudiarle, mas se puede ante su majestuosa mole sentir que analizar.

Quiera Dios que los amantes del arte preserven de la destruccion tan histórico monumento. Que á lo menos Venecia conserve sus palacios, ya que perdió la grandeza que en ellos se albergaba, y que no llegue un dia en que solo le queden sus placeres y su hermosura; aquella hermosura y aquellos placeres que hicieron esclamar á lord Byron en Childe-Harold. «Veo salir á Venecia del centro de las ondas, como si la vara de un encantador la hubiera levantado en un momento: parece la Cibeles de los mares con su tiara de orgullosas torres; majestuosa en su marcha como la soberana de las aguas. Sus hijas tenian por dote los despojos de las naciones, y el inagotable Oriente derramaba en su seno la lluvia de sus tesoros. Revestida de la púrpura convidaba á sus banquetes á los monarcas, que se enorgullecian con tan distinguido favor. Aquellos tiempos dejaron de existir; pero la hermosura de Venecia permanece. Los imperios caen, las artes desaparecen, mas la naturaleza nunca muere. No ha olvidado aun Venecia cuán apreciada fue en otros tiempos. Todavía es el centro de los placeres, la ciudad mas alegre de la tierra, el carnaval de Italia.»

R.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS. (1)

(CONTINUACION.)

IV.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Alabanzas al Eterno.—El señala el término de nuestros dias.—El conoce nuestros secretos y es testigo de nuestras acciones.

Con el auxilio de Allah voy á comunicarte lo que sobre la venida de nuestros antecesores á estas tierras recuerdan los hombres de España. Oye antes, sin embargo, otras noticias.

La primitiva historia da la nacion española se presenta envuelta entre las oscuras tradiciones que acompañan el confuso recuerdo de los tiempos mas antiguos.

Pero apenas el hombre docto puede reconocer la verdad al través de una dilatada série de siglos, es seguro que la península formaba una abasha (reunion) de naciones diversas, porque sobre su suelo fueron aposentándose razas distintas, salidas de varios puntos de la tierra.

¿Cuál era, me preguntarás, el modo de vivir de estos hombres?

La guerra y el comercio fueron sus ocupaciones.

Puede suponerse ademas que, como á todos los mortales, el amor á los placeres debia alucinarles. Las mujeres, los niños, las riquezas, los hermosos caballos, los rebaños, los campos, serian los objetos de sus ardientes deseos, porque, como dice el profeta, tales son los placeres de la vida mundana, por mas que el asilo que Dios prepara al hombre sea mas delicioso.

Débiles al cabo de muchos años de goces, los descendientes de aquellas gentes no pudieron oponerse á la invasion de nuestros progenitores, llevada á efecto en el año 92 de la hégira por facilitarla, segun se dice, los descontentos hijos de Ghithisa.

Pero ¿á quién consta la verdad de este aserto?

Solo Dios pudo saber el móvil de la invasion.—Es lo cierto que los musulmanes encontraron resistencia, y al contrario de lo que suponen los historiadores de España, los soldados del rey Roderico se defendieron como leones. ¡Ah! el ímpetu de la caballería musulmana solo el brazo del Todopoderoso le detiene. ¿Qué podian hacer hombres que habian echado en olvido el esmero en la cria del caballo y no amaestraban á este compañero fiel de la vida en los azares de las guerras? Aun ahora mismo, el principal defecto de los españoles consiste en no propagar los caballos y no conservarlos para sí en gran número.

¡Oh Allah! ¡bendecido seas! Los nuestros obtuvieron la victoria.

Pero ¿cuán diversos paraderos se atribuyen al rey de los vencidos?

Quieren los mas que muriese ahogado en un rio; suponen otros que recogió las huestes consternadas retirándose á lo mas alto de las asperezas del occidente. ¿Por qué no habrá llegado á admitirse como cierta la tradiccion mas verídica? Héla aquí, y no carece de fundamento.

La batalla de Guadalete duró varios dias. Las tribus de Zenetah, de Masmudah, de Gomerah, de Khoraish y otras, tiñeron sus lanzas con la sangre de los enemigos, pero cubiertos estos de hierro é hiriendo desde lejos con las hondas, no cejaron hasta el sesto dia en que llenos los campos de cadáveres, solo Allah pudo contar el número de los que quedaron sin vida. La oscuridad de la noche protegió la salvacion del caudillo cristiano que con un puñado de valientes se retiró del campo de batalla, prefiriendo medir la espada con nuestros antepasados en ocasion mas oportuna.

Mas ¡ay! que en una nueva escaramuza desaparecieron del todo los valientes que osaron desafiar el poder de los conquistadores. Soberano de los cielos y tierra es Dios, y sea que manifiesten los hombres sus corazones, sea que en sus mas recónditos pliegues se oculten altivos pensamientos, de ellos pedirá él cuenta y la equidad presidirá en sus juicios.

Prometida estaba á los árabes la tierra por herencia.

Tres de los hijos de Ghithisa, Almondo, Romlah y Hartobas, se hicieron musulmanes, pero poquísimos fueron los cristianos que siguieron su ejemplo, porque bien pronto los tratados que se establecieron entre los árabes y los españoles, permitieron á estos la conservacion de su ley, no quedando cautivos, ni separando á los hombres de las mujeres, ni á estas de sus hijos. Los oráculos de la Meca así lo habian predicho, pues las siete flechas sagradas se han agitado tambien alguna vez recomendando la paz, la tolerancia, la proteccion para los vencidos.

Preguntarás ahora ¿cómo siendo pocos los sarracenos vencieron en sus propios hogares á las gentes de esta tierra? No es que les asistiese el socorro de mil ángeles que prometió Mahomed á sus compañeros, pero tampoco podria decirte mi opinion con certeza. Quien pone su confianza en Dios, demuestra que es prudente y sábio.

Los terribles ángeles Monker y Nakir no se asentarán sobre el borde de su sepulcro para examinar las acciones de su vida (1).

V.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Mientras uno de los conquistadores de España, Tarec, sojuzgaba el país de Tzogur ó de los aduares, y los soldados de su compañero Muza aseguraban con las armas la posesion de la parte oriental, se verificaba un suceso de que casi ningun historiador español se hace cargo, segun me han informado algunos hombres entendidos.

Hablo de la formacion de una comarca cristiana tolerada por los vencedores, llamada tierra de Tdmir, porque muchos naturales se reunieron en ella y eligiendo á Tdmir (Teodemiro) por su rey despues de la batalla de Guadalete, pensaron en rechazar de sus hogares las armas musulmanas.—Vano empeño.—El anciano Abdelaziz-ben-Muza, al frente de crecido número de ballesteros bereberes y de caballería africana, les dijo:—«La victoria ha asegurado la decision de nuestra causa.—Dejar las armas es lo que os conviene.—Si volveis al combate nos hallareis preparados, pero sea cual fuere el número de vuestras tropas, no obtendreis una suerte halagüeña.—Por nuestra parte, no tememos la pelea, porque escrito está que quien volviere la espalda al enemigo, á no ser que sea para combatir ó para rehacerse, será entregado á la cólera de Dios, y vivirá en el infierno, morada de miseria.» (2)

Entonces fue cuando entre vencedores y vencidos, se ajustó el siguiente tratado de paz, de que se conserva memoria en algun manuscrito árabe que todavía existe:

«En nombre de Allah el misericordioso y el clemente.—Este es el tratado de Abdelaziz-ben-Muza con Tdmir ben gobdos (hijo de los godos), por el cual se le concede paz, y es pacto y convenio de Allah y del Profeta que no se le atacará ni tampoco á los suyos, que no se le quitará ni desterrará del reino, que los creyentes no matarán, no aprisionarán ni separarán á los cristianos de sus hijos, ni de sus mujeres, que no los obligarán á cambiar de religion, conservándoles las iglesias, sin pactar otras condiciones. El gobierno de Tdmir se estenderá pacíficamente sobre estas siete ciudades, á saber, Auriualet, Balentolat, Locant, Mula, Biscaret, Atzhi y Dorcat (1), sin poderse apoderar de las nuestras, ni auxiliar á nuestros enemigos ni guardar en secreto sus intentos. Tdmir y sus gentes pagarán un tributo anual de un dinero de oro, cuatro medidas de trigo, otras cuatro de cebada, de vino cocido, de vinagre, de miel y de aceite, y este tributo le pagarán solo por mitad las gentes del campo y los esclavos.—Firman este escrito á 4 de redjeb del año 94 de la hegira Otman-ben Abi-Abdah, Habid-ben-Abi-Obeida, Edris-ben-Maicera, Abul-Casem-el-Mozeli.»

Si pues Tdmir reinó entre los godos despues de la batalla de Guadalete ¿por qué no vuelven á hablar las historias de ningun caudillo cristiano hasta que Belaij (Pelayo) se descolgó de las montañas del septentrion sobre los mus lmanes, como lobo sediento de sangre?

Solo te diré que hé encontrado ya durante mi peregrinacion, muchos sujetos afectos al recuerdo de la antigüedad y que conservan objetos curiosos pertenecientes á nuestros bisabuelos. Quién tiene en su poder cántaros moriscos, quién conserva monedas de los antiguos califas. En estos dias me han enseñado un *saphi* (talisman) que contará acaso mas de cuatrocientos años de fecha, y así decia:

«Yo estoy entre el cielo y la tierra.—En el nombre »de Dios que me ha hecho, y me enseña todo, miseri»cordia.—En el nombre de todos los ángeles, y especial»mente del ángel *Javar* y del ángel *Jesir* y del buen Al»Corán, me dé paciencia, y sea siempre en mi compa»ñía.—¡Oh! Dios bendito que tanto me amas, os ruego »que yo quiera el mal á mi prójimo que él me quiere á »mí: volvedle el contra cambio, ó la recompensa.—¡Oh! »Dios bendito guardame del diablo, de malos tiempos y »de malos aires.—¡Oh! Dios mio haced que yo, siendo »un pobre hombre, el buen Al-Corán me guarde.—*Chef* »*Hain*, *Sat*, me guarden.—*Hamiem*, *Hain*, *Chef*, *Sa*»*tin*.—En nombre de Dios misericordioso, que de nin»guno temeis, asegurad me, y guardadme de todos los »animales, de todos los diablos nocturnos; y mostradles »vuestro poderío.—¡Oh! Dios, guárdame de aquel ángel »serafin, que cayó todo afligido sobre la montaña, y »desde entonces directamente llora.» (2)

(Se continuará.)

COCHE DE VAPOR PARA CAMINOS ORDINARIOS.

No há mucho tiempo fue presentado á la reina Victoria, al príncipe Alberto, y la real familia de la Gran Bretaña, un carruaje de vapor inventado por Mr. Rickett, de Castle-Foundry, Buckingham, y destinado á correr por caminos ordinarios. Está construido para el servicio particular, y tiene el espacio suficiente para tres personas sentadas delante, y para un maquinista que ocupa la parte posterior. Su construccion es tal, que le permite correr, por término medio, con una rapidez equivalente á diez millas por hora; pero en caminos de buenas condiciones, se han recorrido sin dificultad hasta diez y seis millas, en igual espacio de tiempo. Cuando se suben cuestas escarpadas, se hace uso de un manubrio, sin detenerse, y entonces la potencia aumenta dos veces y media, si bien queda reducida la velocidad á cuatro millas por hora, en las cuestas cuya inclinacion es de 1 por 10. El vehículo está montado sobre tres ruedas, cada una de las cuales tiene resortes independientes: una de pequeño diámetro, colocada en la delantera, sirve para dar al aparato la direccion que se desea, y dos detrás, de las que, una ó ambas á la vez, están destinadas á la propulsion; pues una está sujeta á la lanza, y la otra se maneja por medio de un agarradero, de modo que cuando se dejan libres, el carruaje puede girar sobre sí mismo, sin detenerse. Dirígese fácilmente merced al manubrio de la rueda pequeña, que ocupa el centro del asiento delantero, al paso que las traseras se rigen por una palanca desde el asiento; así, pues, la máquina se mueve enteramente á discrecion del que la dirige.

(1) Véase el número 7 del Museo Universal del corriente año.

(1) Fábulas alcoránicas.—Los talmudistas admiten creencias parecidas á las nacidas de las fantásticas imaginaciones de los árabes. Cuando muere un hombre, dicen, el ánjel de la muerte viene á asentarse sobre su sepulcro, y el alma se reune al cuerpo, levantándose el paciente. El ángel le examina, y si es culpable le azota con una gruesa cadena cuyos eslabones unos son de hierro y otros de fuego. (*Thalmud.*)

(Nota de la redaccion.)

(2) *Coran*: versículos del capítulo VIII, dado en Medina.

(Nota de la redaccion.)

(1) Probablemente Orihuela, Valencia, Alicante, Mula, Bijerra, Aspis y Lorca. No nos atrevemos á asegurarlo, pero el tratado existió y aun podemos añadir que el orientalista Casiri publicó su testo arábigo.

(Nota de la redaccion.)

(2) Esta oracion tan incoherente como ridícula contra las brujerías, los malos tiempos, los malos aires, etc., que llevan consigo los mahometanos, variando en redaccion de muchas maneras, mas bien tiene un carácter turco-árabe que no morisco, á cuya raza parece se refiere el autor de las *Cartas*.

(Nota de la redaccion.)



El aparato está dispuesto sobre un depósito de agua, que forma un cuadro tubular resistente; la caldera está encima, y el conjunto ocupa el espacio comprendido entre esta y el depósito, perfectamente á cubierto del polvo y lodo, y al alcance del maquinista. El depósito contiene noventa *gallones* de agua, cantidad bastante para una carrera de diez millas. La caldera es de hierro, y está construida de manera que no esperimenta perjuicio alguno por los desniveles del terreno, pues resiste una presion de ciento cincuenta libras, y suministra vapor á un par de cilindros; la evaporacion es con corta diferencia, de un *gallon* y medio de agua por minuto, y se consumen de ocho á diez libras de carbon por milla. El peso de la máquina y el coche, con los pasageros y la correspondiente cantidad de agua y carbon, representa dos toneladas y media.

Puede formarse alguna idea de la resistencia que al mecanismo oponen los caminos ordinarios, reflexionando que, para mover una tonelada por ellos, se necesita tanta potencia como para conducir quince ó veinte por los ferro-carriles; y en esta máquina, para arrastrar su peso máximo á quince millas por hora, sobre un terreno igual, se requiere una fuerza de diez caballos; pues esta gran potencia y el poco peso, son condiciones indispensables en las máquinas de que hablamos. Ninguna dificultad grave se ha esperimentado al construirlas. Alguna vez, los caballos de pocos años, se espantan cuando las ven detenerse de repente; y cuando esto ocurre, el ruido y el humo desaparecen por completo.

Anúnciase que algunas de estas máquinas serán enviadas en breve á Bélgica; entre tanto, en Buckingham se prosigue la construccion de otras.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Por lo que á mí respecta, si he de decir mi opinion, la tengo por uno de los edificios mas altos que actualmente pueden hallarse. El rey hizo ademas retirar á muchos hombres de letras, comerciantes y artesanos, mandando que á los habitantes, ademas de la ganancia que les reportase su trabajo, se les proveyese de cierta cantidad de mercancías. Por este medio, muchas personas de diferentes oficios y condiciones, atraidos por la esperanza de esta liberal oferta, acudieron en gran número para establecerse allí. Así es que poco tiempo despues se convirtió en una de las mas nobles ciudades de Africa, y el pueblo duplicaba su lucro, pues negociaba sobre las provisiones del rey y con lo que traficaba con los cortesanos y soldados, porque Mansor permanecia allí desde principios de abril hasta setiembre.

Y como la ciudad padecia mucho por la gran escasez de agua (á causa de que la del mar se mezcla con la del rio que sube hasta cerca de dos millas, por lo cual hasta la de los pozos es salada), Mansor hizo llegar agua dulce de una fuente que distaba de allí doce millas, por medio de un conducto fabricado de sillería y construido sobre un arco, con no menos industria que la que en nuestros dias se observa en Italia, y hasta en la misma Roma. Este conducto está dividido en dos partes, por las cuales el agua llega hasta los templos, colegios, palacios de los señores y fuentes públicas de la ciudad, la que despues de la muerte del señor empezó á decaer y despoblarse de tal modo, que apenas quedó la décima parte de sus moradores; y hasta ese mismo conducto, tan suntuoso como útil, quedó arruinado en las guerras de la familia de Marin contra la de Mansor; hoy apenas hay cien casas habitadas, pues el terreno de las demás se ha destinado al cultivo. Así es que toda la parte habitada se reduce á dos ó tres calles inmediatas á la fortaleza, con algunas miserables tiendas.»

Rabat y Salé se confundian antignamente por su alianza en la pirateria, que ejercian en comun. Eran independientes, pero reconocian la soberanía del emperador y le pagaban un pequeño tributo.

El emperador Sidi-Mohamed sometió estas dos ciudades y las agregó á su Imperio, lo cual fue un golpe mortal para los piratas. Posteriormente el puerto se obstruyó en tales términos, que les fue imposible proseguir en su oficio con algun fruto, porque no pudieron refugiarse en él.

Rabat está rodeada de una gran muralla, defendida por tres fuertes mandados levantar por un renegado inglés, y artillados con piezas enviadas desde Gibraltar. Las casas en que habitan algunos ricos, son en general de buena construccion. Los judíos son numerosos, y su situacion es allí mejor que en Larache y Tánger, y sus mujeres son mucho mas hermosas que todas las del resto de Berbería.

El castillo de Rabat es espacioso, y en su interior hay un gran edificio donde el emperador Sidi-Mohamed encerraba su tesoro. Desde su hermosa azotea se descubre á Salé, el Océano y una gran estension de país.

Un antiguo y ruinoso palacio de Rabat, fue construido segun se dice, por Jacob Almanzor, uno de los primeros emperadores de Marruecos: de él no quedan ya sino las cuatro paredes, de que se ha sacado partido para hacer un polvorin y custodiar algunos efectos militares. En la parte esterior de este palacio se ostenta una torre cuadrada de piedra, llamada por los moros *Torre de Hassen*, á causa de su gran altura. La admiracion que les escita, á pesar de no ofrecer nada de particular, prueba hasta, qué punto han perdido el buen gusto en arquitectura y caido de su pasado esplendor.

La desagradable necesidad de haber de atravesar un país horroroso, sin un compañero á quien comunicar sus ideas, y la certidumbre de tener que andar todo un dia tres millas por hora, en una estacion en que la frescura de la mañana y de la noche son muy malsanas á causa del sofocante calor del dia, atormentaron de tal modo el ánimo de Lemprieres, que salió de Rabat hondamente contristado, tomando el camino de Darbeyda, primera poblacion que se encuentra yendo á Mogador. Pero el buen tiempo que hasta entonces le habia favorecido, cesó de repente.

Al salir de Rabat, la serenidad del cielo prometia la continuacion del buen tiempo; pero solo duró lo necesario para atravesar sin inconveniente los tres riachuelos Hicrumb, Sherrat y Bornica, que después de las grandes lluvias se convierten en rios profundos y rápidos; y aun durante cierta época del año no pueden pasarse sino en barcas ó en las balsas, que la completa falta de puentes hace muy comunes en Marruecos.

A las cinco de aquella tarde, estalló una tormenta acompañada de truenos, relámpagos y un impetuoso viento. La lluvia no cesó hasta el dia siguiente, y el doctor no pudo ponerse en camino antes de las diez de la mañana, porque fue preciso secar la tienda, que empapada como lo estaba, hubiera sido un peso superior á las fuerzas de las mulas, harto cargadas ya con los demás aprestos de viaje. No obstante, partió a tiempo de llegar antes de las doce al castillo de Mensooria, del que solo quedan algunos trozos de muralla y una arruinada torre. Lemprieres supo por los soldados de su escolta, que un príncipe de sangre real habia residido allí en otro tiempo, pero que una rebelion le habia obligado á huir. El emperador reinante habia mandado arrasar la fortaleza.

Saliendo de Mensooria para Fadala, llegó aquella noche, despues de haber vadeado el Infefic. Las obras comenzadas en Fadala en diferentes épocas, nunca han llegado á su fin, y son un monumento eterno de la indolencia de los emperadores marroquíes. Fadala está rodeada de una antigua fortificacion, y tiene una mezquita, único edificio terminado. Los habitantes, pobres como los de Mensooria, viven en miserables cabañas. A la derecha de Fadala se ve una especie de palacio, edificado por órden de Sidi-Mohamed, donde este pernoctaba cuando pasaba por aquel camino.

A las seis de la noche Lemprieres entró en la triste ciudad de Darbeyda, habiendo atravesado desde Rabat un terreno inculto y pedregoso. Pasó el Darbeyda por un puente de dos arcos, el único de construccion moderna que el doctor vió en Berbería.

Darbeyda es un pequeño puerto de mar de poca importancia: en su bahía pueden anclar sin peligro buques de gran porte y con carga, escepto cuando reinan los fuertes vientos de Noroeste, que los esponen á ser arrojados contra la costa.

El gobernador Darbeyda recibió muy bien al doctor y le regaló algunas aves para la cena procurándole ademas un regular alojamiento aquella noche.

El 10 de octubre Lemprieres salió para Azamora, situada á cincuenta y seis millas de Darbeyda, siéndole preciso, al fin de la segunda jornada y antes de entrar en la ciudad, atravesar el Morbeya. Azamora está edificada hácia el Mediodía, á la embocadura de este rio, tan ancho y profundo allí, que solo en barco puede atravesarse.

El camino de Darbeyda á Azamora solo presentó á la vista de nuestro viajero tierras estériles y una no interrumpida cadena de peñascos, que forman una perspectiva altamente monótona y triste.

Azamora tiene un reducido puerto sobre el Atlántico, á la embocadura del Morbeya. Esta ciudad es bastante importante, pero no tiene ningun edificio público; su situacion es triste, y sus habitantes parecen miserables. La pesca era para ellos, en tiempo de Leon el Africano, un gran elemento de riqueza. El Portugal, despues de una desastrosa tentativa para apoderarse de Azamora, consiguió tomar este puerto, que casi le fue entregado por los judíos que en gran número lo habitaban; pero poco despues cayó de nuevo en poder de los príncipes berberiscos.

El 13 de octubre Lamprieres marchó á las ocho de la mañana á Saffy, á donde llegó en la noche del 15. El país que atravesó era inculto y estaba lleno de piedras, como el que ya habia recorrido.

Al salir de Azamora, vió á Mazagan á la derecha del camino. Esta es una plaza que el emperador Sidi-Mohamet arrebató á los portugueses, que no defendieron sino el tiempo necesario para llevarse los efectos de algun valor, hecho lo cual evacuaron la poblacion.

El dia de su llegada á Saffy, el doctor pasó cerca de las ruinas de *Muley-Ocom Monsor*, llamadas *Din Medina Rabacra*, y que eran en otro tiempo una importante ciudad, pero ya no se veia allí sino algunos jardines y unas cuantas cabañas habitadas por soldados negros inválidos. Estos escombros estaban rodeados de una gruesa muralla.

Saffy, situada al pié de una montaña escarpada, es un puerto de mar. La ciudad es pequeña y solo se hace notar por un palacio de bastante buen aspecto, que los hijos del emperador habitan algunas veces; por la parte del Norte está defendida por un fuerte inmediato, y la rodean muchas montañas cubiertas de bosques. Saffy hacia un gran comercio con Europa, antes de haber el emperador Sidi-Mohamet obligado á los comerciantes europeos á establecerse en Mogador. Su rada es segura, escepto cuando reinan los vientos de Oeste, cuya violencia es tal que arroja los buques contra la costa.

(Se continuará.)

LOS POBRES DE SAN BERNARDINO.

El que quiera formarse una idea, aunque incompleta, de lo que era la mendicidad hace algunos años en España, y principalmente en las capitales y grandes centros de poblacion, no tiene mas que salir á darse un paseo por el interior de Madrid el jueves y viernes Santo, y verá que, á pesar de los bandos de la autoridad local, de la esquisita vigilancia de sus agentes, y de los castigos que en mil ocasiones ha tenido que imponer aquella por infraccion de sus mandatos, verá, repetimos, invadidas las aceras de las calles de mas tránsito, las puertas de los templos y los paseos, por una multitud de mendigos de todos sexos y edades, que con sus voces plañideras asordan los vientos, produciendo en el ánimo del transeunte acaso tanto disgusto como compasion; porque si los sentimientos cristianos se despiertan fácilmente en el hombre á la voz de la naturaleza que sufre, y la verdadera beneficencia siente mas que piensa, la idea de que aquellos seres desgraciados lo son, en su mayor parte, porque así lo quieren, detiene en ocasiones los impulsos del corazon mas propenso á socorrer al prógimo.

Con harta razon, pues, se admiran y se admirarán siempre aquellos retratos de mano maestra, pintados por nuestros grandes escritores clásicos, de pobres desharrapados, sucios, desnudos y repugnantes, que no ya aisladamente, sino organizados en corporaciones y cofradías, con sus jefes y ordenanzas especiales, eran verdadero cáncer de la sociedad y un peligro de que constantemente se veia esta amenazada. De allí salian los Monipodios, los Chizquinaques, las Escalantas y las Gananciosas de nuestro inmortal Cervantes; de allí los rufianes, los rateros y todo linaje de gentes perdidas, cuyas hazañas ha descrito con singular chiste nuestro don Francisco de Quevedo. Academias habia, y no seria difícil tropezar aun en esta córte con algunos restos de ellas, en donde se ejercitaba al neófito en toda suerte de truhanerías y maldades; desde el asalto al bolsillo del distraido, hasta el escalamiento de los balcones y la fractura de puertas y cerrojos; desde el manejo de la navaja, hasta el de la ganzúa; desde el silabario de su jerga, hasta los secretos mas recónditos del ramo del arte á que la vocacion de cada uno le inclinaba. El niño, que apenas soltaba los andadores y que balbuceaba mal el nombre de Dios y el de sus padres, era iniciado en el horrible lenguaje de la hampa; el candor de las niñas parecia marchito, como su cuerpo, antes de haber salido de la infancia; y cuando estas llegaban á la adolescencia, todas las señales de una vejez, ó mejor dicho, de una decrepitud prematura, sellaban su frente con una marca de infamia, haciendo á veces oficio de Celestinas, quizás antes de que su inteligencia pudiera comprender el abismo de la degradacion á que las habia conducido la falta completa de principios morales y religiosos.

La haraganería, el vicio y el crímen tomaban diferentes disfraces con que engañar al mundo y moverle á piedad; ya el beodo se instalaba con un par de muletas en una esquina, fingiéndose inválido de la guerra; ya el holgazan pretestaba para pedir limosna la falta de un trabajo, que no faltaba, y que él no habia buscado ó querido admitir; aquí una moza entregada tambien á la embriaguez y al escándalo, cuando la necesidad la apuraba aturdia una calle, fingiendo ataques epilépticos ó cubriéndose el rostro con parches y vendajes, de que no habia menester mas que para representar su farsa; allí mostraba otro sus piernas buenas y sanas, llenas de costras, de llagas artificiales, confeccionadas en los bodegones, en las tabernas, en los pajares ó en sus ruines viviendas, que causaban á la vez horror, compasion, y asco.

Hoy, á Dios gracias, y por mas que se declame y se intente negar los beneficios que se deben á las instituciones modernas y al progreso de los tiempos, sino ha desaparecido por completo el espectáculo de tantas miserias, con orgullo pueden establecerse comparaciones entre lo que se observa y lo que anteriormente sucedia.

La caridad, ó llámese, si se quiere, la filantropía, pues para el caso es lo mismo, acoge en nuestra época bajo su manto protector á todos los que á ella acuden, y sus gloriosos triunfos se descubren desde luego sin mas que saber que no hay pueblo, por miserable que sea, que no destine parte de sus recursos y los que le proporcionan las sociedades benéficas y los particulares, al alivio de los seres desvalidos.

LOS POBRES DE SAN BERNARDINO.

Estas reflexiones nos conducen naturalmente á destinar unas cuantas líneas á los pobres de San Bernardino, objeto especial del presente artículo.

Un hombre ilustre, un amigo generoso de la humanidad, una persona cuyo nombre está grabado en la memoria y en el corazon del vecindario de esta córte, el mismo que tanto influyó en la creacion de la *Caja de ahorros de Madrid* y algunos otros establecimientos benéficos, el señor don Joaquin Vizcaino, en fin, marqués viudo de Pontejos, con el auxilio eficaz de las autoridades y la cooperacion de otras personas celosas y caritativas, tuvo la gloria de ver planteada en el corto espacio de quince dias la casa que hoy lleva el nombre de *Asilo de mendicidad de San Bernardino*; pues la real órden de creacion, segun vemos en las *Escenas Matritenses* del señor Mesonero Romanos, observador concienzudo de las costumbres de esta córte, se espidió en 3 de agosto de 1834, y el 18 de setiembre del mismo año entraron mendigos en el nuevo establecimiento; fenómeno, esclama con razon dicho señor Mesonero Romanos, que acaso no tiene ejemplo en nuestra España. «El establecimiento, añade, admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos »los mendigos á quienes se encuentra pidiendo limosna »por las calles, teniendo derecho á permanecer en él »aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid »y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas »circunstancias, se les considera como forasteros, y des»pues de socorridos se les entrega el pasaporte para los »pueblos de su naturaleza.»

Una vez recogido el mendigo, allí se le proporciona alimento, vestido, enseñanza de un oficio, si no tiene ninguno, y si lo tiene, ocupacion en los talleres de la casa, ó en el servicio interior de ella, así á los hombres como á las mujeres, y á cada cual segun su edad, su aptitud y su inclinacion. Porque la sociedad al tender su mano al menesteroso de derecho ha conquistado á una compensacion por parte de este; compensacion que, en rigor, no merece tal nombre respecto de algunos de los acogidos, á quienes se dispensa un doble beneficio admitiéndolos y trasformándolos de hombres intemperantes, de mal vivir, perezosos y sin amor al trabajo, en hombres sóbrios, honrados, activos y laboriosos.

En cuanto á los servicios que prestan fuera del *Asilo*, uno de los principales actualmente es la asistencia con hachas á los funerales, mediante una retribucion siempre módica. Antes recogian limosnas dando lumbre á los fumadores, á cuyo efecto llevaban en la mano una mecha encendida; ahora, es decir, desde que el coste de los fósforos se ha puesto al alcance de todo el mundo, no puede ya contarse con el espresado recurso (1). Con razon podria esclamarse, parodiando aquel célebre epígrafe de Victor Hugo: *Esto mató á aquello*.

No obstante las reconocidas ventajas del Establecimiento que nos ocupa, doloroso es decir que para hacer que algunos mendigos ingresen en él, ha habido necesidad de emplear la fuerza. Siempre recordaremos una escena de este género ocurrida años hace en la calle de Jacometrezo. Al pasar por ella nos llamó la atencion un gran corrillo que impedia enteramente el tránsito, y del cual salian voces desgarradoras de mujer que alarmaron á toda aquella parte del barrio. Nos acercamos al grupo, y vimos, en efecto, una mujer, decimos mal, una furia llena de andrajos, desgreñada, llorosa y sofocada, que lanzando horribles gritos, luchaba por desasirse de las manos de un municipal, á quien, á pesar de tratarla con la mayor dulzura, dirigia mil improperios que él sufria con estóica paciencia. Preguntando el motivo de semejante escándalo, nos dijeron que no era otro que el querer llevar la pobre aquella á San Bernardino, segun estaba mandado.

Los hábitos de vagancia y de viciosa independencia son causa de que muchos mendigos no acudan al *Asilo*, gustándoles mas importunar á todo el mundo para recoger unos cuartos con los que pagan su cotidiano tributo á la taberna, que disfrutar las comodidades y sosiego que en aquel proporciona á otros su aplicacion y su buena conducta.

Si ahora quereis ver al pobre de San Bernardino fuera del *Asilo*, que es donde el autor le ha visto muchas veces, venid conmigo á la puerta de una iglesia cualquiera donde haya funerales. Pronto le conocereis, no puede confundirse con ninguno de los concurrentes, porque tiene su uniforme especial costeado por el Establecimiento. Esos doce hombres que están delante de la puerta del templo, con sombrero encerado en el que se ve el número de cada cual, blusa azul y en la mano un blandon de madera que termina en un receptáculo de laton para recoger la cera que chorrea el hacha que arde en su centro, esos son los pobres de San Bernardino.

(1) Quien desee mas pormenores puede consultar en las *Escenas Matritenses* el artículo titulado: *Una visita á San Bernardino*.
(*N. del A.*)

El que ya los conoce, si nunca se ha detenido á meditar en la obra de misericordia que practican á cada paso, al distinguirlos volverá los ojos á otro lado como si viese unos pájaros de mal agüero; pero el que reflexiona un momento, y sabe que todos los que se llamaban amigos del difunto, que todos sus deudos, que todos sus parientes, que todas aquellas personas á quienes en vida colmó de beneficios, todos ó casi todos abandonan sus restos mortales, y si algunos los acompañan es mas que por un acto espontáneo de piedad cristiana, de gratitud ó de amistoso deber, por un impulso de vanidad ó por compromisos á que no siempre puede faltarse en sociedad; si esto reflexiona y esto sabe, verá que el pobre de San Bernardino es el único que muchas veces paga tributo á la memoria del muerto, precediendo silencioso al carro fúnebre, y rezando un Padre Nuestro y un Ave María al descubrir el cadáver al borde de la sepultura, donde le espera el enterrador para tapar con una paletada de tierra aquella cabeza en que ya no arde el pensamiento, y que ha principiado á dormir el largo sueño, de que solo la gran voz de la eternidad de la gloria, ó de la eternidad del castigo, ha de despertarle.

No quisiéramos, sin embargo, haber oido en varias ocasiones la siguiente pregunta, cuando todavía resuenan las últimas palabras de la oracion por el alma del finado:

—¿Hay algo para los pobres de San Bernardino?

Porque esta pregunta quita parte del mérito á la accion laudable que acaban de ejecutar acompañando al difunto hasta el lugar de descanso. Si algo les disculpa, es que, como es sabido, en el viaje á la eternidad, todo ademas de pagarse, cuesta un sentido; de manera que casi ni morirse puede el que es pobre.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Dios ha dado al hombre la palabra para disfrazar el pensamiento.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 13. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 25 DE MARZO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



el parte detallado que ha publicado la *Gaceta*, se deduce que la accion del 11, fue de tanta importancia como la que mas entre las que han ilustrado la historia de nuestra guerra de Africa. Las kabilas marroquíes mandadas por sus jefes y dirigidas por un califa venido de Fez, juraron recobrar á Tetuan, la ciudad santa, y acudieron al campo de Muley-Abbas para pedirle licencia de atacar á los cristianos. Muley-Abbas se la concedió, segun unos sonriéndose y añadiendo «andad; que yo sé que no volvereis á contarme el resultado,» segun otros simplemente y eludiendo toda responsabilidad en los sucesos que pudieran sobrevenir. Las kabilas, en efecto, atacaron nuestro campo y dejaron en él tendidos sus principales jefes en medio de montones de cadáveres. Habian jurado morir ó recobrar á Tetuan y murieron peleando. Sus tropas no siguieron su ejemplo: la esperanza del botin les habia halagado; mas cuando vieron que era necesario arrostrar el fuego y la bayoneta de nuestros soldados para tomarlo, comenzaron á desmayar y últimamente fueron perdiendo todas sus posiciones huyendo á la desbandada. El jefe marroquí que mandaba la accion habia dispuesto sus tropas en un ancho semicírculo, cuyo diámetro podria tener una legua; su intencion era traer á nuestros soldados al centro donde se veian unos grandes pantanos, y envolverlos; pero una hábil maniobra mandada por el general en jefe que hizo flanquear sus posiciones, les obligó á descender á las mismas lagunas, á donde habian tratado de atraer á los nuestros, y donde muchos de ellos hallaron la muerte, mientras otros cortados en su retirada sucumbieron ó fueron hechos prisioneros. Al dia siguiente por parte de Muley-Abbas se entablaron negociaciones de paz. El general O'Donnell que recibió á los enviados, anunciándoles que no por eso suspenderia las operaciones de la campaña, no creyó sus ofertas bastante importantes para remitirlas por el telégrafo y las trasmitió por el correo ordinario. El gobierno las recibió el 16 ó 17 del corriente y fueron discutidas en consejo de ministros, espidiéndose inmediatamente la respuesta. No sabemos ni la naturaleza de las nuevas proposiciones ni la de la contestacion que ha recibido Muley-Abbas. Sin embargo, los periódicos que pasan por bien informados de los actos del gabinete, manifiestan poca confianza en que se pueda hacer la paz antes de emprenderse el movimiento camino de Tánger.

Segun las últimas noticias del 22 al 23 debió emprenderse este movimiento llevando el ejército víveres y repuestos para diez dias, tiempo que conceptuamos suficiente para vencer todos los obstáculos que las fuerzas marroquíes puedan haber aglomerado en el camino.

De todas maneras, la paz no puede estar ya muy lejos, sea que la tengamos antes, sea que venga despues de la toma de Tánger. Nosotros la deseamos por ver al ejército descansar de tantas fatigas como ha sufrido en esta penosa guerra, en que no solo ha tenido que luchar con los hombres sino con los elementos, con la escasez de todo recurso en el país, con las enfermedades y con la peste.

Las cartas y los periódicos de Italia dan cuenta de la aceptacion de Victor Manuel del trono que le ofrecen los ducados y las legaciones de la Italia Central que han votado su anexion al Piamonte. S. M. ha dicho sin embargo que respecto de la Romanía estaba dispuesto á reconocer la alta soberanía del Papa. Por su parte el cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, en respuesta á una comunicacion del ministro francés Mr. de Thouvenel, ha dicho que el gobierno pontificio no abandonará el derecho que cree tener sobre las Legaciones, y que mientras no se le reponga en el uso de ese derecho, no hará á sus súbditos concesiones de ninguna especie. Tambien se dice que por un lado la Santa Sede recluta en Austria y Nápoles la fuerza que juzga necesaria para invadir sus antiguos dominios, hoy agregados al Piamonte, mientras que por otro lado se prepara á lanzar escomunion sobre Victor Manuel y sobre todos los que hayan tomado parte de hecho, ó simplemente aprobándolos, en los actos que han preparado y llevado á cabo la anexion. Por nuestra parte no creeremos esta noticia mientras no la veamos confirmada oficialmente; pero hay periódicos que se adelantan á describir el aparato y pompa con que se vá á verificar esta solemne ceremonia.

«La ceremonia, dice un corresponsal, se celebrará en »San Pedro con gran pompa, asistiendo todos los cardenales. La iglesia estará enlutada, el crucifijo cubierto »con un velo; los blandones y las velas apenas encendidos se apagarán; una procesion general acompañada de »todas las órdenes religiosas y monásticas de Roma, recorrerá la ciudad cantando el *Miserere*. Se dice que Su »Santidad será quien pronuncie la escomunion mayor; »sin embargo otros creen que la proclamará un cardenal delegado *ad hoc*.»

En Saboya y Niza sigue la agitacion promovida para la anexion á la Francia. El sentimiento de unidad en las naciones que proceden del mismo orígen y hablan el mismo idioma podria llegar á ser irresistible si, como sucede hoy, en vez de ponerle obstáculos, se le diera impulso. A la cuestion de Italia seguirá la de Niza y Saboya; á esta la de los cantones suizos del Tessino, y la Valtelina y la Córcega; á esta la de las islas Jónicas que son griegas aunque poseidas por Inglaterra que pretende ser mas griega que ellas. Y ya dicen que la Cerdeña cuyos habitantes descienden de familias españolas desean tambien que se admitan sus votos para agregarse á España. Y como quedan todavía segregadas en Italia, Venecia, Nápoles, Roma y las Marcas, con este grito general de agregacion hay para revolver buenamente la Europa por unos cuantos años.

Desde que se han abierto tantos teatros políticos en el mundo, donde se dan y se preparan tan grandes y sorprendentes espectáculos, parece que nos hemos quedado por acá sin templos de Talia. El Príncipe donde trabaja Catalina y *qualche volta* la Matilde, es el único que se mantiene abierto como una de aquellas esbeltas columnas que aun permanecen en pié entre las ruinas del edificio á que han pertenecido. Lope de Vega terminó su carrera mas ó menos bruscamente; Novedades pasó á mejor vida; la compañía del Circo parece disuelta si no manca y coja, pues que le faltaron Valero y la Teodora que como suele decirse, eran sus piés y sus manos. Esta es verdaderamente una disolucion general de compañías: si nos halláramos en los tiempos antiguos, la plazuela de Santa Ana, punto de reunion de los cómicos en busca de ajuste, deberia estar llena de bote en bote. Lo sentimos por multitud de artistas modestos y de talento, que se encontrarán apurados, y no ciertamente por culpa suya, sin poder utilizar su trabajo; y lo deploramos tanto mas, cuanto mayor es el contraste que forma su desgracia con la fortuna que suele favorecer á otros que valen menos.

El señor Herrmann ha dispuesto, segun parece, abandonar á Madrid para dar representaciones de su habilidad por las provincias. Le deseamos fortuna y buen viaje y que nos permita volver á ver zarzuelas en la Zarzuela, donde está uno mas á sus anchas que en los Basilios. Un teatro mecánico, bastante bueno, que habia en la plazuela de las Descalzas va tambien á desaparecer, ausentándose el dueño con toda su maquinaria. Todos nos dejan y hasta los cantantes del *Teatro Real* no tardarán en tomar el camino de Francia de paso para Italia ú otras naciones.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

III.

Los que desnaturalizan la significacion de las voces censurando como bajo y servil al cisne de Mantua, olvidan la índole de los tiempos ó desconocen el sentimiento que mas honra al corazon del hombre. Dios llama al César, en una elegantísima hipérbole, el agradecido poeta que le debe la vida y la hacienda. *Deus nobis haec otia fecit*: la vida y la hacienda no valen nada sin el reposo para los amantes apasionados de las Musas. Sin la magnánima proteccion que dispensó á Virgilio Maron el generoso mancebo á quien la fortuna hizo dueño del mundo, no poseeríamos hoy en las obras de aquel ingenio uno de los monumentos que mas honran á la especie humana. ¿Podremos decir lo mismo, en sentido inverso, de Victor Hugo? ¿Nos consolará su gloria del ostracismo que le impuso la cólera de César? ó, lo que es igual, ¿vale tanto la *Leyenda de los siglos* como la *Eneida*?—

Para examinar con la profundidad necesaria esta cuestion tendríamos que analizar otra vez las dos escuelas, y buscar, con razonamientos prolijos, las claras fuentes de la verdadera belleza Pero no queremos entrar en abstracciones: aceptamos como buena una y otra, y dentro de sus condiciones comunes, planteamos la cuestion: ¿son comparables estos dos poemas?

Desde luego la comparacion no tiene lugar cuando los términos son de todo punto desemejantes. *La Eneida* es una obra acabada, completa: la *Leyenda* es un proyecto, un croquis, un boceto; pues aunque el autor pretende que cada una de sus partes tiene vida propia y una existencia independiente, carece el conjunto de esa regularidad y armonía que constituyen el verdadero poema. Para que la comparacion fuese valedera y esacta, habria que hacerla entre la *Leyenda de los siglos* y los *Trozos escogidos de la Eneida*.—

La índole de ambos poemas es ademas distinta ¿Qué se ha propuesto Victor Hugo en la *Leyenda de los siglos*? «Espresar la humanidad en una especie de obra cíclica: pintarla sucesiva y simultáneamente bajo todos sus aspectos: historia, fábula, filosofía, religion, ciencia, que se resumen en un movimiento inmenso y único de ascension hácia la luz; hacer aparecer, en una especie de espejo sombrío y claro—esa gran figura una y múltiple, lúgubre y radiante, fatal y sagrada, el Hombre; este es el pensamiento, esta, si se quiere, la ambicion de donde ha nacido la *Leyenda de los siglos*»....... ....«El desenvolvimiento, de siglo en siglo, del género humano; el hombre, ascendiendo de las tinieblas á lo ideal, la transfiguracion paradisiaca del infierno terrestre, la eclosion lenta y suprema de la libertad, derecho en esta vida, responsabilidad para la otra; una especie de himno religioso de mil estrofas que lleva en sus entrañas una fe profunda y sobre su cabeza una elevada plegaria; el drama de la creacion iluminado por el rostro del Criador, esto será el poema en su conjunto; si Dios, que dispone de las existencias humanas, lo consiente.»

Este es, segun su autor, el pensamiento de la obra. ¡Cuán distinto en su esencia y forma del poema latino! Pero si la Eneida y la Leyenda de los siglos no pueden compararse, ¿es una idea nueva, original, la representacion cíclica de la humanidad en un poema? ¿Qué otra cosa son los Metamorphoseos de Ovidio, poema admirable que su autor llamó por esta razon *perpetuum* y que comienza: ¡Oh Musas, conducid mi poema *perpetuo* desde el orígen del mundo hasta nuestros dias.» Y, sin que le arredre la epopeya de Lucrecio que tiene por título *Sobre la naturaleza de las cosas*, acomete la empresa de cantar la historia de los Dioses, es decir, la historia del mundo en la teogonia pagana! El poema de *Las metamórfosis* empieza antes de la creacion; cuando el caos, masa inerte y sin forma, se anima al soplo de Dios sobre la tierra cubierta de sus primeras flores; pues bien, esta es la edad de oro que Victor Hugo nos representa en su primer canto con el título *Le Sacre de la femme*.»

Difícil seria, en verdad, la comparacion entre el estilo y las formas de ambos autores; aunque, á nuestro juicio, el poema latino no tiene rival, por el ingenio y la variedad, en ninguna lengua. Pero la semejanza en los asuntos es completa.—Tras la edad de oro viene en las Metamórfosis la de hierro; las cuatro estaciones reemplazan á la primavera eterna; el hombre se abandona á sus malos instintos: todos los crímenes se apoderan de la tierra. Esta edad, ampliamente descrita por el poeta pagano, la condensa Hugo en breve en un breve canto: *La conciencia*, poemita rico de color y de fantasía en que se retratan los remordimientos de Cain despues de su delito.

Mientras Ovidio prosigue su grandiosa epopeya, pintando con variados tonos la guerra de los gigantes, el diluvio, Pirra y Dencalion, Apolo y la serpiente, Daphne y toda la historia mitológica, Victor Hugo narra la gran epopeya cristiana con las galas y habitual riqueza de su estilo. *Puissance egale bonté*, *les Lions*, *Le Temple*, *Booz endormi*, *Dieu invisible en philosophe*, *Premiere rencontre du Christ avec le tombeau*, son otros tantos bocetos que contienen los materiales del gran período que se estiende desde la creacion hasta Jesucristo. Estos poemitas, desiguales en estructura y ejecucion, son, en su mayor parte dignos del gran maestro. El primero se distingue por la originalidad de la idea, que encierra ademas una moral verdadera y profunda. En todas se hallan rasgos de imaginacion y primores de lenguaje que nos recuerdan al autor de las *Hojas de otoño*.—

El segundo libro es *La decadencia de Roma*, pintura enérgica y fiel comprendida en un solo canto: despues vienen *El islamismo, El ciclo heróico cristiano, Los caballeros andantes y Los tronos de Oriente*. Es de notar que la mayor parte de estas épocas las trata el autor con ligereza y como de pasada. *Mahoma* es un canto que se compone de estos cuatro versos:

Le divin Mahomet enfourchait tour á tour
Son mulet Daidol et son ane Yafour;
Car le sage lui-meme a, selon l ocurrence,
Son jour d'entetement et son jour d'ignorance.

En cambio el *Cyclo heróico cristiano* es una época en la cual se espacia de intento el poeta dedicando á ella las tres cuartas partes del primer tomo. Esta irregularidad, contraria á la distribucion arquitectónica, tiene una esplicacion natural y sencilla.—

Victor Hugo, al acometer esta grande obra, no ha sido inspirado únicamente por la fantasía; y aquí se hace notar la verdadera diferencia que separa á Ovidio del poeta francés y cristiano. Las *Metamórfosis* son una mera obra de imaginacion. *La leyenda de los siglos* envuelve una profunda intencion filosófica. A lo mas que aspiró Ovidio en su poema fue á renovar en la creencia popular la memoria de los falsos dioses; y si esto era imposible, porque los romanos ya no creian en nada, perpetuarlos al menos para la poesía y las bellas artes. Victor Hugo aspira á propagar, con las lecciones de la historia, las grandes ideas de libertad y de justicia; á hacer odiosa y detestable la tiranía, ofreciéndola en su secular desnudez á los ojos del público; á inculcar las máximas eternas de la verdad con los nobles modelos que nos presenta esa misma historia; á abrir, en fin, las puertas de la esperanza al desgraciado que sufre y llora en la tierra. ¿Hay nada mas digno de un gran poeta cristiano?

En el primer tomo describe la creacion, la inocencia y la muerte por el pecado; la degradacion y perversidad creciente de la especie humana; las tiranías revistiendo sus odiosas formas; la usurpacion convertida en fuente del derecho; la desigualdad cubriendo de males la tierra. Sus pinturas tienen ese enérgico colorido que presta la cólera á las antipatías del hombre recto, y en todas se ve la sed profunda de justicia que abrasa la mente y el corazon del gran poeta. Llega al fin la época deseada en que Dios tiende su brazo en favor de los débiles, enviando al mundo esa raza de héroes que pone su fuerza al servicio de los oprimidos... y brillan espléndidos aquellos dias de entusiasmo que constituyen la época de los *Caballeros andantes*, ¡Epoca noble que la imaginacion de Victor Hugo se complace en pintar con los mas bellos colores! Los cantos que llevan por título *Le petit roi de Galice y Eviradnus*, son un modelo perfecto de narracion apasionada.

Eviradnus es el verdadero tipo de los caballeros de la época. Su corazon, su brazo, su existencia, están consagrados desde su mas tierna juventud á la defensa de la virtud ultrajada. Hé aquí el retrato que hace de él Victor Hugo:

C'est le grand chevalier d'Alsace, Eviradnus.—
Vieux, commence á sentir le poids des ans chenus;
Mais c'est toujours celui qu'entre tous on renomme,
Le preux que nul n'a vu de son sang econome.
Chasseur du crime, il est nuit et jour á l'affut.
De sa vie il n'a fait d'action qui ne fut
Sainte, blanche et loyale, et la grande pucelle,
L'epée, en sa main pure et sans tache etincelle.
C'est le Samson chretien qui, survenant á point,
N'ayant pour enfoncer la porte que son poing,
Entra, pour la sauver, dans Sickingen en flamme;
Qui, s'indignant de voir honorer un infame,
Fit, sous son dur talon, un tas d'arceaux rompus
Du monument bati pour l'affreux duc Lupus.
Arracha la statue, et porta la colonne
Du munster de Strasbourg au pont de Wasselone,
Et la, fier, la jeta dans les etangs profonds.
. . . .
Quand il songe et s'accoude, on dirait Charlemagne;
. . . .
Quand les rois courbent trop le peuple, il le redresse.
Avec une intrepide et superbe tendresse;
. . . .
De tout peuple orphelin il se faisait l'aieul.
. . . .
Tel fut Eviradnus. Dans l'horrible balance
Où les princes jetaient le dol, la violence,
L'iniquité, l'horreur, le mal, le sang, le feu,
Sa grande epée etait le contrepoids de Dieu.

En esta vigorosa descripcion se encarna el espíritu de la caballería andante.

Eviradnus es viejo; pero los años no han apagado la energía de su alma. Siempre atento á las quejas del infortunio, no da reposo á su cuerpo sin haber hecho una buena accion ó socorrido alguna desgracia. Un dia observa que dos reyes, tiranos poderosos, acechan á una paloma para clavar en ella sus uñas, y, fiel á la consigna de su vida entera, se dispone para frustrar el traidor intento. El artificio y la fábula de esta leyenda en que Eviradnus salva de una muerte segura á la marquesa Mahaud y vence al emperador de Alemania y al rey de Polonia que pretendian asesinarla y usurparle la herencia, reune, al mérito de la concepcion y la fantasía, bellezas de primer órden en la elocuencia y el estilo.

Ya en el canto anterior, que se titula *Le petit Roi de Galice*, cuyo actor principal es Orlando, ha dado una muestra de lo que puede su imaginacion en asuntos tan propios de su fantástica vena. Estos dos poemitas no tienen que envidiar á Ariosto en los mas bellos pasajes de su grandiosa epopeya.—

Los tronos de Oriente cierran la primera parte. *Zim-zi-zimi* y *Sultan Mourad* son los representantes del despotismo oriental. Aquí cambia el estilo del poeta para adaptarse al colorido local del asunto, y las grandezas y magníficas pompas de Oriente hallan un digno intérprete en el inspirado vate.

RICARDO DE FEDERICO.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

V.

¿Quereis admirar en mágico relieve las conquistas sucesivas de nuestra civilizacion triunfante; de esa eléctrica corriente, que de esfera en esfera, de polo en polo, hendiendo los vientos y los mares, penetra al través de las edades en todos los paises y naciones, hasta inundar de radiante é inefable luz el imperio universal de la razon? Estudiad, pues, la filosofía del arte.

Al trazar á grandes rasgos el tosco bosquejo del arte monumental en Grecia, atribuimos al progreso de la Arquitectura los históricos genios que sucesivamente y á la vez iban apareciendo. Mas esta opinion, tan absolutamente emitida, no pasaria á la condicion de axioma cierto y evidente sin el auxilio de la filosofía, del razonamiento, del exámen y comparacion del primitivo estado del hombre, de la formacion de la propiedad y la familia, y consiguientemente de las tribus, los pueblos, las naciones, las ciencias y las artes. No se crea por esto, sin embargo, que vamos á hacer un pesado é inoportuno resúmen de la historia universal, ni á estractar siquiera sus mas importantes sucesos: vamos únicamente á presentar en un pequeño cuadro el notable contraste que sucesivamente ofrece el progreso de la Arquitectura con el progreso de la civilizacion; progreso, cuya parte filosófica encierra precisamente lo que nos hemos propuesto demostrar, la influencia de la Arquitectura en el movimiento intelectual.

Comencemos por el primitivo estado del hombre en la Nueva-Zelanda, por el salvaje del erudito Hope citado en nuestro primer artículo, que escava la arena con sus propias manos para guarecerse de la inclemencia. ¡Qué cúmulo de reflexiones no surgen de esta primitiva huella arquitectónica!

El salvaje, decimos, de la Nueva-Zelanda, sin nocion alguna del bien ni del mal, sin conocimiento de su Creador, lanzado en el vacío de la naturaleza, pero dotado del innato instinto de su propia conservacion, no se cura del porvenir, ni de las demás necesidades, pero no puede prescindir de defender su cuerpo de los rudos ataques de la intemperie: torna en su derredor la vista, no halla refugio en la naturaleza, y al sentir bajo sus plantas arena movediza, práctica con sus propias manos un hoyo, y en él entierra su cuerpo. En los bosques vírgenes del Nuevo Mundo habita el errante caribe los árboles carcomidos por el tiempo, y el tártaro pastor del Asia central cobijase bajo ligeras y portátiles tiendas.

Es decir: antes de la constitucion de la familia y de la propiedad, al mismo tiempo que el hombre, casi al romper el refulgente astro la tenebrosa cárcel que aprisionaba al mundo, apareció tambien otro deste lo radiante y luminoso para disipar las tinieblas de la inteligencia del hombre: la Arquitectura.



La Arquitectura, sí; esa esplendente antorcha de las artes, á cuya primitiva ráfaga despierta la primitiva idea de racionalidad, la primitiva sensacion, el primitivo impulso del instinto humano.

Y no solo en el hombre: en los animales mismos, desde el leon hasta el diminuto insecto, ¿no habeis observado el mismo instinto? Fijad vuestra vista al cerrar el ángel del silencio los talleres del dia: fijadla, vereis en confuso tropel los operarios todos de la naturaleza acudir presurosos á su nocturna morada: si esceptuais los nictalopes, esos mónstruos de la creacion, que como el *Genio del Mal*, huyen de la luz, todos los demás seres buscan su reposo: el leon á su antro, la abeja á su celda, á su granero la hormiga. Pero, ¿á qué cansarnos? Esa azulada cúpula de incrustados diamantes, ¿no es el invisible artesonado del alcázar divino? ¿no es el suelo que pisamos el sólido pavimento del edificio del mundo? ¿no es Dios el primitivo arquitecto?

Pues siendo el universo el proto-tipo arquitectónico, no puede trazar nuestra tosca pluma las bellezas de tanta maravilla.

¡Genios privilegiados! Vosotros, que remontais el vuelo de vuestra fantástica mente á la etérea region de los líricos querubines; vosotros, que derramais desde las esferas celestes ondas de inspirada luz, ¿por qué no trasportais en vuestro vuelo á la olvidada reina de las artes? ¿Dónde estais, poetas inmortales, que habeis abandonado vuestras liras, sin rendir el último homenaje á la decrépita madre que amamantó á vuestros maestros?

¡La Arquitectura! Imposible es seguir paso á paso los indelebles vestigios del arte monumental, sin sentir gratas impresiones, sin estasiarse el alma, al contemplar esa gran epopeya de piedra, cuyas brillantes páginas son otros tantos focos de perene luz, que arrojó el mundo clásico sobre el mundo de la razon.

Pero, filosofemos.

Descubramos en nuestra inteligencia el tupido velo de los siglos, para remontarnos al *menhir*, al *peulvan* céltico, al túmulo ó al *galgal*: figemos, si es posible nuestra mente en las primitivas concepciones del hombre, mientras las desbandadas tribus de la Etiopía invaden las riberas del Indo ó del Ganges, como los risueños valles del Oriente el nómada tártaro: analicemos su vida y sus costumbres; comparémoslas con los monumentos arquitectónicos y sus progresos sucesivos, y hallaremos siempre en perfecta consonancia, en armonía perfecta, la idea y el sentimiento primitivos, sus primeras inspiraciones y las manifestaciones sensibles del espíritu, fielmente reflejadas en la Arquitectura: ó mas bien, examinemos la Arquitectura, y conoceremos, no ya el hombre y su civilizacion, sino hasta sus nacionalidades.

Y no hay que oponer á esto que el arte es producto de la inteligencia, y como tal la Arquitectura, no es ella, sino el genio, la causa eficiente de la civilizacion: el artista, como el poeta, nace; el genio no se adquiere, se desarrolla, se educa; pero el poeta, como el artista de los primitivos tiempos, no tenia maestro, no conocia reglas, no poseia libros; ¿qué decimos? ni hablar sabia: aprendió las primeras letras en las primeras piedras que todas las razas levantaron á una en toda la superficie del globo; en aquellos piés derechos, que produjeron mas tarde la columna, símbolo de la unidad y del poder divino; en aquellos túmulos, eco de la eternidad; en aquellas piedras llamadas *vacilantes*, como si quisieran espresar la fórmula de los azares de la vida era la Arquitectura la que despertaba los humanos conceptos: era el único maestro, el único libro, el único centro á donde el poeta acudia y la única forma de que revestia el pensamiento. Por eso vemos al hombre cazador, pastor, agricultor y ciudadano: por eso vemos la humanidad panteista, pagana y cristiana: el Tabernáculo y Moises, Homero y Grecia, Virgilio y Roma.

El sentimiento de lo infinito, de lo incomprensible, firmísima base de todas las creencias, sentimiento, que el hombre materialista del Oriente no puede espresar por la palabra, está elocuentemente espresado por la piedra levantada hácia el cielo; como hoy diriamos, el vuelo del alma á la inmortalidad.

Pero la creacion misma de la naturaleza que rodeaba al poeta, era un vivísimo foco de inspiracion, un vivo modelo donde el espíritu se reflejaba; y como vivas y palpitantes las imagenes, palpitantes y vivas eran las manifestaciones. Sin ley, sin religion, sin derecho, sentia el hombre, no creia: el primer desarrollo del pensamiento era la naturaleza, era la materia por la materia: considerábase sin ser, sin existencia propia, sin alma: no habia individualidad: como parte tambien de la naturaleza, sumergíase en aquella inmensidad que le rodeaba en el infinito, y vivia en el infinito y en el infinito moria. Las prodigiosas escavaciones de Bahar, las ciudades subterráneas abiertas en la viva roca que interrumpia las llanuras del Indo, ó del Nilo, fueron la eterna vivienda de sus primeros moradores. El Brahma colosal petrificado en las pagodas, el *dahgopa*, el Budha, son la primera concepcion de la idea divina, personificada, sí, materializada, y esta precisamente es la confirmacion de nuestra idea y de los principios mas respetables de la estética; pero la idea del infinito era para ellos material, como decimos antes, y material lógicamente debia ser su manifestacion. La unidad, lo infinito, la materia. Asi vemos aquella masa cilíndrica, cuya suma encierra el Budha, imponente, gigantesca! El primer destello de la poesía oriental, el primer himno de los Vedas, tiene por esta razon una analogia completa con la forma en que está simbolizado su Dios. «Brahma es eterno...... el universo es su imágen.....»

Todos los monumentos arquitectónicos del panteismo tienen el mismo carácter; la inercia, el silencio, la eternidad: la forma sensible de todas sus manifestaciones es la magnitud. Examinadlas: en todas ellas hallareis simbolizado el reposo absoluto; la naturaleza toda en un grupo; la mole. Si entrais en las pagodas, en vez de columnas hallareis elefantes de granito: sus estátuas, si las hay, son efigies de disformes gigantes, tan disformes, como las de Ipsamboul, del Speos de Athor, que miden doscientos metros; pero todas están pegadas á la misma masa; no se destacan como las de Grecia: siempre la misma analogía, la misma siempre; la negacion de la vida.

Empero, en este contraste precisamente de los templos de la India y del Egipto resalta de un modo notable la influencia de la Arquitectura en la civilizacion.

Las pagodas, estensas grutas de estalactitas artificiales, es decir, el seno mismo de una gran montaña convertido en columnas, bajo-relieves y otros adornos, todas ellas están formadas, y hasta los peristilos y escalinatas de algunas, sobre la misma roca; son, como si dijéramos, una gran cantera, una gran mole de granito, trasformada en templo por la asombrosa constancia del hombre, pero de formas toscas.

Los segundos, ó sean, los templos del Egipto, si bien con el mismo carácter, la misma tendencia, la misma inspiracion,—el sentimiento de lo infinito formulado en monumentos gigantescos,—son mas regulares, mas estéticos; reflejan la visible tendencia á la personalidad, al arte, á la localizacion, al carácter distintivo de los de la Grecia: mas claro; la meditacion, el espíritu adormecido, que despierta á la impresion de sus mismas obras: la perfeccion, el sentimiento de lo bello y lo verdadero, que, segun Platon, son coexistentes la razon, que va paulatina é insensiblemente germinando, pero que parte de aquel *menhir*,—de aquella primera semilla de la inteligencia,—que mira al cielo, como si le demandara inspiracion.

Ya lo veis; el panteismo, va á trasformarse en politeismo: la negacion de la inteligencia por la espresion de la actividad: el no ser por el ser; la tumba por la vida.—Hé aquí estéticamente esplicada la transicion de aquellas cordilleras de sepulcros, llamados ciudades por Winckelmann, á las famosas y admirables pirámides.

Pero la nocion y la accion, la armonía del fin individual con el fin social, las facultades todas de la inteligencia sobrescitadas va por la idea del bien y del mal, nacen á la mágica influencia del arte en Grecia. El progreso artístico, germinando en mútuo consorcio con el progreso intelectual, produjo la ciencia, y de aquí esas maravillas de la arquitectura griega. Antes de esto, sin embargo, la arquitectura era la única ciencia, el único arte, la forma única, como ya hemos dicho varias veces, que el pensamiento tenia para desarrollarse; y con todo la arquitectura oriental se trasformó en griega: ¿y qué deducimos de esto? ¿cómo podremos esplicar filosóficamente este desarrollo de la inteligencia? Estimuladas y puestas en accion por el progreso artístico, las facultades del alma, las sensaciones no eran producidas solo por la impresion de los objetos materiales, sino en combinacion con el gusto; las manifestaciones, por consiguiente, del espíritu, pasaban antes por el crisol del criterio; la espresion, pues, era razonada; luego el arte, la Arquitectura, inoculó la ciencia.—De aquí la simetría, la relacion proporcional de las partes con el todo, la geométrica distribucion del terreno, las reglas de los tres órdenes, el arte-ciencia.

La existencia de lo bello y lo verdadero es un axioma: la belleza, como todo lo material y espiritual, tiende á la perfeccion; la perfeccion está en el progreso; el progreso en la verdad. La belleza ama la verdad, como el arte la ciencia, y por eso están unidas con indisoluble lazo.

Ya tenemos muerto el panteismo por la verdad y la ciencia, que han roto la cárcel del pensamiento. La idea religiosa encarna en el corazon humano; la razon vence á la fuerza: el espíritu analiza la materia.

Aquellos desproporcionados seres, groseramente esculpidos en las rocas de Pyrrha, han sido trasformados por los *pelasgos* en dioses imaginarios, segun Herodoto, pero que no representan ya la materia, que han sido localizados para darles vida, para sustituir la inaccion á la accion, la inercia al movimiento, lo infinito absoluto á lo infinito relativo.

La tierra, los mares, el fuego, los astros, los elementos todos de la naturaleza fueron al principio sus dioses; pero esta idea religiosa, que era el politeismo, tampoco podia conservarse en el sucesivo desarrollo de la razon y la inteligencia; porque el arte no habia llegado tampoco á su perfeccionamiento; envolvia, no obstante, su mas fecundo gérmen, el gérmen del sentimiento pagano, que habia de producir el cristianismo.

M. Nuñez de la Vega.

CONDICION SOCIAL,

CREENCIAS, TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS MORISCOS DE ESPAÑA.

(1492 al 1609.)

I.

Cuando los moros españoles se vieron precisados á abrir las puertas de Granada á los Reyes Católicos, que tuvieron la fortuna de enarbolar en ella los gloriosos estandartes de la Cruz, prefirieran antes quedar mil veces sepultados debajo de sus ruinas, si hubiesen sabido que el tratado que se les juraba prometiéndoles guardar su religion, sus leyes y costumbres, no habia de merecer fe alguna.

En efecto, á pesar de los tratados, á pesar de aquellas cláusulas solemnes en que Sus Altezas, por sí y á nombre de sus descendientes, se obligaban á respetar por siempre jamás los ritos musulmanes, sin quitar las mezquitas, torres de almuhedanos, ni vedar los llamamientos ni sus oraciones, ni impedir que sus propios y rentas se aplicasen á la conservacion del culto mahometano; á pesar de las terminantes condiciones de la entrega de Granada por las cuales la justicia debia quedar administrada entre moros por jueces musulmanes y con arreglo á sus leyes, acomodándose á las mismas todos los efectos y necesidades civiles del pueblo muzlita, continuando tambien los alfaquíes difundiendo la instruccion en escuelas públicas, dotadas con absoluta independencia é inhibicion de los cristianos; la real palabra y augustas firmas de doña Isabel y don Fernando, lejos de ser mantenidas por estos soberanos y por sus ministros, eran holladas al cubo de algunos años.

Razon tuvo para dudar de la fidelidad castellana aquel valeroso caudillo árabe, llamado Muza, que echaba en cara á los granadinos la rendicion de su último baluarte —«Pensar, les decia, que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como feliz enemigo, es locura: nos amenazan tormentos y afrentas, robos, ultrajes, opresion, intolerancia y hogueras: corramos á morir defendiendo nuestra libertad, antes que vernos vilipendiados y sumisos en nuestros propios hogares.»—Y fuese efecto de los deseos que debian tener los Reyes Católicos de aunar en España los principios religiosos, ó de la intolerancia y fanatismo de muchos cristianos que pedian á estos monarcas la conversion ó espulsion de la raza subyugada (1); es lo cierto que los funestos temores del moro Muza no tardaron en realizarse, y las hogueras, la opresion, los ultrajes, las cadenas y los tormentos, comienzan á afligir al pueblo sarraceno tan pronto como aparece en Granada el insigne restaurador de la Universidad Complutense, que debia merecer mas adelante el dictado de rígido gobernante de Castilla.

Si el primer arzobispo de Granada, el caritativo Talavera, logró pronto, como es sabido, la fusion de los vencidos con los vencedores, obteniéndose el bautismo espontáneo de algunos miles de sarracenos, merced á su persuasion evangélica, su caridad y dulzura; al asociar los Reyes Católicos al cardenal Cisneros en la difícil empresa de convertir al cristianismo á los moros granadinos, cometieron quizá uno de los mas imperdonables yerros de su reinado. Porque bien pronto conocieron los *moriscos*, llamados así por haber abjurado las creencias mahometanas, y los árabes españoles que todavía no habian sido regenerados por las aguas del bautismo, que el severo arzobispo de Toledo no tanto buscaba prosélitos de la Fe de Cristo con la edificacion, la conviccion y la tolerancia, como con la fuerza y la opresion, acaso sin atender á la sinceridad de los conversos. Agraviados los morabitos y alfaquíes, resentidos de su comportamiento los moros todos que se vieron heridos en su orgullo nacional, y burlados en el pacto de las capitulaciones, inauguraron en las calles de Granada una lucha moral y religiosa que solo debia terminar con la espulsion definitiva del pueblo sarraceno, durante el reinado del tercero de los Felipes.

Desde el asalto del palacio de Cisneros por la morisma enfurecida, solo quedaba abierto, como dice un historiador, uno de tres caminos para los moriscos: los apegados al suelo, donde habian nacido y vivido sus mayores, abrazaron de pura fórmula el cristianismo; los arraigados á la creencia sarracena que no tenian valor para tomar las armas, buscaron en Africa la tranquilidad que apetecian; los fuertes de corazon volaron á la aspereza de la Alpujarra, para proclamar a lí su cara independencia. Deplorables fueron desde entonces los resultados para la raza sometida, porque en el mero hecho de haber desenvainado el vencido la cimitarra para recordar al vencedor sus deberes, ya no existia en los españoles el menor respeto al tratado solemne de las capitulaciones. El mismo Fernando el Católico borraba con la espada en las Alpujarras lo que, pocos meses antes, habia firmado con la pluma en la hermosísima vega de Granada.

Al asentarse el emperador Cárlos V en el trono de San Fernando, no tardaba en obligar á los moriscos á optar entre la espulsion ó el cristianismo, y fueren ministros,

(1) Véase en comprobacion de este aserto lo que refiere Marmol Carvajal en su *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*.



consejeros ó teólogos los que aconsejaron semejante medida, fuesen capitanes, cuadrilleros ó soldados los que debiesen llevarla á cabo; es lo cierto que los miserables moros conversos, ya con sublevaciones, ya derramando el oro para comprar la próroga de su salida, entorpecian los decretos imperiales, y solo despues de la guerra de Espadan, en 1525, quedaban los valencianos y aragoneses subyugados, pero no menos afectos á la fe de sus mayores.

No eran por cierto mas venturosos los moriscos granadinos, en términos que obligados por Felipe II en 1566, á desprenderse enteramente de su jefe y de su culto, de sus ritos y de sus trajes, de su idioma, de su escritura, de sus nombres y hasta de sus hijos, la sublevacion de nuevo se hacia inevitable. Sin embargo, á pesar de verse despojada la raza muslímica de todo lo que puede constituir la felicidad de un pueblo laborioso, activo é inteligente, no alzó en las breñas de las Alpujarras el viejo pendon de los califas, proclamándose independiente, sino despues de acudir humildemente á los piés del trono, repetidas veces, con discursos y protestas, con negociaciones y generosas ofertas. Todo en valde: Felipe II, no poseía, como otros monorcas aquellas dotes que constituyen la mejor aureola de gloria para los soberanos humanitarios é indulgentes, y dando oidos al partido fanático que anhelaba á toda costa la destruccion de los moriscos, rechaza toda transaccion y avenencia. Entonces, el levantamiento de los moriscos granadinos se hace general, y solo el animoso don Juan de Austria les reduce á la obediencia, pero no por medio de la guerra y del esterminio, sino valiéndose de mañosa solicitud y templanza.

Aun no habia concluido la lucha con el asesinato del *último rey de los andaluces Muley-Abdallah-Aben-Aboo*, cuando de nuevo se ponian en planta enérgicas y terribles medidas.—«Que todos los moradores de la Alcazaba y de Albaicin, desde diez años hasta sesenta, sean arrancados de sus hogares y diseminados por el interior del reino. Que sus hijos menores queden en poder de los cristianos para educarlos en la fe. Que todos los moros de paz sean sacados de Granada y derramados por Castilla. Que todos los moriscos que hayan quedado sin distincion, sean recogidos y encerrados en las iglesias, y trasportados en escuadras de mil quinientos bajo partida de registro á los distritos que se les señalan.» Iguales disposiciones dictaba el monarca una vez terminada la guerra, internando en el interior del reino todos los moriscos que no habian perecido bajo el acero castellano en los riscos y gargantas de las Alpujarras. Pero aquellas mismas rebeliones y guerras, aquellas emigraciones y desarmes, los bautismos forzosos que se imponian á los moriscos, no hacian otra cosa que fortalecer mas y mas las creencias muzlímicas, y segun dice un escritor moderno, tener en menosprecio una religion en cuyo nombre se les tiranizaba, en términos que el único medio que se creyó á propósito para poner fin á tan fatal estado de cosas, fue el de la espulsion general de todos los moriscos de España, decretada por Felipe III en 1609 y llevarla rigurosamente á efecto desde este año hasta el de 1613. Tal fue, y bien triste, la condicion social del pueblo morisco en nuestro suelo.

Hé aquí por qué, siendo los moriscos cristianos en apariencia y verdaderos muzlimes en su vida interior, tanto en las poblaciones en que vivian apartados de los españoles como en los barrios ó *morerías* que tenian señalados en las grandes ciudades, debemos considerar sus usos y como moriscos ó nuevos conversos, cristianos de mal grado y solo en apariencia.

II.

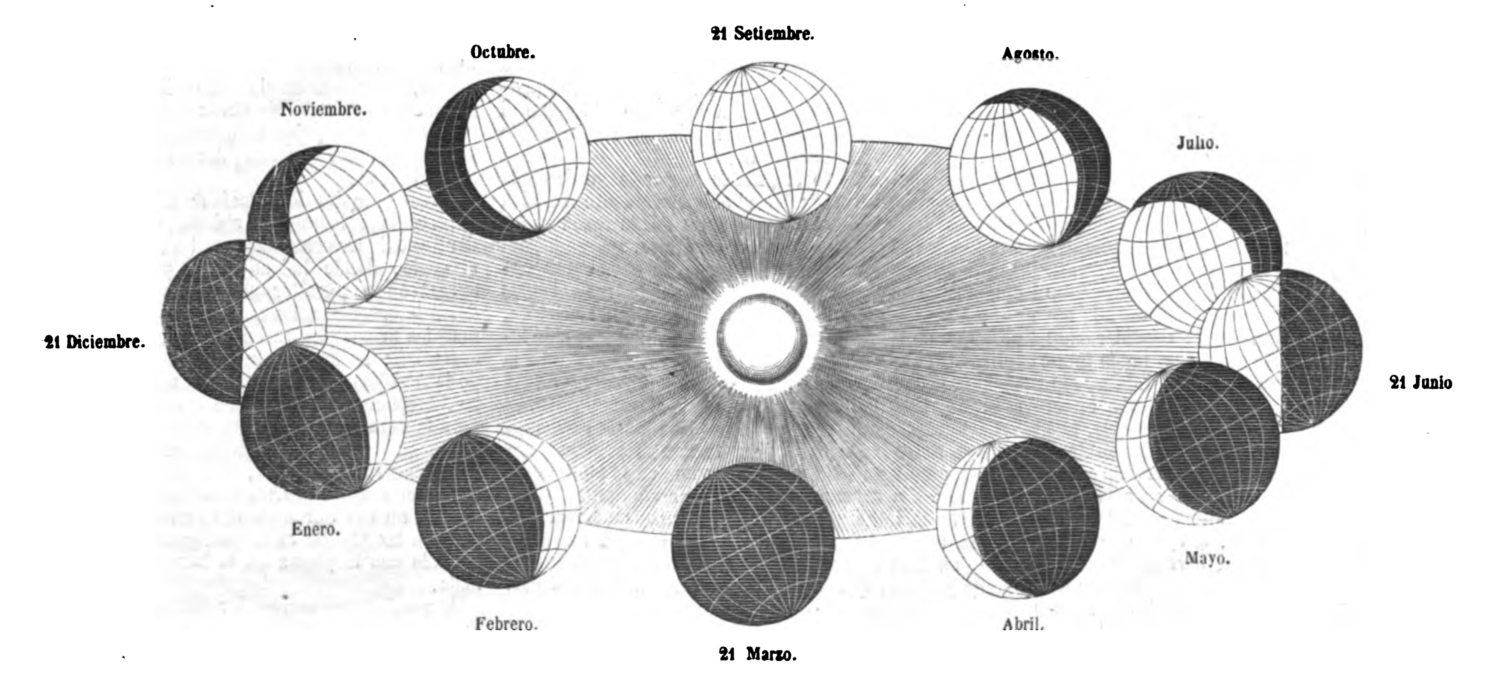
Examinando la vida interior de los moriscos españoles, obsérvase desde luego con cuánto afan procuraron conservar, aun en medio de las restricciones que les impusieron los vencedores, las tradiciones, las costumbres, los ritos religiosos de sus padres. Por mas que el cardenal Cisneros condenara á perecer en las llamas considerable número de libros que contenian doctrinas sarracénicas, fueron todavía muchos los que se encontraron al verificarse la espulsion definitiva de aquella raza (1) probando que su corazon guardaba la fe muzlímica. Así el Koran, interpretado por Muley-ben-Ans, fundador de la secta malequita, una de las cuatro que se consideran como ortodoxas entre los árabes, seguida en España desde el reinado de Al-Haquem I de Córdoba (2), era la ley con que en secreto se regian los moriscos, no solo religiosa sino tambien humanamente. Las creencias de aquel pueblo que nuestros reyes quisieron convertir al cristianismo, se hallaban conformes con los principios consignados en el Koran, con la tradicion y la *zunna*.

(1) Así lo aseguran los autores coetáneos á la célebre espulsion de 1609 á 1613.

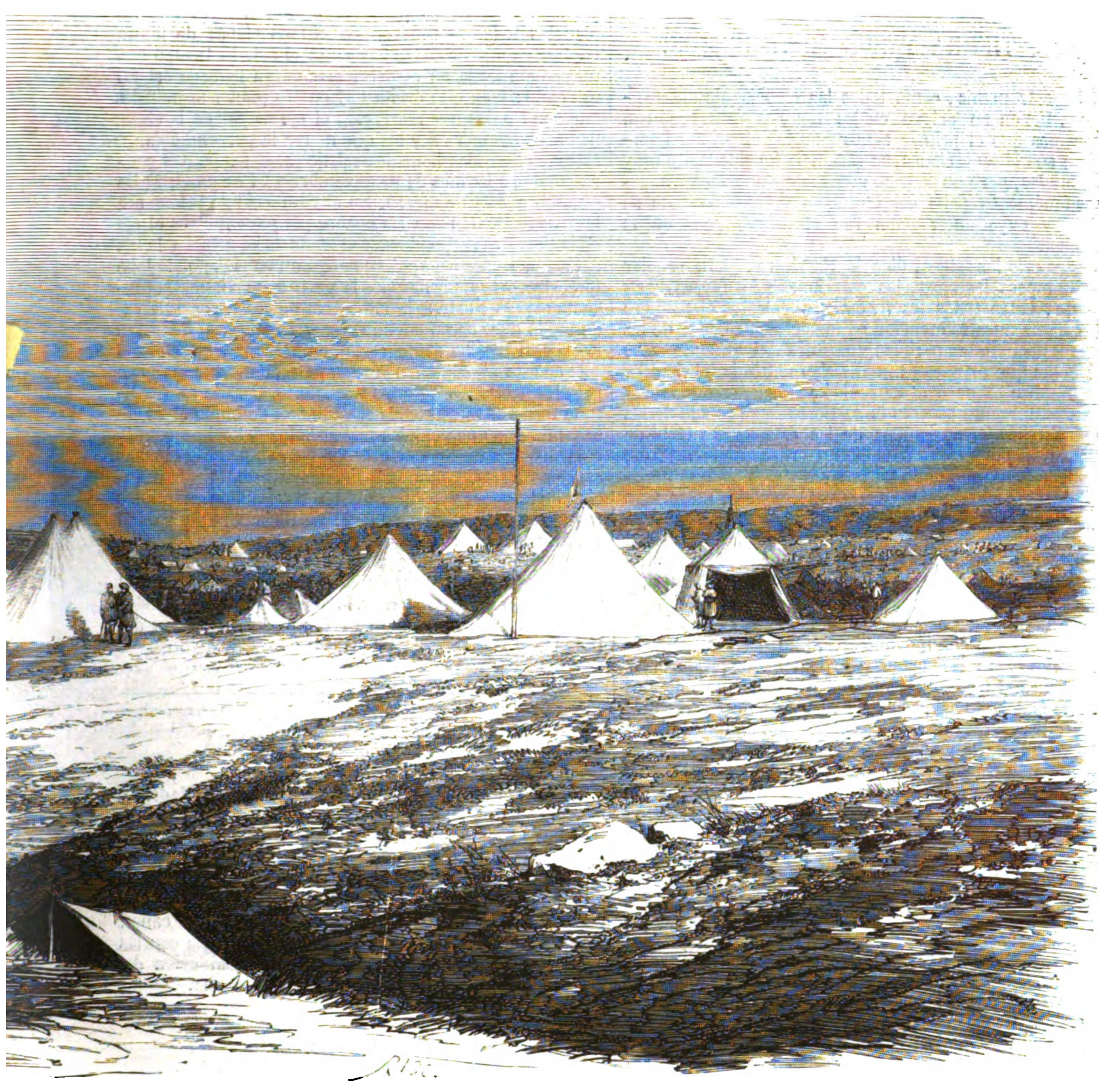
(2) Preferida todavía por los moros de Africa.



CAMPAMENTO DE NUESTRO EJERC



LA TIERRA Y SUS MOVIMIENTOS.



EN CABO NEGRO. (DE FOTOGRAFIA.)

Para los moriscos existia un solo Criador del mundo, sin comienzo, ni medio, ni fin, que escogió á Mahoma para que les enseñase el camino que debian seguir en esta vida y aspirar á los siglos eternos (1).

Los principales mandamientos y deberes de un buen muzlim, no solo los tenian señalados los moriscos en el mencionado Coran, libro ó mejor código universal que dejó escrito á los árabes su falso profeta, sino que los reprodujeron y observaron, ya con interpretaciones y esplicaciones, ya solos ó acompañados de los tratados civiles que encierra aquel mismo código, propagándose asi el conocimiento del Islam de unas á otras generaciones. Debian adorar á un solo Dios, sin atribuirle ninguna imágen ni semejanza, honrar á Mahoma, obedecer á los padres, aunque pertenecieran á otra religion, cumplir con los lavatorios y abluciones diarias que les ordenaba el Coran, decir sus cinco *azalaes* ú oraciones, pagar los tributos, hacer la peregrinacion, no robar ni matar, no beber vino ni cosa que embriagara, no comer tocino ni cosa mortecina, ni mal degollada, ayunar durante el mes de Ramadhan, celebrar el viernes, honrar á los *aalimes* ó sabios, hospedar al pobre y al viandante, cumplir y guardar en fin los dichos y doctrinas, los usos, las costumbres, los hábitos de Mahoma (2).

Como artículos de fe para un buen muzlim, debian creer los moriscos españoles, en la unidad, omnipotencia y escelencia de Allah; que Mahoma fue el escogido de Dios para destruir las otras creencias, debiendo morir todas las criaturas, escepto Allah. Las almas de los hombres debian ser recibidas por el ángel de la muerte, llevando todo mahometano dos ángeles á sus lados para que en el dia del juicio presentasen escritas sus buenas ó malas obras. Dos ángeles debian preguntar al muzlim quién fue su señor, su profeta y su ley, tan pronto como descansara en la sepultura, y segun lo que contestase, así debia quedar en gracia de Allah en las alturas ó bajar á los negros abismos del infierno hasta el dia del juicio. El último que debia morir seria el ángel de la bocina y despues Mahoma, presentándose todos los creyentes en medio del mundo, mientras las llamas consumirian de uno á otro confin la tierra. «Allí será dada á cada »uno su carta de lo que habrá de bien ó de mal, y »los buenos en la derecha mano, y los malos en la »mano izquierda, por diversos y feos lugares: el »cual dia del juicio será doloroso, y habrá gemidos »y tribulaciones sin tiento y sin mesura (1).» Solo los muzlimes por ruegos de su *annabi* ó profeta Mahoma, serán enviados al paraiso, pisando por el puente del *aziratt* tan prestos como un rayo; pero el puente es larguísimo y estrecho como un cabello, y debajo está el infierno donde caerán los blasfemos, los hombres de poca piedad, de poca fe y conciencia.

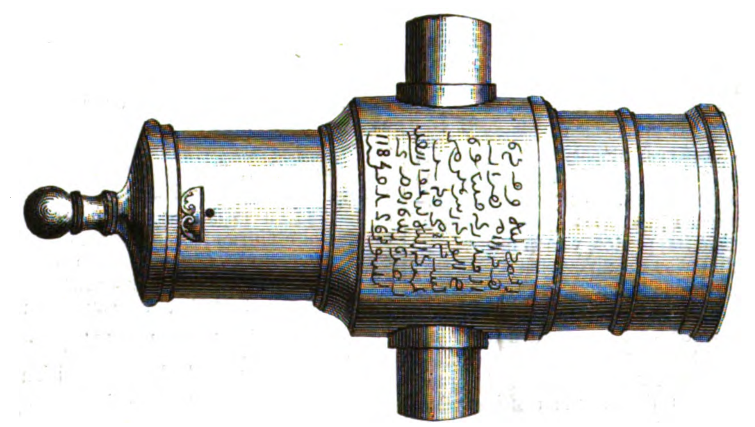
En el paraiso, en fin, debian hallarse los muzlimes en gloria perpétua, y los malos y soberbios malditos de Allah «que les fuera mejor no ser nacidos ni engendrados» quedarian en el infierno «que »es fuego que quema sin tiento ni mesura y sin fins »es un fuego frio y helado, y todo lo que hay en él »es hedor, veneno y postema infernal con serpien»tes, gusanos y fieras que muerden y dan grandes »y crueles pasiones. Allí los *axaitanes* ó diablos »atormentan á los malos con todos sus desatientos »y penas sin fin (2).»—Tales eran las creencias de los moriscos que se hallaban comprendidas en la confesion de la unidad de Dios, la cual junto con la azala ú oracion, la limosna, el ayuno del mes de Ramadhan, y la *hicha* ó peregrinacion á la Meka, forman los cinco fundamentos en que estriba la religion mahometana.

Cinco eran las *azalas* ú oraciones diarias que debia hacer todo buen musulman; la del alba (*asobhi*), la del mediodia (*addohar*), la de la tarde (*alazar*), la de postura de sol (*almagreb*), y la del anochecer (*alatenia*). No podian hacerse estas oraciones, que tenian prescritas ciertas *arracoas* ó reverencias, en los lugares donde hubiese imágenes, ni donde se acostumbrase tener animales, ni era regular hacerlas con ciertas ropas, mucho menos á la usanza cristiana ó con pinturas (3), ni llevando sortija con figuras. Conservaban los moriscos sus novenas, sus intenciones ó propósitos de peregrinacion á la Meka, obligacion que podian redimir tambien con sacrificios (4), y sus ayunos, no menos que la celebracion de la Pascua, en cuyos dias, como dice el alfaquí de la aljama de Segovia, don Iza Jebihr, debia hacer el buen creyente muchos alimpiamientos y *azalaes*, y muchas *ataquebiras* (5), *azadacas* y *annefilas* (6), favorecer á los huérfanos, viudas y pobres necesitados, visitar enfermos, perdonar agravios é injurias, pedir perdon á los ofendidos, y tratar con los sabios en las cosas del *addin* y *zunna*. «Es *mustahap*, ó voluntario, en estos dias, »dice hablando de las Pascuas un morisco valencia»no, el traer á su casa regalos y sustentos, y ale»grar á los de ella y á los parientes, á los huér»fanos y pobres, sin obligarse á mas de lo que puede, ni »hacello *zunna* (ley) forzosa.»

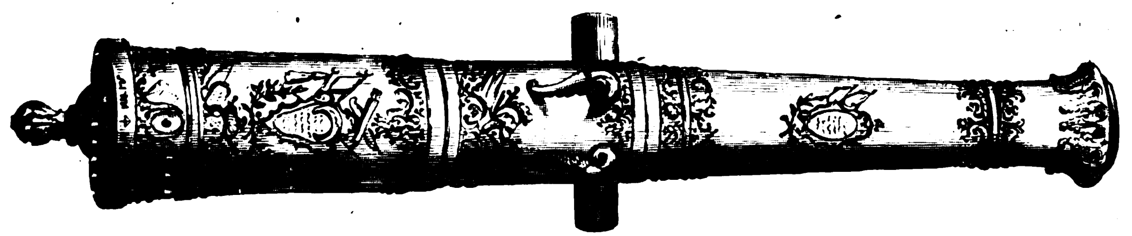
(1) *Suma de los principales mandamientos y debedamientos de la ley y zunna*, publicada por la Real Academia de la Historia.
(2) Véase la misma obra publicada por la Real Academia de la Historia.

(1) *Suma de los principales mandamientos, etc.*
(2) *Suma de los principales mandamientos y debedamientos*, publicada por la Real Academia de la Historia.
(3) *El hundidor de cismas y heregias*, ó sea el *Tedhehib*, vertido al castellano por un morisco aragonés, en 1606.
(4) *Suma de los principales mandamientos, etc.* Cap. XXIX.
(5) *Ataquebira* es el acto de decir *Allah ú Akbar* (Dios es el mas grande), espresion muy usada por los moros.
(6) *Azadacas:* limosna, donativos.
Annefilas: oraciones ó rogativas que solo son voluntarias y no obligatorias.

CAÑONES TOMADOS A LOS MOROS EN LA ALCAZABA DE TETUAN.



MORTERO.



CAÑON LABRADO.

Mas asi como los moriscos se entregaban en el interior de sus moradas á las prácticas musulmanas, en cuanto al esterior se veian privados de seguirlas debiendo fingir los ritos de la religion cristiana. No podian, pues, en las *alchanezas* ó acompañamientos fúnebres de los entierros, seguir lo prescrito por su ley, contentándose con bañar y amortajar al difunto, hacerle *azala*, comprimirle el vientre, sin que debiesen dar voces ni gritos los parientes, llorando solo pacientemente cuanto pudieran. La viuda no podia salir de su casa en cierto espacio de tiempo, ni usar vestidos de color sino negros: «non ha de traer, escribe otro morisco, vestiduras del» gadas, coloradas, nin blancas de seda, nin de algodon, »nin de lino, nin de seda borda, nin de lana fina. Y sin »fueran verdes ó moradas podrán traerse, cuando no se »fallen otras: non ha de traer vestidura dorada, nin »arracadas, nin sortias, nin manillas, nin recuerdos de »plata y de oro, nin buenos olores: non ha de teñir sus »manos, nin ha de untarse con aceite de lirios, nin con »aceite de violetas, nin con... otras cosas con que se tiñen.»—«Y era tal el fervor y devocion con que el precepto de la peregrinacion á la Meka se cumplia, dice en unos *Estudios Orientales*, un erudito escritor moderno (1), que se inoculó en las costumbres del pueblo, cumpliéndose por algunos con singular empeño aun despues de la toma de Granada. Todo el litoral del Mediterráneo desde Valencia hasta el Estrecho estaba ocupado por los nuestros, y aun habia moriscos que abandonaban con grande riesgo de sus personas el hogar doméstico, se acercaban á los puertos marítimos, pasaban á la otra banda, y llenaban los deberes de su conciencia, volviendo á España ennoblecidos y orgullosos con el dictado de *hachi* ó peregrino. Otro tanto hacian los moriscos *tagarinos* de Aragon y Castilla, atravesando las gargantas del Lisineo, cruzando despues la Francia y la Italia hasta llegar á Venecia y los puertos del Adriático, embarcándose allí para Constantinopla.»

Los desposorios y casamientos de les moriscos, siempre que podian eludir la vigilancia de los cristianos, eran celebrados con los ritos alcoránicos. Requeríanse cuatro cosas para que fuesen firmes y valederos: que hubiese en ellos *alguali* ó padrino para presentar la novia al marido; que hubiese *aciduque*, tiempo señalado para este *azidaque*, y testigos. Las bodas se celebraban con *zambras* y *alhnelulas* ó gritos de alegria, sonando *adufes*, atabales, laudes y rabeles (2), siendo obligacion del marido procurar el sustento de la mujer conforme á su estado y calidad, bien fuese pobre ó rica, *jarifa* ó noble, ó de medianas facultades (3).

Las *leyes de moros* que públicamente y con consentimiento de nuestros reyes guardaban los *mudejares* de Castilla y de Aragon, continuaron siendo observadas por aquella raza convertida á pesar suyo al cristianismo, y así estaban prohibidos los casamientos con los parientes, no recibiéndose en sus rencillas y delitos testimonio del hijo ó de la mujer contra el padre ó el marido ni al contrario (4), como tampoco de amigos ni de enemigos (5). Solo eran válidos los testimonios de las mujeres, siendo dos, en lo concerniente al parto, lactancia y muerte de las criaturas, y en sus propios defectos, mas como dice un morisco aragonés, «non pasa el testigo de las mujeres »en sangre, nin en denuestos, nin en ahorramientos, non »en casamientos, nin en sentencias, nin en tormientos» (6).

No eran menos singulares los costumbres moriscas observadas en los nacimientos de sus hijos: á los ocho dias del nacimiento de una criatura, varon ó hembra, celebraban una funcion casera llamada *Fadah*. Reuníase la familia, despues de haber muerto una res en la hora de *adohar* de la víspera, de la que comian todos, diciendo al oido del niño su padre ó su abuelo el nombre que habia de tener, sin olvidarse de invocar el de Allah en aquel acto. Circuncidábasele, repartianse trozos de la res á los menesterosos, y pesando su pelaje, daban igual peso de oro ú plata por amor de Dios. Estas y otras muchas eran las principales creencias religiosas y costumbres civiles de los moriscos, conservadas á despecho de nuestros bisabuelos, y que reglaban al mismo tiempo las relaciones diversas de padres, hijos y mujeres, dotes, casamientos y divorcios, fornicios, robos y delitos, compras, ventas, particiones, pleitos, y todo cuanto podia ocurrir en la vida interior de un pueblo numeroso, subyugado ciertamente, pero que nunca pudo acomodarse á las leyes y costumbres de los cristianos. Tales fueron los moriscos como verdaderos mahometanos, segun demuestran los libros y tratados aljamiados en donde conservaron las leyes y los ritos prescritos en el Coran, á cuyo exacto cumplimiento debieron la consideracion que de *moros castizos y enemigos jurados de la religion de Cristo*, merecieron de los españoles, siendo espulsados por esos de la tierra misma que habian heredado de sus padres.—FLORENCIO JANER.

(1) Gayangos, nuestro querido maestro.
(2) Titulo VIII de las *Leyes de moros*, observadas por los mudejares de Aragon y de Castilla.
Anónimo morisco valenciano, folio 77.
(3) *Anónimo morisco valenciano*, folio 82.
(4) Titulo CLXXXII: Leyes de moros.
(5) Libro morisco. *El Samarcandi*, folio 172.
(6) Pero si en lo relativo al *chidar* de la criatura, ó sea chupar, mamar. *Chudar* es todavia voz corriente en el idioma catalan, que conserva no pocas voces moriscas.
Non pasa el testigo de las mujeres en sangre, nin en denuestos, etc. (Traduccion por un morisco del libro de Abu Leyth Nasr ben Mohammad ben Ibrahim.)

LA TIERRA Y SUS MOVIMIENTOS.

La astronomía, como todas las ciencias de observacion, tienen su orígen en los tiempos mas remotos. Creemos que el primer astrónomo fue el primer hombre: sus observaciones no serian indudablemente muy profundas, pero no podrian menos de comprender aquellos fenómenos principales que se verificasen ante su vista y cuya observacion fue el primer paso en la ciencia.

Dios crió los astros, dice la Escritura, para señalar los tiempos, los años, las estaciones y los mares, y en efecto, entre todos los fenómenos celestes el primero que llama nuestra atencion es la sucesion regular de los dias y noches, la aparicion y postura del brillante astro de la luz que marca ya una division natural del tiempo. El hombre observó despues las variaciones de calor y frio, el diferente aspecto de la tierra, y el estado de los frutos, y se formó asi idea de las estaciones y trató de esplicarlas por medios mas bien pueriles que científicos; y puede asegurarse que hasta los tiempos en que florecieron las escuelas de Grecia y Alejandría, no se supo la causa de las estaciones. Por entonces Tales de Mileto y otros astrónomos habian observado ya la desigualdad de la sombra en los diversos meses del año, lo que probaba que el sol no estaba siempre á la misma altura, y que el sol no salia siempre por el mismo punto del horizonte. Esta observacion bastó para asegurar desde luego que el sol tenia dos movimientos, uno diario que engendraba los dias y las noches y otro anual que producia las estaciones. El conocimiento de estos dos movimientos no era suficiente, sin embargo, para esplicar completamente los fenómenos anuales hasta que se descubrió la oblicuidad de la eclíptica, es decir, la inclinacion del eje de la tierra sobre el plano en que se movia el sol.

Tolomeo fue el primero que reuniendo los datos y observaciones de sus antecesores dió la forma de sistema astronómico á las creencias que sobre este punto tenian los sabios de aquel tiempo. Tolomeo supone á la tierra situada en el centro del universo; los planetas y estrellas se mueven en derredor de ella de Oriente á Occidente, la luna hace su revolucion alrededor de la tierra, y lo mismo ejecutan por su órden Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno. Como esta colocacion no bastaba para esplicar las desigualdades del movimiento de los planetas alrededor del sol, suponia Tolomeo que cada planeta se mueve en un círculo todo el tiempo que su centro adelanta en su órbita. Se figuró despues que las estrellas estaban sujetas á cuatro movimientos distintos. El primero es un movimiento que tienen comun con los planetas en veinte y cuatro horas, el segundo un movimiento diurno por el cual retroceden al de Occidente al Levante; el tercero un movimiento que las hace balancear unas veces de Poniente á Levante y otras en sentido contrario, y últimamente el cuarto por el cual parece que se inclinan hácia los dos polos.

Era preciso dar razon y esponer en qué consistian todos estos movimientos para que su sistema fuese probable. Con este objeto imaginó Tolomeo tres cielos: el primero que llamaba *primer móvil* hace mover á los planetas y á las estrellas alrededor de la tierra, y los otros dos que llamó *cristalinos*, y dice que tienen un movimiento de vibracion, le sirvieron para esplicar los demás movimientos de los planetas. No le fue tan fácil dar razon de los movimientos de la luna estremadamente irregulares, y se vió precisado á suponer que este astro se movia en un círculo que llamó *epiciclo*, y este epiciclo sobre otro, lo que le permitia esplicar algun tanto las lunaciones.

El complicado sistema de Tolomeo hacia nacer mil dudas para esplicar todos los movimientos, por lo cual los árabes en quienes floreció la astronomía despues, trataron de corregir este sistema aumentando con esto su complicacion. Alpetragio filósofo y astrónomo negó la verdad del sistema de Tolomeo y supuso que los astros se movian en espirales, idea ingeniosa que esplica el movimiento diurno bastante bien.—Sin embargo, la escuela tolomaica seguia dominando siendo ya tan difícil de comprender sus móviles y cristalinos, que don Alfonso el Sabio al estudiar tan complicada teoría esclamó: *Si yo hubiera sido Dios, hubiera dispuesto el mundo de otra manera.*

Poco mas de un siglo despues nació en Thorn, ciudad de Prusia, el hombre que despues de treinta y seis años de profundo estudio debia derrocar completamente el sistema de Tolomeo. Copérnico el padre de la astronomía moderna, demostró que el sol ocupaba el centro del mundo y que la Tierra, lo mismo que los demás planetas, gira á su alrededor; las lunas ó satélites giran alrededor de los planetas y las estrellas fijas, estrañas á nuestro sistema planetario, permanecen á inmensas distancias de nosotros. Este sistema que encontró mucha oposicion entre los sabios y el clero, que no podia comprender la quietud del sol por oponerse á algunos pasajes de la Escritura, fue adquiriendo de dia en dia nuevos prosélitos hasta que aparecieron las dos grandes lumbreras de la astronomía Kepler y Newton, que descubriendo las leyes generales que presidian al movimiento de los astros y la atraccion universal, confirmaron la verdad del sistema Copérnico. Kepler hizo ver en una de sus leyes que los planetas todos se mueven en curvas planas de figura elíptica en uno de cuyos focos está el sol. El tiempo que un planeta tarda en recorrer esta curva llamada órbita, es el año: y en esta órbita hay cuatro puntos principales que son los dos que marcarian el eje mayor de la elipse llamados equinocios y los que marca la perpendicular á este eje en el foco llamados solsticios. Estos puntos corresponden á los dias 21 de diciembre y 21 de junio; 21 de setiembre y 21 de marzo. En el equinocio de primavera los dias se igualan con las noches porque entonces el eje de la tierra es perpendicular al plano de su órbita y la luz del sol hiere perpendicularmente á un meridiano el globo terrestre. Al seguir despues la tierra su movimiento, presenta el polo Norte á la influencia de los rayos solares, de modo que, como puede verse en la figura, el hemisferio boreal, recibe mas directamente la luz y el calor del sol: en esta situacion es verano para nosotros é invierno para los habitantes del otro hemisferio. Pasado este punto la tierra se dirige hácia el equinocio de otoño el 21 de setiembre en que vuelve á recibir la luz del sol perpendicularmente á un meridiano y vuelven á igualarse los dias con las noches. Entonces principia á disminuir la duracion de los dias, porque recibimos muy oblicuamente los rayos del sol hasta llegar al 21 de diciembre, que es el dia mas corto del año.

La astronomía moderna ha podido, pues, esplicar satisfactoriamente la causa de las estaciones por medio del movimiento de traslacion de la tierra, y lo mismo todos los demás fenómenos que se refieren á la medicion del tiempo.

CAÑONES DE LA ALCAZABA.

Como nuestros lectores saben, han llegado á Madrid y están espuestos frente al cuartel de San Gil los cañones tomados al enemigo en la alcazaba ó ciudadela de Tetuan. Todos ellos son notables asi por su antigüedad como por su procedencia. Entre ellos los tres representados en el grabado que acompaña á este número, nos han parecido los mas dignos de mencion. El uno es un cañon árabe y el otro un mortero de igual procedencia con las siguientes inscripciones, cuya fidelísima traduccion del árabe, debemos á don Manuel Malo de Molina.

MORTERO.

«Alabado sea Dios único. Este mortero bendito, se hizo en Londres por órden de Sidi-Mojamed-ben G'Abdal-lah, sultan del Garb (ó de poniente), ayúdele Dios, para sus espediciones guerreras; año 1184.»

El año corresponde al de 1771 de nuestra era, y el sultan es el bisabuelo del actual, que entró á reinar en 1757 y murió en 1789 á los ochenta años de edad y treinta y dos de reinado.

CAÑON LABRADO.

Inscripcion de arriba cerca de la boca.—«En el nombre de Dios clemente y misericordioso. Dios: no hay mas Dios que Dios el vivo y sempiterno; ni la modorra ni el sueño le ocupan: Suyo es todo lo que hay en los cielos y en la tierra; y no hay fuerza ni poder sino en Dios.»

Inscripcion de abajo antes del oido.—En el semicírculo. «Que Dios ayude, y la victoria está cercana.» En el centro: «Este es regalo al sultan hijo del sultan Mojamed-ben G'Abdal-lah ben Ismag'-il defensor del distrito del Mogreb el bendito; de la parte del probo sultan de Inglaterra, Francia, Irlanda y Escocia, el sultan Jorge III, muestra constante de cariño. Año 1183.»

El año corresponde á 1770 de nuestra era, que comenzó el sábado 25 de abril y terminó el miércoles 11 de abril de 1771.

El último es el que perteneció al infortunado rey portugués don Sebastian, que pereció en la jornada de Alcazarquivir. La inscripcion de este dice así:

SEBASTIANVS
· I · D · G · EV · REX
EL CAPITA, JVASCORIA, CAMETRAÇO,

OPVS · REMIGY · DE · HALVT
· ANNO · 1553 · MECLINIEÑ

A continuacion ofrecemos á nuestros lectores la traduccion de un curioso manuscrito árabe, encontrado en Tetuan, hecha por el muy reputado y conocido arabista don Manuel Malo de Molina.

«Afirmado sea nuestro hijo el sincero y muy amante Sidi Mojamed el Caino, la paz sobre tí y la Misericordia de Dios y la bendicion del bien, y la perseverancia en la salud. El portador Sidi el Jad'-ye Ajmed de la familia de el Jad-ye Mojamed ben G'abdelmalec, se ha presentado ante nos y manifiesta; que la cantidad que su hijo habia obligado de la parte de nuestro amo, ayúdele Dios, y los in-



tereses, él los pagará por completo en Tánger; y que los reales (el dinero) los percibirá en el tiempo que á él le parezca, y entonces se los pagará con lo que le tomó en el campo. Y si en ello tuviese pérdida será dividida; es decir, la mitad la pagará por completo en monedas y la mitad la tomará de él, graduados los reales al cómputo á que los tomaron. Y es o es lo que nos ha manifestado y lo que harán con él; y la paz. A 18 de principiar el año 1275. =Nuestro querido Mojamed el Jatib socórrale Dios.»—(La fecha corresponde á 27 de agosto de 1858).

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

El 16 de octubre salió de Saffy para trasladarse á Mogador, á donde no pudo llegar hasta el dia siguiente, pues la distancia entre ambas ciudades es de sesenta millas.

Despues de atravesar una montaña de prodigiosa elevacion, nuestro viajero entró en un bosque de encinas enanas, de seis millas de longitud, limitada al Sur por el Tansif, cuya corriente aumenta mucho en las grandes lluvias ó en las altas mareas. En uno y otro caso se atraviesa en balsas; pero entonces pudo vadearse.

Avanzando hácia el Mediodia, descubrió un gran palacio en medio del bosque, construido por Muley-Ishmael, príncipe inmortalizado por la pluma de Addison; pero Sidi-Mohamet lo habia descuidado de tal modo, que se arruinaba por momentos. El curso de del Tansif, sus múltiples rodeos y este palacio presentan el aspecto mas pintoresco.

Las instrucciones que Lemprieres habia recibido de Mr. Matra, le encargaban esperar en Mogador la vuelta del mensajero enviado á Tarudante para anunciar al príncipe su llegada; asi, pues, se mantuvo en la primera de estas ciudades, esperando las órdenes de su ilustre enfermo.

Mogador, llamado asi por los europeos, y Suera por los moros, es una gran ciudad, regularmente construida, que dista trescientas cincuenta millas de Tánger, y está situada en la costa del Atlántico. Sus cercanías son tristes y arenosas, y su construccion empezó en el reinado de Sidi-Mahomet, que á su advenimiento al trono mandó á todos los comerciantes europeos de sus Estados trasladarse allí estimulándoles á ello, mediante la rebaja de los derechos de aduanas. Seducidos los europeos por esta muestra de la benevolencia imperial, abandonaron sus antiguos establecimientos é hicieron otros en Mogador; pero es el caso que el emperador, olvidando sus promesas, aumentó los derechos en lugar de disminuirlos: felonía cuyos fatales efectos se hicieron sentir inmediatamente.

Sin embargo, la política mas leal del sucesor de Sidi-Mahomet, y sobre todo los ricos presentes que le hicieron los comerciantes europeos, produjeron algunos buenos efectos; pero los derechos de aduana continuaron siendo exhorbitantes y se multiplicaban bajo todas las formas posibles.

El comercio de Mogador consiste en la esportacion de mulas para América; y á Europa envia cueros, pieles de todas clases, diferentes gomas, plumas de avestruz, cobre, cera, lana, dientes de elefante, dátiles, higos, uvas, aceitunas, aceites, hermosas esteras, soberbios tapices, etc., etc., á cambio de diferentes maderas de construccion, pólvora, cañones, telas, plomo, hierro en barras, objetos de toda clase de quincalla y fruslerías, espejos, tabaqueras, relojes, cuchillos, etc., etc.; té, azúcar, especias y otros artículos estraños al país.

Los moros no se limitan á comerciar con los europeos, sino que tambien trafican con la Guinea, Argel, Túnez, Trípoli, el Cairo y la Meca, por medio de sus caravanas, de que en breve hablaremos.

Mogador está bien fortificado por la parte del mar; por la de tierra solo tiene algunas baterías para rechazar á los árabes del Mediodia, siempre turbulentos, y que, noticiosos de las riquezas que la ciudad encierra, están dispuestos a todas horas á saquearla. Para entrar en ella es preciso pasar por bajo grandes bóvedas de piedra, en las que están las puertas; la plaza del mercado está rodeada de pórticos, y es regular y de buena construccion. La aduana y los almacenes del puerto son hermosos edificios. El emperador tiene ademas en la ciudad un palacio que pocas veces ocupa, y que, aunque de moderna arquitectura, es mezquino para un soberano. Las calles de Mogador están tiradas á cordel, pero son estrechas, como las de todas las ciudades berberiscas, y las casas, á diferencia de las de las otras ciudades de Marruecos, son muy altas. La bahía es poco segura, y los buques padecen mucho en ella por el viento de Noroeste; no obstante un islote que se descubre á un cuarto de milla de la costa, les ofrece algun abrigo. Esta bahía está defendida por un fuerte bien artillado.

Seis dias hacia que Lemprieres que se hallaba en Mogador, cuando el mesajero que habia ido á anunciar al príncipe su llegada, le llevó la órden de que se trasladase á Tarudante, donde Muley Absulem estaba de regreso. El gobernador de Mogador aumentó su escolta con tres soldados negros bien armados, y le hizo dar una tienda mejor y un intérprete judío que hablaba muy bien el inglés; el desgraciado correligionario de este, á quien se habia obligado á acompañarle, fue enviado á su casa con gran satisfaccion suya.

Lemprieres empleó tres dias en recorrer las setenta y seis millas que separan á Mogador de Santa Cruz. Esta poblacion, á la que llegó despues de una marcha penosísima, está situada en la pendiente de una colina, á la estremidad de la cordillera que atraviesa el Imperio de Marruecos, con el nombre de *Monte Atlas*. Santa Cruz, que perteneció á los portugueses hasta el reinado de Sidi Mahomet, fue la factoría mas importante de los europeos. Hoy es una poblacion desierta, que solo tiene un reducido número de casas ruinosas. Su puerto pareció á nuestro viajero mas seguro que el de Mogador, y se admiró de que se haya dejado de darle la preferencia en todas las especulaciones mercantiles, á causa de su proximidad á las provincias meridionales del imperio.

Salió de Santa Cruz el 26 de octubre, y en dos dias llegó á Tarudante, que dista de aquella ciudad cuarenta y cuatro millas, en las cuales apenas se atraviesa sino tierras incultas y bosques.

Al llegar á Tarudante, el doctor fue llevado al palacio del príncipe, que dista media milla de la ciudad. Este regio edificio, cuyo arquitecto habia sido el ilustre enfermo, era muy pequeño, aunque visto por fuera presentaba un aspecto bastante agradable. No obstante, carecia interiormente, como todas las casas moruna, de buen gusto y comodidades. Estaba fabricado con *tabby* y rodeado de una gran muralla, dentro de la cual habia dos hermosos jardines trazados por un europeo y confiados al celo de un renegado español.

Las habitaciones eran muy altas, el piso era de tierra, y en medio de su patio habia una fuente. Para entrar era preciso pasar por debajo de unos pequeños arcos. A la derecha del patio estaban las caballerizas, y la izquierda estaba ocupada por los caballos del príncipe, porque, merced á la benignidad del clima, casi nunca se recurre á las cuadras, y los caballos se atan, al aire libre, á unas estacas por medio de ramales.

Lemprieres fue introducido en un salon donde muchas personas estaban sentadas en una especie de nichos practicados en la pared, y en los que esperaban su turno para ser llamados á la audiencia del príncipe.

Mas, como nuestro doctor esperimentaba gran turbacion al acercarse á unos hombres cuyo lenguaje ignoraba, en lugar de sentarse á su lado, púsose á pasear de arriba abajo, lo cual causó no pequeño asombro á gentes que empiezan siempre sentándose, antes de emprender conversacion alguna ó de hablar de sus negocios. Su admiracion al verle sin cesar en movimiento, llegó á ser tan grande, que pudo creer que le tomaban por loco.

Despues de una hora de espera, llegó la órden de que fuese introducido con su intérprete. Hizosele pasar por una galería muy oscura, que conducia á un espacioso patio cuadrado, al cual daba la habitacion del príncipe. La entrada de esta estancia era bastante bella, aunque de un género muy caprichoso. Era un pórtico ancho y verdaderamente curioso por lo abigarrado de sus colores, y que por su estension, podia servir de antecámara. El cuarto en que estaba el príncipe, era cuadrado; su techo estaba artísticamente pintado, y el piso de ladrillos de diferentes colores, formaba estraños dibujos; las paredes eran de estuco. Esta habitacion hubiera sido muy regular, á no carecer de ventanas; pero los moros no creen necesario el hacer entrar la luz por ellas, en sus casas; lo cual las priva de toda agradable esterioridad.

Lemprieres halló al príncipe Muley-Absulem sentado con las piernas cruzadas, sobre un almohadon forrado de una finísima tela blanca; y delante tenia una larga alfombra bastante estrecha, que servia de asiento á sus cortesanos. Este era el único objeto que adornaba aquella imperial habitacion. Lemprieres entregó en el acto las cartas del cónsul inglés, que segun la costumbre del país, fueron presentadas en un pañuelo de seda, al príncipe. Este saludó á su médico con un movimiento de cabeza, y pronunciando estas palabras: *Bono tibib, bono inglés*, mezcla de árabe y de español, que significaba *buen doctor, buen inglés*. Luego, un oficial de su guardia mandó al facultativo y á su intérprete que se sentasen en el suelo al lado del príncipe. Hecho esto, empezaron á menudear como á porfía, las preguntas. El príncipe se mostró muy gozoso por la llegada de Lemprieres, y le hizo preguntar si habia ido espontáneamente, y si los médicos ingleses gozaban en Europa de mucha reputacion. El médico contestó á la primera pregunta, diciendo que habia sido enviado por el gobierno de Gibraltar; y á la segunda, que debia hacer justicia á la verdad y á su patria, asegurando al príncipe que en Inglaterra habia los mas celebres médicos. Despues de este primer preámbulo, el príncipe le hizo decir por medio de su intérprete, que le tomase el pulso y examinase sus ojos, uno de los cuales estaba oscurecido por una catarata, y el otro afectado de un humor espasmódico; y ardia en deseos de saber inmediatamente lo que el doctor opinaba acerca de su estado, y cuánto tiempo necesitaria para curarle. A esto respondió el doctor que le era indispensable conocer mejor su mal, antes de emitir su parecer, y añadió que dentro de dos ó tres dias podria juzgar con mas acierto. Uno de los favoritos del príncipe hizo la observacion, al verle sin barba, pues se habia afeitado aquella mañana, que parecia muy jóven para ser buen médico; otro, viendo que llevaba empolvada la cabeza, dijo que procuraba ocultar su edad; y en fin, otro aseguró que los cabellos que se le veian en la cabeza, no eran suyos. Lo que pareció causar un asombro general en la córte de Muley-Absulem, fue su estrecho traje europeo, que formaba un estraño contraste con la desmesurada amplitud del traje moruno.

Este primera visita no ofreció, como bien se ve, mucho interés; y á causa de la fatiga que habia esperimentado, Lemprieres la hubiera, muy á su placer dado por terminada; pero se vió precisado á prolongarla hasta haber satisfecho la curiosidad de todos los circunstantes. No hubo uno solo de estos que no le hiciese tomarle el pulso, y no le preguntase lo que acerca de su salud pensaba. Despues de numerosas consultas, el príncipe le hizo decir por su intérprete, que le habia mandado disponer una habitacion cómoda, á la cual le aconsejaba fuese á descansar un rato. Lemprieres no se hizo repetir el consejo, y aprovechó tan saludable aviso para ir á descansar; pero el príncipe le pidió fuese á verle temprano al dia siguiente.

La cómoda habitacion que el príncipe le habia mandado disponer, era un mal aposento, en el barrio de los judios, situado á un cuarto de milla de la ciudad; la casa en que iba á ocupar un cuarto muy sucio, muy estrecho y sin ventanas, pertenecia al judío mas rico de Tarudante. La luz no podia penetrar en aquel lóbrego recinto sino por la puerta, que estaba cortada por la mitad; y por colmo de desdicha, daba sobre un patio al que tres familias judías, que vivian en la misma casa, arrojaban todas sus inmundicias.

Lemprieres se horrorizó al entrar en aquel fementido zaquizamí, y en el primer momento de su cólera ocurriole ir á quejarse al príncipe, de la pésima habitacion que le habian dado; pero reflexionando que se le habia anunciado como una de las mejores de la ciudad, tomó el partido de permanecer en ella y arreglarse lo menos mal posible. No obstante, al cabo de algunos dias, habiendo tenido ocasion de hablar de su alojamiento al príncipe, no le ocultó que estaba muy descontento de él. Muley-Absulem dió al punto la órden de que se le alojase en sus jardines, pero esto se ejecutó con tal lentitud, que el pobre doctor salió de Tarudante, antes de haberle preparado su nueva estancia.

Despues de pasar una noche bastante mala en la casa del judío, Lemprieres fue al palacio de Muley-Absulem, para examinar mas detenidamente el estado de sus ojos, y esta vez no se le hizo esperar, pues aquel le aguardaba con una especie de inquietud, temiendo que su enfermedad pareciese incurable. En efecto, habiendo hecho un atento exámen de sus ojos, Lemprieres los creyó poco susceptibles de curacion, si bien se abstuvo prudentemente de espresar su dictámen, limitándose á decir al príncipe que no se prometia poder curarlos radicalmente; pero le halagó con la esperanza de un notable alivio, aunque en su interior no se atrevia á creerlo asi. A fin de procurarse el tiempo necesario para probar diferentes medicamentos, pidió dos meses para el tratamiento que creyó conveniente adoptar.

Habiendo resuelto el príncipe someterse á tomar los diferentes remedios que su nuevo médico debia administrarle, le hizo emprender la curacion desde aquel mismo dia. La segunda inspeccion que acababa de hacer, convenció á Lemprieres de que su enfermo tenia en el ojo derecho una catarata que le privaba completamente de la vista, por este lado; no podia, pues, prometerse otra cosa que salvarle el ojo izquierdo, que estaba afectado de una convulsion contínua que amenazaba terminar en la gota serena. El movimiento de este ojo era tan violento, que algunas veces la pupila se ocultaba enteramente hácia la nariz. En tan triste estado, el enfermo apenas podia ver los objetos de gran tamaño, sin distinguir ninguno.

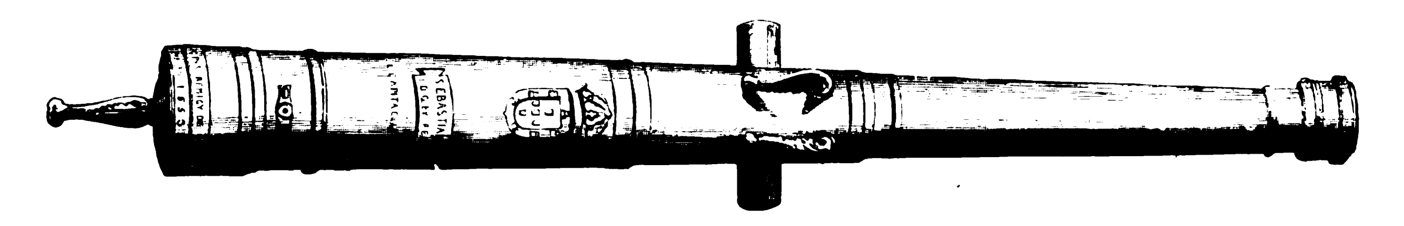
Por lo demás, el género de vida á que el príncipe estaba entregado hacia mucho tiempo, le habia ocasionado muchas otras dolencias, pues estaba estenuado por la disipacion. Lemprieres empezó sometiéndole al régimen mas severo; y como desconfiaba de su exactitud en hacer lo que le prescribia, pidió al oficial que consideró de su mayor confianza, que se encargase de hacerle seguir el plan curativo que habia formulado por escrito y hecho traducir al árabe.

Con los tópicos que esteriormente empleaba, se vió tambien obligado á propinar algunos medicamentos internos á su enfermo; y para cerciorarse de que los tomaba como habian sido compuestos, se los daba él mismo. El príncipe era muy dócil en beber lo que su médico le presentaba, á pesar del mal sabor de las drogas que se le propinaban. Erale, no obstante, imposible concebir que unos medicamentos tomados interiormente, pudiesen dar por resultado la curacion de sus ojos. Pero á pesar de su incredulidad en este punto, se mostraba mas razonable que cuantos le rodeaban, y que sostenian en alta voz que era una locura atacar un mal esterior por otro procedimiento que el empleo de los tópicos.

Los cortesanos mas inmediatos á Muley-Absulem, le dieron á entender que su nuevo médico trabajaba en debilitar su temperamento: la decencia no permite esponer las funestas consecuencias que semejante tratamiento debia, en su concepto, producir en la salud y los placeres



CAÑON TOMADO A LOS MOROS EN LA ALCAZABA DE TETUAN.



CULEBRINA PORTUGUESA.

del príncipe. Tales absurdos hicieron al fin impresion en el ánimo del crédulo enfermo, que no tardó en espresar sus temores; lo que dijo á Lemprieres á propósito de la iniquidad que se le imputaba, puso á este en grave conflicto, porque, ¿cómo hacer entrar en razon á personas cuyo idioma se ignora?

Al fin tomó el partido de sincerarse por medio de su intérprete. Hizo, pues, esplicar al príncipe que la composicion de las medicinas que tomaba, no podia en caso alguno ser nociva á su salud. Esforzóse en hacerle comprender que su honor como médico y su misma fortuna estaban igualmente interesados en hacerle no despreciar cosa alguna encaminada á devolverle la vista; y que por consiguiente, lejos de intentar causarle daño, no podia menos de consagrarse á procurarle alivio, y concluyó añadiendo, para acabar de tranquilizarle acerca de sus intenciones, que si el tratamiento que le prescribia no recibia la aprobacion de los inteligentes, su reputacion quedaria arruinada.

Estas razones calmaron al fin á Muley-Absulem, y le pareció que el doctor habia sido calumniado. Deseoso, pues, de hacerle olvidar el mal humor que le manifestaba hacia algunos dias, le confesó que solo el temor se lo habia causado. Lemprieres consiguió que no abandonase su método, aunque poniendo la condicion de que renunciaria á él si no se lograba la apetecida mejoría. Lo que mas alentó la confianza de Muley-Absulem, fue la falsedad demostrada de los tristes vaticinios de sus cortesanos, pues no esperimentó ninguno de los accidentes que le habian hecho temer.

El doctor hacia á su ilustre enfermo dos visitas diarias, y empleaba el resto del tiempo en leer algunos libros que habia comprado en Mogador, y daba alguna vez un paseo á caballo por las inmediaciones de la ciudad.

Al cabo de quince dias, el príncipe empezó á esperimentar un notable alivio. Su ojo derecho no sufria ya la convulsion que apenas le permitia distinguir el dia de la noche; su movimiento era mas natural, y el enfermo podia distinguir una manzana á quince pasos de distancia.

Estos primeros indicios de curacion hicieron enmudecer la malevolencia, y el mismo príncipe confesó que habia procedido con demasiada ligereza al abrigar injuriosas sospechas; y cuando vió que los remedios prescritos continuaban produciendo los mejores resultados, su confianza en Lemprieres llegó hasta el punto de querer que visitase sus mujeres, algunas de las cuales necesitaban los auxilios de la medicina. Y este es el momento oportuno de hacer una descripcion del impenetrable recinto llamado *harem*, dejando para mas adelante la de la estancia del emperador.

No bien hubo decidido el príncipe que su médico fuese introducido en el harem, mandó se le condujese á él en compañía de su intérprete. El jefe de los eunucos recibió á entrambos á la puerta.

Los eunucos destinados á la custodia de las mujeres, descienden de esclavos negros. Son en general, gruesos y de pequeña estatura; y si algunos crecen mas que los otros, esto se verifica á espensas de su buena conformacion; casi todos están llenos de deformidades, y su voz afeminada se parece á la de los adolescentes; todo, en una palabra, revela la debilidad de estos seres mutilados. Su autoridad sobre un sexo al que tiranizan, les hace darse un aire de importancia cuya ridiculez no sospechan, y los hace orgullosos é insolentes hasta un punto increible. Lemprieres hubiera sido víctima de su perversidad, si al entrar en el harem no se hubiera precavido contra la bajeza de su carácter.

Acompañado del jefe de estos mónstruos amfibios, pasó la puerta del harem, cuya guarda le estaba confiada, atravesando luego por largo rato por bajo de una bóveda oscura que le condujo hasta el patio alrededor del cual estaban las habitaciones de las mujeres. Al atravesarlo, vió gran número de estas y de niños blancos y negros; eran las concubinas del príncipe y los esclavos que las servian.

Fácil es adivinar la sorpresa de aquellas infelices reclusas, á la vista de un europeo; unas, terriblemente sobrecogidas, parecian petrificadas, con los ojos inmóviles y la boca abierta; otras prorumpian en estrepitosas carcajadas al ver su traje europeo, sus cabellos empolvados, sus zapatos de hebilla y sus medias; mirábanle de piés á cabeza, examinaban los mas ligeros pormenores de un traje tan nuevo para ellas, y no podian comprender el uso de los polvos en la cabeza, sino como un preservativo contra la polilla.

Mayor aun fue la impresion que causó en los niños la presencia del doctor, pues todos echaron á correr, muertos de miedo, como si hubiesen visto un leon ó un tigre.

Siempre que Lemprieres entraba en el harem, se veia rodeado por la turba de curiosos que le salia al paso.

Casi todas aquellas mujeres, estremadamente gruesas, tenian los ojos abultados y negros, la cara redonda y la nariz pequeña; entre ellas habia algunas rubias de color pálido, y algunas negras muy bien formadas.

Al entrar en el cuarto de la enferma cuyo estado causaba vivas inquietudes á Muley-Absulem, lo halló dividido por una gran cortina. Una jóven esclava trajo un taburete que colocó al lado de esta, diciendo al doctor que podia sentarse en él. Un instante despues, la enferma, á quien no podia ver, alargó su brazo al través de la cortina, y le pidió le tomara el pulso; pero la persuasion en que estaba, de que por este medio debia su médico conocer la causa de sus dolencias, la hizo permanecer de tal modo silenciosa, que aquel le preguntó en vano, por medio de su intérprete, si padecia de la cabeza, del estómago, ó de alguna otra parte de su cuerpo; mas, en lugar de responder á estas preguntas, retiró el brazo que habia alargado, y presentó el otro. Esta obstinada reserva impacientaba al doctor, porque no le permitia satisfacer su curiosidad, ni reconocer el sitio en que radicaba la enfermedad de la favorita; pero inventó un recurso que creyó en alto grado oportuno para procurarse la vista de aquella beldad. Hízole, pues, decir que no le seria posible conocer con exactitud la causa de la alteracion de su salud, si no le veia la lengua, y que era, por lo tanto, absolutamente preciso que tuviese la complacencia de enseñársela. Pero la enferma inventó á su vez un medio que la libró del conflicto en que la habia puesto la exigencia del doctor, y que desconcertó la curiosidad de este. Este medio, muy sencillo por lo demás, consistió en hacer con sus tijeras un agujerito en la cortina, y sacar por él la lengua. El médico pudo entonces prescribir los necesarios remedios.

Otra mujer, atacada de humores escrofulosos, le recibió con las mismas precauciones que la primera; pero como no pudo dejar de descubrir la parte del cuello en que tenia las escrófulas; el doctor pudo verle una parte del rostro, que por cierto le pareció muy hermoso. Esta mujer le dijo que habia sido la sultana favorita de Muley-Absulem, pero que habia perdido este título, por la repugnancia que su cruel enfermedad habia causado á este. La amargura que esperimentaba al verse confundida con sus rivales, despues de haber gozado de todas las preferencias inherentes á la categoría de sultana favorita, se concibe fácilmente.

Mientras Lemprieres le examinaba el cuello, ella se quitaba de los brazos muchas alhajas que le entregaba, con la esperanza de que aquellos regalos, de gran valia, aumentarian el interés del doctor, quien no se atrevió á aceptar tales obsequios, porque no concibió esperanza alguna de restituirle sus antiguos atractivos. Prometióle, pues, recurrir á algunos remedios, de cuya eficacia, sin embargo, no podia responder.

La abandonada sultana no se dió por muy satisfecha con tal respuesta. No obstante, el médico logró tranquilizar un poco su espíritu; y como la ventajosa idea que de los médicos europeos tenia, robustecia sus esperanzas, quiso empezar desde luego á tomar los indicados remedios.

Las frecuentes visitas que Lemprieres hizo á estas dos mujeres, le proporcionaron la ocasion de ver á todas las que en el harem habia. Contó mas de veinte, sin hablar de las cuatro que la ley permite á los verdaderos creyentes, siendo consultado por muchas de elias, que le tomaban por un ignorante cuando no adivinaba sus enfermedades por el mero exámen del pulso. Si al tomárselo dudaba algo, le miraban como á un empírico, á quien nada se le alcanzaba de la medicina; y si conseguia curarlas, decian que sus curas eran pasageras. Desconfiando de hacer oir la razon á unas mujeres cuya lengua ignoraba, tomó el partido de transigir con sus debilidades; y esta conducta le valió elogios que no eran mas justos que las injurias de que habia sido blanco al hablar con toda franqueza.

Las mujeres de Muley-Absulem habian pasado ya de la primera juventud; Lemprieres no vió una sola que bajase de veinte y ocho á treinta años. Todas eran gruesas en demasía, y ninguna sabia andar. Como los sucesos de que se ocupan estas desgraciadas nunca estralimitan las paredes de su encierro, y como es tan escaso, por otra parte, el interés que se tiene en cultivar su espíritu, ignoran completamente toda manera ó costumbre social. No salen del harem sino con el permiso de su dueño, y esto solo ocurre cuando deben seguirle, por cambio de residencia.

Todas ellas, segun lo que Lemprieres pudo juzgar, carecian de inteligencia y educacion. Un dia preguntaron al intérprete si el doctor sabia leer y escribir, y cuando supieron que casi todos los cristianos sabian leer los libros de su religion, manifestaron un estraordinario asombro. En efecto, en aquel bárbaro país solo un escaso número de hombres llamados *talbs* ó *talebs*, intérpretes de la ley, saben leer.

Entre aquellas mujeres habia seis esclavas de quince años, que habian sido regaladas á Muley-Absulem por un moro muy opulento. Una de ellas era hija de un renegado inglés, otra española y las otras cuatro africanas.

Cuando en la mujer, el talento y las dotes adquiridas por la educacion nada añaden á los atractivos naturales, preferimos siempre á la mas hermosa, pues ella es la que mas nos seduce. Las beldades del harem mostraban comprenderlo instintivamente, puesto que para hacerse mas amables que sus rivales y conseguir suplantarlas, se dedicaban al estudio de la música bajo la direccion de un maestro, poco aventajado en verdad, pero que sabia, sin embargo, lo bastante para darles algunas lecciones de canto, y arreglaba con sus alumnas una especie de concierto vocal é instrumental, de bandolin, tamboril y violin de dos cuerdas, de cuyo conjunto resultaban acordes sin gusto y sin armonía, que con razon podian tomarse por una verdadera cencerrada.

La conversacion era el principal pasatiempo de aquellas desventuradas mujeres. Lemprieres las hallaba siempre sentadas en corro, para hablar. El cuidado que se emplea para satisfacer todas sus necesidades, les impide procurarse ocupaciones activas. Unas esclavas judías atienden á sus vestidos; otras, en número mas que suficiente, cuidan de la limpieza de sus habitaciones y les preparan los alimentos. Cuanto mas en favor está una de aquellas hermosas cautivas, tantas mas mujeres tiene á su servicio.

(Se continuará.)

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 14. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 1.° DE ABRIL DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Con sentimiento tenemos que reconocer que la batalla del 23 dada en el valle de Gualdras contra los marroquíes mandados por Muley-Abbas, ha sido, segun los partes, la mas sangrienta de la campaña. Encaminábase el ejército hácia el Fondac á tres leguas de Tetuan, donde se creia que se hallaban atrincherados los enemigos, cuando á la hora de camino aparecieron de repente coronando la serie de alturas de difícil acceso que limitaban por nuestro frente el valle. Las dificultades del terreno habian obligado á dejar en Tetuan la artillería rodada, privándose el ejército de ese poderoso auxiliar, que tuvo que suplir con la de montaña y la bayoneta. El general O'Donnell á pesar de la ventajosa posicion que ocupaba el enemigo, no vaciló en dar la órden de ataque. La infantería desalojó á los marroquíes de posicion en posicion; marchas de flancos hábilmente combinada cortaron varios grupos numerosos; y otros que se vieron precisados á bajar al llano fueron lanceados y acuchillados por la caballería, que se distinguió por sus brillantes cargas. Muley-Abbas temió perder su segundo campamento como habia perdido el primero, y con tiempo dió la órden de levantarlo pronunciándose con su ejército en completa retirada. Todos los cuerpos de ejército rivalizaron en decision y arrojo, y todos merecen ser citados con encomio. Al tercero le cupo la suerte de sostener una buena parte del combate y en él se cubrió de gloria como el resto del ejército la division que manda el general Turon, cuyo retrato damos en este número, general conocido por el escelente espíritu y la rígida disciplina que sabe infundir en el soldado que le quiere y respeta como á un padre. Nuestras tropas hicieron alto en el campo de batalla para atender al cuidado de los heridos que en total fueron unos mil doscientos, aunque una equivocacion en la trasmision telegráfica hizo creer al principio que habian sido dos mil ciento. Si se compara esta pérdida con la de las acciones anteriores, se observará que ha sido de gran consideracion, lo cual indica mayor resistencia por parte del enemigo, que á su vez ha debido sufrir inmensamente. Es lo cierto que Muley-Abbas, desanimado y anhelando mas que nunca la paz, envió al dia siguiente nuevo mensaje pacífico al campo del general O'Donnell. El general en jefe respondió que no entraria en negociaciones si no se aceptaban las bases que últimamente tenia remitidas al califa marroquí, esas bases sobre las cuales se formaban en la semana anterior las conjeturas de que dimos cuenta, y cuya exacta naturaleza no se sabia entonces. Aceptólas desde luego Muley el Abbas y el 25 en el valle de Gualdras se firmaron los preliminares de la paz. Inmediatamente se verificó un armisticio, y el general en jefe envió á su hermano el general don Enrique O'Donnell á esta capital, á donde llegó el miércoles con las bases estipuladas. La *Gaceta* del jueves se apresuró de órden del gobierno á publicarlas, y el documento de que se trata nos parece de bastante importancia para que dejemos de publicarlo integramente. Dice asi:

BASES PRELIMINARES.

Para la celebracion de un tratado de paz que ha de poner término á la guerra hoy existente entre España y Marruecos, convenidas entre don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en jefe del ejército español en Africa, y Muley-el-Abbas, Califa del imperio de Marruecos y Príncipe del Algarbe.

Don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitan general en jefe del ejército español en Africa y Muley-el-Abbas, califa del imperio de Marruecos y príncipe del Algarbe, autorizados debidamente por S. M. la reina de las Españas y por S. M. el rey de Marruecos, han convenido en las siguientes bases preliminares para la celebracion del tratado de paz que ha de poner término á la guerra existente entre España y Marruecos.

Artículo 1.° S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Art. 2.° Del mismo modo, S. M. el rey de Marruecos se obliga á conceder á perpetuidad en la costa del Océano en Santa Cruz la Pequeña el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente.

Art. 3.° S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan en 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

Art. 4.° Como justa indemnizacion por los gastos de la guerra, S. M. el rey de Marruecos se obliga á pagar á S. M. la reina de las Españas la suma de 20.000,000 de duros. La forma del pago de esta suma se estipulará en el tratado de paz.

Art. 5.° La ciudad de Tetuan con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre quedará en poder de S. M. la reina de las Españas como garantía del cumplimiento de la obligacion consignada en el artículo anterior, hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra. Verificado que sea este en su totalidad, las tropas españolas evacuarán seguidamente dicha ciudad y su territorio.

Art. 6.° Se celebrará un tratado de comercio en el cual se estipularán en favor de España todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Art. 7.° Para evitar en adelante sucesos como los que ocasionaron la guerra actual, el representante de España en Marruecos podrá residir en Fez ó en el punto que mas convenga para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos Estados.

Art. 8.° S. M. el rey de Marruecos autorizará el establecimiento en Fez de una casa de misioneros españoles como la que existe en Tanger.

Art 9.° S. M. la reina de las Españas nombrará desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designe S. M. el rey de Marruecos estiendan las capitulaciones definitivas de paz. Dichos plenipotenciarios se reunirán en la ciudad de Tetuan, y deberán dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que en ningun caso escederá de treinta dias, á contar desde el de la fecha.

En 25 de marzo de 1860.—Firmado.—Leopoldo O'Donnell.—Firmado.—Muley-el-Abbas.

La *Gaceta* añade á este documento una nota manifestando que la reina, de acuerdo con el consejo de ministros, se ha servido aprobar los preliminares de paz firmados por el general O'Donnell en uso de las facultades que le estaban conferidas.

Así, pues, la guerra de Africa ha terminado, y antes de un mes se habrá hecho el tratado de Tetuan destinada á asegurar y consolidar las relaciones pacíficas.

El puerto de Santa Cruz ó *Agadir*, donde se nos cede terreno, está situado en el Océano y es el último de la sé-

rie de ellos que comenzando en el cabo de Espartel limitan por este lado el imperio de Marruecos. Se halla en la provincia de Suz, en frente del desierto: el clima es bueno y salubre en la mayor parte del año; pero en la estacion calurosa suele á veces soplar el *Simun* ó viento del Zahara por espacio de veinte dias. Si dura mas de tres dias, por lo general no cesa hasta el dia sétimo; si pasa del sétimo, continúa hasta el catorce y á veces hasta el veinte y uno. Este viento suele reinar á principios de setiembre: en tales casos el calor es escesivo; el suelo quema los piés y los terrados de las casas se hienden y casi se hacen polvo. Santa Cruz, murada y fortificada en 1503 por el rey don Manuel de Portugal, fue tomada á los portugueses por los moros en 1536. Su rada es ancha, profunda y abrigada, y la poblacion en otro tiempo era un punto de comercio muy activo con los árabes del desierto y los negros del Sudan, que iban allí á buscar las mercancías europeas para el interior del Africa. La fundacion de Mogador le ha quitado toda importancia; pero podria recobrarla en nuestras manos si fuera nuestra, declarándola puerto franco y colonizándola, con lo cual atraeriamos á los buques nacionales y estranjeros ofreciéndoles mas seguridad de la que hasta ahora les han ofrecido aquellas costas inhospitalarias.

En cuanto á Tetuan, una vez decidida su devolucion á los moros, ó habrá que devolvérsela desde luego para evitar el gasto de conservacion, ó habrá que estipular que los marroquíes abonen este gasto. Si la conserváramos, el gasto seria de nuestra cuenta; pero no siendo mas que *hipoteca*, los plenipotenciarios españoles deberán cuidar de que no se convierta en *censo*.

La agregacion de Saboya y Niza á Francia es ya, como la de los Ducados y Legaciones al Piamonte, un hecho consumado. En la Cámara de los Comunes de Inglaterra se ha discutido mucho esta cuestion; pero no se ha hecho mas que discutir: para oponerse á la anexion Inglaterra ha buscado el apoyo de Austria y Rusia; pero no habiéndolo hallado segun deseaba, el ministerio inglés se ve precisado á dejar que las cosas sigan su curso. Tal vez busque una compensacion en Sicilia; tal vez la busque en Portugal. Una cosa nos ha llamado mucho la atencion porque muestra la arrogancia y poca cortesía con que los ingleses tratan á las naciones á quienes protejen. El almirante inglés de la escuadra surta en el puerto de Lisboa ha echado á tierra sus soldados, que hace quince dias están patrullando por las calles de aquella capital como pudieran hacerlo por cualquier barrio de Londres. En las Cámaras portuguesas se han pedido esplicaciones al gobierno para saber si habia sido nombrado comisario de policía el almirante inglés: el gobierno ha contestado que ya habia hecho reclamaciones; pero entre tanto patrullas armadas de ingleses recorren las calles de Lisboa.

Nuestra Academia de ciencias morales y políticas ha acordado conceder un premio de 8,000 reales y medalla de bronce al autor de la mejor Memoria que trate de los intereses legítimos y permanentes que en Africa tiene España, y de los deberes que la civilizacion le impone respecto de aquel país. Las Memorias se admitirán hasta el 30 de noviembre del mes actual.

Dice un periódico que se ha presentado al ministerio de Fomento un proyecto sobre el modo de dar direccion á un *tren aéreo*, proyecto debido al cacumen de una persona conocida ya en la república de las letras. Mucho desearemos que concedido el privilegio de invencion, logremos ver cruzados los aires de trenes, y hasta de ciudades flotantes como la que el capitan Gulliver tuvo ocasion de observar en sus viajes remotos.

Tambien un apreciable matemático, llamado don Vicente Pujals de la Bastida, ha publicado un folleto que titula *Descubrimientos importantísimos* y reflexiones filosóficas acerca de la numeracion perfecta, y del sistema perfecto de medidas, pesas y monedas. Este autor hace tiempo que viene sosteniendo la ventaja del sistema métrico duodecimal sobre el sistema decimal; y prueba que tomando el 12 por base de la numeracion en vez del 10, se pueden resolver de memoria ó con grande ahorro de tiempo, varias cuestiones que en la numeracion digital necesitan diversas operaciones sucesivas. Ya que el señor Montemayor encontró quien le protegiera para hacer un *Eolo*, el señor Pujals cree que deberia con mas razon hallar un protector para su sistema, fundado en la observacion y el estudio.

Desde la semana anterior se nos viene anunciando la última funcion de Mr. Hermann. *Ultima funcion* dijeron los carteles un sábado, y al dia siguiente *última funcion* añadian los mismos carteles. Creimos que con dos últimas habria bastante; pero las postrimerías de un mágico son mas que las del hombre, y ya van cinco anuncios en que se publica que definitivamente va á dar Mr. Hermann la última de sus funciones.

En el teatro de Oriente se ha cantado con buen éxito la ópera *Le tre nozze* del maestro Alary: sin embargo, el miércoles tuvimos el sentimiento de ver caer en la escena acometida de un desmayo á la Fioretti, por cuya triste ocurrencia, fue preciso suspender la funcion. Su indisposicion no ha privado sin embargo al público de oir á una artista de tanto mérito en las noches siguientes, de lo cual nos felicitamos.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número, NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CONDICION SOCIAL,

CREENCIAS, TRAGES Y COSTUMBRES DE LOS MORISCOS DE ESPAÑA. (1)

(1492 AL 1609.)

III.

(CONTINUACION).

Diferente era la condicion social de los moriscos, diversos tambien sus usos y costumbres, de lo que hemos espuesto en el artículo anterior, al considerarlos como cristianos nuevos, sujetos por su conversion á las leyes políticas, civiles y religiosas de los vencedores, bases fundamentales de la monarquía española. Bajo este punto de vista tuvieron una civilizacion que les fue peculiar, y que mantuvo florecientes las artes, la agricultura y el comercio de la península.

Ejercitábanse los mas de los moriscos, segun escribe un autor de aquellos tiempos, en cultivar huertas, viviendo apartados del comercio de los cristianos viejos, sin querer admitir testigos de su vida. Otros se ocupaban en cosas de mercancía. Tenian tiendas de cosas de comer en los mejores puestos de las ciudades y villas, viviendo la mayor parte de ellos por su mano. Otros se empleaban en oficios mecánicos, caldereros, herreros, alpargateros, jaboneros y arrieros. Esta última ocupacion, dice Pellicer, era tanto mas grata para los nuevos conversos, cuanto les proporcionaba por la continua ausencia de sus pueblos dejar de cumplir sin ser notados con los deberes del cristianismo, que aparentaban seguir. En lo que convenian era en pagar de buena gana las gabelas y pedidos, y en ser templados en su vestir y comida. Mostraban esteriormente acudir á todo con voluntad, y en estar advertidos en acrecentar los intereses de la hacienda. No daban lugar á que los suyos mendigasen. Todos tenian oficios y se ocupaban en algo. Si alguno delinquia, á pendon herido eran á favorecerle, aunque el delito fuese muy notorio. No se querellaban unos de otros, entre sí componian las diferencias. Eran callados, sufridos y vengativos en viendo la suya. Este y no otro era el carácter de la gente morisca que formaba un estado dentro del Estado, procurando con el sudor de sus rostros mantener prósperos y floridos los territorios que habitaban.

Las *aljamas* ó consejos moriscos, dice otro escritor, tenian un régimen muy certero y económico, dando por el depósito de caudales agenos un rédito puntualísimo, y con su crédito lograban atesorar cantidades enormes, pues no tan solo particulares, sino corporaciones y conventos, hacian total confianza de su correspondencia y cabal cumplimiento de lo pactado. Los moros habian traido á España el cultivo del azúcar, algodon, seda y arroz, y sus descendientes los conversos lo poseian en alto grado de perfeccion y fertilidad. Construian esmeradamente pantanos y acequias para regar hasta las tierras mas elevadas, sobresaliendo por su amenidad y abundancia Valencia, que surtia á la Europa toda de riquísima fruta y aun hortaliza meridional, siendo difícil referir todos los objetos que constituian la granjería de los moriscos españoles. Venidos de Egipto, Siria y Persia, paises por esencia labradores, segun la espresion de un historiador, trajeron los árabes á nuestras campiñas, los métodos y mañas de miles de años, entablaron en Andalucía y en Valencia un sistema de riego que es hoy todavía el pasmo de los viajeros, y á cuyas antiquísimas y justas leyes de repartimiento de aguas, cursos de arroyos y otros derechos y servidumbres rústicas acuden ahora mismo para decidir sus cuestiones los labradores valencianos y andaluces. En todas partes multiplicaron los moriscos los ingenios de azúcar, las almazaras de aceite y las prensas para la vid, cuyos líquidos elaboraban y trasportaban á lejanos paises, no sin que hicieran ellos mismos cuantioso gasto.

El vino, tan espresamente prohibido por el Coran, era servido sin reparo alguno por los moriscos, sirviéndose en las funciones caseras y en sus *walimas* ó desposorios, no solo el *khamr* ó vino tinto, sino tambien el *sabba* ó el clarete, el *nebid* ó sidra de dátiles, la de higos, el *scharab* ó vino hervido, y el *scharab mubazar* ó vino especiado.

Los moriscos conservaron el uso de aclimatar las plantas exóticas y arraigar los frutos de lejanos paises, pues como dice Morejon, los árabes fueron los primeros que cultivaron con esmero en el fértil suelo de Andalucía gran número de jardines, no solo para recreo y ostentacion de sus palacios, sino tambien para formar huertos y almacigas de árboles, donde estudiaban su cultivo. Entre los árboles nuevos cuya introduccion les somos deudores, merecen citarse la higuera chumba, cuya fruta es conocida todavía en Cataluña por *higos de moro*, la granada cuyo nombre recordaba á los conversos la antigua córte de sus reyes, el níspero, el algodon, el naranjo, el madroño, el membrillo, el azufaifo, la palma, y no pocas plantas medicinales y aromáticas (2). Completaban, en fin, la granjería agrícola de la raza morisca, las pasas, las manzanas, las bellotas, nueces, almendras y otras muchas frutas, que junto con los granos y las hortalizas, abastaban los mercados interiores y facilitaban ademas la esportacion, pues los mismos conversos habian construido carreteras, abierto acequias, encajonado los rios y relacionado mútuamente las ciudades con sus varios ramos de comercio en Barcelona, Tarragona, Valencia, Málaga, Cádiz y otros puntos.

El comercio y la industria se veian tambien acrecentados por los moriscos españoles. Como dice un escritor, la ley mahometana que constituye el trabajo en obligacion religiosa, los inclinaba á todo género de industria, corroborada ademas aquella propension con el afan de acaudalarse y satisfacer el ansia de engalanarse con lujo oriental. Los paños de Murcia, las sederías de Almería y de Granada, los tapices curtidos de Córdoba y el papel de algodon de varias fábricas privaban por todas partes. En efecto, valiéndonos de las mismas palabras de un historiador de los árabes y moriscos, debemos decir que ademas de la seda, de cuya industria se contaban en Granada cinco mil tornos aun despues de la conquista, «la fabricacion de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros espulsos, y conservan aun en Fez como la mas útil de sus granjerías, la de gasas, jaiques, tejidos de algodon y lino ocupaban y daban sustento á un número considerable de familias: hombres, mujeres y niños se aplicaban á las diversas elaboraciones, y las fábricas de Almería servian de modelo á las castellanas y á las de Pisa y Florencia. Hoy que las artes han progresado mucho, continúa el mencionado historiador, pueden compararse sin descrédito alguno elaboraciones moriscas con las traidas de Inglaterra y Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la proligidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aun. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesonados, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfeccion á que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso; y tambien la fábrica de porcelana.»

Los moriscos de Málaga se hicieron célebres por la perfeccion á que supieron elevar la alfarería, guardándose hoy mismo en estima, artefactos de barro construidos en sus fábricas, y los que moraban en algunas poblaciones de la costa de Cataluña, gozaban fama de escelentes constructores de naves, arte que tenian los naturales del principado en grande aprecio, siendo igualmente Almería, ya desde tiempos del moro Rasis, *morada de los sotiles maestros de galeras*.

Descendientes los moriscos de aquellos árabes que elevaron las artes á inusitado punto de esplendor en nuestra España, eran guardadores no solo de su imaginacion rica, lozana y atrevida, sino tambien de la destreza y esmero en la fabricacion, de que dejaron soberbia muestra sus abuelos en los grandiosos monumentos de Córdoba, de Sevilla y de Granada. Si la Biblia ha producido en el Cristianismo su arquitectura, el Coran dió á los árabes tambien la suya, religiosa y severa en el fondo, pero voluptuosa, esbelta y fantástica en la forma, recordando tan pronto el despotismo de la sociedad musulmana, como presagiando las bellezas y los placeres que se prometen en la otra vida los creyentes.

La preciosidad y el lujo de la arquitectura árabe, con sus elegantes columnas, sus arcos ligeros y atrevidos, sus mármoles y alicatados, sus numerosos y delicados ornatos, respirando todo perfeccion y novedad, magnificencia y fantasía, hubo de resentirse con la caida del trono granadino; pues convertidas las mezquitas en templos cristianos, y hollada la media luna por el emblema de nuestra santa religion, preponderó el gusto de los vencedores que, místico tambien, imponente y suntuoso, borró en breve los principales rasgos que caracterizaban las construcciones orientales. Sin embargo de semejante resultado, que no podia evitarse en una conquista, cuyo fin principal era cambiar el estado social de los paises sojuzgados, imprimiendo en todo el sello de Castilla, podemos todavía admirar los restos del estilo arábigo bajo el despejado cielo de las Andalucías, y si ni en Córdoba ni en Granada resuenan ya los ecos de las zambras y de los festines, ni las melancólicas al par que sentidas canciones de los hijos del desierto, en cambio aun admiramos los arcos de herradura, las bóvedas incrustadas de sutiles adornos, los muros cubiertos de inscripciones y arabescos, y las estancias recamadas de oro y azul, que cautivarán siempre la atencion de los inteligentes. Artífices moriscos siguiendo las reglas artísticas de los sarracenos, conservaron bajo el gobierno de los españoles los principales adornos de la arquitectura árabe y aun los imprimieron en construcciones cristianas, pudiéndose observar el gusto oriental en puertas y ventanas de edificios civiles, no menos que en muros y barbacanas de antiguas fortificaciones españolas.—«De aquí, dice Caveda, el marcado arabismo que se descubre desde los últimos años del siglo XV, y mas particularmente desde la toma de Granada, en muchos palacios, templos y fortalezas, que nuestros magnates y prelados construyeron.» (3)

(1) Véase el número 13 de EL MUSEO UNIVERSAL.

(2) Abu Zacaria: *Libro de Agricultura.*—Casiri: *Biblioth. arab. hispal.*

(3) *Ensayo histórico sobre la arquitectura española*, por don José Caveda.

Mas si los moriscos, pueblo degenerado del árabe por su triste condicion de vasallos sin representacion alguna política, tenian industria y agricultura, acrecentando con ellas el comercio de España, no cultivaron como sus ascendientes las ciencias y las letras, que habian colocado en peregrina altura el imperio de las Abderramanes. La filosofía, la medicina, la astronomía y la jurisprudencia solo fueron patrimonio de algunos moriscos ancianos que no querian despojarse del recuerdo de sus antiguas glorias, trasladándose de unos á otros los conocimientos humanos en el silencio de sus estudios y en manuscritos aljamiados que todavía se conservan, pero el genio oriental ya no brilló de nuevo en la península con aquellos destellos de la sabiduría que supieron conservar los Zeiritas de Granada, los Hamudíes de Málaga y los Moez Daulas de Almería. Y nada tiene de estraño si consideramos que despues de la conquista emigraron las familias principales que habian defendido el pendon del islamismo hasta el último trance, quedando solo aplicados á la agricultura y á la industria los que prefirieron vivir oscuros y subyugados antes que llevar una vida miserable y errante.

Como sus ascendientes, eran los moriscos hospitalarios sóbrios, sufridos y firme en sus designios. Crédulos por demás en hechizos é influencias de mágicos, ceñian el cuello de sus hijos con talismanes formados de un pico de águila, de un hueso de erizo, uña de leon, colmillo de jabalí, y otros signos con leyendas alcoránicas; supersticion tan arraigada entre los granadinos, que en tiempo del emperador Cárlos V fue prohibida con severidad y hasta castigada cruelmente. Aficionados al juego y satisfechos con los mas sencillos manjares, no eran los moriscos como esos musulmanes tipos de gravedad é indolencia. Alegres y espansivos en sus fiestas populares, preparaban de antemano sus modestas habitaciones blanqueándolas como se hace hoy todavía en Cataluña y en Andalucía, y se adornaban con sus mejores trajes, no solo para celebrarlas con las luchas, con carreras y juegos de sortija, sino con danzas y cantares interrumpidos únicamente para oir las narraciones poéticas de algun improvisador ambulante ó amaestrado viajero.

Entonces brillaban las jóvenes moriscas con sus sayas de paños de mil diversos colores ricamente bordados de oro, y aun con pedrerías, coronadas de diademas y guirnaldas de flores, adornadas de brazaletes y anillas de oro y plata en las piernas, estendidas las cejas con sutiles pinceles, salpicado su rostro de graciosos lunares, con los que adquirian no poca vivacidad y donaire. Pintaban sus uñas de encarnado con el *henné*, y las palmas de la mano de negro, á fin de hacer resaltar la blancura de la parte superior, y ponian toda su atencion en el peinado, cuidando en estremo su negra cabellera lo mismo las moriscas ricas que las pobres ó las mujeres del campo. Por calles y plazas andaban veladas cuidadosamente con mantos de lana blancos ó de telas rayadas llamados *almalafas*, si bien las campesinas descubrian sus facciones y gozaban de mas libertad que las de elevada clase. En casa vestian largos y anchos calzones, camisa holgada, marlota ó chambra hasta media pierna, y elegantes almaizares. Su tocado consistia en una triple corona hecha con sus mismas trenzas alrededor de la cabeza, entrelazada con muselina ó sedería. Adornos de oro, nacar y pedrería, alfileres preciosos para prender la almalafa, y largos pendientes sostenidos por cordones de seda, lindísimas babuchas ricamente bordadas en que abrigaban sus piés desnudos; hé aquí lo que completaba el traje de las mujeres moriscas.

Los hombres, fieles esclavos de su palabra, formaban un vínculo grave y duradero de la amistad, y aunque turbulentos y sanguinarios con los estraños, eran generosos y caritativos para con los amigos, los parientes y los desvalidos. La fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas estranjeras los comerciantes granadinos fue tal, que como dice un historiador, era adagio corriente: *la palabra del granadino y la fe del castellano, forman un cristiano viejo.*

En Castilla llegaron los moriscos á vestir casi enteramente como los españoles; pero en otras provincias mantuvieron en uso las principales prendas del traje musulman. Encima de un casquete de tela se colocaba otro generalmente encarnado, á cuyo alrededor iba arrollado el turbante ó la toca, pieza de muselina lisa ó bordada, de lana ó de seda, de cachemira mas ó menos rica, que segun sus colores y su forma, asi indicaba la profesion de su dueño, fuese comerciante ó alfaquí, labrador ó artesano. Anchas camisas de algodon, de lino, de lienzo fino y aun de seda, daban á conocer tambien la mayor ó menor opulencia del que podia usarlas: holgados calzones de lienzo hasta las rodillas, botines ó borceguíes, sayos y marlotas de paño con botones y adornos de terciopelo, completaban el traje de los moriscos, que al salir á la calle, se rebozaban en sus albornoces, con el garbo de que puede blasonarse aun con las capas españolas. — La gente del pueblo y los labradores despojaban sus trajes de adornos orientales, y templaban las escarchas y los frios del invierno con el cinturon ó faja muy larga, y las mantas de lana que constituyen todavía las prendas principales entre los campesinos aragoneses, catalanes, andaluces y valencianos. El ancho estribo, la silla de forma aconchada y de sillon para los ricos, las espuelas características del gusto árabe, eran usos musulmanes de los nuevos conversos, demasiado moros para prohijar costumbres cristianas, nada cristianos para abandonar los trajes moriscos.

Curiosa es la descripcion de los diferentes estados ó condiciones de personas que hacia un morisco, escribiendo en aljamiado en los últimos años del siglo XV.

«El mundo, dice, se rige y gobierna en doce grados. El primero es el estado de *al-halifa* ó adelantado, en el cual viven los reyes, los gobernadores y justicias. El segundo de mufti en que viven los *alimes*, letrados, alfaquíes, legistas, sabidores, coronistas, predicadores, declaradores, disponedores, administradores, consejeros, lógicos y filósofos. El tercer estado es de caudillo, en que viven todos los capitanes, alcaides, caballeros, hijosdalgo y gentiles hombres, que usan de armas y caballerías. El cuarto de religioso, comprende todos los creyentes, aunque hay unos de mayor religion que otros en cuanto son apartados de los vicios, como los ayunadores, limosneros y oracioneros de vida santa. Bajo del quinto grado, viven los ciudadanos honrados que no comercian y viven de sus heredades, pagando los diezmos y *azaques*. En el sesto grado viven los mercaderes que tratan de mercaderías en vender y comprar, navegando por la mar y tierra, poniéndose en peligro, los tenderos, traperos, joyeros, especieros, boticarios, y todos los otros que con su trato y avenencia viven sin engaño, con justo peso y medida. En el sétimo viven los menestrales que se mantienen con lo que trabajan y venden hecho por sus manos. En el octavo viven todos los maestros de Ley y *zunna*, de teología, filosofía, lógica, medicina, y todos los que saben enseñar discípulos de alguna sabiduría, doctrina y buena arte. En el noveno viven los discípulos, ó todos los que aprenden leyes ó artes con maestros. En el décimo los labradores, cavadores, acarreadores, ganapanes, peones, hortelanos; y en el undécimo, que es el grado de los ociosos y baladís, viven los corsarios, ladrones, violentadores, rufianes, malas hembras, hechiceros, maliciosos, blasfemos, embriagos, herejes, lujuriosos, que no hacen cosa buena por sí ni sus miembros, compañeros y pobladores de la cárcel y de la horca, y al fin del infierno. Por último, en el duodécimo estado viven las mujeres, dueñas ó doncellas, casadas ó mozas, viudas ó siervas, con todos los otros grados femeniles y mujeriles.»

Tales eran las diferentes condiciones de los moriscos en sus buenos tiempos; es decir, cuando años antes de llevarse á cabo sus terribles espulsiones podian, no solo dedicarse á la trajinería y agricultura, sino tambien á la enseñanza de su idioma y al cultivo de las artes liberales.

Los mas acomodados tenian estrados voluptuosos, espaciosos salones con estanques y surtidores, mullidos divanes, y arabescas azacenas, pequeños jardines, baños de mármol, y cuantas comodidades daba de sí el delicioso capricho del genio oriental. Pero despues de la pragmática de 1566, creciendo la persecucion de los vencedores, decayó necesariamente entre los moriscos el gusto por los elegantes adornos que habia creado la rica fantasía de los artistas árabes.

Y sucedia que aquellas rebeliones, aquellas guerras y emigraciones, aquellos desarmes y bautizos forzosos que, como hemos dicho anteriormente, no hacian otra cosa que fortalecer mas y mas las creencias muzlímicas de los conversos, aniquilaban tambien la civilizacion especial de los moriscos, consumian su espíritu nacional, destruian para siempre sus artes, su comercio y sus industrias, sus trajes y costumbres.

FLORENCIO JANER.

VICTOR HUGO.

LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

IV.

(CONCLUSION.)

El despotismo oriental, mas que ningun otro despotismo de la tierra, ofrece un deslumbrador contraste de iniquidad y grandeza. Razas de lobos que, obedeciendo á la voz de un jefe, se lanzan sobre el indefenso redil para devorarlo, sin otro aliciente que el de saciar su crueldad, obteniendo en cambio una desdeñosa sonrisa, aquellos pueblos perpetúan su esclavitud al acumular en manos del Señor nuevas conquistas, que solo sirven para halagar su vanidad y su insensato desprecio á la moral humana.

Zim-zizimi, soldan de Egipto y el sultan Mourad emperador de los turcos, son dos tipos de esa repugnante tiranía pintados con inimitable color por Victor Hugo; hé aquí el retrato del primero:

Zim-zizimi, soudan d'Egypte, commandeur
Des croyans, padischad qui depase en grandeur
Le César d'Alemagne et le sultan d'Asie,
Maitre que la splendeur enorme rassasie,
Songe: c'est le moment de son festin du soir;
Toute la table fume ainsi qu'un encensoir;
Le banquet est dressé dans la plus haute crypte
D'un grand palais bâti par les vieux rois d'Egypte;
Les plafonds sont dorés et les piliers sont peints;
Les buffets sont chargés de viandes et de pains:
. . . .
Tous les mets qu'on choisit, tous les vins qu'on renomme
Sont là, car le sultan Zizimi boit du vin;
El rit du livre austère et du texte divin
Que le derviche triste, humble et pâle vénère;
L'homme sobre est souvent cruel, et, d'ordinaire,
L'econome de vin est prodigue de sang;
Mais Zim est à la fois ivrogne et malfaisant.
Ce qui n'empeche pas qu'il soit plein de gloire... .
. . . .
Toujours vainqueur, fatal, fauve, il a pour vassaux
Les batailles, les camps, les clairons, les assants;
L'aigle, en l'apercevant, crie et fuit dans les roches.
Les rajahs de Mysore et d'Agra sont ses proches,
Ainsi qu'Omar qui dit: «Grace à moi, Dieu vaincra.»
Son onde est Zlayraddin, sultan de Bassora,
Les grands cheiks du desert sont tous de sa familie,
Le roi d'Oude est son frère, et l'epèe est sa fille.

Pues bien; este monarca tan poderoso se aburre. Siéntase solo á su mesa porque el trono no puede tener convidados, y él, que es Señor de todo, se cansa y se fastidia. Despues de hacerse adorar por unos cuantos cheiks y ulemas decrépitos, asombrado de que sus blancas canas cubriesen un alma envilecida, manda arrastrar á su presencia dos criminales que se prosternan implorando perdon; y cuando se ha gozado bastante en su angustia, se entretiene en abrirles el vientre para ver salir las entrañas; hasta que, aburrido de todo, bosteza y despide á sus esclavos.—

Solo ya este segundo Baltasar, mira á su alrededor para buscar alguien á quien dirigir la palabra, y solo encuentra diez esfinges que sostienen su trono, desnudo el seno, la frente coronada de rosas, con una lira en la mano, y el malicioso enigma en la boca. Cada esfinge lleva esculpida una palabra en la cabeza, y estas diez palabras son: Gloria, Amor, Juego, Voluptuosidad, Salud, Felicidad, Hermosura, Grandeza, Victoria, Alegría.

Zim-zizimi se dirige á ellas, y les pide que canten su felicidad y su gloria. Las esfinges obedecen. Pero su canto es un sarcasmo y una reconvencion horrible. La reina Nitocris, dice la primera esfinge, habita un sepulcro cerca del firmamento, y, sin embargo, está sola y triste pensando de continuo en su raza, en aquellos reyes, duros, terribles, implacables, que ella dió á luz de su tenebroso seno, y fueron terror de los hebreos y los griegos... El sepulcro de Nitocris se alza pavoroso en el azulado cielo; lo pájaros caen muertos si lo tocan con sus alas: la reina yace en él silenciosa, y las nubes, con rumor profundo y sombrío, acompañan aquella solemne escena.—

Por las noches, abre Nitocris los ojos y descubre el cielo al través de las pilastras; fija en él una siniestra mirada escrutando el destino (mirada horrible que importuna á los astros), mientras que, en larga fila y con vagos suspiros, pasan lentamente los espectros de sus víctimas.

La segunda esfinge canta á Teglath-Phalasar. Teglath-Phalasar es mas grande que los reyes, los magos y los pharaones á quienes incensaron los pueblos. Semejante á Dios, á quien sirve la estrella de carro, tiene su templo y por sacerdote un profeta; sus ojos purpurinos hacen temblar á cuantos miran, y los hombres doblan la frente á su coyunda. Su victoriosa marcha convierte en cenizas los pueblos, y es para el Asia lo que será Alejandro, para Europa lo que será algun dia Atila. Triunfa, brilla, y, entre tanto, un alfarero que ignora su poderio, pone á secar al sol los ladrillos que han de servir para su sepulcro.

En igual sentido le hablan las demás esfinges. Zimzizimi, desesperado, las amenaza con el puño, y se dirige á su copa llena de perfumado vino. «¡Ah! tú sabes calmar mi fatigada cabeza: ven, copa mia, háblame de cosas alegres. Sacude de mi alma esas negras imágenes: conversemos tú y yo: el Poder y el Vino.» La copa brillante, embalsamada, le responde:

«Phur, rey sol, era señor de Alejandría: su cimera dominaba los mares; su pueblo, uno de los primeros del mundo, le daba mas soldados que imágenes ofrece la transparencia oscura del sueño; ¿mas de qué sirve *haber sido* el hombre sol? ¿Qué vale el ser *señor* siendo la *nada?*» Y la copa ofrece al despechado Zim-zizimi un triste cuadro de la pequeñez de sus grandezas. El iracundo monarca la hace pedazos contra el suelo.

Una lámpara de oro alumbraba la sala. Zim le dice: «Tú eres la luz: las esfinges son los fúnebres testigos de la noche; la copa embriaga y está casi loca. Pero tú vives entre aureolas de claridad, alegras con tu sonrisa los banquetes, conviertes en Oriente el sitio en que apareces; tu voz debe ser un canto matinal; dime alguna cancion divina que yo ignore; háblame, diviérteme, lámpara del paraiso...» — Y la lámpara obedeció las órdenes del amo. Pero su cancion fue un lúgubre recuerdo, mas penoso aun que los anteriores, sobre la miseria y pequeñez de los grandes..... El tirano colérico hace pedazos la lámpara... la luz se apaga. Entonces entra la Noche, y, tomando de la mano al acobardado monarca, le dice en medio de las sombras: «*Sígueme.*»

Este canto, y el del *sultan Mourad* con que concluye el primer tomo, escritos con igual intencion y muy semejantes en la forma, tienen el fantástico colorido de

PRIMEROS PARLAMENTARIOS DE LA PLAZA DE TETUAN DELANTE DEL GENERAL O'DONNELL, EL DIA 6 DE ENERO DE 1860.

una poesía oriental resplandeciente en originalidad y grandeza.

Victor Hugo, como todos los autores de verdadero genio, posee la feliz cualidad de acomodar el estilo á la naturaleza del asunto. En sus primeros poemas, (*La consagracion de la mujer* y la *Conciencia*), las formas son verdaderamente genesianas, y revelan que el autor ha bebido su inspiracion en aquella purísima fuente. Otro de los poemas (*Jesucristo y el Sepulcro*), está sacado, y aun podria decirse, traducido, como lo confiesa el mismo autor, del Evangelio. *El casamiento de Orlando y Aimerillot* son (empleando el pintoresco lenguaje de Victor Hugo), páginas arrancadas á la colosal epopeya de la edad media, obras que brotan directamente de los libros de Hazañas de los caballeros andantes; la historia en fin, escuchada á las puertas de la leyenda.

A este último género pertenecen *El rey niño de Galicia*, *Eviradnus* y *Vivar*. El gran héroe castellano cuyo nombre no cabe en la historia, y se derrama por la novela y el romance, ha inspirado á Victor Hugo este poemita encantador. «Cuando el cheick Jabias, que despues fue rey de Toledo, vino á visitar al Cid en su casa paterna, encontró en el estrecho patio de la modesta habitacion, un hombre humilde con un harnero en la mano. Este hombre, que estaba de espaldas al principe, deja en el suelo un costal de avena, una artesa, un arnés y una silla de montar, y sin ver al cheick, se pone á frotar, lavar y cepillar su caballo. El cheick, sin darle siquiera los *buenos dias*, buen hombre (le dice), vengo á ver al señor Rui Diaz, el gran campeador de las Castillas.» Y el hombre, volviéndose, responde: «Aquí me teneis.»

—¡Cómo! ¿sois vos el héroe, el valiente, el caudillo poderoso, que no tiene mas que salir á campaña para conquistar á su patria desde Gibraltar á Avis, desde Cadofol á los Algarbes, y cuyo clarin atrae á sus tiendas el brillante escuadron de las victorias? ¿vos á quien, yo prisionero, ví en el palacio del rey rodeado de todos los esplendores, la célebre Tizona en la mano, cortejado por los grandes que se disputaban el honor de serviros?... Lerma y Guzman estaban á vuestro servicio: vestíais trajes deslumbradores; ceñiais armas de prodigiosa riqueza. Veinte correos esperaban vuestras órdenes. Nadie se colocaba delante de vos ni á vuestro lado. Ni príncipes ni infantes se atrevian á llamaros camarada. Marchábais escoltado por un pequeño ejército, y estábais tan alto que las águilas mismas volaban á vuestro lado. A vuestros ojos desparecia como humo todo lo que no era mando de ejércitos, dominio, magistratura suprema; y, absoluto, lanza en ristre y cimera en la frente, no reconocíais superior en la tierra.

Rodrigo respondió: «Es que entonces yo no estaba mas que en casa del rey.»

Y el cheick replicó: «Pero, Cid, ¿qué es lo que os ha pasado? ¿Qué traje es ese? Llego y



EL GENERAL TURON. (DE FOTOGRAFIA.)

os encuentro en mangas de camisa, con la artesa y el cabezon en la mano, y haciendo oficios de escudero.

—Cheick, dijo el Cid campeador, es que ahora estoy en casa de mi padre.»

Este poemita es, en su original, un cuadro de interior que no desdeñaria Van Ostade.

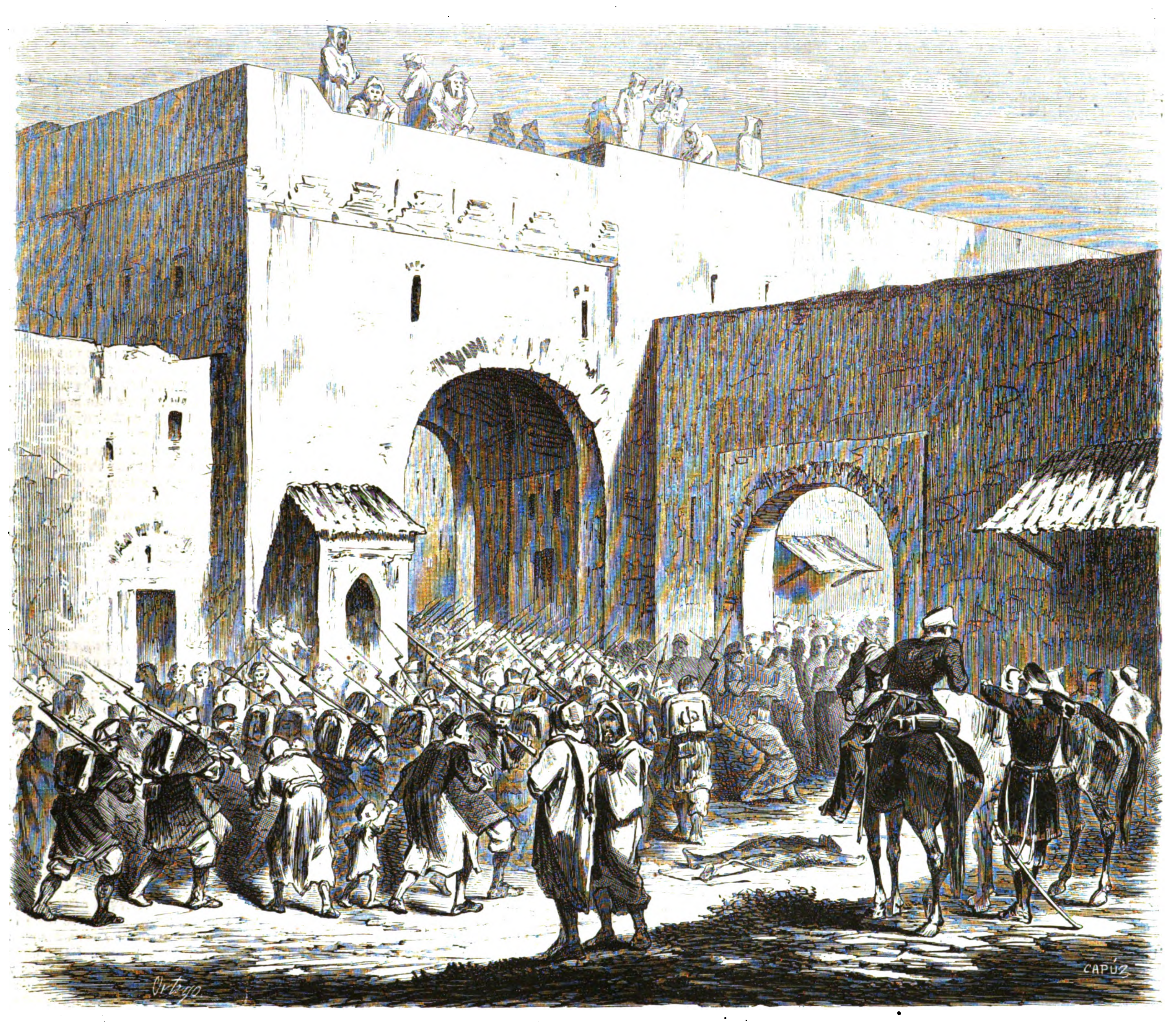
Con el título «Le Satyre,» describe Victor Hugo la época del *Renacimiento* en una leyenda rica de invencion y fantasía, en que despliega toda la mágia de su variadísimo estilo. Este sátiro, que era algo estravagante y calavera, habitaba en los bosques silvestres que se estienden al pié del Olimpo. Entreteníase en cazar, dormir y perseguir, bajo todas sus formas, el placer que necesitaba para satisfacer doce ó quince sentidos. Sus travesuras espantaban á las mismas Bacantes, y tenian alarmados á los habitantes del bosque: las napeas, eco, la andriada, las náyades, las ninfas, céfiro, las ondas, las flores, todos vivian en un sobresalto continuo por la proximidad de aquel precursor de Lovelace. Su fama llegó á oidos de los dioses, y Júpiter mandó á Hércules que se lo llevase de una oreja.—

Cuando el sátiro se vió sobre la dorada cima y vislumbró la escalera que conduce á la celeste morada, pareció que temblaba al contemplar tanta belleza y alargó el cuello para aspirar mejor sus perfumes... mientras que sus enlodadas pezuñas trepaban, haciendo agujeros en la luz, hácia el azulado firmamento.

«Son pied fourchu faisait des trous dans la lumiere.»

Hay en esta descripcion bellezas de primer órden que no pueden traducirse. El carro del sol está pintado en los siguientes versos:

C'etait l'heure où sortaient les chevaux du soleil:
Le ciel, tout fremissant du glorieux reveil,
Ouvrait les deux battans de sa porte sonore;
Blancs, ils apparaissaient formidables d'aurore:



PLAZA DE TETUAN.—ARCOS DE BABEL-RUA Y DE LA JUDERIA.—LLEGADA DEL EJÉRCITO EL DIA 6 DE FEBRERO DE 1860.

Derrière eux, comme un orbe effrayant, couvert d'yeux,
Eclatait la rondeur du grand char radieux;
On distinguait le bras du dieu que les dirige;
Aquilon achevait d'atteler le quadrige;
Les quatre ardents chevaux dressaient leur poitrail d'or;
Faisant leurs premiers pas, ils se cabraient encore
Entre la zone obscure et la zone enflammée;
De leurs crins d'oú semblaint sortir une fumée
De perles, de saphyrs, d'onyx, de diamants,
Dispersée et fuyant au fond de selements,
Les trois premiers, l'oeil fier, la narine embrassée,
Se conaient dans le jour des gouttes de rosée:
Le dernier secouait des astres dans la nuit.

A esta bellísima descripcion cuyo último verso encierra una magnífica imágen, sigue un cuadro del Olimpo que iguala, si no escede á los de Ovidio, y que solo puede compararse á los de este poeta, y tal vez, modernamente, á los de Milton.

Lo que mas sorprende en las poesías de Victor Hugo es la atrevida originalidad de los pensamientos, cualidad en que nadie le escede y muy pocos le igualan, y que imprime un sello peculiar á su estilo. Creen algunos que se obtiene este resultado buscando artificiosamente determinados contrastes; mas lo que en el gran poeta es bello y original, en los plagiarios se torna en amaneramiento, porque, no hay que cansarse; solo es bello lo natural: no hay principio mas evidente en materias de gusto.

El Sátiro canta en la Asamblea de los dioses, y sus canciones tienen una elevacion sublime. *Le noir et le sombre* es el asunto de aquellas odas que son el mas grandioso resúmen de la teogonia pagana. Este poemita es de los mas bellos de la obra por su novedad, gracia y trascendencia filosófica.

La Inquisicion, ó las *Razones del Momotombo*, son una condenacion festiva de aquel tribunal sombrío bajo una forma nueva y de muy buen efecto.

Les pauvres gens es otro cuadro de familia que rebosa en sentimientos delicados y tiernos; elocuente apoteosis de esa virtud sencilla que ofrecen las cabañas y suele huir de los palacios; abnegacion heróica, frecuente en el corazon del pobre; ¡caridad ardiente de que nos da sublime ejemplo Jesucristo! Es una infeliz familia de pescadores, en que el marido disputa diariamente al Océano una miserable existencia. En medio de las tinieblas de una tempestuosa noche, ha salido en busca de alguna pesca. Su mujer lo espera con ansia rodeada de sus desfallecidos hijos... Pero no son ellos los únicos dignos de lástima; en la cabaña inmediata hay una viuda con dos hijos pequeños, y la infeliz está gravemente enferma.

La mujer del pescador, en medio de su ansiedad, no olvida á su desvalida vecina, y, sin cuidarse de la inclemencia del tiempo, abandona su cabaña para visitarla. Pero llega tarde: la infeliz acaba de espirar, y á su lado duermen las dos inocentes criaturas. La madre, al sentirse morir, los ha abrigado con su manta para que no sintiesen el frio... Aquel espectáculo conmueve hondamente á la mujer del pescador, que, olvidando su propia miseria, sin arredrarse por las probables reconvenciones

de su marido, no teniendo pan sus hijos en aquella noche, todo lo olvida, se confia á la Providencia, y acoge en su cabaña á los desgraciados huérfanos. — El marido vuelve de su peligrosa espedicion: la noche ha sido horrible y sin fruto. No hay que cenar, pero Dios proveerá mañana. En este momento le revela la mujer lo que ha ocurrido. El marido se levanta para ir á buscar á los huérfanos; pero su mujer lo detiene descorriendo la cortina. «Aquí están. Desde hoy tenemos cuatro hijos.—«¡Dios proveerá á todo, enviando mas pesca á mis redes!—esclama el buen hombre acariciando á las infelices criaturas.»—Esta leyenda respira un suavísimo perfume que inunda el alma de fé cristiana y caridad evangélica.

Prolongaríamos demasiado este exámen analizando uno á uno los varios cantos de que se compone la obra. Pero no podemos pasar en silencio los últimos. *Pleine mèr*; *Plein ciel* y *La trompette du jugement* sirven de cúpula al suntuoso edificio.

En ellos, bajo una forma alegórica y elevando el tono á la altura del asunto, describe el poeta, con toda la mágia de su pincel, los futuros destinos de la humanidad en la tierra.

SIGLO XX.

El mundo ha muerto: el Océano está desierto: una siniestra luz dibuja á medias los objetos. Su débil fulgor ilumina débilmente una masa gigante que se asemeja á un enorme esqueleto. El resplandor permite apenas leer la siguiente palabra: LEVIATHAN... ¿Qué significan esas letras?—Y el poeta describe admirablemente aquel mónstruo del mar, último esfuerzo del atrevimiento del hombre. «El mundo ha muerto (prosigue), el odio y las malas pasiones han apresurado de consuno la catástrofe; pero el hombre ¿ha muerto tambien? al desaparecer su forma terrestre, ¿ha sido envuelto por completo en el enigma eterno?.... Aquí nada se ve, pero mirad al cielo.—»

Al í ve el poeta, en éxtasis sublime, un nuevo mundo en que reina el amor y la armonía de los seres: en que, libre del error, emancipado de la violencia, disfruta el hombre la plenitud de la vida. El espíritu humano, viejo reptil, se ha convertido en ángel, ha traspasado el eter, y doblado el negro promontorio de la tumba. Allí ha encontrado un porvenir divino y puro: la virtud, la ciencia, el generoso olvido, la abundancia, la calma, la risa, la felicidad verdadera; el derecho, la razon, la fraternidad, la verdad, el amor en todos los corazones, la bondad, la belleza, la justicia .. el reinado de Dios anunciado por Jesu-Cristo.

Este canto y la *Trompeta final* se asemejan en el estilo á la Apocalipsis.

Resumiendo: *La Leyenda de los siglos* es una magnífica y grandiosa epopeya. Bajo su aspecto artístico revela toda la madurez del genio y es la obra mas importante de Victor Hugo. En filosofía es la espresion de sus opiniones que se condensan en un amor ardiente á la justicia. La igualdad, la fraternidad, el progreso, son en su mente ideas correlativas. ¿Quién se atreverá á rechazar estas ideas, ni estrañará los gritos que arranca del alma el infortunio?

No ha faltado quien censure este libro por no estar de acuerdo con la filosofía que encierra... Las usurpaciones están pintadas con tan vivos colores que ofenden la vista de algunos censores timoratos. Y, sin embargo, no hay un solo rasgo en estos cuadros que no se encuentre á cada paso en la historia... La edad media es una época de ferocidad que constituye un largo eclipse de la justicia y del derecho; al pintarla con el colorido enérgico de la verdad se hace resaltar mas el contraste de aquellos tiempos con los nuestros. Pues, aunque no sean estos los mejores y disten mucho del *desideratum* humano, llevan en su seno tales elementos de perfeccion que alientan y consuelan al mas descontentadizo. Hay (¿quién lo duda?), transgresiones de la justicia; sustitúyese con frecuencia la violencia á la equidad; triunfa mas de una vez la astucia de la razon... la virtud huye y cede su puesto al vicio. Pero no es este el estado normal de la sociedad á punto de constituir, como en otros siglos, el *derecho*.—Por el contrario; creemos que la verdad y la razon van ganando diariamente terreno; que la lucha continua de intereses é ideas en el palenque abierto por la libertad moderna, nos conduce, al través de pasajeras borrascas, al punto seguro donde la humanidad busca sus destinos; y que el volver los ojos de vez en cuando para medir el camino corrido, es un medio de sostener nuestras fuerzas hasta llegar á la codiciada meta. Tal es el objeto que se ha propuesto Victor Hugo en su admirable poema LA LEYENDA DE LOS SIGLOS.

RICARDO DE FEDERICO.

JESUS EL POBRE.

CUENTO.

Asaz rapazuelo era todavía el hijo de mi madre, cuando esta buena señora, que santa gloria haya, llevábalo de la mano, en las fiestas de guardar, á oir la primera misa que se decia en la iglesia de su pueblo; porque cristiana de raza y fiel observadora de los preceptos del catecismo, queria dar á sus hijos la sana educacion que de sus padres recibiera, y aun se acuerda el que te dirige la palabra lector carísimo, de que en la dicha iglesia habia sobre una vieja mesa de pino, la efigie de un *Ecce-Homo*, de tamaño natural, alumbrado siempre por una candelica, cuyo barbado y dolorido rostro, cubierto de sangre y cardenales, causábale no poco espanto y retraimiento, en términos de colocarse á la izquierda de su madre, si al pasar junto al Cristo se hallaba este á la derecha, y de volver á cada paso la cabeza con recelo, temiendo no fuese de improviso á pisarle los talones.

Llamaban á este Cristo en el pueblo, *Jesús el pobre*, y cuando me resistia á ir á la escuela, ó lloraba de rabia por conseguir lo que no querian darme, ó me empeñaba en no acostarme cuando se recogian las gallinas, llamaba al instante mi madre á *Jesús el pobre* que obraba el milagro de hacerme obediente, sumiso y dócil.

Si en mi niñez inspirábame este nombre un temor santo, convirtióse en mi juventud en mundana curiosidad y traté de inquirir la causa que pudiera haber originado semejante calificacion.

Y en verdad que no fue para mí obra del otro jueves, pues apenas abrí la boca, me sirvió á cuerpo de rey, una de las comadres del lugar, que en esto de consejas daba quince y falta al escudero del famoso hidalgo, y me espetó en un verbo la siguiente relacion que traslado á quien me leyere:

«Allá por los años de yo no sé cuantos, que la fecha no importa un comino al asunto, vivia en mi lugar una familia, que aunque ya andaba algo de capa caida, gastaba tantos humos como Gerineldos y mas fantasía que lacayo de ministro. Pedro Lilla era el nombre del padre, un señor muy estirado, con cuello de cigüeña, nariz de gavilan, ojos de tortuga, flaco como los espárragos de sus trigos y mas largo que noche buena sin colacion; pero las gentes del pueblo, dieron en corromper las letras de su nombre y le llamaban *polilla* sin duda por alusion á la miseria de don Pedro, que tocante á liberalidades, podia apostárselas con el mismo licenciado Cabra. Hallábanse todos en su casa siempre á la cuarta pregunta y ni aun arañas se veian en ella, que por no haber, ni sitio donde tejer sus telas encontraban.

¿Y qué diré de su mujer doña Damiana, con sus redondos anteojos, peluca rubia, nariz neutral, entre Roma y Cartago, boca de guerra, fortificada con almenas de dientes y su cortés cuerpo, de reverencia perpetua? Pues en lo avarienta y miserable no iba en zaga á su don Pedro, que un ojo de la cara hubiera perdido, ya que no dado, por haber nacido el dia de Santo Tomás en vez del de San Damian, y que la llamasen Tomasa y no Damiana, que ni aun *en nombre* podia sufrir el que la pidieran.

Astilla de semejantes troncos y pintiparada al padre y á la madre, era Rufina, doncella de veinte abriles, único vástago de los Polillas del lugar; pero lo que á su corazon faltaba de dulce y generoso, sobraba á su estampa de hermosura y gentileza, que no siempre es el rostro cristalino espejo del alma, sino densa tiniebla las mas veces que la encubre y la disfraza.

¡Qué era ver á Rufina, asomar por las mañanas su lindo talle al balcon para regar las flores de sus macetas! El nacar de los lirios no era mas diáfano ni suave que su cutis de terciopelo ni el carmin de sus labios menos vivo que el de las amapolas y claveles. Si las rosas inclinaban su tallo, abrasadas por el fuego que de sus negros ojos se desprendia, pronto se reanimaban con la frescura de su aliento al recibir sus besos matutinos: que esta niña era para las flores de su pequeño huerto lo que el sol y el rocío para las plantas, lo que la primavera y el estío para los campos.

Entre los muchos señores en quienes las gracias de Rufina habian hecho mas destrozos que en San Quintin las armas de Felipe II, encontrábase un mancebo que ni era señor, ni lo pretendia, sino un pobre sacristan de la iglesia del pueblo.

Llamado Perico á secas, y aparte de su aire frailuno, mirar avieso, y de ciertos rumorcillos que susurraban entre las viejas del lugar, no dejando su honra muy bien parada que digamos por lo que atañia á la alcurnia de su nacimiento, era en todo lo demás un muchacho como unas perlas, valiente como él solo, con una voz de canario para entonar villancicos y maitines en la iglesia y coplas de tiranas á media noche por las calles, y mas astuto que zorra hambrienta, pues con él no valian las tretas de los vecinos para eximirse del pago de ciertos derechos parroquiales; que con su nariz de podenco olia á media legua la verdad del caso y nadie en el mundo le habia hecho perder el rastro de sus tracamandanas: asi es que el señor cura le queria como si fuese el hijo de sus entrañas, y para ponerle mas fosco que novio despedido no habia como tocar al sacristan al pelo de la ropa.

Rufina que tenia el corazon de risco, donde se estrellaban, sin conmoverle, los suspiros de sus amantes, como las olas del mar contra las rocas de sus orillas, no se hizo de pencas á las insinuaciones del sacristan, que nada es mas raro ni caprichoso que el sentimiento del niño ciego, y allí donde menos se espera hallar cariño brotan las fuentes del amor, anegando en sus corrientes la razon mejor formada.

Ya hacia tiempo que el buen cura de la aldea notaba con sobresalto que el polvo y las arañas iban subiendo de la peana á las barbas de los santos; que faltaba agua bendita en las pilas de la iglesia; que al ayudarle Perico la misa cotidiana, respondia *Laus tibi Christe* al *Dominus vobiscum*, y que estaban apagadas muchos dias las innumerables velas y candelicas, tributadas por la piedad de los fieles al milagroso Cristo que en una capilla del santo templo se veneraba, y de cuya misericordia inagotable eran una prueba evidente las muchas piernas de palo, muletas, cabelleras, ojos de plata y otro sin fin de objetos que á guisa de trofeos decoraban los muros de la capilla.

Esto unido al descompuesto rostro del sacristan que cada dia estaba mas mohino y ceñudo, movieron al cura á informarse del estado interior de Perico; pero aunque le dijo que mas valia vergüenza en la cara que dolor en el ánimo, y que duelos confiados duelen menos, Perico se estuvo erre que erre en su silencio, sin poder el cura hacerle decir esta boca es mia.

Rufina entre tanto, tenia en su casa la de Dios es Cristo, porque doña Damiana que hendia un cabello en el aire y don Pedro que no le iba en zaga, habian olfateado algo de amoríos, y tomaban el cielo con las manos, gritando como descosidos que harian esto y lo de mas allá, si el rapa-velas continuaba en sus paseos desempedrando la calle y dando músicas á deshora bajo los balcones de su casa; que aquello era una iníquidad y que llevarian su queja al señor alcalde para que metiese al sacristan á donde no le sintiese la tierra, quedando á su cuidado el poner á buen recaudo á la doncella en un convento de la inmediata villa.

Pero como no hay cosa peor en el mundo que tirar demasiado de la cuerda y vale mas precaver que remediar, sucedió con la baraunda de los padres, que Rufina por escusar dimes y dire es, se hizo la gatica de Juan Ramos, y aunque juró y perjuró que antes cegaran sus ojos que volver á mirar á alma viviente, como no fuese á ciencia y conciencia de los autores de sus dias, estaba ya muy sobre peine la moza y otra le quedaba por adentro, resuelta como se hallaba, desde que le quitaron toda esperanza de avenimiento, á contestar envido, si el sacristan le llegaba á decir, quiero.

En este estado las cosas, sucedió una mañana, de primavera por mas señas, que al pasar Perico, como de costumbre tenia, por la calle de Rufina, halló á esta, no regando las flores de sus tiestos, sino en la reja baja de su casa, lo cual fue para el mancebo miel sobre hojuelas. Al principio quitóle la sorpresa el habla, que no era para menos el asunto, pues en el de amores, hasta los corazones mas valientes tiemblan como la hoja en el árbol; pero al poco rato, el mozo que no necesitaba corchos para nadar, y sabiendo que á la ocasion la pintan calva, se dió tal maña en asir de un cabello la que se le presentaba, que al separarse de la reja, habia conseguido oir de la boca de su amada el sí tan suspirado, creyéndose desde aquel entonces el hombre mas feliz de los nacidos.

Caprichos del corazon, para hacernos gozar hoy con lo que sufrimos mañana, pues como no hay felicidad posible sobre el haz de la tierra, se la inventa el hombre á su arbitrio y cree tenerla cuando alcanza lo que desea, siendo asi que las mas veces, en la misma posesion está el gérmen de la desventura; pero volviendo á tomar el hilo de mi cuento, no se sabe el cómo ni cuándo, sino que los amantes desde este dia, se veian y hablaban muy á su sabor, á juzgar por el rostro de Perico, rebosando de alegría á todas horas, que no valen llaves ni cerrojos para guardar á una doncella si no se guarda ella misma.

Sin embargo, como no hay gusto completo en este mundo y el de Perico no tenia privilegio para que le dejara de alcanzar la sentencia, amargábale su gozo la idea de que el teje maneje que traian los amantes para entenderse no podia durar mucho tiempo. Los padres de Rufina no acostumbraban á dormirse en las pajas y sacarian las uñas el mejor dia del año, echando á rodar todos los castillos en el aire del mancebo y de la niña, por lo que era preciso estar muy sobre ascuas y no dar con sus torpezas motivo para que el diablo se llevase la tela.

Asi es que todo se le volvia á Perico echar cuentas y cábalas para dar feliz cima á su negocio, sin ver otro medio sino tomar muy bonitamente las de Villadiego en amor y compaña de Rufina, yendo á parar con sus huesos á donde no les alcanzase el furor de los burlados padres de esta, que pondrian el grito en las nubes al darse cuenta del chasco y no dejarian piedra sobre piedra hasta conseguir echarles la vista encima y dar á cada cual su merecido; pero como no se vive con cariño solamente y sin dinero no baila el perro, hétenos llegados al apuro del sacristan; porque ni él ni su novia, contaban otra cosa que las cuentas del rosario al acostarse, y no porque Rufina no tuviera, al decir de las gentes como Perico sobre qué caerse muerta, sino porque ya sabemos que sus padres eran mas tacaños que otro tanto y guardaban sus maravedís bajo siete estados de tierra.

La comezon de Perico en esta parte, no fue, con todo, tan larga, como comezon de gloria en poeta chirle, que era mozo de ingenio y saltaba por un enlucido cuando el lance lo requeria, viniéndole estrecho el mundo para sus brios, de suerte que vino á fijársele entre ceja y ceja un pensamiento que ni al mismo demonio pudiera ocurrírsele.



Como en la iglesia habia un Cristo de mucha veneracion entre los honrados vecinos del lugar que se quitaban de la boca lo necesario para llevarle ofrendas á porfía y el sacristan era el único interventor de las piadosas recaudaciones, hizo para su capote la cuenta de que si el contenido del cepo fuese á parar diariamente á su bolsillo y las velas del *Ecce-Homo* se apagasen á poco de haber sido encendidas, convirtiéndose su cera en plata de ley, amen de otros usufructos de que gozaba y él solo sabia, al cabo de cierto tiempo, podria, si no contar con el oro y el moro, tener á lo menos para ir trampa adelante con su negocio.

Pensarlo y ponerlo en práctica, sin reflexionar siquiera en lo que hacia, fue para el sacristan como beberse un vaso de agua; que cuando el amor nos ciega, nada detiene nuestro paso en el camino que emprendemos y solo nos paramos al borde del precipicio y cuando ya es imposible deshacer lo andado

Perico, continuaba pues vaciando los cepos en su faltriquera y apagando velas que despues vendia al cerero de un lugar cercano al suyo para que no se descubriese el ajo y lo metieran en pretina, cuando una de las noches en que iba á la iglesia para hacer de las suyas, topó de manos á boca con el señor cura que estaba en oracion justamente á los piés del altar del *Ecce-Homo*.

Volvióse rabo entre piernas y en un santiamen el sacristan, sin ser visto del cura, y echando venablos contra la suerte que en aquella noche le volvia las espaldas; pero aguijado por la codicia, se determinó á hacer hora en la calle, esperando con la salida del cura, la ocasion favorable para volver de nuevo á la iglesia.

Estaba la calle en semejante noche oscura como frente de curial, sin mas estrellas en el cielo que las de la letanía que entonaba en la tierra Perico por lo bajo, y con un ventarron de padre y muy señor mio.

El sacristan no hacia sino ir y venir de un lado al otro del pórtico de la iglesia y alargando tres palmos de pescuezo á cada ruido que sentia, pero sin oir el de los pasos del cura que era lo que le importaba. Dieron las once y al viento se le iban hinchando las narices en términos que parecia acercarse el fin del mundo, y aunque ya sabemos que Perico era hombre de pelo en pecho, y no se le antojaban los dedos huéspedes, la pícara conciencia empezaba á pesarle un tantico en aquella noche, y era de ver el descompuesto rostro del mancebo cuando volvió á la iglesia, despues de haberse cerciorado de que la hallaria vacía de gente, como su bolsa de doblones.

Con no muy seguro paso, dirigióse Perico á la capilla, cuyas luces chisporreaban fuertemente, oscilando á merced del aire que entraba por las rendijas de la puerta y produciendo con sus vacilantes resplandores, mil movibles sombras que hacian, al parecer, gesticular al cadavérico rostro del *Ecce-Homo*, cuyos lánguidos ojos se fijaban tristemente en Perico, como echándole en cara el pecado que estaba cometiendo; pero la codicia, oscurece la razon y prestaba fuerzas al temerario mancebo, quien atendiendo solo á su voz, fue limpiando el cepillo y apagando una á una todas las velas del Santo Cristo y poniéndolas en un cesto que á prevencion llevaba.

Por un resto de piedad y mucha sobra de remordimiento, solia dejar todas las noches una sola vela encendida, pero considerando en la presente que habian estado ardiendo las luces mas tiempo del que á sus intereses convenia, detúvose un momento en la duda de si la apagaria tambien ó no, hasta que triunfando su ambicion de su piedad, dió un soplido y buenas noches, quedóse envuelto en las mas densas tinieblas.

Entonces, dicen las gentes, que del fondo de la capilla, salió una voz cavernosa que gritó al sacristan con plañidero acento y en tono de pregunta:

—*¿No hay una luz para el pobre Cristo?*

¿Quién acertará á describir lo que pasó por el ánima de Perico al oir la voz del *Ecce-Homo* pedirle una luz de las muchas que le merodeaba? Erizáronsele los cabellos media vara cuando menos, las piernas se le doblaron al querer huir, procuró llamar en su auxilio, y las palabras se ahogaron en su garganta, un frio cruel heló su cuerpo y cayó exánime sobre el pavimento de la capilla.

Cuando á la mañana siguiente bajó el cura á la iglesia, inquieto por no oir la campana que llamaba á los fieles á la primera misa, creyó á Perico muerto; pero al reconocerlo observó que respiraba y merced á sus socorros y á los del boticario que se apareció en aquel trance como llovido del cielo, se consiguió volver en si al desventurado sacristan, quien contrito muy de veras y arrepentido de sus culpas, pidió á voces confesion, refiriendo al cura de pe á pa el motivo de su falta y haciendo propósito de la enmienda.

El cura, conocedor de los puntos que como cristiano viejo calzaba antes el sacristan, le echó la absolucion con su penitencia de ordenanza y creyó concluido el asunto, pero se engañaba de medio á medio, porque el amor habia trastornado el buen natural de Perico de tal modo, que una vez curado del espanto, en lugar de restituir á la iglesia la sisa de los cepillos y luces, desapareció del pueblo de la noche á la mañana, yendo la soga tras el caldero, es decir, con su amada Rufina, cuyos padres al saber la noticia, mesáronse de rabia los cabellos y fueron en seguida á registrar el sitio donde guardaban su hacienda, que habiéndola hallado monda y lironda, les hizo mas llevadera su desgracia, porque los duelos con pan son menos.

No tardó en cundir por el lugar el run run del milagro, juntamente con la fuga del sacristan y Rufina. Las doncellas abrieron tanto ojo, las viejas se hicieron cruces y los hombres arquearon las cejas, sirviendo ambos hechos de pasto á los comentarios de las comadres de cien leguas á la redonda por espacio de mucho tiempo, hasta que con los años fue gastándose el recuerdo de los amores de Perico, que el tiempo hasta las rocas consume, y si no fuera por el nombre que dió el milagro al *Ecce-Homo*, no se hubiese escitado mi curiosidad para inducirme á echar por esos trigos de Dios, buscando la causa de llamarse aquel Santo Cristo, *Jesús el pobre*.

Enero, 1860, Madrid.

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

EL CAÑON DE WHITWORTH.

Entre las artes que mas han progresado en el siglo actual, nadie puede negar el primer lugar al arte de la destruccion. Cada dia un nuevo invento, ya para incendiar pueblos ó buques, ya para destruir ciudades, ya para dar la muerte rápidamente á millares de individuos, viene á asombrar á los que siguen el movimiento de las ideas haciendo que se pregunten dónde se detendrá el genio destructor que parece mas poderoso en el hombre que el Creador. Despues del cañon Armstrong de Inglaterra y del cañon rayado de Francia, estendido ya á todas partes, viene el cañon Whitworth, inventado tambien en la Gran Bretaña, y que deja atrás en potencia destructora á todo lo discurrido hasta ahora. Véase lo que nos dicen acerca de las pruebas hechas con este nuevo instrumento de muerte.

Acaban de hacerse nuevas pruebas en Southport (Inglaterra) con el cañon de Whitworth, en presencia de algunos distinguidos oficiales é ingenieros á quienes el inventor esplicó la teoría porque se rige su arma. Hubiera sido de desear que el cañon hubiese sido ensayado en una posicion á propósito para elevarlo hasta un grado que pusiese de manifiesto todo su alcance; pero por desgracia la cureña adecuada al efecto no habia llegado; así es que los ensayos se verificaron con cañones de antiguo calibre, aunque no bastante elevados para obtener mayor alcance. Otra causa de dilacion fue la circunstancia de haberse ocupado Mr. Whitworth en nuevos esperimentos cuyo objeto es defenderse contra las baterías flotantes forradas de hierro.

La última prueba hecha en Southport empezó con una carga de tres libras á un grado muy bajo de elevacion; como de costumbre, el cañon se cargó y fue disparado por uno de los subalternos de Mr. Whitworth, y la facilidad y la rapidez con que se manejaba escitaron la mayor admiracion entre los circunstantes. Lo que tambien la escitó fue una cartuchera de estaño, contigua al cañon, de forma exágona y de unas siete pulgadas de largo, con un agujero muy pequeño en la parte posterior, al través del cual el bota-fuegos enciende la pólvora. En la estremidad que está en contacto con la bala, hay un poco de grasa que, al derretirse por medio de la esplosion, lubrifica el ánima del cañon en toda su longitud. La importancia de esta cartuchera consiste en que, al paso que permite el uso de una materia lubrificante en toda la estension del ánima, evita enteramente la necesidad del escobillon en la recámara de la pieza, la cual, despues de un dia de fuego sostenido, queda tan limpia y reluciente como si no se la hubiese tocado. En efecto, por este medio se quitan todas las impurezas ó residuos que la pólvora deja en el interior del cañon hasta que este se limpia para la siguiente carga. Todo el que haya visto la esmerada limpieza que necesita el cañon de Armstrong, y haya observado el tiempo que se invierte en esta operacion, despues de cada disparo, podrá convencerse de la utilidad, bajo ambos conceptos, de esta cartuchera.

Por lo que respecta á la facilidad del trasporte, á la supresion de las eventualidades de incendios casuales, y las condiciones que la aseguran contra la humedad, su superioridad á la cartuchera de flanela, es evidente. Otra circunstancia que pareció agradar igualmente á los militares é ingenieros, es la gran sencillez con que se carga el cañon Whitworth, y el doble tornillo que lo cierra por *fuera*, en lugar de cerrarlo por *dentro*, como ocurre en el cañon de Armstrong. La sencillez de su mecanismo es tal, que permite á un mismo artillero cargarlo y descargarlo con igual facilidad; y á la circunstancia de hallarse el tornillo en la parte esterior, en lugar de estar en una cámara especialmente dispuesta para él, se debe que el cañon de Whitworth sea tan á propósito para hacer fuego con balas esféricas como con balas cónicas, sea cual fuere su alcance. Cuando la cureña esté dispuesta, Mr. Whitworth se propone hacer fuego con una gran carga á treinta y cinco grados de elevacion. Una de las objeciones que al principio se hicieron contra la rapidez del tiro del cañon de que hablamos, fue la resistencia que el rayado opondria al paso de la bala, y por consiguiente el peligro de que aquel reventara; pero esta objecion, que bajo el punto de vista teórico, parece fundada, no lo es en la práctica, pues vemos que, con un pedazo de cuerda atada á uno de los proyectiles de Mr. Whitworth, un movimiento vigoroso de la mano basta para sacarlo desde la recámara hasta la boca.

Los primeros nueve disparos se hicieron con una carga de tres libras á nueve grados de elevacion, en unos seis minutos. El blanco estaba situado en cada uno, como á unas mil seiscientas varas de distancia, no habiendo escedido de una vara la diferencia de esta. La carga de doce libras dió un resultado medio á cinco grados de elevacion, y todas las balas, que fueron diez, dieron, desde dos mil doscienta noventa á dos mil trescientas cincuenta varas del blanco, como á dos varas y media de la verdadera línea. Pero á solo dos grados de elevacion, es de poderoso efecto el uso de esta pieza; el blanco estaba por término medio, en este caso, á mil doscientas cincuenta varas, y la diferencia fue generalmente de una tercia, hacia la derecha.

Otros ensayos que igualmente se practicaron con cargas mucho mayores, presentaron grandes dificultades, á causa de las desventajosas condiciones de la cureña de madera, colocada sobre tablas en la arena, por lo que fue preciso abandonar los esperimentos, despues de cuatro descargas. Esto, no obstante, se renovaron al dia siguiente, á una elevacion de siete grados, hallándose el blanco á tres mil quinientas varas, y siendo la desviacion del proyectil de seis piés á la derecha.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

No es posible dejar de compadecer vivamente la miserable condicion de esas infelices, al pensar en su contínua sujecion, que las priva de aire y las condena á vivir en comun, á pesar de sus eternas rivalidades! tormento al cual la soledad seria ciertamente preferible; no se puede concebir una existencia mas triste y monotona. Añádase á esto que su dueño y todos cuantos las rodean las miran con el mas profundo desprecio, y que el hombre cuyo brutales apetitos están obligadas á satisfacer, no las considera sino como las esclavas de sus caprichos y deseos, al paso que ellas deben mostrarle un respeto y una sumision sin límites, tributando á un hombre á quien no pueden amar ni estimar mas que lo que él las estima y ama, un culto que solo se debe á la Divinidad...

Al cabo de tres semanas, Muley-Absulem se encontraba notablemente mejor, pues empezaba á distinguir bastante bien los objetos y á leer los caracteres gruesos, y pronto pudo escribir por sí mismo á su padre dándole parte de la mejoría que esperimentaba. En los primeros accesos de su alegría, prometió á Lempriere que si lograba curarle radicalmente, la recompensa que le daria seria proporcionada á la importancia del servicio que le habia prestado. El médico gozaba entonces de tal manera de su favor, que podia verle á todas horas, y aun mientras estaba con sus mujeres: distincion hasta allí sin ejemplo.

El príncipe pasaba horas enteras haciendo preguntas á Lempriere, acerca de las costumbres europeas, pero especialmente acerca de las leyes y del gobierno de su patria, y todo revelaba en él un vivo deseo de instruirse.

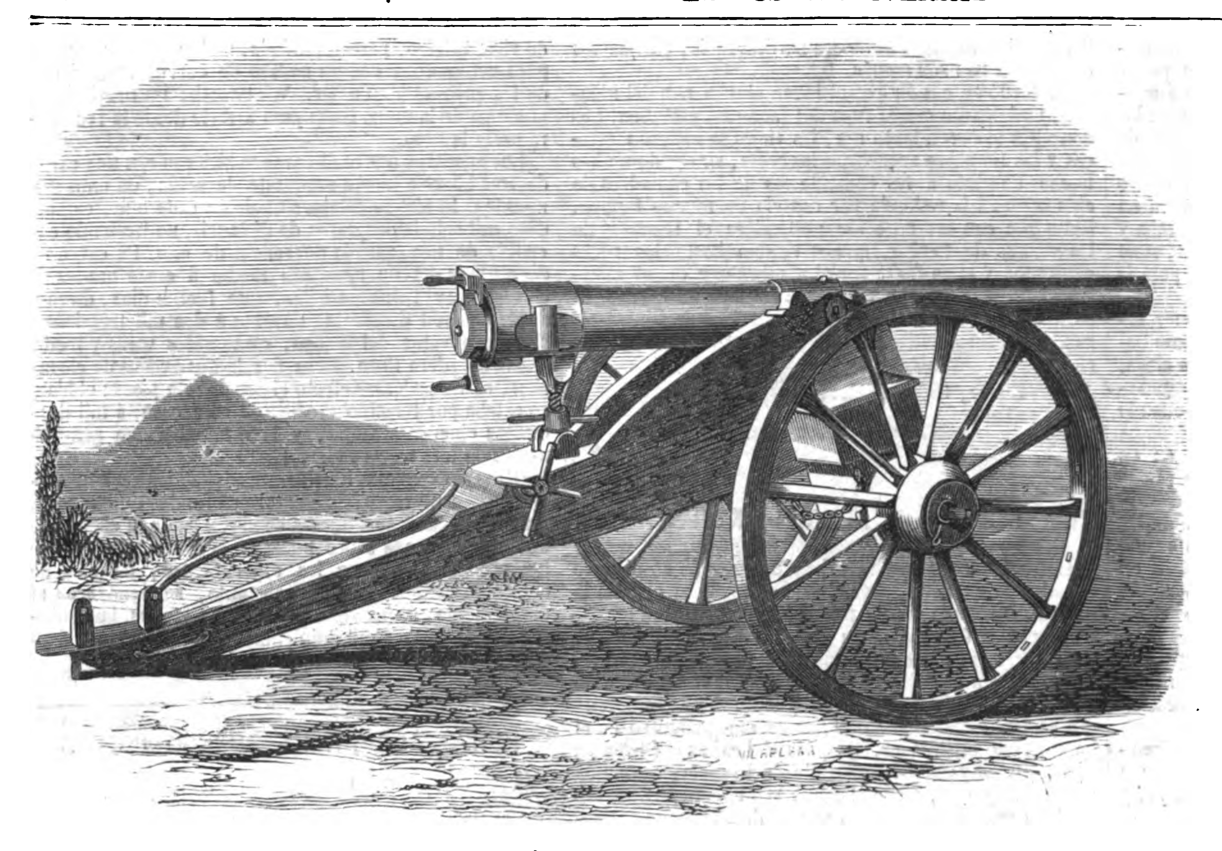
Muley-Absulem tenia cerca de treinta y cinco años; su estatura era mediana, y su rostro estaba completamente desfigurado por su enfermedad. Ya se ha dicho que tenia una catarata en el ojo derecho, y que en el izquierdo padecia una continua y violenta convulsion. Su color era atezado y tenia la dentadura destruida por la caries. Vemos, pues, que era muy feo, y que no podia ser grande la felicidad de las mujeres destinadas á sus placeres.

El traje del príncipe no se diferenciaba del de los demás moros, sino por una sencilla cinta de seda encarnada, atada en su turbante, adorno que constituia uno de los signos distintivos de la familia imperial. Cuando Lempriere le fue presentado en Tarudante, el príncipe vestia un manto muy ancho de paño color de escarlata, forrado de pieles, al cual los moros dan el nombre de *caftan*. Algunos marroquíes usan trajes tan ricos como los de los príncipes y aun como los del mismo emperador.

El séquito de Muley-Absulem se componia de unos pocos soldados, de unos pajes que nunca se separaban de él, de algunos eunucos negros y de gran número de esclavos.

Antes de descender á la condicion de mera capital de provincia, Tarudante era la capital del reino, cuando Marruecos se componia de muchos pequeños Estados. Está situada en una vasta llanura casi inculta, á veinte millas al Mediodia del monte Atlas, y se la tiene por la ciudad fronteriza del Imperio Marroquí por la parte de los desiertos de Zahara y del territorio de los Ouled Denon, que el emperador pretende siempre someter á su yugo, al que ellos se resisten. La gran distancia de





CAÑON DE WHITWORTH.

la residencia del gobierno hace que esos pueblos sean independientes, y no obedezcan sino á sus propios caudillos, pues aunque reconocen al emperador como jefe supremo de la religion, no quieren que se intruse en su gobierno interior. Estos árabes, reunidos en pequeñas tribus, solo viven de la rapiña y la depredacion, á las que se presta perfectamente su vida nómade, pues no fijan en parte alguna sus tiendas; dícese que llegan hasta el fondo de la Nigricia para robar negros. Profesan la religion mahometana, que entre ellos no es sino una absurda idolatría; dan gran valor á las abluciones, y como suelen escasear de agua en los desiertos que habitan, se sirven de arena para cumplir este precepto de la ley de Mahoma. Los desgraciados que naufragan en sus costas, lo pasan muy mal.

La antigua muralla de Tarudante está medio destruida; las casas, hechas de tierra, solo ocupan una parte de su recinto, y no tienen sino un piso; todas tienen un jardin, por lo cual están bastante separadas entre sí: esto da á la ciudad el aspecto de una grande y hermosa quinta, rodeada por todas partes de datileros y palmeras, mas altas que las casas.

Las habitaciones, bajas é incómodas, están ocupadas por fabricantes y artesanos. Las personas de alto rango no viven en la ciudad, sino en el palacio, y no son consideradas como ciudadanos de Tarudante. La gran distancia que media entre una y otra casa y la poca regularidad de su construccion, apenas permiten calcular con exactitud la poblacion de Tarudante; no obstante, puede juzgarse por su estension, que es una de las ciudades mas pobladas del Imperio. Su principal comercio consiste en la fabricacion de hermosos *haicks*; muchos artesanos se emplean igualmente en trabajar el cobre que en abundancia produce una mina situada en las inmediaciones.

Hay ademas dos mercados á la semana para el consumo de los habitantes; para vender los camellos y mulas es preciso observar rigorosas formalidades, pues solo los agentes del gobierno encargados del cobro de las contribuciones impuestas á la venta de dichos animales, están autorizados para esponerlos en el mercado.

Los judíos viven en un miserable barrio distante un cuarto de legua de la ciudad, y son muy tiranizados por los moros, pues el desprecio con que estos les miran llega hasta obligarlos á entrar descalzos en la poblacion. El palacio de Muley-Absulem tiene dependencias de gran estension, y está en el camino de Tarudante á Darbeyda: su posicion en medio de un jardin lo hace muy agradable. Este palacio está dividido en tres partes: el príncipe ocupa la primera, sus hijos la segunda, y la tercera está destinada á sus cortesanos y las personas de su séquito.

La mejoría del príncipe era ya muy notable; para cerciorarse de si podia distinguir los objetos pequeños, el doctor le presentó un dia su reloj, preguntándole qué hora era, á lo que el enfermo contestó acertadamente, y para probar á aquel que veia muy bien, le dijo que su reloj era viejo y no de moda; y tomando de aquí ocasion para ofrecerle otro, le regaló uno de oro mucho mas elegante. La manera con que fue hecho este obsequio le añadió mucho valor, y Lemprieres concibió una favorable idea de la generosidad del príncipe, que sin embargo, no quedó justificada por su ulterior conducta hácia él, pues solo se mostró liberal mientras supuso que podia serle útil, olvidando completamente sus servicios, cuando creyó que podia prescindir de sus desvelos.

La situacion del doctor nada tenia de envidiable, pues el populacho le insultaba con una osadía estimulada por la impunidad, siendo en vano que se quejase de las groserías é insolencias de que era objeto, pues érale imposible conseguir se le hiciese justicia alguna.

Un mes habia trascurrido desde que se habia encargado de la curacion de Muley-Absulem, cuando supo que el emperador habia escrito á este mandándole prepararse para una peregrinacion á la Meca. Al comunicar esta noticia á su médico, el príncipe le dijo que le llevaria consigo á Marruecos, y que luego le acompañaria á Fez y Mequinez, desde donde podria volverse con una escolta que le daria. Este viaje, le decia el príncipe, le proporcionaria la oportunidad de ver todas las hermosas ciudades del Imperio, y de hablar de ellas á sus hermanos los cristianos.

Sin embargo, Muley-Absulem no debia emprender su peregrinacion, sino hasta que tan largo viaje no se opusiese á su curacion; pero sus ojos estaban ya en tan buen estado, que podia prometerse que en breve dejaria de necesitar los auxilios de su médico. Al verle hacer los preparativos de partida, Lemprieres creyó llegado el momento oportuno de hablarle de nueve marineros ingleses, que con su capitan Dwing, gemian en duro cautiverio, y cuya libertad le habia sido prometida como premio de sus desvelos facultativos.

En Tarudante no habia un solo europeo con quien Lemprieres pudiese conversar un rato; así es que el dia le parecia insoportablemente largo, y ademas de esto, la ciudad estaba situada en la parte mas desagradable del Imperio de Marruecos. Fatigábanle las consultas y llovian sobre él las injurias. ¿Cómo no hallarse arrepentido de haber hecho tal viaje? Su valor no tenia otro estímulo que la esperanza de abandonar pronto tan bárbaro país.

Afectóle mucho, por consiguiente, una órden en que el emperador le mandaba trasladarse inmediatamente á Marruecos, no concibiendo por qué se le obligaba á abandonar á Muley-Absulem, precisamente cuando este no cesaba de elogiar sus talentos á su padre. En vano pidió la esplicacion de este hecho, pues no pudo adquirir noticia alguna acerca del particular.

Negarse á obedecer la órden del emperador hubiera sido una locura inútil. Lemprieres estaba, por lo demás, seguro de la salud del príncipe, que estaba infinitamente mejor, y se decidió á hacer un viaje que en realidad le halagaba muy poco, pero que su imaginacion le hizo entrever despues bajo un aspecto mas agradable. ¡Cuán grande debia ser su desencanto! Un reloj de oro, un mal caballo y algunos *rixdales*, que á la fuerza le hicieron tomar, fueron la única y magnífica recompensa que debió á un príncipe por quien habia hecho un penoso viaje de cerca de doseientas leguas, y á quien acababa de devolver la vista.

Despues de prescribir á su enfermo el régimen que debia observar, el doctor salió de Tarudante el 30 de noviembre á las ocho de la mañana, llegando temprano al pié del monte Atlas, distante veinte millas de aquella ciudad. No queriendo pasar adelante aquel dia, hizo armar su tienda al lado de algunas cabañas habitadas por moros muy pobres. Todo el país que desde Tarudante habia atravesado, estaba cubierto de bosques. Al amanecer del dia siguiente emprendió de nuevo su camino, en el cual érale forzoso subir el monte Atlas por un sendero muy estrecho y penoso, á causa de la elevacion prodigiosa de aquellas montañas y de los peñascos de que está cubierto.

No bien hubo andado la primera milla, cuando se vió rodeado de precipicios. El camino, en muchos lugares, era una senda que solo permitia el paso á una cabalgadura, y á derecha é izquierda se estendian espantosos precipicios. A las dos de la tarde nuestro viajero se halló al pié de una montaña que le habia causado no pocos temores, y allí resolvió descansar el resto del dia.

Al salir el sol, continuó su marcha por aquellas terribles montañas, cuyo fin no pudo ver hasta las seis de la tarde. Esta jornada habia sido tan fatigosa para él, que no bien vió armada su tienda, se acostó y quedó dormido sin interrupcion, hasta el dia siguiente: por la mañana, al salir de su tienda, contempló estasiado el hermoso valle que anuncia las llanuras de Marruecos. Esta encantadora perspectiva le entusiasmó de tal modo, que no acertaba á alejarse del punto desde que disfrutaba de ella. Con igual sentimiento abandonó aquellas imponentes montañas, cuyas pintorescas vistas ofrecian un magnífico espectáculo á su curiosidad.

«El Atlas, dice Lemprieres, es una cadena de altísimas montañas, cortadas por profundos valles, que se estiende de Oriente á Occidente de la Berbería, y está dividida en dos partes: la occidental se llama el Gran Atlas, y la oriental el Pequeño Atlas. La altura de estas montañas es tal, especialmente en la parte que mira á la ciudad de Marruecos, que á pesar de su situacion al Mediodía de un país terriblemente cálido, sus cumbres están cubiertas de nieve todo el año. Cuando Muley-Absulem salió de Tarudante en el mes de enero, para trasladarse á Marruecos, la nieve caia con abundancia, y esto duró hasta su llegada; todas aquellas montañas presentaban entonces un aspecto tan glacial como si perteneciesen á las regiones mas polares. El frio es tan intenso en sus cimas, que ningun animal puede soportarlo. Los *Brebes* que se habian atrevido á subir hasta la parte mas alta de la cordillera, habian perecido; por lo que, atemorizados los que debian seguirles, retrocedieron precipitadamente.

(Se continuará.)

AVISO.

Los señores suscritores por trimestres se servirán renovar la suscricion sino quieren esperimentar retraso en el recibo del próximo número.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Entre santa y santo pared de cal y canto.



La solucion en el número próximo.

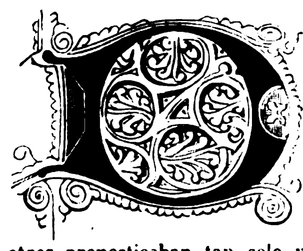
DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 15. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 8 DE ABRIL DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



espues de firmados los preliminares de paz con el príncipe del Algarbe, y cuando la prensa política se entregaba á la polémica sobre las ventajas ó desventajas del tratado, y unos hacian presentir una crisis total del gabinete y otros pronosticaban tan solo un eclipse parcial como el que los sabios de Europa se disponen á observar en el mes de junio, ha venido á sorprender á todos y á suspender la polémica los cálculos y los pronósticos el suceso mas estupendo y al parecer el desatino mas absurdo que ha podido llevarse á cabo en esta época de estupendos sucesos y de absurdos desatinos.

Habia en las Baleares un capitan general llamado don Jaime Ortega, jóven militar conocido por su fortuna y su rápida elevacion desde 1843, el cual tenia en Palma de Mallorca, capital de las islas unos tres mil hombres bajo su mando. Una mañana dió órden á las tropas para estar preparadas á marchar; las embarcó en cinco vapores y con ellas hizo rumbo á las costas de España bajo el pretesto de cumplir una comision del gobierno. Llegaron los buques á la vista de Vinaroz y pidieron raciones: pero luego sin tomarlas variaron de direccion y pasaron á San Cárlos de la Rápita. Allí el general Ortega desembarcó su gente y ocupó á Amposta, en cuya fonda mandó disponer una mesa de diez cubiertos. ¿Qué trataba de hacer el capitan general de las Baleares con estas tropas desembarcadas en la costa de Cataluña? La diligencia que se dirigia á Barcelona, al pasar por Amposta se detuvo á mudar tiro; se apeó de ella un brigadier, y habiéndole visto el general Ortega le preguntó si no ocurria alguna novedad en Valencia ó Zaragoza, y le dijo que estaba allí de órden del gobierno. El brigadier, despues de manifestar á Ortega que no ocurria novedad ninguna, siguió su camino en la diligencia y llevó á Barcelona la noticia de lo que pasaba. Ninguna comision ni órden habia dado el gobierno al general Ortega, de lo cual se dedujo desde luego que este general se habia sublevado. Un parte del alcalde de la Rápita vino á confirmar esta deduccion anunciando que el general Ortega con otras cuatro personas mas que le acompañaban proclamaba á Cárlos VI constitucional.

Pero no es esto lo mas asombroso y sorprendente del hecho: lo grande, lo inaudito es que segun resulta de los partes oficiales, el general Ortega para dar un paso tan arriesgado y lanzarse a una insurreccion tamaña, no contó con una sola persona de las que iban á sus órdenes, á escepcion de los cuatro misteriosos personajes que le rodeaban. Así fue que apenas las tropas se convencieron de que habian sido engañadas, se volvieron contra el general y sus cuatro socios, los cuales huyeron, dice el parte oficial, á uña de caballo. La tropa toda pasó al arrabal de Tortosa y los oficiales se alojaron en la ciudad, donde esperan la resolucion del gobierno. Ortega con los cuatro acompañantes, uno de ellos antiguo coronel carlista, muy conocedor del pais, pasó por la Cenia, sin duda con el objeto de internarse en el Maestrazgo.

Tenemos, pues, un capitan general, un príncipe de la milicia, colocado por el gobierno en un puesto importante de confianza, y que debia halagar su ambicion, abandonando su puesto, desertando de sus filas, y pretendiendo cambiar todo un órden de cosas en el país con tres mil hombres cuyas opiniones no solo no conoce, ni siquiera ha esplorado, sino que tiene motivos para suponer que le serian contrarias. ¿Cómo puede esplicarse un acto semejante?

La tranquilidad no se ha alterado en todo el país: ¿pero habria planes para alterarla y secundar el movimiento de Ortega? Dejamos á los diarios políticos á quienes incumbe el exámen de esta cuestion: de todas maneras el proyecto carlista, fuese el que fuera y tuviese las ramificaciones que se quieran, ha fracasado completamente; y no eran buenos profetas los que hace pocos dias ponian la hacienda á buen recaudo y se ausentaban precipitadamente de Madrid anunciando un próximo cataclismo. Es verdad que los que no juzgamos sino por los efectos ostensibles no podemos calcular hasta qué punto podian creerse graves los sucesos que iban á sobrevenir por los que se hallaban en estado de apreciar con mejores datos sus causas, antecedentes y circunstancias.

Aunque al principio se puso en duda, es ya oficial la noticia de haberse espedido en Roma una bula de excomunion mayor contra las autores, promovedores, secuaces, coadyutores y adictos de la agregacion de las Legaciones al Piamonte. Con este motivo el *Moniteur* de París ha recordado de órden superior el artículo del Concordato que establece que ninguna bula ó breve de la Santa Sede recibirá publicidad en Francia, sin haber obtenido préviamente el pase del gobierno. En España las leyes prescriben lo mismo; pero no sabemos lo que sucederá en el Piamonte.

Ademas de las armas espirituales, el gobierno de Roma se dispone á usar de los materiales para procurar el cobro de sus Estados. Durante esta semana se han sucedido las noticias en este sentido, asegurándose por unos que las tropas de Nápoles ocuparán las Marcas y la Umbría, mientras las pontificias guardan á Roma, luego que la evacuen los franceses, y afirmando otros que los napolitanos se estarán en su casa, pero que se formará un ejército papal, cuya organizacion y mando correrán á cargo del general orleanista francés Lamoricière. Nuestra opinion particular, segun el cariz que presentan los sucesos, es que las tropas de Luis Napoleon no evacuarán á Roma.

La agregacion de Saboya y Niza al territorio francés es ya un hecho consumado: las tropas francesas ocupan estos paises y se están marcando los límites de las nuevas fronteras. No se ha creido conveniente apelar en estos Estados como en Italia al sufragio universal; la cosa se ha hecho entre amigos y el gobierno del Piamonte se ha dado por satisfecho.

Han empezado á llegar las tropas de Africa. Los primeros cuerpos que vendrán serán los del Serrallo que en ausencia del general Echagüe han quedado mandados por el valiente general Gasset, cuyo retrato damos en este número,

La semana pasada ha sido santa, lo cual quiere decir que no ha habido funciones en los teatros, ni escenas de prestidigitacion, ni siquiera conciertos *sacros*. Ahora que han pasado estos conciertos y que nuestra censura no puede atribuirse á deseos de dañar á la empresa, debemos decir que la música religiosa en un teatro nos hace el mismo efecto que la profana en la iglesia. Es verdad que el teatro nació en el templo; pero desde que se separaron han seguido tan distinto camino, que ya no pueden volver á confundirse sin formar un conjunto chocante y heterogéneo. La música profana despierta ideas de muy distinto órden que la sagrada; y el local donde estamos acostumbrados á oir la una no es el mas á propósito para prepararnos á la otra. Lo mismo decimos de los cantores: la actriz que estamos habituados á

ver y aplaudir en el traje de Adalgisa, de Lucrecia ó de María de Rohan; el autor que ha arrancado estrepitosos aplausos desempeñando el papel de Roberto el Diablo ó de Hernáni ó de Romeo, no pueden inspirarnos nada cantando un *Stabat Mater* ó un *Miserere*, así como una monja ó un sacerdote no lograrian producir grande efecto en una iglesia con la música del *Elissir d'Amore* ó del *Rigoletto*. Cada cosa tiene su sitio y sus circunstancias adecuadas; la música sagrada en el templo, ante los altares cubiertos de luces, entre el incienso y la pompa severa y magestuosa de la Iglesia Católica; la profana en el teatro al resplandor del gas, ante una concurrencia animada y dispuesta al placer, donde se rinde culto á la belleza y á la gracia: la música sagrada cantada por clérigos ó dependientes de la iglesia, con la gravedad que requieren su estado y el recogimiento que sus acentos están destinados á inspirar; la profana desempeñada por artistas capaces de modular la voz y tomar las actitudes que convengan del modo mas propio para despertar en el ánimo la variedad de afectos y de pasiones que su papel requiera.

Lo repetimos, ni en el teatro nos gustan los conciertos sacros, ni la muñeira, ni el tango americano en la iglesia. La autoridad los ha consentido y ha hecho bien: el público es quien debia prohibirlos no asistiendo á ellos: si al público le agradan, la autoridad nada tiene que ver en el asunto. Quisiéramos que hubiera tenido la misma tolerancia respecto de los pobres que en los dias de Jueves y Viernes Santo piden limosna á la puerta de los templos. Este año se les ha prohibido mendigar en tales sitios y en tales dias. Pero no es cuestion esta para tratada de paso.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

INFLUENCIA DE LA ARQUITECTURA

EN LA CIVILIZACION.

VI.

La tierra, los astros, el fuego, los elementos todos de la naturaleza eran sus dioses, como hemos dicho, y esto esplica lo que un grande hombre ha formulado ya en un elocuente precepto: que en la infancia de las sociedades y de las artes, los ánimos se inclinan fácilmente á todo lo maravilloso y fantástico.

Ya no es el pórfido, ni el granítico Titan, el Dios que concibe la mente: el Dios material, cuya grandeza espresa su disforme mole, pasá á ser aéreo, invisible: el hombre es la imágen de Dios sobre la tierra, y su inteligencia, vivísimo destello de la luz radiante, quiere emanciparse de la naturaleza para subir hasta él; quiere remontarse al través de las tinieblas del pensamiento, como el águila al través de las mas densas nubes, para atravesar las estrellas y unirse á su Creador; quiere penetrar en el trono de los ángeles, á demandar la inspiracion celeste, á fortalecer su espíritu con el soplo divino que resplandece en el mundo.

¡Contraste singular!—Observad, mientras se operaba esta primera revolucion, este primer vuelo de la inteligencia, observad, decimos el progreso de la Arquitectura; seguid paso á paso su historia, y resaltará mas vivo, no ya el singular, sino el providencial contraste del progreso artístico con el sucesivo progreso de la civilizacion.

Las tribus asiáticas impelidas hácia el Occidente por el bravo, el guerrero, el indómito persa, por el temible persa, que desafia los rigores del desierto, como sus construcciones desafiaban el peso de los siglos, cuyos tiempos se apellidan fabulosos, cuyos monumentos sorprenden, como el Nakschi-Rustam: los escitas, cortando las seculares encinas de Dodona para fabricar el primer modelo del edificio: los fenicios, contemplando los esbeltos cedros del Líbano, como el árbol de la ciencia que en espiral se eleva hasta el cielo, admirando en lontananza aquel inmenso y azulado piélago, donde las estrellas y la luna rielaban como en un diamantino espejo; aquellas celestes aguas, abrieron su pacífico seno al primer esquife de la libertad y del comercio; aquellas floridas riberas exhalaron el primer perfume de la civilizacion.

El panteismo es la fuente de toda idea religiosa: los pelasgos siembran por do quier sus monumentos ciclópeos, construyen tambien tumbas, sepulcros, como el de Agamemnon; pero al recorrer aquellos bosques de mirto, aquellos perfumados valles de madreselva; inspirados por la unidad y variedad de la naturaleza, que constituyen lo bello, levantan al cielo los ojos y adoran al ser invisible, cuyo eco creen hallar en el mar, en el viento ó en los astros.

Pero la voluntad del Hacedor Supremo habia de cumplirse. La civilizacion, el triunfo de la razon era inevitable: el panteismo, símbolo de la muerte, era incompatible con los altos fines de la Providencia; era su mas fiel antítesis: el progreso encarnado en la obra suprema le rechazaba: la Grecia era el florido vergel donde el genio debia echar su primera sonrisa; era el primer crepúsculo del sol de la libertad, á cuyo instantáneo fulgor debian despertar los derechos del hombre; era la fecunda nodriza de los Homeros y Solones, de los Píndaros y Herodotos, de los Aristóteles y Platones.

A los esfuerzos del huracan por destruir la naturaleza ha sucedido siempre el mas dulce reposo: la luz reemplaza á las tinieblas, el movimiento á la inercia: así tambien la inteligencia, dormida en las tenebrosas tumbas del Oriente y del Egipto, debia despertar á la primera aurora de la Grecia.

La gran sacerdotisa egipcia es abandonada en la Thesprocia por los fenicios: los pelasgos levantan bajo la centenaria encina el trono de Júpiter; proclámanle rey de todo lo creado; entónanle himnos órficos en alabanza, y el progreso de la inteligencia y de la civilizacion se encarna mas y mas cada dia en el progreso de la estatuaria: el sentimiento de lo bello aviva mas fuertemente la llama de la sensibilidad, y como la sensibilidad solo puede trasmitirse por la actividad del espíritu, y esta recurre á esa facultad del hombre, á ese divino privilegio de la idea, llamado imaginacion, en la necesidad de personificar sus dioses, debia naturalmente perfeccionarse la personificacion, é inventarse nuevos ídolos, y comunicarse con mayor frecuencia el mundo visible y material del sentimiento, la naturaleza, las formas, con el espiritual é invisible de las ideas.

Y así sucedió, en efecto.

Con el progreso del arte y con su historia coincide notablemente el progreso de la humanidad. El panteismo, escrito en sus monumentos, se trasforma en politeismo, impreso tambien en monumentos: el sentimiento de lo bello, el arte, se desarrolla y crece asimismo al impulso de la idea: las diseminadas tribus, convertidas en poblaciones infinitas, invaden la Grecia: descompónese el infinito absoluto para fraccionarse hasta el infinito: en su descomposicion toma mil impresiones distintas; y la unidad personal, simbolizada antes en la inmovilidad, en el reposo absoluto espresado por la tumba, se convierte en la divisibilidad personal, elocuentemente espresada por el politeismo. Es decir, al sentimiento de la belleza incomprensible y metafísica de la magnitud sucedió el sentimiento de la belleza física, que encierra la armonía de las formas: á la actividad, á la negacion de la vida, la personificacion del amor, trasmitido por la belleza de las formas, que es la belleza física.

Por eso dice Hesiodo: «el amor es el mas bello de los Dioses inmortales;» como si quisiera formular en este axioma el carácter artístico de la Grecia.—De aquí, que á las toscas y groseras formas de las pagodas y los túmulos se sucedan con los siglos las esbeltas y delicadas estátuas, los templos armónicos de formas regulares, con sus proporcionadas columnas y espresivos capiteles, sus cornisamentos y adornos; y que á la pesadez y confusion de los detalles sustituya la geométrica y razonada ordenacion de las líneas.

Por eso, el Apolo de la Lycia no era aun aquel Apolo del hermoso Delfos, aquel Apolo de la inspiracion, que penetraba con sus dorados rayos en el profundo seno de las tinieblas del espíritu, aquel sol del mágico Oriente, que encadena al pisar la Grecia todas las divinidades del Olimpo: la teocracia dominaba aun las razas pelásgicas, que se encerraban en sus grutas: aun dominaba en la Grecia el tenebroso Orfeo, que despertando en Oriente de su letargo, quiere renacer en la Grecia al soplo vivificador de la vida.

El progreso, no obstante, de la humanidad como ley constante de la naturaleza, era indeclinable. Contra los falsos dioses del mago Orfeo levantó la celeste asamblea del Olimpo el divino Homero, que derramaba sobre el caos de las antiguas teogonías copiosos raudales de vivificante luz; pero los dioses de Homero no eran mas que una preparacion del espíritu para recibir otro ideal mas puro de la perfeccion, y la Arquitectura, el arte, espiritualizado en la escultura, produjo la poesía, el canto y la tragedia, para ridiculizar los dogmas pitagóricos y deslumbrar la sabiduría teocrática.

Así vemos al deforme Júpiter Ammon, trasformado en el poético Júpiter con las melodías de Píndaro y el bello ideal de Fidias; el grosero tronco, adornado con la cabeza de vaca, representa en Efeso la hermosa Diana, rodeada de encantadoras ninfas, que suspenden con sus hechiceras plegarias el melancólico concierto de los bosques y los lagos y el aroma purísimo de los cálices de las flores: la bella Juno sé levanta sobre las ruinas de la Astarte egipcia; el asqueroso é imponente Baco se trasforma en el Baco risueño y perfecto, emblema de la alegría y de la juventud, cuya errante vida siembra por do quier las gracias de la riente primavera, y el Apolo mismo sacerdotal en el bello Apolo, querido de las Musas, que se sienta apacible en el trono del Olimpo y del Parnaso. En una palabra, la religion de la naturaleza se encierra en su panteismo para dar vida á la religion del hombre, y su inmortal fundador, el inmortal Homero, nace precisamente entre el primer destello de la Arquitectura griega.

He aquí la irresistible lucha del progreso: el misterioso geroglífico del Oriente, que no es otra cosa mas que la teocracia simbólica, vela la luz de la inteligencia para encerrarla en el caos, y como la luz reemplaza á las tinieblas, la luz homérica descorrió ese tupido velo, dirigió al cielo su vista, reflejóse en él su imágen, y he aquí la descomposicion de la unidad absoluta, del infinito, en su antítesis, la divisibilidad, la localizacion de la personalidad hasta el infinito; el politeismo, que se estiende á los múltiples y variados seres y objetos de la naturaleza, y la Arquitectura, que se desarrolla y engrandece con la belleza de la estatuaria. Ya hemos citado sus mas notables monumentos en otro artículo, y recordaremos tan solo en apoyo de nuestra teoría, que todos esos dioses y ritos, que resumian toda la cultura griega, estaban esculpidos en esos mismos templos, como el de Apolo, el de Diana, el de Júpiter Olímpico, y los demás de que nos hemos ocupado.

Hemos espuesto, ademas, que todas estas deidades habian de caer en el ridículo por el progreso mismo de la razon, para dar lugar á la realizacion del plan eterno de la Providencia; y en esta misma revolucion, como en todas las anteriores, hallamos siempre á la Arquitectura sirviendo de tipo y de modelo. El paganismo murió al desarrollarse la armonía de las formas, la escultura: Fidias derriba el Júpiter tonante con su asombroso é inimitable Júpiter, inspirado por su mismo amor al Dios Olímpico: los dioses de Homero mueren con el ridículo que fulmina Esquilo en su tragedia: el Edipo de Sófocles descifra y apaga todos los misterios, toda la sabiduría de los sacerdotes egipcios: el grande Aristófanes se burla de todas las divinidades del Olimpo.

Los templos, los monumentos arquitectónicos, que coronan las montañas de la poética Grecia, son una recopilacion muda de las brillantes páginas de su historia, del progreso de la civilizacion: la geométrica proporcion y la ordenacion de los detalles dan al artista la razon lógica de sus concepciones: las manifestaciones del espíritu pasan ya ordenadas por el crisol del criterio; el arte es razonado.

La civilizacion avanza: las revoluciones de la humanidad y de la inteligencia se hallan perpetuadas en los monumentos: la Arquitectura griega va á ser reemplazada por otra Arquitectura mas sublime: la pintura está destinada á orlar su cuna con mil coronas de azucenas: los dioses de la naturaleza, la personalidad humana, van á ser sustituidos por el Dios de la verdad: las razas, los pueblos y los hombres van á ser confundidos en una sola raza: el espíritu va á triunfar sobre la materia, y el palenque de esta revolucion universal es Roma.

La Arquitectura romana va á trasmitirnos tambien este gran suceso.

Veamos, pues, si en la ciudad eterna continúa siendo la Arquitectura el mas fiel y espresivo intérprete de la civilizacion y del progreso.

M. NUÑEZ DE LA VEGA.

LOS MAITINES DE NAVIDAD.

TRADICION MONÁSTICA.

—

UNA ADVERTENCIA.

Nada encuentro mas prosáico que un café, luego que acabo de beber el humeante líquido que el no siempre servicial doméstico ha colocado en sus correspondientes taza y bandeja, sobre la mesa donde me acerco, á buena distancia de mi brazo y por consiguiente de mi boca.

Para el jugador de dominó, de billar, de tresillo, en una palabra, para todo el que hace de esa casa pública llamada café, su lugar de recreo, lo que menos le seduce de este sitio son las bebidas que en él se sirven; tenga tercios, que nunca escasean en estos parajes con quienes pasar la friolera de ocho ó diez horas, sentados unos frente á otros, con la barajas en las manos, ó agitando estas sobre la mesa, como si nadasen, para poner en revolucion las cincuenta y cinco fichas de hueso de que consta el divertido juego del dominó, y ya no desea mas nuestro hombre; poesía, placeres, emociones, todo lo tiene allí, se entiende, lo que su cabeza le permite desear.

Mas para el que no juega á las cartas, ni á las bolas, ni á las fichas, no tiene mas atraettivo el café, segun dije al principio, que el rato que se invierte en apurar el adulterado Moka y el que sirve de sobremesa (permítaseme la espresion) donde suele charlarse por los codos en union de varios amigos, y esto justamente es lo que acontece á un servidor de... quien me sirva.

Reuníanse cierto verano por las noches en cierto café de la muy heróica ciudad de Granada y alrededor de cierta mesa, que llegó mas tarde á servir de lienzo ó pizarra para muy buenos bosquejos, unos cuantos amigos, todos artistas, poetas y escritores: no es necesario decir mas que estos nombres para que el lector pueda venir en conocimiento de la Babel que seria semejante círculo. Disputábase siempre, censurábase idem, no quedaba obra monumental, artística, literaria ó musical, antigua ó moderna, buena ó mala, grande ó pequeña que no saliese á relucir corregida y aumentada, ni dejase de ser objeto de infinitos comentarios, que duraban por lo menos hasta la hora de retirarse cada mochuelo á su olivo.

Pero como las noches eran muchas y no en todas habia que censurar ó elogiar, y hasta se negaba el mozo á suministrar al círculo, la tiza ó yeso con que se trazaban sobre la mesa las caricaturas de cuantas personas se hallaban presentes, y no pocas ausentes, sucedió que llegó el caso, el estupendo caso de no tener ocupacion



las lenguas y manos de la tertulia y permanecer callada cierto tiempo con notable asombro y regocijo de los impávidos jugadores que la rodeaban.

Esta horrible crisis fue de cortísima duracion; uno de los poetas, asaltado por un luminoso pensamiento, ofreció divertir á la reunion con un cuento de vieja. Aplaudida la idea, fue aceptada por unanimidad y llovieron cuentos durante muchas noches. De los pastoriles pasábase á los maravillosos, de estos á los de miedo y entre tanto cuento negro, amarillo, verde y colorado como se referia, hubo uno que llamó la atencion de este prójimo que tambien le llegó el turno de narrar los que habia aprendido de una tia suya, cuando despabilaba por las tardes al salir de la escuela, la merienda de ordenanza, sazonada con los cuentecicos de la buena señora, que santa gloria haya.

Desde el momento en que lo escuché, y me refiero al cuento indicado, parecióme muy á propósito para entretener por algunos minutos la imaginacion del que busca en los periódicos un rato de solaz, y tomándolo por mi cuenta, he procurado revestirlo del traje que en mi juicio le conviene, resucitando la decaida y mal parada forma romántica.

Si el desempeño no corresponde al propósito, haré de todo corazon el de la enmienda y sirvan tan buenas disposiciones para alcanzar el perdon de mis yerros.

Basta de circunloquios y vamos al grano, y pues el grano es el cuento, manos á la obra y... ahí tienen ustedes el cuento.

I.

Era una tarde de diciembre. Próximo el sol á su ocaso, y velado por cenicientas y pardas nubes derramaba un fulgor amarillento y tibio en la celda del buen padre Custodio, guardian del convento de franciscanos de una de las mas bellas ciudades de Andalucía.

Sentado en su sillon de cuero, cruzados los brazos y calada la capilla leia á la sazon en su breviario, colocado sobre un atril en una mesa de pino. El crepúsculo se desvanecia lentamente; apenas le era dado descifrar las palabras latinas que aparecian ante sus ojos cual informes líneas y ya se resignaba á dejar el libro, cuando dos acompasados golpes que sonaron á la puerta, le decidieron á cerrarlo, disponiéndose en seguida á recibir la visita ó mensaje que aquellos golpes le anunciaban.

Echóse atrás la capilla, se frotó las manos una contra otra, despues de haberlas humedecido con su aliento, recostóse en el sillon y esclamó al fin con voz solemne:

—¡Adelante!...

Prévio este beneplácito, sonó el picaporte, rechinaron los goznes y abriéndose la puerta, dió paso á un fraile, que haciendo al entrar una respetuosa reverencia, acompañada de un sonoro *Laudetur Christus*, se adelantó hasta la mesa donde quedó inmóvil.

Apenas dejó la penumbra, otra figura semejante dejóse ver en ella, que practicando igual genuflexion y dirigiendo al guardan el mismo saludo, marchó á colocarse al lado de la primera.

De este modo fueron apareciendo sucesivamente hasta once individuos de la comunidad, quienes formaron un semicírculo en torno del padre Custodio.

Admirado el padre guardian de los preliminares de aquella estraña visita, miraba con asombro el semblante de los religiosos, cuya espresion era igual en todos, sin poder observar en ellos la menor circunstancia que revelase su intencion.

Cansado de un exámen tan infructuoso, se determinó á romper un silencio que sin saber por qué le angustiaba.

—Hermanos, les dijo levantándose y clavando en ellos una mirada escrutadora, asunto de no escasa monta debe guiaros hasta mi recinto al declinar el dia, hora consagrada á la meditacion y al rezo: ¿qué me anuncia, pues, vuestra venida?

Miráronse mútuamente los religiosos un breve instante pero sin levantar la cabeza, y uno de ellos aventuró algunas frases tan entrecortadas é ininteligibles que acabó su razonamiento dejando al guardian en la misma ignorancia en que estaba antes de haber hablado.

—Espliquese hermano, y si quiere que lo entienda, hágalo con claridad, replicó despues de haberse penetrado de que nada habia comprendido.

—Reverendo padre, esclamó otra voz que era imposible designar á cuál de aquellas figuras pertenecia, pues en ninguno de sus rostros se notaba la menor contraccion, padre reverendo, ante su vista tiene á toda la comunidad de San Francisco representada por nuestras humildes personas.

—¡Toda la comunidad!.... exclamó absorto el reverendo... ¿Y qué pretende de mí?

—Una gracia cuya concesion está en manos de su reverencia. Padre nuestro, en todas las carreras, en todas las profesiones, en todas las facultades, hay ciertos dias consagrados al descanso. Las fiestas solemnes interrumpen el trabajo de las prácticas diarias de cada individuo, cuyas fuerzas robustecidas con aquellos momentos de reposo, entréganse despues con nueva actividad y vigor al desempeño de sus respectivas obligaciones. Ese instante de reposo, esa leve interrupcion de nuestros ejercicios es lo que pedimos á nuestro guardian.

Cada vez mas perplejo el buen padre, de la audacia del fraile y sin adivinar el objeto que se proponia, llegó á ser presa de una agitacion cruel. Miraba y volvia á mirar aquellos rostros impasibles, serenos, humildes con la vista siempre inclinada, y el padre Custodio, sin poder darse cuenta de lo que le pasaba, sentia miedo y comenzaba á sudar.

—Hermanos, hermanos, basta de rodeos, se atrevió á pronunciar al fin, díganme prontamente el motivo de tan inoportuna visita, pero sin digresion ni circunloquios.

Una tercera voz fue ahora la encargada de contestar.

—Mañana, dijo, celebra la Iglesia una de sus mayores festividades y sin embargo, esta noche deben cantarse los maitines á las doce, á las doce, padre reverendísimo, hora destinada por la naturaleza al reposo de las fatigas corporales y de espíritu que agitan al mísero mortal en el trascurso del dia. Padre nuestro, toda la comunidad eleva á vuestra reverencia por el indigno conducto de mi voz sus humildes plegarias, rogándole traslade á las nueve de la mañana el rezo de esta noche.

La indignacion mas profunda retratóse en el semblante del guardian al oir aquellas palabras. El temor que los preámbulos del fraile llegaron á infundir en su alma, se tornó en despecho y sus ojos resplandecieron de ira.

—Hermanos, esclamó en el lleno de su enojo; ¿qué es lo que sus labios han proferido? ¡Valgame Dios y cuán poco habrán meditado en la proposicion que acaban de dirigirme! ¿Es ese el voto de mansedumbre que sus lenguas confirmaron al recibir el santo hábito de nuestro padre San Francisco?... Trasladar los maitines á las nueve de la mañana... y en la pascua de Navidad. ¡Hermanos! ¡hermanos! reflexionen bien en el paso que se han atrevido á dar y hallarán la penitencia de su falta en su misma vergüenza y arrepentimiento.

—Pero... padre...

—Silencio, hermanos. ¿Aun persisten en levantar aquí esa voz sacrílega é impura que revela el estravío de sus conciencias? Retírense pronto á sus celdas, y entregados á la oracion, pidan á Dios la fuerza de que aun necesitan para resistir á las tentaciones de Satanás. ¡No rezar los maitines! Infringir las reglas establecidas por la Iglesia y observadas religiosamente en el espacio de tantos años... ¡nunca! Semejante desacato no llegará á cometerse mientras me halle á la cabeza de la comunidad de este convento. Los maitines, los solemnes maitines de la pascua de Navidad, se cantarán á las doce de esta noche. A sus celdas, hermanos, á sus celdas, y que Dios les ilumine con sus rayos de gracia para que reconozcan su culpa y se horroricen de ella.

Algo mohinos y cari-avinagrados, fueron saliendo silenciosamente de la habitacion los frailes insurgentes; ninguno quiso arrostrar con réplicas ni observaciones, la cólera del buen padre Custodio, celoso como un fanático del cumplimiento de sus deberes.

Perdióse entre los corredores el roce de las sandalias del último que saliera, y asi que se vió solo el guardian, se pasó la mano por la frente como para ahuyentar los desagradables recuerdos de la anterior escena, á la cual aun dudaba dar entero crédito; tan escandalosa parecia á su recta conciencia.

Ya era completamente de noche. Aproximóse á la puerta, y escuchó largo rato por el agujero de la llave. El convento se hallaba en la mayor tranquilidad. Entonces se acostó en su lecho, donde no tardó en dormirse profundamente.

II.

En una espaciosa celda del convento de San Francisco, alumbrada débilmente por la llama de un cabo de vela, vénse las figuras de muchos frailes y legos, que confundidos y en diferentes actitudes, muestran en sus movimientos y semblantes la mas viva ansiedad.

Uno de ellos que permanece junto á la puerta, entornada á la sazon, asoma por intervalos la cabeza hácia la crugia, como si espiase la llegada de alguno, mientras otro se ocupa en colocar la estampa de un crucifijo delante de la luz, para impedir que sus rayos puedan divisarse desde afuera.

La agitacion de aquella estraña asamblea se hace por momentos mas creciente; algunos que se hallan recostados en sus asientos, movidos por su impaciencia, no tardan en levantarse y confundirse entre la mayoría del concurso.

Todos parecen dominados por un mismo pensamiento.

Pronto el grito de «ya vienen» que da el vigía de la puerta, detiene el giro de los circunstantes que por un movimiento rápido y uniforme se encaminan hácia la entrada.

No tardan en aparecer en ella nuevos religiosos. Son los representantes de la comunidad franciscana, que despidió con tanta dureza el reverendo padre Custodio. Pintábase en sus rostros el adverso resultado de su comision.

—¿Qué hay, hermanos? es la pregunta que con la mayor inquietud exhalan todos los labios.

—Nada bueno, responde ásperamente uno de los recien venidos.

—Acaso el padre guardian...

—Niega rotundamente nuestra demanda. A las doce se cantarán los maitines.

—¿Con que no le han conmovido vuestras razones?

—Le han indignado, llamándonos poco celosos de la fe.

—Y despidiéndonos con altanería.

—Y mandándonos á la oracion.

—Dice que nos tienta Satanás.

—Y que era por efecto de nuestra tibieza.

—Faltó poco para encerrarnos en el cepo.

—¡Qué rigidez!

—¡Qué crueldad!

—Y todo por unas cuantas horas de sueño.

—¡Vaya un delito! rezar á las nueve de la mañana lo que habia de ser á las doce de la noche.

—¡Y por una vez tan sola! ..

—¡Qué conciencia tan raquítica!

—¡Tan miserable!

—Pues yo siento la mia tan ligera, á pesar de ratificarme en el propósito, como el vuelo de nuestras palomas.

—Y yo...

—Y yo... esclaman á coro todos los frailes...

—¡Silencio! que pueden oirnos.

—Hermanos, ¿y habremos de esponer al hielo de esta noche, los entumecidos miembros de nuestro cuerpo, cuando cada cual habia gustado anticipadamente del placer que le aguardaba rebujado entre las mantas de su lecho?

—Seria un triste desengaño.

—Una transicion horrible.

—Una mutacion deplorable.

—Una verdad negra tras una ilusion rosada.

—Es necesario que el color de la verdad no difiera del de la ilusion, replica un fraile con sus ribetes de poeta.

—Es preciso dormir esta noche.

—Es indispensable descansar.

—Aprobado. Pero, cómo haremos...

—Eso es .. cómo vamos á...

Miranse unos á otros, los frailes, como buscando cada cual en el rostro de su compañero la idea que en balde pretende encontrar en su imaginacion.

Hay un instante de silencio.

—Nos salvamos, hermanos, nos salvamos, una idea, esclama de repente el poetastro.

—¡Venga! ¡venga! contestan á una voz los demás.

—Silencio... continuan todos asustados del ruido que promueven.

La repulsa del guardian en nada altera nuestro propósito.

—¿Cómo es eso?

—Atiendan, cada uno de nosotros se acuesta segun costumbre y duerme á pierna suelta hasta el amanecer.

—¡Vaya una salida! Esa era nuestra intencion.

—¿Y qué se opone á realizarla?

—Que á las doce tocarán á maitines.

—¡Bueno!

—¿Cómo que bueno?

—Supongamos por un instante hermano, que se ha vuelto sordo, ¿oiria entonces la campana?

—No adivino...

—Seamos todos sordos esta noche.

—¡Ya!

—¡Ya comprendo!

—Es decir, que nadie acuda al rezo.

—Y siga descansando entre las sábanas.

—¡Magnífico!

—Escelente...

—Sí, ¡pero eso es una insurreccion!

—Una falta de obediencia que despues purgaríamos.

—No sean tontos, hermanos, dos, tres, cuatro que faltasen serian inhumanamente castigados, pero si faltamos todos ¿cómo han de castigar á la comunidad entera? Lo mas que puede acontecernos, será una larga amonestacion que nosotros mismos provocaremos implorando el perdon del guardian.

—¡Bien! ¡Bien! esclaman alborozados los frailes convencidos por los argumentos del orador.

—Pero es indispensable que nadie acuda, ni siquiera uno.

—Aunque oiga romperse la campana.

—A propósito, ¿no seria mejor que la campana no sonase?

—No está mal pensado, pero es imposible.

—No tanto como á su caridad le parece.

—Le aseguro por mi humildad que no atino con el medio de escamotear las campanas.

—Seria preciso romperlas todas; mientras quede una sola, nada habremos adelantado, con ella nos llamarán.

—Y eso de la destruccion ya es cosa mas seria, responden algunos timoratos.

—¿Quién habla de destrucciones ni escamoteos? interrumpe el fraile de las ideas, no avancen tanto sus caridades por el camino de la estupidez, y respondánme categóricamente á las preguntas que les dirija.

—Veamos, murmuran varios, algo descontentos de la alusion.

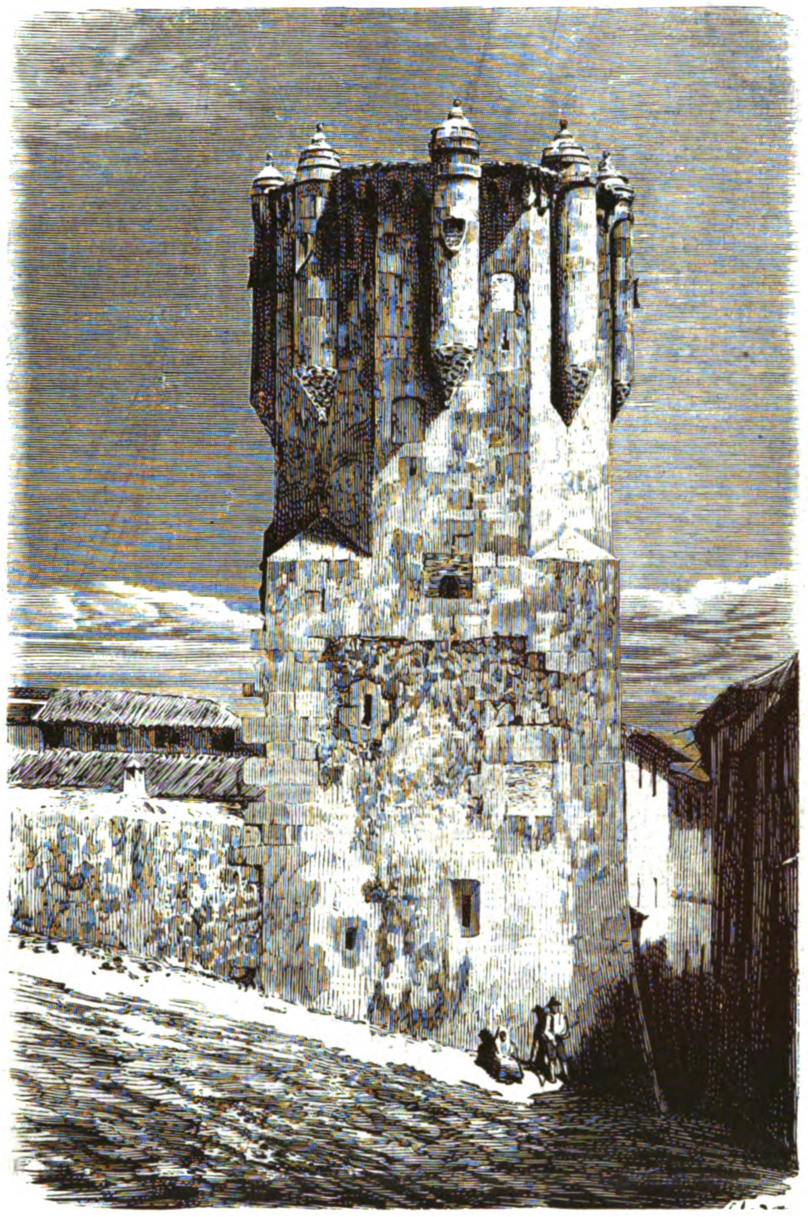
—Para hacer sonar la campana, ¡qué se necesita!

—¡Vaya una pregunta! que la toquen.

—Corriente, ¿y quién toca la que nos llama á maitines?

—El lego Benito es el encargado...

—Conforme... y díganme ahora sus paternidades, si



TORRE DEL CLAVERO EN SALAMANCA.

el lego Benito al llegar la hora sigue durmiendo en su lecho, ¿cómo habrá de sonar la campana?

—¡Es verdad! vuelve á esclamar á coro la asamblea sojuzgada por aquella soberanía de recursos.

—¡El lego Benito! ¿dónde está Benito? repiten muchas voces.

Pronto aparece el lego: no le disgusta la proposicion, pero titubea en adoptarla, hasta que al fin se resuelve á prestar al complot la ayuda que le reclaman, confiado en que por donde saliera uno, saldrian todos.

Arregladas las cosas de esta suerte y dándose mil seguridades é imponiéndose otras tantas penas para aquel que faltase á la palabra, disuélvese la reunion, decidida á pasar muy tranquilamente la Noche-buena, dentro de sus camas, en busca de las cuales parten de puntillas y con el mayor sigilo cada uno de los frailes.

III.

Es la media noche.

Encapotado el cielo por oscuros y gigantescos nubarrones, presenta un aspecto lúgubre y siniestro. Ni una estrella en el horizonte, ni una luz sobre la tierra.

Reina un medroso silencio en rededor del convento de San Francisco. Solo de vez en cuando alguna ráfaga de viento, hace chascar las hojas de los sauces del jardin y silva entre los arcos de los claustros, perdiéndose despues el eco entre las escaleras y galerías.

Una quietud misteriosa sucede á los quejidos del huracan.

Un fuerte relámpago abre las nubes é ilumina de repente la llanura y el convento. Su azufrada luz tiñe de un fulgor amarillento los ennegrecidos muros de la iglesia, y hace destacar en el espacio las agujas de sus torres.

No tarda en suceder el trueno, que estalla retemblando sobre la cúpula del templo.

La tempestad se aproxima.

Despiértase el guardian. La péndola que con su acompasado golpe, turba el reposo de su celda, anuncia que va á perderse otra hora mas en lo infinito.

El religioso escucha.

Una tras otra suenan en el metálico timbal doce campanadas.

—¡La hora! esclama el guardian sentándose en el lecho y frotándose las manos.

Pero la campana que todas las noches convoca á los frailes á maitines no se deja oir esta vez y la hora va pasando.

—¡Qué significa este silencio! murmura sorprendido el padre Custodio, y la mas viva indignacion se pinta en su descolorido semblante.

Su corazon le anuncia la trama, pero no quiere darle asenso.

—Se habrá dormido el lego, dice, corramos á despertarlo.

Santíguase, cálase la capilla y abre la puerta de su celda.

Una ráfaga de viento que atraviesa en este instante la galería, le entrecorta la respiracion y hace oscilar la lámpara suspendida en uno de los arcos, apagando su luz agonizante.

Las mas densas tinieblas se difunden por el claustro.

Pero el guardian no se intimida y fijo en su pensamiento corre á las puertas de las celdas.

—Despierte, hermano, despierte, grita llamando con redoblados golpes en todas ellas, despierte que ha pasado la hora de los maitines.

Mas sus acentos se confunden con el ruido de los golpes y los mujidos del huracan.

Nadie contesta á su voz; solo la tempestad responde con la suya atronadora...

—¡Comprendo! esclama el guardian en un febril arrebato; débiles son mis quejas para penetrar en sus corazones de roca; veamos si el clamor de la campana llega hasta el fondo de sus almas.

Y alumbrado por la luz de los relámpagos, se dirige con firme planta á la torre de la iglesia.

—Llega á la escalera de caracol, busca entre la oscuridad la cuerda que ha de dar impulso á la lengua de bronce, y no tarda en difundirse en el espacio un pausado y lúgubre tañido que arrebata en todas direcciones el viento de la tempestad, como indignado de que otra voz se levante donde la suya impera.

El clamor de la campana sigue lento y tenaz.

Es el toque de maitines.

—El lego nos hace traicion, piensa cada fraile, desde su lecho al escuchar el toque acostumbrado, y sin embargo, ninguno intenta moverse seguro de la palabra de los demás.

Mientras tanto una gigantesca sombra, se desliza al través de los corredores.

Es el lego Benito que oyendo á su *Dolores* la campana á quien él solo hacia hablar, ha tenido miedo, y encendiendo su linterna, corre presuroso y afligido á penetrar aquel misterio.

—Perdon, padre Custodio, esclama cayendo de rodillas y elevando sus manos al conocer al guardian, que



MUJER Y NIÑO DEL RIFF, DE LOS PRESENTADOS EN TETUAN AL GENERAL O'DONNELL. (DE UN CROQUIS.)

con las suyas en la cuerda y el rostro lívido y severo, continuaba agitando la campana.

—Ya ve hermano lego, como no faltan brazos en el servicio de la iglesia, aunque muchos se olviden de sus deberes, contestó gravemente el reverendo; levántese, hermano y siga convocando á la oracion.

—Será inútil, padre nuestro, responde contristado el lego, sin variar de actitud.

—¡Cómo inútil! replica el guardian casi convulso de despecho.

—Perdonadme, padre, pero los maitines no se cantarán esta noche.

—¡Que no se cantarán esta noche...!

—No, padre nuestro, la comunidad está de acuerdo y no asistirá un solo hermano.

—¡Que no se cantarán esta noche los maitines! repite el guardian con el semblante demudado y resplandecientes ojos.

—Perdon... mas...

—¡Silencio! sígame al punto hermano, esclama el religioso con acento sombrío y lleno de fiereza, como iluminado por una idea terrible.

Y dejando oscilar la cuerda que hasta entonces tiene asida, vuelve en silencio á atravesar encrucijadas y corredores, ocultando la cabeza en su capilla.

Síguele á larga distancia el lego Benito con vacilantes pasos, y la luz de su linterna agigantando las proporciones del guardian, proyecta en los mármoles del pavimento, una sombra disforme y medrosa que desaparece y torna de nuevo á presentarse en mil giros caprichosos y fantásticos.

Ruge la tempestad, el viento arrecia... y el sonido de la lluvia se oye triste y monotono en las hojas de los sauces y en las canales de plomo de los claustros.

Aquella luz, moviéndose en medio de las sombras de la noche, aquellos dos frailes atravesando escaleras y crugías, sin percibirse el ruido de sus pasos, semejantes á dos espíritus evocados por el genio de la tempestad que parecia querer confundir el edificio, llegan al fin á un angosto callejon que los conduce á la iglesia.

La perenne llama de la lámpara bendita. difunde un resplandor lúgubre en el centro de la nave; las tinieblas mas sombrias envuelven en su crespon los ángulos y capillas.

El grito de la naturaleza embravecida quiere penetrar en el santuario de la fe, y parece amenazar desde la cúpula, pero las bóvedas sagradas le devuelven el eco como anatematizando su profanacion, eco que repiten los arcos de las capillas, donde muere, secundando el anatema.

Guardian y lego recorren toda la nave y llegan al fondo de la iglesia.

—Alumbre, hermano, dice con firme voz el primero.

—¿Qué es lo que intenta, padre mio? replicó el lego, temblando de adivinar el designio del superior.

—Obediencia y no replique; deje la luz en tierra y ayúdeme á levantar esta losa.

Hácelo así el lego y no tarda en descubrirse la entrada de un subterráneo. Los peldaños de una escalera asoman á la boca.

Es el panteon del convento.

—¡Padre! padre, por Dios, ¿qué pretende, esclama Benito lleno de pavor abrazando las rodillas del guardian.

Pero este le contestó sin inmutarse.

—Toque, hermano, la matraca.

—¡Padre guardian!...

—¡La matraca! Si los vivos no acudieron al sonido de la campana, los muertos saldrán de sus nichos al toque de la matraca. Los maitines han de cantarse.

Obedece el lego. Pronto el áspero choque de la madera contra la madera produce un ruido seco y desapacible semejante al rechinamiento de huesos descarnados, y turba el silencio de las bóvedas sagradas.

Un foco de luz rojiza ilumina la boca del panteon por donde se ve salir y elevarse en caprichosos espirales un vapor blanco y denso.

Deja oirse en el interior de la bóveda sepulcral un murmullo estraño, pavoroso, continuo.

No tarda en hacerse mas vivo el resplandor de aquella medrosa entrada y dos frailes con antorchas en la mano suben la escalera y salen á la iglesia.

En la misma forma y de dos en dos van subiendo como hasta cuarenta figuras. Sus rostros desaparecen bajo los pliegues de las grandes capuchas que á manera de corozas se elevan sobre sus cabezas y aquella fúnebre y misteriosa procesion marcha silenciosa é imponente con grave y magestuoso paso, por el centro de la iglesia.

Colócase el guardian, frio é impasible á la cabeza de los fantasmas y en esta forma se dirigen al coro donde cada cual ocupa su asiento.

Todos entonces fijan su atencion en el padre Custodio; parece que aguardan alguna órden.

Efectivamente, levántase el anciano, hace una se-



EL GENERAL GASSET. (DE FOTOGRAFIA).



ESPIA MORO PRESENTADO AL GENERAL O'DONNELL. (DE UN CROQUIS.)

ña, y empiezan á entonar con voz aguda y estridente el *Domine labia mea aperies*. Suenan de improviso las armoniosas flautas del órgano acompañando los acentos del coro y continúan los maitines con una solemnidad grande, imponente, pero al mismo tiempo terrible, medrosa, siniestra.

—¡Me han vendido! vuelve á esclamar en su celda cada fraile al percibir el canto de la iglesia, cuyos sonidos mezclados con los de la tormenta, llegaban hasta su retiro ténues y melancólicos, ¡me han engañado! todos faltan á lo prometido y sobre mí únicamente caerá por entero el peso de la culpa... *¡Libera nos, Domine*, yo tambien acudiré!...

Y receloso cada cual de sufrir solo las consecuencias, abandonan sus celdas casi á un mismo tiempo y se dirijan precipitadamente á la iglesia.

Pero al llegar al templo se encuentran todos y quedan confundidos, aterrados, exánimes.

No era la comunidad quien entonaba los maitines.

Con el rostro descompuesto y fijos los desencajados ojos en las figuras que les usurpaban sus asientos, permanecen apiñados los frailes unos contra otros mudos de espanto y como clavados á la entrada de la iglesia. Ninguno respira, y grandes gotas de sudor surcan sus pálidas mejillas.

¿Quiénes son aquellos frailes que ocupan su lugar? ¿De dónde ha salido la comunidad que los reemplaza?

Estas ideas que asaltan la imaginacion de los religiosos, les hacen estremecer de frio, sin que puedan resolverlas.

Los maitines tocan á su fin.

Cesan las voces y el eco del órgano vibra mucho tiempo en el espacio hasta estinguirse su último murmullo.

Empero como impulsados por un oculto resorte, levántanse de una vez los frailes de las luces, echan atrás sus capuchas y el resplandor de las antorchas refleja en el blanco hueso de sus calaveras.

Los muertos habian salido de sus sepulcros para recordar á los vivos sus deberes.

—¡Misericordia! es el grito unánime que exhala la comunidad estremecida, postrándose de hinojos.

Entonces uno de aquellos esqueletos se adelanta hácia el aterrado grupo y sacando una mano que cruje agudamente al elevarse, deja escapar de entre los dientes de su abierta boca estas sentenciosas palabras...

—*¡Fratres! ¡fratres! ¡obedientia præsulibus!* (1).

Y volviéndose despues al guardian que continuaba en su puesto repasando las cuentas de un largo rosario, prosiguió.

—*¡Pater esto dulcior vivis, humilior mortuis!* (2).

Vuelven luego á desfilar de dos en dos las terribles apariciones, y del propio modo que salieron de la bóveda, mudos y graves tornan á desaparecer por la escalera.

Queda otra vez en tinieblas el santuario y solo se escucha entre el silbido del huracan y el lejano rumor de la tormenta, estas voces, que semejantes al clamor de la agonía, se elevan hasta los arcos góticos del templo.

—*Tibi soli pecavi et malum coram te feci.*

JOSE J. SOLER DE LA FUENTE.

(1) Hermanos, hermanos, obediencia á los superiores.

(2) Padre guardian, mas indulgencia con los vivos y mas humildad con los muertos.

LA TORRE DEL CLAVERO.

(SALAMANCA.)

Entre los muchos monumentos que por do quier se encuentran en la ciudad del Tormes, aquella poblacion que tanta fama logró adquirir por su célebre Universidad, en la cual llegó á tener hasta quince mil estudiantes, llama la atencion del viajero un antiguo torreon que formaba parte de la casa de los Sotomayores, señores de Baños, situada en la calle del Consuelo, parroquia de San Justo.

No era el único á la verdad que alzaba su parda mole en aquel punto; otros varios pretendian rivalizar con él en esbeltez y fortaleza, como sucedia con el del palacio de Abrantes, los cuatro de la casa solariega de los Castillos, que á ella daban nombre, pues se la conocia con el de las *Cuatro Torres*, y en la calle de Herreros el que levantó Anton Nuñez de Ciudad-Rodrigo, señor de Terrados. Sin embargo, de todos ellos solo existe el de Abrantes, pero sin que pueda competir su secular aspecto con el del *Clavero*, cuyo grabado damos en este número.

Construido en la sangrienta época de los bandos de Salamanca, aquel triste período en la historia de la ciudad, que convirtiéndola toda entera en los dos grandes partidos de Manzanos y Monroyes, encastilló las moradas y enrojeció casi diariamente con sangre de hermanos las calles de la antigua Salmántica, bien deja conocer en sus laboreados tambores, y en la disposicion de toda la fábrica, la segunda mitad del siglo XV en que se levantara.

Del Clavel la llama el vulgo, á la verdad con poco acierto, corrompiendo su verdadero nombre *del Clavero* que llevaba desde muy antiguo, por haberlo mandado edificar don Francisco Sotomayor, clavero de la Orden de Alcántara. Su forma prismática de ocho lados, bien revela el objeto de su fábrica, y que temerosos sus dueños de los contínuos combates que estaban obligados á sostener, quisieron presentar en todas direcciones inespugnable frente á sus enemigos defendiéndose, ó fácil medio por cualquier lado para la ofensa.

La constante tradicion del pais, designa esta torre como la prision que tuvieron los indignos asesinos de la célebre desgraciada doña Inés de Castro; y ya por esto, ya por el venerable carácter de antigüedad con que se alza majestuosa sobre los caseríos cercanos, como mudo testigo de la pasada historia, se ha visto respetada hasta el dia por la destructora piqueta de nuestro utilitario siglo. ¡Quiera el cielo que no parezcan bien sus sillares para empleados en modernas obras, ó que el cálculo matemático no se fije en resolver el problema de lo que pudieran valer vendidos sus materiales! Por fortuna si tal aconteciese, lo cual á la verdad no seria muy estraño, queda su memoria, su exacta copia y su medida en la escuela especial de arquitectura, por cuyos aventajados discípulos fue medida y copiada en la espedicion artística, que con tanta gloria suya como provecho para el arte, hicieron en el año 1854. Deseosos tambien nosotros de perpetuarla la presentamos en el grabado que acompaña, pues es de temer que no muy tarde los planos de aquellos y nuestro dibujo sea lo único que reste de la antigua torre *del Clavero*.

LA CONVICCION.

ODA (1).

Dudé de tí, Dios mio,
Y negué tu infinita providencia,
Y en loco desvarío,
La estúpida impiedad tuve por ciencia,
Y con saber escaso
Tu poder confundí con el acaso.
Y porque en la tormenta
Escuché el trueno, y desgajar la encina
Con furia violenta
Ví el rayo abrasador, y mi ruina
Seguias dilatando,
De tí, clemente Dios, seguí dudando.
Y porque no negabas
Agua á mis fauces, ni á mi pecho aliento;
Ni á la tierra ordenabas
Huyese de mis piés, ni al firmamento
Que me negase el dia,
Mas y mas te ofendí con duda impía.—
¿Quién hizo que tu vista
No volvieses á mí con saña tanta,
Que cual la seca arista
Que el trillo herrado con fragor quebranta,
Mis huesos no crugiesen
Y en menudas astillas se rompiesen?
Tu bondad solamente,
Tan solamente tu bondad, Dios mio:
Padre fuiste clemente,
Yo pródigo hijo fui: temo,—confio,—
Arrójome á tus plantas,
Y con amor inmenso me levantas.
Libres del torpe velo,
Mis ojos en la noche alzo serena
A contemplar el cielo,
Y en su bóveda azul de estrellas llena,
Tu régio manto veo,
Y en él la cifra de tu nombre leo.
Y cuando el sol luciente
Roba á la oscuridad el ancho mundo,
Te invoco reverente,
Y esclamo luego con dolor profundo:
¡Cuánto el hombre delira
Que desconoce á Dios, y al sol admira!
¿A qué seguir, mortales,
Esas sombras de bien, que llaman, y huyen?
Ved: sin mezcla de males
Bienes inmensos que jamás concluyen
Dánse al hombre por fruto,
Que no se iguala con el torpe bruto.
¡Oh! nunca, Dios amado,
Tu infinita bondad mi lengua calle:
Que si el pié ensangrentado,
Hoy cruzo de amarguras este valle,
Brilla en tu confianza
Del sepulcro en la noche mi esperanza.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

Guadalajara, 6 de abril de 1857.

(1) En una de las reuniones que tuvieron lugar en casa del señor Cruzada Villaamil, se leyó esta oda por el eminente escritor don Eulogio Florentino Sanz. El periódico (no recuerdo si fue *La Epoca*) que reseñó aquella reunion, hizo la debida justicia á la entonacion sublime y sentida con que leyó el señor Sanz, y trató con suma galantería al poeta (con este nombre se sirvió honrarnos) que habia escrito la oda.

RELOJES ELECTRICOS.

I.

En la antigüedad, y aun en los primeros siglos del cristianismo, se media el tiempo con cuadrantes solares, en los que por medio de una aguja ó de la arista superior de un plano perpendicular á dicho cuadrante, caia la sombra sobre líneas destinadas á marcar las horas, haciéndose uso tambien de las célebres *clepsidras*, en las que se deslizaba cierta cantidad de agua ó de arena por una pequeña abertura en un vaso, sobre el que estaban trazadas las líneas que indicaban despues cuánto tiempo habia corrido.

Hoy dia, perfeccionados los cuadrantes solares y llevados al terreno de la ciencia, están incluidos en una de las partes mas difíciles de la geometría descriptiva, llamada *gnomonica*; en cuanto á los relojes de arena, escepto limitadas ocasiones, solo sirven como objeto de adorno y de curiosidad.

Con el tiempo, sin embargo, tomóse otro camino para medir aquel, y aunque de una manera tosca, obra mas bien de cerragería, logróse señalar las pulsaciones de la vida con cierta majestad y pública ostentacion. La perfeccion asombrosa de los relojes de torre, por la intervencion de la verdadera mecánica, debida con especialidad á la Inglaterra y á la Francia data efectivamente de muy pocos años.

Pero lo que arrebata la admiracion, lo que atormenta la curiosidad son esos pequeños relojes de *catalina* de *cilindro*, de *áncora*, que los naturales de Otahiti creian insectos vivos, cuya fabricacion es una riqueza para ciertas naciones como la Suiza en que la esportacion anual de relojes asciende de 40 á 50 millones de francos; esos cronómetros de péndulo compensador y sobre todo esa maravilla del arte y la ciencia, esos relojes (uno de los que hemos tenido la suerte de observar no ha mucho en Madrid) que encierran con los últimos adelantos de la física, todo el movimiento celeste.

La electricidad, empero, cuya sublime mision parece ser de hoy en adelante la de prestar un alma á todas las obras de los hombres, ha venido tambien á aumentar con una nueva brillante faz, el asunto de que nos ocupamos.

Los relojes eléctricos difieren esencialmente de los antedichos, en que el motor que en aquellos es un resorte ó es un péndulo, se halla reemplazado en estos por una corriente eléctrica.

Sabido es de todo el mundo, que cuando se somete un hierro dulce á la accion de una corriente eléctrica, la cual se hace pasar por un alambre conductor que se aisla convenientemente, cubriéndole de seda, arrollándole sobre el espresado hierro, este se convierte en un verdadero imán capaz de atraer como ellos, varios metales, entre los que se cuentan principalmente el hierro, el niquel y el cobalto.

Siendo esto así, si sustituimos en el mecanismo de un reloj comun, el péndulo por una pieza de hierro dispuesta de un modo conveniente para que pueda ser atraida por un electro-imán, como ya hemos indicado, abriendo y cerrando alternativamente la corriente, se producirá un movimiento oscilatorio, que por medio de un áncora ó de otro mecanismo, se podrá trasformar y comunicar á voluntad á las demás piezas del aparato.

Por esta sucinta idea, puede comprenderse la diversidad de aplicaciones que es dado hacer de este medio en la relojería, entre las cuales citaremos la verificada en Lóndres en el año 1851 por el célebre constructor inglés, M. Shepherd, que consistia en un reloj que mantenia las vibraciones de su péndulo abriendo y cerrando los circuitos de una corriente galvánica, destinada á dar á poderosos electro-imanes la fuerza necesaria para mover las colosales agujas que indicaban la hora sobre la fachada esterior del fronton en el palacio de cristal.

Mas esta clase de relojes, á decir verdad, no presenta grandes ventajas, considerándolos para funcionar aisladamente. Donde hay una gran utilidad, es en aquellos casos en que se trata de imprimir una marcha uniforme á todos los de una poblacion, de una línea férrea, de dos ó mas observatorios etc. En todos estos casos, es necesario que exista un reloj, á quien designaremos con el nombre de *guia*, en la imposibilidad de encontrar una palabra que traduzca mejor el epíteto de *étalon* que le dan los franceses, cuya marcha sea regular y arreglada al tiempo medio, el cual lleva una pieza especial, destinada á cerrar é interrumpir la corriente. A cada una de estas alternativas, es atraida y repelida la pieza de hierro que sustituye al péndulo en todos los demás relojes de la poblacion ó de la línea; como la velocidad del fluido eléctrico es tal, que recorre muchos miles de leguas por segundo, resulta inapreciable el tiempo empleado en trasmitirse á todos los relojes, lo cual produce en todos estos necesariamente la marcha uniforme que se desea.

Conviene tener en cuenta para el establecimiento de esta clase de relojes, con especialidad en el caso de una via férrea de alguna estension, la diferencia de horas en los diferentes puntos del globo, debida á las longitudes geográficas. Pues si suponemos una línea férrea desde Lisboa á Alicante, cuyas latitudes son próximamente iguales, y cuya diferencia de longitudes viene á ser de unos 8°, siendo por consiguiente la del tiempo medio de 32', resultarian adelantados los relojes de una línea semejante, todo ese tiempo considerable. Este inconveniente no se presentaria en una línea como la de Madrid á Irun, en que vice-versa la diferencia de longitudes es escasa, por mas que sea notable la de latitudes.

Libre del menor obstáculo, exenta de la mas pequeña dificultad, la realizacion de este adelanto en cualquiera



poblacion solo reporta bienes y comodidad á todos sus habitantes.

En Alemania existen algunas de estas aplicaciones de la relojería eléctrica; en la esposicion de París (1855) se presentó un magnífico *étalon* que presidia á la marcha uniforme de mas de veinte relojes; en España se cuenta un reloj eléctrico en Jerez de la Frontera y algun otro en Barcelona; sin funcionar existe un magnífico modelo en el Instituto industrial de Madrid.

A propósito de Madrid y de relojes. Los relojes públicos de la muy heróica villa y córte tienen la rilámonica costumbre de abusar de los *ad libitum* que es un portento; lo que no es decir que suelan andar acordes.

Esto entre otras muchas, reporta las siguientes ventajas.

Si habitais en un sitio desde el cual desgraciadamente se oyen varios relojes, os encontrais poco mas ó menos como el que vive en un paraje donde no se oye ninguno. En cambio disfrutais gratis y continuamente de una insoportable caja de música, y estais espuestos, por muy mundanos que se os suponga, á la misantropía, al suicidio, á la mono-manía religiosa, que sé yo; tanto influye á la fuerza en el ánimo mas despreocupado, ese incesante *morir tenemos*, que los monjes de la Trapa solo repiten á sus horas, á pesar de todo lo fúnebre de su institucion.

Si váis á un negocio urgente, algo lejos de donde os encontrais, os puede suceder (como nos ha sucedido mas de una vez á nosotros) atravesar la distancia que separa uno, dos, tres, cuatro relojes públicos, encontrando la misma hora en los primeros y acaso realizado el prodigio, segun la que marca el último, de que vuestra progresion se debe medir por una cantidad negativa, puesto que despues de haber recorrido toda la capital, es mas temprano que cuando salisteis de vuestra casa; pero aun hay mas, cuando en vista de esa especie de milagro póstumo os llegais á figurar en vuestra acalorada imaginacion que habeis resuelto, sobrepujando en velocidad, el problema de la direccion de los globos, de repente resulta ¡horror! que aunque perteneceis á los bípedos, se os puede comparar con el cangrejo, y lo que es peor, que llegais tarde, bastante tarde á lo que teníais que hacer.

En suma, merced al desacuerdo de los relojes matritenses, se pierde un tiempo precioso en muchas ocasiones; fracasan en no pocas, asuntos de todo género y es hasta irrisorio que nadie pueda estar seguro de la verdadera hora, salvo los que posean suficiente *valor* para vivir hácia los desiertos de la ex-puerta del sol.

Estableciendo el sistema de relojes eléctricos que hemos espuesto, de los que el mismo de la Puerta del Sol podria servir de étalon, se evitarian bastantes dudas, proporcionando muchos beneficios, al par que una belleza nada comun al *artístico* pueblo de Madrid, tanto mas, cuanto que si importan millones á granel *obras que no queremos calificar*, esta no costaria apenas nada, pues hasta las pilas destinadas á prestar la corriente no necesitan grande energía, al contrario de lo que sucede en otros aparatos eléctricos.

CASTREÑO.

INSTRUCCIONES DE UN ARTESANO

Á SU HIJO, AL PARTIR PARA UN VIAJE POR PAISES ESTRANJEROS.

Hijo mio: un buen oficio es un tesoro. Podrás llamarte rico mientras no tengas deudas apuntadas en los libros de los demás y cuentes un ochavo en tu bolsillo.

Dios bendijo mi trabajo. Empecé sin un cuarto, y hoy dia me encuentro con bienes y considerado de los demás.

La mayoría de los trabajadores, cuando no les falta el jornal del dia, no conocen la necesidad de perfeccionarse en el oficio. Para esto conviene viajar.

Pero para viajar con exito no se debe dejar pasar nada sin verlo bien y sin preguntar: ¿para qué sirve esto? ¿Cómo se hace esto otro?

Si no viajas de este modo tanto valdria quedarte en casa. Verás árboles verdes, casas blancas, hombres que van en dos piés: todo lo cual tambien lo tienes aquí.

He visto muchos artesanos que habian vivido largo tiempo en las grandes poblaciones y que no conocian de París mas que los boulevares y el Palais royal; de Strasburgo la hermosa torre, etc.

A la manera que se puede juzgar de las buenas ó malas cualidades de un hombre por su fisonomía, tambien hay muchas ciudades y villas en las que por su aspecto esterior se puede juzgar del resto.

Cuando veas un pueblo que tiene muchas tabernas, puedes estar seguro de hallar poca economía y poca felicidad doméstica; pero en cambio encontrarás muchos holgazanes y muchos bribones.

Si no ves á los labradores en los campos desde la salida del sol, puedes estar seguro de encontrarlos en la taberna mucho despues de anochecido.

Donde oigas á menudo tocar á fiesta las campanas, échate muchos cuartos en el bolsillo, que te harán falta indudablemente para los pobres.

Aquella ciudad en que durante el dia se ven coches muy bonitos y que no tiene faroles de noche, se parece á una muchacha coqueta con su vestido de seda y la camisa llena de girones.

Donde no hay leyes, tus puños te servirán de fiadores. En donde á cada paso encuentres bandos y ordenanzas, guárdate de alguaciles y escribanos.

La ciudad donde crece la yerba en las calles y el país donde los caminos están llenos de baches, nada promete para el que busca trabajo: sigue tu camino y no te detengas.

Cuando veas muchas mozas pálidas y flacas, señal de que hay muchas salas de baile y poco trabajo.

Donde veas entre semana muchas partidas de campo, guárdate de las quiebras y bancarrotas.

No vaya á juzgar de la piedad de una poblacion por el número de sus campanarios; ni de la de una aldea por la riqueza de su iglesia; ni de la fortuna de un hombre por su levita y su bota de charol; ni por la muestra de un ventorrillo, que tiene buen vino y buena cerveza. Casi todas estas cosas sirven para engañar á los hombres cándidos. La verdadera piedad es modesta y tranquila; el mas sencillamente vestido suele ser el mas rico; el buen vino no necesita muestra, y el buen paño en el arca se vende.

Si quieres vivir en un país dichoso, busca aquel de que hablen menos los periódicos.

Donde los labradores son groseros y no saludan á nadie, cumplen los bueyes mejor sus deberes en el pesebre, que el dómine en la escuela. Si los labradores saludan á los señores inclinándose hasta la tierra ó besándoles las manos, señal de que hay algun tiranuelo en la poblacion, y si este no te pilla entre sus garras, de seguro te han de engañar sus esclavos.

Para saber si una poblacion es grande ó chica, no hay necesidad de dar vuelta á la ronda, ni de subirse al campanario. Observa en las calles si se conocen muchas gentes y si se hacen muchas cortesías. Cuantas mas sean las sombreradas, mas pequeño es el pueblo.

Si llegas á pasar por un país con buenas calles de árboles y particularmente frutales, donde no se vean campos baldíos, ni tierras del comun de las que nadie se aproveche porque pertenecen á todos; en donde se acoge cordialmente á los forasteros; en donde los mendigos no obstruyen las plazas; donde las escuelas y los hospitales sean los edificios mas elegantes, allí puedes detenerte, hijo mio; has llegado á un país habitado por gente honrada, de buena cabeza y con su corazon bien puesto.

Si por el contrario ves muchas chozas miserables agrupadas alrededor de un magnífico castillo, pasa y no te detengas ni un instante porque allí se llora amenudo.

Desconfía de aquellos sitios en que se arregla todo al final de una comida, ó en que no pasa una noche de invierno sin jugar á los naipes. No debe ser el estómago quien mande á la cabeza.

Para que todo marche bien en un país, no es necesario que la autoridad se ocupe demasiado de las pequeñeces, porque entonces es prueba de que descuida las cosas grandes.

Aun cuando no te lo haya dicho todo, basta con esto para que sepas poco mas ó menos sobre qué es lo que has de parar tu atencion.

Sigue mis consejos. Pregunta mucho, responde claramente y en pocas palabras: fíngete mas ignorante de lo que eres en realidad, para que todos se complazcan en instruirte.

Elogia todo lo que te parezca bueno; pero no critiques lo que te parezca ridículo; este es el modo de captarse las voluntades.

Durante todo tu viaje procura ser laborioso, sobrio, piadoso, discreto, modesto, perseverante; da pruebas de valor cuando llegue el caso, y al volver á tu casa serás querido y estimado de todos.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

»Habiendo atravesado el Atlas en el mes de diciembre, pude hacer muy pocas observaciones acerca de sus árboles y plantas. En la primavera abunda en producciones muy curiosas, y el botánico pudiera reunir allí una de las colecciones mas ricas del mundo.

»Abundan tambien allí las minas de hierro; los moros aseguran que tambien las hay de oro; pero de esto no tengo certidumbre alguna. Si hemos de atenernos á los rumores populares, han existido asimismo volcanes en actividad, en diferentes épocas. Si es cierto que en las regiones del Atlas se esconden minerales preciosos, bien puede asegurarse que permanecerán sin esplotacion mientras el Imperio de Marruecos esté habitado por un pueblo indolente y haragan.»

El Atlas está lleno de leones, tigres, lobos, jabalíes y serpientes monstruosas; pero estas fieras no abandonan sus guaridas sino cuando el hambre las hostiga, en cuyo caso bajan á los valles en busca de una presa: esto sucede en los inviernos muy duros. No obstante, no siempre esperan el mal tiempo para esparcir la alarma por el país. Lemprieres vió matar un enorme tigre en el mes de diciembre, muy cerca de Tarudante. Los árabes alejan estos terribles vecinos, encendiendo de noche grandes hogueras. A su paso por el Atlas, Lempieres vió algunas águilas de estraordinaria magnitud, que posaban sobre lugares inaccesibles. Cuando se mira atentamente aquellas masas de peñascos suspendidas en el aire á una altura prodigiosa, témese á cada momento que se desplomen con pavoroso estruendo.

El bosque de Orga, que se recorre cuando se viaja por el Atlas, presenta el aspecto mas agradable, merced á la variedad de su vegetacion, en la que gratamente descansa la vista, cansada de la esterilidad del resto de las montañas del país, porque los valles y las llanuras ofrecen un aspecto del todo diferente: allí se encuentran jardines llenos de árboles frutales, y cubiertos de verdor en diciembre. Cuando Lempieres pasó por aquellos lugares en la estacion mas rigurosa del año, la temperatura en aquellos valles y llanuras deliciosas era tan benigna, que multitud de pajarillos hacia oir sus alegres gorjeos sobre el naranjo y el olivo, como en los hermosos dias de la primavera, y el agua mas cristalina, cayendo en cascadas desde las crestas de las montañas, se derramaba por las campiñas, para fertilizarlas y embellecerlas. Este espectáculo de una eterna primavera, sucediendo casi inmediatamente á horrorosos desiertos y áridos precipicios, era muy á propósito para exaltar la imaginacion mas fria.

Algunas cabañas próximas unas á otras, forman las aldeas de la montaña, que están habitadas por una especie de hombres diferentes de los moros y los árabes; estos hombres, que ya hemos citado, se llaman *Brebes*, y son los verdaderos naturales del país, que en la época de su conquista por los moros, huyeron á las montañas, donde han conservado siempre su independencia. Cada aldea está bajo el gobierno de un *saikc*, como los campamentos árabes. Los *Brebes* eligen el jefe de su respectiva aldea, al paso que el de los campamentos árabes es de nombramiento imperial.

Los *Brebes* son muy robustos, y tienen las facciones muy pronunciadas; son hombres sufridos y avezados á la fatiga, y pocas veces cambian de lugar. Aféitanse la parte superior de la cabeza, y se dejan crecer los cabellos en la posterior. No usan camisas ni pantalones; una especie de túnica de lana sin mangas, ceñida con un ancho cinturon, constituye su vestido. Los *Brebes* no conocen mas pasatiempo que la caza, pues manejan perfectamente un fusil y son escelentes tiradores. Para mostrar su destreza, arrojan al aire su arma con todas sus fuerzas, y la cogen al caer, con gran agilidad. En su fusil reconcentran todos sus afectos, y emplean gustosos, siempre que pueden, sesenta ú ochenta ducados en engastarlo en plata y marfil.

Su principal ocupacion, despues de la caza, es el cultivo de sus valles y el cuidado de sus rebaños; hacen, ademas, un gran comercio de pieles, especialmente desde que estas han adquirido cierto valor en Europa.

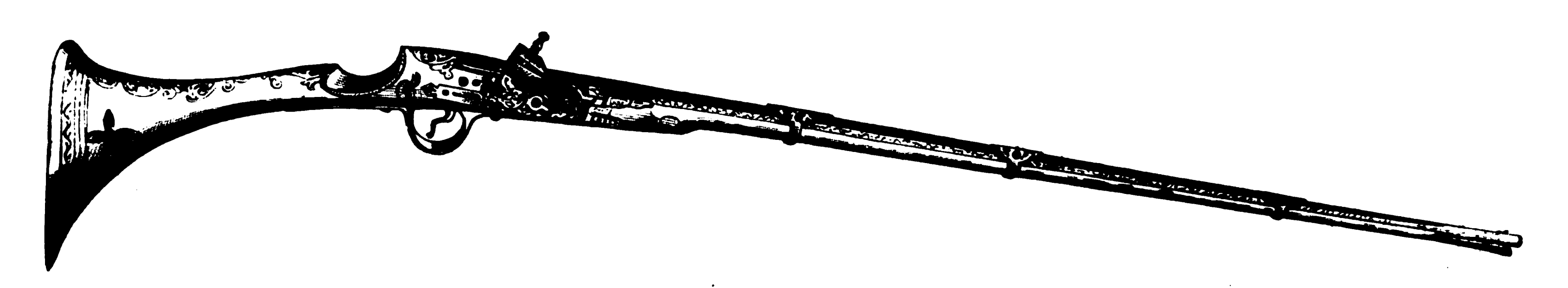
Los *Brebes* tienen sus mercados, á los que acuden á vender sus rebaños y cambiar sus mercancías. Se han asociado á la religion y las costumbres de los moros, pero han conservado su antigua habla; asi es que los moros se ven obligados á recurrir á intérpretes, en su tráfico con ellos. Hay *Brebes* que viven en estado salvaje y habitan en las cavernas de las montañas. Esta raza es bastante numerosa para causar una constante inquietud al gobierno. Estos pueblos acceden ó se niegan á pagar los tributos que se les imponen, segun su voluntad. Pocos años antes, á consecuencia de una insurreccion que estalló entre ellos, el emperador habia enviado un ejército para someterlos, pero no pudo compelerlos al pago de las contribuciones; todo lo que consiguió fue dispersarlos. En aquellas montañas, un ejército es del todo impotente, pues tiene que habérselas con gentes acostumbradas á trepar con gran ligereza por peñascos inaccesibles, que les ponen fuera del alcance de la persecucion de los soldados.

Como los judíos penetran en todas partes, han construido tambien algunas aldeas en el Atlas, donde se entregan á obras menudas de mecánica útiles á los *Brebes*, y en las cuales estos les obligan á trabajar. En ninguna parte del mundo están los judíos tan esparcidos como en Berbería; y sin embargo, en ninguna se ven tan oprimidos.

La vista del Atlas consoló un poco á nuestro observador, de los trabajos que hasta entonces habia sufrido; en efecto, aquellas masas enormes, que parecian perderse en el firmamento; aquellos precipicios á manera de abismos sin fondo; aquellos numerosos rebaños de carneros, de machos cabríos y cabras, que desde el fondo de los valles trepaban por montañas cortadas á pico, en busca de alimento; aquella cubierta de verdor que tan singularmente resaltaba sobre la esterilidad que en derredor se estendia: todos estos contrastes tan pintorescos formaban uno de esos raros y magníficos espectáculos que desligan el alma de los lazos de la materia, y la hacen volar por las superiores regiones de desconocidos mundos.

El 7 de diciembre Lempieres se despidió por última





ESPINGARDA QUE USABA MULEY-ABBAS CUANDO ERA NIÑO, ENVIADA POR CONDUCTO DEL GENERAL DON ENRIQUE O'DONNELL A SU ALTEZA REAL EL PRINCIPE DE ASTURIAS.

vez de las montañas y valles, para adelantarse por la vasta planicie en que está situada la ciudad de Marruecos, á dia y medio de camino; y el 8 del espresado mes, á mediodía, entró en la capital del Imperio, despues de un viaje de ciento veinte y cinco millas. Alojóse en el barrio de los judíos en una habitacion bastante regular, no dudando que el emperador, al tener noticia de su llegada, le enviaria la órden de presentársele; pero tuvo todo el tiempo que quiso tomarse, para prepararse á esta visita. En la impaciencia que le causaba una espera larga y enojosa, se preguntaba muchas veces á sí mismo la causa ó razon que habia movido al emperador á hacerle salir con tanta precipitacion de Tarudante, para olvidarse de él, asi que se puso á sus órdenes.

En el barrio de los judíos habia un convento de religiosos españoles establecidos allí hacia muchos siglos, para el rescate de cautivos; estos religiosos hicieron al doctor todos los ofrecimientos de servicios posibles, pues le consideraban como á un compañero, porque ellos tambien cuidaban gratuitamente á los enfermos marroquíes, á los cuales prescribian y daban los recursos farmacéuticos que necesitaban. Las relaciones entre aquellos religiosos y el médico británico no llegaron á ser tan intimas como sin duda lo hubieran sido en otro caso, á causa de la dificultad de entenderse recíprocamente, pues unos ignoraban el inglés, al paso que el otro ignoraba el español. Lemprieres hace grandes elogios de aquellos religiosos, condenados por la mision que voluntariamente se habian impuesto, á pasar su vida en aquel país, á merced del capricho del bárbaro dueño que les hacia sufrir las mas duras humillaciones, y que ademas se encargaban de dar alguna instruccion á los hijos de los desgraciados.

Esperando á que el emperador le llamase, el doctor se entretenia en visitar los diferentes barrios de la ciudad; pero esta curiosidad tan natural le esponia contínuamente á las injurias del populacho. Vamos á trasladar aquí sus observaciones acerca de Marruecos, tal como era en su tiempo.

Esta capital está á ciento veinte y cinco millas al Norte de Tarudante, á noventa al Oriente de Mogador, y á trescientas cincuenta al Mediodía de Tánger. Está situada en una hermosa llanura limitada por una cadena de montañas de mediana elevacion; y hácia el Mediodía y el Oriente se ven alzarse á veinte millas de distancia, las gigantescas cumbres del Atlas. Las inmediaciones de Marruecos están bien cultivadas, y hay en ellas estensas plantaciones de palmeras y de toda clase de arbustos, en tanto que muchos arroyuelos que bajan de las montañas, riegan y fertilizan la llanura. A cinco millas al Mediodia de la ciudad, hay un vasto jardin cubierto de olivos, que el emperador hace cultivar con gran esmero, porque es un lugar de paseo muy agradable.

Aunque Marruecos es la mayor de las capitales del Imperio,—las otras dos son Fez y Mequinez,—nada, sin embargo, presenta de notable sino la estension y el palacio imperial. Una gruesa muralla la rodea en una circunferencia de unas ocho millas; este recinto está flanqueado por robustas torres cuadradas, y rodeado de un ancho foso. Marruecos no tiene un solo cañon montado sobre cureña; y sus puertas, que por lo regular se cierran todas las noches, están formadas de grandes arcos de estilo gótico.

La poligamia, permitida por la religion de Mahoma, impide que se pueda calcular exactamente la poblacion de esta ciudad. Despues del palacio imperial, las mezquitas son los únicos edificios públicos de que puede hablarse, aunque realmente nada tienen de magnífico. Solo una es de piedra, y tiene una torre muy alta que se descubre á larga distancia de la poblacion. A semejanza de las calles de la mayor parte de las ciudades del Oriente y de Africa, las de Marruecos son estrechas, sucias y mal alineadas. A cada paso se encuentran casas abandonadas y ruinosas. Las de mejor aspecto son de *taby*, y están rodeadas de jardines.

Lempricres pudo advertir que la casa del effendi ó primer ministro, muy superior á todos los edificios de arquitectura moruna, era una de las mas hermosas de Marruecos; tenia dos pisos, contra la costumbre del país, y las habitaciones, dispuestas con gusto, daban, en el piso bajo, á un patio cubierto de ladrillos blancos y azules, y en cuyo centro manaba una bellísima fuente. Un largo balcon, adornado con una balaustrada pintada de muchos colores, adornaba el primer piso, y á él daban salida todas las habitaciones. Baños calientes y frios reunian en esta vivienda todo cuanto en materia de comodidades y recreo puede apetecerse.

Una dilatada galería de forma abovedada, muy estrecha y pavimentada de azulejos de diferentes colores, conducia á un gran pabellon levantado en los jardines del ministro; el fondo de este pabellon era todo de espejos. Ricos tapices, hermosos espejos y relojes de gran valor adornaban todas las habitaciones; los techos estaban pintados. Esto era, en tiempo de Lempricres, lo único que podia atraer la atencion del viajero, en medio de una gran ciudad, pero miserable y desierta, relativamente á su estension.

La *Elcaisseria* es el barrio en que se venden los ricos géneros y todas las mercancías preciosas. Las tiendas están abiertas en la pared y dan á la calle. El mercader, sentado con las piernas cruzadas, tiene todas las mercancías al alcance de su mano y las coge sin cambiar de posicion, mientras el comprador permanece en pié en la calle. Estas tiendas son, como se ve, verdaderos nichos, como todas las que se encuentran en las ciudades de Marruecos; su mera descripcion basta para hacer formar una idea de la indolencia de los moros.

Hay tres mercados diarios en diferentes barrios, y dos ferias semanales para los ganados y caballos, siendo las reglas á que se ajusta su venta, las mismas que en Tarudante. El agua de las fuentes se distribuye por la ciudad al través de conductos de madera.

El palacio del emperador es inmenso, pero se halla en mal estado; sus muros abrazan un espacio de cerca de tres millas de circuito, dentro del cual hay una mezquita edificada por Muley Abdallah, padre de Sidi-Mohamed. Sobre esta mezquita hay tres voluminosas bolas, que, segun se dice, son de oro macizo; pero como á nadie se permite subir á la torre donde están colocadas, es preciso creer sobre su palabra á los que cuentan tales fábulas.

Atendida su inmensa estension, el palacio es por sí solo una ciudad; todos los que desempeñan cargos públicos y empleos en la córte viven en él; el *alcade* ó intendente que en él manda, es independiente del gobernador de la ciudad. Fuera del recinto del palacio, entre la ciudad y el barrio de los judíos, álzanse en el centro de los jardines interiores, muchos espaciosos pabellones destinados á servir de habitacion á los hermanos ó los hijos del emperador, cuando van á pasar algunas temporadas en Marruecos. El techo de estos pabellones es de tejas pintadas, lo que les da á cierta distancia un aspecto de elegancia y buen gusto que pierden cuando se les mira de cerca.

Los judíos, que en Marruecos son muy numerosos, habitan un barrio separado, á las órdenes de un magistrado nombrado por el emperador, y que falla en todos sus litigios. A las nueve de la noche ciérranse las dos puertas de este barrio, y hasta el dia siguiente á nadie se permite la entrada ni la salida.

«Los judíos, dice Lempricres, tienen un mercado particular, y cuando salen de su barrio para ir al de los moros, ó para entrar en el palacio, se ven obligados, como en Tarudante, á ir descalzos.

»La nacion judía paga al emperador una contribucion anual proporcionada á su poblacion; pero se agrava de un modo estraordinario con impuestos arbitrarios.

»Hay judíos en todo el Imperio, al que se refugiaron en épocas en que las persecuciones religiosas los espulsaron de España y Portugal. Muchos están establecidos en los campos, y pueblan, como ya se ha dicho, las fragosidades del Atlas.

»En todas partes se les trata como á seres de naturaleza inferior. En Berbería se ven mas oprimidos; y no obstante, sin ellos no habria industria, ni conocimientos de ningun género, y hasta se viviria con mucha dificultad en el país. Ellos son los únicos que trabajan con inteligencia, á ellos está confiada la direccion de todos los negocios pecuniarios y mercantiles, sin que se les permita intervenir en el manejo de los negocios públicos. Ellos entienden ademas en el cambio de las monedas.

»A pesar de todos los servicios que hacen á los moros, estos los tratan peor que á sus animales Yo los he visto maltratar hasta el punto de temer que espirasen bajo los golpes. Sus quejas son inútiles, y como no esperan obtener justicia alguna, se vengan de la opresion en que gimen, engañando cuanto pueden á sus opresores; así es que á consecuencia de las injustas persecuciones, casi todos son hombres sin principios ni probidad.

»En casi todo el Imperio los judíos viven separados de los moros, y disfrutan del libre ejercicio de su religion. Algunos abandonan el judaismo por la fe de Mahoma, sin otro móvil que la esperanza de ser menos maltratados. Estos apóstatas gozan de todos los privilegios de los fieles creyentes, pero por lo regular son objeto del desprecio.

»Los judíos hablan bastante bien el español en los puertos de mar, especialmente en Tetuan y Tánger; en Marruecos, Tarudante y todas las demás ciudades del interior solo se entienden el árabe y un poco el hebreo. Sus costumbres son las mismas que las de los moros, de los que solo se diferencian en los ritos religiosos, que siguen con mas supersticion que los judíos europeos. Su traje es tambien igual al de aquellos, pero el color es siempre negro, basta en el gorro y las sandalias, y reemplazan el *haick* moruno por una especie de manto de lana negra, al que dan el nombre de *alberoce*.

»No pueden salir del país sin autorizacion del emperador; tampoco pueden usar armas ni montar á caballo, pues solo se les permite cabalgar en mulas. Los moros creen que el caballo es un animal demasiado noble para ser montado por semejantes infieles.

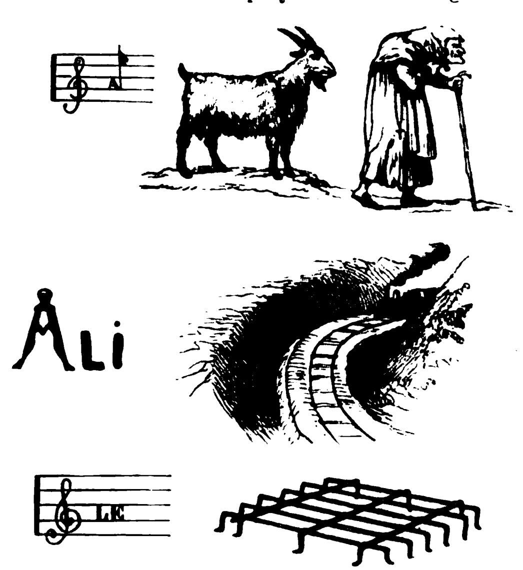
»El vestido de las judías algo acomodadas, consiste en una camisa de lienzo fino, cuyas holgadísimas mangas llegan al suelo cuando no están levantadas; encima de la camisa llevan un *caftan*, especie de túnica muy cumplida, de paño ó terciopelo, plegada por bajo del talle, y que cubre todo el cuerpo, á escepcion del cuello y del pecho. Las judías de Marruecos esmeran un poco mas su traje que las de las restantes ciudades, y usan bordados de oro en el borde de su caftan. Debajo de este usan el *geraldittor*, ó corpiño de un hermoso paño verde, bordado por lo regular de oro en su parte inferior, y ajustado á la cintura por un ancho ceñidor de seda y oro que hace resaltar el talle, y cuyas estremidades cuelgan airosamente por detrás. Las casadas salen siempre cubiertas con su *haick*.

(Se continuará.)

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Al enfermo cura el tiempo y lo achacan al ungüento.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 16. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 15 DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Varias partidas carlistas se han levantado en diversos puntos de la península por consecuencia de la sublevacion Ortega; pero todas ellas insignificantes, de tal suerte, que los jefes principales de unas han caido en manos de la justicia y las otras vagan dispersas buscando los medios de ocultarse y desaparecer sin riesgo. La intentona de Ortega se ha disipado como el humo: Ortega y todos los que le acompañaban en la conspiracion de las Baleares y San Cárlos de la Rápita, han sido presos y están sujetos á formacion de causa, escepto los hermanos don Cárlos y don Fernando de Borbon, ex-infantes de España, que guiados por don Jaime Mur, coronel carlista muy conocedor del país, se hallan escondidos esperando ocasion de ganar la costa ó atravesar la frontera. El gobierno tiene la seguridad de que estos personajes han entrado en España, pues se han cogido sus equipajes, y sabe tambien que hasta ahora no han podido salir de ella, por lo cual los hace buscar con empeño.

La presencia de don Cárlos y don Fernando al lado de Ortega demuestra que el plan de la sublevacion tenia vastísimas proporciones; pues nunca personas de esta importancia, una de las cuales se cree nada menos que rey legítimo de España, aventuran su dignidad y su persona en empresas pequeñas. Entre los presos se halla tambien el general carlista Elio, que si bien habia conspirado desde que se refugió en Francia en 1839, jamás se habia arrojado á entrar en la península: otra prueba de que el plan debió parecerle esta vez mejor combinado y de éxito mas seguro que los anteriores.

Segun aparece de los partes oficiales, Ortega no tuvo tiempo de dar grito alguno ni de levantar bandera de ninguna clase; sin embargo, su complicidad con el jefe y personificacion del carlismo está plenamente probada por las cartas que se le han ocupado y por la presencia misma de los ex-infantes y su general favorito.

Segun las noticias que últimamente ha recibido el gobierno, Cabrera que se hallaba en Londres habia manifestado la intencion de venir á España á salvar á su rey; y segun un periódico, la reina Cristina y el general Narvaez, que se hallan en París, habian tenido una conferencia y acordado venir tambien á España á salvar á la reina, en el caso de que la sublevacion de Ortega se propagara. La noticia de haberse disipado por esta parte el peligro, hizo innecesarios los esfuerzos de la reina madre y del general Narvaez; pero Cabrera por su lado parece que ha creido indispensables los suyos, pues se embarcó en Londres para Cette, y se supone que de Cette ha salido para nuestras costas. Sin embargo, el gobierno no tiene aviso de que haya podido tomar tierra en ellas, aunque está preparado y ha remitido sus señas á todas partes.

La esposa y el hijo de Ortega, que como alférez de caballería ha hecho la guerra en Africa, han venido á Madrid para implorar del gobierno la clemencia en favor del encausado. Tambien se hacen esfuerzos por salvar la vida de Elio y del hijo del conde de Sobradiel, ayudante de Ortega, aprehendido con este. Entre tanto han sido fusilados en Vizcaya los carlistas que fueron hechos prisioneros en número de tres ó cuatro. Sensible es este derramamiento de sangre, como lo seria cualquier otro. El espíritu del siglo se opone á semejantes sacrificios, aunque la ley los autorice y aunque á veces parezca que las circunstancias los exigen.

Comienzan á venir á la península nuestros valientes de Africa: ya han llegado algunos regimientos de artillería, infantería é ingenieros con el material sobrante y especialmente con los trenes de sitio. Quedan sin embargo en Tetuan, en los fuertes de la Ria y en el Serrallo fuerzas suficientes para atender á todas las eventualidades. Se dice por los que vienen de allá que los moros se prometen tener satisfecha su indemnizacion y recobrada por consiguiente Tetuan para el mes de mayo. No obstante, mientras se completa el pago permanecerán en la ciudad y sus inmediaciones de diez y ocho á veinte batallones con su correspondiente dotacion de caballería y artillería.

No hay que decir que los valientes de Africa han sido recibidos en todas partes con sin igual entusiasmo. Aunque no se ha hecho una entrada, digámoslo así, oficial, á la simple noticia de que entraba el otro dia en Madrid un regimiento, se colgaron los balcones de la carrera, toda la poblacion acudió á saludar y victorear á los soldados, se les echaron coronas, se les dieron vivas sin cuento, y la multitud se agolpaba á abrazarlos y obsequiarlos de tal suerte, que su marcha desde la estacion al cuartel duró varias horas. El dia en que todo el ejército haya vuelto al seno de la patria será de gran júbilo para el país, ansioso de volver á ver á sus hijos despues de tantas penalidades y fatigas.

Todo ejército, como toda parte de la humanidad, como la humanidad misma, se divide en afortunados y desdichados, y cuando ha esperimentado los azares de una ruda campaña y ha dejado bien puesto el honor de su bandera, acoge con gusto la paz y en este deseo convienen todos: los afortunados para volver á su patria á gozar de su fortuna, los desdichados porque han perdido la esperanza de mejorar de suerte en la guerra. Una vez fuera de cuestion el honor del país, cada cual vuelve los ojos á si propio y es natural que desee lo que mas le conviene.

Los periódicos estranjeros y los nacionales traen ya el testo de la bula de ex-comunion lanzada por el Papa contra los autores, promovedores y adictos de la union de las Legaciones al Piamonte. Este documento viene acompañado de una protesta firmada por el cardenal Antonelli, secretario de Estado, en que se invita á las potencias de Europa á que defiendan el poder temporal del Padre Santo sobre aquellas provincias. Siguen las protestas de Suiza contra la anexion á Francia de los territorios neutrales de Saboya llamados el Chablais y el Faucigny. Esta cuestion nos parece que será objeto de las deliberaciones de un Congreso europeo, si hemos de creer las promesas que segun dice el gobierno sardo ha hecho solemnemente el francés. Por lo demás, las tropas francesas continúan en Roma, y de las napolitanas aun no hay noticia de que hayan desocupado la Umbría y las Marcas como se habia dicho. Ha empezado á hacerse mencion del *deseo* de la Sicilia de unirse á la Inglaterra, y aunque la noticia parezca inverosímil, no estrañaríamos que saliese verdadera. La moda puede mucho en este siglo, y la de las anexiones está como suele decirse *haciendo furor* en Europa. El sufragio universal resuelve ahora todos los inconvenientes.

Sin aludir á nadie, porque no es ese nuestro ánimo, y respetando todos los poderes constituidos y por constituir, pasados, presentes y futuros, diremos que el sufragio universal es hoy dia como el magnetismo: una gran verdad y un maravilloso descubrimiento de que se han apoderado los charlatanes.

La asociacion de beneficencia domiciliaria de Madrid ha publicado una Memoria sobre el resultado de sus pia-

dosas tareas en el año último. Nosotros que creemos que la mejor forma de la caridad es la que facilite auxilios al pobre en su domicilio, no cesaremos nunca de recomendar esta clase de asociaciones, de estimular su celo y de elogiar á sus individuos. Creemos que con el tiempo estas sociedades vendrán á sustituir á los hospicios y hospitales en que hacinados los mendigos y los enfermos se producen tal vez mas daños á la sociedad que los que se tratan de evitar. La mendicidad es una especie de inmundicia que fermenta cuando está acumulada y que solo puede curarse, ó por lo menos minorarse aislando y aliviando individualmente á los indigentes, separándolos del contacto de otras miserias, como se separa una llaga de otra llaga, y dándoles medios de elevarse por sí sin fomentar jamás el abandono, el desaliento, la pereza y la negligencia.

La asociacion de señoras, á que nos referimos, paga este año ciento ocho lactancias á los hijos de otros tantos pobres imposibilitados de criarlos. Ha socorrido en el año último á domicilio á setecientos noventa y nueve enfermos; ha proporcionado auxilios á doscientos para tomar baños de mar; y ha costeado un título de maestra, seis matrículas para diferentes carreras y veinte y cuatro viajes á familias, que saliendo de esta capital podian mejorar de situacion. Reciban, pues, las señoras que componen la asociacion nuestros sinceros parabienes.

Tambien debemos elogiar el desprendimiento del prestidigitador Herrmann que despues de haber dado varias funciones en favor de los heridos de Africa, ha regalado para el mismo objeto varios tapices de valor que se han mandado rifar. Damos en este número el retrato de Mr. Herrmann.

La festividad de Pascua ha vuelto á abrir los teatros. Ya hemos dicho que á escepcion de la *Zarzuela* y el *Príncipe*, todos arrastran una vida lánguida y trabajosa, efecto de muchas causas que en este momento no entramos á averiguar. En *Jovellanos* se representa con buen éxito la zarzuela los *Circasianos*, de música agradable y de libreto mucho menos absurdo que el de otras que han gustado y sido aplaudidas en gran manera. La primera noche fueron llamados los autores á la escena en el segundo acto; pero el público estuvo algo mas frio en el tercero. Buenas decoraciones, bellos trajes, argumento que no carece de interés, música que entretiene si no deleita, todo esto hallamos en los *Circasianos*. La ejecucion, regular solamente en la primera noche, se va perfeccionando en las sucesivas.

El *Príncipe* ha puesto en escena una traduccion del señor Catalina con el título de *Por derecho de conquista*. Esta comedia ha agradado al público, que acude todas las noches á oirla. El *Circo* nos ha ofrecido una comedia del señor Mendialdua, con el título de *¿Quién es él?* Su éxito fue regular como la entrada de la primera noche: donde hace frio ¿cómo aplaudir con calor?

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

PUERTA DEL VINO.

(GRANADA).

Al terminar la difícil pendiente á que da paso la puerta judiciaria, entrada principal de la renombrada Alhambra, y ya cerca de la plaza *de los Algibes*, encuéntrase á la diestra mano ocupando un espacio de seiscientos piés, un cuadrado templete, parte de otra puerta que existia de análoga forma á la judiciaria, pero de la cual solo queda aislado el pórtico que forma el referido templete, abierto á los dos lados E. y O., con labores cortadas en la piedra el primero y precioso mosaico de azulejos en el segundo. La fachada principal, que es la que se encuentra tallada en piedra, está limitada á manera de granda *arrabáa*, por dos delgadísimas columnas relevadas, que se elevan á toda la altura de la portada, alzándose en el centro el característico arco de herradura, sobre cuya piedra central se ve grabada la emblemática llave, y corriendo por encima de él una faja formada de moriscos dentellones cual si fuesen estremos de radios convergentes á los centros del arco. Preciosos agimeces de esbeltas columnitas se alzan sobre las cornisas de las fachadas por ambos lados como las habria en el frente que mira á la plaza de los Algibes, cerrada hoy, pero que debió formar otra fachada, y en el lado que oculta el moderno caserío. En las que subsisten, aunque lastimosamente mutiladas, léense inscripciones, cuya traduccion con todo acierto hecha por el distinguido arabista, tan ilustrado como modesto jóven don Emilio Lafuente Alcántara, ofrecemos á nuestros lectores.

Sobre el arco de la puerta en caracteres africanos y en tres líneas.

«Me refugio á Dios huyendo de Satanás apedreado (1). En el nombre de Dios clemente y misericordioso. La bendicion de Dios sea sobre nuestro señor y dueño Mohammad (Mahoma), y sobre su familia y compañeros:

(1) En el Koran se da frecuentemente á Satan el nombre del *apedreado*, porque segun una tradicion arábiga, Abraham le ahuyentó á pedradas cierto dia que se vió molestado por él con repetidas tentaciones.

salud y paz. Ciertamente hemos abierto una puerta manifiesta (1), para que te perdone Dios tus pecados pasados y venideros, y te otorgue su cumplida gracia, y te dirija por el camino recto, y te conceda su poderoso auxilio (2). ¡Gloria á nuestro señor el sultan Abu-Abdil-lah Alganí bil-lah! ¡Gloria á nuestro señor el sultan Abu-Ab-dil-lah Alganí bil-lah! ¡Gloria á nuestro señor el sultan Abu-Abdil-lah Alganí bil-lah!» (3)

Por el lado opuesto, en una faja que corre de abajo arriba junto al agimez.

«El imperio perpétuo y la gloria permanente...

Es probable que despues dijera «para el dueño de esta obra» como dice en otras inscripciones semejantes.

Entre los adornos, á los lados del agimez.

«La dicha, la felicidad y el cumplimiento de las esperanzas.»

En el mismo lado se halla otra inscripcion totalmente ininteligible hoy.

Tal es la esacta traduccion de las inscripciones que adornan dicha puerta, las cuales por ventura no han desaparecido, sin embargo de la contínua humedad y manchas que sobre ellas y las demás labores de la fachada producen los tiestos ó macetas que con mas amor á las flores que al arte vienen colocando en los agimeces hace muchos años los que habitan la moderna casa construida sobre este elegantísimo templete, precioso resto del arte mahometano español en su tercer periodo á que da nombre la dinastía nazerita, que despues de engrandecer el granadino reino, habia de entregarlo á los poderosos reyes católicos.

El nombre *del vino* con que es conocida esta puerta, y que ha hecho olvidar el antiguo con que la designaron los árabes, procede del privilegio que disfrutaban los vecinos de la fortaleza de la Alhambra de llevar vinos de Alcalá para su consumo, en virtud del cual, se depositaba en el espacio que dejan los arcos del morisco templete, todas las existencias que llegaban de aquel líquido, y allí mismo se procedia á su venta.

El grabado que acompañamos podrá dar aproximada idea á nuestros lectores de la esbeltez y gentileza de dicho monumento, que colocado á la entrada de la plaza donde se encuentra el palacio de Alhamar *el magnífico* parece allí puesto de intento para preparar al viajero á las emociones que la vista del fantástico alcázar ha de producirle.

R.

FRAY LUIS DE LEON (4).

I.

Montados en sendas mulas,
algunos pasos distantes
de un ventorrillo metido
entre rocas y pinares
del áspero Guadarrama,
caminaban una tarde
cuando el sol su frente hundia
tras las sierras desiguales,
dos hidalgos de buen porte,
que, poco á poco acercándose
por diferentes veredas
en el punto de apearse,
y dando á sus escuderos
de las bestias los ramales,
del ventorrillo á la entrada
asi corteses departen:
—Guárdeos Dios (dijo el mas mozo),
señor capitan Bernaldez.
—Y á vos tambien (el soldado
le respondió); pero ¡calle!
¿no estoy viendo á don Luis Ponce
de Leon?... Los brazos dadme.
¡Qué galan, y qué gallardo!
¡Es ya un hombre, voto á sanes!
—Acorte, que aun voy camino
de catorce navidades.
—¿Venís de Madrid?
—Si vengo;
¿y vos?
—Iré, Dios mediante.
Un mi deudo me disputa
ciertas viñas y olivares
que tengo allá en vueso pueblo.
—¿En Belmonte?
—Colindantes,
con la hacienda vinculada
del licenciado Fernandez.
—En la Mancha no hay terreno

(1) Estas palabras pueden manifestar tambien, «te hemos concedido una victoria.»

(2) Koran, era 48, vers. 1.°, 2.° y 3.°

(3) Este sultan, segun el acertado juicio del señor Lafuente, es Mohammad V, añadiendo el mismo señor, que todos los que se llamaban Mohammad, solian llevar por sobrenombre Abu-Abdil-lah. Al. gani bil-lah (contento con Diós era el epíteto honorífico de este rey,- Casi todos los monarcas musulmanes tomaban uno semejante, como *el que confia en Dios, el que pide ayuda á Dios, el que se refugia á Dios*, etc.

(4) Esta composicion es una de las inéditas que forman parte del *Romancero* que principió á leerse en la tertulia literaria del señor Cruzada Villaamil.

que con ella se compare.
Buenas serán esas viñas
y olivos!
—Si vueso padre
don Lope, como letrado,
quiere en el pleito ayudarme,
no dudo que al deudo mio
la demanda he de ganalle.
—Cuánto mi padre os estime
no hay para que yo me canse
en decíroslo; id á casa,
en ella habreis hospedaje
y la honrará tal persona.
—Haréio así, para honrarme.
¿Y doña Inés de Valera?
—Con mi ausencia, inconsolable.
—¿Tan larga ha de ser?
—No es eso;
es ausencia, y es bastante
el serlo, para que sufra
madre tal como mi madre.
—¿Vais lejos?
—A Salamanca.
—Adivino lo restante.
Gustáros han, por mi vida,
las Escuelas, el paisaje
del Zurguén, fresco y florido;
el Otéa, que á la márgen
se sienta del Tórmes claro
porque sus álamos bañe;
la catedral, cuyas torres
se pierden en el celaje;
la plaza, que es maravilla;
los templos innumerables
que de la ciudad ilustre
son gloria, y honor del arte.
Tambien yo arrastré bayetas
en Salamanca, años hace;
gasté mucho, estudié poco,
rondé esquinas, dancé en bailes;
pedí la sopa, y la tuna
corrí por varios lugares.
Mas arrepentíme luego,
dejé á Minerva por Marte,
y aquí me teneis alegre,
sino muy medrado, ni ágil.
—A mí (con perdon sea dicho,
señor capitan) me place
un no rompido silencio,
mas que la voz del combate;
mas la pluma que la espada;
el sosiego deleitable
del estudio, mas que el ronco
son temeroso del parche;
y oir como á Dios bendicen
con sus gorgeos las aves;
las selvas con el murmullo
de su frondoso ramaje;
con sus aromas las flores;
las fuentes con sus cristales;
y, en fin, mas precio, á la verde
sombra de tilos y sáuces,
una escondida cabaña
lejana de las ciudades,
donde vivir ni envidioso
ni envidiado, que de jaspe
y oro, con ánima inquieta,
habitar mansiones reales.»
En esto cerró la noche,
y como ya refrescase,
entró en la venta el mancebo
tras el capitan Bernaldez.

II.

Don Luis Ponce deja el mundo
por la celda; el estudiante
los manteos abandona
por la cogulla de fraile;
y el convento de Agustinos
le abrió sus puertas sonantes,
como el hidrópico avaro
al oro sus arcas abre.
Allí, la frente inclinada
sobre el abismo insondable
de la ciencia, al cielo pide
en sus vigilias tenaces,
para revelarla al siglo,
que su espíritu inspirase.
El cielo inflama su frente,
y de elocuencia admirable
en las célebres Escuelas
brota su labio raudales;
ora del doctor Angélico
la lectura al esplicarles,
ora de los Libros Santos
las páginas inmortales.
Y entonces tambien, entonces
pidiendo tonos suaves,
al de la patria dulcísimo,
tierno, amoroso lenguaje,



y su candor al idilio,
y su pureza al *romance*,
al de Castilla traslada
el Cantar de los Cantares.
Y entonces fue cuando el odio,
cuando la envidia cobarde,
cuando la negra calumnia
de misteriosos rivales,
á la Inquisicion le arrastran,
cerrando tras él la cárcel
porque á la Fé es peligroso
el Cantar de los Cantares.

III.

¡Aprisa, aprisa, verdugos;
aprisa, canalla infame,
ciegos y airados ministros
de ese tribunal salvaje,
que, usurpando á Dios su nombre,
alza al fanatismo altares,
y es vergüenza de mi patria
y horror al siglo mas grande!
Preparad para las víctimas
garfios, potros y dogales,
calabozos bajo tierra,
quemaderos en las calles.
No haya frente sin coroza,
sambenito que no cuadre
á la cándida doncella,
al anciano vacilante,
á los niños y á los mozos,
al mendigo y al magnate.
Y el rojo vapor siniestro
de los inflamados haces,
ilumine el cuadro horrible
de esos festines de sangre.
Clamará la vil materia,
gemirá la débil carne
como velo que se rasga,
como roto vaso frágil;
pero la llama divina,
el espíritu impalpable,
libre, altivo, inteligente...
ese... no podreis ahogarle!
Por eso mientras vosotros
de cerrojos y de llaves,
de sayones y de muros
cercais al sabio, y de ultrajes,
asciende su alma sublime
por la soledad del aire,
y en hondas de luz se baña,
y ve coronada de ángeles
la *Virgen del sol vestida*
sobre ese piélago en que arden
esas lámparas eternas,
esos mil mundos flotantes
que llueven amor y vida
en rocío inagotable.
Y pulsando el arpa de oro,
al blando arrullo del éstasis
canta *la vida del cielo*;
del hombre los tristes ayes
cuando *deja el Pastor Santo*
este hondo y escuro valle;
la paz del campo, y la *noche*
serena, sin anublarse
la austeridad apacible,
tranquila, de su semblante;
sin que le arranque un suspiro
la amargura de su cáliz.

IV.

Ya fray Luis libre respira,
ya del calabozo sale,
y á Valladolid dejando
á Salamanca se parte;
que la Atenas española
le abrió sus brazos, y él sabe
que ha de recibirle en ellos
como cariñosa madre.
En las torres las campanas
zumban sueltas, locas tañen,
y cohetes veloces suben
serpenteando al inflamarse.
Romero, salvia y tomillo
por las Escuelas esparcen;
cuelgan los arcos, y cuelgan
las cátedras venerables
de tapices con historias
que ricos tesoros valen.
El pueblo, como torrente
la universidad invade;
ver quiere al varon insigne,
verle quiere y escucharle.
Visten de fiesta las damas,
de fiesta van los galanes;
y cual bandadas de cuervos
(muchos roto el negro traje)
donde quiera que se mire
allí se ven escolares
de la nobleza mas rancia
y del mas pobre linaje,
apiñados y revueltos
los de España naturales
con flamencos é irlandeses,
italianos y alemanes.
Que el manteo y la sotana,
uniendo las voluntades,
como justo nivel miden
por igual pueblos y clases.
—«¡*Vítor*! ¡*Vítor*!» de repente
grita con voz formidable
un estudianton, y «¡*Vítor*!»
claman todos agitándose,
viendo pasar los doctores
precedidos de timbales,
y á fray Luis llevando en medio
para mejor obsequiarle.
Quien se pone de puntillas;
quién, acémila ó bagaje,
aguanta con mansedumbre
que encima se le encarame
un amigo que bien pesa
(sin la amistad) dos quintales.
De las columnas del patio
pugnan otros por colgarse,
como vivientes racimos
de aquellos pardos sillares.
Y no falta quien del pozo
el ancho brocal asalte,
ó sobre su arco de hierro
serenamente cabalgue;
ni dueñas que no murmuren,
ni viejos que no regañen,
revoltosos que no rian
y bedeles que no rabien.
Y antes que fray Luis principie
su discurso, con formales
palabras, así disputan,
y con gestos y ademanes,
lo que á la leccion del dia
tema dará interesante,
un gramático, una vieja
mas afilada que un naipe
un bachiller en Derecho
y un matriculado en Cánones.
—¿Niegan ucés que le han dado
tortura?
—¡Prudencia, *máter*!
—Mire que de allá la atisban
aquellos dos familiares.
—Yo sé lo cierto del caso.
—Diga el bachiller Ugarte.
—Cinco años ha padecido
en un calabozo.
—¡Cáfres!
—Y aunque el tormento votaron
y de algunas disonantes
palabras de sus escritos
retractacion, por remate
fallaron *que suprimiera*
el Cantar de los Cantares.
—Los dominicos le quieren
mal.
—¡Si no pueden tragarle!
—Y los gerónimos *idem*,
por ciertas rivalidades...
—Es verdad.
—*Concedo*
—*Véritas*
est, némine discrepante.
—Delatáronle de herege,
de luterano, de...
—¡*Sátis*!
—¡Herege fray Luis!... la tierra
á los delatores trague;
malas víboras los piquen,
malas ruedas los devanen.
—Que me holeis á chamusquina.
—Pero, á fé, que fray Luis hable
y confunda á los perversos
que son causa de sus males.
—Harálo así.
—Dios le ayude.
—¡*In te, Dómine, speravi*!
—Ya vereis cómo les pone.
—Venablos va á enderezarles.
—¡Qué será, cuando la historia
de su proceso relate!
—Que van á llorar las piedras,
que contará iniquidades.
—Linda dueña, hablad mas bajo.
—¡Quién pudiera deslizarse
como una anguila, allá dentro!
—¡*Beatus vir* el que se entrase!»
Fray Luis, en tanto, en su cátedra,
abierto un libro delante,
esperando está que la hora
marcada el reloj señale.
Y cuando crée el auditorio
que su lengua se desate,
y contra sus enemigos
rayos fulmine implacable;
de la primer campanada
á las vibraciones graves,
así la leccion comienza
y así la fama lo aplaude:
—«*Como ayer iba diciendo*...»
y en pos de esta breve frase
(que en su sencillez revela
toda una historia de mártir)
su elocuencia, eco del cielo,
blanda, armoniosa, elegante,
corre como manso rio
sin que su pureza empañe
de las humanas pasiones,
copiándose en él, la imágen.
Al acabar el discurso,
abrazos recibe y plácemes
el que es en sabiduría,
en genio y virtud gigante.
Las campanas en las torres
nuevamente locas tañen,
y cohetes veloces suben
serpenteando al inflamarse,
mientras tornan los doctores
precedidos de timbales,
llevando á fray Luis en medio
para mejor obsequiarle.

V.

Hoy de fray Luis las cenizas
en los Agustinos yacen, (1)
como reliquias amadas,
como sagrados penates
de esa ciudad que, aunque llora
su grandeza al derrumbarse,
entre gemidos del Tórmes
y lamentos funerales
de altas sombras que á la luna
vagan por sus soledades;
tiene en sus bosques laureles,
tiene en sus canteras mármoles
para eternizar sus glorias,
y poetas que las canten.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL MAGNETISMO ANIMAL.

A pesar de lo mucho que se ha hablado y escrito sobre el magnetismo animal, vamos á dedicar hoy unas cuantas líneas á tan importante asunto, dando á nuestros lectores una idea de su estado actual, para evitarles recurrir á obras voluminosas que no están al alcance de la generalidad, y en las cuales solo suelen encontrarse los esperimentos hechos por sus autores.

Mesmer (1766) habló en su tésis ***De planetarum influxu***, de la existencia de un fluido que se halla en todas partes, y por medio del cual los cuerpos celestes influyen sobre la tierra y sobre los seres animados. Decia que este fluido sumamente sutil es capaz de recibir, propagar y comunicar el movimiento, y susceptible de flujo y reflujo; que al penetrar en los cuerpos animados, circula especialmente por los nervios; que su accion puede comunicarse de unos cuerpos á otros sin el auxilio de otros cuerpos intermedios y aun á gran distancia, y que cura inmediatamente las enfermedades nerviosas y mediatamente las demás. A este agente universal, cuya teoría está ligada con el sistema del mundo, le llamó ***magnetismo animal***, porque encontró particularmente en el cuerpo humano propiedades análogas á las del iman.

De los que han escrito despues sobre el magnetismo animal, unos creen en la existencia del fluido universal con su influencia, sus polos y sus corrientes magnéticas, otros niegan absolutamente que haya tal fluido, y otros conceden su existencia, pero le niegan su universalidad, considerándole reducido á los individuos. Los que esto defienden, dicen que el fluido de que se trata no emana, no sale de ninguna persona sin que intervenga la voluntad; que entonces pone el fluido en movimiento, le dirige y le fija á su arbitrio; que si magnetizador y magnetizado se encuentran en disposiciones análogas, se desarrolla otro fluido en este, y ambos quedan rodeados de una atmósfera, al través de la cual se comunican las respectivas sensaciones, naciendo de aquí esa ***doble vista***, en virtud de la cual basta que el magnetizador tenga una idea para que inmediatamente la posea el magnetizado.

La misma divergencia de opiniones que se advierte entre los magnetizadores para esplicar el magnetismo animal, existe tambien en los procedimientos que emplean. Mesmer se servia de una cuba de madera en que echaba arena, vidrio machacado, y agua, magnetizándolo todo separadamente; en la tapa de la cuba que estaba taladrada en toda su estension, colocaba unas varillas de hierro encorvadas, para poder aplicarlas por la

(1) Segun he visto, no recuerdo en donde, despues de escrita esta composicion, parece que las cenizas del gran poeta están en una urna en la capilla de la Universidad de Salamanca.
(N. del A.)

punta esterior á la parte enferma. Los que iban á magnetizarse eran colocados alrededor de la cuba, atándolos con una cuerda por la cintura, y haciéndoles agarrarse de la mano unos á otros, de manera que formasen una cadena. Ademas habia en la sala un piano en que durante la magnetizacion se tocaban aires melodiosos, y aun solia acompañarse con él alguna persona de voz agradable. De manera que los sometidos á la operacion eran magnetizados á la vez por las varillas de hierro, por la cuerda que les rodeaba el cuerpo, por la union de las manos, y por los sonidos de la música. Mr. de Eslon, médico y discípulo de Mesmer, modificó el procedimiento de este, y se servia para magnetizar de una varilla de hierro que llevaba en la mano y que pasaba por delante de la vista, por encima y por detrás de la cabeza de los enfermos; otros magnetizadores no hacen mas que mirar de hito en hito los ojos de los enfermos, y la mayor parte ejercen su profesion aplicando las manos sobre la cabeza, agarrando los pulgares, ó recorriendo con las manos de arriba abajo sin tocarle el cuerpo de la persona sometida á su influencia.

Nada mas admirable que los efectos producidos por el magnetismo animal. Son tan diferentes los observados hasta el dia, que seria interminable referirlos todos; pero procuraremos anotar los que mas generalmente se presentan. Algunos magnetizados son acometidos de tos ó de ligeros dolores, otros escupen con frecuencia, otros sienten calor en parte ó en todo el cuerpo, otros sudan, otros se ven atacados de convulsiones. Estos accesos son contagiosos, y apenas se han declarado en una persona, se ven acometidas tambien otras que estaban bajo la influencia magnética. Cuando se hallan en tal estado, el menor ruido les molesta, causándoles estremecimientos bruscos; y se ha observado que las melodías mas ó menos vivas del piano les producen agitaciones mas ó menos rápidas. Hay tambien otro fenómeno notable en los magnetizados, y es que se establecen entre ellos simpatías y antipatías que les hacen buscarse ó evitarse con afan, en términos que cuando se encuentran, se sonrien, se hablan con cariño, y parece que hallan placer en estar juntos. Pero sobre todos estos efectos está otro que ha producido la admiracion de los magnetizadores, y que ha sido por los mismos calificado de prodigio. Mr. de Puysegur es el primero que habló de él con el nombre de somnambulismo magnético, por las analogías que se encuentran en este estado con el somnambulismo natural, y le siguieron en su tarea el respetable bibliotecario del Museo de Historia natural Mr. Deleuze, el distinguido alumno de la escuela politécnica, y doctor de la facultad de medicina de Paris, Mr. Bertrand y otros muchos individuos, acerca de cuya veracidad, inteligencia y conocimientos, no puede dudarse. Todos los que han tratado del somnambulismo producido por la accion magnética del hombre, están conformes en asegurar que las personas que se encuentran en tal estado adquieren un aumento prodigioso de la facultad de sentir. A la vez que sus órganos esteriores, especialmente los de la vista y del oido, suelen estar amortiguados, se desarrollan interiormente con mas lucidez que en estado de vela las facultades de ver y oir; de manera que el somnámbulo no ve con los ojos ni oye con los oidos, pero ve y oye con mas perspicacia que los que le observan. Solo ve y oye aquello con que está en relacion magnética; está sometido á la voluntad del magnetizador, ve sus ideas, y por tanto se halla en posesion de la ciencia de este, porque va leyendo, por decirlo asi, en su inteligencia; ve tambien el fluido magnético y el interior de su propio cuerpo; recuerda cosas que habia olvidado en su estado normal, porque su memoria se aumenta prodigiosamente; tiene presentimientos producidos por la delicadeza de sus impresiones, y se espresa con una facilidad admirable. Algunas veces llega á tal punto la insensibilidad de todos los sentidos, que no han producido impresion alguna en los somnámbulos los sinapismos, las picaduras, ni las terribles quemaduras conocidas con el nombre de moxas, asi como tampoco hacerles respirar amoniaco concentrado por espacio de un cuarto de hora, lo cual les hubiera producido la muerte en estado normal. Otras veces toda la sensibilidad se fija en un solo punto, por ejemplo, en el estómago, y entonces se concentran en él las sensaciones de la vista, del oido, del olfato, que no se producen en los órganos acostumbrados. La completa insensibilidad en que quedan los somnámbulos, ó mejor dicho el aislamiento en que se hallan de las cosas que les rodean (escepto del magnetizador), les hace reconcentrarse y pensar con mas intensidad que de ordinario; y de aquí esa claridad con que resuelven las cuestiones, ese ingenio en sus palabras, y esa facilidad de espresar sus ideas. Si á esto se añade que su memoria se aumenta considerablemente, y que se acuerdan de lo que han olvidado en estado ordinario, podremos darnos razon de una multitud de hechos que producen la admiracion de los magnetizadores. Mr. de Puysegur dice á su hermano en una carta entre otras cosas, que alargarian mucho este artículo si hubiéramos de trascribirlas, las siguientes palabras: «Continúo magnetizando á Victor, campesino de veinte y tres años, sencillo é ignorante, que apenas sabe contestar una frase entera; pero cuando se halla en estado magnético, es un ser que no sé cómo llamar; no conozco nada mas prudente, mas profundo ni mas perspicaz.»—Aunque raras veces se presenta tambien otro fenómeno magnético que se llama éxtasis, y que se distingue en que no hay ninguna relacion entre magnetizador y magnetizado como en los demás casos. Este estado es un letargo profundo que solo se distingue de la muerte por los latidos del corazon, y que ofrece graves peligros si el magnetizador no procura con calma y paciencia volver al extático al estado de somnambulismo.

Basta con lo dicho para que nuestros lectores tengan idea de los efectos del magnetismo, aun que podríamos llenar volúmenes enteros refiriendo la multitud de esperimentos que desde Mesmer acá han visto la luz pública en todas las naciones. Sin embargo, no pasaremos en silencio que los misterios de los templos antiguos, las curaciones y los oráculos eran debidos en gran parte al magnetismo, y que por tanto á los fenómenos de que hemos hablado, hay que añadir los que encontramos en los escritores de la antigüedad. Pitágoras, Aristóteles, Hipócrates, Platon, Jenofonte, Sócrates, Plutarco y otros filósofos hablan de la utilidad de los oráculos y de los sueños, defendiendo que han hecho grandes servicios á la patria y á los ciudadanos. En la India, en Egipto, en Persia, en Grecia, en Roma y aun entre los hebreos habia estáticos y somnámbulos que eran considerados por la multitud como seres inspirados. Los sacerdotes de los templos adonde iban los enfermos en busca de la salud solian poner las manos sobre la cabeza de estos y escitando la actividad del sistema nervioso, desarrollaban en ellos esa sensibilidad análoga á la que muestra el instinto de los animales respecto de los remedios que les son provechosos. Los enfermos que se curaban con las medicinas que ellos mismos se habian prescrito, pero no recordando esta circunstancia al salir de su estado de somnambulismo, creian ser deudores de su curacion á la divinidad del templo, y le consagraban una losa de mármol en que estaba escrita con letras de oro la clase de enfermedad y el remedio que la habia curado. De estas tablas reunidas en los templos paganos fue de donde recogió Hipócrates la mayor parte de los materiales para la obra que legó su nombre á la posteridad. Pero en aquella época como en la nuestra la filosofía rechazaba con desden todo lo que no podia esplicar, y no hay que estrañar por tanto que cayese en el olvido la medicina magnética.—En la edad media vuelve á conocerse el magnetismo, y encontramos una multitud de médicos

PUERTA DEL VINO EN GRANADA.

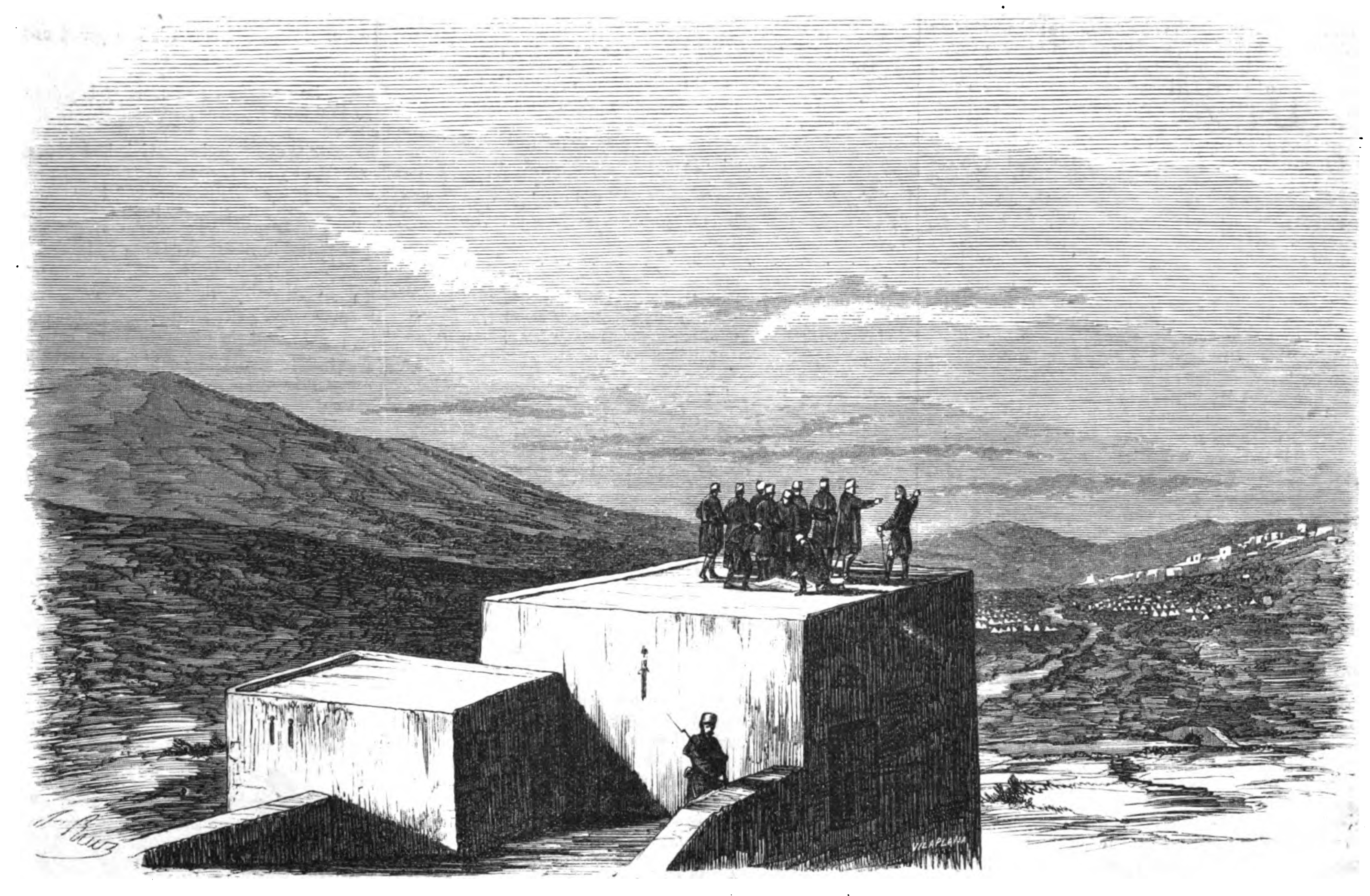
que hablan de él casi en los términos que se esplica en el dia. Acaso de estos mismos médicos sacó su doctrina el tan calumniado Mesmer. El árabe Avicena decia que el alma puede obrar sobre los cuerpos inmediatos ó lejanos, fascinarlos, y sanarlos ó enfermarlos. Marsilio Ficino (1433-1499) habla tambien de que el vapor ó espíritu emitido por los ojos de una persona sobre otra puede producir fascinacion y comunicacion. Pedro Pomponazzi (1462-1526) en su *Tratado de los encantamientos*, se propone probar que muchos efectos considerados como producto de la mágia, de la alquimia y de los sortilegios, eran fenómenos naturales mal estudiados. «Hay hombres, dice, que tienen propiedades curativas y poderosas que se aumentan por medio de la imaginacion y del deseo: las emiten por la evaporacion y producen en los cuerpos que las reciben efectos notables.» Herique Cornelio Agripa (1486-1535) publicó un *Tratado de filosofía oculta*, y se espresa en términos análogos, pero con mas estension y profundidad.

Paracelso, Lemmio, Van Helmont y otros tratan tambien de este asunto de una manera notable. Este último que nació en 1577 y murió en 1644, decia que existian en nosotros dos principios inmateriales, el principio vital y el principio inteligente. «El magnetismo, añade, ejerce su influencia en todas partes y nada de nuevo tiene sino el nombre. Es una paradoja solo para los que se rien de todo y que atribuyen al poder de Satanás lo que no pueden esplicar.» Maxwell, el P. Kircher y otros han ido sucesivamente completando la teoría que Mesmer publicó; y seria muy largo ir dando noticia de las principales ideas que cada uno emitió acerca del magnetismo.



MR. HERRMANN.

A pesar de las maravillas que obra el magnetismo y que debian escitar la curiosidad por nuestra natural inclinacion á lo que se nos presenta como estraordinario, ha encontrado esta teoría graves dificultades que le impiden avanzar y desarrollarse. Estos obstáculos proceden especialmente de la equivocada idea de que el magnetismo destruye la mitad de nuestros conocimientos fisiológicos, como si fuese posible que en la naturaleza existiesen fenómenos contradictorios, y como si la ciencia no fuese una en sus diversas manifestaciones. El temor de tener que rectificar las aseveraciones de la fisiología aprendidas en las escuelas, el deseo de pasar por hombres graves y científicos, para quienes la razon lo es todo y la falta de valor para sostener la verdad, han sido la causa de que algunos individuos que pasan por instruidos y aun algunas academias hayan rechazado el magnetismo, considerándole como una série de mentiras inventadas para engañar á los ignorantes. Nada tiene de estraño que las personas que nunca hayan visto ninguno de los efectos del magnetismo, duden de su existencia y se resistan á creer los prodigios que ofrece aquel misterioso agente; esta conducta es muy natural y nada tenemos que decir contra ella; pero empeñarse en que su existencia está en contradiccion con las leyes físicas y fisiológicas en no reconocer que la naturaleza tiene reservados infinitos arcanos que han de ser revelados sucesivamente á los que con fe, con afan y constancia buscan la luz de la ciencia, es negar el órden admirable del universo y rechazar la ley del progreso de la humanidad. Es cierto que los fenómenos del magnetismo animal no presentan hasta ahora semejanza alguna con los demás efecto,



EL GENERAL O'DONNELL REVELA Á LOS DEMAS GENERALES EL PLAN DE LA BATALLA DE TETUAN. (DE UN CROQUIS.)

físicos, y hasta parece á primera vista que cambian las leyes naturales, pero si se multiplican los esperimentos si se estudian con detencion y paciencia los resultados de su accion misteriosa, habremos de encontrar acaso la esplicacion de otra multitud de hechos incomprensibles hasta ahora. En las ciencias físicas los adelantos nacen de la observancia de la naturaleza y de los esperimentos: la razon nada nos dice de las propiedades de los cuerpos.

La multitud de obras escritas sobre el magnetismo animal por hombres eminentes en ciencias físicas no dejan ningun género de duda acerca de la existencia de resultados dignos de estudio por una novedad y trascendencia. Acaso el fluido magnético, que algunos llaman tambien fluido vital ó fluido nervioso es análogo á la luz al galvanismo, al calórico, á la electricidad, al magnetismo mineral y aun á la gravedad: todos estos fluidos son, sin duda, las diversas manifestaciones de un solo principio que determina en la naturaleza la atraccion, la afinidad, la vida vegetal, la vida orgánica; en una palabra, todo lo que es movimiento. Este es el grandioso tema hácia cuya demostracion tiende la ciencia moderna y sobre el que se está trabajando sin descanso en todos los paises, y ¿quién sabe si el magnetismo animal mejor estudiado nos dará la fórmula para resolver tan difícil problema! Para convencerse de que esta tarea no debe ser estéril, no hay mas que tener en cuenta que la organizacion del hombre como la de los animales, es un conjunto de materias de diferente naturaleza, de estados distintos, ya líquidas, ya sólidas, ya gaseosas, compuestas de álcalis, ácidos y sales, que determinan una série constante de acciones químicas y que han de producir necesariamente fenómenos eléctricos, termo-eléctricos, magnéticos, etc. La tremielga, el gimnoto y otros animales eléctricos tienen la facultad de dirigir descargas de electricidad en el sentido que quieren produciendo en las demás conmociones violentas. El cerebro de estos animales es el foco de electricidad, como lo prueban la multitud de esperimentos que se han hecho, cargando con él una botella de Leiden cual si fuese una máquina eléctrica y produciendo conmociones y chispas de alguna consideracion. Por medio de las acciones galvánicas se producen en los animales contracciones de músculo; que dan motivo para creer que hay analogía entre el fluido vital y la electricidad, en atencion á que un cadáver á través del cual se haga pasar una descarga eléctrica, pone en movimiento todos sus músculos como si estuviese vivo. Hay un hecho entre otros muchos que pudiéramos citar que prueba la analogía de estos fluidos. Habiendo abierto el estómago de un animal cuando empezaba la digestion, se vió que esta continuó perfectamente hasta el momento en que los operadores cortaron el nervio pneumo-gástrico; que aproximando los estremos del nervio comenzaba de nuevo la digestion, y que esta continuaba aun cuando estuviesen separados si se establecia la comunicacion por medio de un alambre; observándose tambien que el vidrio no servia para establecer la comunicacion entre las dos puntas del nervio cortado. Esta semejanza entre la electricidad con el magnetismo animal prueba lo que antes hemos enunciado. En efecto, la electricidad produce efectos fisiológicos, magnetismo mineral, un calor superior al de los hornos conocido hasta el dia y una luz tan brillante como la del sol. A su vez el magnetismo mineral desarrolla electricidad, luz y calor; y el calor y la luz nos dan resultados eléctricos y magnéticos. Si Volta y Galvani, cuya perspicacia abrió nuevos horizontes á la ciencia, viesen las trascendentales consecuencias que se han deducido de su descubrimiento, no podrian menos de reconocer que habian sido ciegos instrumentos para presentar á la humanidad un camino cuyo término no podian imaginarse. De este modo va el hombre perfeccionándose indefinidamente hasta que conozca con la exactitud dada á su inteligencia el órden de la naturaleza. Por esto no debemos rechazar como imposibles los fenómenos, cuya comprension no alcanzamos; por esto recomendamos á nuestros lectores la práctica del magnetismo con la noble aspiracion de encontrar la verdad, sin que les detenga la idea de que algunos sabios le consideran como un conjunto de supercherías, porque los sabios, es decir, los hombres que han leido, estudiado y comparado muchas ideas descubiertas antes de su tiempo, difícilmente adoptan los nuevos descubrimientos, con especialidad cuando están en oposicion con sus preocupaciones. Los sabios fueron los que se mofaron del proyecto de Colon, los que prepararon el veneno de Sócrates, los que combatieron las ideas de Galileo los que atacaron las teorías de Keplero, los que negaron la circulacion de la sangre demostrada por Harvey y Miguel Servet. ¿Qué tiene por tanto de estraño que ridiculicen el magnetismo?

Otro de los inconvenientes que esta doctrina ha encontrado para desarrollarse son los abusos y las supercherías de los charlatanes. En vez de estudiarse en el retiro del físico y del filósofo, ha sido llevada á los salones y á las grandes sociedades donde se han exagerado y desnaturalizado los hechos con el descrédito consiguiente de la verdad. Al ver tratado este asunto por personas tan incompetentes, los médicos se han desdeñado de introducir en el arte de curar, y aun de estudiar, las prácticas del magnetismo, porque las meras prácticas nunca deben tomarse en consideracion en sentir de los que viven para la ciencia. Pero para que vean nuestros lectores que no todos los médicos miran al magnetismo con tal desden, diremos que la mayoría de los miembros de la Academia real de Medicina de París son decididos defensores de esta doctrina; que en Berlin se ha establecido una clínica en que se trata á los enfermos por este método con buen éxito; que en Stokolmo se sostienen temas sobre el magnetismo para tomar el grado de doctor en medicina de la misma manera que en todas las universidades se tratan las demás partes de la ciencia; que en Rusia le emplean tambien muchos médicos cuando lo consideran útil; y que casi todas las obras de magnetismo publicadas hasta el dia, cuyo número asciende á quinientas próximamente, han sido escritas por medio de reconocida ciencia. Muchos hay sin embargo que niegan lo que no se encuentra en los libros que han estudiado en las aulas y lo que no se les demuestre y esplique filosóficamente. Para contestar á estos no habria mas que pedirles una esplicacion satisfactoria del fenómeno mas sencillo de la naturaleza y su última respuesta seria confesar que el hombre no conoce la esencia de los cuerpos y por tanto que tiene necesidad de presenciar las modificaciones de estos para elevarse á las leyes generales y á las teorías hipotéticas que se encuentran en todas las ciencias de observacion.

El magnetismo es un hecho, es un fenómeno físico, y como tal debe estudiarse. No queramos saber por qué existe ni por qué se presenta de una manera tan nueva, ni cómo se esplican sus efectos: lo mismo podríamos decir de los demás agentes de la naturaleza si no estuviéramos hasta cierto punto familiarizados con ellos; estudiemos sus leyes, establezcamos sus relaciones y démosle aplicaciones útiles; y es seguro que ha de corresponder á nuestros desvelos porque una fuerza que apenas nace nos presenta tan pasmosos resultados, tiene que producir necesariamente una revolucion en las ciencias naturales.

Solo desearíamos que nuestra España, donde no es raro el genio de la inversion, fuese la destinada por la Providencia para ofrecer al mundo un resultado nuevo que derramase abundante luz para distinguir mejor los horizontes de la ciencia. Bien sabemos que no faltarán almas medrosas que impedirán hasta donde les sea posible las prácticas del magnetismo por considerarlas contrarias á la religion ó como arte diabólico; pero nuestra sagrada religion no puede hallarse en oposicion con el estado ni con la ciencia, antes bien son una misma cosa en la mente de Dios.

**

¡DIOS MEJORA SUS HORAS!

ESCENAS DE LA VIDA INTIMA.

Á LA UNA DE LA MADRUGADA.

No vuelvo á jugar mas al tresillo. Acabo de perder los únicos ocho duros que me quedaban y estamos á mediados de mes. Esto marcha.

Á LAS DOS.

Luisa debia esperarme á esta hora, y sin embargo, ya no se ve luz en su gabinete. ¿Habrá ocurrido algo? Voy á preguntárselo al sereno.

. . . .

¡Cielos! ¿será cierto lo que acabo de saber? Un jóven que se dice primo de Luisa, ha venido á buscarla ayer tarde, y se ha marchado con ella á Aranjuez en el tren de las ocho. ¡Cómo lucirá por aquellas alamedas el vestido que me ha hecho pagar hace ocho dias!

Á LAS TRES.

—¡Hola! ¿qué haces tú parado á estas horas en la calle y suspirando como un babieca?

—¿Quién? ¡yo! no lo creais: es que me parecia que empezaban á caer algunas gotas.

—No es posible: las únicas que han caido están fermentando en nuestras cabezas.

—Pues, ¡de dónde venís?

—¡Toma! de cenar en los andaluces.

—¿Y á dónde vais?

—Á continuar la diversion hasta que amanezca.

—Bueno, iré con vosotros, ya que seguís el camino de mi casa.

Á LAS CUATRO.

Me encuentro detenido en la comisaría de barrio, á la cual me han acompañado dos municipales.

Mi delito, segun me han dicho, es haber roto de una pedrada un cristal, y la cabeza de un marido que se habia asomado al balcon al oir en la calle el nombre de su mujer.

Es muy posible que desde aquí me conduzcan á la cárcel. ¡Oh, deberes santos de la amistad!

Á LAS CINCO.

Gracias á otras varias desgracias ocasionadas por los alegres jóvenes que me acompañaban hace un rato la autoridad ha conocido mi inocencia, y acabo de entrar en mi casa. Sobre la mesa de noche tropiezo con la carta siguiente:

Cabayero.

«Sois un hinfame: abeis avusado de mi ignocencia, devolbetme la corvata qe os rregale ace seis mezes, y el panuelo de olhandin con mis iniziale.—Luisa.»

He hecho pedazos la carta, y el papel en que habia pensado contestar.

Á LAS SEIS.

Los dias risueños de la infancia, las ilusiones seductoras de la juventud, los delirios de mi primer amor tan puro como desventurado, todos esos placeres violentos y embriagadores en que mi alma se ha bañado tantas veces como en un océano de aromas, acaban de pasar ante mis ojos, y de reflejarse en mi imaginacion, semejantes al fuego y al humo de un incendio todavía lejano. Despues he visto el espectro de mi porvenir, sombrío y velado entre nubes de color de sangre, y mi fantasía me ha representado el cuadro desgarrador de todas las miserias y de todos los dolores, adheridos como otros tantos pólipos á la roca, desnuda y árida de mi existencia.

Un rayo del sol que ha penetrado por el hueco de la ventana ha herido mi pupila y me ha hecho conocer que estaba soñando. Pero, ¡qué sueño tan horrible!

Siguiendo el ejemplo de muchos sabios he cerrado los ojos á la luz y me he vuelto del otro lado. Voy á dormirme pensando en la gloria, en la riqueza y en la felicidad, esos tres ejes de la vida alrededor de los cuales gira eternamente el género humano.

Á LAS SIETE.

—Señorito, señorito...

—¡Hum! ¿qué diablos quieres, que me vienes á despertar á estas horas?

—Si ya son las siete...

—Bien; mas el que se ha acostado á las cinco...

—Es que don Félix, su amigo de V. está esperándole en el despacho.

—Anda y dile que ya voy.

Á LAS OCHO.

—¡Eh! ¿has acabado ya de vestirte? Una hora justa hace que te estoy aguardando.

—Perdóname, querido Félix, pero he pasado una noche tan agitada...

—Ya lo creo: los escesos acabarán muy pronto contigo.

—Pero, en fin, ¿qué quieres?

—Quiero que me des ahora mismo tu frac negro y el reloj, si no los necesitas esta mañana.

—¡Chico! ¿pues, dónde vas?

—Voy á ver si descubro lo verdadero por el camino de lo falso.

—Esplícate.

—Creo que he pensado en casarme, y hoy debo ser presentado á mi futura.

—¿Es rica?

—Lo bastante para que podamos vivir honradamente.

—Ella sí, ¿pero y tú?

—Yo trabajaré para conquistarme una posicion.

—Si todo eso puedes lograrlo con mi reloj y mi frac, tómalo Félix, y ojalá te sirvan como deseo.

—Vengan y Dios te... voy á desocupar los bolsillos.

Á LAS NUEVE.

No quiero volverme á acostar, y ¡cosa rara! el sueño baja á cada instante mis párpados.

Leeré algo; justamente tengo aquí la comedia que mi amigo M. debe presentar á Novedades, y que me ha pedido le corrija.

¡HIJO QUERIDO!

Comedia en tres actos, etc., etc., etc.

Escena primera.

El padre, la madre, el hijo.

P. Tu capricho, esposa, es ley
M. Sé de niño mas que tú
¿qué quieres ser Quico?
N. Rey.
P. ¡Qué talento tiene!
N. O buey
papá, para hacerte ¡mú!

Mi amigo será con el tiempo un buen autor dramático, sobre todo si se dedica á escribir de costumbres. Su obra tiene situaciones de mucho efecto, pero á mi no me producen el que deseaba.

Yo necesitaria ahora para entretenerme algun libro cuya lectura estuviera prohibida.

Á LAS DIEZ.

He pedido el almuerzo, no sabiendo qué hacer, y me han puesto sobre la mesa:

Media docena de cangrejos.
Una chuleta de cerdo, sin patatas.
Y un pedazo de queso de Gruyere.

Quizás serán estas las tres únicas cosas que no puedo

comer sin repugnancia. Es una delicia vivir en Madrid, y ser súbdito de una patrona de huéspedes.

Me voy á lanzar á la calle, á ver si como, en cualquier bodegon, al menos las patatas de que carecia la chuleta.

Á LAS ONCE.

Acabo de pasar por la mayor humillacion que á mi juicio puede sufrir un hombre honrado.

Tenia una peseta en el chaleco, que se habia salvado del juego por el mal estado del bolsillo, y por ella y con ella penetré en la modesta fonda de una calle no menos modesta.

Solo habia otra persona almorzando en el establecimiento. Verdad es que esta persona es el único enemigo que tengo en la redondez de la tierra. Jugador de ventaja, pendenciero, desacreditado, y despreciado por todo el mundo, el hombre á quien me refiero habia acudido á mí en cierta ocasion peligrosa, solicitando no ya que fuera su salvador, sino su cómplice. Mi respuesta fue como debia ser, y el odio del miserable me ha perseguido desde entonces como un remordimiento.

Contrariado por esta circunstancia almorcé de prisa y mal un bistek que era lo que permitia mi escasa fortuna. Dí mi peseta al mozo, y cuando ya me levantaba para salir oí la voz de este entre grave y risueña, que me decia:

—Caballero, tome V. su peseta.

La única idea que se me ocurrió fue que se habria aumentado el precio de los comestibles, ó que mi peseta no lo era mas que en el nombre. Llevé entonces la mano á mi reloj, pero mi reloj estaba sirviendo á los planes vergonzosos de un amante especulador; quise murmurar algunas palabras, volví á sentarme de nuevo, casi sin sentido, y sofocado por el despecho mas que por el rubor.

Entre tanto el mozo me alargaba el sombrero, diciéndome de nuevo:

—Tome usted; están ya pagados el almuerzo y la propina.

Este golpe acabó de desconcertarme; dirigí una mirada vengativa y terrible á mi enemigo, que destapaba en aquel momento una botella de Champagne, y que contestó á mi mirada con un afectuoso saludo, y salí de la fonda tan agitado y convulso como si acabara de cometer un crímen.

Un minuto despues, me miré á un espejo en la Puerta del Sol, y se me figuró que habia encanecido.

Á LAS DOCE.

—Cartero, ¿lleva usted algo para mí?

—Sí, señor don Cárlos; ahora iba hácia su casa; tome usted esta carta de Aragon; Andalucía no se ha repartido aun.

—Gracias; no tengo suelto ahora.

—Lo mismo da; mañana me pagará usted.

Rompo la oblea; la letra es de mi padre, y mi padre no me escribe mas que para mandarme dinero, asi como yo le escribo solo para pedírselo.

Zaragoza 13.

Querido hijo: tu madre y tus tres hermanas están gravemente enfermas; te escribo con el único objeto de darte la noticia para que no estes con cuidado. Estoy muy de prisa; adios: consérvate bueno y manda á tu padre, etc.»

Corro á ver si un paisano mio tiene noticias mas detalladas, pero los curiosos apenas me dejan andar. ¿Qué miran? ¡Ah! la bola negra acaba de subir en el telégrafo de correos marcando las doce. ¡Bola feliz! ¡Yo te trocaria gustoso por mi cabeza!

Á LA UNA.

—Andaba la mula...

—¿Qué diablo de mula ni de macho? Le pregunto á usted si sabe algo de la desgracia de mi madre...

—Pues eso es: andaba la mula que llevaba á su madre de usted por el camino que conduce á su casa de campo, cuando se asustó el animal, y dió con ella en tierra, causándola una herida en la frente y algunas contusiones que aunque graves no lo son tanto que tenga usted que temer por su vida.

—¿Y mis hermanas?

—Esas están todavía de menos cuidado; como que su mal no es otro que un dolor que pillaron al arrojarse las dos en la acequia donde fue á parar en la caida su madre de usted.

—Pero, ¿usted sabe que están fuera de peligro?

—Sí señor, duerma V. tranquilo y no tema.

—¡Dormir tranquilo! eso es precisamente lo que me falta, y lo que cada vez se me va haciendo mas imposible.

Á LAS DOS.

He ido á ver á un compañero de colegio y de clase para cobrarle cuatro duros que me debe, y he vuelto sin ellos.

Mi compañero no tiene mas que una levita, y la levita estaba colgada en la percha; con todo, la criada me ha dicho que habia salido temprano á ciertos asuntos. Tal vez andará por Madrid en mangas de camisa.

Á LAS TRES.

Me acabo de arrancar una muela que me incomodaba hace algunos dias. Creo escusado decir que la operacion ha sido gratis, y casi á ruegos del operador, al cual estoy recomendado por mi familia.

Á LAS CUATRO.

¡La he visto, si, era ella!

Luisa, metida en un carruaje con su primo, y á todo escape por la calle de Alcalá, subiendo del Prado. Sin duda me ha conocido, porque una carcajada del galan ha hecho estremecerse todos mis nervios. Iba hermosa, mas hermosa que nunca, y con el cabello despeinado. Y no es eso todo. Llevaba puesto el vestido nuevo, y creo que algunas gotas de vino en el camisolin.

¡Ingrata! ¡Perjura! ¡Pronto sabrás quién soy yo!... ¡Ah! ¡Dios mio! . . . .

. . . .

Á LAS DIEZ.

He pasado seis horas suspendido entre la muerte y la vida.

Mientras contemplaba en la calle de Alcalá el carruaje que llevaba á Luisa y su amante, y desde el medio de la calle le amenazaba con el puño, un caballo que bajaba galopando me ha atropellado, causandome algunas heridas. Felizmente el ginete era uno de los amigos que me acompañaron la noche anterior, y me ha hecho conducir á su casa, donde me encuentro todavia.

Al volver del largo desmayo que me ha producido el susto y la sangre perdida, he tratado de coordinar mis recuerdos y el cuadro de mi ruina, de mi desgracia y de mi desesperacion se me ha presentado mas oscuro y terrible que nunca.

Á LAS ONCE.

Mi amigo que habia salido para avisar en mi casa y en las de algunas personas de confianza el percance de que he sido víctima, acaba de volver y me asegura que estoy enteramente bueno, y en disposicion de marchar á Zaragoza, donde me llama un parte telegráfico que acabo de recibir de mi casa.

Le he hecho presente mi situacion y se ha encargado de facilitarme los recursos necesarios, quedando al mismo tiempo en el encargo de recoger del *enamorado* Félix mi frac y mi reloj.

Á LAS DOCE.

El coche que me conduce acaba de arrancar en este momento.

La impaciencia, el dolor y el sueño me combaten y me vencen, sin que tenga defensa ni aun movimiento para resistirlos.

Voy colocado entre una señora gruesa y una ama de cria con su niño, que ha debido pasar tan mal como yo el dia y que se queja con aterradora frecuencia.

Á LA UNA DE LA MADRUGADA.

Acabamos de volcar cayendo en un barranco á consecuencia sin duda de haberse espantado los caballos con un horrible trueno, preludio de la abundante lluvia que amenaza sepultarnos en este abismo.

Segun mi estado de insensibilidad y de calma, cualquiera diria que estoy muerto. Sin embargo, me queda todavia la memoria para poder apreciar y comprender lo que pueden dar de sí veinte y cuatro horas bien aprovechadas.

¡Dios mio! si es cierto, como ha dicho un moderno escritor, que los dias se parecen unos á otros... ¡no me saques de este barranco!

MANUEL DEL PALACIO.

SONETO

A LAS TROPAS DE AFRICA, AL PASAR DELANTE DE LA ESTÁTUA DE CERVANTES EN LA NOCHE DEL 8 DEL PRESENTE.

De el pedestal alzado á su memoria
Mudo os contempla el inmortal Cervantes,
Y él, que siempre eclipsó los mas brillantes,
Hoy tiene envidia á vuestra inmensa gloria.
Torna la mente á la naval victoria
Que cubrió el mar de múslimes turbantes,
Y aquella hazaña, digna de gigantes,
Hoy borra ante sus ojos vuestra historia;
Que si en Lepanto la española furia
La media luna holló, y, en noble empeño,
A cenizas redujo sus bajeles,
Para vengar la afrenta de otra injuria
Sacude ahora su enervante sueño
Y recoge mas ínclitos laureles.

RICARDO DE FEDERICO.

NUEVO METODO DE HACER PAN.

Es una verdad conocida entre los médicos que el pan fermentado que se vende generalmente, puede dañar á las personas de delicada salud, pues la fermentacion suele continuar en el estómago despues de comido el pan. El médico inglés doctor Dauglish para salvar esta dificultad ha inventado una máquina con la cual se hace el pan muy puro, sin fermento, compuesto solamente de harina, sal y un poco de agua de soda. En la produccion de este artículo la mano del obrero nunca toca la masa. Esta se forma en un receptáculo de hierro por la rápida revolucion de unos brazos tambien de hierro, fijados alrededor de una espiga central.

En el pan ordinario se forma el tejido vesicular á consecuencia de la levadura que se le echa, la cual produce una fermentacion en la masa originando el gas ácido carbónico que la llena de burbujas de aire y la alijera. Pero en el nuevo procedimiento el ácido carbónico entra en la masa en union con el agua, y la porosidad se verifica sin necesidad de descomposicion alguna. El agua aireada se introduce en el receptáculo de amasar manteniéndola bajo una gran presion, y cuando la masa está en su punto (procedimiento que se completa en tantos minutos como horas se necesitaban antes) se abre una válvula que hay en el fondo del receptáculo, y la masa sale impelida por la elasticidad del ácido carbónico que contiene. Un criado tiene cuidado, á medida que sale, de recibirla en tarteras de estaño, en cada una de las cuales caben exactamente dos libras y cuatro onzas. Dispuestos ya los panes para cocerse, se ponen en un horno, cuya plataforma está formada por una cadena que se arrolla constantemente alrededor de dos cilindros. Por este método los panes entran por un estremo, y despues de pasar por todos los grados por donde la cadena les conduce, en cuya operacion se invierte una hora, salen por el otro estremo ya cocidos.

Las ventajas de este procedimiento son: 1.ª la limpieza, porque no hay necesidad de tocar á la harina; 2.ª la rapidez porque en hora y media se puede convertir en pan un saco de harina; 3.ª el evitar que la harina se deteriore por la accion prolongada del calor y de la humedad; 4.ª la uniformidad en el volúmen y peso del pan; 5.ª la mejor calidad de este; 6.ª su economía, pues el ácido carbónico cuesta menos que la levadura y ademas no se pierden las partes azucaradas de la masa; 7.ª el ahorro de trabajo manual.

Solamente tiene un inconveniente el aparato, cuya descripcion y cuyo grabado damos en este número, y es que para usarle provechosamente debe emplearse en grande escala, y no seria ventajoso en las panaderías de poco consumo.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

»Las solteras trenzan sus cabellos, ó los dejan flotar con gracioso descuido sobre su espalda, adornándolos con mucho gusto de guirnaldas de flores. Este tocado permite campear sus facciones y las distingue de las casadas, las que para atenerse á la ley judáica, se cubren enteramente la cabeza con un pañuelo. Las judías usan zapatos encarnados bordados de oro, pero ninguna gasta medias. Sus orejas están perforadas en dos sitios; en la parte mas alta llevan perlas pequeñas ó piedras preciosas, y en la inferior grandes aretes artísticamente labrados. Usan tambien vistosos collares, sortijas de oro y plata, y brazaletes en los brazos y en la parte baja de las piernas. Las mas ricas adornan su talle con cadenas de oro.

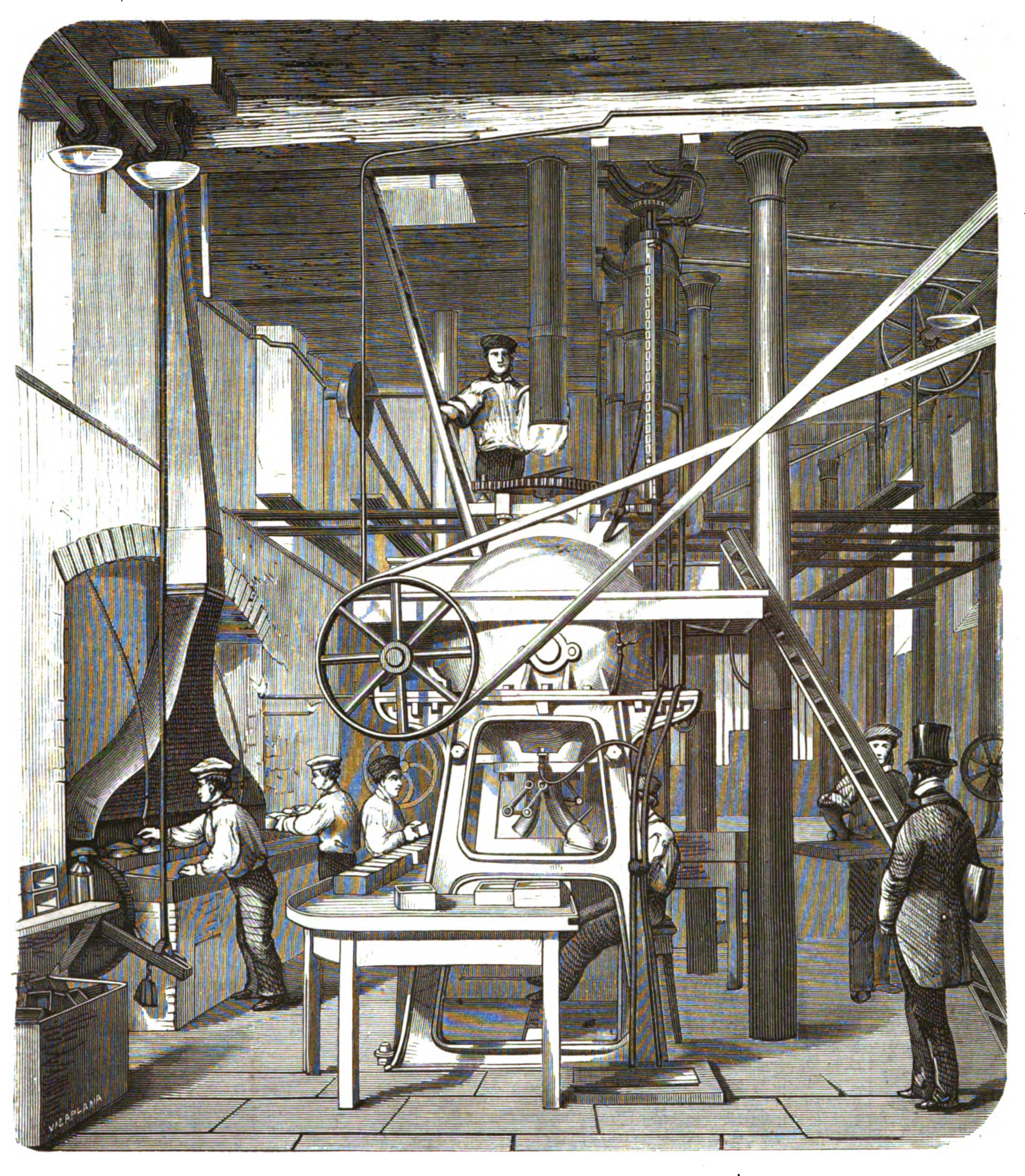
»Los judíos de Marruecos celebran su matrimonio con gran aparato. Algunos dias antes, la futura esposa se pinta el rostro de encarnado y blanco, y se hace marcar parte de las manos con señales amarillas, por medio de una yerba llamada *henna*.

»Cuando muere un judío, sus parientes mas cercanos ó unas plañideras, permanecen en el aposento mortuorio hasta el dia del entierro, y allí se lamentan con demostraciones de desesperacion y del mas vivo dolor, desgarrándose el semblante y arrancándose los cabellos.

»Las judías de Marruecos son, en general, rubias y muy lindas. Cásanse muy jóvenes, y cuando cambian de estado, dejan de verse obligadas á no salir sino cubiertas; dentro de su casa no tienen mas libertad que las moras: unas y otras nunca comen con sus maridos, á quienes en toda ocasion deben mirar como á sus señores. Las doncellas no salen de casa á no ser en casos estraordinarios, y sus padres tienen entonces gran cuidado en cubrirles la cara con un velo.

La aficion á la intriga y la coquetería es producida casi siempre en las mujeres por los celos, ó por las pocas consideraciones de que son objeto. Una esclavitud perpetua las conduce facilmente al olvido de su decoro, pues al dejar de ser las guardadoras de su honor, dejan de mirar con interés su conservacion, y en este caso no las detiene ya el temor al oprobio que acompaña á la infidelidad. Y á esto debe naturalmente conducir la especie de secuestracion de las judías. Para legitimarla y esplicar su escesiva vigilancia, alegan los judíos la coquetería y los artificios de las mujeres, y la consiguiente





MÁQUINA PARA HACER PAN, DEL DOCTOR DAUGLISH.

necesidad de poner á sus hijas en la imposibilidad de incurrir en algun desliz que les impida el casarse.

La muralla que rodea el palacio imperial es tan alta, que solo dentro de ella se descubren todos los edificios que encierra, penetrándose en su recinto por medio de bóvedas góticas de piedra. Despues de atravesar muchos grandes patios, llégase á la puerta del palacio. Sidi-Mohamet hizo construir aquellos inmensos patios para dar audiencias públicas y ejercitar sus tropas.

El palacio se compone de muchos pabellones cuadrados de *tal by*, irregularmente construidos; algunos están unidos entre sí, al paso que otros están separados y casi todos ostentan el nombre de alguna ciudad del Imperio. El mas notable se llama *Douhar*. Este es verdaderamente el palacio ó serrallo, y el emperador lo ocupa con sus mujeres. La estension de este pabellon es inmensa; los demás están ocupados por los funcionarios públicos, y sirven tambien para partidas de recreo, pero nada tienen de comun con el Douhar.

Uno de los pabellones, llamado *Mogador*, por el último emperador, á causa de su predileccion por esta ciudad, tiene cierto aire de grandeza y magnificencia, contrastando notablemente por su aseo y elegancia, con el mal gusto y la irregularidad de los demás. En él hay algunas hermosas habitaciones; una de ellas muy espaciosa, tiene el piso de baldosas azules y blancas, dispuesto á manera de un tablero de damas; el techo es de madera pintada y esculpida con mucha regularidad; las paredes de estuco están adornadas con grandes espejos y relojes simétricamente colocados. Sidi-Mohamet acostumbraba retirarse á este pabellon privilegiado, para sus placeres, ó para el despacho de los asuntos de Estado.

Las habitaciones imperiales no están mejor amuebladas que las de un simple particular. Una hermosa alfombra, algunos almohadones para sentarse en el suelo, ricamente forrados; una otomana y dos sillas poltronas mas pequeñas: hé aquí todo lo mas cómodo y esmerado que se presentó á la vista de Lempriéres. Dentro del palacio hay muchos jardines en que abundan los olivos y los naranjos; y adornados de caprichosas fuentes, que formando hermosos surtidores, los hacen muy agradables. Los jardines esteriores no tienen otro mérito que su estension, y tambien están llenos de olivos; su terreno está dividido en cuatro partes iguales, á manera de un aspa de San Andrés.

Mas de un mes habia pasado Lempriéres en Mogador, sin que el emperador se hubiese acordado de él. Tan largo olvido empezaba á inquietarle. Habia hecho cuanto le habia sido posible para obtener la benevolencia de los ministros, por medio de frecuentes visitas y de consejos médicos; pero aunque todos le hacian las mayores protestas de interés en su favor, esto solo era hipocresía, vicio bastante comun en los berberiscos. Uno de estos ministros, á quien Muley-Absulem le habia especialmente recomendado, y á uno de cuyos parientes gravemente enfermo habia asistido el doctor, habia recibido del príncipe el encargo de acelerar la audiencia imperial; dicho ministro, mientras su pariente estuvo enfermo, hizo á aquel las mas galanas promesas; pero al entrar el enfermo en la convalecencia, aparentaba no conocer siquiera á Lempriéres, cuando iba á verle. ¿Qué esperar de semejante protector? El funcionario de que se habla era un hombre á quien se imputaban diferentes crímenes, y á quien el emperador, cuyo favorito era á la sazon, le habia impuesto una vez el afrentoso castigo de hacerle arrancar parte de la barba.

Viendo cuán poco adelantaba por conducto de los ministros, Lempriéres se dirigió á los cortesanos mas en favor; pero como su proteccion no le fue mas útil que la de aquellos, llegó á creerse prisionero en Marruecos. Desconsolábase profundamente ante tal perspectiva, cuando tuvo ocasion de asistir á una judía protegida por el emperador. Habiendo esta mujer recobrado la salud, merced á sus desvelos, le mostró su gratitud, haciendo pedir por conducto de su marido, que gozaba algun favor en la córte, la audiencia tanto tiempo esperada, y que esta vez fue inmediatamente concedida.

De un estremo se pasó al otro. El dia señalado, tres soldados negros armados de descomunales mazas, fueron á buscar al doctor á mediodia para conducirle á palacio, pues se les habia mandado llevarlo á aquella hora en punto, haciéndoles responsables con su cabeza de la exactitud en la ejecucion de la órden. Advertido tan de improviso del favor que iba á recibir, Lempriéres pidió á sus conductores le diesen el tiempo necesario para prepararse á cumplir sus deberes para con su soberano; pero los negros, en lugar de acceder á tal peticion, hiciéronle entender con impaciencia que era forzoso partir en el acto, pues de lo contrario irian á dar cuenta á su amo de su negativa á obedecer sus órdenes. Fue, pues, indispensable seguirles sin dilacion. Al llegar al palacio, los soldados le entregaron al maestro de ceremonias, quien le mandó esperar á que le llamaran.

Arrebatado de su casa de una manera tan súbita y brusca, el médico llegó al palacio lleno de turbacion, pues le desconcertaba no poco la idea de presentarse de repente al emperador de Marruecos. Así, pues, se alegró mucho al ver que tenia algunos instantes para preparar sus respuestas; pero tuvo mas tiempo del que para coordinar sus ideas necesitaba, porque hasta las cinco no se le llamó á la audiencia.

El esclavo que fué á buscarle al sitio en que le habia dejado el maestro de ceremonias, le hizo atravesar dos grandes patios, y al llegar á la puerta del en que el emperador daba audiencia, fue detenido por aquel, que, al ver que no llevaba en la mano presente alguno para su señor, segun la costumbre establecida, con la que se conforman todos los estranjeros, se negó á dejarle entrar.

No ignoraba Lempriéres que nadie se acerca al emperador marroquí sin poner un presente á sus piés; pero le pareció que su calidad de médico de su hijo querido, le eximia de esta regla; y como no se habia dispuesto á cumplirla, hizo decir al maestro de ceremonias, por medio de su intérprete, que si se obstinaba en no dejarle entrar, elevaria sus quejas al emperador.

Viendo el introductor esta determinacion, y sabiendo que el emperador esperaba al médico, tomó el partido de acompañar á este y su intérprete hasta el patio en que aquel daba audiencia.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

A la res vieja alíviale la reja.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 22 DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



La sublevacion Ortega, ha costado ya la vida á cinco personas, tres de la partida que se levantó en Vizcaya, Carrion, el jefe de la que debia haber insurreccionado á Palencia, y Ortega el jefe ostensible de toda la vasta conjuracion. Este último fue fusilado el miércoles en Tortosa.

Los pasos dados por la esposa é hijo del desdichado Ortega, los de la esposa de Carrion, que vino tambien á Madrid con el deseo y la esperanza de salvar á su marido, los de la Diputacion foral y algunos vecinos de Bilbao, en favor de los tres infelices jóvenes que habian caido en poder de las autoridades apenas dado el grito de rebelion, las escitaciones de los partidarios de la abolicion de la pena capital por delitos políticos, todo ha sido infructuoso, y la ley se ha cumplido respecto de las cinco personas antes citadas.

Aun quedan por sentenciar muchos de los complicados en la sublevacion; pero nos lisonjea la esperanza de que no habrá mas ejecuciones capitales. La ley deberia ser siempre igual para todos; mas cuando la ley lleva al patíbulo, el grito de sálvese el que pueda, es el mas conforme con los sentimientos de humanidad. La nueva sangre que pudiera derramarse no ahorraria una sola gota de la ya derramada, ni enjugaria una sola lágrima.

De Montemolin y su hermano nada se sabe oficialmente, y casi los podemos dar por salvados. En cuanto á los demás autores del complot, no habiendo sido descubiertos, se hallan en seguridad, y probablemente dispuestos á jugar otra partida. Esto es lo que sucede generalmente en las conspiraciones.

Se ha temido estos dias que el sultan de Marruecos no ratificase los preliminares de la paz. Fundábase este temor en la tardanza de los comisionados marroquíes que el 16 aun no habian llegado al campamento. Sin embargo, no creemos que haya motivo para alarmarse, porque la paz es aun mas necesaria al sultan que á la España, á consecuencia de la guerra civil que un nuevo pretendiente á la corona ha escitado en el imperio. Los movimientos que á consecuencia de esta guerra ha debido hacer el sultan, le han impedido nombrar tan pronto como se hubiera deseado sus plenipotenciarios. Ya se dice, sin embargo, que están nombrados, y uno de ellos es Mohamed el Ketib, el ministro residente en Tánger. Cuando lleguen, el tratado de paz será obra de pocos dias, y creemos que estará concluido para el 25 del corriente.

Si hemos de creer lo que con referencia á los moros dicen los que vienen de Africa, no tardarán aquellos en recobrar á Tetuan, mediante el pago de los 400 millones convenidos, pago que creen poder efectuar en su totalidad antes del mes de junio. Entre tanto van volviendo algunas tropas, no siendo necesarias ya en Africa tantas fuerzas.

La marina que tan buenos servicios ha prestado en esta guerra no debe ni creemos que sea olvidada en estas circunstancias. Daremos en breve á nuestros lectores el retrato del general Bustillos: hoy damos el del general Herrera que bombardeó los fuertes del Rio Martin.

Segun la opinion de algunos periódicos, se hará en Madrid del 12 al 15 de mayo la solemne entrada del ejército, para la cual tiene decretados el Ayuntamiento grandes preparativos.

Tenemos que lamentar la muerte del ilustrado y virtuoso fray Pedro Antonio Sabaté, superior de los misioneros de Marruecos, acaecida en Tetuan el 13 del actual, de resultas de un ataque fulminante de cólera. El padre Sabaté habia estado ocho años en las misiones de Palestina, y regentado tres el curato de Damasco. En 1858 fue llamado á desempeñar la cátedra de árabe del colegio de misioneros establecido en Priego, y en 1859 se le nombró superior de las misiones de Marruecos. Hallábase en Tánger cuando estalló la guerra, y fue el último español que salió de aquella ciudad. Una vez en Algeciras, pidió y obtuvo licencia para acompañar al ejército espedicionario, y se distinguió desde el principio al fin de la guerra por su inagotable caridad, su esquisito celo, y la incansable solicitud con que acudia al lado de los enfermos y heridos. De trato ameno y dulce, de costumbres sencillas, de gran corazon, pasaba noche y dia en los hospitales, haciéndose amar y respetar de todos. Nosotros, que durante su breve estancia en Madrid, habíamos tenido la ocasion de conocerle y admirarle, y el placer de oir de su boca algunas lecciones sobre el idioma vulgar de las poblaciones árabes, que conocia tan á fondo como su lengua nativa, sentimos doblemente su pérdida porque el pais ha perdido un dignísimo sacerdote y un orientalista irreemplazable, y nosotros un amigo y maestro. El ejército de Africa, al cual tantos servicios habia prestado, ha hecho á sus restos mortales el honor que merecian; pero las verdaderas exequias están en el dolor que ha afectado los corazones de todos, oficiales y soldados, á consecuencia de su fallecimiento.

Segun las últimas noticias, la Sicilia se encuentra en insurreccion, y en Nápoles se teme á cada momento un movimiento revolucionario. Los periódicos estranjeros no nos dan pormenores bastantes para juzgar de la importancia de este suceso. Mientras los unos presentan toda la isla trastornada por el fuego de la sublevacion contra el gobierno constituido, otros aseguran que el incendio ha sido sofocado á fuerza de cañonazos y de cargas de la tropa. El gobierno del rey de Nápoles, poco amante de la publicidad, no permite circular noticia ninguna, ni él las da tampoco, sino cuando le es imposible pasar por otro punto. De consiguiente no sabemos con certeza á qué atenernos. Una cosa sin embargo aparece verdadera, y es que aunque la insurreccion encuentra resistencia, no es tanta que haya sido sofocada todavía, y en las circunstancias actuales de la Italia en general y del reino de Nápoles en particular, movimiento que no se sofoca desde luego, acaba por triunfar mas tarde ó mas temprano.

El sábado de la semana anterior, hubo en el Conservatorio de música una funcion, en que Mr. Herrmann lució sus habilidades de escamoteo, doble vista, etc., á beneficio de la asociacion para socorrer á los niños sin oficio. Decíase que se daba esta funcion el sábado, porque al dia siguiente Mr. Herrmann debia ausentarse definitivamente. No sabemos si se ausentó ó no; lo cierto es que el jueves se presentó de nuevo en el Teatro del Príncipe. Los carteles han suprimido ya aquello de *última funcion*, *irrevocablemente la última*, *la última definitivamente*. Esto prueba que despues de lo definitivo, de lo irrevocable y de lo inmutablemente decidido é ineluctable, todavía hay mas allá.

Despues de las representaciones de los *Circasianos*, la *Zarzuela* nos ha ofrecido dos novedades; la una la pri-

mera salida de una jóven cantante, Luisa Lesen, que da grandes esperanzas por su voz simpática y dulce y su buen método; la otra la zarzuela en un acto titulada *Entre Pinto y Valdemoro* ó la *Doble vista*. Esta nueva zarzuela hizo reir mucho al público. Se trataba de hacer la caricatura del célebre Herrmann. ¿Si se habrá quedado en Madrid Mr. Herrmann ó habrá vuelto por ver la zarzuela? Arderius representó su papel con gracia.

Mas novedades nos prepara este teatro. Primeramente se representará *Don Bucéfalo*, ópera bufa italiana, puesta en español por don Manuel del Palacio, aquel escritor cuyos romances son tan lindos y tienen un sabor tan castizo. Despues vendrán las *Memorias de un estudiante*, zarzuela en tres actos, original de don José Picon, ya ventajosamente conocido y aplaudido en otras producciones de este género. En esta obra se presentarán por primera vez al público las jóvenes actrices Moya é Ibarra. Dicen que la Zamacois ha roto su escritura por no conformarse con el papel que se le habia asignado en la zarzuela *Las Tres Duquesas*. Lo sentimos y desearíamos que hubiera avenencia entre la empresa y la artista. En esta clase de cuestiones deberia elegirse por juez árbitro al autor de la obra. Por lo demás sacamos nosotros de este rumor una consecuencia importante, y es que se prepara con el título de *Las Tres Duquesas* una zarzuela nueva.

En el *Príncipe* se ha representado una comedia con el título de *Las Caricaturas*, que se ha recibido fríamente. No habiendo tenido ocasion de verla, pues se ha representado solamente tres ó cuatro noches, nada podemos decir acerca de su mérito.

Algunos periódicos se han hecho eco de una especie de drama doméstico ocurrido estos dias en cierta casa aristocrática. Parece que una jóven esposa en un acto solemne y nocturno tiró á su marido dos navajadas á la garganta y una al vientre. Por fortuna sus manos no acostumbradas á manejar instrumentos de muerte, no acertaron el sitio verdadero y el marido pudo salvarse. Nada se dice de las causas que pudieron mover á la jóven á tomar una determinacion tan séria con su cónyuge: es de suponer que algun rapto de enagenacion mental, alguna escitacion nerviosa demasiado fuerte perturbase su ánimo haciéndole figurarse á sí propia una Judit y á su esposo un Holofernes.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DANTE.

SUS COMENTADORES.

¿Cuál es la causa de que este ilustre florentino despierte en el alma de los amantes de las letras esos estraños sentimientos de simpatía y terror que se esperimentan al leer la *Divina Comedia*? ¿Cuál es la razon de ese fenómeno literario que da al nombre de Dante una significacion misteriosa?—La principal consiste, á nuestro juicio, en las múltiples fases de aquel poderoso genio. El representa ese enérgico sentimiento de dignidad que protesta contra las cábalas de las facciones; el patriotismo elevado y puro de un alma que se indigna contra los vicios de que está manchada su patria; la razon clara y serena del filósofo que rechaza las supercherías del falso celo religioso; la independencia, en fin, acalorada y violenta del patricio que imprime un sello de selvática originalidad á su estilo. Despojadla, si no, del poderoso aliciente que presta á la poesía una inspiracion apasionada, y la *Divina Comedia* continuará siendo un buen libro, pero no ejercerá igual fascinacion en las almas. Hoy nos trasmite el eco de los dolorosos quejidos que arrancaban al Dante los infortunios de Florencia; refleja en nosotros los graves pensamientos que trabajaban la mente del incomparable poeta, y, por influjo de esas magnéticas corrientes que unen con misteriosa relacion á los seres, imprime en nuestro espíritu las fuertes oscilaciones que conmovian al del fogoso gibelino. Dante Alighieri no es solo un gran escritor; es, mas que todo, un eminente patricio. Su grandeza es la grandeza de sus pasiones, y estas son la espresion de aquellos tiempos borrascosos.—Esa es la principal prerogativa del genio: condensar y representar fielmente su época.

Hombres austeros, razonadores abstractos, geómetras que llevan su compás á la esfera de las ideas, han condenado la poesía como un arte peligroso que falsea el juicio por una frívola combinacion de sonidos. Cuéntanse entre ellos Platon, Mallebranche y Pascal. ¿Pero han olvidado estos varones eminentes que los puros goces del hombre forman parte de sus *utilidades*; que lo que es verdaderamente *bello* es verdaderamente *bueno*; que los griegos, escelentes jueces en la materia, unian ambas ideas bajo una espresion comun, y que la poesía, cuando encierra altos pensamientos, cuando da color á sentimientos generosos, cuando se encarga de la defensa ó de la venganza de la virtud ó le presta el encanto de su estilo, ejerce el mas noble ministerio que la humanidad puede desempeñar en la tierra?—Tal es la direccion que imprimió Dante á su genio. La poesía es, en sus manos, un arma brillante, acerada, de fino temple para atacar y combatir el vicio. Sus versos encierran las mas atrevidas verdades. Inspirado siempre por el amor de la patria, reune á los grandes vuelos de un corazon generoso el arte profundo de confundir la maldad con rasgos de fuego. Por eso vivirá eternamente su poema.

Dante pertenecia á una familia güelfa, y sin embargo, era un terrible gibelino. ¿Cómo se verificó en él esta mudanza? Y ante todo, ¿qué significan estos nombres?

Para establecer bien la filiacion de las ideas, hay que internarse en el estudio de los siglos medios. Cuando Enrique IV, muy niño todavía, ascendió en 1056 al trono de Alemania, los papas no ejercian poder alguno temporal, ni eran mas que simples vicarios de Cristo. Asi es que recibian la investidura de mano de los emperadores de Alemania. Reunido mas tarde al poder espiritual el temporal, trabajó en sacudir el yugo del imperio, y cuando subió al pontificado el papa Hildebrando, habia cambiado por completo la escena. No satisfecho con negar al emperador el derecho de investidura que tenian sus predecesores, proclamó que todos los poderes temporales dependian de él como representante de Dios en la tierra. Dió esto lugar á las famosas querellas que ensangrentaron largo tiempo el suelo de Alemania y de Italia, hasta que Enrique IV, abandonado de todos, se resignó á las mas duras humillaciones Entonces fue cuando para recompensar la fidelidad de que le dió nobles pruebas Federico de Hohenstauffen, le otorgó Enrique la mano de su hija única y el ducado de Suavia como dote. No pasó mucho tiempo sin que la casa de Suavia fuese elevada en Aix-la-Chapelle al imperio.

Pero esta elevacion repugnó á los grandes señores que se dispusieron desde luego á combatirla: entre ellos estaban los duques de Baviera, apellidados Wuelfos ó Güelfos. Los Hohenstauffen poseian un castillo denominado Wablinga ó Gueibelinga, y esto dió lugar á que los soldados de ambas partes, tomando el nombre, como sue le acontecer, de sus jefes, se apellidaran güelfos los de la oposicion, y gibelinos los de la familia imperial. Estos nombres fueron trasplantados á Italia; pero allí recibieron una significacion diferente. La palabra *güelfo* significó partidario del papa: *gibelino* quiso decir partidario del emperador. ¿Cómo es que Dante pertenecia á este último bando?

Para satisfacer esta pregunta hay que penetrar algo mas en la historia de Italia.

Las contiendas de ambicion entre emperadores y papas, son el hecho culminante en un período de tres siglos. Italia, tierra clásica de la libertad, se habia rejuvenecido al nombre mágico de independencia, y sus ciudades mas florecientes y ricas se habian ido constituyendo en repúblicas. Sucedió esto durante las guerras civiles de Alemania.—El repentino engrandecimiento de aquellos pequeños Estados sembró en ellos los gérmenes de rivalidad que desde entonces los vienen trabajando, y les obligó á recurrir al papa ó al emperador en busca de amparo para sus respectivos intereses. Los papas fueron los jefes del partido güelfo que pretendia defender la independencia y libertad de su patria: los gibelinos buscaron en el emperador proteccion contra la tiranía local de sus contrarios. Muy pesada debia ser esta tiranía cuando concitó la enemistad de un hombre como Dante!—Pero sabido es lo que influye la pasion en caracteres violentos y fogosos.

Lo que mas escitaba su cólera, era el abuso del poder temporal de los papas. Véase sino la terrible imprecacion que pone el poeta en boca de San Pedro. «Mienten. La esposa del Crucificado no fue rescatada con mi sangre para ser vendida á peso de oro. No fue nuestra intencion que una parte del pueblo cristiano se sentase á la derecha y otra parte á la izquierda, ni que las llaves del cielo confiadas á mi custodia, fuesen la enseña de combates contra bautizados, ni que mi rostro se estampara como sello en privilegios engañosos y venales. ¡Vergüenza y cólera causa en mi alma ese espectáculo! Vénse con trajes de pastor lobos rapaces en otros campos. ¿Y duermes todavía, venganza divina?» Estos acentos de cólera que se reproducen en varios pasajes de las obras de Dante, y sus ardientes invocaciones al emperador para que ponga término á los males de su patria, esplican cómo el hijo de una familia güelfa se convirtió en ardiente gibelino, el dia en que, destrozada Florencia por las facciones, no halló paz sino en la reunion del territorio de Italia bajo un poder único.

El gran poeta no llegó á realizar su deseo: la muerte del emperador Enrique destruyó sus últimas esperanzas, y su indomable carácter le hizo rechazar las condiciones con que sus conciudadanos le hubieran permitido entrar en Florencia. Bajo este influjo se escribió la *Divina Comedia*. ¿Qué estraño es ofrezca por do quiera los rencores políticos que envenenaban al poeta?

Para escribir con fruto la historia de Dante, es preciso narrar la historia de su patria: para estudiar y comprender bien su poema, es necesario conocer una época entera. Dante, como dice Hugo Foscolo, es el historiador de las costumbres de su tiempo, el profeta de su patria y el pintor del género humano.

Y es la verdad.—Su vida entera está encerrada en sus obras. Cada página es un dia, cada frase una sensacion, cada palabra un lamento. Esto hace que se lea con tanto interés y se encarne en el ánimo de sus lectores. El mismo os cuenta su vida con noble franqueza, y con su concision enérgica de estilo. Si le preguntais por sus antepasados: *¿chi fur li maggior tui?* os responde en el Paraiso por medio de su bisabuelo Cacciagnida.

> Maria mi dié, chiamata in alte grida,
> E nell' antico vostro Battisteo
> Insieme fui cristiano e Cacciagnida.
> Moronto fu mio frate ed Eliseo.....
> Mia donna venne á me di val di Pado
> *E quindi il soprannome tuo si feo.*

Aquí se esplica el orígen del sobrenombre Alighieri que va unido al apellido de Dante. Ya antes le habia dicho al autor su trisabuelo:

> Quel da cui si dice
> Tua cognazione et che cent anni e pine
> Girato ha il monte in la prima cornice,
> Mio figlio fu é tuo bisavo fue.

«Aquel de quien tu prosapia ha tomado el sobrenombre de Alighieri y que hace ciento y tantos años recorre el primer cerco del purgatorio, fue hijo mio y bisabuelo tuyo.» (El primer cerco corresponde á los soberbios). Cuenta en seguida cómo siguió á la Cruzada al emperador Conrado que lo armó caballero, y cómo murió y pasó del martirio á la gloria peleando contra los moros.

Cuando Dante habla de sí propio, lo hace con una perfecta modestia: descubre su debilidad y sus faltas, ostenta su virtud cuando se cree con derecho á hacerlo, y se prepara á ser justo con los demás despues de haber sido severo consigo mismo. En estas revelaciones hay un gran fondo de ingenuidad que concilia al escritor interés y respeto.—Pero lo que mas agrada en sus juicios, es el que forma él mismo de su importancia literaria, y la simpática osadía con que elige su asiento entre los grandes poetas á quienes respeta y ama.

«*Si ch'io fui sesto tra cotanto senno.*»

¿Quiénes eran estos cinco grandes maestros á quienes rinde párias la soberbia de Dante? Son Homero, soberano poeta, (*poeta sovrano*); Virgilio que se cierne, como un águila sobre todos los otros:

> *Qu l signor dell'altisimo canto*
> *Che sovra gli altri com'aguila vola*;

Horacio, Ovidio y Lucano. Estos son los poetas á quienes Dante ama y reverencia. Pero entre todos ellos da la preferencia á Virgilio, como se ve en muchos pasajes de su poema, y lo demuestra el hecho de haberlo escogido por guia.

El amor á Beatriz, que llena su grande alma y se encuentra sembrado en todos sus cantos, le inspira dulcísimos y melancólicos versos que no se pueden leer sin enternecerse.—Esta pasion y el odio á la tiranía de Roma, son los dos grandes móviles de aquel vehemente carácter.

Beatriz tenia nueve años cuando la conoció Dante, y fue tan profunda la impresion que causó en su alma, que no olvidó nunca ni el color encarnado de su vestido. Nueve años despues volvió á encontrarla, cuando ya estaba en todo el esplendor de su belleza, y la pudorosa vírgen, que iba acompañada de dos matronas, volvió la cara para saludar al poeta. Este nos pinta su confusion y el amor que en él despertó aquella mirada. Desde entonces Beatriz Portimari reinó como señora soberana en su pecho, y le inspiró sus mas bellas composiciones. ¡Quién le habia de decir que aquel ángel de hermosura y virtud habia de abandonar tan pronto este mundo! Y sin embargo, un presentimiento secreto le anunciaba sin cesar la terrible desgracia: pareciale Beatriz demasiado perfecta para la tierra, y temia que el cielo la reclamase... Realizóse al fin su vaticinio, y á las canciones de amor reemplazaron los suspiros y lágrimas. Desde entonces la imágen de Beatriz no se aparta un instante de su alma, y su nombre está escrito en todas las páginas de sus obras.

Pero no es el amor la inspiracion verdadera de Dante. Su alma enérgica obedece á estímulos mas varoniles. La indignacion, el odio, las pasiones políticas, son el resorte mas poderoso de su musa. Pero vengamos á la *Divina Comedia y sus comentadores*.

Este poema, que elevó la lengua italiana á tal grado de perfeccion que no le igualan tal vez las obras posteriores, ha tenido, como la mayor parte de los clásicos, la desgracia de ser mal comentado. Desde Bocaccio encargado por la república de Florencia de comentar y esplicar la *Divina Comedia*, hasta nuestros dias, y salvo algunas escepciones de comentadores mas ó menos recomendables, los demás no son mas que gramáticos ó pedantes, que, en vez de aclarar, han oscurecido su testo. Si á veces ilustran, generalmente embarazan, y casi siempre destruyen el interés del poema. ¿Por qué? porque sus minuciosas observaciones, ordinariamente estravagantes y pedantescas, distraen al autor del asunto principal y rompen el encadenamiento de las ideas. ¡Cuánto mas vale no comprender algun pormenor, que perder de vista el interés del conjunto!

Pero no hay que confundir esos comentadores estériles con los que se han consagrado á penetrar las sublimes concepciones de Dante. El mejor auxiliar para entender á Dante es Dante mismo. La comparacion metódica de diversos pasajes que se relacionen entre sí, ora por su construccion gramatical, ora por la analogía de las alusiones ó de los pensamientos, son la mejor guia y el mas

acertado sendero para llegar á la inteligencia del poema. De Dante puede decirse lo que decia él mismo de Virgilio:

Tú sé lo mio maestro, el mio autore.

Solo este método nos puede enseñar; 1.° las causas verdaderas de todo lo que ha dicho este poeta sobre el otro mundo, sin entregarse á alusiones estrañas que mas de una vez llegan á ser ridículas; 2.° esplicar no solo las concepciones del poeta, sino tambien las formas particulares de que las reviste; 3.° interpretar todos los pasajes difíciles que han sido mal comprendidos ó descuidados por los malos comentadores; 4.° dar á conocer las palabras y locuciones mas notables; 5.° señalar sus bellezas de estilo ó de armonía; 6.° recordar ó aplicar de vez en cuando los principios generales de la crítica.

Sabido es que la *Divina Comedia* abunda en pasajes difíciles y oscuros. Suponiendo que estas dificultades no dimanen de la falta de arte, hay que achacarlos á la naturaleza del asunto ó á la escasa flexibilidad de una lengua naciente. Obsérvase esto en esas místicas elucubraciones que Dante imitó de la teología de su tiempo, y en las formas que se vió obligado á crear y que solian ser tan estravagantes como las ideas mismas. Hay alusiones cuyo objeto se ha olvidado ó que apenas nos indica la historia; pero lo que mas llama la atencion son las inmensas dificultades de la lengua. Emplea Dante con frecuencia palabras, locuciones y giros que no han sido reproducidos por otros autores ó que lo han sido en acepciones muy diversas. Si á esto se agrega las alteraciones de los copistas, las debidas á la ignorancia y temeridad de los intérpretes, como sucede en la mayor parte de los antiguos clásicos, comprenderemos la inmensa dificultad de corregir y enmendar tantos errores.

Y sin embargo, esta tarea se halla desempeñada felizmente en el Comentario que tenemos á la vista. G. Risoli es el que ha comprendido mejor la índole y estructura de la *Divina Comedia* y el que ha analizado sus bellezas y defectos con toda la paciencia y exactitud necesarias. Nada se oculta á su mirada penetrante: él ha consultado y comparado los mejores testos, y, aunque prefiriendo siempre el de la Crusca, no descuida ningun género de investigacion para descubrir el verdadero sentido de las palabras y frases. El rectifica su puntuacion, busca su analogía, examina su estructura y se penetra de la intencion del poeta.

Imposible es seguir á este comentador en las numerosas esplicaciones que presenta. Procuremos, no obstante, citar algunas:

Vidi una insegna
Che girando correva tanto ratta
Che d'ogni posa mi pareva indegna.
Inf. ch. III. verso 52.

El señor Risoli hace derivar con mucha sagacidad la palabra *indegna* del participio *indegnata* sincopado, lo cual hace mas conveniente y esacto el pensamiento del poeta.

Pure á noi converra vincer la punga,
Comm ncio ei; se non..... tal ne s'offerse;
¡Oh! quanto tarda á me ch'altri qui giungá.
(Inf. ch. IX. vers. 7.)

En estos versos hace notar sentidos cortados é interrupciones que presentan, de un modo dramático, el embarazo en que se encuentra Virgilio y el cuidado con que procura no desalentar á su discípulo.

Taciti, soli e senza compagnia
N'andabam l'un dinanzi et l'altro dopo.
Come i frati minor vanno per via.
(Inf. chap. XXIII. vers. 1.)

Risoli desecha la esplicacion del padre Lombardi, aunque parece la mas natural, en que supone que Virgilio y Dante iban uno detrás de otro como los frailes franciscanos, y cree que con esta comparacion quiere significar el poeta que iban *cabizbajos*, lo cual da mas colorido y viveza á la situacion.

Podriamos citar otros ejemplos en que las esplicaciones gramaticales del comento son útiles para la inteligencia del testo; pero este camino seria fastidioso, sino indemnizase al lector de su fatiga con observaciones críticas de mas importancia. Bajo este concepto el hábil comentador cuida mucho de hacer resaltar los pasajes que ofrecen alguna belleza particular de concepcion, de espresion ó de ritmo. La mayor parte de sus predecesores, limitados á la pura inteligencia del texto, no esplicaban mas que lo concerniente á la lengua, la historia de la época y las alusiones reales ó supuestas. Pero Risoli no se contenta con hacernos entender la Comedia de Dante; sino que se empeña en hacernos sentir sus bellezas; espone sus cualidades mas características y las anota con cierta especie de entusiasmo.

Dante se distingue por la profundidad y precision con que espresa sus pensamientos. Esto hace que no siempre esté al alcance de sus lectores, y esplica los elogios y críticas de que ha sido objeto. Pero en estas opiniones ha influido mucho la moda. En los siglos XVI y XVII privaban las opiniones de Varchi y de Castelvetro, de Mazzoni y de Castravilla sobre el Dante. En el XVIII le declaró la guerra Betinelli y fue su defensor G. Gozzi. Voltaire y Laharpe no encontraron mas belleza en su poema que los dos episodios Francesca de Rímini y el conde Ugolino, opinion que han repetido muchos como eco. No hace mucho que el mismo Lamartine, llevado de un exagerado espíritu de paradoja, concitó las iras de Italia y del mundo culto maltratando impiamente al incomparable poeta. ¿Quién habia de creer que un hombre de tan elevado genio habia de obedecer á pasiones pequeñas?

El señor Risoli desvaneció estos errores demostrando las innumerables bellezas de la *Divina Comedia*. Entre los episodios de Francisca de Rímini y del conde Ugolino hay otros muchos que pueden comparárseles, ya por el sentimiento y la pasion que los han dictado, ya por el vigor del colorido y la verdad de los cuadros, ya por la naturaleza y precision del diálogo. Son de este número la vuelta de Virgilio á la mansion de los poetas en que le reciben y tributan homenaje Homero, Horacio, Ovidio y Lucano, cuando el mismo Dante toma asiento entre ellos; los episodios de *Farinata degli Oberti* (Infierno, cap. IV.), el desgraciado *Pier delle Vigne* (id. cap. X.), *Brunetto Latini* (id. cap. XV.), *Vanni Fuici* (id. XXIV.), del músico *Casella* (Purg. cap. II.), del rey *Manfredi* (id. cap. III.), de *Buomonte de Montefeltro* (id. cap. V.), del mantuano *Sordello* (id. cap. VI.), de *Forese* (id. XXIII y XXIV.), y otros varios.—Ademas, ¿quién no recuerda la opinion de Alfieri respecto á las bellezas del canto XXII del Paraiso y el XXX que contiene la aparicion de Beatriz? ¡Desgraciado el que desconozca la escelencia de estos episodios y no admire en la *Divina Comedia* mas que á Francesca y Ugolino

Hemos indicado las bellezas de conjunto. ¿Quién se atreveria á enumerar las de pormenor? ¿La novedad, riqueza y colorido de las imágenes; la originalidad y profundidad de los conceptos; el estilo apropiado siempre al asunto; la enérgica rapidez de las locuciones?

En cuanto á la forma característica del poema puede considerarse bajo dos aspectos principales: como una bajada á los infiernos y como una vision.—En el primer caso es una imitacion del libro VI de la Eneida, como este lo es á su vez de la evocacion de Tiresyas de Homero, ó de la bajada de Orfeo á los campos Eliseos ó la vision de Hero descrita por Platon en su sétimo libro sobre las leyes. La introduccion del poema; Dante es traviado en la selva de donde lo sacan Beatriz y Virgilio, ofrece bastante analogía con el plan del Tesoreto de Brunetto Latini. De todos modos, y no obstante estas analogías, puede asegurarse que Dante no ha tomado nada de Virgilio ni de Brunetto, aunque los considere como sus maestros; y en cuanto á las observaciones gramaticales, no son ellas las que constituyen la verdadera importancia del poema, sino la invencion y ejecucion del asunto y la tendencia á escitar grandes pasiones.

Se ha creido generalmente que el interés de la *Divina Comedia* disminuye á medida que se adelanta de un acto á otro: que por consiguiente el Infierno es mejor que el Purgatorio y el Paraiso inferior á los dos primeros. Pero en el Purgatorio se encuentran numerosas bellezas, de un género enteramente nuevo, que merecen ser mejor apreciadas, y el Paraiso debe considerarse mas bien como poema didáctico que como poema histórico, y encierra, en tal concepto, bellezas superiores á las de Lucrecio.—Siempre es un gran mérito, en poesía, presentar, bajo formas nuevas y sensibles, las doctrinas místicas de la teología y las ideas mas abstractas de la metafísica. Esto, que es un verdadero *tour de force*, lo ha conseguido Dante en esta parte de su poema.

RICARDO DE FEDERICO.

LA CATEDRAL DE TOLEDO.

I.

No abrimos hoy el inmortal libro de las glorias toledanas que la ciudad del Tajo escribió con páginas de imperecederos monumentos, para recorrerlas una por una y presentar en compendiado cuadro los artísticos recuerdos que brotan por todas partes en la córte de Alfonso VII. No vamos tampoco á abandonarnos á los poéticos arranques que inspira aquella ciudad con su hermosura y sus tradiciones «blandamente recostada á la márgen del Tajo, descansando los piés sobre la mullida alfombra de su vega, y arrullada por el plácido murmullo de las corrientes, cuya risueña Nayada semejara, si cien torres no coronasen su cabeza» (1), aunque al tomar la pluma para escribir acerca de uno de sus mas importantes monumentos, despues de haberla recorrido y admirado, no hayamos podido menos de recordar con profundo dolor, aquellos versos que con tanta inspiracion como sentimiento escribió el trovador español de nuestro siglo.

Negra, ruinosa, sola y olvidada,
Hundidos ya los piés entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada,
Azotada del viento y del turbion.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pié de su blason.

Vamos únicamente á ocuparnos en dar á conocer á nuestros lectores la ereccion y acrecentamiento de la basílica toledana, y la descripcion artística de las innumerables bellezas en que abunda, si bien al emprender este trabajo tengamos que luchar, llevando gran desventaja por nuestra parte, con los recuerdos que entre otras obras hayan dejado en los que tuvieran la fortuna de estudiarlas, ya la concienzuda obra que con el título de *Toledo Pintoresca*, escribió en 1845 con su admirable crítica, vastísima erudicion y elegante y castizo lenguaje el actual decano de la facultad de letras de la Universidad Central don José Amador de los Rios, ya los capítulos que la dedicó en su notabilísimo *Album de Toledo*, el modesto pero sabio anticuario don Manuel de Asas, ó bien la que con tanta galanura y brillantez de imaginacion, como exactitud histórica y dignas apreciaciones artísticas, ha publicado por ventura don José María Quadrado, en el tomo de Castilla la Nueva, perteneciente á la obra monumental de Recuerdos y bellezas de España, que en tan buena hora concibió, y con tanta constancia lleva á cumplida cima el distinguido artista catalan don Francisco Parcerisa. Disponiendo de mas limitado espacio, sostenidos por inferiores fuerzas y penetrando en un campo, rico siempre pero donde tan hábiles cultivadores lograron cosechar tan envidiables frutos, nuestros artículos habrán de aparecer necesariamente pálidos y sin el indefinible encanto que á las obras presta la novedad del asunto, si ya no fuesen bastante para que perdiesen su escaso mérito (si alguno pudieran tener) la comparacion que entre ellos y dichas obras se hiciera. Sin embargo, de estos justísimos temores, teniendo en cuenta la grande importancia del monumento y la difícil adquisicion de las citadas obras, ó agotadas algunas de ellas ó de gran coste, no hemos vacilado en generalizar el conocimiento de la primada basílica, que acariciada sin cesar por el religioso amor de cuatro siglos se ostenta en el centro de la imperial ciudad, constituyendo la gran clave de edificios religiosos que dan característica grandeza á la ciudad de los Eugenios y de los Ildefonsos.

—No completamente definido se halla el orígen del celebrado templo, sin embargo de lo cual se cree que la ereccion de aquella silla episcopal en el centro de la antigua Carpetania, se remonta á la época de San Eugenio, ó sea la segunda mitad del siglo primero de nuestra era. Este parecer confirmado por la constante tradicion y todos los antiguos escritores, hubo alguno á quien no pareció tan aceptable, puesto que el célebre Ponz atribuye la primera fábrica de la iglesia al rey Flavio Recaredo. Para confirmar su opinion existe un importante monumento arqueológico que á primera vista no deja duda alguna acerca de ello. Tal es la conocida lápida blanca de forma cilíndrica y de cerca de media vara de alto, encontrada en el año de 1591 al abrir los cimientos de la iglesia de San Juan de la Penitencia, la cual subsiste en el cláustro de la iglesia actual, merced á la sabia prevision del canónigo don Juan Bautista Perez, *obrero* de la santa fábrica en la época del descubrimiento. Dicha lápida dice así:

IN NOMINE DÑI. CONSECRA
TA ECCLESIA SCTE. MARIE
IN CATHOLICO DIE PRIMO
IDVS APRILIS ANNO FELI
CITER PRIMO REGNI DÑI
NOSTRI GL RIOSISIMI FL.
RECAREDI REGIS ERA
DCXXV.

De esta inscripcion indudablemente se deduce que cupo á Recaredo la fortuna de consagrar la santa iglesia, si bien no queda resuelta la duda de si el templo que consagraba era nuevo, ó bien existia ya destinado al culto durante el arrianismo que espiraba, y que al rey solamente se debiera haberla dedicado con las debidas formas religiosas al catolicismo que acababa de abrazar.

Lo último, como con gran acierto deduce el señor Amador de los Rios, es mas probable, porque indudablemente parece imposible, dado que constase que Recaredo se hubiera dedicado á levantar basílicas, que solo en cuatro meses desde que entró á reinar hasta la fecha que marca la lápida se consiguiera levantar suntuosamente un templo.

Así lo mas probable es, prescindiendo de la primitiva y tradicional basílica de San Eugenio, que al subir al trono Recaredo ya existiera una iglesia arriana, y que mandase para purificarla que en ella solo se prestase la debida adoracion al Dios de los Católicos, y que se consagrase al verdadero culto. Este es el parecer tambien del ilustrado señor Rios, que oportunamente cita en apoyo de su conjetura las palabras al mismo Ponz, el cual en la tercera edicion de sus viajes, añade como arrepentido de su primera idea: «este letrero siendo de la consagracion da á entender, que la iglesia estaba concluida.»

Pero si Recaredo logró purificarla del culto arriano, cerca de dos siglos despues habia de ser objeto de mas graves profanaciones, cuando á principios del octavo la irrupcion mahometana llegando hasta Toledo, y clavan-

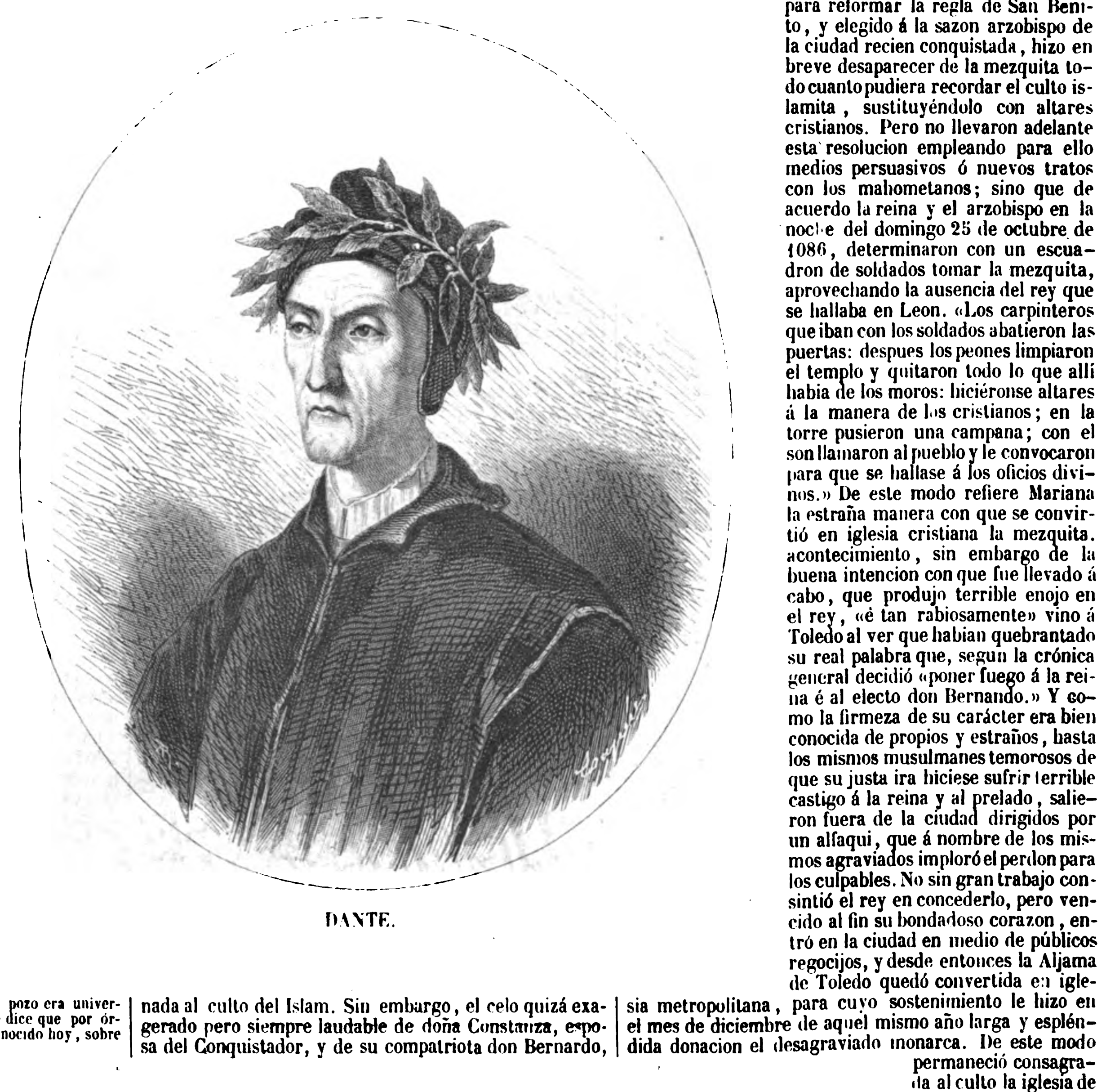
(1) Quadrado.

do sobre sus visigodos muros la media luna del falso profeta, arrojó del latino templo la sacrosanta cruz para colocar en su lugar el Coran de Mahoma.—De este modo permaneció la iglesia toledana convertida en mezquita, si bien enriqueciéndose y hermoseándose con las nuevas formas de la oriental arquitectura, ya que no se destruyese por completo la primitiva fábrica sustituyéndola con una mezquita completamente musulmana.—Y que la restaurada ó nueva obra debió ser de maravillosa labor, aunque en el primer período en nuestro suelo el estilo mahometano, bien se confirma con el testimonio de Maccary que asegura reunió Al-ma-mum-billah, los mas hábiles arquitectos para construir los edificios públicos de Toledo, y como mudo testigo de aquella época de activo desenvolvimiento en las artes musulmanas, con el brocal del algibe (1) que se conserva en el patio principal de San Pedro Mártir, perteneciente, segun su inscripcion cúfica declara, á la mezquita de Toledo.

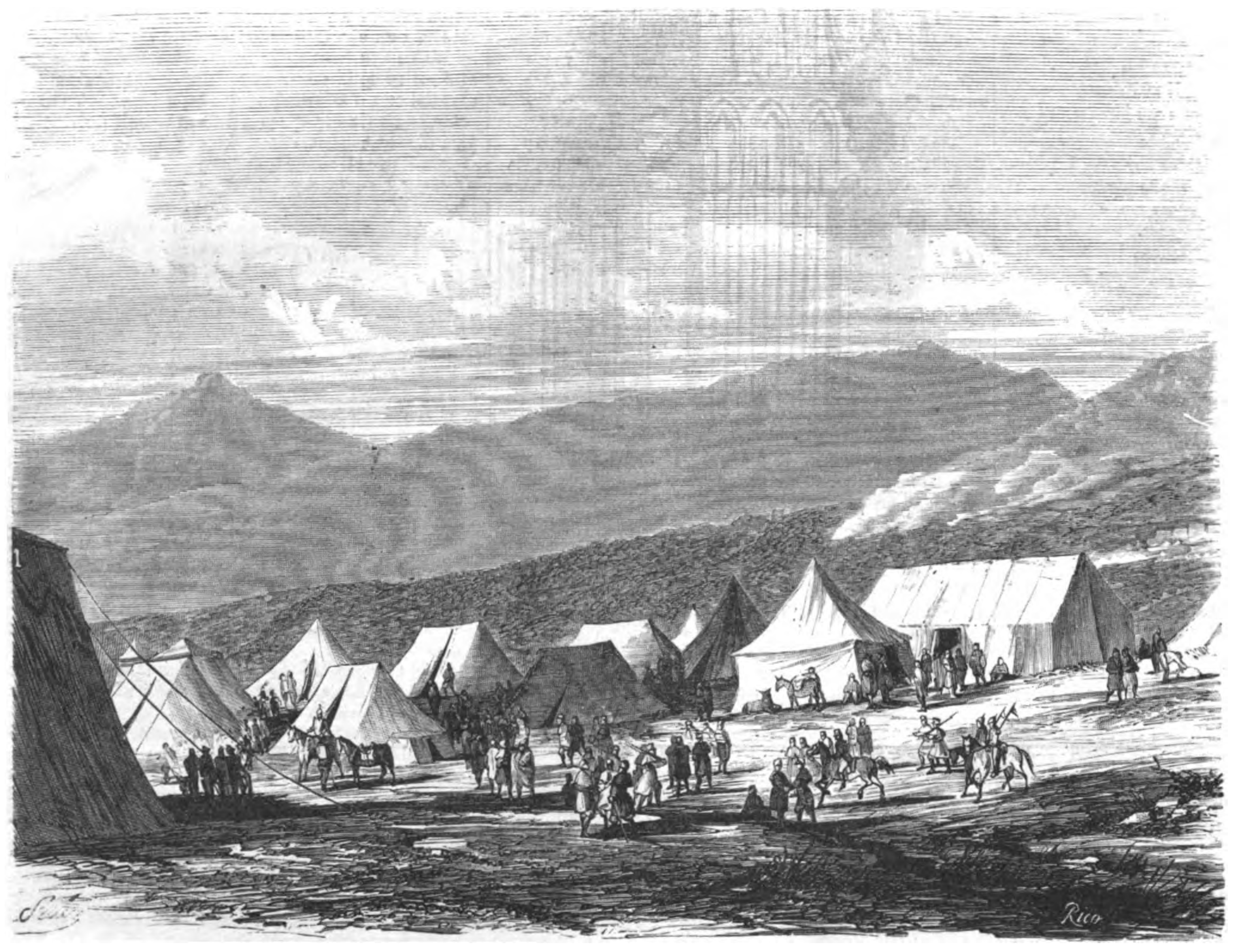
Hé aquí dicha inscripcion tal como la traduce el doctor orientalista don Pascual Gayangos:

«En el nombre de Alá, clemente, misericordioso:
mando labrar
este algibe en la mezquita Aljama de Toledo
(presérvele Alá)
el rey vencedor, señor de los principados,
Abu-Mohammad
Ismail Ben Abdo-r-rahmman Ben Dhi-n-nun
(alargue Dios sus dias) en la luna de jumada
1.° del año 423.

Conquistada Toledo ó Tolaitola por el esfuerzo de Alfonso VII, todavía continuó la mezquita destinada á los ritos muslímicos por algun tiempo, puesto que una de las bases de las capitulaciones fue la de que la grande Aljama quedase para siempre destinada al culto del Islam. Sin embargo, el celo quizá exagerado pero siempre laudable de doña Constanza, esposa del Conquistador, y de su compatriota don Bernardo, abad de Sahagun, venido á España para reformar la regla de San Benito, y elegido á la sazon arzobispo de la ciudad recien conquistada, hizo en breve desaparecer de la mezquita todo cuanto pudiera recordar el culto islamita, sustituyéndolo con altares cristianos. Pero no llevaron adelante esta resolucion empleando para ello medios persuasivos ó nuevos tratos con los mahometanos; sino que de acuerdo la reina y el arzobispo en la noche del domingo 25 de octubre de 1086, determinaron con un escuadron de soldados tomar la mezquita, aprovechando la ausencia del rey que se hallaba en Leon. «Los carpinteros que iban con los soldados abatieron las puertas: despues los peones limpiaron el templo y quitaron todo lo que allí habia de los moros: hiciéronse altares á la manera de los cristianos; en la torre pusieron una campana; con el son llamaron al pueblo y le convocaron para que se hallase á los oficios divinos.» De este modo refiere Mariana la estraña manera con que se convirtió en iglesia cristiana la mezquita. acontecimiento, sin embargo de la buena intencion con que fue llevado á cabo, que produjo terrible enojo en el rey, «é tan rabiosamente» vino á Toledo al ver que habian quebrantado su real palabra que, segun la crónica general decidió «poner fuego á la reina é al electo don Bernardo.» Y como la firmeza de su carácter era bien conocida de propios y estraños, hasta los mismos musulmanes temorosos de que su justa ira hiciese sufrir terrible castigo á la reina y al prelado, salieron fuera de la ciudad dirigidos por un alfaquí, que á nombre de los mismos agraviados imploró el perdon para los culpables. No sin gran trabajo consintió el rey en concederlo, pero vencido al fin su bondadoso corazon, entró en la ciudad en medio de públicos regocijos, y desde entonces la Aljama de Toledo quedó convertida en iglesia metropolitana, para cuyo sostenimiento le hizo en el mes de diciembre de aquel mismo año larga y espléndida donacion el desagraviado monarca. De este modo permaneció consagrada al culto la iglesia de Toledo hasta que poco mas de siglo y medio despues, ocupando el trono de Castilla Fernando III, y la sede toledana el célebre arzobispo don Rodrigo Jimenez de Rada, á ruegos de este emprendióse la fábrica de la nueva iglesia para que el culto del verdadero Dios tuviese templo propio y en armonía su estructura con la religion del crucificado, colocándose, segun el testimonio del mismo don Rodrigo la primera piedra en 1227, allí donde se alzaba la antigua mezquita, que debió ser destruida para levantar la cristiana iglesia, y prosiguiendo la obra con gran entusiasmo y admiracion de los fieles. Afortunadamente la misma catedral ha conservado con el cuerpo de su primer arquitecto la noticia de su nombre en la lápida de su sepultura que colocada en tiempo de Blas Ortiz en la capilla de los Dolores, se ha visto trasladada últimamente, y á la verdad no acertamos por qué motivo, al interior de la sacristía de la misma capilla. Dice así en caracteres góticos y en el latin propio de la época en que se grabó:



DANTE.



PARTE DEL CUARTEL GENERAL DE O'DONNELL EN CABO-NEGRO. (DE FOTOGRAFIA.)

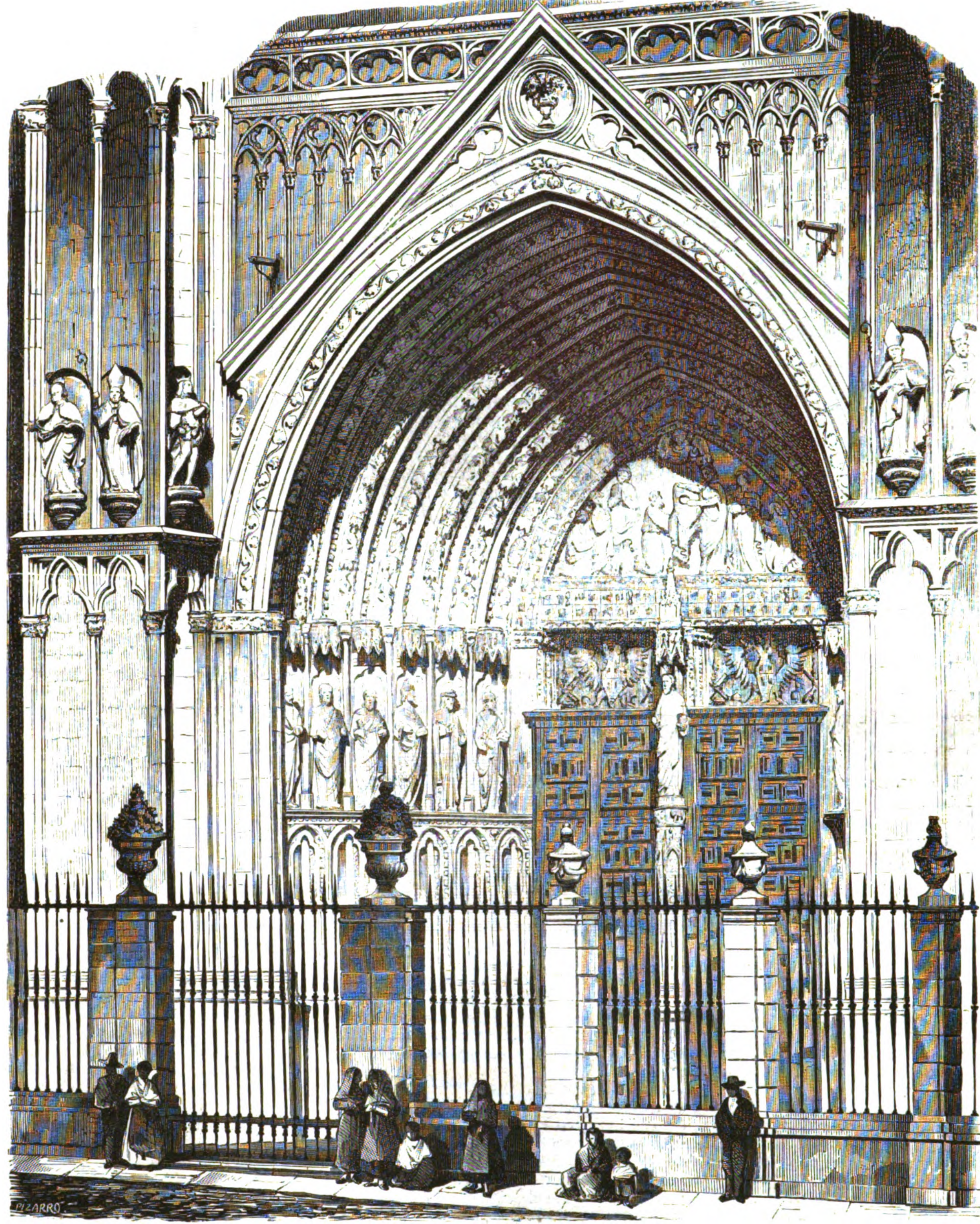
(1) Durante mucho tiempo y convirtiéndose en supersticiosa tradicion una antigua creencia de los muslimes, se aseguró que el agua de este pozo era universal remedio contra cualquier enfermedad, y aun se dice que por órden de Alfonso VI se llegó á escribir un libro, desconocido hoy, sobre las virtudes de aquellas aguas.

AQUI JACET PETRUS PETRIS MAGISTER
ECCLESIA SANCTE MARIE TOLETANI FAMA
PER EXEMPLUM PRO MORE HUIC BONA
CRESCIT QUI PRESENS TEMPLUM CONSTRUXIT
ET HIC QUIESCIT QUOD QU A TAN NURE
FECIT VILI SENTIAT IRE ANTE DEI
VULTUM PRO QUO NIL REITAT INULTUM
ET SIBI SIS MERCE QUI SOLUS CUNCTA
COHERCE OBIIT X DIAS DE NOVEMBRIS
ERA DE M E CCCXXIII AOS.

Con tan acertada direccion continuó la obra durante cuarenta y nueve años, desde el de 1227, en el cual con desusada pompa, y celebrando la misa de pontifical el celoso arzobispo, se puso la primera piedra, hasta el de 1277 en que falleció el célebre arquitecto. No ha sido á la verdad tan afortunada la memoria de los maestros que posteriormente la dirigieron y los demás artífices que con su talento y con sus obras enriquecieron la catedral toledana. Y sin embargo, no es de los templos en cuya historia menos noticias se encuen ran respecto á los artistas que en él trabajaron. Asi lo demuestran los nombres de Rodrigo Alfonso, que en 1389 trazaba y dirigia el magnífico cláustro que edificado á espensas del arzobispo Tenorio, cuatro siglos mas tarde habia de embellecer con sus brillantes frescos el espontáneo Bayer; los del maestro Dolfin, los Vergaras, Francisco de Olias y Francisco Sanchez Martin, que de 1418 á 1560, obligaban á que el sol prestase vida á sus místicas inspiraciones en las pintadas vidrieras con que cubrian las ojivales ventanas y rosetones de la toledana basilica; los de Anequin Egas, Alfonso Fernandez de Liena, Fernando García, Pedro Guas, Fernando Chacon, Lorenzo Bonifacio, Rui Sanchez, Alonso Vince, Francisco de las Arenas y Juan Aleman, hábiles artistas que de 1426 á 1462 adornaron la célebre fachada de los leones, en la que tambien dejó muestra de su brillante genio y clásico gusto don Mariano Salvatierra á fin del siglo pasado; el de Martin Martinez con la capilla de San Ildefonso en 1426; á Juan de Segovia, Pedro Gumiel, Sancho de Zamora y Pablo Ortiz, en la capilla de Santiago ó de don Alvaro de Luna, por los años de 1448; de maese Rodrigo, autor de la sillería baja del coro, en 1494, obra que terminaban con la sillería alta, por los de 1539, Felipe de Borgoña y Alfonso de Berruguete, y para cuyo coro iluminaban por la misma época sus magníficos libros, miniaturistas como Francisco Buitrago, Diego de Arroyo, Pedro de Obregon, Juan de Salazar y Juan Martinez de los Corrales, trabajos que oscurecian con el célebre misal de Cisneros, Alonso Vazquez, y Bernardino de Canderroa. Por ventura tambien nos ha trasmitido la historia los nombres de Diego Copin de Holanda, Juan de Borgoña, Francisco de Amberes, Sebastian Almonacid, Fernando del Rincon, Francisco Guillen, Andrés Segura y Petit Juan que trazaron ó tallaron, pintaban ó doraban el magnífico retablo principal, por los años de 1504; el de Enrique Egas que levantaba en 1519 el primer cuerpo de la capilla mozárabe, que habia de terminar con eterogéneo remate en 1631, Jorge Theocópuli; el de Alonso de Cobarrubias que trazaba la capilla de los *Reyes nuevos*, hácia 1530; los de Francisco de Villalpando, Rui Diaz del Corral, Aleas Copin, Diego de Velasco, Troya, Cántala, Lebin y Miguel Copin, que tallaban ó vaciaban las magníficas puertas de la fachada de los leones, en 1550, emulando la gloria que adquirian casi al mismo tiempo Francisco de Villalpando y Domingo de Céspedes con las rejas de la capilla mayor y el coro, en las que parece quisieron competir con la magnífica custodia que en 1523 terminó el inimitable artista platero, Enrique de Arfe; los ya citados Enrique Egas y Pedro Gumiel, que con Francisco de Lara, Diego Lopez, Luis Medina, Gregorio Pardo, Bernardo Bonifacio, Borgoña y Copin, en la primera mitad del siglo XVI labraban la sala capitular, con su arabesca portada y su techo de cristiana afargia; Gabriel de Rueda, Gregorio de Borgoña, Jamete y el antedicho Bernardo Bonifacio, que dignos émulos de Villalpando y los Copin, labraban al final del siglo XVI el reverso de la puerta de los leones, sobre cuya entrada colocaron su magnífico órgano fray Giraldo y Ascanio; y por último, los de Nicolás de Vergara, cuyo recuerdo guarda la capilla de Nuestra Señora del Sagrario, y la llamada del *Ochavo* á la que tambien van unidos los de Monegro, Goyti y Zombigo, artistas ya mas cercanos á nuestra época, no los únicos, á la verdad, que á fin del siglo XVI y en los XVII y XVIII dejaron tambien consignado su nombre con su gloria en la basílica toledana, pues brillantes rasgos de su fecundo genio nos recuerdan á Vicente Carducci y á Caxés las pinturas de la capilla de Santa María, á Ignacio Arce y Salvatierra el sepulcro del cardenal Borbon y al Greco, Goya, Orrente, Ramos y los Bazanos, las admirables pinturas de la sacristia. —Lástima grande que á la par que estos nombres no nos sean conocidos, los de aquellos que sucedieron al célebre Perez en la direccion de la fábrica y tantos otros artistas como en la catedral de Toledo dejaron sus cristianas inspiraciones, pero no sus nombres, sin que á pesar de tanta modestia haya podido concederles su laurel la historia.

J. DE D. DE LA R. Y D.

(Se continuará.)



PORTADA PRINCIPAL DE LA CATEDRAL DE TOLEDO. (DE UNA FOTOGRAFIA DEL SEÑOR CLIFFORD.)

NUEVAS CARTAS MARRUECAS. (1)

(CONTINUACION.)

VI.

Abd-el-Motalleb á Abdallah-Ben-Solul.

Alabanzas al Eterno.—El quita y da los tronos. —El pone las diademas. — Si le place mañana desaparecerán con el soplo del aire del desierto tus mujeres, y tus hijos, y tus camellos, y tus tiendas, y tus palmeras, y solo podrá cobijarte la osamenta de las caravanas sepultadas en la arena.

Hermano mio, te confieso que durante mi viaje por España, se cambian mis instintos fanáticos y groseros.

Voy á hablarte hoy de los diversos nombres que los cristianos nos han dado en los tiempos antiguos y modernos.

Uno de los eruditos con quien he trabado amistad me ha informado de todo, asegurándome que no son comunes sus noticias, pues poseedor del árabe, las ha sacado de los libros de nuestros progenitores.

«Los árabes ó mahometanos fueron conocidos en España tambien con otros nombres. Estas gentes, dicen unos escritores antiguos, son mas conocidas en España

(1) Vease el número 12 del *Museo Universal* del corriente año.

con el nombre de moros ó de sarracenos que con el de árabes.

Almotarezzi, antiquísimo escritor de los árabes, y á quien siguen todos los historiadores de su nacion, afirma que los árabes traen su denominacion de la provincia llamada Arabah, pues dice *Arabah* con movimiento el *Re* (esto es, movible por *fatca*) es nombre de la península de los árabes: se llamaron *árabes*, cuando la habitaron. La duda está en saber de dónde traia su nombre la *Arabia*.

Abulfeda es de sentir (arrimándose á la opinion de Ebn Said) que le venga de Yarab: son estas sus palabras:

«Despues de la confusion de las lenguas y de la dispersion de los hijos de Noé, el primero que se fue á la Arabia Feliz fue Kagtan, hijo de Abar (Eber) hijo de Saleg. »Y Kagtan el mencionado fue el primero que reinó en la »Arabia Feliz, y quien tuvo corona en su cabeza. Murió »Kagtan, y reinó su hijo Yarab, y este fue el primero »que habló el árabe; como quien dice: de *Yarab* viene »la denominacien de la lengua árabe, de la provincia »que habitó este y tambien de sus colonos.»

De la voz hebrea *hereb*, pretenden algunos sabios se origine la voz *Arabia*. Esta opinion carece de fundamento, aunque la patrocina Pokok: dice, que tiene este nombre, ó por las muchas y diversas gentes que en lo antiguo habitaron en ella, ó por los infinitos campos incultos y estériles, que se encuentran en su vasto distrito: ambos asertos son falsos, pues no se dá nacion en el mundo que se haya mantenido sola y sin mezclarse con otras gentes por mas de tres mil años seguidos, como los árabes. Ni tampoco hay península mas fértil que la *Arabia*, si esceptuamos una pequeña parte, que es la llamada *Petrea*.

La cuestion mas controvertida entre los sabios, es indagar el orígen de la voz *sarracenos*. Gagner, siguiendo á Plinio, quiere que venga de *Arra*, ciudad que habitaron aquellas gentes. Los griegos afirman, que su orígen es de *Sara*, mujer de Abrahan. Escalígero dice que es de Saraka *Robar*. De *nacer el sol* Pokok lo defiende, y de *comerciar ó hacer compañia* lo presume Casiri.

Gagner defiende su opinion con Estrabon, Dio Cassio, Estefano y Yacut: pero no se averigua de ningun modo, si la ciudad de *Arra* dió nombre á los *sarracenos* ó *arrakenos*, ó si estos á la ciudad. Fullero refuta la opinion de los griegos, como puede verse en sus misceláneas sacras, cap. 12, aunque ya lo hicieron antes San Gerónimo y Escalígero.

Pokok destruye en un todo el sentir de este último, con su acostumbrada erudicion, y puede verse en su *Specim. histor. Arab.* (p. 34). Escalígero presume que se llamaron *ladrones*, porque se acomodaron á vivir del robo como su progenitor, y contra esta presuncion tenemos, que el sagrado testo de los cristianos les hace comerciantes ó mercaderes: ***levantaron** (dice) **los ojos, y vieron: he aquí la caterva de ismaelitas que venian de Chilead, y sus camellos traian aromas, resina y mirra para llevarlos al Egipto; y pasando los mercaderes madianitas le sacaron de la cisterna, y le vendieron á los ismaelitas en veinte dineros de plata. Y los madianitas vendieron á Josef en Egipto á Putiphar, eunuco de Pharaon*** (Gen. cap. 37).

Gagner desvanece el dictámen de Pokok solo con decir: Si los árabes fueron tenidos por *sarracenos*, y en particular por los indios (es opinion de Tácito), solo porque la tierra que habitaron estaba al Oriente de ellos, deben llamarse orientales ó *sarracenos* tambien, todos los pueblos que están al Oriente de la Judea, como son los chinos, indios, persas y caldeos.

La opinion de Casiri tiene mucha probabilidad. Los genuinos árabes (que fueron los descendientes de Joctan) se mantuvieron sin mezclarse con otras naciones, por mas de mil años en aquella parte de la Arabia que describe el Génesis (cap. 10). Al cabo de este larguísimo tiempo, pasó Ismail con todas sus tribus á la Arabia, y se estableció en la provincia de Echaz: casó Ismail con la hija de Modad, rey que en aquel tiempo la dominaba. Los ismaelitas siguieron el ejemplo de su caudillo, emparentaron con los Echacitas, y multiplicaron tan escesivamente, segun la promesa del Señor (Gén., cap. 16), que tuvieron que invadir la parte oriental de la Arabia, estendiéndose hasta Madian. Los madianitas admitieron gustosos á los descendientes de Ismail, y juntáronse ambas naciones con vínculos tan estrechos de parentesco y amistad, que la sagrada letra, ya madianitas, ya ismaelitas, les llama, segun hemos visto en los pasajes citados, en el libro de los Jueces, cap. 8 y en otros. Y como el modo de vivir de estas gentes era de tráfico y comercio, no encuentro violencia alguna en que las demás naciones les llamasen *mosarriguin*; esto es, asociados, ó compañeros en el tráfico ó comercio.

Aun hay otra conjetura que da mas fuerza á esta opinion. Mohamed dice con frecuencia en su Koran, que la lengua ismaelítica es la mas pura de los árabes, y que en ella se escribió este libro. La voz árabe con la significacion de *compañeros*, es en él frecuentísima: luego parece que nos llegamos mucho á la verdad, si á los *sarracenos* se las llama *asociados*.

La voz *moro* es corrompida de la arábiga *mogrecinos*, esto es, los occidentales, que habitan en la Mauritania. Así lo dice Abulfeda en la descripcion de esta parte del mundo. Confírmase mas esta opinion con la voz *magreb*; pues aunque comprende el Occidente en general, y el Africa toda, significa particularmente la Mauritania, que está en aquella parte de la Africa que se llama Numidia, y en la region de Sechelmesa.

(Se continuará.)

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

I.

Cuando yo era jóven y bailaba, era un bailador adocenado. Esta asercion será creida por cualquiera que me conozca, aunque no sea mas que de vista, sin exigir que se la pruebe, pues basta al menos perspicaz verme una vez sola para convencerse de que mi organizacion no puede haberme permitido nunca ser una notabilidad en el arte coreográfico.

Verdad es que tampoco he tenido nunca para sobresalir en algo la vocacion que al efecto se necesita, la cual, sobreponiéndose algunas veces á las malas disposiciones, subyuga las naturalezas mas rebeldes. He carecido siempre para el baile de esa aficion decidida que engendra la porfía, de esa vocacion que convierte, á fuerza de ejercicios gimnásticos, á un paralítico en acróbata, en atleta á un niño enclenque, y que hizo del tartamudo Demóstenes el orador mas eminente de la antigua Atenas. Sin ser tan severo y absoluto como Ciceron, en cuyo concepto el hombre que baila es un loco de atar ó está hecho una cuba, confieso que he dado siempre poquísima importancia al talento que está en los piés, y que ni aun en mis mocedades hubiera trocado la mas pequeña de las dotes de mi escasa inteligencia por toda la habilidad de aquellos bailarines en cuyo honor levantó la Grecia estátuas para inmortalizarlos. Y sin embargo, ese culto que tributaban al baile los griegos se esplica perfectamente por su amor á la estética, que les hizo sobresalir en todas las artes plásticas y entusiasmarse ante la belleza de las formas, á cuyo proporcionado y armonioso desarrollo habia necesariamente de contribuir un egercicio corporal bien metodizado. Pero no es culpa mia si prefiero un giboso que se resigna tranquilamente á su monstruosa joroba á un buen mozo que está dando piruetas. Me parece que un hombre que baila se divierte pisoteando su dignidad.

Despues de haber consignado en letras de molde mi poca aficion al baile y mis pésimas disposiciones, no será fácil que se me crea sobre mi palabra, si digo que yo soy quien introdujo principalmente en la isla de Pinos el wals oriundo de Alemania y la contradanza oriunda de Inglaterra. Será por lo menos necesario que dé algunas esplicaciones y voy á darlas.

A poco de llegar á la isla de Pinos, supe que en aquella casi desierta Antilla habia todos los dias festivos dos bailes, uno de blancos y otro de gente de color, que es como llaman en América á los negros y á los mulatos, haciendo algunos estensiva la denominacion hasta á los zambos. Por la primera vez de mi vida me entró cierto deseo de bailar, sin duda porque hallándome separado por la inmensidad del Océano de cuanto queria en el mundo, necesitaba contraer relaciones y adquirir simpatías, y el baile podria proporcionármelas. Como se ve, yo no amaba el arte por el arte; el baile no era para mí un fin, ni siquiera puedo concebir que lo sea para nadie; era no mas que un medio, ó por mejor decia, un pretesto. Pero ví con sorpresa y dolor en el primer baile á que asistí que en la isla de Pinos no se bailaba mas que el zapateado y fandango, y que uno y otro eran superiores á mis limitadísimas facultades coreográficas. Un rayo de luz iluminó mi entendimiento, y ¡cosa rara! resolví hacerme maestro para no tener que ser discípulo. Me pareció mas fácil y de mejores resultados para el objeto que me habia propuesto enseñar lo poco que sabia á aprender lo mucho que ignoraba. Me anuncié como profesor de baile, y aun ahora no acierto á esplicarme aquel golpe de audacia, que fue el primero y el último de mi vida. Los blancos de ambos sexos, que por su edad no se hallaban aun relevados de todo servicio activo, me dieron una gran prueba de confianza, inscribiéndose todos en el número de mis discípulos. La enseñanza era gratuita, y aun así debió parecerles cara. Tomé por auxiliares á mis compañeros de peregrinacion, que bailaban casi tan mal como yo y no tardaron los resultados en hablar muy alto á favor de mi método de enseñanza. En cuatro dias se pusieron mis discípulos al nivel de mis conocimientos, y algunos de ellos llegaron á aventajarme, lo que no me atrevo á determinar si debió causarme satisfaccion ó vergüenza, porque si bien puede probar lo poco que yo sabia, puede probar igualmente lo bien que yo enseñaba. En todos los ensayos, á falta de música, bailábamos cantando, y aquí debo advertir, aunque se me califique de poco modesto, que si bien es cierto que bailo muy mal, en cambio canto infinitamente peor. Perdóneseme este arranque de amor propio.

Mas el canto en vez de la orquesta era un pobre espediente que solo podia utilizarse en los ensayos para salir del paso. Entre los cien confinados, casi todos catalanes, que habia en la isla, figuraba un aragonés que á la fuerza habia logrado arrancar de un trastajo algo parecido á un violin una tocata algo parecida al fandango, y á esto se limitaban todas sus facultades artísticas. El fandango era el *non plus ultra* escrito en las columnas de Hércules de su mundo musical. Nunca pudo pasar del fandango.

La situacion era desesperada, y yo creia ver ya completamente perdido el fruto de mis heróicos esfuerzos, cuando uno de mis compañeros, en quien nadie que le oyese hablar hubiera nunca adivinado nada parecido á un músico, se acordó de que en su juventud, un si es no es turbulenta, habia andado á la tuna y de ceca en meca impulsado por su hambre estudiantina, debiendo á esta circunstancia la de haberse iniciado muy ligeramente en el arte de Paganini. No se concibe cómo podia haber en aquel hombre el mas mínimo rudimento de un órgano musical. Era su voz, aun cuando mas procuraba modularla, tan desapacible y desentonada, que á mí me parecia que teniendo la mas pequeña idea, la intuicion menos clara de lo que son la armonía y la melodía, se hubiera abstenido de hablar para evitarse el tormento de oirse á sí mismo. Pidió prestado al aragonés el que seguiremos llamando violin á falta de otro nombre, y consiguió con su constancia numantina vencer la resistencia y tenacidad con que el instrumento se oponia en sus manos á articular un número de chillidos que constituyesen juntos algo que tuviese cierta analogía con un wals ó con una contradanza. Dos dias con dos noches duró aquel aprendizaje de degüello; pero se consiguió el objeto. *Lapidem gutta cavat.* Yo canté victoria, y me entusiasmé delante del violin, mientras el aragonés, que se habia considerado hasta entonces el único capaz de domar á aquel rebelde, se moria de envidia. Tuvo, desde aquel momento un rival, un émulo, un competidor que le disputaba sus laureles. Ya habia dos violinistas en campaña.

Los bailes, lo mismo el de los blancos que el de la gente de color, concluian temprano, y de consiguiente empezaban tambien temprano. Si supiese que los que se den el mal rato de leer estas desaliñadas líneas han estado en la isla de Pinos, les diria que el baile empezaba á la hora en que las cotorras y palomas de cabeza blanca se dirigen en bandadas hácia la *Sierra de Caballos*, en cuyos inestricables bejucales se ocultan para no ver morir al sol que agoniza en un lecho de púrpura detrás de las sombrías lomas de la *Sierra de Casas*; á la hora en que los toros de las inmediaciones de Nueva Gerona forman un círculo alrededor de la sangre de uno de sus hermanos á quien se echó el lazo el dia anterior, y que acaba de ser inmolado por el hombre, entonando un coro de tristísimos lamentos que dura algunos minutos, pasados los cuales desaparecen y se dispersan por las sábanas; á la hora en que los caballos salvajes, que no trocarian su libertad por la cebada dorada que comia en pesebre de marfil el *Incitatus* de Calígula, mendigan un asilo á la ciudad, que temen y aborrecen, para librarse de la plaga de gengenes que infesta los bosques vírgenes de la abrasada América; á la hora en que el *fotuto* ó cuerno marino llama á los confinados á comer su último miserable rancho; á la hora en fin en que brillan en la atmósfera, remedando una espesa lluvia de estrellas, los luminosos cocuyos, que atraidos como mariposas por la luz del hogar de todos los bohíos, salpican los techos de guano como una rociada de brillantes. Pero no habiendo los que lean estas líneas estado en la isla de Pinos, creo que me comprenderán mejor si les digo en pocas palabras y muy prosáicamente que los bailes empezaban á la caida de la tarde.

El salon de baile era ni mas ni menos que la trastienda bastante espaciosa de un despacho de comestibles con pretensiones de cafetin, cuyas paredes estaban pintadas de amarillo y decoradas con cenefas de almazarron por un pintor mulato, que habia sabido mantenerse á una distancia tan respetable de Miguel Angel como la que separaba de Paganini al aragonés del fandango. Todas sus luces consistian en una lámpara colgada del techo como las que están hoy en boga para alumbrar los comedores; todos sus adornos se reducian á una cortina ó mampara de percal blanco que establecia una solucion de continuidad entre el ambiente del salon y el de la tienda, y constituian todo su ajuar unas tres docenas de sillas de Vitoria, la mitad desvencijadas y todas bastante antiguas para aspirar á derechos pasivos, amen de una mesa de cedro cuya tapa desaparecia debajo de enormes mazos de cigarros puros de todas dimensiones, montones de cajetillas, y botellas de cerveza, aguardiente de caña, anisete y marrasquino, que aguardaban el ataque formadas en batalla, resueltas á derramar hasta la útima gota de su sangre.

La casa en que se daban los bailes era una de las mejores de la isla, pues si bien sus paredes eran de yagua, tenia tejado, lo que era un lujo de construccion casi escesivo en un pais cuyas casas estaban todas, con muy pocas escepciones, cubiertas de guano. Su dueño, que era un francés establecido desde muchos años en la colonia, tenia dos hijas, no mal parecidas ni una ni otra, aunque las dos se parecian muy poco. Formaban un contraste singular, porque eran dos tipos opuestos, siendo lo mas notable que la mayor, aunque nacida en Europa, parecia americana, y la menor, aunque nacida en América, parecia europea, y no europea del Mediodía, sino

europea del Norte. La mayor era morena, pálida, delgada, esbelta, de ojos y pelo negros, piés diminutos como los de la andaluza que mas diminutos los tiene, y una cintura quebrada que hubiera podido ceñirla el collar de su perrito faldero. Se parecia á todas las hijas de la isla, que ofrecian todas carácteres comunes, y son los que en ella he descrito. Su hermana era alta, blanca, rubia, de bellas facciones aunque algo abultadas, ojos rasgados cuyo color no pude determinar, entre pardos y azules, boca que no era concisa de una manera absoluta, sino comparada con el resto de la cara, piés que en España no serian pequeños, pero que en Francia no serian grandes, y una cintura que la hacian parecer mas delgada de lo que era en realidad la ancha espalda y voluminosas caderas, que la eximirian ahora de llevar miriñaque, pues sus caderas eran un miriñaque natural. Bien se puede asegurar que no se parecerian á la suyas las de las primeras damas que gastaron ahuecadores. La jóven rubia no era mas bella que su hermana; lo era quizás menos; pero en la isla tenia su belleza la ventaja de ser escepcional y única. Cedia el francés el local para los bailes sin estipendio alguno; mas no por eso es de creer que fuesen sus miras desinteresadas, pues no se concilia fácilmente el desinterés con las miras de un francés comerciante que habia pasado el mar para hacer dinero. Los bailes entraban sin duda en sus cálculos mercantiles; le proporcionaban todos los dias de fiesta un gran despacho de género, y de ellos esperaba quizás despachar tambien á sus hijas, que aunque género muy aceptable eran sin embargo artículos de mas difícil salida que los cigarros, los licores, los garbanzos, el arroz, el queso de Nueva Orleans y las sardinas de la Coruña y de Nantes. Por regla general no nos casamos mas que una vez en la vida; pero fumamos, comemos y bebemos todos los dias.

Como llevo dicho el baile empezaba á la caida de la tarde, de suerte que sus concurrentes veian la luz crepuscular batirse en retirada con la de la lámpara del salon. Este, apenas se oian los primeros desapacibles chirridos del güiro, se llenaba todo de golpe, porque el deseo de bailar era general y unánime, y por mucha que fuese la impaciencia del uno, nunca era mayor que la del otro. Chirriar el güiro, penetrar en el salon á la vez todos los concurrentes como un torbellino, y empezar á bailar antes que nadie tomase asiento era lo que sucedia siempre; algunos llegaban bailando ya desde la calle; no habia preparativos de ninguna especie, no habia siquiera esos preliminares de los músicos que templan los instrumentos, porque lo primero que se bailaba era un zapateado, y el zapateado se bailaba al son del güiro, y el güiro es un instrumento que ni se templa ni puede templarse.

Hora es ya de que diga lo que es el güiro. El güiro es pura y simplemente una calabaza oblonga, con rajas, transversales. Pasando rápidamente y con fuerza por encima de las rajas de arriba á abajo y de abajo á arriba alternativamente, una especie de palillo, se consigue producir un sonido cuya armonía hace considerar la sordera como una de las mayores perfecciones. El instrumento, como se ve, no es de los mas ingeniosos y yo no comprendo que pueda ser el generador de ningun otro, ni siquiera de la chicharra y la zambomba, que son, comparadas con él, un progreso inmenso en el arte de meter ruido; buscar analogías y parentesco entre el güiro y cualquiera de los instrumentos músicos usados en Europa, equivaldria á empeñarse en establecer relaciones y dependencias en el arte de acabar con el prójimo entre la quijada de burro con que Cain mató á Abel y las carabinas rayadas. Prefiero creer que si el güiro dió la idea de algo posterior á él, fue solo de ese chisme de hoja de lata con que se raya el queso para echarlo á los macarrones, y si tuviese que comparar con algo su ruido lo compararia con el que hace la enorme pata de un pachon navarro cuando rasca llamando á la puerta.

Inútil es advertir que para tocar el güiro muy regularmente no es menester saber mas música que la que se necesita para jugar al dominó, y sin embargo hasta entre les tocadores de güiro hay notabilidades y maestros, siendo uno de ellos el negro que le tocaba en el baile de blancos de la isla de Pinos, el cual debia á esta sola circunstancia el raro privilegio de poder alternar, á pesar de su criminal color, con la gente blanca. En el baile de blancos de la isla de Pinos no habia mas negro que el que tocaba el güiro. Hasta en lo mas trivial hay sobresalientes. Yo conozco á un sugeto que goza de cierto prestigio en la mas alta sociedad, por la inimitable gracia con que estornuda.

He indicado que lo primero que se bailaba en el baile de blancos de la isla de Pinos era un zapateado. Yo no pude triunfar de esta inveterada costumbre con el wals y la contradanza que introduje. Tuve que transigir con la tradicion, en la imposibilidad de luchar con ella de frente, y contentarme con que la contradanza y el wals alternasen con el zapateado y el fandango. La contradanza y el wals se bailaban al son del violin, que tocaba mi compañero de peregrinacion; el zapateado al son del güiro que tocaba el negro; y el fandango se bailaba á toda orquesta, es decir, al son del güiro, que tocaba el negro, y al son del violin, que tocaba el aragonés. Ademas, el zapateado y el fandango se bailaban, se tocaban y cantaban al mismo tiempo, como los salmos en las solemnidades cristianas de los primeros siglos de la Iglesia. Nada, no obstante, tenian de religiosas las redondillas que se cantaban bailando; todo lo contrario, eran de tal naturaleza que no me permito reproducir ninguna de las pocas que de ellas recuerdo. No estaban seguramente inspiradas por aquellas gracias honestas de que nos habla Horacio describiendo las danzas de la Roma de su tiempo:

> Junitœque Nimphis Gratiæ decentes
> Alterno terram quatiunt pede.

A. Ribot y Fontseré.

(Se continuará.)

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

No bien el maestro de ceremonias le hubo señalado el sitio que debia ocupar, el espresado funcionario se adelantó hácia el emperador, se arrodilló, besó el suelo y levantándose esclamó respetuosamente en árabe: *¡Dios salve al emperador!* Estas palabras son la fórmula acostumbrada; y habiéndole mandado en seguida Sidi-Mohamet que se acercase, puso en su noticia que, en cumplimiento de sus órdenes, acababa de traer á su presencia al doctor inglés; dicho lo cual se retiró haciendo un reverente saludo. Lemprieres creyó que aquel era el momento oportuno de ponerse al alcance de lo que Su Magestad marroquí quisiese decirle; pero no bien hubo dado algunos pasos, cuando un soldado le tiró de la casaca, para advertirle que no se acercase mas, aunque aun estaba á quince pasos del emperador.

Este estaba sentado en una especie de carruaje, montado sobre cuatro ruedas, y tirado por una mula, sostenida á derecha é izquierda por dos moros. Detrás habia dos criados de á pié y muchos negros, y dos columnas de soldados formaban un semicírculo alrededor. Parte de estos soldados llevaba enormes mazas; los restantes estaban armados con fusiles.

El emperador, despues de mirar á Lempprieres con gran atencion, pero sin severidad, preguntó á su intérprete si en efecto aquel era el médico de su hijo Muley-Absulem; y habiendo el intérprete contestado afirmativamente, preguntó al doctor si habia ido por casualidad á aquel pais, ó si habia sido enviado por el rey de Inglaterra; á lo cual, para darse toda la importancia posible, el interrogado hizo responder al emperador que habia ido á Marruecos por órden espresa de su gobierno. El monarca preguntóle luego en dónde habia estudiado la medicina, cómo se llamaba el profesor que se la habia enseñado, y si era cierto que los médicos franceses eran mas instruidos que los ingleses. Despues de escuchar las respuestas del doctor, Sidi-Mohamet le dijo que un mal charlatan francés, que habia ido á sus Estados, habia hecho muchas mas muertes que curaciones, y se entretuvo un rato en murmurar del curandero. Luego preguntó al doctor la causa por qué habia prohibido á su hijo el uso del té; á este pregunta satisfizo aquel diciendo que habiendo observado en los nervios de Muley-Absulem una gran irritacion, habia creido que el té le era perjudicial. El emperador preguntó entonces por qué los ingleses hacen tan gran consumo de té, y Lemprieres hubo de confesar que, en efecto, sus compatriotas abusaban de él; pero añadió que lo tomaban mas ligero que los moros, y mezclado con leche, lo cual disminuia sus malos efectos. «Tienes razon, dijo el emperador, al creernos en esto menos razonables que tus compatriotas. Muchos naturales de este pais tienen las manos trémulas, porque han hecho durante toda su vida un uso inmoderado del té.» Al concluir esta conversacion, el emperador mandó traer una docena de botellas llenas de diferentes licores destilados, y las hizo probar al doctor, encargándole le designase cuáles eran ardientes y cuáles refrigerantes, lo que el doctor se apresuró á hacer. El emperador le habló luego de la nieve del Atlas, lo que le movió á preguntarle si en Inglaterra caia en tan gran abundancia. Lemprieres aseguró á Sidi-Mohamet que en su país se veia mucha mas, á causa del clima, puesto que la Inglaterra está situada mucho mas al Norte que Marruecos. El emperador le replicó diciéndole que no habia en el mundo una region mas fria que las cimas del monte Atlas, por las que no se podia viajar sin peligro de la vida, y añadió que al otro lado de esas montañas habia estensas llanuras y un país muy fértil, llamado Tafilete.

El aire de bondad con que el emperador hablaba á Lemprieres, inspiró á este cierta resolucion, y tomándose la libertad de hablarle de las infames calumnias de que habia sido objeto, le suplicó mandase hacer pública su inocencia, mediante un severo exámen del estado de Muley-Absulem.

El emperador respondió que no era necesaria esplicacion alguna acerca del particular, pues su médico habia analizado por órden suya las medicinas que tomaba Muley-Absulem, y nada habia hallado en ellas que pudiese serle dañoso.

Al saber esto, Lemprieres comprendió hasta qué punto se le habia hecho sospechoso al emperador, y pudo conocer que si la curacion mas completa no hubiese sido el resultado del tratamiento que habia prescrito al príncipe, sabe Dios cual hubiera sido su suerte.

Cuando el emperador dió por terminada su audiencia, mandó que el doctor fuese llevado á casa del honrado judío que se la habia procurado, encargando que no se le dejase carecer de nada, y añadiendo delante de todos los circunstantes, que tenia en el mas alto concepto al médico que habia curado á su hijo.

Despues de una declaracion tan lisonjera, Lemprieres se creyó enteramente absuelto de todas las necedades que acerca de él habian circulado, y que estuvieron á punto de causar su ruina. Volvió á su casa por la noche muy contento del dia, y solo pensó ya en la llegada de Muley-Absulem, á quien se esperaba de un momento á otro en Marruecos, pues no dudaba que él confirmaria en el ánimo del emperador los benévolos sentimientos que acababa de manifestarle. Su situacion, pues, le pareció tan agradable, como penosa y arriesgada le parecia antes de ser admitido á la audiencia imperial.

En todas partes hay cortesanos, y los de Marruecos son tan serviles como los de los demás paises. Lemprieres pudo cerciorarse muy pronto de esto, porque, al volver á su casa, vió á muchos de ellos correr á su habitacion, deseosos de felicitarle por el favor que acababa de alcanzar; bien es verdad que á sus plácemes añadian la demanda de presentes, que, segun decian, exigia la costumbre; presentes que el doctor se vió obligado á hacerles, para librarse de sus impertinencias.

En la edad en que Sidi-Mahomet se hallaba en la plenitud de sus facultades físicas y morales, se abandonó de tal manera á los placeres, que no habia tenido tiempo para ocuparse de los negocios públicos, por lo que sus ministros ejercieron por sí mismos la autoridad imperial; pero en los últimos años de su vida, cuando sus fuerzas corporales se hubieron agotado, quiso gobernar con iniciativa propia. Esta manía, poco agradable á sus vasallos, parecia altamente ridícula á cuantos se le acercaban, pues la edad habia alterado su entendimiento y su razon.

Los secretarios á quienes dictaba le veian cometer las mas garrafales equivocaciones, pero no se atrevian á hacerle reflexion alguna; asi, pues, ocurria muchas veces el caso de enviar de un momento á otro órdenes contradictorias; lo que ocasionaba en la administracion un desbarajuste fácil de comprender.

El número de los altos dignatarios del Imperio era bastante considerable para que Lemprieres creyese oportuno dar á conocer las funciones especiales de cada uno, en la siguiente enumeracion:

1.° El empleo mas elevado es el de primer ministro ó effendi, pues está encargado de la direccion de todos los negocios. Cuando la marcha del gobierno era normal, todas las cartas, asi como tambien todas las órdenes debian ser firmadas por él, antes de ser enviadas á su respectivo destino.

2.° Un primer secretario de la tesorería, bajo la direccion del effendi, encargado de hacer todos los pagos, con seis adjuntos y siete judíos subsecretarios.

3.° Un escudero con ciento veinte hombres destinados al servicio de las caballerizas imperiales.

4.° Un gran chambelan y diez y siete chambelanes adjuntos.

5.° Un gran halconero, cuyo cargo es el único hereditario en este país, con veinte adjuntos.

6.° Un guarda-sellos.

7.° Dos intendentes de palacio con ocho adjuntos.

8.° Cinco inspectores generales dependientes del effendi.

9.° Tres maestros de ceremonias para las audiencias públicas.

10. Un intérprete de las lenguas alemana, holandesa, inglesa, francesa, española y latina. Un aleman renegado desempeñaba este empleo en tiempo de Lemprieres.

11. Un secretario encargado de los negocios relativos á los españoles é italianos.

12. Dos guardas en jefe de la pedrería y la vajilla de plata.

13. Un gran maestre de los baños del emperador.

14. Dos oficiales encargados de la custodia del arsenal.

15. Dos guarda-almacenes del emperador.

16. Tres inspectores de las mezquitas.

17. Cinco oficiales de boca.

18. Dos bibliotecarios.

19. Dos astrólogos.

20. Cuatro lacayos para los coches, con dos adjuntos.

21. Doce niños de europeos renegados, aun imberbes, especie de pajes encargados de guiar los coches pequeños.

22. Tres ministros del culto de Mahoma, con diez y siete adjuntos, hijos todos de magnates del Imperio.

23. Tres oficiales encargados de llevar un quitasol sobre la cabeza del emperador cuando sale de palacio, con nueve adjuntos.

24. El escudero que lleva el sable del emperador.

25. Dos porteros para la jofaina en que el emperador se lava las manos despues de comer.

26. Dos oficiales encargados de guardar su lanza.

27. Un hombre que le lleva el reloj.

28. Cinco *alcades* encargados de las escopetas de que se sirve cuando va á caza, teniendo á sus órdenes



quince sub-arcabuceros ú otros, para este género de servicio.
29. Un oficial encargado de la guarda del estandarte de Mahoma.
30. Finalmente, un primer médico, un primer cirujano y muchas personas de diferentes profesiones útiles á la casa del emperador, y cuyo número no es fijo.

Los empleos de la córte de Marruecos no dejan de tener, segun se ve, alguna semejanza con los de los demás Estados.

La mayor parte de estos empleos obligan al mismo servicio en la córte de Marruecos que en las córtes europeas, pero los emolumentos son muy diferentes. Los que los desempeñan al lado de nuestros monarcas, disfrutan de pingües sueldos, al paso que los que en Marruecos ocupan estos puestos, no reciben retribucion alguna. Para suplir esta falta, el emperador les permite tácitamente hacer pagar su crédito y mediacion á los que la solicitan, lo que no deja de serles altamente productivo; pero codicioso siempre el emperador, hallaba medios de llamarse á la parte en sus provechos.

El effendi que en la época á que nos referimos dirigia los negocios, estaba dotado de los talentos y las deslumbradoras cualidades de un cortesano europeo, pues recibia á los estranjeros con afable sonrisa, les daba la mano, les invitaba á que fuesen á visitarle y les pedia se dirigiesen á él siempre que pudiese serles útil. Su considerable fortuna le causaba vivas inquietudes, pues conocia bastante al emperador para saber que este debia envidiársela; y para evitarse una desgracia cuyo objeto seria arrebatársela, hacia con frecuencia ricos presentes á su amo. Los príncipes y todos los particulares ricos hacian lo mismo, prefiriendo hacer grandes sacrificios á esponerse á la rapacidad de un soberano que al mas leve pretesto de descontento, hubiera tenido un placer en despojarles de sus riquezas.

He aquí cuales eran, en tiempo de Lemprieres, los recursos financieros de Marruecos. 1.° Un diezmo sobre todos los artículos de consumo y sobre todas las producciones del país. 2.° Un impuesto anual sobre los judíos, impuesto autorizado por el Alcoran. 3.° Los productos de las aduanas y derechos de varias clases. 4.° Los enormes tributos arrancados á los estranjeros súbditos del Imperio, y que eran satisfechos por los comerciantes europeos en forma de don gratuito ó de presentes. Este último recurso era el mas pingüe para el emperador.

Como en el reinado de Sidi-Mohamet no se seguia ningun sistema económico, era muy difícil conocer y fijar el estado de sus rentas. Los derechos con que gravaba ciertas mercancías variaban á cada paso, y las contribuciones fijadas á la propiedad territorial estaban establecidas con la misma irregularidad.

Las fuerzas de tierra se componian en gran parte de soldados negros que fueron llevados de la Guinea en tiempo de Muley Ishmael; el resto del ejército estaba formado de indígenas. Su total ascendia á doce mil infantes y veinte y cuatro mil caballos. Todos los vasallos del emperador estaban obligados á empuñar las armas al primer mandato; pero en tiempo de guerra dichas fuerzas aumentaban considerablemente. La guardia imperial tenia seis mil hombres y siempre estaba al lado del emperador. Las tropas restantes guarnecian las diferentes ciudades del Imperio, y sus jefes eran los *bachas* de las provincias.

El vestido de los soldados corria á cargo del emperador, y era igual al de los particulares, distinguiéndose á estos soldados tan solo por sus armas, que consistian en un sable, una espingarda ó fusil muy largo y una pequeña cartuchera de piel encarnada que solo contenia las balas, atada á la cintura con una correa, y en una polvorera de asta sostenida por un cinturon pasado por el hombro derecho. El estipendio del soldado era muy módico; pero él contaba con el pillaje á que tenia frecuentes ocasiones de abandonarse.

Todo el ejército estaba bajo las órdenes de un general en jefe; cuatro de los principales *alcades* mandaban otras tantas divisiones separadas. Vemos, pues, que habia alcades civiles y militares; los de que ahora se habla mandaban mil, quinientos, y á veces solo cien soldados.

El soldado negro es naturalmente vigoroso, y su temperamento le permite soportar las mayores fatigas, pues resiste sin esfuerzo el hambre, la sed y todas las penalidades propias de la guerra. Es escelente para hostigar al enemigo, pero un ataque regular le pone muy pronto en completa dispersion, porque no observa órden alguno en las filas: así es que la reunion de tales soldados se parece mucho mas á una horda de bandoleros, que á un cuerpo de tropas indisciplinadas.


EL GENERAL DE MARINA DON SEGUNDO HERRERA. (DE FOTOGRAFIA.)

La marina imperial componíase de unas quince fragatas, de algunos *chebecks*, y de veinte ó treinta galeras de remos. Un almirante mandaba esta escuadra tripulada por seis mil marineros, y cuyos buques no tenian mas ocupacion que la piratería. En efecto, reunidos en escuadra para nada hubieran servido.

El emperador nombraba los bachas que mandaban en las provincias, y eran algunas veces sus propios hijos, ó por lo regular, moros de la mas alta gerarquía. Estas autoridades estaban espuestas á la destitucion por la falta mas ligera, pero gozaban de un poder sin límites, pudiendo imponer todo género de castigos, menos la pena capital. Inventaban contribuciones, exigian multas, y despojaban á los particulares, sin que nadie se atreviese á elevar una queja. Los robos de toda clase de estos funcionarios se multiplicaban de tal manera, que podia creerse que el saqueo de sus subordinados era una de las principales atribuciones de su empleo. Pero el emperador concluia siempre apoderándose de los tesoros que á fuerza de fraudes y latrocinios habian allegado.

El mufti, jefe supremo de la religion, es el superior de los cadis, pero no toma parte alguna en los asuntos de índole contenciosa, porque solo al emperador se apela de las sentencias injustas. A este efecto, presentábasele una solicitud en las audiencias públicas, á fin de obtener justicia.

Esto hubiera podido reparar muchas iniquidades, si el monarca hubiera juzgado con imparcialidad; pero casi siempre los cuantiosos regalos que se le hacian, determinaban su fallo. Esta parcialidad en favor de los ricos, harto conocida del pueblo, y la gran distancia á que de la residencia del gobierno se hallaban muchas provincias, impedian á los agraviados presentar sus reclamaciones en el tribunal del emperador.

El castigo de los criminales dependia de la única voluntad del soberano. El castigo de las faltas ligeras, eran el palo y el encierro. El primero consiste en cierto número de golpes dados en el talon ó en la planta del pié, y que por lo regular se descargaban con estraordinario rigor. Cuando se delinquia mas gravemente, los castigos eran mas duros. En los casos de robo y en los conatos de homicidio, se procedia á cortar las manos, ó solo una mano y un pié. Durante la estancia de Lemprieres en Marruecos, se verificaron muchas ejecuciones de esta especie.
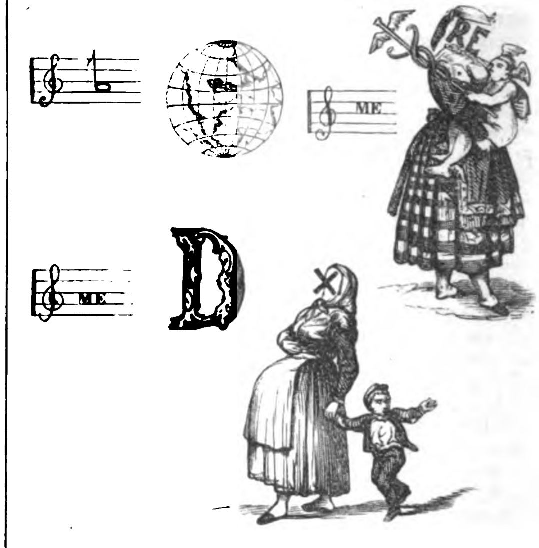
Las crueldades mas atroces que es posible inventar, se cometian á título de castigo legal, sin que se tratase de adquirir la conviccion del crímen de que se acusaba con gran ligereza, á los desgraciados reos. Los acusados de robo ú otros delitos que acarreaban ademas una pena aflictiva, eran muchas veces sentenciados á muerte antes de poder poner en juego sus medios de defensa.

Las ejecuciones se hacian siempre en presencia del emperador. Sidi-Mohamet, siendo aun príncipe, decapitaba por sí mismo á los criminales; pero al subir al trono, confió este cargo á los soldados negros. Lemprieres no asistia á estas horrorosas escenas; pero supo que se cortaban brazos y piernas con un cuchillo ordinario, y una sierra para los huesos, y que despues de esta bárbara operacion se metia el muñon en pez hirviendo á fin de contener la sangre, pues no se conocia otro medio de oponerse á la hemorragia. Los príncipes moros veian estos horribles suplicios, con los que estaban familiarizados, con la mas completa indiferencia. Así es que habiendo pedido un dia el doctor á uno de los hijos del emperador presentase una solicitud á su padre, al preguntarle cuál habia sido el resultado de su gestion, el príncipe le respondió con la mayor tranquilidad que no habia podido hablar del asunto á su padre, porque este, en su última audiencia, no se habia ocupado mas que de hacer ejecutar á unos criminales.

Diez dias despues de la presentacion de Lemprieres á Sidi-Mohamet, llegó Muley-Absulem á Marruecos, rodeado de gran aparato y un fastuoso séquito. El doctor fue muy bien recibido por su augusto enfermo, que le participó que su salud y su vista habian mejorado mucho mas, y se mostró altamente indignado por las calumnias de que aquel habia sido objeto en la córte imperial. En su segunda entrevista con su médico, reclamó de nuevo los cuidados de este, añadiendo que el precio de su curacion seria la libertad de los cautivos ingleses.

(Se continuará.)

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 18. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 29 DE ABRIL DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Han sido capturados don Cárlos y don Fernando de Borbon, en Ulldecona, no lejos del sitio donde habian desembarcado. Refiérese que cuando á consecuencia del grito de las tropas en favor del gobierno establecido, se dió entre los conjurados el de sálvese quien pueda, uno de los antiguos jefes carlistas, vecino de Tortosa, se acercó á don Cárlos y don Fernando, y les invitó á salvarse con él en una lancha que tenia preparada en la playa. Aceptaron al principio la invitacion; mas cuando llegaron á la lancha, observó don Cárlos que era demasiado pequeña, y temiendo zozobrar, dijo que allí no se embarcaba. Instóle el jefe carlista, y viendo que no podia decidirle á poner el pié en la barca, se despidió de él diciendo que preferia morir ahogado á morir fusilado, y que comprendia que don Cárlos y don Fernando de Borbon no quisieran esponerse á aquel peligro, pues aun cuando fuesen capturados, su vida estaba segura. Acto contínuo la barquilla se alejó de la playa, llegó costeando al amanecer á Barcelona, y depositó los fugitivos en un buque estranjero que los condujo á Marsella. Mientras tanto don Cárlos y don Fernando con un criado y dos guias se dirigieron á Ulldecona, y buscaron asilo en casa de un pobre jornalero. Los dos guias, conocidos por su afecto á la causa carlista, fueron espiados: la circunstancia de haberse visto entrar mas abundante comida y de mejor calidad que la ordinaria en casa del jornalero, escitó la sospecha, la cual se convirtió poco despues en seguridad. Se registró la casa prévias las precauciones necesarias para que nadie pudiese escapar, y en una sala pequeña fueron hallados los dos hermanos y el criado de confianza.

La tartana ha desempeñado en estos sucesos un papel importante. En tartana caminaban don Cárlos y don Fernando cuando precedian á las tropas traidas por Ortega; en tartana huyeron por un breve espacio, y cuando fueron hallados por la guardia civil, en tartana se trasladaron á Tortosa. El brigadier Lopez Ballesteros se encargó de los presos, y segun parece fué hablando largo rato con don Cárlos, girando la conversacion sobre la organizacion de la caballería, la guerra de Africa, y la política de los gabinetes estranjeros.

La prediccion del jefe carlista que se salvó en la barca, se ha cumplido: no hay que temer por la vida de don Cárlos y don Fernando de Borbon: no se sabe, á lo menos en el momento en que escribimos estas líneas, no se sabe siquiera si serán juzgados.

Sobre este asunto se han emitido en la prensa varias opiniones segun el punto de vista en que cada cual se ha colocado para juzgar la cuestion. Los unos dicen que don Cárlos y don Fernando de Borbon deben ser juzgados por el tribunal ordinario, bien sea este el consejo de guerra, bien el juez de primera instancia. Otros creen que debe sometérseles al juicio del Senado constituido en tribunal, para lo cual se les debe traer á Madrid. Otros no quieren que funcione ni el tribunal ordinario, ni el Senado, ni ningun tribunal en este caso, y aconsejan al gobierno que haciendo acompañar por una escolta á don Cárlos y don Fernando de Borbon, los conduzca á la frontera y allí los deje en plena libertad. Otros, en fin, opinan que ya por medio de un real decreto, ya con acuerdo de las Córtes, se debe dar una amnistía general, que comprenda, no solo á don Cárlos y don Fernando, sino á todos los complicados en su causa, y que tendria por resultado poner en libertad así á los unos como á los otros. Dentro de poco veremos cuál de estas opiniones prevalece.

Llegaron por fin al campamento de Tetuan los comisionados marroquíes y comenzaron en seguida las conferencias para el tratado de paz. El 25 se esperaba que estuviese concluido; mas parece que sobre algun artículo esperan los moros del sultan mas ámplias instrucciones de las que llevan. El emperador ha enviado al general O'Donnell ocho caballos árabes que se han repartido del modo siguiente: dos para el general en jefe, uno para cada uno de los generales Prim, García y Ustariz, y los tres restantes para los dos plenipotenciarios y el intérprete. El general O'Donnell estuvo el otro dia en Ceuta para revistar las tropas y reconocer los límites señalados en las bases preliminares, y por la tarde volvió al campamento de Tetuan. Dícese que los moros proponen dar desde luego una buena parte de los 400.000,000 de indemnizacion de guerra, con tal que se les entregue á Tetuan inmediatamente, ofreciendo otras garantías, como firmas de casas de comercio respetables, etc., para el pago del resto de la indemnizacion. No sabemos el fundamento que tendrá esta noticia; si es cierta y el ofrecimiento de los moros es admitido, creemos que esto retardará algo mas la venida del general en jefe, á quien esperan con impaciencia sus colegas y en general los hombres políticos de todos los partidos.

Entre tanto, disueltos los cuerpos segundo y tercero, han comenzado á regresar á la península. En el número de hoy damos el retrato del general Quesada, que tanto se ha distinguido al frente de una division del tercer cuerpo.

Segun las noticias de Tetuan y del campamento, el cólera se presenta benigno, aunque con frecuencia, siendo mas bien casos de disentería, que cuidados á tiempo no ofrecen peligro, aunque descuidados se convierten en fulminantes. Averiguado el suceso desgraciado del Padre Sabaté, parece que este digno sacerdote se hallaba hacia cinco dias con síntomas de la enfermedad, que desatendió por atender con mas celo á los sagrados deberes de su ministerio.

El rey Victor Manuel está recorriendo las provincias últimamente agregadas al Piamonte. A pesar de la excomunion, el obispo y cabildo de la catedral de Florencia salieron á recibirle el dia de su entrada en la ciudad y cantaron en su presencia un solemne *Te Deum*. Generalmente el clero de las provincias unidas no ha cambiado de actitud respecto del gobierno sardo, á pesar del anatema. Dícese que el conde de Cavour, ministro de Victor Manuel, al tener noticia de la excomunion, pasó una circular reservada á los prelados é individuos principales del clero, invitándoles á tomar el partido que creyesen mas conveniente, adhiriéndose á su causa ó á la del cardenal Antonelli, y debiendo en este último caso dejar sus diócesis y prebendas. La gran mayoría, segun parece, ha contestado con arreglo á los deseos del conde de Cavour.

Los sucesos de Sicilia siguen envueltos en la oscuridad. La insurreccion, segun las noticias mas fidedignas, ha sido vencida en las principales ciudades; pero se sostiene en el interior y en las pequeñas poblaciones. La bandera de los insurrectos era tambien la union á la Cerdeña bajo el cetro de Victor Manuel. Habíase dicho que se reuniría un Congreso europeo para el arreglo de la cuestion de Saboya y Niza; pero no hay que esperar tal reunion desde el momento en que el gobierno francés ha declarado fuera de todo debate la anexion de aquellos territorios á Francia.

Los teatros han estado en la última semana poco animados. El *Príncipe* nos ha ofrecido una comedia nueva con el título de *El tio y el Sobrino*, y una pieza con el de la *Grandeza de Alcorcon*. El éxito de ambas producciones ha sido regular: sus chistes escitan la risa del público: los hay de todos colores, cosa que no aprobamos en obras de este género.

La *Torre de Lóndres*, drama representado en el *Circo* tiene bastante interés y escenas fuertes. El aparato con que se representa contribuye al lucimiento de esta funcion.

La *Zarzuela* dispone para el 15 de mayo una serie de representaciones de ópera en que tomarán parte el tenor Tamberlik, la Kennet, la contralto Heller, el barítono Bartolini y el bajo Manfredi. Esta série de representaciones terminará el 15 de junio. La empresa ha publicado la nota de los precios de las localidades, bastante elevados por cierto, partiendo sin duda del refran que dice á buen bocado buen grito.

En el Conservatorio debió representarse ayer entre otras cosas la zarzuela nueva en un acto titulada *El Tambor*, letra de don Emilio Alvarez, y música de don Rafael Hernando. En esta funcion, que es la segunda y última que se da á beneficio de los heridos de Africa, han debido tomar parte Romea y la Berrobianco, la Zamacois, Obregon, Cortabitarte y los alumnos y profesores de la escuela.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UN PASEO POR EL MUNDO CIENTIFICO.

ACÚSTICA.

Una de las observaciones modernas mas curiosas sobre la acústica es la elevacion del tono del diapason normal de las orquestas; elevacion que puede tener una gran influencia en la música. Pero antes de hablar de esta delicada observacion, digamos algunas palabras sobre el arte de Orfeo, que servirán para aclarar mas lo que forma el objeto de este artículo.

Sabido es que en el sonido hay que distinguir tres cosas: la intensidad que depende de la mayor ó menor amplitud de las vibraciones del cuerpo sonoro; el timbre que es el carácter particular del sonido, mas fácil de comprender que de definir, y que nos hace distinguir claramente una voz de otra, y un instrumento de otro; y por último, el tono que depende del número de vibraciones que tienen lugar en un tiempo determinado, en un segundo por ejemplo. A medida que es mayor este número de vibraciones el sonido es mas agudo.

Como la voz no es mas que un sonido hay que distinguir en ella las tres cosas que acabamos de decir. El timbre le da la naturaleza y constituye principalmente la belleza de la voz; la intensidad y el tono dependen de la voluntad y tienen en cada persona ciertos límites impuestos por la naturaleza, por la costumbre, por la edad y en general por todo lo que nos rodea y nos afecta; porque no hay cosa que mude y se resienta tan fácilmente como la voz. Con el sonido tiene estrecha relacion el oido, es decir, la facultad de percibir la delicadeza y variaciones del sonido, la armonía, la grata sucesion y combinacion de sonidos que constituye la música. La voz y el oido son susceptibles de cierta educacion suponiendo siempre que naturalmente posean la delicadeza suficiente para ello; y el oido, lo mismo que la voz, lo mismo que el hombre se vicia con los malos hábitos y llega á perderse completamente. No es raro ver personas de fino oido que estando en la embriaguez no solo no comprenden las armonías que les encantan en su estado normal, sino que les producen una sensacion de malestar. Puede admitirse que aquellas cualidades que nos distinguen principalmente de los brutos y nos aproximan á la divinidad son las que mas pronto se pierden por el vicio ó por el abuso; y el hombre es el único ser que posee un órgano tan delicado y perfecto que le permite gozar las gratas y sublimes impresiones de la armonía.

Lo que llamamos voz no existe en los animales; y en cuanto á su oido solo les permite percibir el tono y el compás; asi es que una pieza que producia una sensacion agradable en un elefante le era indiferente tocada en otro tono. Nuestros lectores habrán oido indudablemente hablar del perro filarmónico que vivia no hace muchos años en Barcelona y que asistia diariamente á las funciones de iglesia, á las paradas y á los teatros prestando á la orquesta cierta atencion y siguiendo el compás. Un aficionado al violin tocó delante del perro un vals y el animal agradecido, puesto en dos piés lamia las manos del músico y mostraba su placer con otros movimientos; el artista tocó despues el mismo vals variando de tono y el perro fué á echarse como enojado en un rincon de la sala, hasta que volvió á oir de nuevo el primero. Esta y otras muchas observaciones que se han hecho, demuestran que la música es para los animales un compás monótono, una música muerta sin armonía, sin melodía.— No asi para el hombre que encuentra en ella una fuente inagotable de placer, una atmósfera en que respira el furor ó la melancolía, la alegría ó la tristeza. Y es de notar aquí que á pesar de que cada dia es mayor la aficion á la música y de que su estudio es hoy una parte principal de la buena educacion, es muy notable que no tenga en los pueblos modernos la misma influencia que en los antiguos. La educacion del oido, la perfeccion de los instrumentos y sobre todo el estudio de la sucesion y combinacion de los sonidos y de todas las leyes acústicas, permite hoy dar á la música toda la flexibilidad y armonía que se quiera; y sin embargo sus notas son escuchadas con indiferencia, incapaces de mover á quien las escucha.

La música en sus primeros tiempos fue simplemente una especie de canto llano, que entonaba todo el pueblo en las grandes solemnidades, canto que aunque no sujeto á las leyes de la armonía producia una impresion grata en la sensibilidad de los oyentes; asi como sucede hoy en las naciones en que es costumbre que el pueblo cante en la iglesia, formando una especie de coro que habla al entendimiento y á la imaginacion mas que al oido. Conocemos una señora alemana protestante, cuyas virtudes y talento admiramos y á quien hemos oido referir varias veces que estando en Roma asistia con frecuencia á las ceremonias de la Iglesia Católica porque encontraba un placer profundo en oir las millares de voces que entonaban himnos á su Dios; y no pocas veces este cántico monótono hacia asomar las lágrimas á sus ojos.

Despues del pueblo hebreo que poseia multitud de cánticos, y en que llegó á una verdadera perfeccion el arte de pulsar el arpa, si hemos de creer á los historiadores, el primer pueblo que manifestó una aficion decidida á la música, y que dió mas dulzura á las notas para espresar todos los afectos, fue la Grecia, nacion á que hay que acudir siempre que se trata de buscar el orígen de las bellas artes. Basta para conocer la idea que tenian de la influencia de la música saber la historia mitológica de Orfeo, hijo de Apolo, que tocaba con tal perfeccion la lira, que con sus sonidos hacia mudar de sitio los árboles y montañas, detenia el curso de los rios, y domesticaba los animales feroces; llegando su poder hasta conmover y convencer al mismo Pluton en sus terribles antros.—Considerando los griegos la música como un medio para mover al hombre á las acciones buenas y heróicas, tenian cuatro cantos con este objeto. El primero llamado *dórico* servia para las cosas graves y solemnes; el segundo ó *frigio* escitaba el furor; el tercero llamado *hipofrigio*, estinguia con su dulzura el furor que escitaba el frigio; y por último, el cuarto llamado *lidio*, era canto de tristeza, languidez y melancolía. Cuéntanse sobre la influencia de estos diversos géneros de música tantas anécdotas, algunas de ellas confirmadas por la historia, que seria cosa de nunca acabar tratar de referirlas. Polibio dice que en algunos pueblos de Arcadia se multiplicaban los crímenes feroces por haber descuidado el estudio de la música sus habitantes, y Plutarco atribuye la inmoralidad de los jóvenes á la corrupcion de la música. Un músico contuvo en la virtud á Clitemnestra, mujer de Agamemnon, hasta que Egisto que estaba enamorado de ella, desterró al desgraciado lírico. Timoteo escitaba de tal modo el furor de Alejandro con el canto frigio que este se levantaba de la mesa y corria al combate con espada en mano, arremetiendo á sus convidados.

Asi es que en Grecia se consideraba al arte de la música como un elemento poderoso para desarrollar ciertas pasiones, y se conservaba con tanto rigor la pureza del canto, que Timoteo fue desterrado por haber añadido á la lira dos cuerdas que producian notas tan afeminadas, que temieron corrompiera las costumbres de la juventud y la hiciese olvidar su decoro en las fiestas (1).

Los conocimientos que tenemos de la música antigua nos inducen á creer que se estimaba mas el tono grave que el agudo; lo cual puede esplicarse tanto porque la música era un elemento de las funciones solemnes, en las cuales conviene el tono grave, como porque los instrumentos antiguos eran en su mayor parte mas propios para producir estos tonos. Hace mucho tiempo que algunos escritores y músicos hallaron esta diferencia de tono entre la música antigua y la moderna; pero su asercion no estaba comprobada exactamente; ni se conocia tampoco la medida, por decirlo asi, de la elevacion del tono, hasta hacerse las observaciones que vamos á indicar.

En las orquestas modernas el diapason normal se arregla para el número de vibraciones que produce en un segundo el *la* que da el tono á los músicos. Un físico francés, Mr. Lissajous, despues de haber observado la escasez de voces en los teatros de ópera y la rapidez con que pierden su voz los cantantes, ha creido encontrar la causa de estos males en la elevacion del tono del diapason normal. Sus observaciones, aunque no tan completas como seria de desear, se remontan hasta principios del siglo XVII, en que Sauveur fijó el *la* de las orquestas de Paris en ochocientas diez vibraciones por segundo. El *la* de la capilla real en tiempo de Luis XVI, segun las observaciones de Pfeiffer daba ochocientas diez y ocho vibraciones; en 1808 el *la* de una flauta de Holtzapfel era de ochocientas cincuenta y tres. En 1823, segun Fischer el *la* variaba entre ochocientas cuarenta y ocho y ochocientas cincuenta y cinco vibraciones. En 1834 segun las investigaciones de Scheibler el *la* de la ópera era de 867,5; y por último en 1856 de ochocientas noventa y ocho.—Y no solo en Paris ha habido esta elevacion, sino que ha sido general en todos los teatros habiendo algunos, como el de Lila, en que el *la* da novecientas diez vibraciones por segundo.

Es de notar que esta elevacion de tono ha tenido lugar principalmente en nuestro siglo y ha sido mas rápida en los treinta últimos años. El físico francés no contento con esta observacion ha querido descubrir sus causas, y reconoce tres principales. Es una de ellas la importancia que han tomado modernamente los instrumentos de viento, cuya mayor sonoridad haciendo mas agudo el tono permite al mismo tiempo disminuir el peso del instrumento y le hace mas propio por ambas razones para las músicas militares que tanta importancia tienen en el dia. Una cosa semejante sucede en los pianos. Para conseguir que las cuerdas sean muy sonoras es preciso darles una tension que se aproxima mucho á la que produce su ruptura: la perfeccion que hoy tiene la fabricacion de las cuerdas permite darles esta tension; y asi el fabricante consigue dar á sus pianos una gran sonoridad, sin aumentar su precio.

Por último puede influir tambien en la elevacion del tono el modo con que ordinariamente se arreglan los diapasones por comparacion. Se consigue esto por medio de la lima y sabido es que al limarle se eleva su temperatura, y aunque en aquel momento esté acorde con otro diapason, al enfriarse se eleva el tono. El que se arregle por este y todos los demás irán aumentando el número de vibraciones; aumento que formará una progresion geométrica.

El mismo físico, que ha dedicado mucha parte de su vida al estudio de las leyes acústicas ha resuelto el problema de hacer visibles las vibraciones sonoras, es decir, de transformar este fenómeno acústico en un fenómeno óptico.—Para conseguirlo se coloca un espejo pequeño en la cara esterior de una de las piernas del diapason, y se dirige al espejito un rayo de sol: si el diapason permanece inmóvil, es decir, si no produce ninguna vibracion, el rayo de luz permanecerá tambien inmóvil yendo á proyectarse en una pantalla dispuesta de antemano, segun las leyes ordinarias de la reflexion; pero si vibra el instrumento, el rayo luminoso reflejado traza en la pantalla una figura cuya longitud es proporcional á la amplitud del movimiento vibratorio. De este modo se pueden comparar exactamente la amplitud de las vibraciones de dos diapasones ó de una cuerda vibrante y de un diapason.

FELIPE PICATOSTE.

(1) Es curioso el decreto de destierro de Timoteo, que es tal como sigue, tomado de Boecio. «Habiendo venido Timoteo el Milesio á nuestra ciudad, despreciando el antiguo modo de cantar y añadiendo á la lira mas cuerdas sobre las siete que tenía, con lo cual corrompió y vició con esta novedad el oido de los jovenes y alteró la forma y naturaleza de la música llenándola de inflexiones y haciéndola perder su sencillez y gravedad, y habiendo ademas introducido una perniciosa doctrina en los juegos de Ceres Eleusina, cantando indecorosamente el parto de Semele delante de los jovenes; ha parecido al rey y á los Eforos que Timoteo sea condenado á salir de Esparta, y á arrancar públicamente las cuerdas que añadió á la lira, para que escarmentados con este ejemplo los jóvenes no se atrevan á introducir en adelante ninguna mala costumbre en Lacedemonia, y los juegos se celebren con el honor y decoro que corresponde.»

LA CRUZ DE MAYO.

(IMPRESIONES.)

I.

El hálito destructor del invierno, ha sido reemplazado por la brisa primaveral.

La naturaleza va despertando de su aterido sueño y sonrie cariñosa á los benéficos rayos del sol que le infunden nueva vida.

Y brotan las plantas y retoñan los árboles y empieza á susurrar el claro arroyo entre praderas de esmeralda, y el canto matutino de los pájaros resuena cada dia mas bullicioso y prolongado, como si dieran gracias al Señor por la premura con que el alba disipa las sombras de la noche.

Y las violetas, esas estrellas de los campos, precursoras de la luz de su alegría, inclinan sus moradas hojas entre la lozana yerba que las oculta, una vez cumplida su mision, para dejar perfumado su recinto á las lilas y azucenas á los lirios y gayombas.

Aproxímase el dia de la fiesta de las flores, el dia en que las mas frescas, si no las mas hermosas, deben enlazar con sus tallos y besar con sus pétalos el sagrado símbolo de nuestra redencion, tributándole sus aromas puros como el incienso de los templos.

El dia de la Cruz de Mayo.

II.

Vosotras, vírgenes de quince abriles, de rojos labios y sonrosada tez, que al gorgeo de las aves que mueven las enramadas de los jardines ó vuelan sobre el tejado de vuestras ventanas, entreabrís los ligeros párpados y sacudiendo la sedosa cabellera, dejais el lecho con el candor de la inocencia y la calma de los ángeles, yendo á presentar vuestra casta frente á las suaves brisas de mayo que os llevan en cada caricia las seductoras quimeras que dan brillo á vuestros ojos y encanto á vuestro corazon;

Vosotros, jóvenes entusiastas, que al través del halagüeño prisma de la adolescencia, divisais el mundo que apeteceis y con la vista siempre fija en el iman de vuestros deseos, quisiérais apresurar el inmutable paso de los siglos, avidos de los goces que os esperan, sedientos por apurar el raudal de los placeres que entreveis en lontananza, sin cuidaros de la felicidad que os rodea en esa edad de oro en que cada nueva emocion que sentis es una flor nacida en el árbol de vuestras ilusiones.

Oid la palabra que os dirijo porque ansío respirar otra atmósfera distinta de la que siempre me circunda.

Porque la luz de ese sol purísimo que refleja en la nívea cima del Guadarrama, me trae á la memoria los años de mi niñez, de mi juventud, de la aurora de mi existencia.

Y mi alma, en alas de sus recuerdos, se remonta á los *Cármenes* del Dauro y á los bosques de la Alhambra, que grabaron en mi mente, con caracteres imperecederos, la poesía de su belleza.

Y necesito de vosotros para compartir mis impresiones porque solo vosotros podreis hoy conocerlas y apreciarlas.

Mas no para trazaros una erudita historia de las costumbres de este dia.

¡Afuera pergaminos! Basta de mamotretos.

Hace mucho tiempo que el polvo de los libros empaña el ambiente de mi habitacion y ya empieza á identificarse conmigo.

Tengo algunos cabellos grises.

Ademas de que otras plumas mas autorizadas, y mejor conducidas que la mia, han escrito cuanto pudiera yo espresaros.

Y seria una doble repeticion: la de la forma de este artículo y la de su esencia.

III.

Apartémonos un instante de nuestros ordinarios pensamientos y sin detenernos en examinar los detalles de la costumbre de este dia, agradables unos, pintorescos otros, incómodos algunos, españoles todos, fijemos la atencion en esos rústicos altares improvisados en medio de las calles á la Cruz de Mayo.

¡Ah! qué sentimiento religioso, qué poesía tan sublime se despertaron en el fondo de mi corazon la vez primera que reflexioné en el holocausto que hoy rinde el pueblo á esa Cruz, símbolo de la grandeza, sello de la caridad, poema del amor, emblema de la resignacion, epopeya del sufrimiento, abnegacion de las abnegaciones y en una época en que la naturaleza reviviendo de sí propia parece comunicarnos su espansion, para hacernos comprender que todos esos sueños que al arrullo de las aves, al aroma de las flores, al perfume de la tierra, al suspiro de las auras y al murmullo del arroyo, brotan de nuestra imaginacion son presagios de que podemos realizarlos si seguimos el ejemplo del que eligió para ofrecérnoslos la Cruz que se ostenta á nuestros ojos, adornada con las galas de que se viste la campiña al impulso vivificador de las brisas de abril y mayo.

IV.

Voy á pesar de mi propósito á consagrar algunas líneas á la historia tradicional. Aficionado á este género de literatura, no puedo menos de invocar su ayuda, si he de dar algun colorido á mis *impresiones*, aunque por esta causa resulte un cargo á mi consecuencia.

La costumbre de festejar con bailes y dulces la vuelta de la primavera que aun sigue el verdadero pueblo español, la gente de la clase baja, se remonta casi á los tiempos primitivos.

Con sencillas fiestas y alegres danzas, celebrábase en Roma la venida de mayo personificada en *Maya*, hija de Atlante y mujer de Júpiter.

En los pórticos de los jardines y huertos se tendia una rica alfombra de vivísimos colores, ó se tapizaba el suelo con hojas de alhelíes y pensamientos y sobre un almohadon de terciopelo, sentábase una hermosa niña, con el cabello suelto, vistiendo una túnica de brocado de plata y oro, cubiertos sus dedos de piedras preciosas y de perlas el cuello. Una corona de lirios ceñia su cabeza y un ramo de blancas azucenas que se colocaba en su diestra, eran los principales distintivos del papel de *Maya* ó reina de las flores que la niña representaba en aquel dia.

Para este fin, elegíase á la mas bella de todas las jóvenes que se juntaban en los jardines, las cuales con el cabello trenzado y entretejido con lilas y primaveras danzaban alrededor de la *Maya* pidiendo á los transeuntes que se acercaban á contemplarlas, dulces ó dinero para comprarlo y obsequiar á la reina de las flores y á sus amigas.

Aun se conserva en España memoria de las Mayas del siglo XVI.

V.

Desgraciadamente estas poéticas costumbres van desapareciendo poco á poco de nuestra sociedad.

Lo que no desaparecerá nunca es el sentimiento que los albores de la primavera con su manto de verdura, su aliento embalsamado, su corona de flores y su Cruz de Mayo, hacen germinar del corazon en la alborada de nuestra vida, cuando nos dormimos en brazos de la esperanza, cuando el manantial de nuestras ilusiones no ha sido agotado por el soplo ardiente del desengaño.

Por eso, al rejuvenecerme con la animacion de mayo, invoco á los seres llenos de lozanía y aspiraciones que empiezan su carrera como la estacion de las flores.

¡Ay! Pronto el fuego abrasador de las pasiones, absorberá sus puros sentimientos y el hielo de la decepcion, del cálculo ó del egoismo, no tardará en esterilizar completamente el campo de sus nobles sensaciones.

VI.

Hay otros seres cuya frente, rugosa por el dolor ó el desenfreno, entibia las frescas auras que mecen sus tísicos cabellos, seres que vieron desvanecerse una á una las ficciones de sus ensueños, ahuyentarse todas sus esperanzas, nublarse para siempre el cielo de sus pensamientos, seres combatidos por las tempestades de la existencia, cuyo estado se retrata en los siguientes versos de un oscuro poeta, cuando aun tenia fuerzas para cantar.

He pasado horas crueles,
horas que al tiempo que pasan
el corazon emponzoñan
y al emponzoñar, desgarran,
llevándose una ilusion
y matando una esperanza,
horas de espanto que hielan
horas de fiebre que abrasan
horas lentas que consumen
horas que marchitan rápidas
y una eternidad de infierno
en cada segundo abarcan.

A esos infortunados, semejantes á los escépticos, verdaderos ó hipócritas, y á los que embotadas sus facultades intelectuales, nada sienten, porque no comprenden ó no quieren comprender mas que el ridículo que arrojan sobre todo cuanto existe, les tengo reservado hablarles, no de la Cruz de Mayo, sino de las cruces del 2 de noviembre, en que la tierra está tan árida como sus corazones y los árboles tan escuetos y desnudos como sus almas de afecciones ó sus cerebros de ideas.

VII.

Mayo engalana la tierra, julio la seca, diciembre la hiela.

Pero otro mayo la reanima.

Y una vez seca y helada nuestra alma, no tiene otro mayo que la regenere.

Triste condicion de la humanidad. Pasa—pasa y nunca vuelve.

Sin embargo, tambien hay para nosotros otra primavera mas brillante y fecunda que la de nuestra vida y la de los años.

Otra primavera sin estío que la agoste ni invierno que la destruya.

Primavera eterna, que no reconociendo las leyes inalterables de las estaciones, no viene como la de la naturaleza.

Hay que buscarla.

Y el camino, aunque áspero, no es ignorado.

Una simple señal á él nos conduce y hoy se encuentra en todas las calles.

La Cruz de Mayo.

J. J. SOLER DE LA FUENTE.

EL CASTILLO DE SAN SERVANDO

Ó SAN CERVANTES.

(TOLEDO.)

Castillo de San Cervantes
tú que estás junto á Toledo;
fundóte el Rey Don Alonso
sobre las aguas del Tajo.
. . . .
Lampiño debes de ser,
castillo si no estoy ciego;
pues siendo de tantos años
sin barba-cana te veo.
(GÓNGORA).

Corria el año de gracia de 1534, cuando en una apacible mañana de invierno subian por la escarpada cuesta del alto cerro, que al frente del renombrado Alcántara ostenta en su cima, hoy arruinada, pero entonces robusta fortaleza, brillante cabalgata de guerreros y cortesanos, entre los cuales se distinguia por su gallarda apostura, marcial continente y aquella espresion de dominadora entereza, que, como un reflejo de los decretos de la Providencia se encuentra en la frente de los que ella destina á dar unidad á los diversos estados que los hombres subdividieron, el victorioso emperador Cárlos I de este nombre en España, aunque V en sus estados alemanes. Caminaba á su lado el cardenal Tavera, que tan justo renombre entonces y mas tarde llegó á adquirir por su cristiano celo y su amor á las artes, é iban camino del convento de Santa María de la Sisla, situado á media legua de Toledo, de cuya ciudad habian salido aquella mañana, pues el emperador deseaba oir los oficios de semana santa bajo las veneradas bóvedas de dicho santuario. Cerca se hallaban de la fortaleza que dominaba la altura, cuando el emperador mandó al cardenal se volviese á Toledo. A ruegos del celoso eclesiástico continuó todavía en su compañía algunos pasos; pero «llegado en frente del castillo, le dijo otra vez:—»volveos.—El cardenal con el sombrero en la mano »tornó á hacer instancia para que le dejase pasar de allí. »Entonces dijo el emperador.—Volveos, *arzobispo de* »*Toledo*, é id á besar la mano á la emperatriz.—Apeóse »el cardenal y pidióle la suya por tan grande merced y »favor, y volvióse á la ciudad y el emperador siguió su »camino.—Voló tanto esta nueva, escuchóse con tanta »atencion, con tanto aplauso y tan general contento, »que cuando el cardenal fue de vuelta al puente se hundia de campanas y regocijo (1).»

De este modo recibió la investidura de su dignidad el prelado Tavera, que, mas tarde habia de eternizar su memoria con el hospital aun conocido por su nombre; y acontecimiento de tanta importancia verificado al pié de una antigua fortaleza, vino á aumentar los recuerdos históricos que ya encerraba aquel castillo conocido con el nombre de *San Cervantes* desde muy antiguo, nombre en que bien se advierte la corrupcion que ha sufrido el primitivo de San Servando.

Fundado el memorable monumento, monasterio y fortaleza á un tiempo, por don Alonso VI en el año de 1090, acaso la advocacion de San Servando, bajo la cual fue erigido, recordaba la gratitud de don Alonso por la manera milagrosa con que en el dia 23 de octubre de 1086 habia salvado su vida en la triste derrota de Badajoz. Exento de pechos y tributos, con mero y misto imperio, dilatados territorios y monasterios sufragáneos, gozó el de *San Servando* de todo el favor real, hasta el punto de erigirle, y casi al mismo tiempo, la fortaleza que con él confunde sus recuerdos y su historia. Monges venidos de Sahagun y de Francia alzaron á Dios sus votos por el piadoso fundador, y como era natural bien pronto tuvieron que resistir las invasiones muslímicas, viéndose incendiado á los cuatro años de su existencia por el príncipe almoravide Hiaya, sin que á pesar de ello lograse destruirlo, ni mucho menos conquistar á la ciudad de Wamba, teniendo que levantar el apretado cerco en que la puso.—Su piadoso monarca reparó bien pronto los estragos que en el monasterio y fortaleza dejara la incendiadora tea del almoravide; y conociendo la importancia de aquella altura tan acertadamente fortificada, encomendó su custodia á fuertes guerreros reemplazando con ellos los pacíficos monges de Cluni.

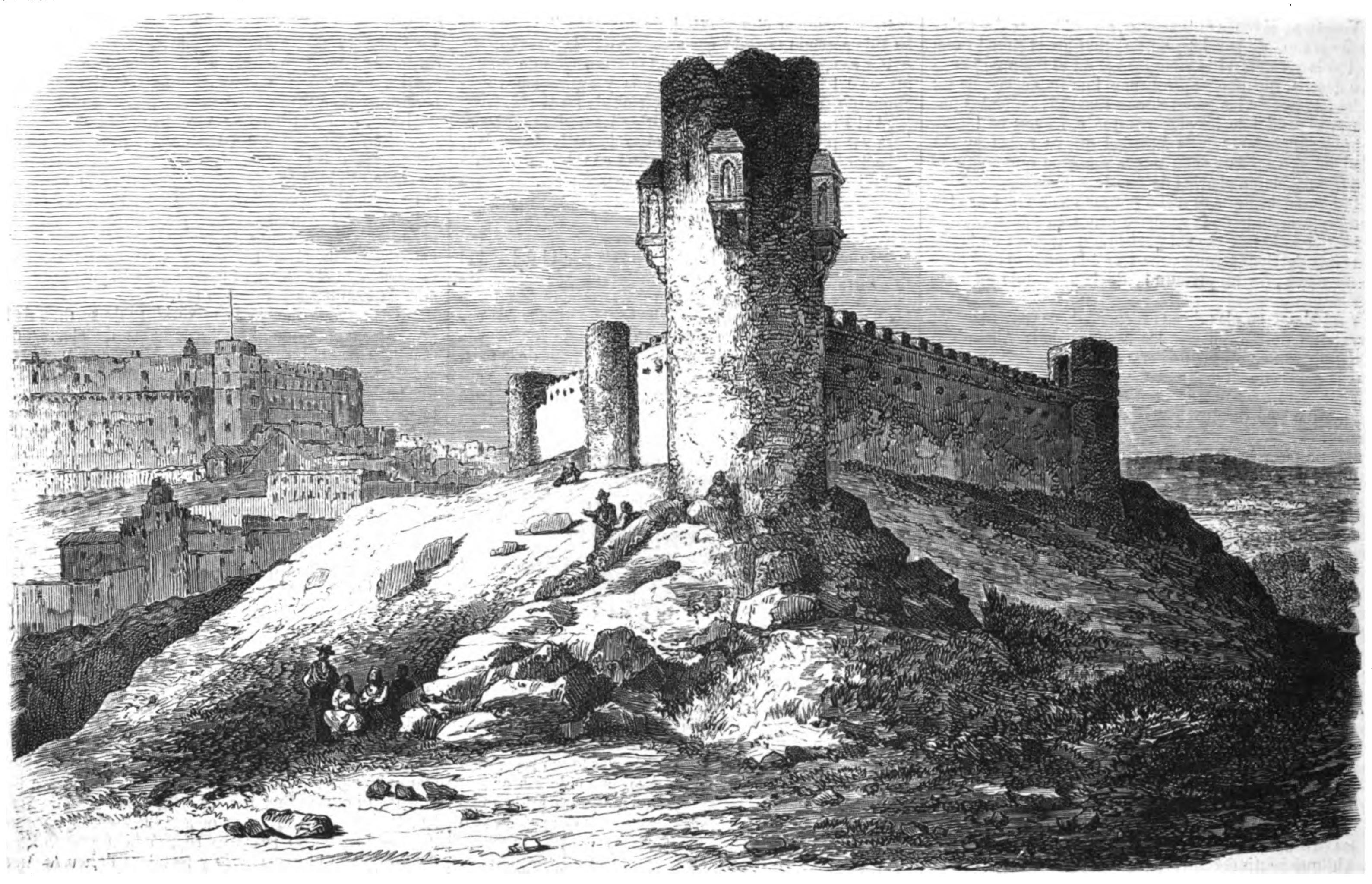
Nuevo ataque sufre la cristiana fortaleza, cuando reinando en Castilla el triunfador Alonso VII, poderoso ejército sarraceno al mando de Alí-ben-jusef, emperador de Marruecos, cayó sobre Toledo, bizarramente defendida por valerosas huestes á las órdenes de Alvar Fañez de Minaya; y como conociera el infiel que la fortaleza de *San Servando*, avanzado centinela de la ciudad, era importantísimo punto para la conquista, puso decidido empeño en reducirla á su dominio. Sus esfuerzos sin embargo fueron vanos. Una y otra y repetidas veces intentan el asalto; los musulmanes siempre son rechazados por la escasa guarnicion del castillo, que á cada nuevo ataque de los sarracenos alcanzaban un nuevo triunfo. En vano tambien, imitadores de Hiaya, ponen fuego al monte que rodeaba la fortaleza, para que ya que su valor no podia, el incendio triunfase de los cristianos: inesperada salida de estos, despues de cortar el naciente incendio hace retroceder en confusa derrota á los almoravides, y aunque á la voz de su irritado emperador vuelan todas sus numerosas huestes á el asalto de la fortaleza, sus escasos defensores, verdaderos leones castellanos, hicieron retroceder á todo el ejército de Aben-jusef que, escarmentado con esta última y decisiva derrota, levantó el asedio y desistió del proyectado sitio contra la ciudad. Otra invasion de muslímicas falanges sufre diez años mas tarde el castillo de San Servando; y segun el testimonio de las mismas crónicas árabes, resistió con igual denuedo escarmentando duramente á sus atrevidos sitiadores.

Pero en breve el asedio de aquella fortaleza habia de dar motivo á un caballeresco episodio, que prueba bien con cuánta razon escribió Zorrilla, al hablar de los árabes españoles en su oriental poema «Granada», aquellos célebres versos:

«Que siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros si enemigos.»

Cercaba don Alonso con respetable ejército á la romana Aurelia que, defendida por Alí se veia puesta en grande apuro por los esfuerzos del emperador. Los sarracenos, sin embargo, mandaron bien pronto socorros de hombres y bastimentos á sus hermanos; pero siguiendo los auxiliares el consejo de Alí, marcharon sobre Toledo á la que suponian desprevenida con la ausencia del rey y de sus mejores guerreros. Como siempre, los primeros ataques de los invasores se dirigieron contra el castillo, y combatiéndole con máquinas é incesantes asaltos llegó á tal punto lo fuerte del ataque, que aun cuando no disminuia un solo instante el esfuerzo de sus defensores, vino á verse por tierra una de las principales torres del castillo, amenazando igual suerte á todo el lienzo del lado oriental, por donde se sostenia mas encarnizado el

(1) Mendoza y Salazar.



CASTILLO DE SAN SERVANDO EN TOLEDO.

asedio. Entonces fue cuando el genio y la grandeza de doña Berenguela hizo levantar el sitio sin mas armas que un simple mensaje. Mandó á decir á los sarracenos «que si eran »tan valientes co»mo pretendian de»mostrar, partie»sen contra Aurelia »en donde los es»peraban el empe»rador y el ejército »cristiano: que el »hacer guerra á una »dueña era poco »noble y grande»mente ageno de »corazones animo»sos (1).» La misiva produjo su efecto. Tocado en lo mas vivo el pundonor sarraceno, mostraron que bien merecian la fama de galantes caballeros que ya alcanzaban; y bien, segun el cronicon de Alfonso VII, al oir el mensaje de la emperatriz «levan»taran los ojos los »caudillos y la vie»ran sentada en el »sólio real, y en lu»gar conveniente »sobre una alta tor»re ó alcázar y ves»tida como empe»ratriz, y en torno »suyo multitud de »dueñas cantando »al son de las cítaras, campanillas, »atabales y lau»des», ó bien no



EL GENERAL DON GENARO QUESADA.

llegasen á admirarla aunque de lejos sobre los muros de Toledo, ello es lo cierto que segun las palabras del mismo cronicon, despues de recibir el mensaje «se maravillaron y avergonzaron mucho y »bajaron sus cabe»zas y retrocedie»ron sin hacer da»ño.»

Nuevos títulos de gloria alcanza la fortaleza de Alonso VI bajo el cuidado de sus nuevos defensores los caballeros del Temple, á cuya guarda y esfuerzo cedió Alonso VIII aquel histórico castillo; y ni una vez sola de las repetidas en que los musulmanes trataron de acometer la osada empresa de reconquistar á Toledo, empezando sus ataques por San Servando, dejaron de volver fuertemente escarmentados por los Templarios.

Pero llegó la hora, doce años apenas corridos del siglo XIV, en que aquella órden militar dejara de existir bajo el adunado esfuerzo del romano Pontífice y del francés monarca Felipe el Hermoso. Estinguida definitivamente, llegó tambien su decadente período y su época de triste



(1) Amador de los Rios.

abandono á el castillo de San Servando. Desamparado completamente, á pesar de sus gloriosos recuerdos, en poco mas de sesenta años vino á quedar casi enteramente destruido, y fue necesaria la enérgica voluntad del arzobispo Tenorio, para que, al cabo de este tiempo, se reedificára por completo, aumentando en estension, pues el monasterio quedó comprendido dentro de sus muros, si bien perdiendo el carácter del siglo XI en que se edificara el primitivo, y que hoy le constituiria en importantísimo monumento para la historia del arte.

No deja de serlo, sin embargo, pues si no como ejemplo de las edificaciones militares en aquel remoto período, aumenta el no escaso número que en Toledo se halla de edificios pertenecientes al estilo mudejar. Sin embargo del completo abandono en que se encuentra siglos hace, la antigua fortaleza, *destronada por la pólvora*, segun la feliz espresion del señor Pidal, aun conserva tres lienzos de muralla con fuertes torreones y almenas, aspilleras y barba-canas, á pesar del festivo romance de Góngora de que hemos puesto algunos versos al frente de este artículo. Sus cubos, la pequeña puerta chapeada de hierro, formada por un arco de herradura en el lado del Mediodia; los arcos de estalactitas que adornan sus barba-canas, y el grande de herradura que casi destruido se halla al Occidente frontero al renombrado Alcántara, bien corroboran nuestro aserto, así como su pasada importancia las fortísimas bóvedas y dilatadas cuadras, y estensos sótanos que aun subsisten en su interior.—Sepulcros abiertos á pico en la roca sobre que asienta el castillo, bien recuerdan los que en las cercanías de otros de la misma época guardaron el sueño eterno de sus cristianos defensores en los siglos XI y XII; y ya considerado como monumento arqueológico, ya cual gigante aunque destrozado testigo de nuestra pasada grandeza, justifican sus ruinas la esclamacion del señor Quadrado con que nosotros cerramos estas líneas. «¡Mengua para Toledo, si dejara morir de abandono á su glorioso, aunque ya inútil defensor!»

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

(CONTINUACION.)

II.

Habia domiciliado en la isla un jóven hortera que estaba enamorado hasta las uñas de una hija del país, envidiada de todas las otras por las lisonjas y obsequios de que era objeto. Nunca, á no haberlo visto por mí mismo,

COMBATE DEL 31 DE ENERO.—LA INFANTERIA ESPAÑOLA CARGA Á LA CABALLERIA ÁRABE. (DE UN CROQUIS.)

hubiera creido que un hortera tuese capaz de concebir una pasion tan ardiente, tan profunda, tan inmensa. Se habia propuesto hacerse corresponder de su tirana idolatrada al son de unas castañuelas que no sabia tocar, lo que le convertia en un ente grotesco. Para hacer chasquear las castañuelas mientras bailaba, tenia que hacer esfuerzos inauditos, alterar completamente su organizacion con inconcebibles contorsiones, contraer todos los músculos de su cuerpo, ponerse convulsivo como un galvanizado, como un epiléctico. Se volvia colorado, amoratado, acardenalado; su cara entera era una equímosis; sacaba tanta lengua como en la canícula un perro que está cazando y tiene sed. Y nunca conseguia que las indóciles castañuelas se pusiesen de acuerdo con el violin y con el güiro: los sonidos se desbandaban; cada nota andaba por su lado, y naturalmente los danzantes perdian el compás y parecian locos rematados. Hasta las contradanzas quiso el desdichado hortera bailar al son de las castañuelas, lo que hubiera deslucido mucho á mis discípulos, por cuya razon se lo prohibí terminantemente. Mas adelante se dijo en la isla que la niña le correspondió, y él dejó de tocar las castañuelas; pero era la version mas vulgar y mas generalizada que él dejó de tocar las castañuelas y la niña le correspondió. Creo lo último; creo que la niña no podia corresponderle sino bajo la condicion *sine qua non* de que no tocase las castañuelas. Tocando las castañuelas como él, Abelardo hubiera desenamorado á Eloisa, Petrarca á Laura, Marcilla á Isabel de Segura.

La atmósfera del salon hubiera mellado el cuchillo del que hubiese intentado cortarla.

Daba una idea exacta de los baños de vapor llamados rusos. A pesar de que para refrescarla y renovarla se hallaban abiertas de par en par todas las puertas y ventanas de la casa, y esta, como todas las de la isla, estaba á los cuatro vientos, porque parece que bajo aquel cielo de fuego las casas como los individuos procuran no acercarse mucho para no darse calor, la atmósfera del salon era tibia, pesada, sofocante, y tan espesa y turbia que todos los objetos se veian al trasluz de una niebla. Desde que empezaba hasta que concluia el baile, todos los concurrentes, sin una sola escepcion y sin distincion de edades ni de sexos, fumaban, y por regla general fumaban puro, de suerte que al bailarse el último fandango todo el suelo se veia sembrado de puntas y colillas, y habian desaparecido de la mesa aquellos enormes promontorios de mazos de cigarros, que reducidos á humo, si no se hubiese tomado la sabia precaucion de abrir todas las puertas y ventanas como otras tantas válvulas de seguridad, no hubieran salido del salon, y este hubiera reventado como una granada. No es una exageracion; lo dijo un marino acostumbrado á calcular la fuerza espansiva del vapor comprimido. Cuando menos una asfixia era inevitable. Las botellas de aguardiente de caña, marrasquino y anisete habian quedado tambien desangradas, porque es de rigor en los bailes de la isla pasar una copa llena de licor de una mano á otra y de una á otra boca, y un escanciador negro, que es el mismo que toca el güiro, la va llenando á medida que se vacía. Así es que el baile es tanto mas animado cuanto mas cerca está de su fin, y á medida que se aproxima á este, va tomando un carácter de desconcierto y orgía.

Por la manera especial de vestir de los isleños, un baile como los de la isla de Pinos seria en Europa un baile de trajes. Un sombrero de paja sujeto con una cinta de majagua que se ata debajo de la barba, un pantalon de algodon ó de hilo, generalmente listado, zapatos de becerro, toscos y fuertes como los de caza, y lo que en la isla llaman *blus*, tal es el traje de los

hombres para los dias de fiesta y los de trabajo, y les sirve lo mismo para ir al baile que para entregarse á sus ordinarias faenas. Este traje es en todas nuestras Antillas el de los guajiros ó campesinos, y en la isla de Pinos apenas hay mas que guajiros. Yo lo adopté tambien por varias razones: la primera para no singularizarme, teniendo presente la sentencia latina *dum fueris Romæ romano vivito more*; la segunda porque reniego de la complicacion de prendas que tanto tiempo me roba, y que me hace envidiar todos los dias la suerte de mi perro y de mi gato que no tienen que vestirse ni desnudarse; la tercera porque el traje que prohijé era mas ligero y fresco que el que llevaba; la cuarta, en fin, porque el traje de los guajiros no requeria adiciones sino supresiones en el mio habitual. Sombrero de paja, pantalones de hilo y zapatos de becerro llevaba yo antes de vestirme de guajiro; me bastó por consiguiente ponerme la camisa encima de los pantalones, porque lo que llaman blus los guajiros es ni mas ni menos que una camisa que no le da vergüenza de enseñar sus faldones. Suprimí mi levitin y se acabó la comision.

En cuanto á las isleñas, como no me meto en honduras, no puedo decir si llevan enaguas; pero me parece que las consideran una perisologia, una redundancia, un pleonasmo, un ripio, y que son en su concepto una superfluidad anti-higiénica incompatible con el clima. La camisa se la supongo, como se dice del valor en la hoja de servicios de ciertos generales. Por lo demás, el vestido es un vestido ligerísimo, el indispensablemente necesario para no andar desnudas; es una concesion pequeñísima arrancada al calor por aquel rubor nativo que hizo buscar á Eva una hoja de higuera; es, en fin, una bata de muselina, blanca, amarilla ó azul celeste, liviana como la espuma, y en su corte absolutamente igual al de las hijas de la península. El peinado tampoco se diferencia del de estas, y sigue sus mismas vicisitudes, solo que en las noches de baile algunas se ponen en la cabeza, en lugar de flores, cocuyos sujetos por el coselete con una imperceptible hebra de seda. Los cocuyos despiden una luz azulada que rivaliza ventajosamente con la del mas precioso diamante, porque este no lleva como aquellos la luz en sí propio, sino que se limita á reflejarla. El diamante en la oscuridad no brilla. De él al cocuyo hay la misma diferencia que de la luna al sol, que de una traduccion á una obra original. El cocuyo, á mas de brillar, alumbra, y brilla y alumbra sin auxilio ageno. La luz del diamante, como la de la luna, es obra de dos ingenios.

Los cocuyos despidiendo sus indecisos fulgores entre la niebla que forma el humo, dan á los bailes de Pinos un carácter fantástico.

Las blancas no gastan abanico. El abanicarse es hacer algo, y las americanas no hacen nada, como no sean versos, lo que tampoco es hacer mucho. El calor produce en ellas el mismo efecto que el frio en las marmotas. Lánguidas, inactivas, caidas, necesitan llamar á las negras para que las hagan aire, y en los bailes, en que las negras no entran, se encargan de sus funciones los amadores de sus amas, lo que parece muy lógico, porque al fin y al cabo los hombres que aman son tambien esclavos. Asi es que las blancas en los bailes no llevan abanicos; pero sus amantes las abanican con una ancha hoja de fresco y verde guano.

No busqueis ninguna relacion íntima ni lejana entre los piés de los guajiros y las medias ó calcetines. Tampoco, por regla general, llevan medias las mujeres ni aun en los bailes. Algunas, sin embargo, se permiten ponerse medias caladas de seda, blancas, negras ó de color de carne, medias vergonzantes, que no se atreven á manifestarse, que se confunden con el tegumento y que apenas bastan á cubrir las apariencias.

En los bailes de Pinos, como en los de todas partes, hay, en concepto de los hombres, mas hombres que mujeres, lo que nada tiene de particular si se atiende á que los hombres no cuentan nunca entre las mujeres á las viejas y á que á ellos les parecen ellas siempre pocas y ellos á sí mismos se parecen siempre demasiados. En todos los puntos en que se reunen hombres y mujeres, cada hombre suprimiria, si pudiese, á los otros. Oí decir á un filósofo:—¡Qué gusto si se muriesen en el acto todos los hombres menos yo, para quedar yo solo en el mundo con todas las mujeres!—Eso es poco, contestó otro que era mas filósofo aun; lo que yo quisiera es que las mujeres se quedasen mujeres, y que ademas se volviesen mujeres todos los hombres menos yo.

Pero no solo en apariencia, sino tambien en realidad, el sexo llamado fuerte era en los bailes de la isla de Pinos preponderante. Por lo mismo las pobres niñas tenian todas que estar bailando, sin descansar un solo instante, desde el principio hasta la conclusion de la fiesta, al paso que muchos danzarines frenéticos se hubieran quedado en ayunas, condenados al suplicio de Tántalo, si desde tiempo inmemorial no se hubiese introducido la costumbre de relevarse los hombres los unos á los otros, bastando al efecto que el que quiere bailar se interponga entre el que está bailando y su pareja. El que está bailando se retira al momento, algunas veces de buen grado, otras echando una maldicion al sustituto que le ha interrumpido tal vez en el exordio de una declaracion amorosa, tal vez en lo mas fuerte de su estro, de su inspiracion coreográfica. Nadie, cuando el caso llega, puede resistirse á que se le releve, aunque su pareja sea su propia mujer, que es la mas inalienable é intrasmisible de las propiedades; pero en cambio nadie puede tampoco abandonar su puesto de honor hasta que llegue el relevo. Ha de saber morir, si es necesario, en el ejercicio de sus funciones, en el cumplimiento de sus deberes, como un médico en una epidemia.

Por la exorbitancia numérica de sexo feo ha de haber necesariamente mientras se baila un número de simples espectadores ú ociosos, los cuales, cuando no se meten en un chiribitil para jugar al tresillo á dos reales el tanto, ó aventurar unas cuantas peluconas á la treinta y una, al monte ó al burro americano, matan el tiempo *colgando prendas*, reintegrables no *sine conditione*, á las danzarinas que les merecen la preferencia. Cuál pone su sombrero en la cabeza de una de ellas; cuál del hombro de otra cuelga su pañuelo; cuál ciñe el cuerpo de otra con el tahalí de su machete. Concluido el fandango ó el zapateado, las favorecidas buscan al dueño de la prenda, delante del cual dan bailando un par de vueltas, y se la restituyen, no sin haber antes recibido una moneda que ha de ser por lo menos medio real de América. Yo ignoraba esta última circunstancia y me costó caro el aprendizaje. Noté que las que mas prendas obtenian eran las mas bellas, y que con su gesto revelaban todas cierto sentimiento de vanidad ó de amor propio satisfecho. De estas dos observaciones deduje que las prendas eran una manifestacion de amor, ó al menos un piropo ó prueba de galantería, y tuve lástima á una desgraciada que no habia obtenido ninguna. Era una vieja verde, que identificándose demasiado con las reminiscencias de su juventud, bailaba con toda la fe y entusiasmo de sus mejores años. Su vanidad estaba herida; lo conocí en sus ojos suplicantes que me miraban como los de un mendigo á un capitalista, y atribuí su desconsuelo al abandono en que se la dejaba, pues nadie absolutamente se acordaba de ella para nada, ni le hacia el menor caso. Me quité el sombrero y se lo puse, mientras se estaba bailando un zapateado, y la ví reanimarse al momento, tomar espansion, pasar de muerte á vida; mi sombrero fue como el aceite que hace revivir á una lámpara moribunda. Concluido el zapateado, se me colocó delante bailando, y sus miradas, que pasaron de la súplica á la provocacion, como si quisieran infundirme aliento, me hicieron sospechar que habia tomado mi arranque de filantropía por un sentimiento muy diferente. Su mirada me pesaba, me aplastaba; en aquel momento hubiera querido anularme, sepultarme bajo tierra, y deseando quitármela de delante, pregunté lo que debia hacer en semejante apuro á un guajiro que tenia al lado, y el guajiro me dijo que tenia que entregar á la remilgada vieja una moneda para rescatar mi sombrero. Para librarme de ella hubiera hecho testamento á favor suyo de cuanto poseia y podia poseer en lo sucesivo. Mi moneda mas pequeña era una pieza de dos reales americanos, y se la dí sin vacilar, y ella, que lo reducia todo á sustancia, que habia tomado por amor mi piedad, tomó tambien por amor mi esplendidez forzosa. Necesité combatir con todas las armas del desden, llevado hasta la grosería, aquel fuego que brotaba entre cenizas, aquella pasion naciente de una ex-mujer, que abusando sin duda de mi triste posicion de desterrado, quiso esplotar mi desventura, creyó que me sometería al refran que nos enseña que en tiempo de hambre no hay pan duro, y me consideró capaz del inaudito crímen de corresponder á sus amorosas ansias. ¡Cuán mal me juzgaba! al pasar á América me dejé el corazon en España, donde tenia quien me lo guardase.

El chasco fue solemne. Juré desde entonces tener para toda vieja que baila un corazon de piedra. No se puede ser bueno en este mundo.

El comandante de la isla, teniente coronel, que ejercia una autoridad absoluta, tenia mandado que el baile no durase mas que hasta las once, hora en que los vapores licorosos habian alegrado todos los ánimos, exaltado todas las imaginaciones, turbado todos los entendimientos, soltado todas las lenguas. La órden del comandante no era obedecida. Por delegacion suya, un ordenanza, armado de un farol á guisa de sereno, se presentaba á disolver la asamblea. Uno de mis compañeros de peregrinacion, que pasaba todo el dia leyendo la *Historia de la Revolucion francesa* por Mr. Thiers, y que la sabia casi de memoria, como los revolucionarios franceses la de la república de Roma, habia tomado por modelos á todos los personajes de aquel terrible drama, y hacia todo lo posible para imitarlos, tomando la ocasion por los cabellos. La presencia del ordenanza inspiraba á los hijos del país, acostumbrados á una obediencia pasiva, cierto respeto que se manifestaba por un silencio pavoroso y solemne como el que se nota en un charco que atronaban las ranas con sus graznidos cuando se arroja al agua una gran piedra, y entonces el parodiador de todos los grandes revolucionarios, creyéndose un Mirabeau y haciendo un Brezé del ordenanza, salia á este al encuentro y le decia con mucha prosopopeya, «Esclavo, dí á tu amo que estamos aquí reunidos por la voluntad del pueblo, y que solo el pueblo puede separarnos.»

El ordenanza se marchaba y el baile seguia.

Cinco minutos despues se presentaba el comandante en persona, precedido del mismo ordenanza y á la cabeza de seis soldados y un cabo, á quienes al llegar á la puerta mandaba armar bayoneta. En las noches de baile, toda la guarnicion, que constaba de unos cien hombres, estaba sobre las armas.—«¿Está acaso Catilina á nuestras puertas?»—preguntaba el parodiador de todos los revolucionarios, y despues de protestar contra aquel acto de violencia, contra aquel ataque á la autonomía de nuestras piernas, contra aquella violacion del derecho, contra aquella caricatura del 18 brumario, se retiraba tranquilo como el que ha cumplido con su deber, y se despedian todos los concurrentes citándose para el domingo inmediato en que se reproducian *mutatis mutandis* las mismas escenas.

(Se continuará.)

A. Ribot y Fontseré.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

El príncipe llevaba en su compañía al capitan Jwing hombre instruido y de ameno trato, que habia ejercido la medicina antes de encargarse de la direccion de un buque. Despues de haberse estrellado este en las costas marroquíes, dicho capitan logró salvarse con toda su tripulacion, y aun poner en tierra agua y algunas provisiones, con la esperanza de llegar á Santa Cruz ó Mogador, pero cayeron en poder de los árabes nómades armados de puñales y mazas, que les hicieron sufrir todo género de malos tratamientos, y que, despues de haberles despojado hasta de los vestidos, se repartieron entre sí sus prisioneros, que esperimentaron casi increibles trabajos.

Muley-Absulem, al asegurar de nuevo á Lemprieres que sus compatriotas regresarian en breve á Inglaterra, le participó que, como se preparaba á trasladarse pronto á la Meca, él podría seguirle hasta Salé, donde le haria dar una escolta que le acompañase hasta Tánger. Sin embargo, habiendo sabido el médico que el príncipe hacia preparativos de marcha, se apresuró á presentársele, para reclamar el cumplimiento de su promesa; pero no fue recibido por él y se vió despedido hasta el dia siguiente. Llegó este, y habiendo vuelto á presentarse al amanecer, supo que su enfermo iba á partir una hora despues, y que sus bagajes estaban ya dispuestos. En vano trató de ver al príncipe, quien para librarse de él mandó le entregasen seis *rixdales*, haciéndole decir que solo el emperador podia otorgarle el permiso de regresar á su patria.

Júzguese del desconsuelo del doctor, al verse declarado cautivo con semejante respuesta. A fin de calmarle, Muley-Absulem le envió dos rixdales mas, mandándole que se retirase, é invitándole á que se avistase con uno de los secretarios del emperador, cuyo nombre le dió. Lemprieres, lejos de desalentarse, le esperó al paso; pero el príncipe, al verle, montó con gran lijereza á caballo y salió á escape tendido, sin hablar á nadie.

Vemos, pues, á Lemprieres reducido á implorar su libertad, como una merced, de un monarca bárbaro y vengativo, en premio de sus desvelos y de la salud que habia devuelto á su hijo predilecto. Vémosle poniendo su ingenio en tortura para abandonar aquel inhospitalario país. Lo primero que le ocurrió fue dar noticia de su situacion al cónsul inglés de Tánger; luego escribió una respetuosa carta al emperador, sin cuya licencia los estranjeros que le han sido presentados no pueden salir de Marruecos; y conforme á los usos del país, hizo enviar su carta dentro de un pañuelo de seda, por medio de uno de los hijos de Sidi-Mahómet, haciéndole un regalo, y el príncipe se encargó del asunto aparentando interesarse en él; pero todo esto fue trabajo perdido, porque aquel príncipe, tan falso y solapado como los demás, no volvió á ocuparse de semejante negocio. Lemprieres prodigó entonces los regalos á los agentes del gobierno, pero no fue mas venturoso; bien hubiera querido que se recordase á todas horas la solicitud de su libertad al emperador; pero las facultades de este estaban debilitadas de tal manera, que al cabo de una hora no se acordaba de las peticiones que se le habian presentado, siendo forzoso, por lo tanto, refrescar á cada paso su memoria, siempre que se recurria á él.

Los cautivos ingleses de quienes se ha hablado, fueron mas felices que el doctor, pues pocos dias despues de la partida de Muley-Absulem, fueron enviados á Inglaterra. Esto privó á Lemprieres de la compañía del capitan Jwing, que era su único consuelo. Confinado en el barrio de los judíos, del que no se atrevia á salir, temiendo verse acometido por las injurias de un pueblo brutal y fanático, hubo de resignarse con la existencia mas triste que es posible imaginar.

Durante este verdadero cautiverio, Lemprieres escribió los siguientes detalles acerca de los usos y costumbres de los moros de su tiempo:

«Los moros marroquíes descienden de los moros y turcos, ó de los negros llevados al país por los emperadores. El color de su tez es de un blanco sucio, un



tanto aceitunado. Los niños procedentes de la mezcla de los indígenas con la raza negra, eran casi negros.

»Los negros, introducidos en Marruecos en tiempo de Muley-Ismael, eran entonces mucho menos numerosos que en el dia. Mejor formados que los moros, mas valientes y activos, se dedicaban mas especialmente, por esta causa, al servicio militar, siendo escelentes soldados cuando sus jefes sabian inspirarles confianza y atraerlos por la firmeza y energía de su carácter, al mismo tiempo que por su generosidad. Pero si les faltaban estas cualidades, sus soldados estaban siempre dispuestos á abandonarles ó á entregarles al enemigo. El mando de las ciudades y el gobierno de las provincias se confiaban por el emperador á negros de reconocida fidelidad.

«Muchos esclavos negros estaban al servicio de los particulares, quienes les hacian cultivar sus jardines y ocuparse en los quehaceres domésticos, siendo tratados con mucha mas dulzura y humanidad que en las colonias europeas; permitiáseles casarse entre sí, y al cabo de cierto tiempo se les restituia la libertad, en cuyo caso se les instruia en la religion mahometana que sin dificultad adoptaban, si bien conservaban las supersticiones idolátricas en que habian sido criados, y adoptaban muy pronto los usos y costumbres morunas.

»Solo los judíos conservaban entre ellos las tradiciones de las ciencias y artes de Europa, y hasta se ocupaban de los negocios de los moros, á causa de la poca idoneidad de estos para arreglarlos. Los moros no conocian ya sino los oficios mecánicos de los pueblos primitivos.

»El temor de pasar por ricos y verse despojados de sus bienes, hubiera debido hacerles despreciar el dinero, que era para ellos un continuo motivo de sobresalto; esto, no obstante, empleaban todos los medios posibles y no retrocedian ante privacion alguna moral ó física, para procurárselo, y hacian de él su dios. Sin embargo, todas sus esquisitas precauciones para ocultar sus riquezas, no evitaban que los bachas tuviesen noticia de ellas y se las arrebatasen; y el emperador, que tenia buena parte en estas exacciones, guardábase muy bien de castigar la rapacidad de sus agentes. Esta necesidad de ocultar sus acciones, hacia á los moros falsos y disimulados.

»Sin embargo, algunos hubieran hecho honor á los pueblos civilizados, por sus virtudes privadas y por su inteligencia. Pero por desgracia, esto era una rarísima escepcion.

»Los moros, dice Lamprieres, son graves y melancólicos, y las protestas de amistad les cuestan poco, pero es preciso desconfiar de sus siempre volubles afecciones. Su habitual pereza les quita hasta el deseo de instruirse en las ciencias, y embota en su ánimo ese sentimiento de admiracion que hasta los pueblos salvages esperimentan á la vista de lo que hiere su imaginacion. Son igualmente impasibles al placer y al dolor; pero esta impasibilidad es mas debida á su indolencia que á su energía, puesto que cuando se ven amenazados de algun castigo muestran la mayor cobardía, y como todos los hombres duros é insensibles para con sus inferiores, son bajos y rastreros respecto de sus superiores. Si alguna vez sonrien, su alegría es poco espansiva, y la mayor prueba de satisfaccion que saben dar, es pasarse la mano por la barba, sentados sobre los talones.

»La probidad de los moros es la que puede esperarse de semejante pueblo; los mas ricos mercaderes se entregan impunemente entre ellos á estafas que deshonrarian para siempre á un comerciante europeo. Habiendo convidado un dia el cónsul inglés de Tánger á tomar el té en su casa, al general en jefe del ejército marroquí, acampado en las inmediaciones de aquella ciudad, y á su primer ayudante de campo, vió, cuando se marcharon, que le faltaba una cuchara. El cónsul no tuvo reparo alguno en reclamarla al general en jefe, quien se la restituyó desde luego, protestando que la habia metido en su bolsillo inadvertidamente.

»La prensa está proscrita del Imperio, pues su despótico gobierno no haria el menor caso de sus discusiones. La mayor parte de los manuscritos preciosos de los marroquíes se han perdido, y los tratados de astrologia son casi los únicos que se han conservado, porque se recurre á ellos algunas veces, como tambien á los que hablan de astronomía y medicina.

»Y no obstante, si un dia, en el trascurso tal vez de algunos siglos, un príncipe inteligente, ilustrado y superior á las preocupaciones dominantes, quisiese sacudir el embrutecimiento de este pueblo, elevarlo hasta el conocimiento de las ciencias y hacerle entrar en vias desconocidas para él, nada quizá seria mas fácil, pues los moros miran á sus soberanos con una especie de idolatría que les haria adoptar á ciegas todo lo que estos le propusiesen.

»Por desgracia, la educacion que reciben los príncipes moros no es á propósito para inspirarles esta gran iniciativa y procurarles las luces necesarias para hacerles entrar en la senda del progreso, pues únicamente es adecuada para desarrollar en su alma las viciosas inclinaciones de los esclavos entre quienes se educan. Sacáseles del harem á la edad en que las pasiones nacen en ellos, para confiarlos á un negro favorito del emperador, y que les imbuye rápidamente todos los defectos y vicios que la esclavitud ha engendrado en él. Asi, no tienen muy pronto mas objeto que entregarse á todos los escesos de la disipacion y del libertinage. Apenas saben leer y escribir, y solo conocen del mundo lo que puede procurarles la corrompida atmósfera en que viven, ó la peregrinacion que hacen á la Meca. Desconocen por completo la historia de los gobiernos estraños, y no saben de ella sino la parte peor, y esto para respetarla mas. Ignoran las producciones y las necesidades de su país, y las mejoras que al paso que aumentan la gloria del soberano, podrian asegurar la prosperidad de su pueblo. ¿Deberá causar estrañeza el que lleven al trono una increible ignorancia, la aficion desordenada á los placeres y el mas profundo desprecio á sus vasallos, á quienes consideran como á seres de condicion muy inferior á la suya, é indignos de su bondad y conmiseracion?

»Si los moros observasen estrictamente la ley del Profeta, pudiera, á lo menos, elogiarse en ellos el aseo; pero no sucede asi, puesto que siempre se les ve en estremo sucios, á pesar de las numerosas abluciones que les prescribe el Alcoran. Casi nunca se lavan los vestidos, y no obstante, cuidan bastante de la limpieza de sus casas, en las que no entran sin descalzarse antes, y no hacen suciedad alguna; pero en cambio arrojan todas sus inmundicias á la calle, de donde nunca las retiran; asi, pues, llegan á acumularse en ellas en tal cantidad, que el suelo se encuentra bastante alto para que los nuevos edificios estén mucho mas bajos que los antiguos.

»La demasiada holgura de su traje no permite hacer formar una idea esacta de sus proporciones; no obstante, parecen mas bien altos que bajos, y mas delgados que gruesos. Son pálidos en los paises del Norte, y mas atezados hácia el Mediodia; tienen las facciones pronunciadas, la nariz aguileña, los ojos negros y grandes, y hermosa dentadura.

»Una camisa muy corta con anchas mangas, unos calzoncillos blancos de tela, sobre los que llevan un pantalon que les baja hasta el tobillo, constituyen las principales prendas de su vestido. Sobre la camisa llevan dos ó tres chalecos de géneros europeos, con muchos botones pequeños; un cinturon de seda rodea su talle, y un cordon de terciopelo les sirve de tahalí, del cual pende al lado izquierdo un sable corvo ó un cuchillo cuya vaina es de cobre. El *haick* que cumplidamente les cubre, completa su traje.

»Solo los que han hecho la peregrinacion á la Meca, tienen el derecho de llevar turbante, pues la consideracion de que se les rodea es tal, que se estiende hasta los animales que les han conducido á la ciudad santa, y quedan esentos de todo trabajo mientras viven. Los moros que no han hecho esta peregrinacion, usan gorros que por lo regular son encarnados; rápanse la cabeza, á escepcion de un pequeño mechon de pelo que en la parte superior de ella se dejan, y llevan toda la barba.

»Las medias y los zapatos son para ellos objetos desconocidos; pero gastan unas babuchas de piel amarilla, muy cómodas; de su cintura pende una especie de rosario, sus dedos están cubiertos de sortijas, y aunque usan relojes, no es para saber la hora, pues les importa poco que sean ó no exactos, con tal que sean una alhaja de valor.

»El pueblo va mucho mas sencillamente vestido: una camisa, un pantalon de tela comun, un chaleco, y á veces un grosero *haick* constituyen su traje. En cuanto á los pobres, llevan una especie de sayal ceñido con una correa y un mal *haick*, cuando pueden procurárselo.

»Si el tiempo es frio ó lluvioso, los moros ricos reemplazan el *haick* con el *salam*, manto muy ancho azul ó blanco, que baja hasta los talones y termina en un capuchon.

»Vistas á cierta distancia, las casas de las ciudades parecen sepulcros; solo tienen cuarto bajo y son muy blancas; su puerta es mezquina, y sus techos bajos forman terraplenes á los que las mujeres suben á tomar el fresco, y por los que se podria, si se quisiese, andar toda una calle, sin bajar á ella.

»Cuando hay que visitar á un moro, se entra en una sala que está delante del patio, y en la que es preciso detenerse para que el dueño pueda encerrar su mujeres. Hecho esto, se entra en las habitaciones, atravesando el patio; las de las mujeres dan á este, y como no tienen ventanas, solo por la puerta reciben la luz; encima de las puertas hay esculturas que no carecen de originalidad. En el patio están los hornos que sirven de cocina, y en las alcobas no hay chimeneas.

»El dueño recibe al que le visita con las piernas cruzadas sobre cojines de tela muy fina, sobre los que se tiende muellemente, fumando en su pipa; estos cojines están sobre una estera de junco. Algunos tapices de poco precio, algun reloj de pared, pieles de tigre ó leon, por alfombra, camas de caoba con uno ó dos colchones, cubiertas de tela blanca, que nunca se usan, y solo sirven como muebles de adorno en los cuatro ángulos de la habitacion: hé aquí el mayor lujo en un salon moruno.

»La urbanidad marroquí prescribe que se sirva el té á la persona que hace la visita, sea cual fuere la hora; este obsequio se le dispensa sobre una mesa de piés muy cortos, y el té está mezclado con hojas de menta y tanaceto, en unas tacitas de hermosa porcelana de Indias. La escasa cantidad de té que se sirve, prueba la estimacion en que se tiene esta sustancia, tan escasa como cara en Berbería, y que solo los ricos pueden procurarse. Sírvesele sin leche, pero se le agregan algunos dulces secos.

»Si el té es un regalo para los moros, aun es mucho mayor su placer en fumar en pipas de cubeta de tierra cocida, y generalmente de cuatro piés de longitud. Las del emperador y los príncipes tienen la cubeta de oro macizo. Tienen tambien una aficion estremada al opio; pero como son escesivos los derechos afectos á su importacion, lo reemplazan con el *achicha* (el hachich) del que hacen una infusion en agua, y les ocasiona una embriaguez durante la cual esperimentan, segun dicen, las mas deliciosas sensaciones. Sino tienen *achicha*, mezclan con su tabaco una yerba llamada *khaf*, cuyo humo les produce un efecto análogo. Sabido es que el Alcóran les prohibe el uso del vino y los licores espirituosos; pero hay pocos moros que no infrinjan sus preceptos en este punto, cuando se les presenta la ocasion.

»Las horas de sus comidas están esáctamente determinadas: se desayunan al amanecer, pero los hombres no comen en compañía de las mujeres, y los niños son relegados á la mesa de los criados, siendo tratados en esto, como en otras muchas cosas, casi como los esclavos.

»Los pobres cuecen su alimento en una olla de barro y lo toman en una fuente de madera, formando corro alrededor con las piernas cruzadas, despues de lavarse las manos: á este efecto un criado presenta el agua en las casas ricas. En seguida, acometen vigorosamente con los dedos, que sirven á la vez de cuchillo, tenedor y cuchara, á lo que hay en la fuente. La comida se hace á mediodia, pero el pueblo no come mas que alcuzcuz, del que cada cual toma á puñados lo que necesita, y es muy comun que tres ó cuatro manos destrocen simultáneamente un pedazo de carne. La tercera refaccion, que es la mejor, se hace al ponerse el sol. Por lo que respecta á los mendigos, estos se acuestan en las calles, y viven de pan y algunas frutas.

»Hay en Marruecos una clase de hombres cuya existencia es aun mas miserable que la de los mendigos haraganes, y estos hombres son los correos del Imperio. Despues de dormir algunas horas sobre el suelo, emprenden viajes de trescientas ó cuatrocientas millas, sin mas alimento que un poco de pan, algunos higos y agua, para llevar, solo Dios sabe porque paises, los despachos á los gobernadores de las provincias y la correspondencia particular; en el camino duermen á la sombra de los árboles. A pesar de esto, desempeñan tan penoso cargo con la mayor exactitud, en todas las estaciones del año, viajando cuatro millas por hora, trepando por senderos inaccesibles al caballo mas seguro, y haciendo algunas veces en seis dias el trayecto de Marruecos á Tánger, esto es, trescientas cincuenta millas. En todas las ciudades hay estos correos.

»El pueblo va á pié, pero todo el que puede procurarse un caballo ó una mula, deja de servirse de sus piernas. Los moros acomodados prefieren las mulas á los caballos, y si son de buen paso, son para ellos un verdadero lujo y una gran magnificencia; los numerosos criados atestiguan ademas la opulencia de su dueño.

»Los moros se acuestan sobre un sencillo colchon, ó sobre una estera.

»En cumplimiento de la ley del Profeta, no tienen pinturas en sus habitaciones, si bien alguna vez infringen tambien este precepto, y ocultan algun cuadro á sus compatriotas.

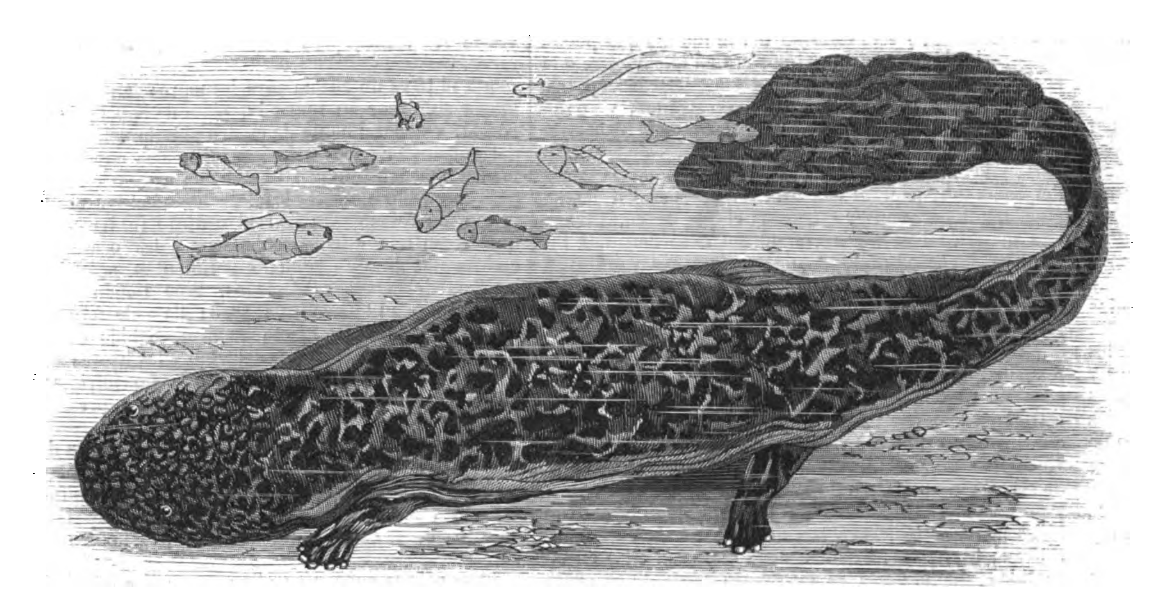
»Siendo muy grande su repugnancia á recibir en sus casas á los estranjeros, los reciben siempre que pueden lejos del recinto ocupado por sus mujeres, á cuyo fin estienden delante de su puerta una hermosa estera, sobre la cual esperan tranquilamente con las piernas cruzadas á los que les visitan, quienes se sientan en su derredor, y ellos les hacen servir por sus esclavos, té y pipas. Es frecuente ver en las calles muchos de estos grupos en animada conversacion; algunos se entretienen en un juego que se parece un poco á nuestro ajedrez, pero menos interesante, al paso que otros fuman mirando á los transeuntes.

»Los moros gustan tan poco de estar en pié, que si se encuentran dos ó tres, se sientan en la forma acostumbrada en cualquier sitio, para hablar á su placer.

Cuando dos moros de una misma condicion se encuentran, se saludan sacudiéndose vigorosamente la mano. Los hombres del pueblo cuando saludan á una persona de elevada gerarquía, le besan los piés; si es un militar de alta graduacion, ó un gobernador de provincia, le besan la estremidad de la manga. Para saludar al emperador y los príncipes, es preciso arrodillarse y descubrirse la cabeza. Dos parientes ó amigos que se ven despues de una larga ausencia, se abrazan como los europeos, se besan el rostro y la barba, haciéndose á la vez mil preguntas.

Los sucesos del dia, algunas cuestiones religiosas, las mujeres y los caballos son el obligado asunto de la conversacion de los moros; pero de las mujeres hablan con la mas repugnante grosería y cinismo.

Los *talebs* ó letrados, orgullosos con su ciencia, que los hace muy superiores, á sus propios ojos, al vulgo, ciencia que en suma se reduce á saber leer y escribir, hablan especialmente de materias religiosas.



LA SALAMANDRA GIGANTESCA DEL JAPON.

Si los caballos son un objeto preferente de la conversacion de los moros, lo son tambien en su vida privada, y no esperimentan menos placer en ocuparse de ellos que los **gentlemen** ingleses. Pero conocida la dureza del carácter de los moros, no deberá causar estrañeza alguna el que, á pesar de su gran aficion á los caballos, los maltraten con frecuencia.

Hay un género de carrera de caballos que escita hasta el delirio el entusiasmo de los marroquíes. Un gran número de ginetes se reunen y salen á la vez para llegar á un punto convenido. Cuando ya están cerca de él, sujetan las riendas con los dientes, levántanse sobre los estribos y cada uno dispara su espingarda, y luego, bajando esta, detienen los caballos con su acostumbrada rapidez; el escuadron de caballería mejor ejercitado, no obedeceria con mas precision la voz de su comandante.

Apesar del estado de barbarie en que han caido, los moros son muy aficionados á la música; pero sus cantos lánguidos y monótonos carecen de encanto, y algunos, sin embargo, se asemejan algo á las melodías escocesas.

Tambien la poesía les complace y el amor es su eterno tema; cosa estraña en un pueblo en que el amor no es sino la mera satisfaccion de los apetitos sensuales; por lo demás, si la música moruna es mala, su poesía es peor. Sus instrumentos favoritos son, entre otros muy sencillos, el bandolin, la flauta, el violin de dos cuerdas, el tambor turco y el tamboril, cuyos sonidos, acompañados de descargas hechas por su caballería é infantería, anuncian los festejos públicos; los saltimbanquis, los charlatanes y los titiriteros, constituyen el principal interés de estos. Hay en las ciudades escuelas á cargo de los *talebs*, en las que se enseña á leer, escribir y alguna vez á calcular; pero los ricos apenas envian á ellas sus hijos. El saber leer algunos versículos árabes del Alcoran, constituye toda la instruccion de la clase media.

Los moros siguen la ley de Mahoma con el mas supersticioso fanatismo, y el estranjero que penetra en una mezquita, ha de optar, para espiar su profanacion, entre la muerte ó la conversion á la secta musulmana. Esto no obstante, las puertas de las mezquitas están abiertas todo el dia.

Las mezquitas son unos vastos edificios cuadrados, con un patio rodeado de grandes pórticos, por los cuales corre un arroyuelo formado por una fuente, en la que los fieles practican sus abluciones. El suelo cubierto de ladrillos blancos y azules, dispuestos como un tablero de damas, hacen bastante pintorescos esos pórticos; y los moros se arrodillan para orar, sobre las esteras que cubren el pavimento.

El sacerdote ó *taleb* se sitúa detrás de una especie de pupitre en frente de los fieles, y desde allí recita los versículos del Alcoran. Los moros entran descalzos en sus mezquitas.

Los *talebs* suben al minarete, que equivale á nuestros campanarios, y desde él llaman con voz robusta al pueblo, para que acuda á cumplir sus deberes religiosos, para lo cual izan tambien una bandera blanca. Al final de cada frase, su voz espira gradualmente, como el sonido de una campana. Al ver la bandera, los moros suspenden sus trabajos y se trasladan presurosos á la mezquita mas cercana; pero si está esta muy distante, permanecen donde se hallan, vuélvense hácia la Meca, y recitan sus oraciones, que consisten en la triple repeticion de un capítulo del Alcoran, acompañada de dos genuflexiones, y levantando muchas veces las manos sobre la cabeza.

El viernes corresponde, entre los moros, á nuestro domingo, y las oraciones empiezan la víspera á las seis de la tarde. Este dia, la bandera blanca se sustituye con otra azul, en todas las mezquitas; las puertas de la ciudad y las del palacio imperial, están cerradas durante el cumplimiento de las prácticas religiosas. Esto se hace para que el pueblo no se vea sorprendido por el enemigo, mientras se entrega á ellas, pues el imperio, segun las tradiciones del Profeta, se ha puesto en gran peligro por los cristianos en ese dia consagrado á la oracion.

En tres épocas del año los moros se preparan por medio de la abstinencia, á las fiestas religiosas solemnes, la primera de las cuales fue instituida en honor del nacimiento de Mahoma, y dura siete dias; la segunda conmemora la fiesta de Mahoma en la Meca, y la precede un ayuno ó cuaresma de treinta dias, durante la cual está prohibido comer carne, desde la salida hasta el ocaso del sol; y la tercera, que dura un dia, fue instituida por el Profeta, para que sus fieles examinando el estado de su hacienda, den el diezmo de ella á los pobres, ó lo empleen en buenas obras.

Los moros han adoptado los meses lunares para el cómputo del tiempo; su semana empieza el domingo, y los dias se cuentan como entre nosotros.

La religion musulmana permite á los creyentes tener cuatro esposas y cuatro concubinas; pero solo los ricos pueden aprovecharse de esta tolerancia.

Los moros se casan muy jóvenes, y no es raro hallar muchachas de doce años ya casadas. Los padres de los futuros esposos, son los que arreglan el casamiento antes que aquellos se conozcan, pues se ven por primera vez al unirse irrevocablemente. Una vez prestado ante el cadí el juramento prescrito por la ley, los padres de la esposa entregan el dote de esta al marido; en caso de muerte de la mujer, ó en cualquier otro caso legal, el marido debe hacer una especie de restitucion del dote que se señaló al efectuarse el matrimonio. Los hijos legítimos tienen una parte igual en la herencia de sus padres, al paso que los hijos de las concubinas solo tienen derecho á la mitad.

Recibidas por los nuevos esposos las felicitaciones de costumbre, y las exhortaciones del *taleb*, se les hace pasear á caballo, al compás de la consabida música y de sendas descargas.

No media mas contrato matrimonial que el acuerdo convenido por los padres y amigos de los esposos ante el cadí. El dia del enlace la casada pasa sobre una mula á la casa conyugal, encerrada en una especie de jaula octógona, cubierta de tela blanca, de gasa ó seda de color de rosa; sus padres y amigos la acompañan solemnemente con la obligada pompa de música y salvas de espingarda. Su vestido es una túnica de seda ó terciopelo, de mangas estrechas, y bordada de oro alrededor del cuello; debajo de esta túnica, que solo cubre la parte alta de la pantorrilla, se ve una camisa de batista que llega al tobillo. Al llegar á la casa conyugal, donde hay dispuestos para recibirla, unos almohadones de terciopelo ó de oro, la nueva casada sale de su jaula y entra en la habitacion de que ya no puede salir, y á la cual va á buscarla su marido.

Las fiestas en obsequio de los padres y amigos de los recien casados, se dan algunos dias despues, y su brillo está en proporcion de su fortuna. Verificado el matrimonio, el marido debe permanecer en su casa ocho dias, y la mujer ocho meses.

El primero puede divorciarse si sospecha de la fidelidad de su mujer, y reemplazarla con otra; la mujer puede tambien divorciarse si prueba que su marido no tiene recursos para mantenerla. En caso de injurias y mal trato por parte del marido, este está obligado á darle ocho ducados por la primera vez, y un vestido de mucho mas valor por la segunda; á la tercera, la mujer puede abandonarlo, y en tal caso puede volver á contraer matrimonio á los dos meses.

El parto es tan poco penoso á las moras, que por lo regular se levantan al dia siguiente. Las mujeres del pueblo se entregan á sus faenas, con sus hijos á la espalda.

(Se continuará.)

LA SALAMANDRA GIGANTESCA

DEL JAPON.

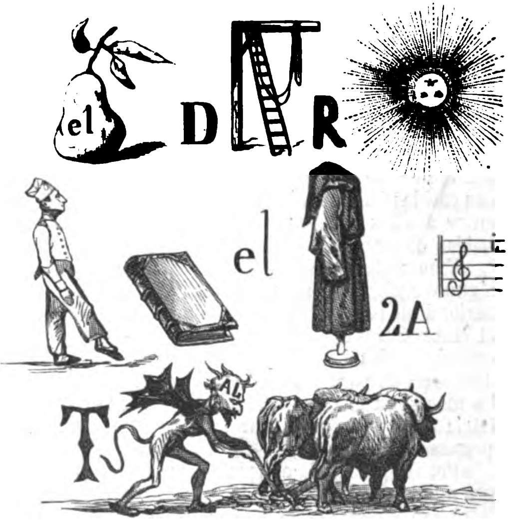
El reptil, conocido con el nombre de ***salamandra***, ha ocupado á los naturalistas desde la mas remota antigüedad. Quién dice que se le llamó así por atribuírsele la facultad de apagar el fuego; quién por alusion á los lugares húmedos donde habita. Es lo cierto que el nombre de salamandra se encuentra en las obras de los autores griegos y latinos mas antiguos, como Aristóteles, Elieno, Nicandro, Plinio, etc. Sus especies son: la ***maculosa***, de cuerpo negro, con grandes manchas amarillas que abunda en casi toda la Europa Meridional y Septentrional; la ***córsica***, análoga á la anterior, de la cual se diferencia solo en la disposicion de los dientes de la parte media de la bóveda palatina; la ***atra***, con la cabeza negra y sin ninguna mancha; y la ***opaca***, de cuerpo liso, negro, con manchas mas pálidas por debajo, que parece se encuentra en Nueva-York. Aliméntanse de insectos, de pequeños moluscos y de anélidos. En invierno se las halla aletargadas en los subterráneos, en las cavernas y en las bodegas de las casas de campo. Si se las espone á la accion de un aire caliente y seco, pierden mucho de su peso; pero como los demás batracios, desde que se les proporciona un aire húmedo, recuperan el agua por la absorcion cutánea. Se han encontrado salamandras heladas en medio de témpanos sólidos; mas en cuanto se las ha puesto en nieve, y se ha hecho fundir esta lentamente, han revivido; resultando probado que este reptil, al que se atribuia la facultad de poder vivir en el fuego, tiene al contrario la de resistir mas que otro cualquiera los efectos de la congelacion.

Hasta ahora, las salamandras mayores conocidas en Europa solo median un palmo, y cuando mas un pié de longitud; pero la especie gigantesca del Japon, cuyo dibujo es adjunto, recibida por la Sociedad zoológica de Lóndres, ha dejado muy atrás en esta parte á todas las especies de que se tenia noticia. Habita en los lagos de las montañas basálticas del Japon, donde la descubrió el naturalista holandés, doctor Siebold; y la que ha llegado viva á Lóndres mide tres piés de longitud; es decir, es tres veces mayor que la mayor que hasta aquí conociamos. No debe, pues, estrañarse que haya llamado tanto la atencion de los naturalistas, y escitado la curiosidad de las muchas personas que han acudido á los jardines de la Sociedad zoológica á ver el gigantesco reptil.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La tierra do me criare Dios me la dé por madre.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 19. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 6 DE MAYO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



l lunes de la semana que hoy concluye llegó á Aranjuez el duque de Tetuan; el martes se reunió el Consejo de ministros y en él se decidió que continuase el gabinete tal como está constituido, que se convocaran las Córtes y que se amnistiase á don Cárlos y á los carlistas: el miércoles se publicó en los periódicos la renuncia del susodicho don Cárlos á los derechos que cree tener, y aparecieron en la *Gaceta* los decretos de convocatoria y de amnistía; el jueves los presos por la última tentativa absolutista fueron puestos en libertad, llegó el general Prim á Madrid y fue nombrado director de ingenieros; el viernes le siguieron visitando sus amigos y la prensa continuó examinando los decretos del miércoles, y el sábado volvieron por ahora las cosas al estado que antes tenian.

El duque de Tetuan fue saludado en todo su tránsito por una poblacion ansiosa de felicitarle por sus victorias. En la estacion de Aranjuez le esperaba un coche de palacio con el conde de Balazote enviado por la reina y el general Lemery comisionado por el rey, entre cuyos dos funcionarios fue conducido á la real cámara. Allí permaneció media hora, despues de la cual se retiró al alojamiento que se le tenia preparado, donde saludó á sus amigos, á los ministros y á sus allegados y se recogió á descansar.

Ya hemos dicho lo que pasó en el Consejo al dia siguiente. Habíase asegurado que varios de los ministros, y especialmente uno de ellos, llevaban preparada su dimision; pero ó no la presentaron ó la retiraron despues. Lo cierto es que se acordó unánimemente que el ministerio se presentase íntegro á las Córtes y que estas fuesen convocadas para el 25 del corriente mayo. No se habló de si ha de haber discurso de la corona, ni por consiguiente de lo que en él se ha de decir. La amnistía tuvo tambien en su favor la unanimidad ministerial, y en cuanto á la renuncia de don Cárlos de Borbon los partidarios de la fusion dinástica, ó sea de la reconciliacion de la familia real española, la han acogido como un documento de altísima importancia. Por si entre los lectores del MUSEO hay algunos á quienes interese, ahí va la dicha renuncia tal como la ha tomado de memoria y mientras iba de paseo el corresponsal de un periódico amigo del ministerio:

«Yo, don Cárlos Luis de Borbon y de Braganza, conde de Montemolin, digo y á la faz del mundo pública y solemnemente declaro: que íntimamente persuadido por la ineficacia de las diferentes tentativas que se han hecho en pró de los derechos que creo tener á la sucesion de la corona de España, y deseando que por mi parte ni invocando mi nombre vuelva á turbarse la paz, la tranquilidad y el sosiego de mi patria, cuya felicidad anhelo, de *motu propio* y con la mas libre y espontánea voluntad, para que nada obste la reclusion en que me hallo, renuncio solemnemente ahora y para siempre á los enunciados derechos; protestando que este sacrificio que hago en aras de mi patria, es efecto de la conviccion que he adquirido en la última fracasada tentativa de que los esfuerzos que en mi pró se hagan, ocasionarán siempre una guerra civil que quiero evitar á costa de cualquier sacrificio.

Por tanto empeño mi palabra de honor de no volver jamás á consentir que se levante en España ni en sus dominios mi bandera, y declaro que si por desgracia hubiere en lo sucesivo quien invoque mi nombre para este fin, lo tendré por enemigo de mi honra y fama. Declaro asimismo que al instante que llegue á gozar de plena libertad, renovaré esta voluntaria renuncia, para que en ningun tiempo pueda ponerse en duda la espontaneidad en que la formulo. ¡Que la dicha y la felicidad de mi patria sea el galardon de este sacrificio! Dado en Tortosa á 23 de abril de 1860. —Firmado, Cárlos Luis de Borbon y de Braganza.»

El decreto de amnistía publicado el miércoles tenia una limitacion respecto de estos señores don Cárlos Luis y don Fernando de Borbon y de Braganza, no permitiéndoles residir en territorio español. En su consecuencia, en el mismo dia se puso á su disposicion un buque del Estado con el encargo de trasladarlos al puerto estranjero que eligiesen. No sabemos aun el que habrán elegido.

El general Lamoriciere encargado de organizar el ejército del Papa tiene ya reunidos en Roma unos veinte mil hombres de todas naciones. Para sostener este ejército afluyen á la capital de los Estados pontificios cuantiosos fondos procedentes de las suscriciones que en los diversos paises católicos promueven los obispos, principalmente entre el clero. En algunas naciones se cercena una parte de lo destinado para gastos del culto, y se envia tambien á Roma. Entre tanto Victor Manuel recorre sus nuevos Estados y últimamente ha entrado en Bolonia, donde ha tenido una entusiasta acogida, en especial por parte de los eclesiásticos. Las noticias de Sicilia siguen siendo contradictorias.

La funcion patriótica religiosa del 2 de mayo se ha celebrado este año con la solemnidad que en los anteriores; pero ha estado realzada con la presencia de algunos de los cuerpos que han hecho la campaña de Africa. Ya están en la península casi todos los que debian volver á ella; y solo quedan en Ceuta y Tetuan veinte y seis batallones con su correspondiente dotacion de caballería, artillería é ingenieros. De estos veinte y seis batallones, seis guarnecerán el Serrallo y terrenos últimamente adjudicados á España por el tratado de paz, y los otros veinte continuarán en Tetuan y sus fuertes hasta el pago de la indemnizacion de guerra. Segun el tratado, los moros pagarán los 400.000,000 desde el mes de junio al de diciembre. Avisos de Tánger recibidos por conducto inglés dicen que los marroquíes tienen ya dispuestos y encajonados en Fez 5.000,000 de duros para enviarlos por acá. Buena falta nos hace á los pobres este piquillo.

Pero hablando de otra cosa ¿qué maldicion ha caido sobre los teatros este año? Hasta el *Príncipe* ha pasado á mejor vida, no obstante que se veia favorecido frecuentemente por el público. Hoy solo actua la Zarzuela y si alguna vez se anuncia funcion en algun otro teatro, es puramente de circunstancias. El actor Catalina ha publicado un comunicado en los periódicos echando la culpa de la *clôture* del Príncipe á la empresa. La verdad es que el público se queda sin funciones de declamacion, y nosotros creemos que una gran parte de culpa está en los mas aplaudidos actores, incluyendo en este nombre tambien las actrices: primero porque no se han avenido entre sí para formar una compañía buena en todas sus partes, como debieran haberlo hecho; segundo porque las pretensiones de sueldos exorbitantes que de algun tiempo á esta parte tienen las eminencias teatrales no están al nivel ni de los recursos de las empresas ni de la situacion del público que ha de sufragar en último resultado los gastos.

Se ha formado una sociedad para establecer asi como quien no dice nada, una lengua universal, y se ha publicado una lista de nombres, muy respetables por cierto, que son presentados como fundadores de esta academia, la cual dará á luz, segun parece, la gramática de esa lengua universal, el diccionario y un periódico. La *Gacetilla* que todo lo aplaude, ha aplaudido y aun ha dicho que la empresa es posible y hasta fácil, que la España tendrá la gloria de haber sido autora de este grandioso pensamiento, etc., etc.

No negamos que sea posible, hablando en absoluto, el establecimiento de un idioma universal: creemos que puede llegar un tiempo en que estrechadas las relaciones y facilitadas las comunicaciones hasta un punto hoy increible entre todo el género humano y estendidos los conocimientos, las lenguas actuales despues de haberse ido cambiando con el contacto y el choque mútuo, vengan á fundirse en una sola, cuando la humanidad asi como forma una sola especie se haya fundido en una sola familia, con una sola legislacion y una aspiracion comun. Pero este será un resultado natural de la unidad de las legislaciones, costumbres y razas en todo el globo y por consiguiente un resultado que solo el transcurso de los siglos, y de muchos siglos de civilizacion, puede traer. Negamos que un proyecto semejante sea posible á un número determinado de hombres cualesquiera que ellos sean y mucho mas que lo sea hoy en el estado de civilizacion que alcanzamos.

La lengua es instrumento dado á los hombres, pero no es obra suya: tomemos por ejemplo, el idioma español: ¿de dónde proviene mas inmediatamente? Del latin. ¿Dónde está la academia de sabios que transformó el latin en romance y este en el actual castellano? El actual castellano como todas las lenguas actuales se ha formado y derivado por reglas especiales que rigen el desenvolvimiento de los idiomas, los cuales tienen sus períodos de vida embrionaria, de crecimiento, desarrollo, corrupcion y transformacion como todos los seres, sin que sea dado á hombres determinados dictar leyes que apresuren ni retarden ni modifiquen en lo mas pequeño este movimiento. Las gramáticas no son el conjunto de reglas establecidas á priori para una lengua; son el conjunto de reglas que el que ha hecho estudio especial de esa lengua ha observado en ella; y segun ese estudio ha sido mas ó menos profundo, asi las ha podido disponer mas ó menos sábiamente; pero ellas existian antes y regian antes el idioma.

Una gramática á priori para un idioma nuevo será una obra muy meritoria y de mucho ingenio; pero de ninguna utilidad. ¿Cómo se va á establecer ese idioma, que hoy no habla nadie y que naturalmente necesitará algun estudio, sobre miles y miles de pueblos que sin estudio hablan cada uno el propio y están bien hallados con él y no comprenden la necesidad de variarlo y menos la de molestarse para ello?

Aun suponiendo que los señores académicos que tienen el pensamiento de establecer una lengua universal sepan la lengua que quieren establecer y publiquen en ella el periódico, ¿qué van á hacer para que les entiendan los profanos? Tienen que regalar á cada habitante del globo su gramática, su diccionario y su periódico, y ademas tienen que obligarle á estudiar en ellos: aun asi, todavía no podrán obligarle á espresarse siempre en ese idioma con preferencia al suyo. En España, para no citar sino ejemplos caseros, se obliga á estudiar el castellano en todas las escuelas de Cataluña, Valencia, las Vascongadas y Galicia: sin embargo, los naturales de estas provincias, aun sabiendo el castellano, hablan entre sí en su lengua nativa, sin que hasta ahora hayan podido fundirse ni el vascuence, ni el gallego, ni el lemosin en el verdaderamente español.

De que una cosa pueda, y si se quiere hasta deba suceder con el tiempo, no se sigue que sea posible á los hombres producirla, y mucho menos producirla en el momento que quieran. La unidad del idioma tiene sus condiciones esenciales: ahora bien, una de esas condiciones esenciales es que no ha de realizarse por ninguna reunion de sabios. El idioma tiene un orígen mas alto: viene en primer lugar del Criador que ha dado al hombre sus leyes íntimas y sus elementos primitivos, y viene despues del pueblo, de todo el pueblo tomado en conjunto, como ser complejo, que ha modificado sus formas, segun las necesidades y las sensaciones que ha esperimentado, su situacion, sus vicisitudes, etc. ¿Qué tienen que ver en esto las academias ni las reuniones científicas?

Creemos haber dicho lo bastante sobre este objeto, y añadiremos para concluir que no tratamos de rebajar el mérito especial intrínseco que como obra de arte y como muestra de estudio pueda tener la teoría inventada para el proyecto de que se trata, aunque la creemos de ningun resultado práctico.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL MARQUES DE LA ENSENADA.

En las actuales circunstancias en que con patriótico celo tanto se ha hablado y aun se habla del engrandecimiento y fomento de nuestra marina de guerra, y cuando muchos escritores distinguidos se han apresurado á tomar la pluma para ilustrar la cuestion, creemos oportuno dar á conocer la vida de uno de los hombres que en España mas hizo por su país en general pero muy particularmente por la marina de guerra.

Don Zenon de Somodevilla y Bengoechea nació en Hervias, pueblo de la Rioja, el 25 de abril de 1702. Niño aun fué á Cádiz, donde sus padres le colocaron de dependiente en una casa de comercio. Relacionado allí con las principales personas de la poblacion, consiguió que el célebre ministro Patiño lo llevase consigo á Madrid de oficial supernumerario del ministerio de Marina. Por su buen comportamiento y con la proteccion de Patiño fue ascendiendo de grado en grado en su carrera hasta llegar á ser en el año 1730 contador principal del departamento de Cartagena que entonces se acababa de crear. No llegó á tomar posesion de este destino porque, conocidas como eran ya sus escelentes dotes, fue nombrado ministro de la escuadra que se formó en aquel tiempo para la reconquista de Oran tan felizmente conseguida por el duque de Montemar en el año 1732. Por los servicios que prestó en este puesto fue nombrado comisario ordenador de marina; pasó luego al ejército que España tenia entonces en Italia con objeto de recobrar la Lombardía, y á los servicios que allí prestó debió el título de marqués de la Ensenada.

De vuelta de Italia se le confió en el año de 1737 la secretaría del almirantazgo, en cuyo puesto ya empezó la marina de guerra á sentir los efectos del entusiasmo que siempre mostró por ella el marqués de la Ensenada. En esta época reformó y arregló los diferentes cuerpos de la armada, dictando igualmente la cédula de matrículas de mar, la ordenanza general de arsenales y otros trabajos tan útiles como importantes, y que fueron como el prólogo de los que en mayor escala habia de llevar á cabo mas tarde cuando tuviese mas ámplias facultades. Como se veia que á medida que era de mayor importancia el puesto que se confiaba á Somodevilla este lo desempeñaba mejor, el infante don Felipe se lo llevó de secretario de Estado y Guerra cuando tuvo que marchar á Italia con motivo de haberse encendido de nuevo la guerra con el Austria, bastándonos decir para prueba del modo con que desempeñó destino de tanto rango y de tanta confianza que en el año 1743 le nombró el rey Felipe V su ministro de Estado, Guerra, Marina, Indias y Hacienda.

Seríamos en estremo difusos si hubiésemos de relatar aquí todos los grandes bienes que reportó á España el hombre de quien nos estamos ocupando, desde un puesto en que podia introducir con toda libertad las grandes y saludables reformas que su amor á la patria le habia hecho concebir. Abolió muchos de los onerosos impuestos que hasta entonces habian vejado á la nacion; regularizó la hacienda en todos sus diferentes ramos; promovió el comercio; hizo muchos y muy buenos caminos, entre los que es notable el abierto en Guadarrama, que puso en comunicacion las dos Castillas; y dirigió por último su vista á lo que fue el objeto predilecto de sus afanes, á la marina de guerra. Despues de los servicios que dejamos dicho que prestó á esta durante su cargo de secretario del Almirantazgo, cuando se vió con plenos poderes levantó de planta los arsenales, hizo construir á la vez doce magníficos navíos, mandando ademas acopiar las maderas necesarias para otros sesenta buques de la misma clase, y para sesenta y cinco fragatas de primer órden, y por último, fundó, ayudado por el célebre y sabio marino don Jorge Juan el observatorio astronómico de San Fernando, no siendo este el único templo cuya ereccion tuvieron que agradecerle las ciencias, pues al mismo tiempo establecia en Cádiz el colegio de medicina, base de la facultad de la misma ciencia, que dependiente de la universidad de Sevilla existe hoy en la misma ciudad.

Fueron tantos los progresos que en poco tiempo llegó á alcanzar la nacion, que unido esto á la alianza con Francia, obligó á Inglaterra á tratar de hundir á Ensenada en quien veia un terrible enemigo, tanto mas formidable, cuanto que un dia pudiera quitarle la soberanía de los mares, bello ideal entonces como ahora de la orgullosa Albion. Como no hay hombre, por grande que sea, que no adolezca de algun vicio ó defecto, tampoco el ministro de Felipe V y de Fernando VI se vió exento de uno muy fatal para los que ocupan altos puestos en la gobernacion de un Estado. Era tanto su apego al lujo y á la ostentacion, que muchas de sus riquezas las consumia en las vestiduras y joyas con que se presentaba en la córte, habiendo llegado á valuarse los diamantes que llevaba en cierta solemnidad en la enorme suma de 10.000,000 de reales. Cuéntase con este motivo que habiéndole manifestado un dia Felipe V que estrañaba tanta riqueza en un servidor suyo, Ensenada contestó: «Señor, por la librea del criado se ha de conocer la grandeza del amo.» De este defecto se valió la Inglaterra para conseguir su objeto, y haciéndole aparecer ante la nacion como inmoral y derrochador, consiguió que en el año 1754 se le exonerase de todos sus cargos, y que fuese desterrado á Granada, confiscándole sus bienes, y hasta se pretendió formarle causa criminal que la reina pudo evitar, consiguiendo tambien que se le señalase una pension vitalicia. En dicho estado se hallaba Ensenada en el Puerto de Santa María cuando subió al trono Cárlos III, que en 1760 le levantó el destierro permitiéndole ir á la córte. Pero habiendo dado lugar á sospechar que fuese uno de los fautores del motin contra Esquilache, ministro de Hacienda, se le desterró de nuevo á Medina del Campo donde falleció el 2 de diciembre de 1781, á los ochenta años de edad, dejando grandes sumas á los pobres, y lo que es mucho de estrañar, prohibiendo completamente en sus funerales el lujo y la ostentacion á que tanto apego habia mostrado durante su vida, y que puede decirse que fueron la causa de su desgracia.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

EL ESTANY DE SILS.

Las siguientes noticias acerca del saneamiento de un terreno pantanoso en la provincia de Gerona, no carecen de interés en un país donde es mas fácil saber lo que pasa en la China ó en los confines de Rusia, que lo que se verifica en nuestro suelo y en nuestros propios dias. Menos noveleros los españoles y no tan acostumbrados á las ventajas de la publicidad, suelen los mismos á quienes debia interesar que se conocieran los servicios que prestan á su patria tener la modestia de callarlos, creyendo acaso que sus trabajos son de poca importancia y que no merecen llamar la atencion de la gente instruida, cuando por el contrario pueden servir de estímulo para que se emprendan otras obras de no menor provecho en casos análogos.

Habia no hace muchos años al Sur del pueblo de Sils, y dentro de su jurisdiccion una laguna cuya estension muy aproximadamente llegaba á tres millones seiscientos sesenta y seis mil novecientos noventa y siete metros cuadrados, en la cual desaguaban varios torrentes arroyos y chorreras de las que abundan en aquellos desiguales terrenos. Las principales rieras, como allí las llaman, son la de Caldas, las dos de Vidreras llamadas Riuclar y Riudespins, la de Masanet de la Selva llamada Torderola y la de Vallcanera: los torrentes ó arroyos mas notables son el nombrado Denpujol, el Rechsorré, y el de Engafalase.

Tambien cuando estaba este punto inundado contribuia á ello la riera de Santa Coloma de Farnés, la mas considerable de la comarca; que ocasionó el desbordamiento del año 1840 como habia producido otros anteriores; y la que está amenazando constantemente aquel terreno, sino se cuida de conservar en buen estado los malecones y muros que hoy dia la contienen en su alveo. Anteriormente, á proporcion que crecia esta riera se elevaba el nivel de la laguna hasta llegar á tener unos seis metros mas que la altura ordinaria de su superficie.

Los efectos que producia en la comarca la espresada laguna eran funestos en estremo. En los pueblos de su circuito que son Sils, Vidreras, Masanet de la Selva, Riudarenas, Vallcanera y algunos otros, pereció casi la tercera parte de sus habitantes durante los cinco años que estuvo inundada, sin que sobreviviera ninguna criatura de pocos años ó nacida en aquella época. Las calenturas intermitentes malignas atacaban á todos por poco que aspirasen los pestíferos miasmas que despedia, y los que no morian quedaban reducidos á la miseria, privados de fuerzas para ganarse el sustento.

Despues de vencidos mil obstáculos para proceder á la realizacion del desagüe, se dió principio á las obras en 1.° de setiembre de 1845 y se dieron por concluidas en 4 de julio de 1850, pero en realidad han durado hasta 1856; si bien en estos últimos años los trabajos han tenido por objeto completar el terraplen de los muros que contienen las rieras de Santa Coloma de Farnés y la de la Esparra; aprovechar las fuertes avenidas de la acéquia para ensanchar y profundizar su caja, y algunas otras de menor importancia.

El costo de todas las obras ha ascendido á 1.000,000 de reales poco mas ó menos, pero ademas de la salubridad que ha procurado al país, ha proporcionado á la agricultura una gran porcion de tierras, de las que pueden considerarse de primera calidad para cereales y legumbres la mitad de ellas, y el resto de segunda y tercera clase. En la mayor parte es el terreno arcilloso legamoso ó de tarquines, y sin embargo hay algunos sueltos y arenas puras, efecto de las avenidas.

Las mejores tierras se siembran de trigo, centeno, habas, judías, arvejas, maiz, alforfon, cebada, alfalfa, altramuces y algunas hortalizas. Las de segunda y tercera calidad se han plantado de álamos y se han destinado para pastos ó prados.

Para conseguir tan felices resultados ha sido preciso abrir un nuevo alveo á la riera de Santa Coloma por el centro de su propia rambla, conteniéndola en él por fuertes malecones poblados de planta viva para mayor seguridad; ó por sólidos muros de mampostería en los puntos de mayor esposicion á rompimientos; y con espigones de igual material en unos y otros para desviar la corriente todo lo posible.

Ademas se ha construido una gran acéquia ó canal que atraviesa toda la laguna y tiene una longitud de seis kilómetros acompañada de malecones, dándole diez metros de ancho en la solera y de dos hasta catorce de profundidad. Dicha acéquia se prolonga por la rambla de la

riera de Santa Coloma, pero sin comunicacion con ella hasta alcanzar desnivel suficiente para dar salida á todas las aguas de la misma y de cuantas rieras y torrentes desaguaban en la laguna.

Tambien se enlazaron todas las espresadas rieras, torrentes, arroyos y chorreras que vertian en la laguna, llevando sus aguas hasta la acequia general, contenidas en los límites que se les han marcado, con malecones de tierra fortificados con estacadas y plantas vivas.

Hanse abierto igualmente multitud de acequias, zanjas ó pequeñas regueras que tienen por objeto recoger las aguas de lluvia que caen sobre las tierras ó que se estralimitan de los cauces ó arroyos en las avenidas con el fin de desecarlas y dejarlas en estado de cultivo.

Se han construido compuertas en los puntos donde los arroyos confluyen con la acequia principal para impedir que las avenidas de verano inunden las tierras sembradas.

Por último, se han hecho estacadas de consideracion y paredones en seco para fortificar obras antiguas y realizar otras nuevas.

Cosas de tamaña importancia no podian hacerse sin encontrar obstáculos, y estos como queda dicho comenzaron antes que los trabajos, se presentaron durante los mismos, y continuaron despues de concluidos, aunque de diversa índole.

La primera dificultad estuvo en poder ponerse de acuerdo los terratenientes con el Exmo. señor duque de Medinaceli, que tiene el dominio directo, y antes la propiedad esclusiva de la laguna, acerca de los medios y pactos para el desagüe.

Despues de haber convenido ambas partes en costear á medias las obras, eran pocos los enfiteutas ó terratenientes que entregaban sus cupos respectivos, paralizando de este ú otro modo los trabajos durante largas temporadas y á veces en la época mas oportuna para verificarlos. Triste condicion de la ignorancia y multiplicidad de los asociados, que suelen resistir lo que á ellos mismos interesa, y en la dificultad de infundirles la instruccion y el conocimiento íntimo es preciso á veces la energía y la constancia para procurarles el bien contra su voluntad.

Agregábase á estas causas de entorpecimiento otra no menos poderosa, y era la de que hasta el punto de estar seca la laguna pocos jornaleros asistian una semana entera al trabajo sin verse atacados de las intermitentes. Casi á los primeros dias de las obras adoleció de este mal el director, quien gravemente enfermo cerca de un año, se hacia llevar en una cama colocada dentro de un carro para dictar sus disposiciones y vigilar el cumplimiento exacto de las mismas. Cosa tanto mas necesaria, cuanto que hubo dias en que varios trabajadores quedaban asfixiados en el instante de percibir el hedor, que no es fácil describir con propios caracteres, de una putrefaccion tan prolongada.

Como sucede en todas las obras hidráulicas de alguna consideracion y que no pueden terminarse en poco tiempo poniendo muchos operarios, sino que han de durar años antes de su conclusion, es indispensable resignarse á luchar con la insalubridad del sitio y con las vicisitudes atmosféricas, que siendo las causas del mal que se trata de remediar, tienen sus períodos en que se oponen á los esfuerzos humanos empleados para contrarestarlas. En la laguna de Sils por fortuna las avenidas no arrasaron por completo ninguno de los trabajos principales de movimientos de tierras, pero como no podia menos de suceder hubo que reparar algunos trozos de los malecones que se estaban haciendo en el interior, los cuales sufrian roturas por el esceso de aguas que acudian de las cuencas comarcanas y que rebosaban por encima de ellos, no pudiendo absorberlas todas ni con mucho la acequia principal de desagüe.

Esta inundacion que es un mal inevitable en tiempos de lluvias muy continuadas, y que algunos años suele perder por completo la cosecha en los terrenos mas bajos, desaparece á los tres ó cuatro dias despues de despejarse la atmósfera, quedando todo desaguado por la accion constante de las zanjas. De aquí se sigue la indispensable necesidad de atender á la conservacion de las obras en buen estado. Todos los años en el mes de mayo se limpia la acequia general de las yerbas y demás materias que las avenidas del invierno han depositado en la misma, escepto las arenas y tierras, sino es en aquellos puntos donde las aguas se detienen, á las cuales se les da salida para que puedan secarse y permitir la siembra en las partes bajas. Todos los reparos necesarios se practican en los meses siguientes hasta el agosto, y durante este último se efectúa la limpieza general de la acequia y de los demás acueductos. Todos los años han venido á costar estas obras unos 20,000 reales calculados por un quinquenio.

Gasto es este de alguna consideracion pero que se mira como insignificante atendidos los buenos efectos que produce y los pingües productos que procura; ademas de haber traido á toda aquella comarca el bien estar y la salubridad de que en el dia se disfruta, lo cual contrasta grandemente con el cuadro espantoso que se ha presentado al principio.

Todo lo que precede está tomado de las contestaciones que se pudieron obtener en 18 de abril de 1858, por conducto de los amigos del señor don Juan Bayer, vecino de Santa Coloma de Farnés, que fue el que formó los planos y dirigió todas las obras del desagüe. Largo tiempo se pasó sin poder adquirir estas noticias, á pesar de haber interrogado á muchos sugetos instruidos naturales de aquel mismo pais, hasta que hablando de los desagües de los terrenos pantanosos y de los medios empleados para conseguirlos, así como del sistema de *drenage* inglés adoptado estos últimos años, y generalizado con tanto éxito y á costa de tantos millones invertidos en las islas de la Gran Bretaña, en Holanda, en Bélgica y en gran parte de Francia, se encargó de proporcionar algunos datos el alumno de la seccion de ingenieros agrónomos don Luis de Casabona. Indudablemente los que han merecido bien de la humanidad con tanto sacrificio, y han sabido procurarse á sí mismos un bien tan grande, no es posible que dejen de completar su obra, procurándose alguna de las muchas máquinas de amasar el barro y de hacer los tubos llamados *drains*; entre las cuales se encuentran de varios precios desde las mas complicadas para toda clase de tubos, tejas y ladrillos, como la de Clayton que ha costado unos 26,000 reales á la direccion del canal de Isabel II, igual á otra que hizo traer para el Real Patrimonio el celoso intendente del mismo don Martin de los Heros, hasta la conocida por el título de *máquina de 40 francos*, como la que regalaron á la Escuela central de agricultura, los señores Pinaqui Sarvy y compañía de Pamplona, que en el dia está funcionando en la Flamenca.

El ejemplo de la laguna de Sils, podrá ademas servir para que lleguen mas pronto á ser una realidad los proyectos de saneamiento de las lagunas de Gallo canta en Aragon, de Añana en Soria, de la Nava de Campos en Castilla la Vieja, y tantos otros terrenos pantanosos como existen en la península, y que pueden convertirse en tierras pingües y feracísimas para toda clase de productos agrícolas. Las ventajas consignadas, son el sistema mas eficaz de contrarestar los escritos y las hablillas de los que tanto aquí como en Francia han tratado de poner en ridículo el afan con que se sigue en la carrera del drenage, diciendo que no tiene aplicacion en paises generalmente secos como los meridionales suelen serlo, y en los que se necesita solo pensar en riegos.

Las máquinas para construir á poca costa tubos de todas formas y calibres mas perfectos y económicos que los que se hacen á mano, pueden servir lo mismo para los drenages que para las cañerías de conduccion de aguas: y procediendo simultáneamente á regar y á sanear las tierras, se conseguirá que el labrador esté mas tranquilo en la seguridad de sus cosechas, sin tener que estar mirando constantemente al cielo, pendiente solo de los efectos del sol, ó de las lluvias.

Pascual Asensio.

CIENTO POR UNA.

SEGUNDA PARTE DE JESÚS EL POBRE.

CUENTO.

I.

Erase que se era, y el mal que se vaya y el bien se nos venga, que en un pueblo de la sin par Castilla, y no entre Pinto y Valdemoro, si no entre Tordesillas y Simancas, habia como cosa de un siglo atrás, año mas ó menos, un quinquillero, mozo de chapa, gallardo y alegre si los hay, y diestro y avispado de lo lindo; pero tan dado al mismo tiempo á los enemigos del alma, que la suya deberia estar en buen camino para las calderas de Pero Botero.

No habia alboroto, pendencia ó cuchilladas en el lugar, donde no terciase nuestro hombre, que cuando no estaba preso lo andaba buscando la justicia, y jamás logró el tabernero, que sin agraviar á nadie, era de lo mas honrado del oficio, que le saldase una sola cuenta de las muchas que le habia dejado hacer en su casa, contando sin la huéspeda.

Y cuidado que el tal tabernero no se paraba en barras ni se andaba en escrúpulos de monja, sobre si estaria bien ó mal visto plantar una fresca al mismo lucero del alba, en tratándose de sus intereses; pero no se habia atrevido aun á levantar el gallo al quinquillero, dejándole hacer su santa voluntad y sirviéndole de cabeza, que era mucha su fama como espadachin, y no pudo alabarse alma nacida de haberle mojado impunemente la oreja.

Los maridos y padres del lugar, estaban, ya se ve, que no les llegaba la camisa al cuerpo, desde que se divulgaron las malas mañas del vendedor ambulante; porque si bien nuestro hombre habia traspasado la primavera de la vida, hallábase aun muy lejos de su invierno, siendo todo un buen mozo, con unos ojos y una presencia, y un aquel tan bizarro en su persona, que eran otros tantos anzuelos para las inespertas doncellas y esperimentadas comadres de aquel rio, en que muy á su sabor podia sacar abundante y sabrosa pesca, con detrimento del prójimo; así es, que cuando cada ocho dias regresaba de Valladolid con nuevos géneros, y se oia en las encrucijadas del lugar el acento de su pregon, que al dulce trino de un canario se parecia, abríanse con cautela no pocas rendijas de puertas y ventanas por donde mas de cien incautas niñas procuraban atisbar las de los ojos de aquel mochuelo, que rara vez volvia á su olivo sin haber hecho su agosto en la venta, siendo causa tambien de que anduviesen á la greña los parientes, sobre si era ó no tirar la casa por el balcon, la compra de un peine de marfil ó un tarro de pomada, y dando esto pié para que renegasen todos de la venida al pueblo de semejante truán, porque el quinquillero, y bueno es que se sepa, no habia nacido en él, ni nadie barruntaba el menor indicio de sus antecedentes. Algunos años hacia, que de buenas á primeras habíase presentado en aquel pueblo, sin que el señor alcalde con sus ojos de lince y olfato de podenco para desenterrar culpas añejas, ni las comadres del lugar que se pintaban solas en esto de sacar á relucir trapos agenos, pudieran ver dos dedos mas allá de sus narices, quedándose á oscuras todos sobre la vida y milagros del quinquillero.

Sin embargo, como las cosas no pueden hacerse mucho tiempo á cencerros tapados, á fuerza de traer y llevar entre manos el asunto, y de darle por arriba y por abajo, llegaron á descubrir que nuestro hombre no vivia solo, sino con una mujer, jóven y hermosa, al decir de algunos, mientras que al de los mas era un fiero vestiglo, que el mejor dia del año levantaria de quicio el pueblo con sus conjuros; pero la verdad del caso es que ninguno la habia visto sino rebujada en un manto negro y en muy raras circunstancias, porque la compañera del mercader, salia á la calle con el alba, y eso para ir á rezar á la vírgen de la ermita, que en una altura y á la entrada del pueblo se encontraba.

Por consiguiente, el misterio en que el quinquillero se envolvia aumentaba el diverso interés con que por todos era mirado; y en mas de una ocasion de las muchas en que por sus camorras faltó poco para que la justicia le pusiera las peras á cuarto, creyó el señor alcalde salirse con la suya; pero quedábase siempre sin saber de la misa la media, no encontrando modo de echar la garra al comerciante que no parecia si no que el diablo le amparaba, aunque segun malas lenguas, no era el diablo, si no la costilla del corchete que estaba á partir un piñon con el quinquillero.

II.

Pues señor, habiendo pasado las cosas, ni mas ni menos que como llevo referido, aconteció luego que en una mañana, fria cual corazon de usurero, llegó al lugar un peregrino, con mas barbas que indulgencias y mas indulgencias que dinero, lleno de conchas por afuera y de malicia por adentro. Hospedóse en un meson, cuyo dueño le recibió en palmas, tratándole á qué quieres boca. Bien es verdad que el mesonero no tuvo por qué quejarse en las diferentes veces que le dió albergue en su casa, pues la veia convertida en jubileo, y el trasiego de sus pellejos era mayor que en todo el resto del año.

Cundió como por ensalmo la noticia del arribo del peregrino, y pronto estuvo el meson de bote en bote. Quién le pedia una pluma del gallo de la Pasion, quién un pelo de la barba de Caifás ó un hilo de la toca de la Verónica. Otros le relataban sus pesadumbres y desventuras, y para todos hallaba recursos en su zurron ó en su caletre el romero, que recibia en cambio bendiciones y maravedises.

Pero las gentes del lugar que eran unas almas de Dios, no pararon mientes en que el hermano barbudo, anduvo algo rehacio aquella mañana en la reparticion de reliquias, y que cada vez que le pedian alguna, se le nublaba la vista, torcia la boca, y mecíase su cuerpo al impulso de un ligero temblor que procuraba reprimir y ocultar con mucho cuidado, rebozándose en sus hábitos como si tuviese tercianas, y le fuera á empezar la calentura, hasta que siéndole imposible dominar por mas tiempo semejante comezon, dijo á todos sin andarse por las ramas, que deseaba estar solo para descansar de las fatigas del camino, y no bien le dejaron, como pretendia, cuando vinieron á avisarle de que una persona solicitaba con notable empeño verle antes de que se recogiese.

El peregrino, lejos de tomar á pechos esta impertinencia, pareció alegrarse interiormente, á juzgar por el brillo de sus ojos, y se adelantó muy cortés para recibir aquella visita. A poco entró en la estancia una mujer cubierta con un manto, que á juzgar por su buen porte, no deberia tener mal palmito, y dirigiéndose al romero, despues de pedirle, echa un mar de lágrimas, la socorriese en sus desventuras, pues eran tales y tan grandes que á no hallarles remedio, antes querria morir mil veces, le habló de la siguiente manera.

III.

Sabrá su merced, como me llamo Rufina, y soy hija de una familia muy honrada, cuyo nombre callo por respeto á su memoria y fama, que mancharia torpemente si me atreviera á tomarla en mis labios despues de no haber sabido mantenerla en su propio lustre.

Yo estaba en mi casa, señor peregrino, como el pez en el agua, siendo el espejo de mis padres, donde se miraban para rejuvenecerse, y si bien la fortuna no les habia favorecido con sus dones, á nadie debieron nada en este mundo de cuanto á su hija prodigaban, que por otra parte, y aunque mal me esté el decirlo, tampoco tuvieron por qué arrepentirse, hasta la funesta hora en

que para castigo de mis culpas, quiso mi mala suerte, que fijase mis ojos, y entregase mi corazon al hombre que despues ha venido á darme gato por liebre.

Niña era de veinte abriles y nada fea, y pretendida ademas por señores muy principales; pero sin dar oidos mas que á los impulsos de mi corazon, llegué á prendarme, ¿de quién creerá su merced? de un pobre sacristan, aunque bizarro en aquel entonces, eso sí, y que tenia una voz para entonar coplas de amores, y una manera de alegrar mis ojos con los suyos, y una labia en fin, que disculpan mi preferencia y tambien mi yerro, señor peregrino, porque á mis padres, que no participaban de mi gusto por el mancebo, se les puso en el moño que habia de dejarlo á la luna de Valencia, y hubo en mi casa una de todos los diablos, hasta que por evitar dimes y diretes, determiné una noche, hacerla yo del lugar en union de mi amante, quien puso á contribucion su oficio para procurarse los medios de acompañarme. ¡Y qué medios, señor peregrino! ¡una cuarta se me eriza el cabello al recordarlos! ¿Podrá su merced persuadirse de que dejaba á oscuras á un señor muy milagroso, para alumbrar su bolsillo con la plata que en cambio de la cera usurpada le entregaban?

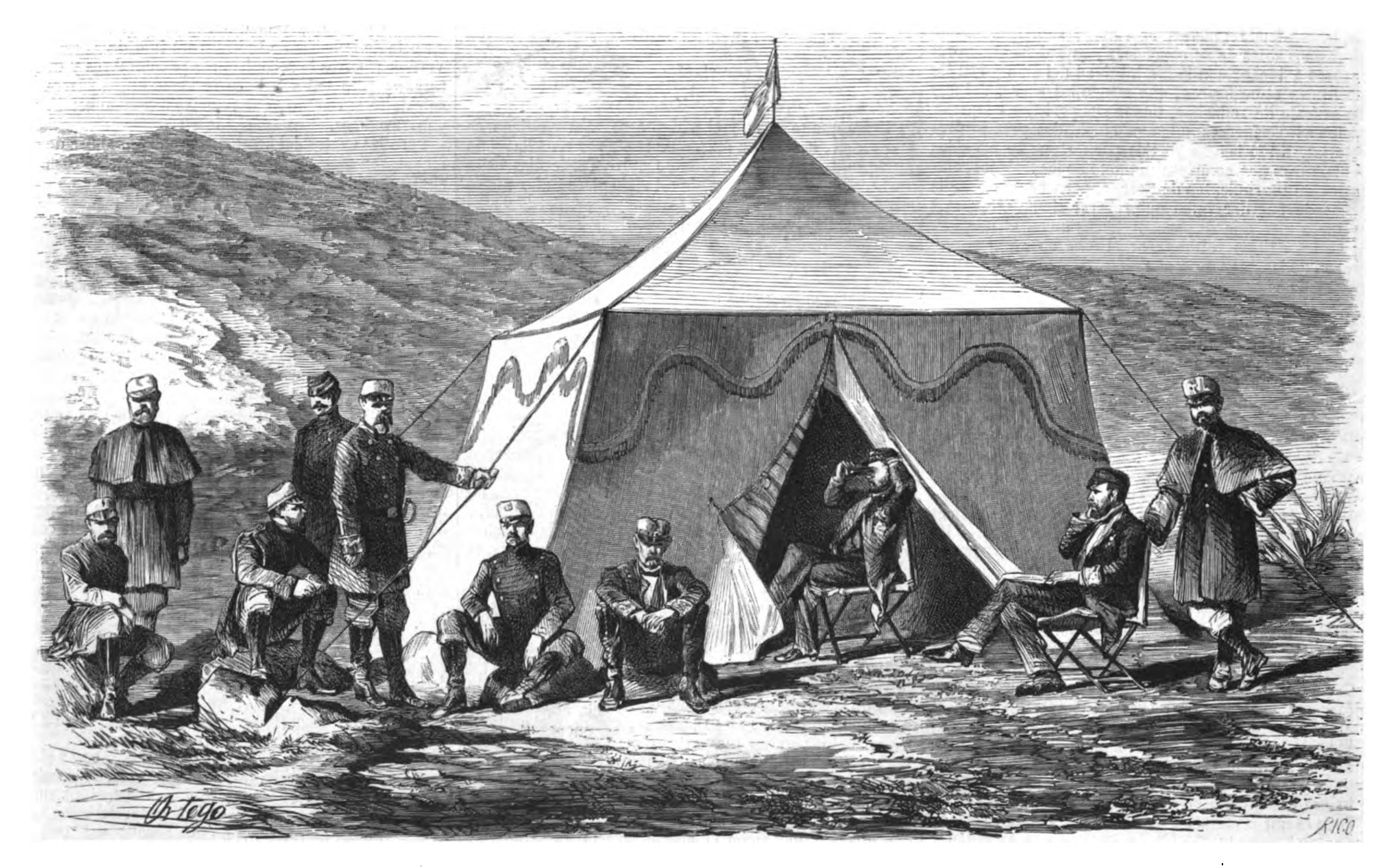


EL MARQUÉS DE LA ENSENADA.

Pues sucedió lo mismo que lo estoy contando, sin que ciega de amor, segun estaba, pudiese adivinar aquel gatuperio.

Como Dios nos dió á entender, llegamos, al cabo de muchos dias y no pocos trabajos, á este pueblo, donde nos establecimos de la propia manera que si estuviésemos casados, pues Perico, que así se llama el que hoy pasa por mi esposo, jamás ha querido serlo de verás por temor de que la justicia le sentase las costuras si ponia el dedo en la llaga de su pasado. Con el dinero que traia dedicóse al comercio de quincalla, y á la vuelta de algunos años, estabámos señor peregrino, que ni los ángeles en la gloria; todo era tortas y pan pintado; pero ¡ay señor! que las dichas de este mundo pasan en un santiamen, y no tardó en acabarse para mí el cariño de Perico, á quien ví buscar en el amor de otras mujeres, la satisfaccion que no hallaba en el mio. Desde entonces no soy ni mi sombra, y por mas que he procurado atraerle al buen sendero, se hace el sordo á mis quejas, y predico siempre en desierto.

Ahora nunca duerme en casa á pretesto de su comercio, y Dios sabe cuál será el comercio de Perico á las altas horas de la noche, por lo que yo tampoco pego los ojos un segundo, y si no se da un corte al negocio, pongo piés en pared ó me cuesta la torta un pan. Aconséjeme, señor peregrino, ya que sabe de cabo á rabo la causa de mi desventura, y Dios no echará en saco roto la buena obra.



EL GENERAL PRIM EN SU TIENDA DE CAMPAÑA. (DE FOTOGRAFÍA.)

De este modo acabó su plática la que dijo llamarse Rufina, y el peregrino que la habia estado mirando de hito en hito, esclamó despues de haber hecho como que reflexionaba.

—Cosas pasan, señora mia, que son para dar al traste con la paciencia mas á prueba de reveses; pero tenga confianza en el que todo lo puede, que no á humo de pajas ha permitido mi arribo á este lugar en hora tan oportuna. Espere mejores tiempos que ellos vendrán si continúa haciendo de tripas corazon. En el ínterin lleve una luz a la vírgen de la ermita cada vez que note síntomas en Perico de arreglar su conducta, y deje el resto á quien corre por su cuenta hacer de modo que su amante le baile el agua.

Este consejo puso á Rufina mas alegre que unas pascuas y salió del meson despues de haber recompensado espléndidamente al peregrino, que no tardó en seguir sus pasos, con el aire de un hombre satisfecho de sí mismo.

Asombrado el mesonero de ver marchar al concluido sin decirle oste ni moste, temió que se la hubiesen pegado y se plantó en un verbo en la habitacion que aquel acababa de dejar, esperando no hallar títere con cabeza, pero todo lo encontró como si tal cosa, á escepcion de un olorcillo estraño y sofocante que le hizo prorumpir en media docena de estornudos y echarse fuera del cuarto santiguándose y dando diente con diente, como si le hubiera visto las garras al diablo.

IV.

Y es el caso que Rufina habia dicho el evangelio al peregrino.

Perico que de rapa-velas de un lugar miserable, llevaronle sus pecados á traficar en quincalla, olvidóse muy pronto de la niña por quien antes se despepitaba, y despues de robarla á sus padres, le hurtó el cariño que en ella habia depositado para entregarlo á tontas y á locas, á quien recibirlo queria y últimamente á la mujer del corchete de aquel pueblo, moza de rompe y rasga, con trazas de fregona y humos de hidalga solariega, que tenia á su marido en un puño y á quien no solamente se lo alzaba, al decir de algunos, sino que se lo sentaba



OBSERVATORIO DE MADRID.

de lleno en las espaldas, cuando á cuento le venia, por un aquí te la puse.

El corchete, que no tenia pizca de lerdo, ya estaba al cabo y á la postre de lo que significaban las frecuentes visitas de Perico á su casa, con el pretesto de arreglos de comercio que nunca se arreglaban; pero callábase como un mudo y dejaba rodar la bola, sin duda por las razones que su consorte le daria y acaso tambien por el buen resultado de sus cuentas caseras, pues el hombre se chupaba de gusto los dedos al considerar que escediendo los gastos de los ingresos, no se notaba la merma en sus ahorros.

Pero si esto sucedia en casa del corchete, no asi en la del quinquillero, que á pesar de vivir con mas angustias que el dómine del lugar, sus cuartos iban siempre en menguante y al paso que salian de su bolsa, no tardaria en verla menguada por completo, sin cuarto ni ochavo, lo que empezaba á tenerlo de mal talante y con una cara de renegado que era de ver.—Tirábale por un lado el amor de su manceba y por otro el apego á su hacienda, como buen comerciante, de modo que estaba entre dos aguas, sin irse al vado ni á la puente.

La mañana en que vino al pueblo el romero, salió á vender Perico como de costumbre tenia y volvió á su casa sin que nadie le hubiese dado ni los buenos dias siquiera; de modo que la pegó con Rufina, á quien puso de vuelta y media, y encerrándose luego en su cuarto á piedra y lodo, empezó á echar sus cuentas sobre el rumbo que le convendria tomar en su derrotero y entre si seria mejor errar que quitar el banco ó vice-versa, se quedó cual un tronco.

Rufina, que no tocaba pito en la desafinada orquesta que traia á mal traer al quinquillero, se hizo cruces aquella noche, al ver que no tomaba la puerta para irse á picos pardos. Creyó moneda corriente la enmienda de Perico y fuése al otro dia con estrellas á llevar una candelica á la vírgen de la ermita, siguiendo á pié juntillas el consejo del peregrino y rogando al sacristan, con mucho empeño, que dejara consumirse todo el aceite, cuyo encargo no lo hacia sin su misterio, porque Rufina recordaba las sisas de su amante en el oficio, y queria evitar que la comulgasen con ruedas de molino.

Escamado el sacristan de la insistencia con que la devota le recomendaba su candela y no encontrándose con la conciencia muy limpia, que digamos, trató de sonsacar á Rufina sospechando si podria saber algo de sus tracamandanas, en términos de salir ambos, charlando por los codos al umbral de la ermita, y por dónde hace el enemigo que acertase á subir Perico la cuesta en aquel instante y los viese conversar mano á mano, como si de marras se conociesen.

No fue necesario mas, para que ardiese Bayona dentro del pecho del quinquillero y al reflejo de sus llamas reparase que á pesar de no tener su amante los diez y ocho abriles que le sacaron de sus casillas, resplandecia aun su cútis con la tersura del nacar, que las rosas de sus labios eran en lo perennes, hermanas de las siemprevivas y que de sus negros ojos desprendíanse todavía vivísimos rayos de fuego capaces de inflamar el corazon, no solo de un pobre monago, sino de los mas apuestos donceles.

Tampoco fue para el quinquillero harina de otro costal, el efecto producido en su ánima por la comparacion que hizo entre su antigua y nueva amante, y no hay para qué decir hácia qué lado se inclinaria la balanza, añadiendo que despues de algunos dares y tomares con Rufina, sobre el motivo de su visita á la vírgen, que aquella supo eludir, por no dar su brazo á torcer, echaron pelillos á la mar, la mujer del corchete se quedó otra noche mirando al cielo, y al dia siguiente fueron dos las candelicas que chisporreaban delante de la vírgen por cuenta del quinquillero, quien no hallando medio para reedificar su hacienda, desmoronada por los dientes de su manceba y el amor á Jorge, de cuya oreja tiraba á rabiar, sin conseguir alargarla lo necesario para tapar sus faltas, hizo de su capa un sayo y en muchas noches se eclipsó de casa del corchete, no imaginándose que cada carantoña prodigada á Rufina, le costaba una

candelica constante, ó lo que es igual, una libra de aceite diaria.

En cambio la ermita parecia una ascua de oro á todas horas, lo cual dió orígen al sobrenombre de rica que desde entonces llevó la Vírgen, y á los comentarios del lugar, cuyas comadres cortaban cada sayo á Rufina que no la dejaban hueso sano, pues tardó poco en divulgarse de donde salian aquellas misas.

Celosa como una turca la mujer del corchete, y ardiendo en ira por la indiferencia de Perico, determinó tomar la revancha á costa de su rival, que era para sus adentros el aire que torcia la veleta de sus favores, y maliciándose de que con tanta luminaria como costeaba su amante estaria *in albis* del negocio, dióse tal maña para ponerlo en claro á los ojos del pagano, vistiéndolo con unos colores tan negros y contrarios á su honra, que Perico juró para sus adentros que se habrian de acordar de él, Rufina y el sacristan, si los llegaba á pillar con las manos en la masa. A este fin se puso á la husma una mañana muy temprano, junto á la ermita, y quedóse con tanta boca abierta al ver llegar á su antigua amante en compañía de un hombre y un borriquillo que acarreaba dos pellejos de aceite, cuyo cortejo desapareció por detrás de la ermita.

Estaba el dia entoldado, como carrera de procesion, y el viento que no deberia hallarse para bromas, daba cada resoplido que cantaba el misterio, levantando una polvareda en la tierra y unas montañas de nubes en el cielo, por donde asomaban la cabeza algunos relámpagos, como diciendo—*agua va*, que los pastores reunian en un dos por tres los rebaños, y daban de mano á sus faenas los labradores, como respondiendo cada cual—*esto no va conmigo*.

Aun no habia cerrado la boca Perico, cuando vió de nuevo al hombre de la cabalgadura que se retiraba solo con los pellejos vacíos y llegóse á hablarle, no ideara el demonio que toma do en su alucinacion el rábano por las hojas, fuese á hacer un pan como unas hostias; pero cayéronsele por completo los palos del sombrajo al saber que era la misma Rufina quien daba cebo al eje de la rueda que contribuia á dejarle como las ánimas, puesto que trabajaba por cuenta de la vírgen, y acaso del sacristan.

Perico, ciego de cólera, como es de suponer, echó mano á una daga que llevaba oculta en el pecho, y tomó el camino de la ermita, donde se introdujo de rondon tirando los treinta dineros; pero el resplandor de millares de luces que oscilaban á los piés de la vírgen, turbó sus sentidos y hubiera besado el pavimento, á no haberle contenido el suave brazo de Rufina, que arrodillada junto al altar mostrábale á la vírgen, con unos ojos mas alegres que un fandango, como dándole á entender, que Dios ayuda á quien madruga.

Por desgracia, Perico, no reparó sino en las luces que ardian á su costa, consumiéndole un dineral cada segundo que pasaba y en el no muy limpio juego de Rufina, creyéndola compinche del sacristan, y fue tanto su despecho, que montando nuevamente en ira y sin importarle un ardite el sitio donde se hallaba, asestó contra su amante el acero que aun empuñaba su diestra.

Un violentísimo trueno retumbó en aquel instante sobre la bóveda de la ermita, cuyas puertas se abrieron con estrépito por un peregrino, que con la rapidez del rayo se dirigió hácia el solitario grupo, y entrando á la vez una manga de viento, apagó de improviso todas las luces.

Entonces se sentió Perico agarrar por una mano, no blanda y cariñosa como antes, sino mas áspera que un rastrillo y candente como un áscua, que arrastrándolo fuera de la ermita, le dijo con un acento cáustico como un sinapismo.

—Esta es la mia, Perico, mordistes en el anzuelo que arrojé á tu avaricia, y ahora vas á pagar juntas todas tus deudas, sin que te valga la bula de Meco.

—¡Perdon! esclamó el asendereado quinquillero, buscando el modo de huir el cuerpo, aunque sin conseguirlo.

—Sí, perdon, replicó la misma voz, despues de haber chasqueado á tu novia que se fió de tí por aquello de que al hombre por la palabra y al buey por los cuernos, despues de tu vida airada y de tu afan por quitar de en medio á Rufina que devolvia á la vírgen de la ermita, siguiendo mis preceptos, pues sabia el pié de que cojeabas, *cien* luces *por* cada *una* de las que sisaste en otro tiempo al Cristo de tu iglesia, y solo cuando ves las orejas al lobo quisieras meterlo todo á barato y salirte por la bocamanga. Pues amigo, haber andado con pié de plomo, antes de hacerlo de ceca en meca, que aquellos polvos traen estos lodos, y ahora no tiene mas remedio que acomodarse conmigo y le vendrá muy ancho.

No dijo mas el peregrino, pero abrazándose con Perico, lo remontó hácia las nubes y entrambos desaparecieron entre los relámpagos, que parecian otras tantas bocas de fuego abiertas para engullirse la víctima del diablo, pues ya habremos supuesto que no era otro el conocido romero del lugar, cuya forma habia tomado esta vez para armar á Perico la trampa en que le aprisionó su maldad.

Rufina á quien la vírgen libró de la última caricia de su amante, perdió completamente la memoria de aquel suceso, creyendo á cierra ojos, que Perico habia muerto de repente, y como aun conservaba restos de su pasada belleza, que quién tuvo y retuvo guardó para la vejez, á la vuelta de algunos años, no faltó un pájaro que le arrastrase el ala, á cuyo ruido no se hizo sorda como buena viuda ó casi viuda, resultando de este lance que se casaron en paz y gracia de Dios. Y por mas que yo fui y vine, sin dejar la ida por la venida, no pude sacar otra cosa de la boda si no un viejo y estropeado lienzo con honores de aleluya, donde estaban dibujados los contornos del lugar, en un dia de tormenta, el montecillo con la pintoresca ermita, despidiendo por sus puertas vivísimos resplandores, y el diablo en traje de peregrino, cruzando los aires, y con el desleal y avariento Perico, á quien llevaba asido por los cabellos, como quizás te parezca lector carísimo que he traido el final de mi cuento, en cuyo caso te suplico que no me mires por encima del hombro; pues siendo de cosecha agena, ni quito ni pongo rey, limitándome solo á trasladarte los autos; pero si á pesar de curarme en salud, creyeras tener razon para roerme los huesos, sobre si el asunto merece ó no la pena de sacarlo á la vergüenza en las columnas de un periódico, aceptálo por esta vez, juntamente con mi propósito de la enmienda, en la confianza de que no te daré motivo para echarme en cara tu indulgencia, sacándome á colacion el dicho de que—*alarga una el pié y se toman la mano.*

José J. Soler de la Fuente.

OBSERVATORIO DE MADRID.

A la parte Sudoeste del Buen-Retiro, en la cumbre del cerro conocido con el nombre del *Altillo de San Blas*, levantado sobre el nivel del mar 2,289 piés y 312 sobre las aguas del Manzanares, disfrutando de estenso y despejado horizonte por todos lados, que solo ligeramente interrumpen hácia el Oeste y Norte las cordilleras del Guadarrama, eleva su majestuosa mole el antiguo observatorio metereológico, construccion elegante y severa á un tiempo, cuyas formas bien á las claras demuestran la segunda restauracion del arte greco-romano en nuestra patria, aun cuando se hubiera perdido la memoria de su arquitecto, cuyo nombre es uno de los que mas dignamente simbolizan este período de nuestra historia del arte.—Y como siempre acontece que los recuerdos históricos de los grandes hombres marchan unidos en providencial armonía, la construccion de este edificio reune los de cuatro genios que de consuno contribuyeron á su ereccion. Don Jorge Juan en union con don Antonio de Ulloa, concibieron el pensamiento y lo presentaron al rey: Cárlos III comprendió su importancia y lo mandó realizar; Juan de Villanueva formó los planos, sin embargo de no levantarse tan pronto el edificio.

Previendo el ilustrado monarca la necesidad de que alguno de nuestros astrónomos se perfeccionase en tal difícil ciencia, mientras la obra se realizaba, envió pensionado al estranjero para que completase sus estudios al ya reputado matemático don Salvador Jimenez Coronado. La muerte sin embargo sorprendió al rey, sin llevar á cabo su proyecto. Pero aun vivia y era ministro de Cárlos IV el justamente celebrado conde de Florida Blanca, y empezóse la obra en 1790, al mismo tiempo que la enseñanza de la Astronomía bajo la direccion de Jimenez Coronado, ya de vuelta en Madrid con largos estudios, estableciéndose esta utilísima enseñanza provisionalmente en uno de los edificios próximos á San Gerónimo. Notables resultados dieron estos primeros ensayos, y buena prueba de ello es la pension de 4 reales diarios que para poder continuar sus estudios se concedió á los seis alumnos mas sobresalientes.

Bien pronto uno de estos empezó á prestar sus servicios en el naciente establecimiento. Como la fabricacion de los instrumentos necesarios hubiese producido pocos adelantos bajo la direccion de Mr. Megnié, se enviaron á Lóndres á don Cárlos Rodriguez y don Asuero Fernandez, los cuales, acaudalados con profunda instruccion, plantearon á su vuelta el taller de máquinas, para cuyos alumnos se estableció una clase de matemáticas aplicadas á su arte, clase que desempeñó con gran acierto don José Radon, discípulo premiado en la clase de Astronomía, mientras su compañero don José Garriga les esplicaba un curso de metereologia, y publicaba algun tiempo despues una obra de uranografía, y don Modesto Rodriguez y don José Ramon de Ibarra desempeñaban cátedras de Astronomía física y teórica. Como se ve por esta ligera reseña el pensamiento de don Jorge Juan nacia con un vigor inusitado. Y á tanto llegó la justa importancia con que fue considerado que, en 13 de agosto de 1796 formábase el real cuerpo de *Ingenieros cosmógrafos del Estado* para la construccion de la carta geodésica, cuerpo que montado militarmente, llevando su jefe el nombre de director, los profesores de capitanes y tenientes y de subtenientes los sustitutos, así como de cadetes con sueldo ó sin él los aspirantes ó alumnos, empezó á dar bien pronto importantes resultados para la ciencia.

Los fondos que para el sostenimiento de dicho cuerpo y del observatorio en construccion se destinaron, consistieron en los productos del calendario, con la obligacion, sin embargo, de que el observatorio lo formase. No completos 6,000 duros producia esta renta; y con tan escasos medios que apenas bastaban para el personal y materiales de enseñanza, la obra estaba tan atrasada, que á empezar iba el siglo XIX, sin que pudiera ni aun calcularse la época de su terminacion. La lentitud de las obras emprendidas por Villanueva hizo que se plantease un observatorio provisional en el mismo Retiro, altillo llamado de San Pablo, que sino para grandes observaciones suplia á lo menos para las necesidades de la enseñanza.

La fabricacion de instrumentos y adquisicion de los estrangeros crecia entre tanto de una manera que honrará siempre la memoria de aquel cuerpo, contándose entre ellos el magnífico telescopio de Herschell. que muy en breve con todos los demás aparatos fue objeto de la vandálica destruccion de tropas estranjeras.

En el año de 1804 termina el antiguo cuerpo de Ingénieros cosmógrafos con su organizacion militar, y se establece el Real observatorio con menor número de profesores, pues solo quedaron tres y el director, y un encargado del gran telescopio con otro adjunto y un ayudante. Entre las variaciones que esta disposicion produjo hallábanse la de publicar un periódico mensual que contuviese todas las observaciones hechas en el establecimiento, la promesa de aumentar los sueldos á sus profesores y la limitacion de la antigua carta geodésica á la intendencia de Madrid para cuando hubiese fondos.

La invasion francesa, como hace poco indicamos, destruye cuanto hasta entonces se habia adelantado. Convertido el no terminado edificio de Villanueva en fortaleza, en vez de los cañones de los telescopios, viéronse entre las columnas de su elegante templete los cañones de la francesa artillería.

En el difícil período del restablecimiento del gobierno español, apenas se hizo otra cosa con relacion al observatorio que recoger en los estudios de San Isidro algunos escasos instrumentos que con gran dificultad habia logrado salvar Jimenez de las destructoras falanges.

El museo de ciencias naturales bajo cuya dependencia se puso en 1816 aquel establecimiento, poco ó nada adelantó en sus trabajos para restablecerlo; y aun cuando en 1819 se nombra profesor de astronomía á don José Rodriguez, célebre compañero de Aragó, cerrada la cátedra en 1820 por la intolerante política, quedó sumido en completo abandono hasta 1835 el observatorio metereológico. En este último año se trata de volver á darle vida, nombrando director y catedrático á don Domingo Fontau. La enseñanza, sin embargo, ni aun empezó á darse, y asi transcurrieron otros cinco años en total olvido. La direccion de estudios, en 1840, lo toma á su cargo; nombra profesor al ingeniero de caminos don Gerónimo del Campo, que solo puede hacer algunas observaciones metereológicas, pero ni él, ni su sucesor en 1843 don Manuel Perez Verdú que falleció en breve, consiguieron se diese al observatorio la importancia que reclamaba. En el año de 1845, sin embargo, emprendióse por ventura la anhelada restauracion y reforma. El arquitecto don Narciso Pascual Colomer termina la obra del arquitecto Villanueva; los profesores de matemáticas don Antonio Aguilar y don Eduardo Novella, despues de cuatro años de profundos estudios y científicos viajes por órden del gobierno, se encargan de la direccion científica del observatorio, y desde 1854, adquiridos los instrumentos necesarios, secundados aquellos dos dignísimos proprofesores por don Juan Chavarri y don Manuel Rico y Sinovas, ha venido aquel establecimiento elevándose de dia en dia á gran altura, sufriendo en su organizacion en 1858 algunas ligeras variaciones.

Un comisario régio, un director á cuyo cargo se hallan las dos secciones astronómica y metereológica, dos astrónomos 1.° y 2.°, y dos ayudantes, forman la actual planta de su personal, y ya con la concesion de veinte y seis mil metros cuadrados de terreno hecha por S. M. á el edificio, ya con la construccion del nuevo destinado á la grande ecuatorial, con la adquisicion de magníficos instrumentos de primer órden, de los cuales solo la ecuatorial de Merz ha costado 8,000 duros, y la publicacion que prepara de sus anales y del anuario, que con tanta aceptacion ha empezado á dar á luz para el presente de 1860, bien puede decirse que se halla muy cerca de colocarse á la altura de los mejores de su clase en el estranjero.

La instruccion y probado celo de las dignísimas personas que hoy tienen á su cargo este establecimiento, no permiten dudarlo, y bien podemos congratularnos de que asi suceda hoy que la ciencia astronómica se eleva de dia en dia y en que la estadística puede recibir de los trabajos de dicho observatorio tan útiles auxilios.

El edificio de Villanueva terminado por Colomer, forma un cuerpo central que ocupa un paralelógramo rectángulo, cuyas líneas mayores corren del Sur al Norte en una estension de ciento dos piés. El lado menor del rectángulo, correspondiente al Sur, lleva la fachada principal, que consiste en un hermoso pórtico levantado sobre una pequeña escalinata y compuesto de diez columnas y cuatro contrapilastras de órden corintio. Hornacinas y recuadros adornan el fondo del pórtico, y en su centro ábrese la puerta por la que se pasa á un vestíbulo circular, á cuyos dos lados está la entrada de dos magníficos salones de cuarenta y dos piés de largo por veinte de ancho, destinados á instrumentos. Escaleras de caracol comunican con las azoteas levantadas sobre el pavimento treinta y cuatro piés, y á las cuales recorre



como á todas las cornisas del edificio, una sólida balaustrada de hierro. Diez y seis columnas exentas de diez y siete piés, con basas y capiteles de órden jónico antiguo, se levantan sobre un pedestal circular formando el gallardo templete que domina toda la fábrica, y sosteniendo el anillo que le sirve de cornisamento y el cascaron que lo cierra. Ventanas de vidrieras, cubren interiormente los intercolumnios, apoyadas en pilastras que corresponden á las columnas.

Las dependencias todas de este establecimiento, se encuentran hoy en un estado digno de los mayores elogios, siendo notable, á pesar del escaso número de sus volúmenes, su escogida y especial biblioteca.

Tal es la sucinta reseña que de su historia y de su estado actual hemos creido de nuestro deber presentar á los lectores del Museo, al mismo tiempo que les acompañamos una escelente copia del edificio que, dominando por la elevacion en que se encuentra á la moderna villa, es uno de los poquísimos que al contemplarla desde lejos, le dan algun carácter monumental.

R.

EGOISMO FILIAL.

Mi madre me dice:—Niña,
no me gusta, no me gusta
que andando de baile en baile,
y de tertulia en tertulia
la reputacion desdores
y la juventud consumas;
pero yo respondo:—Madre,
con sermones no me aburra,
que una se ha hecho para el mundo
y el mundo se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña,
con ese lujo me asustas!
Mira que somos muy pobres,
mira que humilde es tu cuna
y mira que muy mal sienta
la inmodestia en la hermosura;
pero yo respondo:—Madre,
peor sienta la lana burda,
que una se ha hecho para el lujo
y el lujo se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña,
si alguien te dice «me gustas»
y es honrado el que lo dice,
quiérele con alma pura,
mas no andes buscando novio,
que no le encontrarás nunca;
pero yo respondo:—Madre,
nadie encuentra si no busca
y una se ha hecho para el novio
y el novio se ha hecho para una.

Mi madre me dice:—Niña,
toda, toda mi alma es tuya!
Dicta el amor mis consejos,
en la esperiencia se fundan
y á pesar de eso, los oyes
como quien oye la lluvia!
Perdidas están las hijas
cuando á su madre no escuchan;
pero yo respondo:—Madre,
una se ha hecho para una.

Y dice el poeta:—Madre,
que el dulce nombre pronuncias
del hijo de tus entrañas
en esas horas de angustia
en que un ángel das al mundo
ó das tu cuerpo á la tumba,
si una corona de gloria
ciñera mi frente mustia,
yo la arrancaria de ella
para ponerla en la tuya.

ANTONIO DE TRUEBA.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Los niños del pueblo trabajan desde que su edad se lo permite, y los de los ricos son alguna vez enviados á la escuela; los destinados al sacerdocio estudian el Alcoran, hasta que lo aprenden bien de memoria, y son instalados como *talebs* ó doctores de la ley.

El dia de la circuncision de un hijo es en las familias una fiesta solemne; si el padre es rico, aquel va á la mezquita magníficamente vestido y caballero sobre una mula; si es pobre, su cabalgadura es un asno; pero, pobres ó ricos, esta ceremonia va acompañada con el consabido aparato.

Los difuntos se entierran algunas horas despues de la muerte; el cadáver se lava y se cose dentro de una tela, colocándole la mano derecha sobre la cabeza. Los cementerios de los moros están fuera de las poblaciones, y el ataud va seguido de una comitiva por lo regular muy numerosa, y es llevado á hombro. Delante van dos hombres que entonan himnos fúnebres en que se invoca á Alá y á Mahoma, y luego el ataud se deposita en un hoya que se cubre con una gran piedra. Algunas plañideras asalariadas, cuyos gemidos son muy desagradables, y que se golpean la cabeza y se arañan la cara, bañan con sus fáciles lágrimas la tumba del finado, largo rato despues de su entierro. El número de estas plañideras responde á la fortuna de que se gozó en vida.

Durante su luto, las viudas no pueden usar oro ni piedras preciosas, y la duracion de aquel es de cuatro meses y ocho dias; y si están embarazadas se prolonga hasta despues del parto. Los parientes del marido tienen la obligacion de visitarlas y proveer á su subsistencia durante el luto.

En las clases alta y media, los recien huérfanos no se afeitan la cabeza ni la barba, y hasta se dejan crecer las uñas por cierto tiempo, en señal de afliccion.

Los judíos ó cristianos que abrazan la religion musulmana, visten el traje de los creyentes, y se les pasea á caballo por todas las calles, seguidos de una comitiva numerosa y saludados por la inevitable música. Eligen un nombre moro, y un padrino que los adopta sin quedar obligado á cosa alguna respecto de ellos. Estos renegados no pueden casarse sino con negras ó con hijas de renegados, y sus hijos no reciben carta de naturaleza hasta la cuarta generacion. La mayor parte de los renegados de Marruecos son españoles fugados del presidio de Ceuta, despues de haber cometido algun crímen digno de la pena de muerte. El emperador les proteje por miras políticas, pero los moros les desprecian hasta el punto de no mantener con ellos relacion alguna á pesar de su abjuracion.

Pero volvamos á hablar de Lemprieres, á quien hemos dejado cautivo en Marruecos, por haber devuelto la salud al hijo predilecto del emperador.

Un dia le fue preciso visitar á otro hijo de este, llamado Muley-Oussine, á quien halló sentado en una estera, en medio de sus caballos, teniendo en su derredor algunas personas de su comitiva. Este príncipe tenia veinte y seis años y una agradadable presencia, aunque su trato era frio. Su padre le habia nombrado gobernador de Tafilete; pero Muley-Oussine, que supo hacerse muchos partidarios por su bondad y apreciables cualidades, se habia hecho proclamar emperador; su padre habia enviado un numeroso ejército contra él, y en consecuencia fue preso, despojado de su autoridad y conducido á Marruecos, en donde vivia muy retirado, despues de haberse mostrado espléndido en los dias de su grandeza. Este príncipe hizo sentar al doctor á su lado, y le dijo que amaba á los cristianos, y especialmente á los ingleses, y que solo aborrecia á los frailes, porque les consideraba obligados por su misma profesion, á engañar al pueblo.

Confesó además al doctor que era muy aficionado á los licores, y que todas las mañanas se bebia seis grandes vasos de un aguardiente tan fuerte como el alcohol; sobre esto consultó con Lemprieres, que le aconsejó que prefiriese el vino, cuyo uso le seria menos perjudicial; pero Muley-Oussine le replicó que su religion se lo prohibia espresamente. Pero, segun parece, hay transacciones con Mahoma, y todos los escrúpulos del príncipe desaparecieron cuando el doctor le prescribió el vino como medicamento. Este hecho dará una idea de las costumbres del país.

Al dia siguiente Lemprieres fue llamado á casa de un hermano de Muley-Oussine, Muley-Slemma, que tambien se creia enfermo; tenia á la sazon treinta y ocho años, su aspecto era hermoso y su fisonomía muy espresiva. Habia hecho un viaje á Turquía á bordo de una fragata inglesa, y como apreciaba á los ingleses, que le habian tratado muy bien, acogió obsequiosamente al doctor.

Un mes despues de la partida de Muley-Absulem, Lemprieres recibió la órden de ir al palacio imperial; á esta noticia, todas sus esperanzas se reanimaron, y se creyó ya fuera de Marruecos. ¡Júzguese de su desencanto! Al llegar á palacio halló un esclavo que le mandó de parte del soberano, pasase inmediatamente á ver á una de las sultanas enferma, para que recetase lo conveniente á su restablecimiento, y fuese en seguida á dar cuenta del estado de su salud, á Sidi-Mohamet. Así, pues, este príncipe que tanta desconfianza le habia manifestado, mandaba le fuesen abiertas, á despecho de todas las preocupaciones orientales, las puertas de aquel harem imperial, donde jamás europeo alguno habia penetrado. En cualquiera otra ocasion, Lemprieres hubiera tenido por una felicidad el poder satisfacer su curiosidad; pero atormentado incesantemente por el deseo de regresar á su patria, no deseando emprender nuevas curas, pues no le habian de producir sino nuevas pruebas de ingratitud, y reflexionando si la no curacion de la sultana que con tanto ahinco le mandaba visitar el emperador, tendria consecuencias funestas para él, se abandonó á una profunda melancolía. Fuéle, sin embargo, indispensable resignarse y obedecer.

El doctor pasó la primera puerta del harem, que estaba guardada por diez soldados negros, y luego llegó á un cuerpo de guardia donde habia quince eunucos con su jefe, y mas allá del cual solo pueden llegar las personas empleadas en el servicio de las mujeres. El citado jefe recibió del esclavo la órden imperial, y despues de haberla leido respetuosamente, mandó abrir otra puerta; Lemprieres seguido de su intérprete y escoltado por un eunuco, penetró sin mas ceremonia, en aquel asilo inviolable.

En el primer patio, las concubinas del emperador y unas negras estaban ocupadas en diferentes trabajos, unas cosiendo y otras preparando el alcuzcuz. La inesperada presencia de un europeo produjo en ellas tal efecto, que la mayor parte echó á correr, y las que se asustaron menos se acercaron al eunuco, para preguntarle qué clase de hombre era el que llevaba. Al saber que el desconocido era un médico, todas repitieron con satisfaccion: «¡Un médico cristiano!» Las fugitivas, ya tranquilizadas, volvieron, y Lemprieres se vió rodeado á la vez por todas aquellas mujeres, de manera que no podia avanzar ni retroceder. La curiosidad de ver un rostro europeo se unia en ellas al deseo de que el doctor les tomara el pulso, y le acusaban de insensible é ignorante cuando, al ver que gozaban de buena salud, se negaba á escucharlas. Ademas, descubrian á Lemprieres aquellas partes del cuerpo que las ideas de pudor y decencia obligan á ocultar á las europeas, y su conversacion era tan libre como sus acciones. Este es el natural efecto de una educacion esclusivamente encaminada á despertar en ellas el deseo de agradar, y del ningun cuidado que aquellos á cuyos placeres están destinadas, ponen en inspirarles sentimientos elevados. Al conducirse como acabamos de decir, aquellas mujeres en manera alguna creian obrar mal; ¿tratábase acaso de alguna cosa que no creyesen permitida? Por lo demás, manifestaban toda la reserva y todo el recato posibles. Así es que una enferma no accedió á enseñar su lengua al médico, hasta despues de una hora de instancias, y acogió al principio á carcajadas una peticion que solo atribuia á la curiosidad, y cuyo objeto le parecia altamente ridículo.

No hubiera Lemprieres logrado fácilmente salir de este primer patio, si su eunuco no le hubiese arrebatado en cierto modo, de en medio de aquellas mujeres. Al fin, despues de atravesar otros dos patios, llegó al aposento de Alla-Zara (1), la sultana á quien iba á visitar.

Hallábase esta rodeada de doce negras ó esclavas, y recostada sobre unos almohadones forrados de una rica tela. Cerca de ella habia un cojin para el doctor, quien, á una señal de la enferma, fué á sentarse á su lado, viendo con no pequeño asombro que la sultana no estaba cubierta con el consabido velo. Esta mujer, que habia sido en otro tiempo estremadamente hermosa, hallábase á la sazon tan demacrada y débil, que no podia andar sola; su piel presentaba un color amarillo; sus dientes estaban terriblemente cariados, y sus facciones del todo desfiguradas; así, la misma que poco antes eclipsaba á todas sus rivales, por lo fresco y sonrosado de su tez, semejaba á una fantasma. Su edad era como de unos treinta años.

Su hermosura había sido la causa de los males que á tan triste estado la redujeran, pues las rivales á quienes el emperador preferia, envidiosas de sus encantos, la habian envenenado con arsénico. Merced á su robusta constitucion, Alla-Zara, despues de una lucha de muchas horas contra la accion del veneno, habia triunfado de él; pero su estómago destruido nada podia digerir, lo cual la habia convertido en un verdadero esqueleto. Gradualmente habia llegado á esta situacion, despues de haber dado á luz, á pesar de su enfermedad, dos niños muy robustos, de los cuales el segundo estaba aun en la edad de la lactancia; por esta razon el emperador no se habia divorciado de ella, pues la ley musulmana prohibe el divorcio con las mujeres de quienes se tienen hijos; pero habia concluido por abandonarla, aunque á ruego suyo habia accedido á enviarle el médico de su hijo. Lemprieres no pudo dejar de interesarse por ella, pero le fue forzoso limitarse á consolarla. El aire de bondad y dulzura de Alla-Zara, su natural viveza que no habia perdido, y su festivo carácter hablaban grandemente en su favor.

No bien hubo salido Lemprieres de la habitacion de la antigua sultana, y andado diez pasos, cuando se vió detenido por una esclava enviada por la primera sultana, Alla-Batoom, para pedirle pasase á su aposento: al oir este ruego, el eunuco se mostró lleno de inquietud. ¿Corria algun peligro el doctor, no ateniéndose estrictamente á las órdenes imperiales? Esto le convenia reflexionar; pero impulsado por la curiosidad, olvidó la prudencia, y sin importarle un bledo las consecuencias, pasó á la estancia de la primera sultana.

Esta, rodeada de gran número de concubinas, atraidas por la curiosidad, estaba sentada en magníficos almohadones. Era una mujer de treinta y seis á cuarenta años, de ojos pequeños, de rostro sin espresion, y cuyas abultadas mejillas estaban recargadas de colorete; pero tenia esa gran belleza que tanto agrada á los orientales: la obesidad. Alla-Batoom hizo dar gracias por medio de su intérprete, al doctor por la complacencia con que se habia brindado á su deseo; alargóle en seguida la mano para que le tomase el pulso, que indicaba una

(1) *Alla* es un título que se da á las sultanas, y significa *señora.*



VOLUNTARIO CATALAN MUERTO EN LA TOMA DEL CAMPAMENTO MARROQUI EL DIA 4 DE FEBRERO. (DEL NATURAL.)

cabal salud, y se quejó con tanta jovialidad de un reumatismo que decia padecer, que el doctor advirtió desde luego que aquel caso nada tenia que ver con la medicina. Habiéndole consultado asimismo muchas de aquellas mujeres, les prescribió la sobriedad, lo cual les hizo formar un concepto muy ventajoso de sus talentos.

Familiarizadas todas, poco despues, con el doctor, pusiéronse á examinar con gran atencion, criticándolas de paso, las diferentes piezas de su vestido, y á hacerle innumerables preguntas, en que se revelaba la ignorancia mas completa de las costumbres y trajes de las demás naciones. La sultana mostraba un vivo placer en informarse de las modas europeas; y á fin de que el médico prolongase su visita, le hizo servir el té en una mesa cuyos piés tenian escasamente quince pulgadas de altura; las tazas eran proporcionadas á esta mesa liliputiense, y la que la sultana llenaba para el doctor, siempre que este la apuraba, no era mayor que una cáscara de nuez. Por lo demás, el té era tan esquisito, que aquel se sorbió unas cincuenta tazas, lo cual debió fatigar no poco el brazo de Alla-Batoom.

Despues de esta visita, tan agena á la ciencia médica, Lemprieres se dispuso á salir del harem, lugar enteramente consagrado, en su concepto, al tedio y á la esclavitud; pero no habia contado con la curiosidad de otra sultana, Alla-Douyaw, entonces favorita, la que sabiendo que el doctor habia visitado á Alla-Batoom, le envió á su vez una de sus esclavas para pedirle que pasase tambien á verla: ruego que el doctor, ya lanzado en la senda de las imprudencias, no se hizo repetir, pues le complacia el poder juzgar por sus propios ojos si la sultana á la sazon favorita, era digna de la preferencia que sobre sus rivales obtenia.

Era realmente hermosa, puesto que Lemprieres, conmovido y turbado, y no pensando ya en el cerbero que estaba á su lado, prorumpió en una esclamacion de sorpresa, y no pudo menos de espresarle la admiracion que le causaba el hallar tantos atractivos en una africana. Esto era añadir una nueva imprudencia á las que ya habia cometido aquel dia. Pasar á ver la sultana favorita, radiante de salud y en la plenitud de todos los encantos juveniles, cuando solo se le habia llamado oficialmente para que visitase á Alla-Zara; contemplar las facciones de la mujer á quien el emperador amaba con delirio, siendo así que los príncipes africanos se rodean de tantas precauciones para que el rostro de sus favoritas no sea descubierto por hombre alguno, era esponerse positivamente al castigo mas cruel, si semejante hecho llegaba á noticia del emperador. Pero en presencia de una jóven de veinte y tantos años, que hubiera pasado por bella en todos los paises del mundo, ¿deberemos acusar al grave doctor británico, por haberse conducido con toda la ligereza é imprevision de un mozalvete?

No sin cierta inquietud, despues de haber pasado en el harem mucho mas tiempo del que razonablemente debió permanecer en él, se presentó Lemprieres al emperador, para darle cuenta del estado de Alla-Zara. Mucho debia temer de la cólera del monarca, si este llegaba á saber que habia visitado á otras mujeres; pero afortunadamente para el imprudente doctor Sidi-Mohamet, nada sospechó ni de nada tuvo noticia. Despues de escuchar lo que Lemprieres le dijo acerca de la enfermedad de su antigua favorita, y del largo tratamiento á que debia someterse, el emperador, mal disimulando en desconfianza, se hizo traer algunas de las drogas prescritas para Alla-Zara, y obligó al doctor á que las gustase en su presencia, pues temia un nuevo envenenamiento.

Nuestro cautivo aprovechó esta entrevista con el emperador para pedirle el permiso de volver á Gibraltar, en cumplimiento de las órdenes de sus jefes; y le ofreció ocuparse entre tanto por espacio de quince dias del restablecimiento de la antigua favorita, y dejarle minuciosas instrucciones acerca del régimen que debia seguir. El emperador le ofreció acceder á su deseo, y en un momento de insólita generosidad, mandó á su ministro le hiciese entregar 10 *rixdales*, y le franquease las puertas del harem, siempre que quisiese entrar en él. El emperador añadió que el doctor recibiria un buen caballo para volverse á su país.

Lemprieres usó, y aun procura indicar que abusó de las facultades que en este punto le habian sido concedidas. Visitó, es cierto, á Allá-Zara; pero visitó tambien con mucha mas frecuencia á Alla-Douyaw, quien le dijo que era genovesa, y que habiéndose embarcado con su madre á los ocho años de edad, con rumbo á Sicilia, una tormenta habia arrojado su buque á las costas berberiscas, donde habian naufragado; siendo entonces separada de su madre por órden del emperador, y encerrada en el harem, donde quiso hacerla instruir en la religion mahometana; pero resistiéndose ella á las exhortaciones de los talebs, el emperador apeló á la amenaza de que, si no se convertia, se le arrancarian de raiz los cabellos, lo cual bastó para vencer su resistencia. Ya jóven y hermosa, la italiana llegó á la dignidad de que en aquellos momentos estaba investida; y tanto por su belleza como por su talento, supo ocupar sin perderlo, el primer lugar en el corazon del monarca. Tal era la historia de la bella Allá-Douyaw, que tenia á la sazon veinte y cuatro años.

Recordaba apenas el idioma de su país, y hasta habia olvidado la época en que habia empezado su cautiverio. Manifestándole Lemprieres cierta pesadumbre por su cambio de creencias religiosas, le replicó con la mayor dulzura: «¿Qué importan nuestras creencias? ¿Acaso no somos todos hermanos y hermanas?» Leia y escribia el árabe con la mayor facilidad, lo que causaba la admiracion de todas las mujeres del harem, quienes ademas aborrecian en ella una rival contra cuyos encantos é ingenio érales imposible luchar.

La hermosa favorita empezaba á verse atacada de escorbuto que le hacia temer mucho la pérdida de su ascendiente sobre el emperador: esta consideracion la inducia á inspirar interés al doctor, y fácil es imaginar cuánta seria su alegría, cuando este le prometió curarla radicalmente en quince dias.

Los ojos peregrinos de Alla-Douyaw habian trastornado un poco la razon del doctor, en esta primera entrevista con ella; entrevista que, como las demás que le siguieron, quedó envuelta en tal secreto, que bien puede decirse que el esculapio británico fue mucho mas afortunado que prudente. La favorita habia sobornado al eunuco que acompañaba al doctor, cuando este estaba á su lado, lo que hacia todos los dias durante horas enteras, todas sus mujeres estaban en acecho para advertirla en caso necesario. Asi, pues, médico y *enferma* podian hablarse con la mayor seguridad; no obstante, cierta inquietud que se pintaba á veces en el semblante de la hermosa genovesa, revelaba el terrôr que le inspiraba la perspectiva de la suerte que le esperaba, si se la sorprendia á solas con el doctor, pues esta suerte hubiera sido nada menos que la pena capital para entrambos.

Este terrible desenlace podia ocasionarlo á cada instante la mera delacion de un eunuco, ó de alguna de las rivales de la favorita.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

El emperador Cárlos V tomó el hábito para imitar al diablo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 20. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 13 DE MAYO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Segun lo mandado á consecuencia del decreto de amnistía de que hablamos en el número anterior, el vapor del Estado *Colon* fue puesto á disposicion de los ex-infantes presos en Tortosa, los cuales salieron en direccion á Cette, segun unos, y á Nápoles, segun otros. Periódicos que parecen bien informados de las intenciones de estos dos célebres personajes asi como de otros muchos con ellos enlazados, aseguran que tan luego como tomen tierra en playas estranjeras, reproducirán la renuncia hecha de los que creen sus derechos, con el aditamento y adorno de la de don Juan de Borbon, el otro hermano que quedó en Lóndres y *par dessu le marché* el reconocimiento de la soberanía de su prima la reina de España. Los periódicos á los cuales aludimos se felicitan ya de este resultado previsto por ellos y para ellos indudable, y creen que se hará respecto de don Cárlos, don Fernando y don Juan, lo que se ha hecho respecto de su primo y hermano político don Sebastian.

Entre tanto algunos diarios estranjeros declaran apócrifa la renuncia que publicamos el domingo último tomada de un órgano semi-oficial, el cual la habia recibido de uno de sus corresponsales de Aranjuez, que la habia oido leer y tomado de memoria como hubiera hecho el mismo Mangiamele ó el pastor del Escorial. Por mas que la manera de comunicar la noticia al público haya sido un poco estraordinaria, no tenemos la menor duda de que el documento publicado por el órgano semioficial es auténtico, y el mismo, sin faltar punto ni coma, que suscribió don Cárlos Luis de Borbon en su prision de Tortosa.

Cuéntase que cuando se comunicó á los ex-infantes la noticia de la amnistía y de su consiguiente libertad, don Fernando dijo: *me alegro, pero no me sorprendo*, que es como si hubiera dicho: esa ya me la tenia yo tragada. De Elío dicen que se entusiasmó algo mas y habló del corazon de la reina y del floron de la corona y otras flores. Todos convienen en decir que don Joaquin Elío es un hombre de corazon como otro cualquiera.

Resuelta ya esta cuestion, el público mientras llega la época de la apertura de las córtes, vuelve la vista á los valientes que vienen de Africa. El general Prim llegó hace ocho dias y recibió desde su llegada las felicitaciones de un númeroso público por sus proezas en tierra africana. El miércoles asistió al teatro de Novedades donde tuvo una completa ovacion. La empresa le sirvió un refresco donde hubo brindis entusiastas: el general Prim brindó por la reina y por el duque de Tetuan como lo habia hecho ya en Alicante y en los demás puntos donde ha sido obsequiado.

El viernes se dispuso la entrada oficial del ejército, á cuyo efecto el dia anterior se reunieron las tropas en el campamento situado en la dehesa de Amaniel. Allí concurrió y allí durmió en la noche del mismo jueves el general O'Donnell, el cual dió un banquete á los generales y jefes de los diferentes cuerpos. En él se pronunciaron brindis entusiastas, llamando la atencion los del general Prim por la elocuente apoteosis que en todos ellos hizo del duque de Tetuan. La multitud que acudió á visitar el campamento en las veinticuatro horas que estuvo establecido fue inmensa, habiéndose llegado á pagar á 500 reales los mas desvencijados vehículos. El viernes, «á medida que asomaban por Oriente las primeras tintas del dia, dice un cronista semi-oficial, iba acreciéndose la concurrencia con los infinitos que acudian de Madrid animados del deseo de asistir al toque de Diana. Al romper las bandas, un clamor universal se levantó de todos los ángulos; los que habian respetado el momentáneo regreso de los generales se amontonaron delante de las tiendas, y lo mismo la de O'Donnell, que la de los demás generales se vieron materialmente inundadas de gente.

»Antes de las nueve estaba en Madrid S. M. la reina: media hora despues se presentaba en el campamento en carretela descubierta acompañándola á caballo S. M. el rey con un ayudante, el infante don Sebastian y gran número de generales.

»Tropa y paisanos aclamaban á la reina, mientras cruzaba entre las tiendas acompañada del duque de Tetuan, y si algun viva se oia dirigido al vencedor de Africa, volvia este enojado diciendo: aquí no se victorea sino á la reina.

»No quiso S. M. detenerse á disfrutar del almuerzo que se habia preparado: eso seria, esclamó, prolongar demasiado la fiesta; es grande la vuelta que han de dar las tropas y yo no quiero que se les cause molestia.

»Luego que S. M. se hubo retirado á palacio, la tropa comió el primer rancho y un cañonazo dió la señal de batir tiendas. Esta operacion se llevó á cabo instantáneamente. Formadas las tropas en columna, se rompió la marcha, y desde la larga distancia á que la dehesa de Amaniel se halla situada empezó á acumularse el gentío.

»Cuando el general en jefe que iba á la cabeza llegó á la puerta de Atocha, el entusiasmo no conoció límites; cuando pasó por debajo del arco triunfal erigido por el ayuntamiento, los vítores eran inmensos y desde entonces se repitieron mas ardientes por toda la carrera.

»Precedian á las tropas los estudiantes con banderas y los discípulos del Conservatorio cantando el himno de Hernando.

»El órden del desfile era el siguiente:

»Un piquete de Guardia Civil.

»Los heridos, en carretelas abiertas. Sus demacrados semblantes inspiraban interés general. A su paso llovian de los balcones coronas, flores y versos.

»El general en jefe, con el cuartel general.

»Los batallones de cada cuerpo de ejército con sus generales respectivos á la cabeza.

»Echagüe, Prim y Ros fueron objeto de estrepitosas aclamaciones.

»De muchas casas llovian flores, coronas y palomas: de algunas sacaban en bandejas coronas primorosas y las ofrecian á los generales y principales jefes.»

A las seis de la tarde concluyó el desfile. El corneta del regimiento de Borbon, niño de trece años, que viéndose rodeado de moros y subido en un árbol tocó paso de ataque, y consiguió ahuyentarles y salvarse, iba llevado en hombros sobre una silla, y materialmente cubierto de coronas y flores. Donde quiera que la marcha se detenia, los soldados se encontraban rodeados y objeto de toda clase de obsequios por parte del pueblo. De las casas particulares, de los cafés y fondas, de todas partes se les ofrecian bebidas, refrescos, cigarros; llovian versos, flores, palomas; las señoras desde los balcones agitaban sus pañuelos. Hasta el perro del batallon de Baza que siguió á su amo desde la península á Ceuta y desde Ceuta acompañó á la cuarta compañía á todas las acciones, fue objeto del aplauso y de la simpatía del público.

Pocas veces hemos visto la capital tan animada y tan vestida de fiesta. Son muchas las casas particulares que

se han adornado vistosamente. Las redacciones de los periódicos han competido en la oportunidad y elegancia de los adornos. El Casino establecido en la Carrera de San Gerónimo ha sobresalido por su buen gusto y lo lujoso de su ornato. Por la noche todo Madrid se iluminó; y la Carrera de San Gerónimo estuvo obstruida materialmente de gente hasta hora muy avanzada de la noche, queriendo todos gozar de la hermosa vista de los transparentes que adornaba toda la gran fachada del Casino. Las iluminaciones de la casa de Ayuntamiento y de la Panadería, fueron tambien de muy buen efecto. EL MUSEO UNIVERSAL se asocia con placer á las felicitaciones que el pueblo unánime y la prensa dirigen al ejército de Africa, y promete publicar en los números sucesivos las vistas de las escenas que Madrid ha presenciado.

Durante estos dos dias los estudiantes han tenido vacaciones: y por cierto que en el curso actual no pueden quejarse los alumnos de que se les haya sobrecargado de trabajo. Entre fiestas reales, fiestas religiosas, fiestas nacionales, toma de Tetuan, paces y entradas triunfales, dias de príncipes, reyes y princesas, se ha pasado el año académico perfectamente.

Han sido trasladados al Museo de artillería, los cañones tomados en Tetuan que estaban en la plaza del cuartel de San Gil. Con este motivo repetimos la indicacion que cuando vinieron esas piezas tuvimos ocasion de hacer. Debemos regalar á los portugueses el cañon que perteneció al rey don Sebastian, y que es para ellos un precioso recuerdo. Si se trata de fundir esos cañones, el del rey don Sebastian debe ser esceptuado de esta medida; y si se trata de conservarlos, debemos unir á la memoria de nuestro triunfo en Africa, la de la gratitud de nuestros hermanos de Occidente.

¿Será perdida esta indicacion? Mucho tememos que sea necesaria una solicitud en forma que constituya cabeza de un espediente, en el cual tengan que informar los diversos cuerpos del Estado. Si asi es, declaramos que estamos resueltos á hacer la solicitud, la cual irá concebida en estos términos:

«Excmo. Sr. presidente del Consejo de ministros:

»El que suscribe (ó los que suscriben, si hay alguno que quiera acompañarnos), deseoso de que por parte de la nacion española se dé una muestra de fraternidad á la nacion portuguesa,

»Suplica á V. E., que, por los medios que el gobierno crea mas oportunos y conducentes al objeto, se sirva disponer sea entregado á los portugueses el cañon que perteneció á su rey don Sebastian, y que con tanta gloria fue reconquistado en Tetuan por las tropas á las órdenes de V. E.—Madrid, etc.—Excmo. Sr.—Y aquí la firma ó firmas.»

Desearíamos que el gobierno tomase la iniciativa en este pequeño asunto, ya que la toma tambien en otros; pero si no tiene á bien tomarla, la anterior solicitud se espondrá en un sitio público para que la firmen los que gusten, y en seguida será presentada al gobierno. Si despues de esto el gobierno no accede á ella, nos resignaremos como nos hemos resignado á cosas mas graves, quedándonos la satisfaccion de haber hecho lo posible por llevar á cabo el pensamiento de que se trata.

Las noticias de Italia son alarmantes. Segun un parte telegráfico de Turin, el general Garibaldi, despues de haber hecho dimision de sus cargos y empleos, ha salido en tres buques de las costas de Cerdeña, y con mil cuatrocientos hombres de desembarco se ha dirigido á las de Sicilia, donde arde todavía el fuego de la insurreccion. Esta salida se ha hecho sin conocimiento del rey del Piamonte; pero creemos probable que si por consecuencia de ella la Sicilia pide la agregacion á los Estados de Victor Manuel, este monarca se resignará á adquirir la nueva provincia. No obstante, podria suceder que la Inglaterra y la Francia se lo impidieran, en cuyo caso el sufragio universal siciliano se colocaria bajo la proteccion del pabellon británico:

Entre tanto el general Lamoricière sigue organizando sus tropas en los Estados Pontificios, donde se han dado *rendez-vous* individuos de todas las naciones. El gobierno francés dicen que ha regalado al Papa treinta mil kilógramos de pólvora, y en compensacion ha enviado cincuenta mil al Piamonte, producto de las mismas fábricas. Asi unos y otros podrán tirar mejor tirando con pólvora agena, y habrá igualdad en el combate siendo de la misma calidad el misto que dé impulso á los proyectiles.

Despues de la muerte de los teatros de declamacion, el público se ha entretenido con los comentarios de la prensa, y los comunicados de algunos actores y actrices. El de la Matilde Diez ha causado ruido: confesamos que no hemos tenido la curiosidad de leerlo. Dicen que trata mal á los escritores, porque no la han gustado ciertas censuras. Si es verdad, los escritores deben estar inconsolables.

En la Zarzuela se han representado con aplauso las *Memorias de un Estudiante*. Buenos versos, alegre música: el autor señor Picon ha elegido un buen argumento, del cual podria haber sacado mayor partido. El señor Picon es estudioso y de ingenio, y promete mucho mas de lo que nos ha dado hasta ahora.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

(CONTINUACION.)

VII.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

En nombre de Dios clemente y misericordioso.—Sosten de los débiles, amparo de los afligidos, galardon de los buenos, azote de los malvados: tú solo eres poderoso y eterno.

Esta carta escribe Abd-el-Motalleb á su hermano Abdallah-Ben-Solul desde tierra de cristianos.

Hermano mio, mis heridas ya han desaparecido y resignado mi ánimo recorro con placer los lugares en donde vivieron nuestros antepasados.—En todas partes recuerdos, en todas partes la mano del tiempo permite todavía ver lo que hizo quinientos años atrás la mano del árabe.

¿Qué mas te diré? Hasta en el lenguaje castellano, para mí ya algun tanto comprensivo, hallo á cada paso recuerdos de mi raza.—Serian infinitas las palabras que podria citarte como procedentes de nuestro idioma.—Las mas usuales tienen esa procedencia. Obsérvalas sino, por ejemplo en *batalla, barril, barrena, atalaya, arroz, cántaro, ganado, carta, cerrojo, dado, establo, hembra, jubon, sarao, tahona, boda, beso, garbo, falúa* y otras mil que pudiera citarte.

¿Qué dirian, por ejemplo, las damas españolas aficionadas en estremo al *gato*, animal casero muy apreciado en España, si supieran que su nombre es puramente árabe? Lo mismo sucede con el nombre de la *naranja* y otras diversas frutas á cual mas apetecibles y sabrosas.

Pero de otro asunto te hablaré ahora del cual tu puedes tener conocimiento por la lectura del Koran, y que sin embargo ha pasado desapercibido para las demás naciones.—Y para que veas cuan cierto es, te diré que lo han observado algunos arabistas españoles y para ser exacto en el relato reproduciré sus mismas palabras (2).

«El Koran está lleno de preceptos que obligan al musulman á creer en los principalísimos dogmas de la religion cristiana.

La sura 5.ª dice en el versículo 77:—«¡ Oh familiares »del libro! no os fundeis en cosa alguna hasta que obser»veis el *Pentateuco* y el *Evangelio*.»

Luego deben creer los mahometanos en las Sagradas Escrituras. De tal modo les obliga su ley á creer en ellas, que de no hacerlo asi se condenan: consta de los versículos 149, 150 y 151 de la sura 4.ª

«Porque á la verdad los que no creen en Dios, ni en »sus legados, y quieren poner division entre Dios y los »apóstoles, diciendo: creemos en algunas cosas de las »que estos dijeron, y no en otras, y quieren poner limi»tacion de este modo, estos son verdaderamente infieles; »y ya tenemos para estos dispuesta pena durísima.»

Están asimismo obligados á consultar con los cristianos los asuntos ó materias dudosas de su religion: la sura 10.ª lo manda en el versículo 93.

«Y si dudas de lo que te enviamos (tocante á las his»torias de Moises, Abraham, Isaac, Jacob, etc.), con»sulta con los que leyeron el Pentateuco antes que tú.»

Deben creer en Jesucristo como verdadero hijo de Dios. Lo manda la sura 4.ª, versículo 169. Lo mismo sucede acerca del Espíritu Santo:

«Y dimos á Jesus hijo de María señales evidentes, y lo »confirmamos con el Espíritu Santo» (Sura 2.ª, versí»culo 87) (3).

El Koran habla de María Santísima con el mayor respeto y decoro dice que su Santa Madre la ofreció á Dios al concebirla espontáneamente y que el Señor la recibió con benignidad: que al parirla impúsola el nombre de María y suplicó al Señor la libertase del demonio apedreado (4) (sura 3.ª, versículos 35, 36 y 37). Que conservó su virginidad: que el Señor la hizo Pura y que la escogió entre todas las mujeres del mundo; finalmente, que los ángeles la anunciaron el Verbo de Dios, siendo su nombre Cristo, Hijo de María, de sublime dignidad en este y en el otro mundo (sura 66, versículo 12; sura 3.ª, versículo 42 y 45).

(1) Vease el número 17 del MUSEO UNIVERSAL del corriente año.

(2) Ensayos sobre la gramática y poética de los árabes que ofrecen al público exámen el padre fray Patricio de la Torre y don Miguel García Asensio.—Madrid, 1787.—En la imprenta de don Antonio de Sancha; pág. 77.

(3) «Luego creyendo estas gentes infelices en Dios, y debiendo creer en Jesucristo, como hijo suyo, y en el Espíritu Santo, han de creer precisamente en el Sacro-Santo misterio de la Santísima Trinidad. El sapientísimo Rawio tiene por cosa facil la conversion de los musulmanes, fundado en estos dogmas del Koran, y en otros muchos que omito por no ser molesto.» —Ensayos sobre la gramática y poética de los árabes que ofrecen al público exámen el padre fray Patricio de la Torre y don Miguel García Asensio.—Madrid, 1787.—En la imprenta de don Antonio de Sancha; págs. 78 y 79.

(4) «Creen los mahometanos que al nacer el hombre le toca en el lado el demonio, y que les imprime el pecado original al tocarle. Dos celebres doctores é intérpretes de la ley islamítica (Gelal y Cottada), esplican este pasaje Koránico como sigue. El demonio hiere en el lado á todos los descendientes de Adan al tiempo de nacer. María y su hijo Jesus se libraron de esta herida, (¡oh admirable testimonio de la Inmaculada Concepcion de María Santísima!), porque interpuso Dios un velo entre esta Señora y el demonio para que no la hiriese. Gelal añade, que siempre fue de esta opinion Mahoma.»

(*Autores citados.*)

VIII.

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

Ya que me he valido de unos arabistas españoles, para esponer las noticias de la carta anterior, con el objeto de no parecer sospechoso á los cristianos que pudieren verla; del mismo modo voy á reproducir lo que los mencionados arabistas han dicho acerca del tiempo y del modo como restauraron los árabes las ciencias.

«A mediados del octavo siglo, cuando el Asia, el Africa, la Europa toda estaba sumergida en la ignorancia; cuando apenas habia vestigios de literatura entre los hombres, nacieron en el Oriente Abdel Raxman Ben Moabia y Harun Errasid: este para ser emperador en el Asia de cuantos dominios poseian en ella los árabes, y aquel para serlo en España por los casos mas raros que cuentan las historias, y ambos para restaurar las ciencias, como veremos.

Harum ascendió al califado el año de la Egira 170, y apenas se vió tranquilo de los cuidados de la guerra, pensó en civilizar sus pueblos para quitarles, si fuese posible, aquella ferocidad que traen consigo las armas, y con la que estaban ya connaturalizados: ninguna cosa le pareció mas del intento para esta empresa, que inspirarles el buen gusto de las letras. Este califa, que naturamente era estudioso, y deseaba que todos le imitasen, fue el primero que echó los cimientos de las artes y ciencias en su imperio; para cuyo fin, y para llevar adelante el proyecto que habia ideado de civilizar y de instruir á sus vasallos, gastó sumas inmensas, ya en atraer á su reino todos los sabios de quienes tuvo noticias, ya en fundar colegios, dotar cátedras, formar bibliotecas, y finalmente en traducir al árabe las mejores obras griegas y latinas de aquellos hombres que en otro tiempo fueron el pasmo de Roma y de Atenas. Durante su reinado fue la primera vez que aparecieron traducidas en árabe la Iliada y la Odisea de Homero. No se contentó este magnánimo principe con que se tradugesen las obras mencionadas; mandó hacer copias de todas ellas, y las repartió gratuitamente por todos sus pueblos á fin de que sin dispendio se instruyesen sus vasallos. Tal era el ansia que tenia de aprender, que en tiempo de paz iba á los colegios, entraba en las aulas, y se detenia á oir esplicar las doctrinas y lecciones como si fuera un particular. Cuando iba á campaña llevaba consigo cierto número de sabios para tratar con ellos los instantes que le dejaban libre los afanes de la guerra: su afabilidad con los súbditos, su trato familiar con los literatos, su asidua aplicacion á las letras, el premiar, honrar y distinguir á los maestros y discípulos produjeron los efectos á que aspiraba. En poquísimo tiempo pasaron los tesoros literarios de la Italia y de la Grecia á su córte: entre sus cortesanos reinaba la emulacion de la literatura, y salieron de ellos hombres tan eminentes, que han tenido la mayor reputacion. Harum tuvo el lauro de empezar esta obra; pero no fue quien la condujo á su mayor altura ó quien la perfeccionó: estaba reservada esta gloria para su hijo Abul-Abas El Mamum.

Este príncipe que habia sido educado en todas las ciencias por su mismo padre, y por los maestros mas sobresalientes de su reino, pero en particular por Abul Asam, amó y respetó la virtud, fue protector de los sabios y de los hombres de honor. Los establecimientos de Harum, que habian decaido en el califado de su hermano Amin, tomaron mas vigor en su reinado, y llegaron las ciencias á tal elevacion por el conato que tuvo en promoverlas, que han hecho inmortal su nombre. Para lograr esta empresa siguió las huellas de su padre. Buscó hombres sabios, edificó escuelas públicas con magníficas habitaciones para los maestros. Fundó una academia de ciencias donde los doctos conferenciaban los puntos mas delicados de la literatura: premiaba pródigamente á los literatos, tratando familiarmente con ellos: llamábalos maestros del alma y preceptores del espíritu humano. Decia con frecuencia que estos hombres eran privilegiados del cielo, y que habian nacido para ser luz de las naciones, y para disipar las tinieblas de la ignorancia, que es la madre de la barbarie y de la ferocidad. No se desdeñaba (al ejemplo de su padre) de ir á las academias, entrar en las aulas, sentarse entre los discípulos, oir esplicar las lecciones, resolver dudas y proponer dificultades. Para confirmar el ansia que tenia de saber, y el aprecio que hacia de los sabios, séame lícito referir un hecho que no tiene ejemplar en las historias.

Aunque era grande la aficion de este monarca á todo género de literatura, hacia no obstante un singular aprecio de las matemáticas, donde hallaba todas sus delicias; pero no habia en su reino quien se las enseñase con toda aquella perfeccion que deseaba. En estas circunstancias, presentáronle un jóven esclavo griego de nacion, é instruido en ellas suficientemente. Mándale dar libertad al punto, asignándole un estipendio que le bastase para vivir con toda comodidad y para presentarse en la córte con decencia. Empieza el monarca á estudiar bajo su direccion; admira en tan corta edad tanta pericia, y preguntándole en una ocasion quién habia sido su maestro, respondió el jóven, que *Leon, obispo de Tesalónica, el mayor filósofo y matemático del siglo; el cual vivia en*

Constantinopla infelizmente, porque el emperador Miguel le habia depuesto de su obispado, por no haber obedecido el decreto contra el culto de las imágenes; añadiendo, *que se mantenia de dar lecciones en estos dos ramos de literatura.* Quedó penetrado Mamun de la desgraciada suerte de Leon, y formó el designio de atraerle á su córte, escribiéndole con las mas afectuosas espresiones. Llega á noticia del emperador Miguel la pretension del califa, y manda espresamente á Leon que no salga de su reino, dejando frustradas las ideas de Mamun. La repugnancia de Miguel agita mas y mas su corazon; entabla una correspondencia literaria con el obispo; no puede ya vivir sin verle; intenta pasar á Constantinopla, mas su dignidad y vasallos se lo impiden: finalmente escribe al emperador una carta concebida en estos términos:

«Mamum el Máximo, emperador y príncipe de los árabes, á Miguel emperador de los cristianos.

»Habia determinado visitaros como amigo; pero no »permitiendo mis vasallos que logre esta satisfaccion, os »ruego me envies al sabio filósofo Leon, para que pueda »aprovecharme de sus talentos en el estudio de las cien»cias que tanto estimo. No os detenga la diversidad de »religion, porque os hago la súplica en amistad: si me »concedeis este gusto haré la paz mas fime y perpétua »con vos, y os daré mil *Bezans* de oro para subsanaros »de los gastos hechos en la última guerra.»

¿Puede acaso ponderarse un hecho semejante ejecutado en los siglos del error y de la ignorancia? ¿Pudiera hacerse mas en estos siglos que llamamos ilustrados, y en los que tanto se abulta el premio de las letras?

Vióse pues en la córte de este príncipe un numeroso concurso de sabios; unos llamados por él, y otros estimulados de sus mercedes y honores: el trato y comunicacion con ellos suscitó en los cortesanos el gusto de las letras de tal modo, que la capital de los musulmanes se hizo una escuela pública donde reinaba la emulacion del saber. La metafísica, la moral, la política, la física, la medicina, las matemáticas, y todas las demás ciencias llegaron á ser el principal objeto del califa, de los magnates de su córte, y de todos sus vasallos, que podian entregarse al estudio. Gastó sumas inmensas en edificios; unos servian de públicas bibliotecas, para que todos pudiesen disfrutar estos tesoros; otros eran destinados para el progreso de ciertas ciencias particulares, con un magnífico observatorio, en donde los astrónomos pudiesen hacer sus observaciones, sin que en él se echase de menos cosa que fuese útil para este estudio.

Logró este príncipe la satisfaccion de coger los frutos de sus trabajos: vió florecer en sus dias hombres ilustres en todo género de literatura; tales fueron Abas de Meru, famoso calculador, Mahomed Eben Cotair, conocido por Alfargani, célebre astrónomo y rectificador de las tablas Ptolemáicas, Jacobo Ben Isak Elcandi, y Abu Naser, tan sabios en la astronomía que admiraron á todos con sus predicciones, que á ser ciertas, como refiere Herbelot, son pruebas convincentes de su profundo saber. Eben Batrik, médico insigne, tan fidedigno en la traduccion de los libros médicos, como feliz en darles su genuino sentido. Fueron tambien de su tiempo el célebre Saxel Eben Sabur, y los insignes Baktisnas que del syriaco y del griego tradujeron muchas obras de medicina al árabe. Finalmente, supo este príncipe establecer las artes y ciencias en sus dilatados dominios con tal solidez, que no solamente se mantuvieron en ellos con aprecio de los monarcas sucesivos, sino que tambien le imitaron los árabes que dominaban en el Africa.

Todos los historiadores orientales están acordes en el tiempo y modo del restablecimiento de las ciencias en el Oriente: algunos europeos refieren lo mismo, porque lo leyeron en Abulfaragio, ó Pocock; pero no encuentro quien diga que los árabes domiciliados en España empezaron á cultivar las artes y ciencias con antelacion á los de Oriente. Esto consiste sin duda, ó en que las glorias literarias de España se callan con malicia, ó en que se ignoran, que es lo mas cierto. El magnánimo Ab del Raxman Ben Meruan, fue quien echó los cimientos de la literatura, y de las artes en esta península.

Desde el punto que subió al trono este príncipe, se propuso ilustrar sus pueblos. Ni la precision de combatir y vencer á cuantos enemigos le impedian el afirmarse en el trono; ni la mira de estender sus conquistas hasta la Asia, bastaron á separarle de un objeto de tanta importancia.

Y como deseamos naturalmente los hombres conducir á nuestros semejantes por aquellas mismas sendas que nos han llevado nuestras pasiones; las de Ab del Raxman se dirigian á formar valerosos capitanes, porque era un gran soldado; buenos artistas, por ser artífice ingenioso; y letrados escelentes, porque amaba las letras.

De su valor y pericia militar, son pruebas incontrastables haberse adquirido una corona, á pesar de tantos y tan poderosos enemigos que se le opusieron, y haberse afirmado en el trono con tanta solidez, que le poseyeron trescientos años sus sucesores. La famosa mezquita de Córdoba (hoy catedral).delineada de su mano, y lo mas de su fábrica dirigida por él mismo (sin contar otras obras admirables), acreditan el buen gusto que tenia en la arquitectura.

Cultivó este príncipe las ciencias en Damasco su patria, fue escelente orador é insigne poeta. Los ratos que le quedaban libres del gobierno político de su reino, y de los trabajos de la guerra los dedicaba al estudio y al trato con gentes sabias. Reinó treinta y tres años, y señaló sucesor del trono á su tercer hijo Hasxam por sus revelantes prendas, que fueron iguales (cuando no mayores) á las de su esclarecido padre.

Reinó este monarca ocho años escasos: fue temido de sus enemigos, y respetado de sus iguales. Estendió sus dominios, protegió las ciencias, favoreció á las artes; y la arquitectura era entre todas la que mas apreciaba. El puente de Córdoba que hoy subsiste, es obra suya; y concluyó la mezquita que empezó su padre. En una palabra, florecieron las ciencias bajo la proteccion de estos dos monarcas en tanto grado, que á principios del siglo X escribió Mohamed Ben Haet seis tomos de los juristas é historiadores ilustres de España; Haxmed Ben Said, la historia de los hombres eminentes en todo género de literatura, y Mahomed Ben Hasxam la de los escelentes poetas. Estos rápidos progresos literarios que en tan poco tiempo hicieron los árabes españoles, se fueron aumentando bajo la proteccion de los sucesivos monarcas; pero Abul-Abas el Xakim (segundo de este nombre), tomó el empeño de dar el mayor lustre á las ciencias.

Estaba este príncipe instruido en todo género de literatura, y apreciaba en estremo la jurisprudencia. Cuantos libros leia, tantos ilustraba con notas de su propia mano No son numerables los crecidos gastos que hizo este monarca para atraer del Oriente sabios maestros que instruyesen á sus vasallos, y en la compra de libros que buscó por todas partes á todo precio. Formó aquella pasmosa biblioteca que constaba de seiscientos mil volúmenes, segun los historiadores de aquel siglo. Fundó la célebre academia de Córdoba, y otras muchas por el reino, dotándolas á todas con particulares bibliotecas y rentas suficientes para su conservacion. Abi Beker Mohamed Ben Kair escribió el año 520 de la Egira (1127 de Jesu-Cristo), un tratado particular de setenta bibliotecas que habia repartidas por varias ciudades de España.

Si quisiera referir los hombres sabios en todo género de literatura que ha producido nuestro suelo en tiempo de los árabes, seria molestar á mis lectores, y acaso hacerme sospechoso: desengáñese sobre este punto el incrédulo, ó dudoso leyendo la biblioteca hispano-árabiga-escurialense. Y no fueron solamente las ciencias las que hicieron inmortal el nombre de este monarca. El comercio y las artes, que protegió hasta lo sumo, y se adelantaron en su tiempo, contribuyeron á ensalzarle.

Los califas omiades de España tuvieron la política de adquirirse y conservarse la amistad de los emperadores de la Grecia. Todos sus puertos estaban abiertos para sus vasallos, los cuales hacian un comercio muy considerable. La seda, el aceite, el azúcar, una especie de cochinilla que se criaba en España, el azogue, el hierro, el ambar gris, la piedra iman, la marquesita, el talco, el cristal de roca, la tucia, el azafran, el coral que se pescaba en la costa de Andalucía, el rubí que se estraia de dos minas famosas que habia en Málaga y en Béjar, las estofas esquisitas que se fabricaban de seda en Granada y en Baza, y las de estambre en Murcia: todas estas producciones, estas manufacturas que eran del país, las llevaban nuestros árabes al Egipto y al Oriente; circulaban por el Africa toda, y volvian cargados á España con los géneros de aquellas remotas regiones. Las armas fabricadas en nuestra península por aquellos tiempos eran muy estimadas y apetecidas de todos, especialmente de los africanos. Las armas de acero, los sables, las corazas, los escudos, los morriones, las cotas de malla, toda arma, en fin, ofensiva y defensiva se fabricaban en nuestro país, y los estranjeros las buscaban á porfía.»

(Se continuará.)

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.

I.

San Isidro del alma,
Patron bendito
de la famosa villa
donde he nacido...
De tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.
Pobre cantor sin nombre,
soñando triunfos,
en pos de ricos lauros
voy por el mundo...
Mi voz errante
busca el eco en la orilla
del Manzanares.
Por la orilla del rio
van mis hermanos,
y hácia tu ermita blanca
suben cantando...
Tambien con ellos
corre á tu santa ermita
mi pensamiento.

Bajan por el alegre
campo del Moro
niños como anjelitos
rubios y hermosos...
Van con sus madres,
y á tu altar llevan flores
de aroma suave.
Cantan las madres,—«Oyeme,
bendito Santo;
pues los ánjeles cuidan
tus bellos campos,
Un ánjel manda
que vele por el hijo
de mis entrañas.»
«Campo es el alma tierna
donde yo puse
la preciosa semilla
de las virtudes...
Haz que dé al mundo
el alma de mi niño
flores y frutos.»

II.

Ya en la pradera suenan
los tamboriles;
bailan los mozos, bailan
niñas de quince,
Niñas galanas,
las de tez morenita,
las de tez blanca.
Canta Perico el ciego
sencillas coplas;
junto á la Santa Ermita
pide limosna...
Pide, Perico,
que dan fruto los campos
de San Isidro.
Un santico de barro
compra la niña
que está pálida y siente
melancolía...
Llévale al pecho,
porque el corazoncito
le tiene enfermo.
Le tiene enfermo y sufre
de mal de amores;
por eso al Santo dicen
sus oraciones...
«¡Santo Patrono,
haz que la fe del alma
guarde mi novio!
El campo ya se cubre
de alegres ruedas;
niños, mozos y ancianos,
todos meriendan...
¡Todo es contento!
¡Dios bendice los puros
goces del pueblo!
Bandurrias y guitarras
los ciegos tocan;
comen con todos, beben
que es una gloria...
Canta, Perico,
que dan fruto los campos
de San Isidro.

III.

Tras los montes lejanos
el sol se oculta;
melancólica y bella
sale la luna...
Y hácia la villa
va la gente volviendo
por la campiña.
Va volviendo, y entonan
las tiernas madres
para el Santo bendito
dulces cantares:
Tambien alegres
mis queridos hermanos
cantando vuelven.
Ya suben el risueño
campo del Moro,
niños como los ánjeles
rubios y hermosos.
Flores llevaron,
y alegres campanillas
vienen tocando.
La niña que en amores
buscaba auxilio
en la bendita imágen
de San Isidro,
Con esperanzas
vuelve gozando hermoso
sueño del alma.
Tranquila está la noche,
brilla la luna,
y en medio del silencio
mi voz se escucha...

Mi voz errante,
y el eco en las orillas
del Manzanares.
San Isidro del alma
Patron bendito
de la famosa villa
donde he nacido...
De tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria.

EDUARDO BUSTILLO.

POR NO LLEVAR PARAGUAS...

(RECUERDOS DE SAN ISIDRO DEL CAMPO.)

I.

—¿No conocen ustedes á mi vecino?

Alguno de mis lectores, si su memoria es mas fiel que la del periodista elevado á gobernador, ó director ú otro cualquier esceso de 50 á 60,000 reales al año, deberá acordarse de don Lesmes, de aquel buen hombre, seco, cual acogida de amigo rico á camarada pobre, de edad problemática, como la de ciertas mujeres que vemos todos los dias; un señor muy honrado y muy feo al mismo tiempo, con gafas verdes y enormes orejas todo el año, que está casado y tiene una perra de aguas y una capa negra de esclavina corta para el invierno y un corre-que-te... ¡*basta*! para el verano y...

Pues si no da en el *quid* con tales señas, hágase (le suplico) la ilusion de que acertó y conozca á mi vecino por lo que de él llevo relatado mientras se ofrece ocasion mas oportuna de darlo á luz fotográficamente, que ahora sobra la mitad de los contornos dibujados, para poderlo distinguir entre la muchedumbre en que vamos á verle confundido.



LA ROMERIA DE SAN ISIDRO DEL CAMPO, EN MADRID.

Por otra parte, como la estampa de don Lesmes, no es la del celebérrimo *don Félix Utroque ó in utroque felix* del lema que ostentan en el reverso, las escasas *peluconas* de nuestro monarca don Cárlos III, de gloriosa memoria, única figura (me refiero á don Félix) que á todos alegra el ánima, ya que no les haga gracia mi pálido artículo, se la haré yo á lo menos de los detalles pertenecientes á la humanidad de mi muy amado vecino.

Esto, por lo que atañe á la modificacion física de mi héroe (tecnologia filosófica); respecto á la moral, siento que no me sea posible proceder de la misma manera. Va á desempeñar el papel de protagonista en el espectáculo de hoy, en esa fiesta tradicional del pueblo de Madrid que se representa todos los años en la pradera de San Isidro el dia 15 de mayo, y no podrian apreciarse los rasgos de su carácter, ni los episodios, á que dió orígen, si ignorásemos absolutamente sus cualidades.

Un corto diálogo con don Lesmes establecerá entre nosotros las relaciones indispensables al objeto, y con permiso de mis lectores voy á descorrer el telon: otra vez recuerde acaso como adquirí su amistad.

II.

—Mañana es el dia del patron de Madrid, el señor San Isidro Labrador, me dijo don Lesmes el dia 14 de mayo del primer año que puse el pié en el riñon de España.

—¿De veras?

—¡Cómo se hecha de ver á la legua que no es usted del país! me replicó con cierto aire de lástima y desden. No hay un solo hijo de la villa del oso, que al comprar el nuevo calendario, no registre ante todo el dia de la semana en que *cae* San Isidro, y haga sus preparativos con dos de anticipacion para asistir á la famosa romería de la ermita.

—Ciertamente, no tengo la honra de haber nacido en este suelo, pero conozco las costumbres de Madrid por...

—¿Por las narraciones de los periódicos?—Compadezco á usted amigo mio; buena idea se habrá formado de ellas con esa palabrería insustancial que ensartan á menudo los escritores, para llenar un hueco de la inmensa sábana que tienen la obligacion de emborronar diariamente; y no sabiendo muchas veces cómo hacerlo, ponen de su cosecha mas de lo que existe en realidad, ó engalanan las solemnidades populares con trajes diversos de los que plugo á nuestros antepasados dotar á sus diversiones...

Dichosos aquellos tiempos en que no habia mas papel público que la *Gaceta*, del tamaño de un romance de ciego: se escribia mucho menos pero se gozaba algo mas... y no se creia cualquier barbilampiño, recien salido de la escuela, con autoridad de dómine para juzgar ex-cátedra de todo, como sucede en nuestros dias, solo porque lee los periódicos que le atestan la cabeza de ilusiones y de orgullo el corazon.

—¡Señor don Lesmes! me parece entrever en sus espresiones una oculta alusion á mi individuo.

—Dispénseme usted. He hablado de gente de barba lisa y como no tiene un espejo delante...

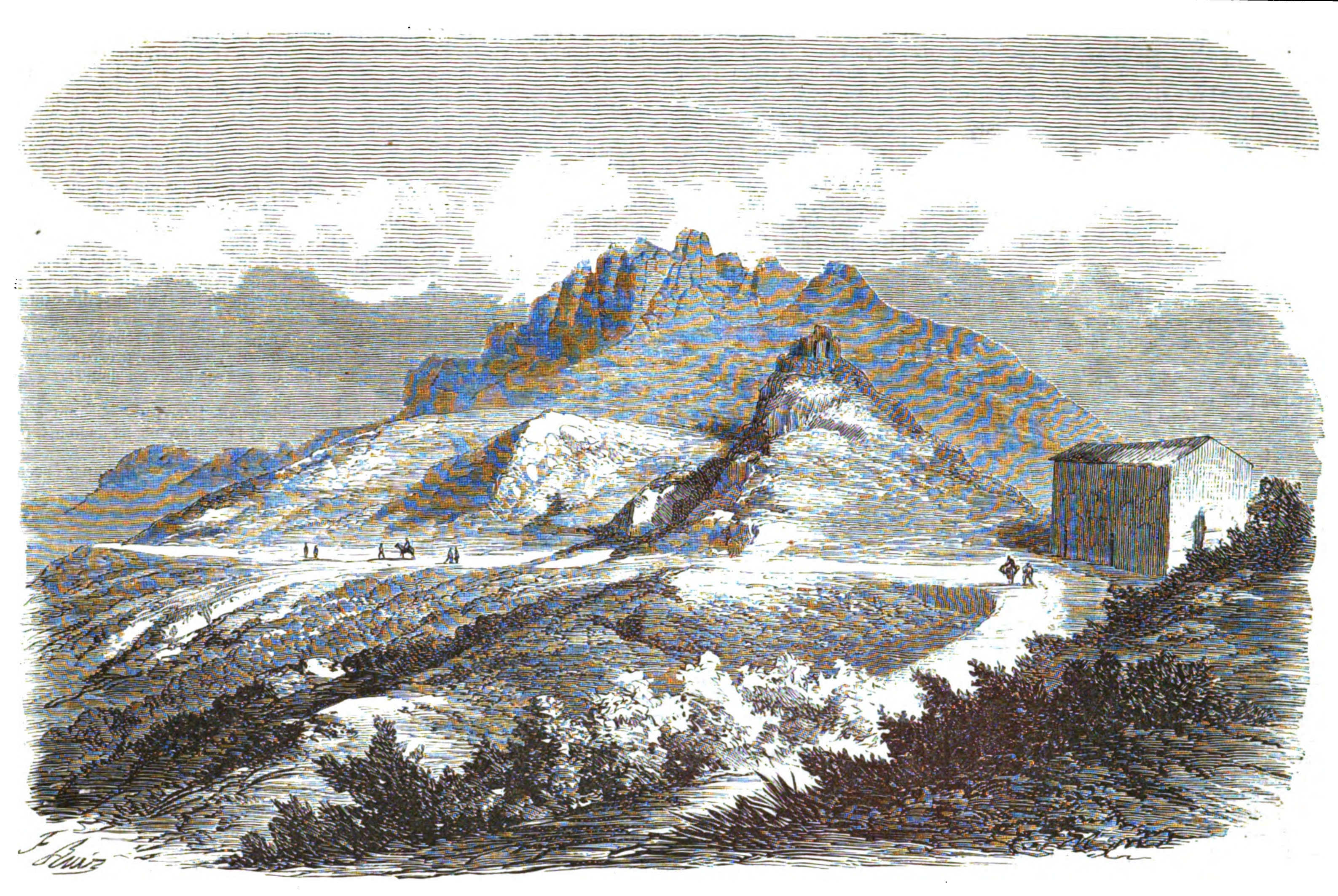
—Todavía no he consultado su opinion sobre la edad que aparento, con que guardase en el bolsillo sus indirectas.

—Son satisfacciones, señor mio, soy incapaz de ofender á un mosquito.

—Corriente, dóime por satisfecho y doblemos la hoja. Va tomando un sesgo la conversacion que no conviene al rostro afable y placentero que mostraba usted al principio.

—Dice usted bien, amigo mio; pero tengo mi alma en su *almario* y me sacan de quicio, á pesar de mi calma habitual, cuando quieren hacerme ver lo blanco negro.

—Aquí señor don Lesmes, no hay quien pretenda alterar la pureza de sus colores, si no un inocente provinciano que se agarra á sus venerables gafas, para que cual dos linternas de Diógenes le iluminen el sendero, no para encontrar á un hombre, puesto que estoy mirando



MONTAÑAS DE MONSERRAT VISTAS DESDE CASA MASANA.

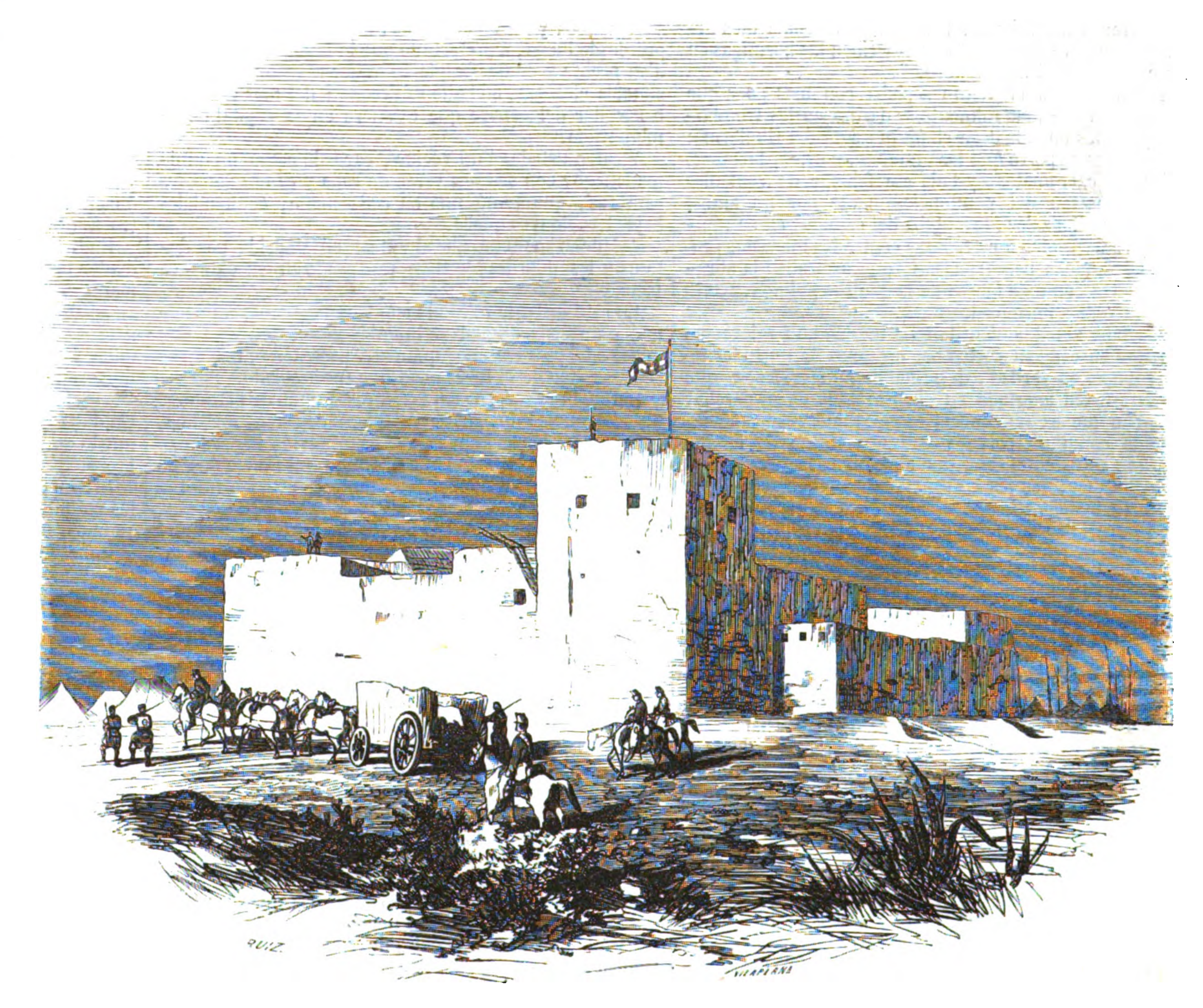
á usted, sino para llegar al perfecto conocimiento de las costumbres de mañana en esta heróica villa.

—Esas son mis intenciones, respondió don Lesmes, ya mitigada su indignacion con aquella contundente galantería. Mañana pasaremos el dia en San Isidro del Campo, ¡ verá usted cuánto nos vamos á divertir ! La gente de tono, suele ir la víspera en sus trenes á visitar la pradera; pero yo, fiel observador de las costumbres de mis abuelos y español á machamartillo, nunca me perdonaria la mas pequeña infraccion de los usos que hallé santificados en mi patria cuando vine al mundo, y mucho menos esta romería que de puramente religiosa, como iniciada por la emperatriz doña Isabel, esposa de don Cárlos I á causa de haber fundado la ermita allá por los años de mil quinientos veinte y tantos en el sitio donde San Isidro hizo brotar una fuente para que su amo don Ivan de Vargas apagase la sed que le aquejaba en una calurosa tarde del estío y cuyas aguas mejoraron despues la salud del príncipe don Felipe, ha venido á degenerar andando el tiempo en una funcion mundana con sus puntas de devota.

Por consiguiente escuche usted mi programa.

Saldremos temprano de Madrid y en el caballo de San Francisco; iremos pian piano á la pradera, oiremos misa en la ermita, compraremos leche de las Navas, campanillas del santo y roscas de Fuenlabrada, y despues de dar un paseo por los alrededores y de comer en cualquier fonda, nos volveremos en coche, si estamos cansados ó del propio modo que fuimos... eso á nuestro arbitrio, ¿verdad?... sobre todo no se olvide usted del paraguas. Yo llevo siempre el mio porque ha de saber usted que en Madrid, suele el sol burlarse de nosotros y si se halla uno desprevenido, es víctima de los cocheros que llevan un dineral por un miserable asiento, so pena de aguantar el chaparron y coger un constipado de cerebro que le obligue á echar la voz durante el verano como si no tuviera narices. Créame usted, amigo mio, y no se fie del sol aunque le tueste las espaldas, recoja al salir su paraguas si no quiere que se le agüe la funcion.

Una enmienda propuse á mi vecino en los artículos de su programa: la simple traslacion del que hablaba de compras, dejándolo para el último, por razones que cualquiera puede adivinar: mostróse altamente contra-



ADUANA DEL RIO MARTIN EN MARRUECOS.

riado, asegurándome que una esperiencia de treinta años seguidos le habia puesto de relieve las ventajas de su obra y no tuve fuerzas que oponer á tan robusto argumento.

Al despedirnos hasta el dia siguiente volvió á repetirme que no olvidase su consejo.

III.

A la hora convenida ya estaba listo mi vecino, con su cónico sombrero de anchas alas que únicamente las abria en las grandes solemnidades, capa, orejas y antiparras, de modo que al llamar á su puerta, él mismo levantó el picaporte y salimos acompañados hasta el portal de los aullidos de la perra que se quedó en casa por miedo de que se estraviase entre la gente, y las voces de doña Ruperta, su consorte, que le gritaba sin cesar.

—¡Cuidado con mi cántaro de leche y mis roscas de Fuenlabrada!

En tanto que respondia su marido, desde abajo, con una sonrisa muy cuca.

—Mujer, si otro te ha tomado la delantera... y el señor, podrá decir....

Necesario me fue entonces atestiguar por señas la prevision de don Lesmes, que no tardó en darme el mas solemne mentis del mundo. Despues de tantas recomendaciones como me habia hecho la víspera, no se acordó de sacar el paraguas, sucediéndome á mí lo propio.

En todas las poblaciones podríanse adivinar las festividades de cierta importancia sin mirar al calendario, por ese otro libro que los confiteros, reposteros y vendedores *con pue to ambulante* (tecnologia rentística) se encargan de confeccionar, con letras de manjares, y cuyo alfabeto puede traducirse en Madrid de esta manera.

—Buñuelos y panecillos *en su casa*, esto es, en las tiendas respectivas.—Dicen á los glotones—y a los que no lo son.—*Dia de Todos Santos.*

—Aves en la Plaza Mayor, con su acompañamiento de naranjas y turrones—*Noche Buena.*

—Panecillos del *Santo*, en la calle de Hortaleza y cebada en el convento de San Anton—*El idem.*

—Buñuelos en la puerta de San Vicente y licores al aire libre—*San Antonio de Padua.*

—Buñuelos en el Prado y flores en la Plaza Mayor—*San Juan y San Pedro.*

—Leche de las Navas y rosquillas de Fuenlabrada.—¿Qué madrileño deja de reconocer en estos productos animales y vegetales las características é inequívocas muestras del *dia de San Isidro* su patron reverenciado?

Estaba la mañana algo calurosa, gracias á un sol magnífico que caia á plomo sobre los habitantes de la ilustre villa; un cordon no interrumpido de gente se estendia desde las puertas de Toledo y Segovia hasta la pradera de la ermita, donde se enredaba la madeja en mil encontradas direcciones, formando un dédalo mas intrincado y revuelto que el que describen las hormigas en los contornos del hormiguero.

Por desgracia el viento soplaba con mas gana que aquella con que generalmente se desliza en los trombones y flautas cuando llega el último acto del Guillermo; y las nubes de polvo que los ómnibus, coches, tartanas, galeras y carromatos, y toda esa falange de vehículos clasificados tan fiel y minuciosamente por mi amigo Fernandez Gonzalez, levantaba del camino, en su rápida carrera, venian á estrellarse contra los modestos peatones de aquella peregrinacion, que aspiraban la abrasada tierra con mas fuerza de la que sus pulmones consentian y ellos mismos deseaban.

—¿Sabe usted amigo don Lesmes, dije á mi vecino al notar surcado su rostro por las gotas de un sudor no muy limpio en verdad, desprendido de sus sienes, que hubiera usted acertado en dejar la capa en su percha?

—¡Lo que es no conocer el país! me respondió jadeando como un perro y con una cuarta de lengua fuera; ¿vé usted el calor que ahora hace?

—Si señor, veo por las señales que no debe ser ligero el que usted siente.

—Pues le aseguro que á la tarde nos vamos á soplar los dedos de frio.

—Entre tanto el calor nos derrite.

—Ese es Madrid, amigo mio. La intemperancia es su norma, su destino, su vida: lo mismo reina en la naturaleza que en la sociedad.

—Bueno es orientarse del terreno que uno pisa.

En estas y las otras, llegamos á la pradera.

Los yeseros que con su costal al hombro van desde el carro á los almacenes trasportando el material semejantes á estátuas de movimiento, no están mas blancos que lo estábamos nosotros cuando logramos divisar el pié de la colina donde se asienta la iglesia, cuyo orígen sabemos por boca de mi vecino.

IV.

Como supongo que todos mis lectores habrán asistido á la romería de que trato en este artículo, unos por sí propios, y guiados otros por la narracion que de tan antigua y veneranda costumbre han hecho de varios modos plumas de distinguidos escritores, me abstengo de bosquejar el pintoresco y animado cuadro que presenta en este dia la pradera de San Isidro, con sus innumerables tiendas y puestos de dulces, juguetes y licores, cubiertos de esteras y blancos toldos de lienzo, sus pilas de cantarillos, cuya encarnada argamasa encierra la sabrosa leche de las Navas, las frescas aguas del Manzanares, vigiladas por los añosos árboles de sus riberas, la ermita, que descuella solitaria y grave, dominando el risueño panorama y el confuso estruendo que producen los pregones de los que venden, las risas y voces de los alegres concurrentes al mezclarse con el repique de las campanas, el silbido de los pitos, la vibracion de las *campanillas del santo*, el tañido de las gaitas, el redoble de las panderetas, los acordes de algun violin destemplado y los dulces ecos de las manchegas y boleras que por intervalos vienen á unir sus sonidos á los demás, constituyendo entre todos esa diabólica orquesta, monstruosa, atronadora, incomprensible, ese babel de tonos, laberinto de gritos, pandemonium de ruidos que horripila y seduce, repele y atrae, convida y despide, esa horrible y grandiosa barahunda, en fin, que todo el mundo conoce sin que nadie acierte á describir:

Lo primero que hicimos, mi vecino y yo al formar parte del aquel ogro de cincuenta mil cabezas, fue dirigirnos á la ermita, siguiendo su programa *ad pedem literæ*; pero con harto pesar de don Lesmes, tuvimos que renunciar al placer de ver á los santos: imposible nos fue atravesar la barrera humana que se oponia á nuestros designios, como se opone el mundo al desorrollo de los puros sentimientos que germinan en el corazon de la adolescencia y la deduccion no puede ser mas lógica.

Ibamos á oir misa y la gente nos lo impidió.

Mi vecino debió sacar para su capote la consecuencia moral de aquel hecho y quiso evitarse el disgusto de hacer un raciocinio análogo, aunque en asuntos mas vulgares y positivos; asi es que se encaminó á toda prisa, hacia los puestos de cantarillos para cumplir el encargo de su conyuge, porque don Lesmes, segun dige en el comienzo de estas desaliñadas líneas es lo que se llama un buen hombre y antes faltarán las alabanzas en duelo de mayorazgo, que mi vecino á sus costumbres patriarcales y á sus deberes como ciudadano y como esposo.

Inútiles fueron mis reflexiones para apartarlo de su idea. Es verdad que este era el órden del programa y una de las dotes características de su autor, es la proverbial firmeza romana.

Nadie me negará que en esta ciscunstancia, imitaba el arrogante teson de Pilatos en lo de *quod scripsi scripsi.*

—Pero don Lesmes, si no son mas que las once de la mañana, y nos proponemos recorrer la pradera hasta la noche, ¿quiere usted decirme qué vamos á hacer todo el santo dia, llevando acuestas de una parte en otra el *dichoso* cantarillo? ¿No comprende usted que vá á estorbarnos horriblemente?

Sí, triste de mi, cantarillo decia yo, y no fue uno solo, ni cantarillo siquiera, sino dos enormes botijas, con peso de arroba y media cada una, las que mi vecino compró desde luego, á pretesto de que la buena leche la vendian pronto y no queria que su mujer le reconviniese por su mala eleccion, á el que se preciaba del mas esquisito conocedor del género que existiera en la capital de la monarquía.

Y caten ustedes á mi vecino, cargado como un mulo manchego, con sus seis varas de capa y *ainda mais* los cántaros, que tomó uno en cada mano, ocultándolos bajo el vuelo de aquella.

—Mucho me temo que al entrar en Madrid, nos detengan los guardas, le dige reparando en su equívoca facha.

En este instante miró al cielo lánguidamente mi vecino, y un suspiro igual al bramido de un toro de Veraguas, salió de su pecho, que entre paréntesis, debió resentirse algo de la fuerza con que fue arrojado.

Sin duda le recordaron los astros su falta de paraguas.

—Lo que temo, siento y deploro con toda mi alma, replicó casi llorando de rabia, es mi olvido imperdonable de no haber sacado paraguas.—¡Y mi mujer que no me lo advirtió!—¡Calle!—¡pues tampoco usted lo trae!—¡Brabo! ¡Buen lance hemos echado!—Ahora ¡sí que nos, vamos á divertir! Nuestro programa tendrá el cumplimiento de casi todos los programas.—Volvámonos á Madrid. Es la primera vez que me sucede este chasco.

Procuré consolar á don Lesmes del mejor modo posible, aunque sin comprender al mirarlo, donde hubiera colocado el paraguas en caso de haber tenido mejor memoria, á no ser que sus intenciones fueran el endosármelo, al cargar con los cantarillos, en cuya suposicion di gracias á San Isidro, por la que sin duda me dispensaba.

—Si señor, continuó azorado mi vecino, todos los años infaliblemente *se le mojan las polainas* al bendito labrador, y si no, mire usted—mire usted que rafaguitas—

Y en verdad que el cielo se iba tupiendo de un sospechoso crespon, amenazando poner crespo nuestro cabello y crispados nuestros músculos, si la toca de Santa María de la Cabeza, no se interponia entre las nuestras y las nubes como lo hizo en otro tiempo entre sus piés y las aguas del Manzanares, á guisa de esquife, segun cuenta la tradicion.

Pero don Lesmes no permitió que nos pusiéramos en camino para huir del chubasco, sin comprar antes las rosquillas de Fuenlabrada de las que llenó un pañuelo. Viéndole tan ocupado, no fui insensible á sus apuros y me brindé, no á llevarle los cántaros, sino el bulto de los roscos, oferta que rehusó con gravedad y despues de cerciorarse de que sus bolsillos no eran bastante grandes para contener aquel fardo, y en vista de que la situacion apremiaba pues empezaban á desprenderse de la atmósfera unas gotas del vuelo de los miriñaques, adoptó la heróica resolucion de meter los roscos en la copa del sombrero, y volviendo á coger los cántaros que por un momento habia dejado en el suelo, emprendimos la vuelta á Madrid, sin haber cuidado de nuestros estómagos, por mimar el de doña Ruperta.

Como la gente se agrupaba por la estrecha calle que forman las mesas de los vendedores atropellándose por llegar pronto á la estacion de los Omnibus, los cántaros que acarreaba mi paciente vecino, eran un obstáculo que interrumpia la rapidez de su marcha y con el que tropezaban continuamente, haciendo prorrumpir á los mas osados el dolor de sus espinillas en dicterios contra don Lesmes.

—¡El demonio del silvante! ¡con una chistera que ni la torre de Santa Cruz! ¡Pues no me ha dado mal porrazo con ese canasto que lleva bajo la capa!

—Amigo, ¡que está prohibido ir cargado por la acera!

—Y sin merienda que se viene el cursi—

—¡Si no se habrá visto en otra!—

—Hombre, ¡diga usted al menos *que mancho*! y otras mil finezas por el estilo, sin importarle un ardite el angustioso estado de don Lesmes, á quien llevaban y traian de aquí para allá imposibilitado de hacer frente al aluvion que nos arrastraba hácia adelante y sin poder siquiera ladear su cabeza por llevar su sombrero en equilibro.

V.

Al fin descubrimos los carruajes y allí fue Troya.

La gente se disputaba un asiento de omnibus, coche ó calesa, como los muchachos se arrebatan los cuartos que les arrojan en los bautizos ó las aleluyas en las minervas; aquello era un campo de Agramante, una lluvia de codazos, empellones y pisadas de lleno, bajo otra lluvia de agua que creí llegado el último instante para mi pobre compañero. Por fortuna, el movimiento inesperado de las mulas de uno de aquellos armatostes, hizo refluir en otra direccion el enjambre que nos asediaba y aprovechándome de tan feliz coyuntura, me encaramé de un brinco en el omnibus é insté á don Lesmes á que me siguiera, siéndome forzoso asirle por el cuello para ayudarle en su peligrosa ascension.

Detrás de nosotros, subieron multitud de personas, que sin decir siquiera—allá voy—se precipitaron á granel en el vehículo y pronto nos vimos mas prensados que ropa en cofre de viajero. Quiso Dios que al fin se pusiera en marcha el carruaje y con el movimiento nos fuésemos encajando poco á poco en nuestros respectivos sitios.—

Entonces pude respirar con algun desahogo y dirigir una ojeada sobre nuestros cercanos compañeros. Mi vecino y yo estábamos colocados entre la pareja de un torero y una robusta pasiega con su cria en brazos y un escuálido hortera, novio al parecer de una jóven morena y de amartelados ojos que en union de su mamá, y tres ó cuatro hermanas eran las personas que ocupaban nuestro frente y costados.—

Embebida la hija de las montañas con la plática del lidiador tauróinaco dejaba en amplia libertad al niño que manoteaba á diestro y siniestro, con grave disgusto de su adlatere don Lesmes, que habiendo podido salvar del naufragio los cántaros de leche, los tenia sobre sus rodillas para no incomodar á nadie—y tambien porque no hubiera podido colocarlos de otro modo.

—Señora, que ese muñeco va á sacarme un ojo—decia don Lesmes—huyendo verticalmente la cabeza, por miedo de que la mas leve inclinacion, volcase su sombrero.

—Si querrá el señor que las criaturas se esten como los botijos que lleva encima—contestaba la nodriza. ¡Vaya unos *monipodrios*! Mejor hubiera hecho en beberse la leche y tirar los tiestos.

—Y usted, en meterse la lengua... donde le importe, replicó amostazado mi vecino.

—¡A que le entierro la boca en la colmena de un *apabullo*!

—El torero, á quien yo veia terciar en el asunto, de un modo infausto para don Lesmes, tomó la palabra entonces y con gran sorpresa mia y acaso de los demás—dijo como quien quiere echarlo todo á barato—

—Vamos—caballero—no hay que tomar las cosas tan por lo serio, usted es usted, y nosotros somos los que somos y—ya se acabó el negocio—Telesfora, pasa el nene á mi lado—

Pero ya era tarde.

En el momento en que la pasiega trasladaba con rabia de su brazo derecho al izquierdo el angelito, este habia hecho presa en el ala del sombrero, que como sabemos, tenia un palmo de circunferencia y la copa tras del ala abandonaron á un tiempo la cabeza de su dueño.—Don Lesmes por llevar prontamente las manos á los roscos, la separó de sus rodillas, y dulces y cántaros rodaron entre los piés de los viajeros, haciéndose unos y otros mil pe-



dazos é inundando nuestras piernas un rio del famoso líquido de las Navas.

Las mujeres empezaron á chillar desaforadamente y á separar las faldas de los vestidos, que no se libraron sin embargo de la avenida; la mamá de los tres ó cuatro pimpollos, por poco araña á don Lesmes, gritando.—¡Me ha estropeado el caribe el fruto de cien noches de trabajo en los volantes de mis hijas!—El novio quiso desafiar á mi vecino por haber deslustrado el fruto de la madre de su novia; la pasiega, enarboló el puño sobre la causa de tan blanca avería, el torero reia á carcajada suelta; el niño asustado, prorumpió en unos alaridos que cantaba el misterio... yo, alcé los piés á la altura del asiento, doblándome en figura de ese para dejar que circulase el líquido libremente y en medio de aquella algazara de voces, improperios, risas y llantos, mi vecino, el infortunado don Lesmes, con la capa hecha un mapamundi, el pelo arremolinado y lleno de mil partículas rubias y blancas desprendidas de los roscos, los brazos caidos—y la cabeza inclinada, miraba tristemente los tiestos de sus cacharros, el suculento arroyo que á nuestros piés corria y el destrozo de sus dulces... esclamando con un acento capaz de enternecer las piedras.

—¡Por no llevar paraguas!!!

Vosotros benévolos lectores que ya conoceis á mi vecino, que me habeis dispensado la atencion de seguirlo paso á paso en nuestra infausta romería y que os constan efectivamente cuántos dolores, amarguras y compromisos tuvo que sufrir por no quitar punto ni coma á su programa, vedlo en la deplorable situacion en que se encuentra y comprended si es digna de la mas santa piedad esta víctima de la consecuencia.—*Atendite et videte si est dolor sicut dolor suus.*

Al llegar la catástrofe á esta altura, estábamos en la Puerta del Sol. El cielo continuaba regalándonos un abundantísimo aguacero y al bajar del omnibus entre los denuestos y rechifla de los interesados mas ó menos directamente en la *suave* aventura, tuve que tomar un coche para conducir á su morada al exánime don Lesmes quien halló no obstante fuerzas, para dar á la perra, al entrar el primer puntapié que ha recibido en su vida y solo dijo á su mujer, que maravillada de aquellos modales, del estado lastimoso en que lo veia volver y sobre todo, de no encontrar dentro ni fuera de la capa, su cántaro de las Navas y sus roscos de Fuenlabrada, le pedia la esplicacion de tan estraños fenómenos.

—¡Por no llevar paraguas! —

VI.

Cuando en uno de esos dias de otoño ó primavera en que el terso azul del cielo aparece radiante, en toda la plenitud de su belleza sin que el mas leve celage surque la límpida superficie del horizonte y el ambiente es purísimo y resplandecen las mil partículas de la tierra á los tibios rayos de un sol radiante que presta diafanidad á la atmósfera y calma á la naturaleza, cuando en uno de esos dias repito, diviseis por la acera de alguna calle de esta heróica villa á un hombre, enfundado en una larga capa, entre cuyos pliegues asoma la dorada contera de un paraguas, no os sorprenda tan singular contraste. Ese anacronismo viviente, ese contrasentido animado, ese mochuelo de la Siberia, que como la ceniza del miércoles de cuaresma va recordando á todos con su lúgubre aspecto, la muerte de la vegetacion, la época de los hielos y barros...

Es mi vecino don Lesmes que no abandona á tres tirones el consabido mueble desde los apuros que le asediaron el dia de San Isidro por *no llevar paraguas*.

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

ESCENAS DE MI VIDA.

BAILES EN LA ISLA DE PINOS.

(CONCLUSION.)

III.

Una hora antes que el de los blancos concluia el baile de la gente de color que me merecia una predileccion marcada. En general no asistia al de los blancos hasta que habia terminado el de los negros, es decir á la última hora, y esta preferencia que daba al de estos sobre el de aquellos me convertia en objeto de muchas murmuraciones. Los blancos me llamaban apóstata y decian que habia hecho defeccion á mi raza. Pero yo me sobreponia á la preocupacion que no consentia que hubiese entre las dos razas mas relaciones é intimidades que las del látigo y la carne, y el apasionado de la revolucion francesa, que era de mi mismo modo de pensar, cuando oia decir que se menoscababa la reputacion del blanco que trataba á los negros como si fuesen hombres, se acordaba de Danton y repetia las famosas frases con que apostrofaba el convencional terrible á los que le llamaban bebedor de sangre.—«¿Qué me importa mi reputacion? ¡Que la libertad se salve aunque mi nombre sea maldito!» – Miraba á sus detractores con el mismo profundo desprecio que Riqueti á los Lameth, y esclamaba:—No necesitaba yo esta leccion para saber que del Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso. Los golpes de abajo arriba jamás me detendrán en mi carrera.—Como se ve, las citas no venian muy al caso.

La casa en que bailaban los negros no estaba comprendida en el radio de la poblacion, y era, aunque bastante espaciosa, mucho mas modesta que la casa en que bailaban los blancos. Constaba de dos piezas. En la primera, que era propiamente el portal, se celebraba despues del baile lo que en el pais llaman una *cochinata*, que consiste en zamparse alegremente un cerdo asado. Este, desde que principiaba el baile, se hallaba de cuerpo presente encima de una mesa ó catafalco colocado en el centro de la habitacion, aguardando á que se procediese á su autopsia, como un cadáver en un anfiteatro clínico. No habia mas luz que la muy escasa de un farol colgado de la pared. La otra pieza, que era el salon del baile, estaba mejor alumbrada, pues tenia para luchar con sus sombras la friolera de cuatro velas de sebo puestas en dos cornucopias de hoja de lata muy enmohecidas, y sus resplandores eran ávidamente absorbidos por el atezado cútis de los concurrentes, que eran todos, sin mas escepcion que mi compañero de peregrinacion y yo, tan negros como si estuviesen alquitranados. No habia siquiera uno de esos híbridos de la especie humana que se llaman mulatos. Una y otra pieza, blanqueadas con cal, hacian parecer mas negros á los negros, y estos las hacian parecer á ellas mas blancas. En lugar de sillas habia arrimados á las paredes dos bancos mugrientos como los de las posadas y los de los cuerpos de guardia. No llamaba la atencion ningun otro mueble.

Toda la orquesta se reducia á un güiro, y como no habia ningun negro entre mis discípulos de la isla, porque si hubiese tenido un solo discípulo negro, no hubiera querido ser discípulo mio ningun blanco, no se bailaba mas que el zapateado y el fandango. Pero lo que se bailaba se bailaba con brio, y habia negros que con los piés hacian maravillas; los habia que se dejaban caer contra las manos, y se levantaban de repente dando al aire una voltereta, como los cubisteros en las danzas gimnásticas de Esparta. Las negras bailaban tambien con fervor, *totis viribus*, que es, segun el sagrado testo, como bailaba David delante del arca.

Daba al baile un carácter sainetesco que me hacia desternillar de risa la manera de vestir de los negros. Llevaban con el mayor énfasis los trajes de gala que habian pertenecido á los ascendientes de sus amos ó que habian sido ya desechados por muy antiguos. Un enano se perdia, como un mosquito en el piélago inmenso del vacío, en los abismos de una levita negra, ancha como la conciencia de la época, que se hizo para un jigante, y no podia encontrarse á sí mismo, por mas que se buscaba, dentro de unos pantalones sumamente largos, cuyo sobrante se rollaba en espiral como un sacatrapos encima de sus piés desnudos, á pesar de que por su parte superior le lastimaban los sobacos. Hubiera podido doblar hácia arriba, como el pañal de un recien nacido, lo que de cada pierna le sobraba, y hubiera parecido que tenia las dos piernas amputadas. Para moderar las hiperbólicas proporciones de las mangas de su levita, las fruncia y replegaba hácia el hombro, y asi podia asomar las puntas de los dedos, que le servian para levantarse los pantalones mientras bailaba, como se levantan las sayas en los dias de lluvia las hijas de la fangosa capital de España. Su chaleco era amarillo, y tan escotado, que hubiera permitido ver toda la pechera de su camisa, si no hubiera estado tapada por los pantalones que, como acabo de decir, le cubrian toda la region torácica. Era tan largo, que con él solo hubiera estado vestido, y teniendo cuidado de llevarlo abrochado, podia sin ofender el pudor quitarse los pantalones. El todo figuraba un talego casi vacío. Poned encima de un saco un sombrero negro de copa alta, muy ancho por arriba, muy estrecho por abajo, y tendreis una idea aproximada del personaje de que acabo de ocuparme.

Un Holofernes negro gastaba un frac azul de boton dorado que se lo habia dado el enclenque señorito de la casa de la Habana á que perteneció, cuando se le hubo quedado corto y estrecho. Se ahogaba como el espíritu del siglo dentro de las fórmulas antiguas. No le eran permitidos mas movimientos que los de un pájaro disecado. No tenia articulaciones, parecia formado todo de una sola pieza, no podia mover la mas mínima parte de su cuerpo sin mover el cuerpo entero. Si hubiera querido levantar un brazo ó tan siquiera acercarlo al tronco, hubiera roto la espalda del frac en que se hallaba embutido, desmintiendo la ley de la impenetrabilidad de la materia, y asi es que llevaba los brazos separados de su cuerpo, de manera que este parecia una cláusula encerrada en un paréntesis. Las mangas no llegaban á los codos sino con mucho trabajo y haciendo desesperados esfuerzos, y los faldones se abrian figurando la cola de una golondrina. Los pantalones, que eran blancos listados de amarillo, hubieran permitido ver las ligas si el gigante hubiese llevado medias, y su chaleco, de color de grana, se hallaba á tanta distancia de los pantalones, que no se oponia á la exhibicion de las tres cuartas partes de la camisa. Una especie de gorro de dormir azul y colorado cubria su cabeza.

Todos los demás concurrentes vestian con el mismo gusto y elegancia; ninguno llevaba una sola pieza hecha á su medida, y lejos de parecerse ridículos los unos á los otros, se envidiaban mútuamente; los que no iban descalzos llevaban zapatos amarillos, y todos por regla general gastaban sellos y cadenas de similor ó de acero sin gastar reloj, una enorme corbata blanca que á ninguno permitia ver parte alguna de sí mismo, y un cuello de camisa tan inconmensurable y tan almidonado, que parecia puesto á propósito para que la cabeza encajonada en él no se inclinase á ningun lado. A primera vista daba risa, pero despues de la primera impresion daba angustia el ver semejantes adefesios.

Las negras por su traje no se diferenciaban de las blancas, de cuyos vestidos usados hacian ellas sus vestidos nuevos. No carecian de gracia en la manera de ataviarse, porque la gracia es instintiva en la juventud femenina, cualquiera que sea la raza á que pertenezca. Mas peripuestas que las blancas, tenian una aficion decidida á todos los accesorios y perifollos, y comprendian perfectamente cual era el color de los adornos que mejor casa con el de su cútis. El color rojo preponderaba en todos sus atavíos, en el collar, en los pendientes, en las conchas y flores artificiales que se ponian en la cabeza. Solian ser rojas hasta las varillas de sus abanicos.

Dos negras habia cuyo ángulo facial, por una escepcion de la regla, no tenia la misma abertura que el de los orangutanes. No era aplastada su nariz, ni abultados sus labios, ni cerdosos sus cabellos. No eran negras mas que por su color; parecian blancas pintadas de negro. Una de ellas era alta, la otra baja, pero las dos esbeltas. Habia en sus facciones tanta regularidad, tanta perfeccion, tanta pureza de líneas como en la *Fornarina* del gran Rafael; eran dos estátuas de Vénus, que por un capricho del escultor se hicieron de ébano en lugar de hacerse de alabastro. Menos que por el perfil, se distinguian la una de la otra por el gesto. La mas alta interesaba por cierta apariencia de resignacion melancólica; la mas baja imponia por su espresion de altivez, de implacable enojo, de saña concentrada. Se conoce que nunca transigió con las humillaciones que su condicion de negra la imponia; la realidad de su desgracia no bastaba á convencerla de que valia menos que una blanca. Para rivalizar con estas, aceptaba los obsequios de los blancos y desdeñaba los de los negros. Su amor era quizás una forma que tomaba su envidia, pues le bastaba para amar á un blanco y tenderle las redes, saber que era amado de una blanca.

Las dos negras eran propiedad del comandante de la isla, porque se las habian regalado, ó eran hijas de esclavas suyas, ó le habian costado su dinero; es decir que eran propiedad del comandante de la isla como son propiedad vuestra vuestro perro y vuestro caballo. Tambien la que mas resignada me parecia, á pesar de que, segun dicen, la degracia comun iguala á todos los que á ella están sometidos, trataba á los demás negros mas bien como señora que como compañera; una y otra esclava despreciaban á los demás de su condicion, y en ambas se notaba un no se qué de superioridad, debido quizás á las lisonjas de que se vé siempre rodeada la belleza, tal vez al triste privilegio de ser esclavas de un amo que mandaba á los amos de los esclavos. ¿No vemos acaso en Europa que se creen superiores á los demás criados los criados de los reyes?

Tanto y mas aun que en el baile de los blancos el canto intervenia en el de los negros. La letra de sus cantares era anónima como todos los versos populares, y se reflejaba en ella el espíritu de reaccion de una raza proscrita. Algunas estrofas parecian sin embargo inspiradas por un sentimiento personal, y eran la improvisacion del mismo que las cantaba, pero aun asi trasudaba siempre por algun poro el odio de raza. Recuerdo la siguiente redondilla en que un jóven congo aludia á su amo, que era un colono en la isla á quien habia creado una triste reputacion el mal trato que daba á sus esclavos.

Todos, si bien se repara,
Todos, si bien se repara,
En el mundo negros son;
Yo tengo negra la cara
Y tú negro el corazon,
Y tú negro el corazon.

El primero y último verso se repiten siempre en las redondillas; en las quintillas no se repite mas que el primero como en la que copio á continuacion, que la oí cantar á una de las negras del comandante, con motivo del reciente casamiento de un guajiro de quien ella estaba perdidamente enamorada.

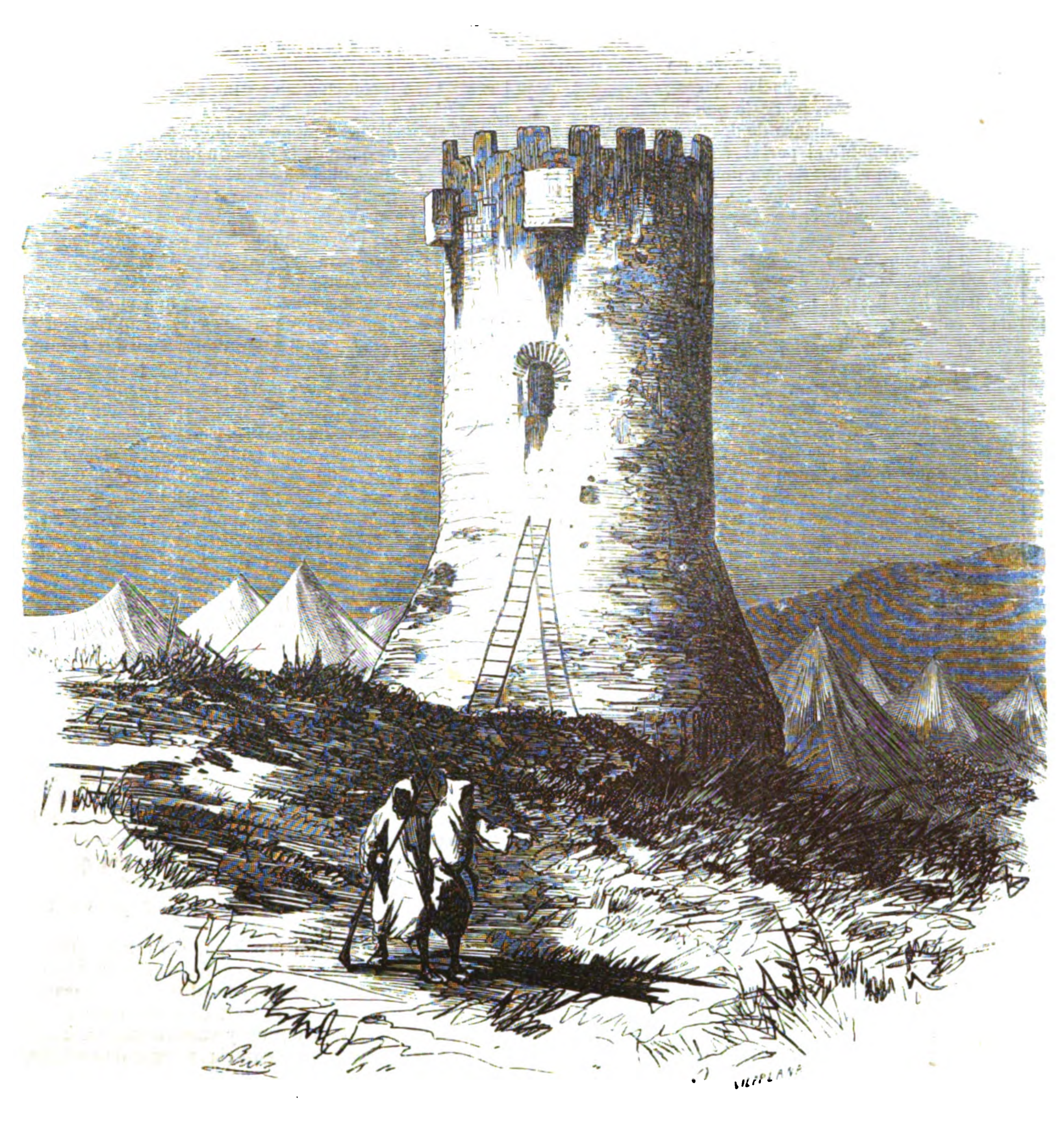
Blanco de mi corazon,
Blanco de mi corazon,
Que amas á una blanca aleve,
Al calor de tu pasion
Que encenderia el carbon
Se derretirá la nieve.

El concepto es, como se ve, muy alambicado. El carbon es ella, la nieve su rival. De todos modos sirve para revelar el carácter envidioso de la negra, que en la estrofa que sigue acaba de ponerse en evidencia.

Blanca, blasonas en vano
De tu triunfo y poderío;
Mi amante te dió la mano,
Todo lo demás es mio.

Pero en general, como he dicho, se desconoce el orígen de todos los cantares, que se trasmiten de unas á





TORRE-GELELI, EN MARRUECOS.

otros y son gotas de hiel que rebosan del corazon de los esclavos. No hay negro en las Antillas que no haya cantado alguna vez los siguientes cuatro versos, en que se espresa el predominio de cada raza por la bondad relativa del pan y de los vegetales con que es reemplazado.

Los mulatos comen yuca,
Y los criollos casave,
Los españoles pan blanco
Y los pobres negros ñame.

Esta estrofa, que tan insignificante parece, les arranca algunas veces profundos suspiros, y suelen cantarla llorando.

A las nueve en punto la distinguida concurrencia pasaba al salon del ambigú, ó sea de la *cochinata*. Los negros, que separados en aquel momento de sus amos no tenian á quien servir, se servian á sí mismos, cargando, á pesar de sus lujosos trajes, con los bancos del salon de baile, para colocarlos alrededor de la mesa en que aguardaba el cerdo muy seriamente la sepultura que le preparaban los estómagos, despidiendo un olor agradable, que era, por desgracia, insuficiente para neutralizar el de lana churra y sobaquina que apesta siempre las localidades en que se reunen muchos negros. Como los de uno y otro sexo habian bailado con tan frenético entusiasmo, sudaban todos á mares, y su rostro reflejando la luz brillaba como el charol nuevo. Parecia que un limpiabotas habia dado betun y sacado lustre á todo su cuerpo. ¿Cómo la moderna industria, que de todo se apodera, no ha aprovechado aun para zapatos el tegumento de los negros? No tendrian que embetunarse y su negro seria permanente. Despues de esta indicacion que acabo de hacer, milagro será que algun industrial no caiga en la cuenta. Reclamo, por si el caso llega, los honores de la prioridad del descubrimiento.

Mi compañero y yo, que nos haciamos la ilusion de que asistíamos á una escena de antropófagos, pues el cerdo ennegrecido por las llamas parecia un negro asado, ocupábamos á instancias de los negros un lugar de preferencia. Armados, como todos, de un tenedor de palo, dimos pruebas de buenos cristianos asimilándonos las mejores tajadas del sabroso animal que tanta aversion inspira á los moros y judíos, y bebimos, en compañía de congos y carabalíes, criollos y bozales, sendos tragos de aguardiente de caña en un vaso comun, pues no habia mas que uno para todos. Nuestra llaneza encantaba á nuestros huéspedes; pero todo el prestigio que nuestro carácter franco nos daba entre la gente de color nos lo hacia perder entre los blancos. No me acuerdo acerca del particular qué palabras de no se qué convencional pronunciaba mi compañero, el eterno parodiador de los protagonistas de la revolucion francesa.

La sesion se levantaba á las diez en punto, sin necesidad de ningun 18 brumario. Los concurrentes la hubieran de buena gana prolongado hasta el siguiente dia; pero no obtenian el permiso que pedian á sus posaderas, únicas responsables de todas sus estralimitaciones.

Concluido el baile de los negros, nos volvíamos al de los blancos, y despues de este nos retirábamos á nuestro bohío, donde, con el auxilio de un mosquitero de percal tupido y el de un majá que hacia el oficio de gato, nos dormiamos profundamente á pesar de todos los gengenes y ratones, sin que se nos reprodujesen en sueños las escenas de la isla, sino la imágen de nuestra patria y de los objetos queridos de que nos separaba la inmensidad de los mares. Los proscritos no tienen nunca otros sueños.

ANTONIO RIBOT Y FONTSERE.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONTINUACION).

Lemprieres, dice, que se aseguró del silencio de las demás mujeres, yendo tambien á visitarlas á sus respectivas habitaciones, pues si hubiesen hablado, hubieran quedado igualmente comprometidas.

El doctor tuvo en este tiempo todo el que necesitaba para examinar y describir aquel misterioso recinto. Hé aquí la descripcion que de él hace:

«El harem forma parte del palacio ó serrallo: una puerta secreta, de cuya llave es único depositario el emperador, abre paso á él. Es preciso atravesar un gran patio antes de llegar á los cuatro mas hermosos aposentos de las mujeres. En el centro de este patio cuyo piso es de ladrillos blancos y azules, hay una elegante fuente, destinada á las abluciones y los usos domésticos. Otros doce patios cuadrados preceden asimismo á todas las habitaciones, y son el único sitio por donde pueden pasear aquellas desgraciadas cautivas.

»El esterior de estos aposentos está labrado con buen gusto; en su interior, cubierto de damasco, hay en las cuatro esquinas cuatro otomanas, que en rigor solo sirven de adorno, puesto que las mujeres acostumbran acostarse ó sentarse en unos almohadones colocados sobre soberbias alfombras turcas. Las pinturas y relieves de los techos, los espejos, los relojes, los colchones cubiertos de seda y embutidos en una especie de nichos abiertos en las paredes, y por último, las colgaduras de raso sostenidas por anchas fajas de terciopelo negro bordadas de oro, completan el mueblaje y la decoracion de estos aposentos.

»El gobierno del harem estaba confiado á la primera sultana; sin embargo, su autoridad no se estendia á cada mujer. Su título le daba el derecho de ocupar la habitacion mas agradable. Alla-Batoom, á quien pertenecia dicho título, y Alla-Douyaw, la sultana favorita, eran las únicas cuya habitacion tenia antesala. Alla-Zara y las demás concubinas solo tenian una habitacion.

»Las sultanas y las concubinas solo tenian para su subsistencia los regalos y la pension que les daba el emperador, todo lo cual bastaba apenas para su manutencion. Es verdad que las sultanas, para vivir con mas holgura, vendian su influencia á los moros y á los europeos, cuyos ricos presentes aceptaban, para que sus pretensiones en la córte imperial tuviesen un éxito favorable. Esto las movia á hacer con la mayor espontaneidad este tráfico de influencia, puesto que economizaban en su totalidad los productos que les reportaba.

Las esclavas del harem eran pagadas por las mujeres á quienes respectivamente servian, y ninguna cuenta tenian que dar de su salario, y á semejanza de las sultanas y concubinas, solo salian del harem cuando el emperador las trasladaba de uno á otro de sus palacios, lo cual se verificaba siempre con las mas esquisitas precauciones para que nadie las viese el rostro. El harem de Sidi-Mohamed se componia de ciento sesenta mujeres, sin hablar de las que habia repudiado, y del gran número de esclavas destinadas al servicio de las demás.

Las concubinas eran, por lo regular, negras ó esclavas europeas; algunas, sin embargo, eran moras consagradas por sus padres á los placeres del soberano.

Al salir una tarde de la habitacion de Alla-Zara, el doctor vió una procesion de mujeres que marchaban en dos hileras, cantando himnos religiosos; su número escedia de ciento. Las mas jóvenes iban á la cabeza, y procediendo por órden de edades, las mas viejas cerraban la marcha. Todas llevaban en la cabeza una tablita con una inscripcion en que se daba á conocer el objeto de la procesion, el cual no era otro que el de obtener del cielo la lluvia. Esta procesion se repitió hasta que al fin llovió, lo cual no dejó de atribuirse á las preces de aquellas mujeres.

Casi nunca iba el emperador á visitar sus mujeres al harem, sino que envíaba á buscar por un eunuco á la que se le antojaba preferir, la cual no perdonaba medio de ostentar sus verdaderos ó pretendidos encantos. Como en aquellos paises, la suprema belleza consiste en una gran gordura, las mujeres emplean todos los medios posibles para engordar, á cuyo efecto usan ciertas drogas y píldoras, y mezclan en sus comidas semillas pulverizadas de *ellbouba*; por lo demás, su vida sedentaria contribuye no poco al desarrollo de la obesidad.

A imitacion de las judías, las moras usan camisas de mangas muy anchas, que dejan descubierto el pecho; encima de un corsé de seda, un caftan, del mismo género ó de algodon, tejido algunas veces de oro, les baja hasta el suelo. Rodéales el talle un ceñidor de muselina, cuyas estremidades forman un nudo á uno de los lados, y dos largas cintas cosidas de este ceñidor, pasan por debajo los brazos, se cruzan sobre el pecho y se sujetan sobre los hombros.

(Se concluirá en el próximo número.)

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 21. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 20 DE MAYO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV

REVISTA DE LA SEMANA.



ublicada, aunque no oficialmente, la renuncia de Montemolin, dijimos en la revista anterior que algunos periódicos estranjeros la calificaban de apócrifa, mientras sus amigos de España se lisongeaban de que tan luego como llegasen á tierra estranjera, se apresurarian á confirmar y corroborar el citado documento con todas las adiciones, ribetes y circunstancias del caso. La *Union*, diario legitimista de París, ha insertado una carta de Madrid, en la cual se supone que la tal renuncia, que califica del acto mas indecoroso y repugnante que podria atribuirse á un príncipe representante de la legitimidad monárquica y del derecho divino, fue fraguada en esta capital, por un personaje cuyo nombre no cita, pero del cual da algunas señas particulares. Insistimos en creer que la renuncia es auténtica, no obstante que la *Gaceta* no la haya insertado. La parte oficial de la *Gaceta* está reservada á los actos del gobierno; y no siendo Montemolin gobierno ni autoridad, sus actos, por importantes que se les considere, no pueden ocupar esta parte del órgano oficial. Si nosotros renunciáramos al imperio de la China, al cual podríamos pretender algun derecho por parte de los Ming, que constituyen una de las dinastías mas célebres y poderosas de aquel imperio, es probable, y aun casi podemos decir seguro, que la *Gaceta de Pekin* no insertaria nuestra renuncia; y sin embargo, no por eso dejaria de ser un documento auténtico escrito de nuestro puño y letra, y señalado con la rúbrica que acostumbramos á usar y poner en todos nuestros escritos.

Pero hay una circunstancia que empieza á llamar la atencion, y es que hasta el presente la renuncia de Montemolin al trono de España no ha sido ratificada cuando este personaje se ha visto en libertad. Nosotros no estrañaríamos algun manifiesto en que dijese que le habian engañado: que ejemplos antiguos y modernos de semejantes manifiestos presenta la historia, donde el jóven conde de Montemolin y sus hermanos han podido elegir como entre peras. Pero preferimos creer que han querido dar algun tiempo al descanso y á la satisfaccion de verse libres de las incomodidades y molestias sufridas antes de ocupar su atencion en los graves negocios de Estado. Es probable tambien que Montemolin quiera conferenciar con su hermano don Juan y con Cabrera, para dar con toda solemnidad el paso que de él aguardan sus amigos, defensores y partidarios.

Aun no se ha borrado la impresion de entusiasmo que produjo la entrada de las tropas de Africa el viernes de la semana anterior. Despues de esta gran fiesta militar y popular, cuyos detalles comenzamos hoy á reproducir en el grabado, han venido los banquetes régios y particulares. Los diputados catalanes, residentes en Madrid, dieron uno el martes á los generales Prim y Ros de Olano en la fonda francesa de Lhardy. En este banquete se pronunciaron brindis entusiastas á las glorias del ejército de Africa, y el general Prim volvió á encomiar la pericia y las altas dotes del duque de Tetuan. El mismo general Prim, ha sido tambien objeto de otros obsequios por parte de sus paisanos residentes en la córte.

Las noticias del ejército de ocupacion de Tetuan alcanzan al 13 del corriente mes. El estado de la salud de las tropas habia mejorado mucho: pero la situacion del imperio marroquí, empieza á causar algun recelo acerca de la mayor ó menor facilidad que tendrá el sultan de pagar los 400.000,000 de indemnizacion. Decíase que parte de los moros de rey, ó sea de las tropas regulares que tan en armonía estaban con las nuestras, habian tenido que acudir á la defensa de su emperador atacado ó próximo á serlo por gente sublevada que proclama otro dueño allá en los alrededores de Fez y Mequinez. Si la guerra civil viene á complicar demasiado la situacion de Marruecos, nosotros sentiríamos tambien, aunque en menor escala, sus efectos, no pudiendo exigir á las dos partes beligerantes lo que una sola ha estipulado, y no consintiendo la situacion de esta por ahora el cumplimiento exacto y puntual de lo prometido. Un acreedor dicen que es naturalmente un protector; y seria curioso que despues de haber hecho la guerra á Sidi Mohamed, nos convirtiésemos *more napoleónico* en sus protectores, aunque no fuese mas que para ponerle en situacion de que nos pagase tantos y tantos sacrificios. No seria ciertamente mala política, si alguna hemos de tener en Africa, la de intimar relaciones con la dinastía reinante y hacernos sus aliados natos. Pero entonces la guerra de Africa no se habria concluido realmente; solo habria entrado en una nueva faz.

Esto, en cuanto á las nubes que la política amontona hácia el Estrecho de Gibraltar. Al otro estremo, en el Estrecho de los Dardanelos se observan tambien síntomas de nuevas tempestades. El ministro de Negocios Estranjeros de Rusia ha dirigido fuertes notas á la Turquía sobre la situacion de los cristianos en este imperio; y ha dado cuenta de ellas al cuerpo diplomático residente en San Petersburgo esperando su aprobacion. Para apoyarlas, y mientras la diplomacia europea las examina, comenta y discute, la Rusia envia camino del Pruth un ejército de ciento cincuenta mil hombres.

Entre tanto sucesos graves acaecen en el Mediodía de Italia. Garibaldi con una espedicion de mil quinientos á dos mil hombres salió la semana anterior de Génova en cinco buques dirigiéndose á las costas de Sicilia para organizar y sostener la insurreccion siciliana. Las tropas napolitanas que guarnecen la isla ascienden, segun parece á cerca de cincuenta mil hombres; pero cuál será la situacion de esos cincuenta mil hombres lo dice la noticia de que tratan de formar hácia Messina un campo atrincherado. Cuando cincuenta mil hombres se atrincheran, es señal de que tienen alrededor muchos enemigos. En Cefalú esperaban á Garibaldi unos quince mil insurgentes; y segun las últimas noticias aquel guerrillero habia logrado efectuar su desembarco é incorporarse con su gente y sus armas á los sublevados al grito de Italia y Víctor Manuel. Sin embargo, la escuadra napolitana, despues de hecho el desembarco, ha conseguido echar á pique uno de los barcos en que habian ido los espedicionarios y apresar el otro. Las noticias de Nápoles no son mas agradables para los amigos de aquel gobierno. Han empezado á agitarse la Calabria y los Abruzos, y en la misma capital se sienten ese malestar y esa desconfianza precursores de grandes acontecimientos. El rey de Nápoles ha pedido auxilio á Francia é Inglaterra y se añade que tambien á España. Ahora es tiempo de que obre con sus tropas el famoso general francés Lamoriciere, para no dejar pelar, como suele decirse, la barba de su vecino.

Si de Europa pasamos á América, veremos tambien allí síntomas de gravísimas complicaciones. El presidente de los Estados Unidos Buchanam está parodiando con

Méjico la fábula del lobo y el cordero. Primero le ha dicho que le enturbiaba el agua y cuando Méjico le ha probado lo contrario, Buchanam ha contestado que el gobierno mejicano ha inferido grandes agravios á los naturales de la Union. Los mejicanos han respondido demostrando que no existen tales agravios, y entonces Buchanam dice: si no es este el gobierno que me ha agraviado, seria el anterior.—El anterior era amigo de V. replica Miramon.—No importa, vuelve á decir Buchanam, ello es que yo me encuentro muy agraviado, y como muy agraviado propongo al congreso de Washington la intervencion en favor de Juarez que al fin nos ha cedido dos buenos trozos de terreno.

Con motivo del apresamiento por un buque angloamericano de otro español en las aguas de Vera-Cruz, mientras esta ciudad estaba sitiada por las tropas de Miramon, es probable que nos veamos tambien nosotros complicados en estos asuntos, que nos interesan muy de cerca por la seguridad de la isla de Cuba y por el mantenimiento de la raza española en el continente que ella descubrió.

Ha llegado para dar representaciones en el teatro de la Zarzuela el tenor Tamberlik con su compañía de ópera italiana; pero una indisposicion le ha impedido comenzar las funciones el 15 de este mes como estaba anunciado. En el Circo representa la compañía de zarzuela. Novedades de cuando en cuando abre sus puertas, en los dias en que repican recio. Nada nuevo despues de las *Memorias de un Estudiante*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

FOTOGRAFIA.

David Brewster, á quien la óptica debe considerables adelantos, saludaba á sus compañeros en el congreso científico de Edimburgo de 1850 con estas palabras: «Dejando concentrada la ciencia entre doctos y filósofos, »no se contribuye eficazmente al bien y á la paz de la »sociedad, sino infiltrándola hasta en las últimas rami»ficaciones del cuerpo social. Si el delito es un veneno, »la instruccion es su antídoto.» Convencidos nosotros de esta verdad y deseando que se propaguen cuanto sea posible los conocimientos útiles, trataremos de poner á la vista de nuestros lectores una ligera noticia de los adelantos que hasta el dia ha recibido el daguerreotipo, despojándola todo lo posible del tecnicismo de la ciencia.

El arte fotográfico apenas cuenta veinte años de existencia, pero los materiales que habian de servir para darle vida vienen preparándose desde el año de 1560, en que el italiano Juan Bautista Porta descubrió que cuando penetra un rayo de luz en un espacio completamente cerrado, se dibujan en la pared de enfrente los objetos esteriores con su color natural y con dimensiones de menor tamaño, pero invertidos. Este espacio cerrado se llama *cámara oscura* y sus efectos nos son en estremo familiares. Para observarlos no tenemos mas que cerrar bien las hojas de una ventana procurando dejar una pequeña abertura para que entre un rayo de luz, y veremos que los objetos que se mueven esteriormente vienen á pintarse en las paredes en sentido inverso y con movimiento contrario. Es cierto que estas imágenes se presentan de una manera confusa, pero esto depende de lo imperfecto de la cámara y desde luego se concibe que mejorando sus condiciones, se perfeccionará la imágen. La cámara oscura es una caja cerrada á la luz por todas partes escepto por un agujero donde se coloca un lente. En el foco ó punto donde se reunen los rayos luminosos que atraviesan el lente hay una pantalla blanca y en ella se dibujan con admirable verdad, brillantez y limpieza, las imágenes de los objetos que se hallan enfrente del vidrio. Diremos de paso que con objeto de utilizar este aparato en el arte del dibujo se le han dado diferentes formas por medio de las cuales pueden tomarse con toda fidelidad los detalles de un paisaje, de un edificio, etc.

Por espacio de cerca de trescientos años no tuvo la cámara oscura ninguna otra aplicacion y era considerada casi esclusivamente como un instrumento de física recreativa. No dejaria de ocurrirse á algunos físicos la atrevida idea de fijar aquellas preciosas imágenes, pero indudablemente se avergonzaron de su locura y no solo desistieron de ella, sino que es seguro que no pensaron comunicarla á nadie por temor á las zumbas de sus sabios compañeros. Pero José Niceforo Niepce que no merecia tal nombre y que se dedicaba con cierta aficion á la mecánica y á la química, tuvo aquella misma idea, y como desconocia las graves dificultades que se le habrian de ofrecer, emprendió su tarea en 1813, completamente abstraido de los acontecimientos políticos de aquella época. Al principio se limitaron sus esperimentos á reproducir los grabados por medio de la luz sirviéndose del siguiente procedimiento: Barnizaba una estampa para hacerla mas transparente y la colocaba encima de una plancha de estaño cubierta con una capa de asfalto ó betun de Judea y la esponia á la luz, obteniendo de este modo al cabo de ocho ó diez horas una reproduccion exacta del grabado. Este resultado se funda en principios muy sencillos. La luz obra sobre el betun de Judea de dos maneras: aclarando su color negro y haciéndole insoluble en esencia de espliego; de suerte que segun la mayor ó menor intensidad de los rayos luminosos recibidos por aquella sustancia, asi se cambiará en mas ó menos blanca, mas ó menos insoluble en este líquido. Al servirse Niepce de su procedimiento para reproducir los grabados, sucedia que las partes negras de estos detenian los rayos luminosos, y las transparentes los dejaban pasar, es decir, que la luz atravesaba las partes diáfanas del papel y por tanto aclaraba la capa negra de betun mas ó menos segun la transparencia de la lámina, dejando una imágen exacta de ella. Despues sumergia la plancha en esencia de espliego, disolviéndose la parte no impresionada por la luz, y quedaba una lámina capaz de ser empleada en la impresion de estampas, atacando previamente los puntos descubiertos del metal con un ácido débil que respetase los que estaban cubiertos con el betun. Estos fueron los primeros ensayos de Niepce cuyo fin era hallar un nuevo sistema de grabado; pero hasta 1824 no llegó á aplicar al mismo propósito las imágenes de la cámara oscura. Para esto tomaba una plancha de cobre cubierta de plata, sobre la cual ponia una capa de betun de Judea y la colocaba en la cámara oscura, dejándola en ella por espacio de ocho ó diez horas, para que los objetos que se proponia reproducir quedasen marcados en la capa sensible de betun y sacándola al cabo de este tiempo para sumergirla en esencia de espliego. De este modo conseguia que los puntos del betun que habian quedado en la oscuridad se disolviesen en la esencia, dejando descubierta la plancha, y que aquellos que habian recibido la accion de la luz apareciesen en relieve con mas ó menos blancura, segun la intensidad de los claros y medias tintas de los objetos reproducidos. Ya no habia mas que atacar con un ácido las partes descubiertas del metal y quitar despues la resina de la plancha, para aprovechar esta en la estampacion. A este procedimiento le llamó Niepce *Heliografía*, es decir, arte de grabar ó escribir por medio del sol. Aunque los grabados de Niepce eran bastante buenos, no podia llegar al punto que deseaba por lo imperfecto de los lentes de su cámara oscura, y se decidió enviar á París por otros mejores. Entonces fue cuando supo Daguerre que en Chalons del Saona habia un hombre que se dedicaba con afan y con buen éxito á fijar las imágenes de la luz, á cuyo estudio habia consagrado él mismo gran parte de su vida. Daguerre era un aplaudido pintor de decoraciones, inventor del *Diorama* y que habia estudiado especialmente las combinaciones y el juego de la luz, lo cual le habia hecho concebir la idea realizada por Niepce, pero sin que sus esperimentos le diesen resultado alguno. Decidió por tanto dirigirse á Niepce para que le informase del método que seguia en sus tareas, y despues de varias contestaciones por una y otra parte, se firmó un contrato en 14 de diciembre de 1829, en el cual se estableció una sociedad denominada *Niepce-Daguerre* para cooperar al perfeccionamiento de la invencion de Niepce, y en que se fijaron las bases á que debe atenerse la compañía.

Desde entonces se dedicó Daguerre con ardor á estudiar y mejorar el procedimiento que Niepce le habia confiado en secreto en virtud del contrato, y le modificó sirviéndose, en vez del betun de Judea, del residuo de la evaporacion del aceite de espliego y sustituyendo al aceite de espliego que Niepce usaba, el aceite de petroleo. Otra de las modificaciones fue la de esponer la plancha á la evaporacion de este aceite en lugar de sumergirla en él como hacia Niepce. Sin embargo, el tiempo necesario para sacar una vista cualquiera no bajaba de siete horas; por lo cual puede decirse que este nuevo procedimiento ofrecia menos ventajas que el primitivo, porque si bien el resultado era mas perfecto, en cambio no podian reproducirse los ejemplares como en aquel.

Un accidente feliz, que en otra ocasion hubiera pasado sin notarse, dió á este género de estudios un nuevo giro, que hizo adelantar considerablemente los trabajos fotográficos. Se dejó casualmente una cuchara encima de una plancha de plata yodurada, y quedó impresa en esta la imágen de la cuchara por medio de la luz. Nada mas fue necesario para que se abandonasen las sustancias resinosas con que hasta entonces se habia operado y se usase el yodo, cuya sensibilidad á los rayos luminosos es incomparablemente mas delicada que la de aquellas. Muerto Niepce en 1833, Daguerre siguió mejorando su trabajo, sin que se tuviese noticia de ellos hasta el año de 1839 en que Arago los hizo públicos en la Academia de ciencias de París. Este nuevo método se reducia á esponer á los vapores del yodo una plancha de cobre bañada de plata, que en seguida era colocada en la cámara oscura, donde se tenia durante un cuarto de hora, al cabo del cual la luz habia descompuesto en la parte iluminada el yoduro de plata formado con los vapores de yodo y la plata de la plancha, dejando sin alteracion la parte de yoduro que habia quedado en la oscuridad. Colocando despues la plancha en una caja cerrada espuesta á los vapores de mercurio, estos quedan adheridos mas ó menos á los puntos en que el yoduro ha sufrido mayor ó menor descomposicion, y forman los claros y las medias tintas del dibujo. Finalmente, se lava la plancha con una disolucion de hiposulfito de sosa, que tiene la propiedad de disolver el yoduro de plata, y queda terminada la operacion, obteniéndose una imágen exactisima del modelo, formada por una capa de mercurio que representa los claros, y que hace contraste con el bruñido de la plancha que está en lugar de las sombras del dibujo.

Cuando se dió á luz este descubrimiento, produjo en todas partes viva sensacion, y los hombres que se dedicaban á la física se apresuraron á comprobar un resultado que les parecia increible. Desde entonces la cámara oscura dejó de ser un objeto de mero recreo, convirtiéndose en un instrumento precioso del gabinete de los sabios, que en vista de las maravillas arrancadas á la luz, querian participar del placer de formar por sí mismos y poseer las imágenes de los objetos que les rodeaban. El gobierno de Francia no pudo prescindir de tomar parte en el entusiasmo general, y en 15 de junio de 1839 propuso el ministro del Interior á la cámara de los diputados que se adquiriese en nombre del Estado la propiedad del descubrimiento de Daguerre para entregarlo al dominio público, y que se concediese á este y al hijo de Niepce una pension vitalicia de 6,000 y 4,000 francos respectivamente.—Adoptada la ley por las cámaras, era natural que la fotografía hiciese rápidas mejoras, y que se tratase de quitar á las imágenes de las planchas de Daguerre el defecto de no ser visibles desde todos los puntos, y tener que colocarlas en una posicion dada para hacerse cargo del dibujo. Ademas el tiempo que habia de permanecer la plancha en la cámara oscura era nada menos que un cuarto de hora, y esta circunstancia impedia que el descubrimiento de que se trata pudiese aplicarse con la generalidad apetecible, porque solo los objetos inanimados en estado de reposo, disfrutaban el privilegio de ser reproducidos en la cámara oscura. Este inconveniente quedó salvado en parte con la modificacion del lente, hecha por el óptico Mr. Chevalier, en virtud de la cual se concentra en la cámara oscura una gran cantidad de luz; pero acabó de destruir aquel obstáculo el descubrimiento de las *sustancias aceleradoras*. Se llaman asi en fotografía ciertos cuerpos que tienen la propiedad de aumentar la sensibilidad del yoduro de la plancha, en términos que esta puede ofrecer la imágen de cualquier objeto en menos de un segundo. Entre la multitud de sustancias aceleradoras que existen se hallan el bromo, el cloruro de azufre y el ácido cloroso, las cuales aunque no son susceptibles de recibir la accion de la luz, dan á las planchas cubiertas de yodo una impresionabilidad esquisita. Desde que fueron conocidas estas sustancias, se pudo reproducir la fisonomía del hombre con esa espresion y movilidad que constituye la vida, y con esa perfeccion en los detalles que no están al alcance del pincel. Solo faltaba quitar á las fotografías el brillo desagradable que tenian al principio, y esto se consiguió con solo cubrirlas de una capa de cloruro de oro mezclado con hiposulfito de sosa, calentándolas ligeramente.

Las planchas de Daguerre no satisfacen completamente á los artistas, porque les falta la verdad y la belleza; y ademas ofrecen el inconveniente de conservar siempre un brillo que ofende á la vista, de tener un precio elevado, y un peso considerable, y de exigir sumo cuidado para evitar que se manchen ó se deterioren. Por esto el papel presenta á la fotografía una utilidad práctica inmensa, que no puede menos de dar para el porvenir resultados incalculables. En 1802, los sabios ingleses Humphry Davy y Wedgewood trabajaron de consuno para reproducir en papel bañado de nitrato de plata las imágenes de la cámara oscura, y si bien consiguieron fijarlas, no les fue posible hacerlas permanentes, y desaparecian al sacarlos á la luz. Mr. Talbot, tambien inglés, despues de muchos años de trabajo sobre el mismo asunto, logró vencer las dificultades que se le presentaron, y dirigió al sabio Mr. Biot una carta, inserta en el *Diario de las Sesiones* de la Academia de ciencias de París de 7 de junio de 1841, en la cual espone su sistema fotográfico por medio del papel. Sentimos que las dimensiones que hemos de dar á este artículo nos impidan insertarla; pero espondremos ligeramente su parte mas esencial. Consiste el procedimiento que Talbot empleaba, en bañar un papel de escribir en una disolucion de nitrato de plata, y despues secarlo en otra de yoduro de potásico, con lo cual tenia ya lo que él llamaba *papel yodurado*, porque estaba cubierto de una capa de yoduro de plata. Este papel se lava despues en otra disolucion compuesta de nitrato de plata, ácido gálico y ácido acético, y que calificaba con el nombre de *galonitrato de plata*, y se pone en la cámara oscura sacándole al cabo de un minuto. Entonces no se nota señal ninguna en el papel; pero calentándole lentamente, se ven salir como por encanto todos los detalles del cuadro. Despues solo queda la operacion de hacer permanente la imágen bañándola con bromuro de potásico disuelto en agua; hecho lo cual se tiene ya una imágen inalterable, aunque se esponga á la luz, y que representa al original con las sombras y claros invertidos. Para que pueda comprenderse esta circunstancia, daremos á nuestros lectores la teoría general de la fotografía en papel. Las sales de plata tienen la propiedad de ennegrecerse cuando se esponen á la luz, y toman un color tanto mas oscuro, cuanto mayor es la intensidad de los rayos luminosos que caen sobre aquellas sustancias. Asi, pues, cuando se coloca un papel fotográfico en la cámara oscura con objeto de sacar el retrato de una persona, se



obtiene una imágen exacta; pero con la particularidad de estar representadas con sombras las partes claras y vice-versa. Por tanto, si suponemos que la persona retratada está vestida de negro, aparecerá la imágen en traje blanco y con la camisa negra. Esta imágen en que están invertidas las sombras y los claros, se llama *negativa*. Para formar la imágen directa ó *positiva* en que las sombras están en su verdadera situacion, no hay mas que colocar la negativa sobre una hoja de papel preparado, y esponerlo todo á la accion de la luz. Entonces sucede que las partes claras de la imágen negativa dejan pasar los rayos luminosos y las partes oscuras los detienen; de manera que estos ennegrecerán el papel preparado de una manera inversa de la imágen negativa. Parece escusado advertir que obtenida una imágen negativa, pueden sacarse gran número de imágenes positivas.

En los *Anales de química y física* de 1847, encontramos una Memoria de Mr. Blanquart-Everard, de Lila, en que manifiesta que la imperfeccion de las fotografías en papel consistia en la mala preparacion de este, porque las desigualdades que presenta cuando se moja, son un inconveniente para que el dibujo ofrezca la delicadeza de contornos apetecible. Para evitar este inconveniente de no pequeña importancia, colocó el papel mojado y en disposicion de recibir la imágen fotográfica, en medio de dos cristales, con objeto de que conservase su tersura primitiva y obtuvo en sus pruebas mas limpieza en los perfiles y mejor degradacion en las tintas. Pero de todos modos se notaba una gran diferencia entre estas fotografías y las formadas en las planchas de Daguerre, y se comprendió la necesidad de dar al papel una superficie homógenea, y que se pareciese todo lo posible á una plancha pulimentada. Cuando se estaban buscando los medios de fabricar el papel que habia de producir tan buenos resultados fotográficos, vino Mr. Niepce de Saint-Victor, sobrino del inventor de la heliografía, á decir á la Academia de ciencias de París, que se podian hacer fotografías en vidrio con la misma precision y limpieza que en las planchas de metal. Este nuevo método consiste en cubrir un vidrio con una capa de clara de huevo mezclada con un poco de yoduro de potásico, y cuando esta capa está seca, se mete aquella en una disolucion de yoduro de plata, colocándola en seguida en la cámara oscura, y haciendo despues las mismas operaciones que para las pruebas en papel. Desde luego se comprende que los perfiles de la imágen negativa obtenida en el vidrio, han de presentar una correccion proporcionada á la perfeccion de la superficie del vidrio.

Sin embargo, este procedimiento ofrecia el inconveniente de que la clara de huevo disminuia la sensibilidad de las sales mezcladas con ella, y era preciso emplear dos minutos próximamente para obtener una vista cualquiera; pero en 1851 Mr. Archer, fotógrafo de Lóndres, halló que el *colodio* podia suplir con gran ventaja á la clara de huevo. Se llama colodio á lo que queda cuando se evapora una disolucion de nitro, ácido sulfúrico, éter, alcohol y algodon en rama. Este residuo activa considerablemente la impresion fotográfica, en términos que puede obtenerse la imágen de un caballo al trote ó cualquier otro objeto en movimiento con tal exactitud, que puede considerarse ya como completamente abandonado el procedimiento de Daguerre. Con todo, la fotografía en vidrio no ha resuelto la dificultad: solo la ha evitado, y en el dia se están haciendo esfuerzos para hallar el medio de conseguir en papel los resultados que da el vidrio, y aun algunos emplean ya papel empapado en cera ó cubierto de gelatina, para dar á sus pruebas negativas la correccion de dibujo que no es posible obtener en papel sin esta preparacion, por las desigualdades que siempre tiene, aunque esté cuidadosamente satinado.

Ademas de esta mejora, se espera con ánsia la de ver reproducidos los objetos con sus propios colores por medio de la cámara oscura. Hasta ahora nada se ha conseguido, escepto imprimir en una plancha de plata la imágen del *espectro solar*, es decir, de una banda de luz que contiene los siete colores que vemos en el arco Iris. Es cierto que hace años han dicho los periódicos americanos y aun los de Europa, que en los Estados Unidos un tal Mr. Hill, habia resuelto el problema; mas solo fue una superchería de este señor para vender á un precio fabuloso folletos que solo contenian noticias muy conocidas, pero que le valieron la enorme suma de 800,000 reales. La avidez con que se compraron aquellos folletos, prueba la impaciencia con que se desea conocer el medio de fijar los colores, y asi lo comprendió Mr. Hill, aprovechándose de ella para hacer fortuna estafando al público.

Concluiremos apuntando las aplicaciones que hasta ahora ha recibido la fotografía, para que pueda conocerse su importancia en las ciencias.

Las imágenes del sol y de la luna, se han fijado en planchas fotográficas durante los eclipses, y de tales pruebas y de otras que pueden hacerse en diferentes circunstancias, se deducirán trascendentales consecuencias respecto de la naturaleza de la luz, de su accion química, de la intensidad de la del sol en las diferentes horas del dia, y otros datos convenientes para comprobar los cálculos de que trata la astronomía.—Se han obtenido en pocos instantes dibujos exactísimos de animales, plantas, minerales y órganos aislados, que constituyen preciosas colecciones de estudio que contribuirán en gran manera al progreso de las Ciencias naturales. Se han reproducido tambien, amplificándolos, los objetos microscópicos que no es dado copiar con exactitud al mas hábil dibujante, con la ventaja de presentar una verdad imposible de alcanzar de manos de los artistas.—Todas las obras maestras del arte, de la pintura, de la escultura, de la arquitectura, pueden ser reproducidas con la delicadeza y magnificencia que las distingue; los templos, los monumentos de todas clases, las pirámides, los mausoleos, en que están retratadas las edades que pasaron, pueden venir á nuestro gabinete con su misma fisonomía; los paisajes, las cataratas, el mar, los rios, se ven reproducidos con su animacion, con su movimiento, y tal como se encuentran naturalmente. La física, la química, la Historia natural, la anatomía, la cosmografía, etc., tienen mucho que esperar de un auxiliar tan poderoso, y no dudamos que en breve nos será dado estudiar en atlas fotografiados, una multitud de ciencias que están llenas de errores, porque no hemos tenido á nuestra disposicion hasta hace pocos años, el arte que nos ha de pintar los objetos tales como se encuentran en la naturaleza.

Triste es no haber podido citar en este artículo ni un solo nombre español; pero esperamos que del movimiento científico que se nota en nuestra época nacerá, contribuyendo todos con nuestras fuerzas, alguno que saque á nuestra patria de la oscuridad en que se encuentra.

***

EL ARCHIVO DE SIMANCAS.

I.

A dos leguas de Valladolid el pintoresco Pisuerga, no lejos de su confluencia con el caudaloso Duero, baña los piés de una colina, por cuya pendiente parece que están trepando algunas casas humildes, y mas que humildes antiguas, que forman la villa de Simancas. Este título de villa que tenia en la edad media, y conserva aun en la actualidad, una poblacion que cuenta escasamente trescientos vecinos, es una prueba de que tuvo en otro tiempo una importancia de que hoy absolutamente carece. En efecto, á su historia se refieren tradiciones muy memorables, entre otras el tan heróico como sangriento sacrificio de las doncellas mártires que se mutilaron horriblemente para esquivar los halagos del rey moro Abderramen, y la célebre batalla dada el dia 6 de agosto del año 934, en que Ramiro II, poseido súbitamente de un entusiasmo á que parecia poco acostumbrado, se jugó resueltamente contra los sarracenos el todo por el todo. La historia nos dice que los simanquinos se cubrieron de gloria en aquella feliz y trascendental jornada.

Aumentaba la influencia de la villa de Simancas, no solo la circunstancia de ser plaza fronteriza del reino de Leon y Castilla, sino tambien su posicion topográfica, que, haciéndola dueña de todo el país circunstante, la deparó la ocasion de distinguirse en los obstinados sitios que sufrió en el transcurso de mas de tres siglos, y el papel casi de protagonista que desempeñó en la famosa lucha de las Comunidades de Castilla.

En lo mas culminante de la colina se eleva un castillo almenado, de severo aspecto, que los Reyes Católicos reunieron al dominio de la corona, prévia indemnizacion á sus propietarios, que lo eran en el siglo XV los almirantes de Castilla. Esta fortaleza es casi tan antigua como la poblacion que domina, y se halla perfectamente conservada. Amurallada sólidamente y cercada de dobles fosos, se penetra en su interior por dos puentes que fueron en otro tiempo levadizos, de los cuales el uno mira al Oriente y el otro al Occidente, estrivando hoy cada uno de ellos en un arco de escelente construccion. Por el que mira á Poniente se llega á una entrada arqueada tambien, que tiene encima esculpidas las armas reales, con dos cubos á los lados que parecen sus centinelas inmóviles y permanentes. Análoga arquitectura ofrece la entrada en que termina el puente que mira á Levante, y que fue construido en tiempo de Cárlos II. Este castillo ó fortaleza antigua tiene tradiciones propias, á mas de las que se refieren á la villa. Convertido en prision de Estado, en sus gruesas paredes se han estrellado gemidos muy dolorosos. En él mandó encerrar Fernando el Católico, el 20 de julio de 1515, á Antonio Agustin, vicecanciller de Aragon, que se atrevió á declarar el amor que devoraba su alma á la reina Germana de Foix; en él el célebre don Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que tan activa parte tomó en la lucha de los Comuneros, sufrió por órden de Cárlos V la muerte á que le hizo acreedor la que él dió al alcaide de la fortaleza; en él exhaló sus vanas quejas el señor de Montigny, el desgraciado Floris de Montmorency, cuando resolvió Felipe II hacerle morir secretamente. La torre en que permaneció preso se llama hoy *el Cubo del obispo*, por haber estado tambien encerrado en ella el obispo de Zamora, y en su techo se notan algunas argollas denegridas, restos, segun la tradicion, de los instrumentos de tortura que magullaron al desventurado jefe de las Comunidades.

La fortaleza de los almirantes de Castilla, destinada despues á servir de cárcel de estado, es hoy el tan famoso archivo de Simancas. Este nuevo objeto á que se la dedicó la metamorfoseó esteriormente muy poco, ó al menos no menoscabó en lo mas mínimo su antigua é imponente fisonomía; pero la modificó interiormente de una manera profunda. El genio del inmortal Herrera se encargó de darle el carácter que correspondia á su nueva aplicacion. Tiene muchas piezas y muy capaces, dispuestas de modo que los armarios en que se colocan los papeles están practicados en el mismo espesor de las paredes, lo que tiene la gran ventaja de no reducir el local, y las estanterías, que son de yeso, lo mismo que los tabiques en que se apoyan, si bien á mi entender espenen demasiado á la humedad los documentos que en ellas descansan, los preservan de las larvas de roedores insectos que se engendran en la madera.

La puerta que mira á Levante está casi condenada, pues solo se abre para dar paso á las remesas de documentos nuevos que solicitan ser depositados en el archivo. La otra puerta, que es la principal, no deja penetrar en el edificio sino despues de haber cruzado un contrafoso que ciñe toda la fábrica interior, el cual está cerrado por una verja de hierro de dos hojas que comunica con el interior de un torreon ó cubo embaldosado, cuyas paredes son sumamente gruesas. A la izquierda hay otra puerta de madera, forrada en otro tiempo de cuero, que cierra una galería muy elegante por la esbeltez y atrevimiento de sus arcos, descubriéndose desde ella el patio principal.

En el interior del edificio abundan las inscripciones, siendo notables, una que se lee encima de la puerta del átrio, otra que puso el célebre Berruguete en una piedra que corona las puertas de bronce del *Rotumdum* ó patronato real antiguo, y otra que se escribió en conmemoracion de la visita que Fernando VII y su esposa Amalia hicieron al archivo en 1828.

El archivo se divide en salas, cuya denominacion está tomada de la naturaleza de los documentos que contienen. En el siguiente estado constan la numeracion, el título y el número de legajos que en cada sala se conservan.

Numeracion.	Título.	Número de legajos.
1	Estado.	3,839
2	Secretarías provinciales.	2,3 4
3	Secretarías provincia es.	469
4	Registro general del sel o.	444
5	Registro general del sello.	959
6	Libros generales.	576
7	Registro general del sello.	716
8	Registro general del sello.	1,171
9	Visitas de Italia.	642
10	Patronato real.	267
11	Consejo y secretaría de Hacienda. .	3,947
12	Escribanía mayor de rentas.	1,321
13	Estado.	3,056
14	Estado.	1,136
15	Contaduría mayor, primera época. .	1,616
16	Contaduría mayor, segunda época.	2,720
17	Obras y bosques.	3,330
18	Cámara de Castilla.	2,651
19	Pleitos y contaduría del sueldo. . .	1.402
20	Real patronato eclesiástico.	330
21	Pesquisas y averiguaciones.	662
22	Contaduría mayor, tercera época. .	4,296
23	Contaduría mayor de cuentas, cuarta época.	413
24	Contaduría mayor de cuentas, cuarta época.	691
25	C ntaduría mayor de cuentas, cuarta época.	2,171
26	Contaduría mayor de cuentas, cuarta época.	913
27	Contadurías generales.	2,451
28	Contadurías generales.	2,880
29	Sin papeles.	
30	Secretaría de Gracia y Justicia. . .	714
31	Secretaría de Gracia y Justicia. . .	962
32	Guerra y Marina.	4,159
33	Mar y tierra.	3,136
34	Guerra y Marina.	3,587
35	Secretaría de Marina.	962
36	Direccion general de rentas.	1,192
37	Direccion general de rentas.	1,274
38	Direccion general de rentas.	1,937
39	Direccion general del tesoro y contaduría general del reino.	1,543
40	Direccion general del tesoro y contaduría general del reino.	1,806
41	Direccion general del tesoro y contaduría general del reino.	1,576
—	Contaduría de Cruzada.	591
—	Inquisicion.	3,937
		74,858

La sala 29 contiene los papeles pertenecientes á la Corona de Aragon; pero cuando yo inspeccioné el Archivo, comisionado por el gobierno, se hallaba vacía por haberse remitido sus legajos al archivo de Barcelona en 1852, en virtud de real órden.

Habia á la sazon sin numerar tres salas con los papeles de la direccion general del Tesoro y de la contaduría

general del reino, y estaban sin papeles una contigua á estas, la antigua capilla y su sala inmediata. En el mismo se encontraban dos sobre las salas 32 y 33.

Ignoro si en las salas entonces vacías se habrán colocado los papeles de la estinguida suprema Inquisicion, y los de la contaduría de la Cruzada.

Una sala que se halla antes de la 13, de Estado, no estaba habilitada.

(Se concluirá en el próximo número.)

A. Ribot y Fontseré.

EL POETA.

Enigma de todas las generaciones y de todas las edades, el poeta ha llegado hasta nuestros dias, sin que sepamos ciertamente si es una verdad ó una utopía, si es un bien ó un mal para la humanidad.

Porque el poeta ha cantado á todos los poderes y á todas las ideas.

Porque el poeta ha sido hereje, fanático, ateo, burlon, sério, creyente, escéptico, lascivo, pudoroso, filósofo, juguetón... ¡qué sé yo que mas!

Sobre las páginas de la historia, sobre las queridas leyendas de los pueblos, sobre los orgullos nacionales, se ha alzado su poderosa voz, siempre para aplaudir, siempre para exagerar todos los sentimientos, y descartarlos del polvo con que la tierra los envolvia á su contacto.

Por eso el poeta ha sido alternativamente el bien y el mal; la espada que hiere y el bálsamo que cura; el escarnio que destroza y el llanto que consuela.

Ha sido la lava del volcan que marchita á su paso las flores y derriba los árboles, para librar á otros mil árboles y á otras mil flores de los sacudimientos de la tierra.

Pero el poeta á mas de estas distinciones de tiempo, posee otra mas profunda.

Al enaltecer nuestras facultades, al dar un baño de dulzura á todo lo que el hombre siente y piensa, puede hacer uso de su imaginacion, ó de su corazon.

El poeta de imágenes.

El poeta de lágrimas.

Hé ahí las dos grandes poesías que en todas las épocas se han disputado la victoria.

Y la voluntad se ha dirigido por esas dos sendas, aprisionada é impotente, como el rio por su cauce.

Y usando la poesía de medios superiores, como el alma de que nacen, ha dado tambien resultados superiores sobre los demás agentes que inclinan al hombre, al mal ó al bien.

El oro, el cálculo, la influencia y el dominio, han producido todos los pequeños crímenes y todas las pequeñas heroicidades de la tierra.

CASTILLO Y ARCHIVO DE SIMANCAS.

La poesía y la elocuencia han hecho nacer lo monstruoso de la barbarie, y lo heróico de la grandeza.

Verdad es que muchas veces la poesía siguiendo los hechos consumados, solo se ha limitado á apoyar y sostener un principio cualquiera.

Pero en este mismo caso ha sido su guia y su sosten, su escudo y su coraza.

Tambien el poeta ha sido el cantor constante de las pasiones y del amor.

¿Y cómo no cantar á la mujer y al amor, cuando el esceso de imaginacion y de sentimiento lleva en sí mismo una sensualidad escitante, una lascivia *espiritual* (permítasenos la frase), y un perfeccionamiento de formas indescriptible?

El poeta sin amor, es el soldado sin armas; la flor sin riego; la luz sin espacios que ilumine; la hermosura sin vida.

El amor es su medio, es su camino necesario, es el aroma de sus pensamientos.

Su término puede ser diabólico ó santo; su mision escéptica ó creyente; pero su senda es lo bello, y lo mas bello para el hombre es el amor en toda su estension.

Pero con este principio, con esta aplicacion necesaria, no conseguiremos sin embargo aclarar ni resolver la duda que encabeza nuestro artículo.

El amor por sí solo es otra de las claves enigmáticas que Dios otorgó á la humanidad, mientras ocupe la tierra, *mansion clásica de la ignorancia.*

Y no incluimos en ese amor, el amor sublime de Jesús, la hermosa fuente de la caridad, el puro manantial de la patria, ni el tranquilo y bello goce de la familia.

Hablamos lisa y llanamente del amor sexual.

Y ese amor sexual, tan concreto, tan definido y tan claro, es á pesar de todo el que ha dado origen á tantas magníficas epopeyas, y el que ha servido de guia al poeta en sus varios y contradictorios caminos.

Homero, poeta de imágenes canta el amor impetuoso y criminal.

Virgilio, el amor griego de las formas, del arte y del clasicismo de la materia.

Ariosto el amor de la edad media.

Dante el amor soñado.

Goethe, poeta de corazon, el amor delirio.

Espronceda el amor perdido.

Byron el amor materia que domina al mundo.

Y por esas sendas que partiendo de un mismo punto, se alejan lentamente unas de otras, Homero y Virgilio llegan á los héroes fabulosos, Ariosto á la caballería andante, Goethe al escepticismo mistificado y científico, Dante á la religion, Espronceda á la desesperacion, y Byron á la carcajada del desprecio.

¿Cómo, pues, quereis que os definamos al poeta, restringido, condensado y preso en versos y estancias, y mucho menos al poeta libre, que exhala su inspiracion en un canto, ó en una frase, en un cuadro, ó en una estátua?

El literato, tipo del esclusivo dominio de nuestro siglo, ha sido analizado por muchos escritores, pero ¿dónde está el análisis del poeta, considerado en su esencia?

¿Buscais su forma? Homero es ciego y viejo cuando llena el mundo con sus obras: Byron hermoso, Ariosto altivo, Virgilio humilde, Espronceda *crapuloso*, Goethe brillante.

¿Buscais su cabeza para sujetarla al escalpelo moral de Gall? Las teneis de todas especies y figuras: angu-



ENTRADA DEL GENERAL O'DONNELL Y DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA EN MADRID EL DIA 11 DE MAYO.

losas, redondeadas, cónicas, prolongadas, regulares, monstruosas... ¡quién puede decirlo!

¿Intentáis sorprender su mirada? Su mirada es su pensamiento: sus miradas son sus obras y sus obras se parecen entre sí tanto como la Iliada á don Juan, como la Divina Comedia al Fausto, como el Orlando al Diablo Mundo.

En resúmen el poeta es el *pandemonium*; el *algo* que está en la atmósfera, que se encarna do quiera, que brilla, que arrastra un momento á la humanidad y que desaparece en seguida, para volver de nuevo en otra generacion y en otro siglo, vestido con otro traje y armado con otra idea.

Los héroes de Homero serian hoy bandidos y el Adan de Espronceda, en la edad media, un fantasma digno de la hoguera.

El poeta es su siglo embellecido; si su siglo es el crímen, será el crímen grande y hasta hermoso; si su siglo es la virtud será la virtud de los ángeles.

¿Por qué arrojais sobre su frente la maldicion ó las bendiciones que os inspiran sus obras?

Sus cantos son una historia viva, como las piedras son una historia muerta.

Y al ver el perfil de sus siluetas en el cuadro de los siglos, les hallareis por único delito, haber pensado ó llorado mas que sus contemporáneos.

El poeta ha de ser tambien el hombre con sus pasiones

y defectos; y en el hombre tarde ó temprano se infiltran las pasiones del siglo que le bautizó.

Alma ó materia, canta porque Dios le concedió un rayo de luz para que iluminase las inteligencias, como mandó al sol un soplo de fuego para que alumbrase.

Canta porque no puede permanecer silencioso, porque es su deber y su destino, y porque le guia una mano omnipotente.

Y cuando su voz ha perdido la fuerza: cuando el eco ha llegado hasta el fondo de las cabezas ó de los corazones, el poeta se disipa para que otra voz fresca y lozana venga á reemplazar á la suya, y á cumplir su destino en otro siglo y en otra generacion.

Ese es el poeta en la historia y en nuestro siglo: no es el hombre bueno ni malo; es el hombre simplemente.

Pero ¿y ese poeta soñado (me direis), todo amor, mezcla indefinible de todas las poesías, amalgama confusa de las bellezas de la humanidad, y ángel sin mancha ni defecto?

¡Ah! ese poeta solo existe en nosotros: buscadle en vuestra imaginacion y en vuestros deseos, como buscais en ellos una sociedad mas perfeccionada.

Si lo concebís, mi descripcion os parecerá pálida y débil; si nunca le habeis soñado, ¡para qué exigís de mí otro sueño mas!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

EL HOMBRE CONOCIDO.

A MI MUY QUERIDO AMIGO DIEGO GARCÍA NOGUERAS.

El hombre conocido es un tipo de nuestra sociedad, tan adherido á ella, desde tiempo inmemorial, como la hiedra al tronco del álamo, como los quevedos á las narices del pollo, ó como el cesante á los faldones del frac del ministro. Siendo como digo una figura de orígen tan remoto, no carece sin embargo de alguna novedad por el abuso que de tal dictado se hace en el siglo que atravesamos y por la facilidad con que se propaga, la mayor parte de las veces tan solo por un quítame allá esas pajas, por un rey de oros bien venido, por unas calabazas anticipadas, por un artículo de fondo sin fondo, por una pirueta ó contradanza, por un chiste sangriento, por un puñetazo de la fuerza de cuatrocientos caballos, ó por una oda sin poesía ó una poesía sin versos, etc., etc. De aquí resulta que la perspicacia se propaga con pasmosa rapidez en todos los seres contemporáneos, siendo consecuencia precisa el que nos conozcamos, mas que de vista, todos mútuamente, lo cual llegará dentro de poco á vulgarizar el tipo del hombre conocido, sepultando en el ignorado rincon de la oscuridad las proezas que le sirvieron de pedestal para descollar entre la multitud á favor de las exageradas alabanzas del vulgo.

Mas para buscar al hombre conocido trasladémonos, momentáneamente, al Prado, á ese torbellino de miriñaques, levitas, blondas y sombreros, á ese pandemonium del verano madrileño, cuya atmósfera se hace mas densa, y se espesa como el chocolate, cuando el aire descompone los enharinados rostros de las bisoñas y amojamadas damas que allí se recrean. En este teatro de los triunfos de nuestras fresquitas celebridades encontraremos el tipo que trato de bosquejar.

Ved el primer ejemplar de la tirada; es un hombre conocido á los cuarenta años de edad, que se halla debajo del farol núm..... martirizando á una silla y dándose tormento con un corrido veguero de á dos cuartos.

Pasa la baronesa de X con sus hijas y todas saludan en coro, con las palabras de «abur, García.» García hace un saludo de indiferencia.

Detrás viene un individuo del cuerpo diplomático estranjero; y al divisar á mi hombre, exclama: «Adios, caballero García.»

Llega una manada de pollos escuálidos en peloton, haciendo mas ruido que una caja de truenos de un teatro de aficionados, y todos pronuncian estas frases: «García, he! García... beso á V. la suya.

Y luego un actor *de papelitos*; un jefe de hacienda, una corista jubilada, un agente de negocios, la señora del banquero Buenafé y otras infinitas personas diciéndole unos, «García, abur,» otros, «¡ qué distraido está García!» varios, «García, ¿parece que se toma el fresco?» y los demás, adios, abur, á tu órden, servidor, que V. lo pase bien, García. García contesta á todos con un movimiento desdeñoso de cabeza, escepto á aquellos á quienes va á necesitar al otro dia, hasta que algun curioso de los pocos que no han saludado á nuestro personaje famoso, se dirige á uno de sus amigos en cuyo brazo va apoyado, y le dice:

—¿Quién es ese?

—¿No le conoce V.? Es estraño.

—Le conozco de vista.

—Ya decia yo, repone el otro, ¡ pues si es un hombre muy conocido!

—¿Por qué?

—¡Toma! como uno de los economistas mas famosos de España, y además profesor de lengua italiana y maestro de equitacion, sino que por lo que mas se distingue es por su nota de jugador de damas.

—¿Qué, juega á las mujeres?

—¡No!, hombre! al juego de las damas.

—¡Ah! ¿y se llama?¡

—Qué sé yo cuántos García.

El interpelante dice para su capote, ó sea ranglan de canícula, «quedo convencido,» y á la vuelta siguiente un nuevo, «para servir á V., García,» viene á hacer el numero mil y uno de los saludos que le han sido dirigidos en aquella tarde.

Paso, paso, á Julio Revuelta, jóven escuálido, correspondiente de la comision de investigaciones de monumentos antiguos en el estranjero. Este cuenta veinte y dos años de edad. Todo el mundo le conoce. Es decir, todo el mundo que frecuenta el paseo, los toros, el teatro y el café Suizo. «¡Qué talento tiene Revuelta! ¡Cuánto vale ese muchacho! ¡Es un jóven distinguido! ¡Vamos, que el genio que ha adquirido Julio, para los años que tiene, no le alcanzan muchos!

Estas son las frases con que se rocía de vanidad al histrion de los salones.

—¿Pero qué ha hecho ese Revuelta? pregunta un dia una señora mofletuda, que aunque sorda, ha oido hablar del novel hombre conocido; ¿qué ha hecho, que siempre anda su nombre zumbándome en los oidos?

—¿Qué, qué ha hecho? Pregúnteselo V. á nuestro amigo Caraciolo, responde un sugeto que pasa por descontentadizo, incrédulo y rígido en sus apreciaciones, y Caraciolo repone, sí, sí, que diga Advíncula lo que vale Revuelta, y Advíncula con aire de conviccion esclama: ¡Yo lo creo! segun Tolentino, el primo de la cuñada de mi hermano político, Revuelta es un jóven de gran porvenir.

—Yo estoy en lo mismo, dice otro.

—Soy del mismo parecer, corea el de mas allá.

—Es innegable, repite un eco, tercero en concordia.

—Total, esclama la señora sorda, amoscada recordando que Julio dejó plantada á Mariquita, su vecina de enfrente, en vísperas de casarse con ella; Julio Revuelta es una notabilidad de referencia, de esas á quienes halaga la fama distraida.

—Señora, dispense V. que la digamos que se equivoca, berrean sus amigos. Y la señora mofletuda les objeta nuevamente.

—¿Pero ese jóven para qué sirve? ¿En qué consiste su mérito?

—Le diré á V., contesta por fin el mas íntimo amigo suyo. El no será una gran cabeza... pero tiene una figura tan simpática! ¡canta canciones andaluzas con tanta gracia! ¡es tan elegante, tan decidor y tan despreocupado...!

Hé ahí otro de nuestros muchos hombres conocidos.

En el gabinete de lectura de una sociedad literaria, se encuentran dos individuos conocidos entre sí, aunque desconocidos para el mundo, por casualidad, y con ribetes de hombres de letras.

—Prudencio, dice el mas jóven á su compañero, mira qué cuatro líneas tan pomposas, y tan merecidas, dedica este periódico á nuestro amigo Estro; y Salustio lee lo siguiente:

«El popular, aristocrático y muy conocido y aventajado escritor, poeta lírico, filósofo é historiador concienzudo don Lucas Estro, piensa escribir y dar á luz un poema didáctico titulado *El espíritu*. Aplaudimos la idea de este jóven literato y esperamos con impaciencia esta obra (la primera de su autor), en la cual esperamos sobresalgan las bellezas y los conceptos, lo cual unido á una versificacion robusta y cadenciosa, constituirá un libro, que desde luego nos atrevemos á calificar de modelo en los anales literarios modernos.»

Al oir esto Prudencio, que es un muchacho que tiene bastantes adarmes de sentido comun, esclama: «¡bonito suelto necrológico! Claudio recibe este epígrama con sonrisa de contrabando, diciéndole:

—No seamos injustos. Estro vale mucho. Yo le creo muy capaz de presentar una creacion poética y filosófica que le eleve á gran altura, y luego añade:—Si su padre no se hubiera empeñado, tenazmente, en hacerle perder los años de su juventud estudiando la partida doble, en la cual dicen, aunque yo no lo creo, que hace asombrosos adelantamientos, hubiera este muchacho compuesto tres ó cuatro poemas al año y seria hoy una gran cosa; pero con esos áridos libros de cuenta y razon ¿qué ha de suceder? Estro no ha nacido para resignarse á ganar tres duros miserables diarios en una casa de comercio... dejadle que vuele, que haga poemas, dramas, que desenvuelva una gran idea, que se remonte y vereis como...

—Como se muere de hambre.

—Prudencio, tú no conoces á Estro, cuando dices eso.

—¡No le he de conocer! ¡si le conoce todo Madrid!

—Superficialmente.

—Como á casi todos los hombres conocidos.

—¡El tiene un nombre literario... científico!

—No, de pila; se llama Lucas y nada mas.

—Lucas Estro.

—Ese apellido es fraudulento... debe de ser elegido por él.

—Pero cuenta con una reputacion de escritor público, de gran tirador de florete y de tresillista, títulos todos que se ha ganado...

Esta escena que tiene lugar en un dia de primavera, queda, despues de un caloroso debate, terminada. Llega el verano y los periódicos dicen á una voz:

«El conocido escritor don Lucas Estro, etc., etc., se ha trasladado á Chamberí, al Paseo del Cisne, á escribir su esperado poema, que llevará por título *El espíritu*.»

Al cabo de un mes repiten:

«El conocido escritor don Lucas Estro, etc., etc., acaba de perder á un tio de su señora madre, lo cual, desgraciadamente, le impide escribir por ahora su poema que habia de titularse *El espíritu*.»

Llega el otoño y vuelven á decir:

«El conocido escritor don Lucas Estro, etc., etc., parece que va á ser nombrado, por su mérito en la contabilidad, tenedor de libros de la nueva sociedad industrial marítima *La estrella polar*. Con este motivo tendrá que renunciar á la continuacion de su poema didáctico titulado *El espíritu*, del que lleva escrito el primer capítulo, que es digno de la pluma de Lamartine.»

Al poco tiempo resuena nuevamente la trompa de la prensa periódica en alabanza de nuestro hombre conocido con las siguientes líneas:

«Parece que ha resultado inexacta la noticia que dimos hace pocos dias de haber sido nombrado nuestro amigo el conocido escritor don Lucas Estro, etc. etc., tenedor de libros de la sociedad mercantil *La estrella polar*. Esperamos que pronto dé á luz su poema titulado *El espíritu*, de que ya tienen noticia nuestros lectores.»

El dia en que se publica esta gacetilla se encuentran en el Prado Prudencio y Salustio, sus amigos, entablándose entre los dos el siguiente diálogo:

Prudencio dice:—¿Sabes de Estro?

Salustio contesta:—Sigue en Chamberí.

—¿Cuándo publica su poema?

—Pronto.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque ha tenido un duelo en el cual ha recibido una estocada en el brazo derecho, que le imposibilita para rato.

—¿Y qué causa?...

—Por una jamona, propietaria, con quien jugaba allí por las noches á los tres sietes.

—Me estraña no haber sabido nada por los periódicos...

—Ya lo dirán para que no se ignore en Madrid, un acontecimiento de tanta importancia.

—Te burlas!...

—No, te enseño á conocer la sociedad en que vives. Estro es un mentecato y nada mas...

— Pruébamelo.

—Escucha. Con la máscara de escritor público, y merced á media docena de gacetillas, medio que va cayendo en desprestigio, ha engañado hasta ahora, á cierto número de crédulos, indiferentes ó ignorantes, cuando todas sus obras literarias se reducen al primer capítulo de un mal llamado poema, el cual está tomado de una obra francesa contemporánea. Con su reputacion en la ciencia de los Homeros, hizo que se le supusiese nombrado tenedor de libros de La estrella polar. Era que él buscaba ese empleo, que nunca hubiera podido proporcionarle su actitud, por medio de aquella gacetilla. Con sus ínfulas de maestro de armas logró que le respetasen los tímidos ó flacos de corazon, y en suma, hoy solo le queda su honroso título de maestro en el arte de la baraja, para lo que realmente le da el naipe, con el cual podrá bien pronto tomar la borla de doctor en la ciencia de los tahures y justificar su fama de hombre conocido.

Estro debiera haber completado el *tableau* de mi artículo; pero no me es dado resistir á la tentacion de bosquejar á mis lectores otro tipo del hombre conocido que es la figura que más debe destacarse en este capricho, y no de Goya, que va dejando tras de sí los puntos de mi pluma.

Atravesaba yo un dia, á la una de la tarde, la desmoronada Puerta del Sol gravemente preocupado y sin advertir como á los rayos del mismo se derretia hasta el charol del forro de mi sombrero, deslizándose por mis carrillos aquel líquido hirviente y murmurando para mis adentros. «¡Jesús y cómo sudo la gota gorda! cuando sacáronme de mi abstraccion una andanada de palabras con que los eternos rondadores de la garita de correos saludaban á gritos á una humanidad de tres piés de estatura y nueve arrobas de peso, colorada, con frac negro y pantalones blancos, que llevando, tercien armas, un cucurucho de cuatro libras de fresa atravesaba á la sazon aquellos sitios. Era la humanidad de un hombre conocido, de aquellos de quien se puede decir lo del caballo de Atila, que donde ponen la planta no vuelve á nacer yerba. Era don Pio Gotera, oficial cesante de la contaduría de valores. Dirigíase hácia mí, y al encontrarnos, lector mio, frente á frente, la tierra retembló produciéndome un angustioso mareo, y el cual apenas me dejó articular las palabras de servidor de V., don Pio.

—Abur, compadre, me dijo él, añadiendo—¿á dónde se va?

—A salir de este infierno, contesté apretando el paso.

—Yo vengo de ver los músicos en la Plaza Mayor.

—¿Pues qué trae V. con los músicos? le pregunté andan o cada vez mas de prisa.

—¡Calle V. por Dios, hombre! ¿Pues no me quieren

setecientos reales por dos voces y dos bajones?... pero... hizo un par de saludos y prosiguió. Decia á V. que tenemos que hablar sobre...

—¡Chist! don Pio, le interrumpió nuevamente una voz de tiple, ¿qué monumento es ese que lleva V. en brazos? Mi hombre hizo un saludo de disgusto á su interpelante y bajando la cabeza y aligerando el paso llegamos á la esquina de la calle de la Montera y al divisar la casa de Scrop... quiero decirle á V. repitió... un nuevo saludo acompañado de varias frases vino á cortar la suya.

Si, fácil es, le repuse, advirtiendo que en cinco minutos habia echado siete beso á V. las manos, tres adioses, un que V. lo pase bien, veinte y cinco abures y media docena de á los piés de VV., fácil es que V. me hable como no nos metamos en un portal. Sacó el reloj, miróle atentamente diciendo: eso no puede ser; tengo la una y media y á las dos en punto he mandado que esté la sopa en la mesa, y haciéndose el distraido á los innumerables saludos que se iban reproduciendo murmuró, ¡qué quiere V. es uno tan conocido que...

El charol derretido que poco antes caia por mi frente habiase enfriado poniendo mi cara en un estado tal de contraccion que no pude menos de rogar á don Pio que me dijera por fin lo que deseaba. Otro nuevo encuentro suspendió por la vigésima vez nuestra conversacion y tras él una pregunta suelta y otra atada, que por hallarme cerca pude coger al vuelo. La primera fue la de una señora que le dijo bajando la voz: ¿Cuándo me envia V. la patente?

—Eso es cosa del contador, señora, respondió: yo estoy muy ocupado, y se despidieron.

La segunda era dirigida por un señor que tenia trazas de militar retirado, el cual le dijo con gran misterio. ¿Ha leido V. la *Regeneracion* de ayer? A lo cual contestó Gotera, como temiendo haber caido en falta ó como si se tratara de un delito de lesa magestad.

—Amigo, no he podido.

—Pues no deje V. de leerla antes de acostarse.

—¿Pues qué hay?

—Nada, nada, léala V. y me dará las gracias.

El retirado se retiró y don Pio me dijo:

—Amigo, dispense V... añadiendo; esta carga me incomoda; á mí no me sienta bien la fresa sino la compro yo mismo en los portales de Santa Cruz, pero... no nos dejan en paz: mejor seria que nos metiéramos en un coche y asi podríamos hablar con tranquilidad. Dirigímonos á uno que estaba parado frente á la fuente de la Red de San Luis. Al verme abrir la portezuela, sonrióse el auriga y fijando la vista en don Pio esclamó: Va, ya no me conoce el señor de Gotera... En verdad que no recuerdo, repuso don Pio, mientras yo deletreaba, ¡tambien le conoce!—Soy Juan, prosiguió el gallego, ¿no se acuerda?

—No caigo.

—Pues á fé que buenas tazas de café y cupejas de rom le he servido en Levante.

En esto íbamos á entrar en el carruaje, cuando sentí que me cogian de un brazo por detras, volví la vista hallándome con uno de esos inoportunos de oficio que se entretienen en hacer perder la paciencia al desdichado que cae en sus manos.

—¿A dónde vamos amigo? me dijo.

—Voy á un asunto urgente con este señor, repliqué, asi dispense V. que no me detenga.

—¡Calle! ¿va V. con el señor? dijo señalando á don Pio y soltando una carcajada.

—¿Qué tambien le conoce V.?

—¡Hombre! esclamó entre risa y sorpresa: ¿no quiere V. que conozca á mi casero?

—Somos antiguos compadres, dijo Gojtera.

—¡Otro! tartamudeé yo desesperado, temiendo que se acercara á hablar á mi compañero, hasta la casa de Astrearena. Zambullíme en el coche en donde ya se habia arrellanado don Pio con su cucurucho de fresa entre las piernas; despedímonos del importuno del último saludo; Gotera dijo á Juan, su ex-mozo de café—llévanos á la calle de la Palma, número tantos, iba á añadir el cuarto y se detuvo; el coche empezó á moverse, mas el importuno asomó las narices por la ventanilla, diciendo á mi compañero:

—¿A qué hora suele V. estar en casa?

—En este tiempo, respondió, desde las cuatro de la mañana en adelante. Juan santiguó al caballo; este hizo un esfuerzo sobre sí mismo y partimos.

—Gracias á Dios, esclamé, al verme en disposicion de poder oir á mi amigo;—hable V.

—Usted dirá que me valgo de la ocasion, dijo Gotera.

—No comprendo.

—Me he acordado de que V. es poeta y quisiera tomarme la libertad de pedirle un favor.

—Diga V. repetí.

—En primer lugar, es el caso que hace unos dias murió la mamá de uno que fue compañero mio, allá en la Contaduría de Valores. El está muy triste.

—Es natural.

—Y ya que no pueda otra cosa, quiere que un poeta le haga unos versos para la lápida que se ha de poner en el nicho donde está enterrada su buena mamá y con este motivo yo me he acordado de la amabilidad de V.

—Muchas gracias, le contesté afligido por la revelacion.

—Todo se lo merece V., tartamudeó el inflexible Gotera, con el aire del que va á hacer un favor. Nada, no se tome gran incomodidad, con media docena de décimas hemos salido del paso.

—¡Hombre, repuse, V. quiere una historia en verso!...

—Si le parecen á V. muchas, rebaje las que guste; quiere decir que tambien le iba á encargar á V. (esto pagándoselo por supuesto) unas coplillas que quiero que me pongan en música para cantárselas á San Roque en una novena que varios devotos le hacemos todos los años; con que lo que sobre en una cosa vendrá bien en la otra.

—No está mal pensado. ¿Y es esto todo lo que me tenia V. que decir?

—Si señor.

—Será V. servido; pero no respondo de que me salgan bien los versos porque yo no sé hacerlos tristes.

—Hace V. bien, porque los versos tristes ya solo han quedado para estos casos. Pero, en fin, llene V. un par de pliegos de papel y estamos al cabo de la calle.

—¡Santa palabra! esclamé yo al ver realizadas las palabras de Gotera. Paróse el coche al cabo de la de la Palma; se apeó el hombre conocido; contó treinta y cuatro cuartos que llevaba sueltos, diciéndole al cochero: toma por la carrera, y dirigiéndose á mí ¿quiere V. acompañarme á la mesa? Yo le dí las mas espresivas gracias, indiqué á Juan á dónde me habia de conducir, y huí reflexionando que la compañía en la mesa de Gotera, podia, si me descuido, haberme costado el dinero asi como la del coche.

Al dia siguiente escribí dos letras á don Pio eximiéndome de su encargo y dispuesto á no verle mas ni á oir hablar de él siquiera; pero el fantasma del hombre conocido nos persigue á todas partes, suspendido como la espada de aquel griego, sobre nuestra inocente cabeza.

Una vez tuve necesidad de ver el *Diario de Avisos* y encontréme en él tres ediciones del nombre del héroe del cucurucho. En los transportes como encargado en Madrid del ajuste de los pasajes de un buque que se iba á dar á la vela de Cádiz para América; en los anuncios generales, como curador *ad-bona* de dos menores, en cuyo nombre vendia una casa en Carabanchel y la tercera en esta forma:

LA SABIDURIA.

Sociedad para la esplotacion de la mina *Te veo.*

La junta directiva de esta sociedad, instalada en el año de 1840 y que en el próximo de 1858 ó á mas tardar en el siguiente, empezará á dar considerables productos, ha dispuesto señalar, como dividendo pasivo, la cantidad de 200 reales que los señores accionistas satisfarán al encargado de la recaudacion, al presentarles el correspondiente recibo. Lo que se avisa para que nadie alegue ignorancia. Por ausencia del presidente, el secretario-contador-tesorero, Pio Gotera.

Arrojé de mis manos el veterano anunciador que me habia traido á las mientes la entidad del hombre conocido y me dije abrumado por el peso de su recuerdo. ¡Que sea esta la última vez!

Habia pasado algun tiempo sin que, ni aun en sueños, se me representase la sombra de don Pio Gotera, pero ¡Oh desventura! desde ayer gimo bajo la influencia de su reproduccion. Ayer fui, contra mi costumbre, á dar dias á una señora, y ojalá que hubiera podido darla muchos porque ya cuenta setenta y pico de diciembres. Ya sabes, lector, á lo que se halla reducido eso de *dar los dias*; doña Potenciana es rica; llovia á cántaros, yo la dí los buenos dias, aunque ayer los dias eran malos; repito que llovia, con este motivo diluviaban targetas, acerco la mano al velador maqueado en donde se hallaban desparramados aquellos óbolos de la amistad que no queria mojarse, y entre aquellos remiendos de cartulina bristol, advierto uno fabricado en tiempo de Fernando VII; era un galgo á escape que ostentaba una esquela asida de los dientes, en cuyo sobre se leia: «Fidelidad;» dejo al galgo que corra cuanto quiera y fijo los ojos en un nombre que en letra gótica se enseñoreaba á sus piés, aquel nombre empezaba Pi.... no pude leer mas y cai desmayado.

¡¡Qué horror!! He vuelto en mí y me lamento de verme bueno. Si señor, yo no quiero vivir en el mundo mientras que exista en él esa falange de hombres conocidos.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

RECUERDOS DE UN MEDICO INGLES

EN MARRUECOS.

(1789-1790).

(CONCLUSION).

Las enaguas de las europeas son reemplazadas en las moras por un holgado pantalon de tela ó seda, y un pañuelo dispuesto con cierto arte, hace en ellas las veces de gorro y les cubre las trenzas. Tienen tambien, como las judías, perforadas las orejas en dos sitios, y se las adornan como ellas. Las moras son muy aficionadas á las alhajas: usan sortijas de diamantes, costosos brazaletes, collares de perlas ó semillas, de gran valor á sus ojos, cadenas de oro de las que penden sendos medallones, alrededor del cuello y del pecho, y en fin, anillos del mismo metal, en la parte baja de las piernas. Como el uso de las medias les es desconocido, usan zapatillas encarnadas, bordadas de oro, que dejan al entrar en sus habitaciones.

El traje de las mujeres del pueblo es mucho mas sencillo y hasta miserable: un pantalon de tela, una saya grosera sujeta á la cintura por una mala cuerda, y un pañuelo atado á la cabeza, constituyen todo su lujo.

El tocino representa un gran papel en el tocador de las moras, que ademas se coloran las mejillas con un encarnado muy subido, se pintan las cejas con unos polvos negros, de que tambien se sirven para hacerse señales en medio de la frente, en la punta de la nariz, en las mejillas, y una raya negra que, partiendo de la barba va á parar á los pechos; hácense igualmente una mancha encarnada en medio de la barba, y se tiñen de un rojo oscuro que tira á negro las uñas y la parte interior de la mano, pues la superior está abigarrada de unas señales indelebles.

Tal era, en tiempo del viaje de Lemprieres, la moda entre las mujeres de Marruecos, y debemos añadir que las moras y las árabes continúan en nuestros dias pintándose de encarnado diferentes partes del rostro.

Las mujeres del harem imperial no se entregaban á ninguna de esas primorosas labores que tanto distraen á las europeas, y todas sus ocupaciones se reducian á pasearse en los patios y á hablar entre sí. Tampoco, iguales en esto á las mujeres de los particulares, podian entrar en las mezquitas, donde los moros no permiten que el sexo femenino entre en ellas, porque su vista pudiera distraerlos de sus ejercicios de piedad; por esta razon, las mujeres oran en sus casas. Por lo demás, tal es el concepto que tienen de la inferioridad de las mujeres, buenas únicamente á sus ojos, para dar variedad á sus placeres, que Lemprieres nos dice que no les concedian parte en la bienaventuranza de los elegidos del Profeta.

Si los hombres tienen sacerdotes ó *talebs*, las mujeres tienen sacerdotisas ó *talebes*, escogidas entre las de clases acomodadas, ó las concubinas que saben leer y escribir, y saben de memoria algunos versos del Coran. En el harem habia algunas que instruian á los niños y los iniciaban en el conocimiento de los preceptos de la religion y de las leyes del país.

Las numerosas hijas del emperador son enviadas á Tafilete, asi que su edad les permite viajar, y allí se casan con los descendientes de los antepasados del emperador, que forman la poblacion de dicha ciudad, y cuyos habitantes son, en totalidad, segun se asegura, descendientes del Profeta, y pertenecen á la familia imperial. El abuelo de Sidi-Mahomet habia enviado trescientos hijos, cuya posteridad se evaluaba en tiempo de Lemprieres, en nueve mil, todos habitantes de Tafilete.

Los hijos del emperador llevan todos el título de príncipes, y tienen igual derecho á sucederle en el trono. Su padre los nombra gobernadores de provincias y ciudades, y bajaes, que se ocupan harto mas que de hacerse partidarios para disputar la corona á su padre, en enriquecerse con las exacciones de que hacen víctimas á sus administrados.

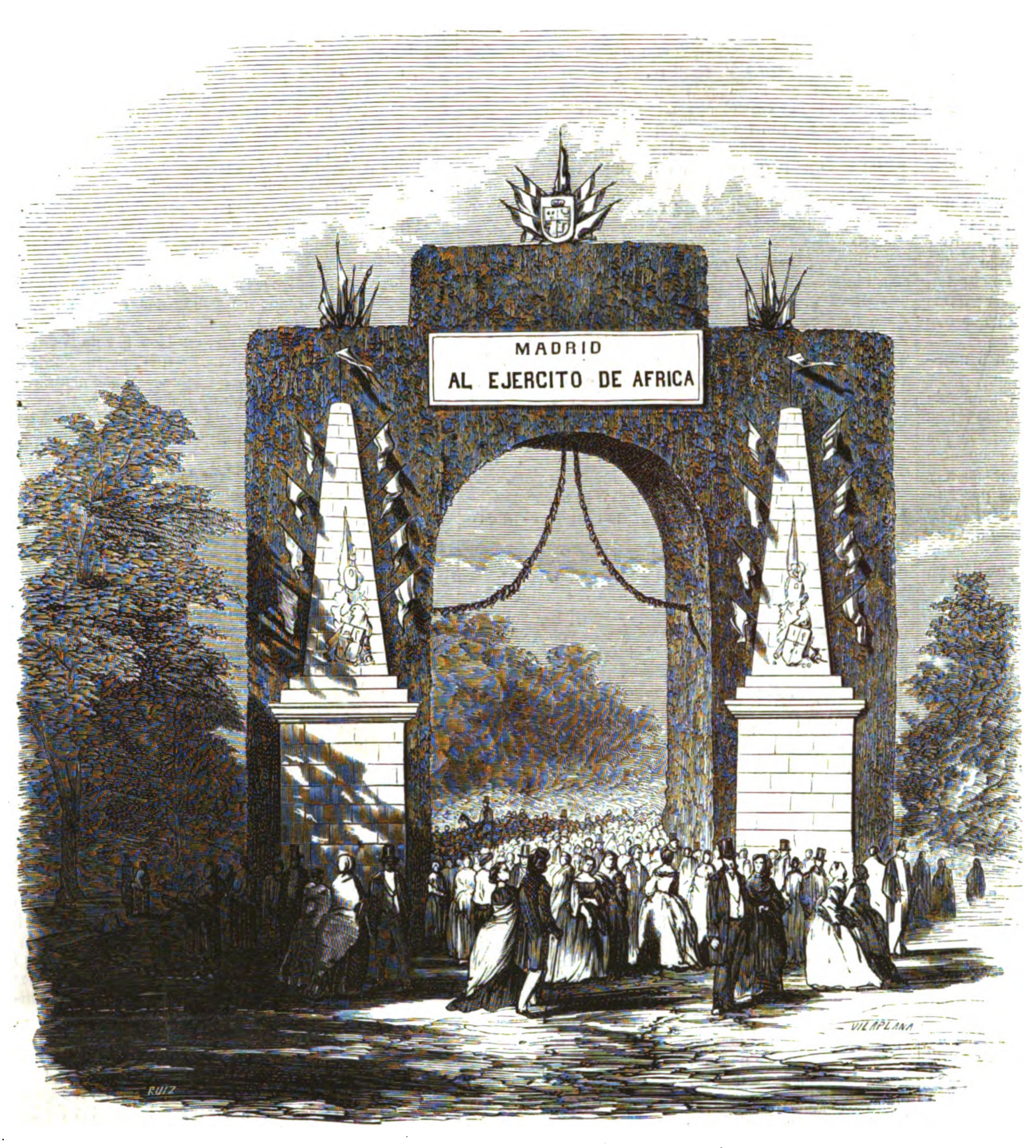
Las moras son blancas y descoloridas; su inteligencia es muy limitada, y nada se hace para desarrollarla, pues sus madres solo les enseñan á someterse á todos los deseos y caprichos de sus maridos, ante el cual tiemblan sin cesar mujeres legítimas, concubinas ó esclavas. Casadas, su libertad no es mayor que la de las sultanas del harem, y si alguna vez consiguen el favor de salir, se las obliga á encubrirse el rostro con un velo impenetrable. No obstante, cuando se juzgan seguras y encuentran á un europeo, olvidan la circunspeccion que les es necesaria, y la natural coquetería de las mujeres las induce á levantar una punta del velo, sonreirle y hacerle insinuaciones que él puede interpretar como le plazca. Arrostraríase, sin embargo, un gran peligro en dejarse alucinar, pues todo cristiano ó judío á quien se sorprende con la mujer de un marroquí, debe optar entre la muerte ó la religion mahometana. Por lo que respecta á la mujer, el castigo de su imprudencia es inevitablemente la primera.

Hay en Marruecos muchas negras que conservan el temparamento propio del clima en que han nacido: unas son concubinas, y otras esclavas cuyos hijos se destinan á la carrera de las armas. Muchas veces, sus amos, en remuneracion de sus servicios, les conceden generosamente la libertad. Los mulatos, hijos de moros y negras, son libres desde su nacimiento.

Ocho dias hacia que Lemprieres asistia á Alla-Zara, cuando el emperador le preguntó en qué estado se hallaba; y habiendo sabido su mejoría, le hizo entregar por conducto de la sultana, un doblon en un rico pañuelo de seda, y le prodigó promesas magníficas, de que, á decir verdad, nuestro doctor hizo muy poco caso.

A pesar de los atractivos de la hermosa Douyaw, y atemorizado ante las consecuencias que pudieran tener para él su ligereza y sus continuas inconsecuencias, y te-





ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN OBSEQUIO DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA Á SU ENTRADA EN MADRID.

miendo, por otra parte, que la mejoria de Alla-Zara sufriese alguna alteracion, y sus rivales renovasen contra ella una tentativa de envenenamiento, cuya primera víctima seria él, Lemprieres se ocupó con todo el calor posible de los medios de alejarse de un país donde continuaba cautivo, á pesar de la facultad de entrar en el harem.

Recurrió, pues, á la astucia, para poner un término á su cautiverio, y dijo un dia á Alla-Zara que ya no le quedaba nada de los polvos maravillosos que habia llevado para curar á Muley-Absulem, y con los que contaba tambien para curarla á ella; indújola, pues, á insinuar al emperador que le permitiese partir, á fin de procurarse en Gibraltar los remedios indispensables al efecto. Alla-Zara le replicó con viveza que no era necesario para esto su regreso á Europa, puesto que le bastaba hacer el encargo al cónsul de Inglaterra en Tánger, y que el emperador influiria vivamente para que este lo cumpliese.

Esta respuesta contrarió grandemente al doctor, que para salir del atolladero, hubo de representar el papel de un empírico, y manifestó que, como él era quien por sí mismo preparaba los polvos que tan buenos resultados habian producido en ella, él era el único que podia hallar en Europa las plantas de que los componia. Desde aquel momento Alla-Zara empleó todo su influjo y el de los hermanos del emperador para apresurar la partida de Lemprieres.

Sidi-Mahomet dió crédito á todo esto, y prometió dictar las órdenes convenientes, y entre tanto regaló al doctor dos jamelgos tan miserables, que este no pudo hacer de ellos uso alguno; por colmo de desdicha, cuatro guardias del palacio imperial le exigieron cada uno un *rixdale*, como un derecho que les correspondia por las *liberalidades* que el emperador hacia á los estranjeros. Lemprieres creyó que nada mas tendria que pagar, pero no tardó en convencerse de su equivocacion, pues al entrar en su casa vió á dos lacayos del emperador, que le exigieron por el mismo título otros cuatro *rixdales*; positivamente, aquellas menguadas cabalgaduras valian mucho menos de lo que costaron al pobre médico.

Pero lo peor del caso era que la órden con tanta impaciencia esperada, no acababa de llegar. Viendo esto, Lemprieres se presentó un dia en la audiencia del emperador, el que montado en un soberbio caballo, recibia la sombra que le daba un quitasol sostenido por un negro, mientras que dos esclavos agitaban cerca de su rostro dos abanicos, para refrescarlo y ahuyentar las moscas; los ministros estaban situados delante de él, y un centenar de soldados formaban un semicírculo para mantener á conveniente distancia la multitud; pero Lemprieres no consiguió hacerse ver del monarca. Precisado á volver al serrallo, donde en lo sucesivo solo permanecia el tiempo necesario para recetar y hacer tomar los remedios á la afable é interesante Alla-Zara, se afligia por su suerte, hasta que al fin un dia recibió su pasaporte para volver á Gibraltar.

Al dia siguiente participó esta nueva á Alla-Zara y otras mujeres del harem, ocultando una alegría que les habria hecho adivinar su intencion de no regresar jamás.

Como último rasgo de las costumbres marroquíes, haremos mencion de los encargos que las sultanas y sus compañeras de cautiverio hicieron á Lemprieres.

Alla-Batoum le pidió un elegante juego de tazas de té, lo mas pequeñas posible.

Alla-Douyaw una hermosa mesa de caoba, con vistosos embutidos y los piés muy bajos, varios objetos de porcelana de la India y muchas aguas de olor.

Alla-Zara diez varas de damasco rojo, otras diez de damasco carmesí, una docena de tazas de porcelana de la India, té, café, azúcar y nuez moscada.

La primera de las concubinas, muchas piezas de raso y telas de seda, gran cantidad de perlas, dos mesas de caoba y algunas tazas de té.

Otra concubina, una caja de aguas de olor.

La hija de Muley-Assem, una elegante cómoda y un frasco de agua de espliego.

La nodriza de Alla-Zara, un collar de grandes cuentas encarnadas.

Finalmente, los dos eunucos que le habian acompañado en el harem, le encargaron dos relojes de plata.

Estos diferentes pedidos patentizan la frivolidad de todas las mujeres del emperador. Es indudable que solo los gastos de trasporte hubieran importado mas que la modesta fortuna del asendereado doctor; asi es que solo por ceremonia apuntó todos aquellos encargos.

Por último, despues de haberse despedido de todos sus amigos, Lemprieres salió de Marruecos el 12 de febrero de 1790, montando el caballo que le habia dado Muley Absulem, y cediendo á un nuevo intérprete dos monedas de ínfimo valor con que le habia recompensado Sidi-Mohamet. Al cabo de doce dias de una marcha penosísima, llegó á Tánger, habiendo recogido una nueva prueba del estado de barbarie de los moros.

En las orillas del Morbeya, cerca de las ciudades de Azamora, Salé, Mamora y Larache, no habia barca alguna para atravesar dicho rio, pues los moros ribereños no sabian lo que era una barca. Ocho pieles de carnero llenas de aire, atadas á una balsa de malas tablas, les servian para embarcar á los viajeros y sus equipajes. Dos hombres á nado dirigian esta frágil embarcacion, en la que costaba no poco trabajo hacer entrar las caballerías; uno de los nadadores la impulsaba por delante con una mano, mientras nadaba con la otra, y el segundo la empujaba por detrás hasta que llegaba á la orilla opuesta.

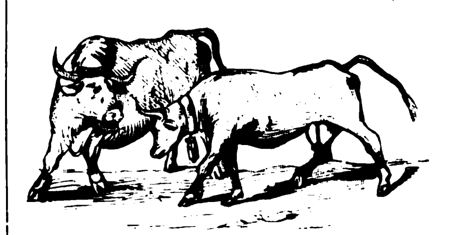
Durante los diez dias que Lemprieres pasó en Tánger, esperando un tiempo favorable para su regreso á Europa, el gobernador de dicha plaza recibió una carta del ministro, en la que le mandaba entregar al doctor, por cuenta del tesoro imperial, dos bueyes, diez cabras, cien aves, y algunas frutas y legumbres: pacotilla que fue embarcada exenta de todo derecho. El emperador hacia ademas decir al doctor que no dejase de volver á Marruecos.

Hé aquí toda la recompensa que recibió nuestro viajero por una traslacion tan molesta y costosa, por sus desvelos hácia el hijo del emperador y hácia la sultana Alla-Zara, por todas las tribulaciones y miserias que habia sufrido. El conocimiento de los usos y costumbres de un pueblo casi completamente desconocido de los europeos, en aquella época, fue en realidad, todo el fruto que obtuvo de la escursion que, con referencia á él, hemos descrito en sus mas curiosos pormenores.

R.

Geroglífico.





La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.=Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 22. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 27 DE MAYO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



En algunos periódicos se ha anunciado ya que está dispuesta y próxima á llegar por uno de los primeros correos la ratificacion y la renuncia de Montemolin y sus hermanos acompañada del reconocimiento de la reina hecho solemnemente por estos personajes. Con tal motivo, unos se dan el parabien y piden que la abnegacion de los hijos de don Cárlos sea indemnizada con la devolucion de sus bienes, cargos y honores, y otros procuran con todas sus fuerzas demostrar que la venida de Montemolin y sus hermanos á España seria funesta por varios conceptos. La polémica sobre este punto lleva trazas de continuar hasta que una resolucion del poder le ponga natural término.

El 24 por la tarde volvió la córte de Aranjuez para asistir á la apertura de las cámaras, que se verificó en el salon del congreso el viernes 25. El dia estuvo caluroso y brillante, y se desplegó en esta solemnidad la pompa acostumbrada. Ayer se reunieron los diputados para elegir la mesa de la presidencia, que con poca variacion es la misma que la de la legislatura anterior, y en la semana que entra se celebrarán las grandes discusiones políticas á que estamos abocados.

Segun las últimas noticias de Tetuan habia llegado á aquella ciudad el Chabli, jefe moro, con los doce ó trece prisioneros que los marroquíes tenian nuestros. Entre ellos está Rocamora de quien se dijo que se habia pasado, pero que segun refieren sus compañeros ha perdido la razon. Los marroquíes reclaman los prisioneros suyos y ya se ha dado la órden de entregarles los que habia en Ceuta y Málaga. Tambien anunció el Chabli que Mohamed el Ketib llegaria al dia siguiente y que el tratado de paz se hallaba ya firmado por el emperador. Sin embargo, el primer plazo de los 400.000,000 que se suponia que venceria en 1.° de junio, no vence hasta 1.° de julio.

La guerra de Africa dará aun mucho que contar. Hoy damos la vista del campamento de Amaniel el dia de la entrada de las tropas en la córte; nuestros suscritores, sobre todo los de provincias y del estranjero, querrán tener (y hoy les servimos tambien en esto) un retrato lo mas exacto posible del general en jefe; y el corneta que fue llevado en triunfo, y aun el perro Palomo que participó de los aplausos tributados á los valientes por el entusiasmo popular merecen tambien ocupar un lugar en las columnas del MUSEO.

Nuestros lectores saben la historia del corneta y la del perro. El primero hallándose subido en una encina cogiendo bellotas se vió rodeado de moros, y para salvarse del peligro se le ocurrió tocar paso de ataque. Al oirlo los moros, creyeron ser perseguidos á la bayoneta como de costumbre y huyeron consternados: entonces nuestro pequeño héroe bajó de la encina con sus bellotas y se incorporó á su batallon. El perro fue comprado en una ciudad del litoral por un soldado del batallon de Baza, y cuando este batallon marchó á Málaga, á los pocos dias de haber llegado llegó tambien el perro. Embarcóse la tropa para Ceuta, llegó allá, y el perro apareció tambien á los pocos dias en Ceuta buscando la compañía de su amo. Desde entonces en todos los servicios á que la compañía estaba destinada la acompañaba el perro; él servia de escucha, él avisaba cuando se aproximaba el enemigo; en el ataque ocupaba el puesto avanzado; en la retirada iba á retaguardia y si alguno de la compañía caia herido llamaba la atencion de sus camaradas hácia el sitio de la desgracia. Su amo murió en la campaña y el perro ha vuelto con el batallon de Baza, y entrado triunfalmente en Madrid.

No tenemos á la mano ninguna de las biografías que se han publicado del general don Leopoldo O'Donnell; pero figura demasiado este personaje en nuestra historia contemporánea para que hayan podido olvidarse sus actos. Don Leopoldo O'Donnell entró á servir en la Guardia Real y adquirió conocimientos militares poco comunes. En la última guerra civil mandó las líneas de San Sebastian donde dió muestras de su pericia; y en el ejército del centro las dió tambien muy señaladas, sobre todo en la toma de Lucena por la cual mereció el título de conde. En 1841 terminada la guerra y hallándose en Pamplona, tomó parte en la insurreccion promovida por los generales Leon y Concha, y en 1843 fue nombrado capitan general de la isla de Cuba, á cuyo frente permaneció hasta 1846. Elegido senador por la corona en aquella fecha, le vemos en 1852 en la oposicion, y en 1854 salir al Campo de Guardias, dar el manifiesto de Manzanares y formar parte despues del gabinete Espartero. Dos años mas tarde y á consecuencia de los sucesos de 1856 fue nombrado presidente del consejo de ministros cuyo puesto desempeñó tres meses. Restablecido en él en 1858, ha hecho con felicidad la gloriosa campaña de Africa.

Como hombre político el MUSEO UNIVERSAL no puede juzgar al general O'Donnell: como militar todos le conceden inteligencia, serenidad y golpe de vista, ademas del valor personal que es prenda comun al resto del ejército. La última guerra ha puesto en relieve sus cualidades para el mando de las tropas, cualidades que aun sus mayores enemigos confiesan.

Entre las obras que se han dado á luz con motivo de esta guerra, debe figurar, porque pasará sin duda á la posteridad, el Romancero compuesto por muchos y buenos escritores en casa del marqués de Molins é impreso despues por órden y á espensas de palacio. Los romances que contiene y en que se describe minuciosamente toda la historia de las hostilidades tienen un sabor clásico muy agradable y están escritos con pureza gala y correccion. Sirva de muestra el siguiente, compuesto por el señor Gonzalez Pedroso á la entrada en Tetuan:

Cabalgan los dos Muleyes
Con alaridos horribles;
Llorando quedan su fuga
Los míseros tetuaníes,
Y á la ciudad los cristianos
Mueven sus huestes felices,
Si azote ayer de soberbios,
Hoy esperanza de humildes.
De espadas y bayonetas,
Que claro fulgor despiden,
En alto llevan las cruces
Soldados y paladines.
Grande clamor de victoria
Los diáfanos aires hinche;
En son jubiloso rompen
Atambores y clarines.
Tapias que el humo ennegrece
Su estruendo triunfal repiten,
Forzadas puertas, y losas
Que reciente sangre tiñe.
Tetuan, que con mofa un dia

Vió á España amagar sus lindes,
Los montes trocando en llanos,
Venciendo iracundas sirtes;
Que, luego, en tiendas moriscas
Miró colérica erguirse
De banderolas cristianas
Los arrogantes astiles,
Y al fin gimió cuando hollaron
Su cinturon de jardines
Valientes potros del Bétis,
En rápido curso libre;
Tetuan aplaude que ahora
Sobre sus torres se afirme
De España el pendon, vengado
Con sangre de marroquíes.
Las moras en los balcones,
Cubiertas con sus monjiles,
Ondean blancos lenzuelos,
Que aun mojan lágrimas tristes.
Los moros á los cristianos
Con grave ademan reciben,
Y, de rodillas por tierra,
De hebreos catervas viles.
Y en tanto los fugitivos
En rápida marcha siguen,
Sonando broncas sus cajas,
Dolientes sus añafiles.
Estalla y zumba á lo lejos
El fulminante salitre;
Pavor les da su estampido;
Bien es que se atemoricen;
Que así son que los aires hiende,
Católicos adalides
A celebrar sacrosanta
Solemnidad se aperciben,
Donde por siempre deshechos
Los infernales ardides,
So el peso de enhiestas cruces
Los alminares se humillen.

¡Oh bienhadada mezquita,
Que en declinar de tu orígen
Para lograr tal ventura,
Primera en tu imperio fuiste!
Si el cielo á nobles intentos
Otorga prósperos fines,
En toda tu ardiente zona
Serás de bonanzas iris!
Decoran tu impura estancia
Sagradas aras y efigies;
Alegres campanas cubren
La voz de tus almuedines:
En rayos de sol prendidas
Nubes de incienso sutiles,
Solícitas te regalan
Aromas incorruptibles:
Tus prestes á Dios confiesan,
Le cantan y le bendicen;
Del tabernáculo brota
La luz que al mundo redime,
Y al pié del Dios inmolado
María radiante asiste,
Cual junto á cárdenos lirios,
Lucen nevados jazmines.
A su obediencia sujetos,
La imaginacion se finge,
Que, al báratro relegando
Huestes de infandas huríes,
El vasto recinto ocupan
Espíritus invisibles,
Arcángeles y querubes,
Y tronos y serafines,
Y atletas que de sí propios
Triunfaron en santas lides,
Y mártires con estolas
Del casto color del cisne.
Y grata sueña la mente
Que su cantar se percibe,
Cuando, camino del cielo,
Las alas tienden, y dicen:
«De Agar la bastarda prole
Su antigua soberbia expíe;
Extremo azote la alcance,
Correspondiente á su crímen.
La altiva que á hierro quiso
Fundar ley aborrecible,
A ley de amor rinda el suelo
Donde aun sus plantas se imprimen.
En tímidas ovejuelas
Trocados están los tigres.
¡Acude Castilla, acude,
Engendradora de Cides!
¡Triunfe la Cruz! ¡El Africa se humille!
¡Restaure España sus egregios timbres!

«Por tí, rindieron cosecha
De lauros inmarcesibles
Riscos del Atlas incultos
Y estériles arrecifes;
Por tí, el africano imperio
De cabo á cabo entapicen,
En vez de letales rosas,
Sacras espigas y vides.
Dilata de pueblo en pueblo
Tus generosas estirpes;
Trofeo á tu gloria sean
Las dos columnas de Alcides.
¡Triunfe la Cruz! ¡El Africa se humille!
¡Restaure España sus egregios timbres!
El dulce cantar divulgan
Los céfiros bonancibles;
Por calles y plazas corre,
Por ramblas y por pretiles,
Y asalta en nobles palacios
O en pobres zaquizamíes,
Paganos adoratorios,
Impúdicos camarines.
De monte en monte los ecos
Atónitos lo repiten;
Terror que el aliento embarga,
Cunde hasta Fez y Mequinez.
Y en tanto los dos Muleyes
Tan rápido escape siguen,
Que el viento van azotando
Los caballos con las crines;
Y piensan, mientras caminan,
Que á quebrantar sus cervices
Sangrienta baja la luna,
Rendida al último eclipse.

El libro todo consta de veinte y seis romances y entre sus autores figuran los de los señores Hartzenbusch, Breton, Rubí, Vega, Madrazo y otros bien conocidos en nuestra literatura contemporánea.

La semana anterior ha sido favorable á la insurreccion siciliana. Garibaldi segun los últimos partes seguia ganando terreno y las tropas del rey de Nápoles se preparaban á evacuar á Palermo. Entre tanto parece que se ha aumentado con seis mil austriacos que han entrado al servicio del papa el ejército de su general Lamoriciere. Esto significa que en Roma se prepara una gran resistencia.

Tamberlick está haciendo las delicias de los aficionados á la música, y al mismo tiempo las de la empresa de la Zarzuela. Creemos que si el señor Salas ha de dar gusto al público dilettante, necesita detener algo mas de un mes en Jovellanos á ese distinguido artista: tal es el afan que todos muestran por oirle. Hasta ahora ha cantado en el *Otello* y en el *Poliutto*, y no hay que decir cómo.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

Nemesio Fernandez Cuesta.

EL ARCHIVO DE SIMANCAS.

II.

Hasta mediados del siglo XV no se concibió en España la idea de determinar un punto donde se depositasen los papeles mas importantes del Estado. Puede decirse que Juan II y Enrique IV, haciendo trasladar al alcázar de Segovia y al castillo de la Mota de Medina parte de los títulos de la corona, fueron los primeros que presentaron como una especie de embrion de los establecimientos que hoy se llaman archivos públicos. Estos en cierto modo existian ya, pero de una manera irregular é informe, y aun despues del oportuno pensamiento de Juan II, los monasterios, las iglesias, las principales ciudades, los secretarios mismos de los reyes, siguieron siendo los depositarios de los títulos del Estado, los únicos guardadores de los grandes hechos, cuya transmision forma una de las primeras necesidades de los hombres, que aciertan con dificultad á resignarse á no dejar en la tierra una huella de su paso. Esta aspiracion instintiva á la inmortalidad, que por lo mismo que es instintiva es tan antigua como el hombre, esta aspiracion que hace depositar en los templos las enseñas que condujeron á los soldados á las batallas, produjo los *quippos* de los salvajes, las estatuas, las pirámides, los obeliscos, los monumentos simbólicos, en fin, que aun hoy deben ser considerados como los primeros archivos de los pueblos.

Si no hubiese habido en todo tiempo tanto interés, de parte de los depositarios del poder en adulterar los hechos y convertir en fábula la historia, la escritura, atendido el afan que tiene cada generacion en hablar á las que le suceden, hubiera multiplicado los archivos de una manera prodigiosa. Son sin embargo bien poco numerosos, porque ha habido un tenaz empeño en dejar perder en la noche de los tiempos tradiciones muy importantes. ¿Dónde está el proceso del príncipe Cárlos? Era sin duda un proceso escandaloso, puesto que Felipe II, que tanto afan tenia en guardar la memoria de sus actos, no quiso que la mano del historiador pudiese levantar una punta del velo que oculta la misteriosa catástrofe de su hijo. Cabrera, historiador de Felipe II, decia que los documentos relativos á la prision y muerte de don Cárlos se hallaban en el archivo de Simancas, encerrados en una caja que estaba prohibido tocar bajo pena de la vida, y de la cual Felipe II tenia la llave. Esta caja, por órden del general Kellermann, se abrió cuando la invasion francesa, y en lugar del proceso del príncipe Cárlos se halló en ella el del ministro Calderon.

Al pensamiento de señalar un lugar para depósito de los papeles del Estado habia de acompañar naturalmente el de nombrar un encargado de su conservacion, responsable en cierto modo de su autenticidad. El primero á quien se confió esta mision obtuvo el título de registrador, porque tenia la obligacion de registrar todas las cartas y órdenes reales, y por una ley que se encuentra en la Recopilacion y que en 1447 dejaron persistente las Córtes de Valladolid y en 1462 las de Toledo, se impuso al registrador la obligacion de residir en la córte, y no separarse de sus registros.

Los archivos públicos empezaron á tomar una organizacion regular bajo el memorable reinado de Fernando é Isabel, los cuales, despues de haber hecho practicar un reconocimiento escrupuloso de los papeles depositados en Medina y en Segovia, dictaron las medidas convenientes para que pasasen á su poder las actas que se hallaban en él de los secretarios que habia habido ó de sus familias. Mandaron que se destinase una pieza del edificio donde residiese la cancillería, á la sazon el primer tribunal de justicia del reino, á la guarda de los privilegios, pragmáticas, escrituras concernientes al Estado, prerogativas y derechos de la córte; se ocuparon igualmente de los archivos de las ciudades y de los títulos que estaban en poder de los escribanos; dispusieron que todos los corregidores guardasen en un arca con tres cerraduras, los papeles y privilegios del consejo ó ayuntamiento, á cuyo secretario ó escribano obligaron á tener un libro en que se copiasen todos los privilegios de la ciudad y otro en que constasen las provisiones y cédulas emanadas de la autoridad real; impusieron á todos los escribanos del consejo de todas las ciudades, villas y aldeas el deber de copiar en un gran registro, dentro del término de ciento veinte dias, todas las cartas y ordenanzas espedidas durante su reinado á cada localidad, y en otro registro los privilegios y sentencias obtenidas por cada ciudad, villa y aldea despues de su advenimiento, y por último, nada omitieron para que se conservasen todos los procesos ó causas seguidas en las audiencias y tribunales, y en las cancillerías de cámara ó número.

Ya entonces se acarició el proyecto de convertir en depósito de los papeles del Estado la fortaleza de Simancas. El historiador de Jimenez de Cisneros, fray Pedro de Quintanilla y Mendoza, atribuye este pensamiento al célebre cardenal, el cual tuvo sin duda en cuenta la poca distancia que separa Simancas de Valladolid, residencia entonces casi habitual de la córte. Pero la idea no se realizó hasta el año 1531, bajo el reinado de Cárlos V. Este monarca hizo practicar las mayores pesquisas para recobrar los títulos y papeles de la corona que, cuando la insurreccion de los Comuneros, cayeron en poder de estos, proveyéndose al efecto de una bula del Papa, en que se mandaba restituir dichos papeles á cualquiera que los tuviese en su poder y á denunciar su paradero al que tuviese de él conocimiento.

Felipe II, que se hallaba en los Paises Bajos, regresó á España en 1559, y resolvió establecer su córte en Madrid, que dista de Simancas cuarenta leguas. A pesar de esta distancia prohijó el plan de su padre relativo á la fortaleza de Simancas.

Cárlos V habia nombrado guarda del archivo de Simancas al licenciado Catalan, relator en su consejo, por real cédula dada en Maestricht el 5 de mayo de 1515.

Sucedió á Catalan el licenciado Bribiesca de Muñatones, del Consejo y Cámara del rey, el cual pasó al Perú en 1516 y fue reemplazado por el secretario don Diego de Ayala y por el licenciado Sanz, relator en el real Consejo, recibiendo las llaves del archivo de manos del presidente de la cancillería de Valladolid el 27 de setiembre del año 1516.

Muerto el licenciado Sanz, quedó don Diego de Ayala guarda único del archivo y desempeñó su cometido de una manera tan satisfactoria, que vió premiados sus servicios en su posteridad, haciéndose en cierto modo hereditario en su familia el cargo de archivero. En 1844, aun era un descendiente suyo, don Hilarion de Ayala, el que tenia á su cargo la custodia del archivo de Simancas. Don Hilarion murió y fue reemplazado por don Manuel Garcia Gonzalez, que es el actual archivero.

Don Diego de Ayala y don Tomás Gonzalez, canónigo de Plasencia, encargado por Fernando VII de restablecer el órden en el archivo de Simancas, son los que han dado pruebas de mayor celo á favor de este importantísimo depósito. El primero debe ser casi considerado como su verdadero fundador. A él se debió el descubrimiento de muchos y muy interesantes papeles, entre ellos algunos antiquísimos que se hallaron en Valladolid dentro de un tonel ó cuba; á él la colocacion en distintas piezas de los papeles correspondientes á cada corporacion ó tribunal; á él tambien el arreglo de los legajos por órden de fechas y materias. Veremos mas adelante que no es acreedor don Tomás Gonzalez á que se haga de él una mencion menos honorífica.

Por decreto de 14 de mayo de 1567, Felipe II mandó á Gerónimo de Zurita, su secretario y cronista del reino de Aragon, buscar y recoger las instrucciones, memoriales, cartas misivas y otros papeles relativos á los negocios públicos, que despues de haber estado en manos de los embajadores, secretarios y ministros del rey, del

emperador su padre y de los reyes católicos, habian pasado á las de sus herederos y otras personas. Recogidos estos papeles, debian ser trasladados á Simancas, y allí examinados concienzudamente, con objeto de redactar para el rey y sus ministros una relacion de todo lo importante que contenian. No parece que Zurita, á pesar de ser uno de los hombres mas eruditos de su tiempo, diese cima á su cometido. En julio de 1624, Felipe IV confió una mision análoga á su secretario Francisco de Hoyos, el cual se trasladó á Simancas con objeto de tomar inventario del archivo y hacer un catálogo minucioso de los papeles de Estado y Guerra, y otro en globo de los demás, distinguiendo sin embargo los reinos, estados, provincias é igualmente las materias que les concernian. Debia tambien hacer una relacion de los papeles de Estado de importancia, destinados al Consejo de Estado. Los inventarios habian de remitirse á la Cámara, guardándose el archivero copia de ellos y de la espresada relacion.

La edad avanzada de don Francisco de Hoyos no le permitió desempeñar su comision que era sin duda superior á sus facultades. Murió en 1627, y su hijo don Antonio, designado para proseguirla, concluyó en 1630 el inventario de los papeles del patronato real y el de los de Estado, cuyas copias no se hallan actualmente en Simancas, sino en París, á donde las envió en 1810, época de la invasion francesa, el general Kellermann. El original del inventario de los papeles de Estado, el mismo que remitió á Felipe IV don Antonio de Hoyos, consta de trescientos diez pliegos, y se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. El inventario de los papeles del Patronato real se compone, sin índices, de quinientas cincuenta y tres hojas.

El segundo inventario, que se titula en el dorso *Consejo de Estado, misivo*, tiene cuatrocientas ochenta y tres hojas. En él se espresa muy confusamente el contenido de los legajos, no hay en las indicaciones la fidelidad apetecible, y los pormenores escasean demasiado.

Bajo el mismo rey don Felipe IV fue nombrado interinamente secretario del archivo de Simancas el oficial tercero de la secretaría de Estado don Pedro García de los Rios, hombre muy inteligente y práctico en lo que concierne á la clasificacion de papeles, á quien se deben, á mas de la devolucion de varios documentos que se habian sacado del archivo para uno de los ministros y de los consejos, varios inventarios que, unidos á los de don Antonio Hoyos, eran en 1726, los únicos que habia en el depósito de Simancas. Así al menos lo dice don Santiago Agustin Rio, encargado por Felipe V de formar una relacion del estado de aquel archivo.

Es de creer que desde 1726 hasta 1811, en que por órden del gobierno francés visitó el archivo de Simancas Mr. Guiter, se hiciesen nuevos inventarios, pues Mr. Guiter halló de ellos cuarenta y ocho volúmenes, y no es de presumir se debiesen todos á dos personas solas.

III.

A principios de 1809, Napoleon, que se habia propuesto reunir en París los archivos de todos los paises que incorporase á su imperio, pensó, hallándose á la sazon en Valladolid, que no debia librarse el archivo de Simancas de la suerte que habia cabido á los de Roma y Viena. En agosto de 1810, Kellermann, general de division, recibió del príncipe de Neufchatel la órden de hacer transportar á Bayona los papeles de Simancas. Sesenta cajas de legajos llegaron el 28 de noviembre al punto designado, pero habiendo manifestado el general que para contener todos los del archivo se necesitarian mas de doce mil cajas, se decidió no se sacasen mas que los que fuesen históricos.

Mr. Guiter fue encargado de la rebusca. Se trasladó al efecto desde París á Simancas, y con la ayuda de don Manuel Mogrovejo, canónigo de Valladolid, desempeñó su comision, manifestando despues de haberse hecho cargo de todos los papeles, que una cuarta parte de ellos debian ser trasladados á la capital de Francia. Calculó que el volúmen de todos los legajos que habia en el archivo ascendia á 606 metros, 76 centímetros cúblicos, siendo su peso de 279,719 kilógramos. El 24 de mayo hizo una remesa de cincuenta y nueve cajas, otra de cincuenta y tres el 6 de junio, y regresó á Francia despues de dejar preparada otra de cuarenta.

Cuando en 1814 los aliados entraron en París, los Estados que se habian visto despojados de sus archivos, reclamaron casi todos, como era natural que les fuesen devueltos. Nuestro embajador practicó al efecto cerca del príncipe de Talleyrand las gestiones convenientes y el ministro francés espidió sus órdenes al guarda general de los archivos de Francia.

La restitucion hubiera sido sin duda inmediata y completa sin las observaciones del archivero general Mr. Dannon, que se empeñó en que no debian ser devueltos los papeles procedentes de Simancas que se referian á provincias pertenecientes desde mucho tiempo á Francia, y quedaron en efecto en París muchos y muy importantes, devolviéndose los demás en marzo de 1816.

Desde entonces acá se han hecho muchas reclamaciones, que han sido todas infructuosas. Escudados los ministros franceses con las especiosas razones alegadas por Mr. Dannon, han podido hasta ahora esterilizar todas las demandas.

Segun resulta de las notas tomadas en 1816 y de los inventarios hechos despues, los papeles pertenecientes al archivo general de Simancas que el gobierno francés no ha devuelto todavía, son los comprendidos en un inventario que formó el actual archivero don Manuel García Gonzalez, á consecuencia de real órden de 18 de setiembre de 1848, del cual incluí yo una copia en la memoria á que este estracto se refiere.

Basta ojear con muy poca detencion el espresado inventario para comprender el vacío inmenso que dejó en el archivo de Simancas la pérdida de tan importantes documentos. Si algun dia la fuerza del derecho predomina sobre el derecho de la fuerza, podrá nuestra patria recobrar el rico tesoro que la Francia retiene en su poder bajo los especiosos pretestos que le suministró el ingenio de Mr. Dannon, los cuales, recordándonos la fábula del lobo y el cordero, nos confirman en la idea de que el fuerte tiene siempre razon contra el débil. Nuestro gobierno, sin embargo, debe espiar todas las ocasiones, estar al acecho de todas las peripecias políticas que tan frecuentes son en la nacion vecina, para renovar sus gestiones acerca de los papeles que no nos han sido todavía devueltos. Se dejó pasar una circunstancia muy favorable para el éxito de tan legítimas reclamaciones. Cuando la doble boda hubiera probablemente Luis Felipe accedido á ellas, sobre todo procediendo de un gobierno salido de un partido que en Francia se llamaba *partido francés*.

Despues de la proclamacion de la república, la demanda de nuestro gobierno hubiera parecido hija del deseo de manifestar de cualquier modo sus antipatías al de nuestros vecinos. Ahora, ocupando el trono de Francia un Bonaparte, seria temerario empeñarse en recobrar un caudal que otro Bonaparte nos arrebató. Fuerza es callar y esperar pero sin abdicar nuestros derechos. Mientras tanto el dolor que á los buenos españoles amantes de la justicia ha de causar el ver que su patria no puede hacer prevalecer su razon, debe en cierto modo mitigarse ante la idea de que Napoleon, sin saberlo tal vez, al arrancar del archivo de Simancas sus riquezas históricas no hizo mas que desenterrarlas y entregarlas á la circulacion. Impenetrables, ó poco menos, como han sido hasta ahora muchos archivos, nadie hubiera esplotado los ricos manantiales cuya pérdida lamentamos, si el poder absorbente de Napoleon no los hubiera sacado de la oscuridad en que yacian, y el mundo literario careceria hoy de las páginas mas brillantes con que ha enriquecido Capefigue su *Historia de la reforma, de la liga y del reinado de Enrique IV*, y de la grande obra de Mr. Minguet, titulada *Negociaciones relativas á la sucesion de España*.

La coleccion sacada de Simancas, que no se ha restituido aun, era una rica mina sin beneficiar, cuya esplotacion tomó la Francia por su cuenta, y con el oro de sus magníficas tradiciones, ha formado joyas literarias del mas alto precio. Cuando la recobren sus legítimos propietarios, la hallarán sin duda agotada, y estéril ya entonces para la literatura; conservará solo su importancia monumental.

Al que fuese á París para examinar en su archivo general los documentos estraidos del de Simancas, le seria imposible dar con ellos sino tuviese mas guia que el inventario que se conserva en el depósito á que pertenecieron. Don Manuel García Gonzalez me facilitó una copia de un estracto del índice de los papeles de Simancas que se hallan en el archivo general de París, donde lo formó en 1843 don Pascual de Gayanzos, y otra copia ademas de una carta que este le escribió al remitirselo desde Madrid con fecha del 29 de octubre de 1844. Gayanzos manifiesta que no se hallan en su lista los legajos pertenecientes al siglo XVI, por estar ya clasificados con el mayor esmero y puestos en cartones con su correspondiente índice cronológico.

De esta parte que hubo entre sus manos, y consultado muy á su sabor, no le fue posible averiguar la antigua numeracion, es decir, la que cada carpeta tenia en el archivo de Simancas antes de su traslacion, por haberse dividido y subdividido los legajos de tal suerte que hay ya mazo de correspondencia que ocupa tres ó mas cartones. Gayanzos se inclina á creer que lo que los franceses se llevaron del siglo XVI, fue la correspondencia de nuestros embajadores en Francia, duque de Alba, príncipe de Eboli, Garcés de Zúñiga, Vargas Mexia, etc., y algo de la Italia, sobre todo de la guerra de Francisco I con Cárlos V.

Las sustracciones precipitadas, y de consiguiente poco metódicas, de que en la época de la invasion francesa fue víctima el archivo de Simancas, no son la única causa del desórden en que se halla, y de que tardará tal vez siglos en reponerse completamente. Por espacio de muchos años el castillo fue ocupado por una guarnicion que permitia á los jefes y hasta á los soldados penetrar en todas las salas, aumentar la confusion de los documentos y acarrear tal vez la pérdida de muchos muy importantes.

Para colmo de desgracia, cuando la soldadesca, de cuyo espíritu destructor quedan en el archivo rastros manifiestos, hubo evacuado el castillo, penetraron en él los paisanos de las comarcas vecinas y completaron la obra de desvastacion. Llevaron la confusion al último grado, quitando el pergamino que servia de cubierta á los legajos y llevándose las cintas que impedian mezclarse los unos con los otros.

Por fortuna don Tomás Gonzalez, el canónigo de Plasencia de que he hecho ya mencion, fue el encargado por Fernando VII de restablecer el órden en el archivo. Fueron justamente objeto de su predileccion los papeles del Patronato real y los del Estado, y adoptó para su arreglo un sistema de clasificacion muy preferible al del laborioso don Antonio de Hoyos.

Este habia colocado bajo una serie de números distintos cada clase de documentos, lo cual formaba un capítulo particular en sus inventarios. El canónigo Gonzalez, viendo que bajo el reinado de Cárlos II se habia seguido el sistema de formar legajos especiales para ciertos negocios importantes, conservó por lo que á estos atañe el arreglo que encontró ya hecho; pero prefirió por regla general un órden de fechas á un órden cualquiera de materias. El órden cronológico es efectivamente el que mas facilita bajo todos aspectos las investigaciones.

Distribuyó los papeles de Estado formando cuatro grandes divisiones, segun la época en que habian llegado al archivo; los dividió en seguida cronológicamente por Estado ó potencia, y señaló á todos ellos una sola serie de números

No siendo posible formar legajos de los del Patronato por hallarse encerrados en arcas y componerse en su mayor parte de libros atados y documentos en pergamino, en lugar de enumerarlos, espresó por medio de un título el carácter ó naturaleza de los que cada uno contenia. Indicó con una cruz la falta de los papeles concernientes á las negociaciones de Francia, que se hallaban en París, y despues de haber clasificado los papeles de Estado, redactó un inventario sumario que se conserva en su archivo. Se habia propuesto formar un inventario particular para cada una de las series que constituyen la coleccion de los papeles de Estado, pero no realizó su proyecto sino con respecto á Castilla, Portugal, Roma é Inglaterra. Así es que de las demás series el inventario de 1819 es el único que posee Simancas. Hay tambien un inventario sumario de los papeles de las secretarías llamadas provinciales, que tiene la fecha de 1829, y un hermano de Gonzalez, á quien este hizo nombrar archivero, formó tres mil ochocientos veinte y dos legajos con numerosos documentos procedentes de la secretaría de Estado que se enviaron al archivo de Simancas en 1826. El inventario de estos papeles es tan resumido, que consta lo mas de 230 páginas.

A. Ribot y Fontseré.

EL PENSAMIENTO.

I.

El hombre es el gran misterio de la naturaleza; el pensamiento es el misterio del hombre.

Ha dicho no me acuerdo quién que el primero es una planta; si esto es así, forzoso es confesar que no ha habido aun naturalista para ella.

Y admitiendo este principio ¿podemos gloriarnos siquiera de conocer sus propiedades?

La vemos brotar de repente, desarrollarse y morir; pero el misterio que envuelve su existencia es tan impenetrable como la voluntad de Dios, y cuando creemos sorprenderle y adivinarle, no hacemos mas que soñar, tomando la luz de la luna por los ardientes rayos del sol.

El hombre, examinado por el hombre, es un cuadro digno de estudio.

Cuando sobre la mesa de piedra de un gabinete de diseccion, veo un hábil anatómico, inclinado sobre un cadáver, con el escalpelo en la mano examinando los resortes de una máquina que no funciona, siento tal propension á soltar la carcajada, que solo el respeto que la *ciencia* me inspira, consigue apagar en mí aquel síntoma de hilaridad. Y aun me parece que el macilento cadáver entreabre sus párpados y examina con vidriosa mirada tan grotesca operacion.

Sus labios se mueven como si quisieran decir al que le mira: ¿y qué?....

Luego aquel hombre escribe un estenso tratado, y muere de la misma enfermedad que pretendia conocer.

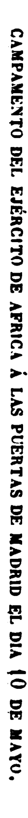
No sé, pero me parece que en su último instante de agonía ha de ver entre las cortinas de su lecho el cadáver sobre que operaba, que con burlona sonrisa le enseña el camino de la eternidad.

¿Luego entonces la medicina es una farsa?

Líbreme una enfermedad de presumir tal cosa, mientras haya médicos en el mundo; creo que la medicina es la misericordia de Dios y nada mas.

Pero si esto sucede con el ser material, á pesar de ese instrumento que levantando la epidérmis nos permite ver los músculos, las arterias y los huesos sin enseñarnos nada, ¿qué podremos adivinar con respecto al pensamiento?

¿Quién es este agente misterioso? ¿dónde nace y por qué existe ese soplo que nunca se estingue ni descansa, que nos acompaña á todas partes, que nos impele á



CAMPAMENTO DEL EJÉRCITO DE AFRICA Á LAS PUERTAS DE MADRID EL DIA 10 DE MAYO.

obrar, no bien todas la veces, y que sobrepujado en alguna ocasion por los asquerosos goces de los sentidos, vuelve á aparecer con mas brío, como un pedazo de corcho sobre la superficie del mar?

¿De dónde viene, atravesando el espacio para llegar hasta nosotros? ¿Del trono de Dios acaso? Pero entonces ¿por qué nos volvemos contra Dios?

La piedra no vuelve nunca contra aquel que la ha disparado.

Y si esto es asi, ¿podemos hacer abstraccion de él para entregarnos á los goces del sentido?

Nuestras acciones buenas y malas todas proceden del pensamiento; pero siendo este de orígen divino, debe existir alguna otra causa, algun otro móvil que nos dirija al mal.

Acaso al rozar sus etéreas alas con la materia pierda en algunos hombres parte de su virtud. Esto hace sin duda que cansado de tan mezquina cárcel, se asome á nuestros ojos para ver el mundo.

Entonces el ladron roba, el asesino mata y el escéptico pregunta quién es Dios.

El pensamiento interrogando al pensamiento, es el último de los errores.

Un objeto cualquiera le hace variar su curso en nosotros. Busquemos, pues, la relacion que existe entre nuestro pensamiento y ese objeto, y de este modo ya que desconocemos lo que es, podremos conducirle siempre por buen sendero.

¡Ah! no siempre por desgracia.

Un pobre nos inspira la idea de la caridad y le damos una limosna; el oro ageno nos inspira la idea del crímen y robamos.

Y sin embargo, nuestro pensamiento en ambos casos no nos engaña; al contrario, nos pone de manifiesto las buenas ó malas consecuencias de lo que vamos á emprender.

Esto creo que sea independiente del instinto.

Todo el que roba, sabe á lo que se espone, y seria pardiez un instinto bien tonto el que le condujera á un hombre á presidio.

Antes por el contrario, creo que muchas veces el instinto le preserva á uno de cometer tal cual infame accion.

Un hombre ébrio, equivoca muy rara vez el camino de su casa: es mas; si sabe que en dicho camino hay un pozo hace por apartarse de él; y sin embargo, la razon de aquel hombre ha quedado en el fondo de la botella, ó en el último real con que ha comprado su embriaguez.

Me atreveria á asegurar que el no conducir el pensamiento por el sendero del bien y de la justicia, consiste en que hay muy pocos hombres que, apreciando lo puro y noble de su orígen, se entreguen á su propio pensamiento.

Si de una mano amiga recibimos un arma para defendernos y la empleamos contra nosotros mismos, claro está que seremos víctimas de sus efectos; pero si consideramos que su punta es aguda y afilado su corte, no iremos á apoyarle sobre nuestro corazon.

El pensamiento no puede tener nunca parte alguna material, pero sí ser dominado por la materia. Esta le adormece, aniquila sus fuerzas, le enerva, y en semejante estado no sirve mas que para llorar su debilidad, sin tener la suficiente energía para levantarse y salir de su postracion.

Hay hombres que llevan su pensamiento en la mente como una sortija en el dedo, por puro lujo nada mas. Estos hombres hicieron uso de su razon cuando la tenian, para matar su razon. Esperaron que el pensamiento indicase su existencia para embrutecerle.

Por lo regular, esta clase de gentes es la que padece mas indigestiones de estómago.

Otros por el contrario, sin investigar el orígen de aquello que sentian dentro de sí, hicieron á su pensamiento fuerza motriz del vicio, y aun vergonzoso agente de su ignominia, y la desgracia de sus semejantes.

Estos generalmente son los que aumentan el personal de los presidios, enriqueciendo la estadística criminal.

Y otros, á semejanza de Satanás, volvieron su pensamiento contra Dios.

El mundo los llama escépticos, y yo, tontos de capirote.

¿Cuál es la consecuencia de todo esto?

Que el pensamiento en general es como esas velas de cera amarilla que arden estérilmente delante de un cadáver.

Pero llega un dia en que ese gusano á quien habíamos adormecido, y cuyos avisos habíamos despreciado, se levanta delante de nosotros como la sombra de nuestro cuerpo, marcando en su fiel contorno la asquerosa deformidad de nuestra indolencia para con él.

Esa sombra va adquiriendo proporciones gigantescas á medida que nuestros ojos pierden la luz del dia. Su descarnada mano nos muestra la fe-

cha terrible de cada una de nuestras iniquidades y torpezas, y llamamos al ministro de Dios para que sentado á la cabecera de nuestro lecho de muerte, ahuyente con las palabras de consuelo la sombra terrible, que va creciendo y creciendo hasta envolvernos en su manto de angustias y remordimientos.

Entonces es cuando empezamos á conocer á aquel compañero perpétuo de nuestra vida, que zumba en el oido lúgubres palabras que nos hielan de terror.

Hasta que el dedo de la muerte para su curso poniendo sobre nuestra frente su dedo descarnado, y borrando nuestros nombres del libro de los vivientes.

II.

El pensamiento nos presenta tambien en su existencia propia, separada é independiente de la materia, fases dignas de estudio en el hombre observador.

Puede decirse que es él solo el elemento vital, en mayor ó menor grado de perfeccion, y que este nos abandona únicamente cuando la barrera de la muerte se interpone en su camino.

No podemos vivir sin él, como la golondrina no puede volar sin alas, y aun durante el sueño se agita en nuestra imaginacion llevándola á regiones misteriosas y desconocidas.

Constantemente está dándonos mil ejemplos, en que nos prueba de una manera clara y precisa su repugnancia á alternar con la materia.

Todas las grandes obras de la humanidad creo que se resienten de esto mismo, y aun me atreveria á asegurar que el hombre espresa siempre de una manera imperfecta su propio pensamiento.

En poesia la palabra, única forma en que puede presentársenos, no responde completamente á su verdadero modo de ser, á lo que brotó en nuestra mente: en música, la armonía, aunque perfecta á nuestro oido, no acaba de espresar la idea, y únicamente en pintura y escultura, es donde llega á su mayor grado de perfeccion posible, porque en la representacion de los objetos esteriores es tambien donde menos obstáculos encuentra.

Siendo el pensamiento de orígen divino, claro está que propende siempre á acercarse á su verdadera cuna, y la forma que toma al encarnarse en la tierra no puede menos de ser imperfecta.

Para ser exactamente comprendido por el hombre, necesita que este se desprenda hasta donde le sea posible de las necesidades de la materia, purificando sus sentidos, preparándose de este modo para sentir y comprender aquello que va á ver ó á oir, como se prepara el alma para recibir á Dios.

Un hombre entregado á los placeres de la gula, no puede comprender una poesía del Dante, ni una madona de Rafael.

La naturaleza es su elemento; es decir, lo que mas se acerca á Dios.

Por eso difieren tanto el hombre del campo y el hombre de la ciudad. La educacion que el pensamiento recibe en uno y otro caso no es la misma; de ahí la diferencia que existe entre uno y otro.

Descomponedle y encontrareis que los dos únicos elementos que le constituyen, son el sol y el aire; solo que el labrador los recibe en medio de la pradera, entre los árboles y las flores que alaban y bendicen á Dios, mientras que el cortesano no tiene ni procura nada de esto.

El último período de vida que el pensamiento nos presenta, es sin disputa el mas sorprendente por su misma elevacion.

Y entonces como si al separarse de la tierra, al abandonar el mundo que le repugnaba, quisiera darnos una idea de sí mismo, se nos presenta mas claro á nuestra apagada vista, poniéndose mas en relacion con el individuo á quien va á abandonar.

Entre los terrores de la agonía que empieza á disputarnos la vida, tiene lugar una especie de revelacion misteriosa del hombre con el pensamiento, revelacion de que no podemos darnos una idea, porque era preciso para ello que el muerto resucitase contra todas las leyes de la naturaleza. Pero si en ese instante supremo en que la muerte y la vida se confunden rápidamente para separarse en seguida, retrocediese la primera; si el hombre casi cadáver recobrase otra vez la luz y el aire, y no turbase su imaginacion lo milagroso del acontecimiento, de manera que conservase su memoria la idea de la revelacion de su pensamiento, y la palabra no fuera un conductor harto mezquino de aquel misterio, ten-



EL GENERAL DON LEOPOLDO O'DONNELL.



CORNETA DEL EJÉRCITO DE ÁFRICA LLEVADO EN TRIUNFO POR LAS CALLES DE MADRID.

driamos una idea casi exacta de esto mismo, y lograriamos determinar de una manera positiva lo que apenas comprendemos hoy.

Entonces podriamos hacer la anatomía del pensamiento.

Mas á pesar de esto, observemos la fisonomía cadavérica del hombre que va á dejar de serlo, y en ese instante supremo y terrible, veamos si nos es dado robarle su secreto.

Palabras vagas y misteriosas, incoherentes al parecer, entreabren los labios del moribundo. Nosotros lo llamamos delirio, sin comprender que el delirio de quien se apodera es de nosotros.

Sus ojos, que retratan ya la muerte, se fijan en los nuestros como si quisieran hacernos partícipes de una cosa que nos es desconocida, y hay un momento en que, permítasenos valernos de esta frase algo atrevida quizás, el muerto vive aun, la materia está inerte ya, pero el espíritu vaga en la mente, como el último resplandor de la llama que se estingue, en una bujía, que separada ya del pábilo, luce un momento en el aire.

En las agonías lentas, cuando la muerte va conquistando el terreno palmo á palmo, el dolor físico desaparece y no deja huella ninguna en el semblante.

Esa espresion que vemos en el rostro del que ha espirado ya, antes de que la rigidez de la muerte le descomponga, es hija de la revelacion del pensamiento, y es tanto mas diferente en cada uno, cuanto mas diferentes han sido los actos de su vida, cuanto mas diferimos en edad, cuanto mas ó menos acostumbrados y preparados nos hallamos á esa esposicion, terrible para muchos, consoladora para algunos que la adivinaban ya.

III.

Siéndonos pues imposible aclarar el misterio que tanto nos interesa, y haciéndonos el pensamiento responsables de nuestros actos en esta vida, debemos prepararle un camino recto y digno, á fin de que no nos arrepintamos algun dia, tarde ya, de haberle rechazado con nuestras malas acciones.

Para esto conviene que el hombre se acostumbre á aislarse con él, tratando de investigar su relacion é influencia con sus actos esteriores.

De este modo lograremos hacer que reine siempre sobre la materia, venciéndola en todo género de lucha, y superando con éxito las malas inclinaciones de nuestros sentidos.

Educándole así, ó mejor dicho, educándonos bajo su poderosa influencia, lo convertiremos en un verdadero agente de nuestro bien y de nuestra felicidad: sus obras se encaminarán siempre á lo justo y equitativo, y estos resultados serán igualmente benéficos para todos.

El bienestar de los pueblos será entonces una verdad, y en el nombre de Dios podremos alentar nuestras risueñas esperanzas, porque solo entonces acertaremos al decir: *Deus est in nobis.*

PEDRO ESCAMILLA.

LA POLVORA.

No hay ninguna sustancia que como la pólvora decida con mas energía de los destinos de los pueblos. Esta consideracion general seria sin duda mas que suficiente por sí sola á los ilustrados lectores del MUSEO UNIVERSAL para fijar su atencion en lo que en estas líneas pudiéramos decir sobre tan maravilloso combustible. Existen, sin embargo, otras razones que pueden dar á este artículo un carácter de oportunidad que en circunstancias distintas no pudiera tener.

Es indudable que en todo tiempo hubiera sido oportuno é interesante hacer un estudio mas ó menos detenido sobre la pólvora, pero esta oportunidad y este interés crecen de punto en las especiales circunstancias porque acabamos de pasar los españoles. Injuriados por un puñado de salvajes que desconocian el derecho de gentes, acudimos presurosos á las armas para hacer ver á Marruecos y á la Europa entera que no impunemente se afrentaba á nuestro pabellon, y en Africa ya nuestros soldados, luchando con una epidémica enfermedad que los diezmaba, y luchando tambien con la misma naturaleza, que parecia presentarles dificultades cada vez mayores para que venciéndolas saliesen mas airosos de la empresa, han conseguido marchar de victoria en victoria desde las cumbres de Sierra Bullones hasta los picos de Sierra Bermeja. Durante toda esa sangrienta, si bien gloriosa epopeya, la pólvora ha sido la que ha arrojado de las espingardas y cañones marroquíes las balas que han podido retardar algunos momentos nuestra victoria, y la pólvora ha sido tambien la que ha arrojado de las carabinas y cañones españoles las balas y granadas que haciendo huir espantados á los moros les han obligado por último á aceptar de rodillas la paz que les impusiéramos.

He aquí confirmado lo que mas arriba hemos dicho; el pueblo marroquí quiso confiar á la pólvora sus destinos, y la pólvora á la que tambien confiamos el nuestro el pueblo español nos ha dado la victoria: nunca la barbarie y la fuerza hubieran triunfado de la justicia y de la civilizacion.

I.

La invencion de la pólvora constituye una de las mas brillantes páginas de la historia de la humanidad, pero página que como todas las de los grandes descubrimientos es de confusa y problemática lectura á causa de la gran distancia que de ellas nos separa, y de los numerosos individuos que se disputan la gloria de haberlas escrito.

El escritor ingles Tomlinson, autor del artículo Pólvora de la Enciclopedia Británica dice que la pólvora fue inventada por un monge aleman llamado Barthold Schwartz que hácia el año 1320 se dedicaba al estudio de la alquimia, de esa ciencia que desarrollada mas tarde habia de constituir la química de nuestros dias. Cualquiera sin embargo, que haya leido las obras del eminente Rogerio Bacon, podrá observar que esta opinion no es del todo exacta; pues en los escritos de este ilustre sábio publicados hácia el año 1270, ó sea medio siglo antes del supuesto descubrimiento de Schwartz, se encuentra ya descrita la composicion de la pólvora. Como comprobacion de que Schwartz no pudo ser el primitivo inventor puede observarse en la misma obra de Bacon que este autor no pretende para sí la gloria de la invencion, sino que antes por el contrario, hace la descripcion de esta composicion como la de una sustancia ya muy conocida y generalmente empleada en la fabricacion de cohetes que servian de entretenimiento y juego á los muchachos.

Otro autor inglés Dutens avanza aun mas; niega que Bacon haya sido el inventor de la pólvora, y su opinion es que la verdadera gloria debe atribuirse á un tal Magno Greco, cuyo manuscrito cita y del cual dice, que Bacon debió tomar la noticia de la invencion.

Vemos por lo tanto que el orígen de la pólvora se remonta no tan solo á los tiempos de Bacon sino hasta los de su supuesto antecesor, toda vez que el mismo Bacon confiesa que él no es el autor sino solamente un compilador del Liber Ignium (Libro de los Fuegos), como se titula el tratado suyo de que antes hemos hecho mencion. Si seguimos aun ascendiendo en la escala de los tiempos, veremos, si bien la claridad de los hechos va siendo cada vez mas confusa, que se encuentran datos que vienen á comprobar que la invencion de la pólvora es aun mucho mas antigua de lo que dejamos apuntado, llegando á confundirse entre las tinieblas de la noche de los primeros siglos.

A falta de otras noticias de la historia del Oriente tan antiguas como fuera de desear, la primera fecha á que puede referirse la invencion de la pólvora es á los trescientos cincuenta y cinco años antes de Jesucristo, deduciéndose ademas que los pueblos del Oriente no solo conocieron la pólvora ya en esta época, sino algun tiempo antes, puesto que á la fecha que dejamos citada la empleaban ya en sus espediciones y luchas guerreras. En el código de las leyes del Indostan en que se habla de la pólvora, se refiere su invencion á una época tan lejana que los anticuarios orientalistas la han considerado contemporánea de los dias de Moisés.

Tambien prueba que la pólvora fue conocida de muy antiguo un pasaje que se lee en la vida de Apolonio Tianeo, por Filostrato, en el cual se cuenta que Alejandro no queria atacar á los Oxidraceos, pueblos que habitaban la region que media entre los rios Hifásis y Gánges, en la India, porque estaban bajo la tutela de los dioses y aniquilaban á sus enemigos con truenos y rayos que arrojaban desde sus murallas. En la defensa de Siracusa, dice Vitrubio, que una de las máquinas inventadas por Arquímedes arrojaba proyectiles con gran detonacion, descripcion que no puede convenir á ninguna de las diferentes clases de artillería mecánica de los antiguos. La fecha á que se refiere este dato, doscientos doce años antes de Jesucristo, es la última época de los tiempos primitivos á que podemos referir la invencion de la pólvora.

Hay despues de las fechas que dejamos citadas un largo período en que no volvemos á encontrar ninguna noticia sobre el particular, y el primer autor que se nos presenta es un escritor árabe, cuya obra lleva la fecha del año 1247, ó sean veinte años antes de la citada narracion de Bacon, obra que se encuentra en la biblioteca del Escorial traducida por Casiri.

A los chinos á quienes se pretende atribuir la invencion de todo lo grande y útil que se conoce en el mundo, se ha querido tambien atribuir la invencion de la pólvora si bien se vuelve á encontrar entre los autores que así lo han pretendido la misma diversidad de opiniones que antes hemos visto acerca de la fecha exacta del descubrimiento. Un escritor italiano, Uffano, asegura que no solo la pólvora sino tambien los cañones estaban en uso en el celeste Imperio en el año 85, y que en su época todavía se conservaban en muchas provincias cañones de las mas remotas fechas fabricados con hierro y bronce. De esta noticia han querido presumir algunos escritores que los chinos comunicaron su invento á los indios, mientras que otros aseguran, por el contrario, que los chinos importaron el descubrimiento de la Tartaria, nacion muy poco notable en la historia, y cuyo estado de civilizacion no permite ciertamente sospechar que en ella pudiera tener lugar ningun decubrimiento que como el de la pólvora supone cierta familiaridad con las artes y con las ciencias.

Vemos pues lo difícil que es, en medio de tan encontradas opiniones, fijar la fecha exacta del descubrimiento de la pólvora. Nosotros, sin embargo, nos inclinaríamos á dar la preferencia á la opinion de que la pólvora trae su orígen de los pueblos orientales, ya fuesen los indios, ya los árabes los que por vez primera la conociesen.

Así como la invencion de la pólvora se ha atribuido vulgarmente á Bacon ó á Schwartz, tambien la aplicacion de este combustible á la artillería, ó sea el uso de los cañones se ha supuesto que tuvo lugar por primera vez en la batalla de Cressy, que el 26 de agosto de 1346 dieron el ejército inglés de Eduardo III y el francés de Felipe de Valois. Breves consideraciones bastarán para hacer ver que tambien esta opinion es errónea.

Dejando aparte la suposicion de que los chinos hubieran podido ser los primeros que usaron los cañones, puede asegurarse todavía que se conocieron antes de la citada batalla de Cressy. El original arábigo que hemos dicho que se encuentra en la coleccion del Escorial habla de los cañones como usándose muy á principios del siglo XIV; otros dos escritores tambien árabes son de opinion, uno de que el orígen de los cañones viene del año 1312, y el otro del año 1323. Pero para que aun se vea mas claramente como no pudo ser en los campos de Cressy donde por primera vez se usaron los cañones, tenemos en nuestro apoyo el testimonio de un escritor inglés, Barbour, que asegura que el mismo Eduardo III de Inglaterra tenia en su ejército algunos cañones en el año 1327, ó sean veinte años antes de la supuesta fecha de la invencion. Por último, un escritor francés, el padre Daniel, dice que en Francia se conocian ya los cañones en el año 1338.

No queremos dar por terminadas estas investigaciones sin citar tambien la opinion de que pudiesen haber sido los pueblos orientales los que por primera vez emplearon los cañones. Los que así lo creen presentan en prueba de su aserto el generalizado uso que hacian de los cañones los pueblos del Mediterráneo, cuando aun no eran conocidos en otros muchos paises. Nosotros creemos, en efecto, que esta opinion no es del todo errónea, y tenemos tambien motivos para creer que fuimos los españoles los primeros que patrocinamos la invencion, siendo esta una de las razones porque Alfonso XI pudo verse favorecido por la victoria en las muchas batallas y combates en que se empeñó, entre ellas la famosa del Salado.

II.

Espuestas ya todas las opiniones que se han emitido acerca de la invencion de la pólvora y de su aplicacion por primera vez á la artillería, vamos ahora á dar á conocer á nuestros lectores su composicion, sin entrar en detalles y pormenores técnicos, que ademas de estar fuera de lugar en las columnas de este periódico, podrian hacer fastidioso el presente artículo.

La pólvora es una mezcla de cantidades determinadas de salitre, azufre y carbon. Habiéndose llegado á conocer despues de repetidos esperimentos que los estraordinarios efectos que produce la pólvora son debidos á la instantánea conversion de las sustancias sólidas que la componen en gases permanentes cuyo volúmen aumenta con la elevacion de temperatura que resulta de la accion química productora de este cambio de sólidos en gases, se ha venido á la conclusion de que todas aquellas materias que por su naturaleza no sean capaces de producir este resultado, no deben emplearse en la elaboracion de la pólvora, porque destruirán ó disminuirán, segun su cantidad, los buenos efectos del combustible; ó en otros términos, que únicamente deben emplearse en la composicion las tres materias que dejamos indicadas, y estas en toda su pureza.

La sustancia que generalmente altera la pureza del salitre es la sal comun, ó cloruro de sódio como en química se llama, la cual produce un efecto muy perjudicial á la pólvora, pues es luego causa de que esta absorba toda la humedad de la atmósfera, lo cual, como fácilmente se comprende, la hace perder mucho de sus buenos resultados. Tambien suele acompañar al salitre como materia estraña que altera su pureza el cloruro de potasio, habiendo necesidad de efectuar detenidas operaciones para libertar al salitre de los dos cloruros mencionados.

La segunda de las sustancias que constituyen la pólvora es, como hemos dicho, el azufre. Este se emplea en el estado de sublimacion, vulgarmente conocido con el nombre de flor de azufre, siendo tambien necesario purificar este azufre del ácido sulfúrico que se forma al tiempo de sublimarlo.

El tercero y último de los elementos constitutivos de la pólvora es el carbon. De las tres sustancias que entran en la composicion de la pólvora esta es la que puede decirse que exige mayor cuidado en su eleccion, pues mucha de la virtud que luego ha de poseer el combustible depende en gran parte de las buenas ó malas cualidades que posea el carbon. A dos cosas hay que atender cuando se trate de elegir el carbon mas conveniente para la fabricacion de la pólvora, y son: 1.ª la clase de

madera ó leña de que se ha de sacar este carbon; 2.° el método que ha de seguirse en la carbonizacion de esta leña.

Cuando la elaboracion de la pólvora estaba aun en su infancia, por decirlo así, la leña que generalmente se empleaba era la de los sáuces; andando el tiempo se empezó á usar la de los cerezos porque luego daba un carbon muy fácil de pulverizarse; posteriormente se ha vuelto á emplear la leña de los sáuces porque se ha visto que tanto esta como todas las que son jugosas y blandas, como la de los castaños, chopos, alisos negros, etc., proporcionan muy buen producto. Lo que siempre debe procurar evitarse es el empleo de maderas, que como las de los robles, olmos, abetos y otros muchos árboles, contengan sales delicuescentes, esto es, que se liquidan al contacto del aire.

Respecto á los procedimientos que deben emplearse en la carbonizacion de la leña que se haya elegido, nos limitaremos á decir que son tres los que pueden seguirse, el procedimiento de las minas, el de los hornos, y el de las retortas cerradas. Estos dos últimos tienen el inconveniente de necesitar una gran cantidad de combustible, y ademas producen menor cantidad de carbon que el primer método.

Habiendo ya dicho cuáles son las materias que entran en la composicion de la pólvora, y habiendo espuesto algunas de las consideraciones que deben tenerse presentes para que estas materias se empleen en su mayor grado de pureza, vamos á dar á conocer las cantidades determinadas que entran en la composicion.

Los pasos que ha dado la química para determinar las proporciones mas convenientes de los elementos constitutivos de la pólvora han sido muy lentos. En Inglaterra, país que tratándose de pólvora debe citarse con preferencia, pues de todos son conocidas las escelentes cualidades del combustible que allí se elabora, trascurrió un período muy largo antes de llegar á alcanzarse en la elaboracion el perfeccionamento que hoy dia conocemos. Esta lentitud no debe, sin embargo, causarnos estrañeza, atendida la ignorancia que hasta principios de este siglo se tenia, no solo de las leyes teóricas de la ciencia, sino hasta de las propiedades de los cuerpos químicos mas notables.

Hacíanse en los tiempos primitivos de la elaboracion de la pólvora mezclas en que cada una de las tres sustancias, el salitre, el azufre y el carbon, entraban en iguales proporciones, dando por resultado una pólvora que con dificultad servia para la fabricacion de cohetes, y mucho menos para el uso de las armas de fuego. Otras muchísimas combinaciones se hacian tambien, lo mismo en Inglaterra que en Francia, que daban muy mala pólvora, y que hoy dia no pueden menos de parecernos en estremo ridículas y estravagantes. Bautista Porta fue uno de los primeros que con mas empeño procuraron determinar las proporciones mas convenientes de los tres elementos constitutivos de la pólvora, cabiéndole la gloria de que las cantidades que él fijo en el año 1515 se diferencian muy poco de las que hoy se usan en las fábricas de Francia. El eminente químico francés Dumas, á quien las artes y la industria deben tantos de sus mas notables progresos, dice que las proporciones de que se tiene mas antigua noticia son las siguientes: setenta y cinco partes de salitre, doce y media de azufre y doce y media de carbon, y asegura que á pesar de haber dejado de emplearse estas proporciones en la elaboracion de la pólvora, al fin tendrán que volver á ellas los fabricantes, pues son las que en su opinion producen la mezcla que luego da mejor resultado. Esta opinion de Dumas parece fundarse en que varios químicos modernos que se han ocupado en fijar las proporciones de los elementos de la pólvora han declarado como las mas convenientes unas cantidades que no se diferencian mucho de los números citados.

Como complemento á esta parte de nuestro trabajo, ponemos á continuacion un curioso cuadro, en que están espresadas las proporciones de los ingredientes de la pólvora que se usan en las fábricas de los principales paises que la elaboran.

	Salitre.	Azufre.	Carbon.
Austria.	70	16	17
Idem.	76	11	13
Baden.	76	10	14
China.	61,5	15,5	23
Idem.	75,7	9,9	14,4
España.	76,5	10,8	12,7
Estados-Unidos. . . .	75	12,5	12,5
Francia.	75	12,5	12,5
Hamburgo.	72	14	14
Hannover.	71,2	10,8	18
Hesse.— Gran-ducado.	74,4	10,6	15
Holanda.	70	14	16
Inglaterra.	75	10	15
Idem.	76	9,5	14,5
Italia.—Milan.	76	12	12
Portugal.	75,7	10,7	13,6
Prusia.	75	11,5	13,5
Rusia.	71	11,5	17,5
Idem.	75	10	15
Sajonia.	75,5	8,2	16,3
Suecia.	75	9	16
Wurtemberg.	75	12	13

Como nos estenderíamos mas de lo que nos permiten las columnas de un periódico si hubiésemos de entrar en la esposicion de todas las operaciones porque tiene que pasar la pólvora en su elaboracion, nos abstenemos de ello, limitándonos á decir que la fuerza motriz que casi esclusivamente se usa en todas las fábricas de pólvora es el agua, pues los grandes riesgos á que se verian espuestos los fabricantes si se empleasen máquinas de vapor, á causa del fuego que estas necesitan para su alimentacion, ha hecho que hasta el dia no hayan podido penetrar en las fábricas de pólvora estas poderosas palancas de la industria y de la civilizacion, si bien se nota la estraña coincidencia de haber sido en un molino de pólvora, donde se hizo uno de los primeros y mas toscos ensayos de la máquina de vapor segun se lee en una obra de Giovani-Branca, impresa en Roma en 1629.

Para concluir diremos que últimamente se ha descubierto una nueva clase de pólvora llamada *pólvora blanca*. El químico Augendre, que es el que la ha dado á conocer, dice que se compone de una parte de ferro-cianuro de potasio, una parte de azúcar blanca y dos partes de clorato de potasa. La pólvora que resulta de la mezcla de estas sustancias es blanca, arde con mucha facilidad, lo mismo en grano que en polvo, cuando se la pone en contacto con un cuerpo incandescente; la llama con que arde es mayor que la que produce la pólvora ordinaria; y deja muy poco residuo despues de la combustion. Pero aunque lleva algunas ventajas á la pólvora ordinaria, tiene el grave inconveniente de oxidar muy pronto los cañones de hierro no pudiendo emplearse mas que con los de bronce.

GERÓNIMO LOBO Y CASAL.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(HISTORIA DE UN NAPOLEON).

Se suele exclamar con frecuencia:

—¡Si yo tuviera 25,000 duros! Yo mismo, en esos momentos en que todo sobra, y en que, sin embargo, se necesita todo; en esos momentos en que suspiramos por la tranquilidad perdida, y por la ventura que no sabemos encontrar, he levantado mas de una vez los ojos al cielo, repitiendo lleno de fe aquellas tristes y suplicantes palabras:

—¡Si yo tuviera 25,000 duros! Recuerdo que la última ocasion en que esto sucedió me hallaba en uno de los cafés mas concurridos de la córte y en medio de un círculo de amigos, en el cual se hablaba de las inmensas dichas de la riqueza, que nunca llegan á conocer los desheredados.

¡Veinte y cinco mil duros! exclamó uno de ellos al oirme, golpeando ligeramente el suelo con el gastado tacon de su bota.

¡Medio millon! repetia otro, buscando en el fondo de su bolsillo dos cuartos para dar á un pobre que los pedia con mucha necesidad.

¡Bah! dijo de repente el mas grave de todos, y que hasta entonces no habia despegado sus labios; todo eso no pasa de ser una tontería: deseais el dinero como se desea todo lo desconocido; como deseárais tal vez la pobreza si hubiéseis nacido millonario.

—Pero aun dando eso por supuesto, Enrique: ¿tú admites que hay muchas cosas á que nosotros no podemos aspirar por falta de ese requisito?

—Podrá haber algunas, y si os reis como veo de mi confianza, afirmaré que no las conozco.

—Tú deliras, chico, y es lástima, porque fuera de esta cuestion eres juicioso y razonable. ¿Pero qué mas? ¿no se empeñó el otro dia en sostener que un napoleon, un sencillo napoleon, con *n* pequeña, podia en situaciones dadas proporcionar la felicidad?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron en coro todos los oyentes.

—Reid lo que querais, pero yo me sostengo en lo dicho; un napoleon, ó lo que es igual, cinco francos, puede hacer á un hombre dichoso, rico, y si me apurais, hasta título de Castilla.

—Yo lo creo, interrumpió el mas incrédulo; hay bastantes que con menos lo han conseguido; el juego, los manejos de cierta clase...

—Nada de eso: no es cosa que pueda afectar á la conciencia, aquí no hay nada de trampa, ni de albur; es cuestion en que nada tiene que ver la policía, ni el Código penal.

—Esplícate.

—Pues bien, voy á esplicarme: yo he comprado la felicidad con un napoleon.

—¿De verás?

—¡Hombre!

—¡Chico!

—Dejadme hablar: cuando he dicho que la he comprado, no lo he dicho todo: quise comprarla.....

—¿Pero, no se vendia por tan poco?....

—Sí; se vendia por menos aun, de valde.

—Cuéntanos eso, Enrique, porque debe ser cosa divertida.

—Corriente, pero jurad antes no interrumpirme hasta el fin.

—Lo juramos, dijeron todos á una voz.

—Pues entonces, oid.

I.

Era el último domingo del mes de setiembre.

Caia una lluvia abundante, y desde la ventana de un cuarto miraba yo con cierta satisfaccion apretar el paso á los transeuntes que cruzaban la calle, buscar los tímidos un asilo en el portal mas inmediato, y lucir mas de una hermosa su blanca enagua, bajo la cual asomaban dos piés que dieran envidia á los de la estátua de Juno.

Acababa de levantarme, y por cierto de mal humor; habia satisfecho la tarde antes algunas pequeñas obligaciones, y mi capital se reducia á un napoleon.

No soy de los que tiemblan al aspecto de la miseria; pero acostumbrado á una medianía honrosa, me inquietaba la idea de tener que molestar á mi familia, ni menos contraer ningun compromiso.

Decidíme sin embargo, á arrostrarlo todo, y para hacer mi resolucion mas fuerte, me propuse gastar mi único napoleon en aquella mañana.

Salí, pues, á la calle, bien armado de gaban y paraguas, y con andar ligero me encaminé hácia la puerta del Sol.

No me he esplicado nunca la causa, pero me gusta un dia lluvioso, sobre todo en Madrid, donde el agua no es un obstáculo para que se ande, se visite, se pasee, sino que es al contrario un aliciente para los aficionados al bello sexo, y para aquellos que gozan con las interioridades.

Seguí, pues, mi camino casi alegre, sin acordarme del porvenir, y sin mas pensamiento que el de satisfacer del mejor modo posible, un singular capricho.

Serian las once cuando llegué á la calle de la Montera, las tiendas estaban cerradas en su mayor parte, y nada veia en las demás, cuya compra pudiera halagarme; pensé almorzar, pero era demasiado temprano, y por otra parte esto no llenaba mi deseo; necesitaba reflexionar, y para hacerlo con mas recogimiento, entré en la iglesia de San Luis.

El templo estaba lleno; se habia empezado la misa y un débil resplandor iluminaba las naves y galerías; cerré por un momento los ojos, y al abrirlos pude distinguir cerca de mí dos señoras que oraban al parecer con gran fervor.

Llegó la hora de arrodillarse, y lo hice á su lado; al levantarnos una de ellas se apoyó en mi distraida, pero conociendo al punto su error, se volvió murmurando:—Usted dispense, caballero. Entonces pude ver un rostro encantador.—No hay de qué, señorita, contesté en seguida. Me miró con dulzura y nada mas.

Salimos de la iglesia juntos, y la lluvia continuaba; hubiera sido grosero no ofrecerles el paraguas: se lo ofrecí al bajar la escalinata, y aceptaron, aunque con trabajo.

Pero esto no era bastante. Yo necesitaba gastar mi napoleon; habia salido de casa con ese objeto, y la ocasion me parecia digna. En otro momento quizás hubiera vacilado; en aquel, retroceder equivalia á un crímen.

Tendí la vista en rededor, y vi parada á pocos pasos una elegante carretela que me pareció de alquiler. Rogué á mis desconocidas que me siguiesen, y me dirigí hácia el carruaje. El lacayo bajó del pescante, abrió la portezuela, y tomamos asiento despues de haber dicho mi bella al auriga algunas palabras que no oí, y á las que contestó este haciendo crugir su látigo.

El coche partió á escape por la calle de la Montera, subió por la de Fuencarral, torció por la del Desengaño, y despues de algunas vueltas paró delante de una magnífica casa en la calle del Pez.

Habia llegado por fin la hora deseada; mi napoleon iba á parar á manos del cochero que me daria un millon de gracias, y mi desconocida jóven, pues se me ha olvidado decir que la otra era vieja, y con trazas de ama de gobierno ó cosa parecida, iba á añadir este rasgo de generosidad á mi noble accion. Toda una eternidad de amor y de delicias se desarrolló ante mis ojos, del mismo modo que se desarrolla ante los del admirado espectador el inmenso lienzo del Misissipí.

¡Una conquista! ¡y por 19 reales! tanto gozo me aniquilaba; era mas de lo que pude nunca ambicionar.

¡Oh, vanidad humana!

MANUEL DEL PALACIO.

(Se continuará.)

EXAMEN CRITICO

DE LAS CARRERAS DE CABALLOS, VERIFICADAS EN LOS DIAS 17 Y 20.

Las carreras de caballos que nos ofrece todas las primaveras la Sociedad para el fomento de la cria caballar



ENTRADA TRIUNFAL DEL PERRO PALOMO EN LA VILLA Y CÓRTE, DE VUELTA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

en España, se verificaron en el hipódromo de la real Casa de Campo en los dias 17 y 20 del actual, no habiendo dejado de estar concurridas, á pesar de que en el primer dia, ademas de amenazar lluvia, habia tambien corrida de toros y romería en San Isidro, llamando, como es sabido, al pueblo de la coronada villa mucho mas la atencion las dos últimas funciones, que la aficion á las primeras.

Para las carreras del 17, se inscribieron catorce corceles con objeto de disputar los premios ofrecidos. Lo hicieron al primero, que era de 1,000 reales, dado por la Inspeccion General de Carabineros, para el caballo ó yegua que corriera en menos de 3 minutos dos mil varas, venciendo de tres dos veces, dos potras de tres años, pura sangre inglesa, la *Duchess* del señor duque de Fernan-Nuñez, y la *Volga* del señor duque de Osuna, llevando ambas noventa y siete libras de peso. En la primera prueba tardaron, por su órden, 2′ 14″ y 2′ 15″, y en la segunda 2′ 13″ y 2′ 13 1/4″. Venció la *Duchess* por una ventaja insignificante.

El segundo premio, ofrecido por la Sociedad, era de 2,000 rs., debiendo dar una vuelta al hipódromo, ó sea correr mil quinientas varas en menos de 2′, una sola vez. Le disputaron los potros de tres años, *Lovely* del señor duque de Fernan-Nuñez, *Ivanhoe* del señor duque de Osuna, y la potra *Neva* de igual edad; todos de pura sangre inglesa. Tardaron por su órden 1′ 33 1/4″, 1′ 34″ y 1′ 35″. Ganó *Lovely*. Los dos primeros llevaban cien libras de peso, y la tercera noventa y siete.

Para el tercer premio de 6,000 rs., ofrecido tambien por la misma Sociedad, al que corriera tres mil varas en 4′, venciendo de tres dos veces, se presentaron la potra *Alma* del señor duque de Fernan-Nuñez, llevando ciento veinte y siete libras de peso; la yegua *Elena*, de seis años, con ciento treinta y seis libras, propia del señor duque de Osuna; la *Reneacuala*, de cinco años, del señor marqués de Alcañices, con ciento diez y siete libras, y la *Formelia*, potra de cuatro años, con ciento nueve libras y media de peso, perteneciente al señor duque de Frias, siendo todas de pura sangre inglesa. Tardaron en la primera prueba, *Alma* 3′ 25″, quedando distanciada en la segunda; *Elena*, en una y otra 3′ 15″; *Reneacuala* 3′ 17 1/2″ en la primera, y 3′ 15 1/4″ en la segunda; invirtiendo *Formelia* 3′ 18″ y 3′ 21″. Triunfó *Elena*.

El cuarto premio, ofrecido por el ministerio de la Guerra, era de 8,000 rs. para el que venciera de tres dos veces, corriendo tres mil varas en 3′ y 53″: fue disputado por la *Centella*, de cuatro años, del señor duque de Fernan-Nuñez, con ciento diez y nueve libras y media de peso, que tardó en la primer prueba 3′ 31 1/4″; el caballo *Matutero*, de cinco años, presentado por don Antonio Bell, como de raza española, y con ciento veinte y cinco libras, que invirtió 3′ 43″; y la *Comparacion*, de seis años, del señor marqués del Moral, llevando ciento veinte y dos libras, que tardó 3′ 32. Las potras *Tolla*, del señor duque de Sesto y la *Cordobesilla* del señor marqués de Alcañices, quedaron distanciadas. Esto fue causa de que solo pudieran hacer la segunda prueba los tres primeros, tardando en ella *Centella* 3′ 35″; *Comparacion* 3′ 37″ y el *Matutero* 3′ 38″. Venció la primera. Todas eran de sangre anglo-hispana, menos el *Matutero* que era de raza española.

No habrá tal vez duda, en que este caballo haya nacido en España; tampoco la habrá en que el padre y la madre sean tambien españoles; pero su conformacion, la figura de su cabeza, lo horizontal de la grupa, longitud de la pierna, direccion muy oblícua y largo de la espalda, con el modo de tenderse en la carrera, indicaban, hasta á los menos inteligentes, que en sus venas no habia solo sangre española, que debia correr por ellas sangre árabe ó inglesa; lo comprueba aun el que cuando caballos de pura raza española, muy acreditados por sus hechos, han corrido con otros de media sangre, han quedado siempre distanciados, y al *Matutero* no le han llevado en la segunda prueba mas que 3″ de ventaja. Ningun caballo español ha corrido tres mil varas en 3′ 38″ porque su conformacion se lo impide, mientras que las leyes de la mecánica animal se encuentran mejor aplicadas en los de pura y media sangre inglesa, corriendo tanto mas, cuanto mas abunda esta en ellos.

El dia 20, con una concurrencia poco comun y entre muchos lujosos y caprichosos trenes, se presentaron á disputar el primer premio que ofrecia la Sociedad de 3,000 rs. para el caballo ó yegua que corriera en menos de 2′ mil quinientas varas, venciendo dos veces de las tres en que podian disputar la diferencia, los potros de tres años *Lovely* é *Ivanhoe* del dia 17, y la yegua *Medea* de cinco años, del señor duque de Osuna y de pura sangre inglesa. Invirtieron en la primer carrera, por su órden 1′ 34″, 1′ 37″ y 1′ 34 1/4″. En la segunda prueba 1′ 32 1/2″, 1′ 35″ y 1′ 33″. Ganó *Lovely* del señor duque de Fernan-Nuñez. Fueron retiradas *Formelia Tolla* y *Cordobesilla*, que corrieron el dia 17.

El segundo premio de 4,000 rs., ofrecido por el ministerio de Fomento, para el que corriera en menos de 3′ y 43″ tres mil varas, le disputaron la *Duchesse* y *Reneacuala* del dia 17, el potro *Rápido*, de cuatro años, de pura sangre inglesa, propio del señor duque de Osuna, y la yegua *Florinda*, de igual orígen y edad del señor duque de Frias. Tardaron en la primer prueba 3′ 22 1/8″, 3′ 22″, 3′ 23″ y 3′ 25″. Para la segunda prueba fue retirado el *Rápido*, tardando los demás 3′ 23″, 3′ 22″ y 3′ 26″. Venció *Reneacuala* del señor duque de Osuna. Se retiró de esta carrera la yegua *Alma*, de siete años, pura sangre inglesa, y presentada á nombre de don Julio Falcó, que el 17 lo hizo en el del señor duque de Fernan-Nuñez.

Para el tercer premio que ofrecia S. M. la reina de 12,000 rs., al que corriera en menos de 5′ y 45″ cuatro mil quinientas varas, se presentaron la yegua *Catinka* del señor duque de Osuna, la *Elena* del dia 17 y la *Moldova* del señor duque de Frias, todas de seis años y de pura raza inglesa, tardando por su órden, en la primera prueba 5′ 3″, 5′ 3 1/2″ y 5′ 16″; en la segunda invirtieron 4′ 56″ y 4′ 56 1/8″, pues la *Moldova* fue retirada. Ganó *Catinka*. Sin embargo, la *Elena* demostró poder correr mas que su competidora, pero se lo impedia el jokey llevándola muy refrenada desde la segunda vuelta, costándole muchísimo trabajo dejarse ganar por menos de media cabeza. Es seguro que si corre en octubre, no será vencida.

Se improvisó tambien una carrera de dos vueltas de hipódromo, corriendo tres mil varas, sin tiempo ni peso marcado, pero sin poder optar mas que caballos españoles de paseo, consistiendo el premio en 1,000 rs. (segun llegamos á entender) que ofrecia el señor duque de Frias. Se presentaron cuatro caballos de los señores Carvajal, Luengo, Gaviria y Saavedra, ganando el de este último, llamado *Fiera*, que tardó 3′ y 25″.

Cada año que pasa se va notando mas por datos irrecusables el resultado trascendental que ha dado de sí la Sociedad para el fomento de la cria caballar en España, sin la cual es seguro no se hubiera multiplicado en nuestro suelo la sangre inglesa. Nuevos competidores en el hipódromo se presentan á disputar los premios, pero con aumento progresivo en sus cualidades, pues que en los primeros años de la institucion habia carreras, cuyos premios no se adjudicaban por haber tardado los que á ellos optaban mas tiempo que el marcado en el reglamento, y en el dia les sobra con mucho esceso, habiéndolos que tardan el mismo y aun menos que los mas nombrados, y siempre vencedores, en Francia y en Inglaterra. Ha llamado la atencion y continúa llamándola, el que antes se presentaban en el circo caballos de la real yeguada de Aranjuez, y que hace pocos años han dejado de verificarlo. Respetando los motivos que para ello pueda haber, se nos permitirá decir que con tal sistema no es dable saber si la cria va ó no progresando; que no es posible conocer si los que se destinan á la propagacion tienen las cualidades interiores que para ello se exigen, puesto que es preciso la prueba prévia y comparativa, porque sin ella no hay conocimientos precisos, reales, fundados; no hay seguridad en conservar á una raza su estima, su valor, sus cualidades características. Un caballo vencido por precioso que parezca, no estará mejor dotado que el vencedor; este posee una cosa oculta, inapreciable por los sentidos, que es muy útil comunique á sus producciones, y que el vencido no puede dar porque carece de ella. Las cualidades interiores se trasmiten á los hijos como las esteriores.

Las carreras, sea el que quiera el sistema que para ellas se adopte, son de la utilidad mas comprobada y han dado en todas partes los beneficios mas trascendentales para el fomento y mejora de la cria caballar, y si en Inglaterra, donde tomaron orígen, se trata de poner un lenitivo, se procura disminuir el frenesí que por ellas existe, es á causa de haber descuidado la produccion de los caballos de guerra de caza y de tiro por multiplicar los de carrera, cuya cria era una especulacion lucrativa; pero en España estamos bien libres de tal resultado: nunca se generalizará la anglo-manía entre los ganaderos.

NICOLÁS CASAS

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

En tierra agena la vaca al buey acornea.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

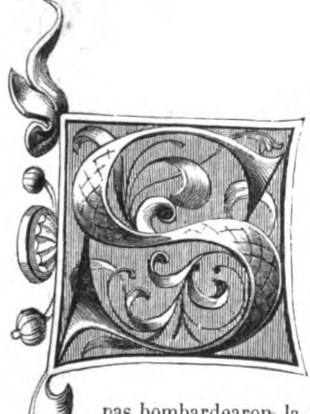
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 23. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 3 DE JUNIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



egun los últimos partes recibidos acerca de los sucesos de Sicilia, la insurreccion progresa cada dia mas y los insurgentes se han hecho dueños de Palermo. Sin embargo, los fuertes que dominan la ciudad y donde se han refugiado las tropas bombardearon la poblacion, y en esta tarea les auxiliaron los buques de la escuadra. Desgracia es de un país no tener fortificaciones sino para arrasar desde ellas los edificios que parecian destinadas á proteger, y no tener escuadra mas que para volver sus cañones contra los mismos que la pagan y mantienen. Si como es de esperar Garibaldi consigue establecerse sólidamente en Palermo, la isla de Sicilia puede contarse por perdida para el rey de Nápoles; y perdida la Sicilia, el fuego de la insurreccion atravesará el Estrecho y pasará al Continente. Ademas de las razones políticas que pudieran mover á Garibaldi para llevar la revolucion á Nápoles, hay una razon de circunstancias que le obligaria á ello. El gobierno de una isla no puede sostenerse sin una escuadra á sus órdenes; Garibaldi no tiene escuadra, y por el contrario la isla se encontrará bloqueada por la de Nápoles. Será, pues, una necesidad urgente de su situacion distraer las fuerzas de sus adversarios y hacer una tentativa sobre su propio país, tentativa á la cual por otra parte las circunstancias dan alguna probabilidad de éxito.

Esto significa que la Italia ha de presenciar todavía en el verano actual grandes sucesos, y que no habiendo terminado con la paz de Villafranca sino el primer acto del gran drama á que estamos asistiendo, empieza ahora el segundo; y cuenta que la obra lleva trazas de tener como los dramas literarios modernos cinco actos muy completos y algunos cuadros.

En nuestra patria ningun acontecimiento notable ha ocurrido en la última semana. Ya dijimos que la apertura de las Córtes se habia verificado con gran aparato; en este número verán nuestros lectores el grabado que representa el coche de gala de SS. MM. y el acompañamiento. Reunidas las Córtes, las comisiones de ambos cuerpos colegisladores se ocupan en redactar el mensaje contestando al discurso de la corona y en preparar los proyectos que han de discutirse. El martes tomó el Congreso en consideracion por unanimidad una proposicion para declarar que el ejército de Africa y su caudillo han merecido bien de la patria.

El 25 á las doce del dia llegó el Ketib á Tetuan con la ratificacion de la paz. Le acompañaban varios personajes y quieren pasar á esta capital con regalos que traen para la reina, entre ellos un hermoso leon del desierto.

Síguese hablando de la ratificacion de la renuncia de Montemolin; mas ahora parece que encuentra algunas dificultades. Segun dicen los que se creen bien informados, Montemolin y su hermano no tienen inconveniente en ratificar pura y simplemente su renuncia, pero se resisten un poco á reconocer como reina á su prima doña Isabel II. Sus partidarios, sin embargo, tienen todavía esperanza de que consientan en este reconocimiento para lo cual se esfuerzan en hacerles comprender aquello del perro del hortelano, y la profunda filosofía de estos refranes: *del agua vertida algo cogida*; *mas dias hay que longanizas*, y *no se ganó Zamora en una hora, ni Sevilla en un dia*.

Si los hijos de don Cárlos llegan á venir encontrarán probablemente reformado el uniforme de los caballeros de la órden de San Juan, segun las ideas artísticas del infante don Sebastian, gran prior de dicha órden. No dudamos que con el nuevo uniforme recobrará esta su prístino esplendor, y Montemolin se alegrará de ver lo que en esta parte se ha progresado en su ausencia.

Un nuevo académico de la lengua tenemos en el señor don Cándido Nocedal, autor del prólogo á las obras de Jovellanos, y que fue admitido solemnemente hace unos pocos dias *au throne academique*. El señor Nocedal se lamentó en su discurso, entre otras cosas, de la influencia de los giros, palabras y modismos franceses en nuestro idioma; y en efecto la influencia francesa es tal, que el mismo neófito (y perdónesenos el neo-logismo) dió abundantes pruebas de estar gravísimamente contagiado del mal de que se dolia. Ovidio al jurar á su padre que no compondria versos, compuso uno de los mejores,

Juro, juro, pater, numquam componere versus.

No es sin embargo nuestro ánimo comparar las obras del señor Nocedal con las del autor de las *Metamorfosis*, de los *Fastos* y de los *Tristes*, sino hacer ver que los hombres mas ilustres suelen incurrir muchas veces en aquello mismo que con mas ahinco pretenden evitar.

En la academia de Ciencias ha sido admitido el señor don Eduardo Rodriguez, que al tomar posesion de su silla académica ha leido un erudito discurso sobre las aplicaciones de las ciencias físicas. Le contestó el señor marqués del Socorro.

Sabido es que la academia española ofreció un premio y un *accessit* á las dos mejores composiciones poéticas dedicadas á cantar los triunfos del ejército español en Africa. Abiertos los pliegos de los opositores, la corporacion declaró que el primer premio correspondia á la oda compuesta por el señor don José Joaquin Cervino, y el *accessit* á la de don Antonio Arnao. Para adjudicarles estas recompensas se celebró el miércoles una brillante reunion en el salon del Conservatorio de Música. Asistieron á ella las personas reales, el general Zabala, el marqués del Duero y los individuos de distintas corporaciones literarias y científicas. Se leyeron las composiciones, se cantó un himno, y recibieron el señor Cervino su medalla de oro y el señor Arnao su diploma. Las composiciones de uno y otro son de bastante mérito literario.

El señor don Pablo Estorch y Sigués licenciado en medicina, residente en Barcelona, ha descubierto la composicion de una especie de piedra que titula *iman de los venenos* y que aplicada á la herida causada por la mordedura ó picadura de un animal rabioso ó venenoso chupa todo el virus nocivo y salva la vida del paciente. El señor Estorch ha publicado un opúsculo sobre el orígen, aplicacion y usos de esta piedra y lo ha dirigido á las academias de medicina de Madrid, Barcelona y París. Los periódicos han hablado de varias curas maravillosas hechas con las piedras del señor Estorch, el cual ha enviado ó trata de enviar á Madrid algunas de las últimamente compuestas para esperimentar sus efectos en los casos desgraciados que puedan ocurrir. No dice el señor Estorch en su opúsculo el secreto de la com-

posicion de estas piedras; pero si en efecto tienen la virtud que él mismo refiere, lo cual puede acreditarse por repetidos esperimentos, el gobierno deberia ofrecerle las ventajas consiguientes al beneficio que reportaria la humanidad de hacerse público su descubrimiento.

Nada nuevo en los teatros: la compañía de zarzuela parece que ha terminado sus compromisos, y se trata del ajuste de cantantes para la temporada inmediata. El teatro de ópera italiana ó sea el de Oriente, quedará en el próximo año cómico á cargo de la misma empresa que lo ha tenido en este. De los teatros de declamacion nada se sabe todavía, y cuanto se diga es por lo menos prematuro. Hasta la compañía de actores franceses que trabajaba en Variedades, nos ha abandonado para marchar á Barcelona. Verdad es que no podemos quejarnos de que nos pague en la misma moneda.

Ya se ha inaugurado el ferro-carril de Barcelona á Lérida, y como siguen activamente las obras del de Zaragoza, tendremos pronto otro puerto del Mediterráneo en comunicacion con la capital. ¡Y el Océano! Por Galicia anda el diputado don Juan Flores entusiasmando á los gallegos con su proyecto de unir aquellas costas con el centro de la península por medio de una via férrea, y de su actividad y constancia es de esperar que consiga buenos resultados.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

(CONTINUACION.)

IX.

En nombre de Dios, clemente y misericordioso.—La creacion de los cielos y de la tierra, la sucesion de la noche y del dia, el buque que surca las ondas en provecho de los hombres, la lluvia que desciende de las nubes y fecundiza la tierra, los animales que cubren su superficie, las vicisitudes de los vientos y de las nubes que se balancean entre el cielo y la tierra, son á nuestros ojos señales del poderío del Altísimo.

Llegará algun dia en que el hombre tendrá delante de su vista el espectáculo de sus buenas y malas obras, y deseará que un intervalo inmenso le separe del mal que haya hecho.

Mientras no llega el momento en que el ángel Azrail reciba mi alma al dar mi último suspiro, ó que el ángel Israfil haga sonar la gran trompeta que tiene aplicada de contínuo á los labios aguardando la órden de Allah para declarar el dia final del mundo, me someteré á la voluntad de Dios que me ha llevado á tierra estraña.—El me devolverá, si le place, al lado de mi familia.

El hombre, como dice el Profeta, se halla rodeado de ángeles que sin cesar se suceden unos á otros. Allah les ha encargado que velen por su conservacion, y no retira sus beneficios sino cuando el hombre llega á pervertirse. Cuando quiera castigarle nadie le opondrá obstáculo alguno, porque no hay manera de evitar su omnipotencia (2) (3).—¿Por qué no he de esperar, pues, volver pronto á acariciar mis mujeres y mis hijos, mis caballos y mis camellos?

Entre tanto, no te hablaré, hermano mio, de las dotes naturales que enriquecen este suelo. La fertilidad de la España á nadie es desconocida. Las palmeras solo crecen en los territorios mas meridionales, y son tan escasas en número, que bien demuestran el sentimiento de que se hallan poseidas por no verse rodeadas de las generaciones que las plantaron. Por lo demás, ¿qué podré decirte acerca de la diversidad de matices que ofrecen los olivares, las viñas y las huertas? Ciertas son las palabras del príncipe de los profetas (4): «todos los frutos son regados por una misma agua, y no obstante ¡cómo difieren en gusto y calidad!»

Te hablaré de usos árabes y de recuerdos del pueblo morisco que á cada paso se hallan en el trato social, y aun en el carácter nacional de los españoles. En sus conversaciones añaden siempre, como nosotros, las espresiones: *si Dios quiere*; *segun parece*; *solo Dios lo sabe*; y muchos de sus juegos y de sus diversiones, de nuestros antepasados las heredaron. Las *fiestas ó corridas de toros*, los *naipes*, el *ajedrez*, pueden contarse en este número. Entre la gente de guerra vemos que desde la mas remota antigüedad aceptaron las *tiendas de campaña* y los *tambores*, instrumentos bélicos que se usaban ya por los Almoravides al llegar á España en la primera mitad del siglo XI. Entre los habitantes de las ciudades tienen orígen musulman las *rejas bajas*, las *cancelas* y las *celosías*, los *patios*, los *cármenes*, los *aljibes*; las *alfombras* y *alcatifas*, los *divanes* y *sofás*, los *almohadones* y *cojines*; las *guitarras*, *arpas*, *bandurrias* y *vihuelas*, con las popularísimas *serenatas*. Los campesinos y labradores podrian recordar en las *espuelas* ó *acicates*, en los *pretales*, *flecos* y *borlas* de los jaeces de sus caballos, restos de costumbres árabes, y los mismos campesinos y labradores, en Andalucía, comen en mesas tan bajas como las que puedan usarse por una familia mahometana. Sus *fajas*, sus *polainas* de cuero, y otras prendas del traje andaluz, con el gusto por ricos y preciosos adornos que muestran los hijos de las tierras meridionales, prueban el mayor roce que tuvieron con nuestros bisabuelos. Este afan por el lujo, este gusto que en España se llama todavía oriental, hasta los mismos historiadores españoles confiesan que los árabes de la península les poseyeron en alto grado. Oye su testimonio, tal como lo ofrece en su historia de las cosas de Granada, un escritor malogrado de estas comarcas.

«Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y los donceles de su gusto esquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas, y en deslumbrar con sus bordados y lentejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulacion entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Koran, ó cifras marciales y amorosas; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondian á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable (1).

Tal fue el grado á que llegó la proteccion que los mismos reyes moros de Granada dispensaron al lujo y á la esplendidez de nuestros antecesores, que llegaron á consignar en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espadas, lanzas, estribos, y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes ó adornos de mujeres distinguidas, ó de sus esclavas, no pagasen derecho alguno á la hacienda.

Y á los descendientes de unos hombres que de tal modo (como te he dicho en mis anteriores) protegieron las ciencias, las letras y las artes; que tantas pruebas dieron durante su dominacion en España de valor, de generosidad y otras mil virtudes; á los descendientes de estos hombres ¿se les apellida hoy bárbaros é incivilizados á boca llena?—Solo Allah conoce el destino de las naciones: solo Allah distribuye y concede el poderío, la fortuna, la civilizacion al pueblo que bien le parece.

(Se continuará.)

(1) Véase el número 20 del *Museo Universal* del corriente año.

(2) Koran: cap. XIII.

(3) Segun El-Hazan, son cuatro los ángeles encargados de velar sobre las acciones de los hombres, dos durante el dia, y dos durante la noche, los cuales se relevan entre sí con grande asiduidad.

(4) Título que dan los musulmanes á su falso profeta Mahoma, ademas de otros veinte y cuatro mil nombres á que ascienden los títulos conque le adornan sus sectarios.

(Nota de la redaccion.)

(1) Lafuente Alcántara, en su *Historia de Granada*.

AMOR DE MONJA (2).

CONTINUACION.

XXXVII.

Las tempestades pasan, pero dejando en la comarca sobre la que han pasado las terribles señales de su paso.

El césped con las púdicas violetas que en él se esconden, ha sido cubierto por el lodo del aluvion; el huracan ha arrebatado las flores de los arbustos; el rayo ha desgajado los robustos brazos del roble; la tierra empapada de agua, parece como entumecida.

El cielo está despejado; una brisa tibia, pero que lleva consigo aun el olor, por decirlo asi, de la tormenta, ha reemplazado al huracan; el sol brilla resplandeciente, pero sobre un cuadro de desolacion.

Para Asuncion habia pasado la tempestad de dolor, de recuerdos apenados, de deseos desesperados; habian concluido las horribles y largas noches de fiebre, de insomnio, de agonía; esas veladas crueles que solo puede comprender el que haya amado con toda su alma, deseado con todo su deseo, y sin una vislumbre de esperanza: habian pasado las largas, las insoportables horas de una soledad nunca interrumpida, de una espantosa soledad del alma, la mas profunda, la mas silenciosa, la mas fria de las soledades en que puede verse anegado el espíritu de una criatura: habia salido de una tumba á la luz: respiraba, sentia de nuevo calor en torno de su corazon, y su corazon latia sin pena, sin esfuerzo, dilatado, amplio, como si le hubiesen libertado de un peso enorme.

Vivia en fin.

Carlota, su amor, su vida, su sueño, habia vuelto.

El sol de la felicidad, enviaba con amor su luz radiante al alma de la monja.

Pero las huellas de la tempestad pasada habian quedado impresas en aquellas dos pobres criaturas.

Pálidas, débiles, enfermas, envejecida la una, espiritualizada la otra por sus sufrimientos, eran dos figuras conmovedoras.

Porque al verlas, al notar su densa palidez, su demacracion, y la lánguida y amarga melancolía, que como una atmósfera fatídica fluia de su semblante, de su cansancio, de su abatimiento, se comprendia claro ese infortunio que no puede concebirse sin estremecimiento: el infortunio del alma.

XXXVIII.

Asuncion veia tambien, con no sabemos qué sentimiento interesado, la situacion en que se encontraba Carlota.

Su palidez era casi diáfana: sus grandes ojos negros, tenian una fuerza y un brillo estraordinario, pero que revelaban la fiebre: sus mejillas estaban demacradas: su nariz afilada, sus labios pálidos, enflaquecido el cuello, y completamente desaparecido el alto y mórvido seno, que cuando salió del convento era uno de los mas echiceros atractivos de la jóven: sus brazos y sus manos habian llegado á una delgadez suma: de lo que antes habia sido, solo conservaba su rica, su magnífica cabellera negra rizada: pero entre aquellos cabellos tan densos, tan brillantes, tan sedosos, habia canas escasas sí, pero al fin canas á los diez y siete años.

A pesar de esta demacracion, de esta palidez, de esta fiebre, de este cansancio, de esta melancolía, la hermosura de Carlota era estraordinaria: una belleza espiritualizada por el sufrimiento, por la desesperacion por la tisis, por una idea fija y terrible que se adivinaba á veces en el fondo de la inmóvil mirada de Carlota.

Y Asuncion, la inocente, que no podia comprender que Carlota sufriese uno de esos martirios del alma, que matan al cuerpo, decia con alegría para ella:

—La han tratado mal: no la han amado como yo la amo, y mi pobre hija ha enflaquecido, ha empalidecido, se ha puesto triste: yo la cuidaré tanto, yo me desviviré tanto por ella, que volverá á su alegría, á su bello color; volverán los dos hoyitos de sus mejillas... y ha crecido... cuando engruese estará hecha una maravilla... ¡Oh! ¡y qué esposa tan hermosa va á tener en ella el Señor!

Y desconociendo lo mortal, lo irremediable del estado de Carlota, Asuncion desconocia tambien su propio estado irremediable y mortal

El aneurisma y la tisis se habian apoderado de sus víctimas, y no debian abandonarla, sino arrojándolas á la tumba.

XXXIX.

Pasaron dias, semanas, meses.

Pasó un año.

Carlota no sonreia, Carlota no hablaba, Carlota no tenia apetito; Carlota no engruesaba.

Por el contrario cada dia estaba mas flaca, mas pálida, mas febril, mas triste, mas débil.

Siempre en sus ojos aquella espresion profundamente triste.

Siempre en sus ojos revolviéndose como una chispa sombría el fuego de un deseo desesperado.

Siempre su frente escandencida por un calor febril.

Algun tiempo despues de la vuelta de Carlota al convento, Asuncion empezó á aterrarse de una manera vaga: su *niña* no parecia próxima á restablecerse: por el contrario empeoraba.

La pobre Asuncion, enferma tambien, débil, agoviada por el trabajo á que la reducia el cuidado de Carlota, volvia á sus ejercicios ascéticos, á los rigores de una penitencia horrible, por la salud de Carlota: y esto de contrabando, en secreto, escondida en un rincon de su dormitorio, porque la penitencia, los ejercicios, las prácticas duras, la estaban triplemente prohibidas por la abadesa, por el confesor, por el médico.

Y esto debilitaba cada dia mas á la infeliz; la postraba, la rendia: solo una terrible fuerza de voluntad producida por lo íntimo, por lo terrible de su amor á Carlota, podian sostenerle en aquella lucha imposible, desesperada, anhelante.

XL.

Siempre que Asuncion decia á Carlota:

—¿Cuándo tomas el hábito de novicia, hija mia?

Carlota contestaba, volviendo hácia ella sus dulces ojos tristes, y cada dia mas hermosos:

—Mas tarde, mas tarde: dentro de un año.

Y una sonrisa amarga, pero blanda, imperceptible, esfuerzo violento de un alma desolada, aparecia en los labios de Carlota y se borraba instantáneamente, como la rápida y débil exhalacion de una oscura y sofocante noche de verano.

—¿Qué quieres? ¿qué deseas hija mia? la preguntaba toda amor, toda ansiedad, toda alma Asuncion.

—Nada, madre; respondia la niña: soy feliz.

Y en su boca, en su pequeña y linda boca, volvia á lucir por un momento aquella sonrisa horrible.

Y luego, estendia sus débiles brazos, atraia á sí á la religiosa y estampaba suspirando en su frente un beso.

Aquel suspiro y aquel beso abrasaban el cuerpo y el alma de Asuncion, que asía con sus dos manos el delicado semblante de la niña, y sellaba un hambriento beso en su boca.

(2) Véase el número del *Museo Universal*, correspondiente al 11 de marzo.



XLI.

Era aquel un drama sencillo, íntimo, secreto, en que todo pasaba dentro del alma de dos mujeres, que se adivinaba, pero de una manera vaga, en embrion, misterioso, terrible, cuyo desenlace preveian el médico, la abadesa, el confesor.

Era un dolor tal, tan concentrado, tan impresionador, que habia llenado de una atmósfera triste y pesada al convento.

Asuncion y Carlota eran expiadas, no ya por curiosidad, sinò por caridad.

El drama tenia espectadores profundamente conmovidos, y uno de ellos era la noble y bella criatura, que detalle por detalle, me ha referido esta historia de amor y de infortunio.

Hubo consultas médicas, reunion de madres, conspiraciones de la caridad, y ni las consultas, ni las reuniones, ni las conspiraciones, produjeron un remedio: el mal era incurable; separar á aquellos dos seres hubiera sido agravar sus sufrimientos: no habia mas recurso á que apelar que Dios, y toda la comunidad, uno y otro dia, en el coro, en los ejercicios, en las oraciones privadas, levantaba su corazon á Dios pidiéndole el alivio de aquellas dos enfermas, cuya materia se consumia lentamente, quemada por el fuego inestinguible de su espíritu.

XLII.

Llegó un dia en que toda la fuerza de voluntad, todo el amor, toda la ansiedad de Asuncion, no fueron bastantes para prestarla fuerzas para el trabajo.

Se fatigaba, se ahogaba: el fuego de las hornillas la producia una tos cavernosa, que retumbaba sorda allá en las profundidades de su pecho.

Se la cortaba la respiracion.

Agonizaba.

Sus débiles miembros se negaban á sostenerla.

Asuncion se replegaba sobre el suelo y lloraba, se aterraba, sentia en el alma un pavor frio, el pavor por la miseria, por la imposibilidad de cuidar de su pobre niña.

El médico, los medicamentos, los manjares lijeros y delicados, todo esto que Carlota necesitaba, que costaba dinero, demasiado dinero para las posibilidades de la infeliz, pasaba por su imaginacion, torturándola, esprimiendo hiel sobre su alma, desesperándola.

El solo pensamiento de tocar á la cantidad que debia constituir el dote de monja de Carlota, la hacia sentir un padecimiento insoportable: aquella cantidad era el resultado de los ahorros de quince años de trabajo, de vigilias, de constancia, de amor, de delirio.

Aquel era un tesoro sagrado cuya existencia no conocia nadie.

Eran diez mil reales escondidos, envueltos, sepultados en un ángulo de un enorme arcon.

A aquel tesoro no podia tocarse sino en un dia solemne, anhelado, rogado.

En el dia en que tomase el hábito de novicia Carlota.

Porque Asuncion queria absolutamente que su niña tuviese un porvenir en el convento; que pudiese llegar á ser abadesa.

Para esto era necesario que fuese monja de velo negro.

Para que fuese monja de velo negro era indispensable el dote.

XLIII.

Cuando Asuncion comprendió que la era de todo punto imposible trabajar: cuando llegó el momento en que, esceptuando el dote de Carlota, gastó su último real; cuando vió que para la manutencion, para el cuidado de Carlota, para el salario de la doncella, solo podia contar con la insuficiente asignacion del Estado; Asuncion adoptó un recurso heróico: tuvo valor para dominarse, para humillarse, para convertirse en mendiga, y salió de su celda trémula y entró cadavérica en la de la abadesa.

Lo que allí sucedió fue breve, pero terrible.

Asuncion sin hablar, porque no encontró voz, avergonzada, humillada, se arrojó á los piés de la superiora, asió sus manos temblando, levantó para mirarla su semblante lívido y descompuesto, y murmuró algunos monosílabos.

Al fin haciendo un esfuerzo sobre humano esclamó:

—Mi hija está enferma, señora; yo estoy enferma tambien: no tengo... no puedo ganar... no por mí... por mi hija... por el amor de Dios...

Y como si aquello hubiera sido demasiado, como si su alma no hubiera podido sufrir mas, Asuncion se desplomó, cayó doblegada sobre sí misma y rompió á llorar de una manera desconsolada.

Poco despues se desmayó.

Las criadas de la abadesa la llevaron á su celda, la metieron en la cama é inmediatamente la superiora mandó llamar primero al médico y seguidamente al confesor de la madre Asuncion.

XLIV.

Cuando el canónigo don Pedro llegó al locutorio encontró reunidas en él á todas las madres que le esperaban, y que ya habian resuelto lo que debia hacerse por aquellas dos desgraciadas.

La superiora empezó á contar, procurando ser valiente, lo que sucedia, al canónigo, pero á las pocas palabras continuó su relato llorando.

Todas las madres se hacian cargo de las dos enfermas.

Pero la abadesa añadia:

—La madre Asuncion es muy delicada: el esfuerzo que ha hecho hoy la ha puesto á la muerte: es necesario que usted, señor don Pedro (1), sea la mano intermediaria, que la entregue, bajo secreto de confesion, el resultado, no de una obra de caridad, sino de una obligacion que todas tenemos para con nuestra hermana.

Don Pedro que habia escuchado con la cabeza baja y con la caja de rapé en la mano, sin abrirla el relato de la abadera, se quedó pensativo durante algunos segundos, abrió luego la caja, tomó pausadamente un polvo, y luego dijo levantándose como quien no quiere escuchar réplicas á lo que va á decir:

—Yo, madre, tomo á mi cargo á mi hija de confesion y á su hija adoptiva, y no hay que hablar una palabra mas de esto.

Pero no le valió al buen canónigo el haberse levantado y el dirigirse despues de dichas sus brevísimas palabras á la puerta del locutorio.

Una esplosion, una verdadera insurreccion de las buenas madres, le detuvo.

—¡No, no, esclamaron! ¡lo hemos de hacer nosotras!

—¡Queremos aliviar por nosotras mismas su desgracia!

—¡Es nuestra hermana!

—¡Es una santa!

—¡Nosotras! ¡nosotras!

A este nutrido fuego de guerrilla, él canónigo se volvió, é hizo ademan de hablar.

Las monjas callaron.

—Pues bien, madres, dijo el canónigo: aunque yo soy muy rico, aunque no tengo afortunadamente sobrinos que me hereden, y estoy solo en el mundo, sin mas afectos, sin mas amigos que mis jóvenes colegiales; aunque para mí este no era un sacrificio sino un placer, me rindo; pero con una condicion: es necesario, de todo punto necesario, que yo contribuya tambien.

—¡Sí! ¡sí ¡eso sí! esclamaron todas las monjas batiendo las palmas.

—Y ahora, pues la necesidad es perentoria, y la pobre madre Asuncion está en cama y gravemente enferma, vayan las madres porteras á abrirme y dejemos concluido este triste negocio.

XLV.

Costóle un ímprobo trabajo al buen don Pedro el convencer á Asuncion.

Se vió precisado á repetirla una y cien veces, que estaba encargado por algunas almas caritativas, de dar una inversion justa á limosnas constantes y cuantiosas: predicóla acerca de la humildad, de la resignacion, de la conformidad con que debia recibirse un beneficio; la puso por delante el ejemplo de ella misma que habia consagrado toda su vida al bien y á la caridad, y logró, en una palabra, endulzarla la limosna.

Y usamos de la frase endulzar, porque para nadie es tan amargo el recibir á título de miseria, como para aquel que siempre ha tenido abiertas su bolsa y su alma para la miseria.

XLVI.

Desde el momento Asuncion fue socorrida.

Sin que supiese quien la socorria.

Sin ver otra mano que la de su confesor.

Asuncion tuvo alguien mas por quien levantar su alma á Dios.

Por sus bienhechores.

Desde aquel dia, cuando alguna persona, de las que continuamente encargaban dulces, flores, velas rizadas, escapularios, vestiditos de imágenes del niño Jesús, y todo lo demás en que se ocupan las monjas, preguntaba en el torno por la madre Asuncion, la tornera contestaba:

—La madre Asuncion no puede bajar.

—¿Está enferma? preguntaban.

—No, no señor, respondia la buena portera: es que ha hecho voto de no salir de su celda sino para ir al coro.

—¿Y no se la puede ver?

—No señor; pero dígame usted lo que quiere que yo tengo encargo de decírselo.

Entonces venia la demanda de estos ó los otros dulces, de esta ó la otra labor, la portera pasaba el encargo á la abadesa, y á seguida cada madre ponia su parte de azúcar, de almivar, de frutas, de flores, de seda, de lentejuelas, y la confeccion se llevaba á cabo por aquella á quien tocaba en turno, inclusa la abadesa.

Despues la portera entregaba y cobraba.

El dinero pasaba integro de sus manos á las de la abadesa y de las de esta á las de don Pedro, que añadia su parte y entregaba el total á Asuncion que lo recibia llorando y orando por quien la socorria.

(1) Este escelente canónigo, que pasó toda su vida desempeñando sabiamente una cátedra en un seminario, ha muerto ya, y su apellido que omitimos es uno de los mas ilustres de Andalucía.

Era esta una bella y dulce obra digna de las vírgenes del Señor.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ESCENTRICIDAD.—ESCENTRICOS.

I.

No crean nuestros lectores, viendo las dos palabras con que encabezamos este artículo, que vamos á disertar de astronomía ó geometría en la seccion amena del MUSEO, á la que nos trasladamos hoy fatigados de crítica, de filosofía y de reflexiones graves. Para nada entra en nuestro propósito la escentricidad ó concentricidad de dos figuras, ni la distancia que media entre el centro de la elipse y cada uno de sus focos, ni el movimiento y curso de los astros. Hablamos de escentricidad y escéntricos, en una acepcion moral exótica, para significar las anomalías en el pensamiento y la conducta de ciertas personas. Pero, ¿á qué usar (se nos dirá), de un anglicismo inútil que pudiera sustituirse en castizo castellano con las palabras ***estravagancia*** y ***estravagantes*** que corresponden exactamente á la misma idea? Confesamos ingenuamente nuestra falta; pero no ***nos arrepentimos*** ni ***enmendamos***. Hay cosas cuyo interés está enteramente en el nombre, y á esta categoría pertenece el asunto que tratamos. Colocados, pues, entre la legalidad del diccionario y la arbitrariedad del gusto, hemos optado por la última; saltando á guisa de ministros, por las bardas de la primera, que á la verdad son cada dia mas accesibles. Se va haciendo ademas hábito entre nosotros no hablar mas castellano que el preciso, y no queremos pasar por mal educados cuando tan fácil es evitarlo. Dispensen nuestros lectores la anterior digresion, que bien merece el titulo la pena de justificar su sentido, y no es mas perdido el tiempo empleado en ello que el que suele gastarse en los árduos negocios de la política.

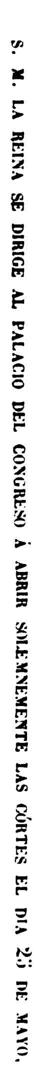
«El estilo es el hombre,» ha dicho el célebre Buffon, indicando asi que cada individuo tiene una manera peculiar de emitir sus ideas; y esto es tan cierto que, conocida esa forma, no es difícil penetrar hasta el fondo mismo del pensamiento. Pero el descubrimiento pareció diminuto, y muchos, que no son ni serán filósofos, se han empeñado posteriormente en demostrar que un movimiento cualquiera repetido, un simple accidente de la vida física, un hábito, una costumbre, bastan y sobran para adivinar con exactitud un carácter. Los tales han dejado tan en zaga á Lavater y Gall, como una locomotora á un viejo carromato.

«Pues bien, esta fuerza poderosa de induccion, que en nuestros dias todo lo abarca y sintetiza, que con un rasgo crea una fisonomía, como Cuvier formaba de un solo hueso un animal gigantesco; esta concentracion poderosa y eficaz que da la ciencia y la historia y la literatura por fórmulas, como un médico devuelve la salud por recetas; este talento generalizador y comprensivo que se nos antojaba un raro privilegio de la naturaleza, aunque, por lo estendido y aplicado que se halla, puede compararse á la dote de cualquier doncella, ha bajado sin duda sobre nuestra cabeza, como un don del Espíritu Santo, inspirándonos el razonamiento siguiente:

«Si los errores y las desgracias de la humanidad, cuidadosamente recogidos y trasmitidos de generacion en generacion y de pueblo en pueblo, sirven para estudiar la marcha del mundo hácia su providencial destino, ¿por qué no ha de contribuir tambien á este objeto la historia detallada y fiel de sus locuras?» Esta proposicion es á todas luces inatacable: pasemos, pues, lógicamente á otra. «Si á la intuicion del último de nuestros arqueólogos basta hoy, para desenterrar una civilizacion muerta hace veinte siglos, el exámen de unos vasos de barro ó de algunos utensilios menudos de cocina, ¿qué inconveniente hay en seguir paso á paso las evoluciones morales del hombre con la guia de sus estravagancias?» Sentados ya los preliminares, la consecuencia se resuelve en una tercera proposicion problemática, que redactaríamos de esta manera si nos propusiéramos sacarla á concurso: «hallar el grado y las tendencias de una civilizacion, el espíritu de las instituciones y de las costumbres de una nacion ó una raza, por la índole de sus escentricidades y el número de sus escéntricos.» ¡Quién sabe si saldría algun Rousseau del certámen! Recomendamos el tema á la academia de ciencias morales y políticas, y se lo recomendamos con tanta mas razon cuanto que no nos proponemos tratarlo, imitando en esto á nuestros flamantes generalizadores que en todo se ocupan menos en demostrar sus tesis. Con este sistema las tareas literarias se simplifican, y el título de sabio no encuentra otro obstáculo que la escesiva concurrencia de pretendientes.

En nuestra escentricidad, es decir, en la escentricidad de que venimos tratando, consideramos al hombre en su estado fisiológico, y prescindimos por completo de su estado morboso. ¿Qué es, pues, la escentricidad bien analizada? Es una exuberancia de personalidad que rompe toda relacion con las demás personalidades; un individualismo exagerado, enfermizo, que se roza de cerca con un estado patológico. El escéntrico no quebranta




S. M. LA REINA SE DIRIGE AL PALACIO DEL CONGRESO Á ABRIR SOLEMNEMENTE LAS CÓRTES EL DIA 25 DE MAYO.

los preceptos de la ley penal, pero falta á las convenciones sociales. Ademas de los actos justiciables existen otros que pertenecen á las costumbres: el que ejecuta los primeros se hace delincuente; el que incurre en los segundos no pasa de estravagante. El espíritu de independencia es igual en ambos; quizás mas pronunciado en el último, porque la tiranía de la opinion es mas violenta que la tiranía del código; pero los separa el criterio moral por un abismo de distancia. Asi, mientras el desarrollo de la delincuencia marcaria en un pueblo un desarrollo de depravacion, el de la escentricidad indica por el contrario elevados sentimientos, dignidad de carácter, ideas atrevidas, convencimiento del propio valor, inviolabilidad del derecho. Hay enfermedades peculiares de las constituciones robustas y la escentricidad es una de ellas: es mal parcial que acusa en la generalidad una salud exuberante.

Así lo demuestra la historia, ese «recuerdo vivo del mundo» como lo llama elegantemente Lamartine; pero aunque no lo dijera, se lo haríamos decir nosotros, amoldando, truncando y desfigurando los hechos, para nuestro servicio particular como acostumbran los fautores de sistemas históricos. Por fortuna no lo necesitamos en esta ocasion, y nos bastan los sucesos tales como han pasado para demostrar que hay perfecta exactitud en nuestro juicio.

¿Por qué no existe la escentricidad en la primitiva civilizacion del Oriente? Porque allí no se conoce el individualismo; porque los hechos son puramente colectivos, las divisiones sociales castas y razas, y las ideas misterios, símbolos y geroglíficos. No busqueis la personalidad, esa gran palanca de las civilizaciones modernas, ni en las orillas del Ganges, ni en las planicies del imperio babilónico, ni en las fértiles márgenes del Nilo, y pasad por consiguiente de largo y sin deteneros, si quereis encontrar las estravagancias. El mismo genio griego necesita cierta madurez y cierto desarrollo para producirlas ó mas bien para individualizarlas. Estravagantes son las instituciones de Esparta; pero no lo son los espartanos, por la sencilla razon de que el estado, la ciudad lo absorbe todo, trabajo, inteligencia, placeres, afecciones. La estéril y brusca rudeza de la Laconia, su desconfiado patriotismo y su omnipotente aristocracia no permiten salirse de la regla comun é inflexible. Sus costumbres colectivas pueden pasar por modelos de escentricidad analizadas con nuestros principios; mas como la escentricidad es precisamente la contravencion á las costumbres admitidas, de aquí el que no exista en el sentido que nosotros le damos. Escéntrico seria hoy el marido que llevase á su mujer un amante, y sin embargo en Esparta era casi un deber cívico para dar á la patria defensores robustos. El espíritu democrático de la raza jónica, creando el individualismo en la ilustrada cuanto turbulenta Atenas y en las demás ciudades del Peloponeso, presenta los primeros tipos de escentricidad en sus filósofos, cuya habitual permanencia en las regio-

nes abstractas de la ciencia, daba una marcada originalidad á su carácter y un esceso de independencia á su espíritu. Timon el Misántropo y Diógenes el Cínico son, en efecto, los primeros escéntricos que recordamos dignos de que la posteridad se haya ocupado de sus rarezas. El primero odiaba á la especie humana tanto como el segundo la tenia en poco: aquel huia de la vista de sus semejantes encerrándose en su olvidado retiro, mientras que este se entregaba en público á las espansiones sensuales que reciben todo su atractivo de la soledad y el misterio.

Cierto dia, con asombro del pueblo de Atenas, se dirigió Timon á la tribuna de las arengas. ¿Qué diablos viene á proponer el misántropo, se preguntaban unos á otros los concurrentes? «Ciudadanos, dijo el orador improvisado, tengo en el jardin de mi casa una higuera de la que ya se han colgado algunos de vuestros compatriotas; pienso cortarla y vengo á anunciároslo para que se apresure á ahorcarse el que quiera.» No conocemos ningun discurso mas *humorístico* que este en los anales de la Gran Bretaña. El purísimo cielo de la Grecia cobijaba spleenes dignos de las nebulosidades del Támesis. Diógenes habia hecho de un tonel su perpetua morada y se lamentaba de no haber encontrado un solo hombre en toda la Grecia á pesar de buscarle con una linterna. Crates se desprendió de una escudilla, única riqueza que habia conservado, despues de convencerse de que se podia beber el agua en el hueco de la mano.

¿Qué diremos de Alcibiades que ponia sus rarezas al servicio de su ambicion y de sus vicios, y que para desviar la pertinaz atencion del pueblo de su vida licenciosa, se presentaba en público desnudo entre dos cortesanas ó cortaba la cola de su magnífico perro? ¿Qué del ilustre Temístocles que paseaba en su carro á cuatro mujeres de mala vida? ¿Qué del cómico Aristofanes?... pero este recuerdo hiela la sonrisa en los labios porque nos recuerda el asesinato de Sócrates.

En la vida social de la Grecia formaban el principal ornamento las jóvenes galantes que traficaban con sus gracias. Aplaudidas, admiradas, y hasta divinizadas por los hombres mas distinguidos, eran á un tiempo el estímulo y el premio de los grandes esfuerzos patrióticos, de las grandes obras artísticas y los grandes trabajos políticos. Sus casas se abrian á las eminencias de la época, á la educacion elegante de los mancebos y á los pasatiempos científicos y literarios. Un autor nos ha dejado los nombres de ciento cincuenta de estas cortesanas célebres que se hicieron ilustres en su tiempo, y otro escritor le acusa de haber olvidado muchas de las mas afamadas. Difícil seria con nuestras ideas actuales comprender la influencia de estas mujeres y los homenajes de que se las rodeaba con detrimento de las madres de familia relegadas al hogar doméstico, si la historia bien reciente de Ninon de Lenclos no nos ofreciese una débil muestra de lo que fueron en la antigüedad las Lais, las Dimo, las Frine y las Aspasia. Una noche que daba de cenar Gnatena al poeta Difilo, le presentó una copa de vino helado. —Tienes un pozo muy frio, dijo el poeta.—Consiste, contestó la cortesana, en que echo de vez en cuando en él algunas de tus comedias.—Acusada Glicera por el sofista Stilpon de corromper á la juventud, le respondió aquella delante de la numerosa concurrencia que presenciaba el diálogo.—«De lo mismo te acusan, y en verdad que no hallo diferencia entre ser corrompido por las sutilezas de un filósofo ó por las caricias de una prostituta.»

Esa era no obstante, la época brillante de la Grecia: la época de Salamina, de las Termópilas, de Maraton, de Platea, del Partenon, del Júpiter Olímpico, y del Areópago; la época de Temistocles, de Arístides, de Pericles, de Fidias, de Apeles, de Aristóteles y de Demóstenes. Pero vengamos ahora á Roma.

Bien fuesen tomadas directamente de la Grecia, las instituciones políticas, religiosas y civiles de Roma, bien procediesen de la adelantada civilizacion etrusca, modificada luego por el espíritu helénico, hay una razon de analogía para suponer que no escasearon las escentricidades ni los escéntricos en el opulento patriciado de la ciudad eterna.

Pero oscura la historia en los primeros tiempos, y ocupada, en los mas florecientes de la república, en las guerras esteriores y en las contiendas intestinas, apenas ha dejado á la posteridad algun ligero rastro que nos sirva en nuestras investigaciones, hasta que los escritores de la edad de oro nos han suministrado en sus obras datos ciertos y curiosos, acerca de la vida pública y privada de los romanos.

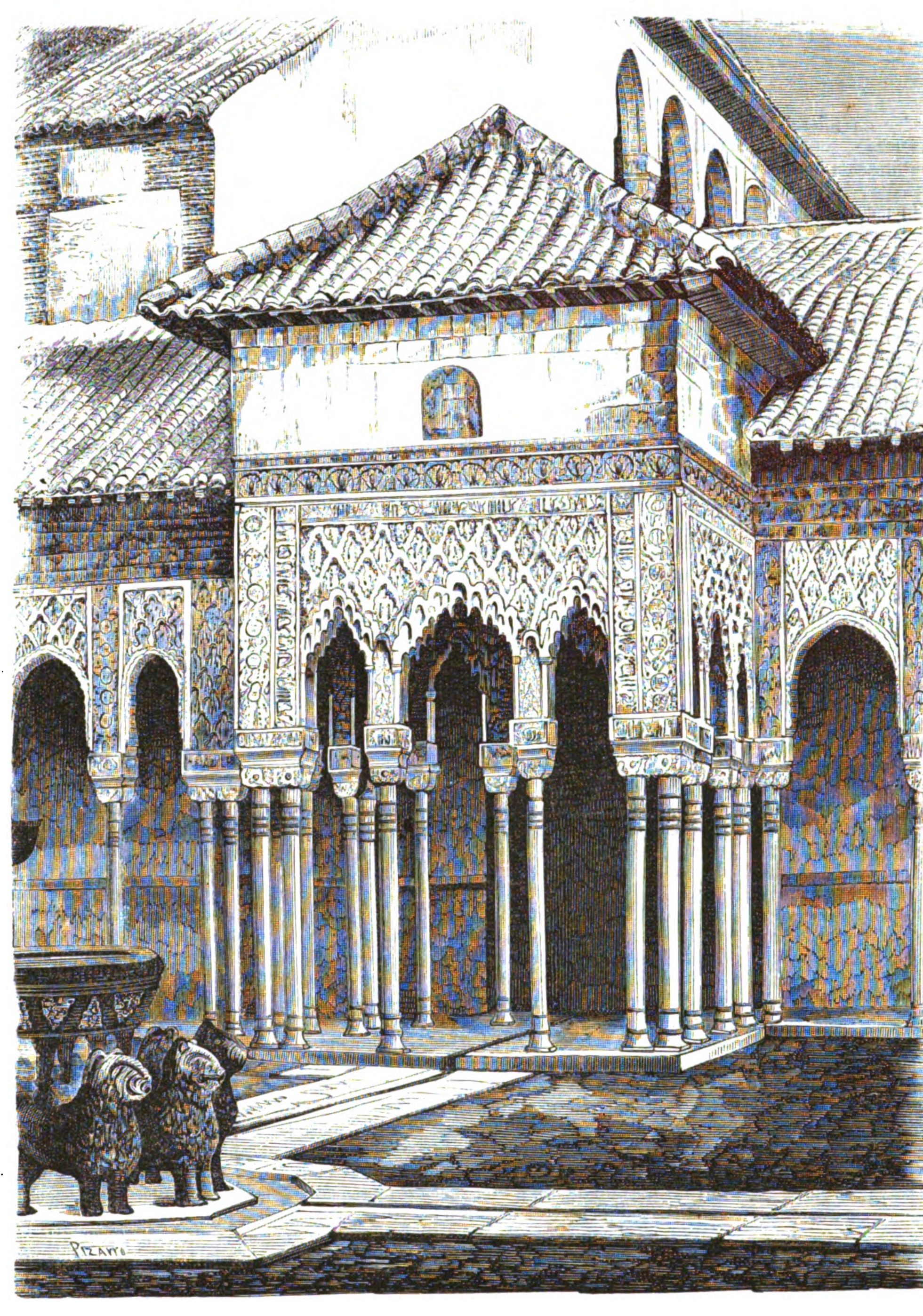
Sabemos sin embargo, que Caton el Censor, que ha dejado su nombre á la posteridad republicana, se entretenia en educar y engordar á sus esclavos para revenderlos hábiles y robustos, y esto no podia hacerlo por avaricia el hombre que defendia gratuitamente las causas en los tribunales, y que, ocupando los primeros puestos militares, jamás tomo en campaña mas que un grosero alimento para sí, y un poco de avena para su caballo.

Los censores Domicio Ænobarbo y Licinio Craso (93 antes de Jesucristo), fueron dos escéntricos notables. Habiendo tenido el segundo la estravagancia de domesticar una murena, de adornarla con alhajas, de llorar su muerte y de honrarla con un sepulcro, el primero le hizo cargos por ello, y pretendia degradarle de su clase; pero Craso, hábil orador, demostró, defendiéndose, que Domicio era de tal manera sabio, que habia perdido tres mujeres sin derramar una lágrima, y este elogio de su acusador le valió la absolucion y estrepitosos aplausos.

Un senador propuso cierto dia que se anulasen las asambleas en que cualquiera de los concurrentes estornudase. Milon, desterrado á Marsella por la muerte de Clodio, daba gracias á Ciceron por no haber pronunciado su defensa, pues de otro modo no hubiera comido los esquisitos barbos de aquella ciudad. El testamento de Claudio Isidoro, ofrece un modelo de escentricidad. Empieza quejándose de su mala fortuna, y de las pérdidas sufridas durante las guerras civiles, y cuando se cree que va á suplicar á su sucesor que acepte por honra de su nombre una herencia de deudas, declara que posee 4,500 esclavos, 5,500 pares de bueyes, 25,000 cabezas de ganado menor, y 600.000,000 de sestercios.

Sometida Roma al imperio, desaparecen las escentricidades, ó mejor dicho, pasan á ser con la libertad patrimonio esclusivo de los tiranos. Asi es que Polion fue castigado por Augusto por haber muerto á un esclavo que le habia roto un vaso, lo cual no impidió que el mismo Augusto colgase de una entena á otro esclavo que le habia comido una perdiz... ¡Felices tiempos...!

R. DE FEDERICO.



ALHAMBRA DE GRANADA.—PATIO DE LOS LEONES.

LA ALHAMBRA.

I.

Un dia, es decir: *in illo tempore*, el rey de Granada Mohhammet-Al-Hhamar-al-Nazar, el *Vencedor* y el *Magnífico*, encontrando pequeño sin duda á su grandeza el viejo y negro palacio del *Gallo-de-viento* (donde dicen que vivió muy á sus anchas el sabio rey Aben-Abuz) se propuso, segun cuentan añejas tradiciones moras, «*labrar unos alcázares tales y tan maravillosos, que comparados con ellos empalideciesen como la luna cuando el sol la mira, las maravillas no ya de los palacios del califa de Damasco y del sultan de la India, sino los mágicos apartamentos del sabio rey Salomon* (*Dios sea con él*) *y aun las portentosas moradas del jardin de Hiram, que ven en sueños los cansados peregrinos cuando reposan bajo la odorífera sombra del oasis, en su fangosa ruta por el desierto. Y ayudado por los genios del aire, de la luz y de la armonía, el poderoso Mohhammet, construyó los incomparables alcázares de la Alhambra.*»

II.

Todos los que hayan leido cuatro páginas de un relato descriptivo escrito por un autor arábigo, todo el que ha

oido contar un cuento á un moro, ó se haya engolfado en el piélago de fantasía de las *Mil y una Noches*, saben ó deben saber hasta qué punto son dados á la ponderacion y á la hipérbole los soñadores sectarios de Mahoma.

Y si no hubieran quedado como un testimonio, de que á veces la fantasía, la exageracion, la hipérbole, son insuficientes para hacer comprender lo bello, los restos mutilados de la Alhambra, si el tiempo y los hombres hubieran acabado de destruirlas, si solo hubiesen quedado sobre la *Cocina Roja*, algunos restos de cimientos, como los raigones en las mandíbulas de una vieja, hubiérase tomado por sueño de la imaginacion oriental la Alhambra, como por sueño se tienen los palacios de Salomon, de Arum-al-Raschid, y de Medina-Azahara.

III.

Voy á procurar haceros comprender en mi relato, cuanto vale bajo su triple aspecto guerrero, simbólico, y sensual, esa joya del arte y de la civilizacion morisca, que corona como una riquisima diadema, la hermosa ciudad que se asienta sobre un jardin incomparable, á los piés de una blanca montaña, bajo el cielo mas claro, mas radiante, mas azul, mas diáfano del mundo: la ciudad á quien los moros llamaban la *cándida y la clara*; la desdichada hermosura que hoy deja ver sus encantos bajo sus harapos de mendiga: Granada, la gloria y la tumba de los Reyes Católicos, el suspiro del Boabdil, la aspiracion dolorosa de las tribus granadíes que desde las montañas del Riff fijan una mirada hambrienta en la costa occidental del Estrecho: esas kabilas originarias de España, á las que solo falta una ráfaga de la pasada grandeza de los árabes, sus abuelos, y un nuevo Tarik, para lanzarse al través de esas ondas y venir á poner á prueba el valor español, sobre su propia tierra.

Pretendo haceros sentir una realidad que parece un sueño.

Pero desconfio de que me creais bajo mi palabra.

Para comprender lo que vale Granada es necesario verla: sentarse á la sombra tupida de un emparrado, al lado de una fuente, en un cármen situado en una altura desde donde se vean la ciudad, el castillo, la vega y las montañas: perderse por la márgen de sus rios, entre gigantescas alamedas pisando flores, escuchando el canto de millares de pájaros, entre el cual se alcanza tal vez una voz fresca, pura, argentina, que entona descuidada el *fandango*, ese canto inspirado por la soledad, por la solemnidad del desierto y de la montaña: es necesario ver aparecer la luna tras la blanca cima del *Veleta*, mas brillante que el sol que ven los que habitan en las regiones del Norte: es necesario que en una mañana de primavera veais aparecer el sol del Mediodía allá por el fondo del valle por donde ruidoso y claro rueda el Genil; que paseis una siesta de verano, en las *Angosturas del Darro*; que vivais un siglo de amor, en dos horas pasadas junto á una reja, escuchando, viendo, aspirando á una granadina, en cuyos ojos brille, cuya morena faz empalidezca la luna; entonces comprendereis lo que valen en Granada el cielo, la tierra y la mujer: entonces comprendereis que ante aquella poesía real, tangible, toda la poesía de la imaginacion es insuficiente, pobre, pálida: entonces podreis entrar en la Alhambra consagrados ya, preparados, educados, en una palabra, para comprenderla, para sentirla, para gozarla.

Porque Granada es el único trono digno de la Alhambra, como la Alhambra es la única corona digna de la hermosura de Granada.

Arrasad la Alhambra, reducidla á polvo, barredla, y Granada sin ella no será lo que es: la habreis reducido á la posicion de una reina destronada.

IV.

La Alhambra se levanta sobre una colina, que mas baja que las cumbres de la pequeña cordillera de los *Montes del Sol*, formando con ellos un ángulo recto, avanza como un promontorio, hasta hundir su falda entre las casas de la ciudad, por el Nordeste.

Por la izquierda un valle estrecho y suave, cubierto de alamedas, de paseos y de jardines, separa á la colina de la Alhambra de otra colina mas baja que se llama el *Cerro de los Mártires*.

En los dos estremos occidentales de estas colinas se levantan dos torres: la una es la *torre de la Vela* de la Alcazaba de la Alhambra; la otra fortaleza el castillo de *Torres Bermejas*.

Desde este castillo, casi completamente destruido, pues solo quedan de él una torre, un lienzo de muralla, una torrecilla, unos adarves y un cubo, desciende, siguiendo la pendiente del terreno un lienzo de muralla aportillado que termina en la puerta de las *Granadas*, pesada contruccion, del Renacimiento, de piedra berroqueña, en donde termina la pendiente calle de los *Gomeres*.

Desde esta puerta, arranca otro lienzo de muro árabe, aportillado tambien, que asciende por la ladera de la colina de la Alhambra y va á apoyarse en los adarves de la Alcazaba de la Alhambra, al pié de la torre de la Vela.

Esta puerta, que como ya he dicho se llama hoy de las *Granadas*, en tiempo de los moros se llamabo *Bib-Leuxar*.

Bib-Leujar, es pues la puerta del parque, por decirlo asi, de la Alhambra.

Pero antes de pasar de esta puerta, os invito á que vengais conmigo, como con un *ciceroni* á que os haga ver la Alhambra en su conjunto, en su cuadro, desde sus mejores puntos de vista.

V.

Volvamos las espaldas á la puerta de las Granadas: bajemos esa calle de Gomeres, cuyo nombre evoca cien bellas tradiciones: por donde la córte granadina bajaba ostentosa y magnífica, al son de las dulzainas, á las fiestas de *Bib-Arrambla*, célebre plaza, por sus corridas de toros, sus cañas, y sus torneos y tambien por sus motines.

Entremos en la plaza *Nueva* y volviendo las espaldas al *Zacatin*; tomemos el centro de la plaza.

Miremos á la altura.

Al frente veremos la cuadrada y robusta torre de la Vela, con su largo cubo avanzado, apoyada del un lado y el otro como en estribos, en las torres de sus adarves: vereis completamente de frente la torre, y sobre su muro, en el centro de su longitud el arco de su campana coronado por almenas: á nuestra derecha, y mas baja, en la misma línea de avance que la torre de la Vela, á poca distancia y mas bajas veremos las torres Bermejas con el fuerte color cobrizo de sus viejos muros, azotados, manchados, lamidos, por el viento y las lluvias de nueve siglos.

Estas dos torres con sus defensas, vistas desde la plaza Nueva (que se llama nueva, no porque sea nueva, sino porque de nueva conserva el nombre, puesto que ya era mayor de edad allá por los tiempos de don Felipe II), estas dos torres, decimos, vistas desde el lugar en que nos hemos colocado, descollando por encima de los negros tejados, de las casas colocadas en anfiteatro, parecen dos viejos centinelas inmóviles que velan por la ciudad: la representacion muda y supervivente de otra civilizacion, de otro tiempo, de otras razas: dos testigos misteriosos de sucesos de novecientos años.

Siempre que me he detenido para mirar esas torres, el tiempo ha retrocedido ante mis ojos, dejándome al pasar por mi imaginacion un mundo de leyendas, de cuentos, de historias en embrion: me ha parecido ver, rodando en oleadas y pasando, una generacion, y otra, y otra, hasta encontrarme, con la vida de la fantasía, en plena edad media, viviendo entre moros, como si corriera para mi el dia, en que aquellas torres se levantaron sobre sus cimientos.

Yo no se si todos mis lectores, colocados en mi situacion verian, sentirian lo que yo he visto, y he sentido, porque cada ser tiene su manera de ver y de sentir.

VI.

Emprendamos nuestra marcha.

Atravesando la plaza, dejando á la derecha el palacio de la *Chancillería*, aventurándonos por la calle de la *Casal alta*, llegaremos á *San Gregorio el bajo* despues de haber recorrido una parte de la calle de *San Juan de los Reyes*.

Torciendo á la derecha, henos aquí subiendo por las pendientes calles del barrio del *Hajeriz*: muy pronto las calles se harán mas pendientes y mas estrechas, y nos encontraremos en el famoso Albaicin: al desembocar de una calle, veremos á la izquierda un hermoso algibe moro, mas allá una iglesia sencilla y blanqueada, con su pequeña torre alzada en el ángulo mas próximo á nosotros: delante de ella un terraplen plantado de árboles, al que por el nombre de la iglesia llaman plazuela de *San Nicolás*: las casas que dejamos atrás y que tenemos al frente, son bajas, pobres, blanqueadas, sin balcones y sin vidrieras, pero saturadas, como casi todas las del Albaicin, de un no sé qué de morisco, que á primera vista se percibe; entremos en la plazuela y llegemos hasta el pretil de su terraplen: sentémonos dejando colgar nuestras piernas por la parte de afuera y empecemos á mirar por abajo.

Un callejon polvoriento á cuatro varas de profundidad: despues una tapia negra y ruinosa; despues de la tapia solares llenos de escombros de casas derruidas, y entre los escombros ortigas, malvas locas, pitas, higueras chumbas (*nopales*); luego casas miserables, despues y hasta cierta estension tejados medio á vista de pájaro: luego una gran masa de vacío, y allá en el fondo un monte, cubierto de árboles, un monte cuya cumbre está cubierta de muros y torres: los muros y las torres de un estenso castillo moruno de los tiempos medios de la dominacion musulmana en España: el castillo de la Alhambra, visto en su longitud de Norte á Mediodía.

VII.

El estremo del castillo por nuestra derecha le constituyen la Torre de la Vela, y su cubo de defensa, que se estiende á su pié como un largo y estrecho basamento: mas abajo del cubo la vertiente áspera de la colina: despues, descendiendo en anfiteatro, las casas.

La Torre de la Vela, el muro que en la direccion de nuestra izquierda, va á unirse con la mocha torre del *Homenage*, tras la cual se levantan dos altos cipreses constituyen la Alcazaba, la ciudadela, por decirlo asi, de la Alhambra: el último recurso en una defensa: la fortaleza sobre la fortaleza: esta alcazaba tiene una poca de mas altura que el resto del castillo: bajo ella, se estienden adarves y en el estremo de la derecha, algunas torres y muros robustos, constituyen el cinturon de defensa de la Alcazaba: hácia la izquierda, despues de la Alcazaba, continúa la caprichosa silueta de la Alhambra: el *Cubo*, el pretil de la plaza de los *Algibes*; bajo este cubo y este pretil, en la parte media de la vertiente de la colina, un tajo enorme, un altísimo derrumbamiento del terreno causado por la corriente del rio *Darro* que lame el pié de la colina: este tajo, este hundimiento se llama la *Terrera de San Pedro y San Pablo*, iglesia cuya torre se ve por cima de los tejados de nuestro primer término: continuando la silueta del castillo, veremos sobre muros y torres chatas, los árboles de un huerto: detrás un ángulo de un bello palacio, el del *emperador Cárlos V*, que se oculta trás la alta casa del gobernador de la fortaleza, y sirviendo de apoyo á esta casa veremos una magnífica torre almenada, entre cuyas almenas asoma un tejado: la mayor y mas esbelta de la Alhambra en su parte esterior como en su interior es la mas suntuosa, la mas elevada, la mas rica, la mas magestuosa con sus seis grandes ventanas ojivas, y sus tres agimeces centrales: con su balcon volado con viejo guardapolvo; con sus dos ventanas graciosamente arqueadas cubiertas por un bello transparente de estuco, sobre cada una de las grandes ventanas y de los agimeces centrales: aquella torre sobre la cual gira una veleta en una cruz; que esconde su base entre el verde follage de los árboles; que se avanza magestuosa á la línea caprichosa de los muros; que muestra sus puntiagudas almenas reales; aquella torre que al través de sus murallas de argamasa mas duras que la roca, parece como que transpora algo de régio, algo de magestuoso, algo de magnífico, es la torre de *Comares* ó de *Embajadores*, como mejor queramos: la real torre por escelencia, donde el rey moro escuchaba á los sabios de su consejo, en donde hacia la paz ó declaraba la guerra, el espacio dentro del cual palpitaba el corazon de la monarquía.

Torre de muros lisos y planos, sin un relieve, sin un adorno, matizada por un bello color rojizo, enhiesta y altiva aun á pesar de ser una reina destronada, dejando ver entre sus contra-ventanas abiertas ese inimitable arco árabe de filigrana, y la columna esbelta, y el capitel caprichoso, y por estos arcos el gruesísimo muro, cubierto con su magnífica vestidura de estuco, menuda y caprichosamente labrado y sus mosáicos semejantes á esmalte, produciendo estas bellezas que se dejan ver en detalle, tras el muro liso y robusto, el mismo efecto que produciria un hermosísimo ojo de mujer visto por la abertura de un severo manto.

Cuando estos ricos detalles, se ven desde la plazuela de San Nicolás con el auxilio de un anteojo (mueble del cual debe ir provisto todo viajero en Granada) una comezon irresistible de penetrar en aquella torre, se apodera del alma del espectador, como devora á la imaginacion de un enamorado, el deseo de ver por completo la hermosura de un semblante del que solo ha visto un ojo portentoso.

Y lo mismo acontece respecto á la *Galeria* y al esbelto *Mirador de la sultana*, que deja ver sus blancas columnillas, á la izquierda de la torre de *Embajadores* y lo mismo respecto á aquella otra torre que en un ángulo entrante ostenta sus esbeltísimas ventanas, encaramadas allá junto á su rico alero bajo su chato y pardo tejado: y aquellos muros orlados de verdura, aquella torre de iglesia cristiana (la de Santa María) que descuella sobre ellos, y aquella lejana y parda torre con sus soberbias almenas, y sus agimeces y sus triples canalones en los ángulos, vienen á terminar por esta parte, el perfil de la Alhambra, á quien sirve de límite por la izquierda del espectador la profunda quebradura de *Peña partida*, en que nace el monte siempre verde, con sus nopales y sus laureles, en que se asienta el encantador *Generalife*, á los piés de un alto cerro color de sangre, que se llama la *Silla del moro*.

VIII.

Y sobre esta silueta caprichosa é irregular, compuesta de torres, muros, cubos, galerías, árboles, con sus diferentes colores mas ó menos intensamente rojos, donde se conservan los muros primitivos; pardos en las restauraciones miserables é insuficientes de tierra; blancos en alguna parte como la torrecilla del *Mirador de la sultana*, cubiertos de hiedra, como los muros cercanos á la *Puerta de Hierro* (mas bien postigo), *y la Torre de los Picos*; sobre todo esto, decimos, dejando sentir un océano de luz y de aire, á una distancia al menos de cinco leguas, se levanta la blanquísima Sierra Nevada, como si no siendo aquel cuadro verdad, como si aquel castillo, sobre aquella ciudad, sobre aquel verde monte, acompañado de *Generalife*, y dominado por la *Silla del Moro*, hubiera sido concebido por un pintor admirable y hubiera este querido templar la entonacion vigorosa del cuadro, con aquel blanco fondo, con la silueta distante de la sierra, tras la cual se recorta el azul radiante del cielo.

Lo repetimos: Granada es el lugar digno, propio de la Ahambra.



La Alhambra arrancada del lugar en que ha sido construida, valdria infinitamente menos de lo que vale.

Al-Hhaman, el Magnífico, su fundador, fue un gran de artista, un gran capitan, un profundo conocedor de los placeres.

Es necesario dar la razon á las tradiciones moras.

La Alhambra es el alcázar maravilloso que no ha tenido, no tiene, no tendrá rival.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

A NUMANCIA.

SONETO.

¡Numancia fue! los ecos de su historia
El alma llenan de sublime espanto,
Y de su gran sepulcro el negro manto
A oscurecer no alcanza tanta gloria.
Del pueblo rey afrenta á la memoria,
El pecho enciende en fuego sacrosanto,
Del Bardo popular inspira el canto
Y entreteje el laurel de la victoria.
¡Ciudad insigne! Si el rigor del hado,
Mostrando un dia su severo ceño,
El astro eclipsa de la patria mia,
Para elevarla á su pristino estado
Y sacudir su degradante sueño
El nombre de Numancia bastaria.

RICARDO DE FEDERICO.

UNA LAGRIMA Y UN SUSPIRO.

Nunca vi de tus ojos
Nublarse el puro y trasparente cielo;
Jamás tu seno virginal turbaron
Tristes enojos ó importuno duelo;
Y si es que alguna lágrima perdida
Rodó por tu mejilla sonrosada,
Si es que exhaló tu labio algun suspiro,
Esa lágrima fue cual nacarada
Perla que vierte el matinal rocío
Sobre la blanca flor de los abriles;
Ese suspiro como brisa leve
Que de la rosa el cáliz perfumado
Entreabre, revolando en los pensiles.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(HISTORIA DE UN NAPOLEON).

(CONCLUSION)

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez; pero necesito indicar lo que sucedió en el camino. Al brindarle que entrara en la carretela, mi incógnita no se hizo de rogar: colocóse en el testero, yo á su lado, y al frente la vieja que la acompañaba. Pasaron algunos minutos en el mayor silencio: no se oia dentro del coche mas ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que jiraban con una rapidez no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á romper el silencio, y me decidí.

—Señorita, murmuré por lo bajo y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á usted un atrevido; quizá no debí ofrecerla mas que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado tan cerca al cochero.

—¡Cómo! esclamó sonriendo mi bella compañera, ¿conoce usted á ese cochero?

—Conocerlo, no: pero no hay necesidad de...

—Comprendo, ¿usted cree?...

—Si, señora, creo que el cochero conoció mi intencion y se apresuró á poner á mis órdenes, ó mejor dicho, á las de usted este asilo que tan útil y tan grato nos ha sido, sobre todo á mí.

—Bien, caballero, pero mudemos si usted gusta de conversacion; al aceptar su cortés ofrecimiento no he hecho mas que corresponder á un acto de galantería con otro de bondad, y si he consentido que me acompañe es para sacarle de un error y recompensarle un servicio.

—Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido, y grande, haber pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares, mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaría cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

—Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavía creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar sériamente de ciertas cosas; yo no he visto á usted hoy en ninguna parte, y usted es probable que ignore quién soy y cómo me llamo...

—Si tuviera la felicidad de saberlo...

—¿Por qué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es Camila Sandoval.

Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas.

—A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

—Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo:

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exigian de mi parte una absoluta confianza. Entonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con entusiasmo. Desde aquel momento la conversacion se animó, reimos, fumamos, (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fue un calavera, y que ella no respetaba mas autoridad que la de una tia que la habia criado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo: en aquel instante mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo que me miraba sonriendo y con la cabeza descubierta.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia entonces como vosotros; yo tambien me figuraba entonces que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitan del siglo por uno solo de sus retratos, los cuales adoraba en secreto, por mas que este amor fuese pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco mas; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado; y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo lo mismo la ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad; lo mismo el pedazo de la vida que se llama esperanza que el pedazo de la conciencia que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

III.

—Usía dispense, caballero, pero mi ama me tiene prohibido aceptar ninguna propina; la señora de Sandoval es muy rigorosa en ese punto.

—Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, limpiando al mismo tiempo sus oscuras botas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme, á no oir la dulce voz de mi amable pareja que me decia:

—Espero me hará usted el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

—No se si debo... mis ocupaciones...

—Pueden olvidarse esta mañana.—Andres, añadió dirigiéndose al cochero: la carretela á las seis.

—Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi nueva amiga, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un lujoso salon.

—Usted me dispensará si le abandono un momento, me dijo al entrar, pero voy con su permiso á arreglarme, pues este traje me incomoda un poco; pronto vuelvo.

—Cuando usted guste, la contesté, y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posicion.

¿Qué deberia yo pensar de aquella mujer? y por otra parte ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber por qué mi corazon se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido y trataba de burlarse jugando con mi corazon? Esta idea ha turbado hasta hace muy poco la tranquilidad de mis sueños.

Apenas trascurriria un cuarto de hora, cuando Camila volvió á presentarse en el salon. Me pareció mas hermosa que antes: habia dejado el traje serio y vestia una bata de seda listada, sujeta á la cintura con un cordon azul, del que pendian unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñia un elegante adorno, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondia en unas babuchas de raso blanco bordadas de flores, que pudieran, por lo bellas, engañar á mas de una mariposa.

Sentóse en una butaca, no lejos de la mia, y yo dí principio á la conversacion.

—Señora, murmuré, ignoro cómo esplicar á usted mi sentimiento y cómo alcanzar su disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que usted hará justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que nos hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aun de que tal vez no volvamos á vernos.

—Caballero, si alguno debe disculparse de los dos, no es usted seguramente; un acto de galantería y de consideracion no necesita disculpa; lo que podria necesitarla es el haber abusado de usted hasta el estremo de ruborizarle delante de un cochero, y aceptar una oferta que usted hacia de buena fe, y que yo no podia admitir sino con segunda intencion.

—De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido, ha sido una casualidad funesta para mí, pues ya no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

—Yo no le pido á usted que lo olvide: consérvelo si le place como prenda de mi amistad con la que puede usted contar eternamente.

—Gracias, señora, gracias; yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

—Al llegar á este punto, una de las puertas de salon se abrió, y dió paso a un criado de librea, que dijo con voz respetuosa.

—Señora, cuando V. S. guste.

—El almuerzo nos espera, vamos.

Y me llevó con atraccion irresistible hasta el cercano comedor.

El reloj que habia sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas! Mi cabeza era un volcan creia amar á aquella mujer con delirio, y aquella mujer me parecia un imposible. Hasta hubo momentos en que re ordando la causa de mi aventura, esclamé casi poseido de la rabia:—¡Maldito napoleon!

IV.

—¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil, básteos saber que se habló mucho y bueno, y que al dar las dos aun no habíamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la aristocracia; su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos necesitaba placeres mas dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que solo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se estinguen ante la idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad y niña aun se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo solo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan 1.000,000 por la valentia de un caballo que ha de correr en el hipódromo y no arriesgan un real por la virtud de una mujer que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna á los tres años de su matrimonio que no lo habia sido mas que en el nombre, el esposo de Camila fue muerto en un duelo que provocó: su esposa tenia entonces diez y nueve años. Sintió su pérdida como debia sentirla una mujer honrada, pero se consoló pronto porque era jóven, y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el estranjero algun tiempo, acompañada de su tia, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual á su vez, pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fue lo que aprendí en el almuerzo y lo que ella me dió á entender con sus palabras.

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse antes de ocho dias.

Permanecíamos aun en el comedor cuando un criado anunció al conde de...

—Que pase aquí dijo Camila al criado, y luego volviéndose á mí murmuró:

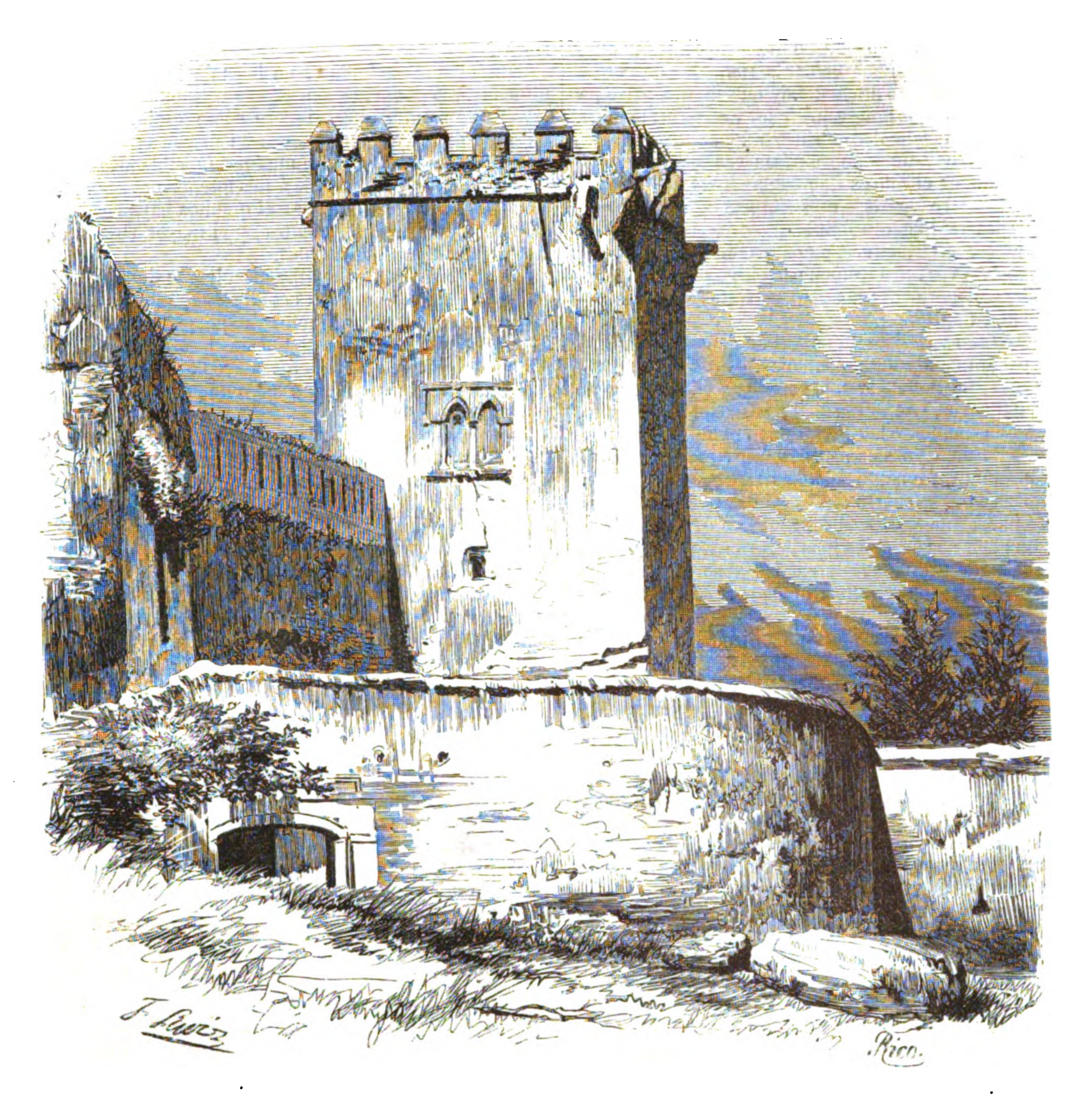
—Mi primo, un fátuo de los que abundan en los salones, que tiene la necia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El conde apareció en el dintel de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de estravagante que inspiraba risa; era pequeño, enjuto de ojos rasgados, pero casi sin brillo y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada que formaba un raro contraste con su cabello lácio y partido en mitad de la frente.

—¡Amada prima! esclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

—No por cierto, no he pensado en semejante cosa;



ALHAMBRA DE GRANADA.—PUERTA DE HIERRO Y TORRE DE LOS PICOS.

por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

—Puede usted asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

—Y á propósito de este caballero, primo, tengo el honor de presentártelo; don Enrique... uno de mis mejores amigos...

—No recuerdo haber tenido el gusto de verlo hasta hoy, interrumpió el conde vivamente.

No es estraño repliqué á mi vez, he conocido á esta señora...

—En el estranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion.

Y luego dirigiéndose á mí:

—Presento á usted á mi primo el conde de... grande de España, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas córtes.

—Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que mas me seduce, murmuró el conde algo picado.

—Lo creo, primo, pero es la mas fundada de todas.

No me quedaba duda; el conde amaba á Camila, y esta le aborrecia: aquello era para mí un triunfo y abuse de él. El probable diputado fue batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que le traian por si era urgente. La abrió con rapidez, pero al momento la arrojó sobre un velador, despidiendo al lacayo.

—¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

—Nada, uno de tantos engaños como diariamente se inventan en Madrid para estafar á los incautos, lee:

La jóven tomó el papel y leyó en voz alta:

»Una familia que vive en la calle de las Tres Cruces, número 6, cuarto boardilla, apela á la generosidad de usía para que contribuya con alguna limosma á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una mujer y cinco hijos de corta edad que no han fallecido ya gracias á la caridad de un honrado artesano su vecino que es el que se dirige á V. S. pidiéndole un socorro que alivie por hoy su situacion.»

—¡Siempre desgracias! esclamó Camila cerrando la carta, no sin haber leido bien las señas de la casa.

—¡Siempre farsas! replicó el conde; gracias que hay ya muy pocos que lean esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar mas tiempo mi visita y me levanté. Camila me tendió la mano y me la apretó diciendo:

—Mañana concluiremos ese asunto que usted sabe. Espero á usted á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

—Gracias, solo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al conde con frialdad salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes y ardian; las llevé á mi corazon y al pasarlas por el chaleco toqué una cosa dentro de un bolsillo; la saqué, era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los labios y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo mas que algunas horas...

Tenia una mision que cumplir en la tierra y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

V.

En la noche de aquel mismo dia recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos, envuelta en un papel donde se leian estas palabras: «Socorro de parte del señor conde de...»

A la tarde siguiente me presenté como habia ofrecido en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada y sin saber por qué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que le esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al conde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala pálido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdeñosa, me dijo sin saludarme:

—Caballero, sabia que encontraria á usted en este sitio y he venido á buscarle.

—¿En qué puedo servir al señor conde? respondí á mi vez con una calma que le contuvo.

—En mucho; he sido víctima de una burla grosera y deseo que me ayude usted á buscar al autor de ella.

—Dentro de dos horas tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz y disponiéndome á partir.

—Corriente.

—Amado primo, esclamó Camila con su risa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, prima: tengo dentro de dos horas una cita en la Nueva Iberia y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leia en los periódicos de Madrid: «Se habla en las grandes reuniones de la córte de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparicion de uno de los contendientes. A su tiempo daremos mas pormenores de tan estraño suceso.»

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto es inútil deciros que el conde fue el que no asistió á la cita. En cambio, me remitió desde Burdeos poco despues una carta en que me decia: «Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte, pero cuando supe no solo que me aborrecia sino que hacia mofa de mí, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, redundaria en perjuicio mio. Ademas, tengo la seguridad de que la burla de usted fue preparada por ella y reservo mi venganza para otra ocasion.»

—Esta es la historia; me parece que tanto el principio como el último episodio no dejan de tener originalidad, y por lo tanto apodérese de ella el que quiera y cuéntela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

—¿Y el final? dijeron todos los concurrentes.

—Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

—Pero, ¿y Camila?

—Buena; la veo casi todos los dias y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

—Queremos conocerla.

—Bien; ya sabeis sus señas; solo os añadiré para mayor claridad que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á un palco bajo del teatro Real.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, enamorado de una viuda rica.

—¿Y no has vuelto á saber del primo?

—Hace cuatro dias: ¿no os acordais de haber oido decir que una de estas últimas noches fue acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje y que solo debió su salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

—Es verdad, lo recordamos.

—Pues bien, el conde y yo éramos los dos caballeros.

—¡Qué mal rato pasaria!

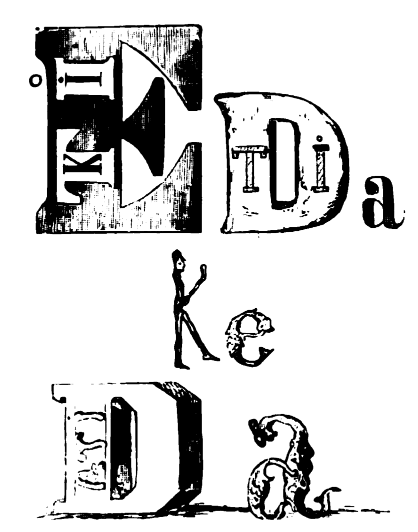
—Al contrario; me abrazó despues del suceso, y teniendo ya noticia de mi próxima boda me ha suplicado le permita ser uno de los testigos.

—¿Y Camila, qué dice?

—Camila como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo cierto es que solo un milagro de Dios puede convertir en realidad las probabilidades.

MANUEL DEL PALACIO.

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 24. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 10 DE JUNIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



egun era de esperar de los términos en que se hallaba concebida la renuncia de Montemolin, nos hallamos hoy con otro documento curioso para la historia contemporánea. Recordarán nuestros lectores que Montemolin renunció á sus pretensiones en Tortosa, pero sin reconocer la legitimidad del gobierno existente en España. Ahora, como consecuencia de aquella renuncia, sale á plaza don Juan de Borbon su hermano y dice: «en mí recaen los derechos á la corona de España, y me hallo en el caso de dirigir mi voz á los españoles.» En efecto, nos dirige su voz y nos envia su manifiesto ¿por qué conducto? Acaso no habrá quien lo adivine al primer golpe. Don Juan de Borbon ha remitido su comunicacion á los presidentes de los Cuerpos Colegisladores. Quiere hablar á la nacion y para ello se dirige á las Córtes: es decir, que reconoce que las Córtes son las representantes de la nacion, con lo cual implícitamente viene á reconocer el principio de la soberanía nacional. Segun el testo de este manifiesto que el *Times* de Londres inserta, don Juan de Borbon pone su causa en manos de la Providencia y confia en los españoles mismos; no quiere subir al trono encontrando cadáveres en sus gradas, y no piensa sostener á mano armada sus pretensiones.

No es mal propósito este de don Juan, que habla tambien de los progresos y luces del siglo como todos los pretendientes y todos los reyes cesantes. Pero los propósitos mas firmes hechos en una situacion suelen variarse cuando la situacion varía; y entre las lecciones que el progreso de los tiempos y las luces del siglo han dado á los pueblos, muy á su costa por cierto, se encuentra la de no fiarse en buenas palabras.

¿Qué influencia tendrá el manifiesto de don Juan en la cuestion tan discutida estos dias de la *fusion dinástica?* Cuando vino el infante don Sebastian despues de haber reconocido á la reina y se le devolvieron sus grados y honores, algunos periódicos manifestaron sus recelos de que este fuera un paso hácia la fusion, ya hace tiempo predicada y sostenida por otros. Se dijo sin embargo que don Sebastian no representaba la causa vencida en la última guerra civil, y que por lo mismo podia venir sin peligro. Ahora el caso viene á ser el mismo respecto de don Cárlos y don Fernando de Borbon: desde el momento en que renunciaron solemnemente á sus pretensiones, no representan la causa vencida, y no faltará quien diga que se encuentran, si reconocen á la reina, en la misma situacion que don Sebastian. Sin embargo, la ley de 1834 al privar á don Cárlos y su descendencia de los derechos eventuales á la corona de España, los desterró del país; esa ley subsiste; el ministerio O'Donnell ha declarado que la considera necesaria y que no propondrá su revocacion, y la comision del Congreso encargada de presentarle el proyecto de mensaje en respuesta al discurso de la corona se ha pronunciado enérgicamente en favor de la conservacion de esa ley. Seria, pues, necesario para que la fusion dinástica progresase: 1.° que el ministerio actual fuese sustituido por otro; 2.° que se disolviesen las actuales Córtes. ¿Llegará esto á suceder? Un periódico como el nuestro, que no es político y se limita á dar cuenta de los hechos, no puede ni debe pasar al campo de las conjeturas.

El Senado ha contestado al discurso de la corona en un mensaje enteramente favorable al gobierno, y en su seno es donde el general O'Donnell ha hecho la declaracion que arriba hemos mencionado. En el Congreso debió principiar ayer el debate sobre el proyecto de contestacion, que es un documento notable literariamente considerado, y que en la parte política tiene tambien algunos párrafos dignos de atencion. Su redaccion se debe al señor Rios Rosas, presidente de la comision, que como escritor y como orador goza de merecida reputacion. Las discusiones en el Congreso serán mas importantes y mas vivas y animadas que lo han sido en el Senado.

Entre los proyectos presentados en estos primeros dias de legislatura, debemos hacer mencion del relativo á las recompensas que han de darse á los inutilizados en la guerra de Africa, y á las viudas y huérfanos de los fallecidos. El ministerio propone varias pensiones con arreglo á dos tarifas en que se señala el importe de cada pension, segun la clase y grado que ocupaba el interesado en el ejército al inutilizarse. Creemos que respecto de los fallecidos, la comision ampliará las recompensas á los padres cuando no hubiere viuda ó huérfanos, no limitándola precisamente á estos: y esperamos tambien alguna otra ampliacion de acuerdo con el gobierno.

Se va confirmando por varios conductos el rumor de que los marroquíes tratan de darnos doce millones de duros de una vez á fin de recobrar desde luego á Tetuan. Si esto es cierto las tropas que lo ocupan á las órdenes del general Rios volverán en breve á la península. Entretanto este general, cuyo retrato damos en este número, sigue distinguiéndose por su actividad en las mejoras que introduce para hacer mas agradable la estancia en la ciudad.

Garibaldi, á quien los partes napolitanos han derrotado tantas veces, y á quien dejamos en Palermo en la última revista, atacó los fuertes donde se habian refugiado las tropas y les obligó á capitular. Para efectuar la capitulacion se habia celebrado un armisticio, durante el cual se han engrosado las filas de la insurreccion considerablemente. Habíase dicho que el rey de Nápoles no aprobaba la capitulacion y que en su consecuencia el bombardeo desde la escuadra habia vuelto á empezar; pero los últimos partes desmienten esta noticia. Añádese que muchos soldados napolitanos se pasan á los insurgentes y se cree que el general Lanza *alter ego* de Francisco II volverá á Nápoles muy poco acompañado. Entre tanto el rey Francisco ha pedido auxilio á algunas naciones estranjeras, entre ellas á Francia, y para interesar á Napoleon en su causa ofrece dar á los pueblos de Nápoles y Sicilia una Constitucion basada en la que actualmente rige al imperio francés. Conocedor Napoleon de la estension del sacrificio que promete el rey Francisco, estamos seguros de que apreciará en su justo valor los hechos, y continuará, á lo menos por ahora, la política de no intervencion que ha acordado con Inglaterra.

En Portugal se ha aprobado por las Cámaras el contrato hecho con el señor Salamanca para la construccion de la línea férrea que ha de unir nuestra frontera con la de aquel territorio. Algunas irregularidades se han cometido en este negocio en favor del contratista; mas parece que todas tienden á hacer mas y mas posible y fácil la construccion de esa via, cuyos beneficios son ahora incalculables. Mucho celebraremos que se dé á las

obras la actividad que el señor Salamanca suele dar á sus negocios, y que considerándose este no como un negocio puramente mercantil, sino tambien como asunto de interés para dos paises hermanos, se le conceda una atencion preferente.

En Lisboa se ha hecho una nueva edicion de las *Lecciones de filosofía química* del doctor J. A. Simoes de Carvalho. En veinte y siete lecciones el ilustre profesor señor Simoes de Carvalho, dilucida con gran fuerza de erudicion, raciocinio y lógica las grandes cuestiones á que los descubrimientos cada dia mas importantes que hace la química han dado lugar.

Viniendo á nuestra patria poco podremos añadir á lo ya dicho al principio de esta revista. Ademas del Romancero de la guerra de Africa publicado en casa del marqués de Molins, y del cual dimos cuenta en un número anterior, se publicará otro, escrito por el conocido poeta don Juan Antonio Viedma, uno de los escritores que presenciaron en Africa los triunfos de nuestro ejército. Segun tenemos entendido este romancero tendrá, no solamente el interés de la historia de los hechos heróicos de las tropas españolas, sino el de las costumbres y sentimientos de las razas que pueblan el imperio marroquí.

Pronto debe tratarse en las Córtes de la rebaja de los derechos sobre el papel. Hemos visto una proposicion que un señor diputado tiene formulada, en que se da satisfaccion á los deseos de la opinion general en esta materia y que esperamos acogerá el gobierno por ser proposion de urgencia, por no rozarse en nada con la política y porque ademas su ilustrado autor, que es competentísimo para tratar las cuestiones concernientes al desarrollo de los intereses materiales y científicos, no puede inspirar recelos de oposicion al gobierno.

Tamberlick sigue dando su *do* en la *Zarzuela*. El *Trovatore* ha sido la última ocasion de sus triunfos: y el teatro de *Jovellanos* á pesar del calor continúa como siempre concurridísimo todas las noches que este artista se presenta en escena. Bartolini comparte con frecuencia sus triunfos.

En los demás teatros reina el silencio de la tumba.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

AMOR DE MONJA.

(CONCLUSION.)

XLVII.

Asuncion pasaba las noches en vela.

La afligia demasiado su situacion, y sobre todo el estado cada dia mas alarmante de la salud de Carlota.

La pobre niña no se quejaba; nunca su lánguida dulzura de ángel triste, dejaba de embellecer su semblante; pero como si la palidez no tuviera límites, la suya habia aumentado, al par que el fuego calenturiento de su mirada: hacia ya algunos dias que no podia valerse, que era necesario llevarla casi en peso desde la cama al balcon: la gustaba estar al sol, á pesar de que el calor habia empezado; se quejaba de frio, y apenas comia.

Esto era lo bastante para que Asuncion empeorase tambien; un cuidado mortal la devoraba: apenas rendida sucumbia á un ligero insomnio, cuando despertaba de nuevo, se levantaba, salia de su alcoba, y entraba de puntillas en la de Carlota, conteniendo el aliento, temerosa de despertarla.

Carlota generalmente velaba tambien, porque una idea fija la atormentaba: sentia la aproximacion de la monja, y se fingia dormida: Asuncion llegaba, la contemplaba con una espresion de amor, de conmiseracion, de dolor, de agonía infinita, superior á todo medio de descripcion, permanecia contemplándola un largo espacio, y luego la besaba en la frente con la estremidad de los labios, y se volvia de puntillas á su cama, para revolverse en ella inquieta; para dormitar en un insomnio de fiebre.

XLVIII.

Una noche en que Asuncion estaba mas desvelada que otras, la sobresaltó un leve ruido que provenia de la alcoba de Carlota.

Era una voz débil, pero ronca, desesperada, que suplicaba, que gemia, que rugia á veces: Asuncion desconocia aquella voz.

Y resonaba en el dormitorio de Carlota.

A pesar de su debilidad, Asuncion saltó del lecho, como hubiera podido hacerlo la persona mas robusta, y se lanzó al dormitorio de Carlota, creyendo encontrar en él un intruso, que ella no se esplicaba cómo podia haber penetrado hasta allí.

Sin embargo, Carlota estaba sola.

Y aquella voz ronca, terrible, pero apagada, continuaba aterrando á Asuncion.

Se acercó y escuchó.

La voz volvió á sonar.

La que hablaba era Carlota.

Como nunca la habia oido hablar Asuncion.

Aquella voz amenazadora, rugiente, opaca, colérica, dolorosa al mismo tiempo, no era la dulce y tímida voz que estaba acostumbrada á escuchar Asuncion.

Carlota dormia, soñaba, y aquella voz era la voz de su sueño.

Asuncion escuchaba sobrecogida, sin atreverse á despertar á la jóven, dominada, temblando, anhelante.

Lo que Carlota murmuraba, era inarticulado, ininteligible, pero aterrador para Asuncion.

Carlota sufria: Carlota estaba irritada: ¿pero contra quién?

De repente Carlota se incorporó, abrió los ojos, los fijó centelleantes como en un objeto invisible, estendió los brazos temblorosos, y gritó:

—¡Gabriel!... ¡Gabriel!... ¡mi hijo!... ¡dame mi hijo!...

Y quiso lanzarse como en seguimiento de alguien, y cayó sin fuerzas, rendida, jadeante sobre el lecho.

XLIX.

—¡Su hijo! ¡su hijo! esclamó Asuncion, dejando salir estas palabras en su asombro, en su ignorancia, aterrada por instinto, no por razon; porque la pobrecilla se conservaba completamente inocente, ignorante de lo que todos saben: del destino reproductor de la mujer.

Carlota oyó las palabras de Asuncion, y se irguió de nuevo y se asió á ella.

—¡Mi hijo! ¡has hablado de mi hijo! esclamó: ¿le has visto tú?

—¡Carlota! ¡Carlota! esclamó llorando á lágrima viva la monja, y estrechando á la jóven entre sus brazos: despierta: soy yo... tu Asuncion.

Carlota despertó se separó con estrañeza de la monja, se apartó de sobre la frente los pesados rizos de sus cabellos que casi la cubrian, y miró á Asuncion.

—¡Ah, madre! esclamó con su dulce voz de costumbre, pero fatigada, entrecortada: ¡qué sueño tan horroroso!

—Has dicho: ¡mi hijo! ¡mi hijo! esclamó Asuncion, en cuyo oido no dejaba de zumbar aquella palabra.

—¡Mi hijo! ¡sí! ¡es verdad! esclamó Carlota: he creido verle: le tenia *él* en sus brazos: me le ofrecia, y cuando loca de amor, de alegría, iba á cogerle, á arrebatársele, huia de mí... y volvia otra vez... he sufrido mucho... mucho... perdona, madre, si te he ocultado este secreto... no he querido decírtelo... ¡soy tan infeliz!... ¡estoy tan desesperada!... pero esto acabará pronto... muy pronto; siento que la vida se me disminuye... quiero respirar, y no puedo.

Carlota se detuvo fatigada.

—No, no morirás, hija mia, esclamó anegada en llanto Asuncion: no lo querrá Dios.

—¡Ah, no, madre! ¡Dios tendrá compasion de mí y me matará!... me matará para que no padezca mas: yo soy inocente, madre, esclamó Carlota fijando en Asuncion sus hermosos ojos llenos de lágrimas: yo amo á quien me mata: yo he perdido mi vida al perder á mi hijo... Dios me le dejará ver en el cielo, ya que ha permitido que me le roben en la tierra.

—Pero yo no te entiendo, hija mia, esclamó toda asombro, toda temor, toda inquietud Asuncion: ¡tu hijo!

—Sí madre, sí: el hijo de mi amor...

—¡De tu amor! ¿pero á quién amas?....

Y los celos helaron la sangre de la monja.

—Amo... á Gabriel... esclamó despues de un momento de vacilacion Carlota.

—¿Y quién es Gabriel? preguntó á cada instante mas celosa Asuncion.

—Gabriel es, respondió con pena Carlota, el padre de mi hijo.

—¡Y le amas!....

—Sí, madre, sí: con toda mi alma.

—¡Le amas mas que á mí!

—Madre, á tí te amo de otro modo, con otro amor.

—¿Pues cuántos amores hay en la tierra? esclamó completamente aturdida Asuncion.

Al oir esta cándida pregunta, Carlota miró profundamente á Asuncion.

Lo comprendió todo: comprendió que aquella mujer ya casi vieja, se habia conservado inocente en el convento, como lo estaba Eva en el paraiso antes de escuchar la palabra impura de Satanás.

L.

Y á su vez comprendió en la mirada de Asuncion fija en ella lo que hasta entonces no habia comprendido: entonces comprendió que Asuncion habia nacido para amar, y amaba sin saberlo; entonces comprendió por intuicion porque Carlota no tenia mas que la breve esperiencia de su desgracia, el misterio de la infinita pasion de la monja por ella: entonces creyó de su deber arrancar de sobre los ojos de aquella infeliz que tanto la amaba, la venda que los cubria.

Y entonces empezó una conversacion solemne, terrible para Asuncion, que á la palabra de la niña sintió como se rasgaban dolorosamente, uno por uno, todos los velos de candor, de pureza, de ignorancia, que hasta entonces habian cubierto, ocultado, conservado en la oscuridad de su alma su terrible propension al amor.

Y Asuncion fue cambiando lentamente; convirtiéndose de niña en mujer: comprendióse á sí misma, traduciéndose á medida que Carlota, con la elocuencia de la pasion y del sufrimiento, la deslindaba el amor causa de cuanto existe, del amor á los hijos, del amor á los padres, del amor del agradecimiento, del amor de la amistad.

Cuando Asuncion acabó de traducirse por completo, cuando su alma quedó completamente libre de todas las nieblas de ignorancia que hasta entonces la habian envuelto, se horrorizó de sí misma: comprendió que su amor era un pecado, y al comprenderlo amó mas á Carlota: comprendió que no habia nacido para monja; sintió por la primera vez un vacío en el alma al pensar en su madre, y otro vacío horrible al suponerse con una familia: tembló, y nunca su virtud fue mas fuerte que entonces: comprendió que en Carlota amaba á un fantasma, á quien su deber le prohibia amar ni aun en sueños, y entonces comenzó para ella esa dolorosa lucha del sentimiento contra la razon; del deber contra la naturaleza; de la materia contra el espíritu.

La monja estaba frente á frente de la mujer.

LI.

Y cambió la espresion de sus ojos, y el acento de su voz.

Aquella terrible velada habia sido para ella un siglo de espiacion, una eternidad de amargura.

Pero reconcentró en sí su dolor, le ocultó, le absorbió.

A su espansion anterior sucedió una reserva de miedo, y procuró desde el momento colocarse para con Carlota en la posicion de madre.

Y lo consiguió.

Detrás de Carlota habia quedado misterioso, fantástico, aterrador para la monja, un ser soñado: un hombre amado, deseado con el alma, no conocido, una ilusion, un ser ideal, un demonio tentador.

Indudablemente, Asuncion, hija de un amor de la tierra, habia nacido predestinada al amor, y en vez de él habia encontrado la soledad del convento.

Y por eso Asuncion lo habia amado todo: el cielo, el sol, las nubes, las flores, la desgracia, las lágrimas, el sufrimiento; pero al dejar de ser inocente, vió detrás de todo lo que habia amado, un ángel.

La palabra de Carlota habia trasformado aquel angel en un hombre.

Asuncion sintió toda su desgracia y lloró.

Sus lágrimas fueron la única revelacion de su alma para Carlota.

LII.

—¿Y cómo conociste á ese hombre, hija mia? dijo Asuncion á Carlota, colocándose en su posicion de madre.

—El me conoció á mí, contestó la jóven.

—¿Pero dónde? ¿cómo? ¡tú dices que ya le amabas en el convento!

—Sí, madre, sí; yo me ahogaba entre estas paredes tristes, necesitaba aire, luz, espacio, y me subia á la galería; allí pasaba horas enteras; un dia reparé que allá, en una torre del castillo, habia un hombre; aquel hombre tenia en la mano algo que relucia al sol; aquello, madre, era un anteojo, con el que aquel hombre me miraba, me veia; muy pronto me hizo señas con el pañuelo; durante algunos dias yo no le contesté, pero seguí subiendo á la galería; cuando por acaso un dia no veia en la torre á Gabriel, sufria y lloraba; no le conocia, y le amaba ya; llegó un dia en que al agitar él su pañuelo, yo le contesté agitando el mio; y asi pasamos seis meses, madre; seis meses, hasta que la madre que me dió el ser vino á sacarme del convento.

—¿Y entonces le conociste de cerca? esclamó con dolor Asuncion.

—Sí; le encontré en la casa de mi madre.

—¡La conocia!

—¡Mi madre me habia vendido!

—¡Tu madre! ¡oh! no en valde me habia causado horror aquella mujer; pero sigue... sigue... quiero saberlo todo... todo.

—Gabriel, asi se llamaba, me habia visto un dia desde el castillo con el anteojo y se habia enamorado de mí... no; me habia deseado... subió al castillo por casualidad, y siguió yendo por deseo dos veces al dia, desde el amanecer hasta la salida del sol; desde la puesta del sol, hasta el anochecer; cuando yo contesté á sus señas, quiso estrechar las distancias, y buscó al andadero; el andadero no se atrevió á decirme nada ni á darme una carta; pero indicó un medio á Gabriel; le dijo que yo podia salir del convento si me sacaba mi madre; el andadero sabia su nombre; Gabriel la hizo buscar; estaba muy lejos, viuda y pobre; Gabriel la hizo venir, la ofreció dinero y ella me sacó del convento, y me entregó á él.

Yo no tenia madre que velase por mí, no conocia el bien ni el mal... ¡y le amaba!

Carlota calló; gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas; Asuncion la miraba, con la mirada hambrienta de venganza de la leona que ve junto á sí á su cachorro, destrozado, ensangrentado, moribundo.

LIII.

Pasó asi algun tiempo, Carlota, anegada en la amargura de sus recuerdos; Asuncion mirándola con ansiedad.

—Tú no sabes, madre, dijo al fin la niña; tú no puedes comprender lo que yo he sufrido; fui madre... madre á los diez y seis años; vi entre mis brazos á mi hijo, hermoso como un ángel, hermoso como mi amor; le sentí asirse á mi pecho... ¡oh Dios mio! ¡y me dormí gozando un cielo: cuando desperté, mi hijo no estaba á mi lado; ¡me lo habian quitado!

—¿Y qué habian hecho de él?

—Me dijeron que habia muerto.

—¡Dios mio!

—Pero yo no lo creí, no: yo le sentia vivo dentro de mi alma: lloré, grité, me desesperé... pero en vano... ¡no pareció!... no le volví á ver... estuve enferma, entre la vida y la muerte, y no tuvieron compasion de mi... no me devolvieron mi hijo.—Un dia, una criada, compadecida de mí, me dijo que habian llevado á mi hijo á la Inclusa.

—¡A la Inclusa!

—¡Si: á una horrible casa, donde los pobres hijos de la desdicha se mueren de hambre!

Y Carlota rompió á llorar y de tal modo que parecia que toda su alma se habia convertido en lágrimas.

Asuncion se sentia morir.

El dolor de Carlota la mataba.

—Apenas supe esto, continuó Carlota mezclando sus sollozos á sus palabras, aproveché un descuido de mi madre, escapé, salí á la calle, pregunté por la Inclusa... llegué, llamé... pedí mi hijo: me hicieron ver muchos... muchos... yo no sabia el dia en que mi hijo habia sido llevado, y me parecia que cada uno de aquellos pobres niños era el mio: allí... allí debia estar; ¿pero cuál era? Yo los miraba, los tomaba, los dejaba, volvia á tomarlos... todos, todos hacian latir mi corazon... pero... ¡todos no podian ser mis hijos! ¡Allá! ¡allá! ¡en un rincon!..

La mirada de Carlota empezó á estraviarse.

Temblaban sus megillas y sus labios; se estremecia toda.

Su brazo descarnado y desnudo se estendia hácia un rincon de la alcoba, y su dedo sutil señalaba, temblando tambien, aquel rincon.

—¡Allí! ¡allí! ¡una cuna! ¡un niño!... ¡mira! ¡es él! ¡mi hijo! ¡se parece á Gabriel! ¡sí, sí, su retrato! ¡mírale! ¡mírale! ¡es mi hijo! ¡mi hijo! ¡pero está muerto! ¡muerto de hambre!

Carlota cayó de espaldas, y no volvió á hablar mas: se habia desmayado.

Asuncion salió de la alcoba dando gritos.

Poco despues (ya era de dia) la comunidad entera habia acudido.

El médico y el confesor estaban allí tambien.

Carlota no volvió en sí.

Dios habia tenido lástima de sus sufrimientos, y habia abierto á la pobre niña las puertas de la eternidad.

LIV.

Asuncion cuando la vió muerta, no gritó, no lloró, pero se estremeció toda, y despues se quedó tranquila, de pié, al estremo inferior de la cama, pero con una tranquilidad espantosa.

De repente se volvió á la abadesa, que de rodillas, en medio de la comunidad arrodillada tambien, con una vela encendida en la mano cada monja, rezaba el oficio de difuntos por Carlota.

Asuncion era la única que habia quedado de pié; la única que no rezaba.

Asió de la mano á la abadesa, que dominada por la situacion se dejó conducir.

Atravesó con ella crugías, pasadizos, claustros y entró en el panteon.

—Allí, dijo, señalando un nicho á la derecha del de la madre Purificacion... allí, Carlota; y mas allá... pronto... para que mi hija duerma entre mi madre y yo, en ese otro... yo... yo allí...

La pobre abadesa lo prometió llorando á Asuncion.

Los nichos que habia señalado, estaban llenos; pero por las fechas de las inscripciones, hacia ya mas de cincuenta años: los esqueletos podian arrojarse al osario.

Carlota podia dormir entre Purificacion y Asuncion.

LV.

—Hace mucho tiempo que no hago flores, dijo Asuncion al volver á la celda.

Y con una calma que daba miedo, se puso á buscar en los cajones y en las canastillas moldes y telas.

Luego se sentó al sol, en la misma sillita baja, en el mismo lugar en que Carlota acostumbraba á sentarse, y se puso á hacer con suma rapidez una guirnalda de rosas blancas.

Algunas monjas que habian quedado en la celda para velar á la muerta y cuidar de la viva, miraban con una compasion profunda, la locura de Asuncion, porque Asuncion en aquellos momentos estaba loca.

Dos doncellas cosian en otro lado á toda prisa, una túnica blanca.

En el panteon, habida licencia del arzobispo, tenia lugar una lúgubre ceremonia.

La traslacion de sus nichos al osario, de dos esqueletos.

Por la tarde llevaron á la celda un ataud blanco con galonería azul celeste, y una hermosa palma.

Ya hemos dicho que la caridad de las monjas espiaba continuamente á Asuncion: que habia algunos pequeños agujeros en las paredes por donde, desde las celdas contiguas, se veia y se oia cuanto pasaba en la celda de Asuncion.

Se sabia, pues, todo: se conocia por completo la desgracia de Carlota: pero Asuncion, por amor, y la comunidad por decoro, habian destinado un traje y unos atributos de virgen á Carlota, para sus desposorios con la tumba.

En vez de doblar las campanas del convento tocaron á gloria.

Y tal vez tocaron bien, porque si los mártires van al cielo, el espíritu de Carlota debe reposar en el seno de Dios.

LVI.

Al dia siguiente, cuando se abrió la iglesia, los primeros que fueron á oir misa vieron sobre una mesa cubierta de blanco, en un ataud blanco y azul, con palma y corona de rosas blancas, sueltos los largísimos, undosos y ricos cabellos, con una cruz de plata entre las manos, y rodeada de flores, una hermosísima niña.

La muerte y la demacracion no habian podido afear á Carlota.

Parecia dormida.

¿Y quién sabe si la muerte es un sueño del que no se despierta?

Y si es un sueño ¿quién sabe si aquella pobre madre disfrazada de virgen por la piedad y el pudor, veia en un sueño eterno á su hijo?

LVII.

Pasaron dias, semanas, meses.

Pasó un año.

¿Pretendereis que os digamos lo que fue de Asuncion, durante este tiempo?

Todo lo que nos han dicho, todo lo que podemos deciros, es que Asuncion, no vivió mas que para el silencio, que para la tristeza, que para la penitencia.

Por mas que os parezca estraño, Asuncion no bajó ni una sola vez al panteon, desde que fue sepultada Carlota, ni entró una sola vez en la alcoba donde habia muerto, ni se sentó mas en la silla ni en el sitio donde Carlota se sentaba.

Ni ponia ya flores en el cuadro de Santa Isabel, ni al pasar junto á él se arrodilla y rezaba.

De noche se la encontraba con una cruz al hombro, atravesando las crugías del convento, rezando en voz baja.

Ni hablaba con nadie, ni comia mas que lo estrictamente necesario para no morir.

Habia despedido á la doncella.

Con una actividad maravillosa para la penitencia, por mas que se la espiaba no se sabia cuando dormia.

¿Estaba loca ó demasiado cuerda?

¿Se abstraia en el gozo íntimo, misterioso, ideal, de un amor terrible, ú oraba dentro de su alma para conseguir de Dios el perdon de su pecado.

No lo sabemos.

Asuncion desde la muerte de Carlota se habia convertido en un misterio.

Aquello no podia durar mucho, y tuvo al fin el funesto término que se prevía; una mañana se vió que la puerta de la celda de Asuncion á pesar de ser tarde no se abria.

Llamaron, y nadie contestó.

Forzaron la puerta, y dentro encontraron sin vida á Asuncion.

Dios y la noche, y el silencio, saben solo como fue la agonía de la infeliz.

Pero fuertemente apretado contra sus labios, tenia en la mano un rizo de cabellos negros rizados, empapado de lágrimas que aun no se habian secado.

LVIII.

Cuando yo oí contar esta sencilla historia, pisada entre la soledad y el silencio de un convento, tomé la pluma, escribí sobre una cuartilla de papel: Amor de monja, y empecé, con el corazon oprimido, el triste relato que antecede.

Mañana la palanqueta del albañil, derruirá el convento.

El panteon será profanado.

Los restos de Purificacion, de Asuncion y de Carlota irán á revolverse con otros en el osario.

Entonces, solo quedará de esas tres infelices la memoria que yo las he consagrado en estas páginas.

6 de junio de 1860.

Manuel Fernandez y Gonzalez.

EL SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES.

No lejos de la pelásgica Tarraco, esa antiquísima ciudad en que levantaron los romanos sus murallas sobre las colosales piedras acumuladas por aquel pueblo nómade con cuyo nombre acabamos de cualificar á la moderna Tarragona, á poco mas de una legua de distancia, cercano al camino que conduce á la condal ciudad de Wifredo el Velloso y don Ramon Berenguer, levanta su maciza mole un monumento aislado, á quien prestan amiga sombra los árboles de un bosquecillo que le rodea, y sobre cuya frente resbala cariñosa para destruirle traidora la fresca brisa de la mar cercana. Su misteriosa soledad, impresionan lo vivamente la imaginacion de los naturales del pais ha envuelto aquella triste sepultura, segun la espresion del señor Piferrer «con la blanca y flotante mortaja de las apariciones», y mas de una vez el activo labrador de las cercanías, al pasar en esas tristes horas del crepúsculo por delante del medroso monumento, ha creido ver agitarse las estátuas que le flanquean, y los suspiros del viento le han parecido la triste voz de los que allí descansan lanzándose al espacio en son de queja.

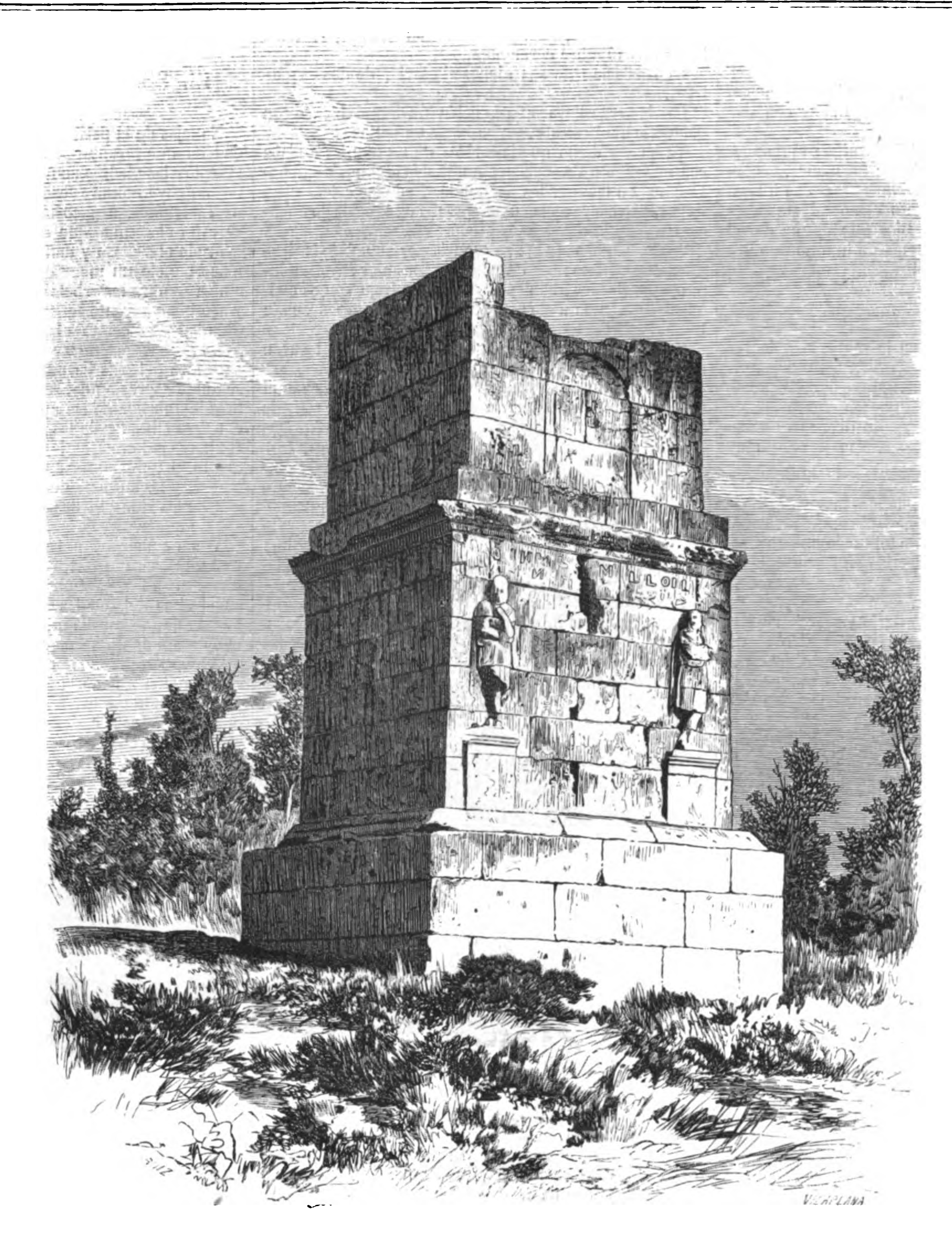
Y sin embargo, el túmulo en cuestion no pertenece á una época histórica á propósito para producir estas ideas, ni su forma tampoco es de aquellas que despiertan en el alma del que las contempla ese indefinible sentimiento de melancolía que infunde á nuestro ser la contemplacion de un sepulcro cristiano, ó al menos de una solitaria cruz de madera. El arte propio de la civilizacion romana basado en el materialismo, absoluto principio de su religion, nunca comprendió en la belleza mas que la analítica exactitud de las formas. Rastrero siempre, sin alzar los ojos al cielo ni presumi lo, la línea horizontal fue la síntesis de aquel arte. Su espiritua ismo reducido al límite del orgullo, solo le hacia pensar en levantar obras que pregonasen su grandeza, y de aquí que jamás lograron escribir un pensamiento con sus templos, con sus teatros, sus termas, sus arcos de triunfo y sus sepúlcros, sino es el de la inmensa vanidad que constituyó siempre el carácter peculiar de los hijos de Rómulo. Sin embargo, el monumento funerario levantado por ellos cerca de Tarragona, ha recibido de la ardiente imaginacion de los modernos catalanes tal tinte de fantásticas consejas, que bien se echa de ver en ellas la soñadora fantasía de los hijos de Odin, cuya céltica raza mezclada estaba ya con las primitivas colonias á la época de la invasion romana.

Y que el monumento en cuestion pertenece á este último pueblo, es indudable. De cuadrada forma, levanta sobre un zócalo, tambien cuadrado, sus dos cuerpos arquitectónicos formados de grandes sillares sin ningun adorno. El gran deterioro en que su parte superior se encuentra, no deja presentir cómo terminaria el monumento, y si lo que hoy existe serviria solamente para pedestal de alguna estátua ó mejor pirámide, á ejemplo de las que se nos dice habia en el Cabo de Peñas, erigidas por Lucio Sexto ó del sepulcro de Pórsena, de que nos habla Plinio. En el lado que mira al mar, y primer cuerpo, sobre el zócalo, á ambos estremos se encuentran dos figuras relevadas pero de tan alto relieve que á poco mas quedarian aisladas de la fábrica, cuyas figuras vistiendo (á lo que puede juzgarse en medio de su gran deterioro), la modesta túnica de los hijos del pueblo romano ó mejor de los esclavos, parecen indicar en la triste inclinacion de su cabeza, y en toda su actitud la representacion del dolor. Dícese, y no hemos podido hallar el fundamento de este aserto, que entre ambas figuras habia una lápida de mármol, la cual quitó de aquel sitio llevándola consigo el cardenal Cisneros, sin que desde entonces se haya podido saber dónde se encuentra. Si algun dia, eso que la limitacion humana, llama casualidad, llegase á descubrirla, gran fortuna seria para la ciencia arqueológica y para la historia que su leyenda justificase la tradicion, que como *Sepulcro de los Escipiones* considera este monumento.—Por desgracia nada puede sacarse en claro de varios rastros de letras muy gastadas que en las piedras del mismo sepulcro se conservan, y apenas tampoco puede venirse en conocimiento por algunos escasísimos vestigios, de que en la parte superior habia otras dos figuras, colocadas en una especie de nicho.

Ningun indicio, como dice el ya citado Piferrer, nos enseña en este monumento á qué ilustres personas se dedicó, y en vano acudiríamos á la historia que tambien guarda silencio sobre el particular; solo la voz popular ha nombrado los habitantes de aquel sepulcro apellidándolos Escipiones Este escritor añade «que ningun documento apoya la tradicion, pero tampoco puede oponérsele circunstancia alguna determinada, si ya hasta cierto punto no la favorece la probabilidad: cuando sabido es que Tarragona debió su esplendor á los dos héroes romanos, que tras señaladas victorias hallaron gloriosa muerte en el campo de batalla, dejando grato recuerdo de sí á romanos y españoles; cuando todavía se ignora su verdadero sepulcro ¿no pudo la gratitud pública erigir, sea á sus restos ó á su memoria un monumento fúnebre casi al pié de las murallas de su ciudad en aquel lugar lleno de sus recuerdos? Ciega es

sus creencias, tal vez se haya engañado la tradiccion al inscribir el nombre de los hermanos en aquel pedestal; mas aunque así sea, lo vago y lo oscuro de la tradicion siempre es sublime, y sus errores llevan el sello de la verosimilitud.» Por mas que tengamos en mucho la tradicion, no creemos que puede considerarse con visos de verdadera la que designa como perteneciente á los Escipiones el monumento que nos ocupa. La elegancia, severidad y pureza de líneas que en él se hallan, la perfeccion del dibujo que en las estátuas se nota á pesar de lo carcomidas y desfiguradas que el tiempo y la corrosiva accion del aire marino las han dejado, están indicando desde luego la mejor época del arte romano, aquel vigoroso período que Augusto simboliza en su nombre, y no el en que vivieron los Escipiones, época en la cual el arte apenas entraba en la edad de su desarrollo. Corrobora esta conjetura el hallazgo que al pié del mismo monumento ó torre, como tambien le llaman en el país, tuvo lugar no hace muchos años, y que consistió en un verdadero sepulcro, que contenia en una urna de vidrio restos del esqueleto de un párvulo, dos lacrimatorios tambien de vidrio y una moneda de Augusto.

No pretendemos que nuestra conclusion sea la mas acertada; pero lo que sí puede asegurarse, aunque con la prudente cautela que siempre debe presidir á estas aseveraciones, es que el sepulcro ó mejor *monumentum* si fue edificado para honrar la memoria de los Escipiones, debió haberse levantado en época muy posterior á su desgraciada muerte.



EL SEPULCRO DE LOS ESCIPIONES.

De desear seria para aclaracion de dudas, que con el esmero é inteligente direccion que requieren obras de este género, se practicase un reconocimiento en el interior de este monumento y debajo de él, por si lograba hallarse, como quizás exista, cubierta con aquellos sencillos sillares, alguna cámara sepulcral.

Entre tanto que esto se logre realizar ó que algun otro descubrimiento venga á difundir nueva luz sobre la célebre *torre*, mas inspiraciones habrá de producir al poeta, mas meditaciones al filósofo, mas útil enseñanza para la historia del arte, que dato importante al arqueólogo para ilustrar á la investigacion histórica, impotente cuando quiere determinar el sitio en que descansan y hasta la verdadera muerte que alcanzaron los esforzados hermanos, terror de las púnicas falanges.

J. DE D. DE LA R. Y D.

TAMO,

JUDÍA DE TETUAN.

Como muestra de los interesantes y curiosísimos grabados que tenemos dispuestos para el *Diario de un testigo de la guerra de África* del señor Alarcon, damos en el número de hoy á nuestros suscritores, el retrato de UNA JUDÍA, que figura mucho en las preciosas descripciones de la vida y costumbres de Tetuan que constituyen la segunda parte del bellísimo libro del poeta soldado. Segun leemos en el manuscrito del *Diario*, esta judía se llama *Tamo*; es hermosísima, y se halla casada con un comerciante en joyas. El traje con que la retrató monsieur Iriarte, á quien debemos el croquis de que se ha sacado este dibujo, es el que usan las hebreas para solemnizar los sábados. *Tamo* no pasa de los diez y siete años; tiene dos hijos, llamado el uno Jacob y el otro Josué. Su esposo es un viejo de sesenta años; viste con lujo y es riquísimo; pero tan avaro y miserable que cuida los caballos á varios jefes nuestros por una insignificante retribucion.—«Si *Tamo* fuese española—dice Alarcon en su Diario,—yo atribuiria su aire soñador y dolorido á penas sufridas en su orgullo, en sus ensueños de adolescente ó en su dignidad de mujer al verse enlazada con un ser tan despreciable. Pero *Tamo* es hebrea... y su mirada melancólica, su aire lánguido y majestuoso, y el timbre de su acento, dulce como los trinos mas graves del ruiseñor, no pasan de ser fenómenos físicos, puramente materiales, debidos quizás á la circunstancia de estar criando, á secretos vicios, ó á desgracias vulgarísimas ocurridas en sus intereses pecuniarios. Mas, á pesar de todas estas reflexiones, no puedo menos de confesar que *Tamo*, considerada como estatua, como modelo, como retrato arrancado de una Biblia alemana, es una mujer admirable, bellísima, encantadora.

AJEDREZ DE CARLO-MAGNO, EN PARIS.

ALFIL.

PEON.

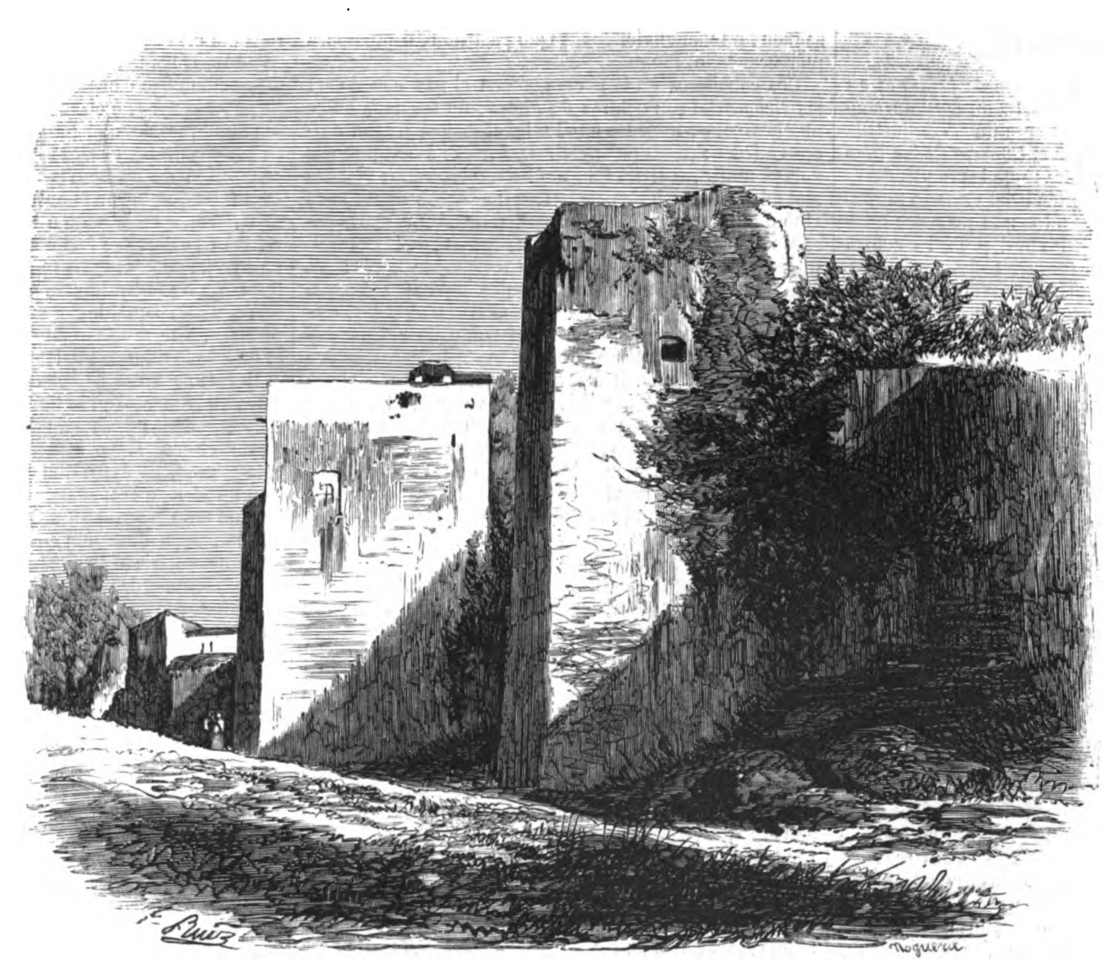
TRIBUNAL

DE LOS INQUISIDORES DE ESTADO DE VENECIA.

I.

Acusado el dux Miquieli de Venecia de ser

la causa de los males que á este pueblo afligian, fue degollado por una multitud furiosa: se comprendió (1172) la necesidad que habia de moderar la autoridad del príncipe y arreglar su ejercicio, y se decretó que anualmente, cada uno de los seis cuarteles en que la ciudad de Venecia estaba dividida, nombrara dos electores y que este colegio escogiera cuatrocientos setenta ciudadanos para componer un consejo supremo, en el cual radicarian las prerogativas de las Asambleas Generales, y el conocimiento de los árduos negocios del Estado. Este Consejo Supremo habia de nombrar seis consejeros, sin cuya aprobacion no tendrian fuerza ejecutiva las órdenes del dux, debiendo ademas elegir sesenta individuos para formar un Senado, cuyo cargo habria de durar un solo año.



ALHAMBRA DE GRANADA.—MUROS Y TORRES DEL TESORO Y DE LA CAUTIVA.

Poco á poco fue creciendo el Consejo Supremo en facultades, hasta que en 1319 declarándose hereditario el cargo de consejero se decretó que no habria ya mas eleccion ni renovacion de Asamblea, siendo los entonces consejeros los únicos que conservaban el derecho de trasmision y de poder ademas inscribir en el *Libro de Oro*. De forma que el Consejo venia á ser el verdadero cuerpo soberano, puesto que de su seno debian ademas salir los once electores que nombraban el dux.

Consecuencia de estos acuerdos fue el descontento de los nobles y el odio del pueblo contra el dux Gradenigo, que al fin produjeron la revolucion del 15 de junio de 1310 al santo grito de «Libertad.»—Vencedor el dux de los sublevados á cuya cabeza figuraban los Querini, los Badner y los Tiépolos, y espantado el Consejo Supremo de una conjuracion en que habian tomado parte tantos personajes ilustres, creyóse necesario establecer una autoridad especial y salvadora, ideándose e Consejo de los Diez, cuya principal mision habia de ser el velar por la seguridad del Estado, sin restriccion alguna de facultades y exento de toda responsabilidad, no obstante las omnímodas atribuciones que en él se depositaban. Su duracion no debia, al principio, esceder de diez dias: despues se amplió hasta veinte, y luego hasta dos meses. Mas, prorogado este plazo por seis veces, y al llevar un año de existencia, hízose confirmar por cinco años y al fin y al cabo fue declarado perpetuo.

Asi fue como desde la revolucion del 15 de junio se pasó al estremo de la preponderancia de la aristocracia hereditaria que parecia asegurada para siempre en Venecia, con mengua de las libertades de los ciudadanos y de los derechos que les estaban reconocidos. De modo que en el mismo año de 1310 vemos ya funcionando *ad perpetuum* el llamado *Tribunal de los Diez*.

Pero este tribunal todavía no era bastante para saciar los deseos de los *nobles patricios* de Venecia que aplicaban el tormento como uno de los medios ordinarios de prueba, y en 1457, segun unos, y 1454, segun otros, se creó otro tribunal mas monstruoso, dedicado esclusivamente á hacer justicia secreta, y este tribunal se llamó «de los Inquisidores de Estado.»



TAMO.—JUDÍA DE TETUAN.

Si grande era el terror que en Venecia infundia el nombre del Tribunal de los Diez, aun mayor, muchísimo mayor fue el que infundió el de los Inquisidores de Estado, llegando hasta el punto de no atreverse á hablar de él los historiadores contemporáneos.—

Hé aquí ahora los decretos de creacion y de instalacion, que insertamos como documentos curiosos é importantes para la historia de los tribunales secretos, auxiliares siempre del despotismo de los gobernantes.

DECRETO
DE CREACION
DEL TRIBUNAL.

A 16 DE JUNIO DE 1454, EN CONSEJO SUPREMO.—La esperiencia ha hecho conocer la utilidad que resultará al servicio de la República de la permanencia del *Consejo de los Diez*, donde los nobles que en él se admiten sucesivamente, velan no solo por el castigo de los delitos, sino tambien por la represion de los mal intencionados y por todos los altos intereses del Estado. Sin embargo, el celo del mismo Consejo se ve entorpecido por la dificultad de reunirle todos los dias estando sus individuos obligados á asistir á las sesiones del *Senado*; de suerte que muchos asuntos importantes que reclaman pronto despacho se ven paralizados. Para remediar este inconveniente, el CONSEJO SUPREMO DECRETA: Que el *Consejo de los Diez* queda autorizado para escoger ó elegir entre sus individuos, pero no entre sus agregados, tres patricios para formar un tribunal que se llamara de Inquisidores de Estado: de los cuales, uno, cuando mas, podrá escogerse entre los consejeros del dux. Esta eleccion se hará en la sesion inmediata del *Consejo de los Diez*, y en lo venidero en la primera sesion del mes de octubre, y asi sucesivamente cada año. Se sortearán los individuos del *Consejo de los Diez* y los seis consejeros del dux. En caso de que uno de los jefes del *Consejo de los Diez*, y uno de los demás vocales tuvieren igual número de votos, el jefe del consejo será preferido y lo mismo si hubiere empate entre el decano de los consejeros del dux, y uno de los demás consejeros. Los individuos elegidos compondrán el *Tribunal de los inquisidores de Estado*, durante el tiempo que fueren componentes del *Consejo de los Diez*. No podrán escusarse de desempeñar el cargo, bajo pena de ser castigados, á no mediar impedimento físico que obligue á que se les sustituya durante dos meses consecutivos. El *Consejo de los Diez* determinará una vez para siempre la autoridad que se ha de delegar en el tribunal, y *este podrá ejercerla sin estar sujeto á forma alguna*. Ningun abogado podrá mezclarse en los procedimientos de los Inquisidores de Estado ni en sus determinaciones, ni menos intervenir en la ejecucion de sus órdenes, cualesquiera que sean, á no ser espresa y formalmente llamado al efecto. El *Consejo de los Diez* podrá dar á los Inquisidores de Estado la autoridad que juzgue conveniente, sin limitacion alguna; estando persuadido el *Consejo Supremo* de que el de los Diez hará uso de esta autorizacion de un modo conforme con la justicia y el interés del servicio público.—

DECRETO DE INSTALACION.

A 19 de junio de 1454, el *Consejo de los Diez* en junta:—En ejecucion del acuerdo del *Consejo Supremo* de 16 de este mes, por el cual se crea un *Tribunal de tres inquisidores de Estado*, que el *Consejo de los Diez* está encargado de elegir, DECRETA: que los inquisidores están investidos de toda la autoridad del Consejo mismo de los Diez, sobre todos los asuntos que juzgaren conveniente avocar á su tribunal. Podrán proceder contra cualquiera persona, sea cual fuere su clase, plebeya, noble ó constituida en dignidad, pues ninguna tiene en tal caso derecho para declinar su jurisdiccion: podrán pronunciar ó fallar contra los individuos mismos del *Consejo de los Diez*, contra los clérigos, religiosos ú otros eclesiásticos, contra todos los súbditos; en fin, contra cualquiera que lo merezca, imponiendo toda clase de penas, inclusa la de muerte; y *podrán hacer que se ejecuten ya secreta ya públicamente*; pero sus sentencias definitivas deberán pronunciarse precisamente por unanimidad. Cada uno de ellos tendrá poder de ordenar prisiones y arrestos, sin perjuicio de dar cuenta de estos actos á sus colegas en su primera reunion inmediata, y entonces las providencias dadas por uno solo deberán ser confirmadas por una declaracion unánime, á no ser que se consideren improcedentes. Tendrá este tribunal sus agentes particulares, escogidos entre los que sirven actualmente en el *Consejo de los Diez*. Dispondrá de las cárceles llamadas *los pozos* y *los plomos*. Podrá sacar cantidades de la caja del *Consejo de los Diez*, sin dar cuenta alguna de ellas. El tesorero satisfará las libranzas que espidiere el tribunal, en el acto de su presentacion. Ningun *papalista*, (es decir, pariente de una persona eclesiástica, ó que tenga intereses en la corte de Roma), aun cuando sea individuo del Consejo de los Diez, podrá ser nombrado inquisidor de Estado. El tribunal podrá dar órdenes á todos los rectores de las provincias y colonias, á todos los generales, y á todos los embajadores de la república cerca de las testas coronadas, y estas órdenes seran obligatorias para cuantos las reciban. En fin, los tres inquisidores que van á ser nombrados formaran sus estatutos ú ordenanzas, las cuales tendrán la misma fuerza, vigor, y autoridad que si hubieren sido dictadas en el Consejo de los Diez, y servirán de regla á sus sucesores, quienes podrán hacer, sin embargo, adiciones ó mudanzas, segun los sucesos, con tal que estas modificaciones sean acordadas por unanimidad.

Cláusulas muy terribles se leen en los preinsertos documentos. El buen sentido de los lectores les hará comprender que no hay nada de estraño en que los historiadores tuviesen miedo á un tribunal que juzgaba sin formas, y que por su solo capricho condenaba ó absolvia.

En nuestro segundo artículo daremos cuenta de los *Estatutos del tribunal*.

MIGUEL MATHET Y GONZALEZ.

LITERATURA CASTELLANA

DE LA EDAD MEDIA.

SIGLO XV.

La prosa castellana de la Edad Media presenta rasgos tan varoniles y brillantes que parece escrita en los mejores tiempos de Fr. Luis de Granada y de Mendoza. Y no es exageracion. Hállanse en algunos de los prosistas de aquel tiempo giros valientes é imágenes tan atrevidas, locuciones tan propias y castizas, metáforas tan gallardas como poéticas que, dejando aparte los defectos de la infancia del habla, pueden presentarse como modelos del lenguaje de la época.

Sea por ejemplo Gutierre Diez de Gamez esforzado campeon y escritor del reinado de don Enrique III de Castilla, que acompañó en calidad de alférez y portaestandarte á su señor don Pero Niño, conde de Buelna en cuantas hazañas, correrías y desembarques acometió este caballero particular, guerrero de los mas temibles y esforzados, quien nos dá pruebas de este aserto.

Hé aquí cómo pinta con frases enérgicas y escogidas la condicion de un caballero, las dotes físicas y morales que deben acompañarle para merecer semejante dictado:

«Non son todos caballeros quantos cavalgan caballos; nin quantos arman caballeros los reyes son todos caballeros. Han el nombre; mas non hacen el exercicio de la guerra. Porque la noble caballería es el mas honrado oficio de todos, todos descan subir en aquella honra: traen el hábito é el nombre; mas non guardan la regla. Non son caballeros; mas son pantasmas. Non face el hábito al monge; mas el monge al hábito. Muchos son los llamados, é pocos los escogidos. E non es, nin debe ser en los oficios, oficio tan honrado como este es: cá los de los oficios comunes comen el pan folgando, visten ropas delicadas, manjares bien adobados, camas blandas bien safumadas, echándose seguros, levantándose sin miedo, fuelgan en buenas posadas con sus mujeres é sus fijos, é servidos á su voluntad, engordan grandes cervices, facen grandes barrigas, quiérense bien por facerse bien, é tenerse viciosos. ¿Qué galardon, ó qué honra merescen? No, ninguna.

Los caballeros en la guerra comen el pan con dolor: los vicios della son dolores é sudores: un buen dia entre muchos malos. Pónense á todos los trabajos: tragan muchos miedos: pasan por muchos peligros: aventuran sus vidas á morir, ó vivir. Pan mohoso, ó vizcocho; viandas mal adobadas: á horas tienen, á horas non nada: poco vino ó ninguno: agua de charcos, ó de odres: malas posadas, la casa de trapos, ó de hojarascas; malas camas, mal sueño. Las cotas vestidas, cargados de fierro: los enemigos al ojo. Guarda allá. ¿Quién anda ahí? Armas, armas. Al primer sueño rebatos; al alva trompetas. Cavalgar, cavalgar: vista, vista de gente de armas: esculcas, escuchas, atalayas, atajadores, algareros, guardas sobre guardas... Helos, helos, non son tantos, si son tantos: vaya allá, torne acá, tornad vos acá, id vos allá: nuevas, nuevas: con mal vienen estos: non traen, si traen: vamos, vamos, estemos. Tal es su oficio, vida de grand trabajo, alongados de todo vicio. Pues los de la mar, non hay igual de su mal: non acabaria en un dia su laceria é grand trabajo. Mucha es la honra que los caballeros merescen, é grandes mercedes de los reyes por las cosas que dicho he.»

Véase ahora qué magnífica imprecacion contra el viento y la fortuna nos ha dejado el autor en otra parte de su preciosa Crónica.

«¡Oh viento ó ventura, que tan de refez te trocas! tan móvile es el tu andar que non hay en tí estabilidad nin firmeza. Quien en tí fia aina es derrocado. ¿Qué es el viento si non fortuna? ¿Qué es la fortuna si non ventura? ¿Quién eres tú viento tan poderoso? Tú tienes el Oriente, é el Ocidente, é el Aquilon, é el Meridion. Tú posees la mar é la tierra: tú enriqueces, é empobreces. Tú faces las cosas contra natura: la grand madera criada en los altos montes, é el fierro, é las piedras pesadas faces correr sobre el agua: los omes criados de la tierra faces vivir en la mar. Tú faces al de Pruza morador en Chipre, é al ingles vivir en Etiopa. Está el ome en su casa con su algo ganado folgando é en placer: muestraste su amigo, sacasle de su casa con todo su algo, facesle desamparar mujer é fijos é tierra; é cuando le tienes en alta mar, facesle como enemigo, levantas las ondas de la mar tan altas como sierras, é traesle entre medias: agora le levas al cielo; despues tornasle á los abismos: facesle apalpar la muerte mil veces en una hora. En tal estado le pones, que ya daria por el caudal la ganancia: non precia nada cuanto leva, solo que oviese salvacion: ya lo daria todo porque lo pusiesen en la tierra salvo: tanto le persigues que le faces desesperar. Aquí dice que mejor le seria ya la muerte que pena tan luenga. E paresce como que quieres ya aver dél piedad: donde eras Sur, tornas Norte, é muestrasle buen semblante, é despues facesle correr atrás, é perder todo su viaje. Aun si le tornases en la tierra donde le sacaste, bueno le seria; mas lanzasle tan lejos, que antes es viejo que nunca torne á su tierra. Enriqueces á quien quieres, empobreces á quien te pagas: de pequeños ricos, é de ricos mendigantes; é aun al rico ensalzas, é matas al pobre, é aniegaslos en la mar, é faceslos ir quebrar en las peñas. El que escapa, renegando va de tí: non face cuenta de quanto perdió, mas cuidase que estonce nasció. Otros traes á puerto, é con ganancia: con aquellas redes pescas quantos quieres. Sacas los algos de la tierra, é das con ellos en la mar: quitaslo á los omes, é daslo á los peces que non saben qué cosa es. Las cosas preciadas lanzas en lugares sin provecho. ¡Oh viento! ¡oh fortuna! ¿quién está contento de ti? Muchos matas, muchos empobreces, non es ninguno que por un placer que le diste, non le feciste pasar muchos dolores. ¿Quántos están feridos de tu lanza? ¿quántas viudas faces? ¿quántos huérfanos? ¿quántos apartamientos? ¿quántas amistanzas desatas? ¿quántos lloros? ¿quantos sospiros? ¿quántos amores, quántas querencias aluengas é partes? ¿Quién es aquel que te alaba, é el que de tí se loa? ¿qué diré de tí viento, é fortuna? La tierra que nos mantiene tú nos la dañas, é nos quemas las flores, tú nos quitas los frutos, tú nos traes la piedra é la niebla, tú nos espantas con tronidos, é relámpagos, é cometas. Verdad es que tu nos traes las lluvas; mas primero nos las faces desear. El sol que nos calienta tú nos le enfrias con nieves é con heladas. La luna é las estrellas que nos alegran tú nos las oscureces. Tú levantas la tierra así como la mar, é la faces temblar. ¡Oh fortuna! ¡oh viento! tú rasgas las muy grandes velas, quebrantas é derruecas los muy grandes mástiles é entenas, aniegas las grandes carracas, é cocas, é urcas. Las obras que los grandes omes fabricaron, é los sesudos ficieron a muy grandes costas, é en luengos tiempos, en una hora ge lo desbaratas todo, é ge lo fundes en la mar. ¡Quántos buenos omes matas, é empobreces! Amansa ya, é cesa viento é fortuna: cesa ya, é sey pagado. Seamos ya seguros de tí, que nos levas las mieses, é nos matas los ganados, é nos destruyes las frutas, é nos levas é tiras todos nuestros deleites; é iremos é vernemos sobre la mar en paz é con ganancia, é abrán placer con nos nuestros amigos, é nos con ellos.

Asi como avedes oido razonaba el autor con el viento é la fortuna; mas respondióle la razon por el viento é la fortuna, é dijo: ¡Oh! tú ome, que tanto te quejas, é que tales querellas das de mí, pues eres ome, é anima razonable, escucha, é entiende lo que te diré. Verdad es que Dios me crió segund que tu dices para gobernar el mundo, é traer los temporales; pero entiende primero é conosce como fizo é ordenó las quatro naturas, que son el fuego, é el ayre, é el agua, é la tierra, para que criasen, é obrasen en el mundo con la su vertud, é con la enfluencia de los cuerpos celestiales, é el andamiento é conjuncion de los signos é planetas. Fablando simplemente porque mejor lo entiendas, el fuego es caliente é seco, el aire es caliento é húmedo, el agua es húmeda é fria, é la tierra es fria é seca. Cada una destas rescibe de aquella con quien ha mayor vecindad, é cada una dellas tiene su lugar limitado en que está su sustancia, é non pasa de aquel lugar en que el alto Facedor lo puso primero. Yo soy criado en dos lugares, é de dos linages, el uno de la humidad del agua, el otro de la frialdad de la tierra: para eso so criado para que traya los temporales en la mar, é en la tierra, é atiempre los elementos, é mezcle de los unos é de los otros. El fuego, que es caliente é seco, si yo le non temperase, quemaria todo este mundo. El ayre, que es caliente é húmedo, si le yo non tornase, é le non ficiese correr, peresceria en este mundo todo espíritu vital. El agua, si la yo non moviese, é la non elementase, non engendraria nin lloveria. La tierra, que es fria é seca, si la yo non lloviese, nin la yo non aumentase de los otros elementos, non fructificaria, é el fruto todo peresceria. Pues la mar es el mi nascimiento, la mar es mi madre, é allí es el mi primer oficio: é quando yo della he de salir estonce es ella muy irada. Allí he yo grand poder, segund mi natura brava. Fuertes é grandes é muy espantosos son los mis misterios. grandes fuerzas son á mí dadas. Otro lugar tengo donde yo soy criado: en las cavernas, en las cuevas, é en las concavidades, é en los grandes lugares por donde pasan las grandes aguas entre la tierra. Allí soy engendrado, é cuando está la tierra preñada de mí, tanta es la mi fuerza, que la fago temblar, porque non puedo della salir. Nunca leiste donde dice la Escritura: *En que saca los vientos de los sus tesoros, é apareja lluvia á la tierra*. Yo soy aquel que salgo de los tesoros é secretos del muy alto, é doy lluvia temporánea é setorina. Otrosi, bien sabes tú al ome como lo crió Dios en la tierra, é en ella le colocó: é los peces, é las aves como los crio en la mar, é dió morada á los peces en el agua, é á las aves que corran por el ayre. Pues el ome la tierra es su morada, é en ella puede aver su vito. ¿Quién le dió á él facer navíos, é fabricar argumentos contra natura, para andar por la mar, pues que sin ella bien podria vivir? Forzado es que cada un elemento faga su oficio, é cumpla el misterio para que Dios le fizo: é si allí peresce el ome, suya es la culpa. Andar el ome en la mar contra natura es: pues él demanda las cosas contra natura, razon es que cruelmente perezca. A lo que dices que la tierra yo la daño, é le quito los frutos, cata que todas las climas de la tierra non son de una calidad: ca la una es de su natura. Para eso son puestas calentura é sequedad, para que atiempren frio é humidad. Dios sabe lo que face, é tu non sabes lo que piensas. Sey contento con lo que Dios face, é fuelga en paz.»

Pero para conocer la facilidad, galanura y gallardia con que manejaba su pluma Gutierre Diez de Gamez, bastará reproducir el elegante cuadro de las costumbres caballerescas de una casa noble de su tiempo, que describe tambien en la crónica del conde don Pero Niño, y que á pesar de su estension creemos será leido con el mayor gusto por nuestros lectores.

«Era cerca de Roan un noble caballero que llamaban Mosen Arnao de Tria, almirante de Francia, é era viejo: envió rogar al capitan Pero Niño que le fuese á ver, é partió de Roan, e fué á un lugar que llaman Girafontaina, donde estaba el almirante. El le rescibió muy bien, é rogóle que estoviese allí con el, é folgase algunos dias, que venia muy trabajado de la mar: é folgó allí tres dias. El almirante era caballero viejo é doliente: era quebrantado de las armas: avia usado siempre guerra: era recio caballero en armas: ya non podia usar corte, nin guerra. Vivia allí apartado en aquel su lugar: allí tenia él todos los abastamientos é todas las cosas que á su persona eran necesarias: tenia una posada llana é fuerte, aderezada, é tan guarnida como si fuera dentro en la cibdad de Paris. Tenia allí consigo sus donceles, é servidores de todos los oficios que á un tal señor pertenescia. Avia dentro en su posada una capilla muy guarnida que en todos los dias le decian misa. Pasaba por delante de la casa un rio en que habia muchas arboledas, é graciosos jardines. Avia de la otra parte de la casa un estanque de muchos pescados cercado cerrado con llave, de que cada dia que quisiesen podrian sacar pescado que abastase á trescientas personas: é cuando querian tomar el pescado tiraban el agua que non viniese de arriba, é abrian una canal por donde vaciaba el agua toda, é quedaba el estanque en seco: allí tomaban, é dejaban el pescado que querian; é abrian el caño de encima, é en poca de hora era lleno de agua. E tenia cuarenta ó cincuenta canes con que corria monte, é omes que los pensaban. El tenia allí fasta veinte cabalgaduras de su cuerpo en que avia *destrieres*, *é cursieres*, *é bahanones*, é acaneas. ¿Qué mas vos diré de todos los abastamientos é complimientos? Avia muy cerca de allí bosques en que avia de todos los venados grandes é pequeños. Avia en aquellos montes ciervos, é *daynes*, é *sanglieres*, que son javalíes. El tenia de alcones neblis, que ellos llaman



gentiles, para volar la ribera, muy buenos garceros. Este caballero avia su mujer la mas fermosa dueña que estonce avia en Francia: era de la mejor casa é linaje que avia en Normandía, fija del señor de Belangas: era muy loada en todas las cosas que á grand señora pertenescian, muy sesuda, é por de mejor regimiento que otra ninguna grand señora de las de aquella partida, é mejor guarnida.

Ella tenia su gentil morada aparte de la del almirante: pasaba entre la una posada é la otra una puente levadiza: ambas las posadas eran dentro de una cerca. Las guarniciones della eran tantas, é de tan estraña guisa, que seria luenga razon de contar. Allí avia fasta diez damiselas de parage muy guarnidas, é bien adereszadas: estas non avian cuidado de ninguna cosa si non de sus cuerpos, é de guardar á la señora tan solamente. Ende avia otras muchas camareras. Contarvos he la órden é la regla que la señora tenia. Levantábase la señora de mañana con sus damiselas, é ibase á un bosque que era cerca dende, é cada una un libro de horas, é sus cuentas, é sentábanse apartadas é rezaban sus horas, que non fablaban mote mientra que rezaban; é despues, cogiendo floretas é violetas, así se venian al palacio, é ivan á su capilla, é oian misa rezada: é saliendo de la capilla, traian un tajador de plata, en que venian gallinas é *aluetas*, é otras aves asadas, é comian, é dejaban lo que querian, é dabanles vino. Madama pocas veces comia de mañana, ó muy pocas cosa por facer placer á los que ende eran. Cavalgava luego madama, é sus damiselas en sus acaneas, las mejor guarnidas, é mejores que ser podian, é con ellas los caballeros é gentiles omes que ende eran, á iban á mirar un rato el campo faciendo chapeletes de verdura. Allí oia ome cantar *lais*, *é delais*, é *virolais*, é *chazas*, é *reondelas*, é *complaintas*, é *baladas*, *chanzones* de toda el arte que trovan los franceses, en voces diversas muy bien acordadas. Allí iva el capitan Pero Niño con sus gentiles omes, á quien eran fechas todas estas fiestas, é de aquella guisa volvian al palacio á la hora de comer: é descavalgavan todos é ivan á la sala, é fallaban las mesas puestas. El buen caballero viejo non podia ya cavalgar, é rescebialos con tanta gracia que era maravilla: era caballero muy gracioso, aunque era doliente. Sentábase á la tabla el almirante, é madama, é Pero Niño: é el maestre de la sala ordenabala, é tratabala, é facia sentar un caballero é una damisela, ó un escudero. Los manjares eran muy diversos é muchos, é de muchos buenos adobos de todas las viandas de carnes, é pescados, é frutas, segund el dia que era. En tanto que duraba el comer, el que sopiese fablar, teniendo temperanza, é guardando cortesía, en armas é en amores, buen lugar tenia de lo decir, é de ser escuchado, é bien respondido, é satisfecha su intencion. En tanto avia juglares que tañian graciosos estrumentos de manos. La bendicion dicha é las tablas alzadas venian los *mestrieres* é danzaba madama con Pero Niño, é cada uno de los suyos con una damisela. Duraba esta danza fasta una hora. Acabada la danza daba paz madama al capitan, é cada uno á la suya con quien avia danzado. E traian el especia, é daban vino, é iban á dormir la siesta. El capitan Pero Niño entrábase á su cámara, quél tenia bien guarnida en casa de madama, que llaman la cámara turena. Desque se levantaba de dormir iban á cavalgar, é los donceles tomaban los gentiles, é ya tenian concertadas las garzas. Poniáse madama en un lugar, é tomaba un falcon gentil en la mano, é levantaba los donceles, é lanzaba ella su falcon tan donosamente, é tan bien que non podia mejor. Allí veriades fermosa caza, é grand placer: allí veriades nadar canes, é tañer atambores, é rodear señuelos, é damiselas, é gentiles omes por aquella ribera, aviendo tanto placer que se non podria decir. Despues que la ribera era corrida, decendia madama é toda la gente en un prado, é sacaban gallinas, é perdices fiambres, é frutas, é comian é bebian todos, é facian *chapeletes* de verdura, é cantando muy fermosas canciones volvian al palacio. La noche venida, cenaban: é despues salia madama á los campos á folgar á pié, é jugaban la bolla fasta que era noche, é volvian a la sala con entorchas: é venian los *menestreres*, é danzaban grand hora de la noche, é daban fruta é vino; é tomaban licencia, é iban á dormir.

Esta ordenanza que vos he dicho se tenia todos los dias, en cada tiempo segund conviene, todas las veces que el capitan allí venia, é otros, segund sus estados. Todas estas cosas eran regidas é ordenadas por aquella señora, é todos los lugares, é la otra facienda eran regidos por ella, ca el almirante era rico ome, señor de tierras, é de mucha renta, é ya él non avia cuidado ninguno de todas aquellas cosas: ca la señora era bastante para todo ello. E Pero Niño fue tan amado á buena parte de madama por las bondades que en él veia, que fablaba ya con él algo de su facienda: é rogóle que fuese á ver á su padre, un noble caballero, que llamaban Monser de Belangas, que vivia en Normandía. Partió de allí Pero Niño, é fué á Paris. Por donde iba le salian á rescebir los caballeros, é le facian muchas honras, oyendo la su fama.

F. J.

EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA SEVILLANA,

POR ENCARGO DE UN AMIGO.

ROMANCE.

Hánme dicho, señorita,
que sois hermosa y discreta;
de un estremado talento
y aficionada á las letras.

Quién tal noticia me ha dado
no es hombre que las inventa:—
él lo dice, y yo lo creo
lo mismo que si lo viera.

Un *álbum* tengo en mis manos;
y segun todas las señas,
es el vuestro, y poner algo
debo en él de mi cosecha.

Si yo el pincel manejara,
en la parte mas risueña
que el *olivífero Bétis* (1).

Con sus claras ondas baña,
os pintará de belleza
prodigiosa, y de jazmines
ornada la frente tersa,

Una ninfa sevillana
tal, que al mirarla dijera
el menos fisonomista:
«hé aquí del *álbum* la dueña.»

—Pues si jamás me habeis visto.—
Pues de propósito os viera:
¿qué pudiera acontecerme
que perdiera la chabeta?

Mas ¿qué puedo hacer, si nunca
(á no ser cuando en la escuela
pintaba gallos con tinta)
toqué semejante cuerda?

Si ya que no de pinceles
algo de solfa entendiera,
música aquí escribiria,
fuese propia, ó fuese agena:

Que en este divino arte
quien plagia toca la tecla:
¿cómo, á no ser de este modo,
viéramos tantas zarzuelas?

Mas esto no me es posible;
pues os juro en mi conciencia,
que hablarme de *partituras*
es hablarme lengua griega.

Para salir de este apuro,
lo mejor sin duda fuera
en prosa (que todos saben)
escribir una sentencia.

Decir que la vida es breve,
que la muerte á todos llega,
que nadie sabe su hora,
que al que se muere lo entierran;

Que penas no pagan trampas,
que el no tener no es afrenta,
que el que ha vergüenza no engorda,
que todos medrar desean;

Que es de los tontos la dicha,
que el casarse es cosa séria,
que al buen callar llaman Sancho...
muy poco trabajo cuesta:—

Mas yo para padre grave
no valgo media peseta:
la moral busque en la Biblia
el que la rechace en Séneca.

Allá en mis floridos años
algo tuve de poeta;
y pues la ocasion se brinda,
vengan versos, versos vengan.

(1) Aceitunas en salmuera.

No quiero cantar de amores;
que ya mis sienes blanquean,
y alguno podrá decirme
lo de *á la vejez viruelas*.

A aquellos calabacinos
abandono esta tarea
que antes de un *¡qué hermosa eres!*
ponen un *¡bendita seas!*

Fuego de Dios en tal tropa.—
antes que atender sus quejas
(á ser yo mujer se entiende)
capuchina me metiera.

Tampoco cantaré el campo,
ni la pastorcilla tierna
que del rabel al sonido
se adormece y se recrea.

Váyanse muy noramala
los que tales cuentos cuentan,—
¿quién de un rabel al chirrido
no se tapa las orejas?

Pues ¿qué he de cantar?—hoy nada,
que la musa no se presta;
y cuanto discurra y cante
ni tendrá piés, ni cabeza.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

(CONCLUSION.)

X.

Si en alguna de mis anteriores he procurado demostrarte la verdad en varios puntos, á saber: que nuestros antepasados al dominar la España dieron prueba, segun el testimonio irrecusable de los mismos historiadores españoles, de valor, de cultura, de respeto y aficion por las ciencias y las letras, siendo en cierta época sus restauradores; te hablaré hoy de otro asunto. Grave es en verdad.

Tambien te he asegurado, porque lo han visto los ojos mios, que la influencia de la raza árabe se conoce todavía no poco en las generaciones modernas que pueblan la península. Se conoce en trajes, en usos y costumbres. Se conoce en el habla, en el carácter y en el gusto. Fiestas hay en España enteramente orientales, creencias populares heredadas de la fantasía de los árabes granadinos y aun otras giros en el lenguaje, espresiones, nombres y adagios debidos á la estancia en ella de nuestros bisabuelos.

Pero próximo el momento en que debe ratificarse la paz ajustada en estos dias entre España y Marruecos, creo muy oportuno darte á conocer la legislacion que aplicaron en otros tiempos los españoles sobre la raza mahometana que vivia en su suelo, y de ella se podrán deducir serias al par que provechosas consecuencias. Merced á mi afan por enterarme de las cosas antiguas de España y trabar amistad con alguno de los hombres entendidos en esta materia, podré darte las siguientes noticias. Acaso, en las presentes circunstancias, sea esta la última carta que te escriba, y si así fuese cumpliré, cuando regrese á tu lado, la oferta que te hice de hablarte de los hombres de letras de España y de las costumbres de los españoles.

Cosa grave es en efecto para españoles y marroquíes, augurar el resultado que daria la posesion de alguna ciudad y de algun territorio africano por las armas de España: no una posesion efímera y transitoria como la que hoy ofrece la situacion de Tetuan, que quedará de nuevo en poder del emperador, sino una posesion formal y continuada que, sino hoy, acaso mas adelante podrán ofrecer las vicisitudes de los tiempos y de los negocios diplomáticos.—Si de nuevo se entablase la guerra entre ambos pueblos, y perteneciesen á España ciudades y aduares marroquíes, ¿quedaria segura la dominacion de los vencedores, serian holladas las costumbres de los vencidos, veríase combatida la religion del país, dando así gérmen á funestas é interminables rebeliones? —Lo que sucedió en España con los moriscos bien puede dar cuerdo aviso á unos y otros.

Cuando el rigorismo del cardenal Cisneros sucedió á la tolerancia del arzobispo Talavera, de que te hablaré al terminar esta carta, se inauguró contra la raza ven-

(1) Véase el número 20 del *Museo Universal* del corriente año.



EL GENERAL DON DIEGO DE LOS RIOS.

cida una serie interminable de tiránicas disposiciones: En cambio de la primitiva tolerancia tuvieron que obtar nuestros antepasados entre la emigracion ó el bautismo, y aun la conversion no les igualaba á los cristianos de raza sino que se veian señalados con degradantes nombres, obtenian la persecucion de los vencedores, y perdian cada dia mas y mas los restos de libertad que en la agricultura y el comercio habian podido salvar de su comun naufragio.

En efe cto, por la pragmática de Toledo de 1502, ordenaron los mismos Reyes Católicos bajo cuya fe se habia entr egado el último baluarte que poseian los moros, que los conversos no pudiesen vender sus bienes raices: que no saliesen ellos ni sus hijos de Castilla y Leon, en donde habian sido internados, ni fuesen en dos años á morar ni tratar en Granada, ni en las ciudades, villas y lugares de este reino, so pena de perder todos sus bienes muebles y raices: que pasasen á los reinos de Aragon, Valencia y Portugal, pero notificándolo antes al consejo y dando fianzas de que volverian á sus casas con otras molestias y vejaciones parecidas. En 1511 se condenaba á dos meses de cárcel á todo morisco granadino que se abrogase el derecho de usar armas, y en 1515 se prohibió que los cristianos nuevos de Castilla y Aragon, comerciasen en los reinos de Granada bajo pena de muerte y de confiscacion de bienes, aplicadas en tres partes al delator, al juez y al fisco.

Menos oprimidos los moriscos valencianos, por verse amparados de sus señores, habian logrado en las córtes de Monzon celebradas en 1510, la publicacion de una pragmática concebida en estos términos:—«Concedemos »fuero á los moros vecinos que están y habitan en las »ciudades y villas reales, y en otras ciudades, villas, lu»gares y alquerías de eclesiásticos, de ricos-hombres, de »nobles y caballeros, ciudadanos y cualesquiera otra »persona, para que no sean espelidos, arrancados ni »lanzados del reino de Valencia, ni de sus ciudades ni »villas reales, no pudiendo tampoco ser obligados ni »forzados á convertirse á la religion cristiana. Queriendo »y siendo nuestra voluntad que por nos y ninguno de »nuestros sucesores se impida á los moros de Valencia »comerciar, negociar y contratar con los cristianos de »sus cosas, tratos y negocios, sino que antes bien pue»dan hacerlo libremente segun hasta hoy ha sido cos»tumbre.» Pero los de Granada se veian mas oprimidos llegando al estremo de que en 1516 exigia la reina doña Juana, que sin distincion de edades ni sexos, dejasen los moriscos el traje propio y vistiesen á la usanza de Castilla. No creas que la pragmática de Monzon ratificada en las córtes de Zaragoza por el emperador Cárlos V, con solemne juramento, permaneciese vigente muchos años, pues en 12 de marzo de 1524, espedia el Sumo Pontífice á instancias de aquel monarca una bula por medio de la cual intimó Cárlos la conversion á los moriscos ó la salida de sus reinos bajo pena de quedar en servidumbre. Entonces fue cuando se convirtieron en templos cristianos todas las mezquitas, y entonces fue tambien cuando rebelados los moriscos, se fortificaron en la escabrosa sierra de Espadan dando no poco que hacer á las armas españolas.

El carácter de la legislacion española sobre aquel pueblo subyugado se da siempre á conocer por su arbitrariedad y falta de una sana política. Tanto en 1526 como en 1549, la cualidad de cristianos viejos se reconoció solo en los moriscos que hiciesen constar el bautismo de sus abuelos antes de la rendicion de Granada En 1552 ordenó que todos los moriscos de este último reino entregasen sus armas para ser selladas ó recogidas, incurriendo los que no tuviesen licencia para usarla en la pena de seis años de galeras. Finalmente en 1566 se quiere llevar á efecto por medio de la fuerza la supresion completa de los trajes árabes y se prohibe el idioma de aquella raza, que contestó á estas leyes sublevándose en las Alpujarras y declarando eterno odio á sus opresores. En 1582 se prohibe á los moriscos valencianos acercarse á los lugares de la costa. En 1586 se espelen de Valencia á los granadinos que acudian á aquel reino, amenazando con la muerte á los desobedientes. En 1592 las córtes de Madrid suplican al rey que reparta todos los moriscos por provincias, privándoles de todo lo que pudiese influir en sus riquezas; que no se les permita salir del pueblo de su vecindad mas de cinco leguas, so pena de muerte; que no puedan tener oficio alguno de república y que se sirvan de ellos en los ministerios mas peligrosos de la guerra á fin de irlos gastando y esterminarlos por algun camino. En 1593 se arrebatan las armas á los moriscos de Aragon y por último en 1609 comienzan á publicarse los bandos de espulsion definitiva, arrojándose de España sin conmiseracion alguna mas de novecientos mil moriscos, de los cuales acaso no llegaron á los puntos á donde se dirigieron ni una tercera parte: ¡tantos y tan graves fueron los sufrimientos y persecuciones á que por todas partes se vieron espuestos!

Ahora bien: si el camino de opresion y antagonismo seguido en España contra los moros subyugados, dió por resultado pérdidas inmensas para la agricultura, el comercio y las artes del país que los espulsó de su seno, y acarreó la destruccion de un sinnúmero de familias mahometanas; en cambio el camino de tolerancia, de paz y mansedumbre iniciado por los primeros gobernantes cristianos que tuvieron los moros despues de la conquista de Granada, habia dado por resultado no solo la sumision completa de esta raza sino tambien su fusion social y hasta religiosa con la raza cristiana. Sírvame de testimonio un historiador español y cristiano.

«El gobierno de Granada, dice, sometida ya, quedó encomendado á las mismas autoridades moriscas, bajo el auspicio de tres personajes, ilustres por su integridad y por su prudencia. Fray Hernando de Talavera, varon respetable por la dulzura de su carácter y por su piedad, fue propuesto para la sede arzobispal de Granada; el célebre don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, obtuvo el cargo de capitan general del mismo reino, y el secretario Hernando de Zafra, quedó con poderes ámplios para declarar las dudas sobre las capitulaciones. Los tres personajes, conformes con los deseos de Isabel (la Católica) desempeñaban sus cargos grangeándose la veneracion y las simpatías de los moros, atrayendo suavemente á muchos al gremio de la Iglesia Católica y reprimiendo las liviandades y los escesos, con que á fuer de vencedores, se escedian algunos castellanos díscolos ó rapaces.»

Solo asi, con discrecion, con templanza, pueden aunarse los pueblos y someterse gustosos los vencidos á los vencedores. La intolerancia, el rigor, el fanatismo producen siempre rencores y venganzas, rebeliones, desolacion y funestísimas guerras.

ABD EL MOTALLEB.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Quien tiene tienda que atienda.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

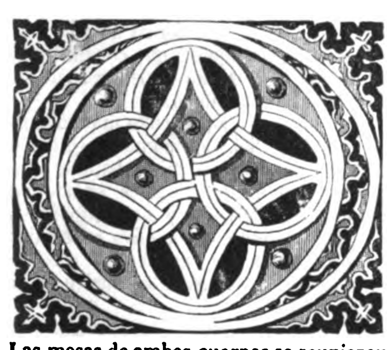
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 25. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 17 DE JUNIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



h pequeñez de las grandezas humanas! Ya dijimos en la revista anterior que don Juan de Borbon habia dirigido un manifiesto al pais por conducto de los presidentes de los cuerpos colegisladores. Las mesas de ambos cuerpos se reunieron para decidir lo que debia hacerse de esta comunicacion singular, y acordaron no hacer nada, no dar cuenta de ella, tenerla por no recibida. Don Juan de Borbon no tiene personalidad ni derechos de ciudadano español: tal es la razon en que se han fundado los presidentes del Congreso y del Senado para no dar conocimiento á sus respectivos cuerpos del documento que aquel miembro de la familia real les ha remitido. El Congreso no ha tratado todavía la cuestion: el Senado ha tomado parte en ella para disponerse á aprobar la conducta de su presidente segun los términos de una proposicion presentada á principios de esta semana y que pasó á las secciones.

Las discusiones del proyecto de contestacion del Congreso al discurso de la corona han estado como preveíamos muy animadas. Sobre todo ha llamado la atencion un discurso del señor Olózaga, que á propósito de la intentona de San Cárlos de la Rápita tuvo la ocurrencia de presentar una enmienda usando de las mismas palabras de que usó en 1828 Fernando VII en un manifiesto dado despues de la sublevacion carlista de Cataluña. El señor Olózaga no hizo propiamente hablando oposicion al gobierno; tenia puesta la mira en un objeto mas alto, por lo cual su discurso, que muchos periódicos, y entre ellos alguno ministerial han dado íntegro, ha producido mayor sensacion.

Por sus ataques al gobierno han sido notables los discursos de los señores Rivero, Gonzalez Bravo y Sagasta, asi como en la defensa se han distinguido los señores, Alonso Martinez, Coello y Rios Rosas.

Dos proyectos de ferro-carriles se han aprobado en estos dias el particular de las minas de Belmez y Espiel á las ventas de Alcolea, destinado á dar salida á los ricos minerales de aquella cuenca carbonífera, y el de Manzanares á Córdoba que dividido antes en dos secciones queda reducido á una que saldrá á subasta sobre el tipo admitido ya por la compañía de los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza.

Continuan las noticias de Sicilia favorables á la empresa de Garibaldi. Dueño de Palermo, los veinte y dos mil napolitanos que guarnecian los fuertes, despues de haber bombardeado la ciudad y causado grandes desgracias, especialmente en mujeres y niños, capitularon con aquel general y abandonaron sus posiciones, embarcándose los unos para Nápoles, los otros para Mesina, donde es probable que se repita el mismo drama en los mismos tres actos de sublevacion y ataque, bombardeo y destruccion y embarque con las bombas á otra parte. El rey de Nápoles no conserva ya de la Sicilia, sino Mesina y otras dos plazas mas: el resto de la isla está en poder de la insurreccion. En este conflicto ha ofrecido concesiones, ha mandado preparar y elaborar á su consejo de Estado una constitucion mas ó menos liberal y ha enviado á París un embajador estraordinario para pedir en su favor la intervencion de las grandes potencias. Esta intervencion hasta ahora le ha sido terminantemente negada, segun ha anunciado lord Palmerston al parlamento inglés. El bombardeo de las ciudades de Sicilia, sobre todo en las circunstancias en que se ha verificado, ha perjudicado mucho á la causa de los Borbones de Nápoles. En la entrevista que el general Letizia, uno de los negociadores de la capitulacion tuvo con Garibaldi, le propuso que el ayuntamiento de Palermo hiciese una reverente esposicion á S. M. napolitana solicitando concesiones: el general Garibaldi al oir esta proposicion se encogió de hombros y volvió la espalda al proponente, diciéndole que Francisco II habia dejado de ser rey de Sicilia.

Garibaldi es hoy el asunto de todas las conversaciones en los círculos políticos, y se leen con avidez las memorias de su vida que está publicando en París Alejandro Dumas y que reproducen en Madrid algunos periódicos.

Una campaña mas pacífica vamos nosotros á emprender dentro de breves dias, y es la que tiene por objeto el estudio necesario para la formacion de planos geológicos, forestales é hidrológicos de diversas provincias. A este fin han sido nombrados dos ingenieros de minas, otros dos de montes y uno de caminos: los dos primeros trabajarán en las provincias de Avila, Leon, Madrid y Santander; los dos segundos en los montes de Segovia y el último en la cuenca del Tajo.

Vuelve á agitarse la cuestion del ensanche de Madrid y se atribuyen grandes proyectos al gobierno para construccion de una nueva aduana y de otra nueva casa de correos, establecimiento de fuentes, baños, etc., etc. Una importante mejora hay olvidada que costaria poquísimo ó nada, que reembolsaria con usura lo poco que costase, de que es absolutamente necesaria para la salud pública, que hoy se presenta como indispensable por el temor á la epidemia, que se ha reclamado una, dos, veinte, ciento, mil, un millon de veces por la prensa, por los particulares, por todo el mundo, cuya necesidad está reconocida por el gobierno, por el ayuntamiento, por cuantos han fijado la atencion en ella ó de ella han oido hablar, y que sin embargo no se lleva á cabo mientras se proyectan otras menos urgentes. Ya se habrá comprendido que hablamos de la desecacion de esa letrina inmunda que se llama canal de Manzanares. El espediente para esta obra, segun parece, se halla en el ayuntamiento. ¿Querrá decírsenos, si hay quien lo sepa, qué obstáculos son los que se oponen á esa obra de reconocida, confesada y altamente proclamada utilidad? ¡Válganos Dios y cuánto cuesta en nuestra España hacer lo que todo el mundo cree que debe hacerse! Señores del ayuntamiento ó señores del gobierno, ya que durante los calores sea peligroso proceder á la desecacion, procuren VV. SS. que para el año que viene tengamos logrado ese importante beneficio. Con él merecerán VV. SS. bien del pueblo de Madrid, y aunque parezca paradoja creemos que habrán salvado la vida á muchas personas.

Sigue Tamberlick deleitando á los *dilettanti*. Pronto se inaugurará el circo de Price que trae una compañía de gimnastas notable. Se ha establecido un jardin en Recoletos con el título del *Eliseo madrileño* que aspira á los honores de Paraiso y que lleva el asunto bastante adelantado.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESCENTRICIDAD.—ESCENTRICOS.

CONTINUACION.

II.

Si los escéntricos son, como dijimos en el artículo anterior, signo infalible de una civilizacion adelantada, no hay que buscarlos en ese largo eclipse de la sociedad á que se da generalmente el nombre de ***edad media***: tiempos feroces en que el atraso intelectual y moral del hombre borraba las diferencias y singularidades que caracterizan á los escéntricos, y reproducian, exagerándolas tal vez, esas costumbres de Esparta cuya escentricidad era *colectiva*.

La edad media es una gran escentricidad histórica si la miramos á la luz de la crítica actual. Su organizacion difiere tanto de la nuestra, que, al contemplarla, se subleva todo instinto de justicia; sus costumbres se parecen tan poco á las de hoy que se han convertido en asunto de maravillosas leyendas. A ellas se pueden aplícar, invirtiéndolos, aquellos célebres versos:

Trocádose han las cosas de manera
Que nos parece fábula la historia.

En aquellos siglos todos los hombres parecen vaciados en el mismo molde; fuerza bruta, predominio material, como base única y regulador del derecho; diferencia de castas fundada en ese mismo predominio.—Jefe y soldado; señor y siervo son las únicas clasificaciones sociales: la fuerza y la astucia las únicas virtudes privadas y cívicas; la guerra y la caza las únicas ocupaciones y placeres; la supersticion sirve de crepúsculo á la idea religiosa.—En esta especie de sociedad rudimentaria y salvaje cuyo desenvolvimiento llena el espacio de diez siglos, no hay que hablar de individualidades ni caracteres que puedan dar asunto á las observaciones que nos ocupan.—Pasemos, pues, sobre ese periodo de barbarie para venir al estudio de la civilizacion actual. En ella encontramos ya ese refinamiento de las costumbres de donde toman orígen la escentricidad y los escéntricos.

La civilizacion moderna tiene en el fondo una sorprendente uniformidad.—Quien ve á París ó Londres ha visto moralmente toda la Europa. Pero hay en la segunda de estas ciudades, ó mas bien en la generalidad de la nacion británica, una disposicion tan marcada á la escentricidad que revela, á falta de otros signos, la escelencia de su civilizacion.—Cuando se afirma que los ingleses son escéntricos, se dice una verdad; pero bajo una espresion vaga y confusa. Los ingleses tienen un carácter general que difiere en algunos rasgos del de los demás pueblos de Europa; pero, dentro de ese mismo carácter típico, abundan mas que en parte alguna las escentricidades. No es, pues, verdad que los ingleses sean escéntricos; la verdad es que hay muchos escéntricos en Inglaterra.

Obras enteras se han escrito y siguen escribiéndose todos los dias sobre los caprichos humorísticos de los ingleses. Si un crítico perspicaz y suficientemente desocupado siguiera paso á paso este curiosísimo estudio, no tardaria muchos años en reunir una biblioteca que podria desafiar á la mas rica de Europa. Deberia comenzar por una clasificacion regular tomando por modelo á Linneo ó Cuvier. En ella se comprenderian los tehomanos y su repugnante variedad los theophobos; los iconomanos, especie muy conocida en todas partes, y que no es indígena, como otras, de Inglaterra; los clubistas, especie indígena, muy original, y los touristas que son los escéntricos por escelencia.

Esta variedad ha dado asunto á uno de los libros mas divertidos que enriquecen la literatura moderna británica. Su título es ***the pickwick club***, y su autor el célebre Dickens. Con decir que los ingleses lo comparan á nuestro Quijote se esplica suficientemente su mérito: es uno de esos libros que no se pueden leer sin reir desde la primera página hasta la última. Píntanse en él las tribulaciones de unos buenos ingleses que viajan en busca de emociones y perspectivas. Los infelices se figuran hallarlas en todas partes; sufren toda clase de disgustos por observar la mas insignificante trivialidad; compran á peso de oro en Waterloo las balas que ha sembrado la noche antes un astuto Cicerone; desentierran en Pompeya y Herculano las antigüedades fabricadas la semana anterior; en fin son mistificados y saqueados por cuantos tienen la fortuna de encontrarlos. Esta fabricacion nos recuerda cierto cuento que no carece enteramente de gracia.—Fabricaba moneda uno de esos industriales que pertenecen al grupo de los escéntricos iconomanos y la espendia por medio de un hijo suyo, rapaz que reputaba lícita la honrada industria paterna. Un dia hubo de encontrar cierta duda sobre la autenticidad del busto en un ignorante que no tenia gran aficion á las bellas artes, y que esclamó groseramente: «esa moneda es falsa.»—¿Cómo lo ha de ser, replicó el chico, si la acaba de fabricar ahora mismo mi padre?

Pero volviendo á Dickens y su libro, trasladamos á continuacion uno de sus capítulos que dará idea del buen humor que predomina en esta verídica y sazonadísima historia dedicada á ridiculizar la monomanía de los viajes, representada por tres personajes escéntricos. Su título es ***A field day and bivouac***: su objeto, pintar en caricatura las emociones de una *Revista* de tropas. Dice así:

«La poblacion entera y las aldeas inmediatas madrugaron aquel dia y salieron de sus casas con el mayor bullicio y alegría.—Se trataba nada menos que de presenciar una gran revista. Media docena de regimientos iban á maniobrar y sus movimientos debian ser inspeccionados por el ***ojo de águila*** del comandante en jefe. Se habian construido fortificaciones interinas; la ciudadela iba á ser atacada y defendida, y una mina iba á ***volar*** para solaz y entretenimiento del público.

Mr. Pickwick era admirador entusiasta del ejército. Nada habia que lo deleitase tanto ni que simpatizase con los sentimientos peculiares de sus compañeros como la vista de las tropas. Por consiguiente, estuvieron de pié al amanecer y se encaminaron de los primeros á la escena de la accion entre las oleadas que acudian de todas partes á presenciar el curioso espectáculo.

Todo anunciaba en las disposiciones militares la grandeza é importancia de la ceremonia que se preparaba. Centinelas colocadas de trecho en trecho para guardar el terreno que debian ocupar las tropas; asistentes preparando sillas para las señoras; sargentos corriendo de aquí para allí, con libros de pergamino debajo del brazo, y el coronel Bulder en riguroso uniforme, galopando de una parte á otra, reculando su caballo entre la muchedumbre, haciéndole cabriolar y corcobear, gritando como un desesperado, y poniéndose ronco y encendido sin ningun motivo plausible. Oficiales corriendo por todas partes, comunicando primero con el coronel Bulder, dando en seguida órdenes á los sargentos, y corriendo luego todos juntos; y aun los mismos paisanos, mirando con cierto aire de solemnidad desde lo alto de sus corbatines, con una especie de misterio adecuado á la naturaleza especial del caso.

Mr. Pickwick y sus tres compañeros se mantenian firmes en la primera fila de espectadores y aguardaban con paciencia el principio de la fiesta. La concurrencia crecia por momentos, y los esfuerzos que tenian que hacer para conservar la posicion ganada ocuparon suficientemente su atencion durante las dos horas de espera. Ora una repentina oleada de atrás empujaba hácia adelante á Mr. Pickwick algunas varas con una viveza y elasticidad desproporcionada á la gravedad general de su persona; ora una intimacion de echarse atrás del centinela inmediato iba seguida de un culatazo sobre el pié y de otro sobre el pecho para asegurar la obediencia. Entonces algunos chistosos de la izquierda apretaban de lado y reducian á Mr. Snodgrass al último estremo de las torturas humanas, (á lo que algunos llaman el lecho de Procusto). y le preguntaban en seguida con mucha gravedad que á dónde iba empujando. Cuando Mr. Winkle espresaba su indignacion al presenciar aquel injustificado asalto, un quidam de detrás le aplastaba el sombrero hasta los hombros y le pedia en seguida por favor que se metiese la cabeza en el bolsillo. Estas y otras bromas por el estilo, unidas á la inesplicable ausencia de Mr. Tupman, (que habia desaparecido de repente y á quien no podian encontrar) hizo que la situacion de los viajeros fuese algo mas molesta que agradable.

Al fin ese ruido sordo de muchas voces que se difunde en semejantes fiestas por las muchedumbres, anunciando la llegada de ***aquella cosa*** que habian estado esperando, hizo que todos los ojos se volviesen en la direccion de su orígen. Al cabo de algunos momentos de ansiosa espectativa, se divisó una larga fila de uniformes encarnados, armas que brillaban á los rayos del sol y una columna tras otra desembocando en la llanura. Las tropas hicieron alto y formaron; corrió la voz de mando por toda la línea, y se oyó un ruido general de fusiles al presentar las armas al general en jefe, que, acompañado del coronel Bulder y su numeroso estado mayor, pasaron á trote por el frente. Las bandas militares rompieron todas á un tiempo; los caballos se mantuvieron cada uno sobre sus dos piernas, recularon y menearon sus colas en todas direcciones.—Los perros ladraban, la gente gritaba, y las tropas conservaban su posicion sin que la vista alcanzase á distinguir mas que una larga hilera de uniformes encarnados y pantalones anchos fijos é inmóviles.

Mr. Pickwick habia estado tan ocupado, ya en caerse de un lado á otro, ya en desenredarse milagrosamente de entre las piernas de los caballos, que no habia tenido tiempo suficiente para observar la escena que pasaba á su vista, hasta que tomó el aspecto que acabamos de describir. Cuando estuvo en el caso de mantenerse firme, no tuvo límites su contento.

«¿Hay nada mas hermoso ni mas agradable que esto?» preguntó á Mr. Winkle.

«Nada,» replicó aquel que tenia á una especie de gigante sobre cada uno de sus piés hacía mas de un cuarto de hora.

«Ciertamente, es un noble y brillante espectáculo,» dijo Mr. Snodgrass en cuyo pecho ardia ya cierta llamarada poética, «el ver esos valientes defensores de su pais formados en órden de batalla ante sus pacíficos conciudadanos, enardecidos los rostros, no con la ferocidad guerrera, sino con la blanda cortesía de los hombres civilizados; brillando los ojos, no con el fuego rudo de la venganza ó la rapiña, sino con la suave luz de la humanidad y la inteligencia.»

Mr. Pickwick entró de lleno en el espíritu de este elogio; pero no pudo reproducir exactamente sus términos, porque la suave luz de la inteligencia alumbraba débilmente en los ojos de los guerreros, y habiéndose dado la voz de firmes, el espectador habria necesitado millares de lentes para descubrir en aquella mirada ningun género de espresion.

«Estamos ahora en una situacion magnífica» dijo Mr. Pickwick mirando á su alrededor. En efecto, la gente se habia ido dispersando, y se hallaban enteramente solos.

«¡Magnífico!» repitieron á un tiempo Mr. Snodgrass y Mr. Winkle.

«¿Qué van á hacer ahora?» preguntó Mr. Pickwick ajustándose los anteojos.

«Creo, creo,» dijo Mr. Winkle cambiando de color, «creo que van á hacer fuego.»

«Imposible,» dijo Mr. Pickwick apresuradamente.

«Creo realmente que lo hacen,» instó Mr. Snodgrass algo alarmado.

«Imposible,» replicó Mr. Pickwick, y no bien habia pronunciado esta palabra, cuando los seis regimientos nivelaron sus fusiles y apuntaron hácia un objeto comun, que eran precisamente los Pickwickianos, rompiendo en la mas tremenda descarga que jamás conmovió la tierra hasta sus mas profundas entrañas.

En esta crítica situacion, espuesto al mortífero fuego de los cartuchos sin bala y acosado por las operaciones de aquel ejército que acababa de recibir un cuerpo de refuerzo, fue cuando Mr. Pickwick desplegó ese aplomo y admirable sangre fria que son la prenda inseparable de todo hombre estraordinario. Cogió del brazo á Mr. Winkle, y colocándose él mismo entre este y Mr. Snodgrass, les rogó eficazmente que recordasen que, escepto la posibilidad de caerse muertos del susto, no habia que temer ningun peligro inmediato del fuego.

«Pero... pero... supongamos que algunos de esos hombres han echado por equivocacion sus balas con el cartucho,» observó Mr. Winkle, poniéndose amarillo al oir su propia suposicion. «Me parece que he oido silbar algo en el aire, precisamente ahora, y muy cerca de mis orejas.»

«¿No seria mejor echarnos boca abajo?»

«No, no; ya pasó,» dijo Mr. Pickwick, cuyos labios empezaron á temblar y á palidecer sus mejillas; pero sin que espresion alguna de precaucion ó de miedo se escapase de la boca de aquel hombre inmortal.

Mr. Pickwick tenia razon: el fuego habia cesado; pero apenas tuvo tiempo de congratularse por lo acertado de su opinion, cuando un vivo movimiento se hizo visible en toda la línea; el bronco sonido de la voz de mando corrió en toda su estension, y antes que pudiera conjeturarse el sentido de esta nueva maniobra, cargaron los seis regimientos á la bayoneta y á paso redoblado hasta el sitio mismo en que estacionaban Mr. Pickwick y sus amigos.

El hombre es mortal, y hay un punto mas allá del cual no se puede estender el valor humano. Mr. Pickwick miró un instante al través de sus gafas, distinguió las masas que avanzaban, y volvió bonitamente la espalda; no diremos corrió, primero porque es una palabra innoble, y luego porque la figura de Mr. Pickwick no era la mas á propósito para esta forma de retirada; pero, en fin, trotó todo lo mas aprisa que consintieron sus piernas, y tanto que no percibió lo peligroso de su situacion sino cuando ya no era tiempo.

El cuerpo de tropas opuesto á aquel cuyo movimiento habia puesto en fuga á Mr. Pickwick algunos segundos antes, permanecia formado en órden de batalla para rechazar el ataque mímico de los fingidos sitiadores, resultando de aquí que Mr. Pickwick y sus compañeros se encontraron repentinamente encerrados entre dos líneas de gran estension, una que avanzaba á paso de carga, y otra que esperaba á pié firme la colision en la mas grave y marcial apostura.

«¡Hé! ¡hé!» gritaban los oficiales de la línea que atacaba.

«¡Fuera de ahí!» gritaban los de la línea que esperaba el ataque.

«¿Y á dónde hemos de ir?»—clamaban los aterrados Pickwickianos.

«¡Fuera! ¡fuera!» Fue la única respuesta, á la cual siguió un movimiento de confusion, un gran ruido de pisadas, un choque violento y una sofocacion de risa: los seis regimientos estaban á quinientos pasos de distancia, y las suelas de las botas de Mr. Pickwik se elevaban, á una distancia que las hacia visibles, en el aire.

Mr. Snodgrass y Mr. Winkle habian á su vez ejecutado, con notable agilidad, una involuntaria vuelta de campana, cuando el primer objeto en que tropezó la vista de este último, que yacia por tierra restañando, con un pañuelo de seda amarillo, la sangre que corria en abundancia de sus narices, fue la imágen de su venerado jefe que corria á cierta distancia en pos de su sombrero, el cual se divertia al parecer en alejarse de su dueño haciendo graciosas cabriolas.

Pocos momentos hay en la vida del hombre que le hagan sufrir una pena tan burlesca ó le acarreen una piedad tan poco caritativa, como aquel en que va corriendo tras su sombrero. Necesítase mucha sangre fria y cierto buen sentido, que no es muy general, para el



acto de atrapar un sombrero. Si usted se precipita un poco, lo pisa: si incurre usted en el estremo contrario, lo pierde. Lo mejor es no dejarse aventajar mucho por el fugitivo, ser cauto y juicioso, acechar bien la oportunidad, cogerle un poco la delantera, y, cuando llega el momento feliz, zas! lanzarse sobre él con prontitud, cogerlo por la copa y plantárselo bien en la cabeza, y todo esto sonriéndose agradablemente como si fuese una broma. Solo asi puede atenuarse el ridículo.—Mr. Pickwick no tuvo presente esta teoría.

Corria un vientecillo muy fresco, y el sombrero de Mr. Pickwick rodaba festivamente ante sus narices. El viento soplaba y Mr. Pickwick resoplaba, mientras el sombrero daba mas y mas vueltas con todo el contento que siente un puerco marino al revolcarse en las tibias olas. Habria seguido ciertamente rodando hasta ponerse fuera del alcance de su legítimo dueño, si en el momento en que Mr. Pickwick se resignaba á perderlo, no hubiese aquel encontrado un obstáculo imprevisto.»

(Se continuará.)

RICARDO DE FEDERICO.

SAN MIGUEL DE LINO

Y SANTA MARIA DE NARANCO.

(ASTURIAS.)

I.

Allá en los remotos dias primitivos que envuelve con pesada bruma de siglos la destructora mano del tiempo, reinaba en Asturias un poderoso gigante, que asi hendia montañas con los golpes de su ferrada maza, como levantaba colinas arrojando en ellas cual leves piedrecitas un niño, las encumbradas cimas de los montes. *Noraco* era su nombre, y tanto le amaban ó temian sus vasallos, que cuando murió arrojaron tal cantidad de piedras sobre su tumba para formarle digno monumento, ó acaso para dificultar, si trataba de volver á este mundo, su poco anhelada resurreccion, que en vez de pirámide ó mortuorio túmulo las piedras hacinadas dieron orígen á una gran montaña la cual elevando su pelada cima hasta la region de las nubes, se envolvió como en fantástico velo de gasa con vaporosa neblina.

Asi cuentan la tradicion y la fábula (1) el orígen de un monte que descuella altivo, no lejos de la antigua ciudad de Oviedo, conocido hace algunos siglos con el nombre de *Naurancio*, y corrompido sin poder calcular en qué época en el mas comun de *Naranco*. No entraremos á investigar el orígen de su nombre, materia que pudiera ser muy entretenida y curiosa, pero que sin embargo no creemos de grande utilidad. Con otro objeto hemos trepado por sus pintorescas faldas para buscar en la silvestre y enriscada ladera, «densa de árboles y fresca de fuentes» (2) dos modestos templos, gemelos en su orígen si distintos en la planta de su fábrica, que, segun la oportuna espresion del señor Caveda, parece que encierran todavía en sus muros silenciosos el genio melancólico de la edad media. Fundaciones ambos del valeroso rey Ramiro I, (3) dejó en ellas testimonio de su gratitud al cielo por las repetidas victorias que consiguió, asi sobre los sarracenos y normandos, como sobre sus cristianos enemigos, y la piadosa reina doña Urraca Paterna, digno ejemplo, que mas tarde imitaron para gloria de su nombre y engrandecimiento de su patria otras reinas españolas, desprendiéndose de muchas de sus joyas que se convirtieron en vasos y ornamentos sagrados. Prendado de lo ameno del lugar, tambien Ramiro construyó un palacio entre ambos templos, y á la usanza romana edificios para baños, preparados con la misma suntuosidad. Las régias moradas, sin embargo, han desaparecido, circunstancia, que al contemplar sus ya escasas ruinas, dió orígen á que en el siglo XVI el cronista Ambrosio de Morales dijese que don Ramiro, como piadoso, y atendiendo á lo breve de la vida del hombre, fabricó su vivienda de poca duracion, y la casa de Dios todo lo fuerte posible (4). Poco tiempo despues San Miguel y Santa María de Naranco, con la villa de Lino, eran donadas por la piedad de Ordoño I, hijo y sucesor de Ramiro, á la iglesia de Oviedo (5), donacion que confirmó mas tarde, en 905, Alfonso III llamado el Magno, añadiéndole los palacios y baños. Cuando despues de algunos años el obispo de Oviedo Hermenegildo, fue elevado en un concilio celebrado en Oviedo á la dignidad de metropolitano, señalándose á los obispos refugiados en Asturias parroquias rurales para su decorosa sustentacion, las dos iglesias fundadas por Ramiro I, cupieron en suerte á los prelados de Tarazona y Huesca.

Ni los nombres de ambos templos, ni aun siquiera el del monte en que se hallan edificados, vuelve á encontrarse hasta mediados del siglo XIII, en cuyo año de 1256, el obispo de Oviedo, don Pedro, donó á la catedral el *Celleró de Naranco*. Sábese, sin embargo, que de ambos piadosos edificios, San Miguel era la verdadera parroquia y Santa María su anejo; categoría que en modernos tiempos se ha trocado convirtiéndose en parroquia Santa María de Naranco, y quedando en abandono sino en olvido, sin culto sus altares y sin restauracion sus muros, la venerada iglesia de San Miguel.

Pero si descendiendo del exámen histórico pasamos á considerar estos dos monumentos, bajo el aspecto del arte encontraremos justificada la espresion del señor Quadrado cuando dice, que han sido providencialmente conservados como para vindicar á su siglo y á su país de la nota de ignorancia y grosería, constituyendo á la vez para Asturias, por su primor una joya artística, por su antigüedad un blason de nobleza; y que recogiendo los espirantes rayos de la civilizacion goda degenerada de la romana, los trasmiten al través de las densas sombras que separan ambos períodos, como los primeros albores de un arte nuevo originalmente español y cristiano.

El arte de los godos, aquel arte en que, á pesar de seguir el estilo latino dominante en el imperio de Occidente al ser por su raza vencido y destrozado, sobresalieron tanto que los reyes estranjeros encargaban á los artistas godos la fábrica de sus edificios, bastando para celebrarlos la frase de *manu gothica*, fue el mismo que dió vida á las iglesias de San Miguel de Lino y Santa María de Naranco, como el que siguió usándose en la monarquía asturiana, continuacion bajo mas de un concepto de la visigoda. No pueden, sin embargo, presentarse estos dos importantes monumentos como pertenecientes al estilo latino en toda su pureza. Antes de que el trono de don Rodrigo se hundiera en el turbio Guadalete, debió ya mezclarse el tradicional arte de Occidente con algunas prácticas del imperio de Bizancio. La guerra que Atanagildo tuvo que sostener con Agila á mediados del siglo VI, (y seguimos en estas inducciones las acertadísimas conjeturas del ilustrado señor Assas) hizo que el primero trajese en su auxilio del otro lado del Estrecho de Gibraltar, algunas tropas de las que el emperador Justiniano tenia en el Africa, desde que sus ejércitos acaudillados por Belisario habian destruido el reciente establecimiento fundado por los vándalos que allá fueron de España, y hecho prisionero á su rey Gelimer. Una vez conseguido el triunfo, los auxiliares trataron de establecerse en nuestro suelo, y fortificados hácia las costas de Levante se estendieron por varios territorios del Mediodía. La unidad que Leovigildo consiguió dar á la monarquía hizo que los bizantinos auxiliares de Atanagildo, no pudiendo sostenerse independientes, ni menos volver á su país, ni recibir de él socorros, incomunicados como se hallaban con sus débiles emperadores quedasen establecidos entre los demás habitantes de nuestra patria, mezclando y confundiendo sus prácticas, sus costumbres y sus artes con los hijos de la raza goda. De esta narracion fácilmente se desprende que el arte bizantino, debió ir ejerciendo paulatinamente su influencia en el arte latino, propio y peculiar de la monarquía goda, ya por las relaciones que están demostrando estos hechos existian entre los reyes godos y el imperio de Bizancio, ya tambien por el enlace y confusion de razas, á que como hemos visto dió orígen la guerra de Atanagildo y de Agila. La induccion, á la verdad, no puede ser mas lógica, pero sube de punto la certidumbre que produce, cuando multitud de monumentos vienen á corroborar el uso de los ornatos bizantinos en la córte visigoda y mucho mas aun en la monarquía asturiana. Asi es que con razon el señor Assas reconoce dos distintos periodos en el estilo latino de nuestra patria: el uno latino puro; el otro, aunque sin poder determinar la época fija de su introduccion, latino-bizantino; faz del arte que si en las formas generales de los edificios presenta los caracteres del estilo latino, á veces suele alterarlas, y en los ornatos casi se presenta dominando el bizantino, ó mezclándose algunas veces con el estilo de Occidente.

Y que el arte seguido por los monarcas asturianos fue el de los godos, bien lo comprueban los escritores coetáneos como sucede con el monje de Albelda, que al hablar de las construcciones de Alfonso el Casto en su córte de Oviedo, dice que siguió el órden adoptado por los godos en Toledo; y godo hasta en el nombre era su célebre maestre Toida. A pesar de lo atrasados que se hallaban los estudios sobre la historia del arte, ya Morales con su buen criterio, habiendo tenido ocasion de observar edificios de época goda, califica varias fábricas levantadas en los primeros siglos de la monarquía asturiana como de obra gótica, entre las cuales hace especial mencion de San Miguel de Lino.

Para conocer si las iglesias que nos ocupan siguieron ó no el mismo gusto latino-bizantino, recordemos que entre los mas notables caracteres de la arquitectura de Constantinopla sobresalen los cerramentos de las naves con bóvedas ó cúpulas; que los fustes de las columnas dejan de ser á veces lisos para llevar labores funiculares ó de otros géneros, siendo la figura dominante de sus capiteles la pirámide truncada inversa; que los arcos, abandonando el severo semicírculo se convierten en peraltados, de herradura y conopiales; que las ventanas se presentan gemelas ó en agimeces; que las impostas se hacen corridas, y que los adornos se forman con parejas de seres de figura humana ó animales simultáneamente colocados, con ataurique imitando follaje de poco relieve, con arciones ó sea labor á manera de red, con figuras geométricas, con escamas ó con sembrados de flores. No olvidemos tampoco que en el estilo latino los muros se presentaban desnudos de ornato, las techumbres eran de madera siguiendo los declives de los tejados; las puertas cuadrangulares; las ventanas de arcos semicirculares, que solian cerrarse con tablas de mármol perforadas á manera de celosías; que los fustes de las columnas se presentaban á veces estriados en espiral ó verticalmente; que los capiteles pertenecian á los órdenes greco-romanos, bien antiguos, bien imitidos de ellos; que los follajes estaban mal ejecutados, y que, por último, algunos otros detalles copiados de la buena época de Augusto, se presentan toscamente diseñados, notándose en el dibujo de adorno como en el de figura un lamentable estado de imperfeccion.

Con tales precedentes, pasemos al exámen artístico de las iglesias de San Miguel de Lino y Santa María de Naranco, y veamos si en efecto se encuentran en ellas caracteres que justifiquen la clasificacion que de las mismas hemos hecho considerándolas como pertenecientes al estilo latino-bizantino, usado probablemente en España algun tiempo antes de terminar la monarquía visigoda, y continuado en la monarquía asturiana.

(Se continuará.)

JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) Trelles, *Asturias ilustrada.*

(2) Quadrado.

(3) La primera noticia de ambas iglesias se encuentra en dos respetables cronistas casi contemporáneos á su fundacion; el monje de Albelda y Sebastian, obispo de Salamanca. El primero dice: «en el lugar que llaman Ligno construyó (don Ramiro) iglesias y palacios;» y el segundo «hizo el rey la iglesia de Santa María de tan maravillosa hechura que no tiene semejante en toda España, y muy cerca unos palacios y hermosos baños.»

(4) Algunos vestigios de muralla cerca de Santa María indican al observador el sitio en que se hallaba el palacio de don Ramiro.

(5) Ego Ordonius, Dei gratia, Rex Hispaniæ Catholicus, Ranimiri Regis filius... in Oveto autem concedo medietatem portatici, et medietatem calumniarum mercati. In latere montis Nauranti villam quæ dicitur Linio, et alliam quæ dicitur Suego, et alliam villam in Castro, et ecclesias etiam sancti Michaelis, et sanctæ Mariæ sub'us Naurantium...

LA ADULACION.

Llamo yo adulacion al acto de ensalzar mas de lo que se merecen las prendas físicas ó morales de un sujeto, ó bien al de adornarle de cualidades buenas, que no tiene, ó malas, pero que le halagan.

Bajo este punto de vista todos somos aduladores; desde el magnate hasta el porquero; desde el monaguillo hasta el canónigo; desde el pobre hasta el rico; todos, por consiguiente, somos embusteros, y todos quebrantamos el mandamiento que dice: «*no levantar falso testimonio ni mentir.*» Unos á otros nos engañamos miserablemente y todos solemos tener grandes tragaderas cuando de adularnos se trata.

El chiste y la gracia está en que, siendo todos mas ó menos aduladores, ninguno dice que lo es, y solo tenemos por tales á los que lo son en grado superlativo.

Oigamos sino al escelente don Homobono.

—Yo (dice) no sé cómo hay quién adula con tanto descaro; á mí se me figura que si me pusiese á adular á una persona, me habia de quedar á lo mejor del tiempo cortado y corrido como una mona.

Don Homobono se adula, porque se cree superior á otros hombres, cuando en realidad es como ellos, con la diferencia de que él dice que es diferente.

Ahora mismo, en el momento en que yo escribo este artículo, que lleva por título *La Adulacion*, soy un adulador; porque en las pocas líneas que he escrito, y en las que he de escribir en seguida, no he dicho, ni diré, ya por decoro á la aduladora sociedad, ya en consideracion á mi propia fama todo lo que siento y me ocurre: porque si uno fuese á decir todo lo que siente, ó si todo lo que siente lo dijera como lo siente, tendria el disgusto de oirse llamar poca vergüenza ó miserable cuando menos.

Siéntase Rosita al piano á cantar una cavatina, y todo el mundo la escucha con religiosa atencion, sin atreverse nadie á toser siquiera. Luego que aquella acaba, la concurrencia rompe en estrepitosos y prolongados aplausos. ¿Por qué aplauden á Rosita siendo su voz tan desentonada, tan bronca y tan espantosa, que le dan á uno ganas de echar á correr por no oirla? Porque es mujer y bonita, y porque la madre, á quien se le está cayendo la baba de gusto, dice y repite á los concurrentes, con la boca, con los ojos, con las manos, y hasta con los piés, que su hija es cosa como hay pocas

Entremos ahora en ese baile de gran tono, en donde un elegante habla al oido de la marquesa de *Aguas-Muertas*. Pondérale su belleza sobre todas las bellezas habidas y por haber; en comparacion de ella los ángeles son unos camellos, unos rinocerontes. Ese elegante adula al dote de la marquesa, porque lo que es ella, francamente, tiene dentadura de mula y ojos ribeteados, presentando en su conjunto la mismísima estampa de la hegria. La marquesa, por su parte, que tiene mas presuncion que buen juicio, se adula tambien y se engaña á sí propia, creyéndose la flor y nata del baile.

El estropeado mendigo que pide una limosna en esas calles de Dios, á todos los traseuntes los llama *generosos caballeros* y *buenas almas*, aunque los *generosos* doblen la esquina sin dignarse mirarle.

En una ocasion oí llamar *bestia* á uno que mas tenia de eso que de santo; él contestó al punto, con cierto retintin ó tonillo de satisfaccion, diciendo:—«*Usted me adula*;» creyendo de buena fe que habia dicho una sal epigramática, cuando el pobre se adulaba.

¡Cuántas veces un desdichado pretendiente habrá dicho á un ministro en sus memoriales que es el *Non Plus Ultra* de los ministros, de la integridad, de la justicia y de la sabiduría, y el hombre mas amante de la felicidad de los pueblos, que le bendicen! ¿Por qué el pretendiente dice esto al ministro?... porque le necesita; y sino, oigámosle en su casa.

—¡Quiá! ¡si los ministros tienen esquilmado el país! ¡si aquí cualquier títere es ministro! si en esta nacion no se administra mas justicia que la *catalana*, cuando les conviene, ni hay otra ley que la del embudo: está visto, solo el que tiene favor ó dinero, es el que logra.

El sacristan dice al cura que el sermon que predicó en la Pascua de Pentecostés vale un Perú; sin embargo, bien sabe el sacristan que el auditorio se dormia, sin tener sueño, ó se salia de la iglesia durante el sermon.

Hasta el que sube al patíbulo se adula y se engaña: finge serenidad é impavidez, para que luego que le hayan apretado el cuello, digan las gentes:

—¡Pero hombre, qué tieso iba!

—¡Cómo si fuese á una boda!

—¡Cómo miraba á todos!

—¡Y cómo saludaba!

—¡Era hombre de corazon!

¡Y el interior del pobre ajusticiado seria un infierno!

Hay una clase de adulacion que asesina. Pedro acaba de graduarse de bachiller, y tiene que ir á dar *las gracias* al doctor Farfalla, estando seguro, segurísimo de que el tal doctor ha sido el que le ha echado bola negra, y, lo que es mas, se la ha echado injustamente. El graduando, sin embargo, ha de mostrársele agradecido por su *benignidad* y *consideracion*, cuando quisiera verle en las astas de un toro de seis años.

Hace tiempo me hallé casualmente en un teatro de provincia, estándose ensayando un drama de un joven poeta, para *ejecutarlo* cuanto antes. Nuestro vate veia que los actores, en corrillo aparte, no cesaban de reirse, mirando á todas partes, y como es natural, tambien hácia donde él estaba; y aunque, la verdad sea dicha, aquellos no se reian del poeta, ni de su obra, este novel dramaturgo creyó que se burlaban de él. ¿Y qué se figuran mis lectores que hizo?... ¿Amoscarse?... no por cierto; miróles, y persuadido de que se reian de él se echó tambien á reir como un alma de cántaro, como un bobalicon. ¿Y por qué se reia, cuando realmente apenas podia ocultar su rabia? Porque era preciso adular á los actores, y reir con ellos para tenerlos contentos, y no le desollasen (como luego le desollaron) su primera produccion.

Tropieza un viajero en esos montes de Dios con ciertos prójimos que, mas que de hombres tienen fachas de demonios; le limpian los bolsillos de *polvo y paja*, y el viajero les pone, sin embargo, cara risueña, y les alaba su buen porte, y los da encima las gracias, saludándoles, al despedirse, con la mayor cortesía del mundo.

Siempre se ha mirado á los palacios como el centro de la mas refinada adulacion, y á los cortesanos como los hombres mas aduladores: concedo que asi sea; pero si




SAN MIGUEL DE LINO, CERCA DE OVIEDO.



no hay mas adulacion en las aldeas y entre gañanes, por lo menos la de estos es groserísima y sin disfraz, y lo que no va en lágrimas va en suspiros.

Lo dicho, dicho; el mundo se compone de aduladores, y ciertamente si encontráramos un antídoto eficaz y poderoso para destruir el veneno de la adulacion, tengo para mí que el remedio seria peor que la enfermedad.

Supongamos por un momento que no hay adulacion, y que solo se permite decir la verdad desnuda. Que acogen con murmullos de desaprobacion á nuestra filarmónica, porque lo merece; ella se pondrá hecha una furia, viendo ajado su amor propio, y llamará bárbaros á los tertulios, y estos á ella orgullosa... ú otras cosas peores.

Nuestro elegante dice á la marquesa que es horrible, nauseabunda, un sapo, un hipopótamo, y que solo la hace la córte por lo que suena. ¡Figúrense ustedes cómo se pondrá la heredera de *Aguas-Muertas*!

El mendigo se desatará contra quien, tras de no darle limosna acoja gruñendo su peticion, en una granizada de interjeciones carreteras y tabernarias, adelantando quizás con esto, que ya que su prógimo no le dió limosna, le dé una paliza.

El bachiller dirá al doctor Farfalla: —«Se ha portado usted conmigo miserablemente; es usted un ente ridículo y vengativo, un miserable, un cuadrúpedo... con borla.

Una república como esta en el mundo, caeria infaliblemente antes de una semana; los republicanos no podrian verse, ni sufrirse unos á otros, por lo claros, y andaria el cachete que cantaria el credo.

¿Por qué un hombre, que nada tiene de hermoso, no rompe el espejo que hay en su sala, al ver estampada en él su horrenda figura, con sus colores, sus movimientos y sus naturales dimensiones? Porque somos naturalmente vanos, y todo lo que á nuestra vanidad humilla lo traducimos al revés, y aun muchas veces lo convertimos en sustancia. Si al tiempo de mirarse un hombre, le gritase el espejo:

—¡Anda, feote; quita allá, feo!

Si esto le gritase, casi puede asegurarse que el tal individuo haria pedazos el espejo, y que le tendria por mentiroso. ¡Cuánto amarga la verdad!

Si no fuese por la pícara necesidad y dependencia que tenemos los unos de los otros, no habria tantos aduladores. Dije al principio, y ahora repito, que el mundo todo se compone de aduladores. En efecto, ¿quién hay que viva en absoluta independencia de los demás hombres? Adúlase unas veces por miedo, por burla otras; ya por aficion, las mas por interés, y no pocas por amistad. Pero, mírese como se quiera, siempre es adular, por mas vueltas que le demos.

Riámonos de cuentos, y no tratemos de hacer que desaparezcan del mundo los aduladores, porque tan imposible seria lograrlo como tocar al cielo con un dedo. ¡Pobres poetas, entonces, si el castigo hubiera de ser proporcionado al delito!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL AJEDREZ.

Schiram, régulo de una nacion india que la historia no deslinda, gobernaba con atroz despotismo, sin que

bastaran á impedirlo las sumisas observaciones de sus ministros y brahmanes.

Uno de estos, Sessa, hijo de Daher, para corregir al obcecado monarca, discurrió un medio tan fino como sagaz.

En general los tiranos son viciosos y dados á la holganza y á los placeres. Sessa ideó un juego que sobre interesar agradablemente, absorbiendo la atencion del jugador, ejercitando su cálculo y picando su vanidad, presenta al rey en varia alternativa, rodeado de funcionarios que le asisten cada uno en desempeño de sus cargos y oficios.

El juego gustó tanto, segun es fama, y la leccion aprovechó de tal modo, que Schiram hubo de venir á mejor acuerdo, y agradecido al hábil brahman, creyó debia recompensarle.

—¿Qué quieres, le dijo, en pago de tu peregrina invencion?

Este ofrecimiento dió pie al filósofo para enseñar otra vez á su soberano cuánta necesidad tienen de reflexion y prudencia los que rigen el destino de los pueblos.

—Señor, respondió, dame solo un grano de trigo por cada casilla del tablero, multiplicadas sucesivamente hasta las sesenta y cuatro de que se compone.

Rióse el rey, considerando mas que modesto el pedido, pero al efectuar la operacion resultó una suma de 87,076 y pico de billones de granos, cantidad enormísima, para cuya reunion hubiéranse necesitado 16,384 ciudades, conteniendo cada una 1,024 silos, cada silo 174,762 medidas, y cada medida 32,768 granos.

Esta anécdota que no parece inverosimil, referida por al-Sefadi autor árabe, contrayéndola al siglo V de nuestra Era, señalaria



AJEDREZ LLAMADO DE CARLO MAGNO EN EL GABINETE DE MEDALLAS DE PARÍS.

la cuna y data cierta, en verdad no tan añejas como algunos suponen, del siempre nuevo é interesante juego del ajedrez, verdadera creacion oriental por su índole y combinacion, generalizado en las cuatro partes del mundo, favorito de los hombres pensadores de todos los siglos, y hoy mas que nunca usado entre gran número de adeptos entusiastas.

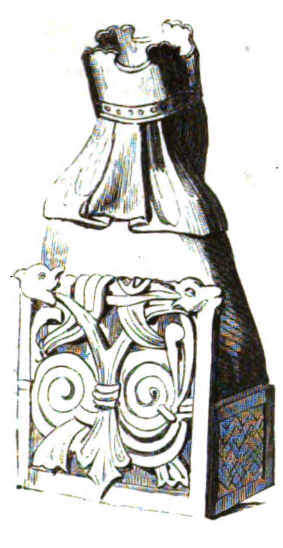
Comunicado por los indios á los persas y á otras naciones del Asia, inclusos los chinos que confiesan haberle recibido hácia el año de 530 de J. C. durante el gobierno de su emperador Vu-Ty, es probable vino á Europa cuando fueron estableciéndose relaciones de comercio entre nuestros reyes y los de Oriente.

Consérvase en el Gabinete de Medallas de París un ejemplar notable, que suponen regalado á Carlo Magno por el célebre Harun-al-Raschid, cuyas piezas, en su trabajo, hechura, pormenores y trajes, revelan indudablemente un orígen indio ó persa.

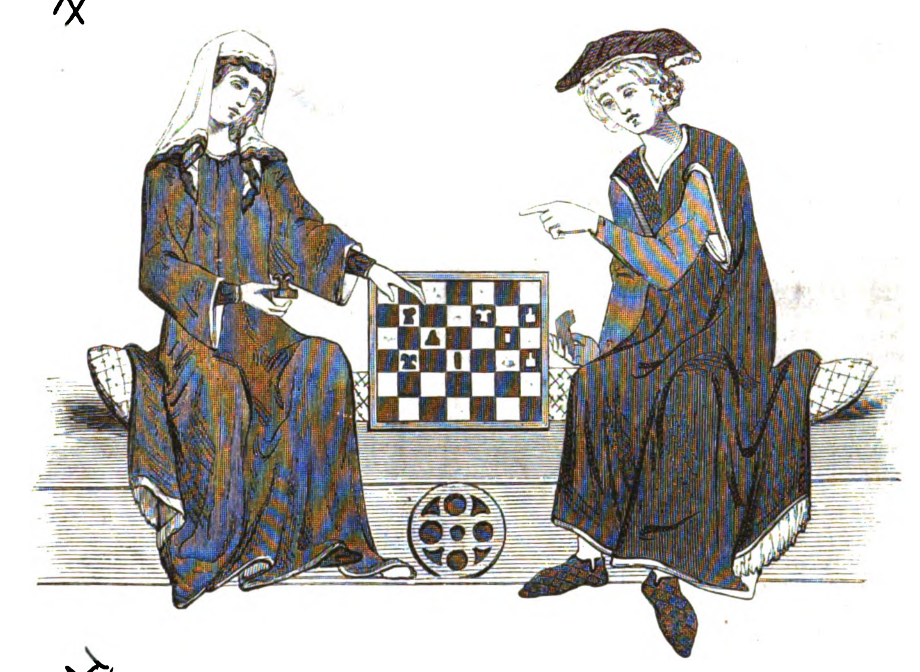
En caso necesario, los nombres mismos del juego y de sus piezas mayores, acreditarian igual procedencia *Ajedrez* ó *Aljedrez*, antes *Escaques*, en francés *Echeque*, en italiano *Sacchia*, en lemosín *Scachs*, son filiaciones directas de la voz *Schatrengi* (juego del schah ó del shek, *rey* ó *jeque*), que usan todavía los orientales, y la de *zatrichon* que por eufonía usaron los neo-griegos siguiendo un pasaje de Ana Comneno. (La palabra *alfiles* enteramente india, designando el elefante (*fil*) que en su orígen daba forma á la pieza; y por esta razon los franceses, corrompido el *fil* en *fol*, lo llaman aun *fou*, que tiene el propio significado (loco).

La reina entre los persas era visir (*ferz*)

AJEDREZ DEL MUSEO BRITÁNICO.



REINA.



MINIATURA DEL SIGLO XVIII—COLECCION DE MINNESÆNGERS. M. S. ALEMAN.



DE UN AJEDREZ ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII.

cuya radical, apenas alterada, se conserva en un poema del siglo XV (romance de la Rosa):

«fols, chevaliers, *fierges* et rois.»

Mas el cambio de una sola letra, *vierge* por *fierge*, convierte el visir en vírgen y trocado el sexo, naturalmente debió ascender á magestad la que es inmediata y muy poderosa compañera del rey.

Tambien el *roque* (ahora *torre*) raiz de la espresion *enrocar* por la que se significa un cambio de lugar entre la pieza de su nombre y el rey, derivase de *rokh* (camello) que era su figura primitiva, como puede verse por el dicho juego del Gabinete de Medallas, habiendo contraido la forma posterior seguramente en fuerza de la misma analogía de vocablos.

Los ejemplares de otros dos juegos prolijamente labrados en marfil, que se conservan uno en la Biblioteca Nacional de París, y otro en el British Museum de Lóndres, manifiestan la variedad de sus piezas, ya arregladas á los tipos matrices, ya acomodadas á las tradiciones locales, ya modificadas por las nuevas aspiraciones ó tendencias de la época en que se labraron.

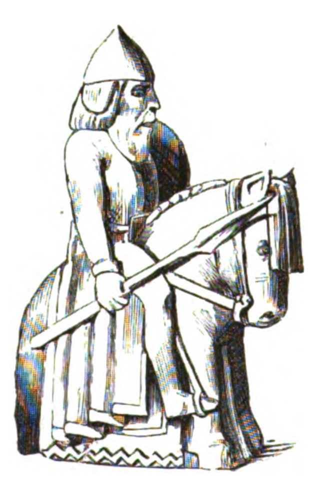
Asi en el primero, el alfil es un elefante con todos sus pelillos, su *cornak* indio y el indispensable arreo oriental; la torre una cuadriga como pudo estilarse en los tiempos de Jovino ó Teodosio, el rey y la reina parecen Ludovico y Ermengarda en el trono, con sus meninos; los caballeros y peones en nada discrepan de los soldados francos de la dinastía Carlovingia, y finalmente el pleno estilo galo-normando campea en la ornamentacion accesoria.

AJEDREZ DEL MUSEO BRITÁNICO.





ALFIL.



CABALLO.

Mas genuino es aun el tipo indígena, y mas definido el color de época en el juego inglés, cuyo trabajo aunque tosco, revela sentimiento de arte, ofreciendo sus pormenores decorativos todo el primor del gusto llamado bizantino. La pieza equivalente sin duda al alfil, primer funcionario despues de los reyes, en figura de obispo, representante del brazo eclesiástico, por si sola caracteriza una época, sabida la influencia que el poder clerical llegó á adquirir entre los anglo-sajones.

Bajo el número 4801 de la seccion de manuscritos de la Biblioteca Vaticana, hay un volúmen en cuarto del siglo XIV, ordenado por fr. Jaime de Casules del órden de predicadores, que contiene la historia y descripcion del juego de los *Escaques*, «trasladada en lemosin por él mismo, á ruego de varios amigos, de su propio y *muy bello* original latino: y con arreglo á un sermon que habia predicado, á fin de que poniendo mientes en la batalla humanal que este juego simboliza, puedan bienaventuradamente granjearse fortaleza y virtud de corazon.»

Opúsculo de mero entretenimiento, bajo la péñola del buen religioso se convierte en

obra mística, verdadero salpimento de ética y moral, de historia y consejo, donde con ejemplos de todo linaje y reflexiones de todo calibre se pasa revista á las diferentes clases sociales, bajo el tipo de cada una de las piezas del juego disertándose largamente sobre sus deberes, atribuciones, circunstancias y requisitos.

Descartadas las moralejas, presentaremos un resúmen de este curioso tratadillo, cuyo objeto segun su grave autor, no es menos que declarar las buenas costumbres de los hombres y los oficios de la gente noble. Dividido en cuatro partes, la primera trata del orígen del juego, la segunda de sus ocho piezas mayores, que apellida nobles, la tercera del estamento de los ocho peones (seguramente piezas *villanas*) y la cuarta del órden y procedimiento del juego.

Su inventor se llama aquí Jerjes ó Filometor, filósofo ateniense, que brilló en la córte del terrible Evílmerodach, hijo del no menos terrible Nabucodonosor, el cual ideó el juego para la correccion del mismo rey. Es una edicion segunda, mutatis mutandis, de la anécdota transcrita, por lo que nada hay que añadir al fondo de la historia.

Viniendo á la descripcion de las piezas, segun en el libro se contiene, resulta que el rey debe representarse ó fue representado por el inventor á guisa de monarca en trono de su magestad, con diadema, manto de púrpura, pomo y cetro imperial. Cada cual de estos símbolos recuerda otras tantas virtudes; así por ejemplo la púrpura equivale á virtud y gracia que son gala del alma, conforme la púrpura lo es del cuerpo, acreditándolo varios casos, tomados de Alejandro, Demetrio Horacio y San Agustin.

No menos galana y bella debe ostentarse la reina, vestida de ricos paños, ocupando la izquierda de su consorte en razon de los abrazos matrimoniales, segun aquel versículo del libro de los Cantares: *leva ejus sub capite meo*, etc.» Para recordar los timbres de una reina cumplida, traénse á colacion las historias de Papiro y su madre, de Sexto y Lucrecia, de una duquesa Rosinalda coetánea de Julio César, y otras por el estilo.

Los alfiles (*orphils*) son como jueces ó asesores de pleitos, uno á cada lado de SS. MM., en casillas de distinto color, el blanco para negocios civiles y el negro para los criminales. Un juez, observa el autor, debe ser íntegro é incorruptible como Marcelo, y desinteresado como los primeros romanos, los cuales señorearon el universo mientras profesaron voluntaria pobreza. Séneca, Climando, Valerio y otros suministran ejemplos, que sino hacen muy al caso, como los refranes de Sancho, prueban á lo menos la buena intencion del tratadito.

El caballero irá cabalgando, calado el yelmo, empuñada la lanza, embrazada la rodela, ceñido el chafarote, sin olvidar maza en el arzon, daga, puñal ó *brocha*, loriga, cota de fierro, quijotes, canijeras, espuelas, guanteletes, y para completar el arreo, su caballo encubertado con puntas de loriga y grupera de cascabeles. Ya que viene de perilla, trátase de las profesiones caballerescas inclusos su ceremonial ablucion preparatoria, vela de armas, espaldarazo y demás y luego se pasa á tratar de las dotes militares, con una digresioncilla tocante á linajes.

Los *roques* hacen veces de gobernadores, legados ó vegueres del rey, por cuyo motivo andan á caballo, vistiendo ropon y caperuza aforrada en peñas veras, llevando alzado el baston de su oficio. Toda vez que ejercen poder como delegados de S. M, han de resplandecer en toda clase virtudes cristianas, y sino que lo digan Valerio Máximo y compañeros de cita.

Mas originales si cabe son las atribuciones que á cada peon se asignan. Confundidos bajo el apelativo de *escaques populares*, al primero se le llama labrador, al segundo herrero, al tercero notario, al cuarto mercader, al quinto médico, al sesto tabernero ó posadero, al sétimo esbirro y al octavo *rivaldo*, jugador, truhan y correo. Estos oficios se distinguen por sus insignias: el labrador lleva ahijada, segur y podadera, el herrero martillo y tenazas, el notario tintero y plumas, el médico botes, el marchante escarcela, el esbirro vara y llaves, el ribaldo dados, y como correo un estuche para misivas.

De esta enumeracion resulta una especie de gerarquía entre las clases medias y pecheras que no carece de interés. Así el primer oficio es el de labrador que fecundiza la tierra, suministrando alimentos á todas las clases; el herrero, en quien se personifican albañiles, carpinteros, canteros y navieros, no es menos importante, pues á su industria debe el hombre albergues por mar y tierra; con el notario se equiparan todos los artesanos, pellejeros, perailes, tintoreros, aluderos, tejedores, *coraceros*, barberos, zapateros, sastres, cortantes, etc., y verdaderamente estos oficios no son menos útiles á la comunidad. Sigue en pos la clase mercantil, vehículo de la industria, y consecutivamente la de los médicos, tan necesaria para la salud del cuerpo, con sus lazarillos especieros y *pimenteros*, «ó fabricantes de letuarios, medicinas, jarabes y confites» que es decir, en junto, la respetable familia farmacópola. Sin duda por concomitancia alléganse á estos los taberneros y sus compinches los posaderos, acaudillando la ruin turba proletaria, en la que es digno de observar el humilde puesto asignado á los correos.

¿Eran acaso como aquí se describen en tiempo del autor, las figuras de las piezas? Nosotros no lo creemos, antes lo consideramos mera esposicion gráfica de la demostracion preconcebida, ó simple desarrollo del tema de la obra. Para seguir la afirmativa serian necesarias otras pruebas; seria preciso admitir una solucion de continuidad desde las formas antiguas, que no resulta, y sobre todo deberia haber quedado algun vestigio ó resto material que lo apoyase; toda vez que los hay de siglos mas lejanos.

Lejos de ser así, la miniatura que copiamos de una coleccion alemana de los *Minnesengers*, obra del siglo XIII ó XIV, nos evidencia que las piezas del ajedrez eran entonces de forma puramente convencional ó de capricho, sin que aparezca ninguna figurada ó semejanza de las que hoy se usan. Por escepcion en un ajedrez del siglo último, propiedad del que suscribe, los reyes y reinas están tallados en busto, conforme representa otro de los grabados correspondientes á este artículo.

Indicaciones mas verosímiles sobre el órden y marcha del juego encierra el opúsculo en cuestion que ciertamente no dejaremos en olvido. Los peones, como ahora, alineábanse delante de los escaques mayores, «el labrador junto al veguer, como tributario aquel y administrador este de la riqueza fungible; el notario cabe al alfil ó juez por la correlacion que entre los oficios de ambos media, etc., etc.,» razones tan convincentes como la que sigue á continuacion: «sabed que entablerado el juego quedan tantas casillas desocupadas como ocupadas, y la razon es porque todo señor de nuevos vasallos debe procurar á estos tierras bastantes para su mantenimiento, á la vez que para contribuir á sus señores y al Estado.»

El rey queda ennoblecido por las demás piezas, cuyo objeto es defenderle, reduciéndose su propio movimiento á las casillas inmediatas, lo cual tambien reconoce su motivo: «no conviene, en efecto, que el rey se aleje del trono» al amenazarle un enemigo debe decírsele *jaque*, esto es, ríndete (fendret, rey) en cuyo caso, los de su campaña han de correr á valerle y á auxiliarle.

La diferencia mas radical está en la marcha de la reina. Segun parece, al salir avanzaba tres casillas, recta ú oblicuamente, pero despues solo podia andarlas una á una; «y es que las mujeres no han de salirse de sus casas y términos para no ser víctimas de gentes desalmadas.» Esta variacion quitaria al juego gran parte de su interés, pues cercenada la marcha de una pieza tan importante como la reina, desaparecerian de contado las mejores combinaciones.

En caballos, torres y peones, no se advierte diferencia, mas sí en los alfiles, que tampoco avanzaban mas de tres casillas.

Concluye el referido opúsculo haciendo representar al tablero nada menos que la gran Babilónia, cuya ciudad, segun dicho de San Gerónimo se repartia en cuatro cuadros, cada uno largo de diez y seis mil pasos, equivalentes á sesenta y cuatro millas, segun computacion lombarda, que es justamente el número de sus casillas ó cuadros. Los listones del tablero vienen á ser las murallas de la insigne metrópoli caldea.

J. Puiggarí.

TRIBUNAL
DE LOS INQUISIDORES DE ESTADO
DE VENECIA.

(CONTINUACION.)

II.

Los estatutos del Tribunal de los Inquisidores, claro está que debian corresponder exactamente á la idea de la creacion del mismo tribunal: siendo como la consecuencia legítima del impulso primero, y el efecto necesario del móvil que habia impulsado la organizacion de aquella máquina que tanto descrédito habia de acarrear sobre los patricios venecianos y sobre el despotismo brutal de los nobles.

Era el 23 de junio de 1454: por primera vez estaban reunidos los inquisidores de Estado para acordar los *Estatutos* porque debian regirse en su manera de proceder, y el primer particular de su acuerdo fue el relativo al completo, al absoluto sigilo en sus operaciones, de modo que pudiera obrarse en todo caso como si se estuviera en tinieblas y entre espectros y sombras. Cuando hoy se ven estos hechos en la historia, parece imposible que de tal modo se desconocieran los mas triviales principios, las mas sencillas nociones del derecho natural y de la moral universal y que hasta tal punto llegara la degradacion de los hombres *que en tanta estima se tenian*. Pero si bien se observa, el corazon humano siempre fue cruel tratándose de puntos que con su ambicion se rozan, y de seguro que en el establecimiento del Tribunal de los Inquisidores, y en los Estatutos que estos habian de hacer, no entraban por poco la ambicion, el recelo, la desconfianza y el inmoderado deseo de no perder el mando y el poderío que Dios sabe cómo, habian algunos pocos alcanzado.

Así, pues, de acuerdo los tres inquisidores dieron principio á su obra estableciendo en primer lugar que todos los reglamentos y órdenes del tribunal fuesen escritos de la mano de uno de los inquisidores, debiendo solamente intervenir secretario para la ejecucion de lo mandado y esto sin iniciarle jamás en el secreto del tribunal. Los estatutos primitivos que se formasen debian quedar guardados en una caja, cuya llave habria de estar por turno en poder de cada uno de aquellos durante un mes: y todo esto decian, llevaba el doble objeto de facilitar al inquisidor el poder retener los Estatutos en la memoria á fuerza de leerlos, y evitar ademas la adulteracion de los acuerdos por medio de interpretaciones y omisiones voluntarias ó involuntarias, procedentes de negligencia ó de ignorancia.

Adoptado el secreto como base de todos los procedimientos del tribunal, los inquisidores no habian de llevar distintivo alguno esterior, porque esto equivalia á prestar el servicio público con la mas completa independencia y seguridad; y para llenar este requisito, los mandamientos de comparecencia y de arresto se espedirian á nombre del Consejo de los Diez, el cual pondria luego á los reos á disposicion del tribunal.

Debíanse observar al efecto algunas disposiciones particulares, porque como no se consentia la espedicion de edictos públicos, ni acto alguno esterior, si la persona mandada comparecer no estuviera en disposicion de hacerlo á cualquiera de los individuos del tribunal, ó si notificada rehusase presentarse, podia entonces darse comision en forma al alguacil mayor para que prendiera al desobediente, cuidando de hacerlo *por sorpresa y á ser posible fuera del domicilio*.

Esto, como puede observarse, equivalia á una embestida aleve y traidora, que no se alcanza cómo pudo subsistir en Venecia: mas es lo cierto que todo esto se hacia y que para ello y de órden del Tribunal se contaba con gran número de *observadores* ó espías así en las clases elevadas como en las mas humildes del pueblo, sin olvidarse tampoco de la clase de los clérigos á quienes tambien por entonces veian aquellos patricios como enemigos irreconciliables, en su mayor parte.

Como aliciente y recompensa se designaba para los delatores el derecho de designar algunos desterrados á quienes se levantaria el destierro, si el servicio que por la delacion se prestase fuera de alguna importancia: la espectativa de algun lucrativo empleo; la exencion de contribuciones por cierto tiempo; ó recompensa metálica si acaso rehusasen aquellas otras ó las tuvieran por de pequeña ventaja. Estos alicientes parecieron bastantes á los inquisidores para acordar que los *observadores* jamás pudieran estar á sueldo fijo, pues que en su opinion el salario del servicio debia hallarse en proporcion de su importancia; habiéndose de tener en cuenta que á parte de todas las mencionadas ventajas, ofreciáseles la de que si fuesen alguna vez perseguidos criminal ó civilmente podrian obtener un salvo-conducto renovable cada ocho meses, máximum de tiempo que por cada vez se concederia y dentro de cuyo plazo de indemnidad absoluta, á nadie incluso el dux le seria permitido molestar al agraciado.

Estas y mas ventajas habian menester los delatores y esbirros de aquel terrible tribunal. Y como este, mas que contra la clase ínfima, habiase en verdad establecido contra la alta, previase el caso de que en los palacios de los embajadores se conspirase y diéronse reglas de espionaje para poder observar y saber lo que en tales sitios se trataba; encargándose á los desterrados venecianos que quisieran prestar el servicio en premio de su libertad y del alzamiento de su destierro, que bajo pretesto de acogerse al amparo de aquellos se introdujeran en sus casas pidiendo asilo y de esta suerte sabrian perfectamente la opinion de sus patrocinadores que suponiéndoles hostiles al régimen político dominante les hablarian lo que sintieran y les darian á conocer las intenciones y planes de sus respectivos gobiernos y soberanos así como el estado de las conjuraciones que en el interior se fraguaran para derrocar lo existente.

El tribunal, sin embargo, fiándose poco de los patricios, prohibió que cerca de los ministros estranjeros se pusieran *observadores* de aquella clase sino de la del pueblo.

La precaucion era notable, y por sí sola indica bastante la desconfianza que tenian unos de otros.

Y como si el tribunal fuera el supremo poder del Estado, acordó tambien ejercer cierta fiscalizacion sobre los nombramientos de senadores hechos por el Consejo Supremo, disponiendo en sus Estatutos que habria de reunirse al dia siguiente de quedar nombrado alguno de aquellos á fin de examinar todos sus antecedentes por si ofrecian alguna sospecha de deslealtad ó de traicion; y para cerciorarse de ello debíanse nombrar *dos observadores distintos*, de modo que el uno no supiera la eleccion del otro, los cuales por todos los medios que á su alcance estuvieran tantearian al nuevo senador hablándole mal de lo existente y haciéndole propuestas de recompensas si se declaraba contra ello: y si el senador no acudia á dar parte de estas insinuaciones, teníasele por sospechoso y se le inscribia en un *Registro* abierto al intento. De modo que el Tribunal castigaba por delatar y castigaba por no delatar; ¡terrible sistema de gobierno!

Despréndese de los Estatutos que el gran temor de los inquisidores era que los patricios se confabulasen con los embajadores estranjeros para derribar sin duda el sistema que regia en Venecia, porque se ven en aquellos



estampadas muchas disposiciones encaminadas á prevenir la confabulacion, para lo cual no se escaseaban los medios de espionaje mas horribles y las propuestas de recompensas á quien delatase á los conspiradores.

El Tribunal en nada reparaba; todos los medios le parecian legítimos para conseguir el fin, y por infames que aquellos fuesen y por inmorales que á los ojos del hombre honrado resultasen, á sus ojos hallaban disculpa, considerándolos como buenas reglas de gobierno. Con dificultad podrá organizarse por nadie un sistema de espionaje doméstico mas minucioso que el formado por el Tribunal de los Inquisidores, y hasta tal punto llegaba el predominio y ascendiente que se arrogaban en la direccion de los negocios públicos, que siempre que el Senado nombraba algun embajador para residir en una córte estranjera debia llamarse al nombrado por el tribunal para darle las instrucciones convenientes de cómo habia de portarse en el desempeño de la comision y especialmente de la manera de procurarse en el consejo privado del príncipe cerca del cual se le enviaba, algun espía seguro por cuyo medio pudiera saber el pensamiento de la córte respecto del gobierno veneciano. Claro está que á la vez quedaba el embajador autorizado para hacer todos los gastos que por esta causa se originasen.

Y si el embajador tenia graves noticias que comunicar relativas á la córte en donde estaba, mandábasele que no lo hiciera al Senado, y sí al tribunal *esclusivamente* quedando esceptuado de esta medida el embajador de Constantinopla, por considerar sin duda que nada habia entonces que temer de aquella parte.

Al lado de los embajadores pusiéronse fiscales que observaran sus acciones y diesen cuenta al tribunal de lo que notasen, y estos fiscales en unas partes eran los cancilleres, y en Roma el secretario de la embajada: de manera que en todos los detalles y pequeñeces de los Estatutos del Tribunal se están viendo la desconfianza, la astucia y el misterio como bases de su sistema de gobierno.

Esto es tan cierto, que hasta se previó el caso de que quien pudiera faltar fuese alguno de los tres inquisidores, y para entonces se acordó que procedieran contra el culpable los otros dos inquisidores *en union con el Dux*, pero reservada y misteriosamente de modo que nadie echase de ver el procedimiento, habiéndose de observar las mismas reglas para proceder contra los parientes de los inquisidores.

Asimismo se acordó por estos que si decretaban la pena de muerte contra alguno de los reos sujetos á su jurisdiccion, tenia que ser ejecutada en secreto, ahogándosele por la noche en el *Canal Orfano*.

Era el destierro otra de las penas establecidas, y para decretarle no habia mas fórmula que el simple aviso de salir del territorio dentro de veinte y cuatro horas, bajo la conminacion de mayor severidad si no se obedecia la órden. El nombre del notificado se inscribia desde luego en el *registro* que al intento se llevaba. El desterrado no podia volver sino cuando su nombre fuese borrado de aquel registro, lo cual pendia del arbitrio del tribunal, pues que la duracion del destierro no era limitada. Téngase en cuenta, sin embargo, que la pena de destierro solo debia aplicarse á los estranjeros y á los eclesiásticos; respecto de los demás, se habia de proceder bajo las formas ordinarias, segun el delito.

El espionaje se hallaba organizado hasta el punto de no haber destino alguno de importancia en que no estuviera *observada* la persona que le desempeñaba, por algun emisario del tribunal; asi es que las mismas precauciones que se tomaban para cerciorarse de lo que pensaban y hacian los nuevos senadores, se aplicaban tambien á los ciudadanos electos para ejercer los empleos de secretarios, de quienes cada año habia de hacerse una informacion. Lo mismo sucedia con los cancilleres, con los fiscales y con todas las demás personas de alguna valía en el Estado.

Ni aun el sagrado del correo se hallaba libre de las secretas pesquisas del tribunal, pues que se dispuso que de dos en dos meses se le trajera la caja del correo de Roma, siendo abiertas las cartas para tener noticia de los corresponsales de los papistas en Venecia.

Para en el caso de que el *Consejo de los Diez* tuviera que juzgar algun eclesiástico, habíase espedido una bula por el papa Eugenio IV en la cual se disponia que asistiera tambien al Consejo, *como delegado pontificio*, el que fuese arcediano de Castello, mas como quiera que esta disposicion del papa contrariaba el plan concertado de absoluta reserva y de profundo misterio en los procedimientos, se acordó por el tribunal que cuando llegara el caso de tenerse que juzgar á algun eclesiástico, se llamara fuera de tribunal, al arcediano y se le notificara que no debia hacer mérito de la tal bula, verificándose igual *intimacion* siempre que hubiese nuevo arcediano.

Los magistrados criminales de Venecia, dicen los Estatutos, se hallaban en legítima posesion de juzgar á los eclesiásticos, y no consentian tampoco que los obispos juzgaran á los seglares, pues solamente habian de ejercer estos su jurisdiccion sobre los sacerdotes, si bien su autoridad sobre ellos no se estendia hasta quitarles la vida.

En medio de tanta sangre y de procedimientos tan monstruosos, dispúsose *en bien del Estado*, que cuando un ciudadano introdujera ó llevara á país estranjero algun arte ó descubrimiento con grave daño de la república se le llamara al país procurándole su taller en Venecia: pero si no queria volver, pudieran ser apresados sus parientes mas cercanos, y si esto no fuera bastante para lograr su regreso, diéranse órdenes para que aquel fuese muerto donde quiera que se le hallase por los esbirros del tribunal encargados de ejecutar la sentencia.

Si algun patricio quisiere contraer parentesco con algun príncipe estranjero, decian los Estatutos, no será admitido el contrato matrimonial sin prévia solicitud, y permiso del Senado ó del Consejo de los Diez: quedando prohibido á todos los gobernadores casar sus hijos y parientes con hija noble de alguna de las ciudades sujetas á la república antes del término prefijado para el ejercicio de su cargo, y esto con permiso y aprobacion del tribunal.

Tales son las disposiciones de mas bulto que vemos consignadas en los Estatutos del 23 de junio de 1454. Diversos suplementos se conocen á estos Estatutos que amplian lo prevenido por los inquisidores, esplicando lo que deseaban y llenando el hueco que creyeron se observaba en alguno de sus acuerdos para llevar el sistema de espionaje al mayor grado de perfeccion posible. Todo sin embargo viene á coincidir en el punto que antes hemos indicado, que es la desconfianza, el misterio y la astucia.

Si no tuviéramos por la historia noticias exactas del estado de la república de Venecia en el siglo XV: si no supiéramos que todos los vicios y todas las abominaciones tenian allí su natural asiento: si no nos dijera aquella que á fin de que no quedara impune un delito se castigaban mil inocentes; y por último, si no hubiera sobrados datos para saber á qué altura rayaba la desmoralizacion política de los *nobles* venecianos de aquel tiempo, los Estatutos de los inquisidores nos darian la medida de la situacion de aquel pueblo que asi se ponia á disposicion de tres mal llamados jueces supremos, deshonrándose hasta el punto de sufrir el horrible yugo á que tan odioso tribunal le sujetaba.

Muy terribles fueron los efectos que en nuestra España causó, algo despues de la época á que nos vamos refiriendo, el establecimiento del Santo Oficio; pero no llegaron á los que produjo el de Venecia. Si de tiempo y espacio dispusiéramos para hacer un exámen histórico comparativo, veriámoslo asi comprobado, sin que por eso sea nuestro ánimo desvanecer los cargos que mereció aquel Tribunal.

Verdad es que el objeto de la institucion de ambos no fue uno mismo, puesto que el de Venecia era político y el de España religioso, pero siempre vendríamos á probar que ambos habian, á muy luego coincidido.

De todos modos resulta que en el siglo XV se tomaron en Venecia por los patricios que se decian mas esperimentados acuerdos indignos de la causa de la patria que invocaban: que los fueros de la justicia fueron conculcados escandalosa y traidoramente, y que muchas de las terribles disposiciones que por los inquisidores se dictaron fueron dejando una larga y ancha huella de sangre inocente que el tiempo se encargó de hacer fructífera.

MIGUEL MATHET Y GONZALEZ.

UN RECUERDO

Á LA PRECIOSA NIÑA CÁRMEN CABALLERO Y OYARZÁBAL. (1)

ODA.

Las que llorais perdido
De vuestro puro amor el tierno fruto,
Y, el sol de vuestra dicha oscurecido,
Dentro del corazon llevais el luto,
Y el consuelo rehusais,
Y en vuestro mismo padecer gozais:

Descuidad, que mi canto,
Hiriendo en dulce son vuestros oidos,
Vaya á enjugar vuestro abundoso llanto
Ni acallar vuestros míseros gemidos: —
No á consolaros vengo,
Vengo á daros dolor,—es lo que tengo.

A esa madre angustiada
Vuestros ojos volved: en su agonía
Contempla de la muerte rodeada
La dulce prenda de su gloria un dia,
Y ahora, ¡suerte dura!
La causa de su llanto y desventura:

¿Por qué, niña doliente,
Nada del seno maternal te alejas?—
Acaso en sus angustias, inocente,
Dando á su madre doloridas quejas,
Le habla su pensamiento
Suplicándola calme su tormento.

Casi nacer la vieron
Mis tristes ojos, yo mecí su cuna,
Mas de una vez mis brazos la durmieron;
Y al parecer cansada la fortuna
De mi largo quebranto,
Mostróme el iris que anhelaba tanto.

Sufriendo mi destino,
Cual planta aislada que aquilon sacude,
Al caminar errante y peregrino
A mi lado la hallé; y entonces pude
Ver la amistad sencilla,
Y el amor sin desden y sin mancilla

Su sonrisa inocente
Premio y consuelo daba al pecho mio;—
Y aquel bien pude hallar que vanamente,
Con ansiedad hidrópica y hastío,
Buscan los corazones
En el turbado mar de las pasiones.

Ya conozco que el cielo
Para mas enconar mi honda herida
Me dió y me roba el único consuelo
Conque pude endulzar mi acerba vida:—
Hoy me veré en el mundo
Solo, entregado á mi dolor profundo.

De tanto haberla amado
Por eso el triste corazon me acusa;
Pues pude recelar que fiero el hado,
Que todo alivio á mi dolor rehusa,
Hoy apaga su aliento
Para hacer mas agudo mi tormento.

Ya no, desventurado,
Beberé su mirada encantadora,
Ni en ócio dulce gozaré su lado,
Ni dará, en el afan que me devora,
Alivio á mi dolencia
El purísimo amor de su inocencia.

¿Qué hará tu madre, triste,
Cuando sus pechos broten el sustento
Que con risueños labios tú bebiste;
Cuando, cebo buscando á su tormento,
Contemple ¡ay Dios! vacía
La cuna en que amorosa te mecía:

Cuando al sueño rendida,
Tu pura frente bese cariñosa;
Y luego al despertar despavorida,
Con su convulsa mano palpe ansiosa
En su delirio fuerte
El hueco inmenso que dejó tu muerte:

Cuando, con sed sus ojos,
Te busque de la muerte en la morada,
Y pisar tiemble sobre tus despojos,
Y en la tierra se clave su mirada,
Y un puñal que le parte
El triste corazon sienta al dejarte?

¡Oh! ¿por qué, medicina,
No he sorprendido ansioso tus arcanos?—
Yo la salvara... la piedad divina
Su infinito poder diera á mis manos...
La muerte venceria...
Yo la salvara... yo la salvaria...

Mas ¡ah! Dios solo puede...
Danos muestra, Señor, de tu clemencia...
Que no muera, piadoso, nos concede...
¿En qué ofenderte, pudo, su inocencia?
¿Por qué culpa padece,
Que en tan mortales ansias se estremece?

Deja, gran Dios, siquiera
Que se prepare al golpe el alma mia;
Y si es forzoso que inocente muera,
Concédele de vida un solo dia,
Un dia,—y muera luego,—
Por amor de tu Madre te lo ruego.

Madre de los Dolores,
A esa madre, cual tú, mira aflijida:
Escucha compasiva sus clamores,
Por aquel trance en que tu alma herida,
Con afan tan prolijo
Viste morir á tu Divino Hijo.

Reina del alto cielo,
Válganos tu favor; su vida alcanza;
Envíanos un rayo de consuelo...—
Mas ¡ay! nada bastó... no hay ya esperanza...—
¡Quién no se torna impío!...
Ni en la ciencia ni en Dios...—¡A Dios!...—¡Dios mio!

ZACARÍAS ACOSTA Y LOZANO.

Murcia, 29 de febrero de 1860.

(1) En Madrid á 30 de octubre de 1855 pasó á ser ángel, á los once meses de haber nacido.

LAS BIBLIOTECAS PUBLICAS DE PARIS

Y LOS MANUSCRITOS ESPAÑOLES QUE EN ELLAS SE CONSERVAN.

Cuatro son las Bibliotecas públicas que existen en la capital del vecino imperio, tituladas *Imperial*, *del Ar-*





PLAZA LLAMADA EL FONDAC EN TETUAN.

senal, de *Santa Genoveva* y *Mazarina*. Vamos á dar de cada una de ellas sucinta noticia á nuestros lectores.

La que en otros tiempos, bajo distintos sistemas de gobierno, se llamó *Biblioteca Real* ó *Nacional*, segun fuese monarquía, consulado ó república el régimen de la nacion francesa, hoy, como es de suponer, se titula *Biblioteca Imperial*, y es á no dudarlo la primera por su riqueza é importancia.—En tiempo de Cárlos V (de Francia) contaba 910 volúmenes, número que ahora nos parece escaso, pero que atendida la época era ya una cosa digna y respetable. Durante el reinado del galante y poco afortunado Francisco I, llegó á contar la Biblioteca Real 1,890 volúmenes; en tiempo de Luis XIII (en 1621), subió este número á 16,746 y en el de Luis XIV (en 1684) ascendió á 50,542 volúmenes, que llegaron á acrecentarse hasta unos 200,000, durante el gobierno de Luis XVI. Esceptuando hoy las colecciones de folletos, papeles varios, planos, estampas, cartas geográficas, etc., el número de impresos que contiene la *Biblioteca Imperial*, pasa de 600,000 y el de manuscritos de todos idiomas pasa de 80,000. De estos, los españoles, contando tambien los catalanes y lemosines, pasan de 230.

Un literato español, el señor don Eugenio Ochoa, bien conocido en España y en el estranjero, formó de los manuscritos españoles un estenso catálogo, comisionado al efecto por el gobierno de Luis Felipe, cuyo importante trabajo se publicó en París en el año de 1844. El catálogo del señor de Ochoa está dividido en seis secciones, á saber:

1.ª Que bajo el título de *Teologia*, contiene todo lo que tiene relacion directa é inmediata con esta sublime ciencia, es decir, *Derecho canónico*, *Vidas de Santos*, *Controversia*, *Ordenes religiosas*, etc.

2.ª Que bajo el título de *Historia*, abraza todos los manuscritos que tratan de esta ciencia y de la geografía, como *Viajes*, *Cronologia*, *Antigüedades*, *Vidas de hombres célebres*, *Descubrimientos por mar y tierra*, etc.

3.ª Que contiene cuanto hace relacion á la *Jurisprudencia*, la *Política*, y la *Filosofia*.

4.ª Que bajo la denominacion de *Ciencias y Artes* abraza lo relativo á la *Historia natural*, *Agricultura*, *Ciencias médicas*, *Bellas artes*, *Artes mecánicas*, *Lenguas antiguas y modernas*, etc.

5.ª Que trata, con la denominacion de *Amena literatura*, de las producciones ú obras de mera imaginacion, como *Poesías*, *Fábulas*, *Novelas*, *Dramas*, etc.

6.ª Finalmente, en esta seccion se comprenden todos los manuscritos que encerrando tratados de diversas materias, con un mismo número y dentro de un mismo cuerpo, pueden agruparse bajo el título de *Varias materias*.

Entre los manuscritos españoles, podemos citar como mas notables, los siguientes:

«El Cancionero de Baena.»
«Cansoner de obras enamorades.»
«El Laberinto de Juan de Mena.»
«Crónica del caballero de las damas, ó del infante Adramon y príncipe Venturin.»
«Libros de Montería.»
«Libro de Cetrería.»
«Manuscritos moriscos.»
«Colecciones de rimas antiguas castellanas.»
«Mostrador de justicia», del maestro Juan, físico del rey don Alonso XI.
«Crónica de los reyes de Navarra.»
«Discurso del artillería del invictísimo Cárlos V.»
«Traduccion del libro de Vegecio *de las Batallas*.»
«Arte de lengua mejicana.»
«Vocabulario en lengua castellana y cakchiquelchi»
«Vidas de hombres ilustres», de Plutarco.
«Norte de Príncipes», por Antonio Perez.»
«Historia de los Reyes Católicos.»
«Historia de Cataluña, Rosellon y Cerdaña.»
«Crónica del rey don Enrique IV de Castilla.»
«Guerra de Granada», por don Diego Hurtado de Mendoza.
«Relaciones de la muerte del rey don Sebastian de Portugal.»
«Colecciones de cartas de reyes y personajes españoles.»
«Colecciones de cartas y documentos inéditos sobre cosas de España en diversas épocas.»
«Reorganizacion de las colonias del rio Paraguay.»

Mencionaremos ahora los manuscritos catalanes y valencianos que se conservan en la *Biblioteca imperial* de París.

«Lo libre dels Sancts Angels.»
«Vida de Sancta Doncelina.»
«Vidas de Sancts ó Flos Sanctorum.»
«Vidas de los Sans Payres.»
«Las Virtuts teologals.»
«La Biblia» (en catalan).
«La Biblia» (id.)
«Vida de Iesuchrist.»
«Vidas de Sancts.»
«Historia del Cristianisme.»
«Doctrina de viure justament»
«La Flor de la Biblia et la Flor del Salteri.»
«Meditacions en catalá.»
«Questions contra los Juheos.»
«Chronica dels caballers catalans.»
«Chronica general.»
«Chronicas de Catalunya.»
«Compendy de chronicas.»
«Chronicas d'Aragó y de Mallorca.»
«Usatjes de la mar.»
«Epistoles de Séneca.»
«Doctrina moral.»
«Llibre de les dones.»
«Ordinacions de la cort d'Aragó.»
«Ordinació de la capella del rey d'Aragó.»
«Pragmáticas de Valencia.»
«Llibre de Menescalia.»
«De re rustica.»
«Cançoner d'obras enamorades.»
«Rimas antiguas catalanas.»
«Llibres del somni.»
«Vida de Monsegnor Sanct Honorat.»
«Memories del regne de Valencia, etc., etc.»

La *Biblioteca del Arsenal* no cuenta, como es de suponer, tantos manuscritos. Su número llega á unos 6,000, de los cuales solo 19 son castellanos y 4 catalanes.—Fue fundada por el ministro y secretario de Estado de Luis XV, marqués de Paulmy, que vivia como gobernador en el mismo edificio. Muchos libros del duque de La Valliere acrecentaron posteriormente la Biblioteca, que pasó á ser propiedad del conde de Artois en 1786, quedando el mencionado marqués de Paulmy al frente de su inspeccion y custodia. Cuando ocurrió la revolucion de 1793 su propietario el conde de Artois regaló la Biblioteca al Arsenal exigiendo en cambio muy acertadamente que se permitiese en ella la entrada del público.

La *Biblioteca de Santa Genoveva* pertenece hoy al Estado, habiendo sido restaurada lujosamente el año de 1850. Tuvo principio en 1624 por un donativo que de 500 á 600 volúmenes de su librería particular hizo al ser nombrado abad comendador de Santa Genoveva el cardenal de La Rochefoucault. Con el tiempo contó hasta 20,000 volúmenes, número que ascendió á mas de 40,000 en 1710, merced á un donativo hecho por el arzobispo de Reims, Mauricio de Teller. Los manuscritos que contiene son escasos en número y entre ellos se conservan dos índices españoles de poquísimo interés.

La *Biblioteca Mazarina* fue fundada como indica su nombre por el cardenal y gran ministro de Francia Julio Mazarino, contando con 40,000 volúmenes cuando se abrió al público por vez primera en el año de 1648. Anteriormente no se habia conocido en París ningun establecimiento público de semejante clase. Hoy dia posee mas de 200,000 volúmenes, siendo escaso el número de sus manuscritos. Los españoles son ocho únicamente y entre ellos el poema heróico de don Pedro Manrique, en que se elogia la célebre batalla naval de Lepanto, es el mas notable.

JANER.

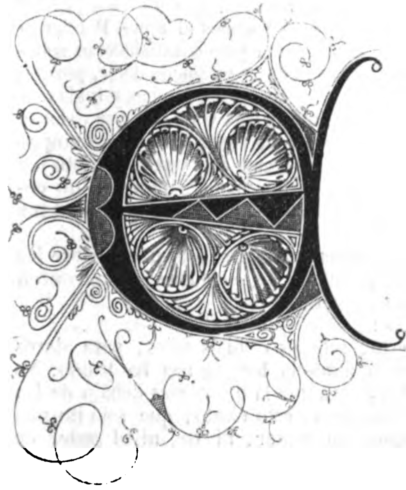
DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 26. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 24 DE JUNIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



l público ha sido llamado á juzgar esta semana de otro manifiesto de don Juan de Borbon. Este manifiesto firmado el 16 del corriente en Lóndres y dirigido á las córtes, se titula *Protesta*. Protesta en efecto don Juan de Borbon contra la ley de 1834 que escluyó de los derechos eventuales á la corona á su padre y á su descendencia. Dice que para decretar esta esclusion deberian haberse reunido Córtes Constituyentes, únicas que tenian derecho para ella, y hace varias consideraciones sobre la ley Sálica, sobre su conveniencia y sobre lo que podria suceder en el caso de que falleciese doña Isabel II. El manifiesto ó protesta de que se trata es una mezcla de principios opuestos y de ideas inconexas y divergentes, cuyas contradicciones no sabemos como no han ocurrido á los que le hayan aconsejado. Al reconocer que unas Córtes Constituyentes podian despojar á su familia de los derechos eventuales á la corona, abandona don Juan de Borbon el principio del derecho divino, representado hasta aquí por su padre y sus hermanos, y abraza el de la soberanía nacional. ¿Y no advierte que las Córtes *Constituyentes* de 1837 confirmaron y ampliaron la ley de 1834? ¿No repara que esas mismas Córtes en su constitucion empezaron por decir : la reina legítima de las Españas es doña Isabel II? Protestar por un lado contra los resultados de la soberanía nacional y reconocerla al propio tiempo apelando á ella, es poner por fundamento de la protesta aquello mismo que la destruye.

El documento nuevo con que don Juan de Borbon ha hecho gemir las prensas litográficas de Lóndres, ha venido á Madrid acompañado de una carta de don Enrique de Lazeu, que dice ser su secretario, dirigida á varios periódicos. En ella don Enrique de Lazeu, como órgano de las intenciones de su señor, anuncia que don Juan de Borbon ha roto completamente con el resto de su familia, que profesa ideas liberales, que está al corriente de los adelantos del siglo, y que entre ellos le parece que la libertad de imprenta debe existir *sin las trabas ridículas de depósitos y fiscales*. Es una manifestacion de principios y casi un programa la tal carta, en la cual se reitera la declaracion de que don Juan no tiene punto alguno de contacto con el partido carlista.

De manera que el partido carlista no solo tendrá de hoy mas que variar de nombre, sino que si cree conveniente tener una persona que le simbolice, habrá de buscarla, pues que hoy por hoy no la tiene. Don Cárlos y don Fernando renuncian sus pretensiones; y don Juan aunque, no las renuncia, se presenta liberal, y como diria la *Esperanza*, con bigote y todo. Veremos el efecto que estos hechos que hemos narrado pura y simplemente y sobre los cuales no podemos ni debemos hacer comentarios porque lo prohibe la índole del periódico, causan en la actitud de los hasta aquí conocidos con el nombre de carlistas.

El señor don José Indalecio de Caso que ha sido hasta ahora fiscal de imprenta y ha dejado de serlo hace pocos dias, acaba de publicar un folleto con el título de *El trono y los carlistas*, ó sean, *Consideraciones sobre una cuestion de actualidad*. Este folleto ha producido algun escándalo en los piadosos oidos de la prensa que se titula religiosa y ha dado márgen á artículos poco edificantes y denuncias por parte del señor Caso, en las cuales entenderán los tribunales.

El ministro de Hacienda ha presentado ya á las córtes los presupuestos para 1861. Los gastos del Estado ascenderán en el año entrante á unos 1,900 millones y pico, y los ingresos á poco mayor cantidad. Hay un presupuesto estraordinario de 400 millones para gastos reproductivos que se cubrirá con el producto de la venta de bienes desamortizados. Tambien ha presentado el ministro de Hacienda un proyecto para la venta de los bienes eclesiásticos, que segun el convenio con Roma han de pasar á manos del gobierno. Estos bienes se venderán con arreglo á las leyes vigentes de 1.° de mayo de 1855, 11 de julio de 1856 y 11 de marzo de 1859. Ya se han aprobado por las córtes los proyectos del ferrocarril de Manzanares á Córdoba y del de la cuenca carbonífera de Espiel á las ventas de Alcolea : tambien se ha aprobado por el congreso el relativo á la ampliacion del crédito de las compañías de obras públicas, las cuales podrán emitir acciones y obligaciones por mayor cantidad que hasta el dia, siguiéndose en esto los buenos principios en materia de crédito. Las córtes suspenderán en breve sus tareas á causa del calor, pero en el intervalo de una á otra reunion quedarán las principales comisiones estudiando sus proyectos á fin de tenerlos despachados en el otoño inmediato. Para entonces se cree que el ministro de Hacienda, segun lo anunciado en el preámbulo de sus presupuestos, presentará un proyecto de reforma arancelaria.

Ya no se presentará la proposicion que dijimos iba á presentarse sobre rebaja de los derechos de importacion que paga el papel de imprimir. El señor Salaverría, ministro de Hacienda, parece que tiene preparado un decreto acordando esa misma disminucion de derechos, y dejando en 12 rs. arroba los 21 y pico que ahora paga el papel estranjero á su introduccion en España. Bueno es que se emprenda la marcha en este sentido; pero creemos la rebaja proyectada insuficiente, porque con 12 reales de derechos por arroba, que son cerca de 24 en las resmas del tamaño de la mayoria de nuestros periódicos, dudamos que sin grave perjuicio de las empresas pueda introducirse papel estranjero. Ocho reales en arroba, seria el máximum que este artículo podria soportar, y aun esto que hace algun tiempo era un precio razonable hoy seria caro, por la gran subida que ha tenido el papel en los mercados estranjeros á consecuencia de la escasez de trapo.

Continuamos respecto de Sicilia en el mismo estado que anunciamos en la revista anterior. De Génova y de Inglaterra salen continuamente refuerzos de hombres y pertrechos de guerra para Sicilia, de los cuales unos, los menos, son capturados por los cruceros napolitanos, y otros, los mas, llegan felizmente á su destino. Garibaldi está organizando en Sicilia un grande ejército que podrá constar de sesenta mil hombres, con parte de los cuales luego que tenga hechos los preparativos necesarios, se supone que piensa dirigirse al territorio napolitano, volcanizado ya por sus agentes y partidarios, para estender

en él la insurreccion. Entre tanto ha convocado el parlamento siciliano con arreglo á la ley de 1848, al cual trata de proponer el destronamiento de la dinastía de Borbon. El comendador Martino, á quien el rey de Nápoles habia enviado á Francia para pedir el auxilio de Luis Napoleon y ofrecerle que daria á sus pueblos una Constitucion casi tan liberal como la que hoy rige á los franceses, ha salido de París completamente desesperanzado del éxito de su mision, y no se ha atrevido á presentarse en Lóndres, temeroso de mayores desengaños. Mucho ha alarmado á los amigos de la dinastía napolitana que un periódico de París haya dicho que la hora de los Borbones ha sonado, tanto mas, cuanto que nada se publica en los periódicos franceses que no reciba el exequatur de la policía. El *Moniteur* que rectifica rumores de menos importancia, no ha rectificado estas palabras.

Lo que ocupa la atencion de la Francia y debe llamar la de los demás paises en este momento, es la reunion celebrada en Baden por la mayor parte de los soberanos de Alemania afectos á la política y á la supremacía de Prusia, y el emperador francés. En esta reunion se cree que Napoleon ha dado las mayores seguridades á los príncipes alemanes acerca de su frontera del Rhin y sobre las intenciones pacíficas del imperio, y parece que los príncipes se han separado muy satisfechos, esperando encontrar en Luis Napoleon, no solo un amigo, sino tambien un protector de la confederacion alemana y de su unidad como ha sido protector de la unidad italiana. Seguro Napoleon por la parte de Alemania, puede atender á Italia mas desembarazadamente.

Ha llegado á Madrid el padre Angelo Secchi, procedente de Roma, sabio astrónomo que viene á observar el eclipse solar de 18 de julio, en el desierto de las Palmas, provincia de Castellon de la Plana, donde se halla el antiguo y célebre convento de carmelitas descalzos. Entre otros instrumentos que ha traido consigo, se nota un aparato fotográfico, auxiliar de hoy mas poderosísimo y casi indispensable en las observaciones de este género.

Tenemos el sentimiento de anunciar la muerte del eminente pintor don Juan Ribera, de cuyas obras y biografía tratamos en uno de los primeros números de este periódico. Su pérdida es una de las mas sensibles que podian esperimentar en los momentos actuales las artes españolas.

El miércoles fué muy aplaudido Tamberlick en la Zarzuela, donde se celebraba una funcion en su beneficio: no merecia menos la admirable manera con que cantó, especialmente el terceto de *Guillermo Tell*: la Kennet obtuvo tambien justos y merecidos y aplausos.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO I,

POR LOS ESPAÑOLES EN LA BATALLA DE PAVIA.

I.

En la plazuela de la Villa de la imperial y coronada de Madrid, hay, frente por frente de las casas del ayuntamiento, un caseron antiguo que demuestra, por mas que esté blanqueado y desfigurado, su mucha antigüedad; y en el ángulo de esta casa que corresponde á la estrecha callejuela del Codo, una torre á la que en vano se han cercenado las almenas, puéstosele un tejado y abiértosele en los muros balcones.

Han querido que aquello parezca casa y á pesar de todo lo que para conseguirlo han hecho, aquello parece torre, y para confirmarlo mas, en el muro de esta torre que forma uno de los lados de la calle del Codo, hay una pequeña puerta tapiada, de arco de herradura, de esas que solo se ven en nuestros viejos castillos.

En efecto, aquello que han querido que sea casa fue torre, y aquella torre cuando lo era, se llamaba: *Torre de los Lujanes.*

II.

Nosotros quisiéramos que la Torre de los Lujanes, conservase sus negros muros, sus almenas aportilladas, sus saeteras, sus tragaluces, y aquella puerta que hoy está tapiada, completamente practicable, con su postigo forrado de hierro carcomido por el orin: quisiéramos que al pasar aquella puerta se encontrase una escalera estrecha, oscura y empinada, y allá en lo más alto de ella, cerca ya de las almenas, un aposento estrecho abovedado, con una menguada ventana por donde entrase una luz triste, y en aquella especie de encierro algunos muebles ricos y entre ellos un lecho revuelto como debió dejarle quien durmiera ó velara en él.

Esto es tener, lo concedemos, propensiones muy conservadoras.

Pero para conservar la gloria de España todo nos parece poco, y en aquella torre, en aquel aposento, en el lecho que debia existir en él, allá por el mes de marzo de 1525, durmió mal, ó veló bien, preso por los españoles á nombre del emperador mas poderoso de los modernos tiempos, el rey mas caballero, mas valiente y mas simpático de Francia.

Francisco de Valois: Francisco I.

He ahí la razon por qué sentimos que la torre de los Lujanes no conserve su antiguo aspecto: que no se guarde dentro de ella algo que hubiese sido tocado por el real prisionero: algo que hubiera coexistido con él, en su encierro de la Torre de los Lujanes.

III.

¡Oh! en aquellos tiempos bajo el reinado de Cárlos V nuestra hermosa patria tenia tanta gloria que sus resplandores llegaban á todas las partes del mundo.

La espada del César al caer en la balanza de Europa, la inclinaba cuanto queria.

Nuestra influencia llegaba hasta Roma.

Si el papa intentaba resistirla, el papa era preso.

La católica España, hacia inmediatamente rogativas por la libertad del papa.

Pero no le soltaba hasta que el papa se ponia en razon.

¿Y qué mucho que esto sucediera, si el papa preso por los españoles enviados á Roma *con Borbon por Cárlos V*, habia debido su triple y sagrada corona á la influencia de Cárlos V sobre el cónclave?

Un suspiro de dolor se escapa de nuestro pecho al comparar aquel lujo de grandeza, con el lujo de miseria, que vamos dejando atrás por fortuna, y no podemos pasar por la plazuela de la Villa sin detenernos un momento y saludar con respeto á la Lorre de los Lujanes.

Esto es: á la jaula donde estuvo preso un rey de Francia, y un rey tal como Francisco de Valois.

IV.

No tenemos un libro en el cual nuestra historia se presente embellecida, al alcance de todo el mundo, y la novela histórica, que podia suplir la falta de una historia popular ha remontado poco el vuelo: tenemos algunas apreciables, pero circunscritas á épocas dadas, á las que mas se prestan á la imaginacion de los novelistas.

Seria de desear que un genio poderoso, tocase con su pluma encantada los empolvados volúmenes de nuestras crónicas y diesen la vida de la fantasía á generaciones muertas; escribieran envolviéndolas en una accion dramática las biografías de nuestros héroes, de nuestros reyes, de nuestros gobernantes: pintase nuestras guerras, reconstruyese nuestras ruinas, sacase á luz lo que el tiempo ha cubierto con su manto, usos, leyes, vicisitudes: la vida, en fin, de un gran pueblo.

Si tuviésemos esa epopeya popular, no seria necesario que yo os contase lo que hoy solo saben los que estudian la historia: esto es, los detalles de la famosa batalla, donde cayó en poder de España aquel rey de Francia.

Pestadme, pues, atencion, porque os voy á contar, amparándome de los cronistas de aquel tiempo; cómo fue la batalla de Pavía.

V.

Un antagonismo invencible habia hecho enemigos irreconciliables á los dos reyes mas grandes de su tiempo.

Cárlos V y Francisco I.

Nieto el primero de los poderosos Reyes Católicos, habia reunido en sí todo lo emprendedor, todo lo valiente, todo lo generoso, todo lo noble, todo lo grande de Isabel I y todo lo político, todo lo astuto, todo lo ambicioso de Fernando V.

Diplomático hasta donde podia serlo, lo que su diplomacia no podia concluir lo acababa su espada.

Al subir al trono se encontró con una nobleza turbulenta, á la que toda la energía del cardenal Cisneros no habia podido dominar, y con un reino compuesto de pequeños reinos regido cada cual por fueros particulares, con habla desemejante y con distintos sistemas de cambio.

Elementos estos todos de colisiones que no tardaron en tener lugar, resultado preciso de lo que las circunstancias habían impedido hacer á sus abuelos los Reyes Católicos: esto es, constituir en un solo Estado, los diferentes Estados de lo que bajo el reinado de aquellos reyes podria llamarse con alguna licencia la confederacion española.

Habia venido á caer tambien sobre la jóven cabeza de Cárlos de Austria, la corona imperial de Alemania, y encontrábase por ella con otra confederacion turbulenta, profundamente dividida por viejos antagonismos y donde todo hervia, donde todo amenazaba.

Suyos eran tambien los Estados de Flandes, y en Italia Nápoles y Sicilia, en las colonias de América casi recien descubiertas, obligaban á asegurar la dominacion española, guerras lejanas y dispendiosas, y el Africa enviando sus piratas á nuestras costas, amenazando siempre, era otra de las atenciones del imperio.

No sostenerlo, aceptar este peso, era ya una grandeza.

Cárlos V supo ser grande.

Pero no supo ser grande sin tener celos, y aun pudiéramos decir que envidia, de otra vecina grandeza.

De la del rey Francisco.

Era Francisco de Valois uno de los reyes mas aventureros y caballerescos que se han conocido: magnífica figura que puede llamarse del Renacimiento, porque como los cuadros de Rafael y la arquitectura de aquella época, participaba del carácter de la edad media y de la edad nueva: cumplido caballero en quien se conservaban todas las tradiciones de la edad pasada y en donde aparecian los gérmenes de la edad que empezaba: rey y soldado, que por serlo habia corrido la suerte de las armas siendo prisionero de los españoles, como su descendiente el rey Juan lo habia sido de los ingleses: poema encarnado en un hombre: última figura bella de aquella monarquía antigua que habia llevado durante centenares de años su corona y su espada á los campos de batalla: digno competidor, aunque desgraciado, del emperador Cárlos V, que domina la historia de su tiempo y la llena.

Necesariamente estos dos reyes debian ser enemigos.

Cuando dos reyes se odian, nunca les falta un pretesto para enviar á sus súbditos á la guerra á que maten y mueran en su nombre.

Francisco de Valois poseía el ducado de Borgoña.

Cárlos V decia tener derecho por su padre á aquel Estado y pretendia revindicar su derecho.

Ademas al emperador le pesaban los franceses en el Milanesado y necesitaba arrojarlos de él.

En tal situacion se encontraban los reyes de España y Francia á principios del año 1525.

VI.

Francisco I, con un respetable ejército tenia puesto sitio á Pavía, dentro de la cual, se mantenia con un puñado de españoles, por el emperador, Antonio de Leiva.

El emperador envió allá un ejército de mas de veinte mil hombres bajo las órdenes en jefe del marqués de Pescara, á quien acompañaban como generales el duque de Borbon y el virrey de Nápoles Cárlos de Lanoy.

El jueves 24 de febrero de 1525, último dia de carnaval y víspera de San Matías, don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, que ya se encontraba con el ejército imperial en los campos del Tesino, mandó á los sargentos mayores reuniesen la infantería en tres cuerpos para hablarla.

Cuando estuvieron reunidos y puesto en medio de ellos el marqués, les dijo:

«Nunca os he juntado, hijos, sino para contaros trabajos y miserias, sabe Dios cuánto me pesa de esto: porque yo mejor querria verme entre vosotros para alegrarme y regocijarme como buenos amigos; pero yo no puedo dejar de hablaros en la ocasion presente y deciros lo que he pensado y lo que de vosotros espero. Bien se que á vosotros os debo la honra de ser vuestro capitan general; pero quiero tambien que sepais lo caro que esta honra me cuesta, que es tanto, que casi estoy por decir que maldita fuese tal honra, que obliga á perder bienes y vida, y aun, en ocasiones el alma. Perder la vida por la honra, cuando esta puede satisfacerse solamente con la vida, no es nada: y yo puedo decir, porque lo sabeis, que en todas las ocasiones buenas y malas en que nos hemos hallado, me habeis visto siempre delante de vosotros, deseoso de perder antes la vida que empañar la honra de ser vuestro capitan, y pues á tanto me teneis obligado, mirad de qué manera muestra mi corazon lo que voy á deciros y lo á que la necesidad me obliga.

Y como al decir estas palabras el marqués tuviese los ojos arrasados en lágrimas, los soldados se conmovieron y victorearon á su general.

Este prosiguió:

»He dicho esto, señores é hijos mios, para daros parte del estremo á que la fortuna nos ha traido. No teneis mas tierra amiga que la que teneis debajo de los piés, y de tal manera es esto cierto, que solo un pan que daros mañana de comer, ni yo, ni el poder de nuestro emperador lo alcanzamos, ni sabemos de donde poderlo haber sino en aquel campo de franceses que allí veis (y señalaba el ejército francés que sitiaba á Pavía) porque allí, como alguno de vosotros lo habeis visto la otra noche, hay abundancia y sobran el pan, el vino, la carne y las truchas y carpiones del lago de Pesquera, para mañana viernes. Por tanto, hermanos mios, la cuenta es que si mañana queremos comer, allí lo hemos de ir á buscar. Y si esto no os parece, decídmelo, para que yo sepa vuestra voluntad (1).»

Los soldados aclamaron á gritos, que aunque fuera en ayunas irian á donde su general les mandase.

Dióse órden á los piqueros para que al dia siguiente ninguno saliese de su puesto hasta que se declarase la victoria.

Que los arcabuceros que anduviesen desbandados, no se detuviesen á despojar ni á hacer prisioneros, hasta concluida la batalla, y que si alguno lo hiciese los demás le matasen el prisionero ó el caballo que hubiera cogido,

(1) Histórico á la letra: Sandoval, historia de Cárlos V.



le quitasen la presa y le matasen á él mismo, si era necesario para poner en temor á los demás.

A las nueve de la noche, los tambores anduvieron por el campamento sin las cajas, tocando únicamente con las baquetas, para que no los sintiesen los franceses, y á esta señal, como estaba mandado, los españoles se armaron y se pusieron las camisas sobre las armas para ser conocidos unos de otros durante la noche, y no se hirieran ó envolviesen creyéndose enemigos.

Para dar una idea de lo provistos que iban nuestros soldados de camisas, basta decir, que Pescara mandó que el que tuviese camisas sobradas las diese á los que no las tuviesen, y aquellos á quienes faltasen, se las hiciesen de lienzo de las tiendas ó de papel.

Despues de esto el capitan Arriano, disfrazado de francés, pasó sin ser notado junto al campo enemigo, y fue á Pavía á avisar de lo que estaba determinado á Antonio de Leiva.

Los bagajeros, la gente inútil y todos los carruajes del ejército, se retiraron al castillo de San Angelo, y solo quedó la gente útil para combatir.

VII.

Armado el ejército y encamisado cada cual con lo que tuvo, Pescara mandó á Santa Cruz, capitan viejo de arcabuceros y al de piqueros Sacedo, que con sus compañías fuesen á derribar una parte del muro del parque de Pavía, en el centro del cual se alza el monasterio de cartujos de la Certosa, y llega hasta la ciudad, que está á una legua de distancia.

Confina el parque por una parte con el rio Gravalon, que se une cerca de Pavía con el Tesino, y de la otra parte estaba cercado de un muro de cal y ladrillo de la altura de una lanza.

En medio del parque habia una casa llamada Mirabel cercada á la redonda por un foso que se llenaba con las aguas de un arroyo.

Como este parque era muy estenso, y el ejército francés rodeaba á Pavía, gran parte de él se encontraba dentro del parque.

El terreno fuera del parque era todo de labor y de viñedo, y por esta razon Pescara prefirió para la batalla el terreno de la dehesa que constituia el parque, llano y desembarazado para pelear.

A las diez de la noche se reunió en escuadrones y banderas todo el ejército imperial, y se puso fuego á tiendas y barracas.

Al ver el torbellino de fuego y humo que se levantó del campamento incendiado, los franceses creyeron que los imperiales huian, segun dijeron despues de la batalla los prisioneros, y el rey de Francia mandó que su ejército estuviese sobre las armas para perseguir al amanecer los que creia fugitivos.

VIII.

Entre tanto encamisados ya y empapelados los imperiales, empezaron á avanzar lentamente las compañías alemanas, hácia la parte donde ya se habia abierto una brecha en el muro del parque: pero como este muro era muy fuerte, y no se pudo acabar de derribar hasta el amanecer, el resto de la noche, que fue larga y fria, la pasaron los imperiales confesando con los capellanes, y haciendo testamento los que tenian de qué: preparándose, en una palabra, para la muerte.

Al amanecer se levantaron las guardias silenciosamente, retirándose á los cuerpos, y Pescara mandó que se reuniesen cinco banderas de españoles y cinco de tudescos, entrando el marqués con ellas en el parque por la brecha abierta en el muro para hacer un reconocimiento.

Pescara adelantó hasta una pequeña arboleda y desde ella, vió que todo el ejército francés estaba fuera de sus trincheras ordenado en escuadrones, y con intento, al parecer, de perseguir á los imperiales que creia en retirada.

El marqués mandó que todo el ejército entrase en el parque.

Que los españoles formasen un escuadron y los alemanes otro, y que los italianos, por su escaso número, se reuniesen á los españoles.

Pero los italianos objetaron, que si se reunian con los españoles y la batalla se perdia, podria creerse que por ellos se habia perdido, y que si se ganaba, la honra del triunfo seria toda entera de los españoles. Opinaban, pues, que era mejor que cada nacion se señalara por sí misma, y que cada cual hiciese lo que pudiese por ganar honra.

Respetóse este reparo de los italianos, se les dejó constituyendo un cuerpo aparte como querian, y de todos los hombres de armas (caballería) se formaron tres escuadrones con sus estandartes.

IX.

Como todos los imperiales llevaban las camisas encima, no se podian ver bien las sobrevestas, y las divisas particulares.

Llevaban las camisas cosidas las mangas sobre los brazales de los arneses, las faldas recogidas á la cintura y sobre las camisas bandas encarnadas.

El virey de Nápoles, Cárlos de Lanoy mandaba el escuadron de vanguardia, con doscientas lanzas, y ademas los *continuos* de Nápoles y los suyos, en número de otras cien lanzas, y los estandartes en medio del escuadron.

Delante del virey iban seis trompetas vestidos de encarnado con banderines en los clarines de tafetan encarnado tambien, en las que estaban bordadas con oro las armas imperiales.

Estos eran trompetas particulares del virey.

Las trompetas de los escuadrones iban en el centro con los estandartes.

Detrás de estos seis trompetas y delante del virey iban á pié cuarenta alabarderos de su guardia, que al empezarse la batalla se retiraron á la infantería.

El virey iba armado con un arnés dorado y blanco, en el almete un penacho encarnado y amarillo, y sobre el arnés un sayo de brocado y raso carmesí.

Montaba un magnífico caballo ruano encubertado con la misma tela de brocado y carmesí, que marchaba como orgulloso de llevar al virey que á pesar de sus años aparecia sumamente gallardo.

X.

El condestable de Borbon llevaba un fuerte arnés de guerra liso, y del color del hierro bruñido y sobre el un sayo de brocado.

Marchaba junto á él el marqués del Vasto, con arnés cubierto de *veros* dorados y azules, divisa de sus armas; sobre el arnés un sayo de brocado de plata y oro sobre rojo, en el almete una pluma blanca y encarnada, y montaba un caballo castaño oscuro, con los paranantes de los mismos colores y divisas.

El marqués del Vasto habia pretendido entrar en la batalla á pié con la infantería, pero su tio el marqués de Pescara no se lo permitió, porque la compañía de lanzas del marqués del Vasto iba en el escuadron del duque de Borbon.

El capitan Hernando de Alarcon, mandaba el escuadron de la retaguardia con doscientas lanzas gruesas.

Llevaba el capitan Alarcon sobre el arnés una sobrevesta de terciopelo negro sin otra divisa, y se mostraba tan modesto, como el que ha criado canas en la guerra, sin sacar otro provecho que el acrecentamiento de la honra.

XI.

Estos tres escuadrones, tomaron todos *lanza en cuja*, (1) entraron en el parque y se pusieron á una parte del.

Avanzó el marqués de Civita de Sant Angelo con cuatrocientos caballos ligeros, de los cuales era capitan, gente brava y bien armada, y con escelentes caballos: el marqués montaba uno castaño oscuro á la ligera, aunque mal provisto de cadenas en las riendas, cuyo descuido le costó la vida. Llevaba sobre el arnés una sobrevesta de terciopelo carmesí, y de lo mismo el paramento del caballo.

Mandó el marqués de Pescara al de Civita de Sant Angelo, que fuera á reconocer la casa de Mirabel, que como hemos dicho, rodeada por un foso estaba en medio del parque de Pavía, y la desembarazase de algunos enemigos que en ella estaban, lo que ejecutó bizarramente con sus ginetes, volviéndose á los escuadrones.

De la infantería española se formó un escuadron de mas de seis mil hombres, á cuya cabeza iba el marqués de Pescara con arnés de infante sobre un escelente caballo tordillo, que se llamaba el *Mantuano*; no llevaba el marqués mas divisa que la comun, calzas de grana, jubon de raso carmesí, y por sobrevesta una camisa riquísima de brocado de oro y perlas.

Seguíanle, cubiertos de galas á cual podia mas, sus continuos, sus gentiles-hombres y los capitanes de la infantería.

De los infantes tudescos se formó otro escuadron fuerte de doce mil hombres, á las órdenes de Micer Jorge su coronel: este llevaba sobre el coselete y la camisa, por devocion, una cogulla de fraile francisco, lo que causó gran risa á todos por la rara facha que con esto tenia el buen coronel.

En la retaguardia iba la infantería italiana, con sus capitanes Papapoda, Cesaro de Nápoles y otros.

Este escuadron apenas contaba dos mil hombres aunque escogidos y valientes.

Con los italianos iba la artillería, consistente solo en dos cañones viejos y las municiones sobre unas yeguas, cada una con un costalillo de pólvora ó balas, ofreciendo el espectáculo mas risible del mundo aquella artillería junto á aquel magnífico ejército.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(1) Es decir, se prepararon al combate.

LA ESCENTRICIDAD.—LOS ESCENTRICOS.

III.

Mr. Pickwick, decíamos, estaba ya completamente rendido y dispuesto á dar de mano á la caza, cuando el sombrero fué á tropezar con cierta violencia en la rueda de un carruaje, que, con otra media docena de vehículos, estacionaba en el sitio mismo á donde aquel habia dirigido sus pasos. Percibiendo Mr. Pickwick su ventaja, se lanzó al fugitivo con viveza, y habiendo asegurado su propiedad, se la plantó enérgicamente y se paró á tomar aliento. Pero no habia pasado medio minuto, cuando oyó pronunciar con ansia su nombre por una voz que conoció luego ser la de Mr. Toupman, y, mirando arriba, vió un espectáculo que le llenó de placer y sorpresa.

En una carretela abierta, cuyos caballos habian desenganchado para que cupiese mejor en aquel sitio tan atestado de gentes, se veia á un caballero de edad, corpulento, vestido con calzon corto de pana de canutillo y botas altas, dos señoritas con chales y plumas en los sombreros, un jóven que parecia enamorado de una de ellas, una señora de edad dudosa, tia probablemente de las antedichas, y Mr. Toupman, tan indiferente y á sus anchas como si desde la niñez hubiera pertenecido á aquella familia. Amarrada á la zaga de la carretela se veia una canasta de espaciosas dimensiones—una de esas canastas que despiertan siempre, en un espíritu contemplativo, reflexiones conexionadas con pavos asados, lengua fiambre y botellas de vino—y en el pescante yacía sentado un muchacho gordiflon y de rostro encendido, en un estado de soñolencia completa, á quien no se podia mirar un solo instante sin conocer que era el despensero oficial del contenido de la susodicha cesta cuando llegase el tiempo oportuno de consumirla.

Mr. Pickwick habia echado una rápida ojeada sobre estos interesantes objetos, cuando oyó nuevamente la voz de su fiel discípulo. «Pickwick—Pickwick» dijo Mr. Toupman «subid aquí, daos prisa.»

«Pase usted señor, suba usted aquí» dijo el hombre alto. «¡Joe—¿háse visto un muchacho como ese?—¡pues no se ha vuelto á dormir!—Joe, baja el estribo.» El muchacho gordiflon se desplomó del pescante, bajó el estribo, y abriendo la portezuela del coche brindó en un modo halagüeño á Mr. Pickwick. En este momento llegaron Mr. Snodgrass y Mr. Winkle.

«Caben ustedes bien todos señores» dijo el hombre alto «dos dentro y uno fuera.» Joe, haz sitio para uno de estos señores en el pescante. Ahora, señor, arriba;» y estendió su brazo y empujó á Mr. Pickwick y luego á Mr. Snodgrass empaquetándolos en la carretela á viva fuerza. Mr. Winkle subió al pescante; el chico gordiflon subió á paso de pato al mismo sitio y volvió á dormirse en seguida.

«¡Bien! señores»; dijo el hombre alto, me alegro mucho de ver á ustedes: ya los conozco mucho tiempo hace aunque ustedes no se acuerden de mí. Yo pasé algunas tardes en vuestro club el invierno último,—topé aquí esta mañana con mi amigo Toupman y me alegré mucho de verlo. ¡Bien! ¡Bien! y ustedes ¿cómo lo pasan? ¡Parece que gozan ustedes de buena salud á fe mia!»

Mr. Pickwick devolvió el saludo y dió cordialmente la mano al hombre alto de los calzones de pana.

«¡Bien! ¿y á usted cómo le va ahí?» dijo este dirigiéndose á Mr. Snodgrass con ansiedad paternal, perfectamente, ¿no es verdad?—todo va bien, todo va bien. Y usted ¿cómo está? (á Mr. Winkle) ¡Bien! me alegro mucho de que todos estén contentos: yo lo estoy á fe mia. Mis hijas, señores: estas son mis niñas; y aquella es mi hermana, Miss Rachael Wardle.»

«Perdonen ustedes señores; este es mi amigo monsieur Trundle. Y ahora que todos nos conocemos, procuremos pasarlo lo mejor posible y ver lo que está ocurriendo fuera. Esta es mi opinion.» Y diciendo esto, se caló el hombre alto sus anteojos: Mr. Pickwick hizo lo mismo, y todos se pusieron en pié en el carruaje para mirar por encima de los hombros de su vecino los movimientos y evoluciones de la tropa.

¡Sorprendentes fueron aquellas evoluciones! Una fila hacia fuego sobre las cabezas de otra y se retiraba; entonces la segunda fila hacia fuego á su vez sobre las cabezas de una tercera y se retiraba tambien; en seguida formaban cuadros, con los oficiales en el centro, y bajaban por un lado á la trinchera con escalas de cuerda, y subian por el otro lado con igual método, y derribaban barricadas de canastos, portándose en todo con la mayor elegancia.—Luego hubo tal furia de cargar y atacar unos cañones enormes puestos en batería, con instrumentos parecidos á grandes aljofifas amarradas en palos; tales preparativos antes de dispararlos, y tan espantoso ruido al hacer fuego, que se estremeció el aire con los chillidos de las señoras. Las señoritas Wardles se asustaron tanto que cayeron desmayadas y su tia presentó síntomas de un grave ataque nervioso. Todos se asustaron escepto el chico gordiflon que dormia profundamente como si el ruido del cañon fuese para él su habitual *naná*.

«¡Joe, Joe!» dijo el hombre alto luego que se tomó la ciudadela y se pusieron á comer sitiadores y sitiados. «Maldito chico, ¡pues no se ha vuelto á dormir! Tenga usted la bondad de tirarle un pellizco en la pierna, pues este es el único modo de despertarlo: así, así, muchas gracias. «Joe, abre el canasto.»

El chico gordiflon que habia despertado efectivamente por la compresion de su pierna entre el dedo pulgar y el índice de Mr. Winkle, se bajó otra vez del pescante y procedió á abrir el canasto con mas ligereza de la que podia esperarse de su inercia anterior.





DON LUIS DE GÓNGORA.

«Ahora estrechémonos» dijo el hombre alto, y, despues de muchas bromas, cuando todos estuvieron acomodados en el carruaje, comenzó á tomar los objetos que le alargaba Joe colocado á propósito dentro de la carretela.

«Ahora Joe, tenedoresy cuchillos»; alargáronse los cuchillos y los tenedores, y las señoras y caballeros dentro, y Mr. Winkle en el pescante, fueron respectivamente provistos de estos cómodos utensilios.

«Platos, Joe, platos», y se empleó un procedimiento igual para la distribucion de la loza.

«Ahora, Joe, las aves. ¡Maldito muchacho, pues no se ha vuelto á dormir! y unos golpecitos en la cabeza con el baston sacaron á Joe con cierta dificultad de su letargo. «Vamos, saca los comestibles.»

El sonido de esta palabra produjo un efecto magnético en el chico gordiflon. Se levantó; y sus ojos de plomo, escondidos entre sus cachetudos carrillos, se fijaron con cierta feroz alegría sobre los manjares que iba sacando de la cesta.

«Bien, bien»—«¡vamos, vivo! Ahora la lengua—el pastel de pichon—¡cuidado con el jamon y la ternera!—no olvides la langosta—saca la ensalada del paño—dame el aliño.» Tales fueron las rápidas órdenes que salieron de los labios de Mr. Wardle segun iba tomando los diferentes artículos de la cesta y colocándolos en los respectivos platos y en las respectivas rodillas en número infinito.

«Ahora, decidme, ¿no es esto magnífico?» preguntó aquel festivo personaje cuando la obra de destruccion hubo empezado.

«Magnífico» dijo Mr. Winkle, que estaba trinchando un pollo en el pescante.

«Un vaso de vino.»

«Con mucho gusto.»

«Mejor será darle á usted una botella, ¿no es verdad?»

«Tiene usted razon, muchas gracias.»

«¡Joe!»

«Señor» esta vez no se habia dormido, y se entretenia en sacar un pastel de ternera.

«Una botella de vino al caballero del pescante. Me alegro de su buen apetito.»

«Gracias.» Mr. Winkle llenaba su vaso y colocaba la botella al lado.

«Brindo por la salud de usted» dijo Mr. Trundle á monsieur Winkle.

«Con mucho gusto replicó Mr. Winkle á Mr. Trundle. Y bebieron ambos haciendo despues otro brindis á la redonda con inclusion de las damas.»

«Maldito chico» dijo el hombre alto «¡pues no se ha vuelto á dormir!»

«Raro muchacho» dijo monsieur Pickwick: «¿duerme siempre lo mismo?»

«Dormir» dijo el hombre alto «pues si nunca está despierto: hace los mandados dormido y ronca mientras sirve á la mesa.»

«¡Qué cosa tan rara!» dijo Mr. Pickwick.

«Muy rara en verdad» dijo el hombre alto «y me envanece tanto este chico, que no me desharia de él por ningun dinero, porque es una especie de objeto curioso. Joe, Joe, quita estas cosas y abre otra botella, ¿lo oyes?

El chico se levantó, abrió los ojos, se tragó el enorme pedazo de pastel que estaba engullendo cuando se quedó la última vez dormido, y obedeció lentamente las órdenes de su amo echando tiernas miradas

CASA Y TORRE DE LOS LUJANES, EN QUE ESTUVO PRESO FRANCISCO I REY DE FRANCIA.

á los restos del banquete, segun apartaba los platos y los depositaba en la canasta. Presentada y vaciada rápidamente la última botella y vuelto á amarrar el canasto en su sitio, subió otra vez el niño gordo al pescante, ajustáronse de nuevo las gafas y los lentes, y volvieron á empezar las maniobras militares. Hubo mucho marrar de tiros, muchos sustos y desmayos de señoras, y por último voló la mina con gran contento de la gente, y cuando la mina hubo volado, siguieron su ejemplo militares y paisanos, marchándose todos en distintas direcciones.

«Ahora cuidado,» dijo el hombre alto apretando la mano á Mr. Pickwick al terminar la conversacion que habian sostenido á intervalos mientras se terminaba el espectáculo: «nos veremos todos mañana.»

«Seguramente replicó Mr. Pickwick.»

«No olvidará usted las señas.»

«Quinta de Manor, Dingley Dell,» dijo monsieur Pickwick consultando su libro de memorias.

«Eso es» dijo el caballero alto; «ya sabe usted que no lo suelto en una semana y que por mi cuenta corre el que vean ustedes todo lo que hay que ver en este país. Si les agrada la vida del campo, no hay cuidado, que haré la disfruten ustedes por completo. ¡Joe, maldito muchacho! ya se ha dormido otra vez. Joe, ayuda á Tom á enganchar los caballos.»

Los caballos fueron enganchados, el cochero subió al pescante, el niño gordo trepó á ponerse á su lado, se cambiaron recíprocos saludos, y el carruaje se puso en rápida marcha. Cuando los pickwickianos volvieron la cabeza para echarle una última mirada, el sol poniente lanzó uno de sus mas brillantes rayos sobre los rostros de sus amigos del coche, y vino á caer de lleno sobre el cuerpo del chico gordiflon. Habia dejado caer la cabeza sobre el pecho y estaba profundamente dormido.



PUERTA Y TORRES DE CUARTE EN VALENCIA.

La escentricidad, cuya descripcion acaban de ver nuestros lectores en uno de los capítulos mas entretenidos de esa divertidísima historia, pintada tan al vivo por uno de los autores de mas verdad y riqueza en el colorido que cuenta en su seno la literatura británica, no es mas que una débil muestra de ese cúmulo inmenso de escentricidades y escéntricos que ofrecen por do quiera, en sus calles, plazas y clubs, Lóndres y las demás ciudades populosas de Inglaterra.—La manía es un accidente tan comun entre los ingleses como la risa, el buen humor, la conversacion festiva y el canto en los demás pueblos. Un inglés (hablamos de los ingleses escéntricos cuyo número es considerable y crece diariamente), no se divierte como la mayor parte de las gentes con gozar de los placeres que están al alcance de su fortuna; la vida comun se le hace muy pronto odiosa, y en vez de goces, necesita esperimentar emociones.

Para conocer y distinguir á un escéntrico, basta tener la vista algo ejercitada.—¿No habeis visto mas de una vez en las calles de París ciertas figuras que fijan vuestra atencion y se apoderan, digámoslo asi, de vuestra alma? Esas personas suelen no ofrecer nada estraño en su traje; pero en su mirada, en su rostro, hay un no sé qué fascinador y sorprendente. Si les hablais, su acento os revelará pronto que son estranjeros, y á un oido algo ejercitado no se ocultará que son ingleses.—Acercaos y entablad conversacion con cualquiera de ellos: no tardareis en notar que tienen alguna manía característica; el uno os hablará de caballos y os describirá la historia de todas las razas, y aun de todos los individuos del género; otro, cuya aficion particular se ha fijado en los perros de caza, os contará punto por punto la historia de sus infinitas variedades, su anatomía, su fisiologia, sus enfermedades, sus métodos de educacion, el desarrollo físico y moral de que son capaces, sus aficiones, sus aptitudes, sus instintos, y en suma su historia física, moral y semi-psicológica.—La canomanía es una de las escentricidades mas eruditas.—Los gallomanos forman tambien una interesante variedad que tiene ademas un carácter de nacionalidad muy marcado.—Hemos visto comprar un gallo en mil libras esterlinas y cambiarlo á los pocos dias por una mala escopeta; pero esta escentricidad ofrece escaso interés y mas que manía es una aficion muy generalizada en diversos paises.—La variedad que tiene su asiento peculiar en Inglaterra, y que constituye un tipo especial que no se encuentra en otras partes, es la iconomanía ó pasion furiosa á las pinturas, medallas y bustos.—Pero aun sobre esto es difícil decir nada nuevo.—Vengamos á las escentricidades individuales consultando algunos de nuestros recuerdos.—

Un amigo nuestro, jóven de diez y ocho años, se encontraba en Londres en 1819. Convidado á una espléndida fiesta con que celebraba su natalicio, cierto rico negociante de la Cité, y habiéndose prolongado la reunion hasta una hora muy avanzada de la noche, tuvo que regresar á su casa al través de las oscuras alamedas que se estienden por el boulevard de New-Road. Sabido es que en 1819 aquel sitio era uno de los mas tristes de Lóndres. Una doble fila de arbustos de seis piés con el tronco carcomido y la copa descarnada y lánguida; unas altas rejas monotonas y enmohecidas colocadas á un lado y otro del camino; un espacioso cuadro de cesped delante de cada edificio y una tapia de ladrillos negros enfrente de cada uno de estos cuadros, eran todo el adorno de este largo camino triste, sombrío y desapacible.

Habia andado mi amigo un cuarto de hora á lo largo de este tétrico paseo, cuando un hombre alto, gigantesco, desembocó repentinamente de una de las calles laterales. Aquel hombre se viene derecho hácia él blandiendo en su mano un nudoso garrote.—El desconocido tenia por lo menos seis piés y su fiero aspecto completaba el pavor que inspiraba su talla. Jugaba con el enorme tronco que le servia de baston como un niño con la cuerda que tiene de juguete.—Marchó un rato en silencio al lado de mi amigo y en seguida entabló con él el siguiente diálogo:—«¿Cuál es vuestro país?»—¡Estraña pregunta para dar principio á una conversacion nocturna!—«Francia.»—«¿Y vos, de dónde sois?»—

«De la Jamaica, posesiones inglesas.»—«Decidme, ¿sois rico?»

—«No; ¿y vos?»

—«Rico y pobre, segun las ocasiones.—Salí hace dos años de la cárcel y desde entonces no van mal los nego-

cios. ¿Pero vos, prenda mia, qué venis á hacer á Lóndres?»

—«Aprender el inglés y viajar por el país.»

—«¿Y á cuánto ascienden vuestras rentas?»

—«A doscientas libras esterlinas.»

—«¡Oh! pues yo cuento un año con otro con mas de mil libras. No hay en Lóndres ladron mas célebre que *Jemmy Cower*. ¿Y viven vuestros padres? ¿Dónde están?» Continuó preguntando con un tono verdaderamente sentimental.

—«Habitan en París.»

—«¿Son viejos?»

—«Mi padre es bastante anciano.»

—«¿Qué hace?»

—«Nada.»

—«¿Cuál es su profesion?»

—«Es general retirado.»

—«Yo tambien he servido ¿Y llevais algunas alhajas ó dinero?»

El interrogatorio se iba haciendo serio para mi amigo que confesó de plano la verdad.

—«¿Y dónde vivís?

—«*Malborough Street*, *Orford Street*.»

—«¡Diablo! pues está bien lejos, y hay que atravesar todo el parque de New-Road, que es peligroso. Los camaradas podrian echarse encima y las cadenas y los brillantes de vuestras sortijas os comprometerian gravemente. ¡Vamos! es preciso acompañaros hasta *Saint-Giles*; allí nada tendreis que temer. Charlaremos por el camino.

Jemmy-Cower convertido en protector de mi amigo le refirió todas sus aventuras. Habia servido por mar y tierra, y cuando lo licenciaron se habia hecho filibustero nocturno. Hablaba de sus robos como de sus batallas con cierta especie de modesto orgullo, y al llegar á la puerta de *Saint-Giles* se paró, apretó con violencia la mano de mi amigo y le dijo:

—«Sois un niño, pero no habeis tenido miedo. Podeis jactaros de haber ido durante media hora por el parque de New-Road en compañía de Jemmy-Cower. Cuando se ha tenido semejante encuentro y se ha salido con bien, las gentes se despiden como buenos amigos. Dadme la mano y buenas noches.»

Diciendo esto se despidió y encaminó sus pasos por el tortuoso laberinto de Saint-Giles.

Esta aventura conmovió vivamente á mi buen amigo que no pudo dormir en toda la noche. Refiriéndola al dia siguiente á sus conocidos, supo que aquel famoso Jemmy-Cower, que despues de haber servido por mar y tierra, se habia convertido en filibustero nocturno causándole tanto pavor en su presencia y haciéndole temer por la seguridad de su bolsillo, era lord... uno de los hombres mas ricos de la Gran Bretaña y el primero tal vez de sus escéntricos.

(Se continuará.)

RICARDO DE FEDERICO.

DON LUIS DE GONGORA Y ARGOTE.

Hijo de don Francisco Argote y de doña Leonor de Góngora, invirtió el órden de sus apellidos, tomando el de su madre por primero.

Nació en Córdoba el 11 de julio de 1561. No ha faltado entre sus biógrafos quien le haya hecho nacer en la calle de Marcial. Del mismo modo pudo ser en la de Séneca el trágico ó en la de Lucano; pero esto no hubiera sido tan acertado, porque al fin, mas que á los escritos de cualquiera de estos dos últimos poetas se parecen los de Góngora á los del epigramático Marcial.

El padre de nuestro don Luis, que era un distinguido jurisconsulto, deseando que su hijo abrazase la misma profesion, le envió á estudiar á la universidad de Salamanca; pero la aficion del estudiante á la poesía y sus felices disposiciones para cultivarla le hicieron abandonar el estudio á que su padre le destinaba. Por esta resolucion abrazó gustoso Góngora la pobreza y esa posicion ambigua que ocupan los alumnos de las musas en la sociedad (en la cual aparecen como los eslabones que en la cadena de los vivientes se interponen entre los cuerdos y los locos) prefiriéndolas á la halagüeña perspectiva que debia presentar á sus ojos una profesion en que ya su padre se habia grangeado un gran concepto, ocupando una posicion muy distinguida.

Despues de este y otros muchos ejemplos que nos presentan los poetas de preferir lo agradable á lo útil, no hay para qué maravillarse de que vivan pobres, ¿pues cómo han de ser ricos los que nada ponen de su parte para serlo? Hagamos sin embargo justicia á algunos de los poetas de nuestros dias. Escarmentados sin duda en tantas cabezas agenas, han estudiado largamente para aplicar en la práctica el *omne tulit punctum* de Horacio; y asi es que si alguna vez para inspirarse se bajan á beber en la fuente de Helicona, lo hacen echándose mano á los bolsillos para que no se les salgan los pesos duros. Con estos poetas me entierren, diria Sancho Panza, que era hombre que sabia donde le apretaba el zapato. Pero vamos al asunto.

De veinte y tres años era ya conocido Góngora como poeta de mérito, sin que por esto dejase de ser deplorable el estado de su fortuna, y en este mismo estado pasó despues mas de veinte años, abrazando por último el estado eclesiástico á fin de tener alguna esperanza que le tranquilizase sobre su futura suerte.

Trasladóse despues á Valladolid, donde residia la córte, y contribuyó con varias de sus poesias á la coleccion que en 1605 publicó Pedro Espinosa con el nombre de *Flores de poetas ilustres*.

Despues de once años de pretender y trabajar, solo pudo conseguir aumentar algo mas su reputacion de poeta. Llegó un dia en que parecia iba á cambiar la suerte de Góngora, pues llegó á tener el favor del condeduque de Olivares; pero una enfermedad cerebral que le privó de la memoria, le privó igualmente de los favores que aquel poderoso valido le hubiera podido dispensar; y ya inútil para la córte, se volvió á su patria, donde murió el 23 de mayo de 1627 á los sesenta y seis de su edad. Fue sepultado en la catedral en la capilla de San Bartolomé, patronato de la casa de Góngora.

Fue Góngora dado á la sátira, resaltando en esta mas lo agresivo que lo chistoso. Tuvo por enemigo á don Francisco de Quevedo, cuyos escritos y acciones solia criticar con punzantes epígramas; pero Quevedo no dejaba de volverle las pullas, y á la verdad no era Góngora suficiente hombre para luchar con aquel gigante de la sátira. Debe creerse que si Quevedo se irritaba de la mordacidad de Góngora, seria por la misma razon que un leon se irrita de una mosca que le molesta. Tambien asestó Góngora sus armas contra Lope de Vega, que en varias ocasiones manifestó no le gustaba el culteranismo.

Se ha culpado á Góngora de haber fundado la secta de los culteranos; pero esta inculpacion carece de fundamento, y se rebate fácilmente, ya sea recurriendo á los hechos, ya á la razon. Recurriendo á los hechos vemos el culteranismo propagarse en Italia antes que en España; y la literatura nuestra subordinada á la italiana, parece natural que asi como la acompañó en los buenos ejemplos, la siguiese en los malos. Por otra parte, no se concibe que un hombre pueda cambiar el gusto de una nacion, haciéndola admitir una poesía ampulosa, oscura y estravagante, y olvidarse de sus bellos modelos. La verdad es que el *gongorismo* ya se deja traslucir en algunos pasajes (pocos á la verdad) de Herrera y de Rioja. El mal gusto de Góngora fue una enfermedad que en su tiempo se notaba ya en muchos de nuestros escritores; y con la misma falta de razon se dice que Góngora estragó el gusto en la poesía, como que Churriguera estragó el gusto en la arquitectura: ambos obedecieron al gusto de su época, y ambos (cada uno en su cuerda) tuvieron la desgracia de ser la síntesis de este mal gusto.

Pero si mueve á lástima ver á Góngora escribiendo sus *Soledades* y su *Polifemo*, no puede contenerse la risa al ver á hombres al parecer de seso, tratando muy de propósito de averiguar lo que Góngora quiso decir en cada uno de los innumerables lugares oscuros de sus obras cultas. Valgámonos de un ejemplo: el asunto lo merece.

Dice Góngora en sus *Soledades*, hablando de unos serranos:

«El menos ágil cuantos comarcanos
Convoca el caso, él solo desafia,
Consagrando los pálios á su esposa;
Que á mucha fresca rosa
Beber el sudor hace de su frente.»

Y á esto dice el bueno de Pellicer: «El sentido que esto tiene no es muy fácil: yo decia que los serranos, fatigados en el cansancio y fatiga de las cargas que llevaban, sudaban y llegaban al rostro sus mujeres, y entre las rosas de sus megillas enjugaban el sudor; pero nuestro amigo don Gabriel de Roa, gran poeta, gran amigo de don Luis y grande imitador suyo, de cuyo manuscrito me he valido, me advirtió que lo que don Luis quiso decir allí era que cada zagala limpiaba á su esposo con puñados de rosas deshojadas el sudor de su frente. A mí se me hace duro; otro lo decida.»

Yo, aunque humildemente confieso que carezco de autoridad para tomar parte en esta grave cuestion, me inclino á que tiene razon Pellicer en decir que semejante modo de limpiar el sudor se le hace duro. ¡Limpiar el sudor con puñados de rosas deshojadas! ¡vaya una ocurrencia! ¿pues no habia pañuelos, ó delantales ó alguna camisa (limpia por supuesto) que pudiese servir para secar aquellos mojados rostros? La opinion de Pellicer me parece mas admisible; y yo, á ser serrano, desdé luego me atendria á ella sin ningun género de vacilacion. Pero como no lo soy, y miro esta cuestion como parte desinteresada, creo que muy bien pudo ser que lo que Góngora quiso decir fue que como las serranas iban coronadas de rosas, estas rosas bebian el sudor de sus frentes. ¡Oh lumbreras de nuestra literatura! ¿qué seria de esta sin vuestros poderosos auxilios? Acudid aquí que el caso lo requiere: es forzoso saber lo que Góngora quiso decir, ó de lo contrario es forzoso decir que Góngora no supo lo que se dijo; y, segun parece, hay cultos en la costa, y es por consecuencia forzoso irse con tiento en afirmar nada que á los tales sea desfavorable.

La celebridad de un poeta no se funda en todo lo que ha escrito, sino solamente en lo bueno que ha escrito. Descartando, pues, todas las poesías en que Góngora pagó tributo al mal gusto de su siglo, quedan todavía suficientes para que le demos en nuestro parnaso un lugar distinguido.

Son bellísimos algunos de sus sonetos, citados con razon por muchos de nuestros escritores, y me gusta sobremanera por su gallarda estructura el siguiente, que no recuerdo haber visto citado.

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora:
Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando al esparcir tu nueva lumbre
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora.
Para que desta vega el campo raso
Bordes, saliendo Flérida, de flores;
Mas si no hubiere de salir acaso,
Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

No puede negarse que en este soneto se nota algo de afectacion; pero es esa afectacion elegante que tanto nos cautiva (á mí por lo menos) en algunas de las obras de don Antonio de Solís.

Tambien luce el talento poético de Góngora en sus letrillas, género de poesía en que tiene pocos rivales.

Pero en lo que, segun mi humilde juicio, no ha habido hasta ahora quién le iguale es en esos romances llamados *moriscos*.

En ellos no se sabe qué admirar mas, si lo galano de la frase, si lo fácil de la diccion, ó si aquel colorido encantador, que nos hace ver como si delante las tuviésemos, las escenas que el poeta nos describe.

Qué delicadeza, y qué verdad, y qué sentimiento se notan en el romance que comienza

Famosos son en las armas
los moros de Canastel,
valentísimos son todos,
y mas que todos Hacen.

De este romance tomó Moratin el padre en su *Fiesta de toros de Madrid* el siguiente lugar, admirable por su sentimiento y verdad, puesto en boca de una cautiva:

«Asi quiera Dios, señora,
Que alegre yo vuelva á ver
Las generosas almenas
De los muros de Jerez.»

Nada puede leerse mas encantador que el romance que comienza:

«Entre los sueltos caballos
De los vencidos cenetes,
Que por el campo buscaban
Entre lo rojo lo verde.»

Se necesita tener el alma de bronce para no enternecerse al oir aquella relacion del cautivo enamorado; y al ver la generosidad de su vencedor, no puede menos de esclamarse ¿el hombre que ha escrito con tan inimitable verdad y fuerza de sentimiento, ha podido escribir *Las Soledades*?

No es menos bello el romance que comienza:

«Aquel rayo de la guerra,
alférez mayor del reino,
tan galan como valiente
y tan noble como fiero,
De los mozos envidiado
y admirado de los viejos,
y de los niños y el vulgo
señalado con el dedo.»

¿Queremos ver cuál iria el ginete que el poeta nos describe? pues basta para esto saber que:

«Tan gallardo iba el caballo
que en grave y airoso huello
con ambas manos media
lo que hay de la cincha al suelo.»

¡Esto es pintar!

Basta lo dicho para conocer que no debe confundirse el Góngora de las estravagancias, con el Góngora de las bellezas. Pagó tributo al mal gusto de su época, y si se quiere puso de su parte lo bastante para poder ser llamado jefe de aquella escuela detestable. Pero antes de esto escribió lo suficiente para ganarse en nuestro parnaso un lugar muy distinguido.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

CIRCUNLOQUIOS AD HOC.

Hace algunos años que oí la historia que voy á contar.

Pasábamos junto al cementerio de una triste y miserable aldea.

Era el crepúsculo de la mañana. A su luz blanquecina y tenue, divisamos dos cruces enteramente iguales que descollaban solitarias en un ángulo del sagrado recinto.

Un perro grande, de largas y sucias lanas, dormia enroscado al pié de una de las cruces.



Al ruido de la diligencia que nos conducia, levantó el animal la cabeza, aspiró el aire que le circundaba, sacudió indolentemente las orejas, y volvió á sumergir su hocico entre las patas.

Pronto le perdimos de vista.

La imágen de aquel perro, durmiendo al pié de una cruz, preocupó vivamente mi ánimo.

Estaba el dia nublado, y anunciábase la aurora, melancólica y helada, una aurora de febrero.

El inmenso campo que descubríamos, se mostraba árido, como el corazon de un escéptico. El horizonte que le coronaba, nebuloso y frio como el interior de mi alma.

Mas de dos leguas habríamos caminado y la imágen del guardian del santo campo, continuaba embargando mi cerebro, marchito por los desengaños prematuros, cansado por la incesante lucha que sostiene desde mi adolescencia.

Entonces sentí nacer en mi pecho un deseo poderoso, irresistible, apremiante, de comunicar mis pensamientos con alguna persona que pudiera comprenderme... ¡Ay! ¡no la habia encontrado en una libre poblacion de trescientos mil habitantes, y pretendia buscarla en las prisiones de un coche de viaje!

El hombre es dueño de contener sus impulsos, sus aspiraciones... harto lo conozco, la esperiencia me ha convencido; ¿pero como evitará el sentirlas?

Mi compañero de viaje era un exclaustrado; hablaba tan poco como yo, y apenas habríamos cambiado media docena de palabras en las veinte y cuatro horas que caminábamos juntos.

Sin duda le inspiraria la propia desconfianza que tengo hácia cuanto me rodea. ¿Este sentimiento, es acaso intuito en el corazon de la criatura?—No.—Todo el mundo sabe lo contrario.—Las decepciones, los contínuos sinsabores, aniquilan nuestra ser, y engendran ese recelo que seca poco á poco la flor lozana de nuestras creencias.

La desconfianza está en proporcion de los padecimientos.—Quien mas sufre es el mas desconfiado.—No hay que olvidar tampoco los temperamentos

Luego no se me culpe por mi incredulidad, con respecto al bien. Este defecto de mi carácter, no es mio; lo han hecho germinar, ó de otro modo, me lo han trasmitido.

Vuelvo á mi narracion.

Tambien mi compañero estaba cabizbajo.

De improviso, fijando en mi su mirada, distraida por alguna recóndita idea, me preguntó con cierto aire de misterio.

—¿Observó usted el perro y la igualdad de las dos cruces del cementerio que hemos dejado atrás?

—¡Si usted supiera cuantas reflexiones me han sugerido! le contesté cediendo á la comezon que en aquel instante me incitaba á hablar.

—¡Y si usted penetrase los recuerdos que han despertado en mi alma! me replicó en el mismo tono de mi respuesta. Es una tradicion de mi pais, que escuché cuando niño de los labios de mi padre, y que prueba una vez mas la justicia de Dios en la tierra, que suelen negar los desgraciados al ver la opresion del justo y el triunfo del criminal en este mundo, y que sin embargo existe y se administra por medios desconocidos, llamados en nuestra ignorancia *casualidad*, cuando su nombre es *providencia.*

—Cuento tenemos, dije para mi sayo, y llevé involuntariamente la mano al bolsillo de mi catera, añadiendo en alta voz:

—Si fuese usted tan amable.....

—¿Qué me callase?

No me habia engañado en mis juicios; mi compañero era tan susceptible como yo.

—Que me refiriese esa historia, le contesté, pasaríamos mejor el rato.

—A propósito, continuó. Usted creerá como todos en la muerte del feudalismo.

Me encogí de hombros, no atinando el objeto de aquella suposicion afirmativa.

—Lo digo, prosiguió, porque necesito para el esclarecimiento de los hechos, demostrar que el feudalismo, bajo la acepcion, de *poder arbitrario*, con que la generacion presente conoce esa palabra, vive entre nosotros, como en los primitivos tiempos de la edad media, como existirá en todas las épocas y naciones sea cual fuere su sistema de gobierno.

»Desapareció el derecho de vidas y haciendas, desplomóse la horca y se embotó el cuchillo señorial; todo esto no es mas que cuestion de forma, limitacion de abusos, si se quiere, y es cuanto por otra parte puede hacer la humanidad. El cáncer, está en su propia esencia, como elemento constitutivo de su ser y mientras haya hombres, habrá desigualdad de fortunas que creará los fuertes y los débiles, políticamente hablando, y los segundos estarán á merced de los primeros y de esta dependencia forzosa, nacerá el abuso, esto es el feudalismo con todos sus fueros y prerogatavas.

»La hidra del poder feudal tiene innumerables brazos,

»En vano Luis VI de Francia quiso ponerle el pié en la garganta; en vano Felipe II Augusto y Luis XI siguieron su ejemplo, interesados en menoscabar una autoridad que hacia sombra á su trono. Enrique VII en Inglaterra, Fernando V en España, Maximiliano I en Austria, Gustavo Wasa en Suecia y Federico I en Dinamarca, creyeron, por diferentes caminos haberle dado el golpe de gracia y todos no hicieron mas que ligar unos cuantos brazos al monstruo, para tener mas libres los suyos; pero aun le quedan miles con que imponer su yugo por do quiera, á despecho de restricciones y leyes.

La debilidad y la fuerza lucharán perdurablemente bajo infinitos y diversos aspectos y el triunfo de esta, cualquiera que sea la justicia de entrambos, es ley inmutable de la naturaleza.»

No satisfecho con estas reflexiones, mi compañero se engolfó despues en otras mil sobre su tema filosófico y al cabo me refirió la historia que siguiendo una rancia costumbre apunté en mi cartera.

Ya habia olvidado este incidente, cuando al leer hoy en los periódicos la apologia de *Palomo* el perro del batallon de cazadores de Baza, recordé mi viaje y la tradicion del esclaustrado motivada por la vista del perro del cementerio. No me pareció exausta de interés y en tal creencia la traslado á mis lectores, bien entendido que en la exactitud historica del relato, dejó á salvo mi responsabilidad, pues si alguno quisiera exigírmela, le rogaria que trajese á su memoria el famoso distico.

Y si lector digerdes ser comento
Como me lo contaron te lo cuento.

Y tendria mi contestacion.

II.

CUADRO DE FAMILIA.

Corria la primavera del año de gracia de 17.....

En un estenso valle de la feraz Andalucia, rodeado por escabrosas montañas, habia en los tiempos á que la tradicion se remonta, una reducida aunque pintoresca aldea.

Hoy la aldea se ha convertido en un pueblo de mil vecinos cuando menos.

Es tan benigno el clima de este valle, que jamás las dura escarcha, marchita su verde alfombra ni el cálido sol de estío, agosta el césped de sus praderas.

Los montes de sus contornos oponen una barrera insuperable á los impetuosos aquilones que retroceden mugiendo, como irritados de no poder con su hálito asolador deshojar las eternas flores de aquel nuevo paraiso.

A la entrada de la aldea y bajo ennegrecidas rocas que formaban una lóbrega gruta, brotaba entonces un claro manantial, cuyas abundantes aguas deslizándose sobre la blanda arena de un limpio arroyo, abierto al traves de los campos y sombreado por el musgo que se entrelazaba en sus orillas, iba á perderse en los sembrados despues de haber surtido á la aldea.

La condesa de C., descendiente de un rico criollo de de la América del Sur, célebre por el sin número de esclavos que cultivaban sus cafetales y movian sus *ingenios*, era tambien la propietaria de estos dominios en el comienzo de nuestra historia.

En las labores de sus campos, empleábanse todos los hombres de la aldea, viniendo á ser lo mismo que sus familias, dependientes de la condesa.

Durante los rigores del verano y siguiendo la tradicional costumbre de sus mayores, establecidos en Europa á principios del siglo XVII, retirabase la opulenta señora del pais á una quinta ó casa de recreo que aquellos habian construido en el valle para gozar de las dulzuras de su cielo.

La venida de la condesa era siempre un acontecimiento en la poblacion.

En este apacible vergel nació Luisa, la ma bella aldeana que habia contemplado nunca sus atractivos en las cristalinas ondas del arroyuelo.

Sus alegres compañeras la veian pasar con envidia todas las mañanas, llevando bajo el brazo su vidriado cantarillo para llenarlo en el manantial, y las ancianas, desde las puertas de sus casas, la saludaban con la sonrisa en los lábios, diciéndole cariñosamente,

—Dios te conserve el cabello, hermosa Luisa.

Y en verdad que tenian razon estas buenas mujeres, porque ninguna de las jóvenes andaluzas, ostentaba unas trenzas comparables á las de Luisa.

Cuando los dias de fiesta se engalanaba con sus enaguas de color de fuego, almilla negra y pañoleta azul, y su espesísima cabellera, rubia y brillante como la del sol de abril, coronaba en forma de lazo la parte inferior de su linda cabeza, que el peso de las trenzas, hacia inclinar suavemente atras, no obstante la cinta que las sujetaban, blanca, cual la nieve de su cuello, aparecíase á los aldeanos como el génio bienhechor de los campos y si al pasar junto á alguno, le dirigia la espresiva y dulce mirada de sus rasgados ojos negros, era tan profundo el placer de su alma, que soñaba con la imágen de la jóven y al encontrarse al otro dia entre sus compañeros en el cultivo de los prados, se apresuraba á decirles:—ayer encontré á Luisa,—y aquellos sentian en silencio una verdadera tristeza, en no haber sido partícipes de semejante ventura; pues la aldeana no se dejaba ver si no al ir por agua á la fuente, apenas anunciaban los pájaros desde sus nidos la vuelta de la luz y los dias de fiesta al oscurecer, en que sirviendo de guia á su anciano padre, medio paralítico, salian ambos acompañados por un corpulento mastin, de largo, tosco y encrespado pelo negro y blanco, ancha cabeza y sagaz mirada, para visitar al viejo Andrés, antiguo amigo de la familia que habitaba una solitaria choza, no lejos de la aldea.

Tambien llegaba una época en el año en que Luisa era buscada por los ancianos para realzar con sus atractivos el baile que tenia lugar ante los balcones de la quinta en celebridad de la Vírgen de la Asuncion.

Fuera de estas ocasiones, jamás se la veia tomar parte en los campestres juegos del lugar. Siempre al lado de su padre, Luisa rejuvenecia sus años, mitigando los rigores de la vejez y el dolor que minaba lentamente la existencia del honrado Pablo, desde que una larga série de calamidades destruyó su modesta fortuna de mercader, relegándole á la precaria situacion de sirviente, desgracia á la que no pudo sobrevivir su esposa.

Por eso la educacion de Luisa y de su hermano Tomás, aunque sencilla en estremo, diferia notablemente de la de todos los labriegos, quienes sin embargo no se consideraban humillados al reconocer la superioridad del hijo de Pablo, el mas arrogante mozo de toda la comarca, que era en la actualidad quien mantenia á su reducida familia, con el salario que ganaba, como dependiente de la condesa de C., cuyo suntuoso jardin estaba confiado á su custodia.

Todos los domingos al medio dia, dirigíase Tomás alegremente á la aldea para entregar á su padre el jornal de la anterior semana, y cambiar al mismo tiempo su estropeado vestido por el que que su hermana le tenia dispuesto para que le sirviese los siguientes ocho dias en su ejercicio acostumbrado.

De este modo trascurrlan felices los años de esta familia virtuosa: á escepcion del recuerdo de la madre y de sus pasados infortunios, siempre constante en la memoria de sus individuos, ni el menor pesar turbaba su reposo. Vivian conformes con su suerte: el aguijon de las pasiones no habia emponzoñado la dulce tranquilidad de su alma y el amor que se profesaban satisfacia á las exigencias de su corazon virginal.

(Se continuará.)

JOSÉ J. SOLER DE LA FUENTE.

VALENCIA.

PUERTA Y TORRES DE CUARTE.

Pocas son las poblaciones que no citen con mas ó menos fundado orgullo, ó un rasgo brillante en su crónica, ó un notable monumento en su recinto. Pero los monumentos son hechos para halagar el amor propio quizá con mayor energía que aquellos; los cuales relegados á las columnas de un libro impreso ó á las hojas de un manuscrito, instruyen é interesan á una limitada seccion de individuos que leen; mientras los monumentos, libros de piedra, bronce y argamasa, hablan á todo el que tiene ojos, y escitan la curiosidad de ignorantes é instruidos. Los monumentos conmemorativos del valor gozan el privilegio de fijar una atencion preferente; y al recorrer los que ha sembrado el hombre y esparcido en la superficie del globo, se conoce, que el que los levantó, ante todo quiso aparecer fuerte en un mundo, donde todo le echa en cara su debilidad é impotencia; dominador en el momento mismo que sucumbe esclavo de la muerte, y grande detrás de las piedras que le cubren y esconden sus hediondos é insensibles restos. Los monumentos son en la region de lo insensible lo que el hombre en el órden físico sensible. Una almena derrocada, una pared agujereada, una ventana maltratada, son un hombre herido y mutilado en accion de guerra; uno y otro hacen alarde de su gloria; y á uno y otro se contempla con respeto y veneracion. Tal es el título con que la Puerta y torres de Cuarte de la ciudad de Valencia, se presentan á figurar en el Museo.

Despliéganse majestuosas á los rayos del sol poniente, y en ellas empieza la carretera de las Cabrillas, que antes de la existencia del ferro-carril conducia á Madrid, por la via mas recta. Toman el nombre del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia sobre dicho camino. Su planta son dos medias elipses cortadas por su diámetro menor: únelos un cuerpo de edificio, en cuyo centro se abre una anchurosa puerta. Elévanse á una altura prodigiosa, rematando cada una en una robusta corona de matacanes que la embellecen, y le dan con su vuelo gallardia y esbeltez.

La simple inspeccion del grabado justificará la parsimonia que, hasta afectamos en su parte descriptiva, puesto que su mérito como monumento artístico queda relegado al catálogo de tantas otras como poseen varias ciudades de Europa, y que constituian uno de los elementos de fortificacion antigua. Unicamente nos contentaremos con añadir que su construccion data de 1844, y en época en que las necesidades de una poblacion en estado de constante desarrollo, aconsejaban el aumente de comunicaciones entre lo interior y esterior de la ciudad, al paso que la reforma y clausura de otras.

Desde muy atras fue su destino la custodia de presos, y como cárcel pública continua al lado de su hermana mayor la de Serranos y su hermana menor la de San Narciso.

A la par con las escasas ventanas que interrumpen la desnudez de las paredes de las torres, y en cuya apertura lo mismo que en las de Serranos, se consultaron mas

BEN-ABU, GENERAL DE CABALLERÍA, INTÉRPRETE DE LOS PRIMEROS ENVIADOS DE MULEY-EL-ABBAS.

bien las exigencias de la distribucion interior que las de la belleza y simetria, podrá el que inspecione el grabado, observar crecido número de agujeros de diferentes dimensiones y de formas irregulares. Fueron producidos por las balas de cañon y fusil lanzadas por los franceses en los ataques que á dicha puerta dieron el 28 de junio de 1808 á las órdenes del mariscal Moncey. He aquí como comparacion á su escaso mérito artístico. un glorioso título á la honorífica cabida que le damos en nuestras páginas.

Aun retumbaba por todos los ángulos de España el eco de las descargas del Prado, y los gemidos de los mártires del 2 de mayo. El pavor y amilanamiento que el vencedor se prometia infundir á los españoles, no fue sino rabia é indignacion. Aquel sacrificio subió al cielo en demanda de venganza y expiacion, y la obtuvo. Las espediciones enviadas á diversos puntos se creyeron en el deber de desplegar su energia y valor; cualidades ambas, cuyo peso habian hecho sentir á Europa, y que creyeron aplicables con igual éxito á España. A Valencia le cupo en suerte como jefe de la espedicion enviada á sojuzgarla. uno de los generales franceses mas humanos, y mas penetrados de la injusticia de la invasion de Bonaparte. Pero cumplia con su deber, y al propio tiempo es forzoso reconocer y confesar que no se contaminó con los escesos y atrocidades, con que otros generales mancillaron su nombre y bandera. Esta circunstancia, sin embargo, en nada disminuia el sentimiento de odio, que ardia en los corazones de todos los españoles. Era francés, y bastaba.

Aunque las noticias y antecedentes con que contaba le hicieron considerar como muy árduo el logro de su empresa, no por ello omitió las disposiciones propias de una campaña en pais enemigo, y de cuyos habitantes eran harto notorios la decision, el arrojo, y el aborrecimiento al nombre francés.

La junta de Valencia presidida por el célebre franciscano P. Rico, despues de lavar la mancha de los asesinatos de los inofensivos franceses con la ejecucion de los asesinos, y del jefe de ellos, el tambien funestamente célebre canónigo don Baltasar Calvo, se consagró á la defensa de la ciudad y sus aproches; destinando una fuerza, en su mayor parte de gente allegadiza, á las fronteras de la provincia, y desfiladeros de las Cabrillas á las órdenes del general Adorno. Fortificóse el puente Pajazo sobre el Cabriel, y aguardóse la embestida del enemigo, á quien se dió vista el 20 de junio. Una diestra maniobra de este determinó la desercion de doscientos suizos, que se pasaron á los franceses, y el consiguiente desbandamiento de la columna. Los restos de la dispersion reunidos de nuevo á impulsos del ardor y energía del P. Rico, que salió apresuradamente de Valencia á conjurar el golpe fatal, aprovechando lo ventajoso y quebrado del terreno entre Sieteaguas y Buñol, esperaron segunda vez á los franceses, y molestaron su vanguardia con fuegos de guerrillas; pero desalojados á su vez de las alturas por el general Arispe á la cabeza de sus vascos montañeses del Pirineo, tambien fueron obligados á retirarse disputando al enemigo el terreno de cerro en cerro.

A falta de otras ventajas se lograba con este sistema de obstáculos constantemente reproducidos, ganar tiempo y darlo para la defensa de la ciudad. El último tropiezo que se le suscitó, fue la escaramuza de San Onofre, junto al pueblo de Cuarte. Numerosos tiradores certeros, emboscados en los algarrobales y olivares que á manera de bosques pueblan aquellas estensas llanuras, embarazaron la marcha de la fuerza enemiga por espacio de algunas horas, desde las dos de la tarde del 27, hasta el anochecer, en que quedaron los franceses dueños de la posicion y del pueblo de Cuarte.

Las autoridades de Valencia presididas por el conde de la Conquista se reunieron para deliberar acerca del mensaje de intimacion que les habia dirigido Moncey por conducto de un coronel español prisionero. No se hallaban agenos de oir proposiciones, y entablar capitulacion; pero no contaban con el espíritu del pueblo, quien vivo y fogoso con la sangre árabe que hervia en sus venas, y escitado por las proclamas y arengas patrióticoreligiosas de los eclesiásticos seculares y regulares, se agolpó al local de la conferencia, é hizo sonar en los oidos de los deliberantes la entonces terrible palabra de traicion No hubo ya vacilacion. Proclamóse la defensa. Toda edad, sexo y condiciones se amalgamaron en una idea, en un deseo: ódio á los franceses: á matar franceses.

La ciudad habia tenido tiempo de preparar su defensa, aunque sus muros y fortificaciones fueron como lo son hoy, de simple parada, ó cuando mas para evitar un golpe de mano, mas no para sostener un sitio en regla. Improvisáronse, sin embargo, obras por todas partes, suplióse la escasez de proyectiles con los hierros de los balcones, y utensilios de menaje, y aquel pueblo impresionable y entusiasta corrió alegre y bullicioso, á desafiar el peligro y la muerte en la muralla y baluartes.

El enemigo se presentó á las once de la mañana delante de la puerta de Cuarte, y ensayó un ataque. Cerrada aquella, trataba ya de forzarla á cañonazos, cuando abriéndose de repente ambos postigos, dos piezas gruesas vomitan un torbellino de metralla, que barre toda la calle del Arrabal, dejándola sembrada de cadáveres. Igual éxito tuvieron dos tentativas mas, repetidas contra la misma, otras tres acometidas al torreon de Santa Catalina, situado en el ángulo septentrional de la plaza, y en el punto donde el Turia empieza á lamer la muralla; y finalmente un postrer ataque á la puerta de San Vicente.

Aunque en todos los mencionados puntos fue brillante y heróica la defensa, la de la puerta de Cuarte se consideró prodigiosa, y fue consagrada su memoria con un retablo que se colocó en la parte interior de dicha puerta á la derecha mirando hácia la calle Estramuros. El retablo contenia un cuadro al óleo de la Vírgen de los Desamparados en su parte superior, y en la inferior una vista de la puerta de Cuarte reproduciendo la escena del ataque y defensa. Al monumento se añadió como corona y realce la nueva denominacion impuesta á la puerta de Cuarte, que desde entonces y mientras duraron aquellas circunstancias, fue llamada con orgullo nacional: *Puerta de la Victoria*.



AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes, se servirán renovarlo si no quieren esperimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 27. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 1.° DE JULIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Decididamente el asunto de la renuncia de Montemolin y don Fernando y de los manifiestos de don Juan, va picando en historia y amenaza entretener al público por largo tiempo. Nuestros lectores saben que cuando se estaba discutiendo sobre si don Cárlos y don Fernando deberian ser juzgados y en este caso cuál habria de ser el tribunal encargado de juzgarlos, se les ocurrió á los dos hermanos renunciar sus pretensiones, asegurando que lo hacian espontáneamente, que nunca jamás volverian á consentir que en su nombre se levantase bandera, que considerarian como enemigos á los que tal hiciesen, y que si salian de la prision en que se hallaban, ratificarian inmediatamente aquella renuncia como prueba de que solo su conciencia y el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos les habian movido á hacerla. La renuncia fue en efecto tan espontánea, cuanto que al gobierno actual nada le importaba que no la hicieran, antes bien en cierto modo le habria convenido, y cuanto que don Juan cerciorado de su autenticidad se creyó llamado á suceder en sus pretensiones á sus dos hermanos mayores publicando un manifiesto al efecto, que fue seguido de otro, y no sabemos si este será el último.

Pues bien, despues de este ruido, ahora salimos con que don Cárlos y don Fernando han escrito á la reina diciéndola que les es imposible ratificar su renuncia porque habiendo consultado nada menos que á siete eminentes jurisconsultos, estos han opinado, no sabemos si por mayoría ó por unanimidad, que no hay términos hábiles en derecho para semejante ratificacion. Escudados con la opinion de los citados eminentes jurisperitos, don Cárlos y don Fernando mantienen sus pretensiones y ya que en virtud de esta nueva resolucion ha venido otro manifiesto anulando la renuncia y diciendo que lejos de tener por enemigos á los que levanten su bandera les tendrán por amigos y fieles vasallos. ¿Pero qué dirá á esto don Juan que habia ya tomado el nombre y las armas de rey y que se queda, digámoslo asi, vestido y sin trono? Prevemos una lucha fratricida que no solo dividirá profundamente la familia de don Cárlos, sino que cundirá al partido que hasta ahora ha visto en ella la personificacion de sus ideas.

Es probable que don Cárlos y don Fernando viendo que el partido carlista por las declaraciones liberales de don Juan se iba á quedar sin tener quien le representase, hayan querido sacrificarse y se hayan resignado á *reinar*. Todo es presumible de las diversas cualidades que segun ciertos periódicos políticos adornan á estos príncipes. Segun nuestras noticias don Cárlos y don Fernando se reunieron en Colonia con muchos de los adictos á su causa y allí es donde se deliberó y donde se consultó á las siete lumbreras de la jurisprudencia á que hacen alusion en su carta. El asunto era gravísimo: se trataba de saber si don Cárlos y don Fernando debian renunciar á un derecho imposible de convertir en hecho y que es mas bien una aspiracion, ó debian dejárselo á su hermano que habia mostrado deseos de hacer mal uso de él cuando llegara ese caso imposible de realizarlo. Los jurisperitos, pesando bien el pró y el contra en la balanza de Astrea, creyeron que no era lícito arrojar asi pretensiones tan preciosas aunque imposibles, y que debia recogerse la palabra dada.

De manera que se nos figura ver en don Cárlos y don Fernando aquel hombre que segun una cancion antigua al hacer testamento dejaba á su hermano

Un olivar
Que no está plantado
Ni se ha de plantar.

Con la diferencia de que aquel testador no revocó su testamento, y se murió muy satisfecho de dejar rico á su hermano mientras que los testadores actuales le revocan creyendo que ha sido demasiada largueza la que han usado con una persona que ya desde el principio anunciaba el mal uso que iba á hacer de las olivas no plantadas y de las aceitunas que no habian nacido ni podian nacer.

Segun las últimas noticias de Nápoles, al fin han terminado los profundos trabajos y largas elucubraciones á que el Consejo de Estado y los miembros de la familia real se han entregado para preparar reformas convenientes á las Dos Sicilias. S. M. napolitana concede espontánea y benignamente una amnistía ámplia y completa: despues se formará un nuevo ministerio encargado de dar la última mano y publicar una Constitucion segun las circunstancias la requieren; luego se adoptarán por bandera los colores italianos y se buscará la alianza con el Piamonte, y á mayor abundamiento se da á la Sicilia una administracion separada, se la hace partícipe de los beneficios de la Constitucion napolitana y se la regala *par dessu le marché* un príncipe de la sangre para gobernarla.

El telégrafo ha anunciado la adopcion de todas estas reformas que ya pronosticaban las cartas particulares. Estas sin embargo añadian que las concesiones hechas no serian sino provisionales, mientras la córte de Nápoles podia hallarse en circunstancias de proveer con un ejército austriaco y con nuevos elementos á las necesidades del régimen absoluto. Las cartas no tenian necesidad de decir nada de esto porque se conoce á legua. Pero de todos modos el hecho es que se ha decretado una Constitucion para Nápoles y Sicilia.

Sobre el resultado de esa Constitucion no puede haber en Europa mayor divergencia de pareceres que la que existe, pues mientras los unos creen que de esta suerte se ha asegurado la dinastía reinante en su trono y ha conjurado la tempestad que con tanta furia ha comenzado á descargar sobre su cabeza, otros opinan que las cosas han llegado á tal estremo que semejantes concesiones no harán mas que precipitar la caida de Francisco II haciéndola aun mas desairada de lo que hubiera sido en otro caso. No tardaremos en ver cuál de estas opiniones es la verdadera porque los acontecimientos van adquiriendo mayor velocidad á medida que el desenlace se aproxima.

Continúa Garibaldi organizándose en Sicilia, de cuya isla es enteramente dueño, á escepcion de Messina que se conserva todavía en poder de las tropas napolitanas. Habíase dicho que entre estas se observaban síntomas alarmantes de indisciplina, y se creia que al aproximarse el ejército de Garibaldi á la ciudad la desercion de la guarnicion y la sublevacion de los habitantes coincidirán con su presencia al pié de los muros. No sabemos el fundamento que tendrán estos rumores, ni es tampoco seguro que Garibaldi se haya propuesto atacar á Messina á pesar de haberse anunciado asi casi oficialmente. Los proyectos del dictador de Sicilia parecen ser desembar-

car en el continente y marchar sobre Nápoles. Si en efecto Messina no se subleva y se halla tan fortificada que necesitara un sitio largo y regular para tomarse, no estrañaremos que la insurreccion no se detenga á establecerlo y pase adelante, segura de que despues de un triunfo en el continente Messina ó no ha de resistirse ó ha de costarle mas barata.

Se ha recibido noticia oficial de que los marroquíes tienen dispuestos unos 6.000,000 de duros en Mazagan para enviárnoslos. El señor Merry, cónsul de España en Tanger ha pedido instrucciones al gobierno, sobre la manera de encargarse de este dinero, y en primeros de julio habrá entrado probablemente en las arcas del tesoro. No se sabe si los marroquíes pedirán que se les evácue á Tetuan dando alguna otra garantía en cambio: si lo piden, una vez que no hemos de conservar esa ciudad, cuanto menos gastemos en ella mejor. Esto sin contar con el deseo natural en los numerosos batallones y escuadrones que allá quedaron de volver cuanto antes á su patria y con el que nosotros tenemos de que vuelvan. El cólera dicen que ha desaparecido de Tetuan y de Ceuta; sin embargo el general Rios, jefe del ejército de ocupacion de la primera, se ha visto tan enfermo que se ha temido con fundamento por su vida. Los últimos partes de que tenemos noticia anuncian que se habia aliviado bastante, aunque no estaba fuera de peligro. ¿Qué enfermedad es la que ha tenido el general Rios? No se ha dicho, de donde se deduce por algunos que ha sido el cólera.

En Málaga donde esta plaga ha hecho muchas victimas, está ya á punto de cantarse el *Te Deum*; pero se ha presentado en cambio en algunos puntos de la provincia de Almería, si bien las disposiciones acertadas de las autoridades han conseguido disminuir sus estragos.

Han comenzado los calores y por consiguiente la emigracion de las personas acomodadas, y las recepciones se han suspendido. Sin embargo acaba de llegar segun parece un ilustre personaje que si hemos de creer lo que dicen algunos periódicos dará hoy su primera recepcion, la cual se espera que deje satisfechos á los concurrentes. Se trata de una hermosa pantera negra de Java tal y tan buena como la que llevaba el domador de fieras Morok en la novela el Judío Errante y de la cual el célebre Eugenio Sue se valió para una multitud de peripecias y situaciones dramáticas. Si vienen, como se dice, los dos leones del desierto que mandan de regalo los marroquíes, no dudamos que las recepciones seguirán cada vez mas brillantes.

El calor tiene alejado al pueblo de los teatros: ó mejor dicho los teatros están cerrados por causa del calor y de las moscas. Acabaron las representaciones de Tamberlik y han empezado las del Circo de Price. Los Eliseos se ponen en moda: las verbenas reemplazan á los bailes de máscara y *de serio*. Mucho nos vamos á divertir este verano.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

PRISION DEL REY DE FRANCIA

FRANCISCO I,

POR LOS ESPAÑOLES EN LA BATALLA DE PAVIA.

(CONCLUSION.)

XII.

Al salir el sol, y puesto el ejército imperial en el órden que hemos dicho, se vió avanzar á lo lejos, por la izquierda, el ejército francés, cuyo número era infinitamente superior al del ejército imperial.

Venia en la vanguardia el duque de Alenzon, con quinientos gendarmes ó lanzas gruesas, formidable caballería cuyo empuje era tan bravo, tan poderoso, que casi era imposible resistirle.

Estos gendarmes iban cubiertos de hierro.

A estos quinientos lanzas servian de resguardo cinco mil esguízaros, gente fuerte y escogida.

Seguian dos escuadrones de lanzas gruesas en número de dos mil hombres al frente de las cuales marchaba el rey de Francia, acompañado de Enrique de Labrit, que se titulaba rey de Navarra, del príncipe de Escocia, del almirante de Francia, del gobernador de Borgoña, duque de la Palisa, del conde de Saint Pol, y de mas de doscientos caballeros de la alta nobleza francesa.

Relumbraba de galas, de divisas, de penachos, este que podia llamarse el estado mayor de Francisco I, hasta tal punto, que comparado con los suyos, parecia miserable el atavío de los imperiales.

Seguia á estas lanzas, un escuadron de infantería (1) de los que se llamaban de la *Banda negra*, fuerte de quince mil hombres, y estendido en ala por la llanura.

Seguian un escuadron de quince mil esguízaros, otro de quince mil italianos, y por último, otro de diez mil gascones y bearneses.

(1) En aquellos tiempos todo cuerpo de soldados en llegando á cierto número, se llamaba escuadron, ya lo compusiesen infantes ó caballos.

Era, pues, triple el número del ejército francés, comparado con el número del ejército imperial.

Ademas, habian quedado sobre Pavía diez mil infantes italianos y franceses, para impedir que saliese de la ciudad Antonio de Leiva con sus tropas para ayudar á los imperiales.

XIII.

Sin aterrarse el marqués de Pescara, por la enorme ventaja numérica de los enemigos, habiendo adelantado algun espacio hácia ellos como para reconocerlos de mas cerca, se volvió y dijo á sus soldados:

«¿Qué os parece la soberbia de esos locos? El rey de Francia ha echado un bando, para que ningun francés, pena de muerte, tome un solo español á vida.»

Esto, que era falso, lo decia el marqués para embravecer á sus soldados.

Ya á este tiempo, los franceses habian puesto delante de sus escuadrones su artillería, que era buena y númerosa, y empezaron á disparar sobre los imperiales: los primeros tiros mataron algunos hombres de armas é infantes, por lo que Pescara mandó que el escuadron de infantería española, marchase al paso hácia la casa de Mirabel (que como hemos dicho estaba en el centro del parque) y pusiese junto á ella las dos únicas piezas de artillería de los imperiales, en un altillo, y que desde allí rompiesen el fuego contra los franceses.

Llegó el escuadron junto á Mirabel, pasó con el agua hasta la rodilla el arroyo que corria junto á él, hicieron alto, pusieron en batería en el cerrillo las dos piezas y rompieron el fuego.

Pero este fuego se redujo á dos solos disparos.

Es decir, á los dos tiros que llevaban cargados los cañones, porque las yeguas que llevaban las municiones se espantaron y huyeron sin que pudiera dárseles alcance, y fue necesario abandonar allí la artilleria por embarazosa é inútil.

XIV.

Entre tanto el duque de Alenzon rodeando una arboleda, avanzó sobre los imperiales, con quinientos gendarmes y cinco mil esguízaros, para tomar al ejército imperial la retaguardia cerrando el portillo por donde aquel habia entrado en el parque, y acometerle por la espalda.

Pero la infantería española, la alemana y los ginetes, no estaban donde Alenzon habia creido, y se encontró solamente con la infantería italiana.

Cuando este vió sobre sí tanta y tan buena gente de á pié y de á caballo, se apercibió bravamente para rechazarla; pero el capitan Papapoda que estaba en la primera hilera, dijo:

—«Paréceme que para resistir el ímpetu de esta gente, seria cordura recogernos á aquella alamedilla.

—Mirad, capitan, respondió un alférez que estaba detrás de Papapoda con la pica en la mano, que ya no es tiempo de buscar esas seguridades á los que mas buscan honra que vida: acordaos de que, para este dia, os ha pagado el emperador muchos años: por tanto, no os mudeis de donde estais, que si no, tened por cierto que el primer picazo que dé será en vos.»

Acababa apenas el alférez de decir estas palabras, cuando las lanzas francesas y los esguízaros arremetieron contra el escuadron italiano, y con tal empuje, con tal furia, que en un momento desbarataron el escuadron, mataron ó hirieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de que estos se defendian con gran coraje y mataban y herian tantos franceses, que estos á pesar de haber quedado victoriosos, se acobardaron y retrageron de tal modo, que no fue posible hacerles entrar en batalla, reduciéndose á apoderarse de los dos cañones abandonados, y á utilizarlos haciendo fuego contra los imperiales.

Creyeron por entonces los franceses ganada la batalla, con la rota de los italianos, y empezaron á aclamar victoria por Francia.

XV.

Cuando el virey de Nápoles Cárlos de Lanoy, vió el desastre de los italianos, gravemente cuidadoso por él, envió á su continuo el capitan Aguayo, con un aviso al marqués de Pescara, para que con la infantería española se metiese dentro del foso de la casa de Mirabel, y se fortificase allí, para recoger á la gente con mas ventaja; pero el valiente marqués que no habia perdido su serenidad por el percance de los italianos, comprendiendo que era un despropósito el aviso que se le daba, porque meterse en Mirabel era encerrarse, y solo se podria resistir dos dias por falta de víveres, contestó al capitan Aguayo en alta voz que fue oida de todos los infantes:

«Decid al virey, que sin aguantar mas el daño que la artillería hace en los hombres de armas, acometa y rompa los enemigos, porque al fin el que espera da ánimo á su contrario: que yo seré luego en la batalla.»

Llevó esta respuesta al virey el capitan Aguayo, y volvió al punto y dijo al marqués:

—«Señor, el virey manda que V. S. tome luego á Mirabel, como lo dice; que lo demás seria ir á buscar la muerte á sabiendas.

—Decid al virey, repuso el marqués, que acometa á sus enemigos; que pues la muerte no deja de alcanzar á los que huyen, vale mas alcanzarla con honra, que huir con perpétua infamia.»

Y acabado de decir esto se revolvió con su escuadron sobre los enemigos.

XVI.

Tornó la infantería á pasar el arroyo; los contínuos y criados del marqués se metieron en el escuadron, y yendo á vanguardia los arcabuceros en número de ochocientos, adelantó el marqués solo sobre su caballo el *Mantuano* y viendo tendida en el suelo una lanza de hombre de armas, mandó que se la diesen y poniéndola en la cuja volvió á arrojarla al suelo diciendo:

—«Quitadme alla ese estorbo.»

Y desenvainó la espada.

En tanto el capitan Aguayo llevó al virey la contestacion del marqués, y el virey conociendo que aquello era lo que convenia, dijo á su escuadron:

«¡Ea señores! aquí no hay en qué esperar sino en Dios; por lo tanto yo ruego á todos que me sigais, haciendo lo que yo haré.»

Mandó ademas el virey al duque de Borbon que acometiese con sus hombres de armas, y al capitan Alarcon con la retaguardia.

El duque de Borbon, cuando oyó esta órden levantó las manos al cielo como dándole gracias porque le concedia una ocasion para mostrar al rey de Francia cuánto era su odio hácia él; y el virey, haciendo la señal de la cruz, y persignándose, tomó una lanza, y con su escuadron empezó á caminar en buen órden hácia los escuadrones franceses que se habian detenido.

XVII.

El rey de Francia andaba entre tanto discurriendo por entre sus escuadrones.

Iba magníficamente armado.

Montaba un poderoso caballo.

Llevaba sobre la armadura un sayo de brocado y terciopelo morado, y bordadas en él muchas *efes*, como iniciales no sabemos si de la palabra Francia ó de la palabra Francisco.

En el almete llevaba un gran penacho amarillo y morado, que caia hasta tocar la grupa del caballo, y de entre las plumas de este penacho salia una bandereta de cendal morado, con una salamandra dorada en una hoguera, y un mote alrededor que decia:

«*Ista vice et non plus.*» (1)

Junto á él iba el nombrado rey de Navarra Enrique de Labrit, con riquísimas armas doradas y sobrevesta de brocado verde, salpicada de veros morados, y el caballo encubertado de terciopelo pardo y fajas de oro.

Acompañaba ademas al rey el príncipe de Escocia, hermoso jóven de diez y ocho años: llevaba sobre las armas un sayo de brocado sembrado de cruces blancas, y al cuello una larga y gruesa cadena de oro, con un rico joyel.

XVIII.

Cuando Francisco I vió que la gente de armas de España iba sobre la suya dijo en alta voz:

«¡Ea, caballeros! pues esta gente viene como buenos á buscarnos, razon será que como á tales les salgamos á recibir.»

Mandó que el príncipe de Escocia, el duque de la Palisa, el conde de Saint Pol, y el mariscal de Montmorency, adelantasen con la vanguardia á encontrar al virey de Nápoles que con su escuadron estaba cerca de los franceses.

En aquel momento, se oyó la robusta voz del virey, que lanzó ese grito de guerra tan temido en otros tiempos: ese grito de guerra, en que siempre se ha aclamado á la nacion, á la patria, como lo mas sagrado que podian aclamar los españoles aun en los tiempos en que en España la monarquía absoluta era una verdad:

«¡Lanzas en ristre!» habia gritado el virey: «¡á la ventura de Dios! ¡Santiago y cierra España!»

XIX.

Cerró con la violencia y el estruendo de una tromba el escuadron de los españoles, contra los gendarmes franceses que les salieron al encuentro: atronó el choque la campaña: gran número de hombres de una y otra parte volaron de los arzones, como si les hubieran nacido alas, al primer encuentro; no se oia otra cosa que los golpes sobre los arneses, y los gritos de ¡Santiago y España! de los españoles: ¡San Dionisio y Francia! de los franceses.

Los relinchos de los caballos que salian de la batalla sin ginetes; el quebrar de las lanzas; las caidas de los caballeros; los alaridos de los lastimados; los ayes de los moribundos pisoteados por los caballos, todo era solemne, grande, espantoso, aterrador.

Los españoles, inferiores en demasía en número, por mas que lo *hacian bien*, y apretaban los puños á las lanzas, y las espuelas á los caballos, y sudaban á rios,

(1) Esta vez y no mas.



llevaban la peor parte, en tanto que los gendarmes franceses sin dejarlos parar casi los envolvian.

XX.

Al ver el marqués de Pescara á los hombres de armas en tanto aprieto, se volvió á su escuadron de infantes y les dijo:

«Ya veis, señores, como nuestra gente de armas, hace como buena lo que en si es; y si revés ó daño recibe, será por ser tan pocos, que para cada hombre de armas español, hay tres lanzas francesas: id, pues á socorrerlos, y porque no seria acertado que fuésemos todos, salga el capitan Quesada con su compañía de arcabuceros, y váyalos á socorrer.»

Salió el capitan con doscientos arcabuceros, y tal maña se dieron, que llegando al lugar donde los hombres de armas españoles peleaban con los franceses, donde quiera que veian una cruz blanca, que era la divisa de los gendarmes, allí ponian la puntería, sin errar un tiro y quitando á muchos franceses los caballos y las vidas.

Los disparos de arcabucería y el humo causaron tal espanto á los caballos de los enemigos, que muchos de ellos se salieron de la batalla sin poderlos contener sus ginetes.

Así murieron muchos nobles franceses: allí sucumbió el valiente y célebre almirante de Francia, duque de la Palisa, que habiéndose salido de la batalla y entregádose al capitan Chuchar, llegó un arcabucero y le mató.

Entre los españoles dieron clarísimas muestras de valor el virey de Nápoles y el duque de Borbon, que se metió cuanto pudo en la batalla ansioso de medir sus armas con las de un enemigo personal el rey de Francia: el marqués del Vasto, sostuvo noblemente su renombre de bravo: el capitan Alarcon que metió con la retaguardia en la batalla, se espuso tanto, que aunque mató algunos franceses, le derribaron del caballo y allí hubiera perecido á no socorrerle algunos arcabuceros, y un buen soldado, Jorge de Sevilla, se puso en gran peligro al quitar á un francés su caballo para dársele á Alarcon.

XXI.

Un poco antes el marqués de Pescara, que estaba á la derecha con la infantería, vió á lo lejos un grueso escuadron de enemigos que marchaba sobre su flanco, y para engañar á sus soldados se valió de un ardid.

«¡Ea, mis leones de España! les dijo: hoy es dia de matar la hambre de honra que siempre tuvisteis: para esto os ha traido Dios hoy tanta multitud de *pécoras* (así llamaba el buen marqués á los franceses) en que os cebeis: mirad que aquel escuadron que algo lejos viene hácia acá (y señalaba el escuadron enemigo) me parece que es de los nuestros que están en Pavía, que con el deseo de ganar honra han salido y vienen á juntarse con nosotros: vamos, pues, á recibirlos, que juntos podremos volver sobre la mano izquierda, y entrar á nuestro sabor por los enemigos.»

Con esta ficcion del marqués, y creyendo amigos á los enemigos, la infantería española marchaba animada y á buen paso hácia la infantería francesa.

Debemos advertir, para que no falte ningun detalle, que la infantería tudesca estaba firme en el campo, preparada para acudir á donde fuese necesario, y que cuando pasaba junto á ella desbandado algun arcabucero español, el coronel Micer Jorje salia, y asiéndole por un brazo le decia en su lengua tudesca: *Fermi, fermi*, esto es, quédate, quédate aquí.

De este modo reunió en su escuadron mas de treinta arcabuceros.

XXII.

Caminaba entre tanto la infantería española hácia la francesa creyendo los primeros que eran amigos los segundos, por el engaño ds Pescara; pero llegaron á estar ya tan cerca, que no pudo sostenerse por mas tiempo el engaño.

Se veian claro las divisas y las banderas.

En aquel momento el marqués se volvió como asombrado á los suyos y les dijo:

«¡Oh cuerpo del mundo! ¡engañados venimos! ¡que enemigos son!»

Y como viese que se adelantaban los escopeteros franceses, gritó con voz terrible:

—«¡Sus! ¡todo el mundo hincadae las rodillas haga oracion, y nadie se levante hasta que lo diga yo!»

El marqués no pretendía otra cosa que ofrecer menos masa á la primera descarga de los enemigos: una línea menos alta, y por consiguiente menos vulnerable.

Todos se arrodillaron: solo quedó enhiesto, delante de ellos el marqués sobre el Mantuano.

XXIII.

Un momento: cerremos los ojos y veamos en nuestra imaginacion ese hermoso cuadro de la batalla de Pavía.

Seiscientos españoles arrodillados rezando acaso su última oracion.

Al frente de ellos, avanzado, altivo, gallardo, sobre su magnífico caballo don Fernando, Dávalos, marqués de Pescara, fijando una mirada grave, profunda, observadora en quince mil infantes franceses que avanzan y cuya vanguardia apunta ya los arcabuces.

Es un cuadro patético al par que bravo.

Allí están juntos la piedad, la prudencia y el valor.

Cuanto constituye á los héroes.

¡Oh! ¡qué tiempos aquellos!

XXIV.

Llegó un momento en que los escopeteros franceses hicieron fuego.

La descarga pasó, como sagazmente lo habia previsto Pescara, sin matar ni herir á un solo hombre.

Cuando los escopeteros franceses que habian avanzado para disparar volvieron las espaldas para reunirse á su escuadron y cargar de nuevo con arreglo á la pesada táctica de aquel tiempo, el marqués aprovechándose de ello gritó:

«¡Arriba mis leones! ¡Santiago y España! ¡á ellos! ¡á ellos, que huyen!»

Alzáronse los españoles y rompieron el fuego, tan sostenido y certero que parecian ser seis mil, cuando solo eran seiscientos.

Los enemigos no pudieron avanzar de donde estaban, ni un solo paso y caian por su misma multitud tan espesos, que las picas cayendo unas sobre otras parecian un cañaveral derribado por el viento: en diez minutos no quedó en pié ni un solo coselete de la vanguardia enemiga, y se encontraron despues franceses muertos con cinco arcabuzazos en el coselete; tan espeso y continuo habia sido el fuego de los españoles: tan segura su puntería, pues cada uno de aquellos tiros era mortal.

Huyeron los infantes franceses tomando de través el campo, y pensando salvarse por la izquierda, dieron con los escuadrones de infantería del capitan Quesada, que habiendo socorrido ya á los hombres de armas españoles, acabó de dispersar á la infantería francesa.

XXV.

Francisco I hizo un supremo esfuerzo: reunió los esguízaros, y fué con ellos á atacar á la infantería española: pero al pasar por delante del escuadron de infantería alemana, salieron los arcabuceros españoles que el coronel Micer Jorge habia recogido, y á su sola vista huyeron los esguízaros, por lo que decia despues el rey Francisco: «*que no le habian vencido sino los arcabuceros españoles, que donde quiera que habia ido los habia hallado.*»

En fuga ya los esguízaros, les salió al encuentro una banda de arcabuceros, que habian llegado desbandados á la artillería francesa y la habian tomado, y acudian á socorrer á sus compañeros á quien habian visto amenazados poco antes por aquella multitud que ya entonces huia; esto fue lo postrero de la batalla: los franceses de todas armas huyeron hácia el Tesino para salvarse.

Solo quedaban combates parciales, en grupos, en detalles.

XXVI.

Entre tanto Antonio de Leiva, que poco antes se encontraba sitiado, enfermo en Pavía, desde una de cuyas puertas, sentado en una silla, habia presenciado la batalla, habia entretenido para que no pudiese tomar parte en ella, con mil soldados españoles y alemanes, á un cuerpo de diez mil franceses que habian quedado manteniendo el sitio.

XXVII.

Francisco I se quedó solo.

Su brillante ejército, disperso en pocas horas, huia á su vista en todas direcciones.

El rey de Francia huia tambien á todo el correr de su caballo hácia el puente del Tesino.

De improviso repara en él un hombre de armas de la compañía de don Bernardino de Mendoza; pone espuelas á su caballo y se lanza en seguimiento del rey.

Pero el rey le llevaba una gran delantera.

Se escapaba.

El hombre de armas que le perseguia, el vizcaino Juan de Urbeita el Mellado, desespera de alcanzarle: de repente ve pasar á un arcabucero de los que andaban desbandados matando franceses á discrecion.

«¡Espera! le dice: aquel caballero que huye, que se acerca al rio, es el rey de Francia: yo no puedo alcanzarle: que le alcance tu arcabuz.»

El arcabucero, mira, apunta, hace fuego, el caballo del rey se detiene un momento, despues, vacila y cae.

Francisco I queda sujeto por una pierna bajo su caballo.

Juan de Urbieta llega, hecha pié á tierra, pone la punta de su espada en el rostro del rey:

—«¡La vida! ¡la vida! ¡yo soy el rey de Francia! esclamó Francisco I en mal castellano.

—¡Rendios! esclama sin retirar la punta de su estoque, Juan de Urbieta.

—¡Me rindo al emperador! contestó el rey.»

En aquel momento por uno de esos postreros accidentes de las batallas, ve Juan de Urbieta, que algunos gendarmes franceses cercan al alférez de su compañía, y pretenden quitarle el estandarte.

Juan de Urbieta necesita socorrer á su alférez.

El rey de Francia no puede ya escapar porque han sobrevenido, y le cercan el arcabucero que mató su caballo y algunos otros.

Entonces Juan de Urbieta se levantó la visera y enseñó su dentadura mellada á Francisco I.

—Hacedme una merced, dijo al rey de Francia.

—Te la otorgo, respondió Francisco I.

—Por esta mella podreis reconocer siempre al que os ha rendido.

—Te reconoceré á fe de caballero:

Juan de Urbieta montó á caballo y libró de los gendarmes el estandarte de su compañía.

El arcabucero que habia muerto el caballo del rey, y que se llamaba Diego de Avila, pidió á Francisco I, y este le dió, la manopla derecha que estaba harto ensangrentada y su espada, que hemos tenido en la Armería Real, hasta que se la llevaron otros franceses.

XXVIII.

Francisco I no quiso entregarse al duque de Borbon, pero se entregó al virey de Nápoles, Lanoy.

Poco tiempo despues fue traido á Madrid, donde estuvo encerrado algunos dias en la torre de los Lujanes, hasta que fue trasladado á una torre del alcázar.

XXIX.

Tal es el glorioso recuerdo unido á esa vieja casa que hoy se derrumba.

Pero la torre conservará enhiesto su fuerte muro, aunque cubierto con un sudario de cal, y coronado por un tejado prosáico.

¿Por qué no se restaura esa torre? ¿Por qué el arte no la devuelve su antiguo aspecto, sus almenas, sus saeteras, sus estrechas ventanas árabes?

¿Por qué no se clava en su muro una lápida con una inscripcion, que cuente á todo el mundo nuestra hazaña de Pavía?

Deseamos que el que pueda hacerlo, piense en ello, y nos devuelva un monumento, que si por fortuna no ha sido destruido, no ha podido escapar de ser desfigurado (1).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

22 junio, 1860.

NACIMIENTO DE FELIPE II.

Alegre y engalanada multitud se agrupaba en la corredera de San Pablo de Valladolid, y en la ancha plazuela, que delante del antiguo convento dedicado al Apóstol se estiende, el dia 22 de mayo del año de gracia 1527. Las colgaduras de las ventanas, el estampido de las bombardas, el repetido tronar de cohetes y voladores, el repique de las campanas en los cristianos templos, el incesante bullicio y los gritos de alegría de la multitud que con harta frecuencia se estrechaba codeando para dejar paso á los coches de los magnates y á las sillas de manos de los hidalgos, bien claro indicaban que algun importante acontecimiento habia tenido lugar en la régia morada.

Y en efecto: poco mas de un año hacia que el emperador Cárlos V, accediendo á las repetidas instancias del reino junto en córtes, habia celebrado su matrimonio en la ciudad de Sevilla el 10 de marzo de 1526 con la infanta doña Isabel, hija de don Manuel y doña María, reyes de Portugal, cuando el dia 21 del citado mayo aseguraba la sucesion á la corona de los vastos dominios españoles, el nacimiento de un príncipe.—El carácter del futuro soberano, aquel asombroso dominio que siempre tuvo sobre sí mismo, parece se lo inculcó su augusta madre al nacer, si no miente la tradiccion al referir las palabras que pronunció esta señora en los momentos del parto. Como este fuera muy difícil, y la régia paciente estuviera sufriendo crueles dolores, la matrona que la asistia viendo el silencio y la impasibilidad de doña Isabel, la escitó á que desahogara su dolor prorumpiendo en quejas; pero la digna esposa de Cárlos I contestóle con admirable resolucion en el idioma de su país, «naon me faleis tal, minha comadre, que en morrerei mais naou gritarei.»

Ya desde las primeras horas del dia 21 habia cundido la fausta nueva por toda la ciudad de Valladolid, residencia ordinaria, en aquella época, de la córte, y el católico emperador habia pasado á la inmediata iglesia del convento de San Pablo á dar gracias al Hacedor Supremo por el beneficio que le habia concedido.

Habia de trascurrir cerca de un siglo todavía para que Felipe III comprase al duque de Lerma unas antiguas casas, que este tenia en la misma plazuela de San Pablo, y para que edificase en su lugar el palacio que hoy subsiste como propiedad del real patrimonio; y la au-

(1) Despues de concluido este artículo, se nos ha dicho, que el conde de Oñate, propietario de la casa y de la torre, no puede hacer nada en ella, porque existe una real órden, que considerando este edificio monumento nacional, prohibe que se haga nada en él: elogiamos con placer esta disposicion, que prueba que el gobierno se acuerda de nuestras glorias: pero elogiariamos mucho mas la ley que decretase la espropiacion de este edificio por el Estado, y su inmediata restauracion.

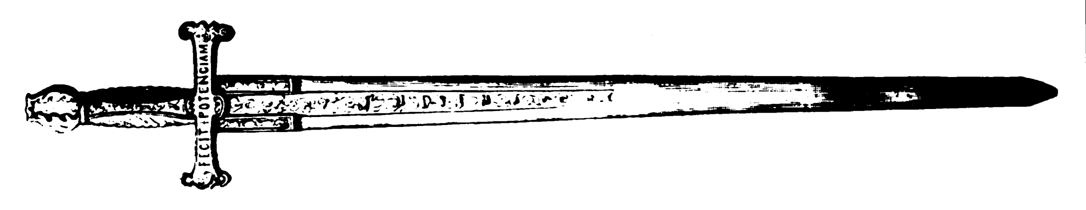
gusta familia habitaba en las casas del conde de Rivadavia, uno de los mas distinguidos magnates de la córte de Castilla. Grandes preparativos hacíanse para la solemne ceremonía del bautismo del príncipe imperial, el citado dia 22 de mayo que siguió al de su nacimiento, y al efecto para evitar que la muchedumbre, que cada vez iba en aumento, obstruyese el paso á la real comitiva, levantóse un pasadizo desde la escalera principal del palacio, que cruzando una de las rejas bajas del edificio, conducia á la iglesia de San Pablo, prolongándose hasta el altar mayor. Entrelazadas ramas de naranjos y limoneros, tejidas con flores y frutas, cubrian en forma de bóveda la galería, y levantábanse arcos triunfales á sus estremos, y preciosos retablos á los lados con veneradas imágenes.

Casi á punto estaba todo para la solemne ceremonia, cuando atravesando á galope por entre la compacta multitud un correo cubierto de polvo, apeóse á la puerta de palacio. Muchos y muy diversos comentarios se hicieron acerca de aquel acontecimiento y hasta á olvidarlo empezaban ya los vallisoletanos, absorbida su atencion con el curioso deseo de ver la ceremonia bautismal, cuando la mas viva sorpresa pintóse de repente en todos los semblantes al saberse la inesperada nueva de que la fiesta se suspendia.—Como acontece siempre formáronse multitud de conjeturas acerca de la causa que tal determinacion motivara, y probablemente la mayoría de la gente del pueblo lo hubiese ignorado aun algunos dias, si un oficioso escudero, que salió de palacio con direccion á la vecina iglesia, no hubiese dicho dirigiéndose á un grupo, en el que parecian hallarse sus deudos y parientes.

¡Buena desgracia tenemos! El condestable duque de

MONSERRAT.—VISTA DEL CONVENTO.

Borbon, general de las tropas imperiales en Italia ha asaltado la capital del orbe cristiano y ha hecho prisionero al papa Clemente VII en el castillo de Sant Angelo. Ya veis cuán grande habrá sido el pesar de nuestro ca-



ESPADA GANADA Á FRANCISCO I REY DE FRANCIA, EN LA BATALLA DE PAVÍA.

tólico emperador por el punible esceso del Condestable. El bautismo se ha suspendido, y en breve saldrán cartas para todos los prelados del reino, á fin de que se hagan rogativas en todo él, para pedir al cielo conceda la libertad al santo padre.

Las noticias del cortesano no eran inexactas. Cárlos I con una política á que en el lenguaje de hoy llamaríamos trasparente, mandó hacer rogativas para que el pontífice alcanzara la libertad, que, segun la exacta frase del señor Sangrador, «estaba en su mano conceder.»

Pero no fueron vanas las católicas disposiciones del emperador. Las ordenadas rogativas casi antes de haberse verificado hubiera de producir su efecto, pues en breve remitiéronse cartas á Roma para la libertad del papa, y mandáronse continuar los preparativos de la ceremonia bautismal, cuya celebracion fijóse para el dia 5 de julio. La improvisada galería de comunicacion entre el palacio y el convento, volvióse á adornar con ramos y con flores, alzáronse nuevos arcos de triunfo, levantáronse mas vistosos altares, las casas se adornaron con mayor ostentacion, y la multitud acudió en tropel, viniendo hasta de las mas apartadas regiones de nuestra Península.

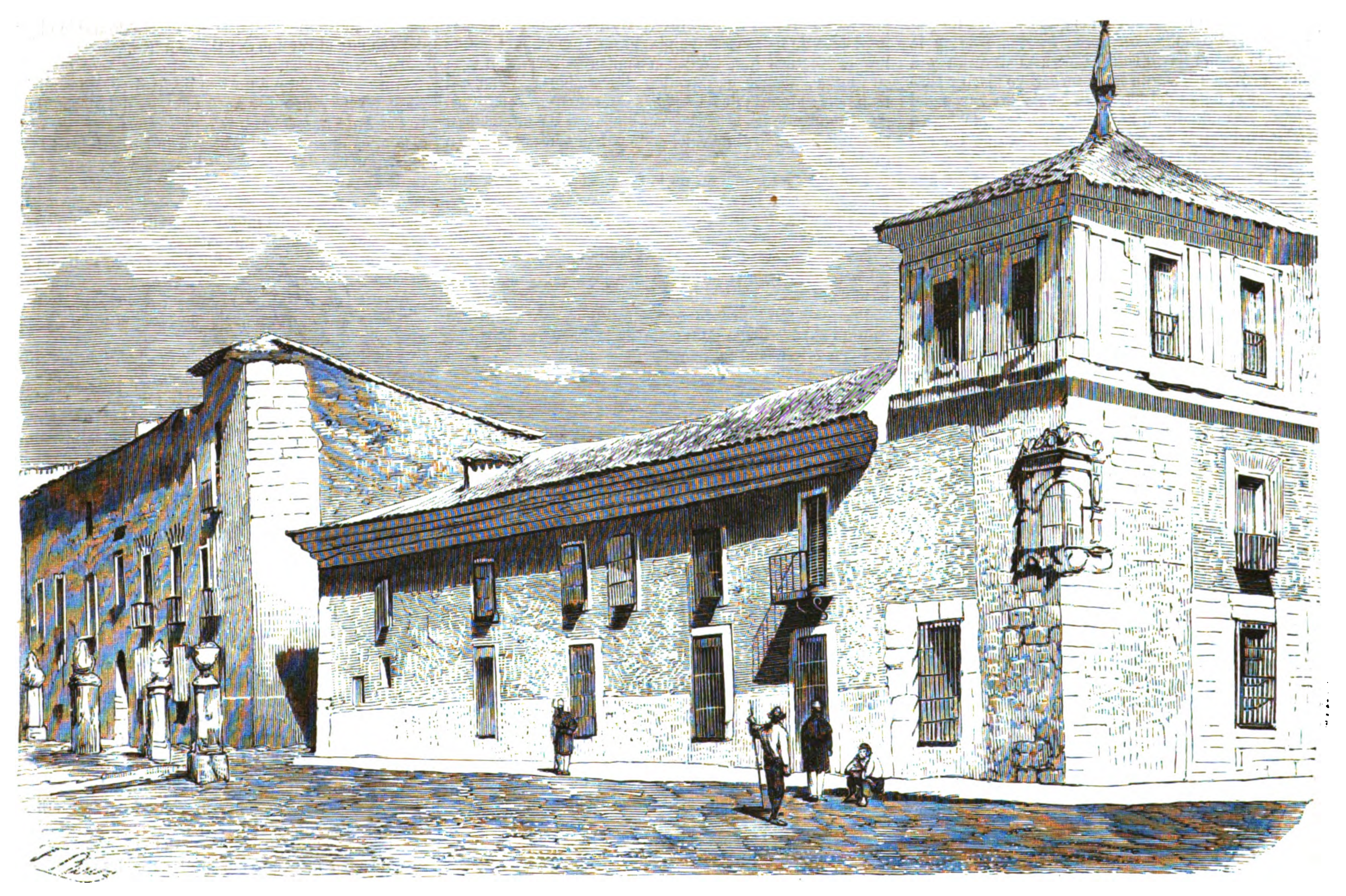
El repique de las campanas y las notas de la real capilla que elevaban bajo las bóvedas de San Pablo el himno solemne del *Te Deum*, anunciaron la salida de la real comitiva. Iba en brazos el príncipe del Condestable de Castilla que compartió su honorífico encargo con el duque de Alba que á su lado marchaba para alternar con é en tan honrosa distincion. Seguíanles el conde de Salinas llevando las fuentes, el de Haro con el salero, el marqués de Villafranca con la vela, y el de los Velez con el alba. La reina de Francia doña Leonor y el conde de Nasau, padrinos del recien nacido cerraban la lujosa comitiva con el duque de Bejar, detrás de los cuales marchaban deslumbrantes de lujo y esplendor multitud de damas y caballeros asi españoles como alemanes y franceses.

Bien pronto los cánticos de gloria de la música sagrada dejaron comprender á la entusiasta multitud que el príncipe acababa de recibir el bautismo de manos del arzobispo de Toledo, á quien acompañaban vestidos de pontifical los obispos de Palencia y Osma, llevando desde aquel dia el augusto recien nacido en recuerdo de su abuelo paterno el nombre de Felipe.—Las solemnes fiestas que Valladolid tenia dispuestas por el anhelado nacimiento, empezaron apenas regresó la comitiva real á palacio. Vistosas comparsas danzando al son del tamboril y la dulzaina recorrian las calles, abundantes limosnas recibian los mendigos, altas cucañas levantándose en las plazas, en anchos tablados aplaudian los menestrales las varias escenas del naciente arte de Lope de Rueda, y todo era animacion, todo alegría.

Pero cuando rayó en frenesí el entusiasmo de los vallisoletanos fue el siguiente dia 6, en cuya tarde corriéronse toros y cañas en la Plaza Mayor con asistencia de la reina de Francia y de la córte toda; fiestas en que lució su varonil apostura y nunca domado valor el afortunado padre del futuro Felipe II.

Largo tiempo duraron estas fiestas, cuya terminacion esperaban los primeros teólogos de España para celebrar la memorable junta, que al fin empezó sus sesiones el 27 de junio, con objeto de calificar varias proposiciones de las obras de Erasmo.—Todo cuanto rodeó la

ALHAMBRA DE GRANADA.—TORRES Y ADARVES ARRUINADOS DE LA PUERTA DE HIERRO.



CASA EN QUE NACIÓ FELIPE II, EN VALLADOLID.

aurora de Felipe II estaba en armonía con el carácter que habia de desplegar al ceñir la vasta corona del emperador.

Las casas en que nació el *prudente* rey, subsisten por ventura, aunque ofreciendo poco de notable bajo el aspecto del arte. Conservadas con esmero por su actual propietario el Excmo. señor don Mariano Reinoso, que algun dia mereció ser llamado á los consejos de la Corona por nuestra reina, conservan su estenso patio, sus dilatadas habitaciones, aunque renovadas en su mayor parte, y una ventana con buenos adornos de la época del renacimiento en el mismo ángulo que forma el lienzo de la casa que mira á la Corredera y el que da su frente á la plazuela de Palacio. No es sin embargo aquella la histórica ventana que convertida en puerta, dió paso á la real comitiva para el bautismo del príncipe don Felipe: lo es sí una de las rejas que se hallan en el lado de la plazuela, cuyas dos hojas aun se ven entrelazadas por medio de una gruesa cadena. El grabado que acompañamos á este número presenta el monumental edificio en el buen estado que se conserva gracias al esmero de su actual poseedor, que quiera Dios continuen dignamente los que le sucedan en la posesion de tan histórico edificio.

ADAR.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

IX.

Dejemos la plazuela de San Nicolas.

Subamos á aquel monte rojo que domina á Generalife y á la Alhambra y que constituye el último término de la perspectiva por nuestra izquierda.

A la *Silla del Moro*.

Volvamos; atravesemos la plazuela de San Nicolas, pasemos entre su torre y su algibe; adelantemos.

Sucesivamente pasaremos por la Puerta Nueva, bella ruina de la *Alcazaba Vieja*, la plaza *Larga*, corazon del *Albaicin*, la calle de *Panaderos*, la plazuela del *Salvador*, dejando á nuestra derecha la iglesia del mismo nombre, la antigua mezquita mayor ó *Grande Aljama*, con su patio y su fuente de ablucion y sus arcos de herradura; descenderemos por la cuesta del *Chapiz*, llegaremos al rio *Darro*, le pasaremos por el puente del *Diablo*, y torciendo por la derecha del paseo de las *Cornetas*, bajaremos por una estrecha cuesta á la márgen izquierda del rio.

Desde aquí veremos, mas altos que nosotros, una cuesta que asciende, el principio de la áspera cuesta de la Alhambra; á la izquierda de ella un barranco: atravesando este barranco un acueducto de arcos de fábrica rojiza y sumamente esbelta, en los que se apoya un pequeño y pintoresco molino harinero: frente á este, á la derecha de la cuesta hay otro molino: á la derecha y á la izquierda cármenes sombrosos: un arroyo claro y ruidoso pasa por el fondo del barranco, bajo los arcos del acueducto, regando diminutos huertos á los que hacen sombra las cortaduras revestidas de hiedra que caen á largos festones de un lado y otro del barranco.

Tras el acueducto, por entre sus arcos, se ve una cortadura, entapizada tambien de verdor sobre la cual, al pie de la tapia y del postigo del que se llama *Bosque de la Alhambra*, asciende la cuesta de este mismo nombre.

Miremos por cima de esta tapia.

Veremos á la Alhambra á vista de topo en detalle: en cambio muy pronto la veremos á vista de pájaro en toda su estension.

Sobre la tapia se levanta un áspero lado de la colina, cubierto de álamos frondosos, sobre los árboles, la torre de Comares, el Mirador de la Sultana, una torre sin nombre, que pertenece al que dentro de la Alhambra se llama Cármen de Teruel, y por último, unos verdes lienzos de muralla.

Este detalle de la Alhambra, visto desde el lugar que hemos indicado, con su barranco sombroso, su claro arroyo, su acueducto, sus molinos, su cuesta tortuosa, su tapia, sus árboles y sus torres, es completamente encantador: es la sorpresa de un paisajista, la alegría de un poeta: allí hay recuerdos, flores, verdura, sombra, ambiente fresco, puro, odorífero: contrastes: una composicion hecha por la naturaleza y por el acaso, que bien copiada produciria un cuadro bellísimo.

Pero de tiempo en tiempo con suma frecuencia, por las mañanas temprano y á la caida de la tarde, aquel bello lugar toma de repente un aspecto siniestro, producido por un grupo lúgubre, que trepa en paso sostenido y á compás por la Cuesta de la Alhambra.

Aquel grupo le componen un ataud de las *Animas* en que va el miserable cadáver de un pobre, en hombros de cuatro sepultureros harapientos, sin que una sola persona acompañe al difunto.

Los entierros ostentosos, van por la calle de los Gomeres.

Los de los pobres, por las solitarias y ásperas quebraduras del barranco de la Alhambra.

Porque este barranco, si bien es el camino de dos lugares de placer, la Alhambra y Generalife, es tambien el camino de los pobres para el cementerio.

X.

Subamos, pasemos por entre los dos pequeños y ruidosos molinos.

Muy pronto, torciendo á la izquierda, los veremos á nuestros piés, y al acueducto y al rio, y al paseo de la *Carrera del Darro*.

Mas alto que nosotros veremos el Albaicin en último término.

Adelante y á la derecha.

Nada se ve ya, mas que la cortadura del barranco, cubierta en sus retallos de higueras chumbas, una tapia alta y vieja á la izquierda, y delante el pendientísimo y arenoso fondo del barranco.

En la parte media de la subida debemos detenernos.

La Alhambra vuelve á presentársenos en detalle.

La pendiente ha dejado de ser áspera.

Volviendo el rostro al lugar por donde hemos llegado allí, veremos un muro alto, negro, restaurado, en el cual quedan señales de edificios, sin duda torres, ó tal vez adarves que debieron estar unidos á él y que han desaparecido: cerca de nosotros, mas allá de una ligera prominencia del terreno cubierto de césped húmedo de color de esmeralda, formando un ángulo recto con el muro alto, veremos asomar el arco rebajado de la pequeña *Puerta de Hierro* con su marco de piedra berroqueña amarillenta y carcomida, moldeado segun el gusto gótico, en maridaje con el Renacimiento: sobre la clave se ve la empresa de los Reyes Católicos: esto es, un yugo y un haz de flechas con la leyenda: *Tanto monta*: en las dos hojas chapeadas de hierro de este postigo, se ven numerosos agujeros causados por balas de falconete, mosquete y arcabuz, que deben pertenecer á la fecha de las guerras civiles de Granada antes de la conquista.

Corre el bajo muro de esta puerta, tan bajo que no tiene mas altura que la de una tapia hasta un ángulo en que á la misma altura de la tapia, se levantó una defensa acasamatada, y las torres y adarves arruinados de la Puerta de Hierro.

Por cima de la puerta y de la casamata y á cien pasos de distancia, se levanta, formando ángulo recto con el alto muro de la izquierda, la esbelta, la bellísima, la fuerte torre de los *Picos*, que perdido su nombre árabe, se llama sin duda asi, por sus puntiagudas almenas reales; con su elegante agimez tapiado y sus tres bellísimos canalones en cada ángulo.

Esta torre es un testimonio de la resistencia incalculable de las antiguas murallas de la Alhambra, compuestas únicamente de argamasa, de tierra y cal.

En el frente de la torre que corresponde casi paralelamente á la Silla del Moro, se ven las señales apenas marcadas de balas de á treinta á seis: pues bien; aquellos proyectiles que chocaban contra la torre con toda su fuerza, apenas han podido desconcharla, dejar allí su huella: algunas de las señales están marcadas á un pié de distancia de las aristas y sin embargo las aristas han resistido, cuando el mármol cede y deja marcado el paso de la bala.

Las baterías francesas de la Silla del Moro fueron impotentes contra la vieja fortaleza: entonces los ilustrados soldados del gran capitan moderno apelaron á la mina, á las voladuras.

No querian que España, el país al que decian traer una mision civilizadora, poseyese una joya tal como la Alhambra.

Pronto, muy pronto encontraremos sobre nuestro camino el testimonio indudable de la barbarie de aquellos vencedores del mundo.

XI.

A la derecha del lugar en que nos encontramos, apoyada en una ladera, hay una rústica casilla que sirve de puesto á un individuo del resguardo, y un poco mas arriba, el camino que conduce á Generalife.

Sigamos de nuevo nuestro ascenso.

Al pié de la colina de Generalife, á la izquierda, bajo las ramas de los árboles de una huerta, serpea un estrecho camino: á la derecha de él corre un arroyo; despues hay en la umbría que producen los muros y torres de la Alhambra, á cuyo pié marchamos, un terreno cubierto de césped, y accidentado por prominencias angulares.

Aquellas prominencias, cubiertas de musgo verde gris, las constituyen colosales fragmentos de muralla.

Acercaos á esos fragmentos.

Encontrareis en ellos los barrenos partidos; los barrenos que las volaron.

Mirad el muro que está en pié.

No es ya el antiguo é inespugnable muro árabe, sino un muro débil de piedra y tierra, que ha cubierto el lugar de las brechas que dejaron abiertas las minas francesas.

Esas murallas yaciendo por tierra, esas pobres restauraciones, esas torres rajadas que se levantan ante nosotros, son los vestigios de que os he hablado, y que enaltecen la civilizacion de los que nos hicieron la guerra, á título de regeneradores.

Esa primera torre maltratada y desalmenada que encontramos, es la torre de la *Cautiva*, dentro de la cual duerme una tradicion bellísima: la de mas allá es la del *Tesoro*; la otra la de las *Infantas*; por último, al volver un ángulo del barranco, vemos los vestigios de una torre, las señales de sus escaleras únicamente: aquella torre, que se llamaba del *Agua*, á causa sin duda de su inmediacion á un acueducto de piedra de un solo arco, que da paso desde la huerta de Generalife, al agua que surte á la Alhambra, la torre del *Agua* decimos, era, segun afirman los viejos que la conocieron íntegra, la mayor, la mas hermosa del recinto de la Alhambra: volada tambien por los franceses, ni aun sus escombros quedan

En su rota adherencia con los muros, debia existir para honra del primer imperio francés, una lápida con la historia de la destruccion de la torre.

XII.

Cuentan que los franceses al evacuar á Granada, habian minado completamente la Alhambra, y que un viejo inválido, tuvo valor bastante para cortar los efectos de la mina, reduciéndose las voladuras á los muros de la parte alta de la Alhambra: pero quedan torres en pié, entre uno y otro lugar donde se ven efectos de esplosiones, y es mas acertado creer que los mismos franceses, asustados ó avergonzados de lo que hacian, tuvieron compasion del monumento y no continuaron su obra de destruccion.

XIII.

Torciendo á la derecha, pasando bajo el arco del acueducto, adelantando cien pasos, nos encontramos fuera del callejon formado por la cortadura del barranco y los muros de la Alhambra.

A nuestra derecha vemos prolongarse un paseo, que desciende en suave declive con sencillos jardines, acotados pur una valla de sauces, recortados á dos tercios de metro de altura, y plantados de hermosos álamos que cruzan sus ramas sobre el paseo, formando sobre él una sombrosa bóveda de follaje.

Siguiendo la línea de este sencillísimo y bello paseo, se prolonga mirando al Mediodía el lado de la Alhambra paralelo al barranco por donde hemos venido.

No es nuestro camino ese paseo.

Sigamos.

Hemos dejado á la izquierda la puerta de la huerta del Generalife, y vamos á seguir á lo largo de su vallado de sauces, teniendo á la derecha la deprimida colina de las *Barreras*.

A unos cuatrocientos pasos, seguiremos á la derecha este mismo vallado dejando al fin de marchar por el camino del *Haza de la Escaramuza*, ó si quereis mejor, el camino de los muertos que hemos traido desde el puente del Diablo; el camino del Cementerio.

El terreno sube.

A nuestro frente, á un tiro de fusil veremos abrirse el pequeño barranco que separa la Silla del Moro, del *Cerro del Sol*: nosotros no tenemos que pasar por ese barranco, camino de los leñadores de *Dar-al-Huet* (1); doblaremos nuestra marcha á la izquierda, entre la huerta de Generalife y la falda de la Silla del Moro.

A la mitad de este camino antes de llegar á la vertiente occidental del monte, encontraremos un gran receptáculo cuadrado, un estanque en que permanecen durante un año las aguas llovedizas, que se llama el *Albercon del Negro*.

Quedan en él, un arco cegado, dos trozos de muralla cortados en la direccion del acceso del monte y un pequeño terraplen.

Aquel estanque que se dice fue baño de las mujeres del rey moro, debió estar cubierto, y pertenecer á edificios de que ya no quedan vestigios.

Continuando se llega á la estremidad occidental del monte, á una pequeña era, y se encuentran fragmentos de murallas arrojadas, como desquiciadas desde la altura.

Se sube por el áspero repecho, se llega á un resto de cimiento de muro, y se pisa en fin la planicie del monte.

Este cimiento, un ángulo de torre, el algibe llamado de la *Lluvia*, los restos de una noria, y una estensa neumaquia, son los únicos vestigios que quedan en la Silla del Moro, y en el Cerro del Sol, de aquel palacio de los *Alijares* tan ponderado por la tradicion, del cual nadie tiene memoria, y del que dijo un romance morisco:

. . . . . los Alijares,
altos son y relucian;
el moro que los labraba
cien doblas ganaba al dia,
y el dia que no los labra
otras tantas se perdia.

Y allí, allí otra vez, sobre la cumbre de aquel monte, el irritante recuerdo de la invasion francesa: allí el camino cubierto, la esplanada, los fosos, las baterías, los cuarteles abiertos en la tierra, del ejército francés; allí todavía, por incuria ó por desden, la huella del odiado estranjero.

(1) Véase el núm. 23.

(1) En árabe, casa del rio; hoy ese lugarejo se llama Casa-gallinas.

XIV.

Mi imaginacion va con mucha frecuencia á la cumbre de aquel monte, pero seria para mí muy doloroso, el encontrarme realmente en él.

No sé, no sé, si iré alguna vez allí donde he ido tantas veces cuando era niño.

Todo cuanto yo amo, todo cuanto he amado, todo cuanto he perdido, se me presentaria allí, mudo, doloroso, terrible: la patria, el hogar, la familia.

Bajo mi planta, aquel campo atrincherado francés, recordándome la sangre y las lágrimas de nuestra gloriosa guerra de Independencia: á la izquierda, blanca, gigantesca, hermosísima, la Sierra Nevada, en que he fijado un millon de veces desde mi infancia la mirada abstraida en no sé qué sueños, en no sé qué presentimientos.

Mas abajo, mucho mas allá, á tiro de fusil, el rojizo fondo del valle de la Haza de la Escaramuza, triste y árido, del que yo digo en un romance inédito.

Hay un valle pedregoso
escondido entre dos cerros,
donde nunca brotan flores
y por do jamás corrieron
mas que los turbios raudales
de las lluvias del invierno.
Nunca allí la alegre danza
do gira campestre, al eco
dió la sencilla armonía
del dulce canto del pueblo
que guarda del triste moro
el corazon y el acento:
ni allí el cantor de los bosques
turbó el nocturno silencio
á las auras entregando
su enamorado gorgeo.

. . . .

Bien comprendió la tristeza
quien puso allí un cementerio
de negra tapia cercado,
de negras cruces cubierto.

. . . .

La puerta de mi Granada
es ya para mí el siniestro
pedregoso triste valle
en donde duermen los muertos;
que allí á mi madre del alma
sumida en el sueño denso
de la eternidad sombría
convertida en polvo tengo.

Y allí tambien recientemente mi padre, allí mis amigos de la juventud, allí la primera mujer que me hizo sentir esa fiebre del alma que se llama amor.

A mis piés, Generalife, el de las pasadas zambras, el de los eternos laureles, el de las leyendas de amores, con su altísimo *Ciprés de la sultana*, con sus cascadas, con sus fuentes, con sus verdes galerías, con sus aposentos labrados, con sus frescos bosquecillos, donde he dormido tantas calorosas siestas de verano.

Mas abajo la Alhambra á vista de pájaro, con sus torres, sus muros y sus jardines: la Alhambra que tanto me conoce, á quien tanto conozco yo.

Despues la ciudad, descendiendo en anfiteatro, donde están la calle y el hogar donde he vivido, donde mis padres han muerto; el templo donde he orado; el altar donde me he unido á una dulce compañera; el aula donde he estudiado, y el teatro donde se ha representado mi primer drama.

Mas allá la deliciosa *Vega*, con sus mil colores, con sus mil encantos, con sus blancas aldeas, con su azul barrera de montañas.

A la derecha el valle del Darro, con sus cármenes deliciosos: por cima el Albaicin, por entre cuyas estrechas callejas me perdia yo, embozado en mi capa, durante las nubladas tardes de invierno, buscando lo pasado, lo romancesco, lo embellecido por la imaginacion y por el tiempo.

Un tesoro en fin de recuerdos, de sensaciones, de amores muertos, de esperanzas desvanecidas, de ambiciones realizadas.

La novela de mi vida (como hoy se dice) saltando para mí de todas partes: del castillo, de la calle, del templo, del cementerio, de la vega, de las montañas.

Todo un mundo, en fin, en el cual me encontraria forastero; donde veria mi hogar ocupado por otra familia, y tal vez en almoneda el lecho de muerte de mis padres.

Un lugar en donde nadie me conoceria, nadie mas que la Alhambra y algunos amigos tan tristes y tan desgraciados como yo, que vegetan entre jardines.

XV.

Perdonadme la pasada digresion.

Es la primera vez que al hablar al público le hablo de mí mismo.

Pero al ocuparme para el público de la Alhambra he recordado mucho, he sentido mucho y no he podido hacerme fuerte contra una dolorosa necesidad de espansion.

Y luego: los asíduos lectores de un escritor ¿no son hasta cierto punto sus amigos?

Perdonadme, pues, y en el número siguiente volveremos á ocuparnos de la Alhambra.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

UNA REALIDAD EN UN SUEÑO.

—¿Y qué resultó de vuestra segunda entrevista?

—¿Qué habia de resultar? ¿No lo adivinas?

—No.

—Me enamoré de ella perdidamente. Voy á describirte *p* por *p* y *a* por *a* todas sus perfecciones para que despues me digas con franqueza qué hubiera hecho, hallándose en mi lugar, el hombre mas indiferente á los encantos del amor.

Era Catalina de treinta años de edad, estatura regular, cintura delicada, esbelta y airosa; su boca de piñon, sus labios de grana, su dentadura menuda, blanquísima y simétrica; el color de sus megillas el de una rosa que principia á abrirse; su cútis suave y trasparente, los cabellos rubios como el oro; los ojos azules y penetrantes. Tenia, ademas, esos modales elegantes, ese *no sé qué* seductor de las madrileñas que atrae y arrebata.

Amable, sin afectacion ni melindres, con todos los que la trataban; virtuosa sin hipocresía, y dotada de un talento y de una discrecion notables, así cautivaba con estas dotes como con sus actractivos físicos. Pero no era solamente lo dicho lo que la distinguia de mil otras personas de su sexo: poseia, ademas del castellano, el francés, el aleman y el italiano; montaba á caballo como una amazona, y tiraba el florete como un consumado maestro de esgrima, sin contar con que en las labores y habilidades propias de su sexo me referian de ella prodigios.

Yo estaba que no cabia en mí de orgullo, considerándome dueño de un tesoro de tal valía, y mi orgullo era tanto mas fundado cuanto que Catalina habia despreciado anteriormente, segun ella, cien ventajosísimas colocaciones. En fin, amigo, el amor me pescó, me cogió en sus redes, me traspasó el corazon con su mas aguda flecha, y aunque enemigo acérrimo del matrimonio... en las conversaciones de café, al mes de relaciones con ella tuve que capitular y entregarme á discrecion.

Me casé, pues, amigo, sin acordarme de mis antiguas ideas. Muchas personas concurrieron por la noche al baile y concierto con que las obsequiamos. ¡Soberbia orquesta! ¡qué cantar de señoritas! ¡Ni los ruiseñores! ¡qué de polkas y redowas! No se bailan mas en Capellanes por carnaval. ¿Pues qué diré de los dulces y los helados que se consumieron? ¡No parecia sino que aquellas benditas gentes no se habian desayunado en un mes!

Acabóse la funcion, fuéronse los convidados, y nos quedamos solos Catalina y yo, como dos tortolitos, piropeándonos mútuamente:

. . . .

Por la mañana, á cosa de las once, abrí los ojos y no pude menos de gritar de repente, echándome fuera de la cama casi desnudo:

—¡Catalina! ¡Catalina!

Al oir mis descompasadas voces, levantóse lentamente de la cama un bulto, una especie de esqueleto que luego se fue acercando con cierta gravedad á mí, llamándome con voz gangosa y repitiendo:

—¿Qué me quieres, hijo mio?

Quedéme estupefacto, medio alelado al contemplar la vision que delante de mí estaba y que me amenazaba con sus caricias de espectro.

Era la vision una momia como de cincuenta años, arrugada como una pasa, con los carrillos chupados, desdentada, calva, tuerta, algo corcobada, escurrida, ojerosa y nauseabunda.

Los magníficos muebles de la noche anterior habian desaparecido, quedando en su lugar únicamente una mesa vieja de pino, un velon de hoja de lata abollado, seis sillas de Vitoria casi inservibles, la historia del *Hijo pródigo*, pintarrajeada con colores alarmantes, y unos fanales que contenian unas cuantas flores de mano, del tiempo, cuando menos, de la guerra de la Independencia.

Yo no me atrevia á dar crédito á mis sentidos; dudaba de todo lo que viendo estaba, y atribuia á un sueño que aun no habia abandonado mi imaginacion. Pero sueño ó realidad, me estremecia la vision aquella que, despues de un rato, vino á sentarse á mi lado, y me dijo:

—Queridito mio, hermoso de mi alma, soy tu Catalina, el ídolo de tu corazon, tu bella esposa. ¿No me conoces? ¡Ah! ¡ingrato!

Y estrechaba mis manos entre las suyas, heladas como si fuesen de carámbano, y sonoras como un manojo de descarnados huesos. Frecuentes escalofrios, que alternaban con sudores y llamaradas de calor al rostro, recorrian todo mi cuerpo, y mis piernas temblaban, y una especie de vértigo oscurecia mi vista.

La momia continuó sin alterarse.

Te figurarás que soy, cuando menos, alguna pobre bruja, alguna ánima del otro mundo, ó algun espectro que sale de su tumba vestido con los secos andrajos de su piel. No, ¡corazon mio! Soy Catalina, tu Catalina, aquella Catalina á quien tanto amabas y con quien tenias encatalinado á todo el mundo; soy el embeleso de tus ojos, la luz de tu vida, el faro, como decias, de tu destino.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla!—la dije.

—He querido—prosiguió—darte una leccioncita, á tí que en los corrillos de amigos despreciabas el matrimonio y te reias del poder del amor, á tí, apóstol de la Puerta del Sol, de la calle de la Montera, del Prado y del Suizo.

Despues de estas palabras sacó de debajo de la cama una caja de caoba, y abriéndola continuó, sonriéndose:

—Yo soy un alma sin cuerpo, porque mis huesos no son ni la sombra de un cuerpo. ¿Quiéres ver donde está todo el lujo, toda la esplendidez, toda la soberbia de mi celebrada hermosura? Abriré esta caja. Mira: un ojo de cristal, porque soy tuerta; el color de la perfumería que daba frescura, suavidad y vida á mis carnes flojas y muertas; los dientes y las muelas que disimulaban el hundimiento de mis carrillos: ¡Oh! forman una pieza maestra, son casi una dentadura completa; aquí tienes la peluca que cubria este cráneo casi pelado como una calabaza; aquí el corsé preparado para ocultar, con todo este aparato de algodon en rama, las deformidades de mi tronco, y abultar el pecho, raso como una tabla. En fin, ahí tienes colgados los miriñaques con que abulto y redondeo mis caderas.

—¡Por fuerza estoy soñando! No puedo creer...

—¿Qué has de estar soñando, corderito? Creelo; esto, y no mas era tu encantadora Catalina, hermosura y juventud en apariencia, vejez y fealdad realmente, ángel anoche, y hoy demonio. ¡Mira que adornada está la habitacion!... ¡Qué cortinajes! ¡qué lecho tan suntuoso! ¡sillería régia! ¡Cuadros dignos de un Museo! Anoche, mientras dormias á pierna suelta, merced al opio que tomaste en una copa de Champagne, dos mujeres y yo despojamos la sala y la alcoba de los adornos que la enriquecian, y cuyo alquiler me habia costado buenos cuartos. ¡Me creias rica!... Sabe, pues, que no tengo ni un maravedí. ¡Me considerabas como mujer de talento! ¡Qué chasco, hijo mio! Es que he tenido una existencia borrascosa viéndome sola é independiente; he recorrido la Alemania, la Francia y la Italia, y mis viajes, y mi esperiencia me han enseñado mucho mas de lo que á otras suelen enseñarles los libros. Tú, que tanto declamabas contra mi sexo y contra el amor, y que te preciabas de conocer el mundo, llévate esta palmeta y aprende á conocerlo mejor. Muchas, muchísimas de las que ves y tratas en Madrid, son como yo, mentiras andando, y nada mas, píldoras amargas doradas estraordinariamente, cándidas palomas al parecer, y en verdad aves de rapiña.

—¡Mientes! ¡mientes! huiré de tí bruja maldita.

—¡Quiá! hasta que muera me tendrás á tu lado, pegadita á tí, como una garrapata, como una oblea, para eso me he casado contigo, para eso el cura nos echó la bendicion; comeremos juntos, saldremos juntos á paseo, juntos nos verán en el teatro, y en la calle, y en todas partes. ¡Qué vida tan alegre vamos á pasar!

¿Verdad que sí, ídolo mio?

Y esto diciendo aplicó sus arrugados y secos labios á mi frente; y al quererme yo retirar, para que la vision no me tocase otra vez, di tan fuerte golpe con la cabeza en la pared de mi alcoba, que desperté, quejándome como si hubiera recibido un balazo. ¡Mira si el tal sueño ha sido agradable! Pero ¡qué demonio de vieja! Si me parece que todavia la estoy viendo!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS CABELLOS DE LUISA (1).

LEYENDA.

II.

CUADRO DE FAMILIA.

(CONTINUACION.)

Un domingo entró el guarda en su casa mas temprano que de costumbre: su hermana, planchaba á la sazon la camisa que le preparaba para aquel dia y el viejo Pablo, sentado en un sillon de brazos acariciaba al gigantesco perro, que corrió hácia el jóven, moviendo amistosamente la cola y bajando la cabeza.

Las mejillas de Luisa se tiñeron de púrpura: no esperaba á su hermano hasta dentro de tres ó cuatro horas y al ser sorprendida en aquella doméstica tarea, fue tan grande su turbacion, que se quemó la estremidad de un dedo con la plancha. El dolor la hizo estremecerse y sus mal prendidas trenzas, libertándose de la cinta que las aprisionaba, cayeron en desórden sobre sus espaldas, haciéndolas desaparecer bajo la lluvia de cabellos que las inundaron.

Entonces el representante de la raza canina, abandonó al recien venido y cerrando los ojos fué á hundir su hocico en las ondas de pelo que flotaban en torno de

(1) Por un olvido involuntario dejó de colocarse el encabezamiento de esta leyenda en el número anterior y se puso el epígrafe del artículo primero *Circunloquios ad hoc* como título.



EL SEGUNDO GOBERNADOR DE FEZ, PARLAMENTARIO DE MULEY-EL-ABBAS.

Luisa, acostumbrado, sin duda, á que le permitiesen jugar con los encantos de su dueña.

—Buenos dias, padre mio, esclamó Tomás abrazando á Pablo, sin advertir siquiera el daño que acababa de hacer.—Ola, Clavel, prosiguió, correspondiendo al saludo del mastin, que solo tuvo ahora por conveniente, abrir los ojos al través de las sedosas y lucientes hebras que envolvian su enorme cabeza—y tú, Luisa, siempre trabajando, añadió acercándose á su hermana, despues de haber depositado en manos de su padre, unas cuantas monedas de plata.

—¿Qué novedad es esta? preguntó la jóven dando el último toque á su faena y con cierto aire de afable reconvencion.—Si hoy no te hubieses adelantado, nada echarias de menos; pero el temporal de esta semana y la enfermedad del señor Andrés, á quien he tenido que visitar dos veces al dia, me impidieron cuidar de tu ropa.

—Vamos, mujer, no me riñas ni pongas un gesto tan severo, que ya miro terminada la importante operacion del planchado de mi camisa, motivo de impaciencia.—¿y sabes que te convendria enfadarte á menudo? Adquieren tus ojos una espresion de majestad que te sienta á las mil maravillas, ¿verdad, padre? Cuenta desde ahora con que he de hacerte rabiar muchas veces.

—Ya se ve, ¡como á tí no te duele! replicó Luisa con ademan picaresco, presentando su dedo quemado á la lengua del mastin que comprendió al momento el papel que le tocaba desempeñar en semejante caso.

—Perdóname, hermana mia, respondió Tomás, informado del leve accidente de Luisa, he sido injusto contigo. Te quejabas con razon de que hubiese alterado mi costumbre, pero tienes al doctor en casa y él remediará el mal que te ocasiono.—Cuidado, señor Clavel, con lo que hacemos. Es preciso sanar pronto á tu ama, para que haga las paces conmigo.

El perro lamia pulcramente la mano de Luisa, que al oir las palabras de su hermano, estendió hácia él la otra, sonriendo de placer y Tomás se precipitó en sus brazos.

El anciano contemplaba aquel grupo con indecible ternura.

—Decid, padre mio, parece que está enfermo el buen señor Andrés, ¿peligra acaso su vida?

—Es ya tan viejo y la ciencia tan jóven á pesar de su antigüedad, que solo Dios podrá salvarlo, contestó Pablo en tono sentencioso.

—¡Pobre señor Andrés! Pero me voy entreteniendo demasiado, dijo el jóven y necesito volver en seguida á la quinta. Las órdenes son apremiantes.

—¿Qué ha sucedido? esclamaron á un tiempo padre é hija con acento de sobresalto.

—Ahí es nada.—Que hoy llega la señora condesa y debe recibirla su inmediata servidumbre.

—Pues ve Tomás y no hagas falta, la obligacion antes que todo, dijo Pablo.

—Ahí tienes añadió Luisa, es la única prenda que no estaba en la silla de tu cuarto.

Y entregó á su hermano la camisa recien planchada.

Pocos instantes bastaron al jóven para ataviarse con su ropa limpia y abrazando de nuevo á su padre y á Luisa, se despidió hasta el próximo domingo, no sin haber dado antes unas cuantas palmadas en el hocico de Clavel, que le acompañó hasta la puerta.

III.

UNA MUJER CALVA.

Sobre una pequeña eminencia y dominando el valle como soberana del país, estaba la casa de campo de la condesa de C., distante alguna media legua de la aldea.

Una calle de mústios sáuces guiaba desde la plaza del lugar al pórtico de la quinta.

Ensanchándose circularmente los árboles en este sitio proyectaban una especie de glorieta, en cuyo centro y frente al pórtico, elevábase cual fatídico centinela de aquellas agrestes soledades un colosal mausoleo de bruñido jaspe negro, cercado por una verja de hierro.

Este monumento, que la vanidad caprichosa de los señores de C. habia erigido para panteon de su ilustre descendencia, dió sin duda origen al nombre de *Tumba negra*, con que se conocia vulgarmente la casa de campo.

Vamos ahora, previo el beneplácito de los lectores, á presentar en escena á la condesa, puesto que le conferimos, ó mas bien se le confiere uno de los principales papeles del drama.

A los pocos dias de su llegada á la quinta hallábase nuestra heroina (de este capítulo al menos) encerrada en su gabinete y entretenida en una ocupacion para cuyo desempeño no hacia intervenir otras manos que las suyas, á pesar de la falange doméstica que á todas partes la acompañaba.

Esta ocupacion se reducia al simple peinado de sus cabellos.

Frisaba la condesa en los cuarenta agostos, aunque su figura grave y desapacible le daba un esterior mas avejentado.

Alta, delgada, pálida, con la frente hundida, los pómulos salientes y la nariz roma; sus ojos de un azul ceniciento, pero turbio y apagado, coronados de desiguales y pobladas cejas que prolongándose hacia adentro, llegaban á juntarse, marcando á guisa de entrecejo perpétuo una imperfecta línea gris que dividia horizontalmente su rostro, la estremada longitud de su puntiaguda barba y el rubio bozo que sombreaba su labio superior, ligeramente contraido, daban á la condesa la apariencia de una de esas creaciones que el genio de la pintura coloca en los cuadros del infierno para trazar la repugnante imágen de los réprobos.

Una enfermedad que la condujo al borde del sepulcro, en los primeros años de su vida, habia hecho caer todo su cabello, sin que los mas recomendables y encomiados específicos, hubieran conseguido hasta entonces reparar la sensible pérdida que deploraba, y que contribuia á exasperar su irascible é impetuoso carácter en términos que sus criados temblaban de piés á cabeza al oir la voz de su señora algo mas alterada que de costumbre.

Sin embargo, á fuerza de unturas y fricciones y de una constancia de luengos años, habia logrado hacer brotar un claro y tísico vello que cuidaba con el afan de una solícita madre por las gracias de su hijo, con el esmero de una niña por los primeros retoños de los claveles de sus macetas; pero como este escaso vello, no cubria aun toda la parte superior de su persona, dejándola enteramente calva por algunos sitios, tenia necesidad de ocultar á la vista del público semejantes lunares, con una gorra de seda que ceñia su rostro como el mongil de las religiosas.

A pesar de sus pingües bienes, anzuelo de infalible pesca para los tiburones mas refractarios á la coyunda, ningun pretendiente se habia lanzado á solicitar la posesion de la condesa, durante la vida de sus padres, ni despues de hallarse huérfana; y como su escesivo amor propio, último síntoma de la existencia de muchos seres, hacia estribar en su pelada cúspide, la causa de la indiferencia masculina, un solo pensamiento, un vivo anhelo, imperioso, constante, inmenso, preocupaba su ánimo á todas horas, atormentándole mas y mas cada dia, y gravándose en su imaginacion con creciente fuerza, á medida que trascurrian lentos é inexorables los años, arrastrándola insensiblemente á esa edad problemática, exordio de la vejez, que nunca llega para ciertas doncellas acartonadas, si hemos de dar asenso á sus palabras, aunque estén en el epílogo de sus encantos.

Este pensamiento era procurarse á cualquier precio aquel adorno natural de que se veia despojada para volver al mundo, cuyo trato le hizo abandonar bien á pesar suyo un esceso de orgullo, fácil de comprender.

Pero se me dirá y con razon:—Y los peluqueros ¿cómo no agotaban los recursos de su arte en remediar el desperfecto de la condesa, ó es que no habia llegado aun á la categoría de arte el oficio del peine y las tijeras?

José J. Soler de Lafuente.

(Se continuará.)

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 28. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 8 DE JULIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

espues de discutidos por el Senado los proyectos de ley que le habia pasado el Congreso de diputados se han suspendido las sesiones de los dos cuerpos colegisladores: el calor aleja de Madrid á la mayor parte de sus miembros. La córte marcha á la Granja el dia 13 siguiendo á la familia real que ha empezado á moverse en aquella direccion; y sin córte, y sin córtes, y sin estudiantes, porque el tiempo es de vacaciones, y sin la multitud de familias acomodadas que en otras ocasiones pueblan nuestra capital, va á quedarse esta muy desanimada. Hasta los sabios, gente pacífica y sedentaria se han puesto en movimiento con motivo del próximo eclipse: componen instrumentos, se hacen traer nuevos, disponen viajes, arreglan maletines, empaquetan máquinas de todas especies. Unos se dirigen al Moncayo, otros á Castellon, otros á Oropesa, otros á Zaragoza. Si comparamos el interés que inspira el próximo eclipse solar con el que inspiró el de 1842 que pudo verse en Madrid, tendremos motivo para felicitarnos del progreso que van haciendo en nuestra patria las ciencias astronómicas. EL MUSEO publicará en el próximo número los datos mas minuciosos y los cálculos mejores sobre el fenómeno de que se trata, y luego que se verifique, insertará las observaciones á que haya dado lugar, fruto de las tareas de los inteligentes colaboradores de este periódico.

Pero de todos modos, sin los sabios y sin la córte, ausentes los diputados y los estudiantes, ausente el gobierno, en baños las familias que los toman, cerrados los teatros y los salones, desiertos ó poco menos los cafés y las bibliotecas, el calor alejando á los vecinos de las calles y haciéndoles por otra parte insufrible la estancia en las casas, todas estas faltas y estas sobras forman una *situacion*, que si durara mas de tres meses, seria verdaderamente insostenible. Por fortuna situaciones de esta especie ya se sabe hasta donde llegan: viene setiembre, comienzan á caer las hojas de los árboles y las ilusiones del verano; los tísicos inclinan la cabeza como si buscasen la tierra que pronto va á abrirse para ellos, comienzan las lluvias del otoño; las ferias y las ráfagas de fresco viento traen de nuevo á la capital á los emigrados y el estado normal se restablece poco á poco.

Dicen, sin embargo, los periódicos bien informados de lo que pasa en las altas regiones, que la vuelta de los cortesanos y de la córte, se verificará este año mas tarde de lo acostumbrado, porque la reina ha determinado visitar en el otoño las provincias de Cataluña, y sobre todo la hermosa Barcelona y las hermosas barcelonesas. Ya los futuros cronistas de este viaje preparan y afilan sus plumas para contarnos todas sus delicadezas, primores y notables acontecimientos en materia de fiestas, saraos y regocijos.

Háblase, aunque con gran secreto, de los que se preparan en los magníficos jardines de la Granja y en las suntuosas habitaciones del real palacio. ¡Si nosotros fuéramos á contar todo lo que hemos oido decir y pronosticar en materia de festejos, de templetes, kioskos y bosquecillos, de bailes al resplandor de las cascadas iluminadas de mil colores; de trajes, de prendidos, de escursiones á deliciosas vistas, de cacerías, y otras cosas! Pero somos discretos y guardamos el sigilo que se nos ha recomendado por los que han tenido la bondad de iniciarnos en estos misterios. Solo diremos que allá hácia el 24 del corriente y hácia el 25 del inmediato mes, han de verse maravillas en la Granja y que seria bueno que los que pudiesen ir allá, fuesen. Los corresponsales de los periódicos no perderán la ocasion: les advertimos que no todo serán bailes y banquetes, y que los asuntos políticos ocuparán de cuando en cuando la atencion del mundo elegante, porque siempre ha sido de moda tratar de política entre el mirto y el arrayan á la sombra de los sauces y á orilla de los lagos. Díganlo sino las riberas del Tajo en los tiempos de la España Goda, los jardines de Toledo y de la Alhambra en la época de los sarracenos; el Escorial en la de los Felipes de Austria y la Granja misma en la de Felipe de Francia. Dígalo Aranjuez á principios de este siglo, dígalo la Granja otra vez en 1832 y el Pardo en 1834.

Pero como nosotros no vamos á tratar asuntos políticos, aun cuando la política dé que hablar, no teman nuestros lectores que de ella hablemos: de donde resulta que tendrán la descripcion de todo lo agradable, bello, fresco y frondoso, sin pasar por la amargura de lee tambien lo seco, árido, feo y poco apetecible.

Y á propósito: hecho culminante y digno de mencion. Los marroquíes han aprontado ya en Gibraltar el dinero del primer plazo de la indemnizacion que viene en oro y plata debidamente encajonado. Allá ha ido el señor Echenique, comisionado para recibirlo con un personal numeroso de contadores y contrastes y con un buque. Es opinion general que si los marroquíes dan garantías por el resto y piden la evacuacion de Tetuan, el gobierno accederá á evacuarle; pero sobre este punto nada hay resuelto oficialmente.

Segun las últimas noticias de Nápoles el rey de este país, aunque decidido al fin á dar una constitucion á su pueblo, no se habia fijado todavía sobre la especie de constitucion que ha de darle. Tiene varias en qué escoger y anda dudoso en la eleccion. Creemos que preferiria aguardar la última moda; pero entre tanto se ha puesto en estado de sitio la ciudad para evitar mayores males. El dia en que se proclamó que la córte estaba resuelta á hacer concesiones, hubo una especie de motin en que los lazzaroni dieron un palo en la cabeza al embajador francés. Los lazzaroni son una especie de vagos sin oficio ni beneficio que ejercen sin embargo varios cargos desde el de espías de policía hasta el de pordioseros, rufianes y matones: Nápoles es su centro y mas de una vez han influido en la política que los ha usado como instrumentos.

Garibaldi, que se habia negado á declarar agregada desde luego la Sicilia al Piamonte, esperando hacer despues la agregacion de las Dos Sicilias, ha mudado de dictámen en vista de los últimos actos del monarca napolitano y ha convocado el parlamento de la isla para que decida la anexion inmediata. En los Estados Romanos la situacion continúa la misma: Su Santidad visita las fortificaciones de Civita Vecchia, los franceses ocupan á Roma y Lamoriciere sigue organizando sus huestes de irlandeses, bávaros, suizos, etc., etc.

En Portugal el gobierno supone amenazada la independencia del país y pide á las Córtes un crédito de 1,500 *contos de reis* (unos 35.000,000 de reales) para aumento del ejército y fortificacion de las plazas fuertes del territorio. Esta cantidad, como dice un periódico, no bastaria ni aun para fortificar la república de San Marino; sin embargo, no deja de ser considerable si se ha de emplear en otros objetos, que no sean las fortificaciones y el aumento de tropas. Con decir que se teme una invasion por parte de España está dicho cuán infundado y absurdo es el temor. Mas valiera que el gobierno hubiera

pedido esos 35.000,000 para sostener sus posesiones de Angola, donde los negros han cometido escesos sin cuento y sacrificado muchas vidas de militares y colonos portugueses, abandonados casi sin proteccion por la madre patria. Pero á bien que este gabinete ha presentado su dimision, segun dice el telégrafo: veremos quien le reemplaza.

El Circo de Price y el Eliseo Madrileño son los únicos locales de verano abiertos á los espectáculos públicos: el último ofrece gran variedad de diversiones. La Ramirez (la Perlita de la Zarzuela) ha debido llegar ya á la Península de vuelta de su interesante escursion á América.

Hoy se inaugura la iglesia de San Francisco el Grande donde se han hecho reparos y mejoras de gran consideracion. La corte asistirá, como es de suponer, á la ceremonia. En el presente número comenzamos á publicar una memoria descriptiva de este grande edificio; y en los sucesivos daremos los grabados que representan el hermoso altar y la preciosa araña con que se ha adornado y enriquecido el templo.

La Gaceta del viernes inserta el reglamento para la esposicion de Bellas Artes que ha de celebrarse en Madrid en el mes de octubre.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

XVI.

Desde la parte media de la longitud de la Silla del Moro, sentados sobre un resto de muralla árabe, podemos gozar de un delicioso espectáculo: la Alhambra, Generalife sus jardines y su huerta, están bajo nosotros á una gran profundidad, á vista de pájaro; mas allá la mirada se anega con delicia, en el gran espacio de la Vega que se ve allá, profunda y estensa con sus diferentes verdes del lino, del cáñamo, del trigo, de las hortalizas, de los olivos, de los álamos; con sus blancas aldeas, sus rios que relucen como plata bajo el sol, y que se pierden allá por el *Boquete de Loja*; esa maravillosa vega que se estiende en su longitud desde la falda de Sierra Nevada á la falda de *Sierra Elvira*, y en su latitud desde la ciudad, y los viñedos que á la derecha de la ciudad se estienden, hasta el Suspiro del Moro, y las sierras de *Moclin*, *Illora* y *Parapanda*; hermosísima y fértil llanura que no hace ondular ninguna colina, y cuya estension es bastante para que al que se encuentre colocado en el centro de ella, le parezcan azules (tanto aire hay interpuesto) las sierras que á la redonda como un vallado natural, como un marco magnífico, encierran la Vega.

Necesitamos presentar el cuadro completo: la Alhambra vista desde la Silla del Moro, se recorta, ya lo hemos dicho, sobre la distante Vega, por nuestra izquierda con sus vecinas las Torres Bermejas, y el Cerro de los Mártires, y el de las Barreras, cuyo perfil, siguiendo para arriba y por nuestra izquierda, nos deja ver el pedregoso valle, el Haza de la Escaramuza en donde está el cementerio, y mas allá, deja ver otro monte y luego otro y otro y otro, que van elevándose y azulándose constituyendo como una gigantesca escalera de cumbres que van á terminar en la blanca cima de Sierra Nevada.

Mas allá el espacio azul y diáfano.

A nuestra derecha la perspectiva no es tan magestuosa, pero sí mas bella: en nuestra misma línea y á nuestra misma altura, veremos un monte en cuya cumbre hay una blanca ermita, la de *San Miguel Arcángel*; el monte tomando por nombre el de la advocacion de la ermita se llama *Cerro de San Miguel*: desde la ermita y coincidiendo con la misma línea sobre cuya longitud nos encontramos de Oriente á Poniente, corre un antiguo y aportillado muro moruno apoyado de trecho en trecho en torreones, y estendiéndose hácia nosotros, baja y termina en el profundo valle por donde lamiendo las faldas de la Silla del Moro, de Generalife y de la Alhambra adelanta el rio Darro, y se mete bajo puentes y casas en la ciudad que atraviesa.

Entre el valle del rio, y el perfil del cerro de San Miguel, hay un monte redondo estensísimo, cubierto de casas y cármenes: este monte, labrado por un laberinto, por una maraña de callejuelas, dejando ver en su parte media, en su cumbre, los mochos torreones y los viejos muros de la *Alcazaba Kadima*; las torres de sus iglesias y de sus conventos, los cipreses y los árboles frutales de sus huertos; este monte de casas que constituye por sí solo una gran poblacion, es el *Albaicin*.

Mas lejos, apareciendo sobre el Albaicin, y sobre el Cerro de San Miguel se ve un monte, mucho mas alto que la Silla del Moro donde nos encontramos.

Aquel monte se llama el *Cerro de Santa Elena*.

(1) Véase el núm. 23 y 27.

XVII.

La Alhambra no puede estar mejor colocada.

Arranquémosla de su asiento y habrá dejado de ser lo que es.

Mirémosla en la estension de su plano, puesto que la dominamos desde nuestra altura.

A nuestros piés, donde la falda de la Silla del Moro, se convierte en una estensa planicie, donde se ostentan Generalife y su huerta, nuestra vista se deleitará reposando en aquel pequeño y bello palacio, en sus jardines en sus acequias, en sus estanques, en sus fuentes, en sus galerías de laurel que ostentan hace cientos de años su inmarchito verdor; un ciprés colosal, como si se levantara sobre las tierras del Oriente, nos trae á la memoria una de las mas bellas leyendas moras de los últimos tiempos del reinado de Boabdil el Chico: el *Ciprés de la sultana*. Generalife, visto desde la altura en que nos encontramos es un bellísimo prólogo, un poético *avant propos* de la Alhambra, cuyo plano se ve inmediatamente despues, empezando estrecho, contenido por las ruinas de las torres que se llamaron *Castillos de los Reyes Católicos*, y las de la torre del Agua.

Desde allí, los muros, los adarves, se ensanchan, conteniendo un espacio en que hay algunos huertos, y un estenso terreno, cubierto de escombros.

Aquel espacio, que llega hasta el convento de San Francisco y las casas y calles que delante y al costado de la iglesia de Santa María constituyen la pequeña poblacion de la Alhambra, aquel ancho espacio cubierto de escombros de alcázares destruidos, se llama la *Alhambra Alta*.

En la periferia de este campo, ó espacio, sobre los adarves, se levantan las torres, de las Infantas y de la Cautiva, por nuestra derecha; por nuestra izquierda la *Torre de los Siete Suelos*.

Mas allá, como hemos dicho, está la parroquia de Santa María de la Alhambra, rodeada por nuestra derecha por un paseo, por nuestra izquierda, por seis ú ocho pequeñas calles donde se levantan una treintena de casas: por la parte avanzada hácia nosotros por la huerta y convento de San Francisco de la Alhambra.

Inmediatamente despues de la iglesia, se estiende el cuadrado constituido por el plano de las cornisas, del palacio del emperador Cárlos V, que no terminado, abierto á las aguas, deja ver su repartimiento, y el anillo circular de su patio, sostenido por esbeltas columnas.

A la derecha, unido al palacio, avanzando hácia nosotros se ven los tejados, las torres, las cúpulas y los patios de la *Casa real*, ó palacio árabe, formando un conjunto caprichoso, híbrido, incitador: déjanse ver acá y allá, bellas galerías caladas, agimeces, ventanas, árboles, almenas, templetes, una hermosura revelaba á medias, sorprendida sobre su lecho, cubierta como por un manto indigno de ella, de sus feos y pardos tejados que han sustituido á las antiguas y bellas tejas vidriadas de colores.

Allí se ven las cúpulas de la sala de *Abencerrages* y de la de *las dos Hermanas*, y entre ellas el hueco del *Patio de los Leones*, mas allá escorzada la galería del *Patio del Estaque*, de los *Arrayanes*, de *Comares*, ó del *Mexuar ó Consejo*, que todos estos nombres podemos darles, y allá sobre los muros á la derecha, la gran torre de *Comares* ó de Embajadores con su chato tejado y sus agudas almenas.

Mas allá la casa del gobernador.

Despues de izquierda á derecha, la torre de la *Puerta del Juicio* y las torres y muros de la alcazaba, sobre los cuales asoma, formando el estrecho de la Alhambra, el fin del castillo, mirado desde donde nos hemos colocado, la torre de la Vela con su histórica campana.

Hemos dejado de consignar algunos detalles, porque si pretendiéramos describir minuciosamente lo que es la Alhambra vista á vuelo de pájaro, acabaríamos por confundirnos: para juzgar completamente de su efecto, no basta describirla, no basta dibujarla, no basta pintarla: es necesario verla.

Tal es la riqueza de contrastes que ofrece: la alternativa de ruinas y de construcciones que ha despecho del tiempo y de los hombres pertenecen aun en pié; el templo cristiano de severa construccion agrupado con un palacio moro que deja ver lo caprichoso de su plano, y detalles de su rica arquitectura sensual, junto al severo y simétrico plano de un palacio del Renacimiento: las torres, las torrecillas, las galerías, los adarves, los muros, la innoble tapia de tierra blanqueada y aspillerada que orla gran parte de estos muros sustituyendo á las antiguas almenas: las alamedas, los jardines, los estanques; y todo bajo la luz dorada de un sol clarísimo, inundado por el diáfano ambiente de Granada.

Para juzgar de la Alhambra ya se la vea desde la cumbre de los montes, ya desde los valles, ya en su conjunto ya en sus detalles, ya desde afuera ó bien dentro de ella, es necesario verla; la descripcion no puede ser mas que un estímulo, para visitarla: obras que reunen las grandes bellezas del arte y de la naturaleza, no pueden ser retratadas con palabras; se necesitan lienzo y colores, y aun asi de la copia á la realidad, tratándose de la Alhambra, hay infinitamente mas distancia que refiriéndose á otro edificio cualquiera.

Hemos procurado describir lo que mirando á la Alhambra, se ve desde la Silla del Moro: la alta sierra, los montes de su falda, la Vega, sus límites, sierra Elvira, el Albaicin, los cerros de Santa Elena y de San Miguel.

Debemos permanecer aun en la Silla del Moro, porque si bajamos al cerro de los Mártires, solo veremos en alzada la longitud meridional del castillo, que ya hemos visto en plano; es decir, los muros que preceden á la torre de los Siete Suelos, los que despues de esta torre continúan hasta la de las *Prisiones*; los que siguen de allí, conteniendo la *Puerta de los Carros* hasta el torreon y puerta Judiciaria, y los que terminan en la Alcazaba y sus adarves.

Sobre estos muros en la parte media de la longitud el palacio del emperador, las casas y la iglesia de Santa María.

XVIII.

Debemos permanecer en la Silla del Moro dominando no solo el plano de la Alhambra, sino el de sus alrededores.

Hemos dicho al principiar, que Mohhammet-Al-Hhamar, al construir la Alhambra, ó mejor dicho, al proyectar su construccion, porque él no dejó mas que en los principios la construccion de su casbá, de su ciudad real, de su castillo, habia sido á un tiempo, un grande artista un gran capitan, un profundo conocedor de los placeres.

Dejando para despues lo artístico y sensual del alcázar que ya tendremos ocasion de demostrarlo cuando penetramos en sus encantados aposentos, concretémonos á lo que la Alhambra debió valer como fortaleza, como pensamiento de un gran capitan, en otros tiempos en que no estaba mutilada y casi destruida.

Un castillo dominado por una altura tan próxima como la Silla del Moro, desde donde pueden penetrar dentro de ella, no ya los disparos de cañon, sino los de fusil, es una fortaleza muy poco fuerte: por consiguiente está muy lejos de ser la obra de un gran capitan.

Pero se olvidaria quien tal dijese, de que la Alhambra estaba protegida por otros castillos.

Tocando á la falda de la Silla del Moro, la Alhambra, separada hoy de Generalife, se unia á él por fuertes muros, que trepaban por la vertiente hasta llegar á la altura: los vestigios indudables de estas fortificaciones existen: Generalife se unia al castillo de los Alijares, que por la direccion marcada por los dos restos de muro que de ellos existen, da lugar á la suposicion de que se estendian á lo largo de la Silla del Moro, salvaban el barranco por donde pasa el camino que hoy conduce á Casa Gallinas, donde debió haber una puerta, y continuaban á lo largo en la cumbre del cerro del Sol; desde aquí, debia un sistema de defensa atravesar por el Haza de la Escaramuza, seguir la ondulacion del cerro de las *Barreras*, descender al de los Mártires, y unirse al castillo de torres Bermejas.

Que existieron alcázares fuertes y magníficos de una gran estension sobre las mesetas de sus cumbres en los cerros de la Silla del Moro y del Sol, es indudable: quedan restos de muros, un algibe, una neumaquia y muchos escombros.

Que desde el cerro del Sol, se prolongase un muro, casi paralelo á la longitud de la Alhambra, hasta enlazarse con las torres Bermejas, es una hipótesis racional, probable.

Solo una escabacion, que debiera hacerse, siguiendo los cimientos podria probarlo.

Pero aunque no se encontrasen los vestigios de las fortificaciones que suponemos, resultaria que la Alhambra, como fortaleza, tenia por ausiliares dos castillos: el de torres Bermejas, protegiendo su flanco derecho, tal vez en toda la estension del cerro de los Mártires, y los Alijares, inmediatos á ella, dominándola, sobre una altura, que ninguna otra altura domina; porque el distante cerro de Santa Helena, no es ya un peligro para la Alhambra.

Era, pues, la casbá real de los reyes de Granada una fortaleza de primer órden, para aquellos tiempos en que naciente é imperfecta la artillería estaba muy lejos de ser un arma formidable.

Para llegar á la casbá era necesario por cualquier parte que se la acometiese, superar empinadas vertientes, salvar asperas quebraduras, despues de lo cual, quedaban muros fortísimos que no podian ser combatidos por el ariete.

Quede, pues, sentado, que la Alhambra, con sus castillos adjuntos, era en sus tiempos una fortaleza de primer órden, y de una gran estension: que hoy solo queda en pié una décima parte de las fortificaciones, y una centésima de sus alcázares.

Cuando se considera que toda la falda de la Silla del Moro y la huerta de Generalife, fueron en su tiempo jardines, pabellones, departamentos; cuando por lo que se conoce, por lo que existe, se supone lo desconocido, lo que ha dejado de existir, el que como yo vive otra vida y siente otras emociones dentro de la Alhambra, siente amargura en el alma por aquellas bellezas destruidas.

¿Y quién fue, quién fue, quien destruyó los Alijares? ¿ó acaso los Alijares no han existido jamás sino en la fantasía de los poetas granadinos?

Y sino han existido, ¿á qué poblacion á qué edificio pertenecian esos restos de muros, ese que se llama *Algibe de la lluvia* sobre la cumbre de la Silla del



Moro; esa profunda y magnífica noria que taladra de arcada en arcada el cerro del Sol hasta llegar al hondo nivel del Darro, y que parece destinada para procurar riego á jardines sobre aquella tierra rojiza donde hoy ni aun brota yerba?

Si las guerras interiores de Granada produjeron esas ruinas, funestas fueron para las artes: si los reyes moros dejaron arruinar aquellos edificios, ya eran bárbaros los musulmanes españoles antes de ser arrojados al Africa por los Reyes Católicos.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

I.

En la cima de una elevadísima roca, cuya falda baña por estrecho y tortuoso cauce el Eresma, que en el profundo asiento de la gran mole se junta con el arroyo Clamores, levántase en la antigua ciudad de Segovia su renombrado alcázar. Noventa y seis varas cuenta de altura sobre el nivel del rio y mil doscientas tres sobre el del mar; y completando la natural defensa que aquel la ofrece, rodéale por la parte de la poblacion una honda cava de veinte y cinco varas de profundidad, abierta en la durísima roca; cava que en 1589 se continuó hasta darle setenta y dos piés de profundidad y ocho de ancho desde el puente al mirador, trabajando en él por semana seiscientos sesenta y cuatro oficiales canteros y ciento ochenta peones (1).

Acerca de la primera fábrica de este alcázar, no conserva la historia dato seguro. Hay quien remonta su primera edificacion á los árabes, llevados de algunos caracteres propios de su arte, que el mismo alcázar ostenta; pero despues que se ha conocido la influencia que el arte muslímico ejerció en el de los cristianos, viniendo á formar un período especial conocido con el nombre de gusto mudejar, no puede ya por este solo dato asegurarse que el alcázar de Segovia debiese su primitiva construccion á los árabes. Mas tambien por tradicion que por noticia histórica escrita, se consigna por la mayor parte de los que se ocuparon del renombrado alcázar, que el rey don Alonso VI levantó aquella fortaleza á semejanza de las que habia tenido ocasion de observar en la antigua córte de los godos, Toledo, conquistada por su cristiano esfuerzo á los mahometanos. Difícil es hoy encontrar las huellas de la primitiva construccion en aquel edificio tantas veces restaurado, al través de las pesadas pizarras que le cubren, las escorias de hierro que como estraño adorno se encuentran en la parte esterior de sus muros, los chapiteles de sus diez y seis cubos (2), y la ornamentacion que interiormente viste sus espaciosas cámaras. La disposicion general del edificio, algo recuerda la manera arábiga; pero así los trabajos ornamentales que rodean el torreon principal, como los que prestan apoyo á las avanzadas defensas de los muros y cubos, mas bien revelan la época de su reparacion en el siglo XV, y el reflejo del arte ojival dominante á la sazon, que la influencia del mudejar estilo. No por esto dejamos de creer que en tiempo de los árabes, cuando Segovia era importante poblacion musulmana, hubiera existido en el mismo punto que hoy otra fortaleza, quizá pudiera haber sido edificada como algunos asientan por el califa cordobés Abd-el-Rahaman III, lo que parece comprobar el árabe nombre de alcázar que aun conserva y la ventajosa situacion que ocupa, tan propia del sistema de fortificaciones seguido en aquellos siglos; pero como ya hemos indicado, en lo que hoy existe, no encontramos motivos para afirmar, como dice el coronel don Joaquin de Góngora en su curioso manuscrito titulado *Descripcion de la ciudad de Segovia* (3), que el alcázar sea «fortaleza y real palacio que se conserva en Castilla del tiempo de los árabes.» Lo que si consta sin género de duda es, que desde 1412 á 1458 sufrió una casi completa reedificacion la fortaleza, durante los reinados de don Juan II y Enrique IV, espidiendo este, en 1460, real cédula ordenando al alcaide del alcázar guardase la pesca del rio Eresma en un espacio de siete leguas desde su nacimiento é imponiendo á los contraventores pena de 600 maravedís aplicados á la obra del alcázar.

Nueva restauracion sufrió el antiguo edificio durante el reinado de Felipe II, restauracion que, en los treinta años que tardó en hacerse, fue dejando bien marcadas las huellas de la escuela de Herrera.

Larga y detenida descripcion merece aquella antigua fortaleza, pero antes de ello no creemos fuera de propósito consignar algunos recuerdos para enriquecer su historia; y como la noticia de sus alcaides asi va enlazada con ella como con los timbres de nuestras glorias en las de muchas familias castellanas, vamos á consignar en este sitio los nombres de los diferentes alcaides que el alcázar tuvo.

La mas antigua noticia que de dichos alcaides se conserva, es de haberlo sido un Juan Hurtado de Mendoza, padre de otro del mismo nombre, mayordomo mayor del rey.

Su hijo, lo fue igualmente en 1399.

Ruy Diaz, hijo de este, en 1439.

Don Juan Pacheco, en 1441.

Don Pedro Giron, en 1445.

Hasta esta época los alcaides unian tambien el cargo de gobernadores.

Pero de Mucharas, en 1456.

Juan Daza, en 1467.

Don Andrés de Cabrera y doña Beatriz de Bobadilla, marqueses de Moya, en 1470; continuando en sus sucesores la alcaidía perpétua de Segovia, por merced de Enrique IV, á que añadieron despues los Reyes Católicos los oficios de Justicia mayor y jurisdiccion civil y criminal de la ciudad y tierra de Segovia, y el condado de Chinchon.

Como descendientes de esta casa, fueron alcaides:

Don Fernando de Cabrera y Bobadilla, en 1520.

Don Pedro Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1566.

Don Diego, de iguales apellidos, en 1577, reuniendo tambien á sus cargos el título de tesorero de la Casa de moneda.

Don Pedro Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1599, en cuyo mismo año obtuvo el título de alférez mayor.

Don Luis Gerónimo Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1608.

Don Francisco Fernandez de Cabrera y Bobadilla, en 1657.

Don Enrique de Benavides y Bazan, por casamiento con doña Francisca de Castro Cabrera y Bobadilla, en 1680.

Don Julio Saveli Fernandez de Cabrera y Bobadilla, príncipe de Albano, en 1683.

Por secuestro de los Estados del príncipe de Saveli que se pasó en Nápoles á los ejércitos del archiduque en 1707, el marqués de Almonacid desempeñó la alcaidía interinamente en el mismo año.

El cardenal de Molina, á nombre del infante don Felipe, en 1738.

El infante don Felipe por real cédula, en 1740.

El infante don Luis, tambien por real cédula, en 1761.

Fue prerogativa de estos alcaides el alzar estandarte en las proclamaciones de rey en el alcázar y ciudad.

Tambien constan como tenientes de alcaide, los siguientes:

Diego de Villaseñor, en 1448.

Diego del Castillo, en 1507.

Melchor Cambron, en 1514.

Don Diego de Cabrera y Bobadilla, en 1520, el cual defendió el alcázar en favor del emperador Carlos V, cuando las guerras de las Comunidades, sufriendo seis meses de sitio.

Don Gerónimo de Villafañe, en 1568.

Don Alonso Moreno, en 1570.

El capitan Pedro de Samaniego, en 1572.

Blasco Bermudez, en 1577.

Juan Bermudez, en 1593.

El capitan don Sebastian Martinez, en 1707.

Don Antonio Gonzalez Clavo, en 1713.

Don Pedro Gomez Sarria, interino en 1716.

El capitan don Lorenzo Miguel de Serantes, en 1727.

El coronel don Horacio Cocentino, en 1762.

El coronel don Francisco Torija, en 1772.

El coronel don Juan Gerona, en 1790.

—Dentro de la torre mas elevada del alcázar, titulada de Don Juan, porque ó bien se edificó ó fue totalmente reparada en el reinado de don Juan II, sufrieron mas ó menos larga prision notables personajes, cuyos nombres debemos consignar, hoy que estamos apuntando los recuerdos históricos de este edificio.

En ella estuvieron en 1448 por mandado del mismo don Juan II, don Fernando Alvarez de Toledo, conde de Alba, y Pedro de Quiñones, que se hicieron sospechosos al rey.

En 1554 el dean de aquella catedral y cuatro canónigos, por cuestiones de competencias con el obispo don Gaspar de Zúñiga.

Tambien allí estuvo cautivo el desgraciado Montigni, hermano del conde de Horno, en 1566.

A consecuencia de las guerras de sucesion, hubo hasta treinta y ocho prisioneros, de los cuales cinco murieron en la torre, siendo la mayor parte estranjeros: solo se encuentran entre ellos los nombres españoles de don Valero Fernandez de Heredia, don Miguel Pons de Mendoza y el consejero de Indias, don Manuel de Silva. Consérvanse en el archivo de la alcaidía repetidas órdenes encargando prevenciones de suma vigilancia al alcaide, y mencionándose en una de ellas la escolta de cincuenta caballos con que algunos de estos prisioneros se condujeron desde las fronteras de Francia.

Aunque ignorándose la época de su entrada y la causa de la prision existen órdenes en el mismo archivo previniendo que se amengüe la comida, que no se permita escribir, que en nada se contemple, y que no se consienta salir del encierro á un padre fray Agustin de le Marchand, flamenco, de quien consta por justificacion autorizada que murió en la prision por noviembre de 1735.

No menos rigorosas son las órdenes que existen relativas al duque de Riperdá, pues en ellas se encarga no se le permita escribir ni aun á su mujer; que el alcaide reconozca hasta el tabaco que se le sirva; que cumpla con la iglesia en la capilla, sin mas testigos que su ayuda de cámara, confesor y alcaide. que concluido el acto vuelva al encierro, y que durante su pesada enfermedad no le visite m s que un médico de confianza; triste estado que duró desde 1726 hasta 1 28 en que le facilitó su fuga á Portugal la criada del alcaide, Josefa Ramos, y el cabo de la guardia de inválidos, quedando el ayuda de cámara en la prision por su amo y perdiendo el alcaide su empleo y su libertad, pues sentenciado fue á prision perpétua.

Tambien guardaron los fuertes muros de este alcázar hasta once *arraezes* que la tradicion cuenta como hechos prisioneros por las galeras de Malta unos, y otros por don Antonio Barceló. Las noticias de aquel archivo fijan sus nombres, cuentas y épocas en que se les surtia de vestuario. La muerte de *Serseli*, *Hamed* el Tunecino y *Honnurrech* en 1765, 73 y 79. La prision en su fuga de *Hamed* alias el Manco, *Arbi* y *Ametres* en marzo de 1773.—La conduccion á Toledo por demencia de *Saim-Salá*, tripolino, en 1774.—La embriaguez y riña de *Cassino* y *Hamet-amor* en 1775; y la conduccion con escolta á cargo del gobernador de Cartagena de *Agi-Useim* y *Hamet-arnaut*, en julio de 1779.

Desde el año 1764 fue destinado el alcázar para Academia del real cuerpo de artillería, debiéndose su ereccion al señor don Cárlos III bajo la direccion del Excelentísimo señor conde de Gazola, estableciendo en Segovia la capital del quinto departamento de dicha arma.

La solemne apertura de este colegio tuvo lugar el 16 de mayo del referido año, pronunciando la oracion inaugural el padre Antonio Eximeno, de la Compañía de Jesús, profesor del mismo establecimiento. En 1808 con motivo de la invasion francesa se fue trasladando sucesivamente el colegio á la Coruña, de allí á Sevilla, á Cádiz, á Mahon y á Palma de Mallorca, hasta que terminada la guerra volvió al alcázar. En 1823 pasó á Badajoz, y en breve fue disuelto, dándose á los cadetes licencia indefinida. A los dos años algunos de ellos, admitidos á purificacion, continuaron sus estudios en una academia que se formó en el parque de Madrid, y restablecido el colegio en 1830 en Alcalá de Henares, á los siete años tuvo que retirarse á la córte con motivo de la invasion carlista, permaneciendo en esta villa hasta el año de 1840 en que se le volvió al alcázar de Segovia.

El régimen de este establecimiento, la instruccion que en él se da y el porvenir que su estudio porporciona á los que se dedican á aquella noble carrera, puede verse en una instruccion que se facilita en las oficinas del ramo en todas las capitales de departamento.

Terminados los recuerdos históricos que encierra este edificio, en el artículo siguiente nos ocuparemos de su descripcion, cerrando el presente con los nombres de dos discípulos de aquel colegio de artillería. En la escuela del alcázar de Segovia aprendieron el heroismo, segun la acertada frase del coronel Góngora los capitanes don Luiz Daoiz y don Pedro Velarde.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

LA ESCENTRICIDAD.—LOS ESCENTRICOS.

IV.

(CONCLUSION.)

«El dia en que los ingleses hayan perdido sus whims, sus oddities y sus escentricidades, ó lo que es lo mismo, sus hábitos de independencia individual, puede darse por concluida la Gran Bretaña.»—Asi decia un inglés anciano con quien trabé relaciones en uno de los cafés mas concurridos de París, en el año de 1842, y que me invitó á visitarlo en su casa de Lóndres. En efecto, habiendo tenido ocasion de pasar á aquella ciudad, fue uno de mis primeros cuidados el cumplirle mi palabra. Este hombre, que conocia perfectamente á sus paisanos, tenia una aficion particular á los estudios históricos, y se habia consagrado á un ramo especial: la historia particular de la escentricidad y los escéntricos. Tenia reunidos, en una casa de campo, numerosos volúmenes que contenian su *Biografía de los escéntricos*, la cual ocupaba los estantes de dos espaciosos salones cuyas paredes estaban revestidas con multitud de retratos. Representaban estos los personajes de los libros. Habiendo ojeado el primer tomo, ví que estaba dedicado á las biografías de los escéntricos religiosos. En el segundo los escéntricos de filibustería nocturna á cuyo número corresponde Jemmy Cower. En el tercero, los escéntricos de erudicion. En el cuarto, las mujeres originales. En el quinto, los estravagantes en poesía. En el sesto, las originalidades de los pintores. En el sétimo, las origi-

(1) Asi consta de las cuentas de dicho año que con otras muchas y muy voluminosas desde el de 1570 hasta el de 1596, se conservan en el archivo del Alcázar. Como dato para el progresivo aumento que ha ido sufriendo el salario de los trabajadores, no creemos fuera de lugar trascribir el corto precio que ganaron los que abrian tan difícil y profundo foso. Los oficiales se pagaban á 4 reales y medio y los peones á 2.

(2) Las dos cruces de los cubos sobre la cava importaron 41,140 maravedises, teniendo de peso cuatrocientas ochenta libras: la armadura de los chapiteles costó 54,800 maravedises. (Cuenta en abril de 1586.)

(3) Consérvase una copia de él en la Real Academia de la Historia.



nalidades vulgares. En el octavo los escéntricos célebres; y en los restantes, biografías de los escéntricos ingleses en general.

En esta biblioteca estravagante estaban reunidos todos los productos de esa demencia incompleta ó de esa individualidad independiente á que se da el nombre de estravagancia. Veíanse allí nombres célebres y oscuros, astrólogos y geómetras, mendigos y reyes, pobres y millonarios, comerciantes y cómicos; fragmentos de poesía, trozos de música, grabados, acuarelas, productos del pincel, del buril ó del lápiz. El propietario me permitió tomar algunas notas que solia interrumpir con discretas observaciones.

—«Es de notar, decia, que el último tercio del siglo XVI y una gran parte del XVIII son muy fecundos en escéntricos ingleses, y que estas épocas, las mas brillantes quizás de nuestros anales, las de mayor gloria, prosperidad y reposo, son aquellas en que la escentricidad predomina confundiéndose con la fortuna de la Gran Bretaña.»

Despues de haber recorrido el índice de la biblioteca, tomé al acaso uno de aquellos volúmenes y tropecé con la biografía del rey de los gastrónomos: llamábase Rogerson y habia viajado por Europa cuando jóven; pero en su viaje no habia profundizado mas que una ciencia; la culinaria ó sea los diferentes sistemas de cocina. De regreso á Lóndres, y habiendo muerto su padre que le dejó una inmensa fortuna, se consagró al objeto especial de sus estudios y montó su casa en los términos mas apropiados á su objeto. Todos sus criados eran cocineros. Ayudas de cámara, cocheros, lacayos, todos eran mas ó menos inteligentes en cocina. Pagaba ademas tres cocineros italianos, tres franceses y uno aleman, de los cuales un italiano estaba didicado esclusivamente á disponer un plato fiorentino llamado *dolze piccante*. Tenia un correo siempre en camino desde la Bretaña á Lóndres para traerle huevos de perdiz de *Saint Malo*. Habia plato que le costaba cincuenta guineas. Entre las comidas no se ocupaba mas que en contar los minutos que lo separaban de la comida inmediata. En nueve años *devoró* toda su fortuna en la acepcion literal de la palabra; es decir, que su estómago habia engullido ciento cincuenta mil libras. Reducido á la mendicidad, lo encontró un amigo y le dió una guinea. Compró con ella un faisan, lo guisó él mismo, segun las reglas del arte, y despues de comerlo y haber hecho la digestion, se suicidó arrojándose en el Támesis.

Otro escéntrico cuya manía era menos sensual, se habia dedicado á jugar á la lotería. Cuando le favorecia la suerte daba fiestas magníficas en sus jardines y hacia inscribir en las papeletas de entrada estas palabras: *Recuerdo de las sonrisas de la fortuna.*

Este ciego adorador del acaso le habia sacrificado sus rentas, y se encontraba reducido á la miseria, cuando, habiendo tomado prestadas dos libras esterlinas, las jugó á la lotería y ganó veinte mil; pero habiéndolas vuelto á jugar, lo perdió todo y murió pidiendo limosna.

Otro, llamado *Mañana* lo dejaba todo para el dia siguiente y en su diccionario no se conocia la palabra *hoy*. —Tenia que montar á caballo, ajustar sus cuentas, casarse, reparar su casa, —*mañana*;—sus perros, sus trenes, su biblioteca, debian servirle, *mañana*. En fin, se murió de ochenta años sin haber dejado un solo instante en considerarse cazador, ginete, miembro del parlamento y literato, aunque no habia disparado una escopeta, pedido un voto á ningun elector, escrito una carta, ni montado un caballo.

Un platero de Lóndres, que se habia hecho millonario, tuvo la manía de ejercer la profesion de mendigo y pasó en ella quince años de su vida. Era conocido en los alrededores de Lóndres por el *hombre del perro*, y habiendo inferido cierta ofensa á un vecino de Mithan, lo condenó el juez de paz á ser azotado en público, por lo cual, en su testamento, habiendo dejado mandas á todos los pueblos del condado, escluyó aquel donde sufrió el tal castigo.—Pero la escena mas dramática á que han dado asunto los escéntricos es la gran revolucion de los gatos ocurrida en Chester, quince años ha.

Todos conocen este pueblo por la gran celebridad de sus quesos. Pocos dias despues del embarque de Napoleon para Santa Elena, se leia en todas las calles y plazas el anuncio siguiente: —«Muchas familias distinguidas disponen su viaje para Santa Elena, donde piensan fijar su residencia; y como el inmenso número de ratas que pululan en aquella isla, la hacen incómoda y peligrosa, el gobierno inglés ha resuelto esterminarlas, y al efecto se propone hacer un acopio considerable de gatos en el mas corto espacio de tiempo posible.»—Y el que firmaba el anuncio suponia estar encargado de esta comision y ofrecia pagar los gatos á muy buen precio: diez y seis chelines por un macho en buena salud; diez chelines por cada gata y tres chelines cada gatillo en disposicion de correr, beber leche y jugar con una madeja de hilo. A los dos dias de publicado este anuncio entraban por las calles de Chester un sin número de viejas y muchachos cargados de sacos llenos de gatos. Todos los caminos, veredas, calles y callejuelas estaban ocupadas por tan singular procesion, y antes de anochecer se encontraban congregados en Chester mas de tres mil gatos dando lastimeros maullidos en direccion á la calle que habia indicado el prospecto. Era esta estrecha y los gatos maullaban todos á un tiempo. Como los sacos chocaban unos con otros, el concierto infernal iba *crescendo* y mezclándose con él los gritos de las mujeres y de los chiquillos, los ladridos de los perros y la gritería de los vecinos formó una especie de pandemonium que alborotó á la antigua ciudad de Chester. Mientras los gatos prisioneros entonaban el canto de guerra, sus conductores reñian y *boxaban* furiosamente convirtiendo aquello en un campo de Agramante de que no tuvo idea el mismo Ariosto.



EL ALCÁZAR DE SEGOVIA. (DE UNA FOTOGRAFÍA DEL SEÑOR CLIFFORDT.)

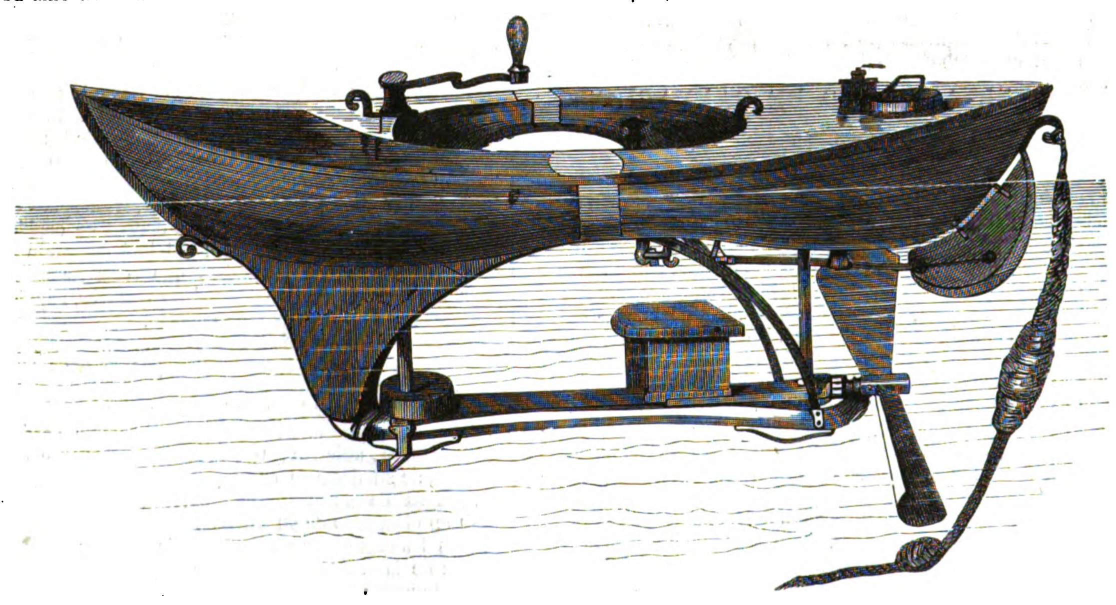
Cuando las cosas habian llegado á este punto, acudieron los pilluelos de todas las calles inmediatas, desataron los sacos y dieron libertad á los prisioneros. Aquí fue Troya: unos saltaban á la cara de sus opresores y sacudian con gatuna desenvoltura el yugo del esclavo; otros se subian á los balcones y corrian, de uno á otro, toda la callejuela; aquellos se introducian por las rejas y ocupaban como conquistadores las suculentas cocinas; por último, llegó á tanto la confusion y el ruido, que, estendiéndose de calle en calle y de barrio en barrio por toda la ciudad, puso en conmocion á los vecinos difundiéndose como un meteoro eléctrico por todos los ámbitos.

Todavía conservan las tradiciones locales el recuerdo de aquel espantoso suceso comentado por los poetas de buen humor y trasmitido de padres á hijos hasta nuestros dias. Lo que no hemos podido averiguar, á pesar de nuestras mas prolijas investigaciones, es el nombre del estravagante ingenioso que concibió este chistoso y fecundo drama; pero, llámese como se quiera, debia ser un hombre muy original, y los ingleses le apellidan el revolucionario de Chester.

No se recorre una sola calle en la capital de Inglaterra sin encontrar alguna escentricidad notable. En la de Exeter-Change hay un vendedor de bastones que entre los infinitos objetos de que su almacen está provisto, látigos, juncos, cajas de tabaco, objetos de marfil esculpido, bambúes y nueces de coco labradas, conserva una cara de marfil con luengas narices cubierta por un sombrero aplastado. Esta cabeza fantástica y estravagante, está colocada de puño en un baston y representa el retrato de Tomás Coryate, viajero del siglo XVI, tan célebre por su fealdad y estravagancia que los artistas de su tiempo se disputaron la gloria de esculpirlo. Esto dió orígen á los bastones á la Coryate que hoy se venden á precios fabulosos. Coryate atravesó á pié todos los paises de Europa, y publicó la relacion de sus viajes con este título: «Bestialidades tragadas al paso en un viaje de cinco meses.» El autor sabia doce lenguas, y se jactaba de haber hecho callar á una mujer hindua con quien habia tenido una disputa.

No hay viajero que haya visitado á Margate y no haya oido hablar del viejo Lowell. Este hombre se encontraba en todas partes, y ha quedado su nombre tan unido al de su ciudad natal, como el de Napoleon á la Isla de Córcega. Era sastre, y habiéndose enriquecido en su oficio, tenia siempre en su guarda-ropa cincuenta vestidos completos. Siendo ya casi millonario, compró en la islita de Thanet, una magnífica propiedad del mas estravagante aspecto. Desde la reja de entrada hasta las veletas de la torre, todo representaba instrumentos accesorios de la caza, porque esta era su monomanía desde que dejó la aguja. En las ventanas se veian esculpidas cabezas de jabalí; cubrian el pavimento pieles y despojos de reses muertas en la caza; y las paredes estaban llenas de cuadros que representaban escenas venatorias. El antiguo sastre, se habia acostumbrado á no hacer nada como los demás: tenia un caballo favorito llamado Brucher al cual habia enseñado á seguirlo como un perro; y era de ver mi buen hombre vestido de piés á cabeza de terciopelo encarnado, marchar gravemente por los paseos de Margate fielmente seguido por su dócil cuadrúpedo y un lacayo vestido como su amo llevando en la mano una inmensa pipa de espuma de mar, y sonriendo majestuosamente á los transeuntes que se burlaban abiertamente de aquel mamarracho.

ALHAMBRA DE GRANADA.—TORRE Y PUERTA JUDICIARIA.



APARATO DE SALVACION, POR EL PILOTO NASEO.

En sus viajes á Lóndres trocaba su vestido de terciopelo encarnado por otro negro de la misma tela; y en las visitas que hacia á sus amigos, se colgaba al pecho una gran espetera llena de todas las cruces reales é imaginarias de Europa. El que lo veia por primera vez lo tenia por un personaje eminente: unos se figuraban ver en él á un ministro prusiano; otros lo suponian miembro de alguna de las familias reinantes de Alemania, y no faltó quien lo creyese plenipotenciario del emperador de la Gran Tartaria. Las mujeres le dirigian ojeadas furtivas encaminadas al corazon del fastuoso príncipe. Cuando murió lo lloró mas de una señorita que habia soñado con la ambiciosa idea de conquistar el título de archiduquesa.—Encontróse un dia á un amigo que le preguntó el significado de sus infinitas cruces, suponiendo que eran condecoraciones estranjeras que le habian concedido los soberanos de Europa. «Son respondió, medallas de todos los clubs á que pertenezco, pues casi todos los de Inglaterra me cuentan entre sus miembros Esta es la

medalla de los lunáticos, esta la de los druidas, estas la de los cabritos y la de los gatos flacos. Soy tambien caballero del águila, conde de la coliflor, y duque de las espinacas. Pertenezco á la órden de los cometas y á la de los caballos sin cola, y tengo derecho para llevar todas mis medallas.»—En efecto, á cada paso que daba, se oia un ruido indefinible de cobre, plata y plomo.

Como digno complemento de una vida tan singular, nuestro sastre cuando se vió cerca de los ochenta y un años, envió á buscar á un antiguo amigo suyo, el carpintero Amerall que vivia frente á la iglesia.

—«¿Qué se os ofrece?» le preguntó este.

—«Que me tomeis medida.» Necesito hacerme el último vestido, y es menester que lo pongais por obra. Caoba de primera calidad, bisagras de plata, cerradura y llave del mismo metal. En la tapa, y en frente del sitio donde se colocará mi cabeza, hareis un agujero ovalado, y fijareis en él un pedazo de cristal muy sólido.

El féretro esperó todavía dos años á su dueño. Lowell lo visitaba una ó dos veces á la semana, y dos dias antes de morir escribió al carpintero la siguiente carta:

«Mr. Amerall, preparadme la casa, repasadla con la escoba y los plumeros. El sábado último me pareció que no estaban bastante limpias las manillas. Hacedme el favor de limpiarlas con mas cuidado.»

Dos dias despues habia dejado de vivir.

Thomas Day, autor de *Sandfort* y *Merton*, libro de una reputacion europea, era un hombre escelente, muy original, que se propuso formar él mismo á la mujer que habia de ser su esposa. Comenzó por escoger en una escuela de caridad dos chicas bonitas y de buenas cualidades; pagó por ellas el precio convenido y las llevó consigo á su casa, decidido á casarse con aquella que mejor le pareciese en lo sucesivo. El esperimento salió á las mil maravillas. Lucrecia y Sabina (nombres con que las habia bautizado) crecieron y se desarrollaron bajo sus auspicios, prosperaron con sus cuidados, correspondieron á los deseos y á los esfuerzos de su director, llegaron á ser hermosas y prudentes; es mas, las dos fueron escelentes esposas y madres.

Desgraciadamente nada de esto fue en provecho de Thomas Day, á quien rehusaron las ingratas porque tenia cincuenta años.

Pero no satisfecho, volvió á hacer igual esperimento, y Camila y Vesperia imitaron el ejemplo de Sabina y Lucrecia. Love's labour lost (Shaksp.)

Stukeley, hombre rico, solitario y estravagante, se dedicó á buscar el movimiento perpétuo, y cuando se convenció de que era una quimera, abandonó su estudio, pero no cambió de costumbres. Nunca dejó que le hiciesen la cama; se lavaba las manos veinte veces al dia, pero nunca la cara ni el cuerpo; sus criados eran dos mujeres, una que vivia dentro de su casa y otra que habitaba fuera. Habiéndose dedicado algun tiempo al estudio de las hormigas, infestó de ellas todo el vecindario.

Cuando el duque de Marlborough abria las trincheras en Flandes, nuestro sabio lo imitaba paso á paso, y despues de trazar con yeso en la pared el plano de todas las ciudades que atacaba el general, tomaba el pico y destruia él mismo los tabiques, siguiendo exactamente las instrucciones de la *Gaceta* y los movimientos del general. Cada ciudad le costaba un tabique

No tenia en su cuarto sillas ni sillones; habia mandado abrir un agujero delante de la chimenea y colocaba en él las piernas cuando se sentaba en el suelo. Nunca consiguieron sus colonos que recibiese el importe de las rentas; los hacia esperar en una posada inmediata á su casa, y les pagaba el gasto cuando se le antojaba despedirlos. No era menos original en el modo de gobernar su casa. Despues de haber seguido en Lóndres la carrera de abogado, dejó al marcharse junto á la puerta de su antecámara una maleta vieja tan deteriorada, que nadie fijó en ella la atencion. Una docena de estudiantes habitaron sucesivamente aquel cuarto sin hacer caso alguno de la maleta; pero al fin el último mandó á su criado que quitase de en medio aquel estorbo. Cayó al suelo, y como estaba podrido, se abrió y rodaron 700 monedas de oro y unos papeles que pertenecian á N. Stukeley.

Este hombre singular, en lugar de encerrar su dinero, lo apilaba en un rincon de la cocina; y llegó á reunir en su cuarto, donde nunca entró ningun criado, cerca de 3,000 guineas. Un dia entró un muchacho; una parte de aquella suma estaba sobre una mesa, á la cual faltaba un pié, y habiendo tropezado en ella el chico, rodaron las monedas y se derramaron por el suelo. En diez años que vivió despues Mr. Stukeley no levantó la mesa ni recogió las guineas, contentándose con apartarlas con el pié para abrirse camino desde la puerta á la cama.

Swift era tambien un hombre muy original. A un pobre zapatero que le habia hecho esperar un par de botas lo tuvo encerrado una noche entera en su parque en lo mas crudo del invierno. A una criada que le habia pedido licencia para ir á un baile y no habia cuidado de cerrar la puerta, la obligó á que viniese á cerrarla suspendiendo una contradanza. Cuando visitaba á algun colono y le parecia demasiado rico su traje ó el de su familia, rompia los galones de sus vestidos, ó los encajes de las señoras y les enviaba al dia siguiente su valor en instrumentos de labranza y en vestidos groseros. Los certificados de matrimonio que firmaba como síndico eran generalmente epígramas en verso contra los novios, y sobre todo contra el matrimonio. Aquel hombre de rara inteligencia y sarcástico en el mas alto grado era ademas estraordinariamente feo, y causó la muerte de sus dos mujeres que eran muy lindas á quienes consumió con sus epígramas y sarcasmos.

Lord Turkey tenia entre otros varios caprichos la singular mania de variar de mil maneras los tiros de caballos. Un dia se le antojó hacer tirar una carretela por cuatro gamos: estos marchaban bastante bien y admiraban al público por su disciplina. Mas de repente acierta á pasar una trailla de perros que se instruyen por el olfato de la presencia de los gamos. Convirtióse aquello en una verdadera partida de caza. Los gamos corrian á mas no poder, los perros seguian furiosamente la pista, y lord Turley, perdida la esperanza de sujetar el tiro llegó á dar por terminada su existencia. Arrastrado con la rapidez de un relámpago, el carruaje estaba próximo á inflamarse y terminar como el carro de Faetonte. Felizmente se encontró en el camino una quinta donde solia parar y lanzándose los gamos de un salto en el patio hubo tiempo para cerrar la puerta á la trailla de perros.

El famoso John Price se casó sucesivamente con tres mujeres; habia hecho embalsamar á las dos primeras y colocarlas como estátuas á los lados de su cama; pero habiendo tratado de casarse con la tercera, se asustó esta y no quiso darle su mano hasta que mandó enterrar las dos momias.

La avaricia da asunto á una larga lista de escéntricos. El doctor Monsey la llevaba á tal estremo que, teniendo en una ocasion que sacarse una muela la ató con una cuerda de guitarra y sujetó la estremidad libre á una bala agujereada con la cual cargó una pistola. Al dispararla salió necesariamente la muela. Distinguíase entre los muchos escéntricos que produjo el primer tercio del siglo XVIII.

—La historia de sus billetes de banco es muy conocida. Como era tan avaro, no sabia donde ocultar los billetes, y un dia se le ocurrió esconderlos en el fogon de la chimenea. Al volver á casa encontró que la criada habia encendido fuego y los billetes estaban reducidos á cenizas. El pobre hombre se lanza furioso á la chimenea y echa sobre las llamas toda el agua que encuentra á mano. La cocinera se enfada y le dice que va á echar á perder la chapa de acero que rodea el fogon.

—«Maldita seas tú y tu té,» esclama el avaro, «me has arruinado. Has quemado mis billetes de banco.»

—«¿Y quién diablos podia creer que habíais metido los billetes de banco en el fogon?»

—«¿Y á quién diablo se le ocurre encender la chimenea en el mes de julio?»

Medio llorando y medio riendo nuestro avaro se puso á desenterrar muchos pedazos de papel medio tostados, y reuniendo aquellas nuevas chuletas, las llevó á casa del primer ministro lord Godolphi, entró en su despacho sin anunciarse, y blasfemando le mostró sus billetes refiriéndole la aventura con tantos gestos y con tan enérgica elocuencia que este despues de ofrecerle que apoyaria su pretension para que se le reembolsase el valor destruido, se fué apresuradamente al rey, á quien agradaban mucho las originalidades, y le refirió la aventura. Rióse mucho Jorge III y quiso absolutamente presenciar desde un gabinete inmediato la escena que debia representarse al dia siguiente. Ocultóse en efecto, y estuvo el avaro tan chistoso en su esclamaciones que no pudo el rey contener una carcajada. Precipitándose entonces Monsey á la puerta, reconoce á S. M. y esclama.

—«Si, si, reid como vuestro ministro; yo tambien me reiré cuando hayais perdido 500 libras esterlinas.—En Londres no se hablaba mas que de los billetes quemados, y tuvo tanto eco la aventura que concluyó por abrirse una suscricion que reembolsó al avaro de su pérdida.—

RICARDO DE FEDERICO.

EL APARATO DE SALVACION

INVENTADO POR EL PILOTO NASSO.

Hace veintisiete años que el inventor de este aparato despues de haber concluido su tiempo de servicio en la marina de guerra austriaca, tuvo la desgracia de caer al mar, yendo de marinero en un buque mercante español que hacia el viaje entre Cádiz y Almería, con un viento fuerte y mucho mar. Los demás marineros le echaron al momento los objetos que tuvieron mas á mano, y entre otras una especie de percha en que ponen las gallinas para dormir, á la que logró asirse conservándose en ella sobre las olas, todo el tiempo que pasó hasta que desde el buque le echaron un cable y le volvieron á bordo. El proverbio de que la necesidad es la madre de los inventos fue cierto tambien esta vez: la especie de percha que le habian echado, le sirvió á Nasso para reflexionar acerca de un nuevo aparato de salvacion que debia sobrepujar en aplicacion y utilidad práctica, á todos los que se conocian hasta entonces. Despues de diferentes ensayos infructuosos, pudo presentar el 15 de mayo último á una comision técnica su nuevo bote de salvacion, empleando en él todos los medios diversos que corresponden al fin propuesto de un modo tal, que no deja nada que desear. El aparato tiene dos partes, la superior forma un bote impermeable cubierto con planchas de cobre y de nueve piés de largo; en medio tiene una abertura redonda por la que puede pasar un hombre. La parte inferior que se halla debajo de la superficie del agua y no está cerrada, se halla sostenida por la superior por medio de barras de hierro. En el suelo de esta parte inferior, hay asegurado un taburete para que el náufrago pueda sentarse de modo que la parte superior de su cuerpo salga por la abertura de la parte de arriba del aparato que forma el verdadero bote. En la popa de este hay un resorte que se mueve por medio de un manubrio y hace andar cuatro y media millas marinas por hora, aun habiendo mucho mar, á este pequeño buque que no pesa mas que ciento quince libras. Tiene tambien un pequeño timon para poderle dar la direccion que se quiera. Sentado el náufrago en su taburete puede manejar al mismo tiempo el manubrio y el timon. En la parte cerrada de la popa hay una pequeña despensa donde pueden tenerse provisiones y agua para cuatro ó cinco dias. En la parte esterior de la popa hay asegurados varios anillos á los que están atadas cuerdas de modo que en un naufragio, se pueden asir al bote y salvarse cinco ó seis individuos mas. El bote puede echarse al agua con la mayor facilidad y tambien disponerse á bordo; aun con el oleaje mas violento puede moverse en todas direcciones y servir para salvacion de muchos hombres. Ademas es tan conveniente y proporcionado que cada buque mayor podrá proporcionarse uno. Este invento ha sido adoptado por la marina de guerra austriaca y se ha asegurado á su autor la recompensa correspondiente.

LOS CABELLOS DE LUISA.

LEYENDA.

III.

UNA MUJER CALVA.

(CONTINUACION.)

Peluqueros habia en aquel tiempo, carísimos lectores, y no teneis mas que mirar la fecha en que pasa la accion para cercioraros de ello; pero la condesa no quiso nunca suplir con galas artificiales las que debió en otros dias á la naturaleza, bien porque rehuyese adornar su frente con cabelleras de personas cuya salubridad desconocia, bien porque no fueran de su agrado las que confeccionaban los artífices de pelucas, harto modestos é inhábiles en España en aquel tiempo, á pesar de ser en Francia el de Luis XIV, época de raya en los fastos de la peluquería antigua, moderna y contemporánea, ó bien por otras causas que no me esplicó con claridad el religioso, cuya narracion ofrezco á los lectores del Museo amoldada en el troquel de novela traspirenáica, tanto para ajustarme á las *exigencias del dia*, como porque asi lo requiere su argumento; y plegándose mi pluma á todos los estilos, del propio modo que mi espíritu se doblega á la presion de las inconexas circunstancias que se eslabonan en mi exótica vida, le sucede lo que al perro del titiritero, que al son que le tocan baila.

Ahora, si lleva mal ó bien el compás, diralo el músico, no el danzante; pero dejando á un lado circunloquios churriguerescos que perjudican á la armonía del cuadro, para no volver á entrar en ellos mientras dure su esposicion, tomemos de nuevo á la condesa, es decir, hablemos de la acaudalada huérfana desde el instante en que la abandonamos por cuestiones peliagudas, ya que sabidos sus antecedentes podemos apreciar con exactitud el motivo de hallarla en la mañana á que me refiero, sola en su gabinete, sentada frente á un dorado espejo, y delante de una mesa donde se hallaban mezclados en confuso desórden infinidad de tarros, redomas y botes.

Empezó la condesa por quitarse suavemente aquella cáscara de tafetan que solo en estos solemnes momentos dejaba libre su cabeza, derramó en la palma de la mano parte del contenido de las redomas, que llevó luego á los débiles fragmentos de pelo que á retazos sombreaban algunos parajes de su reluciente cráneo, y despues de haberlos frotado y alisado con media docena de cepillos de diferentes formas y tamaños, volvió á colocarse la gorra con tan esquisito estudio, que seria imposible conocer la absoluta carencia de *tubos capilares*, bajo los hinchados pliegues de su rizada cúspide.

Verificada esta delicadísima operacion, quedó la condesa sumergida en sus reflexiones por algunos instantes.

Aquella era la peor hora de todos los dias.

Acababa de representarle el espejo, con una verdad desconsoladora, aflictiva, terrible, el repugnante espectáculo de su desnuda cabeza, objeto de sus simpatías, causa de su destierro, barrera indestructible puesta en el camino de su felicidad.

Todos los dias quitábase la gorra la condesa, con la emocion de la esperanza, y volvia á ponérsela con el dolor del desengaño.

Siempre la encontraba igual, siempre aquel funesto brillo que hacia reflejar en sus claros ojos el de la mas



violenta ira.—Todas sus riquezas, todo su orgullo, la mitad de su existencia hubiera dado por un solo bucle de cabellos que acariciase sus enjutas mejillas.

No podia, no queria, no se conformaba á permanecer toda su vida con aquella deplorable calva. La ilusion desvanecida un momento ante el frio aspecto de la implacable realidad, volvia á sonreir de nuevo al cubrirse la cabeza.

—Veremos mañana, pensaba interiormente, y aunque nunca veia lo que anhelaba, no dejó una vez sola de consolarse de este modo, porque tambien era egoista.

Pero en la ocasion presente, fueron sus meditaciones mas duraderas. Acaso este postrer recurso de la desgracia, este antídoto de la desesperacion, iman de nuestros ensueños, faro de misericordia colocado por la providencia en el sombrío valle del mundo para no dejarnos hundir en los profundos centros del desaliento; ese *mañana* en fin, que lo mismo puede ser para nosotros la luz que las tinieblas, el dia que la noche, la vida que la muerte, pero que siempre se nos presenta bajo la forma de luz, dia y vida, iba con el uso, perdiendo para doña Clara su benéfica influencia y no aliviaba ya el cáncer de su corazon, porque levantándose distraida de su asiento, se acercó á uno de los balcones de su cuarto, por cuyos tersos cristales se introducia un alegre rayo del sol de primavera, y dirigió maquinalmente la vista hácia el pintoresco y vasto campo que ante sus ojos se estendia.

Sin duda algun curioso objeto debió escitar su interés, pues la indiferencia que mostraba al principio, desapareció poco á poco y la espresion de su mirada, fija siempre en un punto, fue animándose sin cesar, comunicando á su cuerpo un estremecimiento nervioso que aumentándose por grados hizo prorumpir á sus labios en una histérica esclamacion, y á sus manos dar un golpe en su frente como si hasta entonces no hubiese hallado la solucion de algun difícil problema que la tuviese preocupada anteriormente.

IV.

MISTERIO.

Cierta mañana repararon los campesinos, con notable asombro de sus ánimas, que una magnífica carroza, tirada por cuatro fogosos caballos blancos, cruzaba la calle de sauces dirigiéndose á la aldea.

Era uno de esos risueños dias de mayo en que la naturaleza parece hacer alarde de todos sus primores.

—Será la *señora* que irá á recorrer sus tierras, decíanse unos á otros los honrados labriegos, designando con aquel nombre á la condesa

Pero la admiracion que causaba en el pueblo la régia pompa de la señora, creció en este dia de todo punto al advertir que el carruaje se detenia á la puerta del viejo Pablo.

Un lacayo de vistosa librea y sombrero en mano, abrió la portezuela, y no tardó en bajar la condesa vestida de negro y con su inseparable gorra encajada hasta las sienes.

Observábase en su rostro una espresion de fiereza y altivez tan marcada, que las mujeres de la aldea sentian miedo al contemplarla y ocultaban la cabeza que cediendo á ese instinto de femenil curiosidad, habian asomado por sus puertas y ventanas al oir el estrépito de los caballos y las ruedas.

La señora, sin anunciarse, entró en casa de Luisa.

Oyéronse á poco fuertes ladridos en el interior, y la temblorosa voz de Pablo que procuraba acallar los arranques de Clavel.

Despues de un corto rato de silencio, apareció la condesa en el umbral seguida del perro que gruñia sordamente, contrayendo el labio superior. Subió al coche la señora, con la majestad de una reina, y los caballos partieron al galope hácia la Tumba Negra.

Clavel permaneció un instante en el mismo sitio, espiando con la cabeza erguida, la marcha del carruaje, y asi que lo perdió de vista entre las nubes de polvo que su carrera levantaba del camino, dió media vuelta y desapareció del dintel.

V.

DOBLE MISTERIO.

Al otro dia, cuando las jóvenes fueron con sus cántaros al manantial, advirtieron que no estaba entre ellas Luisa, la de los rubios y espesos cabellos, que tanta envidia escitaba en sus corazones y á quien sin embargo, amaban tanto.

Los aldeanos esperaban con ansiedad la venida del próximo domingo para verla en el camino de la choza de Andrés, conduciendo á su anciano padre; pero aguardaron sin fruto. Luisa no pareció.

Tampoco volvió Tomás á su casa, segun costumbre.

¿Qué habia pasado en aquella familia?—¿A qué una reclusion tan incomprensible? ¿Por qué hasta la puerta de Pablo se mantenia cerrada á todas horas?

En verdad que su misteriosa conducta daba pábulo á las mas diversas congeturas.

Algunos mozos del pueblo, impulsados por el interés que sus vecinos les inspiraban, habíanse acercado á su habitacion, para indagar la causa de su retraimiento y prestarles el auxilio que su estado reclamase; pero fueron ahuyentados por los ladridos de Clavel, que arañaba con rabia la puerta, como despidiendo á los importunos y se retiraron á su pesar, no sin que antes percibieran los comprimidos ayes de un llanto desgarrador.

—¡Pobre Luisa! decian, ¿si estará enfermo su padre?

—¡Quia! hubiera venido el médico y nadie le ha visto.

—Ni á Tomás tampoco.

—Te atreves á que llamemos de nuevo á su puerta, ¿no vayamos luego á arrepentirnos de nuestros escrúpulos?

—¿Y no dirán con razon que somos curiosos?

—Mas vale vergüenza en la cara que dolor en el ánima.

Y los jóvenes se aventuraron á llamar en casa de Luisa, quien les agradeció desde adentro su intencion, pero sin aceptar sus ofertas.

Por lo tanto el misterio continuaba y las suposiciones eran cada vez mas absurdas é inverosímiles.

De este modo pasaron algunos dias, durante los cuales, murió el viejo Andrés en su solitaria choza.

Los criados de la Tumba dieron sepultura á su cadáver, sin duda por órden de la condesa. Acerca de este acontecimiento circulaban estraños murmullos, pues se decia que en union de Andrés, habia sido enterrado, su antiguo amigo, el virtuoso y honrado Pablo.

Pero nadie lo afirmaba de una manera positiva, la puerta de su habitacion seguia cerrada y ninguno se determinaba á interrumpir la sospechosa tranquilidad en que yacia sumergida, confiando al tiempo la mision de guiarles en tan intrincado laberinto.

VI.

LA DESGRACIA EN EL CABELLO.

Al fin una mañana hallaron á Luisa que venia de llenar su cántaro en la fuente.

Pero, ¡ay! que ya no era la jóven de otros dias, el sol de las praderas, la gala de los campos, el iman de los pastores, la sonrisa de su amor...

Su rostro estaba ajado como el lirio al declinar la tarde y un tinte cárdeno y sombrío rodeaba sus hermosos ojos negros, ahora cavernosos y sin brillo como la bruma del torrente que ruge en el fondo del abismo.

Sus pasos eran tardíos, desiguales, penosos.

Llevaba un vestido negro y un pañuelo del mismo color anudado en la cabeza.

¡Luisa! pobre flor del mediodía, ¿qué ha sido de tu cabello rubio cual el primer destello de la aurora? ¿Qué se han hecho aquellas trenzas doradas que realzaban el nacar de tu cuello, como los rayos del sol naciente abrillantan la espuma de los manantiales?

Luisa bajaba sus lividos párpados, al observar en todos los semblantes la mirada indagadora y compasiva que derramaban sobre ella y proseguia en silencio su camino.

Tambien volvió Tomás á atravesar la calle de sauces el domingo inmediato á la reaparicion de Luisa.

¡Mas ah! que los rumores del pueblo eran ciertos por desdicha y no pudo depositar en manos del buen Pablo el jornal de la semana.

—Luisa, ¿dónde está nuestro padre? esclamó al entrar en su casa, esplícame por favor qué catástrofe nos ha envuelto en sus horrores, qué significa este aspecto lúgubre, angustioso, amenazador que diviso en cuanto me rodea?

Luisa se arrojó en los brazos de Tomás, anegando en lágrimas su hermoso rostro.

Clavel sentado sobre sus piés traseros espiaba los menores accidentes de este grupo.

—Hermano mio, nuestro buen padre ha muerto, respondió Luisa, sin separarse de Tomás y entre los sollozos que ahogaban sus palabras.

—¡Muerto! repitió Tomás convulso. Ya me lo insinuó la señora; pero mi corazon se rebelaba contra su infortunio y no queria dar crédito á la noticia.

—Tu corazon se engañaba, replicó Luisa, no existe y yo he apresurado su muerte.

—Deliras, hermana mia.

—No, Tomás; pero mi culpa, ha tenido aunque tarde su espiacion. Mira.

Y apartándose de su hermano, desató el pañuelo de su frente, que al aflojarse cayó sobre sus hombros.

Tomás exhaló un grito de espanto.

La cabeza de Luisa estaba completamente rapada.

—Escúchame, prosiguió esta volviéndose á cubrir con el pañuelo. Entreteníase una mañana mi padre con Clavel y peinaba yo mis cabellos, cuando abriéndose de improviso la puerta entró en casa la señora. Sorprendióme su vista y un presentimiento vago aunque cruel se apoderó de tal manera de mi espíritu que no fui dueña de contestar á su altivo saludo.

«Con el sombrero en sus rodillas y poseido del mayor respeto, suplicó el anciano á la señora le permitiese continuar sentado, porque su debilidad le impedia levantarse. La condesa no se dignó responderle y se contrajo al objeto de su visita.

»Pocas fueron sus palabras, pero aun resuena el eco en mis oidos como el tañir de la campana anunciando la agonía.

»Una de las tardes en que íbamos á la choza del viejo Andrés, habia reparado en mis trenzas: eran las que buscaba en balde desde muchos años y venia á hacer sus proposiciones para la compra.»

Aquí Tomás no pudo contener un momento de cólera.

Clavel que parecia escuchar atentamente, cambió de sitio para acercarse á los interlocutores.

Luisa continuó.

»La súbita aparicion de una fiera, pronta á despedazarme entre sus garras, no me hubiera aterrado tanto como el glacial tono de aquella mujer, exigiendo la venta de mi cabello.

»El anciano me devolvia llena de angustia la mirada de estupor que mis ojos le enviaban; pero ninguno de los dos acertaba á desplegar sus labios. El asombro nos enmudecia.

»La condesa se encargó de poner término á una situacion tan difícil.

—»Anciano, dijo á mi padre, me canso de esperar. Si dentro de ocho dias no poseo el cabello de tu hija sereis ambos despedidos de mis dominios, destruida la casa que te albergó cuando te presentáste á mendigar un asilo contra tu adversa suerte, y tu hijo Tomás irá sin que lo presuma, á trabajar en mis ingenios de América. Me sobran medios para realizarlo. Cuenta sobre todo con el sigilo. No sois mis siervos, pero sí mis criados. Vuestra fortuna me pertenece, porque os alimento con mis bienes que os doy en cambio de vuestros servicios y si no dispongo de vuestra libertad, puedo causaros la miseria para toda la vida.

»Reflexiona bien, anciano, y decídete. Entre tanto, no verás á tu hijo.

»Y volviéndonos la espalda, salió de casa la señora sin que pensáramos en detenerla dejándonos sumergidos en la mas intensa afliccion.

»Pasado el primer momento de sorpresa, corrí á abrazar á nuestro padre, que seguia con su venerable cabeza descubierta y agoviado por el peso de su desventura.

—»¿Qué decís, padre mio, qué me ordenais? esclamé cayendo á sus plantas y humedeciéndolas con mi llanto.

»Clavó el anciano en mí sus brillantes ojos, como si quisiera infiltrar por los mios su pensamiento y me respondió tan solo.

—»¿Y tú infeliz hermano?

—»Pero eso es horroroso, padre mio, repliqué comprendiendo y resistiéndome, en tono de inculpacion.

(Se continuará.)

José J. Soler de Lafuente.

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

I.

Recorria San Francisco de Asis algunas comarcas de nuestra península, en la década segunda del siglo XIII, y habiendo llegado á Madrid, fue recibido de sus honrados moradores con el aprecio y distincion que tan esclarecido huésped merecia. Ofreciéronle asimismo terreno para que erigiese un convento de la órden austera que habia fundado, y el santo patriarca, reconocido á las muestras de veneracion y estima que los vecinos de Madrid le dispensaron, escogió un sitio estramuros, al Sud-Oeste de la poblacion é inmediato á una fuente á la que hacian sombra dos álamos. Allí, con las ramas de los árboles y con un poco de barro hizo una ermita, único albergue que pudo ofrecer á los fieles que movidos por le ejemplo de su santa vida abandonaron el mundo y corrieron á reunírsele, para consagrar sus dias á la penitencia y al retiro.

En esta mísera y desabrigada estancia residieron los nuevos discípulos de Francisco, hasta que el mismo santo, ayudado de los habitantes de Madrid, que contribuyeron con sus limosnas, fabricó el convento de Jesús y María, pequeño y desacomodado.

Gozaban en él poca salud los religiosos, y por esta causa determinaron abandonarle: mas el pueblo de Madrid que profesaba mucho afecto al convento de San Francisco por haber sido fundacion del seráfico patriarca, desaprobó el proyecto de los frailes, y decidió que no se les permitiese establecerse en otro sitio de la villa, la cual se ofreció gustosa á conservar aquel sagrado edificio, con el decoro correspondiente á la memoria del santo que le habitó.

Continuó la comunidad en su antigua mansion y fue aumentada considerablemente á espensas de los reyes y de los vecinos de Madrid en diversas épocas; formando al fin un convento espacioso, del cual formaba parte al comenzar el siglo XVII, con el nombre de Cuarto Viejo, la primitiva fábrica levantada por el santo patriarca.

Los Vargas, Ramirez, Luzones, Lujanes, Cárdenas,

Zapatas y Venegas, labraron sus entierros en la iglesia y capillas de San Francisco, propias algunas de las familias distinguidas que llevaban aquellos apellidos, de manera que para la nobleza de Madrid y aun para gran parte de la poblacion la casa que nos ocupa era un monumento de familia.

Contribuyeron particularmente á engrandecerla, con no escaso beneficio de las nobles artes, el camarero de Juan II Pedro de Lujan, que dió principio á la capilla de su apellido por los años 1470. y su hijo el prudente, leal y verídico caballero Juan de Lujan, llamado el Bueno por las relevantes prendas que le adornaban, el cual terminó á fines del siglo XV la fábrica notable que su piadoso padre comenzó á levantar.

Don Francisco de Vargas, uno de los mas doctos consejeros de los Reyes Católicos y del emperador Cárlos V, no menos espléndido que sus antepasados, empezó á construir la famosa capilla que hoy se llama del Obispo, contigua á la parroquia de San Andrés, en la que reposan sus cenizas, y reedificó grandiosamente en el convento de San Francisco la muy antigua capilla de su familia.

El mas generoso de los bienhechores del convento de San Francisco fue, sin duda, el caballero madrileño Rui Gonzalez de Clavijo, camarero del rey don Enrique III y embajador del mismo soberano al gran Tamerlan. Al regresar Clavijo de su largo viaje al Asia, reedificó ámpliamente la capilla mayor de este convento, eligiéndola para enterramiento suyo y de sus deudos.

Acaeció la muerte de Enrique IV de Castilla en el famoso alcázar de Madrid á las dos de la mañana del dia 13 de diciembre de 1474, y deseando la reina doña Juana dedicar al servicio del Señor el resto de su vida, eligió un cuarto en el convento de San Francisco de Madrid, contiguo al templo y con tribuna á la capilla mas retirada del mismo, para asistir á los Divinos Oficios.

Dió allí pruebas la reina doña Juana de un arrepentimiento sincero, y su vida en aquel tiempo fue sin duda ejemplar y austera. Pocos dias pudo con agrar su alteza al silencio y á la oracion, pues falleció el 13 de junio de 1475; quedando al convento por memoria de su estancia en el mismo unos tapices y un cáliz con las armas de Castilla y Portugal, *que duró hasta nuestros dias*, dice Quintana.

El cadáver de la reina doña Juana fue colocado en un sepulcro de mármol blanco, monumento grandioso que al efecto mandó labrar doña Isabel la Católica. Hízose á la parte del Evangelio adosado al muro de la capilla mayor: le decoraba la estátua yacente de la difunta reina y de su magnificencia da testimonio Argote de Molina, que habiéndole visto repetidas veces, le llama *riquísimo*. Leíase en él la siguiente inscripcion, reproducida en diversas obras por varios autores:

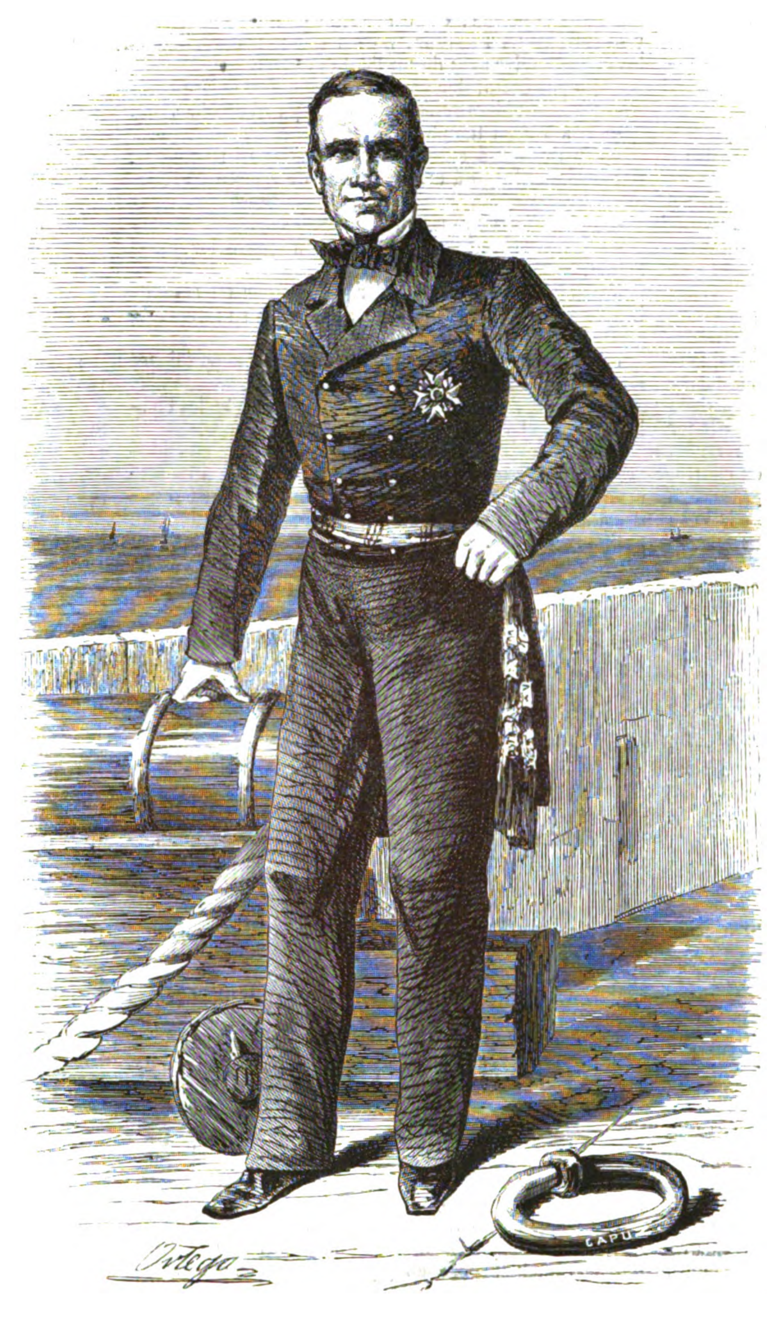
AQUI YACE LA MUY ESCELENTE, ESCLARECIDA Y MUY PODEROSA REINA DOÑA JUANA, MUJER DEL MUY ESCELENTE Y MUY PODEROSO REY DON ENRIQUE CUARTO, CUYAS ANIMAS DIOS AYA: LA QUAL FALLECIÓ DIA DE SANTO ANTONIO AÑO DE MIL Y QUATROCIENTOS Y SETENTA Y CINCO.

Muy escasas noticias han quedado de la forma, dimensiones y ornatos de la antigua iglesia, pues consta únicamente que fue en diversas épocas reedificada, y que la engrandecian muchas y muy notables memorias sepulcrales.

Ocupaba entre estas el lugar preeminente la tumba del embajador Ruy Gonzalez de Clavijo. Hiciéronla por los años de 1412 con ricos mármoles y mucha grandeza en el centro de la capilla mayor á manera de túmulo ó cama, y pusieron la estátua del finado encima, segun costumbre de la época.

En la misma capilla mayor á la parte de la epístola yacia sepultado en un magnífico sarcófago el famoso marqués de Villena; al que han dado tanta celebridad sus obras, no menos que su estirpe régia, pues era tio del rey don Juan II.

Frontero al lucillo de Villena se veia al lado del Evangelio el rico y suntuoso mausoleo de mármol en que por espacio de ciento cuarenta y dos años reposó el cadáver de doña Juana de Portugal, esposa del rey de Castilla Enrique IV, de cuyo fallecimiento hemos hablado, como tambien de este rico túmulo, que la inclita reina doña Isabel la Católica mandó erigir, en prueba de que habia echado en olvido los disturbios y pesares que agriaron la vida de su hermano, y como testimonio público de que en su real ánimo no tenia cabida el rencor.



EL GENERAL DE MARINA DON JOSÉ MARÍA DE BUSTILLO.

Muy justo es que nos detengamos á refutar con sólidas razones una idea, bajo todos conceptos absurda, pues no debe aparecer doña Isabel la Católica menos magnánima y cristiana de lo que realmente fue.

Dice Mariana en el capítulo IX del libro XXIV de su Historia general de España, que para colocar el cuerpo de la reina doña Juana cerca del altar mayor de la iglesia de San Francisco de Madrid, *quitaron de allí los huesos de Rodrigo Gonzalez de Clavijo.*

El padre Florez (1) entiende por este período que sirvió para enterramiento de la viuda de Enrique IV el sepulcro de Clavijo y espresa: «segun lo cual no fue obra »aquel sepulcro de los Reyes Católicos sino del mencio»nado Clavijo cuyos huesos sacaron de allí.»

Tomando las palabras de Mariana literalmente, dedúcese, en efecto, que se quitó de la capilla mayor de San Francisco el cadáver de Clavijo y no el lucillo que le custodiaba. Si tal idea quiso emitir Mariana, preciso es reconocer que al hablar del hecho á que aludimos, incurrió en una de las muchas inexactitudes que desluceu y por completo desacreditan su famosa narracion, tan bella en la forma, como desnuda en la esencia de verdad y crítica.

Profanar una tumba, exhumando de ella los restos mortales del generoso caballero que á su fallecimiento dejó cantidades suficientes para costearla, y á cuya esplendidez asimismo se debia la ereccion del recinto sagrado en que fue aquella colocada, era una falta de piedad y á la vez constituia un injustísimo despojo, que por ningun concepto se pueden achacar á la inclita reina doña Isabel la Católica.

Argote de Molina en el discurso que escribió sobre el Itinerario de Ruy Gonzalez de Clavijo, describe su sepulcro y refiere que unos años despues de haber sido erigido, le quitaron del sitio que ocupaba en el centro de la capilla mayor, para colocar el cuerpo de la reina doña Juana *donde agora se ve en un riquísimo sepulcro de alabastro.*

El sepulcro de Ruy Gonzalez de Clavijo vi trasladado en el año pasado de 1573 en medio de la iglesia de San Francisco, y en este año de 1580 le vi quitado de allí y arrimado á la pared junto al púlpito.

Cita dos sepulcros distintos en el preinserto párrafo Argote de Molina, y fija el diferente sitio que ocupaban á fines del siglo XVI en la iglesia de San Francisco el de la reina doña Juana y el de Ruy Gonzalez de Clavijo, conservándose aun por aquel tiempo las estátuas yacentes de la señora y del caballero que en las mencionadas tumbas habian sido sepultados. No menos clara y terminante que la relacion de Molina es la de Leon Pinelo, el cual da noticia en sus Anales de Madrid, todavía inéditos, asi de la ereccion del sepulcro de doña Juana á espensas de los reyes Fernando V é Isabel, como de la ruina del mismo, llevada á cabo en 1617, cuando se reedificó de nuevo la capilla mayor: espresando el analista madrileño la circunstancia, bajo muchos conceptos notable, de que se convirtió en efigie de la Vírgen María y fue colocada sobre la puerta del convento la estátua de mármol blanco de la reina doña Juana, que hasta entonces decoró el sepulcro de aquella señora. Trasformacion absurda, que solamente pudo ocurrir á los hombres del siglo XVII, pero que es importante para la cuestion que ventilamos, porque confirma contra la opinion de Mariana que la reina doña Juana y Ruy Gonzalez de Clavijo ocuparon sepulcros diferentes, y que de ningun modo sirvió uno solo para los dos.

Al romper el sepulcro fue hallado el real cadáver con la cabellera intacta, y ceñida la cabeza con una cinta, que debia ser la medida del tamaño de alguna imágen. Quedaron colocados los huesos de la reina en un hueco de la pared, bajo el cual se colocaba todos los años una mesa de altar el dia 2 de noviembre, y se celebraban misas en sufragio del alma de aquella princesa.

Completamos las noticias que existen de la iglesia antigua, insertando á continuacion de estas líneas un párrafo copiado del informe que presentó fray Antonio Muñoz al padre guardian de este convento sobre el estado en que se hallaba la iglesia cuando fue demolida totalmente.

Despues de citar las once capillas de la iglesia dice el padre Muñoz: «en el ingreso al convento por la porte»ria, sacristía y cláustro, se enumeraban hasta catorce »capillas y dos altares mas en el que decian entierro »de los religiosos. De modo que el número total de ca»pillas ascendia á veinte y cinco: el de altares á cuarenta »y uno, y solo juzgo que dos de ellos carecian de pa»trono.»

En este documento, que original hemos tenido á la vista, se espresa igualmente que las once capillas de la iglesia eran de propiedad particular.

La riqueza artística de todas estas capillas era grande, y fue una lástima que desapareciese. Fortuna hubiera sido para la villa de Madrid, y mas aun para las nobles artes y para la historia, que al proyectarse en 1760 la ereccion de un templo suntuoso, conforme con las ideas y gusto artístico dominantes á la sazon, no hubiese sido escogido el templo de San Francisco sino algun otro de los mas pobres; pues en tal caso tendriamos el grandioso monumento moderno, y á la vez existiria el mas venerando á importante de los antiguos edificios que poseyó la noble y leal villa de Madrid.

(Se continuará.)

(1) *Memorias de las Reinas Católicas*, tomo II.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

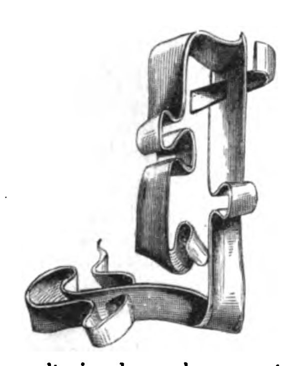
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 30. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 22 DE JULIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



ué imponente y hermoso espectáculo el de los movimientos de los cuerpos celestes! Aunque no ha sido total el eclipse del miércoles en Madrid, ha presentado fenómenos grandiosos y dignos de contemplarse, y debe de haber dado lugar á interesantes observaciones. Desde la una y media en que comenzó, ó mas bien desde las dos en que ya pudo notarse la decoloracion de la luz y la ocultacion de una buena parte del disco solar, las calles y los balcones desde donde podia contemplarse el fenómeno se llenaron de curiosos y observadores, unos levantando la cabeza y aplicando á los ojos vidrios ahumados ó lentes preparados al efecto, otros por el contrario con la cabeza inclinada contemplando la imágen solar en una vasija llena de agua. Nosotros nos dirigimos á las doce á las elevadas posiciones del Observatorio astronómico, y desde allí teniendo á nuestros piés el Retiro y el paseo de Atocha, á Madrid en segundo término, y en lontananza los azulados montes del Guadarrama, pudimos apreciar los diversos matices que iban tomando los árboles, las plantas, los edificios, las cumbres de los montes á medida que la luz del sol iba perdiendo su intensidad. Era un espectáculo magnífico: á la 1 y 50′ empezó á ser notable el eclipse y hasta las 2 y 52′ en que llegó á su grado máximo, dejando un solo dígito ó una dozava parte del disco solar visible, los objetos fueron perdiendo poco á poco la brillantez que les prestaba la intensa luz solar, hasta presentar aquel matiz que ofrecen en el crepúsculo de una tarde de otoño. Los montes lejanos fuéronse dibujando mas visiblemente en el horizonte, coronados al parecer de una faja ó zona luminosa, mientras que los edificios de Madrid parecian bañados por una atmósfera de un color brillante de plomo, y mientras al Nordeste el cielo presentaba un color azul oscuro casi tirando á negro. El termómetro, que á las doce del dia habia marcado en el Observatorio 34° Reaumur al sol, comenzó á bajar rápidamente; á las dos y media marcaba 28,4 y á las 2 y 52′, máximo del eclipse, se hallaba en 27,2. Cinco minutos antes de marcar 28,4° al sol, habia marcado igual número á la sombra. Frecuentes ráfagas de viento nos anunciaron por decirlo así los diversos estados del eclipse, siendo notables y marcadas las bruscas variaciones del Oeste Noroeste al Oeste Sudoeste y vice versa.

Tales son las observaciones que nosotros, profanos á la ciencia astronómica, hicimos durante el eclipse del miércoles en Madrid. Nuestro colaborador el señor Picatoste que lo ha observado en Oropesa, hará las científicas.

En el Moncayo estalló el 16 una tempestad que dejó envuelta en nieblas la cumbre del monte; pero el 18 en el momento de comenzar el eclipse empezó á soplar el viento Norte y despejó la atmósfera, por lo cual pudo aquel ser observado en todos sus estados menos en el primero. La comision francesa y la española, segun escriben de Tudela, se quedaron con los instrumentos mas pesados en el Santuario, mientras Mr. Leverrier, director del observatorio de París, el director del observatorio de Leipzig señor Bruchus, el señor Ardanaz, ingeniero civil y el señor Novella, astrónomo, compatriotas nuestros, pasaron á Tarazona, donde vieron el eclipse en toda su magnificencia. En Vitoria lo observaron el director del observatorio ruso de Dorpat y una comision inglesa.

En Castellon de la Plana estaban el 15 los señores Lamont, director del observatorio de Munich, muy conocido por sus estudios y descubrimientos sobre el magnetismo terrestre, Plantamour, director del observatorio de Ginebra y uno de los colaboradores mas inteligentes de la *Biblioteca universal*, y Rümke, director del observatorio de Hamburgo y aventajadísimo discípulo del profesor Encke de Berlin. Cada uno de ellos ha establecido su observatorio como mejor ha podido: el primero en una huerta fuera de Castellon; el segundo en la torre del edificio que sirve de cuartel al regimiento de Toledo, y el tercero en otra torre de la poblacion. Tambien se hallaban en Castellon el señor Cepeda, catedrático de Valencia, el marqués de Albaida y multitud de personas forasteras: de suerte que la poblacion el 15 se hallaba animadísima y se habian dispuesto para aquel dia y el 16 dos corridas de toros en que el Tato debia lucir sus habilidades con gran contentamiento de los sabios estranjeros.

En Torreblanca á cuatro leguas de Oropesa estaban con el señor Bonet, catedrático de Barcelona, varios astrónomos italianos, entre ellos Carlini, el autor de las tablas del sol, y Donati, el descubridor del cometa: en el faro de Oropesa el inteligente director del observatorio de San Fernando señor Marquez, los señores Riveiro y Antonio de Souza y Cárlos Capello, de la comision portuguesa, y nuestro colaborador don Felipe Picatoste, debian hacer sus observaciones; por último, en Briviesca han fijado su punto de observacion los señores Petit, director del observatorio de Tolosa (Francia), Abbadie, individuo del Instituto, Lespiande profesor de astronomía, Bechniowski, profesor de geodesia en Petersburgo, Prusnowski, astrónomo del observatorio de Varsovia, y Otaño, profesor de física en Burgos.

Segun parece, don Juan de Borbon ó mejor dicho su secretario, no quiere dejar pasar una semana sin dar cuenta de su persona. El dicho secretario ha escrito una carta al ministro sardo de Londres manifestándole que don Juan que cree tener derechos eventuales á la corona de las Dos Sicilias, en vista de que allí existe la Ley Sálica, está dispuesto á renunciarlos si en esto puede contribuir de algun modo á la paz y felicidad de Italia. Se dice que el ministro de Cerdeña piensa contestar dando las gracias al señor don Juan.

Garibaldi ha espulsado de Sicilia al señor Farina, delegado oficial ú oficioso de Cerdeña, y va á nombrar dictador en la parte civil al señor Farini que ha sido ministro por Victor Manuel. Los motivos que le han impulsado á esta variacion de una vocal en el nombre de su ministro no son todavía conocidos, y por consiguiente no pueden ser debidamente examinados. En Nápoles hay ya nuevo ministerio, y parece que algunas tropas y generales han querido repetir las escenas del 7 de julio de 1822 en Madrid. Presumimos que el rey de Nápoles ha de haber acudido tarde al remedio de las concesiones. El papa lejos de hacerlas ha pronunciado una alocucion en su consistorio, llamando sacrilegio á la anexion de la Romanía é injusticia á la de los ducados á la Cerdeña. Tambien ha habido desórdenes en los Estados Romanos, mas hasta ahora no parece que hayan sido de grande entidad.

El señor don Pascual Gayangos ha dado últimamente á luz para la Biblioteca de Autores españoles un interesante tomo, el 51 de la coleccion, que comprende las obras de los prosistas anteriores al siglo XV. En este tomo están: el libro de *Calila y Dimna* ó fábulas de Bilpay, coleccion tomada del Hitopadesa en sus primitivos

tiempos y vertida del sanscrito al pehlevi, de este al arábigo, y de este á diferentes idiomas, incluso el nuestro: el libro de los *Castigos* ó documentos *del rey don Sancho*; las obras del infante don Juan Manuel; el *libro de los Enxemplos*, de autor anónimo, parte de cuyos cuentos están tomados de la obra del Rabí Moisés Sefardi, de Huesca: el *libro de los Gatos*, otra coleccion de cuentos, y finalmente el *libro de las consolaciones de la vida humana*, escrito por el antipapa don Pedro Luna. A la mayor parte de estas colecciones precede un erudito y concienzudo exámen del señor Gayangos, y una noticia biográfica relativa á sus autores. El libro dado á luz por el señor Gayangos, es sin disputa uno de los mas importantes para el estudio de la lengua y literatura castellanas, que ha salido á luz en la Biblioteca de Autores españoles.

Nada podemos hablar de teatros, porque no existen. Las noticias que en la revista pasada dábamos acerca de proyectos para el año cómico inmediato, se van desmintiendo como presentíamos, y las que hoy corren han de desmentirse tambien, por lo cual no merecen la pena de estamparlas aquí. El Circo de Price hace su agosto entre tanto, y el Eliseo Madrileño sigue por las noches concurrido.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PÚNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

I.

Grande ha sido nuestra perplejidad, despues de haber leido la composicion premiada en primer lugar por la Academia Española en el último certámen abierto por ella: leíamos, volvíamos á leer, estremábamos nuestra paciencia, buscábamos la razon del premio, y nuestra perplejidad, nuestra sorpresa, nuestro doloroso asombro crecian, porque, ó habíamos perdido el sentimiento de lo bello, ó la Academia habia aceptado como bello lo deforme.

Dejamos pasar tiempo, volvimos á leer, leimos á sangre fria, analizamos, juzgamos la composicion premiada con relacion á su objeto, en su conjunto, en sus partes, en sus detalles; comparamos lo que es con lo que para ser digna, no ya de premio, sino de atencion, debiera haber sido, y nos decidimos á estampar en letras de molde nuestro veredicto particular, sometiéndole al juicio de la crítica presente y de la crítica venidera:

«La Academia Española, adjudicando el primer premio ofrecido en el último certámen abierto por ella para conmemorar las glorias de nuestra reciente campaña en Africa, á la composicion titulada LA NUEVA GUERRA PÚNICA Ó ESPAÑA EN MARRUECOS, ha cometido un atentado incalificable contra la poesía, contra el lenguaje, contra el sentido comun.»

Y esplanando nuestra afirmacion: no vacilamos en declarar que la Academia, premiando la composicion, ó mas bien el escrito del señor Cervino, ha renegado de su encargo, ha borrado su lema, ha contradicho, por decirlo asi, *su profesion de fe*: porque una Academia que premia una obra prosáica y vulgar que carece de plan, de estilo y de lenguaje, porque hasta ahora nadie se ha atrevido á llamar lenguaje á la jerga; una Academia que á tanto se atreve, *ni limpia, ni fija, ni da esplendor* á la lengua castellana.

Si en el discurso de este escrito no podemos probar nuestro aserto, sin duda alguna hemos perdido el juicio, ó no le hemos tenido nunca, ó somos como escritores, como poetas, el polo opuesto de lo que son el autor laureado, y la Academia que le ha otorgado el lauro.

Y hé aquí la causa de nuestra perplejidad, de nuestra duda, de nuestra vacilacion, antes de decidirnos á protestar por ante la crítica universal contemporánea del fallo de la Academia.

II.

No un impulso de envidia, porque, gracias á Dios, aun no hemos dado en la deplorable aberracion de envidiar lo malo; no el amargor de que una obra nuestra haya sido desechada por la Academia, porque hoy por hoy no acudiríamos á su llamamiento para que nos otorgase *un título de poeta*, teniendo á nuestro alcance para conquistarle la prensa y la escena, y dispuestos á sentir los corazones del público; no una ruin enemistad, no, en fin, nada bastardo ni repugnante, pone contra la Academia nuestra pluma sobre el papel; ni bajo temor á enemistades, á interpretaciones ó calumnias, ha encontrado lugar en nuestra alma para que dejemos de consignar públicamente nuestro juicio, siquiera sea duro en la forma (porque hay verdades que no pueden decirse blandamente), y aunque haya de ser desfavorable para la Academia ante los hombres de buen sentido.

Una consideracion altísima es nuestro móvil: tememos que, por acaso, un crítico estranjero, habiendo á las manos el folleto titulado la NUEVA GUERRA PÚNICA, viéndole premiado en primer lugar por una corporacion que se llama: *Real Academia Española de la Lengua*, crea que el contenido de ese impreso, es la última medida, la suprema altura de nuestra poesía contemporánea: tememos que se crea fuera de casa (porque dentro de ella y tratándose de la Academia Española, ya sabemos á lo que debemos atenernos) que para cantar nuestras glorias la voz mas sonora, mas alta, mas brava, mas grandilocuente, mas épica, en una palabra, es en nuestra patria la voz del autor de la *Nueva guerra púnica*: no queremos ni podemos consentir, sin protestar enérgicamente, el monopolio que parece pretende abrogarse la Academia de hacer, *por autoridad*, poetas y hablistas: para justificar, para razonar nuestra protesta, es para lo que nos levantamos sin miedo, creyendo tener de nuestra parte la razon.

Pero basta de exordio: empecemos nuestra enojosa tarea, diciendo con el autor premiado:

Real Academia: en ley de cortesía,
saludo, y entro en lucha.

III.

Desde el punto en que fijamos la vista en la cubierta de la obra premiada, no nos pudimos tener: corrimos ansiosos en busca de nuestros librotes y los consultamos: no podíamos comprender aquello de: LA NUEVA GUERRA PÚNICA Ó ESPAÑA EN MARRUECOS: estos dos títulos juntos y cada uno de por sí, nos embestian, nos hacian daño: respecto al primero de los títulos, no acertábamos por qué se llamaba *púnica* á la guerra que acabamos de hacer en Africa; y en cuanto á lo de ESPAÑA EN MARRUECOS, acababa de aturdirnos: no recordábamos haber encontrado nunca en tan pocas palabras tal número de tales y tan redondos disparates: no comprendíamos cómo, á un mismo tiempo, sin division de fuerzas, en el espacio comprendido entre Ceuta y Tetuan, esto es, en una parte de la antigua Mauritania Tingitana, habíamos hecho la guerra sobre la region en que floreció Cartago; ni teníamos noticia de que los habitadores hoy de aquella comarca, hubiesen atravesado las tierras que en otro tiempo fueron la Numidia, y venídose á la Mauritania á socorrer á los marroquíes.

Era tambien para nosotros fuerte cosa creer que la Academia no sabia geografía ni historia, ó que sabiéndolas permitiese en una obra premiada por ella, semejante lapsus, tal barajamiento de lugares, tanta ignorancia, en una palabra: por nuestra parte creíamos saber que Cartago y las dos Mauritanias Tingitana y Cesariense, eran lugares distintos, habitados en lo antiguo por distintas razas; creíamos que hoy no podria llamarse guerra púnica á una guerra en Africa, porque la raza fenicia (de donde Phœnicum, Pœnicum, Peno, *Púnico*) ha desaparecido hace muchos siglos de sobre la haz de la tierra; pero hubiéramos querido convencernos de ignorancia, á trueque de no convencer de ignorancia ó descuido á la Academia, y recurrimos á los datos que debian sacarnos de situacion tan angustiosa: el compendio de la Historia Romana de L. Annæus Florus, llamando únicamente púnicas á las guerras sostenidas por Roma contra los fenicios en Sicilia, España y Africa, comandadas todas por Cartago, y hablando con completa separacion de las otras guerras del pueblo rey sobre el Africa, ya contra la Numidia, ya contra la Libia, ya contra las dos Mauritanias, nos probó que el error no era nuestro.

No, los romanos no llamaron púnicas á sus guerras en Africa: llamaron únicamente púnicas á sus guerras contra los fenicios, ya los hiciesen en Sicilia, ya en España, ya en Cartago, ya en los tres lugares á la vez.

Ahora bien: aunque llevásemos un dia nuestras armas á Cartago, esto es, al lugar donde fué Cartago, no podria tal guerra llamarse púnica, porque ¿dónde están los fenicios?

Es verdad que la Academia repara poco en estas cosas, por creerlas sin duda menudas y de poco momento: y tanto es asi, que ha permitido que otro autor premiado por ella en el certámen de 1850, y tambien con el primer premio, llame Jucef (sin duda refiriéndose al sultan fundador de la ciudad de Marruecos, Aben-Taxfin), y almoravid, al famoso sultan de los Almohades, Mohamet-abu-Abd'allah Anasir, Amir Al Mumenin, al que venció Alfonso VIII, el Bueno y el Noble, en la memorable batalla que los historiadores moros llaman de Hins Alacab, y los españoles de las Navas de Tolosa.

El reparable, el inconcebible error que acabamos de manifestar, consta en la oda á la victoria de Bailen, del señor Olloqui, premiada por la Academia en 1850.

En la página 10 se encuentra lo siguiente:

Al pié de la barrera
De la Bética Alfonso el campo mide
Clavando su bandera;
Y el fiero *Almoravide*
Por la vega sus bárbaros divide.

Y mas adelante:

Y en la revuelta estrecha
La *próspera* legion halla salida,
Y cautelosa acecha
La *banda almoravida*
Para el último avance apercibida.

Esto dijo el señor Olloqui, sin que la Academia reparase en ello.

Porque al fin, ¿qué importa que los moravithos lamtunnies fuesen árabes de origen y los sectarios de Al-Madhi mauritanos? ¿qué importa que la dominacion musulmana en España se cuente por los tres períodos de su ocupacion por los árabes, los almoravides y los almohades? ¿no eran todos sectarios de Mahoma? La Academia se dejó de perfiles; aceptó como Jucet árabe y almoravid, á Mahomet mauritano y almohade, autorizando, ó mejor dicho, consintiendo un doble anacronismo, y dió el premio sin vacilar.

Porque en último caso: la Academia de la Lengua, no es la Academia de la Historia.

IV.

Pasemos de la portada: examinemos la obra que su autor se ha atrevido, sin duda de buena fe, á llamar poema.

Y decimos que tal calificacion es un atrevimiento, porque á pesar de estar rimada la obra á que nos referimos, las musas, completamente inocentes, no tienen parte alguna en el delito cometido primero por el laureado, compartido despues para su responsabilidad por la corporacion laureadora: los versos de la guerra púnica novísima, están hechos con *componedor*; es decir, poniendo en una medida frases rebuscadas, muchas de ellas *exóticas*, ridículamente altisonantes las mas, vacías de sentido la mayor parte, y jamás usadas sino por los inventores de la cultilatiniparla, muchas de ellas.

Algunos versos que en otros tiempos, y aun en nuestros dias, fueron inspirados por las musas á algunos de sus hijos predilectos, como Herrera, Quintana y otros, se encuentran en el folleto, fárrago, ó quisicosa premiada, que no poema, arrancados de su lugar, desfigurados con alguna palabra impropia, estraña á ellos, para ocultar el plagio.

El plagio, sí: porque ademas de ser absurda la obra de que nos obliga á ocuparnos la conducta de la Academia, está plagada, no ya de reminiscencias, que estas son infinitas en la *Nueva guerra púnica*, sino tambien de plagios que no puede menos de conocer á primera vista el que esté algo versado en literatura.

V.

Pero procedamos con método, si es que puede haber método en una crítica que tiene por objeto una composicion descabellada.

Veamos si nos es posible encontrar el plan del escrito del señor Cervino.

Determinemos primero lo que se entiende por plan.
Todo plan presupone un asunto.
Todo asunto un género,

¿Cuál es el género á que ha debido pertenecer una obra destinada á cantar las glorias de nuestros soldados en Marruecos? Indudablemente el histórico.

Dado el asunto, y por el asunto el género, sobreviene ó debe sobrevenir el plan del poema.

La Iliada, la Odisea, la Eneida, la Jerusalen libertada, y otras obras de su género, son los modelos á que debe sujetarse, con modificaciones precisas en nuestros dias, para tomar en el plan la forma de poema, todo asunto histórico.

No bastan la esposicion, la narracion, la descripcion, la declamacion, los comentarios.

Se necesita una forma creada por la fantasía en que los sucesos históricos se distribuyan, produciendo un conjunto bello: se necesita del concurso de la imaginacion, para la parte de fantasía, de invencion, episódica, que embellezca la árida desnudez de un relato cronológico monotono, desprovisto de encanto.

Es necesario que una vez modelado un bello conjunto, armonizado, poetizado, se le cubra con la rica y trasparente vestidura de un estilo elegante, elevado sin hinchazon, sencillo sin vulgaridad, elocuente, poético, puesto al alcance de todo el mundo, porque el poeta escribe para la humanidad, que no es académica: es necesario que lo fabuloso no perjudique á lo histórico, sino que sirva para dulcificar, para hacer que lo verdadero se lea á vueltas del dulce encanto de la fábula.

Por eso el Tasso en el comienzo de su Jerusalen puso aquella octava que debe saber de memoria la Academia:

Sai, che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso,
E che'l vero condito in molli versi
I più schivi allettando ha persuaso.
Così all'egro fanciul porgiamo aspersi
Di soave licor gli orli del vaso:
Succhi amari ingannato intanto ci beve,
E dall'inganno suo vita riceve (1).

(1) Tú lo sabes: el mundo corre á donde mas vierte su dulzura el engañador Parnaso, y lo verdadero, oculto bajo versos armoniosos,

Si, porque la verdad desnuda, aparece descarnada y severa, y tanto mas cuando se refiere á sucesos de una campaña, en que un combate se parece necesariamente á otro; en cuyo relato se apuran muy pronto los medios de descripcion, y en el que por mas que se haga, no puede encontrarse otra belleza poética que la verdad de las imágenes, lo oportuno de los símiles.

El señor Cervino al calificar de poema su composicion, se ha sujetado por lo mismo á todas las condiciones del poema histórico.

Y no decimos del poema épico, porque ni el asunto, ni la época á que se refiere su obra, se prestan á la epopeya.

Y, sin embargo, aunque el autor de la Nueva guerra púnica, no ha dicho en la portada, sin duda por modestia, que su poema es épico, se barruntan al leerlo, sus pretensiones de que los demás lo digan.

El señor Cervino abusa en su obra de la intervencion celeste: el infierno lucha ayudando á los marroquíes, y los ángeles gloriosos, protegiendo á los cristianos, batallan en los aires con sus ex-hermanos los ángeles condenados: un demonio alborota el mar para impedir que lleguen auxilios á los españoles, y otro demonio se entretiene en incendiar el vapor *Génova*, valiéndose para ello de la cola, que mojada en asfalto, enciende en la farola de Málaga.

Nos creemos en el deber de insertar los versos en que esto dice el señor Cervino, temerosos de que nuestros lectores crean que le calumniamos en el párrafo anterior.

Veamos como hace el señor Cervino, intervenir en su obra al cielo y al infierno.

Oid:

De la ciudad viviente
Donde *todo es espíritu*, (1) brillaron
Con pura luz los centros inmortales.
No habló el omnipotente (2)
Y ya las potestades eternales
Los divinos decretos adoraban.
Cumpliéndolos están...

Mas adelante, en el mismo período, se le ocurre al señor Cervino la peregrina idea de que allá en el cielo los santos viven divididos por naciones en lugares que se asemejan á su patria: como si la patria comun de los justos no fuera el cielo.

Escuchad:

De la mansion beatífica los senos
Tal vez imitan de la cara patria
Sitios, de amor y de ventura llenos,
¡Oh patria! ¡escelso bien! Dios *no ha querido*
Que ni en la gloria á sus electos falte
La dicha de tu suelo bendecido
Allí en *campos de luz que eterna baña* (3)
La inmensidad, admírase y se goza
Una nacion como si fuera España (4)
Allí de Zaragoza
Los mártires sin número; allí asisten
Las vírgenes, los reyes, los prelados
Los santos cenobitas, los soldados,
. . . .
Eulalia emeritense
Con majestad serena
Y aquel Guzman terror del albigense;
Y el otro, nuevo Abraham allá en Tarifa (5),
Y Teresa inmortal con pluma de oro,
. . . .
Juan de la Cruz y Herrera
. . . .
Y el gran Cisneros é Isabel primera (6)
Y mil y mil sin término. Sus nombres
¿Quién repetir pudiera? (7)
Del estrellado *incorruptible* asiento
Vuelven la vista al mundo y se preparan
A contrastar *las rabias* infernales.
. . . .

Es decir, que para el señor Cervino no ha bastado que todos los españoles vivos se levantasen como un solo hombre contra Marruecos: era necesario tambien que los innumerables mártires de Zaragoza y todos los santos y bien aventurados que fueron españoles, tomasen parte en la lucha.

persuade al mas rebelde: de tal manera, el niño enfermo á quien presentamos el borde del vaso, rociado de un licor suave, bebe engañado el amargo jugo, y recibe la vida de su engaño.

(1) No sabemos, porque no somos teólogos, si hay heregía en la afirmacion de que todo es espíritu en el cielo: nosotros hemos creido siempre con una fe ciega, que Nuestro Señor Jesucristo, su santa Madre la Vírgen María y el profeta Elias estan en el cielo en cuerpo vivo y glorioso.

(2) Es decir: apenas acabó de hablar.

(3) Desatino enrevesado y gongórico que no quisiéramos ver en una composicion premiada por una corporacion de *hablistas*. Es verdad que tampoco hubiéramos querido ver en ella otro millar de *lindezas*.

(4) Como nada tiene de estraño, contando con el poder de Dios, que el señor Cervino haya tenido una revelacion divina, nos alegramos de saber que cuando vayamos al cielo, (porque los mártires se salvan, y estamos sufriendo el martirio, á que nos ha llevado la Academia, de analizar la obra del señor Cervino), podremos fijar nuestra residencia en Granada la celeste, y alquilar un cármen en las angosturas del Darro.

(5) Aqui se confunde lastimosamente la sumision á Dios de Abraham con el duro deber que su honor impuso á Guzman el Bueno. ¡Qué diferencia de situaciones!

(6) Hé aquí, que sin duda, como presumíamos, ha tenido revelacion el señor Cervino: nos anuncia como positiva la bienaventuranza de Hernando de Herrera, de Jimenez de Cisneros y de Isabel la Católica. Hasta ahora ningun poeta ha tenido tal privilegio; ¿qué mucho que haya sido privilegiado por la Academia, el autor de la *Guerra púnica*?

(7) ¿Este *pudiera* es la espresion de un deseo, ó el sentimiento de una imposibilidad? Por el sentido se deduce lo último; por lo que suena se espresa lo primero.

Pero debemos hacernos cargo del infierno que nos describe el señor Cervino preparándose á luchar contra el cielo y contra la tierra, por auxiliar á los marroquíes.

Ved por eso en el *reino* donde nunca
Penetró la esperanza,
Agitarse los réprobos. *Humea*
De Lucifer el manto
Con *fatídico* espanto
Al siniestro fulgor de *horrenda* tea
Que *le sirve de cetro*...

Mas adelante veremos al demonio Malek en una gruta submarina teniendo por cetro un mástil de navío de los que se perdieron en Trafalgar: pero continuemos copiando:

Allí los que traidores,
Al amigo, á la patria á Dios vendieron,
Allí los *heresiarcas* é impostores,
Y los reyes tiranos, y los duros
Capitanes de plebe amotinada
. . . .
Allí la cortesana descarada,
Que al sonar de sus ósculos impuros
Hundió la patria en convulsivas rudas.
Judas, el *rufo* Judas....
. . . .
De pronto á una señal del gran precito
Thagut, *Malek* (1) *Abú* (2) *negros demonios*,
De muerte y destruccion, levantan *grito*.

Asistámos á la destruccion del vapor Génova causada por el negro demonio Abú.

Este pasage rebosa de ingenio.

Los soldados españoles han encontrado una gran cantidad de bombas viejas, cerca de su campamento: bombas que para nada sirven; sin embargo, los demonios á quienes este hallazgo inútil para los españoles quema la sangre,

Ansían por el desquite...
. . . . y el *infido* (3)
Espíritu de Abú lánzase al aura
En cólera encendido.
Cual *sulfúrea* centella
Cruza la mar (4), y pósase iracundo
En el faro de Málaga la bella.
De allí registra el puerto. *Erase*
El dia en que buque gentil se disponia
A hender las aguas, *onerario el seno* (5)
Con el salitre fulminante (6) y bombas
Cargadas contra el pérfido agareno.
El Génova. ¡Gran Dios! por la cubierta
Con vario afan *la multitud* (7) vagaba,
Y la esperanza en el ambiente incierta
Con la flotante *grímpola* jugaba. (8)
Abú lo mira: la distancia mide,
En la cárdena luz de la *farola*
La enorme hundió desenroscada cola (9)
Mojada en los betunes de *Asfaltide*
Y contra el buque *mísero* la asesta
Como punzon lanzado por ballesta.
Espectáculo horrendo: al punto grita
El capitan *Giuseppe*: ¡Fuego á bordo!
¡Y hay pólvora!»—se agita
La miseranda gente en rumor sordo. (10)

Suplicamos á nuestros lectores procuren ver en su imaginacion lo que les ha pretendido describir el autor premiado. El espíritu de Abú, se convierte en cuerpo, se lanza al aura, cruza la mar para llegar al puerto de Málaga, y naturalmente, aunque entró en el mar como centella, se apaga y se queda mas fresco que un carámbano. El cuerpo de que se proveyó Abú debió ser el de un culebron espantoso que se enroscó, se replegó se acurrucó en el faro y alargando el pescuezo registró el puerto. Es decir, el demonio Abú iba á la ventura, no sabia que allí estuviese el Génova: pero le vé la malévola mirada de sus ojos hueros y saltones, se fija en el buque, y al través de su tablazon ve en su *onerario seno* un cargamento de pólvora y municiones. Entonces desenrosca la cola, que para mas seguridad tiene embetunada de asfalto, la prolonga, la enciende en la farola y la vuelve contra el barco. De aquí el incendio.

(1) En árabe, rey.

(2) Padre.

(3) Italianismo.

(4) ¿Cruza la mar ó el aura? porque no está muy claro: pero por lo que resulta mas abajo, parece aclararse este punto, aunque el símil de la *sulfúrea centella*, mantiene la indeterminacion: Abu iba calafateado con asfalto; sin duda para cruzar la mar sin mojarse la piel.

(5) No comprendemos lo que quiere decir seno onerario, como no sea... ni sea, ni no sea, no entendemos, tal como está usado, el terminacho «onerario.»

(6) Pólvora.

(7) No se puede decir multitud que vaga, sino suponiendo á esa multitud en campo ó plaza, en libertad de discurrir á la ventura, sin objeto; vagar en un espacio reducido como la cubierta de un buque, es lo mismo que encontrarse en la situacion de un palomino atontado, ó de quien escribe poemas sin saber de donde viene ni á donde va.

(8) Tampoco comprendemos: «esta esperanza incierta en el ambiente, que juega con la grímpola flotante.» Góngora puede ser que lo entendiera.

(9) Bellísimo par de consonantes, usados en un poema con pretensiones de épico, para edificacion de la Academia.

(10) Agitarse en rumor es una locucion completamente nueva: si fuese con rumor, podria pasar: además, cuando sucede un siniestro tal como el del Génova, no es rumor lo que se levanta, sino alaridos; no agitacion lo que sobreviene; sino confusion, atropellos, un desórden horrible: eso fue lo que sucedió.

¿Perciben nuestros lectores lo ridículo de la imágen? Indudablemente.

Y luego ¿qué necesidad tenia el demonio de toda aquella maniobra para incendiar el buque?

¿Pues qué el demonio, segun nos le pinta el señor Cervino, siguiendo la ridícula idea tradicional que el vulgo tiene del espíritu rebelde, no es fuego vivo? ¿á qué la luz cárdena de la farola? ¿á qué la cola y el asfalto? Pero nos habíamos olvidado de que al cruzar el mar debió apagarse Abú.

El señor Cervino no se ha atrevido á llamar épico á lo que se ha atrevido á llamar poema. Pero esta intervencion de los poderes celestes é infernales; esta máquina estrambóticamente sobrenatural, que constituye el único y disparatado plan de su obra, acusan sus pretensiones épicas.

Y ha logrado llegar á la epopeya sí; pero á la epopeya en parodia.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

II.

Situada á la parte Oeste de la ciudad, precedido de una gran plaza con verja de hierro y pilastras de cantería, verja cuyo ingreso adornan las armas de España y trofeos militares, calles de árboles en la plaza misma y largos antepechos con balaustradas de hierro, levántase la secular fortaleza, ostentando sobre la honda cava su primer lienzo de muralla con tres pequeños cubos en el centro y dos grandes á los estremos, y comprendiendo su frente la galería llamada *de los Moros*, así conocida, segun la tradicion cuenta, porque en ella acostumbraban á pasearse los infieles prisioneros de que hablamos en el artículo anterior. Las obras que hoy cubren esta galería datan del tiempo de Felipe II, y fueron dirigidas lo mismo que el patio y la escalera principal por Francisco de Mora. Se dice que antes de esta época toda la pared del frontispicio inclusa la de la torre de don Juan II, estaba rasa y que no hubo tal galería: pero aunque no podamos asegurarlo, en lo que no cabe duda, es, en que estaba descubierta con un antepecho corrido de sillería, hasta que mas tarde se cerró con cristales de colores colocando para ello de trecho en trecho pilares cuadrados. El notable aumento que de cadetes tuvo el colegio, hizo que á los estremos de esta galería se formasen habitaciones para establecer en ellas la litografía y parte de la clase de dibujo.—El cerramiento general de las vidrieras ojivas que hoy ostenta es bastante moderno, como que data de la época del mariscal de campo don José Grasés.

Aunque no de tan reciente período, de la última restauracion es tambien la puerta principal sobre la que dejó esculpidos sus blasones la casa de Austria.

Por encima de la referida galería álzase con tanta esbeltez como firmeza la torre de don Juan, de figura cuadrada, levantada sobre el piso del alcázar cuarenta y cinco varas, guarnecida de cinco linternas y doce pequeños torreones, toda circundada de una línea de matacanes, y solada su plataforma con planchas de plomo. En cuatro almenas tiene talladas las armas de Castilla y Leon, y en dos colaterales de la espalda, en grandes letras del siglo XV, á que vulgarmente se da el nombre de góticas, las palabras de San Mateo en el versículo 46, capítulo 27: ELI, ELI, LAMMA SABACTHANI? En el centro de esta torre se halla la esfera del reloj, y en la plataforma la campana.—En su interior conserva las tres habitaciones que sirvieron de prision en anteriores épocas.

A los lados de esta parte del edificio, á que dió nombre el rey don Juan, siguen las galerías de las habitaciones del alcázar con ventanas y balcones á ambos costados de diferentes épocas, y en la parte posterior se levanta otra segunda torre llamada del homenaje ó bien del reloj, porque en ella estuvo antiguamente colocada su máquina, conservándose aun la esfera de piedra.

Pasado un puente levadizo se entra en el primer zaguan ó cuerpo de guardia, y poco despues en el patio principal, obra que llevaba á cabo Francisco de Mora en 1596, y en la que se ve el gusto de Herrera, dominante en la época de su construccion. En este patio existe por señal en el solado la letra T, para indicar dónde se halla la taza de catorce piés de diámetro y dentro de ella el busto de un genio con el cuerno de la abundancia, correspondientes á una gran fuente que estuvo en medio del patio mismo, obra contemporánea á su fábrica, la cual fue quitada á poco de establecerse el colegio de artillería.—Alábase mucho en el país, y en efecto bien merece elogios, la concha que cubre el paso para poner en comunicacion este con el segundo patio.

Pasando ya al exámen de las mas notables habitaciones del alcázar, hallaremos en el adorno de ellas la gran influencia que el gusto mudejar vino ejerciendo en el



arte cristiano hasta el mismo siglo XVI, pues ademas de probarlo asi las labores de los artesonados, la manera de estar empleados los colores y el oro que los iluminan, el colocar las inscripciones entre los adornos, y el nombre del maestro Xadel de que se habla en una de ellas, existe una cuenta de 7 de mayo de 1594 con el *morisote* Luis, por trabajos prestados en la restauracion de los techos.

La primera pieza que llama la atencion despues de pasar el vestíbulo donde están los armeros de la compañía de cadetes, y que á los lados tiene salones destinados para clases, es la gran cámara que llaman hoy de *recibimiento* y que en toda época ha sido conocida con el nombre de la *Galera*, á causa de haber querido representar en el techo el hueco interior de una nave. Gran lujo y prolijo trabajo revelan los embarrotados de su armadura y el tallado de sus adornos, asi como los colores y dorado que los cubre; y el recuerdo de la fe que animaba á su fundadora, la primera de las inscripciones que corren á todo lo largo del friso, asi como la segunda, da exacta noticia de la fecha en que la fábrica se hizo y fue restaurada. Dice asi la primera inscripcion:

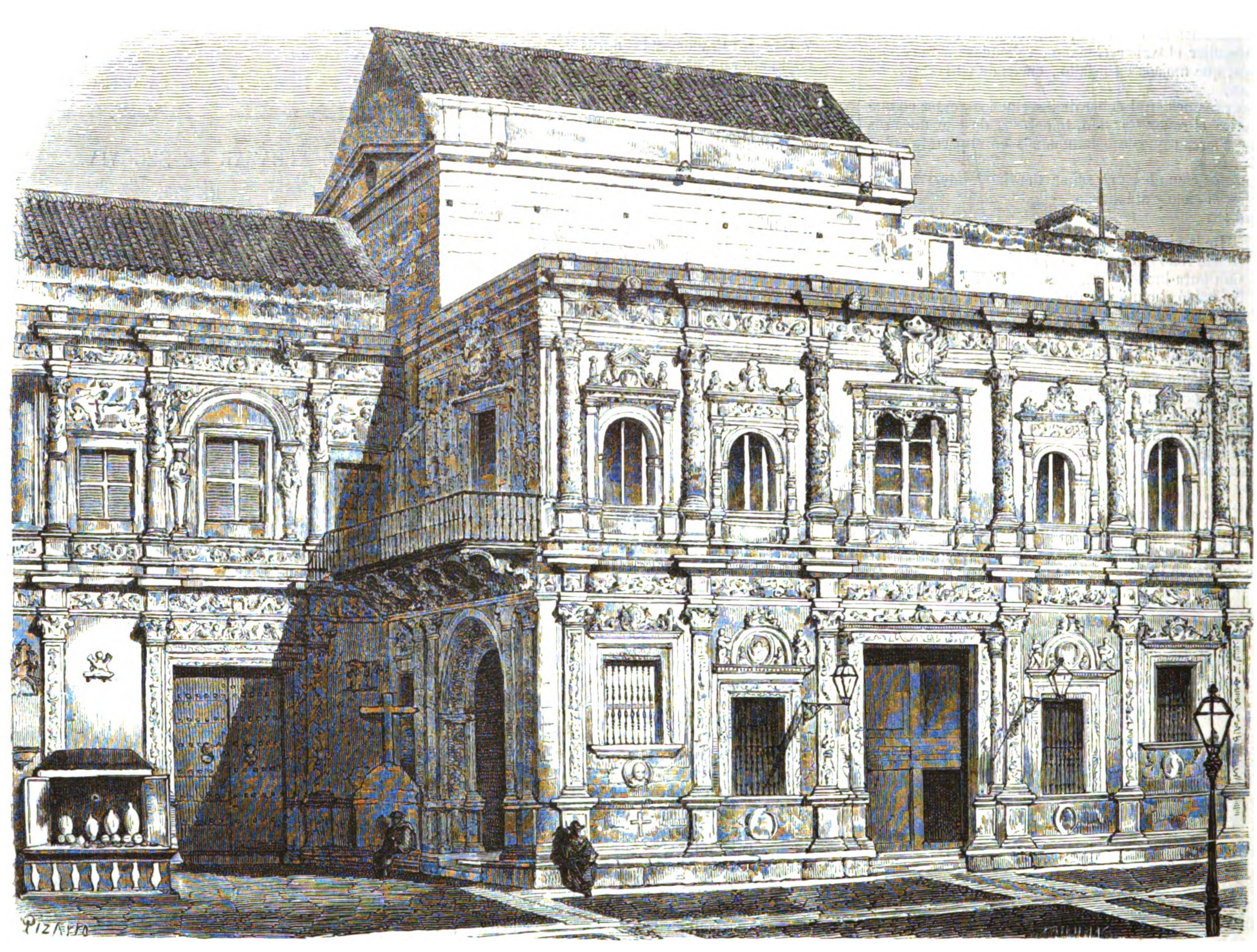
Adoramus te Domine Jesu Xpe et benedicimus tibi
quia per santa crucem tuam redimiste mundum in manus
tuas domine comendo spm. meum redemistime Domine Deus
veritatis angele qui meus es custos pietate superva me tibi cum
ipsum serva defende guverna amen mater Dei memento mei ora
pro nobis anima Xpi santificame corpus Xpi salvame sanguinis
Xpi enebriame calatis Xpi lavame pasion Xpi confortame obone
Jesu exaudi me et ne permitas me separavi á te ab hoste maligno defende me in hora mortis voca me et pone me juxta
te ut cum angelis tuis laudam te in secula seculorum amen.

La que inmediatamente le sigue contiene estas cláusulas:

«*Esta obra mandó faser la muy esclarecida senora rreina dona Catalina tutora rregidora madre del muy alto é muy noble esclarecido señor rrey don Juhan que Dios mantenga é dexe vevir é rreynar por muchos tiempos é buenos amen, é fizolo facer por mandado de la dicha senora rreyna diego fernandez vecero de arevalo vasallo de dicho senor rrey, acabóse esta dicha obra en el anno del nascimiento de nuestro senor Jehu Xpo de mill quatrocientos e doce annos. en el nombre del padre e del fillio e del spu santo amen, sennor Jehu Xpo yo protesto de ante de la vra. santissima magestat que en este dia e por siempre iamas io quiero vevir e morir eu la vra santa fe católica amen. rreparolo el rrey don Phelipe Z anno de* 1592.

En el año de 1818 se fijó en la pared que media entre esta sala y el gabinete del rey, una lápida de jaspe con la siguiente inscripcion:

Ferdinando VII Regi optimo
hujus colegii instauratori
qui in eo pernoctans hospitatusque
X et IX Calend. novembris anni MDCCCXVII
cum Regina Maria Elisabeth
augustaque filiola Maria Elisabeth Aloisia
et ser. infantibus Carolo et Maria Francisca
singula gimnasia per lustravit impexit
regia tormentariorum militum cohors
hoc grati animi testimonium
posuit Calend. Febr. ann. MDCCCXVIII.



CASAS CONSISTORIALES DE SEVILLA.

Las jambas y dinteles de las puertas de esta sala son de piedra berroqueña del país, pero tan fina que bien puede considerarse como un verdadero granito.

A la derecha de la estancia á que acabamos de referirnos se encuentra el cuarto ó gabinete del pabellon, llamado hoy *salon del trono*, pieza cuadrada cubierta con media naranja de prolijas labores, y la cual recibe el último nombre que acabamos de indicar del trono que en ella hay con los retratos de SS. MM., magnífico dosel de terciopelo encarnado, y á lo largo en las paredes los retratos del señor don Cárlos III como fundador, y de los directores generales de artillería. Los cordones de oro que recogen el pabellon de terciopelo del trono, son los mismos que adornaron el carro fúnebre de Daoiz y Velarde en Madrid el dia 2 de mayo de 1814.—La bóveda de este gabinete, formada segun hemos indicado, con labores y grecas de gran trabajo y gusto, cierran sus claros con tableros adornados de florones de gran talla, pintados los fondos de rica iluminacion y los filetes y resaltos de brillante dorado. La imposta sobre que asienta, adornada de columnas y follaje de talla, se cubre tambien con vivos colores y oro, y representan los intercolumnios con bajos-relieves de talla, pasajes de la mitología. Entre dichas labores se lee la siguiente inscripcion:

Esta quadra mandó facer el muy alto e muy poderoso ilustre señor el rrey don Enrique el quarto la cual se acabo de obrar en el anno del nascimiento de nuestro Jesuxpo de mill e quatrocientos e cinquenta e seis annos estando el senor rrey en la guerra de los moros cuando ganó á Ximena lu qual obra fizo por su mandado francisco de abila mayordomo de la obra seyendo alcaide pero de muncharas criado del rrey la cual obra ordeno e obró maestro Xadel alcalde.

En esta misma sala cuenta la tradicion que siendo de muy corta edad el infante don Pedro, hijo del rey don Enrique II, el año de 1366, se cayó de la ventana que da al parque ó huerta del rey, y que el ama que lo tenia en sus brazos se arrojó trás de él pereciendo ambos.

A la izquierda del salon de recibimiento ó de la galera encuéntrase el gabinete del rey, tambien llamado de las *Piñas*, por la multitud de ellas que forman parte del adorno del techo, ejecutado siguiendo el mismo gusto de los anteriores: en el adorno de su friso se lee:

Esta cámara mando facer el muy alto e muy poderoso esclarecido príncipe don enrique fillo primogenito del muy alto e muy poderoso esclarecido príncipe e senor el rrey don Juhan de Castilla e de Leon el segundo la cual se acabo de obrar en el mes de noviembre del anno del nuestro senor Jhuxpo de mill e CCCC e L e II annos.

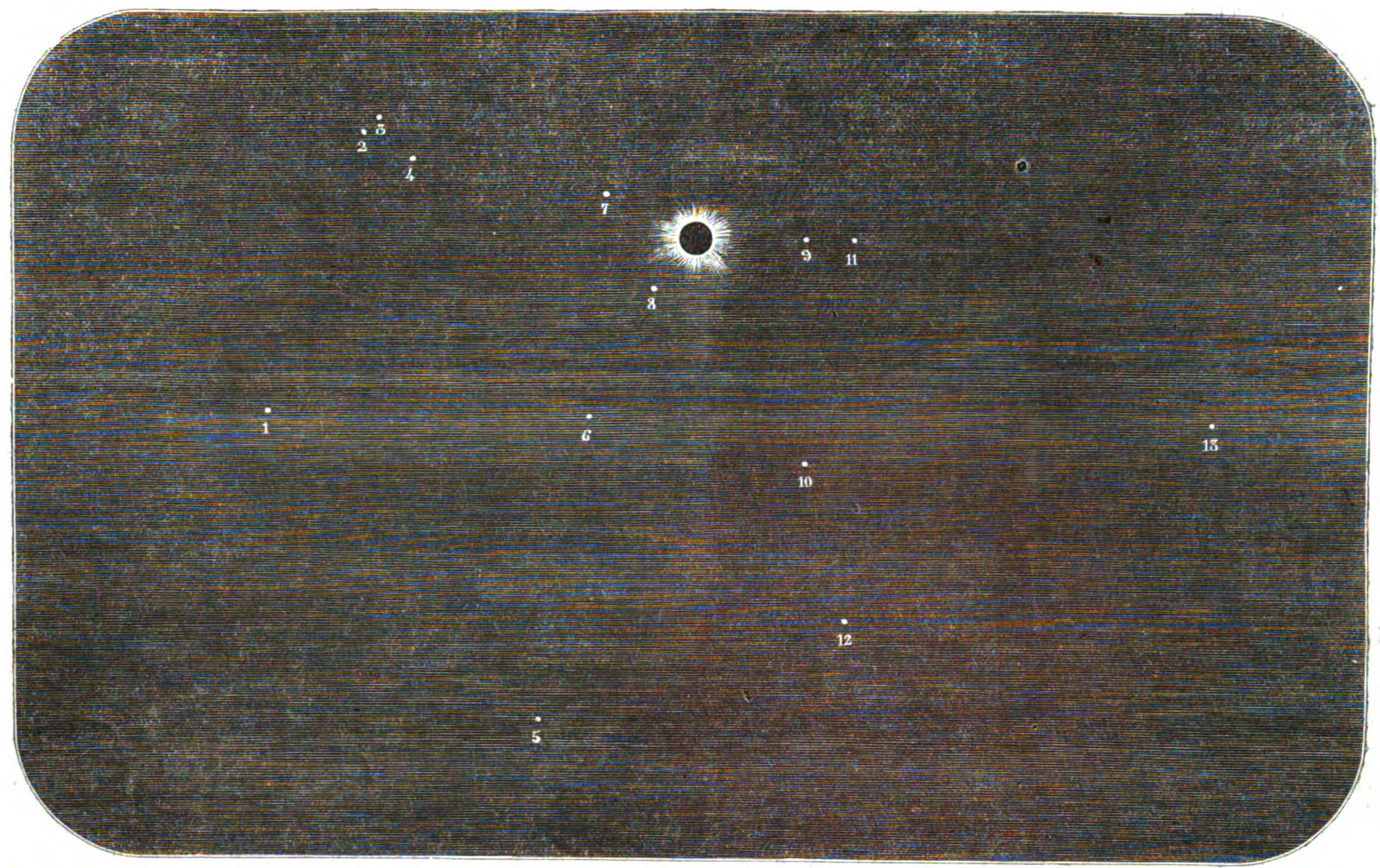
En este gabinete ocupado con máquinas para la enseñanza, están los retratos del primer director del colegio el Excmo. señor conde de Gazola, y de los demás generales que han mandado el cuerpo de artillería ó servido en él.—A continuacion se encuentra la alcoba de los reyes con techo del mismo género de labor que los ya descritos resaltando los follajes que tiene pintados sobre fondo azul y la greca del friso formado de flores, frutas, genios y escudos de armas de Castilla y Leon. En esta pieza arranca una escalera secreta que comunica con la sala de armas.

El gran salon de los reyes que despues sigue, ademas de cubrirse con magnífica techumbre del mismo estilo, se adorna con cincuenta y dos bustos de los reyes de Leon y Castilla desde don Pedro hasta doña Juana; estátuas que principiadas á colocarse en tiempo de don Alonso el Sabio, se continuaron por Enrique IV en 1455, y se concluyeron reinando Felipe II en 1596. Segun las cuentas de esta última época, trabajaron en aquella obra los estatuarios Aragon, Juan de Ribero y Agustin Ruiz, á razon de 30 ducados por cada una de las estátuas. Debajo de estas figuras importantes no solo como notables monumentos para la historia del arte, sino tambien para la indumentaria española, léense inscripciones compuestas por el historiador Esteban de Ga-

ASPECTO DEL CIELO DURANTE EL ECLIPSE TOTAL DEL 18 DE JULIO DE 1860,

EN LA ZONA OSCURECIDA DE LA PENÍNSULA ESPAÑOLA.

POSICIONES RELATIVAS DE LOS PLANETAS Y ESTRELLAS.



Escala de una pulgada por cada 10° de distancia angular del Sol.

1 α Hidra.—2 Regulo.—3 Saturno.—4 Mercurio.—5 Sirio.—6 Procion.—7 Júpiter.—8 Venus.—9 Pollux.—10 γ Geminis.—11 Castor.—12 α Orion.—13 Capella.

ribay, de órden de Felipe II, que escribieron en tablas de bronce los pintores Hernando de Avila, Juan Lagarto y Baltasar Ordoñez, las cuales contienen una ligera reseña biográfica de cada rey.

Consérvase en esta misma sala un notable retrato de Cárlos III, obra de gran mérito debida al pincel de Mengs.

Este magnífico salon se encuentra destinado á biblioteca para lo cual se construyó su estensa estantería en 1816. Contiene cerca de nueve mil volúmenes, y gran cantidad de instrumentos matemáticos de esmerada construccion.

El tocador de la reina es otra de las notables piezas que se encuentran en este lado: tambien se la llama del *Cordon* en razon de estar figurado por debajo del friso, corriendo á manera de cenefa, un cordon de San Francisco, entre el cual campean escudos de Castilla. Se dice que este adorno se colocó en la época en que el cardenal Jimenez de Cisneros obtuvo el gobierno de Castilla.—El artesonado es del mismo género aunque no de tanto gusto como los anteriores, y en el friso sobre fondo azul se lee lo siguiente, escrito con letras doradas: «*Esta obra mando fascer el muy alto e muy poderoso esclarecido senor rrey don Enrique cuarto al qual Dios Todopoderoso dexe vevir e rreynar por muchos tiempos e buenos, la qual se acabo de obrar en el anno del nascimiento del nuestro senor Jesuxpo. de mill e quatrocientos e cinquenta e ocho annos, la cual fizo por su mandado francisco arias corregidor de segovia su mayordomo de las dichas obras e seyendo su alcaide en los alcazares pero rruiz de mucharas camarero de su senoria.*» Hay tambien otro gabinete mas interior y pequeño con techo de tableros embarrotados, y sobre fondo azul doradas labores de buen gusto.

La capilla, con retablo y pintura de Bartolomé Carducci, de principio del siglo XVII, con frescos en las bóvedas, grecas de rafaelescos, cubiertas las paredes de damasco y medias cañas doradas, y conservando gran riqueza de ornamentos y vasos sagrados, aunque todo ello de época en que ya el arte principiaba á entrar en un período de decadencia, es de buen gusto y digno del renombrado alcázar.

La antigua habitacion de los tenientes de alcaide situada en el cuarto bajo del Mediodía, fue destinada despues á enfermería de cadetes, y en la *torre del homenaje* consérvanse cuatro salas en otros tantos pisos á que llaman *salas viejas*, las cuales, segun el inventario de 1589 tenian el destino y nombres siguientes: La primera de *Guarda-materiales*, máquinas y efectos para la recomposicion de toda clase de armas; la segunda, *armería* de lanzas, picas y alabardas colgadas á lo largo de su bóveda, y cuerpos completos en los huecos del arranque de la bóveda misma: una escalera secreta comunicaba con la sala de encima. La sala tercera llamada de los *coseletes* donde habia morriones y otras piezas de armar. La sala cuarta, *arcabucería* donde cada arcabuz tenia colocados sus frascos de pólvora y demás útiles que le pertenecian.—La subida á esta torre es por una escalera abierta en el grueso de la muralla del Norte.

Bajo el cuarto del Norte hay dos espaciosas bóvedas en distintos pisos, de las cuales la inferior servia para granero y bodegas, y la superior de sala de armas. No pocas de estas existian antiguamente, y aun en el inventario de 1661 consta que habia en el alcázar las siguientes:

82 picas colgadas en la bóveda de la entrada.
200 cuerpos armados en la pieza de armar.
390 morriones.
23 alabardas.
267 picas.
33 ballestas.



EL GENERAL DON JOSÉ OROZCO Y ZUÑIGA.

90 arcabuces.
5 trabucos de bronce.
280 balas de piedra de varios tamaños.
423 granadas de hierro, 280 medianas y 900 pequeñas.
2 sacos de cuerda para mosquetes.

Hoy subsisten algunos de aquellos recuerdos militares, pero notablemente disminuidos.

Réstanos solo añadir, para indicar al menos los principales departamentos de esta antigua fortaleza, que entre sus muchos sótanos y subterráneos se dice habia algunos caminos cubiertos que comunicaban con los rios Eresma y Clamores.

Las bóvedas del piso bajo del Mediodia debieron ser las destinadas á caballerizas como parece indicarlo la suave pendiente ó rampa que á ellas conduce y lo próximas que se hallan á la torre de Don Juan. Los inválidos destinados á la guarnicion del alcázar han tenido en ella su cuartel.

Algunas otras obras debieron existir en la parte en que se levantó el gimnasio por los años de 1850 á 52, pues al hacerlo se encontraron restos de antiguas fábricas.

Tal es la descripcion, pesada para un artículo, ligera para un monumento de su importancia, de la antigua fortaleza de que Segovia con razon se enorgullece, enseñando al viajero, á la vez que su magnífica catedral, el histórico alcázar.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

CASAS CONSISTORIALES DE SEVILLA.

Importantísimo monumento para la historia del arte en el período llamado plateresco, levántase en la Plaza de la Constitucion de Sevilla, el edificio de las Casas Consistoriales.

En el año de 1527, siendo asistente de aquella ciudad don Juan de Silva y Rivera, de acuerdo este señor con el ayuntamiento, trataron de levantar una casa digna de la corporacion municipal. Para ello eligieron un lugar que desde la epoca de la conquista venia sirviendo de pescadería, hasta el año de 1443, en que los Reyes Católicos concedieron para dicho mercado una de las naves de las antiguas atarazanas, quedando por consiguiente sin destino las viejas, ruinosas y escasas fábricas que en la pescadería se encontraban.

Tomado el acuerdo por el municipio, procedióse á erigir dichas casas, ignorándose el año en que comenzaron los trabajos, asi como el nombre del arquitecto que hizo la traza y dirigió las obras. La primera noticia, que de estar terminadas en parte, se encuentra, es en 1556, año en el cual ya consta que pudo celebrar cabildo aquella corporacion en la sala baja que debia encontrarse terminada; pero si el nombre de su primer arquitecto se ignora, sábese á lo menos que por los años de 1539, 1545 y 1551, dirigia las obras el maestro Juan Sanchez.—No alcanzó á la verdad el celoso asistente don Juan de Silva á ver terminada la suntuosa fábrica, como se desprende de la inscripcion que en una lápida se encuentra en la fachada, la cual dice asi:

Reinando en Castilla el muy alto, y muy católico, y muy poderoso Rey D. Felipe II mandaron hacer esta obra los muy ilustres Señores de Sevilla siendo asistente de ella el muy ilustre señor D. Francisco Chacon, señor de la villa de Casa-Rubios, y Arroyo Molinos, y Alcaide de los Alcazares, y Cimborrio de Avila. Acabose á XXII dias del mes de Agosto de MDLXIIII años.

Dos cuerpos constituyen todo el edificio, que en la parte que mira á la calle de Génova, tenida por la principal, lleva en el primero cuatro pilastras con adornos propios del estilo á que la obra pertenece, colocadas de dos en dos y en cada espacio las columnas de Hércules con el *Plus Ultra*, las armas de la casa de Borgoña y medallones con bustos que fueron tan bien tallados, como lastimosamente destruidos se encuentran hoy. Arco cubierto con preciosos follajes del mismo género forma la entrada por aquel lado, cuya puerta cierran dos hojas de madera con bien tallados relieves, entre los cuales se leen frases tomadas de las sagradas escrituras.

En el segundo cuerpo, cuatro columnas, correspondientes á las pilastras inferiores llevando en los espacios que sus grupos dejan bustos de guerreros, asi como en el centro de la fachada misma campean las armas de la ciudad y del cabildo en señal de cariñosa armonía.

Formando escuadra, segun la oportuna frase del señor Madoz en su Diccionario, dilatase á la izquierda de esta fachada otra de igual forma con dos puertas y el mismo adorno de pilastras y columnas, si bien de dichas puertas una es cuadrada y otra de arco: el que forma la ventana que corresponde á la primera se apoya en cariátides de muy buen gusto.

En el vértice del ángulo que forman estos dos lados se ve una gran cruz de piedra jaspe sostenida por una sencilla peana, cuyo orígen y significado nos es desconocido.

Pero donde las Casas Consistoriales se presentan con toda su ostentosa belleza es por el lado del Este que mira á la plaza.—En cinco compartimientos dividen otras tantas pilastras de caprichosos capiteles á la manera corintia todo el frente del primer cuerpo, en cuyos compartimientos se abren, la puerta en el central flanqueada de dos columnas detrás de las pilastras, y ventanas en los laterales, no de igual traza todas á la verdad, pues las dos mas inmediatas á la puerta se adornan con un triangular fronton, genios á los lados que recuerdan la manera de Berruguete, y circulares medallones en el centro, mientras las dos restantes están colocadas á mayor altura, llevan ligero adorno por coronacion, con medallones y niños arrodillados, y en el espacio que dejan desde su línea inferior hasta el basamento general, se ve en cada una otro medallon. Las anteriores los llevan tambien pero es en el mismo basamento. Debajo de todas cuatro se ven tarjetones con las letras S. P. Q. His. (Senatus populusque hispaliensi). — Las labores que adornan asi los frentes de las pilastras como las ventanas, dintel de la puerta y friso de este primer cuerpo en el cual se ven las armas imperiales, son del mejor gusto, y bien revelan el floreciente estado de la escultura durante la segunda mitad del siglo XVI en que se esculpian.

Igual traza presenta el segundo cuerpo, si bien en vez de pilastras lleva columnas relevadas cuyos frentes se adornan con follajes tambien de delicada ejecucion. Ventanas de arco se abren en los espacios mediantes entre las columnas, de cuyas ventanas la del centro flanqueada por columnitas labradas á manera de balaustres cierra su vano con doble arco que recuerda los ojivales ajimeces, pero en lugar de la central columnita lleva solo un colgante. Sobre esta ventana campea el águila imperial de dos cabezas coronadas.—Balaustres flanquean tambien las ventanas de los lados mas inmediatas á la principal, y lisas columnas las otras dos; y caprichosos y diversos frontones llevan, en el centro de los cuales se ven las armas del asistente Casa-Rubios. Friso de igual riqueza corre por encima de este segundo cuerpo sobre el que sigue su correspondiente cornisamento, tras del que se nota la falta de la graciosa balaustrada con candelabros y florones, que segun las prácticas del estilo á que la fachada pertenece debiera terminarla.

Grabadas llevan tambien las armas de la ciudad, y del imperio las hojas de la puerta de este lado; y tras de ellas se entra á un vestíbulo, cuyas bóvedas de estilo ojival parecen un digno recuerdo á los artistas de la edad media. Genios, escudos y cabezas adornan aquellas bóvedas, y al frente en la parte superior del muro vése un gracioso templete ornamental con esta inscripcion:

Concilium nobilissimæ civitatis hispalensis.

Latinos dísticos á los lados enseñan la justicia que han de presidir á las decisiones del municipio; y á la izquierda de la puerta principal, tambien ojival arco presta ingreso á la escalera, arco con el que contrasta la puerta de la sala capitular baja, de estilo del renacimiento, sobre la cual dos genios sostienen el escudo de las armas imperiales.

Gracioso templete con San Fernando sentado, la espada en la derecha, en la siniestra un globo y á sus lados los santos Leandro é Isidoro; bóveda cubierta de ricas labores y fajas de molduras con treinta y seis recuadros; bustos en ellos de los reyes de España; leyendas bajo el friso tomadas de Salustio y del Exodo; en los medios puntos que reciben el artesonado asuntos alegóricos, y en bien labradas estátuas las virtudes teologales, merece esta sala capitular las alabanzas de que es objeto. Al frente, cerca de una cabeza cubierta con birrete, en que unos creen reconocer el retrato del emperador Cárlos V, y otros el del asistente don Juan de Silva, en un óvalo ejecutado á propósito, colocóse en 1843 la caja que contiene la corona de laurel de oro regalada por nuestra actual reina á la ciudad de Sevilla, por la defensa que hizo en el mismo año contra los ejércitos del duque de la Victoria.

La sala capitular alta que corresponde exactamente con la baja, con gradas y colgaduras de damasco carmesí, iguales á las de esta, magnífico artesonado y en el testero un San Fernando de Murillo, demuestra haber sido edificada con posterioridad á ella aunque en la misma centuria.

El resto del edificio, asi la escalera como la espaciosa galería y todos los demás departamentos en alguno de los cuales se observan los seguros caracteres de mas recientes épocas, son dignos del suntuoso edificio. Entre ellos llama preferentemente la atencion la puerta que en el primer tercio de la escalera da entrada á la parte que fue galería baja y que mas tarde tuvo comunicacion con la secretaría, cuya puerta se adorna con labores platerescas de muy buen gusto.

Las Casas Consistoriales de Sevilla serán siempre uno de los mas notables edificios del estilo del renacimiento, y de desear seria se velase con mas empeño por la conservacion de sus abundantes y ricas labores de escultura.

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

III.

Terminado que fue el derribo de la iglesia y abiertas las zanjas para construir los cimientos, se procedió á la colocacion de la primera piedra acto que celebró el convento con solemnes ceremonias.

A las tres de la tarde del dia 8 de noviembre de 1761 la comunidad salió á la entrada de la lonja á recibir al cardenal don Luis de Córdoba, conde de Teba, arzobispo de Toledo. Revestido de pontifical este señor en la capilla de la V. O. T., se dirigió procesionalmente al sitio en que habia de estar el altar mayor, y bendijo allí la piedra fundamental, que segun rúbrica era un sillar de mármol blanco. Por una espaciosa escalera, dispuesta al efecto, bajó el prelado á una zanja de veinte piés de profundidad, adornada ricamente con alfombras y colgaduras, y en el medio colocó la primera piedra introduciendo en un hueco de la misma una caja de plomo, que contenia dos planchas del mismo metal con una inscripcion, que no reproducimos en esta Memoria por ser poco notable y por hallarse publicada en el Memorial Literario correspondiente al mes de diciembre de 1784. Depositáronse igualmente en la misma caja varias monedas de oro, plata y cobre, y un ejemplar de la Guia de Forasteros de aquel año.

Cubierta por los operarios la piedra fundamental con los correspondientes materiales, para continuar sobre ella la fábrica de los cimientos, siguió la procesion por todo el perímetro del proyectado templo; entonando los cantores los salmos que marca el Ritual Romano, y bendiciendo el arzobispo el terreno en que se habia de erigir el sagrado edificio. Cantaron al fin los músicos el himno *Veni Creator Spiritus*, y la procesion volvió á la capilla de la V. O. T. El arzobispo conde de Teba dió en este dia 60,000 rs. para continuacion de la obra.

Presenciaron esta solemnidad religiosa infinitos espectadores, que animados de un gozo piadoso, concurrian á la fausta inauguracion de una obra colosal; emprendida sin otro recurso que la caridad de los fieles.

Cuán tierna y cuán viva fuese la memoria que al través de cinco siglos habian conservado del héroe de Asis los vecinos de Madrid, lo acredita la generosidad con que contribuyeron para la construccion de la iglesia de San Francisco; pues ademas de prodigar sus limosnas, viéronse diariamente en la obra llevando espuertas de materiales, y ayudando á los peones en sus trabajos, eclesiásticos respetables, bizarros militares, caballeros distinguidos, honrados menestrales y no pocas señoras. Los individuos del comercio, compitiendo en piadoso celo con todas las demás clases de la sociedad, alternaron por semanas en la generosa tarea. ¡Cuánta fe revelaban estas sinceras demostraciones!

Para conservar la memoria del sitio en que levantó el santo patriarca la pobre ermita de madera y barro, que le sirvió en Madrid de albergue, antes de fundar el convento de Jesús y María, y cuyos últimos vestigios desaparecieron en el siglo XVI, fue construida con solidez la capilla, que hoy se ve en la huerta del convento, al Norte del mismo y á la distancia de doscientos cincuenta piés del altar mayor de la iglesia.

A la solicitud y generosidad de don Pedro Lopez Adan se debió la ereccion de esta nueva capilla fabricada en 1768, y cerca de la cual y bajo un arco de medio punto, cuyo dovelage es de granito, se colocó una pequeña fuente; suponiendo con sobrada ligereza que corria ya en tiempo de San Francisco: circunstancia á la verdad inexacta, pues la contraria y desmiente por completo la narracion del arzobispo de Mántua y ministro general de la órden seráfica fray Francisco Gonzaga.

Refiere este docto prelado, que deseando en el siglo XVII los religiosos tener dentro del convento la fuente que, á la sombra de dos árboles, halló manando el santo fundador, cuando buscaba estramuros de Madrid un sitio retirado para fijar su estancia momentánea y la mas duradera de sus discípulos, pusieron la correspondiente cañería, y no lograron ver realizados sus deseos, porque la fuente, que manaba ya muy poca agua, quedó estinguida totalmente.

Carecia de instruccion el hermano Cabezas, y no siendo tampoco mucha la que habian adquirido todas las personas que intervenian en la obra, miraron con indiferencia el testimomio irrecusable del prelado Gonzaga, y sobre la fuente nueva pusieron una lápida de mármol negro, que aun subsiste, y en la que se lee: *Esta es del tiempo de N. P. San Francisco.*

Era general en el siglo XVIII la falta de crítica, pero es innegable que entre los mas eminentes varones que trabajaron con ardor para combatir este grave mal y propagar los conocimientos sólidos; purgando la historia de errores, patrañas y fábulas, ocupan el mas distinguido puesto los monjes benedictinos Sarmiento y Abad y Lasierra, y los religiosos agustinianos que dieron á luz la España Sagrada, obra que ha recibido con singular aprecio la Europa culta, y que honra mucho á la nacion española.

Hacemos esta breve digresion, para evitar que algun

lector forme inexacta idea del estado en que se hallaban las órdenes religiosas á mediados del siglo XVIII, por los desaciertos que se cometieron al reedificar la iglesia de San Francisco, desaciertos en que no solo toca la responsabilidad á los religiosos, pues deben asimismo participar de ella varios grandes de España y otros sujetos que ocupaban altos puestos, y tenian mucha reputacion en la córte. La imparcialidad es la base de la sana crítica.

Desde que fue colocada la primera piedra siguieron los trabajos sin la menor interrupcion por espacio de siete años, y cesaron en 1768. En la página 105 del Memorial Literario correspondiente al mes de diciembre de 1784 se dice que la obra quedó parada por falta de recursos. Cean-Bermudez en la continuacion de las Noticias de los arquitectos y arquitectura de España, escritas por Llaguno, dice que *hubo otros motivos* y una interesante *Memoria inédita sobre lo ocurrido en la obra de San Francisco el Grande*: manuscrito cuya lectura y exámen debemos á la finísima atencion del señor don Pascual Gayangos, á cuya selecta librería pertenece, espresa únicamente que fray Francisco de las Cabezas dejó la direccion de la obra y salió de Madrid.

Hallábanse á la sazon levantados los muros de la iglesia en el lado del Evangelio hasta el arranque de la cornisa, y en el de la Epístola faltaba cerrar los arcos de las capillas.

En el curso de esta Memoria encontrará el lector suficientes datos para convencerse de que halló el lego Cabezas muchas dificultades, y conociendo sin duda que no tenia aptitud para superarlas, abandonó su atrevida empresa.

Temiendo los religiosos que las limosnas de los fieles no fuesen al fin suficientes para cubrir los gastos que ocasionaba una obra tan costosa, obtuvieron ya en 1762, sin meter ruido, un Rescripto apostólico á instancias del padre guardian fray Francisco Freyle, para que del sobrante de las limosnas de Tierra Santa se destinasen á la nueva construccion los caudales que hubiese precision de invertir para continuarla, y por este concepto don Tomás de Carranza, síndico de la obra de la iglesia, percibió desde el 25 de mayo de 1763 hasta el 19 de diciembre de 1767 varias cantidades que componian la suma de 6.894,186 rs. 12 maravedises, y ademas en el año de 1766 fueron entregados al mismo síndico 2.859,770 rs. 6 maravedises, procedentes de limosnas de ambas Américas. No era por consiguiente la falta de fondos la causa de haber quedado suspendidos los trabajos.

A instancias de la comunidad tomó á su cargo la comenzada iglesia don Francisco Sabatini, comandante á la sazon del cuerpo de ingenieros, y despues teniente general de los reales ejércitos. Ya por los gravísimos defectos de construccion que advirtió, ya porque no le agradase el pensamiento de Cabezas, presentó la traza de un templo nuevo, de planta de cruz griega.

Atónitos quedaron los padres al ver este proyecto, y espusieron á su autor, que los fieles á cuyas espensas habia sido comenzada la construccion de los muros del templo, verian con escándalo que la comunidad se hallaba en el triste caso de proceder á su derribo.—

Conoció Sabatini la razon que asistia á los religiosos, pero insistió en que él «no podia por su estimacion y »crédito continuar una obra mal construida» añadiendo «que cada pilar era un costal de nueces.»

Al renunciar el nombramiento de director de la obra, indicó Sabatini los nombres de algunos profesores que podian continuarla, entre los cuales ofreció aprovechar la fábrica existente y proseguir los trabajos don Juan Tamí, aparejador que habia sido en la obra del real palacio de Madrid. No habiéndose realizado esta oferta, por las dificultades que presentaba su exacto cumplimiento, invitaron los padres á diferentes arquitectos para que terminasen la iglesia, pero ninguno accedió á ello.

Era la situacion de la comunidad comprometida y angustiosa, consecuencia precisa de no haber adoptado el proyecto de don Ventura Rodriguez, confiando á su pericia el éxito de la obra.

Prometió, sin embargo, sacar á los religiosos del conflicto en que se hallaban don Antonio Pló, y despues de haber reconocido la fábrica, pasó al convento una comunicacion en 19 de setiembre de 1768, en la que manifestaba que segun el proyecto que tenia concluido, no habia inconveniente en que la obra continuase hasta su conclusion; fortificando los macizos de las capillas, para que se pudiesen labrar con seguridad las bóvedas de las mismas, y calculaba el total coste en 4.061,015 rs.

De acuerdo Pló con los religiosos continuó cerrando los arcos de las capillas, mientras la Real Academia examinaba sus planos, para que obtuviesen la necesaria aprobacion.

A este mismo tiempo un tal Cristóval, que servia en clase de guardaropa en casa del duque de Santistéban, y anteriormente habia sido tramoyista en los coliseos del Príncipe y la Cruz, valiéndose del poderoso influjo de su amo, tuvo la osadía de pretender la direccion de esta obra. Con escándalo de los profesores de nobles artes y de las personas inteligentes, obtuvo Cristóval título de arquitecto; y la construccion de la iglesia de San Francisco, edificio público de la mayor importancia, le fue confiada; olvidando sin duda los que en tal absurdo incurrieron, que interesaba á la religion, á las artes y los habitantes de Madrid el éxito de aquella obra.

A fines de 1768 celebró junta general la real Academia de San Fernando, y habiendo leido el secretario el acuerdo de la particular de sus consiliarios, fundando su determinacion en justas razones reprobó el proyecto desdichado de Cristóval, no aprobó el de Pló, y ademas de resolver que hasta nuevo acuerdo cesasen los trabajos, dirigió una comunicacion al corregidor para que exigiese á don Antonio Pló 100 ducados de multa, por haber cerrado los arcos de algunas capillas sin hallarse autorizado para ello.

Dióse cuenta asimismo de los dictámenes que sobre el plan de Cabezas emitieron siete años antes varios profesores, débiles unos y parciales otros, y quedó finalmente resuelto que don Ventura Rodriguez y don Miguel Fernandez, despues de reconocer el edificio en construccion, presentasen á la Academia un estenso informe, puesto que, sensible es confesarlo, por primera vez examinaba detenidamente y con empeño tan grave asunto.

Demostraron celo é inteligencia en esta comision Rodriguez y Fernandez, y por febrero de 1769 fue leido su informe á la real Academia, la que en virtud de las razones que ambos arquitectos espusieron, y teniendo á la vista los planos y antecedentes que existian, decidió que la obra no podia continuar sin peligro de una lastimosa ruina.

Al comunicar á los religiosos los últimos acuerdos de la Academia, que eran los que en estos párrafos hemos referido, el secretario insinuaba la idea de que aceptasen el proyecto de Sabatini, con arreglo al cual, recordará el lector que debia erigirse una iglesia nueva.

La reputacion de aquel arquitecto garantizaba el resultado; pero el convento no podia sin mengua suya demoler una fábrica, cuyo coste ascendia á una cantidad exorbitante, habiéndose ademas empleado en levantarla siete años de no interrumpidos trabajos.

Temianse con fundamento las censuras del público, harto disgustado ya con tantas dilaciones y dudas. Opinaba don Diego Villanueva que podian remediarse los defectos de construccion, de que indudablemente adolecia la iglesia empezada por Cabezas, y sin el menor interés presentó un proyecto á la Academia de San Fernando para continuar hasta su conclusion el desgraciado templo, sin derribar la parte que ya estaba construida.

(Se continuará.)

JOSÉ MARIA DE EGUREN.

LOS CABELLOS DE LUISA.

LEYENDA.

(CONCLUSION.)

VII.

¡POBRE CLAVEL!

El cementerio de la aldea, estaba á un lado del camino y á la entrada de un espeso bosque de álamos y encinas.

Una doble hilera de cipreses le rodeaba describiendo el cuadrado de sus límites y algunos rosales silvestres esparcidos entre los árboles, iban á enredar sus hojas en los gruesos troncos, formando una verde cerca, matizada de rosas y capullos encarnados.

Toscas y sencillas cruces de alamo y ciprés indicaban el sagrado objeto de aquel fúnebre recinto.

No habia allí lucientes mármoles, ni tersos jaspes ni doradas inscripciones.

Aun la vanidad mundana, con sus instintos de soberbia y egoismo, no habia viciado los puros sentimientos de los moradores de aquel país.

Eran ademas tan pocas sus familias, que las que lloraban la muerte de alguno de sus individuos sabian de memoria el lugar donde reposaban sus cenizas y la simple cruz que su amor les ofrecia jamás era confundida por nadie con las demás cruces exactamente iguales de que estaba sembrado el cementerio.

Seria la media noche de uno de los primeros dias de agosto.

Bajo un cielo bonancible y despejado resplandecian multitud de estrellas, cuyo fulgor perenne y misterioso alumbrando débilmente la tierra, poblaba los senderos del bosque de mil fantásticas y caprichosas sombras.

Los cipreses de la cerca, destacándose sobre el oscuro azul de la inmensa bóveda, parecian sustentarla con la ayuda espiral de su follaje.

Ya hacia tiempo que los habitantes de la aldea, entregados al blando sueño de una conciencia tranquila, restauraban sus fuerzas debilitadas por los trabajos del dia para disponerse á cansarlas de nuevo con los del siguiente que tardaria muy poco en aparecer.

Un medroso silencio reinaba en aquellos desiertos alrededores, interrumpido tan solo por un golpe, acompasado, sordo y contínuo que retumbaba en un ángulo del cementerio, donde se veia una luz.

Esta llama, movediza y pálida, encerrada en una linterna, trazaba con sus cavernosos rayos, un blanquecino y tembloroso círculo, que iluminaba el sombrio rostro de un hombre, inclinado hácia adelante y cavando una huesa con febril agitacion.

Cerca de él, un enorme perro contemplábale inmóvil, teniendo á su lado, el cadáver de una mujer, cuyo vestido oscuro se dibujaba en el amarillento fondo de la tierra, como una mancha negra é informe.

Al cabo de una hora aquel hombre habia terminado su faena.

Entonces irguió su encorvada espalda y dejando caer los brazos, dirigió una espresiva y dolorosa mirada al cadáver. La luz reflejando de lleno en su tétrica fisonomía, arrancó un brillante destello de sus ojos, que se deslizó prontamente á lo largo de su megilla como un surco de fuego.

Despues, levantando el cadáver en sus brazos, lo depositó con cuidado en la fosa que acababa de abrir, cubriéndola de tierra en seguida.

El perro lanzó al mismo tiempo un aullido triste y prolongado que repitieron los ecos del bosque.

Inmediato á aquel paraje, observábase tambien el suelo recientemente removido y una cruz de ciprés.

El hombre la sacó resueltamente de su sitio diciendo:

—Padre mio, bien podré compartir con tu hija el símbolo de la muerte que ha unido vuestras almas en la eternidad y vuestros cuerpos en la tierra.

Y dividiendo los palos en su longitud, hizo dos cruces que colocó en ambas sepulturas.

Luego, postrándose de hinojos, elevó sus manos al cielo y oró.

Ya empezaba el Oriente á teñirse de ese diáfano y rosado color que precede al crepúsculo matutino, cuando poniéndose de pié el hombre del cementerio, el infeliz Tomás, arrojó á un lado la linterna y esclamó entre amargos suspiros.

—Descansa en paz, Luisa; prometí obedecer tu voluntad cuando te estrechaba casi exánime contra mi pecho y no profanaré tu memoria dejándome arrastrar por los impulsos que siento nacer en mi corazon despedazado por el sufrimiento y que me incitan á la venganza—¡oh no!—sabré apagarlos en el hielo de mi propia desventura y tú sombra no dejará su tumba para reconvenir mi perjurio; pero huiré lejos, muy lejos de estos lugares, donde tal vez llegase un dia en que todos los recursos de mi razon no serian bastantes para resistir á mi deseo.— Adios, Luisa, adios, padre mio. Los ejércitos del rey reclaman brazos: desde hoy tienen un soldado mas.

Y derramando una última mirada y una lágrima, sobre la tierra que guardaba los restos de su fraternal cariño, huyó precipitadamente.

Siguióle el perro á bastante distancia, pero al verle tomar el camino de la aldea, retardó su marcha, distraido por el vuelo de una golondrina que pasó rozando con su hocico en direccion del cementerio; la persiguió sin tregua hasta ahuyentarla del sepulcro de sus amos y volvió á su casa, siempre receloso y mirando atrás, como si le estuviese encomendada la custodia de las tumbas y velara por su eterna calma.

Cuando llegó á la aldea, no halló á Tomás: habia perdido el rastro y no pudo encontrarle por mas que le buscó.

Desde aquel dia, sin embargo, no cesó de recorrer todas las casas, mezclándose entre cuantos grupos veia y olfateando siempre con la esperanza de hallarle.

Despues marchaba al cementerio, donde permanecia todas las noches.

El leal Clavel, tambien habia quedado sin amparo.

La caridad del pueblo la alimentaba.

¡Pobre Clavel!

VIII.

LOS CABELLOS DE LUISA.

Acercábase el 15 de agosto, dia de regocijo y alborozo para los habitantes de la aldea.

Por uno de esos fenómenos de carácter difíciles de esplicar, era la condesa devota hasta el fanatismo de la vírgen de la Asuncion, patrona del pueblo, y sus dependientes celebraban la llegada de tan piadoso aniversario con danzas, juegos y romería á la Tumba negra, cuya capilla magníficamente decorada, se permitia visitar hasta la media noche.

Los aldeanos, engalanados con sus mejores trajes, iban por la mañana á oir la misa mayor que se oficiaba en el santuario con gran solemnidad y á la que tambien asistia la condesa, lujosamente prendida y rodeada de toda su servidumbre con flamantes vestidos costeados por su ama para que sirviesen en aquel acto, quedando luego á beneficio del que los llevaba.

Concluida la ceremonia y al tiempo de subir al carruaje la señora, uno de sus mayordomos, arrojaba multitud de monedas de plata y cobre que recibia la muchedumbre con entusiastas aclamaciones, dispersándose luego por la campiña y dando principio á sus bailes y diversiones que duraban toda la noche.

La condesa recorria aquella vez parte de sus dominios, volviendo por la tarde á la Tumba negra, para presenciar la danza de las guirnaldas, ejecutada delante de sus balcones segun se dijo al principio por una comparsa de doncellas que elegian los ancianos del lugar entre las jóvenes mas hermosas.

La edad media con sus caballerescas costumbres y poéticas escenas, se trasladaba al valle en este dia.





EL POETA MARROQUÍ CHORBI. (DEL NATURAL.)

mullos; pero un imperioso gesto de la condesa los hizo cesar en el acto y dió principio la ceremonia.

Desde entonces, solo se escuchó en la capilla la dulce voz del sacerdote, tributando á Dios sus oraciones y los armoniosos ecos del coro que acompañaban sus cánticos de gloria y humildad.

Al terminar la santa contemoracion, arremolinóse la multitud que ocupaba el templo, abriéndose en dos alas.

La señora, despues de haberse mantenido algun tiempo en fervorosa contemplacion, bajó de su tribuna y adelantóse con orgullo y majestad por el espacio que le dejaban libre los aldeanos.

En este momento hendió los aires un aullido estridente y prolongado que fue á perderse en las altas bóvedas del santuario y la chata y encrespada cabeza de un gigantesco mastin, asomó por entre aquella barrera humana, dando fuertes y anhelantes resoplidos.

Estrecháronse las personas llenas de sobresalto alineándose en círculo alrededor del animal, que siempre con el hocico en alto, como si ventease alguna presa, echó á andar detrás de la señora, casi pisándola el vestido.

Volvióse la condesa enfurecida, mandando á sus criados que lo arrojasen fuera reprendiéndoles por su descuido, cuando, antes de que pudiesen obedecerla, avanzósele el perro de improviso, derribándola con violencia al suelo.

Entonces, rápido como el rayo con el ojo ensangrentado, nariz fruncida y erizado lomo, clavó sus agudos colmillos en el cerebro de la condesa y arrancando aquellas hermosas y peregrinas trenzas, causa inocente de tanta desventura, precipitóse hácia la puerta, llevándolas en la boca y desapareció de la vista de los espectadores atónitos y horrorizados.

La señora, dando pavorosos gritos se revolcaba en el pavimento, con el vestido desgarrado y la cabeza enrojecida por la sangre que la bañaba.

Todos los años, Luisa habia ostentado sus gracias en aquel baile campestre, todos los años el dia de la Asuncion, cubierta con una blanca túnica, sobre la que flotaban sus rubios cabellos, entretejidos de flores, blancas tambien como la pureza de su alma, habia eclipsado el atractivo de sus lindas compañeras, ágiles palomas de celestial encanto, sin que jamás el gavilan feroz que las acechaba, hubiese reparado en la donosura de su plumaje, para destrozarlo con su emponzoñada garra.

Y sin embargo, el cabello de Luisa, resaltaba entre las demás trenzas que bordaban las túnicas de las jóvenes, como descuella una sola rosa entre todas las de un mismo vástago que abre á un tiempo la brisa de la mañana.

¿Dónde está ahora Luisa?

Se acerca el dia de las guirnaldas, la fiesta de la Asuncion.

Apréstanse las vírgenes á escoger en la espesura de los bosques, las flores que ha besado la aurora con su rocío, para tejer níveas coronas.

Arreglan las madres en lo interior de sus hogares, la túnica con que sus hijas han de tomar parte en las danzas, y el traje para los demás individuos de su familia.

Comienza á lucir la capilla sus suntuosos atavíos, y los criados de la Tumba cruzan el pueblo en todas direcciones para disponer los preparativos de la fiesta.

Anímase la aldea con el aliento de otra vida, y hasta el verde color de los árboles y plantas parece que tambien celebra la llegada de aquel dia, y muestra su regocijo, apareciendo mas vivo y oscuro que en las demás épocas del año.

Pero ¿dónde está Luisa?

Los ancianos la recuerdan y suspiran: muchas veces han corrido á su morada y siempre la ven desierta: hallan solo á Clavel, el leal perro de la familia que les sale al encuentro—triste—sucio—flaco.—¿Dónde están tus dueños—Clavel—dónde está Luisa?

El inteligente animal comprende las señas de aquellos hombres y camina al cementerio, con las orejas caidas y la nariz en tierra.

—No, Clavel, no es el viejo quien nos trae, buscamos á Luisa, á Tomás.

El perro continuaba no obstante, yendo y viniendo en la misma direccion, exhalando ese quejido agudo y monótono que les hace producir su malestar.

Los ancianos no quisieron seguirle. Creian que iba á conducirlos á la fosa del buen Pablo, por cuyo descanso eterno habian rogado al Señor y volvieron á la aldea mustios y desconsolados.

¿Quién reemplazaria á Luisa en el baile? Luisa, el alma de su existencia, la estrella de sus giros, la luz de su gentileza...

Amaneció en fin el quince de agosto.

Un sol radiante comenzaba á dorar los rastrojos de los campos y el césped de las praderas.

Los pájaros sacudian sus alas en los árboles y despues de entonar su canto matutino, tendian su vuelo en el espacio para aspirar libremente el fresco céfiro de la alborada.

Aproximábase la hora de la solemne ceremonia y el pueblo se dirigia á la capilla, distinguiéndose á gran distancia el resplandor que salia por el gótico arco de su puerta.

Miles de antorchas iluminaban sus naves, donde empezaban á resonar los preludios de una música sublime, cuyos gratos acordes se elevaban entre las contínuas nubes de incienso que formando un espeso y transparente velo, amortiguaba la claridad de las luces y las prismáticas centellas de los plateados adornos, haciéndoles despedir un fulgor opaco y místico.

Antes de que la misa comenzase, subió á su asiento la condesa.

Las ráfagas de fuego que irradiaban las preciosas piedras de su tocado al refractar los rayos de las luces, ofendian la vista de los aldeanos, fija obstinadamente en un objeto que atraia cada vez mas su atencion.

Y no era por cierto su vestido de terciopelo, ni los florones de su corona de oro ni las blondas de sus mangas, ni los encajes de su cuello, ni las perlas y diamantes derramados con profusion en las prendas de su rico traje, si no una trenza de pelo, negro como el ébano, que resplandecia en torno de su cabeza.

Jamás vieron á la señora descubierta y aquella vez que se presentaba á sus dependientes enseñando su cabello, quedaron maravillados de su abundancia y hermosura.

Solo unas trenzas podrian competir con las suyas, las de Luisa.

Esta observacion que en voz baja se fueron comunicando los aldeanos, produjo algunos ireverentes mur-

El perro al morder el cabello, le habia hecho una profunda herida.

Lleváronla en brazos los criados; casi exánime á la quinta y la gente se retiró mústia y acongojada...

Tres dias despues, depositaban en la *Tumba negra* el cadáver de su dueña.

Las predicciones de Luisa se realizaron.

Dios hizo justicia y Clavel fue su vengador.

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

Geroglífico.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El Evangelio enseña una moral imperecedera.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 31. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 29 DE JULIO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



las diversas comisiones y á los astrónomos que han estado observando el eclipse del 18 en varios puntos de nuestra península, se les ha invitado por el gobierno á tener una conferencia en Madrid para discutir sobre los resultados de sus observaciones. Muchos de ellos han aceptado la invitacion y las conferencias se celebrarán segun parece en esta ó en la próxima semana.

Creemos que el pensamiento del gobierno es mas bien obsequiar á los astrónomos estranjeros que han elegido á España como punto de sus observaciones, que obtener grandes y positivos resultados científicos de estas conferencias. En el corto tiempo que ha pasado desde que se verificó el eclipse apenas si le ha habido para los cálculos mas comunes: hasta que no se publiquen las observaciones de todos los hombres científicos que han examinado el fenómeno, no solo desde España, sino desde otros paises, no es posible compararlas, y hasta compararlas no se puede hacer el estudio detenido que se necesita para deducir resultados. Se pueden sentar únicamente hipótesis mas ó menos razonadas, cuya validez solo el continuado estudio puede confirmar ó desvanecer. Nos alegramos sin embargo de que se aproveche esta ocasion de obsequiar á los sabios estranjeros, y de que vean los adelantos hechos en España en materia de observaciones astronómicas, hasta el punto de ser el Observatorio de Madrid uno de los mejor dotados de Europa en materia de instrumentos.

En el número inmediato creemos poder ya ofrecer á nuestros lectores un artículo que para ellos está escribiendo sobre el último importante fenómeno celeste nuestro colaborador don Felipe Picatoste y Rodriguez, que, como hemos dicho, le ha observado en Oropesa.

El 24 fue dia de besamanos general y particular en el palacio de San Ildefonso con motivo de los dias de la reina madre. Segun dicen de aquel sitio, el acto estuvo muy concurrido de autoridades, empleados, y jefes de palacio. Por la tarde á las seis la córte salió con toda pompa á ver los juegos de aguas de las magníficas fuentes de aquellos deliciosos jardines. Ya creemos haber dicho, y si no, lo decimos ahora, que en el otoño las personas reales harán un viaje á Cataluña y Aragon; viaje que algunos desean que se estienda por un lado á las Baleares y por otro á las provincias Vascongadas. La visita que hasta ahora parece decidida es la de Barcelona, Reus y Zaragoza: las demás se decidirán con arreglo al tiempo y á las circunstancias

Las noticias de Italia son importantes. El gobierno napolitano ha mandado evacuar á Mesina y las otras dos ó tres plazas fuertes que aun poseia en Sicilia. Esta evacuacion se ha llevado á efecto, y en su consecuencia toda la isla se halla ya en poder de la insurreccion y separada de Nápoles. Mientras esto pasaba en Mesina, Garibaldi se embarcaba en Palermo con fuerzas considerables. ¿Hácia dónde se ha dirigido? El telégrafo que comunicó la noticia, ha estado cuatro dias sin decir nada sobre su paradero; mas para nosotros es indudable que habrá desembarcado ya en el Continente. Acaso la evacuacion de Mesina tenga por objeto concentrar las tropas destinadas á resistirle. La guardia real en Nápoles se ha insurreccionado varias veces gritando viva el rey y abajo la Constitucion y queriendo obligar á los habitantes á dar estos vivas. Se la ha hecho salir de la capital y se cree que será enviada al encuentro de los voluntarios de Garibaldi, donde podrá dar ámplias pruebas de su adhesion al monarca. Este pensaba en retirarse á Gaeta, punto mas fuerte para la defensa. En cuanto á las negociaciones de los enviados napolitanos en Cerdeña, no adelantan un paso para la alianza que están encargados de procurar entre Victor Manuel y Francisco II.

Siguen siendo desconsoladoras las noticias de Siria, donde los cristianos hasta en las mismas capitales se encuentran espuestos á las atrocidades mas horribles por parte de la fanática poblacion musulmana. El gobierno de Constantinopla envia un ejército turco, á las órdenes de Fuad-Bajá, para reprimir los desórdenes; mas para que los turcos reprimiesen los desórdenes seria necesario que empezasen reprimiéndose y castigándose á sí propios, á sus sacerdotes, á sus muftíes, á sus autoridades y á sus correligionarios. Tropas turcas habia en Beirut y Damasco cuando la poblacion musulmana se lanzó á asesinar cristianos y á saquear sus casas; ¿y qué hicieron? Los jefes por medida de prevision y prudencia acordaron encerrarlas en sus cuarteles, temiendo que en vez de impedir el mal contribuyesen á acrecentarlo tomando parte en aquellos actos de crueldad y violencia. El imperio otomano, hay que desengañarse de una vez, está carcomido y amenaza ruina: sus elementos se desgregan de una manera visible, y el gobierno del sultan, á pesar de sus buenas intenciones es impotente para establecer una administracion ordenada y regular. Ha llegado el imperio otomano á asimilarse lo posible con la civilizacion europea; pero la asimilacion actual no es bastante; la civilizacion exige mas, y la religion mahometana, es decir, la que forma la base de las instituciones sociales, del derecho, y de la misma existencia del imperio, no consiente seguir mas allá. Para poner término á las crueldades y á los escándalos de Siria hay que acabar con la dominacion del mahometismo; para acabar con esta hay que concluir con el mismo imperio otomano; hay que sustituirle con otro imperio, griego, latino, misto ó como quiera que sea, pero cristiano al fin. La Francia ha tomado la iniciativa en la necesaria intervencion á favor de los cristianos y ha mandado preparar una escuadra con una division de desembarco. Inglaterra, Austria y Rusia envian allá sus buques y la España contribuye tambien con dos de estos para la obra comun. La diplomacia es posible que dilate todavía la marcha de la espedicion y que resucite la cuestion de Oriente bajo la faz de los intereses pequeños que en otro tiempo la suscitaron; pero la Providencia se rie de las combinaciones diplomáticas y encamina los sucesos á su mas lógico y justo desenlace.

Un periódico inglés dice que habiéndose presentado á lord John Russell una comision de la sociedad formada para la abolicion de la esclavitud, quejándose de que en Cuba no se cumplen los tratados que declaran abolido el tráfico de negros, aquel ministro ha dado seguridades contrarias á las buenas relaciones que le unen al gobierno español; y aun indica que ha ofrecido entenderse con los Estados-Unidos para una especie de bloqueo de las costas de Cuba. El *Times*, que es el periódico á que aludimos, hace muchos años que de cuando en cuando suele publicar algun artículo esponiendo la conveniencia de bloquear la isla de Cuba y entenderse con los norte-americanos para ello. Esto ha sucedido siempre que los

norte-americanos han tenido alguna cuestion con los ingleses en que los últimos no han salido muy bien librados, ó siempre que el gobierno británico ha tratado de obtener alguna concesion del español. La trata de negros está prohibida en Cuba, y prohibida sigue; y la prueba de que se cumplen los convenios es que resintiéndose la agricultura de la falta de brazos en aquellas provincias (y no se resentiria si el comercio de negros no estuviera enérgicamente perseguido) ha habido necesidad de dar un reglamento para la introduccion de trabajadores asiáticos y se ha suscitado la cuestion de la inmigracion libre africana.

Y es singular: la España no tiene mas que dos provincias Cuba y Puerto-Rico donde por circunstancias especiales superiores á nuestra voluntad se halla establecida la esclavitud, mientras que la esclavitud con todos sus horrores y agravada por inauditas crueldades existe en la mitad de los Estados-Unidos del Norte. Sin embargo, la Inglaterra y las sociedades abolicionistas inglesas se quejan de que en Cuba no se cumplen los tratados y no se quejan de los horrores que consienten los Estados-Unidos. Lord John Russell habla contra España á los comisionados de esas sociedades, y adula á los Estados-Unidos que están mas lejos y tienen una marina respetable.

Nos parece que lo ha de pensar mejor lord John Russell antes de adoptar la línea de conducta que le aconseja *El Times*, al cual hemos visto ya demasiadas veces convertirse de leon en manso cordero.

La máquina freno, ensayada el otro dia por el señor Castellvi para detener los trenes de los ferro-carriles dió satisfactorios resultados. Los frenos actuales no pueden detener un tren que marche con gran velocidad sino despues de haber recorrido ochocientos metros desde el momento en que se usan hasta que producen su completo efecto: la máquina del señor Castellvi en igualdad de circunstancias los detiene á menos de ciento cuarenta metros. Felicitamos á este inventor por su resultado: deseamos que logre vencer las dificultades que envidias y celos tan mezquinos como incomprensibles le oponen, y esperamos que las empresas de ferro-carriles adoptarán su invento como una gran perfeccion que es sobre el sistema actual y como mayor garantía que da para la seguridad de los viajeros. En la última semana se hizo otra nueva prueba que obtuvo el mismo feliz éxito que la anterior.

Todavía no podemos decir nada positivo á nuestros lectores sobre organizacion de compañías dramáticas y ajustes de cómicos y cantantes. La época del calor es ahora como la cuaresma en otro tiempo, y la crónica del café de Venecia es muy insegura.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

VI.

Ya lo hemos dicho: lo único que pertenece á la fantasía en el impreso del señor Cervino, es la intervencion del cielo y del infierno en los sucesos de la campaña.

Pero sobre no ser esto nuevo, es completamente inoportuno.

El señor Cervino ha dado á su obra un decidido carácter gentílico, como le han dado á las suyas todos los poetas que han bebido demasiado en las fuentes de la poesía griega.

Al imitar, ó al tomar por modelo las obras maestras de la literatura pagana, no han podido menos, tan servilmente se han apegado á ellas, de reflejar en las suyas el ciego fatalismo gentílico, que reduce al hombre á la condicion miserable de un autómata movido por una voluntad superior.

En los poemas griegos el héroe no es sino lo que quiere el destino que sea: convertido en instrumento, sirve de juguete á divinidades rivales, y sucumbe, cuando, compartiendo su destino, la deidad que le protege es vencida por otra deidad su enemiga: las batallas de la tierra no son mas que una copia simultánea de otras batallas que se dan en el espacio: la peste, la discordia, el hambre, las tempestades, no son sucesos eventuales, son divinidades funestas que suben del Erebo á la tierra, y van á diezmar ó perturbar ejércitos, á escitar pasiones, á determinar conflictos, obedeciendo á deidades de un rango superiror.

La poesía griega hija de una teogonía puramente sensual, y de una viva impresionabilidad, surgió de la naturaleza, inspirada á la imaginacion por el entusiasmo, por el sentimiento de lo heróico, por el culto á la patria y á la gloria. La poesía griega determina el mas bello periodo de la poesía universal, cuya oscura infancia aparece en la India, cuya juventud se determina en el Egipto, cuya bellísima juventud se desarrolla en la Grecia, cuya virilidad resplandece en Roma, cuya decadencia se observa en la edad media, y cuya decrepitud se indica en el Renacimiento en que su solo destino es copiar, y se agrava en nuestros tiempos, en que la poesía es sabia, pero desprovista de entusiasmo, en que ha dejado de ser sintética para ser analítica, en que todo en ella es resultado de la esperiencia, nada de la intuicion, nada de la inspiracion. Los griegos pedian á las artes y á la poesía lo bello, lo grande, lo sintético; nosotros pedimos á la poesía y á las artes lo verdadero, á lo verdadero lo bello, á la razon el análisis.

Hoy la humanidad sabe mucho, pero siente poco; hoy la humanidad sabe ser crítica, pero no sabe ser creadora; hoy la humanidad no es idólatra, pero es impía.

Los griegos espiritualizaron la materia, sin conocer el espíritu; nosotros materializamos el espíritu subordinándole á una materia que aun no conocemos bien: los griegos inventaron un dios ciego al que llamaron Destino: nosotros hemos inventado una fatalidad inversa á la que llamamos razon: los griegos llegaron fatalmente al sentimiento formulado por medio de la inspiracion, y nosotros llegamos raramente á la forma por medio del sentimiento: ellos estaban mas cerca de la naturaleza y por consecuencia de Dios, sin conocerle: nosotros, conociendo á Dios, somos esclavos del arte y estamos por consecuencia muy poco alejados de nosotros mismos: los griegos, sin pretenderlo eran grandes, y nosotros aspirando siempre á la grandeza jamás la logramos: nosotros hemos inventado la estética y nos embrollamos en la complicacion de sus teorías: ellos sin teorías, sin reglas, produjeron la escética práctica, la estética de hecho.

Así, pues, nada hay de comun entre la poesía griega y la poesía moderna: querer seguir las huellas de la poesía pagana, esto es: querer asimilarse hoy á lo que era aquella, es querer perderse en una aberracion: la poesía imitacion de la griega no puede ser otra cosa que una poesía de reflejo, una poesía muerta; una rapsodia de aquella incomparable poesía descendida del cielo, elevada de la tierra, surgida de los mares, hija del aire y de la luz, viva, ardiente, fecunda, llena de un misterioso poder de fascinacion.

Los griegos inventaron su poesía, ya lo hemos dicho, en la naturaleza, y al inventarla la divinizaron.

Un dia, un poeta vió las negras nubes de la tempestad sobre su cabeza; oyó el trueno adelantando, ronco, rápido, retumbante; vió reventar la nube en fuego, partir el rayo, y en medio del relámpago vió al águila que batia tranquila sus largas alas; vió con el sentimiento todo lo que nosotros hemos razonado, y no inventó el pararayos; inventó el Dios; hizo una estátua grandilocuente, llena de majestad, á la manera que el paganismo concebia la majestad; la sentó en un trono; puso en su diestra el rayo, y á sus piés el águila; llamó á la estátua Júpiter Olímpico, la adoró, puso ante ella un ara y la regó con la sangre de las víctimas propiciatorias.

Otro dia, otro poeta vió el mar agitado por el huracan, y el politeismo tuvo á Neptuno y á Eolo; vió la campiña cubierta de mieses y adoró á Ceres, la diosa productora; vagó en las florestas y apareció Flora; bajo la sombra odorífera de los frutales, y nació Pomona; sintió dentro de sí el amor, y Venus, símbolo de la hermosura, madre del amor sensual, se alzó de los mares como una perla sobre su concha: sintió la inspiracion, conoció el encanto de la poesía, escuchó con delicia la armonía del ritmo, necesitó un dios para aquella ardiente inspiracion, para aquella dulzura, para aquella armonía y nada encontró mas ardiente, mas luciente, mas armonioso, que el astro regulador del tiempo: Apolo fue el dios de la poesía, el dios de la música, el dios de la luz, el del arco inevitable, el del tremendo oráculo; y en la luna solitaria en la noche, pálida y dulce, amiga de las nubes y de las aguas, vió la pureza, vió la castidad y la llamó Diana; todo hijo de la impresion, del sentimiento, y todo simbólico, todo lógico en aquella humanidad jóven, como todo es lógico en el sentimiento de los niños.

Por eso la mitología es un poema profundamente filosófico, con relacion á la manera de ser y de sentir del pueblo inventor del mito; y por eso la poesía griega es eminentemente mítica y filosófica, y porque solo es filosófica en la esfera del sentimiento esterno, es eminentemente fatalista.

Hija de la naturaleza y grande como ella; como ella vivificada por el aliento de la divinidad, ¿cómo puede adaptarse a la forma, á las tendencias de la poesía de los antiguos una mezquina prosa rimada? ¿Cómo impedir, pues, que hoy toda aspiracion épica deje de dar por fruto la parodia mas ó menos ridícula? ¿Cómo pretender que los modernos aspirantes al título de poetas heróicos, puedan sostener la comparacion con Homero, padre del clasicismo antiguo? ¿Cómo querer que esos soñadores ó esos insensatos, puedan ser correctos, si al ajustarse á la manera, al sentimiento, á los recursos del poema clásico, al copiarle, le desnaturalizan pretendiendo hacer á los hombres modernos hombres de la antigüedad, cubriendo una forma pagana con un manto cristiano y mezclando de una manera absurda lo fatal y lo providente, lo pagano y lo cristiano, lo muerto y lo vivo, haciendo desempeñar á Gabriel el papel de Mercurio, y á Santa Teresa, la parte de Venus? ¿*Bautizando el gentilismo*, como ha dicho muy oportunamente Chateaubriand, y gentilizando el cristianismo con un ridículo *Deus ex machina*, que no sirve mas que para respetar una rancia rutina académica, y para quitar todo mérito al héroe cuyo nombre se pretende enaltecer en el poema?

Sí; usar esos recursos, es arrebatar al héroe, ó al pueblo que se canta su personalidad: es verdad, que los poetas cristianos han hecho uso en sus obras de lo sobrenatural, pero ya lo hemos dicho: el estudio apasionado de los antiguos los ha llevado á ese error: ademas, no hay ningun poema cristiano de que no se pueda arrancar esta intervencion divina sin que al arrancarla quede incompleto el asunto.

Ademas, en el poema moderno la lucha del cielo con el infierno, mata el interés: todo el mundo sabe que aquel á quien el espíritu infernal proteja es vencido; no puede ser de otro modo; en el poema pagano es distinto; aunque el padre de los dioses proteja á un héroe, el héroe puede ser vencido si así lo ha determinado el Destino; porque el Destino entre los paganos estaba sobre todo.

Quede, pues, sentada nuestra opinion de que la intervencion de poderes celestiales ó infernales en el poema, es innecesaria, dañosa, y, sobre todo, ridícula.

Lo que hemos dicho, lo dijimos con ligeras variaciones cuando ocupándonos del repertorio clásico de Adelaida Ristori comparamos la poesía antigua con la moderna, estableciendo sus diferencias esenciales; si en este lugar lo hemos repetido, no ha sido ciertamente porque la obra del señor Cervino merezca ni aun el trabajo de copiar lo que entonces dijimos, sino porque una vez con la pluma en la mano, y en la ocasion, hemos querido repetir un consejo á la juventud que se dedica á la poesía: la literatura griega, madre de la literatura moderna é infinitamente superior á ella, debe estudiarse, deben imitarse cuanto sea posible sus bellezas, pero debe evitarse la imitacion de todo lo que en ella pertenece á la manera de ser de la civilizacion griega: otra cosa seria entrar con una absoluta falta de crítica en el camino de lo falso y de lo absurdo; seria desnaturalizar dos poesías: la pagana y la cristiana.

VII.

Volvamos á inclinar los ojos sobre la *Nueva Guerra Púnica*, que ya harto cansados de ocuparnos de ella, hemos apartado por un momento de sus desiguales renglones.

Nos ocupábamos en buscar su plan y hemos visto que no le tiene: porque ni aun en esa absurda intervencion del cielo y del infierno se ve un solo rasgo de ingenio ni nada que no sea estravagante.

Para probar la carencia de plan de la *Nueva Guerra Púnica*, nos basta con copiar la primera de sus notas.

«*Nada hay exagerado en esta descripcion ni en las anteriores. Léanse las Gacetas y los periódicos del tiempo* (1). *Mas adelante se verá que todo el poema se ha escrito con sujecion á lo que resulta de los partes oficiales, de cartas publicadas, y de documentos fidedignos.*»

El señor Cervino no ha escrito, pues, un poema, aunque el dé este nombre á su obra, sino que ha rimado los partes oficiales, puesto que ha *escrito con sujecion* á ellos, no con conocimiento de ellos, como era preciso que fuera, no habiendo presenciado el señor Cervino la campaña.

Pero esa misma nota nos embrolla y nos aturde: una de dos: ó nosotros no hemos leido todos los partes oficiales y las cartas publicadas, ó el señor Cervino se equivoca cuando dice que *todo el poema*, es decir, desde la cruz á la fecha, está escrito con sujecion á las noticias oficiales, y á correspondencias publicadas: porque ¿dónde está el parte oficial que comunica la conspiracion de los diablos contra nosotros y la esplosion de entusiasmo patriótico de los bienaventurados españoles á la noticia del insulto inferido á nuestra honra por los marroquíes? ¿dónde el parte ó la correspondencia en que consta que el demonio Abú incendió el Génova con la cola? ¿Por qué comunicacion oficial supo el señor Cervino,

> Que el *ángel avilés* (2), la gran Teresa,
> *Una luz de la estrella de los mares* (3),
> Que la Esposa le dió de los Cantares (4)
> Bajo del cielo esplendorosa y bella
> Y enfrenó al ponto al alumbrar con ella? (5)

¿Y dónde otros estraños y miraculosísimos sucesos que aparecen en la obra del señor Cervino?

Pero es verdad: el señor Cervino habla tambien de haberse valido de documentos fidedignos, documentos sin duda muy reservados á causa tal vez de lo escepcional,

(1) Como si dijéramos: *fruta del tiempo*. Ni aun en prosa deja de ser estravagante y libérrimo hasta un estremo increible el señor Cervino.

(2) No estamos muy versados en la biografía de los santos, pero este *ángel avilés* quiere decir, sin duda, que Santa Teresa nació en Avila. Es preciosa la minuciosidad del señor Cervino: *enseña deleitando*.

(3) Es decir, que como una lucerna, la estrella de los mares, consta de una multitud de luces.

(4) Suponemos que la Iglesia fue quien dió la luz, porque no es otra que la Iglesia la Esposa del *Cantar de los Cantares*.

(5) ¿A quién alumbró la luz? ¿al ponto? no, porque entonces diria: Y enfrenó el ponto al alumbrarle con ella; pero entonces no constaba el verso; no importa; supongamos que dice lo que debiera decir: basta con que se deduzca; y prescindimos del poder de enfrenar al ponto, que dá el señor Cervino á una luz de la estrella de los mares.



de lo maravilloso de su contenido: porque se ha abusado tanto de úlceras *beatíficas*, de imágenes que trasporan sudor cruento las unas, que *rebullen* incesantemente los ojos las otras, y ha habido un teson tan impío en algunos gobiernos para patentizar la impostura y hacer que la ley castigue á los impostores á lo divino, que las gentes necesitarian ver palpablemente como Santo Tomás un milagro para creer en él.

Por esò indudablemente, los partes, las correspondencias y los documentos fehacientes en que deben constar todas las noticias de lo sobrenatural, consignado en el impreso del señor Cervino, no han visto la luz pública, quedando completamente ignorados hasta que nuestro autor consigna implícitamente su existencia, declarando *que todo* lo que aparece en su obra está escrito con sujecion á partes, correspondencias y documentos.

De aquí se desprende que la *Nuev Guerra Púnica*, no tiene plan porque no le necesita; con arreglo á su propósito, al señor Cervino le ha bastado con seguir correlativamente el contesto de partes, correspondencias y documentos: de lo que resulta: que el señor Cervino no ha sabido lo que se ha dicho llamando poema á una especie de compilacion, de abreviacion, de estracto: llamará á su obra: *Crónica incompleta, estravagante é indigesta* de la guerra de Marruecos, *escrita en variedad de jergas*, y hubiera dicho la verdad y merecido un premio, sino por poeta, por franco, liso y llano.

Porque no es tampoco una crónica rimada como la Araucana la obra de que nos ocupamos: la Araucana, cubre completamente la falta de una historia de la guerra de Arauco: supongamos que por desgracia no quedase de nuestra última guerra con Marruecos otra noticia que el *poema* del señor Cervino: la historia no sabria por él otra cosa, sino que, algunos generales y algunos regimientos españoles, combatidos por los diablos, mas que por los marroquíes, ayudados mas que por su valor por el ángel avilés, por la Esposa de los Cantares, por los ángeles y por los bienaventurados, habian pasado sobre la *arena púnica* un período de tiempo indeterminado, y se habian vuelto sin ruido, sin luz y sin moscas.

Porque aunque el señor Cervino, dice *haber descrito* en la nota que copiamos, el señor Cervino se equivoca de nuevo: no ha descrito nada.

Ni ha determinado la causa de la guerra, ni ha hecho sentir el generoso entusiasmo de España, al encontrar una ocasion de lanzarse á la guerra contra un enemigo formidable, que no necesita de que el diablo le ayude para ser incansable y feroz: ni ha hecho sentir el heroismo de nuestros soldados venciendo visoños, á los brabíos habitantes de un país indómito y fanático, para los que, segun sus creencias, la guerra con el cristiano es un medio seguro de obtener muriendo las inefables delicias del paraiso: ni ha encontrado en su paleta colores para ofrecernos un facsimile de la naturaleza en Africa, ni aun siquiera ha seguido fielmente el relato de los partes oficiales: es mas, ha llegado cansado á Tetuan; la ha incendiado, ha plegado las alas y ha concluido, dejándose en el tintero, mas bien en los partes, todo lo relativo á la capitulacion y entrega de Tetuan, el reconocimiento sobre el camino de Tánger, las proposiciones de paz por Muley-el-Abbas, el desgraciado suceso de Melilla, la entrevista de Muley-el-Abbas con O'Donnell á propósito de la paz, los bombardeos de Larache y Arcilla por nuestra escuadra, el movimiento de avance del ejército hácia Tánger, la memorable batalla de Gualdras, y por último la conclusion de la paz.

¿Por qué el señor Cervino ha llamado poema á una obra á mas de absurda, incompleta, y sobre todo (el señor Cervino puede llamarse á sí mismo y á sus obras como mejor le plazca), porque la Academia ha aceptado como poema y ha premiado lo que ni siquiera es crónica?

¿Comprende la Academia por qué somos duros con ella? ¿Cree la Academia que tenemos un placer en hacerla cargos? ¡Ah! ¡no! es que á la Academia le ha caido encima en esta ocasion el *aliquando dormitat*; es que, tal vez por una aberracion á la que en vano buscamos disculpas, ha producido con su premio un gran escándalo literario; es que, á pesar de nuestra amistad, nuestra deferencia, nuestro respeto justísimo á muchos de los académicos de la Lengua, amamos mas, respetamos mas á las letras españolas, que por desgracia se encuentran en un deplorable período de decadencia; es que no queremos que esa decadencia se exagere con el veredicto incomprensible de una corporacion de literatos, de escritores, de poetas.

Hemos hecho la anterior salvedad, porque despues de publicada la parte de este artículo inserta en el número anterior del Museo Universal se nos ha dicho, mas aun, se nos ha escrito que nuestra crítica *«respecto al señor Cervino, bien: pero que han encontrado duros los ataques á la Academia particularmente en algunas espresiones.*

Quien crea que atacamos á la Academia, no nos comprende; hemos pasado ya de la edad y de la situacion en que se ataca por el solo placer de mortificar; hacemos un sacrificio al ocuparnos de este asunto, violentamos nuestras afecciones, cumplimos, en fin, con un doloroso deber.

¿Qué importa, dirán algunos, que sea mala la composicion premiada? ¿Acaso no es una verdad aquel dicho de Cervantes *«el que imprime necedades dálas á censo perpetuo?»*

Vivimos en una época de indiferentismo, el *«¿qué importa?»* está á la órden del dia. Nosotros por mas que sepamos *que importa* templarse al tono general, no hemos podido acostumbrarnos á la indiferencia respecto á ciertas cosas. Nosotros tenemos siempre en los labios, en la punta de la pluma y sobre el corazon, un *«¿qué importa?»* inverso.

Y en efecto, ¿qué nos importan las enemistades, y las interpretaciones, y los errores acerca de nuestra conducta, si por ella logramos producir un átomo, un solo átomo de bien? ¿Qué nos importa que se nos tache de duros con una corporacion compuesta en su gran parte de hombres individualmente notables, si con nuestra dureza tenemos la fortuna de oponer un dique, siquiera sea débil, á la repeticion de ejemplos como el que acaba de darnos la Academia? ¿Qué importa todo, si acometemos con todas nuestras fuerzas á la corrupcion del gusto, á la estravagancia, al desquiciamiento de cuanto se ha tenido por bueno y por recomendable en literatura, y logramos arrollar á la ineptitud osada que se levanta soberbia protegida por la injusticia?

Contra el qué importa de la indiferencia, tenemos el qué importa de la razon, del sentimiento, del entusiasmo, y asi nos ayudará el talento como es severa y valiente nuestra intencion.

Pero nos hemos apartado para contestar á los que benévola y cortesmente nos han advertido nuestra dureza, del asunto principal: la tarea que nos hemos impuesto es poco grata y estamos cansados: en el número siguiente continuaremos nuestro fatigoso camino por entre el fárrago de la *Nueva Guerra Púnica*.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

IGLESIA DE SAN MARCOS.

(SEVILLA).

Entre los importantes monumentos que á cada paso encuentra el viajero en la ciudad del Guadalquivir, cuyas brisas arrullaron el primer sueño de poetas como Arguijo, Rioja, Herrera y Lista, y de pintores como Murillo, Zurbaran, Herrera y Céspedes, uno de los que indudablemente reclaman la atencion de los amantes del arte, es el templo dedicado hoy á parroquia de San Marcos.

La historia de su ereccion remontándose á los tiempos de la conquista de Sevilla, por el Santo Rey, nos revela el arte con sus preciosos caracteres, y tambien lo demuestra, la remota fecha de una de las principales partes de aquella fábrica.

Una mezquita tenian en aquel mismo sitio los árabes, que como aconteció con la de Córdoba y todas las demás de la ciudad de Sevilla, fue convertida en templo cristiano, fijando la cruz del Redentor sobre su elevado minarete, y en el hueco donde el faqui alzaba sus oraciones ó repetia, en monotono rezo, los versículos del Coran, un altar dedicado al evangelista San Marcos.

Mas de dos siglos llevaba la nueva iglesia de estar destinada al cristiano culto (desde 1249 hasta 1463), cuando en este último año dividida la ciudad en opuestos bandos á cuyo frente estaban los duques de Medina Sidonia y de Arcos, llegó un dia en que habiéndose refugiado ó acaso hechóse fuertes en dicho templo, algunos de estos partidarios, los de la opuesta faccion encontraron fácil medio de concluir con ellos, el de pegar fuego á la iglesia.

Si consiguieron ó no su principal objeto, no ha llegado á nuestra noticia, pero en lo que sí no cabe duda es, en que la antigua mezquita quedó casi por completo reducida á ruinas, salvándose solo por ventura la elevada torre en que el muezzin llamaba á los fieles á la oracion, y mas tarde la campana de los cristianos, á los hijos de la cruz.

Quince años permaneció en ruinas la iglesia hasta que en 1478 el celo de los fieles volvió á levantarla con sus tres naves, y su mayor capilla, en la que los artistas que la hicieron, dejaron un monumento mas del ojival estilo en nuestra patria, si bien no tan sobrecargado de adornos como en aquella época decadente se acostumbraba, al menos guardando mejor las tradicciones del anterior siglo XIV.

La torre árabe, escepto en las adiciones que para el servicio del culto cristiano se le hicieron, es aun mas importante, como ejemplo del estilo mahometano en nuestra España durante su segundo periodo, nacido en el siglo X, y al cual distinguen algunos con el nombre de transitivo, por descubrir en él marcada tendencia á olvidar los recuerdos bizantinos, para constituir un género de arquitectura mahometana, pero puramente española, tendencia que solo habia de realizar mas tarde en las orillas del Darro, bajo la dominacion de los nazeritas.

Pero no son recuerdos artísticos únicamente los que despierta en el viajero la iglesia de San Marcos. Si la torre y las naves ocupan antes que nada su curioso espíritu investigador, si en la principal capilla, se detiene ante la estátua del santo, obra de Pedro Roldan (*el mozo*), y en el de las ánimas ante el lienzo de don Domingo Martinez; tambien recordará que en aquella misma iglesia, descansaron los mortales restos de dos célebres artistas de los cuales acabamos de nombrar uno, Pedro Roldan, *el viejo*, que fue allí depositado en 4 de agosto de 1797, y su hijo Pedro Roldan, *el mozo*, que lo fue en 3 de mayo de 1726.

La parroquia, ya que no la misma iglesia, conserva tambien no menos importantes y gloriosos recuerdos.

En el número 100 moderno de la calle de San Luis, antiguamente conocida con el nombre de calle del Garabato, vivió y murió, el pintor sevillano Andrés Melchor de Sarabia, compañero y grande amigo del maestro Juan del Castillo, padre de la escuela sevillana, en cuyo estudio aprendieron el divino arte, Cano, Murillo y Moya.

Allí tambien, aunque ignorándose la casa, vivió la célebre doña María Ignacia Roldan, escultora de cámara del rey don Cárlos II, que en el Escorial dejó notables muestras de su genio, y allí por último al contemplar la elevada torre mahometana, acudiendo á nuestra imaginacion la vida de los pasados siglos, creeremos ver destacarse encima de la plataforma la noble figura del pobre hidalgo que, rico de genio, prestó inmortal vida á otro *ingenioso hidalgo*. Desde ella con harta frecuencia, cuando apenas era mas que simple soldado, contemplaba Miguel de Cervantes Saavedra el hermoso rostro de Isabela, que cercana á la iglesia vivia, mujer de quien la fama cuenta, fue el verdadero amor del manco de Lepanto. ***

EL MANTO DE ESTRELLAS.

I.

La noche es la espresion mas feliz de la majestad y la grandeza.

Cuando las estrellas despiden su brillante luz, como sartas de perlas derramadas en el espacio:

Cuando la luna las vela con sus rayos de plata, para que resalte mas el transparente y puro azul del cielo en que se pierden:

Cuando el viento no mueve las hojas de los árboles, ni las pasiones apresuran los latidos del corazon:

Cuando no limitan nuestra mirada las estrechas paredes de una casa, ni estorban nuestro pensamiento los quejidos del vecino moribundo.

Entonces, tendidos sobre una hamaca, que se mece entre los árboles; en una noche de primavera templada y serena, y mirando al cielo sobre vuestra frente:

¿No os habeis creido alguna vez mas grandes, no habeis soñado que os elevábais sobre la tierra como llevados por hadas, que las estrellas rodeaban vuestra hamaca y que respirábais mejor?

No es entonces el espacio esa inmensidad que abruma á la luz del sol: que hace concebir la idea de vacios infinitos, pero sin eslabones, ni relacion, sin vida y sin paraisos: que deja adivinar otras montañas tras las que parecen una bruma en el fondo del mar; otros llanos mas allá del último que domina la vista; otros mares que impelen hasta la orilla al que contemplais.

De noche la naturaleza es mas grande, y tiene mas poesía; es sublime y por eso armoniza con el alma.

Una estrella es un mundo que conduce á otro mundo, y que os permite ver otros mil en confusa lontananza.

Es una inmensidad que no abruma, porque se presenta en una sucesion indefinida, que la imaginacion no intenta analizar.

¡Mil veces bendita la luz de ese lucero, que la humanidad pagana dedicó al amor!

¡Mil veces bendito ese rastro de nieve que envuelve en su indeciso crepúsculo millares de mundos, con sus movimientos, sus leyes, sus componentes, y hasta sus seres quizá!

Si las estrellas no fuesen mas que adornos de luz, la creacion seria una mentira.

Pero... ¡cuán grande es la creacion!

II.

Esto me respondió mi amigo Felix hace pocas noches en su jardin, cuando yo le preguntaba por sus antiguas conquistas.

Sus pensamientos filosóficos me hicieron sonreir, porque hace dos años (cuando yo le perdí de vista), Felix era todo un calavera, y lo que es mas todo un escéptico á la moda del dia.

Felix notó mi sonrisa, adivinó su causa y en pocas palabras me enteró de lo que yo ansiaba saber.

Y he aquí este episodio de su vida.

III.

Al empezar el último carnaval, mi amigo buscaba los placeres con mas ansia que nunca.

El bullicio de los salones, las bellezas enmascaradas, la agitacion del baile, y la escitacion del insomnio, no bastaban á calmar su sed de locura y de embriaguez.

Una orgía desenfrenada que Felix habia dispuesto y dirigido, sustituyó al baile del Teatro Real.

Y mujeres sin alma y sin sensaciones, y hombres muertos para el amor y el heroismo, eran su acompañamiento infernal.

Felix tambien habia encontrado en aquel recinto diabólico, á su inseparable compañero el hastío.

Y loco, anhelante, calenturiento, como si huyese de un fantasma que le persiguiera sin cesar, rechazó bruscamente de sus brazos á la pareja que le habia tocado en suerte, y abriendo una ventana, y apoyando en el antepecho sus codos para que sostuviesen su cabeza, respiró con fuerza, como si el viento de la noche fuese el bálsamo de sus dolores.

Algunos minutos despues se arregló precipitadamente el desordenado traje, buscó á tientas la puerta del salon, bajó de cuatro en cuatro los escalones, y saltó, mas bien que avanzó hasta el medio de la calle, para abarcarla de una ojeada.

IV.

Amanecia.

Y una mujer se iba alejando con paso majestuoso por el fondo de la desierta calle.

Que era hermosa, lo decia á Felix su corazon.

Que distaba mucho de sus compañeras de orgía, lo indicaba, el lento paso y la hora estraña en que se nos presenta.

Que era una aventura digna de mi amigo, aparecia de su traje.

Porque la arrogante desconocida llevaba vestido y mangas de encaje negras, guantes del mismo color, y un velo tambien negro con estrellas de plata que la cubria de piés á cabeza.

¿Saldria de un baile de máscara?

¿Era estranjera?

¿Estaba loca?

Felix fluctuaba entre estas diversas suposiciones, y no acertaba á fijarse en ninguna.

Pero al acercarse, al rozar su vestido despues de una rápida carrera, mi amigo no pudo dudar.

Llevaba arrugada entre sus pequeñas manos una negra careta de raso.

Seguro ya de su procedencia, Felix volvió á sus comentarios, muy disculpables en un hombre de su temple, y acerca de una mujer tan misteriosa y solitaria.

Pero no duraron mas que un minuto.

En un instante de descuido, en un momento en que nuestro héroe habia forjado en su imaginacion un mundo de ideas, de palabras y de proyectos de felicidad, la hermosa vision habia desaparecido.

Parecia que una puerta invisible se habia abierto sin ruido á su paso, ó que se habia evaporado como un espíritu tentador de la edad media.

Sin embargo y pasada la primera sorpresa, Felix calculó, combinó, previno y formó su plan de campaña para perseguir á la juguetona fantasma.

Aquella noche fué al baile del teatro Real, hermoso como nunca, elegante como pocos, y entusiasta y apasionado de la *incógnita* como ninguno.

Entró el primero en el salon.

V.

Al cabo de media hora el vestido negro y el velo estrellado aparecieron en la puerta.

Felix se estremeció de piés á cabeza, como si corriese algun peligro inminente.

Vacilante y trémulo se dirigió pesadamente hácia ella y la dijo con voz apenas perceptible.

—Si no temiese ser indiscreto, me atreveria á pediros el primer vals.

—Acepto, contestó la enmascarada con aparente frialdad.

Felix quedó mudo é inmóvil como una estátua.

El vals habia empezado.

Era una tanda de Strauss, original, diabólica, sublime.

Mi amigo estrechó la cintura de su pareja: tocó su mano: sintió su aliento anhelante y perfumado, y palideció intensamente lleno de amor sensual.

Ella por el contrario parecia un cadáver magnetizado.

Sin embargo Felix tartamudeando se atrevió á decirla en las primeras vueltas.

—Sentiria fatigaros apresurándome demasiado.

—Al contrario, caballero, valsemos mas deprisa.

—¿Gustais del vals segun eso?

—Gusto de aturdirme.

(Las vueltas siguieron con mas velocidad.)

—¡Habeis comprendido el vals como yo!

—¿Tambien quereis aturdiros?

—Porque no tengo otro medio de olvidar un deseo.

Las vueltas fueron ya fantásticas, voluptuosas y la respiracion agitada de la pareja, no permitia articular mas que frases y palabras cortadas.

—¡Asi! ¡asi! valsemos de este modo, dijo la hermosa con entusiasmo.

—¡Qué feliz soy!... respondió estrechándola Felix.

—¿Y por qué?

—Porque... estais... contenta.

—¡Adulacion!

—Amor.

—Mentira.

—Os adoro.

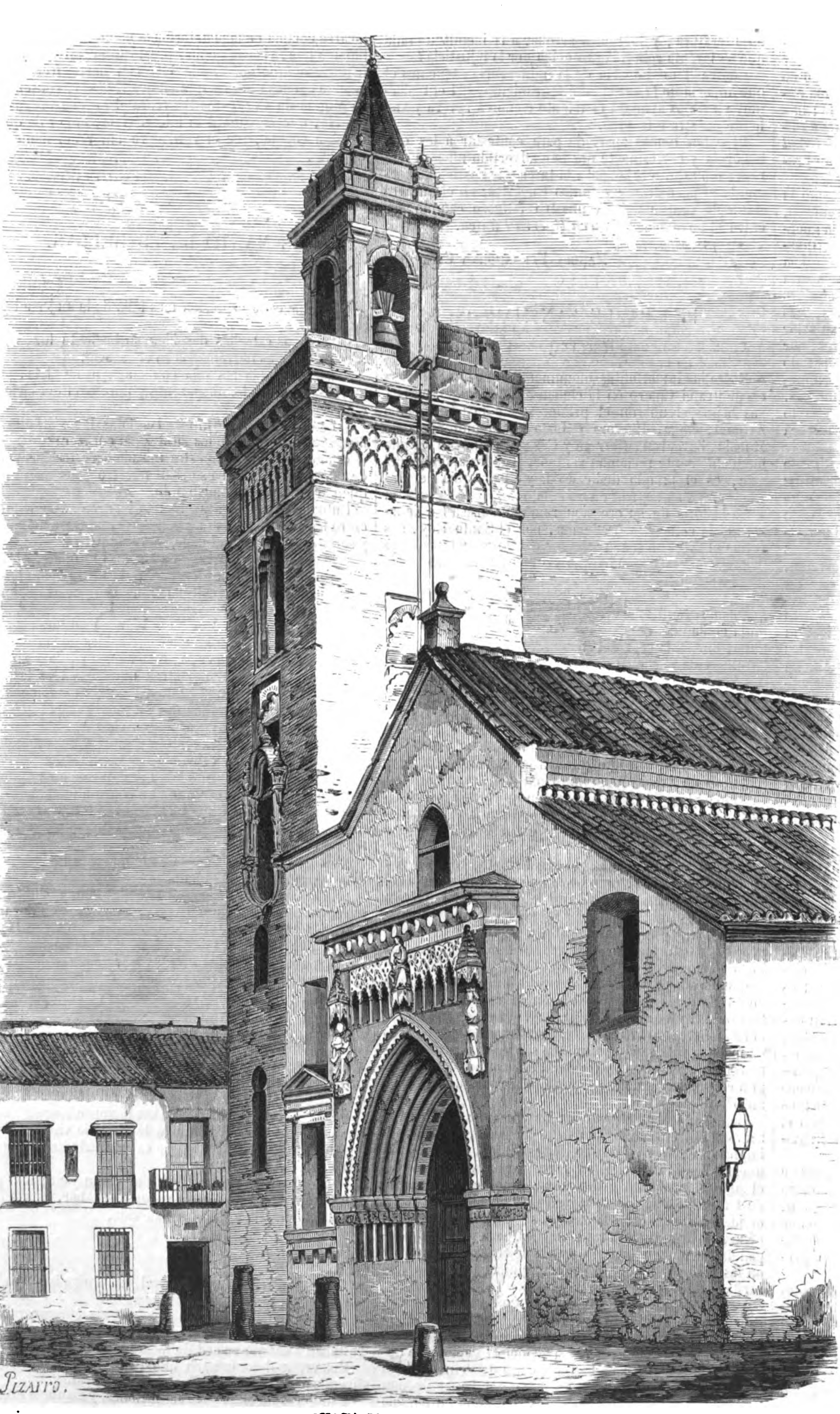
—¡Mas... mas aprisa! balbuceó ella con frenesí.

—Respiro.

El vals habia llegado á ser un delirio.

Todas las parejas silenciosas dejaron de bailar para admirar aquel giro incesante, voluptuoso, fantástico, aterrador.

El velo de estrellas se habia escapa-



IGLESIA DE SAN MARCOS EN SEVILLA.

do de las manos de Felix que le plegaban por la cintura, é impulsado por la velocidad como la piedra que sale del arco, formaba alrededor de la cabeza de la hermosa, una atmósfera brillante y sutil, que iba rozando las frentes de las parejas formadas en círculo.

Por fin cesó la orquesta, y la pareja se dirigió á un estremo del salon en medio de nutridos aplausos.

Para respirar mejor, la mujer levantó un estremo de su careta.

Era una belleza angelical é indefinible.

—¡Qué hermosa sois! dijo Felix con apasionado acento.

—Ese es mi martirio, replicó ella brevemente.

—¡Vuestro castigo y seria la felicidad de toda mi vida!

—Son muy necios los hombres que buscan la felicidad en un rostro, porque el rostro se marchita.

—Es que vuestra alma es tan hermosa como vuestro semblante.

—¡Me haceis dudar de vuestro amor! y la hermosa suspiró profundamente.

—¿Por qué, si el rostro es un espejo?

—Pero un espejo que puede mentir.

—¿Y podria mentir en vos?

—¡Quién sabe!

—No me habeis comprendido.

—Sí; escuchad: mañana volvereis al baile, y os hablaré con franqueza.

—Dejadme que os acompañe.

—Os lo prohibo espresamente.

—¡Me resigno... adios amor mio!

La hermosa le miró profundamente; le estrechó la mano, y le dijo tristemente.

—Mañana bailaremos nuestro último vals

Despues desapareció.

VI.

Al siguiente dia fue puntual á su cita.

La bella máscara á la que Felix llamaba su hada, le estaba mirando desde su entrada en el salon con una fijeza indescifrable.

Y al través de la negra careta sus ojos de fuego exhalaban miradas lánguidas, sublimes, deliciosas.

Felix se acercó subyugado, y la dijo únicamente.

—Héme aquí dispuesto á obedeceros.

—Valsemos si quereis, replicó ella prontamente como si quisiese vencer una lucha interior: van á tocar la *invitacion* de Weber.

La música dejó oir las primeras notas de aquella bellísima composicion.

Y empezaron lentamente las vueltas.

Felix volvió á su ataque.

—Me habeis prometido una historia.

—Todavía no es hora.

—¡Es que esa historia es mi sueño!

— Luego habeis venido por una mera curiosidad.

—Os dije ayer, y hoy repito que os adoro.

—Y yo repito que no os creo.

Y al pronunciar estas palabras la enmascarada temblaba, obligando á mi amigo á valsar con mas rapidez.

—¿Quereis pruebas?

—No: yo las busco sin pedir'as.

—Eso quiere decir que me amareis algun dia.

—¡Tal vez!

—¡Oh! ¡qué felicidad!.. valsemos mas aprisa.

—Sí, valsemos como ayer.

Y la escena se repitió por completo.

Pararon las parejas, volvió el vértigo, y volvió á flotar el velo sobre las cabezas de todos.

¡Aquel velo sutil, brillante á la luz, vago y en contínua ondulacion!

Pero esta vez, la hermosa, respirando con dificultad se sentó en un taburete antes de que Felix indicase el cansancio.



CUADRA DE CAMPAÑA EN EL EJÉRCITO DE ÁFRICA.

Despues aceptó el brazo de su amigo para pasar al salon de descanso.

Y allí se quitó por completo la careta.



DON FEDERICO MADRAZO.

Felix no pudo contener una esclamacion de terror involuntario.

Aquella hermosa cara, aquellas facciones dulces, aquella belleza griega, estaba desfigurada por la rubicundez amoratada de sus mejillas, por lo hundido de los ojos y por la fatiga que hacia temblar su pecho.

Nuestro héroe conocia algo la medicina y no pudo equivocarse.

La hermosa, sin embargo, permaneció impasible.

Le dirigió una mirada intensa; le abarcó en ella como si se despidiese por última vez y le dijo tranquilamente:

—Antes de relataros mi historia, que es corta y sencilla, permitidme un momento que me retire para dar órdenes á mis criados que esperan á la puerta.

Felix se inclinó y al cabo de un momento repuso.

—¡Espero!

—¡Oh! si, fue la única respuesta, pronunciada con un acento singular.

Entonces la máscara fué alejándose lentamente entre el bullicio hasta perderse en la puerta del salon.

Y mi amigo, sin poderse dar cuenta de lo que le pasaba, veía irse alejando aquel velo estrellado que fijaba esclusivamente su atencion, y que por un fenómeno propio de su cabeza exaltada, parecia irse engrandeciendo á medida que huia, y que exhalaba hasta él su perfume de hermosura y pureza.

Por fin se perdió lentamente sin violencia y sin esfuerzo como si desapareciera en otras regiones.

VII.

Mi amigo esperó inútilmente durante algun tiempo.

Al cabo de media hora, un hombre cubierto con un dominó negro, se acercó resueltamente, le entregó una carta y desapareció.

La carta decia asi:

«Felix: Os amo hace mucho tiempo en secreto, porque habeis sido el sueño de toda mi vida. Hace dos años, que, por todos los medios que son permitidos á una mujer, he procurado que fijáseis en mi ese afan de deleite y de locura que os domina. Por fin, supe que estábais degradando vuestro nombre y mi amor, en una reunion de miserables, y me atreví á pasar por aquella casa, seguida á lo lejos por mis criados. Dios quiso apiadarse de mí y darme el último consuelo. Os enamorásteis de mi velo como artista y despues... ya sabeis lo que ha sucedido. He sido dos noches feliz, valsando con vos y respirando vuestras palabras de amor, que creia sinceras. Pero conozco que no podriais amarme como yo os amo, y que no llevaria á mi sepulcro ninguna ilusion, si correspondiese á vuestro capricho con el amor de toda una vida. Tampoco mi deber me permite sacrificaros por una corta felicidad. Anoche comprendí cuánto os horrorizaria el sacrificio. Si,... voy á morir muy pronto, porque la herencia de mis padres ha sido el dolor y la muerte. Todos mis hermanos han sucumbido ya á la enfermedad á que está condenado cuanto nos rodea. Yo he podido llegar á los diez y ocho años, y ansío ya buscar un cielo que cure mis dolores. Mi corazon dice que le encontraré y que desde él podré amaros. Os dejo toda mi fortuna y marcho á despedirme de mi vírgen América. Acordaos de mi nombre que os lego en esta hora solemne.

¡Te amo mucho!—María.»

Felix quedó inmóvil: aquellas quejas y aquel dolor habian penetrado en su corazon, cerrado hacia mucho tiempo á todo rastro de virtud, de sentimiento y de romanticismo de corazon.

No quiso correr locamente tras de aquella fantasma angelical, porque conoció que su resolucion era inmutable.

Tampoco queria aceptar la herencia de María, porque era un vínculo que le ataba perpétuamente á un recuerdo, á él tan libre y tan independiente.

Dejó obrar al tiempo, y volvió á su antigua vida de placeres para olvidar.

Pero... el sueño no bajaba con tanta frecuencia á sus párpados, ni el placer hacia callar con tanta facilidad los latidos del corazon.

VIII.

Siete meses despues, en el de setiembre, Felix marchó á Valencia, á llenar sus sentidos con las flores y el amor.

Al dia siguiente de su llegada, recorrió las calles sin direccion, estraviado como viajero que gusta perderse.

Al poco rato, varios carruajes formados en fila le detuvieron el paso.

Se oia una orquesta de iglesia y las campanas que doblaban lentamente.

El curioso forastero quiso enterarse y entró en el templo, despues de haber pasado junto al carro fúnebre.

Era un entierro lujosísimo.

Dos hileras de lacayos rodeaban el túmulo.

Y una brillante orquesta ejecutaba la misa de requiem de Mozart.

Felix quiso saber quién era el muerto y despues de una lucha obstinada con la inmensa muchedumbre que obstruia la iglesia, se acercó al catafalco.

Empezaba el *Diœs irœ*, cantado de una manera majestuosa, que hacia temblar los corazones.

De repente Felix dió un grito aterrador, que resonó como un gemido en todos los ámbitos de la iglesia.

Habia caido en el suelo aturdido y fascinado.

Porque pendiente de la caja, colgaba un velo negro con estrellas de plata, y un rostro inolvidable vuelto hácia él, parecia mirarle y decirle: ¡te amo, te amo siempre... viva ó muerta mi mirada no se aparta de tí! María habia sucumbido sin poderse embarcar; pero á pesar de su demacracion y palidez, María estaba bella, con esa belleza espiritual de los ángeles que solo comprende el corazon.

Despues de un momento Felix se levantó densamente pálido: dió las gracias á los que le habian socorrido, y les aseguró que era una enfermedad ya antigua la que le ocasionaba tales ataques.

Toda la misa continuó mirando aquel rostro, que con el magnetismo de la muerte, habia obrado en su alma una revolucion.

Despues, á pié, y lejos de toda la comitiva acompañó el cadáver hasta el cementerio.

IX.

Al anochecer se encaminó de nuevo á la mansion de los muertos.

Estaba cerrada.

Pero Felix escaló la tapia como pudo y con el instinto de su deseo buscó la tumba de María.

Se arrodilló junto á ella, vertió un llanto dulce que no habia corrido por sus mejillas hacia muchos años, y oró por la que tanto le habia amado.

Aquella oracion y aquel llanto le sumieron en un éxtasis indefinible.

Y creyó ver salir de la tumba, aquel velo plateado que era el símbolo de una vida.

Y el velo se iba estendiendo inmensamente y brillaba en la oscuridad de la noche.

Y se iba alejando con lentitud, y enviaba á su abrasada frente una brisa suave y perfumada.

Y cuando estaba lejos, muy lejos, Felix elevó su vista para distinguirle, y las nubes que tapizaban el cielo se rasgaron como una gasa, y el velo de plata fué á convertirse en un cielo estrellado que le envolvia por todas partes.

Aquellas estrellas, aquel azul oscuro, eran las mismas estrellas, el mismo color del velo de su amada, que segun su promesa habia ido á ocultarse en el cielo para amarle desde allí.

Y tambien aquel inmenso velo giraba y lucia como en la noche del baile.

Y le perfumaba, llenándole de esperanzas consoladoras.

Porque era su alma que despertaba y el amor que llenaba el mundo.

. . . .

Por eso Felix mira tanto al cielo y pasa las noches de primavera, tendido en su hamaca del jardin.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

COSTUMBRES CABALLERESCAS.

ENTRADA DE LA REINA ISABEL DE BAVIERA EN PARÍS EN EL AÑO DE 1389.

—«Ea, ya suenan los clarines, no descuidarse, muchachos, corramos á encaramarnos á aquellos árboles para ver mejor la reina y su comitiva:» asi decian unos pilluelos de la gran calle de Saint-Denis al oir los rumores lejanos del acompañamiento de la reina Isabel de Baviera que hacia su entrada solemne en París el 20 de agosto de 1389. Casada estaba con el monarca de Francia hacia ya cuatro años, pero hasta entonces no se habia celebrado fiesta notable alguna. Menos por amor á la jóven reina que por el deseo de divertirse y solazarse con locas magnificencias y peligrosos torneos, quiso reparar Cárlos VI el olvido de no festejar á debido tiempo á su esposa.

Froissart, cronista de aquella época, que se encontraba entonces en París, describió estensamente las fiestas con que se celebró la entrada de la reina Isabel, y nosotros sacudiendo el polvo de su antigua crónica, vamos á trasladar á nuestros lectores sus mas interesantes detalles.

Amanecia un hermosísimo dia del mes de agosto cuando ya se reunian en la poblacion de Saint-Denis las nobles damas de Francia que debian acompañar á la reina, y los señores que debian conducir las literas de la reina y de las damas. Mil doscientos burgueses de París, montados todos á caballo y vestidos de verde y encarnado, se colocaron á uno y otro lado del camino. La reina de Francia venia en una magnífica litera puesta al cuidado de los duques de Turena, de Borbon, de Berry, de Borgoña, de mesir Pedro de Navarra y del conde de Astrevan. Inmediatamente detrás, y en un palafren ricamente enjaezado, sin litera, seguia la duquesa de Berry, acompañada de los condes de la Marca y de Nevers. Tambien la duquesa de Turena, *para diferenciarse de las demás*, segun asegura el cronista, quiso entrar sobre un palafren, y cabalgaba de uno á otro lado, mientras que los caballos de las literas caminaban paso á paso.—En diversas literas, todas descubiertas, seguian la duquesa de Borgoña, la duquesa de Bar, Margarita de Hainaut, condesa de Nevers, la señora de Coucy y una porcion de damas y damiselas, todas acompañadas y obsequiadas por los principales caballeros de la córte. Y tanta era la muchedumbre de gentes que se agolpaban en las calles, que los oficiales del rey y los hombres de armas se hallaban sumamente apurados para abrir paso á la regia comitiva. Parecia, dice Froissart, que se habia enviado allí espresamente á todo el mundo.

En la primera puerta de San Dionisio, al entrar en París, habia un *cielo todo estrellado* y debajo una porcion de niños vestidos de ángeles que cantaban muy dulce y melodiosamente, acompañando una imágen de Nuestra Señora que tenia en brazos un pequeño niño: allí estaban las armas de Francia y de Baviera, con un sol de oro resplandeciente, destinado para divisa del rey en las justas que debian celebrarse.

La fuente de la calle de San Dionisio estaba cubierta y adornada de draperia azul bordada de flores de lis de oro, y los pilares que la rodeaban cubiertos con las armas de muchos nobles de Francia. Por los caños de la fuente manaban vinos generosos que eran servidos en copas de oro y ofrecidos á todo el mundo por jóvenes muchachas elegantemente vestidas, que tambien cantaban melodías del gusto de aquella época.

Mas adelante se encontraba un gran castillo lleno de fingidos moros, que batallaron al pasar la reina á las órdenes de su rey Saladino contra los doce pares de Francia, el rey Ricardo y otros caballeros, de cuya fiesta quedaron los circunstantes muy contentos.—Y mas adelante, en la segunda puerta de San Dionisio, habia otro cielo estrellado con un coro de ángeles que cantaban, y las imágenes de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: al pasar la reina Isabel abriéronse las puertas del paraiso y salieron dos ángeles que le colocaron sobre las sienes una corona de oro guarnecida de piedras preciosas.

Toda la calle de San Dionisio estaba cubierta de riquísimos paños de seda, *como si uno estuviese en Alejandría ó en Damasco*. Muchas de estas colgaduras representaban antiguas historias, y los aparatos de representaciones y castillos continuaban siendo interminables. En uno, por ejemplo, varios hombres tocaban un órgano muy espresivo; en otro habia una especie de trono donde descansaba *madama Santa Ana*; mas adelante se hallaba un bosque con un gran ciervo blanco y de entre las ramas salian un leon y un ángel, á los cuales combatian doce doncellas para defender al ciervo. Los puentes del Sena estaban cubiertos con ricos tapices, y en fin, las invenciones seguian hasta la puerta misma de la iglesia de Nuestra Señora. En ella entró y oró la reina de Francia, pasó luego toda la comitiva á palacio á la luz de mas de quinientas antorchas porque ya anochecia. En palacio estaban el rey, la reina Juana y la duquesa de Orleans, su hija, que esperaban la brillante comitiva. Descendieron allí las damas de sus literas repartiéndose en diversos aposentos, pero los señores, despues de haberse terminado las danzas regresaron á sus casas particulares.

Al siguiente dia, que era lunes, dió el rey un gran convite en su palacio de París á todas las damas de la córte que pasaban de quinientas. Inútil es decir cuán espléndido fue el banquete, al que se sentaron ambos monarcas con ricas coronas de oro en las sienes. Sucedió sin embargo aquel dia un percance que pudo costar caro á la mayor parte de los convidados. Habíase levantado en el centro del palacio un magnífico castillo de madera de cuarenta piés de elevacion, con cuatro torres en las esquinas y en medio una torre sola mas alta. El castillo figuraba la ciudad de Troya y su torre céntrica el palacio de Ilion. Diéronse allí diferentes ataques entre griegos y troyanos, tocóse al asalto, los ingenios que acercaron á las murallas se movian por medio de ruedas, el calor era grande producido por un magnífico sol de agosto, el gentío inmenso y agolpado en términos que no podia darse un paso; un gran banco desde donde presenciaban la fiesta muchas damas fué derribado por el suelo, y las damas cayeron desmayadas; principiaron todos á sofocarse; la reina misma estuvo á punto de ser atropellada y hasta fue preciso romper vidrieras para que entrase el aire. Advertido el rey del tumulto mandó cesar el figurado combate. Asi se libró, dice graciosamente Froissart, *de repartir vino y dulces aquella tarde*, porque todo el mundo se retiró á sus casas y muchos no salieron ya en lo que restaba del dia.

La cena tuvo lugar en otro palacio colocado á orillas del Sena y llamado de San Pablo. Los que acudieron bailaron toda la noche *hasta el amanecer* en que cesaron las fiestas.

Referir ahora minuciosamente los regalos que los parisienses hicieron al dia siguiente á la reina de Francia y á la duquesa de Turena, seria salir de nuestro propósito. Uno de los mencionados regalos consistia, por ejemplo, en una magnífica litera conducida por dos hombres vestidos de salvajes. Dentro de la litera habia cuatro grandes jarrones de oro y otras piezas de vajilla que juntas pesaban ciento y cincuenta marcos de oro. Otro regalo fue no menos espléndido, pues las piezas de vajilla de plata y oro eran tan numerosas que pesaban hasta trescientos marcos. Conducian este regalo dos hombres vestido de oso el uno y el otro de unicornio. Un tercer regalo, dedicado á la duquesa de Turena, era conducido por dos hombres disfrazados de tártaros.

Aquel mismo dia, que fue martes, comieron todos, reyes, damas y señores en sus aposentos particulares, porque á las tres en punto de la tarde debian acudir al campo de Santa Catalina en donde se celebró un interesante torneo. Los nombres de los caballeros que rompieron lanzas no interesarian mucho á nuestros lectores: todos lo hicieron bien: distinguióse el rey, justó perfectamente el duque de Irlanda y tambien un caballero aleman, del otro lado del Rhin, que se llamaba Servais de Miranda. Dice el cronista: *todos lo hicieron bien y fueron alabados de las damas*. ¿Qué mas podian desear?...

Las justas, danzas y banquetes continuaron hasta el viernes de aquella semana, en cuyo dia los reyes de Francia despidieron galantemente á todas las damas y caballeros, dándoles las gracias por haber tenido la amabilidad de asistir á sus fiestas.

JANER.

Por fallecimiento del eminente pintor don Juan Ribera, cuyo retrato y biografía publicamos oportunamente en este periódico, ha sido nombrado director del Museo de Pintura, el señor don Federico Madrazo, actual director de la Academia de Pintura, y segun creemos el pintor de cámara mas antiguo. El señor Madrazo es muy conocido como artista de gran mérito en España y en el estranjero. En el presente número hallarán nuestros lectores su retrato.



UN RECUERDO.

Tenia yo quince años. Principiaba á germinar dentro de mi alma esa tendencia á lo desconocido y maravilloso que siempre ha sido el norte de mis acciones y en mi corazon un deseo, que aun yo mismo ignoraba.

Era una hermosa tarde de primavera. El cielo de un azulado diáfano respiraba amor. Las flores con su fragancia parecian convidar al amor. Las aves cantaban amores.

Solamente yo silencioso tenia un vacío en mi pecho; solamente no conocia yo las pasiones, y deseaba en mi ignorancia de niño, tener las afecciones del hombre.

Paseaba por lo mas solitario del Buen Retiro, mirando al sol, próximo á ocultarse en un horizonte rosado, cuando de repente ví venir por el lado opuesto de la calle de árboles, á una jóven, casi una niña, de incomparable belleza.

Al llegar cerca de mí pude distinguir distintamente sus facciones. No era muy alta y sin embargo tenia tal aire de magestad, al mismo tiempo que de inocencia y candor que me encantaba. Sus ojos eran negros y animados. Sus hermosos cabellos caian en trenzas sobre su esbelto cuello y la agitacion daba á su rostro un color subido que la hacia parecer aun mas hechicera.

—¡Rosa! ¡Rosa! ¡que va á anochecer pronto! decia la niña, medio inquieta, medio colérica.

La persona á quien llamaba Rosa no contestaba.

Yo no sé que agitacion sentí entonces, que comprendí ardian mis mejillas con un fuego desconocido. Un temor tambien desconocido me detenia, al mismo tiempo que deseaba acercarme á la niña, que continuaba llamando sin tener contestacion, ¡Rosa, Rosa!...

¿Era que por vez primera conocia el amor? No me pude por entonces convencer de ello, y solo mucho despues adquirí la certeza de no ser infundadas mis sospechas. El sol continuaba ocultándose, y pronto sin duda se acabarian de estender por la campiña las sombras de la noche.

Al llegar junto á mí me miró, sin atreverse á hablarme; y comprendiendo su pensamiento que sin duda temia manifestar, me ofrecí á ser su guia, aunque temblaba al dirigirle la palabra.

Aceptó diciendo que se habia separado de su doncella y sin duda la esperaria á la puerta principal del Retiro y nos dirigimos hácia allí en silencio.

Me parecia un crímen romperlo el primero y sin duda sentia ella lo mismo que yo, pues caminamos durante algunos minutos con una gravedad casi increible.

De vez en cuando me atrevia á mirarla, y al encontrarse nuestros ojos, bajábamos ambos la cabeza. ¿Era pues un delito lo que hacíamos?

Al fin me dirigió ella la palabra:

—Siento que se moleste usted por mí.

—¿Molestarme? contesté mirándola hasta que bajó los ojos. A su lado de usted no se conocen las molestias.

Creí haber dicho mucho y me volví á callar. Al cabo de algunos segundos añadió la jóven.

—Esa Rosa, en poniéndose de conversacion con el novio, no se cansa nunca. Tendré que echarle un sermon.

—¿Es un crímen amar? la dije vacilante.

Sin duda me habia propasado, pues no tuve contestacion. En esto llegamos al bosque de lilas y la dí mi mano para pasar una hendidura del terreno. Sentí que me la oprimia, y creí que seria para apoyarse bien... era la contestacion á mi última pregunta.

Su confianza alentó mi timidez, y al llegar junto á la calle de las Estátuas le habia dicho mi nombre, mis proyectos, y el efecto que me habia producido su encuentro. Supe en cambio que se llamaba Emilia, que era muy rica, y que no le habia parecido indiferente.

Su doncella Rosa venia tranquilamente del parterre, agarrada del brazo de un jóven, y al vernos se sonrió maliciosamente. No temia que le dijera nada su señorita, pues poseia *su secreto*

Me despedí de la graciosa niña lleno de mil pensamientos, y por mas que volví diariamente al sitio en que me la habia encontrado, no pude verla mas.

Dos años habian pasado. Me encontraba huérfano y pobre, y me avergonzaba de no poder alternar con mis antiguos conocimientos.

Una tarde, que segun mi costumbre, me dirigia hácia el estanque del Retiro, que tanto me recordaba el mar de mi querida Cádiz, me detuve para dejar pasar un coche ocupado por una jóven bellísima. Era Emilia.

Solo pude ver el lujo que ostentaba y la sonrisa que dirigia á un jóven, que hacia caracolear su caballo, junto á la portezuela.

Palpitó mi corazon con violencia y estuve por llamarla. El coche estaba ya lejos y al mirar mi vestido miserable, lancé un suspiro y me confundí entre la multitud.

M. Ossorio y Bernard.

LA NIÑA DEL BOSQUE.

Camino del bosque ameno,
Siempre me parece largo
Y es que al fin me espera siempre
La niña que adoro tanto.
¿Veis aquellas casas blancas
Que están tras aquel cercado
Rodeadas del perfume
Y el fresco verdor del campo?
Son la mansion de mi niña,
Morena de ojos velados;
La de la boca risueña,
La de los dulces encantos.
En el bosque florecido
Brilla de mi estrella un rayo,
Y allí se oculta mi amor
Que está mi amor emboscado.
Los luceros de Felina
Van mi destino alumbrando;
Perderé mis ilusiones
Si á su clara luz no alcanzo.
Que ella es la hermosa esperanza
Que en mi pobre lira canto,
Y sé que es vivir muriendo
Vivir desesperanzado.

Eduardo Bustillo.

EL ANOCHECER.

MORENDO.

El sol se esconde
Tras las colinas
Y de las altas
Sierras vecinas
Bajan las sombras,
Velando en torno
La del crepúsculo
Luz sin color.
Lentas del rio
Pasan las olas,
Duermen las aves
Y sus corolas
Abren las flores,
Al que reciben
Del blando céfiro
Beso de amor.
Ya el buen labriego
Deja el arado,
A sus apriscos
Torna el ganado,
Se oye del buho
La voz medrosa,
Tiende el murciélago
Su vuelo ya.
Y en el celaje
Del firmamento
Héspero asoma,
Y en un momento
Crecen las sombras,
Todo es tinieblas...
En noche lóbrega
La tierra está.

Mariano Carreras y Gonzalez.

SAN MIGUEL DE LINO

Y SANTA MARÍA DE NARANCO (1).

(ASTURIAS.)

II.

Sobre planta en forma de cruz, elévase la iglesia de San Miguel de Lino, ocupando, segun el erudito Risco, y antes de él el cronista Morales, no mayor espacio con el grueso de sus paredes que cuarenta piés de largo y veinte de ancho, sin embargo de cuyas reducidas dimensiones se levantan esbeltos los muros, determinando perfectamente los brazos del crucero, la cúpula y la nave, que por ventura aun subsisten, ya que por desgracia solo quedan como testimonios de su existencia los cimientos del ábside destruido, y de la figura semicircular que cerraba las capillas colaterales. Proporcionada puerta de arco presta ingreso al santuario en la imafronte ó fachada á los piés de la iglesia, puerta que en las jambas interiores, rodeados de franjas de menudas hojas dispuestas á manera de escamas y cuadrados y rosetones de bizantino estilo alrededor de los cuales corre una especie de cordon, lleva tres tosquísimos grupos de relieve, que mas que de este género de escultura, parecen grupos de figuras delineadas á cincel, al modo que lo hacian los egipcios, sin bulto alguno en las formas, y marcando los contornos esteriores y las escasas indicaciones del dibujo interior con iguales trazos toscos y poco profundos. El grupo superior y el último parecen representar la figura de la Vírgen sentada en una especie de trono con dos santas á los lados, llevando un cetro la primera y todas ellas rodeada la cabeza con una especie de nimbos ó mejor diademas formadas de rayos. El asunto del centro es mucho mas estraño: parece representar una escena de juglares, pues se ve á la izquierda un leon puesto de pié, y mas allá un hombre enteramente desnudo, sin otra vestidura que un ceñidor cubriéndole desde la cintura hasta los muslos parecidísimo al de nuestros actuales titiriteros, cuyo juglar, teniendo la cabeza hácia abajo y los piés para arriba echados hácia atrás, se sostiene sobre las manos apoyadas en un palo en direccion vertical; á la derecha y detrás de él otro juglar con larga túnica, suelta, pero formando muchos pliegues en sentido horizontal, amenaza al leon con un látigo en la mano izquierda y una especie de maza en la derecha. Imposible es determinar el orígen de este adorno, sin duda bastante estraño, á no ser que veamos en él algun emblema místico, cuyo significado no alcanzamos á comprender, ó acaso alguna aventura desconocida hoy hasta de la tradicion, que quiso perpetuar el artista en su tosco relieve, á la manera que en San Pedro de Villanueva quedó esculpido el triste suceso de don Favila.

Dos ventanas semicirculares, una encima de otra, tapiada la inferior en mas de sus dos terceras partes, ábrense sobre la puerta para dar luz al coro y á la nave, ventanas que acaso llevarian en algun tiempo calados á la manera de los que se observan en dos agimecillos laterales del mismo frente, cuyo prolijo trabajo solo pueden oscurecer con su rica combinacion de círculos intersecantes igualmente calados en piedra, los agimeces de rebajada curva, abiertos en ambos lados del crucero; agimeces formados por tres columnillas de fustes con estrias espirales, capiteles con informes recuerdos de los corintios, y arquitos con labor imitando trenza, cuyo mismo labrado lleva una franja que rodea todo el agimez á manera de cordoncillo; ¡lástima grande que de estas dos notabilísimas ventanas solo subsista entera la del Mediodía y que resten solo pequeños fragmentos de la del Norte. En el muro que sobre la fachada se levanta, perteneciente á la cúpula, ábrese tambien otra pequeña estrella de análogas labores, preludiando los futuros rosetones del estilo que, cuatro siglos mas tarde, habia de levantarse como dominador absoluto del arte.

El inter or de esta notable iglesia ofrece materia para largas investigaciones acerca de su primitiva disposicion. Restauraciones posteriores, hechas con mas ó menos inteligencia, han desfigurado de tal manera la primitiva fábrica, que hacen casi imposible poder determinar como se hallaba distribuida en otro tiempo. Paredes que estamos muy lejos de considerar de la época primitiva, cierran los lados, dejando empotradas en ellas columnas que bien claramente indican debieron encontrarse aisladas. De gruesos fustes lisos ó estriados y de labrados capiteles con estrellas y ruedas espirales divididas por cordones que asi recuerdan la manera bizantina como la latina por sus reminiscencias dóricas, parecen indicar estos sostenimientos, haber tenido pegadas á los lados otras columnas mas pequeñas, de las que acaso arrancarian órdenes de arcos para formar las capillas, en lugar de los lisos y secos muros en que hoy tropieza la vista por donde quiera. Solo asi se comprende la descripcion de Morales en su crónica y en su viaje santo, cuando nada nos dice de muros, y alaba por el contrario la riqueza de sus doce columnas, las mas de buenos jaspes «diversas y todas dentro del crucero bien repartidas para mucho ornamento,» añadiendo poco despues: «tiene cierta diversidad en tamaño y forma, y en alzarse lo uno y bajarse lo otro, ensanoharse aquello y retraerse estotro, que se gozan enteramente las partes del edificio, dándose lugar las unas á las otras para que se parezca lo que son y qué lindas son.» Y solo asi tambien se comprende el destino que tendrian los mas pequeños capiteles, y trozos de menores fustes que se encuentran entre ruinas dentro de la iglesia.

Despues de examinarlas, de estudiar el desfigurado templo y de leer las citadas cláusulas, no podemos dejar de confirmarnos en nuestro juicio. El interior de aquella iglesia cristiana con su planta de basílica debia estar distribuido solo por medio de arcos: sobre arcos tambien se alzaria la cúpula ó cimborrio á la manera bizantina en vez del moderno cielo plano que hoy encuadra el alto centro del crucero. Acaso y para completar la medida de cuarenta piés de largo que le asigna Morales, segun la acertada conjetura del señor Parcerisa, existiría otra arcada y el ábside, el cual, segun el mismo señor, por afirmacion conteste de personas que vieron los cimientos, cuando la restauracion que en época muy reciente hizo el señor Hermida, era de forma semicircular.

El coro ó tribuna á la que se sube desde los brazos del crucero por dos escalerillas, ocupa el cuerpo de la nave, presentando todos los caracteres de conservarse en su primitiva construccion, lo que tambien declaran las pequeñas columnas pegadas á la pared en las jambas del arco que cierra esta tribuna. A los lados de ella se abren dos estancias, ó mas bien, como dice oportunamente el señor Quadrado, dos especies de nichos, «á lo que se puede entender, de tener libros y otras cosas, pero de los que dicen los de la tierra una donosa fábula, que eran estancias del rey don Alonso el Casto y su mujer donde dormian despues que se apartaron (1).»—Labor á manera de trenza rodea los arcos asi de la iglesia como de los que dan entrada á estas estancias del coro; y á los lados del altar mayor se encuentran relieves hermanos gemelos en el arte de los que llevan las jambas de la puerta de entrada, con tres compartimientos, mucho mayor el primero que los otros dos ocupados por tres

(1) Véase el número 25 del *Museo Universal*.

(1) Morales.



LÁMINA DEL NUEVO VIAJERO UNIVERSAL.—EL SULTAN SOUK Y SU FAMILIA.

informes figuras de gruesa cabeza y amplias túnicas, las cuales apoyan las dos manos en un *báculo* de igual traza que los que se vén en los trapecios que forman los capiteles de la iglesia de Santa María de Naranco.

Contrastando notablemente con la rudeza de estas esculturas, encuéntranse á los lados de las columnas del crucero dos tablas de finísimo mármol, con delicados relieves de círculos y follajes de acanto. El señor Quadrado los cree de la misma época que las demás labores de la iglesia, y dice hablando á propósito de su perfeccion, que muestra cuánto se adelantaba el estudio de ornamentacion al de figura. Nosotros tenemos el sentimiento de disentir de este parecer: si bien el dibujo de adorno se presenta generalmente con mas precoz desarrollo que el de figura, en la iglesia de que vamos hablando existen elocuentes ejemplos de que no estaba tan adelantado el primero como requerian las perfectísimas labores del mejor gusto greco-romano á que pertenecen las dos franjas citadas. El dibujo de adorno se encontraba en el vacilante estado que demuestran las jambas de las puertas, las trenzas de los arcos y los capiteles de las columnas: solo en las combinaciones geométricas se ostentaba con cierto atrevimiento, que nunca tuvo cuando representaba objetos de la naturaleza animada ó muerta. La firmeza y al mismo tiempo la elegancia y franqueza que en los follajes de acanto de dichas piedras se hallan, están muy lejos de pertenecer á un período de desaraollo y de imitacion en el arte, que al copiar los capiteles corintios, de tan mala manera reproduce esas mismas hojas de acanto, como se ve en las columnillas de los calados ajimeces de esta iglesia y por regla general en todos los esculpidos en la época latina. Asi es que cuando tuvimos el gusto de visitar el venerando y casi destruido santuario, nos inclinamos á creer obra romana las referidas franjas, conservadas entre otras edificaciones en la cercana *Lucus asturum*, y tra ladada al cristiano templo, siguiendo en ello una práctica muy comun en la decadente época del estilo latino. Carballo cree que las columnas de mármol fueron tambien llevadas de la misma romana Lucus. Pudiera haber sucedido, pues, como acabamos de decir era muy comun en esta época y tres siglos hacia aprovechar restos de edificios antiguos para los nuevos. Pero no encontramos en las columnas tales caracteres que nos hagan llevarlas á la época romana, como en las franjas de que nos hemos ocupado.

Tampoco creemos que desde luego se colocaron estas donde se encuentran, pues para estar empotradas, no se concibe que con igual proligidad labrasen sus dos caras; sino que por el contrario nos parece muy aceptable la conjetura del señor Parcerisa, segun la cual, pertenecian á la baranda ó valla que dividia el presbiterio del cuerpo de la iglesia, viéndose aun rastros de su colocacion en las pequeñas columnas pegadas á las grandes y aun en el piso, escarbando la mucha tierra que lo cubre. En confirmacion de la teoría que sobre el orígen de dichas tablas de mármol hemos espuesto, pudiera citarse la lápida que presenta Ambrosio de Morales como existente cerca de San Miguel, trozo de piedra de labor romana y con inscripcion del mismo orígen, y que este escritor en su crónica general, dijo que fue parte de un trofeo erigido á Octaviano César-Augusto en memoria de la conquista de Asturias, y en especial la antigua ciudad de Lancia que era en aquel tiempo la capital de todo el país, comprobándolo su inscripcion en que se leia:

CAESAR DOMITA LANCEA.

No fue por consiguiente una sola piedra romana la trasladada á San Miguel, y probablemente entre los sillares de esta iglesia, la de Santa María y del destruido palacio, se encontraron multitud de ellas pertenecientes á la repetida ciudad.

Por lo demás, el aspecto que hoy ofrece San Miguel de Lino, no puede ser mas triste para los amantes del arte. Restos de altares con modernos adornos, alguna antiquísima estátua en ellos, contemporánea del edificio ó si de otra época no mas distante que del siglo X; y en confuso amontonamiento, troncos de istriadas columnas, latinos capiteles, relieves del mismo género que el ya descrito del altar mayor; ruinas que si no procura evitarlo la comision de monumentos de la provincia, la pesada mano de la incuria y del abandono, hundirán para siempre en el olvido.

Antes de terminar las noticias que acerca de esta iglesia hemos apuntado, no creemos fuera de propósito añadir, que hace algunos años buscando los aldeanos un tesoro en las cercanías de San Miguel, encontraron un tosco sepulcro de piedra contemporáneo de la iglesia, formado de una sola pieza socavada y una losa encima, sepulcro cuya parte principal ó sea la gran piedra ahuecada diríamos que es una pila destinada á lavadero que encontramos delante de la casa del señor cura de Santa María de Naranco: por lo menos sino el mismo, indudablemente la tal pila no es otra cosa que un sepulcro del siglo IX ó X. Nuestro querido é ilustrado amigo don Nicolás Castor de Caunedo, nos ha asegurado tambien que en una de aquellas heredades se conservaba otra pila de grandes dimensiones, á la que daban los aldeanos enlazando la conjetura tradicional con el recuerdo histórico, el nombre de *baño de doña Urraca*, pero que el colono la hizo pedazos, pues segun decia *los muchos curiosos que iban á verla le pisaban la tierra...*

Libre Dios á nuestra historia del arte, de que algun otro calculador por el estilo, crea que las piedras de San Miguel, pueden servir para un moderno edificio. Mucho confiamos en la ilustrada y celosa comision de monumentos históricos de la provincia, pero desgraciadamente ¡pueden hacer tan poco estas corporaciones...!

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

El conde de Trastamara siguió las huellas de Cain matando á su hermano.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 32. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 5 DE AGOSTO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



an dado estos dias los periódicos políticos de España y Francia una noticia para nosotros de grande interés. A propuesta del emperador de los franceses las grandes potencias de Europa admiten á España en sus consejos considerándola como nacion de primer órden. Es como si nos hubiéramos examinado de nacion y hubiéramos obtenido la calificacion de sobresaliente ante el tribunal europeo. Dicen que el exámen que hemos hecho en Marruecos ha dejado satisfecho al tribunal en cuanto á nuestras disposiciones para sostener la categoría de nacion de primer órden, y unido esto á la influencia de nuestro padrino el emperador, ha dado por resultado conferirnos sin pedirlo ese título honorífico.

De manera que de la noche á la mañana sin saber cómo nos hemos visto convertidos en gran potencia. Anochecimos en segundo órden y amanecimos en primero, merced á las negociaciones que sin saberlo nosotros se estaban siguiendo por Luis Napoleon en obsequio nuestro. Cuéntase que el dia 26 fue llamado el embajador español en París señor Mon al ministerio de Negocios Estranjeros y allí se le hizo la comunicacion oficial en regla, despues de lo cual asistió á las conferencias sobre los asuntos de Siria opinando por la intervencion, y anunciando que nuestro gobierno tenia preparados dos buques de guerra para enviarlos á aquellos mares.

Por lo demás el enviar buques á Siria, buques que todavía no han ido, no es el primer paso que nosotros damos en calidad de gran potencia, pues aun siendo, como éramos hace pocos dias, potencia pequeña, podríamos haberlo dado. La prueba es que la Grecia, que no aspira á ese *rango* ni tiene quien le proponga para el, manda tambien á Siria otros dos buques y ainda mais un batallon de gente de guerra para desembarcarla si fuere necesario.

Estos sucesos de Siria demuestran que aquel enfermo, de quien hablaba el difunto emperador Nicolás de Rusia poco antes de la guerra de Crimea, se halla á punto de verse deshauciado de los médicos. Y en verdad, que alguna y grave responsabilidad toca á las naciones europeas y especialmente á Inglaterra y Francia en las desgracias terribles que han sobrevenido en el Líbano, que se han estendido á Damasco, capital de la Siria y Alepo, Orfa y otras ciudades y que de la Turquía asiática amenazan estenderse á la Turquía europea; porque si hubieran dejado morir aquel enfermo como Nicolás se lo aconsejaba y se hubieran entendido sobre los medios de repartir sus bienes entre los herederos legítimos llamando á ellos á los derechos-habientes se habrian evitado primero los grandes desastres de la Crimea en que pereció la flor de los ejércitos francés é inglés y segundo la inhumana degollacion de inocentes que á vista ciencia y connivencia de las autoridades y de las tropas turcas están todavía ejecutando los feroces dominadores de aquel infortunado suelo.

Y sin embargo, tal es la obcecacion que produce el interés material en este siglo calculador y egoista, que todavía, si hemos de creer lo que de Londres nos dicen, todavía el gobierno inglés pone por condicion de toda intervencion en el Líbano y en Siria que se ha de respetar la integridad del imperio otomano. Es decir: el imperio otomano es impotente para mantener el órden material en su territorio; no puede ni impedir ni castigar las atrocidades que cometen sus propios súbditos; antes bien las autoridades y las tropas que envia son las primeras á proteger los asesinatos, robos é incendios: es necesario que las tropas europeas vayan á Siria á hacer justicia. Sin embargo, luego que la hayan hecho, que se vuelvan y dejen al sultan, á las autoridades turcas, á las tropas y á las poblaciones musulmanas volver á empezar otra matanza, porque conviene conservar íntegro el imperio otomano. ¡Conviene! ¿Y á quién conviene? ¿A la civilizacion? ¿A la cristiandad? ¿A la humanidad? ¿A la Europa siquiera? ¿Al Asia misma y á su porvenir? No, á nada de esto: conviene solamente á alguna nacion, porque teme que cambiando de dueño los paises que hoy componen la Turquía, no podrá obtener para su comercio, su industria ó su influencia las ventajas que hoy tiene hallándose el imperio en las débiles manos de los sultanes de Constantinopla.

Y si la intervencion no se ha efectuado todavía ha sido porque se negocia sobre los términos y la estension que ha de tener; y entre tanto se aprovecha el tiempo para hacer tratados de paz como el que se anuncia que se ha efectuado entre los drusos y maronitas, y en el cual se supone que estos últimos han prometido no hacer reclamacion alguna por las pérdidas esperimentadas.

Véase un caso nuevo: un tratado de paz entre los verdugos y las víctimas, entre los asesinos y los que por fortuna se han librado de sus puñales. Según los términos de este tratado, los muertos, muertos se quedan, lo saqueado bien saqueado está, lo incendiado ya no tiene remedio: que los unos vuelvan á los sitios de donde los lanzó el hierro y el fuego del fanático musulman y los otros se retiren tranquilamente á saborear el buen resultado de sus odios y venganzas, á comerse lo robado y á prepararse para cuando sus víctimas hayan adquirido otra vez algo que poder robarles. Con razon los periódicos franceses y aun los ingleses se burlan de semejante convenio, inventado sin duda por las autoridades turcas para evitar el castigo ejemplar á que se han hecho acreedoras.

La espedicion, á pesar de todo, saldrá en breve de los puertos de Tolon, Marsella y Argel, cuyas tropas y marinería han recibido con entusiasmo la órden de marchar. Fortuna que envidiamos á la nacion francesa, la de poder hallarse á la cabeza de todos los movimientos generosos y humanitarios.

Los sucesos de Italia siguen su curso: Garibaldi no se embarcó, como se suponia para el Continente, sino en direccion de Mesina, donde entró despues de un reñido combate en Melazzo. Las tropas napolitanas evacuaron la ciudad quedándose solo con la ciudadela, y el rey de Nápoles se asegura que ha entablado negociaciones con el Piamonte para entregar esta ciudadela no á Garibaldi sino á las tropas piamontesas. Otros creen, sin embargo, que la ciudad será bombardeada repitiéndose allí los horrores de Palermo. De todos modos la Sicilia es ya independiente del yugo napolitano.

En Nápoles la soldadesca avezada al saqueo y á los desmanes de Palermo, ha cometido desórdenes que hasta ahora no han sido castigados. Por su parte la poblacion tuvo tres dias de festejos desde el 21 con ocasion del primer servicio hecho por la milicia nacional. En el último varios individuos recorrieron las calles invitando á iluminar por la noche: todos iluminaron incluso el nuncio de

Su Santidad, y despues se supo que aquel dia se celebraba el aniversario del nacimiento de José Garibaldi.

En nuestra patria nada nuevo ha ocurrido en la última semana. Las conferencias sobre el eclipse ya parece que no se verificarán y los astrónomos se van ausentando. La córte en San Ildefonso sigue muy divertida con sus escursiones á la *Boca del Asno*, ó á la laguna de Peñalara en rocines del país, que segun un coronista saben pisar con talento. Dice el mismo cronista que á los rocines de aquel país se les da el nombre de Blases. No lo habiamos oido hasta ahora; pero no lo estrañamos: un rocin de talento bien merece tener un nombre de persona. ¡Váyase por las personas que merecian llamarse Bucéfalos ó Babiecas!

Por aquí nos divertimos tambien con fuentes y juegos de aguas como en la Granja. La fuente de la Puerta del Sol está todo el dia rodeada de curiosos: la de la Red de San Luis se va á recomponer y ensanchar. Se ha espulsado de allí á los aguadores que dicen ciertos periódicos que afeaban el sitio y es probable que sean tambien espulsados de otras fuentes. Bien hecho ¿para qué queremos aguadores? En vez de esos honrados galiegos ó asturianos con su cuba al hombro, se verán asi adelante, alrededor de las fuentes públicas, hermosas náyades contratadas por el ayuntamiento con el traje á propósito de gasa verde y azul, coronadas de juncos silvestres, ofreciendo á los traseuntes en cristalinos búcaros las frescas y límpidas aguas del Lozoya. Los dichosos vecinos de aquellos barrios libres ya del bullicio y gritería de los toscos astures podrán decir como Pope

Hujus nymphæ loci, sacræ custodiæ fontis,
Dormio dum blandæ sentio murmur aquæ.

Y casi podrán figurarse que se hallan recostados en la *Boca del Asno*, á orillas del manso Balsain.

Parece que se ha formado definitivamente la compañía de zarzuela que ha de trabajar en Jovellanos en la próxima temporada. En ella figurarán la Mora, la Ramos, la Lesen y otras artistas ó aplaudidas ó dignas de serlo, entre las cuales echamos de menos á la graciosa Zamacois. La Ramirez dicen que hubiera sido ajustada tambien si ella hubiera querido. Sentimos que nos olvide, porque el público no la ha olvidado.

De los demás teatros tendremos en breve lista oficial; pero aun no se nos ha comunicado nada por la autoridad competente.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ECLIPSE DEL 18 DE JULIO.

I.

La importancia del último eclipse, la ansiedad de nuestros lectores por conocer las observaciones que sobre él se han hecho y la promesa que les tenemos dada nos ponen hoy la pluma en la mano para escribir este artículo, que necesariamente ha de ser algo incompleto. Las observaciones astronómicas en el momento en que han concluido de hacerse son unas observaciones puramente numéricas y exentas de todo interés para la mayor parte de los lectores; pero cuando están ya comprobadas, y cuando sobre el conjunto de las que se han hecho en diversos puntos y por diversos observadores pueden fundarse hipótesis para esplicar los fenómenos observados y deducirse consecuencias importantes para comprender mejor la constitucion y leyes del universo; cuando la imaginacion puede estender su vuelo en luminosas concepciones, entonces las observaciones astronómicas y físicas tienen á mas del carácter de utilidad, el atractivo que inspira todo lo grande, todo lo que nos lleva á comprender en una síntesis filosófica las atrevidas teorías de la inteligencia humana, para esplicar la inmensidad de la creacion.

La astronomía, pues, como todas las ciencias cuyo objeto es el estudio de la naturaleza, tiene una parte técnica, de observacion delicada y penosa, de hechos que parecen inútiles é inconexos; y otra que fundada en estos hechos auxiliada de la razon como elemento lógico y de la imaginacion como elemento generalizador y de inspiracion sintetiza estas observaciones, y las convierte en grandiosos cuadros, en majestuosas leyes, en profundas reflexiones que comprenden las maravillas del Cosmos.

Esta gradacion porque pasa el espíritu en las ciencias cosmográficas es tan notable, tan digna de fijar un momento nuestra atencion, que por ella puede esplicarse en gran parte la elevacion que hoy tienen las ideas del hombre. Y aunque estamos hoy muy lejos de profundizar esta cuestion, ¿quién duda que los grandes descubrimientos cosmológicos, las inmensas aplicaciones de las ciencias exactas han sido principalmente el orígen de ese carácter de universalidad, de inmensidad, de profundidad filosófica que distingue á nuestro siglo? ¿Quién puede negar que en gran parte el impulso que han recibido las ciencias morales y políticas proviene de las ciencias exactas que han acortado las distancias, puesto en comunicacion á todos los hombres y hecho casi desaparecer las diferencias de razas de pueblos y de continentes? Y en efecto, cuando olvidando la utilidad material que las ciencias exactas nos han proporcionado, con la satisfaccion de muchas necesidades naturales y sociales, consideramos solo la influencia que sus descubrimientos ejercen sobre la inteligencia no puede negarse que encontramos otras ventajas sino tan visibles, quizá mas importantes por ser mas elevadas; tales son el conocimiento de la mútua relacion que existe entre todas las fuerzas naturales; la comprension de la unidad, de la armonía en la variedad de la naturaleza; la conciencia de la elevacion de nuestro destino y el engrandecimiento de todas nuestras miras.

¿Y cuál ha sido el principio de las grandes invenciones? ¿Cómo se ha venido en conocimiento de las leyes universales que rigen el mundo físico? ¿Cómo hemos llegado á convertir en poderosos elementos de civilizacion las fuerzas brutas que dormian ignoradas en el seno de la naturaleza? Con la observacion.

La atencion se fija en la propiedad del ámbar que frotado atrae los cuerpos ligeros; y de este hecho insignificante al parecer nace el telégrafo eléctrico y las infinitas aplicaciones de este fluido. Una marmita llena de agua y espuesta al fuego produce una esplosion; esta propiedad con el tiempo nos da los ferro-carriles, los buques y las máquinas de vapor. El ioduro de plata se altera espuesto á la luz; el daguerreotipo y la fotografía siguen á esta observacion. Y asi podriamos decir de la mayor parte de los descubrimientos de que hoy con justicia se enorgullece el hombre.

Pero no siempre los fenómenos de la naturaleza se prestan á la reproduccion; y entonces su estudio es mas lento; el progreso menos sensible porque depende de la casualidad unas veces, y otras de la periodicidad con que estos fenómenos se repiten. La observacion pierde en este caso su auxiliar mas poderoso; el esperimento.

Entre estos fenómenos que no está en manos del hombre el repetir á su antojo se cuentan los eclipses de sol, cuya importancia hemos hecho ver ya en uno de los números anteriores. Nada tiene, pues, de estraño que los mas célebres astrónomos de Europa hayan abandonado sus observatorios y hayan hecho largos viajes para venir á observar en nuestra península el que tuvo lugar el 18 de julio último. Las naciones todas han enviado lo mas escogido de sus hombres científicos y todos han venido anhelantes á recoger datos curiosos y delicados que dentro de algun tiempo darán de sí ópimos frutos. Mas de ciento cincuenta astrónomos, y mil observadores no agenos á la astronomía se han colocado en la zona oscurecida dirigiendo al sol unos novecientos anteojos astronómicos segun datos curiosos que ha recogido un amigo nuestro.

Las notas y observaciones que se publicarán con el tiempo nos darán indudablemente algo que decir á nuestros lectores; por hoy vamos á satisfacer su curiosidad procurando decirles todo aquello que puede llamar su atencion y que se presta á ser publicado en seguida.

II.

Nosotros observamos el eclipse en el faro de Oropesa, provincia de Castellon de la Plana, en un punto muy próximo á la línea central. El sitio para esta estacion elegido de antemano por el digno director del observatorio de San Fernando señor Marquez, tenia todas las condiciones necesarias para su objeto: horizonte despejado que permitia observar á un tiempo una gran estension de mar y de tierra; clima apacible que prometia dejarnos presenciar el anunciado fenómeno; terreno quebrado para observar el efecto de la luz y de las sombras, y espacio suficiente para poder colocar con desahogo los instrumentos y hacer todas las observaciones, tanto la comision portuguesa que habia acudido allí como la de San Fernando.

Para que los lectores comprendan bien la situacion que ocupábamos, les damos la lámina que acompaña á este número y representa una vista de nuestra estacion tomada desde el mar. En ella puede verse, en lo que su tamaño permite, la disposicion de los aparatos, que por no alargar este artículo no describimos. A la derecha del faro estaban los anteojos y los termómetros, anemómetros, etc., es decir, casi toda la parte de meteorología, y mas lejos, libre de toda influencia magnética el declinómetro; á la izquierda estaban los actinómetros, varios termómetros y barómetros. Cada uno de los que allí estábamos teníamos encomendada una parte de observacion, porque siendo tantas las cuestiones que se tratan de esclarecer y tan breves los momentos del eclipse, no era posible á uno solo observar mas de un fenómeno determinado.

Los dias que precedieron al 18 se emplearon en la medicion de alturas del sol y en la apreciacion exacta de la latitud y longitud geográficas del punto de estacion, que no estaban precisamente determinadas.

Llegó por fin el dia esperado por todos, y el cielo se presentó cubierto por la mañana haciéndonos temer que no podríamos observar el eclipse. El desconsuelo, la desesperacion que nos sobrecogió no es para descrito; nuestra respiracion estaba suspensa del cielo; sus mutaciones hacian nacer súbitamente la esperanza ó el abatimiento; nuestras inquietas miradas interrogaban al viento y las nubes, como preguntándoles el rumbo de su secreta marcha, como suplicándoles que abriesen paso al astro del dia. El náufrago á quien amenaza terrible tempestad no pide su luz al sol, su azul al firmamento con mas fervor que nosotros le pedíamos.

Y está angustia se comprende mejor que se esplica. Habia en el radio de pocas leguas jóvenes llenos de entusiasmo por la ciencia, que habian venido á ver un espectáculo magnífico que quizá no volverán á presenciar; hombres estudiosos que habian hecho costosos gastos y penosos viajes cuidando delicadísimos instrumentos; ancianos octogenarios, enfermos débiles que habian sufrido grandes incomodidades, peligrosas en su edad, ¡y en aquel momento la esperanza, la justa recompensa de sus sacrificios y penalidades dependian de una ligera nube, de una ráfaga de viento!

Por fortuna el cielo oyó nuestras súplicas y á las once se despejó el horizonte para no volverse á cubrir en lo restante del dia.

Poco despues nos colocamos cada uno en su puesto y esperamos con ansiedad, siguiendo silenciosamente la marcha del astro luminoso, el momento en que la luna viniera á privarle de su luz.

Llegado el instante del contacto á la 1 y 57', nos sobrecogió una emocion inesplicable. ¿Estarían equivocados los cálculos? ¿Se dejaria de verificar la predicion del hombre que habia dicho al sol y á la luna ahí estareis á esa hora?... No. La ciencia de Galileo, de Newton y de Keplero triunfó. La ciencia recibió un homenaje de admiracion con el murmullo que produjo la satisfaccion que sentimos todos los que allí estábamos.

Una hora y once minutos despues nos encontrábamos envueltos en la oscuridad. ¡Grandioso espectáculo que se resiste á la pálida descripcion de nuestra pluma! Una sombra indefinible velaba los objetos: no estábamos en tinieblas y sin embargo no veíamos. Nos alumbraba una luz débil no semejante á ninguna otra de las que estamos acostumbos á observar: una luz vaga que no sabíamos de dónde provenia porque no hacia sombra, una luz que solo permitia descubrir el trastorno de la naturaleza. La sombra lunar parecia un fúnebre manto que al estenderse sobre la tierra habia cortado instantáneamente la animacion y la vida en todos los seres que la pueblan. A su presencia la naturaleza habia enmudecido: los infinitos ruidos del campo, el vuelo y canto de las aves, el susurro de las hojas, el zumbido de los insectos, el murmullo vago que se eleva de todos puntos en la superficie de la tierra y que nos anuncia que á nuestro alrededor hay vida, cesó completamente, quedando la naturaleza como absorta en la contemplacion de tan estraño fenómeno. Solo llegaba á nuestros oidos un rumor sordo, amenazador, seco á intervalos. Era el ruido de la mar, el oleaje que se estrellaba en un islote que teníamos á nuestra izquierda: era el mar que teñido de un azul sombrío y dejando oir mejor sus olas en el silencio, parecia protestar contra la oscuridad del cielo.

Por otra parte, la belleza del firmamento embargaba nuestra atencion. Sobre un fondo azul oscuro, se destacaba una brillante corona de plata, semejante á la que adorna la cabeza de nuestros santos. Algunas estrellas dejaban ver su pálida luz como para acompañar al sol en su muerte. El horizonte teñido en diversos puntos de varios colores, parecia anunciar la aurora por el Norte.

No duró mucho esta oscuridad. A los 3' y 1/2 apareció el sol, y uno de sus rayos bastó para reanimar la naturaleza y hacernos pasar de la noche al dia, de la muerte á la vida, del silencio al ruido.

III.

Vamos ahora á presentar á nuestros lectores un cuadro de las observaciones que se hicieron, y que nos dará materia para mas de un artículo.

Principiaremos por las observaciones atmosféricas.

Momentos antes de comenzar el eclipse, á la 1 50', el horizonte estaba despejado, escepto el Norte en que se presentaban próximos al horizonte algunos cirrus. Poco á poco fueron elevándose y siguiendo, impelidos por un ligero viento la direccion Noroeste, de modo que á las 2 55' estaba despejado el Norte, cubierto el Oeste, y con algunos celajes próximos al horizonte el Sur. A las 3 3' se aumentaron las nubes tomando la consistencia de cumulus, y siguiendo hasta las 3 30' el movimiento hácia el Occidente. Entonces varió el viento y las nubes volvieron hácia el Norte cubriéndole de celajes. Durante este tiempo se oyeron dos truenos, uno á las 3 3' y otro á las 4 15'

La direccion del viento que desde por la mañana habia sido constantemente Noroeste, tomó la direccion Suroeste á las 2 55' y pasó á ser Norte á las 3 25', y por último fue variable desde las 4 15' entre las direcciones Noroeste y Sur.

Estos movimientos de la atmósfera, tienen una esplicacion natural como fenómenos producidos por el eclipse. La sombra lunar que venia en la direccion Noroeste, iba produciendo en los terrenos que recorria una baja de temperatura, cuya consecuencia inmediata debia ser la contraccion del aire atmosférico: esta contraccion ponia en movimiento las moléculas aéreas, y producia el viento en las direcciones que hemos marcado. Por esta misma causa pueden comprenderse las oscilaciones de las nubes que pasaron hácia el Oeste para volver despues al Norte.

El viento Sur-este que reinó antes y durante la oscu-



ridad era bastante fresco, y daba á la tierra unido al color que entonces tenia la luz, el mismo aspecto que si se aproximara una tempestad.

La disminucion de luz principió á ser sensible á las 2 35', hora en que la tierra aparecia cubierta de un color rojizo que fué aclarándose poco á poco hasta convertirse en un amarillo casi blanco. El decrecimiento de la luz se notó primero en la direccion Noroeste en que el horizonte se cubrió de una bruma que despues fue estendiéndose hácia el Norte y Sur y elevándose hasta la altura de unos 30°. Entonces, á las 2 55' los límites del horizonte, sobre todo hácia el Norte se veian como al través de una nube de polvo blanquecino. El cielo tomó á poca altura un color plomizo claro, y hácia el zenit se oscureció, pero sin perder el tinte azul. A las 3 las sombras y los contornos de los objetos lejanos principiaron á verse mal definidos y poco despues á las 3 2' principió á notarse una pequeña oscilacion en las sombras y en los objetos de pequeña magnitud. Esta oscilacion era tan sensible, sobre todo en los objetos que no estaban en reposo, que no era posible determinar con toda exactitud la verdadera posicion de los palos de una escampavía situada á propósito á media milla de distancia. La bandera y los palos de esta escampavía y las hojas de los árboles, parecian rodeadas de una aureola azulada semejante á una penumbra, y que en parte era producida por esta oscilacion aparente.

El color de la luz se presentó casi blanco como de luna llena á las 3 5' y desde entonces fue oscureciéndose entre una bruma espesa que cubria todo el horizonte. El zenit se habia ennegrecido.

«Estas variaciones de color en la luz han sido observadas en todos los eclipses totales; y en todos ellos los colores que ha tomado han tenido por base el amarillo y el rojo. Asi lo han observado Clapies en 1706, Halley en 1715 y Brito y Araujo en 7 de setiembre de 1858. En todos ellos tambien el color del cielo hácia el zenit ha sido azul intenso, cubierto en algunos casos de un tinte rojizo.

»Ahora bien, de todas estas observaciones hechas en distintos eclipses y en distintos paises y por lo tanto en circunstancias completamente diferentes debe deducirse que la modificacion que sufre la luz en los eclipses reconoce una causa constante, independiente de los demás fenómenos particulares y variables que acompañan al fenómeno en cuestion.

»Arago en el tomo tercero de su *Astronomía popular* esplica este fenómeno por las múltiples reflexiones que esperimentan los rayos solares en cada una de las moléculas esféricas que componen la atmósfera terrestre. Esta esplicacion ingeniosa creemos que no basta por sí sola.

»Ademas de estas infinitas reflexiones que esperimentan en la atmósfera los rayos luminosos, y cuyo efecto debe ser siempre sensible, ¿no puede tener una gran parte en el color dominante de la luz que es el rojizo, la refraccion? El color rojo es precisamente el menos refrangible de los que componen el espectro solar, y por esta causa á medida que la luna va impidiendo que el observador reciba directamente los rayos del sol, los rayos rojos cayendo oblícuamente sobre la atmósfera se quiebran siguiendo las leyes de la refraccion y son causa, por presentarse los primeros á nuestra vista, del color rojizo. Esta variacion de luz segun lo que hemos observado es semejante á la que esperimentamos en los crepúsculos.

»Un efecto análogo deben causar los rayos de luz difractados en el borde de la luna que pueden tener en nuestra opinion, segun diremos mas adelante, la suficiente fuerza para producir alrededor de la luna un anillo luminoso.

»Por otra parte el color azul intenso, casi negro en algunos casos de que se cubre el cielo hácia el zenit y que nosotros observamos, puede esplicarse fácilmente porque la luz difusa obra muy débilmente sobre la retina del observador durante el eclipse; y se verifica un fenómeno análogo al que tiene lugar cuando aminorando el efecto de la luz difusa con un tubo ennegrecido ó introduciéndose en un pozo se descubre mas oscuro el zenit.

»Por esta misma luz difusa nos parece que puede esplicarse el aspecto que presentaba el horizonte cubierto como de una nube de ligero polvo. Si en una cámara oscura suficientemente grande hacemos penetrar un rayo de sol que salga por la pared opuesta para disminuir el efecto de la reflexion, observaremos este mismo fenómeno. Las paredes de la cámara quedan débilmente iluminadas por una luz blanquecina y polvorosa.

Los fenómenos luminosos que pueden observarse en un eclipse son muchos y muy variados; su esplicacion, es por lo tanto difícil, porque ademas de la dificultad que proviene de su variedad es preciso tener en cuenta el trastorno completo que esperimenta la naturaleza. Las oscilaciones que hemos citado y que no dejamos de observar un solo momento por espacio de cerca de una hora no se prestan en este momento á una esplicacion satisfactoria, y quizá sean efecto de una ilusion óptica fácil de comprender; pero no hemos hallado analogía alguna entre este fenómeno y la causas que pudieran producirle.

Entre las demás observaciones curiosas que se hicieron respecto de la luz debemos mencionar dos de algun interés. Fue la primera la forma que tomaban los puntos luminosos que formaban en el suelo los rayos solares al atravesar los intersticios que entre sí dejan las hojas de los árboles y arbustos. Estos espacios iluminados tenian la forma de cuartos de luna, dando en algunos puntos la misma forma á la sombra de las hojas. Este fenómeno que pudo observarse igualmente en Madrid, principió á ser distintamente visible á las 2 55' dejando de serlo á las 4 11'.

Es muy fácil darse cuenta de la causa que produce este fenómeno. Cuando los rayos luminosos pasan á través de una pequeña abertura y se reciben en un plano se pinta en este plano la imágen invertida del sol en forma circular ó elíptica segun que el plano en que se deja ver es perpendicular ú oblícuo á la direccion de los rayos. La imágen solar, que se forma pasando sus rayos al través de las hojas y que es causa de los muchos y pequeños círculos que vemos en la sombra de los árboles; cuando el sol está eclipsado tiene la misma figura, que la parte visible de este astro; y por lo tanto presenta en el suelo las medias lunas iluminadas que hemos citado.—La lámina primera esplica este fenómeno; los estremos *a* y *b* de la parte visible del sol se pintan invertidos en *a'* y *b'* en forma circular ó en *a''* y *b''* en forma elíptica á causa de la inclinacion de este segundo plano.

La segunda observacion que hemos citado y que nos parece mas importante es la falta de uniformidad en el decrecimiento de la luz solar desde el principio del eclipse hásta la totalidad, y en el crecimiento desde esta hasta la conclusion.

«A las 3 3' y á las 3 7' se verificaron dos rápidos decrecimientos de luz muy sensibles; y una cosa análoga volvimos á observar al desaparecer la oscuridad: á las 3 18' la luz recibió un brusco aumento.

»No estando aun suficientemente comparadas las observaciones astronómicas con las físicas y meteorológicas no puede establecerse una teoría fundada que esplique este fenómeno. Tal vez consistirá en las protuberancias: tal vez será un resultado de los complicados movimientos de la luna ó de la desigualdad de luz que radia la superficie solar, ó de las manchas que la cubren.

»En ninguna descripcion de eclipses anteriores hemos visto esta observacion pero no nos puede quedar duda de que la luz no decreció uniformemente porque estos bruscos decrecimientos fueron observados por varias de las personas que nos rodeaban, siendo mas sensibles fijando la vista en el papel blanco en que estábamos haciendo anotaciones.

»Entre las causas que enumeramos para esplicar este fenómeno creemos que la diferencia de intensidad de la luz en los diversos puntos de la superficie solar es una de las concausas que aunque por sí sola no pueda producir este efecto, será un auxiliar de otra causa mas eficiente.

»En efecto, segun las variadas observaciones del padre Secchi, el calor y luz del sol no están distribuidos igualmente en la superficie del sol: el calor en los bordes es próximamente la mitad que en el centro: y los puntos equidistantes en declinacion del centro tampoco tienen la misma temperatura. De aquí se deduce que la temperatura del sol es distinta para cada uno de sus puntos, y que existiendo entre el calor y la luz tan íntima relacion tampoco será igual la cantidad de luz de cada uno de los puntos de la superficie solar.»

Todavía nos falta comunicar á nuestros lectores otra observacion respecto de la luz, que tuvo lugar algunos segundos antes y despues de cubrirse completamente el disco del sol.

«En estos dos instantes aparecieron en el suelo unas sombras móviles que participando del movimiento oscilatorio pasaron en la direccion de la sombra lunar. Estas sombras eran paralelas entre sí conservando próximamente la distancia de ocho decimetros.

»Al principio de la oscuridad fueron tan marcadas y tan señalado su movimiento, que creemos oscilaba la plataforma de la torre en que estábamos.»

«Fueron visibles estas sombras por espacio de cuatro ó cinco segundos, y segun tenemos entendido, se observaron lo mismo pero con mayor duracion en algunos puntos próximos al límite de la sombra lunar. En Segura, Calatayud y Sigüenza se observaron tambien, segun notas que hemos recibido de estos puntos.

¿No podrá ser este fenómeno un efecto de las interferencias? Sabido es que cuando rayos luminosos que parten de un mismo foco, se encuentran despues de reflejados bajo un ángulo muy agudo forman una série de fajas luminosas y oscuras muy semejantes á las que se observaron en el último eclipse.—Y en caso de que efectivamente las interferencias á quienes se atribuye el centelleo de las estrellas, sean la causa de estas fajas oscuras ¿cómo se verifica el fenómeno? ¿Es al mismo tiempo efecto de la difraccion en el borde lunar ó de la refraccion? Esta cuestion que presupone en gran parte la resolucion del problema de si la luna tiene atmósfera, no se presta á una fácil esplicacion; ni tampoco los límites que nos hemos propuesto, nos permiten tratarla con mas estension.

Estas sombras se observaron ya en el eclipse de 1842; pero en vano se esperaron en el de setiembre de 1858.

Es muy difícil apreciar la intensidad de la luz á medida que va decreciendo; porque ademas de no poder determinar la intensidad absoluta, son muy poco exactas las comparaciones que pueden hacerse. Por otra parte, las sombras en el último eclipse no podian tomarse por tipo de intensidad porque desde que se cubrió la mitad del disco solar, presentaban un carácter particular; siendo mas bien que sombras vagas penumbras. A pesar de esto vamos á dar una idea aproximada de la disminucion de luz durante el eclipse.

A la 1 57', es decir, al principio del eclipse la llama de una bugía preparada á propósito y colocada dentro de un tubo de cristal; no era visible situada en la direccion del sol: solo el pábilo se destacaba negro como si la bugía estuviese apagada.

A las 2 35' se descubria un poco el vértice de la llama de un color rojizo; á las 2 45' se descubria ya cerca de la mitad y á las 3 5' se descubria ya en su totalidad. En este momento podia mirarse al sol sin auxilio de anteojo ó vidrio coloreado; y despues que se separaba la vista no quedaba la impresion de imágenes solares azuladas que se siente despues de haberle mirado cuando está en toda su fuerza.

La luz del sol cuya intensidad absoluta ya hemos dicho que no se conoce, es relativamente en la tierra, es decir, á veinte y siete millones de leguas del foco luminoso igual á la que producirian quince mil bugías reunidas. Aunque no es posible admitir esta proporcion como exacta, lo es lo bastante para comprender aproximadamente el decrecimiento de luz. De aquí se sigue que en el intérvalo de una hora y ocho minutos la luz que iluminaba la tierra se habia hecho quince mil veces menor.

En otro artículo nos ocuparemos de la oscuridad total, de la corona y de los efectos que ha producido el eclipse.

FELIPE PICATOSTE.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

XIX.

Hemos presentado á nuestros lectores la Alhambra desde los puntos de vista mas convenientes para apreciar su esterior en su conjunto y en sus detalles, pero renunciamos á llevarlos á todos aquellos lugares desde donde se ve el rojizo castillo de Al-Hhamar el Magnífico: seria esta una tarea prolija, fatigosa é interminable.

Porque la Alhambra ofrece mil distintos aspectos, ya se la contemple de cerca, ya de lejos desde las cumbres ó desde el llano, desde los mil accidentes del pintoresco y bellísimo terreno de Granada, ya se deje ver el castillo, recortándose sobre el azul del cielo, ya sirviéndole de fondo el azulado contorno de las sierras, ya contribuyan á la novedad de su aspecto, la abertura de una garganta de los montes, el rompimiento de una arboleda del Genil, lo encañonado de una tortuosa y negra calle de la Antequebrada ó del Albaicin, un primer término de viejos torreones mochos de la Alcazaba Kadima, un recodo del tortuoso camino de la fuente del Avellano, ó los festones de pámpanos de un toldo de parra en uno de los frescos cármenes de las angosturas del Darro: ya dominando el Albaicin, visto desde la iglesia de San Cristobal, ya dominando el cerro de los Mártires, el barrio de San Cecilio y la Ribera de los molinos desde la era de San Anton el Viejo, ya sobre la ciudad entera y la Vega, si le contempláramos desde Santafé, la ciudad levantada sobre los reales de los Reyes Católicos, ya viéndole dominado desde el cerro de San Miguel primero, y luego mas bajo desde la redonda cumbre del cerro de Santa Elena.

Y desde todos estos puntos y otros mil que no citamos, ver entrando en la composicion del aspecto de la Alhambra, árboles, enramadas, fuentes, rios, acequias, casas, calles, torres, montes, todo esto con una variedad infinita, y todo con un fuerte sabor poético: ya puro y fresco, ya caliginoso y ardiente, ya melancólico y grave, ya alegre y dorado, ya vaporoso y fantástico, segun que es la estacion y la hora: al amanecer de un dia de primavera, en una siesta de verano, durante una tormenta del invierno, á la incierta luz del crepúsculo, ó durante una serena noche de luna: siempre distinta, siempre bella, siempre inspiradora, siempre ella, ella la sola, la sin par en belleza, cargada con una aureola de recuerdos, con sus historias de guerra, de amores, de desdichas, de traiciones, de encantamentos, de romances: ella la sultana sin sultan: ella la viuda y la abandonada, que se desploma lentamente, como si los escombros que ruedan uno á uno con la incesante lentitud de los granos de arena de un reloj, de los muros al valle, fuesen sus lágrimas por su viudedad, por su abandono.

De desear seria que los dueños, los propietarios de la Alhambra, sintiesen por ella una parte del amor, del dolor que por ella sentimos: la Alhambra encontraria una mano amiga que la sostuviese...

Pero nos estraviamos: deciamos que presentar á la Alhambra en todos sus aspectos, en todas sus convinaciones con el paisaje, seria una obra interminable: solo la fotografía podria desempeñar esta tarea, pero la fotografía auxiliada por el color.

Esto en cuanto á su esterior.

El interior si han de apreciarse tras el conjunto los detalles, produciria un album voluminoso, pero magnífico.

Penetremos en la Alhambra.

(1) Véase los números 25, 27 y 28.

XX.

Para ello traslademonos de nuevo á lo alto de la calle de los Gomeres á la inmediacion de la puerta de Bib-Leujar, ó como se llama ahora, de las Granadas, á causa de tres reproducciones de este fruto, que se ve representado allí como en el escudo de Granada, á manera de un geroglífico de su nombre; estas tres gigantescas granadas de piedra, coronan el arco de la puerta: esta es sencilla, de órden toscano; un águila imperial sobre la clave, y dos genios que representan la paz y la abundancia, dan á esta sencilla puerta algo de lo simbólico de un arco de triunfo; el fuerte muro almohadillado de esta construccion se une al aportillado muro árabe que por una parte sube hasta el castillo de Torres Bermejas y por otra á las torres de los adarves de la alcazaba de la Alhambra.

Desde el momento en que se pasa bajo el arco de esta puerta, el viajero se cree trasladado á una mansion de hadas: aspira un ambiente embalsamado por flores, oye el alegre ruido de un arroyo que se despeña, ve ante sí tres galerías de verdura formadas por las copas que se cruzan de los bellísimos árboles de tres avenidas: la de la derecha es estrecha, tortuosa y pendiente: la del centro menos pendiente y ancha, deja ver un fondo que se aleja su perspectiva, sobre un arrecife de arma blanca y fina, con estrechos jardines á lo largo, entre los árboles; la avenida de la izquierda la mas pendiente de las tres, deja deslizarse como una pequeña cascada por su lado derecho el arroyo cuyo monotono rumor escuchamos: en su costado izquierdo, al comienzo del ascenso hay una casa de guarda y una cruz de piedra. Frente á nosotros, separando esta avenida de la izquierda de la del centro, hay un pequeño pilar de mármol blanco.

El sol no penetra jamás en el verano en ninguna de estas avenidas: allí nunca hace calor; el ambiente está refrescado por el agua que corre por todas partes; la sombra de las densas enramadas hace sentir una blanda molicie, y nunca falta un ruiseñor, maestro de capilla, que dirija una de esas orquestas, cuya música ha compuesto Dios, y cuyos ejecutores son los pájaros: la luz, la sombra, el espacio, ofrecen mil cambiantes; ¡y luego aquellos árboles son tan verdes, tienen un tan fresco esmalte, son tan esbeltos, tan zancareños, por decirlo así, tan graciosos!

Las flores mas hermosas brotan allí sin cultivo: se arroja la simiente, y sobre la simiente el agua, y no hay que pensar en mas: el tallo brota, se desarrolla, florece: la sombra de los árboles es la protectora, no la enemiga de aquellas flores que nadie toca, que nadie corta, que nadie marchita, que viven su vida, porque allí sirven mas á las sensaciones del hombre, dando al jardin sombroso el encanto de los contrapuestos colores de la amarilla gallomba, de la roja amapola, de la blanca dalia, del clavel de todos colores, de la pálida azucena, de la roja adormidera; el verde lánguido moteado de blanco de los cortinajes de jazmines, el verde oscuro y brillante de la hiedra que entapiza los árboles; impregnado el aire de un delicioso perfume múltiple, dominando al cual se percibe el suavísimo olor de la violeta, allí se vive mejor porque allí se respira mejor; allí, lo hemos dicho ya, se siente molicie, bajo el influjo de aquella pura voluptuosidad de la naturaleza, producida por el murmurar del agua, por la dulce sombra, por el blando rumor de las hojas á impulsos del viento, por el canto de los pájaros, por la fragancia de las flores.

Todo vivo, todo fuerte, todo lleno de vida, de savia.

La Alhambra, comprendiendo en ella sus alamedas, sus paseos y jardines, ofrece una sucesion de gratas sorpresas para el que por la primera vez la visita, curioso, interesado ya por la fama universal de este monumento, pero creyendo acaso que aquella fama sea exagerada.

Cuando se llega á ella se comprende que la fama ha sido impotente para hacer apreciar las bellezas de la joya granadina.

El menos dispuesto á la admiracion, admira.

ALHAMBRA DE GRANADA.—GALERÍA DEL PATIO DE LOS ARRAYANES.

XXI.

La estrecha y pendiente avenida de la derecha, nos llevaria al Cerro de los Mártires, y por una ramificacion á Torres Bermejas.

La avenida del centro nos conduciria por una sucesion de paseos, dejando á derecha é izquierda nuevas avenidas, á la huerta de Generalife, al camino del cementerio y de la silla del Moro.

Aventurémonos por la pendiente avenida de la izquierda.

XXII.

Es una cuesta de poca estension, como que apenas medirá quinientos pasos, pero que obliga por lo violento de su pendiente á subir despacio, y á hacer algunos ligeros altos.

Ya cerca del fin de la cuesta, completamente entoldado por los árboles, se ve á la izquierda derrumbándose por lo alto de un cóncavo riscoso, tapizado á trechos de hiedra, una pequeña y bella cascada: mas allá se levanta un cubo, esto es: una torre chata y redonda con saeteras, y pasando de este cubo, se ve de repente á la izquierda, el pilar del emperador Cárlos V.

El receptáculo de esta fuente forma un zócalo de cuarenta piés de longitud, cinco de anchura y tres de profundidad, en la parte destinada á contener las aguas: este zócalo, el decorado de la fuente, y el cuerpo de fábrica en que la fuente se releva, son del gusto greco-romano, con un fuerte sabor plateresco: en la parte superior del ornato de la fuente, hay un targeton en que se lee: *Imperatore Cæsari Karolo V. Hispaniarum regi*

Es una obra que recuerda en sus esculturas á Berruguete, y que dentro de su género está ejecutada con gran pureza.

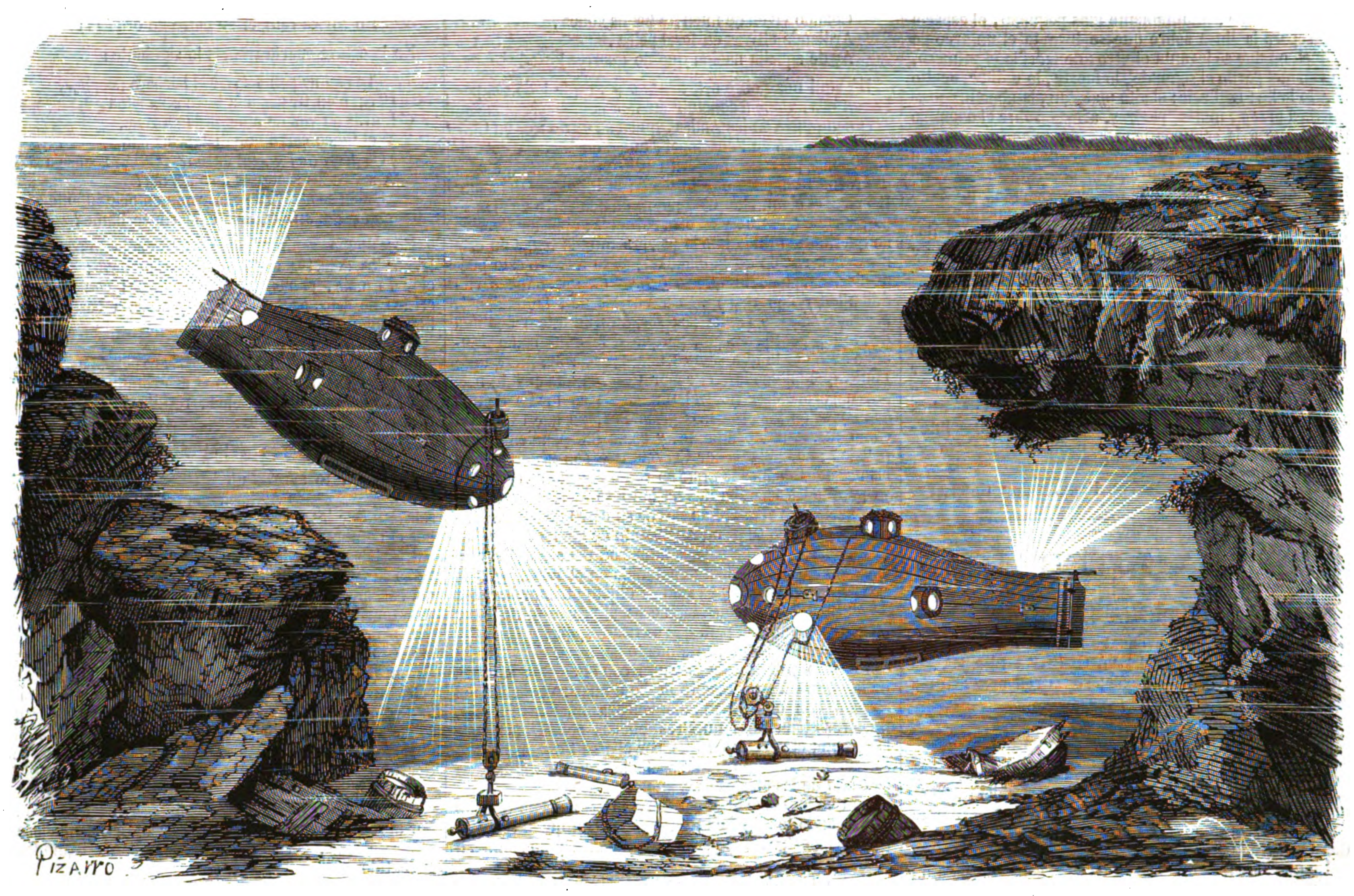
XXIII.

Siguiendo á lo largo del pilar del Emperador, torciendo una vez y otra á la izquierda, es decir: tomando la espalda del muro de fábrica del pilar, nos encontramos frente á frente de la puerta *Judiciaria*, hoy puerta principal de la Alhambra.

En vano antes de verla habreis visto puertas árabes en Toledo, en Córdoba, en Africa, en Turquía.

La puerta Judiciaria no se parece á ninguna de ellas sino en la raza, por decirlo así, es árabe como aquellas lo son: ¡pero qué grandiosidad tan sencilla! ¡Qué esbeltez tan perfecta! ¡qué proporciones tan ámplias, tan sueltas, tan grandilocuentes, tan bellas! ¡qué correccion,

(*) La vista del faro de Oropesa de que habla el artículo Eclipse, se publicará en otro número.



NAVEGACION SUBMARINA.

qué sentimiento tan esquisito del arte! ¡qué majestad, y cuánto reposo, cuánta armonía de líneas!

Hay algo que desespera al diseñador que lo ve en aquel grande arco de herradura, que no pesa sobre los muros, qué parece levantarse por sí mismo: que no se sabe si ha sido trazado por un hombre ó por el genio en la ar-

ECLIPSE OBSERVADO POR FERRER EN 1806.

ECLIPSE DE 1842.

ECLIPSE OBSERVADO POR DON ANTONIO ULLOA EN 1778.

FENÓMENO OBSERVADO EN EL ECLIPSE DE 1860.

LAMINA PRIMERA.

quitectura árabe: al ver aquella torre, aquel gran arco, el segundo arco, infinitamente mas pequeño, el espacio que separa la línea sobre que se levanta el un arco de la línea en que se levanta el otro: de ladrillo el primero, de mármol pardo el segundo; lo fuerte, lo militar, oculto por lo bello; es decir: el alto matacan, la abertura destinada á arrojar moles, piedras, armas, sobre el enemigo que llegue á la segunda puerta, descubierta como un estrecho patio en el espacio interior, comprendido entre las dos puertas: y aun en aquella abertura, á pesar de no poderse ver sino de una posicion violenta, mirando en una direccion perpendicular á lo alto, pequeños y bellísimos agimeces labrados, compañeros de las dos graciosas ventanas que se ven en el esterior, á los lados y á nivel de la línea horizontal del recuadro en que se inscribe el grande arco de herradura.

Esta torre no tiene almenas: es ancha, cuadrada sin dejar de ser esbelta: su muro completamente liso, termina en su parte superior por un pretil de piedra en vez de almenas: está construida con la argamasa particular de tierra roja y cal, como las demás torres y muros de la Alhambra, y solo tiene de piedra rojiza los dos altos machones que sustentan el grande arco, y el arco interior, todo de mármol hasta su recuadro.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

VIII.

Hemos demostrado, así lo creemos, que la *Nueva Guerra Púnica*, ni es poema, ni llena el objeto que se propuso la Academia al abrir el certámen, ni se encuentra en ella plan, narracion, estilo, nada en fin de lo que pudiera constituir una obra literaria de este ó el otro género.

Lo que sí hemos encontrado en ella, constituyendo un conjunto monstruoso, son la vulgaridad, la estravagancia, la contínua perversion del lenguaje, la impropiedad, la anfibologia, la dificultad en la espresion, la absoluta carencia de ingenio, la ausencia de la inspiracion; un relato difuso, incompleto, que obliga al lector á arrojar el impreso, ó á que se fatigue y se canse, pretendiendo saber hasta qué punto ha llegado el múltiple estravío de un ingenio negativo, que produce con gran trabajo lo completamente antipático, antilógico y antiliterario, cuando pretende con una absoluta carencia de facultades, levantarse á las sublimes regiones de lo heróico.

La *Nueva Guerra Púnica* es acaso la obra mas á propósito que conocemos para escribir sobre ella, y presentando como ejemplos que deben evitarse sus defectos, un curso completo de literatura: y decimos sus defectos por no usar una frase, si bien mas verdadera, mucho mas dura, puesto que de dureza se nos tacha, cuando solo somos justicieros.

Una escursion un tanto detenida, al través del laberinto de enormidades que forman el cuerpo, el ser, de la *Nueva Guerra Púnica*, va á servirnos para demostrar que no hablamos de memoria y con el solo objeto de mortificar sin fundamento al autor, tan incomprensiblemente premiado: pero debemos declarar que solo vamos á poner en relieve las faltas mas graves, porque si hubiéramos de sacar á plaza todas las que contiene la obra que juzgamos, seria necesario escribir un grueso volúmen, despues de haberse armado de la paciencia de un santo.

Cuando copiemos un período cualquiera y pongamos en bastardilla alguna palabra, frase ó verso, entiéndase que allí hemos visto un defecto, y procure encontrar la razon el que lea, porque se agolpan de tal manera los defectos en esta obra, hay tal riqueza de ellos, que al razonarlos todos, aunque fuese en ligeras notas, estas ocuparian diez veces mas espacio que el testo.

Resignados ya á tan enfadosa tarea, y tal vez gravemente arrepentidos de haberla empezado, ocupémonos sin perder mas tiempo en examinar la obra del señor Cervino en sus partes y en sus detalles.

Hé aquí la octava con que comienza la *Nueva Guerra Púnica*; que desde el comienzo damos en los tropiezos:

Cuando bélico espíritu domina (1)
Y el mundo al *retronar de los cañones* (2)
Pugna en los Andes, se estremece en China,
Ruge en Sebastopol, y cien legiones

(1) ¿A quién? ¿en dónde? este primer verso es vago y redundante: porque cuando retruenan los cañones, y pugna el mundo, y ruge y revuelve legiones, y cuando las naciones *viven de muertes*, el espíritu, mas que el espíritu, el furor bélico, está espresado en la pugna, en el cañoneo, en los rugidos, en las revueltas y en el estrago.

(2) Conocemos otro retronar muy semejante á este: refiriéndose al antiguo poder de España, ha dicho otro autor:

A la voz del gigante soberano,
Retemblaban cobardes las naciones:
Aterróse en sus rocas el britano,
Al fiero *retronar de sus cañones*...

Revuelve de Magenta en la colina;
Cuando viven de muertes las naciones,
Ardiendo altivas en feral pelea,
Ay de aquella nacion que no guerrea!

Hé aquí una pobre octava, que para que todo sea pobre en ella, viene á concluir en una pobre consecuencia.

Quien pugna en los Andes, quien se estremece en China, quien ruge en Sebastopol, quien en Magenta revuelve legiones, no es el espíritu bélico; de ningun modo; ni creemos tampoco que lo sea en la intencion del señor Cervino: es el mundo quien pugna en una parte de sí mismo, y ruge en otra, y en otra revuelve: el señor Cervino ha querido sin duda que la palabra mundo tenga en este lugar la acepcion de humanidad; pero aunque esto pueda decirse, todo lo que la octava dice está dicho con dificultad y con mal gusto á vueltas de una tendencia marcada hácia lo ampuloso; despues de esto viene una deduccion pobre, vulgar, porque determina como principio absoluto lo que solo es una apreciacion mezquina: ¿pues qué, desconoce el señor Cervino que cuanto mas pueda permanecer neutral un pueblo en medio de una conflagracion general, mas grande es, porque es fuerte, como fuerte independiente, y como independiente respetado? ¿no sabe el señor Cervino que son generalmente las naciones débiles las que se ven obligadas á la guerra, ya porque las acometa una nacion mas fuerte, ya porque esta nacion las arrastre en pos de su carro de batalla formando parte de su acompañamiento de guerra?

Y luego: ¿cuál ha sido la intencion del señor Cervino al escribir el pensamiento contenido en el pareado de la octava que citamos? ¿ha sido su objeto atribuir la causa de nuestra guerra con Marruecos al propósito de hacer un alarde de fuerza para que se nos respete?

Si este ha sido el pensamiento del señor Cervino, ha confundido pobremente la causa con el efecto: la causa de la guerra fue un insulto hecho á nuestro pabellon: el respeto con que ha mirado Europa nuestras fuerzas, nuestros elementos, nuestras buenas condiciones para la guerra; el aprecio en que por ella se tiene á España considerándola como una respetable potencia militar, ha sido uno de los efectos de la guerra.

Lo que ha dicho el señor Cervino es lo mismo que decir: cuando todos riñen, busquemos con quien reñir, y procuremos dar firme para que nos teman y no se metan con nosotros.

Y eso mismo debe hacer una nacion, á fin de ser respetada cuando otras naciones arden en espíritu bélico, porque de no, como el señor Cervino dice en la octava siguiente de la introduccion de su obra:

Verla querrán sumisa (1) y prosternada,
Los próceres de pueblos altaneros.
«Aparta allá (2) (diránla) que mi espada.
»Te asusta (3) con sus *límpios reverberos* (4)
»¿Qué sabes? Nada. Y ¿cuánto puedes? Nada.
»Pues yo puedo, yo sé (5), y á tus *linderos*
»*Estiendo el brazo:* humillarte (6) y *consiente*
»Mi planta ruda en tu cobarde frente.»

A la mitad de la tercera octava, despues de un período que no se entiende, encontramos lo que sigue:

Si *de Pirene* el roquedal bravío
Conservaron esfuerzos varoniles (7)

(1) ¿Qué mas sumisa puede estar una nacion que manteniéndose mansa é inofensiva?

(2) Es decir: quítate de ahí, pobre diabla, que para nada sirves: cualquiera creeria que, dada la situacion del mundo conmovido en guerras por próceres altaneros, la consecuencia del instinto pacífico de una nacion, seria el que la absorviese otra nacion mas fuerte; el señor Cervino viene á parar á esto en el fin de la octava: pero entonces, para qué el ¡quita allá! pero nosotros comprendemos al señor Cervino: ese «quita allá» es una frase de desprecio: ¡pero cuan pueril! supongan nuestros lectores á un chicuelo abusando de la debilidad de otro muchacho, y habrán encontrado la altura del pensamiento del señor Cervino: yo sé mas que tú, yo puedo mas que tú, que no sabes ni puedes nada; y te maltrato y te echo por tierra y te piso: con esa frase ó con esa manera, solo se espresaria un muchacho mal criado ó un imbécil.

(3) No puede llamarse susto mas que á la impresion causada por un peligro imaginario; por ejemplo: á la sensacion que esperimentan algunas mujeres á la vista de un raton: la causa es liviana, y por eso á su efecto se le llama susto; cuando el peligro es evidente y grave, lo que se siente mientras se le puede evitar, es espanto: si el peligro crece, sobreviene el terror: la palabra susto es ademas vulgar: no puede decirse de una nacion que se asusta, ni aun que se espanta, sino que se aterra: supongan nuestros lectores, y comprenderán nuestra observacion, la palabra susto, usada en una historia en que se dijese: «El imperio de Marruecos se asustó ante el valor de nuestros soldados y pidió la paz.»

(4) No conocemos mas reverberos que los que sirven para aumentar por medio del reflejo la fuerza de la luz artificial: si se tratase de faroles ó de quinqués, comprenderíamos lo de los reverberos; pero tratándose de una espada, nos permitirá el señor Cervino que creamos que ha querido decir reflejos; pero dirá el señor Cervino: amigo crítico: si yo hubiera usado la palabra «reflejos», se me queda el verso cojo: mas vale que el verso conste, que ya se hará cargo todo el mundo de lo que he querido decir. Pero señor Cervino, si en el sustantivo perdia usted una sílaba, la pudo usted encontrar en el adjetivo, dentro del buen lenguaje, y con un esdrújulo (ya que á usted le gusta tanto esdrujulear, segun veremos mas adelante), de esta manera:

Te aterra con sus límpidos reflejos.

Por supuesto, señor Cervino, no vaya usted á creer que yo me meto á corregir su obra: líbreme Dios de tentacion tan pecaminosa.

(5) Supongan nuestros lectores en este lugar á dos muchachos que se están haciendo gestos, ó como ellos dicen, *arrendándose*.

(6) Bastante humillada está ya una nacion que dá motivo con su cobardia á que se la trate de este modo.

(7) Estos esfuerzos son varoniles, porque tienen que aconsonantar con *Arapiles* y *carriles*: si los consonantes anteriores fuesen por ejemplo *hermanos* y *tiranos*, los esfuerzos serian *sobrehumanos*: al señor Cervino le importa muy poco faltar á la propiedad con tal de servir al consonante: de esto hay repetidísimos y curiosos ejemplos en su obra.

Por linde al español, ¿podrá hoy el moro
En Africa romper su cetro de oro? (1)

En la octava cuarta leemos lo siguiente:

Te estima ¡oh patria! el bárbaro perpleja,
Porque en tu paz á la infecunda loma
Llevas en vez de obús próvida reja,
Y el ígneo carro que distancias doma.
¡Oh España! y *¿tal creyó?* ¿Quién aconseja
A los rudos sectarios de Mahoma?
¿Quién se atreve á pensar que en ocio infame
Vas á dormir cuando el clarin te llame?

Necesitamos aspirar fuerte y tomar aliento para desentrañar los defectos que encierra esta octava: si la locucion es mala, el pensamiento es peor: con el análisis crítico de estos ocho versos, hay materia bastante para llenar muchas páginas.

Veamos.

Te estima ¡oh patria! el bárbaro perpleja...

el verbo estimar con arreglo al uso comun, es casi sinónimo de apreciar: ahora bien: resulta á la primera lectura el sentido siguiente:

Te aprecia ¡oh patria! el bárbaro Perpleja,

Es decir, te aprecia un bárbaro, que como pudiera llamarse por apodo Al-kachofa, ó Al-tramuz (que todos sabemos que los moros se nombran mas por el apodo que por el nombre propio) se llama Perpleja: obsérvese que entre bárbaro y perpleja, debia haber una coma, para que el verso no dijese lo que dice, para que el perpleja se separase del bárbaro y fuese á buscar á la patria: se nos dirá que para tomar el «perpleja» por nombre ó sobrenombre de un bárbaro era necesario que la primera letra fuese mayúscula: pero el no constar la mayúscula, puede ser una errata de imprenta: lo que determina los signos ó los valores ortográficos es el sentido: el verbo estimar y la falta de una coma, determinan con precision que un bárbaro que se llama Perpleja aprecia á una patria, que no se sabe cuál sea, como no se suponga que es la patria del señor Cervino.

Por lo que sigue resulta, para confirmar mas la creencia de que se trata de Perpleja el bárbaro, que este señor aprecia á aquella patria, á que sigue refiriéndose el señor Cervino, por lo pacífica y laboriosa: reanudemos el sentido

Te estima el bárbaro,
. . . .
porque en tu paz á la infecunda loma
Llevas en vez de obús *próvida* (2) reja,
Y el ígneo carro que distancias doma.

Efectivamente por bárbaro y perplejo que sea un prójimo (si es que el señor Cervino nos permite llamar prójimos á los moros) no puede menos de apreciar á una nacion pacífica, trabajadora, industriosa;

Pero á continuacion leemos:

¡Oh España! Y ¿tal creyó? (3) ¿Quién aconseja
A los rudos sectarios de Mahoma?
¿Quién se atreve á pensar que en ócio infame
Vas á dormir (4) cuando el clarin te llame?

Ahora bien, ¿qué relacion hay entre el aprecio de Perpleja á España ó á la patria, (que se nombra dos veces con distinta denominacion como si se pretendiera marcar que son dos cosas distintas, puesto que con una referencia habia bastante) y ese asombro indignado representado por él «¿y tal creyó? y por aquello de «¿quién aconseja á los musulmanes? ¿y por la otra de si dormirá ó no la patria cuando la llame el clarin?

Volvamos atrás y descifremos este acertijo, es decir, averigüemos lo que ha querido decir el señor Cervino.

¡Ah! si: perfectamente: el verbo estimar, está usado en vez del verbo creer siguiendo una locucion vulgar, desusada y escribanesca: y «perpleja» no es sobrenbre de moro, ni de cristiano sino simplemente un adjetivo.

De lo que resulta la traduccion siguiente:

Te cree ¡oh! patria, el bárbaro, indecisa
porque etc.

Es decir, que el bárbaro, verdaderamente bárbaro, cree

(1) Los moros, sin duda alguna, y disponiendo de lo suyo, pueden romper su cetro de oro ó de hierro, sean cuales fueren las fronteras de España. ¡Qué descuidos tan de estudiante desaplicado! El señor Cervino ha querido referirse al cetro de España, pero tal como aparece construido el período, el cetro de que habla es el cetro del moro. El sentido es claro, hecha la pregunta aislada: ¿Podrá hoy el moro romper su cetro? el sustantivo moro se relaciona inmediata y precisamente con el sustantivo cetro: y por lo mismo queda sin relacionarse con nada el período anterior, estableciendo una falta de sentido y otra de relacion.

(2) El adjetivo *próvida* está usado tan impropiamente como en este lugar en varios lugares de la obra del señor Cervino: en las páginas 6, 14, 32, 41 y 60, se encuentran las siguientes frases, en que el adjetivo no está en su lugar: *próvida reja*, *próvida esperiencia*, *próvidas calderas*, *próvida cena*, *próvida galleta*: consultemos el Diccionario de la Academia: *Próvido*: adj.: «Prevenido, cuidadoso y diligente para proveer y acudir con lo necesario al logro de algun fin.»—Segun esta definicion, que aceptamos, el adjetivo próvido no se puede aplicar sino al ser que obra con razon, con inteligencia y libertad, y alguna vez puede aplicarse á los seres irracionales que dan ciertas muestras de prevision, como por ejemplo, la hormiga: pero nunca puede aplicarse á las cosas inertes, á los muebles, á los útiles, que son los instrumentos de que la prevision se vale, pero nunca la prevision misma.

(3) El bárbaro.

(4) Locucion vulgar, equivalente á *dormirás*.

débil á una nacion porque cuida de sus campos y de su industria, arando próvidamente colinas estériles, y *domando distancias con carros ígneos*, es decir, construyendo ferro-carriles y mas ferro-carriles. En efecto, la consecuencia de debilidad y de cobardía que tiene por base la actividad, la laboriosidad de un pueblo, solo puede ocurrírsele á un bárbaro: de lo que resulta que la consecuencia es bárbara.

La quinta octava que sigue tambien es pecaminosa.

> *Ira de Dios* (1) Alienta patria mia, (2)
> Vuelve tu dulcedumbre en torvo ceño; (3)
> Tú que venciste á la morisma impía (4)
> En siete siglos de *ardoroso empeño* (5)
> Tú que venciste en Méjico y Pavía (6)
> ¿Sufrir podrás insultos del rifeño? (7)
> Alzate y lucha *amaga* y resplandece
> Y en furor santo y en victorias crece (8).

En la octava sesta leemos:

> ¿No ves Europa la nacion serena...
> Que el golpe envia aun antes que el amago (9).

Esta serenidad nos recuerda aquella copla popular, que nos perdonarán nuestros lectores copiamos para hacer resaltar con una comparacion de aplicacion, el defecto en que ha incurrido el señor Cervino llamando serena nacion á España.

La copla dice asi:

> Válgame Dios que serena
> es usted para bailar
> si asi es usted para todo,
> viva la serenidad.

En la octava sétima, que no es otra cosa que una lista en versos de once sílabas, de las cosas que se propone cantar en su obra el señor Cervino, tales como *orgullos fieros, indignaciones nobles, rugiente mar, ambiente pútrido* (ó putrefactor), *fragor, armas, vengativa constancia, muertes, fuego, destrozos, relinchar ferviente*, etc., etc., sobrevienen casi al fin del programa unas *derrotas moras* que nos deleitan y nos hacen pensar en las derrotas cristianas, y en las judías, y en las anglicanas.

Pero señor, ¡si el consonante feroz lo quiere! para aconsonantar con el magnífico verso:

> Den vario son á cántigas sonoras,

las *derrotas moras* eran de absoluta necesidad.

En toda su obra le coge de medio á medio al señor Cervino aquello de Lope:

> Murióse el cigarron, tendió las ancas
> Y fueron á su entierro hormigas blancas:
> ¡Fuerza del consonante á lo que obligas
> A decir que son blancas las hormigas!

En la octava octava se lee:

> Que mientras dura la campal porfia (10)
> Abrese allá de ingenio ancho camino,
> Y de hoy con armas y héroes (11). Su valia
> No hallará el verso en nombre peregrino. (12)
> Real Academia, en ley de cortesía,
> Saludo y entro en lucha (13).

El primer verso de la octava-novena dice así:

> Oh Musa á quien *agradan* los combates.

Como si dijéramos:

> Oh bella, á quien agradan los perfumes.

Y luego, sin poderlo remediar, esta invocacion del señor Cervino nos recuerda aquella otra del Tasso que comienza.

> ¡Oh Musa tu che di caduchi alori
> Non circondi la fronte in Elicona!

(1) Este es un voto que no viene bien en este lugar ni por el género ni por la situacion.

(2) ¿Por qué creer desalentada á la patria, si no hay necesidad de ese desaliento, ni es verdad?

(3) Es decir: ponte seria, muy séria, pues el caso no es para menos.

(4) Consonante de mia y de Pavía: casi siempre hay que buscar la razon de los adjetivos que usa el señor Cervino en la tiranía del consonante.

(5) Empeño es poco cuando se hace relacion á nuestra larga guerra de reconquista: otra vez la tiranía del consonante precisando una frase impropia.

(6) Si los otros dos consonantes terminasen en *umba*, el verso diria así:

> Tú que venciste en Flandes y en Otumba

(7) Otra duda á que España no ha dado motivo.

(8) Escitacion inútil y de mal efecto, y sobre todo basada en un supuesto falso: España no ha necesitado que nadie la escite á castigar á quien se la atrevió: por el contrario, ella es la que ha escitado á la guerra.

(9) Ni el golpe ni el amago se envian: el primero se da y el segundo se hace: pero se usa mas como verbo que como sustantivo: se dice mejor «amagó, amagar,» que «hizo amago, hacer amago»

(10) Otra vez la penuria del consonante debilitando la frase.

(11) Perdone usted, señor Cervino, los héroes y las armas son de todos los tiempos. Comprendemos lo que ha querido usted decir; pero ha debido usted decirlo de otro modo.

(12) Comprendemos tambien lo que ha querido decir en este lugar el señor Cervino; ¡pero cómo lo ha dicho! ha querido decir que sus versos no tendrán por ayuda el nombre altisonante de los héroes de la antigüedad: y sin embargo, tiene tal fe en su ingénio, que, como espresa mas adelante, cree poder hace poéticos al poncho y al ros.

(13) Siempre es bueno ser corteses; pero este saludo del señor Cervino se parece mucho al *Cæsar morituri, te salutant*, de los gladiadores romanos; porque en verdad os digo, que hay premios que dejan manco á quien los da y descalabran á quien los recibe.

En castellano:

> Oh Musa tú, que de laurel caduco
> No circundas la frente en Helicona.

No hemos citado estos dos tiernísimos y bellos y magníficos versos del Tasso, para acusar un plagio al señor Cervino por haber dicho ¡oh Musa! ¿porque á donde iríamos á parar? seria lo mismo que acusarle como plagio un ¡oh Dios mio!: los hemos recordado para descansar, para respirar de nuevo algo fresco y suave.

Y mas abajo en el mismo lugar:

> Que al valor de Bullon prestas quitales.

¿Quién es este Bullon? ¿el mariscal francés que murió tan desgraciadamente, ó Godofredo de Bullon, el capitan, el héroe de la Jerusalen libertada? Si es este último, al llegar á este punto el señor Cervino ha recordado como nosotros al Tasso y se ha contentado con el ¡oh Musa! sin atreverse á seguir adelante.

Lo otro que tiene la octava de malo es peor porque es un plagio disfrazado.

Dice el señor Cervino:

> Rompa
> Recordante (1) el sonar de épica trompa.

Que nos recuerda aquellos dos magníficos versos de la Jerusalen libertada:

> Chiama gli habitator dell'ombre eterne
> Il rauco suon della tartarea tromba.

En castellano:

> Llama al que habita entre la sombra eterna
> El ronco son de la tartárea trompa.

Al escribir estos dos versos hemos descansado, hemos respirado un momento: ¡qué diferencia entre las dos trompas! es verdad que el que escribió los versos italianos se llamaba Torcuato Tasso, y el que echó mano de lo recordante... pero bien: de donde hay se toma y por mucho que se desfigure algo queda.

Llegamos á la décima octava que por ser la última vamos á insertar íntegra.

> Y tú señora que el fulgente cetro
> Empuñas bajo auríferos doseles,
> Venia me da si en la mansion penetro
> Do brillas sobre *augostos escabeles* (2)
> Venga tu nombre á ennoblecer el metro
> Como *ennoblece* hispánicos *laureles* (3)
> Y admite mi homenage ¡oh reina! en tanto
> Que en el nombre de Dios comienzo el canto.

Diez son las octavas de la introduccion y no hay inocente, es decir, libre de defectos ninguna de ellas, sobre estar hechas de una manera torpe, y llevadas á rastra.

Basta por hoy: otro dia nos ocuparemos del libro primero.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(1) Recordante: frase diabólicamente usada, porque nadie se ha atrevido á llamar recordante á la historia ni al poema, por mas que recuerden grandes hechos.

(2) Es demasiado: no habia motivo para tanto: llamar augustos á los escabeles, es decir, á los banquillos, es lo mismo que llamar próvida á la galleta, é inicuo al vendabal.

(3) Los laureles son la suprema nobleza, y no pueden ser ennoblecidos: dan, no pueden recibir: son por esencia todo lo que pueden ser.

AL ECLIPSE.

POESÍA DEDICADA Á MI QUERIDO AMIGO, DON PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

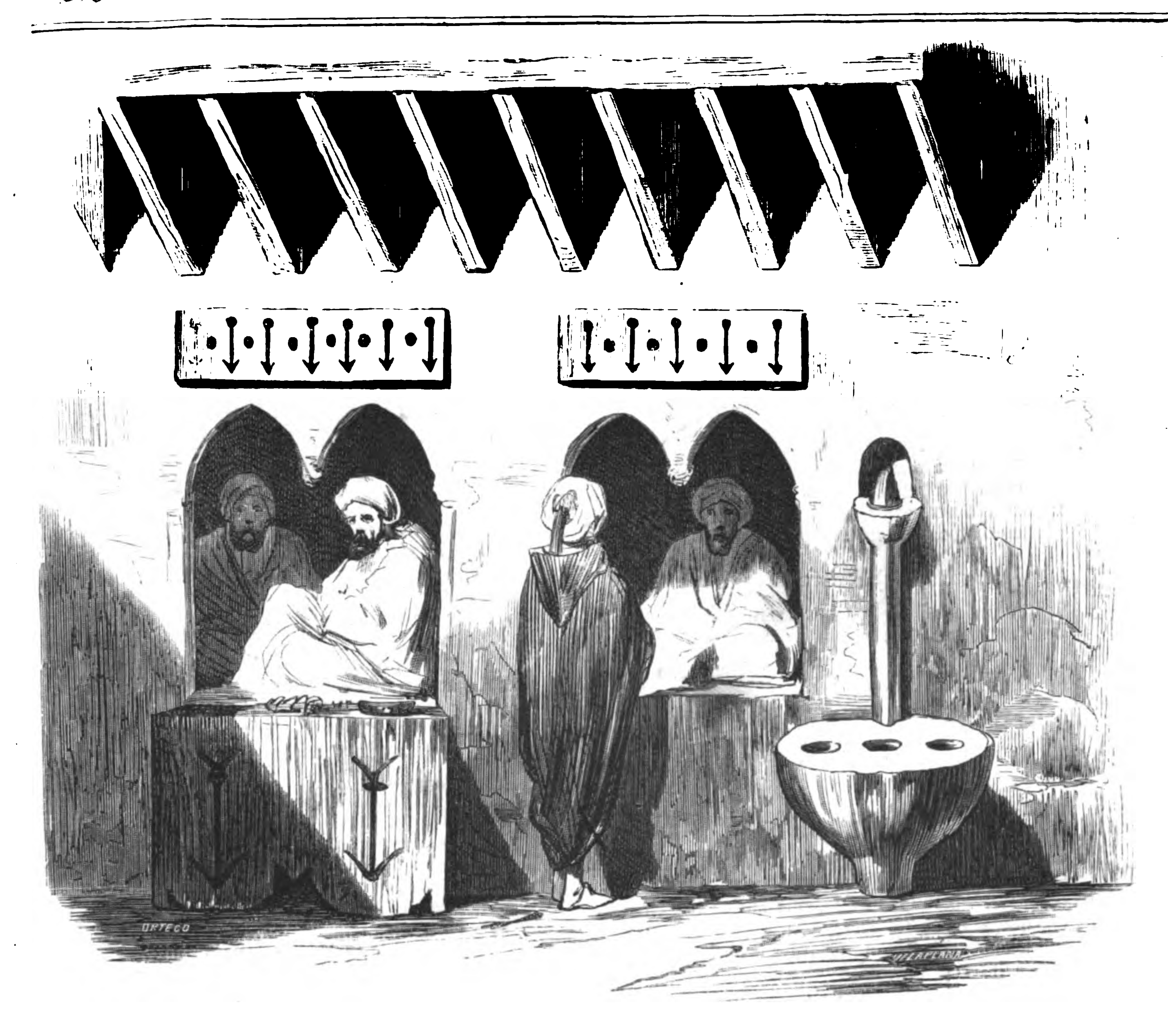
¡Volad, volad por la estension vacía,
Astros de plata y oro,
Cruzando el curso y enlazando el vuelo,
Como en la arena de la Grecia un dia
Sobre el carro sonoro
Agil Cretense en rápida porfía,
Con rueda igual y devorando el suelo,
A par del Jonio pertinaz corría!
¡Volad, volad con insaciable anhelo,
Sol que iluminas con triunfal decoro,
Luna que imperas en la niebla fria,
Por la carrera olímpica del cielo!
Astros, volad como dispersa hueste
De luminosos ángeles vencidos
Que blanca sueltan la ondulante veste!
¡Id, id como impelidos
Por el dedo de Dios, buscando en vano
Linde á la inmensidad; y ora encendidos
Sobre la triste noche
De luz verted las argentadas olas,
Ora apagados, pálidos, sin rastro,
Los desiertos sin fin cruzando á solas,
Id por la sombra lúgubre perdidos!
Bien en torno de un sol, inmóvil astro,
Cual mariposas á la luz, oh mundos,
Rodad de niebla ó de claror teñidos;
Bien, agitando vuestras ígneas colas,
Cometas, id cual rápidos bridones
De destrenzadas crines,
Donde el Querub cabalga, á las naciones
Despertando al vibrar de cien clarines...
Todos, brillando en las azules cumbres
O en las etéreas sendas,
Del campamento sed las rojas lumbres
Do armado siempre Dios vela en las tiendas!

¡Ay, si una vez entrecruzando el rumbo,
Como en la ciega tempestad dos naves
Que arroja el loco mar de tumbo en tumbo,
Chocais rompiendo el eje diamantino!
Ireis, náufragos astros,
Cual buques sin timon y sin marino,
Siempre al azar, abandonados, solos,
Cortando el viento, como rotas quillas,
Con los truncados polos,
Por ese mar sin fondo y sin orillas,
Al soplo eterno de los euros dando
Rasgadas las marchitas aureolas,
Cual rotas velas del bajel precito,
Hasta que el casco arrastrarán jugando
Del éter blando las volubles olas
En la playa á encallar del infinito.

Y será, sí, será: muda la tierra
Trémula aguarda el anunciado instante
En que á la antigua guerra
Tornen Luz y Tinieblas, como un dia
En los senos del Caos inconstante.
Ved como el astro de la niebla fria
Pálido avanza hácia el zénit. La Noche
Mueve á par suyo las nubladas alas
Tachonadas de estrellas,
Y van los Sueños en redor. Sus galas
Ostenta el Sol como encendido broche
Del manto del Señor, y las centellas
De enrojecida lumbre
Lanza á la inmensidad, reinando solo
Del horizonte en la desierta cumbre,
Silencio en torno y majestad: se inclina
Dios á escuchar la sin igual batalla;
El astro al astro lento se avecina,
Y el hombre, polvo vil, pasmado calla,
Atomo inutil de tan gran ruina.

¿Qué será? ¿qué será? Cuando el Profeta
En la ancha plaza al pueblo le decia
Siniestro el porvenir, la plebe inquieta,
Prodigios viendo, estremecida oia.
Nublábanse los cielos,
Y del destino al desgarrar los velos
El hombre audaz con temblorosa mano,
Del sol sangriento en las marchitas lumbres
De un Dios leia el pavoroso arcano.
Hoy, cual las muchedumbres
Antiguas tiemblo yo. ¿Do estais, en dónde
Augur de Grecia ó Sacerdote hebreo?
¿Cuál es el que se esconde
Hondo misterio en el que en vano leo
Libro de sombra y luz? No la Sibila
Muerta, ni el mudo Oráculo responde;
Que el idioma del Cielo olvidó el mundo,
Y por ciencia maldita
Trocando el hombre la divina ciencia,
En el banquete de su orgullo inmundo
Ya no descifra, por su Dios escrita,
Daniel, de los humanos la sentencia.

Como ojo moribundo,
¡Cual palidece el astro de topacio
Bajo el caido párpado de niebla!
Mézclanse Noche y Dia, y el espacio
Consorcio infame puebla
De luz opaca y luminosa sombra,
Viéndose al par en confusion estraña
La Aurora en el Oriente suspendida
Que el mar naciendo baña,
Y detenido el paso
¡Cual corona aun rojiza en la montaña
La lumbre del Ocaso!
Sobre la tempestad de opacas tintas
Que finge el cielo, el Iris
De oro, grana y azul suelta las cintas,
Y el mar muge ó se duerme, y trina el ave
O al nido torna, en tanto que la brisa
De primavera suave
Lucha de invierno con el cierzo frio,
Y el cáliz cierra ó ábrelo indecisa
La flor sedienta á un alba sin rocío.
El corazon del hombre
Opreso goza en la alegría triste
De una pasion sin nombre;
Que absorto al cámbio universal asiste,
Y vé nuevos el mar, la tierra, el viento,
Nueva la luz que el firmamento viste,
Nuevo el mundo en redor, trocado todo;
Que Dios la esfera bosquejó un momento
Con nueva forma modelando el lodo,
No le plació despues, sopló.... y no existe.



TIENDAS DE ARGELINOS EN LA PLAZA LLAMADA EL FONDAC, EN TETUAN.

¡Oh! ¡Tinieblas, tinieblas! Ved, se asombra
Muda la tierra en la profunda noche·
Con que se envuelve la estension vacia;
Que Dios pasa y su sombra
Es la que enturbia luminoso el dia.
Juntos ya luna y sol, ruedas del coche
Son en que vuela y al que uncir le plugo
Bajo del mismo yugo
Blanco y negro corcel la luz y el caos.
Mirad; el sol ha muerto.
De su disco encendido y refulgente
Por el cielo desierto
Inutil rueda la apagada escoria,
Y aun el vago esplendor lleva en la frente,
Dios destronado, de su antigua gloria.
Su aciaga profecía
Del fin cercano y mísero del mundo
Cumplida viendo, el águila de Patmos
Las alas bate entre la niebla fria
Volando á un nuevo porvenir profundo.
Satan, que la audaz saña
De los vencidos ángeles renueva,
Es quien con hueste nebulosa empaña
El claro azul que á conquistar la lleva,
Y última acaso la primera lucha
Del Bien y el Mal á decidirse estalla,
Y atento el hombre al fin de la batalla
La sombra mira y el silencio escucha.

—

¿Quién triunfará? La desdeñosa niebla
Mancha la tierra, y desde el mar de Atlante
Que alza y deprime sin mugir las olas,
Hasta el desierto que de tiendas puebla
La caravana errante,
Do se alzan las pirámides á solas,
Tiendas tambien que abandonó en la arena
Una aurora al partir pueblo gigante,
Do quier la voz de los espantos suena,
Do quier se elevan tímidos los ojos;
¿Quién triunfará?...—¿No veis? Rota ya, rota
La niebla, salta en torbellinos rojos
Fuente de luz que de los astros brota.
¡Es Dios, es Dios! ¡Hosana! ¡hosana! ¡hosana!
Con la primera luz bajó á la tierra
Tal del Eden en la primer mañana,
Y tal, vibrando enojos,
El dia aciago que los tiempos cierra,
Vendrá otra vez sobre la raza humana.
Luz, nueva luz, eléctrica volando
Baña la inmensidad, los mundos baña,
Y asi brillaba cuando
Recien salida de la antigua sombra,
Por el mar, por la selva, y la montaña,
Del ancho campo por la verde alfombra,
Por las sonantes ondas del gran rio
Pasó, pasó jugando,
Vida, y colores y matices dando
Desde las ténues gotas de rocío
Hasta á los orbes de su eterno coro.
Caida de los cielos
Duda la Sombra en movimiento blando,
Y huye vencida en desgarrados velos
Ante las flechas de oro
Que de arco tenso arrojan los querubes...
Aun entre informes nubes
Lucha Satan, cuando el Arcángel vuela
Con ímpetu sonoro,
Ciñendo diamantina su armadura:
El sol de fuego embraza por rodela,
El haz de rayos como lanza vibra,
Y en su antro hundiendo á la Tiniebla impura,
De nuevo al Cielo amenazado libra.

—

¡Triunfó el Señor! ¡Enalteced su nombre!
Pero tras de su gloria
Que desborda el espacio rutilante,
Himnos de orgullo tributad al hombre.
El anunció el instante.
Lo dijo y fué. Su voz en las edades
Que raudas vuelan señaló el momento;
Su temblorosa mano
Marcó el lugar del ancho firmamento;
Su ojo tranquilo descifró el arcano.
El los secretos de su Dios espía,
Y sabe, alzando el rostro al horizonte,
Qué mundos pueblan la estension umbría;
Y conoce sus sendas;
Que desde el fausto dia
En que el carro del sol lanzó á Faetonte,
Empuñó audaz sus luminosas riendas.
No intenta ya, como en su orígen quiso,
Alzarse, igual á Dios, frágil arcilla:
Hoy la fé redentora en su alma brilla;
Hoy vuelve al Paraiso.
Como en los bosques del Eden, entabla
Coloquios con el Cielo su alma inquieta;
Que él los secretos de la ciencia le habla
Con la voz del poeta.
Rescatado ya Adan, todo lo sabe:
Dios le llevó consigo,
Y el gran misterio de los mundos, grave,
Amigo fiel, lo reveló á su amigo.

VICENTE W. QUEROL.

Murviedro, julio 1860.

NAVEGACION SUBMARINA.

Nadie ignora ya, y nosotros hemos tenido el gusto de ser de los primeros en anunciarlo, que el señor don Narciso Monturiol, de Barcelona, ha hecho dos felices ensayos de navegacion submarina con un aparato de su invencion llamado *Ictíneo* ó barco-pez. Hoy vamos á dar una breve idea de la Memoria que ha escrito sobre el asunto. La principal dificultad en la navegacion submarina es la de obtener aire respirable en un espacio cerrado en el fondo del mar ó por lo menos sumergido en el agua. El señor Monturiol ha vencido completamente esta dificultad por medio de un mecanismo sencillo con el cual trabajando dentro del Ictineo logra devolver al aire, cuando se ha descompuesto por la respiracion, sus condiciones naturales.

La Memoria de que hablamos es un pequeño tratado científico de navegacion submarina, y sentimos que su estension nos impida trasladarla á nuestras columnas. Damos sin embargo un grabado que representa al Ictineo sumergido en el mar y ocupado en algunas de las muchas operaciones á que puede destinarse.

Descubierto el medio de reconocer y recorrer el fondo de los mares, no hay para qué encarecer las ventajas que no solo la ciencia sino la industria el comercio y la riqueza de las naciones pueden reportar. Con barcos de esta especie la navegacion en muchos casos se hace con mayor seguridad: la pesca del coral puede tomar enormes proporciones; la estraccion de riquezas sumergidas por los naufragios se asegura; el conocimiento de los secretos que hasta ahora ha ocultado el mar en su seno progresa inmensamente; se determinan las leyes á que están sujetas las corrientes, las trombas, los huracanes; se completará con la geografía submarina la de la superficie terrestre del globo que habitamos.

Solo necesita el señor Monturiol una cosa para proseguir en la senda tan satisfactoriamente recorrida hasta ahora. Necesita que el espíritu de asociacion, por medio de capitales suficientes, acuda á auxiliarle en la realizacion de sus planes. El inventor del Ictineo cree que una suma de 6.000,000 de reales seria bastante para dar resultados asombrosos y nosotros no dudamos que cuando los *Eolos* de ciertos inventores han encontrado fondos, no dejará de encontrar el señor Monturiol, bien en los particulares, bien en el gobierno, si estos no acudiesen, la cantidad que requiere el planteamiento de una grande empresa.

En el número 19 de EL MUSEO UNIVERSAL del año pasado se puso una relacion de la prueba ejecutada en presencia de las autoridades el dia 26 de setiembre en el puerto de Barcelona: el señor Monturiol y cuatro individuos, se cerraron herméticamente en el barco tomando lastre suficiente y se sumergieron, no volviendo á subir á la superficie hasta dos horas y media despues. En este tiempo navegaron en todas direcciones y en todas alturas, ascendiendo, descendiendo, marchando en línea recta y virando en redondo cuando al señor Monturiol le parecia. Al salir del agua no se notó en los tripulantes del *Ictineo* el menor síntoma de malestar.



ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de EL MUSEO UNIVERSAL que se suscribieron á los *Tres reinos de la naturaleza*, han recibido el tomo IX y último.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 33. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos a 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 12 DE AGOSTO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



undados en la autoridad de un parte telegráfico, han dicho algunos periódicos que mil quinientos hombres de Garibaldi procedentes de Mesina habian desembarcado en el continente napolitano. Despues de esta noticia el telégrafo ha guardado silencio, y nada se sabe de los movimientos de esos mil quinientos hombres que se dice desembarcaron en la Calabria. Una diputacion de calabrases se habia presentado al dictador de Sicilia ofreciéndole sublevarse tan luego como se les enviase alguna fuerza. De Nápoles llamaban tambien los partidarios de la unidad italiana al intrépido y entendido jefe, que en pocos dias ha sabido emancipar la Sicilia; y la córte napolitana habia comenzado á tomar medidas de precaucion reconcentrando en los alrededores de la capital, que cree amenazada, las tropas que tenia en los Abruzos.

Parécenos sin embargo que es prematura la noticia de la invasion del Continente por las tropas sicilianas porque á ser cierta, ya el telégrafo la hubiera confirmado dando cuenta de sus primeras operaciones; y como mil quinientos hombres, por mas que encuentren apoyo en el país, no bastan para derrotar al ejército de que puede disponer el rey de Nápoles, es de creer que si hubieran desembarcado, habrian sido inmediatamente seguidos de Garibaldi en persona con una fuerza mas imponente. Es probable por tanto que esos mil quinientos hombres no hayan ido, en caso de haber salido de Mesina, sino á bloquear algun fuerte de la costa fronteriza, por ejemplo el de Scila, donde una vez tomado pueda apoyarse un importante desembarco.

Todas las noticias de Nápoles convienen en la crítica posicion en que se encuentran la córte y el ministerio napolitano, aquella teniendo que desprenderse de sus mas fieles amigos los absolutistas, y este viéndose obligado á echarse en brazos de los liberales y sin poder formar como desearia un partido que fuese á la vez constitucional y dinástico. En Nápoles los que son partidarios del rey profesan principios absolutistas, no habiendo S. M. hasta ahora mostrado aficion á otros, y los que son partidarios de las ideas liberales abrigan en su corazon una aversion profunda é invencible á la dinastía de Francisco II que siempre les ha sido adversa. Colocado el ministerio entre estas dos diversas tendencias, acaso podria sostenerse todavía y lograr formar partido propio, si la revolucion no amenazase ya de cerca al Continente y si pudiera detenerse la marcha de Garibaldi. De aquí las negociaciones entabladas en las córtes de Turin, Lóndres y París, para que se le obligue á conceder siquiera una tregua. Pero esas negociaciones, segun las últimas noticias han fracasado; los gobiernos de Lóndres y París han declarado formalmente que no quieren intervenir en Italia; y los representantes napolitanos en Turin estaban disponiendo su viaje de regreso á Nápoles, completamente desesperanzados de conseguir el objeto de su mision.

Al fin han salido de Tolon los buques que llevan la espedicion francesa á Siria. Aun no se sabe positivamente cuál ha sido el resultado de las conferencias que han precedido al envio de esta espedicion; pero se puede conjeturar con mucho fundamento por las palabras pronunciadas en las cámaras inglesas por los ministros Russell y Palmerston. El representante de Turquía ha querido hacer constar en el protocolo que la intervencion se hacia con anuencia y consentimiento de su gobierno; y de aquí lord Palmerston ha tomado pié para decir que las tropas europeas eran enviadas á Turquía á *peticion del gobierno turco*. Con este motivo el noble lord ha hecho un grande elogio del imperio otomano y de sus progresos, progresos que cualquiera puede advertir sin mas que volver la vista al Líbano, á Siria, á Damasco, á Alepo y á la misma Constantinopla. La ocasion elegida por lord Palmerston para estos elogios no ha podido ser mas oportuna.

Segun lord Rusell la espedicion se compondrá de doce mil hombres, de los cuales la Francia dará seis mil en el acto, y los demás serán suministrados, *en caso necesario*, por el resto de las potencias signatarias del protocolo, es decir, por Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia. Como se ve, la España, no obstante las negociaciones que se siguen para que sea declarada potencia de primer órden, no ha tomado parte directa en estas conferencias, quizá porque aquellas negociaciones no están aun terminadas. Así, pues, la España, Portugal, Grecia y Holanda que envian buques á Siria con alguna fuerza, no están ligadas á lo estipulado en París y podrán unirse para obrar como tengan por conveniente.

Esto seria importante que se reconociese porque segun el mismo lord Rusell la permanencia de las tropas europeas en Siria, no podrá prolongarse mas allá de seis meses.

Nada se ha dicho acerca de dos puntos esenciales que debian ser objeto de las conferencias: uno la clase de represion y castigo que va á ejercerse en Siria, y otro la manera de evitar en lo sucesivo los desórdenes que han ensangrentado aquel país; cuestiones ambas que envuelven la de la integridad ó desmembracion del imperio otomano. Pero á juzgar por los antecedentes conocidos, la integridad del imperio otomano ha sido aceptada por las grandes potencias como base de todas las negociaciones y de todas las operaciones. De otro modo ni se enviarian solo seis mil hombres, ni se les fijaria un corto plazo de residencia en Siria.

De aquí deducimos nosotros que la cuestion de Oriente no va á quedar resuelta y que los cristianos que se han salvado de la degollacion general pueden ir pensando en trasladar sus hogares á otra parte si no quieren ser víctimas, al retirarse la espedicion, de otros atentados iguales á los que acaban de pasar.

El jueves debió salir de Tánger la embajada marroquí presidida por el Hadyi Abderraman. El título de El Hadyi significa peregrino y se suele dar á los que han estado en la Meca ó en algun lugar santo de los musulmanes. Viene tambien el Chabli negociador del tratado de paz. Segun un corresponsal de San Ildefonso, se habia pensado en recibir esta embajada en aquel real sitio; mas parece que con el objeto de dar mayor pompa y solemnidad á la recepcion, esta se verificará en Madrid. Los enviados marroquíes tienen preparado para su alojamiento el palacio de Buena-Vista adornado al estilo oriental y se piensa en obsequiarlos para que lleven una alta idea de la capital de España.

Dícese que la venida de la córte está señalada para el 23 del corriente, y que á los pocos dias emprenderá el viaje anunciado á las Baleares, Cataluña, Vascongadas y Zaragoza. Si los marroquíes no tienen mucha prisa por volverse á su tierra, es probable que acompañen á la familia real en su escursion. Entre tanto siguen en la Granja los banquetes en el campo y las cacerías. El miércoles hubo una en Riofrio en que dicen que el rey, el duque de Montpensier, el ministro de Hacienda y otros personajes hicieron tiros certeros. Al dia siguiente la carne de venado humeaba en muchas mesas, efecto de los regalos hechos

á los que se habian quedado en la Granja pertenecientes á la servidumbre de palacio y á los altos empleados que asisten de jornada.

No nos divertimos menos los pobres en Madrid. Monsieur Herrmann, que ha sido agraciado con la cruz de beneficencia, anuncia todos los dias su penúltima funcion, unas veces á beneficio de artistas apreciables, otras al de las víctimas del fanatismo musulman en Siria, etc., etc. El Circo de Price está todas las noches muy concurrido, aunque este año no se han formado los grandes y poderosos bandos que en los anteriores tenian conmovido aquel anfiteatro aplaudiendo á sus diversas amazonas.

Tambien está animadísimo el *Elíseo Madrileño*, que habiendo reunido dos jardines en uno, ha logrado verificar una de las fusiones mas aceptables y convenientes que conocemos. El Elíseo se convierte los jueves y domingos en un Paraiso de Mahoma. No vagan allí las almas como en los Elíseos griegos disfrutando placeres inocentes por campos iluminados por brillante luz solar, sembrados de verde césped y refrescados por suaves auras que mecen las copas de los árboles cargados de frutos. Generalmente en el Elíseo Madrileño la iluminacion de faroles de colores no despide sino una luz discreta; las almas lo recorren unidas y enlazadas: las huríes de ojos negros atraen á los fieles: la música de las habaneras adormece ó exalta los sentidos segun las circunstancias; los cuadros vivos, aquí, disolventes allí, distraen la imaginacion; el baile fortalece el ánimo para nuevas empresas con su gimnasia particular. Allí ciertos viejos mas ó menos verdes procuran desprenderse de alguna cana; mientras los pollos tienden á proporcionarse algunas; allí tienen sus representantes el comercio, las modas, la milicia, las artes mas útiles de la sociedad; y en medio de todo, allí se puede hacer un bien de caridad como en cualquiera otra parte.

El actor Delgado ha tomado por su cuenta el teatro del Príncipe para la temporada próxima, y dicen que su primera medida ha sido prohibir la venta de billetes á los revendedores. ¡Válganos Dios! Mucho tememos que si Delgado pone buenas obras en escena y tiene buena compañía y las ejecuta bien y el público acude en masa como es natural, los billetes nos cuesten este año mas caros que el pasado, porque haya mas revendedores que nunca.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

Nemesio Fernandez Cuesta.

FRENO CASTELLVI.

Si es siempre altamente civilizador el objeto del periodismo, es tambien satisfactorio cuando contribuye á propagar acontecimientos de la trascendencia del que nos ocupa.

Castellví, cuyo nombre está llamado á ocupar un lugar preferente entre los que mas han contribuido á la perfeccion del material de los caminos de hierro, es hijo de una modesta familia de Arenys de Mar; dedicado al trabajo de constructor de carruajes, tuvo ocasion de conocer fundamental y orgánicamente todos los que se consideran como de camino ordinario, con aplicacion á los cuales principió á trabajar en su importante aparato, que aunque modificado hoy y robustecido hasta el punto que lo hemos visto, no por eso es menos cierto que el fundamento filosófico tuvo lugar desde los primeros ensayos verificados con los carruajes ordinarios en los que ya hizo aplicacion de su gran principio: «el de aprovechar la fuerza vivas adquiridas por el vehículo en marcha, como motrices de su mecanismo,» principio de tanta importancia y resuelto tan satisfactoriamente por el inventor, que puede decirse que ha obtenido una resolucion elegante del problema de enfrenar, sin producir por la accion del freno efectos ó choques poco menos bruscos, que los que pueden sobrevenir por un encuentro de dos trenes.

Los frenos que como el de Castellví aprovechan la fuerza misma del tren para detenerlo tienen una inmensa ventaja sobre los demás, y es que cuanto mayor sea la velocidad que lleve el tren, mas rápido es el efecto del freno; y es verdaderamente ingeniosísima la idea de utilizar la fuerza misma que se quiere contrarrestar para que produzca efectos contrarios á los que en un momento dado está produciendo.

La máquina Castellví se puede dividir en tres partes principales, una la destinada á ponerla en accion, otra la que comunica la fuerza á los diferentes frenos, y la tercera las articulaciones de estos con el mecanismo central.

El eje del último carruaje del tren lleva fija una rueda de ángulo que comunicándose con otras convenientemente dispuestas, trasmite el movimiento al mecanismo general. Puestas en contacto estas ruedas, cuando se quiere enfrenar, con solo bajar ó subir un tornillo segun el sentido de la marcha del tren, se da al árbol central un movimiento de rotacion que hace obrar los frenos. Un movimiento inverso del tornillo basta para desfrenar. Un solo guarda-freno es suficiente para estas operaciones segun lo indica el grabado que acompaña á este número.

Aunque no es nuestro objeto ni la índole del periódico permite tratar esta cuestion bajo el punto de vista técnico, insertamos á continuacion el adjunto cuadro de los resultados de los ensayos verificados el 26 del pasado en el camino de hierro de Madrid á Zaragoza en el trayecto que media entre Madrid y Vallecas y entre Vicálvaro y Torrejon en el plano inclinado antes de llegar al rio.

Tomados estos datos, los que íbamos invitados no hacemos mas que reproducirlos tal y como los ha formalizado el señor Bona, uno de los convidados.

ESTADO COMPARATIVO DE LAS PRUEBAS VERIFICADAS EN EL FERRO-CARRIL DE MADRID Á ZARAGOZA PARA PARAR UN TREN COMPUESTO DE 14 WAGONES DE PESO MEDIO DE 4 TONELADAS POR WAGON, CON EL FRENO INVENTADO POR EL SEÑOR CASTELLVÍ, Y CON 4 FRENOS ORDINARIOS COLOCADOS EN WAGONES CARGADOS CON 8 TONELADAS Y ADEMAS EL FRENO DEL TENDER DE LA LOCOMOTORA.

Número de las pruebas.	CLASE DE LOS FRENOS.	Velocidad por hora al dar la señal de parar. *Kilómetros.*	Tiempo desde el momento de apretar frenos hasta quedar el tren sin movimiento. *Segundos.*	Metros recorridos desde el principio al fin de la parada.	Pendiente descendente de la via en que se paraba.	OBSERVACIONES.
1	Castellví.	»	»	»	»	No hicimos observaciones.
2	Castellví.	45	14	96	0,01100	Se cerró el regulador al tiempo de parar.
3	Frenos ordinarios.	45	20	144	0,01100	Id.
4	Castellví.	45	15	86	0,00565	Id.
5	Frenos ordinarios.	45	26	138	0,00565	Id.
6	Castellví.	50	24	174	0,01200	Id.
7	Frenos ordinarios.	50	47	330	0,01200	Id.
8	Castellví.	45	11	60	0,01200	Id.
9	Castellví.	60	26	138	0,01200	Regulador abierto durante la parada.
10	Frenos ordinarios.	60	50	408	0,01200	Id.

La simple inspeccion del cuadro da bastante á conocer la superioridad de freno Castellví, sobre los empleados hasta el dia, y de que tambien se hace uso en la mayor parte de los caminos de hierro de Europa.

Un deber de nacionalidad y de interés de la empresa Castellví, nos impide, á lo menos por ahora, dar mayores detalles del mecanismo que constituye este invento, el cual nace bajo esa resistencia pasiva que anonada y destruye no pocas veces invenciones que analizadas con una regular buena fé hubieran llegado á ser de grande utilidad en su dia. Por fortuna no solo el señor Castellví sino sus dos asociados los señores Zugasti y Arnaiz, tienen esa gran fuerza de voluntad que es mas necesaria que en ninguna parte en España, donde las invenciones del carácter de la que nos ocupa, nacen siempre ó al menos las mas veces del empirismo, antagonista natural de las teorías que con tan poco provecho para las artes y la industria abundan tanto en nosotros.

Una comision de ingenieros de caminos, canales y puertos, ha sido encargada por el gobierno, á solicitud de la empresa inventora, de examinar bajo todos los aspectos el freno de que se trata y declararle de utilidad si efectivamente el dictámen facultativo es favorable, y por lo tanto obligar á las empresas á colocarlo en los trenes, con lo cual no creemos aventurar nada al darnos una mútua y cordial enhorabuena.

Réstanos dar el parabien al señor Castellví por el éxito que está llamado á obtener su invencion y las mas espresivas gracias á dicho señor y á los señores Zugasti y Arnaiz por la franqueza, lealtad y finura con que nos permitieron copiar el freno, examinándole detenidamente y satisfaciendo nuestras reiteradas preguntas.

Constantino Saez.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

IX.

No podemos ocuparnos del libro primero de la obra premiada por la Academia, ni de sus dos libros restantes con la minuciosidad que hemos empleado en analizar la introduccion; nos falta espacio: un periódico de las condiciones de El Museo Universal, no permite largos estudios que cansarian á los lectores, robando un lugar á otro género de literatura mas amena; asi, pues, vamos á concentrar cuanto podamos nuestro exámen, y á concretarnos á señalar algunos de los gravísimos defectos que de cada página, de cada período, saltan á la lectura provocando á la crítica; porque, á semejanza de la introduccion, los tres libros de que consta *La Nueva Guerra Púnica* están plagados de todo género de faltas, ya de propiedad, ya de sentimiento, ya de razon, ya de buen sentido, ya de lenguaje: á usar nosotros de una severidad de análisis, que nunca seria exagerada, tratándose de probar los justísimos cargos que hacemos á la Academia por la notoria é inconcebible injusticia de que se ha puesto en el caso de responder ante la crítica, verian nuestros lectores completa y clarísimamente probado, que son raros los versos que no puedan condenarse por esta ó la otra razon; que no hay un solo período que tenga condiciones de tal, y que el conjunto de cada uno de los libros, no es otra cosa que un apelmazamiento de defectos que nada hace tolerable.

Creemos que desde que existen universidades y academias, ni aun en los tiempos de la corrupcion del lenguaje, se ha dado ejemplo de un premio tan incomprensible.

Para demostrar que no puede adelantarse en la lectura ni un solo verso sin encontrar defectos, vamos á copiar el período con que empieza el libro primero.

Pertenece al género descriptivo: veamos cómo sabe describir el señor Cervino:

Causas de la guerra: despues de referir el autor de la manera que puede el estado de contínua hostilidad de los marroquíes contra nuestras plazas en Africa dice:

> Pero *no basta* aun: pensó el rifeño
> Ser temor vil la *magestad serena* (1)
> Con que Ceuta desprecia su osadía.
> «¿Qué es del *altivo ceño*
> De la nacion que un dia
> »Asustaba (2) con él á las naciones?»

Los marroquíes, que sin duda no estaban muy seguros de si podian ó no atreverse á nosotros, se echan á buscar el altivo ceño con que España asustaba á las gentes (perdone la patria el que asi insulten su hermosura, creyendo que ha podido dar susto el mirarla á la cara) pero sin duda los moros, no hallando aquella fea catadura, sino una magestad serena, creyéndola una débil y femenil indolencia, se animan, se envalentonan, y lanzan á la matrona que creen enlanguidecida el siguiente apóstrofe:

> «España: mi poder te desafía
> »Y te *insulta* y te rinde.
> »Polvo son tus legiones:
> »*Al Bósforo de Cádiz doy tu linde* (3)
> »¡Atrás, España, atrás! Africa es mia.»

Tras este pobrísimo apóstrofe viene el insulto: esto es, tras la amenaza la obra.

> Dijo: *su furia estalla*,
> Y en el blason hispano,
> *De oro y carmin fulgente* (4),
> La sacrílega puso inicua mano (5).

Deducimos por lo poco que ha dicho el señor Cervino acerca de la causa de nuestra última guerra con Marruecos, que esta causa no ha sido otra que el no haber encontrado los moros muy fea á España cuando la miraron á la cara: porque, de seguro, si España se hubiera apercibido de que los moros la miraban y hubiera arrugado el entrecejo, los moros no se atreven á insultarla.

El insulto, pues, no fue mas que una consecuencia lamentable para los moros, de haber mirado estos á Es-

(1) El señor Cervino incurre de nuevo en un defecto que ya hemos marcado.

(2) Como la nota anterior.

(3) Siempre, siempre el feroz consonante haciendo decir estravagancias al señor Cervino: ¡la aficion al esdrújulo inventando el Bósforo de Cádiz! ¡Válganos Dios!

(4) Como el adjetivo «fulgente», por estar en singular, no puede referirse á los dos sustantivos «oro y carmin», se refiere de hecho al sustantivo «blason» y en vez de decir la frase á que nos referimos que son fulgentes el rojo y el amarillo del blason español, dice que el blason está ó aparece fulgente de oro y carmin.

(5) Trasposicion violenta que oscurece el sentido, porque parece espresar que una persona sacrílega puso la mano inícua en el blason; no que el rifeño puso en él una mano inícua y sacrílega.



paña en un momento en que se estendia sobre el semblante de la noble matrona una dulce y majestuosa serenidad: los bárbaros se equivocaron, insultaron á España creyéndola débil, y en este momento, despues de una multitud de desastres y de haber perdido una ciudad, espian su error contando para nosotros oro teñido en sangre: generalmente toda culpa lleva consigo su espiacion.

Al recordar el insulto, el señor Cervino da á entender en lo que continúa escribiendo que se tapa la cara con las manos; impone silencio á la *Musa de Iberia*, y esclama:

¡Oh! ¡cuál tiñe el rubor tu sacra frente!

Protestamos contra el sentido de ese verso: un insulto audaz é inmotivado no avergüenza á los fuertes: los irrita: quien tiene valor no se sonroja cuando es injuriado, sino que palidece de colera, necesita esterminar y estermina: España no se avergonzó, levantó la frente pálida de coraje y se lanzó á la pelea: ni por un momento siguió *á priori* el consejo que la da el que ha pretendido cantar su gloria, consejo que se contiene en los siguientes versos:

Que Europa no lo entienda: gemiria
El pontífice sumo allá en el Tibre;
Con lágrimas de pena
El manto imperatorio *bañaria*
La hija de los Guzmanes cabe (1) el Sena,
Y el Támesis, *parando el curso libre*
Ecos tal vez de escarnio *bochornoso*
Arrojaria en la *mercante arena*...

Estraña manera de cantar la gloria de una nacion, dudando siempre de su valor, escitándola siempre, haciéndose ó pretendiendo hacerse el poeta mas grande, mas decidido, mas espontáneo en materias de honra que su patria: ¿por qué suponer ni aun en sueños que España daria lugar á que gimiese Pio IX, á que llorase la emperatriz Eugenia, á que Inglaterra se alegrase de nuestra debilidad y nos escarneciese? ¿A qué tras la duda inmerecida esta escitacion inoportuna é injuriosa:

Armate del perínclito coraje,
Lánzale á la pelea,

si todo esto es falso, y bajo, y mezquino, y no ha podido dar ni ha dado motivo para ello la valiente nacion que se llama España?

Allí donde (2) el Atlántico hervoroso (3)
Juntase al golfo púnico (4) espumante (5)
Por estrecho canal tempestuoso (6)
Donde uno ú otro mar (7) con turbias olas (8)
Bate de *un lado* arenas *españolas*
Y *africanas* (9) arenas de otro lado,
Frente por frente (10) á la andaluza tierra
De Mauritania la estension limita (11)
Inhospitable (12) sierra
Sierra de execracion, sierra maldita (13)
Un dia se lanzaron
Muza y Tarik desde su excelsa cumbre (14)
Los góticos alcázares *rodaron*, (15)

(1) Arcaismo completamente desusado, que quiere decir: *junto á, al lado de*, y que para los no versados en el lenguaje, destruye el sentido, por la exacta igualdad de sonido de este adverbio antiguo con la de la tercera persona presente del verbo caber.

(2) La primera frase la componen un adverbio indicativo y otro de situacion: no se dice «allí» sino cuando se trata de un lugar que, ó puede ver aquel á quien se le señala, ó que, tratándose del caso presente, ya se ha descrito por el autor; el adverbio allí supone un objeto, y la descripcion del objeto debe, en buena construccion, preceder siempre á la indicacion: es cierto que el señor Cervino hace que el «allí donde» se refiera inmediatamente al Estrecho de Gibraltar, por el que hallando un camino abierto el Atlántico, se convierte en Mediterráneo; pero lo repetimos: la construccion es violenta, y además de eso, el doble adverbio recae sobre una descripcion insuficiente; apenas el señor Cervino indica de la manera mas mezquina posible las dos costas del Estrecho, y una insignificante parte de ese inmenso continente que se llama Africa: así es que la frase «allí donde» (tan pobre, tan ligera es la descripcion á que se refiere), parece indicar que el autor supone que todos sus lectores conocen el lugar de la accion de lo que él llama *poema*, y se cree dispensado de describirle.

(3) Mezquino adjetivo tratándose del Occéano, y sobre todo falso, porque supone, no solo que el Atlántico hierve, sino que su cualidad mas determinante es la de hervir.

(4) Aquí se sostiene el error geográfico é histórico que hemos indicado al principio de este artículo.

(5) Opinamos respecto á este espumante lo mismo que hemos opinado respecto á aquel hervoroso.

(6) Adjetivo que supone que la tempestad es continua en el Estrecho y no accidental, aunque frecuente.

(7) Es decir, indistintamente: ¡pero si el señor Cervino ha dicho ya que se mezclan! ¿en qué quedamos?

(8) Otra impropiedad: el mar no puede enturbiarse por su misma inmensidad.

(9) Aquí se usa de una figura violenta, tomando arenas por costas.

(10) Modismo vulgar.

(11) Sin duda, el señor Cervino cree que lo que hay desde Sierra-Bullones al Estrecho no pertenece á la Mauritania.

(12) La palabra inhospitable no existe en el Diccionario de la Lengua: no puede sustituir á la palabra «inhospitalaria.» La rima tiene la culpa; ¡cuesta tanto trabajo hacer un verso!

(13) Solo al señor Cervino se le ocurriria execrar á una sierra. ¿Sabe el señor Cervino lo que quiere decir execrar? lo dudamos: ademas el sonido de este verso nos recuerda aquellos de una fábula:

En el cuarto de un célebre erudito
Se albergaba un raton, ¡raton maldito!

(14) El adjetivo excelso solo puede aplicarse á Dios, á la virtud, á los símbolos de lo grande, de lo sublime: llamar excelsa á una cumbre *execrable*, es decir, á una cumbre que ha cometido un delito horrible é infame, á una cumbre maldita, es contradecirse: es calificar de excelso á lo abominable, á lo maldito: mejor hubiera sido decir:

Muza y Tarik desde su negra cumbre

(15) ¿Dónde, en qué region rodaron los alcázares góticos?

Los sacros rios (1) de mi patria, en sangre
Tinto el caudal su curso despeñaron (2)
Y España esclava fuera
De la muslime devorante saña (3)
Si esclava ser pudiera
Alguna vez España.

Al analizar este período hemos salido á nota por verso, y pudiéramos estendernos largamente, respecto á su construccion, á su carencia de imágen, á su vaguedad y á su hechura literaria.

Detengámonos en esto último: el señor Cervino, á quien las diez octavas de la introduccion cansaron sin duda, para facilitar su trabajo, así lo creemos, apeló á la silva: la silva por su índole ofrece menos dificultades que las rimas regulares: pero aunque permita cierta libertad, no dispensa la elegancia, ni la sonoridad, ni la rotundidad del período.

Ahora bien, en los pocos versos que hemos copiado se encuentran cuatro versos sueltos, y el período concluye débilmente con dos versos de siete sílabas.

Como hemos analizado el primer período del libro primero, podríamos analizar todos los restantes hasta la conclusion del impreso; pero esto seria interminable, árido, fatigoso, inútil.

Levantemos, pues, nuestra atencion y no nos detengamos mas que en los lugares mas graves.

Veamos en el resúmen de este primer libro lo que se propuso cantar en él su autor.

Hé aquí su encabezamiento:

Causas de la lucha: general entusiasmo (el señor Cervino ha debido determinar quién era quien se entusiasmaba) *alarde* (es decir, reseña) *de los ejércitos españoles* (era uno solo: los otros eran cuerpos de ejército): *el cielo: el infierno: alarde del ejército marroquí: primeros combates en Africa.* (Este Africa sobra, porque todo el mundo sabe que los moros hace centenares de años que no han venido á España mas que á vender dátiles).

Veamos cómo ha salido de su empeño el señor Cervino.

Permítasenos que copiemos un período de otra composicion en que se presenta á España en la misma situacion á que se refiere el señor Cervino:

¿Por qué en tus negros ojos fiera brilla
De tu valor la lumbre soberana?
¿Por qué de tu mejilla
La palidez de tu furor hermana
Letal se muestra y tu robusto pecho
A tu aliento no basta poderoso?
¿Por qué de Gades el fatal Estrecho
Miras, blandiendo el hierro sanguinoso?
¿Hay allí un don Julian? ¡Oh cómo late
Mi corazon al verte ya aprestada
Al horror del mortífero combate
Sobre el carro de triunfo levantada!
¿Quién te escita á la lid? ¿Quién te provoca?
¿Qué audacia, qué baldon así te inflama?
¿Audaz, qué gente loca,
Sentenciada por Dios, tu escudo toca
Y á su sangrienta destruccion te llama?

Esos versos buenos ó malos son nuestros, y los hemos copiado para que vean nuestros lectores que antes de que el señor Cervino escribiese su obra, nosotros pensábamos como pensamos ahora y que no hemos dado en la falsedad de sentimiento en que ha dado el señor Cervino: nosotros no vimos, ni pudimos ver, ni veremos nunca, vergüenza en la frente de nuestra patria: ningun hijo puede ver, ó á lo menos, confesar, la vergüenza en la frente de su madre.

Y no es esta una acusacion, de ningun modo: nosotros no dudamos del ardiente patriotismo del autor de *La Nueva Guerra Púnica*: es que escribe imitando y la imitacion le estravía: el mal gusto le lleva á copiar malos ejemplos, y continuamente dice como escritor lo que indudablemente no siente como hombre.

Lo mismo acontece á la Academia: está contaminada de mal gusto, cree bueno, porque lo dijeron *aliquando* algunas autoridades, lo que la crítica ha condenado por ante el sentimiento, la verdad y la filosofía, y premia una y otra vez obras que debiera desechar apenas comenzada la lectura.

Pero no podemos contenernos: nos esplanamos demasiado, y todo por justificar mas y mas nuestra opinion de que la Academia ha cometido una grande injusticia.

No se nos pida método: no tenemos ni tiempo ni espacio: desde este punto vamos á marchar invariablemente sin detenernos á esplanar consideraciones, recogiendo los defectos que nos basten para probar hasta la saciedad la injusticia de la Academia.

Véase de qué manera hace hablar el señor Cervino al

(1) Esta frase es un arcaismo ampuloso; con el paganismo acabaron los rios sacros, porque al caer el politicismo ante un solo Dios, desaparecieron los rios sacros, siguiendo en su derrota á las deidades vencidas.

(2) El curso no es ni la corriente, ni el camino, es la carrera; no se puede decir que el curso se despeña, sino que tuerce, que sale de cauce, que se detiene.

(3) ¿Por qué decir saña muslime, cuando se puede decir saña del muslime? ¿por qué llamar saña al espíritu de conquista? ¿por qué llamar sañudos á los árabes que tan generosos fueron en sus pactos con los vencidos? ¿por qué pretender inútilmente desmentir á la historia? ¡porque lo quiere el consonante!

general O'Donnell, en el seno de la representacion nacional:

«Presido de la *reina en los consejos*
»Y la *reina me envia*
»¡Oh padres de la patria! (1) *Dad que al punto* (2)
»*Con tremendo estampido*
»*Ley sea el rebullir de los combates* (3)
»El moro se *ha atrevido*
»Contra el limpio blason (4) de *nuestra tierra,*
»*Y encastillado en su intratable saña* (5)...»
No prosiguió: lo impide (6)
Un grito *universal* diciendo (7) guerra
¡Santiago y cierra España! (8)

A continuacion leemos este originalísimo símil:

Corre marcial pendon que ondea el viento
Cual por alambre eléctrico llevado (9).

El señor Cervino ha querido decir que la noticia de la declaracion de guerra cundió por todas partes como llevada por la electricidad: ¿y por qué decir «como llevada» pudiendo decir llevada, puesto que el telégrafo trasmitió, en efecto, á todas partes la noticia?

Mas adelante leemos:

Por restañar la sangre á los leales (10)
Rasga la vírgen del Señor *y ablanda*
Purísimos cendales,
Que *entretejieron* fábricas de Holanda,
Telares de Vivero ó la Coruña
O las volantes ruedas
Que *agita* en la afanosa Cataluña
Recio el vapor con fuertes *humaredas*

El señor Cervino sigue escribiendo de memoria y soltando sin cesar despropósitos. La vírgen ó la no vírgen, que tambien casadas y viudas han hecho hilas para nuestros heridos, no han *ablandado* cendales para restañar sangre, sino para que otros la restañen: porque en este lugar y antes del combate, no puede referirse esta «vírgen del Señor» á la hermana de la caridad en los hospitales de sangre.

Los cendales no pueden tejer ni entretejer máquinas, sino ser tejidos por máquinas.

El vapor no es recio, ni mueve con humaredas á las máquinas.

El señor Cervino necesitó la palabra *humaredas* para aconsonantar con *ruedas*, y no se paró en barras.

Ademas, para decir que una de las manifestaciones de entusiasmo era hacer hilas, no habia necesidad de decir si eran de cendales de Holanda ó de Vivero, ni hablar de máquinas ni de humaredas.

Y luego, ¿qué hay de poético en todo esto?

Prosigamos.

Hablando de las madres que ven partir á sus hijos para la guerra, dice el señor Cervino:

Allá esclama la madre, á quien quebranta
Fiero dolor el corazon herido:
«¡Para eso le he parido!»

Aquí confunde el señor Cervino la vulgaridad con la sencillez: esa frase no puede tolerarse: ofende; no es ya de mal gusto, sino repugnante: podia haber dicho: *le di á luz, le alenté en mis entrañas*; ninguna mujer medianamente educada dice: para eso he parido á mi hijo: es una frase de plazuela, de casa de vecindad; además en la esclamacion de esa madre hay antilogía: ¿ha querido el señor Cervino que esa madre sacrificando su amor á su patriotismo dijese: para eso le he dado á luz: para morir por la patria, ó que esa esclamacion representa un sentimiento egoista? no lo sabemos: en nuestros dias para una madre lo primero es su hijo: han pasado miles de años desde el tiempo en que las madres espartanas decian á sus hijos cuando estos se despedian de ellas para ir á la guerra: *Con el escudo ó sobre el escudo*: admirable y heróico laconismo en que el uso de las preposiciones lo dice todo: vuelve con el escudo, esto es, vence: ó cae sobre el escudo: esto es, muere.

(1) Imitacion del *Patres conscripti* de los romanos.

(2) Es decir: haced que al punto.

(3) Es decir: haced con tremendo estampido, como si dijéramos: haced que se vote entre truenos y relámpagos la declaracion de guerra á Marruecos: haced que sea ley la guerra: *lo del rebullir de los combates*, lo abandonamos al brazo seglar de nuestros lectores: advertimos á quien no lo sepa, que sobre ser baja y ridícula la palabra rebullir en este lugar, solo puede usarse cuando se trata de insectos ó de gusanos que se revuelven formando una masa.

(4) Nosotros, en igual caso, diríamos siempre: se ha atrevido á injuriar el limpio blason: las preposiciones son difíciles de usar, y es necesario conocer bien su valor.

(5) Parece que al escribir su obra, el señor Cervino se ha puesto á jugar al juego de los despropósitos: encastillarse en saña, y en una saña intratable, es la invencion mas peregrina del mundo.

(6) Estos dos verbos, que debian concordar en el tiempo, están en discordancia: el uno está en pasado y el otro en presente.

(7) Los gritos no dicen: se puede decir y se dice gritando: el grito es el tono de la voz que puede gritar sin decir.

(8) Este grito de guerra no se usa ya: como no acontece ya que los diablos tomen parte visible en las cosas de los hombres: es lástima, por otra parte, que el «Santiago y cierra España» nos haya privado, interrumpiéndole, del peregrino discurso que hubiera puesto el señor Cervino en boca del conde de Lucena.

(9) Es gran lástima que este no sea símil, por no ser verdadero: porque si un alambre eléctrico pudiera llevar una bandera, un cable eléctrico, podria llevar un regimiento, y del mismo modo una multitud de personas. ¡Viajaríamos por telégrafo!

(10) En este lugar, la preposicion por está usada en vez de la preposicion para.

Hoy una madre a la espartana no se comprenderia: por eso no puede comprenderse si el señor Cervino se ha referido en su esclamacion á una madre inverósimil ó á una madre vulgar: de aquí la anfibologia.

Mas adelante leemos:

Del *rimbombante* bronce ya retumba
El ronco son en la *empinada* torre,

Lo que se comprende á la primera lectura es que el bronce rimbombante que retumba es un cañon que hace fuego: el *ronco son* parece débil para cañonazo, pero como el señor Cervino no repara en nada, sigue la duda hasta que se leen los dos versos siguientes:

Y el pueblo de héroes corre
A los templos, y al Dios de las batallas
Socorros á implorar.

De estos dos versos se deducen dos cosas: primero, que el bronce rimbombante no es cañon, sino campana, y segundo, que el pueblo de héroes corre á dos objetos, que segun la frase del señor Cervino son distintos: á los templos y al Dios de las batallas: ¿qué dios es ese que no se encuentra en los templos y se va á buscar á otra parte? porque los héroes no van, segun el señor Cervino, á los templos solamente, sino que van tambien al Dios de las batallas socorros á implorar: ¿y á qué van á los templos? no se sabe: sábese que á quien van á implorar es á un Dios de las batallas que no está en los templos, porque para que constase que este Dios estaba en los templos á que corre el pueblo de héroes, era necesario que dijese:



CASTELLVI.

A los templos, al Dios de las batallas
socorros á implorar.

Sigamos.

Y habló Isabel; si en nombre la segunda
En patrio amor igual á la primera...

Estos dos versos se parecen mucho en la construccion y en el pensamiento á estos otros dos, que no son del señor Cervino:

Felipe, que si en nombre fue segundo
No tuvo mas que en nombre otro tercero...

Mas adelante vemos.

Y en escabel de triunfos encumbrada.

Un escabel es tan bajo que no puede encumbrarse nadie en él; ni puede decirse escabel de triunfo: carro de triunfo seria distinto, pero sustituyendo la palabra levantada ó alzada, á la palabra encumbrada; pero el carro no se prestaba al objeto del señor Cervino, y sobre todo era necesario disimular un plagio.

Pero ya hoy hemos ocupado bastante espacio en EL MUSEO UNIVERSAL, y damos de mano, hasta otro dia, á nuestra tarea.

(Se continuará.)

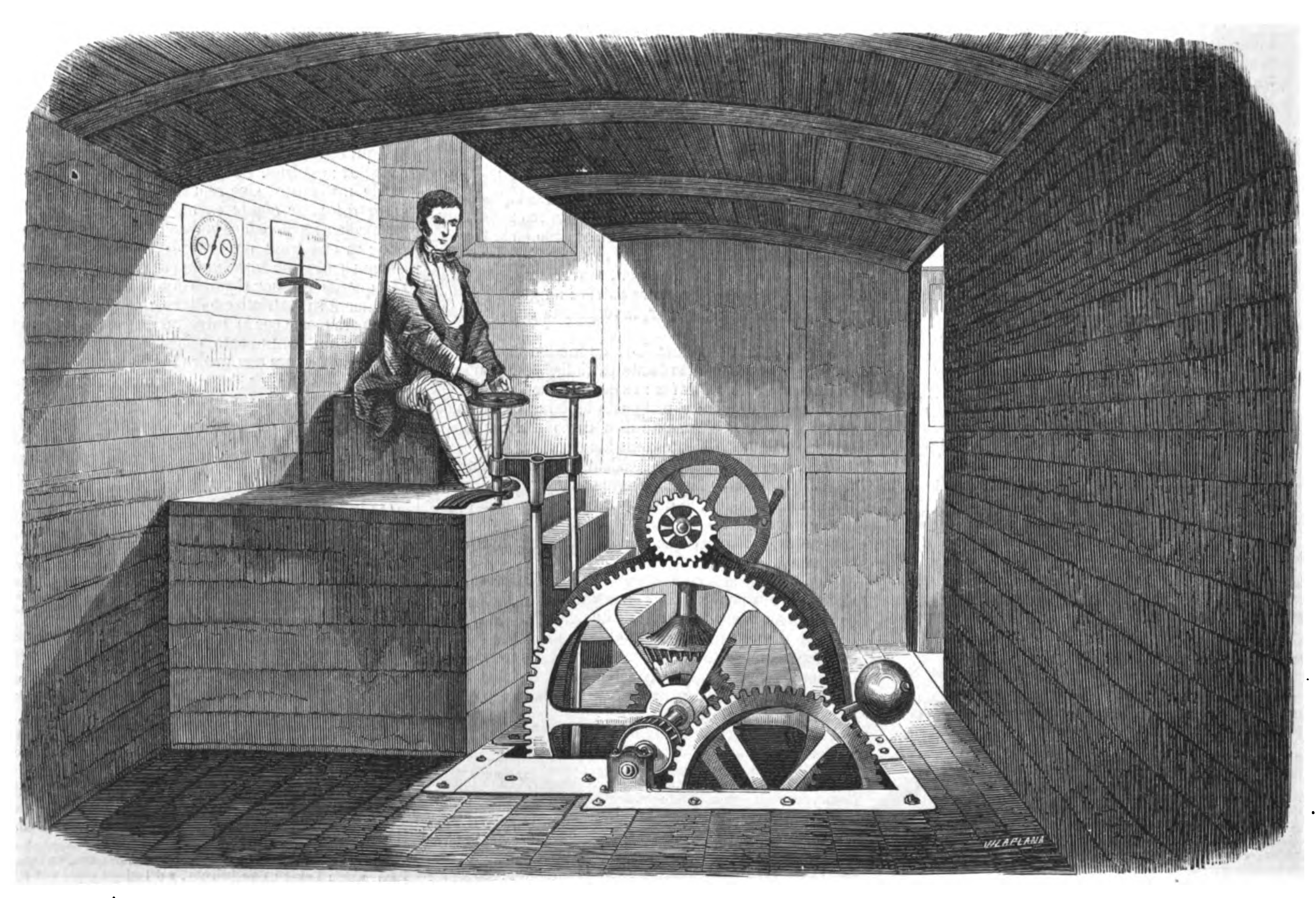
MANUEL F. Y GONZALEZ.

SANTA PAULA

DE SEVILLA.

En el año de 1471, doña Ana de Santillan, noble y distinguida señora de Sevilla, fundaba bajo la advocacion de Santa Paula el convento de religiosas gerónimas que situado en la calle que lleva por nombre el de la misma santa, subsiste por ventura. La virtuosa fundadora murió en 1489 hallándose al frente de la comunidad como priora, colocándose su modesta sepultura dentro del mismo coro.

Pero no se debe solamente á doña Ana la totalidad del edificio, que hoy forma uno de los mas bellos monumen-



MÁQUINA GUARDA-FRENO INVENTADA POR EL SEÑOR CASTELLVÍ.

tos de Sevilla, pues el templo propiamente dicho se levantó á espensas de doña Isabel Enriquez, marquesa de Montemayor, y su marido don Juan, condestable de Portugal.

Las bóvedas, asi del convento como del templo, y la fábrica toda, aunque edificada en un período en que el estilo ojival entraba en la época decadente, conserva la severa sublimidad que á sus obras sabian imprimir los arquitectos del siglo XIV.—La iglesia guarda los sepulcros, con estátuas de buena ejecucion de los referidos doña Isabel y don Juan Enriquez que la edificaron, conservándose en el del último los restos de don Leon Enriquez, hermano de la condesa.

El epitafio de este dice asi:

AQUI ESTAN LOS HUESOS DEL GENEROSO CABALLERO DON LEON ENRIQUEZ, TRASLADADO POR SU MUY MAGNÍFICA Y GENEROSA SEÑORA DOÑA ISABEL ENRIQUEZ, MARQUESA DE MONTEMAYOR, LA HERMANA EDIFICADORA DE ESTA IGLESIA. DESCIENDE DE LAS REALES CASAS DE CASTILLA Y PORTUGAL. MURIÓ ENEMIGO DE SU REY.

Este epitafio ha dado con razon motivo á que el ilustrado anticuario señor Gonzalez de Leon corrija á Zúñiga el nombre que dió en sus anales á dicho caballero, llamándole don Juan, en vez de don Leon como del epitafio resulta.

Tambien es notable la frase final de esta leyenda funeraria, que indica la tenacidad de carácter que distinguió en aquella época á la altanera nobleza castellana.

El templo conserva en sus retablos notables obras artísticas dignas del detenido estudio del viajero. Entre ellas se encuentran la estátua de la santa titular, magnífica escultura debida al cincel de aquel célebre artista pintor, escultor y arquitecto á un tiempo, que, hijo de la escuela sevillana, vino más tarde á ser el fundador de la célebre escuela granadina. Ya se comprenderá que nos referimos al célebre racionero Alonso Cano, á quien tambien se debe el magnífico retablo del martirio de San Juan Evangelista que en la misma iglesia se halla.—Tambien se encuentran en ella no menos importantes esculturas de Gaspar de Rivas, y seis lienzos de la mejor época de Francisco Cubrian.

Pero lo mas importante de este antiguo convento es la única portada. Los concéntricos arcos ojivales que la forman, la manera de estar colocado el material en ellos en las realzadas columnitas que les sirven de apoyo, y en el zócalo del corto espacio que media desde las columnas hasta la línea en que termina el frente del pequeño templete que forma la portada, están indicando bien á las claras la influencia del estilo mudejar, que desde el siglo XIII se observa en los monumentos españoles, y sobre todo al final del siglo XV, en la época de los Reyes Católicos á que pertenece la portada que nos ocupa.

Ancha franja siguiendo la forma de la ojiva rodea el arco esterior, notándose en sus poco realzadas labores marcadamente manifiesto el gusto mahometano, que tambien se echa de ver en las siete festoneadas coronas que conteniendo grupos de escultura, se encuentran á proporcionadas distancias en dicha franja.

Como irrefragable testimonio de la época en que la portada se edificara, encuéntranse en el frente de la entre-ojiva las armas de España con la granada ya entre sus cuarteles, y á los dos lados los blasones de los Reyes Católicos, á la derecha el yugo, y á la izquierda las flechas.

PORTADA DE SANTA PAULA, EN SEVILLA.

Liso cornisamento casi inmediatamente despues del vértice esterior de la ojiva que forma la franja, corta con la severa línea horizontal la portada. Y ángeles con libros en las manos, ó bien sosteniendo cuadrangulares lápidas con igual labor que creemos sean cifras, aunque no hemos podido comprenderlas, ocupan los espacios de las enjutas.

El todo termina con una sencilla cruz en el centro y por remates figuritas piramidales de escaso gusto, y entre ellas cabecitas de ángeles con alas, lo cual viene á formar un adorno bastante estraño en la época á que pertenece la portada, pero que sin embargo, lo mismo que su liso cornisamiento, anuncia ya el nuevo gusto italiano, que con el nombre de renacimiento empezaba á obrar una completa trasformacion en el arte.—Este antiguo convento era tambien notable por las ricas alhajas que poseia, y á él se reunieron las pocas religiosas que habia en el convento de Santa Isabel á la supresion de este.

SAN MIGUEL DE LINO

Y SANTA MARÍA DE NARANCO (1).

(ASTURIAS.)

III.

Si descendiendo de la altura donde asienta sus ya vacilantes y destruidos restos, San Miguel de Lino, pasamos, en verdad sin tener que recorrer gran distancia, á su hermana Santa María que del monte toma nombre, conociéndose en su consecuencia con el de Santa María de Naranco, encontraremos nuevas bellezas que admirar, y lo que es mas estraño en obras de un mismo siglo, distinta disposicion, completa desemejanza en las partes generales de la fábrica, por mas que en sus accesorios se hallen á cada paso notable analogía y hermandad. Mientras la iglesia de San Miguel se levanta con aspecto de *basílica* á pesar de sus pequeñas formas sobre planta en figura de cruz, la de Santa María conserva la de *Cella*, con planta cuadrangular, mas propia que la anterior del estilo latino. Por la parte esterior poco presenta á primera vista que llame la atencion del arqueólogo. Estriados contrafuertes prestan solidez á los muros, que reciben una sencilla cubierta á dos vertientes con ligerísimo filete por cornisa. En el flanco izquierdo de la iglesia interrúmpese esta decoracion con un templete de arcos semicirculares apoyados sobre columnas con fustas de espirales estrias á manera de cable, y toscos capiteles á la usanza latina, recordando los lujosos corintios. Cada uno de los arcos esteriores sirve de remate á una ligera escalinata, necesaria por el declive del terreno que hizo quedase á bastante altura el pavimento de la iglesia, y ademas porque segun la costumbre de la época, debajo de ella y sirviendo como de primer cuerpo á la fábrica, existe la cripta ó iglesia subterránea que nada ofrece de notable, cuya actual entrada abierta debajo de la iglesia ocultan las mencionadas escaleras. El arco que en este templete se abre para comunicar con la nave, ofrece singular contraste con la arquitectura de toda ella, y deja comprender en nuestro juicio, que alguna restauracion posterior de fin del siglo XII ó principio del XIII, tuvo lugar en aquella portada. Muévenos á pensarlo así, que su arco es ojivo de la misma forma que empezaron á usarse cuando el arte ojival comenzó su desarrollo, si bien lleva por único adorno ligera moldura quebrando su arista y una fran-

(1) Véase los números 25 y 31.

ja bordada con labor en forma de ángulos, recuerdo todavía del estilo bizantino, apoyándose en una estrecha imposta con el mismo género de adorno.—A no admitir la época mas moderna de este arco que del resto del edificio, seria un importantísimo monumento para la historia del arte, pues ni el estilo latino, ni el bizantino emplearon en sus obras tales arcos, conociéndose solo en el segundo, y muy poco usado, el apuntado rectilíneo, orígen acaso del ojival. Así es que mas nos inclinamos á creer que este arco pertenezca á la época posterior que le hemos asignado.

Nada mas nos restaria que decir del exterior de Santa María, si la diligencia y artísticos conocimientos del señor Parcerisa no hubiesen descubierto la verdadera fachada de ella precisamente en la imafronte, siguiendo la general práctica cristiana. A fuerza de examinar escrupulosamente la pared del templo por este lado, que hoy casi cubre la casa del cura, encontró la verdadera fachada, hallando en el desvan de ella, segun su feliz espresion la cabeza de la misteriosa emparedada y en la cuadra los piés. Oigamos al mismo señor Parcerisa hacer la descripcion de su descubrimiento en la notable carta que noticiándoselo dirigió al señor Quadrado y que forma el apéndice al tomo de Leon y Asturias. «Divídese esta (la fachada) en tres zonas ó comparticiones horizontales: en la primera y al nivel del robusto basamento en que descansa toda la fábrica, ábrese una severa puerta de plena cimbra, á la que se subia por medio de algunos escalones y daba entrada á la iglesia inferior llamada subterránea. Ocupan el espacio de la segunda comparticion tres rasgados arcos, que cogiendo todo el ancho del frontispicio y apoyados únicamente en cuatro columnitas de fuste acanalado formando como palmas y capiteles que recuerdan los corintios, dejan completamente al descubierto todo el interior del templo. Considere usted el efecto de tal conjunto, pues detrás de dichos arcos se presentan los que dividen el coro del cuerpo de la iglesia, mas allá los que separan esta del presbiterio, y por remate la pared del testero, abierta así mismo en otras tres arcadas exactamente iguales á las del frontispicio; y para completar la ilusion, los arcos laterales del coro y presbiterio adornados de columnas y capiteles iguales á los descritos, dan tambien paso á la luz del dia, resultando que por cualquier parte que se mire descubre la vista todo el interior del templo, espaciándose por entre grupos de arcadas y columnas, hasta perderse en el inmenso horizonte de la parte opuesta. Aquello es un tabernáculo al aire libre para rendir culto desde afuera millares de personas: una atalaya para desde dentro vigilar y orar.

La tercera y última zona contiene solo un agimez de tres arquitos sostenidos por columnas y capiteles hermanos menores de los mencionados, pero tan esbelto, tan gracioso que pocos podrian competir con él en gallardía, rematando el todo de la fachada en una ligerísima cornisa que sigue la inclinacion del tejado á dos vertientes.

El genio creador del templo de Naranco, fiado seguramente en la gentileza de su obra, no quiso recargarla de adornos que pudieran ofuscar la simplicidad del conjunto. Una leve cinta ó franja, orillada de casi imperceptibles filetes, es el tipo dominante de toda la ornamentacion. Cortada despues de contornar el arco y jambas de la puerta de la primera zona, reaparece en las arcadas de la segunda, y en seguida, atravesando horizontalmente todo el ancho del frontispicio marca la division de aquella y de la tercera. En esta, orlado ya el agimez, desciende en dos partes desde el remate del edificio hasta un poco mas abajo de la cinta horizontal de division, dejando encuadrado aquel y dividido el tercer cuerpo en tres comparticiones perpendiculares; y como joyel que adorna y sujeta las cintas en sus enlaces ó intersecciones, vése en la una la cruz de los ángeles con el *alfa* y *omega*, y en el citado pequeño trozo que pasa y queda como colgante, se divisan en dos recuadritos restos de relieves ya consumidos por el tiempo, tal vez símbolos de los evangelistas. El otro lado seria análogo, mas no me fue posible desentrañarlo por interponerse el grueso del tejado de la casa del cura. No puede usted figurarse el buen efecto de tanta sencillez y uniformidad. Esterior, interior, arcadas, puertas, ventanas, contrafuertes, todo ofrece el mismo córte, únicamente alterado en lo mas ó menos ancho de la cinta segun la parte que decora. Complácese la imaginacion en recordar el aspecto de este templo antes que el lento trascurso de los siglos gastara y aun borrara los ligeros surcos del cincel, igualándolos casi en algunos puntos con las partes lisas de la obra.

De los treinta y tantos medallones que adornan el interior de la iglesia, dos labrados á dos caras, presentan la una hácia dentro, y taladrando el espesor del muro, asoman la otra con iguales relieves por entre las arcadas del segundo cuerpo de la fachada, completando la gracia de tan singular y bello edificio.»

Despues de tan acertada descripcion de la fachada que á tanta costa logró descubrir el señor Parcerisa, solo nos resta completarla en lo que se refiere á la parte interior de la iglesia.—Once arcos que pudieran considerarse ornamentales si la prolija investigacion que acabamos de citar no hiciese creer que algunos de ellos, principalmente hácia los piés y hácia la cabecera de la iglesia estuvieron abiertos algun dia, adornan las lisas paredes de los lados, presentándose para confirmar su orígen bizantino con peraltada curva. Las columnas que los sostienen con igual género de labor que las del templete de entrada, se presentan agrupadas de cuatro en cuatro con un liso pedestal comun cada grupo, y llevando la misma labor que los fustes, aunque en sentido contrario, las basas.

En los octógonos capiteles predomina la forma cónica invertida, teniendo por adorno en sus caras laterales, dentro de triángulos contrapuestos que perfilan cordones en forma de trenza, y en el centro de cada uno de estos, figuritas con largas túnicas apoyadas en báculos ó cayados, de exacto parecido como ya notamos, á los del altar mayor de San Miguel. En el frente llevan cuatro leones toscamente esculpidos. Una ligera y sencilla moldura adorna el frente de los arcos siguiendo su curva; y de la corrida faja que sirve de imposta descienden en el lugar correspondiente á los resaltados arcos que se dilatan de un lado á otro de la bóveda misma, y viniendo á parar precisamente entre el arranque de los ornamentales ya descritos una corta franja que termina en figura circular á manera de medallones. De estos colgantes, la parte superior que alrededor borda un retorcido cordoncillo, se divide en cuatro arquitos formados por el mismo cordon y toscas columnitas, dentro de los cuales, en los dos superiores se ven dos estrañas figuras sosteniendo piedra segun unos, aunque tambien parecen dos bonetes á manera de los que usan los seminaristas, y los de abajo dos guerreros á caballo empuñando la espada; figuras unas y otras en las cuales hay quien crea aludió el artista á las supuestas doncellas rescatadas por don Ramiro y á sus defensores, algunos que representan moros, y otros como el señor Quadrado, que acaso recuerdan las dos clases de siervos y hombres libres que dividian la naciente sociedad. Un trenzado cordon rodea los medallones, guirnaldas de flores y follajes siguen despues, y en el centro mal esculpidos se descubre en unos un leon, y en otros dos emblemáticos cisnes.

Tres arcos abiertos á cada lado perpendiculares á los lados mismos, dividen en tres compartimientos todo el interior de la iglesia, dejando uno pequeño á los piés con destino acaso para coro, y otro á la cabecera para la capilla mayor: el adorno de estas columnas y de sus arcos es enteramente igual á los anteriores, siendo de notar que para unir los octógonos capiteles con los sostenimientos formados de cuatro columnas, no encontró mejor medio el artista que descantillar todos los bordes superiores de los fustes.

Solo un altar en la capilla mayor debió llevar en un principio Santa María, y acaso á la manera griega se encontrase aislado, dando la vista el frente al público, como se observa en la iglesia de Santa Cristina de Lena, que guarda con Santa María muchos y muy notables puntos de contacto. Hoy existen tres de fecha muy reciente, pobrísimos y de pésimo gusto.—La mesa del altar principal se forma todavía con piedras de la antigua fundacion, estriadas como las de los contrafuertes esteriores, y entre ellas colocados sin órden ni conocimiento algunos trozos de la antigua lápida que declaraba el nombre y la época de la ereccion, y en los que hoy solo puede leerse lo siguiente:

. . . *e Maria, et ingressus; est sine humana conceptione. . . . egressus sine corrupcione q. per famulum. . . . . . .* (Aqui debia estar el nombre del monarca y su esposa.) *. . . . orum qui viris et regnas per infinita sæcula sæculorum, amen.—VIII' klds era DCCCLXXXVI'.*

Tal es la minuciosa descripcion de esta preciosa iglesia construida á manera de aéreo templete en la pendiente de una colina, y á la cual con razon dice el señor Quadrado que presta ligereza y gracia la feliz combinacion de líneas en su mayor parte curvas, esquivando la compresion de la horizotal; interés y respeto su antigüedad intacta; riqueza sus misteriosas esculturas, que si bien en la parte de figuras toscas, no carecen de elegancia y gusto en la ornamental.

Santa María de Naranco y San Miguel de Lino son inapreciables monumentos para la historia del arte. En ellos, como habrá podido observarse, con recordar los caracteres que apuntamos de ambos estilos, se encuentran mezclados y confundidos el latino y el bizantino justificando la clasificacion que de estos templos hemos hecho, como pertenecientes á ese período de la historia del arte en nuestra patria, en que por las causas que indicamos al principio de dos diferentes artes, el de Occidente y el de Oriente, vino á formarse uno solo, que aunque participando de ambos, llegó á adquirir tal sello de originalidad que es imposible confundir las fábricas á que dió vida, con las de anteriores ó posteriores épocas. Lástima grande que las dos fundaciones de Ramiro I no sean objeto de una acertada restauracion, levantando de sus ruinas la basílica de San Miguel, y dejando aislada la de Santa María con su fantástica fachada tras de la que se eleva imprimiéndole el místico carácter de su época la modesta espadaña de latino gusto.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

UNA HISTORIA... COMO HAY MUCHAS.

I.

Una historia, cierta por desgracia, es el asunto de esta obra. Acaso el autor habrá recargado los sentimientos de los personajes con los suyos propios; acaso se habrá dejado llevar de la pasion al dibujar su débil mano los caracteres; pero no ha alterado nada de la accion, á riesgo de parecer frio.

La verdad es una de las primeras cualidades que debe observar todo escritor. Hecha esta salvedad que creo necesaria paso á ocuparme del asunto, para lo cual tienen mis lectores que seguirme á una de las calles mas retiradas de Madrid y subir conmigo á un cuarto piso de una casa de modesta apariencia.

Nos encontramos en una reducida habitacion, cuyas paredes están cubiertas de lienzos á medio concluir, yesos y dibujos.

Una mesa, ocupada tambien de objetos de pintura, un caballete y unas cuantas sillas completan el pobre ajuar de aquel cuarto.

Un jóven pálido, de largos y rubios cabellos, está sentado junto al caballete pintando. Su ancha frente refleja el talento y su mirada la desgracia: su mano contraida traza varias líneas en el lienzo, las mira y vuelve á borrarlas colérico, como no pudiendo espresar una idea constante, que sin duda le ocupa fuertemente.

Despues de repetir esa operacion varias veces, con igual éxito, se retiró desesperanzado, arrojando al suelo la paleta y pinceles, al tiempo que llamaban con precipitacion á su puerta. Pero pensando acaso en el motivo de su agitacion no escuchaba el ruido de la campanilla, hasta que una voz conocida sin duda, le sacó de su abstraccion.

Fué á abrir corriendo y un momento despues estaba en los brazos de otro jóven, que formaba un estraño contraste con él. Moreno y de ojos vivos, parecia indiferente á las mayores adversidades, á pesar de las muchas canas que prematuramente tenia.

—¡Luis! ¡Eugenio! fueron las primeras palabras que se dirigieron.

—¿Tú en Madrid? dijo el pintor al jóven que acababa de entrar.

—Desde ayer.

—Y no has venido á verme hasta ahora...

—Llegué de noche y no acerté con tu casa. ¿Por qué diablos vives en estos barrios?

—¿Por qué? Eugenio... es largo de contar. Pero y tú, ¿cómo has venido á Madrid?

—No me sentaba bien el clima de Valencia. Es decir, que mis producciones no me producian nada allí y me vuelvo á probar fortuna en Madrid por segunda vez. ¿Y tú, has hecho suerte?

—Ya ves mi habitacion.

—¿Luego estás como yo... es decir, sin darte á conocer? No te apures, ya vendrá la fortuna.

—Sí: cuando no existamos nosotros.

—¿Conservas tus ideas?

—Siempre.

—¿Y no esperas?

—¡Nada!

—Eugenio miró fijamente á su compañero. Habia en aquel *nada* tal acento de desesperacion, que se conmovió á su pesar. Huérfanos ambos cuando acababan de entrar en la juventud, ambos de talento y dedicados Luis á la pintura y Eugenio á la poesía, eran muy semejantes sus destinos. Sin embargo, su carácter se diferenciaba lo mismo que su fisonomía. Luis le habia alimentado de ilusiones cuando la fortuna se sonreia y al descender á la pobreza se abatió completamente. Se confesó vencido sin luchar.

El otro por el contrario, desde muy pequeño habia conocido el dolor: habia conocido uno tras otro los mil desengaños que marchitan la existencia y despreciaba al mundo. Habia opuesto la indiferencia mas completa á los pesares, escudándose con ella y cuando veia que le dirigian alguna sonrisa por su traza pobre, asomaba á sus labios otra mas provocativa aun, mientras su corazon se laceraba mas y mas...

Tienen cogidas las manos y sus miradas se encuentran supliendo cuanto pudieran hablar. La del uno apagada; con una vida artificial la del otro.

—¡Ten esperanza! dijo por fin Eugenio.

—¿Para qué? ¿puede cumplirse?

—Serás muy desgraciado...

—Estoy cansado de vivir.

—No digas eso, Luis. En mí tienes un buen modelo que imitar. ¿Crees que soy yo dichoso? El que ha visto caer una tras otra todas las personas queridas, el que ha recibido mil desprecios y se ha visto humillado... y aun le ha faltado que comer muchos dias... ¿crees que le será agradable la vida? Al que tenia una hermana... que ha deshonrado su apellido, única cosa que le quedaba.... ¿crees que le será agradable la vida? No; pero tengo filosofía y como no me puede pasar nada peor que lo ya pasado, cualquiera variacion ha de ser favorable. ¡Espera en la Providencia!

—¡La Providencia!

El tono con que pronunció esa palabra Luis, era aterrador. Encerraba todo el ateismo, toda la incredulidad que puede caber en el corazon humano.

—La Providencia... ¿Has amado alguna vez? esclamó de pronto.

—¿Por qué esa pregunta?

—Porque no es fácil que me comprendas si no...

—He amado le contestó Eugenio, como queriendo ahogar sus penosos recuerdos.

Entonces, comprenderás lo que sufro. Figúrate que he encontrado en el mundo una mujer con quien habia soñado sin conocerla. Una mujer por cuyo amor, sacrifi-



qué el de otra. Una mujer orgullosa y bella como los ángeles. Inútil es contarte cómo y cuándo la conocí: basta saber que averigüé su casa, su nombre, su familia... que abandoné mi trabajo, que logré hacer llegar una carta á sus manos y que la rompió diciendo, que era muy poco para aspirar á su cariño un artista. ¡Oh! desde entonces, me lancé de nuevo al estudio, no sé si amándola ó aborreciéndola. Queria tener coronas... unas veces para ofrecérselas, otras para humillarla... Amigo mio, compadéceme, siempre la amo! Ahora mismo, cuando tú has llegado queria trazar su retrato y no podia... La inspiracion me ha abandonado: soy un miserable inútil á la sociedad y ni aun tengo valor para matarme.

—¿Has pensado alguna vez en eso, Luis? ó tu cabeza está trastornada ó tu corazon endurecido. Si piensas que eres el único que sufre los azares de la suerte... te engañas. Un sinnúmero de mártires te acompañan en el sufrimiento, pero la fe los sostiene y el que no la conoce, no puede tener genio.

Un largo silencio sucedió á la conversacion de los dos amigos. Por fin mas tranquilo lo rompió Luis, diciendo:

—¿Supongo que vendrás á vivir conmigo?

—Te creia en mejor posicion y contaba con tu proteccion; pero ya que no lo quiere Dios, partiremos la pobreza. Me quedo contigo.

II.

Dolorosas habian sido las frases de ambos amigos.

—«Estoy cansado de vivir» habia pronunciado Luis. Al que tenia una hermana... que ha deshonrado su apellido, única cosa que le quedaba... ¿crees que le será agradable la vida? le habia contestado Eugenio y al salir aquellas palabras de sus labios sufria horriblemente.

¿Qué historia se ocultaba, pues, en aquella frase vertida en el seno de la amistad?

A una moderna casa, donde por su construccion se hallan reunidas la opulencia y la miseria, el opulento banquero y el pobre artesano, tenemos necesidad de conducir á nuestros lectores, y como durante el curso de la historia hemos de hacerle visitar la morada de los primeros, sigamos un momento á un pequeño cuarto, habitacion de una muchacha costurera.

No se figure por esto que pertenece al estenso ramo de las que asisten los veranos á los bailes de la Camelia y los inviernos á Capellanes, que es el verdadero tipo de la modista. La que nos ocupa, se diferencia de tan *respetable* corporacion como de la noche el dia.

No gasta como las demás vestidos de colorines y novios. ¡Ay! la pobre niña, á quien llamaremos Matilde, no tiene gusto de adornos ni amores pasajeros. En valde sus compañeras le dan el ejemplo de la mayor indiferencia para las penas; en vano quieren mezclarla en sus diversiones; en vano un enjambre de *piratas* la siguen como su sombra... cariñosa Matilde con las primeras, aunque sin condescender con sus deseos, es hasta intratable con los segundos.

Se conoce que un pesar secreto la atormenta y las lágrimas que con frecuencia asoman á sus ojos son la prueba mas evidente de que guarda en su pecho recuerdos amargos.

Aquella tarde parecia aumentado su dolor. Despues de concluir sus trabajos se fué como siempre directamente á su casa, y al entrar en ella cayó sin fuerza en una silla.

—¡Tampoco hoy!—esclamó entre sollozos, y durante el tiempo que permaneció en aquella postura, no dejaron sus labios de moverse como si rezase.

Tendrá á lo mas veinte años. Sus hermosas facciones de un moreno claro, manifiestan una resolucion varonil, unida al fuego de las pasiones, y sus modales elegantes demuestran que su nacimiento fuera brillante.

El presente en ella parecia luchar con el pasado.

Con efecto, aquella niña habia sido víctima de una pasion: seducida á los pocos años, al perder su inocencia se habia encontrado sola en el mundo, privada de los afectos del parentesco y amistad y reducida á ganarse la subsistencia.

Matilde era (como pueden haber conocido los lectores) la hermana de Eugenio, y en aquella espresion dolorosa «tampoco hoy» se leia la huida definitiva de sus esperanzas... un poema de sufrimientos, seguido de otro de resignacion.

III.

Una semana despues, Luis (á quien la presencia de su amigo Eugenio habia hecho perder algo de sus tristes ideas) vió llegar á este radiante de alegría.

—Ya somos ricos, dijo al entrar tirando su sombrero en una silla.

—¿Cómo así? le replicó Luis desconfiando.

—¿Cómo? muy sencillo. Al salir esta mañana de casa me encontré á un antiguo compañero perfectamente relacionado en Madrid, á quien conté mis aspiraciones y deseos. Me preguntó si pensaba presentar al teatro alguna comedia, y como le respondiese afirmativamente, me la pidió para entregársela al autor F... con quien se tutea, dándome las mayores seguridades de que será puesta en escena.

—Dios lo haga. Pero ¿quién es?

—El sobrino del baron del Pinar.

—El primo de Elisa... dijo Luis palideciendo.

—¡Qué! la conoces... pues pronto se casarán.

La palidez de Luis aumentó y flaquearon sus piernas.

—¿Qué es eso? ¿te pones malo? esclamó Eugenio acudiendo á sostenerle.

—No, no es nada. ¡Pero atormentan tanto los recuerdos!

—¿Qué quiéres decir?

—Que la mujer á quien adoro es la hija del baron.

—¡Magnífico! Esto pica en historia... Esta noche dan baile y he sido convidado. ¿Quieres que te presente?

—¡Nunca!

—Como quieras. Solo te advierto que me aprecian mucho y serás bien recibido.

—No puede serlo el pobre.

—Bah, bah, si en eso te paras, vete á un desierto.

—Pero, presentarme á ella, despues...

—Eso corre de mi cuenta. ¿Vendrás?

—Si te empeñas...

—Me empeño.

La pasion habia vencido al orgullo. Ver, hablar á Elisa era la mayor dicha para Luis y por lo que hubiera dado su vida. Decidido á ir esperó con impaciencia la llegada de la noche, mientras Eugenio formaba castillos en el aire con la esperanza de ver en escena su obra.

IV.

Volvamos á la casa en que hemos visto á la hermana de Eugenio entregada á su afliccion, y sin pararnos delante de su cuarto en que se distingue una luz, subamos al principal, teatro á la sazon de muy distinta escena.

El baron del Pinar tenia *recepcion* aquella noche, gracias á las exigencias de su hija única, Elisa, cuyo afan de lucir solo podia ser justificado por su belleza, sin disputa una de las primeras de la córte.

El baron, aunque viudo y achacoso, se prestaba á cuanto era del gusto de su Elisa á quien queria en estremo, y si se hubiera esta empeñado en hacerle bailar, su voluntad, ya que no sus piernas, la hubieran obedecido.

Eran las diez de la noche y principiaban á llegar los convidados Las luces estaban encendidas y en toda la casa reinaba un movimiento estraordinario preparando el té (á la inglesa) y demás *imanes* que ninguna voluntad de hierro puede resistir.

Elisa estaba encantadora con los adornos que su vanidad habia ideado. El baron estaba de un humor delicioso y á todos prometia hacerles pasar una noche agradable.

Ya se iba llenando el salon de personas de elevada categoría, asi en política como en milicia y nobleza, y el baron hablaba cordialmente con los ancianos, mientras su hija se veia rodeada de una juventud perfumada y aduladora, que probablemente tendria tan poco fuego en el corazon como en la cabeza.

A las diez y media llegaron nuestros dos jóvenes y el baron se adelantó á dar la mano á Eugenio.

—Solo faltaban las artes en mi soiré, señor poeta, y viene usted á representarlas... bien venido.

—Sabiendo su amabilidad de usted me tomo la libertad de presentarle un nuevo y mas digno representante, señor baron, contestó Eugenio llevando de la mano á su amigo. Presento á usted á mi amigo don Luis Villafranca, pintor de historia y uno de los jóvenes que mas gloria darán á nuestro pais.

El artista y el baron se estrecharon la mano.

—Siendo presentado por usted, mi casa es desde ahora suya, añadió este.

Eugenio casi arrastró á Luis hasta donde se hallaba Elisa y separó bruscamente á uno de los que le estorbaban el paso.

—Elisa, le dijo, presento á usted á mi mejor amigo.

La jóven baronesa inclinó ligeramente la cabeza y Luis balbuceó algunas palabras, que nadie pudo comprender.

Algunos de los que se hallaban á su lado miraron desdeñosamente al pintor y principiaron á sonreirse; pero Eugenio fijó en ellos sus ojos llenos de fuego y resolucion y ninguno quiso manifestar las pullas próximas á salir de sus labios.

—Animo, dijo este á su amigo en voz baja. ¿Ahora que se te presenta tan buena ocasion de esplicarte con ella, vas á desperdiciarla?

Iba á contestarle Luis, pero ya Eugenio estaba lejos, hablando con el baron y su sobrino César.

Principió el baile, que no trataremos de describir porque seria un trabajo inútil.

Acobardado Luis al encontrarse solo con la mujer que embargaba su razon no sabia qué pasaba en su alma. Mil ideas encontradas embargaban la mente del artista sin poder darse cuenta de ninguna de ellas.

—Animo, se dijo interiormente y lleno de un noble orgullo, fué, aunque temblando, á ofrecer su mano á Elisa para una polka.

La jóven baronesa la aceptó sonriendo y cruzaron el salon.

Entre tanto el baron del Pinar conversaba con Eugenio acerca de un cambio ministerial, aunque este (que no se ocupaba mucho de la política) prestase poca atencion á sus argumentos.

Vió á Luis atravesar con Elisa el salon y notó con estrañeza que á la vuelta siguienté iba esta del brazo de su primo. Buscó con la vista á su amigo y no le encontró. Entonces cortando su proyecto rentístico del anciano se despidió con un pretesto frívolo, dedicándose á buscar á Luis que no se hallaba en la habitacion. Salió á la antesala y le encontró sentado en un silla, cubriéndose el rostro con un pañuelo. Estaba llorando.

—Vámonos, le dijo asi que le vió llegar.

—¿Adonde? le replicó Eugenio inquieto.

—¿Qué sé yo? A cualquier parte...

—Pero...

—La honradez, el genio... ¡cuántas dotes embellecen al hombre no son nada sin saber mover las piernas!

Aquella frase le esplicó todo y despidiéndose friamente del dueño de la casa, bajaron con precipitacion la escalera. Al llegar al portal se sintió Luis desfallecer y tuvo que apoyarse en la pared: asustado su amigo y no sabiendo solo prestarle auxilios llamó con fuerzas á una campanilla que encontró á oscuras. Al cabo de algunos momentos se abrió la puerta y entraron en un pobre cuarto.

—¡Matilde! esclamaron al mismo tiempo Luis y Eugenio bajo diversas impresiones.

—¡Gracias, Dios mio! fue lo que únicamente pudo decir la niña, dirigiendo los ojos al cielo. . . . . .

. . . .

V.

Un silencio de instantes sucedió á aquella esclamacion y Eugenio le rompió el primero.

—¿De qué conoces á esta mujer, Luis?

Matilde vió desvanecerse su ilusion y concibió nuevos temores.

—¿De qué la conozco, me preguntas? Probablemente de lo que tú... ¿quién no conoce á una prostituta?

—Esta jóven es mi hermana, repuso Eugenio con una voz atronadora.

La fuente de los sentimientos se habia agotado en el corazon de Luis. Lo que en otro tiempo hubiera sido la voz acusadora de su conciencia, solo le hizo encogerse de hombros y dirigirse hácia la puerta.

—No saldrás, dijo Eugenio agarrandole del brazo; necesito una esplicacion.

—A nadie la doy de mis actos le contestó orgullosamente y desasiéndose de su mano.

Matilde temblaba en el fondo de la habitacion sin atreverse á tomar parte en la querella.

Aquella escena era imponente...

Eugenio echaba fuego de sus ojos y se habia colocado delante de la puerta; Luis permanecia impasible y Matilde veia acercarse un escándalo y una desgracia mas.

—Luis, en nombre de nuestra amistad te conjuro á que me digas la verdad. ¿De qué conoces á esta jóven?

—¿No lo he dicho ya?

—Luis, ¡mientes! No es una prostituta la que no vende su amor.

El rostro de Luis se contrajo y pareció aceptar el reto; pero luego serenándose le contestó:

—Estás loco...

—¡Repito que mientes! Seductor de mi hermana, amigo traidor, si los vicios no han apagado la llama de tu honor, te desafío á sostener en otro terreno tu impostura. No hagas que te devuelva insulto por insulto...

—Hermano mio... Luis... ¡en nombre del cielo tened compasion de mí!

—Basta, dijo Luis con dignidad. En cuanto amanezca vendré á buscarte para batirnos... déjame pasar.

—¡Ay de tí, si no vienes!

—¿Dudas de mi palabra?

—Hasta mañana, dijo Eugenio dándole glacialmente la mano y abriendo la puerta que volvió á cerrar asi que hubo salido Luis.

—¡Desgraciada! esclamó á solas con su hermana, ¿por qué nos hemos vuelto á ver?

—¡Eugenio, ten compasion de mi debilidad por nuestra madre que está en el cielo!

Ante aquel recuerdo cambió toda la fisonomía del poeta, Se quitó el sombrero y tendiendo los brazos á su hermana lloraron largo tiempo juntos.

El llanto es el mayor alivio en la adversidad y las lágrimas derramadas por Matilde en pocos meses la habian restituido la pureza de su niñez. Su hermano lo comprendió asi y le restituyó tambien su cariño.

Ninguno de los personajes de nuestra historia durmió aquella noche: Luis solo en su habitacion estaba devorado por una fiebre devoradora y en su delirio pronunciaba los nombres de Elisa y Matilde. Eugenio y su hermana en la suya tambien velaban, el primero escribiendo un papel que la entregó encargándole que no lo abriese sino en el caso de morir, y esta elevando al Señor sus oraciones para que no pereciese ninguno en el desafio.

A las tres de la mañana se terminaba el baile del baron del Pinar.

VI.

El sol principiaba á salir disipando una espesa niebla y sus primeros pálidos rayos inundaban la campiña de una ténue claridad.

Las calles principiaban á despertarse, como diria un amigo mio, y sin embargo Luis no acudia á la cita.

Eugenio se paseaba precipitadamente en la habitacion y casi se hallaba decidido á ir á buscar á su adversario cuando llamaron á la puerta. La abrió sin detenerse y retrocedió al ver al pintor.



CUADRO DE MAMÁS EN UN BAILE DEL ELÍSEO MADRILEÑO.

LA NIÑA.—¡Jesus, mamá! ¡Qué sed tengo!
LA MAMÁ.—Anda, hija; á ver si encuentras quien te convide.

Una noche habia alterado de tal manera sus facciones que con dificultad podria reconocérsele por la palidéz cadavérica que las cubria.

Al verle Matilde, lanzó un grito y como si hasta entonces no hubiese conocido lo horrible de la situacion se precipitó entre ellos como una loca.

—Ya es hora... ¿traes las armas? preguntó Eugenio. Luis por única respuesta sacó dos pistolas que colocó sobre la mesa.

—Vamos, pues.

—Un momento, dijo Luis, que hasta entonces no habia desplegado los labios. Si he acudido á la cita ha sido por cumplir mi palabra; si he traido las pistolas ha sido solo para que me quites la vida. No puedo batirme contigo.

—Es tarde para retroceder. Aun arroja sangre la herida que me has hecho... y nos batiremos.

—Repito que no puedo, dijo Luis tristemente. Aunque tuvieses que tacharme de cobarde, aunque me abofetearas, recuerdo que soy honrado, y antes de dejar esta vida tengo que pagar mis deudas.

—¿Cuáles? le preguntó Eugenio irónicamente.

—Las del honor ante todo. Debo una reparacion á esta jóven, y en cuanto se la dé moriré tranquilo...

Matilde se acercó á Luis y le tomó una mano que oprimió contra su corazon, mientras Eugenio, que solo veia en aquella mudanza un acto de cobardía, cogió las pistolas y apuntó á su amigo.

Este no se movió y la jóven se abrazó con él, cubriéndole con su cuerpo. . . . .

En esto un rayo de sol fué á herir los ojos de Eugenio, y las campanas de una iglesia llamaron á los fieles á la primera misa.

Entonces, cual si hubiese comprendido por aquellos avisos que habia una Providencia que ordenaba el perdon de las injurias, dejó caer al suelo las pistolas y alargó la mano á Luis, mientras Matilde arrodillada ante un crucifijo bendecia al Señor en el fondo de su corazon. . . .

. . . .

. . . .

VII.

Quince dias despues de los sucesos que acabamos de referir testualmente, se estrenaba en uno de los mejores coliseos de la capital, la obra de Eugenio, gracias al interés de su amigo, pues la triste condicion del escritor novel le sujeta casi siempre á ser desechado sin ser leido.

Amaneció por fin el dia tan deseado por este: veia acercarse la hora de su dicha, y con el corazon palpitante se forjaba mil ilusiones placenteras. Veia conseguido el término á que durante tanto tiempo habia aspirado, que tantas vigilias le costara.

Son las ocho de la noche y las avenidas del teatro de **** están ocupadas por una multitud inmensa que espera se abran sus puertas.

Poco á poco van entrando cuantas personas notables encierra Madrid por su posicion, talentos ó belleza, y Eugenio, acompañado de Luis y Matilde, se coloca en su palco y se juzga dichoso al lado de sus dos hermanos (que ya los considera asi), y en frente de un público á quien consigue hacer llegar su acento por primera vez.

Se alza por fin el telon, y en medio de un religioso silencio escucha admirado el público los pensamientos dolorosos que habian hecho temblar la lira de Eugenio al tiempo de concebirlos. Es una accion sencilla y sin embargo, el espectador se interesa en ella, y cautivada su atencion sigue los pasos del protagonista, que poco á poco va conociendo los dolores de la vida, y sintiendo las heridas que solo cura una mano cariñosa.

En el primer acto es un poeta, en el segundo un filósofo, en el tercero un mártir.

Poco desgraciadamente habia inventado: el carácter del protagonista era el suyo propio; las desgracias que sufria durante el drama, las habia él sufrido en el drama de su vida.

Pero ¿qué le importaban si se iba á hacer justicia á su talento, si por fin miraba conseguido su ambicionado objeto?

Concluye el espectáculo y entre una lluvia de aplausos se oyen cien voces que piden con insistencia conocer al autor.

Eugenio desfallecido aprieta la mano de Luis, y brotan dos lágrimas de sus ojos.

Sin embargo, no cesa el rumor y ambos amigos estrañaban ya que la empresa no llamase al poeta, cuando alzándose el telon ven aparecer en el palco escénico á otro jóven con la sonrisa pintada en sus labios, que recibe las pruebas de admiracion de los concurrentes, y recoge las coronas con que premian la que juzgan obra suya.

Era César el sobrino del baron, quien reponia de tal manera sus pérdidas en el juego.

Eugenio no ve, no escucha nada. Una nube entorpece su vista, una risa estúpida se pinta en sus facciones, y tembloroso, delirante, une sus aplausos á los del público.

Luis quiere sacarle del palco, pero sin escucharle Eugenio prosigue aplaudiendo y grita frenético: *¡Bravo! ¡bravo!* Habia perdido la razon.

Una semana despues espiraba en brazos de Matilde y Luis.

Abierto el testamento que hiciera pocos dias antes, leyeron con admiracion lo siguiente:

«Haced una obra de caridad en vez de funerales, si muero. La primera, vive siempre en el corazon de una persona reconocida... los segundos duran treinta minutos.»

EPILOGO.

Han pasado cuatro años: en una casita de modesta apariencia volvemos á encontrar á varios de los personajes de esta historia. Luis está pintando tranquilo y solo aparta su vista del cuadro para dirigirla hácia el balcon, donde se ve sentada á Matilde jugando con un niño de dos á tres años, á quien llama Eugenio.

La desgracia ha cesado de perseguirlos: solamente los jóvenes esperimentan un vivo dolor cuando recuerdan la muerte de su hermano; pero que pronto lo olvidan abrazando á su hijo.

El robo de César, por el contrario, fue el orígen de su desgracia. Casado con su prima Elisa no llegó á tener un instante feliz, y fue muerto en un desafío, sin que nadie supiera quién habia sido su adversario.

M. OSSORIO Y BERNARD.

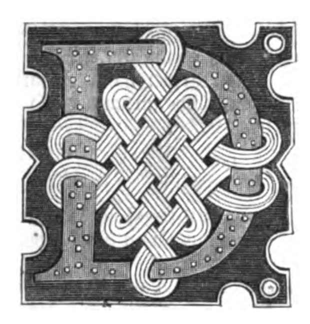
DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 34. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.: tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.: un año 80 rs. MADRID, 19 DE AGOSTO DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—América y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Dijimos al comenzar la anterior Revista que nos parecia cuando menos prematura la noticia de haber desembarcado mil quinientos sicilianos en el continente, enviados por Garibaldi para sublevar el territorio de Nápoles. La noticia en efecto ha resultado falsa, como otras muchas de que en lo referente á Nápoles se ha hecho eco el telégrafo. Sin embargo, cartas de Mesina del 9 anuncian que Garibaldi estaba activando sus preparativos para efectuar un desembarco al otro lado del Estrecho, proponiéndose reunir un número suficiente de barcos para trasportar de una vez ocho mil hombres.

Un parte de Turin de fecha 14 dice que segun los periódicos de Génova, este desembarco de ocho mil hombres se llevó á efecto el dia 10; que Garibaldi con los suyos llegó á Reggio en la costa de Calabria y que habian empezado las operaciones de la segunda campaña; pero nos parece tambien, aunque mas verosímil que la anterior, algo prematura la noticia, porque si el 10 hubiera ocurrido un suceso tan importante como el desembarco de ocho mil garibaldinos en Calabria, ya el telégrafo nos lo habria comunicado aun antes que los periódicos de Génova ó por lo menos al mismo tiempo.

Lo que parece positivo, y lo que viene á complicar los asuntos de Nápoles, es lo que nos comunican al mismo tiempo de esta capital y de París. El rey Francisco de Nápoles desea retroceder en el sistema de concesiones que á última hora habia emprendido; y viendo que por este medio se va haciendo cada vez mas difícil la conservacion de su corona, trata de volver á su actitud antigua. Varios síntomas revelan esta intencion (hablamos en la suposicion de que sean ciertos los hechos que se nos comunican). En primer lugar se han suprimido en Nápoles de real órden tres periódicos: ademas, se han suspendido las elecciones que debian celebrarse en el mes actual para el Parlamento convocado para el 10 de setiembre; se ha declarado la capital en estado de sitio y se ha desterrado al conde de Aquiles tio del rey que parecia inclinarse á las concesiones liberales. Al mismo tiempo se ha enviado órden á los plenipotenciarios napolitanos en Turin para que se retiren si en breve no logran la alianza que fueron á solicitar. Se ha avisado al gobierno de Cerdeña que se hará fuego contra todo buque que lleve pabellon sardo, si á su bordo tiene garibaldinos ó cosa que les pertenezca: y se anuncia que se trabaja activamente para llevar á efecto una alianza íntima ofensiva y defensiva con Roma, en virtud de la cual el general Lamoriciere, jefe de las tropas mercenarias reunidas en los Estados romanos, acudiria con los suyos á ponerse al frente del ejército del rey de Nápoles y lo llevaria contra Garibaldi.

Si esto fuese cierto, la guerra de Italia tomaria grandes proporciones, porque efectuada la alianza con Roma, y derogada de nuevo ó echada en olvido, que viene á ser lo mismo, la constitucion de Nápoles, el Piamonte se creeria libre de todo compromiso y no impediria, como acaba de impedir, la invasion de los Estados Pontificios. Por otra parte, si las tropas á las órdenes de Lamoriciere se contemplaran con derecho á socorrer al rey de Nápoles, Victor Manuel con las suyas se juzgaria tambien autorizado para auxiliar á Garibaldi.

La Italia del Norte y del Centro vendria entonces á sostener una guerra con los príncipes de la Italia del Sur, guerra, en la cual las probabilidades estarian en favor de Victor Manuel y Garibaldi, porque ademas de sus ejércitos, tendrian á su disposicion el arma poderosa de las revoluciones dentro de los mismos Estados de los príncipes á quienes iban á combatir.

Pero aunque las proporciones que en este caso tomaria la guerra de Italia serian grandes y alarmantes, todavía no habrian llegado al grado máximo á que pueden llegar y á que es muy de temer que lleguen si se confirman las últimas noticias recibidas. Dice un parte telegráfico de Viena que el conde de Rechberg, ministro de Estado austriaco, ha comunicado una nota á las demás potencias y singularmente á la Cerdeña, declarando que si Garibaldi invade los Estados Continentales del rey de Nápoles, Austria se verá en la precision de pedir permiso al Papa para atravesar los suyos y acudir con sus ejércitos al auxilio de Francisco II de Borbon.

Supuesta la certeza de este paso atribuido al gobierno de Austria, nadie podrá desconocer su gravedad y la inminencia de una guerra europea. Garibaldi, dado que no haya desembarcado todavía en el Continente, desembarcará tan luego como haya terminado los preparativos que al efecto está haciendo en Mesina; y las amenazas de Austria no le harán ceder de su propósito cuando no le ha hecho desistir la carta invitatoria de Victor Manuel. Puesto en el caso el gobierno austriaco de ejecutar sus amenazas, se presentará la cuestion de saber si la Inglaterra y la Francia que han proclamado la política de no intervencion en los asuntos italianos, consentirán ó no que el Austria intervenga. Nosotros creemos que no darán este consentimiento, y Francia, aun menos que Inglaterra porque tiene sus tropas dentro de Roma y en Civita-Vecchia. De suerte que si Lamoriciere acude al socorro del rey de Nápoles, la Cerdeña acudirá al de Garibaldi, y si el Austria echa su espada en la balanza, vendrán la Francia y la Inglaterra á echar las suyas por otro lado, promoviéndose un general conflicto, cuyo término no es fácil pronosticar.

En esta semana se han publicado dos protocolos con el resultado de las conferencias de París relativas á los desórdenes espantosos de Siria. En el primero se dice que deseando el sultan ponerles término y habiéndole ofrecido las grandes potencias su cooperacion, S. M. turca ha tenido á bien aceptarla, y en su virtud se enviarán por ahora seis mil franceses á Siria, los cuales obrarán en combinacion con el comisario de la Puerta Fuad-Bajá, y no podrán permanecer en el país mas de seis meses. Esta fuerza de seis mil hombres podrá elevarse á doce mil en caso necesario por acuerdo de las cinco potencias, suministrando estas y no la Francia el resto.

Parece que no podia tomar la diplomacia europea precauciones mas minuciosas para hacer respetar la integridad del imperio otomano; pero aun ha adoptado otras que constan en el segundo protocolo. Por él declaran las potencias contratantes que no quieren para sí ninguna ventaja territorial, ni de influencia, ni de comercio en Turquía, de que no puedan participar todas las demás naciones.

De manera que á juzgar por los resultados, las conferencias de París se han celebrado, no para arbitrar los medios de desagraviar á la humanidad ferozmente ultrajada, no para castigar los infames asesinatos é inauditas crueldades de Siria, sino para proteger la propiedad y los derechos de los asesinos, para hacer respetar su autonomía, para declararlos, digámoslo así, inviolables en el uso del yatagan y de la tea incendiaria.

La cuestion de humanidad y de civilizacion ha que-

dado pospuesta á una cuestion de *boutique* por la diplomacia de las *grandes potencias.*

Hay sin embargo otra diplomacia que sabe regir de muy distinto modo los destinos del mundo y que va preparando un desenlace cual no se le han figurado los graves y sesudos representantes de las cinco naciones de Europa reunidos en París. La espedicion ha marchado, y el imperio turco que camina á pasos cada vez mas rápidos á su disolucion, se conmueve profundamente. O los turcos toman las armas en todo el imperio y acometen á los cristianos reproduciendo los horrores de Siria, ó los cristianos una vez protegidos, aunque débil y cicateramente, se lanzan á tomar represalias que las desgracias pasadas justificarian ó por lo menos esplicarian en cierto modo: y es difícil que en estas circunstancias la resolucion del problema de Oriente vuelva á quedar aplazada como quedó la otra vez.

La España ha tenido la fortuna de no tomar parte en esos protocolos, pues á pesar de cuanto se ha dicho, ni ha sido llamada á las conferencias sobre las cosas de Siria, ni ha sido declarada potencia de primer órden. A las notas que sobre el asunto de nuestra elevacion á primera potencia escribió el ministro de Estado francés ha contestado Inglaterra que no es ocasion de tratar esta cuestion ahora, y ha respondidó Prusia que para admitirnos á nosotros en el congreso europeo seria preciso dar entrada tambien á Suecia. La nacion española, que opina que el puesto de grande se toma y no se recibe, se rie de todas las notas diplomáticas cruzadas con este motivo y se rie tambien de lo que á ciertos periódicos ingleses les ha ocurrido decir acusándonos entre otras cosas de que tenemos casi innavegable el canal del Manzanares, por lo cual no podemos figurar entre las primeras naciones europeas. Nosotros somos lo que somos, y ni el que nos llamen gigantes nos da fuerza, ni el que nos consideren pigmeos nos la quita. Hemos sido grandes en 1808, mas grandes que ninguna nacion de la tierra, inclusa la Gran Bretaña á quien salvamos de su ruina; y lo volveremos á ser siempre que nuestro honor nacional esté interesado en ello. Es decir, que somos gran potencia cuando queremos, aunque no nos lo llamen; y esto vale mas que llamarnos tal sin serlo. Para tratar cuestiones de especería, en vez de grandes cuestiones de humanidad y de principios, no queremos ser gran potencia: para defender nuestra independencia y nuestro honor lo somos ya hace mucho tiempo: lo hemos sido desde los tiempos de Viriato.

Así, lo mejor es no volver á hablar de esta cuestion, que realmente tiene poca importancia en sí, como no sea por la parte de gloria ó de responsabilidad que pueda caber en ella al gobierno español, cosa que el Museo no tiene ni mision ni necesidad de tratar.

Han llegado unos 30 ó 40.000,000 de reales en efectivo á cuenta del primer plazo de la indemnizacion marroquí, primer plazo que se sigue contando en Tánger. Dicen que los moros tienen preparado el segundo y que esperan que se les conceda algun respiro para los demás devolviéndoselos entre tanto á Tetuan. Tal es el objeto que se supone que trae la embajada que ha llegado ya á Valencia y de un dia á otro debe llegar á esta capital.

El itinerario de la córte por las provincias que ha de visitar está ya señalado. El 10 de setiempre saldrá de Madrid y volverá el 31 de octubre. Asegúrase que el 3 de noviembre se abrirán las Córtes, luego que las reales personas los ministros y empleados esten de vuelta de su espedicion. Un aposentador ha salido ya á preparar los apesentos en las poblaciones del tránsito y las autoridades disponen tambien los festejos.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

Nemesio Fernandez Cuesta.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

X.

Continuando: despues de un *escabel de triunfos*, encontramos una *musa canora*, á quien el señor Cervino escita á que diga los nombres de los caudillos de la hueste vengadora,

Y el del *prócer* que á *próceres comanda*
Y en la *marcial demanda*
Va á brindarles la palma vencedora.

Todo esto es de pésimo gusto, por una parte, por otra falso: quien brinda las palmas de triunfo, si puede usarse la frase brindar en esta situacion, no es el caudillo que comanda, es el enemigo que combate, y las palmas no son vencedoras; son el símbolo de triunfo del vencedor.

El señor Cervino sigue escribiendo de memoria dominado por el consonante, siempre para él inflexible.

El mal gusto continúa: á seguida encontramos unos *retemblantes* tambores que redoblan por los campos *tartesios*; y con tanto abuso de estravagante fraseología nos encontramos á punto de perder la poca paciencia que nos queda: las cornetas suenan, se mueven *relumbrantes bosques* de bayonetas (como si se pudiera encontrar analogía, entre un bosque y los fusiles armados de un ejército), y á seguida el señor Cervino emprende y da cima como puede á la ímproba tarea de versificar una reseña de la organizacion del ejército de Africa, por cuerpos, divisiones, brigadas y regimientos, sin olvidar los nombres de los generales, de los jefes ni de los cuerpos.

Allá va una muestra de esta singularísima enumeracion, en que nada se describe.

. . . . . Se adelanta
El intrépido Echagüe que hora viene
Brillante en juventud y patrio brío;
Con el Gaset y Elío
Y Barcáiztegui van los nobles tercios
Rigiendo de Borbon y Talavera,
De Alcántara con timbres coronada,
De Barbastro y Granada.
Sobre corcel que en el color iguala (1)
A la noche mas lóbrega, *ya llega*
Comandando otro ejército Zabala.
Orozco allí tambien, y Enrique O'Donnell,
Valientes campeones (2);
Allí Angulo y Gutierrez y Serrano
Guian los batallones
De Segorbe y Zamora,
Madrid, Baza y la Albuera triunfadora,
La hueste en pos que la fulgente espada
Sigue de Ros de Olano... (3) etc.

Y como, aunque su intencion es muy buena, el señor Cervino no puede complacer á todos nuestros héroes de Africa, enclavando sus nombres en el poema para hacerlos inmortales desde el general en jefe al último acemilero, sopena de poner en verso las listas de revista de cincuenta mil hombres (enormidad á que no se atreveria, ni aun aquel que contó las líneas, las palabras, las sílabas, las letras, los puntos y las comas de un infólio á dos columnas); escápase por la tanjente y dispara al ejército la siguiente cariñosa y respetuosísima nota escrita en el lenguaje escepcional, que, si nuestro autor escribiera mucho, acabaria por recibir el nombre de lenguaje Cervinesco: hé aquí la nota en que, sin sospecharlo, el señor Cervino ha hecho una sangrienta crítica de sí mismo:

«Se han mencionado *todos los ejércitos*, sus diferentes institutos, sus generales, los de las divisiones y *casi todos* los jefes de las brigadas, con *sujecion al cuaderno oficial* titulado: «Ejército de Africa» impreso sin fecha: *Imprenta Nacional* (4). Algunos de los que no han podido tener cabida en la forzosa estrechez (5) del cuadro (6) se consignan luego; y el autor aprovecha esta nota (7) para rendir á todos los militares que tan gloriosamente han guerreado en Africa, el merecido homenaje de alabanza y de entusiasta admiracion (8). Por eso ha citado el *susodicho* cuaderno y seguirá citando los partes oficiales de las batallas (9).

Antes de dejar atrás esta reseña del ejército necesitamos recordar de ella algunas preciosidades como por ejemplo:

Al *punto luego* en el *tendido* llano
Resuenan mil clarines
Hijos del viento (10) y llegan los bridones
De alto relincho y polvorosas crines (11)

Alla va otro ejemplo de belleza poética, y de descripcion vigorosa y verdadera:

Y mas allá (12) dominan el altura
Cureñas rechinantes
Donde el broncíneo tubo (13) como en trono
Del númen que decide la batalla (1)
Revienta en estampido retronante (2).

Y dejamos aquello de *los jóvenes adalides que en medio de las lides sangrientas, dibujan en la arena con la punta de la espada emblemas pitagóricos* y lo de *empuñar el compás Euclides*, como si se pudiese decir de un compás que se empuña, ni mas ni menos que si fuese una esteva.

Prosigamos:

Entonces pasa el conde de Lucena
A escape (3), dando al aura
Sericas (4) bandas y guerreros lazos (5)
Y esclamando: «¡ valientes! á la arena
»Del Africa *os conduzco y mies de gloria*
»Ha de segar allí vuestra guadaña (6)...

Llegamos al cielo y al infierno del señor Cervino.

El cielo es aquel de que hablamos en que hay *una nacion como si fuera España.*

Sigue una letanía místico-profana, y al través de la falanje *beatífica*, llegamos al infierno, donde

Humea
de Lucifer el manto
con fatídico espanto
Al siniestro fulgor de horrenda tea (7)
Que le sirve de cetro.

Sigue otra letanía de diablos y diablas, en la que se insulta á la infeliz Florinda, llamándola inmodesta y suponiéndola en el infierno, como si las víctimas hubiesen de ser juzgadas por Dios como los verdugos. En cambio el señor Cervino no supone en el infierno al *injusto forzador* de la Profecía del Tajo: pero, ¿cómo el tres veces monárquico autor, habia de suponer en el infierno á un rey? Esto hubiera sido esponerse á que la Real Academia hubiera fruncido el gesto, y negado, por este horrendo desacato, el premio al señor Cervino.

Afortunadamente la Caba no ha existido, y si existido hubiera, ya antes de que condenase al señor Cervino con tan poca caridad á

Esa hermosa
Que vió el sol en mal dia,

la habia dado por salva, escribiendo su apología el doctisimo Feijoo.

Prosigamos: al decidirse el infierno á protejer á los *Mogrebines* (8),

Ved súbito agitarse estremecida
La tierra de Almagreb. «Venga el cristiano
Ya sabemos quién es,

clama la tierra del mauritano; y pasamos por cima de su clamor, no porque Mauritania clame bien por la boca del señor Cervino, sino porque no podemos ocuparnos por una razon de estension de todo lo que el señor Cervino dice; pero al fin del clamor de Africa encontramos una órden que da Africa á sus bravos y que no queremos dejar pasar:

La muerte os mando
Si del *emir* O'Donnell la cabeza
No mandais á su reina y á su bando.

He aquí el verbo mandar usado primero en una acepcion incomprensible, porque no se sabe si Africa ha de mandar la muerte á los suyos, esto es: ha de enviarles la muerte, ó si «el os mando» es una amenaza como es una oferta en la frase vulgar que dice:

Virgen, si saco este pez
De aceite *os mando* un cuartillo.

Mas abajo el verbo mandar sustituye al verbo enviar.

En los dos lugares el verbo está usado en una acepcion vulgar é indeterminada.

Obsérvese que hay un «bando» con quien «mando» aconsonanta.

Y ved aquí: no es Africa la que ha hablado: sino el sultan Mahhomet: lo comprendemos por el siguiente verso puesto á continuacion:

Tal dijo Mohamed (9), y su alto solio etc.

¿Ve el señor Cervino á lo que conduce la falta de precision? Escribiendo como escribe el señor Cervino, á cada

(1) Hé aquí que el señor Cervino se nos presenta ya aturdido rompiendo por todo: no basta que esta enumeracion de jefes y fuerzas esté hecha de la manera mas antipática y difícil; era necesario que entre dos versos aconsonantados hubiese un verso asonantado con ellos: y por último, que la crítica se sintiese impotente para recoger la multitud de defectos que brotan, que se cruzan, que se multiplican á cada paso.

(2) Aquí de nuevo se cruza el asonante con el consonante, y el período toma un decidido sabor de romance cordobés.

(3) Rigorosamente hablando, parece que la fulgente espada sigue á la hueste que va en pos.

(4) Esto es formidable: la Academia no tiene perdon de Dios.

(5) Del ingénio del señor Cervino.

(6) ¿De qué cuadro?

(7) Como se aprovecha el sótano para arrojar los muebles inútiles.

(8) Cumplimientos y mas cumplimientos.

(9) Con cuya nota deben quedar tan satisfechos los no citados por el señor Cervino, como aquellos á quienes ha lanzado á la inmortalidad, haciéndoles partícipes de su fama. Hubiera sido mejor que el señor Cervino se hubiera dejado esta nota en el tintero.

(10) Por Dios y por su Santa Madre, amigo poeta; este parir clarines del viento, nos pone á la muerte.

(11) Aparte de lo inconveniente de la palabra «relincho», estos bridones que le tienen alto, presuponen otros bridones de relincho bajo, que aun no han llegado. En cuanto á lo de crines polvorosas, no lo entendemos, como no sea entendiendo que el señor Cervino, segun su costumbre, toma una cosa por otra, y llama á las crines polvorosas, esto es, que producen polvo, que tienen en sí cualitativamente polvo, y no empolvadas, cubiertas de polvo: comprendemos que un camino ó un campo sean polvorosos: ¡pero las crines de un caballo...!

(12) Ni aun de la formacion de ordenanza por institutos se ha olvidado el señor Cervino.

(13) Si no fuera por las *próvidas* carenas, Santa Bárbara que averiguase que el broncíneo tubo esta aquí usado por cañon: si hay cerca, rigiendo la oracion un hospital... *intellige lector*.

(1) ¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?

(2) Carísima artillería es esta, á que se refiere el señor Cervino, que produce por cada disparo un cañon reventado.

(3) Esto no es verdad: el conde de Lucena no ha pasado ni pasa, ni al escape, ni al galope, ni al trote, ni al paso.

(4) Traducido del lenguaje culto: bandas de seda.

(5) Aceptamos los lazos de un guerrero: pero no podemos aceptar los guerreros lazos.

(6) Para que la muela el molino de la historia, y os amasen con su harina pan de inmortalidad: ¡Oh formidable metáfora! ¡Oh cultiparla inaudita!

(7) Este verso es de la *Oda* al *Dos de Mayo*, del difunto don Juan Nicasio Gallego, lo que no impide que este verso sea muy malo, con perdon, se entiende, del difunto, porque las teas no son horrendas, sino la situacion que alumbran, si lo es.

(8) De seguro que el señor Cervino nos envidia esta denominacion que hemos dado á los marroquíes, porque habitan en el Al-Mogreb ó poniente de Africa: si el señor Cervino desea almacenar frases altisonantes y peregrinas, que venga á nosotros, y en un cuarto de hora le cultilatinizaremos y alambicaremos una multitud de frases y conceptos nunca usados ni oidos que no nos hacen falta para nada, porque no pensamos entrar jamás en ningun certámen académico.

(9) Para que el verso no sea duro, hay que pronunciar Mojamed.

paso se hace concebir al lector una idea que no es la idea del autor, y se le molesta haciendo que su imaginacion retroceda y rectifique: ¿quién no ha de creer que es el Magreb quien apóstrofa, cuando inmediatamente antes del apóstrofe escribe el señor Cervino:

Ved súbito agitarse estremecida
La tierra de Almagreb?

La palabra *imperante* que sobreviene al medir el período, no es bastante para fijar el sentido, cuando se trata de la obra de un autor que á cada paso da en impropiedades: nosotros hemos podido rectificar el estravío á que nos ha llevado el señor Cervino con su manera violenta de construir, pero no lo hemos hecho, para demostrar un nuevo y gravísimo defecto.

Sobreviene la reseña del ejercito marroquí.

En ella encontramos

Qué inmensa multitud (1) qué *algarabía* (2)
De brutos sin frenar, de armas y de hombres!
Sostenme ahora en el canto, Musa mia, (3)
Y acude majestosa á repetirme
Sus *exóticos* nombres.

Y en verdad, en verdad, que no sin razon llama el señor Cervino á su Musa para que le sostenga, porque despues del terrible tropezon que ha dado en la palabra «algarabía» ha dado otro mas fuerte en el vocablejo «exótico» y ha debido de verse á punto de romperse la cabeza. Sin embargo, pedir á la musa que acuda con majestad á repetir nombres *exóticos*, es tener en muy poco la majestad de la musa; porque los nombres exóticos al lenguaje, son por necesidad ó bajos ó ridículos; y no debe pedirse á una musa majestuosa, que se rebaje con majestad ó que se ponga en ridículo con decoro. La confianza encuentra su límite en la dignidad del amigo: un poeta debe respetar mucho á su musa y ser digno de sus favores, como aquel que desea fama debe seguir el bello consejo de Quintana:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñís la frente
Que vuestra voz enérgica y valiente
Digna tambien del universo sea!

¿Presentiria Quintana con esa poderosa intuicion, de que dicen están favorecidos los poetas, que la *Nueva Guerra Púnica* habia de escribirse, y que la Academia habia de premiarla?

Acaso.

Ello, al menos, es que el consejo del buen poeta le cae encima y como llovido del cielo al señor Cervino.

Cita á seguida el señor Cervino kabilas, pueblos, tríbus, aduares, que rebullen en tropel: álzanse armados,

El Rarb, el Rif, Raret y Adda y Medrara,

constituyendo un verso delicioso por el sonido que le prestan sus abundantes *erres*: despues

Ya un bosque de espingardas se avecina

Como antes nos mostró un bosque de bayonetas,

Ya llegan relinchantes escuadrones,

Estos deben ser escuadrones de relincho bajo,

Ya turbas que en insólita algazara
Arrastran desmontados,

Es decir, sin cureñas,

los cañones, etc.

Y los *negros* con corazon mas negro que la cara, y que tienen por peculio, esclavitud, y hambre, y fiereza.

La fiereza de un hambriento se comprende, pero llamar peculio al hambre y á la esclavitud, es un sarcasmo impío.

Admirad, lectores, admirad la inimitable belleza siguiente.

Blande Muley Ahmete,
Cual mortífera maza
Sultánico machete.

¡Oh Academia, Academia! ¡tú te dejáste el entendimiento á la puerta del salon de tus sesiones, cuando entraste en él para adjudicar el premio! ¡Oh nunca bien como se debe ponderada Academia de la Lengua! ¡Yo te saludo, pero te saludo á la carrera desde una respetable distancia! ¡ya no puede asombrarme nada desde el punto en que te he visto ocuparte solemnemente de esta *Nueva Guerra Púnica* de tus pecados! *¡Oh tempora! ¡Oh mores!*

Pero continuemos.

¿Quién de Muley el Abbas
Puede el brillo igualar y alto decoro?

¿Es decir, señor Cervino, que no le iguala en decoro el prócer que comandaba próceres, el de las bandas séricas?

(1) Innumerable seria mejor.

(2) Como si se tratase de cotorras y no de un ejército: algarabía, voz árabe, ha sido sacada de su acepcion genuina, y significa hoy ruido insoportable de chillidos discordantes, y de palabras inconexas: no puede tomarse nunca esta palabra para significar la reunion tumultuosa de un ejército.

(3) ¿Cuál será la musa del señor Cervino, que tan indolente es y tan dormilona, que sobre cumplir mal con su obligacion, hay que llamarla á cada paso?

Es verdad que tambien Muley ciñe su cintura con

Sérica faja de carmin y gualda,

como si dijéramos que Muley llevaba por faja una bandera Española.

¿Ni cómo igualar en brillo á quien viste

Jubon con pedrería *coruscante?*

Góngora si viviera reclamaria la propiedad del *coruscante*, no sabemos con cuánta tenacidad.

¡Oh, Academia!

¿Y la *nube que ruge* por la parte del Orion, y la otra que se levanta por el Norte?

¿Pero no han de rugir, si las dos nubes no son otra cosa que sustentáculos aéreos de que se sirven el cielo y el infierno, que

Vuelan á encontrarse prepotentes
En alas de los notos inclementes?

Entre tanto los *espíritus réprobos*

Contra España impelidos
Desde el oscuro reino del espanto (1),
A horrible conciliábulo acudiendo,
Zambúllense (2) en la mar, antes propicia
Frente por frente á Gades la fenicia,
Del póntico cristal allá en el fondo
Hay una gruta do el *claror* se pierde (3)
Festonada con algas y con ovas
Sombría gala de su pompa verde (4).
Y allí Malek empuña
Por cetro un mástil de español navío
Que se hundió en Trafalgar (5) y esclama:
«Hermanos (6).

Un poco mas adelante

«Si Echagüe oprime
Ya berberisca arena (7),
No deis paso (8) al terrible de Lucena.

¿Y quién es el *terrible de Lucena*? ¿algun valiente que como es muy comun, tiene este apodo, siendo al mismo tiempo natural de Lucena? Comprendemos lo que el autor ha querido decir: pero ha dicho otra cosa: bien dijo Boileau

Un poème insipide et sottement flateur
Déshonore à la fois le Héros et l'auteur.

Ya por hoy hemos hecho bastante: Adios, pues, respetable Academia: adios benevolísimos lectores: hasta el domingo que viene.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

ESTRELLAS FUGACES.

La imaginacion del pueblo siempre activa, siempre dispuesta á esplicar los fenómenos celestes como un antecedente ó una consecuencia de los hechos que tienen lugar en la superficie de nuestro pequeño planeta, encuentra en seguida relaciones misteriosas entre el cielo y la tierra; y esplica sencillamente lo que se resiste á los cálculos y teorías de la ciencia.

Las estrellas fugaces, los bolides y aerolitos, no tienen aun una causa completamente conocida: todo lo que sobre ellos se sabe es vago, incierto; y sin embargo, la aparicion de estos cuerpos en la atmósfera, es para el pueblo un hecho de causa conocida.

(1) Todos saben de memoria el viejo verso

Ah del oscuro reino del espanto!

(2) ¿Es poema ó parodia lo que escribe el señor Cervino?

(3) No son malas señas y no deben olvidarlas los marinos; que al fin nada bueno puede sucederles pasando cerca de una gruta ó cueva, no ya de ladrones sino de diablos.

(4) Este verso recordamos haberlo leido en alguno de nuestros poetas, y nos decide á creer que no nos equivocamos la consideracion de que ese verso no está en su lugar. Esa pompa verde nos hace pensar en el follaje de un bosque; sentimos el aire que pasa entre ese verso, porque sentimos su armonía imitativa. Indudablemente ese verso no es de ese lugar. Ofrecemos un hallazgo, que consistirá en un ejemplar de la *Nueva Guerra Púnica*, al que nos recuerde el nombre del autor de ese verso.

(5) ¿Qué tales puños tendria el diablito: y sobre todo qué tales intenciones cuando empuñaba tal cetro?

(6) En Jesucristo le faltó: si no fuera porque sabemos que este diablo es en circunciso, nos inclinaríamos á creer que Malek era diablo fraile, y motilon: el diablo predicador quizá: además la palabra «hermano» usada como vocativo supone amor hácia aquel á quien se dirige, y el diablo no puede tener amor á nada, ni aun á sí mismo.

(7) Cervantes dijo hablando de Don Quijote: «oprime el lomo y rige el freno á un famoso caballo que se llama Rocinante» y el señor Cervino ha dicho del conde de Lucena:

De brioso alazan la espalda oprime:

pero lo de que Echagüe oprima arena berberisca, no puede tolerarse: es lo mismo que pretender establecer un modismo que puede formularse de la manera siguiente: «Vengo de oprimir la arena del Prado», en vez de decir: «Vengo de pasear por el Prado»: esto es, en sentido material» de «pisar sobre el Prado; de andar por el Prado.» El señor Cervino, sustituyendo siempre á la propiedad la impropiedad, ha querida decir: «Si Echagüe pisa, ó huella, berberisca arena.» Pero sin duda el señor Cervino ha querido huir de una asonancia con el verso anterior, que hubiera resultado como vamos á demostrarlo:

Y ha de faltarnos hoy el poderío
De hundir á O'Donnell y su altiva gente,
Que en mas débiles fustas se avecina?
Propicia es la ocasion, si Echagüe pisa.....

El señor Cervino, huyendo de la asonancia, echó fuera el verbo pisar, y sustituyó como equivalente el verbo oprimir. ¡Y este señor pretende ser académico de la lengua! ¡Hace bien!

(8) Aquí se advierte una oracion imperativa condicional: es decir, que Malek no tiene inconveniente en que pase el terrible de *Lucena*, si Echagüe no oprime todavía berberisca arena.

—Hace muchos años, se dice en nuestros campos hubo una guerra muy grande; y el dia 10 de agosto, se dió una terrible batalla en que murieron muchísimos cristianos. Nosotros llevábamos en ella la peor parte; pero nuestros soldados se encomendaron de todo corazon al Santo del dia y este les dió la victoria, sin que desde aquel momento muriera ni uno mas. El Santo bendito llora todos los años en el aniversario por los que murieron antes de ponerse bajo su proteccion; y llora lágrimas de fuego recordándonos las penas que padecen en el infierno y purgatorio nuestros padres.

Esta esplicacion que habrán oido mas de una vez nuestros lectores de los labios de un sencillo labrador viene á resolver una de las cuestiones mas árduas de la astronomía, y á confirmar el nombre de *lágrimas de San Lorenzo*, con que se conocen vulgarmente las estrellas fugaces.

Y ya que hemos citado esta preocupacion tan comun en España, Francia é Italia, digamos algo sobre lo que otros pueblos creen acerca de tales meteoros: haciendo notar de paso como estas creencias populares, agenas á la ciencia, pintan con toda verdad el carácter de cada pueblo.

En algunas comarcas del Norte y principalmente en Suecia, cree el vulgo que los astros son luces que deben despabilarse del mismo modo que nuestras velas, y afirman por lo tanto que las estrellas fugaces son los restos inflamados que caen al hacer esta operacion: asi las llaman *Sternschnuppe*, es decir, pavesa de estrellas.

En muchos paises de América, en los bosques del Orinoco y en las solitarias márgenes del Casiquiare, llaman á estos meteoros orina de las estrellas, suponiendo segun sus mitos que los astros son seres animados que tienen que satisfacer necesidades análogas á las nuestras.

En la Lituania la poética imaginacion del pueblo que hace de cada peñasco una leyenda, de cada flor un enigma, y de cada estrella un libro mágico, se esplican las exhalaciones diciendo que cuando nace un niño, Werpoya hila para él los hilos de su destino, cada uno de los cuales termina en una estrella: en el momento de la muerte, el hilo se rompe, la estrella cae, se marchita y se apaga.

Si penetramos en la antigüedad en busca de su opinion acerca de las estrellas fugaces, encontraremos mitos, tradiciones religiosas y fábulas paganas, que sino esplican su causa, son resultado de la impresion producida por ellas.

Arago ha tratado de demostrar que el confuso recuerdo de la caida de un aerolito, fue el orígen del mito escita del oro sagrado que cayó encendido del cielo y fue despues propiedad esclusiva de la *Horda del oro* de los paralatas. Dion Casio habla de masas de plata caidas asi del cielo en tiempo del emperador Severo; y Esquilo presenta una descripcion de una lluvia de guijarros que Júpiter envió á la tierra despues de haber reunido las nubes, y cuyos pormenores pueden aplicarse perfectamente á una lluvia de aerolitos. Por último, segun una tradicion del Mogol cayó del cielo una roca negra de sesenta y cuatro piés de altura cerca del nacimiento del rio Amarillo en la China occidental.

El nombre de estrellas fugaces con que en la mayor parte de los paises de Europa se conocen estos meteoros tampoco es exacto: mas propio seria llamarlos polvo celeste ó polvos meteóricos con Arago. Segun la hipótesis mas probable de tantas como se han emitido para esplicar la existencia y causa de estos meteoros; existen en el espacio á millones moviéndose en órbitas algo semejantes á las planetarias y formando dos grandes zonas una interior y concéntrica con la ecliptica, y otra esterior á la órbita de Venus y que pasa mas allá de la de Marte. Estas dos zonas *pulvurulentas*, por decirlo asi, se cortan en dos puntos; habiendo en el año dos épocas en que la tierra las atraviesa: en los dias 8, 9, 10 y 11 de agosto por el punto en que se cortan y el 10 de noviembre: por cuya causa es en estos meses mucho mas frecuente su aparicion.

Estos cuerpos, segun parece, penetran en la atmósfera que rodea la tierra, y son atraidos por la fuerza de la gravedad. Se presentan á nuestra vista primeramente como un punto luminoso, como una estrella rodeada de una nubecilla que no tarda en inflamarse: se mueven con una velocidad próximamente igual á la de los planetas, y algunas veces por intervalos que parece demuestran la existencia de un impulso particular ó son efecto de la atraccion terrestre: por último, el punto luminoso se estiende, se convierte en un globo inflamado y estalla con acompañamiento de llamas, humo y chispas, que forman una especie de lluvia de oro. El globo luminoso suele llevar detrás de sí una ráfaga ó cola luminosa, que termina en punta ó por una nube de humo. Esta cola parece estar formada por la misma materia del cuerpo que se ha volatilizado ó quizá por pequeños satélites atraidos por la fuerza de la gravedad. Cuando el globo estalla, la parte que se conserva sólida se hace pedazos y cae en nuestro planeta con una fuerza suficiente para penetrar hasta diez y ocho piés debajo de tierra.

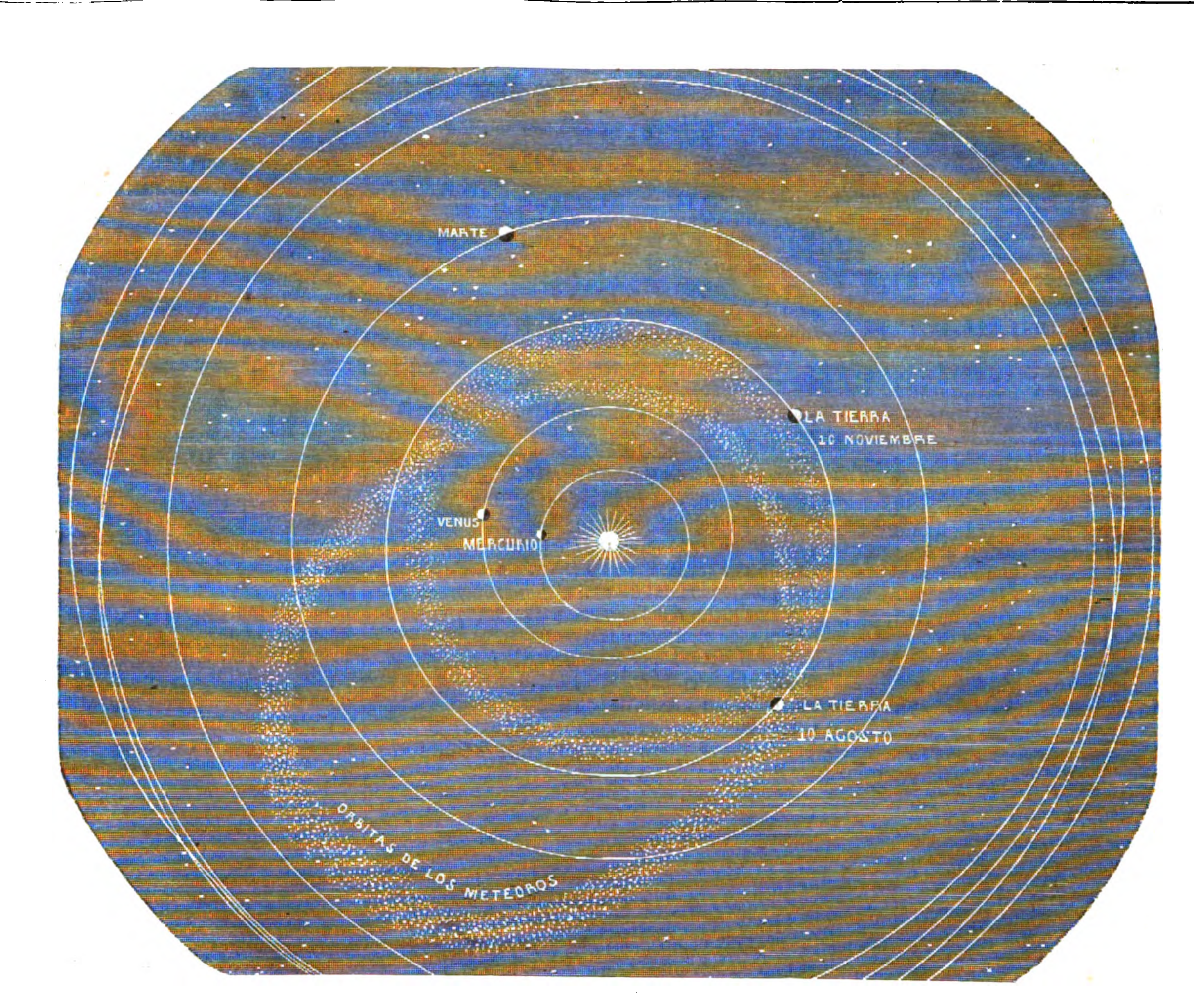
No siempre se presentan estos fenómenos de noche: se han observado muchos de dia, y en el año 1788 se vió en Popayan á mediodia un bolide tan brillante que iluminó con su luz las habitaciones. Ni tampoco se presentan siempre las nubecillas de que hemos hablado. El 16 de setiembre de 1843 cayó el gran aerolito de

Kleinwenden produciendo un ruido semejante al del trueno, y estando el cielo completamente limpio. Otras veces falta la luz: estando el cielo sereno aparece súbitamente una nubecilla oscura y deja caer sobre la tierra masas meteóricas acompañadas de gruesas detonaciones semejantes á cañonazos. Estas nubes recorren á veces provincias enteras y dejan el suelo cubierto de sus fragmentos.

Las estrellas vagas y los bolides suelen presentarse aisladas, en cuyo caso reciben el nombre de esporádicas, ó en gran número, en cuyo caso se llaman periódicas, siguen direcciones paralelas y son las que se observan este mes. La noche del 12 de noviembre de 1833 cayó en América un número tan crecido que Palmer asegura que parecia una nevada de oro: en nueve horas de observacion contó doscientas cuarenta mil. En 1837 cayó otra lluvia tan espesa de aerolitos en Inglaterra, que fué llamada aguacero de estrellas (meteoric shower): en 1800 en Virginia se observó otra que por espacio de dos horas se asemejó á una funcion de fuegos artificiales; y en el año 1095 hubo otra tan espesa como el granizo, que asustó á los padres del concilio de Clermont haciéndoles creer que era la señal inequívoca de grandes revoluciones en la cristiandad.

La observacion ha deducido que las piedras meteóricas ó aerolitos que caen en la tierra provienen de los bolides, que deben hacerse pedazos segun hemos dicho, porque el volúmen de los fragmentos recogidos es mucho menor que el del bolide.

Pero aun queda por averiguar cómo se forma la nube de qué salen y cuál es la verdadera causa de la ruptura de este cuerpo. En cuanto á la luz que despiden parece probable que estos meteoros se inflaman antes de llegar á nuestra at-



METEOROS Ó ESTRELLAS FUGACES DESDE EL 10 DE AGOSTO AL 10 DE NOVIEMBRE.

BAÑOS DE ALHAMA EN ARAGON.

mósfera, en un punto en que segun lo que se cree acerca de la atmósfera hay un vacío casi perfecto. Poisson ha tratado de esplicar la inflamacion por medio de la electricidad. Es evidente, dice este célebre matemático, que á una distancia de la tierra en que la densidad de la atmósfera es casi insensible no puede atribuirse la inflamacion de los aerolitos á su rozamiento con las moléculas del aire. ¿No podria suponerse, que el fluido eléctrico en el estado neutro forma una especie de atmósfera que se estiende mucho mas allá de la masa de aire sometida á la atraccion terrestre, y que siendo físicamente imponderable, sigue á nuestro globo en sus movimientos? En esta hipótesis los cuerpos meteóricos, al penetrar en esta atmósfera imponderable descomponen el fluido neutro obrando desigualmente sobre las dos clases de electricidad, y al electrizarse se calientan y hacen luminosos.



VISTA DE BEIRUT Y EL MONTE LÍBANO.

La altura que sobre nosotros tienen las estrellas vagas y los bolides es pequeña; varía entre cinco y cuarenta y siete leguas. Su velocidad es de cinco á trece leguas por segundo, es decir, por término medio igual á la de Mercurio que es de ochenta y ocho por segundo.

Creíase antiguamente que estos aerolitos provenian de los volcanes de la luna, y ya en 1660 manifestó esta opinion el físico Terzago con motivo de la muerte de un fraile milanés ocasionada por un aerolito. Pero la direccion de estos cuerpos, y su velocidad parecen destruir esta hipótesis.

Para que un cuerpo salga de la luna y llegue á la atmósfera terrestre con la velocidad que traen los bolides es preciso que nuestro satélite le despida con una velocidad inicial de sesenta y cuatro leguas por segundo. Y suponiendo que haya volcanes activos en la luna ¿será esto posible? Aunque convengamos en que la luna carece de atmósfera, y que por lo tanto la fuerza de proyeccion con que salgan del cráter sea mucho mayor que en la tierra, ¿podrán llegar á tener esta velocidad cerca de cincuenta veces mayor que la de una bala de cañon?—Las observaciones mas exactas hechas en los volcanes terrestres dan por máxima velocidad de las piedras lanzadas por el cráter tres mil quinientos piés en el Pico de Tenerife y mil cuatrocientos cincuenta y ocho en el Etna: velocidades que no llegan á un cuarto de legua por segundo.

Por estas razones y otras que se deducirán de todo lo que digamos, no suelen admitir los modernos que las piedras meteóricas provengan de la luna, ni menos del sol como creian Anaxágoras y sus discípulos, que no conocian la fuerza de atraccion.

Es, pues, lo mas probable la teoría que en breves palabras hemos espuesto al principio: hay una zona, una corriente, una órbita, un espacio mas ó menos grande compuesto de estos cuerpos, y que cortando á la órbita terrestre, penetra por los puntos de interseccion en nuestra atmósfera. Aunque en los pocos años que hace conocemos este período se repite exactamente, no podemos asegurar que siempre haya sido el mismo, ni que precisamente en agosto y noviembre, hayamos de ver el magnífico espectáculo que nos presenta el firmamento cuando le cruzan multitud de estrellas vagas. La zona de estos cuerpecillos puede estar interrumpida, ya por intervalos que dejen entre sí estas estrellas, ya porque la influencia de los planetas puede ser suficientemente grande para variar la posicion de esta zona, y adelantar, retrasar ó impedir su encuentro con la ecliptica.

Algunos astrónomos han creido descubrir una retrogradacion regular ó una oscilacion de la línea de los nodos en esta órbita que podria esplicar las irregularidades de la aparicion. Los anales chinos citan dos apariciones en marzo, anteriores al año 687, antes de Jesucristo, y Biot que ha estudiado mucho estos mismos anales, ha podido sacar cincuenta y dos apariciones fuera de duda, y de las cuales la mayor parte se verificaron del 20 al 22 de julio, épocas que podrian corresponder en este caso al dia de San Lorenzo. En los anales de la iglesia de Praga, hay una observacion de estrellas vagas que se vieron de dia, correspondiente al 21 de octubre 1366: y si este fenómeno corresponde como parece probable al que nosotros vemos en noviembre, puede deducirse de esta precesion de cuatrocientos ochenta años que el sistema completo de los meteoros ó mejor su centro de gravedad, gira alrededor del sol describiendo una órbita en sentido retrógrado.

No falta quien atribuya las manchas del sol y la disminucion de su luz y calor á estos innumerables cuerpos que girando á su alrededor pueden producir un efecto análogo al de las nubes. Muchas veces se ha observado este fenómeno, y Hermann despues de grandes investigaciones ha venido á predecir dos épocas del año, el 7 de febrero y el 12 de mayo, en que se ha manifestado esta coincidencia de un modo notable. Hoy ha vuelto á renacer esta opinion con mas fuerza sostenida por un célebre astrónomo francés.



LOS CEDROS DEL LÍBANO.

Esta creencia no está muy distante de la de Plutarco que decia que las estrellas vagas no provenian de partículas desprendidas del éter que llegan á apagarse en el aire despues de haberse inflamado, sino que son cuerpos celestes que caen sustraidos de cierta manera al movimiento general de rotacion, y que se precipitan irregularmente cayendo, no solo en la tierra, sino en el Océano.

El estudio de los aerolitos cogidos en la superficie terrestre, es una de las razones en que se apoyan algunos astrónomos y filósofos para asegurar que los planetas tienen todos una composicion y estructura análogas á la de

la tierra: porque estos aerolitos se componen de las mismas sustancias que se encuentran en nuestro globo. Berzelius que ha hecho detenidamente su análisis ha encontrado en ello ocho metales, hierro, niquel, cobalto, manganeso, cromo, cobre, arsénico y estaño, y cinco sustancias térreas, potasa, sosa, azufre, fósforo y carbon. Pero á pesar de esta analogía de composicion se encuentra en ellos en abundancia el hierro vírgen que no puede darse en nuestro planeta ni en ningun otro que tenga agua y atmósfera, que producirian en seguida la oxidacion.

Los aerolitos no son tan grandes como cree la asustada imaginacion de algunos pueblos y escritores: los mayores son los descritos por Rubin de Celis recogidos en la bahía del Brasil y en Otumba, y cuya longitud no escede de siete á nueve piés.

Su forma indica que provienen de un estallido ó de una percusion, por estar terminados en ángulos y estrías, y la razon ademas nos hace creer que provienen de un núcleo sólido, porque hallando matemáticamente el tiempo que emplean en caer en la tierra, no es posible que tan súbitamente pasen del estado gasiforme al sólido.

De todo lo que hemos dicho sobre las estrellas fugaces y los bólides, se sigue que aun nos queda mucho que descubrir en nuestro sistema planetario, y que cada dia la observacion nos lleva á estudiar el problema de la formacion, conservacion y variaciones, no del universo, sino solo de nuestro sistema planetario, materia tan delicada que exige conocimientos muy profundos en todas ciencias, y tan estensa, que no es posible ocuparse de ella en un corto artículo.

FELIPE PICATOSTE.

LOS DRUSOS Y LOS MARONITAS DEL LIBANO.

El estado de la Turquía es generalmente triste, pero hay en ella algunos dominios en los que la anarquía con su acostumbrado séquito de violencias y crueldades, ha establecido especialmente su asiento. Á estos dominios desgraciados, pertenece en primera línea el Líbano siriaco. En este monte, aun proverbial, á causa de sus cedros que ya han desaparecido, son casi permanentes el asesinato y el pillaje; cuando lo que turba la paz son únicamente robos ó la guerra entre dos pueblos, nadie se cuida de ellos, porque son cosas de todos los dias, pero de tiempo en tiempo corre por el mundo la noticia de violencias horrorosas, de grandes carnicerías, y entonces las grandes potencias por su intervencion sacan á la Puerta de su condenable costumbre de mirar con indiferencia el asesinato, cuando este se halla organizado por los creyentes contra los *perros cristianos*.

Hay razas cuya enemistad no deja en paz al Líbano; los maronitas y los drusos son las mas notables de estas; los maronitas son cristianos que se denominan asi por dos monges de los siglos V y VII, y que ambos se llamaban Maron; no admiten en Jesucristo (al que conceden una naturaleza divina y otra humana) mas que una sola voluntad. En tiempo del imperio bizantino fueron perseguidos con saña como heréticos, pero conservaron su fe y su independencia. En 1736 se sometieron al papa con la condicion de que los habia de dejar sus estatutos particulares, la lengua árabe para el servicio divino, el matrimonio de los sacerdotes, y el derecho de casarse las innumerables monjas. Habitan en un espacio de cincuenta y seis millas cuadradas, en número de unas ciento ochenta mil almas. Sus vecinos los drusos en número apenas de cien mil almas, son un pueblo enigmático; algunos los consideran como francos (europeos) que descienden de los cruzados que quedaron allí, otros los tienen por descendientes de los samaritanos; la tercera opinion, que hace á los arsesinos (1) los padres de esta raza, tiene mas probabilidad. Despues de la irrupcion de los mogoles desapareció la raza antigua del monte y sus descendientes de la historia; pero apenas se puede admitir la opinion de que un pueblo de sesenta mil guerreros y en un monte áspero, se dejase aniquilar completamente; ademas de esto hay cierta analogía entre los asesinos y los drusos; estos tienen como los primeros una doctrina secreta y una cierta clase de sabios y, son igualmente indiferentes respecto á las religiones cuyos ritos son públicos. Segun la relacion del obispo Basilio de Sidon, creen en los profetas del Antiguo Testamento y en Cristo, pero no en Mahoma y adoran á un salvador llamado Hamsa, que dicen ha estado en la tierra siete veces, la última de las cuales fue cuatrocientos años despues de Mahoma y que todavía ha de aparecer una vez para hacer que la religion de los drusos sea la dominante. Los drusos se dividen en dos clases en akul ó inteligentes y en dschahel ó ignorantes. Los akul llevan un turbante blanco, no fuman y tratan de distinguirse por su conducta reservada; forman próximamente la décima parte de la totalidad del pueblo. Los dschahel parece que no observan mas que ciertas prácticas esteriores y se los vé tanto en las mezquitas de Mahoma como en las iglesias cristianas. Los drusos habitan en parte al Sur del Líbano, y en parte en el Hauran al Sudeste de Damasco. La residencia de su emir hasta estos últimos años, era Dejr el Kamr (convento de la Luna) en la parte occidental del Líbano y casi á distancia de tres millas alemanas de Beirut por la parte del Sudeste. En este punto viven maronitas y griegos entre los drusos. La tribu de los ansarios ó anseiris que se compone de unas sesenta mil almas próximamente es tan misteriosa como la de los drusos; habitan en la parte mas al Norte de la cordillera, en los montes Anseiros de donde les viene su nombre. Nada se sabe de cierto respecto á su religion y á su orígen, aunque descienden de los asesinos como los drusos. Burckhardt los llama mahometanos, pero esta denominacion no está en armonía con sus costumbres, pues cultivan viñedos y beben escelente vino.

Los drusos, los maronitas y los ansarios vivieron largo tiempo independientes; aun el poderoso sultan Amurates III no consiguió nada mas que el reconocimiento por parte del Líbano de la soberanía nominal de los turcos. A principios del presente siglo acaeció un suceso que fue la causa de las infinitas contiendas entre los drusos y los maronitas. El emir Beschir, caudillo de los drusos convertido al catolicismo quiso destruir la aristocracia de las grandes familias drusas, las despojó de sus bienes y las desterró al Hauran; pero eso no pudo impedir que volviesen otras veces y se apoderasen no solo de sus bienes sino de los de otros. Cuando el emir Beschir ganaba en la contienda, volvia á confiscar los bienes y los regalaba ó las vendia. Desde entonces el estado de la propiedad inmueble, es el de la mayor confusion; los drusos, y mas aun los maronitas, poseen bienes que han llegado á ellos por tercera ó cuarta mano y que han sido recuperados por sus primitivos propietarios.

Despues que Mehemet-Alí fue echado de Siria con auxilio de los europeos, la Puerta Otomana sometió el Líbano; el célebre Omer Bajá fue el instrumento de que se sirvió; pero asi que llamaron á este, los drusos empezaron á atacar á los maronitas; los combates continuaron durante los años siguientes, y en 1845 llegaron á sus mayores proporciones. Los maronitas se defendian con valor y estaban á punto de vencer, cuando los turcos auxiliaron á los drusos; el resultado de esto fue una carnicería espantosa unida á devastaciones terribles. En el término de dos meses ciento setenta pueblos de los maronitas fueron reducidos á cenizas, doce mil habitantes de los mismos, entre hombres, mujeres y niños, pasados á cuchillo, y muchos obligados á huir á Saida, Beirut y Trípoli. La Puerta entonces, por la intervencion de las grandes potencias, dió una especie de constitucion al Líbano que concedia iguales derechos á los maronitas que á los drusos; los primeros fueron desarmados completamente, los segundos conservaron la mayor parte de sus sables y armas de fuego. Las autoridades turcas fueron demasiado apáticas é indiferentes para terminar definitivamente las disputas acerca de posesion; y cuando en 1846 se restableció la tranquilidad, existian aun doscientos pleitos sobre bienes inmuebles.

En los años siguientes hubo siempre algunos disturbios, pero no se repitieron los combates generales. En 1854 y 1856 la tranquilidad se alteró mas que nunca, en Dejr el Kamar residia entonces un gobernador turco y la ciudad iba obteniendo poco á poco una poblacion esclusivamente cristiana. El bienestar de los laboriosos maronitas se aumentaba por el impulso enérgico dado á la industria: principalmente se crearon muchas fábricas de seda. En estas circunstancias un saqueo general de los cristianos merecia ya la pena. En este año empezaron ya algunos choques; los drusos asesinaron á un monge de Dejr el Kama, sus parientes maronitas le vengaron en los asesinos, y los drusos ejercieron nuevamente su venganza. Esta querella aislada se estendió subitamente hasta llegar á ser un conflicto general; y la circunstancia de que los kurdos del lado del Harutsch, los árabes nómadas del desierto y el populacho fanático de Damasco se presentaron desde los primeros asesinatos, hace suponer la combinacion de un plan que tenia por objeto el asesinar á los cristianos. Los combates empezaron en los últimos dias de mayo; los maronitas se defendieron poco ó nada, por cuya razon el atacar á los cristianos era un juego fácil para sus enemigos sedientos de sangre. Dejr el Makhallis, el convento mas rico de la Siria, y los pueblos de Hadet y Bhabda, tambien muy acomodados fueron atacados los primeros. Los drusos no solo los saquearon, sino que asesinaron á sus pacíficos habitantes, cortando ademas las moreras y los olivos. Cuando estas escenas se continuaron por el Líbano meridional, cuatrocientos cincuenta maronitas de ambos sexos y de todas edades huyeron hacia Sidon donde hay una guarnicion turca. Los drusos persiguieron á estos desgraciados, asesinando hasta el último de ellos en lo cual fueron ayudados por los soldados turcos. En la carnicería que tuvo lugar en los pueblos de la parte occidental del monte, el bajá de Beirut se hallaba presente con seiscientos hombres considerando tranquilamente el combate hasta que concluyó y en el cual sus soldados rivalizaban con los drusos en el saqueo. El gobernador turco de Dejr El Kamar particularmente se condujo de un modo ignominioso; mandó á sus soldados que no tirasen ni un solo tiro contra los drusos que le asaltaban y contestó á los cristianos que le pedian su auxilio que se auxiliasen ellos mismos. Estos se defendieron ocho horas, pero tuvieron que sucumbir porque no tenian agua para beber y les faltaban las municiones. Cuando entraron los drusos el gobernador de la ciudad dejó que redujeran á cenizas ciento treinta casas de los cristianos y que degollaran á todos los maronitas que pudieron coger. El emir druso de Hasbeya se condujo mejor; hizo todo lo posible para defender contra los drusos, aquel punto habitado por cinco mil almas; desgraciadamente cayó herido por una bala, despues que sus tropas irregulares se habian pasado á los drusos asesinando á los cristianos á centenares y violando á sus mujeres. Despues de esto, los drusos unidos con la hez de la poblacion mahometana sitiaron el considerable pueblo de Zahlé; este pueblo habitado por diez mil almas, se halla solo á diez leguas de Beirut. En vano los cónsules generales de las grandes potencias instaron al bajá de Beirut para que enviase auxilio al punto amenazado; cuando mandó doscientos hombres con alguna artillería era ya tarde; Zahlé habia sido tomado y saqueado y sus habitantes asesinados.

Las enérgicas representaciones de las grandes potencias en Constantinopla han hecho que Ismael Bajá sea enviado á Beirut con dos batallones. Los ingleses y los franceses se han apresurado á enviar buques de guerra á la costa de Siria. Se reprimirán los asesinatos, pero no es posible resucitar á los que han muerto ya, ni sacar de las cavernas del agreste Hauran lo mucho que el robo ha conducido allí. ¿Y quién asegura que semejantes horrores no se repetirán dentro de poco? En un país, como la Siria donde los soldados hacen causa comun con los asesinos, y los empleados los proporcionan protectores que pertenecen al gobierno, en un país tal, no hay que pensar en una garantía para la conservacion de una situacion tolerable. Solo marchando de comun acuerdo las grandes potencias y no apartando la vista del Líbano, podrian remediarse estos males. Se hallará tal vez un medio eficaz, mas sin embargo tememos mucho que una de las grandes potencias, destruya la accion colectiva, tratando de aumentar su influencia particular en Siria. La Francia pretende tener un derecho de proteccion sobre los católicos de Oriente; Luis Felipe supo aprovecharse de él, y por medio de los lazaristas que sostienen misiones en Siria, hizo la propaganda para la Francia; Inglaterra opuso á los lazaristas, misiones protestantes que han trabajado con mucha actividad hasta el último tiempo. Ya en 1845 se hizo difícil la pacificacion del país, por la rivalidad que habia entre Francia é Inglaterra, rivalidad que creemos aun mas difícil de acallar, ahora que la influencia francesa ha logrado nuevas ventajas en la Siria.

(1) Asesinos, sectarios ismaelitas que se establecieron en el Anti-Líbano; su nombre, cuya verdadera forma es *Haschischins*, viene del árabe *haschich*, bebida que embriaga; por medio de esta bebida á que deben su nombre, su jefe, á quien llamaban el *Viejo de la montaña*, los ponia en un estado de exaltacion, en el que se figuraban gozar de antemano de la felicidad eterna. Esta secta cometió muchos asesinatos; entre sus víctimas se cuentan, un califa de Bagdad, otro del Cairo, y Conrado, marqués de Monferrato. De ellos viene el nombre de asesino, dado al que mata á otro.

BAÑOS DE ALHAMA DE ARAGON.

Orillas del Jalon, rio de antigua y merecída fama, por ser aquel *Bilbilis*, en cuyas aguas templaban los antiguos españoles, sus espadas tan temibles para los romanos, se alza el pequeño pueblo de Alhama de Aragon, en cuyos términos se hallan los baños de cuya descripcion vamos á ocuparnos.

Conocidos desde el tiempo de los romanos que le dieron el nombre de *Aquæ Bilbilitanæ*, como los señala el itinerario de Antonino, fueron asimismo conocidos por los árabes que les llamaron *Alhama*, que en su lengua viene á ser lo mismo que baños. Su fama, que de tan lejos viene, no se ha eclipsado todavía; antes al contrario hoy que tan en boga se hallan toda clase de baños, hoy que se les preconiza como el mejor remedio para muchas enfermedades, siguen los de Alhama compartiendo con los de Cestona, Archevaleta, Panticosa y demás el trabajo de volver la salud á los enfermos que van á buscar en ellos alivio á sus dolencias.

El pueblo que apenas cuenta de poblacion mas de seiscientas almas, está situado en una vega pintoresca y fértil en estremo, que se estiende suavemente, y va á morir á los piés de la pequeña montaña denominada la Serradilla, y nada en verdad tan bello como el castillo árabe que se ve en la punta meridional de esta sierra, y que presta al paisaje un hermoso aspecto.

La vega cubierta de árboles frutales, el rio cuyas turbias aguas sombrean los álamos y los arbustos, las oscuras tintas de los lejos, los barrancos, las ágrias crestas de la Serradilla, los viñedos que las tapizan y hermosean, la larga cinta de la carretera que blanquea entre los plantíos, todo contribuye á hermosear aquellos sitios en donde el enfermo debe hallar, no solo la salud del cuerpo, sino la tranquilidad que necesita su espíritu fatigado bajo el peso de los dolores físicos.

Efectivamente el paisaje es agradable, y no parece sino que los romanos, sensualistas en estremo, amaron aquellos sitios y los escogieron, al mismo tiempo que por la bondad de los salutíferos manantiales que allí brotan, por la hermosura de la campiña que se estiende á los piés de la pequeña poblacion.

Consérvase todavía y á unos quinientos pasos del pueblo, algo de la fábrica romana, que aumentada posteriormente (1112) constituyó el único establecimiento termal que tuvo Alhama hasta el año de 1827, en que se construyó el otro segundo establecimiento, que son los que hoy existen.

No entraremos en la enojosa descripcion de ambos edificios; poco importan para el caso, ni el número de las habitaciones que cuenta cada uno, ni los patios y galerías que les dan desahogo; como su arquitectura no sea ni con mucho una cosa notable, nuestros lectores nos dispensarán semejante falta, en verdad bastante perdonable; lo que sí diremos es que estas aguas tan justamente célebres, han sido analizadas por el padre Clavera, jesuita, por don José Jordan, por el doctor don Diego Gaviria y otros, entre ellos don Ramon Marconel que dió un análisis mas completo y razonado que los anteriores, aunque no tan exacto como fuera de desear. La temperatura de dichas aguas en ambos manantiales es de 29° de Reamur, y tienen en disolucion oxígeno y gas ácido carbónico. Contiene ademas cada libra de 16 onzas, 6 granos de sulfato de cal, 7 de carbonato de magnesia, 3'5 de hidroclorato de magnesia y 5 de sulfato de hierro. Algunos le añaden el hidroclorato de sosa. Son inodoras é incoloras, de sabor acidulado y de un peso específico igual al del agua destilada, untuosas al tacto, no contienen materias insolubles en suspension, agitadas desprenden burbujas de ácido carbónico, y tiñen las piedras de color verde.

Sus propiedades medicinales son grandes, lo mismo bebidas que en baño y los médicos las recetan en infinidad de casos cuya enumeracion no es de este lugar.

Son estas aguas de las mas notables que tiene España y compiten con las de Seliz en Franfort, las de Luca y las de Mont-Doré, tan celebradas por los estranjeros. La concurrencia á estos baños es numerosa, aunque no tan grande como seria, á no ser España tan rica en aguas termales y poseer en ellas verdaderos tesoros medicinales. Ademas el pueblo, cuya campiña es pintoresca y agradable, no ofrece á pesar de esto grandes atractivos para los bañistas. Su única iglesia gótica se examina en un momento, el castillo árabe que se ve en la Serradilla, á pesar de ser hermoso y estar perfectamente conservado, se visita en un dia: quedále sin embargo á Alhama de Aragon, su rio de aguas turbias, á cuyas orillas se levantan los alamos, su té silvestre que perfuma aquellos lugares solitarios, su viñedo cuyas grandes hojas cubren y hermosean las agrias vertientes de la Serradilla, su vega angosta y cubierta de árboles frutales y las descarnadas crestas de la sierra que hiere el sol con sus rayos.

Este pueblo que guarda los recuerdos de sus antiguos señores los romanos, que lleva como signo de su nueva servidumbre un nombre árabe, tiene sin embargo una muy pequeña historia. Estando bajo el poder de los árabes, el rey Alonso I de Aragon le reconquistó en 1122, hé aquí todo. Bien es verdad que su escaso vecindario, es poco á propósito para tentar la ambicion de los conquistadores, y estamos seguros de que á no ser por las grandes virtudes de sus baños, tan queridos de romanos y de árabes, el nombre de Alhama de Aragon no seria conocido mas allá de las sierras que le rodean.

**

EL LLANTO DEL JUSTO.

A MI AMIGO DON C. RIVERA.

ELEGÍA.

I.

Andaba mucho el pobre peregrino... andaba mucho, si; pero las abrasadoras arenas del desierto laceraban sus piés.

Y la bruma sofocaba su aliento.

Y los rayos del sol, que á plomo caian sobre su cabeza, hacian que sus miembros fuesen inundados por el sudor mas copioso...

Y que la fuerza le abandonase.

Y que la agonía de la muerte abatiese aquel cuerpo, ya débil y caduco por las fatigas y los años.

Solo la idea de Dios podia templar con su inagotable consuelo aquella copia de padecimientos, siendo para él un delicioso bálsamo, como lo es para las flores el rocío bienhechor, al desprenderse durante la noche en brilladores diamantes sobre sus corolas.

Blancas eran sus luengas barbas, tan blancas como la deslumbrante nieve de los Alpes.

Y blancos eran, tambien, los cabellos que rodeaban su frente con una aureola de santa mansedumbres.

Y era su mirada tranquila.

Y la mas sublime piedad se reflejaba en ella.

Y el llanto corria á mares de aquellos ojos, empañándolos con su transparente velo.

Pero aquel llanto no era producido por el desaliento y la desesperacion.

Lloraba, porque aquel llanto le servia de consuelo.

Lloraba, porque aquel martirio le parecia una caricia enviada por el Eterno desde su trono de zafir.

Lloraba, en fin, porque se sentia el mas feliz de los mortales.

Y por eso, aquel llanto era el llanto del justo, que á través de tantas lágrimas ve ante sí abiertos por una eternidad infinita las puertas del Paraiso.

II.

¡Feliz aquel que nunca ha vivido para sí mismo!

¡Feliz el que consagra los mas breves instantes de su vida al inagotable manantial de la vida!

En Dios está la vida...

La vida es Dios mismo.

Porque de él la recibe todo lo criado.

Porque la vida es eterna, como es eterno el mismo Dios.

El da la vida á los hombres, y esta vida, este aliento de sí mismo que nos infunde, lo recoge al separarse de la materia; es suyo, si biene purificado, y si vuelve cubierto con el fango del crímen lo deshecha y abandona en las tinieblas de su olvido...

¡Feliz aquel que nunca ha vivido para sí mismo!

De Dios es la vida.

Solo debemos vivir para Dios.

III.

Débil y enfermizo es el cuerpo del hombre.

Las miserias y las fatigas le hacen sucumbir al mas leve soplo.

Pero el alma es grande.

Tiene por morada el infinito y un asiento cerca del trono de Dios.

El mar puede confundir al hombre, puede aniquilar la materia.

Y el fuego puede, tambien, reducirle á polvo, convirtiéndole en átomos imperceptibles.

Pero el mar, aun cuando se alce con toda su ira en sorprendentes montañas contra el cielo, vuelve á caer sobre su peso y se desploma al conocer su impotencia.

Y el fuego de mil volcanes reunidos se apaga y oscurece mas abajo de ese sol que alumbra el universo entero.

El hombre, despues del Eterno Ser, despues de la mansion que él habita, escede en grandeza á todo lo que encierra la suprema obra de la creacion.

Ni el mar, ni el fuego podrán jamás, atravesando el inmenso espacio, arrastrarse hasta las gradas del trono de Dios.

Hasta el cielo solo puede llegar el hombre.

Allí está su felicidad eterna, allí le esperan un descanso y un placer inefables que no tendrán fin.

¡Dios es grande!...

Bajo sus piés, todo... Sobre su cabeza nada.

El vive en el infinito.

Suya es la vida...

Y Dios admite á su lado á los justos... y les colma de eterno bien!...

¡Dichoso el hombre que es justo!...

¡Dichoso el hombre que vive para Dios!

IV.

Ya los abrasadores rayos del africano sol van ocultándose poco á poco en el Occidente.

Y el cielo en aquella parte se viste de púrpura y de oro.

Y las auras corren y refrescan el ambiente, al pasar con los perfumes que recogen en lejanas tierras.

Y el peregrino llega fatigado al pié de un delicioso oásis, y bajo su sombra descansa.

Alza mil fervientes plegarias al Criador.

Y llora...

Pero como siempre, su llanto es el llanto del justo, que no puede espresar de otro modo su ventura.

Las oraciones que suben á Dios envueltas entre lágrimas, son las mejores, las mas agradables á sus ojos.

¡Bienaventurados los que lloran!

V.

El peregrino duerme, y duerme sobre la fresca verdura.

Y es su lecho mejor mil veces que el de todos los reyes de la tierra.

No le despiertan los cuidados.

La pesadilla del remordimiento no viene á turbar la paz de su sueño.

Sobre la cabeza de un rey pueden alzarse mil anatemas sangrientos.

Sobre la cabeza del anciano peregrino solo se alza la bendicion del Rey de reyes.

Los reyes no lloran; porque no saben llorar nunca, porque su primeras lágrimas llegan á secarse ó las enjugan una vez con los pliegues de su púrpura, para no brotar jamás.

Y el peregrino llora siempre, porque no tiene púrpura para secar sus lágrimas.

¡Bienaventurados los que lloran!

VI.

La noche estaba quieta,

No hacia calor, pero tampoco dominaba el frio.

Bien pudiera decirse que aquella noche era la mas deliciosa noche de primavera.

El blando céfiro suspiraba dulcemente por entre las ramas de las gigante palmeras, llenando de gratas armonías aquel venturoso oásis.

. . . .

Una música estraña, como nunca pudieron percibirla los oidos del hombre, despertó al peregrino en su sueño.

Una aureola de fuego rodeaba su cabeza.

Una fruicion divina estremecia sus miembros de la manera mas grata.

Miraba en torno suyo, como asombrado...

Creia soñar, que la razon le abandonaba.

Y alzó sus ojos al cielo.

Y vió un ángel que bajaba, y que en sus manos traia una corona de blanquísimas azucenas.

Y el ángel la colocó sobre su cabeza, y atrayendole hácia sí, le decia:

—«Dios premia tus virtudes.

Has sabido adorarle, y paga tu amor con una eternidad de gloria.

Ven, que te espera en su trono, rodeado de ángeles y de querúbes.

Tú eres justo...

Dios bendice á los justos.»

. . . .

Y el ángel subió á los cielos, rasgando el espacio y estrechando entre sus manos las manos del peregrino.

Y mil coros repetian desde la altura:

«Dios bendice á los justos.»

—Bienaventurados los justos, porque de justos se rodea eternamente el trono del Señor.»

VII.

Amaneció el dia.

El sol volvió á salir tan caluroso y sofocante como el anterior.

Las arenas quemaban.

Parecia que aquella atmósfera era una atmósfera de fuego.

El peregrino jamás volvió á salir de aquel oásis para continuar su penoso viaje.

¿Qué fuera del peregrino?...

Dios le llamó hácia sí...

Voló del mundo de las miserias, para vivir en la gloria de la inmortalidad.

¡Bienaventurado el que llora!...

¡Bienaventurado el que llora y es justo!

MANUEL VAZQUEZ TABOADA.

MAS VALE PRECAVER QUE REMEDIAR.

I.

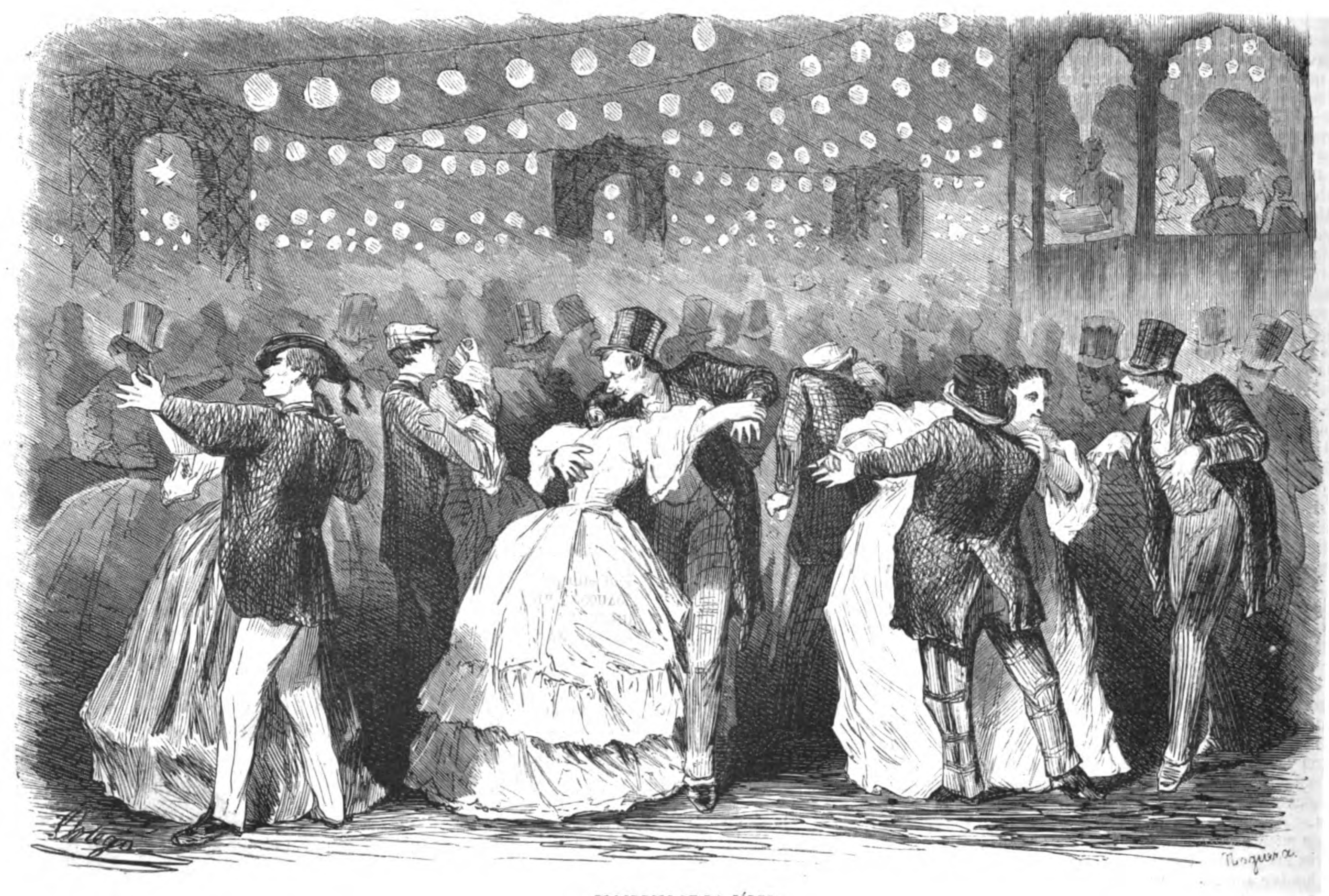
Con el chambergo atrás á lo pastor, capa mas arrastrada que caida, brazos de péndola, mirar solitario y de perpétuo guiño, como tuerto de ley y pasos de palomino atontado, haciendo mas zetas en su camino que párvulo en las planas de su escuela ó amanuense andaluz de cartulario fariseo, en los perjeñados autos de lucrativo proceso, iba en una noche de marzo del año de gracia de 1613, destemplada como chiribitil de estudiante y parda como voz de sochantre en ayunas, un caballero sin mas caballo que el de San Francisco, aunque con trazas de hijo-dalgo, pues á pesar de la andrajosa cubierta del vicio, que dejaba al aire el hilo de sus torpes liviandades, hijo de algo debia de ser sin duda el vistoso atavío de su persona, revelado en la brillante hebilla de plata de su zapato, la finura del encaje de su golilla de Malines, y la ancha, rizada y enhiesta pluma de su sombrero genovés, amen de todas las demás prendas de su traje, pese al descortés refrancico de—El hábito no hace al monge,—que siempre los trapos han dado la medida de la importancia del que los viste á quien no ve un palmo mas allá de sus narices; miopía de que todos adolecemos un tantico á despecho de la filosofía del mas fanático secuaz del cínico Diógenes, dicho sea con perdon de la descamisada escuela filosófica.

Mi hombre, pues, y no hablo en plural, porque yo soy uno solo y bueno es no empezar mintiendo, para ahorrar á mis lectores el trabajo de esclamar al hallarse con la firma de este artículo—Si en lo que vemos nos quiere hacer lo blanco negro—¿qué no hará en lo que sabemos por boca de ganso?—¿Si aquí nieva, que será en la Sierra?—Y tendrian razon para anegarse en ella los susodichos, y yo que tan mal no los quiero, que al prójimo como á tí mismo, diré continuando mi relacion, que el hombre de las zetas, habia bajado desde que lo encontramos, la calle de la Luna, y al llegar á la de San Bernardo, torció á mano izquierda sus retorcidos pasos, y oblicuándose luego un poco á la derecha, penetró en la *Travesía de la Parada*, que estaba á semejantes horas mas desamparada de ruido que de nombre, y mas negra que ventana narigal de tabacoso vejestorio.

Antes de que mi hombre se aventurase por aquella boca de lobo, como pasion no quita conocimiento, echó mano á su ropilla y desenvainando, no la toledana que salia sin que la llamasen, entrometerse en sus piernas para enderezarlas, avergonzada de la debilidad de su dueño, si no una linterna sorda, que á prevencion llevaba para reemplazar sin duda en trances apurados, como



BAILE DEL ELISEO MADRILEÑO.



PROGRESOS DE LA CÓRTE.

el presente, á la linterna de su rostro, apagada á todas horas, desde que acrecentó con sus lágrimas las corrientes de este valle, y con cuya luz logró descubrir los agudos colmillos de las aceras que amenazaban su persona, poniéndonos al mismo tiempo á nosotros sus reflejos, en disposicion de inquirir las dotes naturales de este aventurero, que salvo lo del ojo, casi nada le faltaba, por llevarlo como quien dice en la mano, para ser un gallardo mozo; antes al contrario sobrábale el acotorrado pico de su nariz desvergonzada, que á no ser por este inoportuno aumento de sentidos, ó mas bien, de recipiente olfatorio, ancho espejo donde se reflejaba, con amorado tinte, su esquisito amor á la fruta de Noé, nada hubieran tenido que echarse en rostro las partes constituyentes del rostro de mi mancebo.

La luz de la linterna, pareció iluminar por un momento el enmarañado ovillo de sus ideas, porque deteniéndose á la entrada de la calleja, arregló sobre sus hombros la enlodada capa, que de escoba de villa habia servido en el trayecto de su marcha, calose el chapeo encima de la oreja izquierda, posó la mano idem en los gavilanes de su espada y adelantó por la acera con mas firme planta, canturreando por lo bajo, en tono de seguidilla, una obscena sátira del mordaz Villamediana, hasta que habiéndosele ido el santo al cielo, con su entusiasmo rufianesco, olvidose seguramente del objeto que allí le encaminaba y no alumbrando para él los rayos de su linterna, mas que los de su razon en aquel instante, topó de manos á boca con unas tapadas, que escondidas en los anchos pliegues de sus mantos, y como en acecho de alguno estaban ya hacia largo rato arrimadas á la pared, sin chistar ni paular, cosa estraña en las hembras de todos los tiempos.

—¡Quién va!—gritó el calamocano, retrocediendo y dejando caer la linterna, que gracias á la fortuna de los *pintones*, no se apagó con el golpe.

—Repórtese usarced señor don Cárlos, y antes desnude la lengua, que el acero; pues al enemigo con quien tendrá que habérselas, mostrarle debe el habla, libre como el pecho, para no vender con la torpeza de sus palabras, la emboscada de sus sentimientos, dijo adelantándose una de las recatadas damas y recogiendo del suelo la linterna, que aproximó resueltamente á la faz del llamado don Cárlos.

—Sí, vos sois, prosiguió despues de haberlo examinado muy á su sabor, sin que el caballero diese con el vidrioso cristal de su único ojo, el menor destello de pesar ni contricion, por la tormenta que presagiaba el tono con que la mujer le habia interpelado.

—Vive Cristo, mi señora doña Estrella, que por las que ahora alumbran desde el cielo el de vuestra hermosura sin rival que no os habia conocido.

—Hubiéraislo intentado mucho tiempo antes y de ese modo ahorrarais á entrambos la pena de un desengaño, á vos por las citas y billetes que me habeis dado y escrito en pos de una esperanza loca, y á mí, por la confianza que llegué á tener en vuestras promesas, falsas como vuestros pasos, livianas cual vuestro pensamiento.

—Pero, vamos claros, señora mia, ¿quiere esplicarme sin ambajes ni circunloquios, que no estoy en camino de traducir, lo que significa, en esta para mí desventurada noche, ese tono de dómine gruñon, con que estais dejando mal parados mis oidos desde que nos hallamos frente á frente en nuestra cotidiana cita?

—Significa señor don Cárlos que se os cayó la piel de Leon con que alucinásteis mi inesperiencia y he visto las orejas al lobo, por no decir el verdadero nombre del personaje de la fábula de Esopo á quien os comparo en este momento.

—¡Señora! no es de esclarecidos linajes poner á prueba la hidalguía de un caballero, ni el lenguaje que empleais para reconvenir la falta de que aun no me doy cuenta es el que mejor cuadra á los labios de una dama que por tan principal quiere pasar á mis ojos.

—Al vuestro, caballero, no empecemos disfrazando la verdad.

—¡Y asi me hablais, doña Estrella!

—Sacad la espada norabuena y castigad mi demasía si os place, aunque solo atendais á los instintos de vuestra razon estraviada, porque de este modo habreis puesto el colmo á la iniquidad de vuestras acciones.—Chistoso es por demás que quien viene de una orgía se ofenda de las justas palabras de una doncella ultrajada y tenga que taparse los oidos para no ruborizarse.—Acabemos de una vez, don Cárlos.—Habeis jugado conmigo con cartas señaladas, he visto despues el desleal teje maneje y me retiro.—¿Por quién me habeis tomado para pretender con músicas de alborada y recados de dueñas y pajes, y paseos á caballo por delante de mis ventanas, dando que decir á los demás, sojuzgar mi corazon y atraerlo hácia vuestras redes, si estaban llenas de tórtolas infelices, cuyas plumas os entreteniais en arrancar, para que sirviesen despues de alfombra á los piés de vuestros amigos, en la impura estancia de sus desenfrenadas bacanales?—Llegué á teneros un poco amor, seducida por las emponzoñadas flores de vuestros galanteos; pero gracias á mi suerte, no ha llegado el veneno de su caliz á asfixiar las facultades de mi entendimiento, y don Cárlos de Lara no podrá jactarse en público pregon de que doña Estrella de Pome ha llegado á entrar en la noble gerarquía de sus inmundas mancebas.—Adios señor don Cárlos.—De cuerdos es evitar, sin saña, las consecuencias de un error y mire por qué tomo á risa desde el principio un asunto harto enojoso para mí.—Que el cielo os dé mejor fortuna en otra pesca, que en la presente no mordió el pez el anzuelo.

Diciendo esto, arrojó la tapada al suelo la linterna que del choque se hizo mil pedazos, y con leve pié, alejose del sitio de la entrevista, seguida de su compañera.

Quedóse don Cárlos dos veces ciego, de luz y de furor, que nada hay que altere tanto nuestro espíritu, como el hallarnos defraudados en nuestras esperanzas y cogidos en el garlito de nuestras miserias; por lo que fue tanto lo que se corrió de verse burlado en sus asechanzas el caballero, que se puso al instante en persecucion de la tapada, echando sapos y culebras por aquella boca y con no muy santas intenciones.

—Por vida de tantos y cuantos que me las has de pagar, gruñia entre dientes el mancebo, dando cada traspié capaz de desempedrar la calle, hasta que parándose delante de una casa, que se le antojó ser la de su pretendida doncella.

—Aqui es, dijo esforzándose por mantenerse firme.—Voy á escalar sus ventanas y donde quiera que la encuentre desde ahora hago el solemne juramento de sellar con mi diestra labios que mancillaron el lustre de mi fama; y el escándalo de este suceso, cayendo sobre la frente de quien abusó de la impunidad que le diera mi hidalguía, me vengará cumplidamente del agravio que por primera vez recibo de una mujer insensata.

Y con tan buenos propósitos que ponen de manifiesto los puntos que en el de caballerosidad calzaba nuestro héroe, á pesar de llamarse de Lara, empezó á trepar por una reja y hallando abierta la ventana del piso superior, entróse de rondon en un aposento iluminado débilmente por una *mariposa* ó siquier lamparilla, que resplandecia con tristeza, en una rinconera de la habitacion.

Pero Dios que en sus altos juicios dispone las cosas de un modo muy distinto del que el hombre se propone, hizo que don Cárlos equivocase en su rabia y en el lastimero estado á que el culto de Baco le reducia, la casa de doña Estrella, librándola asi de la mancha que sobre su limpia reputacion pretendia arrojar aquel desalmado, y que se introdujera en la de un hábil tintorero, á cuyo taller iban todas las descoloridas *granas* de la Plaza Mayor que merced á sus hábiles tintas, volvian á las tiendas de los mercaderes, con un color mas subido que el que trajeran de las fábricas.

(Se continuará.)

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

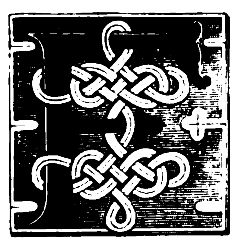
DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 35. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.: tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 26 DE AGOSTO DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.


acilmente se comprenderá que cuando los partes telegráficos en lo que toca á Italia son tan contradictorios desmintiendo hoy lo que anunciaron ayer, y rectificándose mútuamente en el mismo dia aun los de igual procedencia, no podemos seguir el hilo de los sucesos sin peligro de errar, como no sea aguardando á que los hechos sean plenamente consumados y oficiales para anunciarlos. Por eso debemos abstenernos de dar por consumada la invasion de Garibaldi en territorio de Nápoles, invasion que hace tres dias vienen afirmando los partes del estranjero y que segun ellos debió verificarse el 25 del corriente. Las cartas que se reciben de Palermo hablan de los preparativos que hacia el dictador para el desembarco y esponen sus planes con una estension y un aplomo, que no parece sino que el mismo Garibaldi los ha hecho publicar en el Diario Oficial. Sin embargo, es seguro que aunque el célebre general haya manifestado la intencion de arrojar de Nápoles á la dinastía de Francisco II, de sustituirla con la de Victor Manuel y de unir las dos Sicilias al Piamonte, á nadie ha comunicado ni podido comunicar los medios de ataque de que piensa valerse, el lugar ni el tiempo del desembarco. Tenemos, pues, muchas de las noticias que de allá vienen sobre los planes estratégicos del dictador por una invencion de novela, Garibaldi es un héroe de la edad media; y así como muchos de aquellos héroes y cumplidos caballeros tuvieron sus cronistas y sus bardos que recogieron fielmente sus palabras y contaron sus hechos trasmitiéndolos á la posteridad, del mismo modo este campeon de Italia, contra su voluntad seguramente, ha venido á encontrar á su lado un aspirante á historiador y cronista que no se para en barras para dar interés á sus descripciones. Tal es el novelista Alejandro Dumas. Sin desconocer sus méritos para disponer en forma novelesca y atractiva las narraciones que recoge en su país y en los agenos, no podemos reconocerle otros mas importantes, sobre todo el de la veracidad histórica y el de la modestia. Sabida es la manera con que correspondió á la acogida que se le hizo en España en 1846 cuando con el título de marqués de la Pailleterie vino agregado á la comitiva del duque de Montpensier, y cómo reconvenido por amigos suyos por los desatinos que escribió en su viaje á España, contestó que la ficcion gustaba mas á los franceses que la verdad y que una novela se vendia mejor que una historia concienzuda y exacta. Hay, pues, que desconfiar de lo que venga por conducto del señor marqués de la Pailleterie y atenernos al grano de lo que resulte comprobado, porque con la idea que este escritor tiene de sus compatriotas los franceses, prefiere agradarles á instruirles y sacrifica siempre lo instructivo á lo agradable. Ahora bien, muchas de las noticias que hallamos en los periódicos de la nacion vecina proceden de esta fuente porque el señor marqués va y viene de Francia á Sicilia y de Sicilia á Francia, dándose toda la importancia de un amigo y cronista de Garibaldi, cuyas memorias está publicando.

Lo que hay hasta ahora de cierto en las cosas de la Italia Meridional, es lo mismo que habia la semana pasada: que de un momento á otro se espera la invasion; que en Nápoles reina la mayor anarquía; que de la córte se ha apoderado el temor; que piensa retirarse á Gaeta, guarnecida por los regimientos de la guardia real; que la tropa pide que el rey combata á su cabeza, lo cual es un signo fatal para el trono de Francisco II y que las deserciones son innumerables en su ejército. La actitud de las potencias de Europa es hoy la misma que desde el principio de la invasion de Sicilia: no hay intervencion ni á favor de Garibaldi ni á favor del rey de Nápoles. El conde de Rechberg de quien se decia que amenazaba con enviar fuerzas en auxilio de Francisco II, no ha hecho semejante amenaza: de la alianza íntima con las tropas de Lamoriciere tampoco ha vuelto á hablarse; de manera que el rey de Nápoles se defenderá solo sin auxilio de nadie cuando sea atacado. Así si triunfa, será mayor su gloria; pero hay que desconfiar de que logre coronarse con los laureles del vencedor, porque aunque su ejército es tres veces mayor que el de Garibaldi, la opinion popular le es adversa, las tropas mismas no están muy seguras en su fidelidad al rey por efecto de recientes descalabros y frustradas esperanzas, y Francisco II carece de generales capaces de oponerse con éxito al vencedor de Sicilia.

Háse hablado mucho estos dias del resultado de las conferencias de Töplitz celebradas entre el emperador de Austria y el príncipe regente de Prusia. El *Nord*, periódico de Bruselas, inserta en uno de sus últimos números el convenio que supone celebrado entre estos dos príncipes, y dice que quedaron de acuerdo en sostener la integridad del Imperio Otomano, en que Austria defenderia por sí sola á Venecia si era atacada por italianos, en que Prusia la auxiliaria si era combatida en los Estados alemanes y en que el regente procuraria reconciliar al emperador austriaco con el de Rusia. Todas estas noticias, sobre las cuales se han hecho estensos comentarios en la prensa, vienen desmentidas por un parte telegráfico, segun el cual los periódicos oficiales de Prusia las niegan de un modo terminante. A decir verdad, no puede saberse lo que pasa en una conversacion entre dos personas á no ser que uno de los interlocutores lo publique, y aun así muchas veces no se sabe á ciencia cierta. Lo único que hasta ahora hay de exacto es que el emperador y el príncipe regente se presentaron aquel con uniforme prusiano y este con uniforme austriaco, que se dieron la mano, que comieron juntos y que se separaron al cabo de breve tiempo y al parecer muy satisfechos el uno del otro. Pobre resultado ciertamente, si fuera el único, de la entrevista de estos dos personajes.

Nuestros periódicos han hablado de un proyecto de entrevista entra la reina de España y Luis Napoleon, entrevista que se verificaria en San Sebastian; pero hasta ahora no hallamos confirmada la noticia en ninguno de los diarios que se muestran bien informados y que están mas cerca de lo que pasa en las regiones ministeriales y supra-ministeriales. El itinerario del viaje de la córte sigue invariable como se fijó al principio: primero Alicante, luego las Baleares, despues Cataluña, y últimamente las Vascongadas y Zaragoza. Segun nos escriben de los diversos puntos que ha de recorrer la régia comitiva, en todas partes se preparan por las autoridades y corporaciones grandes festejos para obsequiar á los ilustres huéspedes. En Cataluña se dice que estos festejos serán estraordinarios y dignos de la descripcion que se nos promete. EL MUSEO, que se preparó para complacer á sus suscritores con la narracion del viaje que en el año anterior hizo la córte á Galicia, se ha preparado tambien para describir lo mas importante de la proyectada escursion de este año.

Han llegado á Madrid el 22 los enviados marroquíes y esperan aquí, segun parece, la venida de la córte que se verificará hácia el 3 de setiembre. Desembarcaron en Valencia, de allí vinieron á Aranjuez y de Aranjuez á esta capital. En Valencia han tenido un gran recibimiento que les ha dejado muy complacidos: alojáronse en la fonda del

Cid, preparada de antemano para ellos; las autoridades salieron á recibirles y les han acompañado á todas partes: ha habido paradas, banquetes, paseos y hasta discursos; en una palabra no han podido ser mas obsequiados. En Aranjuez se hospedaron en la fonda de la Regina, y en Madrid en el palacio de Buena-Vista, adornado tambien préviamente. Un periódico dice que el general Ustariz, como conocedor profundo de las costumbres marroquíes, es el que se ha encargado de decorar las habitaciones destinadas á SS. EE. El Hadyi Abd-er-Rahman el Chorvi, el Hadyi Hamed y su comitiva: y añade que el general Ustariz ha desempeñado su comision con el celo, actividad y buen gusto que tanto le distingue. Uno de los enviados, segun se nos ha dicho, habla bastante bien el español con acento andaluz muy cerrado, que será acaso el acento de su país; y algunos de la comitiva han estado ya en España otras veces.

Va á comenzar el año cómico y aun no tenemos noticias positivas de la formacion de compañías. Solamente la de Zarzuela ha presentado su composicion ya oficial. Tenemos, pues, asegurados, solamente el teatro de Jovellanos y el del Príncipe, que como ya digimos que correrá á cargo del actor Delgado, aunque ignoramos con qué compañía.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONTINUACION.)

XI.

Nuestro ejército antes de pasar á Africa fue invadido en Algeciras por *el cólera*; el señor Cervino ha querido poetizar esta desgracia y nosotros no diremos que haya sido mala su intencion, pero sí que no ha encontrado la manera: se ha escapado por *la tangente* apelando al medio mas fácil, y mas vulgar por lo mucho que se ha usado: no ha habido escritor de poema que al encontrarse con la *peste* en el asunto histórico que se ha propuesto cantar, no haya apelado al cielo ó al infierno, para echarles la culpa de la infeccion: aun asi pudiera perdonarse este recurso al señor Cervino, si al usarle hubiera sabido ser tan poeta como muchos de los que antes que él han atribuido á influencias superiores el terrible azote de una enfermedad mortal y contagiosa.

Pero el señor Cervino se arrastra: no se encuentra en el período en que pretende poetizar la invasion del cólera en nuestro ejército, un solo pensamiento elevado: continuan la trabajosa elaboracion del verso, la absoluta carencia de entonacion, de sentimiento y de imágen: la mala prosa, mal rimada, continúa siendo la forma ó mas bien la manera: el mismo señor Cervino va á darnos la razon en los siguientes versos que pertenecen á la escitacion del demonio Malek, esto es, del demonio Rey, á los otros diablos:

«Id: desatad los vientos
»Las crudas sirtes bramen,
»*Llamad de allá* del Este
»Asoladora peste;
»Gozad en los lamentos
»Del hambre y la miseria y la matanza,
»No tengamos piedad (1): no haya esperanza. (2)
Asi dijo Malek, y al punto mismo
Rugió la mar, *encapotóse* el cielo,
Crugió la tierra, y retembló el abismo.

Para que nuestros lectores comprendan hasta qué punto es pobre la imaginacion del senor Cervino, copiamos á continuacion la filípica que lanza Luzbel al infierno:

«¡Miserables! Desaire y mas desaire (3)
»Sufriendo estais, y ¡en tierra solamente
»Combatís á esa gente! (4)

(1) ¿Cuándo ha podido tener piedad el infierno?

(2) ¿Quién no debe tener esperanza, el infierno, ó los combatidos por el infierno?

(3) No comprendemos á qué viene la frase *desaire y mas desaire* en este lugar, como no sea que venga á servir de consonante «desaire» á «aire»: ¿quién desaira al infierno? ¿El cielo, que hace inútiles las malas artes de los diablos contra los españoles? pero no puede decirse sériamente que Dios desaira á Satanás: es esta una frase ante la cual la crítica se detiene sorprendida, y no encuentra nada mejor que hacer, que pasar de largo en busca de un mas digno objeto en que ocuparse: esta frase, mas que otra cosa, es una inesperada salida de tono.

(4) Somos muy torpes, sin duda porque no tenemos al lado un espíritu sábio que nos ayuda á salir de la formidable empresa en que nos hemos metido; confesamos ingénuamente que no comprendemos lo de: «¡y en tierra solamente combatís á esa gente!» ¿Es que los diablos han bajado ó subido á la tierra y andan revueltos con los moros, lidiando contra los españoles, ó es que solamente combaten á los españoles que están en tierra, dejando tranquilos á los que están á bordo en la escuadra, ó es que Luzbel quiere que el infierno combata á los españoles aun allí donde no están, en el aire y en el abismo? Lo repetimos: no lo entendemos.

»Arrio, Julian, don Opas, vil canalla! (1)
»¿A qué nuestro poder? (2) viciad el aire (3).
»Dejad ya de jugar con la metralla. (4)
»En mas ruda faena
»Contaminad los vientos (5)
»Lanzad contra la cruz los elementos.
»O juro á Aquel que en los espacios truena... (6)
»No dijo mas Luzbel.» (7)

¿Qué diferencia encuentran nuestros lectores entre lo que dice Malek y lo que dice despues Satanás? El uno y el otro dicen al infierno que desate los vientos, que contamine el aire: este infierno es tan remolon como la musa del señor Cervino: hay que mandarle cien veces una misma cosa, sin lograr que nunca la haga bien, como se deduce de lo que sucede á continuacion segun el señor Cervino.

Al final del libro primero sobreviene una batalla, y el poeta esclama:

¡Ay! la primera hueste (8)
Ya sin socorro en Almagreb campea,
¡Ay! la primera sangre (9)
Del español ya *humea* (10)
Tuya, Echagüe (11) en tu dedo que señala
Del honor el camino esplendoroso
Clava el infierno enrojecida bala (12)
De tu noble ademan *envidïoso*. (13)

El señor Cervino al ver aquella sangre no puede contenerse: siente cierto temorcillo y grita como aquel á quien van á matar:

¡Acudid, acorred: Prim, Ros, O'Donnell,
Esperanzoso O'Donnell que tremolas
De jefe principal limpia bandera (14)
Pasad: vuestros hermanos en Anghera
Dos son contra dos mil!

Y hé aquí que el señor Cervino ha echado fuera una batalla sin describirla. No decimos nosotros que sea necesario que la describa; pero por una nota que el autor aplica á este lugar, se comprende que si no la ha descrito no ha sido porque le hayan faltado deseos de ello: ved la nota:

«Accion del 22 de noviembre de 1859. Parte oficial del general Gasset, en el mismo dia y desde el Serrallo, al general en jefe; y parte telegráfico de este al gobierno, en 29 del propio mes, donde dice: «El general Echagüe mejor: ha perdido la *yema del índice* de la mano derecha y un poco del hueso»: etc. Véanse las Gacetas y periódicos.»

(1) No es á esta vil canalla á quien dirige el principio de su filípica Lucifer: á esta vil canalla la llama para tenerla á mano, y lo que sigue lo manda Luzbel al infierno. Es como cuando en una situacion dramática, un personaje interrumpe su declamacion para llamar á cuatro comparsas que nada tienen que ver con lo que ha dicho ni con lo que va á decir: ejemplo:

¡Ciego estoy de furor! ¡viles vasallos!
¡Asi me obedeceis! (¡Hola, escuderos!
¡Bribones! ¡acudid!) Mi furia estalla!

(2) Esta interrogacion de Satanás prueba lo que hemos dicho en la nota anterior. El príncipe de las tinieblas no puede decir «nuestro poder» hablando con Arrio, Julian y Opas, que son condenados (segun el señor Cervino), y no demonios. Luzbel no puede compartir su poder sino con el infierno; con los que un dia fueron con él ángeles gloriosos.

(3) Pedimos á nuestros lectores perdon por lo que vamos á decir: este mandato del diablo obliga al lector á que se lleve las manos á las narices.

(4) ¡Zape! Solamente al señor Cervino puede ocurrírsele calificar de juguete á la metralla. Preguntad al que, formando parte de una columna de ataque, haya visto volar á sus compañeros hechos pedazos por un bote de metralla disparado á un tiro de pistola de distancia, si se puede decir que se juega con la metralla. Es verdad, nosotros asi lo creemos, que el señor Cervino, no ha querido decir esto, sino á saber: dejad ya de jugar la artillería, de manejar la artillería, ó de jugar la metralla: tanto da: la preposicion varía el pensamiento, pero hace falta para la medida del verso.

(5) Repeticion inútil de la frase «viciad el aire.»

(6) ¿Qué es lo que quiere decir Satanás? ¿Amenaza á Dios, ó reconoce el poder de Dios, y se refiere á él para aterrar á los suyos? Si lo primero, es un alarde inútil; si lo segundo, es imposible. De modo que no se comprende al señor Cervino.

(7) ¿Y para qué mas, si no necesitaba decir tanto?

(8) Es decir, el primer cuerpo de ejército.

(9) Estos ayes del señor Cervino nos recuerdan á un cantaor de nuestra tierra que entona *la caña*.

(10) Esto no quiere decir que los españoles tengamos primera, segunda, tercera ó cuarta sangre, sino que se vertió por primera vez sangre española en la última campaña.

(11) Probablemente cuando hirieron al general Echagüe en un dedo habria ya algunos soldados heridos en el corazon. Pero el soldado es el héroe desconocido, segun la hermosa frase de Ros de Olano.

(12) Pase lo *enrojecido*, no queremos que se nos tache de demasiadamente nimios: pero lo de clavarse una bala en un dedo, no puede pasar, porque una de dos: ó los moros tiraban con perdigones y fue un perdigon lo que se clavó en el dedo, ó siendo una bala mas gruesa ó tan gruesa como un dedo de los que se usan generalmente, si se clavó en un dedo, aquel dedo debia ser de un volúmen estraordinario: un dedo de giganton. Ademas, no puede decirse que una bala se clava: la bala hiere, penetra, traspasa, pero no se clava; sus condiciones son enteramente opuestas á las del clavo. ¡Válganos Dios! Aquí vendria otra vez de molde el pareado de Boileau, que ya hemos citado.

(13) Prescindamos de la diéresis innecesaria que por una cuestion de sonido echa encima del adjetivo el señor Cervino: pero no podemos prescindir de la tribialidad que se advierte en este lugar: el infierno sigue pugnando: le causan envidia una actitud noble, un dedo que señala el camino del honor, y envia una bala á que se clave en aquel dedo: el español herido por el infierno, no es temible mas que cuando señala, y el infierno, para no ensañarse, hiere el dedo, castiga el señalamiento, no mata al general valiente, que lleva á sus tropas por el camino del honor. De lo que resulta que los diablos del señor Cervino, si no son santos son tontos, y merecen por lo mismo desaire tras de desaire.

(14) ¡Qué empeño tan contumaz de crear imágines falsas! ¡Qué figuras tan violentas!

Si mas adelante el señor Cervino describiera algun combate, creeríamos que solo quiso citar el del 22 de noviembre: pero no hay un solo combate descrito, porque no pueden llamarse descripciones los trozos que vamos á copiar á continuacion:

Accion del 30 de noviembre, segun el señor Cervino.

Mas de pronto Satan que no dormia, (1)
Las de Anghera y Belzú kabilas fieras
Volvió á *estrellar* contra el cristiano campo.
¡Inútil afanar! ¡vana porfía!
Prestos cual vivo lampo (2)
Gasset y Sandoval y otros valientes
«¡Fuego!» dicen: y truenan los fusiles
De Madrid y Borbon y Talavera;
Y los hijos de Agar *ruedan á miles*
O al robledal se acogen de Bullones
Huyendo de Makenna y sus peones.
Tambien allí la sangre generosa
Corrió del español.

El señor Cervino recomienda por medio de una nota á los curiosos que quieran saber lo que pasó en aquella accion, las *Gacetas del tiempo*.

Accion del 9 de diciembre.

Ya la enemiga
Falanje á los reductos se abalanza
De Isabel y Francisco: el *ominoso*
Muslin pendon avanza.
¡Al arma campeones!
¡Que os dominan el foso!
¡Que van á arrebataros los cañones!
¡Fuego, artilleros, fuego!
¡A ellos que huyen! Chiclana, que ya vuelven
Con ímpetu mas ciego!
¡Castilla, que os envuelven!
¡Saboya! ¡que os amagan! ¡Arapiles!
Truenen vuestros fusiles! (3)
¡Qué confusion! ¡qué horribles confusiones!
¡Qué horrible mortandad! El sol *besaba*
Ya las ásperas crestas del Bullones,
Cuando una y otra hueste comenzaba
A cejar en su ardor (4). Huyen los moros,
Al cielo y á la tierra amenazando (5)
Mal reprimido su furor violento
Y el español, cadáveres pisando, (6)
Tórnase al campamento.

Una nueva nota dice al curioso que si quiere saber mas vea las Gacetas.

«Acciones para proteger las obras del camino en los dias 12, 17, 20 y 22 de diciembre, véanse en las Gacetas los partes oficiales del general en jefe fechados en el cuartel general del campamento á 18, 21, 22 y 27 del espresado mes.»

Esta nota es un proceso contra el señor Cervino: él no describe nada, pero no quiere que sus lectores se queden sin saber lo que ha sucedido en Africa, y los envia á la *Gaceta*, de la cual en esta parte viene á ser un índice minucioso é inapreciable el *poema* del señor Cervino.

Respecto á las acciones citadas en la nota no se encuentran en la obra del señor Cervino mas que lo siguiente:

A cada paso en la naciente via
La escuadra y el compás del ingeniero
Afírmanse de sangre en su reguero.
¡Cuantas lides allí!

Accion del 15 de diciembre.

Aun la oracion duraba
De los pios guerreros en el labio
Y ya el ungido á bendecirlos iba
Cuando su furia brava
Benisidel aviva
Y en irrupcion frenética se arroja

(1) Que no se descuidaba.

(2) Como un relámpago.

(3) Este es un verdadero jaleo en la acepcion genuina de la frase. Si esto no es jalear al ejército, venga Dios y véalo. No parece sino que... pero respetamos á nuestros valientes, y por ellos no decimos todo lo que decir pudiéramos acerca de este pasaje. ¡Oh Academia!

(4) ¡Por Dios! cejar en ardor no se puede decir: se dice solamente cejar, porque esta palabra encierra por sí sola una idea completa. No ha debido usar tampoco esta palabra tratándose de nuestro ejército el señor Cervino: cejar es perder terreno: esta palabra aplicada á una accion significa lo mismo que ir perdiendo el campo: y esto no es verdad, ni se debe decir, respecto á la accion citada: hay mucha diferencia entre cejar ó retirarse: á veces quien vence se retira vencedor á sus anteriores posiciones. Ademas, cuando se ceja se ha perdido el ardor: el señor Cervino ha querido decir: empezaron á perder ardor.

(5) El que huye teme y el que teme no amenaza, ni piensa en ello; en lo que piensa es en correr ligero, para poner mucha tierra de por medio entre el peligro y él.

(6) Tal vez en este lugar podria usarse el verbo oprimir de la manera siguiente:

Y el español, que su victoria canta,
Tórnase al campamento,
Oprimiendo cadáveres su planta.

Esto no pasa de ser una observacion que no defendemos: creemos mas bien que aquí ha debido usarse el verbo hollar.

El verbo pisar en este lugar representa cansancio ó indiferencia: no se pisan los cadáveres: nunca se cubre de tal modo el campo que sea necesario andar sobre ellos.



Contra el cristiano cuya *fe le enoja* (1).
¡Oh! ¡como *aturde* el bárbaro alarido
De Anghera y de Belzú! La nube parda
Que levantan de polvo (2), se ennegrece
Con la de humo que lanza la espingarda
En mil y mil *tronidos*.
Por vez primera estraños estandartes
Agitan con horrible gritería:
Y el infierno (3) *vomita* en todas partes
Africanos peones y ginetes.

Hasta aquí se advierte una descripcion en términos generales, pero en el momento en que la descripcion necesita fijarse en hechos, la descripcion cesa y el señor Cervino continúa, cambiando de forma y de estilo, es decir, adoptando el estilo y la forma declamatoria de la oda, de la manera siguiente:

Pero ¿qué?...—¡Cierra, España! Tambien llevas
Regalo de tu reina *venturoso*
Para ilustrarlas tú banderas nuevas! (4)
Asi, García, asi! (5) sobre la faja
Purpurante que ciñes guerreando,
Gana el noble *liston* de San Fernando (6).
Otra victoria, O'Donnell! (7) Ya se abisma
Y tiembla con el miedo de la muerte,
La kabila fanática, y al verte
Huye despavorida la morisma (8).

Y el lector tiene que apelar de nuevo á las *Gacetas* para saber lo que pasó en la batalla del 15 de diciembre.

Accion del 25 de diciembre.

Al citar esta accion el señor Cervino se muestra poco menos lacónico que César, cuando dijo: *llegué, vi y vencí*.

Los moros creyendo ebrios á los cristianos por el vino bebido en la fiesta de Noche-Buena, pretenden aprovechar la ocasion y reune

Silencioso Muley (9) sus tropas rudas
. . . .
Y como el tigre que feroz avanza
Con atentados pasos contra el ciervo,
Y súbito se lanza;
Asi al cristiano en el momento mismo
Acometió el protervo (10)
¿Pero triunfó? Turon, Turon lo diga (11)
Que el nacimiento del Señor cantando (12)
De un *abismo* á otro *abismo*,
Con su *serenas* tropas fue lanzando
Al sectario feroz del islamismo.

Aquí concluye el libro segundo de la *Cuarta Guerra Púnica*, segun el señor Cervino. En el principio del libro tercero tropezamos con la batalla de los Castillejos, y nos estremecemos. El señor Cervino se desquita al pretender describir esta batalla de la brevedad con que ha citado la anterior. ¿Pero puede llamarse descricion al largo relato que el señor Cervino hace de esta batalla? Es una reproduccion incompleta del parte oficial, con ligeros comentarios, y algunos accidentes declamatorios.

Nuestros lectores nos harán el favor de tener paciencia como la tenemos nosotros; nos hemos propuesto probar cuanto digamos acerca de esa obra, y los trozos que de ella copiamos son nuestros comprobantes; respecto á las faltas de locucion, de propiedad, de régimen, que en el período que vamos á copiar resaltan, como en toda la obra, solo anotaremos las mas importantes, marcando las otras con letra bastarda: en cuanto al mal gusto que rebosa de este período, le dejamos al sentimiento del lector.

¡Ay! ¡qué va á suceder! Brilla de enero
El primer sol en el sereno Oriente:
Ya lo eclipsó de pólvora *inclemente*
El nubarron que dominó el Otero:
Ya el estampido horrísono *acaricia*
Al español y al marroquí; ya *es tarda*
Rápida bala á su impaciente furia;

(1) Aquí «fe» está tomada sin duda por «religion» á no ser así ¿á qué fé se refiere el señor Cervino? el hombre puede tener fé en su fuerza, fé en su fortuna, fé en su valor. La indeterminacion esta manifiesta.

(2) Anghera y Belzú.

(3) Siempre el infierno: siempre el sabor á ridículo.

(4) Aquí vuelve á ser pueril el señor Cervino: si tú llevas sombrero nuevo, ¿á mí qué? yo llevo sombrero nuevo tambien: era necesario citar las banderas regaladas y se las ha hecho un ladito.

(5) ¡Bien, muy bien, chico, te portas admirablemente! aquí de Boileau.

(6) ¿No podria por la construccion de este período entender alguno lo siguiente? Guerreando sobre la faja purpurante que ciñes, gana el noble liston de San Fernando; la coma, para decir otra cosa, debe estar antes del «guerreando» no despues: el verbo «ganar» embrolla el sentido: se dice ganar sobre el campo de batalla, pero no se dice ni se puede decir ganar una cosa sobre otra: el señor Cervino ha usado «sobre» por «ademas» ó «á mas»: y tampoco se puede decir «gana á mas de la faja que ciñes la banda de San Fernando», porque parece que se le dice, gana la faja que ya ciñes, como si dijéramos: muestra que eres digno de la faja que ya ciñes: no ha debido tampoco usarse el verbo «guerrear» que tiene una significacion mas lata que lo que la situacion requiere, sino el verbo «pelear» ó «combatir». Como es una escitacion el período que anotamos, puede suponerse el pensamiento estravagante siguiente: desciñete la faja, estiéndela y guerreando sobre ella, gana, etc., nos referimos al sentido genuino, gramatical del período.

(7) Como si dijéramos: ¡otro pinito, hijo!

(8) Aquí otra vez del pareado de Boileau.

(9) El-Abbass.

(10) El marroquí.

(11) Es una manera ingeniosa de salir de un apuro semejante decir al que pregunta: Que se lo cuente á usted fulano, que él lo vió.

(12) ¿Qué les parece á ustedes, señores lectores, de un general que carga al enemigo cantando villancicos de Noche-Buena

Y uno en *maza* convierte la espingarda,
Y otro en *lanza* el fusil; y cuerpo á cuerpo
Se acometen, se mezclan se *aniquilan;*
Y sangre corre en *espumante* arroyo,
Y sangre *colma* rebalsada el hoyo,
Y sangre el trébol y el peñon *destilan.*
Allí coronel fuerte, allí Alaminos,
Herido fuiste. Allí Ben-Sid (1) amante
Por librar á su padre se apresura,
Y mueren ambos en el mismo instante.
Allí arranca de *bárbaras peleas*
Al capitan herido el cabo Lises;
Carga con él (2) y sálvalo: *asi Eneas*
Salvó allá en Ilion *al padre* (3) Anquises.
¡Cómo arrecia la lid, y *en crudo anhelo*
La victoria indecisa permanece,
Y ni al califa ni á *Lucena* ofrece
La ensangrentada palma! Ya encumbrado
Se hallaba el sol en el zenit *flagrante*
Cuando Prim á sus filas
Manda apilar *en tierra las mochilas* (4)
Saltar mas libres contra el *moro ardido*
Y destrozar *de súbito*... Mas, ¡cielos!
¿No vuelven rechazados
Por vez primera ibéricos soldados?
¿Es sueño? ¿Es ilusion? La hueste mora
¿No deja atrás las *españolas prendas?*
No; que Prim los ijares destrozando
De su pujante yegua voladora
Empuña ya el *pendon de San Fernando* (5)
Y con voces tremendas
Como el rugir del trueno va gritando:
«¡Hijos volved! ¿*No recordais ahora*
»Que esas que abandonais, *cerradas pieles,*

(1) Ben-Sid, hijo del señor: este nombre no está en el parte oficial, ni en ninguna de las correspondencias publicadas.

(2) La locucion *carga con él* usada en este lugar, arroja de sí por ante el sentimiento y el lenguaje graves consideraciones, de las cuales se deducirá fácilmente la razon de que no pueda gustar la obra del señor Cervino.—Entre los sentimientos que, por medio de una esposicion, escrita ó hablada, queremos producir, y las palabras ó signos de que para llegar á nuestro proposito nos valemos, debe existir una absoluta conformidad, una relacion perfecta, como debe haber relacion entre la accion y las palabras de quien declama: si se prescinde de esta conformidad, de esta relacion, ya sea la espresion hablada ó escrita, el efecto producido por un escrito ó por una declamacion, será contrario al que se ha pretendido producir:—Dos son los medios de que podemos disponer para trasmitir á los demás el sentimiento de que nos suponemos poseidos; el primero y principal, es escitar en nosotros aquel mismo sentimiento; poeta que siente y llora cuando escribe, hará indudablemente sentir y llorar á quien le lea: el segundo medio, es conocer el lenguaje, dominarle, hacer de él un uso conveniente, y procurar que la locucion aparezca espontánea, fácil, como inspirada por la situacion; esto no lo podemos conseguir sino por medio del estudio, del buen gusto y del sentimiento; es decir: que para hacer sentir necesitamos á un tiempo la ayuda de la naturaleza y del arte.

Jamás logra conciliar estas dos cosas el señor Cervino; y por esto su lenguaje nunca seduce, nunca conmueve. Si alguna vez abandonándose al sentimiento quiere espresarle, su frase es vulgar (que no es lo mismo que sencilla) lo vulgar no es sublime, ni bello, y lo que no es ni bello ni sublime, ni puede agradar, ni puede conmover.

La locucion *carga con él* en el lugar en que la usa el señor Cervino es a un tiempo, contraria á la naturaleza y al arte; es contraria á la naturaleza porque el señor Cervino no se ha colocado en la situacion verdadera; se trata de un hermano herido (porque para nosotros son hermanos y hermanos queridos, todos los que defendiendo la honra nacional han vertido su sangre en Africa) y seguros estamos de que, si el señor Cervino hubiera hablado de un hermano suyo, no hubiera usado respecto á él de esa frase indiferente é impía; no hubiera dicho, *cargó con él* como si se tratara de un mueble, como si el valiente salvador de su hermano hubiera sido un ganapan; porque esta frase rebaja á un tiempo al que es salvado y al que salva; hubiera dicho; *le condujo en sus hombros, le puso sobre sus espaldas, le sacó de en medio del combate llevándole sobre sí;* apelamos al corazon de nuestros lectores ¿qué hijo tratándose de la traslacion de su padre herido ó enfermo diria á quien hubiera de conducirle; *carga con él; ó cargué con él*, si fue él mismo quien le condujo? ninguno por indocto, por poco educado que estuviera: hay, frases que pertenecen esclusivamente al sentimiento, á la naturaleza; nadie, sea la que fuere su educacion, pronuncia una frase indiferente, y mas que indiferente despreciativa, tratándose de un ser querido. No acusamos de falta de sentimiento al señor Cervino; la dedicatoria de su obra á sus hermanos muertos, en nombre de su madre enferma y de su inocente hermana, es tierna y sentida, y aboga en pro de su escelente corazon; no, no es que el señor Cervino no sienta, es que no sabe colocarse en una situacion de sentimiento cuando escribe: es que le domina el trabajo de la composicion, para él afanoso y difícil, y abrumado por la forma, no puede evocar al sentimiento, no puede conseguir la inspiracion; por esto el escritor necesita dominar de tal manera el lenguaje, que no sea para él un continuo obstáculo; en una palabra, la poesía debe salir formada, encarnada en su materia, que es la frase, como Minerva salió armada de la cabeza de Júpiter; habiendo demostrado que la frase *carga con él*, usada en la situacion en que la ha colocado el señor Cervino, es contraria á la naturaleza; hemos demostrado que es contraria al arte, porque el arte no puede considerarse tal, cuando no está completamente su relacion con la naturaleza: de aquí que sean tan raros los poetas dignos de tal nombre.

(3) No se crea por este «padre Anquises» que el tal era prior de Gerónimos: en Troya no habia frailes: se ha querido decir: «su padre Anquises» porque Anquises era padre de Eneas.

(4) Este *sol encumbrado en el zenit flagrante*, y estas *mochilas apiladas en tierra*, son dos ideas que braman al verse juntas: es como si dijéramos:

Cuando el sol encumbrado
Lanza desde el zenit su pura lumbre,
La hermosa que yo adoro,
La de cabellos de oro,
Se espulga como tiene de costumbre.

Y téngase en cuenta que la órden del valiente Prim, no pudo ser mas bizarra; pero no siempre lo bizarro es poético: el talento del poeta consiste en saber lo que debe decir, lo que debe callar y lo que debe variar, pues sabido es que:

Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fui æquæ potestas.

Por lo que nada nos parece mas fuera de su lugar que la nota en que el señor Cervino dice que todo su poema se ha escrito con sujecion á los partes oficiales.

(5) No es lo mismo el pendon de San Fernando que ganó á Sevila, que la bandera del regimiento de San Fernando.

»Contienen vuestros inclitos laureles?» (1)
Dice: le oyen, volvieron, las cobraron (2)
Y honrarlas á la par. (3) Ya los lanceros
Y los húsares llegan y sobre ellas
La bandera muslímica plantaron,
Que Pedro Mur sobre su overo ardiente
De arrebatar acaba
Con la vida á Ben-Rif (4) que la llevaban (5)
Entonces fue cuando Zabala *arriba* (6)
Y como rayo entre la gente fiera
Hiende, trunca, derriba; (7)
Entonces cuando tropa marinera,
Bustillo *manda*; (8) y el muslin se aturde,
Y van al aire en clamoroso viva
Los nombres de la patria y de **Isabela**, (9)
Y acrece el sol de ocaso los fulgores, (10)
Y la victoria deshojando flores
Sobre el hispano ejército *revuela*. (11)

Hé aquí la batalla de los Castillejos: repecto á ella, como respecto á las demás, es necesario, por lo incompleto de su relato recurrir á la lectura de los partes oficiales.

(La conclusion en el número próximo.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

IV.

Graves pesares acarreó á Villanueva su buen deseo, pues tuvo principio entonces una guerra poco decorosa contra este profesor. Cuatro meses duró la cuestion suscitada por la presentacion de los planos de Villanueva, y nos vemos precisados á decir que la real Academia no correspondió á lo que de un cuerpo tan respetable se debia esperar, los arquitectos no atendieron al decoro de su honrosa profesion, y los padres se condujeron siempre con poco acierto.

El secretario de la real Academia manifestó á los frailes en uno de sus oficios, que el proyecto de Villanueva era digno de elogio; pero que no se podia realizar por algunas causas. Consistian estas en las envidias, miserias y pequeñeces humanas.

Tambien por encargo de la comunidad ejecutó don Elías Martinez unos planos, que no merecieron la aprobacion de la Academia.

Decidiéronse por último los religiosos á emprender la reedificacion del convento, y abandonar del todo la obra de la iglesia.

Cuán triste fuese el efecto que en el sensato y piadoso vecindario de Madrid produjeron estos sucesos, no hay para que ponderarlo. Cuantiosos dones de un pueblo magnánimo quedaban perdidos, y los muros doblemente sagrados por su destino, y por la fe con que infini-

(1) No conocemos la carta del general Prim que cita en una nota el señor Cervino, y que, dice, se refiere á este hecho; pero nos atrevemos a asegurar que el general no dijo ni se le ocurrio decir «que las mochilas de San Fernando llevaban dentro ínclitos laureles.» Lo que diria el general á sus soldados, y si lo dijo dijo bien, seria una frase semejante á esta: «esas mochilas son vuestro honor.» Porque en efecto: hubiera sido una humillacion para el valiente regimiento de San Fernando haber perdido sus mochilas: ¿sabe el señor Cervino lo primero que arroja un soldado cuando huye? la mochila que le embaraza con su peso: en nuestro ejército y en todos los ejércitos se tiene en mucho la pérdida en batalla de una parte del equipo.

(2) Se trata de las mochilas: no importa cómo las cobraron, ello es que las *recobraron*. Este verso debe recibirse por entregas.

(3) Esto de honrar mochilas nos parece algo violento.

(4) Hijo del Riff, como si queriendo nombrar á un soldado español dijéramos: hijo de España: de seguro que por tal nombre no dejariamos de encontrar al individuo.

(5) ¿No notan nuestros lectores el descosimiento de las partes de este relato y su marcha trabajosa? Si á esto se llama describir, enhorabuena: el señor Cervino describe.

(6) *Zabala arriba* es lo opuesto de *Zabala abajo*: se duda al tiempo de leer si este *arriba* es verbo ó adverbio: el poeta ha querido que sea lo primero, esto es, el verbo *arribar*, en lugar de *llegar*: pero en este caso falta el régimen, porque *entonces fue* es pasado y *arriba* es presente. Todos recordamos estos versos que se enseñan en las escuelas:

Entonces fue cuando Pelayo niño,
Mártir de la pureza ilustró el Miño.

Póngase *ilustra* en vez de ilustró, y tendremos el caso que nos ocupa.

(7) Aquí puede entenderse que Zabala obraba como obra el rayo entre la gente fiera: pero el rayo lo mismo obra entre gente fiera que entre gente mansa: busquemos otro sentido: Zabala, como un rayo hiende, trunca, derriba entre la gente fiera: esto es: escoge entre la gente fiera la que ha de hender, truncar y derribar: otro sentido aun: Zabala hiende, trunca y derriba, puesto ó colocado entre la gente fiera: pero en este caso ¿es á la gente fiera ó la no fiera á la que hiende, trunca y derriba?

(8) Aquí «manda» tiene un sentido equívoco: ¿es que Bustillo envia la tropa marinera, ó que Bustillo la dirige en persona? Por los partes sabemos que Bustillo la envió. La vulgaridad está encarnada en el estilo del señor Cervino: aqui no es la rima la que le obliga á ser vulgar, sino su propension a la vulgaridad lo mismo suena

Bustillo manda; y el muslin se aturde,

que:

Bustillo envia; y el muslin se aturde.

(9) Ya sabemos que el nombre de la patria á que se refiere el señor Cervino es España: pero ¿cuál es el nombre de Isabela? esta pregunta se parece á aquella que se hace á los cándidos: ¿quién fue el padre de los hijos del Zebedeo?—¿Cuál es el nombre de Isabela? Isabela, como el padre de los hijos del Zebedeo, fue el Zebedeo.

(10 ¿Quién acrece en fulgores el sol de ocaso, ó el ocaso del sol? ¿es qué el sol acrece los fulgores del ocaso, ó que el sol poniente acrece su fulgor? el señor Cervino sabrá lo que ha querido decir.

(11) Nunca dice el señor Cervino, ó muy rara vez: truena, tiembla, vuela; siempre, retruena, retiembla, rebrama, etc. Y hay que tener presente que volar no es lo mismo que revolar: revolar es volar y volver á volar.





CAPILLA MAYOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID, CON EL NUEVO PRESBITERIO.

tas personas ayudaron á levantarlos, debian caer por tierra. La Academia encargaba su destruccion á los operarios, y la comunidad confiaba en que las lluvias y el tiempo la completarian. La ruina del nuevo templo de todos modos se consumaba.

Difícil parecia que una determinacion tan funesta se realizase, y meditado con calma este asunto, y buscando remedio á un mal tan grave, acudió al Consejo de Castilla la comunidad, manifestándo á S. A. que la real Academia impedia la prosecucion de la obra por carecer de solidez y regularidad la fábrica, defectos que podian sin dificultad remediarse, con arreglo al dictámen de respetables profesores por lo que rogaba al Consejo que determinase lo mas conveniente.

Falta muy grave cometieron los religiosos al principio de la obra; pero habiendo llegado, como era preciso, el tiempo de espiarla, su frieron muchas reconvenciones y grandes amarguras.

No les causaba pocas la completa falta de medios, pues los fieles, tan generosos mientras abrigaron esperanzas de que sus donativos darian buen resultado, al ver que la obra sufria tales entorpecimientos, se negaban á continuar dando sus limosnas.

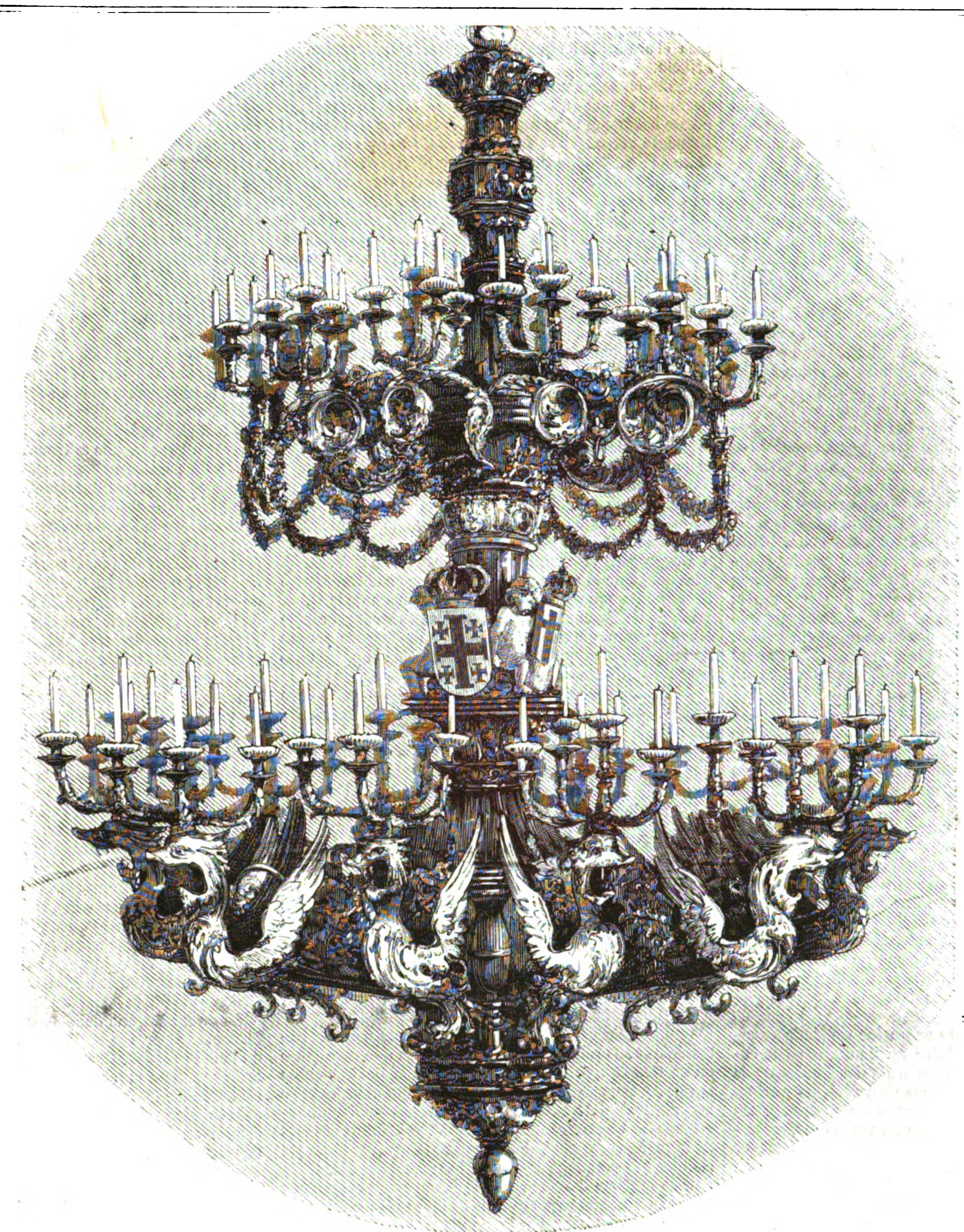
Para salir de una situacion tan precaria y angustiosa el padre provincial fray Claudio Vicálvaro y el padre guardian fray José Fernandez, pasaron al sitio de Aranjuez, en el que hicieron presente á S. M. el estado, bien triste por cierto, en que estaba la fábrica.

Desagradó mucho al rey que sin obtener previamente su consentimiento, hubiese la comunidad solicitado el Rescripto apostólico de 1762, de que ya hemos hecho mencion, y estraido de las arcas de la Obra Pía de Jerusalen una cantidad considerable; *siendo entonces y en todos tiempos notorio*, que así la Obra Pía como las casas, conventos y templos que poseen los religiosos observantes de San Francisco en la Palestina, pertenecen al patronato efectivo de la corona, y han estado, y se hallan constantemente bajo la inmediata proteccion de S. M., por los títulos incuestionables de fundacion, ereccion y dotacion, que se declararon con prévio exámen del Consejo de la Cámara, en real cédula de 17 de diciembre de 1772.

No podia permitir el rey que semejante abuso continuase, pero compadecido de los religiosos por el conflicto en que se hallaban, dió bondadosamente su anuencia para que, procediendo de acuerdo ambas potestades pontificia y real, se *sanase* cualquier defecto cometido en el uso de los fondos de la Obra Pía de Jerusalen; y á fin de evitar cuestiones y entorpecimientos en el curso de la obra, confió su direccion á don Francisco Sabatini en union con don Miguel Fernandez, director de la real Academia de San Fernando.

Concedió tambien licencia S. M., animado de los mas nobles sentimientos, para que de los mismos caudales de Jerusalen tomase en adelante la comunidad el dinero que fuese necesario emplear en la conclusion de la iglesia y reedificacion del convento. En su consecuencia la santidad de Pio VI espidió un Breve en 30 de enero de 1776, aprobando el gasto hecho con destino á la obra de la nueva iglesia de San Francisco de Madrid, y concediendo facultad para que al mismo objeto se destinasen 18 millones de reales, incluyendo en esta suma los 6.894,186 rs. 12 maravedises, que habian sido adquiridos por la comunidad anteriormente, para que no resultase ninguna suma perteneciente á la comisaría de los Santos Lugares invertida en un objeto, aunque fuese laudable y útil, sin prévio conocimiento y beneplácito del Patrono.

En virtud de este Breve y de un real decreto de 11 de mayo del mismo año de 1776, con que les remitió S. M. a la Cámara, se mandó que de las arcas de la Obra Pía adquiriese la comunidad para completar los 18.000,000 de rea-



ARAÑA EJECUTADA EN LA FÁBRICA PLATERIA DE MARTINEZ PARA LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO DE MADRID.



MEDINA, LA CIUDAD DEL PROFETA, EN ASIA.

les 11.105,813 rs. 22 mrs. que fueron depositados en la caja de la compañía de los Cinco Gremios mayores, á escepcion de 1.068,423 rs. 28 mrs., suplidos últimamente á la obra por la comisaría de Jerusalen. Resulta de estos datos irrecusables, que á principios del año de 1776 iban gastados en la obra de San Francisco 10.819,380 rs. 12 mrs., sin contar las limosnas que habia dado el vecindario de Madrid.

Hecha la deduccion ya referida de 1.068,423 rs. 28 mrs. componia el depósito impuesto en la caja de los Gremios 10.037,389 rs. 28 mrs., de cuyo caudal se entregaban á don Francisco Sabatini las cantidades que necesitaba para que adelantasen los trabajos, que sin detencion ni entorpecimientos continuaron en 1777 y con mas actividad en el siguiente año.

A mediados de julio de 1779 quedó suspendida la obra por falta de recursos; pues no tan solo se habia consumido el dinero depositado en la caja de los Gremios, sino tambien 135,295 rs. que resultaron de beneficio por el aumento del valor de las monedas de oro.

No hallándose aun terminado el edificio, á instancias de Cárlos III espidió un Breve Pio VI en 1781 concediendo permiso á la comunidad para que tomase nuevamente 4.000,000 de rs. de los caudales de los Santos Lugares.

Fue todavía insuficiente el nuevo socorro para cubrir todos los gastos que originaron en su conclusion la iglesia y convento y de los mismos fondos de la obra Pia se invirtieron otras cantidades que sumadas con las anteriores componen 22.643,487 rs. 30 mrs.; incluyendo en el total indicado 43,026 rs. 17 mrs. que reclamó la V. O. T. por los deterioros que habia padecido su capilla y dependencias mientras duró la obra de la iglesia, y 30,355 rs. 17 mrs. que se libraron para remediar los estragos ocasionados en el nuevo edificio por un huracan pocos años despues de haberse abierto la iglesia.

Con estos recursos continuó hasta su terminacion la obra que fue dirigida casi esclusivamente por don Miguel Fernandez, el cual dió los dibujos para la cornisa general de la iglesia y la portada de la misma. Don Francisco Sabatini aunque era primer director, poco intervino en la fábrica de la iglesia y Fernandez, no Pló como dice equivocadamente un autor conocido, fue quien cerró la media naranja que cubre la estensa rotunda.

Constan las cantidades que llevamos citadas por los documentos que guarda en su archivo, concernientes á la obra de la iglesia y convento de San Francisco de Madrid, la comisaría de los Santos Lugares. Cuantiosas debieron ser las limosnas que dió al comenzar los trabajos el vecindario de Madrid, pero como no tenia que rendir cuentas del importe de estos donativos la comunidad, es de todo punto desconocida la suma á que ascendieron.

El coste del edificio que nos ocupa fue sin duda exorbitante, pues llega á 25.503,258 rs. 2 mrs. el gasto cubierto con las limosnas de América y los fondos de la obra Pia. Hubo ademas el ingreso de cantidades que no podemos fijar, como son las limosnas de Madrid. Y sin embargo de tanto dispendio, que tal vez no hubiera ascendido á tal suma en nuestros dias, á pesar del mayor coste de las construcciones, hubo mezquindad suma en el ornato, pues el retablo mayor se hizo de yeso y de no menos pobre materia los de las capillas y en las fachadas del convento no se puso una sola jamba de granito.

Los contratiempos ocurridos en el curso de la obra, fueron causa de que esta se prolongase innecesariamente; habiendo transcurrido nada menos que veinte y cuatro años y tres meses, desde que se cerró el antiguo templo, hasta que pudo celebrar en el nuevo los divinos oficios la comunidad de San Francisco.

El dia 6 de diciembre de 1784, designado para la bendicion del templo, se congregaron por la mañana los religiosos en la sacristía nueva; y habiéndose revestido el guardian de este convento con capa pluvial, y con las correspondientes vestiduras el diácono y subdiácono, precedidos de la cruz, ciriales é incensarios, salieron procesionalmente por el cláustro mayor al átrio de la iglesia.

Hallábase en él una mesa cubierta con un paño de seda, sobre la que se habia puesto una sabanilla, una cruz, sal, agua é incienso para la bendicion.

Las puertas de la iglesia permanecian cerradas, y cuando acabaron de cantar los religiosos las oraciones marcadas en el rito privilegiado de la órden Franciscana, el preste se acercó á la puerta principal y dando tres golpes con la mano derecha estendida, entonó tres veces, levantando mas la voz en cada una, las siguientes palabras: *Atollite portas principes vestras, et elevamini portæ æternales, et introivit Rex Gloriæ.* Correspondia un coro de cantores, colocado dentro de la iglesia, preguntando: *¿ Quis est iste Rex Gloriæ*, y la comunidad contestaba: *Dominus virtutum ipse est Rex Gloriæ.*

Abriéronse á este lisongero anuncio las puertas del templo, y entró en él la devota procesion, y en pos de ella el concurso numeroso de los fieles, que llenó todo el ámbito del sagrado y espacioso local.

Resonaron en este por primera vez los suaves y religiosos acordes del órgano al llegar á las gradas del altar mayor el preste y ministros, y los cantores entonaron el himno *Veni Creator Spiritus*: Himno que se oyó en el mismo sitio el dia 8 de noviembre de 1761, cuando fue colocada la primera piedra, sobre la que ahora se levantaba el ara santa en que iba á celebrarse el incruento sacrificio.

Cantó en seguida el coro la letanía de los santos, y al llegar al verso: *Ut ad veram pœnitentiam*, etc., el preste bendijo el altar mayor, y entonó por dos veces el siguiente verso: *Ut ecclesiam hanc ad honorem tuum, et nomen S. Mariæ Angelorum, et S. P. N. Francisci benedicere digneris*: variando el final del verso la segunda vez en esta forma: *Visitare et benedicere digneris*: y la comunidad y los fieles contestaban dirigiendo fervorosamente sus plegarias al Señor: *Te rogamus audi nos.*

Concluida la letanía y cantadas las antífonas que designa el ritual, puso el preste incienso en el incensario, y acompañado de los diáconos y del maestro de ceremonias dió vuelta dos veces por el templo y capillas, rociando los muros con agua bendita en la primera é incensándolos en la segunda, y quedó terminada la ceremonia, bendiciendo el preste la iglesia y pueblo desde la grada del altar mayor.

Habíase elegido el dia 6 de diciembre para hacer la bendicion del nuevo templo, con el fin de que se celebrase en él la próxima fiesta de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.

El dia 7 las campanas del convento de San Francisco anunciaron al vecindario de Madrid la solemne ceremonia que bajo las bóvedas del nuevo templo se celebraba en aquel fausto dia.

Congregada la comunidad en la capilla de la V. O. T. á las nueve de la mañana hizo la traslacion del Santísimo Sacramento procesionalmente, acompañada de la O. T. grandes de España y diversos personajes y caballeros de la córte: llevando tambien la imágen de Nuestra Señora de la Concepcion que habia de colocarse en el presbiterio para las siguientes funciones.

Al llegar la procesion fueron abiertas las puertas de la iglesia, que apareció embellecida con ricos adornos é alumbrada por sesenta grandes arañas.

Entró en pos de la procesion el devoto concurso en el nuevo templo, oyéronse en aquel sagrado recinto los sublimes cánticos del culto católico y el Rey de los cielos tomó posesion del tabernáculo que le consagraba en la tierra la piedad del pueblo de Madrid.

Gratos recuerdos escitó en los fieles aquel religioso acto, pues habian pasado á mejor vida muchas de las personas que ya suministrando limosnas, ya tomando parte en los trabajos materiales dieron principio á la ereccion de aquel templo, y su memoria aun viva, entre sus deudos y amigos conmovia profundamente algunos corazones, y cubrió mas de un rostro de apacible llanto.

A las dos de la tarde cantó la comunidad solemnísimas vísperas del oficio de la Concepcion de la Vírgen María, y á las cinco los maitines del mismo.

Cumpliendo con el decreto de la congregacion de Ritos en que se ordena que la primera misa que se celebre en un templo nuevo sea del comun de la Dedicacion de iglesia, y para conciliar con este requisito indispensable las órdenes del rey comunicadas al convento por el arzobispo de Tebas, confesor de S. M. se cantó á las seis de la mañana del dia 8 de diciembre la primera misa y á las diez la segunda propia de la festividad del dia.

Hizo la fiesta el monarca y visitó en público el nuevo templo. Continuaron por espacio de diez dias las funciones que fueron costeadas por la familia real, por los supremos consejos y por la imperial y coronada villa de Madrid.

(Se continuará.)

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

MEDINA, LA CIUDAD DEL PROFETA.

Hoy, que los recientes desastres de Siria atraen la atencion de Europa hácia Oriente; cuando quizá está próxima la hora de una gran trasformacion, pues á eso parecen encaminarse los acontecimientos de algun tiempo á esta parte; creemos complacer á los lectores del MUSEO, mostrándoles los sitios célebres, que han sido como el foco de la civilizacion musulmana, y entre ellos á Medina, donde yacen los restos del Profeta, la ciudad por antonomasia.

Hállase situada Medina á orillas del gran desierto de Arabia, cerca de la cadena de montañas que atraviesa aquel país de Norte á Sur, y que es continuacion del Líbano. La rodean jardines y bosques de palmeras, hasta el punto de interrumpir la libre circulacion del aire en la llanura, y solo está sin cultivar la parte que mira al camino de la Meca, por no permitirlo la naturaleza del terreno. Divídese en ciudad interior y arrabales, la primera de forma ovalada y con dos millas y ochocientos pasos de circuito. La muralla tiene cuarenta piés de alto y un foso, obra de los wahabitas, casi cegado en varios puntos. Fue construida el año 360 de la egira, pues antes la ciudad estaba abierta y espuesta á las diarias incursiones de los beduinos. Es con Alepo, de las mejores poblaciones de Oriente; las casas son de dos pisos y los techos planos. Su principal calle conduce de la puerta del Cairo á la gran mezquita, y en ella están casi todas las tiendas. Los arrabales se estienden al Oeste y al Sur, y ocupan mas terreno que la ciudad misma. Sepáralos de esta un espacio vacío, estrecho en su parte meridional, y que se ensancha al Oeste delante de la puerta del Cairo, donde forma una gran plaza pública, cuyo nombre de *Monak* idica que las carabanas se detienen allí. Vese, en efecto, cubierta siempre de camellos y de beduinos. Un hermoso canal subterráneo abastece de agua á Medina, trayéndola de Koba, aldea distante tres cuartos de hora de marcha al Sur.

La preciosa joya de esta ciudad, que la coloca al nivel de la Meca, haciendo que se la prefiera por muchos escritores árabes, es la gran mezquita que contiene el sepulcro de Mahoma. Está situada á su estremidad oriental y no en medio, como han supuesto algunos historiadores y geógrafos. Es menor que la de la Meca, aunque no difiere en cuanto al plano. En la parte meridional se encuentra el sepulcro del Profeta, separado de la pared del Sur veinte y cinco piés, y quince de la del Este. Circúyelo una verja de hierro, pintada de verde, cuyo trabajo imita la filigrana, y en ella se entrelazan inscripciones de cobre, que para el vulgo es oro. A pocos pasos de la verja hay una rica colgadura, la cual se muda cada vez que un nuevo sultan asciende al trono, y cubre un edificio cuadrado de piedras negras, sostenido por dos columnas, donde están las sepulturas de Mahoma y de sus dos mas antiguos discípulos é inmediatos sucesores, Abu-Bekr y Omar. Sobre la losa de mármol de la tumba del Profeta se lee esta inscripcion: *Bismillah Allahuma salli alei.* (En el nombre de Dios, concédele tu misericordia). No es cierto, como se ha querido hacer creer, que el ataud de Mahoma esté suspendido en el aire; Buckardat, uno de los viajeros mas acreditados, dice que ni en los relatos mas ampulosos de los peregrinos, siendo así que estos se complacen en hacinar maravillas é historias fabulosas tocante á aquel sepulcro, ha oido mencionar ese cuento.

El piso, entre la colgadura y la reja, está embaldosado de mármol de colores; lámparas de vidrio arden allí toda la noche. A unos cuantos pasos de la colgadura se ve el sepulcro de Fatimé, hija de Mahoma y esposa de Alí; es un catafalco de forma cúbica, cubierto de brocado negro ricamente bordado, sin ningun otro adorno. En la pared oriental de la mezquita, casi enfrente de este sepulcro, está el *Mahbat Djibrail*, ventanillo por donde, segun la tradicion, el arcangel Gabriel llevaba á Mahoma los mensajes del cielo. La tradiccion musulmana cuenta que, cuando suene la trompeta del juicio, Aisa (Jesucristo) descenderá á la tierra y anunciará á todos sus habitantes la llegada del gran dia. En seguida morirá, y se le enterrará al lado de Mahoma, levantándose los dos al mismo tiempo y subiendo juntos al cielo, cuando los muertos salgan de sus tumbas. Aisa entonces recibirá del Todo Poderoso la órden de separar á los fieles de los infieles.

La gran mezquita de Medina fue fundada por el mismo Mahoma, y por eso se la llama *Mesdjed en'Nebi* (mezquita del Profeta). Cuando Mahoma, obligado á huir de la Meca, llegó al sitio donde está hoy Medina, era un establecimiento de árabes llamado *Yatreb*, enteramente abierto. Seguro de encontrarse en medio de amigos, compró el terreno donde se detuvo su camello, y rodeándolo de pared, lo cubrió con un techo de hojas de palmera; pero no tardó en agrandar esta capilla y convertirla en el grande edificio que hoy encierra sus cenizas.

LA ULTIMA PAGINA.

Dijo un filósofo, cuyo nombre no hace al caso, que todos los estremos se tocan.

Por mi parte, con la modestia debida, y confesando que el tal principio no deja de tener su aquel, prefiero asegurar que los estremos son los estremos, y que ni se acercan uno á otro, ni es ese el camino.

Es decir, que al análisis ingenioso del supradicho filósofo opongo mis preocupaciones vulgares y me contento con ver las cosas tal como se nos presentan en este pícaro mundo.

O mas claro y considerándolo bajo el aspecto matemático que es aspecto de moda: el tal filósofo colocaba las acciones del hombre en un círculo y yo las coloco en línea recta.

Es probable que sobre este punto nada tenga que echarnos en cara la humanidad, á pesar de la divergencia de opiniones.

Pero ¿ y qué tenemos con todo eso?

Con todo eso no tenemos nada señores mios, ó lo que es lo mismo tenemos el principio de un artículo que bien pudiera ser de fondo, por el mero hecho de que no le tiene.

Pero como las cosas no se han de decir de buenas á primeras, y necesitan cierta preparacion, este preludio nos ha venido como de molde y nos pone en el caso de proseguir.

Pongamos, pues, dos líneas de puntos suspensivos para que en el entre tanto el lector busque la trigésimanona solucion á la trigésimaoctava cuestion de Italia y

. . . .

. . . .

. . . prosigamos.

Entre todas las cosas que tienen y han tenido siempre estremos se encuentran indispensablemente los libros.



Estos estremos pueden consistir:

En que obliguen á Gutemberg á verter lágrimas de arrepentimiento, ó en que pongan á un editor en la situacion de la lechera de la fábula.

En que esté escrito en verso que parezca prosa, ó en prosa que altere el sistema nervioso.

En que lo entiendan hasta los chicos de la escuela por sus *claridades*, ó en que no lo comprenda mas que el autor, como filosofía alemana.

En que se lea al derecho como en toda tierra de garbanzos, ó al revés como entre los *viceversas hebreos*.

Y en otras muchas cosas mas que me callo porque á nadie le importan.

Pero entre todas ellas, y como consecuencia natural é indispensable de aquel axioma indiscutible de que «donde hay principio debe haber fin, y donde hay nacimiento debe haber muerte» el libro tiene dos estremos que ven hasta los ciegos.

Primera y última página, primera y última palabra, primera y última letra.

Y hétenos aquí de manos á boca con nuestro filósofo de antaño preguntándole ¿cómo y por dónde se tocan el principio y el fin de un libro?

Preguntadlo al autor y os dirá que lo que él toca al terminarlo son los monises, que no eran mas que un sueño al principiarlo.

Y esta misma respuesta, con pequeñas modificaciones os darán el editor, el regente, los cajistas, los repartidores, los libreros los encuadernadores y toda la inmensa serie de parásitos de la literatura.

Y hé aquí como venimos á sacar en consecuencia que la última página, convierte los pensamientos en realidades metálicas, cosa no de todo punto despreciable.

Pero á pesar de todo hay acérrimos partidarios de los principios, como hay acérrimos defensores de los fines.

Y no incluimos aquí á los que están por el justo medio, porque esta frase huele á frase política, y la política huele mal.

Yo, como ya se echa de ver, sostengo las escelencias de la última página, y siento de este modo la proposicion de mi discurso, como es uso y costumbre entre todos los retóricos de buena fe.

Podria pasarme sin probarla por aquello de «sobre gustos nada hay escrito.»

Pero el hombre ha de dar razones para demostrar su erudicion, ó insultar á los que no sean de sus ideas, con lo cual da á conocer al menos que ha visto sesiones de córtes, ó ha pertenecido á academias científicas.

Y... adelante.

I.

La última página es para un libro lo que la muerte para un grande hombre.

El genio exhala en sus palabras de agonía todos los pensamientos que han germinado en su cabeza, durante muchos años.

El libro al despedirse de sus lectores les echa, como vulgarmente se dice, la andanada.

¿Cómo quereis reconocer en el principio de un libro las máximas, las ideas, los caprichos, ó las ridiculeces que el autor se propone arrojar en él, cuando entonces empieza á dibujarlas en su inteligencia, y á desleirlas suavemente sobre el papel?

Y eso que ha sucedido en todos los tiempos, viene aumentándose hoy decididamente, hoy, que los prólogos son las grandes obras del siglo, y que, como las mujeres hermosas y coquetas prometen mucho mas de lo que pueden dar.

Por el contrario, la última página, es una epopeya si el libro es bueno, y un escelente narcótico si el libro es malo.

Y antes de todo para que comprendais lo que vale la última página, voy á contaros una anécdota que al menos puede creerse.

II.

María, hermosa niña de quince años, de ojos de cielo y cabello dorado, amaba á Luis su compañero de juegos de infancia.

Le amaba como una necesidad de su vida, como una parte integrante de su cuerpo, de su alma, de sus placeres, de sus dolores, de su existencia en fin.

Luis la miraba con una fijeza cariñosa: sus negros ojos la dominaban, y su mano blanca y fina estrechaba cariñosamente las suyas durante muchos minutos.

Un dia la hermosa niña vió encima de la mesa de despacho de su padre un librito primorosamente encuadernado.

La curiosidad la escitó á cogerle y á abrirle.

¡Funesta casualidad! estaba abierto por su última página.

Y en aquella última página solo se leian estas frases: «Luis olvidó á María, y María lloró durante mucho tiempo la perfidia de su antiguo amante.

Si María hubiese aparentado desdeñarle, Luis no se habria hastiado tan pronto del ángel de sus sueños.

Pero María amaba con todo el candor de su alma, y tanta felicidad no era para mucho tiempo.

Hé ahí lectores mios, dos seres desgraciados por no saber fingir.

Cuando yo digo que la sinceridad muchas veces no es una virtud.—Fin de la obra.»

María cerró el libro sin leer mas y palideció al pensar en aquellas frases que iban casualmente unidas á unos nombres que eran los suyos.

Dos meses despues, acostumbrado Luis á ver en los ojos de María una fuente de amor inagotable, quiso convertir en otra fuente igual, los ojos de una vecina de María.

Empezó la indiferencia, y tras ella siguieron las mudas reconvenciones, los despechos caprichosos, etc., etc.

María, que no habia olvidado la última página, empezó á dominar su amor y á corresponder con marcada indiferencia á los frios saludos de Luis.

Luis retrocedió ante aquel ataque: volvió á su antiguo amor, y un año despues eran dos felices esposos que reclamaban para una niña hermosísima la bendicion de Dios.

Y cada vez que María, estudiando los ojos de su Luis, notaba en ellos cansancio ó hastío, volvia á su estratagema, marcaba en su semblante la indiferencia y el esposo volvia á caer á los piés de la esposa, feliz con el amor de toda su vida.

¿Y ahora me negareis incrédulos el valor de la última página?

III.

La última página es la síntesis de todos los pensamientos de un libro, como la despedida de dos amigos y dos amantes es la síntesis de su amistad ó de su amor.

La última página es la espresion triste de todo lo que perece, pero es la esperanza alegre de todo lo que vuelve á renacer.

Como hay otra vida para el alma, hay otra felicidad para el pensamiento despues de la lectura, hay otro placer para el cuerpo despues de agotado el placer.

El recuerdo.

Despues de haber derramado vuestros pensamientos en las páginas perecederas ó imperecederas de un libro: despues de haber llorado, reido, pensado ó calculado con vuestros personajes, con vuestras inspiraciones ó con vuestros raciocinios, teneis que resumirlo todo en un término que sea la última despedida y el último golpe á la vez: que sea en pocas palabras la espada que hiere con fuerza y la pared en que se incrusta para no volver á herir.

¡Ah! cuántas veces habreis llorado al dejar de las manos vuestro poeta ó vuestro escritor favorito.

Porque al despedirse os ha dado á conocer su última lágrima, ó comunicado su último secreto, ó confiado su postrer pensamiento.

Y si su mision no es triste; si sus palabras rebosan alegría y placer, ese placer y esa alegría, son la tristeza cuando desaparecen, como es el dolor eterna sombra de la luz del placer.

Y quizá tambien lectores mios, penseis conmigo alguna vez, que la última página es bella por su título, es bella por ser la última, es bella por ser una terminacion.

Y no sé qué encanto irresistible lleva para nosotros la idea de muerte que nos arrastra y fascina á pesar nuestro; que halaga contra nuestros deseos y nos fuerza á confesar su grandeza y sublimidad.

El lazo misterioso que une los espíritus entre sí los debe ligar sin duda á otro mundo mejor; á otras ideas sin errores; á otros placeres sin desesperacion; y ese anhelo instintivo que nos lleva hácia otra vida es el resorte secreto que inspira nuestro placer de aniquilamiento.

Sea de ello lo que quiera lectores mios: bendita sea la última página, de un libro de cantares como el de Trueba.

¡Bendita sea la última página de una novela de Alarcon ó de Alfonso Karr!

¡Bendita la última página de una carta de amor de la hermosa á quien adore!

¡Bendita la última página de todos los libros que me han hecho llorar en el mundo!

¡Bendita la última página de una cartera llena de billetes de banco!

Y... ¡bendita sea la última palabra de este artículo que me libra del compromiso de escribir mas!

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

MAS VALE PRECAVER QUE REMEDIAR.

I.

(CONTINUACION.)

El artífice, que á la sazon velaba en un cuarto inmediato, en compañía de unos aprendices, oyó el ruido que al sentar sus reales en el pavimento hizo don Cárlos y saliendo en un dos por tres á informarse, que era hombre listo, se encontró con aquel inesperado huésped.—Creyéndolo un ladron, como era natural, asió de lo primero que halló á mano, que fue un cacharro lleno de la esquisita y recien-importada cochinilla, orígen de su fama y sin encomendarse á Dios ni al diablo, lo arrojó de pronto al intruso pero con tanto acierto que rebentó en las mismas narices de don Cárlos dejándole atontado del porrazo y destilando por todas partes el rojo licor, ni mas ni menos que si le hubieran encargado teñir de grana al caballero, como una pieza de paño.

No paró aquí el lance; sino que asomándose el maestro á la ventana y echándose á la calle en un santiamen los aprendices, empezaron á gritar como descosidos—ladrones—ladrones—dando todos unas voces que se venia abajo el barrio entero.

Abriéronse entonces cautelosamente muchas puertas y ventanas. Los vecinos miedosos se contentaron con alborotar, algunos mas osados se plantaron en lo del rey y á medio vestir, quién sacó un asador, quién llevaba unas tenazas, otros una badila y no faltó alguno que sacase á cuestas la almohada de su cama llevándola á guisa de rodela—en fin, cada cual empuñó el mueble que tuvo mas cerca de sí en el instante de la alarma, sin reparar en su escusado ni peculiar uso.

Acrecentábase con esto cada vez mas el estruendo, hasta que vino la ronda, cuyos corchetes se encargaron de restablecer el órden en el barrio, llevándose enganchado á don Cárlos que juzgándose malamente herido y creyendo sangre de sus venas el encarnado líquido que lo empapaba—pedia á gritos confesion, cuando lo que mas necesitaba era una lavandera que enjabonase bien sus vestidos y un cirujano que enderezase el largo pico de su nariz, desgraciadamente torcido hácia la oreja por la violencia con que se estrelló en su cara el cacharro del tintorero.

II.

Dió la ronda en la carcel con los huesos de don Cárlos, quien asi que durmió la mona que lo llevaba á mal traer, pidió hablar al alcaide. Este, ya perro viejo en el oficio, olfateó á la media legua el asunto para que se le queria y aunque se hizo de pencas al principio, soltó al fin la prenda que deseaba don Cárlos, que no era sino su libertad, merced á la noble prosapia del mancebo y á no sé qué patentes reales, que de la faltriquera del uno pasaron á las afiladas garras del otro.

Pero si don Cárlos se libró de los grillos y calabozos, no así de la zumba y batahola con que sus amigos le atronaban sin misericordia, pues no tardó en divulgarse la aventura de la noche anterior y siempre que lo veian le saludaban diciéndole: —¿Cuánta sangre va ya fuera, amigo don Cárlos?—Por quien soy que ya no os queda para engordar á un mosquito, segun la color del rostro.—Arreglad vuestras cuentas como buen cristiano, que la muerte llama á vuestra posada. De seguro que la posteridad os apellida el Séneca del siglo XVII, y otras lindezas de este jaez que tornaban pálido de furor el semblante del mal aventurado galan, jurando de nuevo para sus adentros que tomaria con creces la revancha del ridículo que le hacian pasar, no dejando piedra sobre piedra, ni títere con cabeza hasta conseguir la afrenta de quien habia echado por tierra su fama de afortunado y perdonavidas, porque bueno es que se sepa que aunque descendiente don Cárlos, de una familia ilustre y por lo tanto de muy buena cepa, habíase secado de tal modo el jugo de la virtud en la rama de este vástago, que nada hubiera perdido el mundo con que la podadera de la muerte cortara en ciernes su retoño.

Ni el vaso se le caia de los labios, ni las cartas de las manos, que mas parecian en ellas aspas de molino, que hojas del libro de las cuarenta, por las muchas vueltas y revueltas que les daba en perjuicio ageno y provecho propio; y si es tocante á la comezon de nuestro padre San Gerónimo, no hay para que hablar, si no es santiguándose, pues al decir de las gentes, bastaba con que á cual quier doncella dirigiese él la palabra, aunque solo fuera deseándole su salvacion, para quedar toda la vida esperando como las ánimas benditas, quien la sacara de las soledades de la doncellez, porque nadie se le acercaba á decirle buenos ojos tienes. Tal era la fama de don Cárlos, peligroso halcon de luengo pico, cuya sola presencia maleficiaba el ambiente que lo envolvia.

Sin embargo, como su apostura era tan bizarra y marcial su continente, las mujeres que no se paran en pelillos en cuanto barruntan el matrimonio, por mas ascos que hagan al hombre feo, teniéndolo algo distante de sus tiros ó no teniendo blanco donde asestarlos, llegó don Cárlos á verse preferido de una muchacha linda como un lucero y amorosa como el arrullo de una tórtola en primavera, pero honrada cual nueva Lucrecia, y con grande orgullo, á pesar de hallarse en su solo cabo, huérfana de padre y madre y sin mas pariente ni habiente que una antigua servidora de su familia que la habia educado y algun pajecillo ramplon, ni otro patrimonio que su hermosura, dote harto deleznable y sobre todo funesto para este y el otro mundo.

Imaginóse don Cárlos de poca monta la empresa de rendir aquel débil baluarte, habiendo como soldado viejo tomado por asalto fortalezas inespugnables á cualquier amante bisoño, y ya se relamia de gusto las puntas de su mostacho, al narrar á sus camaradas, entre frecuentes libaciones de lo tinto, la segura conquista de aquella plaza, sin contar con la huéspeda, como se dice; pues la niña que no tenia pelo de tonta y que si se hizo al principio de miel, fue por atrapar al moscardon que le arrastraba el ala, en cuanto el galan dió á torcer su brazo, se puso en guardia y no dejó la ida por la venida hasta ase-

gurarse con maña, de que el zorro queria meterse en la viña sin pasaporte del vicario, y entonces fue cuando subiéndosele la sangre al ojo y bajandósele el amor á los talones, puso piés en pared y dijo al mozo.—Anda, entra por uvas.—Quien no te conozca que te compre.

Vanas fueron cuantas tentativas hizo don Cárlos para conseguir su objeto, despues del pasado chasco.—Rondó de nuevo la calle, escribió billete sobre billete, sobornó dueñas, repitió coplas, pero todo fue echarle guindas á su tarasca suerte, porque no volvió á ver á doña Estrella, aunque sí las irónicas miradas de los vecinos, que se hacian lenguas á puro murmurar y dientes á puro reir de don Cárlos y de su ridícula porfía; cuando la niña por no escuchar la de su amante, se habia ido con la música á otra parte.

El resultado de todo fue que don Cárlos no podia ya pasar, ni aun por los barrios de la calle de San Bernardo, sin oir desde alguna celosía.—Allá va el escalador de tintes y el maton de pucheros.—Eclipsábase su fama con la rapidez que desaparece el dinero en manos que ganarlo no saben, y ni perdida ni hallada, habia ya mujer que dejara de ponerle la cruz, soltándole un *vade retro* cuando acertaba á topar con él: de lo cual don Cárlos dábase á Satanás y á toda su cohorte, yendo por todas partes tras de doña Estrella, sin divisar nunca el fulgor de sus rayos que lo condujesen á la torpe venganza que soñaba, y en cuyo camino encontrábase sin norte.



CHADJIMURATT.

III.

En estas y las otras llegó el Jueves Santo de aquel año y era de ver á las damas principales de la córte, cubiertas de sedas, encajes y brillantes, y á los ricos hombres y títulos de Castilla con lujosas ropas negras y moradas, bajo los anchos pliegues de sus ferreruelos, ir de aquí para allá, visitando iglesias y repartiendo limosnas. ¿Pues qué diré de los templos, llenos de luz y devotos, no mundanos, donde pugnaban por llevar la palma, las cruces con los *pater noster* que eran sin embargo, aventajados por las reverencias al Ser Supremo, que en el santo tabernáculo, inspiraba á todos los fieles, el fervor de que carecian para soportar sus miserias, sorportándose á sí mismos, que es la virtud mas necesaria y menos practicada de los mortales.

La iglesia favorecida por la gente hidalga de Madrid, que hasta en las cosas divinas ha de tener la moda su arte y su parte para quitarles el prestigio de su grandeza, poniéndolos al nivel de las cosas terrenales, si esto fuera posible, era la de San Martin. Bien es verdad que el miserere que se entonaba bajo sus arcos podia apostárselas con el de la misma catedral de San Pedro en Roma.—Nunca habian escuchado los invictos hijos de la villa del oso, un modo de pedir mas solemne ni mas rico en voces é instrumentos. Y como esto de pedir, aunque sea misericordia, ya que no bienes materiales, suena en todos mejor que el dar, nada de estraño tiene que no viéndose obligados ni aun á prestar siquiera las buenas noches á la puerta, acudiesen como hormigas al templo de San Martin, hombres y mujeres de todas clases y gerarquías, y que estuvieran á la sazon encarcelados en el templo como granos de granada, sin mas espacio para respirar que el que ocupaban los apoderados de cada prógimo, vulgo narices.

Entre las muchas damas que llevadas por el reclamo de su conciencia y de su gusto, persignábanse en la iglesia, hechas estátuas de cuerpo y martinete de ojos, rebullíanse los de cierta doncella, que pegada como sanguijuela á un confesonario y en compañía de otra se encontraba, atrayendo con las chispas de su mirada la atencion de los galanes sermoneros, en cuyos pechos se introducian, encendiendo en su interior mas luminarias, que las que ponian por fuera de relieve sus afilados rostros de cuaresma.

A dos pasos de esta sirena y sin parar mientes en el peligro que le acechaba, sino concentrado en sí mismo y en la espresion de los cánticos religiosos, estaba de pié un caballero de regular estatura, ojos negros, entre cristales, como reliquia de santo, larga y rizada melena, caida en ondas sobre su blanco cuello de batista, ropilla negra, guante de color y espada de córte.

El fervoroso recogimiento de este, al parecer hidalgo, solo fue interrumpido una vez, desde que á duras penas pudo tomar sitio en el templo, á causa de que pretendiendo una beata colocársele delante sin haber un palmo de terreno para recibirla, molestándole sin cesar por la espalda con la insistencia de hortera redomado en chalanesco negocio, hasta que apurada la paciencia del caballero, volvió la cabeza y le dijo en tono grave.

—Cuente hermana sus dieces y no mis huesos por ese lado, que contar puede con los suyos el enemigo sino anda tan suelta de culpas como de manos.

Con lo que logró verse libre de las tentativas de la vieja, que temiendo alguna indirecta, mas directa, hizo un via-crucis de su cara, resignándose á no seguir adelante.

(Se concluirá.)

JOSÉ J. SOLER DE LAFUENTE.

CHADJIMURATT.

Los habitantes del Cáucaso, esa celebre cadena de montañas, tenidas ya en tiempo de los romanos por inhospitalarias, fueron durante mas de veinte años el terror de los soldados rusos, contra quienes los bravos montañeses defendian la independencia de su patria, hasta que en el pasado año de 1859, prisionero Schamyl, su jefe, tuvieron que rendirse á los que consideraban como sus mas irreconciliables enemigos.

Dicha cadena forma una de las mas interesantes del globo, estendiéndose del Sudeste al Noroeste desde el mar Caspio hasta el mar Negro.

Conocidos son de todos los deseos de la Rusia á estender sus límites en el Asia, de la cual le separaban no solo las montañas del Cáucaso, límite natural entre Europa y el Asia, sino los bravos montañeses habitantes de aquellos escarpados precipicios, enemigos mortales de los rusos. Los que sepan cuán larga y encarnizada fue la lucha que entablaron aquellas tribus contra el imperio ruso, los que hayan seguido paso á paso aquella heróica defensa de un pueblo cuya independencia está amenazada por un vecino poderoso, conocerán al valiente Schamyl, sabrán lo que eran sus bravos múridas, ejército sagrado, en donde al valor del soldado, se unia la fe del creyente, el entusiasmo que habia sabido inspirarles su jefe á quien llamaban el segundo profeta y el santo amor á la libertad de la patria que tantos héroes ha producido en el mundo.

Schamyl fue durante muchos años, no solo el jefe querido de un pueblo, sino tambien el hombre de fe, que supo inflamar la imaginacion de sus montañeses con las poéticas descripciones de la felicidad que la religion de Mahoma promete despues de la muerte al verdadero creyente. Hombre de corazon, valiente, organizador, introdujo durante aquella tan célebre como desigual lucha un código militar y una órden sagrada, titulada del *valor*, que jamás prodigaba, y de la cual sus múridas se mostraban orgullosos pues no habia empresa temeraria que ellos no cometiesen por alcanzarla.

Segundo de este jefe indomable era el célebre Chadjimuratt, bien conocido por sus hazañas durante la sagrada guerra de la independencia de aquel pueblo de valientes.

El retrato que hoy damos en este número da una perfecta idea de lo que eran aquellos guerreros, verdaderos hombres de la naturaleza, enérgicos, valientes y rudos como las peladas cumbres de sus montañas; colgaron en ellas su nido y le suspendieron sobre el abismo de quien eran hermanos.

Lucha tan desigual llamó siempre la atencion de Europa, y los valientes múridas y Schamyl y su segundo Chadjimuratt, obtuvieron las simpatías de todos los que aman á los que defienden la independencia de la patria.

Sin embargo, la lucha no podia durar mucho tiempo mas: cercados últimamente y estrechados en sus montañas por un cordon de tropas rusas, el príncipe Bariatinsky logró llevar á cabo la prision del jefe circasiano, y desde aquel momento, el *lado izquierdo* del Cáucaso, quedó sometido á la Rusia.

No hay quien no conozca los detalles de este hecho de armas del príncipe Bariatinsky. Schamyl y sus múridas se habian retirado al lugar fortificado de Goumil, especie de fortaleza situada en una plataforma sumamente elevada y de cerca de un kilómetro de longitud. Tres de sus lados son de roca cortada á pico y por lo mismo inaccesibles, considerándose el cuarto punto de subida como verdaderamente inespugnable, no solo por los rusos sino tambien por los indígenas y en efecto un sendero tortuoso por el que apenas cabian dos hombres de frente era el que guiaba al recinto en que se habian refugiado Schamyl y cuatrocientos de sus múridas, y en donde fueron cogidos por los soldados rusos, despues de una tenaz y porfiada defensa.

Cuando el Iman se presentó ante el jefe ruso, este le preguntó:—¿Eres tú Schamyl?—Sí, respondió aquel y se entregó como prisionero de guerra. Los rusos recibieron la noticia de la captura del Iman como la de una señalada victoria; todos conocian que faltando el jefe que tantos años habia encendido en los montañeses el santo fuego del amor á la independencia de la patria, el Cáucaso estaba sometido.

Schamyl, fue perdonado por el emperador Alejandro, se le concedió una pension, recorrió las principales ciudades del imperio ruso, donde fue objeto de una gran curiosidad por parte del pueblo que él habia considerado eternamente como á enemigo; pero él tenia siempre la memoria en sus queridas montañas, recordaba á cada instante su poder perdido, y aun hubo momentos en que preguntando si Abdelkader habia hecho tanto en Argelia como él en el Cáucaso, como se le contestase que sí, que habia guerreado tanto como él, pero con mas fuerzas, su semblante se animó con la satisfaccion del soldado siempre victorioso.

Sus múridas eran los soldados escogidos, los valientes entre los valientes,—no habia uno que no llevase sobre su pecho aquella insignia, la primera entre todas en que se leia:—¡Esta es la insignia de los bravos! y para ostentarla, era necesario *merecerla*.

De este hombre singular, de este guerrero infatigable, es de quien fue segundo el valiente Chadjimuratt.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 36. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 2 DE SETIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Es ya un hecho oficial y consumado la invasion del territorio napolitano por Garibaldi. El desembarco se efectuó en Reggio, ciudad de unos diez y seis mil habitantes, situada en frente de Mesina. Hubo un ligero combate en que los soldados del rey de Nápoles llevaron la peor parte, retirándose á la fortaleza para capitular poco tiempo despues. Cuatro mil insurgentes calabreses se unieron á los garibaldinos tan luego como desembarcaron. Potenza, capital de la provincia llamada de la Basilicata (no Basilicato como han dicho la mayor parte de los periódicos) se pronunció en favor de Garibaldi, y dos brigadas de tropas reales se pasaron al dictador. Este habia emprendido su marcha á la capital, marcha que será indudablemente un simple paseo, pues que el pais se subleva por todas partes y las tropas reales que le quedan á Francisco II se defienden muy débilmente. El estado de Nápoles es tal, que segun una carta del 24, aun los mismos partidarios del rey piden y desean la entrada de Garibaldi, temiendo que las tropas estranjeras que están á sueldo del monarca y que no han sido licenciadas saqueen la ciudad antes de abandonarla.

El rey, que ya habia embarcado su dinero y efectos mas preciosos, se habia puesto despues á la cabeza de su ejército; pero segun los últimos partes telegráficos la actitud de las tropas no habia correspondido á las esperanzas del monarca, y este pensaba ya en su seguridad personal y meditaba retirarse á Gaeta.

De tal manera pintan la situacion los periódicos estranjeros y españoles de todos los matices, que no será estraño que cuando este número llegue á manos de los lectores de EL MUSEO, el telégrafo haya anunciado ya la caida completa de la dinastía napolitana, para la cual nadie ve salvacion.

Ha llamado la atencion que en estos momentos de conflicto para el jóven monarca, su madre, retirada en Gaeta y próxima á embarcarse segun unos para Trieste, segun otros para España y en un vapor español, le aconseje todavía la resistencia y le prive de su apoyo; que su tio el conde de Aquila segun lo que aparece en los documentos publicados conspirase contra él para quitarle el trono y provocar la reaccion; y que el conde de Siracusa, otro pariente suyo celebre banquetes con el comité revolucionario, mientras reconoce á Victor Manuel por rey de Italia. Esto ha hecho esclamar á algunos monárquicos que la dinastía napolitana cae sin poder decir lo que dijo Francisco I de Francia cuando fue vencido por Cárlos V.

Ya es cosa averiguada y anunciada oficialmente en el parlamento británico que ni Inglaterra, ni Francia, ni Austria intervendrán en la lucha actual entre el rey de Nápoles y Garibaldi, y que dejarán que se cumplan los destinos de aquella dinastía. Austria, á pesar de cuanto se ha asegurado en contrario, no saldrá de su actitud mientras no se vea directamente atacada.

Pero como se la atacará directamente por los italianos cuando Garibaldi se haya hecho dueño de Nápoles y de sus grandes recursos militares y marítimos, la Europa estará pronto en el caso de decidir si intervendrá ó no en la guerra entre Austria é Italia. Tal vez siga proclamándose entonces el principio de no intervencion, y en tal caso comenzará el tercer acto del interesante drama que estamos presenciando, al cabo del cual la Italia volverá á la unidad, de que se ve privada hace trece siglos, ó por el contrario será de nuevo colocada bajo el yugo austriaco. Con Garibaldi á la cabeza, con los recursos de que el rey Victor Manuel podrá entonces disponer, con la simpatía de todos los liberales de Europa, y sobre todo con el entusiasmo de todos los italianos, nos parece que al fin la Italia logrará ver realizada su constante idea de unidad y de existencia como nacion.

En Francia algun periódico ha propuesto para evitar la guerra entre Austria é Italia y las complicaciones graves que á consecuencia de ella pudieran surgir, que Austria ceda las provincias italianas que aun conserva, recibiendo compensaciones en sus fronteras de Turquía. Para esto seria necesario que se resolviera de un modo justo la cuestion de Oriente, y que la victoria de la civilizacion sobre la barbárie musulmana fuese el objeto que presidiera á las deliberaciones de los consejos europeos, en vez de sentarse por base la integridad, tan sangrienta como ridícula, del imperio otomano. La época de la reparticion de este imperio entre las potencias cristianas se aproxima; pero ignoramos si esta cuestion podrá marchar tan de prisa como marcha la cuestion de Italia.

Por de pronto se sabe que entre los musulmanes reina una gran agitacion y que murmuran en alta voz contra los jefes enviados por el sultan para prender y castigar á los principales asesinos. Las murmuraciones han llegado á tal punto, que uno de los jefes militares ha tenido que publicar una proclama anunciando que los seis mil franceses que estaban á punto de desembarcar en Siria, eran simples auxiliares del sultan, enviados á llamar espresamente por su gobierno y que iban á ponerse á las órdenes de este. Todos comprenden ya que la fuerza francesa enviada á Siria va á ser insuficiente para llenar la mision de que está encargada y que la Rusia y la Francia tendrán que aumentarla, contando ó sin contar con los demás gabinetes. Como ya en diplomacia se ha adoptado la costumbre de hacer una cosa públicamente, y decir sin embargo en los documentos oficiales lo contrario de lo que todo el mundo está viendo, no estrañaremos que en vez de los seis mil franceses vayan veinte mil, y allí se formen cuerpos mas numerosos sin perjuicio de que se diga que no hay en Siria mas que seis mil, y de que el gobierno inglés aparente estar muy satisfecho de su obra.

El gobierno inglés, ó sean lord Palmerston y lord Russell que influyen en las cuestiones esteriores, están hace tiempo *desorientados*, sobre todo desde que ha surgido la nueva cuestion de *Oriente*. Lord Palmerston, que con una precipitacion harto chocante se apresuró á reconocer el imperio francés y su emperador cuando este subió al trono á consecuencia del 2 de diciembre, hoy es el que manifiesta mas temores y desconfianzas de los peligros que amenazan á Inglaterra por la parte de Francia. Hoy en todo ve riesgos y conflictos, y pide fortificaciones y mas fortificaciones, y pronuncia palabras graves que parecen tienden mas bien que á alejar á provocar la lucha, como si tuviera miedo de que tardando en entablarse habia de ser fatal á Inglaterra. En el último discurso que ha pronunciado en el parlamento, ha dicho que ni Victor Manuel tenia derecho para ceder á Francia las provincias de Saboya y Niza, ni Napoleon lo tenia para aceptarlas. ¡Pobre lord Palmerston! Y sin embargo ¿dónde está la protesta y dónde están las enérgicas reclamaciones que en tal caso debió hacer el gobierno inglés antes de que ese hecho se consumará?

Estas palabras muestran que á la alianza *cordial* de los dos gobiernos, empieza á sustituirse un sistema de recelos

y desconfianza que será siempre un peligro para Europa. ¿Y quién tendrá la culpa? El gobierno inglés que sigue una política tortuosa, invocando el derecho cuando cree que le conviene, y dejándolo perecer cuando juzga que esto le tiene cuenta.

La embajada marroquí continúa recibiendo obsequios de las autoridades de esta capital. Los embajadores han visitado los diversos establecimientos públicos y los teatros en que ha podido darse alguna funcion como el Circo de *Price* y el de la Plaza del Rey. Esperan la llegada de la córte para proponer su embajada, la cual segun rumores no desmentidos, pero que hasta ahora no han podido tener confirmacion, se reduce á pedir la evacuacion de Tetuan y la condonacion ó plazos mas largos para el pago de los 200.000,000 de reales que aun les restan por entregar. Sobre este punto se ha entablado polémica en la prensa, de la que resulta que si ofrecen alguna garantía eficaz, podrá quizá modificarse el tratado y evacuarse la *ciudad santa*. Mucho celebraríamos que se encontrase un medio de quedar satisfechos nosotros y de evacuar á Tetuan al mismo tiempo, ya que no lo hemos de conservar. De otro modo seria necesario renovar aquella guarnicion y darle mayores comodidades de las que tiene.

Segun parece el viaje de la córte por las provincias será mas corto de lo que al principio se habia dicho: las provincias Vascongadas no serán visitadas este año; unos creen que por causa de las viruelas, y otros que por razon de las circunstancias.

El cólera sigue en Toledo, aunque no con grande intensidad; ha vuelto á reproducirse en Málaga, tal vez por el súbito regreso de los emigrados, y reina en otros puntos de Andalucía. El otoño acaso le haga cambiar de sitio; pero tememos que no nos deje hasta el invierno. Parece que ha tomado carta de naturaleza y acaso de vecindad en nuestro suelo, y habrá que contar con él como se cuenta con las pulmonías y otras enfermedades. En el largo catálogo de las causas de destruccion á que está sujeta la triste humanidad, una mas ó menos poco importa.

Han venido al Circo de Price los hermanos Marianis y otros artistas de fuerza que han dado, como era natural, cierto vigor á aquel decaido espectáculo.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

CRITICA LITERARIA.

A LA ACADEMIA ESPAÑOLA,

CON MOTIVO DEL PREMIO OTORGADO POR ELLA Á LA COMPOSICION TITULADA: LA NUEVA GUERRA PUNICA, Ó ESPAÑA EN MARRUECOS; SU AUTOR DON JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

(CONCLUSION.)

XI.

La última batalla que encontramos indicada en la *Nueva Guerra Púnica*, es la del 4 de febrero, es decir, la que dió por resultado la rendicion de Tetuan.

El señor Cervino se muestra tan pobre en el relato de esta batalla como en los de las anteriores.

Hé aquí algunos fragmentos de ese prosáico relato:

No bien la fresca *pudibunda* aurora
Daba su luz *flamígera á los cielos*,
Cuando el son que á *Diana cazadora*
Diz que era grato en el breñal de Delos,
Lanzan guerreras trompas y al *instante*
Mueve O'Donnell el campo *retronante*.

El señor Cervino no ha sabido decir que amanecia, ó mejor, no ha sabido describir un amanecer sino llamando, no sabemos por qué, *pudibunda* y *flamígera* á la aurora: el señor Cervino abusa de la figura, violentándola hasta el punto de hacerla ridícula, ni puede escribir dos versos sin dar en la estravagancia, en la vulgaridad, en la hinchazon y en los lugares comunes:

Ved como Ros y Prim arengan á sus tropas:

«¡A vencer ó morir! *paso de carga*»
Dice Ros á los suyos.—«Catalanes
»(Esclama Prim) si el agua se interpone
»*Y es preciso nadar*, no haya demora,
»*Despreciad* la corriente *bullidora*
»*Y al Alcántara* (1).

No puede ser mas breve ni mas militar la frase de Ros: tras la escitacion la voz de mando: en cuanto á lo que el señor Cervino hace decir á Prim, no conocemos nada mas frio, ni mas estemporáneo, ni mas prosáico: el señor Cervino apoya su frase en la nota siguiente:

«Y si fuere preciso ir hasta Tetuan por el rio, ¡al agua! y hasta Tetuan nadando.» «Proclama del general Prim á los catalanes, inserta en *Las Crónicas de la guerra de Africa*, página 188 de la del ejército.»

Sancho Dávila, no dijo esto, pero lo hizo en Flandes con sus soldados de los tercios viejos; el general Prim y sus catalanes, eran y son harto capaces de hacer lo que hicieron Sancho Dávila y sus soldados: la hipérbole del general Prim está en su lugar: delante del soldado es necesario hablar con exageracion y obrar con bravura: el señor Cervino ha destrozado la frase del general Prim, la ha enfriado, la ha hecho vulgar, queriendo poetizarla, y ha resultado un período estravagante y de mal gusto, de lo que es bravo y enérgico en la situacion y en el lugar en que se dijo, y en la boca de quien lo dijo.

Pero esta infelicidad de traslacion de la prosa al verso, es tolerable comparada con lo siguiente:

¡Oh! cual vomitan muerte las trincheras
Muslímicas rugiendo!
¡Oh! ¡cual vomitan muerte las hileras
Hispánicas tronando!
¡Cómo arrecian *las furias* destructoras!
¡Cómo el ardor de prepotentes brios!
¡Cual de mil sangres espumosos rios
Bajan de las colinas!

¡Oh Dios mio! ¡el vértigo zumba en nuestra cabeza! ¡estamos aturdidos! ¡Señor! ¡Señor! ¡qué arte tan perfecto para lo malo! ¡qué simetría tan punzante aquella de *las trincheras muslímicas tronando, las hileras hispánicas rugiendo*! ¡y aquellos dos gerundios precedidos cada cual por un esdrújulo! ¡y aquel recíproco vomitar muerte! ¡y las furias que arrecian, no la furia! ¡y *los rios espumosos de sangres mil*, como sino pudiera decirse mil rios de sangre, y como si para decirlo no hubiera podido el señor Cervino lucir una mas retumbante trasposicion, ya que tanto le gustan las trasposiciones sonoras: por ejemplo:

¡Cuál, espumosos mil, de sangre rios!

¡Y qué régimen el del verso del señor Cervino!

No son los rios los mil, sino las sangres: ¿y cómo comprender la palabra *sangres*? cuando se dice que por un campo de batalla corre un rio de sangre, se comprende que este rio proviene de las heridas de un número considerable de hombres, como todo rio se forma de una infinidad de arroyos ó de corrientes que afluyen á él. ¿Cómo comprender, repetimos, la palabra sangres? hasta ahora nadie habia usado ese plural: ¿será acaso que se haya querido decir que cada herido arrojaba un rio de sangre, y en vez de decir *mil rios de sangre*, que hubieran formado un lago, ya que no un mar, se ha dicho un rio espumoso formado por mil sangres? No lo comprendemos ni creemos haya nadie que lo comprenda, como no sea la Academia.

Y, á propósito: ¿el que quiera ser premiado por la Academia, habrá de arrojarse á escribir lo que nadie pueda entender, procurando buscar la originalidad en el desatino?

Si asi es, deberia decirlo la Academia en sus programas, y de ese modo el que pretendiera ser premiado, sabria que lo primero que tenia que hacer era dejarse el sentido comun en el tintero y entablar con la Academia una partida al gana pierde.

El señor Cervino continúa divagando sin llegar nunca á la descripcion, y para que la que llama batalla lo parezca, dice:

¿Quién el horror de las tremendas horas,
La *ciega confusion*, el rudo estrago,
Osará referir? ¿Quién los *fendientes*
Que arrancan vidas con el solo amago?
Ni ¿cómo numerar tantos valientes
Que, *arrojado el cartucho, se desatan*
Vibrando bayonetas inclementes,
O en remolinos con el corbo alfanje
Hienden, *punzan*, destrozan, hieren, matan (1)?
¡Cuántos y cuántos á la horrenda muerte
Dieron allí tributo *prematuro!*
Hasen, Hasen el fuerte,
Desplomado cayó, despues que el *duro*
Hierro hincó en las entrañas de Escalante (2);
Alvarez, Peña, Romeral, Gandía,
Fernandez, Polo, Enriquez, Bustamante,
El frio de *muslímica* gumía
Sintieron en su pecho: mas venganza
Diéronles fulminante (3)
Perez, Velasco, Ponce, Abad, Carranza.

¡Oh Soliman! ¡oh Ahmed! ¡oh Abbass Lozano (4)!
¡Oh príncipes de Agar! vuestros alfanjes
Dignos son de *triunfantes arreboles*.
Pero luchais en vano:
Luchais contra (*con*) españoles
¡Ay! ¡ay! (5) ¡no veis como á cercaros vuelan
Destrozando almaizares y chilabas (1)!
. . . .
¡Atrás! que Prim *saltó por la tronera;*
¡Atrás! que vuestro campo está invadido;
¡Atrás! que ya el *contrario* (2) *en triunfo* aclama
A *su* Dios y á *su* reina enardecido (3).
. . . .
¡Oh momento sublime
Para mi patria (4)! ¡Oh Dios! ¡oh instante!
¡oh triunfo (5)!
Párate sol (6) y admíralo. No mueras
¡Oh cuatro de febrero!

Con esto, los demonios desesperados se marchan al infierno, poco despues de entregar á Tetuan al saqueo y al incendio, por lo que el autor esclama:

¡Horror! ¡Horror! ¿no visteis cuando cubre
Manto de *espesa* nieve las fraguras,
Bajar desde ellas los hambrientos lobos (7)?
. . . .
Tal kábilas *impuras*,
. . . .
Sacian la furia en su ciudad sagrada
. . . .
Rie Luzbel, etc.

Tras esta noche de horror, sobreviene la rendicion de Tetuan, y el señor Cervino esclama:

Sí: para gloria del honor hispano
Acudid pueblos; acudid naciones:
¡Ya está humillado el que insultó! ¿Lo visteis?
El *parche temblador*, el *soberano*
Clarin de agudos sones,
En salvas *retronando cien cañones*,
Cien músicas vertiendo su armonía
Los *invencibles de mi patria, victor*
De triunfo alzando á la celeste esfera,
Presentado el fusil por homenaje,
Temblando Africa impía,
Pasmada Europa el *ángel sonriendo*,
Van la hispana bandera conduciendo,
A la Alcazaba de Tetuan.

De modo que ateniéndonos al sentido del anterior período, resulta: que *el parche temblador*, *el soberano clarin*, *cien cañones*, *cien músicas*, *los invencibles de mi patria*, *Africa impía temblando*, *Europa pasmada y el ángel sonriendo* (no sabemos qué ángel) llevan en procesion, mezcladas cosas, personas y naciones, la bandera española á la alcazaba de Tetuan. ¿Porque si no son ellos, quiénes son los que llevan la bandera? Léase con atencion el período á que nos referimos y se verá en qué lápsus ha caido por no poder dejar de ser vulgar el señor Cervino: ese «van» en la intencion del señor Cervino lleva dentro de sí mismo ó envueltas en sí las personas que llevan: pero resulta lo que hemos dicho, ó mas bien lo que ha dicho el señor Cervino queriendo decir otra cosa.

A continuacion refiriéndose á la bandera dice:

¿La conoces Agar? son *sus* colores
Los mismos de la Alhambra que aun te aterra.

Perfectamente: los colores de la bandera española, son los colores de la Alhambra porque son los mismos de la Alhambra: no sabíamos que la Alhambra fuese roja y amarilla; porque aunque dicen que de Al-Jamra (que significa la roja) viene por corrupcion Alhambra, nosotros creemos que habiéndola fundado el primer rey Nazerita, la corrupcion viene de Al-kars-al-Jamar, palacio del Rojo: ni sabíamos tampoco que la Alhambra aterrase aun á los marroquíes.

Son sus colores
Los mismos de la Alhambra que aun te aterra,

no puede decirse de la bandera española.

Despues de entonar el *hossanna* ó como si dijéramos: de cantar el *Te Deum*, el señor Cervino concluye su obra con los siguientes versos, que, segun una nota suya, endilga á los *poetas de la tertulia literaria del marqués de Molins*:

¡Hijos de la armonía! (8)
Cantadlas (9) en el arpa sonorosa (10)

(1) Es decir: *al el puente*.

(1) Este pasaje no dice que los *remolinos* (¡qué frase!) del corvo alfanje hieren: de ningun modo: lo que dice es que los moros en remolino, es decir, embistiendo ó adelantando en remolino, como si los llevara el viento, hieren con los corvos alfanjes: y no van en un solo remolino, sino en remolinos, como en otoño las hojas secas.

(2) Todos estos y los que mas abajo siguen, *serán muy conocidos en su casa*; nos parece estar viendo al señor Cervino, mordiéndose el dedo pulgar con la pluma detrás de la oreja, recordando apellidos, y buscando un Bustamante para un Escalante.

(3) Esta venganza fulminante nos encanta: ¡como que se nos figura que estamos oyendo hablar de casos de cólera!

(4) Como las habas verdes.

(5) Nuestro autor, no sabiendo ya que decir, entona de nuevo la caña.

(1) Poco les hubiera importado á los moros, que están acostumbrados á vestir ligeramente, el que destrozaran *chilavas* y almaizares si no hubiesen ellos estado dentro de estas prendas.

(2) ¿De qué contrario habla el señor Cervino? si ese contrario á que se refiere son los españoles, dijera vuestro contrario, porque de no resulta que el contrario es contrario del señor Cervino.

(3) Está visto: el señor Cervino se nos va con los moros.

(4) Esto es ya distinto.

(5) ¡Oh paciencia! ¡Oh Cervino! y ¡oh Academia!

(6) Nadie ha dicho, a lo menos en castellano, sino Espronceda, *¡para y óyeme, oh sol!* Hay frases atrevidas que pertenecen esclusivamente al primero que las dijo. Es verdad que Josué dijo *in illo tempore*: *Sol detente sobre Gabaon*: pero lo dijo en hebreo, en prosa, y en una situacion completamente distinta. Espronceda no plagió el dicho de Josué.

(7) No señor, no los hemos visto, ni quiera Dios que los veamos.

(8) Si nosotros perteneciéramos al número de los aludidos, daríamos las gracias al señor Cervino.

(9) En primer lugar, el arpa, ó mas bien la lira de Herrera y de Leon, se ha perdido, y no se sabe por dónde anda: en segundo lugar, nunca escribieron romances aquellos dos poetas: si hubiera dicho el señor Cervino: el arpa de Góngora y de Lope, que hicieron admirables romances, lo comprenderíamos, porque el señor Cervino, segun su nota, alude el Romancero de la Guerra de Africa.

(10) No se sabe por el contesto anterior, si *las que van á cantar* los hijos de la armonía, son hazañas ó coplas de Navidad.

De Leon y de Herrera
Que miro en vuestras manos,
¡Oh dulce melodía!
La doncella y la esposa
En la edad venidera
Repetirán los metros soberanos (1)
¡Oh si en mi humilde lira yo os pudiera
Acompañar... (2) Salud, salud, hermanos (3)
De O'Donnell, de la Reina, de la Patria,
De innúmeros valientes,
Os sigo desde lejos, proclamando (4)
Tambien los nombres de eternal memoria
Y el divo lauro en que ceñis sus frentes (5)
Y la española gloria
Que va un ángel del cielo pregonando
Con el áureo clarin de la victoria.

FIN (6).

Ya era tiempo.

Descansemos, resollemos fuerte, limpiémonos el sudor, estirémonos.

¡Oh Academia!

Esperamos, aunque es mucho esperar, que no volverás á ponernos la pluma en la mano, para cosas como la que finalizamos.

¡Ah! ¡no por Dios!

Necesitamos rehacernos, Academia, y concentrar toda nuestra fuerza de voluntad para echar fuera de nosotros la influenciade la *Nueva Guerra Púnica*, que no es tal guerra sino una epidemia enemiga del lenguaje.

Si habiendo estado tanto tiempo en contacto con ella podemos todavía hacernos entender de quien nos lea, estamos de seguro libres del cólera.

Pero basta ya: solo nos resta escribir una palabra que para algunos va á ser

dulce y sabrosa,
Mas que la fruta del cercado ageno;

voilà:

FIN (7).

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Madrid 28 de agosto de 1860.

ANTONIO DE LEIVA.

Existia una antigua rivalidad entre Francia y España sobre cuál de las dos potencias poseeria el reino de Nápoles, sin que las grandes hazañas de Gonzalo de Córdova bastasen á dar á la segunda de estas dos naciones la tranquila posesion de aquel hermoso país. En los últimos años del reinado de Fernando el Católico habia sido definitivamente agregado á España, firmándose la paz con los franceses; pero al ocupar el trono el jóven Cárlos V volvió á tentar fortuna Francisco I, rompiendo las hostilidades en aquel territorio, y esta guerra de tan gloriosos resultados para nuestra patria, fue el teatro de las proezas del insigne Antonio de Leiva. Nació en un pueblo de Navarra en 1480 siendo varias las opiniones sobre el orígen de su familia. Antoridades respetables escriben que fue de las mas humildes, afirmando que su padre fue zapatero; pero Gonzalo Fernandez de Oviedo, cronista de los Reyes Católicos, dice en sus *Quincuagenas*: «Antonio de Leiva del antiguo solar y casa de »Leiva de la cual fue señor y yo le conocí al anciano y »valiente caballero, capitan de cien hombres de armas »de los Reyes Católicos Juan Martinez de Leiva, cabeza »de este linaje y mayorazgo cuyo hijo mayor y menor »fue Sancho Martinez de Leiva y el segundo hijo fue »este señor Antonio de Leiva príncipe de Asculi en el »reino de Nápoles.»

Nos parece que el testimonio de Gonzalo de Oviedo, aclara todas las dudas que puede haber en la materia.

A los diez y ocho años de edad pasó á Italia alistado en las banderas del Gran capitan, y este valiente campeon descubrió pronto en el jóven soldado las dotes que pocos años despues le hicieron brillar entre los primeros hombres de su siglo. El año de 1512 se halló en la batalla de Rávena, siendo ya capitan de una compañía de infantes y señalándose en la famosa retirada de aquel campo. Su pericia, valor é inteligencia eran tan conocidos y celebrados en el ejército español y tan apreciados del emperador, que hallándose un dia pasando revista mensual de comisario á su compañía, tomó el emperador un mosquete y colocándose en las filas como un simple soldado, dijo al pasar al comisario: escribid: «Cárlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leiva.» Rasgo delicado y sencillo que acrecentó la fama del jóven Leiva, alentándole á grandes empresas. Viósele poco despues al frente de considerables fuerzas presentar combates al enemigo, destrozarle, perseguirle y obligarle á levantar sitios como el de Milan, asediado por el almirante Bonnivet, á quien arrojó de aquel territorio. En la campaña de 1524 se propuso Francisco I acabar con los españoles, y al efecto allegando tropas y pertrechos, se presentó á la cabeza de su ejército y entró en Italia con grandes esperanzas de salir airoso en tan grande empeño. Hubo encuentros y combates mas ó menos gloriosos para las armas españolas, hasta que temiendo que el rey se apoderara de Pavía, entró en ella Antonio de Leiva. Fortificóla en breves dias y se aprestó á la defensa, pues ya el francés se adelantaba á ponerle cerco. A los pocos dias ordenó el rey un asalto en que sitiados y sitiadores dieron muestras de gran valor y resistencia, teniendo al fin que retirarse los franceses, á pesar de haber aportillado los muros y quedar brechas abiertas en diferentes sitios. En este estado no pasaba dia sin que se verificase alguna acometida del enemigo, que siempre era rechazado por Leiva, dando muestras de su pericia y vastos conocimientos en el arte de la guerra. Entre tanto la falta de víveres, la peste que acababa de asolar la ciudad y la miseria y desnudez en que se hallaba el soldado, ponian al hábil general en mas aprieto que los enemigos; sabiéndolo el rey, envióle un religioso prometiéndole grandes rentas y honores, si entregaba una ciudad que por otra parte no podia ser ya defendida. Leiva respondió á esta demanda: «Padre, sino supiera que »vuestra merced es un hombre de bien y un cristiano »religioso, le mandaria ahorcar con esa linda embajada. »Salga vuestra merced de Pavía al punto y no vuelva á »poner mientes en esto, diciendo de camino al rey que »le ha enviado aquí, que Pavía está por el emperador; »que si la quiere es necesario que la gane con el hierro y »con la sangre de sus soldados.»

Crecian los apuros, se multiplicaban los asaltos y ya iban trascurridos cuatro meses en aquel estado, cuando el marqués de Pescara y el cardenal de Borbon con tropas españolas se acercaron al campo y presentaron batalla á los sitiadores. «Jamás, dice Robertson, se vieron »dos ejércitos que combatieran con mas furor: jamás »se sintieron por ambas partes mas vivamente las con»secuencias de la victoria ó de la derrota; jamás se halla»ron los combatientes mas animados por la emulacion, »por la antipatía nacional, por el resentimiento mútuo y »por todas las pasiones que pueden llevar el valor hasta »el mas alto punto.»

Contemplaba Leiva el combate desde las almenas de Pavía, pronto á caer con sus soldados allí donde pudiera causar mas daño al enemigo. Efectivamente, viendo que las tropas suizas volvian la espalda, sale de la ciudad, las embiste y las derrota. Este movimiento decidió la victoria en favor de nuestras armas y el ejército francés fue desbaratado, quedando en nuestro poder el mismo rey Francisco I. Esta famosa batalla, acaeció el 24 de febrero de 1525.

El defensor de Pavía fue nombrado gobernador del Milanesado que defendió de las invasiones francesas cuando puesto en libertad Francisco I, faltó á su palabra y volvió á encender la guerra en Italia. Sitió y tomó á Milan. Peleó despues contra los turcos y fue nombrado generalísimo de la liga contra el poder mahometano y mereció al papa la presentacion de la rosa de oro y el estoque bendecido, distincion que solo se hacia á los monarcas. Los años y las duras fatigas de la guerra postraron á nuestro héroe en términos que se veia precisado en muchas ocasiones á ser conducido al campo de batalla en una litera. El emperador honró á Leiva con cuantas distinciones puede otorgar un monarca y le hizo sentar y cubrirse en su presencia.

Terminada la espedicion en Africa en la que acompañó al emperador, le aconsejó que llevase la guerra al territorio francés y en 1536 puso sitio á Marsella que no pudo ser tomada por haber sobrevenido la peste en el ejército sitiador. Gonzalo Fernandez de Oviedo en sus citadas *Quincuagenas*, dice hablando de Leiva. «Es notorio que en su tiempo, ninguno le hizo ventaja en la industria y conocimiento y trabajo de las cosas de la guerra y junto con su grande é sotil entendimiento y largo ejercicio y esperiencia que tenia en el arte de la guerra. Dióle Dios tanta habilidad y discrecion que era muy templado y no vanaglorioso en sus victorias y era de la gente militar muy amado y sociable y temido de los adversarios como el fuego. Repartia tan bien los despojos que se ganaban que todos quedaban contentos de su rectitud y sabia honrar y bien tratar á los que eran hombres esforzados y sabiamente castigaba y reprendia á los que eran faltos de ánimo. . . . .

Caéme á mí mucho en gracia la admiracion que tenian cuantos le vieron en la guerra y no menos lo que se dice de cuando estuvo en Bolonia al tiempo que el papa Clemente con solemne magnificencia coronó al emperador nuestro señor el año de 1530 con aquellas ceremonias y grandísima fiesta en que concurrieron muchos príncipes, duques, marqueses, condes y caballeros militares y señores y notables varones riquísimamente adornados y en servicio de las dos cabezas principales del mundo y con tales y tan suntuosos actos y cirimonias, preguntando yo á algunos caballeros y personas graves que allí se hallaron qué era lo que les pareció mas de ver y encomendar á la memoria de aquel dia, me dijo uno de los interrogados de aquesta manera: lo que á mí me dió mas admiracion fue ver aquel dia al señor Antonio de Leiva, capitan general de la infantería, entrar en aquella plaza de San Pedro, tollido de piés y manos y armado en blanco, sentado en una silla en que le llevaban cuatro hombres; sentaron la silla en el suelo donde él les mandó y la infantería armada y bien aderezada á punto de guerra, entró tras él y tomaron aquella plaza en torno toda. E él estaba tan manco que con trabajo podia con sus manos quitarse la gorra á los señores que á el se la quitaban y le hacian mesura y acatamiento. Allí á donde estaba daba terror y espanto admirable á toda Italia, asi le venian á ver de muchas partes como á hombre famoso y espejo de la milicia tan alabado y estimado capitan en el mundo.»

Postrado en el lecho, atormentado de mil dolencias falleció Leiva en Aix á los cincuenta y seis años de edad. Su cuerpo fue trasladado á Milan y enterrado en la iglesia de San Dionisio. Los títulos que ganó con la espada fueron el de príncipe de Ascolí, marqués de Atela, conde de Monza, grande de España, comendador de Yeste en la órden militar de Santiago y miembro del consejo de Estado y Guerra.

MANUEL JUAN DIANA.

Creemos que nuestros lectores hallarán sumamente curioso el siguiente documento inédito, que publicamos; hoy que está próximo el viaje de la córte á Cataluña, le hace doblemente interesante.

ORDEN DE LA PRIMERA ENTRADA QUE

HIZO EN BARCELONA, LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA REINA DOÑA ISABEL, CONSORTE DEL ILUSTRISIMO SEÑOR REY DON FERNANDO, PROCEDENTE DE LAS PARTES DE CASTILLA (CEREMONIAL DE COSAS ANTIGUAS Y MEMORABLES TOMO 1.° QUE EMPIEZA EN EL AÑO 1457, ARCHIVO MUNICIPAL DE BARCELONA).

«Como por la majestad del señor rey que llegó á esta el lunes 18 de junio de 1481, se hubiese significado á los honorables cancilleres que la señora reina, actualmente hallada en la ciudad de Zaragoza, llevaba intento de venirse á Barcelona; por tanto, al objeto de prepararle una entrada solemne cual se acostumbra en las primeras de nuestros reyes, juntóse el sabado 23 consejo de cien jurados para tratar en ello y arbitrar los recursos necesarios, á cuyo objeto se determinó prorogar ciertos derechos nuevamente impuestos sobre el vino y la carne, hasta quedar saldados los gastos que ocasionara semejante ceremonia. Eligiéronse ademas ciertas personas para dirigir los obsequios. Aunque la dicha señora no debia prestar juramento ni practicar otro acto, se dispuso levantar un gran tablado en la plaza de Minoritas, segun costumbre, delante de la casa de Moncada, y entoldar la misma plaza colocando entenas hasta la mitad de ella, poniendo ciertas barreras por donde desfilasen las cofradías de la ciudad en el acto de la funcion, sin riesgo de ser atropelladas por caballerías.

En cuanto se supo la llegada de la señora reina á la villa de Molins de Rey el martes 24 al anochecer, insiguiendo una antigua y loable práctica de la ciudad, se eligieron dos notables para que el dia siguiente miércoles pasasen á dicha villa é hiciesen el debido acatamiento y besamanos á S. A. en nombre de la ciudad, dandole gracias por su venida. El mismo dia salió el rey á recibir á su consorte. Echóse ademas un pregon ordenando festejos y luminarias por tres dias, que cesasen trabajos, se barriesen las calles y se entoldasen y colgasen los frentes de las casas.

El jueves 26 salió S. A. de Molins de Rey con propósito de venirse aquella noche al monasterio de Valldoncella, y á su vez el concejo, por medio de vegueros pasó aviso á los caballeros, ciudadanos y cónsules de la Lonja con todo el brazo mercantil al objeto de reunirse á caballo en la casa consistorial y salir al encuentro de S. A. Reunida efectivamente la honorable corporacion con el veguer y el baile de la ciudad, y ademas algunos artistas y menestrales, todos cabalgando, salieron presididos de sus maceros hasta la alameda que está mas arriba de la carniceria de Sants, y habiendo a poco llegado los reyes, saludáronles todos inclinando la cabeza hasta el cuello de sus mulas, y sin apearse se acercaron á besar las reales manos, cada cual por turno, empezando el veguer y el conceller *en cap* mosen Juan de Marimon. Teníanse ya prevenidas gran número de antorchas, por presumirse seria la llegada al anochecer, y en consecuencia ochenta mancebos de las cofradías, con hachas

(1) Esto es lo que se llama escribir á bulto; ¿será indispensable ser doncella ó esposa, para poder repetir dentro de cien años, los romances de los hijos de la armonía? ¿No podrá, ademas de estas sacerdotisas, repetirlos nadie?

(2) El señor Cervino há oido decir: acompañar con la guitarra, y no ha tenido inconveniente en decir: acompañar en la lira.

(3) En Apolo.

(4) Construccion torpe y violenta.

(5) El señor Cervino cree sin duda que nadie ha leido á Quintana ó que lo que un poeta piensa y escribe es propiedad de todo el mundo; nos vemos en el caso de repetir los cuatro versos de la Oda á la *Imprenta* que ya hemos copiado mas arriba:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente
Que vuestra voz enérgica y valiente
Digna tambien del universo sea.

Pero ¿no ha dicho tambien el señor Cervino:

Espíritu de honor envuelto en ira

habiendo dicho Herrera en su cancion al rey don Sebastian:

Espíritu de miedo envuelto en ira?

(6) Esta es la mejor palabra del poema del señor Cervino.

(7) Hemos perdonado dos pasajes y un *cristícola*, no porque el *cristícola* y los pasajes sean buenos, sino por amor á Dios y á su Santa Madre: el primer pasaje es la descripcion de una misa y en él está el *cristícola*: el segundo una imprecacion á la Vírgen: y otra infinidad de cosas hemos perdonado por amor á nuestros lectores y á nosotros mismos. Ademas, siempre es bueno quedarse con municiones.

de cera, sin otros allegadizos, vinieron desde la indicada alameda acompañando á la regia comitiva. Al llegar al cerro de la Cruz, se dispararon desde las murallas muchas bombardas y se lanzaron fuegos voladores, y así en la falda del Monjuich como en todas las alturas convecinas encendiéronse fogatas en muestra de regocijo. A la vez todos los campanarios y torres de la ciudad y las almenas del muro, desde las puertas de San Pablo y San Antonio hasta la del Tallers, aparecieron vistosamente iluminadas. El monasterio de Valldoncella donde SS. AA. posaron hasta el sábado, por órden de la priora habia sido adornado con bellos paños de raso.

Rayó el sábado 28, y para dar gusto al rey, si bien nunca se habia hecho tal cosa en semejantes ocasiones, salió el cabildo municipal con palio para recibir á SS. AA. hasta la puente de la puerta de San Antonio, donde habia prevenida una gentil representacion de Santa Eulalia patrona de la ciudad que con artificioso ingenio de descender desde la torre que cobija la puerta, acompañada de cuatro ángeles, esto es, el Custodio, San Miguel, San Gabriel y San Rafael, descollando por encima entre mucha luminaria una gloria de tres cielos concéntricos que daban vuelta alrededor de unas grandes imágenes de reyes, profetas, vírgenes, etc.

A eso de la una de la tarde púsose en marcha la señora reina seguida del rey, del reverendísimo cardenal de España, y de lujosa comitiva de condes, duques, magnates y damas de alto linaje, los cuales venian asistiéndola desde Castilla. Montaba S. A. una bonita mula, con alto asiento de almohadas de raso sobre la silla, vistiendo un ropon de oro tirado y orfebrería, y un riquísimo gonel de brocado, y ceñida á la cabeza esquisita corona de pedrería. Delante marchaban unos palafreneros conduciendo del diestro dos caballos ó hacaneas blancas, con sillas y almohadas de brocado guarnecidas de oro y plata, recamados, y gruesos pomos de lo mismo. Al llegar á la consabida puente, debajo de un toldo de paños de lana allí colocado, paróse S. A. para que el sol no ofendiese, y entonces descendió de la torre Santa Eulalia, rodeada de los ángeles cantando con suavísima melodía, y al llegar al nivel de la reina cesando el canto, le dirigió en catalan la siguiente copla:

Pus ha dispot-la Magestat divina
visitar Vos-esta ciutat famosa:
vullau mirar,-senyora virtuosa,
los mals qui tant-la porten á robina,
Jo leu s' corran,-fins aci conservada
per mí, qui só-mártir, della patrona:
sper en Deu,-la vostra Barcelona
en un moment-per vos será tornada,
vivificada
é prosperada:
mas cogitau,-Reina tant desigada;
darne rahó-a Deu, quí us ha creada.

Concluida esta representacion que pareció causar mucho placer á S. A., apeáronse los concelleres y tendieron un hermoso pálio de brocado y sus *tovallones* de carmesí con las armas de las ciudad en ellos, sobre la reina y el



DON ANTONIO DE LEIVA.

VISTA DE LA CIUDAD DE NÁPOLES.

rey, este á la derecha, y el cardenal á la izquierda, fuera del pálio. El conceller en cap y otro ciudadano iban al banco del freno conduciendo del diestro la montura de la reina; los otros cuatro concelleres é igual número de ciudadanos, sostenian las varas del palio, y otros diez y seis tenian los cordones.

En este órden precedida de tambores y trompetas suyos y de la ciudad, entró S. A. adelante por la calle del Arrabal, la cual estaba toda colgada y velada con cuerdas y ramaje en lugar de toldo. Delante del hospital de Santa Cruz, situado en la misma calle, habia reunidos en dos andamios los inocentes de la casa y los huérfanos con sus amas. Siguiendo desde la puerta de la Boquería por la Rambla abajo, hácia la de Trentaclaus se vió dispuesta una hermosa y gran fuente de tela imitando piedra, á semejanza de la que se denomina *del Angel*, la cual por cuatro grifos derramaba agua, y por otros cuatro vino griego, mientras dos cupidillos esparcian agua almizclada sobre la muchedumbre. Desde la puerta del Atarazanal á la plaza de Minorita, toda la calle dicha Dormitorio de San Francisco, estaba vestida y cubierta de verde ramaje.

Cuando llegó la comitiva al pié del tablado que estaba ya dispuesto, cubierto enteramente de paños rojos, inclusas las gradas hasta el suelo, y la pared colgada de telas de raso, debajo de un soberbio dosel de brocado perteneciente al señor rey; ayudaron á descabalgar á S. A. cogiéndola el cardenal por debajo del sobaco izquierdo, y subiendo todos, sentáronse los reyes en un sitial con almohadones de brocado, en lugar de sillas, los duques y magnates sin órden determinado á la derecha, y á la izquierda en unos bancos, los concelleres, prohombres y demás que habian llevado las varas y los cordones del palio. En seguida empezaron á desfilar por delante de SS. AA. haciendo el acatamiento debido, las cofradías y gremios de la ciudad por el órden y con las demostraciones que siguen: los garbilladores llevando su pendon; los marineros y barqueros, revendedores, frazaderos, cuberos, colchoneros y mesoneros, llevando tambien el suyo; los pelaires con su abanderado muy galan á caballo, este encubertado de una manta de paño verde hasta los piés, y los demás en calidad de comendadores de San Juan con un crucifijo, caminando al concierto de algunos cantores de buenas voces; los corredores, distinguianse ademas de su pendon por cierto entremés de hombres desnudos á caballo; los hortelanos traian otro entremés de dos asnos uncidos al arado, siguiéndolos un grupo de hombres y mujeres que arrojaban simiente de espinacas con un rastrillo y hacian mil chocarrerías. Guiados por sus pendones venian en pos los matraceros, espaderos, carpinteros, tejedores de lana y algodoneros, distinguiéndose en medio de los segundos San Pablo empuñando la grande espada de la ciudad. Los merceros traian consigo una representacion de San Julian, compuesta del santo con arreo de caza, á caballo, seguido de otros ginetes, puestos dentro de una cerca ó valladar de ramas á guisa de bosque, desde donde lanzaron infinidad de pajarillos, como palomas, tórtolas, mochuelos y codornices, y acompañaban este entremés una comparsa de mancebos con aros de guirnaldas, vistiendo por igual calzas y birretes de grana, salpicados de hojas de hiedra, bailando la *tribalda* al son de los cascabeles que adornaban sus piernas. Sin distinguirse especialmente seguian con sus pendones los curtidores, rebocadores, tejedores de lino, albañiles, canteros y alfareros. Los panaderos y tahoneros vestian todos de paño blanco y birrete colorado. Con los herreros venia el paso de San Eloy, cabalgando el buen santo sentado en una silla, y precedido del dragon (brivia) de la ciudad, que vomitaba llamas por la boca. Los zapateros, los pellejeros y los pelaires, iban solo con sus respectivos pendones. Los freneros llevaban mantos azules sembrados de argentería y sombrerones; pero sobrepujándoles en riqueza los plateros traian sus mantos y vestiduras cubiertos de chapería de plata, con birretes unos hechos enteramente de lo mismo, otros de paño enriquecidos de joyeles y hojuelas metálicas, ostentando las mas preciosas gargantillas de plata. Los prohombres y otros del gremio de sastres arrastraban rozagantes ropas de lana, con mangas mantellinas de terciopelo negro, llevando en el puño halcones y gerifaltes.



BAÑOS DE ARECHAVALETA EN GUIPÚZCOA.

Concluido el desfile, volvió el real séquito á emprender su curso, que fue el acostumbrado en semejantes entradas, á saber; por la calle Ancha arriba, Cambios Viejos, Borne, rodeándolo, calle de Moncada hasta la capilla de Marcús, calle de la Boria, plaza de San Jaime, casa de la Diputacion y Palacio episcopal, á cuyas puertas se apearon sus altezas, y recibidas por el reverendo clero catedral que venia guiado por la cruz mayor y la bandera de Santa Eulalia, llegaron á la Seo. Tambien á las puertas de ella se detuvo la reina, ocupando un sitial cubierto de paños de oro, donde adoró la Vera Cruz en manos del reverendo patriarca de Tarragona. Habiendo penetrado en la iglesia, entonóse el *Te Deum laudamus* á voces, con acompañamiento de órgano, y siendo ya tarde, se colocaron luminarias en los ventanales. Despues de hecha oracion en el altar mayor, bajaron á hacerla en la cripta de Santa Eulalia.

El mismo órden que á la ida se guardó al regreso de la iglesia, y volviendo por la plaza de San Jaime hácia las calles de Regomir y Ancha, se dirigieron SS. AA. á la casa de Gualbes, donde les estaba aparejada posada, inclusas las habitaciones de Juan Bertran y de la señora de Tríes, hasta la Marina. Echaron finalmente pié á tierra, subieron los reyes acompañados de concelleres hasta el salon, donde hecho el acatamiento y tomada su licencia, se volvió cada cual á su domicilio.

Continuando los festejos, el dia 5 de agosto se hizo procesion solemne, igual á la del dia del Corpus, concurriendo *castillos* y entremeses acostumbrados.

La vajilla regalada por la ciudad á dicha señora reina, fue la siguiente: dos bacías de plata, sobredoradas por dentro y fuera, con esmalte de las armas de la ciudad en su centro, *galloneadas*, picadas y realzadas de hojarascas y animalejos, su peso 25 marcos, 4 onzas, que á razon de 12 rs. el marco valenciano, importaron 306 rs.: dos platos de trinchar, de lo mismo, peso 20 marcos, 108 adarmes: otros dos id., id., de igual peso: doce platos, id., peso 30 marcos, 12 adarmes: cuatro tazas con pié bajo, de lo mismo, su peso 11 marcos, 4 adarmes: cuatro jarros ó cetros de id., peso 12 marcos, 3 onzas, 14 adarmes: un salero de plata, adornado de seis torrecillas al pié, relevadas y adornadas con las armas de la ciudad en esmalte, acompañándole la correspondiente caja y cobertor, con su pináculo de plata sobredorado por dentro y fuera, pesando todo 7 marcos, 5 onzas, 2 granos. Peso total de las albajas, 156 marcos, 7 onzas y 2 adarmes, y su importe 1,581 libras, 2 sueldos, dos dineros.

J. P.

NAPOLES.

Los acontecimientos de que está siendo teatro el territorio de Nápoles y de que en breve lo será, si ya no lo está siendo en este momento esta ciudad, hacen interesante una breve descripcion de ella, así como la vista últimamente sacada que insertamos en este número.

Nápoles es una de las ciudades mas hermosas de Europa. Situada á orillas del golfo de su nombre en la parte meridional de Italia, goza de un clima suavísimo y de un cielo despejado. Calcúlase su poblacion en trescientos cincuenta mil habitantes. Sus calles empedradas con la lava del Vesubio, sus casas bien construidas, entre las que sobresalen muchos palacios y gran número de templos y monasterios, el régio alcázar, obra bellísima y suntuosa, el museo, las tres fortalezas que la constituyen plaza de guerra de primera clase, sus plazas, sus fuentes, su gran biblioteca, todo este conjunto visto desde el mar, casi siempre sereno y apacible, ofrece un hermosísimo espectáculo. Las cercanías son muy fértiles y presentan puntos de vista sumamente deliciosos y pintorescos. No lejos de la ciudad está el célebre volcan del Vesubio que cada año parece recibir nueva actividad y cuyas erupciones han causado tantas ruinas. Las de Pompeya son cerca de la base del volcan, uno de los monumentos mas curiosos, mas importantes y mejor conservados que nos quedan de la civilizacion romana, y con sus despojos se ha enriquecido considerablemente el museo borbónico.

Patria ó residencia de grandes hombres conserva recuerdos imperecederos. En ella nacieron ó residieron Horacio, Virgilio, cuya tumba aun se enseña, Tito Livio, Séneca, Estacio, Claudiano, Valerio Paterculo, Sanazaro, Salvator Rosa, Bocacio, Filangieri y otra multitud de hombres ilustres.

Conserva tambien esta ciudad grandes recuerdos de España, cuyos reyes y gobernadores la han hermoseado á porfía, aunque á veces han ensangrentado sus calles para reprimir contínuas sublevaciones. En la edad media la conquistaron los reyes de Aragon á los franceses, y fue alternativamente tomada y recobrada por unos y otros, segun los varios sucesos de la fortuna militar. Teatro su territorio de las proezas de Gonzalo de Córdoba, acogió dentro de sus muros al Gran Capitan que supo ganarla de nuevo á la corona de Aragon y Castilla. Los desastres que sobrevinieron á la estincion de la dinastía austriaca en España, nos hicieron perder aquella preciosa joya. En tiempo de Felipe V los españoles la conquistaron de nuevo para un hijo de aquel monarca; y á la muerte de Fernando VI, su hermano, que reinaba en Nápoles, trocó su corona por la de España. En 1799 la revolucion francesa la convirtió en capital de la república *Partenopea*, y en 1805 el imperio de Napoleon la volvió á dar el título de córte de las Dos Sicilias, poniendo á su cabeza á José, hermano de aquel célebre guerrero, y que debia pasar despues á España siguiendo las tradiciones borbónicas. Devuelta á los Borbones en 1815, despues del breve reinado de Murat, fue en julio de 1820 teatro de una gran revolucion en que los napolitanos, siempre nuestros aliados y amigos, proclamaron la Constitucion española. La intervencion estranjera destruyó aquella Constitucion como la de España, y volvió á ser sometida Nápoles al régimen absoluto, en el cual vivió hasta 1848. Entonces otra revolucion obligó al rey, padre del actual, á convocar las Córtes que hicieron una Constitucion; pero tambien esta Constitucion fue abolida al año siguiente por el monarca despues de una lucha sangrienta, en que las calles principales de aquella capital presenciaron grandes horrores. Hoy la revolucion triunfante de Sicilia lleva la guerra á Francisco II de Borbon. Garibaldi avanza desde Reggio llamando á las armas á todo el país, y se presume con fundamento que al llegar á las puertas de Nápoles, una insurreccion de los habitantes le hará dueño de esta ciudad, como otra insurreccion le hizo dueño de Palermo. Esperamos sin embargo que se ahorrarán á Nápoles las inútiles desgracias del bombardeo.

***

MAS VALE PRECAVER QUE REMEDIAR.

(CONCLUSION.)

III.

El caballero volvió á ensimismarse en su contemplacion y la doncella de relucientes ojos en uno de sus giros visuales, llegó á fijarlos en un mancebo que atraido por la luz que en su pupila reflejaba, siguió la direccion del rayo y llegaron á cruzarse las miradas de entrambos y con ellas las ideas contrarias que en sus cerebros se despertaron, produciendo dos movimientos opuestos, de atraccion en el uno y de repulsion en la otra.

—Por mi santiguada que no es sino la mismísima doña Estrella, la que en este momento acaban de descubrir mis ojos, esclamó con alguna impropiedad nuestro conocido don Cárlos de Lara, que era con el que para su desdicha habia topado doña Estrella en la iglesia de San Martin.

—¡Don Cárlos! dijo á su vez esta, atemorizada de hallarse tan cerca de su persona y enlazando su brazo al de la dueña que le acompañaba, quiso tomar la puerta, adivinando las intenciones nada rectas del mancebo, pero la piadosa muralla humana que á sus espaldas se estendia, fue tan despiadada con ella, que no dejándole ni el resquicio de una pulga por donde pudiese cortar las malas de don Cárlos, dió ocasion á que este, que aunque tuerto no era manco, se abriese á puño seco camino hasta llegar á ella y asiéndola de la falda.

—Pesia tal mi doña remilgada, díjole por lo bajo y amparado del estruendo de la música que apagaba el rumor de sus palabras, ¿creíais acaso que no me depararia el diablo ocasion de tomar al doble el desquite de vuestro falso proceder?

—Soltadme y reportaos, caballero, respondióle temblorosa doña Estrella, que ni mi conducta para con vos puede haceros propasar conmigo hasta ese estremo, ni el sitio, aun cuando lo fuera, es propio para ventilar querellas de ninguna monta, cuanto menos de livianos galanteos.

—¡Miren la gatica de Juan Ramos, venirse deshecha en melindres, despues de haberle buscado tres piés al gato! ¡Tal vez presumiera la menesterosa, que deberia doblar en tierra la rodilla y humilde besar su planta, cuando por ella no hay moza que no me grite, niño que no me silbe, ni perro que no me ladre en todo el ámbito del poniente!—Cuando me veo reducido á no cruzar sino las calles del Norte, y eso aun cerrada la noche cual mochuelo, por temor de quedar sordo con el desapacible run run que suena en mis oidos desde la infausta hora en que á vuesa merced se le puso en el moño, darme con la puerta en el rostro, por no sé qué lunares de mi vida, en que hasta entonces no le habia hecho reparar la luna de su inconstancia.—¿Cree la doña relamida que tan así como quiera deje derrumbarse el edificio de mi esplendor y encenagarse en el lodo del sarcasmo las piedras de su cimiento? Errada vá en tal caso en sus juicios la doncella, que no en valde me apellidan Lara en el mundo y he de volver por mi nombre, aunque sepa perecer en la demanda.

—No cumple á hidalgos pechos, caballero, ni á quien blasona, como vos, de gerarquía, obstinarse en borrar las huellas de un mal llamado agravio, cometiendo otro mayor y verdadero.—¿Qué culpa tengo en vuestros desaciertos para que vengais ofendido á pedirme su reparacion?—Me pretendisteis y os admití, confiada en vuestra nobleza.—Despues los hechos vinieron por desgracia á desmentirla y quise atajar el daño á tiempo, como única interesada en mi honra, poniendo fin á nuestras relaciones.

—Y principio á mi desventura.

—Que vos mismo os atragísteis, pretendiendo escalar mis ventanas.

—Cerradas antes para mí á piedra y lodo.

—A causa de vuestra conducta.

—Que siempre fue la misma.

—Pero encubierta hasta entonces á mis ojos.

—Que nunca me alumbraron sino con la intencion de dejarme á oscuras cuando se os viniera á cuento, como lo habeis hecho efectivamente, y por eso os pido la reparacion del ultraje.—Consentid en ser mi amante ó en aparentarlo al menos para vindicarme ante todos los que me escarnecen, y os perdono las aciagas horas que por vuestra causa, han corrido en el reloj de mi existencia.

—Advertid donde estamos, don Cárlos, y no profane vuestro torpe labio el lugar de la oracion, ya que tan poco le importa ofender el pudor de una doncella honrada.

—Predicais en desierto, mi señora doña Estrella, mucho he corrido para que deje escapar la fortuna de haberos encontrado, teniendola asida, no de un cabello, sino de vuestra falda.

—Soltad ó grito.

—Consentid ó voy á trataros como á una mujerzuela.

En aquel instante el diapason de los interlocutores, no ateniéndose á las reglas del arte, habia subido hasta el punto de herir desagradablemente el tímpano del grave caballero de los espejuelos, que volvió la cabeza hácia el irreverente grupo, al tiempo en que doña Estrella abrazando sus rodillas le gritaba, *socorro*, y don Cárlos descargaba con mano airada un bofeton en la mejilla de la desvalida doncella, diciendo á la vez.

—¡Lo habia jurado!

Y tornó á levantar el brazo para proseguir su obra, cuando interponiéndose el caballero como salvador escudo, entre la víctima y su verdugo, ya que no el insulto, evitó á lo menos su repeticion.

Grande fue el asombro de los fieles allí congregados, al notar semejante escándalo y á no ser por la santidad del paraje en que se hallaban, no hubiera salido muy bien parado don Cárlos de la tempestad que en su torno se formaba.

—El de los espejuelos y melena, luego que hubo puesto á buen recaudo á la dama, volvióse á don Cárlos diciéndole con desprecio.

—Lástima que por faldas gaste gregüescos quien esgrime las manos de un modo que envidiaran las mancebas de rufianes.

—Nadie llama al curioso en este entierro; mas si quiere tomar vela, contestóle lleno de ira don Cárlos, mire antes si le acomoda ser el muerto.

—Como tal ha de callarse en este sitio quien da muestras de no tener mas que lengua y esa mala.

—Apuesto á que no lo será tanto como vuestra espada, caballero.

—Silencio, señor mio. Seguidme que obras son amores.

Y abriéndose paso al través de la apiñada multitud, salieron entrambos á la calle que estaba en mas tinieblas que las que se cantaban en la iglesia.

Atravesaron sin decirse oste ni moste muchas travesías y callejuelas hasta que entraron en una solitaria y lóbrega, como la imagen del *no tener*, y mas estrecha que generosidad de avaro.

Pareció bien aquel lugar al caballero de la melena, porque esclamó parándose frente á su contrario y echando mano á su espada.

—Aquí si os place, podremos señor mio, dar rienda á nuestras palabras, que no en el templo, como lo habeis hecho, sin miramientos á Dios ni al solemne aniversario de su sacrosanta cena.

—Vive Cristo, caballero, que mejor seria acortar de razones que de cuchilladas.

—Bien veis que aguardo á conocer si vuestra mano es tan ligera con la espada y frente á un hombre, como lo fue sin ella y ante una mujer débil é indefensa.

Cruzáronse los aceros que despedian centellas en medio de la oscuridad que rodeaba á los combatientes, pues solo el fulgor de los luceros los alumbraba, y al cabo de un rato de lucha, paró esta, oyéndose solo el grito de habéisme muerto, que exhaló uno de los caballeros.

—Por Dios, que habló en justicia el galan, dijo saliendo á poco de la callejuela y secando un papel al aire, un hombre rebozado en su ferreruelo.—Si no flaquea mi memoria, algo habia jurado antes mi contrario y bien pudo ser su fin.

IV.

Amaneció el dia siguiente y cuando doña Estrella lloraba con la aurora el afrentoso lance de la iglesia, sin acordarse de los polvos que trajeron aquellos lodos, recibió un pliego sellado que haciendo brotar las fuentes de su frívola curiosidad, apagó en ella por entonces la llama de su legítima afliccion.

Dos cartas halló en el sobre; y no sin asombro, que el caso no era para menos, leyó en una de ellas estas palabras, mal trazadas con sangre.

«Por vejar sin razon á una mujer honrada, muero.

Cárlos de Lara.»

La otra estaba escrita con buena tinta negra y mejor pulso y decia lo siguiente:

«Aunque ignoro el motivo que os enredó en el laberinto de confusiones y despechos en que ayer os ví perdida, muéveme, sin embargo, á daros un consejo, la bondad del que me ocurre y la esperiencia del escarmentado.—Sed mas cauta en adelante con los intereses de vuestra honra y antes de ponerlos á ganancia en el comercio de voluntades, tened en mas el crédito del mercader que su fortuna, pues aunque la avaricia humana obra al revés, suele quedarse al fin tras de pobre, desacreditada y no siempre se halla á mano quien, como anoche, quiera reparar quiebras de crédito, que en oficio que tiene tantas, pocos se meten, por ser cosa mas fácil quebrarse de aprendiz que llegar á maestro.

»Ahí os mando la adjunta, no para que me lo agradezcais, sino para que os enmendeis en adelante, teniendo siempre á la vista el recuerdo de vuestros devaneos, que quien yerra y se enmienda á Dios se encomienda, y es lo que debe haceros buena falta.

»Guárdela Dios y guárdese á sí propia, que no hay mejor guarda en el mundo que la de uno mismo, cuando no hecha en saco roto el precepto de *mas vale precaver que remediar*.»

Firmaba esta carta *don Francisco de Quevedo y Villegas*, «que á consecuencia de este suceso y por ser el di»funto persona de porte, resolvió pasar á Italia, desaten»diendo las continuadas instancias y ofrecimientos que por »parte del duque de Osuna, don Pedro Giron, le habian »hecho porque fuera por su camarada al reino de Sicilia, »para cuyo gobierno le habia nombrado la majestad de »Felipe III. Y aunque el impulso de ausentarse en la opi»nion de algunos, fue calificado por desacierto acertado »en el castigo de un desatento y amparo de una desvalida, »la resolucion sin embargo, que de él resultó, fue de »sumo gusto al duque y de gloria á don Francisco (1).»

Doña Estrella aunque no llegó á estrellarse en la borrasca de su imprevision, tampoco dió mas luz en el verjel de sus amores, y llegó á dueña sin desearlo, á pesar de los buenos oficios de Quevedo, porque no impidieron á la maledicencia sacar el vientre de mal año á espensas de la infortunada doncella, que se dejó llevar de su gusto á tontas y á locas, sin atender á que en el revuelto mar de la vida, naufraga de seguro en las áridas playas del *remediar*, quien se aventura en el frágil esquife de sus pasiones, sin la salvadora *brújula del precaver*.

J. J. SOLER DE LA FUENTE.

(1) Vida de don Francisco de Quevedo, por don Pablo Antonio de García.

JUEGOS DE AZAR.

DEL LIBRO INÉDITO CUENTOS DE LA VILLA.

. . . . no se decidió jamas
Cupido á Marte, y es loco
quien inquieta su sosiego.
(TIRSO DE MOLINA.)

I.

Nacido en hidalga cuna
don Fadrique de Espinosa
tan altas prendas aduna
como grande es su fortuna
como su alma generosa.
Por las damas celebrado,
por los galanes temido,
en cuanto emprende estremado,
no hay lid que no haya ganado
ni albur en que haya perdido.
Solo aventuras de amores
jamás publicó su fama,
ni le vieron rondadores
de la luna á los fulgores
en pos de ninguna dama.
Concurre á los mentideros,
de las mujeres murmura,
é iman de los caballeros
desprecia los lisonjeros
favores de la hermosura.

II.

Todo es fiesta; al Buen-Retiro;
Amor entre flores preso,
vuela errante; en raudo giro,
cada queja, es un suspiro,
y cada murmullo, un beso.
Noche de regia velada;
lid de ingenio; lid de amores;
acuden á la enramada
los caballeros mejores
de la villa coronada.
Y allí, las quejas amantes,
y las lisonjas discretas,
y los conceptos picantes,
cambian, en formas galantes,
damas, nobles y poetas.
Llamó el rumor del festin
al Retiro, al de Espinosa,
y en las calles del jardin,
picaron su orgullo, al fin,
los desdenes de una hermosa.

III.

Salud al mal que le aqueja,
galan noble y de buen talle,
á dama sorda, á su queja
demanda al pié de una reja,
de la Salud en la calle.
Y pasan los rondadores
y al ver la reja vacía
se dicen murmuradores
«mal brilla en lances de amores
quien tanto en su estrella fia.»
Por fin se abrió al caballero
la reja, y dijo una dama
«Vuestra seré, mas primero
id Fadrique al mentidero
á volvernos nuestra fama.»
Quiso hablar el rondador
pero cerrando la hermosa
dijo.—«Favor por favor;
no hay burlas con el amor
don Fadrique de Espinosa.»

JUAN A. DE VIEDMA.

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

V.

Es notable la real órden de 29 de enero de 1785 que fue comunicada por fray Joaquin Eleta, arzobispo de Tebas y confesor de S. M. al juez protector de la obra pia de los Santos Lugares en la que se leen estas palabras: «Siendo ya tiempo de formalizar la entrega del nuevo »convento de nuestro padre San Francisco de Madrid á »los religiosos franciscos observantes de la provincia de »Castilla, quiere S. M. que V. S. I. como protector de »la Obra Pia de los Santos Lugares de Jerusalen forme »una escritura, espresando en ella que el referido nuevo »convento queda como finca y propio de la referida Obra »Pia de los Santos Lugares por haberse fabricado todo él »á espensas y caudales de esta misma Obra Pia, que la »entrega de este nuevo convento á los referidos religio»sos observantes *es solo para que usen de él sin derecho »el mas mínimo á su dominio y propiedad*; que el re»ferido convento le toma el rey bajo su proteccion y le »declara por de su efectivo patronato.»

En estos mismos términos otorgaron y firmaron la correspondiente escritura don Juan de Acedo Rico, juez protector de la Obra Pia de los Santos Lugares en representacion del rey don Cárlos III y el guardian de esta casa fray Luis de Buitrago en nombre de la órden á 27 de mayo de 1785 ante el escribano de la villa de Madrid Rodrigo Gonzalez de Castro, y en 5 de julio del mismo año fue espedida una real cédula comprensiva de la referida escritura, mandando que en todas sus partes se guarde cumpla y ejecute y al pié de esta real cédula se lee.

«Y movido de la devocion que tengo á San Francisco, »del afecto que profeso á su religion y de las demás ra»zones que quedan espresadas, declaro en conformidad »de la propia Escritura, que el nuevo convento de San »Francisco de Madrid con todas sus habitaciones, cuar»tos de Indias y de los Santos Lugares y todo lo demás »correspondiente al edificio y accesorios es del real y »efectivo patronato de mi corona, y como tal lo admi»to bajo mi inmediata proteccion y de los reyes mis su»cesores. Y en su consecuencia mando que el espresado »nuevo convento de San Francisco de Madrid con todas »sus habitaciones, cuartos de Indias y de los Santos Lu»gares de Jerusalen, y todo lo demás correspondiente al »edificio y accesorios gocen de los privilegios y prerroga»tivas que por leyes de estos mis reinos están concedi»das á las iglesias y casas del efectivo patronato de la »corona; conociendo mi consejo de la cámara en la de»fensa y conservacion de sus derechos y regalías; del »mismo modo que lo practica en las demás iglesias y ca»sas de esta naturaleza, y segun lo hace con la referida »Obra Pia de los Santos Lugares de Jerusalen, en virtud »de estar declarada tambien por de mi efectivo patro»nato é inmediata proteccion por cédula de 17 de diciem»bre de 1772...»

Ha sido preferida desde su creacion esta iglesia á las demás de la córte por su disposicion y amplitud para celebrar las exequias reales entre las que merecen particular mencion las de Isabel de Braganza y las de María Josefa Amalia de Sajonia, reinas ambas señoras de España, muy amadas del pueblo español por las virtudes que las adornaban.

Tuvo sus capítulos repetidas veces en esta misma iglesia la órden de Cárlos III.

Triste recuerdo quedó consignado en la historia el dia 17 de julio de 1834, cuya aciaga y tristísima noche, al hablar de esta casa, no es posible recordar sin horror... Apartemos la vista de una escena tan lastimosa y sin consignar las reflexiones que se nos ocurren, pasemos á terminar esta reseña refiriendo una circunstancia notable.

Espidieron las Córtes Constituyentes un decreto en 10 de noviembre de 1837, cuyo segundo artículo dice: «Se »establecerá en la que fue iglesia de San Francisco el »Grande de esta córte un panteon nacional, al que se »trasladarán con la mayor pompa posible los restos de »los españoles ilustres, á quienes cincuenta años al me»nos despues de su muerte consideren las Córtes dignos »de este honor.» La redaccion de este decreto no era á la verdad clara ni correcta, y dió por consiguiente márgen á interpretaciones diversas yá no pocas dudas. ¿Se destinaba el panteon para los españoles ilustres que en adelante muriesen, como la letra del decreto ordena, ó comprendia igualmente á los españoles que adquirieron justa fama en los anteriores siglos? Estas dudas y la certeza de que sin cometer unas veces anacronismos y sin tocar obstáculos insuperables otras era imposible trasladar á Madrid los restos de los españoles antiguos mas ilustres dejaron sin efecto el decreto.

RESTAURACION.

Abandonada la iglesia de San Francisco desde la esclaustracion de los frailes, verificada á principios de 1836, llegó á padecer la fábrica tantos y tan considerables desperfectos, que sin una pronta, general y bien meditada reparacion, hubiera quedado en pocos años inservible esta suntuosa iglesia.

En 22 de octubre de 1855 presentó el arquitecto don Francisco Enriquez y Ferrer el proyecto y presupuesto de obras de reparacion de la fábrica, y en 16 de mayo de 1856 se dió principio á los trabajos. Emprendidos estos y practicados nuevos reconocimientos, halláronse nuevos y muy considerables daños producidos por la falta de reparos en el largo espacio de veinte y cuatro años, pues habiéndose recalado las bóvedas con las lluvias, eran muchas las goteras que se notaban en el interno del edificio, deteriorando aquellas continuamente y poniendo en peligro de una próxima ruina la gran cúpula de la iglesia. No era menos inseguro el estado en que se hallaban los cimientos, y que han exigido en su reparacion, y en la de toda la fábrica subterránea, largos y penosos trabajos: como ha tenido que ser tambien largo y muy detenido y concienzudo el estudio que el arquitecto ha debido indispensablemente hacer, para remediar los daños y considerables deterioros que el abandono de este edificio y su no muy perfecta construccion habian ido sin cesar ocasionando.

Por sus cortos límites no permite la presente Memoria que minuciosamente hablemos asi de los deterioros que en la iglesia y en todas sus dependencias habia causado una incalificable desidia, como de los ímprobos y bien dirigidos trabajos que por completo han remediado tantos daños y asegurado para largo tiempo la existencia del notable y estenso templo de San Francisco.

Esta parte de la restauracion la mas precisa, larga y costosa, es la que á la vista del público menos luce, porque no se da á conocer como la ornamentacion, y es preciso ir recorriendo toda la fábrica y haber conocido el estado ruinoso en que se hallaba anteriormente, para apreciar bajo diferentes conceptos y en todo su valor las obras últimamente realizadas.

Siendo esta iglesia uno de los edificios que posee la Obra Pía de los Santos Lugares, por haber sido labrada á sus espensas, propiedad solemnemente reconocida en la real órden, escritura y cédula otorgadas en 1785 y de las que hemos dado en su lugar noticia, carece de fundamento el reparo, que algunas personas han puesto, dudando que pudiesen destinarse á la restauracion de la iglesia de San Francisco los fondos de la Obra Pía de Jerusalen. Tiene obligacion esta de conservar todos los edificios de su pertenencia, y en el número de ellos se cuenta la iglesia de San Francisco de Madrid por los títulos incuestionables que ya hemos referido.

DESCRIPCION DEL TEMPLO.

Al Sud-Oeste de la poblacion y sobre una eminencia que descuella á corta distancia del rio Manzanares, se levanta magestuosamente la magnífica iglesia de San Francisco el Grande de Madrid. La ostentosa fachada, que es la imafronte y mira al Este, consta de dos cuerpos de forma convexa. El primero es dórico, tiene tres ingresos de medio punto con archivolta en cada uno, cierran los vanos verjas de hierro, y está decorado por cuatro medias columnas en el centro y pilastras en los estremos, corriendo sobre unas y otras el entablamento correspondiente. Adornan el segundo columnas entregadas con capiteles jónicos, en los intercolumnios se ven tres grandes ventanas con jamba, contrajamba y guardapolvo en cada hueco, y á los lados hay pilastras como en el primer cuerpo. Termina el todo un frontispicio triangular que algun tanto resaltado sienta sobre las dos columnas del centro y ostenta en el tímpano la cruz de Jerusalen.

A los lados se estienden balaustradas, en cuyos pedestales intermedios han sido ahora puestas las estatuas que labró en 1774 Francisco Martinez, y habian quedado sin colocar, como tambien el escudo de la órden franciscana, que sentando en una acrotera y timbrado de una corona real campea hoy sobre el frontispicio triangular. Son dichas estátuas de piedra de Colmenar, de una sola pieza cada una, algo mayores que el natural, tienen atributos y nimbos dorados, y representan á San Francisco de Asís, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Juan Capistrano, San Diego de Alcala y el Beato Salvador de Horta.

Una escalinata de cinco gradas se dilata por el frente de la fachada, y la resguarda una verja de hierro que fue puesta con poca prevision adosada á la escalinata. Hállase ahora avanzada convenientemente, y asi facilita al público el uso de aquella, cuando la concurrencia es numerosa y da á la vez mas dignidad al ingreso. Toda la fachada, que tiene regularidad y es severa y noble, está labrada de granito, de cuya materia son igualmente la escalinata y balaustrada y todos los miembros de ornamentacion.

Tiene el espacioso pórtico sesenta y siete piés de ancho por treinta y siete de fondo, dividenle en tres partes dos pilastras de granito aisladas, correspondiendo á las entradas de la iglesia. Figuran ser tambien de granito, llamado comunmente piedra berroqueña, los muros y bóvedas, y sobre las puertas hay fingidos bajo-relieves, que representan las armas reales, las de la órden Seráfica y las de Jerusalen.

Es la iglesia una espaciosa rotunda circundada de siete capillas y un vestíbulo, contándose entre aquellas la mayor. Su diámetro es en piés castellanos ciento diez y ocho y cinco octavos, y tiene doscientos cincuenta y siete y medio de longitud desde la línea de la fachada hasta el fondo del presbiterio. Corre por toda la iglesia un zócalo de granito en el que sientan las pilastras dóricas con basas de piedra caliza llamada de Colmenar, que principalmente forman la decoracion del templo y sobre las que corre el cornisamento. En este insiste un sotabanco del que arranca la cúpula que corona, cierra é ilumina con seis grandes ventanas toda la rotunda Hasta el anillo de la linterna tiene de altura ciento cincuenta y tres piés, y en el mismo anillo, cuyo diámetro es de veinte y un piés, y en las fajas resaltadas que marcan los compartimientos se pusieron tallas doradas.

La capilla mayor se dilata setenta y cinco piés en fondo con cuarenta y nueve de ancho y termina con abside semicircular. Componen su decoracion pilastras iguales á las de la iglesia y á los lados hay dos grandes puertas con los marcos y guarda-polvos de granito y á las mismas corresponden en la parte superior las dos tribunas reales.

TIPOS DE MADRID.

Doce angeles niños adornan la cúpula, distribuidos á los lados de las seis grandes ventanas abiertas en la misma. Cada uno tiene de alto ocho piés, y muestra en las manos un geroglífico dorado alusivo á la vida de uno de los primeros santos de la órden. Hicieron estas figuras don Alfonso Vergaz y don Manuel Adeva Pacheco.

En el cerramiento del vano que forma la embocadura del presbiterio se ven las cinco llagas de San Francisco rodeadas de ráfagas, y acompañadas de un ángel mancebo de once piés de altura y otro ángel niño que sostienen una ancha cinta en la que se lee: AMORIS PRIVILEGIA. Al lado opuesto sobre el coro hay otro grupo formado por ráfagas, nubes y cabezas de serafines, obra como el anterior de don Francisco Gutierrez.

(La conclusion en el número próximo.)

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

BAÑOS DE ARECHAVALETA.

Cuenta España en la mayor parte de sus provincias, fecundos y salutíferos manantiales de aguas minerales, que sobrepujan muchos de ellos en escelencia y virtud á los mas afamados del estranjero. Verdaderamente nuestra península tiene en esto un tesoro inapreciable, tesoro que se ha descuidado siempre y el cual parece que empieza al fin á esplotar como era necesario. Mientras nuestros bañistas, iban no hace mucho en busca de su salud perdida á los baños mas célebres de Francia y Alemania, nuestros innumerables manantiales, corrian ignorados é inútiles. Sin embargo, esta riqueza, que en verdad es grande, no pasó tan inadvertida, para nuestros mas afamados médicos antiguos que no la conocieran: así fue que describieron muchas fuentes minerales cuyas virtudes curativas ponderaron y son numerosos los libros y análisis que se han publicado haciendo la descripcion no *solo* de sus propiedades físicas y químicas, sino, lo que á *ellos* les interesaba mas, de sus propiedades medicinales. En España puede decirse, sin temor de que nadie nos desmienta, que hay provincia en donde se encuentran todas las aguas minerales posibles, desde las sulfurosas á gran temperatura hasta las frias, desde las ferruginosas hasta aquellas que superan en bondad y escelentes virtudes á las célebres de Vichy.

Las provincias Vascongadas no son de aquellas que menos manantiales cuentan, pero siendo nuestro objeto hablar de las que se hallan entre la villa de Arechavaleta en Guipuzcoa y la Mondragon, no nos detendremos á enumerarlas. Hablaremos pues de las de Arechavaleta.

Nada en verdad mas pintoresco que el paisaje en medio del cual se asienta esta villa, antigua capital del valle real de Leniz. El Deva y sus tributarios bañan sus términos, y el montecillo de Arizmendi, á cuya falda está situada la hermosa villa de Arechavaleta, cubierto de hayas, robles, castaños é infinitos arbustos, presenta la mas preciosa perspectiva. El llano cubierto de árboles frutales, y las huertas dedicadas á sacar buenas y escelentes hortalizas, completan este cuadro, siempre fresco y risueño.

Pues bien, en este gracioso paisaje, á corta distancia de la citada villa y siguiendo en direccion de Escoriasa, se hallan situados los baños que llevan el nombre de Arechavaleta.

Situado en medio de un hermoso jardin y en un terreno lleno de variados accidentes, se halla el edificio, ó casa hospedería, y entre árboles de fresco follaje, se levanta la hermosa casa de baños, precioso edificio construido en 1842 segun los planos del Sr. D. Martin Sarasibar, y que compite en elegancia, buen gusto y comodidad con los mas celebrados del estranjero.

Efectivamente es necesario penetrar en el gran salon de mas de ciento veinte piés de largo, ver la hermosa cúpula de cristales que le cubre, y sirve para darle luz, admirar el buen gusto de las molduras, de los geroglíficos, de las estátuas que le decoran, y sus grandes pilas de mármol, para convencerse de que nada se ha descuidado á fin de poner este establecimiento, como acabamos de decir, al nivel de los mejores del estranjero. Añádase á esto los cuartos independientes y á propósito para bañarse con luz graduada, con sus baños de mármol ó zinc y con sus cómodas banquetas, la pequeña pero hermosa capilla, el jardin que separa ambos edificios, el paisaje que los rodea en fin, y tendremos que confesar que estos baños son de los mas recomendables en España. Esto en cuanto á las ventajas de comodidad que proporcionan, pues sus virtudes medicinales les hacen sumamente dignos de atencion.

El manantial se recoge en una elegante fuente de piedra; da por minuto cerca de treinta y tres cuartillos de agua á la temperatura de 14° de Reaumur, y se le distingue por ese olor característico de las aguas sulfurosas, á huevos podridos.

El análisis de estas aguas lo hicieron los Sres. Masarnau y Lleget y segun ellos son las mejores aguas hidrosulfurosas que se conocen en las provincias Vascongadas.

Contienen gas ácido sulfídrico y gas ácido carbónico, sulfato de cal, sosa y magnesia, carbonatos de cal y magnesia, cloruros de sodio, magnesia y calcio y silice. Se preconizan para todas las enfermedades cutáneas, para las escrófulas y reumatismos y otras muchas enfermedades, que no enumeraremos.

Las comodidades que disfrutan los bañistas en este establecimiento hacen que cada dia sea mayor la concurrencia, la cual halla en la casa hospedería, cuanto puede desearse. El salon de recreo es notable y está adornado con lujo, no faltando piano y otros instrumentos de música; el billar, y el café, proporcionan á los forasteros algunos momentos de distraccion, y la proximidad á la villa, y la hermosura del paisaje hacen que se guarden gratos recuerdos de estos hermosos baños.

Los caseríos que como en las tres provincias hermanas decoran aquellos valles siempre risueños, las elevadas cumbres del Aranzuzo desde donde se puede ver el mar con toda su pompa y grandeza y la llanura regada por infinidad de arroyos que brillan á la luz del sol, todo contribuye á hermosear estos lugares y á distraer el ánimo de los bañistas, cuyo espíritu parece resentirse de los padecimientos del cuerpo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 37. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 9 DE SETIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



nterin Garibaldi se apodera de Nápoles, á donde se acerca precedido de la insurreccion general y de la desercion de las tropas reales, la prensa estranjera y española, dando ya por hecho consumado la mas que probable entrada del caudillo revolucionario en la capital de las Dos Sicilias, se entretiene en discurrir el partido que tomará despues del destronamiento de Francisco II y de la consiguiente anexion de sus Estados al Piamonte. Todos convienen en que no se detendrá en Nápoles y continuará la obra comenzada para obtener la emancipacion y la unidad de Italia; pero se duda si se dirigirá primero á los Estados Pontificios y luego á los dominios austriacos del Lombardo-Veneto, ó si por el contrario serán estos los atacados en primer lugar y despues aquellos.

Hay una razon para creer que Garibaldi atacará á las tropas del general Lamoriciere antes de dirigirse contra Venecia, y es que para llevar todas sus fuerzas á un gigantesco combate contra el gigante austriaco necesita tener aseguradas sus espaldas. Lamoriciere y sus tropas podrian ocasionarle sérias dificultades en el Mediodía mientras él estuviera ocupado en el Norte, al paso que quitado ese obstáculo, nada puede distraer ya su atencion en la última y formidable lucha por la unidad y libertad de Italia. Por otra parte, necesita utilizar contra Austria todos los recursos, y es evidente que mas recursos tendrá contando con los Estados Romanos que teniéndolos ocupados por tropas enemigas.

Pero aquí se presenta otra dificultad que ha servido y está sirviendo de tema á las discusiones de la prensa. ¿Será el pensamiento de Garibaldi apoderarse de todos los Estados Pontificios, inclusa la misma Roma; ó como se decia en el célebre folleto el *Papa y el Congreso*, dejará á Su Santidad la capital, defendida hoy por el ejército de Napoleon? En el primer caso, seria de creer que se comprometiese la suerte de lo ganado hasta hoy en favor de la causa de la unidad. En el segundo parece que quedaria subsistente el principio de no intervencion establecido por Inglaterra y Francia y reconocido de buen ó mal grado por Austria.

En general la prensa teme que de cualquier modo que la cuestion se plantee, venga á alterarse profundamente la paz de Europa porque atacada la ciudad de Roma, es posible que Napoleon no reconozca por mas tiempo el principio de no intervencion; y respetada Roma, pero atacada luego Venecia, es tambien posible que la Alemania crea necesaria para la seguridad de la confederacion germánica la conservacion de la línea del Mincio. Sin embargo esperamos que ha de encontrarse algun medio para alejar los peligros que se recelan; y este medio podria ser ofrecer compensaciones en la Turquía por las pérdidas del Veneto que deberia cederse para evitar la efusion de sangre.

Segun los últimos partes recibidos de Nápoles, la anarquía iba en aquella ciudad en aumento: el ministerio habia presentado su dimision, pero la habia retirado despues por no haberse hallado personas que quisieran reemplazarlo. Muchos oficiales y jefes del ejército real presentaban sus dimisiones para ingresar en las filas de Garibaldi ó para retirarse al estranjero: las provincias se insurreccionaban y hasta Salerno, á ocho leguas de Nápoles se dice que está ya en poder de la revolucion.

Lo que prueba el estado en que todo el país se encuentra, es que desde la toma de Palermo Garibaldi y los suyos han anunciado con grande anticipacion el dia en que comenzarian sus ataques, y los acontecimientos han venido á demostrar que no habian errado en sus cálculos. Hoy se anuncia que el 8 de setiembre pensaba Garibaldi tomar posesion de la capital.

Como habíamos presumido van nuevas fuerzas francesas á Siria. Con el pretesto de cubrir las bajas que resulten, se han embarcado ya ochocientos hombres para aquel país, ademas de la espedicion de seis mil que acaban de llegar. Insistimos en creer que esta fuerza no es suficiente para dominar los acontecimientos. La animosidad entre cristianos y musulmanes es cada dia mayor; en la Herzegovina se han repetido los asesinatos de Siria y se teme que se reproduzcan en otros paises de la Turquía.

Tambien la guerra y la desolacion cunden en el centro del Asia. El emperador de la China se ve atacado á un tiempo por una grande insurreccion que se ha apoderado de Nanking y se aproxima á Shangay y por la espedicion anglo-francesa que se empeña en penetrar en el Pei-ho, rio caudaloso que se interna en el imperio hasta cerca de la capital Pe-king. Los aliados tienen que habérselas tambien con dos fuerzas enemigas, la de los insurgentes y las tropas regulares mandadas por el general tártaro que el año pasado les causó tan grandes pérdidas en la misma embocadura del rio. De aquí la paralizacion que hasta ahora han sufrido las operaciones, y las dilaciones que se dan por los aliados al asunto con la esperanza de una negociacion honrosa. Entre tanto se han apoderado de la isla de Chusan, muy codiciada por los ingleses que de buena gana la habrian cambiado por Hong-Kong y que aprovecharán la primera oportunidad de quedarse con ella.

Siguen nuestras tropas de ocupacion sin novedad en Tetuan y en el Serrallo, y siguen los marroquíes aunque lentamente entregando el dinero de la indemnizacion. Nos dicen de Tánger que el importe del segundo plazo se halla ya dispuesto: pero nada se habla de los otros dos, porque se cree que por lo menos se dará alguna prórroga para que el sultan pueda allegar fondos. El miércoles hizo su presentacion oficial en palacio la embajada marroquí. «Desde las dos de la tarde, dice un cronista semi-oficial, veíanse á la puerta del palacio de Buena Vista los coches de la real casa dispuestos para conducir á los embajadores.»

A las tres y media empezó á ponerse en movimiento la comitiva. El órden de la procesion segun el indicado cronista era el siguiente:

Abria la marcha un piquete de coraceros.

Seguian tres carruajes conduciendo los presentes que hace á S. M. la reina el emperador de Marruecos.

Despues iban los cuatro caballos que el mismo emperador regala á S. M., que eran dos castaños, uno perlino oscuro y otro bayo. Las mantas que cubrian los caballos eran encarnadas, sin adorno alguno: las cadenas de las cabezadas eran de plata.

Un coche de respeto de la real casa.

Otros tres con la comitiva de los embajadores.

Otro magnífico carruaje con los dos primeros embajadores, á quienes acompañaba el introductor. A la izquierda iba un caballerizo de S. M., y á la derecha el oficial de la escolta.

Esta lucida comitiva, seguida de la escolta, marchó por la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor, calle de la Almudena, y entró por el Arco de la Armería en la Plaza de Armas de Palacio, siendo recibida por la guardia esterior formada en órden de parada.

Llegado que hubieron los coches á la puerta, se detu-

vieron todos menos el que conducia á los dos embajadores, el cual penetró en el edificio, y se detuvo al pié de la escalera principal. Apéanse entonces los graves personajes que conducia, á quienes recibió un *zaguanete* de guardias alabarderos con la música de su cuerpo; y subiendo la escalera fueron conducidos á la sala del Trono.

En ella les dejaremos para proseguir la relacion, tal como la da el cronista semi-oficial, que presenció sin duda la ceremonia.

«A la derecha del trono, dice, estaban los ministros y á la izquierda las damas de palacio.

»Acto contínuo, entró S. M. la reina, acompañada del rey de sus augustos hijos, de sus hermanos los señores infantes duques de Montpensier, y seguida por la servidumbre.

»S. M. la reina se colocó en el trono, teniendo á su izquierda al rey. Despues seguian el príncipe de Asturias y los demás hijos de S. M.: la duquesa y el duque de Montpensier con todos sus hijos, y por último el infante don Sebastian.

»Detrás las damas de honor de la reina.

»Al lado derecho del trono estaban los ministros y grandes de España, y delante de ellos el señor ministro de Estado.

»Frente al trono la oficialidad de alabarderos y los mayordomos de semana. En el fondo del salon, en direccion á la cámara, las autoridades de Madrid y altos dignatarios de palacio.

»Entraron los señores embajadores acompañados del introductor de embajadores y del intérprete, y detrás de ellos el intérprete de aquellos, el señor Diosdado y un oficial de marina.

»El introductor de embajadores, al entrar en el salon, dijo: «Señora, los enviados del emperador de Marruecos.»

»Los embajadores, entrando por la cámara de S. M. el rey, hicieron á nuestra escelsa soberana que ocupaba el trono, tres saludos á usanza de su país, y colocándose frente al trono, pronunció uno de ellos un discurso en árabe que repitió el señor ministro de Estado, traducido al castellano.

»Luego que hubo contestado S. M., pusieron en sus reales manos sus credenciales y la carta autógrafa de su emperador de que son portadores.

»S. M. la reina, bajando del trono, conversó unos momentos por medio de intérpretes con los Embajadores marroquíes.

»Estos fueron presentados despues á la real familia por el señor ministro de Estado y el introductor de embajadores.

»Los moros besaron las manos al príncipe de Asturias, saludaron, y se retiraron al salon anterior al de Embajadores, donde se hallaban los regalos.

»SS. MM. y toda la córte entraron despues en este salon para verlos. Consistian estos en tres grandes cajas que abiertas por el Benani, descubrieron ricos tapetes y almohadones de terciopelo bordados de oro, pantuflas y telas riquísimas.

»Cuando se retiró la embajada, S. M. pasó á ver desde la galería de palacio los cuatro caballos que se hallaban en el patio.

»Concluida la ceremonia volvieron por la misma carrera y en el mismo órden al palacio de Buena Vista.»

Despues de la recepcion de Palacio, estuvieron dos veces los marroquíes en casa del duque de Tetuan, la primera para hacerle la visita *de etiqueta* y la segunda para llevarle los regalos que le envia el emperador, y que consisten, segun otro cronista semi-oficial, en los objetos siguientes:

Un tapete de mesa.
Dos cogines.
Dos babuchas.
Dos jaiques.
Dos fajas de seda.

El número dos debe de hacer un gran papel entre los marroquíes. Dos hermanos del emperador se opusieron á nuestras tropas; nos aceptaron dos grandes batallas; nos pidieron dos veces la paz; nos han dado dos cientos de millones; nos envian dos embajadores; han estado dos veces á ver al general O'Donnell, y le han regalado dos cogines, dos babuchas, dos jaiques y dos fajas.

Hace una semana que Mr. Herrmann está anunciando su última funcion y sacando mentiroso aquel dicho célebre de que detrás del último no viene ninguno. En las funciones de Mr. Herrmann no se verifica esto: despues de la última, viene la última definitivamente, y luego la última *sans retour* y luego la irrevocablemente última; y por fin... pero decimos mal, Mr. Herrmann es infinito.

Mientras Mr. Herrmann no acaba de concluir, la zarzuela ha dado principio á la temporada con una titulada *Los Piratas*, original de don Luis Rivera, sobre la cual ha formado la prensa juicios encontrados. Los unos han dicho que es una cosa superior, los otros la han calificado de pésima: unos aseguran que la primera noche fue silbada, otros que fue estraordinariamente aplaudida. Superior no es, pero tiene pasajes de efecto y atrae concurrencia y se repite, lo cual prueba que gusta al público. Hubo en efecto algun silbido la primera noche, pero fueron generales los aplausos. La ejecucion, mejor en las noches siguientes, ha hecho resaltar las bellezas y oscurecido los defectos.

El teatro de Oriente ha dado la lista de su compañía y empezará del 16 al 20 sus funciones.

En el Circo parece que se organiza otra compañía de zarzuela, que como es natural, tratará de competir con la de Jovellanos. Los aficionados á la ópera nacional van á tener donde escoger ¿Y en cuanto al arte dramático?

Hasta ahora nada hay definitivamente resuelto que sepamos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL TELEGRAFO TRANSMUNDANO.

Bajo este título ha publicado el comisario de telégrafos de Austria, J. F. Schneeberger, un libro interesante del que estractamos aquí la parte mas esencial.

La creacion de un telégrafo transmundano tendria por objeto unir las líneas telegráficas aisladas que hay ya establecidas, ó que deben establecerse en diferentes paises; de modo que cada estacion telegráfica pudiera comunicarse por medio de la electricidad con cualquiera de los puntos del globo. De este modo se crearia entre todos los paises una relacion semejante á la que hay en el cuerpo humano, entre las arterias carótidas y las venas mas pequeñas. El mapa que acompaña este artículo, indica cómo ejecutaria el autor su pensamiento. El punto de reunion de las líneas telegráficas asiáticas con las europeas, seria Saratof en la Rusia; desde allí se dirigiria una línea á Tiflis y otra por Oremburgo é Irkutsk á Kiakhta. Desde Kiakhta se encaminaria por un lado hácia Peking, y por el otro, por el país del Amur y la isla de Tarakay, al Japon y la América rusa; esta última línea se uniria á la red telegráfica de los Estados-Unidos, por medio de las líneas inglesas que hay á lo largo de la costa de Nuevo Hannover y de la Nueva Georgia, en el territorio del Oregon. Ademas desde el Japon continuaria hácia la China, las Indias orientales y las islas del mar Pacífico. Desde Formosa la corriente eléctrica se dirigiria por las Filipinas y las Molucas, á Victoria en la Australia. Otras ramificaciones de esta gran línea proyectada, serian desde Victoria á lo largo de las islas de la Sonda, hácia Singapore y Rangoun, y mas allá hácia Calcuta, para unirse á la red telegráfica de las Indias orientales, desde las orillas del Indo en la costa del Beluchistan, hácia el estremo septentrional de las posesiones del Iman de Maskate, y desde allí á Aden y Suez, hácia Alepo y Constantinopla; desde Trípoli al cabo de Buena-Esperanza, de Gibraltar á Ceuta, y de Sicilia á Túnez. La union de la Europa con la América, se ha proyectado ya por el camino mas conforme á la naturaleza, es decir, por la Siberia á la costa Noroeste de la América. Ademas estableciendo una línea en la costa occidental africana de las islas Bissagos, tal vez podria lograrse otra segunda línea de union con la América en direccion á las islas de San Pablo, San Fernando y Fernambuco, la que serviria de canal para todas las líneas de entrada ó de salida de la América del Sur. La union de las redes Sud-americanas con las del Norte podria tener efecto por dos caminos, por una direccion terrestre por la América central hácia Méjico, ó por un cable submarino, desde Caracas á las Antillas, y desde las islas de Bahama á la Florida.

Recomendaríamos á los lectores de la obra de Schneeberger que se fijaran bien en las claras é ingeniosas razones que da el autor respecto á la eleccion de ambas direcciones, y que notaran ademas el modo persuasivo con que prueba el error de los ensayos hechos en Inglaterra para establecer una línea directa por el mar Atlántico hácia la costa oriental de la América, porque esta línea formaria una gran curva. El autor prueba que los cables telegráficos actuales, á causa de la inmensa presion del agua, no deben emplearse mas que para profundidades moderadas que no escedan de tres mil piés, si es que ha de tenerse en cuenta la duracion de su servicio.

Siguiendo al autor en el exámen de la cuestion, acerca del coste del telégrafo proyectado por él, hallamos que calcula los gastos de establecimiento de una milla de estension del telégrafo submarino propuesto, en unos 100,000 reales próximamente, y los de una milla de las direcciones de tierra necesarias (con cinco alambres) en 30,000 rs. próximamente. Este telégrafo tendria por tierra la direccion siguiente: desde Saratof á Tiflis y Erzerum; de Saratof á Kiakhta, de Kiakhta á Nertchinsk y hasta el mar del Japon, en la isla de Tarakay, en las Kuriles, en Kamchatka, y las islas Aleutianas, en la América rusa, Nuevo Hannover, Nueva Georgia, Oregon, Nueva California, Méjico y la América central, en la América del Sur (partiendo desde Panamá á Nueva-Granada, Ecuador, Perú, Chile, La Plata, Uruguay, toda la costa del Brasil desde Marañon por un lado hasta Venezuela y Cayena por el otro) en las Antillas, Cuba y la Florida, desde la Florida á Nueva York, y desde allí, en direccion diagonal por tierra firme hasta California; ademas desde Kiakhta á Peking, de allí hasta el mar Amarillo, en la isla de Formosa, en el Japon, en las Filipinas, en las Molucas, en las islas de la Sonda; de Rangoun á Hyderabad, al Indo, y por el Indostan; luego desde Ormuz á Bassora, Diarbekir y Erzerum, asi como á Constantinopla; desde Diarbekir á Alepo y Suez, y por último desde Trípoli á Túnez, Argel y Orán, comprendiendo estensiones que en su totalidad forman nueve mil trescientas treinta y seis millas alemanas. Respecto á líneas submarinas eran necesarias las siguientes: entre el Amur y la isla de Tarakay, desde esta hasta las Kuriles, y luego entre estas últimas, asi como tambien para su union con la de Kamchatka, y de las Aleutianas con la América rusa; despues entre Tarakay y las islas del Japon; entre Quelport y Nangasaki, Corea y Peking, á Canton y á las Filipinas, de estas á las Molucas, de estas otra vez á las islas de la Sonda; de estas últimas á Victoria en la Australia; de las islas de la Sonda á Singapore, y de allí á Rangoun; despues de Karradschi en el Indo á Maskate y Ormuz; de Maskate á Aden y Suez, de Orán á Ceuta, de Túnez á Sicilia, de Ceuta á Gibraltar, de Ceuta á las islas Canarias; despues á lo largo de la costa occidental de Africa, hasta la ciudad del Cabo, y por último desde Caracas á las Antillas, y luego entre estas ultimas, las islas de Bahama, y la península de la Florida; lo que forma una estension total de cuatro mil novecientas noventa y tres millas alemanas. El establecimiento de todas las líneas terrestres costaria segun el autor 280.080,000 rs. próximamente, y el de las submarinas 499.300,000 rs. próximamente; de modo que todo el telégrafo del mundo vendria á costar 779.380,000 reales próximamente. A esto agrega aun el autor el coste de dos mil cuatrocientas estaciones telegráficas, el de mil quinientas cincuenta y seis casas para la vigilancia de las líneas, y el de seis grandes transportes de vapor, que importarian la cantidad de 187.120,000 rs., con lo cual la suma total de los gastos de establecimiento ascenderia á 966.500,000 rs. próximamente.

El interés que pagaria esta suma al 5 por 100 anual, seria el de 48.325,000 rs. próximamente, y agregando á ella 200.045,600 rs. para los gastos de conservacion y administracion, como por ejemplo, el sueldo de trescientos directores, nueve mil seiscientos telegrafistas, dos mil cuatrocientos guardas de los alambres, y los gastos para reponer los alambres gastados, y para la reparacion de edificios y buques, importaria anualmente en su totalidad una suma de 248.370,600 rs. próximamente.

Ahora bien ¿qué resultados podrian dar las líneas que se establecieran y cuáles serian sus productos anuales? Supongamos que fuese introducido en todas las líneas el sistema de Morse y que todos los alambres estuviesen en movimiento veinte horas diarias; ademas, que pudieran trasmitirse en una hora y un alambre (de los que el autor solo toma cuatro) trescientas palabras de testo cuando mas: en ese caso tenemos los resultados siguientes: en veinte horas pueden telegrafiarse en un alambre seis mil palabras, lo que hace en los cuatro alambres veinte y cuatro mil palabras de testo, es decir, a correspondencia que pague. La longitud total de todos los alambres del telégrafo es de catorce mil trescientas veinte y nueve millas, alemanas. Para cubrir los gastos se necesitan 250.000,000 de rs. próximamente, segun dijimos antes, cuya suma dividida por el número total de las millas, da una cuota anual de 18,000 rs. y una diaria de 50 próximamente. La division de 50 rs. próximamente por veinte y cuatro mil (número de las palabras diarias de esto por milla), hace que correspondan á cada palabra únicamente 6 rs. y asi un despacho de veinte palabras enviado desde Saratof á Nueva-York, es decir, á una distancia de tres mil millas no costaria mas que 120 reales próximamente, lo cual seria verdaderamente un precio insignificante (1). Debe tambien aumentarse la tarifa por cada palabra y cada milla, porque no parece probable que todas los líneas se hallen en movimiento con todos sus alambres. Supongamos que la actividad efectiva de todas las líneas sea por término medio de diez horas diarias y aumentemos la tarifa primitiva de 6 rs., en ese caso por pequeño que sea el aumento, tendremos un producto anual de mas de 250.000,000 de rs., sin que la esplotacion del telégrafo sea un monopolio de los grandes capitales. Segun tarifa, un despacho de veinte palabras desde Saratof á Nueva-York costaria 300 rs. próximamente, uno de Constantinopla á Canton 240 y uno de Gibraltar al cabo de Buena-Esperanza 170. Compárese esta tarifa con la que rige hoy en Europa en las líneas ya establecidas y véase que la propuesta aquí, es mucho mas favorable hasta en una distancia de mil doscientas millas.

El autor presenta despues diferentes mejoras para la administracion del telégrafo, mejoras que remediarian la desproporcion existente hoy que hace que los gastos de esplotacion sean relativamente mayores en las distancias cortas que en las largas, y propone un congreso para discutir en él un tratado acerca del telégrafo cuyas bases espone, medio por el cual se aseguraria la paz del mundo, quedando libre de trastornos y de ambiciones parciales. Despues manifiesta lo que tardaria un despacho en llegar al punto de su destino. Por regla general, segun dice, no es necesario volver á telegrafiar mas que de seiscientas en seiscientas millas; ordinariamente se telegrafian diez despachos antes de haber concluido de confrontar y avisar el recibo de uno; para cada diez despachos se emplean en esta operacion tres cuartos de hora

(1) Hay que advertir que no siendo posible reducir la moneda alemana á la española sin formar números quebrados, hemos preferido emplear números redondos, aunque presenten alguna inexactitud aparente.

generalmente. En seiscientas millas alemanas hay que contar 45' de dilacion; así, por ejemplo, para un despacho de Saratof á Rio Janeiro se necesitan cuatro horas y media. Tambien seria posible enviar desde Lóndres dos despachos á Rio Janeiro y recibir la contestacion á ellos antes de veinte y cuatro horas. Este telégrafo corresponderia al fin propuesto, es decir, al aumento de velocidad y en muchos casos aventajaria á la mayor parte de las líneas telegráficas que existen hoy en Europa, las cuales por una economía mal comprendida apenas están provistas de los medios necesarios de esplotacion para poder prestar siempre por completo el servicio exigido. «En todo caso,» dice el autor, «si llegara á realizarse nuestro proyecto de este telégrafo, mas pronto ó mas tarde se unirian á él todas las capitales mas importantes de Europa, haciendo insostenible todo el sistema actual de las líneas de telégrafos establecidas, de lo que resultaria un beneficio, tanto para los Estados á quienes perteneciese como para la correspondencia pública.»

Por último, la obra de Schneeberger espone como un dato curioso la inmensa cantidad de material que seria necesaria para el establecimiento y sosten del telégrafo proyectado en las catorce mil trescientas veinte y nueve millas. Para las nueve mil trescientas treinta y seis millas de tierra se necesitaria medio millon de quintales de alambre; diez millones de remates para los postes; dos millones de postes, diez millones de apoyos para los remates aislados, diez mil quintales de alambre para los enlaces y seiscientos quintales de estaño para soldar. Para las cuatro mil novecientas noventa y tres millas del telégrafo submarino se necesitarian treinta mil quintales de alambre de cobre, cien mil de gutta-percha, cien mil de alquitran, cien mil de cáñamo y trescientos mil de alambre de hierro para cubrirlo esteriormente. Por último se deberian tener veinte y nueve mil aparatos de escribir segun el sistema de Morse, veinte y cuatro mil baterías galvánicas, treinta mil teclados, treinta y seis mil brújulas y cien mil conductores.

El autor espera la crítica creyendo causar con su libro una agitacion como la que ha causado Lesseps; nosotros lo creemos así, si se compara su plan con el de la perforacion del istmo de Suez. Este no presenta grandes probabilidades de éxito: el telégrafo transmundano por el contrario, se llevaria á cabo inmediatamente, si no hubiera el egoismo, la desunion y la envidia que hay, tanto en los particulares como en los Estados. Pero puesto que seria un gran beneficio para todos los pueblos civilizados y estos, á pesar de todas la disensiones, han avanzado estraordinariamente en los últimos años en sus relaciones comerciales bajo otros conceptos y se han unido para una accion comun, debemos esperar que mas pronto ó mas tarde hallarán unánimemente en este plan ó en otro semejante todo lo que tiene de útil.

••

PIO IX.

APUNTES BIOGRAFICOS.

I.

Corria el año de 1792.

El 13 de mayo una antigua é ilustre familia de Sinigaglia, en Ancona, se alborozaba celebrando el aumento de ella.

Nacia Juan María Mastai Ferreti.

Su hidalga cuna y su educacion caballeresca exaltada por los triunfos que á la sazon conseguia el Gran Capitan de nuestro siglo escitaron su entusiasta corazon apenas pisaba los floridos vergeles de la juventud, y en breve encontróse al lado de aquel coloso, alistándose en su guardia de honor y siguiéndole en varias de sus espediciones.

Volvió á Roma, y en el año de 1812 pretendió entrar al servicio del papa Pio VII en clase de guardia *noble*; pero bien pronto su complexion delicada le hizo contraer una terrible enfermedad (1) que le arrojó en el lecho del dolor.

La oracion es el consuelo del sufrimiento: Mastai acudió á este inagotable tesoro del alma, y encontró la ventura en esa purísima hija de la fe que refresca nuestra existencia durante su penosa navegacion sobre los mares de la vida.

Roto el corto círculo en que habia girado su espíritu, se revolvió dentro de sí mismo y comprendió un mundo que solo hasta entonces habia sentido.

Este mundo era el mundo de la religion.

Guiado por ella, se obró en él un verdadero cambio.

Despues de largos dias de meditacion y estudio inclinó prosternado su cabeza, y fue ungido con las sagradas órdenes.

El jóven ministro del Altísimo alzó su frente fortalecida por la gracia del Señor.

II.

Tata Giovanni era un anciano de rostro venerable y alma piadosa.

(1) La epilepsia.

Escogido por la sabia mano de Dios, vivia en Roma, siendo modelo de virtudes.

Era pobre, escesivamente pobre, y su oficio de albañil apenas le proporcionaba los recursos suficientes para atender á las mas imprescindibles necesidades de la vida.

Sin embargo, *Tata Giovanni*, dotado de la mas ferviente caridad cristiana, á fuerza de privaciones y constancia, sostenido en su obra gigantesca por su fe inalterable en el bien, demostró su amor al prógimo, fundando un modesto hospital al que dió su nombre, que ya hacia años circulaba de boca en boca.

El objeto de su institucion fue mantener y educar religiosamente á todos los huérfanos y pobres que pudieran recogerse en ella.

Tal empresa no podia menos de tener partidarios y admiradores, y entre ellos estuvo Mastai Ferreti.

Bien pronto el primero de todos se unió á *Tata Giovani* para ayudarle en la grandiosa empresa que acometió.

Mastai, jóven aun, consumió sus riquezas, su tiempo, su salud; todo cuanto poseia en aquella obra santa. Su aspecto dulce y agradable, embellecido por los destellos de la virtud que ejercitaba, y su bondad tranquilizadora, eran incentivos poderosos que autorizaban sus prudentes consejos. ¡Cuánto licor de bien dado á libar á labios enfermos, á espíritus inocentes!

¡Es tan sublime la mision del sacerdote cuando ofrece el sagrado pan á los labios necesitados del pecador; cuando tranquiliza la conciencia combatida por el huracan de las pasiones, ó lleva el consuelo al seno del moribundo que fluctua sin rumbo fijo entre la vida y la muerte!

III.

Los vientos bramadores balanceaban sobre la inmensidad de los mares la fragata *Eloisa*.

Era el año de 1823.

A bordo de aquel buque iban el reverendo padre Muzzi, nombrado vicario apostólico de Chile, Perú, Méjico y demás paises que se habian emancipado á la sazon de su metrópoli España. Acompañábale en calidad de auditor ó teólogo Mastai Ferreti. Habia sido nombrado en 28 de marzo de 1823 canónigo supernumerario de Santa María *in lata*; pero prefirió á aquella vida sedentaria, los azares de una peligrosa mision.

El buque caminaba impelido por gigantescas y espumosas olas hácia Chile.

Habíanse perdido ya en las últimas lontananzas las vagas formas de la pintoresca Génova, cuando una violenta tempestad le arrojó á las playas de Mallorca: pero en breve continua el jóven sacerdote su viaje á América, poniendo á prueba su espíritu religioso, piratas, negreros y nuevas tempestades, que le conducen al fin á las remotas costas chilenas.

Allí donde las tintas de la aurora reflejan en los Andes su rojo resplandor: allí donde árboles hojosos elevan gigantescos sus empinadas copas: allí donde la impetuosa corriente de los rios impregna el aire de salvajes armonías: allí donde se eleva majestuoso el sol y son mas abrasadores los rayos de su lumbre: allí donde todo es magnífica poesía; donde en todas partes se ostenta poderosa la sublime alteza de Dios, allí vigorizóse el espíritu de Mastai Ferreti acariciando en su alma, los ardores del sol del Trópico, las semillas de caridad que en él depositaron las suaves brisas del cielo de Italia.

IV.

La azarosa vida de penalidades y sufrimientos porque habia pasado Mastai, necesitaba tomar providencialmente otro rumbo.

Y así aconteció.

Disidencias particulares entre las autoridades de Chile, decidieron su vuelta á Roma.

En ella fue nombrado prefecto del Hospicio de San Miguel, cargo que dejó bien pronto para tomar posesion del de presidente del mismo, y mas tarde Leon XII le envió de prelado á Spoleto que acababa de erigirse en arzobispado.

Mientras estuvo investido de esta dignidad, tuvo ocasion, merced á los acontecimientos políticos que á la sazon surgian, de ejercer ámpliamente la caridad que era la virtud característica de su vida, separando del destierro y aun del patíbulo muchas existencias.

Gregorio XVI lo trasladó á Imola; y siete años despues era proclamado cardenal, el 14 de enero de 1840 bajo el título de los santos Pedro y Marcelino.

El clero, la aristocracia, las clases pobres, todos en fin, recibieron este nombramiento con el mayor júbilo.

No podia menos de suceder así, cuando habia recaido la eleccion en un sacerdote que se habia hecho digno del amor del pueblo, lo mismo entre los pobres huérfanos de *Tata Giovani* que en las misiones de la América Austral.

V.

Nueve veces la campana del Vaticano ha herido los aires con tañido fúnebre.

Las nubes impelidas por los vientos del Poniente se aglomeran como mortuorio crespon sobre la ciudad santa.

Es el dia 1.° de junio de 1846.

Dos sentimientos brotan instantáneamente en la capital del mundo católico; triste y sombrío el uno, curioso é investigador el otro.

El primero va á confundirse en el artesonado de la basílica de San Pedro con los cánticos mortuorios entonados por el eterno descanso de Gregorio XVI. El segundo viene á posarse sobre las cúpulas del Palacio Quirinal.

Aquel es el doliente suspiro que despide al padre de la Iglesia que fue. Este el ¡ay! de esperanza que aguarda al Pontífice que será.

. . . .

Catorce dias mas tarde, uno de los secretarios escrutadores del cónclave, leia en alta voz el trigésimo-cuarto voto que era el llamado á decidir la eleccion.

El secretario escrutador era Mastai Ferreti.

El nombre contenido en el voto treinta y cuatro era el de Mastai Ferreti.

Su cabeza estaba llamada á soportar el peso de la tiara.

. . . .

En medio del mas fervoroso entusiasmo, fue coronado Pio IX el dia 21 de junio.

Las frenéticas aclamaciones, el incesante volteo de las campanas todas de la ciudad santa, las violentas emociones de general alegría que la hacian conmoverse en sus cimientos, le daban un sello sublime y estraordinario.

La capital del mundo católico se embellecia con sus mas ricas galas.

Los pórticos y escalinatas que tantas veces habian recogido las altaneras palabras de los quirites, repetian entonces los entusiastas vítores del pueblo que entonaba frenético himnos en loor de Pio IX.

Italia contemplaba con entusiasmo la silla de San Pedro.

Roma gozaba con espansivo júbilo ante el rostro tranquilo, bondadoso y venerable de Pio IX.

En tanto, una mujer, una noble anciana cruzaba el Transtevere, fija la mirada en el cielo, arrasados en lágrimas sus ojos.

Acaso nadie comprendia estas lágrimas.

Tal vez ignorasen que esas predilectas hijas del corazon, encerraban todo un poema de encantadora y sublime ternura.

Bien pronto dos bendiciones se cruzaron á un tiempo.

El pontífice bendijo á la mujer.

La mujer bendijo al pontífice.

Aquella anciana era la madre de Pio IX.

VI.

Desde esta época la existencia del Pontífice ha sido una continuada lucha.

Los acontecimientos políticos que se han sucedido en Europa, absorbiendo por completo la atencion del mundo, se hallan aun demasiado palpitantes para que pueda apreciarlos la fria razon, y están por su índole fuera de nuestro exámen en un periódico puramente científico.

Dios los ve.

La historia en su dia pronunciará su fallo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL HOMBRE CORTO.

Nadie me negará que es corto quien no es largo: esto es tan sabido, como que el ser alborotador é intrigante es gran circunstancia para conquistarse una buena posicion; pero entiéndase que no hablo de la longitud ni pequeñez material ó física. Y si algun Pedrito ha concebido esperanzas de que le ensalce, solo por ser como un Tom-Pouce ó como raton de bodega, se lleva el mas solemne chasco. Lo que yo he de pintar, bien ó mal, ó como Dios me dé á entender, es el hombre *corto de genio*.

A haber yo vivido tres ó cuatro siglos há, sin duda hubiera tenido materia para escribir un tomo en folio, porque (sépalo quien lo ignore) la *cortedad* se parece un poquito á lo que la gente llama vergüenza, y la vergüenza (que era verde) se la comió el siglo XIX; de manera, que quedó el siglo mas desvergonzado y *largo* que hubo jamás. Los *cortos de genio*, por consiguiente, son muy contados, y con estos me las voy á entender ahora mismo.

El hombre corto,
Nació, porque su padre
Trató de que naciera, con su madre;
Que si de *motu* propio dependiera,
Acaso no naciera.
Viene al mundo, comienzan sus dolores...
Los sonidos, la luz y los olores
Le hieren y maltratan los sentidos...
Pero yacen tupidos;
Pues, ¿y cómo, señores,
No llora, prisionero en tantas redes?...
Solo... *por no llorar* ¡pásmense ustedes!

Pero dejemos los primeros años, que son demasiado cortos, porque siempre son cortos el placer y la inocencia, y pongamos al muchacho en una universidad. Es aplicado, se aprende de cabo á rabo la correspondiente



conferencia, entra en la cátedra, pregúntale el doctor y... ¡Adios trabajo de toda una noche! Se le confunden las ideas, empieza por donde debia dar fin, tartamudea, se le nubla la vista y no atisba á un compañero que le pone el libro delante, ni oye á otro que le ilumina al oido como un espíritu-santo, confesando por último el infeliz que ha tenido un cólico y no ha podido estudiar, cuando la verdad es que tiene la cabeza como un bombo de estar sobre el libro. Asi pasa un dia y otro dia; su catedrático va formando el concepto de que es un holgazan de cuatro suelas, y no hay tales carneros, sino la pícara cortedad.

Ha de tener la mejor suerte posible, y pocas veces gana en el juego; y todo consiste, en que prefiere quedarse *in albis* á recordar á sus compañeros que no le han pagado tal ó cual jugada; asi, él mismo se admira de que siempre le toque jugar con desmemoriados; en el concepto de estos, no es mas que un bobo, un *primo*.

Si le presentan en una tertulia, lo primerito que le sucede es ponerse colorado como la grana, tropieza en los ladrillos al saludar, á pique de romperse las narices, y no es raro que dé los buenos dias por las buenas noches, ó que diga beso á usted la mano á una matrona como un granadero. Siéntase, y, como si le hubiesen clavado en la silla se está sin menearse, sin hablar palabra, avergonzado, con las piernas encogidas, corrido como una mona, con los brazos caidos ó bien jugando cándidamente con las puntas de la corbata ó los botones de la levita, ó ya fumando mas que un carretero para dar algun entretenimiento á sus dedos. Al ver su *cortedad*, cuchichean las muchachas, le llaman el santito por lo bajo, y alguna mas arriesgadilla, suele decirle, por hacerle rabiar, que ha oido que canta divinamente casi toda la *Lucia di Lamermoor* y *Los Huguenottes*; todo mentira, por supuesto. En estas y las otras vienen á sacar en conclusion, que toca la guitarra y sabe algunas canciones. Nuestro *corto* suda como un pavo escaldado, y se aviene á tomar el instrumento en sus manos, oidas las reiteradas súplicas y porfías de tan amable concurrencia. Despues de llevarse media hora apretando clavijas, suele tocar el wals de la *reina Amalia* ó la *marcha de Luis XVI*, todo malditamente. Las chicas se rien como si tocase una rondeña; pero nuestro *corto* prosigue impertérrito, y concluyendo por cantar *la Filis* ó *la Pastorcita*, todo muy antiguo, y en lo que él funda su orgullo, pues lo reserva para ocasiones de empeño; y cuando el pobre espera una buena cosecha de aplausos, se encuentra con un silencio irónico ó con un *muy bien*, pronunciado por alguna vieja sin dientes, que tuerce la boca al decirlo. Al salir de la tertulia le pregunta su amigo: —«¿Qué tal, te has divertido?—¡Si, mucho! ¡he corrido un bromazo espantoso! ¡Pues no han tenido valor para reirse en lo mas patético de la marcha de Luis XVI!»

Por supuesto, que siendo enamoradizo como el que mas, es el hombre de la desdicha, solo por no lanzarse á declarar su atrevido pensamiento. Si es buen mozo, y se apasiona de él una marquesa, puede hacer su fortuna, y la deja escapar. Ella (la marquesa), le persigue con los ojos, le habla con escesiva claridad y dulzura, casi le brinda con su mano, le aviva, le pica, le desuella,... él lo conoce, todo se vuelve planes y valor cuando está solo, mas en tratando de esplicarse, le sube el colorcillo al rostro y la voz se le anuda en la garganta.

Tiene un amigo en escelente posicion para darle un destino, y como no se lo lleven á casa, se queda á la luna de Valencia, por no visitar al amigo.

En los convites suele quedarse en ayunas, aun cuando tenga mas hambre que un estudiante que ha perdido la mensualidad al juego, pues le cuesta trabajo llevar la cuchara á la boca, y se le figura que todos los ojos se fijan en él, y que todos los convidados le cuentan los garbanzos que come. Quiere echárselas de obsequioso, y pone los manteles hechos una lástima, porque le tiemblan las manos y se atur de como un conejo. Por atender á todo, no se limpia la barba que le mancha la camisola; y si tiene junto á sí un chiquillo que le ensucia el pantalon con sus grasientos dedos, lo sufre como un mártir, á trueque de no ponerse colorado, riñéndole ó separándole de sí.

Por mas razones que tenga para anonadar á uno, siempre queda feo y desairado en cualquier asunto que se dispute, bien por serle muy árduo el hablar, bien por contemplaciones que nadie tiene con él; y lo peor del caso es, que quien sale victorioso es un bestia ó un parlanchin ignorante porque la ignorancia es muy atrevida.

Y es tal la especie de abandono, pereza, *ó qué se yo*, que le domina, que si viene un toro corriendo por la calle, permite que entre un ejército á esconderse en un portal, donde él pudo meterse el primero, y no se metió *por cortedad*, por dejar que pasen todos los demás, á pique de que el toro, que no se detiene en cumplimientos, le saque las tripas y le haga rodar como una pelota.

El barbero le afeita con las peores y mas desolladoras navajas, pues sabe de positivo que el hombre *corto*, lejos de reñirle, si viene á pelo, le regalará otras nuevas para que rasure agenas barbas.

La patrona le tiene tiritando de frio en el rigor del invierno; le pone la comida sosa ó salada como un perro; dura como corazon de cirujano ó blanda como viuda fea, el velon sin aceite ó sin torcida, y la cama de cuartel, porque nuestro *corto* no dirá por un Cristo esta boca es

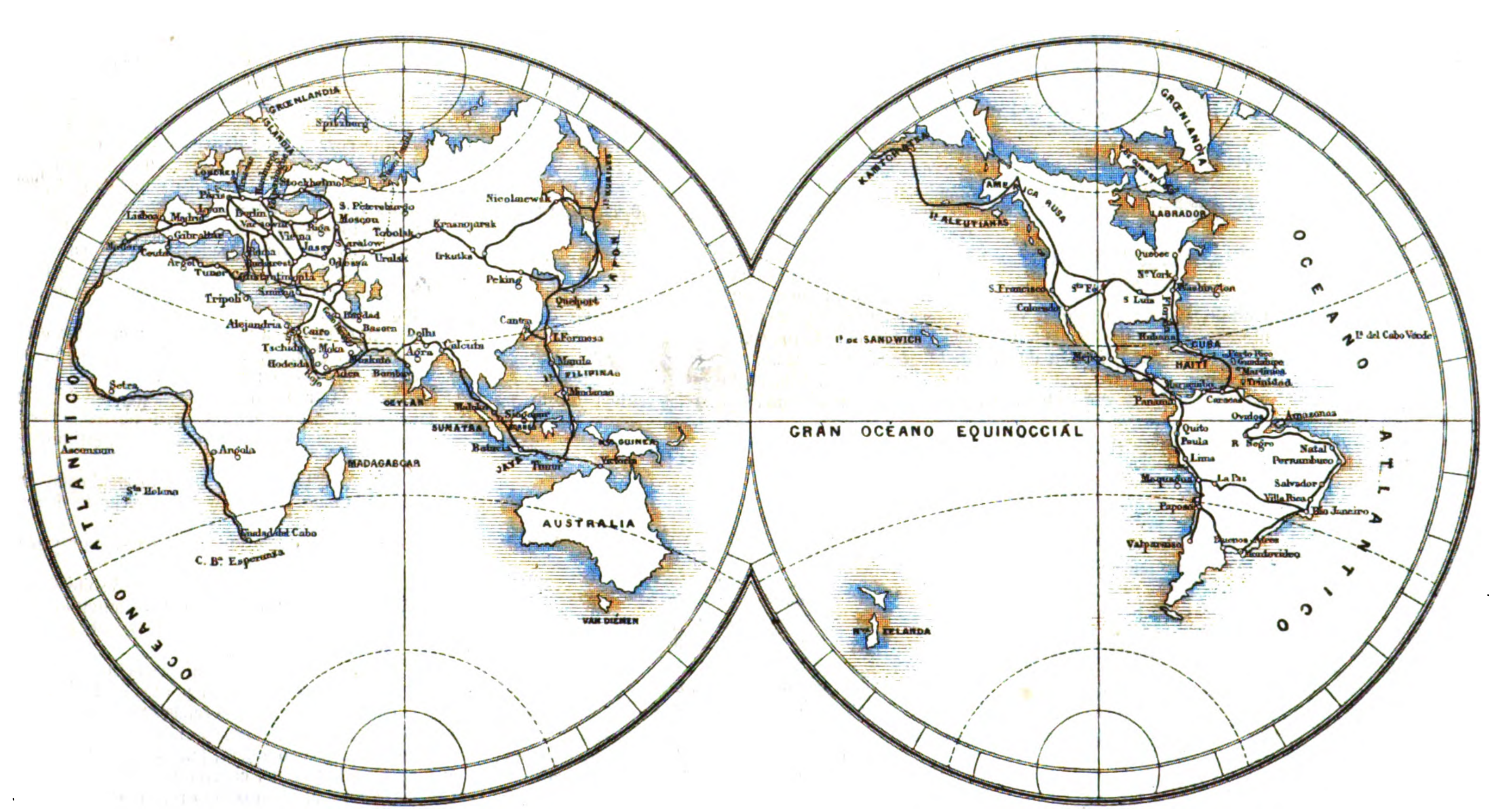
PIO IX.

NUESTRA SEÑORA DE LA MAR, EN VIZCAYA.

mia; bien que su boca es de todo el mundo, pues él no habla mas que lo que el mundo quiere que hable, á diferencia del hombre *largo* ó atrevido, cuya boca no pertenece á nadie mas que á él, y le importa un bledo que el mundo murmure ó deje de murmurar: pues sabe que si bien *el que mucho habla mucho yerra*, tampoco ignora que *el que calla pierde* y *el que no llora no mama*. Así, los charlatanes, y los licitadores, y los contratistas, son la gente que medra y ha medrado.

Aun cuando sea un pozo de ciencia, pasa infaliblemente por ignorante, porque nunca se decide á hablar mas que consigo mismo; se le figura que todos se rien de él, aunque le escuchen con la mayor atencion; al contrario de los pedantes, que viven persuadidos de que nadie tiene otra cosa que hacer mas que aplaudirles, y traducen los silbidos por elogios.

El *corto* de genio es uno de los tipos que tiene mas semejanza con el *pobre hombre*; mas existe una diferencia muy notable entre los dos; y es, que al pobre hombre todas las acciones, palabras y pensamientos le son tan naturales, que el proceder, hablar ó discurrir de otra



TELÉGRAFO TRANSMUNDANO.

manera, seria pedir peras al olmo, ó hablar de literatura y bellas artes á un comerciante, ó de producciones originales á la empresas teatrales de esta córte. No le sucede así al *corto* de genio; pues todo cuanto hace, es justamente lo contrario de lo que quisiera hacer, y cede solo á una fuerza desconocida que le separa del camino que debiera seguir, á una especie de lazo que refrena sus naturales y espontáneas inspiraciones, á un resorte que tiene sujetas y tirantes las cuerdas de su corazon.

Asemèjase al cobarde, cuando le desafian, porque sufre las jactancias de un espadachin, en medio de una plaza pública, sobrándole alma para arrancar al otro la suya; y se contenta con ponerse colorado, signo característico que distingue á este tipo de los demás, menos de las doncellas ruborosas y bien educadas, que son fruta rica, es cierto, pero que va escaseando mas que los *cortos* de genio.

Es desgraciado en amores, si alguna rara vez, y á fuerza de tiempo, dice que ama. No hay cosa de que mas huyan las mujeres que de un *hombre corto*; las fastidia, las empalaga, y se entregan mejor al primer desdichado que llega, que no al *corto de genio*.

Nada de lances y aventuras nocturnas, ni de palizas y compromisos; nunca es él tan dichoso que merezca una puñalada por un suspiro; en punto á amores, su mision en este mundo, se reduce á llevar muchas y buenas calabazas.

No acomete por sí solo una empresa mercantil, y es menester que le ayuden media docena de *largos*, que manejen el teclado.

Es obsequioso, hasta la pesadez, con los amigos que van á visitarle á su casa, y se ve embarazado en la agena para dar un caramelo á un niño, lo propio que un actor que no sabe su papel.

Por lo general, los *cortos de genio* no son buenos ni malos; son lo que otros quieren que sean; se inclinan con preferencia á la honradez, cuando no hay un pícaro que les dirija. Entran buenamente en un movimiento popular, cuando les incitan á ello; y si no, se están en su casa matando moscas, sin cuidarse de si manda en Turquía Mehemet-Alí ó Cacaseno I.

El *hombre corto* pasea solo infinitas veces, por no esponerse al ruborcillo de saludar á un amigo; y si estrena una prenda, la mas insignificante, aunque sea un chaleco, va corriendo el infeliz y á paso redoblado, pues cree á pié juntillas que nadie piensa en otra cosa que en mirar su chaleco, como si su chaleco fuese robado; parece un poetilla tronado en un drama detestable.

El *hombre corto* es fumador, ó toma rapé para dar á sus inútiles brazos un aire marcial; pocas veces sale de casa sin baston, por la misma causa, y por la causa misma estropea unos guantes en cuatro dias, si son de color claro, pues no cesa de sobárselos y poner y quitar el botoncito. Si le faltan baston ó guantes, de seguro le verán ustedes (en verano) con el sombrero en la mano derecha, con la izquierda atusándose el pelo, y cantando aunque sea el *Miserere* ó el *Mambrú*, si no sabe otra cosa que mas le distraiga del mundo; en todo esto se parece al *hombre soso*.

Y para que vean ustedes hasta dónde llega su genio, si pudiera no se moriria, solo... por no morirse, *por cortedad*. En esto tiene muchos á quienes parecerse, en cuyo número y en primera línea, se encuentra un servidor de ustedes que es el hombre menos largo que ustedes pueden figurar, cuando se trata de echar un viaje á un mundo, del cual no ha nacido todavía un Colon que nos diga cómo es, y qué tal reciben por allá *á los cortos y á los largos*.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

NUESTRA SEÑORA DE LA MAR.

Bajo la poética advocacion de la Vírgen, existe en Vizcaya, y no lejos de la pintoresca villa de Portugalete, una ermita que lleva el nombre de *Nuestra Señora de la Mar*.

Sabido es que aquel pequeño señorío se distingue ya por sus valles llenos de vegetacion, ya por sus altas montañas en donde el laborioso habitante de aquellas comarcas hace fértil las escarpadas lomas, ya por su costa, que el mar Cantábrico baña, con sus olas de contínuo irritadas. Pero entre todos los paisajes admirablemente hermosos, entre todos los rincones ocultos en donde la mano mágica de la naturaleza hizo brotar los encantos, entre todos los paisajes cubiertos de poesía y de sorprendente belleza como en aquel país existen, ninguno por cierto como la pequeña isla en donde se levanta la ermita de que vamos á hablar.

Cualquiera al recorrer la costa cercana á la hermosa villa de Portugalete, tendrá ocasion de admirar las mil caprichosas ensenadas, las mil puntas aguzadas por el movimiento del mar, las mil rocas que como atrevidos gigantes parece que unas encima de otras pretenden escalar el cielo. Allí el mar rompe sus olas espumosas, allí se retuerce, entra en las pequeñas ensenadas, en las misteriosas grutas que forman las rocas, en las pequeñas pero blancas playas, en donde la arena conserva intactas todavía las huellas de la marea. Desde aquel sitio, el lejano horizonte, las pequeñas montañas de la costa, el buque que cruza ligero el turbulento mar Cantábrico, la gaviota que levanta su vuelo, la miserable lancha del pescador que parece hecha para mecerse eternamente en el duro vaiven de las olas eternamente agitadas, todo llama la atencion del que visita semejantes lugares, todo habla á su alma con el misterioso lenguaje de la poesía.

Hace poco tiempo que he tenido ocasion de visitar aquellos sitios en que el genio de la melancolía parece tener su asiento.

Mis escursiones á los alrededores de Portugalete, fueron largas y continuadas, y un dia me propuse visitar la pintoresca isla en donde se halla situada la ermita de Nuestra Señora de la Mar, tan querida para aquellos marineros.

Sabia de antemano que la fábrica de la ermita, no se recomendaba por ninguna belleza arquitectónica, que era una pequeña iglesia, cuyo campanario azotaban los vientos de las desatadas tormentas. Sabia ademas que ningun recuerdo histórico, á lo menos así me lo aseguraron en Portugalete, hacia célebre la isla en donde se elevaba aquel sencillo templo, y por lo mismo me decidí á visitarle solo.

Pero hacerlo de dia, cuando el sol iluminase espléndidamente olas y cumbres, rocas y arbustos, blancos arenales, y arboledas en donde gime el viento del mar, no me pareció digno del pintoresco paisaje que me habian descrito.

Efectivamente, una noche solo, y dejando á bordo de la lancha que me condujo hasta la isla los dos marineros que la tripulaban, subí la estrecha y áspera vereda que conduce á la cima de aquella isla, que seria mejor llamarla verde colina sobre las olas.

Pronto me hallé al pié de la ermita, el viento pasaba aprisa sobre el santuario y sobre la colina, agitando los árboles; su rumor, semejaba el aliento de las olas que se estrellaban á mis piés.

La luna bañaba la ria con su blanco rayo, las montañas vecinas se levantaban como pálidos espectros, la ribera dormia en silencio; en la isla como en la playa, como en los cercanos caseríos todo reposaba, era la hora del misterio, aquella en que los blancos fantasmas que el crédulo vizcaino ve salir de todas partes en las horas de los maleficios, abandonan su vivienda de grutas, y van á la luz de la luna, á ejercer sobre los mortales descuidados sus malas artes.

Los mismos marineros que me acompañaron hasta la isla, no pudieron menos de santiguarse devotamente y pedir por mí en su idioma, que quiere ser el mas antiguo del mundo, á la Vírgen de la Mar, á quien acuden siempre en todas sus tribulaciones

Yo subí, yo me senté bajo el árbol sombrío que se levanta al lado de la ermita, y contemplé el paisaje que en aquella hora misteriosa, se presentaba á mi vista lleno de una blanca y suave claridad. La luna bañaba las olas con su dulce rayo, y ellas se estrellaban monótonas al pié de la isla, en cuya orilla los arbustos se mojaban en las aguas amargas. Esplicar la grata emocion que sentí en aquellos momentos es imposible, y yo no sé qué frio fluido circulaba por mi cuerpo que se estremecia dolorosamente á cualquier ruido: el cántico mismo del marinero, que murmuraba sus palabras en un idioma incomprensible para mí, me hizo pensar en mi país, y creerme allí un verdadero estranjero.

En breves momentos recorrí la isla, en donde no hay mas que plantas silvestres, arbustos de duras ramas y árboles que levantan su ancha copa cubierta de hojas. La ermita, como me habian asegurado nada tenia de notable por la parte de afuera, y despues de grabar mi nombre en la puerta, despues de contemplar las vecinas montañas, la ria cuyas olas brillaban al rayo de la luna, las pequeñas embarcaciones que pasaban cerca de la isla como mudas fantasmas, volví á cruzar la áspera senda y llegando á donde me esperaban mis marineros, entré en la lancha y nos alejamos de aquellos lugares.

Y mientras la pequeña embarcacion se deslizaba sobre las olas, aquellos pobres hombres endurecidos en toda clase de tormentas, me contaron cómo *Nuestra Señora de la Mar*, era dulce abogada de los que estaban próximos al naufragio. Una santa y verdadera invocacion á esta Vírgen, me dijeron, aplaca los vientos y disipa las tormentas.

***

MEMORIA HISTORICA Y DESCRIPTIVA

DEL CONVENTO

DE SAN FRANCISCO EL GRANDE DE MADRID.

VI.

Constituye el retablo mayor un cuadro de quince y medio piés de ancho y treinta y uno de alto con marco de madera, tallado y dorado en el centro, contramarco de yeso pintado de color gris y un fronton triangular de igual materia por coronamiento, sobre el que descuella un pequeño grupo de dos ángeles niños con una guirnalda, ejecutado por don Manuel Adeva Pacheco. En la parte superior y en la inferior del marco hay festones dorados.

Representa el cuadro á la Vírgen Santísima, por tener esta iglesia la advocacion de Nuestra Señora de los Angeles, y á Nuestro Señor Jesucristo acompañados de ángeles, sentados en un trono de nubes, en el momento de aparecerse en la iglesia de la Porciúncula á San Francisco de Asís, que puesto de rodillas, hace oracion arrebatado en éxtasis. Pintó este lienzo don Francisco Bayeu.

PINTURAS DE LAS CAPILLAS.

Lado del Evangelio.

1.ª La imágen de la Purísima Concepcion, elevada en trono de nubes, pisa la cabeza de la serpiente, y cruzadas ambas manos sobre el pecho, adora al Eterno Padre, que aparece en gloria en la parte superior del cuadro; que es obra de don Mariano Maella.

2.ª En el patio de una casa pobre, cubierto con una parra y adornado con una palma, San José tiene en sus brazos el niño Jesús; á la izquierda la Vírgen María acompañada de ángeles compone la ropa de la cuna. Un niño al lado derecho teje una guirnalda de flores, y otro presenta una cesta con frutas, y por último unos ángeles arrojan rosas desde lo alto. Esta pintura es de don Gregorio Ferro.

3.ª San Buenaventura vestido de cardenal y acompañado del preste, diáconos y otros asistentes, concurre en el templo de Padua á la traslacion de las reliquias de San Antonio, cuyo sepulcro aparece descubierto, y un personaje, inclinado hácia él y con una hacha encendida en mano, está en actitud de contemplar las venerables reliquias. Fue autor de este cuadro don Antonio Gonzalez Velazquez.

Lado de la Epístola.

1.ª San Francisco y Santo Domingo se saludan y abrazan al hallarse en las gradas del átrio de la iglesia de San Pedro de Roma; a la derecha de la composicion hallánse un viejo, una mujer y un niño en ademan de pedir limosna; al lado de Santo Domingo hay un perro con una hacha encendida en la boca, y al de San Francisco un niño con una cruz, libro, calavera y un ramo de flores. En lontananza se ven algunos edificios de Roma, y en la parte superior completa y corona la composicion una gloria con el Espíritu Santo rodeado de ángeles. Hizo esta pintura don José Castillo.

2.ª Sentada en un trono la Santísima Vírgen tiene en sus brazos al niño Jesús, cuyos piés besa respetuosamente San Antonio de Padua, que aparece elevado sobre unas nubes. Cuadro de don Andrés Calleja.

3.ª Tiene en la mano izquierda un crucifijo San Bernardino de Sena, y puesto sobre un peñasco está en actitud de predicar al rey don Alfonso de Aragon y á otros señores, que forman un auditorio numeroso, manifestándose todos admirados y llenos de júbilo. Sobre la cabeza del Santo hay una estrella resplandeciente. Composicion de don Francisco Goya.

Son muy notables las hermosas puertas que se ven á los lados del presbiterio por los ornatos de talla que las adornan y embellecen. Fueron ejecutadas cuando se levantó la iglesia.

Como parte principal de la restauracion y dando á la iglesia de San Francisco el aspecto majestuoso de que por su fria desnudez hasta el presente ha carecido, se levanta en el centro de la capilla mayor el nuevo presbiterio al que dan subida en el centro siete gradas, decorándole por cada costado cinco fajas que sientan en un zócalo y están coronadas por una cornisa bien trazada sobre la que corren las balaustradas que circundan el presbiterio. Sientan sobre las fajas que adornan el basamento cinco pilastras á cada lado que subdividen el antepecho cuyos balaustres engalanan varios ornatos, coronando el todo unas piñas.

Dos escaleras laterales de planta curvilínea abiertas en la parte opuesta al ingreso principal del presbiterio facilitan el mejor servicio del altar cuando se celebran los divinos oficios.

Elévase en el medio la mesa de altar, cuya ara consagrada por el cardenal arzobispo de Toledo el dia 8 de julio del presente año, cubre toda la mesa.

El frontal y la grada en que sienta la candelería tienen tableros adornados con bajo-relieves formados por querubines, espigas y racimos siguiendo el estilo del renacimiento.

Estos tableros están ejecutados en mármol estatuario, y el resto de la mesa de altar y presbiterio de mármol gris.

La ejecucion de todas estas obras ha sido muy esmerada y no deja ciertamente que desear.

Tiene todo el cuerpo que forma el presbiterio ocho metros y treinta y seis centímetros de longitud, siete metros de longitud y un metro sesenta y siete centímetros de altura.

Decora el abside una bellísima sillería que entra en el número de las que en diversos puntos de España creó é hizo la encantadora edad del renacimiento. La disposicion del local y su corto espacio no han permitido que se coloque la sillería completa, pues falta la que corresponde al coro bajo y del cuerpo que forma en toda su estension el coro alto han podido ser colocadas veinte y siete quedando aun veinte sobrantes.

Es de advertir que esta rica y magnífica sillería fue la-



brada por los años de 1526 con destino al monasterio de gerónimos del Parral que aun subsiste aunque abandonado y yermo en Segovia, y que habiendo permanecido en el coro del mismo hasta el presente ha sido últimamente destinada para la iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, siendo interina por consiguiente su colocacion en el templo de San Francisco.

Hizo esta hermosa obra el entallador Bartolomé Fernandez, quien siguió la escuela de Berruguete. Es de nogal toda la sillería y merece particular atencion y estima. Son lindísimas y muy ricas y ligeras las columnas que sostienen el coronamiento y en cuyos detalles hay prodigiosa variedad y esquisito gusto el que se halla asimismo en la crestería cimera del coronamiento, y son no menos estimables que las obras indicadas las imágenes sagradas hechas de bajo-relieve en los testeros de las sillas, siendo todas ellas notables por el carácter que las distingue y por los partidos de paños.

Una de las circunstancias que revelan y realzan el pensamiento que ha presidido en la restauracion de la iglesia de San Francisco, es la importancia que en ella tiene el moviliario sagrado. Mucho tiempo ha transcurrido; tanto por desgracia que no baja de dos siglos y medio, desde que la idea cristiana dejó de influir en la invencion y composicion de las obras destinadas al culto: idea sublime y fecunda que todavía se trasluce en las que fueron ejecutadas á fines del siglo XV y en la primera mitad del XVI y que dominaba esclusivamente y ejercia sin trabas su benéfico influjo en la edad media.

Por primera vez, despues de tan largo periodo, se ha visto corresponder á su objeto el moviliario sagrado, contribuyendo poderosamente á dar efecto majestuoso y devoto á la iglesia cristiana.

La soberbia y elegante araña que pende de la linterna y en la que principalmente campean doce grifos alados, notables por su carácter heráldico y buen dibujo, los seis candeleros y el Crucifijo del altar mayor, en los que así como en la araña se ven acertadamente combinados los grifos, el escudo de la Orden seráfica, el de Castilla y Leon, y el del reino de Jerusalen, no de San Juan de Jerusalen, como creen algunas personas, con festones y cabezas de serafines que corresponden á la primitiva ornamentacion del templo y las diez y seis hermosas lámparas, colocadas con mucho acierto y como haciendo recordar los templos de la Palestina; son obras todas ejecutadas en bronce, con sujecion á los dibujos que inventó el arquitecto director y que producen todo el efecto que debió proponerse como del exámen de todas ellas se deduce.

No menos corresponde á su objeto el dosel dispuesto para colocar el Santísimo Sacramento descubierto, y que forma un bien proporcionado baldaquino portatil, decorado por cuatro ricas y graciosas columnas del renacimiento, cuyos intercolumnios guarnecen esquisitos paños de tisú de oro.

Lástima fue que los arquitectos Sabatini y Fernandez no hubiesen determinado que la gran cúpula de la iglesia de San Francisco se pintase, pues hubiera producido la pintura mural un efecto grandioso, y no menos sensible que por mal entendidas economías no se haya realizado ahora aquel pensamiento segun opinaban el arquitecto director y todas las personas inteligentes en nobles artes.

En el cláustro mayor varios profesores pintaron la vida de San Francisco, y esta coleccion de cuadros, poco notable á la verdad, se halla al presente en el museo nacional.

Subsisten algunas pinturas y efigies de escultura en la sacristía y piezas inmediatas, y es entre las primeras notable la que representa las tentaciones de San Antonio abad, hecha por Gerónimo Bosch, y entre las segundas la imágen de Nuestra Señora de la Concepcion que tenian colocada en el coro los religiosos y ahora está sobre la cajonería de la sacristía en un pequeño retablo. Fue ejecutada por don Isidro Carnicero.

Cerca de la capilla propia de la V. O. T. hay un huerto pequeño y profundo pero muy ameno y frondoso, en el que subsiste la ermita, que segun hemos referido, fue construida en 1798, para perpetuar la memoria del sitio en que residió al llegar á Madrid San Francisco de Asis.

Este pequeño edificio tiene el frontis labrado de granito con una faja resaltada que la circunda formando marco, y está coronado por un frontispicio triangular tambien de granito, y debajo del cual, en una lápida de pizarra, se lee una inscripcion que recuerda la feliz llegada de San Francisco de Asis á Madrid, y por cierto, la espresa con poca exactitud en la fecha.

Cubre el interno de la capilla, á la que da ingreso, un arco de medio punto, una cúpula elíptica adornada de tríglifos en el anillo.

Una mina de poca luz rodea por su espalda y costados la capilla para preservarla de las filtraciones del terreno que está mas elevado que la fábrica.

En el estremo del pintoresco huerto y á distancia de unos veinte pasos de la capilla hay una fuente muy escasa de agua, bajo un arco de medio punto labrado de granito, al mismo tiempo que la ermita, y cerrado con una verja de hierro. El muro del fondo es tambien de piedra berroqueña, pero mucho mas antiguo que el arco y en él se fijó en 1768 una lápida de pizarra, no de marmol, como dice el *Memorial literario*, correspondiente al mes de diciembre de 1784, é ingualmente consignamos por equivocacion en uno de nuestros anteriores artículos, en el que ya espusimos las razones que hay para dudar que la fuente á que aludimos sea la misma que existia en el siglo XIII; pues segun el testimonio del arzobispo Gonzaga, cronista de la órden seráfica y el no menos auténtico de los historiadores de Madrid, aquella fuente se estinguió en el siglo XVII.

Queda terminada con la descripcion de esta ermita la memoria histórica descriptiva del templo de San Francisco el Grande de Madrid, y de cuyo presbiterio ha visto ya el lector una perspectiva dibujada y grabada con perfeccion.

JOSÉ MARÍA DE EGUREN.

EL SEPULCRO DE MOORE.

I.

La mañana del 16 de enero de 1840, apareció la Coruña circundada de espesas nieblas que no permitian distinguir los objetos mas cercanos.

El aire frio de un crudo dia de invierno pasaba á grandes ráfagas por las calles de la poblacion, y la niebla mojaba los vestidos de los transeuntes, bastante escasos todavía, por ser apenas la hora en que el dia se desprende de su túnica de sombras y se levanta del seno del Oriente, vestido de claridad y de hermosura.

A esa hora, cuando apenas se habian abierto las puertas del jardin de San Cárlos, una mujer como de unos cincuenta años de edad, alta, esbelta, y cuyo rostro de un color blanco mate, cuyos ojos azules y los gruesos y rubios rizos que acariciaban su frente, la delataban como hija de la raza anglo-sajona, atravesó solitaria y silenciosa las cortas alamedas del jardin.

La débil claridad del dia, los árboles desnudos de follaje, las plantas marchitas é inclinadas sobre sus tallos cubiertos de humedad, el viento frio que azotaba aquellas ramas secas y agudas, prestaban al paisaje una tristeza imposible de describir.

Al poner el pié en la primera escalera, aquella mujer, levantó el velo de su sombrero que ocultaba á las miradas estrañas, un rostro á quien la triste melancolia prestaba el mas dulce de sus encantos.

Entonces se pudo ver una mujer hermosa aun despues de su juventud, el tiempo apenas habia hecho otra cosa que sustituir la belleza de la ancianidad á la de los quince años. Aquella flor no podia mostrar sus hojas vestidas con los primeros y vivos colores, pero guardaba todavía en su seno el perfume suave con que la naturaleza la habia dado un encanto mas.

La raza del Norte conserva mucho mas tiempo que ninguna otra su hermosura: no se devora á sí misma como la del Mediodia.

Esa pureza de pensamientos, esa dulzura de impresiones, esos sentimientos suaves y cariñosos, que se toman en otras partes por falta de fogosos deseos, prestan á sus facciones en que la línea griega se conserva con toda su severidad, un misterio inesplicable, y arroja en torno suyo toda la dulce vaguedad de las creaciones de los poetas del Norte. En Grecia pudieron brotar al vivo rayo de sol que doraba las cumbres del Himeto, las Gracias y las Musas, pero solo bajo el cielo nebuloso, al pié de las rocas en que resonó la voz de Ossian, pudieron alzarse las Willis de entre las ondas de los lagos sombríos. Unas son la estátua, las otras las vírgenes, en unas la materia muda, inerte, en las otras la materia, pero animada por el mas apacible rayo del sentimiento.

Vestia ella, un traje de terciopelo negro, y una especie de capuchon de pieles reservaba su espalda de la humedad y del frio.

Ni una sola persona habia en el jardin; el mar bramaba á los piés de aquellas murallas tan fuertemente combatidas, y su rumor y el del viento que gemia entre los árboles, llenaban aquel récinto de tristeza. Su aislamiento, aquel lienzo, desde cuyos balcones se veia medio oculta en la niebla, la negra y pesada mole del castillo, en cuyos cimientos saltaban las olas impetuosas, el silencio majestuoso é imponente, que parecia velar aquellos lugares como olvidadas ruinas, predisponian el ánimo á las mas tristes impresiones.

En medio del parterre, y resguardado por una pequeña verja de hierro, se levanta un sencillo monumento.

Los árboles inclinan sobre la tumba de un guerrero desgraciado sus ramas deshojadas y frias como las cenizas sobre las que parecen llorar. En torno las violetas, los pensamientos, las rosas, los jacintos de hojas azules, ocultos en sus gérmenes, aguardaban el sol de primavera para salir de su cárcel y perfumar aquel sepulcro, al pié del cual casi nunca murmuran los vivos la santa y compasiva oracion que pide paz para los muertos desconocidos.

Los hombres le miran con mas indiferencia, tal vez mas impasibles, que el rudo pedazo de granito en cuyos brazos descansará, mientras el soplo de los siglos ó la mano de otros hombres mas indiferentes que nosotros, no destruyan para siempre aquel monumento, y esparzan sobre la tierra removida, las cenizas y el cenotafio.

Sin embargo, aquella mañana, un alma amiga, vino á derramar lágrimas, á murmurar plegarias, sobre la tumba olvidada.

Aquella mujer se arrodilló al pié del monumento, y besó la tierra húmeda y fria. ¿Quién era la que lloraba todavía, la muerte del guerrero? ¿Cómo el tiempo no habia detenido las lágrimas en sus ojos, y helado en la garganta la piadosa plegaria?

¡Indescifrables son los misterios que cada corazon guarda entre sus pliegues!

Mucho debió amarle aquella mujer, porque sus sollozos, sus palabras, tenian cariño, tenian algo de esa irresistible insinuacion con que la mujer arrastra al hombre que la ama á todas las locuras. Aquellas miradas fijas sobre el helado granito, parecian acariciar la sombra que evocaban sus labios, sus labios que murmuraban á cada instante con un acento de amorosa confianza...

—¡Juan! ¡Juan!

Y los sollozos embargaban su voz, y su cabeza caia tristemente sobre la verja, y sus manos se cruzaban en actitud de muda desesperacion.

—¡Treinta años! murmuró.—¡Treinta años! ¡y te amo aun!... ¡Ah!—añadió—¡jamás he creido que el dolor dejase vivir tanto!...

Las nieblas iban disipándose, percibíanse al través de los cristales los buques mas cercanos á la bahía, y solo las elevadas cordilleras que forman el seno de la ria, se veian cubiertas de los vapores que alejándose cada vez mas de la ciudad, parecian recogerse en las cumbres, como ejércitos arrollados por el enemigo.

Un rayo de sol pálido, amarillento, frio, rompió el cielo encapotado y cayó sobre aquel olvidado sepulcro, bañándole de una triste y débil claridad.

Los árboles del jardin tomaron otro color al paso de aquel rayo.

Algunos pájaros le saludaron, como si se regocijaran con su venida, y lanzaron sus cantos que parecieron dar vida á aquella muerta naturaleza: hasta los patos del guarda, sacudieron sus alas y graznaron.

Todo, todo se alegraba al paso del tibio rayo, menos aquella mujer que levantándose arrojó su última mirada sobre el sepulcro (1) y echándose el velo sobre el rostro, salió de aquel triste recinto, despues de coger algunas hojas de las plantas que crecian en torno de la verja.

—¡Adios! y sus labios murmuraron palabras incomprensibles, alejándose en seguida.

Durante algunos años todos los dias 16 de enero, se le vió llegar á la misma hora, permanecer algun tiempo al pié del sepulcro, y alejarse sola, triste, como un alma entregada á melancólicos recuerdos.

Un año sucedió que la desconocida no llegó á la misma hora que tenia de costumbre: fue un año en que el 16 de enero vió el cielo alumbrado por un hermoso sol, que vivificaba la muerta naturaleza. Pero cuando el astro del dia, se ocultaba en las ondas, y llenaba el horizonte de las mil nubes caprichosas y de melancólicos colores del ocaso, entró en el jardin apoyada en el brazo de una doncella.

La palidez de su rostro, la lentitud con que avanzaba hácia el centro del jardin, aquella muerta mirada que parecia animarla de un vivo pero rápido fuego, indicaban que su alma trabajada por el dolor iba pronto á abandonar su cárcel de tierra.

Se acercó lentamente hácia el sepulcro, se arrodilló como de costumbre, besó la tierra regada con sus lágrimas, y se levantó y fué á sentarse cerca de un balcon por que los transeuntes movidos por una intempestiva curiosidad, se habian agolpado á su alrededor. Allí en aquel banco de granito teniendo en frente el mortuorio monumento, siempre acariciado por las desnudas ramas de los árboles que le guardan como otros tantos ángeles custodios, dejó vagar sus estraviadas miradas á lo largo del jardin, mientras las brisas y el rumor del mar le traian tal vez recuerdos queridos, despertaban antiguas y dulces memorias que la acariciaban amorosas.

El frio de la tarde se dejaba sentir con mas fuerza.

—¡Señora! dijo la que le acompañaba, es demasiado tarde... el frio puede haceros daño.

—Déjame, hija mia, ¿qué mas da un dia que otro?

Momentos despues abandonaba aquellos lugares.

—¡Adios por última vez! murmuró al alejarse, arrojando su última mirada sobre el sepulcro.

Y el guarda cerró tras ellas la verja de hierro que da entrada al jardin.

(1) En este sepulcro se guardan las cenizas del general inglés Sir John Moore, muerto en el choque que las tropas británicas sostuvieron con el general Soult el 16 de enero de 1809. Como no habia á la sazon en la Coruña cementerio protestante, Moore fue enterrado en el baluarte de San Cárlos, al E. de la ciudad, baluarte que en aquel tiempo no era otra cosa que un erial abandonado y peñascoso. Levantóse mas tarde el jardin, en cuyo centro se vé, circundado de una pequeña verja de hierro, el sepulcro que encierra las cenizas del desgraciado general. Este fúnebre monumento rodeado de flores, es de granito y de sencillísima forma, compuesto de una especie de cuadrilátero, con ángulos almohadillados y encima una elegante urna de piedra blanca. En cada una de las esquinas hay un cañon clavado verticalmente hasta la mitad, y en las caras Norte y Sur del cenotafio hay dos targetones, en donde se lee la siguiente inscripcion:

JOANNIS MOORE
EXERCITUS BRITANNICI DUX
PROELIO OCCISUS
A. D. 1809.



JEFES DEL EJÉRCITO DE GARIBALDI.



MARQUES DE TRECHI DE CRÉMCNE. CARINI. BIXIO. TÜRR.

II.

Napoleon acosaba de cerca al ejército inglés, queria alcanzarle y batirle, porque para él batir era vencer. Con el guerrero del siglo venia aun aquella fortuna que no le habia abandonado desde las jornadas de Italia; el terror de sus enemigos era su mejor vanguardia, su audacia el mejor de los ejércitos. Ante él desaparecia como el humo cuanto intentaba oponerse á su paso, los reyes salian á recibirle como á soberano, los pueblos como á un vencedor. Y Napoleon seguia arrollando ejércitos, derribando tronos, santificando con la victoria todas sus ambiciosas iniquidades.

El suelo de España temblaba al paso de los escuadrones franceses: la sombra del héroe cobijaba las águilas victoriosas en Alemania; Napoleon atravesaba las escarpadas cordilleras del Guadarrama, como habia pasado los Alpes á pié y entre la nieve; pero ¿qué importaba? ¿no habia mas allá un ejército inglés que vencer?

—¡Derrotar á Moore es ganar España! se decia á sí mismo.

El vencedor de Wagram ignoraba que despues de la pérdida del ejército inglés, quedaba todavía un pueblo indómito, guerrero, independiente, á quien al revés de todos los demás pueblos, una derrota no hace mas que derrotarle, pero jamás vencerle.

Por eso Napoleon seguia al inglés, le perseguia, le molestaba como un poderoso aguijon, cada dia mas cerca de aquel ejército que dejaba acuchillarse sin pensar en otra cosa que en la huida. Napoleon no se dignó siquiera seguirle mas que hasta la mitad del camino, cuando llegó á Astorga y vió que el inglés en su ciega retirada no hacia mas que abandonarle sus bagajes y dejar en su poder multitud de prisioneros esclamó, al tiempo de dar órdenes al general Soult:

—Poco teneis que hacer generales, van vencidos ya: lo único que deseo es que no le deis descanso. Dicen que van á embarcarse en cualquiera de los puertos cercanos, es necesario que embarquen los menos posibles. Escarmentad á los piratas... lo demás es cosa de poco tiempo.

Y el soldado de fortuna, el dador de tronos, se retiró seguro de que la historia podia contar una victoria mas en su vida. El soldado no se engañaba.

Poco tuvo que hacer Soult, el rival de Ney y de Murat, el héroe cantado por lord Byron, jamás ejército alguno se entregó á mas lastimosa fuga y mas desconcierto que el inglés: parecia que fascinado por el brillo de las victorias de su enemigo, se habia dado por vencido, cuando aun podia vencer. La sombra de Napoleon le espantaba.

Bagajes, artillería, prisioneros, todo lo dejaba en poder de los franceses; desde Villafranca aquello no era una retirada, era sí, una continua derrota; acuchillados, vencidos á cada instante, la caballería que debia proteger su marcha por caminos intransitables, abandonaba los caballos y los ginetes corrian en seguimiento de la vanguardia. Moore que comprendia toda la ignominia de tan desastrosa jornada, no esperaba otra salvacion que los buques que debian conducirlos á su patria. ¡Y sin embargo aun podia vencer! El supersticioso terror de aquellos soldados y de aquellos jefes, ante los ejércitos de Napoleon, era quien los llevaba así de derrota en derrota, sin tregua, siempre huyendo, siempre oyendo á su espalda el clarin del enemigo que daba la señal de ataque.

La alegría con que el ejército inglés descubrió la Coruña, dormida al choque de las olas que le rodean, solo fue comparable al desaliento que se apoderó al ver que la escuadra no habia llegado al puerto.

El desaliento llegó entonces á su colmo, se creyeron perdidos y lo estaban en efecto.

Aun el soldado no habia dormido el primer sueño al abrigo de la hospitalaria ciudad, cuando las tropas de Soult llegaron en pos suyo: no parecia sino que habian jurado no darles un momento de descanso.

Moore agoviado bajo el peso de su desgracia, apenas el sol asomó en Oriente anunciando un nuevo dia, se hallaba ya sentado en una silla, en frente de una ventana que miraba al mar.

A su lado un jóven oficial de su estado mayor le miraba con tristeza, sin atreverse á interrumpir la amarga meditacion en que se hallaba sumergido. El general levantó entonces la cabeza...

—¿Qué haces ahí, mi querida Fanny?

—No os ocupeis de mí, John, ocupaos de otra cosa, los franceses están á las puertas de la ciudad.

—¡Así lo esperaba! murmuró el general inclinando la cabeza sobre el pecho —¿Por qué te empeñaste en venir, pobre niña? Ya ves lo que es la guerra, una eterna zozobra, de la que no nos desprendemos jamás, una victoria para enorgullecernos, cien derrotas para abatir nuestro orgullo.—¡Dios mio, Fanny, que espantosa retirada!...

—¡Aun teneis tiempo de vencer!...

—¡Vencer!... repitió Moore con una dolorosa é incrédula sonrisa.—Vamos, continuó, dejemos esto, ven tú á mi lado, tú el único ángel que me sostiene en este largo martirio de mi derrota, ven.

Y el jóven se acercó al guerrero y besó con un beso de amor, aquella frente caldeada por contrarios y turbulentos pensamientos.

Los ojos azules del oficial, á quien Moore daba un nombre de mujer, eran demasiado hermosos, estaban llenos de una dulzura que jamás se halla en el hombre; su boca pequeña la cerraban unos labios rosados y sin vello alguno, todas sus formas eran delicadas como las de una mujer.

—¡A lo que te espones por mí! dijo el inglés, ¿no temes que llegue un momento en que tengas que recibirme en tus brazos, herido, moribundo.... y una nube sombría cubrió el rostro de Moore.

Fanny sonrió dulcemente, movió la cabeza haciendo una señal negativa, y los rizos de su rubia cabellera se soltaron cayendo como una hermosa inundacion sobre sus espaldas, acariciando sus mejillas y su garganta. Entonces la cabeza del oficial, se pareció mucho mas que nunca á la de una mujer hermosísima. El general, respondia á estas caricias:—¡Fanny! ¡loca!... y la mano pequeña y rosada de la jóven no le permitió articular otra palabra.

En aquel momento gozó el caudillo la única hora feliz que pasó en la Coruña; Fanny, la hermosa niña que oculta bajo el traje de oficial le acompañaba, aquella cuyo amor habia sido capaz de vencer la natural timidez de la mujer, y de lanzarla en medio de los horrores y de las privaciones de los campamentos, fue la que alegró como una ráfaga de dicha su corazon harto comprimido por la desgracia. Fanny semejó entonces el rayo de sol que en un dia nublado rompe un instante su cárcel de nubes, alegra la tierra, y torna á perderse entre los pesados pliegues de las nieblas.

Hope y Paget, entraron al poco tiempo.

—Sir, dijeron los generales dirigiéndose á Moore, las avanzadas francesas llegan cerca de las nuestras; Soult ha clavado sus tiendas á pocos pasos de nosotros; nuestra escuadra ha llegado, pero ¿creeis que los franceses nos dejarán embarcar?

—¡No lo creo!

—¿Qué hacemos Sir? añadieron, es necesario estar prontos á todo, al embarque, ó la pelea.

—¿Qué se dice en el ejército?

—¡Qué capitulemos!

—¿Y vosotros, qué pensais, caballeros? preguntó Moore á los oficiales que le rodeaban.

—Creemos que una capitulacion que nos permita embarcarnos, será ventajosísima para el ejército. El soldado se halla fatigado, y en vano será lanzarle á la pelea; Dios puso la victoria del lado de nuestros enemigos, y cualquier tentativa no hará mas que aumentar nuestro conflicto.

—¡Quereis la capitulacion! murmuró pensativo Moore.

—¡Queremos!

—Con vuestro permiso, señores, me permitiré deciros —interrumpió el jóven oficial á quien el general en jefe habia llamado Fanny—que el ejército no puede querer otra cosa que lo que quiera su jefe... al menos no debe querer.

Baird y Traser, se miraron como sorprendidos; Moore les pidió entonces tiempo para reflexionar lo que convenia, y todos abandonaron la sala

—¿Qué pensais hacer, señor, vais á capitular? dijo Fanny con viveza, tan pronto como el último oficial cerró tras sí la puerta—¡estais loco!

—¡No sé mi querida niña, no sé qué pensar de esto! un vértigo se ha apoderado de mi alma, he perdido muchas veces la ocasion de pelear y conservar la honra aun despues de la derrota, pero hoy...

—¡Hoy debeis batiros, John! batiros, no por la Gran Bretaña; no por causa de nuestros aliados; no por el honor de vuestro ejército, sino por vuestro nombre. ¿No estais cansado de oir que os pareceis á una bestia de carga á quien un amo inclemente muele á palos? Mostradles que podeis ser amo tambien.

—¡Ah! ¡no! dices bien, Fanny—contestó Moore como hablando consigo mismo—¡jamás capitularé!... la capitulacion es la deshonra.

—¡Y vos no debeis deshonraros, mi buen amigo, yo os lo pido de rodillas!—y Fanny unió á la súplica la accion—¡Soult, no es Napoleon!

—¡No capitularé!—estoy decidido—¡lo escrito está escrito!...

(La conclusion en el próximo número.)

MANUEL MURGUIA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 38. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 16 DE SETIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



ápoles se encuentra ya en poder de Garibaldi y sus tropas, que entraron en aquella capital el domingo 9. Garibaldi se adelantó solo y entró sin acompañamiento: el dia 6 se habia retirado Francisco II á Gaeta, desesperado de poder prolongar por mas tiempo su situacion. Parece que quiso antes de partir enviar su escuadra á Trieste á disposicion del Austria como habia hecho el duque de Módena con su ejército; pero los marinos de la escuadra se negaron á marchar y toda ha caido en poder de Garibaldi á escepcion de los buques que condujeron al rey á Gaeta. El dictador, inmediatamente proclamó á Victor Manuel rey de Italia, y nombró ministro de la Guerra á su general Cosenz y ministro de lo Interior á Liborio Romano, el mismo que lo habia sido en tiempo del rey Francisco. De aquí se deduce que Liborio Romano al paso que se entendia con el rey estaba de acuerdo con Garibaldi, conducta que ha sido justamente anatematizada.

Pero ya los acontecimientos de Nápoles, previstos hace tiempo, inspiran poco interés: lo que llama hoy poderosamente la atencion, de tal manera se precipitan los sucesos, es la invasion de las Marcas y la Umbría (Estados Romanos) por el ejército de Victor Manuel. Hace pocos dias, al comunicarnos el telégrafo la entrada de Garibaldi en Nápoles, añadió que el conde de Cavour habia pasado una nota al cardenal Antonelli, ministro del papa, intimándole que disolviese el ejército mercenario formado por Lamoriciere, y amenazándole de lo contrario con llevar la guerra al territorio pontificio. Para sostener su amenaza se formó un cuerpo de ejército en las fronteras de las Legaciones á las órdenes del general Cialdini, y los partes telegráficos dijeron que se esperaba el *ultimatum* de Roma para poner en movimiento á este ejército en uno ú otro sentido. Pero no habia tenido tiempo de llegar este ultimatum á manos del gabinete de Turin, cuando ya se nos anunció que las tropas sardas habian entrado en las Marcas; que de esta provincia y de la Umbría se habian presentado diputaciones á Victor Manuel poniéndose bajo su proteccion y que el nuevo rey de Italia habia aceptado esta proteccion, puéstose á la cabeza de su ejército, y dado una proclama guerrera.

Unos creen que este protector cuenta á su vez con la proteccion de Francia y otros juzgan que con la proteccion de Inglaterra para la comenzada invasion: lo probable es que cuente por lo menos con el asentimiento y aquiescencia de ambas. La invasion hecha por Victor Manuel es una garantía de que el papa y los franceses conservarán á Roma y Civita Vecchia sin colision entre franceses é italianos, al paso que hecha por Garibaldi, no habia lugar á esta garantía.

Segun algunos periódicos, las potencias católicas han mirado con disgusto la agresion de Victor Manuel contra los Estados Pontificios; pero hasta ahora este disgusto no se ha manifestado por actos muy trascendentales.

En Siria el comisionado del divan Fuad-Bajá ha hecho gran número de prisiones y ahorcado, fusilado y empalado á algunos de los cómplices en los asesinatos y saqueos; pero ni tiene confianza en sus tropas, mal pagadas, ni dinero para satisfacerles los atrasos, ni fuerza bastante para contener en ellas la insubordinacion y en las poblaciones musulmanas la irritacion que estos castigos causan. Los mas comprometidos se retiran á los montes y allí organizan la resistencia y predican la guerra santa.

Mientras estos dos dramas, el de Italia y el de Siria, se desarrollan á la vez en distintos teatros, en España las autoridades y corporaciones disponen festejos, iluminaciones, fuegos artificiales, bailes, obsequios, para celebrar la escursion que está haciendo la córte por varias provincias.

El 9 á las nueve de la mañana, segun anuncio de la mayordomía mayor de Palacio, fue el dia señalado para la partida.

A las diez y media salieron en efecto las régias personas en un tren especial que hizo su primera parada en Aranjuez.

«S. M. y la real familia, dice un corresponsal, han hecho el viaje con suma comodidad. La empresa del ferro-carril habia tenido la delicada atencion de unir por medio de puentes al wagon real otros dos wagones, que forman por dentro dos espaciosas salas, en las cuales iba toda la servidumbre, cerca de SS. MM. En el coche salon iban con la real familia la duquesa viuda de Alba, la marquesa de Malpica, el presidente del Consejo de ministros y la azafata de guardia; en el salon inmediato, forrado de seda azul, se hallaban el conde de Balazote, marqués de Alcañices, el confesor de S. M., el general Lemery, intendente de palacio y gobernador de la provincia: el otro salon, forrado de terciopelo carmesí, era el destinado para las señoras azafatas y camaristas, médicos de S. M., coronel Magenis y algunas otras personas.

»Mientras S. M. se detuvo en Aranjuez á oir misa y almorzar, se sirvieron fiambres á la servidumbre.»

Satisfechas así las exigencias de la religion y del estómago, continuó el viaje; y el tren ya no se detuvo sino breves instantes en las principales estaciones, hasta que llegó á Albacete á las nueve y cuarto de la noche.

Hablando del entusiasmo manifestado en la carrera dice un cronista semi-oficial:

«El entusiasmo, ha sido inmenso. Las principales señoras de los pueblos del tránsito corrian cargadas con bateas de dulces y refrescos á ofrecerlos á SS. MM., y los hombres seguian el tren victoreando y corriendo hasta perderlo de vista.»

El dia 10 salieron SS. MM. de Albacete á las nueve y media de la mañana despues de haber oido misa en la iglesia de las Justinianas y recorrido la carrera que estaba toda adornada de vistosas colgaduras y llena de gente.

El entusiasmo desde Albacete á Alicante parece que fue en aumento segun el corresponsal de quien tomamos estas noticias. Véanse sus palabras:

«El entusiasmo con que la poblacion ha despedido á la reina, ha sido indecible. El puente que forma el paso superior de los desmontes á la salida de la ciudad, estaba lleno de gente que victoreaba con locura á la real familia.

»En Almansa y en Caudete habia, como en las anteriores estaciones, músicas de aficionados, y en la última vistosas comparsas de turcos, andaluces y de otros muchos trajes, con una muy vistosa á la española de tiempo de Felipe IV, con su caterva de alguaciles.

»En Sax arrojaron multitud de palomas y pájaros engalanados con vistosas cintas, y presentaron á SS. MM. ramos, flores, refrescos y dulces, siendo el entusiasmo estraordinario.

»Las gentes no se limitaban á victorear, sino que hacian toda clase de demostraciones de alegría.

»En Monovar, donde asimismo habia acudido la gente de San Roque, hubo un verdadero frenesí. Presentaron dulces, flores, palomas y bandas de encaje en preciosos canastillos de mimbre, llevados por lindas niñas graciosamente vestidas al uso del país.

»La poblacion de Monforte, que no tiene estacion, salió á la via en un sitio estremadamente pintoresco, y estuvo no menos obsequiosa que las anteriores.

»En suma, hasta la llegada á Alicante, los reyes han recorrido su camino lleno de gente enloquecida por el honor que recibia.»

A las cuatro y media de la tarde llegó el tren real á Alicante. Las autoridades de esta ciudad habian publicado un magnífico programa de festejos y hecho preparativos estraordinarios; pero la córte no se detuvo allí sino pocos momentos y se embarcó en la misma tarde para las Baleares á donde llegó sin novedad. Luego que tengamos noticias oficiales ó semi-oficiales de lo ocurrido en alta mar y en las islas proseguiremos la narracion del viaje, ateniéndonos á los datos citados y á los que se nos suministren por conductos fidedignos para que nuestros lectores no carezcan de estos interesantes pormenores.

El teatro de Jovellanos ha puesto en escena con buen éxito la *Hija del Regimiento*, traduccion bastante correcta de la ópera conocida con este nombre. La Ramos ha gustado mucho en esta zarzuela y sido aplaudida con entusiasmo: ramilletes y flores caian á sus piés en algunos pasajes de efecto. Salas como siempre, bien en la declamacion como en el canto. La Lesen no tiene un papel de gran lucimiento; pero lo desempeña con inteligencia; Salces está indispuesto y hay que dispensarle hasta que recobre la claridad de la voz.

Ayer debió comenzar el Príncipe sus funciones: y se habla de otra compañía formada por Arjona y la Rodriguez que trabajará en otro local acerca del cual no se ha fijado todavía la empresa.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Nació en Ratisbona, Alemania, el año de 1546 y debió el ser al emperador Cárlos V y á una señora noble de aquel país llamada Bárbara Blomberg. Educóse bajo la salvaguardia de Luis Quijada, persona de relevantes prendas al servicio del Emperador. A la muerte de este, vino don Juan á España de tiernos años y fue recibido por su hermano Felipe II con singulares muestras de aprecio. Pensóse en destinarle á la carrera de la iglesia, pero su carácter é inclinacion hicieron desistir pronto de esta idea y entregado á otra clase de estudios y dado á todo género de ejercicios de armas y caballos, llegó á ser uno de los mas apuestos caballeros en justas y torneos.

No deseó mucho tiempo la ocasion de mostrar prácticamente sus disposiciones para la guerra. Los corsarios berberiscos y turcos infestaban los mares de Levante; nombrósele almirante general, y haciéndose á la vela en Cartagena con treinta y tres galeras, limpió los mares de piratas y regresó victorioso á la córte.

Por aquel tiempo, mal contentos los moros que despues de la rendicion de Granada habian quedado avecindados en España, levantaron el estandarte de la rebelion acaudillados por don Fernando de Valor, jóven de grandes cualidades, descendiente de los reyes de Córdova, á quienes aclamaron rey con el nombre de Aben-Humeya.

Despues de varios encuentros y batallas en que fueron vencidos por los marqueses de los Velez y de Mondejar todavía los moriscos rehechos y engruesando sus filas se preparaban á nuevas campañas y tenian el país en completa alarma. Entonces fue cuando Felipe II envió á don Juan, jóven de veinte y tres años á hacerse cargo de todos los negocios de la guerra.

Se habian fortificado los moros en el fuerte de Galera, al parecer inespugnable por la naturaleza y por el arte. Dióse el primer asalto y los cristianos fueron rechazados con pérdida de cuatrocientos muertos y quinientos heridos. No se desanimó por esto el jóven caudillo, antes acudiendo de nuevo á recobrar el honor de las armas, tomó el pueblo pasando á cuchillo á todos sus defensores. Ganó despues á Seron en cuyo punto fue herido mortalmente su ayo y maestro Luis Quijada, de cuyas resultas falleció pocos dias despues.

Venció á los moros en repetidos encuentros, tomándoles algunas plazas y reduciéndolos á la obediencia se firmaron las paces por ambas partes, con gran satisfaccion del rey que vió en la primera campaña de don Juan las altas prendas que le adornaban así para los negocios de la paz como para los de guerra.

Un campo mas vasto se le iba á ofrecer en donde pudieran sus grandes facultades desarrollarse y colocarle á la altura de los primeros hombres de su siglo. Los turcos mandados por Selim II con una armada de doscientos cincuenta bageles tomaron á Nicosia en la isla de Chipre y luego á Famagosta.

Los venecianos despojados de Chipre, aprestaron una armada y en union con el papa, acudieron al rey de España para que como aliados acometiesen las tres naciones la gran empresa de destruir á los turcos, puesto que si conservaban á Chipre se iban á enseñorear del Mediterráneo. Se ajustó un tratado entre las tres naciones, aprestáronse tres armadas que en agosto de 1571 se vieron reunidas en Mesina. Mandaba la veneciana el famoso Andrea Doria, la del pontífice Juan Antonio Colona y la española don Juan de Austria, con el mando supremo de las tres en todos los actos de la guerra. Se componia nuestra escuadra de ochenta galeras y ventidos navíos en los que iban ventidos mil soldados de infantería.

Atento el gran Turco á todas las disposiciones de los cristianos, disponia en Constantinopla una poderosísima armada para que en union con la que habia ganado á Nicosia y Famagosta y al mando del almirante Alí, saliese en busca de los cristianos, con órden de atacarles donde quiera que los encontrase.

Componíase la armada del turco de doscientas venticinco galeras reales, sesenta galeotas y otros bageles menores con cincuenta mil hombres de combate. La de la liga contaba doscientas tres galeras reales y seis galeazas en las que venian ocho mil españoles, once mil italianos y tres mil alemanes.

El 7 de octubre de dicho año se avistaron unos y otros en el golfo de Lepanto. La línea de los cristianos compuesta de ciento sesenta galeras de frente, estaba mandada por Doria, Barbarigo y don Juan de Austria, el primero el ala derecha, el segundo la izquierda y el último el centro. La retaguardia compuesta de treinta galeras, estaba á las órdenes de don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. Dispuso el turco la suya en forma de media luna, colocando su capitana tambien en el centro y frente de la nuestra. Recorrió don Juan toda su línea en un esquife, animando á los soldados que le recibian con aclamaciones. Seguidamente se dió la señal de ataque, que fue porfiado, tenaz y sangriento, peleando cada buque con el que tenia en frente, y en casi todos al abordaje. La capitana turca auxiliada de siete galeras atacó á la cristiana, en cuyo socorro acudió Santa Cruz con otras siete. Trabóse un combate parcial, en que tan pronto se avanzaba como se retrocedia por ambas partes, peleando Alí y don Juan como capitanes y soldados, segun lo requeria la necesidad del momento. La capitana de don Juan, mas feliz en una maniobra, llega á la turca al abordage y los españoles mandados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cárdenas y don Miguel de Moncada, destrozan cuanto se les pone por delante. Alí corre furioso á todas partes animando á los suyos y conduciéndoles á donde amenazaba el peligro, hasta que cayó muerto de un arcabuzazo; entonces los españoles echan abajo el estandarte real turco, enarbolan en su lugar una cruz, cortan la cabeza á Alí, levántanla en una pica, embisten con redoblada furia á las demás galeras y las destrozan y echan á pique en pocas horas, quedando la victoria y el mar por don Juan de Austria.

Hemos visto en el archivo de Simancas la carta autógrafa que el victorioso general escribió á su hermano Felipe II. Dice así:

«Señor:

Vuestra Majestad debe dar y mandar se den en todas partes infinitas gracias á nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V. M. la entienda toda como ha pasado, demás de la relacion que con esta va, envio tambien á don Lope de Figueroa para que como persona que sirvió y se halló en esta galera, de manera, que es justo V. M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V. M. holgare entender; á él me remito en todas ellas por no cansar con una misma lectura tantas veces á V. M.

Queria ahora seguir esta fortuna que Dios nos ha dado en la buena de V. M. y ver si se pudiere ganar á Lepanto, que cierto es aquel golfo importante; y cuando no, emprender otra cosa de las que el tiempo y estado en que me hallo diere lugar. Esto no tengo aun acabado de resolver por lo mucho que hay á que atender en rehacer esta armada, que cada dia se descubre mayor daño y otras cosas sin las cuales no se puede ni debe pasar adelante; pero mañana placiendo á Dios nuestro Señor, seria posible haber acabado con la mayor parte y estar listo para partir, á do pareceré, otro dia á la noche; de todo lo que sucediere daré de mano en mano á V. M. la cuenta que debo; y porque no se dilate mas esta venturosa nueva despacho desde luego á don Lope no dejando de traer á la memoria de V. M. el sugeto en que Dios le ha puesto de estender hasta por acá su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo á levantar gente, armar galeras, pues no faltarán, y á prevenir para el verano que viene dinero y vitualla. Todo lo cual creo yo que llegará á ser mas fácil que por lo pasado y de tanto servicio de V. M. y aumento como digo de su grandeza que venga á conocerse fácilmente el cuidado que Nuestro Señor tiene de ella, á quien hago testigo que desearla yo, mas que nadie, me mueve á acordar esto; á don Bernardino de Cárdenas mataron en esta galera haciendo lo que debia á la obligacion con que nació; deja segun tengo entendido muchas deudas y aquí un hijo natural; con todo esto es justo que V. M. mande tener cuenta, pues todo al fin resulta despues en su servicio. Hay tambien otras personas de que voy haciendo memoria, demás de las que van en la que lleva don Lope que verdaderamente han servido y merecido toda merced, y es esta de las ocasiones, como V. M. mejor sabe, en que cada uno mira lo que se hace con el otro, que supo y aventuró á señalarse. Aquí hay ahora estos dos príncipes que el de Parma fue de los primeros que entró y rindió la galera con que invistió, está Pablo Jordan Urcino, el duque de Mondragon y otros señores vasallos y servidores de V. M., á quienes si V. M. fuere servido, deberia mandar escribir agradeciéndoselo; lo mismo á los generales, que cierto lo merecen y á otros ministros que aquí tiene V. M., á quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues así conviene á su Real servicio, ni yo puedo escusarme de corresponder con la obligacion en que soy á los que sirviendo á V. M. cerca de mi persona aciertan á hacerlo tan bien como los que propondré siempre. Yo gracias á Nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cuchillada que recibí en un tobillo sin saber cómo. El guarde y prospere á V. M. con el aumento que yo deseo y todos tenemos menester. Amen. De galera sobre el puerto de Petela en el golfo de Lepanto á 10 de octubre de 1571. =D. V. M.=Hechura y mas humilde servidor que sus Reales manos besa.=D. Juan de Austria.»

El rey escribió de su puño al márgen de este documento.

«Esta carta pueden ver ahi los tres y paréceme que es bien que se escriban luego con este primero las que aqui dice, y á mi hermano será bien escribir luego que procure se armen las mas galeras de las que se han tomado que se pudiere, y que avise lo que en ello se hiciere.

»Tambien se escriba á don Juan de Zúñiga, que lo que se debe de encaminar para el verano es que haya muchas galeras y muy buena gente en ellas, que lo de caballería y naves si no son algunas para vituallas, es cosa de aire y ocasion para que no se haga nada conforme á lo que escribe su hermano que dice muy bien en ello, y por si él se hallase en Roma se le puede escribir una palabra remitiéndose á lo que se escribe á su hermano y dándole las gracias de todo.»

Quedaron en poder del vencedor tomadas al enemigo ciento setenta galeras reales y veinte galeotas, habiéndoles ademas quemado y echado á pique de veinte y cinco á treinta. Murieron treinta mil enemigos, se hicieron diez mil prisioneros y se dió libertad á quince mil cautivos y esclavos de varias naciones.

Entre las varias personas de calidad que pelearon en la armada de la liga, merece particular mencion el príncipe de Parma Alejandro Farnesio, que servia en clase de aventurero y el inmortal Cervantes de simple soldado, recibiendo dos arcabuzazos en el pecho y otro en una la mano que le dejó manco.

Este combate tan célebre y de tanta importancia como los de Platea y Salamina, no dió sin embargo todo el fruto que pudiera haberse sacado de él, á causa de que las desavenencias que nacieron entre los principales cabos de la liga y la consideracion de hallarse en el invierno, estacion la menos á propósito, estorbaron la persecucion y completo esterminio de los turcos.

Hasta 1573 no se ofreció á don Juan ocasion de conquistar nuevos laureles. Este año pasó con una fuerte armada á las costas de Africa y conquistó la plaza de Túnez y el fuerte de la Goléta. Fortificó ambos puntos y dejando en ellos guarnicion de españoles, dió la vuelta á Nápoles. Esta conquista fue sin embargo de poquísimos resultados, pues apenas se ausentó don Juan se lanzaron los turcos sobre la plaza y el fuerte y los reconquistaron, perdiéndose la guarnicion española. El rey recibió en Madrid á su hermano y le envió á Flandes en reemplazo de don Luis de Requesens. Estaban aquellos Estados sometidos á la obediencia del rey de España, pero no recibieron á don Juan sino despues de hacer salir á todos los soldados españoles con cuya indispensable condicion, que aceptó el rey, prometian la obediencia y mantener la religion católica. Firmáronse las capitulaciones y los soldados victoriosos en tantos combates, tuvieron que abandonar el teatro de sus glorias, dejando abandonados á sus enemigos las plazas y fuertes que con tanta sangre habian conquistado. No se comprende cómo un político consumado como Felipe II pensase un solo momento que aquel país oprimido tanto tiempo por un enemigo que habia entrado en él á sangre y fuego, le iba á prestar pacífica obediencia, rotas las cadenas que le oprimian.

Apenas don Juan de Austria se encargó del gobierno, comenzaron los descontentos á urdir tramas, á desprestigiar su autoridad y promover revueltas que no podian ser castigadas. Viendo, pues, amenazada su vida en pasquines y anónimos, se salió de Bruselas y dirigiéndose á Namur, se hizo fuerte en su castillo con algunos soldados y personas de su devocion que ascendian á unos cuatro mil. Esta fue la señal del rompimiento, los Estados de Flandes reunidos en Bruselas, trataron de darse un nuevo gobernador y desatendiendo los justos títulos del príncipe de Orange, tantos años su general en las guerras sostenidas contra España, nombraron al archiduque Matías, quien llegando á Bruselas se hizo cargo del gobierno, siendo el de Orange su teniente.

Entre tanto las tropas españolas que habian salido de Flandes, recibieron órden de regresar á aquel país para sostener otra vez la guerra. Ascendia el ejército á unos diez y ocho mil hombres, siendo mayor el de los contrarios. Don Juan dió las órdenes para marchar en su busca al propio tiempo que Coigny, general del ejército enemigo venia ya á su encuentro. Tuvo este lugar en Gemblours. Colocóse don Juan al frente del cuerpo principal llevando á su lado á Alejandro Farnesio. Iban en la van-

guardia los arcabuceros, flanqueados por la caballería y á corta distancia cuerpos de infantería con lanzas; en el centro iban arcabuceros y piqueros españoles y alemanes. En el estandarte de don Juan se leia en una cruz. *Con esta señal vencí á los turcos: con esta venceré á los hereges.*

Caminaban los enemigos por un terreno fangoso que embarazaba su marcha, lo que apenas observó don Juan, dió órden á Alejandro Farnesio para que los atacase; desordenados los primeros cuerpos, retrocedieron poniendo en confusion á su centro y retaguardia; entonces ya generalizado el ataque, fueron envueltos y rotos por los españoles sin casi haberse podido defender. Ascendió su pérdida á diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, contándose en este número el general en jefe. Dejaron en el campo treinta y cuatro banderas y toda su artillería y equipaje; pero la guerra continuó sin embargo mas encarnizada, y como los socorros que recibió de España no eran suficientes ni con mucho para la pacificacion de aquellos paises, pidió repetidas veces al rey le relevase del mando, enviándole á sitios de mas peligro. Vanos fueron sus ruegos; Felipe II dando largas á su deseo, jamás accedió á su peticion y esta contrariedad y los afanes continuos de una guerra sin tregua ni descanso, le postraron en el lecho y espiró junto á Namur el 1.° de octubre de 1578.

En el archivo de Simancas hemos visto algunos documentos sobre su muerte que copiaremos al pié de la letra. Gonzalo Vallejo, de la servidumbre de don Juan, desde Namur á 7 de octubre de 1578, escribe al secretario Antonio Perez: «Murió á 1.° de este á las dos de la tarde. Antes que perdiese el juicio llamó al príncipe de Parma, Alejandro Farnesio y en presencia de los del Consejo y maese de Campo, le encomendó el gobierno de este ejército, hasta que S. M. otra cosa ordenase y pidió á los presentes le tuviesen en el lugar de su misma persona; quisieron que firmase este ruego porque venia por escrito, pero no pudo por venir tarde. Fue depositado á los 3 de octubre en la iglesia catedral de esta villa de Namur, cumpliéndose con lo que los Estados han dicho siempre llamándole Juan de Namur (1). Su muerte fue en el fuerte, á una pequeña milla de esta villa. Salió á las tres de la tarde sacándole caballeros sobre unas andas cubiertas de tela de oro. Vestido galan y armado y sobre las armas el collar del Toison, en la cabeza un bonete de raso carmesí y encima una corona de tela de oro todo cubierto de perlas y diamantes y las manos puestas con sus sortijas. Iba toda la clerecía y frailes y tres obispos. En saliendo de casa le tomaron en hombros á trechos los entretenidos. Llevóse por todos los cuarteles de españoles y alemanes y en llegando á cada cuartel le tomaron los capitanes con las mayores lágrimas y llantos que se podria creer. Llegado el cuerpo á las puertas de la villa le tornaron á tomar hasta la iglesia los caballeros y entretenidos. Púsose como le traian sobre un teatro para que le viesen despues de dichas las oraciones y luego le pusieron en un ataud de plomo, desarmado y con los vestidos y su espada y luego en la bóveda que se hizo junto á las gradas del altar mayor.»

El padre Orantes, su confesor, escribió al rey desde Namur la muerte de don Juan diciendo entre otras cosas «que le habia manifestado vehementemente su deseo de que sus huesos descansasen al lado de los de su padre y que queria dar á entender al mundo, que pues en la vida no habia sido religioso, que era la voluntad de su padre, en la muerte cuanto era de su parte lo queria ser, no se acordando de cosa que tuviese en la tierra, pues todo era de su hermano el rey, á quien suplicaba solamente se acordase de sus criados y de su madre, la cual él reverenciaba y estimaba, concluyó S. A. diciendo: *¿el que en la vida no tiene un palmo de tierra que sea suyo, no es justo, padre mio que desee anchuras en el cielo?*» . . . .

«El miércoles de mañana que fue el dia de sus tránsito, hora y media antes del, le pregunté si queria oir misa y haciendo señal con la cabeza dió á entender que sí y al tiempo de elevar el corpus, los caballeros que estaban á su cabecera le advirtieron dello y aunque tenia ya cuasi quebrados los ojos y sin juicio, teniéndole para esto puso sus manos y con gran prisa quitó unos emplastos y bonete que tenia en la cabeza para adorar en su corazon á su Dios y Señor que ya no le podia ver con sus ojos. El resto del tiempo hasta su fallecimiento que fue cerca de la una, se pasó en ayudarle á nombrar el nombre de Jesus y asi como una ave del cielo se nos fué de entre las manos»....

«El emperador queria que fuese religioso y V. M. soldado, él como obediente hijo muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile y en una pobre barraca y en campaña como soldado, que prometo á V. M. que no era sino un sobradillo encima de un corral, para que aun en esto imitase la pobreza de Cristo y sin duda cristianisimo señor, que cuatro ó cinco meses antes de morir, tan de veras se empleaba en obras de misericordia que yo muchas veces decia entre mí que Dios le llamaba á su gloria, él buscaba por sí mismo los carros que habian de conducir los soldados enfermos al hospital y se metia entre ellos, aunque estuviesen tocados de la peste, asistiéndoles y dándoles limosna.»

Cumpliendo el rey con los deseos que don Juan habia manifestado al morir hizo trasladar su cadáver á Madrid y luego al monasterio del Escorial, colocándole en el panteon de los infantes donde hoy descansa.

Bárbara Blomberg, madre de don Juan estuvo casada con un comisario de los Estados de Flandes, era mujer estremadamente hermosa y de rara habilidad para el canto. Despues de viuda tratóse de hacerla venir á España, á lo que se opuso vivamente.

El duque de Alba en carta de 7 de mayo de 1575 escribia al rey sobre esta materia, entre otras cosas. «En hablándola de cosa de España se desespera y dice que no piensen engañarla, que ella sabe muy bien de la manera que allá se encierran las mujeres y que aunque la hagan pedazos no la harán ir. Aquí se pasa mucho trabajo con entretenerla, porque tiene terrible cabeza y V. M. sobre esto ordene lo que fuere servido, porque yo temo no se me case un dia, darle dinero es echarle por el rio abajo, que en dos dias lo tiene banqueado.» Estas líneas dan á conocer suficientemente el carácter de Bárbara Blomberg.

Don Juan la conoció en Bruselas y la amó en estremo, á pesar de su carácter violento, que no bastó á domeñar el cariño y respeto de su hijo. Hemos visto varias cartas en que don Juan pedia al rey mercedes para su madre.

MANUEL JUAN DIANA.

(1) Por haberse fortificado en esta plaza.

EL MAS LISTO QUE CARDONA.

I.

Comedia sin teatro, para maldita la cosa vale. Antes de hacer la comedia, hagamos el teatro.

El teatro representa la plaza de un lugar. A derecha é izquierda, boca-calles. En el fondo, una casa grande con balcones. Y hácia el lado del público, la concha del apuntador, donde el autor se mete y apunta en unas cuartillas de papel cuanto dicen y hacen los actores para ir en seguida á parlárselo al público, encaramado en EL MUSEO UNIVERSAL.

Acaba de amanecer y acaba la tia Bolera de plantarse en medio de la plaza con una cesta de higos delante.

Sale Bartolo sin sombrero y mirando á todas partes, como si se le hubiese perdido algo. Mucho oido, que comienzan á hablar él y la tia Bolera.

—Buenos dias, tia Bolera.

—Buenos te los dé Dios, Bartolo.

—Hoy los mozos que salgan bien de la quinta, de seguro la dejan á V. sin higos para regalar á las novias. Yo que V., no hubiera madrugado tanto teniendo la venta segura.

—Pues tú bien madrugas tambien.

—Es que anoche, andando por aquí de ronda, perdí el sombrero, que me le llevó el aire, y no puedo dar con él por mas que le busco.

—Cabeza es lo que debes buscar, que eso te hace mas falta que sombrero.

—*Velay* V. lo que tiene el ser uno tonto.

—Vamos, ¿no me compras higos?

—¡Canasto! la pinta no es mala.

—Pruébalos, que son muy ricos.

—Vamos á ver (*manducándose higos*). Este... estaba un poco duro. Este... estaba demasiado blando. Este... amargaba un poco. Este... estaba demasiado dulce.

—Anda y prueba soliman de lo fino, que los higos están caros.

La tia Bolera amenaza con una pesa al pobre Bartolo.

—¡Pero tia Bolera, si como soy tonto no sé lo que me pesco!

—Eso te vale, que si no, te rompia la cabeza con una pesa. Vamos, ¿cuántos higos quieres?

—Aguarde V. mujer, que antes de todo es ajustar. ¿A cómo son?

—A cuatro cuartos libra.

—Vamos, que algo menos serán.

—No son un maravedí menos.

—¡Canasto, no ha de tener V. palabra de rey!

—Vaya, no muelas. ¿Cuántos quieres?

—Eche V. cuatro ó seis libras si me los da V. fiados.

—¿Ahora salimos con eso?

—Pero, tia Bolera, si no tengo un cuarto.

—Anda, anda, lárgate de aquí, ó te descalabro con una pesa.

—¡Tia Bolera, no me asuste V. con esto, que me van á hacer daño los cuatro higos que he comido!

—¡Asi reventaras!

—¿Pero tengo yo la culpa de ser tonto?

—¡Te he dicho que te largues!

Bartolo se retira á una esquina, y la tia Bolera añade en tono muy sentimental:

—¡Ay! el Señor nos conserve cabales los cinco sentidos.

Cardona, que es un mozo cuya sonrisita burlona va por todas partes diciendo:—«el que me la pegue á mí, no ha de ser rana», sale por la parte opuesta á la esquina en que está Bartolo y pregunta:

—¿Qué es eso, tia Bolera?

—¡Qué ha de ser! que si me descuido me zampa todos los higos ese zoquete.

—Canute, no me hable V. de ese tonto, porque me tiene muy *quemao*... ¿Creerá V. tia Bolera, que pretende casarse con la Geroma?

—¿Con la chica del señor alcalde? En el nombre del Padre y del Hijo... ¡Con la mas rica del lugar!

—¡Cabalito!

—¿Pero ella no le hará caso?

—¡Pues no se le ha de hacer, canute! Si está *chalaa* por él, y dice que aunque la hagan tajadas no se casa conmigo.

—Pues ándate con cuidadito, no sea que te la peguen...

—¡Pegármela á mí! ¡A mí, canute! Ja, ja, ja, ¡Qué es tonto el muchacho!

—Es verdad, que ya sabes tú dónde el zapato te aprieta. Cardona te llaman y te está pintiparado el nombre.

—Verá V., canute, como le armo al tonto una zancadilla que vaya á presidio por toda la vida.

—¿Y cómo se la vas á armar?

—No sé cómo, pero yo cavilaré y me saldré con la mia. canute, ya podia V., tia Bolera, ayudarme á inventar un embuste para que se lleve pateta á ese bruto. Si me ayuda V. á desbancarle, pongo de balde á disposicion de V. todos los frutales de mi huerto, y se hace V. de oro, ¡canute!

—Pierde cuidado, que yo inventaré una cosa buena. Ya sabes que para eso me pinto sola. Como que por esta gracia que Dios me dió para inventar enredos y bolas, me pusieron la tia Bolera.

Bartolo que si no quita ojo de los balcones de la casa del alcalde, tampoco le quita de los higos de la tia Bolera, esclama:

—Canasto, y qué gana me ha entrado de comer higos.

—Vamos, ¿no me compras higos? pregunta la tia Bolera á Cardona.

—¿A cómo son?

—A cuatro.

—Pues eche V. un par de libras para que rumie el ganado.

—¡Canasto, esclama Bartolo, que no tuviera yo cuatro cuartos para comprar una libra de higos!

—Apara el sombrero, dice á Cardona la tia Bolera. Tú me estrenas, hijo.

—Con que son... cuatro y cuatro... doce, dice Cardona, contando por los dedos. Ahí tiene V. los doce cuartos.

Cardona repara en Bartolo.

—Canute, añade, ¿*entuavia* está ese tonto ahí? Vera V., tia Bolera, como le apedreo. ¡Anda, Bartolo; anda, borrico; anda, bestia; anda, tonto!

Asi diciendo, Cardona tira higos á Bartolo, este los va cogiendo y zampando con mucho gusto; y el uno tirando; y el otro recogiendo sin mas que decir:—Dime tonto y dame higos, que yo me los voy zampando,—desaparecen por una de las boca-calles.

—¡Ja, ja, ja! qué listo es este Cardona, esclama la tia Bolera desternillándose de risa. Con razon pasa por el mas listo del pueblo. ¡Ja, ja, ja!

II.

Cardona vuelve inmediatamente, y dice enseñando el sombrero completamente desocupado:

—Se acabó la municion y me quedé desarmado.

El tio No-hay-Dios, sale de casa del alcalde y Cardona le grita:

—¡Eh, alguacil! ¡tio No-hay-Dios!

—¡Mira Cardona, que no pongas motes á nadie! No gastes bromas con nosotros los de justicia, que te planto en el cepo como soy alguacil.

—Pues ya puedes plantar en él á todo el lugar, replica la tia Bolera, porque no hay quien no te llame tio No-hay-Dios.

—¿Y por qué te lo llaman? pregunta Cardona.

—Porque cuando volví del servicio, no queria ir á misa, so pretesto de si habia Dios ó dejaba de haberle. Me casé poco despues; mi mujer me sopló tres chicos de un parto; se me perdió la cosecha; se me murieron dos caballerías, y mi casa era una perdicion. Un dia fuí á Madrid á vender un borriquillo, que era lo último que en mi casa quedaba por vender, y al llegar allá, le dió un torozon á la bestia y se me murió. Vendí en un duro la piel del borrico, y volví á tomar el camino del pueblo pensando si aquello me sucederia por decir que no habia Dios, cuando cátate tú que encuentro un pobre con tres chiquillos desnudos y muertos de hambre y me pide limosna, diciendo que Dios me daria ciento por uno. Yo tenia por *fáula* lo de Dios, pero tenia tres chiquillos como el pobre y me puse á pensar que estaban á pique de pedir limosna. Pues señor, se me ablanda el corazon, que doy el duro al pobre echándome la cuenta del perdido, y que sigo mi camino oyendo las bendiciones de los que se quedaban con el último duro de mi caudal. ¿Qué direis que encontré al llegar á casa?

—¿Alguna cuerda para ahorcarte?

—No, eso hubiera sucedido si no hubiera Dios; pero como le hay, me encontré con una carta en que me decian que el coronel de mi regimiento, con quien estuve de asistente, habia muerto y me habia dejado mil duros. Salgo entonces por el pueblo gritando: «¡hay Dios! ¡hay Dios!» mi casa comienza á prosperar, la justicia me nombra alguacil viendo que me he hecho buen cristiano, y hoy seria el mas dichoso del pueblo si me llamaran el tio Hay-Dios, en lugar de seguir llamándome el tio No-hay-Dios.

—Pero oye, que para eso te llamaba; tú que eres de justicia, ¿no has olido la causa que el juez del partido



nos sigue al tonto y á mí, por los palos que llevaron los forasteros el dia de la funcion?

—¡Pues no he de haber olido! Justamente vengo de entregar al señor alcalde un oficio del juez que han traido esta madrugada.

—¿Y sabes lo que dice?

—¡Vaya si lo sé! Como que su merced le ha leido alto delante de mí.

—¡Canute! ¿y qué dice?

—Dice que á tí te han condenado por buenas composturas á pagar mil reales de las costas.

—¡Canute! ¡por vida de...! ¿Y Bartolo?

—Bartolo ha salido del todo libre.

—Pero si él fue quien pegó los palos, y yo no hice mas que enzarzarle con los forasteros y luego meter paz para que no rezara conmigo la causa.

—Ya, pero el juez dice, que como Bartolo es tonto, no tiene pena y te ha cargado á tí las costas que el tonto debia pagar.

—¡Canute, recanute, que esto me suceda á mí!

—Ea, conque de aquí á luego, que hoy con la quinta estamos muy ocupados los señores de justicia. Tú Cardona, no tengas miedo, que como sois treinta los mozos útiles, y nada mas que cuatro los soldados que piden, malo ha de ser que á tí te toque la china. Mira ya tocan á misa. Vete á oirla que ¡hay Dios!

El alguacil desaparece

—¡Canute, para misas estoy yo! dice Cardona tirándose de los pelos.

—Hombre, le arguye la



DON JUAN DE AUSTRIA.

tia Bolera, no te desesperes por mil reales mas ó menos.

—Tia Bolera, si no es por los mil reales, que lo que me quema á mí es que el tonto se ria... Pero, canute, no se ha de reir, que si yo aflojo mil reales, él ha de ir á un presidio.

—Hijo, eso está muy bien pensado. Si le echas á un presidio, ¿quién te disputa á tí la Geroma? Y si te casas con la Geroma, que es la moza mas rica del pueblo, ¿qué te hacen á tí mil reales mas ó menos?

—Canute, tiene V. razon, tia Bolera. Cavile V. á ver qué enredo le armamos, que yo voy á hacer lo mismo. Con que de aquí á luego.

—Adios, hijo.

Cardona repara al irse, en un sombrero que está entre unas matas de hortigas, debajo de los balcones de casa del alcalde, y esclama:

—¡Canute! ¿de quién es este sombrero?

—Será el del tonto que dice le perdió anoche andando por ahí de ronda.

—¡Ay tia Bolera de mi alma; que idea me ocurre, canute.

—Cuéntame, hijo, cuéntame. .

—Espere V. un poco, que ahora hablaremos. ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

Cardona tira el sombrero de Bartolo á uno de los balcones de casa del alcalde, y añade reventando de satisfaccion:

—¡Ah, já! ¡Ahí está bien, canute!

—Pero, muchacho, ¿qué has hecho?

—¡Ya está armada, canute! El tonto va á presidio co-

EL MAS LISTO QUE CARDONA.—PUES BIEN: TE VAS Á CASAR CON MI HIJA.

mo tres y dos son siete. Tia Bolera, ahora sí que la necesito á V., ogaño no les ha tocado llevar fruto á los frutales de mi huerto, y el año que viene van á estar á remo. ¿Ve V. el sombrero del tonto?

—Si, pero le veria con mas gusto en los cerezos para espantar los tordos.

—No, mejor está en el balcon del cuarto de la Geroma. Oiga V. y mucho pesquis. Bartolo subió anoche al cuarto de la hija del alcalde; al bajar por el balcon dejó allí el sombrero, por el sombrero se descubre al salta-balcones y atropella doncellas, y el alcalde echa á presidio al que asaltó su casa y la honra de su hija.

—¡Bendito sea Dios que tanto talento te ha dado, hijo!

—¿Pues qué soy yo tonto, canute? ¿Con que me ha entendido V.?

—A las mil maravillas ¡Bien hayan las madres que paren hijos tan listos!

—Ahora solo nos falta que todo el lugar sepa las gracias del tonto

—El pregon de la plaza me toca á mí.

—Y á mí el de las calles y callejuelas. ¡Con que manos á la obra, tia Bolera!

—¡Manos á la obra Cardona!

Vuelven á tocar á misa. Cardona se larga restregándose las manos de satisfaccion.

III.

Muchas gentes atraviesan la plaza en direccion á la iglesia. La tia Bolera habla misteriosamente con cuantos y cuantas se le acercan, señalando al balcon donde está el sombrero de Bartolo. El alcalde y su hija salen de casa, llevando Geroma pañuelo á la cabeza.

Hablan el alcalde y su hija.

—¡Jesus, padre, que empeño tiene V. en ir á misa primera!

—¿Picarona, quieres que me quede sin misa para que al alcalde le llamen en el pueblo el tio No-hay-Dios como al alguacil?

—Pues oiga V. la misa mayor.

—No quiero, que me está esperando todo el ayuntamiento para hacer el sorteo y en seguida la declaracion de soldados, para salir del paso cuanto antes.

—La declaracion de soldados es de hoy en ocho.

—¡Qué sabes tú habladora!

—Siempre ha sido asi.

—Eso manda la ley, pero el ayuntamiento ha acordado hacerla hoy y ponerle la fecha del domingo que viene, porque el domingo toda la justicia está convidada á una borrachera que da ese señor que ha venido de Madrid.

—¡Vaya un modo de cumplir la ley!

—¡Qué ley ni que calabazas! En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Pues bien: váyase V. solo á misa primera, que yo me quedo para la mayor.

—¡Ya, ya te entiendo, pájara! Lo que tú quieres es ir sola á misa para gastar palique con el tonto. No te verás en ese espejo. Ya te he dicho que con quien te has de casar es con Cardona, que es el mas listo del pueblo.

—¿Y á los hombres de qué les sirve ser listos?

—¡Calla habladora, que te voy á sacar la lengua! ¡Si no fuera yo listo, no me la hubieras tú pegado ya?

—Si quisiera pegársela á V.

—¡Pegármela tú á mí! ¡Facilillo es!

—Pues yo no me caso con Cardona, que me caso con Bartolo

—Bartolo es tonto.

—Pues á mí me sirve aunque lo sea.

—¡Anda, el tercer toque! ¡Vamos á misa!

—¡Pues, y he de entrar en la iglesia sin mantilla!

—Qué mantilla ni qué... En los pueblos no se anda con cumplimientos. ¡Vamos, vamos fuera! ¿Qué vá á que por tu causa me ponen el tio No-hay Dios?

El alcalde echa á correr, y al trasponer una esquina, se le escapa su hija que va á meterse por otra callejuela diciendo:

—¡Canario, ahora me iba yo á quedar sin hablar con Bartolo, cuando no le he visto desde el domingo pasado!

Por la misma callejuela, viene Bartolo muy afligido, hablando consigo mismo como los tontos.

—Canasto, dice, lo que á mí me pasa no le pasa á nadie en el mundo con ser mundo, y mas valiera morirse uno que ser tonto.

Al ver á Geroma, corre á ella buscando el consuelo que le falta y esclama abrazándola:

—¡Ay Geroma de mi vida qué desgracia la nuestra!

—Anda bruto y abraza á un toro, replica Geroma rechazándole y arreándole un bofeton que le hace ver las estrellas.

—¡He, he! gimotea Bartolo, no esperaba yo de tí semejante correspondencia.

—¿Y qué tienes tú que abrazar á una moza soltera?

—¿Pero mujer, no ves que como soy tonto no se lo que me hago?

—Pues yo te iré avispando en cuanto nos casemos.

—¡Qué canasto nos hemos de casar, si corre por ahí un embuste que si le oye tu padre, me echa á presidio por toda la vida!

—¡Ay Bartolo de mi alma! ¿Y qué embuste es?

—¡Qué ha de ser, canasto! que anoche subí á tu cuarto por el balcon.

—¿De veras dicen eso?

—Tan de veras como yo soy tonto.

—¿Y qué vamos á hacer para desmentirlo?

Un muchacho pasa por la plaza cantando una copla que oye Bartolo, pero que no debe oir el público hasta mas adelante, á fin de que no pierda la ilusion.

—¡Ay, canasto, que cosa me ocurre! esclama Bartolo al oir la copla, poniéndose mas alegre que un entierro de pariente rico.

—¿Y qué cosa es?

—No te la digo porque te vas á enfadar.

La gente que sale de misa aparece.

—¡Ay, que nos va á ver mi padre! esclama Geroma disponiéndose á echar á correr.

—¿Me quieres Geromilla?

—Si que te quiero.

—Pues adios.

—Adios.

Y cada cual tira por su lado.

El alguacil encuentra á Barlolo cuando este va huyendo, y le dice:

—¡Bartolo! ya sé que anoche hiciste un pecado gordo. Mira que ¡hay Dios!

Y el alguacil sigue su camino.

En el soportal de la casa de ayuntamiento, comienza el sorteo para la quinta; pero á pesar de lo que interesa á todos los vecinos aquel acto, muchos dejan de prestar atencion á él por cuchichear de otra cosa que debe de ser muy diferente, pues los hace reir, y por contemplar el sombrero de Bartolo que continúa en el balcon.

Bartolo se retira del soportal, llorando como un becerro porque ha sacado el número cuatro y poco despues hace lo mismo Cardona, pero saltando de alegría porque ha sacado el número cinco y tocando al pueblo solo cuatro soldados, son útiles para coger el chopo los que han sacado los cuatro primeros números.



PORTADA DE LA ANTIGUA CASA DEL EMBAJADOR VICH, EN VALENCIA.

El ayuntamiento se retira á tomar un refresco, compuesto de vino de Valdepeñas, un cochinillo asado y pan tierno.

Apenas el alcalde tira el primer latigazo al Valdepeñas, se le vuelve veneno en el cuerpo. ¿Por qué? Porque al fin llega á su oido lo que ya todos los vecinos saben: que su hija está deshonrada porque Bartolo asaltó anoche su honra, de lo cual es buen testigo el sombrero que aun campea en el balcon.

—¡Tio No-hay-Dios! grita hecho un soliman, prenda V. inmediatamente á ese galopo y traigámele aquí atado codo con codo.

El alguacil cumple inmediatamente la órden de alcalde. Y al ver conducir preso al tonto, casi todos los vecinos, incluso Cardona, corren á la casa de ayuntamiento.

—¡Bartolo! dice el alguacil al preso conforme le conduce, si has cometido un delito, no le niegues. Mira que ¡hay Dios!

—¡Bartolo! grita el alcalde, ¿no es verdad que no entraste anoche en mi casa? ¿No es verdad que es una infame calumnia la que todo el pueblo levanta á la honra de mi hija?

—Señor alcalde, contesta el tonto, yo le diré á V. lo que pasó anoche

—¡Di la verdad!

—¿ No la he de decir? ¡canasto!

—Pues despacha que en cuanto des tú la declaracion, la justicia tiene que comenzar la de soldados.

—Pues, señor, pasaba yo debajo del balcon de la Geroma, cuando digo: «aquella estará ya en lo caliente, pero canasto, si duerme que despierte.» Con que cojo una china y la tiro al balcon, y cate V. que la Geroma sale en camisa.

—¡Grandísima bribona! ¡Qué azotes!

—Comencé á echarla piropos y se reia la tonta, y decia: «¡buenos galopos estais los hombres!» Con que digo: mira, échame una escupitina en el sombrero y me marcho, que aquí corre un gris de lo fino. — Dice: — Mira, Bartolo, ¿quieres subir?—Digo:—No, que si me siente tu padre... Dice:—Qué, si mi padre está ya roncando como un marrano...

—¡Voto vá briosle, marrano yo! ..

—¡Yo que sé! ella asi dijo. Conque en estas y las otras, que si subes, que si no subo dice: «voy á abrirte la puerta.»

—¿Y abrió?

—¡Vaya si abrió, canasto!

—¡Ah hija de una cabra!

—¡Poco á poco, canasto, que es V. su padre!

—¿Con que abrió, la grandísima?...

—¡No le digo á V. que sí, canasto!

—¿Y tú que hiciste?

—Toma, yo como soy tonto me metí en casa de V.

—¿Y subiste?

—Bajé por el balcon.

—¡A infame, que presidio te vas á mamar!

—¡Cá!

—¿Cómo que cá? Te coge de medio á medio la ley.

—La ley no reza conmigo.

—¿Por qué no, bribon?

—Porque soy tonto.

—Ya te daré yo la tontería. ¡Penetrar en casa agena á las altas horas de la noche!...

—En los pueblos no se anda con cumplimientos.

—Alguacil, sopla en el cepo á este bribon.

—Si se acerca á mí, le hundo de un puñetazo.

—¡Favor á la justicia!

Cardona y otros mozos ayudan al alguacil, y entre todos sujetan á Bartolo, que alcanza á Cardona con dos puñetazos dirigidos al alguacil.

IV.

Aquí viene un monólogo del barba, es decir, del alcalde. Los monólogos son de tan mala ley en las comedias, como en los libros las dedicatorias á ministros; pero allá va, á ver si se acaba de llevar el demonio la literatura dramática, que poco le falta.

—Hasta los perros y gatos saben que ese bribon penetró anoche en mi casa. Por consiguiente, hasta los gatos y los perros pueden declarar contra él, y me será fácil echarle á un presidio. Sí, voto á briosle Baco balillo, á un presidio ha de ir ese bribon.

El muchacho que cantó antes la copla, vuelve á cantarla. Como ya no tenemos miedo de destruir la ilusion del público, no hay inconveniente en que el público oiga lo que canta el muchacho. El muchacho canta:

Dice el sabio Salomon
que el que engaña á una doncella,
no tiene perdon de Dios
si no se casa con ella.

Esta copla iluminó antes la oscura inteligencia de Bartolo y ahora ilumina la nebulosa del alcalde. De modo, que esta copla sirve de candileja en nuestro teatro.

¿Por qué su luz no habrá alcanzado tambien á la inteligencia de Cardona? si Cardona no fuera el mas listo del pueblo, tendríamos por el mas tonto del pueblo á Cardona. Pero dejémonos de conversacion y oigamos el monólogo del alcalde:

—¡Pero bestia de mí, cómo hablo de echar á presidio á ese galopo, si la fatalidad le ha hecho ya yerno mio! El único medio de lavar la mancha que ha caido en la honra de mi casa, consiste en el casamiento del tonto con mi hija. ¡Sí, se casará, voto á una carretada de demonios! ¡Tio No-hay-Dios!

El tio No-hay-Dios aparece.

—Saca del cepo á Bartolo y traele aquí.

El tio No-hay-Dios obedece, y el respetable público al ver conducir al tonto á la casa de ayuntamiento, se va tras él.

—¡Bartolo! dice el alcalde plagiando sin conciencia, el que deshonra á una doncella, no tiene perdon de Dios ni de los hombres, sino se casa con ella mas pronto que la vista.

—No digo lo contrario, contesta Bartolo.

—Pues bien: te vas á casar con mi hija.

—Con mucho gusto y fina voluntad.

—Eso no, canute, salta Cardona poniéndose como un toro. Quien se casa con la Geroma soy yo.

—No puede ser, replica el alcalde.

—El guardar á una mujer, murmura Bartolo riéndose como un tonto.

—Sepa V. y sepan todos los presentes, que lo de la subida de Bartolo al cuarto de la Geroma, es un cuento inventado por mí, con ayuda de la tia Bolera.

Pues la tia Bolera y tú, ireis á un presidio por calumniadores.

—¡Canute! recanute, ¡qué me suceda á mí esto!

—Pero como unos lo creerán y otros no, la honra de mi hija quedará embilo, si Bartolo no se casa con la Geroma, y para que no quede, quiero que la Geroma y Bartolo se casen.

—Pero casándome yo, queda todo compuesto, arguye Cardona.

—Si no eres calumniador, eres un mozo sin vergüenza. Cualquiera de las dos cosas que seas, no sirves para yerno mio.

El público silba estrepitosamente á Cardona, y este se larga echando sapos y culebras por aquella boca.

—Eh, Cardona, le grita la tia Bolera desde su puerta, ¿con que estamos conformes en que me cederás los frutales de tu huerto?

—No estamos conformes, contesta Cardona desesperado.

—¿Por qué, hijo?

—Porque los necesito para ahorcarme en ellos.

El juicio de exenciones y declaracion de soldados comienza.

Los tres primeros números son declarados útiles.

—¡Número cuatro! grita el secretario y Bartolo se presenta.

—¿Tiene V. algo que alegar?

—Si señor: que soy tonto.

El ayuntamiento delibera y declára inútil para el servicio á Bartolo por tonto de capirote.

—¡Número cinco! vuelve á gritar el secretario, y comparece Cardona tan desesperado que se tiraria de los pelos si no se los hubiera arrancado ya de rabia.

—¿Tiene Vd. alguna exencion que alegar?

—Si señor: que soy mas tonto que una mata de havas, contesta Cardona con profunda conviccion.

El ayuntamiento y el público se echan á reir, como quien dice: ¡qué pillo es este muchacho!

Cardona es declarado útil para manejar el chopo.

—¡Canute, recanute! esclama Cardona arreándose puñetazos á sí mismo, que llamen al número seis, porque yo voy á matar al tonto y ahorcarme en seguida en un árbol de mi huerto.

—¡Tio No-hay-Dios! dice el alcalde, al cepo con ese quinto hasta que se haga la *entriega* en caja.

Cardona se defiende como un leon, pero al fin el alguacil ayudado por Bartolo y otros mozos, le sujetan.

—¡Cardona! le dice el alguacil por lo bajo al soplarle en el cepo, ¡hay Dios!

—¡Ya lo sé! contesta Cardona, ya mas manso que un cordero.

Esta comedia tiene su epílogo y todo, lo que prueba que es muy buena. Como las buenas escasean tanto, milagro será que algun empresario no nos la represente ó algun autorzuelo no nos la birle; pero si á tal se atreviesen ¡Ay de ellos, que el autor los balda echándoles la ley encima!

El epílogo es pasados unos quince dias.

Cardona con los demás quintos, sale del pueblo para ir á entrar en caja. Al pasar junto á su huerto, dirige la vista á los frutales pesaroso de que no le permitan ahorcarse en uno de ellos.

Geroma y Bartolo salen de la iglesia donde acaban de casarse. Entre la multitud de gentes que los acompañan, va el tio No-hay-Dios.

—¡Bartolo! dice el alguacil, el calumniador ha sido castigado y recompensado el inocente. Esto te probará que ¡hay Dios!

—Si, contesta Bartolo, y por eso tengo un remordimiento.

—¿Cual?

—Cardona va soldado por haber alegado yo que soy tonto.

—¿Y sospechas que no lo eres?

—Lo sospecho.

—Yo tambien sospecho que eres mas listo que Cardona.

ANTONIO DE TRUEBA.

PAPEL CURIOSO.

De un tomo manuscrito de papeles varios, tomamos el siguiente estraño cartel, que da una verdadera idea de lo que eran antiguamente los juegos de cañas y demás fiestas de los siglos medios, conservados largo tiempo en España, como un hermoso recuerdo de las épocas caballerescas.

CARTEL PARA UNAS PLAUSIBLES FIESTAS DE CAÑAS, SORTIJAS, ETC.

A la lucha, á la lid, á la campaña; que el clarin de la fama os llama á la palestra, enamorados campeones: no os acobarde el desden, ni el desvio, porque es lo esquivo propiedad de la hermosura: no es valor en la roca quebrar las alas á aquella ave de espumas; crédito es del cristal desmoronarla con olas; en el torno voluble de la rueda se devana el vencimiento que se grangea el cristal contra aquel gigante risco. El arco se prepara, campeones, vencedor será quien de la esquiva beldad se coronare vencido: no se consiguen laurel y triunfo sin peligrosos afanes; aun la vida se desprecia en el que rendido adora: en la carrera veloz se representa el arrojo, en la velocidad se diseña la hermosura; ¡qué noble empeño fue de Hipomenes ser amante de Atalanta! Desvios acaudillaba la belleza y carreras eran el medio de combatir su fugitiva beldad. ¡Oh qué de amadores la desearon firmes! mas no consiste el amor en el descanso.

Todos la adoraban constantes; y era la inmovilidad rémora del vencimiento: noble carrera la incitaba, y á donde prevenia á sus amantes la muerte, allí depositaba del mas dichoso la vida. La tela de la carrera que en la arena urdia amor, era la sequedad, que ablandaba aquella viviente roca Corrió Hipomenes valeroso, sin pasar por los rubores de ligero; alcanzó la belleza porque supo correr con pasos de fino oro; multiplicó los favores y humanóse la deidad á las fatigas; logró Venus su tiro, porque fueron de oro las de Cupido penetrantes saetas; consiguió Hipomenes á Atalanta, porque supo correr con alas de rendimiento. Ca valerosos adalides al campo, á la batalla del amor, mi ceño os llama, mi aliento os desafía; y si en la carrera vencieréis mi osadía, vuestro será el mas adorado premio. Que no HAY OTRA COSA MAS ESQUIVA, que la que adoro, es mi asunto. Que no HAY OTRO que mas AME con esta lanza defiendo; que no hay quien mas la merezca, no se si puedo decirlo; que no hay quien decirlo pueda HOY tengo de defenderlo: para esto pretendo, medir la lanza con todos; para esto desciendo á la mas ardiente arena, para este asunto se vocea la mas vistosa campaña. ¡Oh! ¡oh! ¡logre mi osadía sus mas ardientes deseos!

PREMIOS.

Los primeros cuatro, cuatro anillos.
Los segundos, cuatro sombreros de plumas.
Los terceros, cuatro bandas y estoques.
Los cuatro últimos, cuatro cortes de tela de oro.

JUECES.

1.° El duque de Arcos.
2.° Su primogénito.
3.° El conde de Lemos.
4.° Su hermano.
5.° El marqués de Astorga.
6.° Su cuñado.

CONDICIONES.

El caballero que requiriere la lanza y la deshiciere, pierde premio.

El que perdiere pieza principal de su persona y caballo pierde premio.

El que mudare caballo sin licencia de los jueces, pierde aquella lanza.

El que diere sobre cuerda, no pueda correr sin licencia de su dama.

El que diere ó recibiere de su padrino la lanza sobre mano derecha; ó la recibiere de su contrario, pierde lanza y premio.

El que no llevare mote, pierde premio.

El que llevare peor mote, lleve premio y désele á una fea en penitencia.

El mas fuerte hombre de armas, gane premio.

El mas galan á voto del buen gusto, gane premio.

A quien cayere y se levantare sin haber perdido la silla désele premio.

CASA DEL EMBAJADOR VICH

EN VALENCIA.

Cada dia tenemos que lamentar la desaparicion de uno de aquellos monumentos que por su valor histórico y artístico parecia que ni aun el paso destructor de los siglos debia hacer que desapareciesen. Pero la mano del hombre en esto, mas despiadada que las violentas tempestades de la naturaleza, destruye diariamente las obras de otras generaciones, olvidándose que de este modo enseña á las generaciones venideras á no respetar los monumentos en



que este siglo pretende dejar una muestra de su grandeza y de su genio. Hablamos de la casa del embajador Vich que acaba de ser derribada en Valencia. Como se puede ver por el grabado que publicamos, dicha casa es de la época del renacimiento, de la cual son tambien algunos de los preciosos monumentos que han desaparecido en España durante estos últimos años. Causa tristeza saber cuán poco aprecio se hace de semejantes obras, y mucho mas ver que algunos de ellos se pierden para siempre, como sucede con la citada casa del embajador Vich; publicamos, pues, su vista tomada pocos dias antes de ser derribada para que de este modo quede consignado en las columnas de nuestro periódico, el único recuerdo que es dable ya, sustituyendo así el grabado al monumento que desaparece.

LAS CACERIAS EN AFRICA.

JULIO GERARD.

No es posible fijar la mente en las cacerías que se practican en Africa, sin que del fondo de la memoria surja una figura imponente, colosal.

Julio Gerard, oficial de Spahis, miró con desden los peligros vulgares para el guerrero de la guerra con los árabes; guerra mas llena de funestos azares para el soldado que ninguna otra; como guerra de conquista, de ocupacion y hecha á un pueblo bárbaro, que ni aun idea tenia del derecho de gentes ni de las reglas humanitarias á que se atienen en sus luchas las naciones civilizadas de Europa, para amenguar en lo posible la efusion de sangre, y ofrecer al vencido algo mas digno de nuestro siglo, que el filo de un yatagan.

Pues esa guerra desoladora; guerra de esterminio, en que el incendio y los rigores de un clima abrasador servian de auxiliares á la crueldad, la astucia y el arrojo indómito de los árabes, pareció poca cosa al esforzado ánimo de Julio Gerard.

El Africa, con sus manadas de invencibles leones, le ofrecia mas gloriosas empresas que acometer.

Interin que los hombres se cubrian de gloria, luchando con los árabes, Julio Gerard buscó por adversario, como mas digno de su esfuerzo, á aquel que los árabes respetan como si recibiese su fuerza y su poder del cielo: al rey de los bosques, al animal nunca vencido y siempre vencedor en lid franca y abierta, cualquiera que fuese el número de sus enemigos:

Al leon.

En un principio, dedicóse á estudiar, ora por medio de las narraciones de los árabes, ora por la propia observacion, las costumbres y el carácter del tremendo adversario que habia elegido.

De este modo, y ejercitándose al par en el conocimiento de las carabinas mas perfeccionadas que entonces se conocian, llegó á convencerse de que para marchar por la noche al encuentro del leon, es preciso ser jóven y robusto, tener una musculatura de acero, una voluntad inflexible y perseverante, una salud de hierro, una mirada de águila y de lince á la vez, un pulso inalterable, un corazon de piedra, cuyos latidos no precipite ni modere ningun acontecimiento por terrible é imprevisto que sea, una confianza ciega en Dios, dos carabinas Devisme, de á dos tiros cada una, que reunan las condiciones de solidez, precision y penetracion, y la seguridad de plantar dos balas, una sobre otra, á treinta pasos del blanco, apuntando y sin apuntar.

El cazador debe ir armado tambien de una pistola de la misma clase, cargada como la carabina con balas cilíndricas.

Necesítanse ademas dos clases de traje: uno para invierno, de mucho abrigo, y otro para verano, ligero; pero capaz de resistir á los abrojos y espinas de que están llenos los bosques.

Gerard hacia sus estudios partiendo al interior desde Philippeville, Bona y Constantina, acompañado de un guia indígena, á principios de abril.

La cacería del leon durante el invierno, ha escrito Julio Gerard, es tan ruda y penosa, que por no abstenerme de practicarla en esa estacion, me encontré viejo y cansado á los treinta años de edad.

Lo que los árabes temen mas, despues de Dios, es el leon; y no basta presentarse en sus aduares, diciéndose cazador de aquellos; aunque una vez demostrada la verdad del aserto se está seguro de inspirarles el mayor respeto.

Gerard que conocia el carácter de los árabes, se estableció en un aduar, mostrándose sóbrio de palabras, pues le constaba que los indígenas desprecian á los charlatanes y á todo el que sonrie con frecuencia. Al dia siguiente dió pruebas de la destreza con que manejaba la carabina, hermanando dos balas sobre un blanco colocado á gran distancia.

Ademas dijo ante las gentes del aduar, que por las noches durante sus cacerías, no se ocupaba de ninguna otra cosa que de los leones; que en el caso de encontrarse con algun árabe, le gritaba que pasase de largo sin detenerse.

Los merodeadores, que abundan en todas las tribus quedaron tranquilos con aquella declaracion: sabian que Gerard no era un enemigo, y que en el caso de buscarle camorra, lo seria muy temible.

Sucedia esto en un aduar de los Uled-Bu-Azizi, situado en los alrededores del campo de Drean, á media legua de la guarida de un viejo leon, que al decir de los árabes, residia en el Jebel Kruuega, desde treinta años atrás.

Su vecindad era tan vejatoria para los árabes, que en muchas ocasiones habian tratado de deshacerse de él, dándole muerte, á cuyo efecto recurrieron en su desesperacion á todos los medios y astucias que conocian para la caza del leon.

Mas á aquel temible *señor de la cabeza grande*, como le llamaban los árabes, cuyo *rab* (trueno) ó rugido helaba de espanto los corazones, habia salido ileso de todas las emboscadas y acometidas, llevándose cada vez en sus formidables garras girones de carne de alguno de sus acometedores, mas imprudente ó desgraciado que los demás.

La noticia, pues, de haber llegado á Bona, un francés que pretendia dar muerte á los leones, llenó de contento á los Uled-Bu-Azizi. Enviáronle mensajeros, y el dia 2 de febrero de 1845, á las cinco de la tarde llegaba al aduar el futuro cazador de leones, armado con una magnífica carabina que le acaba de regalar S. A. R. el duque de Aumale.

Apenas se hubo apeado, supo por los árabes que todas las noches al ponerse el sol, se oian los primeros rugidos del leon que abandonaba su guarida, y que ya cerrada la noche bajaba á la llanura, rugiendo sin cesar.

Gerard cargó cuidadosamente la carabina que debia á la generosidad del príncipe, y la que acostumbraba usar en sus espediciones, creyendo infalible el encuentro de su enemigo; y en efecto, terminaba apenas aquella delicada operacion, cuando un formidable rugido del leon, vino á corroborar las palabras de los árabes.

Su huésped se ofreció á servirle de guia: Gerard aceptó el ofrecimiento: confióle una de sus dos carabinas, armóse con la otra y partieron.

(Se continuará.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

EL SEPULCRO DE MOORE.

III.

Vivaqueaban ambos ejércitos, uno en frente del otro, sin molestarse, ni intentar ganar nuevas posiciones, y así pasaron cerca de cuatro dias sin atreverse ninguno de ellos á avanzar un paso hácia su contrario. Si es cierto que Moore embarcó el 14 los enfermos y los cañones, tampoco lo es menos que Soult reparó aquel mismo dia el puente del Burgo, destruido por los ingleses al tiempo de la retirada.

La noche del 16 era la designada para el embarque de las tropas británicas, que ocupaban el monte Mero, Elviña y las demás montañas que corren en direccion de San Cristóbal, dominados en particular el primero por las alturas de Peñasquedo, de que estaba posesionado el francés, y en cuyo sitio estratégico en demasía, colocó Soult una batería de once cañones.

Nadie esperaba en vista de la actitud que habia guardado hasta entonces el ejército francés que se rompiesen las hostilidades hasta el momento del embarque.

Sin duda alguna, Soult era conocedor de la hora en que aquel debia verificarse; así fue que se propuso poner en práctica las órdenes de su amo: sus soldados llevaban ya dos dias de descanso: Capua estaba en sus reales: el único modo de alejarles de la molicie á que se entregaban aquellos vagamundos durmiendo dos noches sin que el tambor los llamase al combate, era ordenar el ataque.

Y Soult lo hizo así:

A las dos de la tarde, un movimiento general en la línea francesa, avisó á Moore que el enemigo se preparaba á estorbar el embarque. En aquel momento se rompió el fuego en ambas líneas.

El cielo estaba sereno, tranquilo; no parecia sino que la naturaleza se engalanara para presenciar tan horrible espectáculo.

Un valle dilatado y hermoso separaba la fuerza de reserva mandada por lord Paget de la caballería francesa que ocupaba los altos. Al abrigo de la batería de Peñasquedo, acampaba Mermer su division de la izquierda; Merle y Delaborde guardaban el centro, prolongándose la division de este último hasta Palabea de abajo.

La línea inglesa se estendia desde la ria de Mero hasta el valle de Elviña.

Este último punto estaba guardado por sir David Baird, y el opuesto por el general Hope; dos brigadas de la segunda division se colocaron á los estremos de las respectivas líneas y por último, mas cercana á la Coruña y en el camino de Bergantino, se hallaba, pronta á acudir al punto en que se necesitase su auxilio, otra division á las órdenes del general Fraser.

Así estaba dispuesto el campamento cuando Soult ordenó el ataque.

Sus esfuerzos principales se dirigieron á desalojar al enemigo de la posicion que ocupaba en el valle de Elviña, y en cuyo sitio estaba la cabeza y el grueso de las tropas inglesas.

—¡Si conseguimos deshacer el ala derecha del enemigo, está todo hecho! dijo Soult lanzándose al escape al frente de sus soldados.

Cayeron estos sobre las tropas ligeras que mandaba Baird, con aquel denuedo, con aquella ciega confianza que daba al francés su natural arrojo y la costumbre de las victorias. Allí la lucha fue mas encarnizada que en ningun otro punto; Soult peleaba como el último soldado, los generales franceses daban siempre el ejemplo, lanzándose de contínuo al lugar donde el combate era mas desesperado, allí donde era necesario vencer si no se queria ser vencido.

Soult consiguió su objeto.

Herido su jefe, los ingleses se retiraron en buen órden; parecia que ya desde aquel momento la victoria se inclinaba del lado del francés: Moore vigilaba toda la línea, Moore corria tambien al escape para animar con su presencia á los que cejaban; á su lado se veia volar casi entre el humo del combate, un jóven oficial, que pálido, hermoso, no hacia otra cosa que seguir como una sombra protectora al general en jefe.

Aquel oficial, no habia desenvainado su sable todavía, pero no conocia el miedo aunque apartase horrorizado la vista de los cadáveres y de los heridos para quienes tenia siempre una palabra de compasion: nadie se acercaba con mas dulzura al moribundo que él; nadie le daba la última gota de agua para apagar la desesperadora sed de la muerte, sino él.

En el ejército se le llamaba—¡el angel del general!

Bien merecia este nombre aquel pobre mártir.

Cuando Moore vió derrotada la derecha, se lanzó á contener la fuga desordenada de aquellas tropas; llegó con una brigada de refuerzo; se arrojó al combate con el valor de la desesperacion; y los ingleses, gracias á sus esfuerzos, recobraron el terreno perdido.

Soult entonces enarca las cejas; aquel pequeño Júpiter quisiera tener en semejante ocasion los rayos en su diestra para lanzarlos contra el inglés y aniquilarlo con sola su mirada; pero no pudiendo disponer de otra cosa que de sus soldados, ordena un nuevo ataque general.

La línea francesa avanza atrevidamente; los cercados de las heredades que habia á lo largo del terreno les impide marchar con aquella compacta igualdad que da muchas veces la victoria. El combate se hace general; jamás se habian visto dos ejércitos mas ansiosos de vencer; las cornetas daban la señal de la carga; la caballería francesa cae como una avalancha sobre la reserva inglesa; el cañon suena en ambas líneas, y el mar repite sus estampidos, y la tierra removida al paso de tantos hombres, caballos y carros, y el arenal apenas seco de la última marea se tiñe con la sangre de los combatientes.

Moore recobraba el puesto abandonado poco antes, y se encarnizó el combate de la manera mas cruel: apenas ganado el pinar de Elviña, una bala de cañon llevó el hombro izquierdo del general en jefe.

—¡John! gritó el jóven oficial y se lanzó á sostenerle.

—¡Dejadme! dijo rechazando á los que se acercaban á prestar sus auxilios al general...

—¡Pobre Fanny! murmuró Moore —¡No te lo habia dicho!

—¡John! ¡John! fue lo único que respondió aquella pobre mujer con los ojos llenos de lagrimas.

—¡Sostenme! ¡Quiero ver cómo estamos!

Y Moore se levantó, recorrió con la vista el lugar del combate, y dijo á Hope que se acercó á él para recibir órdenes.

—¡Despues del combate, el embarque! vencidos ó vencedores, no podemos permanecer mas tiempo en España.

—¡Perded cuidado sir!... ¿y vuestra herida? preguntó el veterano dejando caer una lagrima por su mejilla...

—¡Bastante bien, amigo mio! respondió con triste sonrisa el general en jefe.

—¡Señor! dijo entonces el oficial—haced que lo lleven á donde pueda curarse.

—¡Déjame, Fanny! esto ha concluido, un instante mas de vida no hará sino aumentar mi pena al verte sola... ¡mi pobre niña, sola!

Entonces el cañon sonaba sin un momento de intervalo; el combate seguia, ¿qué importaban los que cayeran ya?

Paget que habia sido atacado, vuelve por el honor de su patria y rechaza los dragones de Houssaye; los ingleses contestaban á Soult avanzando en toda la línea, y los franceses, que no esperaban aquel movimiento, empezaron á cejar. Solo la noche pudo salvar de una derrota al orgulloso francés, á quien faltaban ya las municiones y se hallaba en un país enemigo, lejos de todo refuerzo y de todo amparo.

IV.

Mientras el combate seguia, otra escena tristísima tenia lugar, en una casa del canton de... en la Coruña.

Tendido en un lecho, bañado en sangre casi, Moore contaba por minutos los instantes de vida que le quedaban, y no pedia sino que no alargasen sus últimos momentos.

A su lado Fanny, pálida, azorada, sin valor alguno, tenia entre sus manos las ya heladas del general en jefe: parecia querer darle su calor, su vida. Moore respiraba apenas; su agonía era rápida; sin dolores casi; no se oia mas en la estancia que su interrumpida respiracion y los





GARIBALDI.—MUESTRA DE LAS LÁMINAS DE LA OBRA.

ahogados sollozos de Fanny. Las mujeres de aquella casa hospitalaria la ayudaban en su trabajo, comprendian su dolor, la compadecian, y buscaban todos los medios de que la ternura de la mujer es capaz, para arrancar del lado del moribundo aquella pobre niña; flor batida por los vendabales que resiste un solo momento su empuje, pero que está próxima á ceder y á inclinarse marchita sobre su tallo tronchado.

El dia tocaba á su término.

Los médicos que le cercaban dijeron á aquellas mujeres atemorizadas y tristes á la vista del moribundo:

—¡La noche agravará su posicion!

—¿Y morirá señor? preguntaron ellas con ansiedad.

El médico á quien se habian dirigido, volvió la cabeza y señaló al general en jefe que abria en aquel momento sus ojos, en que la muerte habia tocado ya.

—¡Está muerto!

Moore lanzó un suspiro, apretó entre las suyas las manos de Fanny y murmuró:

—¡El embarque!

Esta última palabra le costó su último aliento; cuando sus labios la balbucearon, Moore no era mas que un cadáver.

Triste es la muerte, pero el general en jefe del ejército inglés, solo podia borrar de este modo la vergüenza y los desastres de aquella tan larga y tan costosa derrota.

Mientras él exhalaba su último aliento, Hope vencia y arrollaba al francés; pero no parece sino que el espíritu de Moore alentaba en el cuerpo del nuevo jefe; apenas la noche fue bastante á cubrir la vergüenza de aquella fuga, Hope cumpliendo con la voluntad de su antecesor, ordenó el embarque. Se asegura que ninguna cosa llevó á cabo el ejército inglés con mas precipitacion; los caballos que no podian entrar á bordo, eran muertos á pistoletazos, y las divisiones que protegian el embarque al mando de los generales Hill y Beresford, murmuraban de su suerte.

Poco importaba que el francés estorbase el embarque con certeros tiros desde las alturas de S. Diego; el inglés estaba poseido de tal pánico, que solo veia la salvacion en sus buques, no parecia sino que los hijos de las olas abandonaban su vida al abrigo cariñoso de su madre la mar.

¡Fanny se embarcó la última! . . . .

. . . .

Tres dias despues que los ingleses abandonaran la Coruña, esta ciudad se entregó á los franceses. Fiel á sus aliados sostuvo el porfiado cerco que Soult al frente de sus veinte mil hombres habia puesto, en tanto que aquellos no se hallaban á salvo bajo el amparo de su escuadra.

«¡Noble ejemplo,—dice el historiador—rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados por los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda!...» (1)

V.

Desde el triste dia, en que prestados los últimos honores al general inglés, dió Fanny su adios á la ciudad en que quedaban los restos de aquel hombre que lo habia sido todo para ella, nadie supo que habia sido del oficial valiente y compasivo que acompañaba al jefe inglés en sus victorias y en sus derrotas.

Aquel ejército volvió de nuevo á la campaña, pero ya no corria por entre sus filas el jóven oficial de rubios y de rizados cabellos.

Todos ignoraban su suerte.

Durante el embarque tuvo bastante ingenio para ocultar su retiro á todas las miradas y entregarse de ese modo á sus recuerdos y á su dolor.

Dolor grande, intenso, como habia sido su amor; dolor para el que no habia otro consuelo que el olvido. ¡Y ella se complacia en los recuerdos!

Las personas que la conocieron durante los momentos de prueba para su alma, dicen que tuvieron ocasion de verla en 1840, el mismo dia aniversario de la muerte de Moore. Era todavía—dicen los que esto cuentan—una mujer hermosa á pesar de los años, su dolor habia perdido de intensidad, pero en cambio quedaba en su corazon una religiosa constancia hácia aquel amor tan desastrosamente perdido, que podia decirse muy bien que padecia una enfermedad de recuerdos.

Cariñosa en estremo, pero entregada á sus reflexiones, la veian todos los años llegar el mismo dia que el anterior y partir al poco tiempo.

Los últimos años, añaden, traia ya en sus ojos y en su rostro pintada la muerte: la última vez que nos visitó en esta tierra de amargura, estaba ya muerta, apenas tuvo fuerzas para visitar el sepulcro en que dormia el sueño eterno aquel á quien amaba aun despues de tantos años. Al otro dia todos los vecinos de la Coruña sabian que habia muerto una protestante—solo nosotros podemos decir—que murió en la misma alcoba y en el mismo lecho en donde cerca de cuarenta años antes exhalara el último suspiro, el que fuera para ella en el mundo, su primero, su único amor.

MANUEL MURGUIA.

(1) *Historia de la guerra de la Independencia* por el CONDE DE TORENO.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 39. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 23 DE SETIEMBRE DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos. — América y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Con la venida de las ferias y de las lluvias que á principios de la semana han ejercido su benéfico influjo sobre la salud pública han coincidido la llegada de la córte á las Baleares, la formacion del campamento de Torrejon, la visita del emperador de los franceses á la isla de Menorca y la marcha de los embajadores marroquíes.

Las ferias situadas como están los puestos este año donde estuvieron el año pasado, es decir, en el paseo de Atocha, tendrán poca animacion: seguramente la feria de Madrid ha concluido: asi lo ha querido la autoridad: no lo sentimos mucho, porque en esta capital todos los dias son de feria; nos lamentamos solamente de que no haya respetado por lo que tiene de antigua esa costumbre inocente de ocupar las calles y plazuelas durante unos dias con trastos, muebles y libros viejos, ya que se respetan tantas y tantas antigüedades que por ser dañosas deberian ya haber desaparecido.

Las lluvias han influido notablemente en el mejoramiento de la salud pública, aunque han incomodado bastante á las tropas establecidas en el campamento. Sin embargo, las comunicaciones que de allí publican los periódicos dicen que el soldado está satisfecho. Al principio ha habido sus dificultades asi para proveer de agua potable á los cuerpos como para que los oficiales pudieran atender á sus comidas. Pero despues todo ha ido entrando como suele decirse, en caja. Se han llevado las cubas del arbolado de Madrid y á cada batallon se le ha dado una para su servicio, mientras que por otro lado la administracion militar facilita leña á los oficiales al precio de contrata. Hay ademas una fonda donde se exigen 14 reales diarios por almuerzo y comida, lo cual no es muy satisfactorio para los oficiales subalternos. Un periódico asegura que en ella falta unos dias el pan y otros la sopa: lo cual quiere decir que el pan unos dias se moja en el caldo y otros no. Deseamos y esperamos que no tardarán en corregirse estos males.

La córte á la fecha de las últimas noticias estaba en las Baleares, es decir, en el mismo punto donde la dejamos en la anterior revista. No han llegado todavía á nuestras manos las cartas y periódicos que han de contener la detallada y minuciosa descripcion de las fiestas con que las autoridades y corporaciones de aquellas islas han solemnizado la llegada de las reales personas. Solo hemos visto un programa acompañado ó, mejor dicho, precedido de una alocucion del gobernador civil, pieza maestra de literatura oficial. Luego que veamos si se ha realizado el programa de los obsequios, pondremos los hechos con nuestra acostumbrada puntualidad en noticia de los lectores de El Museo.

Por hoy diremos que mientras la córte se hallaba en Mallorca llegó á Menorca procedente de Ayacio (Córcega) la escuadra francesa conduciendo al emperador y á su esposa. Estos ilustres viajeros preguntaban si se encontraba en la isla la reina de España; y como la respuesta fuese negativa, dejaron una carta para S. M., y con viento fresco hicieron rumbo á Argel. Ha dado mucho que hablar á los periódicos esta visita, hecha, digámoslo asi, cuando los visitados no estaban en casa; pero los órganos semi-oficiales han declarado que el gobierno no tenia el menor antecedente de que el emperador francés tratase de visitar á Mahon ni á la reina de España. El suceso parece que ha sido muy sencillo y natural: yendo de Córcega para Argel SS. MM. II. pasaron por Menorca y hubieron de decir: vamos á ver si está en Mahon S. M. C.; y como S. M C. no estaba, SS. MM. II. dejaron tarjeta y siguieron adelante.

De las Baleares pasará la córte á Barcelona donde le esperan fiestas magníficas. Allí ha sido precedida por el general Prim á quien el pueblo barcelonés ha obsequiado con grande entusiasmo, viendo en él un continuador de las hazañas que dieron tanta gloria á los héroes catalanes. Para la capital de Cataluña fue un dia de fiesta universal el de la entrada de Prim, recibido con repetidas y grandes aclamaciones por entre arcos de triunfo y vistosas colgaduras. En el número de hoy damos la copia del arco triunfal que se levantó en su honor en la Plaza de la Constitucion.

El viaje de la córte á las Baleares y Barcelona, ha apresurado la colocacion del cable eléctrico submarino que pone en comunicacion aquellas islas con la península. Celebramos de todas veras esta gran mejora, gracias á la cual, podemos tener noticias instantáneas de tan importante provincia. ¿Cuándo se estenderá el mismo beneficio á las Canarias, que lo reclaman con no menos necesidad y urgencia y que tienen igual derecho á él como una de las provincias españolas?

Los embajadores marroquíes salieron el otro dia de Alicante para Tánger en un buque del Estado. Van muy satisfechos de las atenciones que las autoridades y el gobierno ha tenido con ellos. Entre otros regalos que han recibido, se cuentan magníficas camas de acero con colgaduras, obra primorosa de artistas españoles. En cuanto á negociaciones para evacuar á Tetuan, creese, ó por lo menos asi se dice, que no han establado ninguna; solamente han hecho indicaciones acerca de los apuros del erario marroquí y de la necesidad que tendrian de algun respiro para el pago del resto de la indemnizacion.

Las tropas sardas han invadido los Estados Romanos por las Marcas y la Umbria, y han derrotado en varios encuentros á las tropas pontificias. Los generales Fanti y Cialdini que las mandan, tratan de interponerse entre Ancona y las posiciones que ha tomado el general Lamoriciere con el grueso de su ejército, mientras que la escuadra de Victor Manuel aumentada con la de Nápoles se dirige á cercar por la parte del mar la ciudad. Es probable por consiguiente que cuando este número llegue á manos de los lectores, Ancona haya caido en poder de la escuadra ó del ejército sardo. Los periódicos insertan un largo manifiesto del conde de Cavour esplicando á la Europa los motivos y señalando los límites de la invasion que acaba de hacer el gobierno á cuyo frente se halla. Segun este manifiesto la causa de las perturbaciones de Italia ha estado siempre en la opresion ejercida por sus gobiernos; despues de la revolucion de Nápoles no era posible sostener el *statu quo* en las Marcas y la Umbria sin riesgo de que exasperada por las reacciones la revolucion se lanzase á estremos lamentables. El Piamonte seria responsable ante la Italia y ante la Europa si dejara que se estraviase el movimiento y ha preferido regularizarle concediendo á los habitantes de la Italia meridional la proteccion que le pedian para emitir libremente sus votos. Por lo demás las tropas de Victor Manuel no traspasarán los límites del distrito de Roma que será respetado; el conde de Cavour asegura que el Padre Santo nada tiene que temer, y aun se lisonjea de que libre Su Santidad de

malas influencias podrá y querrá ponerse otra vez como en 1848 á la cabeza del movimiento nacional italiano.

Este manifiesto está bien escrito; pero no basta á tranquilizar á los que temen la guerra. En el estranjero se sienten los vagos terrores que preceden siempre á los grandes acontecimientos; los negocios no siguen su curso natural; muchos se paralizan del todo, otros se suspenden. Afortunadamente pronto hemos de salir de crisis y de dudas.

El rey de Nápoles seguia en Gaeta á la fecha de los últimos partes (el 20); por supuesto, sin esperanza, á lo menos próxima; de recobrar su corona. No es probable que venga á España á pesar de los ofrecimientos un tanto *empressés* que le ha hecho el embajador de la reina de España señor Bermudez de Castro.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LAMARTINE.

Era el año de 1820. A las magníficas campañas del Consulado y del Imperio habian sucedido tiempos bonancibles, y á las agitadas discusiones de las Constituyentes y la Convencion que cerraron el último período del siglo XVIII, reemplazaban las luchas solemnes de la tribuna que la Francia importó de la nacion inglesa. La monarquía habia resucitado con sus antiguas formas y los guardias de corps reemplazaban á la *vieja* guardia. No la ilustraban, como á aquella, cien batallas campales, ni cubrian su rostro honrosas cicatrices; pero la embellecía cierto aire aristocrático y el pundonor que suple á los antiguos servicios. Contaba en sus filas á la mayor parte de los jóvenes pertenecientes á familias realistas que, sin participar del fanatismo de sus padres, tributaban un culto racional al principio monárquico. Entre estos se distinguia Alfonso de Lamartine que tendria entonces unos veinte y ocho años. Al verlo pasear en el parque de Saint-Cloud, cubriendo con el casco aquella noble frente destinada á ceñir algun dia los laureles del orador y el poeta, se recordaban aquellos ilustres romanos, á quienes los campos de batalla preparaban para las mas brillantes glorias cívicas.

Ciceron es, entre los personajes antiguos, el que mas se parece á Lamartine. Ambos se distinguen por esa elevada elocuencia que les da un influjo decisivo en las asambleas populares; en ambos se encuentra ese raro patriotismo que todo lo pospone al engrandecimiento de su patria; uno y otro han consagrado su existencia al cultivo afanoso de la filosofía y de las letras. Ciceron no es poeta como Lamartine; pero este es un mero accidente de la forma. La prosa de Ciceron es una magnífica poesía, y en la poesía de Lamartine hay un fondo de filosofía sublime. Pero lo que mas asemeja á estos dos varones ilustres, es la índole especial de su carácter. En ambos se encuentra una indomable energía en los momentos supremos y en las grandes crisis de su patria. Los dos han contribuido á salvarla esponiendo su vida en los mas críticos momentos. Ciceron aterró á los conspiradores y deshizo el complot fraguado por Catilina. Lamartine contuvo las iras del pueblo y el desbordamiento de una inminente demagogia. Y no se reduce á esto la semejanza. Ciceron no basta á contener las tendencias de su época; á los pocos años de haber salvado la república se sentaba Augusto en el trono de los Césares. Napoleon III ocupa el trono imperial á los cinco años de haber salvado Lamartine la sociedad francesa... Ambos oradores tienen ademas otro punto de semejanza en la inocente vanidad que deslustra el fondo de su carácter. ¡Defecto pueril que compensan sobradamente las grandes cualidades de estos eminentes patricios!

Pero la justicia reclama una aclaracion. El carácter de Lamartine es mas entero y elevado; no contemporiza y transige con su conciencia como lastimosamente lo hizo el orador romano; no adula ni rinde culto á la fortuna, como Ciceron en sus deplorables vacilaciones, y, sino ha tenido ocasion, por la diferencia de los tiempos, de rescatar con un trágico fin sus debilidades, ha dado pruebas de noble resignacion en el voluntario retiro á que ha sabido condenarse. Lamartine, consagrado esclusivamente á las letras y viviendo del fruto de su trabajo, es á nuestros ojos mas digno de respeto que el presidente del gobierno provisional en 1848. Pero vengamos á su historia literaria.

Cuando Lamartine, en una noche de verano, montaba la guardia en las alamedas de Saint-Cloud, revolvia sin duda en su poética fantasía las sublimes ideas que han inmortalizado su nombre. Entonces fue cuando debieron brotar en su mente los bellos conceptos que han dado tanta fama á sus obras. Las *Meditaciones*, las *Armonías*, los mas ricos tesoros de su musa se acumulaban en su frente bajo el casco del soldado. En aquellos dias apareció su primer libro.

Las *Meditaciones poéticas* se publicaron por primera vez en 1820. El nombre de su autor era entonces desconocido: á los ocho dias llenaba con su fama la Francia. Su éxito igualó al del *Genio del Cristianismo* y fue como aquel una revolucion en la literatura. Destinado á consolar la afliccion, aplica un bálsamo reparador á las heridas del alma; hace verter lágrimas que desahogan el pecho, y reanima la fe en los corazones abatidos. Aquella poesía reune las mas opuestas condiciones: el entusiasmo y la razon, la devocion y el entusiasmo poético. Siendo en el fondo eminentemente cristiana, está distante de la inflexible austeridad de otras poesías de su género. Habla de la religion como del amor, poniéndola al alcance de las inteligencias vulgares; pinta el cielo, como Fenelon en su *Telémaco*, haciéndolo comprensible y simpático á los afectos del hombre; es, en suma, un libro que hace llorar, entretiene y eleva el alma, y ademas la fortalece é instruye.

La poesía era en aquellos tiempos profana. Horacio y Boileau servian á todos de modelo. Un poeta sentimental y religioso corria gran peligro de ser silbado. Pero Lamartine venció esta dificultad y logró imponer un nuevo género literario. Este es el privilegio del genio y el apostolado que le corresponde en la tierra.

Las *Meditaciones*, como todas las obras poéticas de Lamartine, están inspiradas por un profundo sentimiento religioso: la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, el amor á la soledad, los contrastes y contradicciones de la naturaleza humana, son los asuntos que sirven de tema á su musa y dan materia á sus bellísimos versos. Pascal le ha servido indudablemente de guia en la descripcion de las contradicciones del hombre; pero la prosa enérgica de este gran escritor está embellecida en Lamartine por los encantos del ritmo. Racine el hijo y los mas eminentes prosistas franceses habian escrito sobre la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; pero Lamartine ha sabido dar novedad por el estilo á un asunto tan conocido y manejado. Aunque su imaginacion, un tanto vagabunda, no se distinga siempre por la precision y la lógica; aunque la frecuente repeticion de unas mismas ideas preste alguna vez á sus versos un color uniforme, del cual suele resultar cierta monotonía que jamás hallareis en Victor Hugo, su estilo es, en general, elegante, y abunda en imágenes y bellezas de primer órden.

Las circunstancias favorecieron á Lamartine en su primera aparicion sobre la escena literaria. A un imperio turbulento y belicoso habia reemplazado una monarquía sosegada; los ánimos, cansados del ruido y de la gloria, buscaban la tranquilidad y el reposo en las letras. Era esta época el imperio de Augusto bajo el influjo de los principios cristianos. Si entonces vemos aparecer á Virgilio y Horacio, ahora se admira á Chateaubriand y Lamartine. Pero nuestra época tenia diversas necesidades. La filosofía materialista habia terminado su carrera; las almas estaban hastiadas de incredulidad. La poesía materialista habia muerto con el abate Delille, y á la forma y color, que es el carácter distintivo del paganismo, debia reemplazar la pasion, y el alma de la poesía cristiana.

La epístola á Byron y la oda á un poeta portugués desterrado de su patria son á mi juicio las mas bellas de este primer opúsculo. La oda, sobre todo, contiene estrofas de singular belleza.

Ton sort ó Manoel, suivit la loi commune;
La muse t'enivra de precoces faveurs;
Tes jours furent tissus de gloire et d'infortune,
Et tu verses des pleurs!

Rougis plutôt, rougis d'envier au vulgaire
L'esterile repos dont son cœur est jaloux;
Les Dieux ont fait pour lui tous les biens de la terre;
Mais la lyre est á nous.

Les siecles sont á toi; le monde est ta patrie.
Quand nous ne sommes plus, notre ombre a des de autels,
Où le juste avenir prèpare á ton genie
Des honneurs immortels.

Ainsi l'aigle superbe au sejour du tonnerre
S'elance; et, soutenant son vol audacieux,
Semble dire aux mortels: Je suis nè sur la terrè,
Mais je vis dans les cieux.

Oni; la gloire t''attend; mais arrête et contemple
A quel prix on penetre dans ces parvis sacrès.
Vois; l'infortune, assise á la porte du temple,
En garde les degrès.

Ici, c' est le vieillard que l' ingrate Ionie
A vu de mers en mers promener ses malheurs;
Aveugle, il mendiait, au prix de son genie,
Un pain mouillè de pleurs.

Là, le Tasse, brulé d' une flamme fatale,
Expiant dans les fers sa gloire et son amour,
Quand il va recueillir la palme triomphale,
Descend au noir sejour.

Esta poesía es una de las mejores del autor por la belleza de las ideas y la esmerada construccion artística.

En 1829 vieron la luz pública las *Armonías poéticas*. Su publicacion tuvo lugar en el mes de mayo, y precedieron, con breve intervalo, á la caida del trono; pero la revolucion que echó abajo una dinastía no fue bastante poderosa para arrastrar las páginas de un libro. «No hay navíos en Cherburgo, dice un célebre crítico, para desterrar la poesía, ni en el Océano para deportarla á la isla de Elba.» Así es que las *Armonías* atravesaron aquella gran borrasca y llegaron á ser uno de los poemas mas populares de Francia.

¿Qué son las *Armonías*?—Oigámoslo de boca del autor mismo.—«Hé aquí cuatro libros de poesías escritas como han sido sentidas, sin lógica, sin enlace, sin transicion aparente; poesías reales y no fingidas, que no descubren tanto al poeta como al hombre mismo; revelacion íntima é involuntaria de sus impresiones de cada dia, páginas de la vida interior, inspiradas, por la tristeza, la alegría, la soledad ó el ruido, la desesperacion ó la esperanza, en sus horas de sequedad ó de entusiasmo, de aridez ó de poesía...» En efecto; este es el carácter de las *Armonías poéticas*.

A la caida de la dinastía, renunció Lamartine la embajada de Grecia y permaneció fiel á la desgracia. Pero emprendió el viaje por su cuenta y dotó al mundo de uno de sus mas bellos libros. «El *Viaje á Oriente* (dice un crítico célebre), es una melancólica contemplacion del viejo mundo oriental, que reune la poesía del corazon, las tristezas del espíritu, la esperanza de un alma nacida para el cielo, los profundos estudios del filósofo y las trascendentales predicciones del político. Todo se encuentra allí en su debido órden, segun el corazon y el alma del poeta. Su estilo es sencillo, elegante, sublime, segun lo piden el tiempo y las circunstancias.» Y sin embargo, la crítica ha dicho que no era un libro, tomando á la letra unas palabras del autor. «*En estas páginas no hallareis otra cosa que las impresiones fugaces y ligeras del viajero.*»—¡Quién habria dicho á Lamartine que se habia de interpretar tan mal su modestia!

El *Viaje á Oriente* es un magnífico poema. No se puede leer este largo y penoso viaje sin esperimentar las mas profundas emociones de dolor y tristeza, sin tomar parte en las sensaciones del autor y acompañarlo en las vicisitudes de su alma. Ora escribe á la sombra de una palmera ó bajo las ruinas de un monumento destruido por los siglos; ora bajo una tienda azotada por el huracan al resplandor de una antorcha de resina; un dia en la celda de un convento maronita del Líbano; otro, entre las impresiones de los marineros, en una barquilla ó sobre la cubierta de un bergantin; en una palabra, aquel *album* de viaje es un traslado de la pasion, el placer, la esperanza ó el dolor que los ha dictado; es el alma del gran poeta en presencia de aquellas sublimes emociones; es el mundo oriental reflejándose en un clarísimo espejo.—¿Hay nada tan bello como la compañía de un grande hombre en esos viajes clásicos que todos deseamos hacer en la vida?—¿Quién no ha dicho mas de una vez?—«Si yo fuera príncipe, haria una peregrinacion á la Tierra Santa; visitaria aquellos sagrados lugares ilustrados por los mas sublimes misterios; veria con mis propios ojos la cuna y el sepulcro de Dios, las huellas de sus pasos, las piedras en que reposó su cabeza. ¡El Calvario! sublime teatro de su cruento sacrificio y de la gran redencion del género humano.—Pero estas cosas no caben tal vez en mi mente, vulgar y estrecha para abarcar tales impresiones; yo necesito del auxilio del genio; el genio solo es digno intérprete de tantas maravillas; yo deseo tener por compañeros de viaje á Chateaubriand ó Lamartine; ellos serán mis guias y maestros...» Pues bien, este deseo que forman todos los jóvenes se encuentra realizado con la lectura de sus obras; la de Lamartine lo satisface completamente. Tomemos por la mano á este viajero inspirado y procuremos seguir su poética correría.

Hace algunos años atravesó este mismo camino un grande hombre que llenaba ya el mundo con su fama; viajaba solo con un saco á la espalda y el báculo del peregrino en la mano. Este hombre era el autor de *Atala* y *René*; iba á pié y escribia al paso su poema de los *Mártires*. Lamartine viaja en un navío *suyo*, y lleva consigo á su mujer y sus hijos...¿Qué importa esto? El mundo no se ocupa de pormenores; solo sabe que Chateaubriand y Lamartine han pasado por aquellos sitios...

De Chateaubriand nada diremos. ¿Quién no conoce sus magníficas páginas? ¿quién no ha llorado con aquella santa y poética emocion que han dictado al gran escritor sus grandilocuentes frases? Chateaubriand escribe como los apóstoles. Lamartine como el mas inspirado de los poetas. No hay autor alguno que en las manifestaciones de su genio obedezca tan ciegamente á los caprichos del instinto. Es el viajero poeta por escelencia. Ora se detiene á examinar artísticamente unas ruinas y os deleita é instruye con profundas observaciones; ora se introduce en la tienda de un árabe, y pasa una mañana entera fumando y charlando con su huésped; otras veces corre al encuentro de una linda muchacha para admirar sus gracias y describiros su belleza; otras contrae amistad estrecha con Ibrahim-bajá ó el sultan, y refiere sus interesantes conversaciones. En suma; la lectura del *Viaje á Oriente* equivale á el mismo viaje hecho con Lamartine, menos las penalidades y gastos, y con la ventaja de poder saborear sus delicias.

La prosa de Lamartine es superior á la mas encantadora poesía. ¡Qué naturalidad, qué gracia, qué nobleza en la diccion! ¡Cuánta abundancia y riqueza en las descripciones! ¡qué inagotable interés en la narracion de su asunto! Así es que en cualquiera de sus libros se encanta el lector y no puede interrumpir la lectura. Si describe un personaje histórico conocido, le da tal novedad que no os acordais de haberlo visto en otra parte. Si os pinta una escena de la revolucion francesa, os olvidais de cuanto sobre ella han dicho los demás autores. Los *Girondinos* y *las dos Restauraciones* os embelesan; las *Biografías* y los *Pasatiempos literarios* os arrebatan é instruyen; sus demás obras os producen igual efecto. Ningun autor



ha llegado á poseer en tan alto grado esa mágia del estilo. Ningun orador le iguala tampoco en elocuencia. ¿Qué mortal ha logrado reunir tantas perfecciones ni alcanzado la oportunidad de ponerlas todas en juego? Como poeta arrebata al mundo con su lira y hace recordar los prodigios de Orfeo; como orador eclipsa á Ciceron y Demóstenes, y ejerce en una gran revolucion la dictadura de la palabra. Como patricio es comparable con Arístides, y Caton mismo no le escede en virtudes cívicas. ¡Y es ademas bello, esforzado, elegante, en un siglo que se paga tanto de las formas! ¿Cómo se esplica su insuficiencia política? ¿A qué debemos achacar su gran caida?... En nuestro juicio, á sus mismas cualidades; al contraste de su virtud con el espíritu del siglo. El quiso inaugurar una era de concordia y de paz en una sociedad devorada por las discordias civiles; aspiró á establecer el reinado de la justicia y la virtud en tiempos dominados por el interés y las pasiones; quiso dar á las relaciones diplomáticas un carácter de sinceridad radicalmente opuesto á sus añejos hábitos. Soñó, en su noble y poética mente, un mundo que en nada se parecia al mundo real, y su bella utopía se disipó entre lagos de sangre. Al poeta han reemplazado los hombres de Estado. La filosofía ha cedido el paso al gubernamentalismo. Napoleon III se sienta en el trono de Francia y Lamartine está reducido á escribir libros. La Francia no habrá perdido en el cambio; pero las letras han tenido una ganancia inmensa.

RICARDO DE FEDERICO.

GAETA.

La ciudad de Gaeta parece destinada á ser el teatro en que se desenlace la última escena de la campaña emprendida por Garibaldi contra el rey de Nápoles: no es por tanto estraño que cuantos siguen con interés el curso de los acontecimientos que se verifican en Italia, fijen su atencion en la plaza en que se ha refugiado Francisco II, y calculen su importancia y condiciones de resistencia. En estas circunstancias, el MUSEO UNIVERSAL no cumpliria con los compromisos que tiene contraidos para con sus suscritores sino publicase una pequeña descripcion de Gaeta.

Forma esta ciudad una península bañada por el mar Tirreno. Está situada al pié de una montaña en la provincia llamada Tierra de Labor á doce leguas Noroeste de Capua, quince Noroeste de Nápoles y veinte y ocho Suroeste de Roma. Gaeta tiene grandes recuerdos históricos como puerto marítimo y como plaza de guerra de primera clase. Estrabon atribuye la fundacion de Gaeta á una colonia griega que viniendo de Samos se estableció allí despues de una larga navegacion, dándole el nombre de Caieta por la curba ó concabidad que presenta la costa. Virgilio nos dice que Gaeta tomó su nombre del de la nodriza de Eneas que murió allí. Sea de esto lo que quiera, esta ciudad llegó á adquirir grande importancia bajo el protectorado de Roma: en el siglo VII se hallaba bajo la dependencia de duques soberanos. Antiguas crónicas, hablando de la importancia de Gaeta, consignan que por los años de 1191 batia moneda y armaba buques. Hoy es capital de distrito y de canton de la provincia de Labor y residencia de un obispo sufragáneo del de Capua. Los arrabales de Borgo, Castellone y Mola, en el camino de Nápoles, mucho mas populosos que la ciudad, se dilatan por la costa á una distancia de media legua. La poblacion de la ciudad es de dos mil setecientos habitantes y la de sus anejos ó arrabales de nueve mil seiscientos cincuenta. Gaeta tiene una hermosa catedral cuya fundacion se atribuye al emperador Barbarroja, que fue por mucho tiempo visitada por los peregrinos. Este es el único monumento notable que posee si se esceptúa el sepulcro del condestable de Borbon, muerto en el asalto de Roma en 1528, monumento erigido en 1628 por el príncipe de Ascoli. Como plaza fuerte, Gaeta es, á no dudarlo, la llave del reino de Nápoles por la parte que mira á los Estados Romanos. Fortificada asi por su posicion ventajosa como por sus murallas, es imposible penetrar en su recinto sin sostener un sitio largo y regular. La fortaleza y sus fortificaciones, edificadas en su mayor parte sobre escarpadas rocas, fueron reconstruidas por Alfonso de Aragon en 1440 y aumentadas por el rey Fernando. El castillo es de forma cuadrada, muy alto y flanqueado por cuatro torreones que dominan la ciudad y sus ataques. La fortificaciones de la plaza que consisten en murallas, bastiones, reductos, se deben á Cárlos V, que dió siempre grande importancia á la conservacion de Gaeta. En la actualidad todas sus baterías, cuyo número pasa de cincuenta, son de grueso calibre; se halla bien abastecida y municionada, y puede mantener en su recinto mas de veinte mil hombres.

Es Gaeta célebre en la historia por los sitios que ha sostenido. El primero fue puesto por Alfonso V de Aragon, en 1433. Este asedio, mas que por sus consecuencias políticas, es notable por la moderacion y clemencia no muy usada en aquellos tiempos que manifestó el sitiador. Escaseaban los víveres en la plaza, y con el objeto de disminuir su consumo, se dispuso echar de ella á las mujeres, los ancianos y los niños; es decir, á todos los que en términos militares se llaman *bocas inútiles*. Aquella turba famélica de desterrados, abandonados á sus enemigos, conmovió el corazon de Alfonso V que los acogió en su campo haciéndoles partícipe de la racion de sus soldados.

El segundo sitio se verificó en 1707, y fue puesto por los austriacos que lo levantaron despues de tres meses de inútil asedio. En 1734 fue sitiada de nuevo Gaeta por las armas unidas de España, Francia y el Piamonte, á las órdenes del conde de Montemar. Cuatro meses duró el sitio, al cabo de los cuales la plaza se rindió por efecto de la desunion de los generales que en ella mandaban, que introdujo la indisciplina en las tropas. En 1799 fue Gaeta tomada por los franceses á las órdenes de Championnet, puede decirse sin espugnacion alguna.

Nadie ignora que Gaeta fue en 1849 asilo de Pio IX, y que dentro de sus muros se prepararon los trabajos para declarar dogma de la Iglesia el misterio de la Inmaculada.

LA IMPRENTA EN GALICIA.

Es comun creencia de los escritores gallegos, aun de aquellos que por su diligencia y sana perseverancia en buscar estas noticias, parecian estar mas lejos de semejante error, que la imprenta no entró en Galicia hasta el siglo XVI, cosa que á ser cierta, no daria gran idea del adelanto intelectual de estas cuatro provincias.

Pero como la verdad es otra, como Galicia tiene y puede contar entre sus glorias, la de haber conocido la imprenta en el mismo siglo en que este maravilloso invento empezó á difundirse en Europa, vamos á hacer una ligera historia de la imprenta en Galicia, por mas que la índole de este trabajo no nos permita estendernos lo que quisiéramos.

El obispo de Orense Muñoz de la Cueva fue el primero que dió, aunque errada, noticia de una edicion hecha en Galicia, asegurando *haber visto*, dice, un misal impreso en Monterrey en 1484, que llevaba al final el nombre del impresor y el del conde de dichos Estados que fue de los primeros que introdujeron la imprenta en España. El padre Mendez, corrigió el error poniendo la verdadera fecha que es la de 1494, y dando al mismo tiempo noticias mas detalladas del citado libro, cuyo título es como sigue:

«Missale impressum arte et expensis Gundisalvi Roderici de la Pasera et Johannis de Porres, sociorum cui finis datus Monti Regio D. D. Francisco de Zúñiga, dominante in eadem villa et comitatu anno MCCCCXCIIII, tertio nonas Februarii.»

Como se ve, pues, Galicia conoció la imprenta en el mismo año que Alcalá y Braga, y antes que Pamplona que la tuvo en 1496 y que Granada, Monserrat, Tarragona y Madrid, á cuyas ciudades no llegó hasta el 1499.

La época de decaimiento que atravesó este antiguo reino durante el período de la dominacion austriaca, el tener pocas ciudades populosas y el ser en fin Salamanca y Alcalá los dos centros científicos de España á donde concurria toda la parte occidental de la península fue causa de que la imprenta en Galicia no prosperase lo mismo que en aquellas dos ciudades. Sin embargo, segun el padre Florez, Vasco Diaz Tanco del Fregenal, imprimió en la ciudad de Orense y en 1544 las *Constituciones sinodales* de aquel obispado. Suena impresa despues en 1450 y en Mondoñedo la *Descripcion de Galicia* del licenciado Molina, edicion rarísima en letra tortis, que no hemos podido ver, ignorando por lo mismo el nombre del impresor, aunque creemos sea el mismo Agustin Paz que en 1553 publicó en aquella ciudad, y en letra tortis tambien, los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada.

Sin duda alguna un hijo de este impresor, ó algun pariente suyo llamado Luis Paz, debió trasladar su imprenta á Santiago, centro entonces del saber en Galicia, pues en 1601 suenan impresas en su casa unas *Constituciones sinodales de la iglesia de Santiago*, ignorando si habrá impreso tambien las *Constituciones de la Universidad de Santiago*, que llevan la fecha de 1602, pues carecia de portada el ejemplar que nosotros consultamos. Sucediendo lo mismo con la nueva edicion de dicha obra hecha en 1613, no sabemos si la haria el mismo Paz, ó si fue el nuevo impresor Pacheco, que ya en 1612 habia impreso la *Relacion de las exequias que hizo la Audiencia de la Coruña á doña Margarita de Austria*.

En 1628 suena ya en el mismo Santiago como impresor Juan Guixard de Leon, que imprimió la obra del doctor Mendez titulada de *Jubileo* y en 1631 una *Informacion* del padre Astorga. Desde entonces hasta 1700 viniéronse sucediendo diversas impresiones hechas en aquella ciudad, entre las cuales recordamos la de los *Páramos dirigidos al marqués de Viana* por Calasans, imprenta de J. del Canto, año de 1660, la que apareció en 1665 de las *Decisiones morales* del licenciado Manero, la del *Espejo seráfico* del padre Diaz, hecha en 1683, y la que cierra este período, que es una *Oracion fúnebre*, impresa en 1697, por Antonio Frayz, nombre célebre en los fastos de la imprenta galiciana por haber salido de sus prensas durante la mitad del siglo XVIII la mayor parte de las obras publicadas en Galicia.

Entrado el año de 1700 hallamos la obra del doctor Pallares, titulada *Historia de Nuestra Señora de los Ojos Grandes*, impresa entonces por Jacinto del Canto en la imprenta del doctor Frayz. En ella misma y por Francisco del Canto se imprimieron en 1706 los *Sermones de mision* del padre Boceta. En 1708, encontramos ya un nuevo impresor (1) Antonio Aldemunde, de cuyas prensas salieron en el citado año de 1708 un *Discurso moral* (anónimo), un folleto del doctor Varela, y el *Clarin de la fama* ó descripcion de unas fiestas reales celebradas en Orense. Siguió á Aldemunde A. Pedache, de cuya imprenta salieron en 1715 las *Fiestas compostelanas*. En 1723 aparece los *Divertimientos del púlpito* de Cerdido, que imprimió Frayz.—En 1726 imprime Aldemunde, el *Grano de Theologia moral* de Barbeito.—En 1728 Andres Frayz da á luz la obra de Ribóo á Seijas *La Barca mas prodigiosa*; Ignacio Guerra el segundo tomo de los *Anales de Galicia*, del doctor Huerta en 1736, segun las aprobaciones, pues en esta portada se omite el año de la impresion del libro, y Buenaventura Aguayo en 1747 las *Constituciones sinodales* del arzobispado de Santiago.—El mismo Andrés Frayz publicó en 1750 el tercer tomo del *Arbol cronológico* del padre Dominguez y en 1753 el *Método para formacion de tiempos* de Alvarez Sotelo.

De aquí en adelante solo una vez suena el nombre de Frayz y el de Aldemunde, aunque este último unido al de Aguayo, que es quien monopoliza la imprenta durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Ignacio Aguayo y Aldemunde imprimieron en 1759 el *Arte de relojes* de Rio; Santiago Aguayo en 1765 la *Defensa del marqués de Valladares* por Alvarez Neira.—Sebastian Montero y Frayz en 1769 la *Vida de don Juan de San Clemente*, hermosa edicion en papel marquilla, y por último Ignacio Aguayo publicó en 1775 los *Estorbos y remedios* de Somoza, y en 1788 una *Memorias sobre lienzos* de Cemul Jove y el *Derecho práctico* del doctor Herbella, tambien hermosa edicion en papel marquilla.

El movimiento literario de Galicia estaba como se ve reducido á Santiago durante los pasados siglos; por eso no estrañamos no hallar noticia de otras impresiones hechas en las demás ciudades de Galicia. Para juzgar de esta verdad, será necesario que digamos que las demás ciudades enviaban á imprimir á Santiago ó Madrid; asi sucedió con la *Historia de Lugo* que se imprimió en Santiago, y con las Relaciones de fiestas, sucedidas en Orense y la Coruña.

Débese aquí en parte el desarrollo de la imprenta á algunas corporaciones, que la protegian; la de Frayz pertenecia á la Inquisicion, la de Guixard á la Universidad; no recordamos en este momento con seguridad, qué convento de Galicia sostenia á su vez una imprenta, y hasta el arsenal del Ferrol tuvo la suya en donde vieron la luz en 1804 la *Descripcion económica de Galicia* por Labrada, y en 1806 una obra de *Señales marítimas*, preciosa edicion con láminas, que en nada desmerece de las célebres de Ibarra.

De las demás ciudades de Galicia, no hemos visto un solo libro, y por lo mismo no podemos decir en qué año conocieron la imprenta, bastando decir que la Coruña, no la tuvo hasta 1806, en que la viuda é hijos de Riesgo publicaron un *Discurso* del prior Tavanera. Sin embargo, como este trabajo es hecho con apuntes recogidos por nosotros mismos y con diverso objeto que el del presente artículo, no dudamos que tendrá muchas faltas, que solo el tiempo, nuevos trabajos y lo que otras personas mas competentes que nosotros en esta materia sepan, podrán corregir dignamente.

M. MURGUIA.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS (2).

UN BUQUE POR DENTRO.—LA CÁMARA.

V.

Jamás buque alguno dió principio á la primera singladura bajo mejores auspicios que el *Relámpago*.

Verdad es que la tardanza del ex-administrador de salinas de Castropol habia demorado algun tanto su salida; pero una vez fuera de puntas, ni el capitan, ni ninguno de los individuos de la tripulacion se acordaban ya de la impaciencia que, momentos antes les atormentaba.

El viento era fresco y favorable; el mar sembrado de esos pequeños copos de espuma que saltan y corren y se persiguen, á manera de ligeras y blancas cabretillas, y que anuncian en el mar cantábrico la existencia del Nordeste, no podia estar mas bello; el cielo y los horizontes se hallaban limpios y despejados por todas partes, y el bergantin, un tanto inclinado sobre el costado de estribor, hendia majestuosamente las inquietas olas, que salpicaban de espuma su gracioso tajamar y sus salientes muras, corriendo á un largo en vuelta del Noroeste para alejarse de la costa y poder gobernar en rumbo abierto y en popa asi que se hubiese perdido la tierra de vista, lo cual no debia tardar mucho tiempo en suceder, atendida la velocidad con que navegaba.

Mientras la gente de proa, terminadas ya todas sus

(1) Entiéndase que hablamos de Santiago.
(2) Véanse los números 3 y 4.



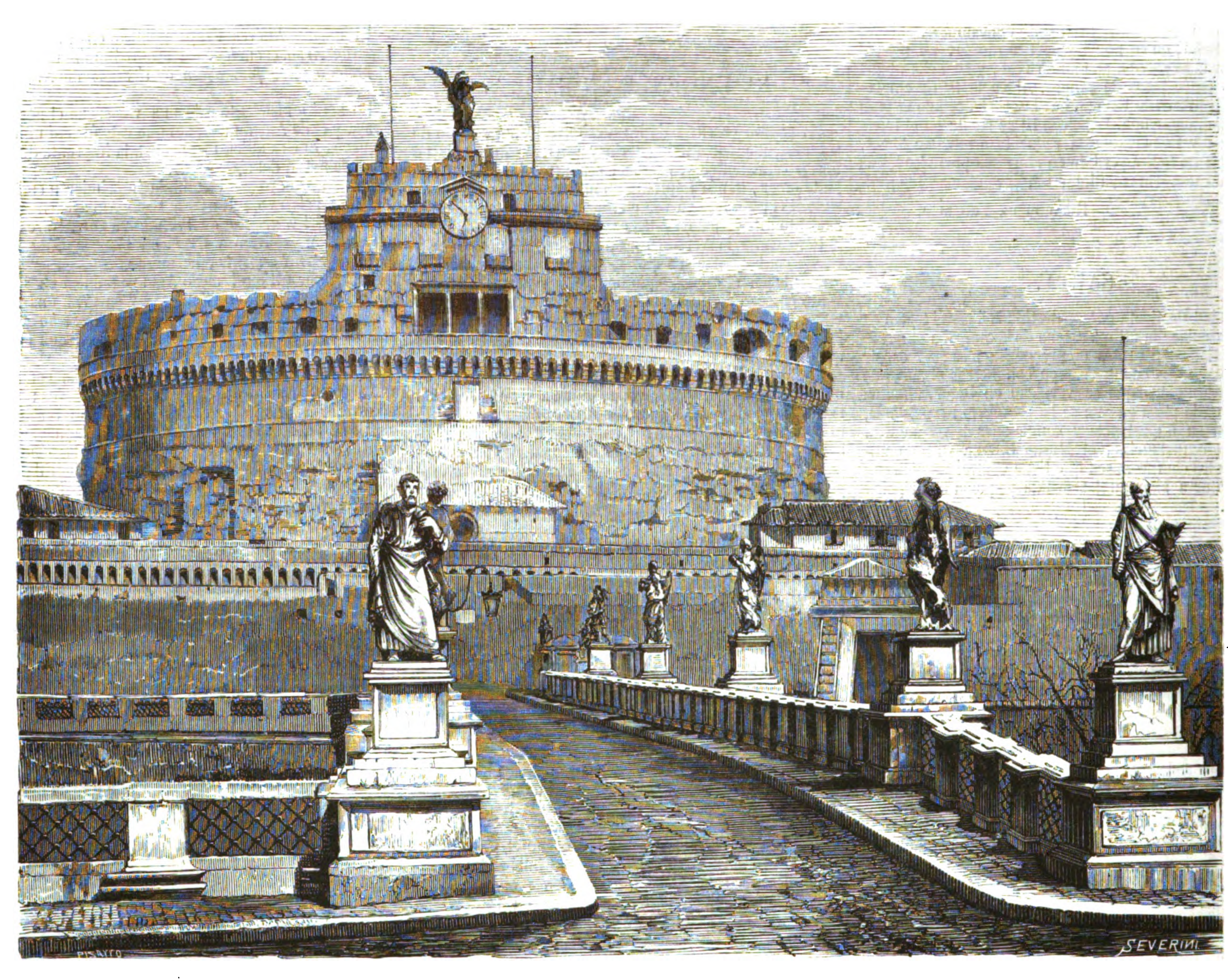
faenas y libre completamente de estorbos la cubierta, se entretenia en comentar bulliciosamente la *ligereza* y la *agilidad* sin igual de doña Pánfila, sazonando el recuerdo de la escena trágico-grotesca, que puso fin á nuestro artículo anterior, con dichos y ocurrencias picantes que arrancarian una sonrisa al mascaron de proa de un navío; en ponderar hasta una exageracion estremada lo abultado de la popa y lo firme de los cimientos de la buena señora, y en hacer resaltar la celosa agitacion de Argensola y el afan con que se apresuraba á sujetar el vestido de su carísima mitad para que los ojos profanos, á caza siempre de descuidos femeniles, no penetrasen mas allá de donde debian, el pequeño y flamante cocinero, el hijo querido de la sensible Adelaida, sentado á la puerta de la negra y reducidísima dependencia en que debia mandar desde entonces como soberano y en la que tendria que pasar la mayor parte del dia envuelto en una espesa y sofocante nube de humo, con la cabeza sumida entre ambas manos y siguiendo con su cuerpo todos los balancés y cabezadas del buque, pensaba en su buena y cariñosa madre y lloraba, como ella lloraria tambien en aquellos momentos, si bien cuidando de ocultar sus lágrimas y de aparecer sereno cuando pasaba á su lado algun individuo de la tripulacion, por no servir de blanco á la risa y al sarcasmo del bullicioso equipaje del *Relámpago*. ¿Quién sabe si la imágen de la tierna niña que acababa de entrar abordo pasaba tambien por su inocente imaginacion?

El contramaestre Monteavaro que contemplaba en silencio hacia unos momentos, arrimado al palo mayor y con muestras de marcada ternura, al niño que su amigo Cotarelo y la buena Adelaida habian confiado á sus cuidados y puesto bajo su inmediata proteccion, miró al sol que avanzaba rápidamente en su carrera, frunció sus negras y espesas cejas, y despues de vacilar unos instantes se acercó á Ceferino, le cogió cariñosamente por la barba y le obligó á levantar la cabeza.

—¡Estás llorando, voto á mil huracanes!—le dijo con mal fingida entereza.

El semblante del niño se cubrió de un vivo encarnado y sus ojos, medio enjutos ya, se humedecieron de nuevo y se fijaron anhelantes en el rudo marinero.

—¡No te avergüences, por San Telmo!—prosiguió este cada vez mas conmovido.—No te avergüences por San Telmo, y permita Dios que yo te vea llorar todos los viajes el dia que te separes de tu pobre madre, porque en eso demostrarás que la quieres, y el que quiere á su madre y llora y se entristece siempre que le vuelve la



CASTILLO DE SANT ANGIOLO EN ROMA.

popa, querrá tambien á su mujer, á sus hijos y á sus amigos y será un hombre de bien. Pero ¡qué diablo, muchacho! me parece que con tus lágrimas y con tus suspiros, por grandes y abundantes que sean y por bien que los adereces, no has de dar de comer á quince personas, capaces de trasbordar á sus estómagos la despensa del navío *Soberano*, si les cayera por la banda.

Iza ese cuerpo, ponte en rumbo cuanto antes, á pelar patatas, á limpiar el arroz y á remojar el bacalao, porque si dan las doce y no has preparado el rancho para la gente, y la comida de popa, no doy dos flechastes por tus costillas. La obligacion antes que todo.—

Ceferino se levantó, se limpió los ojos con su gorrito de lana, sacó del mar un balde de agua, llenó algunas cacerolas, sopló las hornillas con la boca para avivar el fuego, medio apagado ya, y se puso á preparar la comida, previas algunas instrucciones que recibió de su protector.

Dejémosle dentro del fogon cumpliendo con los deberes del cargo porque tanto habia suspirado y que tantas lágrimas ha de arrancar á sus ojos; pasemos al buque una revista minuciosa principiando por la cámara, y luego nos enteraremos de la salud de doña Pánfila que en tan mal estado dejamos al final de nuestro último capítulo. Queremos, ó nos proponemos al menos, dar á conocer al hombre de mar en todas sus fases y con la exactitud que nuestra escasa suficiencia nos permita, y no podríamos llevar debidamente á cabo este propósito si antes no hiciésemos una descripcion ligera de la vivienda en que pasa la mayor parte de sus horas luchando constantemente con los elementos, espuesto á mil peligros y sujeto á mil y mil privaciones.

Para aquellos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha ó la desgracia de pasar algunos dias encerrados en la cámara de un buque mercante que sus armadores no destinan á la conducion de pasajeros, la descripcion de la del *Relámpago* estará por demás, porque harto presente tendrán la que hayan ocupado; pero como no todos los que empleen una parte de sus momentos de ocio en recorrer las columnas del Museo habrán pasado por aquel trance, nos dispensarán los primeros que tomemos á estos por la mano y les conduzcamos, sirviéndoles de *cicerone*, á la habitacion principal del bergantin, y les enteremos, siquiera sea ligeramente, del uso y destino de cuantos objetos encontremos en ella dignos por cualquier concepto de llamar nuestra atencion.

En uno de los costados de ese poliedro cuadrangular que se eleva dos piés próximamente sobre el resto de la cubierta hácia la popa del buque, que tiene próximamente dos varas de largo por una y media de ancho y cuya mitad se halla cerrada por cristales, está la entrada de la cámara, formada por dos puertecitas laterales y una parte de la cara superior del poliedro que, á manera de trampa y plegándose hácia atrás sobre sus goznes, permitirá que tomemos la escalera sin necesidad de encorbarnos.

Si hay entre las personas que nos acompañan alguna hermosa que forme demasiado empeño en ocultar á los ojos profanos sus piés, que suponemos mas diminutos que los de una china, el primer tercio de sus piernas, dignas seguramente de servir de modelo para una Venus, y los elegantes y caprichosos bordados de sus enaguas ó los acerados arcos de su miriñaque, le aconsejamos que permanezca sobre el puente, porque la escalera desciende en forma de espiral hasta el interior del aposento que nos proponemos visitar, en él se encuentran el capitan y el piloto, que no son ciegos por cierto, y el ex-administrador de salinas de Castropol, que si bien se impacienta cuando otros contemplan las pantorrillas de su querida doña Pánfila, no tendrá seguramente á cargo de conciencia el contemplar por un momento las vuestras, y porque, á mas de estas razones que deben pareceros de gran peso, los peldaños son estrechos y angulosos y pudiera suceder muy bien que, por cuidaros demasiado de los bajos, dieseis con vuestro cuerpo en la cámara antes de tiempo ó rompieseis el techo de la claraboya con vuestros graciosos y delicados sombreros ó con el tul de vuestras mantillas, por no calcular con exactitud la estension de la línea vertical en que podeis moveros sin peligro de vuestras cabezas y sin causar en el buque averías que sus armadores no verian con demasiado placer.

¿Os decidís con todo á bajar? corriente. No separeis la mano derecha ni por un momento de esa barandilla que sigue todas las ondulaciones de la escalera, recoged al-



VISTA DE GAETA.

gun tanto el vestido, inclinad ligeramente el cuerpo hácia adelante y bajad sin recelo.

Ya estamos en la cámara.

Si la puerta que la pone en contacto con la escalera se cierra y os deteneis á medir sus dimensiones, hallareis que tiene unos diez piés de largo, ocho de ancho y cinco próximamente de altura; y debo advertiros que los armadores del *Relámpago* anduvieron pródigos, muy pródigos de local, al destinar para morada del capitan y del piloto una parte tan considerable del buque.

Ese cuerpo, rodeado en parte de cristales, que se eleva dos piés escasos sobre el techo general y que permite que un hombre pueda estarse de pié y con el sombrero puesto en el corto espacio que cubre, es la claravoya que nos facilitó la entrada á las escaleras.

Cuando el mar se inquieta, que lo hace, sea dicho en honor de la verdad, con demasiada frecuencia; cuando el viento sopla con impetuosidad y las embravecidas olas, no contentas con azotar los costados del buque, saltan sobre el puente y se estrellan con violencia contra cuantos objetos se oponen á su avasalladora marcha, los cristales de esa claraboya desaparecen bajo puertas de madera, cubiertas á su vez con una manga de lona embreada, porque, á pesar de la gruesa red de alambre que los cubre, desaparecerian hechos pedazos por los golpes de mar, y la cámara se inundaría.

¿Os parece que en estos casos la morada del capitan se quedaría en tinieblas? no por cierto: esos dos círculos trasparentes que veis en el techo á los dos lados de la claraboya, son la base de dos emisferios macizos de cristal que tendrán próximamente seis pulgadas de rádio y que se hallan incrustados en la cubierta. La claridad que trasmiten no es muy grande, pero basta y sobra para distinguir los objetos, y en caso de necesidad no faltan faroles á bordo.

Esos cajones fijos y cerrados, de un pié de ancho y pié y medio precisamente de altura, que á manera de asientos se estienden lateralmente del uno al otro estremo de la cámara, se llaman los pañoles y en ellos se guardan y conservan la galleta ó bizcocho, los víveres secos, las banderas y algunos otros objetos. Roban, es verdad, dos piés de anchura á la parte inferior del aposento; pero sirven en cambio de sillas y sofá, por mas que no esten demasiado blandos; y con tal que se hallen bien provistos ó *abarrotados*, como un marino os diria en su lenguaje, todo lo de más importa poco. En dos varas de espacio que quedan del uno al otro pañol bien puede un hombre pasearse y hasta darse á los diablos si las cosas no marchan á medida de su deseo. Mas estrechas son las sepulturas, y no se ha visto aun que ningun prójimo, una vez instalado en la suya, la haya abandonado por estrecha.



LAMARTINE.

Esos cuatro huecos apaisados abiertos en los dos lienzos laterales entre los pañoles y el techo, colocados dos á dos uno tras otro y cerrados con cortinillas de seda ó de percalina, son las entradas de otros tantos catres ó *literas*. En el primero de la derecha duerme el capitan y en el que se halla enfrente el piloto; los dos restantes inmediatos á la puerta y casi tocando con ella, se destinan á los pasajeros ó los ocupan el *tercero*, si el buque tiene necesidad de llevar dos pilotos, ó algun pilotin agregado que por deferencia de los armadores ó del capitan, lleva habitacion á popa.

Descorred las cortinas: el catre es un verdadero cajon en cuyo fondo se tienden un par de colchones y en el cual es preciso entrar de costado y con un poquillo de tino, si es que los sesos no han de ponerse en inmediato contacto con el borde superior de la entrada cuya anchura apenas llega, como veis, á dos piés. Una vez dentro el que le ocupe, no podrá estirarse á su placer ni moverse hácia los lados con demasiada prontitud sin peligro de aplastarse las narices ó las orejas contra las tablas que le limitan; pero en cambio si se incorpora, hasta el punto de levantar la cabeza un pié sobre las almohadas, podrá dejarse los sesos pegados en el techo. Pedir á bordo mas

ventajas, seria una solemne gollería, un esceso de sibaritismo verdaderamente reprensible.

Esos rollos de papel marquilla, esos cilindros cubiertos de bayeta ó de piel, esas cajitas casi triangulares, esas pequeñas jaulas de madera en forma de devanador que encierran dos pequeños conos de cristal enlazados por sus vértices que veis colgados en el techo y en las paredes interiores de las literas ocupadas por el capitan y su segundo son los planos ó cartas náuticas: los anteojos, los octantes ó sestantes, y las ampolletas ó relojes de arena, útiles ó instrumentos todos propios de la facultad y cuyo uso especial no puedo detenerme á esplicaros, pero con ausilio de los cuales dirige el marino su buque por medio de la inmensidad del Océano, sin caminos ni señales que puedan guiarle en su derrota y sin ver en torno suyo mas que cielo y agua á todas horas, con la misma seguridad, con el mismo acierto con que un cochero dirige su carruaje al través de las calles y plazuelas de una ciudad conocida.

En esos instrumentos van encerradas, digámoslo así, la seguridad del buque y las vidas de su tripulacion, y no es estraño por lo mismo que los encargados de velar por tan caros objetos los coloquen dentro de su camarote: los objetos preciosos y queridos cuanto mas cerca mejor.

¿Mirais esa porcion de animalitos que corren por el interior de las literas y entran y salen por todas las rendijas como Pedro por su casa y se pasean tranquilos por las almohadas, por las sobrecamas, por los rollos de papel y por los instrumentos? Son polillas, cucarachas, cinifes y otros bichos por el estilo que, condolidos de la soledad en que el pobre marinero pasa sus dias y sus noches á bordo, se reunen á centenares ansiosos de hacerle compañía, de entretener sus ocios y de conservar en un estado admirable sus pantalones, sus gabanes, sus libros, sus planos y sus papeles. El buque salió hace poco tiempo del astillero y el número de estos buenos y caritativos animalitos es aun bastaste reducido; pero aguardad á que corran un par de años, dejadle que haga un viaje á las Antillas, venid á dormir despues á uno de estos catres y vereis qué noche tan deliciosa pasais en él.

¡Paso señores á ese habitante obligado de los buques!... No hay que asustarse, ni gritar, ni correr ofuscadas, mis hermosas y sensibles lectoras; es una pobre é inofensiva rata que viene á tomar razon de la cantidad y calidad de los víveres encerrados en los pañoles y á dar una vuelta por las alhacenas y por la Santa Bárbara. ¿Os parece demasiado grande y atrevida? asi es; pero en cambio no habrá mas que una docena de centenares en el buque y se las encuentra en el camarote de proa, en la bodega, en la cámara, en los depósitos de víveres, en todas partes, en fin, y hacen su nido entre los forros del buque y se entretienen en disminuir á trechos la densidad de las tablas que forman los costados; pero en cuanto sienten á media pulgada de sus hocicos el frio y la humedad de las aguas esteriores, viran por redondo y á roer á otra parte.

Estos animalitos tiene una decidida aficion á los viajes marítimos; mas ¿ponerse en inmediato contacto con el mar? todo menos esto; no hay cuidado que una embarcacion se cuele por ojo á consecuencia de *rumbos* ó agujeros que las ratas hayan abierto por completo en sus costados; en cambio, tienen tal habilidad para afinar las tablas por la parte interior, que al menor choque, á la embestida mas insignificante ¡á Dios de mi navío!

¿Cómo entran á bordo, preguntais? perfectamente; aprovechándose de su agilidad gimnástica y en medio de la oscuridad de la noche, y aun durante el dia cuando ven que no hay en la playa ningun agente de seguridad naval que pueda exigirles la cédula de vecindad ni marineros sobre cubierta que les pidan el pasaje, suben por los cables que el buque tiene dados en tierra, saltan sobre el puente y se acomodan á bordo donde mejor les parece. Tambien suelen entrar ocultas entre la leña.

Cuando su número aumenta hasta el punto de comprometer la existencia del buque ó la integridad de su cargamento, se da un humazo en la bodega, se cierran herméticamente las escotillas, los buenos animalillos mueren asfixiados á centenares, se arrojan sus cadáveres al mar, y hasta otra.

Esa tabla de cuatro á cinco piés de largo por tres de ancho que en este momento pende de sus goznes en el lienzo principal de la cámara, es la única mesa de que se hace uso para toda clase de servicios. Cuando se la quiere poner en estado de ser utilizada, se la suspende hasta que queda horizontal, se fijan en el suelo las puntas de dos barillas de hierro sujetas en sus dos ángulos libres, y al avío. Si son dos las personas que han de comer ó trabajar en ella, los pañoles les sirven de asiento, y hasta pueden colocarse cuatro, sentadas dos á dos por cada lado; pero en pasando de este número, se arriman una ó mas sillas de tijera con los asientos de lona de las que habrá por ahí arrinconadas.

Abrid esa alhacenita que está encima de la mesa y cuya puerta forma parte de ese lienzo de la cámara: un tintero de cristal, incrustado en medio pié cúbico de corcho relleno en parte de plomo para que las cabezadas y balances del buque no le arrojen al suelo tan facilmente; una ó dos brújulas de repuesto, algunos papeles, unos cuantos libros, que os aconsejo, hermosas mias, mireis solo por el forro porque de seguro no habrá entre ellos un par de devocionarios, dos cajitas-espejos pertenecientes al capitan y al piloto, cepillos para limpiar la ropa y el calzado, navajas de afeitar, dos ó tres tarros de pomada, un pequeño botiquin cuyos medicamentos se emplean por lo regular á la buena de Dios y algunas otras bagatelas.

Ese cuadro que oculta mucha parte de la puerta de la alhacena es una imágen de Santa Filomena... ¿Os sonreis? los marineros, queridas mias, juran, maldicen y blasfeman que es una maravilla; pero en los momentos de verdadero peligro se acuerdan de los santos y rezan y suplican y hacen ofrendas, como tendremos ocasion de verlo en el trascurso de este desaliñado trabajo. Los dos cuadros laterales, que hacen compañía á la santa, son un plano general de pabellones nacionales y un cuadro de las banderas de matrícula de todas las provincias marítimas de España, sin los cuales ningun buque puede ni debe darse á la vela.

Abriremos ahora esas dos alhacenas mayores situadas al uno y otro lado de la puerta frente á la mesa. En la una, armas blancas y de fuego, hachas y algunos instrumentos de calafate de uso ordinario en el buque; en la otra, el servicio de mesa, algunas botellas de rom de Ginebra, de aguardiente blanco, de vino de Málaga y comun, un par de quesos de bola, dos ó tres piruleras de aceitunas, varios trozos de salchichon, un cajon de pasas y algunas otras golosinas. Son en resúmen el armero y la despensa de la cámara.

¿Os hace titeres esa trampa que se halla bajo vuestros piés en medio del pavimento? Es la puerta de la Santa Bárbara.

No huyais con tal precipitacion, hermosas mias: aunque encendiéseis sobre esa trampa una hoguera, no correríamos el menor peligro. En los buques de guerra es otra cosa; la oscura cavidad cuya entrada cierra esa puerta horizontal se halla en ellos *aborratada* de barriles de pólvora, de proyectiles y de materias inflamables, y una sola chispa desprendida del fuego de un cigarro podria hacer que el buque y cuantos en él estamos hiciésemos un viaje aéreo convertidos en pavesas; pero en los mercantes, la Santa Bárbara no tiene de terrible mas que el nombre: unos cuantos barriles de aguardiente, de vino, de aceite, de grasa y de alquitran, algunos víveres embalados ó encajonados, media docena de panales de sebo en forma de ruedas de molino, algunos rollos de filastica para componer los aparejos, estopa para calafatear los costados y la cubierta en caso de necesidad, quizás algunas cajas ó fardos del cargamento que no han podido acomodarse bien en la bodega, y una parte de los equipajes de la gente de popa y de los pasajeros; hé aquí lo único que encontrariais si bajáseis á ella.

Si hay por casualidad algun barrilito de pólvora será tan pequeño y se hallará puesto tan á buen recaudo, que podriais bajar sin zozobra hasta con una luz en la mano; pero como al fin el buque es de madera y todo ó la mayor parte de lo que en la Santa Bárbara se encierra arde ó se inflama sin gran dificultad, podeis serviros, por precaucion, de esos farolitos de talco colgados en una de las literas inmediatas á la puerta, colocad dentro la luz, y á descender cuando bien os parezca.

Pero no bajeis; esa cavidad se halla demasiado trasteada; el sebo y el alquitran no se han hecho para quitar manchas, y no hay mas escalera que un pié derecho en el cual se han clavado de trecho en trecho algunos taquitos de madera para apoyar en ellos los piés.

Ya habeis visto la cámara del *Relámpago* que es, con cortísimas variantes, igual á todas las cámaras de los buques dedicados al comercio que tengan próximamente el mismo porte. Habrá quizás algunas mas espaciosas y mejor adornadas, pero las mas son peores, muchísimo peores en todos conceptos.

Por la noche una lámpara, encerrada en uno de los frentes de la claraboya y que sirve á la vez en la mayor parte de las embarcaciones de mediano porte para iluminar la brújula, comunica claridad al aposento.

Pero advierto queridas mias que vuestras mejillas pierden por instantes la tersura y el color sonrosado que las hermoseaba cuando bajamos á la cámara y vuestros ojos el fuego y el brillo que les prestaban animacion. ¿Bostezais? ¡malo! ¡malísimo! el mareo está llamando á vuestras puertas. ¡Sobre cubierta! ¡sobre cubierta al instante! allí respiraremos un aire purísimo, la frescura del mar templará el ardor de vuestras sienes y la quietud el movimiento que está á punto de pronunciarse en vuestros estómagos; descansaremos unos momentos y cuando os hayais tranquilizado completamente, continuaremos visitando el *Relámpago*.

El brazo, y sobre cubierta.

EL CAPITAN BOMBARDA.

CASTILLO DE SANT ANGIOLO.

Uno de los mas notables monumentos que admira el viajero en la ciudad de Roma, es sin disputa el llamado *Castel S. Angiolo*, cuyos recuerdos históricos le hacen doblemente interesante.

Situado al pié del puente que lleva aquel nombre, y que antiguamente se llamaba *Elio* por haber sido edificado cerca del lugar en donde se hallaba el sepulcro de Elio Adriano, se levanta la pesada mole de aquella fortaleza á donde se retiró durante el saqueo de Roma por los españoles, el papa Clemente VII, con los cardenales, sus familiares y el general Rienzo, que tan mal habia sabido defender la ciudad eterna, de aquel ataque que dirigió el condestable de Borbon al frente de un ejército cristiano.

Este castillo está edificado, ó mejor dicho, fue primero la soberbia mole llamada de Adriano, levantada por este emperador á orillas del rio, y á imitacion del mausoléo de Augusto, para que á su vez sirviese á aquel emperador de sepulcro, donde reposasen dignamente sus cenizas.

De sepultura le sirvió en efecto durante algun tiempo; pero el hombre, cuya mano derrumba imperios, y deshace las cosas, al parecer mas eternas, no debia pararse ante tan pequeño obstáculo. Un sepulcro por mas que encierre las cenizas de un emperador, no es bastante para detener al hombre en sus proyectos. Belisario necesitó hacer de un mausoleo un castillo, y fortificó el mausoleo.

¿Qué dejan en pié las guerras? En uno de los asaltos de Roma, por los godos, los defensores de la ciudad eterna, arrojaron contra los enemigos las mejores estátuas que adornaban el sepulcro de Elio Adriano, consumando de este modo la triste obra de destruccion que está encomendada á los siglos, y que pocas veces se les permite llevar á cabo porque se le anticipa el hombre.

Los papas que despues de Pipino habian quedado señores de Roma, empezaron á fortificarle, y el primero que hizo de él una ciudadela, fue Bonifiacio IX, ampliándola los demás sumos pontífices que le siguieron, entre ellos Nicolás V, Alejandro VI, Pio IV que lo fortificó de una manera notable, y por último Urbano VIII que lo mejoró y proveyó de nuevos baluartes, terraplenes, fosos, y de toda clase de armas y municiones, quedando de este modo convertido en la mejor fortaleza de Roma.

A pesar de que la guerra se aviene mal con las bellas artes, Roma, que en todo era artista, revistió al castillo con todas las galas del arte italiano, y aquellos patios, y aquellas salas en donde debian resonar en caso dado los gritos de alarma y el ruido de los combates, se vieron muy pronto adornados y enriquecidos con las maravillas de la pintura y de la escultura.

Allí Rafael de Montelupo nos dejó sus hermosos estucos, y Girolamo Siciolante de Sermoneta sus preciosas pinturas; Pierino del Vaga llenó con notables composiciones históricas, una de las principales salas á la que Clemente XI mandó echar un magnífico pavimento de mármol, y otros artistas siguieron pintando con arreglo á los cartones que aquel habia dejado; y en las demás pintó asimismo el citado Pierino y demás ilustres artistas de su época y siguientes, entre los que se cuenta Julio Romano, el dichoso maestro del divino Rafael.

Entre las esculturas sobresalian un busto en mármol de Antonino Pio y otro de Pallade, ó segun otros de Roma.

Como castillo destinado á la defensa de la ciudad, su numerosa y riquísima armería era notable, en aquellos tiempos en que la fortaleza de Sant Angiolo servia en efecto de baluarte y defensa, no solo de la ciudad eterna, sino tambien del sumo pontífice.

Pero así como guardaba en dicha armería las armas materiales, así guardaba tambien en su archivo secreto los originales de las bulas mas notables, esas armas espirituales, con las cuales sujetó un tiempo el mundo el sucesor de San Pedro.

En el mismo archivo secreto, se guardaron largos años multitud de preciosos manuscritos, y entre ellos los originales de algunos concilios, entre los cuales se contaba el de Trento, aquel célebre concilio, cuyas difiniciones dogmáticas rigen en nuestra Iglesia.

La sala del Tesoro fue hecha por Sisto V y en el *Triregni Pontifici* se guardaron las alhajas de mas valor.

Esta fortaleza destinada á servir de amparo y defensa no solo de la ciudad de Roma, sino para asilo del sumo pontífice, se unia por medio de una arcada mandada fabricar por Alejandro VI, con el palacio del Vaticano. En un momento dado, pues, cuando el peligro fuese tal que el papa no pudiese residir con seguridad en su sagrado palacio, allí estaba el castillo, con sus fosos, con sus terraplenes, con sus muros de defensa, para prestarle un asilo mas seguro que el Vaticano. Por eso Urbano VIII prosiguió la obra de Alejandro VI, y puesto que se trataba de la seguridad del papa, mandó que dicha arcada se cubriese con un techo, mandó levantar y reparar los arcos caidos ó próximos á caer, y aun dispuso separarlo de las casas para mayor seguridad.

En medio del castillo se levanta un pequeño templo, á quien por su elevacion llamaron *Inter nubes*, que esta dedicado á San Miguel Arcangel *despues de su aparicion*, dicen los escritores romanos, *en el monte Gárgano en tiempo del pontífice San Gelasio*.

Se llamó á esta fortaleza, castillo de *Sant Angiolo*, porque en el año 595 dicen se vió allí un angel que guardando la desnuda espada, pareció indicar que debia cesar la peste que entonces affigia á Roma, ó mejor como opinan otros por la estátua en mármol de gran tamaño que representaba un angel, y que fue esculpida por Rafael da Monte Lupo, siendo despues sustituida por otra mayor todavía hecha en bronce, obra de Francisco Giardini, segun el modelo del flamenco Pedro Verchafselt.

Tambien fue conocida dicha fortaleza con el nombre de castillo de la *Roca* ó *Torre de Crescenzio* hácia los



años de 983, por haberla ocupado y agrandado notablemente su fábrica un tal Crescenzio Nomentano.

Antes de llegar á este castillo hay que pasar el puente llamado antiguamente de Elio y hoy del Angel, lleno en otro tiempo de multitud de preciosísimas estátuas, y que á la entrada de Cárlos V en Roma, fue adornado con catorce estátuas en barro, hechas por el escultor Rafael, estátuas reputadas por bellísimas, y que dieron ocasion al Bernini para hacer las que aun se ven hoy dia y que se levantan sobre los antepechos del puente.

Cuanto servicio prestaba al papa en los tiempos de guerra, se conoce bien cuando se lee la relacion del asalto y saqueo de Roma por las tropas españolas que mandaba el condestable de Borbon.

Cuando despues de amagar á Florencia el ejército cesareo, se dirigió á Roma, el papa oyó ya los tiros de arcabuz cuando pasaba el muro para refugiarse en el *Sant Angiolo*, «de tal manera, dice un testigo ocular de estos sucesos, que casi por espacio de cuanto se dijeran tres credos ó poco mas, dejaron de tomarle en palacio.»

A su abrigo pudo en aquella terrible ocasion, el sumo pontífice, desafiar algun tiempo las iras de los soldados españoles, aunque esto lo hizo mas bien con promesas y con conciertos, que no con la seguridad que le proporcionaba la fortaleza á la que pusieron cerco los soldados españoles. Sin embargo, durante su estancia en el castillo, padecieron toda clase de temores, pues las tropas de la liga que venian á socorrerles no lograron su intento.

Se conoce á qué triste estado se vió reducido el papa durante esta jornada, leyendo la relacion del cerco de Roma por el canciller Gatinara, en donde se dice: «Hube tanta compasion, señor, de ver al papa y cardenales con todos los que estaban en el castillo, que no fue en mi mano poder detener las lágrimas, porque aunque en la verdad con su mal consejo se lo han buscado y traido con sus manos, es gran dolor de ver esta cabeza de la iglesia universal, tan abatida y destruida.»

Tal ha sido en otros siglos y tal es hoy el magnífico castillo de que venimos hablando. Templo, fortaleza y palacio á la vez participó de todas las ventajas que el buen gusto y el lujo de una época de artistas habia introducido en todos los edificios de la Roma del renacimiento.

Hoy el viajero que busca en esta ciudad algo de aquellos tiempos de grandeza y prosperidad para el papado, se detiene ante la soberbia y magestuosa mole del castillo de *Sant Angiolo*, único asilo que en otros tiempos tuvo en Roma el sucesor de San Pedro, y medita en lo mudable y pasajero de las grandezas humanas. Hoy el *Sant Angiolo* no es mas que un monumento digno de admiracion; creémos que ha pasado para él el tiempo en que podia ser el baluarte y defensa de Roma. Al menos cuando el saco de la ciudad eterna por los españoles, el príncipe de Orange amenazó al papa con destruir el último asilo en menos de doce dias. Clemente VII que conoció en medio de su amargura, todo el valor de esta amenaza, se resignó con su suerte y firmó las capitulaciones.

***

EL ULTIMO RECUERDO.

El monasterio de Herbon ha sido siempre mas célebre por lo austero y rígido de la regla á que vivian sujetos los monges de aquella santa casa, que por el mérito artístico de su fábrica. Verdad es tambien que si esta no es tan notable que atraiga hácia el rincon solitario en que se alza, la multitud curiosa y las inteligencias entusiastas por el arte, la naturaleza ha desplegado en torno suyo tal lujo de hermosura que es imposible recorrer aquellos lugares pintorescos, sin admirarlos primero y sin amarlos despues.

Situado en uno de los mas apartados valles que se esconden á las miradas de los que costean la apacible ria de Padron, en una de las mas risueñas hondonadas de aquel valle, todo soledad y aislamiento, se alza como una sombra gigantesca, en medio de aquel mar de hojas y de ramas que intentan cubrirle, como la alta cordillera que le rodea silenciosa, y arroja en torno suyo todas las sombrías armonías de una naturaleza virgen.

El camino tortuoso, medio cubierto de yerba, las aldeas que se estienden á la ventura, bajo el abrigo de los cercanos montes, cuyas peladas crestas baña el sol que nace, la multitud de fuentes, cuyo derrame baja hácia el Ulla y engruesa su corriente, el bosque que rodea el monasterio, el aire de la cercana marina que viene hasta allí con sus frescos perfumes, el mar que deja oir su melancólico rumor, todo, todo hace de este lugar apartado, un encantado paraiso, á quien como hemos dicho ya, se admira primero y se ama despues.

Era á últimos del siglo XV.

Llegaba hasta aquel religioso retiro el rumor de una lucha en que Dios se puso ¡quién conoce lo profundo de sus designios!... del lado de los que no amaban el país que les viera nacer.

Los rayos de un apagado sol de otoño, se quebraban en las ramas casi deshojadas de los árboles del bosque: el silencio de la naturaleza, augusto, que parece convidar á la meditacion y á la melancolía, no era turbado ya por el parlero canto de las aves, á quienes los primeros frios hicieran alejarse de aquellos pintorescos lugares: el rio bajaba con mas rapidez, sonaba entre las guijas y las lluvias de noviembre, hicieron engrosar su corriente, cuyo ruido parecia vibrar en las descarnadas ramas de los robles; todo era silencio, soledad misteriosa, suaves encantos con que la naturaleza convidaba aquella mañana á todos los corazones soñadores, como si intentase sorprenderlos con nuevas y distintas bellezas ignoradas hasta entonces.

Era una mañana hermosa, el viento frio hacia agradable el sol, cuya luz alegre y llena de vida, se tendia por el suelo, cubierto de yerba húmeda, y hacia brillar las gotas de lluvia, suspensas en las hojas tembladoras, é iluminaba graciosamente las nieblas que se iban alejando de la orilla bañada por el rayo matutino.

Habia tanta hermosura en aquel paisaje y en aquella soledad, como nunca habian admirado dos monges que, caidas las capuchas de su hábito de San Francisco, á cuya órden pertenecian, y sumidos al parecer en una rara meditacion, se adelantaban por una de las mas ocultas sendas del bosque, hácia la orilla del Herbon que se deslizaba muellemente haciendo brillar sus ondas cristalinas.

Aprovechémonos de su silencio para dároslos á conocer.

Era el uno jóven, en cuya frente bañada por esa luz particular que parece hija de eternos roedores pensamientos, se ven esas ligeras arrugas, que una sola palabra cariñosa puede deshacer en un momento. Diríase muy bien, que su corazon hecho para las locas espansiones de la pasion, habia tenido que plegarse, y como si desconfiara hasta de sí mismo, como si temiera que él delatara su debilidad, que siendo la fuente de sus dulzuras, no se atrevia á amar por temor al pecado, temiendo que lo que en él era espontaneo, lo que le era querido, fuese para los demás que le rodeaban un mal pensamiento de que tenia que arrepentirse, habia ahogado aquel tesoro de ternura, que rebosaba, sin embargo, y que por lo mismo que se hallaba comprimido, esperaba el momento de romper su cárcel y desbordarse.

Era una de esas almas, que se hacen desgraciadas, que viven atadas al tormento, que se muerden á sí mismas—si se nos permite decirlo así—porque no pueden ser tan felices como ellas se sienten capaces de serlo.—Camine lentemente—dicen—el caballo que no se siente con brios para devorar el espacio en una sola carrera, pero atar al carro en que ellos hacen su curso diario, obligar á que les siga con la misma lentitud, aquel cuyas anchas narices, cuyo pecho nervioso, cuyas piernas aceradas, parecen hechas para no detenerse jamás, para no sentir la fatiga, para amar aquel vértigo, que no le deja conocer límites a su ansiedad, eso es una locura.

De doble edad que el primero, se adelantaba el otro monge, con paso débil y fatigado, encorvado el pecho, inclinada hácia adelante la cabeza y absorto en una meditacion mas profunda que la de su compañero.

En el uno la multitud de pensamientos, su rigor y el resuelto tropel con que se agolpaban á su alma, eran las mas claras señales de que aquel corazon no tuviera tiempo todavía para padecer bastante; en el otro se veia ya el alma agoviada por los años y por el martirio. El uno era el deseo, el otro el remordimiento ¡y los dos padecian!...

En su semblante demacrado, en sus facciones hundidas, en su frente ancha, pero cubierta de hondas arrugas, se conocia que el P. Juan, que así se llamaba en el claustro, habia sufrido, habia devorado en silencio alguna de esas amarguras, que parecen destinadas á romper los corazones mas fuertes. El brillo de sus ojos, la profunda vivacidad de su mirada, delataban al hombre de ingenio, oculto bajo el modesto hábito de lana, y escudado en el olvido de sí propio, contra el olvido de los demas. Habia interpuesto entre él y su pasado las puertas de aquella santa y apartada vivienda. Su nombre, que en el siglo habia sido entre sus contemporáneos un nombre ilustre, estaba ya olvidado de todos cuando él pidió un asilo bajo aquel techo protector.

¿Quién era? ¿de dónde venia? Nadie lo preguntaba allí.

—Soy un pecador, deseo la soledad, para que la oracion endulce el remordimiento de un pasado digno de eterno castigo—habia dicho al entrar.

—¡Seais bien venido!—le respondieron—aquí todos somos pecadores, todos oramos por el perdon de nuestras culpas.

Y habian pasado los años, sin que ninguno de aquellos hombres, intentase conocer el pasado de aquel cuya vida debia haber sido tan llena de vicios, como grande era su virtud desde el momento en que se habia acogido al abrigo del claustro.

Se conocia, al poco tiempo de examinar sus nobles facciones, que en su juventud aquel hombre debia haber sido hermoso. Todavía bajo el modesto hábito se adivinaba la esbeltez de sus formas, y la costumbre de caminar sumido en sus meditaciones no le despojara todavía de esa gracia y soltura en los movimientos que en el siglo habria sido sin duda una de sus dotes materiales mas dignas de envidia.

El llegar cerca de la orilla del Herbon, en un sitio en que el rio ensancha su corriente, y los árboles parecen haberse alejado para dejarle paso, se detuvieron ambos monges, rompiendo al mismo tiempo uno de ellos el largo silencio que habian guardado durante el paseo.

—Hermosa es la mañana—dijo—mirad padre que sereno está el cielo y el agua, y cuántos y cuán suaves ruidos finge el viento que acaricia como nunca esos pobres árboles sin hojas ya. Mirad como la naturaleza se regocija con ese sol que viene á animarla, cómo cantan los pocos pajarillos que han resistido los primeros frios, cómo todo nos convida á alegrarnos, á regocijarnos con ella. No, padre, Dios todo amor y hermosura, no nos habrá echado á la tierra para que pasen nuestros dias, y les amemos solo cuando se han estinguido, solo porque contamos ya con unas cuantas horas de vida menos; no, no pudo arrojar en torno nuestro tantas y tan grandes maravillas para que le admiremos solamente; él habrá querido que el hombre ame lo que él ama, que llene su corazon de amor y de felicidad y de alegría en la contemplacion de todo aquello que él ha vertido á manos llenas sobre el mundo, maravillas de las cuales, la mas pequeña, nos da á conocer nuestra impotencia...

(La conclusion en el próximo número.)

MANUEL MURGUIA.

LAS CACERIAS EN AFRICA.

JULIO GERARD.

(CONCLUSION.)

La noche estaba oscura como boca de lobo; mas sin embargo, se encaminaron, atravesando el bosque á un riachuelo estrecho y profundo, que corre al pié del Jebel-Krunega.

El leon lo atravesaba todas las noches por el único punto vadeable que se conocia.

Gerard decidió esperar á su adversario en el vado.

Los rugidos se oian cada vez mas próximos: el guia del denodado cazador estaba tan conmovido, que apenas tuvo aliento para decirle:—Este es el vado.

Gerard quiso reconocer la posicion; pero era tan densa la oscuridad, que todos sus arbitrios para conseguirlo fueron inútiles. Sin embargo, descendió á tientas hácia el arroyo, buscando con las manos alguna vereda practicada por el transito de caballos ó ganados: mas nada halló.

Era simplemente un vado muy encajonado y profundo, cuyos bordes parecian de difícil acceso. Felizmente encontró en el declive una piedra, empotrada en el terreno, que podia servirle de asiento á orillas del arroyo, y un tanto fuera del vado.

El guia, asustado por la densidad de las tinieblas, no cesaba de aconsejar á Gerard que se retirase por aquella noche; mas sin hacer caso de sus palabras, elegido ya el sitio donde iba á situarse, tomóle la carabina y le despidió.

Esto era precisamente lo que ansiaba el árabe; mas no atreviéndose á atravesar solo el bosque, sumergióse por decirlo así, en una espesura de lentiscos que crecia como á cincuenta pasos de Gerard, despues de haberle recomendado este no moverse, oyese lo que oyese.

Gerard se sentó en la piedra, y esperó.

La oscuridad continuaba siendo siempre la misma: reinaba un solemne silencio, interrumpido únicamente por el murmullo de las aguas del arroyo.

De quince en quince minutos, oiase cada vez mas perceptible el rugido del leon; semejante á un trueno que desgarrase la atmosfera, despertando los sonoros ecos dormidos en las montañas vecinas.

Julio Gerard, cerró los ojos y cuando cinco minutos despues volvió á abrirlos, vió un declive casi vertical, formado tal vez por alguna avenida del arroyo, cuyas aguas corrian entonces á mucha menos altura: á su izquierda, casi al alcance de la carabina, estaba el vado por donde debia pasar el rey de las fieras.

Gerard calculó, con esa sangre fria que solo se encuentra en los hombres de ánimo mas esforzado, que si lograba ver y disparar sobre el leon, hiriéndolo grandemente cuando este estuviera en medio del arroyo, podia esperar buen éxito de la campaña.

Serian entonces las nueve de la noche.

De pronto resonó un formidable rugido como á cien metros del campo: Gerard armó su carabina, apoyó el cañon en la rodilla, la culata en el hombro, fija la mirada en el agua y esperó.

Empezaba á parecerle molesta la posicion, cuando sonó en la orilla opuesta, frente por frente de él, un prolongado y sordo suspiro, muy semejante al de un hombre que agoniza.

Frio y tranquilo, á pesar de lo solemne del momento, levantó la vista en aquella direccion y descubrió clavados en él y brillantes como ascuas, los ojos del leon. La fijeza de aquella mirada, que brotaba una claridad pálida que no alumbraba ni aun la cabeza de la fiera, hizo refluir al corazon de Gerard toda la sangre de sus venas.

Pero su pecho, por un esfuerzo supremo de su voluntad, permaneció inalterable. Un momento antes temblaba de frio: en aquel momento el sudor inundaba su frente.

Y es que todo el que no haya contemplado á un leon adulto, en plena libertad, muerto ó vivo, puede creer en la posibilidad de una lucha, cuerpo á cuerpo y con arma blanca, contra el rey de las montañas y de los bosques.

Mas el que como nosotros, le ha visto grande, magnífico, indescriptible, dominando con su mirada las vastas





ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN HONOR DEL GENERAL PRIM EN BARCELONA. (DE UNA FOTOGRAFIA DEL SR. BUAUNECH).

estensiones del Africa, esparciendo con su rugido el terror en los ánimos mas esforzados, sabe que el hombre es para el leon lo que el indefenso ratoncillo en las uñas del gato.

Gerard, que nunca ha hecho gran caso del puñal, y que poco tiempo despues de la cacería que describimos, lo abandonó completamente, lo sacó en aquella ocasion, y lo clavó en la tierra al alcance de su mano.

Si el leon herido saltaba hasta él, y sus garras no le despedazaban instantáneamente, acaso buscando con la mano la region del corazon ó bien hiriéndolo en los ojos, lograria salir mutilado, pero con vida de aquella lucha.

Los ojos del leon empezaron á descender al mismo tiempo hácia el arroyo, aproximándose á Gerard. Este se despidió mentalmente de los seres que le eran queridos, ofreciéndoles vender cara la vida, y su dedo buscó dulcemente el gatillo.

En aquel momento, ha escrito Julio, me sentia menos conmovido que el leon, cuyas garras tocaban ya al agua.

Oyó su primer paso en el arroyo, cuya corriente era bastante impetuosa; despues, nada...

¿Se habia detenido?

¿Seguia avanzando?

Gerard se dirigia estas preguntas, haciendo inútiles y supremos esfuerzos para penetrar con la mirada el tupido velo negro que le ceñia, que lo ahogaba; cuando de pronto, cree oir á su lado, sobre el lodo de la orilla, el primer paso del leon que salia del agua.

¡En efecto!

Habia pasado el vado y subia dulce y lentamente la pendiente, cuando el movimiento que hizo Gerard, le detuvo.

Distaban uno de otro de cuatro á cinco pasos.

De un solo salto podia la fiera desplomarse sobre su enemigo y despedazarlo.

Es inútil buscar el punto, cuando los ojos no distinguen el cañon de la carabina.

Gerard hizo fuego á cálculo, levantada la cabeza y abiertos los ojos. A la llamarada vió una masa enorme, erizada, sin formas determinadas y un rugido espantoso desgarró el aire.

¡El leon estaba fuera de combate!

A aquel primer rugido se sucedieron unos gemidos sordos, pero amenazadores: la fiera se revolcaba en el lodo, á orillas del arroyo.

Despues reinó el mas profundo silencio.

Gerard, abandonó su puesto; reunióse á su guia y regresó al aduar; mas en toda la noche no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, sesenta árabes, á pié los unos y los otros á caballo, salieron en persecucion del leon, marchando Gerard con ellos.

En la orilla del arroyo encontraron un hueso como de una pulgada: el leon tenia una pata rota y debia distar poco de aquel sitio.

Descubierto una hora despues por los árabes, hízoles frente y corrió hácia ellos, dando saltos inmensos.

¡Gerard solo le esperó!

Estaba allí, magnífico, terrible, con la boca abierta, dirigiendo á todos amenazas de muerte, erizada la melena y caida sobre los ojos, estendido el cuello y cerradas las uñas.

Dió un salto de cinco pasos; otro salto y caia sobre Gerard...

Pero este no le dió tiempo.

Cuando la fiera levantaba la cabeza, sintióse herido por una bala, á una pulgada del ojo derecho; y rodó por el suelo.

¡El leon estaba muerto!

Tal fue la primera espedicion de Gerard contra los leones.

Terminaremos esta difusa narracion con el relato de otra de las espediciones de Julio Gerard, que se remonta al mes de febrero de 1850.

Diezmados los ganados de los Uled-lessi por dos grandes leones que se habian establecido en la vecindad, los árabes recurrieron á Gerard, conocido ya en la Argelia por las muchas atrevidas y siempre venturosas empresas contra los leones.

Gerard, como siempre, acudió al llamamiento.

Un jóven indígena, apenas adolescente, quiso acompañar á nuestro héroe en aquella ocasion. Gerard convino en ello; entrególe su carabina Devisne, y marcho al encuentro de los dos terribles adversarios que se proponia esterminar.

Despues de reconocer el terreno, eligió para situarse la cima de una roca, á la cual se llegaba por gradas sucesivas que parecian labradas por la mano del hombre.

El jóven árabe se sentó dos pasos á la espalda del cazador con órden espresa de este, de no moverse para nada y de entregarle armada la carabina, tan luego como Gerard hubiera disparado los dos cañones de la otra.

Algun tiempo despues aparecieron ambos leones como á cien pasos de la roca.

Uno de ellos descubrió á Gerard, y sin detenerse marchó directamente á él, no curándose al parecer de su compañero.

La fiera, cuyas miradas no se separaban un punto de Gerard, llegó á la primera grada y colocó sobre ella sus garras delanteras.

En aquella mirada tan inquieta y amenazadora á la vez, mostraba tanta cólera y decision, que el intrépido cazador, avezado ya á esta clase de espediciones, comprendió que debia apresurarse.

La situacion era crítica.

¿Qué iba á suceder?

Una de dos cosas: ó el leon quedaba instantáneamente muerto por el primer disparo, ó bien Julio Gerard á despecho de su destreza y de su bravura, antes de que pudiera juzgar del efecto de su disparo, iba á ser derribado de espaldas, cubierto por el leon y despedazado en mil trozos.

Si, á pesar de la impaciencia que brillaba en las miradas de la fiera, tardaba Julio en darle muerte, era muy posible que aquella, dando uno de esos enormes saltos que solo se comprenden teniendo en cuenta la gigantesca fuerza muscular del leon adulto, cayese sobre él y le destrozase antes de que hubiera disparado la carabina.

Felizmente el leon, se detuvo y volvió la cabeza para mirar á su compañero, presentando á Gerard, como blanco, la paletilla derecha.

Sonó el tiro y el leon rodó por el suelo rugiendo: quiso levantarse y volvió á caer.

Tenia rotas ambas paletillas.

Pero el otro leon estaba ya al pié de la roca, apoyando las garras en el segundo de los cuatro escalones, sacudiendo airadamente la cola, levantado y contraido el hocico, erizada la melena, chispeantes los ojos.

Su aliento semejaba el rugido de una tempestad lejana.

Recogíase ya sobre sus acerados jarretes para saltar y caer como una avelancha sobre Julio Gerard, cuando recibió una bala, algo mas arriba de la paletilla.

Doblegóse un momento, rugió y de un salto inmenso, se colocó sobre la roca que ocupaba Gerard, á dos pasos de este: el abrasado aliento de la fiera le quemaba el rostro.

Tomar la carabina de las trémulas manos del árabe, apuntarle al leon á la sien, hacer fuego y dejarle muerto como si le hubiese herido un rayo, fue obra de un instante.

Con un segundo de retardo, Gerard y el árabe habrian sido aniquilados, destrozados por el herido y encolerizado leon.

Dióse el golpe de gracia al primer leon, que aun vivia, y poco despues, nuestro héroe fue conducido en triunfo al aduar mas próximo de los Uled-lessi.

Dígasenos despues de haber leido el capítulo precedente, si es posible ocuparse de las cacerías en el Africa, sin ver aparecer grande, magestuosa y serena, la figura de Julio Gerard, sentado al pié de un lentisco, ceñido por las mas espesas tinieblas, á solas con su carabina, esperando á la mas terrible y poderosa de todas las fieras, para luchar con ella y darle muerte, consumando una proeza que bastaria á glorificar á cualquiera hombre, sin mas testigo que Dios, ni mas ayuda que su corazon de roca, su infalible mirada, su temerario arrojo y una sangre fria sobrenatural.

Por eso hemos creido que le correspondia en nuestro relato un puesto de honor, seguros del que el lector, á pesar de lo desaliñado del estilo, leeria con emocion y vivo interés el relato detallado y completamente verídico, de esas dos notables campañas de Julio Gerard; del invencible cazador que ha dado muerte á mas de sesenta leones, con riesgo de muerte y esponiéndose á ella, no por otro premio que la satisfaccion de ser útil á sus semejantes.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

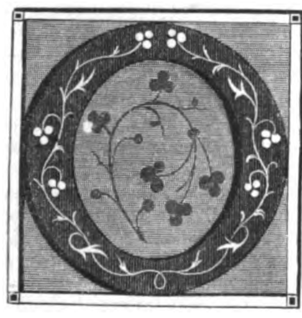
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 40. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 30 DE SETIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Obligado Lamoriciere por el ataque de fuerzas superiores á dar una batalla en condiciones desventajosas, ha visto derrotado su ejército por los piamonteses á las órdenes de Cialdini, y ha tenido que refugiarse en Ancona con unos cuantos ginetes que lograron abrirse paso entre los enemigos. A esta victoria de las tropas de Victor Manuel, ha seguido su entrada en varias ciudades importantes, como Civita Castellana, Cornetto, San Leone. Civita Castellana, tiene cinco mil habitantes, y se halla situada á unos ocho leguas de Roma, sobre una escarpada altura. La fortaleza que la defiende, y que ha caido tambien en poder de las tropas de Victor Manuel, es buena como punto de apoyo. Cornetto está á tres leguas de Civita Vecchia, á la izquierda del rio La Marta. San Leone, en la legacion de Urbino, tiene tambien un fuerte.

Inmediatamente, despues de la derrota del ejército pontificio, de cuyos batallones unos han quedado prisioneros, otros se han dispersado completamente y otros se han refugiado en Ancona, ha sido cercada por mar y tierra esta plaza, y han comenzado á obrar las baterías de sitio. Ancona es una ciudad de treinta y dos á cuarenta mil habitantes, situada en la pendiente de una colina, que se adelanta hácia el golfo de Venecia, y defendida por un castillo y otras varias fortificaciones, que la constituyen la mejor plaza fuerte de los Estados Romanos. Dista de Roma treinta y dos leguas y seis de Macerata. Creese que Lamoriciere ha salido de ella, antes del sitio, con el objeto de reunir los restos dispersos de su ejército, y unirlos á los del rey de Nápoles que se mantienen entre Gaeta y Capua. Con el fin de cortar las comunicaciones entre estas dos ciudades, las tropas de Garibaldi se encaminaron hácia Volturno, y en Cajazzo han tenido un encuentro con las tropas reales, del cual han salido estas nuevamente derrotadas.

Aquí llegan las noticias recibidas de Italia hasta el momento en que escribimos estas líneas. Los rumores adelantan mas. Se supone, aunque no sabemos con qué fundamento lo dicen algunos periódicos, que en el Sacro Colegio ha empezado á emitirse la opinion de que convendria al Padre Santo salir de Roma; refugiarse, bien en Francia, bien en Austria ó bien en España, para no autorizar con su presencia los sucesos, que se verifican en la Romanía; y protestar desde su asilo como en 1848 protestó desde Gaeta. Si esta resolucion llegase á prevalecer en el ánimo de Su Santidad, los franceses, no teniendo ya nada que hacer en Roma, al decir de los periódicos del vecino imperio, se retirarian, y los sardos y los garibaldinos no encontrarian entonces ningun obstáculo para proclamar desde el Quirinal la unidad italiana, segun la espresion que se atribuye á Garibaldi. Pero esta política es contraria á la que hasta ahora ha seguido el gobierno de Roma, que al parecer se ha propuesto resistir hasta lo último sin hacer ninguna clase de concesiones. La retirada seria una concesion que le agradeceria Victor Manuel por las dificultades que pudiera ahorrarle.

Otro rumor es el que supone que en una conferencia que los monarcas de Rusia, Austria y Prusia van á celebrar en Varsovia, se restablecerá la Santa Alianza para poner coto, dicen sus amigos, á los escesos de la revolucion, y no dejarla levantar la cabeza en ningun punto de Europa. Que van á celebrarse conferencias en Varsovia es indudable: lo que dudamos es que tengan el objeto que se supone y todavía menos el resultado que se espera.

No acaban aquí los rumores: se dice con misterio que por noticias recibidas por conducto de Rusia se ha sabido que los anglo-franceses han esperimentado una nueva y terrible derrota en su tentativa de remontar el rio Pei-ho, en la China. Sabido es que el año pasado los enviados ingleses y franceses, que debian ir á Pekin para la ratificacion del tratado hecho con el emperador chino, se empeñaron en subir con sus escuadras por el rio Pei-ho, que desembocando en el mar, es navegable bastante tierra adentro hasta unas cuantas leguas de la capital. Los chinos se resistieron á dejar pasar fuerza armada y propusieron que pasasen solamente los embajadores y sus criados. Los enviados francés é inglés se negaron á acceder á esta propuesta y quisieron forzar la entrada del rio: pero su escuadra fue deshecha y derrotada delante de las fortificaciones de Ta-ku, ciudad de la embocadura, por el general tártaro Sang-ko-lin-sin con un sin número de tropas. Francia é Inglaterra, en vez de desaprobar la conducta de sus enviados que daban motivo á una nueva guerra, se propusieron domar el orgullo de los chinos y aprestaron una nueva espedicion que subiera por el Pei-ho y derrotar á Sang-ko-lin-sin. Esta nueva espedicion es la que se dice que ha sido otra vez derrotada al querer forzar la embocadura. La noticia ha venido por Rusia, conducto un tanto sospechoso: sin embargo, no nos parece inverosimil. No es fácil desde tan larga distancia disponer los elementos necesarios para vencer tropas que aunque malas en sí y peor organizadas, tienen sin embargo la ventaja de su inmenso número y no son del todo estrañas al conocimiento y manejo de las armas de fuego y de la artillería. Mucho celebraremos que la noticia sea inexacta: entre los chinos y los europeos nuestra simpatía está por estos últimos, aunque no aprobemos la conducta de sus gobiernos en la cuestion de que se trata.

La córte de España continúa su viaje sin novedad fuera del ligero accidente acaecido á la reina al salir de las Baleares para Barcelona. Un palo del toldo bajo el cual se hallaban las reales personas, cayó hiriendo en la cabeza y lastimando el rostro á S. M.; pero segun los partes de los médicos esta herida no ha tenido consecuencias y la reina se ha restablecido al momento. En las Baleares los obsequios han sido grandes: en aquella provincia no se habia visto un rey, á no ser en la moneda, desde la época de Cárlos V, es decir, desde el fundador de la dinastía que precedió á la actual. De Mahon véase lo que dice una carta del 17 escrita por un cronista semi-oficial que va siguiendo la espedicion para historiar los acontecimientos.

«Por la tarde bajamos al muelle á esperar á la reina, pero la reina no venia: en vano las autoridades, reunidas en un lindo desembarcadero que se habia preparado, enviaban una tras otra lanchas á la entrada del puerto; en vano todas las miradas se hallaban fijas en las torres de señales, y los oidos atentos para escuchar los primeros cañonazos, todo era en vano; los comisionados volvian sin haber descubierto nada; las torres continuaban impasibles y los *broncineos tubos*, como decia aquel poeta laureado que tú y yo conocemos, permanecian mudos. La ansiedad que se retrataba en todos los semblantes, llegaba ya á su colmo, y las mas negras ideas comenzaban á apoderarse de los que con tanta paciencia aguardaban el momento tan ansiado, cuando se recibió un despacho fechado en Ciudadela, y en el que se anunciaba que obligada por causa del temporal á tomar tierra la escuadrilla,

lo habia hecho en aquel punto, distante de este cinco leguas, y de donde vendría aquí por tierra.

»Esta noticia que circuló en brevísimos instantes por toda la poblacion, hizo que volviese la calma á los espíritus, tan inquietos poco antes, y que se retirasen los mahoneses, mejor diré los menorquines, pues toda la isla se hallaba hoy en Mahon, á sus casas, si bien no completamente satisfechos porque se retardaba una noche mas el instante que tanto apetecian, alegres y contentos desde que supieron que su reina no corria ya peligro alguno.

»Mas no pararon aquí las desgracias que tenian que esperimentar, pues levantándose casi de improviso un vendabal furioso, echó por tierra los bellísimos arcos y graciosos adornos con que todas las calles de la poblacion se veian engalanadas, y ahora que son las once de la noche, estoy sintiendo caer rotos al suelo los que se hallaban dispuestos en este barrio. ¡Pobres habitantes de Mahon que ven destruido en un momento el trabajo de muchos dias, con el que esperaban hacer mas agradable su poblacion á los régios huéspedes que venian á honrarla!

»¡Quiera Dios que al amanecer se calme el viento como me han pronosticado algunos marineros, y que puedan improvisar nuevas galas, ya que Eolo no ha querido respetar las que tenian preparadas!»

Este mismo golpe de viento destruia en Barcelona otros arcos magníficos, ocasionando sus ruinas algunas desgracias segun han dicho los periódicos. Pero por la mañana cesó en efecto la furia de Eolo, como dice el cronista, y todo pudo arreglarse para la solemne entrada, sobre la cual añade el mismo autor:

«Describirte el efecto que causó en Mahon S. M., seria una tarea para la que no me siento con fuerzas suficientes, y renuncio á intentarlo siquiera desde ahora. Aquella alegría, aquel entusiasmo rayaba ya en locura, y yo ví correr por los rostros de marinos, endurecidos por la tempestad, lágrimas de placer y júbilo, y los ví enronquecidos ya de tanto gritar ¡viva la reina! agitar en el aire sus sombreros, lanzando inarticulados sonidos, que la multitud, sin embargo comprendia, puesto que contestaba con un inmenso *¡viva!*

»Asi llegaron los reyes á la casa que se les tenia dispuesta, pero no quisieron entrar en ella sin elevar antes sus oraciones al Altísimo, lo que hicieron en la principal iglesia de Mahon, donde se cantó un solemne *Te Deum*, acompañado por el famoso órgano que los mahoneses aseguran es el mejor del mundo.

»Desde allí regresaron SS. MM. á su habitacion, acompañados siempre de aquella multitud, que no se cansaba de victorear, y que inundó la calle en que estaba el alojamiento de la reina, llegando su entusiasmo al frenesí cuando esta se asomó al balcon á presentarles el príncipe de Asturias.

»Por la tarde visitó S. M. un convento de monjas y dos hospitales, y por la noche, despues de una brillante serenata, hubo á la orilla del mar vistosos fuegos artificiales, apareciendo iluminados con luces de Bengala la mayor parte de los buques surtos en el puerto.»

Al dia siguiente, que era el 19, hubo besamanos general muy concurrido, como lo habia habido en Palma, y el 20 se embarcó la córte para Barcelona. En el embarcadero de Barcelona aguardaban las autoridades y corporaciones oficiales. El general Dulce, apenas llegó la comitiva á saltar en tierra, sacando la espada, dice un diario de aquella capital, dió un enérgico *¡viva!* á la reina á que contestaron los circunstantes. Despues de descansar un rato en el *sencillo*, *bien que elegante* pabellon levantado por órden del ayuntamiento, la comitiva se puso en marcha hácia la catedral en coches preparados al efecto. Se cantó en la catedral un *Te Deum* á toda orquesta y desde allí la reina se trasladó al palacio á cuyos balcones se asomó para el desfile de las tropas.

Aquella noche comenzaron las iluminaciones y festejos, las unas vistosísimas y los otros suntuosos. Los corresponsales escriben entusiasmados y anuncian las mas gratas impresiones para la espedicion que se proyecta á Monserrat.

Celebraremos que todo vaya á medida del deseo; y dando aquí punto por hoy á esta relacion, con propósito de continuarla en la semana próxima, pasemos á hablar de teatros.

En el del Príncipe desde que ha comenzado la temporada se han dado una comedia y un drama *nuevos*, que si como han sido arreglos del francés, hubieran sido originales buenos y bien ejecutados, nada habrian dejado que desear. *Lo que se ve* y *lo que no se ve* es el título que el arreglador ha puesto á la comedia; lo que se ve es que una jóven que se cree viuda asiste á los bailes y saraos, y se muestra alegre y satisfecha; lo que no se ve es que semejante concurrencia á las diversiones y semejante alegría no tienen mas objeto que ocultar su pena á la madre del difunto, que por lo demás es ciega y no puede ver correr las lágrimas. Ejemplo interesante ofrecido á las viudas jóvenes que traten de ocultar su dolor á sus suegras ciegas. Otra jóven, viuda realmente, llora en público y se alegra en secreto, formando contraste con la anterior. Se sobreentiende que en todo esto juegan dos militares del imperio ó de la guerra de Africa, manantiales fecundísimos á donde acuden los dramaturgos españoles y franceses. Al fin el supuesto difunto resucita y el vivo se casa con la verdadera viuda; solo la ciega y el público se quedan á buenas noches. La Teodora obtuvo aplausos en algunas escenas; la Boldun será pronto una actriz de mérito; y Delgado estaba en su papel.

Un *Drama de familia* es el título del drama estrenado la otra noche, arreglo tambien del francés.

Un general ya anciano y que tiene un hijo capitan de cazadores, se casa con una jóven. Esta jóven antes de casarse amaba y era amada de un discípulo de Galeno, escelente profesor en la ciencia de curar, el cual la salva la vida y vive como médico agregado á la familia del marido. Pues señor, el médico, que es el traidor en este drama, persigue á la esposa del general, no sin que llegue á sospecharlo el asistente. Aparece el hijo y desde un cenador del jardin oye parte de un coloquio entre el médico y la enferma del corazon: trata de vigilar á su madrastra y ronda su cuarto por la noche, perdiendo en el jardin una cartera que sin duda se le cae mientras hace apuntaciones á la luz de la una; pero el asistente que la atisba escondido, la recoge y se la da al padre. El general entra en sospecha contra su hijo: terrible escena paterno-filial; otra entre el médico y el capitan de cazadores que se retan á muerte; otra en fin, entre la esposa y el hijastro que providencialmente escondido tambien oye el padre. Todo se descubre en el tercer acto, y todo se precipita, incluso el traidor que se arroja por una ventana perseguido á tiros por el asistente, y que va á caer en brazos de una fragata francesa. El segundo acto tiene algunas escenas de efecto; pero en general el drama es bastante malo como habrá podido observar el lector por lo dicho. La Teodora y Delgado sin duda no le creian de su cuerda, pues no trabajaron en él. Calvo estuvo muy bien en su papel de general; los demás regularmente.

En la Zarzuela se han representado con el título *Nadie se muere hasta que Dios quiere*, unos diálogos del señor Serra, lo que quiere decir que son chistosísimos y llenos de pensamientos. El género no nos gusta; pero ¿á quién no agradan los pensamientos tan bien espresados y los chistes tan delicados y oportunos del señor Serra?

El juguete titulado *Una comida de campo*, se aguó como suele suceder en estas comidas.

En el Circo hay una compañía de zarzuela que no carece de mérito; y el jueves puso en escena la ópera bufa *Campannone*, traducida del italiano por los señores Frontaura y Rivera. El libreto abunda en chistes y la música agradó mucho. La ejecucion buena, distinguiéndose la Santa María y la Di-Franco.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPULSION DE LOS JUDIOS DE ESPAÑA.

SITUACIONES POR QUE PASARON DESDE QUE SE ESTABLECIERON EN NUESTRO PAIS.—DATOS HISTÓRICOS.—INTOLERANCIA DE AQUELLOS TIEMPOS.

Aunque se crea que la venida de los judíos á España tuvo lugar al ser destruida Jerusalem por las huestes de Tito, en que aquellos se desparramaron por todo el mundo conocido; el cánon 49 del Concilio Iliberitano, es el primer documento histórico en que se habla de judíos en España; y ya en él y en el 50 se procuraba separar á aquellos del trato con los cristianos.

A pesar de estas disposiciones, los judíos habrian llegado con el tiempo á ser los verdaderos dominadores de los godos por la posicion ventajosa que en artes é industria habian alcanzado respecto de aquellos; pero ya en el Concilio III de Toledo, cánon 14, se empezó á conjurar la tormenta que amenazaba alejando á los judíos, de los cargos públicos, y prohibiéndoles tener mujeres, mancebas ó esclavas.

Esto contrariaba las miras y las aspiraciones de los judíos, pero careciendo estos de fuerza para resistir abiertamente, apelaron al sufrimiento y á la astucia que se puso efectivamente á prueba, habiéndose dispuesto en el Concilio IV de los de Toledo, cánon 60, que *fueran sus hijos separados de ellos á fin de que se les instruyera en la religion cristiana.* Es de advertir que ya antes se habian resignado á vivir en barrios separados de los que habitaban los cristianos, y que mas tarde se llamaron *juderías.*

La primera espulsion de los judíos de España, tuvo lugar el año 620 en tiempo de Sisebuto. Oigamos sobre el hecho á Mariana que en el libro VI, cap. II de su *Historia general de España*, dice lo siguiente:

«Aceptó este consejo Sisebuto (el del emperador de Constantinopla Heraclio, de que espulsara á los judíos), y aun pasó mas adelante: porque no solamente los judíos fueron echados de España y de todo el señorío de los godos, que era lo que pedia el emperador, sino tambien con amenazas y por fuerzas los apremiaron para que se baptizasen; *cosa ilícita y vedada entre los cristianos que á ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad*; y aun entonces esta determinacion de Sisebuto *tan arrojada* no contentó á los mas prudentes, como lo testifica San Isidoro.»

. . . .

«Publicado este decreto, gran número de judíos se bautizó, algunos de corazon, los mas fingidamente y por acomodarse al tiempo: *no pocos se salieron de España* y se pasaron á aquella parte de la Galia que estaba en poder de los francos.»

Tiempos posteriores vinieron mas felices para los hebreos.

En los de Recesvinto hubo mas benignidad con aquellos, y Egica declaró nobles y *horros de tributos* á todos los que se convirtieran á la religion cristiana. Esto acaecia en 693.

Pero en el año 694 habian cambiado las cosas para los judíos. El mismo rey Egica que habia mandado reunir el Concilio XVII de Toledo, presentó á este un memorial manifestando la gran necesidad de echar de España á todos los judíos, si no se queria que fuera presa de los moros con quienes estaban confabulados, de acuerdo con los hebreos residentes en Africa. A este memorial se acordó que todos los judíos fuesen dados por esclavos, confiscándoles ademas sus bienes para que sintiesen mas el trabajo con la miseria, y arrebatándoles sus hijos luego que llegasen á la edad de siete años para educarlos conforme á las prácticas cristianas.

En el reinado de Witiza se deshizo toda esta obra.

Los judíos volvieron á España y adquirieron alguna mayor preponderancia de la que habian perdido, y cuando llegó el desastre de Guadalete, los judíos únicamente recordaron que eran odiados de los cristianos, y no esperimentaron el sacro fuego del amor patrio.

Vino el tiempo de la reconquista, y los judíos comenzaron á ser admitidos en las ciudades conquistadas, dedicándose al comercio y á la industria de que mas tarde fueron verdaderos monopolizadores *porque los dejaban solos al efecto*, si bien su condicion social y aun legal jamás llegó á compararse á la de los cristianos, merced al odio que al pueblo se inculcaba contra los hebreos, y que por primera vez se mostró en las célebres matanzas de Toledo contra los pobres hebreos, acaecidas el 14 de agosto de 1108, que el rey don Alonso no pudo ó no quiso castigar, como exigian la razon y el derecho de los ofendidos.

Lo mismo en el *Fuero viejo* que en las *Partidas*, está patente la tolerancia que se tenia con los judíos; pues si bien se ponia coto á los desmanes que pudieran cometer, so pretesto de religion, se les autorizaba para reedificar sus sinagogas, mandando se respetasen sus costumbres y ceremonias. Cítase como notable la siguiente cláusula de la ley 6, título 24, Partida 7.ª

«Otrosi mandamos que despues que algunos judíos se tornaren cristianos, que todos los de nuestro señorío los honren é ninguno non sea osado de retraer á ellos, nin á su linaje, de cómo fueron judíos, en manera de denuesto, é que hayan sus bienes é de todas sus cosas, partiendo con sus hermanos, heredando lo de sus padres é de sus madres é de los otros sus parientes, bien asi como si fuesen judíos; é que puedan haber todos los Oficios, é las honras, que han todos los otros cristianos.»

A ochocientas cincuenta y cuatro mil nuevecientas cincuenta y una ascendia el número de almas que formaban la poblacion judáica á fines del siglo XIII y principios del XIV, segun el *repartimiento ó padron de Huete*: pagando á los cabildos y prelados la suma de 2.564,855 maravedises, equivalentes á 25.648,500 dineros de la moneda antigua.

Andando mas los tiempos fueron los judíos ó ayudadores de los grandes ó auxiliadores del erario, pero siempre estuvieron envueltos, como todos los que algo valian y algo significaban, en tramas y conjuraciones, que cuando se descubrian los hacian mas aborrecibles al pueblo los que *interés* tenian en ello. Los judíos eran los únicos que comprendian la ciencia del comercio, siendo los esclusivos dueños del giro y de la banca. Es decir, que formaban el comercio de la alta banca, disponian de las rentas públicas de que en general eran administradores y esto bastaba para atraerles, aparte de su condicion, las iras del pueblo que pagaba y de los grandes á quienes prestaban gruesas sumas. Es decir, que el pueblo los miraba como esquilmadores de su sudor, y los grandes como redomados usureros.

Don Iusaph en el reinado de Alonso XI y *Samuel Levi* en el de don Pedro I de Castilla, son vivos ejemplos y palpables demostraciones de lo que se acaba de indicar, y de la proteccion de los reyes á los judíos.

En la guerra civil del reinado de este último sostenida contra don Enrique el *Bastardo*, pudo notarse que mientras que los judíos entregaban á este último la ciudad de Sevilla, eran cruelmente asesinados sus compañeros por otros partidarios de don Enrique en Toledo, pereciendo unos doce mil judíos por el fuego y el hierro, víctimas de su lealtad al legítimo monarca.—Vencido y muerto este, quedaron los judíos espuestos á las iras de los vencedores, y estas iras se sucedieron sin intervalo hasta el punto de que se concitase al pueblo desde el púlpito contra los infelices judíos.—Esta conducta dió su fruto.

En 1379 en tiempo de Enrique II sufrian los hebreos de Sevilla una horrible matanza, pareciendo que habia sonado la hora tremenda de su esterminio, y sin que para los que sobrevivieron hubiese justicia contra los perpetradores de semejantes crímenes: lo cual siendo ejemplo de impunidad, tuvo funesto eco en las juderías de Burgos, Valencia, Aragon, Barcelona, Córdoba y Toledo, robando y saqueando la muchedumbre las casas y tiendas y dando muerte á cuantos hebreos de cualquier condicion encontraban.

Las industrias y el comercio se resintieron bien pronto



de estos desastres, y España entera esperimentó la paralizacion en el desarrollo de la riqueza.

En el siglo XV se fue estrechando el círculo en que ya se veia comprimido el pueblo hebreo y el ordenamiento de Valladolid de 2 de enero de 1412, no tenia otra tendencia lo mismo que la bula de 11 de mayo de 1415 que reducia al último estremo al pueblo proscripto, como que se le prohibia ¡cosa rara! hasta la lectura del TALMUD en público ó en secreto; obligándoles entre otras cosas á llevar en sus vestidos cierta divisa de color encarnado y amarillo, los hombres en el pecho y las mujeres en la frente, que despues se llamó *Aspa de San Andrés*.

Narrar las peripecias que la causa de los judíos siquiera en tiempos de don Juan II y de don Enrique IV, fuera tarea prolija. Cuando se les necesitaba, echábase mano de ellos y despues venian contra ellos los anatemas de los concilios y las iras de los grandes y las terribles matanzas del pueblo, á quien se enseñaba que debia tratarlos como fieras y animales dañinos. ¿Qué hay de estraño cuando se ven conatos de venganza por parte de los hebreos? Por ventura no eran hombres?

Con los Reyes Católicos vino la Inquisicion, tribunal de fe que sirvió ESCLUSIVAMENTE como arma política y vino tambien luego como digno corolario del decreto de 1480, el de 31 de marzo de 1492, que condenaba á la espatriacion á todas las familias hebreas que moraban en los dominios españoles dándoles el solo plazo de cuatro meses para salir de España si obligándolos en otro caso á recibir el bautismo. Prohibióse que sacaran cosa alguna del país, pero es lo cierto que á pesar de las prohibiciones del edicto y de la esquisita vigilancia que se observó en su cumplimiento, los *judíos sacaron de España inmensos tesoros que no han vuelto á formar parte de su riqueza pública*.

No hay conformidad de pareceres en el número de los espulsados, pero se cree que salieron de Andalucía tres mil famllias, de Leon veinte y siete mil, de Zaragoza treinta mil; de Ciudad-Rodrigo y el Villar veinte mil; de Valencia de Alcántara y Montalban quince mil; de Badajoz y Yelves diez mil. Total ciento cinco mil familias que se dirigieron gran parte al Africa, otros á Grecia y Asia y no pocas á Nápoles.

Los motivos que para esta espulsion se alegaron entonces y se han alegado despues, se reducen á que esta medida era reclamada por la opinion pública, por la tranquilidad y seguridad del Estado, y aun por la de los mismos espulsados.

Nadie menos que los Reyes Católicos debian haber usado de semejante lenguaje; pero hay que considerar que la espulsion de los judíos de España fue la necesaria consecuencia del establecimiento de la Inquisicion, ó lo que es lo mismo, la práctica del sistema de intolerancia que entonces comenzaba á desarrollarse por el fanatismo y por la ignorancia.

Y en verdad que semejante medida no podrá nunca ser tenida como base de gloria política para ningun hombre de Estado.

MIGUEL MATHET Y GONZALEZ.

COSTUMBRES DE MADRID.

ENTIERRO DE UNA NIÑA.

Voy á pintaros un entierro, pero en mi cuadro no habrá colgaduras enlutadas, túmulos medrosos, lúgubres blandones; ni el tremendo *Dies iræ*, cayendo desde el coro de la iglesia, con las demás pavorosas palabras del oficio de difuntos, vendrá á unirse al tañido lastimero de las campanas, para sobrecoger de espanto vuestros corazones.

Es una tarde de otoño, á la hora en que es mas melodioso el gorgeo de los ruiseñores, en que el sol se hunde detrás de las montañas, y en que el céfiro desprende las hojas amarillas de los árboles y los últimos pétalos de las flores.

Van á dar sepultura á una niña... ¡Feliz mil veces ella, que cruzó el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de Dios, como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Estoy en la calle de Toledo, entre pobres mujeres del pueblo, traginantes que acaban de arreglar las cargas para principiar su viaje, vendedores y curiosos parados en las dos aceras, artesanos que han concluido el trabajo del dia, y tal cual carretero ó ginete, que se dirigen al campo. En la plaza de la Cebada reinan la animacion y algazara de siempre.

¿Quereis saber ahora quién era Consuelo, esa dulce criatura, que duerme en su atahud, lleno de flores, como una alondra en su nido?

Os lo van á decir conocidos de sus padres y compañeros de su infancia, no con los adornos de una pomposa narracion, sino con esclamaciones y palabras que sorprenderé, sin duda, en el tránsito; esclamaciones y palabras, mas que desaliñadas, mas que humildes y mas que vulgares, ordinarias y toscas, pero salidas del fondo del alma, y que herirán tal vez las fibras sensibles de vuestro pecho.

El órden de la comitiva es el siguiente: primero, un grupo de niños de uno y otro sexo; en seguida, el padre de la difunta; detras, la abuela, en cuya casa enfermó y falleció Consuelo, y de la cual fueron á sacarla para conducirla á la última morada; luego, cuatro niñas, llevando el féretro; y por último, varias mujeres, con criaturas de pecho al brazo y de la mano.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

Una corona de rosas blancas y de siemprevivas, ciñe la frente, pálida como la cera, de Consuelo, con arreglo á lo que previene la Iglesia... *et imponitur ei corona de floribus, seu de herbis aromaticis, et odoriferis, in signum integritatis carnes et virginitatis*; esto es, y «llevará (el que muere antes de la edad de la razon) corona de flores, ó de plantas aromáticas y odoríferas, en señal de integridad de la carne y de virginidad.» Un vestidillo blanco, á manera de túnica, sirve de mortaja á sus miembros delicados, y blancas son tambien las coronas y los vestidos de las inocentes compañeras que la conducen.

El rostro curtido del padre revela honda y amarga resignacion; amarga, sí, pues por grande que sea la fortaleza de un hombre para resistir las desgracias todas que puedan sobrevenirle en la tierra, cuando la muerte apaga con su helado soplo la existencia de un ser tan entrañablemente amado como un hijo, el dolor llama inexorable con furiosos golpes al corazon, y lo desgarra, y lo despedaza, y el corazon gime con terrible gemido, con un gemido que nunca resonó igual en el arpa de ningun poeta, y que Dios tendrá en cuenta, para descargo de culpas y de iniquidades, en el dia de los castigos y de las recompensas.

¡Qué vocerío en la calle! ¿Cuánto mejor no serian el silencio, la soledad y el recogimiento, para contemplar esta sencilla y patética escena? Pero recordad que estoy en la calle de Toledo, y precisamente á una de las horas en que mas resalta el carácter peculiar de esta parte de la poblacion. Ademas, tambien lo profano tiene á veces poesía, en medio de lo religioso; la alegría de la vida es la luz, es el claro que me faltaba para dar el tono conveniente á mi cuadro: un cuadro formado solamente de una *masa* de sombra, sin un rayo que lo ilumine, seria un cuadro informe, ó por mejor decir, no seria cuadro; la verdad de los contrastes, por mas que estos se escluyan, en apariencia, unos á otros, son el alma de toda creacion artística.

La primera conocida que veo, hablando con una vieja que lleva un cesto á la cabeza, es Juana, la melonera, capaz de espetar una insolencia al lucero del alba, pero con un corazon de oro; de manera, que realmente es una buena muchacha; la vieja es la tia Calandria, muy locuaz, muy pobrecita, como el ave de su apodo, é igualmente conocida en *tó el mundo* y *mas*, segun ella dice; el mundo de la tia Calandria está reducido á la calle de las Velas, la de Santa Ana, un pedazo de la de Toledo y algun trozo de otra media docena de ellas. Aparece Tomasillo, limpiándose las narices con la vuelta de la manga de la chaqueta, y calado de agua hasta los mismos huesos.

Juana. (*gritando*), ¡Tomasillo! ¡Jesús! si está *enpecatado*! ¡si un dia me lo van á traer muerto á casa!

Caland. ¡Calla, hijo, sí, al verle, me he quedao sin pinta de sangre!

Juana. ¿Quién te ha puesto asin, rey de España? Dímelo, que soy capaz de pegarle una puñalá.

Tomás. ¿Qué quién me ha ponido asin? (*rascándose una oreja*). Pues ahora no me da la gana de decirlo.

Juana. (*Coge una vara y se levanta para sacudir al chico*). ¡Narices! ¿No quies decírmelo? ¡Qué repoquísima virgüenza! Aguarda un poco, mal criao... si no paece hijo mio!

Caland. No eches á nadie la culpa; él mismo se cayó de cabeza en el pilon de la fuentecilla al ir á poner el hocicó en el cañuto.

Tomás. Mentira, tia Calandria, que jué por trepar.

Juana. ¿Y quién te ha sacao del pilon?

Tomás. El tio Cané.

Caland. ¡Qué repillo de tio! le sacó por las orejas, diciendo á tos los presentes que habia pescao un Salomon.

Las niñas cantan, conforme van andando:

Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

Unos arrieros se quedan mirando el puesto de Juana.

Juana. (*pregonando*) ¡De Chinchon! ¡A cala! ¡Como azúcar!

Uno de los arrieros coge un melon, lo toma á peso, lo huele y dice:

Arriero. ¿Cuánto vale esta pieza?

Juana. Dos riales.

Arriero. Como estos los dan en mi tierra á seis cuartos.

Juana. ¿De veras?... ¡qué rediós! pos diga usté que le envien uno por telegrájo.

Los arrieros vuelven la espalda, y se van.

Juana. (*pregonando*) ¡A cala! ¡á cala!

Tomás. (*saltando*) ¡Mare, ya viene! ¡ya viene!

Juana. ¿Quién viene?

Tomás. El intierro de Consuelito, que se ha morido.

Juana. No sé quién es esa Consuelito.

Caland. ¿Ahora te desayunas con eso? ¡La chiquilla del Remellao, el arbañil! ¡Si no se habla de otra cosa en to Madrid y en el barrio de San Millan! Sa muerto de ripente.

Juana. Pues si hace tres dias estuvo jugando con Tomasillo á la gallina ciega.

Tomás. ¡Toma! y á las cuatro esquinas, y haciamos meriendas juntos.

Juana. ¡Hija, lo qui semos! ¡Cómo estará la Remelláa! ¡probecilla!

Caland. ¡Considera! No tenia mas hijos que esa pajarita, y la queria mas que á las niñas de sus ojos. Como yo soy... vamos al decir, curiosa... pues...! ya me entiendes; me puse á escuchar á la puerta de la casa de la agüela; ¡hija, y daba la Remelláa unos gritos, y le cogió un cuajo que aquello era cosa de partirse las piedras al oirla!; yo, y tos los cercustantes, llorábamos tamien á moco tendido; ella se conocia que aublaba con el caláver de la defunta... ¡hija, y le decia unas cosas! ¿Cómo le decia?... Calla, á ver si me acuerdo... le decia... «espejo de mi cara,... lucero mio,... pedacito de mis entrañas... ya no te golveré á ver en jamás de los jamases... ¡tanto como me costó criarte!... aquí me quedo solita, sin arrimo, como un árbol sin sombra... porque tú llenabas mi casa... alegría de mis ojos...» Y á todo esto, empeñá en que se queria morir. Hija, la tuvieron que sacar de allí á la fuerza y llevársela á su casa.

Juana. Calle usté, calle usté por Dios, tia Calandria, que me ha puesto de mal humor... ¡Como una es asi... tan!... ¡Jesús! creo que si se me muriera mi Tomasillo, me tendrian que llevar á Leganés.

Caland. Te digo, Juana, que sino me desaparo de allí, me da un no sé qué, porque me acordaba de la mia que esté en gloria. Solo la que los pare y los cria á sus pechos, sabe lo que una sufre cuando se le va un hijo.

Tomasillo echa á correr hácia la comitiva, que se va acercando al puesto de melones.

Juana. ¡Chico! ¡Tomasillo! Si! ¡échale un galgo! El caso es que está hecho una sopa.

Caland. Déjale, tonta, que asin se crian fuertes y regustos; ya le dará el aire, en cuantis salga al campo.

El entierro se detiene en medio de la calle. Las niñas que conducen el féretro, lo dejan en el suelo, y formando parejas con las demás del acompañamiento, principian á cantar y á danzar en torno de la muerta, al son de panderetas y alegres castañuelas.

Esta costumbre, que todavía existe, aunque va cayendo en desuso, en lo que se llama barrios bajos de Madrid, y en varios puntos de provincia, y que, mas que cristiana, parece un resto, una reminiscencia de las ceremonias con que se celebraban los funerales en algunos pueblos paganos, no deja de tener su filosofía, y la Iglesia misma saluda con júbilo la ascension del alma de los niños al cielo, puesto que previene que en sus exequias no se toquen campanas, y si se tocan no sea en son lúgubre, sino de fiesta: *Non pulsantur campanæ: quod si pulsantur, non sono lugubré, sed potius festivo pulsari debent*, ordenando, asimismo, que el sacerdote se ponga sobrepelliz y estola blanca; *et parrochus superpelliceo, et stola alba indutus* (1).

¡Feliz mil veces, repito, el niño que muere, porque ha cruzado el mundo como una avecilla, sin mancharse las alas purísimas, y sube al seno de Dios como el eco de una oracion, como la fragancia de una azucena!

Zea lo ha dicho en su tierna aureola á la muerte de una niña: el alma de esta desciende del cielo, y uniendo su rostro al de su padre y al de su madre, les canta al oido:

. . . .

«La vida es amarga,
»La tierra una cárcel
»Sombría del alma,
»La gloria una flor.
»¡Dichoso el que muere
»Cuando la mañana
»De la vida asoma,
»Y al zenit avanza
»Cuando á oriente el sol!»

Las niñas siguen cantando y danzando alrededor del féretro, al cual acude multitud de curiosos. Tomasillo que, por su poca estatura, nada ve, no pudiendo reprimir su impaciencia, se mete en medio del corro, colándose como un raton por entre las piernas de un asturiano, que con la boca abierta y la cuba al hombro delante de él está; y despues de brincar tambien como los demás, da un beso en la frente á la muerta, y se queda serio y pensativo, adivinando sin duda con su

(1) Entre los antiguos griegos, era costumbre seguir al cadáver entonando himnos fúnebres al son de flautas, y entre los romanos, los cantores abrian la marcha, y les seguian á corta distancia histriones y bailarines.



instinto infantil, que nunca volverá ya á jugar con ella á la gallina ciega y á las cuatro esquinas, ni harán mas meriendas juntos.

Un cuarto de hora despues, el entierro torna á ponerse en marcha.

Al llegar junto á la calle de Calatrava, sale de la acera al arroyo de la de Toledo, en camisa, hozando, mas que comiendo, un melocoton, un amigo de Tomasillo, redondo como una bola, colorado como un tomate, y con mas moco que un acha de cera cuando se corre; el cual, aproximándose á aquel, le pregunta:

—¿Adónde vais?

—Á llevar al cielo á Consuelito.

—¿Quíes que vaya tambien yo?

—Por mí, güeno... ¿me das un cacho de malacaton?

—El *rosero*, nombre del vendedor de ojaldres, grita:

—¡A cuarto rosas, niñas hermosas! ¡ay, qué ricaas! ¡á las calientes! ¡á cuartito, á cuarto!

El chiquillo desnudo, que se ha hecho el sordo á la peticion de su amigo, á quien sigue los pasos, le pregunta:

—¿Dan rosas en el cielo?

—¡Ya lo creo! mi agüela me dice á mí que como sea güeno he de ir al cielo, y que allí reparten confites, y arbellanas, y cañamones tostaos, y arroz con leche, y miñuelos, y un cordero con cintas y todo en los cuernos y en el rabo; pero que si soy malo, el demonio me agarrará por los pelos con sus uñas, y me echará en las calderas de Pedro Botero.

El muchacho gloton abre unos ojos como duros de á veinte; el asombro y el miedo le dejan estupefacto, al oir las últimas palabras de Tomasillo, tiembla como un azogado, y luego escapa hácia donde está su padre.

Las niñas cantan:

Adios, palomita blanca,
adios, clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuérdate de nosotras.

A pocos pasos del entierro, un mozo cae del burro en que cabalga, y los parroquianos de una taberna inmediata, que están *refrescando* á la puerta, celebran el caso, como siempre suelen celebrarse casos tales, con risa y chacota.



ABD-EL-KADER. (DE FOTOGRAFIA.)

Uno le dice:

—Mira, cuando cenes la liebre que acabas de coger, guárdame una presa.

Otro observa:

—¡Por eso es malo viajar en perrocarril!

Y un tercero añade:

—¡Chicos! ¡titilimundis! ¡aquí verán ustés el salto del trampolin!

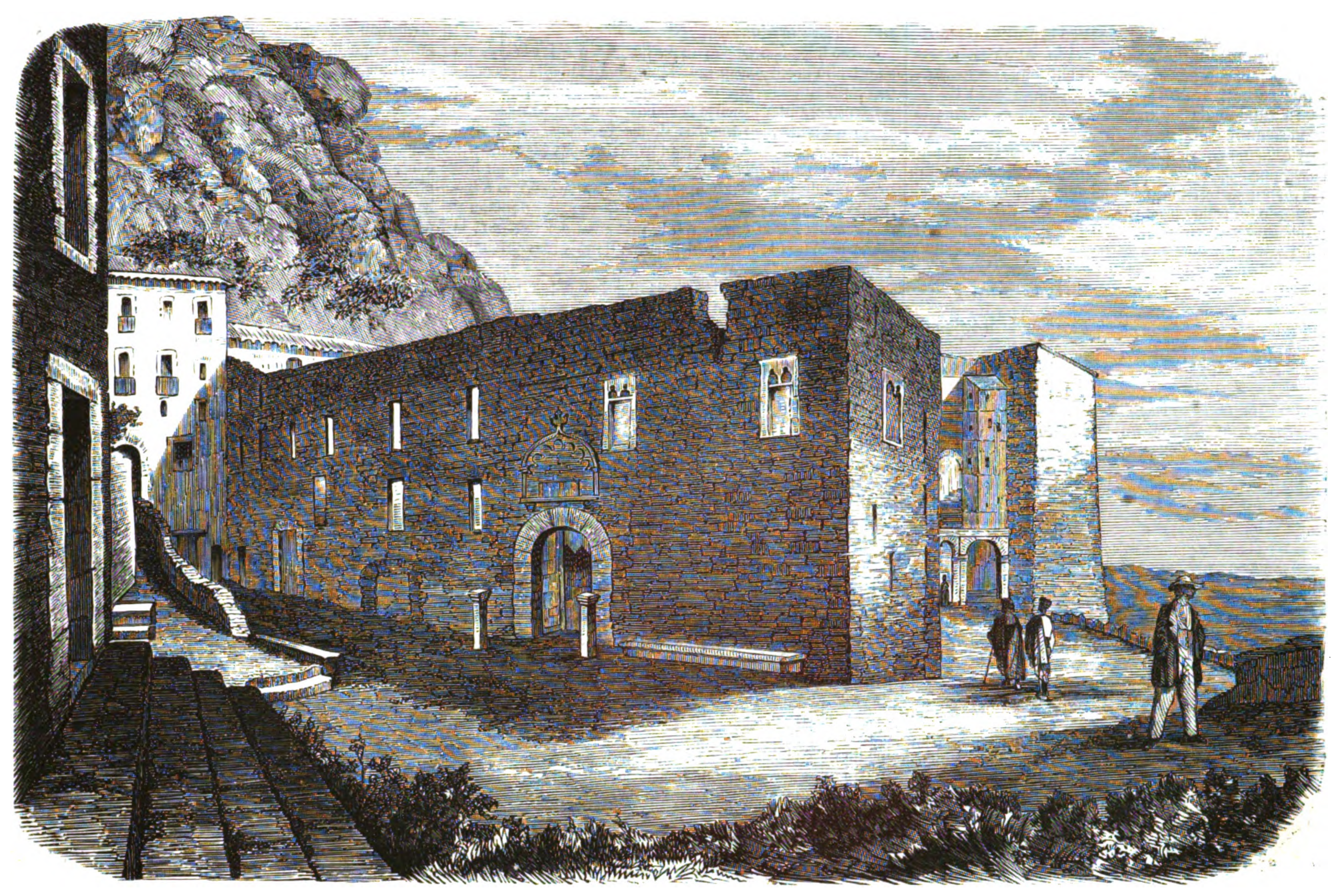
A corta distancia de la puerta de Toledo, el padre de la difunta vuelve tristemente los ojos hácia una casa de ruin aspecto, en cuya puerta se ha reunido una porcion de gente de la vecindad. En el cuarto bajo de esta casa vivia Consuelo, y allí está su pobre madre, inmóvil, acurrucada en un rincon de la sala, con los ojos hinchados á fuerza de llorar, y fijos en un objeto que en las manos tiene y que lleva á menudo á sus labios, besándolo con el delirio de una loca. Este objeto es un rizo de la dorada cabellera de su hija, que llamaba ella *manojito de flores*, y que le recuerda todas las delicias de tiempos mas felices, y todos los encantos de la celeste criatura.

Esta honrada y débil mujer del pueblo, que, por protejer y salvar á su hija, no hubiera vacilado un momento en matar y en perder hasta la última gota de sangre de sus venas, desplegando la fuerza de una leona á quien roban sus cachorros, permanece ahora postrada como si la hubiese herido un rayo, insensible á todo lo que la rodea, menos á lo que ha pertenecido á su hija adorada: los juguetes, los vestidos, la sillita, los zapatos, la cama, los toscos muñecos de carton y de barro, todo parece dotado de vida, y de palabra, y de movimiento, para sonreirla, y hablarla, y despedazarla con cien horribles martirios; abismándola en tan íntima, en tan inesplicable, en tan honda angustia, que involuntariamente recuerda las sublimes palabras de María al pié de la cruz: *O vos omnes qui transitis per viam, atendite et videte si est dolor, sicut dolor meus*; ¡oh, vosotros, los que pasais por el camino considerad, y ved si hay dolor que á mi dolor iguale!

No, no hay dolor comparable al de una madre que pierde un hijo.



COSTUMBRES DE MADRID.—ENTIERRO DE UNA NIÑA.



MONTSERRAT.—ANTIGUO RECINTO Y ENTRADA DEL MONASTERIO.

Las niñas cantan:

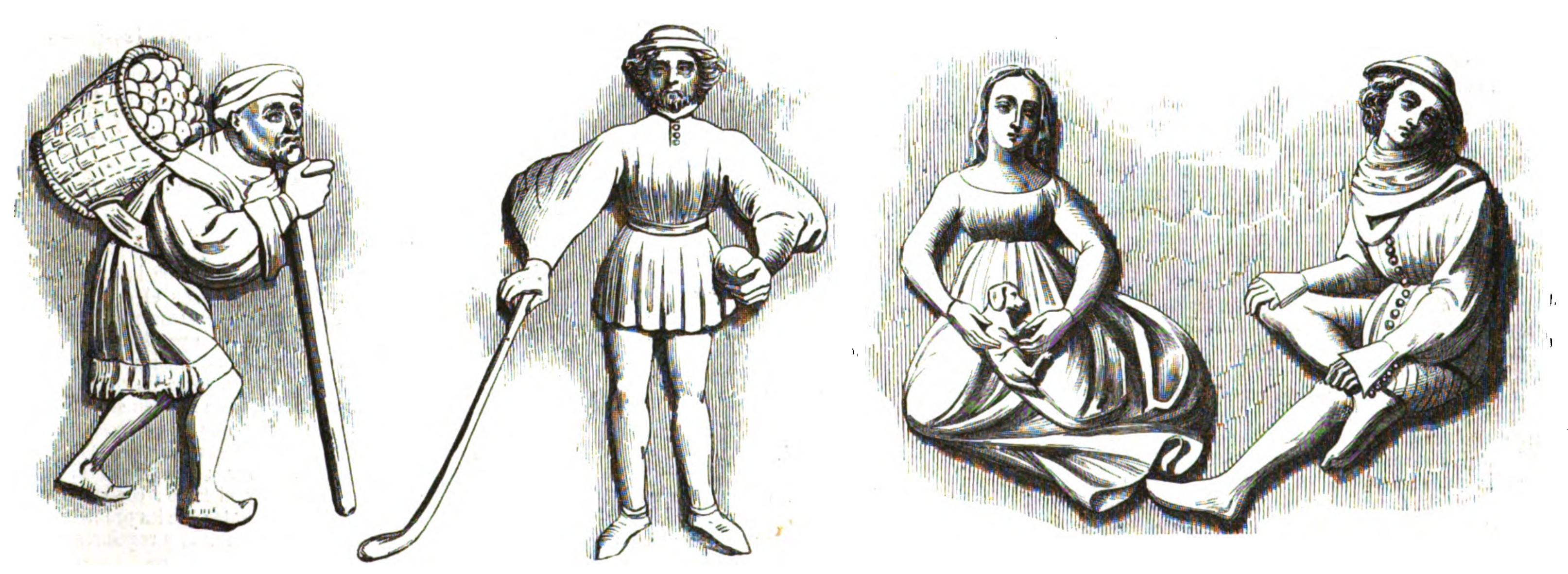
Adios, palomita blanca,
adios clavelito y rosa,
nosotras no te olvidamos,
acuerdate de nosotras.

El entierro sale por la puerta de Toledo. El crepúsculo de la tarde baña con su luz suave la llanura, y los cerros vecinos arden coronados de penachos de fuego, que iluminan con fantásticos reflejos los bosquecillos del Canal y las márgenes del Manzanares. El rio suspirando, el gorjeo de los ruiseñores, las hojas amarillas de los árboles, desprendiéndose al beso de las auras, y los últimos pétalos de las flores doblándose mustios, parece que despiden con su tristeza á la que otras veces saludaban con su alegría. Tambien yo la despido á la entrada del puente de Toledo, con ayes de mi alma, y vuelvo á Madrid lleno de melancolía y con lento paso.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ABD-EL-KADER.

Una de las figuras mas nobles que han descollado en los tristes acontecimientos de Siria, y la única entre los musulmanes que ha mostrado sentimientos de humanidad, unidos á un gran valor y á una rara energía, ha sido el emir Abd-el-Kader, cuyo retrato damos en este número. Todos recuerdan el nombre de Abd-el-Kader, célebre en las guerras que para la conquista de Argel ha sostenido por espacio de treinta años la Francia. Hijo de un morabito, de carácter guerrero y de educacion religioso, uniendo á un indomable valor la fe en sus creencias y la moralidad en sus acciones, cuando vió á su patria invadida por el estranjero tomó las armas, predicó la guerra santa, y reunió en torno suyo á todos los defensores de la independencia de su patria. Por espacio de diez y siete años, mientras tuvo alguna esperanza de éxito y soldados con quienes contar, sostuvo Abd-el-Kader el campo haciendo una guerra de sorpresas, de emboscadas, presentando alguna vez grandes masas, y desplegando dotes que en otras circunstancias, en otro pueblo y con otra clase de elementos, le habian valido el dictado de gran general. Solo cuando una á una le fueron faltando todas las tribus, y cuando él mismo se vió cercado, sin esperanza de salvacion, cedió, estipulando antes con el general Lamoriciere á quien se entregó prisionero, que se le permitiria pasar á residir en el país musulman que eligiese, no siendo Argel ó Marruecos. Esto pasaba en 1847: el emir con su familia fue conducido á Francia; pero el gobierno de Luis Felipe, desdeñando la palabra que el general Lamoriciere habia empeñado en su nombre mandó encerrar al emir en el fuerte Lamalgue, á pesar de sus reclamaciones y protestas. Esto, si no hace honor al gobierno francés de aquella época, muestra por lo menos la opinion que habia alcanzado Abd-el-Kader entre sus enemigos, los cuales le creian bastante importante y peligroso para prescindir de la palabra empeñada.



CARACTERES DEL ARTE.—BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

La república de 1848 no tuvo tiempo de pensar en aquel noble enemigo que se consumia en su encierro, ó quiso seguir la política de Luis Felipe, á quien habian servido los principales jefes del nuevo órden de cosas. Solo cuando Napoleon subió al trono se vió libre Abd-el Kader, gracias á la inspiracion personal de Luis Napoleon que dió la órden como da otras muchas sin consultar para nada á sus ministros. El emir puesto en libertad, renovó sus ofertas de vivir tranquilo, pasó á París, visitó los establecimientos públicos, dió personalmente las gra-

cias al emperador y se retiró á Damasco donde vivia pacífica y tranquilamente cuando le llegó la ocasion de prestar á la humanidad un señalado servicio. Al oir los gritos del feroz populacho mulsuman y al enterarse de los horrores que se perpetraban en los cristianos, salió de su casa y rodeándose de los argelinos que con él viven y le respetan siempre como su jefe, recorrió las calles salvando aun á riesgo de su vida millares de víctimas, multiplicándose, por decirlo asi, apareciendo donde el tumulto era mayor y mas terrible, combatiendo por la humanidad y ofreciendo un asilo en su casa á todos los desgraciados. A su solicitud y á sus esfuerzos debieron la vida mas de tres mil personas de todos sexos, edades y condiciones entre ellos los cónsules y agentes de la mayor parte de las potencias europeas, hermanas de la Caridad, padres misioneros y honrados comerciantes.

La Francia le ha enviado el gran cordon de la órden de la Legion de Honor y otras potencias cristianas le han condecorado con títulos honoríficos. Otro tanto ha hecho el sultan Abdul-Medjid.

Por nuestra parte al tributarle el homenaje de gratitud que le es debido por su noble conducta, unimos nuestra voz á la del *Irurac-bat* de Bilbao para pedir al gobierno que se apresure á enviarle la muestra de aprecio y distincion que tan bien ha sabido merecer.

**

CARACTERES DEL ARTE, Y ESPECIALMENTE DE LA PINTURA, EN LOS DIFERENTES SIGLOS DE LA EDAD MEDIA.

I.

Sabido es que la traslacion del imperio romano á su córte oriental, produjo un gran cambio en las instituciones, en las costumbres y generalmente en todas las artes santuarias.

El esceso del lujo á que los pueblos decadentes se abandonan, ha crecido á la sazon por la ostentacion greco-asiática, y el gran cambio de ideas que hubo de producir en diverso concepto la nueva religion abrazada por Constantino, engendraron aquel gusto entre viejo y nuevo, bárbaramente fastuoso y groseramente magnífico, autorizado por los artífices imperiales en Constantinopla, Roma, Rávena y otras ciudades de Italia, y propagado despues á las naciones que tenian relacion mas ó menos directa con el imperio, las cuales en la córte bizantina miraron por largo tiempo el centro de toda civilizacion.

Sin embargo, no tardó cada pueblo en apropiarse, modificándolas, las tradiciones recibidas, y conspirando á ello aunadamente exigencias de raza y de hábitos, de situacion y hasta de clima, el arte bizantino, sin perder sus genuinos caracteres, esto es, el pleno cintro, la bóveda, el sistema de volutaciones y sobreposiciones, la ornamentacion lazada ó folicante, la decoracion espléndida y la iconotipia simbólico-convencional; fue segregándose en várias ramas ó familias que segun su respectivo lugar de aclimatacion tomaron los nombres de *lombarda*, *carlovingia*, *normanda*, *sajona*, *sueva*, *arábiga*, *germánica*, etc., etc., todas bizantinas en el género, pero caracterizadas en especie, esta por su esbeltez, aquella por su gravedad; una por pomposa, otra por sencilla; la de mas acá por veleidosa y profana, la de mas allá por severa, religiosa y llena de misterio.

El gusto bizantino *propio* á su vez, conservó las formas matrices, y las conservó con tal entereza, que aun hoy dia las iglesias orientales sus herederas, labran y proceden casi como en tiempo de los Justinianos y Comnenos. de tal manera que las pinturas de los monges rusos y de los religiosos del monte Athos, llegan á confundirse con aquellos dípticos y trípticos peculiares del bajo imperio, cuyos bien conocidos rasgos y formas de convencion han consagrado como una especie de rito.

El carácter dominante de las producciones de una y otra escuela bizantina, que podríamos llamar *oriental* y *occidental*, fue siempre un remedo bastardo de la antigüedad, como lo era de los Césares el imperio de los Pórfirogénitos. Aquella, sin embargo, afecta de mas cerca la propia simetria en la composicion, su accion en gestos y ademanes, su rotundidad en las formas, su soltura en los ropajes, y su efecto en el claro-oscuro, pero con rijidez tan grosera y convencionalidad tan absurda, que muestra completa ausencia de los principios estéticos mas triviales.

No menos rudos segun se puede colegir, fueron los ensayos del arte bizantino *occidental*, reducidos originariamente á la imitacion de otro ya degenerado; asi que, sus primeras creaciones apenas salen de la esfera rudimental; mas descartándose en breve de la inamovilidad de su modelo, aunque con lejanas semblanzas hasta la definitiva emancipacion del genio de la edad media, tomó un vuelo inesperto y vacilante si se quiere, pero deliberado y resuelto, que le condujo á regiones de elevada especulacion, preparando dignamente el sublime desarrollo del estilo ogival.

Esta segunda fase del arte bizantino abraza un periodo de siete siglos, desde el VI al XII inclusive, ó sea toda la larga infancia de los pueblos modernos durante su laboriosa organizacion.

Como tales épocas con nada favorecen á las artes, no es estraño progresaran muy lentamente las que nos ocupan, máxime si nos ceñimos á estas partes, donde el progreso era mas difícil y la elaboracion mas prolija.

No obstante, en muchas de las creaciones gráficas ó plásticas de ese período, las formas apenas trazadas por el cálamo ó indicadas por el cincel, á vueltas de su imprescindible tosquedad, muestran tal sabor cándido é ingénuo, místico y sentimental, tal fuerza de intencion y observacion, que envuelven la iniciativa del ingenio, la síntesis de una teoría, y el gérmen de una idea grande y poderosa.

Verdad es que aun las obras mejores ofrecen dislates garrafales, chocantes contrasentidos, indecisiones pueriles, incorrecciones mas que sobradas. En las gradaciones no hay cálculo; en la perspectiva no hay reglas; las figuras son escurridas ó rechonchas, parásitas, mecánicas, sin proporcion en sus miembros, sin movimiento en sus facciones, cuyo aire azorado ó absorto es por lo comun ageno aun al mismo sentimiento que se idea espresar. Brazos y piernas sufren estrañas contorsiones, porque se ignora el arte de los escorzos; una pirámide de cabezas simula reuniones de gentes, porque se desconoce la ciencia del agrupado; largos rótulos salidos de boca de los personajes, traducen la escena, porque se ignora el lenguaje de la espresion y el sentimiento, finalmente, en el todo y en sus partes hay inconexion y defectos, porque aun no se conoce la teoría del arte, ni se poseen sus grandes recursos.

Generalmente los colores son chillones, las tintas sin combinacion ni matices; un simple perfil indica bruscamente los contornos, y el efecto de luz y sombra se reduce á caprichosas plumadas ó brochazos de blanco y negro, con ligeros toques de oro.

Sin embargo, lo repetimos: en estas cándidas producciones hay intencion, hay vida, hay espontaneidad: en medio de su pobreza de manifestacion, déjase traslucir un impulso fecundo, una lucha secreta entre la cabeza y la mano, que en vivos y originales contrastes de osadía é inesperiencia, va operando una trasformacion radical gradualmente señalada por ventajosos ensayos y resultados mas ó menos felices.

Asi, al paso que el artista oriental cada dia se concentra mas y mas en el círculo de sus inamovibles teorías, el occidental, sacudiendo la ominosa coyunda, busca nuevas inspiraciones en sus propios alientos, á la vez que procura beberlas en la que es fuente inagotable de ellas, la pródiga naturaleza. De ahí esa abundancia de pormenores, chavacanos ó risibles á menudo, que grotescamente pululan en lugares los mas santos y en trabajos los mas serios de la época bizantino-ojival; insuperable revelacion del genio que pugna por mostrarse y que se acoge á la mas humilde repisa ó á la mas pequeña faceta y coronacion, para ostentar casi siempre sus arranques.

¿Quién no admiró en producciones á veces modestísimos de las artes del primer milenio, plantas y flores, reptiles y alimañas, accesorios de todo linaje naturales ó quiméricos, ejecutados con pasmosa verdad de imitacion alternados de agudísimas combinaciones en la parte ornamentaria, y de originalidades tan peregrinas en su estilo, que aun hoy sirven de tema á los modernos para interesantes esplicaciones? Y si en la reproduccion de la figura humana, como tarea árdua de suyo, nótase alguna mas dificultad, esas propias incorrecciones, la violencia de las posturas, la acentuacion de los semblantes y hasta el énfasis de la accion, vienen pregonando los buenos deseos del maestro, cuyo númen forcejea para sobreponerse á la debilidad de un proceder en su infancia.

(Se concluirá.)

J. Puiggarí.

RECUERDOS DEL ECLIPSE EN BILBAO.

I.

En la mañana del 9 de julio ofrecia el abra de Portugalete un espectáculo animado y vistoso. Dos vapores salian del puerto, desplegadas al viento sus banderas en señal de fiesta, conduciendo una muchedumbre de curiosos, mientras una flotilla de lanchas y botes hacia fuerza de remos en la misma direccion, meciéndose al embate juguetón de la marejada.

La causa de todo este movimiento, era la llegada de una fragata de hélice de la marina inglesa, que habia echado el ancla á una milla de la barra, y lucia sobre el azul del cielo su airosa arboladura, descansando inmóvil en la agitada superficie del mar como si se desdeñara de obedecer al balance de las olas.

El telégrafo habia anunciado de antemano la hora de su recalada, y el noble buque, cumpliendo la palabra empeñada del hábil piloto, doblaba la Punta de la Galea en el tiempo prefijado. Se ignoraba su nombre, pero el ojo práctico de los marinos reconoció pronto su tamaño y belleza singulares. Al acercársele los vapores del puerto echaron todos de ver por comparacion sus grandes proporciones que la propia armonía y la soledad del mar ocultaban al pronto; y cuando, respondiendo á las preguntas oficiales, declaró el comandante que su vapor era el «Himalaya,» un murmullo de satisfaccion circuló entre los curiosos.

Es en efecto el «Himalaya» uno de los buques mas notables que surcan los mares (1). Construido en 1853 por la Compañía Peninsular y Oriental con objeto de conseguir con mas economía de combustible, aplicando el tornillo como propulsor, los ventajosos resultados que habian dado algunos vapores de paletas, como el famoso «Atrato,» no tardó en pasar al servicio del gobierno inglés que le empleó como trasporte en la guerra de Oriente, donde tanto se distinguió por la rapidez de sus viajes. Con el mismo éxito le ha empleado despues para llevar tropas á la India sublevada, y actualmente vuelve de Egipto, donde ha desembarcado una inmensa cantidad de pólvora y artillería, destinadas á la guerra de China. El «Himalaya,» como se ve, ha hecho un papel importante en las grandes agitaciones de Europa y Asia en estos últimos años, y las olas de nuestro golfo deben tener orgullo en haberle mecido.

Pero ahora su mision no era de guerra. La Inglaterra no confiaba á su espacioso entrepuente aquellos temibles soldados que vencieron en Inkerman y Lucnow, sino que premiando sus pasados servicios con una recompensa altamente honorífica, le habia encargado conducir á las costas de Cantabria á sus mas respetados astrónomos, que venian á observar el eclipse de sol. Trasbordados al vapor «Nervion,» en que salió á recibirlos el distinguido ingeniero Mr. Vignoles, los que se dirigian á las provincias Vascongadas, con los delicados instrumentos necesarios para sus observaciones, levó el «Himalaya,» y con el resto de su preciosa carga continuó majestuosamente el rumbo á Santander.

La llegada de los astrónomos ingleses sirvió de nuevo y formal anuncio del eclipse de sol, contribuyendo á aumentar la curiosidad con que se le esperaba.

El Observatorio de Madrid habia publicado una Memoria, insertada antes en el *Anuario*, demostrando las principales circunstancias del fenómeno en España, é indicando los medios de apreciarlas que estaban al alcance del público en general; Memoria que llenó cumplidamente su objeto por la exactitud de los datos y claridad de su redaccion, distinguiéndose ademas por una modestia que honra á su entendido autor. Algunos periódicos copiaron su parte mas esencial, y publicaron otros artículos encaminados á ilustrar la opinion sobre el eclipse que se anunciaba.

Los aficionados pudieron examinar tambien el «mapa de la sombra proyectada por el eclipse de sol en España» trazado por el ingeniero Mr. Charles Vignoles, de reputacion europea, que dirige la construccion del ferro-carril de Bilbao á Tudela (2).

Acompañan á este interesante trabajo algunas observaciones que habrán contribuido oportunamente á llenar su objeto, que ha sido, como lo declara su autor, facilitar noticias seguras á los que desde el Norte viniesen á España por mar ó por tierra, con el fin de observar el eclipse, y no se propusieran pasar de la region recorrida por la sombra. Señala carreteras que conducen desde los puertos de la costa cantábrica y mediterránea situados en aquella, á los puntos del interior preferibles para la observacion del eclipse; los medios de trasladarse á ellos con mas comodidad; las mejores fondas. Contiene, en una palabra, las noticias mas interesantes y útiles para un viajero en las circunstancias propuestas, y no dudamos que habrá prestado un verdadero servicio á los muchos, sabios ó simples *turistas*, que el gran acontecimiento celeste ha traido á España.

Para que los aficionados pudieran saber qué circunstancias del fenómeno merecian especial atencion, Mr. Vignoles habia reunido algunos estractos de las observaciones hechas por varios astrónomos en el eclipse de sol de 1851, que terminan con una instruccion para mejor observar el del presente, redactada por Mr. Airy.

Al propio tiempo se da en esta Memoria noticia de los ferro-carriles españoles, construidos ó en construccion, que cruzan las provincias comprendidas en su mapa; noticia de interés permanente, y que, asi como las que se refieren á carreteras, podrán consultar con fruto los viajeros que se propongan recorrer la parte de España comprendida entre los Pirineos y el Ebro, confiando en la declaracion de su distinguido autor que les promete completa seguridad en nuestros caminos, y regulares comodidades en el viaje.

Los malos recuerdos de épocas pasadas nos perjudican; la España de hoy es poco conocida y debemos mostrarnos agradecidos á los estranjeros que, como Mr. Vignoles, la describen con exactitud y hacen justicia á su rápido progreso en estos últimos años.

El observatorio de Greenwich habia publicado en un apéndice á su *Almanaque náutico*, el cálculo completo del eclipse. Los instantes que marca para sus principales

(1) Mide de popa á proa ó sea eslora, trescientos setenta y cinco pies ingleses (cuatrocientos seis y cuarto españoles), cuarenta y cinco de manga y cuatro mil toneladas de porte. Su máquina es de setecientos cincuenta caballos de fuerza.

(2) Map of the shadow-path thrown by the total eclipse of the sun onthe 18 th july, 1860 acros Spain. By Charles Vignoles F. R. S. civil ingeneer and fellow of the Royal astronomical Society. London, 1860.



fases en Bilbao se diferencian de los que daba el observatorio de Madrid en un minuto próximamente; así, por ejemplo, Greenwich decia que el principio del eclipse tendria lugar en Bilbao á 1 h. 36' 26" (de su tiempo medio), el fin á 3 h. 58' 24"; y Madrid señalaba á las mismas fases 1 h. 35' 12" y 3 h. 57' 24". La duracion de la total debia ser, segun Greenwich, de 2' 6", y segun Madrid de 2' 10".

El mapa de Mr. Vignoles indicaba para Bilbao una duracion en la fase total de 2' 40", lo que ya diferia bastante del resultado de los cálculos de aquellos observatorios. Hemos oido decir que esta diferencia provenia de que ese mapa fue dibujado en vista de los primeros cálculos de Greenwich, rectificados despues cuando ya no podia variarse el trazado de Mr. Vignoles.

Hay que advertir que los dos Observatorios mencionados no concuerdan en la situacion de Bilbao. Greenwich le supone á 2° 42' 9" al Oeste de su meridiano, y á los 43° 10' 0" latitud Norte; y por los datos de Madrid está á 3° 1' 45" longitud Oeste de Greenwich y 43° 13' 0" latitud Norte.

Un entendido profesor del Instituto de Bilbao, que estaba preparándose para observar el eclipse, tuvo ocasion de comparar su cronómetro arreglado á tiempo medio de Bilbao con el del ilustre Mr. Airy, que daba el tiempo exacto de Greenwich, y de esta comparacion se obtuvo, como resultado interesante, que los dos meridianos tenian una diferencia de 11' 50,8", ó lo que es lo mismo que la longitud de Bilbao respecto de Greenwich es de 2° 57' 42" Oeste, dato que se acerca al término medio de los que señalan los observatorios inglés y español.

Los resultados indirectos obtenidos al tomar alturas de sol con un sestante por el mismo profesor, á cuya amabilidad debemos estas noticias, le inducen á creer que la verdadera latitud de Bilbao se acerca á 43° 15' 50" Norte.

La observacion directa del eclipse verificada en nuestro Instituto por varios de sus profesores ha dado, segun se dice, tiempos que se aproximan mucho á los que anunciaba la Memoria del Observatorio de Madrid. Esperamos que aquellos señores publiquen el resultado de sus observaciones, en cuya exactitud tenemos particular confianza, para que sirva de comparacion y estudio á los aficionados y sea al propio tiempo prueba de que tenemos en nuestra villa personas que cultivan las ciencias con provecho.

Los astrónomos ingleses se distribuyeron en varias estaciones. Algunos se dirigieron con Mr. Airy á Peves, cerca de Miranda. Los que desembarcaron en Santander se situaron en la línea de esta ciudad á Reinosa y otros con Mr. Vignoles subieron á los altos paises de Gorbea. Les acompañaba un notable fotógrafo de Lóndres cuyas vista de algunas fases del eclipse y del país vecino á la estacion hemos oido ponderar.

El telégrafo ha indicado ya un descubrimiento interesante acerca de las *protuberancias*, hecho por los observadores de Miranda. La comision que pasó á la montaña se dedicó especialmente á observaciones meteorológicas no consintiendo el estado del cielo que se practicaran las astronómicas con la regularidad apetecida.

Mientras publican sus relaciones, que van ya apareciendo en los diarios estranjeros, y teniendo presente que es á veces curioso *observar* á *los observadores*, daremos algunas noticias, ya que no sea de todos, del eminente Mr. Airy, que se puede considerar como jefe de los astrónomos ingleses, y del Observatorio que tan hábilmente dirige.

(Se concluirá.)

ADOLFO AGUIRRE BENGOA.

La siguiente composicion es un primer ensayo poético: el pensamiento es dulce y bello, y para animar á la jóven poetisa insertamos sus versos en nuestras columnas.

LA INOCENCIA.

Al viento tendidos los blondos cabellos,
Húmedos y dulces los labios de rosa,
Sonrisa hechicera vagando por ellos,
Velando sus ojos los párpados bellos
Camila reposa.

La esbelta palmera que sombra y frescura
Le presta á la vírgen de cuello nevado,
Se mece orgullosa al ver la hermosura
Que lánguida y casta, y cándida y pura
Dormita á su lado.

Las brisas que cruzan en giro amoroso
Se paran absortas en torno á la bella,
Y besan su boca, y en vuelo afanoso
Esparcen do quiera el hálito hermoso
Que se exhala de ella.

Las aves le cantan, la arrulla la fuente,
El claro arroyuelo refresca su sien,
Sus puros cristales reflejan su frente,
Camila parece durmiendo inocente
La imágen del bien.

Y durante el sueño de la niña hermosa
Un ángel la guarda que la dice así:
«Duerme descuidada, vírgen candorosa,
»Descansa tranquila sin pena afanosa,
»Dios vela por tí.»

DOLORES DE FEDERICO.

Sigüenza, 26 de junio de 1860.

EL ULTIMO RECUERDO.

(CONCLUSION.)

—¡Hermano!—respondió el otro monge—¡hijo mio!—añadió—esta es la verdadera palabra, hoy es la primera vez que conozco claramente que el señor infundió en tí una de esas almas ensoñadoras, un alma de poeta, que yo habia adivinado ya en tus miradas. La vehemencia de tu palabra es igual á lo impetuoso de tu imaginacion; el deseo que hierve en tu pecho te ahoga y te hace exhalar quejas inútiles. Las fuerzas que habias de gastar en el trabajo, las gastas en una lucha esteril; tu alma se levanta demasiado alto y tiene que caer. ¡Pobre niño! ¿quién te ató á esta vida de soledad antes del tiempo en que se ha padecido bastante, para que este lugar y esta olvidada existencia nos sean queridos? En tu mirada húmeda por las lágrimas que ocultas y que desconocidas emociones hacen salir á tus ojos, leo lo que pasa en tu corazon. El horizonte que se estiende ante nosotros, el que se descubre desde aquella elevada colina, te arrastra demasiado lejos; tú querrias descorrer el velo de rosa que las nubes tienden á lo largo de aquel mar de hojas, de elevadas cumbres, de torres que se pierden en el cielo, tú querrias volar lejos, muy lejos de aquí, y vivir en medio de aquel océano de luz con que tu imaginacion de poeta baña todos los paisajes que deseas recorrer; pero la impotencia te ahoga, te sientes atado á este pedazo de tierra, en que te revuelves como una fiera en las redes que le aprisionan, y tus ojos se cierran, y tu corazon maldice todo aquello que debias amar en estos lugares.

—¡Padre mio! dejadme que os estreche contra mi corazon; pues vos sois el único que ha adivinado en mis ojos lo que pasa en mi alma, sí, yo padezco, yo deseo huir de esta prision en donde nadie, á escepcion vuestra, es capaz de sondar los mil horribles tormentos que hierven tumultuosos en mi pecho. ¡Ah! no en vano, padre mio, os he mirado siempre como el único apoyo que el cielo podia proporcionarme en esta soledad. Os vi que padecíais con vuestros recuerdos y me dije á mí mismo—él habrá sentido tambien la misma impotencia que me ahoga, él sabrá lo que es devorar en silencio un deseo, que está ya maldito, desde el momento en que nos dice su primera palabra.—Y desde entonces un lazo de dulce simpatía me unió á vos, os buscaba; vuestro aislamiento, vuestras meditaciones, nadie las respetaba tanto, como este pobre loco, que seguia vuestros pasos y pretendia aliviar las penas que deben pesar muy amargamente sobre vuestro corazon, cuando tantas lágrimas os hacen derramar. ¿Qué mano oculta me llevaba allí á donde vos ibais? ¿Por qué vuestra palabra era la única que tenia el poder de apaciguar en mi alma, el hervidor tropel de locas ideas que me asaltaban de contínuo?

—Esa mano oculta que nos unia, no es, hijo mio, mas que la desgracia. Solo el hombre dichoso y feliz puede rechazar al que sufre: los que padecen, pretenden casi siempre, aliviar con inútiles palabras, tormentos para los que, padeciéndolos ellos tambien, no hallan consuelo jamás. Yo tambien, yo tambien te veia con esa dulce simpatía que engendra el dolor entre aquellos que le sienten; conocí que tú eras de los que por estar demasiado cerca del cielo, debias sufrir como ninguno los tormentos á que vive sujeta la materia, y mi alma se inclinó hácia tí, y me dije—¡consolemos al que entra en la vida por el camino de las lágrimas!... y desde entonces empezó nuestra dulce amistad, que es para mí la última felicidad que puede, en la tierra, iluminar mi corazon, á la manera que ese sol de otoño, pálido y frio ya, baña con su rayo esta naturaleza espirante.

Y los dos monges guardaron de nuevo el silencio que habian observado durante su largo paseo, y se pusieron á contemplar las ondas serenas del Herbon, que saltaban y se llenaban de espuma en las quebradas de aquella orilla misteriosa. El rayo de sol temblaba sobre la superficie; los insectos de grandes y ténues alas las hacian brillar y reflejaban en ellas los colores del iris, y las hojas que el viento hacia caer en el agua y arrastraba con rapidez la corriente, decian á aquellas dos imaginaciones que contemplaban cuadro tan bello, lo que habrán dicho á tantas otras,—que nuestra vida, como la vida de todos los séres que nos rodean, no hace mas que caminar con mas ó menos lentitud hácia ese terrible término que se llama muerte.

El padre Juan, sintió aquel dia, con mas fuerza la fatiga que parecia rendirle, y que en realidad le arrastraba hácia el sepulcro que él miraba con esa triste melancolía que inspira á un alma herida por los tormentos del mundo, la puesta del sol en una tarde de noviembre y en aquellos paises montañosos.

Esperaba la muerte, y al sentirla llegar, sus ojos se llenaban de tristes lágrimas: sus pesares le parecian menos crueles. ¿Hay idea mas terrible que el no ser? En el momento que la fria mano de la muerte cierra nuestros párpados, en el momento que su punzante hielo paraliza nuestros movimientos, en el momento en que se desprende de nosotros nuestro último pensamiento ¿qué pasa en el corazon que cesa de latir? ¿Existe un nuevo mundo para el espíritu vagoroso que deja su cárcel de tierra, ó la huesa que se abre para la materia inerte recoge tambien como un suspiro de dolor el espíritu que la animaba? ¿Qué hombre pensador deja en tan tristes momentos de ser esclavo de la duda? ¡qué impacientes temores, cómo le sonrie al que muere la idea de otra vida, cómo el corazon esclavo de sí mismo, pretende encerrar en sus pliegues el soplo creador que le anima, y que parece pronto á alejarse!... Entonces el hombre siente tal necesidad de cariño, desea tanto que los que le rodean le animen con palabras consoladoras, se complace de tal modo en recordar su pasado, como si quisiera con esto calentar su vejez al calor de las muertas pasiones de su juventud.

Esto mismo sucedia al padre Juan.

Se acercó á su jóven compañero, que estaba absorto en locas meditaciones y le dijo:

—Ven, hijo mio, ¿en qué piensas?

—¿Lo sé acaso, padre? Este deseo sin forma que me acosa, esta pena, que no es mas que el astro de lo que me rodea, ¿me deja un solo momento para pensar? ¿pienso yo cuando me recojo en mí mismo, y vago en un piélago de esperanzas, de dudas, de sentimientos, de ilusiones que me sonrien y me dan la mano, como si intentasen hacerme perder en aquel resuelto mar, en que brilla la felicidad vestida con sus mil trajes?

—¡Pobre, hijo mio!—¿qué es la juventud mas que el tiempo en que sueña, el tiempo en que se desea? Yo soñé, yo deseé hoy recuerdo con placer—¡quiera Dios perdonármelo!—aquellos sueños y aquellos deseos. Pero la vida se aleja de mí, nada de mi pasado existe ya sino en mi corazon, no quiero que su recuerdo muera conmigo! ven te diré todo, y tal vez mis desgracias sean una leccion para tu alma, tal vez ellas borren de tu imaginacion las locas ambiciones que le asaltan de contínuo.

—¡Imposible!... murmuró el jóven.

—Escucha, tú que eres poeta, tambien yo lo fui en otros dias, comprenderás mejor que nadie lo que hay de amargo en mi vida. Al hombre que tiene ya puesto un pié en el sepulcro, creo que se le puede perdonar, el que diga que en su juventud, fue su hermosura bastante notable para que le hiciese fiarse de ella: es una verdad, hijo mio, muchos lo han dicho, que la belleza, es uno de los demonios que mas nos pierden, así yo cuento horas de sufrimiento, horas de dolor, porque en otros tiempos he poseido tambien ese encanto que nos agrada siempre, pero que siempre nos es fatal. ¡Qué hermoso dia aquel en que abandoné estas poéticas orillas, estos lugares silenciosos y llenos de misterios que estando ausente de ellos, me complací en describir en uno de mis cuentos, y al que amo mas porque me habla de mis sueños de adolescente, de mis sueños de poeta!... Es imposible que desde esas cumbres gigantescas que parecen aprisionarnos en el reducido recinto que vemos desde aquí, descienda al valle una mañana mas serena, mas llena de luz, de perfumes y de cánticos, que aquella en que dije ¡adios! á este sombrío monasterio, á este bosque, á la ria, á la villa, á las aldeas que yo habia recorrido durante mis años mas queridos. Mi corazon palpitaba de alegría y ansiedad, yo pobre hidalgo de este país mas pobre que yo todavía, me alejaba, iba en pos de las riquezas, de los honores, de la gloria, del amor; hermosos ángeles, cuya sombra parecia cobijarme cariñosa en mis solitarios paseos por los incultos senderos que desde la cercana villa nos guian á este monasterio, á la ria, á las enhiestas cumbres que baña el sol con su primer rayo. ¡La córte! es decir, la felicidad, me llamaba con todas sus voces tentadoras, y aun cuando al partir las lágrimas temblaron en mis ojos, porque nunca se dejan sin lágrimas aquellos sitios que nos son queridos, no eran ellas, sin embargo, mas que una pobre ofrenda que el niño consagraba á la madre de su corazon, ¡su alma se regocijaba! No quiero recordar ahora cómo pasé parte de mi juventud, viviendo al lado de un rey poderoso y poeta. Mis cántigas eran repetidas por los caballeros, las damas las aprendian de memoria, porque siempre se hablaba en ellas de amor, y yo dejaba en cada una de ellas, algo de aquellas hermosas esperanzas que me sonreian, como dejé despues el dolor que envenena mi vida. Tú, hijo mio, tú que sueñas en el amor, con esa vehemencia del jóven y del poeta, no eras capaz de concebir siquiera, como llamó á mi alma, el dia en que una mujer hermosa como un ángel, me dijo palabras de cariño. Todos aque-





CARACTERES DEL ARTE.—BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

llos insensatos transportes de la pasion, toda aquella vaguedad, todos aquellos delirios que me arrullaron durante los dias encantados de mi amor, todos, todos tienen hoy todavía palabras con que hablarme; aun conmueven mi corazon: mira, pues, cómo enloquecerian mi alma en aquellos momentos en que el esceso de mi felicidad fue tal, que no pensé siquiera en los dias venideros que podian disiparla, porque era hermosa hasta el imposible aquella mujer que estaba demasiado alta para el amor de un pobre doncel. Puso por precio á su cariño el respeto y el silencio; y el misterio de que se rodeaba, tendia en torno suyo un rayo de pureza que la hacia mas querida á mi corazon. Sondar ese misterio era perderla para siempre, asi me lo habia dicho. ¿Por qué puso ella entre mi amor y el suyo una valla que un dia habíamos de traspasar? Permíteme, hijo mio, permíteme que calle algo de tan terrible historia, yo creia haber llegado muy alto, pero no podia imaginarme siquiera que era hasta el trono á donde habia llevado su vuelo mi alma vagamunda y soñadora. Mi mano rasgó un dia el velo misterioso, y aquella hora en que debia recibir el premio que mi silencio y mi amor habian conquistado, aquella hora en que la felicidad debia visitarme en la tierra, fue cuando la perdí para siempre. Ví el sol, y sus rayos me cegaron; una vez ciego, una vez lejos de él, mi alma se atormentaba con su recuerdo. Presente siempre en mi memoria aquella escena fatal, errante por la tierra, palpando eternamente el vacío que se estendia á mi alrededor, viví atado al martirio mas espantoso. Poseer, amar y perderlo todo cuando uno ama todavía, cuando no puede dudar de que era amado; ¡oh! este suplicio no tiene igual entre los mas crueles. Su imágen delante de mí, en mis sueños, en mis largas vigilias, en mi mismo dolor, nada habia mas que ella y por cierto que bastaba. Huí, de pueblo en pueblo buscaba un lugar solitario en que poder entregarme á mis recuerdos, pero una mano implacable, la mano del desasosiego y de la locura, me empujaba y volvia á seguir mi camino. El sol de Asia iluminó mis facciones en que el sufrimiento marcaba diariamente sus huellas: los santos lugares en que Jesus habia padecido martirio por el hombre, los recorrí tambien con lágrimas en los ojos, con la oracion en los labios, pero el pensamiento, el traidor pensamiento, volaba hácia otras regiones y volvia trayendo nuevos y amargos recuerdos. Ni aun en la casa del Señor hallé el consuelo que necesitaba mi espíritu fatigado: donde quiera que se fijaban mis ojos, de allí salia como á la voz de un conjuro, la imágen de aquella que era á la vez mi ángel y mi verdugo. ¡Cuántas veces vuelto el rostro hácia la ciudad santa, llena todavía de aquellos rumores que dejaban en pos de sí los cánticos del profeta, sentí oprimirse mi corazon, y recordé con triste melancolía, estos hermosos lugares en que habia nacido, y soñado y esperado y habia visto lleno de hermosura siempre que volvia hácia él mis ojos inundados de lágrimas.—Volveré, me dije á mí mismo, volveré á aquel lugar ignorado, todo cubierto de poesía y de perfumes. Allí la santa casa, á cuyos piés corre el Herbon, y le rodean aquellas erguidas cumbres, desde las cuales se admira uno de los mas hermosos paisajes de la tierra, aquella santa casa que en mi niñez me abrió tantas veces su puerta hospitalaria, aquel bosque que yo recorrí en mis primeros años, tan cubierto de hojas, tan lleno de frescura, todos me darán un asilo cariñoso, todos pueden recordar á mi alma escenas de sencilla felicidad que endulzarán mis amargos pensamientos.—Y volví como un pájaro errante, que torna al nido abandonado, y atravesé durante muchos dias esa vasta estension de tierra que separa este oculto rincon del mundo de aquellos lugares que santificó con su sangre el Hijo de Dios. Una vez aquí, la resignacion pareció cobijarme bajo sus alas; esta brisa que es la misma que oreaba mi rostro cuando todavía no dejaran en él su beso, otros labios queridos que los de mi madre, vino de nuevo á templar el fuego oculto que quemaba mi frente y mi corazon. Una vez aquí, hijo mio, no hice mas que sufrir, sufrir y orar. ¡Quiera el cielo que los pensamientos mundanos que atravesaban por mi frente como negras nubes sobre un cielo sereno, no manchasen la pureza de mi oracion!... ¡Dios mio! ¿castigarás acaso, el que hombre todo debilidad no sea bastante fuerte para resistir el peso de sus amarguras, y no escuchar la voz del corazon que se complace en sus desvarios? —Ya lo ves, prosiguió,—yo soñé en el amor, yo amé como nadie, yo llevé mis labios calenturientos, á aquel manantial de vida que tan pronto se habia de secar para mí. Despues, sediento siempre, buscaba hasta en el soplo del viento que mueve estas ondas, algo de aquella frescura que habia gozado en otros tiempos. El recuerdo de la dicha, es el mas punzante aguijon que puede impelirnos en pos suya: vale mas no conocerla, que probar sus dulzuras, desearlas despues eternamente y no tocarlas nunca.—Vale mas ese deseo que te atormenta, que este ser que nos desespera: quédate á la orilla de ese mar engañoso; la tempestad ruge detrás de aquella nube rosada que señala el horizo nte. Yo te envidio tus locos pensamientos, que pueden todavía tomar tantas formas como plazca á tu espíritu; los mios, no conocen mas que un camino, no evocan sino una sombra, no murmuran á mi oido mas que un nombre. ¡Ya ves cuánto padezco!..

—¡Ah! pensó el jóven—arrojando una mirada envidiosa sobre el rostro del monge,—¡quién padeciera de ese modo!...

Y los dos abandonaron aquel lugar solitario, porque la campana del convento les llamaba á la oracion.

Dos dias despues, ya la lluvia sonaba tristemente en las hojas secas de los árboles, cuando en una celda del monasterio se veian al lado de un pobre lecho en que descansaba el que hemos conocido con el nombre de padre Juan, el jóven con quien este habia tenido la conversacion que acabamos de contar, y otro monge venerable por la santidad que reflejaba en su rostro, en que los años no habian dejado mas huellas que las de la vejez.

—¡Hermano! decia este último, el Señor me ha preservado, por su infinita misericordia, de esos tormentos con que el mundo os ha maltratado; yo no conozco lo que ellos son, pero estad seguro que el Señor se apiadará del que ha sufrido tanto, y tendrá en cuenta sus lágrimas. ¡El es todo bondad, esperad en él!..

—¡Señor! murmuró el enfermo con voz estinguida casi y estrechando entre sus manos las del jóven monge á quien amaba como á un hijo—¡alejadlo de las tormentas del mundo en que ese corazon se hará pedazos!.. infundidle esa dulce quietud, que nos hace estar contentos con lo que tenemos al presente, ¡apagad en su alma esos deseos que le venden, salvadlo, Señor—¡él es débil, él es niño, él nació para amar!.. y despues de un largo silencio repitieron sus labios esta palabra ¡amar!..

Y su frente se cubrió de la palidez de la muerte. . . . .

Aquel hombre que moria asi tan olvidado, tan lleno de dolor, se habia llamado en el mundo JUAN RODRIGUEZ DEL PADRON. El otro monge tiene á su vez un puesto demasiado alto, en aquella revolucion popular que agitó á Galicia á fines del siglo XV para que no nos sea querido á nosotros que amamos aquella revolucion en que el pueblo se alzó contra el poder feudal, y esparció por la haz de aquella tierra, regada con su sangre las cenizas de las mansiones feudales, que eran el padron vivo de su desventura y de su ignominia.

Al morir un poeta, otro poeta ignorado recogia de sus labios el legado de la inspiracion y del amor á su patria, y por eso cuando el primero dormia su eterno sueño, el segundo animado del mas grande y santo amor por su patria, animaba con su palabra ardiente, y caminaba delante de las huestes populares. Los *Hermandinos* tenian en él un jefe, un apóstol y un soldado. Triple destino del hombre de genio, del hombre de iglesia y del hombre de valor.

M. MURGUIA.



AVISO.

Los señores suscritores cuyo abono concluye á fin de este mes se servirán renovarlo si no quieren esperimentar retraso.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

MUGICA D. NOGUERA G.

NÚM. 41. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 7 DE OCTUBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Despues de la derrota de las tropas de Lamoriciere ha venido el sitio y toma de Ancona, y el ejército de Victor Manuel se ha estendido por todos los Estados Romanos sin hallar resistencia. Con Lamoriciere se rindieron los últimos siete mil hombres que quedaban de los veinte mil que este general habia reunido: solamente Roma y Civita-Vecchia con sus arrabales respectivos subsisten en poder de Su Santidad, guardadas por tropas francesas. Esta guarnicion francesa á consecuencia de una órden reciente del emperador, se ha aumentado con una division mas, si bien los periódicos órganos del gobierno vecino, aseguran que las tropas de la Francia no se emplearán sino en la custodia de la sagrada persona del papa. Es cierto el rumor que mencionamos en la semana pasada de que se habia propuesto á Pio IX por algunos de sus consejeros que abandonase á Roma; pero sobre la resolucion que adoptará Su Santidad nada de positivo se sabe todavía, siendo las aserciones que se hacen contradictorias. Quizá nos lo diga la alocucion pronunciada últimamente en consistorio secreto y cuya publicacion se espera de un momento á otro.

Las tropas de Garibaldi han esperimentado algunos descalabros delante de Capua, segun los partes telegráficos recibidos de Nápoles. Las tropas piamontesas se dirigian al territorio napolitano y Garibaldi ha anunciado en una órden del dia á las suyas la próxima llegada de estas fuerzas, de las cuales hace grandes elogios. Victor Manuel ha salido de Turin en medio de las mayores aclamaciones de entusiasmo, ha visitado á Bolonia y Ancona y se cree que irá tambien á Nápoles. La escuadra que ha sitiado á Ancona, una vez tomada esta plaza, se dirigirá segun todas las probabilidades á Gaeta, la cual sitiada por mar de esta manera no puede resistir largo tiempo.

Con la entrada de los sardos y de Victor Manuel en Nápoles tendrán término, á lo menos por ahora, las disensiones de que se ha hablado, tal vez con exageracion, entre el gobierno de Cerdeña y el general Garibaldi.

Abierto el parlamento de Turin, el ministerio ha pedido una declaracion de confianza y ha dicho que seria una imprudencia en las circunstancias actuales atacar el Véneto, y una monstruosa ingratitud atacar á Roma mientras la guarden las tropas de Francia. Parece, pues, que el Véneto no será por ahora atacado.

En Hungría continúa la agitacion: el gobierno ha suspendido la apertura de las universidades y ha mandado prender á muchos personajes de importancia mas ó menos conocidos por sus opiniones liberales. El Consejo del Imperio en Viena se ha disuelto sin acordar nada; y la situacion, como decirse suele, es cada dia mas tirante. Si nos fuera lícito aventurar alguna conjetura, diríamos que desde Italia el primer punto á donde se propagará la revolucion será Hungría. Los húngaros saben el camino de Viena, y en su país es donde puede decidirse la suerte de Venecia.

Las conferencias de Varsovia, que debian celebrarse el 8 de este mes, se han aplazado para el 20 por dos razones poderosas y especiales que atañen al emperador de Rusia: la una es que la czarina, que se halla en estado interesante, no ha parido todavía y se espera que salga de su apuro antes del 20: sin que este acontecimiento se verifique, las conferencias de Varsovia no pueden tener lugar. La segunda razon es que el czar tiene que asistir un dia de estos á una cacería de osos, y mientras se cazan osos no se puede conferenciar de política. Los osos y la política son verdaderamente incompatibles. Sin embargo, los periódicos han dicho que en las conferencias aplazadas para el 20 no se redactará ningun tratado: no se hará sino una esposicion por parte de cada monarca acerca de su manera peculiar de ver la situacion europea, y sobre todo no se tomará ningun acuerdo que aparte á los interlocutores de la buena amistad y armonía en que están con Inglaterra. Si esto es cierto, el proyecto de resurreccion de la Santa Alianza ha fracasado.

Hasta ahora no se han confirmado los desastres de China de que hablamos en la revista anterior. De Méjico nos dicen que el señor Pacheco, embajador del gobierno español presentó al fin sus credenciales al presidente interino de la república, y quedó admitido á ejercer su encargo. Créese que se trata de proponer una mediacion colectiva con los Estados-Unidos, Inglaterra y Francia para acabar con la guerra civil que destroza aquel hermoso país. Mucho celebraríamos que ya fuese por acuerdo de las partes beligerantes, ya por los esfuerzos combinados de las potencias, se pusiese término al estado miserable en que aquella nacion amiga y hermana nuestra se encuentra.

El viernes 5 era el dia señalado para la salida de la córte de Barcelona. Durante su estancia en aquella capital y sus visitas á Sabadell, á Tarrasa, y Monserrat los obsequios no han cesado. La fiesta que el 26 se dió en los Campos Elíseos fue magnífica á juzgar por las siguientes líneas que el cronista de quien tomamos estos datos escribe á un diario con fecha 27:

«La opulenta y ostentosa fiesta que hubo ayer en los Campos Elíseos, llenaba de admiracion á los que en la capital del vecino imperio y en otras populosas córtes han presenciado los mas grandes festejos. El vasto círculo de aquellos jardines, cuyos límites lejanos formaba el alumbrado que como una guirnalda llameante y gigantesca flotaba al aire en mágicas y sorprendentes combinaciones, prestaba encantos fantásticos y de naturaleza desconocida á los deliciosos parajes de aquel deslumbrante recinto, en el que se levantaba debajo de valientes y ricamente decorados arcos, el trono de la reina, y á su frente dilatados y anchos tablados cubiertos de alfombras y sinnúmero de asientos, que se perdian en lontananza, y que ocupaban mas de ocho mil convidados, con la circunstancia de que no estaban en minoría las mujeres hermosas y elegantes que se multiplicaban do quier que se tornaba la vista.»

Otro cronista de un periódico barcelonés dice:

«Para que las personas que en la noche de ayer no se encontraban en Barcelona se formen una idea de la esplendidez del festejo, bastará decirles que todo el paseo de la Rambla, desde Atarazanas hasta la ex-puerta de Isabel II, se hallaba iluminado, segun oimos asegurar, por mas de cuatrocientas mil luces de gas, colocadas en grupos formando espirales, jarros, palmeras y escudos de armas, ya sobre los candelabros de los faroles que se habian retirado oportunamente, ya sobre varios aparatos fijados entre aquellos espresamente para el indicado objeto.

»Y como para formar contraste entre la pálida, pero diáfana luz que despedian esa innumerable multitud de mecheros de gas, presentábase un cambio completo de decoracion con la iluminacion adoptada para el espacioso paseo de Gracia en el que, á breves pasos de distancia unos de otros, formaban una bellísima y pintoresca perspectiva otros grupos de luces de colores, formando tambien fantásticos y delicados dibujos, descollando entre

ellos algunas altísimas palmeras y hermosos rosetones.

»Como todo estaba hábilmente preparado para que la carrera que desde Atarazanas debian recorrer SS. MM. presentase una ilusion gradual y progresiva, realzada por el prestigio de nuevas combinaciones, la entrada del establecimiento estaba decorada con varios arcos y grupos de banderas españolas, y toda la ancha calle que atraviesa los jardines y cuyo piso estaba alfombrado, presentábase engalanada con líneas y grupos de luces, arcos de verde follaje, grupos de escudos, pendones, banderas y grandes jarrones sostenidos por pedestales de elegantes proporciones. Al estremo de esta calle aparecia la espaciosa escalinata que daba entrada al palco regio.

»En la primera meseta de la misma veíanse dos figuras de leones de formas colosales, las columnas del *Non plus ultra* y dos esbeltas palmeras de luces de gas. El palco estaba situado en la gran plaza, al estremo opuesto del salon y frente del mismo: una escalinata que partia desde el asiento del regio trono destinado para S. M. y su augusto esposo comunicaba con el anchuroso ámbito destinado para los espectadores que, segun el número de esquelas repartidas, debia ascender á seis mil. El resto de los jardines estaba escasamente iluminado por líneas de vasos de colores y faroles en forma de flores, produciendo empero buen efecto la perspectiva del puente sobre las oscuras aguas del lago y muy especialmente la de la pajarera en la que aparecian trazados por centenares de luces varios escudos de armas.»

El 27 visitó la córte el vasto establecimiento de la *España Industrial*, y el 28 se verificó la visita á Sabadell, el Manchester de España, como le llama un corresponsal. En el mismo dia se celebró la adjudicacion de premios establecidos por la Sociedad Económica en favor de los obreros que mas se han distinguido por acciones virtuosas; y por la noche hubo baile en el Casino barcelonés espléndidamente adornado é iluminado.

El 29 las reales personas visitaron los templos mas notables de la ciudad y el 30 salieron para Monserrat, regresando al dia siguiente. El 5, como hemos dicho, debió salir la córte de Barcelona pernoctando en Lérida.

En Madrid se ha abierto desde 1.° del corriente en el ministerio de Fomento la Esposicion anual de Bellas Artes, que estos primeros dias ha estado muy concurrida. El Museo reproducirá cuadros notables de esta esposicion, como tiene de costumbre y la juzgará en artículos especiales. Por ahora solo diremos que nos complace ver cómo los artistas, á pesar del poco estímulo que tienen, adelantan cada vez mas y cómo las esposiciones en su conjunto van siendo cada año mas importantes y notables. Segun el Catálogo este año son trescientas trece las obras espuestas y ha habido que habilitar dos piezas mas de las destinadas en el año último para esta solemnidad artística.

El martes se abrió el teatro de *Oriente* con la ópera de Verdi titulada *Las Vísperas Sicilianas*. La Dejean fue aplaudida, sobre todo en el bolero del acto quinto. Fraschini tiene buen método y buena voz, pero dicen que se hallaba indispuesto: por eso sin duda lo hizo mal, en lo cual le imitó Giraldoni. Inaugurar el teatro cuando el tenor y el barítono están indispuestos no nos parece el mejor método de hacer inauguraciones. La ópera fue puesta en escena con lujo: las decoraciones de los actos primero y último gustaron mucho.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

Nemesio Fernandez Cuesta.

ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

I.

La lectura de los clásicos que alimenta nuestra imaginacion en el colegio, apenas hemos salido de la niñez, poblándola con las ciudades y los héroes del Lacio; el estudio de la legislacion romana que hacemos en la juventud, con preferencia al derecho pátrio, no nos dan, sin embargo, idea cumplida de la existencia del pueblo-rey, no son mas que un aliciente y un elemento para visitar la ciudad eterna: mil viajeros, ¡y qué viajeros! Chateaubriand y Lamartine en nuestros dias, han hecho de ella magníficas descripciones que todos hemos recorrido con avidez en edad madura; y, sin embargo, nadie puede apreciar bien ni las leyes, ni los clásicos, no buscando su interpretacion en Roma; nadie deja de encontrar impresiones que añadir á las de tales viajeros, si la suerte le lleva á la ciudad inmortal, que tantos y tan especiales medios tiene de conmover el corazon y cautivar el ánimo. Las cañas que crecen á las orillas del Tiber murmuran al oido del forastero los nombres de Rómulo y Remo; los arcos de triunfo, las columnas, las estátuas, le dicen lo que no ha aprendido en la historia de los héroes y de los acontecimientos, á cuya memoria fueron erigidos; todo, hasta los capiteles que ruedan por el suelo, le sugieren un pensamiento nuevo; todo, hasta las lápidas rotas que sirven de pavimento, son á los ojos del estranjero verdaderas reliquias, reliquias tan elocuentes, que despues de haber hablado tanto á los hombres, prometen continuar diciéndoles muchas cosas mientras el transcurso de varios siglos no las reduzca á polvo.

Pero la Providencia ha colocado aquel tesoro á donde no es posible llegar sin un largo y penoso rodeo, ó sin surcar las ondas del Mediterráneo; ha querido que el viajero tenga, como preparacion de su visita á las ruinas elocuentes del imperio que mas eterno se ha creido en el mundo, á la capital de un culto, que no se robustece penetrando en los soberbios palacios de los que sustituyen ó á los doce pobres propagadores de las máximas sublimes del Evangelio, la contemplacion del cielo, que el Autor del universo mantiene inalterable desde la creacion, retratado en el plano inconmensurable del mar, otro reflejo de su omnipotencia; ya tranquilo con sus altas olas azules y trasparentes, dejando ver en lontananza islas que parecen naves flotantes de color de lila, ya agitado por el huracan que columpia al navegante, rociándole con la espuma del agua salada que va á quebrantarse en la costa, resonando en las montañas como el eco del trueno, ya dándole en suerte, como al Autor de estas líneas, sentir conmovida el alma con una tempestad al dirigirse á Roma, para tener al dejarla la dulce impresion de una postura de sol sobre el cielo azul de una tarde apacible, y despues la tibia luz de una luna clara, plateando las aguas en noche serena; doble espectáculo que en las costas de Italia paga con usura las molestias de la navegacion.

Pero no me propongo referir mi caminata prodigando *el yo* del viajero, capaz de hacer odioso al mismo Colon, ni referir como se va á Roma á la manera que lo hacen las guias y los itinerarios, ni siquiera añadir una descripcion metódica á las infinitas con que habrá tropezado el lector: estos artículos no son una relacion mas de Roma, no son siquiera los apuntes inconexos de un viajero, son menos que todo eso; los sucesos añaden un interés de actualidad al interés permanente de la gran ciudad; en ella piensa hoy todo el mundo; estos artículos son la conversacion de un caminante, cubierto aun del polvo de la ruta, que habla ¿de qué? El mismo no lo sabe cuando escribe estas palabras: de la Roma de 1860, de su estado actual, del carácter de aquel pueblo, de los recuerdos que se presenten á su imaginacion mientras esté hablando, de cosas inconexas, con las cuales lo mismo podria hablar una hora que un año, hacer un artículo ó varios, un libro ó una obra de diversos volúmenes.

El estranjero que penetrado de amor y admiracion al arte y á la antigüedad, se acerca por primera vez á la ciudad, otro tiempo gloriosa, procura no perder el menor detalle que satisfaga su ansia de observacion desde que pone el pié en el país que desea conocer y mira aquella tierra calcinada como una vasta página de la historia del mundo; aquellos montecillos aislados, que encuentra aquí y allá, representan á sus ojos la cifra de otros tantos capítulos del gran libro del universo.

Desde muy lejos, luego que pasa el canal Piombino y deja á la derecha la isla de Elba y el peñon de Monte-Cristo, verdadero nido de contrabandistas, distingue los contornos del puertecillo, desmantelado y sucio, que debe recibirle; de Civita-Vecchia, poblacion vieja en efecto, como que es anterior á Trajano, rodeada de antiguas murallas y castillejos inútiles, sobre los cuales ondea la bandera blanca de San Pedro; nuevas fortificaciones, que levanta la guarnicion francesa, dependiente del cuerpo espedicionario, estacionado en la capital, están llamadas á asegurar aquel lazo de comunicacion entre Marsella y Roma, cercando un caserío miserable, unas callejuelas tortuosas é irregulares, tan faltas de policía urbana como sobradas de polizontes.

Pero la mala impresion que produce en el estranjero el aspecto material de la primera poblacion de los Estados Pontificios, no merece mencionarse al lado de la que han de ocasionarle las molestias que le esperan. A bordo aun le piden el pasaporte, que ha de ir visado por todos los embajadores y encargados de negocios de los diversos Estados de Italia á donde haya de dirigirse, y despues de confrontar las señas con el original, le dan en cambio una papeleta para que desembarque y otra papeleta que sirve de pase á su equipaje hasta la aduana pontificia, para donde se le cita y emplaza. Desde este momento el viajero no se pertenece á sí mismo; pertenece á los gendarmes, á los aduaneros, á la policía, á los holgazanes y á los mendigos, en cuya amable compañía debe prepararse á pasar un par de horas, cuando menos; la lancha que pisa y que paga, no muy barata por cierto, no obedece sus órdenes, obedece á la policía, que la manda arribar á una estrechura de aquel pretendido muelle, donde por una escalera repugnante de cuatro piés de ancho, llega á pisar la tierra prometida; su imaginacion no le pertenece tampoco, pertenece á la policía, que la ocupa pidiéndole á los dos pasos el salvo-conducto canjeado por el pasaporte y el pase para el equipaje; pertenece á la chusma de truanes que interrumpen la posicion horizontal en que pasan la mayor parte del dia, para apoderarse del equipaje del estranjero y proporcionarle y distribuirle hasta lo infinito, de modo que rota la cuerda de un bulto compuesto, por ejemplo, de un paraguas y un baston, resulten dos piezas en vez de una, si es que no se les ocurre partir el baston por mitad con el objeto de que tres ganapanes puedan alegar derecho á tres paulos.

Así escoltado llega el viajero á la aduana pontificia, especie de portal desaliñado y poco limpio, donde debe encontrar el malhadado equipaje, si no le han robado en el tránsito, lo cual depende únicamente del cuidado que haya puesto en no perderle, como que en los Estados Pontificios las empresas de trasportes, declaran en sus *resguardos* que no responden de lo que se les entrega y que el interesado tiene la obligacion de vigilar sus efectos, sino quieren quedarse sin ellos.

En la aduana espera á la víctima un buen rato, tan bueno, que debia estar rezando para los proteccionistas, para los enemigos del libre cambio; aquel mezquino portal obraria mas conversiones que todos los congresos, todos los discursos y todos los escritos de todos los economistas del mundo. Lo primero que os preguntan es si llevais libros. ¿Los llevais? Es preciso conocer primero vuestro gusto literario y acomodaros despues al de la policía, que es gusto difícil: ¿os agradan obras políticas? ¿obras religiosas? ¿obras de imaginacion? ¿os placen los libres pensadores? Renunciad á vuestro gusto mientras esteis en aquel suelo, el Indice espurgatorio se interpone entre vuestros ojos y vuestras aficiones, todo lo comprendido en él desde la formacion de tan copioso catálogo es contrabando y la mayor parte de lo que, sin constar en él, lleva el nombre de autor en él comprendido por otro título; es decir, todo ó casi todo lo que puede interesaros, si no sois prior esclaustrado ó chantre y aun en ese caso, cuidad de que vuestro Breviario sea edicion legítima, es decir monacal; allí se juzga por los autores y no por las obras, por el lugar de la impresion y no por el testo: ¿habeis hecho apuntaciones de viaje? La policía desea conocer vuestras apreciaciones inéditas y se queda con ellas como con los libros: ¿llevais estampas? Tambien gusta la policía de revisarlas y suele no estar de acuerdo con vuestra aficion artística. Aquí concluye la policía y empiezan los aduaneros: ¿llevais ropa nueva? ¿llevais alhajas que no parezcan viejas? ¿llevais alguna curiosidad de la industria francesa? ¿llevais provisiones de boca? ¿llevais en suma algo de alguna cosa? Todo es contrabando en un país que no tiene manufacturas, solo vuestra ropa usada está libre de la sospecha de importacion peligrosa. Terminada esta primera *Visita di equipaggio*, de vuestros bolsillos y de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones y de vuestros pensamientos, apresuraos á poner plomos en las maletas; es verdad que la *dogana di Roma* es la mas cara de Europa, pero no repareis, sino quereis que la escena se repita, y daos por contento cuando leais en un colgajo de plomo: *Civita-Vecchia* 1825: ni os sorprendais de aquella fecha, pasada hace treinta y cinco años, ¡cuántos atrasos muchos mayores os esperan en el corazon de aquel país que vive de lo pasado!

Os falta llenar nuevas formalidades: teneis aprobado vuestro equipaje pero no teneis aprobada vuestra persona; es preciso trasladarse al otro estremo de la poblacion para hacer una visita á la policía, que despues de contemplar atentamente vuestra fisonomía, como si fuera á retrataros, os devuelve el pasaporte, manchado con algunos garabatos y algunos sellos ininteligibles prévio el pago correspondiente. Esta oportuna colocacion de la aduana y la inspeccion de policía en dos estremos de Civita-Vecchia, diametralmente opuestos, no puede tener otro objeto que ofrecer espacio suficiente para que estén diestramente escalonados los innumerables mendigos que cierran el paso al viajero á la ida y á la vuelta por aquel forzoso calvario, hasta que coronen la obra que emprendieron los aduaneros y continuó la policía, de dejarle el bolsillo completamente limpio de cuantas monedas cambiadas le ocupen: esta limpieza que tan mal se aviene con tanta suciedad, tiene sin embargo una ilacion lógica.

Terminadas tantas faenas, podeis disponer de vuestro individuo, por supuesto con ciertas limitaciones; podeis pensar en alimentaros y en descansar hasta la hora de partir el tren; pero cuidado con la fonda donde entrais, sobre todo si una patilla rubia ó un rasgo cualquiera de vuestra figura, puede dar idea de que sois inglés y os señala á la rapacidad de aquellas gentes que como no pocas de Roma viven recogiendo libras esterlinas. Huid, aunque hayais entrado, si el camarero os llama *milord* porque estais perdido: en Londres y en las orillas del Rhin, hemos pagado nosotros cuentas que no son para olvidadas, aunque diéramos al olvido lo confortable de aquellos hoteles, pero en ninguna parte nos han hecho pagar por el agua, y la tohalla para lavarnos y por el ruido, mas que en una fonda muy mediana de Civita-Vechia.

No es este pueblo mansion que retenga al estranjero; pronto se decide á aprovechar el primer convoy del ferro-carril que conduce á Roma: mas apenas pone el pié en la calle para llevar á efecto su resolucion, cuando se ve rodeado de una docena de mozos que le adivinan el pensamiento preguntándole:

—¿Tiene *ella* (este ella es la señoría del viajero) necesidad de un carretero para la *Strada-Ferrata*?

Si el viajero contesta afirmativamente, doce voces pronuncian á la vez las siguientes palabras:

—A nadie podia dirigirse mejor que á mí, que tengo medio de llevar todo el equipaje que *ella* traiga.

El vajero escoge con la vista uno de aquellos perdidos y por toda contestacion manifiesta su maleta y su saco de noche.

—No importa que no tenga mas que eso, observa el elegido, así irá mejor; fortuna ha tenido *ella* en tropezar conmigo; otro lo hubiera rozado con los demás equipajes.

El viajero pregunta el precio del trasporte.



—¡Hace un sol! esclama el truhan, ¡y luego hay un polvo en ese camino! Un hermano mio cegó el año pasado de resultas de una insolacion y yo mismo estuve para morir de un ataque á la garganta á causa del polvo que tragué la semana anterior.

... Me *dará*... tres paulos...

—Traed la carreta.

—Dentro de un minuto.

Pasa media hora y el viajero no vuelve á echar la vista encima á su hombre; cuando se va apoderando de él la impaciencia, se le presenta otro y le pregunta:

—¿Tiene *ella* necesidad de una carreta para la *ferro-via*?

—No; ya tengo una.

—Es la mia, la que *ella* ha alquilado.

—No: la he ajustado con su dueño.

—¡Su dueño! ¡si es mi criado! hace tiempo que debia haberle despedido á puntapiés por sus faltas; temiéndome lo que pasa vengo á tratar sériamente con *ella*.

Nueva conversacion, nuevo exámen de la maleta y del saco, nuevas felicitaciones por la fortuna de haber dado con el que habla, que llevará el equipaje sin estropearle, nuevas observaciones sobre la intensidad del sol y la espesura del polvo, historias lastimosas ocurridas á otros compañeros, resúmen: un pedido de cuatro paulos.

El viajero acepta á condicion de marchar en seguida; el hombre ofrece volver antes de un minuto: al cuarto de hora aparece, pero sin carreta, que no llega hasta despues con veinte maletas y baules; el equipaje tiene colocacion á un costado, en el cual le va rozando la rueda; el carretero se mete entre las varas y tira á buen paso camino de la estacion: allí espera el primer carretero para pedir los tres paulos convenidos en el primitivo ajuste, alegando que cuando fué á buscar el equipaje no estaba ya y que ha perdido otra carga, al propio tiempo que el de la carreta en ejercicio reclama por supuesto los cuatro paulos del ajuste posterior: el viajero discute, los carreteros cuestionan y gritan, de los gritos pasan á ese crescendo de juramentos, que un observador ha clasificado de este modo: *¡Vergogna! ¡Per Bacco! ¡Per Dio Santo!* última palabra de la progresion, tras de la cual vienen el puñal ó el garrote, segun las personas y las situaciones, hasta que apremiado el estranjero por el silbato de la locomotora, achicharrado por un sol horrible y envuelto en una nube de polvo, arroja á aquellos individuos cinco paulos, amenazándoles con abandonarles, si no están contentos, un equipaje que tantas tribulaciones le va ocasionando desde que entró en aquel país. Entonces los dos se deshacen en sonrisas y reverencias y dicen á la vez:

—*Ella* es muy generosa, que el cielo y San Juan Bautista la conserven.

Tras de esto, cincuenta pilluelos toman por asalto los bultos de la carreta, para llevarlos á la estacion; entáblase entre ellos una lucha, los mas fuertes se apoderan de los efectos, no sin el deterioro consiguiente á los tirones que sufren, y corren á cerrar al viajero la entrada al despacho de billetes, mientras no les pague.

Nos hemos detenido en estas escenas, que con variantes, de forma pero no de fondo, tienen lugar en Civita-Vecchia muchas veces por dia, para que se empiece á juzgar el carácter de aquel pueblo y la contestacion desagradable á que debe prepararse todo estranjero desde que ponga el pié en los Estados Pontificios hasta que salga de Roma, donde si se ajusta préviamente un coche de alquiler tiene un precio y otro si se paga sin haber ajustado; donde si no se establece con el cochero la hora en que se alquila, hay muchas probabilidades de que sostenga despues que fue una ó dos antes de la verdadera; donde cada contrato, por insignificante que sea, es un lazo tendido por la mala fe y cada momento un peligro para el bolsillo.

Natural es que una vez en la estacion no creais necesario otra cosa que acercaros al despacho de billetes para tomar vuestro asiento: ¡equivocacion! Para acercaros á la ventanilla del despacho, teneis que pasar por las horcas caudinas de otra ventanilla, donde se dibuja la faz mas ó menos graciosa de un dependiente de la policía, que os exige el pasaporte y que por tercera vez en el espacio de tres horas, á vez por hora, estudia vuestra fisonomía confrontándola con las señas: terminada esta nueva investigacion, se guarda el pasaporte para remitirle á la policía de Roma en el tren que ha de trasportar vuestro individuo y os da una papeleta, impresa con tinta de color de sangre, en la cual se os manda comparecer en la oficina de vigilancia de Roma, en el Monte Pincio, dentro de las veinte y cuatro horas de vuestra llegada, advirtiéndoos las penas que incurrís si olvidais el encargo: con la papeleta que prueba la entrega del pasaporte (1) y da el derecho de moverse, podeis por fin acercaros al despacho de billetes y tomar vuestro asiento.

El convoy se pone en marcha por una playa baja y pedregosa, siguiendo á pocos pasos de distancia los contornos de la costa, teniendo á la derecha las ondas del Mediterráneo y á la izquierda pequeñas colinas, sin otra vegetacion que yerba corta y amarilla y algunos arbustos raquíticos: en aquella comarca por todas partes señalada con las huellas de los que fueron señores del mundo, con los pasos de ejércitos formidables que llevaron las águilas romanas á todos los confines del continente, apenas se ve tal cual habitante cubierto de harapos, apenas hay indicios de que no se atraviese un desierto; allí en un país meridional, con un suelo fertilísimo, con un sol como de Italia, apenas se ve la señal del arado; toda la estension que se descubre yace inculta; de tarde en tarde se distingue tal cual vieja torre construida en pasados siglos para defender el país de los piratas de Berbería, destinada ahora á vigilar á los contrabandistas, ó tal cual miserable vivienda medio horadada en la tierra, herméticamente cerrada, con algunas varas de cultivo alrededor, con alguna viña que ostenta su vegetacion lozana, como para indicar lo que seria aquel país si no pesase sobre el una especie de maleficio, condenándole á permanecer asi, con sus colinas mústias y despobladas, sin casas ni árboles sin mas vegetacion que malezas, sin terrenos sembrados, ni una señal de animacion y de vida que distraiga al viajante de la dolorosa atonía que domina en los Estados Romanos.

No hay que esperar un solo pueblo de Civita-Vecchia á Roma; la agrupacion de cuatro ó seis casas de pescadores, da pretesto para las estaciones del ferro-carril, en las cuales vienen casi siempre á alimentar las tristes reflexiones del viajero acerca de la suerte de aquel país, (sobre el cual parece que pesa la maldicion del profeta: *Venient tibi duo hæc in die una subito, sterilitas et viduitas*) la ya estraña compañía de un par de frailes franciscanos, que se le colocan al lado prefiriendo un cómodo wagon al medio de locomocion usado por el fundador de la órden, ó la aun mas estraña de algun *monseñor* de zapatos con hebilla de plata, media de seda, calzon corto, traje elegante y sombrero de anchas alas, colocado en frente, que aun despues de calcular que no es un seglar, no podeis decidiros á creerle un eclesiástico. Este público estraño, da un carácter especial á la *ferro-via centrale di Pio IX*, que ofrece ademas otras singularidades. No hay que embobarse haciendo reflexiones sobre aquellos santos varones, no hay que entregarse á la confianza individual que inspira un ferro-carril, no hay que perder de vista desde que se entra en los Estados Pontificios, que si se halla uno en el territorio cabeza del catolicismo, se halla uno tambien en el país maestro de los cacos. Prescindiendo del peligro de los robos en detall, muy frecuentes, correis el peligro de ser robado en comandita á mano armada. ¿Caminando en ferro-carril? Si señor, caminando en ferro-carril, ni mas ni menos que si caminárais por España, caballero en una mula, acompañado de un fraile, en aquellos benditos tiempos en que la seguridad pública estaba confiada á la inquisicion por medio de la Santa Hermandad. No ha mucho tiempo que algunos ladrones sorprendieron ó conquistaron á un empleado en el camino de hierro, hicieron la señal de peligro en la via, detúvose el tren y llevaron á cabo el golpe de mano con la mayor tranquilidad, sin que ni un solo compañero de los que tantas veces os piden el pasaporte y os miden de piés á cabeza, viniera á interrumpirlos en aquel desierto, por el cual corria la locomotora, poco despues aligerada de las alhajas y dinero que contenian bolsillos y equipajes. Los ladrones no se llevaron la máquina y los coches, porque aun no está resuelto satisfactoriamente el problema de la locomocion al vapor por los caminos comunes.

El terreno siempre inculto, siempre desierto, agostado y silencioso, comienza á tener mayores ondulaciones, mayores accidentes que han producido grandes desmontes para la continuacion del trayecto: al salir de uno de ellos, siguiendo una serie de curvas por entre cortaduras de ochenta á cien piés de elevacion, se descubre á lo lejos la planicie de Roma y no muy distante la poblacion misma, dominada por la cúpula majestuosa de San Pedro, única señal que puede dar al viajero la certidumbre de que se acerca por momentos á la ciudad de las ciudades.

Una vasta estension asolada por el hálito de la *mal'aria*, que diezma los pocos habitantes respetados por la miseria, algunos pinos que se divisan en las alturas allá en lontananza, con su verde casi negro, dehesas separadas por groseras vallas de palos en las cuales pacen bueyes de larguísimas astas y búfalos que repelan los chaparros y las retamas, y algun pastor que guarda el ganado, tal es el paisaje embellecido otro tiempo por las villas epicureaneas en que los poetas iban á gozar y á entregarse á las inspiraciones de la poesía, á la sombra de bosques perfumados y en los jardines regados por las cascadas: tal es aquel paisaje vacío, de una severidad de una tristeza y de un silencio imponente; nada revela la proximidad de la capital, ni la campiña, ni las quintas, ni los jardines, ni las fábricas, ni la circulacion de personas y de carruajes; el viajero duda si el vasto panorama que tiene á la vista, si la inmensa agrupacion de piedras que tiene delante, es la perspectiva de una ciudad mitad muerta, cierto es, pero mitad viva, ó si es el inmenso cementerio de una poblacion enterrada en masa; si se halla á las puertas de Roma ó va á penetrar en Pompeya ó Herculano,

Triste idea formaria de los paisajes de Italia quien los juzgara por aquella planicie sin vida, por aquellos terrenos privilegiados que en su mayor parte no toca la mano del hombre, que aun en la pequeña porcion cultivada, por la incuria y la ignorancia distintiva de aquel pueblo no reciben jamás el alimento de los abonos, como que en Roma constituye una industria la limpieza de ellos para arrojarlos al Tíber. El habitante de la ciudad, que durante el verano se arrastra por las calles como si fuera á dar el último suspiro y se pliega á la línea de las casas para no perder una pulgada de la sombra que proyectan en la via pública, se guarda muy bien de salir de la poblacion para participar de los sufrimientos que se esperimentan en la campiña, desnuda de arbolado, donde el aire que se respira parece compuesto de azufre y fuego, donde insectos nocivos atormentan cruelmente al que está condenado á vivir en aquella tierra abrasada. Aquel terreno incomparable cuando se desplegaba en él la actividad de los primeros romanos, lleno de casas de campo habitadas por los mas ricos, invadido despues por la poblacion esclava, que con su pereza fue descuidando el cultivo, abandonando el arbolado, dejando desarrollarse las influencias pestilenciales, y en manos ahora de un pueblo mas perezoso aun, que á aquellos males ha agregado la falta de desagüe de las lagunas Pontinas, ha ido acarreando tan deplorable estado.

El trayecto de Civita-Vecchia á Roma es digna via de la gran tumba en que uno va á encerrarse, es una preparacion propia de las impresiones que se reciben dentro de la ciudad. No es allí donde el estranjero, nacido en ásperos climas, ha de encontrar la bella Italia de los poetas, con su dulce brisa, con sus sauces y sus manzanos esparcidos en prados aromáticos, con sus bosques de olivos y de magníficos naranjos sombreando los caminos; aquello tiene mas aire de infierno que de paraiso; allí se identifica uno mejor con el desierto de Sahara que con el jardin de Europa.

Pero con ser largo el viaje, molesta la navegacion, incómoda la policía, insoportable la aduana, insufribles los truanes, pesados los mendigos, desagradable la compañía de franciscanos, temibles los ladrones y tristísimo el paisaje, todavía debe contar el estranjero, entre los mas notables de su vida, el dia que penetrando en Roma va á sentarse en las gradas del Coliseo, á pasar bajo los arcos de Constantino, de Tito y Septimio Severo, para subir al Capitolio, en que va á recorrer la Via Appia y á tocar las cenizas de las ánforas del Columbarium y á abrir en el panteon de Agripa las mismas puertas de bronce, que las manos de tantas generaciones han hecho girar en el trascurso de veinte siglos.

A. Fernandez de los Rios.

(1) El pasaporte de un viajero que vaya y vuelva directamente de Madrid á Roma, ocasiona sobre 320 reales de gasto de refrendos; esto nos dispensa de molestar al lector, hablándole nuevamente de ese papelote, tormento del estranjero y salva-guardia del bandido.

CARACTERES DEL ARTE, Y ESPECIALMENTE DE LA PINTURA, EN LOS DIFERENTES SIGLOS DE LA EDAD MEDIA.

II.

El timbre mayor de la escuela bizantina, es haber trillado el camino á la ojival. Desplegad su sistema, elevad su bóveda, aguzad su arcada, y vereis surgir como brotadas del suelo, aquellas aéreas catedrales, maravillas de la edad media, donde el espíritu del Cristianismo y el genio del arte, parecen haber agotado de consuno lo mas rico y florido de sus sublimes concepciones.

Aunque divergentes en los rasgos esteriores, visible es el enlace que sin solucion de continuidad media entre las varias secciones de ambos estilos, asi en la arquitectura y la escultura, como en la pintura y demás artes decorativas.

La última, sin embargo, conserva menos ejemplares que las otras de semejante fusion, ya que por su índole mas deleznable desaparecieran con el trascurso de los siglos, ya que por la pobreza de la época tuvieran menos ocasiones de aplicarse, ya que blanco de especiales ojerizas, como la persecucion de los iconoclastas y la intolerancia de los árabes, etc., la ruina se cebase en ellas de una manera mas trascendental.

Otra razon hay á nuestro ver para esplicar la carencia de monumentos pictóricos, y es que la pintura requiere sumo arte para su ejercicio. La arquitectura, la edificacion, radican en la geometría, brotan naturalmente de la agregacion de materiales; la escultura en cierto modo ya tiene un cuerpo, y la piedra ó el madero de que se forma, son masas tangibles, con relieve y basamento propio; pero el desnudo lienzo ó la tabla enjalbegada, son un blanco por cubrir, como si dijéramos un cuerpo vacío que el pintor debe llenar, un espacio al que solo la fuerza del talento podrá dar ser y vida, bulto y apariencia, todo ello con el debido arte para que resulte ilusion verdadera.

Ahora bien: ¿qué logros podia esperar el triste pintor de imágenes del siglo XI, careciendo como carecia de modelos, de direccion, de sistema, de teorías, de esperiencia y hasta de recursos materiales? Sin duda veía ante sí las muchas obras pseudo-bizantinas que durante los cuatro ó seis siglos primeros de nuestra era habíamos realizado, con frecuencia en grande escala; ¿pero qué alimento prestarian al genio deseoso de remontarse unas composiciones tan menguadas en el fondo, y tan desnudas de gusto como de genuino arte?

Hé aquí varios de los motivos, no siempre bien deslindados, por los que la pintura llegó al mas hondo abatimiento, salvas algunas localidades de Italia, justamente cuando sus mas dichosas hermanas, auxiliadas



entre otras cosas de oportunas agremiaciones, empezaban á crecer cual planta lozana que en breve debia desarrollarse con espléndida florescencia.

Efectivamente, durante los siglos XI y XII las artes plásticas avanzan con rapidez, y en el XIII gallardéanse ya en la plenitud de su pureza. La misma pintura, rota casi de golpe su filiacion bizantina, consigue algunos medros, aunque bastardeada por los malos caracteres genuinos del *gótico* primario: líneas cortadas, formas angulosas, tirantez, frialdad, crudeza. En cambio el diseño es parsimonioso, el perfil acentuado, y hay tendencia al efecto, redondeando la composicion. Los personajes, aunque lacios y desairados, no son tan incorrectos, ni de proporciones tan disformes, y en los rostros empieza á despuntar algun sentimiento.

De propósito hemos hecho una salvedad á favor de Italia, porque allí, ora se guardasen mas fielmente las tradiciones antiguas, ora se adelantase á su siglo la viva imaginacion de los hijos de aquel privilegiado suelo, las artes consiguieron desde luego aventajadas proporciones, de modo que ya en 1270 daba lustre á Florencia el inaugurador de las escuelas italianas Juan Cimabue, célebre pintor de frescos, restaurador del buen gusto y maestro de Giotto, cuya primera obra, ofrecida á la admiracion pública, motivó una gran demostracion popular, siendo arrebatada y llevada en triunfo por las calles de la ciudad.

La época de verdadera gloria para el estilo ojival, así en la escultura como en las demás artes, así en Italia como en los otros paises, es el siglo XIV. Templado ya el genio en el sacro fuego de las inspiraciones cristianas las obras de esta centuria llevan el sello de una fe ardiente, de un sentimiento candoroso, y perdónesenos el término, de una especulativa poderosa y virginal, aun no conculcada por el frio racional de los escolásticos, que en los siglos XV y XVI imprimieron tan errónea direccion al movimiento intelectual de la edad media.

Inmenso singularmente es el progreso de las artes del dibujo, hace poco tan rezagadas, surgiendo do quiera galanas y puras con una precision y gracia que anchamente compensan ciertas ligerezas, hijas solo de la falta, aun irremediable, de estudios debidamente sistematizados.

¡Quién, ciñéndonos á la pintura esclusivamente, bastará á encarecer esas numerosas creaciones que un sin fin de artistas, anónimos los mas y cultivando el arte por el arte, sembraban por toda la haz de Europa en frescos, en retablos, en mosáicos, en vidrieras, en esmaltes, en donosísimas miniaturas, realzadas de azul y oro, prodigios de sutileza y paciencia, que son todavía la admiracion de las gentes, el orgullo de sus poseedores y la gala de los museos!

LA PLAZUELA DE LA PAJA EN MADRID.

Y no solo las recomienda el trabajo, sino tambien el concepto. Tal es entre otras cosas el misticismo de las imágenes de los siglos XIV y XV, que aun no se le ha logrado superar; de ellas los grandes maestros sacaron su mejor enseñanza; en ellas los modernos profesores siguen aprendiendo á traducir aquella uncion sublime y aquel elevado fervor de las almas beatas, cuyo modelo se busca en vano en medio de nuestras sociedades descreidas.

Bajo el aspecto fisionómico, ofrecen las mismas pinturas rasgos de sorprendente observacion y verdad, y ningunas otras quizá conciliaron con igual acierto los variados caracteres de las facciones humanas, la hermosura y la nobleza, al lado de lo grotesco y lo humorístico.

La parte anatómica ó sea de musculatura, aunque la menos recomendable por razones ya indicadas, despunta á veces tales lindezas, que no las desecharia el propio Miguel Angel: hay crucifijos y mártires en carnes, que dan compasion en su desnudez, miembros llagados que causan crispacion de nervios, pieles rugosas que diriais sobrepuestas, y manos y piés que saltan del cuadro.

¿Qué otra escuela supo dar mas holgura á los paños, mas elegancia á los ropajes, mas gracia á los pliegues y caidas?

En pormenores y accesorios alcanza asimismo cosas asombrosas; así, por ejemplo, de una armadura pueden contarse las mallas, de un bordado los puntos, de una pelliza las hebras, de una flor los pistilos y las hojas. La escarcela de la dama y el joyel del caballero, el sayo orfresado y la pontifical recamadura son verdaderos dechados de exactitud minuciosa, exactitud que á la vez se reproduce en muebles, chismes, adminículos y pequeñeces de la naturaleza viva ó muerta, lo cual á su vez hace inapreciables semejantes pinturas bajo el punto de vista arqueológico.

El renacimiento en sus albores, prodigó bellezas del mismo género; pero reduzcámonos á justos límites. El arte de la edad media espira al asomar en el horizonte el espléndido astro de Urbino.

J. PUIGGARÍ.

VASCO NUÑEZ

DE BALBOA.

Este insigne personaje, á quien el descubrimiento del Nuevo Mundo prestó ocasion como á tantos otros para su engrandecimiento y fama, nació el año 1475 en Jerez de los Caballeros, de una familia pobre, pero hidalga. En sus primeros años fue criado de don Pedro Portocarrero; y deseoso de gloria y aventuras se alistó en una espedicion que hizo Rodrigo de Bastida á América. Hallábase Balboa en la *Española* cuando Fernandez de Enciso fué á tomar el mando de aquella colonia en ausencia de Ojeda. El nuevo almirante partió en breve en busca de un compañero, prohibiendo que le acompañase ningun habitante de la *Española* que tuviese deudas. Balboa estaba comprendido en esta órden y no pudiendo solventarlas, ni privarse de correr los azares que le ofrecia la espedicion, hizo que le embarcasen metido en una pipa, burlando así la vigilancia de Enciso. Cuando arribaron á Urabá despues de haber encallado la nave en un bagio, se vieron espuestos á las mayores calamidades, no siendo la menor el sinnúmero de flechas envenenadas que les disparaban enjambres de indios, que venian á ellos ansiosos de esterminarlos. Nadie encontraba salida en tan apurada situacion, cuando Balboa presentándose al almirante le dijo que en el fondo del golfo de Urabá habia visitado con Bastida una poblacion pequeña, cuyos habitantes no tenian costumbre de envenenar las flechas. Aprovechó el almirante el aviso, y siguiendo el golfo hallaron el rio del Darien de que Balboa habia dado tambien noticia. A su desembarque, despues de vencer á un numeroso cuerpo de indios, fundaron una poblacion á que dieron el nombre de Santa María la Antigua. Enciso carecia de prudencia y tacto para el mando; así es que en pocos meses que estuvo al frente de la administracion disgustó, no



solo á los que le acompañaban, sino á los indios, alzándose una voz unánime en demanda de otro gobernador. Entre todos los españoles descollaba Balboa por sus prendas personales, capacidad y corazon. Se hallaba en la mejor edad, pues no habia cumplido treinta y cinco años. Era ágil de miembros, robusto, de airoso continente, de afable y ameno trato, y estas cualidades unidas á una intrepidez sin igual le granjearon pronto el aprecio y la confianza de todos, viendo en él el remedio que en vano pretendian de Enciso. Entre los amigos de Balboa, se contaban como los mas ardientes Juan Zamudio y Francisco Valdivia, quienes á la cabeza de los doscientos españoles, quitaron el gobierno á Enciso y aclamaron á Balboa. Tomó este el mando, y desde luego dió á conocer cuán digno era de él, pues en todas sus disposiciones presidia la prudencia y la templanza, viéndolas coronadas con el mejor éxito. Habia oido á los naturales que á seis dias de allí se descubria un mar inmenso hácia el Sur, pero que no se podria llegar á él sin llevar un ejército para vencer en la marcha á los poderosos caciques que le impedian el paso. Enumerar dificultades á un genio emprendedor como el de Balboa, solo sirvió para inflamar su ánimo y disponerle á una espedicion, que tenia mucho de maravillosa; así pues, reuniendo ciento noventa españoles, entre los que iba el inmortal Francisco Pizarro, mil indios de carga y algunos perros de pelea, se hizo á la vela en un bergantin y diez canoas el dia 1.° de setiembre del año de 1513 para una de las espediciones mas grandes del Nuevo Mundo. Desembarcó en Coiba, en cuyo punto dejó alguna gente para guardar las naves, y emprendió la marcha por bosques nunca transitados, trepando por montañas escabrosas, atravesando pantanos y salvando torrentes que espantaban á los mismos indios. Los primeros caciques que encontró al paso, huian aterrados con su gente al ver por primera vez aquellos hombres y aquellas armas. Balboa procuraba detenerles, y con agrado y demostraciones pacíficas logró tranquilizarles, y supo aprovecharse de sus avisos para continuar la penosa peregrinacion. Hasta allí las armas solo habian servido de estorbo á sus soldados que ya llegaban á las montañas que forman la cabeza de los Andes, habiéndoles costado cuatro dias de fatigas sin cuento para andar diez leguas por aquel terreno. Un aguerrido cacique les salió al encuentro ordenada su gente en batalla y resuelto á no dejarles pasar. Balboa, que habia dejado muchos enfermos en el camino, tenia solo sesenta y seis españoles, y con ellos se dispuso á esperarle. Viendo los indios el reducido número de los contrarios se lanzaron á ellos con sus mazas, ballestas y lanzas. Los españoles á pié firme esperaron que se aproximasen á distancia conveniente, y disparando á un tiempo sus mosquetes, soltaron los perros que llevaban, y se lanzaron ellos mismos sobre el escuadron mas inmediato, que huyó espantado de las detonaciones y del estrago de las balas. El cacique Caracua con seiscientos indios quedaron tendidos en el campo en menos de una hora de combate. El dia 26 de setiembre comenzaron á subir una áspera montaña, término del Istmo y de su atrevida espedicion. Al llegar á cierto punto, indicaron los indios que servian de guias que desde la altura que tenian delante se divisaba el mar deseado. Balboa envió entonces el primero, tendió la vista hácia el Sur y cayó de rodillas al descubrir el *Pacífico*. Acudieron presurosos todos los españoles, y ante tan hermosa perspectiva entonaron fervorosamente el *Te Deum laudamus* enarbolando despues una cruz, y grabando en las cortezas de los árboles los nombres de los reyes de España. Descendieron á la playa y cogiendo Balboa una bandera en la mano izquierda, teniendo en la otra empuñada la espada, se metió en las olas hasta la rodilla, y tomó posesion de aquel mar en nombre del rey de España.



VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

Este insigne descubrimiento que algunos han comparado con el de Colon, hace de Balboa uno de los hombres mas célebres del Nuevo Mundo, pero no le puso á cubierto de la desgracia y el infortunio. El emperador Cárlos V nombró á Pedrarias Dávila, gobernador del Darien, y habiendo llegado allá á tiempo que ya Balboa habia regresado de su espedicion, le mandó procesar y confiscó sus bienes; pero condolido el monarca le nombró adelantado de las provincias de Coiba y Panamá. Pedrarias, á instancias de algunos amigos de ambos, le habia dado una hija suya por mujer: pero á pesar de eso, el encono del nue-

CARACTERES DEL ARTE.



FIGURINA CATALANA SIGLO XIV.



TRABAJO BIZANTINO ESPAÑOL, SIGLO XII.



ANGEL DE LA MUERTE.—PINTURA DE ORCAGNA, ITALIANO, SIGLO XV.

vo gobernador era cada vez mas grande, hasta que rompiendo por todo mandó procesar de nuevo á su enemigo, y sentenciado á la última pena, sufrió la muerte con resignacion cristiana cuatro años despues de su célebre descubrimiento. Los cargos principales que se le hicieron, se fundaban en el comportamiento que habia tenido con Diego de Nicuesa, gobernador que habia sido á las órdenes de Enciso, y á quien Balboa no habia querido entregar el mando de la provincia del Darien. La sentencia pronunciada, pues, contra tan insigne personaje, ejecutada en 1517, llenó de indignacion á todas aquellas comarcas. El gran Quintana hace de él este retrato. «Era alto, membrudo, de disposicion bizarra y agraciado semblante. La robustez de sus miembros le hacia capaz de cualquier fatiga y vencedor de los mayores trabajos. Su brazo era el mas firme, su lanza la mas fuerte, su flecha la mas certera. Iguales á las dotes de su cuerpo eran las de su espíritu, siempre activo, vigilante, de una penetracion suma, y de una tenacidad y constancia incontrastables. Pudo considerársele hasta la espulsion de Enciso como un faccioso artero y atrevido, que ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra á fuerza de intrigas y de audacia desembarazarse de cuantos con mejor título podian disputarle el mando. Mas despues que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservacion y progresos de la colonia que se habia puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambicion con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinion pública casi al nivel de Colon.»

MANUEL JUAN DIANA.

RECUERDOS DEL ECLIPSE EN BILBAO.

(CONCLUSION.)

II.

Uno de los establecimientos científicos que gozan de mas crédito y merecida fama en Europa es sin disputa el real observatorio de Greenwich. Su historia, que abraza ya un período de poco menos de dos siglos, ilustrada por los trabajos incesantes de célebres astrónomos, le vale una autoridad que sostienen y acrecientan cada dia las observaciones que con instrumentos perfeccionados y método escelente se practican.

La idea que presidió á su creacion en el año de 1675 reinando Cárlos II manifiesta el fin esencialmente práctico que los ingleses se proponen siempre en sus institutos y empresas. «Rectificar las tablas de los movimientos de los cielos y los lugares de las estrellas fijas para llegar á la tan deseada determinacion de la longitud en el mar y perfeccionamiento del arte de la navegacion.» Tal fue, segun el ilustre Flamsteed, su primer director—*Astronmer Royal*—el objeto del observatorio. Mr. Arago cuenta de este modo lo que dió ocasion á su establecimiento. «En 1675 habia en Lóndres un individuo llamado Mr. de Saint-Pierre protegido por una dama francesa que gozaba de mucho crédito en la córte. Mr. de Saint-Pierre creia haber encontrado un método para determinar longitudes. El rey lo hizo examinar por una comision compuesta, entre otros, de lord Browncker, sir Cristóbal Wren, sir Jonas Moore y Mr. Hooke. La comision se agregó á Flamsteed, á quien se confió particularmente la discusion del nuevo método. Flamsteed demostró claramente la insuficiencia de los datos que Mr. de Saint-Pierre tomaba de las tablas astronómicas de la época, y se abandonó el proyecto. Pero comprendiendo con esto Cárlos II la necesidad de perfeccionar los catálogos de estrellas, decidió que se construyera inmediatamente á espensas del Estado un observatorio que se propusiera esencialmente aquel objeto, y que Flamsteed se encargara de su direccion. Al principio se pensó en establecerle en Chelsea ó en Hyde-Park, pero sir Cristóbal Wren, el célebre arquitecto de San Pablo, recomendó una colina situada en el parque de Greenwich. Adoptado su parecer, se puso manos á la obra sin tardanza.»

La riqueza, el bienestar, el poder de la Inglaterra dependen en mucha parte de la navegacion; perfeccionarla todo lo posible es su necesidad primera, y elemento preciso para ello poder determinar con exactitud la posicion de un buque en la mar.

El bien de la patria y el adelanto de la ciencia: hé aquí dos nobles ideas, cuya union feliz ha servido siempre de norte y estímulo á los trabajos de los astrónomos de Greenwich.

Flamsteed (1) fue el primero que comprendió la necesidad de practicar observaciones meridianas y con tal objeto estableció en 1685 un arco mural con cuyo auxilio pudo determinar el punto equinoccial, la oblicuidad de la eclíptica y otros datos fundamentales, que consignó en su *Historia celestis*.

Sucedióle en 1719 Halley, el amigo de Newton, que mejorando la práctica seguida estableció y usó un anteojo de pasos y un cuadrante de ocho piés ingleses de rádio, muy ponderado, que dió luego escelentes resultados en manos del ilustre Bradley.

Este añadió nuevos y mas perfectos instrumentos al observatorio, reformó el plan general de sus trabajos, y sus observaciones, continuadas por espacio de veinte años, y admirables por su precision, que hoy mismo no se aventaja, le condujeron á sus dos interesantes descubrimientos de la aberracion de la luz y nutacion del eje de la tierra. En su tiempo se nombró un ayudante fijo para el observatorio, pero prefiriendo el interés de la ciencia al suyo propio, decia á la Reina, que en una visita á reenwich manifestaba la intencion de aumentarle el sueldo: «No hagais tal, señora, el dia en que el empleo de director valiera algo, ya no lo obtendrian los astrónomos.»

Las interesantes observaciones de Bradley han tenido dos comentadores ilustres: Bessel, que ha incluido las relativas á estrellas en su obra *Fundamenta astronomiæ*; y últimamente Mr. Airy, que ha discutido y publicado las planetarias sirviéndose de una copia, que le ha facilitado la universidad de Oxford, de los manuscritos originales que en ella se guardan cuidadosamente—

Bliss no alcanzó la larga vida que han gozado casi todos los astrónomos de Greenwich—circunstancia que ha sido muy favorable para la unidad y constancia de los trabajos.—Le reemplazó en 1765 el doctor Maskelyne que se habia distinguido mucho en la espedicion á Santa Elena para observar el paso de Venus por el sol, publicando á su vuelta la «Guia del marinero inglés,» libro de reconocida utilidad en su tiempo, cuyo plan continuó, siendo ya director del observatorio, con la publicacion del *Almanaque náutico*. Se dedicó especialmente á las observaciones de la luna para llegar á la resolucion del problema de las longitudes; mejoró las tablas de Mayer y bajo sus auspicios publicó Mason otra edicion corregida y aumentada que ha servido de base á las modernas de Burckhardt—

A su muerte en 1812 fue nombrado director Mr. John Pond.—Realizando este el proyecto de su antecesor, reemplazó por círculos completos los arcos de los cuadrantes murales, con gran ventaja para las observaciones.—Montó tambien un buen anteojo meridiano, y de su época datan la organizacion ventajosa del observatorio que ha facilitado sus penosas tareas, y un largo catálogo de estrellas que ha merecido justo aprecio.—

Las personas que hayan visitado en estos últimos años el observatorio de Greenwich habrán admirado la ingeniosa perfeccion que se ha conseguido en los aparatos destinados á las observaciones, tanto astronómicas como meteorológicas, el órden con que se aprovecha en ellas el tiempo y el trabajo para obtener mas y mejores resultados, y el número de estos, sabiamente clasificados y con singular esmero conservados en su archivo; del cual decia Delambre que «si la ciencia astronómica desapareciera por completo del resto del mundo, allí quedaban elementos bastantes para rehacerla de nuevo.» Es preciso visitar la sala en que se reducen las observaciones, ver los penosos cálculos que sin interrupcion exigen y que se anotan en voluminosos cuadernos por los astrónomos que reparten metódicamente sus horas entre la guardia al pié del anteojo y las ocupaciones del pupitre, para apreciar debidamente las tareas del observatorio.

Allí rodeado de los astrónomos y ayudantes, presidiendo á todos los trabajos, regulador supremo de aquel ordenado movimiento, en una mesa sobrecargada de libros y papeles cuya índole diversa demuestra la variedad y muchedumbre de sus atenciones, se sienta el ilustre director actual Mr. Jorge Biddell Airy Esq.

Nacido en Alnwick, Northumberland, el año 1801, bachiller en artes de la Universidad de Cambridge el 23, admitido en la Sociedad de Filosofía, é individuo del colegio de la Trinidad, fue elegido cuatro años mas tarde, siendo ya maestro de artes, para la cátedra que estableció Newton; y en sus lecciones de filosofía esperimental contribuyó al afianzamiento de la teoría óptica de las ondulaciones. Nombrado en 1828 profesor de astronomía por la muerte de Woodhouse, se encargó de la direccion del Observatorio de Cambridge, desde cuya época datan los trabajos especiales que le han dado nombradía. El profesor Airy se propuso completar las observaciones, computándolas inmediatamente para que pudieran servir desde luego al adelanto de la teoría; y el método que adoptó tanto en su práctica, como en el cálculo y publicacion, dió tan buenos resultados, que ha servido despues de modelo para el mismo Observatorio de Greenwich. Dirigió la colocacion de varios instrumentos nuevos, entre ellos la hermosa ecuatorial que los ingleses llaman de Northumberland, mejoró el plan de observaciones planetarias y formó un catálogo de setecientas veinte y ocho estrellas, elevando tanto la consideracion del Observatorio de Cambridge que hoy rivaliza dignamente con el de Greenwich.

De este fue nombrado, en 1835, director (astronomer royal) que es como si dijéramos el título de primer astrónomo de Inglaterra. Su actividad verdaderamente sajona y el órden inteligente que ha establecido en el observatorio mantienen su reputacion á la altura de su antigua fama. Ha ideado y establecido un precioso anteojo meridiano susceptible de una precision no conocida hasta ahora y un instrumento para tomar alturas y azimutes—*alt-azimutt instrument*—cuyo objeto principal es el estudio de la luna y correccion de las tablas de sus movimientos, continuándose asi la tradicion de Greenwich y el empeño que fue motivo de su fundacion; pues cuanto mejor se conozcan aquellos, con tanta mayor exactitud se podrán determinar las longitudes en el mar.

Mr. Airy ha inventado tambien un tubo zenital, reflector y aplicado á la ecuatorial de Sheepshauks un micrómetro de doble imágen para la medida exacta de pequeñas distancias, con cuyo auxilio se hacen escelentes observaciones de cometas y estrellas dobles. Bajo su direccion la seccion de magnetismo y metereologia del Observatorio ha recibido importantes mejoras con el sistema de autografia fotográfica que tan felizmente ha aplicado Mr. Glaisher.

Los sabios ingleses, por mucho que se eleven en sus especulaciones nunca pierden de vista la tierra, y este sentido práctico da particular utilidad á sus obras. Mr. Airy se ha ocupado con éxito del modo de corregir las perturbaciones de la aguja á bordo de los buques de hierro y demostrado las crecientes relaciones de la ciencia con el comercio y la industria en la aplicacion que ha indicado de los telégrafos eléctricos á las observaciones astronómicas. Entre sus trabajos científicos merecen especial mencion los esperimentos del péndulo en las minas de carbon de Harton, con objeto de determinar el peso del globo terrestre como medio de conocer las masas del sol, la luna y los planetas: problema complejo y difícil para cuya resolucion ha hecho mucho.

Se cita en Inglaterra con elogio su tratado de la gravitacion (escrito en 1837 para la «*Penny Cyclopædia*»); y la Sociedad real de Londres, de la cual es miembro, ha adjudicado la medalla de oro á algunas de sus mas importantes investigaciones, entre las que debe señalarse su «*Cómputo de las observaciones de planetas hechas en el real Observatorio de Greenwich desde 1750 á 1830*,» obra que demuestra una laboriosidad y constancia á toda prueba y con la que ha puesto al servicio de la astronomía moderna el resultado de las útiles tareas de Bradley, Bliss, Maskelyne y Pond.

Mr. Airy, ademas de sus títulos ya mencionados, es vice-presidente de la Sociedad de Astronomía, miembro honorario del cuerpo de ingenieros civiles ingleses, sócio corresponsal del Instituto de Francia y goza merecidamente de una reputacion europea. Demos, pues, gracias al eclipse de sol que nos ha proporcionado la visita de un personaje tan eminente en la ciencia, y esperemos que las observaciones que ha tenido ocasion de practicar durante aquel contribuirán á la fama de su nombre y al adelanto de la astronomía, y á hacer por consiguiente mas agradable su recuerdo de la hospitalidad española.

III.

El dia 18 de julio amaneció nublado con gran sentimiento de los que habíamos esperado disfrutar del hermoso espectáculo del eclipse.—Sucedia este en las mejores condiciones, estando la luna próxima al perígeo y á poca distancia de su apogeo el sol; de suerte que siendo el diámetro aparente de este casi el mínimo y el máximo el de aquella, la duracion del eclipse total debia llegar por término medio á tres y medio minutos, faltándole por consiguiente muy poco para ser la mayor posible: al mediar el mes de julio, de ordinario despejado y sereno y á la hora del dia en que el sol brilla radiante á pocos grados del meridiano, completando la esplendidez de la fiesta celeste el concurso de casi todos los principales planetas, que se encontraban agrupados alrededor del sol; inmediatos á él Júpiter y Venus; mas al Oriente y con mayor altura Mercurio y Saturno formando un triángulo fácil de reconocer con Régulo, la estrella brillante del Leon. Pero en vano se disponia en la esfera esta decoracion magnífica si la niebla, constante habitadora de nuestras montañas, se obstinaba en privarnos de su vista, interponiéndose como pantalla importuna.

Felizmente al acercarse el mediodia fue mejorando el tiempo, y los que queríamos gozar del efecto pintoresco del fenómeno en el horizonte mas dilatado posible nos repartimos por las alturas vecinas con no poca estrañeza de las gentes del campo, que prestando fe ciega á las predicciones de *bueno* ó *mal tiempo* del calendario y á otros agüeros igualmente infundados, se negaban por un capricho de la ignorancia á creer en la realizacion del eclipse, cuyo anuncio estaba perfectamente justificado.

Desde nuestra *estacion* descubríamos un paisaje bellísimo. A nuestros piés se tendia la vega de Albia, sembrada de caseríos cuyas bien cultivadas heredades forman variedad de matices y figuras; mas allá el rio, cuyo curso caprichoso seguíamos con la vista hasta su desembocadura, animadas sus orillas por tantas casas blancas que parecen haberse formado en ellas para verle pasar, y á la otra parte el llano de Deusto, igualmente poblado, y la cordillera de Archanda de monótono aspecto que termina el cuadro por el Norte: por un lado las pintorescas ruinas de San Mamés y Capuchinos daban al paisaje la gracia severa que embellece los restos del pasado y ofrecian á la mente la imágen de una época que acaba; mientras al opuesto las máquinas de vapor que indican la direccion y trabajos del *tunel* en construccion, eran anuncio favorable de la época que empieza.

(1) Con gusto nos detendríamos á considerar los (trabajos) de su primer director Flamsteed, los no menos célebres de Halley, el amigo de Newton, y consagraríamos un recuerdo particular á Bradley, el descubridor de la aberracion de la luz y nutacion del eje de la tierra; indicando de paso el perfeccionamiento sucesivo de los instrumentos y de los métodos. Pero esto nos apartaria demasiado de nuestro objeto, y tenemos que pasar en silencio igualmente las tareas del Observatorio en la época de Maskelyne y Pond para decir algo de su estado actual.



Bilbao, apiñada en su hoyo, nos anunciaba su presencia por el rumor de las calles y el humo de sus chimeneas, penacho flotante que queria cubrir la monotonía de los tejados. Al Oriente, veladas por la niebla se graduaban las alturas que terminan en la elevada de Gorbea, y el horizonte del Noroeste mas despejado nos presentaba una hermosa faja azul de mar y el perfil airoso del Pico Sarantes que se destacaba sobre las verdes colinas de Cestao y Munua. Por la parte del Sur desplegaba la montaña sus severos pliegues bordados de árboles hasta concluir en la pelada cuesta de Pagasarri.

Al marcar el reloj precisamente la hora anunciada por los astrónomos, el disco de la luna comenzó á sobreponerse al del sol: todos aplaudíamos al triunfo de la ciencia que tan exactamente ha llegado á conocer los movimientos de los astros y seguíamos con vivo interés el aumento de aquella sombra que iba cubriendo la faz al padre del dia. Hay en el hombre tal confianza en la constancia de la marcha y de la luz de este sublime regulador de la vida universal que aun el accidente pasajero que por un momento la altera produce estraña impresion en las personas mas familiarizadas con la esplicacion de su causa.

Tal vez el sabio rey don Alfonso que se creia capaz de haber dispuesto mejor algunas obras del Creador, hubiera creido conveniente evitar los eclipses como un defecto que afea el grandioso mecanismo celeste, consecuencia necesaria del cruzamiento de las órbitas planetarias. Pero nosotros, que no somos sabios ni pretendemos dar lecciones al Supremo Artífice, vemos en los eclipses una clave que ha dado al hombre para llegar mas fácilmente al conocimiento de leyes importantísimas del universo y ocasion de útil adelanto para la ciencia.

El disco de la luna continuaba en su marcha y la luz iba disminuyendo sensiblemente, aunque las muchas nubes que cruzaban la atmósfera no permitian graduar bien esta diferencia. Pero se notaba que esa disminucion no era como la que procede de la oblicuidad de los rayos solares al terminar el dia: la luz era pálida y triste, como si llegara al través de velos de crespon que iban espesándose por momentos.

La lúnula brillante del sol se reducia mas y mas: las sombras se condensaban á nuestro alrededor: la temperatura descendia de un modo apreciable: por fin, desapareció el último rayo: habia llegado el momento solemne.

Los que hayan visto aquel disco oscuro rodeado de una corona de luz pálida, no olvidarán nunca su imágen fantástica que parecia anunciar el trastorno del mundo físico. Los ojos se fijaban en ella como atraidos irresistiblemente y mas de una persona impresionable sintió correr por sus nervios un frio estraño.

Con un anteojo de poca fuerza distinguíamos perfectamente en la parte superior del disco oscuro de la luna una hermosa «protuberancia» de color de rosa y carmin; lo que nos hacia esperar que los observadores provistos de buenos telescopios y aparatos fotográficos podrian hacer sobre esta curiosa particularidad del eclipse observaciones interesantes que adelanten algo el conocimiento, todavía tan oscuro, de la naturaleza física del sol.

La «corona» se componia de un anillo de luz blanca, pálida, sin alteraciones sensibles á la simple vista, terminado por irradiaciones irregulares.

Cerca del sol oscurecido brillaban Venus y Júpiter: las negras nubes que, contribuyendo poderosamente al efecto singular del cielo, cubrian mucha parte de él, no nos permitieron distinguir otros planetas. Al Oriente veíamos á Arturo.

Pero si en aquellos momentos la vista del cielo era en estremo interesante, no menos grandioso y dramático era el aspecto del paisaje. Al Norte resplandecia una débil luz pajiza semejante á la del alba; la noche habia descendido al valle, y el mar ofrecia un espectáculo imponente, espléndido, por el contraste de su color de plomo con el resplandor rojizo que iluminaba como un vasto incendio su horizonte. La oscuridad era tanta que distinguíamos á bastante distancia las luces en algunas casas y para ver la hora teníamos que acercar al reloj la que habíamos encendido.

Voces confusas se oian á lo lejos como si los hombres amedrentados clamaran por la vuelta del sol, cuando á poco mas de dos minutos de su total ocultacion, que nos habian parecido breves momentos, tal era la variedad é interés de las sensaciones esperimentadas, brotó del disco oscuro un rayo blanco, diamantino, brillante, tan puro y luminoso como debió ser el primer destello de luz que alumbró al caos al *fiat* omnipotente del Creador. Un hurra unánime acogió su aparicion que nos hacia asistir al misterio sublime del nacimiento de los dias; y la inefable armonía de las esferas se sentia con tal encanto en el fondo del alma que los ojos se llenaban de lágrimas.

Un observador curioso para apreciar el grado de oscuridad tuvo la buena idea de lanzar cohetes durante la fase total: sus luces aparecian brillantes y hermosas; pero estalló una en el momento de reaparecer el sol y quedó completamente oscurecida por la belleza imponderable de aquel primer destello.

Lo que restaba del eclipse tenia ya poco interés para simples observadores de lo pintoresco. Volvió la luz al cielo, la confianza al ánimo y poco á poco cada cual á su casa, no sin ponderar una y cien veces la belleza grandiosa del espectáculo presenciado, y del que las anteriores líneas darán muy imperfecta idea.

Despues hemos oido hablar mucho de lo que se observó en los animales en aquellos momentos; pero tenemos formado tan buen concepto de la imaginacion de los observadores, que desconfiamos mucho de los resultados obtenidos. Un perro que nos acompañaba no dió la menor muestra de inquietud durante el eclipse, y hemos sabido que las aves del corral solo manifestaron aquellas señales con que suelen anunciar la aproximacion de una tormenta.

Ahora disputan ciertas gentes sobre las estrellas que vieron: quién dice cuatro, quién dice diez, y no dudamos que si á alguno le pisasen en el callo, veria muchas mas.

Al dichoso que presenció el revoloteo imprudente de un murciélago equivocado, se le señala con el dedo. Pero no entra en nuestro propósito ocuparnos de la parte cómica del eclipse.

Hemos oido decir que varios de los astrónomos que han visitado nuestro pais se muestran muy satisfechos de su espedicion científica y del buen éxito de sus observaciones. Deseamos que á todos haya sucedido lo mismo, no solo por interés de la astronomía, sino tambien porque de este modo les será mas grato el recuerdo de España.—Nada hermana tanto á los hombres como la comunidad de trabajos cuyo objeto es de utilidad general: conduce al mútuo aprecio, haciendo olvidar las diferencias de raza y de costumbres; borra las injustas prevenciones que separan á los pueblos, siendo tantas veces ocasion de lamentables daños, y contribuye á estrechar mas y mas las relaciones amistosas, base la mas segura de su prosperidad y bienestar.

ADOLFO AGUIRRE BENGOA.

LO QUE YO BUSCO EN LA FERIA.

Para lucir las miserias
que guarda el mundo en su afan;
quiso nuestro padre Adan
que hubiera en el mundo ferias.
Y á esas ferias anualmente
la gente acude en tropel,
y yo á mi costumbre fiel
me voy donde va la gente.
Mas ¡ay! en vano me ofusco
registrando aquí y allá;
todo en las ferias está,
menos aquello que busco.
¿Dudais? me podeis creer;
¿ignorais qué es lo que pido?
Pues aplicad el oido
porque lo vais á saber.

Yo busco una y otra tarde
tan pronto á pié como en coche,
mancebo que no tra noche,
avaro que no se guarde:
Busco suegra sin malicia,
valiente sin vanidad,
mendigo con humildad
y usurero sin codicia:
Busco amigo sin pasion,
estranjero sin futraque,
doncella sin miriñaque
y vieja sin vermellon:
Busco amor sin interés,
ambicion sin egoismo,
belleza sin coquetismo
y drama sin entremés.
Busco gloria que me aliente,
esperanzas que me halaguen,
acreedores que me paguen
y dicha que me contente.
Mas ¡ay! que la cosa es seria,
cuanto yo busco y anhelo,
podrá existir en el suelo...
pero no sale á la feria.

Yo suelo hallar en Atocha
lo que el avaro codicia,
lo que el pobre desperdicia,
y lo que el rico derrocha.
Anteojos para no ver,
libros para no estudiar,
llaves para no cerrar,
platos para no comer.
Hallo ropas que teñir,
pinturas que restaurar,
cofres que desecerrajar
y puñales que fundir.
Hallo mangos sin sarten,
cucharas sin tenedor,
escopetas sin fiador
y gabanes sin saten:
Hallo lienzos desteñidos
y uniformes empolvados,
y retratos muy guardados
de originales *perdidos*.
Hallo historias que saber
secretos que adivinar,
enigmas que descifrar,
desengaños que aprender.
Y hallo al fin en ese centro
desde el ónice al pedrusco,
todo aquello que no busco,
y que sin embargo, encuentro.

Niñas que el suelo de Iberia
ornais con vuestros encantos,
si amais los recuerdos santos
nunca bajeis á la feria.
Ancianos cuyas pasiones
aun ponen al alma asedio,
la feria es el gran remedio
para matar ilusiones.
Allí en confuso tropel
bullen las viejas historias,
allí duermen vuestras glorias
ayer oro, hoy oropel.
Allí de antiguos amores
la historia os dirán á gritos,
flores y lazos marchitos
que fueron lazos de flores.
Y de ese sepulcro dentro
si os da por escudriñarlo,
quizá hallareis sin buscarlo
lo que yo busco y no encuentro.

MANUEL DEL PALACIO.

LA PLAZUELA DE LA PAJA.

La mayor parte de los habitantes de Madrid tienen formado un concepto muy indigno de la *Plazuela de la Paja*. ¡Ya se ve! generalmente se suele juzgar de las cosas muy de pasada y por la simple apariencia, y como la localidad á que nos referimos lleva un apellido tan humilde que raya en lo bajo y es de aspecto pobre y están muy raidos sus gloriosos atavíos!... Pero ello es que tiene títulos muy legítimos á la consideracion de nuestros convecinos y aun puede ponerse al nivel de los sitios históricos mas celebrados en conversaciones privadas y relatos oficiales.

La *Plazuela de la Paja* no escita la curiosidad universal ni goza del renombre á que es acreedora, porque no viste á la moda, ni la habitan sastres y bailarines; que si en su favor militase uno de esos accidentes, no le habia de faltar su biografía con el retrato en papel vitela y su correspondiente ojeada genesiaca y todas las circunstancias históricas de sus hechos: item mas, las consideraciones de cajon respecto á los probables servicios que andando el tiempo pudiese prestar á la madre patria

¡Pues ahí es un grano de anis lo que de su infancia y mocedades podria contará los vivientes la *Plazuela de la Paja*, y vaya si es saco de *idem* lo que de presente vale y sirve á pesar de su caducidad y retraimiento!

Y la que en sus tiempos fue plazuela principal y acaso la mas espaciosa de la villa; la que, digámoslo así, vió á Madrid tamañito y en mantillas (como que á tumbos y á saltitos no se atrevia á ir mas que desde Palacio al Arco y desde Platerías á la Puerta de Moros); la que fue casi su madrina le sustentó palacios y le albergó varones de gran seso, fundadores de nobilísimas familias, unos por su pericia en los consejos, otros por su arrojo en las batallas; ¿habrá de ser tenida en menos que muchas aniñadas callecitas de hoy dia, cuyo único mérito consiste en prestados afeites? No señor, por vida nuestra, que seria fea complicidad el consentirlo.

La *Plazuela de la Paja*, aun hoy dia sustenta y da la mano á mansiones profundamente venerables, despues de haber sido cifra y modelo de suntuosidad, asiento de varones y congresos celebérrimos, y teatro de solemnes y terribles escenas.

Allí, apoyándose en fuertes murallones las casas de los Vargas y Castillas; allí moraron Coallas, Aguileras y Sandovales; allí Mendozas y Lujanes; allí se albergaron los reyes Fernando é Isabel, antes de que Madrid tuviese pujos ni menos ínfulas de córte. Aquel recinto tuvo albergue digno para el Cid Rodrigo de Vivar y para Hurtado de Mendoza, cuyo solemne bautizo, siendo padrino el rey Felipe III, fue ceremonia tan pomposa que mereció estamparse en las historias.

Pregúntenle al minucioso estudiador de Madrid, don Ramon Mesonero Romanos, pregúntenle las calles de hoy, tan presumidas y aciealadas, qué ha sido aquella Plazuela uraña y con trazas de pordiosera, y él les hará entender cómo merece ser tratada la buena viejecita, que á pesar de sus harapos tiene honra para dar á las mas ilustres y á pesar de sus achaques acaso sea la mas hacendosa y madrugadora de las plazuelas. Anden, y el *Curioso Parlante* les dirá como los ecos de aquel recinto repitieron la voz del cardenal tan soldado como político, el dia en que mostrando sus cañones á los envidiosos grandes de Castilla les dijo: «este es mi diploma de gobernador;» él les dirá lo muy rico y muy bueno que en enterramientos, obras de arte y palacios ha tenido y tiene la *Plazuela* y su barrio y cómo y cuándo ocurrió allí el saqueo de las casas de Vargas; que tambien habia



BAILE DEL ELISEO MADRILEÑO.—RESTAURACIONES PRECISAS DESPUES DE UNAS HABANERAS.

su poquillo de saqueos en aquellos tiempos de «Dios, mi honor y mi dama.» Infórmense por menor de lo mucho que á la *Plazuela de la Paja* atañe y pertenece, y sabrán que dió cómodo y famoso albergue al Castelar del siglo XV, es decir, á Gonzalez Clavijo, «llamado el orador por su facundia;» hizo espléndido recibimiento á la desdichada doña Juana y á su hermoso marido; presenció el heróico arrojo de doña Juana Coello, y fue prision de Antonio Perez y sepultura de San Isidro.

Todo esto y mucho mas sabe el *Curioso Parlante* sobre nuestro tema ..

Pero Madrid no solo ignora lo que fue la *Plazuela*, sino que tampoco sabe lo que es hoy dia, y hoy dia es un centro de contratacion, una especie de Bolsa donde los melones y naranjas hacen las veces de consolidado y diferida; donde andan listos y celosos los *tratantes*, especie de escrecencia muy parecida á los corredores no intrusos; donde se gana y pierde dinero, se vende y se compra, se despelleja al prójimo, se hacen negocios á plazos y al contado, se habla de la paz y de la guerra, de la lluvia, del granizo, de Luis Bonaparte, y de los consumos, se insinúan matrimonios, se... en fin, es una Bolsa de comestibles.

De noche, cuando están confundidos en la sombra los ángulos de los edificios y las bocas de las callejuelas inmediatas, allí todo es frio, viejo, triste; de cuando en cuando crujen las maderas, y cae ripio de unas ruinas que fueron palacio del duque del Infantado, y parece que se oye el quejido de algun edificio cansado de estar de pié nueve ó diez siglos. El sitio es elevado, el aire mucho, los alrededores laberínticos, montuosos y solitarios. En la *Plazuela* no hay mas que una tienda de comestibles, una de vinos y una barbería. Cuando las calles céntricas de la córte hierven en carruajes y gente de á pié, y son todo ruido y animacion, allí impera el silencio, acaso interrumpido por un perro vagabundo que procura acomodarse en un monton de pámpanos ó en el desecho tejido de una banasta inútil.

En cambio apenas deja de ser de noche, cuando el centro de Madrid está tranquilo; cuando solo transita por sus calles un jugador perdidoso, ó un nómada involuntario; entonces comienza la vida y la animacion en la Plazuela de la Paja.

Los que primero acuden son los químicos, es decir, los ambulantes vendedores de aguardiente que arriman á las paredes sus aguaduchos. A poco empieza el ruido monótono de ejes, esquilones y ruedas, el acompasado choque de las herraduras amenizado con el estridente resbalar de las bestias de carga por aquellos altibajos, y las voces y dichos peculiares á la inmemorial profesion de la carretería y arriería. Asomando van como pueden por aquellos estrechos callejones, carros y mas carros, borricos, machos, y caballos siempre mas apreciables por su laboriosidad que por su euritmia, y sobre ellos y entre ellos delante y detrás de ellos, los que los guian; unos á pié, tirando del ramal, otros ginetes aguijando á la cabalgadura con un poco del arre y un mucho de la vara; otros sentados en el carro y asomando un ojo por entre los pliegues de la manta que los envuelve, ó bien acostados cómodamente sobre un lecho de melones, y sin nocion alguna de lo que es superficie plana.

Van menudeando los dialectos á medida de los saludos, y una de las primeras escenas de aquella comedia es remojar la palabra, hasta los mudos y tomar la mañana, aunque la mañana deba tardar media hora en llegar á la plazuela.

Entre un poco de charla, unos pocos bostezos y otros tantos juramentos, á veces improvisados; entre comenzar la descarga y echar un cálculo sobre si lloverá ó hará buen tiempo, tomar un recado de la aguardentera ó dejarlo en una posada cercana, *velis nolis* sale el dia y se ve allí una confusion, por estremo pintoresca, de tipos, trajes, arreos, vehículos y productos de la tierra, que convida á la contemplacion y aun quizás al exámen práctico.

Acude gente de tierra de Castilla, de color sano, perfil bastante correcto, sencillo trato y mas bien ruda que otra cosa; acude gente de Valencia, con dos conversaciones, dos precios, dos criterios, dos burlas y dos diminutivos para cada cosa; acuden aragoneses tales como los pinta el refran, con unos puños que el refran no menciona, pero á fe que son para alabados, y acuden tambien no pocos mozos de Murcia, sin mas aderezo que el que les dió el Señor, esto es: listos como ardillas y concluidos como galápagos; que saben todo lo que en Madrid vale dinero, y son abonados para enseñar á escribir antes de aprender á leer.

Cuando llegan los compradores, ya está cada cual en su sitio, llenas las banastas, formados los montones, separado el género por categorías, segun su escelencia real ó aparente; preparadas las pesas y salpicado el conjunto de tal ó cual pilluelo que consagra las primicias del dia á la fruta averiada, es decir, averiada *in extremis*; que á no ser asi, la fruta de Madrid no se prostituye.

Aquello es un mundo de naranjas, pimientos, tomates, granadas, melones, sandías, melocotones, peras, manzanas, quesos, uvas, albaricoques, patatas; todos los productos que caben en una estacion reunidos. Aquella plazuela es una gran nodriza que ni conoce á los que nutre ni es conocida de ellos.

Los compradores que asisten al mercado son tambien vendedores; toman el género de primera mano y al por mayor, y luego con una ligera variante en el testo de precios corrientes lo venden á los consumidores; asi como en las cátedras oficiales suele el maestro repetir en siete meses lo que ha aprendido en uno y paga el discípulo una matrícula veinte veces mayor que el precio del libro que estudia.

Una vez reunidos compradores y vendedores, se puebla el aire de gritos y palabras cuya cantidad é intensidad van en aumento, hasta que ya no pueden mas los que toman parte en aquel gran *crescendo a tutti*.

Hasta las nueve de la mañana cuando menos dura el movimiento , la agitacion, el griterío, el correr uno en busca del tratante, el gritar otro que le presten la pesa de á libra, el llevar este á beber ó herrar una caballería, y

—¡Oigasté, chavó, misté que yo diquelo fino y no vale guiñal á la mosa!

—F... ¡otre que tal! y ¿asó que es, mestre?

¿Yo que y tinch que vore?

Y un voto redondo del castellano que echa de menos la manta, y la lleva su interlocutor debajo de la suya, y un requiebro vociferado desde lejos á una compradora y terminado con dos cachetes á otros tantos merodeadores, y todo lo que pueda caber en otra cualquiera plazuela, puesto de relieve por lo reducido del sitio y condensado por lo poco que allí dura la venta, pues como ya hemos dicho despues de las nueve mengua el movimiento y la animacion, á medida que desaparecen las mercancías; los cabizbajos cuadrúpedos vuelven á ser uncidos ó montados, la *Plazuela* queda sembrada de paja, pámpanos y desperdicios, y poco á poco se restablece el silencio y la soledad y vuelven á destacarse las severas paredes y vuelven á quedar solas las ruinas...

Durante el resto del dia, son muy pocas las personas que atraviesan la *Plazuela de la Paja*, y de noche, se puede recomendar á los amantes de la soledad, las sombras y el misterio, aquel tranquilo y taciturno y apartado recinto.

El que ha presenciado las escenas de compra y venta entre los que surten la *Plazuela* y los revendedores, si aciertan á pasar á las altas horas de la noche por aquel sitio, acaso imagine que el crugir de las puertas de San Andrés y el eco que reproduce aquel ruido, sea un diálogo entre los antiguos edificios sobre el cambio de las costumbres y cosas humanas; pero si el transeunte sabe qué fueron y para qué sirvieron aquellas respetables moradas, vuelve á acordarse de todo su esplendor y fausto y acaso diga para sí: ¡Cuán olvidadas, y á cuán poco vinieron aquellas grandezas! ¡Quién sabe lo que serán las grandezas de hoy andando los siglos!

R. Robert.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. Jose Roig.=Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 42. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 14 DE OCTUBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



e ha recibido ya y publicado en España la alocucion de Su Santidad en el Consitorio secreto de 28 de setiembre de que hablamos en la revista anterior. La redaccion de este documento se atribuye al cardenal Antonelli, de quien hemos dado en otra ocasion á nuestros lectores algunos apuntes biográficos. En él se condena duramente la invasion de los Estados pontificios por las tropas piamontesas, la de Sicilia y Nápoles por Garibaldi, la destruccion de los tronos de Toscana, Módena y Parma, la agregacion de las legaciones, en una palabra, la anexion de la Italia á los dominios de Victor Manuel. Se omite, sin embargo, la fórmula de escomunion y se rehuye tambien hablar del refuerzo que han tenido las tropas francesas de Roma. En vista del ataque de los piamonteses, Luis Napoleon retiró su embajador de Turin y aumentó hasta veinte y cinco mil hombres las tropas que guarnecen á Roma y Civita-Vecchia: sin embargo la alocucion de Su Santidad, reducida toda á deplorar los ataques que recibe el poder temporal de la Sede apostólica, no hace mencion de estos hechos.

Dos puntos son los mas importantes que abraza este documento: el uno es el auxilio que en él se pide á las potencias católicas para defender los derechos temporales del papa como monarca de las provincias que hasta ahora le han estado sometidas: aquí se da á entender que el socorro de los veinte y cinco mil franceses que ocupan á Roma no es considerado como suficiente por el gobierno romano: el otro punto consiste en decir que en vista de las actuales circunstancias, el Padre Santo se verá precisado á adoptar medidas que pongan á cubierto su dignidad; y aquí se ha creido ver una queja embozada contra los franceses y una alusion á la determinacion que algunos aconsejaban á Su Santidad de abandonar á Roma y retirarse á cualquier otro punto de Europa. En efecto, el jueves corrió la voz en la Bolsa de que el papa habia salido de Roma; pero hasta el momento en que escribimos las presentes líneas la noticia no se ha confirmado.

Las tropas de Garibaldi han tomado la revancha del descalabro sufrido delante de Cápua. Las del rey les atacaron en las líneas de Caserta, y fueron rechazadas con gran pérdida, habiendo dejado en poder de los garibaldinos cerca de cinco mil prisioneros, y teniendo que retirarse á Cápua. Victor Manuel desde Ancona ha dado una proclama á su ejército anunciándole que va á entrar en territorio napolitano. El acuerdo entre el rey del Piamonte y Garibaldi se manifiesta mas cada dia; y los mismos periódicos que nos dieron la noticia de que Mazzini, Ledru-Rollin y Simon Bernad habian ido á Nápoles, la vienen ahora desmintiendo respecto de los dos últimos, y añaden que el primero ha sido desterrado de la capital de las Dos Sicilias. Esta noticia hay que ponerla tambien en cuarentena; y así como no creimos que Ledru-Rollin y Simon Bernard fueran á Nápoles, tampoco creemos que Mazzini haya sido desterrado, cuando precisamente acaba de publicar un folleto ó manifiesto en que se adhiere al programa de Italia y Victor Manuel, dejando para ocasion mas oportuna la defensa de sus ideas republicanas. Si Mazzini ha salido de Nápoles, no habrá sido en calidad de desterrado.

Con la alocucion de Su Santidad se ha recibido el discurso pronunciado por el conde de Cavour ante el parlamento de Turin con motivo de la invasion de las Marcas y la Umbria y de los sucesos de la Italia en general. En este discurso, notable por la moderacion de su lenguaje, se reitera el ofrecimiento de no atacar á Roma ni al Veneto. De manera que no hostilizándose á Roma ni al Veneto, una vez tomadas Cápua y Gaeta, que contra fuerzas tan superiores como van á caer sobre ellas no pueden sostenerse mucho tiempo, habrá terminado, como dice un periódico, el segundo acto del drama italiano.

Ha desaparecido ya uno de los obstáculos que se presentaban para la entrevista de los monarcas del Norte en Varsovia. La emperatriz de Rusia ha parido: en cuanto á la caza de osos y otras fieras á que debia asistir su augusto esposo antes de la entrevista con sus colegas los monarcas de Austria y Prusia, los periódicos no dicen si se ha verificado ó no. Es probable que se haya realizado, y entonces las conferencias se celebrarán en la semana que vamos á entrar. Ya los periódicos belgas, rusos y prusianos han reducido considerablemente el valor que atribuian los diarios austriacos á estas conferencias, y pronto los sucesos nos sacarán de dudas.

Una espedicion mista de tropas francesas y turcas parece que se ha dirigido al Líbano en busca de los jefes drusos que se han negado á presentarse en Damasco para dar cuenta de su conducta ante el comisario de la Puerta, Fuad Bajá Los jefes drusos, sabiendo la suerte que les esperaba, pues el comisario lleva plenos poderes y los ejerce castigando de un modo breve y sumario, es natural que se hayan resistido á presentarse en la capital de Siria, y tambien lo es que se refugien en los montes ú opongan una obstinada resistencia á las tropas. No dudamos del valor y de la superior táctica y disciplina de los franceses; pero tememos que el número y las dificultades del clima y del terreno causen mas víctimas de las que habria sido necesario sacrificar si la espedicion se hubiera dispuesto de otro modo.

Al mismo tiempo que este número llegue á manos de los lectores, llegará probablemente la córte á Madrid de vuelta de su espedicion á las provincias catalanas y aragonesas. Dejámosla en viaje para Lérida al terminar nuestra última revista: en Manresa SS. MM. se detuvieron dos horas, y dice un cronista de la comitiva:—«Todas las calles estaban cuajadas de gente que atronaban el aire, gritando: *¡Viva la reina! ¡Viva la dinastía de Borbon! ¡Viva nuestra madre! ¡Vivan los reyes católicos!* y otras aclamaciones, y otras frases del mayor respeto y de la mayor ternura.»

Y todavía el mismo escritor añade despues para completar el cuadro del entusiasmo de Manresa:

«En las calles habia elegantes trofeos con los nombres de todos los monarcas de Castilla y Aragon, y en muchas casas se leian estas inscripciones: *Viva la reina, viva la real familia, viva la casa de Borbon.*»

En los límites de Lérida se presentó el gobernador civil señor Negro á recibir á la comitiva. «Para marcar este límite, dice el corresponsal, la diputacion habia hecho construir un arco, en el que se leia esta inscripcion: *Lérida felicita á la reina constitucional.*»

En la ciudad el recibimiento ha sido calificado por los cronistas de brillante, entusiasta y cariñoso: «Cuando los reyes se asomaron al balcon con el príncipe fueron victoreados con delirio, y despues de una brillante serenata, y unos lindos fuegos artificiales, terminó la fiesta á las once de la noche.»

Al dia siguiente salió la córte para Zaragoza. En la fábrica de Villarroya la esperaban las autoridades; pero continuemos copiando; que mejor que nosotros podríamos describir la fiesta, la describen con todos sus pormenores los susodichos verídicos cronistas. Habla el *Diario* de Zaragoza:

«A las cinco y media el repique general de campanas y el estampido del cañon anunciaron la entrada de los regios viajeros: abrian la marcha dos piquetes de guardia civil montada, dos de caballería, siguiendo la carretela abierta tirada por seis caballos, en que iba toda la real familia; á los estribos del carruaje iban los generales señores O'Donnell y García: S. M. la reina vestia traje blanco con listas color rosa, y mantilla blanca con puntillas; el rey uniforme de capitan general con la gran cruz de Cárlos III, y sus augustos hijos trajes color rosa.

»SS. MM., conforme estaba anunciado, se dirigieron al templo del Pilar: en la puerta habia una mesa con un Santo Cristo que el señor arzobispo dió á besar á las reales personas que estaban de rodillas, y despues entraron bajo el palio corriendo el claustro y pasando al altar mayor donde se cantó el *Te-Deum*; allí se habia colocado guardia de alabarderos: concluido pasaron á la santa capilla, adoraron la sagrada imágen, siendo tal la ferviente devocion con que nuestra reina llegó hasta la del cielo y tierra, que la vimos abrazarse á la santa imágen y besarla repetidas veces; salieron despues del templo en la forma que habian entrado, dirigiéndose á su palacio, en cuyo balcon se presentaron SS. MM. que fueron recibidas con grandes aclamaciones por el inmenso pueblo reunido allí y que pedia á voces que saliera el príncipe: S. M. lo sacó en sus brazos, y el angelical niño saludaba con la manecita, hasta que la misma reina, quitándole el sombrerito de paja que llevaba, se lo puso en la mano y con él saludaba graciosamente á la multitud, entre la que se hallaba cuanto Zaragoza encierra de elegante y noble, que no habia temido el meterse en aquella inmensa confusion con tal de saludar á sus reyes; la bondad de la escelsa reina que presentaba sus hijos al pueblo reunido bajo los balcones, la cariñosa sonrisa con que saludaba repetidas veces, conmovieron á cuantos lo presenciaron y los que no podian gritar agitaban sus sombreros, gorras y pañuelos.»

En los dias siguientes se han sucedido las fiestas sin interrupcion, alternando las de toros, teatros é iluminaciones con las visitas á santuarios, hospitales y establecimientos benéficos.

De vuelta la córte en Madrid, parece que se disolverá el campamento de Torrejon; y el 25 se abrirán las Cámaras.

El domingo último celebró sesion la Academia Española, en la cual el secretario general dió cuenta de las tareas desempeñadas por esta corporacion en el año académico de 1859 á 1860. La principal y casi única ocupacion de la Academia ha sido combinar y discutir un nuevo plan de tareas literarias. Los prospectos de obras presentados en junta por los académicos han sido de seis diccionarios: de Provincialismos, de Sinónimos, de Neologismos, Etimológico, de voces apoyadas en autoridades; y de la Rima. Tambien se ha presentado un proyecto para la reimpresion de la *Historia de la Orden de San Gerónimo*, que escribió el padre fray José Sigüenza, que por cierto se ha aprobado con los prospectos de los cuatro primeros diccionarios. Para la redaccion y compilacion de estos se han nombrado comisiones de cinco académicos cada una. Para el Etimológico la Academia ha recibido materiales de gran valía, como el diccionario analítico de voces científicas y literarias en nueve tomos manuscritos, obra póstuma del laborioso mahonés don Vicente Alberdi y Vidal, y mas de diez mil papeletas del diccionario matriz que estaba compilando nuestro entendido amigo el malogrado don Rafael María Baralt.

El teatro del Circo despues de *Campanone* no ha dado sino zarzuelas ya vistas, en las cuales lucha con los recuerdos de Jovellanos que las mas veces le son desfavorables. El Príncipe ha puesto en escena *La Torre de Babel*, comedia buena para leida, mala para representada por quien no sepa hacer resaltar los chistes en que abunda el diálogo. El público sin embargo rie y aplaude. En cuanto á Jovellanos sigue concurrido: la zarzuela *Mis dos mujeres* salió la otra noche superiormente desempeñada.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

II.

Roma es una ciudad doble, dos ciudades completamente distintas, dentro de un inmenso recinto: una que contiene los restos de la gran poblacion nacida en el Palatino, de la que fundó Rómulo; otra que estendiéndose por las dos orillas del Tíber, se compone de las cuatrocientas iglesias, de los quinientos palacios y de las diez mil viviendas que forman la ciudad de los papas; una con la cual no han podido acabar del todo, ni tantas invasiones, ni tantos saqueos, ni tantos incendios, ni tantas desgracias, ni tantas vicisitudes, ni tantos siglos, ni tanto barbarismo de parte de los que, elevados de la nada por el nepotismo moderno, han arrancado de magníficos monumentos los bronces y los mármoles, para levantar palacios de mal gusto en que alojar su parentela otra que empleando así las reliquias de la antigüedad, utilizando las obras de arte como escombros que la sirvieran de pavimento, esplotando los mas bellos y mas colosales edificios del mundo como una cantera útil solo para estraer mármoles ya labrados, destruyendo los sepulcros en busca de esculturas, apropiándose las obras mas asombrosas de pasadas edades para darles un destino que rechazan, remplazando las estátuas de los héroes con las de los santos, y escribiendo en cada muro, en cada columna, en cada piedra, el nombre de un papa, no ha logrado borrar las letras S P Q R, que resaltan con caracteres indelebles entre las que forman aquella variada cronología; una que despues de tantas convulsiones, despues de tanto pillaje de los bárbaros antiguos y modernos, que de la cubierta de un edificio, el magnífico panteon de Agrippa, han sacado bronce bastante para las enormes columnas de San Pedro y para la artillería de San Angelo, y de solo otro edificio el pasmoso Coliseo, han sacado material para varios palacios, aun conserva en pié esos dos monumentos desafiando la accion de los siglos; otra que poniendo á contribucion el tesoro de las artes griega y romana, los recursos del arte moderno y el dinero de toda la cristiandad, no ha sabido levantar mas monumento, grande por su estension y no por su buen gusto, que la basílica de San Pedro, no ha logrado reunir mas atractivo que el de sus museos, en los cuales apenas le cabe mas gloria que haber sacado del polvo las obras antiguas para ofrecerlas un techo conservador; una que trajo de Grecia la traza de sus monumentos, de Egipto sus obeliscos, del Asia su oro, de todo el mundo las bellezas, conquistándole para adornarse con ellas; otra que lo único bueno que ha hecho es desenterrar y poner de pié lo que traido de Egipto, de Grecia y de todo el mundo, cayó con el pueblo que lo trajo; una que hace ir de remotos climas al artista, para estudiar tan solo las ropas de la estátua de mujer encontrada en la villa Adriana, ó el dorso del Belvedere y con solo estas dos obras mutiladas, tiene en perpetua discusion á los inteligentes y les obliga á declarar que en punto á escultura la antigüedad resolvió todos los problemas y dijo la última palabra del arte; otra que ha necesitado restaurar la estátua de un cónsul para hacer de ella, poniéndola una llave en la mano y una aureola en la cabeza, la imágen de San Pedro, cuyo pié de bronce desgasta el ósculo de la fe; una que creó; otra que no alcanza á imitar; una de quien hoy copia aun el mundo la legislacion, la política, la elocuencia, la poesía, la arquitectura, la escultura; otra que, á la zaga de Europa, es la última en ensayar mezquinamente los dos verdaderos adelantos de los pueblos modernos: la aplicacion del vapor y de la electricidad; una que aun hace estremecer al viajero que contempla sus ruinas, mide la inteligencia y el poder que revela la nacion que tal hizo; otra que hace sonreir desdeñosamente al que observa su castillo de San Angelo y su guardia suiza con gregüescos españoles y carrik inglés, con zapatos de lazo y casco romano; una que ha dejado en todo el continente caminos magníficos, puentes colosales, arcos soberbios ó ruinas magestuosas, que atestigüen á todas las naciones y á todas las edades hasta el último dia del mundo la civilizacion y la preponderancia de Roma; otra que para conservar su organizacion pide soldados, pide limosna y pide socorro á pueblos que no reconocen la fe que alimenta á la ciudad moderna; una que aun conserva en pié las columnas y los arcos de triunfo, con las victorias de sus águilas sobre todo el mundo esculpidas en el mármol y en el bronce; otra que tiene la bandera de San Pedro en manos de algunos suizos, á la sombra de la bandera tricolor que hace dominar el águila francesa desde Civita-Vecchia á San Angelo, desde San Angelo al Vaticano; una que solo con sus ruinas atrae diariamente millares de estranjeros, franceses, rusos, ingleses, alemanes, á llenar las hospederías y las fondas, las calles y las plazas, los templos y los salones de la ciudad moderna; otra que ha perdido hasta los peregrinos que la llevaba con los piés descalzos por ásperos caminos, el entusiasmo de la devocion; una que envuelta hace siglos en un sudario está pronta á entregar, siempre que se cabe en su inmenso sepulcro, un testimonio de bronce ó de mármol para demostrar á los que corren á visitarle que palpita aun; otra que, considerándose viva, ni respira, ni se mueve, ni se anima, ni presenta síntoma alguno de vitalidad.

La muerte se ha cernido sobre aquellas dos ciudades: la Roma antigua, la gran Roma es una de esas momias egipcias que un misterio hacia imperecederas; la Roma moderna, la pequeña Roma, parece destinada á peor suerte: á ser un cadáver en descomposicion.

Hay una cosa comun á las dos ciudades; á la que tenia su cabeza en el Capitolio y á la que la tenia en el Vaticano; á la que se fundó en el Palatino y á la que vive en el Campo Marcio; á la abandonada de las siete colinas y á la actual de las márgenes del Tíber: la tristeza, la idea de lo perecederas que son la vida y la obra del hombre, solo que esta fisonomía, comun á entrambas, nace de diferentes causas.

La via triunfal, medio enterrada á trozos, intacta en otros, con el pavimento mismo que pisaron tan grandes hombres al subir al Capitolio por entre aquellos magníficos templos medio de pié todavía, por bajo de aquellos arcos colosales de pié por entero, producen en el espíritu mas distraido reflexiones muy dolorosas: la via Apia, aquella suntuosa calle de sepulcros soberbios y humildes, pero todos dignos y artísticos, sin semejante en las ciudades modernas, que despues de doce siglos de abandono ha vuelto á aparecer á la luz del dia, con sus dos filas de monumentos en una estension de casi cuatro leguas, al paso que revela la grandeza de los hombres que tal hicieron, inspira al que contempla aquel sublime desierto tristes pensamientos, al ver ¡qué queda de aquel pueblo de soberanos, cabeza del mundo!

La Roma actual hosca, sucia y oscura, con sus calles estrechas, tortuosas y lóbregas; con su profusion de templos y de edificios eclesiásticos, lúgubres y sombríos; con su abandono, con su falta de aceras, con su escaso y pobre alumbrado si se esceptúa el Corso y las cercanías de la Plaza de España, con su abundancia de *madonas* y de santos en las esquinas, acompañados de la indecisa luz de un farolillo, como en nuestras ciudades hasta el siglo XVII, con su poblacion pobre, abandonada y perezosa, con su enjambre de mendigos y de frailes mendicantes, con su ejército de eclesiásticos de todas clases y trajes, con sus pompas religiosas, con su resto de inquisicion, con sus rosarios, con sus entierros formados por bultos de siniestro aspecto que desfilan de noche por las calles como una legion de aparecidos, alumbrados por hachas y entonando los cánticos de la iglesia, lanzando ecos dolientes como si vagaran cerca de uno comitivas de almas en pena, oprimen el ánimo y le colocan vecino á la eternidad.

Cuando se sitúa uno en medio del Foro Romano, el primer sitio histórico del mundo, donde dictaba sus leyes el pueblo rey, donde se reunian sus comicios y se agrupaban sus tribunos ó centurias, donde resonaba la voz de los oradores, el mandato de los cónsules, el fallo de los pretores y jueces, el veto de los tribunos, donde se proscribió á Mario, donde abdicó Sila, donde se quemó el cuerpo de César; cuando se penetra en el Capitolio y se recorren aquellos muros, carcomidos por el depósito de sal que allí tuvieron los bárbaros de la edad media, y se llega á la escalera cortada, pero con un tramo formado por los mismos peldaños de la antigüedad, la imaginacion se trasporta por entero á la edad de Ciceron y se espera encontrar por aquellos sitios algun patricio ó alguna dama con el airoso traje del pueblo de los pueblos, y entristece pensar, que los piés de los hombres gigantes que subieron y bajaron por aquella escalera de piedra, próxima á convertirse en polvo, son hace siglos, menos que polvo, cenizas que la barbarie ha profanado y que el viento ha esparcido para cubrir las generaciones de ahora.

Cuando se atraviesan al anochecer algunos callejones completamente oscuros de la ciudad viviente y á la luz menguada del farol que alumbra una madona se distinguen frailes que van y vienen, se tropieza con cofradías que entonan salmos y oraciones, se representa uno por entero el aspecto que ofrecian nuestras ciudades en tiempo de Felipe II, y no se siente uno bien en aquella atmósfera, que parece influida por el hálito del Santo Oficio, y ve con gusto el encuentro de alguna de las numerosas patrullas de gendarmes y soldados franceses, que recorren las calles y que son mas útiles aun al estranjero para desvanecer aquella pesadilla, en medio de la cual teme la presencia de los familiares de la Inquisicion, que para proteger su persona de los ataques que dan allí los ladrones, y eso que la estadística tiene calculadas sus hazañas á razon de dos asesinatos por noche.

Roma es, pues, una poblacion donde la idea de la muerte domina todas las ideas; la ciudad antigua parece conservar sus restos solo para testimonio de lo perecedero que es aquí abajo todo, aun lo que mas desafia la accion de los siglos; la nueva parece existir solo para muestra de lo que era la sociedad que vivia al reflejo del brasero del Santo Oficio, solo para servir de una especie de antesala al otro mundo.

No basta que mientras al estremo de una calle se oye el cántico de los difuntos, resuene al otro una escelente voz, entonando un trozo del *Barbero de Sevilla* acompañado por una guitarrilla; no basta que los romanos hagan por su parte mas de lo que espera el estranjero, para quitar á las iglesias lo que les daria de imponente una concurrencia llena de compuncion que allí deja amplio lugar á los ingleses, á los alemanes y á los rusos, admiradores de las bellezas artísticas de aquellos templos y acude con afan á los teatros, á oir los cantos apasionados de *La Traviatta*, opera que en medio de su rigorismo permite la censura, con la sola condicion de que no se anuncie con el título de la *Estraviada*, sino con el de *Violeta*; las iglesias están muy distantes de tener el aspecto profundamente religioso que la concurrencia de fieles da á nuestras catedrales, y los teatros están al mismo tiempo muy distantes de ofrecer la animacion propia de tales sitios, en todos los pueblos de Europa.

El mismo San Pedro, el primer templo de la cristiandad, la catedral del orbe, con toda su grandeza en dimensiones, con toda su magnificencia en los detalles, es un vasto museo abierto á la admiracion de los artistas, pero no es un templo que obligue á la admiracion de Dios; en aquellas naves, siempre desiertas, falta un pueblo prosternado, que llene su suelo con cultos entregado al recogimiento y su espacio con el murmullo de la oracion; la claridad entra allí á rayos vivos; aquello es inferior á nuestras góticas catedrales, que hacen levantar los

ojos y el alma al cielo; aquello, en medio de su grandeza, está por bajo de las basílicas de Toledo y de Sevilla, comenzadas en la misma época; faltan aquellas bóvedas y aquellas vidrieras por las cuales desliza misteriosamente el sol sus rayos, uno á uno, produciendo esa dulce música de los colores que tan bien se armoniza con la música del órgano. Quien hizo el clásico edificio de San Pablo de Lóndres, no hubiera encontrado dificultad en hacer á San Pedro de Roma; los que levantaron este inmenso templo, quisieron hacer á Dios el presente de una grande y rica casa, pero no tenian nada que pedirle: mas hizo, mas sentia, quien con fé cristiana cerró el crucero de la catedral de Búrgos, que quien colocó, exactamente copiada, sobre la suntuosa cruz de Miguel Angel, la magnífica bóveda pagana del panteon de Agrippa.

San Pedro es lo único que la Roma de hoy tiene que oponer á la Roma antigua; pues bien, aquella mole levantada con desden á las artes verdaderamente cristianas obedeció á una restauracion neo-cristiana y acabó por ser una imitacion griega, discordante y falta de unidad; los pesados pilares de Bramante, la cúpula copiada del panteon por Buonarrote, la prolongacion de la cruz por Maderna, la fachada de este y de Berrini, la profusion de adornos interiores, forman un conjunto, estenso como ninguno, alto como que solo la gran pirámide de Egipto le escede; pero no sujeto á las reglas de un gusto severo: comparad el ventanaje y las pilastras de la pobre y vulgar fachada de San Pedro con el ingreso del panteon, y ved qué vale el uno al lado del otro: penetrad en este edificio que hoy se titula Santa María de los Mártires y ved si luego encontrais en San Pedro el espíritu grave, severo, que es la principal condicion de un templo.

Pero nosotros no somos artistas sino viajeros desautorizados, con el solo voto que da el sentimiento de lo bello; no hemos tenido la pretension de añadir nuevas descripciones á las infinitas que se han escrito; hemos tomado la palabra para contar precisamente las observaciones que no hayamos visto escritas en ninguna parte; algunas de las impresiones desautorizadas, pero propias nuestras, que recibimos á las orillas del Tíber, con el desórden que se presentan en nuestra memoria, despues que hemos perdido de vista sus turbias aguas, ni siquiera con el desaliño fingido de lo que consignan en el papel los que nosotros hemos archivado en la cabeza; sin separarnos de lo que hemos ofrecido que serian estas líneas, una conversacion sobre la Roma de hoy, necesitamos decir algo mas de sus monumentos: ¿acaso es posible hablar sin nombrarlos, de aquella ciudad esencialmente monumental? ¿acaso entra en ella algun viajero que dejando á parte las descripciones vulgares ya, no tenga una observacion que añadir á las observaciones de todos los viajeros anteriores?

Si la Roma moderna no tiene nada que poner en paragon con la Roma antigua; si las riquezas de las conquistas se aprovecharon mejor que las ofrendas de la cristiandad, de la cristiandad que allí llevó y allí tiene el primer oro traido por Colon de las Indias Occidentales á España, á España que tanto oro ha añadido despues á aquel oro; si San Pedro, la maravilla moderna, cede su puesto al panteon, al coliseo y á tantos monumentos; si la ciudad de los papas ha dejado perder los mejores tiempos, sin saber ó sin poder crear nada igual á la ciudad de los emperadores, fuera de la pintura desarrollada por los genios de Rafael y Miguel Angel, la ciudad actual tiene bastante con llenar la mision que el tiempo y la suerte le han confiado.

No importa que no acierte siquiera á dar un punto de vista á la misma basílica de San Pedro; no importa que no prosiga el derribo, tan acertadamente dispuesto por la república de 1848, de las casas que se echan encima de la plaza magestuosa que le sirve de vestíbulo y aventaja en muchos conceptos al templo mismo; no importa que la poblacion actual sea tan descuidada de sí misma, que se resigne á permanecer estacionada, indiferente á todos los adelantos, á todas las comodidades que la civilizacion estiende, no ya en las capitales importantes sino en las ciudades medianamente cultas de Europa; nada de esto importa tanto como el que sepa conservar los monumentos antiguos; ¿para qué se ha de cuidar de ofrecer atractivos al viajero, mientras el atractivo de sus ruinas la asegura las visitas incesantes de todos los pueblos del continente?

Seríamos injustos, y nunca acostumbramos á serlo con voluntad deliberada, si no conviniéramos en que los pontífices han hecho mucho por las antigüedades en estos últimos tiempos: pero lo seríamos tambien si no dijéramos que este mucho no es bastante: no es bastante no, el estribo colosal de ladrillo puesto á la parte esterior del coliseo, mientras las aguas penetran en las galerías y se filtran por los arcos amenazando hundirlos, no es bastante haber hecho del pateon de Agrippa, muchas veces citado pero no tantas como se presenta á nuestra memoria, la iglesia de Santa María de los Mártires, destruyendo el efecto del magnífico fronton de su fachada con dos desatinados campanarios, mientras por el hueco de su lucerna llueve dentro de la iglesia; no es bastante conservar sin destruirlos el arco de Jano, que ha servido de modelo al de la Estrella de París y que hoy es un depósito de inmundicias, los sepulcros de Cecilia Metela y de Cayo Cestio, arruinándose el primero y entero el segundo por la sola razon de su forma piramidal resistente; no basta haber desenterrado y restaurado la Via Apia, no basta nada que no sea un trabajo de conservacion perseverante de aquella maravilla, de influencia incesante en aquel suelo elevado por las ruinas, que tantos tesoros debe encerrar aun bajo la capa que sirve de pavimento, de restauracion infatigable é inteligente, de tantas bellezas como aquel recinto tiene para premiar diariamente el trabajo de quien las busca.

No está la esperanza, no está el porvenir de Roma dentro de sus límites actuales, sino dentro de los pasados. Si, lo que es imposible, se rompiera la tradicion de tantos siglos y el catolicismo perdiera su cabeza, todavía podría conservarse Roma, siempre que supiera conservar sus ruinas: si lo que es posible dentro de un término mas ó menos remoto, continuando los papas con lo que es imperecedero, con la soberanía espiritual, pierden el poder temporal, y siendo los jefes de la iglesia dejen de ser los reyes de Roma, la primera condicion del poder que los sustituya en el gobierno de aquel país, la condicion impuesta por toda la Europa civilizada, á costa de sacrificios, si sacrificios se piden, impuestos por las armas, si á costa de ellas hubiere de lograrse, seria la conservacion de los restos de la antigüedad.

Es que aquellas riquezas labradas con las conquistas del continente no pertenecen solo á los romanos; pertenecen á todos los pueblos que las costearon, á todos los que tienen amor á las artes; es que la multitud de estranjeros, no católicos, que diariamente se agolpan á las puertas del Vaticano, no van allí desde remotos paises para visitar el conjunto de aglomeradas construcciones, grande y desordenado, confuso y ostentoso que forma el palacio donde reside el Sumo Pontífice, sino para recorrer y admirar lo mas rico y lo mas célebre de la escultura antigua, egipcia, etrusca, clásica y de las artes restauradas, recogido y conservado allí en vastos é inapreciables museos: es que se puede ser cristiano, se puede ser católico sin ir á besar la cruz bordada sobre la sandalia del papa; pero no se puede ser artista, no se puede apreciar bien la humanidad sin ir á prosternarse ante el genio de la antigua Roma.

A. Fernandez de los Rios.

EL ALCAZAR DE MALLORCA.

El eminente historiador don José María Cuadrado, antiguo colaborador de *El Pensamiento de la Nacion* que dirigia el malogrado é ilustre Balmes, acaba de poner en manos de la reina un bellísimo folleto que lleva el título de *Recuerdos del real palacio de Mallorca*.

Conceptuamos oportuno apreciar el dibujo de aquel alcázar que embellece el presente número del Museo, entresacando los datos y sucesos mas interesantes que se hallan en la mencionada obrita, sucinta es verdad, pero rica en interés y belleza literaria.

Tras siete meses de obstinado sitio los pisanos y provenzales asaltaron á Palma, y arrancando de sus fuertes murallas la media luna, clavaron en ellas la enseña de la redencion. Desde el torreon mas alto del alcázar el invicto Raimundo Berenguer, conde de Barcelona, anunció tan insigne victoria.

Pero aquella conquista fue fugaz, volviéndose á apoderar pronto de su antiguo reino los musulmanes.

El restaurado alcázar recobró su primitivo esplendor y magnificencia bajo el gobierno de Mohamed Aben Ganiga.

Recobrada otra vez Mallorca por el gran rey Jaime I de Aragon en 31 de diciembre de 1229, el jóven rey se alojó en el palacio de la Almudaina hasta el 28 de octubre de 1230, en que se hizo á la vela para Cataluña.

«Inaugurose en 12 de setiembre de 1276 la coronacion de Jaime II de Mallorca y de Esclaramunda de Foix, hija del conde Roger Bernardo, á quien seis años atrás habia tomado por esposa. Erigida Mallorca en reino en union con las demás islas y con los Estados del Rosellon, Cerdaña y Momtpeller, pensó pronto el nuevo monarca en construirse un palacio que fuese no ya posada transitoria, sino residencia fija de su córte y digno centro de sus dominios. Empezaron desde luego las obras, pues en 1281 y 82 vivia Jaime II en el palacio episcopal mientras continuaban aquellas, pero suspendiólas en breve la tempestad que derribó al naciente trono, y no ya como libertador y amigo, sino cual fiero conquistador, tremoló en el alcázar el pendon aragonés. Ejecutor de la ambicion y venganza de su moribundo padre, vino en 1285 Alonso III á ocupar los Estados de su tio, y rendida la ciudad y los mas fuertes castillos de la isla, la unió inseparablemente á su corona con la isla de Menorca, ganada á los moros por su esfuerzo. A Alfonso sucedió su hermano Jaime II el de Aragon, y su primer acto fue visitar á Mallorca en agosto de 1291, y confirmar con juramento su incorporacion á la monarquía aragonesa: los años trascurrian, firmábanse tratados, la Europa se pacificaba y el despojo del rey de Mallorca parecia ya sancionado é irrevocable cuando la santa mediacion del pontífice movió al de Aragon á reparar su injusticia con su tio y á devolverle en 1298 sus Estados. Recobró la isla á su buen rey, y en los doce años que disfrutó todavía de su paternal gobierno, vió desenvolverse con mas vigor que nunca los gérmenes de su prosperidad y surgir del removido suelo sus instituciones, sus villas y sus monumentos.

Entonces al sombrio palacio de Mujamid y de los Ben-Ganigas, cuyos arábigos primores, si los tuvo, ensangrentaban tantos recuerdos, y tan recios ataques habian maltratado, reemplazó el actual en la forma que tendria hoy si obras mezquinas y sin concierto no hubieran alterado la mitad de su magestuoso plan, si no hubiese venido al suelo en nuestros dias su parte mas monumental, la grandiosa y elevada torre del *Angel* que le daba el aspecto de alcázar, y que, si bien rebajada en 1756, se erguia aun en 1851 á imponente altura.

Despues de haber presenciado el alcázar la muerte de Jaime II acaecida en 1311, resonaban en él en 4 de julio del mismo año los vítores por la proclamacion de Sancho su segundo hijo, ya que Jaime el primogénito habia trocado la púrpura por el sayal franciscano. Solo recuerdos de paz y mansedumbre dejó Sancho en el palacio y en el castillo de Bellver, entre los cuales compartia su residencia al lado de su esposa María de Anjou, hija de Cárlos II rey de Nápoles.

Víctima Jaime III de las astucias y maquinaciones de Francia y Aragon, dejando prisionera á su fiel Constanza en poder de Pedro IV, su cuñado y perseguidor, vino el infortunado monarca á defender unos Estados que le condenaba á perder la iniquidad cubierta con el nombre de justicia, y en 25 de mayo de 1343 acampaba en Paguera, dispuesto á rechazar el desembarco del invasor. Apenas el combate llegó á empezarse, cuando la traicion hizo tremolar en la torre mayor de palacio las barras aragonesas.

En 31 de mayo entró el *Ceremonioso* rey de Aragon en el alcázar, visitando desde luego la capilla y armando en ella caballeros á varios de su acompañamiento.

Desde el 3 de julio hasta el 26 de agosto de 1359, Pedro IV habitó el palacio.

Este palacio hospedó dos veces á don Alfonso V el *Magnánimo* conquistador de Nápoles y dominador de Italia.

Durante las sangrientas insurrecciones de los pueblos de la isla contra la ciudad, que de 1450 á 1452 se repitieron, el jefe de ellas Simon Ballester estuvo preso en la Torre del *Angel*, hasta que salió de ella para el suplicio en 1457.

En 21 de agosto de 1459 arribó á las playas mallorquinas el desventurado Cárlos de Viana, hijo de Jaime II de Aragon entonces reinante, y pasó á habitar el palacio que se convirtió, gracias á la infame suspicacia de su madrastra, en cruel y prolongado cautiverio.

«Pero no son ya alegres vítores ó prevenciones de guerra y de seguridad, sino los alaridos de la revolucion triunfante los que turban el sosiego del palacio en la tarde del 16 de marzo de 1521. Desmandada muchedumbre invade el patio, reclamando á voz en grito la destitucion del virey don Manuel de Gurrea, que pálido y errante de sala en sala, sin valerle las concesiones arrancadas anteriormente por los sublevados, abdica su autoridad y se embarca ocultamente para Ibiza. La *germania* de Mallorca importada de Valencia, y engendro casi póstumo de las *Comunidades* de Castilla, se desenvuelve con espantosa rapidez: bien pronto desde estas ventanas oiránse los disparos y gritería con que asalta el pueblo los muros de Bellver y saquea y mata á los nobles allí refugiados: bien pronto el mismo jefe del actual tumulto Juan Crespí perecerá en esa Torre del Angel, á manos de otro dictador mas sanguinario y mas violento, y encrudecerá la matanza, y romperán todo freno de obediencia, y serán rechazadas hostilmente las galeras imperiales, para rendirse por último la ciudad, estenuada tras de largo cerco, al propio virey espelido con tanto encono.»

Veinte años no habian transcurrido, cuando Mallorca recibió con inusitada pompa á Cárlos I de España que se hospedó en el real palacio.

Desde entonces, mas de tres siglos hace, hasta que ha sido visitado por doña Isabel II, ninguna planta régia ha pisado este pavimento.

***

LAS TRES NARANJAS Y ALGUNAS GOTAS DE AGUA.

CUADRO ORIENTAL.

Vivia en Teheran la criatura mas mezquina y tacaña que ha nacido de mujer. Entre los fieles hijos de Alí, solo se ignora lo que debe ignorarse; del resto nadie hace caso Hé aquí la razon de saber todos á ciencia cierta, por mucho que le pesara, que Abu-Nazib, con su andrajoso turbante y su almalafa abigarrada por las injurias de medio siglo, era el hombre de los cequíes y las rupias, y que no podia menos de atesorar medio Golconda, donde, escepto él, nadie acertara á decir. En su jardinillo de algunos piés se criaban las mejores naranjas de toda Persia, las que en canastillos de oro esmaltados de pedrería, eran presentadas sucesivamente y sin faltar una por sus servidores negros en la mesa del shah poderoso, sombra de Alá en la tierra. Pero por muy largo que tuviera el brazo y grandes fuesen las riquezas que guardaban sus famosas arcas de cedro y marfil incrustadas de oro, llegó un dia en que con la frente en el polvo le hicieron saber sus emisarios no



ENTRADA DE LA REINA EN PALMA DE MALLORCA, Y ARCO TRIUNFAL LEVANTADO POR EL AYUNTAMIENTO.

contase por entonces con las dulcísimas naranjas de Abu-Nazib, porque su huerto habia sido robado sin saberse cómo, y añadiendo que era mas fácil encontrar las cabezas de los culpables, que una sola naranja en todo el árbol. El príncipe con gran asombro de los visires y sátrapas, continuó fumando en su larga pipa, sin dar la menor muestra de indignacion.

El robo era falso.

Hallábase Abu-Nazib á la puerta de su miserable espelunca, concluidas las abluciones de la tarde, arrellanado en su estera, y entretenido en repasar las enormes agallas de un rosario turco, cuando oyó una voz que le decia: «Dame tres naranjas de tu jardin.» Volvióse lentamente, y vió cerca de sí una especie de ogro fornido y musculoso, medio desnudo, negro como el ébano. Ni siquiera le contestó. El ogro meneó entonces un saco que despidió un sonido metálico, Abu-Nazib le hizo con la cabeza una señal negativa; entonces la criatura deforme lo vació ante sus ojos, é inundó la estera y los piés del absorto avaro con un turbion de preciosísimos y deslumbradores diamantes.—Todos son tuyos por solas tres naranjas de tu árbol, le dijo, y por igual número te daré cada dia otros tantos diamantes hasta que tu árbol quede sin fruto.—Abu-Nazib, se lanzó sobre aquel tesoro como el leon sediento sobre la girafa, y volvió luego con las tres mas ruines naranjas que pudo encontrar.

Asi sucedió siempre hasta que llegó el dia en que el árbol de Abu-Nazib no ostentaba entre sus verdes ramas mas que las tres últimas naranjas.—Sabe, le dijo entonces, que mi árbol no dará mas fruto el año en que deje de comerme sus tres naranjas mas bellas; si te cedo estas últimas, quedará él seco y yo arruinado, porque asi está escrito: muéstrame el lugar de donde estraes tu tesoro, y son tuyas despues.—El vestiglo de nariz aplastada aceptó sin vacilar, y ambos partieron hácia las fronteras de la India, llevando Abu-Nazib por todo equipaje una aguda gumía de Damasco cuidadosamenta recatada.

Los primeros dias de marcha comieron y bebieron de lo poco que la hospitalidad pobre y liberal de sus hermanos compartió con ellos sin interés alguno, pero muy pronto vióse el avaro de seco corazon, perdido con su guia entre un océano de arena que abrasaba sus piés y quemaba sus carnes. En vano buscó una sombra en que poder descansar á su abrigo, en vano una gota de agua para refrescar sus labios sedientos; desde que penetraron en el desierto su guia no hacia mas que cantar en un idioma desconocido, monótono y lúgubre, ó saltar como un mono al compás de sus largos alaridos. Pero llegó un momento en que volviéndose al avaro le dijo:—«Abu-Nazib, ¿ves aquella tienda que se aparece allá abajo?—y le señaló al Norte—pues con solo un silbido que yo diese vendrian aquí gentes que por medio de los procedimientos mas raros y caprichosos, harian soltar á un hombre honrado hasta el último cequí, por muy guardados y por muy lejos que los tuviera. ¡Diablo de sed!... dame una de tus naranjas.»



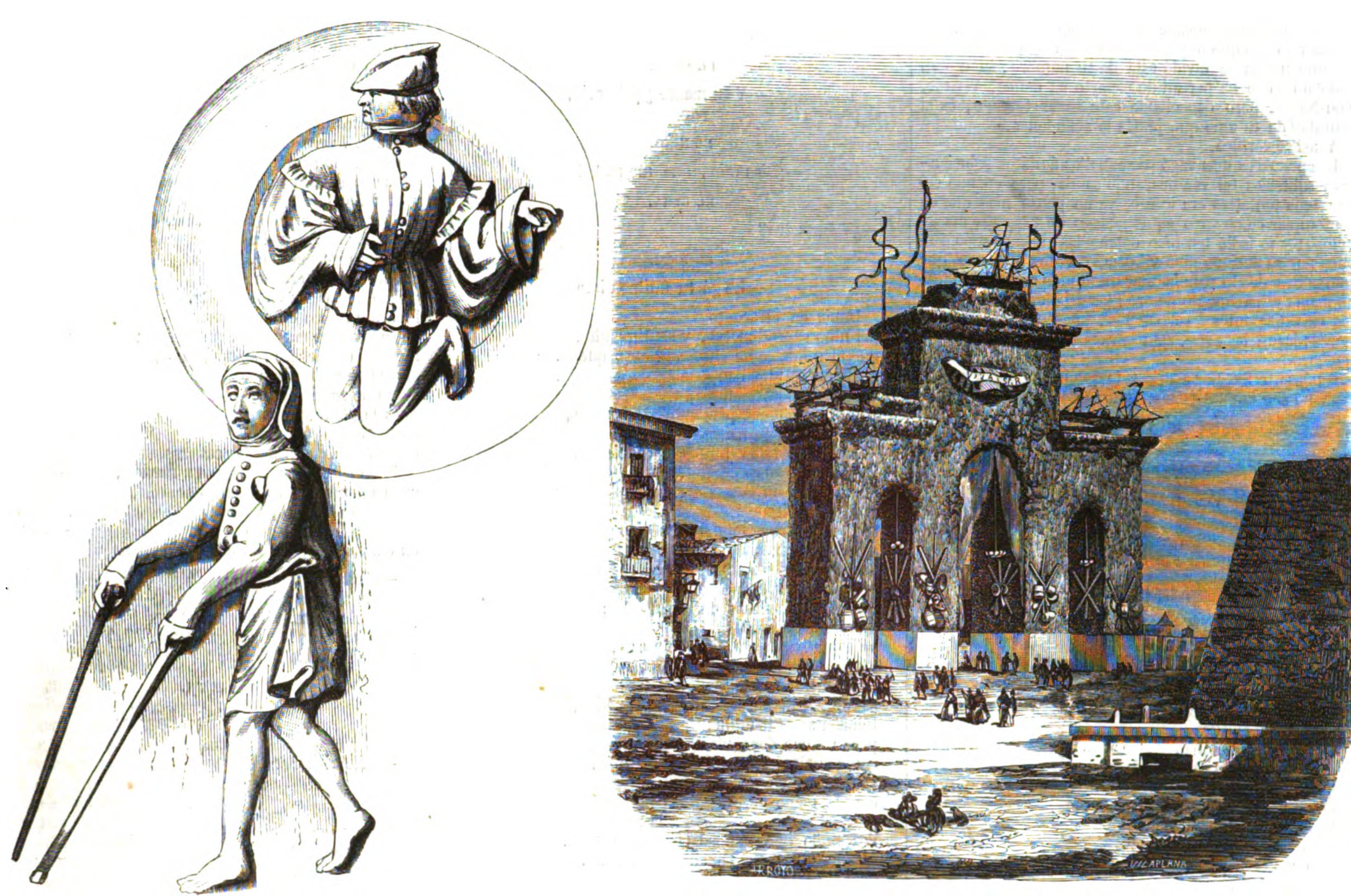
DE UN RETABLO ESPAÑOL.—SIGLO XIV.

Abu-Nazib llevó la mano al pomo de su puñal, pero retirándola con lentitud, entregó á su estraño compañero una de las tres naranjas que guardaba como su mejor tesoro. El guia tornó de nuevo á su danza y á sus cantares con mas brio que nunca, pero momentos despues esclamó: «Abu-Nazib, desde aquí veo la gruta misteriosa; guarda para tí la tercera de las naranjas, porque la necesitarás; pero antes de ser el mas poderoso de los nacidos, dame la segunda, y si asi no lo haces, adios.» Y dió tan prodigioso salto, que Abu-Nazib le perdió de vista por un momento; y el avaro entregó dócilmente su naranja, aunque la sed que lo devoraba le hacia comprender en aquella fruta superior, en aquellos instantes, á todas las riquezas del universo. Y tornaron á andar hasta que su guia gritó lleno de júbilo: «¡Héla aquí!», y arrojándose bruscamente al suelo, removió á uno y otro lado aquella lava abrasadora, sirviéndose de sus manos como el mastino lebrel de Laconia, burlado por el tejon, hasta dejar ver una ancha losa negra y sin esmalte; separóla, el ogro y vióse entonces lóbrega la boca de un silo profundo. Abu-Nazib miró primero á su compañero y despues á la sima, pero no bien rozó en su borde la grosera punta de su babucha, cuando el rugido ronco y formidable de un espantoso tigre le hizo retroceder asombrado. «Está desencadenado, le dijo el negro con la mas fria calma, pero no le temas, que yo le apartaré de tus ojos bajando el primero; mas para que tú penetres en el recinto maravilloso, has de arrojar delante de tí un don que de tus ropas no sea, porque está escrito: «Quien sin ofrenda llegare, no salga mas.»

Dicho esto, arrojó al pozo una de sus dos naranjas, y desapareció tan ligero como ella. El buen Abu-Nazib no vaciló entre su puñal y su última naranja; lanzó esta como su guia, y una súbita claridad le permitió distinguir una escalera practicable y limpia, por la cual descendió con intrépido corazon, pero empuñada su arma bajo los dobleces de su almalafa.

¡Oh, vista espléndida y deslumbradora! El subterráneo era inmenso, y por todas partes brillaban hacinados como unos grandes y triangulares montones de las piedras mas preciosas. Habia oro hasta perderse de vista, plata como para marchar sobre ella; delicadas estofas de cachemira, marfil maravilloso, sedas suavísimas y aromáticas, resplandecientes joyeles, arneses cuajados de oro y perlas blanquísimas. Allí se hallaba la bizarría europea con toda la riqueza de Oriente. Era aquel, sin duda, alguna, el paraiso de la codicia. Absorto contemplaba el





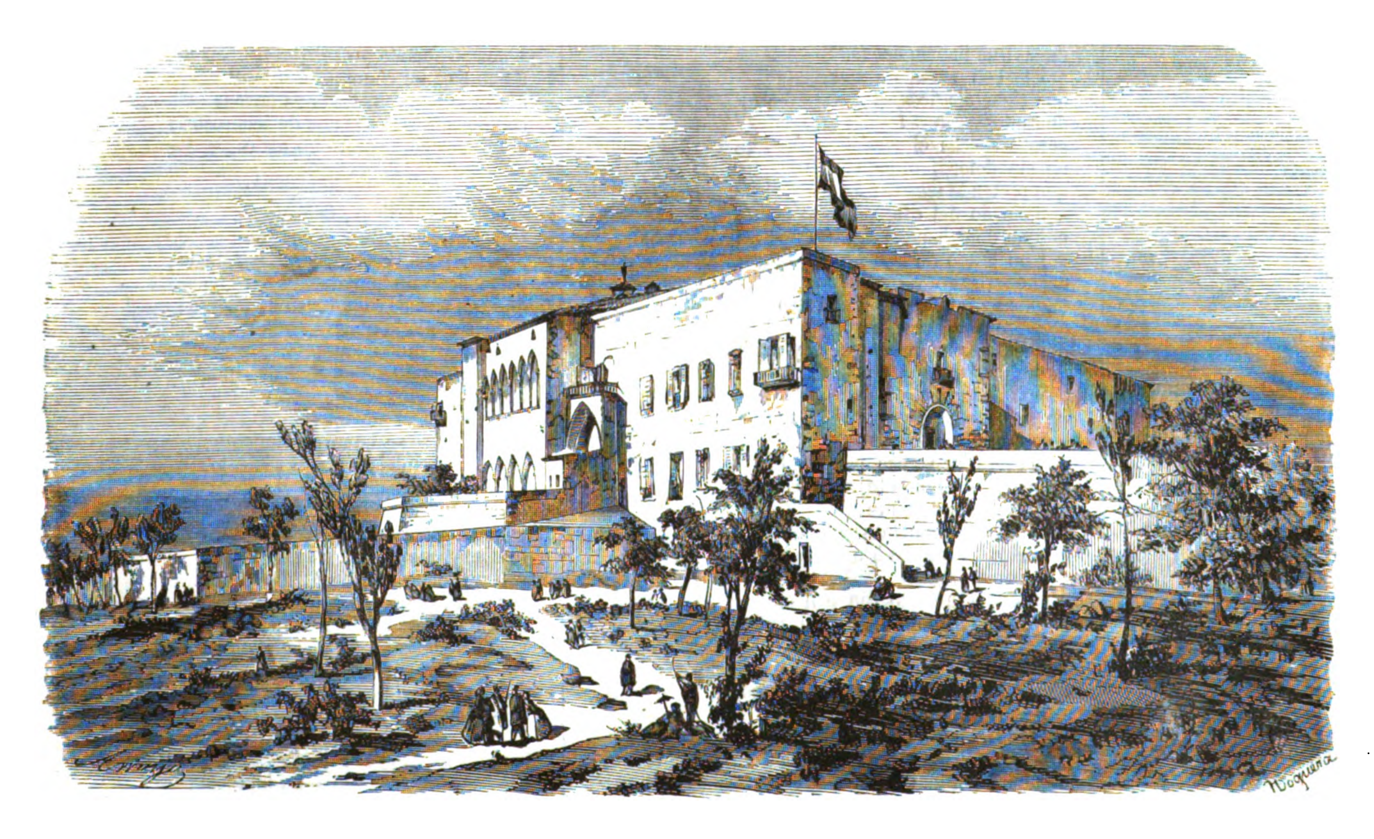
BAJO-RELIEVES DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO Á LA REINA EN PALMA DE MALLORCA POR LOS VECINOS DEL ARRABAL DE SANTA CATALINA.

avaro tantas deslumbradoras riquezas, cuando la pesada mano del negro tocándole en los hombros le hizo salir de su éstasis.—«Escucha Abu-Nazib, le dijo, y escucha bien, porque te va mucho en ello. Este, y mas que no has visto, es el tesoro de tu señor Aharon-Abul-Mirza, shah poderoso de la Persia. Un dia llamó á su esclavo y le dijo: «Agu-aua, mi siervo Abu-Nazib es un perro que se atreve á recibir dos bolsas por cada fruto del árbol que pertenece á su amo. La araña que se ha henchido en las tiendas de la viuda y el huérfano, y en cuyo aguijon hay sangre de otras víctimas, no puede ser castigada á la luz del dia, diríase luego que sus grandes riquezas me llevaron á herir, y padecería mi gloria. Agu-aua, tráeme su cabeza sin que nadie lo entienda.» Entonces su fiel negro vino á este lugar de él solo conocido y... Abu-Nazib, no le dejó concluir furioso como el leopardo herido por mano inesperta, se lanzó sobre él para clavarle su puñal; pero mas ágil y robusto el negro, le arrancó de sus débiles manos aquella arma inútil, y sujetándolo con su ceñidor, prosiguió con desden:—«Cuanto posee el esclavo, pertenece á su señor. Abu-Nazib la cueva de tu jardin está vacía, tu oro y tus piedras se hallarán aquí en breve. ¡Oh! el negro es prudente como la abeja y valeroso como el águila; por eso se valió de la traicion cuando la vió esconder su arma de dos filos.»

Al oir esto, el espíritu de Abu-Nazib sufrió todas las congojas de la agonía, ¡perdidos los sesenta años de su dorada miseria! Pero ¡ay! el avaro sin corazon y sin talento, poseia la malicia de la serpiente y la astucia del zorro y dirigiéndose al negro le dijo:—«Valiente Agu-aua, el gran Tipu-Zaib, sultan del Maisur, está en guerra con el tirano de la Persia; vamos, si tú quieres, á encontrarle, y serán nuestras cuantas maravillas nos circundan. Hazte libre, y yo te edificaré un palacio de oro y diamantes, y te lo llenaré de las mas hermosas mujeres de tu pais y de la tierra toda.»

El buen Agu-aua lanzó una estrepitosa carcajada dejando ver á Abu-Nazib una doble fila de dientes mas blancos é incisivos que los de un chacal. Despues la pesada cimitarra brilló en sus manos y cayó sobre su víctima dejando escapar un rugido salvaje. El avaro esquivó el terrible golpe y con cuánta alegría no oiria una voz que gritó al mismo tiempo que el negro se disponia á secundar: «¡Detente, Agu-aua!» y á poco, apareció cercana á ellos una blanca fantasma cuidadosamente velada, y ante cuya aparicion milagrosa se prosternó reverente el esclavo. Entonces avanzando hasta el pobre viejo, su misterioso libertador prorumpió en tales palabras: «¡Abu-Nazib, Alá es grande! ¿Recuerdas el dia en que, caminando por el desierto descendiste de tu camello para derramar algunas gotas de agua entre los labios de una pobre mujer espirante y abando-



ALCÁZAR DE MALLORCA DONDE HA PERNOCTADO LA REINA.

nada de sus hermanos? Pues he aquí por qué tu cabeza no caerá. Aquella anciana moribunda á quien tú salvaste con solo el agua que cabe en el hueco de una mano, era la madre de la que hoy se sienta en el trono de tu señor, y como nunca se olvidó esta de tu nombre, su esposo magnánimo le ha permitido pagarte su deuda. Vivirás, Abu-Nazib, pero conociendo este lugar terrible, es la voluntad de tu amo que jamás lo abandones.»

Y así se verificó.

Los primeros dias vagó por aquellos ámbitos relucientes y solitarios tal vez buscando salida, pero cuando vió que toda tentativa era inútil, ya no pensó mas que en contemplar como suyo aquel piélago de riquezas maravilloso; y se halló tan bien entre ellas, que se supo despues por su antiguo guia y burlador el fiel Agu-aua, que solo saldria de allí para habitar un mundo cuyo cielo fuese de plata, el pavimento de oro, los árboles de esmeralda; los rios diamantes, carbunclos, jacintos y topacios las flores; lázuli las aves, zafir la raza bruta, y él su único dueño.

Téngase, pues, por averiguado que la felicidad y la avaricia no son tan antípodas, como hasta aquí se ha creido.

JUAN ANTONIO SAZATORNIL.

DETRAS DE LA CRUZ EL DIABLO.

IDILIO SATIRICO-BURLESCO.

Metido de soslayo hasta la ceja
el sombrero de teja,
quitasol oportuno, si no bello;
en casa el alzacuello;
chaquetilla de cúbica, algo añeja;
pantalon de lo mismo, remangado;
de piel de cabra, cómodo calzado;
atada á la cintura
con galon la sotana,
y sin manteo ni otra vestidura
que aumentase el calor de la mañana,
de un monte por la rústica espesura,
la vista en el Breviario
por donde haciendo va su rezo diario,
solo y grave pasea
de la vecina aldea
el párroco escelente,
á quien por bueno y sabio ama la gente.
Pobre, porque á los pobres
con generosa mano socorria;
sencillo, porque apenas comprendia
la virtud evangélica adornada
con la pompa del mundo,
que es humo, sombra, nada;
breve en palabras, pródigo en acciones,
que con sus bendiciones
premia gozoso el cielo:
de santid d modelo;
roca firme en su fe perseverante;
á la ambicion y á la mentira estraño,
cual pastor vigilante
el cura apacentaba su rebaño.
Siguiendo á poco rato otra vereda,
huella la blanda alfombra
que á una verde alameda
conduce, donde fresca y grata sombra,
que del sol templa las ardientes llamas,
árboles mil pomposos
dan con sus troncos y crecidas ramas.
Y allí, con tosco aliño
que cubre mal su cuerpo delicado,
aparecióse un niño
de seis años, azules, claros ojos,
alta frente espaciosa,
color suave de temprana rosa,
coronadas de rizos naturales
la sien y la mejilla virginales;
el cual, corriendo al cura, con espanto,
y á la sotana asido
como si de alguien fuera perseguido,
trémulo esclama y anegado en llanto:

EL NIÑO.

—«Ven, señor cura, ven, que padre pega
á madre, y madre llora.

EL CURA.

—¿Quién es tu madre?

EL NIÑO.

—¿Quién?.. La tia Melchora.

EL CURA.

—¿Y tu padre?

EL NIÑO.

—Es el tio
Inocente.

EL CURA.

—¡Ah! ¡ya caigo! Iré, hi o mio.
¿Y sabes por qué causa la maltrata?

EL NIÑO.

—¡No lo sabo!

EL CURA.

—Y tu madre ¿qué decia,
al pegarla?

EL NIÑO.

—¡Dios mio, que me mata!

EL CURA.

—¿Y tu padre?

EL NIÑO.

—Llegó tu último dia.»

Habia en el acento
del niño espresion tal, y sentimiento,
que el ministro de Dios suspenso queda.
Mirábase al villano
como ejemplar cristiano,
hombre de bien, prudente y laborioso,
marido fiel y padre cariñoso.
Deseando tener limpia la conciencia
y al mundo dar ejemplo,
iba una vez en la semana al templo;
y de la penitencia
ante el severo tribunal, los ojos
á la tierra bajando,
postrábase de hinojos,
y unos golpes de pecho se pegaba
que al corazon mas duro edificaba:
á creer en hablillas,
ya tenia, merced á los porrazos,
rota media docena de costillas.
Al entrar en la iglesia,
siempre con lentitud y pasos quedos,
tomaba agua bendita;
pero no con dos dedos
como cualquier humilde cristianillo,
sino medio cuartillo
con la mano derecha,
que del rostro cayéndole á la ropa
vez hubo que le puso hecho una sopa.
Verdad es, que señales no conserva
del singular ayuno
que ha largo tiempo observa,
como no lo observó prógimo alguno,
ni surcan su semblante hondas arrugas;
pero muchos vecinos
aseguran que come solo yerba;
otros, aunque sin datos, que lechugas,
berzas y cebollinos:
quien (calumniando su virtud ignota)
supone que se atraca de bellota;
y aun hay quien, con malicia refinada,
diz que le vió roer pan de cebada;
que para inventar menguas.
nunca en el mundo faltan malas lenguas.
Mas como no está magro,
jura toda la gente
temerosa de Dios, que el tio Inocente
engorda sin comer; que es un milagro,
un milagro viviente
de abstinencia... que pesa doce arrobas
de las que llaman *bobas*.
El, con vagas razones,
que tiene apariciones
de santos asegura;
pero sospecha el cura,
no sin dolor profundo,
que pretende engañar á Dios y al mundo.
Saliendo del espeso bosquecillo
en que anidaban pájaros cantores,
por un prado de césped y de flores
ancho, vistoso y fresco,
llegábase á un retiro pintoresco
al pié de una montaña,
donde, entre agrestes peñas y raudales
de limpios y sonor s manantiales,
asoma de Inocente la cabaña
de secos troncos y pagiza caña.
La habitacion sencilla
en su interior parece una capilla,
en que el tio Inocente rinde cult
á unos *nenes* de bu to,
producto de sus manos pecadoras
que en ellos ocuparon muchas horas,
y de papel pintado
que pegó á la pared con pan mascado.
Un nene, segun él, es San Antonio,
alrededor del cual tienden su vuelo
un murciélago, un buho y un mochuelo,
que son las tentaciones del demonio.
Figura otro á San Roque,
abogado bendito de la peste,
con su calabazuela y palitroque;
esculpida tan mal la efigie de este,
que, en vez de faz celeste,
el santo tiene cara de bodoque.
Allí un altar de corcho sostenia
bajo un vasillo verde, que no ardia,
de plomo una custodia
con varias torceduras,
en medio de dos ángeles de barro,
ridícula parodia
de los bellos que encantan las alturas;
pues lejos de ser guapos,
parecen los dos ángeles dos sapos.
Y allí... pero dejemos
la descripcion prolija
de la cabaña, y con el cura entremos
y el niño, que entró al par, de mala gana,
del párroco agarrado á la sotana.
Quien viese aquel asilo
silencioso y tranquilo,
con ínfulas de ermita,
diria que la paz en él habita.
Inocente repasa en voz sonora
de rodillas las cuentas de un rosario;
recostada Melchora, aparte gime;
parece que la oprime
algun dolor agudo,
pues la pobre amenudo
ambas manos ligeras
estendidas se aplica á las caderas.
Justo será decir que el buen marido,
cuya virtud aspira á eternas palmas,
lanzando un gran bostezo,
principio dió á su rezo
en cuanto vió venir al pastor de almas.

—«Santos y buenos dias, (dijo el tio,
saliendo al cura á recibir afable,
y besando su mano venerable)
—¡Buenos dias!—(el cura respondióle)
¿Qué tal va, tio Inocente?

INOCENTE.

—Asi... tirando.

EL CURA.

—¿Y Melchora?

INOCENTE.

—Melchora
anda un poco maleja
la pobre; ella se queja
ha tiempo de dolores;
pero por mas que toma
cuanto le ha recetado don Toribio,
la enfermedad no doma,
con nada encuentra alivio.»

Oyendo este discurso
que la sangre le enciende,
la *enferma* hablar pretende;
pero la pone coto
el marido devoto,
mirándola algo vizco
sin que el cura lo vea,
y dándola en un brazo tal pellizco
que á la débil mujer, á quien espanta,
ahogósele la voz en la garganta.

INOCENTE.

—A los santos por eso
mis súplicas dirijo;
(el tio Inocente, prosiguiendo, dijo;
y añadió, dando un beso
á San Roque) en mi pena
á este le he prometido una novena
con dos misas, cada una de seis reales:
él de Melchora curará los males.

MELCHORA.

—¡Calla, bribon, taimado,
trapacero, hombre endino!
Si á los bobos hasta hoy has engañado,
habiendo al fin logrado
que con ruedas comulguen de molino,
supuesto que lo quieres,
yo les diré quien eres;
sí, yo se lo diré, no me hagas muecas
para que calle, zorro,
ni retuerzas el morro,
porque ya se acabó mi sufrimiento,
y si no desembucho, aquí reviento.
Señor cura, usté sepa
que mi marido ha poco,
por mor de la tia Pepa
la Chata, me pegaba como un loco,
y si no viene su mercé, me mata,
por mor, como ya he dicho, de la Chata.
Que al pelo de la ropa él no me toque,
y en los cielos en paz deje á San Roque.

EL CURA.

—¿Quién es la Chata?

MELCHORA.

—La hija
mas grande del defunto molinero,
que paece una lambrija
y tiene un ojo huero.

EL CURA.

—¿Qué dice á todo esto el tio Inocente?

INOCENTE.

—Digo que mi mujer miente y remiente.

MELCHORA.

A ella le hace regalos,
y á mí quisiera verme en cueros vivos;
á su mujer á palos
las espaldas la mide;
á esa moza le da lo que le pide,
y dia y noche pasa
con ella en el molino, que es su casa:
¿qué estás haciendo allí?

INOCENTE.

—¿Qué estoy haciendo?
(respondió el tio Inocente, á tropezones,
sus muecas redoblando y contorsiones);
¡toma!... ¿qué quieres que haga?... estoy moliendo.

MELCHORA.

¡Vaya! ¡vaya! ¡qué santo!
Se acabó, lo que es hoy todo lo canto,
óigame usted su historia.
Cuando el cura difunto,
(Dios le tenga en su gloria)
era Inocente sacristan, y el pillo
tan largo de uñas era,
que quitaba la cera
del altar, y los cuartos del cepillo,
donde las limosnitas
se echaban *pa* las ánimas benditas.
El *párraco* una vez cerca apostado
le cogió en el fregado,
y siempre desde entonces
le llamó *malun puérun*,
y algunos, por sospechas, *rapavérun*.
Como él de todo sisa,
aguaba el vino puro de la misa,
y el vino que sisaba
santamente despues se lo empinaba;
pues aunque se figuran que no bebe
muchísimas personas...
¡Señor, coge unas monas!
Pero lo que es comer el pobrecito,
no le viene de casta;
para almorzar hay veces que le basta
con tres cuartos y medio de un cabrito.»
Al llegar á este punto, echando fuego
de rabia por los ojos,
como la grana, rojos,
saltó el tio:—«Melchora, que te pego!
Ya sabes que soy manso
lo mismo que un borrego;
pero ¡ay de tus costillas si me canso!»
Melchora, que desprecia
y ve con gran cachaza
la tempestad que arrecia,
y el rayo que amenaza,
y que se juzga fuerte,
un escudo en el párroco mirando,
declara á su marido guerra á muerte,
é intrépida prosigue de esta suerte:

MELCHORA.

—Pues ¿y cuando fue alcalde?
nunca justicia *amenistró* de balde;
y aunque son cosas á la gente ocultas.
¡yo sé que se ha comido tantas multas!
Despidió al pregonero
y quitó al secretario,
lo propio que al tio Hilario
que llevaba diez años de montero,
todos unos benditos,
sin cometer delitos;
y no oyendo razones,
colocó, en su lugar, á tres bribones.
¡Dios los cria, señor, y ellos se *ajuntan!*
Entonces, con cautelas y misterios,
hicieron qué sé yo qué gatuperios
que al pronto los vecinos no barruntan;
mientras la hacienda escasa
de los cuatro crecia:
ya, al postre, no faltaba quien decia
malicioso:—«A fulano
¿sabeis si se le ha muerto algun tio indiano?
¿sabeis si le cayó la lotería?
Mas nadie sospechaba de Inocente;
¿quién sospechado hubiera?
pues aunque él robó mas que *cualisquiera*,
¡robó tan santamente!...»
Aquí esclamó el marido, en un tonillo
entre sí canta ó l ora:
—¡Que te pego, Melchora!»
Y cogiendo una vara
de fresno muy flexible,
por sus palabras duras
acaso la sentára
un poco las costuras,
si el sacristan entrando
presuroso y sudando,
no hubiera dicho al cura: —«¡Vengo muerto!

EL CURA.

—¿Qué sucede, Perico?

EL SACRISTAN.

—Que han robado en la iglesia.

EL CURA.

—¿Es cierto?

EL SACRISTAN.

—Cierto.

EL CURA.

—¿Qué falta?

EL SACRISTAN.

—Una patena...

EL CURA.

—Acaba pronto.

EL SACRISTAN.

—Un cáliz, las mejores
vinageras, aquellas de las flores...
y á mí me falta el juicio... ¡yo estoy tonto!

EL CURA.

—No hay que afligirse, Pedro; en el garlito,
si el cielo nos ayuda,
caerá, no tengas duda,
el autor del delito.
Vamos, pues. Tia Melchora, ya hablaremos;
tio Inocente, hasta luego... ¡á ver qué hacemos!

INOCENTE.

—Por mí, sumiso callo;
ya *pué* Melchora levantar el gallo,
y subiendo de tono
tirarme de las greñas,
que ella apellida nido de cigüeñas;
desde ahora la perdono,
repito que no chisto;
mas sufrió por *nusotros* Jesucristo.»
En esta confianza
párroco y sacristan dejan la choza
y la envidiable paz que allí se goza;
mas ¡ay! que con su ausencia hubo otra danza.
Sacó unas disciplinas el marido,
de negro alambre y de cordel de azote;
y viendo la intencion del hotentote,
Melchora da un chillido,
recógese las faldas
á la pared volviéndose de espaldas,
y pone por escudo
al niño, que escurrirse hasta ella pudo;
pero el tio, que tiene ímpetus locos,
apartóle de allí de un soplamocos.
Para abreviar de su venganza el plazo,
las disciplinas, bárbaro, enarbola;
mas tanto con la furia se atortola,
que al levantar el brazo
derriba de un codazo
fuerte, sonoro y seco,
el altar, que por dentro estaba hueco,
y de cajon servia ó de alacena
á vinageras, cáliz y patena.
—¡Ah, bribon! te cogí, Melchora esclama.
—¿Cómo es esto, carape?»
el rústico responde;
pero ella á todo escape,
cual toro de Jarama
que sale del encierro,
corre, y ganando un cerro,
con voces tan rabiosas llama al cura,
que por poco no arroja la asadura.
El párroco recela,
al sacristan despide
y hácia la choza vuela
unido con Melchora, que delata
al que robó sacrílego la plata.
El cual con alegría:
—«¡Milagro!» repetia;
¡Milagro!» y sin dejar el estribillo,
que á los otros irrita y encocora,
se estuvo *milagreando* un cuarto de hora;
diciendo por contera
el milagro en cuestion, de esta manera:

INOCENTE.

—Asi que *ustés* salieron,
dije á Melchora yo: «corazon mio,
»toma estas disciplinas,
»y dáte un par de tandas de las finas,
»con *antusiasmo* y brio;
»mientras pido á los cielos yo, en un verbo,
»con santas oraciones,
»descubra los ladrones,
»ó las cosas robadas á este siervo.»
Y no hubo mas. En el *istante* mismo
vinieron de esas lomas
volando tres palomas,
que en el altar de corcho se posaron;
y al decir mi mujer: «ya tengo cena»
las tres se trasformaron
en vinageras, cáliz y patena.
Saliendo el cura aquí de sus casillas,
caer hizo al villano de rodillas:
—Sella (le dijo) sella el labio impuro;
séllalo, miserable fariseo;
hunde en el polvo oscuro
la torpe frente, en que grabada veo
tu profunda maldad, que hasta hoy cubriste
con hipócrita manto,
creyendo así engañar al cielo santo.
¡Ay de tí, si de vida
no mudas!... que ya miro
tu pobre alma perdida
bajar á los infiernos,
y en sus negras regiones
sufrir martirios bárbaros y eternos.
No premia Dios, castiga
al que en los labios tiene
la virtud como amiga,
siendo su corazon sepulcro lleno
de vicios, de maldades y de cieno.»
Melchora con el niño y el anciano
partióse, por el santo de su nombre
jurando no vivir con aquel hombre
que prometió matarla con su mano.
Y el rústico devoto,
que no quiere el subsidio
de su industria pagar en un presidio,
mala viendo la cosa
resuelve poner piés en polvorosa,
ó *tomar* (cual tradujo
cierto escritor francés, y nada lego)
la villa de don Diego.

———

Discurrid, ¡oh lectores!
el fin de este inocente desgraciado,
¡qué iniquidad! cuál jabalí acosado:
¿no lo acertais?... Pues renegó, señores,
y rotas ya sus religiosas trabas,
contra nosotros sirve á Muley-Abas.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

UN BUQUE POR DENTRO.—DESDE LA ESTAMPA DE POPA AL PALO MAYOR.

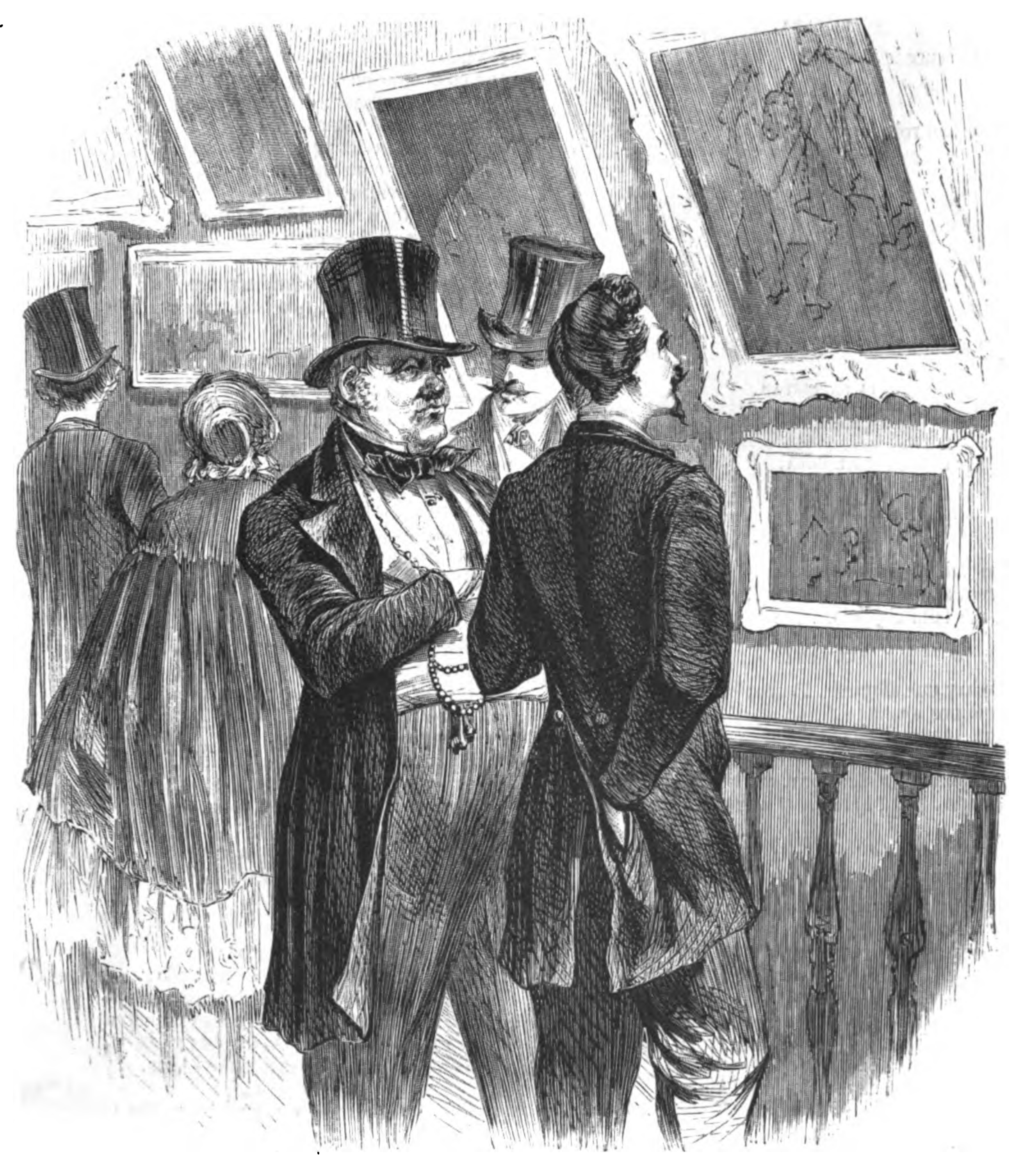
VI.

¡Bien, hermosas mias; muy bien, perfectísimamente! Vuestros ojos han recobrado ya su vivacidad, su fuego y su alegría; vuestros semblantes, su animacion, sus colores y sus encantos; vuestra respiracion, su libertad, y los movimientos de vuestro turgente y blanquísimo seno la calma y la uniformidad que habian perdido. ¡Estais verdaderamente encantadoras! Los aires puros que se respiran sobre la cubierta de un buque en medio del Océano producen maravillosos efectos, que la higiene no aprovecha en el grado que debiera.

¿Quereis que continuemos nuestra revista de inspeccion? A bordo, pues, las anclas, porque tenemos que cumplir con una de las obras de misericordia y estamos perdiendo tiempo. Doña Pánfila, la buena y recatada doña Pánfila está enferma. La infeliz ha *cambiado la peseta*; ¡y sufre tanto en estos momentos! y el ex-administrador de salinas de Castropol ¡sufre tanto tambien!... Y no porque se haya mareado, no; pero su queridísima consorte se agita en el lecho de una manera terrible, se ahoga, le estorba todo, todo, pero especialmente el pañuelo que cubre los encantos de su abultado seno y la morbidez provocativa de sus hombros, y el capitan del *Relámpago*, á quien pocos marinos aventajan en hacer á las pasageras los honores de la casa, no quiere apartarse de su lado, y el piloto del *Relámpago*, que no cede á su jefe en finura y solicitud para con el bello sexo, se ha clavado frente al catre de la enferma con un *balde* en la mano, cual si fuera la estátua de la contemplacion. ¡Infeliz Argensola!... ¡triste y sin ventura Argensola!...

En marcha, amigas mias, en marcha para que podais volver cuanto antes á la cámara y visiteis á la enferma y cuideis de que no se abra tanto ese maldito pañuelo, y si sois buenas, como lo espero, si teneis compasion del que sufre, procurareis echar mano ademas de todas las armas que tan bien sabeis manejar para llamar sobre vuestros hechizos la atencion del ultra-celoso y desventurado Argensola hasta el punto de hacerle olvidar por unos instantes que el capitan y el piloto del *Relámpago*

ESPOSICION DE PINTURAS.



—¿Escogeremos este cuadro?
—No, el del lado tiene mejor marco, y hará lindo juego con tu cortinaje.

están al lado de su mujer. Es una obra de caridad como otra cualquiera y vosotras pareceis buenas y caritativas en grado heróico.

¿Os sonreis? ¿accedeis á mis súplicas?... ¡Feliz y venturoso don Romualdo!... Pero vamos, vamos, y ya que estamos en la popa, principiaremos por ella nuestra revista y continuaremos visitando el bergantin hasta que el castillo de proa detenga nuestros pasos.

La cubierta ó el puente de un buque puesto en marcha presenta, desde el punto que ocupamos, un admirable golpe de vista. Ese movimiento contínuo que las cabezadas y los balances la imprimen, haciéndonos creer que se hunde á cada paso bajo nuestros piés ó que se eleva en actitud de conducirnos á la regiones etéreas cuando las olas son algun tanto gruesas; la forma especial y la colocacion de cuantos objetos se hallan sobre su superficie; el constante aleteo de las velas bajas, la agitacion de ese cúmulo de cuerdas ó *aparejos* que cuelgan sobre ella por todas partes, el movimiento de los marineros que corren de un punto á otro para ejecutar las maniobras, en silencio unas veces, entonando otras monótonas canturias para uniformar la accion de sus esfuerzos; la inmensidad del Océano que por todas partes se descubre, y hasta la pureza del aire que sobre ella se respira, unida al constante rechinar de los palos y al incesante chasquido del aparejo, todo, todo contribuye á darla un aspecto encantador.

Esa débil muralla de madera que la circunda, y cuya elevacion no escede por la regular de cuatro piés en buques como el *Relámpago*, se llama la *obra muerta* y es la única defensa que tienen los marineros contra la impetuosidad de las olas, cuando estas no son muy crecidas, y el único amparo para no caerse al agua en las violentas sacudidas que la marejada imprime al buque, ó cuando este inclina demasiado uno de sus costados al *ceñir* el viento, ó cuando, cogiendo este al timonel desprevenido, choca con violencia y de costado sobre sus velas demasiado tirantes.

Con tiempos bonancibles y mar bella, la obra muerta desempeña perfectamente su mision protectora; cuando el mar se inquieta algun tanto, contiene tambien el ímpetu de la marejada y resiste sus embates; pero si se altera demasiado, si las aguas del Océano se convierten en altas montañas impelidas por el viento con demasiada violencia, las olas destruyen esa debil barrera que se opone á su marcha destructora, inundan la cubierta y al *barren* de popa á proa llevándose cuantos objetos se encuentran sobre ella, por bien *trincados* que se hallen; y ¡ay del pobre marinero que en estos momentos terribles, y demasiado frecuentes por desgracia, no ha tenido tiempo para asegurarse de firme en alguno de los aparejos, porque su cuerpo se encontrará momentos despues sumido en el fondo del Océano!

De dia, de noche, que un sol abrasador caiga á plomo sobre el buque, que los frios de una baja latitud hielen los líquidos á bordo, que la lluvia caiga á torrentes, que la tempestad se desencadene, y cruja el trueno y ruja la tempestad sobre sus cabezas y se rasguen las nubes al despedir el rayo, el marinero permanece sobre cubierta sin el menor abrigo que le ponga á cubierto del furor de los desencadenados elementos ni del rigor de las estaciones. Solo en tiempos muy bonancibles y de escesivo calos se cubre el puente con un toldo para impedir que los abrasadores rayos del sol sequen las estrechas tablas que le forman y *aventen* sus costuras.

¿Preguntais por dónde sale el agua cuando la cubierta se inunda? Esos agujeros de dos pulgadas próximamente de diámetro que veis de trecho en trecho en el arranque de la obra muerta y que llaman abordo los *imbornales*, dan salida á las aguas, cuando son en corta cantidad; si su volúmen es grande, la obra muerta tiene un portalon á cada costado, casi en la mitad del buque, se abren para darlas pronto salida; y cuando lo apremiante y peligroso de las circunstancias no dan tiempo á que se ejecute esta operacion, se rompe con las hachas un trozo de esta muralla que se repara ó compone despues cuando el tiempo lo permite.

Observad, queridas mias, cuán aseado está todo el puente, qué ordenados todos los objetos que sobre él se cuentran y cuán blancas y limpias todas sus tablas, de pino de Holanda por lo general.

La primer faena á que el marinero se entrega al abandonar de madrugada su lecho y tanto en puerto ó en bahía como en alta mar, siempre que la marejada no se encarga de sustituirle en este trabajo, es á sacar del mar unos cuantos *baldes* ó cubos de agua, arrojarlos con fuerza sobre la cubierta, despues de barrida y destrasteada, frotándola con los cepillos que al intento se emplean y hasta frotándola con arena cuando la necesidad lo exige, continuando despues el baldeo hasta que sale por los imbornales, mezclada con el agua toda especie de basura que pueda entrar por ellos.

Por el portalon de estribor... ¡Qué! ¿os habló por ventura en griego? En los buques las palabras derecha é izquierda son palabras estrañas que no se usan jamás para referir la posicion de los objetos. Suponed un plano vertical ilimitado que corte el buque de proa á popa dividiéndole en dos partes iguales; todo lo que se halla dentro ó fuera de la embarcacion á la derecha de este plano, para el que mira de popa á proa, está ó ha sucedido á *estribor* y á *babor* cuanto se halla ó sucede en la parte opuesta; asi se dice, la obra muerta de babor, el portalon de estribor, etc., etc. Y os doy, hermosas mias, la esplicacion de estos dos términos del vocabulario marítimo, porque los usaré muy á menudo en el curso de este insignificante trabajo y no quiero que al leerle os quedeis en ayunas.

Otros dos términos, que debo daros á conocer por la misma razon, se emplean tambien por los hombres de mar para referir á su buque la posicion de los objetos esteriores y en particular la de otros buques. Entre dos embarcaciones, la que se halla mas próxima á la línea que sigue el viento, teniendo la proa hácia el punto por donde este sale, está á *barlovento* de la otra, y por el contrario esta se halla á *sotavento* de aquella. Un buque gana ó pierde barlovento cuanto mas se aproxima ó se desvía de aquella línea; en el primer caso sus velas reciben el viento mas ó menos de través, hasta el punto de tocar ó de no inflamarse á su impulso; en el segundo, lo van recibiendo cada vez mas de lleno hasta que el buque sigue la misma direccion que el viento, en cuyo caso se dice que *navega en popa*, asi como cuando le corta en un ángulo mas ó menos agudo se dice que va ó *navega de bolina, y á un largo* cuando sus velas le reciben casi de lleno.

Iba á deciros, hermosas mias, cuando me permití esta digresion, que espero no será perdida, que por el portalon de estribor, fuera del cual se coloca una escala de madera ó de cuerda segun las circunstancias y que descansa contra el costado del buque, entran en este por lo general las personas estrañas á su equipaje, y cuando son de distincion salen á recibirlas á él el capitan ó el que haga á bordo sus veces para darles la mano al saltar sobre cubierta.

A la longitud de un buque tomada desde proa á popa sobre el puente se le denomina su *eslora* y á su anchura *manga*, asi como se llama *puntal* á la altura del casco y *guinda* á la elevacion de los palos, y se dice tantos piés de eslora, de quilla, de manga ó de puntal, espresion la segunda con que se espresa la longitud tomada en la parte inferior ó en la quilla. Ya sabeis, porque esto lo sabe todo el mundo, que la quilla de una embarcacion es, hablando en términos vulgares, una gran pieza de madera del largo del buque y de pié y medio de anchura próximamente que sobresale á manera de cuchilla en la parte inferior del casco y sobre la cual descansa toda la armazon de la nave,

Ya que recorrimos el todo de la cubierta con la vista y sin movernos de aquí, principiaremos á examinar de cerca y uno por uno los objetos que mas deben llamar la atencion de las gentes estrañas á la vida del mar.

Esa pequeña embarcacion colgada fuera de la popa y pendiente por sus dos estremos de dos piezas de madera, denominadas *pescantes*, que arrancan de los ángulos del buque prolongándose unos dos piés hácia fuera, es el bote, la segunda de las pequeñas embarcaciones del buque y la que hace un servicio mas contínuo entre este y la tierra, como que es el destinado á traer y llevar la gente. Cuando se quiere echar al agua, no hay mas que aflojar ó *arriar* los aparejos ó las cuerdas de que está pendiente y se cae por su propio peso. Por lo general se entran en él uno ó dos hombres que van arriando las cuerdas y que le conducen luego al costado.

La tablazon, de forma un tanto ovalada de ordinario, en que termina el buque por la parte posterior se llama la estampa de popa. En los buques grandes se abren en ella las ventanas que deben dar luz á la cámara principal; pero en el *Relámpago* y en todas las embarcaciones de su porte, y con mayor razon en las mas pequeñas, está completamente cerrada y se coloca en ella con letras de relieve, ó solamente pintadas, el nombre del buque y el puerto á que pertenece.

Las dos estremidades laterales de la estampa, que sobresalen algo mas que el costado del buque, se denominan las *aletas*, y se dice que tal ó cual punto ú objeto está por la aleta de estribor ó de babor, cuando se halla por la popa del buque á la derecha ó á la izquierda.

(Se continuará.)

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 43. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 21 DE OCTUBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



btenida sobre las tropas de Lamoriciere la victoria de que hemos hablado en nuestra revista anterior, los piamonteses, segun presumiamos han pasado á Nápoles y de allí á Caserta, donde se halla el cuartel general de Garibaldi sitiando á Cápua. A la fecha de las últimas noticias catorce mil piamonteses habian pasado ya por la capital napolitana para aquel punto. El rey Victor Manuel desde Ancona al prepararse á entrar en Nápoles ha dado un manifiesto á los pueblos de la Italia Meridional esplicándoles sus intenciones. «Mi padre, dice, me dió un alto ejemplo, renunciando su corona por salvar su dignidad y la libertad de sus pueblos... Yo aprendí en aquel ejemplo: entre la corona y la palabra dada jamás puede ser dudosa para mi la eleccion.»

Despues de espresar de este modo su firme resolucion de conseguir la unidad, independencia y libertad de Italia ó sucumbir perdiendo la propia corona en la demanda, dice: «Aquellos que en Europa me acusan de imprudencia, juzguen con calma qué cosa habria sido, qué cosa seria la Italia el dia en que la monarquía se manifestase impotente para satisfacer la necesidad imperiosa de una reconstruccion nacional.»

En seguida recuerda los consejos que dió oportunamente á los príncipes de Italia y al gobierno pontificio, y trazando á grandes rasgos la historia de los últimos sucesos, concluye de este modo:

«He hecho entrar á mis soldados en las Marcas y en la Umbria dispersando aquel confuso tropel de hombres de todos los paises y de todas las lenguas que se habian reunido en dichas provincias, nueva y estraña forma de intervencion estranjera y la peor de todas. Yo he proclamado la Itália de los italianos, y no permitiré jamás que la Italia se convierta en albergue de las sectas cosmopolitas que se dan cita en ella para tramar los planes de la reaccion ó de la demagogia universal.

»Pueblos de la Italia meridional, mis tropas avanzan hácia vosotros para consolidar el órden; no vengo á imponeros mi voluntad, sino á hacer respetar la vuestra. Podreis manifestarla libremente: la Providencia que protege las causas justas inspirará el voto que depongais en la urna. Sea cualquiera la gravedad de los sucesos, espero con calma el juicio de la Europa civilizada y el de la historia, porque tengo la conciencia de cumplir mis deberes de rey y de italiano. Mi política no será tal vez inútil para reconciliar en Europa el progreso de los pueblos con la estabilidad de las monarquías. Sé que por lo menos en Italia pongo término á la era de las revoluciones.»

Dos dias despues de espedida esta proclama el Congreso de diputados de Turin votaba la ley de las anexiones. En aquella sesion fue entre todos notable el discurso del conde de Cavour, ministro de Estado. «La anexion dijo, es necesaria y urgente: no pueden aceptarse anexiones condicionales. Un Parlamento discutiendo en Palermo y Nápoles á la vez que otra Asamblea votase leyes en Florencia ó Turin, seria peor que la federacion aclamada en Villafranca, seria la pérdida de toda esperanza de reconstitucion y grandeza para la Italia. Esto es tanto mas inadmisible, cuanto que la patria no podrá renunciar á la esperanza de tener á Roma por capital de la Italia.»

Estas palabras produjeron gran sensacion y una estrepitosa salva de aplausos. El conde de Cavour se creyó en la necesidad de esplicarlas y añadió:

«La Italia, teniendo por capital á Roma, es mi bello ideal; pero desde luego declaro que este gran término del movimiento italiano no puede conseguirse solo por medio de la espada. Los medios morales habrán de ser mas poderosos aun que la fuerza. Roma no resistirá al espectáculo de una Italia regenerada y una; y algun dia el pontífice querrá, en vez de una guardia estranjera, tener por apoyo veinte y cinco millones de italianos. Para esto Pio IX no tiene necesidad sino de evocar el pasado glorioso de 1847, reconquistándose los aplausos de la patria y haciendo inmenso servicio á la religion.»

Hablóse tambien en la Asamblea de Turin del aumento de la guarnicion francesa en Roma, cuyo número como es sabido se ha elevado hasta veinte y cinco mil hombres. El conde de Cavour nada respondió en la tribuna á las observaciones que se hicieron sobre este punto; pero despues en los salones de conferencias sus amigos dijeron que los veinte y cinco mil franceses estaban para cubrir la marcha de los sardos sobre Nápoles é impedir la intervencion de toda otra potencia en Roma. No creemos que en este punto los amigos del conde de Cavour hayan interpretado bien las intenciones de Luis Napoleon; pero juzgamos que en efecto ese será el resultado de la presencia de los veinte y cinco mil franceses en la capital del orbe católico.

En cuanto al Véneto, el conde de Cavour estuvo algo mas reservado. Dijo que tenia fe en la libertad de Venecia, que Austria se convenceria de que no podia conservarla teniendo delante á la Italia unida y detrás á la Alemania liberal, que no podia menos de simpatizar con los italianos.

Votóse la ley despues de este discurso y el gobierno quedó autorizado para agregar al reino de Victor Manuel toda la Italia Central y Meridional. En la misma sesion se dió un voto de gracias á Garibaldi. Esta última votacion fue unánime: la otra dió por resultado doscientas noventa bolas blancas contra seis negras.

Hasta la fecha á que alcanzan nuestras noticias no era cierta la retirada de Turin de las legaciones que allí tienen las potencias del Norte. La Prusia no ha retirado sus enviados: la Rusia, como la Francia, ha retirado solamente su ministro dejando el resto del personal. Hay mas, el ministro de Rusia justifica su ausencia con la necesidad de asistir á la entrevista de Varsovia, que sigue todavía en proyecto. Acaso despues de Varsovia venga la retirada general; pero repetimos que hasta ahora no se ha efectuado. Algunos de los periódicos españoles piden que se retire tambien el ministro del gobierno español en Turin: no sabemos lo que sobre este punto habrá decidido el ministerio.

Nada adelantan las últimas cartas á lo que de Roma y Gaeta hemos dicho en la revista anterior: el Padre Santo sigue en la ciudad y se duda que trate de abandonarla; y el rey Francisco II no parece tampoco dispuesto á salir en su voluntad del fuerte de Gaeta. La escuadra piamontesa aun no se habia presentado delante de aquella plaza, cuyo bloqueo se dice que no reconocerán las potencias.

La espedicion francesa de Siria ha entrado en Deir-el-Kamar, pueblo del Líbano, donde se hallaban varios jefes drusos de los que han dirigido las últimas matanzas. Los drusos se han retirado y se organizan, mientras que

en otras partes los cristianos son asesinados de nuevo, estendiéndose, como habíamos pronosticado, este furor fanático de los musulmanes no solo á los demás puntos de Siria sino á otras provincias de la Turquía Asiática. Apenas quede mas ó menos resuelta la cuestion italiana, es seguro que la cuestion de Oriente volverá á levantarse en toda su imponente magnitud.

Los aliados franceses é ingleses habian entrado en Shanghay y se disponian á entrar por la embocadura del Pei-ho. Los chinos hasta ahora no han opuesto resistencia y aun se dice que han hecho proposiciones de paz. Se habla vagamente de un grande ataque de los cochinchinos sobre Saigon; pero no tenemos pormenores. Esto de no tener pormenores nos hace el mismo efecto que si los tuviéramos deplorables

Como anunciamos en la anterior revista, el viaje de la córte terminó con el regreso de la real familia y del ministerio á Madrid. El 16 se verificó la entrada: la tarde estaba apacible; era una tarde de otoño como las que solo se ven en Madrid, y todo convidaba al solaz y el esparcimiento. La tropa formaba la carrera que debia seguir la comitiva régia, y los balcones estaban adornados de colgaduras en toda ella. Llegó el coche real á la Puerta del Sol; y aquí dejaremos á periódicos políticos autorizados la relacion de lo que pasó. Véase lo que dice *El Diario Español*:

Un jóven, como de diez y nueve años, llamado N. Rodriguez, que hacia largo tiempo servia en calidad de criado en casa del ingeniero y diputado señor Nuñez de Prado, colocado en el asfalto de la Puerta del Sol, junto á la empalizada que allí existe, hizo ademan, al pasar SS. MM. de disparar un cachorrillo. El señor teniente alcalde del distrito de Correos y alguna otra persona que se hallaba junto al muchacho, se apoderaron de él instantáneamente, y lo condujeron al Principal, á donde llamado su amo para que contribuyese á descubrir lo que habia impulsado al Rodriguez á intentar un acto tan criminal, é interrogado este, resulta, segun afirman los que le vieron y oyeron, que es un ente casi imbécil, y que al parecer nada indica que obedeciese á escitacion agena; como lo prueban, por otra parte, el sitio que habia elegido, al lado opuesto al que S. M. la reina ocupaba, y la pésima calidad del arma, imposible de disparar hasta el punto de habérsele caido al suelo la bala, que no pudo ajustar bien. Conducido el muchacho el Saladero, el señor Jóven de Salas, decano de los jueces de la capital ha comenzado á instruir la sumaria sobre el hecho.

A esto añade la *Correspondencia*:

«El preso anteayer tarde se llama José Rodriguez; hacia tres meses que servia en casa del señor Nuñez de Prado, donde no habia dado lugar á quejas. El dia 15, santo de la señora de la casa, habia recibido de propina 30 reales, que empleó en la adquisicion del cachorrillo con que intentó hacer fuego.

»Hasta ahora, la opinion está conforme en atribuir á un hecho aislado la intentona de anteayer. El preso quiso ser soldado un año há, y no pudo conseguirlo por impedimento físico: entonces quiso suicidarse, y desde dicha época se le habia oido repetir varias veces que él necesitaba salir de la condicion de criado.»

Y la *Epoca* por su parte dice:

«El criminal Rodriguez, aunque sereno, no alcanza á dar idea de sus opiniones políticas. Dice cosas inconexas é incurre en notorias contradicciones. Suponen algunos que ha dicho mas de una vez que los tres hombres públicos á quienes tenia mas predileccion eran el escelentísimo O'Donnel, el general Prim y el general del Papa.»

De regreso ya la córte, se ha levantado el campamento de Torrejon, viniendo algunos cuerpos á Madrid y marchando otros á diversos puntos de las inmediaciones, donde esperan órdenes del gobierno.

La novedad teatral de la semana ha sido sin duda el drama del señor Fernandez y Gonzalez representado en el Príncipe con el título de *Deudas de la Conciencia*. El éxito de este drama ha sido brillante y damos la enhorabuena á su autor, cuyo mérito como escritor dramático iguala ya al que siempre se ha notado en él como fecundo y popular novelista.

En la Zarzuela se ha estrenado *Don Bucéfalo*; bella música, que fue muy aplaudida; buena ejecucion; libreto poco interesante.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

I.

Es el arte una de las mas grandes y mas sublimes manifestaciones del espíritu humano. Cuanto toca, cuanto anima con su soplo sagrado, cuanto cae bajo su espléndido dominio, todo se reviste de grandeza y de hermosura, todo aparece bañado con su celeste claridad. No en vano el griego puso bajo el dominio de los dioses el arte y la poesía, no en vano tuvo por inmortales á los hombres de quienes la inspiracion fue hermana cariñosa; no en vano para el poeta y para el artista florecieron los mirtos y el laurel de Acaya y de las espumas de las olas del Archipiélago, se formó la diosa de la hermosura, á quien el divino cincel de Fidias hizo descender á la morada de los hombres. Si algun dia pareció estinguirse aquella raza de nobles inspirados á quienes siglos de barbarie privaron del culto que los corazones entusiastas les rendian, volvió á aparecer de nuevo sobre la hermosa Europa, tan pronto como apareció la aurora de la nueva civilizacion. Tal vez porque esté escrito que la religion del arte debe ser eterna. Miguel Angel recordó al escultor inmortal de Grecia, Rafael á Apeles el divino, Cellini á los artistas etruscos que adornaban con preciosas figuras las ánforas y los vasos.

Si el arte que nació bajo el sereno cielo de la Grecia y fué á renacer orillas de los rios que atraviesan á la hermosa Italia, necesita para vivir y ostentarse pujante, un cielo claro, un aire puro, un sol vivificador y imaginaciones creadas ¿por qué España no ha de ser una de aquellas dichosas regiones donde jamás faltan, ni arte, ni artistas? He aquí por qué entre nosotros pudo atravesar el arte épocas de desaliento, pero estinguirse jamás.

¡Orgullosos debemos estar de nuestra historia artística! Cien nombres ilustres prueban á los demás pueblos que la hermosa inspiracion es un eterno patrimonio de nuestra raza. Juan de Juanes, el rival de Rafael, Murillo á quien nadie igualó en la sublime idealizacion de sus vírgenes; Rivera, el que trajo de Italia aquel vigor en el dibujo y el sombrío colorido de la escuela veneciana, Zurbaran y Velazquez sin émulos todavía, Cano que como Miguel Angel fue pintor, escultor y arquitecto á la vez, prueban bien claro que hemos tenido verdaderos artistas. Recorred nuestras hermosas catedrales, la de Córdoba, como la de Toledo, y sentireis pasmarse vuestro espíritu, ante aquellas soberbias concepciones, en que dos razas diferentes espresaron en la piedra, el pensamiento estético que las guiaba.

Sin embargo, épocas de triste desaliento hemos atravesado; no está lejano el tiempo, en que el arte pareció estinguirse para siempre en nuestra patria; gemia el génio en el amargo destierro, y la multitud, bestia de carga, á quien se engaña siempre, sin una verdadera idea del arte, adoraba sus falsos ídolos.

Goya, el heredero de las glorias de Velazquez, Alvarez, el dulce rival de Cánova, habian dejado caer el cincel y los colores, como para decirnos que allí concluia la raza de los inmortales que habia hecho el orgullo de nuestra patria; despues de ellos el silencio de la nada, la esterilidad. Pero ya hemos dicho que la religion del arte debe ser eterna. Despues del interregno, cuando brilló en nuestra patria el nuevo dia de la regeneracion, volvió á tener el arte su olvidado culto y sus santos sacerdotes. ¿Quién no los conoce?

La civilizacion trajo consigo semillas de ateismo, abrió al espíritu humano nuevos horizontes, le entregó á otras especulaciones. La filosofía de hoy viene marcada con el sello de la duda; el gemido es nuestra palabra; atravesamos una época de desaliento y de esperanza á la vez, nos toca ser actores y espectadores del gran drama en que la humanidad prueba á salir de las prisiones en que la tuvieron encerrada; todo es vacilacion y temores. Hay quien vuelve los aterrados ojos al pasado en busca de aquella santa fe de nuestros mayores para pedirle los inefables consuelos que brindó al hombre en otros tiempos, pero él mismo va herido de la duda. Hay quienes, sublimes apóstoles de la civilizacion, suben á la altura para ver la tierra de promision, en donde no deben poner sus piés, porque el egoismo es el pecado de nuestros dias. ¿Y de esta confusion, de este vacilamiento, de este caos qué arte debe brotar?

Nuestros abuelos tenian una aspiracion, la del cielo; nosotros una religion, la de la patria; una santa idea, la de la humanidad.

Un pasado glorioso, un porvenir que promete ser rico en felicidad, un presente terrible de duda y de esperanza de acerbos padecimientos, de santas y dolorosas aspiraciones, he aquí el nuevo mundo que cae bajo el dominio del artista. Jamás tan brillante epopeya ha podido dar vida al arte.

¿Qué ha hecho este en nuestra patria?

Abrir á la juventud el nuevo sendero, prepararla para entrar en el circo en donde ha de ser la multitud, el verdadero juez.

Efectivamente, desde que las esposiciones de pinturas en España, son algo mas que una estéril galería de cuadros, desde que la juventud capaz de todos los esfuerzos ha comenzado la lucha entre ella y la gloria, puede decirse que el arte empieza á tener sus sagrados adeptos. Nosotros lo hemos visto, cada esposicion ha sido un paso mas, dado en el camino de nuestra regeneracion artística. De cada esposicion, dos ó tres nombres afortunados se levantan de la oscuridad y puede decirse de ellos muy bien. —Hé aquí los nuevos elegidos!—aunque el sacerdocio del arte es largo y difícil, y los neófitos tienen que pasar por dolorosas pruebas.

Cuantas veces visitamos el salon de la Trinidad, cuantas veces nos paramos ante los cuadros espuestos, tantas otras una dulce esperanza viene á halagar nuestro espíritu. Comparando esposicion con esposicion, es como llegamos á notar el adelanto, y en esta parte, la actual lleva algunas ventajas á las pasadas. Los que aun ayer empezaron á darse á conocer, hoy se presentan llenos de justas esperanzas; alentémosles pues, y ellos darán los deseados frutos.

Ahí está nuestra historia, cuyas gloriosas páginas pueden inflamar la mente de los que deseen traducir en colores la brillante epopeya de nuestro pasado de grandeza. El cuadro histórico, reemplazó al religioso; el entusiasmo por la patria, á la fe; el artista puede hallar en la historia un fresco manantial de hermosas concepciones. Ahí están los cien trajes pintorescos de nuestros campesinos y sus poéticas costumbres; ahí los sublimes espectáculos de la naturaleza; el picacho cubierto de eternas nieves, el pino que baja por la nevada falda; la sagrada encina del celta, las floridas márgenes, el Mediterráneo con sus ondas azules, el Océano con toda su pompa; no podrán decir jamás nuestros artistas que aquí faltan sublimes escenas que trasladar al lienzo.

La esposicion actual prueba bien esta verdad; los espositores recorrieron nuestros campos, estudiaron nuestras costumbres y comprendieron nuestra historia. Sus cuadros lo dicen bien claro: las dos mejores obras de esta esposicion, toman asunto del trágico fin de aquellos que fueron vencidos en Villalar, y del fiero arranque con que hace medio siglo un pueblo que parecia sumido en la abyeccion, se levantó poderoso y venció á aquel que traia en sus manos la victoria. Ha desaparecido el retrato, cuya superabundancia probaba en otras esposiciones la decadencia de nuestro arte. La mayor parte de los espositores han abandonado el falso camino; estudiaron el colorido en nuestros clásicos, se aventuraron á salir del comun sendero, y produgeron obras que si no se admiran, son sin embargo dignas de aprecio, porque representan un esfuerzo y un adelanto. ¿Qué mas se quiere?

Ya se verá cuando entremos en el exámen detallado de las obras espuestas, hasta dónde llega y qué significa el esfuerzo de la juventud, que acudió al certámen. Pero en tanto, permítasenos asegurar que ella sigue el buen camino, y que si los resultados no alcanzan á sus deseos, si el porvenir no le es propicio; otra juventud, otra generacion que tal vez esta próxima á llegar á la vida del arte, levantará este á una altura digna de nuestra patria.

Que España siga caminando por la senda de su regeneracion, que se haga rica y poderosa, que ella será artista. No acusemos á los hombres de las faltas de su siglo; recordemos que cuando el sol no se ponia en los dominios del rey de España; cuando éramos señores del mundo; cuando nuestros tercios vencian en San Quintin, en Otumba, en Lepanto y en Roma, entonces era cuando nuestro arte se levantaba pujante, entonces cuando abrieron sus ojos á la luz los mas grandes ingenios de nuestra patria.

ROMA EN 1860.

OJEADA DE ACTUALIDAD.

III.

Entre el dia en que escribimos la última frase del artículo anterior y el dia en que tomamos la pluma para estender el presente, ha transcurrido un mes: este mes ha bastado para que los Estados Pontificios esperimenten una revolucion, que ha echado por tierra los efectos de la sumision á Gregorio II, consolidados por mil ciento treinta años de dominio temporal. A nuestra época la basta un dia para anular un siglo: acabamos de dejar la antigua frontera pontificia, y la frontera ha desaparecido antes que descansáramos del todo de las fatigas del viaje: bien ha hecho en preparar los hilos eléctricos una edad que así precipita los sucesos.

Jamás pontificado alguno, en toda esa larga dinastía electiva, los ha ofrecido como el presente. Gregorio XVI acababa de morir: la Europa católica no patrocinaba en el cónclave á ningun candidato: el Austria adoptaba á su lugar-teniente Lambruschini, que habia gobernado en nombre del Papa largos años y que habiendo dado varios capelos, tenia motivos por contar con el agradecimiento de otros tantos cardenales. Dos dias vió el pueblo de Roma salir por la chimenea del Quirinal el humo de las papeletas de los votantes; al tercero, la chimenea dejó de ahumar y se oyeron los primeros golpes, para derribar la pared que cerraba el balcon en que el Papa elegido se anuncia á la ciudad y al universo. Cuentan que receloso ya Lambruschini antes del tercer escrutinio, preguntó al cardenal Micara:

—¿Quién será Papa?

—Si es el diablo quién hace la eleccion, contestó este, lo seremos tú ó yo; si es el Espíritu Santo, lo será Mastai.

¿Quién era Mastai, el elegido por los cardenales? Solo se sabia de un modo vago que habia sido militar, que habia dejado el servicio á causa de una enfermedad, que al poco tiempo de tonsurarse fue misionero en América, que ganó su obispado en las Pampas y mostró en sus funciones episcopales dulzura, modestia, tolerancia y caridad. Al dia siguiente de tomar el nombre de Pio IX, mostró ademas cualidades de hombre de Estado, corazon, pensamiento, ánimo y firmeza: diplomático mas hábil que la diplomacia, desconcertó á Francia, fatigó al Austria; patriota italiano, hizo desde lo alto del Capitolio la señal de la agitacion amorosa en toda Italia; manifestó la virtud de la iniciativa y supo allanar todas las dificultades con rasgos de carácter. Los cardenales habian opi-



nado de viva voz con él en favor de una amnistía, y en el momento del escrutinio echaron todos en la urna bola negra: Pio IX se sonrió, se quitó su birrete de raso blanco y poniéndole sobre las bolas, dijo: «Yo las hago blancas,» y dió la amnistía. El Austria tenia en Roma el hábito de la dominacion; Pio IX, viendo con mirada profética los grandes destinos á que la península debia ser llamada de nuevo, quiso reconciliar los pueblos por medio de instituciones que establecieran garantías de mutua confianza, para oponerlos á la ambicion austriaca; abrió los calabozos, armó á los súbditos, luchó á la vez con la Francia, con el Austria, con los cardenales, con las piedras mismas del Vaticano que representaban la política de eterna inmovilidad, anunciando al rey de Roma que no podria abrir la mano sin desencadenar tempestades con las concesiones.

El pueblo saludó con lágrimas de gratitud la aparicion del Pontífice que acometia aquella mision civilizadora; le consideró como una encarnacion de su soberanía; hizo lo que no tenia precedente, una revolucion pacífica de ovaciones, y respondiendo así á los anuncios de las tormentas, le erigió un arco con esta inscripcion: *A Pio IX su pueblo siempre fiel.*

Pero tras de aquel período vino otro opuesto; el Austria recobró su ascendiente perdido; el que habia protestado con tanta energía por un sencillo paseo militar del Austria en las calles de Ferrara, vió á los austriacos bombardear á Bolonia y á los franceses bombardear á Roma; el arco triunfal desapareció; Pio IX tuvo en vez de lo que le ofrecia la inscripcion, un secretario, hijo de Terracina ciudad de la ribera de Nápoles, que se llama Antonelli; y los tiempos pasados volvieron, despues de tan breve interrupcion.

Durante ellos aun, es cuando nosotros hemos visto aquel país; no hemos conocido á S. S., que segun nos decian, ha encanecido mucho en poco tiempo y cuya fisonomía ha perdido segun parece la serenidad de otra época: pero conocimos á Antonelli, al hombre de mundo mas que de teología, el cardenal sin ser mas que diácono; cincuenta años próximamente, alto, enjuto de carnes, moreno, cara abultada, pelo crespo; todo ello envuelto en un esterior cortesano. Tratamos de observar la organizacion de aquel país, con su inquisicion romana y universal á la cabeza, que conserva allí su última guarida, como un viejo castillo feudal que arrasado en espiacion de espantosos crímenes conserva un murallon negruzco y siniestro para dar testimonio de una horrible leyenda; con su visita apostólica; con sus instituciones, ya para velar por la ejecucion del Concilio de Trento, ya para proteger la inmunidad eclesiástica ya de *propaganda fide*, ya para continuar el interesante índice espurgatorio; cuidar de los ritos; del ceremonial; de la disciplina regular; de las indulgencias y reliquias sagradas; del exámen de obispos; de los negocios eclesiásticos estraordinarios. Procuramos tomar alguna noticia de la Sagrada Consulta, Tribunal Supremo de revision por un lado y al mismo tiempo direccion de sanidad; del Buen Gobierno tribunal de apelacion para los negocios económicos de los distritos; de la Prefectura de aguas y caminos, de la económica, que se ocupa de todos los ramos de economía pública en via legislativa; de la de estudios, que por cierto no se echó de menos hasta 1824; de la revision de cuentas; del censo; del Tribunal penitenciario apostólico; de la Cancillería Apostólica; de la dataría; del Vicariato; de la Sagrada Rota Romana; del tribunal de Gracia; del de Justicia; de la Cámara Apostólica y sus diferentes divisiones y subdivisiones; del tribunal del gobierno, que es una superintendencia de policía, y de las innumerables dependencias de estos grandes brazos del tronco administrativo, tan imposibles de deslindar como las ramas de un árbol jamás podado, tan revueltas, tan retorcidas, tan enredadas, que tenemos por imposible que los mismos cardenales, encargados de toda especie de materias y asuntos, desde la mision de propagar una religion de paz, hasta la mision de organizar las armas para la guerra; desde la disciplina de la Iglesia, hasta la cuestion financiera y los asuntos propios de la municipalidad del Capitolio, se den cuenta de donde empieza y donde concluye lo eclesiástico y lo civil, lo gubernativo y lo judicial, lo militar y lo económico, lo interior y lo esterior, lo sagrado y lo temporal.

El gobierno clerical es necesaria y fundamentalmente malo, ha dicho uno de nuestros embajadores en Roma (1), cuyas doctrinas no son sospechosas de exageracion; las ideas de la celda aplicadas á la sociedad civil; el régimen del convento constituido en sistema político, no pueden dar buen resultado, ni para los pueblos, ni para el clero. Roma es una prueba dolorosa de esta verdad, que no deja de reconocer por su propio peso toda persona que penetrando en aquella metrópoli. vea y observe, sin que empañen sus ojos ni el humo de la preocupacion, ni el velo de la pasion hostil.

Acaso son insuficientes estas observaciones—que tendrian otro tamaño y otro carácter si estuviéramos escribiendo un artículo político,—para preparar convenientemente el lienzo en que debemos diseñar el carácter de la poblacion de Roma, tan ligeramente como dejamos indicado antes de ahora el aspecto material de su comarca y de su centro. La índole de esta publicacion nos obliga sin embargo á detenernos antes de apuntar siquiera consideraciones fundamentales.

(1) Don Joaquin Francisco Pacheco.—*Italia*, Madrid, 1857, Imprenta nacional.

Con lo que llevamos dicho se adivinará lo que es el pueblo romano; quien tiene tradiciones como él, no puede ser absolutamente lo contrario de lo que fue cuando hacia cabeza en todas las regiones de Europa; quien ha sido degradado por quince siglos de infortunio, y abrumado por tanta desgracia y tanto envilecimiento, no puede tampoco ser lo que ha sido; nadie como los españoles estamos en situacion de comprender á los romanos; el que se haya representado lo que seria nuestro país, cuando no penetraba por sus fronteras ni una idea nueva, ni un pensamiento nuevo; cuando la Inquisicion consideraba peligroso á todo el que miraba el porvenir; el que observe que aun no hemos podido borrar del todo aquí el sello que dura allá por entero, tiene mucho adelantado para adivinar lo que es el pueblo de Roma.

No hay allí como entre nosotros, como en Francia, en Inglaterra y en Alemania, clase media que tocando en la clase popular, toque y se confunda á la vez, á merced del saber, de la riqueza, de la industria, con la clase aristocrática; por un lado los descendientes de los hermanos y sobrinos de los pontífices, que en ciertos tiempos pasaban de su oscuridad á ser marqueses, condes y príncipes, deseando rivalizar con los Colonnas, los Orsinis y los Máximos; por otro lado, una plebe ignorante y perezosa de menestrales y mendigos, altiva y baja, indiferente y supersticiosa, orgullosa y grosera, cuya figura os recordará los bustos de los Gracos, de los Brutos y los Escipiones, las estátuas de Porcia y Julia, pero que os llamaran *eccellenza*, os besarán la mano y se arrodillarán á vuestros piés por algunos *bayocos*, con los cuales, antes que remediar su miseria y proveer á su deseo y desnudez, se proveerán de amuletos—generalmente cuernos—para garantirse de vuestros maleficios, si os creen *gettatori*; y entre estas dos clases estremas, un pueblo de clérigos y de curiales, un ejército de frailes Bernardos, Carmelitas, Franciscos Dominicos, Trinitarios, Mercenarios, de todas las comunidades esceptuando una, la mas reflexiva de todas, la Compañía de Jesús; y una poblacion movible de estranjeros de todos los paises, hombres de estudio, artistas, viajeros por distraccion y enfermos del pecho: esos son los habitantes de la ciudad de Roma.

Un pueblo que se compone de dos únicas clases estremas, sin punto alguno de contacto entre sí; mas aun, despreciadas ó aborrecidas una de otra, claro es que no tiene mas que dos sociedades; una de princesas, cardenales y embajadores, mas ceremoniosa que culta, otra incivil y repugnante y ambas sin atractivo, cada cual por su estilo; el estranjero no encontraria un círculo de alguna inteligencia donde refugiarse, si veinte mil estranjeros no le esperaran poseidos de la misma necesidad que él.

Solo ciertos viajeros franceses tienen la facultad de penetrar con una mirada, desde la ventanilla de un wagon, las cualidades íntimas de los paises que atraviesan á razon de catorce millas por hora, y de zurcir volúmenes con lo que ven en media docena de dias; con mas reposo hemos estudiado nosotros en Roma, y sin embargo nos declaramos incompetentes para dar ó quitar dotes de que no estemos seguros, á un pueblo por el que hemos cruzado como las aves de paso. Presenta con todo, rasgos tan marcados, que no se necesita una gran penetracion para recogerlos fielmente; basta frecuentar un café—cuyo interior y cuyo servicio están muy por bajo de los mas descuidados de Madrid—para notar talento y viveza, inteligencia y gracia en las conversaciones; basta observar las infinitas administraciones de lotería que allí hay y el ansia con que á horas avanzadas de la noche se agolpa la multitud á tomar billetes la víspera de los sorteos, para confirmar la idea que luego se forma, de lo propenso que es el romano á fiarlo todo á la suerte, con la esperanza de que le proporcione grandes ganancias con poco esfuerzo y en poco tiempo; de su repugnancia á cualquier especulacion difícil que le brinde con un bienestar, hijo de la economía y del trabajo; en ninguna parte es responsable la lotería de la miseria y los vicios del pueblo, como en Roma, donde este juego constituye una verdadera pasion; basta cruzar por el *Corso* ó la *Via Condotti*, para convencerse de que no es en Madrid donde mas estendido está un infame comercio que marca la relajacion de las costumbres; basta recorrer las tiendas, que pasan por mejores, para conocer que allí no produce la industria, que allí no hay clase media, no hay necesidades, no hay consumo; en los almacenes mas brillantes del *Corso*, no se encontrará objeto alguno notable que no sea estranjero; los guantes son de Nápoles, las sillas de Génova, el calzado y las ropas de Marsella ó de Lion; lo único indígena, es el santo colocado en un altar, y alumbrado comunmente por velas ó faroles, para presidir á todo establecimiento público verdaderamente romano, desde los cafés y las *Tratarias*—fondas—hasta los puestos de agua, que buscando en todos los casos la invocacion análoga á cada especulacion, suelen tener pintado un Moisés hendiendo la peña y haciendo brotar el agua, con esta inscripcion debajo: *bibat populus.*

Pueblo que así se halla claro es que se cuida menos aun que nosotros, de uniformar sus pesas, sus medidas y su moneda; la de España es allí tan nacional como aquí los napoleones; si se quieren reunir onzas de oro, no hay como ir á Roma por ellas,—siempre que no se proponga el cambio por los escudos isabelinos de 100 rs., únicos que no tienen curso;—si se quiere ocupar la imaginacion con operaciones aritméticas, no hay como manejar *paulos* y *bayocos*; preferimos los thalers y aun los silbersgrochen alemanes. Pero es mas aun; Roma y Nápoles conservan la antigua costumbre de contar las horas por veinte y cuatro, á partir de la primera despues de ponerse el sol; ese horario, comun á casi todos los relojes, es causa de confusion para el estranjero, que cuando tenga una cita para las dos, por ejemplo, debe comprender que no es para las dos de la tarde, sino para dos horas despues de puesto el sol; es decir, para las diez de la noche en verano. Pedir asociaciones mútuas, donde hay banqueros, pero no hay comercio ni industria, seria pedir un absurdo; en cambio se cuentan mas de sesenta cofradías, que absorben toda la poblacion, como que la hay que se compone de diez mil individuos; acudir á los llamamientos de esas cofradías, suele ser la ocupacion mas seria de los grupos que fuman su pipa, recostados en todas las esquinas.

Esta inclinacion á no moverse debe ser una de las causas principales de que en los bellos paseos del *Monte Pincio* y la *Villa Borghese*, se encuentren ingleses, rusos, franceses, alemanes, españoles, americanos; pero pocos ó ningun hijo de Roma, que, segun parece, no tiene mas que tres dias de animacion en todo el año; los del Carnaval; pero desde 1850, hasta el Carnaval muere á manos de la policía con la poohibicion de la careta.

Algo, sin embargo, le hace vencer su pereza; el teatro, frecuentado allí, como en toda Italia, por el pueblo alto y bajo. La aficion á la comedia y á la ópera son generales, y á pesar de esta aficion, no hay en Roma ningun teatro de primer órden; el de *Apolo* y el de *Argentina*, no pasan de medianos, son sucios y oscuros; los demás hasta llegar á la farsas de *Policinela*, son aun peores y mas reducidos. De aquí que la cuestion de abonos sea una cuestion grave, en que interviene el gobernador de la ciudad—allí hay gobernadores para intervenir en todo—y con sujecion á reglas fijas, resuelve quién tendrá derecho á un cuarto de turno y quién á un palco de este ó del otro piso; en ellos se reciben visitas como en casa, sencillamente, sin aparato, sin que las señoras se tomen el trabajo de ponerse trajes ni adornos especiales como necesitan hacerlo para concurrir á los demás teatros de Europa. Pero si los locales de las diversiones escénicas son malos, los cantantes suelen ser de primer órden, los actores buenos (pues que los italianos tienen disposiciones felices para lo bajo como para lo sublime) y el conjunto de la escena mucho mas esmerado y muy superior á lo que estamos acostumbrados á ver en Madrid. A Roma que tiene teatros regulares y actores buenos y público aficionado, le faltan en cambio autores dramáticos, como le falta ya toda especie de literatura: allí no hay que buscar un libro nuevo, como no sean los de teología; allí no se encuentra ya ningun poeta; la poesía está comprimida en las frentes de la juventud ilustrada y generosa, que llena de nobles sentimientos, no puede desahogarlos mas que en las sociedades secretas, refugio de todos los que hace tantos años tienen por único pensamiento la resurreccion de la jóven Italia. Si no se publicara el *Diario de Roma*; si la enmarañada madeja del gobierno pontificio no fuera tan pródiga en espedir por sus infinitas secciones una *Notificazione* á cada hora; si el *Indice espurgatorio* cesara en su eterna tarea, si los estranjeros no consumieran cada año una edicion de la *Guia*, Roma, en su estado actual, podria pasarse muy bien sin un solo alfabeto de imprenta, como se pasa sin mas librerías que las destinadas á espender las obras estranjeras que logran el exequatur para la venta. Los teatros, pues, se alimentan de traducciones francesas y de alguna imitacion florentina, entre las cuales presenciamos en el teatro *Valle*, el éxito de *Le Scimmie* del abogado Gerardo della Testa, autor de muchas obras dramáticas bastante aplaudidas.

Algo podríamos y algo pensábamos decir en esta ojeada de actualidad, del ejército pontificio, de aquellos irlandeses dirigidos desde el *Hotel Minerva* por el jefe que tan brevemente los mandó; de los alistados en las legiones de Lamoriciere, franceses en gran número y legitimistas casi en la totalidad de los franceses, que daban espansion imprudente á sus ideas en los gabinetes de *Spilman*, en la *Via Condotti*; pero los sucesos son mas elocuentes que nuestras observaciones y la desgracia nos impone silencio.

En punto á soldados no podemos ya hablar mas que de los que componen el ejército de ocupacion francesa; nuestra mision aquí no es examinar los resultados de aquella guarnicion, bajo el punto de vista político, pero si podemos considerarlos en otro concepto. Un cuerpo estranjero numeroso dentro de una ciudad por espacio de diez años, debia necesariamente ejercer alguna influencia en un pueblo como Roma; y en efecto, no solo ha empezado á influir lentamente en las costumbres, sino que ayudado por los viajeros estranjeros, ha logrado estender su idioma hasta el punto de que se habla ya allí tanto francés como italiano: un hombre como Napoleon, debia tambien procurarse alguna compensacion positiva de la guarnicion de Roma, y en efecto, desde el material del ferro-carril hasta la última prenda con que se equipó el ejército del Papa, desde las telas hasta la mayor parte del tabaco, todo es obra de la industria francesa, todo ha sido especulacion del comercio francés, que tiene en aquella ciudad un mercado importante.

Ya que la condicion de estos artículos nos obliga á desechar un recuerdo á cada línea, con la presente cor-



FAC-SIMILE DE UN GRABADO AL AGUA FUERTE DE ADRIAN VAN-OSTADE.

tariamos esta conversacion desordenada, si el recuerdo de la Roma antigua, superior á todos los demás recuerdos, y la gratitud que debemos al lector, que haya seguido con paciencia la confusion de noticias que le anunciamos para no engañarle, no nos moviera á pagar su benevolencia con un consejo: si alguna vez le ocurre la idea de ver la ciudad eterna, no deseche el pensamiento, procure realizarle, seguro de que si la ve, aquel viaje será el predilecto de su vida, aquella visita la que mire cada dia con nuevo encanto: Lóndres admira por su grandeza y por lo colosal de sus empresas; París seduce por la reunion del lujo y de los placeres; Roma no hace mas que entristecer con la ruina de sus maravillas, pero ni París ni Lóndres se graban en el corazon del viajero como la ciudad eterna, cuyo nombre leido al revés es el emblema del sentimiento que se esperimenta al dejarla: AMOR.

Tristeza de peor género es la que se esperimenta al contemplar la ciudad viviente; cada viajero desapasionado que la visita, cualesquiera que sean sus doctrinas, es de seguro una voz mas que clama porque aquello salga de su atonía y se salve de la consuncion que lo aniquila; solo entre los que no han tocado de cerca aquella situacion, puede haber quien sostenga de buena fe que Roma no necesita regenerarse.

Aquella tierra desierta, aquellos campos yermos, aquellos bosques talados que favorecen los fuertes estragos de las enfermedades, reclaman un cultivo esmerado, que seria, con otras medidas que debia tomar un gobierno, el medio de disminuir la mortandad.

Aquella campiña abandonada está pidiendo lo que necesita para que los pocos habitantes que vagan por ella, envueltos en pieles de carnero, calzados con andrajos atados por cuerdas, cubiertos con un sombrero cónico de color pardo, no se vean frecuentemente obligados por la miseria á recoger por las calles de la ciudad los desperdicios mas repugnantes con que matar el hambre.

Aquellos romanos, aquellos transteverinos, que á la otra parte del Tiber conservan todavía una analogía moral y física marcada con los ciudadanos de las épocas gloriosas de la república; que parecen estátuas antiguas bajando de su pedestal y buscando quien los proporcione ocasion de mostrar lo que valen, no deben, pasando por emancipados, continuar teniendo suerte mas infeliz que los esclavos del pueblo rey.

Aquellos habitantes de otros cuarteles que llevan una existencia triste y miserable, que viven en casas apenas amuebladas, donde falta lo necesario, tienen derecho á que haya quien piense que no son desheredados de una época en que la sociedad va aspirando y caminando al mayor grado de bienestar posible.

Aquellas ruinas exigen cuidados, aquella ciudad policía urbana, aquellos habitantes educacion, aquellos brazos trabajo provechoso, aquel país reformas, inmensas reformas. Aun dicen sus hijos con orgullo: «Soy romano de Roma,» espresando así un mundo de recuerdos é indicando otro mundo de presunciones: donde hay este espíritu hay todavía un pueblo que puede revivir.

Al digno, al bueno, al simpático sacerdote que se sienta en la silla de San Pedro, corresponde acaso el pensamiento de crear un gobierno civil para las cosas temporales de aquellos Estados, como un gobierno eclesiástico para las cosas eclesiásticas del mundo; de sacar á aquella aristocracia de su nulidad, á aquella clase acomodada de su impotencia, cuando no se viste con el traje de abate, á aquella multitud de su ignorancia, en medio de la cual cae la semilla de las ideas revolucionarias. Si la fatalidad ha hecho que allí no haya aun mas que polvo de tumbas ó lava volcánica, que la ciudad inmortal tenga una vida que se confundiria pronto con la muerte, que Italia, la tierra prometida de los viajeros, de todas las naciones, siga esperando siempre su regeneracion. La Providencia parece dispuesta á sacar de su letargo á aquella descendencia de dioses ó semi-dioses, á aquel pueblo, que despues de haber dado impulso á muchas generaciones del universo, lleva tantos siglos descansando de su prodigiosa actividad.

Las naciones á quien Italia puso en el camino de la civilizacion la despiertan hoy para advertirla su atraso, para anunciarla que la causa del siglo XIX y el movimiento que la empuja, es el espíritu del Evangelio: que si la Europa se dirige al porvenir, es porque otra vez mas dice como marcha á las cruzadas: *¡Dios lo quiere!*

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

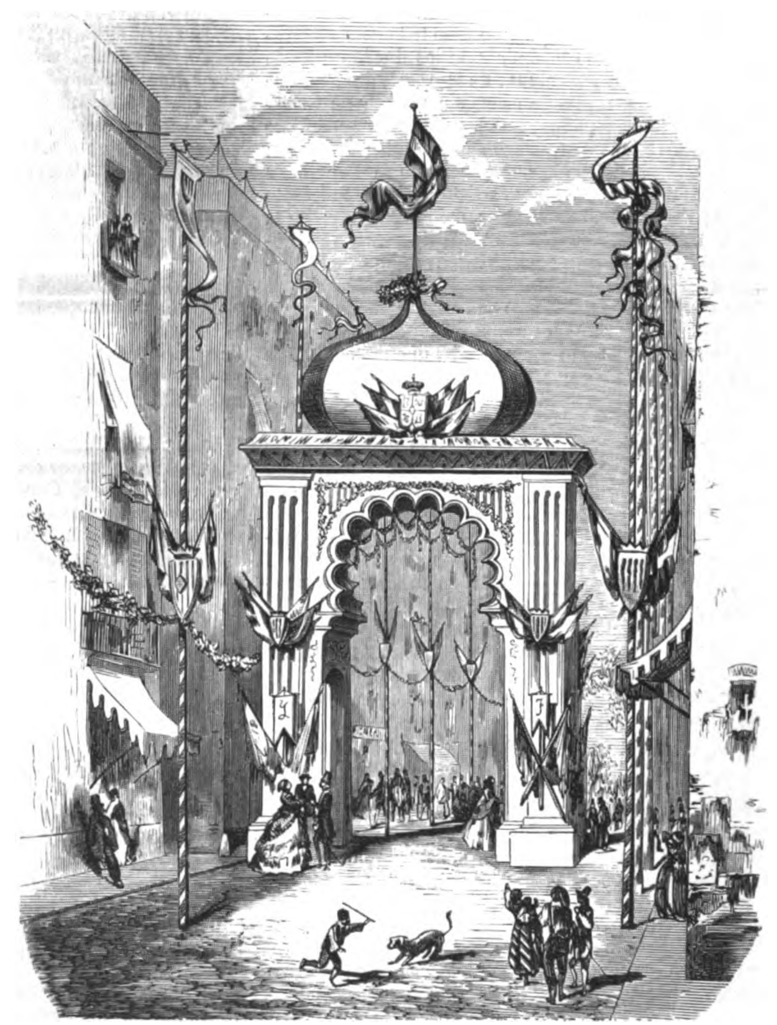
ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

UN BUQUE POR DENTRO.—DESDE LA ESTAMPA DE POPA AL PALO MAYOR.

(CONTINUACION.)

Este asiento que se estiende del uno al otro costado del buque apoyado contra la estampa, que le sirve, digámoslo así, de respaldo, es el gallinero. A la salida del puerto se halla por lo general regularmente provisto, con especialidad si van pasajeros á bordo; pero se va despoblando lentamente á medida que la necesidad ó el deseo del capitan lo exigen. La tripulacion no tiene asegurada su salud, y como en medio del Océano no se han establecido aun mercados de gallinas, es indispensable llevarlas en el buque para que, en el caso de enfermar alguno de sus tripulantes, no *largue las amarras* por falta de buenos caldos. Ademas, hay en las embarcaciones dias de regocijo y de solemnidad lo mismo que en tierra y es preciso distinguirlos añadiendo á la comida un plato estraordinario. Debo advertiros, para descargo de mi conciencia, que, fuera de los casos de enfermedad grave, aunque todas esas aves caseras pasen del gallinero á la cazuela no le tocará á la *gente de proa*, nombre con que se designa el conjunto de marineros, grumetes y pajes, mas que el olor y las plumas.

Esa pieza de madera que entra en el buque por la mitad de la popa, á las inmediaciones del gallinero, es la estremidad superior del timon que se halla unido por medio de goznes al buque en la prolongacion vertical de la quilla llamada *codaste* como lo están las hojas de una puerta á su marco. Con el auxilio de esa rueda que veis en frente á corta distancia, colocada verticalmente en la



ARCO DE TRIUNFO LEVANTADO EN BARCELONA EN LAS FIESTAS REALES.

direccion de los costados y con la cual se halla el timon en contacto por medio de una barra de hierro llamada la *caña*, se le mueve á la derecha ó á la izquierda, ó en el lenguaje marítimo á estribor ó á babor, cuando se quiere cambiar la direccion del buque á la izquierda ó á la derecha de la línea que antes seguia.

Las palabras *orza*, *arriba*, *caña á babor ó á estribor* y *cierra en banda*, dirigidas al timonel por el capitan ó el piloto á manera de órdenes, significan, la primera que el buque debe inclinarse mas hácia el lado del viento ó alejarse de la costa; por la segunda se le manda lo contrario, por la tercera que lleve la caña á la derecha ó á la izquierda y por la última que la incline cuanto sea posible al costado que se le designe, si se añaden las voces de á babor ó á estribor, sin lo cual se entiende que la inclinacion ha de ser sobre el costado á que antes lo estaba.

Desde el momento que una embarcacion principia á meter á bordo sus anclas para hacerse á la mar hasta que las deja caer en el puerto de su destino ó en otro cualquiera en que la necesidad le obligue á entrar de arribada, vereis constantemente junto á esa rueda un marinero de pié, inmóvil, apoyada su mano derecha sobre uno de los radios y fija su vista, bien en la proa, bien en ese pequeño nicho abierto en la parte posterior de la claraboya, dentro del cual se halla la *brújula*, ó la aguja de marear como se la llama vulgarmente, la cual le va marcando el rumbo en que debe llevar el buque segun las instrucciones que haya recibido del piloto. A este marinero se le llama el *timonel* y es á bordo lo que el ginete sobre su caballo que lleva constantemente las bridas en la mano para hacerle caminar en la direccion que cumple á sus fines.

El cargo de timonel es por lo mismo de una importancia muy trascendental y solo se confía, particularmente en momentos de peligro, á marineros esperimentados y que tengan, como comunmente se dice, buenos puños, porque el timon para moverse, sobre todo cuando el mar se halla agitado, exige grandes esfuerzos.

Mientras el timonel desempeña su servicio, no puede abandonar un solo instante la rueda, ó la caña del timon si el buque no tiene rueda, como sucede por lo general en los de poco porte; ni debe, en rigor, hablar con sus camaradas á fin de no distraerse, ni fumar su pipa aunque esté tiritando de frio. El servicio del timon es, por todas estas razones y por la grande responsabilidad que pesa sobre el que lo desempeña, muy penoso y los timoneles se relevan por lo mismo cada hora, ó á períodos mas cortos si el mal tiempo y la fuerza de la marejada lo exigen, y mientras lo desempeñan están completamente á la intemperie, porque ni aun pueden abrigarse con prendas de ropa capaces de embarazar sus movimientos.

Compadezcámosle, y continuemos nuestra revista.

Esas dos pipas pintadas de verde (el color varía segun el gusto del capitan) que se hallan fuertemente trincadas ó amarradas á la obra muerta, en uno y otro costado, no muy lejos de la entrada de la cámara, con una puertecita en su parte superior y un tanque de zinc ó de lata amarrado á sus inmediaciones para que no se venga al suelo con los movimientos del buque, son los *almacenes* del agua potable. Se llenan en el puerto de salida y cuando el líquido que contienen se agota, vuelven á llenarse con el agua de otras pipas guardadas bajo cubierta y conservadas con especial cuidado.

En los primeros dias del viaje el agua se marea, se enturbia notablemente y adquiere un gusto muy desagradable; cuando es buena, se purifica despues y recobra todas sus propiedades primitivas; pero en caso contrario, hay que beberla medio podrida todo el viaje ó mientras no se arribe á un punto en que pueda el buque *hacer aguada* ó llenar sus pipas en mejores fuentes.

Sucede á menudo que, bien porque las calmas y los vientos contrarios prolonguen el viaje mas de lo regular, bien porque se desfonden ó se filtren algunas de las pipas, el agua llega á escasear á bordo hasta el punto de dársela al marinero tasada y en cantidad mas ó menos corta, cerrándose los almacenes con llave, si la tienen, y los hombres se mueren de sed en medio de las aguas. De algun tiempo á esta parte, los buques de alguna importancia están provistos de aparatos de filtrar y destilar, para mejorar con los unos el agua corrompida y convertir con los otros en potable el líquido acre y salobre que los circunda por todas partes.

PARTE POSTERIOR DE LA PUERTA PRINCIPAL DEL CONVENTO DE LA TRINIDAD.—VALENCIA.

Este palo, el primero que encontramos caminando de popa á proa y que se eleva casi verticalmente sobre la cubierta á una altura considerable, se llama el *palo mayor*, y tanto él como el que le sigue, denominado *palo trinquete*, están compuestos de tres ó de cuatro trozos, colocados unos sobre otros, y enlazados por sus estremos y por delante, de modo que pueda subirse y bajarse el último, sin mover al que le sigue, y este sin tocar al que se halla mas abajo.

Los primeros trozos de uno y otro palo, á partir de la cubierta, se llaman los *palos machos*, y los tres restantes, *masteleros de gavia, de juanete y de sobre-juanete*, y van siendo cada uno mas corto y delgado que el anterior. El último, solo se coloca dentro de los puertos ó con tiempos muy bonancibles en buques como el *Relámpago*.

Aquella rodaja de madera en que termina el último de los masteleros, se llama la *perilla*. Cuando oigáis decir que un marinero ha subido al *tope* de tal ó cual palo, tened entendido que llegó á su estremidad superior, ó á su perilla.

Los trozos de que cada palo se compone, están enlazados entre sí por dos piezas de madera ó hierro mas ó menos distantes. Todas las superiores tienen, como veis, una misma forma con dos agujeros, cuadrado el uno, que se ajusta á la estremidad superior del trozo mas bajo, y redondo el otro, para que el mastelero que entra por él pueda subirse y bajarse á voluntad: estas piezas se llaman *tamboretes*. Las inferiores varían de forma y de nombre: las que enlazan los palos machos con los masteleros de gavia, se llaman las *cofas*, son, como veis, grandes y semicirculares; próximamente puede andarse sobre ellas con desahogo, y en los buques grandes tienen una balaustrada al rededor, y sirven de estancia ordinaria á los gavieros, cuando no se hallan ocupados en las velas; las demás se llaman *crucetas* de gavia ó de juanete, segun el mastelero mas bajo en que se hallan colocadas, y tienen próximamente una misma forma.

Al conjunto de los palos y masteleros de un buque se le denomina su *arboladura*.

El buque se *guinda* ó se *desguinda* cuando se le ponen

ó se le quitan sus masteleros, y estos se calan cuando se les baja mas ó menos á lo largo del palo ó del mastelero á que se hallan enlazados por la parte inferior.

Esas escalas de cuerda que van desde la obra muerta hasta los palos machos en la inmediacion de las cofas, que suben despues á estas, que ascienden á lo largo de todos los masteleros haciendo un avance hácia afuera en cada cruceta, se llaman las *jarcias*, y las piezas de madera unidas á la obra muerta de donde arrancan, *mesas de guarnicion*. Por ellas suben los marineros con increible rapidez hasta los topes, y cuando hay demasiada prisa, suben y bajan cual si fuesen ardillas, por cualquiera de esas cuerdas ó aparejos que descienden de los palos.

Esas cuatro velas casi cuadradas, aunque mas anchas en la parte inferior que en la superior, que veis en cada palo, colocadas las unas por encima de las otras, y que corresponden respectivamente á cada uno de los cuatro trozos en que los palos se dividen, reciben, principiando por las inferiores, el nombre genérico de *trinquetes* ó *mayores*, *gavias*, *juanetes* y *sobre-juanetes* ó simplemente *sobres*, y por encima de estas suelen colocarse otras velas de reducida superficie llamadas *periquitos*, que se usan muy rara vez, á no ser que los capitanes sean amigos de pintar la cigüeña. Para distinguir entre si las de un mismo género pertenecientes á cada palo, se les dan los nombres particulares de mayor, gavia, juanete mayor y sobre-juanete mayor á las cuatro del palo que estamos examinando, y los de trinquete, *velacho*, juanete de proa y sobre-juanete de proa á las del palo trinquete.

Cada vela se halla sujeta, como veis, ó *envergada* por su parte superior á una percha horizontal enlazada al palo ó al mastelero por su punto medio con una abrazadera de hierro que la permite bajar, subir y girar en todos sentidos: estas perchas se llaman las *vergas*, á sus dos estremos *penoles*, y las cuerdas con que los ángulos inferiores de cada vela se hallan sujetos á la verga que tiene por debajo se denominan las *escotas*, y se dice que se *cazan* ó se *arrian* cuando se estiran ó se aflojan. Cuando las vergas están desprovistas de sus velas, forman en cada palo cuatro cruces, y se distinguen entre si con el nombre de la vela que sostienen. Ya veis que disminuyen en grueso y longitud á medida que están mas altas.

La pena mas terrible que se puede imponer á un criminal perteneciente á la marina es ahorcarle del penol de una verga, castigo muy comun en otro tiempo, pero que en el dia se economiza bastante, particularmente en la marina española.

Esas cuatro pequeñas velas largas y estrechas que lleva ahora el *Relámpago* por uno de sus costados, y que caen por fuera de las demás, las dos primeras desde las vergas de gavia hasta las de trinquete, y las dos segundas desde estas hasta la altura de la obra muerta, se llaman *alas* y *arrastraderas*. Cuando el viento es escaso y se navega en popa, se largan las de las dos bandas y el buque se parece entonces á una montaña de lona. Las delgadas varas á que se hallan envergadas ó amarradas por la parte superior estas ocho velas supletorias, se denominan *botalones de ala*, y cuando estos están sin ellas, se introducen á lo largo de las vergas, por cuyas estremidades salen, hasta tocar con el palo ó con el mastelero, cerca del cual se levantan un poco sus puntas.

Las dos velas trapezóideas que, unidas una á cada palo, desde la altura de la obra muerta hasta la *encapilladura* de las jarcias, se dirigen de proa á popa, saliendo bastante fuera de la estampa la que arranca del palo mayor, se llaman *cangrejas ó bergantinas*, y á la de popa se la designa generalmente con el nombre de *mayor*. Las vergas á que se hallan unidas por la parte superior, y que forman con el palo dos ángulos, agudo el de arriba y obtuso el de abajo, se denominan picos, y la que vá horizontalmente desde el palo mayor hasta fuera de la popa, un poco mas alta que la obra muerta, y á cuya punta se halla sujeto el ángulo inferior saliente de la mayor se llama la *botavara*. En el pico de la *mayor izan* los buques mercantes el pabellon nacional.

Cuando, á causa de la escasez del viento y de la inquietud de las olas, los balances del buque, ó lo que es lo mismo, los movimientos que hace inclinándose alternativamente sobre cada uno de sus costados, son demasiado violentos, ó cuando la *mayor*, girando á manera de charnela al rededor del palo, entre jarcia y jarcia, se inclina á babor ó á estribor para que reciba el viento mas ó menos de lleno, guardaos de permanecer cerca de la botavara, si apreciais en algo vuestros hombros y vuestras cabezas, porque al girar destroza cuanto encuentra, y lo comprendereis perfectamente, con solo mirar sus estraordinarias dimensiones.

Esas cuerdas gruesas que bajan oblicuamente desde la estremidad superior de los cuatro trozos del palo mayor al de trinquete, terminando la mas baja al pié de este, se llaman *estais*, tienen por objeto impedir que los masteleros de aquel palo se inclinen hácia popa y en ellos se envergan unas velas triangulares ó de cuchillo, muy á propósito, cuando el buque navega de bolina, para que corte con mas facilidad el viento.

Enteraros de los nombres y de la aplicacion de tantas y tantas cuerdas y aparejos como bajan y se cruzan en todas direcciones, y que constituyen lo que en lenguaje figurado llaman los marinos la *cabellera* de su buque, seria tarea demasiado larga, y sobre larga, pesada é infructuosa, puesto que fatigaria vuestra memoria para que á los diez minutos os olvidáseis de todo.

Y ya que hemos recorrido próximamente la mitad del buque y el sol calienta algun tanto y la *mayor redonda* nos ofrece su sombra y el viento y la mar nos convidan con su agradable y vivificante frescura, dejemos caer aquí las anclas, sentémonos unos instantes, tomaremos un tanque de café, que Ceferino cuidará de prepararnos y traernos

Fondo, pues, queridas mias.

El Capitan Bombarda.

VALENCIA.

CONVENTO DE MONJAS DE LA TRINIDAD.

A la izquierda del Turia, y frente al puente y puerta de la ciudad, á quien dió su nombre, se levanta el antiguo y célebre monasterio de monjas de la Trinidad, de la órden de San Francisco. A decir verdad, no se anuncia al espectador ó visitante con la pompa artística y atractivo de la catedral y la Casa Lonja. Una simple tapia encierra el patio de entrada; sobre ella descuella la nave de la iglesia, cuyo modesto ábside mira á Oriente, sin frontispicio á la parte opuesta, la cual da al huerto del monasterio. La puerta principal de dicha iglesia, cuyo grabado figura aquí, se abre en el muro lateral de la nave por su parte meridional; pero sin lucimiento ni desahogo, pues encajonada en el angosto patio, y cubierta ademas por cipreses y álamos, de que está plantado aquel estrecho recinto, se niega avaramente al goce de la vista, y á los esfuerzos de la fotografía, á la cual solo en secciones, y por decirlo asi, á pedazos, consiente le arranque sus bellezas. Estas se hallan prodigadas, como en la mayor parte de los monumentos de aquella época, y se necesita poco para reconocer en ella el gusto y delicadeza de la puerta de la Lonja, aunque no con tan profusa ornamentacion.

Su forma ojival ofrece arcos concéntricos en degradacion, conservando cierta sencillez y gravedad. Apenas se manifiesta la línea que sustenta la cruz en el arco superior, y que tan grandes proporciones adquirió en el desenvolvimiento sucesivo de este estilo, y las hojas de berza menudamente rizadas que forman la crestería de dicho arco, lo decoran delicadamente, contribuyendo asimismo á la creacion de un agradable conjunto los pequeños capiteles de las columnitas, caprichosamente enlazados por el agudo cardo. A derecha é izquierda hay dos refuerzos prismáticos, resultantes de la union de otros mas pequeños, los cuales terminando á diversas alturas en pináculos adornados de cresterías, dan al refuerzo un hermoso remate piramidal, sobre el cual descansa la acostumbrada cruz de hojas de col rizadas En medio del tímpano de la ojiva, un medallon encierra una linda imágen de la Vírgen con el Niño Jesús, de delicada escultura, y cuya orla, ricamente formada de frutas, ofrece como aquella, un ejemplar del renacimiento. A pesar de lo que mas abajo indicamos con referencia á la época de su hechura, bajo la fe del historiador, cuyas palabras testuales citamos, tal vez difiriéramos de su opinion á vista del carácter del presente detalle, y lo atribuiríamos á algun artista mas moderno que el que en tiempo de la regia fundadora levantó los pináculos y refuerzos de esta bella puerta.

El monasterio de la Trinidad descuella en la crónica religiosa edetana por las circunstancias de su fundacion y categoría de los fundadores. Cuando el rey don Jaime I enarboló el lábaro de Jesucristo sobre los minaretes de Valencia mora, uno de sus primeros cuidados fue recompensar con real munificencia á cuantos habian contribuido con su valor, caudales ó tropas á tan importante conquista. Entre los principales agraciados se contó el noble Guillen de Escrivá su secretario, y de su Consejo de Estado y Guerra, á quien, fuera de otras mercedes, donó el lugar de Patraix, y envió embajador á Castilla. Este cumpliendo una disposicion testamentaria de su hijo Guillen Escrivá, fundó un hospital bajo la advocacion de San Guillermo (Guillen en valenciano) el cual ocupaba parte del área del actual monasterio, y que dió á sí mismo su nombre al arrabal comprendido entre las calles de Alboroya y Murviedro. Confió el fundador la direccion de aquel piadoso establecimiento á los padres trinitarios, quienes lo conservaron por espacio de casi dos siglos, es decir, desde 1256 hasta 1445.

Cuando los asuntos miliares y políticos llamaron á don Enrique III á aquel reino, dejó por lugarteniente general de la corona á su esposa doña María. Las crónicas y memorias de aquella época pintan á lagobernadora en estremo severa y circunspecta, muy dada á las prácticas devotas, y manifestando afecto especial á los institutos monásticos.

Mereció le singular predileccion el de San Francisco, y prendada de la situacion amena y agradable del convento de San Guillen, no muy distante del Palacio Real, su habitual residencia, quiso habilitarlo para retiro suyo. Su marcada preferencia á los franciscanos le sugirió la idea de desalojar á sus actuales habitadores y reemplazarlos por monjas de la Orden de su devocion. En su consecuencia, el padre Juan Lobets, franciscano, en nombre de las monjas de SantaClara de Gandía, destinadas á poblar el monasterio, tomó posesion de él, y en 22 de enero de 1445 lo ocuparon dichas religiosas en número de diez y siete.

Tranquilas poseedoras del edificio, comenzaron á sentir los efectos de la alta y decidida proteccion de la real fundadora, quien con incansable teson trabajó en elevarlo á la categoría de los mas grandiosos y opulentos, de manera que no desdijese del objeto primordial de su creacion, que era la de una morada real donde brillase la magnificencia de la forma y de la materia, unida al carácter religioso en él dominante. Resultado de lo primero fueron la iglesia, la sala capitular, y la habitacion particular para su persona y comitiva dentro de la clausura, llamada aun hoy dia *el tocador de la reina*, y finalmente la puerta gótica de nuestro grabado. En todas ellas desplegó un notable lujo artístico, siendo en particular la iglesia enteramente de piedra silleria, y de un gusto bastante castigado, aunque sencilla en su ornamentacion. Resultado de lo segundo la casi desnudez del edificio, como hemos hecho observar al principio de este artículo, y ciertamente no revela el monumento una voluntad soberana, sino la pobreza de una asceta, á escepcion de la puerta, y aun con referencia á esta, si hemos de dar crédito á un historiador (1): «Fue tan moderada (la reina) en las glorias tan debidas á su real persona, que en la hermosa y bien labrada puerta de la iglesia de este su monasterio, no quiso poner las armas de Castilla y Aragon, sino un óvalo (2), y en medio una perfectísima imágen de María Santísima, que aun permanece.»

La proteccion de la reina grangeó al monasterio de la Trinidad consideracion y honores.

Trece años vivió la reina doña María despues de la instalacion de sus monjas franciscanas en el convento de la Trinidad, cuyo esplendor y adelantos no cesó de promover hasta su muerte, acaecida en 4 de setiembre de 1458, siendo de cincuenta años en el citado palacio del Real, con la notable circunstancia de haber vivido solo dos meses y siete dias mas que su esposo don Alfonso V, fallecido en Nápoles en el castillo del Huevo el 27 de junio del citado año.

En estos últimos años el monasterio de la Trinidad ha corrido la suerte de los otros y sufrido los efectos de la desamortizacion. Por lo demás, no deja de aparecer venerable en sus restos, y grandioso en sus recuerdos, conservando entre otros ilustres, los sepulcros de la real fundadora, de la citada infanta doña María de Aragon, de don Alonso Castrioto, nieto del célebre guerrero Jorge Castrioto, príncipe de Albania, conocido por *Scanderberg*, y de la madre de aquel, dama de honor de doña Beatriz de Hungría, hija de don Fernando I, y de doña Juana de Nápoles.

No nos detendremos en desenvolver la historia de las vicisitudes, que trageron á vivir á Valencia, y encontrar su tumba en el convento de la Trinidad, á personajes estranjeros de tan elevada alcurnia, y de nombre tan ruidoso en el mundo. Esto nos llevaria muy lejos. Baste dejar consignado un hecho notable, y el cual confirma la importancia que damos al monasterio de la Trinidad de Valencia, como monumento histórico y artístico, y la justicia con que le concedamos honrosa acogida en las columnas del Museo.

P. Perez.

¿QUID FACIENDUM?

DEDICADO Á MI ESCELENTE AMIGO C. HUMBERT.

¡Oh, amado Teótimo! ¡Si supieses que regaladamente estaba yo en ese planeta deleitoso que llaman los terrestres Luna, cuando no era mas que un rayo de la luz increada, es decir, un alma en cueros...!

Pero una tarde *¡proh dolor!* mientras recostado en un lecho de plumon caido de las alas angélicas, dormia la siesta, oí una voz comparable por lo rechinante y agria á los coros de zarzuela cuando afinan, que aulló en tono imperativo:

—¡*Hora est nascendi*! ¡*Sursum*!

—¡Maldita sea tu estampa! dije *in mente*, al ver junto á mí á la vida mortal: y sin pestañear siquiera me volví del otro lado.

—¡*Sursum, spiritus piger*! repitió la muy cócora largándome un puntapié.

Recibirlo, esclamar: ¡caracoles! y encontrarme en brazos de una comadre que encarnizadamente agarrotaba mi tiernecito abdómen con multitud de infanticidas fajas, cual si yo hubiese podido fugarme, todo fue obra de un momento.

¡Nací...! y me eché á llorar á grito herido.

Mi llanto y mis vagidos querian decir lo siguiente: *mutatis mutandis*.

¡Oh vida mortal tirana y cobarde! ¡Oh, vida mortal traicionera! ¡Asi entiendes tú ¡ infame! la administracion de justicia...? ¿No era yo un alma decente y honrada, no tenia en regla mi carta de vecindad...? ¿Me metia yo con nadie, casamentera de Satanás, trapalona de siete suelas? ¿Por qué me condenaste á casarme con este cuerpo indino, que llevo á remolque, sin respetar mi aficion al estado honesto? ¿Por qué me condenaste á nacer sin prévia

(1) Don Agustin Sales, presbítero.

(2) El medallon es circular y no oval, como equivocadamente asegura.



formacion de causa...? ¿De tan villana manera se ultraja la libertad individual, servilona?

Y balaba con toda la fuerza de mis pulmones como el inofensivo cordero que se halla entre las garras del sanguinario lobo, y la comadre seguia magullándome y sobándome con la sonrisa en los labios y con la mas horrible sangre fria.

¡Oh, Teótimo de mis entrañas! Si tú no lloras, si no te conmueve mi desventura, tienes alma de prestamista, ó corazon de pupilera.

Prosigamos.

Lamentando estaba mi infortunio cuando la chacala susodicha me puso á tiro de boca algo que seria *improper* nombrar delante de una remilgada lady. Entonces mi estómago que siempre ha sido un filósofo práctico, me dijo roncando: ¿quieres creerme? déjate de jeremiadas y mama: es un almuerzo empalagoso, pero, en fin, *aliquid chupatur*.

Cerré el pico y mamé.

Etc. etc.

A los dos años tuve sarampion.

A los tres, por poco no me voy al limbo de unas viruelas que me comieron media nariz.

Suprimiré los detalles de la denticion que son exactamente iguales á los que pudiera referir cualquier tratante en bacalao.

A los cuatro años pronunciaba perfectamente los siguientes discursos:

Papa.
Mama.
Chacho.
Chacha.
Tiero tudar.
No tiero ir á la ettuela.
Tengo pupa.

Item mas, ponia el grito en el cielo cuando me lavaban y protestaba constantemente contra las tiranías sociales del peinado, de los zapatos estrechos y sobre todo contra el despotismo de la instruccion primaria de aquel tiempo cuyas obras de testo eran la palmeta y las disciplinas.

Item mas, me despepitaba por toda clase de frutas y golosinas, me gustaba elaborar cometas con caña y capítulos del *Fleury*, era partidario acérrimo de las camisas con cuello bordado, y me moria por jugar al escondite.

Item mas, me ponia hueco cuando me llamaban «hermoso» y ponderaban mi descaro, honrándolo con el nombre de viveza y travesura.

A los cinco años estuve á punto de reventar por haberme atracado de cerezas una tarde del mes de julio, mediante robo con escalamiento perpetrado con varios cómplices de mi edad y de mis instintos tragones, en un huerto contiguo al de mis padres.

Desgraciadamente curé á fuerza de cremor tártaro y lavativas de goma arábiga.

A los siete años recitaba sin lapsus, vacilaciones ruborosas ni toses repentinas cinco fábulas de Samaniego y toda la doctrina.

Distinguia maravillosamente el nombre sustantivo del adjetivo y viceversa.

Sabia que; 7 y 8 son 21, llevo 3 y, 2 son 30.

Conocia al dedillo la historia del casto José, aunque tenia mis dudas acerca del episodio de la hermosa gitana que queria *minotaurear* á su costilla.

Creia á pié juntillas que en el pais de Jauja los árboles dan jamon en dulce y que los pollos y lechones se pasean en salsa y asados por las calles de la ciudad, á disposicion de los niños que no hacen enfadar á sus progenitores.

Me dedicaba á las rudas tareas de general en jefe, acaudillando un ejército de diez soldados vestidos con cartucheras de papel negro, y correaje de papel blanco, gorra de cuartel y armados con sables de madera y fusiles de caña. Cuando alguno de mis subordinados faltaba á sus deberes, lo hacia fusilar, sin andarme por las ramas ni gastar tiempo en consejos de guerra.

A los nueve años, descalabré de un tinterazo á un sabio profesor que me habia llamado «mocoso», rasgo heróico que me valió algunas palizas paternales, maternales y colaterales.

A los diez años era insolente, deslenguado, perezoso y no sabia una palabra de gramática latina.

A los once me creia un Pico de la Mirándola, porque degollaba las primeras páginas del *Telémaco*.

¡¡¡¡A los doce amé!!!!!... y leí varias novelas de Arlincourt, de J. Sand y ¡Abominacion de las desolaciones!!!.. comprendí *El Hijo del Carnaval* de Pigault, que me prestó un progresista.

¡Corramos varios velos!...

A los catorce años compuse una poesía intitulada la *Tempestad*, que es como sigue:

¡Oh cuán bello es contemplar
en negra noche, sombría,
este cuadro que estasía,
este cuadro aterrador!
¡Esta escena que al malvado
la sangre cuaja de espanto,
y cubre de un pavor santo,
á cualquiera espectador!...

¡Oh gran Dios! Yo te columbro
de la borrasca al través;
si: ese sonoro trueno es,
débil eco de tu voz;
y ese rayo que ora rasga
las nubes por un instante,
de tu pupila chispeante,
tan solo brillo veloz!

Relatar los desmayos de admiracion que este primer canto de ruiseñor produjo en toda la vecindad, las felicitaciones que llovieron sobre mi predilecta familia en cuyo seno habia nacido tan portentoso GENIO, y los aplausos que mereci, seria cuento de nunca acabar. En mi barrio hasta las vendedoras de trapos me señalaban con el dedo, y me enseñaban á sus retoños como dechado de talento, y monstruo de saber. La ciudad trató seriamente de pasar por encima de las leyes electorales y nombrarme su diputado perpétuo. El mundo sintió sus entrañas conmovidas por un secreto placer, y Lamartine estuvo tres dias en cama por cierta envidia feroz cuyo objeto le era desconocido.

Entonces conocí cuál era mi mision en la tierra.

Dí un puntapié al *Vallejo* al *Despretz* y al *Torres Noharro*, y determiné sacudir violentamente las cadenas con que la pedestre ciencia de los humanos intenta aherrojar la *inspiracion*.

A los diez y seis años, manejaba *con igual primor* la prosa y el verso.

Saltemos catorce años.

Ahora tengo treinta.

Ponte serio, carísimo Teótimo, enciende un cigarrillo y no me escasees tu preciosa atencion, porque se trata de pedirte..., no dinero, tranquilízate: sino simplemente un consejo.

Resumamos.

Soy feo.

Soy flaco.

No he inventado la pólvora.

Las pasiones, el ócio y varios otros vichos, se han zampado á la chita callanda la juventud de mi alma, como los gusanos que anidan en el interior de una fruta.

Mi voluntad es sordo-muda, cojea y padece de flato.

Tengo un pensamiento reumático cada año y el traducirlo en prosa honrada me cuesta toda suerte de escalofrios y calambres.

No sé nada.

Por fin:

Soy mas pobre que Job.

De esto tienen la culpa:

1.° La vida mortal que se empeñó en hacerme nacer y nacer hombre, pudiendo haberme hecho un poco mas avestruz, calabaza ó sulfato de sosa.

2.° Mi comadre que pudo haberme apretado un poco mas las fajas susodichas, y tuvo la impía compasion de no hacerlo, ¡con un estrujon mas me hubiera dado un puesto entre los coros de ángeles!...

3.° Las cerezas aquellas que no tuvieron bastante maña para acabar con su raptor.

4.° Mis padres y maestros que alabaron mi poesía á la *Tempestad* en lugar de encerrarme en un calabozo a pan y agua por tan horrendo desacato contra las musas.

5.° Mi maestro de francés y de retórica.

6.° Los señores J. Sand, Pigault Lebrun, Arlincourt, y compañía, que al escribir *Leon Leoni*, *Jacobo*, *El Hijo del Carnaval*, *El Renegado*, *La Estranjera*, *El Solitario del Monte Salvaje* y otros escesos no sospecharon, siquiera, que yo debia leerles algun dia.

7.° La belleza plástica.

8.° La sociedad.

9.° Yo.

Ahora pregunto, lector amantísimo:

¿Quid faciendum?

¿Me suicido ó no me suicido? *That is the question*: aquí está el busilis.

Hazme el favor de contestarme á vuelta de correo antes que se me ocurra llevar al Monte de Piedad el rewolver que tengo destinado á saltarme la consabida tapa por si me das una respuesta afirmativa.

Adios, chico.

GUILLERMO FORTEZA.

EXAMEN CRITICO DE LAS CARRERAS DE

CABALLOS VERIFICADAS EN EL HIPÓDROMO DE LA REAL CASA DE CAMPO EN LOS DIAS 11 Y 14 DE ESTE MES.

Los concursos tienen por objeto poder apreciar el mérito de los animales, procurar la mejora y perfeccion de las razas, incitar para su verdadera educacion y para los ejercicios que los han de hacer fuertes, ágiles y obedientes. La prueba de los caballos, sea cualquiera el trabajo á que se piense destinarlos, es el mejor medio de conocer sus cualidades. El exámen de las formas facilita datos por lo comun insuficientes, á veces erróneos, nunca tan ciertos y seguros como seria de desear. Las pruebas á la carrera escitan á la perfeccion del caballo, porque el que presenta uno al concurso no se limita á la alzada, formas agradables y belleza, sino que busca una constitucion fuerte y enérgica, buen pecho, mucha energía y un carácter obediente. Si vence, comprueba sus buenas cualidades, siendo natural que las comunique á su progenitura.

Las carreras son de celeridad, de resistencia ó al trote, que se efectuan en un terreno llano é igual, como es el de los hipódromos, ó bien en uno desigual, con zanjas y obstáculos, como las pruebas para los caballos de caza; con saltos de barreras, atalajados y enganchados, al paso castellano y al paso de andadura. Estas últimas parecen un contrasentido, pero la espresion de carreras al paso es sinónima de la de concurso. Todas, menos estas y las de caballos para la caza, se han verificado en el hipódromo de la real Casa de Campo, quedando reducidas hace algunos años á las de velocidad y resistencia, las cuales pueden considerarse como una diversion pública, como un medio de formar ginetes entendidos, y hasta de propagar en el pueblo el gusto á la equitacion y la aficion á los caballos. Cualesquiera de estos objetos es defendible; pero su establecimiento en España ha sido con la grandiosa y trascendental idea de incitar á la produccion de caballos ingleses de pura sangre y á su mejora progresiva.

Principalmente fue como espectáculo público la institucion primitiva de las carreras. Los griegos y los romanos las hacian con carros, teniendo por objeto distraer al pueblo en los dias de grandes solemnidades, escitando al propio tiempo la emulacion en el arte de enseñar y de guiar á los caballos.

En la edad media reemplazaron á las carreras los torneos, las justas, los carrasoles, aunque estas luchas tenian mas bien por objeto comparar la fuerza y destreza de los ginetes que la velocidad y resistencia de sus corceles.

En la Italia Moderna tienen las carreras cierta importancia, pero solo como diversion pública. Los caballos corren en pelo y sin ginetes despues de haberles enseñado á que lo hagan solos en el hipódromo.

Las carreras, tales como se hacen en el dia, tuvieron origen en Inglaterra, y aunque se ignora en qué época, se supone ser anterior al reinado de Enrique II (1154). Jacobo I las organizó en 1607, siendo Cárlos II el mayor protector de los caballos de raza, pues envió á su caballerizo Cristóbal Wiwil á comprar caballos y yeguas á la Arabia; pero no se generalizaron hasta el año 1740 en que se instituyeron los premios reales.

El objeto de estos esfuerzos ha sido producir caballos largos de raspa, con radios articulares prolongados, sanguíneos, secos y nerviosos; darles músculos potentes, enérgicos, una grupa horizontal y espaldas largas y oblícuas, para que avancen mucho en la marcha, mas bien que enseñarles á obedecer á la accion de la brida, que conozcan la voluntad del ginete y reducirlos á la obediencia, condiciones indispensables en todo caballo.

Generalmente se dice que las pruebas en el hipódromo son el único medio de conocer las cualidades de los caballos, pero esto no siempre es asi, porque la manera de prepararlos, educarlos y montarlos y la habilidad de los jockeis, ejercen el mayor influjo en el resultado de estas carreras. Bastantes caballos de buena raza, con cuantas cualidades son de desear, son vencidos por otros medianos, pero que están mejor preparados y son bien conducidos.

Es innegable que los caballos adecuados para la carrera convienen muy poco para los servicios usuales, y que dando productos parecidos á sí mismos, no constituyen para la masa general mas que producciones medianas: la verdadera conformacion para la carrera no es la que conviene para el servicio de la silla y menos aun para el arrastre. Ademas, muchos de los vencedores no pueden resistir esfuerzos; no corren con rapidez mas que un tiempo muy corto, 2 minutos.

Hace diez y ocho años que la Sociedad para el fomento de la cria caballar en España instituyó las carreras y á ella se debe que poseamos caballos ingleses de pura y media sangre nacidos en la península Ibérica, y sin cuya Sociedad tal vez no existirian. Cada año se han ido multiplicando y presentándose mas á disputar los premios, escepto en las verificadas en los dias 11 y 14 de este mes, que han sido las menos concurridas y animadas pues hace años no se han visto iguales, ya porque unos han enviado á Sevilla sus caballos, con la seguridad de vencer como ha sucedido, ya porque á otros les han enfermado los caballos mientras los preparaban, faltándoles tiempo, ya otros por no ser vencidos por el casi único competidor que se ha presentado, aunque la voz general lo ha atribuido á una cosa que nosotros estamos distantes de calificar.

Entes de hacer el juicio crítico de ellas diremos algo del *Derbys* ó carreras para potros ó potrancas de dos años, cuyos dueños se comprometieron á que corrieran á esta edad en cuanto han nacido, depositando para premio 500 reales cada uno. No hay cosa que mas estropee á los caballos que hacerlos correr muy jóvenes, pues tienen que prepararlos y acostumbrarlos, lo cual altera su constitucion, les acarrea enfermedades de pecho, se resienten de los riñones y de las articulaciones. Cuando llegan á la edad de cuatro ó de cinco años se encuentran muy sucios, y á veces lo están en el momento de nacer, porque estos defectos ó enfermedades se han hecho hereditarios. Este sistema en vez de mejorar, destruye, y desearíamos verlo anular en España como se piensa anular y aun se ha anulado donde las carreras tuvieron su orígen. Los caballos deben someterse á la prueba poco antes de tenerlos que utilizar.

CARRERAS DEL DIA 11. Hace tiempo que no se han vis-

ENTRADA DE LA REINA EN BARCELONA EL 21 DE SETIEMBRE.

to carreras mas desanimadas, tanto por la poca concurrencia como por falta de competidores para los premios, puesto que casi todos los caballos que corrian pertenecian á la tan acreditada raza de la Alameda, propia del señor duque de Osuna, y á la que parece temen los poseedores de caballos corredores. A las tres y media de la tarde, se presentaron en el circo para disputar el primer premio de 1,000 reales ofrecido por la inspeccion general de carabineros al caballo que corriera dos mil varas en 3′, venciendo de tres dos veces: la yegua *Volga* y la *Neva*, ambas de tres años, de siete cuartas, cuatro y cinco dedos y de pura sangre inglesa, invirtiendo por su órden, en la primera prueba 2′ 22″ y 2′ 23″; y en la segunda 2′ 22 1/4″, 2′ 23 1/4. Ganó *Volga*. Sin embargo, *Neva* es una gran corredora, y si hubiese habido competidor estraño, tal vez hubiera sido la vencedora. Ninguna desplegó la energía de que es capaz.

Para el segundo premio de dos mil reales, ofrecido por la sociedad, para el caballo que corriera mil quinientas varas en 2′, una sola vez, se presentaron el *Ivanhoe* y la *Cordovesilla*, de tres años, siete cuartas y ocho dedos, ambos competidores, de pura sangre inglesa y del mismo dueño, invirtiendo por su órden 1′ 44 1/2″ y 1′ 46″. Ganó el caballo, el cual llegará á ser en su dia un enemigo temible para premios mayores.

Salieron al circo para el tercero, que consistia en 6,000 reales ofrecidos por la Sociedad al caballo que corriese tres mil varas en 4′, venciendo de tres dos veces, las yeguas *Elena* y *Reneacuala*, de seis y cinco años, siete cuartas y ocho dedos, pura raza inglesa y pertenecientes al mismo dueño y ganadería, tardando en la primera prueba la *Elena* 3′ 23 3/4″; en la segunda 3′ 34″ y en la tercera 3′ 30″, y la *Reneacuala* 3′ 23 1/2″; 3′ 35″, y 3′ 30 1/2″ adjudicóse, pues, el premio á la primera.—No fue la intencion de los jockeis que triunfara *Reneacuala* en la primera tentativa, á cuya yegua se la fue refrenando siempre para evitar corriera con el muchísimo poder que tiene; pero al llegar al punto aflojó el ginete las riendas, sin duda por cansancio y un esceso de confianza, y la yegua alargó de tal modo la cabeza que asomó la punta de la nariz antes que su compañera. Es mucho mejor yegua su hermana; pero ninguna de las dos demostró toda su velocidad, ambas pueden mucho mas; corrieron para llenar el tiempo.

El cuarto premio de 8,000 reales ofrecido por el ministerio de la Guerra para el caballo que corriera tres mil varas en 3′ y 53″, venciendo de tres dos veces, fue el único disputado en este dia por ser dos los verdaderos dueños de los competidores, que lo fueron la *Centella*, cuatro años y ocho cuartas, del señor duque de Fernan-Nuñez; la *Comparacion*, seis años, siete cuartas y cinco dedos, del señor marqués de Alcañices; y la *Emperatriz*, cuatro años, siete cuartas y cuatro dedos, del señor duque de Sesto: todas de media sangre ó anglo-hispana. Tardaron por su órden en la primera prueba 3′ 32 1/4″; 8′ 31 1/2″ y 3′ 32″. En la segunda 3′ 40″; 3′ 38″, quedando distanciada la *Emperatriz*. Triunfó *Comparacion* á pesar de la gran confianza que se tenia en la *Centella*, y por eso sin duda se la inscribió. Es imposible apurar, castigar y sacrificar mas á un animal que lo que se hizo con esta yegua para que ganara, pero todo fue inútil.

Carreras del dia 14. Aunque algo mas concurridas que las del 11, hubo poca animacion, sin duda por no haber verdadera competencia, puesto que los corredores pertenecian á la misma ganadería y dueño, cuyas pruebas hubieran bastado para acreditar la casta, si no estuviera ya, sobre todo las del tercer premio.

Consistia el primero en 3,000 reales ofrecidos por la Sociedad al caballo que corriera mil quinientas varas en 2′, venciendo dos veces. Se presentaron *Medea*, de cinco años, siete cuartas y siete dedos, y el *Ivanhoe* del dia 11, tardando, por su órden en la primera prueba 1′ 40″ y 1′ 40 1/8″; y en la segunda 1′ 37″ y 1′ 37 1/4″. Ganó *Medea*.

El segundo premio eran 4,000 reales que se adjudicaban en nombre del ministerio de Fomento para el caballo que en 3′ y 43″ corriera tres mil varas, presentándose la *Reneacuala* y la *Neva* del dia 11, tardando 3′ 29″ y 3′ 34″ en la primera prueba; 3′ 29 1/2″ 3′ 34 1/4″ en la segunda. Ganó *Reneacuala*.

El tercer premio eran 12,000 reales ofrecidos por S. M. la reina, al caballo que corriera cuatro mil quinientas varas en 5′ y 45″ venciendo dos veces. Se presentaron *Catinka*, de seis años, siete cuartas y ocho dedos y *Elena* del dia 11, tardando 5′ 19″ y 5′ 19 1/2″ en la primera prueba; 5′ 4″ y 5′ 4 1/4″ en la segunda. Esta carrera ha sido la mas veloz que se ha dado en el hipódromo desde que está instituido, y superior á las de Inglaterra y Francia, bajo el concepto de que *Catinka*, está preñada de cinco meses y de que *Elena*, aunque vencida por 1/4″, es mas corredora, pero á su dueño le convenia no triunfara por razones fáciles de conocer y que tendrán aplicacion en la primavera próxima. Yegua mas corredora no se ha conocido hasta el dia, siendo presumible no llegue á conocer quien la venza.—Todos los corredores mencionados pertenecen al señor duque de Osuna. Para el Derbys se habian inscrito al nacer ocho potros, de los cuales murieron tres, y de los cinco solo se han presentado tres: la potra *Mazzepa* del señor duque de Osuna, el potro *Ventrebleu* de los señores duques de Sesto y de Frias, porque cuando este vendió la madre, llamada *Ibraina*, lo hizo del hijo, ya inscrito, á condicion de que corriera en nombre de los dos y partir el premio si ganaba, y el potro *Feging Dutchaman* del señor marqués de Alcañices, que al romper la carrera se torció hácia la querencia, derribando al ginete que se enganchó en la cuerda por el cuello. *Mazzepa* tardó en correr las mil quinientas varas 1′ 50″ y *Ventrebleu* 1′ 51″, ganando el primero 3,500 reales y devolviendo por el segundo los 500 del depósito. Todos eran de dos años y de pura sangre inglesa.—La potra *Catch the wasp* (coge la avispa), de don José Salamanca, no se presentó porque haciendo seis dias que habia llegado de la dehesa no se la pudo preparar, y el potro *Orestes* del señor duque de Fernan-Nuñez estaba enfermo.

Resulta de estas carreras: que solo se han presentado caballos y yeguas del señor duque de Osuna, si se esceptua la *Centella* en el dia 11 y que ha ganado en los dos dias 31,500 reales. Esto manifiesta lo selecto de la casta, el cuidado que con ella se tiene, lo bien que se preparan los caballos y los entendidos jockeis de que dispone, cual lo han comprobado de la manera mas convincente.

Parece ser que para las carreras de primavera en el año venidero se presentarán competidores, lo que debe desearse porque de otro modo vendrian á concluir por consuncion, acarreando los males que son consiguientes.

Nicolas Casas.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. Jose Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 44. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 28 DE OCTUBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



la noticia de la evacuacion de Cápua por las tropas de Francisco II y de la consiguiente entrada de las de Victor Manuel y Garibaldi en esta plaza, ha contestado un telégrama de Turin desmintiéndola y diciendo que se equivocó Cápua con Cajazzo. Todo es posible; pero la rendicion de Cápua si no se ha verificado, no puede tardar en verificarse porque es imposible que se sostenga contra los esfuerzos reunidos de las tropas sardas y de las de Garibaldi.

Despues de una batalla dada en las líneas del Volturno en que el general Cialdini hizo prisioneros ochocientos napolitanos, entre ellos dos generales y gran número de oficiales y jefes, parece natural que la evacuacion de Cápua se decidiese, retirándose las tropas de Francisco II á la línea del Garellano. La córte de Gaeta ha llamado á su lado al general español don Fernando Fernandez de Córdoba, que en 1849 mandó aquella espedicion que salvó su ejército de las consecuencias de la derrota de Velletri. El general Córdoba ha acudido al llamamiento, pero segun dice un periódico amigo suyo no ha aceptado el honor que se le queria conferir dándole el mando de una division napolitana.

Gaeta ofrece dos puntos avanzados importantes, que tomados harán imposible la resistencia: tales son la Mola y Trinitá del Monte. Estos dos puntos, sin embargo, están muy fortificados, y si los realistas continuan ofreciendo resistencia, Victor Manuel y Garibaldi tendrán que dar una ó quizá dos batallas antes de llegar á ellos.

Ahora todas las miradas de Europa están fijas en las conferencias de Varsovia. Los tres monarcas del Norte que desde 1772 á 1795 se repartieron entre sí la Polonia, se hallan reunidos á conferenciar en la misma capital de la nacion objeto del repartimiento. Cada cual lleva una intencion diversa á estas conferencias, y cada soberano de los que no han sido admitidos ó invitados á ellas espera un resultado distinto. El gobierno de Roma cree que con el auxilio de las córtes de Rusia, Prusia y Austria podrá reconquistar los territorios perdidos: el de Gaeta se lisongea de que no se han reunido los tres monarcas en Varsovia, sino para restaurar á Francisco II en su trono: los duques de Toscana, Parma y Módena, confian en que la entrevista varsoviana tendrá por resultado volverles á sus palacios respectivos, y el partido monárquico puro de toda Europa saluda ya la resurreccion de la Santa Alianza.

Por el contrario los liberales encuentran gravísimas dificultades para que los tres monarcas del Norte se entiendan; no creen en la noticia que se ha hecho correr de que en Varsovia se redactará un programa de *pacificacion* de la Europa que se someterá á un congreso, y cuya desaprobacion producirá la guerra; y piensan que si algo acuerdan los emperadores de Rusia y Austria y el príncipe de Prusia, será cosa de su interés peculiar y que puedan ejecutar en comun, sin que la Europa tenga que ver en ello, porque seria impertinente querer imponer á las demás naciones europeas un programa de órden público discutido *en Varsovia*.

Los hechos vendrán pronto á revelar cuál de estas diferentes congeturas es la mas fundada. Los monarcas del Norte hace dias que se han reunido á conferenciar, y á estas fechas, si hay programa, debe de estar ya redactado.

Una particularidad notable nos ha anunciado el telégrafo, y es que el emperador de Austria, la víspera de salir para Varsovia dió una constitucion á sus pueblos. Esto de convertirse de repente en constitucional la víspera de asistir á una reunion absolutista ha dado mucho en qué pensar y materia para escribir largas consideraciones. Hay quien supone que este paso de Francisco II no es sincero y que la constitucion anunciada está muy lejos de ser una cosa seria; otros se figuran que la situacion ha cambiado y que el emperador de Austria toma definitivamente su partido y su puesto entre los monarcas constitucionales y aun se encuentra propicio á contraer alianza con Victor Manuel; y otros finalmente piensan que el otorgamiento de esa constitucion, cuyos artículos y pormenores no sabemos todavía, es un acto de profunda habilidad política dirigido á pacificar la Hungría y otras provincias, que andan un poco agitadas, mientras todas las fuerzas de Austria caen sobre Venecia y Lombardía ya para conservarlas, ya para tomar la ofensiva contra el Piamonte.

El gobierno sardo no las tiene todas consigo y despues de haber movilizado muchos batallones de la milicia nacional, sigue movilizando mas y encargando fusiles á todas las fábricas francesas. La actitud del Austria le alarma, y recela que como en 1859 los austriacos de repente y casi sin intimacion pasen el Mincio y el Pó penetrando en la Lombardía y la Toscana. En este caso Victor Manuel no estaria tan seguro como en el año anterior de encontrar un ejército francés que le auxiliase. Para hallar auxiliares franceses tendria tal vez que ir á Roma.

Sin embargo, tampoco puede afirmarse que Francia dejaria á su aliado pelear solo contra Austria: y aun cuando asi fuera, hoy la nacion italiana, despues de dos años de combates, robustecida con las sucesivas anexiones y vigorizada con el entusiasmo, encontraria en sí propia recursos bastantes y valor suficiente para vencer á su enemigo. ¡Ay entonces del imperio austriaco! Habria jugado y perdido el todo por el todo y quedaria borrado del catálogo de las grandes naciones europeas, elevándose otras sobre sus ruinas.

Asi, pues, tanto Francisco José de Austria como Victor Manuel se hallan en una posicion crítica. Las potencias del Norte podrian inclinar la balanza al lado austriaco, pero las del Sur y la Inglaterra saldrian entonces á formar el contrapeso. Por lo mismo dudamos que los interlocutores de Varsovia logren ponerse de acuerdo sobre la gran cuestion que se agita, y tenemos una prueba de que hasta ahora por lo menos no lo están en la diversa conducta que han seguido sus ministros en Turin. La Rusia, despues de grandes vacilaciones, ha retirado al fin toda su legacion, lo mismo que Austria; pero la Prusia no ha dado ningun paso en este sentido, contentándose con una nota en que acepta el principio de las nacionalidades añadiendo que sin embargo el Piamonte ha debido respetar los tratados existentes: lo cual como se vé es destruir una asercion con la otra y dejar en la duda, porque los tratados existentes son la contradiccion del principio de las nacionalidades.

En España se ha suscitado la cuestion de la conducta que debia observar el gobierno en este caso; y el consejo de ministros, segun los periódicos ministeriales mas autorizados, se ha puesto de acuerdo en imitar lo que ha hecho Francia, esto es: retirar el plenipotenciario y dejar la legacion con un encargado de negocios. Sin embargo, hasta el momento en que escribimos esta noticia no es todavía oficial y por lo mismo la damos solamente como probable.

El que decididamente se ha retirado con toda la legacion, ha sido el representante del gobierno español en Venezuela, donde han sido asesinados cerca de cien es-

pañoles por las bandas armadas que pululan en aquel territorio. Esta cuestion de Venezuela tiene los mismos caracteres que la de Méjico: se supone que los españoles influyen en los negocios interiores del país y manifiestan opiniones favorables á tal ó cual partido, y los del partido contrario les tratan como á enemigos, les degüellan cuando pueden y les saquean cuando encuentran proporcion.

Es indudable que ni las autoridades ni las tropas regulares ni las personas decentes, lo mismo de Méjico que de Venezuela, tienen parte en estas atrocidades impropias de un país civilizado; pero no por eso deja el gobierno español de estar autorizado á pedir el castigo de los criminales y la posible indemnizacion de los daños causados á las víctimas, asi como tampoco está exento el gobierno venezolano de atender á que esos escesos se castiguen, á que los daños sean resarcidos y á evitar que se repitan. Las comunicaciones que han mediado entre el representante español y el gobierno de Venezuela, han concluido por un formal desacuerdo; el gobierno de Venezuela ha enviado á un plenipotenciario suyo á Madrid para tratar aquí la cuestion, y el ministro español en aquella república ha salido de su territorio. Mucho celebraremos que la cuestion se pueda arreglar decorosa y amistosamente.

El señor ministro de Estado se halla enfermo de mucha gravedad, aquejado de una pulmonía: esta sensible enfermedad ha paralizado al principio los negocios; pero despues, el presidente del consejo se ha encargado de su despacho.

Las córtes volvieron á continuar sus tareas el jueves 25, habiendo preparado el gobierno varios proyectos, como el de ayuntamientos y el de quintas para someterlos á su consideracion.

Los teatros han ofrecido poca novedad esta semana. En *Novedades* solamente ha habido una funcion estraordinaria á beneficio de los cristianos de Siria. Deseariamos que todas las empresas de espectáculos imitasen este ejemplo y que se promoviese algo mas esta suscricion.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

II.

Una de las cosas mas notables al hablar de la actual esposicion, en cuyo exámen vamos á entrar, es que de cuantos diferentes géneros se conocen en pintura, de todos ellos se han espuesto cuadros que denotan con cuánta felicidad son hoy cultivados en nuestro país, lo mismo los asuntos históricos que los religiosos, los de costumbres que los de mitología, los paisajes que los interiores y los fruteros. No hace mucho que nuestras esposiciones, tan escasas como inútiles, se componian en su mayor parte de retratos; no hace mucho que entre nosotros apenas se conocian los cuadros históricos, y que el paisaje solo estaba cultivado dignamente por un artista, cuyo nombre no será legado al olvido; no hace mucho en fin, que al revés de lo que ahora pasa, los nombres de los espositores, eran sumamente escasos, y escasas tambien las obras presentadas.

En la vida del arte se nota constantemente este fenómeno, tras una época de actividad y produccion, viene otra de inaccion y de esterilidad; tras los grandes periodos, la decadencia. Como tierra fatigada por una produccion escesiva, parece que el arte necesita su descanso; despues que concluyen sus dias de grandeza, no estrañamos pues que haya tenido en nuestra patria tristes momentos en que parecia haber desaparecido por completo. Estos breves y estériles períodos, estas negras sombras en medio de la luz, sirven sin embargo como de descanso; son breves noches, tras las cuales debe aparecer la aurora y brotar el nuevo dia. En España, en donde el genio artístico parece ser patrimonio de nuestra raza, se notan claramente esos períodos fatales en la vida del arte; pero se le ve tambien brotar de nuevo mas pujante, porque es verdad que aquí, puede oscurecerse por un momento la sagrada llama; pero desaparecer, pero estinguirse, jamás. Esta útil verdad la están demostrando bien claramente las tres últimas esposiciones.

Nótase que en su mayor parte, los artistas espositores, se han dedicado con preferencia al género histórico, uno de los mas difíciles, despues del religioso, mientras este último decae por grados, en un país en donde florecieron los mejores pintores místicos. Fruto es esto de nuestro siglo, y de la presente civilizacion; ha decaido la fe y aumentado el amor á la humanidad.

Si para cultivar con éxito la pintura religiosa se necesita viva fe, santas creencias, solitarias meditaciones, y el apartamiento del espíritu de todas las locas vanidades del mundo, seguramente que serán muy pocos los artistas que puedan en nuestro siglo llegar á los antiguos maestros. El misticismo, el arrobamiento, ya no es hoy patrimonio de la religion en los pueblos europeos, y por lo mismo nadie debe estrañar, el que, un género el mas difícil en el arte, porque es una santa mezcla del sueño y de la realidad, y que necesita condiciones de vida especiales, decaiga en los momentos en que estas faltan.

No sucede asi con el género histórico. Este siglo descontentadizo como siglo de transicion, vive del porvenir y del pasado; en estos momentos en que la ciencia histórica, presenta á los pueblos de hoy la vida de los pasados pueblos, en toda su grandeza y en todos sus horrores, gusta al hombre de estos dias ver reproducido en el lienzo, lo que el historiador le describe en las animadas páginas del libro. Ademas, los recuerdos gloriosos de cada nacion, son como un hermoso patrimonio del cual se envanecen las nuevas generaciones; parece que les cabe algo de aquel pasado que la gloria hace mas brillante, y dificilmente rehusan á la estéril vanidad de creerse hijos de los héroes. Hablarle á un español de las glorias militares alcanzadas en Pavía y en San Quintin, describirle en el lienzo, si se nos permite esta frase, aquel terrible dia, aquel dia de espanto como dijo el poeta, en que el pueblo de Madrid rechazó á los aguerridos regimientos de Napoleon, será siempre tocarle en la fibra sensible: su entusiasmo perdonará grandes defectos, y amará todas las bellezas del libro en que se narren semejantes escenas, del lienzo en donde se vean representadas.

Habiendo decaido el género religioso y el mitológico, que fueron, digámoslo asi, las dos fases del arte del Renacimiento, ningun otro podia con mas razon recoger su herencia que el histórico. La Francia que se llama la propagadora de todas las ideas, ha sido la que le puso en moda. David empezó pintando las escenas de la Convencion, y Horacio Vernet llevó á término la magnífica epopeya, en donde el primer Bonaparte es el héroe divinizado por el pincel del artista. Paul Delaroche dejó el presente, y buscó en los pasados tiempos el gérmen de sus inspiraciones; pero todos ellos demandaron á su siglo, ó á los pasados, el secreto de la vida pública ó privada de los que dejaron su nombre en la historia.

En nuestra patria, y lo vemos como una señal inequívoca de adelanto, este género empieza á cultivarse con éxito entre la juventud. En las tres últimas esposiciones los que mas se distinguieron, fueron los que trataron asuntos históricos; Cano que nos dió su *Colon* y su *Don Alvaro de Luna;* Gisbert que presenta hoy *Los Comuneros*; Sanz su *Independencia y libertad*.

Los cuadros de costumbres son hoy tambien sumamente apreciados, y creemos que lo serán mas en adelante, porque están mas al alcance de la multitud, pues esta se paga mas de lo que comprende mejor. Efectivamente, el vulgo puede ignorar quién fue *Fernando el Emplazado*, y desconocer por completo la tremenda leccion que encierra semejante asunto, pero en el cuadro en donde se le presenta á él mismo como actor, en donde vea retratado algo de lo que toca todos los dias y de lo cual pueda creer que le es permitido juzgar, en el cuadro en donde se pinten en todo su desamparo y tristeza las amargas escenas de la pobreza, del dolor, ó en toda su animacion, la loca alegría de sus fiestas, en ese cuadro siempre creerá ver algo de sí mismo y por lo tanto se sentirá subyugado por la obra del artista.

Creemos necesarias estas ligeras observaciones antes de pasar al exámen de las obras espuestas.

El órden que debemos seguir en dicho exámen lo requiere asi; entremos, pues, en él, sin dar ninguna preferencia á este ó el otro género, á este ó al otro espositor, pues no es tal nuestro ánimo. La índole de nuestra publicacion no permite otra cosa.

III.

Uno de los espositores que han logrado atraer sobre sí la atencion pública, es sin duda alguna el señor don José Casado, autor del cuadro que se titula *Ultimos momentos de Fernando IV el Emplazado*, cuyo hermoso asunto le sirvió para demostrar que es un jóven pintor de quien el arte español debe esperar mucho. Efectivamente, este argumento, si podemos decirlo asi, se presta á grandes cosas; aquel rey á quien se emplaza ante el tribunal de Dios para dar cuenta de los errores de la justicia humana, aquellos hermanos Carvajales, que debian presentarse en sus angustiosos sueños al monarca que pronto debia abandonar la tierra, no pueden menos de proporcionar al poeta ó al pintor un buen asunto para el cuadro, ó para el poema. La edad media sacó de este asunto una leccion, y la formuló terriblemente: el emplazamiento de don Fernando es una de las mas grandes protestas de la inocencia oprimida, contra la ignorante justicia de los hombres.

Este asunto, sin embargo, tiene mas de fantástico que de real y el artista tuvo que luchar en esta parte con un grave inconveniente. ¿Consiguió vencerlo? Esto es lo que no aseguraremos; pero el lienzo no es libro y hay que perdonar al pintor lo que no podríamos dejar pasar en el poeta.

Si un buen color, si un correcto dibujo, si un acertado estudio de los paños hacen de un cuadro cualquiera, una buena obra artística, sin duda alguna, el señor Casado, puede envanecerse del suyo, pues todas esas dotes tiene. Ademas, la composicion es sencilla, y comprende admirablemente el asunto; los paños están perfectamente entendidos, en los hermanos Carvajales está bien estudiado el desnudo (que es como veremos adelante en donde mas sobresale este espositor) y en cuanto á la espresion puede asegurarse que es severa pero sin crueldad. No puede decirse otro tanto de la figura del rey Don Fernando: este no se revuelve en su lecho sino en su tumba, tal es la espresion que dió el autor á aquel rostro: ademas el color contribuye por su parte á dar mas verdad á semejante creencia; pues si por el dibujo el monarca está muerto, por el color es un muerto de algun tiempo. Este defecto debió evitarlo el señor Casado, tanto mas, cuanto que todos lo ven, inteligentes y profanos al arte.

Otro cuadro presentó tambien, *Semiramis en el infierno del Dante* que merece justos elogios. Fuera del pequeño defecto, que lo es mas del lienzo que del artista, de presentar tan cerca de los poetas á Semiramis, poco, muy poco, se hallará en él digno de censura. La figura de la reina está bellamente concebida, su dibujo es correcto, su color hermoso y lleno de vida, en especial el torso que está perfectamente sentido, ¡lástima que parezca corta la pierna desde la rodilla hasta el pié, pues se nota este defecto á pesar del escorzo!

Este jóven artista descuella sin duda alguna, segun se vé por el exámen de sus cuadros, en el color y en el conocimiento del desnudo. Efectivamente, si estas son las dotes con que mas se distingue, si por ellas merece el cuadro anterior justos elogios, ¿qué diremos del que representa *Un prisionero?* Para nosotros esta es su mejor obra. Sencillez suma en el asunto, gran conocimiento del desnudo, color jugoso y lleno de animacion, valentía en el dibujo, hé aquí lo que es este cuadro, que se lleva todas nuestras simpatías. El señor Casado ha hecho en él un hermoso estudio del natural, y ha conseguido en verdad levantarse á la altura que merece: justa recompensa á que debe aspirar el artista que como él siente tan bien el color y conoce el desnudo de la manera que vemos en el hermoso cuadro de que acabamos de hablar.

El señor Aznar, autor de los cuadros, *Safo*, *Un soldado herido* y *San Hermenegildo en la prision* nos da á su vez, á entender bien claro cuán difícil es el arte, y cuanto se necesita para llegar en él á la altura á que algunos jóvenes espositores se han colocado. Sus cuadros no llegan sin duda alguna á lo que quiso su autor, en quien reconocemos, sin embargo, buenas dotes de artista. El *San Hermenegildo en la prision*, que pertenece al género religioso adolece del defecto que hemos señalado á los cuadros de este género; falta la fe en nuestro siglo, y por lo mismo no se conciben bien semejantes asuntos, porque la verdad es que no se sienten como se debe. El señor Aznar, á pesar de haber hecho una bonita composicion, no ha logrado dominar el asunto. La fisonomía del príncipe, es mas del guerrero que del mártir, y hay veces en que se cree ver en San Hermenegildo la irritada figura de su padre. Sin embargo, el obispo arriano, y sobre todo, la hermosa cabeza de un anciano que se ve detrás del obispo, son bastante buenas. La mala combinacion de los colores, hace que desentone el cuadro, grave defecto de que debe huir todo artista, y por lo mismo no llama esta obra la atencion como debiera, pues á pesar de los defectos señalados, es bueno el asunto y bastante acertada la composicion.

De los otros dos cuadros, estudios del desnudo, la *Safo* y *Un soldado herido*, algo tenemos que decir, en especial de este último, que nos dispensa de la ingrata tarea de ser severos con el que representa á la enamorada poetisa pronta á arrojarse al mar de Léucades por su amado Faon. En él estuvo el señor Aznar, harto infeliz, y no queremos ser nosotros quienes le digamos lo que es y lo que significa aquel cuadro, cuyo hermoso asunto, se prestaba á una gran cosa. Su *soldado herido*, le disculpa algun tanto, por mas que no carezca de ciertos defectos, siendo el primero el haber escogido mal el momento de presentarlo. Es este cuadro digno de un artista, el terreno es bastante bueno, no asi el celaje; la figura está bien dibujada, el torso en especial, que está sumamente sentido, y aun cuando la cabeza hace algo fria, es buena sin embargo lo mismo que el color, en que el artista ha estado bastante feliz.

Otro espositor, el señor don Benito Mercadé, presentó tres cuadros, cuyos bellos asuntos se prestaban á mucho: hablamos de los que se titulan *Las hermanas de la Caridad*, *Un recomendado* y *Velazquez premiado por Felipe IV*. En todos ellos se conoce que este artista sabe manejar el color bastante bien, pero que no siempre acierta á desenvolver completamente los asuntos que se propone. *Las hermanas de la Caridad*, es sin duda alguna el mejor de los que presentó; el asunto no puede ser mas bello; aquel desamparo, aquella tristeza, que rodea la muerte del pobre y del justo, están bien comprendidos; la idea de asociar al santo dolor de las que perdian una hermana, el vivo dolor de la niña desvalida, que tal vez habia hallado en la compasiva caridad de la difunta los cariños de una nueva madre, es de muy buen efecto, pero no tanto que logre corregir la frialdad que se nota en el todo de la composicion. El fondo es bastante regular, las figuras están bien tocadas, pero no corresponden como deben al asunto. El color bueno lo mismo que en los otros dos cuadros del autor, siendo esto su mejor dote de artista. Hemos dicho que tiene el señor Mercadé, buena eleccion en los asuntos, pero que no siempre logra desenvolverlos como corresponde, y esta verdad se ve bien clara lo mismo en su cuadro *Un recomendado*, que en el de *Velazquez premiado por Felipe IV*. Este último, que tiene un fondo bonito, y algunas figuras bien tocadas, en especial la del rey que es lo

mejor del cuadro, pues en ella está sentido el color, y bastante bien estendido, no llega sin embargo, á lo que quiso el artista. La figura de Velazquez no corresponde en verdad á lo bello del asunto, y lo mismo sucede con las de las infantas; esto no priva que reconozcamos en el señor Mercadé, dotes de artista, y que creamos, que con el estudio llegará á alcanzar un buen puesto entre nuestros buenos pintores; tiene el sentimiento del color y esto es ya mucho.

LAS CRUCES DE NOVIEMBRE.

Todo perece: el tiempo en su carrera,
lenta, cual del hambriento la agonia
para el triste que espera
termine con el dia
la pena que le abruma, desastrosa
rápida, como tromba impetuosa
para el que cuenta los momentos idos
por placeres perdidos,
en su trascurso igual mata y derrumba
lo animado y lo inerte. Si ayer fiero
un mortal dominaba un pueblo entero,
hoy el pueblo es su tumba
y mañana tal vez de pueblo y hombre
no habra restos, ni polvo, ni aun el nombre.
(Canto á la memoria de Azara.)

I.

El áspero viento septentrional arrancó de los árboles una á una sus marchitas y amarillentas hojas, dejándolas caer y agruparse alrededor de sus troncos como formando un lecho mortuorio.

Agostáronse las flores en las praderas y el verdor en los campos: enmudecieron los pájaros del bosque y la naturaleza vuelve á sumergirse en su periódico letargo.

Llegó el dia de las Cruces de Noviembre.

Puedo dar por lo tanto libre curso á mi pensamiento sin riesgo de que me acusen de inoportuno.

Cada cosa en su tiempo y las fúnebres imágenes para el dia de difuntos.

Al hablar de la *Cruz de Mayo* alejé de mi cerebro, emplazándolas para hoy las melancólicas ideas que sin tregua le combaten. Ostentábase la primavera entonces en todo su apogeo, ¿y quién se hubiera atrevido á empañar su transitorio brillo, trayendo á la memoria las sombrías tintas del invierno?

II.

Contaba muy pocos años, cuando asido de la mano de mi padre, penetré por vez primera en un cementerio.

Era el 1.° de noviembre.

Próximo el sol á su ocaso, apenas nos enviaba un tísico y descolorido fulgor que entibiaba el frio viento del otoño.

Aquel remolino de criaturas agitándose en todas direcciones, con el dolor impreso en su demacrado rostro; aquellos bruñidos mármoles con inscripciones de oro iluminados por mil apiñadas antorchas, cuyo pestilente tufo viciaba el aire que respirábamos; aquellas toscas cruces, solitarias y abandonadas en medio del enjambre que rodeaba los mausoleos; aquellos venerables y graves sacerdotes, de luenga sotana y blanca sobrepelliz, entonando salmos misteriosos y sobresaliendo su ronca voz entre el mundanal estruendo que turbaba la paz del sagrado asilo, todo aquel estraño conjunto, en fin, produjo en mi jóven alma, una sensacion indefinible de tristeza y terror, y á medida que cruzaba, siempre al lado de mi padre, las dilatadas y fatídicas calles de sepulcros, oyendo los desgarradores suspiros que salian por detras de sus heladas piedras, fue creciendo de tal modo mi inquietud, que prestando á mis débiles fuerzas una actividad prodigiosa, saqué á mi padre, poco menos que á remolque, fuera de aquel recinto, temiendo ser presa de algun horrible fantasma que creia ver surgir á cada instante de las urnas cinerarias, evocado por el cántico de los sacerdotes y el llanto de la multitud.

—¿Por qué se quejan de ese modo en este sitio? pregunté al autor de mis dias, repuesto ya del susto y de regreso á nuestro hogar.

—Porque en él reposan los muertos; y los que viven, piden á Dios por su descanso eterno, al venir una vez en el año á visitar sus sepulturas, como tu harás tambien conmigo el dia en que haya cumplido mi tarea, me respondió mi padre con dulzura.

—¿Y qué tarea tiene usted que cumplir? le repliqué no comprendiendo su respuesta.

—La que Dios impone á todos al concedernos la vida. El sufrimiento y el trabajo.

—Entonces, ¿para qué nos la dá? esclamé con el candor de mi ignorancia.

—En la siguiente parábola, hijo mio, hallarás la contestacion.

Y mi padre, me habló de esta manera.

III.

«Un rico propietario llamó cierto dia á todos sus dependientes y les dijo mostrándoles una altísima y escabrosa montaña.

—»En aquella cima está desde hoy vuestra morada. A costa de mi sangre, he trocado mi hacienda por la del labrador que allí vivia y el nuevo amo os admite á su servicio.—Arreglad, pues, vuestro ajuar y emprended el viaje si no preferis morir de consuncion en estos ignorados desiertos, donde hay que sembrar todos los años para recoger luego una mísera cosecha que no basta á vuestro regalo —Penoso es el camino, os lo prevengo: á cada paso, mil obstáculos entorpecerán vuestra marcha—el cansancio unas veces y el abatimiento otras irán poco á poco gastando el vigor de vuestro espíritu, pero si conseguis llegar hasta mi campo, vuestras fatigas habran concluido para siempre. La tierra de aquel valle produce mil espigas por cada grano que en ella se deposite y una vez hecha la siembra, no hay que empezarla de nuevo—

Los pobres labradores siguieron obedientes el consejo de su amo y diseminándose en la llanura, como las ovejas de un rebaño, cada cual por su lado emprendió la ascension.

Y treparon el primer dia, logrando hacer la sesta parte de su jornada—su peligrosa tarea equivalia á la de una década en otra clase de trabajo.

Y continuaron subiendo el segundo y tercer dia.

Las malezas desgarraban sus desnudos piés, ya macerados por el pedernal de los riscos.

Insondables abismos se atravesaban en su ruta obligándoles á costear su orilla y á invertir una y cien veces el camino.—Sucedíanse con frecuencia las tempestades—¡para una hora bonancible, cuántas de agitacion!

Iban agotándose las provisiones y aquellos que aun no las habian consumido, negaban á sus compañeros el socorro que les imploraban, por miedo de que les faltasen.

Y los labradores comenzaban á sentir hambre, y para no sucumbir de necesidad, tenian que buscar su alimento en los silvestres frutos del monte.

Y levantaban sus ojos al cielo con la esperanza de entrever el término de su viaje y la bruma de los pantanos se lo impedia, denso y tenebroso velo que roto por la lluvia, solo desaparecia para ser reemplazado por otro mas lóbrego y siniestro.

Si inundaba sus frentes algun rayo de luz, lloraban luego con mas fuerza los horrores de la noche en que volvian á sumergirse.

Si algun sabroso fruto halagaba por acaso su paladar, tambien envenenaba su estómago y sentian despues doblemente la insipidez de su ordinario alimento y los tormentos de la corrosion.

No bien descansaba su ensangrentado pié en alguna estrecha senda, tapizada de cesped y de flores, cuando asomaba entre las hojas, su verde y chata cabeza la serpiente y su lengua emponzoñada se abria paso al través de los enrojecidos miembros del débil labrador que pagaba con la vida el goce de un segundo.

De este modo trascurrieron otros dos dias.—Al quinto habian quedado en la montaña mas de la mitad de los caminantes—unos faltos de fe y otros de voluntad.

Al sesto dia, apenas trepaba por la vertiente una décima parte.

Al sétimo—llegaron á fijar su planta en la elevada cúspide—¡pero eran tan pocos!

Un purísimo horizonte, coronando un feraz y estenso valle, matizado de todas las flores que dora el benéfico sol de mayo y en cuyo centro resplandecia una cruz de fuego, deslumbró la ofuscada vista de los viajeros.

—Vuestro trabajo ha concluido, les dijo su amo saliéndoles al encuentro. La tierra de estos campos vivificada por la eterna luz que brota de las ramas de ese árbol de gracia, á quien sonrie una primavera sin estío, *produce mil espigas por cada grano que en ella se deposite. Una vez hecha la siembra, no hay que empezarla de nuevo*—y habeis tenido constancia y fe para arrojar vuestro grano en los surcos. Entrad, pues, en mi hacienda que ya vino el tiempo de la recoleccion, en el campo de la Cruz de Mayo.—

—He satisfecho tu pregunta, continuó mi padre con acento solemne. Si, como creo, me has comprendido, imita hijo mio, el ejemplo de los que llegaron y no te abandones á tu debilidad como los que sucumbieron en el camino, que aunque las montañas que ha de subir cada ser no son iguales, los trabajos están en proporcion de su altura.—

IV.

Despues, mucho tiempo despues de esta conversacion, he vuelto algunas veces al cementerio; pero, solo, como volverán hoy no pocos de los que antes fueron acompañados de una madre, de un hijo, de una esposa, de un amigo... y siempre he recordado la impresion del dia en que me llevó mi padre de la mano.

Tambien quedó grabada en mi memoria su parábola, trivial para los mas, consoladora para los menos, exacta imágen sin embargo de la humana condicion.

Y ademas he comparado aquel dia de difuntos, con los que desde entonces se han ido sucediendo.

¡Soy tan amigo de la observacion!

El pueblo continúa siendo el mismo. Enciende en su casa tantas candelicas como parientes y deudos tiene difuntos, y neutraliza con los buenos tragos de la víspera, los malos tragos del dia.—Hace bien.—El muerto al hoyo y el vivo al bollo—

Pero ciudad, villa y pueblo, todos van en romería á visitar las cruces de los campos santos, á suspender gasas y guirnaldas de los nichos, á llevar antorchas y lacayos á porfía, haciendo alarde de un sentimiento que existe en pocos de los romeros, y no porque les falte corazon ni porque las impresiones de hoy sean distintas de las de ayer.

El sentimiento nace de las afecciones, de las ideas que nos infunden desde niños, prescindiendo de los caracteres, organizaciones y temperamentos, y la educacion de ayer en nada se parece á la de hoy.

Prosigue la romería; pero el dolor disminuye,—y no acuso á la humanidad. Cede al movimiento que le imprime el espíritu del siglo.

Raya en delirio el afan que nos domina por salirnos de nuestra esfera respectiva, y los muertos por lo tanto, van perdiendo algo de sus fúnebres preeminencias.

Ya se ve, corremos sin cesar en busca de una mejoría de posicion que nunca hallamos, y al darnos por vencidos en la empresa, nos convertimos en usurpadores de los derechos del finado.

Cada vivo es un sepulcro ambulante de sus esperanzas, y hasta llega á envidiar la suerte de los que duermen el sueño eterno.

Los vínculos de familia, orígen de los mas dulces afectos, desaparecen impelidos por el torrente de vanidad que nos arrastra, y no satisfechos con romper á cada instante la ley escrita, luchamos por romper la natural.

Cansados estamos de saber que el hombre se casa por especulacion y la mujer por conveniencia.

Que el marido no habita en la alcoba de su esposa, ni la esposa por consiguiente en la del marido.

Que la madre no cria á sus hijos, ni el padre los educa.

Que de los brazos de la nodriza pasan á la clausura de un colegio, donde llegan á ser hombres y mujeres, despues de haber aprendido á todo, menos á querer á sus padres, á quienes miran como administradores de unos bienes que les son propios.

Luego no siendo amantes, ni esposos, ni padres, ni hijos, por mas que sus diversos estados y parentescos *rezen* en los libros del vicariato y de la parroquia, no hay amor, ni lazos de familia, ni afecciones naturales, ni verdadero sentimiento, y de esta manera llega lógicamente un marido á presidir el entierro de su mujer, un hijo el de su padre, y las Cruces de Noviembre y el tañir de las campanas no despiertan en nosotros el dolor que se retrataba en todos los semblantes, acrecentando mi pueril miedo el dia en que por vez primera trapasé los umbrales de un cementerio.

La visita á los campos santos, será con el tiempo, si nuestros usos no varian, ni amengua nuestro egoismo, una de las muchas romerías del año, en la que solo tomaremos parte por el imperio de la costumbre.

V.

Pero sea cualquiera el prisma al través del cual la moderna sociedad considere el espectáculo del dia, todos conocen que la realidad es deplorable, aflictiva, aterradora.

Cada una de esas piedras, de esas cruces, de esos símbolos de la muerte, es el término de un brillante destino, de una horrible suerte, de una serie de prosperidades y esperanzas, de una cadena de miserias y decepciones.

Y nos vemos estremecidos ó halagados al pensar en nuestra impotencia.

—Nada hay mas allá de la tumba—repetimos alegres ó entristecidos, con la risa de la desesperacion ó las lágrimas del desaliento, cual un impío reto á la desgracia ó una amarga reconvencion á la fortuna, como un sarcástico grito de victoria ó un doliente gemido de martirio.

¡Insensata sociedad! Ciega por su desenfrenado amor propio, no ve para su consuelo el *mas allá* de las Cruces de Noviembre.

En el mundo—la reputacion.—En la eternidad—la Cruz de Mayo.

Peregrinos de este dia: si el violento huracan de las pasiones, al tratar de estinguir en vuestro ser el sacrosanto fuego de la religion con que el cariño de una madre quiso hacer fecunda vuestra existencia desde la infancia, no aventó sus cálidas cenizas y queda en el fondo de vuestro corazon algun resto siquiera de pavesas, cuidad de que no las hiele el intenso frio del escepticismo, como el glacial hálito de la muerte descarnó las blancas osamentas, que yacen en esos nichos, hoy objeto venerando de vuestros lúgubres recuerdos.

Ellas os dirian si pudieran hacer resonar dentro de sus panteones, la voz con que en otro tiempo respondieron á la vuestra, glosando las palabras de mi padre.

—El sufrimiento y el trabajo constituyen la vida del hombre, y en la religion estriba su fuerza. Imitad el ejemplo de los labradores que consiguieron hacer su jornada sostenidos por la fe de sus creencias; que aunque despues no os sigan las afecciones terrenales, os acompañará la reputacion de vuestras obras, y seran para vosotros *cruces* de mayo las Cruces de Noviembre.

J. J. SOLER DE LA FUENTE.



ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—ÚLTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO.—CUADRO DE DON JOSÉ CASADO.

LA CONJURACION DE LOS MORISCOS

Y LA GUERRA DE GRANADA

EN TIEMPO DE FELIPE II (1).

I.

AÑO 1568 AL 1569.

Acercábase por fin el término fatal en que los moriscos de España debian mudar de vestidos, segun la pragmática de 1566, y aquella congoja que se apoderara de su ánimo al verse tan oprimidos, sin independencia ni religion, sin usos ni costumbres, sin tierra que pudieran apellidar suya, sojuzgado todo al imperio de los vencedores; crecia en gran manera cuando consideraron que hasta se les obligaba á tomar traje diverso del que habian heredado de sus padres. Imposible era que tan violenta medida no exacerbara los ánimos, inquietos ya de mucho antes, de gentes celosas en estremo por sus antiguas costumbres, pues reforzaba las crueles disposiciones que pesaban sobre su desventurada raza, arrancándoles de las manos la última prenda que conservar pudieran de los destrozados lares. La efervescencia entre los moriscos se fue haciendo general, doblándose al ver que ni la pragmática recibia próroga, ni el gobierno se hallaba con intencion de concederla aunque humildemente se implorara, y sin embargo Granada permanecia tranquila: aparentaban los moradores del Albaicin indiferencia y quietud, desde que entró en ella el marqués de Mondejar y despues de la ida á la córte de don Alonso de Venegas en demanda de clemencia, siendo tanta la humildad de que supieron revestirse, que el mismo presidente comunicaba el pronto y fácil cumplimiento de la pragmática á su magestad y á los de su consejo. Mas la furia infernal de la venganza recorria con terribles alaridos el interior de las taas moriscas, y sus descabelladas instigaciones hallando eco en el seno de las familias, preparaban un drama sangriento que, si bien concebido en la humilde casa de un cerero, amenazaba conmover el trono poderoso de las Españas. Un verdadero musulman no podia ya sufrir la continuada serie de agravios con que nuestros bisabuelos afligian á los descendientes de los valerosos Muza y Taree: hubieran acaso sobrellevado los moriscos con pesadumbre mezclada de furiosa rabia el abandono de religion y de costumbres, pero exigirles ahora la mudanza del idioma, del traje y adornos familiares, era añadir el último leño á la hoguera

(1) Para dar á conocer este interesante episodio histórico, tomamos muchos datos de nuestra obra acerca de los moriscos de España, premiada por la Real Academia de la Historia, y añadimos otros que en ella no pudieron tener cabida.



que humeante y ardorosa le bastaba poco para encenderse arrojando llamas.

Juntábanse en casa de un morisco cerero llamado el Adelet, varios granadinos que, mas atrevidos ó mas lastimados de los sucesos, comenzaron á buscar medios de oponerse á la dura opresion de los cristianos, aunque fuera necesario declararse en abierta rebelion. Las fuerzas si bien flacas eran suficientes para minar poco á poco con la mas encubierta trama el ánimo de los hermanos del Albaicin y de toda Granada para dar el grito de venganza durante la noche de Navidad, grito que debia propagarse por la Alpujarra y la Andalucía entera. Los moros Farax Aben Farax, Tagari, Mofarrix, Alatar y otros muchos, llenos de celo por la causa de su raza, movidos del dolor de tantas víctimas, acordaron poner en rebelion á todo el reino, declarándose, si ser pudiese, independientes del cetro de Castilla. Señalaron la noche del 25 de diciembre, muy venerada de los cristianos, para realizar contra estos su terrible proyecto de devastacion y de muerte, pensando primero de todo asesinar los que habitaban en el Albaizin, dar entrada á ocho mil moros

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.—CUADRO DE DON BENITO MERCADÉ.

alistados para este efecto en las alcarias de la vega y lugares de Lecrin y de Orjiba, asaltar la Alhambra y pasando la poblacion á cuchillo entregarlo todo á la voracidad de las llamas.

No anduvo tan en secreto el proyecto de rebelion que no se reparara en la confusion en que andaban los moriscos de Granada y de todo el reino. Los monfíes despreciaban cada dia mas y mas las órdenes de los oficiales de justicia; los moros jóvenes amenazaban con imprudencia á los cristianos para los últimos dias del año; los forasteros, en fin, que acudieron en gran número á la ciudad so color de vender y comprar sedas, sayas y mantos, no encubrian lo suficiente la conspiracion que llevaban entre manos: motivos bastante para enterarse los cristianos de cómo y cuándo habia de ser el levantamiento, mucho mas desde que advertido el marqués de Mondejar de la confesion que temeroso un morisco habia hecho al padre Albotodo, mandaba reforzar las guardias y poner buen recaudo en la fortaleza de la Alhambra (1).

El estado de conflagracion en que se hallaba el pueblo, atizado tambien secretamente por los moriscos ó mas perseguidos ó mas amigos de novedades, no podia dejar por otra parte de sembrar el alarma y el sobresalto en los cristianos de Granada. Los moradores de las Alpujarras hervian tambien en indignacion desde la publicacion de las últimas pragmáticas, porque los conspiradores, «ante todo, revolvieron, como dice un historiador, algunos libros proféticos salvados de las hogueras de Cisneros, y sus leyendas misteriosas fueron interpretadas y leidas como anuncios de libertad. Algunos ancianos que, á despecho de las pesquisas inquisitoriales, vivian aplicados al estudio de la astrología, anunciaron como realidad los delirios de sus imaginaciones exaltadas; habian visto en altas horas de la noche correr por el aire legiones armadas, girar con rumbo incierto estrellas grandiosas y aparecer monstruos alados en furioso combate. Estas narraciones contribuyeron eficazmente á infundir en el espíritu de los moriscos agrestes el ardimiento que el amor solo de la libertad no bastaba á inspirarles (1).» Y entre tanto no sin turbarse el sueño de moriscos y cristianos por alarmas infundadas, no sin crecer la insolencia de los monfíes y de los que capitaneaban el plan de la conjuracion, se acercaba el término en que publicaban audazmente los nuevos conversos que *habria mun-*

(1) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol Carbajal.

(1) *Hist. de Granada*, por Lafuente Alcántara.

OBJETOS DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NUMISMÁTICO DE DON JAIME FUSTAGUERAS Y FUSTER EN BARCELONA.

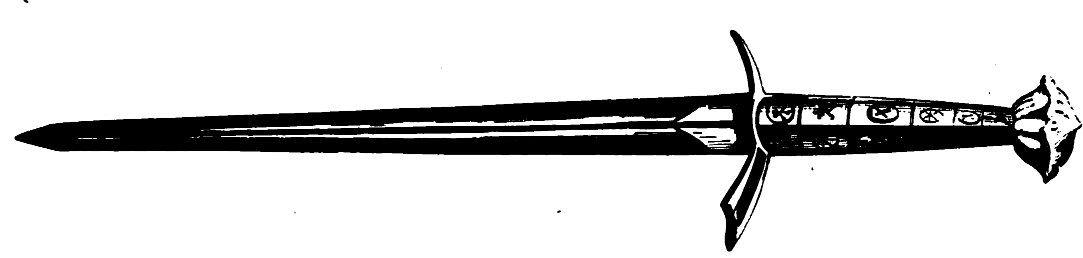




TALISMAN EJIPCIO.



VASO ETRUSCO.



PUÑAL GÓTICO DE HIERRO.

do nuevo. Ni pudo dudarse de la inminencia del peligro, que daria por resultado la sublevacion general y la guerra, cuando se supo que una partida de monfíes habian asesinado á varios escribanos y alguaciles de Ujjar, en la taá de Poqueira, y que los caballeros Diego de Herrera y Juan Hurtado, pernoctando con cincuenta soldados en Cadiar, habian sido degollados en sus mismos alojamientos.

La época que atravesaba España se presentaba á propósito para los sangrientos planes de los conjurados. Granada escasa de presidio, el reino todo tranquilo y sosegado como ajeno de tal propósito (1), las costas y las fortalezas de Andalucía desamparadas, por hallarse las galeras y los ejércitos del rey en apartadas regiones. Solo velaba la Providencia que, cegando los pasos y las veredas de los montes con grandísima nevada, impedia llegar durante la noche del 24 de diciembre de 1568, al pié de los muros de Granada, á las numerosas turbas de moriscos montañeses, quienes avisados de antemano, debian asaltar la ciudad y degollar á los habitantes cristianos. Pero no pudiendo reunirse toda la gente comprometida en las Alpujarras, y entusiasmado ya Farag con la matanza de Cadiar, entraba solo con escasa partida rebelde en el Albaicin durante el silencio de la noche, despertaba á sus moradores al sonido de instrumentos músicos, gritando: *No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta*, escitando á los moriscos á reunirse á su bandera. Nadie correspondia á su llamamiento, pues creian ver miles de sublevados y no un puñado de ilusos, por lo que despechado Farag se salia al campo sin fruto alguno, atemorizado por los toques con que dieron alarma los cristianos desde los campanarios de sus iglesias. Al siguiente dia reunidas las autoridades de Granada, disponian, aunque en valde, la persecucion de los rebeldes que en número de unos dos mil hombres se retiraban hácia Dilar, al abrigo de la sierra (2).

No dejaban sin embargo los moriscos, aunque fracasado aquel golpe de mano de pasar adelante con sus funestos intentos. La noticia de lo ocurrido en Granada corria velozmente de boca en boca, y mientras el marqués de Mondejar llamaba á las armas á los caballeros y á la gente allegadiza de las ciudades, proveia los puestos de pertrechos y vituallas, enviaba espías en pos de los insurrectos, y avisaba y pedia al rey refuerzos y dinero; dividiánse aquellos en dos partes sublevando toda la sierra, y otros monfíes y moriscos montañeses creian llegada la hora de elegir y alzar por caudillo á alguno de entre ellos que viniese de linaje de reyes y se tuviese por no menos ofendido de los cristianos que los demás de su raza.

Fue señalado y jurado por califa, no sin sorpresa del Farag que se tenia por autor de su libertad y del rebelion, un jóven descendiente de los príncipes omiades, bautizado con el nombre de don Fernando de Valor, llamado Aben Humeya entre los moriscos (3). Tremoló el nuevo soberano en los valles de la Alpujarra los pendones sarracenos, y nombrando por su alguacil mayor al Farag, daba desde luego notable impulso al alzamiento. Mas para desgracia de los cristianos, si el nuevo rey era jóven de esclarecidas prendas y recomendaba la tolerancia con los cristianos viejos que vivian en las poblaciones de las sierras (4), Farag Aben Farag era un tigre sediento de sangre humana, que seguido de trescientos desalmados monfíes ó salteadores, recorrió todo el reino sembrando á do quier el espanto, la muerte, el martirio y la desolacion. «Congoja pone verdaderamente pensar, dice Mármol, cuanto mas haber de escribir, las abominaciones y maldades con que hicieron este levantamiento los moriscos y monfíes de la Alpujarra y de los otros lugares del reino de Granada. Lo primero que hicieron fue apellidar el nombre y secta de Mahoma, declarando ser moros agenos de la santa fe católica, que tantos años habia que profesaban ellos y sus padres y abuelos (5). Y á un mismo tiempo, sin respetar á cosa divina ni humana, como enemigos de toda religion y caridad, llenos de rabia cruel y diabólica ira, robaron, quemaron y destruyeron las iglesias, despedazaron las innumerables imágenes, deshicieron los altares, y poniendo manos violentas en los sacerdotes de Jesucristo, que les enseñaban las cosas de la fe y administraban los Sacramentos, los llevaron por las calles y plazas desnudos y descalzos, en público escarnio y afrenta» (6) Los beneficiados de Lanjaron y algunos de los cristianos que en aquel lugar vivian, se encerraron en la iglesia tan luego como entendieron el desasosiego general de los moriscos, pero llegando el tirano Aben Farag con banderas deplegadas y no pequeño tumulto, mandaba poner fuego al edificio que se hundió ardiendo sobre aquellos miserables, cuyos cuerpos, sacados despues de entre los escombros, inanimados ya, recibieron aun sendas cuchilladas de los bárbaros rebeldes. Todos los moriscos de las Alpujarras se ensañaron con los cristianos que con ellos moraban (1), y levantándose en un mismo dia incendiaban las iglesias, robaban las casas de los que no tenian otro medio que refugiarse en las torres ó en los templos del Señor, de donde el hambre y el fuego les sacaba para morir lastimosamente en manos de traidores descreidos. Tanto en Uxixar, en Andarax, en Mairena y en Neclit, como en Mecina de Buen Varon, ó en Jubiles, Paterna, Portugues, Pitres, Dalias y Picena, en Murtas, en Canjayar, Padules, Oañez y Fondon, en todas partes fueron los cristianos ensangrentada presa de los moriscos que gozaron en el martirio de sus desgraciadas víctimas. Porque en todas partes eran los cristianos cogidos y abofeteados, desnudos y presentados descalzos á la vergüenza pública, corriéndolos por los lugares á palos y pedradas, con grande algazara de los verdugos que acudieron todos á presenciarlo como fiesta, sonando atabalejos y dulzainas, siendo aquellos infelices asaetados, arcabuceados, despeñados con risa infernal por los barrancos, echados á las llamas, despues de arrancarles el corazon, saltarles los ojos con la violencia de las vergas de las ballestas, despellejados vivos, peladas brutalmente las cejas y las barbas, arrastrados á medio morir, asados á fuego lento, enchidos en fin de pólvora y destrozado el cráneo en mil pedazos. Escenas terribles de verdaderos martirios presenciaron los lugares de Lanjaron, Jubar, Bayarcal, Bercul, Conchar y Poqueira, Guezija, Jorayrata, Soportuxar, Santa Cruz, Seron, Berja, Adra y otros muchos (2).

La maldad mas refinada se complacia en hacer exhalar el último suspiro de los cristianos en medio de horrorosos tormentos. La crueldad de los antiguos suplicios, el pavor de los espectáculos de muerte á que condenaban los romanos á sus delincuentes, el mismo furor satánico de Neron, nada pudo compararse con la rabia que dictaba á los moriscos las mas atroces maneras de alargar sus venganzas sobre los cristianos. En el lugar de Pitres de Ferreira despues de pregonar los moriscos fiesta pública, se reunian todos en la plaza, y en ella entre los sarcasmos y los silbidos de la muchedumbre moria el beneficiado Gerónimo de Mesa atados los brazos atrás por una gruesa soga, y asido de ellos le levantaban hasta lo alto de la torre de la iglesia por medio de una garrucha, dejándole caer de pronto por tres, cuatro y seis veces sobre las losas del suelo desconyuntado de miembros y quebrados todos sus huesos: echáronle luego una cuerda á la garganta y le entregaban á las moras que, en presencia de su triste madre, le arrastraron y acabaron de matar, hiriéndole con piedras, lanzuelas y almaradas. Otros veinte y tres cristianos del mismo pueblo murieron todos destrozados á cuchilladas, los de las poblaciones cercanas perecieron quemados en sus iglesias en donde indefensos se acogian, ó arcabuceados, ó asaeteados, sirviendo de blanco y de diversion á los desalmados moriscos.

Los moradores de los lugares de la taa de Luchar se reunieron con instrumentos y grandes regocijos, é inauguraban la matanza de todos los cristianos cortando la cabeza á un niño que echaron en una espuerta en la carnicería, y desollado su tierno cuerpo y relleno de tascos, era quemado en medio de terrible algazara. Desnudaron en seguida á Francisco de la Torre y á Gerónimo San Pedro, cristianos de Granada, y pelándoles las barbas, les quebraron los dientes y las muelas á puñadas, cortáronles las orejas y las narices muy de su espacio, sacáronles los ojos y las lenguas, acuchillándoles todo el cuerpo, y cuando los vieron muertos les abrieron por las espaldas, arrancáronles los corazones, y un moro ¡qué horror! se comió crudo á bocados delante de todos el corazon de una de los víctimas... Sentaban en seguida al beneficiado Marcos de Soto en medio de la iglesia, y en presencia de todo el vecindario le despedazaron coyuntura por coyuntura, comenzando de los dedos de los piés y de las manos; y porque el sacerdote de Jesucristo invocaba su santísimo nombre y le glorificaba, le sacaron los ojos y se los dieron á comer, cortándole luego la lengua; y cuando hubo dado el alma á su Criador, le abrieron y le sacaron el corazon y las entrañas, dándolas á comer á los perros (3). Y no contentos con esto, llevaron el cuerpo arrastrando con una soga al pescuezo, y poniéndole al pié de un olivo, ataron par de él al sacristan, y les tiraron á terrero con las ballestas, haciendo despues una hoguera muy grande donde los quemaron (4): con igual crueldad mataron en seguida todos los cristianos que habia en la comarca, sin perdonar mujeres ni niños. En Santa Cruz, lugar del rio de Bolodui, destruyendo la iglesia, robando y matando igualmente cristianos como hicieron en todo el reino de Granada, daban al alcalde mayor cruelísima muerte. Desnudáronle en cueros delante de su sobrina y de sus tres hijas, doncellas cristianas, cortáronle las narices y se las clavaron con un clavo de hierro en la frente, cortáronle igualmente las orejas dándoselas á comer, y porque loaba a Dios mientras le estaban martirizando, le cortaron la lengua, las manos y los piés, y abriéndole la barriga se los metieron dentro: un sayon le desgarraba el pecho, le sacaba el corazon todavía palpitante y dando bocados en él decia á grandes voces: *Bendito sea este dia, en que yo puedo ver en mis manos el corazon de este perro descreido*. Su cuerpo acabó de perecer arrojándole á las llamas... Innumerables en fin serian los ejemplos que de la refinada barbárie con que inhumanamente se ensañaron los moriscos en centenares de cristianos, podríamos acumular aquí (1), siendo pocos los que se salvaron en algunas fortalezas, esperando socorro de Granada (2).

Cansados de matar é incendiar los moriscos, temerosos de la gravedad de su propia furia, recogiéronse en lo mas impenetrable de los montes, llevándose consigo sus familias y todas sus preseas. Aben Humeya desaprobaba tantas crueldades, y mientras impedia que se cometieran de nuevo, arreglaba su real casa á estilo de los antiguos califas, segun lo oyeran de los antepasados, tomaba mujeres, nombraba capitanes, proponiéndose organizar su gente y pedir socorro á Africa (3). A este fin enviaba á Argel á su hermano Abdalá con cautivos de regalo, y con segunda embajada al Habaqui, mientras que sin dar tiempo á las autoridades de Granada de salir de su estupor, destacaba cuadrillas de revoltosos, rechazaba á los capitanes Diego de Gasca y Diego de Quesada, propagando al son de añafiles y con banderas desplegadas la insurreccion por Almería y la Alpujarra toda, por el marquesado del Zenete, la Serranía de Ronda y tierra de Velez Málaga, (4) (5).

JANER.

(1) *Segunda parte de la historia pontifical y católica*, por Gonzalo de Illescas.

Guerra de Granada, hecha por el rey don Felipe II, por don Diego de Mendoza.

(2) Autores mencionados.

(3) Mármol y Mendoza difieren algun tanto en los hechos relativos á su eleccion.

(4) No dejó, sin embargo, de permitir alguna vez la efusion de sangre.

(5) «Era cosa de maravilla ver cuán ensañados estaban todos, chicos y grandes, en la maldita secta, etc.» Mármol.

(6) *Rebelion y castigo de los moriscos*, por Manuel Carvajal.

(1) *Sumario de las persecuciones que ha tenido la iglesia desde su principio*, por Clarino.

Expulsion justificada de los moriscos españoles, por Aznar de Cardona.

Vida y hechos de Pio V, por Fuen mayor.

De rebus Hispaniæ Anacephaleosis, etc.

(2) *Memorial á la reina nuestra señora cerca de las muertes que en odio de la fé y religion cristiana dieron los moriscos rebelados, etc., por Diego, indigno arzobispo de Granada.*

(3) *Rebelion y castigo*, etc., por Mármol.

(4) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol Carvajal.

(1) Los moriscos de España, por Janer.

(2) Los historiadores refieren las inhumanidades de los rebeldes, siendo considerados como mártires los muchos cristianos que perecieron sin querer renegar de nuestra fe en aquel sangriento trance. Mármol, en su Historia de la rebelion, da prolijos datos sobre aquellos martirios, pero existe un libro raro y curioso que perpetúa especialmente la memoria de tan terribles sucesos. Le poseemos con estima entre nuestros libros raros, impreso en Granada en 1671 y escrito en castellano, distinto del que hay en latin. (*Los moriscos de España*, por Janer.)

(3) *Guerra de Granada, hecha por el rey Felipe II*, por don Diego de Mendoza.

(4) Mármol, Mendoza y otros historiadores, dan detalles, en los cuales no podemos ni debemos seguirles aqui.

(5) «Los moriscos de Granada se declararon tan moros y tan rebeldes, que alzaron rey, enarbolaron banderas, y campearon con ejércitos. Para remediar tanto desacato, fue necesario acudir á las armas.

(*Hist. de la insigne ciudad de Segovia*, por Colmenares. Año 1637).

EN EL DIA DE LOS DIFUNTOS.

SONETO.

Los que cruzais por la escabrosa senda
Del vivir, olvidados de la muerte,
Dejad por un momento que despierte
Del sueño el alma y que á su bien atienda.
¿Quién de su corazon alguna prenda
No tendrá en el sepulcro, y si lo advierte
No ve que el llanto que por ella vierte
Es á su propio fin amarga ofrenda?
Pues si es tan breve de la vida el plazo
Y hay de la tumba en la mansion sombría
Queridas prendas que robó el destino,
A llorar tristemente el roto lazo
Dediquemos, mortales, este dia,
Y á preparar tambien nuestro camino.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

VII.

UN BUQUE POR DENTRO DESDE LAS BOMBAS Á LA PROA.

¡Zarpa!... ¿No me habeis entendido, queridas mias? A esta voz de mando dada por el capitan de un buque que se dispone á dejar el puerto, los marineros suspenden la última de las anclas que retenian á la embarcacion y esta se pone en marcha.

En marcha pues, que harto tiempo hemos dado al descanso; doña Pánfila nos espera, y el sin ventura Argensola, su caro y celosísimo consorte, perderá seguramente la razon si vuestros hechizos no corren cuanto antes á dar un nuevo giro á sus ideas.

Esos dos cilindros huecos de madera, que se elevan una vara próximamente sobre la cubierta, inmediatos el uno al otro y á corta distancia del palo mayor, son las *bombas*.

Introducida constantemente en el agua la mayor parte del *Relámpago*, y por bien unidas y *calafateadas* que se hallen sus *costuras* á la juntura de sus tablas, el buque no podrá menos de *hacer agua* sin cesar, siquiera sea en corta cantidad mientras se halle en buen estado, y para estraerla bastará *picar* las bombas una vez al dia, ó en periodos mas largos si aquella fuese insignificante; pero cuando haya pasado algun tiempo despues de su última

carena, y los vientos duros y la impetuosidad de las olas y las calmas, acompañadas de mucha marejada, le hagan trabajar mucho, el agua se introducirá á bordo con facilidad, la bodega podrá llenarse gradualmente, y es indispensable evitarlo á toda costa; porque el cargamento padeceria, y lo que es peor aun, el buque correria peligro de irse á pique. En casos análogos, las bombas no se dejan un momento de la mano, reemplazándose amenudo los marineros en este servicio, penosísimo cuando se hace frecuente, y en el cual suelen algunos desgraciarse si su complexion no es bastante robusta.

Esa reglita de hierro larga y estrecha, con divisiones marcadas á modo de vara de medir, sujeta á una cuerda por uno de sus estremos y que se halla colgada en una de las bombas, es la *sonda*; se introduce por las bombas, hasta que llega al fondo del buque, con el fin de reconocer por la parte que se halla mojada al sacarla, las pulgadas ó los piés de agua que hay en la bodega, para en su vista picar las bombas con mas ó menos frecuencia y tomar todas aquellas precauciones que las circunstancias aconsejen. Debeis comprender por estas ligeras indicaciones que el marino, mientras su buque permanezca en alta mar y mas si este corre tiempos duros ó se halla deteriorado por cualquiera causa, no dejará mucho tiempo la sonda de la mano

Estamos al lado del *fogon* ó de la cocina del bergantin. No entraremos por la sencilla razon de que no caben en ella mas de dos personas, que no gasten miriñaque, y porque vuestros ojos se irritarian con el humo, vuestros vestidos no saldrian muy bien librados y se chafarian vuestra ropa interior, acabada quizá de planchar con femenil esmero, y porque distraeríamos ademas de sus ocupaciones al héroe principal de estos desaliñados artículos, en daño probablemente de sus costillas; pero no tenemos necesidad de hacerlo, puesto que la mitad de su esterior y todo su interior se abarcan desde afuera de un solo golpe de vista.

Miradla: es un cajon pintado de negro que tiene próximamente dos varas de alto y una media de largo y un poco menos de ancho; se halla *trincada* de firme ó sujeta á la cubierta, para que los golpes de mar no se la lleven fácilmente, y colocada en medio de la cubierta, cerca de las bombas.

La mitad posterior de sus dos lienzos laterales está ocupada por dos puertas, abierta la una frente á la otra. Con tiempos bonancibles, permanecen generalmente abiertas ambas; si el viento afresca demasiado, se cierra la que corresponde al lado de donde viene, y con tiempos duros de viento y agua, ó cuando la marejada puede saltar sobre cubierta, se cierran las dos y el cocinero se queda dentro envuelto completamente en humo. Hay dias en que por la demasiada fuerza del temporal es imposible, ó muy espuesto y difícil al menos, cocinar en ella.

Su interior tiene menos que ver aun: la primera mitad, viniendo de proa, está ocupada por las hornillas; en el espacio restante y en medio de las dos puertas se halla el cocinero de pié ó sentado en un banquillo fijo en el frente posterior delante de las hornillas; algunas cazuelas de barro, un pote de hierro, tres ó cuatro cacerolas del mismo metal, una alcuza y algunas cucharas: hé aquí todos los enseres que encierra. No direis que el fogon de un buque mercante es una cocina modesta.

Esa especie de trampa grande, situada próximamente en el centro de la cubierta, con un marco que se eleva unas tres ó cuatro pulgadas sobre esta, es la *boca de la escotilla* principal, la entrada de la bodega, el punto por donde se introduce á bordo el cargamento. En este instante, como sucede casi siempre cuando los buques están en viaje, se halla cerrada por dos puertas que se ajustan perfectamente á la boca, que se denominan los *cuarteles* y que se hallan cubiertos, como veis, por un trozo de lona embreada que baja por todos lados hasta descansar sobre la cubierta, para que el agua que caiga en esta, bien proceda del mar ó de las nubes, no se introduzca en la bodega. Sobre la lona se atraviesan del uno al otro lado de la escotilla, dos barras de hierro que se hacen firmes por sus estremos en el borde ó marco de la boca, á fin de que esta no pueda abrirse sin conocimiento del capitan.

Levantados los cuarteles de escotilla, queda descubierta la cavidad interior ó la bodega llamada en lenguaje figurado el vientre del buque y formada por todo el interior de la embarcacion menos la parte ocupada; en la popa, por la cámara, y en la proa, por el camarote de la marinería.

Para bajar á la bodega no hay otra escalera que un pié derecho, que va desde la boca de escotilla al fondo del buque, con unos tacos triangulares de madera, clavados en él de trecho en trecho, para poner los piés. Por esta razon, que no dudo hallareis muy convincente; por lo trasteada que se halla á causa de la mucha carga que lleva al buque, y porque no hay dentro mas claridad que la que entra por esa escotilla y por otra, algo mas pequeña junto á la cual hemos pasado hace un momento; nos abstendremos de descender á ella y continuaremos nuestra revista.

Esta embarcacion, situada entre los dos palos y encima de la escotilla en direccion de proa a popa y colocada sobre dos trozos de madera colocados en sentido contrario, en los cuales encaja su quilla por dos puntos, quedando esta un pié próximamente distante de la cubierta, y por encima de la cual hay pasadas dos ó tres cuerdas gruesas que bajan por sus costados hasta sujetarse de firme en cuatro ó seis argollas de hierro clavadas en el puente, á fin de que no se mueva con los balances y las cabezadas del buque ni se lleven fácilmente los golpes de mar, es la *lancha*; la mayor de las embarcaciones del bergantin y la que se destina á las faenas mas importantes, entre otras, á *tender* y *levar* las anclas, á llevar á bordo la carga, cuando el buque no puede atracar á los muelles ó no los hay en el puerto, á conducir á bordo las pipas de agua potable desde el punto en que esta se tome, á pasar en alta mar á otro buque, y á todas las que exijan mas resistencia y capacidad de las que ofrece el bote que visteis colgado por fuera de la popa.

Ese pequeño esquife, tan lindo, tan esbelto, tan bien pintado, que se halla dentro de la lancha, es el *chinchorro*, el bote de recreo de la gente de popa. Su capacidad apenas permite que entren en él, cuando se halla á flote, mas que dos ó tres personas; los remos destinados á darle impulso son unos verdaderos juguetes, y cuando solo conduce una persona, puede prescindir esta de ellos, sentarse en el centro, sacar por cada costado uno de sus brazos y agitar el mar con las manos para hacerle cortar las aguas velozmente: tal es su ligereza y el poco impulso que necesita para moverse.

¿Os gusta ese botecillo? Lo creo, porque vosotras sois apasionadas de todo lo bello; pero estoy seguro que en viéndole correr tres ó cuatro brazas no entraríais en él, á no ir á solas en compañía de vuestro amante, y aun asi lo hariais con sobrado recelo, puesto que las aguas, por tranquilas que se hallen, le imprimen un movimiento oscilatorio tan continuo, que creeriais hundiros en el mar á cada instante, y hasta os seria muy difícil, si no imposible, permanecer en él sentadas á no cogeros de firme y con ambas manos á sus bordes.

La lancha, por su situacion cerca del fogon, es una espaciosa despensa en que el cocinero coloca las provisiones diarias, las espuertas en que tiene el carbon y la leña, las fuentes, marmitas y cucharas y los demás útiles de cocina ó del servicio gastronómico de la gente de proa.

Esa especie de columna, de cuatro piés próximamente de altura, con unos cuantos agujeros que la atraviesan horizontalmente en su parte superior y que se halla en medio de la cubierta á las inmediaciones del palo trinquete, es el *cabrestante*.

Cuando hay que meter á bordo las anclas que sujetan al buque, ó hacer que este se mueva de un punto á otro, bien *halando* ó tirando del cable ó cadena de una de las anclas, bien de un cabo ó cuerda amarrado en tierra se arrollan el cabo ó la cadena al cabrestante, se colocan en los agujeros dos ó tres trancas de madera llamadas *espeques*, y los marineros hacen girar, tirando de estos sobre su eje á la máquina, y las cuerdas ó cadenas se van arrollando progresivamente hasta que el ancla entra en el buque ó llega este al punto en que se le quiere situar.

Antiguamente, y aun en el dia en los buques pequeños, se hace uso, en vez de cabrestante, del *molinete*, reducido á un cilindro colocado horizontalmente que gira sobre sí mismo, movido tambien por los marineros tirando de dos espeques que describen cuartos de círculo perpendiculares al eje de rotacion.

Hemos llegado al palo trinquete, y como al ocuparnos del mayor y por economizar tiempo y descripciones, os di á conocer cuanto en él puede llamar vuestra atencion, pasaremos adelante.

Esa especie de cajon que se eleva medio pié próximamente sobre cubierta, situado un poco mas allá del palo trinquete y que tiene por base un cuadrado de cuatro piés de lado, es la entrada del *rancho de proa* ó del camarote de la marinería. Para bajar á él no hay mas que levantar la cubierta del cajon que gira sobre uno de sus lados, tomar una escalera casi vertical con peldaños estrechos, colocados los unos por encima de los otros, y estamos abajo.

Pero me libraré muy bien, queridas mias, de invitaros á bajar; esa escalera no se hizo para vosotras; el suave aroma de tabaco virginia, brea y alquitran de que se halla saturado el camarote, podria escitar demasiado vuestra nerviosa sensibilidad; si hay dentro algun marinero, toda vuestra solicitud para evitar que os viese los piés y algo mas, seria perdido; correriais ademas el peligro de caer por escotillon, y no me propongo que tomeis parte aquí en la representacion de una comedia de mágia; en cambio, os haré una ligera descripcion de esa estancia, y por ella comprendereis que, si el capitan y el piloto del *Relámpago* no están alojados con demasiada comodidad, la tripulacion del buque lo está muchísimo menos.

El camarote de proa, no solo del bergantin en que nos hallamos, sino en todas las embarcaciones mercantes, es una estancia casi triangular, bastante mas baja de techo y mas reducida aun que la cámara, sin que reciba mas luz que la que le entra por esa escotilla que permanece cerrada la mayor parte del tiempo que el buque pasa en la mar, sobre todo, hallándose esta agitada, porque si las olas entran en el puente, no es por cierto la proa la menos favorecida.

En algunos buques se incrustan sobre cubierta para dar alguna luz al camarote, dos emisferios de cristal, como las que hemos visto en el de la cámara.

Alrededor de esa pequeña habitacion, hay dos hileras de pesebres, la una á corta distancia del suelo y la otra por encima de esta, con una media vara próximamente de distancia. Cada uno de esos pesebres, que no merecen otro nombre, ó al menos no le hallo para representarlos con mas exactitud, sirve de cama á un marinero, á un grumete ó á un paje, que tienen que estar en ellos completamente de costado y en posicion horizontal, y que, despues de tendidos sobre sus colchones ó jergones, apenas pueden moverse hácia los lados, ni levantar la cabeza una cuarta de las almohadas sin tropezar. los unos con el techo del camarote y los otros con el fondo del catre que tienen encima.

Todos los muebles de la habitacion se reducen á unas cuantas arcas en que cada individuo de la tripulacion tiene guardado su modesto equipaje, y que les sirven ademas de asiento; una pequeña mesa de pino, corta de piés, colocada de ordinario bajo la entrada, á fin de que reciba alguna luz cuando los marineros escriben sobre ella á sus familias ó juegan á la brisca ó al tute en los momentos de ocio, particularmente cuando el buque se halla en puerto ó en bahía, ó navega con tiempos muy bonancibles; un farol de talco, de forma cilíndrica, colgado del pié del palo trinquete que atraviesa el camarote, y que cuando se enciende por la noche, despide una ténue y amarillenta claridad que comunica al aposento, pintado generalmente de negro, un aspecto verdaderamente misterioso y fantástico, y algunos útiles de la profesion é instrumentos de carpintero y calafate, colgados en desórden ó colocados en espuertas debajo de las camas.

El rancho ó camarote de proa del *Relámpago*, sirve de alojamiento á siete marineros, cuatro grumetes y el niño Ceferino; total doce personas No direis que carecen de habitacion cómoda, espaciosa y amueblada con suntuosidad. Debo advertiros que, fuera de nuestro pequeño cocinero, ninguno de los individuos del equipaje, y eso que los hay de estatura bastante corta, pueden estar en él de pié, y que una vez sentados, han de levantarse con cuidado si no quieren dejar los sesos pegados en el techo; pero en cambio, cuando se hallan sobre cubierta, pueden estirarse a su placer sin miedo de chocar con la bóveda celeste que les sirve de dosel.

Debo indicaros ademas, queridas mias, para que no tengais motivo á culparme de inexacto, que por la noche, mientras el buque se halla en viaje, jamás se reune en esa estancia mas que la mitad de la tripulacion: la otra mitad permanece á todas horas sobre cubierta *haciendo su cuarto*, ó lo que es lo mismo, de guardia, de cuyo servicio, en el que se releva la gente cada cuatro horas, os hablaré detalladamente en uno de los artículos sucesivos.

Estamos en el castillo de proa y por consiguiente á punto de terminar nuestra revista de inspeccion.

Las estremidades de la obra muerta de los dos costados del buque que, principiando á encorbarse á la altura próximamente del palo trinquete para formar la proa, se reunen en la prolongacion de la quilla, se denominan las *muras*. Es la parte del buque donde chocan con mas impetuosidad las olas, que rompe para abrirse paso, y necesita tener por lo mismo mucha resistencia y hallarse sólidamente construida para que el agua no salte con facilidad sobre cubierta.

Las muras ó amuras sirven tambien en los buques de punto de comparacion para referir la situacion de los objetos esteriores, y se dice que tal ó cual objeto se halla por la mura de babor ó de estribor cuando se encuentra por la proa á la izquierda ó á la derecha.

Del borde superior de cada una de las muras arranca un madero en direccion diagonal que sale unos dos piés fuera del buque, con tres roldanas en la punta Estas dos piezas denominadas los *pescantes de la serviola*, nombre este último con que se designa la parte mas saliente de la curva que forman las amuras, que es el punto de donde los pescantes arrancan, sirven para suspender las anclas, que unas veces se dejan colgando de ellos y otras se amarran por encima, apoyadas sus uñas sobre el borde de la mura, para dejarlas caer con prontitud cuando haya necesidad de dar fondo.

Las muras, ó con mas propiedad las serviolas son para un marino los pechos de su nave, como en lenguage figurado se las llama, y tanto mejor le parecen cuanto son mas abultadas, mas salientes y mas elevadas. Un buque que tiene sus muras pequeñas, bajas y poco pronunciadas, es un buque sucio, en el cual no se puede navegar, porque á poco que se le fuerce de vela, se entra el agua por la proa, como Pedro por su casa y la tripulacion anda siempre hecha una sopa de los piés á la cabeza.

No es estraño por lo mismo que la gente de mar muestre un poquillo de aficion hácia las muchachas *bien muradas*.

Esos dos agujeros de cinco á seis pulgadas de diámetro que veis en las muras, cerca de la cubierta y próximas al punto en que aquellas se reunen con la prolongacion de la quilla para formar la proa del buque, se llaman los *escobenes*, y por ellos entran á bordo los cables, sujetos á las anclas ó hechos firmes en tierra, que sujeten al buque por la proa. En lenguaje figurado los escobenes son los ojos de la embarcacion y á ellos comparan los marineros los de sus *princesas* cuando son grandes y hermosos.

Por entre las dos muras y arrancando del castillo de proa, sale como veis, fuera del buque un palo bastante grueso que sigue la direccion de la cubierta, aunque un tanto mas alto que esta y algo mas elevado en su estre-



DESEMBARCO DE SS. MM. Y AA. EN EL PUERTO DE BARCELONA EL 21 DE SETIEMBRE ÚLTIMO.

midad esterior que en la interior, y por sobre el cual y á manera de mastelero se prolonga en la misma direccion otro palo mas delgado, enlazado con él, de modo que pueda correrse hasta entrarle á bordo cuando convenga. La primera de estas piezas se llama el *bauprés* y la segunda el *botalon*.

Ese palito pequeño y delgado que cuelga del estremo esterior del bauprés en direccion al mar y que en algunos buques suele componerse de dos piezas, unidas en su arranque y formando un ángulo mas ó menos agudo, se llama el *moco*.

Hay tambien en la estremidad del bauprés, por encima del moco, una verga, del tamaño de las de sobrejuanete próximamente, colocada horizontalmente de babor á estribor y en la cual se largaba en otro tiempo una vela llamada la *cebadera* que venia hácia las muras, formando saco y que en el dia apenas se usa, ó mejor dicho se halla desterrada ya por inútil y embarazosa. Del nombre de esta vela le viene á la percha de que nos estamos ocupando, y que muchos buques no llevan ya el nombre de *verga cebadera*.

Tanto del bauprés como del botalon arrancan porcion de cuerdas, mas ó menos gruesas, que terminan en la estremidad del palo trinquete y de todos sus masteleros, en las muras y en la prolongacion de la quilla, llamada el *branque* ó la *roda*, que sube á formar la proa del buque, tienen por objeto principal conservar aquellos dos palos en su verdadera posicion é impedir que el de trinquete y sus masteleros se caigan hácia popa, y algunas de las cuales sirven de estribos para que los marineros puedan pasar á cualquier punto del bauprés ó del botalon.

Esas velas triangulares que bajan de los masteleros del palo trinquete, y cuyo lado mas corto sigue la direccion del botalon ó del bauprés, yendo á parar al buque sus escotas, se llaman los *foques*, dándose el nombre especial de *trinquetilla* al primero, partiendo desde el buque.

La prolongacion de la quilla que sube á formar la proa y que se denomina el *branque* ó la *roda*, como os acabo de decir, termina en una graciosa curva, llamada el *tajamar* que se estiende, aumentando gradualmente de anchura, por debajo del bauprés y al fin de la cual se coloca el *mascaron de proa*, que suele ser la estátua ó el busto de un hombre ó de una mujer, la imágen del santo, cuyo nombre lleve el buque, un animal ó cualquier capricho, cuya forma puede adaptarse á la prolongacion de la curva, ofreciendo un remate de mas ó menos gusto. El *Relámpago* no tiene, como veis, mascaron de proa y su tajamar termina en un trozo de espiral que se vuelve hácia la proa, y en cuyo centro brilla, por uno y otro lado, una estrella dorada. El tajamar se llama en el lenguage marítimo figurado la nariz del buque.

Hemos examinado ya, queridas mias, si no todas las partes de que un buque se compone, aquellos objetos al menos, cuyo conocimiento puede seros de alguna utililidad para comprender nuestros artículos sucesivos y para leer con fruto las relaciones de viajes marítimos y de acontecimientos que hayan tenido lugar en el Océano ó á bordo de una embarcacion mercante, y aun en los buques de guerra, que, fuera de sus mayores dimensiones y comodidades, se diferencian poco de aquellas.

En sus cámaras hay cuartos dormitorios, llamados *camarotes*, con vidrieras en la popa ó en los costados; la marinería y las tropas de su dotacion ocupan entre la cubierta y un piso que se coloca cinco piés próximamente mas abajo una habitacion, llamada el *entrepuente*, que se estiende desde el palo mayor al de trinquete; desde este hasta la proa, se hallan á la misma altura los camarotes de los *oficiales de mar*, denominacion que comprende al contramaestre, al maestro calafate, al maestro carpintero, á los jefes inmediatos, en fin, de todas las clases que componen la dotacion de un buque armado.

Desde el palo mayor hácia popa, y en la prolongacion del entrepuente, aunque separados de este, se hallan situadas por su órden la cámara de los guardias marinas y los camarotes de la oficialidad, abiertos estos alrededor de un salon, que sirve regularmente de comedor, en las fragatas y corbetas, al estado mayor y que en los buques de vapor se convierte en un hueco casi circular, cual si fuese la boca de un pozo, en cuyo fondo se coloca el hélice, cerrado alrededor con una balaustrada, quedando entre esta y los camarotes un corredor de tránsito, al que dan todas las puertas.

Como no vamos á navegar por ahora en buques de guerra, me abstengo de daros sobre su distribucion interior, que varía segun la clase y las dimensiones de cada buque, mayores detalles. Si en el curso de nuestro tratrabajo tuviésemos necesidad de hacerlo, os los daríamos con gusto; pero entre tanto ¿para qué cansaros ni cansarnos inútilmente?

Y puesto que hemos concluido ya nuestra revista, bajemos de nuevo á la cámara á presenciar las escenas que en ella tienen lugar y en las cuales desempeñan el ex-administrador y la ex-administradora de salinas de Castropol, vistas futuros de la aduana de Barcelona, los principales papales. ¡Cómo!... ¿os negais á ello? ¿no os inspira ya compasion el infortunado Argensola? Sois demasiado crueles.

Pero... ¿qué es eso? ¿palideceis de nuevo? ¿volveis anhelantes los ojos hácia la costa? ¿estais á punto, por ventura, de *cambiar la peseta*, como la *esbelta* y *pudorosa* doña Pánfila, y no quereis ser objeto de la solicitud y de los cuidados del capitan y del piloto del *Relámpago*?

¡A estribor la lancha!—Ahí teneis la embarcacion que os conducirá en cuatro minutos á tierra firme. Adios y buen viaje.

¿Por qué no os acompaño, me preguntais?... ¿quién habia de enteraros de lo que acontezca en el *Relámpago* durante el viaje? ¿cómo sabríais la vida que han llevado á bordo nuestros tres pasajeros? ¿quién habia de daros noticias del pequeño cocinero, por quien tanto os interesais? Nada; renuncio, aunque con sentimiento á vuestra compañía; pero me he propuesto seguir uno tras otro los pasos de ese niño por quien su madre, arrasados sus ojos en llanto, estará rogando en este momento la que dispone de la vida y de la suerte de los mortales y no puede abandonarlo. Os lo contaré todo, todo, sin reservarme mas que aquellos detalles que no conviene que sepais.

El portalon de estribor acaba de abrirse para franquearos la salida; la escala pende ya del costado, vuestra lancha acaba de atracar y los marineros que os han conducido á bordo, os esperan, preparados ya los remos y dispuestos á bogar.

Adios, queridas mias y buen viaje.

Bajad con cuidado... ¿Os habeis acomodado ya?...

¡Larga y hala!

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 45. Precio de la suscricion.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 4 DE NOVIEMBRE DE 1860. Provincias.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—Cuba, Puerto-Rico y Estranjero, un año 7 pesos.—America y Asia, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



azon teníamos al decir en la revista anterior que si Cápua no habia sido evacuada ya por los napolitanos lo seria muy en breve. Los napolitanos no han dejado en ella sino seis mil hombres para entretener el sitio, y el ejército del rey de Nápoles al retirarse sobre Gaeta, sufrió en su retirada otro descalabro. Las tropas de Victor Manuel, mandadas por el monarca en persona hostilizaron su retaguardia é hicieron en ella muchos prisioneros. Abandonada la línea del Volturno, queda la del Garellano, que como hemos dicho, habrá que forzar antes de tomar á Gaeta.

En Roma monseñor Merode, cardenal ministro de la Guerra, está organizando un nuevo ejército que hasta ahora dicen que se compone de siete mil hombres. Lamoriciere, que ha llegado á Roma ha sido recibido muy cordialmente por el Padre Santo, y si hemos de creer lo que dicen algunas cartas de aquella capital, Su Santidad no está nada satisfecho de la actitud de los franceses y así lo ha manifestado á su general en jefe. No ha vuelto á hablarse de la salida proyectada de Pio IX de Roma, antes bien se dice que este proyecto que por algunos dias estuvo muy en boga, se ha abandonado completamente.

Han concluido las conferencias de Varsovia y cada uno de los príncipes allí reunidos ha vuelto ó se dispone á volver á sus Estados. Los periódicos del Norte nos han hablado de los palacios en que cada uno de ellos ha tenido residencia, de los banquetes á que han asistido y de los bailes que se han dado en su obsequio; pero nada absolutamente han dejado traslucir acerca del objeto de las conferencias ni de su resultado. Sin embargo los diarios franceses aseguran que este resultado ha sido nulo y que no han conseguido ponerse de acuerdo las tres grandes potencias, ni aun sobre la necesidad del Congreso de que antes se habia hablado. Sea de esto lo que quiera lo cierto es que hasta ahora ningun hecho concreto y positivo ha venido á demostrar que en Varsovia se haya adoptado una determinacion comun; de manera que desde nuestra última revista hasta el presente las esperanzas de los amigos del rey Francisco de Nápoles y del poder temporal del Papa se han debilitado considerablemente.

Ya comienza á decirse que la Francia, tan luego como pueda hacerlo sin escitar la susceptibilidad de las demás naciones de Europa, reconocerá las anexiones hechas al Piamonte, ó lo que es lo mismo, el reino de Italia, cuya corona ha sido ofrecida á Victor Manuel. Otro tanto se cree que hará Inglaterra á pesar de los caprichos de su ministerio, un dia partidario de Austria y otro de Italia, segun el humor de lord John Rusell y de lord Palmerston.

La constitucion imperial austriaca no ha satisfecho á los pueblos, aunque se aprovecharán de ella para reclamar mayores derechos. Tiénese por una concesion á medias que alarmando á los unos no ha llegado á los mas modestos deseos de los otros.

El 25 se reunieron nuestras córtes, y dos diputados de la estrema derecha del congreso han pedido esplicaciones al gobierno sobre su conducta en la cuestion de Italia. El señor Aparici y Guijarro, que fue el primero, presentó una proposicion; el señor Rodriguez Vahamonde que fue el segundo, hizo una interpelacion; ambos lamentando la triste situacion y las tribulaciones de Pio IX. El ministerio al responder á la proposicion primero y despues á la interpelacion, esplicó su política. Las simpatías del gobierno están por la causa del poder temporal del Padre Santo; en su favor hará cuanto pueda en la via de las negociaciones; pero no sacará la espada sino cuando la honra del país, su independencia ó su integridad lo exigieren. En resúmen, el gobierno proclama la política de neutralidad, pero de una neutralidad simpática hácia una de las partes beligerantes.

Hemos recibido noticias de Méjico por los papeles de los Estados-Unidos. No nos merecen entera confianza: por lo cual será bueno suspender el juicio hasta la llegada del correo de las Antillas que habiendo llegado á Vigo, salió de esta ciudad el miércoles. Sin embargo diremos lo que los papeles norte-americanos refieren. Segun ellos á la fecha del 17 de setiembre Miramon estaba en la capital y las tropas de Juarez en Queretaro. El ministro inglés y el español trabajaban para obtener la reconciliacion de los partidos contendientes: el primero habia hecho una proposicion formal que habia sido rechazada: el segundo aconsejaba al ministerio español que entrase en tratos con el gobierno de Juarez, el cual por ahora es el que tiene mayores probabilidades de triunfo.

El estado de las repúblicas de Costa-Rica, de Nueva-Granada, del Ecuador es triste; la guerra civil arde tambien en ellos. El Perú, que tampoco está tranquilo, trata de anexionarse la provincia de Guayaquil, atacada por aquel famoso general Flores que en 1845 estuvo en España y pretendió formar una espedicion para el Ecuador. Bolivia por su parte protege á Flores, que á principios de setiembre estaba delante de Guayaquil defendida por Franco, á quien á su vez protege el Perú por el interés de la anexion. Chile es la república actualmente mas tranquila, donde las córtes funcionan regularmente y el gobierno se ocupa en proyectos de utilidad general. Quiera el cielo que esta tranquilidad continúe y que la paz y la armonía reinen de nuevo en todas las poblaciones de la América española, á fin de que pueda prepararse el gran dia á que deben aspirar todos los patriotas americanos, el dia en que se forme la gran república de los Estados-Unidos del Sur.

Volviendo á nuestra península, diremos que á principios de la semana se hizo un ensayo de la seccion de ferro-carril del Norte comprendida entre la Venta de Baños (Valladolid) y Burgos. El viaje se hizo en tres horas, y hubo al volver varias reyertas desagradables, porque querian viajar en ferro-carril mas personas de las que cabian y de las que habian sido convidadas. Vamos, pues, adelantando en mejoras materiales y al mismo paso es de esperar que en donde sea necesario se mejorarán las costumbres. En Alicante se ha abierto una de las esposiciones agrícolas mas importantes y concurridas que se han hecho desde que se inauguró en 1857 la general de Madrid. Damos el parabien á los espositores y á los que han preparado esta solemnidad tan beneficiosa por sus resultados para la provincia. La esposicion de Barcelona es tambien interesantísima.

El señor don Ladislao de Velasco ha impreso en Bilbao una *biografía* del célebre marino Elcano, cuya estátua se ha levantado en Guetaria. Esta biografía, aunque concisa, está escrita con esmero y correccion de lenguaje y con el

entusiasmo que inspiran los grandes hechos. Acerca de Elcano y de sus Viajes, publicaremos en breve acompañado de grabados un precioso artículo debido á la pluma de nuestro amigo el coronel Cotarelo.

Acerca de la *Marina de guerra española,* tal como es, de los defectos que en ella se notan y de los vicios de que adolece, ha publicado un folleto el señor don Miguel Lobo, distinguido capitan de fragata de la armada nacional y no menos notable como escritor en las materias de su profesion.

El señor Lobo cree que no pueden construirse en nuestros arsenales con la premura necesaria, ni deben encomendarse tampoco al estranjero los siete navíos, ocho fragatas y diez buques menores que podrian costear los pueblos para dar á la armada la importancia conveniente. Para conservacion de estos buques en el estado actual de los arsenales se necesitaria un sacrificio mayor aun que el de los 450.000,000 de reales que costarian, y el aumento del personal facultativo seria otra no pequeña dificultad.

Por lo mismo cree el señor Lobo que con construir ocho fragatas, de treinta á cincuenta, y catorce buques menores gastando un total de 185.000,000, habria bastante, invirtiéndose el resto hasta los 450.000,000, en las obras que exigen los arsenales.

El señor Lobo aconseja ademas que se formen nuevas ordenanzas para la marina, se dé una ley de ascensos bien entendida, se espidan buenos reglamentos para el servicio interior de los buques, se separe la contabilidad de la administracion y se adopten otras providencias de este género, sin las cuales cree, y con razon, que en vano será tener muchos buques.

Deseamos que las córtes atiendan en lo que valen las razones de este entendido oficial.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

INVENTO DEL ICTINEO, O SEA DEL BARCO-PEZ PARA LA NAVEGACION SUB-MARINA, POR DON NARCISO MONTURIOL, NATURAL DE BARCELONA.—PRUEBA DEL «ICTINEO» VERIFICADA EN AQUELLA CIUDAD, ANTE EL DUQUE DE TETUAN Y OTRO GRAN NÚMERO DE PERSONAJES, EL 29 DE SETIEMBRE ÚLTIMO. (1)

En medio del regocijo y fiestas á que se hallaba entregada la capital del antiguo principado de Cataluña, para celebrar la reciente visita de la augusta señora que ocupa el trono de las Españas, tenia lugar un acontecimiento, que indudablemente, para los que cuentan con mediana instruccion y tienen fe en la fuerza de las facultades intelectuales con que la Providencia ha dotado al hombre, así como confianza en la poderosa perseverancia, compañera inseparable del genio, forma *era* en el catálogo de los grandiosos descubrimientos é invenciones de nuestro siglo. Hablamos de la prueba del *Ictineo*, verificada en las aguas que baten los muros de la antigua ciudad de Amilcar Barca ante el ilustre jefe del gobierno de S. M. y de un concurso inmenso, compuesto de todas las clases de la sociedad, el 29 del último setiembre. El resultado de la prueba, como el de todas las realizadas anteriormente, fue completo. El inventor, don Narciso Monturiol, demostró, en el *positivo terreno de los hechos*, que á su genio debia—de aquel momento mas—el mundo civilizado, un descubrimiento, cuyos beneficios serán incalculables; bien se le considere respecto al perfeccionamiento del estudio de la parte sólida de nuestro globo, bien al del que se contrae á las peculiaridades de las líquidas inmensidades del mar que circunda á ese globo, ó bien en sus aplicaciones al arte de la guerra y al lucro del comercio.

Muchas, casi innumerables son las cuestiones que pueden resolverse por medio de este nuevo vehículo marítimo. Iniciaremos, con el inventor, las principales: «¿La corriente magnética disminuye ó aumenta de fuerza »conforme se va acercando al centro de la tierra? ¿Qué »le sucederá al hombre viviendo largo tiempo sustraido »á la accion de aire natural, de las corrientes eléctricas-»atmosféricas y lejos de la influencia de los rayos solares? »¿Dan los animales, en cantidades infinitesimales é »inobservados hasta ahora, productos que solo pueden »ser recogidos por los *Ictineos* destinados á largas exploraciones sub-marinas? ¿Para qué naturalezas puede »ser dañosa la permanencia indefinida debajo del agua, »y para qué clase de enfermedades fuera una escelente »terapéutica? ¿El agua del mar, tomada en las mayores »profundidades del Océano, contiene mayor cantidad de »oxígeno disuelto que el agua de la superficie? ó en otros »términos: ¿la presion obra como fuerza mecánica sobre »los gases contenidos en los líquidos, ó aumenta la afi»nidad química del agua con los gases? ¿Los animales »del fondo del mar deberán todos su vida á la combustion »del hidrógeno y del carbono, y los vegetales á la fija»cion del ácido-carbónico? Si fuera así, ¿la accion quí»mica de los rayos solares alcanzaria á aquellos sitios »donde no llega sensiblemente la luz, ó la naturaleza »dispondria de otro agente? ¿Las cordilleras sub-oceá»nicas son como las de la superficie de la tierra, escar»padas por la parte de Occidente y Mediodía y de un »declive suave por la parte que mira al Oriente y al »Norte? ¿Las rocas que la geología denomina primiti»vas, se encuentran en las mayores profundidades del »mar, ó bien estas nos muestran los metales que consti»tuyen en gran parte la masa de la tierra? Si el mar »presenta profundidades mayores de cuatro leguas ¿se »verificará allí una contínua produccion y condensacion »de vapores de agua? ¿Hay relaciones constantes ó pe»riódicas entre el fondo del mar y las mas elevadas re»giones atmosféricas? En una palabra, ¿qué diferencias »y qué relaciones existen entre el mundo atmosférico y »el mundo sub-oceánico (1)?»

Es un nuevo mundo el que puede esplotarse con la navegacion sub-marina; y los medios para verificarlo los proporciona Monturiol, al mundo civilizado, con su *Ictineo ó barco-pez*.

¡Dichoso el genio que superior á las innumerables medianías que poblamos la tierra, encuentra medio de arrancar nuevos secretos á la naturaleza! ¿Qué le importa á ese genio la lucha contra esas mismas medianías, cuando está seguro que, tarde ó temprano, ha de llegar el momento en que el universo ha de hacerle justicia, y que su nombre pasará á la mas remota posteridad?

En este caso se halla el señor don Narciso Monturiol. Su invento es la base que ha de servir para registrar, sin auxilio esterior de ninguna especie, las profundas soledades del Océano, y descubrir los misterios que aquellos abismos encierran; completando, de este modo, el estudio geológico de nuestro planeta; al mismo tiempo que operará toda una revolucion en el arte de la guerra marítima. «La importancia que tienen los *Ictineos*, como má»quinas de guerra, dice el señor Monturiol, en su citada »Memoria, es tan grande, que ó acaba esta sobre el mar »ó deberá hacerse por otros medios; porque los actuales »buques flotantes difícilmente y solo con gran desventaja »pueden luchar con los *Ictineos*. Los cañones de estos se »cargan y detonan entre dos aguas. Los *Ictineos* llevan »tarpedos que estallan al chocar con una embarcacion »enemiga. Pueden entrar y salir de los puertos bloquea»dos, llevando noticias, municiones, refuerzos, ect. Pue»den esperar, al paso, á buques flotantes, salir en un ins»tante á flor de agua, dispararles una andanada á boca de »jarro, ó despedirles cohetes cargados con granadas, que »ringlando por la superficie del agua se claven en los cos»tados de los buques: luego se sumergirán para cargar »de nuevo, librándose así de los disparos enemigos; aun»que, segun los planos, que, como barco de guerra ten»go formados, los *Ictineos* de primera clase, pueden »resistir las balas de cañon, puesto que su superficie es»terior no cederia á una presion de cuatro mil atmós»feras, y la pólvora desarrolla esta fuerza solo en el »mismo instante de la deflagracion.

»Si una nacion, por pequeña que fuese, tuviese arma»dos cincuenta *Ictineos*, de á treinta hombres, y doce de »á trescientos, unos y otros poseyendo como motor »sub-marino la fuerza del hombre, y en casos escepcio»nales la del aire comprimido, y para la superficie la fuer»za del vapor, podria arrostrar las iras de la nacion mas »potente en marina.»

¡Cuánta no debe ser la satisfaccion del inventor del *Ictineo*, cuando considere, que su descubrimiento no es, como tantos otros, hijo de la casualidad, sino debido á sus investigaciones en el vastísimo campo de las ciencias naturales y matemáticas!

Hasta ahora, el hombre no habia hecho otra cosa, que bajar, en el elemento líquido, hasta donde lo permitia la presion del aire que podia resistir; ó sea hasta unos veinte y cinco metros (2). En adelante, y merced á un genio español, podrá descender á las mayores profundidades, y recorrer sub-marinamente los mares, para distinguir y examinarlo todo. En una palabra, don Narciso Monturiol ha dotado al mundo con un aparato, que una vez debajo de las aguas, *y con sus propios elementos*, reune las tres circunstancias de *vida*, *movimiento y luz*.

Y si el aparato de bucear, hasta cierta profundidad, ha dado por sí solo tanto nombre á Halley, á Spalding, á Smeaton y á otros seres de los que consagran su existencia al perfeccionamiento de las ciencias, ¿cuánta y cuán duradera no será la fama que valdrá el *Ictineo* á su inventor?

De sueño se hubiera calificado por la multitud, si Monturiol, en vez de su *demostracion práctica*, le hubiera anunciado que podia recorrerse el Océano, á cualquiera profundidad, con independencia absoluta de toda ayuda esterior. Y no solo eso, sino que el aparato con que se verificase esa navegacion sub-marina, podria ser una poderosa é invisible máquina de guerra.

¡Y sin embargo nada mas cierto!

Indudablemente, la navegacion sub-marina tiene que luchar con algunos obstáculos; siendo los principales los que resultan de los movimientos de las aguas; y de estos, las corrientes. Estas, como es sabido, reconocen diferentes causas y tienen diversas fuerzas; siendo las mas potentes aquellas que tienen por orígen la atraccion de la luna, y que sujetas á marcados períodos, se conocen con el nombre de flujo y reflujo. Las hay producidas por el movimiento rotatorio de la tierra; por el desquilibrio que en las aguas del Océano causa la diferencia de temperatura que existe entre las del ecuador y las de los polos; por los huracanes ó tormentas giratorias; y últimamente, por la accion de los vientos sobre la superficie de las aguas, que hace sigan estas su direccion. Ademas, deben tenerse en cuenta las corrientes peculiares á ciertas localidades, y que siendo á veces encontradas, producen remolinos.

¿Pero no es posible vencer esos obstáculos por medio del *Ictineo*? Ciertamente sí, y el mismo inventor lo asegura en su citada Memoria; si bien no indica los medios, porque entonces tendria que entrar en consideraciones que revelasen los detalles de su invento.

Y si el *Ictineo* tiene ó puede tener los requisitos necesarios para vencer los obstáculos que le presente el Océano al atravesar su seno ¿Qué otras cualidades debe poseer para sus travesías sub-marinas?

Desde luego la de los elementos necesarios para que no falte dentro de él el aire preciso á la vida. Esta cualidad la posee por completo, como lo han demostrado las veinte y tantas pruebas verificadas con el *Ictineo*; sobre todo la que tuvo lugar el 23 de setiembre de 1859, en que permaneció sumergido *«dos horas y veinte minu»tos, durante cuyo tiempo estuvo en completa inco»municacion con nuestra atmósfera.»* Y cuenta que las pruebas se practicaron en las peores condiciones, pues el *Ictineo* hacia agua, tenia rotas las vejigas natatorias y algunos cristales, y las aguas del puerto de Barcelona están siempre sumamente sucias.

La idea de formar una *atmósfera artificial*, dentro del *Ictineo*, ó sea la base de la navegacion sub-marina, fue inspirada á Monturiol por el descubrimiento que el famoso é inmortal Lavoisier (1), hizo de las propiedades químicas y composicion del aire. En efecto, habiendo este hombre célebre separado el oxígeno del azoe, por medio de la calcinacion del mercurio, y vuelto á reunirlos, y habiendo notado antes, que el azoe era impropio para sostener la combustion, mientras que el oxígeno la sostenia con mas actividad que el aire atmosférico, dedujo que este se componia de dos fluidos elásticos, de naturalezas distintas, y puede decirse, opuestas. Siendo prueba de tan importante verdad; *«que mezclando am»bos fluidos, despues de obtenidos separadamente, se »forma un aire semejante en todo al atmosférico, »y que es casi tan á propósito como este para la com»bustion, la calcinacion, y la respiracion de los animales.*

Hé ahí, como llevamos dicho, el descubrimiento á que debe su nacimiento la navegacion sub-marina.

El inventor del *Ictineo* verificó crecido número de pruebas, ántes de fijarse definitivamente en la manera con que habia de mantener dentro del aparato un aire artificial, que no solo conservase la vida, sino que ade-

(1) Los lectores del MUSEO UNIVERSAL tienen ya una idea de este invento, por la noticia que de él aparece en el número de 5 de agosto último, y el grabado que le acompaña.

(1) Memoria sobre la navegacion sub-marina, por el inventor del Ictíneo ó barco-pez, N. Monturiol.

(2) El que escribe estas líneas descendió á unos diez metros, en el aparato llamado *Nautilus*, inventado por un norte-americano, y que segun creemos, es el mas perfecto de los que en su clase son hasta ahora conocidos.

Dos son las grandes dificultades para los aparatos de bucear: dificultades que solo es dado vencer hasta cierto punto, y son: *«La ne»cesidad de renovar continuamente el aire en los pulmones, y la »presion esterna del fluido sobre el pecho y demás cavidades del »cuerpo.»*

La necesidad de aire nuevo en los pulmones, proviene de la accion química, que al pasar sobre ellos, ejerce la atmósfera en la sangre, y que no puede interrumpirse por un solo momento. Aun no se comprende bien la naturaleza de esa accion; pero indudablemente tiene por objeto la purificacion y vigorizacion de la sangre, en razon á que esta se vicia al circular por el sistema. Por eso el aire que se aspira dentro de los pulmones, al ponerse en contacto con ella, le comunica su oxígeno, con una pequeña porcion del cual se supone combinarse, cobrando de este modo vigor. Pero la mayor cantidad del oxígeno, se combina con la materia carbónica de la sangre, y hace que á cada espiracion salga esta impureza, en forma de ácido carbónico.

Para atender á tan apremiante necesidad en los aparatos ó campanas de bucear, no hay otro medio que comunicarles el aire con una bomba; bien trabajada á mano ó con máquina de vapor. Este último era el medio de que se valian cuando el autor de este artículo hizo su descenso.

Segun los esperimentos verificados por Allen y Pepys, y cuya descripcion se halla en el tomo de *Philosophical Transactions*, correspondiente al año 1808, una persona que se puso á aspirar trescientas pulgadas de aire, contenidas en un gazómetro, empezó á perder la sensibilidad á los dos minutos; y suponiendo en cien pulgadas el aire atmosférico de los pulmones, los cuales se hallaban en estado natural al principiar la operacion, resultará, que para conservar la vida y al mismo tiempo una completa sensibilidad, son necesarias doscientas pulgadas de aire por minuto. En tal concepto, y suponiendo tambien que al aspirar con todo desahogo, contienen los pulmones doscientas cincuenta pulgadas de aire (cantidad que no puede llamarse escasa), tendremos, que un hombre podrá permanecer debajo del agua minuto y cuarto.

La presion esterna, que particularmente en grandes profundidades, ejerce el fluido sobre el pecho y demás cavidades del cuerpo, es el principal inconveniente de un aparato de bucear. Ella tiende á comprimir todo el pecho y á hacer que este espela el aire que contiene; haciendo, por consiguiente, muy difícil el conservar la respiracion.

Cada pié que se desciende en el agua, aumenta en sesenta libras la presion que el fluido ejerce sobre cada pié cuadrado del cuerpo; y si suponemos que el pecho presenta á esta presion una superficie de medio pié cuadrado, resultará, que á la profundidad de quince piés, el pecho soporta un esfuerzo igual á cuatrocientas cincuenta libras de peso, que tiende á hacerle espeler el aire que contiene: de lo cual se deduce, que solo personas dotadas de una complexion muscular muy robusta, podrán resistir semejante esfuerzo.

(1) Antonio Lorenzo Lavoisier, nació en 1743. Tuvo particular aficion á las ciencias químicas, que cultivó con admirable éxito. Su primer paso en ellas, y á la verdad, de gran importancia, fue el descubrimiento de que los metales se calcinan y las llamas arden con ayuda del principio vivificador de la atmósfera, el cual aumenta el peso de los componentes que resultan. Consecuencia de este descubrimiento, fue el del oxígeno, como principio ácido usual, así como la demostracion de la verdadera naturaleza del ácido carbónico.

Lavoisier cayó bajo el filo de la guillotina, en 1794, sin mas causa para ello que el capricho de los asesinos de la revolucion. Semejante á Arquímedes, pidió le concedieran un poco de tiempo para la conclusion de los esperimentos que tenia pendientes. Sus verdugos le respondieron impasibles: *«Que la república no necesitaba de filósofos.»*

mas evitase la menor molestia á los que lo tripulasen.

Para ello tuvo presente, segun él mismo refiere: «Que »si se encierra herméticamente un pájaro en una campa»na de cristal, *cuyo aire interior esté en comunicacion »con un aparato, cerrado tambien herméticamente, »pero capaz de determinar una corriente de aire, to»mada del interior de la campana y devuelto á ella »despues de purificado, el pájaro vivirá, comerá y no »denotará por ninguna señal de malestar que su esta»do no sea el normal; pero si el aparato deja de fun»cionar, hé aquí lo que sucede:*

»Al fin de la primera hora, la condensacion de los va»pores de agua en las paredes del cristal se pronuncia en »gotitas que van aumentando de tamaño.

»A una hora treinta minutos: El pájaro respira tenien»do el pico un poco abierto.

»A una hora cuarenta minutos: La respiracion es sen»siblemente apresurada, y el pico mas abierto. Se agita.

»A una hora cuarenta y cuatro minutos: La agitacion »es mayor; el anhelo es grande y el pico muy abierto.

»A una hora cuarenta y ocho minutos: El anhelo es »tan grande, la respiracion tan apresurada, y su males»tar tan manifiesto, que no se puede dudar de que la as»fixia está determinada.

»A una hora cincuenta y un minutos: El pájaro no »puede sostenerse; su cuerpo oscila.

»En este estado, si la experiencia se prolonga sin que »se haga intervenir el purificador, el pájaro muere: si »desde este momento obra el purificador, durante algu»nos minutos, no se nota mejora, pero no tarda esta en »ser sensible.

»A dos horas: Sigue el anhelo, pero no tan vehe»mente.

»A dos horas quince minutos: Respira con la boca casi »cerrada.

»A dos horas veinte minutos: Ha desaparecido todo »anhelo; pero está entorpecido, y no da señales de repa»rar los movimientos ni el ruido que se haga á su alre»dedor.

»A dos horas veinte y cinco minutos: Su estado es el »normal, y si se abre la campana el pájaro se echa á »volar.»

Las pruebas, para fijar el procedimiento que habia de conservar la vida á los tripulantes del *Ictineo*, las verificó Monturiol, no solo en tierra, sino tambien en el mar, y todas le probaron, que lo mismo que el pájaro, «*el hom»bre vive dentro de una atmósfera artificial tan bien »como en la natural.*» Si bien deben tenerse dos cuidados: «1.° Que el purificador marche bien, para que des»aparezcan los vapores de agua y en particular el ácido »carbónico. 2.° Que la cantidad de oxígeno mezclada con »el azoe sea constante y en la proporcion de uno del pri»mero y cuatro del segundo.»

Tenemos, pues, que don Narciso Monturiol, por medio de su *Ictineo* puede vencer los obstáculos que para la navegacion submarina le presenta el Océano: y que el mismo *Ictineo* lleva consigo «*la fábrica del fluido que »debe aspirar todo ser para mantener la vida sin nece»sidad alguna de la intervencion de la atmósfera natu»ral.*» Agréguese á esto, que el *barco-pez* es susceptible de toda clase de movimientos, tanto en la superficie, como entre dos aguas y en el fondo del mar, y tendremos «*que la navegacion submarina es un hecho real y po»sitivo*;» así como, que la gloria de la invencion de los medios para llevarla á cabo pertenece toda al señor don Narciso Monturiol, y por consiguiente al país que le vió nacer. ¿Sucederá á este famoso descubrimiento lo que á tantos otros en nuestro país? No: que el dominio del saber y de la inteligencia, aunque á costa de no pocos esfuerzos, felizmente va estableciéndose en nuestra patria; y difundiendo sus beneficios por todos los ámbitos de ella, hace que los pueblos empiezen á reconocer el verdadero valor de los descubrimientos que á ese saber y á esa inteligencia son debidos. No sucederá, no: solo el tratar de creerlo seria una grave ofensa inferida al pueblo catalan, á la ilustracion de los habitantes de la culta y rica Barcelona (1). No desmaye Monturiol ante ninguna clase de inconvenientes: sobre todo ante los que le presente la ignorancia.

No estamos ya, por fortuna, en la época en que Blasco de Garay hizo su ensayo de la aplicacion del vapor á la navegacion; pues si bien ahora puede haber quien desempeñe el triste papel que en aquella ocasion desempeñó el tesorero del emperador Cárlos V, las consecuencias serán muy pasageras, puesto que el buen instinto que se forma con los conocimientos científicos que difunde la civilizacion, sabria burlar pronto las miserias de la ignorancia ó de la envidia.

Oiga don Narciso Monturiol el consejo que nuestra amistad le da para el feliz y pronto resultado de su empresa en beneficio del universo entero:

«*Fe* y *perseverancia.*» (2)

MIGUEL LOBO.

(1) Segun tenemos entendido, se ha formado en aquella ciudad una asociacion, para llevar á feliz término la empresa del señor Monturiol.

(2) Segun las noticias mas fidedignas, la invencion de los aparatos para bucear, data del siglo XVI. Hay algunos, sin embargo, que la creen muchísimo mas antigua, diciendo que en tiempo de Aristóteles. los buzos usaban de un aparato de hechura de cafetera, con el cual podian permanecer mas tiempo debajo del agua.

El dato mas antiguo y fehaciente, que sobre este particular se posee, es el de Juan Taisnier, natural de la provincia de Hainault, quien dice y relata, que estando en Toledo, el año 1509, y en presencia del emperador Cárlos V, dos griegos descendieron debajo del agua en un aparato que parecia una cafetera en sentido inverso, dentro del cual llevaban una luz; volviendo á subir sin haberse humedecido.

La avaricia hizo que en Inglaterra, á fines del mismo siglo, se estendiese mucho el uso del aparato de bucear, pues habiendo perecido muchos buques de la *Armada invencible*, en las costas de aquellas islas, hubo muchas personas que se dedicaron á estraer del fondo del mar los pertrechos y riquezas que contenian.

El Americano, Phipps, en 1687, se valió de un aparato, mejor que los conocidos hasta entonces, y estrajo 200,000 libras esterlinas de un buque español que habia naufragado en las costas de la Isla de Santo Domingo, á principios del siglo.

El doctor Halley, en 1715, hizo desaparecer los inconvenientes de la falta de aire, arriando, desde el buque á que estaba suspendida la campana, barriles llenos de aire fresco; los cuales, por medio de tubos, descargaban este aire dentro de ella, mientras que el malo se escapaba por una válvula que la misma campana tenia en su parte superior.

La campana del doctor Halley tenia el defecto de que su inmersion y ascenso, estaban sujetas á la voluntad de los que se quedaban fuera del agua. Esto, ademas de gran trabajo, presentaba el riesgo de que la cuerda pudiera romperse y perecer los que iban dentro de la campana; pues esta, aun sumergida, era de grandísimo peso. Tambien se corria la esposicion de que aquella se enganchase en alguna roca, ú otra proeminencia, invisibles para los que están en la superficie. Estos defectos fueron obviados por Mr Spalding; pues le puso á la campana, en su parte inferior, una especie de balanza de mucho peso, que tocando ántes las rocas, hacia que aquella, falta de peso permaneciese á flote. Para que la campana pudiese bajar y subir, sin ayuda esterior, le puso un compartimiento en su centro, que separando su parte inferior de la superior, permitia que esta pudiese llenarse de aire ó de agua, á voluntad, y por consiguiente, aumentando ó disminuyendo el efecto boyante del aparato.

En 1788, inventó Mr. Smeaton su aparato de bucear; el cual tenia suficiente espesor, sobre todo en el fondo, para no necesitar peso esterior que ayudase á su descenso; y en vez de ser, como hasta entonces, de madera, era una caja de hierro, cuadrada, de cuatro y medio piés de largo, tres de ancho y cuatro y medio de alto. El aire se le comunicaba por medio de una bomba que se colocaba á bordo de un bote.

Desde Smeaton acá, pocas son las variaciones introducidas en la campana de bucear. Las mas perfectas, segun creemos, son las del doctor Payéne y la de un norte-americano, conocida con el nombre de *Nautilus*.

LA CONJURACION DE LOS MORISCOS

Y LA GUERRA DE GRANADA

EN TIEMPO DE FELIPE II.

II.

AÑO 1569 AL 1571.

Con el levantamiento general de los moriscos, con la noticia de los cruelísimos suplicios á que condenaron á cuantos cristianos residian en sus distritos ó taas, y con la audacia de Aben Humeya, apoderábase el temor y la confusion de los vecinos de Granada, y el animoso marqués de Mondejar salia á campaña el 3 de enero de 1569, con reducido ejército y firme propósito de socorrer á Orjiba, cercada por una partida rebelde. Logrólo no sin trabar antes pelea con unos tres mil y quinientos moriscos que intentaron, aunque en valde impedirle el paso del puente de Tablate, y recorrió en seguida la taa de Poqueira, los lugares de Pitres y Jubiles, de Ujijar, Cadiar, Paterna y Andarax, sosteniendo escaramuzas con los alzados que intentaban defender los desfiladeros y angosturas de los montes, saqueando sus soldados las casas de los moriscos y pasando no pocos á cuchillo, airados con la tenaz defensa que oponian. Aprisionados en Jubiles trescientos hombres y gran número de mujeres, perecieron todos á manos de la soldadesca que en medio de la oscuridad de la noche, las creyeron mancebos disfrazados, por resistirse una moza á los lascivos deseos de uno de los soldados. ¡Así comenzaba una série interminable de indecorosas y lamentables desgracias!

Al tiempo que los soldados castellanos vengaban tan tristemente los terribles escesos de los moriscos, el marqués de los Velez, solicitado por cartas del presidente de Granada, deseoso de sembrar emulacion con el de Mondejar, habia salido de Murcia con sus amigos y allegados, en número de dos mil infantes y trescientos caballos, penetrando por la parte de Lorca, recorriendo la sierra de Filabres y sentando reales en Taberna, despues de escarmentar á los rebeldes que osaban ponérsele delante. Mas entre tanto no era el de Mondejar tan feliz como podia esperarse de su valor y de la lucida gente que le acompañaban. Habia determinado ocupar el peñon de las Guájaras, sitio inaccesible y escarpado, defensa natural de gran número de moriscos que á las órdenes del Zamar se habian reconcentrado allí con ancianos, mujeres, niños y todas sus preseas, cuando el aliento y la imprudencia de varios caballeros deseosos de ganar el primer lauro de la accion, y la esperanza del botin que animaba á unos ochocientos hombres que les siguieron, inauguró una série de descalabros funestos para los soldados de Felipe II. Larga la subida, ninguna la disciplina de la gente, bajaron de la cumbre del peñon con irresistible ímpetu parte de los moriscos, destrozando y acometiendo á los cristianos que faltos de direccion por la muerte de sus capitanes, volvieron vergonzosamente las espaldas.

Pero el asalto general para vengar el anterior suceso, no se hacia esperar y al dia siguiente acometia el marqués á los rebeldes por todas partes y con numerosas fuerzas, no teniendo los sublevados otro recurso que cejar, huyendo los pocos que pudieron, y los restantes, mujeres y ancianos, hombres y niños, pusieron el cuello al filo de la espada de los vencedores, que por órden del caudillo, no perdonaron rencor, instinto ni ambicion que solicitaran. El robo fue grande y mayor la muerte (1) siendo herido y preso el Zamar mientras pugnaba heróicamente por defender una hija suya de trece años, desmayada en medio del fragor de la pelea, y llevado á Granada, le mandó atenazar el conde de Tendilla, celebrándose con júbilo la victoria. El fuerte que en la cima del peñon habian mantenido los moriscos, era asolado, y el marqués con su ejército recorria los lugares de Almuñecar, Motril y Solobreña, hallando todavía á cada paso tristes recuerdos de las atrocidades cometidas en el levantamiento.

Desde Orjiba, á donde regresó, procuraba desarmar con promesas ó con amenazas las partidas de algunos moriscos ricos é influyentes, fortificaba los lugares de la sierra de Filabres, y destacaba á los capitanes Alvaro Flores y Gaspar Maldonado con seiscientos soldados para sorprender en Mesina á Aben Humeya y al Zaguer que se hallaban con otros rebeldes, en casa de Aben Abas, morisco acogido á su salvaguardia. Pero aquellos caudillos tuvieron tiempo de escapar, descolgándose por los barrancos, siendo presos los demás, y compelido Aben Aboo á declarar su paradero con tormento bárbaro é indecoroso, venganza indigna de un capitan castellano y de quien se apreciaba de caballero ademas de ser soldado.

El temor de castigos horrorosos, pasados el furor y el entusiasmo de la rebelion, hacia reducir poco á poco á la clemencia del de Mondejar muchas poblaciones moriscas; mas los soldados sedientos de rapiña é indisciplinados, trataban lo mismo á los moros enemigos y armados que á los indefensos y acogidos á la real salvaguardia, pereciendo tambien así no pocos de sus mejores capitanes en manos de los mismos moriscos reducidos, que no podian menos de vengar los saqueos y las matanzas inconsideradas. Perdiéronse miserablemente Alvaro Flores y Antonio de Avila con unos mil cristianos, por saquear á Valor, y aunque por igual motivo perecia el capitan Diego Gasca en la villa de Turon, sus soldados enfurecidos robaban y mataban al vecindario, á pesar de ser de moros fieles, cautivando niños y mujeres, entregando ademas el caserío á las llamas.

Al propio tiempo los lugares de las taas de Berja y Dalias, reducidos muchos á la obediencia, eran entrados con furia por otras compañías de soldados castellanos avidos de botin, que robaron ó incendiaron asesinando cruelmente, sin respetar la debilidad de los enfermos ni el pudor de las jóvenes moriscas.

El de los Velez, adelantando sus armas por la otra parte del reino, subyugaba tambien muchos de los rebeldes, pero los que se le oponian mostraban un teson difícil de doblegar en breve espacio de tiempo. En Ohanez tuvo que entrar á fuerza de armas, con pérdida de algunos peones hallando horrible espectáculo al llegar á las gradas de la iglesia; veinte cabezas de otras tantas doncellas cristianas se hallaban en el suelo puestas por órden, tendidas las cabelleras, asesinadas en holocausto al falso profeta. Y aun no debia ser aquel el último de los atentados: en Guecija quemaron y ahogaron los moriscos veinte frailes en aceite hirviendo, con objeto tambien de agradar á su Dios y tenerlo propicio. ¡Cruel y abominable religion, prorumpe un escritor, aplacar á Dios con vida y sangre inocente!

Mas estos pavorosos desmanes, bien fuesen cometidos por los moriscos bien por los soldados cristianos, cuya mision no era ni debia ser otra que reducir los rebeldes sin entregarse al saqueo ó á la matanza de hombres sumisos ó indefensos, contribuian solo á exasperar mas y mas el ánimo de los insurrectos escarmentando á los que de buena fé habian depuesto ya las armas colocándose bajo el amparo del de Mondejar. Los enemigos tomaron al contrario mayor valor, y hasta los sumisos, los indiferentes y los temerosos viéndose robados y acuchillados sin compasion por los cristianos codiciosos en demasía, internáronse en las sierras y acrecentaron los secuaces de Aben Humeya (2).

Reforzado este con los descontentos y ofendidos, entró como dice don Diego de Mendoza, con mayor autoridad y diligencia en el gobierno, no como cabeza de pueblos rogados ó gente esparcida sin órden, sino como rey y señor. «Siguió nuestro órden de guerra, repartió la gente por escuadras, juntóla en compañías, nombró capitanes, mandó que aquellos y no otros arbolasen banderas, púsolas debajo de coroneles, y cada partido que estuviese al gobierno de un alcaide. Para su persona pagó arcabuceria de guardia, que fue creciendo hasta cuatrocientos hombres, levantó un estandarte bermejo que mostraba el lugar de la persona del rey, á manera de guion; recibió para mantenimiento del reino el diezmo de los frutos y el quinto de las presas» (3). Hízose, en fin, poderoso, segun escribe Marmol, tornó á renovar la guerra con mayor confianza, viéndose rodeado de mucha gente que de todas partes le acudia, armados de las armas que quitaban juntamente con las vidas á los soldados, y poniendo su ánimo en defender la Alpujarra y en levantar los otros lugares que hasta

(1) *Guerra de Granada hecha por el rey Felipe II*, por don Diego de Mendoza.

(2) Casi al cabo de un año, en las córtes de Córdoba del año 1570, se pidió se proveyese lo necesario para castigar los escesos é insultos que cometian los soldados levantados para el castigo de los moriscos, que lo mismo robaban y mataban á los rebeldes que á los sumisos y aun á los cristianos.

(3) *Guerra de Granada hecha por el rey Felipe II*, por don Diego de Mendoza.

entonces no se habian rebelado, con vana inchazon imaginaba cómo poder ofender á Granada y á las demás ciudades de aquel reino (1).

Tales eran los lastimosos resultados de la codicia y lascivia de los soldados, de la impericia de los capitanes, de la emulacion de los caudillos y del descrédito de los ministros. Porque entendiendo muchos en la administracion de justicia y de guerra en el reino granadino, mostraba cada cual su parecer, diferentes todos y encontrados, tomando unos por venganza los desórdenes de los soldados, y otros meramente por castigos, creciendo la libertad, la impaciencia y la malicia de todos, con lo cual se elevaban al rey tan diversos y contradictorios informes que rebosando de indignacion acordaba enviar á Granada para reducir á los moriscos al célebre D. Juan de Austria, seguido de esperimentados capitanes y aguerridos tercios. Y en verdad que el vuelo que tomaba la insurreccion merecia prontas y nuevas medidas, ya que no fuera el mismo Felipe quien pasara á combatir los rebeldes, porque hasta allí habian sido insignificantes las ventajas que al mando del marqués de Mondejar habian obtenido los cristianos.

Llegado á Granada el de Austria, despues de entrar con solemne recibimiento y de consolar mas de cuatrocientas mujeres cristianas viudas y huérfanas de las víctimas del alzamiento, que le salieron al paso en demanda de venganza; refrenaba la licencia de la tropa, reconocia los muros y las puertas de la ciudad, y establecia una rigurosa policía (2). Por órden del rey su hermano debia D. Juan aconsejarse de varios personajes tan ilustres como esperimentados que puso á su lado, para que acertara mejor en sus acuerdos, pero no siempre opinaban aquellos ni con prudencia ni con igual acierto, y colocaban al jóven príncipe entre la duda y la indecision. Grave inconveniente para quien lleva el peso de los negocios y es el único responsable de su recta ó torcida marcha. Dividiéronse las opiniones de sus consejeros sobre la medida de espulsar del reino de Granada á todos los moriscos, como medio eficaz para acabar la guerra, pero don Juan que queria mantener la fé de los antiguos tratados y creia difícil llevarlo á cabo, escusaba dar su voto y se limitaba por entonces á reorganizar el ejército y reforzar las guarniciones de algunos pueblos. Unicamente permitió que se obligara á abandonar sus hogares á los moriscos de Pinos y Monachil, para cortar las comunicaciones que mantenian con los insurgentes.

RECEPCION SOLEMNE DE LA EMBAJADA MARROQUI POR SS. MM.

Aben Humeya crecido en animo y en fuerzas con el socorro de algunos turcos y capitanes esperimentados, circulando una proclama en que aseguraba el socorro de una poderosa escuadra de Aluch Alí, gobernador de Argel, (1) y encomendando diversos mandos á los principales sublevados, escluyendo no obstante á Farag Aben Farag que aspiraba á destronarle: daba desde luego en qué entender al animoso jóven á quien Dios reservaba la célebre victoria de Lepanto. Tan sagaz como incansable, remedando en su córte cerril el esplendor de los antiguos Alhamares, prodigando el oro y los favores entre sus fieros partidarios, manteniendo al par alzada su cimitarra para castigar los escesos de los suyos y de los estraños, lograba el caudillo moro la sumision de todos los rebeldes á quienes, segun el ímpetu ó el temple de su saña, mantenia en las guaridas de la Alpujarra ó derramaba sembrando la muerte por los valles y los términos mismos de Almería y de Málaga. Sus correrías amenazaban ya la vega de Granada, y el fruto de ellas era en todas partes

(1) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol Carvajal.

(2) *Vida de don Juan de Austria*, por Vanderhamen

(1) *Vida de Felipe II*, por Luis de Cabrera.



derrotar las compañías cristianas pasando á cuchillo á los que no tenian la dicha de perecer en el combate. En sus marchas veloces sorprendian los rebeldes á los destacamentos, y si muchas veces atacaban sus posiciones los soldados del de Austria ó del marqués de los Velez, que habia sucedido en el cargo de capitan general al de Mondejar, muy amenudo veíanse tambien precisados á ceder y á retirarse precipitadamente á sus presidios, porque los enemigos en increible número brotaban de todas partes.

(Se concluirá en el próximo número.)

FLORENCIO JANER.

ADRIAN VAN-OSTADE.

Entre los pintores holandeses que acreditaron sus escuela durante el siglo XVII, Van-Ostade es uno de los que brillaban en primera línea al lado de Teniers y de Brauwer. Admirador del primero y condiscípulo del segundo, supo asimilar sus estilos, creándose otro nuevo y original á pesar de la casi identidad de composiciones.

¿Quién no conoce los asuntos característicos de las pinturas holandesas flamencas? Bebedores, fumadores, baratijeros, truhanes, cocineros, kermeses é interiores de familia: he aquí la comidilla favorita de los Steen y los Dow. Ostade no se contentó con la fiel reproduccion de estas groseras representaciones, sino que de intento exageró su fealdad bajo sus rasgos mas innobles y su esterioridad mas repugnante. Así los héroes principales de este pintor, son regularmente una especie de Sancho Panzas, y las heroinas unas verdaderas Maritornes; es decir, el tipo de la villanía; el bello ideal de lo feo.

¿Cómo, se nos dirá, pueden interesar tales sugetos y tales obras? A esta pregunta responderemos con otras ¿por qué interesan los Monipodios de Cervantes y los Tacaños de Quevedo?

El arte reside do quiera: solo falta que el ingenio sepa evocarlo. La hermosura no estriba precisamente en los modelos, sino en la inteligencia artística que acierta á darles relieve prestándoles su propia vida.

La mujer mas linda copiada sin arte, se convierte en mamarracho, mientras el gañan de Teniers y el mendigo de Callot, son y serán siempre unos verdaderos dechados á pesar de sus harapos y de sus embrutecidas facciones.

En el modo de concebir y plantear una composicion, en apreciarla y sentirla, en adivinar su interés, en sorprender su originalidad, en exibirla y caracterizarla con todo lo que tiene de bello ó de grotesco, de acentuado y privativo; he aquí lo que hace la maestría; he aquí la principal base del mérito de Ostade.

¿Qué importa la vulgaridad objetiva, si el sujetivo del maestro sobresale en sus creaciones, con la verdad de la naturaleza idealizada por la concepcion mas lozana y fecunda?

Como todos los grandes humoristas, Ostade es una especialidad, y cabalmente esta especialidad es la que mas le aquilata.

¿Cuántos pintores, siguiendo las reglas del preceptista, hicieron obras esmeradas, intachables, muy conformes á las leyes teóricas, que sin embargo, yacen arrinconadas sin que de ellas se acuerde la posteridad? Al contrario, el osado ingenio que rompiendo vallas, sin curarse mucho de los preceptos, abre nuevas vias para llegar á un término desconocido, ese es el que principalmente brilla en el zenit artístico con la aureola de un astro esplendente conquistándose la gloria que acompaña á las eminencias.

No es decir que canonicemos las licencias, demasiado frecuentes por desgracia, ni creemos que en tesis absoluta deban postergarse las reglas sancionadas por una especulacion y práctica constantes; muy al contrario, á nadie mas que á los atrevidos cumple aquietarse, pero es preciso no confundir lo esencial con lo que no lo es, la convencion indispensable, fuera de la cual no hay arte ni otra cosa, y la libre gestion que constituye la entidad del genio, la vitalidad y autonomía del artista.

REVISTA PASADA POR SS. MM. A LOS BUQUES DE LA ESCUADRA FONDEADA EN EL PUERTO DE MAHON EL 19 DE SETIEMBRE DE 1860.

Princesa de Asturias. Lepanto. Menorca. Mahones. General Alava. Borja. San Quintin. Liniers. Isabel II.

Cuando otra prueba no hubiese de lo que decimos, la tendríamos en Ostade. Su mérito no consiste todo en la originalidad: Brauwer mas osado que él, goza menos nombradía; pero Ostade es á la vez profundamente observador, maravillosamente verdadero, prodigiosamente fecundo: su creacion prolífica engendra do quiera la actividad y el movimiento, pero una actividad animada, un movimiento real; el movimiento y actividad de la vida, de los hombres, de sus pasiones, de sus acciones; el movimiento y actividad mas adecuados al asunto que trata; la hilaridad de una escena bufona, la descompostura de una crapulosa tabagia, la beatitud de una reunion casera; todo eso realzado por medio de los grandes recursos del arte; fácil dibujo, gracioso agrupado, vistosa perspectiva, natural espresion, y sobre todo gran mágia de color y admirable soltura de pincel.

«Ostade, dice un crítico idóneo, tiene el sentimiento de lo pintoresco: su dibujo no es de lo mas castigado, pero en cambio, ¡qué ligereza de toques, qué trasparencia y vigor de entonacion! ¡Cómo contiene la mirada y distrae la atencion del censor haciéndole perderse en aquellos rústicos interiores por cuya ventana el sol dardea sus rayos al través de graciosas enredaderas! ¡Qué genio el suyo de órden y pormenores! Todo se toca en sus cuadros; sin tropiezo puede andarse alrededor de las hacendosas comadres, rodeadas de una turba de chiquillos, y tan salientes aparecen los objetos, tan fuertes de colorido y luz, que se dirian pintados al esmalte.»

Los héroes de Ostade, dice otro biógrafo, son en verdad rudos y villanos, y aun entre los rudos son preferidos los mas ruines, al lado de compañeros que no les van en zaga. Ya se presentan aislados en su retiro; ya allegados á las puertas de un lugar; triscando al son de rústica zampoña; ya ocupan las aras de Baco consagrados á prolijas libaciones; ya rodean el hogar fumoso, grandes y chicos, hombres y animales, todos á cual mas puerco y derrengado, chapuzando en horrible promiscuacion entre un sin fin de trapillos, baratijas y cachivaches. ¿Cuándo, sin embargo, viéranse reunidas mas luz y viveza, mas armonía y animacion de las que en esas composicioncillas rebosan?

Ostade es hijo de Lubeck, donde nació en 1610 y falleció en Amsterdam el año de 1685, habiendo por consiguiente disfrutado la larga existencia de setenta y cinco años. Educóse en Harlem, en la escuela de Francisco Hals, su maestro reconocido, aunque se aprovechó no poco de los ejemplos de Teniers y de Brauwer, su propio camarada. Una gran penetracion unidas á otras disposiciones naturales, hiciéronle pronto hábil é independiente, y el aura pública no tardó en cernerse sobre su cabeza.

En 1662 la proximidad del ejército francés le obligó á huir de Harlem, alarmado hasta el punto de vender sus efectos y realizar todos sus haberes con ánimo de retirarse al pueblo nativo y consagrarse tranquilamente al ejercicio de su profesion. De tránsito en Amsterdam, un rico vecino llamado Senneport le retuvo consigo, y haciéndole ver lo estimado que era de los conocedores, y el aprecio que de las artes se hacia en aquella industriosa capital, logró inducirle á fijarse allí.

Desde entonces la nombradía de Ostade fué siempre en aumento: llovíanle demandas de todas partes; disputábanse los aficionados sus obras, y los alumnos se agolpaban á su taller. Sobresalieron entre estos Juan Steen, fiel satélite del maestro, aunque de sobra desenvuelto. Isaac, hermano menor de Ostade, que murió jóven, y cuyas obras se le han atribuido muchas veces, y Juan Van Goyen, del cual hubo una hija por esposa, la que á su vez dió al pintor nada menos que ocho lindos y mofletudos rorros. ¡Feliz padre que sabia realizar en la vida lo que fantaseaba en su imaginacion! Por contrario fenómeno, esos interiores domésticos tan apacibles, esas francachelas de bebedores que dormian entre pipa y jarro en el regazo de sus bonachonas mitades, deben ser sin duda el mas fiel retrato de la existencia agena de peripecias en que consumió sus largos dias este humorista flamenco por escelencia.

Sobre los muchos cuadros y dibujos de Ostade, consérvase una serie de cincuenta planchas al agua fuerte, cuyo grabado sin ser de lo mas primoroso, recomiéndase por su finura y sabor castizo, como puede juzgarse por el fac-símile que en el número antepasado se ha publicado. Inútil es decir que estos caprichos reunen la misma originalidad que sus demás obras.

J. Puiggarí.

MEDICINA ENTRE LOS CHINOS.

El estudio de la medicina entre los chinos es tan antiguo como el de la astronomía. Con todo, teniendo solo conocimientos superficiales de física y menos aun de anatomía, sus teorías médicas deben ser y son muy débiles, y faltas de criterio.

Es necesario distinguir en la medicina la parte científica de la práctica. Esta la han poseido con mas ó menos perfeccion todos los pueblos, porque siendo importante la conservacion de la salud, han adoptado aquellos remedios, que á veces la naturaleza, la casualidad y la necesidad en las mas de las ocasiones han presentado, produciendo ventajosos resultados. Este es el gran principio del arte, que rechazando todo lo nocivo, adopta solo lo útil, y da orígen á la esperiencia y á la observacion.

Entre esta y la ciencia médica, hay sin embargo un espacio inmenso. Antes de que mereciera esta calificacion, fue preciso ver mucho, observar detenidamente, hallar verdades, deducir consecuencias, fijar principios y hacer exactas aplicaciones. El mundo y el hombre han sido estudiados con toda escrupulosidad, y las ciencias físicas, naturales y morales han nacido para conocer al hombre debidamente en sus vicisitudes y estados.

Mas como la naturaleza no se deja con facilidad arrebatar sus arcanos, la formacion de la medicina tal como hoy la poseemos ha sido lenta, aunque progresiva. Sin embargo no podemos jactarnos aun de que aun no le falten espacios que recorrer, que deplora el sabio, y que el crítico sabe señalar. La anatomía no ha revelado aun muchos de sus arcanos, ni nos ha dicho el uso y destino de ciertos órganos. Las causas de muchos efectos físicos yacen en la oscuridad, y las relaciones del hombre físico y moral no están convenientemente deslindadas. ¿Si esto sucede en Europa y en el mundo sabio del siglo XIX, ¿qué debemos prometernos de un imperio estacionario por sistema, y en donde el vuelo del genio tiene mil trabas? Con estos antecedentes ocupémonos del estado de la medicina entre los chinos.

Los chinos tienen escelentes prácticos, que conocen perfectamente los medicamentos, y que los emplean con éxito. La mayor parte de ellos son misturas de yerbas, raices, frutas y semillas frias. Estos remedios están endulzados por lo comun, su accion es lenta y no fatigan al estómago.

Pretenden conocer perfectamente el pulso y sus latidos y en este punto son muy analíticos.—Distinguen el pulso superficial, el escurridizo, el profundo, el áspero, el trémulo, el separado, el rodante, el saltante, el pesado y otros, que creen corresponder á los diferentes estados del sistema sanguíneo arterial. Juzgan diferente el pulso no solo con relacion á la edad sino á la estatura, color, temperamento y sexo: el pulso dicen cambian segun las estaciones, siendo mas marcado este cambio en primavera y otoño. No se limitan á tomar el pulso en la muñeca, lo toman tambien en varios puntos segun la parte que creen afectada. En las enfermedades del hígado apoyan los dedos en la union de la muñeca izquierda con el cúbico: á esto llaman pulso del hígado. El pulso del estómago lo creen en la muñeca izquierda. El de los riñones en la estremidad de los codos respectivos á cada uno.

Es bastante notable su modo de pulsar; apoyan el brazo del enfermo en una almohada; aplican el dedo de enmedio sobre la arteria; despues los dos siguientes, el primero con muy poca presion, que aumentan progresivamente. Suelen con frecuencia repetir estas operaciones, tratando de observar y fijar las diferencias. Segun la diversidad de los movimientos declaran en qué region del cuerpo está la enfermedad, cuánto durará y si el enfermo ha de curar ó no. Los médicos chinos tienen por principio, que cuando el pulso está arreglado, en el tiempo de una inspiracion y una aspiracion deben darse de cuatro á cinco pulsaciones, cuando mas; si tiene seis está desarreglado: si ocho la enfermedad es peligrosa, si pasa de este número es mortal. En algunos libros chinos de los que ha citado fragmentos el padre Halde, hay indicaciones muy particulares y predicciones fundadas, segun ellos, en las vibraciones del pulso. Si despues de cuarenta pulsaciones seguidas, dicen, falta una, indican que alguna de las partes nobles está falta de espíritus, y que la persona debe morir tres ó cuatro años despues en la primavera. Igualmente aseguran, que el enfermo, que tiene seguidas cincuenta pulsaciones sin la menor detencion goza de salud perfecta; pero que si se detienen una sola vez, despues de las cincuenta pulsaciones, alguna parte noble está atacada, y debe morir la persona á los cinco años. Si las pulsaciones son treinta y sigue una intermision, solo vivirá tres años. Si el pulso de la muñeca izquierda se ahonda, se eleva y se vuelve á ahondar despues de diez y nueve pulsaciones, el hígado está en desorganizacion y la muerte es próxima. Si el pulso de la estremidad del codo derecho despues de siete pulsaciones se ahonda y permanece en tal estado, hay pocas horas de vida. Si se detiene el pulso despues de dos vibraciones, muere el enfermo al segundo ó tercero dia; pero si las vibraciones son tres y despues viene la intermision puede vivir cinco ó seis dias.

El uso de la sangría es poco comun en la China; no emplean siempre la lanceta; se sirven de todo instrumento cortante. Delante del misionero Hervic se hizo una sangría con un pedazo de porcelana rota. La abertura es muy pequeña, la cantidad de sangre que sacan, apenas llega á dos onzas, y á la cisura se aplica sal y nada de compresa ni ligadura. Los médicos de Macao han introducido en la China el uso de las ayudas; como remedio estranjero, le llaman los chinos *remedio de los bárbaros*.

Padecen poco los chinos de reuma, gota, ni cálculos en la orina, lo cual es debido sin duda al continuo uso del té. Las oftalmías son allí muy frecuentes, y no hay país donde se hallen tantos ciegos. El pueblo bajo está sujeto á la enfermedad, llamada *Mordechi* (1). Creen que es un cólico violento con fuertes vómitos, despues del cual el enfermo queda adormecido en una especie de asfixia; para sacarle de este estado se le aplica en los piés una bola de hierro enrojecida al fuego; si la siente se retira la bola, y por lo comun se cura; si es insensible á las primeras aplicaciones se repiten y se le quema impiamente hasta los huesos. Si la violencia de las quemaduras no le arrancan ninguna queja, se desespera de la curacion.

En los cólicos ordinarios el uso de las ventosas es muy frecuente. Es opinion muy general entre los chinos, que las enfermedades son originadas de la malignidad de ciertos gases deletéreos y corrompidos, que se producen dentro del cuerpo humano. Emplean el fuego para espelerlos, y en ciertos casos han recurrido á la *acupuntura* (2): remedio originario del Japon. La viruela es tan comun y destructora en la China, como lo era en Europa, antes del descubrimiento de la vacuna. Mr. Salmon asegura, que es muy antigua en dicho país la *inoculacion*. La practican de este modo. Se cortan algunas pústulas á un virolento, y se pulverizan, echando los polvos por las narices, al que se quiere inocular, por medio de un canuto: siempre se inocula en la primavera, ó en principios del otoño, y se prepara el cuerpo con bebidas mucilaginosas; tomadas bien estas precauciones, la inoculacion es siempre de favorables resultados. Los ingleses, antes de la vacunacion, usaron de este remedio, tomado sin duda de los chinos.

Tales son las principales noticias que acerca de la medicina puesta en práctica en el celeste Imperio, hemos creido mas dignas de notarse, como noticias curiosas, y que creemos no desagradarán á los lectores del Museo.

R.

(1) Mordechi: esta enfermedad, conocida con el mismo nombre en la India Oriental, es el cólera morbo-asiático, observado por muchos años por el inglés *Saunders*, y descrita en su *Tratado de las enfermedades del hígado*.

(2) Acupuntura: se verifica este remedio quirúrgico por medio de un instrumento de punta muy cortante, que concluye en triángulo, y que se aplica con una vaina por lo comun de plata, que todo lo cubre menos la punta.

LA QUINTAÑONA.

(*Del libro inédito*; Cuentos de la villa).

Y muerta pide y enterrada engaña.
Quevedo.

A la luz de su conciencia
una dueña pergamino
se leyó cierta mañana
y de esta manera dijo:
«Puesto que ya pide cuentas
medio siglo á medio siglo,
caigo en la cuenta, y á cuento
quiero traer lo que he sido.
Mi orígen daria orígen
á dudas y lo suprimo;
mi fin será cual mis fines,
final de mis artificios.
Viví de vidas agenas,
pues ni aun el tiempo que vivo
de mi cosecha lo gasto
por no gastar de lo mio.
Llamáronme *descarada*,
mas yo en lo de *cara* afirmo,
que fui mas que los flamencos
á galanes y maridos.
Aunque la eché de hechicera
no tuve jamás hechizos,
mis hechos son mis hechuras,
y entre los duchos mis dichos.
Aunque nunca oficio tuve
vendí á todos mis oficios,
y en pagar, dudo que quiera
cobrarse en mí el diablo mismo.
Mas muertos he levantado
que han de alzarse el dia del juicio,
y he visto morir mas honras
que un álamo del sotillo.
Pasé la vida en *pasadas*,
y fui, sábenlo mis *primos*,
mas tocada que vihuela,
mas falsa que un mal amigo.
Mas corrida que caballo,
mas buscada que ministro,
mas embustera que un sastre
y mas torcida que un vizco.
Mas tachada que las coplas
de un poeta primerizo,
mas pagada que tributo,
mas fácil que amar á un rico.
Mas mudable que veleta,
mas verde que el Buen-Retiro,
mas privada que un pecado,
mas público que un bautizo.
En los oidos golilla
en el pedir capuchino,
inquisicion por los autos,
lavandera por los lios.
Con mas *hierros* que una lonja,
con mas manchas que un molino,
con mas cruces que un calvario,
con mas señales que un libro.
Correo de malas nuevas
corredora de los vicios,
lavandera de tropiezos,
peinadora de postizos.
Letrado en los pareceres
en la apostura novicio,
botica en lo redomada
y corriente como un rio.
Tal me pintan por el mundo
y yo ha tiempo no me pinto,
si no pinta mi pintura
será que la pinta han visto.

Manuel de Vedma.

PRESENTACION DE LA EMBAJADA

MARROQUI.

En el presente número verán nuestros lectores el grabado que representa la embajada marroquí en el acto de ser recibida en palacio por SS. MM. Aunque este suceso se verificó hace dos meses, su recuerdo no ha desaparecido todavía, y es importante consignarlo por medio del grabado como memoria de los resultados de la gloriosa campaña de Africa, que tanto ha enaltecido la fama del soldado español. Creemos, pues, que se verá con gusto la reproduccion fiel que el Museo hace de aquella escena grandiosa.

CUSTODIA

PARA LA SANTA IGLESIA DE LUGO.

Deseando El Museo Universal dar á conocer todo lo notable que en las artes se produce y que muestre los adelantos de nuestro pais, presenta hoy á sus lectores el grabado que acompaña á este número, copia de la custodia que destinada á Lugo para reemplazar á la que una mano sacrílega robó á dicha iglesia, ha sido construida en los talleres del conocido artista don José Ramirez de Arellano.

La custodia en su totalidad pertenece al estilo plateresco como observará el lector teniendo á la vista la viñeta, y su forma encierra un pensamiento cristiano católico: la fe religiosa triunfando de las heregías.

Cuatro querubines sostienen un pié de forma contorneada, con filetes dorados sobre fondo blanco y sobrepuestos cincelados, dorados igualmente, notándose en la parte anterior un escudo de oro con esmalte ginebrino.

Sobre este pié se eleva la basa general formada por un grupo de figuras que representan las heregías y la estátua de la fe en actitud de humillarlas.

La espresion de ferocidad y rabia de dichas heregías, declara bien el objeto que con ellas se propuso representar el artista, así como la esbeltez y dulzura de la fe manifiesta tambien con mucha exactitud la idea con que allí se la coloca. Vestida con un ropaje talar, ondulante y

aéreo coloca con su mano derecha y sostiene sobre su cabeza un cáliz, símbolo del Nuevo Testamento, mientras ostenta en la izquierda la cruz de la redencion, en la cual van incrustados ciento veinte y cuatro diamantes; y tanto la venda con que la fe tiene cubiertos sus ojos, como el cinturon, collar y un lazo que sujeta parte de su ropaje sobre el hombro izquierdo llevan tambien incrustados ciento cuatro hermosos diamantes y tres magníficas esmeraldas.

El cáliz es de una forma esbelta y elegante: comienza su pié en una orla de diamantes: otros diamantes mas gruesos forman la base alternando con varias esmeraldas y sobre ella se levanta la copa con filetes dorados y fondo blanco. Encima se eleva la gran ráfaga con mil doscientos cincuenta y cuatro topacios en la cual una nube blanca circunda el viril y contraviril, formado este último de una elegante greca de adornos con quinientos veinte y cuatro brillantes y veinte esmeraldas. Por último, sobre la ráfaga y como saliendo de la nube se ve una calada y transparente cruz de oro cincelado con profusion de brillantes esmeraldas y diamantes.

El trabajo de todo el artefacto es delicado y de gusto. Si el señor Arellano no fuese un artista que goza ya de merecida reputacion esta obra se la daria.

Terminaremos anunciando que la custodia ha sido hecho á espensas de las limosnas de los fieles.

EPIGRAMA

DEL PRINCIPE DE GALES Á LA SEÑORA INFANTA DOÑA MARIA, CUANDO ESTUVO EN ESPAÑA PRETENDIENDO SU CASAMIENTO.

En un libro de *papeles varios* inéditos, tomamos el siguiente *epigrama* del príncipe de Gales y su traduccion castellana.

Fax, grata est, gratum est vulnus, mihi grata catena est,
Me quibus adstringit, lædit et uris amor.
Flamam extingui, sanari vulnera, nolui
Vincla, et si possem, non ego posse vellim
Mirum equidem genus hoc morbi est, nam in concordia (et ictus.
Vincla que vinctus adhuc, læsus et ustus amo.

TRADUCCION CASTELLANA.

El ardor y la herida, el lazo estrecho
Con que me aprieta amor lastima enciende,
Mas dulce es para mí, que á su despecho
Jamás alivio mi dolor pretende.
Y si apagar la llama y ver el pecho
Sano, y rota la cárcel que me prende,
Libre salir, amor me permitiera,
No quisiera poder aunque pudiera.
O nunca visto modo de accidente
Cautivo y lastimado
Mas la prision y las heridas quiero,
Y mientras abrasado
Débil ceniza soy, contento espero
Nuevos incendios y por ellos muero.

ESCOMUNIONES.

En los momentos en que se espera que el papa lance contra Victor Manuel, la escomunion mayor, por haber invadido sus tropas los Estados de la Iglesia, creemos que se leerán con gusto las siguientes curiosas consideraciones que acerca de la escomunion, leemos en un *libro de papeles varios*, escrito por un fraile en 1694. Dice así:

Escomunion. Cuanto se haya de temer se colige de que antiguamente los diablos despedazaban con la boca al escomulgado.

El juez puede escomulgar á uno aunque sepa que no se ha de enmendar y que la escomunion no le ha de ser medicinal, porque aun entonces lo será.

No se puede escomulgar los animales irracionales propiamente, y es superstiсion grande, sino conjurarlos con las oraciones que la Iglesia tiene para esto, ni obsta que Casaneo refiera que muchas veces á la langosta y otros animales los han escomulgado y que se han ido habiendo hecho forma de juicio contra ellos, porque responde Navarro que aquello no provenia de la bondad de la sentencia, sino que el diablo los quitaba para hacer creer que se iban por aquel modo de juicio, que es falso, y á lo que se dice que San Bernardo y otros los escomulgaban, se responde que no era escomunion sino abjuracion con las preces y oraciones de la Iglesia.

PENSAMIENTOS.

El corazon del hombre es un abismo de sufrimientos, cuya profundidad no se ha podido ni se podrá sondear jamás.

El hombre desgarra siempre el seno de su nodriza y agota el suelo que le produjo, queriendo de continuo arreglar la naturaleza y rehacer la obra de Dios.

La vida elegante enervando los órganos y sobreescitando los ánimos, ha cerrado las casas de los ricos á los rayos del sol, y ha encendido candelabros para darles luz cuando despiertan, pasando el uso de la vida á las horas que la naturaleza señala para su abdicacion.

En la edad de las pasiones enérgicas, ya no tenemos ni pasiones ni deseos, á no ser el de acabar con la fatiga y reposar tendidos en una huesa.

El hombre que no ha sufrido no es nada. Es un ser incompleto, una fuerza inútil, una materia bruta y sin valor que el cincel del artífice romperá tal vez cuando pretenda darle forma.

Sentir el sufrimiento impuesto por el Criador, no es todo el trabajo del hombre; lo principal es aceptarlo, porque gritar de contínuo y maldecir el yugo, no es llevarlo.

Cuando uno llega á colocarse en los límites de la negacion y de la afirmacion, y se cree haber alcanzado la sabiduría, está muy cerca de la locura, porque no se tiene mas medio de adelanto que la perfeccion, que es imposible, ó la razon instintiva, que no estando sumisa á la reflexion, puede conducirnos al delirio.

Una mujer no es un instrumento grosero que cualquier palurdo hace vibrar, no; es una lira delicada que debe animar un soplo divino antes de pedirla el himno de amor.

Los amores de cabeza producen tan grandes acciones como los de corazon, y tienen, si no tanta duracion, tanta violencia á lo menos.

El amor de los sentidos, puede ennoblecerse y santificarse con la lucha y el sacrificio.

El hombre puede librarse de las pasiones; pero no rompe impunemente toda simpatía con sus semejantes.

Solo las almas débiles se corrompen en la adversidad; las fuertes se purifican.

JORGE SAND.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

VIII.

LA PRIMERA SINGLADURA.—LOS PASAJEROS Á LA SALIDA DEL PUERTO.

Los marineros que conducian á doña Pánfila, sin sentido aun á consecuencia del inesperado viaje aéreo que acababa de hacer y del baño, mas inesperado aun, que habia tomado, atravesaron lentamente la cubierta desde el portalon de estribor hasta la entrada de la cámara, dejando tras sí un arroyo, y seguidos, como ya sabemos, del capitan, de Argensola y de Eloisa; depositaron sobre la parte firme de la claraboya su húmeda y pesada carga, y regresaron á proa para tomar parte con sus camaradas en la maniobra, dando allí por terminada su mision, puesto que les hubiera sido poco menos que imposible bajar, con la buena señora en brazos, la estrecha y pendiente escalera que conducia á la morada del capitan.

Dos minutos se habian pasado apenas cuando la esposa de don Romualdo exhaló un prolongadísimo suspiro, y tras él abrió espantada los ojos, fijó la vista alternativamente en el jefe del buque y en su esposo, como preguntándoles en silencio el por qué de la solicitud con que la contemplaban, se incorporó hasta el punto de quedar casi sentada, se tocó sus vestidos, se ruborizó al ver seguramente en relieve sus abultadas formas (inconveniente á que no se hubiera visto espuesta en estos tiempos de bambolla femenina ó si hubiese vivido en la época de los tontillos), se lanzó al suelo de un salto, tomó á todo trapo la entrada de la cámara, puso el pié derecho en el primer escalon, el buque se inclinó en aquel momento mas de lo regular sobre uno de sus costados, el zapato, húmedo á mas no poder, se escurrió por el peldaño, perdió la buena señora el equilibrio, Argensola, que se disponia á seguirla la coge apresuradamente, engañado por el deseo sobre la verdadera latitud de sus fuerzas, resbala, cae de rodillas y la pesada carga que queria sostener estaba á punto de escapársele, arrastrándole quizás en su caida, cuando el capitan, lanzándose precipitadamente en su auxilio y cogiendo al uno por el cuello de la levita y á la otra por la falda del vestido, dió con ambos sobre cubierta, cual si la vista del peligro que sus pasajeros y amigos corrian le hubiese prestado las fuerzas de un Hércules.

Y todo esto, en menos tiempo del que se necesita para beber un vaso de agua.

Doña Pánfila, mas encendida que la grana por el rubor y la vergüenza, luchaba en vano por levantarse; Argensola luchaba tambien con igual fortuna por encorvar sus largas y delgadas piernas, para colocarse en posicion vertical; Eloisa forcegeaba llorando por ayudar á su madre, el capitan se limpiaba el abundante sudor que corria por su frente, á causa del heróico y desesperado esfuerzo que acababa de hacer; el piloto contemplaba cruzado de brazos y arrimado á la obra muerta aquel caprichoso y pintoresco cuadro; la bulliciosa tripulacion del *Relámpago* se violentaba para contener la risa, por respeto á su jefe; el timonel abandonó involuntariamente la rueda para llevar su mano á la boca, con el fin de echar á pique una carcajada que estaba á punto de zarpar de su pecho, y el buque, abandonado á sí mismo por unos instantes, dió una horrible guiñada, cual si quisiese tomar parte tambien en la escena que tenia lugar á su bordo.

—¡Ojo á las serviolas con mil y quinientas fragatas!—gritó el piloto, lanzándose precipitadamente sobre la rueda, que ya el marinero habia empuñado, y haciéndole ganar al buque todo lo que de su verdadero rumbo se habia desviado.

Aquella voz atronadora, en medio del silencio sepulcral que sobre la cubierta del *Relámpago* reinaba, cambió completamente el aspecto de la escena, volvió su gravedad á la marinería y sirvió como de estímulo á los dos esposos que se pusieron de pié instantáneamente, cual si se les hubiese pinchado con un aguijon, y comprendiendo todos, al fin, que en el estado en que se hallaba doña Pánfila y atendida la enorme cantidad de carne que cubria sus huesos, no era posible que bajase la escalera sin esponerse á un nuevo percance, se acordó en concilio de familia que don Romualdo se situase entre la puerta de la cámara y el pié de la escalera para servir de amparo á su carísima mitad, y esta descendió medio de costado, cogida á las dos manos del capitan que la sostuvo desde cubierta inclinándose sobre la entrada, á medida que la buena señora descendia, mientras aquel la sujetaba los piés en los peldaños, subiéndoselos y bajándoselos de escalon en escalon, cual si perteneciesen á una figura de movimiento.

Y gracias á todas estas precauciones y á que la esposa del ex-administrador de salinas de Castropol iba serenándose gradualmente, se hallaba esta momentos despues encerrada en la cámara con don Romualdo y su hija, reemplazando sus húmedos vestidos con el primer traje que casual, ó intencionadamente, tomó de su equipaje y que parecia, por lo lijero, diafáno y exageradamente escotado, un vestido de baile.

El buen Argensola contemplaba á su mujer con asombro al verla ponerse tan inconvenientemente ataviada; pero como aquellos momentos no eran muy á propósito para entrar en cuestiones, y se hallaba ademas en domicilio ageno, se tragó su disgusto y se apresuró á coger del baul el pañuelo mas grande y mas tupido que doña Pánfila poseía, y, fija la vista alternativamente y con ansiedad en los cristales de la claraboya y en la puerta de la cámara, temiendo que asomasen á cada instante algunos ojos profanos, estendió el manton, y sosteniéndole á manera de pantalla, estuvo cubriendo á su esposa hasta que habiendo concluido esta de abrocharse, se lo arrojó sobre los hombros y la obligó á que se lo prendiese, colocando él mismo uno de los alfileres, casi por debajo de la barba, sin cuidarse de las protestas de su mujer; porque segun él, despues del baño que esta acababa de tomar, lo único que la convenia era arroparse mucho para promover la reaccion.

Si el celoso marido hubiera dirigido entonces la vista á la entrada de la cámara, se hubiera encontrado con los ojos del capitan que penetraba en ella lentamente, sonriendo ante la exagerada solicitud y las recomendaciones higiénicas de su amigo.

El buque habia llegado entre tanto á la barra; sus cabezadas y sus balances se hacian cada vez mas sensibles, y el choque de las olas, choque violento de ordinario en la entrada de todas las rias por la lucha que en ellas sostienen, por dominarse mútuamente, las corrientes interiores y esteriores y por lo mucho que rompe la marejada sobre los bancos de arena que aquella lucha acumula sobre la costa, imprimian al bergantin un movimiento de sacudida que, si bien insensible para las personas acostumbradas á la mar, produce con rarísimas escepciones, un efecto endiablado, sobre cuantos por primera vez se embarcan.

Los tres pasajeros del *Relámpago* permanecian en la cámara, uno de los peores puntos que podian haber elegido y sentados sobre los pañoles, comentaban los acontecimientos del dia, augurando bastante mal de un viaje que bajo tan malos auspicios principiaba.

La conversacion fue animada en un principio, porque tanto Argensola como su mujer hablahan de ordinario por los codos, y el capitan, que bajaba y subia amenudo compartiendo alternativamente sus cuidados entre los pasajeros y el buque que no podia abandonar completamente, por mas que tuviese en el piloto una confianza sin límites, la prestaba animacion, sazonándola con dichos y chanzonetas picantes que iban á parar de ordinario y como de rechazo sobre el buen Argensola, escitando la hilaridad de su carísima consorte; pero principió pronto á decaer por parte de doña Pánfila y terminó á los diez minutos escasos en un silencio que solo la llegada del capitan interrumpia por unos instantes.

Argensola y la angelical y hechicera Eloisa, continuaban sin novedad, y hasta se entretenia el primero, por hacer algo, en trasbordar á su estomago una copa de ginebra y un trozo de salchichon, mientras su hija se ocupaba en roer una galleta y comerse algunas pasas que el obsequioso capitan le habia dado.

En vano se invitó á doña Pánfila á que siguiese el ejemplo de su esposo y de su hija, y se la ofreció chocolate, y se la preparó una taza de café con unas cuantas gotas de aguardiente anisado, la buena señora principiaba á notar que la cámara de un buque despide un olor á brea muy subido, circunstancia en que no habia caido hasta entonces; el aroma del licor espirituoso que su marido bebia, y al cual estaba sobradamente acostumbrada, la molestaba; los objetos de la cámara, inmóviles para ella hacia unos momentos principiaban á moverse y á





CUSTODIA PARA LA SANTA IGLESIA DE LUGO, CONSTRUIDA EN LA PLATERIA DE D. JOSE RAMIREZ DE ARELLANO.

correr y á circular en torno suyo; cuando las sacudidas y las cabezadas del buque eran un tanto violentas y continuas, tenia ya necesidad de cogerse con ambas manos al borde de la litera que la servia de respaldo; la rubicundez de su rostro iba desapareciendo por grados muy sensibles, respiraba de cuando en cuando para aspirar el aire con la misma ansiedad que si este le faltase, y su barba se sumió al fin entre los pliegues del manton que cubria su abultado seno.

Los síntomas eran mortales. La ex-administradora de salinas de Castropol no se habia embarcado mas que para pasar, con tiempos bonancibles y mar bella, de uno á otro de los pueblos situados sobre la ria que acababan de dejar, y no se entablan, por regla general, impugnemente las primeras relaciones con el Océano. La infeliz doña Pánfila se mareaba á paso de Luchana y era imposible, de todo punto imposible, no ya cortar el mal en su orígen pero ni aun detener sus progresos, que eran cada vez mas rápidos.

En vano Argensola partió un limon y lo aplicó á la nariz de su esposa y obligó á esta á que chupase unas cuantas gotas de su jugo; en vano la solícita niña humedecia la frente y las sienes de su madre con su pañuelo empapado en agua de colonia; en vano el capitan la bajaba por sí mismo una taza de café en que derramó varias gotas de aguardiente anisado, doña Pánfila recibió en un principio todos estos solícitos cuidados con gratitud, luego con frialdad, mas tarde con repugnancia y concluyó por apartar de sí con las manos, y sin levantar apenas la vista del suelo á cuantos se la acercaban.

La crísis alcanzaba ya su periódo ascendente.

—¡Sobre cubierta! ¡Llevémosla sobre cubierta!—dijo al capitan el afligido esposo, sin comprender en su falta de práctica que aquella determinacion que, tomada en un *principio*, *hubiera*, no evitado el mal, porque esto era de *todo punto imposible*, pero si retardado media hora mas sus efectos, en aquellos instantes precipitaria rápidamente el desenlace.

El jefe del *Relámpago* se encogió de hombros por única respuesta.

No era empresa, ademas, demasiado fácil trasladar sobre el puente aquella inmensa mole de carne, que nada podia hacer por sí, que ni de pié le era dado permanecer un instante sin venir al suelo y que solo con hacerla cambiar de postura concluiria de trastornársela.

Insistió sin embargo Argensola en su demanda, Eloisa únio sus ruegos á los de su padre y doña Pánfila, agoviada con tanta súplica, intentó levantarse; ¡que nunca lo intentara! y hasta se incorporó bastante apoyada con ambas manos á los bordes de la litera; pero sus piernas flaquearon, los objetos todos que se hallaban en la cámara aceleraron su movimiento de traslacion alrededor de la buena señora, sus ojos se nublaron, perdió completamente el color, sintió en su estómago una revolucion angustiosa, cuya intensidad solo pueden apreciar los que hayan pasado por tan terrible trance, y á no ser porque el capitan que presentia, guiado por el criterio de la esperiencia, lo que iba á suceder, la cogió precipitadamente por la cintura, hubiera medido con su cuerpo el suelo de la cámara y rótose la cabeza contra el borde de los pañoles.

El ex-administrador de salinas corrió tambien en auxilio de su mujer en cuanto advirtió que el capitan alargaba los brazos para sostenerla; pero se hallaba algo distante; en la cámara de un buque, siempre en contínuo movimiento, no se anda con la misma seguridad que en tierra cuando falta la costumbre, y llegó tarde, demasiado tarde, y eso que por apresurarse, fué á dar, impelido por un balance, contra una de las esquinas de la mesa y su cabeza hubiera dejado mal parada la imágen de Santa Filomena si el marco no careciese por fortuna suya de cristal.

A pesar de que la escena no era demasiado propia para escitar la hilaridad, el marino no pudo reprimir una sonrisa maliciosa que asomó involuntariamente á sus labios; y no porque quisiese mal á don Romualdo, no porque dejase de condolerse de sus sufrimientos y de su celosa ansiedad, no porque la esposa del futuro vista de la aduana de Barcelona le inspirase amor ni malos deseos, sino porque los celos axagerados de su amigo, único defecto de que para él adolecia y que no cesaba de afearle siempre que se le presentaba ocasion, y porque la desconfianza que sus mejores amigos le inspiraban cuando contemplaban ó se acercaban á su esposa, le daban hasta cierto punto derecho para burlarse del que tan infundadas y ofensivas sospechas abrigaba.

Así que Argensola tomó de nuevo, y no lo hizo sin trabajo, la posicion vertical, le mandó el capitan que arreglase cuanto antes la cama que se hallaba situada á continuacion de la suya, si bien incomunicada con ella por un lienzo de tabla, y que por quedar un tanto oculta tras la puerta de la cámara, cuando esta se abria, la creyó mas á propósito que las tres restantes para que la esposa de su amigo se acostase en ella; pero el celoso don Romualdo, no comprendiendo los buenos deseos del marino y atendiendo solo á que su mujer se hallaria por la noche demasiado cerca de aquel, como que los piés del uno y la cabeza de la otra solo estarian separados por las delgadas tablas que dividian las dos literas, se hizo como que no habia entendido y se dirigió al catre colocado en frente del que se le designaba.

—Ese no, amigo mio; ese no,—le dijo el jefe del buque sonriendo—tiene la puerta casi en frente, el viento la molestará, la ofenderá la claridad mientras no se tranquilice por completo y la pone usted á la vista de cuantos entren y salgan en la cámara lo cual me parece que no debe ser á usted muy agradable.

—Cierto que no;—le replicó Argensola bajando las mantas para cubrir con ellas á su mujer cuando se acostase y quitando algunos objetos que habia dentro de la litera,—pero haceos cargo, capitan, que lo que Pánfila mas necesita por ahora es respirar el aire libre y que tras esa puerta se ahogaría,

—Como gusteis, amigo mio; como gusteis.—

Y el capitan, en cuanto vió que la cama estaba corriente y sin cuidarse, ó gozándose quizás interiormente, de lo que su celoso amigo iba á sufrir, suspendió en brazos, aunque con algun trabajo, á la obesa ex-administradora, la oprimió fuertemente contra el pecho, como el único medio de abarcar y sostener aquella voluminosa y pesada carga, se dirigió lentamente hácia la litera, dió al pasar un empellon á su amigo, como si el encuentro hubiera sido casual, haciéndole retroceder de espalda hasta que tropezó en el lienzo de la puerta, colocó á doña Pánfila sobre el catre y se entretuvo unos instantes en arregarla cuidadosamente, en bajarla el vestido hasta que sus piés quedaron completamente cubiertos y en acomodarla bien la cabeza, gozándose en las angustias de su amigo que corrió á remplazarle en aquel servicio, agitado por una convulsion nerviosa que no era dueño de dominar.

—Ahora—le dijo sonriendo el capitan apartándole suavemente con la mano—déjela usted que descanse un momento y quizás la quietud y el silencio la tranquilicen.

(Se concluirá en el número próximo.)

EL CAPITAN BOMBARDA.



DIRECTOR, D. J. GASPAR.

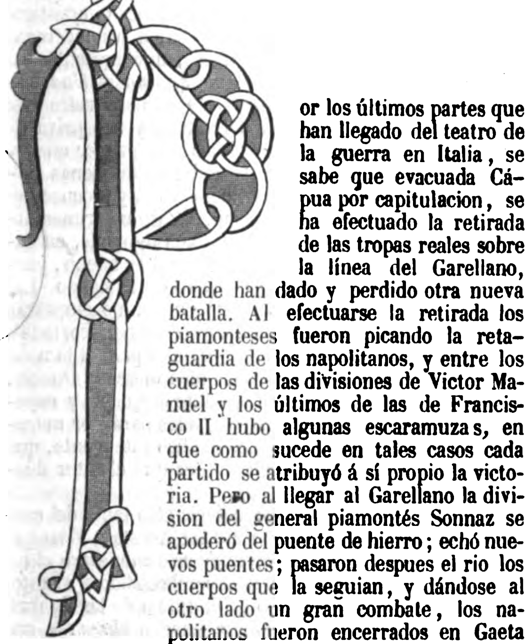
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 46. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 11 DE NOVIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Por los últimos partes que han llegado del teatro de la guerra en Italia, se sabe que evacuada Cápua por capitulacion, se ha efectuado la retirada de las tropas reales sobre la línea del Garellano, donde han dado y perdido otra nueva batalla. Al efectuarse la retirada los piamonteses fueron picando la retaguardia de los napolitanos, y entre los cuerpos de las divisiones de Victor Manuel y los últimos de las de Francisco II hubo algunas escaramuzas, en que como sucede en tales casos cada partido se atribuyó á sí propio la victoria. Pero al llegar al Garellano la division del general piamontés Sonnaz se apoderó del puente de hierro; echó nuevos puentes; pasaron despues el rio los cuerpos que la seguian, y dándose al otro lado un gran combate, los napolitanos fueron encerrados en Gaeta llegando los piamonteses hasta ocupar las alturas á media legua de la ciudad. Un parte dice que ocuparon la Mola de Gaeta, castillo perfectamente defendido y pertrechado, perdido el cual es muy difícil que se sostenga la plaza; mas como hasta ahora no han venido nuevas comunicaciones á confirmar esta noticia y se hayan pasado tres dias sin que sepamos sus resultados nos parece que ha de resultar un tanto prematura y que no será la Mola, es decir, el castillo de este nombre el tomado, sino que lo serán sus inmediaciones. Una carta de Turin da todavía al rey Francisco II cincuenta mil hombres disponibles á consecuencia de los socorros que recibe del Austria y del Papa; pero ésta carta fue escrita antes de la derrota del Garellano en que los napolitanos perdieron todo su campamento y dejaron muchos prisioneros en poder de los vencedores. Por otra parte nunca ha tenido reunidos Francisco II cincuenta mil hombres disponibles y entusiastas como dice la carta de Turin, porque si hubiese contado con ellos, seria inconcebible la marcha de Garibaldi desde Reggio sobre Nápoles con solos cinco mil hombres y su entrada en la capital acompañado únicamente de sus ayudantes. Ademas, un último parte nos dice que quince mil infantes, cuatro mil caballos y treinta y dos piezas del ejército real se han refugiado en los Estados Romanos, donde las autoridades francesas y pontificias iban á proceder inmediatamente á su desarme.

Sea de esto lo que quiera, los hechos innegables desde la última revista son que Cápua ha sido tomada y que Gaeta, despues de una batalla funesta para sus defensores, se halla estrechada de cerca.

El general Lamoriciere ha llegado á Roma y aceptado el título de noble romano que le ha conferido el gobierno de Su Santidad. No se dice que vuelva á tomar mando alguno importante; pero se aguarda con impaciencia el parte oficial que debe publicar sobre los acontecimientos en que figuró últimamente hasta la toma de Ancona. Tambien ha llegado á Roma el general napolitano Bosco, único que en Mesina supo ofrecer alguna resistencia á las fuerzas de Garibaldi despues de la toma de Palermo. Este general Bosco dió su palabra de honor de no tomar las armas en el espacio de seis meses en favor de Francisco II; pero como no se ha comprometido á no defender á Roma, tal vez haya ido á esta ciudad á ponerse al frente de las tropas que organiza monseñor Merode, cardenal ministro de la Guerra. Algunos periódicos se preguntan qué objeto se propone monseñor Merode con esta organizacion y para qué necesita los siete ú ocho mil hombres que hasta ahora ha logrado reunir, pues que ni son bastantes para reconquistar lo perdido ni necesarios para defender lo que resta por estar ocupado por los franceses. Acaso el cardenal tiene el proyecto de pedir la evacuacion de Roma y reemplazar la guarnicion francesa con guarnicion pontificia.

Al fin se ha publicado un documento oficial sobre la entrevista de Varsovia. Es una nota del conde de Rechberg, ministro de Estado austriaco, en la cual se dice que los tres monarcas reunidos en la capital del antiguo reino que se repartieron, se han puesto perfectamente de acuerdo y han establecido entre sí una gran armonía de miras. Este acuerdo consiste en no intervenir en los negocios de Italia y en no hacer por su parte nada que pueda suscitar una guerra en Europa.

Esta resolucion viene á dar el último golpe á las esperanzas del rey de Nápoles. Así es que se dice que aconsejado por los jefes de las escuadras francesa é inglesa, se disponia á abandonar á Gaeta. En cuanto á pormenores de la entrevista de Varsovia se ha dicho que los polacos no quisieron dar fiesta alguna mientras estuvo en su ciudad el emperador de Austria, y en muchas esquinas aparecieron pasquines injuriosos invitando á los buenos polacos á no presentarse en los sitios *manchados por la odiosa presencia del emperador austriaco.*

De un momento á otro debe llegar á Madrid el señor Coello, representante del gobierno en Turin y que en virtud de las instrucciones recibidas se retira de su puesto dejando un encargado de negocios. Hasta ahora el enviado sardo en esa capital no ha recibido órden de retirarse y es probable por el tiempo que tarda en recibirla que ya no la reciba. Los diarios de Turin al dar la noticia de la marcha del señor Coello, publican una carta de don Juan de Borbon á Victor Manuel, carta que han copiado tambien los diarios españoles, en la cual don Juan proclamando que los derechos de los reyes nada valen sin la voluntad y el amor de los pueblos, renuncia á los suyos eventuales sobre la corona de las Dos Sicilias y felicita á su antiguo compañero de armas por los triunfos de sus tropas.

Decíase que á ejemplo del representante del gobierno español se retiraria tambien de Turin el de Portugal; pero esta noticia ha sido desmentida por los papeles portugueses. Tampoco se ha retirado el enviado prusiano; y en cuanto al ruso, se supone que si bien la Rusia como la Francia han manifestado disgusto por los sucesos de Italia, este disgusto no es tanto por los resultados de la lucha como por la manera con que se ha entablado, manera en concepto de la Francia y de la Rusia contraria á

los principios del derecho escrito. Si esto fuera cierto, Francia y Rusia estarian dispuestas á reconocer los hechos consumados luego que se consumen.

Las fuerzas anglo-francesas han obtenido una gran victoria, aunque costosísima, en su espedicion para forzar la embocadura del rio Pei-ho. Atacaron de frente los fuertes de Ta-ku que defendian la entrada, y donde hace un año habian sufrido una derrota; y despues de haber perdido cuatrocientos hombres, lograron apoderarse de ellos. Muchos mandarines chinos al verse vencidos se suicidaron; otros huyeron; la ciudad de Tien-tsin, inmediata á Ta-ku, se entregó con poca resistencia, y los plenipotenciarios inglés y francés se disponian á marchar á Pekin, donde se decia que el emperador habia prometido recibirles amistosamente. Peligrosa es todavía la marcha que van á hacer los enviados europeos entre una poblacion exasperada por las recientes derrotas, y que les mira como bárbaros indignos de consideracion. Aun cuando lleguen á Pekin, todavía hallarán dificultades para presentarse al emperador, á no ser que se sometan á las nueve genuflexiones de la etiqueta de la córte celeste.

Tenemos pocas noticias de Cochinchina y esas malas. La persecucion contra los cristianos continúa, habiéndose exasperado últimamente en el Ton-kin. Esto indica que la espedicion hispano-francesa, á pesar de su valor y sacrificios, sin duda por su corto número, no ha producido los resultados que hubieran sido de desear.

Tampoco las noticias de Siria son satisfactorias. La espedicion francesa, como desde el principio previmos, ha resultado insuficiente; los cristianos refugiados en las grandes poblaciones, se encuentran sin recursos y apelan á la caridad de sus correligionarios de Europa. Creemos que el clero español tiene aquí una ocasion de ejercitar su celo evangélico, escitando á los fieles á contribuir con sus limosnas al alivio de los cristianos de Oriente. La embajada francesa abrió á su tiempo una suscricion, que no creemos haya producido lo que debiera producir en nuestro país.

De España nada tenemos que revistar en materia de acontecimientos políticos: ya en la semana pasada hablamos de las esposiciones públicas celebradas en Alicante y Barcelona, la primera una de las mas concurridas y estraordinarias en que se han presentado productos escogidos que muestran grandes adelantos en la agricultura; la segunda igualmente importante como prueba de la altura á que puede llegar el genio industrioso de los catalanes.

El señor Ojo y Gomez ha publicado un folleto sobre el pensamiento de lengua universal, elogiando á su autor y diciendo que España es la primera nacion que tiene la gloria de haber concebido un proyecto realizable de este género. Acerca de este punto ya hemos dicho en otra ocasion lo que se nos ocurria, y nada tenemos que añadir.

La Zarzuela nos ha ofrecido varias noches consecutivas el espectáculo de una pieza llamada *Gil Blas*, en tres actos, escritos por el señor Escrich, y puestos en música por el señor Manzocchi. El primer acto es bastante regular: el libreto comienza á interesar y la música interesa desde luego; pero en los otros dos el argumento y la música decaen de tal suerte, que al fin el público llega á convenir en que la obra es decididamente mala.

El Príncipe ha puesto en escena *El Sol de invierno*, comedia del señor Marco, llena de gracia y poesía, aunque de pocos incidentes. El público llamó al autor á la escena y le aplaudió justamente.

En el teatro de Oriente se ha representado la *Norma*. Sobresalió la Jullienne en el primer acto; pero en el segundo se le oscureció la voz.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.

IV.

Uno de los cuadros mas bellos que se ven en la actual esposicion, y el que mas ha llamado la atencion de la multitud, es sin duda alguna el titulado *Los Comuneros en el patíbulo*, del Sr. Gisbert. Efectivamente; si el asunto no fuese ya suficiente á atraer sobre sí las miradas del público, su perfecto desempeño lograría en verdad, que las personas verdaderamente inteligentes, le distinguiesen con su aprobacion, y con sus simpatías.

Todos conocen el orígen y tendencias de las comunidades y el fin desastroso que hallaron en los campos de Villalar las huestes populares al frente de las cuales se habian puesto los tres nobles que tuvieron que subir al patíbulo, dando un ejemplo elocuente de lo que son las glorias mundanas, y de cuán perecederas y cuán vanas son las cosas de los hombres. Aquella insurreccion, si bien no tan estudiada como fuera de desear, para comprender cuántos elementos heterogéneos entraban á formar causa comun con las comunidades castellanas, es harto notable en nuestra historia para que hoy que el pintor levanta el velo del pasado para presentar en el lienzo los hechos gloriosos de que fue teatro el suelo español, no se apoderase de ella y hiciese lo que gracias á su verdadero talento pudo hacer el Sr. Gisbert.

La noble figura de Padilla, la de Bravo el impetuoso, la de Maldonado el buen caballero, podian efectivamente prestarse á mucho, cuando al santo amor que les profesa el pueblo, cuando á la simpatía que á todo corazon verdaderamente sensible arranca el triste espectáculo de que toma asunto el cuadro del Sr. Gisbert, se une la circunstancia de que el artista ha sabido sacar del asunto todo el partido posible. Es en verdad necesario detenerse ante el cuadro de cuyo exámen vamos á ocuparnos, contemplarlo con detencion, mirarlo con los ojos del arte en fin, para comprender que se trata de una bella obra artística, lo mismo que de efecto, de notable ejecucion.

Prescindamos por un momento de ciertos disculpables defectos históricos de que le acusan algunos, acerca de los detalles de aquel célebre y desgraciado suceso, puesto que no es ciertamente en España donde mas severos se puede ser con faltas de este género. La ciencia histórica está entre nosotros demasiado descuidada, no contamos un solo libro á donde puedan acudir los artistas en busca de los datos necesarios para el mejor desempeño de sus obras y para mayor desgracia el señor Gisbert pintó su cuadro en el estranjero. Teniendo pues, esto en cuenta, podemos muy bien perdonarle dichos defectos, no sin que consignemos aquí que el no ser tan exigentes con el Sr. Gisbert como pudiéramos, no es ciertamente porque desconozcamos la importancia de ciertas faltas puesto que un cuadro histórico, debe ser histórico en todo y representar fielmente el asunto sin olvidar el mas mínimo de los accesorios. Perdonamos fácilmente á los pintores del Renacimiento el que presenten á los judíos del siglo de Augusto con corazas del siglo XV, pero á los pintores de hoy, no tanto, porque ya se puede ser con ellos un poco mas exigentes.

El Sr. Gisbert escogió para su cuadro, el momento en que el verdugo despues de degollar á Maldonado, enseña desde el tablado su cabeza al público. Padilla en la mas noble actitud contempla el cadáver de su compañero; los dos frailes que están á un lado, y la figura de Bravo que sube con impetuosa arrogancia las escaleras del patíbulo, seguido de un fraile, completan la composicion. Nada en verdad mas bello; todo está admirablemente pensado y combinado, nada descuidó el artista, las figuras se hallan perfectamente distribuidas y el efecto es completo. No se puede negar que la composicion está sentida, lo mismo que cada una de las figuras en particular, pero lo que mas llama la atencion de los inteligentes es lo bien dibujadas que se hallan todas las figuras, y en especial la de Maldonado que es inimitable. Las del verdugo y su ayudante son bellas en particular la de este último que es demasiado grande y las de los frailes perfectas, ya por la espresion, ya por lo sentidas que están, ya por el hermoso estudio de paños, que presenta el autor especialmente en el fraile jóven. Este precioso cuadro, bien concebido, y desempeñado con bastante habilidad, tiene un defecto grave en cuanto al color, que es falso y sobre todo frio; el Sr. Gisbert que siente el dibujo, no siente el colorido; en el cuadro de que nos ocupamos, todas las figuras están tocadas en un mismo tono, y por lo mismo se nota en el todo del cuadro, una frialdad glacial, que por bien del Sr. Gisbert no quisiéramos haber advertido. Consuélese sin embargo el jóven artista: en el cuadro de que acabamos de ocuparnos, lo mismo que en los otros dos estudios del desnudo de que vamos á hablar, ha demostrado que posee una de las principales dotes del artista, el dibujo.

Efectivamente, por él llaman la atencion de los inteligentes sus dos preciosos cuadros titulados *Venus saliendo de la espuma del mar* y *un Bacante*, que son sin disputa, bajo este aspecto, de lo mejor que se vé en el salon de la Trinidad. Perfectamente dibujada, la *Venus*, es un bello estudio del natural; sin embargo aquella hermosa figura, llamaria mas la atencion á tener una cabeza mas noble, si puede decirse así, y si el color no fuese tan frio y débil, pero en cambio la mar en cuyas aguas trasparentes baña sus piés la mudable deidad, está admirablemente hecha, y es todo lo que se llama una mar clásica. Se acusa al autor de no haber comprendido bien el asunto, pero á nuestro modo de ver injustamente: convenimos desde luego, en que el asunto no está bien espresado, pero hay que convenir asimismo en que tampoco hay otro medio mas adecuado de espresarlo, el defecto, pues, no está en el artista, si en el asunto. Mas feliz estuvo en la segunda figura titulada *Un Bacante*, que supo reproducir con toda la gracia, con toda la varonil hermosura del jóven amigo de Baco. Coronada la hermosa cabeza con los pámpanos, sacudiendo el tirso dedicado al dios del vino, levantando en el aire la copa, parece que aun en sus labios entreabiertos para las libaciones se oyen todavía las sagradas palabras—¡Evohe! ¡Evohe! que retumban á lo largo de la floresta, mientras el jóven bacante recorre á prisa el espeso bosque donde la divinidad tiene sus altares. ¿Qué diremos de él? Nada, sino que está perfectamente dibujado, que su color es mucho mas aceptable que el de los demás cuadros del mismo autor y que nos ha dado en el *bacante* una hermosa figura llena de vida y de gracia varonil. En suma el Sr. Gisbert ha probado, que es un jóven de grandes dotes y de grandes esperanzas para el arte: el adelanto visible para todos que ha logrado desde la pasada esposicion nos da derecho á esperar de él muchísimo mas en lo sucesivo: no se duerma pues al sonido de las felicitaciones y de las alabanzas, acuérdese de que el camino del arte es largo, áspero y estrecho, estudie con fe, pues el porvenir es de los jóvenes de talento, que han nacido para honrar con sus obras el nombre harto despreciado de su patria.

V.

Pródiga fue la antigüedad en admirables y bellas creaciones: nadie hay que conozca la historia artística del pueblo griego que no sepa que fue aquella region que baña el Adriático con sus armoniosas olas, hermosa cuna del arte antiguo, del verdadero arte. El sereno cielo de la Grecia, el aire puro que gemia en los bosque de laureles, las claras mañanas que aparecian en los horizontes que poco antes iluminaban las pálidas estrellas, la risueña imaginacion de los hijos de aquellas sagradas comarcas, todo contribuia á que el artista griego rindiese culto especial á la belleza, y fuese esta su mas grande y verdadera inspiracion.

Era ademas su religion á propósito para hacer que el hombre detuviese su mirada sobre todas las magnificencias de la tierra. En cada bosque silencioso habitaban las hermosas driadas, los sátiros de largas barbas tenian allí su morada, los dioses poblaban invisibles los sombríos recintos; en cada fuente que brotaba entre los mirtos consagrados al amor, en cada corriente cristalina, bajo las frias ondas, las ninfas tenian su vivienda sagrada; la naturaleza, pues, estaba enteramente animada por el soplo de la divinidad. Sus costumbres, sus fiestas, su vida pública, les daban tambien un aspecto que ningun otro pueblo ha logrado tener: sus dioses vivian en el Olimpo la vida de los mortales, y hé aquí cómo el artista, si bien ageno á las vagas y sublimes abstracciones del arte cristiano, tenia un campo vastísimo en que desplegar su genio.

El arte griego tuvo por base, si podemos decirlo así, dos cualidades eminentes que ningun otro ha poseido antes que él, que despues todos tomaron de él, á saber: la sencillez y la pureza de las líneas, y nadie á su vez como los artistas griegos, comprendió el desnudo, verdadera, inagotable fuente de belleza, tal como aquel arte llegó á comprenderlo y á esplicarlo. Todavía son sus obras estudiadas, admiradas, imitadas, sin que jamás se haya llegado, no ya á sobrepujarlas, sino á hacer algo parecido á aquello, que los artistas griegos nos han dejado para que sepamos hasta dónde alcanzaba su talento.

Siendo el desnudo lo mas difícil que se conoce en el arte, y teniendo que representarse la mayor parte de los asuntos mitológicos cuando mas, cubiertos los personajes con túnicas cuyos pliegues se prestan á la vez á un estudio especial, claro está que dichos asuntos, por ser todos ó en su mayor parte de figuras desnudas, presentan al artista una dificultad que no toca tan de lleno el pintor del género histórico.

Nuestras costumbres, nuestra civilizacion actual que no es en verdad tan pagana como el Renacimiento, no da gran preferencia á los asuntos mitológicos; antes al contrario, los históricos y los de costumbres se llevan toda su atencion. El arte pierde en ello bastante, nuestros jóvenes artistas solo pintan *Venus* y *Apolos* como estudios del desnudo; y como hallan otros caminos mas fáciles y en donde el triunfo les sonrie, abandonan el arte clásico y se agolpan á todas las avenidas en donde el *comercio de cuadros*, les abre su bolsa, en nuestra patria bien pequeña y escuálida, por cierto. Hé aquí por qué tan escasos han sido en esta esposicion los cuadros de asuntos mitológicos y por qué á parte de los dos presentados por el señor Gisbert y de los cuales acabamos de hablar, los demás no son en su mayor parte de gran mérito artístico.

Debemos sin embargo citar aquí, y en primer lugar al señor don Dioscoro Teófilo Puebla, que presentó dos cuadros titulados *Episodio de una bacanal* y *Una bacante y un sátiro*, aun cuando este último cuadro está por concluir por enfermedad del autor, y nos priva de este modo de entrar en su exámen. El primer cuadro marcado con el número 210, tiene bastante buenas dotes, para que desde luego nos fijemos en él y procuremos entrar en su exámen y descripcion. Nótase en primer lugar que la figura de la bacante está bien dibujada, en especial el torso, y que el color en general es bueno, particularmente en la figura de que venimos hablando. Las que se hallan sentadas hacen algo duras, no empastan bien con el fondo, puesto que aparecen como recortadas, y el busto del sátiro es demasiado grande para el tamaño de las demás figuras. A pesar de todo el señor Puebla, hizo de este cuadro una obra bastante aceptable y esperamos que en las sucesivas esposiciones hará por merecer cumplidamente el aprecio del público inteligente, que en este cuadro celebra las buenas dotes que el autor descubre en él.

Sentimos en verdad no poder decir otro tanto del cuadro presentado por el señor Hiraldez Acosta, *Venus se aparece á Anquises, resultando de este encuentro el célebre Eneas*, porque no está bien comprendido al asunto, ni el autor puso gran cuidado en el dibujo de las figuras, cuyos estremos son lo único que pueden elogiarse con justicia. El color es bastante chupado, y el señor Hiraldez debe huir en lo sucesivo de este defecto.

Réstanos ahora hablar del cuadro titulado *Una bacanal*, original de don Agapito García Valdeavellano, y asunto presentado con bastante verdad, ya en el todo de la composicion, ya en sus detalles. Aunque su dibujo no pasa de mediano, y el color es bastante flojo, distínguese este cuadro por algunos grupos bien dibujados, como



son el de la izquierda, y algunas figuras que están en carácter y que dan vida á la composicion, aunque otras como la de Baco cuya pierna derecha parece rota, han sido descuidadas por el artista mas de lo que el asunto merecia. El color, ya hemos dicho es bastante flojo, algunos le creerán demasiado chillon; pero esto no lo señalaremos jamás como defecto en cuadros de la naturaleza del que nos ocupamos, por cuanto hay quien opina que tales asuntos deben pintarse con colores chillones y vivos y aun en el museo existen modelos que imitar bajo este aspecto.

LA CONJURACION DE LOS MORISCOS

Y LA GUERRA DE GRANADA

EN TIEMPO DE FELIPE II.

AÑO 1569 AL 1571.

(CONCLUSION.)

Tan graves eran los progresos de la insurreccion que hasta Aben Humeya, asistido por valientes guerrilleros y seguido de diez mil hombres acometió la villa de Berja en donde se hallaba acuartelado con superiores fuerzas el marqués de los Velez, que apercibido no obstante por unos espías moros condenados al tormento pudo resistir al furioso ímpetu de los rebeldes. Una partida de aventureros berberiscos, coronadas sus cabezas con guirnaldas de flores para significar que morirían mártires por su secta, pelearon con valor y arrollaron una compañía de manchegos llegando casi al alcance del mismo marqués.

La posicion de este defendido en la plaza de armas por quinientos arcabuceros iba á ser forzada sino amilanara á los moriscos llamándoles la atencion por detrás, y rechazados entonces tuvieron que retirarse hácia Dalias y Andarax con pérdida de mil y quinientos hombres.

Casi en los mismos dias sufrieron otro descalabro los sublevados. Arribaba á la costa de Velez el comendador mayor de Leon con una escuadra de veinte y cinco galeras traidas de Italia y obtenido beneplácito de don Juan de Austria para acometer alguna empresa, desembarcó aquellos tercios viejos de Nápoles tan esperimentados en las guerras estranjeras y endurecidos sobre el campo de batalla, que junto con otros refuerzos, ganaron las trincheras de los rebeldes y ocuparon el fuerte peñon de Trigiliana. Perecieron en la accion no pocos capitanes y soldados veteranos, pero las pérdidas de los enemigos fueron considerables: murieron muchos defendiendo sus chozas y tiendas como leones enfurecidos, derrumbáronse los mas desde sus enriscadas posiciones, gran número fueron pasados á cuchillo sin piedad, quedando cautivas unas tres mil personas de ambos sexos, y considerable despojo de granos y bestias, sederías, oro, plata y perlas pasaba á manos de los cristianos.

Un cuerpo de ochocientos peones salidos de Loja, Alhama, Alcalá la Real y Archidona acaudillados por el corregidor Figueroa y otros caballeros, llegaban al sitio de la pelea poco despues de conseguida la victoria y no pudiendo empeñarse ya en la lucha volvieron brida á sus caballos recorriendo los lugares comarcanos, saqueándolos y matando á sus moradores olvidada toda conmiseracion cristiana. Entre tanto Aben Humeya sin desanimarse por los anteriores descalabros, acometia los castillos y se apoderaba de los peñascos casi inaccesibles cercanos al rio Almanzora, derrotaba un cuerpo de tropas castellanas que acudian al socorro de la fortaleza de Seron, y esta plaza veia tremolar en sus viejos muros los pendones del arrogante caudillo de los alpujarreños. Proporcionábase en todas partes armas y caballos, reclutas y dineros, encaminándose orgulloso hácia Almería con respetables fuerzas, y la sujetara á su dominio si no desbaratara sus ambiciosos proyectos don García de Villaroel que se le opuso y sorprendió en el camino.

Aposentado el de Austria en Granada esperaba mayores refuerzos, guarnecia los presidios de Oria y los Velez preparándolo todo para la próxima campaña, y disponia, por órden de Felipe, la espulsion de las familias moriscas que habian permanecido tranquilas en el recinto de Granada. Tan terrible medida alcanzada del rey por los consejeros del jóven don Juan fue llevada á cabo con prontitud y firmeza. Solo quedaron los *mudejares* merced á sus representaciones, pero la salida de los infelices moriscos movia á compasion aun á sus enemigos.

Miserable espectáculo fue, segun dice Mármol, ver tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas y los rostros bañados en lágrimas, con semblante doloroso y triste viendo que dejaban sus regaladas casas, sus familias, su patria, su naturaleza, sus haciendas y tanto bien como tenian, y aun no sabian de cierto lo que se haria de sus cabezas (1). Quedó mas segura la ciudad, pero no fue poca la lástima que daba la soledad y destruccion de aquellos barrios en donde los moriscos tenian todas sus recreaciones y pasatiempos, con prosperidad, policía y regalo en casas, cármenes y huertos (2).

(1) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol.
(2) *Rebelion y castigo de los moriscos de Granada*, por Mármol.

Para mayor dolor de los rebeldes el marqués de los Velez rechazaba un cuerpo de cinco mil hombres comandados por Hasceyn, capitan turco, y el Zaguer, tio de Aben Humeya, y otras partidas que quisieron desalojar á los cristianos de Ujijar fueron derrotadas, viéndose precisadas á emprender la fuga. Ora, sin embargo podian entonar himnos de victoria, como sucedió con la toma é incendio del Padul, ora mordian el polvo los mejores voluntarios moriscos acorralados y deshechos por los soldados de Castilla que trabaron con estos sangrientas escaramuzas hácia Cuevas de Vera, en Albacete de Orjiba y en el valle de Lecrin. Solo cambiaba de aspecto la guerra lenta y desanimada con la muerte de aquel caudillo, tenido por rey entre los rebeldes y que á pesar de la púrpura de que supo revestirse y de las armas y poder con que se vió rodeado, no estaba llamado á sentarse de nuevo en el volcado trono de los antiguos califas. Enamorado de una hermosísima jóven viuda, querida tambien de un morisco llamado Alguacil, vió fomentar por su rival celoso y despechado la animadversion de algunos ambiciosos ó descontentos, y perecia estrangulado sin socorro de sus parciales, por las manos de aquellos, que, saqueando su casa y repartiéndose sus mujeres, dieron muestra de no llevar otra mira que vengarse, saciando al propio tiempo su codicia.

Así moria Aben Humeya, sorprendido en el lecho con sus mujeres, sin tiempo para tomar las armas, ni hallar entre los suyos quien desenvainara á su favor la cimitarra. No supo ser rey, ni supo ser hombre, segun dicen los historiadores, pero solo él supo mantener el entusiasmo del alzamiento, y dar órden á la rebelion que de otro modo hubiera parado en mera insurreccion de un puñado de monfies. Murió, en fin, contento con haber vengado las injurias que habia recibido su familia de los cristianos, y asegurando su ningun afecto á las creencias musulmanas; y el que fue jurado por rey de los moriscos sobre cuatro banderas mirando los cuatro costados del mundo, era enterrado en un muladar cuando todavía no trascurriera un año de su glorioso ensalzamiento (1).

No quedaban sin caudillo los moriscos que osaban contrarrestar con su débil poder, el poder inmenso de un rey como era entonces Felipe II. Proclamando por soberano sucesor de Aben Humeya al pérfido Aben-Aboo, uno de los conjurados que habia ayudado á apretar el nudo que estranguló á aquel célebre monarca y guerrillero, y terminadas las ceremonias muslímicas con que recibia el mando sobre los pueblos de su raza, distribuia los cargos principales en sus amigos, aprestaba nuevos voluntarios, reclutaba turcos y berberiscos, juntando hasta ocho mil arcabuceros, con cuyo auxilio pudo desde luego cercar la villa y fuerte de Orjiba, rechazar al duque de Sesa que acudia á socorrerla, y apoderarse de la plaza.

Las correrías de los moriscos eran cada vez mas continuadas y sangrientas, llegando casi á las puertas mismas de Granada: el Maleh y otros capitanes de los rebeldes insurreccionaban de nuevo la sierra de Bentomiz y los lugares del rio Almanzora. Mas refrenado en aquella ciudad don Juan de Austria por las órdenes del gobierno, no alcanzaba hasta fines del año 1569, autorizacion del reservado y astuto Felipe, para salir en persona á campaña, desatándose de sus consejeros y terminando con notable impulso aquella guerra vergonzosa para la España.

Capitaneaban el Partal y el Rendati los moriscos que mantenian devota á su bandera la villa de Guejar, sorprendiendo las escoltas y los convoyes que iban á la Alpujarra, y presentándose soberbios por la misma vega de Granada, pero el de Austria, tomando acertadas medidas, les desalojó de ella y penetrando por los confines de Almería cercaba y rendia los castillos de Galera, Seron, Tíjola y Purchena. No se lograba, empero, la victoria sin pérdidas muy sentidas por los españoles, pues los moriscos se defendieron heróicamente, como hombres que solo esperaban la muerte, y entre otros insignes caballeros, cayó herido de un balazo don Luis Quijada, ayo y amigo del valeroso don Juan. Pero el carácter conciliador de este príncipe templaba por una parte los horrores de la guerra, y por otra, mientras destacaba partidas que perseguian sin descanso á los rebeldes, esparcia proclamas conciliadoras y entablaba correspondencia con los capitanes de los moriscos prontos á reducirse con los suyos con tal de ser perdonados y recibir permiso y garantías con que poder vivir tranquilos. Entonces fue, cuando, para terminar con la paz la rebelion de aquellos vasallos, se escribian en árabe y fingian cartas por los generales castellanos, que entregadas por espías impostores, desconcertaban los planes de Aben-Aboo y de sus bárbaros oficiales, contribuyendo no poco á la reduccion de todos los principales (2).

La guerra sin embargo continuaba empeñada con furor en muchas partes. Las moriscas seguian á los hombres en sus marchas atropelladas, conduciendo sus ropas y bagajes, y en trabándose escaramuza, peleaban al lado de sus amantes, vengaban al instante la muerte del padre ó del marido, y lo mismo manejaban la honda que disparaban el arcabuz ó blandian la cimitarra. Sin embargo á causa de los rebeldes se hallaba cada dia mas próxima á estinguirse. El duque de Sesa ganaba el castillo de Velez de Benaudalla y Lenteji, el capitan don Antonio de Luna ahuyentaba al Darrá, bravo guerrillero, fortificaba á Competa, á Maro, y á Nerja, sosegando la costa de Almuñecar, y espulsaba al interior de España los moriscos del Borge, Comares, Cutar y Benamargosa.

(1) «Era Aben Humeya de veinte y cuatro años, poca barba, color moreno, cejunto, ojos negros y grandes; de buen cuerpo: mostraba ser de noble sangre, y tuvo siempre altos pensamientos»

Primera parte de la Historia general del Mundo, escrita por Antonio de Herrera, coronista mayor de su Majestad de las Indias, y su coronista de Castilla. En Valladolid, año 1606, pág. 760, columna 2.

(2) *Sumario é recopilacion de todo lo romançado*, por Alonso del Castillo.

Como necesidad para pacificar mas pronto el territorio, no menos que como ensayo para espulsar los que fueran sospechosos en otras partes, se ordenaba tambien la emigracion general de los moriscos de Granada, indemnizándoles el valor de los bienes muebles y de los ganados que tenian, y conduciéndoles con humanidad al centro de la Mancha y de ambas Castillas. La mayor parte se avecindaron y arraigaron de nuevo en Castellar, Villamanrique, Valdepeñas, Ciudad-Real y Almagro.

Semejantes golpes debian desconcertar á los que mantenian desplegado y paseaban todavía el bermejo pendon de Aben Humeya y de Aben-Aboo, por las cumbres de las Alpujarras, y aunque colocado el de Austria en el centro de ellas procuraba reducirlos ya con la fuerza, ya con la industria, el caudillo de los moros asesinaba al Habaqui, agente y mediador con los cristianos, y se internaba en las lobregueces, resuelto á no admitir otros tratos que el choque de los aceros y la funesta razon de los arcabuzazos.

No obstante el cuadro de la rebelion y de la guerra habia cambiado de colores. Los moriscos aunque numerosos, no poseian todo el reino como casi llegaron á poseer, apenas lanzaron el grito de independencia; eran muchos los que habian parecido al filo de la espada; emigrados no pocos á Berbería; reducidos á la obediencia los mas temerosos de las consecuencias de su rebelion, y cansados en fin los principales de una vida errante, acongojada y medio salvaje. Las rivalidades, ese filtro ponzoñoso que se introduce y penetra donde quiera que se reunan los hombres, producia tambien sus mortíferos efectos en la córte del nuevo rey de moros montañeses. El mejor medio para acabar la guerra y volver las cosas á su antiguo estado, era quitar de en medio á Aben-Aboo, el tirano, así le llamaban los españoles, y como el recuerdo de sus antiguos tiempos de esplendor y prepotencia tambien recordaba á los moriscos que el puñal servia para poner y quitar califas, conjuráronse los parientes y primos de Aben Humeya para vengar su muerte con la de aquel, y dos de sus allegados, el Zatahari y el Zeniz, le asesinaron á traicion, que de tal muerte feneciera su antecesor en el trono. El cadáver de Aben-Aboo relleno de sal y entablado sobre un caballo fue conducido á Granada y puesta su cabeza en público dentro de una jaula de hierro. Todos los moriscos doblaron entonces la cerviz y acataron el yugo del vencedor soberbio.

Por tercera vez desde el año 1492 la enseña de la Cruz tremolaba victoriosa en Granada sobre la desgarrada bandera de los descendientes de los Almoravides y Almohades. Los valles frondosos de la Alpujarra, los pelados peñascos de la sierra de Ronda, y las elevadas cumbres de Sierra Bermeja, eran ocupados por los soldados de don Juan de Austria, quien siguiendo las terminantes órdenes del *prudente* Felipe, espulsaba de aquel reino á los moriscos que en él quedaban, hubiesen ó no sido rebeldes. Los de la ciudad de Granada y su vega, valle de Lecrin, Sierra de Bentomiz, Ajarquía y Hoya de Málaga, Marbella y Serranía de Ronda, fueron encaminados á Córdoba y repartidos luego por Estremadura y Galicia; los de Baza, Huercar, Guadix y rio Almanzora, en la Mancha y Castilla la Vieja; los de Almería, Tabernas y demás pueblos del territorio fueron trasladados al otro lado del Guadalquivir, en el reino de Sevilla, embarcados en las escuadras de don Sancho de Leyva. Tal fue el término de la guerra de Granada en tiempo de Felipe II, pero, como dice un historiador, «aquel reino, rico y poblado antes, obtuvo la misma tranquilidad que reina en las soledades.» La rebelion y la guerra de los moriscos de Granada fue sumamente fatal para el estado, y el país en que tuvieron lugar no pudo reponerse de tan fatales golpes hasta despues de haber trascurrido muchos años.

FLORENCIO JANER.

LA IDEA RELIGIOSA.

I.

Una vez lanzado el hombre del paraiso terrenal, cuando las primeras lágrimas de dolor enrojecieron sus ojos y en el primer pliegue de su frente llevaba escondidos el remordimiento y la vergüenza, empezó á sentir desde luego las necesidades de la materia, la cual con elocuente voz le hizo conocer lo frágil y quebradizo de su naturaleza.

Cubrió la desnudez de sus carnes avergonzado de sí mismo, pero no pudo cubrir la desnudez del alma, que tambien desde aquel momento fue tributaria del dolor.

El hombre se avergonzaba del hombre: el espíritu lloraba las debilidades de la materia.

En medio de la soledad de la tierra se exhaló el primer ¡ay! de angustia y afliccion que los ecos del bosque devolvieron al hombre como la pavorosa voz del remordimiento.



ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—LOS COMUNEROS PADILLA, BRAVO Y MALDONADO EN EL PATIBULO.—CUADRO DEL SEÑOR GISBERT.

VISITA DE SS. MM. Á LAS ILUMINACIONES DE BARCELONA, LA NOCHE DEL 23 DE SETIEMBRE ÚLTIMO.

El alma que hasta entonces solo habia gozado, empezó á sentir: la vida se presentaba bajo una nueva fase, tanto mas terrible cuanto mas justa habia sido la sentencia que condenaba al primer pecador á vivir con el sudor de su frente.

Adan, en la presencia de Dios, al ser arrojado del paraiso, no hizo mas que avergonzarse de su falta, de su fragilidad, pero entregado luego á la soledad del pensamiento, se estremeció de pavor, porque solo entonces su alma adivinó lo que la presencia del señor significaba.

La idea religiosa, la verdadera revelacion de la divina esencia nació entre la falta y el castigo, entre el remordimiento y la espiacion, en medio de un espacio sin límites, digna cuna de un gigante que venia á llenar el mundo.

Y el hombre al sentir el roce de sus alas en la enardecida frente, se prosternó espantado y oró...

La idea se encarnaba en la palabra.

Fue necesario que Dios se mostrase justiciero, que castigando hiciese uso de su poder, para que el alma le comprendiese, y que el hombre se reconociera gusano para temblar ante él.

La naturaleza humana es harto mezquina, sobrado raquítica para adivinar: la luz, antes la ciega que la ilumina.

II.

Todas las naciones, todos los pueblos, aun los menos civilizados, han sentido casi instintivamente la necesidad de la idea religiosa como base de su existencia, como eslabon entre un *presentimiento* y la vida real, y adviertase que la palabra subrayada escluye á los que profesan la religion cristiana.

La ignorancia ha hecho de ella un arma terrible y mortífera, arma de asesinato y no de lucha.

Por lo demás este sentimiento es tan innato en el corazon del hombre como el de su propia conservacion. Si algo hay en él anterior á sus malos instintos es la idea religiosa. Puede decirse que es el último y mas inespugnable baluarte del alma contra la materia: la sombra de la divinidad proyectada sobre su frente.

Desde su aparicion en el mundo tropezó con multitud de errores, hijos mas bien de la soberbia que de la ignorancia de los hombres, quienes fuéronla disfrazando mas ó menos grotescamente, haciéndola acomodaticia á sus inclinaciones y placeres.

La historia del paganismo es un testimonio de nuestro aserto: los ídolos de sus diferentes sectas nada mas que la espresion de la idea en diversa forma, como dos palabras distintas que enseñan el mismo pensamiento.

Vemos, pues, que la idea mas ó menos material mas ó menos abstracta era la misma, y es que donde no obraba la teoría de la razon, obraba la del instinto, teoría estraña inconcebible hasta cierto punto, pero que existe.

Los hombres que pensaban algo se la imponian al pueblo, no tanto porque ellos la sintiesen en sí mismos, sino porque contribuia notablemente á aumentar y sostener su prestigio.



EL NUEVO YACHT, TITULADO EL CISNE DEL EXE

La discordancia de prácticas en el culto, la disparidad de opiniones, ya por ignorancia ó por malicia, provocaron mil conflictos entre los hombres, repugnantes escenas de barbarie y asesinato cuya historia debiera escribirse con sangre y lodo.

Y es que el pueblo, aunque estraviado, defendia la base de su derecho, la santidad de su ser.

Hasta que apareció el cristianismo, y el drama que se representó en el Gólgota fue la confirmacion de la idea religiosa: despues del bautismo de lágrimas vino el bautismo de sangre.

La forma de que se revistió al encarnarse nuevamente entre los hombres fue menos abstracta que la primera: al símbolo sucedia el verdadero sacrificio, á la teoría de la antigua ley la práctica de la nueva, y ya el pueblo no necesitaba la esplicacion de los doctores y de los sabios para conocer á su verdadero Dios, pues que este venia á habitar para siempre entre los hombres.

El cristianismo tenia que luchar con las preocupaciones arraigadas por la costumbre. Toda idea nueva encuentra mil obstáculos en su camino; pero si vence, su triunfo es mas grande, y el triunfo de la nueva doctrina correspondió á lo sublime de su naturaleza. Semejante á esas nubes imperceptibles que apenas se distinguen en el horizonte pero que van estendiéndose poco á poco hasta sorberse la luz del sol, lanzando de su seno el rayo y la centella, nació el cristianismo en un miserable portal de la Judea para llenar el mundo con sus divinos resplandores.

Sonó su voz en el espacio como el estampido del trueno, y cayeron de sus pedestales de barro, rodando por el lodo los ídolos del paganismo.

Sentencias injustas de tribunales incompetentes, dictadas por el odio y el despecho, condenaban al circo á multitud de víctimas; pero aquella sangre fecundaba la tierra donde crecia y se desarrollaba el nuevo árbol de la vida.

Despues de esta lucha de titanes, cuando la cruz de la redencion proyectaba su sombra bienhechora sobre multitud de pueblos, vinieron otras guerras de intolerancia religiosa, la peor de todas las intolerancias, divisiones de la nueva iglesia, cismas impíos apoyados en doctrinas quizás mas perniciosas que las de los antiguos idólatras.

La defensa que entonces se hacia de la idea religiosa, era acaso peor que una derrota, porque el fanatismo luchaba por la conviccion.

¡Horrible maridaje de palabras!

Al antiguo circo sucedió la Inquisicion con sus hogueras y sus potros, mas espantosos que las garras del leon y el rugido del tigre: á los emperadores romanos, sacerdotes sin fe que prestaban su sancion á aquellas escenas de caníbales y acaso mas de un mártir llevó al sepulcro el sello de los hereges.

Porque los ídolos no tenian como en los primeros tiempos un templo público; se les sacrificaba *in petto*.

Pasaron aquellos disturbios que desgraciadamente fueron de larga duracion: empezóse ya á conceder al pensamiento mas libertad de vida, y poco á poco, aunque sin desaparecer totalmente, fueron siendo menos pesadas las cadenas que le sujetaban al yugo de los errores.

Entonces este al leer en el libro de lo pasado los escesos cometidos en nombre de la idea religiosa, se estremeció de espanto, como la duda ante la muerte.

Adivinó la augusta majestad de un Ser Supremo, cuya memoria se habia invocado para sacrificar á Satanás, y elevándose horrorizado hasta la cima del Gólgota protestó solemnemente de su participacion en tanto crímen.

Hasta aquí la idea religiosa ha subsistido aunque combatida siempre por seres ingratos y degradados ante su propia conciencia...

¿Pero qué ha venido á ser en nuestros dias?

III.

En primer lugar este sentimiento tiene que combatir contra dos enemigos, terribles ambos, aunque de distinta naturaleza. La supersticion y el escepticismo: es decir, el celo exagerado y la indiferencia.

Estos dos antagonistas la hacen una guerra de esterminio, siendo el primero mucho mas peligroso que el último.

El escepticismo, esa nueva escuela cuya base es el egoismo mas refinado y cuya única doctrina consiste en negarlo todo, es á la idea religiosa lo que la niebla á los rayos del sol: los debilita un momento, los envuelve, pero estos la deshacen, brillando despues con mas fuerza que nunca.

Desde los adoradores del sol hasta nuestros dias, no ha habido secta ni doctrina, lógicamente considerada, con menos elementos de existencia que el escepticismo. El amor propio vencido ante la impotencia ha obligado al hombre á ser escéptico.

—¿Quién es Dios? ¿dónde está? Examinemos las causas de su existencia para apreciar su poder. Busquémosle en el Sinaí por si los flancos de la montaña conservan aun el eco de su voz: subamos al Gólgota por si encontramos la huella de su pié en la maleza del camino... No hay mas que la nada despues de la vida... el vacío no mas... la muerte es el último término de una regla de proporcion.

Y negado el principio ¿qué cuesta negar lo demás?

Luego el escepticismo es muy cómodo tambien: es el hombre que llega á los veinticinco años y á nadie tiene que dar cuenta de sus acciones... el lobo que devora á una oveja porque tiene hambre.

Poco puede temer la idea religiosa de esta doctrina; los tiros de semejante adversario jamás le herirán de muerte.

Pero queda la supersticion mil veces mas terrible que el escepticismo por lo mismo que no niega el sentimiento religioso. La supersticion es la parodia de la fe, como lo es el libertinaje de la libertad.

La supersticion ha hecho casi siempre un gran papel do quiera que la idea religiosa ha sufrido algun ataque: es un cuchillo afilado en poder de un niño, que sin saberlo puede darse la muerte.

El hombre supersticioso es fanático y el fanático no está muy lejos de ser impío, ó por mejor decir, lo es casi siempre. Las guerras de religion nos demuestran evidentemente hasta qué punto se apartaba el hombre de la doctrina del crucificado. La supersticion empobrece el pensamiento, y le hace conocer á Dios mas bien injusto que clemente y justiciero. Los mártires y los santos morian ensalzando el nombre de Dios, mientras que el supersticioso vé acercarse su última hora rodeado de ridículos terrores.

IV.

En nuestros dias el sentimiento religioso tiene dos medios de existir entre nosotros: dos símbolos que rechaza el sentido comun.

Primero, el hombre cuyas prácticas religiosas no pasan del dintel de su gabinete, por miedo de que el mundo se ria de él. Este hombre quiere ser cristiano sin aparecerlo, y aun cuando hace gala de escéptico entre sus amigos, tiembla aterrorizado al oir en la iglesia un sermon cualquiera.

Este hombre á quien nos referimos es un símbolo de tontería y estupidez, porque aparentar lo contrario de lo que se cree sin necesidad es la última espresion de la idiotez. Dicho individuo coloca al hombre sobre Dios, puesto que teme mas las burlas del primero que la justicia del último.

Sin embargo, colocadle en cualquiera situacion apurada y le vereis proclamar en alta voz su arrepentimiento y negar todo lo que antes afirmaba.

Estos entes jamás hubieran inventado la pólvora.

El otro símbolo á que me referia es el tipo opuesto; el hombre que dice sin que le pregunten, que es cristiano por oficio, como pudiera ser zapatero ó albañil y que tiene un lujo de religion inusitado. Su creencia se manifiesta siempre por actos de gran espectáculo, y si un dia de procesion tuviera una cita en el paraiso terrenal faltaria á su palabra.

Este hombre no ama el culto por el culto, no le practica por Dios mismo, apenas tiene idea de Dios. Para orar, para invocar su nombre necesita un templo con terciopelo y lámparas, profusion de luz sobre todo, y mucha concurrencia. Es individuo de varias congregaciones solo porque le nombren mayordomo de cera, ó tesorero ó le confieran otro cargo en el que se pueda lucir; á pesar de todo esto vedle un dia de funcion en una iglesia hablando alto, mostrándose irreverente como si la casa del Señor fuese la plaza pública.

Estos hombres se llaman cristianos en alta voz y no han averiguado sériamente ni una vez siquiera si lo son. La verdadera idea religiosa e tá muerta en ellos ó á lo menos galvanizada. El culto esterior le practican con lujo, pero la verdadera doctrina, la doctrina del Crucificado está algo descuidada.

La religion en espectáculo es el espectáculo de la impiedad; con solo que la vista quede satisfecha del decorado, podemos estar tranquilos. Luces y orquesta para los sentidos, que la congregacion sobrepuje á todas las demás en lujo y esplendor... ¿qué importa la miseria de nuestros hermanos?

Estos cristianos de aficion son intolerantes como el error, y si las antiguas persecuciones de la iglesia empezasen nuevamente acaso no serian del número de los que espirasen en el tormento por negarse al sacrificio de los ídolos.

V.

La idea religiosa nos ofrece el mismo ejemplo que el Salvador del mundo. Habitó entre su pueblo largo tiempo y este lejos de reconocerle y adorarle le crucificó escarneciéndole.

Pocos adivinaron la esencia de Dios en el hombre.

Pocos comprenden tambien la verdadera forma de este sentimiento tan dulce, tan magnífico y sublime.

La primera voz que le despierta, que le inicia en nosotros cuando no pensamos, es la cariñosa voz de una madre, que nos hace arrodillar al pié del ara ó delante de una imágen de la Vírgen, mientras murmuran los lábios una sensible y fervorosa oracion dictada por ella. El último que nos la recuerda es el sacerdote sentado á la cabecera de nuestro lecho de muerte.

Este sentimiento es el agente entre Dios y el alma, y aunque pocas, existen en el mundo algunas criaturas que pueden definirle exactamente porque le llevan dentro de sí.

La idea religiosa combatirá siempre para triunfar; es el cimiento del mundo, la base del derecho, el manantial de cuanto hay noble y bueno en el hombre, el genio en el sabio, la caridad en el misericordioso, la resignacion en el paciente...

La sombra de Dios, en fin, proyectada sobre nosotros por un efecto de su soberana clemencia.

La idea religiosa tan antigua como el mundo, le llenará algun dia con los vivos destellos de su luz.

Despues de asistir al diluvio y á la destruccion de las ciudades malditas, despues de ser escarnecida por los réprobos y exaltada por los hombres de verdadera fe, irá á iluminar la gloria del Señor el dia en que su justicia mine los cimientos del mundo y caiga este derrumbado en el abismo.

PEDRO ESCAMILLA.

UN NUEVO YACHT.

El 18 de setiembre salió del astillero de Exmouth en el Devonshire meridional, el gracioso yacht, cuya figura está fielmente representada en nuestro grabado. Su construccion es conforme al modelo del Mute Swan (el Cisne mudo), de Bewick, pero cuatro veces mayor; su autor y dueño es el capitan Jorge Peacock. La parte esterior del barco está barnizada de blanco con molduras doradas, y todo el interior es de la clase mas elegante. En una bandera de seda azul que ondea al viento en una barra de metal dorado que sale del pico del ave, se lee el nombre del barco *El Cisne del Exe*; el Exe es un rio dividido en dos brazos, en uno de los cua'es se halla ahora este barco tan estraño.

La longitud del *Cisne*, es de diez y siete piés y seis pulgadas; en su mayor anchura tiene siete piés y seis pulgadas, y su altura desde la quilla hasta el punto mas elevado de la espalda, es de siete piés y tres pulgadas, lo que da exactamente una dimension cuatro veces mayor que el *Cisne mudo* de Bewick. El buque presenta tambien en sus detalles las proporciones de un cisne en una escala superior. Su cuello y su cabeza, elegantemente cortados y en formas agradables, se elevan diez y seis piés sobre el nivel del mar. Las alas del ave están representadas por las velas que se elevan y descienden por medio de vergas que corren por poleas doradas, unidas al cuello por un anillo dorado. El barco tiene dos quillas, ó por mejor decir, se divide debajo del agua en dos botes; está formado de dos mitades iguales ó gemelas, y el agua sube por debajo del barco á un receptáculo oblongo, practicado en el medio. De esta manera no solo conserva el *Cisne* su posicion recta cuando pasa por uno de los muchos bancos de arena que hay en el Exe, sino que no necesita lastre alguno, ni hay temor de que caiga ó se sumerja. Asi, pues, este barco es un bote perfecto de salvacion. En vez de tener las quillas una direccion paralela, como sucede generalmente en los botes dobles, van separándose progresivamente una de otra hácia la parte de atrás, dejando de este modo un paso mas libre al agua. Ademas de las alas tiene tambien el *Cisne* por debajo dos remos de un tejido de metal de la misma forma que las patas de los palmípedos, los cuales se hallan entre las quillas y se mueven por una palanca que funciona por medio de manubrios movidos por cuatro personas, como las bombas para el fuego. Ademas, el movimiento de esta ave magestuosa, puede acelerarse por dos remos comunes, y el timon construido en forma de cola de pez, puede aplicarse á este objeto. El capitan Peacock cree que con la accion comun de todos los medios de impulsion, puede recorrer cinco millas inglesas por hora; pero esto solo en agua tranquila y en un lago, ó un rio de corriente poco rápida.

La disposicion interior tiene semejanza con un wagon de primera clase del ferro-carril; y si se imagina un asiento de cochero en vez del cuello del cisne, el barco será un coche muy agradable. Los asientos están cubiertos de tafilete verde, y llenos por dentro de pedazos de corcho y de filamentos de coco. La cubierta del barco tiene una concavidad de tres pulgadas, que se llena de agua con el objeto de templar el calor del interior. A los lados hay puestas celosías que pueden levantarse, y vidrieras de forma ovalada que pueden levantarse ó bajarse segun se quiera. En medio hay una mesa bastante grande para que doce personas puedan comer en ella cómodamente. Un escelente colchon sobre la cubierta proporciona por la noche una buena cama. En la mesa hay hechas algunas aberturas que caen sobre el agua que hay debajo; de modo, que estando á la mesa, hay ocasion de dedicarse á la pesca, y hasta se ha cuidado de tener un aparato para guisar con prontitud, por lo cual los pescados que se cogen pueden servirse á la mesa en pocos minutos. El humo de este aparato sale por el cuello y las ventanas de la nariz del cisne.

En la parte del pecho del cisne, se halla la cámara, amueblada como gabinete de señoras. Al mueblaje de esta pertenecen un aparato de bomba, una jofaina con agua fresca, y cierto número de alhacenas para guardar lo necesario. El piloto se sienta en alto en la cola del ave, y conduce al buque tan fácilmente como un cochero de alquiler á sus caballos. Detrás del cuello hay una abertura bastante grande para que pueda salir un hombre por ella cuando sea necesario cargar las velas ó echar las anclas. *El Cisne del Exe*, mide cinco toneladas y pesa diez y seis quintales próximamente; cuando está completamente car-



vado y hay á bordo quince personas, no entra mas que diez y siete pulgadas en el agua.

LA PURPURA DE TIRO.

La púrpura, dice un antiguo escritor español, era la sangre de un pececillo llamado Murice (y digo era, porque desde la hora en que espiró nuestro Redentor Jesucristo no se ha vuelto á ver en ninguna parte del mundo). Era, pues, un pececillo de los que el mar de Tiro producia en la fortificacion de dos conchas. Habia este mar arrojado muerto uno de ellos á la arena; andaba por allí un perro con hambre, quebró las conchas, despedazó el cuerpecillo, y tiñó en aquella sangre los labios y los dientes. Volvió á su casa, reparó en la hermosísima mancha su dueño, observó que no se le quitaba, y siguió al dia siguiente los pasos al perro, que goloso de aquellos peces, porque debia ser bocado sabroso, no hallando otros que comer, lamia los pedacillos de las conchas que habian quedado de el que habia comido. Recogiólos el dueño y enseñándolos á los pescadores antiguos, conocieron el animal y buscaron ingeniosos instrumentos para cautivarle. Cogieron muchos, esprimiéronles la sangre con atencion; recogida, dejáronla mucho tiempo en los vasos en que la habian esprimido, y hallaron que no se corrompia. Embriagaron luego en ella unas vedijas de lana y quedaron con hermosura y profundidad de rubíes. Trataron de hacer vestiduras de esto, y salió la mas vistosa de las vestiduras. Esta sangre entre las cosas corruptibles es la que mas se defiende de la corrupcion: créese que dura setecientos años en su integridad. Viendo esta casi celestial propiedad de aquella casi celestial hermosura, la hicieron insignia de su altísima dignidad los supremos magistrados de Roma y los emperadores.

ENTRE DESPIERTO Y DORMIDO.

(SUEÑO QUE PARECE VERDAD.)

> ¿Qué es la vida? una ilusion,
> una sombra, una ficcion,
> y el mayor bien es pequeño;
> que toda la vida es sueño
> y los sueños sueños son.»
> (CALDERON.)

I.

UNA CITA SINGULAR.

Estábamos en pleno invierno.

Era viernes, y volvia yo á mi casa, despues de un paseo bastante largo.

Habia ya anochecido. Las campanas de las iglesias daban al aire los melancólicos acentos del toque de oraciones.

Yo acorté el paso.

A pesar mio, de cuando en cuando me detenia, agoviado por la tristeza de mis pensamientos.

¿En que pensaba?... No me acuerdo.

Cuando oigo el toque de oraciones, me parece oir la voz de Dios. En esos instantes, pensamos en todo, cruzando el alma por un espacio inmenso de melancolía. En esos instantes todo se admira, todo es grande, todo lo creemos maravilloso, porque el mundo de lo infinito se relaciona íntimamente con nuestro espíritu.

Me hallaba solo en el atrio de la iglesia de San Sebastian. Siempre abstraido; meditando siempre; predispuesto á gozar de cuanto halagase á mi fantasía, rico en no sé qué ilusiones; soñando como un loco.

Con una brusca transicion á la vida real, hubiera sufrido como el niño que coge en un jardin una linda mariposa, y la ve despues escaparse entre las flores, burlándose de su candor.

Iba á entrar en la plazuela de Santa Ana, cuando sentí que me tocaban en el hombro.

Entonces salí de mi abstraccion.

Pero debia seguir soñando.

Volví la cabeza y me encontré con una mujer envuelta completamente en un espeso y oscuro velo.

La luna salió de entre un pequeño grupo de nubes.

A su luz quise distinguir lo que el velo ocultaba, pero me fue imposible.

Tentado estuve á proseguir mi camino, pero una fuerza superior me detenia. La enlutada me examinaba con curiosidad y en silencio.

—¿Eres tú? me dijo al fin.

—Yo soy, contesté, con la misma seguridad que el inolvidable *Fígaro* en su artículo *El mundo todo es máscaras*.

—Sí; te conozco, continuó. Eres un niño que juega con las risueñas esperanzas del amor y de la gloria...

—¿Crees en Dios?

—Sí creo.

—¿Creerás en mí?

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque tienes faldas. La mujer del velo se hizo la desentendida.

—Mañana es sábado,—dijo despues.—Te espero aquí mismo, á las doce de la noche... ¿Vendrás?

Vacilé algunos segundos. Pero estaba soñando y volaba en pos de aventuras estraordinarias.

—Vendré, contesté al fin, con acento firme.

—Adios, pues; hasta mañana.

—Adios.

Y la mujer del velo se alejó como una sombra.

Poco despues, entraba yo en mi casa, perdido en un laberinto de ideas, de que no podria sacarme la Ariadna mas entendida en esto de enredos.

II.

EL AUTOR SE EMPEÑA EN DORMIR.

Vamos á cuentas, me dije, luego que me ví enteramente solo en mi gabinete, mirándome á un espejo, por ver si se me aparecia el diablo. Cuando era niño oí varias veces, no sé si á mi abuela, que los que se miran de noche á un espejo, encuentran en el cristal la efigie del diablo. Pero esto nada nos importa. El caso es que yo me puse á hacer las siguientes reflexiones.

—Venia á casa, pensando en cosas sobrenaturales, cuando me encontré con esa mujer, y... ¿quién es esa mujer?

Ella sabe quién soy yo. Sus preguntas fueron breves. se redujeron á asegurarse de mi fé de cristiano, y de la que en ella podria tener con el tiempo.—¿Será alguna romántica exagerada que querrá poner á prueba mi corazon, ó alguna desesperada que ensayará el último recurso de pillar marido? ¿Será jóven ó vieja, fea ó hermosa?

A decir verdad, yo no reparé en sus formas, en sus contornos. Ni podia reparar. Solo oí su voz, y su voz me pareció insegura. Luego el lugar de la cita... El cuidado de que fuera en sábado y á las doce de la noche... En tal dia y á tal hora dicen que tienen sus reuniones las brujas.

¿Si será ella?

Pero ¡cá! ¡esta idea!.. Yo no soy supersticioso, ni puedo convertirme en héroe de los cuentos de la tia Gilila.

Entre estas y parecidas conjeturas, á cual mas estravagantes, se fue apoderando de mí el divino Morfeo, como diria un poeta clasicista; y aunque apenas eran las nueve, me desnudé maquinalmente y me acosté.

—Pero señor, ¿quién será, me repetí, cuando me ví entre las sábanas? ¿Qué me querrá esa mujer ó fantasma, precisamente mañana, á las doce, con tal misterio? Sin duda me va á pasar algo estraordinario.

¿Iré? Sí; he dado mi palabra y no puedo faltar. Lo contrario seria demostrar cobardía, y las mujeres...

No pude concluir mi raciocinio. Mis párpados se cerraban pesadamente. Pensé un instante que si *es sueño la vida* y despierto soñaba cosas tan raras, cuando me durmiese me debian esperar lances estrafalarios y divertidos.

Durmamos, pues, y soñemos.

Y pensando y haciendo, apagué la luz que cerca de mi cama ardia, me arropé con cuidado hasta los ojos y me quedé profundamente dormido.

III.

EL AUTOR SIGUE SOÑANDO.

Estamos en sábado. Son las doce menos cuarto de la noche.

¡Qué frio!

—Pues señor, adelante. La enlutada misteriosa no debe ser la primera en concurrir al sitio de la cita.

Me calo el sombrero hasta las cejas, me embozo bien en la capa, y haciendo el menor ruido posible, me planto en la calle.

Y ahí me teneis, queridos lectores, cruzando intrépido la coronada villa, sin que nadie pueda tener idea de mi escéntrica humorada á una hora en que los aficionados abandonan los teatros y los cafés.

No bien habia llegado á Santo Tomás, cuando sentí que se cogian á mi capa.

—No hay necesidad de llegar al sitio de la cita, me dijo una voz parecida á la de la enlutada. Yo *lo sé todo*, y estaba segura de que vendrias por aquí. Vamos á rezar un momento.

No pronuncié una palabra; miré á aquella mujer.

Mis miradas se estrellaron en un velo mas largo y mas espeso que el de la noche anterior.

La enlutada no soltó el embozo de mi capa.

Yo me dejé arrastrar insensiblemente por aquella sombra.

Las doce daba el reloj de la Trinidad.

La última campanada resonó, dejando un eco prolongado y triste que oprimió mi corazon.

La mano de la misteriosa guia, tocó tres veces las puertas de la iglesia de Santo Tomás.

Las puertas se abrieron.

Yo me estremecí, vacilé sobre mis rodillas y hubiera caido á no sostenerme el brazo poderoso de la que empezaba á causarme terror.

Yo queria rechazar aquel apoyo. Pero me sentí arrastrar, y entré y crucé en silencio bajo las oscuras bóvedas del templo, y me arrodillé como la enlutada, murmurando una oracion poseido de un indecible terror religioso.

—Alza los ojos y observa á tu derecha, me dijo la sombra que de tal modo me dominaba.

La obedecí irresistiblemente.

Por una de las puertas de la sacristía salian dos monges con velas encendidas en la mano y con la cabeza inclinada tristemente sobre el pecho. Detrás salieron otros dos, y luego otros, y despues otros, hasta ciento; todos con la vela en la mano y con la cabeza inclinada, profundamente tristes, silenciosos, abstraidos.

Detrás aparecieron otros cuatro monges, sosteniendo sobre sus hombros un féretro, y avanzaron lentamente hasta colocarse en el centro del templo, entre las dos filas de hermanos que alumbraban la fúnebre ceremonia. Luego dejaron su carga sobre una meseta enlutada pobremente.

—Escucha; me dijo al oido, la sombra del velo.

Los monges entonaron una plegaria con voz pausada, grave, enronquecida tal vez por el dolor. Parecia una súplica á Dios y una despedida á aquel, cuyos restos guardaba el féretro.

Dos de los monges que le habian conducido levantaron una losa, y los otros dos le colocaron con cuidado en el hueco que debajo habia.

La losa cayó luego pesadamente, y el féretro desapareció de la vista.

Los monges fueron de dos en dos á besar aquella losa.

Los acentos de la plegaria se estinguieron poco á poco.

Las cien luces se apagaron al mismo tiempo, y las sombras de los monges, siempre tristes y con la frente inclinada, se perdieron como fantasmas en la oscuridad.

La puerta de la sacristía rechinó al cerrarse.

Despues todo quedó en silencio.

—¿Sabes, me dijo la enlutada, de quién es el cuerpo que debajo de aquella losa guardaron?... Del mas apuesto y hermoso caballero de la córte del rey-poeta. El ambicionó como tú; como tú soñó en amores; corrió como tú en pos de la gloria... Pero el tiempo y los desengaños le dijeron: *¡Omnia vanitas!* y vino aquí á llorar, y ha muerto monge... y le lloraron sus hermanos y, como viste, ellos le dieron sepultura.

Aquella voz, en aquel instante, en aquel sitio, me hacia un daño horrible.

Me levanté desalentado, trémulo, calenturiento.

Las puertas del convento se hallaban abiertas. Quise huir de la que me subyugaba de tal modo; pero no bien estuve fuera del templo, cuando me sentí otra vez asido del embozo de la capa.

La enlutada acercó al mio su rostro encubierto, y soltó de pronto una carcajada sarcástica, que hizo correr un sudor helado por mi frente.

—¿Tienes miedo de tí mismo? me dijo; ven... ven...

Y cogiendo convulsivamente una de mis manos, me arrastró tras de sí con una fuerza prodigiosa, irresistible.

La humedad de la noche entumecia mis miembros.

El frio del terror estremecia mi alma.

Y así la sombra corriendo, corriendo, y yo arrastrado, arrastrado siempre, siempre detrás, llegamos al cementerio de San Luis.

La mano de la enlutada tocó tres veces la puerta, y la puerta se abrió con la misma facilidad que las de la iglesia.

Entramos. Yo, rendido de terror y de cansancio, caí de rodillas bajo las ramas de un ciprés.

Ciento cinco esqueletos, envueltos en blancos sudarios, con luces en la mano, rodeaban una fosa que aparecia en el centro del cementerio.

—Esa es tu sepultura, murmuró á mi oido la enlutada. Esos esqueletos son los cien monges que alumbraban en Santo Tomás, los cuatro que llevaban el féretro y el que el féretro encerraba.

Escucha y recuerda.

Los esqueletos entonaron la plegaria con aquella misma voz pausada, triste y enronquecida.

Cuando los acentos iban estinguiéndose, una fuerte ráfaga de viento apagó las ciento cinco luces.

Los esqueletos cruzaron lentamente por donde yo me hallaba, y fueron á perderse como sombras en el fondo de los nichos.

No pude mas. Me levanté y salí del cementerio, tambaleándome como un borracho. A la puerta me aguardaba la enlutada, que se acercó á mí con solicitud, y enlazó mi brazo con el suyo.

—Ahora no puedo abandonarte, me dijo; te serviré de apoyo. Y ella condujo mis pasos, y yo volvia á cada instante la cabeza, creyendo escuchar todavía los últimos acentos de la plegaria.

Poco despues, entrábamos en mi casa, y yo me dejaba caer casi desmayado sobre mi lecho.

—Ambicion, poder, amores, gloria... *¡Omnia vanitas!* murmuró la enlutada misteriosa, poniendo suavemente su mano fria sobre mis párpados: Duerme, pobre soñador, que algun dia vendré á despertarte.

Y me dormí.

IV.

EL AUTOR Á LOS LECTORES.

—Señores, buenos dias. Ya estamos en domingo.

Y ¡qué sol tan hermoso! Hasta la cama entra á saludarme como una bendicion del cielo.

¡Ay!... pero debe ser una bendita... ilusion.

Porque mi venerado poeta-filósofo dice,
«que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.»

EDUARDO BUSTILLO.

ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

(CONCLUSION.)

LA PRIMERA SINGLADURA.—LOS PASAJEROS Á LA SALIDA DEL PUERTO.

La posicion horizontal, la quietud, el silencio y la oscuridad son, en efecto, los mejores remedios entre cuantos se han descubierto hasta el dia, sino para evitar el mareo, para hacer al menos sus efectos menos sensibles y angustiosos; pero, desgraciadamente para la esposa de Argensola, nada era suficiente ya á ranquilizarla; la violencia de los movimientos del buque era ya insoportable; cada cabezada, cada balance, cada sacudida se covertian para la buena señora en otros tantos motivos de indescriptible angustia y segun la infeliz aseguraba parecia como que le arrancaban las entrañas.

En vano hundia su rostro entre las almohadas y apretaba todo su cuerpo con tra los colchones y se bajaba hasta los hombros el pañuelo que tan cuidadosamente habia prendido su esposo y gemia suspiraba y rogaba que la echasen en tierra y oprimia la sienes con ambas manos; el mal tomaba por instantes proporciones mas colosales, la crísis estaba llamando á las puertas de su trastornado estómago y los síntomas se hicieron de tal modo sensibles, que el capitan, despues de recorrer con la vista toda la cámara y de no hallar en esta lo que buscaba, se acercó precipitadamente al pié de la escalera y gritó á los de cubierta.—«¡Un balde! ¡Un balde al instante!»—

El piloto, fuera ya de puntas el buque, navegando envuelta de afuera con rumbo abierto y sin asomos del menor peligro, creyó que su presencia sobre el puente, no era ya indispensable, comprendió cuán apurado se hallaría su capitan solo en la cámara con tres pasajeros, que suponia mareados á la vez, y deseoso de ayudarle en la poco agradable faena en que debia hallarse ocupado, bajó por sí mismo, no un balde sino dos, y entró en la cámara, ocupadas con ellos ambas manos.

Y era ya tiempo de que llegase el utensilio que el capitan habia pedido; porque no bien el nuevo personaje que iba á tomar parte en la escena, habia traspasado el umbral de la puerta, cuando incorporándose presurosamente doña Pánfila con la mano en la boca, sacando parte de su cuerpo fuera de la litera y presa de terribles angustias que las contorsiones de su rostro y de su cuerpo revelaban bien á las claras, hizo seña al piloto para que se acercase.

Y el piloto se acercó y colocó uno de los baldes sobre el pañol, bajo la cabeza de la enferma, y el capitan se apresuró solícito á sostener á esta por la frente, con visible disgusto de don Romualdo y...

Lo que pasó despues no es, en verdad, para contado y mucho menos para visto, y dejamos que nuestros lectores lo adivinen, en lo cual no tendrán que cansarse mucho.

Las angustias de doña Pánfila iban progresivamente en aumento; los alfileres de su pañuelo, que la sofocaba de una manera insoportable, fueron desapareciendo uno tras otro; un sudor copioso bañaba su rostro; el manton, suelto como estaba se le hizo al fin insufrible, y se afanaba por arrojarlo de sí, sin tener la buena señora en cuenta lo escotado de su vestido y que sus espaldas, sus hombros y su seno iban á quedar en descubierto.

Argensola que permanecia sentado en el pañol asombrado del afan inconveniente de su mujer, luchaba á su vez por sujetar el pañuelo y la reprendia, aunque con la mayor suavidad, y se desesperaba y palidecia y se agitaba en su asiento de una manera cruel al ver que su esposa, en vez de obedecerle, luchaba cada vez con mas empeño por arrojar de sí aquel estorbo que la ahogaba, que aumentaba sus angustias, que no la permitia moverse y respirar con libertad. El celoso marido se incorporaba para ocultarla con su cuerpo á las miradas de sus dos amigos, á quienes apartaba bruscamente con el brazo cuando trataban de acercarse á la litera, y la inquietud y la angustia y la desesperacion llegaron en él á su colmo al ver que doña Pánfila, impulsada por las terribles angustias de que estaba siendo presa, echó las manos á la abertura de su vestido, que se abrochaba por delante, y tiró de los dos lados con tal violencia que los corchetes saltaron todos unos tras otros desde el pecho á la cintura.

Y no hay que censurar por esto á la buena señora, no; en momentos normales hubiera sido seguramente aquella determinacion, inconsiderada y reprensible en alto grado, porque entre las virtudes que deben adornar á una mujer es el pudor la primera; pero en aquellos instantes ¡Oh!... las que hayais pasado desgraciadamente por trances análogos sabeis demasiado bien cuánto estorba, que molestias causa la menor opresion en el cuerpo de una mujer mareada; cuán poco se reflexiona entonces, con cuánta indiferencia se mira todo lo que existe y pasa en la habitacion, cuán poca cuenta puede darse de lo que se dice y de lo que se hace: la persona que se marea pierde en sus momentos de agonia la razon, el sentido y hasta la conciencia de sí misma.



JUAN DE LAS VIÑAS.—UNA REPRESENTACION AL AIRE LIBRE.

¡Pero váyale usted con estas reflexiones á un marido celoso que tiene su estómago en buen estado!...

Asi es que el tormento, el desasosiego, la desesperacion de don Romualdo no conocian ya límites, y el pañuelo de su mujer y las mantas de la cama, impelidas en sentido contrario por ambos esposos, estaban en un continuo sube y baja capaz de arrancar una sonrisa á un Júpiter de mármol.

Y no era lo peor cuando doña Pánfila, libre por un momento de sus angustias, se dejaba caer sobre la cama cual si fuese una masa inerme y permanecia boca abajo pegada su frente á las almohadas, porque entonces le era fácil al administrador de salinas sujetarla la ropa, y en todo caso solo sus hombros y una parte de las espaldas quedaban espuestas á las miradas de los dos marinos, pero cuando llegaban para ella los momentos de crísis y se incorporaba de frente y arrojaba de sí cuanto la estorbaba y se cogia con ambas manos al brazo del que sostenia el balde y se erguia y se encorvaba, á impulso de terribles angustias, y no permitia que la tocasen y mucho menos que la sujetasen el pañuelo y era preciso ademas sostenerla por los hombros y la frente para que en un movimiento inconsiderado no se dejase caer sobre el borde del catre, la rabia contraia horriblemente el rostro de Argensola.

Y añadid á esto que el celoso marido, poco familiarizado con el contínuo movimiento de los buques, no podia aguantarse de pié sin apoyar al menos una mano en las paredes de la cámara, ni sujetar por lo mismo la frente ni los hombros de su mujer viéndose precisado á consentir que el capitan y el piloto lo hiciesen, y que su estómago, firme hasta entonces, principiaba á inquietarse por simpatia á la vista de aquellos malditos baldes que subieron cargados sobre el puente y bajaron limpios á la cámara tres ó cuatro veces por lo menos, y comprendereis todos lo horrible de la situacion del futuro vista de la aduana de Barcelona y cuánto debió sufrir el infeliz en aquellos momentos.

Los que os hayais sometido al santo yugo del matrimonio libraos de meter en un buque á vuestra mujer si sois celosos; y si caeis en tan mala tentacion, ó no podeis pasar quizás por otro punto, encerraos á solas con ella durante la primera sengladuras y si por desgracia *cambiaseis tambien la peseta*... dejad correr el tiempo, y venga lo que viniere: nada mas puedo aconsejaros.

Como todo en este mundo de miserias tiene al fin su término, las angustias de doña Pánfila fueron haciéndose cada vez menos frecuentes; una taza de té, bastante cargada de ron, tranquilizó momentáneamente su estómago, sintió que sus ojos se cerraban; á pesar suyo; se dejó caer al fin, sobre la cama, tan sin conciencia de sí misma que no se hubiera movido, aunque pasasen á escape sobre la infeliz dos escuadrones de coraceros, y unos momentos despues dormia profundamente, y Argensola pudo estender al fin sobre su carísima consorte el pañuelo y las mantas sin que le opusiese resistencia.

Pero apenas el celoso marido vió á su mujer tan envuelta en ropa como deseaba; apenas cesó la agitacion nerviosa en la que la escena anterior le mantenia constantemente, retardando los efectos del mareo que estaba llamando á sus puertas; apenas advirtió que sus dos amigos, sin objeto plausible que los retuviese en la cámara, se disponian á subir sobre cubierta, el ex-administrador de salinas pudo pensar en sí mismo, pasó una minuciosa revista á su interior y comprendió que se mareaba, y que se mareaba á todo trapo y trató de levantarse con ánimo de seguir á los dos marinos, ansioso de respirar el aire libre; pero sus piernas flaquearon, se dejo caer abatido sobre el pañol y pidió una taza de café.

Nuestro pequeño cocinero se presentó momentos despues á la boca de la escalera con una cafetera en la mano; intentó poner los piés en el primer peldaño y le pareció que la tabla se le escapaba, que su vista no descubria con claridad los objetos y que la claraboya á que se hallaba fuertemente cogido se movia: el pobre niño estaba mareado tambien, aunque no con la misma intensidad que en su primer viaje.

Emprendió, sin embargo, el descenso, llevando la cafetera en la boca y cogido con ambas manos á la barandapero en uno de los balances rodó el infeliz la escalera y cayó á los piés del capitan que, jurando y maldiciendo al advertir que el café se habia vertido, cogió al niño por la cintura, le suspendió hasta la altura de la entrada y le arrojó sobre cubierta, cual si fuese una pelota de viento.

Se oyó un ruido sordo en el puente; al ruido se siguieron unos ayes lastimeros, un llanto desgarrador, y en medio de aquel llanto se oian las palabras, ¡madre mia! ¡madre mia! casi ahogadas por reconcentrados sollozos.

La hija de Argensola, que se hallaba acostada y á medio dormir en una de las literas, se arrojó de un salto al suelo, pasó por entre el capitan y el piloto con la rapidez de una saeta y subió la escalera con una seguridad asombrosa.

Si un instante despues os hubieseis acercado á la popa del *Relámpago*, hubieseis visto á Ceferino tendido y bañado en sangre entre la obra muerta de babor y la entrada de la cámara, á la inocente y tierna Eloisa arrodillada á su lado acariciándole, consolándole y vendándole la cabeza con su pañuelo de bolsillo, empapado en agua y vinagre, y al contramaestre Monteavaro, cruzado de brazos y apoyado al palo mayor, contemplando aquella tierna y conmovedora escena.

El rudo marinero lloraba de emocion y quizás tambien de rabia.

Y el timonel, á cuyas inmediaciones se hallaban los dos niños, volvió la cabeza como para examinar la direccion del viento, con el fin de ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Y la sensible Adelaida, en el templo quizás orando en aquel instante por su hijo.

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.=IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 47. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 18 DE NOVIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



la fecha de las últimas noticias recibidas de Gaeta las tropas defensoras de Francisco II, que estaban acampadas al pié de los muros de la poblacion habian pedido capitular y se habia entrado en conferencias por una y otra parte con este objeto. Estas conferencias no han tenido por resultado la sumision al Piamonte; pero las tropas han abandonado á Gaeta, embarcándose para Civita Vechia. En Gaeta quedaban solo tres mil hombres de guarnicion.

De suerte que de un dia á otro se conoce que han variado considerablemente las circunstancias de la guerra. A principios de la semana se nos dijo que los defensores del fuerte de Gaeta habian pedido capitulacion y que los gefes de las escuadras estranjeras surtas en el puerto habian aconsejado al rey la retirada: despues pasaron dos dias, y al cabo de ellos se anunció que Francisco II habia rechazado la capitulacion y resuelto á permanecer en Gaeta hasta quemar el último cartucho; y posteriormente, es decir, anteayer se supo que la fuerza esterior de la plaza se marchaba y que esta se encontraba como hemos dicho, reducida á una guarnicion escasa. Desde que Francisco II rechazó la capitulacion, hasta el momento en que las tropas esteriores han hecho proposiciones de paz, tiempo en verdad muy corto, ha debido de ocurrir en Gaeta algun acontecimiento estraordinario. Cuando el rey resolvia la resistencia, esperaba sin duda que fuese eficaz y que se presentasen circunstancias favorables para recobrar el reino perdido; la marcha de la mayor parte de sus tropas debe quitarle toda esperanza. Ya algunos telegramas habian dicho, que se preparaba á embarcarse en un buque español; y aunque la noticia no se ha confirmado, no nos parece inverosímil que elija los buques españoles para su traslacion fuera de Gaeta, pues ademas del parentesco que le une con la familia real de España, está muy satisfecho de los servicios que le ha prestado el embajador de la reina cerca de su persona, satisfaccion que ha mostrado nombrándole duque de Riperdá.

Entre tanto, Garibaldi, despues de haber recibido á Victor Manuel en Nápoles, y haberle entregado el poder que ejercia en su nombre, se ha retirado á Caprera para dejar al gobierno nuevo toda su libertad de accion y salvarle de todo compromiso que le pudiera acarrear su presencia. Al despedirse de sus tropas les ha dirigido una alocucion invitándoles á estar preparadas para el mes de marzo de 1861, época en la cual comenzará una nueva campaña. Es decir, que Garibaldi ha dado por concluida su mision en este otoño y se retira á Caprera á tomar cuarteles de invierno y meditar los planes de futuras operaciones.

Tambien el rey Victor Manuel anuncia grandes cosas para la primavera del año próximo. Cuando se decia que Francisco II, iba á capitular y á embarcarse, el rey de Cerdeña decidió ir á Palermo y en este sentido dió un manifiesto á su pueblo; mas cuando Francisco II desaprobó la capitulacion, Victor Manuel suspendió su viaje. No sabemos si en vista de la próxima capitulacion habrá resuelto de nuevo verificarlo. De todos modos en su manifiesto espresa la conviccion de que los sacrificios que exigen la unidad é independencia de Italia no han concluido y de que en breve sus armas tendrán que sostener una gran lucha.

Hay, pues, en todas partes, una especie de programa guerrero que parece muy probable que se cumpla en todas sus partes y aun que los actores se escedan en su cumplimiento dándonos mas de lo prometido. Garibaldi ofrece entrar en campaña para marzo; Victor Manuel anuncia lo mismo para la primavera, que como es sabido comienza en 21 de marzo: y el Austria se arma hasta los dientes y eriza de cañones todo el litoral aleman é italiano, disponiéndose de igual modo para ese mes que los antiguos consagraron á Marte, dios de la guerra y que los modernos parece que han convenido en dedicar á la misma divinidad y festejar con muchas hecatombes.

Con las noticias de China ha sucedido una cosa parecida á la que ha pasado con las de Italia. En la semana anterior se dijo que los aliados habian sido bien recibidos por los mandarines, que se redactaba entre ambas partes un tratado de paz y que los representantes francés é inglés marcharian á Pekin para ratificarlo. Cuando estábamos dudando si se someterian ó no á las nueve genuflexiones que pide rigorosamente la etiqueta del celeste imperio, vino una noticia aterradora, segun la cual las negociaciones habian fracasado; los mandarines habian dicho que no tenian autorizacion para aceptar las condiciones que se les querian exigir; las tropas aliadas marchaban sobre Pekin y una enorme multitud de enemigos se reunia para impedirles el paso. Ya estábamos deplorando la suerte que iba á caber á los infelices soldados espedicionarios, obligados á combatir uno contra mil, cuando viene otro telegrama y dice que se ha firmado el tratado de paz; y otro añade que ese tratado se firmó el 5 de octubre y por fin otro agrega que en él se estipula una indemnizacion de 120.000,000 de francos ó sean 480.000.000 de reales en favor de los aliados, es decir 80.000,000 mas de los que la España exigió de Marruecos, despues de tres meses de combates de pruebas y de triunfos. Mucho celebraremos que ningun nuevo telegrama venga á desmentir los antiguos, que los plenipotenciarios lleguen á Pekin sin novedad y que logren ver al hijo del Sol sin necesidad de tocar nueve veces el suelo con la frente, humillacion á que nunca se someterán los europeos.

Las buenas relaciones entre Francia é Inglaterra se han estrechado en el banquete dado por el lord corregidor de Lóndres con motivo de su instalacion. Los brindis han sido entusiastas y sobre todo los periódicos ponderan los de Mr. Persigny embajador francés y los de los ministros Russell y Palmerston. Los banquetes son muy á propósito para unir y reconciliar voluntades, y no sabemos cómo no ha habido todavía quien escriba la *Historia de la influencia de los banquetes en la suerte de las naciones y en la civilizacion de Europa*. Si estuviéramos desocupados habriamos de emprender esta tarea, ó á lo menos un ensayo de ella, pues para desempeñarla á conciencia en un tratado especial, nos faltaria el genio necesario. De todos modos lo cierto es, que de resultas de este banquete se han hecho tan amistosas las relaciones entre los dos Estados, que la emperatriz de los franceses ha salido el 14 de incógnito, para pasar unas cuantas semanas en Escocia, al lado de la duquesa de Hamilton.

El rey de Portugal ha recorrido tambien algunas pro-

vincias de sus Estados, siendo recibido en todas partes con grande entusiasmo, y de vuelta á Lisboa ha prorogado por un par de meses el Parlamento á fin de que el ministerio tenga tiempo de estudiar varias importantes reformas económicas y administrativas que medita.

Tambien el gobierno español ha presentado á las Córtes varios proyectos de reformas que... ¡Pero, guarda Pablo! ya íbamos á penetrar en terreno vedado. Hablemos de teatros.

Una zarzuelita nueva original del Sr. Frontaura se ha representado en Jovellanos, titulada *Doña Mariquita*. Está llena de chistes y bien desempeñada. No tiene mas que un acto y asi debe ser: los cuentos mas cortos son los mas graciosos.

En el Circo se nos ha dado una zarzuela titulada *A cual mas feo*: y se ejecutó á cual peor. Y sin embargo: *El hombre mas feo de Francia*, que ha servido de modelo para ella, es una pieza bien traducida y chistosa que se representó con grande éxito en la Navidad de hace unos doce años.

El Barbero de Sevilla en el teatro de Oriente ha salido medianamente desempeñado.

Una nueva compañía ha venido á *actuar* en Lope de Vega, y ha comenzado sus actuaciones, con la *Jura en Santa Gadea*. No hay entre los actores de Lope de Vega ningun Cid en el arte dramático; pero todos tienen buena intencion, deseo de agradar y aplicacion. Dios les dé buena mano derecha.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

EL RENACIMIENTO.

Venia preparado el renacimiento desde algunos siglos; no es cierto que haya tenido lugar de improviso ni á la vez en todas partes. Habíanse dedicado ya de muy antiguo las comunidades religiosas á desenterrar y copiar las grandes obras de los escritores latinos. Organizaron á fuerza de laboriosidad y de tiempo bibliotecas, verdaderos tesoros de filosofía y literatura clásicas. Se relajaron mas tarde, y dejaron no pocos ecos manuscritos, que representaban el trabajo de generaciones de monges, abandonados á la accion ya de la humedad, ya del polvo y la polilla. Los materiales estaban ya, sin embargo, reunidos: bastó que unos pocos hombres volviesen luego la vista á la antigüedad para que la antigüedad pudiese ser reconocida.

Escitó la lectura de los libros clásicos un verdadero entusiasmo. Se los comentó, se los ensalzó, se los tomó por tipo de lo bello, se los sobrepuso á todas las producciones literarias que habian aparecido despues de la invasion de los germanos. Hasta de bárbaro llegó á calificarse lo que no estaba acomodado al gusto de sus autores. Usaban del latin en menosprecio de la lengua patria; aspiraban los mayores talentos á ser comparadas sus obras con las de un Virgilio, un Ciceron ó un Tito Livio. Acabaron de determinar esa tendencia general de los espíritus las sucesivas inmigraciones de los griegos, espulsados de su país por la cimitarra de los turcos: los demás griegos, antes muy poco conocidos, fueron estudiados y admirados al par de los latinos; el paganismo dominó por completo en el campo de las letras.

Empezó este movimiento en Italia á principios del siglo XIV. Acababa de abrir Dante un nuevo mundo á la poesía, cuando Petrarca y Boccacio se esforzaban ya en circunscribirla al símbolo y al ritmo clásicos. Arrebatado por su amor á Laura, obedeció aun Petrarca á sus propios sentimientos, si no en todas sus obras, en sus inmortales canciones; Boccacio fue ya pagano, no solo en la forma, sino en los argumentos y en el desenfrenado sensualismo de que están impregnadas sus principales poemas. Poco despues de Boccacio, murió este autor en 1375; el *renacimiento* literario era ya un hecho en Italia.

A principios del siglo XIV, empezó la revolucion en Alemania; mas no fue tan radical ni de tanta trascendencia. El clasicismo no ha podido ejercer nunca en los pueblos de raza sajona el predominio que en los de raza latina. Introdújose en España á mediados del siglo XV, y era ya dueño del campo en el XVI, despues de las guerras de Italia. Aconteció, pues, mas ó menos, otro tanto en Francia.

El renacimiento literario, ¿cómo no habia de provocar mas ó menos tarde el renacimiento artístico? La arquitectura ojival habia sido siempre en Italia una especie de planta exótica: no habia tenido el desenvolvimiento lógico que en los demás paises europeos. Participó muy pronto de tan poderosa influencia. La ojiva era su trazo distintivo: se la conservó, pero sentándola, no ya sobre haces de columnas, sino sobre columnas ó pilares de distintos órdenes romanos. A poco fue la misma ojiva reemplazada por la plena cimbra; el arte, recobrando sus antiguas formas y proporciones. Tuvo el renacimiento arquitectónico ya en el siglo XIV á un Orcagua; en el XV á un Brunelleschi, á un Alberti, á un Bramante; en el XVI á un Rafael y á un Miguel Angel. El arte monumental ha seguido en todos los siglos las evoluciones de la literatura: no era natural que dejase de esperimentar una de las mas profundas.

Fue en Italia la transicion de uno á otro estilo sumamente rápida; no tanto en Alemania, Francia ni España donde la ojiva constituia todo un sistema y tenia echadas las mas hondas raices. La ojiva pasó aquí antes de su muerte por una série de traformaciones que la fueron desnaturalizando. Coexistieron por algun tiempo en España las dos arquitecturas: la ojival continuó dominando en los templos, la del renacimiento fue invadiendo las casas de los concejos y los palacios de los nobles. Iglesias ojivales hemos visto construidas en la segunda mitad de nuestro siglo de oro: sus puntos parroquiales llegaron no pocas veces á dar por tipo á los arquitectos otras edificadas años antes. ¡ Tal y tanto era el amor que se sentia hácia la verdadera arquitectura cristiana!

No alteró el renacimiento en España ni en otro pueblo la planta de los edificios religiosos. Tomó de las ruinas de la antigüedad todos sus miembros, pero los combinó de muy distinto modo. Con el deseo de aparecer mas bello que grandioso, prefirió la superposicion de pequeños cuerpos arquitectónicos á construir uno solo acomodado á las proporciones de cada monumento. Decoró con profusion zócalos, columnas, archivoltas, frisos y cornisas; abrió en los interlocutorios y sobre los umbrales de las puertas, elegantes nichos destinados á recibir imágenes. ¡Qué de medallones y guirnaldas de flores no distribuyó en sus fachadas! ¡qué de grifos y otros seres fantásticos! Hasta los dinteles de las ventanas embelleció y cubrió de delicados follajes Usó mas de la pintura que de la columna, dió á una y otra las mas caprichosas formas, las substituyó no pocas veces con graciosas cariátides.

Monumentos de ese estilo no faltan en España. Las casas consistoriales de Sevilla le presentan revestido de toda sus magnificencia. Se le puede estudiar con fruto en la cárcel de Baeza. Es notabilísimo en el panteon de la casa de Segorbe, una de las mejores joyas del monasterio de Poblet, y en el de don Ramon de Cardona, trasladado hace algunos años del convento de padres franciscos de Bellpuig á la iglesia parroquial de la misma villa; notabilísimo tambien en los sepulcros de los Reyes Católicos de la ciudad de Granada y en las puertas del Obispo, que existen y están cuidadosamente conservadas en la iglesia de San Andrés de esta córte. Hasta calles estrechas y tortuosas de muchos de nuestros antiguos pueblos contienen, por fin, hermosas y acabadas páginas del Renacimiento.

Es generalmente bella en todas sus partes esta arquitectura; pero carece de sentido. Se busca inútilmente en ella nada racional, nada lógico. Su belleza está en los pormenores, no en el conjunto; en la forma, no en la idea. Su decoracion, del todo arbitraria, no tiene por generatriz ninguna línea. El paganismo y el cristianismo están en todas sus obras en nefando consorcio. El arte apenas guarda relacion con el objeto de los monumentos. En el panteon de Bellpuig la urna que guarda las cenizas del virey descansa sobre las espaldas de cuatro sirenas; ninfas puramente mitológicas como que aspiran á deponer coronas sobre aquella tumba. Las figuras de Cristo y de la Vírgen aparecen poco menos que confundidas con aquellos símbolos paganos. Algunos detalles revelan que aquella obra es un sepulcro; el todo podria pasar lo mismo por un panteon que por un arco de triunfo.

La cárcel de Baeza es todavía bajo este punto de vista mas disparatada. Abre la puerta principal su arco rebajado entre dos columnas estriadas sobre que se estienden del collarino abajo mascarones y graciosos arabescos. Están tendidos sobre el dintel dos sátiros. Carga sobre el primer cuerpo otro en que pilastras delicadamente cincelados sostienen un rico entablamento. En el friso rebosan entre ramos de flores alegres geniosalados. ¿Quién podria ni remotamente suponer que fuese aquella una cárcel. Hay en la misma fachada figuras simbólicas de las virtudes cristianas, testos de la Biblia alusivos á la misericordia y á la justicia; mas ¿bastan acaso para justificar una decoracion tan caprichosa el destino y el carácter del monumento?

De *plateresca* está calificada entre nosotros esta arquitectura. El epíteto no puede ser á la verdad mas justo. Es todo convencional en las obras de aquel estilo: no hay nada inspirado por la razon ni por el sentimiento. Y sin sentimiento ¿qué es el arte? La arquitectura romana era ya una degeneracion de la griega; la plateresca fue una segunda degeneracion de la romana. En la griega no habia un solo miembro inútil; todo tenia su razon de ser, todo era un elemento obligado del sistema. La romana, merced á la esplicacion de la plena cimbra, debia para ser lógica haber rechazado todas aquellas partes que hubiesen perdido su significacion genuina, no lo hizo y dejó violados los eternos preceptos de la estética. Nos las desechó tampoco el Renacimiento, antes las multiplicó lastimosamente; fue todavia mucho mas absurdo.

Conviene, sin embargo, advertir que el estilo del Renacimiento no fue el mismo ni aun en todos los arquitectos del siglo XVI, época en que el amor á lo plateresco fue mas decidido y ardiente. Bajo el reinado de Cárlos I dominó en muchos pueblos de España una arquitectura grave, severa, arrogante, de no poca grandiosidad y de mucho carácter. Las paredes, todas de sillería, apenas presentan interrumpida la superficie sino por grandes escudos de armas; los arcos de sus puertas están compuestos de largas y anchas dovelas; sus ventanas llevan cuando mas recamados de grandes hojas las archivoltas de sus plenas cimbras. Presenta todo cierto aspecto militar; y hasta los mismos palacios levantados para descanso de las fatigas de la guerra parecen fortalezas.

La arquitectura tendia en medio de sus mismos desvaríos á identificarse mas y mas con la greco-romana: la revolucion aspiraba naturalmente á completarse y á ser lógica consigo misma. No hay mas para apreciar esta tendencia que fijan los ojos primero sobre el palacio del emperador en la Alhambra de Granada; luego sobre San Lorenzo del Escorial y algunos de los monumentos construidos en Aranjuez bajo el reinado de Felipe II. La arquitectura sencilla y severa de que hablábamos en el párrafo anterior va tomando en estas fébricas un carácter mas artístico, pero sin abandonar aquella senda. Siguió en España sobre todo bajo el impulso de Herrera el movimiento que le habia impreso en Italia Miguel Angel.

Fue solo un estilo de transicion el que llamamos del Renacimiento. Asi no podemos menos de estrañar que hoy se trata de resucitarle. ¿Qué significa en sí ese estilo? Absolutamente nada.

Lo diremos con la franqueza que nos caracteriza. Para deber conducirnos á tan mezquino resultado, preferiríamos cien veces que nadie se hubiese acordado de crear una escuela especial de arquitectura. Porque, forzoso es llamar las cosas por sus verdaderos nombres, esta restauracion es soberanamente estúpida.

J. PI Y MARGALL.

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT (1).

III.

SANTA CECILIA.—MONISTROL.—CERCANIAS DEL SANTUARIO.

La falda septentrional de la sierra acaba en un espolon que viene á formar como digimos el ángulo N. E. del Monserrat, para torcer hácia las laderas orientales, donde á otra legua de distancia, y en el hueco de una quebrada, se cobija el santuario.

Tras las impresiones y peripecias del camino recorrido, sorprende agradablemente la vista de un edificio en aquella esplanada, que aunque mísero y de ruin aspecto, al fin es la primera vivienda humana en tan desolado yermo. Y si el viajero es conocedor, ó tiene alguna nocion de la historia local, sorprenderáse con mayor embeleso al reconocer en esa casucha un verdadero monumento, y en ese monumento el que un dia fue cenobio y parroquia de Santa Cecilia.

Si por su amena aspereza Monserrat ha sido desde los primeros siglos cristianos delicioso retiro eremítico, probable es que á igual circunstancia y á sus otras ventajas topográficas, mereciese en la série de indígenas revoluciones, ser considerado como buena posicion estratégica. Por eso desde tiempo inmemorial, en los cerros y flancos mas salientes hubo una línea de castillos que defendian sus avenidas, de los cuales en añejas escrituras se calendan los de Otgavio, Agaton, Benefacio ó La Guardia, el solariego de Monserrat y el de Marron ó Santa Cecilia.

Argaiz que pudo registrar los archivos de la casa, deriva la *marro* de *marrada* ó esquinze, por el que allí hace la montaña; y en realidad, siendo aquel uno de sus boquetes mas accesibles, fundadamente puede admitirse la existencia del antiguo castillo en la proximidad de Santa Cecilia.

La iglesia, obra del siglo X, fue erigida en cenobio; principió bajo la sujecion de Ripoll, pero luego desmembrada, cuando la condesa Riquilda aumentó sus posesiones. Sirvió largo tiempo de parroquia con independencia de Monserrat, y habiendo corrido la suerte de este, decayó últimamente hasta reducirse á la condicion de simple capilla rural (2).

Hoy apenas queda huella de un habitáculo tan venerable: parte de su iglesia, algunas tapias desmanteladas con señales de cláustro y cisterna, y un oscuro chiribitil indigno casi de albergar á la pobre familia de colonos que

(1) Véase el número 10 de este año.

(2) El castillo de Marro alzábase á cuatrocientos pasos de Santa Cecilia. Rodulfo, caballero, en 871 lo vendió con otra hacienda á unos nobles casados, Ansiulfo y Druda, declarando en la escritura tenerle por merced de *Cárlos, rey gloriosísimo*, que pudo ser Carlo-magno ó su nieto el Calvo, señores directos entonces de Cataluña. Ignórase si la iglesia estaba ya labrada, ó si la edificaron los adquisidores; el caso es que Druda, viuda de Ansiunfo, en 1.° de junio de 912 enagenó por diez onzas de oro, á Cesario, sacerdote (despues arzobispo de Tarragona) sobrino suyo, la iglesia y la casa, á la sazon echada por el suelo, junto con su hacienda, lindante al S. con la peña de Cárlos *(ad ipsum roccam nominatam Charol)*. En 22 de junio de 915 Cesario impetró de los condes Sumario y Riquilda, mediante aprobacion del obispo Georgio de Osona (Vich), licencia para erigir el cenobio, bajo la regla de San Benito y la advocacion de los santos Pedro y Pablo, apóstoles, San Miguel, antiguo patron de la montaña, y Santa Cecilia titular de la iglesia, pudiendo consagrarlo en 955 como abad de él, en compañía de cuatro monges, despues de recibir de los condes por dotalia, varias rentas sobre los lugares de Engilida (Gelida), Ortons y otros, como tambien sobre los castillos de Pourons y Masquefo. En 1032 fue reducida esta casa á la dependencia de Ripoll, y desde entonces «siguió muy en su ser, con propio abad y monges; los cuales por medio de su ejemplo sabian ganarse la voluntad de los fieles.» Pruébalo la donacion que le hizo en 1104 la familia de Suñer, de la iglesia de Santiago de Marganell, en Castrobiel (condado de Manresa.) A mediados del siglo XVIII Santa Cecilia era parroquia, sin menoscabo del señorío que su abad ejercia plenamente como castellano de Marro, con derecho de cárcel y cepo, facultad de poner baile y tomar pleito homenage á sus vasallos, percibiendo de ellos diezmos, censos, tercios, luismos, alcabalas y otras prestaciones feudales y dominicales.

lo guardan, es cuanto resta del cenobio de Cesario. Gracias aun á las exigencias de un culto ocasional, logramos ver conservada dicha parte de iglesia ó *cella*, que sino sube á la época de la primera construccion, le andará muy alrededor, ofreciendo idea aproximada de lo que ello pudo ser.

Tosca, ruda y sencillísima, con su bóveda de cañon y sus arcadas de pleno cintro, es una de aquellas construcciones del género bizantino que recuerdan las primitivas basílicas cristianas. En su interior merecen notarse la pila bautismal encajada en el muro, y junto á la entrada, que es por el ápside, unas filas de nichos cuyo destino difícilmente se esplicaria, como no sirviesen para depósito de reliquias ú ofrendas: el busto de la santa tutelar, arrinconado y maltrecho sobre unas tarimas, debió ser buena escultura en el siglo XIV, á juzgar por sus elegantes paños y otras menudencias bien acabadas.

Indecible es la impresion que en el seno de aquellos peñones sin edad, ejerce esta ruina casi milenaria, tan respetable en su vejez como pintoresca en su degradacion; y de seguro ningun lápiz quedará ocioso ante el grupo de techumbres caidas y paredones recortados, en medio de las cuales avanza la iglesia sus dos redondas ápsides, graciosamente recamadas por algunos filetes y una cenefa de arquillos en resalto.

Siguiendo la interrumpida via á mano derecha, por una cuesta asaz laboriosa, veremos aun tenderse sobre nuestra cabeza anchas sábanas de peñas en lechos algo mas uniformes que los anteriores, pero cual nunca imponentes en su magnífica grandiosidad. Para hacerse idea de sus proporciones, baste decir que al paso, en un hondon, yacen cuatro ó seis ingentes moles que doscientos hombres dándose las manos abrazarian apenas; no obstante esas moles son simples dentellones lanzados de la cima por efecto de un temblor que acaeció á últimos del siglo XVII. En cambio, fijo y erguido asoma allí cerca otro dentellon ó gran cono, de quinientos cincuenta piés, tanto mas visible, cuanto aparece aislado, á semejanza de aquellos pilares que los muchachos saltan por juego; y á este símil precisamente debe el nombre de *Caball bernat* que le ha dado el vulgo en su lenguaje pintoresco.

Por debajo de esos grandes lienzos, al pié del camino, los estribos de la montaña van descendiendo en lomas redondeadas hasta el fondo de una cañada, donde el Llobregat ténue arroyo en apariencia, pasa rozando la línea de colinas, que á la opuesta vertiente corren, suben, huyen y se pierden entre vagos celajes. Un poco mas adelante recogidas sus aguas en ancha presa, saltan bullendo despues de dar actividad á algunas fábricas que se elevan á una y otra márgen, centinelas avanzados del pueblo de Monistrol, cuyas negruzcas y abigarradas techumbres no tardan en seguir sembradas por la falda como rebaño de ovejas.

Activa, populosa, célebre por sus frutas, rica por sus aguas, que la hacen gratísima residencia en verano, esta villa, hija de Monserrat, unida generalmente á sus destinos y azares, tiene sin embargo una vida é historia propias; vida de gran porvenir, desde que cruza por ella el principal de los ferro-carriles catalanes; historia de brillantes páginas, desde que heróicos hechos en nuestro siglo, aquilataron la intrepidez de sus moradores.

Monistrol es voz corrompida de *monasteriolum*, pequeño monasterio que los benedictinos poseyeron, segun algunos, ya antes de fundarse la principal casa de la Vírgen. ¿Era quizá un conventículo primario bajo distinta dedicacion, por ejemplo la de San Pedro que aun conserva?

Que existia en 942 es indudable, pues la escritura de enagenacion del castillo de Marro, señala como una de las afrontaciones «ipsas roccas quæ sunt super ipsum locum qui dicitur *Monasteriol*.» Si consideramos lo escabroso de la montaña y lo difícil de acarrear á ella los materiales necesarios para una fábrica algo regular, nada estraño seria que los religiosos esploradores hubiesen creido mejor quedarse al pié, cuando no otra cosa, por medida interina, hasta vencer los inconvenientes que el nuevo plan ofrecia.

Como quiera, el conventillo existió y permaneció largos años, sirviendo de núcleo á la poblacion que de él ha tomado orígen, si bien con menos suerte que Santa Cecilia ningun rastro dejó de sí, pues sin duda se labró en su lugar la actual parroquía, edificio bastante capaz, de últimos del siglo XV, aunque sin mérito especial. Tiénelo en cambio, y mucho, el célebre puente que encabeza la villa, obra digna de romanos si no fuese de frailes, por cuyo ojo mayor pasaria en cuerpo, segun es fama, el grandioso santuario moderno. A 5 de setiembre de 1317 dióle comienzo el padre prior Bernardo Escarrer, «considerando, dice un cronista, el aumento á que habia llegado la casa de Monserrat, el estado y estimacion en que la habian puesto los milagros de la Vírgen, y á fin de que los numerosos peregrinos que de todas partes acudian, tuviesen seguro el paso del rio Llobregat.»

Otra obra debe hoy admirarse en Monistrol, y es la carretera recien abierta por la sociedad concesionaria del carril de Zaragoza, con igual objeto de obviar el acceso al santuario. Mucho puede la asociacion, ese gran elemento de vida de nuestra época: en breves dias una empresa particular concibe y lleva á cabo lo que durante largos siglos no alcanzaron la opulencia de los religiosos, ni el poderío de los monarcas. A su valiente iniciativa le ha bastado pronunciar el *fiat* para que un trabajo, tenido casi por irrealizable, se mire hecho, listo y esplotado, á grande honra suya y beneficio de los concurrentes, los cuales en lo que hace poco costaba llegar á San Félix, vénse ahora al cabo de su jornada, no solo con ahorro de tiempo, sino de gastos y prolijos sinsabores. Quizá sea mas romántica la via por nosotros seguida; mas en el concepto utiliario no cabe duda que la nueva comunicacion es una mejora incalculable, asi para la compañía y la generalidad del público, como para Monistrol y aun para Monserrat.

Démonos prisa á llegar á nuestra vez, pues mucho falta aun que observar. Ved ahí paralelamente y algo encima del camino, un ancho sendero franjeado de lentisco y madreselva: el abrigo de las peñas debe constituirle un agradabilísimo paseo de tarde. Recórrenlo, en efecto, varias turbas, cuyo animado vocerío despierta burlones ecos en las angulosidades de aquella quebrada. Trepemos entre brezos y jarales, y corramos á estrechar la mano de los que harán luego una sola familia con nosotros; pero ¡oh maravilla! ¿qué nuevo asombro se nos ofrece? En mitad de una plazoleta, y en el recodo de inmensos espaldares que cierran dicho sendero por el Norte, una hermosísima cascada, superior mil veces á los juegos artificiales de un jardin, mana por escondidas grietas, destílase entre penachos de culantrillo, y formando como un espejo á lo largo de las rocas que ella misma ha pulimentado, cae en menudo rocío, en lluvia ó en chorros sobre festones de ramaje, y en parte dentro de un recipiente cuajado de estalactitas, verdadero palacio de ondinas, perdido en las irregularidades de una honda escavacion, donde su linfa cristalina, rebosando siempre á flor del labio, brinda incomparable frescura á cuantos se llegan á beberla por salud ó por recreo. Y las alborozadas comitivas deteniéndose en este confin de su ambulacion, ya reclinadas en el césped que les presta mullida alfombra, ya ocupando la gradería que allí naturalmente se hace, beben y meriendan, juegan y retozan, pospuestas las frias reservas de la convencionalidad social, á las efusiones de una libertad decorosa, que no pueden menos de escitarse bajo el encanto de aquel sitio.

Tal es, ligeramente diseñada la fuente de los *Degotalls* (Goteras), bien conocida de los espedicionarios de Monserrat, no solo por lo ya dicho, sino por ser casi el único manantial perenne de la montaña; pues en efecto, si alguno otro hay, es intermitente y tan escaso, que no merece señalarse, y aunque para su servicio el monasterio se halla surtido de copiosas y escelentes aguas, todas fluyen de depósitos canalizados desde lejos, como fácilmente se observa por las secciones de acueductos que cruzan entre otros por cima del mismo paseo de los Degotalls.

Este lindo belvedere, en menos de un cuarto de hora, va á guiarnos al término de nuestra correría. Doblando otra escalera, de repente un gran vacío ataja nuestros pasos; el teatro cambia súbitamente de decoracion. Nuevas series de peñas en anchuroso semicírculo, despliéganse ante nosotros desde sumidades que huyen en el cielo, hasta profundidades que se esconden en el abismo: horrendo precipicio donde el rio borbota sordamente velado en sus propios vapores. A la sombra de estas peñas erizadas, y en el confin de un vallecillo bien cultivado, donosa peana de esmeraldas, álzase finalmente severa, arrogante, por demás sencilla, sin otro adorno que algunos banconcillos parecidos á nidos de golondrina, y simulando una forma triangular por su tejado á dos aguas, la fachada oriental y posterior del monasterio de Nuestra Señora. A su derecha, aunque mas baja, avanza en ángulo recto la obra moderna de la escolania, llevada á buen término, casi sin recursos, por el actual presidente, y á su izquierda, un puentecillo que está al nivel de los pisos superiores, abre sobre la huerta de la *Mongia*, resguardada por altas lomas con esposicion al Sur, que viene declinando hácia el valle y termina en un grande aljibe, cuerpo avanzado á manera de baluarte, desde cuya barandilla, promediada de algunas estátuas colosales de santos benedictinos, despéjase el mas lindo panorama al Oriente y al Mediodia, abarcando la mitad de Cataluña entre el Pirineo y el mar, incluso todo el pais que el rio baña en su curso casi entero. Vénse ademas á primer plan de este valle, antiguamente dicho de *Santa Maria*, dos oratorios sin culto, uno erigido hácia el año 1530 por cierto clérigo domiciliado en Monserrat, que lo dedicó á los Santos Apóstoles, haciéndose retratar en una de las figuras que los representaban, y otro cincuenta pasos mas adelante, bajo el nombre de San Acisclo y Santa Victoria, reedificado por la casa de Oliveres en 1224, que lo dotó, fundando en él una misa anual perpétua. Pobrísimos entrambos, nada dicen al observador, gracias á los deteriores y espoliaciones que han sufrido; sin embargo, dan interés al segundo la lejanía de su orígen, por ser primordial eremitorio de la montaña, y la tradicion que supone colgaba en aquel lugar, alianzada sobre pilares una campana prodigiosa, la cual á semejanza de la célebre de Velilla, tañia por sí propia en ocasion de sucesos estraordinarios. Colocada despues en el reloj de la torre, sirvió para dar los cuartos de hora, guardando siempre el nombre de *campana del milagro*.

Ver de improviso en el seno de aquella zanja hondísima el monasterio y sus adyacencias, segun acabamos de delinear, suspende y enagena por preparado que uno se halle, como si se dudara atribuir á obra de hombres el templo consagrado á una imágen que es obra de ángeles. Aunque su construccion por este lado ningun mérito especial reune, lo vasto de ella, unido á la grandiosidad del cerco que la rodea, forma un cuadro de sorprendente efecto; en conjunto, singular y maravilloso.

La vez primera que nosotros lo descubrimos, al crepúsculo de una tarde de julio, clareaba el edificio sobre nubes condensadas en opaca cerrazon, amagando una próxima tormenta, que se preludió en breve con siniestras exalaciones. Si ya de ordinario aquel espectáculo es mirífico y original, júzguese qué golpe no ofreceria en los solemnes momentos que preceden á una tempestad, cuando la naturaleza parece recogerse en el presentimiento de insólitos estragos, cuando todos los objetos se eclipsan en sombría velatura, como si los envolviese un paño funeral. Entonces si que se hubiera tomado aquello por vision del otro mundo: al paso que las brumas arremolinadas se desbocaban por los vericuetos en gruesas colinas, ó se tumbaban rastreras por el valle; los altos collados salian á trechos por encima, acosados y negros como islotes en mitad del Océano. Los términos se confundian; el cielo se tocaba con la tierra; el llano se igualaba con el abismo. Hácia el centro, la mole del convento y las masas cercanas de peñascos, bosquejadas en tonos de plomo sobre un vacío cavernoso, parecian nadar entre aquellos vapores, y á la improvisada fulguracion de los relámpagos, osciliban, danzaban, brillaban y desaparecian á guisa de vision fantasmagórica, ó á manera de cuadros disolventes iluminados por fuegos de bengala.

Diversa, aunque no menos asombrosa, ofrécese la misma vista al ocaso de un dia sereno. Dentro del marco de los primeros términos que resaltan en oscuro, fondos vagos y trasparentes se destacan á golpes, heridos de moribundos resplandores que ya recaman de oro el borde de las cornisas y la cimera de los piñones, ya salpican de grana las cintas de matorrales y las cenefas de canteras. Espléndidos reflejos destéllanse de arriba, mientras por abajo van subiendo sombras cada vez mas invasoras; y cuando el sol, que parece guarda su último beso para el alcázar de la Vírgen lo baña amorosamente en el acto de despedirse, sus rayos rasgados por cinco pitones, colmillos de la sierra que magestuosamente dominan, señalando al cielo como dedos de una mano colosal; diríanse chorros de gloria, desplegados en hermoso iris cual aureola de santidad, alrededor del tabernáculo que encierra á la celeste princesa de las montañas catalanas.

J. Puiggarí.

CAMOENS Y SUS RIMAS.

I.

Al constituirse la nacionalidad portuguesa, al desgajarse del árbol ibérico la mas florida de sus ramas, Portugal, parece que ambos pueblos quisieron romper por completo sus relaciones, y levantar mas alta la barrera de las preocupaciones nacionales; de aquí el que hasta hace poco el rumor de la vida política y literaria de ese reino hermano no pasase mas allá de las débiles fronteras que de nosotros le separan, manteniéndole completamente desconocido de sus vecinos. No era en verdad que un pobre rio separase ambos pueblos, como dice Byron, era, sí, el fatal, el inmenso desprecio con que ambos pueblos se miraban. Compréndese esto mas fácilmente teniendo en cuenta que quizás no hay nacion alguna en donde el espíritu de provincia esté mas marcado que en nuestra península. En su historia, en sus costumbres, en su dialecto y hasta en sus leyes, se descubre á cada paso el gérmen de esa especie de invencible inclinacion á renacer los pueblos de esta monarquía, bajo el mismo aspecto en que se fueron constituyendo. Si esto es un bien ó un mal para España, no es esta ocasion de decirlo; pero hacemos notar semejante fenómeno para que se comprendan en todo su valor, las diversas causas que hicieron de dos pueblos hermanos, dos pueblos estraños.

Pero sean ellas las que quieran, el hecho es que España y Portugal vivieron separados, siempre con opuestas alianzas, recelándose siempre, y por lo mismo avivando mas y mas el odio comun, sin que bastara á conseguirlo el trato que es consiguiente, ni aun en los pueblos fronterizos. Al contrario, los hubo que siendo de una misma raza, hablando casi el mismo idioma, fue allí el odio mas vivo, y por lo mismo marcaba de una manera indeleble la línea divisoria de ambas naciones.

Esta especie de lamentable apartamiento dió por resultado el que naturalmente se debia esperar, y preciso es confesarlo, España fué mas allá de lo que sus intereses y la prudencia aconsejaban. Hasta hace poco Portugal nos era desconocido por completo. Su historia, su literatura su arte, su civilizacion en fin, eran ignorados; nada se hacia por destruir las vergonzosas barreras que nos separaban, nada por crear intereses mútuos, y mucho menos por fomentar una saludable y útil alianza entre ambos pueblos. Pero al fin, en estos tiempos en que todas las naciones tienden á ensanchar la esfera de sus alianzas, de pueblo á pueblo, un sentimiento de vivo amor se ha despertado entre España y Portugal, y creemos que cercano está el dia en que los lazos de una fraternal union rompa para siempre, hasta donde sea dable, esas fronte-

ras que intereses mal entendidos y funestos odios. se complacieron en hacer mas marcadas y mas intolerables.

Ocúrrensenos estas reflexiones, porque al hablar de Camoens, uno de los mas grandes poetas de la península, nos hallamos con que, á pesar de que él es el escritor portugués mas conocido entre nosotros, no lo es tanto, sin embargo, que la generalidad no desconozca lo que son y lo que valen sus *Rimas varias*.

Efectivamente, Camoens, cuyo abuelo, poeta tambien, era natural de Galicia y descendiente de una antigua familia de aquel reino nobilísimo, habiendo logrado en España los honores de varias traducciones que le roban la frescura y el perfume de sus hermosísimos versos, Camoens es mas conocido entre nosotros como autor de *Los Lusiadas* que como poeta lírico. Sea que nuestros antepasados profesasen al poema épico una veneracion religiosa y que por eso cayesen en lamentable olvido las *Rimas varias* del poeta lusitano, sea tambien que los estraños no mirasen estas con mas cariño que su propio autor, es lo cierto que mientras se saben de memoria cantos enteros del maravilloso poema, sus sonetos, sus églogas y sus letrillas, todas ellas llenas de una melancólica poesía, son casi desconocidas en España.

¿Es acaso que esas *Rimas varias* son inferiores en mérito á *Los Lusiadas*, y que el ilustre cantor de las armas lusitanas no se encuentre en ellas á la altura que en las preciosas octavas de su poema?

Esto es lo que vamos á examinar.

II.

El mérito del poema *Los Lusiadas* está universalmente reconocido, el poeta alcanzó con él la corona de la inmortalidad, sus admiradores no encuentran palabras con que encarecerlo, y lo que es mejor todavía, las divinas páginas de Camoens merecen esa admiracion: ¿qué falta, pues, á la gloria del poeta? El mundo conoce al autor por el poema, pero ¿dejaria acaso de ser conocido si no hubiera escrito aquellos inmortales cantos? Sí, seguramente, y sin embargo, ¡qué gran poeta no es Camoens en sus *Rimas varias*!

Petrarca, que sobrevivió por sus canciones y sonetos

MONSERRAT.—RESTOS ANTIGUOS, PATIO Y CLAUSTRILLO.

apenas puede compararsele con justicia. Véncele Camoens en la ternura y en lo sencillo de la frase; apenas se encuentra en él la afectacion del poeta italiano, siente mas, en fin, y entre el poeta de Valclusse, y el cantor de las floridas riberas del Tajo, hay casi la misma distancia que entre la verdad y la ficcion. ¿Cómo, pues, sus numerosos sonetos dulces y fáciles, no alcanzaron la misma fama que los del cantor de Laura? ¡Ah! Camoens habia tocado la meta sagrada, habia arribado al poema, lograra, como Dante, resumir en su divino libro las luchas y la gloria de una raza heróica, y por lo mismo, y para su pueblo, ¿qué libro mas grande podia presentar á su admiracion? ¿qué mas rico tesoro podia confiar á su amor? Ninguno. He aquí, pues, por qué el poeta que en sus sonetos empieza

Eu cantarei de amor tão docemente
Por huns termos en si tão concertados, etc.

apenas es conocido fuera de Portugal, mas que por su poema maravilloso, ignorándose que en sus *Rimas varias* ha amontonado el poeta lusitano todas las dulzuras, todas las ternuras, toda la suavidad de que es susceptible el idioma en que están escritas.

El recorrió todos los géneros de la poesía, y en todos dejó trabajos inimitables; y si en sus dos comedias *Los Anfitriones*, y *Filodemo*, no va mas allá de lo que le permitia el arte dramático naciente, cúlpese á su pais, en donde parecen espiar en el drama lo sobrado líricos que nacen los poetas portugueses; ejemplo de ello, ese mismo Almeida Garret, que en su *Fray Luis de Sousa*, y aun en su *Alfajeme de Santaren* no logra jamás interesar con sus pesados diálogos, á pesar de lo admirablemente escritos, á las imaginaciones acostumbradas á la viveza y brillo del drama español

Recítanse entre nosotros á cada momento, aquellos versos de Zorrilla

Poeta, si en el no ser
Hay un recuerdo de ayer
Y una vida como aquí,
Detrás de ese firmamento
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de ti.

Y este mismo pensamiento admirable, ¡con qué dulzura no lo espresó tambien nuestro poeta en sus sonetos!

Alma minha gentil que te partiste
Tão cedo desta vida descontente,
Repousa lá no ceo eternamente
E viva eu cá na terra sempre triste
Se lá no asento Ethereo, onde subsiste
Memoria desta vida se consente
Não te esqueças de aquelle amor ardente
Que ja nos olhos meus tão puro vistes

Pero concretémonos á nuestro objeto.

Los colectores de la edicion que tenemos á la vista, la de Hamburgo, una de las mejores y mas purgadas de yerros que se poseen, aseguran resueltamente que ante los sonetos de su poeta, *desapparece toda a caterva de sonetos que tem innundada Italia e Hespanha.*

Tomada en sentido absoluto, algo aventurada nos parece semejante asercion; son efectivamente admirables los sonetos de Camoens, pero Góngora, Latorre y Rioja, en particular los dos primeros, pueden presentarlos que esceden á los mejores de Camoens. No es esto espíritu nacional, sino espíritu de justicia y por lo mismo confesaremos ademas, con franqueza, que á nuestro modo de ver pocos poetas pueden presentar una coleccion de sonetos como los del poeta portugués.

Si fuéramos á insertar aquí los que nos parecen mejores, reproduciriamos casi todos, porque en todos ellos se nota la misma fluidez, la misma dulzura, la misma melancolía. Un rayo de apacible tristeza los baña dulcemente y es imposible que un alma que comprenda los misteriosos arcanos de la poesía, deje de amar unos versos que suenan tan suave y sonoramente. ¡Con cuánta verdad retrata en el siguiente soneto la tristeza del alma que se consuela con los recuerdos de un amor pasado!

Quando o sol encoberto vai mostrando
Ao mundo á luz quieta e duvidosa,
Ao longo de huma praia deleitosa
Vou na minha inimiga maginando.







DON ANTONIO GISBERT.

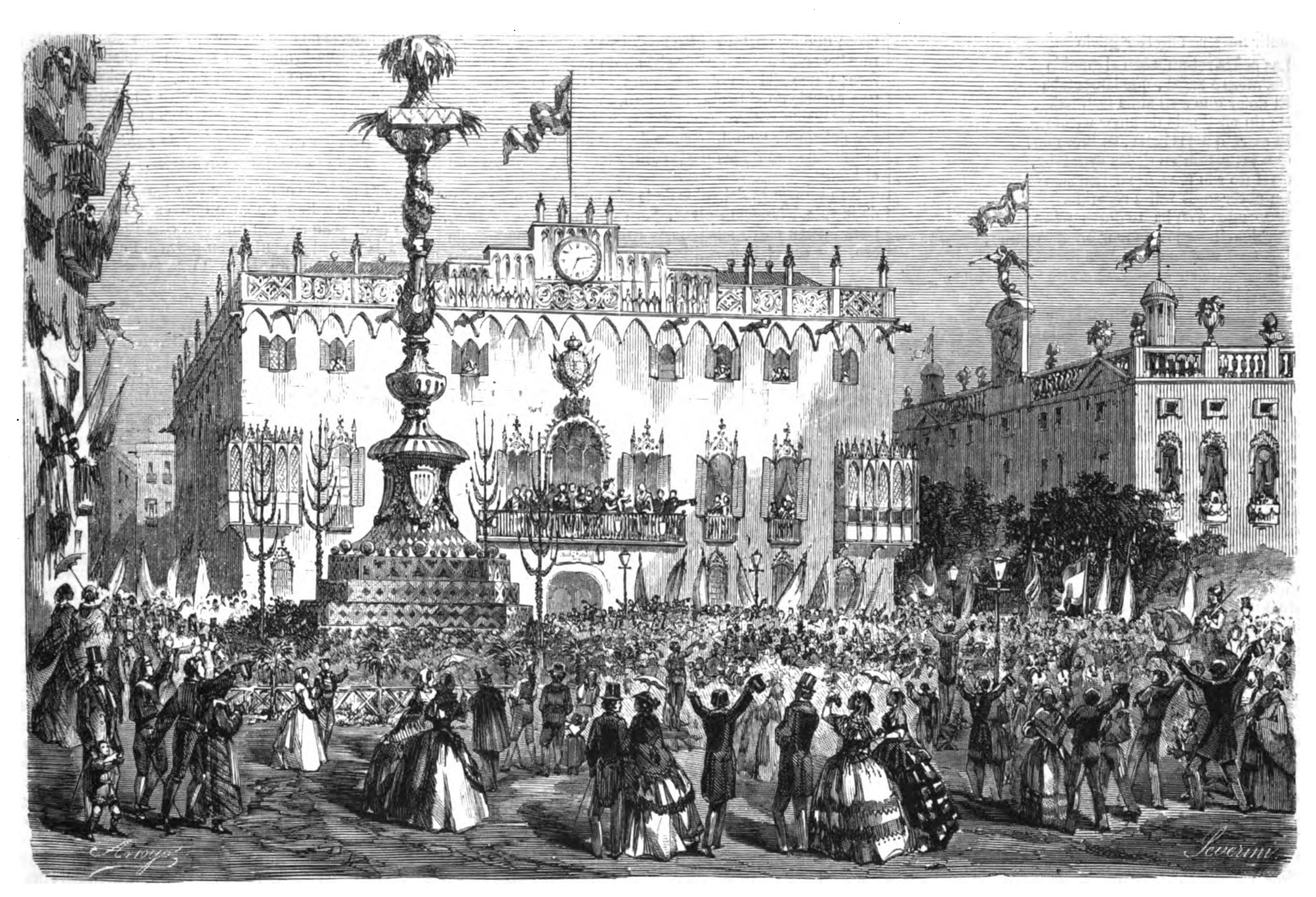


DON FRANCISCO SANZ.

Aqui a vi os cabellos concertando,
Alli co'a mão na face, tão formosa;
Aqui fallando alegre, alli cuidosa,
Agora estando queda, agora andando.
Aqui esteve sentada, alli me vio,
Ergendo aquelles olhos, tão isentos;
Commovida aqui hum pouco, alli segura.
Aqui se entristeceo, 'alli se rio;
E, en fin, nestes cansados pensamentos
Passo esta vida vãa, que sempre dura.

La lira de Camoens, tanto en sus sonetos, como en sus canciones y letrillas, parece que no tiene sino una cuerda, la del amor; el melancólico poeta, deja á cada paso exhalar su enamorado gemido, llora los desdenes de su dama, pregunta como el Petrarca, en qué jardines crecieron las rosas que hermosean el rostro de su amada, y en qué campos se cogieron las azucenas que tiñen aquella pálida frente sobre la cual caen los rizos dorados de la Ninfa del Tajo; pero á veces su alma se reconcentra en sí misma, y meditando en las amargas tribulaciones que rodearon su vida ¡la vida del gran poeta! escribe sonetos como el siguiente, en donde todo se halla reunido, forma y pensamiento.

¡Oh como se me alonga de anno en anno
A peregrinação cansada minha!
¡Como se encurta, e como ao fim caminha
Este meu breve e vão discurso humano!
Mingoando a idade vai, crescendo o dano;
Perdeo-se-me hum remedio, que inda tinha:



MANIFESTACION HECHA EN HONOR DE LA REINA POR LOS ARTESANOS DE BARCELONA EL DIA 23 DE SETIEMBRE DE 1860.

Se por experiencia se adivinha,
Qualquer grande esperança é grande engano.
Corro apoz este bem que nao se alcanza;
No medio do caminho me fallece;
Mil veces caio, e perdo a confiança.
Quando elle foge, eu tardo; e na tardança,
Se os olhos ergo á ver si inda apparece,
Da vista se me perde, e da esperanza.

¡Qué triste melancolía! ¡qué profundo sentimiento se encuentra en estos versos! Solo tiene igual su tranquilo desaliento en la severa gravedad del siguiente soneto al rey don Juan III.

¿Quem jaz no grão sepulchro que descreve
Tão illustres signaes no forte escudo?
Ninguem; que nisso en fin se torna tudo:
Mais foi quem tudo pôde e tudo teve.
¿Foi Rei? Fez tudo quanto a Rei se deve:
Poz na guerra e na paz devido estudo.
Mas quão pezado foi ao Mouro rudo
Tanto lhe seja agora a terra leve.

¿Se quiere mas grandeza? ¿Es posible que alguno vea en tales versos al poeta cortesano, y no al poeta nacional al que cantó, todo lo grande, todo lo heróico, todo lo glorioso que ha producido su patria? ¿No es este soneto digno de un gran rey, y digno del gran cantor lusitano? Lástima grande que los tercetos no correspondan en sublime severidad á los primeros versos, pues entonces ninguna nacion podia presentar un igual epitafio, pero piérdese en sutilezas de mal gusto indignas del asunto y del poeta, y esto hace que la literatura portuguesa no pueda presentar semejantes versos como una obra maestra de arte y de genio.

Hemos dicho que á hacer mencion de los mejores sonetos de Camoens, nos veriamos obligados á trasladarlos casi todos; tanta es su belleza, pero no consintiéndolo la índole de este trabajo, los pasaremos en silencio. Sin embargo, haremos mencion de uno mas, que por estar en castellano, puede dar á aquellos de nuestros lectores que no posean el portugués, un ejemplo mas palpable de nuestros asertos. Camoens hizo bastantes versos en castellano, como muchos de sus compatriotas, y aun parece que quiso darle alguna preeminencia cuando en una de sus églogas dice:

. . . . . Nota e vê, Umbrano
Quão bem que sôa o verso castellano.

y hé aquí cómo el cantor del Tajo, y de *Ines de Castro* manejó nuestro idioma, aunque á decir verdad y adelantando nuestro juicio en este asunto, Camoens, tan rico y rotundo en sus versos portugueses, no alcanza siempre á darles la misma gallardía y sonoridad cuando habla en castellano. Vease sin embargo un soneto, que nuestros mejores poetas no desdeñarian, y que en parte parece desmentir nuestro anterior juicio.

Las peñas retumbaban al gemido
Del mísero zagal, que lamentaba
El dolor que á su alma lastimaba,
De un obstinado desamor nacido.
El mar, que las batia, su bramido,
Con los retumbos dellas ayuntaba,
Confuso son el viento derramaba
En cavernosos valles repetido.
Responden á su llanto duras peñas
¡Ay de mí!—dijo—la mar brama y gime;
Los ecos suenan de tristeza llenos:
Y tú por quien la muerte en mí se imprime,
De oir las ansias mias te desdeñas;
Y cuanto lloro mas te ablando menos.

MANUEL MURGUIA.

(Se continuará.)

ARTISTAS PREMIADOS.

En el número de hoy tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores los retratos de los señores don Antonio Gisbert y don Francisco Sanz, artistas que han sido agraciados con los primeros premios en la *Esposicion de Bellas Artes*: no acompaña el del señor don José Casado por no hallarse grabado todavía.

No se ha declarado oficialmente todavía la adjudicacion de premios; pero, sin embargo, es ya un hecho público que el jurado de *Bellas Artes* los ha distribuido en la forma que se deja indicada.

No es menos sabido, y esto dice mucho en pro de los artistas y de los progresos de la pintura entre nosotros, que no habiendo mas que un premio de primera clase para los cuadros de historia, y encontrando el jurado igualmente merecedores de él á los señores Gisbert, Casado y Sanz, acudió al gobierno para que aumentase el número de premios á fin de que el mérito y los esfuerzos de aquellos artistas quedasen igualmente recompensados, pero el gobierno no tuvo á bien conceder mas que otro de primera clase que con el que ya habia, fueron adjudicados á los señores Gisbert y Casado, siendo preciso destinar para el señor Sanz el primer premio de los de la clase de segundos. De sentir es que el gobierno se haya mostrado tan parco en satisfacer los deseos del jurado, así como que este no se haya atrevido á conceder al inspirado autor del cuadro de los *comuneros*, la medalla de honor que por su obra merece.

EL AVE FENIX.

Introduccion.—Plumaje del Fénix.—Su corona.—Su collar de oro.—Sus alas.—Su cola.—Sus ojos.—Sus espolones.—Sus uñas.—Investigaciones de un autor español sobre el pico de esta ave.—Canto del Fénix.—Tamaño del mismo.—Númen á que estaba consagrado.—Su elevacion por algunos autores á reina de las aves.

El espectáculo de una naturaleza vírgen que desplegaba todo su esplendor, produjo sin duda alguna en los hombres de las primeras edades, impresiones análogas á las que esperimentaron Colon y sus compañeros al descubrir el Nuevo Mundo. Todo fue nuevo para ellos: bosques frondosos y altísimas cordilleras, rios de ancho caudal y mares murmurando tranquilos ó revueltos, diminutos insectos, águilas altaneras, leones de flotante melena, y mas que todo esa bóveda cristalina tachonada de astros que diariamente cruza un gran luminar cuya vista alegra y cuya ausencia adormece el pensamiento. Pero tanta exuberancia de riqueza era para el hombre lo que un grano de arena para el desierto, lo que un punto para el infinito, porque infinito es el deseo de admirar, inmenso el afan de sentir. La imaginacion no se satisface con pitones temibles y cetáceos gigantescos; es menester prestarles figuras caprichosas y colores fantásticos que los trasformen en basiliscos en dragones y en unicornios marinos. Valiente es el toro, y rey de las selvas el leon pero no basta su grandeza natural, y de ahí toros que brotan llamas por ojos y narices, leones de piel y huesos tan duros que rechazan las flechas y resisten la clava, en una palabra, feroces alimañas vencibles tan solo por un Hércules ó un Teseo. ¡Cuántas creacciones atrevidas! Hidras de siete cabezas, que sin cesar renacen; dragones cuyos dientes, cayendo al suelo, se convierten súbito en armados guerreros; quimeras con cabeza de leon, cuerpo de cabra y cola de dragon; aves con cabeza, pico y alas de durísimo hierro; centáuros y sirenas, tritones y cíclopes y por fin una mitología entera. ¡Siempre la imaginacion agrandando la naturaleza, y en pos de los mas caprichosos extravíos!

Pero á medida que los siglos pasaban sobre las primeras edades, iban desvaneciéndose poco á poco tantas y tan caprichosas ficciones. Los fáunos y los sátiros recobraban su carácter de monos, las sirenas se convertian en cetáceos, trasformábanse en cocodrilos ó pitones los basiliscos y dragones, los Hércules no eran ya mas que atletas hazañosos, y muchos dioses y semidioses reyes que alcanzaron nombradía por la brillantez de sus reinados. Trascurrieron algunos siglos mas, y todo se disipó como neblinas que se pierden en la atmósfera cuando aparecen los rayos del sol. Tan solo una creacion se ha librado hasta cierto punto de la accion destructora de los tiempos, y salvando los siglos, reina, aunque muy desfigurada ya, entre nosotros. Es la del ave FÉNIX. Ave dichosa que los poetas cantan en dulces trovas; que los moralistas cristianos no se desdeñan de tomar como metáfora; y que allá en otros tiempos fue para el gentilismo una especie de símbolo misterioso. Formas gallardas, talla arrogante, colores espléndidos, costumbres singulares, voz deliciosa, y en fin cuanto de mas arrebatado concibe la imaginacion de los poetas, otro tanto se encuentra en el Fénix.

Su plumaje es del color de la púrpura, segun unos, y de la escarlata segun otros, pero siempre hermosísimo, pues brillan entre sus plumas rojas algunas que son de oro. Por eso el inmortal Petrarca dice al hablar de ella:

Una stranna fenice ambidue l' ale
Di porpora vestita, e l' capo de oro.

Sobre cuya idea vuelve á insistir en los dos versos siguientes:

Equesto l' nido in quela mia Fenice
Misse l' aurate e le purpuree penne.

Realza tan hermosa vestidura un arco iris de vivísimos colores que en ella se pinta. Tal se lee, por lo menos, en un poema escrito en latin sobre el Fénix que unos atribuyen á Zirmiano Lactancio poeta que floreció á fines del siglo III y principios del IV, mientras que otros han dado en suponer que le compuso un escritor pagano de aquella misma época.

Clarum inter pennas insigne est desuper iris
Pingere con nubem desuper alta solet.

Levántase en su cabeza una corona, segun San Epifanio, *coronam habet in capite*, ó bien una cresta de plumas segun Plinio: *Distinguentibus cristis faciem caputque plumeo apice cohonestante*. Y en época menos apartada de la nuestra dijo lo propio el poeta francés Guillermo Salustio señor de Bartas.

Le celeste Phœnix commenca son ouvrage
Par le Phœnix terrestre ornant de an tal plumage,
Ses membres revivans que l' anouel flambeau
De Eairan jusque en Fez, ne voi d' rien de plus beau.
Il fit briller ses yeux, il lui planta pour creste
Un astre flamboiant aut somant de sa teste
Il covrit son col de or, de scarlate son dos
Et sa queue de azur.

Mucho mas atrevido está Ausonio, pues refiriéndose al Fénix yá la cresta que todos los autores le conceden, se espresa en los términos siguientes:

Ales cinnameo radiatus tempora nido.

Imposible parece á primera vista que el Fénix lleve las sienes coronadas de rayos, pero si se atiende á que los gentiles ceñian las cabezas de sus dioses con círculos luminosos, y á que entre ellos estaba el Fénix consagrado al Sol, tal vez seamos indulgentes con las aventuradas y poéticas espresiones de Ausonio. De todos los pueblos de la antigüedad uno solo, el etiope fue sobrado ingrato con el Fénix postergándole al leon por ellos consagrado al rutilante Febo. Era tal la veneracion de los etiopes por el astro del dia que, no satisfechos con haberle dedicado el animal mas noble y mas valiente, se servian, en honor suyo, de sus propias cabezas á modo de carcajes disponiéndose en ellas las flechas cual si fueran otros tantos rayos. Por fin, aunque de paso, diremos que esa costumbre pagana de rodear con aureolas las cabezas de las falsas divinidades pasó luego á nuestra religion pues las cabezas de los santos van piadosamente ceñidas de esa linea de oro que San Epifanio llama *tiara*, ó de ese resplandor que algunos autores, movidos por un esceso de escrupulosidad, quieren que se derive no de la antigua idolatría, sino de la misma luz que suponen debia salir del rostro de los apóstoles.

Luce en su garganta un magnífico collar de oro, pues ya en su tiempo dijo Plinio: *Aurifulgore circa colle*; opinion que algunos siglos despues se encargó de corroborar la poética pluma de Petrarca:

Questa fenice de l' aurata piuma
Al suo bel collo candido e gentile
Forma senz' arte un sicaro monile
Chognicor adolce, il mio consuma.

Sus alas corresponden como es natural, á la esplendidez que resalta en su plumaje; pero solo por ser San Epifanio quien lo dice, puede creerse que afecten los colores de las piedras mas preciosas como son los jacintos, las esmeraldas y otras varias. Tales son sus palabras testuales: *Pavo enim aureas argenteasque habet alas: Phœnix vero hyacintinas et smaragdina pretiorumque lapillum coloribus distinctas.* Y por fin su cola, lo propio que la del pavon, se estiende tambien en pomposa rueda cerúlea, dorada y recamada á trechos de púrpura. Tal es por lo menos la opinion de Plinio, autoridad muy competente en la que hemos fundado ya mas de una vez nuestros asertos: *Cœruleam roseis caudan pennis.*

Resumamos, pues, tan magnífico plumaje: Todo su cuerpo rojo de purpura, grana ó escarlata, con plumas de oro en la cabeza en forma de penacho, y en la garganta constituyendo un collar: un precioso arco iris dibujado en sus plumas; alas del color del jacinto y de la esmeralda; y cola en rueda colorada de púrpura, azul y oro. A la magnificencia de esta coloracion debemos añadir ojos hermosísimos que brillan con secreto resplandor; elegantes piés armados con espolones; y uñas de color de rosa ó de rubí, lo cual nos recuerda á nuestro don Luis de Góngora cuando en su primera soledad exclama:

En cien aves, cien picos de rubíes
Tafiletes calzados carmesíes.

Ahora podrán comprender nuestros lectores con cuanta razon dice San Epifanio que es mas hermoso que el pavo real; y no se admirarán de que Tácito dijese, aunque á la verdad sin entrar en pormenores, que se distingue admirablemente del resto de las aves. Por lo dicho hasta aquí nos creemos tambien autorizados para desmentir á Lactancio cuando con sobrada falta de razones se atreve á suponer que el Fénix participa á medias del pavon y del faisan. Ciertamente es harto injusto con la belleza de la hermosísima ave del sol, y no sospechamos de qué suerte conciliaria su parecer con la idea que emite en otro pasaje de su obra, asegurando que por su tamaño es superior al de todas las aves y fieras de Arabia; y mas que todo aun con las citas que de intento hemos apuntado para que se vea que nuestra pluma no se espacia por campos imaginarios, sino por el firme y segurísimo terreno de las autoridades. No cabe dudarlo: el Fénix es la mas hermosa de todas las aves sin que conozca rival, no ya en el faisan comun pero ni siquiera en el pavo real.

Increible se hace que despues de tan minuciosas descripciones como se conservan del Fénix se descuidaran los autores de revelarnos la naturaleza del pico, pero tal es la desconsoladora realidad. Y á no haber sido por la loable diligencia de un escritor español, hoy nos veriamos privados de conocer un órgano tan interesante del cuerpo del famoso Fénix. Por fortuna don José Pellicer de Salas y Tobar en *El Fénix y su historia natural* (Madrid, 1630) apura todos los recursos de su talento y de su dialéctica para demostrarnos que debe ser *rufo, carmesí ó nácar*. Son tan lógicos los razonamientos en que se estiende, y tan felices las consecuencias que saca de sus bien traidas citas, que no podemos menos de adherirnos al pensar de nuestro erudito compatricio, y de congratularnos del brillante impulso que dió á este importantísimo punto de las ciencias naturales.

Era de temer, vistos los frecuentes desengaños que se sufren en este pícaro mundo, que la voz del Fénix desdijese de sus espléndidos colores. Y fuera fundado el temor sabiendo que la naturaleza creó pavos reales de voz tan ingrata como la del grajo, para que contrastaran con



los modestos ruiseñores de canto amenísimo. Y sin acudir al reino de las aves, ¿quién no ha conocido entre las humanas criaturas Adónis con alma mas negra que el Averno, y volcanes de sentimientos generosos y magnánimos? Pero no cabia inconsecuencia en la naturaleza tratándose del Fénix; y por eso todos los autores se hallan contestes en concederle una voz cual ninguna llena de armonía. Dícese que en blandos trinos pide al sol que le remoce, y aun añaden otros que con su canto, alas y pico diariamente saluda tres veces al mismo astro. Nada tiene pues de estraño que los gentiles se la consagraran, y que Lactancio la haya enaltecido con los títulos de sacerdotisa de Febo, de muy valida suya, y de sabedora de sus mas íntimos secretos. El mismo escritor al hablar de la voz del Fénix afirma que es tan sonora que escede en ternura á la del cisne que, sintiéndose morir exhala al aire sus dulcísimos cantos postreros; y hasta á la diestra lira del divino Apolo. Y sabido es cuán acordemente la pulsaba este discurriendo de una en otra region de la tierra lamentándose del destierro que le impusiera el dios Tonante, ó llorando los desdenes de algunas beldades de marmóreo pecho, ó entonando melodiosas cantinelas á las bellas que le prodigaban sus favores, ó bien concertando sus armonías con las de las nueve hijas de Júpiter y Mnemosina en las espesuras del Parnaso.

Muy pródiga de sus dones fue la naturaleza con el ave Fénix pues no solo la adornó con mágicos colores, sino que además quiso que superara en magnitud al águila misma. Tanta hermosura, muy digna era de un cetro, que bien se lo otorgaron algunos mas pagados del brillo esterior que de la realidad del fondo; pero estaba escrito que no habia nacido el Fénix para tan elevada honra. Era punto menos que imposible destronar al águila atrevida que remontando su vuelo desde las mas altas cumbres va á mirar cara á cara el sol cerniéndose por encima de las nubes. Ademas, el águila fue en los tiempos antiguos el ave de Júpiter, y Júpiter es el soberano dominador del Olimpo; y en los tiempos modernos es el ave por escelencia guerrera, con lo cual basta para suponer que las demás aves le rinden humilde vasallaje. En todas épocas sin esclusion de la feliz edad de oro, la fuerza ha dominado sobre las sociedades; y esta ley constante del mundo rige tambien inexorable entre las pobladoras de las regiones aéreas!

José Monlau.

LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA.

PENSAMIENTOS, MÁXIMAS Y SENTENCIAS DE ESCRITORES CÉLEBRES.

«Cuando oramos fablamos con Dios, e cuando leemos fabla él con nos.»

Diez de Gamez.

«Quanto los estados son mas altos, tanto á peligro son mas subjetos: que el que en llano se assienta, non tiene donde caya.»

Diego de Valera.

«El que dice a los omes con que les pese, dicen ellos a él con que non le place.»

Diez de Gamez.

«La justicia espiritual es la primera espada porque se mantiene el mundo.»

Alfonso el Sabio.

«Dos tiempos han de catar los grandes señores, en que han de estar guisados para obrar en cada vno dellos según conviene. El vno en tiempo de guerra, e de armas, e de gente, contra los enemigos de fuera fuertes e poderosos. E el otro; en tiempo de paz, de leyes e fueros derechos, contra los de dentro tortizeros e soberuiosos; de manera que siempre ellos sean vencedores. Lo vno con esfuerço, e con armas; e lo al con derecho e con justicia.»

Alfonso el Sabio.

«Non es menor virtud guardar ome lo que tiene, que ganar lo que non ha.»

Alfonso el Sabio.

«Mas necesario es el consejo en el tiempo próspero que en el adverso: que la próspera fortuna ciega e turba los corazones humanos; e la adversa con su adversidad da consejo.»

Diego de Valera.

«Servid al rey, e guardadvos dél; que es como el leon, que jugando mata, e burlando destruye.

Diez de Gamez.

«Faz tal vida con los omes, que si te murieres lloren por tí; e si te alongares, hayan deseo de tí.»

Diez de Gamez.

«Comenzar en bien, e non lo afinar non es bien acabado; porque en la fin yace la honra. El comenzar de todos es; mas perseverar en ello es de pocos.

Diez de Gamez.

«En la lengua se conosce la ciencia: en el seso la sapiencia: en la palabra la verdad e la doctrina; e la firmeza en las obras.»

Diez de Gamez.

«Guardadvos de la compañía de los malos, que la vuestra natura furtará de la suya en poridad.»

Diez de Gamez.

«El emperador e el rey, maguer sean granados señores, non pueden facer cada vno dellos mas que un ome:»

Alfonso el Sabio.

«El bien del reino es el bien e utilidad del rey.»

Enrique III.

«El consejo es buen anteveimiento que ome toma sobre las cosas dubdosas.»

Alfonso el Sabio.

«La mayor mengua que los grandes han es de consejo: porque a los tales muy pocos dicen verdad, porque la verdad engendra mal: e cerca de los señores mas suelen usar lisonja que verdadero amor nin consejo»

Diego de Valera.

«El que non vence la su mala voluntad, antes se va en pos della, finca vencido: asi el que a su voluntad non es para vencer, mucho menos será para vencer sus enemigos: e la su poca constancia le fara perder la verguenza, e caer en desonor.»

Diez de Gamez.

«Cuando overedes á fablar ante los omes, primero lo pasad por la lima del seso, ante que venga a la lengua. Parad mientes que la lengua es un árbol, e tiene las raices en el corazon, e la lengua lo muestra de fuera.»

Diez de Gamez.

Janer.

LA CHINA EN ESPAÑA.

Asi como los baños de Wiesbaden, de Homburgo ó de Interlaken han alcanzado su celebridad estraordinaria por la voluntad de los gobiernos de que dependen, por la depurada civilizacion, por los refinados goces que allí rodean al viajero y no porque sus condiciones salutíferas aventajen en modo alguno á los de Santa Agueda ó de Panticosa, á los de Carratraca ó de Archena: asi como los escritores de todos los paises han reconocido hace medio siglo la necesidad de no citar otras montañas que las de Suiza y de la Auvernia, habiendo peligrado en un principio el éxito de Walter Scott, porque quiso llevar la accion de alguna novela á las cumbres nebulosas de la Escocia y no atreviéndose todavía ningun autor español á indicar modestamente la belleza incomparable de los montuosos paisajes de Asturias ni los atrevidos y siempre nuevos perfiles de los picos de Cataluña; asi como se ha convenido solemnemente, á instancia de los periodistas y literatos franceses, en que el Mediterráneo no tiene costas mas que en Italia, en Grecia, en Turquía y en Argelia dejando condenado á olvido perpétuo el litoral que se estiende desde Barcelona hasta Gibraltar y cuyos encantos naturales jamás pudo esceder ningun otro pais de la tierra; asi tambien aunque mas absolutamente se ha estipulado que no tenga ya la Europa nada nuevo, nada misterioso ni patriarcal, ni primitivo, sino en tal cual rincon de la Bretaña francesa, ó de los valles de Hungría, ó de las dilatadas estepas que la nieve de Rusia preservó largo tiempo de la curiosidad de los pueblos occidentales.

Fuera de esas privilegiadas regiones la novedad en las costumbres, la originalidad en los tipos no son compatibles con la civilizacion europea; hay que buscarlas allá en los ranchos de Buenos-Aires, en los lagos del Canadá, en la Siberia Septentrional, ó en lo interior de Cochinchina; pero siempre con preferencia en cualquiera colonia francesa. Las naciones que nos preceden en la gloriosa senda de la civilizacion no solo se reservan el derecho de emplear el mágico poder de su prensa y de sus libros para enaltecer y ponderar cuanto les pertenece, sino que distribuyen arbitrariamente á los demás pueblos de la tierra todo lo que ellas no poseen, desde la perfeccion en un arte hasta la abundancia de malhechores, desde los trajes de los habitantes hasta la forma de sus aldeas, hasta el carácter general de cada pais; todo por supuesto con la justicia y con la copia de datos empleadas por el viajero parisiense que al ver en Irun á un postillon limpiarse los dientes con la navaja escribia á un diario francés. «Los españoles no usan jamás palillos ni »plumas para la boca, emplean únicamente las enormes »navajas que acompañan siempre al buen español desde »los tiempos de don Pedro el *Cruel* »

Que con todo esto se ha conseguido crear *atmósfera*, hallar eco en las mismas naciones que como la nuestra solo han merecido absurdos insultos, es cosa para todos demostrada. Muchos son los españoles que conocen la Francia mejor que su propio país: innumerables los que creen que todas las divisiones de España se reducen á las de sus antiguos reinos, que con haber visto á un estremeño, á un aragonés y á un valenciano forman juicio cabal sobre sus compatriotas de todas las provincias; mientras leemos afanosos la relacion de un viaje lejano al través de paises escepcionales, por su atraso ó por su prosperidad, olvidamos en frente de nuestra casa, si se nos permite decirlo asi, rincones menos conocidos que la China y el Japon, valles, montañas, pequeños estados que por su misma pobreza son á veces notables y donde la civilizacion de nuestras ciudades figura tan solo como en la mente de un niño los soñados palacios de las ***Mil y una noches.***

Sin duda me inspiraban estas reflexiones, cuando allá en la florida edad de las ilusiones candorosas atravesando con objetos diversos las regiones que se estienden al Sur y al Oeste de mi ciudad natal, llené las hojas de mi cartera de apuntes inconexos, confusamente agrupados bajo el epígrafe que encabeza estas líneas.

La mas humilde, pero tambien la mas exacta de aquellas memorias de viaje, dice asi:

LA CABRERA Y PABLO EL CABRERÉS.

Hácia los confines occidentales del antiguo reino de Leon, poco antes de llegar á la frontera portuguesa y al Surdoeste de las amenas y risueñas colinas del Vierzo, tan poéticamente descritas por Enrique Gil, el mas ilustre de sus hijos, se encuentran las últimas ramificaciones que en la tierra de Occidente pudo levantar el Pirineo. Sus cumbres eternamente nevadas, la notable altura de sus picos, los precipicios en que abundan, las inmensas rocas que de trecho en trecho interrumpen allí una vegetacion tan pintoresca como improductiva, demuestran claramente que la cadena pirenáica quiso al morir hacer nueva ostentacion de su poder salvaje y dejar en la cima de Teleno perpétuo recuerdo de las nieves del Caligó antes de perder su elevacion en los anchurosos llanos de Castilla.

Por las vertientes de aquellas montañas se deslizan con blando murmullo millares de arroyuelos que nacen á la vista de los solitarios pastores saltando despues de remanso en remanso ó de piedra en piedra, hasta llegar al curso de cuatro ó cinco torrentes bastante caudalosos, entre los que figura principalmente un rio apenas conocido, nunca celebrado por inspirados poetas y que antes que el Tajo debiera sin embargo ser llamado el *de las doradas arenas.*

Las escarpadas crestas de los montes forman asi para dominar la marcha de las aguas un vasto anfiteatro de cuyo fondo se destacan en desiguales grupos, apareciendo unas veces entre pinos, encinas y robles, estendiéndose aquí por una pelada meseta, apoyándose allá sobre los mas desgajados peñascos quince ó veinte lugares, de pobre aspecto, en la mayor parte de los cuales ocasiona el cambio de un duro tantas dificultades como puede causar en París la insoluble cuestion de Italia.

Aquella es la Cabrera.

Su accidentado suelo duerme seis meses del año bajo una capa de nieve. Sus cortos productos agrícolas apenas bastan para absorber el trabajo de los tres ó cuatro pueblos que adelantándose hácia el fondo de los valles dominaron el terreno protegido contra avalanchas y ventisqueros. Las otras poblaciones, sepultadas entre la nieve de las alturas durante el interminable invierno de las montañas quedan abandonadas por dias enteros al terminar la época del deshielo cuando disminuida la corriente del rio deja este sobre sus orillas finísimo polvo de oro, perceptible á la simple vista y mezclado con arcilla cuyo rojo color tiene á veces toda la anchura del agua.

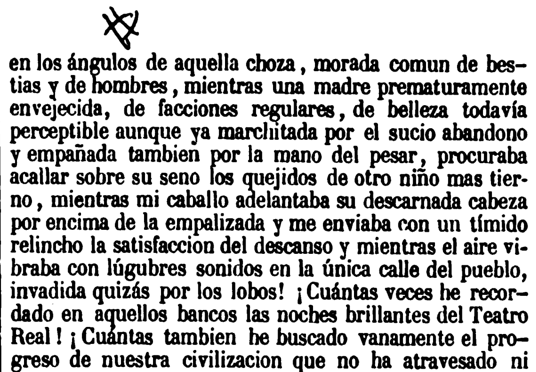
La primera industria de aquellos habitantes consiste, pues, en la recoleccion del oro; y nada mas curioso que verlos agrupados en los últimos dias de la primavera recogiendo de las dos riberas, con un gancho parecido al de los traperos las preciosas arenas que el rio depositó en su lecho y que hacen ellos girar despues en un plato cónico de madera hasta ver los granos lucientes depositados en el fondo por el mas sencillo método de lavado. Hombres, mujeres y niños vestidos de tosca lana que contrasta notablemente con la aparente riqueza de su profesion, trabajan asi con incesante afan hasta que cubierta la tierra de sombras se retiran con el producto del dia y suben lentamente á sus hogares cantando en coro coplas mal rimadas, en especial miscelánea de castellano anticuado y usual, cuyo estribillo se va repitiendo y apagando á lo lejos en toda su melancólica melodía hasta las gargantas mas apartadas.

A la ruda poesía del invierno han sucedido entonces todos los encantos primaverales. La nieve ya escondida en los altos picos sirve solo de blanco límite al horizonte; el paisaje se estiende despues entre rocas y enanos arbustos; se ensancha mas abajo matizado de verdes colinas, de bosques dilatados y espesos, y baja por fin hasta las orillas del rio dibujando acá y allá redondas y cortas praderas que aparecen en aquel inmenso cuadro como mullidos y esparramados almohadones de vistoso terciopelo. Poco á poco se hace mas densa la oscuridad: los rebaños de cabras que pasaron la siesta trepando en el monte llegan perezosamente á las aldeas y prestan con sus balidos un eco mas á la sublime armonía de los campos; las campanas de tantas iglesias humildes esparcidas á alturas diversas lanzan tambien á los aires el toque de oraciones y los cabrereses sosteniendo bajo los brazos el tosco sombrero portugués interrumpen la marcha para rezar colectivamente el *Ave-María* que acaso preside su





SENCILLA ORQUESTA.



mismo párroco sorprendido por la noche sobre una roca y pidiendo á Dios la bendicion para el trabajo del dia en el punto mas elevado de un bellísimo paisaje, en el instante mas solemne de una tarde de primavera, es decir, con las mas dulces y mas santas condiciones que puede alcanzar la oracion del hombre.

¡Cortos y sublimes episodios que nadie presencia fuera de sus actores! Porque otra semejanza que tiene la Cabrera con las mas primitivas regiones es su absoluto aislamiento del resto del universo. La garantía de su soledad es en efecto muy poderosa; es su inmensa pobreza. El oro recogido y lavado por muchos de sus habitantes en dos ó tres meses forma un miserable jornal para los doce que tiene el año; y aun este pobre salario ha estado mil veces á punto de desaparecer; hubiese faltado ya si los actuales sistemas de esplotacion hubieran presentado utilidad á los denunciadores de terrenos auríferos en la escasa cantidad de metal que cont enen aquellas montañas, esplotadas siglos há con ejércitos de esclavos romanos cuya huella conservan aun al Norte de la Cabrera inmensas galerías y acueductos monumentales (1).

Fuera de esa industria segura y principal, fuera de esa breve y feliz temporada, la Cabrera es acaso el mas pobre rincon de una provincia pobre en su mayor parte. Cuando las primeras semanas de noviembre han incomunicado á fuerza de nieve las diversas aldeas de aquella montaña, cuando las noches de invierno lanzan de sus guaridas con el aguijon del hambre á las reses mayores en que abundan aquellos bosques, los cabrereses aunque ágiles y atrevidos apenas pueden reunirse para hilar y preparar en comun la poca lana de sus ganados. Semanas enteras viven sus familias disfrutando con trabajo algunas horas de luz natural, agrupadas de noche bajo la grasienta y negra campana de la chimenea; solo separados de sus escuálidos bueyes por una corta empalizada de sirces y helechos que dominan de pié los mas bajos, distinguiendo apenas sus perfiles entre el humo, al opaco resplandor de una tea recogida en el monte.

¡Cuántas veces estraviado en mi camino me he juzgado feliz con semejante abrigo! ¡Cuántas veces sentado junto á un aldeano de carácter agriado por la privacion y por la desgracia he secado asi sobre mis propios miembros mi traje empapado por la nieve que contemplaban entre sorprendidos y espantados dos ó tres niños medio ocultos en los ángulos de aquella choza, morada comun de bestias y de hombres, mientras una madre prematuramente envejecida, de facciones regulares, de belleza todavía perceptible aunque ya marchitada por el sucio abandono y empañada tambien por la mano del pesar, procuraba acallar sobre su seno los quejidos de otro niño mas tierno, mientras mi caballo adelantaba su descarnada cabeza por encima de la empalizada y me enviaba con un tímido relincho la satisfaccion del descanso y mientras el aire vibraba con lúgubres sonidos en la única calle del pueblo, invadida quizás por los lobos! ¡Cuántas veces he recordado en aquellos bancos las noches brillantes del Teatro Real! ¡Cuántas tambien he buscado vanamente el progreso de nuestra civilizacion que no ha atravesado ni atravesará en mucho tiempo, con túneles y caminos, aquellas olvidadas montañas! . . . .

. . . .

Asi trascurren para el cabrerés los peores meses del año; si la nieve se ha endurecido, si la atmósfera llega á aclararse las puertas de cada casa dejan paso á los niños adultos de las mas pobres aldeas, que confiados á su propio instinto bajan ya al través de los campos á utilizar en los pueblos del valle las lecciones de un maestro, casi nunca bastantes en número para que se perfeccionen en la lectura Si el sol completa el cuadro y derritiendo la nieve descubre momentáneamente las techumbres de aquellos lugares, el cabrerés envolviendo pié y pierna en sus complicadas *abarcas*, deja tambien el hogar doméstico cuando la terminacion del crepúsculo matutino ahuyenta en lo interior de los bosques á lobos y jabalíes y cargando económicamente un cañon mal enlazado á una desvencijada caja que con enfático abuso suele llamar su escopeta salta de cerro en cerro, de precipicio en precipicio tocando en algun punto desde el pico de una montaña á la torrecilla de otra aldea sin resbalar, sin vacilar siquiera hasta que llega al mas próximo manantial. Ocúltase allí en el añoso tronco de una encina; descubre sin conmocion los rojos y delicados piés de algunas perdices que se destacan sobre la alfombra de los campos en el radio que el agua de la fuento preservó del manto de la nieve y solo cuando las aves pintadas, despues de mitigar la sed, tienden por los aires un vuelo sonoro, abate el cabrerés con un tiro tres ó cuatro de las perdices fugitivas. El mismo las recoge aun palpitantes, las enlaza por el pico con un junco y escondiendo entre los árboles su escopeta, camina rápidamente á la ciudad inmediata. Nada importan las ocho leguas que en un dia debe recorrer; nada tampoco su ignorancia de los caminos, ni que desconozca completamente la poblacion á donde se dirija asi como toda ciudad, asi como todo hábito de civilizacion, cuenta de antemano con su penetracion de montañés y nunca falla su inteligencia en tan sencillo comercio; siempre regresa en las primeras horas de la noche con esa serenidad mezclada de resignacion que es el sentimiento mas frecuente en la vida de los campos, con una sola peseta por cada tres perdices vendidas.

En semejante existencia, en medio de las fatigas casi nunca recompensadas, en los intervalos que separan los mil oficios de labrador, de cazador, de carbonero, de guia, de lavador de oro á que apela el cabrerés segun las circunstancias de cada año y que no bastan á darle la tristísima paz que puede llamarse el *confort* de aquellas montañas, hay no obstante un período que llena por completa la única dicha descubierta hasta hoy sobre la superficie de la tierra; la dicha de un amor casto y recíproco.

Cuando los matrimonios de la Cabrera no son un tratado de dos familias para juntar veinte cabras con dos vacas y hallar una pobre casa que dé albergue á una pareja de la especie humana; cuando no son los matrimonios de conveniencia que allí como en todas partes representan un asunto comercial seguido de la union material de dos sexos, suele precederles esa época afortunada que es la única fuente de recuerdos para las tristes noches de invierno trascurridas entre holganza y miseria.

En aquellos dias venturosos conocí yo á Pablo, hábil director de nuestras cacerías, jóven de singular talento natural, dotado ademas de la prematura esperiencia de la desgracia, diestro en todas las profesiones del montañés, que conocia por palmos la Cabrera y aquí en sus mismos compatriotas llamaban generalmente *Pablo el Cabrerés*, como si aquel tipo esbelto, laborioso é inteligente fuese la mas genuina espresion del hijo de las montañas.

Pablo, huérfano desde la niñez, habia nacido en Saceda, en un lugar colgado de las rocas, allá cerca de un elevado pico, lugar cuyas humildes habitaciones parecerán peligrosas á las águilas y cuyo conjunto se destaca sobre la rápida pendiente como un caprichoso relieve tallado en la piedra por titanes. Pablo, por fortuna suya no habia visto nunca zarzuelas, pero nadie comprendia mejor que él aquellos versos del *Valle de Andorra*.

Hijo fiel de esta montaña,
mas que pompa y vanidad
yo prefiero mi cabaña, etc.

Y aunque sus escursiones de cazador y de guia le llevaron alguna vez á villas muy distantes, Pablo reservó su corazon para una cabreresa y sin mas patrimonio que la casa heredada, cuarenta cabras guardadas por un primo muy niño, una huerta que él mismo cultivaba y un instrumento destructor que podia llamarse carabina, tuvo la audacia de poner su amor en una zagala del llano y tuvo tambien la dicha de ser correspondido, sin que los padres de la jóven, dueño futuro de vacas, prados, y cabras, heredera en una palabra de lo que allí constituye riqueza, viesen con disgusto el amor del laborioso mancebo.

Pablo comenzó, por consiguiente, sus relaciones oficiales con María. Desde entonces no pasó una mañana de primavera sin que al romper el alba las nubes del Oriente se hallara Pablo fuera de su pueblo descendiendo rápidamente la media legua que le separaba de su querida, y cuando los techos de pizarra que cubren todas las casas de la Cabrera reflejaban los primeros rayos del sol y adquirian con el rocío de la noche un brillo plateado que ofusca la mirada, ya Pablo y María cambiaban una sonrisa ó buscando un camino contrario al de los lavadores de oro, entraban por el monte en pos de las cabras, sin que ni ellos ni los pastores que les hallaban vieran en este aislamiento mas que un efecto natural de la noticia que habian oido, la de que *Pablo hablaba con María*.

Si en las tardes de invierno un cabrerés mas arriesgado que sus compañeros volvia de la caza feliz y presuroso, era Pablo que al vender sus perdices, compraba siempre una cinta para María. Si en las noches de verano mientras la luna presidia con dulces fulgores un bello cuadro de paz, cuyo marco formaban por todas partes colinas cubiertas de flores aromáticas, oiase á lo lejos en lo mas alto de las montañas una voz varonil que se mezclaba con el ruido de las cascadas y con el canto de los gilgueros, era Pablo que antes de llegar á Saceda enviaba á María su postrer recuerdo.

Llegó, sin embargo, un dia de agosto, el dia de Nuestra Señora; grupos de cabrereses vistosamente ataviados con trajes domingueros, bajaron al llano desde los pueblos de la montaña, el ruido del tamboril llenó de alegría los valles y los bosques; salvas de fusilería anunciaron en dos ó tres pueblos un acontecimiento estraordinario; las mozas de varias aldeas subieron á Saceda repicando las castañuelas y tapizaron de flores el humilde pórtico de la iglesia; era que aquella mañana entraba María en la casa de Pablo.

PIO GULLON.

(1) Las Médulas.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 48. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 25 DE NOVIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



Los príncipes y princesas menores de edad con la reina viuda de Nápoles, han llegado el 21 á Roma, á donde les dirige el rey Francisco para librarlos del peligro que cerca á los defensores de Gaeta, cuyo sitio se ha estrechado considerablemente. Dijimos en la semana anterior que la fuerza que defendia las inmediaciones de la plaza habia pedido capitulacion y que en aquella no habian quedado sino tres mil hombres. La capitulacion no se llevó á efecto; se entró en negociaciones, pero no produjeron resultado, por lo cual las tropas volvieron á entrar en la plaza. Sin embargo, al dia siguiente desde la Mola, ocupada por los piamonteses se vieron salir á la mar varios buques cargados de tropa que tomaban rumbo hácia Civita-Vecchia. Eran sin duda los soldados que enviaba el rey á tomar refugio en los Estados Romanos. Tres mil hombres bastan para la defensa de Gaeta, y no pudiendo dar batalla en el esterior, una fuerza muy considerable encerrada en la plaza no haria mas que consumir los víveres sin ser de una utilidad positiva. A esto se atribuye el embarque de la mayor parte de las fuerzas del rey Francisco que defendian la ciudad. La marcha de los príncipes y princesas denota que el rey quiere prolongar la resistencia hasta el último estremo y estar luego desembarazado para no tener que atender á mas cuidado que el de su seguridad personal.

Un parte telegráfico recibido en estos dias dice que cinco provincias napolitanas han sido declaradas en estado de sitio á consecuencia de movimientos anti-anexionistas ocurridos en ellas. El partido de Francisco II hace todos los esfuerzos imaginables para prolongar la lucha, y á él se debe el levantamiento de algunas partidas de paisanos. Por lo demás, ni Francia ni Inglaterra dan señales de protegerlo, y Austria no puede obrar abiertamente en su favor.

El papa ha mandado suspender los alistamientos que se hacian en su territorio. El conde de Cavour, ministro de Victor Manuel, se muestra propicio y ha dado algunos pasos para entrar en relaciones con Su Santidad á fin de conciliar el ejercicio libre, independiente y decoroso del poder espiritual y la residencia en Roma, con su evacuacion por los franceses y la renuncia del poder temporal. Esta negociacion daria una gran fama al conde de Cavour si pudiera llevarla á cabo. Se dice que el papa está resuelto á no abandonar el Vaticano.

Las noticias de China no adelantan nada á las que dimos en la semana anterior. El tratado se firmó en Chang-chou, ciudad entre Tien-tsin y Pe-king: el emperador sin embargo es difícil que reciba á los embajadores. Este emperador se llama Hien fu, y de resultas de sus vicios y disolucion se halla en un estado tan débil que apenas puede levantarse del lecho. Dirigen en su nombre todos los negocios cuatro ancianos mandarines, dos de ellos miembros de su familia. Desde Tien-tsin á Chang-chou el ejército aliado atravesó un país tan bien cultivado, que parecia un estenso jardin, todo lleno de árboles de esquisitas frutas, de melonares, de vides, de naranjos. El pueblo chino es muy industrioso y muy inteligente en agricultura; pero gran parte de sus ciudades no son mas que montones de barro y paja con calles estrechas y sucias y habitantes mas sucios aun que sus calles. Mucho ha de costar hacerles cambiar de hábitos.

Los Estados-Unidos de América han elegido presidente de la república á Mr. Lincoln. Dícese que este personaje es un abolicionista moderado, esto es, que en principio, en teoría, profesa la doctrina de la abolicion de la esclavitud; y en la práctica cree que no se debe atacar las instituciones de los Estados del Sur que la protegen. El triunfo de Mr. Lincoln en este sentido parece favorable á los intereses del Norte, en cuanto que no ha salido elegido un partidario de la conservacion y aumento de los esclavos como en otras ocasiones. La isla de Cuba ve de este modo alejarse un peligro, aunque le queda como motivo de inquietud la guerra civil que arde en Méjico y que podria dar pretesto á la ambicion norte-americana. En cuanto á los proyectos que á cada paso da á luz el *Times* de Londres, ya para bloquear la isla, ya para destruir su mercado, se consideran como un sueño por los que están acostumbrados ya á bravatas de esa especie.

Dentro de breves dias se abrirá en Oporto una esposicion de agricultura que será inaugurada por el rey. Un telegrama de Lisboa del 16 anunciaba á los habitantes de aquella ciudad la próxima visita de don Pedro y de su hermano el infante don Luis que llegaron en efecto el 18.

En España las sesiones del Congreso absorben principalmente la atencion. El 19 del corriente tuvimos en Madrid dos notables acontecimientos, reservados para ese dia espresamente por ser el santo de la reina. Por la mañana se inauguró la nueva fuente de la Red de San Luis que se ha restaurado construyendo para ella un nuevo pilon de mayor diámetro que el que tenia. No sabemos á quién pareció estrecho el antiguo: á nosotros nos parece ancho el moderno, que deja poco espacio entre sí y la acera para el paso de los carruajes. Despues de esta inauguracion se verificó en palacio la ceremonia del matrimonio de la infanta Cristina, hija del infante don Francisco con su tio don Sebastian, siendo madrina la reina. Los recien-casados pasaron á habitar la casa de la calle de Alcalá, que fue almacen de cristales y otros objetos mas ó menos bellos, y que ahora ha sido préviamente retocada, adornada y alhajada para los elevados huéspedes que iba á recibir.

Hoy 25 se verifica la inauguracion del ferro-carril de Sanchidrian á Burgos, que forma una seccion de la línea del Norte. El consejo de administracion ha tenido la bondad de invitar á la direccion de este periódico, la cual le agradece en estremo la atencion, aunque no pudo usar de ella.

La Biblioteca de Autores Españoles ha publicado el tomo IV de las comedias de Lope de Vega, recopiladas y ordenadas por el ilustrado escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch. Este tomo comprende veinte y cinco co-

medias, seguidas de un catálago de todas las de su insigne autor, y de dos apéndices de grande interés

Nada nuevo en los teatros en la semana última, á lo menos hasta el momento de escribir estas líneas.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES. (1).

VI.

Es evidente que de todos los géneros de pintura que se conocen, ninguno logra llamar mas la atencion de la muchedumbre, que el de costumbres; ó con mas propiedad el de género. Una secreta y natural simpatía, le hace admirar aquellos cuadros en que el pincel del artista, ha reproducido una tierna y poética escena de la vida íntima, ó la bulliciosa fiesta popular con toda su animacion y alegría. Son estos asuntos mas adaptables á la comprension de la multitud, y por eso en el presente siglo la pintura de género ha tomado tan gran vuelo y ha ensanchado los límites dentro de los cuales parecia encerrarse antes. Sin duda alguna ha obedecido á los impulsos de una sociedad que camina á su perfeccionamiento; sabe á veces conmover mas hondamente que el cuadro histórico y aun que el religioso, y he aquí por qué si nos da á conocer las picantes y graciosas escenas de la gente comun, como lo hicieron Theniers y el mismo Rubens, sucede que hay veces en que un pensamiento de alta significacion y tendencia da vida á cuadros, que son un poema, digámoslo asi, tanto en la composicion como en el pensamiento.

Gran número de cuadros de género se han presentado en esta esposicion, lo mismo que en las anteriores, y de igual modo que en el estranjero en donde empiezan, especialmente en Bélgica, á ser reemplazados por los cuadros de animales. Los hay entre los primeros, dignos de llamar la atencion de los inteligentes, del mismo modo que atraen las miradas de la multitud; bellos asuntos, pensamientos delicados, escenas de la vida íntima, lo mismo de este que de los pasados siglos, he aquí lo que son muchos de los cuadros de género que se presentaron en el salon del ministerio de Fomento. La multitud, que no comprende, sino que admira, se complace en contemplar unas obras de cuyo mérito cree poder juzgar por cuanto ve diariamente pasar á su alrededor algo parecido á lo que el artista presenta en el lienzo, y sin duda alguna, esta ventaja es una de las mayores que este género tiene sobre los demás.

Escenas de sentimiento, fiestas populares, grupos de campesinos y tantos otros bellos é interesantes asuntos, como pueden dar argumento para una hermosa composicion, han permitido á muchos de los espositores ofrecer algunas obras dignas de aplauso, entre las cuales figura en primera linea, el precioso cuadro del señor don Ignacio Suarez Llanos, que representa una escena de la novela de Cervantes titulada *La tia Fingida.*

Desde el momento en que se pára la atencion en este cuadro, se descubren en él bellezas que colocan á su autor en el número de aquellos jóvenes, cuyos laudables esfuerzos son ciertamente merecedores de ser tenidos en cuenta en este momento. La obra del señor Llanos, á pesar de la frialdad con que está espresado el asunto, es notable ya por la composicion, ya por el colorido que es de buena escuela y se aparta del falso y chillon que tan en boga pusieron algunos pintores franceses de nuestros dias. Llama desde luego la atencion de los inteligentes la figura del viejo que abre la puerta, figura admirablemente sentida, llena de vida y bastante bien dibujada; pero á pesar de esto, y de que el autor del cuadro que examinamos tiene especiales dotes de artista, no acertó en esta ocasion á sacar del asunto que escogió para su obra todo el partido á que aquel se prestaba. Las cabezas de la muchacha, de la tia y de los estudiantes no tienen aquella espresion que requiere el asunto, á pesar de que se advierten los buenos deseos del autor por conseguirlo; en cambio puede admirarse el buen estudio de paños que nos presenta por lo bien que se hallan ejecutados. Sin embargo, á pesar de los defectos que dejamos apuntados, es este cuadro una de las buenas obras artísticas que se ven en el salon de la Trinidad y de aquellas que con mas justicia atraen las miradas de los que visitan la Esposicion.

Otros tres cuadros presentó este espositor que son una clara prueba de sus buenas dotes de artista; hablamos de una cabeza de estudio, de un retrato y un pequeño cuadro mitológico, de los que vamos á ocuparnos. En todos ellos se advierte que el señor Llanos posee el color, que es una de las primeras cualidades del artista, asi como el dibujo, que es la principal. La cabeza de estudio que nos presenta en su cuadro marcado con el número 151 es sin duda alguna lo mejor que ha presentado, pues en su hermosa sencillez, está bien dibujada y perfectamente colorida. Lo mismo puede decirse del retrato, y en especial del cuadrito, titulado *Venus y el amor*, que es un bonito estudio y una agradable composicion, en donde el señor Llanos ha procurado imitar á los antiguos maestros.

Otro de los espositores que mas lograron atraer las miradas del público hácia sus cuadros es el señor Fierros, quien presentó unos cuantos notables estudios de costumbres de los campesinos de Galicia, cuyos tipos, perfectamente tomados del natural prestan sumo encanto á las obras presentadas por este artista. La novedad de los asuntos era asimismo un aliciente; jamás se habia creido que Galicia, la pintoresca Galicia cuyas hermosas costas, cuyos valles perfumados, cuyas montañas tantas bellezas encierran, pudieran dar asunto para unos cuadros como los de que nos estamos ocupando. Desconocido del resto de España, aquel antiguo reino, con unas costumbres eminentemente poéticas, con unos habitantes restos de las primitivas razas, y cuyos pintorescos trajes á tanto se prestan, era un pais virgen, en el cual un artista de talento podia hallar algo nuevo con que saciar la sed creciente de novedad que nos aqueja. El señor Fierros en esto fue feliz, admiró aquella hermosa naturaleza, aquellas fiestas campestres cuyo fresco perfume solo se siente en medio de su bullicio y de su espontánea alegría y los trasladó al lienzo con estraordinaria verdad.

El cuadro marcado con el número 72 que representa una *Romeria en las inmediaciones de Santiago*, ofrece bellos tipos, grupos bastante buenos, pero la composicion no corresponde ni á la importancia ni á las pretensiones de la obra, pues no forma conjunto ni arma el cuadro como se dice vulgarmente. En el paisaje, el señor Fierros estuvo bastante desgraciado, y mucho mas aun en la perspectiva, pues el fondo se viene encima, pero en cambio hay grupos que aunque tocados con dureza son dignos de estima. De mas sencilla composicion, pero en cambio mas acertada, es el cuadro marcado con el número 75 que se titula *La Muiñeira* (1). Como todos los demás cuadros de este artista, tiene bellos tipos, perfectamente tomados del natural, y en verdad que con un gusto nada comun, y dando pruebas de que siente la belleza, y en cuanto al color es como respecto á la composicion de lo mejor que ha presentado. Distinguiéndose este artista por los hermosos grupos que nos presenta en sus cuadros, se comprende sin esfuerzo, que en aquellos en que no presente mas que algunos de esos admirables grupos, es donde estará mas acertado y donde logrará llamar la atencion de los inteligentes. Efectivamente, los dos cuadros restantes que titula *Una ruada* y *Una familia gallega* son dignos del aprecio con que son mirados por cuantos visitan el salon de la Trinidad. En el primer cuadro llama la atencion la figura del campesino, llena de espresion y de esa melancolia que dan al hombre los cantos monótonos y tristes que entona en el seno de la soledad y de la naturaleza, porque está bien puesto el color y es una de las mas hermosas figuras que se ven en los cuadros de que nos ocupamos. En resúmen, los cuadros del señor Fierros están bastante bien dibujados, tienen trozos de buen color, pero los hay asimismo que desdicen, porque es en su mayor parte falso el color y parece que no hay en él unidad; en cambio las figuras son acreedoras á elogios por la verdad con que están tocadas, y por la poesia con que ha sabido presentarlas.

El señor Martí y Alsina cuyas obras nos proponemos examinar ahora, es el artista que en sus cuadros tocó mas diferentes asuntos, pues desde el hermoso paisaje al estudio del desnudo, desde este al retrato, todo lo abarcó, en todo dió muestras de su natural disposicion para el cultivo de las bellas artes. Sin embargo, ¿rayó en todos los asuntos á una misma altura? Esto es lo que no se puede afirmar, y lo que da una prueba evidente de que si le es dado al pintor abarcar muchos y diferentes géneros, no le es posible llegar en los demas á la altura á donde llega en aquel género para el cual tiene mas naturales disposiciones. El señor Martí y Alsina, que en sus cuadros de paisaje se coloca en primera línea entre nuestros mejores paisistas decae notablemente en su *Abel muerto.*

Un solo paisaje ha presentado, pero este es bastante para que reconozcamos en su autor las grandes dotes que posee para este género de pintura. El señor Martí y Alsina siente la naturaleza y la reproduce en sus cuadros con toda su hermosa y agreste pompa y sin ningun falso atavio, porque sin duda comprende como nosotros que nada es tan bello como el natural. Un buen estilo, una franca manera de hacer, un fondo notable, bien pueden lograr que se perdone á este espositor el defecto de dureza de que le acusan los que al mismo tiempo no pueden menos de admirar sus hermosos paisajes. Este defecto se nota en todas sus obras, y creemos que debe evitarlo á toda costa, pues lo mismo se advierte en sus paises, que en los demas cuadros que presentó como tendremos ocasion de observar al tratar de ellos. Sentimos en verdad no poder elogiar su *Abel muerto* de la misma manera que el cuadro de que acabamos de ocuparnos, porque en él no estuvo ciertamente á la misma altura que en el anterior. El artista nos presenta la escena en el momento en que muerto Abel huye Cain de los lugares que presenciaron su crimen, el primer crímen del hombre; la figura de Abel en que sin duda alguna el autor quiso presentar como un estudio del desnudo, y que es la principal del cuadro, es la que menos satisface. El brazo derecho parece de otra figura, pues hace tan pequeño que no corresponde al torso, la pierna derecha hace tambien pequeña, el color es pasado, pues de Abel nadie dirá que es un hombre que acaba de morir; el fondo es desentonado y no armoniza la parte izquierda con la derecha; en cambio está bien pensado el color del fondo. Mas feliz estuvo el señor Martí y Alsina en la *Mujer catalana*, que está bien estudiada y mejor dibujada, aunque el efecto de las luces hace duro, lo mismo que los dos retratos que presentó en esta esposicion. A muchos agrada la dureza de su color, especialmente en la *Mujer catalana*, pero esto no obsta para que sea un defecto de que, lo mismo que en sus paisajes, debe huir á toda costa, si quiere llegar al puesto á que, por su talento y por sus buenas dotes de paisista, es acreedor.

(1) Véanse los números 43, 44, y 46.

(1) El grabado de este cuadro, se publicó en el número primero de este año.

LA ALHAMBRA (1).

(CONTINUACION.)

XXIII.

El arco esterior, el grande arco, asi como el recuadro en que está inscrito, es de ladrillo agramilado, á escepcion de la clave que es de piedra: en esta clave está grabada en contorno profundizado en la piedra, una mano vista por la palma, con los dedos estendidos y unidos.

En la clave del arco pequeño, hay asimismo grabada en hueco una llave.

La mano es el símbolo del Islam.

La llave representa el paraiso ofrecido á los creyentes; es decir: el paraiso está simbolizado allí, por la llave con que su puerta se abre: los medios para entrar en el paraiso están sintetizados simbólicamente en la llave grabada sobre la clave del arco esterior, porque como la mano tiene cinco dedos y cada dedo tres coyunturas, escepto el pulgar que solo tiene dos, el islamismo se sintetiza en cinco preceptos:

1.º Creer en Dios y en Mahoma su enviado.
2.º Hacer oracion.
3.º Dar limosna.
4.º Ayunar en el Rhamadan ó Cuaresma.
5.º Ir en peregrinacion á la Meka y á Medina.

Cada uno de estos cuatro preceptos tiene tres modificaciones, como cuatro de los dedos de la mano tienen tres coyunturas, y el quinto precepto solo tiene dos, como dos coyunturas tiene el pulgar.

El arco interior se apoya en dos columnas embebidas hasta la mitad de su grueso en los pilares laterales, y sus capiteles labrados con hojas, lazos y flores, tienen esta inscripcion en caracteres africanos: *No hay Dios sino Dios y Mahoma su profeta: no hay fortaleza sin Dios.*

Sobre este arco hay una larga inscripcion que dice, haber sido edificada la puerta Judiciaria por el sétimo rey de la dinastía Nazerita Yucef-Abul-Hedjadj, en el año 647 de la Egira (1249 de J. C.)

No respondemos de la exactitud de esta fecha; no poseemos la inscripcion, y no podemos por lo tanto ir con ella á quien nos saque de dudas: las diversas traducciones que tenemos a la vista solo concuerdan en el nombre del rey: por lo demás, de la fecha de la una á las de las otras hay una diferencia de cien años.

XXIV.

Atravesando la arcada angular de la torre, se llega á otra puerta que desemboca en un feo callejon formado por el muro esterior y por unas viejas casucas: en el interior de la torre y frente á esta puerta, hay un retablo, y en él un cuadro con una Vírgen que tiene en sus brazos á Jesus niño.

En la pared que forma ángulo con este retablo, á la derecha de la puerta, en el interior, hay una lápida de mármol, en que está grabada en caracteres góticos huecos pintados de negro, la inscripcion siguiente:

«*Los muy altos católicos y muy poderosos señores don Fernando y doña Isabel, rey y reina nuestros señores, conquistaron por fuerza de armas este reino y ciudad de Granada: la cual despues de haber tenido S. A. sitiada, el rey moro Muley Hacem, la entregó con su Alhambra y otras fuerzas á dos dias de enero de mil cuatrocientos y noventa y dos. Este mismo dia SS. AA. pusieron en ella por su alcaide y capitan á don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, su vasallo; al cual partiendo S. A. de aquí, dejaron en la dicha Alhamhra, con quinientos caballos y mil peones; é á los moros mandaron S. A. quedar en sus casas, en la ciudad y sus alcarias. Como primer comandante dicho conde hizo hacer este algibe.*»

Las últimas frases de la inscripcion demuestran que esta lápida estuvo en otra parte, antes de ser colocada donde ahora se halla.

En efecto aquella lápida se fijó la primera vez junto á los aljibes de la Alhambra.

XXV.

Franqueando la puerta, recorriendo el callejon donde desemboca, torciendo al fin de él á la derecha, encon-

(1) Véanse los números 23, 28 y 32.

tramos á este mismo lado la *Puerta del Vino*, vista por su parte esterior: al frente parte de la plaza de los Algibes ó de Armas, á la izquierda la subida á la alcazaba, y los muros y torres de esta que miran á la Alhambra, sobre un juego de pelota.

XXVI.

Ignoramos por qué llamaron Puerta del Vino á la bellísima de que vamos á ocuparnos.

Indudablemente es una de las antiguas puertas de la Casa real, respetada por milagro por los bárbaros demoledores de la parte del Alcazar moro, donde hoy se levanta el palacio de Carlos V para darle espacio, para que pudiera verse á distancia su fachada principal.

Esta puerta unida por su derecha á una pobre casa, forma un cuadrado que corresponde por tres de sus lados, es decir, por el frente, por la izquierda y por la espalda á la plaza de armas.

Es decir, antes fue puerta: hoy es arco.

La parte esterior de esta puerta, arco, dintel, inscripcion, agimez, son de piedra, á la que el tiempo ha dado un matiz rogizo.

Las enjutas del arco de herradura están adornadas de un bello y sencillo arabesco de hojas y flores, pero grueso, franco, como conviene á un esterior, sin dejar por eso de ser elegante y bello.

En la clave del arco está esculpida la llave simbólica: sobre el arco corre una inscripcion, de la cual dejamos la responsabilidad al padre Echevaria, que no era muy de fiar, y que dice así:

«*Mi ayuda en Dios, apedreador del demonio. En el nombre de Dios, que es misericordioso y tiene misericordia. Sed, Dios, con nuestro señor y rey nuestro Mohamad, y con sus aliados amigos, salud y revelacion clara. Y Dios te ha perdonado lo pasado y lo porvenir de tus pecados. Y cumplió su beneficio en ti. Y te ha guiado por la carrera derecha. Y te ha exaltado Dios con sublimidad alta. La honra á nuestro señor Abu-Abdallah, á quien Dios ensalce.*»

El interior es una bella arcada de ladrillo.

Atravesando este interior, podemos colocarnos al frente de la otra decoracion de la puerta.

Esta es bellísima.

El arco es de ladrillo agramilado, orlado en su curvatura esterior, de un feston embutido de azulejos ó mosaicos: las enjutas, riquísimas, de labor menuda, de colores bellamentente contrastados, ofrecen un caprichoso y lindo arabesco de cintas y flores, con medallones en el centro.

Este adorno es de alicatado ó mosáico.

Tiene este arco una inscripcion ilegible, por haberse corroido el estuco, y sobre esta inscripcion hay un precioso agimez: á los costados del agimez hay dos emplanchamientos de arabescos de estuco, con inscripciones cortas en que se copian frases del Koran.

XXVII.

Al fondo de la plaza de Armas ó de los Algibes se levanta el palacio del Emperador, que nadie ha habitado, porque quedó sin cubrir de aguas aunque concluido en sus cuatro frentes y cubiertos los vestíbulos en su planta baja.

Este palacio es completamente del gusto plateresco.

Es bello, elegante, aunque lleno de defectos arquitectónicos, que por fortuna no afectan á su belleza.

Está minuciosamente adornado, hasta llegar al lujo de la ornamentacion dentro de su género.

Está construido con piedra franca, blanda, de sedimento, que se halla corroida en muchas partes.

El pórtico principal y el de Mediodia son de mármol.

Pero el primero ostenta una variedad prodigiosa de jaspes, alabastros y serpentina.

Este pórtico está demasiado recargado.

Es pesado.

Pero los relieves de los basamentos, representando batallas y los trofeos son escelentes.

El patio de este palacio es redondo; sus columnas de hermoso almendrado; y sobre las del cuerpo principal, el dintel, forma un anillo que á pesar de no estar contenido por la bóveda, pues el cuerpo principal ha quedado sin cubrir, no ha esperimentado el mas leve movimiento, lo que abona la bondad de las construccion.

Este palacio es un padrastro de la Alhambra.

Una mancha, sino en la historia, en el buen gusto de Carlos V.

Para construirle se echó por tierra mas parte del palacio árabe que la que hoy queda en pié.

Palacios como el de Carlos V y mejores son comunes.

La Alhambra es única en su género.

¿Y aunque el palacio fuera una maravilla, por qué edificarle en el lugar en que otra maravilla irremplazable se levantaba?

Parece que celoso el genio protector de los árabes, inspira á los poseedores de la Alhambra el descuido con que la han mirado y la miran, para que los cristianos no gocemos de su belleza.

XXVIII.

Al ángulo Norte del palacio del Emperador, entre este y la casa del gobernador, hay una pequeña rampa que desciende.

Al fondo de esta rampa, hay una pared lisa y una puerta cuadrada, cerrada con dos hojas en una de las cuales hay un postigo.

Tirais de la cuerda de una campana, y poco despues un conserje abre un postigo dejándoos ver desde él, nueva, original, magnífica, una perspectiva de bellísimos arcos, entre los cuales en primer término veis la anchura de un patio, y en último término las columnatas de otro.

El primer patio es el de los *Arrayanes*, del *Estanque* ó del *Mexuar*, como mejor querais: el segundo patio es el de los *Leones*.

El conserje para dejaros pasar os pedirá una papeleta de entrada de que debeis ir provistos, y una vez cumplida esta formalidad, el mismo conserje os servirá de *cicerone* si antes no os habeis provisto de él.

XXIX.

Perdonadnos sino os describimos punto por punto, detalle por detalle, los arcos, ya de herradura, ya semicirculares, ya triangulares en su parte superior, con sus festones, y sus colgantes; ya parecidos á ricos pabellones de caprichoso contorno; ya atrevidos, ya delicados, pero siempre esbeltos, siempre ornamentados con un gusto, una originalidad y una belleza incomparables; las mil columnas de mármol blanco, sustentando arcos, galerías, agimeces, con la infinita variedad de sus capiteles todos semejantes en el conjunto, todos distintos en el adorno; los alicatados que orlan la parte inferior de las paredes á una vara ó vara y media de altura, con sus brillantes piezas de barro cocido vidriado, combinadas de mil maneras, en estrellas, en triángulos, en cuadrados, en grecas, con inscripciones ó sin ellas, con su maravillosa variedad de brillantes y fuertes colores; los revestimientos de los muros con sus labores peregrinas semejantes á una filigrana, recamados por fajas de inscripciones, de grecas, de lochas de hojas, peces y flores: los frisos de bovedillas, de colgantes, de *ajaraca*: las cúpulas de estaláctica, maravillosas, indescribibles, semejantes á grutas de hadas: los artesonados y las hojas de las puertas, con sus caprichosos entrelazos sus escudetes, sus divisas, sus estrellas, sus rombos; los agimeces con sus dos arcos y su esbelta columnilla: las ventanas, con sus celosías de alerce; los trasparentes de estuco, por entre los claros de cuyos entrelazos penetra la luz blanda y amortiguada: los *alhamies* ó alcobas con su lánguida sombra; los pavimentos de mármol y de mosaico: los aleros de alerce; ennegrecidos por el tiempo, con sus tallados *canes*, y sus elegantísimas *zapatas*: las inscripciones envueltas en el adorno, ya *cúficas*, ya *africanas*; las fuentes, las *atarejas* ó cáuces de desagua; los matices dorados, rojos, negros, amarillos, verdes, violados, blacos, pardos, morados, azules, de los alicatados y de las partes de adorno á quienes el tiempo no ha podido arrebatar lamiéndolos lentamente aquel oro y aquellos colores; describir todo esto, seria interminable, pesado, inútil; por las ilustraciones que acompañan á este trabajo descriptivo, podeis formaros una idea del carácter, de la manera, del efecto hasta cierto punto de la arquitectura árabe granadina: todo cuanto se escriba, todo cuanto se dibuje, todo cuanto se pinte, todo cuanto se copie de la Alhambra es insuficiente: si creeis haber formado un juicio de ella, por reproducciones que hayais visto, ya debidas á la fotografía, ya al pincel, ya al buril, os habreis engañado: id á visitarla, y os convencereis de que es indescribible, irreproducible: nuestro objeto al escribir acerca de ella, no es hacérosla conocer, es recomendárosla, es escitaros á que la visiteis, es encareceros esa maravilla única en su género, sola en el mundo, sin compañera, del arte árabe.

El autor ha pasado en ella tal vez la mitad de su vida: en ella entró niño, visitándola fue jóven, cuando se desterró de ella era ya hombre: la sabe de memoria; solo con cerrar los ojos y recordarla se encuentra dentro de ella; la ama, y habla de ella con amor: la ve derrumbarse y siente la amargura de quien ve atacado de una enfermedad mortal que de dia en dia se agrava á un ser que le es querido.

Pero pasemos de la puerta del alcázar; penetremos en su gran patio del Mexuar ó del consejo.

XXX.

Mirad qué bello estanque: tiene de largo en su estension de Sur á Norte ciento veinte y cuatro piés, veinte de anchura y cinco de profundidad: dos fuentes planas que no se levantan del pavimento de mármol de su borde situadas en el centro de sus estremos, la llenan de agua limpida, trasparente, en la cual se ven vagar miles de peces de colores: á los dos costados del estanque corren dos líneas de espesos arrayanes, recortados á la altura de vara y media, y que dan al patio uno de los nombres por el que se le conoce.

En este espejo líquido y trasparente, se reflejan las dos magníficas galerías Sur y Norte: la del Sur se apoya en el palacio del emperador y tiene dos cuerpos; la del Norte se apoya en la torre de Comares ó de Embajadores, y solo tiene uno: estas dos galerías tienen siete arcos, siendo mayor que los otros el del centro, y se apoya en ocho magníficas columnas, dos de las cuales, las de los estremos están empotradas en la pared hasta la mitad.

Los arcos de estas galerías son semicirculares, prolongados sobre las impostas.

La galería del Sur tiene sobre sí un friso en que hay ventanas con celosías, y sobre este friso otra galería alta, de seis arcos, estando cerrado el claro del centro, por una superposicion de *zapatas*: despues corre el alero, y sobre el alero se estiende un tejado pardo.

Los dos muros longitudinales de este patio, que tiene ciento cincuenta piés de largo, y ochenta y dos de ancho, esto es, doce mil trescientos de superficie, son lisos, por haberse destruido sus adornos, sus azulejos y sus aleros, y solo tienen algunas puertas pesadamente copiadas de otras de la Alhambra por manos profanas.

Estas puertas corresponden á habitaciones ó espacios que nada tienen de notable, escepto una contigua á la galería del Sur por donde se entra al vestíbulo que precede al magnífico patio de los Leones.

El interior de las galerías bajas es maravilloso; en los estremos tienen nichos profusamente ornamentados, sobre los nichos ventanas, sobre las ventanas un friso, sobre el friso el asiento de madera tallada, de un techo delicioso de traceria, cuyos listones forman estrellas rombos triángulos, con escudetes blancos y azules con arabescos dorados, ó negros, ó rojos, en los espacios determinados por el entrelazo de los pardos listones.

Digámoslo de una vez para todos los artesonados de la Alhambra: son de alerce, pero parecen de cedro, de nacar, de marfil, de concha, de plata, de oro, todo esto, embutido, alternado, contrastado, rico, magnifico: con tal arte y tal resultado esta buscado el efecto.

En la galería del Sur hay una puerta que conduce á una rotonda severa de piedra de sillería, correspondiente á la parte subterránea del palacio del Emperador: esta puerta está contínuamente cerrada.

En la galería del Norte, hay en el centro de su muro interior una magnífica puerta de arco levemente ovalado y apuntado en que apenas se indica la forma de herradura característica de la arquitectura árabe, y que tan pronunciada se halla en Toledo, en Córdoba y en Africa.

En el palacio de la Alhambra la forma de herradura en los arcos ha sido modificada, suavizada, al paso que en la puertas del Vino y Judiciaria que en otro tiempo constituyeron indudablemente parte del alcazar la herradura está mas acusada, aunque no tanto como en Toledo y en Córdoba.

Esto demuestra que la parte de palacio que queda en pié en la Alhambra es la de construccion mas reciente, menos antigua; y confirma esta opinion nuestra, la delicadeza de la ejecucion de los adornos en la parte que existe; el cuidado de alejar la simetría de los detalles, para dar amplitud, espacio, variedad de forma dentro de la unidad del género, á la ornamentacion, á la composicion general, á la línea, al detalle: en el palacio árabe, todo es correpto, todo es preciso, todo está determinado, todo concluido, todo armonizado con una precision, una belleza y una limpieza de ejecucion que asombran.

El pueblo que produjo aquel alcazar, era un pueblo completamente civilizado, dentro de su tiempo, de su religion, de sus leyes, de sus costumbres, y la Alhambra es un símbolo completo de sus creencias, de sus pasiones, de sus necesidades, de sus hábitos.

¡Oh, si! la Alhambra feble, bella, indolente, melancólica, voluptuosa, incitante, resplandeciente, mórvida, fresca y perfumada en su interior; rebestida con la coraza de roca de sus severos, rojizos y fuertes muros en el esterior, es el simbolo del moro convertido y conquistado por el árabe, heredero de su carácter, de su religion, de sus tradiciones, de su temperamento, de su historia: continuador, sino de su raza de su manera de ser; indolente, dulce, melancólico, voluptuoso, junto á la hermosa esclava, en la opulenta soledad del harem: bravo, cruel, sanguinario, terrible, rigiendo un potro y empuñando una lanza ante el cristiano su enemigo natural en el campo de batalla, entre el polvo del combate, aspirando el olor de la sangre, oyendo el áspero concierto de los atabales y de las trompas escitando al esterminio.

Sí, la Alhambra es un símbolo.

La representacion muda de una civilizacion muerta.

Nosotros dentro de la Alhambra comprendemos al moro granadino de los tiempos medios: le vemos vagar entre las arcadas: comprendemos en su mirada al creyente del Dios altísimo y único; al sibarita de la vida privada, al poeta, al sediento de sensualidad, y al mismo tiempo al tigre de combate, que necesita de la matanza para calmar la irritacion de su sangre africana.

La Alhambra, pues, no es solamente un símbolo: es al mismo tiempo el panteon de una raza.

XXXI.

En los lados internos de los machones del arco interior de la galería del Sur, hay sobre dos losas de mármol que reemplazan á los azulejos dos pequeños y graciosos nichos, dos pequeños arcos en miniatura labrados en mármol, dejando ver tras sí un pequeño hueco cuadrado.

Llaman á estos nichos *babucheros*, esto es: lugares destinados para dejar las babuchas.

Pero falta demostrar, probar, si los moros granadinos usaban babuchas ó borceguíes.





VISTA DE LA CIUDAD DE GRANADA.

Resulta ademas, á primera vista, pequeño aquel espacio para que pudiesen dejar todas sus babucas en él los moros que acudiesen á las grandes solemnidades.

Ademas de esto: todos los arcos, todas las puertas del palacio tienen nichos semejantes.

¿Cuántos pares de babuchas llevarian, pues, los moros, ó qué privilegios existirian para que unos se despojasen de ellas antes que los otros?

Creemos, pues, que estos nichos tenian por oficio aumentar la belleza del ornato, y contener acaso perfumes: porque la opinion de que servian para poner en alto babuchas que muy bien podian dejarse en su lugar natural, esto es, sobre el pavimento, es inadmisible.

La Alhambra ha sido muy poco comprendida, tanto para describirla como para restaurarla.

¡Oh! en cuanto á esto último, cada restauracion es un bárbaro atentado.

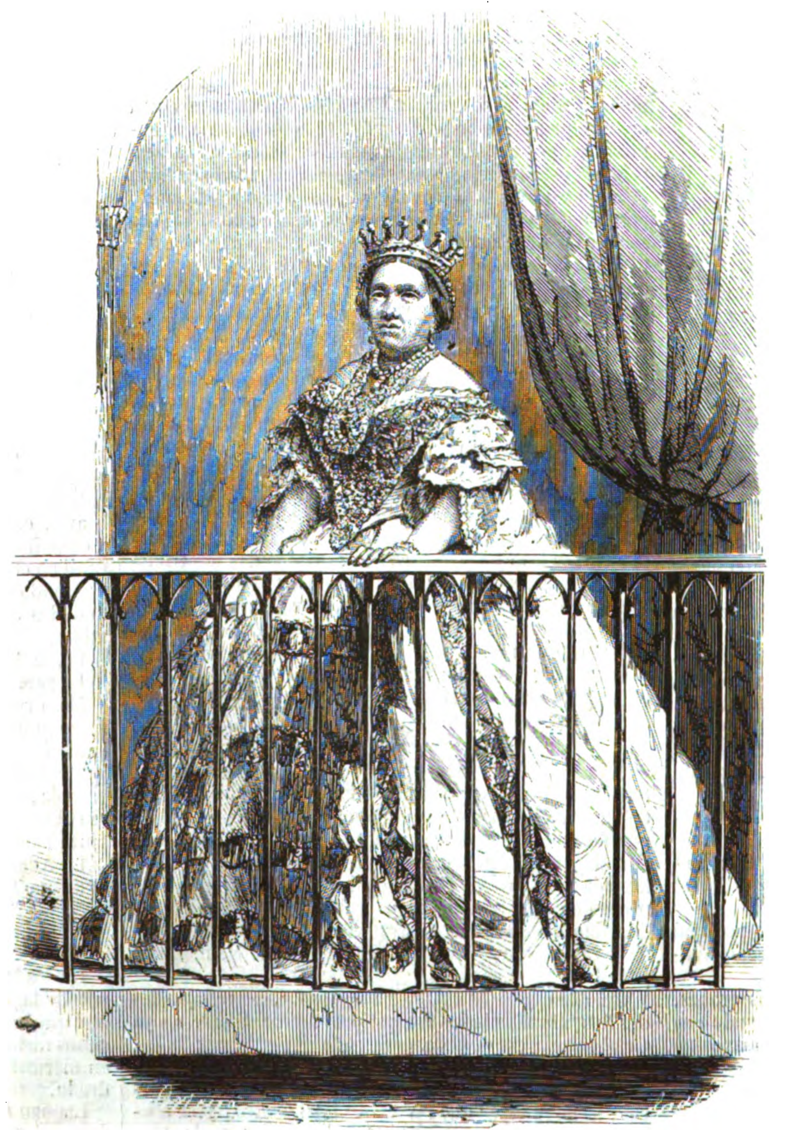
XXXII.

Pasando este arco, se entra en el salon ó antecámara *de la Barca* llamado así sin duda porque su artesonado semicilindrico es semicircular en sus dos estremos con relacion á la planta que es cuadrangular: esta sala, mas bien que sala, corredor, por su escasa anchura con relacion á su longitud, ostenta todo el lujo de la ornamentacion árabe; pero está afeada por dos grandes ventanas modernas abiertas á ambos lados de su arco de entrada, defendidas por rejas comunes, y por una mezquina y fea puerta en el estremo de la derecha.

Frente á la entrada de esta antecámara, está el arco de entrada á la magnífica cámara de Comares, del Mexuar ó consejo, ó sea de Embajadores, como mejor queramos.

XXXIII.

Esta cámara, la primera en magnificencia del alcázar, es bellísima y mas aun magestuosa.



S. M. LA REINA, AL PRESENTARSE EN EL BALCON DE SU PALACIO CON LA CORONA CONDAL, EL DIA 23 DE SETIEMBRE ÚLTIMO. (DE UNA FOTOGRAFIA DEL SEÑOR CLIFFORT.)

Es un cuadrado de cuarenta piés por lado y de sesenta y ocho de altura hasta el bello cupulino del magnífico artesonado cónico, constituyendo este artesonado desde su friso, hasta su terminacion, una cuarta parte de la altura general: en los muros de los costados y del frente hay en cada uno de ellos un gabinete, abierto en el gruesísimo muro; las luces de cada uno de estos tres gabinetes centrales, están abiertas por dos arcos que se apoyan en el centro de una columna de mármol blanco, formando un agimez: los otros dos gabinetes de cada lado, son ventanas, escepto el primer gabinete del costado de la derecha del salon que se ha convertido en puerta de un pasadizo volado, añadido, colgado del muro, que conduce al *Mirador de la Sultana.*

XXXIV.

Los adornos de los recuadros, de las fajas, de los frisos, del alicatado, del artesonado, de los transparentes, ofrecen una variedad y una riqueza infinitas: asombra tanto lujo, tanta magnificencia: se siente envidia por el rey que poseia aquello: se siente cólera contra los que han abierto aquellas dos alhacenas cuadradas, con puertas pintadas de azul, que se ven en el muro de la puerta de entrada á ambos lados de ella: se ve con dolor, sustituido el antiguo pavimento de mosáico, con un embaldosado ruin de ladrillos: se siente ansiedad al ver la ancha grieta que parte el pavimento por el ángulo Norte.

La torre se ha movido indudablemente por los reblandecimientos de la colina: ¿quién sabe si durante un invierno llovioso, aquella joya inestimable caerá en ruinas?

(Se continuará.)

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.



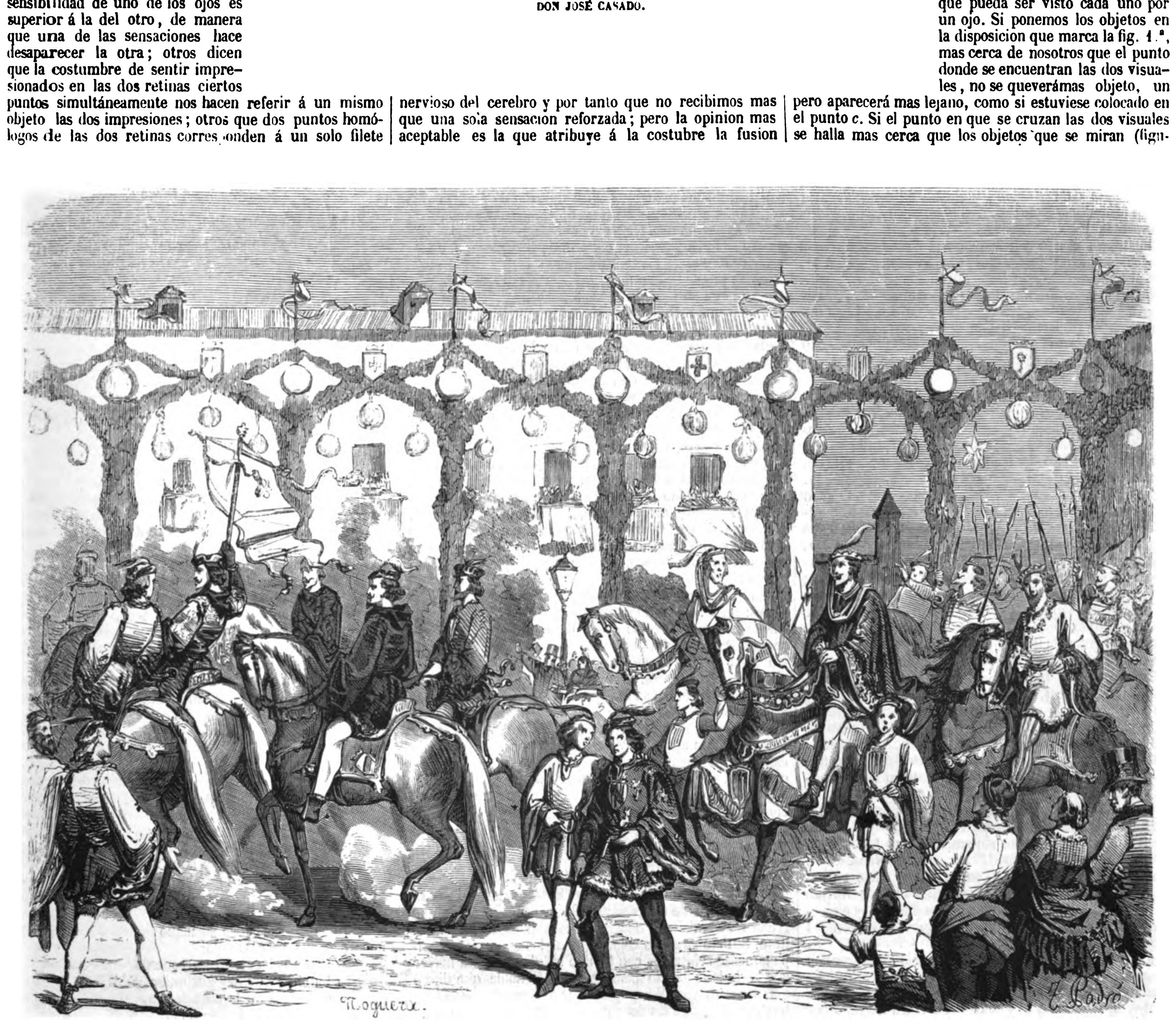
EL ESTEREOSCOPIO.

Parecerá acaso inútil que tratemos en nuestro periódico de un aparato que por lo generalizado debe ser conocido de todos. En efecto, no hay casa medianamente acomodada, no hay tertulia donde el estereoscopio no forme parte de las distracciones á que se entregan las familias en las noches de invierno; pero como no á todos es dado esplicarse la manera con que funciona este precioso instrumento de física recreativa, vamos á dar una ligera idea de los fenómenos que tienen lugar para producir en nuestra vista las ilusiones ópticas que nos presenta el estereoscopio.—Mas antes de todo creemos conveniente hacer algunas observaciones que tienen relacion con nuestro propósito.

Cuando miramos un objeto con los dos ojos, se forma en cada uno de ellos una imágen de este objeto, y sin embargo no nos parece doble; es decir, que se confunden en una sola las dos imágenes y por tanto no nos presentan mas que un objeto. Y lo mas notable es que cada una de estas imágenes es distinta de la otra, lo cual ofrece mayor dificultad para esplicar esta circunstancia; así es que son varias las hipótesis que se han hecho para dar razon de ella. Unos creen que la sensibilidad de uno de los ojos es superior á la del otro, de manera que una de las sensaciones hace desaparecer la otra; otros dicen que la costumbre de sentir impresionados en las dos retinas ciertos puntos simultáneamente nos hacen referir á un mismo objeto las dos impresiones; otros que dos puntos homólogos de las dos retinas corresponden á un solo filete nervioso del cerebro y por tanto que no recibimos mas que una sola sensacion reforzada; pero la opinion mas aceptable es la que atribuye á la costubre la fusion de las dos sensaciones en una, porque no puede dudarse que son dos distintas las impresiones que nos produce cada objeto. Para convencerse de esta verdad no tenemos mas que cerrar y abrir alternativamente los dos ojos y observaremos que el objeto oscila moviéndose hácia el lado del ojo que se cierra y que se nos esconden ciertas partes del objeto que distinguíamos perfectamente con los dos ojos: lo cual prueba que cada ojo percibe el objeto desde un punto de vista distinto. El efecto de la costumbre, á que indudablemente debe atribuirse la unidad de las sensaciones visuales, se manifiesta tambien en el tacto, como se advierte al considerar que cuando se toca un cuerpo con los diez dedos no se sienten diez objetos; pero si se palpa un objeto reducido, una piedrecita por ejemplo, con dos dedos cruzados uno sobre otro, se creerá que los objetos son dos, y costará trabajo convencerse de que esta percepcion doble es una pura ilusion producida por la costumbre de recibir en los puntos de contacto impresiones de cuerpos diferentes.

Para demostrar la verdad de la reunion en una de las dos sensaciones recibidas por los ojos, no tenemos mas que colocar dos tubos de la manera representada en las figuras 1 y 2 y colocar dos objetos pequeños é idénticos *a* y *b* de modo que pueda ser visto cada uno por un ojo. Si ponemos los objetos en la disposicion que marca la fig. 1.ª, mas cerca de nosotros que el punto donde se encuentran las dos visuales, no se queverámas objeto, un pero aparecerá mas lejano, como si estuviese colocado en el punto *c*. Si el punto en que se cruzan las dos visuales se halla mas cerca que los objetos que se miran (figu-

DON JOSÉ CASADO.



CABALGATA CONMEMORATIVA DE LA CORONACION COMO REY DE ARAGON DEL INFANTE DON FERNANDO, EL DE ANTEQUERA, REPRESENTADA EN ZARAGOZA DURANTE LA ESTANCIA DE SS. MM. Y AA., EL DIA 9 DE OCTUBRE DE 1860.

ra 2.ª) tampoco se verá mas que un objeto pero nos parecerá colocado en el punto *c*. De aquí se deduce que en realidad se ven dos perspectivas de un mismo cuerpo desde dos puntos de vista que distan el espacio que hay entre los dos ojos; y que el confundir en una las dos percepciones, es efecto de la educacion que va adquiriendo la vista desde que principiamos á comparar instintivamente estas sensaciones con las del tacto. Pero si bien las dos perspectivas quedan reunidas en una, no se confunden completamente, porque advertimos una notable diferencia en los cuerpos segun los miremos con los dos ojos ó con uno solo. En efecto, la vision con los dos ojos se nos presenta mas clara y nos ofrece ademas la percepcion simultánea de dos perspectivas de cada objeto, especialmente cuando este se halla á corta distancia, lo cual nos da el sentimiento del relieve.

Tomemos por ejemplo un cubo (fig. 5.ª) y coloquémosle á corta distancia de nuestra vista. Observaremos que este cubo se nos ofrecerá tal como está representado en *a* cuando le miremos con el ojo izquierdo, y se nos ofrecerá como en *b* cuando hagamos uso solo del ojo derecho; de manera que alternativamente se nos ocultarán algunos puntos del cubo y se nos presentarán otros que antes no veíamos. Al mirar, pues, un cuerpo con uno de los ojos percibimos una parte comun á los dos ojos separadamente, y otras dos que se ven con uno solo y que se añaden por ambos lados de la imágen á la parte comun. De la reunion de estas diversas impresiones nace la sensacion de las tres dimensiones y del relieve del cuerpo.

Fundado en los anteriores principios pensó el célebre físico inglés Wheatstone que si se preparasen dos dibujos de un objeto, uno tal como se ve con el ojo derecho y otro como se ve con el izquierdo, producirian la misma ilusion que si se ofreciera á la vista el objeto con sus tres dimensiones. Convencido de la verdad de esta consecuencia, construyó en 1833 un instrumento desconocido entre los ópticos y le llamó *estereoscopio*, de dos palabras griegas *stereos*, volúmen (relieve) y *skopeo*, ver; de suerte que podemes definirle diciendo que es un instrumento que tiene por objeto presentar en relieve las imágenes planas.

El estereoscopio de Wheatstone consta de una tabla horizontal de veinte y cinco centímetros de longitud y doce de ancho, á cuyos estremos están colocadas otras dos tablillas verticales y paralelas donde se colocan los dibujos: en el centro de la tabla grande hay dos espejos que forman un ángulo de 90°, en los cuales reflejan los dibujos y vienen á producir en la vista el mismo efecto que si se viese un objeto de bulto. Este aparato se llama *estereoscopio de reflexion*, y apenas es conocido mas que en los gabinetes de física.

Hay otro estereoscopio llamado *de refraccion* que Wheatstone no pudo construir á pesar de los diferentes ensayos que hizo. Conocia que la aplicacion de este principio al instrumento que habia inventado habria de perfeccionarle, pero fueron inútiles sus esfuerzos para resolver las dificultades que se le ofrecieron. Otro físico inglés no menos respetable, David Brewster, fue el primero que llegó á realizar el pensamiento de Wheatstone en 1849 y desde entonces se ha generalizado estraordinariamente aquel aparato.

La figura 4 representa una seccion del estereoscopio de refraccion: *a a'* son los puntos donde se colocan los ojos, *b b'* son dos prismas opuestos por su ángulo; *c c'* los dos dibujos colocados de la manera conveniente, y *e* es la pantalla que tiene por objeto dividir en dos partes el aparato para que cada uno de los ojos vea solo un dibujo. Colocando los ojos en *a a'*, los rayos luminosos que van desde los dibujos á los prismas sufrirán una pequeña desviacion y producirán en nosotros la misma impresion que si hubiese una sola imágen de relieve del objeto dibujado, colocada en el punto *d*. Tales son los elementos que constituyen el estereoscopio reducido á su mayor sencillez; pero, como se concibe fácilmente, un instrumento que produce efectos tan agradables no puede menos de haber sufrido multitud de modificaciones para hacerle manuable y para aumentar la ilusion del relieve. Brewester puso, en vez de los prismas, dos pedazos de un lente convergente para que las imágenes se presenten de mayor tamaño. Mr. Duboscq, que desde 1850 se ha dedicado constantemente á la construccion de estos instrumentos, ha fabricado uno que sirve para ver aumentados y en relieve los pequeños objetos de historia natural proyectándolos en un lienzo por medio de un lente, como en una linterna mágica. Se han construido tambien *estereoscopios de panorama* cuyo objeto es poder ver los monumentos y las vistas de grande longitud, y otros instrumentos cuyos detalles nos ocuparian mas espacio que aquel de que podemos disponer. Diremos sin embargo que todos estos aparatos no son mas que modificaciones del *estereoscopio de refraccion*, que consisten en su mayor parte en variar la forma de la caja, en usar prismas que refractan mas ó menos los rayos que salen de los dibujos, y en colocar vidrios de aumento, ya en combinacion con los prismas, ya separadamente.

La figura 5 representa el estereoscopio de refraccion mas generalizado. Consiste en una caja de carton, hoja de lata ó madera, pintada de negro por dentro con dos cristales de aumento *a a'* y con una abertura lateral *b* por donde se introducen los dibujos. Estos deben tener las condiciones de que hemos hablado anteriormente, es decir, que deben presentar perspectivas diferentes, de manera que cada uno de los ojos vea solo la parte correspondiente, para lo cual tiene el aparato una pantalla *c* que le divide en dos partes laterales. La tapa *d*, que gira por medio de unos goznes, está forrada de papel de estaño ó de cualquier otra materia que refleje bien la luz y debe colocarse de manera que ilumine los dibujos. Esta tapa puede cerrarse cuando se quiera observar el efecto de los dibujos trasparentes; en cuyo caso es necesario que la pared opuesta á los lentes, sea de cristal raspado y que el aparato se halle colocado entre la luz y los ojos.

Al principio eran muy escasos, imperfectos y sencillos los dibujos estereoscópicos y consistian ordinariamente en la representacion de cubos, cilindros y figuras geométricas, por la dificultad que presenta esta clase de trabajo cuando ha de hacerse por mano del artista; pero desde que los fotógrafos se han dedicado á sacar copias dobles de todos los objetos para estereoscopio, se encuentran en todas partes dibujos de estátuas, fuentes, grupos, monumentos, paisajes, retratos y toda clase de obras del arte y de la industria, así como escenas, trajes y costumbres de todo género. El que por primera vez observa los efectos del estereoscopio queda agradablemente sorprendido al ver confundidas en una sola las dos imágenes y al notar en relieve las figuras que á la simple vista se presentan en un plano: apenas puede creer que un instrumento tan sencillo produzca variaciones tan notables, y necesita mirar con atencion el instrumento y los dibujos para convencerse de la realidad del fenómeno. A este atractivo del estereoscopio hay que agregar el que produce la diversidad de perspectivas. Existen colecciones muy numerosas de dibujos estereoscópicos que representan ya los monumentos célebres del mundo ya los trajes de todas las naciones, ya las obras maestras de la pintura y de la escultura, ya la imágen de los hombres notables, ya los paisajes pintorescos de la tierra, ya en fin las costumbres y escenas de todos los paises. Tal variedad de objetos presentados con la verdad propia de la fotografía entretiene de una manera sumamente grata la imaginacion, y hay personas que pasan horas enteras con el estereoscopio en la mano, contemplando los dibujos de que pueden disponer.—Como las imágenes fotográficas llevan la exactitud de los detalles hasta la perfeccion, resulta constantemente que á pesar de haber visto dos, tres, ó mas veces un dibujo, observamos en él al mirarle nuevamente bellezas de que no nos habiamos hecho cargo. Tal verdad de detalles da al estereoscopio una importancia inmensa porque si son nuevos para nosotros los objetos dibujados, pueden servirnos de estudio, y si nos fuesen conocidos nos traerán á la memoria con toda exactitud no solo los objetos mismos, sino el episodio de nuestra vida en que los conocimos. Si estos objetos nos son queridos, si hemos pasado dias tristes ó felices á su presencia, entonces nos ofrecen con el encanto de la belleza, el de los recuerdos y el de los sentimientos.

Estas propiedades que atribuimos al estereoscopio pertenecen casi en totalidad á las fotografías, porque si bien es cierto que estas carecerian del relieve sin el auxilio de aquel, tambien lo es que si no existiese la fotografía nos veriamos reducidos á observar dibujos que ademas de ser incorrectos en su mayor parte, solo nos presentarian imágenes que nada dirian á la inteligencia ni al corazon y en todo caso su número seria muy reducido respecto del que hoy existe, por la facilidad con que se forman.—

Para formar las vistas estereoscópicas por medio de la fotografía se empleó al principio un aparato *doble*, es decir, con dos cámaras oscuras, cuyos ejes ópticos formaban un ángulo igual al de los ojos; pero se observó que con este método tenian las condiciones requeridas las imágenes de los objetos cercanos, mas no las de los distantes. Así tenia que suceder en efecto porque estando las dos cámaras en una posicion idéntica á la de los ojos, y como á la simple vista desaparece casi por completo el relieve de los objetos distantes, las imágenes fotográficas presentaban solo el relieve producido por la degradacion de las tintas: hubo, pues, que destinar el aparato doble únicamente á la reproduccion de los objetos de pequeñas dimensiones que podian colocarse muy cerca de los lentes. En vista de los resultados poco satisfactorios de aquel sistema, se emplearon despues dos aparatos sencillos colocándolos en direccion al objeto que se queria fotografiar y con la separacion necesaria, y últimamente se usó un solo aparato colocado en dos posiciones distintas. Para servirse de un aparato solo es indispensable que el objeto esté completamente inmóvil y por tanto no pueden hacerse con él los retratos para estereoscopio, en atencion á la dificultad de conservar por algun tiempo una posicion fija. Lo mismo sucede respecto de las copias de animales vivos y de cualquier otro objeto en movimiento; pero es indiferente usar uno solo ó dos aparatos respecto de los seres inanimados.

Parece á primera vista que ha de ser difícil calcular la distancia á que deben colocarse los aparatos cuando se trata de sacar de una vez un dibujo estereoscópico que reuna las condiciones necesarias para que aparezca el relieve. Sin embargo, la colocacion de los aparatos es completamente arbitraria con tal que su distancia sea mayor que la de los ojos: lo mismo puede ser doble que diez ó mas veces mayor. Y hay que notar que muchas vistas estereoscópicas sacadas del natural nos presentan con efecto mas agradable que la misma naturaleza, por la sola razon de que nuestros ojos cuya distancia es invariable no pueden darnos de un paisaje lejano las perspectivas que nos presenta la fotografía con solo copiar el paisaje en dos puntos de vista un tanto separados.

Ademas de los efectos que llevamos apuntados ofrece el estereoscopio otros que no dejan de ser curiosos. Colocando en vez de los dos dibujos de un mismo objeto, dos figuras diferentes, como un círculo y un cuadrado, se verán superpuestas las dos figuras, y se observará tambien que en algunos momentos desaparece una de ellas. Si cada una de las dos figuras representasen la mitad de un mismo dibujo, se veria el dibujo como si estuviese entero. Si se colocan dos figuras idénticas pero de color diferente, aparecerá una sola con el color que produciria la mezcla de las dos tintas. Cuando se coloca al lado izquierdo el dibujo destinado al ojo derecho y al lado derecho el destinado al izquierdo, los objetos cóncavos parecen convexos y viceversa, de suerte que las medallas se ofrecen como si estuviesen grabadas en hueco y en vez de ver una estátua nos figuramos estar viendo un molde. Sin embargo, como el sentimiento del relieve depende en parte de la degradacion de los colores, sucede algunas veces que los objetos se presentan en un estado real y despues se trasforman bruscamente para cambiar de nuevo, produciendo un efecto tanto mas sorprendente cuanto que no estando tales variaciones sujetas á la voluntad, se presentan cuando menos se piensa. No todos los dibujos son á propósito para ofrecer tales efectos, solo los presentan aquellos que tienen tintas poco marcadas y que comprenden únicamente un objeto aislado.

Terminaremos este artículo diciendo que en Alemania, Inglaterra y Francia, se publican periódicos en que se dan vistas estereoscópicas de paisajes, monumentos, antigüedades é historia natural. Innecesario es, llamar la atencion hácia la importancia de estas publicaciones ni enumerar los servicios que prestan á las artes y las ciencias. Tenemos que lamentar en España la falta de un periódico de este género que á la vez que hiciese conocer nuestras preciosas antigüedades, propagase el gusto de los estudios. Triste es que no nos apresuremos á seguir con afan las huellas de los que no perdonan medio de adelantar en el camino del saber.

***

PENSAMIENTOS.

«De los amigos, aquellos aued por verdaderos que en vuestra primera fortuna vos amaron: ca el que amigo es, en todo tiempo ama.»

Diego de Valera.

«El que se rinde non finca vencedor: nin el que mete el pié en la red, non le saca cuando quiere.»

Diez de Gamez.

JANER.

LA GAITA GALLEGA.

(ECO NACIONAL.)

A MI QUERIDO AMIGO DON MANUEL MURGUIA.

I.

Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no sé lo que me sucede
que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia,
bella, pensativa y sola,
como amada sin su amado,
como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
y dance la turba loca,
la voz del grave instrumento
suéname tan melancólica,
á mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
que no sé deciros
si canta ó si llora.

II.

Recuérdame aquellos cielos,
y aquellas dulces auroras,
y aquellas verdes campiñas,
y el arrullo de sus tórtolas;
y aquellos lagos, y aquellas
montañas que al cielo tocan,
todas llenas de perfumes,
vestidas de flores todas,
donde Dios abre su mano
y sus tesoros agota:
mas ¡ay! como me recuerda
tambien que hay allí quien dobla,
en medio de la abundancia,
al hambre la frente torva,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.



III.

Suena y cruzan por mi espíritu,
puras, risueñas y hermosas,
las sombras de los cien puertos
de que Galicia es señora.
Y lentamente pasando,
como ciudades que flotan,
van sus cien naves soberbias
al ronco son de las olas:
mas ¡ay! como en ellas veo,
con el oro de sus costas,
sus tiernos hijos desnudos
que miran tristes á Europa,
pidiendo su pan amargo
á la América remota,
no acierto á deciros
si canta ó si llora

IV.

¡Pobre Galicia!... tus hijos
huyen de tí, ó te los roban,
llenando de íntima pena
tus entrañas amorosas.
Y como á parias malditos,
y como á tribus de ilotas
que llevasen en el rostro
sello de infamia ó deshonra,
¡ay! la patria los olvida,
la patria los abandona,
y la miseria y la muerte
en su hogar desierto moran.
Por eso, aunque en son de fiesta,
la gaita gallega se oiga,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

V.

¡Espera, Galicia, espera!
Lleva la cruz que te agovia,
regando con sangre y lágrimas
esa via dolorosa.
Tendrás sed!... Hiel y vinagre
te darán con mano pródiga,
y, con corona de espinas,
cetro de caña por mofa.
Pero los tiempos se acercan,
y cuando suene tu hora
feliz subirás y grande
á la cumbre de la gloria.
Hoy si la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL GABAN VERDE.

I.

El juego habia apurado todos mis recursos. ¡Maldita pasion! En pago de mis monedas solo me habia dado una série de emociones terribles y la mas angustiosa situacion.

En tal estado, no podia hacer mas que reflexiones y propósitos que en nada aliviaban mi suerte. Todo lo habia apurado: relaciones, efectos de mi pertenencia, hasta los mas indispensables, el sufrimiento de una anciana tia, hermana de mi madre y mi paciencia.

Era un dia de diciembre, frio y nublado como mi porvenir: aun cuando habian dado las doce, estaba en la cama. ¿Para qué queria levantarme? Todos mis negocios estaban hechos, y no habia por qué incomodarse.

Y sin embargo, era forzoso adoptar una resolucion. Apurado ya el arsenal de mis ideas, insensiblemente y por una série de deducciones mas ó menos lógicas, vine á parar en la del suicidio. La vida era para mí una carga insoportable, no tanto por falta de fuerzas cuanto por la carencia de recursos, porque para vivir era preciso comer, y yo ni aun me habia atrevido á sospechar que por una circunstancia cualquiera podria satisfacer una necesidad tan natural. El suicidio era casi forzoso, solo que la idea de morir de hambre se me hacia algo bochornosa. Mi ánimo estaba sereno. Yo aceptaba la muerte sin esa tribulacion de espíritu que tan terrible hace la agonía, y esto no es decir que me regocijaba al abandonar el mundo de aquella manera.

A mi modo de ver, el suicidio ademas del crímen que dentro de sí encierra segun nuestra religion, es una necedad completa; pero yo en aquel momento no tenia otro recurso. Era una desgracia que yo mismo me habia proporcionado, y aceptaba sus consecuencias con resignacion.

Pensé en Dios y oré un momento: luego me acordé de mi madre, de los dulces placeres de la infancia que para mí no volverian ya, y lloré; pero fue un llanto tranquilo que me hizo mucho bien; un llanto sin convulsiones ni sollozos... ¡qué diablo!... El hombre que no llora en un momento supremo es un miserable.

Despues me levanté y me vestí. Queria pasearme por mi pequeño cuarto, darle el último adios. Entre el sitio que habitamos y nuestro corazon hay una dulce simpatía, hija tal vez de la costumbre ó de otra cualquiera cosa que no me sé esplicar. Aquellas blancas paredes, aquellos ocultos rincones nos han visto reir y llorar mas de una vez. Son mudos depositarios de nuestros mas recónditos pensamientos; han presenciado todas las escenas en que ha tomado parte el corazon... Por eso contemplamos con religioso respeto la casa que ha habitado un hombre celebre; por eso se nos figura estar con él y oirle hablar.

Existe entre nosotros una costumbre que me atrevo á calificar de estúpida, ya que no de impía. Cuando muere alguno de nuestra familia, lo primero que hacemos es cambiar de domicilio, abandonar los sitios que pueden recordarnos al finado, huir de su memoria, como huiríamos de un horroroso espectro; cortar de repente esa íntima relacion que existe entre nuestra alma y el sitio donde acostumbrábamos á ver una persona querida, cuyo recuerdo debia estar siempre en nuestra mente, como lo están en la sepultura las flores amarillas que sembramos en ella. Esto es proceder contra los sentimientos del corazon; por eso digo que es estúpida.

Asi, pues, recorria yo mi reducida habitacion, hablando con los pocos objetos que en ella habia, despidiéndome de las sillas y de la mesa, de mi desvencijado catre, de un cuadro que representaba á Eva en el paraiso; todo esto en alta voz y con lágrimas en los ojos.

Quien me hubiese visto digera que estaba loco.

Tomé un cuchillo, decidido ya, pero antes me ocurrió una idea pueril sin duda alguna, un capricho vano si se quiere, que me propuse realizar.

Para dormir el último sueño, para recibir á la muerte con quien iba á desposarme, quise adornar mi persona lo mejor que pude con arreglo á mis circunstancias. Aquello era el coquetismo de la tumba, el *de profundis* de la vanidad.

Me peiné con esmero, compuse el lazo de mi corbata y me puse un chaleco blanco, como para hacer una visita de cumplido, y luego acordándome de una prenda de mi padre que aun poseia, quise echármela sobre los hombros, como si sus paternales brazos me recibieran al morir.

Era un gaban verde, muy verde; parecia el plumaje de un loro... ¡Dios mio! ¿Por qué se habia hecho mi padre un gaban de aquel color? Su época habia pasado, así es que el corte se resentia de cierto aire de antigüedad que le daba una apariencia bastante grotesca. Los botones eran de nácar, y al reflejar el color verdoso de la tela recibian una tinta particular como el fondo de un paisaje. Yo no sé por qué circunstancia me fijé tenazmente en uno de ellos Al cabo de un rato mi vista empezó á debilitarse, y creí percibir en medio de su tersa superficie, en el punto en que se reunian todos los rayos de luz, algo de fantástico y original que absorbia toda mi atencion. Era una especie de ebullicion como la de un mar agitado, un oleaje continuo que iba descubriendo en su parte convexa rocas de plata sobre las que brillaban destacando fuertemente su contorno, onzas y doblillas, doradas como los rayos del sol, mariscos sin duda de tan estraños peñascos.

Pasé la mano por mi frente para apartar de mí aquella vision, y me puse el gaban decidido ya; pero al abrochar uno de los botones, precisamente el de tan estraña ilusion, noté que entre el forro y la tela habia un cuerpo estraño que parecia un papel por el sonido.

Inmediatamente me acordé de haber leido raras aventuras de encuentros inesperados en muebles y prendas antiguas, debidos á la avaricia de algun pariente ó á otra circunstancia.

Solo que mi padre nada tenia de avaro y murió pobre: este recuerdo enfrió algun tanto mi entusiasmo. Sin embargo, con el mismo cuchillo que debia poner fin á mi existencia descosí el forro del gaban temblando de emocion y de esperanza. Introduje los dedos por la abertura y... estuve á punto de desmayarme. Habia tocado un papel. ¡Un papel!... ¡Gran Dios! ¡Tal vez un billete de Banco!... ¿Y si era un papel cualquiera... alguna apuntacion importante ó un capricho del sastre?

Fue tal mi preocupacion que estuve tentado á no descubrir nada de aquello por no verme chasqueado, pero la incertidumbre me punzó como un mal pensamiento, como una tentacion vertiginosa que no se puede resistir... metí la mano, saqué el papel y cerré los ojos.

—¿De qué color será? decia entre mí ¿amarillo ó rosado? Acaso un talon del banco... ¡qué afan!..

Le miro... ¡Gran Dios!... Una decepcion mas!

Era un billete de la lotería con el número 5,830.

Todo acabó para mí. Aquel gaban verde, color de esperanza, me habia hecho mas daño que un *elijan* perdido.

No obstante, miré la fecha, y aun era tiempo si habia obtenido algun premio.

El año espiraba aquel mismo dia.

En el reverso del billete habia un nombre y unas señas ademas de la lotería donde habia sido comprado.

MARGARITA: *calle del Prado*, 30, 2.°

Aquello era un clavo ardiendo para el hombre que se ahoga: la última esperanza de un corazon

Aplacé mi proyecto de suicidio: me puse mi gaban, no el verde, y saltando de cinco en cinco mis ochenta escalones, me lancé á la calle.

Llegué á la lotería; pedí temblando la lista, busqué el indicado número, y en poco estuvo el caer agobiado con el esceso del placer..

El billete que yo llevaba habia obtenido en suerte 50,000 duros.

II.

Tratábase de averiguar qué relacion habia entre aquel misterioso billete y el nombre de Margarita escrito en el reverso del mismo, para lo cual me dirigí hácia el núm. 30 de la calle del Prado. Pregunté al portero si vivia en el piso segundo una señora de aquel nombre, y habiéndome contestado afirmativamente, subí la escalera con precipitacion, haciéndome anunciar por la criada que abrió la puerta como una persona que queria hablar con su señora.

Pasé á la sala amueblada con lujo y elegancia. Todo en ella indicaba el buen gusto de su dueño. No habia esa profusion de adornos y muebles de relumbron que fatiga la vista y hace asomar una sonrisa de desden á los labios de una persona que no se deslumbra fácilmente, y sin embargo era una habitacion *confortable*.

Al cabo de algunos minutos de espera oí ruido en el gabinete, alzóse la cortina y apareció á mi vista la dueña de la casa.

Uno y otro nos miramos: ella enrojeció y yo me puse horrorosamente pálido; quise hablar, la emocion me cortó la voz, y tuve que apoyarme en un sillon para no dar conmigo en tierra.

Era ella...

III.

¿Pero quién es ella? preguntareis.

Hace cuatro años que en una mañana de invierno oscura y fria, creo que era el mes de noviembre, entré en la iglesia de San Sebastian.

El templo estaba enlutado: delante del altar mayor habia un túmulo con blandones de cera, y en el coro se cantaba á grande orquesta el célebre *requiem* de Mozart, ese fúnebre lamento de un alma que pide por el eterno descanso de otra, en notas desgarradoras como el dolor, y armonías sublimes y patéticas.

Yo me acerqué á un confesonario, y presté una religiosa atencion á esa divina música que tan bien armoniza con la letra. A mis piés, arrodillada en el suelo, habia una mujer como de unos treinta y cinco años, vestida de negro, con un abrigo ceniciento que la envolvia entre sus pliegues. Su fisonomía sin ser bonita era una de las mas espresivas que he visto Una palidez mate hacia resaltar mas el fulgor de sus ojos negros como el pesar: sus cejas de ébano se arqueaban bajo una frente ancha y despejada, tras de la cual se veia bullir el pensamiento; ¡su nariz algo aguileña daba sombra á una boca un poco grande, pero de finos y delgados labios que recortaban en contorno de carmin, dejando admirar unos dientes blancos y diminutos, como una sarta de perlas en un banco de coral. Habia ademas en aquel rostro una cosa que no he visto en ninguna otra mujer, y que le daba una espresion particular y algun tanto fantástica. La piel de sus mejillas, sin perder nada de su frescura, parecia como que se reflejaba hácia las sienes, marcando mas sus líneas, y poniendo mas en relieve la espresion de su mirada, que se derramaba, digámoslo así, por toda la fisonomía.

Este detalle no podia pasar inadvertido cuando se contemplaba de cerca á Margarita.

Concluido el oficio, el templo fue desocupándose poco á poco, y mi bella enlutada, cubriéndose el rostro con los pliegues del velo, salió por la puerta que da á la calle de Atocha.

Aun cuando me impresionó algun tanto, confieso que su recuerdo no me distrajo en todo el dia, y sin embargo aquella mujer debia ocupar muy en breve mi corazon y mi pensamiento.

Al dia siguiente y á la misma hora que el anterior, por no sé qué estraña casualidad, me encontré en la calle de Atocha frente á la iglesia.

Esta circunstancia estraordinaria me ha hecho reflexionar bastante. Creo que alguna vez el corazon obra por sí solo, con una independencia absoluta de los sentidos; porque en realidad yo no me habia fijado en aquella mujer, apenas la habia visto; mis ojos todavía no habian impreso su imágen en mi alma, ni la recordaba mi memoria, y no obstante, el corazon indudablemente la buscaba, se habia posesionado de todo mi ser, sin que mi ser lo advirtiese; asi es que mis piés, obedeciendo á aquella órden tácita, á aquella voluntad no formulada, se dirigian al sitio donde por primera vez la habia visto.

Entré en la iglesia, y ella estaba orando junto al mismo confesonario. Ambos nos miramos, y yo entonces sentí una impresion dolorosa en el corazon... Habia bebido la muerte

Salió del templo y la seguí. Estaba lloviendo; levantó la capucha del abrigo ceniciento y cubrióse con ella. Su diminuto pié, elegantemente calzado, pisaba con soltura.



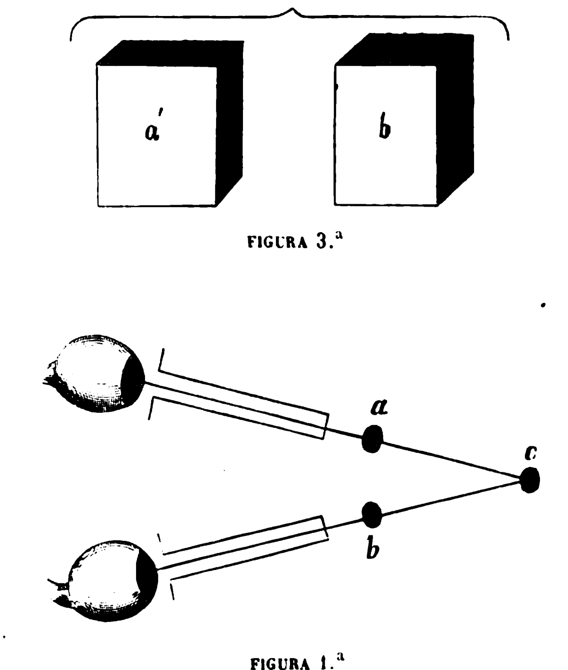


FIGURA 3.ª

FIGURA 1.ª

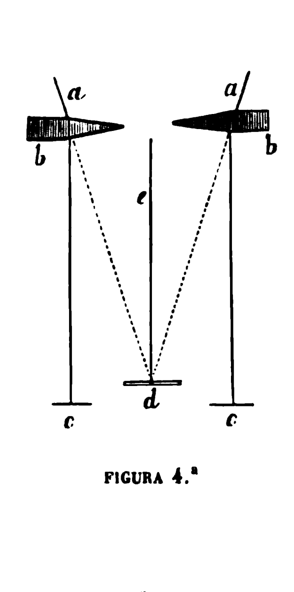


FIGURA 4.ª

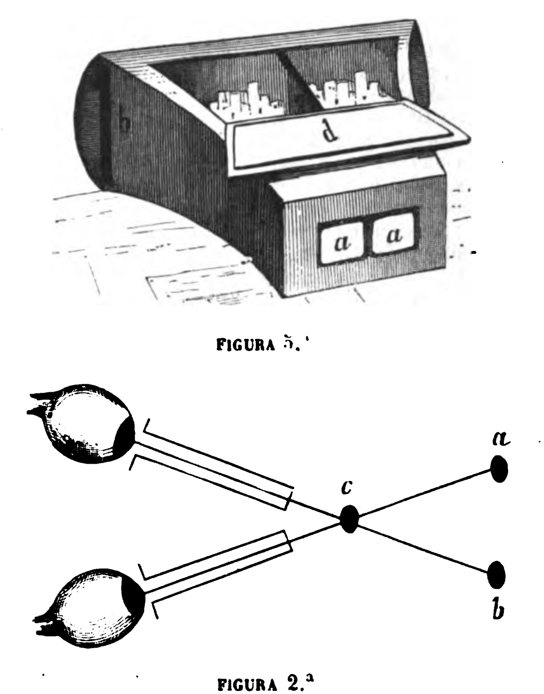


FIGURA 5.ª

FIGURA 2.ª

EL ESTEREOSCOPIO.

Su modo de andar era vago y abandonado como el de las mujeres del Norte.

Así recorrimos varias calles sin que se notase al parecer que yo la seguia. Por último entró en una casa y yo me alejé.

Esta misma escena se repitió varios dias. Yo estaba loco de amor, y sin embargo no me atrevia á hablarla, aun cuando ella, segun deduje, lo procuraba, ya para matar mi esperanza ó ya para alentar mi deseo.

Era una cosa bien estraña por cierto, y aun no he podido esplicarme una timidez tan ridícula, cuando mi frenesí era cada vez mayor.

Y es que me habia acostumbrado de tal modo á verla dentro de mí mismo, á oir su voz débil y quejumbrosa como un suspiro, á sorprender su ardiente mirada entre los pliegues del velo, que aquella mujer, sin saberlo ella misma, me pertenecia; la habia robado contra su voluntad acaso, y el *sí* ó el *no* de sus labios ni quitaba ni añadia nada á mi dicha... Hasta ese grado de exaltacion habia yo llegado.

Por eso mi resolucion para hablarla era menor cada dia. ¡Ah! ¡demasiado la decian mis ojos!

Ella debió creerme falto de razon.

A pesar de todo, aquel amor de fantasma, aquel contínuo desposorio de dos almas por el pensamiento era sobrado terrible para mí. La alucinacion me mataba.

Habia otra cosa ademas. El recuerdo de aquella mujer estaba ligado de tal modo con el sitio donde la ví por primera vez, que siempre me la representaba la mente delante de un túmulo, entre el humo del incienso y resonando en mi oido las lúgubres melodías de Mozart y las roncas voces de los salmistas. Podia muy bien decirse que era el amor de dos muertos que hacian de una sepultura su lecho nupcial.

Al cabo de un año de este delirio fúnebre dejé de verla, sin que su memoria pudiese huir de mi pensamiento. Mi amor era cada dia mas ardiente...

IV.

Ya conoceis á Margarita, y ya debeis comprender la vivísima emocion que esperimenté al hallarme en su presencia de un modo tan inesperado, y cuando estuve á punto de perder la vida.

Tan luego como me repuse un poco, la espliqué el objeto que me llevaba á su casa, callando por supuesto lo que me pareció oportuno no revelar.

—Efectivamente, me dijo, en ese billete llevaba yo la mitad. Una tarde entré en una lotería en ocasion en que un caballero tomaba el único que habia quedado. Al ver mi pueril enfado de no haber podido jugar, me ofreció galantemente el billete: yo rehusé, mas tanto insistió que por no descontentarle me ví precisada á tomar la mitad, dándole las señas adonde podia dirigirse si salia premiado.

Por las palabras de Margarita no me quedó duda ninguna de que hablaba de mi padre. Una de las señas que me dió fue la de haberle visto el afortunado gaban verde. Dividí con ella el dinero, y ambos á dos volvimos á enmudecer.

Yo comprendí que mi posicion era sobrado embarazosa para prolongar la entrevista sin hablarla de mi amor, y venciendo ya mi antigua timidez iba á hacerlo, cuando ella, leyendo tal vez mi pensamiento, se levantó diciéndome:

—Ya es tarde.

V.

«Venid, y no tardeis si quereis recibir mi último adios... Me muero.»

Estas eran las palabras firmadas por Margarita, á quien hacia mas de tres años que no habia visto.

Eran las ocho de la noche, y yo me preparaba para ir al teatro cuando recibí la esquela. Inmediatamente me dirigí á la calle del Prado, entré en su casa y aun creo que atropellé á una vieja que sentada en un escalon empezó á maldecirme... ¡Ah! ¡qué me importaban entonces todas las viejas del mundo!

¡Margarita espiraba!... ¡Dios mio!

En su habitacion reinaba ese silencio terrible y solemne que se advierte en las de todos los enfermos, interrumpido tan solo por el estertor de la agonía, que es el ruido que hace la muerte al cerner sus alas sobre el que vá á devorar. Una lámpara de pálidos reflejos iluminaba débilmente el blanco cortinaje del lecho.

Allí estaba Margarita pálida y estenuada, con los ojos fijos en una Dolorosa de Andres del Sarto, ante la cual lucía una vela de cera. Las sombras de la muerte empezaban á oscurecer su rostro, que se destacaba casi diáfano entre la masa negra de su cabello ensortijado. Con su mano derecha procuraba apartar de sus megillas una mosca tenaz, la mosca de la muerte, precursora de los gusanos, y á su lado un sacerdote recitaba las oraciones con que despiden los vivos al que va á entrar en la eternidad.

Y se oia entre las lúgubres palabras del *Miserere* y el hipo de la agonía, la péndola de un reló, con su ruido seco, monótono y terrible, que contaba los últimos instantes de una existencia.

Yo no me atrevia á turbar aquel cuadro supremo que ante mis ojos tenia, y estaba inmóvil contemplando á Margarita.

Al verme, sus ojos despidieron un relámpago de alegría: yo me acerqué y asi su mano calenturienta; ella colocó la mia sobre su corazon que apenas palpitaba... se incorporó, me dió un beso en la frente y cayó en mis brazos sin vida, mientras el sacerdote murmuraba á nuestro lado: *auditui meo dabis gaudium et lætitiam.*

. . . .

VI.

Cuando entré en mi aposento, un espectáculo estraño hirió mis ojos.

El gaban verde en medio del suelo era consumido por un fuego misterioso. La luz rojiza al reflejar en los botones de nácar me desvaneció completamente y caí sin sentido...

Aquel gaban era para mí un emblema de felicidad: la memoria de mi padre y el amor de Margarita.

PEDRO ESCAMILLA.

BIBLIOGRAFIA.

Acaba de ver la luz pública el precioso *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, obra premiada por la Biblioteca Nacional en el certámen público de enero último. Tiempo hacia que las investigaciones bibliográficas eran punto menos que ignoradas; escepto para algunas personas curiosas, de que siempre abundó nuestra patria, la ciencia de los libros era desconocida, y mientras el mismo Portugal contaba con diccionarios bibliográficos como el que en la actualidad está publicando en Lisboa D. Inocencio Francisco da Silva, nosotros tenemos que acudir al incompletísimo Nicolás Antonio y á los particulares de escritores de algunas provincias ciudades y religiones que esperan hace tiempo una mano hábil que los reuna en un cuerpo de obra, y presente asi un completo y exacto diccionario bibliográfico español. Para llevar á cabo obra de tal magnitud se necesitan mas medios de los que un simple particular puede reunir: conociendo eso mismo el gobierno estableció los premios anuales de bibliografía, y asi publicando cada un año memorias como la del señor Muñoz Romero y la del señor Barrera, será mas fácil pasado algun tiempo llevar á cabo la gran obra bibliográfica que todos los curiosos, los aficionados á esta clase de trabajos, y los que se dedican al estudio de nuestra literatura, desean ver publicada cuanto antes. La obra del señor Barrera es un libro digno de atencion bajo todos conceptos, pues no teniendo todavía una historia de nuestra literatura, pocos son los que conocen el riquísimo tesoro de la literatura dramática española, ancho vacío que viene á llenar el catálogo de que nos ocupamos. Su autor ha dado pruebas de una gran diligencia en cuanto á reunir los mayores y mas curiosos datos acerca de nuestro teatro antiguo y con una crítica no muy comun por cierto en los escritores de estos libros que quieren mas aumentar el número de artículos que dar la verdad y exactitud que es necesario á sus noticias escribió la mayor parte de las biográficas de autores desconocidos los mas, y otros de quienes era muy poco lo que se sabia. El señor Barrera acaba de hacer un servicio á nuestra literatura, y á la ciencia bibliográfica española: en su libro se da noticia de mil y cuarenta autores dramáticos, y de cuatro mil y trescientas comedias, quinientos autos sacramentales y cuatro mil y doscientas piezas entremesiles, y aunque creemos que algunos autores y algunas obras se habrán escapado á su investigacion, presenta sin duda alguna el libro de que hablamos, un cuadro completo digno de nuestra literatura dramática. Echamos sin embargo, de menos, una introduccion en que se historiara la marcha y desarrollo progresivo de nuestro teatro, se juzgará á los principales autores y se espusieran las causas de su decadencia despues del reinado de Felipe IV. Las representaciones teatrales tuvieron sus enemigos, en particular entre los frailes, quienes escribieron algunos volúmenes y papeles condenándolas, no faltando tambien quien saliese á la defensa; un apéndice en que se diera noticia de estos libros y papeles curiosos completarian á nuestro modo de ver el precioso cuadro que nos presenta el señor Barrera en su catálogo. Sin embargo, tal como es, este libro es digno del aprecio público, y nosotros no podemos menos de rendir un justo tributo de admiracion á su autor. Sabemos lo que son las investigaciones bibliográficas, y por lo mismo cuánto trabajo suman las diferentes y curiosas noticias de que nos da cuenta, reciba pues nuestros sinceros elegios.

M. M.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

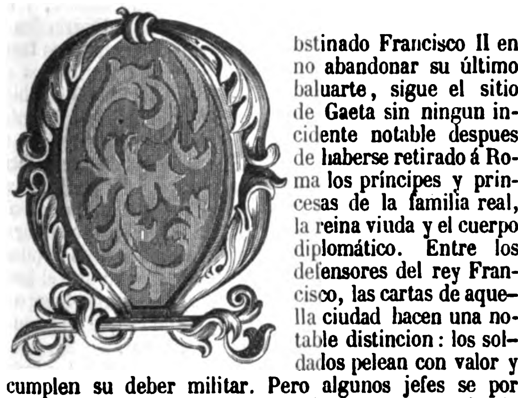
EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 49. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 2 DE DICIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



bstinado Francisco II en no abandonar su último baluarte, sigue el sitio de Gaeta sin ningun incidente notable despues de haberse retirado á Roma los príncipes y princesas de la familia real, la reina viuda y el cuerpo diplomático. Entre los defensores del rey Francisco, las cartas de aquella ciudad hacen una notable distincion: los soldados pelean con valor y cumplen su deber militar. Pero algunos jefes se por tan de otra manera. Se habla de uno que nombrado para recorrer los puntos avanzados, no salió de su alojamiento y cuando le pareció oportuno se presentó al rey diciendo que todo lo habia visto y que no habia novedad; de otros se refiere que tratándose de una salida condujeron sus tropas al sitio del combate, y una vez allí las dejaron y se volvieron á Gaeta. Algun batallon entró solo en fuego sin un oficial que lo mandase, y otros jefes y oficiales presentan su dimision amenazando que si no es aceptada se pasarán al enemigo. Ningun castigo se ha impuesto para contener esta indisciplina de las clases superiores de la milicia; de manera que aunque otras causas no vinieran á hacer infructuosa la defensa de Gaeta, esta sola bastaria.

Sin embargo, la fortaleza natural de esta plaza la pone en disposicion de resistir un largo sitio, y solo por mar podria en breve tiempo tomarse á viva fuerza. Ahora bien por mar la escuadra francesa impide las operaciones, y aunque ha corrido el rumor de que iba á retirarse de aquellas aguas, hasta el momento presente no se ha confirmado.

El gran acontecimiento que ha llamado la atencion en esta semana han sido los decretos de Luis Napoleon, cambiando su ministerio y dando á la Constitucion vigente hoy en Francia una tendencia mas liberal de la que ha tenido hasta aquí. El emperador ha mandado que todos los años las Cámaras, es decir, la Asamblea llamada Senado y la que lleva el título de Cuerpo legislativo, voten un mensaje en respuesta al discurso de la corona, á cuya discusion asistirán comisarios del emperador, especie de ministros sin cartera encargados de esponer la política del imperio y dar esplicaciones sobre ella. Las discusiones se copiarán é imprimirán en un Diario de Sesiones, y ademas se dará un estracto á los periódicos por la misma Cámara, ni mas ni menos que se hace en España, solo que este estracto queda en Francia mas especialmente encargado á los secretarios de las Cámaras.

De esta publicidad dada á los debates parlamentarios, aunque no sea mas que un par de dias en cada legislatura, deducen todos grandes consecuencias. Unos la miran como el principio de una serie de concesiones que devolverán á la Francia todas sus libertades, otros la consideran como un medio de dar á las Cámaras del imperio mayor importancia de la que han tenido hasta aquí, descargándose al mismo tiempo el emperador de una parte de su responsabilidad, y todos convienen en que es el preludio de una evolucion política cuyas tendencias no es fácil adivinar.

No sabemos qué es lo que pasa con la espedicion de China, pero recelamos que no pase cosa buena. Un primer parte nos dió aviso de que despues de la victoria obtenida á las inmediaciones de los fuertes de Ta-ku, los chinos pedian la paz y el ejército habia llegado á Tien-tsin: el segundo parte nos dijo que al firmarse las estipulaciones de paz los comisarios chinos habian alegado que no tenian poderes suficientes para aceptar las condiciones: vino otro telégrama y anunció que las tropas marchaban sobre Pekin y que al fin en Chang-chow se habia firmado la paz estipulándose una indemnizacion de 120.000,000 de francos; y ahora se nos comunica la noticia de que el secretario de lord Elgin y muchos oficiales aliados han sido hechos prisioneros por los chinos, y que lord Elgin no quiere entrar en negociaciones mientras no se le devuelvan ¿Es decir que no ha habido tal tratado de paz ó que si le ha habido los chinos se han burlado de él y lord Elgin y el baron Gross han sido engañados como chinos? Hay que esperar nuevos pormenores: y á tanta distancia de los sucesos no podemos aventurar una opinion. Solo nos parece que la espedicion es de corta fuerza para internarse en un país tan poblado. Algunos periódicos aconsejan á los comisarios francés é inglés que traten con el jefe de los insurrectos y depongan al emperador. Esta seria una gran revolucion llevada á cabo en todo el imperio, pero no sabemos hasta qué punto llegará la posibilidad de hacerla.

Al fin por nuestra parte y por la de los moros han quedado marcados los límites de Ceuta, quedando por nuestra la bahía de Benzu, segun se estipulaba en los preliminares de paz. En cuanto á los límites de Melilla hay sus dificultades. El territorio que se nos cede por el tratado comprende varios campos cultivados y edificios pertenecientes á las kabilas fronterizas, y como el sultan no entiende de indemnizaciones ni hay en Marruecos ley de espropiacion forzosa por causas de utilidad pública, las kabilas no quieren ceder lo suyo de buena gana. El gobierno español ha tomado sobre este punto una medida prudente y previsora: ha dicho al emperador de Marruecos: tú tienes obligacion de ponerme en posesion de ese territorio; arregla la cuestion con las kabilas; y en efecto, el sultan parece que ha dispuesto que vayan tropas suficientes para hacerles desalojar el terreno que segun el tratado de abril se nos debe entregar.

El domingo último, como anunciamos en la revista anterior, se verificó la inauguracion del ferro-carril de Sanchidrian á Burgos que forma una seccion importante de la línea del Norte. El consejo de administracion de la compañía habia convidado para esta solemnidad á varias personas notables y á los representantes de la prensa periódica. A las once y cuarto del sábado anterior salieron de la calle de Alcalá tres diligencias y á las seis menos cuarto de la tarde llegaron los viajeros á la venta de San Rafael á la bajada del puerto de Guadarrama, donde les aguardaba la comida. Desde San Rafael pasaron á Arévalo, y estando dispuesto el tren emprendieron la marcha á Valladolid y llegaron á esta ciudad á las seis de la mañana.

Cuatro horas desp es saludaban á la antigua é histórica capital de Castilla, mientras las músicas de la guarnicion, los cohetes, las salvas, las banderas, los vivas de la multitud ponderaban el júbilo con que aquellos habitantes veian llegar á sus puertas las locomotoras que han de dar vida á su comercio é industria.

El arzobispo de Búrgos presidió la funcion religiosa que se verificó en seguida, bendiciendo las locomotoras y la línea: los convidados fueron conducidos despues á una de las mejores fondas de la ciudad en la cual tuvieron unas cuantas horas de descanso, y á las seis de la tarde se celebró el banquete de inauguracion en las casas consistoriales, donde los convidados tuvieron ocasion de ver la silla histórica del juez de Castilla, Nuño Rasura, y los restos del Cid y de Gimena.

En el banquete, hubo los brindis de costumbre: por la noche iluminaciones, fuegos artificiales, serenatas y la

representacion del drama *El Cerco de Pamplona*, en aquel lindo teatro.

Así terminó esta solemnidad y á las ocho de la mañana del lunes los convidados emprendieron la marcha para esta capital. La empresa ha estado con todos obsequiosa y galante.

De teatros poco hay que decir: siguen las funciones ya vistas. Solo el Príncipe nos dió el miércoles dos piezas nuevas, *¿La señora de Mendoza?* y *Una coincidencia alfabética*. *La señora de Mendoza*, es ilustracion de una frase francesa ó mas bien del título de un cuentecillo francés que dice *coment l'amour vient en causant*: es bastante mediana y se recibió con frialdad. *La coincidencia alfabética*, es un desatino dialogado, un sainete con chistes en que hay de todo. La ejecucion buena, escepto en las exageraciones que se permite Mariano Fernandez fuera de su papel. Hubo el miércoles otra pieza los *Dos Preceptores*, ya conocida del público y en la cual Calvo obtuvo justísimos aplausos.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES. (1).

VII.

Cuando el soldado de fortuna, consumó la gran iniquidad contra la cual se levantaron nuestros padres, cuando los batallones franceses que habian entrado en las principales plazas españolas, como soldados de una nacion amiga, volvieron contra su magnánima aliada sus bayonetas y pretendieron hacer de nuestra España un miserable departamento de la Francia, entonces un jóven poeta, en cuya frente brillaba el rayo sagrado que animara al divino Herrera, levantó su voz armoniosa y valiente como la voz de las tempestades, y lanzó contra el enemigo de su patria el vivo rayo de su cólera. Sus cantos, sus himnos de combate enardecieron mas y mas la santa ira en que ardia el pecho de nuestros padres, nuevo Tirteo, su voz les animaba en la desigual lucha, levantaba su espíritu, les recordaba las proezas de sus antepasados y les ordenaba imitarlas. El jóven inspirado, pudo en verdad sentirse orgulloso de sí mismo, pues jamás sacerdocio alguno fue mas santamente abrazado y dió mas frutos de bendicion. Su palabra era sonora y vibrante, su frase enérgica, su cadencia rotunda; el canto armonioso y poético, era rico en brillantes imágenes, y cuanto deslumbra la imaginacion cuanto enardece nuestro espíritu, cuanto conmueve nuestro corazon, todo se hallaba en aquellas estrofas, las últimas sin duda que murmuró la musa castellana.

¡Quintana! ¿Necesita acaso que le nombremos? Quintana viera llegar los últimos serenos dias de su vida; su santa y gloriosa ancianidad era como la blanca aureola de una existencia consagrada por entero á la felicidad de la patria. Muy ingrata debia ser esta si no premiara al poeta, si no coronara con el sagrado laurel, aquella frente magestuosa en donde se reflejaba el último rayo de una inspiracion próxima á estinguirse. Y España por vez primera, tuvo una corona con que ceñir las sienes del *anciano armonioso*, antes que la fria mano de la muerte viniese á recordarle que era ya la hora en que debia descansar de la vida.

La solemne escena, en que una generacion á quien tanto se acusa de prosáica, reparó la injusticia y la ingratitud de sus padres, digna era por cierto de que el pincel del artista hiciese imperecedero su recuerdo. Conocióse en efecto esa necesidad, llamóse á concurso á los artistas, y el cuadro se hizo; este cuadro se ha presentado en el salon de la Esposicion, vamos á ocuparnos de su exámen.

Empezaremos por decir que ninguna obra de cuantas se presentaron en el salon de la Trinidad, es menos acreedora á la benevolencia de la crítica, que esta, una vez que á ninguna puede aplicarse mas oportunamente aquella frase de los franceses, *nobleza obliga*. Su asunto, su importancia, su significacion y sobre todo el destino que está reservado á este cuadro, exigian del artista que tomase sobre sí tan pesada carga, mas cuidado, mas estudio para su feliz desempeño. ¿Qué ha hecho el señor Lopez? en esta ocasion nada absolutamente.

Sentimos en verdad vernos obligados á ser severos con uno de los espositores, pero nuestro deber como críticos, está en ser imparciales y no escasear ni los elogios ni las censuras merecidas.

Al censurar este cuadro, francamente lo decimos, no sabemos por donde empezar, porque nada mas ingrato que la triste tarea de tener que señalar defectos sobre defectos, y no hallar una sola belleza con cuyo elogio se pueda compensar la amarga censura. En la obra del señor Lopez se dá este caso.

Empieza desde luego porque su composicion es defectuosísima, porque la luz se halla repartida por igual, y porque la ejecucion es pobre y no indica en manera alguna, aquella franqueza que da, cuando menos, una larga práctica. Esto en conjunto, pues entrando en detalles es cuando mas se conocen los múltiples defectos de que adolece esta obra, defectos tanto mas dignos de notarse, cuanto que el cuadro de la coronacion de Quintana ha de perpetuar en los tiempos venideros, no solo la noble escena en que España premió el talento é insignes virtudes de uno de sus hijos mas ilustres, sino que ha de dar una idea del estado de la pintura en nuestros dias. Llama la atencion de todos cuantos examinan con algun detenimiento el cuadro de que nos ocupamos, la poca dignidad con que el artista presenta á todos los personajes; el mismo Quintana no ha sido mas afortunado, pues tanto á la figura que le representa como á la de la reina, les falta aquella grandeza, que el sitio, la escena y los personajes debia naturalmente prestarles. Esto olvidando que la figura de la reina es demasiado grande, respecto á las figuras del primer término de la derecha y que la de Quintana y la de Martinez de la Rosa no apoyan. En cuanto al dibujo, el señor Lopez estuvo tambien desgraciadísimo, una figura hay que apoya el brazo en un baston, cuyo brazo si lo dejara caer le llegaria hasta la rodilla, otra se ve tambien, la de un gentil-hombre, que no planta y se cae. Las figuras del grupo principal son todas iguales, tienen un mismo color, se distinguen por su poca elegancia, y porque sus trajes parecen viejos. Las sombras que empleó son sucias, de lo cual buen ejemplo es la figura de la Avellaneda, quien dicho sea de paso aparece encerrada en una mezquina tribuna de donde parece imposible que pudiese salir. En fin, las figuras del último término que están veladas, lo mismo que las que se ven en los palcos no hacen bulto ¿qué mas diremos? El señor Lopez no acertó en manera alguna á desenvolver su pensamiento, no supo tampoco sacar el partido que debia del asunto, no se detuvo á corregir los defectos que acabamos de enumerar, y que saltan á primera vista y por lo mismo su cuadro inferior en mérito á la mayor parte de los que se ven en el salon del ministerio de Fomento, se queda tan atrás de la grandeza del asunto que le dió vida, que no se puede apartar de él la vista sin dolor, puesto que como hemos dicho ya, está destinado no solo á perpetuar una accion grandiosa, sino, lo que es mas triste, á ser mudo é infiel testimonio del estado en que hoy se hallan las bellas artes entre nosotros.

Sentimos tener que ser tan duros con un espositor, y vernos en la triste obligacion de decir las amargas verdades que acabamos de estampar respecto á la obra del señor Lopez, pero sírvanos de consuelo el ver que vamos á ocuparnos de otro artista y de otros cuadros de quienes no nos está prohibido el elogio, puesto que sus buenas dotes artísticas les hacen acreedores á él.

Hablamos de los cuadros presentados por el señor Manzano, uno de los jóvenes que con mas fortuna sostienen hoy la gloriosa tradicion de nuestra escuela.

Presentó el señor Manzano entre otros varios, un cuadro que representa á los Reyes Católicos dando audiencia, cuadro que sin duda alguna, es digno de figurar entre los mejores de la esposicion, pues si no carece de defectos como tendremos ocasion de notar, sus bellezas son bastantes para compensarlos. Su mayor defecto que es el de la composicion, es hijo del asunto, y asi se ve, que los reyes que segun el pensamiento del artista son los principales personajes, aparecen en el cuadro como secundarios y el artista podia si quisiera, prescindir de ellos; ademas distribuyó las figuras colocándolas en forma de anfiteatro, y esto hace demasiado teatral la composicion. En cambio ¡qué hermosas figuras las del primer grupo de la derecha! ¡qué bien sentidas! ¡qué sabor de época tienen todas! Lástima que el grupo de la izquierda esté abandonado lo mismo de color que de dibujo, por que este cuadro es notable no solo por su hermoso color que como hemos dicho, sostiene la tradiccion de la escuela española, sino por su dibujo por lo bien tocadas que están todas las figuras, por el sabor de época que tienen y lo en carácter que están la mayor parte de ellas. Es un ejemplo mas de la propiedad con que sabe el autor presentar las épocas y los personajes, el hermoso boceto titulado: *Felipe II en sus últimos dias*, y de su buen color, el cuadro marcado con el número 154 cuyo estudio del natural está lleno de verdad. Otro cuadro presentó que titula *Adios para siempre*, y cuyo grabado publicamos en este número que como color es lo mejor que de este artista se ve en la actual esposcion. De asunto mas sencillo que el primero, y tambien de menos pretensiones, llamó siempre nuestra atencion, por lo elegante de la figura principal por lo bien dibujada que está, y sobre todo por lo admirablemente sentida de color que nos la presenta, siendo bajo este aspecto como hemos dicho antes, el mejor cuadro que hemos visto del señor Manzano.

En estos momentos en que nuestros artistas olvidando los gloriosos recuerdos de nuestra escuela, siguen la senda porque marchan la mayor parte de los modernos pintores franceses, deber nuestro es, alentar á los jóvenes que como el señor Manzano, no se dejan seducir por el falso y deslumbrante color de la moderna escuela francesa, y permanecen fieles y sostienen el buen nombre de nuestra antigua escuela española, en la que florecieron sin duda alguna los mejores coloristas. Lo que acabamos de decir del señor Manzano respecto al color, tenemos que repetir con mucha mas razon, ahora que vamos á entrar en el exámen del cuadro del señor García Martinez, que representa la muerte del rey don Sancho, en el cerco de Zamora.

Era ya conocido este espositor, por el cuadro de los *Amantes de Teruel* que presentó en la anterior Esposicion, en donde llamó desde luego la atencion de los inteligentes por lo rico y jugoso de su color, y en verdad que se esperaba del jóven artista algo mas de lo que se ve suyo en el salon de la Trinidad. No entraremos en un exámen detallado de este cuadro, que solo tiene la buena y envidiable cualidad del color, porque el señor García Martinez, no solo no estuvo en el asunto y por lo mismo lo espreso mal, sino que en su cuadro hay defectos de dibujo, como se ve en la figura del rey don Sancho que es corta, y en la del Cid, que es por cierto digna de censura. Sin embargo, mucho puede perdonársele á quien como él siente el color, y es el que mejor sabe guardar la buena tradicion de nuestra escuela, pues se ve en el cuadro de que nos ocupamos, un caballo negro de un tono riquísimo. No debe, pues, desmayar el señor García Martinez, estudie con fe, que quien como él posee el color que hizo célebres á nuestros antiguos maestros, ha nacido artista y llegará un dia en que si persevera en el estudio, sea uno de nuestros buenos artistas.

Otro espositor, el señor Gimeno, presentó un cuadro cuyo terrible asunto parece debia estar vedado al pincel. Efectivamente, la mayor parte y los mas notables defectos de este cuadro están en la eleccion del asunto, de suyo repugnante, y mucho mas como nos lo ha presentado el artista. Es un pasaje del Dante el que le ha inspirado. El conde Ugolino sujeta al arzobispo Rugiero, y le muerde eternamente en el pescuezo. El poeta ha sabido reunir todo lo que hay de terrible en esta escena, pero el pintor no pudo representarlo, ni debia representarlo, pues á parte de la posicion en que los presenta, si el artista lograra dar gran verdad á su asunto, todos apartarian horrorizados de él la vista. Sentimos que un jóven que tan buenas disposiciones demuestra, las haya empleado en un cuadro como el de que nos ocupamos, pues las figuras de los condenados son bastante buenas como estudios del natural, y aun hay trozos dignos de elogio; y en cuanto al color, podemos asegurar que es bueno sin duda alguna. El cuadro en general está bien ejecutado, aunque las figuras de los poetas son mezquinas; pero asi y todo, con sus defectos y con sus bellezas, el señor Gimeno ha demostrado que es un jóven artista, de quien con justicia debe esperarse algo mas de lo que presentó en la actual Esposicion.

(1) Véanse los números 43, 44, 45 y 48.

HISTORIA DE LA AGRICULTURA.

La primera y mas perentoria necesidad del hombre es el alimento, y el primer recurso para obtenerle la tierra. Segun la abundancia relativa de plantas ó de frutos en las localidades en que el hombre se encontraba, supo recurrir, guiado por su instinto, á las unas y á los otros, debiendo sin la menor duda ser preferidos los últimos, hasta que por medio de la inteligencia supo manejar el fuego y comenzó á preparar las primeras. De aquí ser lo mas probable el que los primeros cuidados y trabajos del hombre debieron referirse á los árboles frutales, y en su consecuencia pudiera decirse que la jardinería fue la primera de todas las artes. Mas como el hombre es tambien carnívoro y se encontraba rodeado de animales en quienes domina el instinto de sociabilidad, debió bien pronto aquella inclinacion natural conducirle á intentar y ensayar la domesticacion de aquellos animales que se le acercaban y consideró como mas adecuados para facilitarle leche, pieles ó carne, ó que sospechó podian auxiliarle en sus trabajos. De aquí el orígen del pastoreo y de la educacion de los ganados. La invencion de labrar la tierra debió coincidir con el uso de los cereales y puede considerarse como el paso mas trascendental que el hombre dió en la agricultura primitiva, y al mismo tiempo el de mayor importancia, puesto que fue el que condujo al establecimiento de la propiedad territorial.

En los primeros grados de la civilizacion estas ramas diversas de la economía rural, lo mismo que las demás artes de la vida, se practicaban por cada familia á fin de satisfacer por sí misma las necesidades que sus individuos componentes esperimentaban; pero las ventajas de dividir las ocupaciones, de que unos hicieran una cosa y otros otra, dando todos un resultado comun, no debieron tardar en presentarse por sí mismas, y el resultado de este principio de la division del trabajo con relacion al cultivo y administracion rural, la *res rustica* de los romanos, es que todas sus operaciones se encuentran clasificadas hoy en las cuatro designaciones de *agricultura*, *horticultura*, *jardinería* y *produccion animal*, con las divisiones que entre sí tienen los labradores, hortelanos, jardineros y ganaderos.

La importancia de la agricultura es evidente, no solo por ser la que facilita directamente la satisfaccion de las primeras necesidades, sino como madre que es de las manufacturas y del comercio. Sin agricultura no puede haber civilizacion ni poblacion. El número de habitantes, el de animales domésticos de que pueden disponer, la comodidad y bienestar de aquellos, las condiciones y cualidades de estos, están en relacion directa del estado en que la agricultura se encuentra en todos los paises: su poderío é independencia proceden de sus progresos. No solo es la mas universal de todas las artes, sino la que exige el mayor número de cooperadores. En todas las naciones cultas la mayoría de los individuos que las constituyen está dedicada á las faenas del campo, y en casi todas los

habitantes mas poderosos sacan sus riquezas y su importancia de las propiedades territoriales, cuya division tanto coopera para el perfecto cultivo y aumento de la misma riqueza.

En las primeras edades del mundo, antes de inventarse la labranza, la superficie de la tierra era comun para todos sus habitantes, y cada familia apacentaba sus ganados, fijaba su tienda ó levantaba su choza ó cabaña donde conceptuaba serle mas conveniente. Mas cuando se comenzó á practicar la labranza, fue preciso asignar á cada familia una porcion de terreno, constituyéndola propietaria de este territorio; ella misma le cultivaba, y ella misma consumia los productos que obtenia. De aquí la introduccion ú orígen de la propiedad territorial ó terrateniente, y progresivamente el de los labradores y cultivadores comprados ó los esclavos, el de los asalariados ó jornaleros, el de los agricultores por especulacion ó arrendatarios; y por último, el de las diversas leyes ó costumbres referentes á la propiedad y á la esplotacion de la tierra.

La práctica de la agricultura, aunque grosera en los tiempos primitivos y en los paises comparativamente poco civilizados, fue tomando y continúa adquiriendo un carácter muy diferente en relacion directa de la instruccion de sus moradores, inventando y modificando los instrumentos, las máquinas de aplicacion mas ó menos directa, mejorando los animales domésticos para que satisfagan mejor las necesidades y aun las exigencias de los consumidores, procurando producir mucho y bueno con la mayor economía posible, segun la geografía física de la localidad. Para conseguirlo se requieren hombres especiales, ingenieros, ya de montes, agrícolas, industriales, etc., con braceros instruidos, ya gañanes, pastores, yegüeros, vaqueros, carreteros, podadores, etc., que dejando de ser meras y puras máquinas comprenderán lo que de ellos se exige y sabrán desempeñar su mision.

La aplicacion de la física, química y fisiología á la agricultura y produccion animal han originado mejoras tan importantes como sorprendentes, haciendo que la agricultura y sus diversos ramos dejen de ser un arte y se trasformen en verdadera ciencia. De aquí la ventaja, la necesidad, y en España mas que en ninguna otra nacion por ser naturalmente agrícola, de los conocimientos científicos para los labradores y ganaderos y que el gobierno puede y debe facilitar, sabiendo escitar y estimular para que se adquieran. Es preciso que el arte agrícola hispano progrese y se trasforme en ciencia, porque es innegable que la agricultura, mirada en sus diferentes ramos y en su mayor estension, es la parte mas importante y mas difícil, no solo de la economía rural, sino de todas las artes y de todas las ciencias.

Tal es, bajo el punto de vista mas general, el orígen, estension, importancia é interés de la agricultura. Su historia puede mirarse en sus relaciones cronológicas, ó como unida á la de las diferentes naciones que se han constituido en las diversas partes del globo, ó en sus relaciones políticas, como influida por las diferentes formas de gobierno que han existido; ó en sus relaciones geográficas como caracterizada por la diferencia de climas; ó bien en sus relaciones físicas, como modificada por los caracteres de la superficie del globo. El primer género de historia es útil porque manifiesta la situacion relativa de los diversos paises respecto á la agricultura; es instructivo porque facilita comparar nuestra situacion actual con la de otros paises y lo pasado; y curioso porque nos descubre el camino que siguió la agricultura desde los siglos y paises primitivos hasta la época actual. La historia política y geográfica, facilita conocer las causas favorables ó adversas para las mejoras, la clase de cultivo y de administracion agrícola, bajo cuyos conceptos iremos manifestando la historia de la agricultura española, y hasta de otras naciones, desde los tiempos mas remotos, ó desde el Diluvio á nuestros dias.

NICOLAS CASAS.

CAMOENS Y SUS RIMAS (1).

III.

Que el ilustre cantor de *Los Lusiadas* era un gran poeta, superior á muchos que la mayoría tiene por tales, que manejó hábilmente y con la mayor fortuna todos los asuntos y todos los géneros, es cosa que hemos dicho ya y empezado asimismo á probarlo.

Sonetos, canciones, letrillas, odas, el género bucólico, el piscatorio, el religioso, en todo puso mano con la misma inimitable soltura y poesía que en los cantos de su imperecedero poema, en todo imprimió la huella de su genio poderoso.

Si Camoens venció al Petrarca en sus sonetos, iguala á Góngora en sus fáciles y hermosas letrillas, en donde el poeta portugués campea en todo el lleno de su rica imaginacion. La letrilla, esa composicion, viva, fácil, ingeniosa, propia solo de un pueblo poeta, esa composicion en la cual la mayor parte de nuestros poetas dejaron muestras inimitables, por su gracia, por su sencillez por su frescura, fue comprendida tambien por Camoens, de quien acabamos de hacer el mejor elogio diciendo que iguala en este género á Góngora.

Efectivamente, Camoens hizo tantas letrillas casi como sonetos, y en ellas se muestra su musa tan flexible, tan graciosa, tan fácil y tierna, copia tan bien el natural, es tan movible y fresca, que algunas tiene que son modelo al cual quizá no haya de llegarse jamás.

Sea que profesamos á este género de poesía, la mas popular despues del romance, una inclinacion natural sea que las letrillas del cantor lusitano, son en general lindísimas, es lo cierto que en ningun género de poesía despierta en nuestra alma mas simpatía hácia su afortunado autor. Los motes ó estribillos en particular rebosan poesía, algunos es verdad, segun el mismo poeta lo confiesa, están tomados de los cantos populares, pero ¿qué importa esto? El sorprender semejante tesoro en boca del campesino, y apropiarlo despues á nuevas creaciones es cosa mas difícil de lo que algunos creen y pocos son los que aciertan: santa y deliciosa tarea en que se ha empleado en estos dias, nuestro inimitable, nuestro bien amado Trueba, con un talento poético al que pocos llegarán y no escederá ninguno.

Lo mismo que en los sonetos dudamos al escoger las letrillas que han de demostrar aquí la verdad de nuestras palabras. En este momento abrimos el volúmen y leemos... Hé aquí una letrilla de Camoens.

Falso Cavalheiro ingrato
Enganais-me,
Vos diceis, que eu vos mato,
E vós matais-me.

Costumadas artes são
Para enganar innocencias,
Piedosas apparencias
Sobre isento coração.
Eu vos amo, e vós ingrato
Magoais-me,
Dizendo, que eu vos mato,
E vós matais-me.

Vède agora qual de nós
Anda mais perto do fim,
Que a justiça faz-se em nim,
E o pregão diz que sois vós.
Quando mais verdade trato
Levantais-me
Q.e vos desamo e vos mato,
E vós matais-me.

¿Puede darse mas sencillez, mas sentimiento, mas amor? ¿no competirá justamente con las mas célebres letrillas, esta que tantas dotes reune? Pues bien, pasemos adelante. Camoens es un dulcísimo poeta, sus versos rebosan armonía y sencillez, es á la vez el poeta del sentimiento y el de la descripcion, sin duda porque ambas dotes son inseparables, su musa es apacible como un vientecillo cuando canta el amor y la hermosura del campo, su descripcion es á la vez que poética verdadera: ¡ay! no podrá negarse jamás que en los siguientes versos se hallan reunidas á lo fácil y fluido de la versificacion, una verdad y una gracia descriptiva que harian honor al mismo Baltasar de Alcázar.

Descalça vai para a fonte
Leonor pela verdura,
Vai fermosa, e não segura.

Leva na cabeça o pote,
O testo nas mãos de prata,
Cinta de fina escarlata,
Sainho de chamalote:
Traz a vasquinha de cote,
Mais branca que a neve pura;
Vai formosa e não segura.

Descobre a touca a garganta
Cabellos de ouro entrançado,
Fita de côr d'encarnado
Tão linda que o mundo espanta:
Chove nella graza tanta
Que da graza a fermosura;
Vai formosa e não segura.

Puede asegurarse que si otras literaturas nos vencen en lo profundo ó en lo delicado del pensamiento, que si saben espresar mejor que nosotros todo lo que es vago sentimiento y melancolía, que si los pueblos del Norte poseen el arte de arrancar de su sombría lira sonidos vagos y agrestes, y esparcir sobre las pálidas frentes de sus vírgenes, el perfume de rosas abiertas á un sol tibio, y el misterio de las nieblas de Morven, nosotros en cambio poseemos el don divino de animar con un rayo de fuego, nuestro sentimiento y nuestro amor. El eco de aquella vigorosa y serena poesía de que es padre el risueño Virgilio, y Horacio el maestro, se repite todavía en nuestros bosques y resuena en las llanuras. El hijo de Oriente nos dió sus amores y el Lacio tenemos la claridad luminosa de su musa; nuestros poetas son los grandes hijos de la armonía, por eso la poesía peninsular es risueña y alegre y su melancolía es mas cansancio y languidez que tristeza. Por eso mas fácil y mas rica de imaginacion, sus versos parecen ondas que se suceden blandamente; podrán es verdad rodar sobre un árido y estéril cáuce, pero siempre reflejarán en sus cristales el azul sin mancha del cielo que nos cubre. Decimos esto porque creemos imposible que oidos estranjeros puedan comprender el por qué leemos con especial placer estos versos que nos recuerdan la donosura de la cancion de la *Vaquera de la Finojosa* de Santillana.

Aquella captiva,
Que me tẽe captivo
Porque nella vivo
Ja não quer que viva
Eu nunca vi rosa
En suaves mólhos
Que para meus olhos
Fose mais formosa.

Nem no campo flores,
Nem no ceo estrellas,
Me parecen bellas
Como os meus amores.
Rostro singular
Olhos socegados
Pretos e cansados
Mais não de matar.

Para comprender la fuerza de espresion que encierran estos dos últimos versos, para saber lo que son esos *ojos negros y cansados* de que nos habla el poeta, es necesario haber nacido en aquellos suelos, en donde segun una enérgica frase *hierve la sangre*. Solo allí tambien pueden agradar versos que reciben de su fluidez, de su movilidad, el principal encanto. El pensamiento mas sencillo reina en la siguiente letrilla, cuyos versos, sin embargo, tan armoniosos suenan para oidos españoles.

Verdes são os campos
De côr de limão;
Assi são os olhos
Do meu coração.

Campo, que t'estendes
Con verdura bella;
Ovelhas, que nella
Vosso pasto tendes;
D'hervas vos mantendes
Que traz o verão;
E eu das lembranças
Do meu coração.

Gados que paceis
Con contentamento,
Vosso mantimento
Não não entendeis
Isso que comeis
Não são hervas, não;
São graça dos olhos
Do meu coração.
. . . .
. . . .

Hemos dicho que Camoens en sus letrillas iguala á nuestro Góngora, y efectivamente la sencillez, la gracia, la fácil armonía, los delicados pensamientos del poeta cordobés, suelen hallarse en el cantor lusitano. Hartas pruebas hemos aducido, despues de dar á conocer las anteriores letrillas; aunque no dejaremos de advertir aquí, adelantándonos, que por efecto del poco aprecio que hizo de sus poesías, ó como quieren los colectores de la edicion de Hamburgo, porque se hayan viciado en sus diversas ediciones de una manera lastimosa, es lo cierto que en las *Rimas Varias*, no se echa de ver, la misma correccion que en *Los Lusiadas*, en especial en algunas aunque pocas letrillas y odas, y en muchas de sus canciones.

IV.

Aseguran los colectores de la edicion de Hamburgo que en las canciones, Camoens hace perder de vista á Petrarca, á Bembo, y á cuantos se han empleado en este género de poesía; aventurado juicio con el que no podemos estar de acuerdo, pues casualmente en ninguna ocasion se muestra el poeta mas desaliñado é incorrecto que en sus canciones. Si segun nuestro parecer el cantor lusitano vence en los sonetos al Petrarca que fue el que mas gloria alcanzó por ellos, no sucede lo mismo en las canciones. Sin salir de la península, canciones podríamos enseñar á los colectores, que sin ser las del divino La Torre, pueden sin embargo demostrarles cuánto les falta á las de su poeta para ser un modelo.

Sin que la justa fama de Camoens sufra en lo mas mínimo, bien podemos asegurar, que es incorrecto muchas veces, en sus canciones, en sus odas, y aun en las elegías, y que un oido acostumbrado á la pureza de diccion y á la armonía de nuestros clásicos, no puede menos de lastimarse con los versos agudos con que el poeta rompe á veces el encanto de una versificacion fluida y sonora, lo mismo en las odas y en las canciones que en las elegías.

Camoens decae á cada paso en esta clase de composi-

(1) Véase el número 47.

ciones, aunque sea á nuestro modo de ver porque el poeta no ha puesto sin duda el mayor cuidado en ellas. Sin embargo, y á pesar de sus defectos, ¡con cuánto placer se leen aquellos versos! Cuando el poeta levanta su vuelo vuelven á oirse acordes que solo él podia arrancar de aquella lira ceñida de laureles Reunen á este encanto, negado á las medianías, el doble mérito de haber sido escritas en su mayor parte bajo la presion de sus amarguras. Su vida de desdichas se trasluce con toda su terrible pompa, en las estancias en que Camoens lloró sus desventuras, y las iniquidades de su tiempo. Su cancion X será siempre un fiero grito de dolor, escapado á aquella alma superior tan terriblemente castigada con la mas dura de las injusticias, con la mas amarga de las miserias. Fue su vida una larga peregrinacion, y muchas veces desde las playas africanas debió suspirar por las floridas riberas del Tajo, en donde vió aquella Catalina de Athaide, de semblante sereno, de quien asegura que eran

Perolas dentes, e palavras ouro.

Tenemos en sus canciones admirables y enérgicas pinturas de las remotas tierras, en donde segun el poeta fue dejando su vida, y en donde sufrió todas las crudezas de la suerte. Cuanto se diga acerca de sus desdichas nada llegará á lo que él mismo cuenta en su cancion X.

Junto d'hum sêcco, duro, steril monte,
Inutil e despido, calvo, informe,
Da natureza em tudo aborrecido;
Onde nem ave vôa, ou fera dorme,
Nem corre claro rio, ou ferve fonte,
Nem verde ramo faz doce ruido;

A este apartado y áspero lugar, fue á donde le llevó su *fiera ventura*, y de donde dice mas adelante

Aqui nesta remota, aspera e dura
Parte do mundo, quiz que a vida breve
Tamben de si deixasse un breve espaço;
Porque ficasse a vida
Por o mundo em pedaços repartida.
Aqui me achei gastando huns tristes dias,
Tristes, forçados, maos e solitarios,

ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—ADIOS PARA SIEMPRE.—CUADRO DE D. VICTOR MANZANO.

De trabalho, de dôr, e d'ira cheios:
Non tendo tâo somente por contrarios
A vida, ó sol ardente, as ágoas frias,
Os ares grossos, fervidos e feios,
Mas os meus pensamentos...

En tan tristes lugares pasó algunos de los amargos dias de su vida,

De dores rodeada e de pezares,
Desamparada e descoberta a os tiros
Da soberba fortuna;
Soberba, inexoravel e importuna.
Nâo tinha parte donde se deitasse,
Nem esperança alguma, onde a cabeça
Hum pouco reclinasse, por descanso;
Tudo dor lhe era e causa que padeça,
Mas que pereça nâo; porque passase
O que quiz o destino nunca manso.
¡Oh qu' este irado mar gemendo amanso!
Estes ventos, da voz importunados,
Parece que se enfreiâo;
Somente o Ceo severo,
As estrellas e o fado sempre fero,
Com meu perpétuo damno se recreiâo;
Mostrando-se potentes e indignados
Contra hum corpo terreno,
Bicho da terra vil e tâo pequeno.

Hemos dicho que Camoens en sus canciones y odas, no se halla á la misma altura que en los demás géneros, y esto se comprende muy bien, teniendo en cuenta que el cantor lusitano, acostumbrado á la descripcion, que es verdaderamente el alma de los poemas épicos, no acertó á dar á las canciones su verdadero colorido, porque en estas composiciones debe campear sobre todo el sentimiento.

Lo mismo sucede con las odas, en donde en vano se busca aquella levantada frase, que constituye la mayor dote de nuestro Herrera, y que parece no debia estarle negada al gran cantor de las armas lusitanas. A poco que se lean sus odas, se ve que el poeta mas cerca de la descripcion que del lirismo, tiene mas puntos de contacto con fray Luis de Leon que con Rioja y Herrera. Muchas veces hasta en el corte de las estancias y en el asunto, se parece al cantor de la *Noche serena*.

Su oda IX empieza

Fogen as neves frias
Dos altos montes quando reverdecem
As árvores sombrias;
As verdes hervas crescem
E o prado ameno de mil côres tecem.
Zephyro brando espira;
Suas settas Amor afia agora;
Progne triste suspira;
E Philomela chora:
O ceo da fresca terra se namora.

Y en ella se leen estos versos que parecen escritos por aquel que buscaba en la *apartada vida*, un dulce asilo contra las iniquidades de los hombres.

Porque, en fin, tudo passa;
Nâo sabe o Tempo ter firmeza en nada;
E a nossa vida escassa
Foge tâo apressada,
Que quando se começa he acabada.
. . . .
. . . .
O bem que aqui se alcança
Nâo dura por passante, nem por forte:
Que a ben-aventurança
Duravel, de outra sorte.
Se ha de alcançar na vida para a morte.

No es solamente en esta oda en donde se encuentran puntos de semejanza entre Camoens y nuestro fray Luis de Leon, pues entre otras, en la oda III leemos esta estancia que bien pudiera creerse de este último

¡Ai gostos fugitivos!
¡Ai gloria ja acabada e consumida!
¡Ai males tâo esquivos!
¡Qual me deixais a vida!
¡Quam cheia de pesar! ¡quâo destruida!

(Se concluirá.)

MANUEL MURGUIA.



LA TENTACION DE CRISTO

POR M. ARY SCHEFFER.

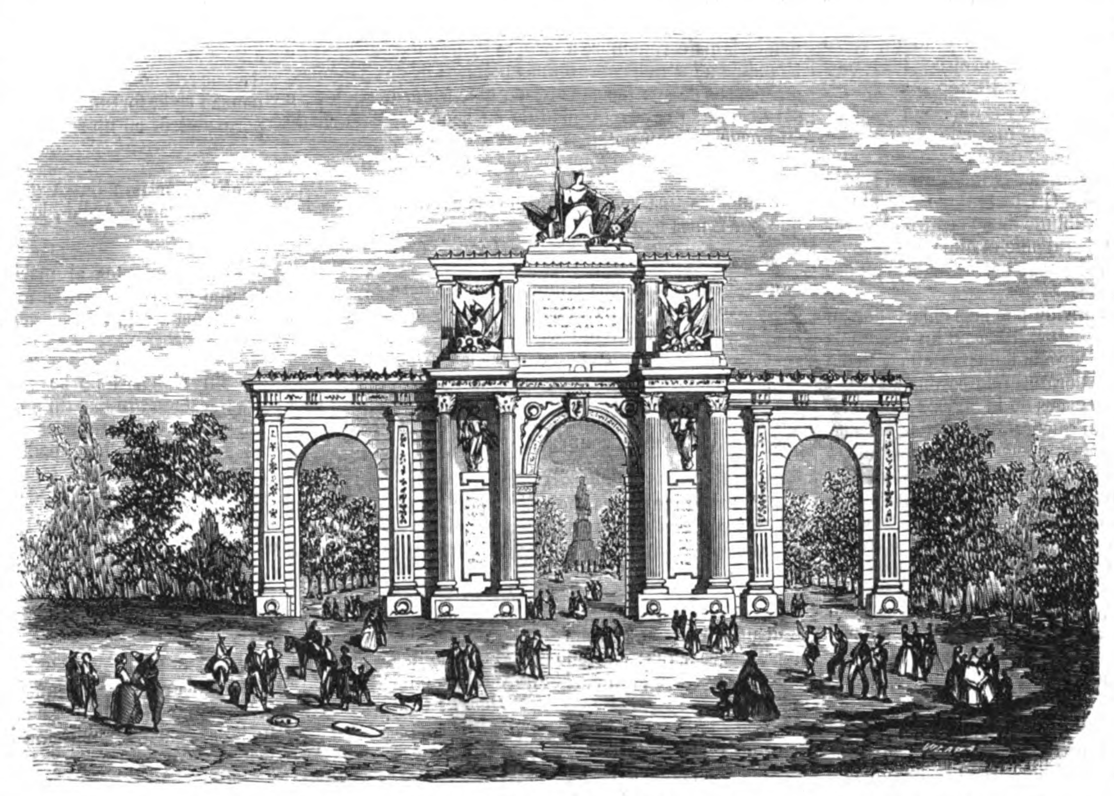
¿Será este nombre desconocido á nuestros lectores? ¿Podrá interesarles el epígrafe de este artículo, ya que no la novedad del asunto, ó la elegancia de nuestra pluma, tosca para describir la belleza de un cuadro que recomiendan el arte, la ciencia y la religion? Una de las escenas mas sublimes de nuestra redencion, trazada por el pincel del pintor de Margarita y Francisca de Rímini, merece un lugar preeminente en la historia del Arte; tanto mas, cuanto que las obras de este inimitable artista han alcanzado la aureola que corona la frente del génio, y ganado las simpatías del público que encuentra en un cuadro el poema acabado de un sentimiento que fecundiza la vida de los pueblos. Su nombre no hace mucho nos era desconocido; y esta obra, que admirará la cristiandad, acaba de elevarle á la altura de los sublimes artistas, que saben encarnar la idea de un siglo en el frágil lienzo, y gravar con el pincel el pensamiento de los filósofos. Esta armonía del arte y la ciencia representa la aspiracion entera de la humanidad en la carrera de su destino.

Scheffer ha dado al lienzo la espresion de una idea que elevará la estima de sus admiradores al encanto de una belleza, que merece ocupar un capítulo en una obra de trascendencia religiosa. *La tentacion de Jesús* sobre la montaña, emblema de la vida del hombre en la lucha victoriosa contra el génio del mal, no podia menos de inspirar al escelente artista, que ha sabido, mejor que otro alguno, dar cuerpo á las ideas morales y fijar la imágen de todo lo que nos encanta, nos perfecciona y enternece. Vamos á juzgar esta obra mas en lo que tiene de ideal por lo que instruye y satisface al alma, que en lo artístico, en que una crítica ligera y superficial intenta rebajarle por no haber empleado una ejecucion mas vigorosa, y un colorido mas brillante. Pero ¿acaso, aspirando á evocar la idea, no seria un contrasentido inescusable el emplear el esplendor materialista del color, que daria demasiado cuerpo á los seres sublimes trazados por su pincel, y á los que presta cuanta vida necesitan para espresar los matices mas delicados del sentimiento? El colorido es la cualidad formal que convierte en esencial, sin serlo, el pintor que aspiro á dar solo la vida y la realidad; pero estos artificios que se dirigen á los ojos, cuando no saben hablar al alma, habrian sido un lujo detestable en el artista que ha sabido mejor que ninguno en nuestro siglo, encontrar el camino del corazon.

OBELISCO FORMADO DE FRUTOS DEL PAÍS, LEVANTADO POR EL INSTITUTO AGRÍCOLA CATALAN, EN HONOR Á SS. MM. Y AA., DURANTE SU PERMANENCIA EN BARCELONA.

En la gloriosa historia del arte cristiano, que levantó el espíritu de la plástica, y ofreció á la vida la aspiracion del infinito, no se representó jamás en la pintura asunto tan grandioso. Hoy que las artes hacen un punto de reposo, esperando que nuestro siglo formule su idea para beber la inspiracion en la fuente sublime del progreso, y entrar en el oasis de la belleza que prepara una era de armonía, es mas admirable este cuadro de la creencia católica. Una escena en que el hijo de Dios se nos presenta sujeto á nuestras pruebas morales, y luchando de igual á igual con Satanás, presenta á Jesús de una manera demasiado humana para agradar á la fe exaltada de los siglos ortodoxos; pero muy armónica con la sustanciacion del hombre que Cristo realizó en la transfiguracion del monte Tabor. La edad media la ensayó, es verdad en las séries de figuras de sus Biblias historiadas pero sin salir jamás de lo fantástico y grotesco.

Fue siempre Satanás una suerte de arlequin burlesco, disfrazado con un capuchon y una máscara deforme y aun á veces con rabo y uñas horrorosas, ó bien una vision aérea que siempre se presentaba por escotillon, una fatídica y tenebrosa pesadilla aterradora en el espacio, concepcion que tenia cierta originalidad, pero de donde nada se sacaba para el sentimiento moral, y cuyo carácter no estaba aun fijado y bien comprendido por aquella edad, tanto que al representarse en los *autos del Corpus* nuestro Quevedo, dice que llegó á ser un señor tan vano y presumido, que se presentaba en el teatro lujosamente vestido y hablando con tanta marcialidad como si la casa fuera suya. M. Scheffer ha sabido el primero desenvolver la verdade a significacion simbólica del pasaje del Evangelio, y descartando los detalles que tan profundamente llevan la impresion de la época y del país donde se formó la leyenda, interpretarla en una representacion acomodada á las ideas religiosas de nuestro tiempo.



ARCO DE TRIUNFO ERIGIDO SOBRE LA PUERTA DE SANTA ENGRACIA, EN LA RECEPCION DE SS. MM. Y AA. EN ZARAGOZA.

Las escenas evangélicas ofrecen al pintor la maravillosa ventaja de reposar sobre un dato admitido de todos, idealizado ya en la ciencia de cada uno y que la imaginacion rodea de un prestigio de santidad. El artista no puede crear la poesía de sus asuntos; es necesario que la mitad de su obra esté encarnada en la creencia popular, y que la opinion haya coronado la frente de sus héroes. Las ideas religiosas, que el arte evoque, deben ser recibidas de todos y del artista mismo, no como un símbolo dogmático, pues que es indiferente la íntima creencia para la belleza del arte (el célebre Perugi-

no, maestro de Rafael, autor del cuadro admirable del casamiento de la Vírgen hecho en Perusa, negaba á Dios y al alma fuentes de su sublime inspiracion; el siglo que inspiró las *Stanza* y la *Sixtena* era poco creyente) sino como una suerte de lenguaje comun por el cual se entienda la produccion. El poeta tiene derecho de crear su mitología; pero cuando el pintor no contento con espresar un ciclo de leyendas aceptadas, quiere inventar un poema, cae en la alegoría, y á poco en el enigma—bien lo prueban los *caprichos* de nuestro célebre Goya;—y el público se presta poco al mudo dogma de pintores y escultores que necesitarian un libreto esplicativo, cuando en el arte gusta la espontaneidad y la sencillez si la obra ha de ser popular. Pero si no es árbitro de inventar el sugeto de sus cuadros, debo ser enteramente libre en la representacion de los temas poéticos, religiosos, históricos cuando aspire á escitar en nosotros el sentimiento de la bondad y la belleza; porque los símbolos no significan sino lo que se les ordena significar, y el hombre hace la santidad de lo que cree, como la belleza de lo que ama. Los textos sagrados, en que libramos nuestras creencias y buscamos nuestras emociones religiosas ofrecen cuanto se desea á todas las condiciones de la vida, y vienen á ser un inmenso oasis, donde la humanidad encuentra el consuelo de sus pesares y el abrigo de su esperanza.

La escena elegida por Mr. Scheffer es una de las mas solemnes del Evangelio, es la que representa de una manera mas elevada la humanizacion de Cristo, es el poema de la humana historia que vence con el pensamiento de Dios las sugestiones del mal que halagan nuestra debilidad. Hay en la vida de cada hombre, y señaladamente en todas las misiones divinas, un momento decisivo, supremo en que el pensamiento del Eterno se encuentra en lucha con los pensamientos inferiores, y en que la debilidad humana se espanta ante el peso del Apostolado. Moisés cuando vió por primera vez á Dios en el monte Horeb balbuceó, buscó pretestos, sintió dificultades. Cuando el budha Sakya Muny concibió la idea de librar á las criaturas del cambio y de la muerte, y llegar por el aniquilamiento de su personalidad á la inteligencia suprema, tuvo que vencer todas las fuerzas de la naturaleza que le ligaban á la tierra y retenian su pensamiento Mahoma, que no resistió tanto como debiera á las instigaciones de Satanás, pero que estaba animado de un puro sentimiento religioso que habia de producir un pueblo valeroso y fanático, protagonista por muchos siglos de la historia del mundo, luchó por mucho tiempo en los valles pétreos de la Meca despues de vencer las grandes tormentas en que aparecia en la cueva misteriosa el genio de su inspiracion, cuya fe reanimaba Khadidja. ¿Y quién que haya escuchado la palabra de Dios no ha sentido la debilitacion de su naturaleza que se postrara á las sugestiones de Satanás? El mismo San Pablo cuando en la abrasada playa quedó sin sentidos al oir las divinas palabras: *¿Saule, Saule, quidem persecueris?* que le hicieron el primer Apóstol de las gentes.

Cuando estos momentos supremos de la obra de la Providencia logra grabarlos el arte, en un instante tambien supremo de su inspiracion, ha esculpido la humanidad un pensamiento divino en la materia que tiene tambien algo de celestial. El artista, mas libre que el teólogo y el crítico, y que abraza mas las aspiraciones de la vida, puede suponer que al meditar Jesús la salud del mundo, cruzó por su espíritu lleno de paz, la idea de un imperio terrestre fundado sobre la guerra: el bien y el mal, la paz y la guerra, se vieron frente á frente en la region de las nubes: Satanás representando, con sus dedos crispados, sus ojos encendidos, su rostro jadeante y su guerrero entrecejo, el ambicioso, el guerrero que ofrece los reinos de la tierra desplega la impostura: *Mundo vult dicipi;* y Jesus, sin esfuerzo, despidiendo luz de sus ojos, amor de su semblante, bendicion de sus manos, opone al imperio profano el sentimiento de su divina naturaleza «mi reino no es de este mundo.» Scheffer modifica la tradicion religiosa representando á Cristo tentado por el seductor; y es la inspiracion sublime de su cuadro el elevar al Hijo de Dios á la alta region donde el alma poseida de su idea de belleza y santidad puede ser avasallada, pero triunfa por su orígen celeste.

El Cristo de Scheffer es divino por su calma, por su grandeza, por su alta serenidad. Revelan su orígen la magestad de su talante, su elevada talla, su alta y firme apostura, el círculo de luz hierática que corona su frente. Estas son las formas esenciales de la belleza, no la rigidez del arte antiguo, aquí quebrantada por la soledad y el frio de las montañas: es un cuerpo que representa el espíritu, no una forma que viste la materia —Satanás es superior á Cristo; aquel rey de los placeres ofrece vida al que busca la muerte: es mas artístico y mejor acabado, porque el mal es mas fácil de representar que el bien, el infierno que el paraiso. El bien es uniforme, está por cima de toda imágen, es irrepresentable: la figura de Jesús fue acabada por el pincel de los ángeles, y todo cuadro es inferior á nuestro ideal; pero el mal como propio de este mundo ofrece variedad y escenas infinitas, que el arte conserva como un personaje mítico y una escelente ficcion.

El anatema de que nuestro siglo libra á Satanás es la prueba mas grandilocuente del progreso y de la civilizacion universal. La edad media le hizo hasta ridículo, y le despojó de la figura humana; Milton comprendió en su inspiracion esta pobre calumnia é inauguró la metamorfósis que nuestro siglo ha concluido. Se le ha despojado de parte de su maldad, y no es ya un génio fatal que trabaja por siempre á la humanidad con odios y terrores. ¿Será que el mal haya disminuido en nuestros dias y que nuestra tolerancia preconiza que ha triunfado el bien?

He aquí el pensamiento que resalta en el cuadro, y de que nosotros sacamos una gran enseñanza moral. Bello como todas las criaturas nobles, mas desgraciado que perverso, el Satanás de Mr. Scheffer, es el último esfuerzo del arte para romper con el dualismo y atribuir el mal al corazon del hombre. El pensamiento mas delicado del artista ha sido dar al genio infernal el sentimiento de su inferioridad: este último esfuerzo para oponerse á la obra del hijo de Dios, es una tentativa desesperada, y él siente que su reino es finito. Ha perdido los cuernos y las garras, conserva solo las alas, apéndice que se refiere al mundo sobrenatural y que conserva, sin duda, para hacer resaltar el triunfo de la forma humana pura, que Cristo representa, sobre la forma híbrida del ser mitológico. Cada edad tiene sus creencias y sus creaciones: los siglos pasados que elaboraban la historia en la guerra, y fiaban su felicidad en la conquista ó esterminio de razas que disputaban otros derechos, engendraban el odio en su corazon, y el fanatismo en sus conciencias. Nuestro siglo que rompe el dualismo con el reconocimiento de una suprema causa; que resuelve el antagonismo de la historia en la armonía de nuestro destino; que depone la espada ante la razon; que sustituye á la guerra el derecho al odio de las razas el amor de la humanidad, considera el mal como hecho humano y no como causa ni destino de nuestra vida. El mal no tiene un valor real, nadie le desea como mal, y solo se realiza bajo apariencias de bien, cuyas preocupaciones y estrechas miras destruye el trabajo incesante de las generaciones.

Pero hay mas: lo que se siente con viveza se representa con vigor: nadie pinta el dolor como el que padece, nadie habla del amor como el enamorado. Para pintar el mal con cólera y horror es necesario temer su imperio, como para pelear hasta la desesperacion se ha de tener un enemigo formidable; si nosotros tratamos el mal con mas piedad, si tal puede decirse, es porque su reino ha decaido y se trata con dulzura al enemigo desarmado. Y no se diga que el sentimiento moral está decaido; es mas delicado que lo ha sido jamás; pero no se traduce en anatemas, porque el anatema es un mal; y no concebimos un amor que condene, ni un Dios que maldiga.

Esta verdad consoladora que vemos esculpida en un lienzo y grabada en nuestra raza; que fue presentida por los padres de la Iglesia; y que forma la epopeya de nuestro destino, revela que la humanidad tiene un fin desconocido, pero ciertamente divino. Tributemos grato homenaje de cordial salutacion al eminente artista, que ha sabido encarnar este pensamiento en un cuadro, que admirarán las generaciones venideras, como monumento de nuestra civilizacion.

NICOLAS SALMERON Y ALONSO.

LA EDAD MEDIA EN ESPAÑA.

PENSAMIENTOS, MÁXIMAS Y SENTENCIAS DE ESCRITORES CÉLEBRES.

«Si por falsar un contrato de pequeña contia de moneda meresce el escribano grant pena, ¿quanto mas el coronista que falsifica los notables e memorables fechos, dando fama e renombre a los que lo non merescieron, e tirandola a los que con grandes peligros de sus personas, e espensas de sus faciendas, en defension de su ley, e servicio de su rey, e utilidad de su república e honor de su linage fiçieron notables abtos?»

Fernan Perez de Guzman.

«Amor es una vertud que mucho aviva e ayuda á los que por armas han de valer.»

Diez de Gamez.

«Ansi como la mucha familiaridad e llaneza causa menosprecio, ansi el apartamiento e la poca conversacion hace al principe ser temido.»

Fernan Perez de Guzman.

«Los reyes no dan galardon á quien mejor sirve, ni a quien mas virtuosamente obra; sino a quien mas les sigue la voluntad e les complace.»

Fernan Perez de Guzman.

«El que proveydo es, non dice: non pensé que esto se fiziera; que non dubda, mas espera; non sospecha, mas guarda se: e los daños ante vistos menos suelen empescer.»

Diego de Valera.

«Guárdate de la avaricia si quieres aver poder en ti: si non, siervo serás: ca como cresce el amontonamiento de los algos, cresce la muchedumbre de los cuidados.»

Diez de Gamez.

«Non sigades vuestra voluntad en las cosas que vos pueden traer daño. Asaz es torpe el que non sabe que la voluntad es enemiga del seso.»

Diez de Gamez.

«Lo cierto e forzado non ha menester consejo. Mayor peligro es el cierto que el dubdoso.»

Diez de Gamez.

«Pues conosceys quan peligroso es este mar que navegamos (el mundo), tanto quel viento próspero dura avelad el navio con tales amarras, que si la fortuna volviere la cara, el leme prudente gobierne la nao, aquella levando a puerto seguro.»

Diego de Valera.

«El verdadero amor non tiene término: el momento le paresçe alongamiento.»

Alfonso de la Torre.

«Clemencia e franqueza son muy amigables a la natura, e suplen grandes defectos.»

Fernan Perez de Guzman.

El ome sabidor o letrado mas ligero es de traer al conoscimiento de la verdad que el ignorante, que solamente cree la fe porque la ha heredado de su padre, mas no porque della haya otra razon.»

Fernan Perez de Guzman.

«Guardadvos de entrar en la casa del rey, cuando sus fechos anduvieren turbados; ca el que entra en la mar cuando está alterada, será maravilla si escapará: ¿cuanto mas fará si entrare cuando está airada?»

Diez de Gamez.

«El esfuerço discreto et la esforçada discreçion son de loar en los caualleros, et non el presumptuoso atreuimiento, nin la atreuida presunçion.»

Alonso de Cartajena.

«Grand verguença es a la criatura rrazonal, pues Dios le a apartado de los otros animales, querer poner su fin que sea semejante a quellos; e mucho es de loar aquel que con ynquisiçion non mediana, la profundidad de las tales cosas trabaja de conosçer.»

Alfonso de la Torre.

«Llegadvos á la compañia de los buenos, e seredes uno dellos.»

Diez de Gamez.

«Con esvelado estudio catad las cosas passadas para ordenanza de las presentes e providencia de las venideras: que quien a las cosas passadas non mira, la vida pierde; e el que en las venideras non provee, entra en todas como non sabio.»

Diego de Valera.

«Asi como en el espejo se considera el bulto corporal, asi en las istorias leyendo los fechos agenos se veen los propios con los ojos del coraçon.»

Alonso de Cartajena.

«Muchos fueron esforçados et generosos et non son contados en el número de los notables varones por non guiar los fechos por la linea de la razon. Ca la discrecion deue mandar al denuedo, et non el denuedo a la discrecion.»

Alonso de Cartajena.

«A los onbres discretos conviene fazer lo que el sabio marinero faze, el qual en el tiempo de la bonanza se apercibe e arma contra la fortuna: ca sabe ser cosa natural despues de bonanza tormenta, e despues de tormenta bonanza; ca la fortuna non dexa ninguna cosa luengamente permanescer en un ser.»

Diego de Valera.

«El amor non busca grand riqueza nin estado, mas ome esforzado e ardid, leal e verdadero.»

Diez de Gamez.

«Parad mientes al marinero, que durante el buen tiempo se apareja para el malo; e durante el tiempo malo se apareja e está en esperanza del bueno.»

Diez de Gamez.

«Sin riquezas no se puede luengamente conseruar grand estado, ni dar fin a cosa magnifica. Ca el alto coraçon si caresce de bienes de fortuna, su virtud mostrar no se puede: ca bien podria ser un omme pobre assi de grand coraçon quanto Alexandre; mas ¿como podria ser en aucto su virtud reduzida, caresciendo de bienes exteriores?»

Diego de Valera.

«Amor de los súbditos se gana con rostro alegre e mano liberal, pues destas dos cosas la primera dellas assaz poco cuesta.»

Diego de Valera.

«Propia cosa es del que face algo de grado, facerlo ayna: e no esperes a ser muy rogado, que no es cosa tan cara mente comprala como la que por ruegos se alcanza.»

Diego de Valera.

JANER.



DECIMAS A DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

El ilustre escritor don Juan Ruiz de Alarcon compuso el elogio descriptivo de las fiestas celebradas en 21 de agosto de 1623 con motivo de los conciertos matrimoniales entre el príncipe don Cárlos Estuardo de Inglaterra y la infanta doña María de Austria. Los poetas sus contemporáneos, que no le querian bien, le motejaron sus versos y mucho mas su figura, pues tenia la desgracia de ser corcovado. Véanse algunas de las décimas que le dedicaron.

(DE DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN.)

La relacion he leido
De don Juan Ruiz de Alarcon,
Un hombre que de embrion
Parece que no ha salido.
Varios padres ha tenido
Este poema sudado;
Mas nació tan mal formado
De dulzura, gala y modo,
Que en mi opinion casi todo
Parece del corcovado.

(DE DON JUAN DE ESPINA.)

Don Juan, tu elogio contrecho
Como de ti lo copiaste;
En la espalda lo engendraste,
Y luego le diste el pecho.
Si Dios te hizo mal hecho
Lleno de faltas y sobras
Lo mismo pagas que cobras:
De tus obras no te aflijas,
Que ellas parecen tus hijas
Y tú hijo de tus obras.

(DE LOPE DE VEGA.)

¡Pedime en tal relacion
Parecer! cosa escusada,
Porque á mí todo me agrada
Si no es don Juan de Alarcon.
Versos de tirela son;
Y asi no hay que hacer espantos
Si son cantones ó cantos;
Que es tambien cosa cruel
Ponelle la culpa á él
De lo que la tienen tantos.

(DE DON GONZALO HEREDIA.)

Un poeta cuya traza
Un arco flechado es
De octavas setenta y tres
Hizo injustamente plaza.
De todas anduvo á caza
Segun me han informado;
Pero no fue gran pecado;
Que ya por hacer tan mal,
Está, poeta mortal,
Con el pecho levantado.

Como se ve, los principales defectos que se atribuyeron á su composicion consistian en que el autor tenia dos jorobas. Solo Lope de Vega le acusó de haber usado metáforas y palabras ininteligibles; pero el mismo Lope, en la décima que hemos insertado le salva de esta acusacion, y de acuerdo con los demas dice que las setenta y tres octavas del elogio eran de diferentes ingenios.

A tales contradicciones lleva la pasion. Las disputas literarias tienen hoy un carácter menos agresivo y mas justo.

EL SUEÑO DE UNA TARDE DE VERANO.

(IMITACION DE D. M. J. DE LARRA.)

Despues de comer el pan nuestro de cada dia, el último que hubo de fiesta en el mes de junio de 1859, el autor del presente artículo se echó, sin cuidados que le quitasen el sueño, sobre unos colchones no tan mullidos como cuando se estrenaron, con el monacal y saludable objeto de dormir la siesta.

Libre por aquellos dias de amores, y, lo que es mas aun, de ingleses sin alma, bien pronto cerró Morfeo sus párpados, infundiéndole al propio tiempo la tranquilidad del justo y la pereza del poeta; y con dos tan poderosos auxiliares, unidos á una suave orquesta de mosquitos de trompetilla, no tardó en hallarse trasportado á las regiones de lo ideal y lo bello, ó sean las de lo imposible y lo inútil.

No sé cuántas horas permaneceria en la posicion horizontal, que es segun un filósofo la mejor (despues de la muerte); pero debió ser bastante tiempo, pues al despertarme, como luego diré, encontré á una infinidad de los ya citados músicos cansados de chupar, y alguno que otro lamentándose de haber perdido su aguijon en la refriega.

Si alguno de mis lectores ha oido la trompeta del juicio final (que lo dudo), podrá formarse una idea de la desagradable impresion que me haria un vozarron que me ordenaba levantarme, acompañando su insinuacion con un fuerte puñetazo en la cadera izquierda, que me privó de respirar durante treinta segundos.

Yo, que estando dormido no entiendo de razones, creyendo que seria algun íntimo amigo de los que fundan su amistad en epítetos no muy favorables y algun golpe que otro, me incorporé como pude, y cogiendo una bota de debajo de la cama, la lancé en direccion del importuno.

No debí errar mucho la puntería á pesar de la oscuridad de la alcoba, pues oí simultáneamente el ruido de un cristal quebrándose en el pavimento, y el de un taco pronunciado en el mas correcto español, por lo mucho que le ha autorizado el uso.

Aquella voz me era desconocida..., abrí la ventana con precaucion y ví á un hombre bajo y grueso, de fisonomía espresiva aunque algo fruncido el entrecejo, que se arrastraba por el suelo en busca de unos lentes que yacian rotos entre las hendiduras de los ladrillos.

Aquella presencia, aquel rostro que yo recordaba haber visto, si bien no cómo ni cuándo, me tenian perplejo á pesar mio y sin saber cómo romper el silencio, ni mucho menos cómo continuar en tan forzada situacion.

Mi nuevo huésped, que gracias á la luz habia conseguido encontrar sus lentes, si bien de distinta forma que al salir de la tienda, probó á ponérselos; pero al notar que no querian posarse sobre su acostumbrado sosten, volvió á jurar con mas velocidad y ahinco que anteriormente, hasta el punto de hacerme creer que se hundia la casa bajo el influjo de aquella tormenta de palabras; y yo que sea por curiosidad ó compasion no me cuidaba de prolongar aquella escena, le ofrecí cortesmente unas gafas (pues gracias á los defectos hereditarios tengo siempre unos cuantos pares), con lo cual vi asomar á sus labios una sonrisa de agradecimiento y escuché que me decia:

—Gracias, jóven, difícil sin tí me hubiera sido reemplazar mis anteojos, por escasear los ópticos en el otro mundo.

No pude menos de estremecerme al escucharle, y le repliqué:

—¿Luego usted no pertenece á este?

—Hace unos doscientos trece años y diez meses que cerré los ojos para no ver las miserias de mi siglo.

—¿Y qué me quiere usted? dije inquieto, aunque sin figurarme fuera un ladron, porque estos no suelen acudir á casas como la mia.

—Primero, que te pongas en pié, me contestó, y que me acompañes al Prado de San Gerónimo, pues quiero aprovechar el dia de asueto que me ha concedido mi actual soberano.

Me vestí efectivamente mientras mi huésped cojeaba por la sala mirando los cuadros que la adornan, hasta que parándose delante de un retrato de Cervantes, soltó una carcajada.

—¡*Quantum mutatus ab illo!* murmuró sin dejar de reir: si mi pobre amigo alzase la cabeza, pese á su sombrío carácter, no dejaria de imitarme.

—¡Su amigo...! ¡un contemporáneo del gran genio conque se honra la España y aun el mundo! ¿Quién era, pues, el hombre ó cadáver que me despertara de mi letargo?

Mil dudas encerraba en mi pecho, y alguna conjetura atrevida las aumentaba.

—¿Quién es usted? le pregunté al cabo resuelto á saber de una vez con quién estaba platicando, para saber qué honor me cabia.

—Soy, me contestó despues de algunos segundos de pausa, un hombre perseguido de vivo y admirado de muerto, un escritor ascético á quien hacen apadrinar mil chascarrillos satíricos y alguna que otra obra no muy casta; soy el ahorcado en vida y resucitado muerto; soy el dueño de esa casa de enfrente, detrás de las cortinillas de cuyo balcon habla con los dedos un idioma para mi desconocido esa niña con el galan que está sosteniendo la esquina... soy Quevedo.

Al oir aquel grandioso nombre, quise hablar y me faltó la voz, le cogí respetuosamente una mano, y estaba fria... entonces me resigné á persuadirme de que hablaba efectivamente con un ser del otro mundo, y procuré agasajarle lo mejor posible, facilitándole mis libros mientras me disponia á salir.

El cogió algunos; pero los iba arrojando sobre la mesa despues de ojearlos, repitiendo «mas se hacia.»

Entre tanto me acabé de arreglar el poco pelo que Dios me ha dado, y el menos aun que me habia dejado el peluquero.

Hecha esta corta operacion, lo cubrí con un sombrero de arquitectura moderna, no sin que su vista reprodujese la hilaridad del autor de los sueños y la compasion de el de Marco Bruto, por lo que fue sustituido por uno de paja color de café, que si no alabanzas, mereció al menos su aprobacion.

Salimos á los pocos instantes encaminándonos hácia el Prado, y graves cosas sin duda debian ocupar la imaginacion de mi nuevo amigo, pues no me dirigió la palabra hasta que distinguimos las primeras sillas.

Quien sabe si al pisar el moderno empedrado recordaba la época en que lucia en su mas intenso esplendor la lumbre de la poesía en la córte de Castilla.

Quién sabe si al mirar la antigua calle del Niño, su nombre sonrió de despecho representándosele su azarosa vida en que sobre todo descollaban dos épocas y dos lugares... Italia y la Torre de Juan Abad.

Quién sabe si al contemplar el tardío monumento levantado al manco de Lepanto, maldijo las leyes del mundo que no dejan brillar al genio ó únicamente regó el sepulcro del pasado con sus lágrimas, por encerrar un amigo!

. . . .

Estábamos en el Prado.

En el antiguo teatro de las aventuras galantes y las citas caballerescas, en el foco de la adulacion y la bajeza, en el centro de la intriga y la charlatanería.

Se hallaba ocupado por un inmenso gentío, que no hacia mas que

«andar de aqui para allí
y mirarse unos á otros»

como dijo un poeta cuyo nombre siento no recordar, pero que creo antiguo, por lo cual saco la consecuencia de que el Prado ha sido siempre lo que es, y (triste es decirlo), que lo que es hoy continuará siendo.

—¿Por dónde quiere usted ir, por París ó Lóndres?

—Por el Prado, me contestó secamente sin entender lo que queria decirle.

—Ya; pero cada una de sus divisiones tiene un nombre particular, le repliqué confuso por su natural salida.

—Entonces... vaya por París, me contestó dejándose guiar por mí.

Entramos efectivamente en él, y las oleadas de gente que cual flujo y reflujo tornaban, volvian, se sentaban y levantaban, se paraban impidiendo el paso ó atropellaban *á todos* por encontrar *á uno*, solo nos dejaban algun pisoton que otro, lo que producia muy mala impresion en don Francisco, que de suyo era delicado de piés.

Pero como en vez de disminuir, cada instante crecia mas el barullo, decidimos sentarnos; si bien huyendo yo de los sillones de hierro, por llevar segun mi costumbre, pocos cuartos en el bolsillo, fuimos á caer con nuestros cuerpos en unas negras y desvencijadas sillas que con voz ahogada entre sollozos declaró mi compañero por suyas, añadiendo que le habian hecho muy buen servicio para su cocina en el siglo diez y siete.

Oh, dulces prendas por mi mal halladas,
limpias y nuevas cuando Dios queria;

murmuró sentándose en una de ellas, mientras yo hacia lo propio con su pareja y colocaba una tercera para los piés.

Colocados, pues, convenientemente, principiamos á examinar á nuestros vecinos.

Tenia á mi derecha una jóven rubia que esceptuando su blancura, no ofrecia nada notable, conversando con otra que no pasaria de los treinta años, ni bajaria de los veinte y nueve y medio, aunque no fea y que dirigia miradas lánguidas á cuantos pasaban.

Su conversacion era animada y aunque no la podia escuchar por completo, comprendí que solo hablaban de amores.

Aparté mi vista dirigiéndola á la izquierda en donde habia dos señores muy graves que hablaban de *contratas* y *temporadas*.

Preguntóme Quevedo si los conocia, y como desgraciadamente era cierto, le contesté sin vacilar, que uno era empresario de un teatro de Zarzuela y el otro un quidam que se hallaba en todas partes de sobra, aunque no tenia el placer de saber sus nombres.

—¿Qué es eso de zarzuela? me preguntó picada su curiosidad con esto.

—Zarzuela, le dije, es un género dramático nuevo, en donde se han estrellado nuestros mas célebres escritores, por estar reñido con el mérito; es un conjunto de trajes, renglones con pretensiones de versos y música, que produce mucho dinero á quien lo cultiva...

—No serán flojos entonces, pues nunca es floja la córte de tan poderoso caballero.

—Al contrario, le contesté, no se podrá formar un *decemvirato* por mas que se estirase de zarzuelistas, aunque es preciso hacerles la justicia de que están bien avenidos.

—No llego á comprender...

—Ahí verá V...

El cobrador vino á interrumpir nuestra conversacion, parándose delante de nosotros y mirándonos con el único ojo que la naturaleza le concediera.

Paguéle y fuese; pero habiéndome roto el hilo de mi juicio, me ví obligado á llamar la atencion de don Francisco hácia un grupo de jóvenes (el mayor de quince años lo mas) que con sus tagarninas en la boca iban discutiendo de las ventajas é inconvenientes del sistema constitucional y los dogmas de la religion.

Cuarenta epigramas debieron ocurrírsele á Quevedo, pero solo dejó escapar estas palabras:

Muy adelantado está el siglo actual...

¡Fósforos amorfos sin humo ni veneno! pasó pregonando un chico de blusa azul con sardinetas encarnadas.

Era un mentís al cargo que habia principiado á formular el autor del Gran Tacaño.



TEMPLETE LEVANTADO EN LA CALLE DEL COSO, EN ZARAGOZA, POR LA EXCMA. DIPUTACION, JUNTA PROVINCIAL DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO Y CUERPO DE COMERCIANTES É INDUSTRIALES, EN LA RECEPCION DE SS. MM. Y AA.

Pero ¿quiénes serán aquella jóven y aquel mancebo, que pasan tan entretenidos, seguidos de un hombre grueso que lleva el sombrero en la mano, luciendo por este medio una inmensa calva?

Al pasar á nuestro lado se vuelve la jóven para decirle al que por lo visto es su marido: ¿Te cansas, querido esposo?

¡Quién se ha de cansar, yendo con tan bellísima mujer! le contesta al oido el que va á su lado.

El marido en cambio no contesta nada y continúa paseando.

Como lo mismo Quevedo que yo, mas ganas teníamos de escuchar que de hacer comentarios, nos concretamos á dilatar los ojos y oidos, cuanto mas pudimos.

—¿Sabe usted la noticia? pasaba diciendo un jugador de bolsa á otro.

—No: ¿cuál?

—Que los aliados han perdido una batalla, muriendo en ella Víctor Manuel y Garibaldi...

—¿Despacho oficial?

—Ya verá usted mañana la *Gaceta*. Hasta tanto reserva y sigilo...

—Es escusado advertirlo.

Una obesa mamá pasa en seguida con su vástago femenino al lado, que á manera de apéndice, lleva un pollo detrás, verdadero tipo de los Leandros y Pablos: en su mano se ve un papel doblado, de que no acierta á deshacerse, hasta que con un valor digno de mejor causa, pega un pisoton en la cola del vestido de su Hero ó su Virginia y mientras esta vuelve la cabeza, le desliza en la mano la epístola, mediando entre ellas á guisa de parte telegráfico, estas cortas palabras.

—¿Contestacion?

—A las ocho... ¡ventanillo!

¡Qué felices serán!

Dos chicos van á continuacion hablando de estudios; pero al pasar junto á nosotros encuentran á otro que cabizbajo y con las manos en los bolsillos, no repara en ellos hasta que le llaman por su nombre:

—¡Bárbaro!

—Adios, insignes...

—¿Te has examinado?

—Sí, chicos.

—¿Y cómo has salido?

—Suspenso hasta setiembre... me tenia entreojos el catedrático, pero se ha fastidiado, porque no le he contestado nada. Con que si no me convidais... hasta la vista.

—¡Que salgas bien!

—Gracias; pero lo mismo me da, porque no necesito la carrera para comer, mientras no me falten mis pastos; con que divertirse.

—Adios.

Dichosos los que tienen pastos... esclamé volviendo la cara hácia un corrillo en que se habla á voces de chambergos y sombreros de copa.

Oigámosles un instante.

—Lo que mas nos ha perjudicado, dice uno que ostenta en su frente un chambergo descomunal, ha sido lo mucho que se ha hablado antes de tiempo, y los libros, comedias y romances que le han seguido...

—Eso es hablar sin fundamento, le contesta otro que lleva por el contrario un sombrero que por lo alto parece desafiar la cólera celeste: el artículo de *La Correspondencia* le dió el golpe de gracia, por la mucha con que está escrito...

—¿Y no sabes por qué lo escribió su autor?

—¿Por qué?

—Por envidia de otro escritor chamberguista y para decir por ahí que se ha atrevido á escribir en contra de Hartzenbusch, Rio, Asquerino, Serra, etc., etc.

—Pues tiene razon.

—¿Qué ha de tenerla?

Qué modo de gastar tiempo. Séales el sombrero leve.

Cerremos los oidos á tan necias disputas, y escuchemos otra conversacion de alguna mas trascendencia, como es sin duda la que sostienen mis vecinas de la derecha.

—¿Cómo se llama?

—Luis. ¿Y el tuyo?

—Luis tambien.., ¡qué coincidencia!

—¿Es buen mozo tu Luis?

—Alto y rubio, con unas manos preciosas...

—Segunda coincidencia aun mas estraña que la primera.

Al acabar de pronunciar estas palabras pasó un jóven alto y rubio, que se quita con afectacion el sombrero para enseñar sus manos, y que al ver á las dos amigas se pone como la grana y sigue su camino sin volver la cabeza, temiendo ser convertido en estátua de sal.

—¡El es! esclamaron las dos al mismo tiempo y un largo silencio sucede á sus esclamaciones; hasta el momento en que una se levanta con su mamá, diciendo á su amiga al separarse.

—Servidora de usted.

Una confianza indiscreta habia sido la causa de su rompimiento.

Mi compañero entre tanto observaba en silencio con mas fruto que yo sin duda, pues de vez en cuando asomaba á sus labios una sonrisa sardónica.

No quise interrumpirle, y como ya la luz era escasa, aguardé á que se encendiesen los faroles para continuar mis investigaciones.

. . . .

. . . .

—Vámonos, me dijo de pronto Quevedo levantándose de su asiento: y como haciendo un resúmen de cuanto habia notado durante la tarde, esclamó volviéndose hácia mí.

—El hombre no ha dejado ni dejará nunca de ser hombre con todos sus defectos, con toda su maldad, con todo su cinismo.

Traidores y ambiciosos, sin escrúpulo, continuarán, por decirlo así, representando á la sociedad en honores, en riquezas y en poder, mientras el mérito y la ciencia llevarán por único patrimonio el dolor y la miseria.

El dar será *poder*, *don dinero* el rey *del mundo*, la virtud un objeto risible y pronto desterrado del orbe: en cambio la belleza será venal y la prostitucion venial, el vicio enaltecido y el mundo siempre loco, miserable, seguirá progresando... como hasta ahora.

Febo y Diana continuarán alumbrando los vicios y el inmenso panteon de cien generaciones, abierto para las sucesivas, irá encerrándolos... dejándolos reproducidos en las que germinen de nuevo.

Una carcajada dió fin á sus reflexiones y procuramos salir cuanto antes del Prado. Al paso nos encontramos al empresario que trataba de su ajuste con un tenor cómico.

Un poco mas adelante vimos sentado al matrimonio y y al jóven que le acompañaba y que seguia hablando con ella cada vez mas entusiasmado, mientras el marido se lamentaba de que con el sudor no le entraba bien el sombrero.

El bolsista habia pillado p r su cuenta á otro prójimo y le decia con la mayor reserva que los aliados habrán perdido una batalla.

El vástago de la obesa mamá le contaba á una amiguita su última conquista.

El estudiante suspenso abandonaba el paseo con las manos metidas en los bolsillos.

Mi vecina la rubia le pedia celos al jóven de las manos bonitas, y detrás de nosotros venian una porcion de jóvenes disputando sobre el chambergo y el sombrero de copa...

Con esto entramos en Madrid, quedándonos ensordecidos con las voces diferentes de

¡A dos cuartos, *La Correspondencia* y *La Iberia*!

¡Quién quié cerillas!

¡Historia de los ciento treinta mil cargos de piedra!

¡Las ocurrencias y desgracias que ha habido en la verbena... á dos cuartos!

. . . .

. . . .

Que estás soñando... me dijo mi hermano despertándome

Buena ha sido la siesta; ya principia á oscurecer.

Me levanté mareado con tan larga y estraña pesadilla, y maquinalmente me dirigí al Prado, teatro acaso á la sazon de las escenas que acabo de referir.

M. OSORIO Y BERNARD.

Geroglífico.



La solucion en el próximo número.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 50. — PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. — MADRID, 9 DE DICIEMBRE DE 1860. — PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. — AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



las noticias que dimos sobre Gaeta en la semana anterior nada podemos añadir hoy. Las cosas siguen *in statu quo*, y llevan trazas de seguir hasta que las potencias que no han reconocido el bloqueo por mar, alejen sus escuadras y permitan el ataque. Sobre este punto se dice que se siguen negociaciones á fin de evitar una efusion inútil de sangre.

Entre las modificaciones que se han introducido recientemente en la constitucion francesa, figura el nombramiento de ministros dobles para cada ramo de la administracion. Los unos se ocuparán en los negocios y los otros tendrán el encargo de presentarse al cuerpo legislativo y al Senado para dar esplicaciones sobre ellos: habrá pues, ministros actuarios y ministros parlantes. Napoleon ha dicho sin duda que siendo cosa buena un ministro, dos ministros deben ser cosa mejor. Un filósofo preguntaba: ¿qué cosa hay peor que una mujer? Y otro filósofo le respondió: dos mujeres.

La emperatriz Eugenia ha sido perfectamente recibida en Glasgow, y tenia preparada tambien una magnífica recepcion en Liverpool. La temporada que S. M. ha elegido para este viaje por Escocia é Inglaterra, no es de las mas á propósito para un viaje de recreo. La niebla se corta hoy en Inglaterra con cuchillo, y de la nieve helada se hacen sartenes en Escocia. Es verdad que las emperatrices, y en general las personas de gran caudal, en todo pais civilizado se eximen fácilmente de las incomodidades de la mala estacion, de la cual solo se reservan los atractivos.

Las noticias de China aclaran algo la situacion de aquel imperio. Hasta ahora la verdad es que no ha habido tratado. No ha habido mas que tratos. Cerca de Chang-chow se dió una batalla en que los aliados derrotaron á los chinos. Dicen que treinta mil caballos tártaros dieron una carga sobre los ingleses, y que fueron ignominiosamente rechazados, con pérdida de mas de dos mil. Muchos tártaros son estos. Despues de la accion el general chino Sang-ko-lin-sin, nombre sonoro como una campanilla, se retiró y armó una emboscada con el objeto de coger prisioneros á los dos enviados lord Elgin y al baron Gross; adelantábase el ejército aliado, pero los enviados enviaron á su vez delante á sus secretarios y ayudantes para elegir un sitio á propósito para el campamento. La caballería tártara emboscada cayó sobre estos esploradores y los llevó á Pekin, donde el emperador dicen que ha mandado se les trate bien. Despues las tropas han avanzado y á la fecha de las últimas noticias estaban á tres leguas solamente de la ciudad capital de las porcelanas y del té. Y á propósito de té, se nos anuncia que los ingleses han cogido en su marcha por valor de unos 200.000,000 de reales de esta preciosa hoja, presa que indudablemente hará bajar el precio del artículo. Sang-ko-lin-sin no se desanima; ha entrado en Pekin y se cree que lo habrá echado todo á rodar empezando por el emperador, que postrado en su lecho habrá sido trasladado á otra parte. Cuatro mandarines del partido de la resistencia le asisten con sus consejos.

Un parte telegráfico de Méjico nos ha anunciado que Miramon ha cedido la presidencia á Robles. ¿La presidencia de qué? Solamente de Méjico, Puebla y Guadalajara, y aun acerca de Guadalajara sitiada por los de Juarez, hay sus dudas. El embrollo en que se encuentran aquellos negocios parece de difícil solucion. El señor Pacheco, representante español, hace esfuerzos inauditos para conseguir una avenencia, y aunque deseamos mucho verlos coronados del mas feliz éxito, tememos que todavía han de durar los esfuerzos de los diversos partidos para desgarrar cada uno por su lado el seno de la patria. El clero se ha opuesto en Méjico á la desamortizacion de sus bienes, y ahora el gobierno á quien ha sostenido se los empeña y se los vende para defender la causa de los que creen que no se deben vender.

En los Estados-Unidos se han manifestado síntomas alarmantes de desunion y divorcio. De resultas de la eleccion de Mr. Lincoln para el cargo de presidente de la república, varios Estados del Sur amenazan, ó por lo menos asi se dice, declararse independientes. Mr. Lincoln es un abolicionista moderado, es decir, que quiere ir poco á poco estinguiendo la esclavitud, mal gravísimo que aqueja á aquellos Estados; pero los dueños de esclavos están en mayoría en aquella parte meridional de la república, y los intereses de su labranza y de sus especulaciones pueden mas en muchos de ellos que los de la humanidad. Es probable que la agitacion se calme por ahora; pero como las ideas contrarias á la esclavitud están destinadas en último término á triunfar, llegará un dia de crisis en que la poderosa república se divida por lo menos en dos; una en que no se admitan y otra en que se admitan los esclavos. Si esta division se efectúa sin apelar á la guerra, las consecuencias podrán no ir mas allá; pero si hay guerra, por poco que dure, y si cada república cree necesario por consiguiente un ejército, y lo hace permanente y eleva á la presidencia á los generales mas distinguidos, el militarismo de que salvó Washington á la Union, podrá entronizarse y dar lugar á las mismas escenas que estamos presenciando en Méjico y aun en otras repúblicas hispano-americanas.

Vengamos ya á España. El dia 4 se celebró con la solemnidad de costumbre en la iglesia de San Francisco el Grande de esta capital, la funcion á Santa Bárbara, abogada contra las tempestades y patrona del cuerpo de artillería, sin duda por lo que tienen de semejantes los cañonazos y los truenos. Entre las personas de distincion que concurrieron al acto, se hallaban el nuncio de Su Santidad, el patriarca de las Indias y el marqués del Duero. La orquesta, como siempre, fue dirigida por el señor Daroca. Esto en cuanto á solemnidades religiosas.

El miércoles se inauguraron las reuniones de invierno en casa del señor Piquer. Este célebre escultor ha modelado para ser vaciada en bronce con destino á Cárdenas la estátua de Colon; y ha sabido darle una espresion tal, que ha inspirado á varios poetas la idea de dedicarle (al señor Piquer, no á Colon) una corona literaria. La otra noche, segun refiere un colega, se leyeron las composiciones que han de formarla, y á los atractivos de la música y del canto, se unieron los de la poesía.

Ha vuelto á abrirse la Esposicion de bellas artes, despues de haberse acordado por el jurado los premios á los mas distinguidos artistas.

El jueves estuvo á punto de ser asesinado el general O'Donnell. Salia del Senado, cuando le dispararon un pistoletazo: afortunadamente la bala no hizo mas que rozarle la paletilla izquierda. El agresor es un loco que desde hace muchos años andaba persiguiendo á los ministros y autoridades, diciendo que tenia un sesto sentido y que por su medio descubria cosas ocultas á los demás mortales. Celebramos mucho que su dañada intencion no haya tenido efecto.

Hablemos ahora un poco de moral. La Academia de ciencias morales habia recibido el 30 del pasado, último dia del plazo fijado para su recepcion, dos Memorias para optar al premio anunciado sobre el tema de los intereses

legítimos y permanentes que España tiene en Africa. La una, si corresponde su estension á la de su lema, deberá ser un tratado completo; la otra tiene por lema: «*El Africa empieza en los Pirineos.*»

Esto último es ingenioso, y aun creemos que fue verdad hace muchos siglos; pero desde que el mar se abrió paso por el Estrecho de Gibraltar, parece que debimos quedar separados, y la parte de acá unida á la Europa.

El teatro de Novedades está representando con grande aceptacion del público *Los perros del Monte de San Bernardo*, en que estos interesantes é inteligentes actores se lucen como ellos solos. Y aquí no se puede decir con Iriarte

Vaya que los *perros* son
Lo mismo que las personas

Porque hay quien asegura que las personas dejan mucho que desear en el desempeño de sus papeles, mientras los perros hacen el suyo á pedir de boca. Y cuidado que los animalitos no son personajes mudos.

En el Príncipe se ha representado la comedia *Elvira y Leandro*, original del distinguido poeta don Manuel Breton de los Herreros. El público la ha recibido con frialdad, y es en efecto una de las producciones del señor Breton en que los incidentes degeneran mas en sainete, y en que vale menos el argumento. Sin embargo, el diálogo es inimitable, y perfecta, como en todas las obras del señor Breton, la pintura de caracteres.

Variedades nos ha ofrecido la *Vuelta de Presidio*, arreglo de don José María Diaz: es drama de largo espectáculo, de fin moral y de gusto un poco basto.

Mucho mejor es el drama *La Paloma torcaz*, original del señor Martinez Pedrosa, representado el jueves. Tiene un acto tercero muy bueno, y el autor fue llamado á las tablas. Le felicitamos por el triunfo obtenido en su primera produccion dramática.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES. (1).

VIII.

Es el paisaje uno de los mas bellos géneros de la pintura. Representa en toda su agreste pompa, en toda su encantada hermosura, la naturaleza y sus diversos accidentes, dános á conocer por medio de los colores, ya las abrasadas llanuras de Africa en donde se reflejan cien soles, ya las nevadas cumbres de los Alpes sonrosadas por el primer rayo del alba; hé aquí el objeto del paisista. Orillas de la quieta laguna, cuyos juncos rumia la hermosa vaca, que refleja su ancha frente en la superficie del agua, al pié del hondo precipicio sobre el cual salta la cabra ligera ó el gamo que persigue el cazador; lo mismo al pié de los sembrados que ondean como el mar débilmente agitado, que en medio del bosque impenetrable á los rayos del sol, en todas partes encuentra el pintor de paisaje, asunto sobrado para sus cuadros.

El mar, el cielo, las montañas como los valles, el rio de sosegada corriente, lo mismo que el que salta y se retuerce en su estrecho cauce, el otoño y la primavera, el verano abrasador y el helado invierno, todos le prestan sus encantos, todos murmuran á su oido la misteriosa palabra.

Es la naturaleza, para el paisajista, libro abierto en donde debe leer todos los dias, maestro seguro, y amiga sincera de quien nunca debe separarse ni olvidar. Haced que el que ha de trasladar al lienzo sus sublimes escenas, sepa verla y sentirla; haced que tenga una santa independencia y un desconocido amor á la soledad de los campos, que la ame, y que ante sus bellezas enmudezca y las admire, y entonces habreis logrado hacer del artista un verdadero conocedor de sus secretos encantos, un verdadero inspirado. Tendrán sus cuadros esa verdad que tanto buscamos en los lienzos de los paisistas y que tan pocas veces hallamos; habrán logrado una vez mas sorprender los indecibles encantos de la naturaleza y apoderarse de ellos, y hacerles mas queridos á nuestro corazon, pues semejantes á aquellos nobles homéridas que esplicaban los divinos versos del gran poeta, esplican ellos las sublimes escenas y las misteriosas transformaciones de natura, siempre bella, siempre jóven, renaciendo eternamente de sus propias cenizas

No es España en verdad la que mas paisistas puede contar, á pesar de que en su privilegiado suelo, no faltan seguramente bellezas que copiar, y que bajo su claro cielo y transparente, toma la tierra el variado aspecto de los mas opuestos climas. Desde aquellos en que crece la palmera y el sol dora en las viñas los ópimos racimos, hasta aquellos otros en que el verde nogal tiende sus ramas cargadas de hojas al último rayo de un tibio sol de otoño; desde la dilatada llanura en cuyos confines destaca su poderosa silueta el campanario de un cercano pueblecillo, hasta la verde cañada en donde se oculta bajo un mar de hojas el viejo molino, cuyas ruedas mueve el agua apresuradamente, todo se halla en nuestra España, y causa verdadera admiracion el ver cuán pocos paisistas contamos entre aquella pleyade de grandes artistas que fueron gloria y honor de nuestra patria en los grandes dias de su gloria.

No es este el lugar de esplicar cuáles fueron las causas que produjeron este notable fenómeno, ni menos historiar las escasas vicisitudes, mejor dicho, las pocas fases porque pasó entre nosotros el paisaje; pero sí haremos nótar, que mientras Italia, Flandes, Holanda, y otros paises presentan en los siglos XVI y XVII innumerables paisistas dignos de admiracion, en nuestra patria apenas podemos citar algunos nombres, por cuya razon se comprende muy bien que se haya dicho con razon, que entre nosotros el paisaje está en la infancia todavia.

Sin embargo, en esta Esposicion se presentaron ya algunos cuadros de este género, cuyo reconocido mérito nos dan á entender claramente que empieza ya á cultivarse entre nosotros de una manera digna y conveniente. El desdichado Villamil habia abierto ya el camino, sus paisajes fueron admirados, algunos de sus discípulos sostendrán pronto, estamos seguros de ello, el buen nombre de su maestro, y creemos por lo mismo, que empieza una nueva era para el paisaje en nuestra patria.

Al hablar de las diferentes obras que presentó el señor Martí y Alsina, nos hemos ocupado ya de su precioso paisaje, cuyo hermoso color, cuya verdad, cuyo valiente modo de hacer, llaman desde luego la atencion de los inteligentes y proclaman á su autor, verdadero paisista que comprende y presenta la naturaleza en toda su sencillez, en toda su grandeza.

Mas afeminada nos la presenta el señor Haes, y menos agreste en sus paisajes que se atraen desde luego las miradas de la multitud, paisajes en donde se ven grandes dotes echadas á perder, por el amaneramiento con que pinta este artista, amaneramiento que le hace decaer en su reputacion, en concepto de las personas inteligentes. Cuida mas el señor Haes de los efectos que de la verdad, y sus paisajes se parecen todos, como dos gotas de agua, aunque representen paises completamente diferentes, y hé aquí por qué muchos le encuentran frio, monótono, amanerado, en fin, que este es en verdad su gran pecado, indigno de perdon en artistas que poseen las dotes que el señor Haes. A veces se nota que quiere huir, de ese amaneramiento que todos condenan, cómo se ve en los cuadros 120 y 121, pero no logra alcanzarlo, pues parece que le está negada la valentía y franqueza de estilo. Sin embargo logró presentarnos en el primero un bello trozo, en donde pastan algunas vacas que es digno de elogio. Pero en donde este artista nos da á conocer sus buenas dotes, es en los celajes, que son por lo regular inimitables, y en donde estriba principalmente el efecto que producen sus paisajes á primera vista. Ellos le prestan su encanto, y le ayudan á seducir, y ellos proclaman artista al señor Haes, pues cielos hay como el que se ve en el cuadro 119 que representa una marina, que puede compararse con los de Claudio Lorena, con lo cual hemos dicho cuanto podemos en elogio de este artista.

Otro espositor el señor Rico, presentó tambien dos paises dignos de que se fijase en ellos la vista, puesto que desde luego se ve que este jóven artista tiene verdaderas dotes de tal. Su buena manera de hacer, su buena tendencia y su notable manera de ver la naturaleza, indican claramente que pronto llegará á ser uno de nuestros primeros paisistas, pues une á sus dotes naturales una gran aplicacion y un constante estudio de la naturaleza, verdadera fuente á donde debe ir á beber su inspiracion el paisista. Critican algunos, en los cuadros presentados por el señor Rico, algunos defectos de entonacion, y los tonos rojos que presenta en su cuadro, que por ser demasiado fuertes le hacen algun tanto duro, pero en cambio no se puede negar, que las montañas que se ven en su cuadro marcado con el número 214, están llenas de verdad y merecen el mayor elogio, lo mismo que los pinos que se hallan á su falda.

Entre los demás espositores que presentaron paisajes, figuran en primer lugar los señores Belmonte y Sanchez Blanco.

El cuadro del señor Belmonte, se recomienda por algunos detalles, y aunque es amanerado en los terrenos, y presenta un mal celaje, sin embargo, se ven unos árboles orillas del agua, que están á la izquierda del espectador, que indican que este jóven artista podrá, gracias á un constante estudio del natural, levantarse á cierta altura. El señor Sanchez Blanco, de quien se ven bastantes estudios en virtud de los cuales no puede juzgársele con acierto, presentó tambien un boceto, que merece fijemos en él la atencion. Es un estudio en donde se ven unas cuantas lavanderas francesas que están lavando. Desde luego puede decirse que está en carácter, y que este cuadro vale seguramente por todos los demás que ha presentado, pues se ve en él su buena ejecucion, su color es bastante bueno, y se nota que está hecho con valentía y franqueza.

Discípulos del señor Haes, los señores Araujo y Criado, presentaron asimismo algunos paises, en donde se ve un deseo constante de imitar á su maestro, y seguir ciegamente su ejemplo. No sabemos hasta qué punto pueda esto serles útil, pero sí podemos asegurar desde luego, que los paises presentados por estos dos jóvenes artistas, hacen demasiado duros, y que no están exentos de otros defectos, que deseamos que con el tiempo y el estudio logren hacer desaparecer de las obras que presenten en lo sucesivo.

IX.

Fue el reinado de la virtuosa reina doña Isabel la Católica, fecundo en grandes y gloriosas acciones. No hay una página de su noble historia en que no se encuentre escrito un rasgo de su magnánimo corazon, ó no se reseñe un acontecimiento glorioso, para la nacion española, y por eso en los tiempos en que los artistas rebuscan en nuestra historia hechos y sucesos que puedan dar asunto para sus cuadros, pocos reinados como el de los Reyes Católicos se hallan tan á propósito para satisfacer sus deseos. Sin salir de esta Esposicion, hemos visto que en aquel reinado, en que los moriscos fueron lanzados á los ásperos riscos de la frontera africana, en que Colon descubrió para España un Nuevo Mundo, en que Gonzalo de Córdoba conquistó el reino de Nápoles y echó los cimientos de nuestro poder en Italia, buscaron muchos de nuestros espositores asuntos para sus cuadros.

Ya es el señor Manzano que nos presenta á los Reyes Católicos dando audiencia pública para poder asi administrar verdadera justicia á sus vasallos; ya el señor Valldeperas, que nos da á conocer á aquella virtuosa reina visitando en Loja los heridos cristianos y consolándolos con presentes y con cariñosas palabras.

Logró el señor Valldeperas presentarnos una obra superior en mérito artístico á la que de él hemos visto en la pasada esposicion. De mas empeño esta última, se conoce que el autor ha pugnado por estudiar los tipos, y que en efecto logró algo de lo que se habia propuesto, una vez que las figuras están medianamente agrupadas. En todo el cuadro, cuyo grabado se publica en este número, se ve que el señor Valldeperas ha estudiado bastante el asunto, que hay verdad en los trajes, y que si es cierto que su cuadro no puede decirse hijo de la inspiracion, lo es sin duda alguna de un constante estudio y de un acertado conocimiento del arte. Puede en verdad acusársele de haber presentado un cuadro algun tanto frio, y en donde el dibujo no es todo lo correcto que fuera de desear, pero esto no obsta para que cuando un jóven alcanza los adelantos que el señor Valldeperas, debamos fiar que en adelante sabrá huir de los mil escollos en que suelen fracasar algunos artistas, pues repetimos, que hay grande diferencia entre el cuadro de *Susana en el baño* que presentó en la Esposicion pasada y el de que acabamos de ocuparnos.

Un cuadro que por el asunto que le dió vida, llamó constantemente la atencion de la muchedumbre, fue el del señor Esquivel que representa un episodio de la guerra de Africa. Nada en verdad para cautivar la atencion del público como este cuadro. La muda y dolorosa escena que presentaba á la vista, llegaba á lo mas íntimo de nuestro corazon y hé aquí por qué este cuadro compartió con algunos otros de superior mérito, el privilegio, de atraer hacia si todas las miradas. El pensamiento no pudo en verdad ser mejor escogido, y el cuadro en general está algo sentido, en particular la figura de la madre. Es en verdad amanerado de color, pero tiene jugo y se ve práctica. Las figuras son algo débiles, la de la criada está bastante descuidada, y la del asistente no se halla en carácter, pues sin salir de su tipo podia en verdad el señor Esquivel darle toda la grandeza que quisiera. El cuadro en general hace frio, y es lástima porque el pensamiento es inmejorable y el señor Esquivel ha dado pruebas, en su desempeño, de que es un jóven artista de quien debemos esperar algo para en adelante.

Entre los diversos cuadros de género que se ven en el salon de la Trinidad, se cuentan los de los señores Martinez Espinosa, García (Hispaleto), Acevedo, Soriano, Murillo y otros de quienes tenemos que ocuparnos con la brevedad y rapidez que exige la índole de este trabajo.

El señor Martinez Espinosa presentó tres cuadritos, entre los cuales sobresale el marcado con el núm. 161, que está bastante bien ejecutado y los tipos se hallan tan marcados que se conocen y están en carácter. El que titula *Una plaza de un pueblo de Castilla* tiene buenas luces y mejor ejecucion que la *Fiesta en una aldea de Galicia*, que tiene á su vez bastante verdad. Lo mismo sucede en el cuadro del señor García (Hispaleto) que representa una lavandera que baja al rio seguida de un muchacho. El tipo de la lavandera está bien espresado, y aunque el cuadro no hace composicion y es un poco débil de claro oscuro, su color es bastante bueno lo mismo que el dibujo. Esta última cualidad se nota tambien en el cuadro del señor Acevedo, cuyo asunto no se prestaba en verdad á mas de lo que hizo su autor, y por lo mismo no nos detenemos en su exámen.

Del señor Soriano Murillo existen tambien tres cuadros, uno que representa *Una noche en Posilipo* y dos retratos. En el primer cuadro quiso sin duda presentar un efecto de luz, pero no ha conseguido mas que hacer demasiado encendidas las figuras, por lo cual y por los tonos que les puso, hace el cuadro demasiado duro. En el dibujo no estuvo tampoco mas acertado, como puede verse en las dos figuras que componen el cuadro y en especial en los piés del pescador que están completamente desdibujados. Entre sus retratos, el marcado con el número 217, tiene una cabeza bonita, y aunque el fondo es demasiado duro, la mano y el brazo izquierdo están bastante bien tocados.

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48 y 49.

RELACION DE LOS PREMIOS ADJUDICADOS

Y PROPUESTOS POR EL JURADO DE LA ESPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES.

SECCION DE PINTURA.

Premios de primera clase.

Don Antonio Gisbert, los comuneros Padilla, Bravo y Maldonado en el cadalso, número 108 del catálogo.

Don José Casado, últimos momentos de Fernando II el Emplazado, núm. 38 del catálogo.

Don Cárlos Haes, un país, recuerdos de Andalucía, costa del Mediterráneo junto á Torremolinos, núm. 119 del catálogo.

Don Dionisio Fierros, una romería en las cercanías de Santiago, núm. 72 del catálogo.

Don Pablo Gonzalvo, vista del crucero de la catedral de Toledo, núm. 323 del catálogo.

Premios de segunda clase.

Don Francisco Sanz, libertad é independencia, número 238 del catálogo.

Don Victor Manzano, los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel en el acto de administrar justicia, número 152 del catálogo.

Don German Hernandez, retrato de cuerpo entero de la señorita doña L. G. B., núm. 123 del catálogo.

Don Ramon Martí y Alsina, un país, núm. 327 del catálogo.

Don Benito Mercadé, las hermanas de la caridad, número 175 del catálogo.

Don Francisco Hernandez Tomé, interior de la iglesia de San Isidro el Real de Madrid, núm. 250 del catálogo.

Premios de tercera clase.

Don Ignacio Suarez Llanos, una escena de la tia fingida, núm. 148 del catálogo.

Don Cárlos María Esquivel, el asistente de un oficial muerto en la última guerra de Africa se presenta á la madre y hermana de este para entregarles el equipaje, número 60 del catálogo.

Don Mariano Belmonte, un país, composicion de varios estudios hechos por el natural en la Real Casa de Campo, núm. 16 del catálogo.

Don Martin Rico, un país, núm. 214 del catálogo.

Don José Roldan, una misa, núm. 226 del catálogo.

Don José Diaz Valera, la primera entrevista, núm. 47 del catálogo.

Don Francisco Javier Parcerisa, esterior de la catedral de Búrgos, núm. 196 del catálogo.

Don Mariano Roca, ovejas sesteando en una junquera extramuros de la puerta de Atocha, núm. 220 del catálogo.

Don Dióscoro Teófilo Puebla, episodio de una bacanal, número 210 del catálogo.

Don José Mirabeut y Gatell, un grupo de peonías, número 180 del catálogo.

Don Leon Choquet, la sacra familia, copia de Barroccio (porcelana), núm. 46 del catálogo.

ESCULTURA Y GRABADO EN HUECO.

Premio de primera clase.

No ha habido propuesta.

Premios de segunda clase.

Don José Bellver, el descendimiento de la Cruz, relieve en yeso, núm. 264 del catálogo.

Don Eugenio Duque, el cardenal Jimenez de Cisneros, núm. 266 del catálogo.

Premios de tercera clase.

Don Eduardo Fernandez Pescador, retrato de S. M. la reina, grabado en hueco, núm. 267 del catálogo.

Don Felipe Moratilla, sacrificio de Isaac, relieve en yeso, núm. 273 del catálogo.

Don Juan Figueras, israelita acometido por una culebra, estátua en yeso, núm. 270 del catálogo.

GRABADO Y LITOGRAFIA.

Premio de primera clase.

No ha habido propuesta.

Premios de segunda clase.

Don Domingo Martinez, silleria del coro de la catedral de Toledo, dibujo de Vallejo, grabado en acero, número 291 del catálogo.

Premios de tercera clase.

Don José Severini, grabados en madera, núm. 300 del catálogo.

Don José Pi y Margall, detalles del salon de la casa de Mesa en Toledo, grabado en acero, núm. 295 del catálogo.

ARQUITECTURA.

Premio de primera clase.

No ha habido propuesta.

Premio de segunda clase.

Don Luis Cabello y Asso, proyecto de un cuartel-hospital para dos mil inválidos, núm. 304 del catálogo.

Premios de tercera clase.

Don Francisco Daniel Molina, iglesia recientemente construida é inaugurada en el pueblo de Canet de Mar, provincia de Gerona, núm. 307 del catálogo.

Don Nicomedes Mendivil, columnas y entablamentos del llamado Grecostasis (templo de Minerva, Júpiter Stator Curia) en el foro romano, en su estado actual, número 306 del catálogo.

No hacemos relacion de las menciones honoríficas.

Cuando sepamos los cuadros que se han vendido lo publicaremos con el nombre de los que los han adquirido.

LA GALVANOPLASTIA.

En el corto espacio de tiempo transcurrido desde que Volta ofreció al mundo científico el aparato que habia de inmortalizar su nombre y cambiar el rumbo de las ciencias físicas, la electricidad ha dado ocupacion constante en todos los paises á los hombres que se dedican al estudio de la naturaleza. Nada tiene de estraño por tanto que los descubrimientos se sucedan unos á otros sin interrupcion, ni que se trabaje incesantemente con la esperanza de hallar nuevos prodigios en el agente eléctrico, cuando las maravillas alcanzadas hasta el dia han sobrepujado á cuanto pudiera haber soñado la imaginacion mas arrebatada. Entre estas maravillas, que hubieran dejado absortos á los físicos de los siglos anteriores, se halla la galvanoplastia, aplicacion feliz de la electricidad, que consiste en precipitar por medio de la pila un metal disuelto en un líquido sobre un objeto dado.

La galvanoplastia está fundada en el principio siguiente: Si ponemos en comunicacion los polos de una pila eléctrica con ciertas sales metálicas en estado de disolucion, el metal se aglomera sobre el polo negativo, y el ácido y el oxígeno del óxido van al polo positivo. Asi, pues, el sulfato de cobre sometido á la accion de la pila, se descompone dirigiéndose el cobre al polo negativo, y el oxígeno y el ácido sulfúrico al polo positivo. Y esta aglomeracion se verifica con tal igualdad y delicadeza, que si colocamos al estremo del polo negativo una medalla, un grabado ú otro objeto cualquiera, obtendremos una reproduccion exacta del original con los detalles mas minuciosos, pero de una manera inversa; es decir, una imágen cóncava si es convexo el original que ha servido de molde y vice-versa. Tomemos por ejemplo un grabado en acero, coloquémosle en una disolucion de sulfato ó nitrato de cobre y en comunicacion con el polo negativo de una pila, y veremos que tan luego como queda establecida la corriente eléctrica, principian á depositarse partículas de cobre sobre el grabado formando una capa sumamente delgada que va engrosando progresivamente. Cuando esta capa tiene bastante espesor para no romperse, se separa con cuidado, y se obtiene una imágen inversa del original, la cual sometida nuevamente á la accion de la pila dará otro grabado de cobre idéntico al de acero. Para evitar esta doble operacion que en determinados casos podria causar deterioro en el objeto que ha de reproducirse, se emplean moldes de cera, yeso, lacre ó de cualquiera otra sustancia capaz de tomar con exactitud la forma del modelo. Tambien se usan con ventaja sobre estos moldes los de gelatina y guta-percha. Tanto uno como otro de estos dos cuerpos se ablandan con el calor, y aplicados con la presion necesaria al objeto que se ha de reproducir, traducen con minuciosa exactitud todos sus detalles. La guta-percha es indudablemente el cuerpo mas á propósito para esta clase de operaciones, y desde que se ha aplicado á la confeccion de los moldes, ha hecho la galvanoplastia notables adelantos. Hecho el molde no hay mas que introducirle en la disolucion, cubriéndole préviamente con una capa de plombagina en polvo ó lapiz plomo, para hacerle buen conductor de la electricidad, sin cuya circunstancia no se verificaria la precipitacion del cobre sobre él, y dejarle en dicha disolucion por espacio de uno ó dos dias, al cabo de los cuales habrá quedado terminada la operacion.

Este modo de reproducir los objetos en que se sustituye el trabajo lento y silencioso de la electricidad al del fundidor, al del grabador, al del escultor, y al de otra multitud de artistas é industriales, está llamado á producir una revolucion completa en el arte de preparar los metales. La pila eléctrica por tanto no es ya un aparato de laboratorio, sino un instrumento de taller que promete compartir con los trabajadores la parte mas penosa de sus fatigas, y con los artistas los trabajos mas delicados de sus obras. De hoy mas podremos obtener en metal todas las copias que se quieran de las obras maestras en escultura con una perfeccion admirable, asi como la fotografía nos las proporciona en las del arte de la pintura; con lo cual á la vez que se generaliza la posesion de tan estimadas obras, es menos sensible la pérdida ó el deterioro de los originales.

Los aparatos que se emplean en las operaciones galvanoplásticas son de dos clases, el simple y el compuesto. El aparato simple, representado en la figura 1.ª, consiste en un vaso de vidrio *A* donde se pone el molde *B* y la disolucion salina del metal que se ha de emplear, el sulfato de cobre por ejemplo; dentro de este vaso se coloca otro de porcelana *C*, cuyo fondo está formado por una vejiga *D*, y que contiene agua con ácido sulfúrico y una barra de zinc *E* que está en contacto con un alambre de cobre que sale fuera del líquido, y comunica por medio del tornillo *F* con el alambre que va unido al molde. Tan pronto como el tornillo toca al alambre *G*, el ácido sulfúrico ataca al zinc, y se desarrolla una corriente eléctrica que descompone el sulfato de cobre, y se va aglomerando el metal sobre el molde *B*, produciendo al cabo de dos ó tres dias una imágen inversa, pero con tal delicadeza que quedan en ella perfectamente marcados los detalles mas minuciosos del original. A medida que el cobre va separándose de la disolucion para aglomerarse sobre el molde, hay que ir echando en el vaso *A*, para que la operacion se verifique con regularidad, nuevos cristales de sulfato de cobre.

El aparato compuesto, que es el que hoy se usa generalmente, se compone de dos partes (figura 2.ª); 1.ª la pila *A* que puede constar de un solo par, como indica la figura, ó de dos ó mas, segun la intensidad que se quiera dar á la corriente eléctrica; y 2.ª el depósito de la disolucion del metal *B*. La pila nada ofrece de particular, y consiste en uno ó mas elementos de Bunsen ó Daniel, aunque parecen preferibles los de este último, porque producen una corriente mas constante. El depósito en que está contenida la disolucion de cobre, por ejemplo, es un cajon de madera con un barniz aislador ó una capa de resina. Encima de este depósito hay dos barras de laton *C* y *D*, con las cuales se ponen en comunicacion los dos polos de la pila *P* y *N*. En la barra á que está unido el polo negativo *N*, están colgados sin tocar al fondo los objetos que han de cubrirse de cobre, y en la otra que comunica con el polo positivo *P*, hay una plancha *E* de cobre que se va disolviendo en el líquido á medida que los objetos de la barra *C* van robando á la disolucion el cobre disuelto en ella. La plancha debe ser de oro, plata, zinc, etc., si la disolucion es de cualquiera de estos metales respectivamente; y de todos modos se irá disolviendo en el líquido mas ó menos, segun la aglomeracion del metal sobre los objetos que se quieren dorar, platear, cobrear, etc., sea mayor ó menor.

Aunque Volta habia observado que muchos cuerpos compuestos sometidos á la accion de su pila se descomponian, y que si el compuesto contenia algun metal, este se aglomeraba en el polo negativo de la pila, no pudo figurarse que tal fenómeno por estraño que le pareciese, pudiera dar orígen á aplicaciones importantes, tanto mas cuanto que el metal no presentaba sus caracteres ordinarios. Brugnatelli, que ayudaba á Volta en sus esperimentos, llegó á dorar algunos objetos de plata, conservando al oro su brillo; pero su descubrimiento quedó casi ignorado, y ademas los físicos, á cuya noticia llegó, no fijaron la atencion en él por no comprender la trascendencia de este nuevo principio. Tampoco conocieron su importancia los famosos físicos Daniel, ni De la Rive, que, á pesar de haber notado el fenómeno de la aglomeracion de moléculas en el polo negativo de la pila y la fidelidad con que se reproducen las desigualdades de la plancha de cobre de los elementos de Daniel, no imaginaron siquiera las aplicaciones que podian darse á aquel fenómeno á cuya observacion se dedicaban con tanto afan. Hasta 1837 nadie habló de galvanoplastia, si bien la electro-quimia, ó sea el estudio de la composicion y descomposicion de los cuerpos por medio de la electricidad, ocupaba á todos los hombres eminentes en ciencias físicas. En aquel año el ruso Jacobi y el inglés Spencer descubrieron, el uno en Dorpat y el otro en Liverpool, y sin tener el uno noticia de los esperimentos del otro, el hecho capital de la galvanoplastia. En 1838 presentó Jacobi un trabajo de este género á la Academia de ciencias de San Petersburgo, y el emperador le proporcionó los fondos necesarios para proseguir sus estudios. Spencer por la misma época llegó á obtener medallas que se confundian con las acuñadas. Desde entonces se ha trabajado constantemente en descubrir qué materia seria la mas á propósito para la confeccion de moldes, porque de ellos dependian los adelantos de la galvanoplastia, y la guta-percha ha venido á satisfacer las exigencias de los mas escrupulosos en esta clase de operaciones. La guta-percha permite dar á los moldes una limpieza de perfiles muy superior á la cera, al yeso, y á la gelatina, y en tal concepto es preferible en las obras delicadas, sin que por eso dejen de ser útiles en determinados casos las demás sustancias. Tales son los instrumentos y tal la historia sucinta de esta nueva industria: pasemos ahora á dar una ligera idea de las aplicaciones que hasta ahora se le han dado.

Las estátuas y bustos de todos tamaños se reproducen por medio de la galvanoplastia, sirviéndose de un molde de yeso, de gelatina ó guta-percha, tomado en el modelo, y poniendo el molde, dividido en varias partes, dentro de una disolucion metálica. Cuando los diferentes trozos, préviamente bañados de plombagina por el lado de adentro, han tomado una capa de metal mas ó menos gruesa, se sacan de la disolucion y se sueldan unos á otros para formar la estátua. Como estas junturas suelen ser visibles, si bien algunas veces no es posible descubrirlas, se están haciendo en el dia grandes esfuerzos para obtener estátuas y bustos de una sola pieza, y aun se dice que el francés Mr. Lenoir ha encontrado ya el medio de formarlas.

De la misma manera pueden multiplicarse esos bajo-relieves que son la parte mas rica de algunos museos, y que honran á las naciones que los poseen.



Desde que la galvanoplastia reproduce con tan admirable perfeccion estas obras del arte, no es necesario recorrer todos los paises de Europa para conocer esos tipos de belleza que dan idea exacta de las sucesivas civilizaciones. Podemos tener en nuestras propias casas la Diana cazadora, el Apolo Lycio, la Venus de Milo, el Fauno del Capitolio, el Mercurio del Vaticano, y en una palabra, cuantas obras han salido de manos del hombre para representar á los dioses y divinizar á los héroes. Asimismo podemos adquirir á un precio sumamente barato copia de los bajo-relieves mas estimados de que nos hablan Visconti, Zoega, Bouillon y otros, lo cual tiene la ventaja de difundir por todas partes el gusto y el conocimiento del arte, haciendo menos sensible la pérdida ó el deterioro de los originales. ¡Cuántas obras de este género poseeríamos, ya originales, ya en copia, si la galvanoplastia hubiese nacido en los tiempos florecientes de Grecia y Roma! Segun Plinio, solo Atenas poseia tres mil estátuas y otras tantas Olimpia; Delfos dos mil á pesar de los saqueos que habia sufrido la ciudad; Corinto cuatro mil; Roma tenia todas sus calles llenas de estátuas; Tarento y Rodas poseian tambien un gran número ademas de sus colosos; y en resúmen llegaron á treinta mil las estátuas de Grecia, el Asia Menor y Roma. Hoy casi nada queda de tanta riqueza: es seguro que de todas estas obras apenas se conservan cincuenta en los museos.

Otra de las primeras aplicaciones que se ha dado á la galvanoplastia es la reproduccion de medallas, objeto grandioso que lleva consigo el conocimiento de los trajes, utensilios, monumentos y sucesos notables de todas épocas. La numismática ha hecho en la edad moderna grandes servicios á la historia, á la geografía, á las artes y á la mitología, pero los hubiera hecho mucho mayores aun si fuesen mas numerosas las colecciones de medallas. Estas colecciones son ordinariamente propiedad de los reyes, de los Estados ó de los particulares opulentos, porque solo á ellos es dado adquirirlas, y de aquí la imposibilidad de que el sabio pueda dedicarse á su estudio en el retiro de su gabinete. La galvanoplastia está llamada á vencer estos inconvenientes y dia llegará en que multiplique los ejemplares indefinidamente y el comercio difunda por todas partes esta especie de libros impresos en una tipografía de nuevo género.

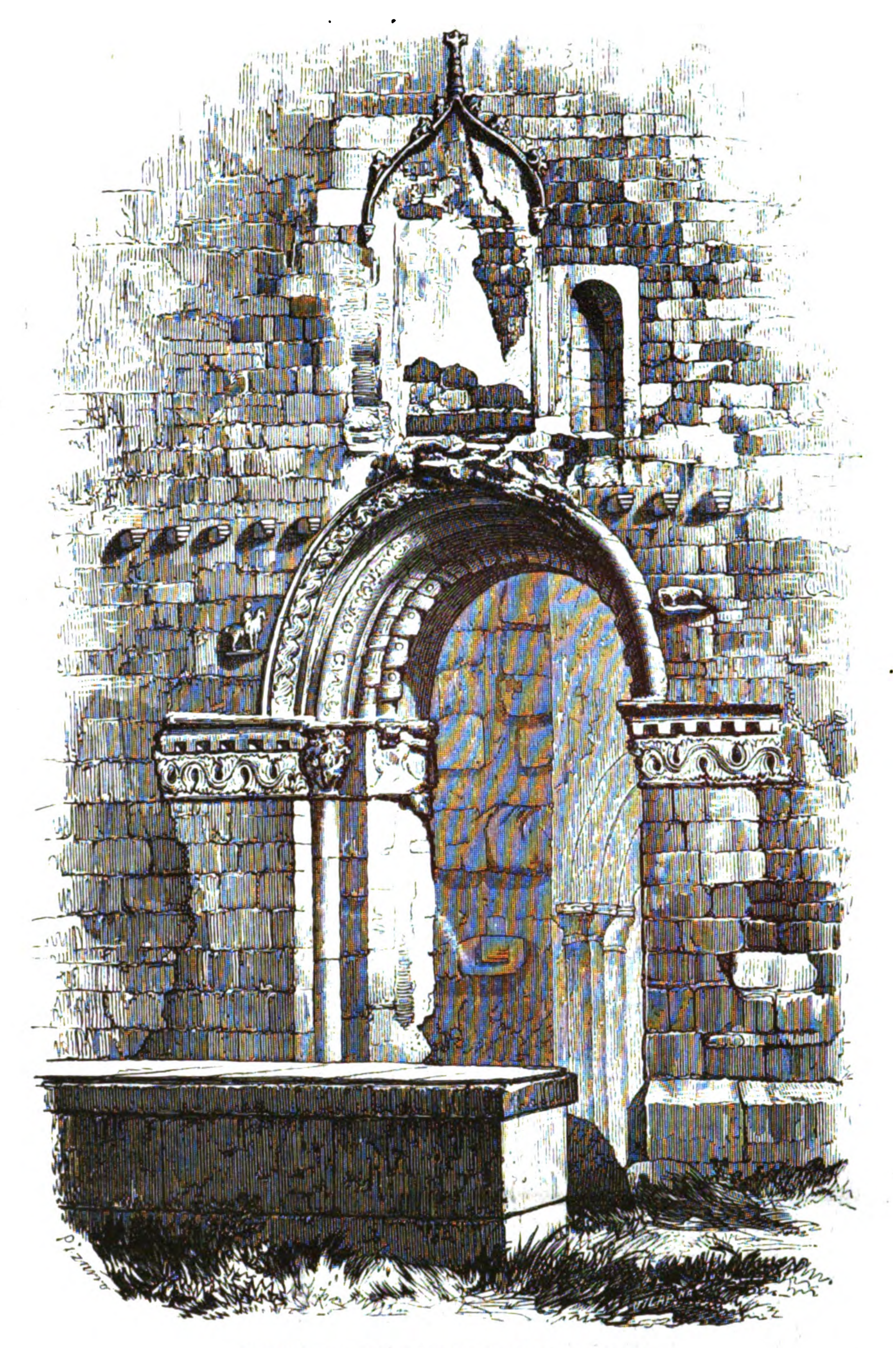


ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—DOÑA ISABEL LA CATÓLICA VISITA EN LOJA Á LOS HERIDOS Y ENFERMOS.—CUADRO DE DON EUSEBIO VALLDEPERAS, ADQUIRIDO POR SS. MM.

La imprenta tambien tiene mucho que esperar de la galvanoplastia. Si bien esta no es aplicable á la reproduccion de los caracteres ordinarios, porque por medio de la fundicion se obtienen á precios sumamente módicos, hay otros caractéres que fundidos costarian muy caros, y que la galvanoplastia suministra por la tercera ó la cuarta parte de su valor; y esto sucede siempre que las matrices de las letras exigen gran delicadeza ó mucho trabajo. Los caracteres chinos, hebreos, fenicios, etc.; los escudos de armas, las viñetas, los grabados en acero, cobre ó madera y todo lo que está destinado á imprimir, se reproduce por aquel medio con estraordinaria delicadeza y sorprendente baratura. Sabido es que todas estas planchas, aunque sean de cobre ó de acero, se gastan con el uso y no producen sino cierto número de grabados perfectos, porque los últimos carecen de la limpieza que ostentan los primeros; y como una obra delicada, en que el artista ha agotado su habilidad, no puede ser copiada exactamente ni aun por el mismo artista, tiene que llegar dia en que se pierdan todos los ejemplares de aquella obra sin que quede rastro de su existencia. La galvanoplastia nos proporciona el medio de reproducir las planchas indefinidamente, en términos de confundirse los grabados impresos con el original y los obtenidos con las planchas reproducidas. Hay diferentes medios de multiplicar las planchas segun la delicadeza y la clase del grabado. Unos se sirven de los moldes de yeso, gelatina, ó guta-perca; otros cubren la plancha original con una capa de cualquier materia grasa y la introducen en el baño de la disolucion metálica, obteniendo asi una contra-prueba, que sometida de nuevo á la accion de la pila en el mismo baño produce planchas idénticas á la primitiva; otros ahuman la plancha á la luz de una vela en vez de servirse de la materia grasa; y otros, en fin, introducen en el baño sin preparacion ninguna obras que llevan consigo muchos años de trabajo, mucha inteligencia y acaso la vida entera de un hombre de talento. Este último medio produce en Alemania admirables resultados, pero en algunos casos podria suceder que formas en un solo cuerpo la plancha original y el metal precipitado sobre ella, y en tal caso desaparecia el trabajo del grabador.

Hasta aquí nos hemos referido especialmente al cobre que es en galvanoplastia el metal por escelencia, porque casi todos los demás ofrecen dificultades que si bien van venciéndose de dia en dia, no permiten darles una aplicacion útil. Sin embargo, el oro y la plata que por su valor han ocupado con mas intensidad la atencion de los físicos, se prestan á varias aplicaciones de grande importancia.—Antes del descubrimiento de la galvanoplastia el dorado de los metales se verificaba por medio del mercurio. Para esto se mezclaba el oro con el mercurio, se aplicaba esta amalgama sobre el objeto que se queria dorar y se colocaba en un horno. Entonces el mercurio se volatilizaba á consecuencia de la elevada temperatura del horno y quedaba el oro en forma de una capa sumamente delgada sobre el objeto. El mismo procedimiento se empleaba para platear los metales; pero ofrecia el inconveniente de ser en estremo perjudicial á la salud de los operarios empleados en él, por las emanaciones mercuriales desprendidas del horno: y aunque Mr. Darcet

consiguió evitar algun tanto en 1818 los malos efectos de aquellas emanaciones, no se consiguió destruir el mal por completo. La galvanoplastia evita tales inconvenientes con la ventaja ademas de la economía. Para dorar un objeto de plata, cobre, laton, hierro, etc., no hay mas que introducirle en un baño de cloruro doble de oro y de potasio disuelto en cianuro de potasio ó de cualquiera de las varias combinaciones que se emplean en los establecimientos galvanoplásticos, dejándole en él hasta que la capa de oro tenga el grueso que se desea, y que puede ser tan ténue, que es imposible formar otra igual por los medios mecánicos á pesar de la perfeccion con que se trabajan en el dia las láminas de oro. Despues de sacar el objeto del baño se lava con agua clara, se enjuga y queda terminada la operacion. Lo mismo habrá de hacerse cuando se quiera platear, cobrear, platinar, broncear, etc., cualquier objeto. Así, pues, una estátua de yeso puede tener el mismo aspecto que si fuese de cobre ó de bronce; los objetos de hierro ó acero tales como los cuchillos, los instrumentos de laboratorio, los de cirujía, las armas, las armaduras de los anteojos y otra multitud que sería interminable enumerar, reciben el dorado con suma facilidad y economía; el platino en forma de capas delgadas sobre las cápsulas de los laboratorios químicos, sobre las joyas, sobre las piezas de los relojes y sobre todo objeto construido con metales oxidables ó sulfurables, ejerce una accion preservadora de gran importancia. No es menos importante para la arquitectura y las artes la aplicacion del zinc sobre el hierro. Los clavos y barras de este metal, que se usan en las construcciones, se oxidan rápidamente, con especialidad si están á la intemperie ó en un paraje húmedo, pierden su tenacidad y por consecuencia dejan á los edificios sin la solidez que están destinados á darles. Tal oxidacion queda evitada solo con cubrirlos de una capa de zinc, lo mismo que la de las verjas, balaustradas, estátuas de hierro fundido, mejor que con la pintura al óleo que exige frecuentes renovaciones.



MONSERRAT.—PORTADA DE LA ANTIGUA IGLESIA.

Como motivos de arte y para manifestar la delicadeza de la capa metálica que se obtiene por medio de la galvanoplastia han cubierto algunos con oro ó plata las flores y plantas, las conchas, los animales, las frutas y otra multitud de objetos que presentan un aspecto en estremo agradable. Entre otras cosas de este género hemos visto un cangrejo dorado que reunia á la perfeccion propia de la naturaleza el brillo que los plateros dan á sus obras y se dudaba si era natural ó fundido.

La plata ha sido siempre el metal destinado especialmente para las obras maestras, y es seguro que con él se han construido mayor número que con todos los demás juntos. Todos los reyes y emperadores del mundo han tenido vajillas y otros objetos de su uso particular fabricados por los artistas mas hábiles de su tiempo, pero como eran de plata maciza, se deshacian de ellos para atender á sus necesidades ó los mandaban fundir para convertirlos en moneda. De aquí que no existan en el dia ninguna de aquellas alhajas y que de las existentes ninguna cuenta apenas mas de un siglo. Así, pues, con relacion al arte, conviene que sean huecas como las construye la galvanoplastia, en atencion á que la economía que resulta de la diferencia de este metal precioso, los pondrá al alcance de mayor número de personas y podrán perpetuarse las obras maestras. Pueden construirse tambien las vajillas con cualquier otro metal, de cobre galvanoplástico, por ejemplo, y cubrirlas luego con una capa de oro ó de plata.

Las dimensiones que debemos dar á este artículo nos han impedido entrar en minuciosos detalles acerca de esta nueva industria y terminaremos diciendo que todas las operaciones de la galvanoplastia exigen una práctica constante y una atencion esmerada hácia las circunstancias mas favorables, para obtener el resultado que se busca. La intensidad de la pila, la temperatura del baño y su grado de saturacion, así como la magnitud relativa del molde y de la plancha de metal son circunstancias que solo la observacion puede medir y que no están aun determinadas por la ciencia. Así, por ejemplo, si la corriente de la pila es débil, el metal precipitado ó depositado será blando hasta el punto de poderse cortar con un cuchillo; si la corriente es mas fuerte, el depósito será mas duro; y si pasa de este límite, será quebradizo. No pasará, sin embargo, mucho tiempo sin que la ciencia nos dé fórmulas precisas para verificar con exactitud estas operaciones evitando los inconvenientes que hemos apuntado y otros que ahora se ofrecen; porque la naturaleza no puede menos de responder con benevolencia á los constantes afanes que el hombre emplea en su estudio.

Por último y para que vean nuestros lectores hasta donde pueden llevarse las aplicaciones de la galvanoplastia indicaremos que Mr. Oudry presentó en la Exposicion de París en 1855 un modelo de buque cuyo casco estaba cubierto esteriormente de una capa de cobre, y que se espera en breve hacer lo mismo con las embarcaciones destinadas al mar. Por mas gigantesco que parezca tal proyecto nada tiene de imposible porque lo mismo puede obtenerse un depósito metálico en un juguete que en un navío.

¿Quién habia de decir que habiendo principiado la invencion que nos ocupa de una manera tan modesta habia de tener con el tiempo aspiraciones tan colosales!

* * *

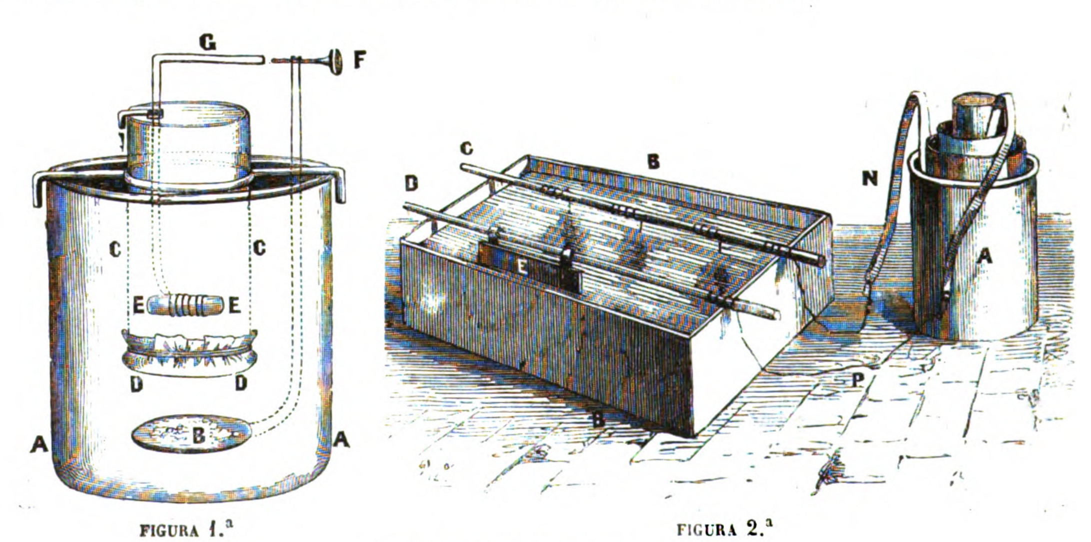


FIGURA 1.ª FIGURA 2.ª

APARATOS DE GALVANOPLASTIA.

EL AVE FENIX (1).

ARTÍCULO SEGUNDO.

Apariciones del Fenix.—Propósitos de Heliogábalo sobre dicha ave.—Patria del Fenix.—Su ligereza.—Su alimentacion.—El Fenix no enferma.—Su longevidad.—Su nido.—Su muerte.—Su renacimiento.—Su solicitud por las cenizas de su padre.

Parecia natural que ave tan diestra y minuciosamente descrita, ya que no fuese muy comun, siquiera dejára verse con alguna frecuencia. Pero, ¡singular rareza! ninguno de los autores clásicos que hablan de ella, la vió jamás por sus propios ojos, como que ni el mismo Heródoto, que es el mas antiguo, la conoció mas que de pincel. Con todo, afirma la autorizada pluma de Tácito que cuatro veces apareció el Fénix en los tiempos antiguos; y como desde Tácito acá, autor alguno que sepamos ha consignado otra nueva aparicion, es de presumir que tan solo cuatro veces han gozado los mortales de la presencia de ave tan peregrina. Mas ¿cómo pese á tal esquivez pudieran pintores y poetas sacar tan fieles trasuntos? ¿Dónde, ni cuando, emprendieron las delicadas observaciones acerca de sus costumbres? Arcanos son estos que merecen respeto, ya que plumas mas doctas que la nuestra no se atrevieron á calarlos. Dejémoslos, pues, envueltos en el misterio, conforme se hablan y, á un lado comentarios, veamos de desentrañar la mision que pudiera tener el Fénix cada una de las veces que se ostentó batiendo gallardo el viento con sus alas de esmeraldas y rubíes.

Siempre fue el Egipto el país predilecto de las escursiones del Fénix, y casi siempre tambien su aparicion recuerda una época gloriosa del pueblo que asentó sus

(1) Véase el número 47.

moradas en las fértiles llanuras que el Nilo baña y azota el Mar Rojo. Aparece por vez primera en tiempo del gran Sesostris cuya grandeza puede equipararse á la de los reyes que mas nombradía supieron conquistar. Ganoso de gloria aquel monarca, estendió su imperio del Ganges al Danubio, y si tal vez no hizo sentir á Europa el peso de sus armas vencedoras, débese sin duda á que poco aliciente habian de ofrecer á su ambicion unas regiones en aquella época incultas y salvajes. Vuelto á Menfis, cubierto de gloria y cargado de ricas preseas, se hizo amar de sus súbditos por su justicia y moderacion, asi como antes su osadía y pericia militar le habian hecho temido de príncipes y soberanos. Si grande fue en la guerra, no menos lo fue en la paz. Erigió templos á los dioses, que tan propicios le eran, construyó grandes vias que facilitaban las comunicaciones, abrió magníficos canales que, ademas de prevenir las inundaciones, eran otras tantas nuevas vias de circulacion, ordenó la administracion, y en una palabra elevó el Egipto á su mayor grado de prosperidad y pujanza. Nada tiene, pues de estraño que el Fénix visitase al gran Sesostris, porque si este era el rey de los reyes, aquel es el ave de las aves mal que le pese al águila.

Segunda vez torna á aparecer en el reinado de Amasis. Gloriosa fue aquella época, porque glorioso será en todos tiempos sacudir el yugo de la esclavitud. Como Tiro y Jerusalen y la Palestina toda, hubo Egipto de someterse á las armas de Nabucodonosor, quien delegó su autoridad en Amasis; pero este, aprovechándose de las guerras que en Oriente promovia el genio belicoso y conquistador de Ciro, se declaró independiente del poder de los babilonios. Tuvo el Egipto en Amasis un rey dotado de gran prudencia y que le hizo florecer. Por vez tercera se muestra el Fénix á los egipcios cuando corria su edad de oro ó sea durante los reinados de los tres primeros Ptolomeos. El tercero, llamado Evergetes, conquistador de la Siria, Fenicia y Babilonia, se hizo idolatrar de sus súbditos por sus bellísimas dotes á las cuales debió sin duda la honra de que el Fénix le hiciese una de sus rarisimas visitas. Por fin, la cuarta y última vez que se vió ave tan graciosa fue en el reinado de Tiberio. Mas que de pláceme al Egipto hubo de ser visita de desconsuelo y desolacion por verle rendido á los piés de un emperador romano tan indigno como Tiberio cuya muerte se celebró en Roma con públicos regocijos.

Hay quien pretende que el Fénix tambien se manifestó cuando la fundacion de Constantinopla; y hay quien habla de otra venida en tiempo de Claudio. Todo es posible por mas que ignoremos el fundamento de ambas aseveraciones. Constantinopla asentada sobre siete colinas á orillas del Bósforo bien merecia la presencia del Fénix, porque si hoy la vemos abatida y moribunda, un tiempo fue la capital de un grande imperio y no hace muchos siglos que de ella salieron los ejércitos muslimanes que mandados por Mahomet II sembraron el terror y la consternacion por la Europa central. Tampoco nos sorprenderia que se la hubiese visto durante el imperio de Claudio, de no menos ominosa memoria que Tiberio. Porque fue Claudio el esposo de la impúdica Mesalina, de la insolente mujer que tuvo la audacia de celebrar sacrílegas nupcias en vida de su esposo, repudiándole en cierto modo; porque fue el emperador que contrajo enlace, para los romanos incestuoso, con su sobrina; y porque fue en fin el padre adoptivo de Neron.

De todos modos siempre han sido muy raras las apariciones del Fénix como lo prueba la circunstancia de que habiendo ofrecido Heliogábalo mil libras de oro por él, pues deseaba presentarlo en uno de sus espléndidos festines, no hubo quien le viera ni pudiese cazar. Tan absurdo capricho bien merecia el castigo que los dioses le impusieron, castigo digno del monstruo que, entregado á una vergonzosa demencia, no hubo humillacion que no hiciese sufrir á sus menguados súbditos. Sobrecogido de terror á la noticia de que se habian sublevado las cohortes pretorianas, fué á refugiarse dentro de una inmunda cloaca donde halló infame y merecida muerte cual correspondia á su execrable reinado.

Si tan avaro de su presencia es el Fénix, disculpa tienen los autores que disienten en punto á su patria. Dánle unos la India y otros la Arcadia; quién pretende que vive en Asiria, y quién en la Etiopia. Véase á este último propósito una carta que se dice escrita por un rey etiope al Sumo Pontífice, carta que Sebastian Munstero estampó en su *Cosmografia*, y que traducida es como sigue: «Se cria en mis dominios el Fénix, ave que vive trescientos años. Cuando ya ve cercana su muerte, levanta su vuelo hasta el sol y al bajar se encierra en su nido que inflamándose se convierte muy pronto en pavesas á la par que su habitadora. Pero de sus cenizas se engendra en breve un gusano, el cual, á la vuelta de varias metamórfosis, se trasforma en otro Fénix.» Algunos autores aseguran que si bien se encuentra viva en Etiopía, lo cierto es que se halla muerta en Egipto; otros se limitan á consignar que mora en el Oriente, y Antifanes, en Ateneo, dice que en Heliópolis nace el Fénix y en Atenas la lechuza. Tampoco ha faltado un Libanio, elocuentísimo sofista griego, que deseando poner término á tal divergencia de opiniones, da por cierto que no tiene habitacion fija y determinada, sino que vuela por todo el mundo, sin pararse en campos ni ciudades. ¡De seguro que volará muy alto cuando nadie acierta á divisarla! Sin embargo, la realidad del caso es que los autores de mas nota, que son tambien los que mayor crédito merecen, insisten una y otra vez en que Arabia es la patria del Fénix. Véase lo que dice Torcuato Tasso:

Diretro ad essi apparvero i cultori
De l'Arabia Petrea e la Felice,
Ove rinace la immortal fenice.

Tambien Ariosto participa de la misma opinion, pues esclama:

Ven per l'Arabia che detta felice
Rica de mirra, cinamomo, incienso
Che per su alvergo l'unica fenice
Eleto l'ha de tutto il mondo immenso.

Y sin necesidad de acudir á poetas estranjeros, en los nuestros encontraremos abundoso arsenal de citas. Dice Góngora en el estilo á que dió nombre:

La aromática selva penetrante
Que al pájaro de Arabia (cuyo vuelo
Arco alado es del cielo)
No corvo, mas tendido,
Pira le erige, y le construye nido.

Concuerda Mendoza con el parecer de Góngora en la comedia «Querer por solo querer.»

Nueva Fénix de Arabia, mas famosa
Que el peregrino pájaro, que ufano
En esperanzas y en cenizas yace,
Muere en memorias y en estragos nace.

Tan solo Juan de Mena disiente, mas no por esto son menos respetables sus palabras:

Ví de Eúfrates al Mediterráneo
A Palestina y Fenicia la bella
Dicha del Fénix que se criaba en ella,
O quizás del Fénix de Cadmo hermano.

Por nuestra parte opinamos con la mayoría, es decir, creemos que Arabia es la patria del Fénix, sin dar por eso por destituidas de fundamento las demás opiniones. Hasta abrigamos ciertas dudas en punto á si será ó no verdad la de Libanio, pues se sabe de positivo que el vuelo del Fénix es ligerísimo, pues anualmente por junio ó julio iba de los bosques de Arabia á Heliópolis, ciudad de Egipto, donde la superstition gentílica habia levantado un templo al Sol. Tal ligereza bien era de congeturar atendida la índole de su alimentacion que, no menos que la patria, trae divididos á los historiadores. Pero al través de encontrados pareceres se destaca la verdad cual del choque salta la luz. Es la opinion mas comun que el Fénix se mantiene del rocío y del viento; pero San Epifanio no le da mas comida que el viento; Ovidio le concede por manjares lágrimas de incienso y jugo del amomo; Plinio, mas generoso, le nutre con dátiles; sustentale Claudiano con el calor del sol y el céfiro; Lactancio le alimenta con el rocío que al amanecer queda entre las flores; y para colmo de discrepancia tiene por seguro el senador Manilio que nadie hasta ahora le ha visto comer, lo cual no es del todo inverosimil. Nuestro buen don José Pellicer en su «*Fénix*» se esfuerza en demostrar que es muy posible que dicha ave se nutra del aire y del rocío, estendiéndose al efecto en una serie de prolijos razonamientos que fuera enojoso reproducir. Basta para nuestro inten o apuntar que se funda en hechos tan verídicos como los de vivir del rocío las cigarras y del aire los camaleones, y con esto solo es ya de sospechar la solidez de las consecuencias finales.

Con tan diáfanos y sutiles alimentos es consiguiente una vida sana y robusta sin enfermedades ni dolencias que á cada instante la pongan en peligro. A bien que deben influir en ella la circunstancia de nunca disfrutar de los placeres del amor, que tanto enervan y consumen por poco que de ellos se abuse, y la de poseer menos hiel que las demás aves, pues nadie ignora que fue la hiel simbolo de vida, así como la miel lo fue de muerte. Estas mismas poderosísimas razones abonan la larga vida de ave tan misteriosa. Dánle los mas de sus historiadores quinientos años de vida, no pocos mil, y los demás, aunque discrepan entre si, ninguno le concede menos de tres siglos. Amigos sinceros de la verdad histórica, desechamos por sobra de exageracion el parecer de Claudiano que iguala sus años á la eternidad de los dioses y á la inmortalidad de las estrellas. Tambien relegamos al olvido, por poco satisfactorias, las razones que Opiano y Lactancio alegan para esplicar la larga existencia del Fénix. Es pueril suponer que la debe á que los hombres no la persiguen con armas ni astucias conforme indica el primero; y menos cuadra todavía la opinion del segundo que la atribuye á la benigna temperatura de la Arabia.

Pero, sea cual fuere la razon de su larga vida, y prolónguese esta centenares ó millares de años, es lo cierto que tambien la hilan las inexorables Parcas y que llega un dia en que la corta la insensible Atropos. Si, tambien el Fénix muere aunque medien en su muerte tamaños prodigios que bien pudieran calificarse de increibles maravillas á no confirmarlo todos los autores. Refiérese, pues, que apenas la debilidad de su vista, la torpeza de su vuelo y cierto malestar interior le advierten que está cercano el fin de sus dias, fabrica un nido con las sustancias aromáticas que coge en el Libáno. Con la mirra, el nardo y el incienso se mezclan el cinamomo, el acanto y el bálsamo; tambien hay quien asegura que lo construye con hojas preciosas y ramas felices; y por fin tampoco faltan flores, segun un sensato escritor. Alguna discordancia se nota acerca del sitio donde va á nidificar, pues mientras suponen unos que en Panchaia (Arabia), otros pretenden que en Egipto, y los mas se callan juiciosamente. Mas lo cierto y positivo es que anida en la cima de un árbol corpulento acerca de cuya naturaleza, algo mas enterados nos hallaríamos á no ser por el abandono en que tenian los antiguos todo lo referente á las ciencias naturales. Sin embargo, léese en el «*Reloj de Principes*», de don Antonio de Guevara, que estando el emperador Marco Aurelio para espirar mandó á su secretario Panucio que le trajese una caja de tres piés de ancho y dos de largo engastada de ébano y marfil: tenia en un lado esculpido á Júpiter, en otro á Venus y dentro á Marte y Diana juntamente con instrucciones de buen gobierno. Las tablas de la caja eran de madera color de sangre del árbol de Arabia donde se anida el Fénix; y del mismo modo que este es único, único es tambien el dicho árbol que se cree pueda ser alguna especie rara de palmera.

Cual acontece siempre en los graves debates, divididos andan los pareceres en lo que concierne á los sucesos posteriores. En efecto, mientras dan unos por sentado que el Fénix entra en su nido y que ya sea con su canto, ya por el batir de sus alas, ya por la accion de los rayos solares inflama los aromáticos combustibles reduciéndose á cenizas juntamente con ellos; sostienen otros que el sacerdote de Heliópolis dispone los sarmientos y que el Fénix no entra en su nido hasta que ya le va consumiendo la voracidad de las llamas. No nos atreveremos á llevar la contraria de autoridades tan respetables como San Pedro Damiano, San Agustin, San Gerónimo, San Epifanio y otras de no menos nota que son los mantenedores de una ú otra opinion, pero sí se nos permitirá maravillarnos de ver envueltos en nimias y ociosas discusiones á tan graves autores sagrados.

Lástima fuera que para siempre se perdiese ave tan singular, y por eso la próbida naturaleza quiso hacerla renacer de sus propias cenizas. Cuenta, pues, San Pedro Damiano, y con el los demás escritores, asi sagrados como profanos, que al dia siguiente á la muerte del Fénix sale el sacerdote de Heliópolis á revolver las cenizas entre las cuales descubre un gusanillo no menos diminuto que oloroso; al segundo dia el gusano se halla ya trasformado en una avecilla casi implume, y al tercero ya se ostenta el nuevo Fénix en toda su espléndida arrogancia. Pudiera ya cernerse por la inmensidad de los espacios cual su progenitora, pero retiénenla los deberes filiales, para el Fénix muy sagrados. Forma, pues, un huevo de mirra, le ahueca, y rellenándole con las cenizas de su padre, suelda con mirra la abertura que queda. Con carga tan preciosa se dirige entonces á las corrientes del caudaloso Nilo

De cuanta surca el aire acompañada
Monarquía canora

segun la espresion de Góngora, ó en términos mas lisos y llanos seguida de una gran comitiva de avecillas cantoras. Llega á Heliópolis por junio ó julio (al decir de San Gerónimo) y á las nuevas de su arribo, sale á recibirle el gran sacerdote para hacerse cargo del cadáver. Hecha la entrega saluda el Fénix al sacerdote y regresa á su patria.

Digásenos ahora si por ventura cabe mas riqueza de invencion en la vida de animal alguno.

José Monlau.

PENSAMIENTOS.

En la vida *del emperador Commodo,* dice D. Juan de Zabaleta, escritor del siglo XVII hablando de los reyes:

Muchos hombres hay que en los tiempos festivos del año representan una comedia para entretenerse; el que hace en ella el papel del rey, es rey solo para holgarse. El príncipe que no cuida con su obligacion toma el papel por entretenimiento.

Los reyes no han de dejar llegar á sí gente ínfima, porque cuando no son muerte son enfermedad. Al corazon no llega sangre que no sea pura porque peligraria gravemente en ella.

No escusan los reyes algunos ratos de conversacion con unos hombres humildes que llaman truhanes, porque no tienen otros con quien burlarse, ni fuera razon burlarse con otros. En los libros de las casas de los reyes de Castilla tienen estos hombres que por oficio los entretienen asiento de locos. Discretísimo asiento.

De la manera que no hay ninguno tan hambriento que coma veneno, ninguno hay tan necesitado que se ponga á cosa á que tiene oposicion natural porque la mira ó como tósigo de la estimacion ó como peligro inevitable de la vida.



Claro está que el príncipe que se entretiene en mandar un carro no queda carretero; pero queda caracterizado de baja inclinacion; deja hecha una probanza de que si no fuera rey, fuera hombre ordinario.

El rey ha de procurar obrar en todo de tal arte, que haga creer que si no hubiera nacido rey, fuera sin razon de los Astros que no lo fuera.

Asi como ciertos mendigos viven á espensas de sus llagas, ciertos hombres esplotan todo, hasta el desprecio.

Chateaubriand.

Las personas honradas lloran muchas veces á la misma hora en que se regocijan los seres perversos; asi pues, el mismo momento ve llevar á cabo una accion virtuosa y otra criminal. El vicio y la virtud son un hermano y una hermana, pues han sido engendrados por el hombre: Abel y Cain eran hijos de un mismo padre.

Chateaubriand.

Una pasion dominante apaga todas las demás en nuestro corazon, bien asi como el sol hace desaparecer los astros al resplandor de sus rayos.

• *Chateaubriand.*

El que padece por Dios tiene la ventaja de hallarse siempre dispuesto á su última hora: ventaja no concedida a todos los desgraciados.

Chateaubriand.

La sencillez procede del corazon, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo asi que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Chateaubriand.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Chateaubriand.

RECUERDOS DE UNA ESTACION

EN LOS MARES INDO-CHINOS.

EL PUERTO DE SHANG-HAI Y LOS CHINOS DEL NORTE.

I.

Hace nueve años, en noviembre de 1851, en una de mis visitas á la capital del vecino imperio, la casualidad que tan frecuentemente proporciona relaciones en los viajes, sobre todo en Paris, en esa moderna Babilonia, donde van á confluir para confundirse en una, todas las razas; todas las nacionalidades, y aun podria decirse, todas las individualidades del mundo civilizado, determinando una masa informe si se quiere, y hetereogénea en su esencia, pero compacta, respetable y magnífica siempre para el que la contempla; en aquel mare magnum, digo, de gente y de confusion, deparóme mi buena estrella el conocimiento y amistad de Mr.... capitan de navío de la marina de guerra, sugeto apreciabilísimo, asi por la proverbial amabilidad de su carácter, fino trato y relevantes prendas personales, cuanto por sus vastos conocimientos y superior instruccion, no solamente en la marina, si que tambien en casi todos los demas del dominio humano, que en gran parte poseia, en mayor ó menor escala. Las simpatías que desde luego nos unieron, las vivísimas que tenia por España; el ser yo español; la permanencia en un mismo hotel, á cuya mesa redonda asistiamos ambos diariamente, y la favorable circunstancia de pasar reunidos al calor de la chimenea, muchas de las largas y pesadas noches del invierno, que la pereza no nos dejaba ir ni aun al teatro, me proporcionaron ratos de solaz tan amenos como instructivos, y que no olvidaré nunca. En efecto, en estas noches de hastío Mr.... entre sorbo y sorbo de rico té de la China, que él mismo preparaba, nos relataba la historia de sus viajes, curiosa y entretenida por demás, á mí y á otros varios amigos y compañeros de posada, escuchándole todos con la mayor atencion, mientras le acompañábamos tambien á apurar cada cual su taza de lo que él llamaba su *nectar de la China*.

Entre las varias descripciones que Mr.... nos hizo de sus distintos viajes á los mares indo-chinos, escitó muy particularmente mi atencion, la referente á su estancia en *Shang-ahi*, puerto de los mas importantes de aquel archipiélago, de la cual tomé varios apuntes, y que voy á relatar con la exactitud posible á la fidelidad de mi memoria, de la que no me es dado responder, sin embargo, sobre todo despues de pasados tantos años.

El 1.° de enero de 1849 decia Mr.... salimos de Macao á bordo de la corbeta la *Bayonnaisse*, á visitar los puertos que habian abierto al comercio europeo los últimos tratados concluidos con el Celeste Imperio. Despues de una travesía de veinte y un dias echamos las áncoras en el *Yang-tse-kiang*, á la entrada del Wampou, que baña á cinco leguas de su embocadura, los muros de la ciudad de *Shang-hai* —El Yang-tse-kiang, que nace en las montañas de la Tartaria Tibetana, no conserva su nombre en todo el grande trayecto que recorren sus aguas, sino que le varía tomando uno distinto, segun las márgenes que baña, asi que, en el espacio que serpea entre las gargantas del Thibet, se le denomina, *Kin-cha-kiang*, ó rio de las arenas de oro:—*Tu-kiang*, ó gran rio, cuando sus aguas atraviesan magestuosamente tres provincias chinas; y *Yang-tse-kiang*, ó hijo del Océano, á su desembocadura en la mar.—La isla de—Tsung-ming,—á cuya altura se habia detenido nuestra corbeta, divide en dos brazos distintos la gran embocadura del rio, siendo ella, asi como la gran planicie pantanosa cuyas laderas seguíamos, bancos donde estuvimos á punto de estrellarnos muchas veces—lo mismo que los terrenos adyacentes—consecuencia de los aluviones recientes del Yang-tse-kiang—la obra de algunos siglos, para sus aguas cenagosas.—Indudablemente el Missisipi y el rio de las Amazonas, tienen mas estension en su cúrso; pero puede asegurarse que el Yang-tse-kiang, es el mayor rio conocido por su profundidad y volúmen de sus aguas;—baste decir que muchos navíos de línea ingleses han llegado á remontarlo mas allá de Nan-king, y que veinte y cuatro horas de viento favorable, habrian bastado para llevar á la *Bayonnaise* hasta los muros de esta antiquísima ciudad, que en 1842 respetó la moderacion de los vencedores Desgraciadamente nosotros no teniamos tampoco autorizacion para emprender este viaje: las órdenes del ministro se habian limitado á colocar nuestras columnas de Hércules en *Shang-hai*.

El 22 de enero, al amanecer nos preparamos aprovechando la marea, á penetrar en la embocadura del Wampou, rio profundo tambien y de corriente rápida, que viene, no lejos del pueblecito de Wossung, á desaguar en Yang-tse-kiang.—La naturaleza ha tratado á los marinos chinos como á sus hijos predilectos y mimados,—ahorrándoles inmensos esfuerzos y sacrificios con su ingeniosa y maternal solicitud.—En efecto, en las costas del Celeste Imperio, la brisa se presenta dos veces en el año, con la misma oportunidad que si de propósito viniera á secundar las necesidades del comercio, y las solas ondas son las encargadas de arrastrar sus pesados juncos ó barcos de trasporte, hasta encontrar las corrientes de los rios.—Imposible es entonces, mirar sin interés, la industria y actividad que desarrollan aquellas informes máquinas, para aprovechar la marea favorable.—Desde que la brisa se deja sentir, empiezan á chillar las garruchas y cabrestantes que ayudan malamente á desplegar su pesado velámen de esparto ó paja, y entonces lánzanse todos en cerrado escuadron, sin temor á los choques y abordajes, merced á los grandes rollos de heno que cuidan de colocar en toda la estension de la borda, entregándose á la corriente y dejándose ir con la mayor sangre fria por aquella pendiente, capaz de producir vértigos á los mismos *Sampans* de los *bárbaros*; (1) una alta baliza colocada en la playa, entre dos mástiles encarnados, insignia del mandarin á cuyo cargo está la navegacion del rio, indica la direccion que debe tomarse para entrar en el Wampou; asi que, izadas nuestras velas, fuimos á colocarnos en la alineacion general, y bien pronto, llevados por la marea y aspirados si puede decirse asi, por la rapidez de la corriente, dimos á todo trapo en el paso, viniendo á echar el ancla en medio de los infinitos—*receiving-ships* y de los *clippers* ingleses y americanos, que han establecido su estacion en frente de la villa de Wossung.—

Aquí tuvimos que detenernos un dia entero; el viento era contrario y el reflujo iba á suceder á la pleamar; desde nuestra llegada al Yang-tse-kiang no cesaba de caer continuamente una lluvia menuda y fria como el hielo, que envolvia el rio y la campiña en un crespon negro, dándole un aspecto tan lúgubre, que nunca nuestros ojos habian contemplado cuadro mas triste y sombrío.—Los capitanes de los *recei-ving-ships*, ontre las que habia fondeado la *Bayonnaisse* segun queda dicho, contrarestando el viento y la lluvia felizmente se apresuraron á venir á ofrecernos sus servicios, y á la verdad que gracias á sus ofertas, que aceptamos gustosos, debimos que se nos hicieran mas ligeras las horas de aquel desagradable dia.—

Estos oficiales tienen bajo su custodia las bodegas de sus buques atestadas de cajas de opio y barras de plata; estando prontos siempre á defender sus tesoros de los ataques de los piratas indígenas, con cuyo objeto tienen constantemente coronadas sus bordas, de cañones de bronce, haciéndolas asi inabordables á la codicia de los ladrones del pais, por mas que con todos sus medios de defensa no pudieran ni medio resistirse, caso necesario, contra el menor ataque del buque de guerra europeo mas insignificante; tal es su pésima construccion, y mala organizacion naval. La proteccion del gobierno chino, por mas que los *recei-ving-shisp* se empleen en un comercio ilícito y surquen aguas no comprendidas en los límites asignados al comercio estranjero, debiera garantir sobre todo en caso de guerra, sus ricos cargamentos, de los ataques del enemigo; pero los ingleses que hace mucho tiempo han echado por tierra todos los principios del derecho marítimo, han mostrado siempre tan poco respeto á la inviolabilidad del territorio neutral, especialmente en las costas de la China, que en 1813 se apoderaron de un buque americano, en el mismo rio de Canton.—¿Por qué razon nuestros cruceros y los de los Estados-Unidos habrian de ser mas escrupulosos que los británicos?

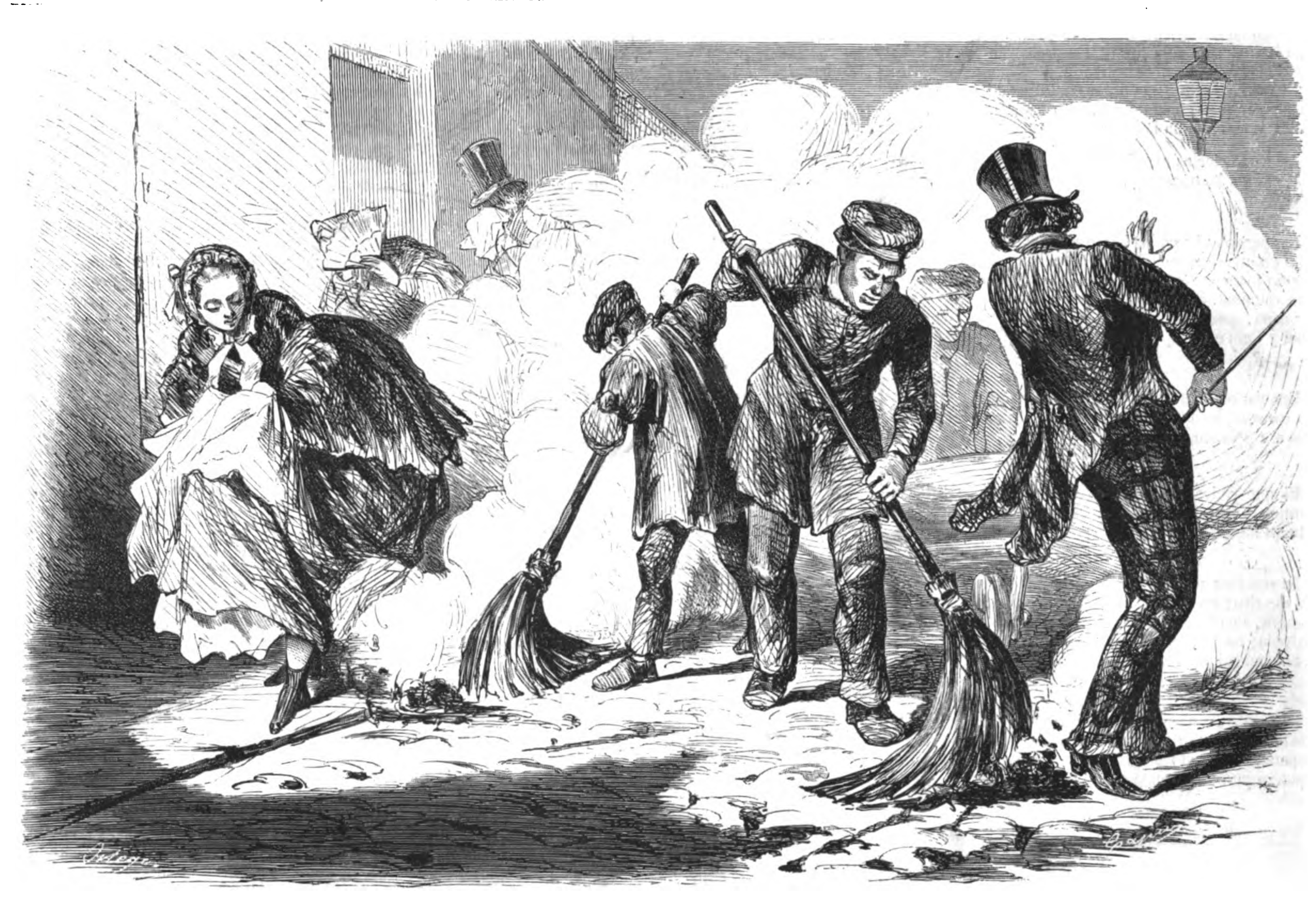
La estacion del opio en Wossung, es la mas importante de la China,—despues de la de Cuen-sing-moun establecida á algunas millas del puerto de Macao,—para atender á las demandas de la provincia de Canton.—Los puertos de Lou-koug, cerca de la gran isla de Chou-sau, de Namoa en las fronteras de Qouang-tong, de Chimmo, en las costas de Fo kien de Fou-tchon fou y de Amoz, no son mas que estaciones secundarias.—No baja de 7.000,000 de francos la suma que importa el opio vendido de contrabando á estos depósitos, por la *recei-ving-ships*—de Wossung, y de Cum-sing-monug; seria necesario penetrarse bien de las lecciones de Vatel ó de Martins, y ser mas versados que lo son generalmente los oficiales de marina, en las delicadas cuestiones del derecho de gentes, para resistir á la tentacion de echar su cuarto á espadas, como se dice vulgarmente, en este beneficioso juego.—

Nuestra llegada se sabia ya en Shang-hai; asi que la misma tarde que arribamos, nuestro cónsul, Mr. de Montigny insensible á las quejas de sus conductores, desdeñando la lluvia que le azotaba el rostro, y el mal estado del camino, movido en tales términos con las aguas, que se enterraban los piés hasta el tobillo, logró sin embargo llegar á Wossung, acompañado de su jóven y hábil intérprete, Mr. Kleiskowsky; metidos desde muy temprano en sus cajas de bambú, nuestros intrépidos viajeros, tuvieron la fortuna de encontrar próxima al desembarcadero, la canoa de un *recei-ving-ships*, que los transportó á bordo de nuestra corbeta —Grande fue la alegría que el bueno de Mr. de Montigny esperimentó al verse entre sus compatriotas;—pocas personas han conservado tanto como este escelente sugeto, ese amor de su pais, ese culto apasionado, esa entusiasta admiracion, que hace cincuenta años, todo francés hacia gala de profesar á su patria.—Hombre de semejante temple, podia desembarcar, sin peligro no digo en las costas de China, sino en la tierra de los Lotofagos; asi que ni el destierro de Shang-hai, ni las cenagosas orillas del Wampou habian podido borrar de su memoria la idea de aquella hermosa Francia, que no habia dejado sino con la esperanza de servirla asi mejor.—Obligado por los caprichos de la suerte, á abandonar la carrera de las armas, despues de haber combatido valerosamente por la independencia de la Grecia, Mr. de Montigny entró en su nueva carrera con el mismo vigor y decision, que le habian valido, en las filas de los helenos, la estimacion y afecto del general Fabrier.—Nombrado cónsul en Shang-hai, llegó á aquel puerto en noviembre de 1847 en un buque mercante inglés, encontrándose en dicho puerto—que jamás habia sido visitado por ningun otro barco francés que por la corbeta *L'Alcméne*,—con el cónsul de su magestad británica, favorecido por la alta consideracion que no podian menos de darle los grandes intereses que representaba, el brillo de las victorias recientemente alcanzadas, y el fastuoso aparato desplegado al establecer el consulado, cuyo entretenimiento cuesta á la Gran Bretaña, cerca de 100,000 francos al año.—Cualquiera otro que no hubiera sido Mr. de Montigny, se habria acobardado al aspecto de aquella superioridad de posicion; pero el nuevo cónsul de Francia habia formado parte de la espedicion de Mr. de Lagrené;—habia seguido con un vivo interés el curso de las negociaciones, por las que se habian arrancado á la córte de Peking, sus primeras promesas de tolerancia religiosa; se consideraba enviado á Shang-hai, no solo para proteger allí á los súbditos franceses,—si es que habia alguno establecido en aquellos puertos,—si que tambien destinado á echar allí la semilla de ulteriores transacciones, única base en su concepto, de la que podian surgir la conquista moral del pais, y la seguridad de nuestra influencia en él, para el porvenir.—Penetrado de la importancia de su mision y exaltado por esas grandes esperanzas, propias únicamente de las naturalezas vigorosas y de las almas esforzadas, Mr. de Montigny se propuso neutralizar la visible preponderancia del cónsul inglés, procurando siempre y en todas ocasiones, marchar y sostenerse á su misma altura.—Verdad es que ni disponia de la fuerza necesaria para hacerse temer, ni del fausto y pompa suficiente para alucinar: no contaba mas que con el temple particular de su carácter, con su actividad, y con el nombre de la Francia, casi ignorado del todo en el Norte de la China, haciendo tan buen uso de este nombre y del de Mr. de Forth-Rouen —que cual otra espada de Dámocles, estaba constantemente suspendida sobre la cabeza del desgraciado *Taou-tai* (1)—que al cabo de algunos meses, nuestro cónsul, desembarcado en el muelle de Shang-hai por una mala canoa estranjera, hacia temblar á las autoridades chinas, exigia para Francia la concesion de un terreno tan vasto como el conce-

(1) En ciertos puntos de las costas de China, la marea tiene una violencia poco comun.—En 1841, faltó muy poco á un *Steamer* inglés, para ser arrastrado por la corriente hasta el fondo del golfo, en cuyas orillas se encuentra la capital de Che-Kiang, opulenta ciudad de Haug-Tho-Fou, á pesar del esfuerzo de toda su máquina, del auxilio de sus velas hinchadas por una fuerte brisa, y del de una áncora de serviola, arrojada al agua para moderar el movimiento.—El capitan inglés Colluison opina que en estos casos, la velocidad de la marea pasa de once millas por hora.

(1) Con este nombre designan á la primera autoridad de Shang-hai.





A todo el que madruga, Dios le ayuda:
Que madrugue en Madrid si hay quien lo duda.

dido á la comunidad inglesa, y patrocinaba, haciéndolas respetar, á las misiones católicas, en las dos provincias del Kiang-nan y del Che-kiang. La aparicion de la *Bayonnaise*, en las aguas del Wampou, y la presencia del ministro de Francia á bordo de nuestra corbeta, no podian menos de asegurar mas y mas los resultados obtenidos ya por Mr. de Montigny, cuya alegría al vernos, era doblemente viva y sincera con este motivo.

Por nuestra parte, quisimos demostrar igual actividad, y al dia siguiente, aunque el viento no cesó de sernos contrario, aprovechamos la subida de la marea, para avanzar en el rio.—Esta vez aparejamos sin desplegar una vela, deslizándonos por entre los juncos chinos, cuyos débiles costados de bambú rozábamos de vez en cuando, sin levar apenas nuestras áncoras, que llevábamos suspendidas rozando casi con las arenas del fondo, soltándolas solo cuando nos veíamos precisados á detenernos para dejar lugar á algun *sampan* obstinado que se nos ponia al paso, que recogiera su cable y nos le dejara franco.—No obstante tuvimos necesidad de esperar á la pleamar, para salvar una barra interior que atraviesa el rio un poco mas abajo de Wossung;—durante esta parada inevitable cambió el viento, y á las dos de la tarde volvimos á aparejar de nuevo, marchando rio arriba por medio de un nublado de velas.—No es posible imaginarse golpe de vista mas monótono que el que presentan aquellos inmensos aluviones entre los que se pierde el sinuoso curso de este rio.—La comarque y las orillas del Charente inferior, son pintorescas y risueñas al lado de estos terrenos cenagosos, que no ofrecen á la vista del espectador sino una estension ilimitada.—La colinilla de Montmartre, situada en estas planicies, seria un Himalaya —si, ricas en mieses de toda especie, aquellas fértiles campiñas, no careciesen sin embargo de toda clase de árboles, sin encontrarse en ellas el menor accidente en el terreno, constituyendo asi la tierra prometida á los ojos del labriego, y el caos, la nada, para el alma del poeta.

El sol se habia puesto ya, despues de haber recorrido las infinitas vueltas y revueltas del Wampou, cuando surcábamos las aguas de Shang-hai, en donde dimos fondo á algunos metros de distancia de sus muros:—agrupados á lo largo de aquellos altos y seguros muelles, veíanse los primeros y principales edificios de la ciudad europea, tales como la Cancillería Británica, el Consulado de los Estados Unidos, y las suntuosas residencias de los negociantes ingleses y americanos; á nuestra espalda elevábanse las humildes techumbres del barrio de la poblacion indígena, dominadas por el pabellon del Consulado de Francia, y un tanto ocultos por los altos diques de los buques de Sidney, de New-York y de Liverpool; un poco mas allá y colocados en línea, descubríanse los juncos del *Fokien* y del Shang-Tong, ocupando la orilla izquierda del rio;—al ver aquella multitud de mástiles dibujándose en el sombrío azul del cielo, y la infinidad de banderines y gallardetes que agitaba la brisa dulcemente, parecia la escuadrilla un escuadron de lanceros, aguardando impasible el momento de la carga;—pero bien pronto palideciendo los últimos reflejos del sol poniente, todos los objetos empezaron á confundirse en el horizonte, y la inmensa flotilla no era ya sino una masa indistinta y confusa que desapareció completamente á nuestra vista, con los últimos fulgores del crepúsculo.

Bien hubiéramos querido nosotros reconocer toda la ciudad al dia siguiente, tanto mas, cuanto que no habia en ella ningun recinto reservado que nos impidiese conocer de cerca la existencia de los hijos del Celeste Imperio, y cuando tampoco habia santuario alguno en que estuviese prohibido entrar á los europeos, como nos habia sucedido en Canton; pero las rigurosas leyes de la etiqueta hubieron de encadenar nuestra libertad y la de Mr. de Forth-Ronen nuestro comandante, á quien por mucho que contrariasen tan impertinentes fórmulas, no podia prescindir de ellas, ni dejar de observarlas en toda la integridad debida á la vida oficial;—asi que obligados á cubrir con nuestros uniformes, á la manera de un manto vivo, el cuerpo del representante del pueblo francés, en aquellas remotas regiones, tuvimos que torturar nuestra impaciencia, durante veinte y cuatro horas mas, pagando á tan poca costa, el honor de haber conducido á Shang-hai, el sucesor de Mr. de Lagrené.

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Labra mientras el perezoso duerme, y tendrás trigo para vender y guardar.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.

HISTORIA

EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 51. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos a 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 16 DE DICIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



La gran noticia de esta última semana es la de la entrada de los aliados en Pekin. La espedicion se componia de seis mil hombres: la ciudad tendrá un par de millones de habitantes: el emperador y el ejército tártaro, han huido: los comisarios inglés y francés se han instalado tal vez en el palacio del hijo del Sol, y dominan desde allí todo el Celeste Imperio. Nos congratulábamos de este resultado, que ciertamente no esperábamos que se realizase con tan pocos obstáculos. Las regiones inmensas del Asia central quedarán abiertas al comercio y á la civilizacion de Europa. Es verdad que siempre las razas que pueblan aquellos paises nos mirarán con ojos atravesados; pero la gran conquista de ponerles los ojos derechos, si no es superior á nuestras fuerzas, depende por lo menos del tiempo y del cruzamiento de las castas. Los ingleses han hecho maravillas con los animales, y los holandeses con las flores: los sabios de uno y otro país podrán decirnos cuántas generaciones podrán trascurrir hasta lograr poner los ojos derechos á un chino. Sin embargo, la cosa no es tan fácil como á primera vista parece. Está probado que la raza mas numerosa, aunque conquistada comunica sus carácteres á la raza mas débil en número aunque conquistadora; y seria de ver que en lugar de poner nosotros los ojos derechos á los chinos, fuesen ellos los que nos los pusieran á nosotros torcidos. ¡Gran Dios! ¿quién aguantaria ciertas caras?

El peligro es tanto mas grave cuanto que no solamente la China está abierta de par en par á la Europa sino tambien el Japon que desde hace dos siglos nos estaba cerrado. Hoy todas las naciones europeas menos la España tienen tratados con el Japon, tratados hechos en Yedo, es decir en la misma capital del *ziogun* ó jefe militar del imperio. La última nacion que ha visto abiertos á su comercio los tres puertos principales del Japon ha sido el Portugal, y cuando el Portugal ha sido admitido á comerciar, calcúlese lo que habrán variado las ideas del gobierno japonés, teniendo en cuenta el odio que hace dos siglos inspiraba á aquel gobierno el solo nombre de nuestra hermana gemela.

Pues ahora bien, los japoneses, tienen tambien los ojos de través como los chinos: de manera que el peligro viene por dos lados.

Volviendo á Europa diremos que continúa el sitio de Gaeta con algunas variaciones de cañones por una y otra parte. Todo depende como ya hemos dicho de que plegue á S. M. el emperador de los franceses permitir el ataque por mar. El rey Francisco II, si hemos de juzgar por la nueva protesta que su ministro Casella ha publicado, no las tiene todas consigo y cree que mas tarde ó mas temprano se va á ver obligado á abandonar el recinto de la plaza y retirarse á Roma.

Sobre la venta de Venecia por el Austria no sabemos lo que pasa. Una parte de la prensa estranjera ha dicho que siguen activamente las negociaciones para la cesion de su territorio á la Italia, pero la otra parte, y especialmente los periódicos austriacos, desmienten este rumor y dicen que no hay pendiente ninguna negociacion sobre el asunto. De manera que si este año el carnaval fue triste en Venecia júzguese lo que podrá ser el inmediato, entre tanto uniforme austriaco como puebla sus pórticos sus calles y sus canales.

Sigue Napoleon III, al decir de algunos periódicos *liberalizando* la situacion de Francia. Sus últimas disposiciones han sido favorables á la prensa y han anulado todas las advertencias y amonestaciones hechas anteriormente. Sabido es que hasta aquí los periódicos franceses morian á la tercera amonestacion. El gobierno hacia con ellos lo que dicen por acá que hace San Pascual Bailon con sus fieles devotos. Sabido es, y si no se sabe lo diremos para que se sepa, que todos los devotos de San Pascual Bailon tienen el especial privilegio de oir del santo tres palmadas, que son otras tantas advertencias ó amonestaciones que les avisan su próxima muerte para que se preparen dignamente á ella. Al oir la última palmada ya sabe el devoto que solo le quedan tres dias de vida. Tal es el procedimiento que hasta aquí se ha usado con los periódicos en Francia; y aunque este régimen saludable no ha sido abolido todavía, se han dado por no hechas las advertencias, y los devotos periodistas pueden respirar y aun permitirse algun pecadillo venial de cuando en cuando.

En nuestro Congreso continua la discusion de los presupuestos y en el Senado la ley de ascensos militares. Los periódicos adictos al gobierno desmienten el rumor de próxima suspension de las córtes. El gobierno ha acogido con benevolencia las indicaciones hechas en el Congreso por el señor marqués de San Carlos para formar un museo arqueológico y de bellas artes como el que existe en todas las capitales de Europa. Con las riquezas que tenemos esparcidas en varios museos y bibliotecas, habia desde luego para formar uno superior al de Cluny.

La Sociedad de Amigos del País ha dispuesto dar el 23 de enero varios premios en metálico y medallas á la virtud. Las acciones virtuosas no se premian con dinero: esta es una verdad como un templo. Sin embargo, elogiamos el pensamiento de prestar homenage á las buenas acciones, y alabamos la intencion que se han llevado los socios de la Económica. Una buena providencia han adoptado y es que los premios no se pidan por los que crean merecerlos, sino por terceras personas. Si la comision del jurado busca á las personas á quienes debe premiar podrá tener mas acierto que si espera á que ellas vayan ó á que les sean llevadas. Nosotros no hubiéramos dicho que queríamos instituir premios á la virtud; sino que queríamos dar auxilios pecuniarios á los necesitados que los merecieran por alguna accion virtuosa. Si bien se reflexiona sobre esto, se verá que no es lo mismo lo uno que lo otro.

En el teatro del Príncipe se han estrenado el miércoles dos producciones nuevas á beneficio de Mariano Fernandez. La primera es una comedia en tres actos, original de don Emilio Mozo Rosales, con el título de *Entre dos mundos*. Está bien dialogada y tiene algunas escenas chistosas; pero en general es fria y sin interés, de pobre argumento y de desenlace que se prevé desde luego. El autor fue llamado á las tablas, y no dudamos que con el tiempo podrá serlo con justicia, porque descubre dotes bastantes para hacer cosas mejores. La segunda produccion se titula *Adan* y *Eva*; no sabemos quien es su autor: el público no mostró la primera noche deseo de saberlo; sin embargo, no es tan mala como algunos de nuestros colegas han supuesto, aunque no puede llamarse buena.

En la misma noche se estrenó en el teatro de Jovellanos la zarzuela en un acto titulada *Una vieja*, original

de los señores Camprodon, autor del libreto, y Gaztambide, de la música. Tiene escenas bellísimas y piezas de canto que agradaron mucho. La Ramos que hizo el papel de protagonista obtuvo en él grandes aplausos Arderius desempeñó perfectamente su papel y Cubero dejó poco que desear. Tambien ha obtenido grandes aplausos en el Circo otra zarzuela que se titula *Cegar para ver*, aunque los esfuerzos de este teatro para obtener una gran concurrencia no siempre se ven coronados del mejor éxito

Debemos hacer mencion aquí de una grande actriz portuguesa, á quien los periódicos de Lisboa y de Oporto ponen aun por encima de la Ristori. Llámase Emilia de las Nieves (das Neves) y hace algunas noches se presentó en el teatro normal en la tragedia *Judit*, de Giacometti, estrenada en Madrid por la Ristori, y traducida al portugués en Lisboa por Mendez Leal, menor. Dicen nuestros colegas lusitanos que los mayores admiradores de la Emilia quedaron asombrados de la altura á que subió en el desempeño del papel de *Judit*, y esto sin copiar en punto alguno á la distinguida trágica italiana. Aplaudiéronla frenéticamente el rey liberal don Pedro V y el rey artista don Fernando, que asistian á la representacion.

De otro artista notabilísimo nos habla la prensa portuguesa, y es Juan Cayetano dos Santos, á quien llaman el Talma brasileño. Este actor va á hacer una breve escursion á Paris.

Está tambien en Lisboa la compañía de Mr. Price, de la cual se cuenta que ha tenido algunos disgustos con motivo de la hermosura de ciertas artistas. Creemos que Mr Price volverá para el verano á sentar sus reales en la capital de España, porque en ninguna otra parte tiene mas aceptacion que en Madrid.

Pòr esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES (1).

X.

Son los interiores un género de pintura cuyas dificultades, pues las tiene y grandes, no se comprenden generalmente, en toda su estension y por lo mismo no todos les dan aquella importancia á que son acreedores. Convenimos desde luego, en que hay géneros en la pintura, cuya dificultad sobrepuja á todos los demás; géneros en que entrando por mucho la composicion, para su desempeño se necesitan grandes dotes de imaginacion, que al parecer no son tan necesarias á los pintores de floreros, fruteros y bodegones, pero de esto á tenerlos en poco y á no considerarlos como una verdadera rama de la pintura, hay una grande diferencia.

No son ciertamente los interiores, los cuadros para los cuales se necesitan menos dotes de artista; como todo lo que es arte, este género de pintura es difícil, y digno de estima, y por lo mismo conviene que antes de entrar en el exámen de los cuadros que de este género se presentaron en la actual Esposicion, consignemos aquí, cuán apreciables deben ser esta clase de obras, máxime cuando reunen las dotes necesarias para que se las consideren como tales obras de arte. Efectivamente, el pintor de interiores tiene necesidad de sentir la belleza, y saber prestar á lo que reproduzca en el lienzo, algo de aquella poesía de que está siempre revestido el natural. Las pagodas indias, ejemplo vivo de una arquitectura tan gigantesca como la naturaleza que las rodea; las hermosas y severas ruinas griegas, en que siempre se ve el sello que imprimió en todas sus obras aquel pueblo poeta y artista á la vez; el templo bizantino grave y solemne como una religion que empieza; el interior gótico, con su magestuosa sublimidad, hé aquí todo lo que cae bajo el dominio del pintor de interiores. Él tiene que prestar á las ruinas su melancólica tristeza, él, al interior de una iglesia gótica, toda la vaguedad, todo el recogimiento de la oracion cristiana, él, en fin, hacer sentir al espectador la grandeza ó la poesía de lo que presenta en el lienzo.

Pocos en verdad fueron los artistas que en esta Esposicion presentaron interiores, pero hay quien como los señores Tomé y Gonzalvo, nos hicieron ver cuadros ante los cuales es necesario detenerse y examinarlos detalladamente.

Es del primero un interior de la iglesia de *San Isidro el Real de Madrid*, que cautivó desde luego la atencion de los inteligentes por las buenas dotes que reune, pues en verdad que nadie como él supo conservar hasta los mas mínimos detalles, sin descuidar por eso el conjunto, ni destruir su efecto. Buen color, bien concluido, concienzudamente conservada la masa de oscuro, hé aquí las dotes de este cuadro, pudiendo añadirse todavía que su ejecucion nada deja que desear, pues tiene todas las buenas dotes de aquellos interiores que nos dejaron los pintores flamencos, notables siempre por la verdad de los detalles al mismo tiempo que del conjunto. Sin embargo, este cuadro peca de algo frio, y esto se debe sin duda alguna á la mucha luz que le dió su autor, pero a i y todo, merece bien los elogios que le prodigaron cuantos lo examinaron con verdadero conocimiento del arte. Lo mismo sucedió con el del señor Gonzalvo, á quien nadie puede negar sus buenas dotes de pintor de interiores. El interior de la *Catedral de Toledo* con toda su sublime grandeza, con toda su vaga poesía, hé aquí lo que reprodujo en el lienzo este apreciable artista. En su conjunto y en sus detalles nada deja que desear este cuadro, las luces están bien comprendidas, y sus efectos son bastante buenos; lástima que sea algo negro de color, pues esto le hace un tanto pesado, y por lo mismo desmerece algo, cosa que no sucede en el interior presentado por el señor Castro y Ordoño, que aunque inferior en mérito, ha sabido dar mas ligereza y verdad á su copia. Hemos dicho que este interior es inferior en mérito al del señor Gonzalvo; asi lo creemos. Está en carácter es verdad, está bien dispuesta la composicion, pero es algo duro, las luces de la ventana son exageradas, y el color no está envuelto, cosa que le hace parecer un temple. s á su vez de menos valor que este último, el cuadro del señor Kunz que representa el *Interior del templo del Escorial*, pues aunque de buen efecto, y de no mal tino, es lamido de color y parece de un principiante, tan tímida es su ejecucion.

Otro espositor, el señor Parcerisa, presentó dos vistas monumentales, las únicas que se ven en la Esposicion que merecen ciertamente, los elogios de que se hicieron dignas. Ambos cuadros se distinguen por la gran verdad con que está presentado el natural; pero el marcado con el número 196, que representa un esterior de la *Catedral de Burgos* es algo frio, y no tiene tan buen color como el que representa un interior de la sala capitular de un convento de templarios. Las dos vistas están bien en líneas, se ve buen modo de hacer, y se conoce que el artista ha cuidado en estremo de la verdad, y que los ha estudiado bastante.

Como en los *bodegones* no se necesita mas que verdad, y que los objetos presentados estén agrupados con alguna habilidad, hé aquí por qué el presentado por el señor Gimenez Fernandez, merece nuestro sincero parabien, pues ha sabido reunir ambas cualidades, y por eso su cuadro, es en su clase, de lo mejor que se ha presentado en esta Esposicion.

XI.

Hemos hablado ya de la importancia de los cuadros históricos, de su dificultad, del empeño con que nuestros jóvenes pintores se han apresurado á abordar semejantes asuntos, y añadimos entonces, que esto en nuestro modo de ver era prueba palpable de que entre nosotros el arte, empezaba á entrar en su verdadera y legítima senda, y satisfacer por lo mismo las exigencias y necesidades de nuestra época.

Sintético por escelencia, nuestro siglo gusta de ver reunido en las obras de arte, el pensamiento filosófico que se desprenda de los asuntos, á la esmerada ejecucion y á la felicidad en espresar con verdad y poesía, el argumento que les de vida. Quiere y con razon que las obras de arte respondan á las exigencias y necesidades de la época, y no sean como hermosos y pasajeros sonidos, que halagan un momento y nada dejan detrás de sí. Esta verdad la comprendieron bien la mayor parte de los espositores que presentaron en el salon del ministerio de Fomento, cuadros cuyos asuntos estaban tomados de nuestra gloriosa historia.

Uno de ellos, y sin duda de los mas notables, el del señor Sanz titulado *Libertad é independencia*, llamó sobre sí todas las miradas, y compartió, con el del señor Gisbert, la gloria de ser una de las obras de la presente Esposicion.

Efecto de su asunto, este cuadro tiene contra sí, la desgracia de repartir la atencion del espectador, y no concentrarla de golpe en un punto dado, cosa que á haberlo logrado, hubiera sin duda alguna proporcionado á su autor un doble triunfo. Pero si un buen color, si una ejecucion valiente, si un asunto bien espresado, son bastantes dotes para hacer de un cuadro cualquiera una obra de arte, el señor Sanz lo ha logrado, sin duda, en la que estamos examinando. Como detalles los tiene notables, entre ellos el precioso caballo del general Blacke, digno de nuestros grandes pintores, las figuras de la izquierda, que son bastante buenas, lo mismo que las de la derecha, y el grupo de los muchachos tocando el tambor que nada dejan que desear en cuanto á verdad y ejecucion. Puede criticársele, sin embargo, el abandono que se nota á veces en la ejecucion, el que algunas figuras hagan largas, efecto de tener pequeña la cabeza, que en la figura del cura, se vea el maniquí, y que el fondo sea algo duro y se venga encima, defecto que se disculpa algun tanto por la necesidad que debió sentir su autor de cubrirlo de alguna manera y hacer salir las figuras. Pero á pesar de estos pequeños lunares, á pesar de que este cuadro está bosquejado á grandes rasgos, nadie puede negar al señor Sanz que posee dotes de verdadero artista, siendo una prueba evidente de ello, el cuadro de que nos ocupamos, uno de los primeros, que se presentaron en la actual Esposicion. Por ello le felicitamos.

Algunos otros jóvenes presentaron, como hemos dicho ya, cuadros históricos, que si no tuvieron la fortuna de levantarse á la altura de los que exhibieron los señores Sanz, Gisbert y Casado, lograron á pesar de sus lunares, llamar la atencion de las personas inteligentes que vieron en ellos lo necesario para esperar algo para lo adelante, de sus autores, con tal que no desmayen en su aplicacion y en el harto difícil estudio del arte.

Cuéntanse entre ellos á los señores Perea, Ferran y Maureta de cuyos cuadros vamos á ocuparnos, si bien con la brevedad necesaria en un trabajo de la índole del que estamos llevando á cabo. Presentó el primero, un cuadro que representa un asunto de la vida de Felipe II, ese rey tan mal comprendido, como digno á la vez del odio con que le miraron sus contemporáneos. Puede decirse de este cuadro que es algo frio de color y que está sin concluir, pero en cambio su asunto es bastante bueno, comprendiólo el autor y su mediano dibujo compensa en algun modo las demás faltas que se notan en este cuadro, en el cual se ven las buenas dotes artísticas del señor Perea de quien esperamos obras de mas pretensiones, y por lo mismo que den mas á entender lo que es y lo que puede como artista. El cuadro del señor Ferran tiene como el anterior sus buenas condiciones y sus defectos. De mediano color, es nimio en la ejecucion y carece de grandeza. Tampoco el señor Maureta estuvo mas feliz en su cuadro *Doña María Padilla* recibiendo la noticia de la muerte de su esposo, pues si bien se ven buenas disposiciones para el color, en cambio está mal espresado el asunto. A mas altura se presenta este jóven espositor en su otro cuadro que representa *Una señora dando limosna*. Menos desgraciado que en el anterior, la figura de la señora es elegante, el cuadro está bien entonado, y el fondo es bonito, ¡lástima que las manos de ella estén algo abandonadas!

Vamos á concluir, per antes queremos decir algunas palabras no solo acerca de algunos retratos espuestos en el salon de la Trinidad, sino tambien del cuadrito de género del señor Diaz Valera quien ha dado pruebas de que es un jóven artista de quien debe esperars algo. Efectivamente su cuadro que titula *La primera entrevista*, merece que fijemos un momento en él la atencion, y que aunque no sea mas, digamos que está bien dibujado, que las figuras están en carácter y que es bastante delicado su color.

Fueron los retratos los cuadros que mas abundaron en las esposiciones anteriores á la del año de 1856, dando de este modo una triste idea de lo que era entonces el arte en nuestra patria. Afortunadamente, cada esposicion que sucede, los retrato escasean, y no fue ciertamente la actual la que mas ostentó. Los hay sin embargo y vamos á ocuparnos de los presentados por los señores Cortellini y Hernandez.

Presentó el primero un cuadro que al mismo tiempo que de retratos éslo asimismo de composicion, si puede decirse así. Nótase en él á primera vista que el retrato de la señora está bien modelado y estudiado, pero que el del autor que está á la izquierda hace desmerecer la composicion, pues estando delante de un lienzo no se sabe si el retrato está pintado en el lienzo, ó fuera de él. Al señor Hernandez, (don German) ya le conocemos de la pasada Esposicion, y en verdad que sentimos no haya presentado en la actual mas que dos retratos, marcados con los números 123 y 124. Pocas palabras diremos de ellos. Ambos están bien dibujados y hechos con pureza, per ambos tambien son duros en particular en los fondos y además no tienen ambiente cosa que les perjudica en estremo.

***

CAMOENS Y SUS RIMAS. (1)

V.

Acusóse á Camoens, y á nuestro modo de ver injustamente, de no haber comprendido como fuera de desear el género bucólico Confesamos con franqueza que no es esta época la mas á propósito para decidir semejante cuestion, pues con nuevo gusto, con mas tolerancia para las licencias que se toma el poeta, apenas podemos comprender las razones en que se fundarian entusiastas admiradores de Camoens, como Surropita y Faria y Sousa para negarle en el género bucólico la palma que le concedian en los demás géneros. Decian que su estilo demasiado levantado no se avenia á la simplicidad y poética sencillez que debe reinar en la égloga; pero los colectores de la edicion de Hamburgo, que á cada paso citamos, con el merecido respeto, pues ellos limpiaron de multitud de groseros errores las obras del gran poeta, le vindican dignamente de esta censura, y acusan á su vez, á los que siguiendo á Surropita se contentaron con repetir la acusacion de este último, sin tomarse la molestia de *profundizar las cosas*, así dicen.

Muy lejos estamos de la égloga; tal vez no somos nosotros capaces de comprenderla en toda su propiedad, hemos asegurado que el verdadero poeta puede prescindir muchas veces de las reglas y aun hollarlas vencedor, y por eso nos libraremos muy bien de acusar á Camoens, en quien todos tienen que reconocer al verdadero genio. Si es cierto que en el género bucólico entra por mucho el comprender la naturaleza y sacar partido de sus admirables bellezas; si es cierto que el poeta descriptivo posee el verdadero estro con que debe cantarse la naturaleza,

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48, 49 y 50.

(1) Véanse los números 47 y 49.



aseguramos desde luego, que si Camoens no llegó á Teócrito y Virgilio, puede sin embargo sostener comparacion con los mejores poetas bucólicos posteriores á aquellos, sin que la fama del ilustre cantor portugués sufra meno cabo alguno.

Fluida, fácil, jugosa, fresca su versificacion, acertado en los epítetos, en las comparaciones afortunado, tal vez en ningun género de poesía debió encontrarse mas feliz que en sus églogas. Sus comentadores y biógrafos aseguran que en esta clase de composiciones era en las que mas se *aprasia* el poeta, y lo comprendemos. En su divino poema sobresale entre todos el canto IX, que es una admirable descripcion de una isla encantada, en que la naturaleza se presenta adornada con toda la pompa y frescura de las vírgenes selvas, y en que el poeta recuerda sin duda la pujanza de la vegetacion y la claridad de la atmósfera de aquellos paises, cuya conquista cantaba inmortalizan o su nombre y el de su patria.

Las márgenes del Tajo, los valles sombríos que le rodean, el cielo que cubre tan felices y pintorescas comarcas, todo lo cantó en sus églogas.

En ellas como en todas las de los demás poetas, las quejas de los pastores son unas mismas; pero este defecto es mas del género bucólico que de Camoens; en cambio sus versos son siempre sonoros y fáciles, y pronto se nota que esta poesía tiene en él algo de la naturaleza, de quien toma sus imágenes. Sus pastoras son todas blancas

. . . mais que a neve
E muito mais corada que a graa fina;

y los pescadores de sus *p scatorias*, son tan tiernos enamorados, como los pastores de las ég ogas y como ellos dicen á su desdeñosa Galatea

¿Não ves que me foge a alma e que m'engeita
Buscando em hum só riso d'essa boca
Nos teus olhos azues mansa colheita?

. . . .

Dar-te-hei minh' alma: lá ma tens roubada:
Nao ta demandarei: dá-me por ella
Huma só volta d' olhos descuidada.

. . . .

El lector encontrará siempre en esta clase de composiciones un grato sosiego que en vano se quiere ridiculizar; el perfume, la frescura, la inocencia, y los sencillos amores, cuyas cuitas se suspenden, cuando se ve acabar

El fugitivo sol de luz escaso

como dice Garcilaso, ó como el mismo Camoens cuando cuenta que

. . . ja o pastor d' Admeto o carro leve
Molhaba n'ágoa amara, e compellia
A recolher a roxa tarde e breve:
E foi fim da contenda ó fim do dia.

tienen en sí demasiada poesía para que, aun cuando sea como un canto que espira, ó como una nube que se deshace, no carezcan jamás del encanto que el elegido de las musas presta á todo cuanto toca.

¡Las églogas de Camoens, faltarán tal vez á los preceptos del arte, porque el poeta no pudo *humillar la grandeza de su ingenio conformándose mas con el estilo bucólico!* como quiere Surropita; pero nosotros las admiraremos siempre, y entre ellas las que el mismo Camoens tenia por mejores, dando en esto una muestra de su buen gusto. La égloga primera y la sesta son sin duda alguna un bello trozo de poesía, y en especial esta última en que mezcló hábilmente el género pastoril y el piscatorio, presentando un ingenioso y rico contraste de las bellezas de cada uno.

La primera, que los colectores quieren sea inimitable, es efectivamente digna de atencion; en ella, «lamenta—dicen—nuestro poeta la muerte de don Antonio de Noroña y la del príncipe don Juan, que sintió profundamente; aquella como verdadero amigo, esta como buen ciudadano que preveia las consecuencias de tan desastroso acontecimiento.» Reina en verdad en toda ella una dulce tristeza digna del asunto, y en sus octavas se recuerda á cada paso al cantor de las glorias portuguesas. El final, que á continuacion insertamos, y cuyo mérito podrán comprender mejor nuestros lectores por estar en castellano, está lleno de una melancolía tal, una elevacion y profundidad de ideas, que jamás nos cansaremos de admirarla. Hélo aquí.

¡Alma, y primero amor del alma mia
Espíritu dichoso, en cuya vida
La mia estuvo en cuanto Dios queria!
¡Sombra gentil de su prision salida,
Que del mundo á la patria te volviste
Donde fuiste engendrada y procedida!
Recibe allá este sacrificio triste,
Que te ofrecen los ojos que te vieron;
Si la memoria de ellos no perdiste.
Que, pues los altos cielos permitieron,
Que no te acompañase en tal jornada,
Y para ornarse solo á tí quisieron;
Nunca permitirán que acompañada
De mí no sea esta memoria tuya
Que está de tus despojos adornada.
Ni dejará, por mas que el tiempo huya,
De estar en mí con sempiterno llanto,
Hasta que vida y alma se destruya.
Mas tú, gentil espíritu entre tanto
Que otros campos y flores vas pisando,
Y otras zampoñas oyes y otro canto;
Agora embebecido estés mirando
Allá en el Empíreo aquella Idea,
Que el mundo enfrena y rige con su mando;
Agora te posuya Citerea
En el tercero asiento, ó porque amaste
O porque nueva amante allá te sea;
Agora el sol te admire, si miraste
Como va por los signos, encendido,
Las tierras alumbrando que dejaste:
Si en ver estos milagros no has perdido
La memoria de mí, ó fue en tu mano
No pasar por las aguas del olvido;
Vuelve un poco los ojos á este llano,
Verás una, que á tí con triste lloro
Sobre este mármol sordo llama en vano.
Pero si entraren en los signos de oro
Lágrimas y gemidos amorosos,
Que muevan al supremo y santo coro;
La lumbre de tus ojos tan hermosos
Yo la veré muy presto; y podré verte;
Que á pesar de los hados enojosos
Tambien para los tristes hubo muerte.

VI.

Camoens, ese ilustre poeta cuya fama pregonó el Tasso su dulce hermano, esa poética figura de que tanto se envanece Portugal y tanto ama, como en justo premio de lo mucho que él amó y ensalzó á su patria, nos dejó tambien tres comedias, como para decirnos que nada estaba negado á tan preclaro ingenio. *El Rey Seleuco, Los Anfitriones y Filodemo*, no serán nunca un modelo en su género, pues no permitia tanto el naciente estado del teatro; pero nadie podrá desconocer que en ellas sobresale un diálogo espontáneo y animado y una versificacion fácil y fluida dote natural en este poeta. Que le falte la unidad de accion, que el artificio dramático esté desconocido, que sus personajes aun cuando sean el mismo Mercurio, juren por el demonio, y digan que

. . . . . en aquella revuelta
Me hurtaron mi jubon
Pero bien me lo pagaron,
Cuando conmigo riñeron;
Que aunque me despojaron
i uno de seda llevaron
Otro de azotes me dieron.

Todo hay que perdonarle, pues como hemos dicho ya, no permitia mas el estado naciente del teatro. En cambio pueden admirarse escenas de criados que podia tomar para sus comedias el mismo Tirso de Molina, y en el Rey Sele co las hay que recuerdan por su córte y gracejo el tan celebrado de la *Villana de Vallecas*, con quien tiene algun parecido. Estas tres comedias, tales como son, seducen en la lectura y se olvida uno bien pronto de sus defectos para mejor admirar sus bellezas, pues la misma *farsa* del *Rey Seleuco*, está animada por un gran pensamiento dramático, que desarrollado del modo que hoy se acostumbra, hubiera producido una obra de efecto.

Se nota en estas comedias, que el poeta mezcló en ellas el idioma castellano con el portugués, atendiendo solo segun parece, á un capricho, pues solo en *Filodemo* se comprende que hiciese hablar en castellano á un pastor español, repugnando en los *Anfitriones* ver al héroe hablar portugués, y su criado contestarle en castellano. Creemos que ningun objeto le moveria, y si solo lo haria para demostrar que le era tan fácil como la suya, la sonora lengua de Garcilaso. Cercano Portugal á incorporarse á España, parece que Camoens, se adelantaba al tiempo y anunciaba de aquel modo el nuevo estado de su patria que previó como buen político, y que no quiso ver, pues escribió que habia amado tanto á su patria, *que no contento de morir en ella, quiso tambien morir con ella*. ¡Dignas palabras de tan grande espíritu! Ellas acusarian severamente á la ingrata patria que le dejó morir de hambre, si todas las naciones no tuvieran iguales crímenes que expiar. Homero demandó de puerta en puerta el óbolo de la caridad y esta fue la herencia que dejó á sus hijos, los escogidos de las Musas.

La primera edicion de las *Rimas varias*, apareció en 1595, pequeño volúmen en 4.°, que lo mismo que las siguientes ediciones de 1598, 1616 y 1621 que hemos tenido ocasion de ver, están cargadas de hierros y desfiguradas. Publicadas despues de muerto el poeta, ni él pudo corregirlas, ni ordenarlas y escogerlas, nada tiene de estraño que personas amantes de su patria y de la buena fama del poeta, hayan tratado de restituir su verdadera leccion, en muchos pasajes, y purgarla de cuantas faltas se notan en las primeras ediciones, rechazando asimismo todo cuanto se conocia no ser obra del poeta. Nosotros confesamos francamente, que no conocemos mas ediciones que las citadas y la de Hamburgo, que no sabemos si erradamente tenemos por de las mejores, aunque no hay duda que sus colectores, nos ofrecieron una *inteligible* edicion del gran poeta, honor de Portugal, y por lo mismo de la península ibérica.

Cruelmente perseguido de la fortuna, la vida de Camoens, presenta como la de nuestro Cervantes, escenas de desdicha y de miseria, de las que hay que apartar la vista. Sus contemporáneos parece que comprendieron algo de la injusticia con que fue tratado, el que hoy es la mayor gloria de Portugal, y quisieron lavarla con una disculpa, que hace mas grande la iniquidad de su tiempo. Al frente de la edicion de 1616, el licenciado Pedro Maris, escribió torpemente estas crueles palabras. Segun él tuvo Camoens «algua propiedade natural, que afastaba os homes delhe fazerem bem, como en outros costuma a ingratidão. Doença de que me dizen elle foi tocado.» Si esto era cierto, torpeza insigne fue el recordarlo, sino lo era ¿qué merecia el hombre que tal escribió, y el siglo que lo vió escrito y no protestó contra semejantes palabras?

M. Murguia.

RECUERDOS DE UNA ESTACION

EN LOS MARES INDO-CHINOS.

II.

EL PUERTO DE SHANG-HAI Y LOS CHINOS DEL NORTE.

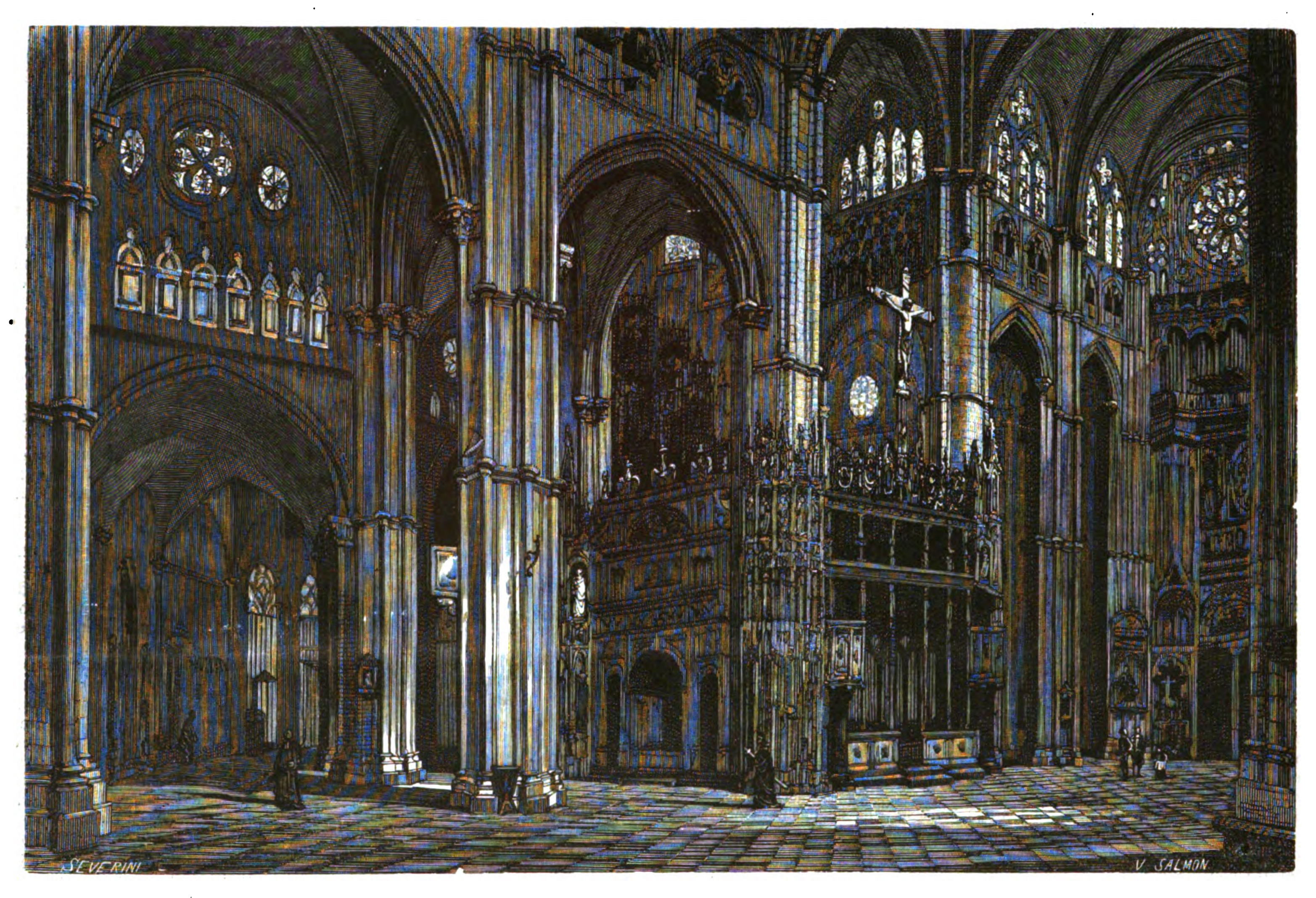
El cónsul de Inglaterra, Mr. Rutherford Alcock, fue el que quiso tener la honra de saludar el primero, al ministro de Francia:—todavía se dejaba oir el eco de la campana que acababa de anunciar el mediodía á bordo de la *Bayonnaisse*, cuan o aquel puso el pié en el puente de nuestra corbeta.—Mr. Alcock, lo mismo que Mr. de Montigny, tampoco habia ingresado en la carrera consular, sino despues de haber corrido las vicisitudes y azares de una vida, en cierto modo, aventurera; en efecto, hábil y entendido cirujano, habia pertenecido á la legion inglesa, destinada á proteger los derechos á la corona de la reina de España, en la que sirvió á las órdenes del general de Lacy-Evans en clase de físico de un regimiento.—Las peripecias de la guerra civil, habian pues, fortificado, la ya natural energía de su carácter, energía que tuvo ocasion de poner á prueba en Shang-hai, sin embargo de la mision pacífica que allí le estaba encomendada, con motivo de algunas complicaciones que sobrevinieron pocos meses antes de nuestra llegada al Yang-tse-Kiang, y en las cuales habia manifestado una sangre fria, un aplomo y una firmeza, capaces de dar envidia al hombre mas aguerrido.

Concluido el tratado de Nau-king, los estranjeros disfrutaban de la mas ámplia libertad, en todos los puertos del Norte.—Sucedia muchas veces que montados en caballos de Sidney y del golfo Pérsico, ó muellemente reclinados en sus góndolas chinescas, solian internarse ocho y diez leguas en el campo, obligándoles por toda restriccion á sus paseos, regresar á la ciudad antes de ponerse el sol, y aun asi y todo las autoridades chinas toleraban ó dejaban pasar como desapercibidas las infracciones que diariamente se cometian, de esta cláusula secundaria del referido tratado —Los misioneros protestantes que se habian presentado en China por la vez primera hácia fines de 1807, y cuyos progresos estaban le os de responder á los socorros de consideracion que ni un instante habian dejado de enviarles las sociedades religiosas de Inglaterra y los Estados Unidos, validos de esta tolerancia, aprovechábanla, redoblando con este motivo, sus esfuerzos, y acometiendo con ardor su obra de propaganda; sabido es que á lo que mas valor dan los pastores de la Iglesia reformada, es á hacer penetrar en las naciones infieles el conocimiento de las Sagradas Escrituras, sin predicacion ni comentario alguno, pretendiendo asi que la conversion de los idólatras provenga mas bien de la misma brillante luz que refleja la palabra de Dios, consignada en sus santos libros, que no de sus humildes esfuerzos; asi que, gracias á su celo infatigable la Biblia se encuentra traducida en todos los idiomas conocidos, siendo la distribucion de tan piadosos ejemplares, uno de los cuidados de mas importancia de los delegados de las asociaciones bíblicas.—La poblacion Timgpon, situada á diez leguas de Shang-hai, habia visto impunemente, á los misioneros ingleses entregarse á los deberes de su mudo apostolado, y el 8 de marzo de 1848, tres de aquellos hicieron una nueva incursion evangélica en este tranquilo país. Por desgracia, una medida adoptada recientemente por las autoridades chinas, acababa de sembrar en los campos de Kiang-uan, un peligroso elemento de desórden.—En vez de confiar á los *juncos* del Gran Canal, como se acostumbraba, el transporte del arroz, que las tres prefacturas de Sou-tiheun-fou, Sung-Kiang-fou y Thai-tsang-fou, devian enviar aquel año á Peking, el gobierno del emperador habia dispuesto se cargase en juncos propios para la gran navegacion, mandando por mar á Tien-Tsin, la mayor parte del tributo de la provincia. Este nuevo arreglo dejaba sin trabajo á quince ó veinte mil marineros del *Shang-tong*, hombres toscos y turbulentos, cuya ociosidad era un motivo perpétuo de inquietud para los ribereños del Wampou.

Llegados el 8 de marzo, como hemos dicho, no lejos de Tsing-pou, los misioneros ingleses habian penetrado

en esta villa, ofreciendo de casa en casa, segun costumbre, sus biblias á los chinos, que ellos consideraban en estado de poderlas leer;—los chinos por su parte, se sonreian y alargaban la mano para tomarlas, cumpliéndose así la obra apostólica sin dificultad ni contratiempo alguno hasta entonces.—Pero muy luego viéronse los ingleses rodeados por multitud de marineros, á quienes la aparicion de los bárbaros de cabellos rojos (*hom-mao* ó *si-iam* hombres de Occidente, como ellos les llamaban), habian hecho abandonar sus juncos, fondeados en gran número en las aguas de Tsing-pon, delante de la poblacion.—Los rostros de aquellos importunos parecian animados de una curiosidad sospechosa, y esto unido á los bruscos modales y continua chacota de aquellos miserables, hizo comprender á los ingleses que era prudente retirarse.—Mas como al abrirse paso por entre la multitud, un hombre se opusiera á su tránsito, y alguno cometiera la imprudencia de darle un bofeton, no fue preciso mas para hacer reventar la mina, y este primer golpe fue la señal del ataque general.—Armados los chinos de cañas de Bambú, chuzos, hazadas y palos contra sus adversarios, no tardaron en obtener una victoria completa sobre aquellos á quienes, no contentos con haberlos maltratado, les despojaron de cuanto llevaban, y aun les habrian conducido prisioneros á bordo de sus juncos, con la esperanza de sacarles un buen rescate, si la malicia de Tsing-pon no hubiera creido conveniente intervenir en el asunto.—Conducidos á la presencia del alcalde de la ciudad, los ingleses fueron puestos en libertad inmediatamente, y llevados á un buque con todas las consideraciones posibles, entrando al dia siguiente en Sang-hai, donde los pormenores de este acontecimiento y el estado deplorable en que se encontraba uno de los heridos, produjeron una viva emocion y una indignacion general.

No necesitó el cónsul inglés de las demostraciones de la opinion pública, para sentir vivamente los efectos de este atentado y de la ofensa inferida á sus compatriotas;—y aunque pronto siempre á reprimir los desmanes y violencias de sus compatriotas, nadie como él supo tampoco mantener con mas ardor sus inmunidades y derechos en las causas legítimas.—Mr. Alcock, preséntase, pues, en el momento mismo en casa del *taou-tai*, y reclama inmediatamente el castigo de los culpables; el mandarin ofrece arrestarlos sin demora; pero como debia preveerse desde luego, la promesa quedó sin efecto: el cónsul inglés insiste de



ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.—CUADRO DE DON PABLO GONZALVO.

nuevo en su pretension, y el *taou-tai* renueva sus protestas; mas el tiempo pasa, y los culpables no llegan.—Habia á la sazon, reunidos en el puerto, delante de Shang-hai, y cargados ya de granos con destino á los puertos del Norte hasta unos trescientos *juncos* próximamente.—Mr. Alcock aprovecha tan propicia coyuntura para formular su *ultimatum*, y declara el bloqueo del puerto, el 13 de marzo.—Las bases de aquel documento eran las siguientes: «Diez de los perpetradores del desafuero cometido, serán condenados á sufrir un castigo ejemplar, depositándose ademas en la Chancillería británica una suma considerable, en justa indemnizacion de los agravios y perjuicios inferidos á los misioneros ingleses, ó ni uno solo de los *juncos* destinados á Peking, saldrá del puerto.—El brick de guerra inglés *Childers* se atraviesa en el rio, y apoyado por sus diez y seis cañones, Mr. Alcock impone su voluntad suprema desde aquel débil baluarte, cual si fuera un monarca poderoso, al mandarin del Celeste Imperio, jefe de infinitos millares de hombres.—El *taou-tai*, indignado, ordena á los juncos, que fuercen la línea de bloqueo; pero no bien ejecuta el primer movimiento la flotilla, el *Childers* rompe el fuego sobre ella, obligándola á echar el ancla de nuevo, apenas las habia levado, y á permanecer inmóvil durante muchos dias.

En tanto la agitacion producida en Shang-hai por este acontecimiento era grande.—¿Quién hubiera podido imaginar nunca que los *bárbaros* se atrevieran á detener el *arroz destinado al emperador?* Semejante audacia y sacrilegio, tenia sublevados todos los ánimos, y aterrado el desventurado *taou-tai*, no sabia qué partido tomar.—Prometió mandar que dieran de palos á dos desgraciados de los que fueron testigos ó que presenciaron la ocurrencia, toda vez que los principales culpables habian logrado sustraerse á las pesquisas de la autoridad.—Mr. Alcock, en quien no habian hecho la menor mella los siniestros rumores de trastorno que se habia tenido buen cuidado de hacer llegar á sus oidos, con el objeto de intimidarlo, comprendió sin embargo, que para poner término de un modo digno á aquel asunto, preciso era llevar la cuestion á un tribunal mas elevado que el de la prefectura de *Shang-hai*.—Afortunadamente otro brick inglés, *L'Espiègle*, acababa de arribar á Wossung, y su capitan consintió gustoso en volver á surcar el Yang-tse-Kiang hasta Nan-King, secundando las disposiciones de su cónsul.—Con la noticia de esta resolucion de Mr. Alcock, acabáronse de desvanecer los últimos escrúpulos de las autoridades chinas, en términos que el *ni-tai*, juez de la provincia, dejó precipitadamente su residencia de Son-tcheon-fon, para venir en persona á Tsing-pon, entrando en Shang-hai, el 27 de marzo, acompañado de otros diez chinos, de los que una mitad al menos, fueron reconocidos por los misioneros ultrajados, como individuos de la falange de marineros que les acometieron.—Estos diez reos fueron condenados á llevar la *argolla* durante un mes, conduciéndolos diariamente delante de la aduana, humillado el cuello bajo un pesado collarin de madera, en el que, en grandes caracteres, se leia la causa y el juicio, en virtud del cual habian sido condenados.—Pronunciada y cumplida la sentencia, y una vez depositada en la Chancillería del consulado, la suma exigida como reparacion pecuniaria, el *childeos* apagó sus bota-fuegos, y los juncos detenidos en el rio, pudieron ya navegar libremente hácia Tien-Tsin.—El 10 de abril arribó de Nan-King, *L'Espiègle* de vuelta de su mision, trayendo á Mr. Alcock un nuevo testimonio del terror y la sumision de las autoridades chinas.—*Li*, preceptor del *heredero presunto de la grande y pura dinastía*, presidente del Consejo de Guerra, y gobernador general de ambos Kiang, daba conocimiento al cónsul inglés de la destitucion del *taou-tai*.—Hien-ling, comandante de los tres departamentos de Son-Tcheon-fon, Song-Kiang-fon, y Thai-tsang-fon,—«que habia, decia el virey, faltado al cumplimiento de su deber.»

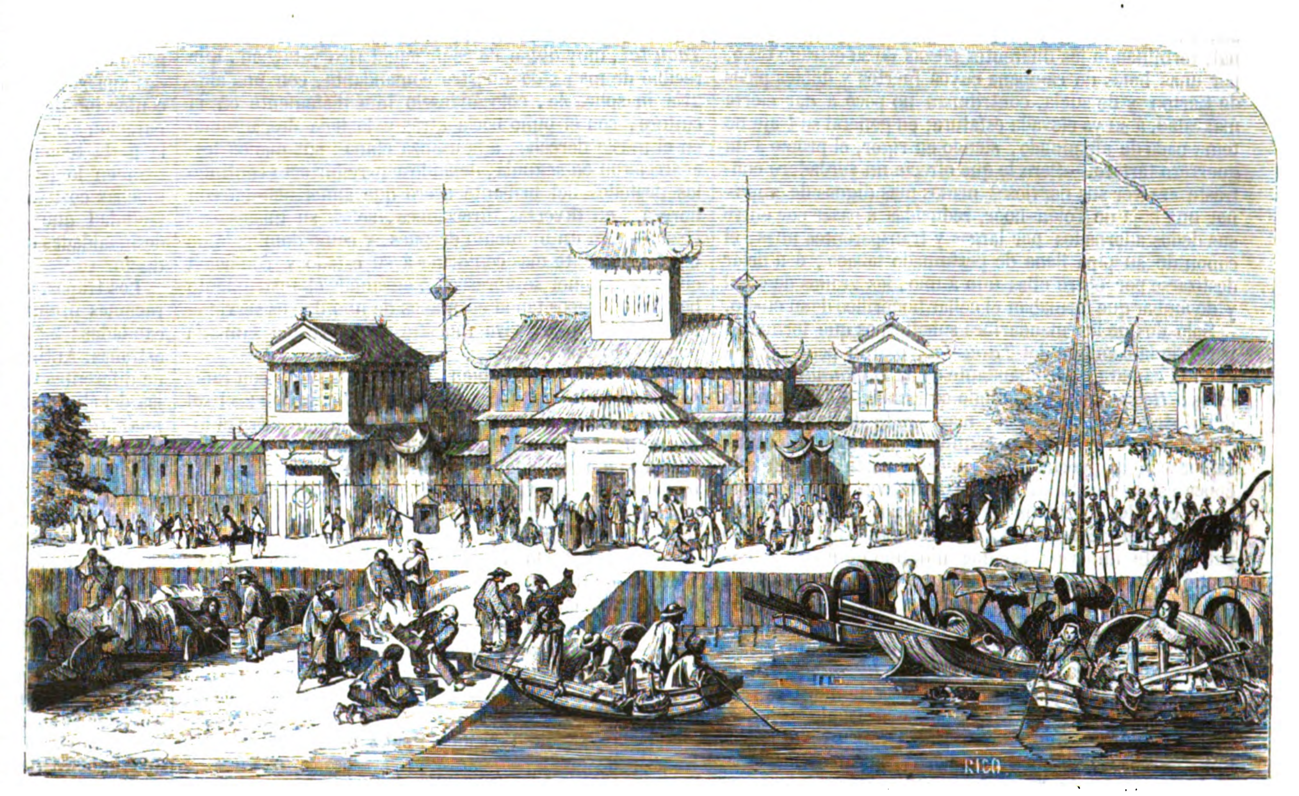
Mientras esto pasaba en el Norte de la China, el nuevo gobernador de Hong-Kong, Mr. Boucham, no estaba tranquilo, temiendo los resultados que podrian sobrevenir á consecuencia de las vigorosas y aun violentas medidas adoptadas por Mr. Alcock, y sorprendido, por otra parte, de que un agente subalterno, hubiera osado llevar las cosas tan allá sin su consentimiento y autorizacion, habia despachado á toda prisa el *Furg*, para Shug-hai.—El capitan del *Steamer*, llevaba un despacho para Mr. Alesek, en el que se le prevenia que en lo sucesivo, no se estralimitase de sus atribuciones consulares, absteniéndose de proceder como un hombre que llevara en el bolsillo la paz y la guerra, estando autorizado para disponer de la una ó la otra, á su capricho.—Pero cuando el *Furg* llegó á Chang-hai, la tranquilidad se habia restablecido completamente, habiéndose dado tambien, satisfaccion cumplida á los súbditos ingleses; así que la amonestacion hecha á Mr. Alcock, por sus actos anteriores, no podia producir otro efecto en vista de los hechos, que realzan á los ojos de sus compatriotas, el mérito del servicio que la firmeza de su carácter, les habia prestado.—Como se deja comprender, fácilmente el asunto de Heug-pou, fue mucho tiempo objeto de gran polémica, entre los diarios de Hong-Kong, empeñados algunos de ellos en oponer al exito de la conducta observada en



ESPOSICION DE BELLAS ARTES.—FELIPE II IMPLORANDO EL AUXILIO DE LA DIVINA MAJESTAD.—CUADRO DE DON ALFREDO PEREA Y ROJAS.

esta ocasion, por Mr. Alcock, los tristes resultados que habian llevado á Canton, las tergiversaciones de Mr David; paralelo injusto bajo un punto de vista, cuando menos.—En primer lugar, el terreno en que operaban el plenipotenciario y el cónsul, no era el mismo; ademas las condiciones y posiciones de los puertos de Shang-hai, y de Canton, no eran las idénticas; los instintos de los habitantes del Kiang-nan, eran pacíficos y el espíritu turbulento de los de Canton en nada se podia comparar con el de aquellos.

Si los diplomáticos europeos se encuentran mal colocados en el terreno escabroso á que les conduce la estrañeza de las costumbres chinas, no es por cierto menor el embarazo de los mandarines chinos, sobre todo el de aquellos que están llamados á ejercer estas funciones en cualquiera de los cinco puertos, cuyo acceso nos ha sido concedido á los *bárbaros*.—El taou-tai de Shang-ahi, ocupa, como el virey de Canton, uno de los puestos mas lucrativos, pero al mismo tiempo una de las situaciones mas precarias del Celeste Imperio.—Una de sus primeras obligaciones, es garantir la seguridad de los residentes estranjeros, á pesar de sus continuas imprudencias, que mas de una vez les pone á punto de comprometerla, y de complacer sin escitar sospechas en la córte imperial, los deseos de los cónsules, á la verdad, harto exigentes, en ciertas ocasiones;—pero no son los mencionados, los únicos deberes á cargo del Tao-tai; en efecto, su autoridad responde de la seguridad del transporte de los impuestos de la provincia debiendo á mas protejer al comercio marítimo de las continuas escursiones de los piratas á quienes el archipiélago de Chou-san les ofrece seguro asilo, despues de sus correrías, con otros mil cuidados de este género que comprometen mas ó menos directamente su responsabilidad, pero que la comprometen casi continuamente.—El mandarin que desempeñaba el importante cargo de *Taou-tai*, en Shang-hai, á nuestro paso por aquel puerto, era de orígen tártaro; y este nuevo representante y depositario de las voluntades de la córte de Pekin, habia prometido honrar con su presencia nues-



VISTA DE LA ADUANA DE SANG-HAI.

tra corbeta teniendo lugar su visita inmediatamente despues de la de Mr. Alcok.—La una de la tarde seria próximamente, cuando el ruido de los atabales y las voces de los lictores, nos anunciaron que, fiel á su promesa, su escelencia Lin-Kouei, no tardaria en llegar; en efecto á los pocos instantes, apareció en el muelle de la aduana, la rica silla del mandarin del Celeste Imperio, y una salva de nueve cañonazos disparados desde nuestras baterías, fue el primer tributo de cortesanía, que rendimos al distinguido *taou-tai*, mandarin de tercera clase, del boton azul trasparente, comandante en jefe de las fuerzas reunidas de los tres departamentos de Son-Theon-fon, Son-Kiang-fon, y Thai-tsang-fon, superintendente general de derechos marítimos, por órden suprema, en la provincia de Kiang-son, é inspector de los derechos de la sal, y del cobre, en tanto el digno magnate montaba la canoa que debia conducirlo á bordo de nuestra corbeta.—Recibimos á nuestro ilustre huésped, á la usanza europea, nuestros soldados formados en columna de honor en los puentes y el castillo de popa, con todos los honores de ordenanza.—Despues de subir la escalilla de la *Bayonnaisse*, con paso lento y mesurado, una vez sobre la cubierta, el *taou-tai*, pasó con la cabeza erguida y la vista animada por delante de nuestros soldados inmóviles, cual si fueran estátuas, y cuyo aspecto á la vez severo y marcial parecia haber despertado en él por un instante, los guerreros instintos de su belicosa raza.

No era Lin-kouei, sin embargo, un soldado rústico, ó uno de esos mandarines incautos, cuya única ciencia consiste en tirar el arco y montar á caballo.—Y por mas que llevara adornado el pulgar de su mano diestra con el anillo de *jade*, insignia del guerrero, en el país y manejara el arco con la destreza de un verdadero Mautchou, no obstante habia lucido sus talentos mas de una vez en la noble arena de los *sieou-hai* (licenciados), y de los *ku-jiu* (doctores) debiendo á sus brillantes discursos y nada comun ilustracion, el alto honor de adornar su gorro de fieltro, con el boton azul, emblemas de los hombres de ciencia, entre los suyos; siéndole tan familiares los paisajes mas oscuros de Mencio y de Confucio, que no habia uno solo de los preceptos de los antiguos sabios, sobre el que no hubiese meditado, y que no citase en el acto; teniendo de tal modo grabados en su memoria los *cuatro grandes libros* y las *perlas de los cinco clásicos*, que continuamente mencionaba su testo en sus discursos, con la misma facilidad y frecuencia, que nuestros oradores sagrados citan los versículos de la Escritura, en sus pláticas desde el púlpito;—pero á pesar de su ciencia incontestable, Liu-Kouei, con su talla gigantesca y sus atléticas formas, parecia criado mas bien para combatir en las fronteras del Kan-son; para defender á Yar-kand ó Kashgar de las incursiones de los vsbeeks y de los kirghis (1) que no para ejercer las funciones de recaudador de contribuciones y administrador de las aduanas de Shang-hai.—En su paso, en sus ademanes, en todo su continente, y aun en la espresion de la fisonomía habia un no sé qué de atrevido y de impetuoso, que parecia marcado con ese sello de fuerza bruta, que la civilizacion con toda su influencia, apenas logra estinguir por completo en la frente de las razas conquistadoras;—envolvia las formas de aquel hijo de los hunnos, un gran ropon de piel de marta zibelina, adornando su pecho con un doble rosario de gruesas cuentas, distincion honorífica concedida por el soberano, al mérito civil; su cabeza cubierta por un casquete de fieltro, cuyas pequeñas alas volvian abarquilladas hácia arriba daba á su rostro un aire original, terminando las diferentes piezas de su estraño traje, por unas botas de campana cuyos fuertes y dobles picos de Carton y de suela, contribuian no poco á dar cierta magestad, á su ya elevada estatura; en general su traje no tenia nada de afeminado, siendo en rigor, el propio á un guerrero tártaro.—Pero lo que ofrecia un verdadero contraste era ver sus nerviosas manos mas dignas de empuñar una hoja de Tolon-noor, reducidas á pasar por entre sus dedos adornados por largas y transparentes uñas, el cañon de su pipa llena de perfumado tabaco, ó á dejar deslizarse por entre ellas uno á uno, los granos de coral y de ámbar que formaban el collar honorífico de su cuello.

Solo dos de los mandarines subalternos que formaban parte de la comitiva del *Taou-tai*, osaron penetrar con él en la cámara del comandante de la *Bayonnaise*; eran estos: *Heou-Lienu*, segundo comandante de la milicia del distrito, y *Wau-wei*, magistrado de la ciudad de Shaug-hai. El resto de su séquito se mantuvo respetuosamente á la puerta.—Por nuestra parte, ya en esta época estábamos todos familiarizados con el ceremonial chino en tales términos, que podíamos mostrarnos tan rígidos observadores de él, como el mas hábil cortesano del Celeste imperio; así que ninguno de nosotros cometió la inconveniencia de descubrirse en presencia de tan respetables huéspedes, ni menos la de hacerlos sentar á nuestra derecha.—Cuando el *Taou-tai* tomó asiento con Mr. de Forth-Roueu nuestro comandante, en un divan de la galería, los oficiales de la *Bayonnaise*, fuimos todos, uno despues de otro á ofrecerle nuestros respetos, dándole la mano izquierda, marchando seguidamente á sentarnos en las banquetas que se nos tenian preparadas, sin desplegar los labios, nuestros sables al costado y el sombrero *cortesmente* encasquetado hasta los ojos.—Sin embargo, bien pronto se rompió aquel religioso silencio, siendo sustituido con un gracioso cambio de pantomimas de una y otra parte, merced á algunas copas del espumoso Champagne, alternadas con las del *Cherry-brandy*, licor favorito de los chinos, que circularon, cambiándose entre los circunstantes.

El Taou-tai,—quedó satisfecho de los enemigos naturales de la China, y por mas *bárbaros* que éramos, nos trató con un grado de confianza inusitado;—al atravesar el puente, su inteligente mirada se detuvo un momento en nuestras baterías, midiendo al primer golpe de vista los prolongados flancos de nuestra corbeta, el mayor y el mas hermoso buque de cuantos hasta entonces habian surcado las aguas de Sang-hai—hábilmente invitado por Mr. de Monbigny, cuyo patriótico celo nos habríamos guardado bien de no secundar, Lin-Konei manifestó deseos de inspeccionar el buque, á lo que accedimos gustosos, prometiéndole hacerle conocer hasta el menor detalle; promesa que, en verdad sea dicho, cumplimos al pié de la letra sin grande esfuerzo—dando esto vasto campo á las esplicaciones y largos comentarios de Mr. Kleiskowsky, intérprete del consulado en Sang-hai, en las que Lin-Konei, demostraba un gran placer y vivo interés; pero cuando llegó á su colmo el entusiasmo, fue en el momento en que los artilleros, reunidos en la batería al toque de llamada, empezaron á maniobrar ejecutando la carga en doce tiempos.—Sin embargo, con el fin de proporcionar al *Taou-tai* mas nuevas y gratas emociones, muy luego se suspendió aquel simulacro de combate, para cargar y disparar en su presencia una de esas monstruosas piezas de á ochenta, que por su dimension y su calibre, nos hacen recordad los enormes cañones que empleó Mahomet II en el sitio de Constantinopla.—Colocado el gigantesco tártaro en frente y á retaguardia de la enorme pieza que tanto escitaba su admiracion; propúsosele que la diera luego él mismo si gustaba; al escuchar proposicion tan inesperada, todos los chinos que cercaban al *Taou-tai*, volvieron la cabeza y se taparon los oidos;—solo Lin-Konei permaneció impasible, é imitando los movimientos que poco antes habia visto ejecutar á nuestros artilleros, dobló un poco la rodilla, cogió con la diestra mano, y sin articular palabra el cordon de la platina, le enganchó con cuidado y precaucion, y tirando fuertemente encendió el estopin, que penetrando en el fondo del ánima debia romper el cartucho é inflamar la pólvora.—A la espantosa detonacion que siguió á este acto de valor, faltó poco para que echaran á correr todos los individuos del séquito del Lin-Konei, mandarines y satélites.—Mas este los detuvo y tranquilizó con su gesto y una gran mirada;—Alejandro el Grande no pudo mostrar un rostro tan radiante y animado á los habitantes de Frigia, despues de haber roto el nudo gordiano, como el que enseñó el hercúleo mandarin chino á sus atolondrados secuaces, despues de la tremenda esplosion.

En cuanto á nosotros, lejos de censurar tan natural orgullo, se lo aplaudimos de todo corazon, haciendo entender á su escelencia, que en lo sucesivo aquella pieza disparada por él llevaria su nombre, distinguiéndose con el de—«cañon de Lin»—Conservábamos á bordo un sable turco, único despojo salvado del naufragio de la *Gloria*, que habia legado á nuestro comandante Mr. Lapiecre, y el cual teníamos destinado para servir de obsequio al primer jefe malayo, á quien hubiéramos tenido ocasion de agradecer la hospitalidad, sin pensar siquiera en que semejante presente hubiera podido convenir á un mandarin chino;—mas despues de su proeza, pareciónos el *Taou-tai*, muy digno de ceñir aquel rico yatagban, que recibió de manos de nuestro comandante, con una alegría inesplicable, colocándoselo inmediatamente en la cintura, con el puño hácia atrás y la hoja descansando en el muslo derecho, á la usanza china: sus manos desaparecieron en seguida, dejándose percibir acto contínuo los destellos del brillante acero que aquel blandia con fiereza en diversas direcciones, sobre su misma cabeza;—pero un momento despues, y como dominado de un pensamiento mas conforme á su estado y condicion civil, Lin-Konei se apresuró á envainar el instrumento homicida, depositando en manos de uno de sus servidores aquel objeto, viva muestra de su visible simpatía por los *bárbaros*.—

Como se comprende bien, las horas pasaron con rapidez durante la visita del funcionario mantchou; el sol estaba próximo al ocaso, desapareciendo por entre el inmenso bosque de mástiles de la infinidad de barcos que teníamos á la espalda, y que limitaban el horizonte á la manera que una vasta empalizada; Lin-Konei—inclinó su cabeza todavía una vez, antes de partir, delante del ministro de Francia, y escoltado por los oficiales de la *Boyannaise*, hasta la misma escala, descendió por ella, seguido de los mandarines subalternos Heou-lieun y Wran-wey, entrando en el bote que estaba preparado para conducirlo á tierra y mezclando á sus contínuos—*Tchin-Tchin* (saludos), mas afectuosos, el *Merci*—única voz francesa que su reconocido pecho habia podido retener en la memoria.—

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

(1) Hordas hambrientas y turbulentas, de origen musulman, que invaden el Ho-Kaud.

DESCUBRIMIENTO Y FABRICACION DEL PAPEL.

Los antiguos, segun testimonio de Plinio, escribian sobre hojas de palmera que reemplazaron luego con la corteza de ciertos árboles, y mas tarde con tabletas enceradas, sirviéndose de un punzon de acero, hierro ú oro, segun la riqueza de la persona, que era puntiagudo por un estremo y aplanado por el otro para borrar lo escrito. Posteriormente (ignórase la fecha exacta), hicieron, de una caña llamada *papyrus*, unas hojas á propósito para escribir en ellas á las que se dieron el nombre de papel.

Como esta planta crece abundantemente á orillas del Nilo, es probable que Egipto fuese la cuna de este descubrimiento importante. Algunos creen que tuvo lugar despues de la fundacion de Alejandría; pero Plinio es de distinta opinion, fundándose en que, cavando un esclavo, encontró una caja que contenia cartas del rey Numa, escritas sobre papel. Tambien nos dice que Mucieno, prefecto de Lycia, habia visto una carta del rey Sarpedon, escrita en papel. Otros escritores notables aseguran que su uso fue anterior en Egipto á la fundacion de Alejandría.

Fabricábanlo con las hojas delgadas y blancas de los tallos del *papyrus*, empapadas en agua turbia del Nilo que servia de cola, puestas unas sobre otras hasta formar una hoja que prensaban ó batian con mazos. Estas hojas eran sumamente largas, como lo prueba el haberse encontrado algunas de cincuenta y aun sesenta piés conservadas en sepulcros de momias. Este fue el papel de que se sirvieron los alemanes y francases en los siglos V y VI. La invasion del Oriente por los árabes obligó á los pueblos de Europa durante los dos siglos siguientes á servirse del pergamino. Entonces tuvo lugar la invencion del papel de trapo, cuyo autor se ignora, aunque se disputen este honor los alemanes é italianos, y los griegos refugiados en Basilea á quienes sugirió aquel pensamiento el método que tenian los orientales para fabricar el papel de algodo . El uso de este no se generalizó hasta principios del siglo XIII; y, aun en esta época, era desconocido entre los latinos, si se esceptuan algunas comarcas de la Italia que comerciaban con la Grecia. El descubrimiento, sin embargo, data del siglo XI, aunque las fábricas de papel no se plantearon en Francia hasta el año 1340. La primera manufactura establecida en Inglaterra lo fue en el año 1588, y el primer pliego de prpel que se ha conocido lo encontró en los archivos de Nuremberg Mr. de Murren el año 1319.—Cerca de sesenta y cuatro años hace que se inventó en Alemania una máquina para cortar y triturar el trapo destinado á la fabricacion del papel.

El lino y el cáñamo, cuyas propiedades testiles son de un interés tan grande para el hombre en la preparacion de una parte de sus vestidos, se aprovechan en fábricar el papel cuando los ha inutilizado el uso. Entonces la materia que los constituye sirve para esa útil fabricacion, y no cambia de forma sino para aprovecharse de nuevo. Aplícanse á la fabricacion del papel otras muchas sustancias; pero ninguna se puede emplear sola: así es que las numerosas tentativas escitadas por el progresivo encarecimiento del trapo y su insuficiencia, cada dia mayor, para el consumo de las fábricas, no tienden mas que á proporcionar mezclas en las cuales se reemplace una parte de los trapos por sustancias que ofrezcan propiedades análogas; el algodon, tan usado actualmente en la confeccion de los vestidos, no puede entrar en la preparacion del papel sino en cantidades mínimas. Para que la pasta tenga buena calidad, es preciso que los trapos sean en lo posible de la misma clase, y que no tengan muchas costuras, porque triturándose estas con menos facilidad que el resto del tejido, resultarian nudos ó desigualdades que disminuirian la homogeneidad del producto.

Los trapos, amontonados al principio, exigen dos operaciones preliminares: 1.ª una separacion por clases ó calidades; 2.ª un lavado que los despoje de las materias estrañas. Antiguamente recogian los trapos en montones de diferentes tamaños y los encerraban en los pisos bajos del almacen, sobre un pavimento enlosado, donde se *pudrian* por efecto de la descomposicion espontánea de las grasas y demás materias estrañas. Hoy se ha suprimido esta operacion y se procede desde luego á su lavado y clasificacion. De algunos años á esta parte, en Paris, donde el número de máquinas de vapor se multiplica diariamente, y cuyas calles ofrecen frecuentemente depósitos de agua, muchos traperos tienen la buena costumbre de lavar el trapo á medida que lo recogen ahorrando así esta operacion á la fábrica. En seguida, unas mujeres llamadas *hilanderas* clasifican los trapos y los cortan con cuchillas bien afiladas que dividen las costuras. En las fábricas mejor montadas se colocan los trapos sobre una tela metálica al través de la cual pasan el polvo y demás sustancias estrañas, hecho lo cual se someten, en un aparato cerrado, á la accion combinada de un movimiento de rotacion y de una corriente de aire que se lleva la borra. Introdúcense luego en una gran cuba de piedra, ó made a guarnecida de plomo, llamada *hilandera*, donde gira con rapidez un cilindro de hierro colado armado de cuchillas. Renuévase allí el agua por

medio de un grifo y sale por un desaguador al través de u a tela metálica: el trapo circula sin cesar en la cuba, dividiéndolo la accion de la cuchilla hasta convertirlo e una pasta formada de filamentos pequeños semejantes al fieltro: el agua arrastra las materias estrañas y las partes mas ténues. La pasta, escurrida y pre sada, se traslada á otra pila llamada *refinadora*, donde sigue elaborándose por la accion de otro cilindro, armado de cuchillas mas finas, hasta que adquiere la consistencia debida, pasando luego á la cuba.

El papel, para aplicarse con ventaja á sus varios usos, debe ser muy blanco, lo cual se consigue sujetándolo á la accion de los cloruros gaseoso ó de cal. En el primer caso, hay que secar la pasta al aire libre y colocarla en cajas de madera por las que se hace pasar una corriente de cloro btenido con el peróxido de manganesio y el ácido clorhydrico, que se introduce en las cajas por medio de una abertura practicada en su tapa: el gas penetra en la masa y la despoja de las materias colorantes. Tambien se emplea frecuentemete el cloruro de calcio disolviendolo en agua é introduciéndolo por el grifo en la *hilandera*. Cuando la pasta está suficientemente blanca, se hace pasar por ella una corriente de agua que la acaba de clarificar, relinándola en seguida por el procedimiento que se emplea en esta operacion. Para convertir la pasta en papel hay que desleirla en agua á una temperatura constante y elevada, manteniéndola allí suspendida por medio de una agitacion conveniente; á este fin se la traslada á un colador de madera donde se remueve de vez en cuando para evitar que se pose. En las antiguas cubas se elevaba la temperatura por medio de un horno colocado en la parte inferior: pero esto era muy incómodo por exigir una atencion particular á cada cuba y esponia á que una parte de la pasta se quemase al adherirse al fondo. Hoy en todas las fábricas en que se emplea el vapor se introduce este por medio de tubos. Cuando la pasta está suficientemente diluida, se coloca sobre unos cedazos que dan paso al agua. La pasta estendida que queda encima es el papel.

Para hacer los pliegos, introduce un operario en la cuba un cuadro de madera atravesado por hilos de cobre muy finos, el cual contiene otro mas pequeño llamado molde. Sacándolo en seguida fuera del líquido, le imprime un movimiento oscilatorio para facilitar el paso del agua por esta especie de tamiz otro operario recibe el molde, y, colocándolo sobre una tela de lana tendida en el tablero de la prensa, levanta cuidadosamente una delicada película, y despues otras, amontonando sucesivamente varias capas. Cuando la prensa está llena, se aprieta y el operario va sacando y doblando una por una todas las hojas en sus respectivos paños. Sometidas luego á una segunda presion, se colocan en las cuerdas del *secador* que se ventila por medio de persianas movibles. El papel así fabricado no tiene cola y es el que sirve para imprimir, pues en la escritura lo cala fácilmente la tinta. Para evitar este inconveniente, se impregna en una sustancia colorante que lo hace impermeable á la tinta: esta sustancia es la cola y el alumbre. Para encolar el papel tomaba antes el obrero muchas hojas á un tiempo, sumergiéndolas en una disolucion clara y caliente de gelatina, y, estendiéndolas, las dejaba secar para despues prensarlas. Pero, de algunos años á esta parte, se ha modificado ese procedimiento, encolando el papel en la cuba misma en que se fabrica. Para esto se mezcla con la pasta jabon de resina, gelatina y alumbre, ó jabon de cera, almidon y alumbre.

Al trabajo del hombre que solo podia fabricar cantidades pequeñas de papel con muy cortas dimensiones, se han sustituido máquinas que pueden producir cantidades fabulosas de grandes dimensiones en su ancho y de una longitud indefinida, ejecutando todas las operaciones á un tiempo. Para hacer comprender los pormenores de estas ingeniosísimas máquinas se necesitarian muchas y muy variadas láminas: nos limitaremos, pues á describirlas ligeramente.—La pasta del papel preparada en la pila, cae en una gran cuba de madera donde la agita de continuo un árbol de brazos por medio de un movimiento de rotacion; mezclada allí con la materia que sirve de cola, sale por una abertura que la estiende sobre una tela metálica destinada á retener las partes groseras, dejando pasar únicamente la materia mas dividida que está suspensa en el agua. Esta materia se derrama en una tela metálica sin fin que circula sobre unos cilindros, y que, conservando la pasta, solo deja pasar el agua. Favorece esta separacion un movimieento de va-y-ven de que está agitada la tela; el agua corre por debajo y se pierde; la hoja pasa á una tela de lana sin fin á la cual se adhiere y que la conduce á unos cilindros por donde pasa sucesivamente hasta llegar á un tambor donde se enrolla: el tambor es reemplazado por otro cuando está suficientemente cargado.

Causa admiracion el ver en breves instantes pasar el trapo triturado en la pila á la tela que lo separa del agua y formar una hoja de indefinida longitud que puede emplearse inmediatamente que se seca, lo cual se consigue haciendo pasar un chorro de vapor sobre el cilindro en que está arrollada. El papel, estendido sobre una mesa, se corta en convenientes dimensiones.

Sea efecto de preocupacion, ó porque en realidad el papel continuo no presentaba al principio la mejor calidad, lo cierto es que el público ha preferido por mucho tiempo el papel fabricado á mano, el cual se distingue en unas líneas trasparentes que son las señales de los hilos metálicos; pero estas señales desaparecen cuando el papel ha sido recortado. Ademas de esto, en el papel continuo, se pueden figurar las rayas con ciertos métodos especiales. Las fábricas mas importantes son hoy las de papel continuo, y sus productos nada dejan que desear cuando son buenas las primeras materias. El papel, despues de concluido, se satina y prensa antes de empaquetarlo. Se han empleado para la fabricacion del papel varias sustancias como las hojas y tallos de los vegetales, la paja etc. Pero, aunque muchos dan buenos resultados, no convienen bajo el punto de vista económico. En cuanto á la paja produce un papel fácil de desgarrar y no puede entrar sino en proporciones pequeñas con el trapo. Exige ademas un tratamiento por los álcalis que lo despoje de las materias que barnizan su superficie.

RICARDO DE FEDERICO.

PEDRO LAGARTO.

I.

Muy poco tiempo hace que me encontraba en mi pueblo.

Habia mas de dos años que salí de él, á fin de recorrer casi toda nuestra península, y justo era regresar al hogar doméstico como el Nestor de la gentilidad, con mis penates sobre el hombro.

Mi pueblo lo ha descrito el poeta Alarcon en estos versos.

En un rincon hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios le bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.

Soy, pues, de la patria de don Antonio Mira de Amescua, ilustre rival de Calderon, de Guadix.

Los que no conozcais esta ciudad, bisteos saber una cosa. Que ni Miñano en su diccionario geográfico, ni Mellado en el suyo, ni en el mas moderno de Madoz, se dice lo que es Guadix. Pero como mi ánimo está muy lejos de hacer un artículo de localidad, me concretaré á deciros que Guadix es una vieja sultana recostada en un campo de esmeraldas.

Guadix tiene una poesía especial. Es una crónica palpitante donde los poetas han encontrado bellas inspiraciones. Allí, al otro lado de esa plateada cordillera están las Alpujarras, célebres por la sublevacion de Aben-Humeya y Aben-Aboo. En ese llano teneis el plateresco castillo del Zenet; a la izquierda, al pié de un cerro gigantesco, surge una fuente, que brotó, segun las tradiciones religiosas, al golpe dado por el báculo del primer obispo que predicó en España el Evangelio; mas allá y bajo la sombra de un corpulento álamo negro, hay un cortijo que lleva el nombre de un guerrero ilustre: á la márgen de un modesto rio, vénse las ruinas del palacio de Luparia; últimamente, en el centro de la poblacion existe un solitario ciprés, al pié de dos torres que ya han desaparecido, bajo el cual, aun los que soñamos con las cosas antiguas, creemos ver la pálida sombra de Teodora de Monteblanco, suspirando por Gomez Arias.

II.

La vida es el recuerdo de lo pasado.

Todas las tardes, á la hora crepuscular, cuando la primera estrella sonríe en el cielo en la época de la canícula, nos reuníamos varios amigos al pié de aquellas dos torres gemelas y de aquel ciprés sagrado, que era para nosotros el melancólico emblema del amor.

Cerca del ciprés habia un estanque que ya no existe. —Era profundo, cristalino, y estaba rodeado de un cinturon de verdura.

En el fondo habia un emparrado. Cubriendo las tapias de un huerto, un jazmin habia estendido sus verdes ramas, sembradas de flores, como estrellitas blancas.

El suave perfume que se exhalaba de él embriagaba nuestros sentidos.

Mis amigos y yo soñábamos entre aquella poesía de la naturaleza y del renacimiento. Allí pensábamos en el pasado, en el presente y en el porvenir; y nos forjábamos nuestros primeros ensueños de poetas; nos comunicábamos nuestras mas íntimas ideas; saludábamos á la luna cuando aparecia entre las dos torres seculares; y por último nos lanzábamos al estanque como otros tantos tritones dispuestos á tirar del carro de Venus ó de la concha de Galatea.

¡Ay! todo esto ha pasado ya, y sin duda para no volver.

Cada uno de los que nos reuníamos allí ha tenido un porvenir distinto y variado. Tres únicamente tuvimos el atrevimiento de seguir el rumbo incierto de la literatura; Pedro Antonio de Alarcon, el poeta, Requena muy conocido en Granada, y el que escribe estos mal trazados renglones. Desde entonces no nos hemos vuelto á reunir. Nos hemos dispersado como los hijos de Sennar.

III.

Pero me he separado de mi propósito. He hecho un paréntesis que me perdonarán aquellos que me lean.

Ya os he dicho que no hace mucho tiempo que me encontraba en mi pueblo.

Pues bien, estando un dia en una de las habitaciones de mi casa, oí de pronto el largo redoble de una caja de guerra. Como allá en mis mocedades fui teniente de milicias, conservo alguna reminiscencia de los toques militares. El que oia en aquella ocasion era la *diana*; la balada del amanecer, el himno de la aurora.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitacion y entró corriendo mi hijo mayor, niño de ocho años. Su semblante estaba bañado de infantil alegría.

—Papá, me dijo aplaudiendo con sus manos; por ahí pasa *Pedro Lagarto*.

Yo tambien como él, cuando era niño, habia esperimentado igual placer al saludar la aparicion periódica de este personaje, que simboliza una de nuestras costumbres populares, una de nuestras mas bellas tradiciones religiosas.

Coloqué á mi hijo en el alfeizar de una ventana, para que viese á *Pedro Lagarto*, y yo sobre poco mas ó menos, hice lo mismo. Hé aquí lo que vimos.

En primer lugar, una vanguardia de muchachos lanzando apóstrofes implacables al héroe de la fiesta. Despues el tambor, personaje *sui generis*, cubierto con un morrion colosal y pompon verde; especie de anacronismo incrustado en nuestras costumbres, y epigrama singular que recuerda al soldado antiguo y al paisano moderno; en seguida el cohetero lanzando al aire de toda especie, y por último á *Pedro Lagarto*, tremolando una magnífica bandera, donde se ve estampada la imágen de una vírgen.

IV.

¿Qué quiere decir esto? ¿Quién es *Pedro Lagarto*, me preguntareis?

Por mas que nosotros, amantes de las investigaciones, hemos buscado su origen, no lo hemos encontrado. *Pedro Lagarto* es, por decirlo así, el patriarca de una antigua cofradía que existe en mi pueblo: es el asombro de la *familia menuda*, valiéndonos de la frase de Fernan Caballero, es la admiracion de los mas adultos y aun el pasmo de los forasteros.

Pedro Lagarto es la encarnacion palpitante de una fe pura y sencilla, que brota como un aroma suave entre las sombras de los recuerdos. A la par que es la forma simbólica de una tradicion, es la esencia de las costumbres patriarcales de nuestros mayores. En su grotesca figura hay algo que enternece y conmueve. Parece el monstruo de la idolatría que lleva en triunfo la imágen sagrada de la Madre de Dios, ó acaso la representacion alegórica de la victoria de la Cruz sobre la Media Luna.

Hé aquí cómo comprendemos moralmente á este personaje.

Ahora voy á presentároslo como es en realidad.

Pedro Lagarto va vestido de bayeta verde, sembrada de motas amarillas. Una dilatada capucha cubre su cabeza; una carátula oculta su rostro; un chaqueton colosal envuelve su cuerpo, unos pantalones espaciosos abrigan sus piernas.

La etimología vulgar del nombre de *Lagarto* es fácil encontrarla en la semejanza que existe entre la piel de este reptil y la vestimenta del personaje en cuestion. Es cuanto podemos decir de él.

Ocupémonos de la mision que está llamado á representar.

Para esto os diré poco mas ó menos como Maturin.

«Me sentaré junto á vosotros y os contaré alguna historia entretenida para pasar el tiempo.

V.

Hace ya siglos—no citaré fechas en obsequio de la brevedad—en aquellas épocas piadosas en que la fe existia en nuestros corazones, salió al romper el alba un pobre leñador, con el objeto de vender despues el mísero fruto de su trabajo.

Se dirigió al vecino monte áspero y espeso, pues entre la ciudad de Guadix y la de Baza se estendia este, poblado de encinas y de pinos.

El leñador, cuyo nombre ignoramos, siguió su camino y se fué introduciendo en los parajes mas fragosos, con el fin de buscar alguna vieja encina donde descargar los golpes de su hacha. El infeliz tenia hambre: el sol se habia levantado radiante y puro. El aire perfumado con la resina de los pinos aumentaba el deseo de terminar su fatigosa tarea.

Al cabo de mucho andar llegó á las márgenes de un arroyo; el paraje era solitario y se encontraba en el corazon del monte. Sentóse descontento, pues no habia encontrado un arbusto á propósito para hacer su leña, cuando advirtió en la opuesta orilla del arroyo, una vieja y gruesa encina, cuyo tronco, mutilado por la intemperie y la accion de los siglos, parecia á propósito para herirlo con su hacha.

Animóse el leñador y se dirigió al árbol. Era su esperanza y la esperanza de su familia. Esta tenia hambre



TORRE DE SAN LORENZO EN EL ALBAICIN.—GRANADA.

y desde allí creia oir la voz de sus hijos pidiéndole pan. Esta idea le hizo consagrarse al trabajo con todas sus fuerzas Levantó el hacha é hirió á la encina. Dió un golpe, despues otro y luego otro. Pero en el momento de dar el tercero sintió una voz lastimera en el corazon del árbol que dijo:

—*¡Piedad de mí!*

El leñador quedó asombrado y el hacha estuvo próxima á caérsele de las manos. Sin embargo, entre la vaga realidad de aquella voz que tenia un sonido celestial y la duda que naturalmente brotó en su alma, pudo mas esta y volvió á golpear la encina.

Entonces al arrancar una gruesa astilla quedó como petrificado. En medio del tronco descubrió una vírgen, con la m jilla ensangrentada; ¡hermosa imágen escondida en aquel nicho de la naturaleza la que al ser herida por el hacha del leñador habia pronunciado aquella esclamacion dolorosa! (1)

El venturoso trabajador cayó de rodillas y se deshizo en lágrimas de arrepentimiento. Lejos de volver á continuar su tarea se volvió á Guadix y dió parte á las autoridades del estraordinario suceso. Este se hizo público. La ciudad de Guadix, despues de ir á visitar á la aparecida imágen, trató de llevársela en una solemne procesion, pero la de Baza se opuso á ello apoyada en que la vírgen se habia aparecido dentro de su jurisdiccion.

En efecto, el arroyo formaba la linde de ambas poblaciones.

Elevóse un pleito ruidoso sobre los derechos que mútuamente alegaban; siguiéronse los procedimientos con tenaz empeño, hasta que la cámara de Castilla sentenció definitivamente que la posesion de la imágen pertenecia á la ciudad de Baza y que á la de Guadix, en virtud de haber sido descubierta por un hijo suyo le correspondia su culto y su festividad.

Tal es el orígen de *Pedro Lagarto*. La imágen llamóse la *Virgen de la Piedad*. Hoy, cualquier devoto que quiera visitarla en su magnífico santuario de Baza, puede ver en su morena mejilla la herida causada por el hacha del leñador segun unos, ó por el pico del albañil segun otros.

VI.

Sobre esta preciosa historia, se fundó la cofradía que todos los años sale de Guadix y se dirige á Baza para celebrar el 8 de setiembre una solemne funcion en memoria de aquel acontecimiento.

Pedro Lagarto lleva el estandarte de la *Virgen*. Desde el dia de San Agustin hasta la antevíspera de la festividad, paséase por las calles de mi pueblo, este estandarte sagrado.

Todos aquellos que en la hora de la agonía ofrecieron un voto á la Vírgen y se libraron de la enfermedad ó de los peligros que les amenazaron; las mujeres que son el sentimiento del amor puro; los niños que son la espresion de la inocencia, colocan en el asta de la bandera, como una ofrenda de cariño, hermosas cintas de colores que forman un precioso pabellon, que simboliza la fe y el espíritu de los corazones que adoran á la Madre de Dios.

Por eso cuando mi hijo me dijo:

—¡Papá, por ahí pasa Pedro Lagarto!—sentí una necesidad ardiente de escribir este artículo

Hay flores tan bellas que embalsaman el corazon por seco que este se encu ntre.

VII.

Quiero dejar consignado esto. Mañana me moriré: el libro de los Reyes lo dice.

«Todos caminamos á la tumba como las aguas que corren y ya no vuelven.»

Mi hijo es muy niño todavía para comprender esto, pero mañana puede ser hombre y lo comprenderá. ¿Quién sabe si para entonces ya no existirá Pedro Lagarto? ¿No hemos visto la marcha de la sociedad que todo lo trastorna? ¿No vemos á la generacion moderna que trata de abolir por medio de la incredulidad esa poesía encantadora, ese perfume bendito, esa aureola de los tiempos pasados que sirve de consuelo á la esperanza que desfallece? ¿No puede suceder que sobrevengan nuevas catástrofes y desaparezca la bella costumbre que os he pintado?

VIII.

Hace catorce años—tenia yo veinte sobre poco mas ó menos—que me encontraba en Valencia. Toda mi vida he tenido una atraccion irresistible hácia las cosas fúnebres, como el *Mr. de Profundis*, de Leon Gozlan.

Sin ser romántico me gustaba y me gusta el visitar los panteones porque en ellos encuentro la verdad.

Pues bien, una tarde me dirigí al cementerio. El sol se ocultaba: nubes sombrias teñian el horizonte de un vago color de plomo. La *necrópolis* estaba solitaria y los sepulcros tenian el tinte lúgubre que les comunicaba el cielo.

Creia hallarme solo, pero advertí á una mujer vestida modestamente, que estaba á orillas de una tumba. Aquella mujer era una madre que visitaba la sepultura de su hija, jóven de quince años.

En el instante de acercarme á ella arrancaba con un amor puramente maternal, las hojas secas de un rosal que ella misma habia plantado sobre la tumba. El goce de aquella madre era aspirar el aroma de las flores de aquel rosal, porque creia que así llevaba á su pecho las partículas, las emanaciones y aun los pensamientos de su hija

He vuelto al cabo de los catorce años y ya no existe ni el rosal, ni la madre, ni la tumba.

¿Quién sabe si del mismo modo desaparecerá èsa fiesta religiosa que mi hijo saludó con su mas alhagüeña sonrisa? Desaparecieron las torres bajo cuyas sombras nos sentábamos á soñar mis amigos y yo; desapareció el estanque donde nos bañábamos, pero; ¿por qué me asombro? Nosotros desapareceremos tambien *sicut nubes, quasi naves velut umbra*, como ha dicho Job.

X.

Por lo demás, *Pedro Lagarto*, es en la actualidad una institucion, un recuerdo, toda una historia viva, palpitante, espléndida y popular.

Cuando vuelve de la santa romería no lleva el estandarte. Va armado de un palo en cuyo estremo hay una cuerda y en la punta de esta cuerda una gruesa bola de paño. Camina á la vanguardia de la larga procesion de devotos que vienen de Baza. Entonces se traba un heróico combate entre los muchachos y *Pedro Lagarto*: este esgrime la larga fusta contra la intrépida falange y entre el humo de los cohetes, el polvo que levantan los romeros, la alegría popular y el vocerío de la multitud, desaparece nuestro emblemático personaje, abrumado por cierta estravagante nomenclatura que solo los chicos de mi país saben lanzar á aquel monstruo vencido, á aquella alegoría triunfante.

TORCUATO TARRAGO.

(1) La ciudad de Baza refiere esta bella tradicion de un modo distinto, atribuyendo á un albañil el descubrimiento de la imágen; pero nosotros contamos la historia del modo que ha llegado á nuestros oidos en nuestro país natal, sin que por eso queramos destruir la narraccion *bastitana*. Nosotros les dejamos en su derecho como Guadix tiene el suyo de creer aquello que le parece mejor.

MISCELANEA.

Tanta era la influencia que suponian nuestros antepasados en los astros, que hasta consideraban no se podia ser buen médico sin conocer la ciencia que los describe y estudia. Los procuradores de las córtes del reino, celebradas en Córdoba en el año de 1570, alegando la necesidad de los conocimientos astrológicos para el ejercicio de la medicina, *suplicamos á V. M.* decian, *mande que de aqui adelante en ninguna universidad puedan dar grado á ningun médico sin que sea graduado de bachiller en astrologia.*

JANER.?



AVISO.

Con el número anterior se ha remitido á todos los suscritores de EL MUSEO UNIVERSAL por el año 1860, el billete con los números correspondientes para la rifa del cuadro pintado al oleo, que representa LA TOMA DEL CAMPAMENTO MARROQUÍ POR NUESTRO VALIENTE EJÉRCITO. Este cuadro, segun está ofrecido, se entregará al que obtenga el número igual al agraciado con el primer premio mayor de la lotería moderna, que se ha de celebrar en Madrid el dia 24 próximo.

Por si algun billete se estravía, los editores se han quedado con nota de los números remitidos á cada suscritor.

Las reclamaciones se atenderán hasta el dia 23, víspera del sorteo.

La lámina del cuadro se publicará en EL MUSEO en cuanto esté grabada, y para que salga con la mayor exactitud, se copia de la fotografía que al efecto ha sacado el primero de los fotógrafos señor Cliffort.

Los señores suscritores que no quieran sufrir retraso en el recibo del número primero del año próximo, se servirán renovar la suscricion oportunamente.—El almanaque lo recibirán los que se suscriban en casa de los corresponsales por conducto de los mismos, y los que remitan á la empresa el valor de la suscricion, lo recibirán directamente.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 52. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 23 DE DICIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



nterin se rinde Gaeta, que está ya muy estrechada y próxima á ser abandonada por la escuadra francesa, la opinion pública se fija en dos asuntos importantes: la conducta de Austria y la guerra de los anglo-franceses con la China.

Convienen todos en que dentro de tres meses, si Austria se obstina en defender por todos los medios que tiene en su mano sus posesiones italianas de Venecia y Lombardía, estallará una guerra general que producirá grandes cambios y movimientos en Europa. El imperio austriaco tiene una gran fuerza para luchar con la Italia; y los italianos lo saben; pero saben tambien que tiene muy poca para luchar contra las diversas nacionalidades que lo constituyen, y á levantar esas nacionalidades hoy muertas, pero cuyas esperanzas de resurreccion se han despertado por los últimos sucesos, se dirigirán los esfuerzos de Victor Manuel y de Garibaldi. Limitada la lucha á Austria é Italia por la posesion de Venecia y Lombardía, no seria, aunque dolorosa, tan alarmante para la paz del resto de Europa, pero lo seria para la libertad: por eso los liberales italianos, si se entabla esa lucha, procurarán estenderla, atacarán las costas de Dalmacia é Iliria, favorecerán la insurreccion de Hungría, de Cracovia, de Galitzia y procurarán que sus mismos súbditos sean los que hagan temblar en sus sillas al gabinete de Viena. Los gobiernos de las demás naciones ven un grave peligro en estos probables movimientos, y para conjurarlo aconsejan al Austria, tanto en interés de la paz general como en interés de su propia conservacion, la cesion del territorio italiano que posee. Sobre este punto se ha publicado en París un folleto, que ha llamado tanto la atencion como el que llevaba por título *El Papa y el Congreso*, folleto al cual se atribuye el mismo orígen que al que acabamos de citar. Titúlase *El emperador Francisco José I y la Europa*: en él se presenta el conflicto austro-italiano como el principal obstáculo para la paz y la prosperidad europeas; se aconseja la cesion de la parte disputada á la Italia y se propone que esta contraiga un empréstito de 2,400.000,000 de reales garantido por la Europa, cantidad que se entregaria al Austria como rescate de las provincias italianas que posee. Un congreso vendria despues á ratificar la cesion y á declarar garantidas por todas las potencias *las fronteras actuales de los Estados europeos*, es decir, que se aseguraria la libertad de Venecia al precio de 120.000,000 de duros, mas al precio de la libertad de Hungría, Polonia y demás nacionalidades.

La cesion de los territorios italianos por dinero creemos que no encontrará dificultades en Italia: pero la Italia no podria desconocer en Hungría y otros puntos el mismo derecho de que ella ha usado ámpliamente para obtener su independencia. De todos modos el folleto dice lo que acabamos de esponer, y tal vez su pensamiento sea el que sirva de base á las únicas negociaciones que en el estado actual de las cosas pueden dar un resultado favorable á la paz europea.

Hablemos de la guerra de la China. Ya dijimos que habian sido presos el secretario de lord Elliot y varios otros ingleses y franceses que se habian adelantado á las columnas. Conducidos á Pekin, los señores Parkes, Loch, L'Eschavrac y trece soldados, han sido devueltos al fin, pero se dice que infamemente mutilados. Los demás, cuyo número es mayor, llevados á otros puntos han perecido si no todos, en gran parte, en medio de crueles tormentos que la pluma de los corresponsales se resiste á describir. Háblase de un jóven de veinte y siete años que fue desollado vivo. En cambio los franceses dieron con el palacio de verano del emperador y lo saquearon, habiendo encontrado en él un inmenso botin en metálico, joyas, relojes, sedería, etc., etc. El metálico parece que será repartido entre todos, ingleses y franceses, y que asciende á muchos millones de duros. En cuanto á las joyas y brillantes pertenecerán á los que primero se apoderaron de estos preciosos objetos.

Esta manera de respetar las propiedades en país enemigo da algun viso de certeza á la noticia que ha corrido de que los espedicionarios, en especial los franceses, no han tenido en general gran respeto á las mujeres de los pueblos por donde han pasado en su marcha á Pekin; y á estos actos de incontinencia se atribuyen las mutilaciones que se dicen hechas en los prisioneros. Los chinos son muy severos en este punto; y el mismo emperador en su precípitada fuga se ha llevado trece de sus mujeres para no tener que pensar en las agenas en la Tartaria á donde se ha retirado. Por fortuna para el hijo del Cielo, se ha firmado la paz en Pekin el 26 de octubre y los aliados empezaban á retirarse de la capital, á donde puede volver ya S. M. y reponer su harem. Un periódico inglés dice que ha gustado mucho á sus compatriotas la posicion de Tien-tsin y que convendrá ocuparla: y otros añaden que será ocupada y fortificada. Por lo demás, abierta la China al comercio europeo, son incalculables las ventajas que van á esperimentarse y la favorable revolucion que vá á hacerse en las transacciones mercantiles entre la Europa y los ricos y dilatados países del Asia Central.

En los Estados-Unidos el presidente Buchanam ha remitido al Congreso su último mensaje. Ya en marzo se encargará Lincoln de la presidencia, y probablemente no se hablará mas del consejo que el primero daba todos los años de comprar la isla de Cuba. Buchanam dice que las relaciones con España son mejores, aunque no enteramente amistosas, y hace referencia á agravios de que los españoles no tenemos noticia, concluyendo por recomendar su proyecto favorito. El presidente próximo á dejar de serlo tiene que manifestarse en los últimos momentos de su vida presidencial consecuente con sus opiniones: ¿qué le importa ya pedir un imposible? La nacion norte-americana no está hoy para anexiones cuando la amenaza un grave conflicto entre el Norte y el Sur. No es decir que creamos del momento la separacion de muchos Estados; pero la idea ha sido ya aclamada una vez y á pocas elecciones presidenciales que se ofrezcan con las circunstancias que han mediado en la de Mr. Lincoln, esa separacion será inevitable.

De Venezuela han llegado á Madrid los representantes del gobierno español en aquella república, y con su presencia se activarán las negociaciones para el arreglo de las diferencias que han mediado. Tambien han venido á esta capital otros representantes del gobierno en el estranjero y en las provincias. Las Navidades se aproximan y se presentan animadas: háblase de grandes cacerías en los montes de Toledo y de suntuosas reuniones en salones brillantes. Capellanes abrirá los suyos para bailes de

máscara en los primeros dias de enero y la Zarzuela se anticipará este año á dar bailes de esta clase: señal evidente de lo productivos que fueron los que dió el año anterior. En cuanto á funciones teatrales, en el Circo, en Jovellanos y en el Príncipe se han estrenado segun nuestras noticias tres obras originales. La del Circo se titula, *El Paraiso en Madrid*, letra del señor Rivera y música del señor Reparáz: para ella se han pintado tres decoraciones que representan, el paseo del Prado, el *Eliseo Madrileño*, y el interior de un escenario. La zarzuela que se preparaba para ejecutarse ayer en Jovellanos, se llama *La hija del Pueblo*, y es letra del señor Alvarez y música del señor Gaztambide. Por último la del Príncipe es del inspirado vate García Gutierrez y lleva por título: *Un duelo á muerte*. De todas hablaremos en el número inmediato. Por hoy nos limitaremos á consignar estas noticias y á decir que en el teatro de Novedades se estrenó el jueves el drama en tres actos titulado *El Eco de la carcajada*. Es un drama verdaderamente tempestuoso: se alza el telon entre truenos y relámpagos y cae durante la tempestad. Por lo demás tiene desatinos de marca.

La Ristori pasará esta Navidad en San Petersburgo, donde se la aplaude calorosamente aunque esto parezca imposible en Rusia y en la estacion en que nos hallamos. Hizo su primera salida en la *Medea* y dejó encantada á la aristocracia rusa.

El señor Monturiol, inventor del ictíneo ó barco pez de que en otro número hemos tratado, ha venido á Madrid con planos y proyecto para construir un barco de guerra de las mismas condiciones que el ictíneo, es decir que pueda caminar y moverse entre dos aguas. Mucho celebraremos que el gobierno, en vista de los felices resultados que han dado los ensayos hechos anteriormente en Barcelona, se aproveche de los conocimientos del señor Monturiol.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES (1).

XII.

Es la escultura una de las ramas mas notables de las bellas artes, rama que al parecer no florece hoy en nuestra patria, con aquel vigor, con aquella pujanza que desearian cuantos se interesan por el verdadero desarrollo del arte en España. Lo mismo que la pintura, soportó el duro cautiverio en que esta estuvo durante algun tiempo, pero al brillar la época de la regeneracion, fue menos feliz y arrastra hoy desconocida su pobre existencia. La pintura de quien fue madre y maestra, le ha arrebatado su poder; la multitud que se detiene entusiasmada ante el cuadro, pasa indiferente al lado de la hermosa estatua, y no comprende cuánta mayor dificultad ofrece animar el duro mármol, que representar en el lienzo cualquiera escena á la cual el color presta desde luego un encanto de que carecen las obras de escultura. Ademas la pura simplicidad de las composiciones, es un escollo mas que el escultor tiene que vencer, para atraer sobre su obra las miradas indiferentes de un público, á quien agrada mas el brillante color y la complicada composicion del cuadro que la pureza de las líneas y la sencillez de los asuntos de que dispone la escultura.

Desde que Grecia, la artística Grecia, sucumbió al peso de las legiones romanas, desde que un hijo del Lacio dijo desde Corinto.—¡Grecia es nuestra! y no solo hizo trasportar á Roma las grandes obras artísticas de aquel pueblo sin rival en las artes y en la filosofía, las dos mas nobles ocupaciones del espíritu, sino que arrastró tras sí á los elegidos del arte para pedirles como á los cautivos hijos de Jerusalem y los de Babilonia, que les divirtiesen con sus cantos, desde entonces, la escultura no dió un paso mas hácia delante.

Es verdad que los griegos no colgaron sus arpas de las ramas de los sauces, como los hijos de Judá, y que enseñaron á los feroces habitantes de las orillas del Tíber á modular los cánticos suaves, y les iniciaron en las dulzuras del arte; pero esto no fue bastante. Tras de las torpezas del imperio vinieron las rudas hordas del Norte, que todo lo aniquilaron á su paso, tras las risueñas alegorías mitológicas, las ensoñadoras creaciones del cristianismo; la escultura retrocedió entonces á su estado primitivo é informe.

Sin embargo, al Renacimiento le estaba reservada la gloria de levantar el arte de su postracion, y levantarla á una altura tal que aun hoy es nuestra admiracion, y entonces fue cuando la escultura volvió á presentarse en todo el esplendor de su belleza. Miguel Angel, Cellini y otros artistas italianos, supieron dar al mármol las puras formas del antiguo, y bien pronto la escultura cristiana se apoderó como si dijéramos del ritmo antiguo, y lo aplicó á las nuevas creencias. Becerra, Berruguete, Cano, Hernandez, fueron los que en nuestra patria conocieron el divino secreto de animar el duro mármol; pero despues que estos pasaron, despues que el arte español entró en el triste período de su decadencia, ¿qué es lo que se halla?

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48, 49, 50 y 51.

La escultura atravesó silenciosa tan aciago período y vino en cierto modo á resucitar en las Academias; despues se levantó un hombre, Alvarez, rival afortunado de Canova, y luego en estos últimos tiempos, algunos artistas, dignos de este nombre, abrieron de nuevo las puertas del templo en donde no sabemos aun quiénes serán los sacerdotes

Sabemos, es verdad, que esta noble rama del arte no es tan apreciada como merece en los pueblos modernos; la pintura, como hemos dicho ya, reemplazó igualmente á su maestra y no la permite vivir; pero aun hay quien protesta contra semejante usurpacion y levanta la voz en favor de la ilustre desterrada.

En la Italia misma, y en particular en el Piamonte, la escultura parece haber recobrado sus naturales derechos, y los escultores son allí los verdaderos representantes del arte, porque los pintores no aciertan (se vió en las últimas esposiciones celebradas en Turin) á levantarse á la altura de los primeros. Pero no sucede lo mismo en nuestra patria, en donde no sabemos por qué predisposicion natural somos mas dados al encanto del color.

Sin embargo, España que contó con ilustres maestros, no podia menos de presentar en esta Esposicion pruebas palmarias y evidentes de que no hemos perdido todavía aquella inspiracion, que convierte los mármoles estériles, en grandiosas y sublimes obras artísticas. No, nuestros jóvenes espositores, en quienes no pueden menos de reconocerse un sano deseo y un laudable esfuerzo, se apresuraron á presentar al juicio público sus trabajos, y cuáles sean estos y cuánto su mérito vamos á verlo en este momento.

Entre los jóvenes espositores sobresalen sin duda alguna los señores Bellver y Figueras, que presentaron obras dignas de tenerse en cuenta, sin que nos olvidemos del señor Ponzano, pues si bien no presentó mas que una sola obra y esa de pocas pretensiones, se ve sin embargo en ella la segura mano del ilustre maestro.

Es sin duda alguna el señor Bellver el que con mas pretensiones se presentó en la Esposicion y puede decirse esto muy bien en vista de que su *Cristo muerto* y su *Viriato victorioso*, son dos obras de diversa índole, y con las cuales quiso probarnos su autor que siente y comprende lo mismo las ideas delicadas y de sentimiento que las vigorosas, y lo que es mejor todavía, que sabe asimismo espresarlas. Su *Cristo muerto* es á no dudarlo su mejor obra: aquella figura cuyo delicado torso es digno de elogio, grandiosa en todas formas, bien modelada, llena de la mas hermosa morbidez, no puede menos de atraer hácia si todas las miradas inteligentes. Se ve en ella el santo y triste reposo de la muerte, y hay algo allí de la divina belleza de Cristo. El asunto estuvo bien escogido y bien interpretado, pero tambien es verdad, que él de por sí es ya la sublimidad y la belleza. Un defecto tiene sin embargo esta figura, á quien no puede negársele que por lo regular está en carácter y tiene buenos rasgos, y es que siendo como hemos dicho, grandiosa en casi todas sus partes, la cabeza es algo mezquina en formas. No es menos bello su *Viriato* que sin duda alguna presentó su autor para hacer contraste con su *Cristo muerto*. En él se ve al guerrero vencedor de las siempre victoriosas águilas romanas, su cabeza es bella y llena de espresion, y en el todo de la figura, bastante bien modelada, se nota energía y vida. Mas feliz que en el *Descendimiento*, acertó á darle su verdadera espresion, cosa que no logró ciertamente en esta última obra. Menos brillante en su concepcion que las anteriores, mas mezquinas las figuras, se ve en ella algunos defectos de composicion, cuyas dificultades, grandes de suyo ya, no supo vencer por completo. A pesar de todo, estas obras con sus defectos y con sus bellezas, anuncian en su autor un jóven de quien debe esperarse bastante; y faltaríamos á un deber de conciencia si asi no lo consignásemos.

No presentó tantas obras el señor Figueras ¿pero esto significa algo, cuando la única que de él existe en el salon de la Trinidad es digna de nuestra consideracion? Su *Israelita acometida por una serpiente*, es ya de por sí un bello pensamiento. Si el autor supo sacar de ella todo el partido posible, si está bien compuesta, bien comprendido el asunto, y ademas bastante estudiada ¿qué puede pedirse al jóven artista que nos presenta la figura de la Israelita en una postura valiente y sumamente difícil para la escultura?

En esta Esposicion se ven tres estatuas de otros tantos célebres naturalistas, obras de los señores Ponzano, Pagnucci y Rodriguez; desde luego, y á poco que se las examine, se echa de ver que sus autores no las presentaron allí con pretensiones, pero asi y todo son dignos de que nos ocupemos de ellas.

Empezaremos, sin embargo, por asegurar que la del señor Pagnucci, es una estatua de poco partido, y no luce á pesar de que no es nada mala, está bien modelada y el rostro es bastante bueno. El señor Ponzano sí que podia en verdad sacar mas partido de su estatua, pues el traje que de tan mal efecto es en la anterior, se prestaba en esta, á que su autor hiciese algo mas de lo que nos ha presentado. En la capa á pesar de estar bien plegada se observa dureza en el modo de hacer, en la cabeza hay poca vida y parece sacada de mascarilla, pero en cambio la estatua está en proporciones, está bien compuesta y bien colocada la figura. Por ser su autor una persona de un talento como el señor Ponzano ha demostrado siempre tenerlo, debíamos ciertamente exigirle mucho, pero ya lo hemos dicho, las estatuas hechas para el Jardin Botánico, no tienen grandes pretensiones y por lo mismo á pesar del talento de sus autores no pasan de medianas, y la del señor Rodriguez es como las anteriores una prueba mas de la verdad de nuestros asertos, pues aunque está bien modelada, bien compuesta y en carácter, no se distingue en particular por ninguna belleza. Sin embargo, este artista presentó dos bustos, y no llenaríamos cumplidamente nuestro objeto si no dijéramos que dichos bustos son bastante buenos, que están bien modelados y que hay en ellos blandura y vida, las dotes principales que se deben exigir á obras de su índole.

Entre las demás obras presentadas, las hay que como la estatua del *Cardenal Jimenez de Cisneros*, del señor Duque, merecen que nos ocupemos de ellas, aunque lamentándonos al mismo tiempo de que haya presentado su *Caton de Utica*, que ni está bien modelado ni bien compuesto. La figura del cardenal es buena y aunque no luce en el desnudo, porque es de paños, la cabeza está en carácter, y no es indigna de nuestro sincero elogio.

Lo mismo puede decirse de la *Concepcion* en madera presentada por el señor Hernandez y Couquet. Esta estatua es elegante y está bien dibujada, pero es lástima que no haya hecho mas detenido estudio de los paños, en especial los de detrás, de los cuales presenta un mal partido.

Pocos bajo-relieves se han presentado; esta parte de la escultura en que tanto se distinguieron los griegos y en donde los artistas del renacimiento se tomaron algunas libertades, es, digámoslo asi, el cuadro de los escultores. Aquí puede el escultor lanzarse en las regiones para él vedadas casi en la estatua, de las complicadas composiciones, ¡pero cuántas dificultades no tiene que vencer! La monotonía, la frialdad es su primer escollo, y para evitarlo se necesita un verdadero talento. El señor Moratilla fue el único que presentó en esta Esposicion un bajo relieve, pero no estuvo tan feliz como fuera de desear. Representa *el sacrificio de Isaac*, asunto cuya hermosa simplicidad, se prestaba bastante á ser tratado en el bajo-relieve, pero esa sencillez de composicion fue lo que mas perjudicó al señor Moratilla. Su bajo-relieve es bueno, nos complacemos en consignarlo asi, pero exagerado en su escuela de planos que da mucha dureza á las figuras: agréguese a esto que la composicion no pasa de mediana y que hay poca accion en ella y se comprenderá con cuánta razon hemos dicho que la monotonía y la frialdad, eran el principal escollo que debian evitar los autores de bajo-relieves.

Para concluir hablaremos, aunque rápidamente, de las obras presentadas por los tres Aranzaru, Salmon y Baglieto, que si bien no se distinguen como las de que acabamos de hablar, esto sin embargo, no obsta para que digamos, que la obra del primero de estos artistas, sin defectos ni bellezas capaces de llamar la atencion, tiene el mérito de estar bien entendida la figura. No pasa lo mismo con la estatua presentada por el señor Salmon, quien no estuvo muy acertado al querer representarnos la alegoría del Viejo Testamento, pues solo logró darnos una figura pesada aunque en carácter con el objeto que queria representar. Sin embargo, presenta algunos partidos de paños y nos indica que su autor si no descuida el estudio de la noble arte á que se dedica, podrá mañana presentar obras mas dignas de su talento. Mas feliz estuvo el señor Baglieto, si bien su obra no es de ningun modo de las proporciones de la anterior. El busto de Murillo está bien modelado, se halla en carácter y la cabeza del ilustre pintor sevillano, tiene vida é inteligencia.

Por primera vez hemos visto reparada en esta Esposicion, la especie de injusticia que se venia infiriendo al grabado en hueco, pues le separaban siempre de la escultura, de quien es una rama especial, si asi podemos decirlo. Este clase de grabado fue bien conocido de la sabia antigüedad, y en nuestra patria, en tiempo de Felipe II, fue cuando el célebre italiano Jacome Trezzo y su hijo, le levantaron á una altura, de la cual decayó despues visiblemente Sin embargo, cuando en tiempo de Cárlos III, gracias á la proteccion que este rey las dispensó, las bellas artes probaron á salir de su letargo, hubo quien como Prieto y Gil hiciesen reaparecer la buena escuela, por tanto tiempo olvidada. No se puede decir que desde entonces el arte del grabado en hueco prosiguiese por la buena senda porque le impulsaron los dos anteriores artistas, puesto que hoy apenas se cuentan algunos jóvenes que, con mas fe y constancia que fortuna, siguen las huellas de su maestro señor Coromina, quien sostiene hoy dia las buenas tradiciones. Para saber cuál sea el estado actual del grabado en hueco en nuestra patria y lo desatendido que se halla, baste saber que solo un espositor ha presentado trabajos de este género, bastante atrasado por cierto. El señor Fernandez Pescador fue el único que los presentó, y de ellos vamos á ocuparnos. Lo mejor que de este artista se ve, es sin duda alguna el troquel del retrato de la reina, que es bastante bueno como ejecucion, pero no ciertamente como parecido; no sucede lo mismo con los demás retratos, pues escepto los de un escultor y el del duque de Rivas, no merecen que nos ocupemos de ellos. Distínguese el primero por estar bien grabado, pero en el segundo está echada á perder esta buena propiedad, por las despro-



porciones que en él se notan, sobre todo en la cabeza. El boceto titulado *Alegoría de la justicia*, no es ciertamente acreedor á nuestros elogios, pues ademas de no estar concluida, ni compone, ni representa nada de lo que su autor se propuso. Mas afortunado estuvo en su copia del *Cuadro de las lanzas* que está bastante bien hecho, y se halla en carácter, estando las cabezas sumamente bien tocadas. Sentimos que el señor Fernandez no haya presentado alguna composicion grabada, que es lo que procedia en quien como él estuvo en el estranjero estudiando, y esas eran, en verdad, las obras que un pensionado debia presentar.

LA PLAZA MAYOR.

CORO.

Al jardin opulento del gusto,
donde ofrece sus frutos la tierra,
donde el aire tributa sus aves,
do se sacian las mismas ideas,
en carnes, en frutas,
en dulces y yerbas;
lleguen, lleguen, lleguen,
vengan, vengan, vengan,
prodigos, tacaños, prudentes, golosos,
pues hay para todos comercio en la feria,

D. RAMON DE LA CRUZ.

Plaza á la plaza Mayor;
plaza á la plaza que es plaza
como ninguna en la corte,
como ninguna en España.
¿Qué es ver la plaza de toros,
piña de cráneos formada,
aplaudir llena de gozo,
silbar ardiendo de rabia:
Qué es la fiesta del patrono
de Madrid, fiesta *non sancta*,
donde ninguno se limpia
viendo que triunfa la Mancha:
Qué es ver las secas orillas
del Manzanares pobladas
de retrecheras manolas,
fuentes de vida y de gracia,
que al enterrar la sardina
echan por tierra las almas:
Qué es ver, el dia del Corpus,
la calle Mayor cuajada
de bultos que huyen el idem
á ojos y manos largas:
Qué es ver con todo su *aquel*
las verbenas celebradas,
esposiciones nocturnas
de enredos, roscas y albahacas.
Y qué son el Dos de Mayo,
La Feria, Semana Santa,
las procesiones del *Dios Chico*, las noches cristianas
de difuntos, San Eugenio
con sus bellotas amargas,
y Lavapies con su estirpe
de Curros, Chatos y Pacas,
cuando la plaza Mayor
viste su traje de gala?
Cesantes sin cesantía,
madres que teneis muchachas,
gallos de pera y bigote,
tísicos pollos sin barba,
diputados de... disputas,
políticos de la trampa
para quienes es el *voto*
prenda pretoria de *bata*;
aspirantes á ministros
(de quien Dios libre á mi patria)
cuyos discursos inspira
un hambre de tres semanas;
gacetilleros falaces,
niñas morenas y blancas;
comediantes de chiripa
que á la menor mareada
entre toses y silbidos
os quedais tocando tablas,
la plaza Mayor espera,
venid que es noche de Pascua
y para honrar sus visitas
luce su traje de gala.
Descendientes de Pelayo
sus nueve avenidas guardan
y dánle música alegre
tamboriles y chicharras,
rabeles y panderetas,
gallos, zambombas y gaitas.
Y como reina entre reinas,
y sultana entre sultanas,
regios presentes recibe
de las provincias de España.
Ganosa de honra y provecho
allí le ofrece Vizcaya
en numerosos cajones
gordas gallinas peladas.
Laredo, ansioso de dar
á Jerez alguna raspa,
sus estimados y frescos
besugos desembanasta.
Valencia y Murcia orgullosas
le rinden dulces naranjas,
Alicante sus turrones
y sus corderos Navarra.
La Vega de Pas manteca;
miel esquisita la Alcarria,
Toledo sus mazapanes
y Menorca sus granadas.
Villalon su queso fresco,
Andalucía sus pasas,
Estremadura chorizos,
Asturias sus avellanas,
Castilla la Vieja pavos,
Galicia carnes saladas.
Aranjuez sus hortalizas,
Madrid su sopa almendrada
y sus mas sabrosos vinos
Yepes, Tarancon y Arganda.
La plaza Mayor entonces
en corazon transformada
de Madrid, centro es de vida
donde se agolpan ufanas
las calles y las plazuelas
á proveerse de savia.
Quién grita en pró del *cascajo*,
quién defiende la ensalada,
quién el mostillo manchego,
quién la olorosa manzana
y la jalea y el dulce
de membrillo y calabaza.
Allí el pródigo banquero,
allí el silbante sin blanca,
allí las insoportables
mamás que nunca se hartan;
allí el mísero empleado
de tres mil; la generala,
la posadera, el cantante,
el peluquero, las amas
antojadizas del cura
de la parroquia inmediata,
van, vienen, miran, preguntan,
regatean, compran, pagan,
y vaciando sus bolsillos
y llenando sus banastas
tornan á su hogar gritando:
—¡Qué plaza señor, qué plaza!—
¡Oh plaza! plaza á la gente
que en Noche-buena te aclama,
y te desea y te busca,
y te rodea y te asalta
bebiendo vida en tu vida,
algazara en tu algazara,
y rumor en tus rumores
y jarana en tus jaranas
para repetir a egre:
—¡*Plaza á la plaza de Pascuas*!—

J. J. VILLANUEVA.

INFLUENCIA DEL ARTE Y LA LITERATURA

EN LA ELOCUENCIA EN GENERAL Y EN PARTICULAR DEL FORO.

I.

Definen los preceptistas la literatura, el arte de hablar ó escribir en prosa y verso; y dicen que es arte la coleccion de reglas para hacer una cosa bien.

Estas reglas en las artes son leyes que dictan al artista lo que debe hacer y lo que debe evitar para que sus obras aparezcan adornadas con las mayores perfecciones.

Y estas leyes no nacieron en tal ó cual época de la voluntad ó el capricho del hombre, sino que son principios inmutables de eterna verdad, por lo mismo que están fundados en la naturaleza. Yo creo que la esencia de esas leyes brotó del seno de Dios con la criatura que hizo á su imágen y semejanza. El primer hombre debió ser el primer artista.

No convengo con los autores que dicen que las leyes del arte, del verdadero arte, han sido desconocidas en la infancia del linaje humano y en los primeros periodos de la civilizacion de las naciones, y que su comprension se debió *al interés* de cierto número de individuos. Esto es hacer nacer en el mundo lo que tiene su orígen en la divinidad. Esto equivale á decir que la poesía, ese enlace espontáneo é irresistible del espíritu con la naturaleza, es una invencion material del hombre con el objeto de satisfacer materiales necesidades. Si hay quien rebaje hasta ese punto la mision del artista, ya no estraño que este noble título ande tan traido y tan llevado en la moderna sociedad.

Acaso aquellos autores incurren solo en la falta de claridad y precision de sus ideas, puesto que ellos convienen en que las reglas ó leyes del arte, son principios inmutables de eterna verdad, porque se fundan en la naturaleza misma de las cosas. Si así lo creen, no pueden decir en términos absolutos que se debió *al interés* de los individuos de una sociedad el conocimiento de esos principios; deben solo concretarse al modo de aplicarlos.

Las leyes del arte tienen una existencia propia, y lo desconocido de esas leyes es la parte de aplicacion, que ha ido desarrollándose en distinta forma segun la índole de los pueblos con mas ó menos impulso segun la vida y los adelantos de su civilizacion.

El primer hombre colocado por Dios en el paraiso, como rey de la naturaleza, ante los variados y magníficos cuadros que se suceden á su visita, siente ya en su alma el influjo de esas leyes, de esos inmutables principios de eterna verdad; armoniza su pensamiento con el mundo esterior, y hace renacer ese mismo mundo en las sublimes regiones de la idea. Y sin embargo, colocad en sus manos una lira, y no sabrá, no podrá traducir al lenguaje de la música aquellos bellísimos sentimientos. Ahí teneis, pues, reflejadas las leyes del arte en su esencia y en su aplicacion.

Las costumbres, que son la fuente donde se retrata la civilizacion de los paises, contribuyen en gran manera á dar forma á todo lo que tiene relacion directa con su espíritu.—Si buscamos la poesía de la edad media, encontraremos su triste sombra sepultada entre las ruinas de los castillos feudales.

Los orgullosos y bárbaros señores de aquellos tiempos, que tenian las almenas de sus torres por dorados timbres, y por esclavos á los desventurados colonos que labraban sus tierras, arrojaban un pedazo de pan á los trovadores porque envileciesen al genio, adulando en sus cantos al miserable despotismo.

Si buscais en algunas épocas los espectáculos de Roma, encontrareis horrorizados la sangrienta arena del circo.

Aquel pueblo, que veia arrastrarse por el lodo la púrpura de sus emperadores, y que en Julia, la hija de Augusto, hallaba el ejemplo de la mas escandalosa prostitucion, acudia en tropel á presenciar con la sonrisa en los labios la lucha á muerte del hombre con las fieras ó del hombre con el hombre.

¡Ah! Si quereis comprender el influjo poderoso del arte, ved á ese pueblo que, por la dureza cruel de sus costumbres, entra con los gladiadores en el circo y oye impasible el *morituri te salutant*, que es el horrible grito de la desesperacion; ved, digo, á ese pueblo, sediento de mas nobles impresiones, entrar en el teatro y derramar lágrimas de dolor ante el sentimiento del artista, ante el inspirado genio del príncipe de la escena romana, ante el idolatrado Roscio.

II.

Llevado por el calor natural de las afecciones que me dominan, me he detenido á considerar antecedentes que, por otra parte, dicen bastante en apoyo del objeto que me propongo. Si la elocuencia es la poesía de la palabra, el teatro debió nacer de la poesía de las costumbres, y al teatro debió mucho la elocuencia en sus tiempos florecientes.

No trato de hacer la apología de los artistas escénicos, de los autores y actores; no. Quiero solo presentarlos como los muestra á los siglos el gran libro de la historia. César Augusto, para dar importancia á estudios que tanto entusiasmo despertaron en Roma, permitió las representaciones escénica á los mismos caballeros y senadores romanos, sin que incurriesen en nota alguna de infamia. Heliogábalo habilitó á los cómicos para ejercer cargos importantes en la república. Neron salió al teatro y fue muy aficionado á recitar tragedias, tanto que su ayo Séneca compuso tres para complacerle, *La Medea*, *El Hipólito* y *Las Troyanas*, á imitacion de los griegos. El mismo Justiniano, el célebre autor de las *Instituciones*, no tuvo reparo en casar con la famosa mujer del teatro, llamada Teodora.

Hago notar todo esto, para que no se estrañe la preponderancia que en la oratoria romana y en la griega tuvieron los estudios de las reglas del arte, y cuyos felices resultados y hermosos frutos se admiran en Lelio, en Ciceron, en Demóstenes.

Ciceron tenia un amor estraordinario al teatro. Siempre llevaba consigo las mas celebradas tragedias y las recitaba con entusiasmo, adquiriendo aquella entonacion que en el foro sabia acomodar con brillante éxito á la parte patética de sus oraciones. Cuando le alcanzaron los asesinos que le quitaron la vida, le sorprendieron leyendo la *Medea* de Eurípides. Ciceron defiende á Roscio y hace de él grandes elogios, esclamando en uno de sus libros: «¿Quién dirá que no necesita el orador en este movimiento y situacion oratoria del gesto y gracia de Roscio?...» Asi, con la amistad y trato íntimo con este eminente cómico, á quien distinguió el dictador Syla con la insignia noble del anillo de oro, y con su incansable constancia en los estudios literarios, Ciceron supo dar realce á sus naturales y brillantes dotes de orador, y con su atrevido genio y arrebatadoras palabras logró libertar á su patria de las maquinaciones de Catilina.

Demóstenes, despues de inútiles ensayos de su juventud; despues de haber confundido mil veces sus acentos con el estruendo de las agitadas olas del mar Focio, habia ya perdido todas sus esperanzas de figurar en la oratoria, cuando el poeta y actor Livio Andrónico le tomó por la mano como á un niño y le condujo con sus prudentes y acertados consejos á la tribuna que mas tarde se alzó en la gran plaza de Atenas. Demóstenes, desde

EL MONASTERIO DE MONSERRAT, VISTO POR EL LADO DEL ESTE.

aquella tribuna, defendió con voz elocuente la independencia de su patria y llegó á libertarla de la tiranía de Filipo.

Hé ahí sujetos al estudio y á la aplicacion de las reglas del arte á los dos primeros genios de la elocuencia del foro, á los dos modelos de los oradores de todos los paises, á los dos hombres que llevaron en pos de sus irresistibles palabras los destinos de dos grandes pueblos, como Orfeo llevaba los arroyos y los montes tras los mágicos acentos de su dulcísima lira.

Pero el orador, en general, y en particular el abogado, no debe ser esclavo del materialismo de esas reglas, sino aplicarlas sencillamente al carácter y marcha que ha de llevar en la forma su oracion. De aquí la necesidad de conocer bien los preceptos de la literatura, para no confundir la índole de las distintas partes del discurso.



DELICIAS CONYUGALES EN LA MAÑANA DE PASCUA.

III

Aunque, al parecer, me separe un tanto de mi objeto principal, por lo relativo debo manifestar aquí la importancia de un criterio delicado y de un feliz ingenio al apreciar los hechos y las circunstancias que aparezcan en la causa que se defiende y que el orador del foro debe examinar profundamente en el retiro de su estudio. Los antiguos retóricos aconsejan con grande empeño este minucioso exámen. Ciceron hablaba largo tiempo con los clientes que se presentaban en consulta. Cuidaba de que la conversacion fuese á solas, para que pudieran esplicarse sin recelo; les esponia todas las objeciones, como si fuese el abogado contrario, para imponerse mejor en los puntos del negocio; y despues que le dejaban solo, pesaba los hechos bajo tres aspectos distintos; como defensor, como abogado de la parte contraria y como juez. Se comprende bien que al observar Ciceron esta práctica rigurosa, censurase agriamente á los abogados que no querian tomarse tanta molestia, echándoles en cara su vergonzoso abandono y hasta la falta de veracidad y de honradez.

El orador forense al tratar de defender una causa debe hallarse poseido ardientemente del mismo interés que abriga el que se la encomienda. ¡Cuántas veces el mas pequeño descuido en la apreciacion de los hechos, ó el olvido mas insignificante en las consideraciones de derecho, dejan burladas las esperanzas de una fortuna en que se apoyaba la existencia, el porvenir de una honrada familia!

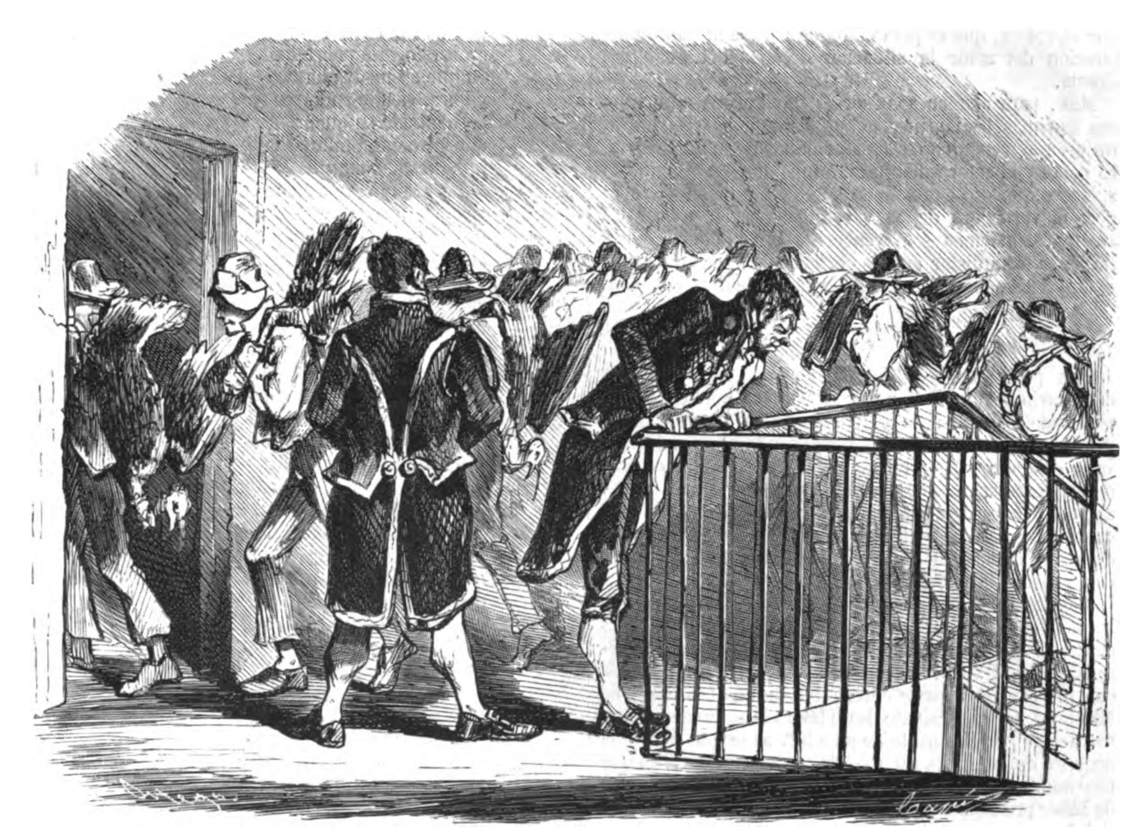
Es muy sagrado el ministerio de la abogacía

de esa profesion que, segun espresa felizmente D'Aguesseau, es tan antigua como la magistratura, tan noble como la virtud y tan necesaria como la justicia. La inteligencia del abogado debe pedir su luz á la verdad, á ese sol cuyos divinos fulgores no mueren nunca. De ese modo rechazará la defensa de toda injusta causa, de toda causa que proceda de las malas pasiones y de los bastardos intereses; de toda causa; en fin, que pueda alterar la tranquilidad de su conciencia, que ofenda á la humanidad, á las leyes, á la religion.

La elocuencia que no esté conforme con esta doctrina, no comprende su verdadero destino. El orador que, alucinado por el poder ó las riquezas, defiende la falsedad y la injusticia de una causa, deja de ser orador, para convertirse en un embaucador aborrecible ó miserable sofista que envilece su talento y prostituye la santa mision que le encomendára Dios entre los hombres.

Todas estas reflexiones se enlazan íntimamente con el espíritu de las leyes del arte, que imprime siempre nobles sentimientos en los corazones que domina, y cuyo poder es de gran trascendencia, principalmente en el foro en las causas criminales. Al tratar el orador de mover los afectos, debe hallarse profundamente poseido; entonces, lejos de debilitarse en la cárcel del materialismo de las reglas, debe dejar á la mente alzarse libre para espresar la ternura ó la grandeza del sentimiento que le anima, bien sea como defensor que trata de inspirar á los jueces piedad para el procesado, ó como fiscal que presenta el crímen con los colores mas vivos, para comunicar al tribunal sus impresiones de horror.

Los sublimes arranques de elocuencia en las causas criminales, no pueden tener entre nosotros los maravillosos efectos que entre los antiguos, ante cuyos jueces aparecian, como para alentar las fuerzas del abogado, los padres, la esposa, los hijos del delincuente, llorando, rasgando sus enlutados vestidos y acompañando con súplicas fervientes la demostracion del dolor y la amargura. En aquellas tiernísimas situaciones, los arrebatos mas exagerados del orador eran oportunos y tenian una fuerza mágica, irresistible.



INFLUENCIA MORAL EJERCIDA POR LOS PRETENDIENTES CERCA DEL MINISTRO EN LOS DIAS DE PASCUA.

Entre nosotros, el abogado se encuentra siempre solo, sin otro apoyo que su fe, sin mas estímulo que su propio entusiasmo. Por eso necesita mucho tino y grande ingenio para preparar los ánimos de los jueces, y un genio superior, un alma de artista, para dominarlos, para enardecerlos con el fuego de su misma pasion.—*Si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi,*—dijo con verdad Horacio. El orador debe sostener entonces, con la espresion del semblante, la espresion íntima de los afectos. Debe comprender todo el valor de aquel momento

LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN PASCUA DE NAVIDAD.

feliz; no debe retroceder; no ha de vacilar en la altura en que se coloca, que es para él lo que para la brillante inspiracion del actor la situacion decisiva del éxito del drama.

Mas, para alentar sus fuerzas, no busque nunca con sus lágrimas las lágrimas del público que le escuche, ni un premio mezquino en los murmullos de su aprobacion. El poeta y el actor quieren ante todo el estrépito de los aplausos que es el nuncio de su gloria y de su fortuna; pero el verdadero defensor criminalista, al mover los afectos, ambiciona solo vencer la inflexibilidad de los jueces, y conquistar en sus corazones un consuelo para el desventurado que yace en la mas triste desesperacion.

IV.

Mas penosa es la mision del abogado fiscal que, en desagravio de las leyes y por la vindicta pública, se ve precisado á acusar ante los tribunales. Y para el mejor desempeño de esa mision, tambien son auxiliares de gran valia el genio y los recursos del arte. No hay necesidad de las exageraciones de eso que los poetas llaman fantasía; pero en la parte patética del discurso, sin salirse nunca de la verdad de los hechos, es de gran efecto el calor de una imaginacion fecunda, que presente los sucesos con viveza á la vez que con naturalidad.

Los discursos que, como abogado fiscal, pronunció Melendez Valdés, han sido siempre citados por sus magníficas descripciones de los crímenes. Lopez, el gran orador español de nuestro siglo, en sus lecciones de elocuencia, copia con mil elogios la parte descriptiva de una acusacion de Melendez por el asesinato de un honrado padre de familia, verificado por el amante de su adúltera esposa y con el acuerdo de esta. Es un modelo de elocuencia, en que luce admirablemente la inspiracion del artista. Despues de haber presentado el teatro del crimen, que es la alcoba del desventurado esposo y padre que yace enfermo en el lecho; despues de pintar el fingimiento cruel de la esposa, su sobresalto y terror, asi como la cobardía del alevoso asesino que asesta el puñal en el pecho de su indefensa víctima y que huye entre las tinieblas, continúa profundizando la impresion de horror que causa al narrar los hechos del crímen. ¡Qué verdad y qué vigor en sus palabras! ¡cómo, gradualmente, ya deteniéndose en la figura de la exánime y destrozada víctima, ya elevándose hasta apostrofar á los reos y presentarlos ante el yerto cadáver y sus ensangrentadas ropas, cómo, digo, logra estremecer el alma de los jueces y dominarla con su acento poderoso!

¡Ah! no. Un orador que no reuniese las especiales circunstancias de Melendez Valdés, no podria, no sabria tocar con tanta destreza los ocultos resortes del sentimiento. Melendez Valdés era un genio, era poeta. Y dice con razon Emilio Castelar, que la poesía es el resúmen de todas las artes; que la palabra que parece tan espiritual como la idea, esculpe, pinta, canta. Melendez, al describir el crímen, con el poder de su animada y fecunda imaginacion, reproduce ante los jueces el cuadro horrible de aquella escena sangrienta, con tan vivos colores, que hace apartar la vista como si se presenciase la misma realidad. No conseguiria la elocuencia ese brillante triunfo, sin el gran auxilio del arte, que es su vida.

Hemos notado, pues, de qué modo las leyes del arte, en su esencia y en su aplicacion, asi como los preceptos literarios, influyen en la elocuencia en general y en particular del foro. Solo resta añadir que esas leyes y esos principios tienen otra esfera donde lucir ademas de la parlamentaria, la del púlpito, y la que ofrecen las causas criminales y la discusion de los particulares intereses.

El gobierno representativo abrió otro campo á la elocuencia; y en ese campo se han oido notables acusaciones por delitos llamados políticos, y aun mas notables defensas, cuyos denodados campeones brotaron, en su mayor parte, del seno de nuestra entusiasta juventud, ávida siempre del progreso de la ciencia social; dispuesta á combatir noblemente en el terreno de la verdad y la justicia, contra esas rancias preocupaciones que son la rémora de la civilizacion, las trabas del genio, el árido desierto que tienen que atravesar con atrevidas alas las generaciones nacientes, para llegar á la tierra de promision que les señala la estrella de su brillante destino.

EDUARDO BUSTILLO.

LA NOCHE-BUENA,

BAJO VARIOS PUNTOS DE VISTA.

AL SEÑOR DIRECTOR DE EL MUSEO UNIVERSAL.

Para el que empieza á vivir
entre bordados pañales,
teniendo en pingües caudales
un brillante porvenir;
y rie sin comprender
que mientras nace al placer,
otros se mueren de pena...
¡*qué noche-buena tan buena!*

Mas para el recien nacido
que en la desnudez empieza
probando ya la pobreza
en que su madre ha vivido;
y llora, siendo su llanto
la fuente de su quebranto,
que otro en el mundo no iguala...
¡*qué noche-buena tan mala!*

Para la niña que adora
y ve su ilusion cumplida,
con dulces lazos unida
al hombre que la enamora,
y, de azucenas formada,
corona de desposada
luce en su frente serena...
¡*qué noche-buena tan buena!*

Mas para la pobre niña
víctima de un falso amor,
que ve ya seca la flor
con que sus gracias aliña;
y sobre su frente mustia
lleva el sello de la angustia
que va robando su gala...
¡*qué noche-buena tan mala!*

Para el mercader dramático
que á dama y galan asedia
con su drama ó su comedia,
que aunque es *arreglo* antipático
lleno de inmoralidad,
en pascua de Navidad
se pone al fin en escena...
¡*qué noche-buena tan buena!*

Mas para el *pobre* escritor
que en el olvido zozobra
porque *guarda* su gran obra
desde enero el director;
y al ver espirar el año,
ante el triste desengaño
un hondo suspiro exhala...
¡*qué Noche-buena tan mala!*

Para el necio petulante
que, sin mérito ninguno,
por fatuo, por importuno,
logra un destino brillante,
y de algun ministro zote
llega á ser tan amigote,
que con el ministro cena...
¡*qué Noche-buena tan buena!*

Mas para el sabio Pascual
que en su pobre pretender,
al fin tendrá que comer
las hojas del memorial;
pues mientras cena el ministro,
no sabe hallar mas registro
que esperar en la antesala...
¡*qué Noche-buena tan mala!*

Y en mil ejemplos verás,
querido amigo José,
que esta noche siempre fué
lo mismo que las demás.
Para aquel que se regala
todas las noches son buenas;
para el que llora sus penas,
la mejor será muy mala.

EDUARDO BUSTILLO.

Diciembre de 1860.

LA MISA DEL GALLO.

Ea, lector amigo, no hay que dormirse; pereza á un lado, abrigarse un poco, y vamos á la *Misa del Gallo*. Asi como asi, el ruido estrepitoso de la calle es en esta noche enemigo declarado del sueño, y el que tal vez ahora mismo atruena tu propio domicilio tampoco te permitiria pegar los ojos.

Supongo que ya habrés hecho *colacion*, pero respetando, como es debido los preceptos de la higiene, y la salud que sin duda disfrutas: dígote esto, porque la mayor parte de los cristianos entienden, á lo menos prácticamente, por colacion en Noche-Buena, el abuso mas estupendo de los placeres de la mesa. En esta noche cada boca es un molino, cada estómago un almacen de géneros de Ultramar y del reino, en una palabra, un abismo; y lo que es en cuanto á beber, hay quien se embriaga solo en pensar lo que se trasiega.

Dan las once, y crece el estrépito, y es que ya van abandonando el teatro de sus glorias y de sus gastronómicas fatigas los que, como nosotros, se dirigen á la misa que ha de celebrarse, no precisamente cuando canta el gallo, *ad pullorum cantum*, como parece indicar lo su título, sino á las doce.

Resuena cada zambombazo, que canta el credo; aturden los redobles de tambores de marca mayor, percutidos á la sazon, no por parvulillos entecos, sino por zangangos de á folio.

Pues ¿y las murgas? Aquí te quiero escopeta. ¡Santo Dios, y qué melodías! ¿Oyes? Esta toca unas habaneras, con tal rabia y desentono, que propiamente parecen tocadas para que las bailen los mismísimos diablos. Y es que como ha nacido el Redentor del mundo, las toca Baco, y no los músicos; esta es la verdad. Esotra que cruza á paso de Luchana, ó, como si dijéramos, á banderas desplegadas, por delante de nosotros, revela instintos superlativamente marciales; y al son del himno de Riego, figúrase quizá, que vá á tragarse todo el imperio de Marruecos.

Veamos ese grupo que desemboca á la derecha. Son asturianos, honrados hijos de Piloña ó de Pravia, que, con unas cuantas paisanas suyas, caminan de seguro hácia la iglesia. ¿Qué canta ese chiquillo que cabalga sobre los hombros de ese aguador? Oigamos.

Arre, borriquito,
Que vamos á Belen,
Que mañana es fiesta
Y el otro tambien.

El aguador celebra con grandes risotadas el cántico del ginete, hace un par de corvetas, de gusto, y continúa trotando.

Siguiendo nuestro camino, fácil es que tropecemos (pues no todo ha de ser tortas y pan pintado) con algun duelo á luz de los reverberos, producido acaso por una sola palabra, por un solo gesto sin significacion maldita, pero convertidos, por la fuerza del mosto sorbido, que todo lo aumenta, en insultos de primer órden. Todavía recuerdo un lance por el estilo, ocurrido tambien en Noche-Buena, años há, lance en que no hubo grandes voces, ni escándalo, sino que se verificó á la chita callando, y del cual resultó gravemente herido uno de los adalides, á quien su adversario, un momento antes de clavarle la navaja, habia dicho, con la fria calma de un consumado perdonavidas:

—Lo que es tú, vas á nacer esta noche.

A lo que contestó aquel:

—Como que es Noche-Buena.

Pero dejemos memorias desagradables, y alegrémonos, ó, si no podemos alegrarnos, envidiemos la alegría de esas familias del pueblo laborioso y pacífico, que asoman por la izquierda, saltando y brincando, al son de panderetas, campanillas, guitarras, tambores y zambombas, y alternando en sus cantares el villancico inocente y religioso con la copla desenvuelta y profana; la copla que empieza:

Esta noche es Noche-Buena
Y no es noche de dormir,

Con la que acaba,

Mi madre mande en lo suyo,
Que en lo mio mando yo.

Si las calles están secas y serena la noche, muchas familias de la clase media y algunas, aunque pocas, de la alta sociedad, toman parte en la alegre espedicion á la iglesia, de la cual vuelven, á veces, á sus casas, los que fueron *ad pedem*, se entiende, con el lodo hasta la cintura; y eso, los bienaventurados que logran pasar á nado, ó como Dios quiere, los diferentes rios que corren por las calles de esta bendita poblacion, porque otros aparecen al siguiente dia tendidos, en medio de ellas, como besugos que el mar ha dejado en la playa al retirarse.

Pero entremos en la iglesia: ya ves cómo los fieles,—que en noche de tanto regocijo mejor merecerian el nombre de infieles,—esperan la salida del sacerdote encargado del Oficio Divino, ó sea la *Misa del Gallo*. Lo que en la misa sucede, con corta diferencia, lo mismo en Madrid que en Alcorcon, en Valencia que en Ruzafa, etc., ya sabes, lector mio, que ha dado motivo en repetidas ocasiones para que la autoridad competente la prohiba, evitando asi el triste espectáculo de la falta de devocion y compostura con que muchos están en la casa de Dios.

Esta noche es noche grande para todos los que componen el ilustre gremio rateril; desde el que te escamotea el pañuelo de sonarte, aunque estés ojo avizor, hasta el que te roba el reló del bolsillo del chaleco, y si le apuran un poco, hasta la camisa que llevas puesta, sin que lo sospeches, ni lo sientas; lo cual no quita, ni pone, para que el tomador se santigüe y rece mas que un ermitaño.

El mancebo que no puede ó no quiere entrar en la casa de su adorado tormento, aunque la ame *con buen fin*, acude al templo, punto de cita, y colocándose detrás de la niña, la habla con fuertes apretones de manos, á que ella corresponde con otros no menos espresivos, cargándose recíprocamente de electricidad, y la entrega un elegante billete, en el que el nuevo Otelo descubrirá á su bella Desdemona los celos que le abrasan.

Aquí un pillete se ocupa en unir, mediante varias puntadas de guita, unos cuantos vestidos, para que cuando sus propietarias quieran separarse, no puedan, sin que se les rasguen, ó por lo menos sin decirse mútuamente cuatro frescas, y cortar las puntadas; cosa harto dificil si la operacion del cosido se ha ejecutado momentos antes de terminar la misa, pues acabada esta, el barullo y la prisa por salir no permiten asi como quiera, deshacer lo hecho, lo cual origina disputas, que á veces han concluido á cachetes.

Allá un rapaz, armado de cerbatana, arroja menudos proyectiles contra los ojos ó las narices de tal cual vieja, sin considerar que puede dejarla tuerta ó roma; porque



eso sí, el chico tiene una puntería tan certera, que donde pone el ojo pone el tiro, prueba elocuente de que se aplica mas á estos ejercicios que a la doctrina cristiana ó al *musa musæ*.

A lo mejor suelen atravesar rápidamente el espacio, como siniestros aerolitos, manzanas podridas ó patatas crudas, capaces de derribar al infeliz á quien alcancen; y no faltan mal intencionados que, con mazorcas ó pelusas de bayon, dibujan toda prenda de paño y de lana que encuentran por delante, dejándolas como nevadas, pero con una nieve que no se quita á tres tirones; tampoco es raro sorprender, teniendo cuidado, á tal cual concurrente empinando una bota, ó bien durmiendo en un rincon la mona, como pudiera hacerlo en la cama.

En tanto, varias voces varoniles cantan villancicos en el coro, acompañados de los rústicos instrumentos de costumbre, y el cura sigue oficiando. Aldeas hay, en donde, si no se encuentran mejores, sirven de instrumentos almireces, cazos y sartenes; en otras, el tamboril y la gaita hacen el gasto, siendo tales la intemperancia y el desenfreno filarmónicos, que al dia siguiente la estadística sanitaria resulta con un aumento considerable de sordos.

En algunas iglesias, para evitar confusion y escándalos, los varones tienen de ignado un sitio, y las hembras otro al lado opuesto. Lo que parece que ya no está en uso es la antigua ceremonia de la adoracion del Niño, bastante generalizada en España, y que consistia en depositar ofrendas en el Nacimiento que, al efecto, se preparaba, recibiendo á su vez, los fieles que las hacian, tortas y pan bendito, por mano del párroco.

En nuestros dias, la costumbre que es objeto de estas breves líneas, ha quedado reducida á trasladarse de casa á la iglesia, despues de la colacion; oir misa, no con gran recogimiento, por grande que se quiera tener, lo cual casi equivale á no oirla, y tornarse despues cada mochuelo á su olivo; hablamos de las personas de vida arreglada, pues respecto de las que no se hallan en este caso, se van á pasar el resto de la noche á los lugares de orgía, á las casas de juego, ó á las fondas, cafés y templos de Baco.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT (1).

IV.

PIADOSAS LEYENDAS.—EL MONASTERIO.—RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA.

Hácia la izquierda, en el cuerno, por decirlo asi, de la gran media luna de peñas que circuyen el convento, vése un haz de sobrepuestos doseletes como cimborio de pagoda, destacados y coronados de cruces como airoso campanil italiano, al pié de cuya primera arista dibújase un humilde oratorio, mas parecido á nido de buitres que á morada de racionales. En aquel hueco, corriendo el año de 880, viéronse y oyéronse durante algunos sábados, luces aéreas y dulcísimas cántigas, seguro anuncio de algun suceso sobrenatural. Habiéndolo observado unos pastores del vecino lugar de Olesa, corrieron á noticiarlo al obispo Gundemaro que se hallaba en Manresa, y viniendo con gran muchedumbre de clerecía y fieles, descubrieron dentro de la cueva que ahora forma el interior de aquel oratorio (2), una portentosa figura de María con el niño Jesus en el regazo, la misma que hace diez siglos está recibiendo en Monserrat los homenajes del mundo católico. Formada procesion para trasladarla á Manresa, cuando cruzaron el valle de Santa María, detúvose la imágen, sin que esfuerzo alguno bastara á moverla de allí, por cuya razon elevaron en el propio lugar una pequeña iglesia que interinamente quedó á cargo del cura de la antedicha parroquia.

Quince años despues, en 895, rigiendo Vifredo el Velloso el condado de Barcelona, alzábase ya sobre la iglesia un conventillo, que segun dicen cronistas, fue al principio de monjas, tomadas de San Pedro de las Puellas, pero otros lo niegan en razon á las pocas seguridades que tan desierto lugar ofrece para asilo de mujeres; mas considerando el espíritu de aquellos tiempos, el fervor de los ascetas que por nada se arredraba, las dulzuras que esa nueva Tebaida ha ofrecido siempre á las almas contemplativas, y sobre todo el ser un lugar consagrado á la soberana Vírgen del cielo, no parece estraño que otras vírgenes de la tierra tomaran sobre sí el encargo de su guarda y ministerio. Tradiciones de localidad vienen en apoyo de esta opinion, observándose todavía allende la ermita de los apóstoles, una vereda pedregosa que conserva el nombre de *Escalera de las monjas*. Como quiera que fuese, poco tiempo seguirian estas en aquel lugar, cuando á mediados del siguiente siglo vemos ya establecidos allí á los religiosos benedictinos de la congregacion tarraconense, los cuales no volvieron á dejarlo, permaneciendo en él hasta nuestros dias.

Si prodigioso fue el hallazgo de la Vírgen, no lo fue menos el orígen del monasterio, segun una poética leyenda que la tradicion ha conservado.

¿Quién ignora la historia de Juan Garin el ermitaño, el cual, inducido á pecado por malicia de Satanás, mató á la hija del Velloso y luego purgó su delito arrastrándose siete años por el monte como bestia feroz, hasta que un niño de pecho pronunció milagrosamente aquellas palabras: «¡Levántate, Garin, pues Dios ya te ha perdonado.» La inocente Riquilda, encontrada viva en su sepulcro, fue una de las abadesas de la nueva casa que de resultas de tal suceso se erigió, y Garin pudo aun llorar largo tiempo como simple donado al servicio de las monjas. Aun hoy se enseñan la cueva donde moraba el anacoreta, y unas ruinas impracticables, situadas perpendicularmente encima del convento, conocidas por *Ermita del Diablo*.

El que llegando tras largo rodeo por el camino de Collbató, y al desembocar en la punta de San Miguel (1) descubre la vista panorámica del moderno edificio, adosado á un alto cabezal de peñas, dando cara al Mediodía, difícilmente se hará idea de lo que fue el humilde santuario del siglo X, cuando se reducia á pequeñas construcciones irregulares, sucesivamente agrupadas segun las necesidades de la casa. Un modesto fronton bizantino y ciertas señales que permanecen de la basílica de la edad media, dejan colegir cuánta seria su pobreza, bien distante por cierto de su ulterior engrandecimiento.

Hasta trescientos años despues de su fundacion, enmudece la historia del convento, y si bien hay noticia de algunos priores durante aquella temporada nada consta acerca del progreso y vicisitudes del edificio, ignorándose el orígen de ese mismo fronton que acabamos de citar, posterior sin duda al año 900 pero anterior al 1200 En el terreno de las conjeturas, puede presumirse que la union de Aragon y Cataluña durante el siglo XII no dejaria de influir en la suerte de Monserrat, y siendo ya entonces grande la devocion á Nuestra Señora, emprenderíanse construcciones numerosas, y hasta se reedificaria la iglesia, cuyo breve local no podia bastar á los muchos peregrinos y devotos. Entonces cabalmente empezó á medrar esta casa con pingües adquisiciones, debidas á la liberalidad de los fieles, bajo la tutela de los reyes y el amparo de la abadía de Ripoll que la gobernaba mediante sus delegados.

Dos escrituras de 1223 y 1273, son los primeros datos que revelan el ensanche de la iglesia, hablando de sus nuevos altares de Santa Catalina y Santa Ana. En el siglo XIV consta una formal restauracion, segun el relato consignado en el archivo prioral, cuyo tenor es que á 11 de octubre de 1341, siendo prior el P. Raimundo de Vilaregut, se consagró una nueva iglesia y altar á Nuestra Señora, asistiendo el infante don Jaime, conde de Urgel, el arzobispo de Tarragona Arnaldo, y gran número de prelados y nobles caballeros (2). Consta asimismo que en igual fecha se puso reloj á la torre, y que veinte años adelante se labró un claustrillo para desahogo de los monges.

Lo que hubo de dar mas aliento á Monserrat, fue su emancipacion de Ripoll al comenzar el siglo XV. Con ella los nuevos abades pudieron desde luego invertir en mejoras un caudal no escaso; y asi fue, que desde 1400 á 1410, se llevaron á cabo muchas obras, ya para el interior servicio, ya para comodidad del público en todos los pormenores. De aquel decenio son entre otras cosas la cerca y portalon que aun se alza negro y ruinoso delante del gran patio actual, y la inutilizada cisterna que está allí junto, volteada de paredones.

En el segundo tercio de aquel siglo, los trastornos generales del reino, y otras circunstancias particulares de Monserrat, refluyeron en daño suyo, trayéndole á una lamentable decadencia, hasta el advenimiento del rey Católico. El eficaz celo y amor á la Vírgen de este ilustrado monarca, mas aun que el restablecimiento del órden público y la promocion de ilustres abades, le devolvieron con creces el esplendor de sus épocas mejores.

Restablecida la disciplina, restauradas las rentas, y reorganizada la administracion sobre mejores bases, todas las fuerzas marchan aunadas, contribuyendo á dar nueva vida y pujanza á la santa casa de Nuestra Señora. En 1476 el abad Róvere,—despues de elevado á la silla pontificia bajo el nombre de Julio II,—labra un claustro tan gallardo y donoso como puede juzgarse por el ala que todavía queda en pié; hácia 1480 se abren los cimientos para un templo de grandes dimensiones, obra que el rey don Fernando y el abad García de Cisneros, sobrino del gran cardenal, empujaron con singular ahinco; y en 1500 se alzó el convento antiguo, despues escolania y enfermería, que sobresale por cima del antedicho claustro. Construyéronse asimismo el noviciado, la casa de *Oracion*, la librería, parte de la sacristía. y mas adelante el coro una de las preciosidades de Monserrat—el refectorio y dormitorio comun y varias obras de adorno, como el panteon del almirante Villamarí, gefe distinguido en la toma de Nápoles, de cuya rica decoracion pueden dar muestra la estátua yacente y algunos restos mal conservados.

Durante el siglo XVI, siguieron activamente los trabajos asi de ensanche como de ornato, en la iglesia. con las capillas de Nuestra Señora de San Juan, San Bernardo, del Crucifijo y San Benito, desde 1514 á 1560; el retablo mayor en 1512; la sillería del coro en 1510; el órgano en 1542. y el panteon del duque de Luna en 1528. Separadamente hiciéronse una nueva torre de campanas en 1531; varias oficinas para monjes y laicos, entre ellas unos baños de convalecencia en la huerta hácia 1537; el dormitorio de monacillos en 1542; la enfermería de donados con sus aposentos altos en 1556 y 64, la casa de la *Cera* la carnicería y gallinería en 1512; el horno y panadería en 1560, etc. etc.

Entonces Monserrat, con su airoso templete del siglo XIV, los cláustros y torreones de la entrada, y la variedad de edificios que acabamos de mencionar, cuadras, granjas, hospederías y demás adyacencias esparcidas en torno y abarcadas en conjunto por un muro almenado y torreado segun usanza de la edad media, debia de ofrecer el aspecto mas risueño, semejando un pueblo de segundo ó tercer órden, estraordinariamente animado no solo por la multitud de personas que allí residian, monges, escolanes, donados, ermitaños y servidores, sino por una inmensa poblacion flotante de centenares y miles de almas, segun lo atestiguaba en 1514 otro de los abades Fray Pedro de Búrgos: con estas palabras: «Es cosa de mucha maravilla, ver aquí tantas diversidades de gentes de todos los paises, adonde se estiende el nombre cristiano; porque no solo de Cataluña sino tambien de toda España, Francia, Italia, Alemania y de otros muchos reinos y provincia, llegan aquí tantos y de tan diversos lenguajes, que ni ellos se entienden, ni los que tienen cargo de darles recado los pueden entender. Aquí vienen reyes, príncipes, duques y otros grandes señores, ricos y pobres sabios é ignorantes. y de todos tanta multitud, que muchas veces no caben en la casa, ni aun en la plaza que está delante de la puerta, mas estánse muchos en la montaña entre aquellos riscos y cuevas y debajo de los árboles, como mejor pueden; y allende esto, vienen las procesiones de los pueblos comarcanos y otros distantes que son mas de cuarenta, de manera que hay dias que se hallan juntas mas de cinco mil personas, y muchos dias mas de mil, y si quisiésemos reducir á un cierto número la gente que viene todo el año cuántos serian cada dia, repartidos unos con otros, digo que habrá unos cuatrocientos mas que menos, dejando aparte los pobres, que tambien unos dias con otros son obra de doscientos.» A esto podemos añadir que solamente de eclesiásticos en un año, concurrieron tres mil quinientos setenta, por donde puede colegirse cuál sería el número de los seglares: Argaiz asegura que en su tiempo pasaban de mil doscientos concurrentes al dia.

Al mediar la espresada centuria, regía el convento un abad de gran virtud, el padre Bartolomé Garriga, el cual siendo niño fue ofrecido á Nuestra Señora de un modo casi portentoso, como si el cielo le predestinase á servicios estraordinarios. En efecto, al gran corazon de este prelado, que despues acabó sus dias penitente en una ermita, debe Monserrat la obra mas arrojada, la empresa mas asombrosa, la fábrica estupenda de su moderna iglesia, verdadera maravilla del arte, no tanto por su valor arquitectónico, cuanto por su ancha grandeza, digna de compararse con las mayores catedrales. Treinta y dos años duró su construccion, habiéndose empezado en 1560, tal vez segun el plan de Cisneros, hasta que llevada á feliz remate, pudo consagrarse el dia de la Candelaria de 1592, autorizando el acto varios obispos y magnates. Por encargo y cuenta del rey don Felipe II, Estéban Jordan trabajó en Valladolid el altar mayor, que fue traido en 1594, y Francisco Lopez de Madrid lo pintó y doró cuatro años despues, habiendo ascendido su total coste, incluso el trasporte, á 30,000 ducados. Por igual tiempo Cristobal de Salamanca esculpia en Monistrol la sillería del coro, alta y baja, historiando en ella la vida, pasion y resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo, con varios santos cuyo trabajo importó otros 10,000 ducados, á razon de 95 cada silla. En 1599, estando presente el rey don Felipe III, hízose la solemne traslacion de la Vírgen desde su antigua iglesia, donde permaneciera setecientos años, asistiendo á la procesion cuarenta y tres frailes legos, quince ermitaños, sesenta y dos monges, los escolanes y capilla de música, y varios caballeros que acompañaban á S. M.

Elevado ya el templo al nivel que se requeria faltaba solo acabar algunos pormenores y completar su decoracion. A eso principalmente consagraron sus tareas los distinguidos abades del siglo XVII: las capillas y retablos del Sacramento, de S. Bernardo y del Santo Cristo; los altares puestos encima de las capillas, la pavimentacion de la iglesia; el dorado general de ella á espensas del célebre don Juan de Austria: la elegante verja que incomunicaba el presbiterio del resto de la nave; el grandioso órgano compuesto de mil ciento y pico de flautas; la conclusion de la sillería del coro por Muñoz; el trono de plata de la Vírgen, suntuoso regalo de la casa de Cardona apreciado en 14,000 duros; las pilas de mármol para agua bendita; el atril del coro, y finalmente el campanario donde se colocó la histórica esquila del Milagro; todo eso se remató entre los años 1620 y 1698. Sin perder de vista al monasterio y dependencias dábase mano á un

(1) Véanse los números 10 y 47.

(2) Fue costeada en 1691 por doña Gertrudis de Camporells, marquesa de Tamarit. Aunque la destruyeron los franceses en 1811, últimamente se acaba de reedificar. con su media naranja á la moderna. Encima del altar, que se compone de finos mármoles muéstrase aun la peña viva en cuyo hueco se halló la imágen. El camino, largo de mil ochocientos pasos, que desde el monasterio conduce á la cueva, se apellidó *de plata*, por las cuantiosas sumas invertidas en su apertura.

(1) Hubo en este lugar una capilla consagrada al Santo Arcángel, patrono antiguo, segun dicen, de la montaña, afirmando algunos cronistas que se construyó en reemplazo de un templo de Venus, obra de los romanos.

(2) Véase

tiempo al vestíbulo, á la portería á la escalera mayor, á la mayordomía, al gran depósito ó algibe de la huerta, y á otras cosas de menos entidad. ¡Qué mucho, si el lustre de Monserrat llegaba entonces á su apogeo, bastando decir que el año de 1621 veíanse reunidos en el coro hasta noventa y nueve monges!

(Se concluirá.)

J. Puiggarí.

MISCELANEAS.

Con motivo de los odiosos atentados cometidos recientemente contra elevadas personas, recordamos lo espuesto que se vió un dia en Barcelona el rey don Fernando el Católico, por asestarle una cuchillada un loco llamado Juan de Cañamares. Siempre han sido locos, por lo general, los que han atentado contra la vida de los reyes. Segun Pedro Mártir de Anglería, que se hallaba á la sazon en aquella ciudad, fue en un viernes, 7 de diciembre de 1492, lo cual destruye la opinion de algunos que dicen tuvo lugar en febrero del siguiente año.

Sobre la herida del rey Católico habló su esposa la magnánima doña Isabel I, en carta dirigida á su confesor fray Hernando de Talavera, de Barcelona, con fecha del 30 de diciembre de 1492. Tráenla, entre otros, el padre fray Joseph de Sigüenza, en su *Historia de la Orden de San Gerónimo*, Capmany en su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia Española*, y Clemencin en el *Elogio* de aquella señora. Dice así:

«Fue la herida tan grande, segun dice el doctor Guadalupe, que yo no tuve corazon para verla tan larga y tan honda, que de honda entraba cuatro dedos, y de larga cosa que me tiembla el corazon en decirlo, que en quien quiera espantara su grandeza, quanto mas en quien era. Mas hízolo Dios con tanta misericordia, que parece se midió el lugar por donde podia ser sin peligro, y salvó todas las cuerdas y el hueso de la nuca, y todo lo peligroso. De manera que luego se vió que no era peligrosa; mas despues de la calambre y el temor de la sangre, nos puso en peligro: y al seteno dia vino tal accidente, de que tambien os escribí yo ya sin congoxa, mas creo que muy desatinada de no dormir. Y despues al seteno dia vino tal accidente, de calentura, y de tal manera, que esta fue la mayor afrenta de todas las que pasamos, y esto duró un dia y una noche: de que no diré yo lo que dixo San Gregorio en el oficio del Sábado Santo; mas que fue noche del infierno: que creed, padre, que nunca tal fue visto en toda la gente ni en todos estos dias, que ni los oficiales hacian sus oficios, ni persona hablaba una con otra: todos en romerías, y en procesiones y limosnas; y mas prisa de confesar que nunca fue en Semana Santa: y todo esto sin amonestacion de nadie. Las iglesias y monasterios de continuo sin cesar de noche y de dia, diez y doce clérigos y frayles rezando: no se puede decir lo que pasaba.»—«Quiso Dios por su bondad aver misericordia de todos; de manera que quando Herrera partió, que llevaba otra carta mia, ya Su Señoría estaba muy bueno, como él avrá dicho, y despues acá lo está siempre (muchas gracias y loores á Nuestro Señor): de manera que ya él se levanta y anda acá fuera, y mañana, placiendo á Dios, cavalgará por la ciudad á otra casa donde nos mudamos, etc.»

No es solo en la Biblioteca Nacional de esta córte en donde se conservan escritos moriscos ó aljamiados, que pertenecieron á la raza tan tristemente espulsada de nuestro suelo por Felipe III. Los hay en varias bibliotecas del estranjero, y sobre todo abundan en la llamada *Imperial* de París. Hé aquí los títulos de todos ellos, conservados bajo los números 208 y 290, de aquella importante Biblioteca.

Fragmentos del Alcoran.
Almorschida para cada semana.
Historia de los últimos momentos, de la muerte y funerales de Mahoma.
Oracion de Fátima, hija de Mahoma.
Itinerario para ir de España á Turquía.
Avisos para el viaje de España á Turquía.
Oracion ó Allahomma de fe.
Oracion para los viernes del Redjeb.
Conferencia ó demandas que demandaron unos judíos al annabi Mohammad.
Capitoilo que fabla en los cinco assalaes.
Oracion traida á Mahoma por el ángel Gabriel.
Profesion de fe musulmana.
Noticia de los meses y fiestas musulmanas.
Visita de los ángeles al hombre moribundo.
Oraciones y fragmentos del Alcoran.
Cántico traido por el ángel Gabriel á Mahoma.
Oraciones para los funerales ó exequias.
Oraciones.
Capítulos del Alcoran.
Tradiciones religiosas.
Oracion para el alma de los padres.
Relacion de la aventura y muerte de Abouschahma, hijo de Omar.
Oracion para las abluciones.
Cánticos para la mañana.
Racontamiento de los escándalos que han de acaecer en España.
Palanto en España sacado de un libro muy viejo llamado Secreto de los secretos de España.
Palabras y profecías de Mahoma sobre España.
Coloquios de Dios con Moisés.
Addoa para quando toronará.
Addoa para cuando se visita un cementerio.

(*) En un grabado del número anterior se puso el nombre de Torre de San Lorenzo en el Albaicin, por el de *Torre de San Juan de los Reyes.*

AGUINALDO A LOS SUSCRITORES DE EL MUSEO UNIVERSAL.



Los frutos de la Pascua al hombro lleva
pero jamás los prueba
¡que es de muchos la suerte yo discurro
igual á la del burro!

Con la mayor facilidad podria formarse un libro sumamente curioso é instructivo, solo con el sencillo trabajo de reunir todas las quejas que del estado de su tiempo respectivo han proferido en todas épocas los escritores, los filósofos, los economistas y los políticos. En todos tiempos se han quejado los hombres de las costumbres del suyo, y han atribuido á los tiempos anteriores la moralidad, el amor al trabajo, el bienestar de que carecian en sus dias. Lo mismo en tiempo de Ciceron que en el de Carlomagno, lo mismo en tiempo de los Reyes Católicos, que en el de Napoleon I, los hombres se quejan de su época, y creen que los dias de sus abuelos fueron mejores, y que son mas apetecibles. ¡Triste engaño! Los defectos, los vicios, la holgazanería, la molicie, el egoismo, han reinado siempre en el mundo con igual intensidad y poderío.

Véase lo què decia fray Hernando de Talavera, confesor de doña Isabel la Católica, en su opúsculo contra la demasía en el vestir y calzar:

«Ya no hay pobre labrador ni oficial por maravilla que no vista sino paño, y aun seda que es mas. En los escuderos y hombres de honor, botas y gaban solian encubrir mucha lazeria; mas ya no basta paño fino ni seda. Si pueden haver (los aforros) de grises ó de martas, no se contentan que sean de peña. El sayo ó manto viejo solia servir para aforrar lo nuevo: mas agora tanto ó mas vale el aforro que la haz. Se excede mucho en las olandas y finas bretañas y en otros lienzos costosos.»

Unos cien años despues decia otro escritor de la época de Felipe III, Suarez de Figueroa, en su libro titulado *El pasajero: advertencias utilísimas á la vida humana*, (1618):

«Ninguno ignora la ocupacion del que ahora se tiene por mayor caballero. Levantarse tarde: oir, no se si diga por cumplimiento una misa, cursar en los mentideros de palacio, ó puerta de Guadalajara: comer tarde, no perder comedia nueva. En saliendo meterse en la casa de juego ó conversacion: gastar casi toda la noche en la travesura, en la matraca, en la sensualidad. Cualquiera tiene por máxima evitar las fatigas y robarse á los negocios de cuidado. Asi la juventud de estos tiempos viene á ser la peor disciplinada que hubo jamás. Hállanse del todo inútiles para la milicia y otros cualesquier trabajos, respecto de los muchos deleites á que se acostumbran desde pequeños.»

Sin presumirlo en el siglo XV y en el XVII, se hacia ya el retrato del siglo XIX, porque ¿qué hallan los lectores en las anteriores quejas que no puedan aplicarlo á las costumbres de nuestros dias? No lloremos, pues, por los tiempos pasados, ni hagamos mucho caso de los viejos cuando nos digan que en su juventud sucedia otra cosa. Lo mismo diremos todos nosotros si llega á encanecer nuestra cabeza. Y tampoco debemos anhelar mucho la pronta llegada de los tiempos venideros, porque probablemente serán... como los pasados y como los presentes.

Durante el reinado de Felipe IV vinieron á Madrid sus sobrinos los príncipes de Saboya, y deseando el rey que se les tratase como correspondia, mandó escribir la *Etiqueta* con que se les debia servir en su real cámara, sacando sus disposiciones de la misma de S. M. que se hallaba firmada por su secretario de Estado, el catalan don Pedro Franqueza. Léense en ella algunas disposiciones muy curiosas, como las siguientes:

«El sastre, calcetero, y platero, y plumajero, pueden entrar al vestir de SS. AA., quando quisieren, pero deben hacerlo quando se vistieren SS. AA. de nuevo, ó en fiestas estraordinarias.»

«Adviértese que quando SS. AA. pidieren la copa, es bien salga el médico de cámara á verla hacer y entre tambien con ella» (1).

«En levantándose de la mesa SS. AA., llegará el gentil-hombre que hubiere cortado y con la servilleta que tuviere al cuello hincado de rodillas, limpiará la ropilla y calzas de SS. AA. por si hubieren caido algunas migajas de pan.»

«Quando se hubiere de mudar ropa á las camas se ha de avisar en la guarda-ropa, para que las traigan, con los travesaños ó traveseros, las puntas de los traveseros, porque los traveseros y colchas, y cubierta de camas, toca á los de la tapicería.»

Janer.

(1) Se salia por ella al cuarto llamado *del bufete*, y la entraba un gentil-hombre, no el médico de Cámara.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.



EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 53. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1860. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos. — AMERICA Y ASIA, 10 pesos. AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.



También Austria á su vez comienza á entrar en las vías de los gobiernos constitucionales, y un señor Schmerling, nuevo ministro, ha publicado un programa que no hay mas que pedir. En él ofrece libertad completa de cultos, igualdad de todos ellos ante el Estado, ley electoral para las dietas provinciales, derechos de autonomía á estas dietas y no sabemos cuántas cosas mas, que si se cumplen, serán muy buenas. De la cesion del Véneto á la Italia nada se dice en el programa: al contrario, en el Véneto sigue el general Benedek haciendo sus preparativos de defensa. Francia, Prusia, Inglaterra y Rusia aconsejan á Francisco José la cesion, y esta combinacion es muy bien vista en Italia, acogiéndose en general por los que ven en ella una garantía de que en la próxima primavera no se turbará la paz de Europa. Por eso el folleto francés titulado *Francisco José I y la Europa* ha sido traducido á todas las lenguas europeas. Verdad es que se le atribuye un orígen muy elevado, diciéndose que en las Tullerías se han corregido las pruebas, que un secretario del emperador ha llevado al autor la pluma y que el mismo autor ha sido inspirado por el hombre que gobierna la Francia y es hoy el árbitro de los destinos de Europa.

Hasta ahora, sin embargo, Francisco I se hace el sordo ó no entiende de indirectas. La obstinacion y el no entender de indirectas parece ser cualidad de muchos Franciscos. El de Nápoles, por ejemplo, sigue en Gaeta; y aunque el bombardeo por parte de los piamonteses es tan fuerte que en algunos dias S. M. ha tenido que refugiarse en un rincon de la fortaleza, todavía continúa la resistencia y aun tiene tiempo para dirigir proclamas y manifiestos á los pueblos de las Dos Sicilias. En el último que ha dado S. M. se lamenta de que un *estranjero* haya invadido su reino que vivia feliz y tranquilo bajo su paternal dominacion; dice que por evitar la efusion de sangre mandó que se bombardease, pero que no se destruyese á Palermo y salió de su capital; confiesa que en esta ocasion fue débil mostrando por ello cierto arrepentimiento, y promete para lo futuro si Dios le conserva su reino instituciones liberales, muy liberales, parlamento separado para la Sicilia y casi tantas cosas como el ministro austriaco Schmerling. Hasta ahora no se nos dice el efecto que este último manifiesto ha causado en los napolitanos.

Por lo demás, la escuadra francesa, á pesar de todo cuanto se ha dicho, sigue en las aguas de Gaeta haciendo el papel de perro del hortelano. Los condes de Trani y de Trápani, hermanos de Francisco II, van de Gaeta á Roma y de Roma á Gaeta, conferencian hoy con su hermano, mañana con el cardenal Antonelli y siguen activas negociaciones; no se sabe sin embargo el objeto de estas, y por lo mismo no puede adivinarse si serán de alguna utilidad sus idas y venidas.

En cuanto al gobierno romano, dícese que se ocupa en organizar un nuevo ejército; pero es noticia esta que necesita confirmacion. Lo que parece fuera de duda es que se organiza en todo el orbe católico la suscricion mas ó menos permanente en su favor con el título de el *Dinero de San Pedro*. En España se han dado y siguen dándose para este Dinero de San Pedro cuantiosas limosnas: en Francia la suscricion progresa, y aun en Irlanda es considerable, lo mismo que en América. En Portugal es donde no parece tan adelantado este asunto, habiendo dado ocasion á un conflicto entre la córte, el gobierno y el nuncio de Su Santidad. Este personaje habia impulsado la suscricion: pero un dia supo que el ministro de Justicia habia remitido una circular á las autoridades eclesiásticas, prohibiéndoles usar en favor de ella de su influencia moral y diciendo que la suscricion debia ser enteramente libre y espontánea porque hacer otra cosa seria infringir abiertamente las leyes portuguesas. Cuando el nuncio supo la existencia de esta circular acudió al gobierno, y no recibiendo contestacion satisfactoria, quiso tener una conferencia con el rey. Lo que pasó con S. M. D. Pedro V. lo cuenta el nuncio en una comunicacion dirigida al cardenal Antonelli: esta comunicacion con otras muchas fue sustraida de la secretaría de Estado por un empleado que se pasó á los piamonteses; publicóse por consiguiente en los periódicos de Florencia y de ellos la tomaron en Portugal. Ahora bien, en ella decia el nuncio que habiéndose presentado al rey, este se mostró sorprendido y manifestó que la circular del ministro de Justicia se habia espedido sin su anuencia y contra su voluntad, añadiendo que todo se remediaria.

Al ver la prensa portuguesa de este modo comprometido el crédito del rey constitucional y del gobierno, ha negado la certeza de los hechos alegados por el nuncio, y algunos periódicos han llegado á proponer su espulsion diciendo que ha ofendido al rey y al gobierno. Todo esto no ha sido muy favorable al aumento del Dinero de San Pedro y por otra parte Portugal es un país pobre.

Nada nuevo de China ni de Siria. Pero en toda España estamos en plena inundacion; los rios han salido de madre: en la Mancha, donde el vino vale menos que el agua, se han anegado algunos molinos, y los habitantes han tenido que refugiarse en los tejados: el ferro-carril del Mediterráneo ha padecido mucho, verdad es que está algo achacoso. Sesenta dias hará pronto con sesenta noches que no deja de llover, de modo que llevamos mas tiempo que duró el Diluvio Universal. Afortunadamente el mar no ha roto todavía sus diques; pero de todos modos los habitantes del interior comprenden ya la necesidad de tener una buena marina, y hay capitalistas que se inclinan á comprar el *Great Eastern* ó sea el buque mónstruo de los ingleses, para salvar en un caso apurado sus capitales. El Darro y el Genil se han echado por esos trigos: el Jarama se mete por las vegas como por viña vendimiada; el Tajo se entra por todo Aranjuez con ímpetu infernal, sin cuidarse de si despertará ó no á Filis; y el humilde Manzanares se ha ensoberbecido estos dias, y viene haciendo mas ruido que un programa: los programas y las inundaciones del Manzanares son ya célebres. La Puerta del Sol se ha convertido en puerto, y no de salvacion ciertamente: se trata de colocar en el Principal algunos botes salvavidas, y varios hacendistas proponen que este sitio sea declarado aduana marítima de primera clase.

No hay que decir que con estas lluvias se aguaron las funciones de Noche-Buena, á lo menos en sus grandes manifestaciones esteriores. Sin embargo, el hogar ganó lo que perdieron las calles, y ganaron los teatros y otras reuniones bajo techado.

El *Príncipe* ya, desde el último dia de la semana anterior, habia dado un buen drama que se ha seguido representando hasta ahora. Hablamos del *Duelo á muerte*, original del señor García Gutierrez. Este drama es de lo mejor que hemos visto hace años: hay en él magníficos versos, elevados pensamientos, toques delicadísimos, que revelan al gran poeta. No es sin embargo de lo mejor que ha hecho su autor: hay algun personaje enteramente

estraño al argumento y que sobra completamente; y el desenlace, demasiado violento, está poco preparado y justificado.

En el mismo teatro se han estrenado dos arreglos con el título de *Mr. Boliche y compañia* y el *Califa de la calle Mayor*, de los cuales no hay que decir sino que son piezas de circunstancias pascuales.

La *Hija del pueblo*, representada en la Zarzuela, tiene muy buenas piezas de canto y el libreto está escrito con gracia. El argumento, sin ser gran cosa, está exento de los graves defectos que en otras obras de este género hemos notado. Habia materia en él para una obra en tres actos; por eso el segundo, donde se precipita la conclusion, nos pareció peor que el primero. El primero es sobresaliente.

En Novedades se han exhibido *Los pastores de Belen*, cosa que se ha creido muy á propósito para estas noches. Su autor ha dispuesto varios cuadros, algunos de los cuales aisladamente tienen mérito, pero el conjunto es informe y decididamente malo.

El drama *La Pecadora*, arreglo del señor Belza, representado tambien en este teatro, fue aplaudido y habria llamado mas la atencion donde el desempeño hubiera sido mas esmerado.

En el Circo se ha representado la zarzuela *El Paraiso en Madrid*. Este paraiso no se parece en nada al que perdieron nuestros primeros padres.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ESPOSICION DE BELLAS ARTES (1).

XIII.

Al tocar el término de nuestro trabajo, y antes de cerrarlo, digámoslo asi, séanos permitido hablar aunque brevemente, de las obras de grabado en acero y madera, que se han presentado en esta Esposicion.

Escasos, muy escasos son en verdad, el número de espositores de esta clase de obras, y tanto mas de notar es esto, cuanto que debian ser, por su índole especial las que mas abundasen, caso que nos hallásemos, en cuanto al grabado, á la envidiable altura á que han llegado ya otras naciones mas afortunadas que nosotros.

No es ciertamente que no hayamos hecho en esto como en todo, un notable esfuerzo, negar tan gran verdad, seria negar la luz, pero de esto á lo que es necesario que lleguemos, hay alguna distancia. Tenemos, es cierto, aventajados artistas que pueden sostener competencia con los mas celebrados del estranjero; en los grabados en madera hemos ido tan allá, como el estado actual de esta clase de trabajos en las naciones mas adelantadas lo permiten, pero nos faltan, sin embargo, mayor número de artistas, esto es la verdad.

El grabado en acero ha sido mirado hasta aquí como el mas notable y el mas difícil: en nuestra patria, como en Italia y Alemania, no faltaron insignes pintores que manejasen el buril; el inmortal Rivera y no ha mucho nuestro celebrado Goya, nos dejaron hermosas estampas grabadas al agua fuerte, que en nada desmerecen de las de los mas insignes grabadores. Empezó el grabado en dulce en nuestra patria, hácia el siglo XVI, floreciendo en su segunda mitad el insigne Arfe Villafañe, Juan de Diesa, el maestro Diego y otros; siguióles nuestro Rivera, que reasume en sí todo lo notable grabado en acero durante el siglo XVII, asi como el infatigable Palomino, reasumió tambien lo mejor que produjo la primera mitad del siglo XVIII, y en el reinado del insigne Carlos III, que tan próspero fue para las bellas artes españolas, florecieron los Selmas y Carmonas, que son, digámoslo asi, los que con Goya y mas tarde Esteve, cierran el mas floreciente período del grabado en España.

Como digno heredero de estas glorias, contamos hoy al señor Martinez, que contra lo que teníamos derecho á esperar de él, presentó muy pocas obras; ellas, sin embargo, le levantan á la altura á que ha sabido elevarse, gracias á su indisputable talento. Necesario era, sin embargo, que hiciese algun esfuerzo, y presentase alguna obra verdaderamente notable; el grabado en acero está bastante descuidado en nuestra patria, y se necesita levantarlo, hoy en que parece que la litografía y mas aun la fotografía, le amenazan con ocupar su puesto. Presentó este distinguido grabador dos láminas, una marcada con el número 291, que representa la *silleria del coro de la catedral de Toledo*, y otra número 292, la *Concepcion de Murillo*, obras de las cuales vamos á ocuparnos. No es ciertamente la primera de estas estampas lo que mas campo podia presentar para lucirse el grabador, pues en el género de grabados como el que nos ocupa, solo se necesita facilidad y gusto para dar pureza á las líneas, y sin embargo, el señor Martinez nos ha presentado un bello grabado. El que representa la *Concepcion de Murillo*, tiene todo el efecto de un buen grabado, está en carácter, tiene buen tono, y se halla bastante bien comprendido. Sin embargo, á pesar del mérito de ambas láminas, séanos permitido consignar aquí nuestro deseo, de que el señor Martinez, presentase alguna obra toda á buril, que es donde se lucen los buenos grabadores, y en donde dan á conocer su habilidad y conocimiento para semejante clase de obras. Por lo demás, los adelantos del siglo permiten hacer mucho y mas fácilmente; en esta última estampa, ha empleado en la mayor parte de ella el agua fuerte y lo que llaman nuestros vecinos *maniere noire*, y no es esto lo que tenemos derecho á esperar de un artista como el señor Martinez.

Otro grabador, el señor Pi Margall, presentó tambien dos grabados, entre los que sobresale el que titula: *Detalles del salon de la casa llamada de Mesa, en Toledo.* Conociamos ya á este artista por su edicion de Flaxman, y podemos asegurar, que aquel grabado, es de lo bueno que hay en asuntos de arquitectura, pues está hecho con pureza, conciencia y delicadeza suma.

No podemos decir lo mismo de los grabados presentados por el señor Alabern. Hállanse estos hechos á trozos desiguales y presentan un todo sucio, no siendo ademas esta clase de obras de gran mérito para ningun grabador por ser solo de contornos. El valor de estos grabados consiste en hallarse en carácter; en Francia se hicieron muchos y muy notables por esta cualidad, pero el señor Alabern, que cuenta sin duda alguna con mejores deseos, que tal vez dotes necesarias para llevarlos á cabo, nos hizo contornos sin sombras y las figuras están mal dibujadas. Sin embargo, los esfuerzos de este artista por dar á conocer por medio del grabado las mejores obras de nuestros pintores, son dignos de elogio, y solo puede lamentarse aquí con razon, que los resultados no correspondan á los esfuerzos.

Entre los demás espositores de grabado en acero, los hay como los señores Roselló, Tarazona y Navarrete que presentaron grabados del San Bruno de Carducci, hecho á media mancha, que son medianos aunque de poco efecto. Distínguese, sin embargo, entre ellos, el del señor Navarrete, pues se advierte un buen dibujo, y aunque en el grabado no esté á la misma altura, creemos que puede esperarse algo de este jóven artista.

El grabado en madera ha adelantado demasiado en nuestra patria, para que no nos detengamos á examinar algunas de las mas notables obras de esta clase presentadas en esta Esposicion. Pocos años hace, esta clase de grabados, que á tan grande altura llegaron, en especial en Francia é Inglaterra, se hallaban en una triste decadencia, pero habiendo entrado el comercio de libros en una época de verdadero desarrollo, alcanzó tambien al grabado en madera, que empieza entre nosotros á levantarse de su postracion y decaimiento. Esta clase de trabajos tienen que seguir el mismo camino que el comercio de libros, si este prospera ellos prosperarán á su vez, puesto que las obras ilustradas que con tan buen éxito y sobrepujando á todas las esperanzas se están llevando á cabo por algunos, en nuestra patria, fueron las que contribuyeron á levantar el arte de grabado en madera á una verdadera altura, y EL MUSEO UNIVERSAL es una prueba elocuentísima de este aserto.

Sin temor de que nadie diga lo contrario, puede asegurarse que nuestro periódico es el que mas esfuerzo hizo y está haciendo por levantar el grabado en madera al floreciente estado en que se halla en otros paises, y nada hace mas evidente esta verdad, como el ver que las pruebas presentadas por los espositores de esta clase de obras, eran si no todas, en su mayor parte, grabados hechos para EL MUSEO UNIVERSAL y que por lo mismo en él vieron la luz pública.

Los señores Capuz, Rico, Severini y Nogueras, cuyos trabajos tan conocidos son de nuestros lectores, han sido los únicos que presentaron pruebas de grabados en madera. Examinemos sus obras, no una por una, porque no lo permite ni la índole de ellas, ni la de nuestro trabajo, sino en conjunto, apreciando en su valor las dotes que distinguen á cada uno de estos artistas.

Nótase desde luego, examinando los grabados del señor Capuz, y comparándolos con los de los demás espositores de este género, que comprende mejor que ninguno el materialismo del grabado, que tiene buen gusto en la direccion de las líneas, pero que es un tanto amanerado, defecto que es necesario trate de evitar en lo sucesivo; y en los del señor Rico, que descuida algun tanto lo material del grabado, cualidad, que como hemos dicho, ya distingue al señor Capuz, pero que en cambio se echa de ver en sus grabados, que él posee mejor que ninguno el dibujo, y que por lo mismo, siempre serán sus grabados dignos de la estimacion en que se les tienen. El señor Severini tiene otras cualidades no menos estimables, pues sujetándose á las líneas trazadas en el dibujo, deja este en carácter y tal como sale de las manos del dibujante, cualidad bien estimable por cierto, pues deja conocer en toda su verdad y pureza los dibujos. Antes de concluir queremos mencionar aquí al señor Nogueras, cuyos grabados nos dan á conocer á un jóven, que si se dedica con fe y entusiasmo al arte que profesa, puede llegar á ser un buen grabador, particularmente en el género de paisaje.

XIV.

Aquí concluimos nuestro trabajo.

Cuando recorremos uno y otro dia los salones de la Esposicion, cuando nos detenemos delante de algunas de las obras presentadas por ciertos jóvenes artistas, cuyo porvenir será sin duda alguna brillante, no podemos menos de creer que el arte español, pronto volverá á entrar en un nuevo periodo de desarrollo y grandeza.

No hay nadie que no haya augurado lo mismo y no haya creido en un próximo renacimiento de las bellas artes en nuestra patria.

Abandonados á sí mismos, luchando con la indiferencia y positivismo de nuestro siglo, nuestros jóvenes artistas consagraron sus mejores dias, al estudio del arte, para levantar su sacerdocio de la triste postracion á que habia llegado ya. Los esfuerzos de algunos gobiernos vinieron á alentarles en su solitario camino, las esposiciones que hasta hace poco no eran nada, ni nada significaban en la esfera del arte, vieron animarse; presentáronse multitud de cuadros, y si bien en su mayor parte no con las necesarias condiciones, ofrecian sin embargo un elocuente contraste con las que las habian precedido, frias é inútiles.

Las tres esposiciones que desde 1856 tuvieron lugar, han hecho mucho en favor del moderno arte español; jóvenes ignorados, salieron de su oscuridad, y sus obras les consiguieron un puesto distinguido entre los modernos artistas. Un esfuerzo mas, y no faltará sin duda alguna, quien venga á hacer verdad, uno, para nosotros verdadero axioma, puesto que creemos que es el talento artístico una cualidad inseparable de nuestra raza.

Francia, esa nacion que á tan grande altura llegó en nuestro siglo, cuenta entre sus hijos mas notables á grandes artistas. Al mismo tiempo que los Chateaubriand, los Lamartine, Balzac, Victor Hugo, Sand y tantos otros ilustres poetas, brotaron los Vernet, Delaroche, David d'Angers, Ingres, Bonheure y otros ilustres artistas que levantaron el nombre francés á una envidiable altura. Bastaba allí el grado de esplendor y riqueza que alcanzó aquella nacion, para que las artes pudiesen vivir y florecer; sin embargo, el gobierno les tendió su mano protectora. El Museo histórico nacional, formado allí con cuadros y estátuas de artistas contemporáneos, es un aliciente poderoso para el jóven artista. Allí tiene el templo, allí la gloria, al mismo tiempo que un espléndido comprador: no se necesita mas, sino que el artista lo sea, que el artista haya logrado vencer las dificultades del asunto que se hubiese propuesto, que lo hubiese comprendido, que hubiese hecho en fin una obra digna de aquel templo levantado en honor del moderno arte francés.

¿Por qué nosotros no hemos de seguir en esto el notable y elocuente ejemplo de la Francia? En nuestra patria el arte no alcanza á librar al artista de lo que podemos llamar pequeñas miserias de la vida, y esta no es mas para ellos que un lento é interminable sacrificio. Cerrados los conventos, no habiéndose creado entre nosotros las grandes riquezas, no siendo general el conocimiento del arte y de sus buenas obras, este, sin la bienhechora proteccion del gobierno, no hará mas que vegetar y languidecer á la sombra de un criminal olvido. Nuestros jóvenes artistas verán consumirse sus mejores dias en el olvido y la miseria, y el arte español no logrará levantarse á aquella altura á que está llamado por su historia y por la índole especial de nuestra raza.

Hoy el gobierno compra ya los mejores cuadros que se presentan en las esposiciones, y si bien esto es algo, no es sin embargo lo bastante.

Al artista le conviene sin duda alguna no pasar ninguna vida amarga y de privaciones, y á esto, subvienen los gobiernos que premian y compran los cuadros premiados, pero el artista, el verdadero artista aspira á algo mas noble y mas digno, aspira á la gloria, y esta nunca será completa para él, cuando su cuadro despues del primero y podemos decir tambien efímero triunfo, sea arrojado sin piedad en el mas oscuro departamento de un ministerio. Esto es la verdad.

¿Cómo se obviaria este inconveniente? ¿Qué medio mas á propósito puede poner en práctica nuestro gobierno para levantar nuestro moderno arte á la altura á que sin duda alguna está llamado á llegar? Uno hay, fácil y hacedero; la construccion de un *Museo nacional*, en donde las obras de nuestros jóvenes artistas tengan un lugar señalado. Hé aquí todo.

Las esposiciones utilísimas bajo todos conceptos, y bien lo demostraron las tres últimas que tuvieron lugar en el Ministerio de Fomento, son el principio. El complemento, el fin digno, decoroso para nuestra patria y halagador para nuestros artistas, es sin duda alguna la creacion de un *Museo nacional*. El dia que se llevase á cabo tan útil pensamiento, si que se diria con justicia que nuestros gobiernos habian hecho algo por el próspero y glorioso desarrollo del arte en España.

LOS AGUINALDOS EN EL SIGLO XIX

Y EN LA ANTIGÜEDAD.

¿Sabeis lo que son los aguinaldos hoy dia, comprendeis todo el horror que causan al bolsillo del hombre indefenso, del hombre que por su posicion social, por su carácter ó por su bienaventuranza en este mundo no se halla al nivel de los que los solicitan, ó mejor dicho, los exigen?

Por demás está esplicar en qué consiste este despojo mas ó menos galante de mayor ó menor cantidad de dinero, que se pide por pedir aguinaldo. Porque lo cierto

(1) Véanse los números 43, 44, 46, 48, 49, 50, 51 y 52.

es que no hay razon alguna para pedirle. Si tú me prestas algun servicio durante el año, á buen seguro que no me le prestas por el futuro aguinaldo.

Todo se hace, todo se paga en este mundo, pero nada se hace de balde para lograr el aguinaldo.

Al contrario, este es el que se da de balde, el aguinaldo es el estraordinario, la paga, el obsequio, la amabilidad de *plus*, y si es de *plus*, esto es, si está demás, entonces ¿á qué exigirle?

¡Desgraciados tiempos estos en que vivimos, en que no se felicitan las Pascuas sino pidiendo dinero! ¡De qué aprovechan felicitaciones pagadas!

Y aun gracias que os feliciten, porque ¿quién no ha recibido en semejantes dias tarjetas y poesías en que se lee... *el aprendiz de la imprenta tal* SOLICITA *á usted las Pascuas* ..; *los aprendices de tal maestro carpintero* SOLICITAN *á usted las Pascuas*...; y todo es solicitar, olvidándose la felicitacion en el tintero...

Esta es la prueba palmaria del delito.

No hay felicitaciones.

Lo que hay son solicitaciones, esto es, no importa que usted no pase felices fiestas con salud, con alegría, con tranquilidad domésticas, ¡*el cartero solicita las Pascuas*! no importa que usted se halle en el lecho del dolor sin esperanza de sentarse á la mesa para conversar mano á mano con un suculento pavo, ¡*el repartidor solicita las Pascuas*! no importa que una calaverada de sus hijos ó una pérdida en la bolsa, le deje á usted arruinado, teniendo que contentarse con una racion de vista en los escaparates de la Dulce Alianza; ¡*el sereno del comercio solicita las Pascuas*! no importa que usted viva en un quinto-cuarto para economizar lo que convenga á sus intereses; *la murga solicita las Pascuas*...

Y adviértase que repartidores y serenos, y murgas, y carteros, y aprendices, y criados, y porteros, y aguadores, y demonios, todos, si cumplen con su obligacion, es porque les pagan por ella, y no tienen el menor derecho al aguinaldo.

¡Cuánto puede la fuerza de la costumbre!

Ya se ve, los señores romanos, que nos dejaron otras muchas cosas de muy mal gusto, tuvieron la mala intencion de dejarnos los aguinaldos.

Remóntase, en efecto, la costumbre de los aguinaldos, nada menos que á la misma fundacion de Roma. Antojósele un dia al señor don Rómulo de regalar ciertos ramos cortados en un bosque consagrado á *Strenua*, diosa de la Industria, al rey de los sabinos, y este otro señor, que no dejaba de ser muy bobalicon, por lo visto, consideró el regalo como buen agüero del año que principiaba. Aquí tienen ustedes el orígen de las *estrenas*, llamadas despues *aguinaldos*. La fiesta de la diosa *Strenua* se hacia en el primer dia del año, y los romanos tomaron la costumbre de felicitarse mutuamente enviándose frutas, dulces y otros regalos agradables. Los clientes presentaban *aguinaldos* á sus patronos, los senadores al mismo emperador, llegando á tal esceso los de los últimos, que Claudio los prohibió, y desde entonces solo se hicieron entre el pueblo. Los Concilios declamaron para abolir esta costumbre, rastro del paganismo, pero la Iglesia permitió despues las *estrenas* solo en prueba de afecto y amor entre los parientes y amigos. Pero ¿qué amor podré tener yo al aguador de mi casa para que me vea obligado á darle aguinaldo?...

Deduzcamos de todo lo dicho que los aguinaldos son hoy, tal como se comprenden, un abuso á que su preclaro fundador, el fundador de Roma, no creia llegase cuando envió el primer aguinaldo conocido en el mundo al rey de los sabinos.

¡Malhadado aguinaldo!

**

UNA PEREGRINACION A MONSERRAT (1).

PIADOSAS LEYENDAS.—EL MONASTERIO.—RESEÑA HISTÓRICO-DESCRIPTIVA.

(CONCLUSION.)

V.

La propia diligencia y grandiosidad siguieron en el siglo XVIII, dando por fruto la nueva escalera que conducia á la Biblioteca, la restauracion del Noviciado en el año 1726, la grande hospedería de pobres en 1730, el regio embaldosado de la iglesia, todo de mármoles genoveses, blancos y negros, formando bellos dibujos, que se concluyó en el decenio de 1730 á 1740; y aquellos famosos bancos donde se veia entallada la historia del ermitaño Garin, con unos púlpitos de igual primor, hechura del año 1741.

Urgiendo ya la reedificacion del monasterio sobre un plan uniforme y adecuado á la suntuosidad de lo demás, toda vez que la obra vieja, formada en secciones heterogéneas, carecia de carácter y daba pocas garantías de estabilidad, resolvióse y emprendióse desde luego tamaña mejora, echando la primera piedra el dia 14 de setiembre de 1755.

No es para esplicada la arrogancia de este alcázar monacal, postrera maravilla de Monserrat, cuya enorme mole, unida á la no menos vasta de la iglesia, deja mudo al viajero que contempla esa obra asombrosa en mitad de aquel desierto. Uno y otro cuerpo de edificio tienen ocho pisos de elevacion, sin contar los recios estribos donde se afianzan, no bajando el grueso de sus paredes de catorce palmos por término medio, y de veinte y dos los cimientos. El convento, que es el mas avanzado, proyecta dos alas de habitaciones alrededor del zaguan ó cláustro que precede á la iglesia. Esta, ademas de comprender la anchurosa nave, sustenta dobles filas de celdillas y corredores que van siguiendo la línea de sus naves ó capillas laterales. Como trabajo de arte nada suponen, siendo por demás sencillos, sin pormenores que caractericen un estilo, habiéndose construido en época del peor gusto; en cambio hácenles superiores á todo encarecimiento su magnificencia y solidez, tanto mas reparable, cuanto que los materiales todos, sillares, maderos, y hasta la cal y arena, debieron traerse de considerable distancia.

¿Y el siglo XIX qué recuerdos va dejando en Monserrat? ¿qué obra estupenda debe el venerable santuario á la ilustracion de nuestros dias?

¡Ah! venid con nosotros: rodeemos la cerca esterior, y lleguémonos al portalon de Oeste que da ingreso al monasterio. Sobre un pradecillo que delante se hace, algunos mozalvetes de buen humor solázanse en esparcir el agua del depósito allí construido desde 1780, hermoso punto de reunion conocido por la *Fuente de los monges*, donde solian estos reunirse en las horas de recreo, para conversar finos y amables con toda clase de personas.

Lo primero que se ve es un plano ascendente formando calle, entre casuchas aportilladas á la derecha, y un largo terraplen á la izquierda. Sobre este elévanse la casa de peregrinos, ahora fonda, y el añejo meson, con la tienda de comestibles, convertido al presente en mayordomía y alojamientos.

¡Qué de generaciones han cruzado este mismo sitio! ¡Cuantas personas, desde lo mas elevado á lo mas humilde, desde reyes, pontífices, caballeros y nobles damas, hasta villanos, mendigos, lisiados y penitentes, han recorrido este callejon, unos cabalgando en briosos corceles ó conducidos en literas de gran valía, otros á pié y descalzos, á veces de hinojos, otras arrastrándose vestidos de zamarras, ciñendo sogas, cargados de cruces y cadenas! Por aquí, ya en 1201, subió doña Leonor de Aragon, la primera reina que visitando á Nuestra Señora, concibió la santa idea de fundar una cofradía bajo su patrocinio; por aquí el rey don Pedro el Grande, al prevenirse en 1279 contra la invasion francesa, vino á implorar de María la bendicion de sus armas. Subieron en 1294, á manera de sencillos peregrinos, don Jaime II y su esposa doña Blanca; mas adelante don Pedro IV, por dos veces; doña Violante, mujer de don Juan I, descalza y llevando una antorcha en la mano; don Fernando el de Antequera; don Alonso IV; don Juan II y su esposa; los Reyes Católicos, especialísimos devotos de Nuestra Señora; el emperador Cárlos V que estuvo en Monserrat nueve veces; y todos los demás reyes sus sucesores hasta hoy, inclusa la reina doña Isabel II, que acaba de verificarlo acompañada de su augusto esposo y real familia, y gran número de personajes, autoridades y gentes de toda Cataluña. Por el mismo lugar subieron á su vez, San Juan de Mata y el egregio fundador de la órden mercenaria, en el siglo XIII; San Vicente Ferrer y el papa Benedicto XIII, en el XV; San Ignacio de Loyola, el guerrero convertido en santo á los piés de Nuestra Señora, y algunos otros del siglo XVI, como Luis de Gonzaga, Francisco de Borja, Raimundo Lulio, Salvador de Horta, sin olvidar la hija de Maximiliano II, despues sor Margarita de la Cruz, princesa que hiriéndose el casto seno delante de Nuestra Señora de Monserrat, con la sangre de su corazon hizo voto de consagrarse en un encierro á servirla toda la vida.

¡Pero qué tristes reflexiones se nos ocurren al considerar las antiguas grandezas, al comparar la piedad y edificacion de tan insignes varones, los cuales en humillacion profunda se abismaban ante la magnificencia del santuario, con la petulante seguridad de muchos que hoy frecuentan aquel sitio, llevados solo de una curiosidad liviana, mirando impasibles, sino en son de rechifla, el lamentable cuadro de su actual degradacion! ¡Pues qué! ¿nada dicen al alma tantas imágenes por el suelo, tantas bóvedas ahumadas, tantas paredes que se desmoronan, llorando por sus grietas el agua que se infiltra á consecuencia de su abandono? ¿Nada dicen esos peñascos cuya arrogante inmovilidad en medio de esas ruinas, parece un sarcasmo vivo contra la pequeñez de las obras del hombre?

Sigamos adelante. Hé aquí al estremo de dicha calle, una manzana de paredones, en cuya mitad ábrese redonda y airosa una cimbra del siglo XV, cobijada por la hornacina que ceñiria entre sus góticos florones alguna piadosa imágen. Delante, y al pié de las rocas que cierran este pasadizo, vénse aun bajo los restos de la que fue cárcel señorial, las ruinas de la gran cisterna que servia al convento de inagotable reserva. Detrás, vénse solo fragmentos de arcos, trozos de bóvedas, balcones caidos, un matorral de abrojos y zarzas, cubriendo una montaña de escombros.

Pero si lo que vemos entristece, lo que sigue arranca lágrimas de profundo dolor: á nuestros piés, formando simétricas líneas de adoquines, estiéndese un pavimento rectangular, que tiene en el centro un brocal y pila góticos, y á su derecha ó sea al Norte, una lonja ojival, compuesta de seis arcos, con esbeltas columnillas y labrados capiteles, sosteniendo otra galería análoga aunque mas rebajada, adornada de rosetones en los antepechos y de canalones en la bovedilla. Al dorso de esta construccion airosa, asoma una fachadita del renacimiento, que ofrece tres hileras de ventanas, algunas treboladas, y en los flancos unos pilarcillos en torzal, los cuales suben hasta reunirse con la cornisa, corriendo en alero por todo lo alto. Esa lonja y esa fachada son los únicos restos del claustro y del convento viejos; el primero obra de Julian de la Róvere, como lo evidencian sus armas puestas en cada pilar, labrado por los maestros Jaime Alfon y Pedro Basset, de Barcelona, quienes cobraron 8,000 rs. en pago de su trabajo, amen del sustento para sí y sus oficiales, y el segundo dirigido por el abad Cisneros en 1500, segun hemos dicho en su lugar.

Otro resto hay aun mas precioso. En la desnuda pared que formaba el ala oriental del claustro, vése una portada de gran sencillez en conjunto; pero lleguémonos cerca, y podremos observar un raro dechado del primitivo arte monumental. ¡Cuánto lo han menoscabado la injuria del tiempo y la incuria de los hombres! Sus molduras apenas se marcan; alguno de los capiteles ha desaparecido; las impostas están melladas: con todo, distínguense perfectamente tres boceles concéntricos, alternados de estrías, recamados de grecas, el primero cubierto de follaje y relieves, representando los Siete Gozos, otro tachonado de clavos y prismas, y el tercero á guisa de cilindro ensortijado, con alternacion de violetas. La imposta descansa sobre dentellones en un friso de acantos que sigue la línea del plinto y de los capiteles, recomendándose aquel y estos por su ornamentacion prolija de mónstruos, quimera, caprichos y mascarones. A entrambos lados del arco resaltan dos grupos simbólicos, uno como de leon sujetado por un mancebo que en él cabalga —tal vez el Leon fuerte ó el Nuevo Sanson de la Escritura,—y el otro tambien como leon en acto de morder una serpiente enroscada, con femenil cabeza—aludiendo al triunfo de María sobre el diablo ó el pecado. Inútil es decir que esta joya arqueológica, que consideramos cuando menos del siglo XII, formaba parte de la basílica primera, trayendo orígen quizá de aquel mismo templo erigido por el conde Vifredo y servido por su hija *la degollada*. ¡Qué libro tan elocuente en cuatro piedras carcomidas!...

El interior de la misma basílica debia parecerse mucho al de Santa Cecilia: una simple bóveda de cañon afirmada sobre machones y acabando en ábsides redondeadas, mas adelante como dos naves para capillas altas y bajas, cuyas entradas pueden aun observarse en el antedicho lienzo de pared, bien asi como una ojiva gótica que abria al coro, encima de la portada bizantina. Toda esta fábrica, aun despues de sus incrementos sucesivos, alcanzaba apenas veinte y cinco pasos de estension, pues á esa distancia hay fijada en los arcos del claustro moderno una inscripcion que dice: «Aquí estuvo la santa imágen de Nuestra Señora setecientos y once años, y de aquí fue trasladada á la iglesia nueva, á once de julio, año de mil quinientos y noventa y nueve, estando presente el católico rey de España Felipe III.»

¿Subsana siquiera la nueva obra las pérdidas que acabamos de lamentar? Avancemos por el descubierto que le sirve de plaza; alcemos la vista: ¡pero gran Dios! ¿otra vez paredes en el aire, arcos sin asiento, aberturas sin fondo? ¿Dónde está la gran portería que se emprendió en 1698; dónde aquella gran escalera que asombraba á los inteligentes, y la de la biblioteca concluida en 1726? ¿Dónde aquel sorprendente vestíbulo todo colgado de donativos y trofeos, ex-votos y raras pinturas, entre ellas el retablo de Garin y un cuadro, regalo de don Martin de Aragon (1396) que le figuraba con sus capitanes; aquel vestíbulo á cuyo aspecto, Sandoval el historiador, no pudo menos de esclamar: «Hay en esta santa casa tantas señales diversas, pinturas, bustos de cera, palo y tablas de milagros que la gloriosa Vírgen María de Monserrat ha hecho, que no hay hombre que viéndolo no se admire y espante notablemente?»

Hubo un dia, dia de acerba recordacion para Monserrat, en que huestes traidoras á España, ansiando quizá vengarse del descalabro sufrido en el Bruch, llevaron hasta el amado desierto la tea incendiaria que paseaban por todos los pueblos y ciudades de Cataluña. Cual hordas salvajes cebáronse en la casa del Señor; inmolaron á sus ministros; saquearon el tesoro de la Vírgen; y no bastando el hierro y el fuego para su saña asoladora, volaron el convento con barriles y minas de pólvora! Hé aquí lo que debe el monasterio á la propaganda civilizadora del siglo XIX.

Tambien algunos hijos de Cataluña quisieron dejar en Monserrat huellas aflictivas de su progreso; tambien hay otra fecha que los coetáneos recordamos con dolor, en la cual un puñado de malévolos no dudó llenar de sangre y esterminio la morada de la paz y la oracion. Y Nuestra Señora volvió á quedar huérfana; y su casa, no bien recobrada, se vistió de nuevo luto! ¡Milagro es que despues de tantos sacudimientos quede algo todavía!

Afortunadamente el claustro y la iglesia no se resintieron como pudiera creerse, gracias á su escesiva solidez. Sin recomendarse uno y otra especialmente, ambos respiran aquella holgada gravedad peculiar de las cons-

(1) Véase los números 10, 47 y 52.

trucciones monásticas que reconocian por tipo generador el Escorial. Varios sepulcros con estátuas echadas, figurando guerreros y obispos de los siglos XIII y XIV, que adornaban la iglesia vieja, hállanse ahora colocados en el pasillo que guia al claustro y en las esquinas inmediatas, donde se tuvo el buen pensamiento de fijar lápidas sueltas y otras curiosidades mas ó menos antiguas. En los arcos vecinos pusiéronse dos leyendas alusivas á San Pedro Nolasco y San Ignacio, que dicen asi: la de la izquierda: «Hic S. Petrus Nolasco, voto visitandi B. B. Virginem se exolvit, ubi crebro diuque orans, primos ignes condendæ religionis hausit; cui postea gratissima Virgo Barcinonæ apparens, ordinem instituit, anno 1218.» La de la derecha: «B. Ignatius á Loyola hic multa prece fletuque, Deo se Virginique devovit; hic tamquam armis spiritualibus sacco se muniens, pernoctavit; hinc ad societatem Jesu fundandam prodiit, anno MDXXII.—Laurentius Nieto abbas, dicavit anno 1603.»

Pero hora es ya de que entremos en la iglesia, echando de paso una ojeada al frontis compuesto de un cuerpo algo saliente de dos estados, con seis columnas, cornisas, tablamentos y cascarones, ostentando un bajo-relieve de Nuestra Señora, y doce pequeños bultos de apóstoles, de mármol blanco; todo ello bastante correcto de líneas y de ejecucion parsimoniosa, pero de valer exiguo.

El templo consta de una sola y despejada nave, ancha de setenta y seis palmos, larga de doscientos ochenta y seis, sin incluir las capillas que tienen dos tercios del mismo ancho y el doble de elevacion, comunicándose entre sí á manera de naves laterales. A media altura, sostenida de pilastras corintias, una faja ó cornisa marca la línea divisoria de las capillas altas, que son seis por ambos lados, como las bajas. Sobre dos de estas se estiende el coro, restablecido modernamente con una sillería uniforme, y en el intermedio de la quinta y sesta, una sólida verja de hierro, que segun en ella se lee es debida á la pia munificencia del rey Fernando VII, segrega la nave del presbiterio ó mejor crucero, constituyéndole un recinto reservado. La bóveda es redonda, no muy graciosa ni ligera: en cambio ofrece buena vista el ábside ochavado, con aristones que parten de una clave comun, por estilo de las fábricas ojivales. En el paño frontero, sin altar, vése dentro de un reducido camarin, colocada sobre mezquina tarima, la imágen venerada por tantos siglos, la milagrosa Vírgen, que no ha dudado sobrevivir á su antigua grandeza, para llegar aislada y pobre á nuestra época de miseria.

Sin embargo, viven aun sugetos que han podido admirar por sus ojos y suspenderse contemplando la maravilla de esta basílica, segun se hallaba antes de su profanacion, «toda dorada, toda regia, toda con proporcion y simetría» conforme dice el ingénuo cronista Serra y Portius. Representémonos, en efecto, esas paredes y bóvedas vestidas completamente de oro en lugar del frio encalado que ahora las cubre (1); esas capillas, cerradas de alto á bajo por unas grandes rejas de madera, blancas y matizadas, al través de las cuales brillaban ricos altares de profusa entalladura, segun el gusto plateresco; figurémonos la arrogante verja que cerraba el presbiterio, con sus pedestales y sobrepuestos de metal dorado; las setenta y cuatro lámparas que ardian sin cesar colocadas en tres hileras, todas de plata, inclusas dos que alumbraban de cerca á la Vírgen, regalo de Felipe II y Felipe IV, otra que pesaba ocho arrobas, ofrenda del gran duque de Toscana, una en figura de nave, cuyo peso era de cinco arrobas, dádiva de la marquesa de Castelrodrigo; y finalmente la primorosa araña que regaló el landgrave Jorge de Hess, Darmstadt, en la cual el cristal y la plata alternan con hermosa combinacion. Figurémonos asimismo en vez de la pobre mesa y sagrario, de los angelones y pésimos bultos que por falta de otra cosa llenan ahora el vacío del altar, aquel retablo que costeó el piadoso Felipe en 30,000 ducados, aquella ara larga de diez y siete palmos sobre la que estribaban cinco gradas de plata maciza, sosteniendo el precioso tabernáculo en cuya restauracion el año de 1722 se consumieron setecientas y pico de onzas de dicho metal. Y si de la iglesia pasamos á la sacristía, figurándonosla asimismo con toda su riqueza antigua, como archivo que era del tesoro de la Vírgen; si subiendo reverentes á besar la mano de la celestial Princesa, nos representamos esta santísima imágen, ocupando el valioso trono de plata, digna alhaja de la grandeza de sus donadores, luciendo las muchas galas que á porfía le tributaban la devocion y la gratitud, los ropones de sirgo y brocado y los mantos de encaje y tisú, los collares y brazaletes de pedrería, las coronas de oro y diamantes, una sola de las cuales reunia mil ciento veinte y cuatro, con mil ochocientas perlas, treinta y ocho esmeraldas, veinte y un zafiros y cinco gruesos rubíes, sin contar un donoso navío de lo mismo colocado en su cima, que regaló á la Vírgen en 1553 la emperatriz doña Isabel: ¡qué mucho se exaltara la fantasía y rebosara el corazon de los fieles, cuando subsistiendo pura la fe de nuestros mayores venian peregrinando de todo el orbe á humillarse ante la *Perla de Cataluña*, que no cesaba de obrar maravillas en su favor, porque nunca las gracias divinas dejan de derramarse sobre los hombres sencillos que profesan verdadera mansedumbre y humildad!

Aun ahora mismo, el alma atribulada, puede sentir hondas y saludables emociones ante la Vírgen de las montañas.—Por resultas de la variedad de organismos y de la complicacion de situaciones en la vida, hay gentes que



Esto es ya un horror! ¡aquí no hay leyes!
¡pero no daré un cuarto el año entrante
si muero un mes siquiera antes de Reyes!

Siempre es tener amantes necesario,
mas al llegar la Pascua, sobre todo,
porque llenan el alma... y el almario.

(1) Bajo los auspicios de S. M., llevóse no hace mucho á cabo una suscricion para restaurar el Santuario, lo cual ha empezado á realizarse, dirigiendo los trabajos una comision facultativa. Segun el plan adoptado, «la iglesia, actualmente desprovista de carácter, y falta de unidad de pensamiento, debe restaurarse tomando por tipo las bovedas y arístones de su grandiosa nave, y rasgándose de nuevo el lucernario central aumentar en cuanto sea dable la luz en la parte superior disminuyendo la de la parte baja. Debe tambien darse mas importancia al retablo mayor y al camarin que actualmente se presenta mezquino, correrse la verja del centro de la iglesia hasta debajo del coro, armonizandola con la nueva obra, y no olvidar el revestimiento polícromo ni las pintadas vidrieras que comunicarán al templo mayor religiosidad y recogimiento.»

llegan sin saber cómo, á un bochornoso estremo de obcecacion, la cual les induce á groseros errores, en mengua de su dignidad y en detrimento de sus verdaderos intereses: á esas gentes y en tal situacion, que merece lástima por reconocer un principio morbífico, les aconsejamos por via de higiene moral una espedicion á Monserrat.

Cuando ya de sí el aspecto de aquella naturaleza vírgen, de aquella grandeza inmoble, de aquella soledad serena, no alcancen á borrar el feo rastro de nuestras bajezas, salvemos las ruinas que circuyen el templo, parlante ejemplo de cuán efímero es todo lo terreno, y situados en algun rincon de la anchurosa nave, abandonémonos á las impresiones de momento y de lugar. Ora asomen rosados albores al través de los ventanales, ora brille con toda su fuerza el esplendoroso sol de Mediodía; ya la niebla estienda su empañado velo, ó la tormenta hacine sus capas sombrías, esa movilidad alternada produce singulares contrastes en aquel recinto siempre tranquilo, suave como su santidad, severo como sus líneas, grave como sus mármoles, en cuya superficie resbalan todos los reflejos para hundirse en un fondo indeciso donde brilla solo tal cual lámpara, suspensa entre cielo y tierra como la esperanza en mitad de la vida. El espíritu dominado insensiblemente por esta alucinacion que le atrae á su vaguedad, obedece en breve á otras sensaciones que emanan de agentes locales, en luz, en ambiente, en murmullos y aromas; sutiles efluvios de esquisita embriaguez, dulcísimo bálsamo de consuelo incomparable; acentos de amor que hieren el alma, cual púdico beso de celeste vírgen ó cual santo preludio del arpa de los serafines, arrebatándolos en vago anhelar hácia una region de beatitud inefable.



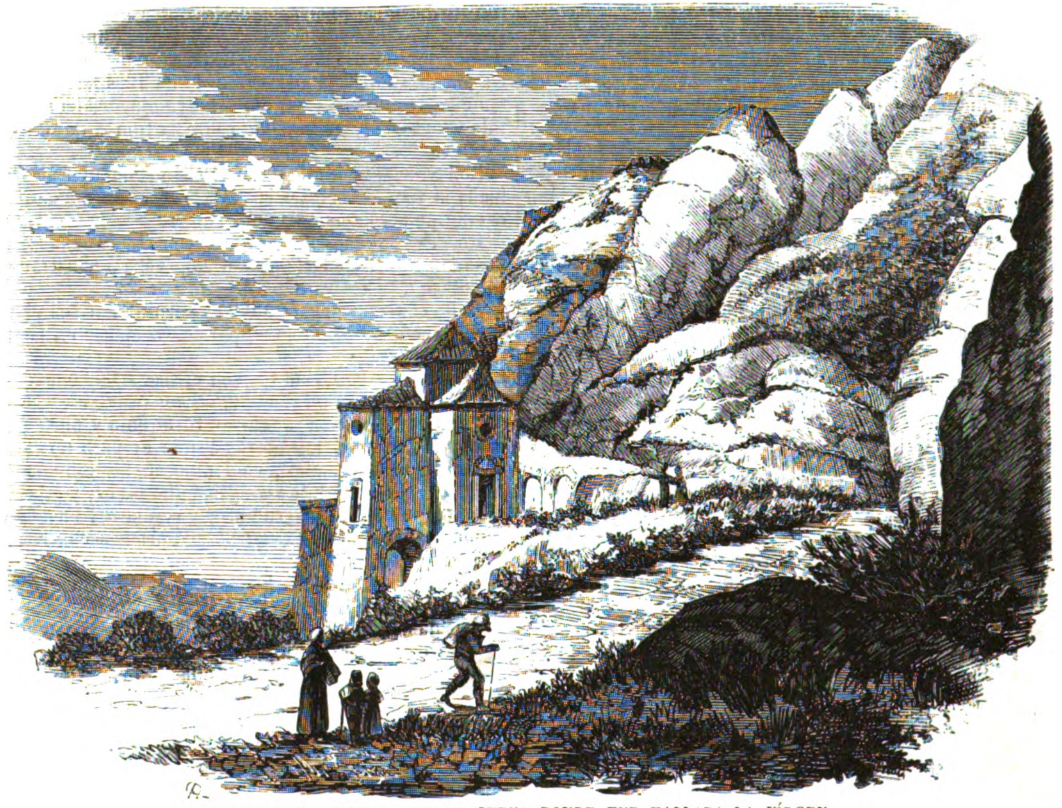
MONSERRAT.—PORTADA DE LA IGLESIA MODERNA.

Son allí tan vivas estas impresiones, que no solo afectan á los hombres vulgares y livianos, sino aun á los varones mas santos y enaltecidos. Cárlos V no cansándose de estar en Monserrat, repetia siempre: hay en estos lugares un no sé qué de celestial, que á pesar mio me enagena y transforma. Fray Antonio de Guevara, uno de sus célebres cronistas, decia asimismo escribiendo al padre Abad: «Acuérdome haber estado en Nuestra Señora de Loreto, de Guadalupe, de la Peña de Francia, de la Hoz de Segovia y de Valvanera, las cuales casas y santuarios son todas de mucha devocion, oracion y admiracion; mas para mi contento y mi condicion, á Nuestra Señora de Monserrat hallo ser edificio de admiracion, templo de oracion y casa de devocion. Dígoos de verdad, que nunca me ví entre aquellos riscos ásperos, entre aquellos montes altos, entre aquellos cerros bravos y entre aquellos bosques espesos, que no me propusiese en mí de ser otro, que no me pesase del tiempo pasado y que no aborreciese la libertad y amase la soledad. Nunca pasé por Monserrat que luego no estuviese contrito, que no me confesase despacio, que no celebrase con lágrimas, que no velase allí una noche que no diese algo á los pobres, que no tomase candelas benditas, y sobre todo que no me cansase de suspirar y propusiese de enmendar.»—Lo mismo dice el sabio Benter en su Crónica valenciana: «Habiendo yo visitado muchos lugares de devocion en Italia, Francia y casi todos los de España, ninguno ha hallado que tanta devocion traiga á los ánimos de los que allí se hallan, como este de Monserrat, y séanme testigos los que lo hubieren visto como yo. Es cosa que no se puede decir ni poner por escrito lo que sienten en sus corazones y almas los devotos que este lugar visitan.»

Muy gastado en efecto debe de hallarse quien resista al milagro de la gracia en presencia de la imágen de Nuestra Señora. Apenas asoma el dia, comienza en sus altares el sagrado ministerio: brillan las luces por todas partes; los incensarios exhalan sus perfumes; el órgano derrama sus armonías; los monacillos con voces argentinas, y los religiosos con pausado canto, elevan místicas trovas á la que impera sobre el universo. La multitud de fieles á su vez, acudiendo en solícito tropel, formulan de corazon y de labio ardorosas salutaciones; y como si todos los objetos animados ó inanimados concurrieran á prestar un colectivo homenaje, las aves elevan sus trinos, el monte envia sus ecos, el bosque sus mansos susurros, y hasta la brisa zumbando ligeramente, parece armonizar esos varios sonidos para fundirlos en una sola y melodiosa plegaria que lleva al través de los espacios hasta el trono del Hacedor.

¡Quién en tan solemnes momentos dejará de hincar la rodilla, y poseido de honda enagenacion no unirá su voz á las demás voces, para repetir con los sacerdotes, con los niños, con las doncellas, con los ancianos.—¡Salve Reina y Señora, Vírgen sin mancilla, estrella de la mañana! Tú eres la gloria de Israel, el honor de nuestro pueblo. ¡Oh vírgen prudentísima, oh madre piadosísima, oh María siempre dulce, ruega por los que vegetamos desterrados en este valle de amargura y tribulacion!

J. Puiggarí.



MONSERRAT.—ERMITA DE LA CUEVA DONDE FUE HALLADA LA VÍRGEN.

SI LA HICISTEIS EN PAJARES, PAGAREISLA EN CAMPOMANES (1).

(TRADICION ASTURIANA.)

Cercada de añosos troncos y basálticas rocas, abríase por los años de 1035, en lo mas espeso del monte de Pajares, una escondida gruta, delante de la cual precipitábase en bullidores tumbos cristalino arroyo, blandamente meciendo las perfumadas violetas de su orilla. Rosales silvestres habian trepado por las paredes de la gruta, y enlazándose con los revueltos tallos de las azules campanulas, cubrian su entrada con velo encantador de flores y de hojas, tejido en admirable armonía por la mano de la naturaleza. Nunca el feroz jabalí de la montaña reposó en la escondida cueva, ni el oso de tardo paso la buscó para asilo de sus hijos. Únicamente por entre las hojas del rosal silvestre penetraban los pardos ruiseñores ó las blancas tórtolas, dejando oir dentro de aquel ignorado hueco su tristísimo arrullo, mezclándose con los dulces trinos del amante cantor de los bosques.

Era una hermosa mañana del mes de octubre. El dulce murmurio del agua, el arrullo de la tórtola ó la amorosa endecha del ruiseñor turbaban solo el solemne reposo de aquella encantadora soledad, cuando de pronto las aves huyeron espantadas al escuchar el acompasado galope de un caballo, que rompiendo impetuoso la maleza avanzaba en direccion de la silvestre gruta. A poco apareció un apuesto cazador ginete en un magnífico alazan, que saltando de entre la espesura hasta la orilla del arroyo, enturbió con el ferrado casco la cristalina corriente. Refrenóle en aquel punto el caballero, no encontrando delante de sí mas que el peñon tajado donde se abria la gruta; y volviéndose á dos peones que algo retrasados le seguian, vestidos con toscos sayos de leñadores, les dijo con indignado acento.

—En verdad, parece que os habeis querido burlar de mi confianza. ¿Dónde está el jabalí que me ofrecísteis hallaria tras esos abetos?

—Señor,—contestó uno de ellos disimulando su profunda emocion,—no os hemos engañado, y en breve comprendereis el motivo porque os guiamos á este paraje.

—Pues muy cerca ha de estar la fiera, y estraño no se haya levantado con el ruido que hemos hecho.

—No tengais miedo, señor rey, que desgraciadamente lo que vos debeis encontrar en este sitio, no puede abandonar su retiro.

—¿Quién eres? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué misterio ocultan tus palabras?

—Yo... soy un pobre leñador de las montañas de Pajares. En cuanto al misterio que creeis encontrar en mis palabras, solo existe en vuestra imaginacion. Penetrad, señor, en esa cueva, y lo comprendereis todo.

—¡Ira de Dios! Pues vamos á verlo.

Y apeándose del caballo, cuya brida tomó el otro leñador, se lanzó á la gruta, rompió con implacable enojo las tiernas enredaderas que cubrian su entrada, y á precipitarse iba en el interior de la cueva cuando de pronto, sintiendo vacilar sus rodillas, cayó postrado de hinojos, destocándose la cabeza de la gorra de piel de gamuza con que la cubria.

En el centro de la silvestre gruta, sobre una tosca losa, alzábase una cruz de piedra, á cuyo pié se leia grabado por inesperta mano:

ADOSINDA.

El cazador la contemplaba atónito. Sus labios se agitaban cual si repitieran una oracion, y la lívida palidez del remordimiento pintábase en su espantada fisonomía.

Así trascurrieron algunos segundos.

Los leñadores le contemplaban con horrible calma, vacilando en sus ojos algunas lágrimas, que en vano querian detener.

El caballero volvió temeroso la cabeza, y al encontrarse su mirada con la implacable de aquellos dos desconocidos, el presentimiento de su fatal destino le hizo volver de su estupor.

Empezó á levantarse lentamente; cuando de pronto sintió caer sobre su cuello la pesada mano de uno de los leñadores, que obligándole á postrarse de nuevo, le gritó con acento terrible.

—¡De rodillas el miserable! ¡De rodillas el mal caballero!

—¡Asesinos! gritó el cazador,—¡me habeis engañado traidoramente!

—Hemos seguido vuestro mismo camino.—Pero acortemos palabras, puesto que nos hemos conocido, y teneis comprendida vuestra suerte. Don Sancho el Mayor, rey de Navarra, de los montes Pirineos y de Tolosa, señor de Castilla y emperador de España (2): os dirigiais á Oviedo para venerar las reliquias de la cámara santa y abrazar á vuestro pariente el obispo don Poncio; pero no pensásteis que quien crímenes siembra recoge castigos. En llegando al castillo de Pajares, quisísteis solazaros con la honesta diversion de la caza, y dejásteis el camino para internaros en las malezas. Ó poca memoria teneis, ó muy malvado sois, cuando habeis logrado acallar los remordimientos. Pero si la memoria os es infiel, oid, don Sancho una historia, que habeis de terminar vos mismo.

A nombre de Alfonso V el Noble, gobernaba la antigua fortaleza de Tudela el conde Fruela Ramirez, guerrero encanecido en cien combates. Luengo tiempo era pasado desque perdiera su esposa, y le restaban por únicas prendas de su enlace dos hijos, Roderico Frolaz, tipo de valor y virtudes caballerescas, y Adosinda, bella cual la rosa recien nacida, y dulce y cariñosa cual la paloma que se cobijaba en las pardas almenas del castillo. Desde sus primeros dias fue prometida á su pariente García de Valdés, doncel de preclaro linaje y muy amado del conde Fruela por su destreza y valor en la guerra y en la caza; pero Adosinda (y bien lo conocia el desamado Valdés) educada con él desde la infancia, no podia entregarle su corazon, por mas que le quisiera con tierno afecto de hermana. El mancebo sufria en silencio, porque la adoraba con delirio, pero nunca hubiera ligado la suerte de la doncella con su destino, conociendo su verdadera posicion. La desgracia en tanto se ensañaba con terrible crueldad en la familia del infortunado Fruela. Sus ganados, que pacian en los valles de Omaña y Babia, fueron robados por los feroces soldados de Almanzor; sus caseríos reducidos á cenizas; y multitud de sus esclavos y vasallos llevados á Córdoba, en cuyas mazmorras gemian tambien Roderico Frolaz y García Valdés, sin lograr romper sus cadenas por mas que se ofreciera al califa un riquísimo rescate. Adosinda era el único tesoro de su anciano padre, que la amaba mas que á su existencia, y se miraba en sus ojos como en el espejo de su alma.—Una tarde, y óyeme bien, afortunado cazador, volvia el triste conde de larga batida, acompañado de un mancebo desconocido, que viendo á don Fruela mal parado en sostenida lucha con un oso se habia lanzado á él, y dando muerte á la fiera le salvó la existencia.—Apuesto era el mancebo, la niña jóven, y virgen de las dulces emociones del amor. Estraño movimiento sintió en su pecho á la vista del caballero, y el carmin del pudor que presiente la enemiga llama de los amores, pintó sus delicadas rosas en sus mejillas. El conde dió confiado hospedaje al estranjero: le colmó de alabanzas y de agasajos, y despues de largos dias, en los cuales ocupó al lado del anciano el lugar de su hijo cautivo, despidióle cariñosamente al retirarse á su lecho, cambiando con él su espada en señal de amistad eterna.—Pero el mal nacido mancebo ocultaba corazon de falso tigre bajo apariencia de noble leon. Robó al anciano su flor querida. La deslumbró con su amor, y la torpe oruga de los pantanos manchó la pura violeta de los valles. ¿Me ois bien, don Sancho? ¿Me ois bien? gritaba el narrador, trémulo de pena y de enojo. ¿No habeis adivinado todavía el resto de la triste historia? Pues bien, escúchale, y quiera Dios que cada una de mis palabras caiga sobre tu corazon como plomo derretido. El pobre padre corrió toda la tierra y murió desesperado maldiciendo á su hija. El infame raptor abandonó á su víctima, que retirada en un espeso bosque, espió con una vida de penitencia su pasada culpa, hasta que Dios la recibió en su seno. Roderico Frolaz y el desgraciado amante García de Valdés, libres al fin del cautiverio por rescate de su rey, han seguido los pasos del mal caballero, del robador de la honra y asesino de un anciano; y hoy, ante el sepulcro de Adosinda, pídenle estrecha cuenta de su deslealtad. El juicio de Dios ha llegado: tiembla, rey de Navarra, que su divino poder ha permitido vengas á espiar tu delito sobre la tumba de tu inocente víctima.

Don Sancho nada respondió. Pálido como un cadáver, fijaba la vista en la tosca cruz de piedra, abrumado por el enorme peso de su crímen.

Roderico y Valdés le contemplaron en silencio algunos momentos. Quizá la piedad empezaba á penetrar en su corazon.

Al fin el primero acercóse al abismado monarca y

—Don Sancho—le dijo—¿qué podeis alegar en vuestra defensa?

—Nada—respondió el rey con calma.—Soy culpable, y hasta me lo dice mi remordimiento.

—¿Y basta con eso para lavar tu afrenta y purgar tu crímen? No; aquí mismo vas á morir; pero no como debieras acabar tus dias, cual mueren los criminales, sino luchando con el que escojas de nosotros; y esta espada que fue tuya, que cambiaste con la del engañado conde, terminará tu existencia si Dios nos concede la victoria.

—¡Vais á asesinarme! Sois dos, y mientras yo me bato con uno me acometerá el otro por la espalda.

—¡Infame! tan inícuo pensamiento merece que te demos muerte sin el honor del combate.

—¡De rodillas otra vez, de rodillas! gritó Valdés indignado al oir semejante respuesta.

Don Sancho por la primera vez de su vida, tuvo miedo. La voz de su conciencia asustó á su corazon, y solo pudo gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Navarros, que asesinan á vuestro rey!—tocando en seguida en son de alarma su corneta de caza.

—¡Ah, miserable!—esclamaron los dos disfrazados caballeros: te creimos malvado, pero no cobarde.

Don Sancho entre tanto seguia tocando con precipitada alarma su vígaro. En breve se oyó el galope de los caballeros, atraidos por la señal de su jefe.

—No te has de librar de nuestra justa saña,—gritó Roderico levantando su espada para herir.

—¡Atrás, asesino!—esclamó el rey, á tiempo que penetraban sus ballesteros por entre los espesos matorrales; y antes de que pudiera evitarlo Roderico, vióse rodeado y sujeto por los servidores de don Sancho.

Valdés escapó entre la maleza, siendo vanos cuantos esfuerzos se hicieron para buscarle. Rodericó sufrió todo el peso de la rabia de sus perseguidores, y aunque intentó defenderse, en breve quedó destrozado por sus irritados enemigos, que solo veian en él un asesino de su señor.

Poco despues don Sancho volvió á tomar el camino de Oviedo.

Triste y avergonzado marchaba en silencio seguido de sus fieles caballeros, cuando al llegar cerca de los bosques de Campomanes, silbadora saeta, saliendo de entre la espesura, vino á clavarse en su atribulado corazon.

Cayó el monarca al suelo, exhalando su último aliento en un gemido, y sus guerreros, sin encontrar al desconocido matador, entregaron el pueblo de Campomanes á las llamas. Pero cuando mas alto se elevaba el incendio, á su rojizo resplandor vióse sobre una elevada roca á García de Valdés, que agitando el arco de la ballesta, gritaba con esforzada voz al tiempo de perderse entre las breñas:

—¡Si la hicísteis en Pajares; pagareisla en Campomanes!

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

(1) Fernan Nuñez, *Proverbios castellanos*.—Con este mismo título ha escrito el señor Caunedo otra tradicion que tiene de comun con la nuestra, como no puede menos, lo principal del argumento pero que sin embargo es enteramente distinta en la narracion y en los episodios. El dato histórico en que la tradicion se apoya solo se encuentra en la *Crónica general*, donde se dice hablando de don Sancho el mayor: «Matóle un peon en tierra de Asturias.» Los demás historiadores ignorando este hecho, solo dicen que murió *in senectute bona*.

(2) Asi se titulaba este rey.

BIBLIOGRAFIA CHINA.

¿A qué viene, preguntarán nuestros lectores, hablarnos de libros chinos? ¿Qué tiene que ver la literatura del Celeste Imperio con el objeto de la presente publicacion?

Ciertamente que un artículo sobre publicaciones chinas no hacia falta, pero teníamos que darle sobre cualquier otro asunto, y preferimos ocuparnos de cosas que estén en moda para obtener la nota de acertados y galantes con nuestros lectores. La China ocupa hoy la atencion del mundo entero. La España acaba de combatir con pueblos asiáticos, como son los de Cochinchina. La Francia y la Inglaterra penetran á viva fuerza en el pais de la porcelana, y amenazan introducir la civilizacion de Europa entre aquellas antiquísimas sociedades. ¿Sucederá lo contrario? ¿Serán los chinos los que saliendo del recinto de su inmensa muralla vendrán á imponernos sus costumbres? ¿Comeremos con palillos de marfil y cambiaremos nuestras casas por torres de siete pisos? ¿Relegaremos al olvido los coches y nos llevarán en *chian-tzu* ó sillas de mano?

Por si esto sucediese, hallándose espuesta la humanidad á grandes cataclismos, prudente será conocer los antecedentes y las costumbres de los adoradores de Confucio, de Tau y de Budda. Ofrecemos, pues, á nuestros lectores el conocimiento de una pequeña, pero escogida biblioteca china, que podrán adquirir encargando la compra de los siguientes volúmenes en Canton, en Hong-Kong, ó mejor en las ciudades interiores del Celeste Imperio. Nosotros podemos añadir, entre tanto, que hemos visto ejemplares de todos en Madrid, por haber tenido la amabilidad de enviarlos á Europa, como muestra, un misionero que vivió muchos años en tan peregrinos paises, y segun sus noticias, es de lo mejor que han producido las imprentas chinas. Hélos aquí:

XU KING: libro de gobierno. Este es el título que el emperador reinante á últimos del siglo pasado dió á esta obra en una version tártara que fue hecha por sus órdenes. Hállanse en ella escelentes principios de administracion y de gobierno, máximas y preceptos de la mas sana moral, leyes y reglamentos que prueban la sabiduría y las virtudes de los primeros fundadores del Imperio Chino. Es de todos modos el mas antiguo y mas precioso monumento que nos ha trasmitido algunos conocimientos acerca del orígen é infancia de aquel imperio.

CHUN-TSIEU. Anales del reino de *Lu*, obra compuesta por Confucio (*Khoung-fou-tseu*). El reino de Lu era una de las diez y siete provincias de la China conocida con el nombre de *Xan-tong*, en la que nació aquel filósofo.

XI-KING. Coleccion de canciones, odas y cánticos, redactada y publicada por Confucio.

LI-KI. Memorial de las ceremonias. Este libro interesa á todas las clases de los ciudadanos. El príncipe y los súbditos, el noble y los plebeyos, todos encuentran las reglas y los deberes que deben observarse en las funciones de la vida mas comunes y mas importantes, como son los sacrificios, los casamientos, los entierros, los lutos, el gobierno doméstico, las visitas, las comidas, las conversaciones, etc. El detalle en que entra este libro es tan minucioso que hasta llega á dar reglas sobre la manera de mirar y llevar al cuerpo. Bien puede decirse que por la observacion escrupulosa de estas costumbres ó deberes, mas bien que por las leyes, es como la China



se ha mantenido durante tantos siglos en el estado en que se encuentra.

Y-King. Libro de las suertes, de los cambios y de las combinaciones. Este libro es el mas antiguo y el primer libro clásico de los chinos. Fu-hi, fundador de la monarquía china pasa por su autor. Como le compuso antes de la invencion de las letras chinas, recurrió á ocho líneas rectas por medio de las cuales, segun estuviesen enteras ó truncadas, ó combinadas entre si, esplicaba todas sus ideas. Los comentarios que sobre este libro misterioso y enigmático se han hecho, formarian una vasta biblioteca.

San-kue-chi. Historia de los tres reinos, esto es de los disturbios que han dividido la China bajo la dinastia de los *han*. Es una novela de las mas curiosas é interesantes que reune la verdad histórica, y es el libro chino mas á propósito para dar á conocer á la Europa el genio, el carácter y las costumbres de la nacion china.

Kang-hi tse-tien, es un diccionario que fue formado por órden del emperador *Kang-hi*, de quien lleva el nombre. Es el mas ámplio y exacto de todos los diccionarios del Celeste Imperio, y se considera en China del mismo modo que se consideran en España el Diccionario de la Academia de la Lengua, en Francia el de Trevoux y en Italia el de la Crusca.

Tong-kien-lan-yao. Compendio cronológico de la historia universal del Imperio Chino. Este compendio se di vide en tres partes. La primera trata de los tiempos fabulosos desde *Pan-ku*, que es el Adan de la China, hasta *Fou-hi*, fundador de la monarquía. La segunda trata de los tiempos oscuros é inciertos desde *Fou-hi* hasta *Hoang-Ti*, legislador de la nacion. La tercera abraza los tiempos históricos desde *Hoang-Ti* hasta *Xun Chi*, primer emperador de la dinastía reinante en el siglo XVII, es decir, desde el año 2576 antes de J.-C. hasta el año 1644 de la era cristiana.

Chui-hu. Novela satírica en donde se esponen con mucha gracia y malignidad las picardías, las malversaciones é injusticias de los mandarines.

See-xu, son los cuatro primeros libros clásicos que se principian á enseñar á los niños en todas las escuelas de la China. Forman una autoridad irrefragable entre los chinos y cualquiera que desee ser admitido en el número de los letrados, debe entenderlos y saberlos de memoria rápidamente. Estos cuatro libros son: *Ja-hio*, ó grande ciencia; *Jchong-yong* ó justo medio, *Lun-yu*, ó libro de sentencias; *Meng-tse*, ó doctrina de Meng-tse, discípulo de Confucio.

No podrán, pues quejarse de nosotros los lectores. Les ofrecemos vastos conocimientos en literatura y poesía, en historia, en filosofía y otros ramos del saber chino. Si aquel imperio queda enteramente abierto á las relaciones europeas; si se organizan viajes de placer á las provincias chinas, y vienen á devolvernos las visitas los obesos mandarines y sus diminutas mujeres, nos bastará calzar los *shue-tz* ó botas de seda negra, cubrirnos la cabeza con el *mao-tz* ó sombrero, para que nos transformemos en chinos si poseemos bien su idioma, lo cual, por ahora, es empresa muy difícil.

Florencio Janer.

LOS DOS ENTIERROS.

I.

—Señorito, señorito.

—Hun.

—¡Señorito!

—¿Qué se te ofrece?

—Ahi está la lavandera, y dice que quiere hablar con usted.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Pues dile que vuelva mas tarde.

Como el lector habrá comprendido, un criado se atrevia á despertar á un hombre que estaba durmiendo, porque su lavandera queria hablarle.

Ahora bien, el que dormia era yo.

El criado estaba usufructuado por mí, y digo usufructuado, porque la propiedad era de mi patrona.

La lavandera era de mi propiedad, aunque no esclusiva.

Despues de dar la última órden con ademan olímpico, acurruquéme en el lecho y preparéme á dormir.

Ya lo habia conseguido, cuando el criado volvió á entrar diciendo.

—Señorito, la lavandera se empeña en ver á usted.

—¡Diantre! No te he dicho...

—¡Si llora como una Magdalena!

Mi furor se aplacó El criado habia encontrado la única fórmula capaz de decidirme á no dormir.

Di, pues, órden para que entrase la lavandera, cogiendo mientras un papel que habia sobre la mesa de noche, en el cual leí.

La señorita doña Fulana de tal, ha fallecido etc. etc.

Aun miraba entristecido aquel papel, cuando vino á herir mis oidos un «buenos dias» exhalado entre sollozos. Alcé la cabeza y ví destacarse en la puerta el tostado rostro de mi lavandera, medio oculto por el delantal con que se secaba los ojos.

—¿Qué es eso Juana? pregunté.

—¡Ay! ¡señorito, contestó, mi pariente se ha muerto hoy, y no tengo con qué enterrarlo!

Aquellos dos dolores exhalados á boca de jarro, si se me permite la frase, cerraron mis labios y angustiaron mi corazon.

—No se apure usted, Juana, esclamé despues de un instante, é incorporándome en la cama, cogí el chaleco.

Omnia mea in chaleccum porto. Partiendo de este axioma, escudriñé los bolsillos y le dí lo que tenia, no sin pensar que si yo me moria despues, tampoco habria con qué me enterrasen.

¡Morir, no tener!

Y hé aquí dos ideas hermanas, que la sociedad ha hecho completamente contrarias. La idea de morir y no tener con que se me enterrase, me causó escalofríos. Pensé en que me llevarian como un *perro*, segun la frase gráfica vulgar, pensé en que no podria pagar la cruz, ni pagar los sacerdotes, ni *pagar* nada, verbo que creia suprimido en el diccionario de la muerte.

Juana tomó llorando las monedas y salió gritando entre sollozos: ¡qué bueno es! ¡qué bueno es!

Y yo lo oí, lector, y me lo creí. No me hubiera alabado delante de nadie; pero mi alma, semejante á un periódico ministerial, se entonaba á sí misma un monólogo de alabanzas.

Despues de almorzar, volví á leer la papeleta, cuya lectura terminé cuando entró Juana.

Una niña angelical y esperanza de su rica familia habia muerto á los diez y seis años.

En mis oidos resonaba aun el epíteto de bueno que me prodigara mi afligida lavandera, y queriendo justificarlo creí de mi deber ir á consolar el dolor.

Vestíme, pues, de riguroso luto y con el alma llena de felicidad aprestéme á endulzar la desgracia.

El hombre feliz es el mejor amigo de los desgraciados.

II.

Como íntimo amigo, la doncella, al entrar en la casa donde la muerte habitaba aquel dia, me condujo á la habitacion mas apartada, y al entrar en ella, un cuadro desgarrador se presentó á mis ojos.

Mudo el padre como una estátua de piedra, no dió la menor muestra de haberme visto, á pesar de haber clavado la vista en mí.

La madre, sin atender á las palabras de consuelo que le dirigian sus amigas, lloraba fija la vista en el suelo.

De cuando en cuando interrumpia su silencio para recordar desesperada las últimas palabras de la enferma, los puros goces que la muerte habia venido á terminar y la soledad y abandono que la falta de su hija la inspiraba.

De pronto, dirigiéndose á su hermano, dijo.

—Quiero que no falte nada en el entierro, que la pobre tenga todo, todo... y no pudo proseguir.

Te aseguro lector, que al presenciar aquel dolor tan grande y aquellos últimos deseos, no pude menos de recordar la angustia que sufriria mi pobre lavandera al arrojarse á la calle á las siete de la mañana con el fin de pedir una limosna para que su marido llevase *caja propia*.

Aquel *todo* que con tan dolorosa sencillez ordenaba la opulencia, me recordó el *nada* con que tenia que luchar la miseria.

Despues de largo rato de prodigar consuelos en vano, me avisaron al oido que *se la iban á llevar* y sin despedirme bajé á la calle.

Un carro fúnebre aguardaba su depósito.

Numerosos sacerdotes con cruz de *primera clase* aguardaban la salida del cadáver para entonar los lúgubres responsos que habian de pesar en la balanza de la justicia divina.

Multitud de convidados hablaban en corrillos.

—Buena proporcion se ha perdido Luis, decia un pollo almibarado que no dejaba de halagarse el pelo como si estuviera ó fuera á ir á un baile; solo esta ocurrencia se la hubiera hecho perder porque la tenia *bien trabajada*.

—Pues no era oro todo lo que relucia, porque la niña le hacia cocos al condesito de...

—Y el *bouquet* que llevó al baile de la de Montijo, se lo dió en seguida á Fulano...

—No tengan ustedes cuidado, que la niña no era tonta...

No quise oir mas y me acerqué á otro corrillo, en donde relucian canas.

—¿Y quién heredará el capital ahora?

—¡Toma! los sobrinos y...

—¡Buena tutoría se ha perdido usted, don Francisco, porque la perlesía de don Antonio no duraba un mes.

—¡Quia! Señores, la tutoría es lo que menos me importa. Pobrecita Julia. Eso es lo que yo siento, don Juan.

—¡Ay! que me ha pisado usted un callo, esclamó uno que estaba junto al llamado don Juan.

No queriendo corrillos cerca de mí, me puse junto á la cruz de primera clase y allí sin que yo me atreva á asegurarlo, escuché lo siguiente.

—¡Ay! hermano, pocos difuntos semejantes á este se encuentran hoy.

—Cuidado que es lujoso el entierro. Todas la parroquias de Madrid están reunidas. La limosna es de á diez reales. Para casi todos los entierros piden la cruz de tercera.

—¡*De profundis*! cantó un venerable sacerdote que habia junto á mí, al mismo tiempo que advertí cierto movimiento.

Era que el cadáver habia sido colocado en el carro, el cual se ponia en marcha.

Miré el reló y ví que eran las tres.

Mi lavandera me aguardaba.

—Vamos á otro entierro, dije con ademan despreciativo, viendo pasar por delante de mí tantas luces, tanta gente y tanto coche, sin que la amistad hubiese hecho verter una lágrima ni el oro fundido comprar un dolor.

III.

¿Vive aquí doña Juana Lopez?

Tal pregunta hacia yo á las tres y media á unas pobres gentes que se encontraban sentadas en el portal de una casa de mezquina apariencia, situada en una de las calles inmediatas á la plazuela de la Cebada.

¿Es usted don Ramon? me preguntaron y al ver que era afirmativa mi respuesta, los hombres se quitaron los sombreros, las mujeres me abrieron camino, mirándome admiradas, y las dos niñas, agarrándome por la mano, empezaron á tirar de mí, gritando:

—¡Señá Juana! ¡Aquí está on Ramon, el señorito bueno, el que le paga la caja al señó José.

Al ver mi popularidad y el afecto con que se me recibia, una idea política atravesó mi mente.

Presentarme diputado por aquel distrito en las primeras elecciones.

Pero Dios castigó mi ambicion recordándome que no tenia rentas, cosa que yo hubiera salvado con un destino imposible de vencer, que mis *devoués* no tenian voto.

Mas dejémonos de política y vamos al grano.

Siempre conducido por las niñas, me encontré en un anchuroso patio con infinitas puertas. A las voces de las niñas, se presentó en el umbral de una de aquellas, la señá Juana, que al verme me dijo llena de vergüenza y de agradecimiento.

—¿Con que al fin se ha incomodado usted?

—Lo prometido es deuda. Entremos.

Traspasé el umbral y me encontré en una habitacion dividida en dos por una cortina de percal.

En la primera habia una cama con cuatro velas encendidas en los cuatro estremos, á las que servian de candeleros cuatro botellas.

Sobre la cama la caja...

Dí un paso atrás y una vecina comprendiendo mi accion, me dijo que la siguiese á su cuarto.

Hícelo, y á poco rato mi lavandera se despidió, despues de hablar con un hombre que traia unos zapatos.

Dispénsame lector todos estos detalles, que sin embargo, son necesarios para pintar el *lujoso* entierro de un pobre.

Al quedarme solo, y digo solo porque estaba absorto en mis pensamientos pensé en la visita mortuoria que habia precedido á aquella en que me hallaba.

La madre rica lloraba porque ya no tendria el objeto cariñoso en que emplear sus riquezas. La madre pobre lloraba porque en sus dias de escasez no tendria á su honrado marido para compartir sus penas. La madre rica lloraba entre amigos queridos, en el mas apartado rincon de su casa; la viuda pobre lloraba sola, y sus lágrimas caian sobre el cuerpo que amortajaba. La madre rica ordenaba que un lujo deslumbrador acompañase á su hija á la fosa y numerosas oraciones la acompañaran hasta el cielo. La viuda pobre despues de considerarse feliz con que su marido llevase *caja propia* se permitia el esceso de calzar unos zapatos nuevos al frio cadáver.

No pudiendo estar en aquel estrecho cuarto me salí al patio.

A la puerta del cuarto mortuorio, habia seis ó siete hombres de modesta chaqueta, parientes del difunto casi todos, y que perdian de trabajo y de jornal las horas que empleaban en acompañar á su última morada al que fue su amigo.

Todos estaban callados, si hablaban, lo hacian en voz baja y algunos de ellos tenian los ojos enrojecidos.

Allí el alegre y burlesco rumor de los corrillos no apagaba el ruido de las alas de la muerte, el resplandor de las luces no alumbraba rostros risueños. Al contrario la ausencia de ellas hacia mas sombrío el dolor de aquellas caras. No habia cruz de *primera clase*; pero al asomar la caja á hombros de cuatro mozos, todos los circunstantes se persignaron con magestad.

No escuché el triste de *profundis* entonado por cien voces. Pero vi los lábios de todos moverse murmurando una oracion que no tenia precio.

—Vamos dije y nos pusimos en marcha, oyendo en la habitacion mortuoria desgarradores gemidos.

—Vaya V. por la acera, me dijo un compañero de duelo, hermano de la viuda y en todo el largo trayecto que mediaba entre la casa y el cementerio, no se interrumpió el silencio hasta que el sepulturero nos dijo: «alto.»

Allí en una fosa profunda depositaron la caja.

Junto á los nichos y alrededor de otra caja, una multitud de buen tono se agrupa alrededor de un sacerdote

MORITURI TE SALUTANT.



Doctor, ya que peligra nuestra vida,
un recuerdo aceptad de despedida.

resplandeciente con sus vestiduras de seda y oro y que entonaba el responso por otro cadáver.

Casi al mismo tiempo en que el sacerdote derramaba sobre el frio cuerpo el agua bendita, mi compañero de duelo, agarrando un puñado de tierra lo arrojó sobre la caja esclamando.

—¡Era un hombre de bien y un buen amigo!

Una lágrima rodó por cada mejilla y antes de caer al suelo se evaporaron y su vapor subió al cielo envolviendo nuestra sencilla y muda oracion para depositarla á los piés del Eterno.

Los sepultureros arrojaron tierra sobre aquella caja que aun habia de sufrir el peso de otras y se borró para siempre la memoria de aquel hombre honrado.

—Hemos acabado, dije y sin hablar palabra llegamos hasta la puerta de Toledo.

Allí quitándose mis compañeros los sombreros y apretando mis manos entre las suyas callosas y ásperas por el trabajo me dijeron derramando la última lágrima.

—Gracias, señorito, y mandar en lo que se ofrezca.

—Igualmente, señores, contesté y nos separamos sabe Dios hasta cuándo.

Hasta entonces no comprendí lo que era un entierro.

R. Rodriguez y Correa.

MISCELANEAS.

Felipe III, en 6 de junio de 1618, pidió al Consejo le elevase una consulta acerca de los medios que podrian aplicarse para remediar los males de la nacion que se iba «acabando por las muchas levas de gente que se hacen cada dia, y por la falta de hacienda que hay, y la imposibilidad que tienen los lugares de cumplir con lo que se les reparte.»

El Consejo contestó en su consulta al rey que «atento que la despoblacion y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oido en estos reinos, despues que los progenitores de S. M. comenzaron á reinar en ellos, porque totalmente se va acabando y arruinando esta corona,» y que su causa nace de las demasiadas cargas y tributos impuestos á los vasallos, debia remediar los males moderando y reformando los tributos; economizando las mercedes, donaciones y ayudas de costa, revocando las inmoderadas é inoficiosas; haciendo salir de la córte diversas clases de personas agolpadas en ella inútilmente para repoblar otros lugares; privando los gastos escesivos en trajes y adornos estranjeros, comenzando por todo lo supérfluo en la real casa; animando y alentando á los labradores, limitando los privilegios particulares; evitando las nuevas fundaciones de religiones y monasterios, y por último quitando los cien receptores que se crearon en la córte en 1613, pues de su cometido resultaban infinitos pleitos y daños.

Estos diversos puntos que como siete medios mas eficaces para la poblacion del reino, presentaba el Consejo á S. M., hacen concluir la consulta diciendo que «dificultosos y casi imposibles parecerán á la primera vista, pero considerados atentamente, junto con el trabajoso estado á que ha llegado este reino, por su despoblacion, escesivos gastos, diminucion y empeño de las rentas reales, se juzgarán por menos dificultosos, como lo son en sí mismos.»

La consulta del Consejo dió lugar, como es sabido, al licenciado Pedro Fernandez Navarrete, para estender cincuenta discursos en que glosa las diversas cláusulas de aquella, valiéndose de las leyes de los emperadores y jurisconsultos, y las doctrinas de los filósofos. ¡A tal estremo habia llegado en aquel tiempo la decadencia de España!

Es curiosa la noticia que acerca de la época en que los reyes de España comenzaron á tener y llevar consigo escolta particular, nos da Pedro de Torres, canónigo de Calahorra y de Sigüenza, que vivia en tiempo de los Reyes Católicos. Hállase en sus *Apuntamientos originales* que se conservan en la Biblioteca Nacional, y dice asi:

«Res nova.—Nota quando los Reis de España comenzaron á tomar guardia.

»Comenzó el rey don Fernando á tener en su guarda hombres de pié de ordenanza é infanteria, á la manera de Suicia, donde en estos tiempos mejor se usaba la órden de pelear: los hombres á pié con sus espadas, é puñales é alabardas ó picas, en muriéndose la Reyna doña Isabel, que fue anno Domini 1504, die 26 novembris. E fue despues á Napoles, é venido de Napoles anno Domini 1507, en Julio, trajo consigo hombres armados de ordenanza, que continuamente estaban en Palacio é salian con el Rey á donde quiera que iba ciento cincuenta hombres á pié armados con puñales y espadas y alabardas en cuerpo, con sayos medio colorados y medio blancos, é cincuenta de caballo. Daba á cada peon 30 rs. por mes.

Tan debatidas han sido las cuestiones sobre el orígen é invencion de la pintura, como sobre el orígen y desarrollo de la escultura y de las proporciones de los miembros humanos. Diodoro de Sicilia cuenta que en el puente que se construyó en Babilonia, hizo pintar Semíramis muchas figuras coloreadas de diferentes animales. Los primeros pintores que se conocen de Grecia, fueron Polignoto y Micon, y si seguimos á Plinio, el arte de la pintura no empezó á tomar formas razonadas, hasta la nonagésima olimpiada, en el reinado de Alejandro. Entre los egipcios no hizo muchos progresos la pintura como se vé por sus mal dibujados geroglíficos y adornos de las momias y pirámides. Quintiliano asegura que Apolodoro y Ceusis entre los griegos, fueron los primeros que se atrevieron á dar y distribuir las luces y sombras en sus dibujos. Sobre la procedencia entre la pintura y escultura, se ha disputado largamente, y entre las rimas de don Juan de Jáuregui, escelente poeta y no menos diestro pintor, se encuentra un diálogo poético en el cual despues de proponer diversas razones y argumentos por ambas partes, termina la Naturaleza la disputa dejando iguales á las dos nobles artes.

Cuando Fernando Pizarro se presentó ante el indio Atabaliba, dice el capitan Gonzalo Fernandez de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias*, que «luego vinieron ante él mujeres hermosas, bien dispuestas, con vassos de oro medianos, de altor de un palmo, gruessos y el oro fino, en que traian chicha (ó vino) de mahiz: é cómo Atabaliba las vido, alzó los ojos á ellas, sin les deçir palabra alguna, é fuéronse presto é volvieron con otros vassos de oro fino mas grandes, de altura de un cobdo é pessados, é con ellos les dieron á beber.» Despues de la prision de Atabaliba, al apoderarse de sus tesoros, dice el mismo Oviedo, que «en el oro é plata ovo pieças muy grandes, é cántaros, é ollas, é copones, é brasseros, é otras diversidades de vasijas, é todas pesadas: lo cual todo dijo Atabaliba que era vajilla de su servicio ordinario, é otra mucha cantidad que dijo que sus indios que habian huido, llevaron.» De la ciudad del Cuzco, llevaron mas adelante al prisionero vasijas, cántaros y ollas de oro y plata, alguna de cuyas piezas pesaba dos y tres arrobas.—Seria sumamente curioso un libro que nos esplicára el verdadero estado de las artes entre los primitivos pueblos de América.

J.



ANUNCIO IMPORTANTE.

El número premiado en la última estraccion de la lotería moderna ha sido el 20,563.

Por consiguiente al suscritor que tenia este número ha correspondido el regalo del cuadro que ofrecimos.

Pero este suscritor, que al mismo tiempo era colaborador nuestro, ha cedido su derecho á favor de los editores, y estos, deseando complacer á sus constantes suscritores, en cuanto les sea posible, vuelven á ofrecérsele mediante otra rifa.

Por tanto, el cuadro que representa la toma del campamento marroquí se rifará otra vez entre los suscritores á El Museo Universal por el año de 1861. La rifa tendrá efecto en el mes de abril próximo y creemos escusado advertir que no por eso pierde ningun suscritor de 1861 el derecho á los regalos que hemos ofrecido. Los otros dos cuadros se rifarán mas adelante.

El de la batalla de Tetuan ha sido tasado en 10,000 reales: su grabado se publicará en uno de los próximos numeros, no habiendo salido antes por no estar aun concluido.

Creemos que nuestros suscritores verán en los esfuerzos que hacemos por complacerles el deseo de elevar á El Museo á toda la altura posible entre las publicaciones ilustradas de Europa.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á los señores suscritores de provincia que se sirvan renovar su suscricion si no quieren esperimentar retraso en el recibo del número 1.° de 1861.

A los de Madrid se les pasará el recibo á tiempo de repartirles el almanaque.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

Editor Responsable D. José Roig.—Imp. de Gaspar y Roig, editores. Madrid: Príncipe, 4. 1860.



